ÍNDICE GENERAL DE LA MÍSTICA CIUDAD DE DIOS POR VENERABLE SOR MARÍA DE JESÚS DE ÁGREDA

DE LA VIDA Y SACRAMENTOS DE LA REINA DEL CIELO, Y LO QUE EL ALTÍSIMO OBRO EN ESTA PURA CRIATURA DESDE SU INMACULADA CONCEPCIÓN HASTA QUE EN SUS VIRGÍNEAS ENTRAÑAS TOMO CARNE HUMANA EL VERBO, Y LOS FAVORES QUE LA HIZO EN ESTOS PRIMEROS QUINCE AÑOS, Y LO MUCHO QUE POR SI MISMA ADQUIRIÓ CON LA DIVINA GRACIA

Introducción a la Vida de la Reina del cielo: De la razón de escribirla y otras advertencias para esto.

Contiene la predestinación de María santísima; su Concepción Inmaculada; su nacimiento y sus ocupaciones y ejercicios hasta que fue presentada en el templo. PD: 1-3

CAP. 1.—De dos particulares visiones que el Señor mostró a mi alma y otras inteligencias y misterios que me compelían a dejarme de lo terreno, levantando mi espíritu y habitación sobre la tierra . # 1-11

CAP 2.—Declárase el modo cómo el Señor manifiesta a mi alma estos misterios y vida de la Reina, en el estado que Su Majestad me ha puesto. # 12-25

CAP. 3.—De la inteligencia que tuve de la divinidad y del decreto que Dios tuvo de criar todas las cosas . # 26-34

CAP. 4.—Distríbúyense por instantes los divinos decretos, declarando lo que en cada uno determinó Dios acerca de su comunicación *ad extra*. # 35-51

Cap. 5.—De las inteligencias que me dio el Altísimo de la Escritura sagrada, en confirmación del capítulo precedente; son del octavo de los Proverbios. # 52-71

Cap. 6.—De una duda que propuse al Señor sobre la doctrina de estos capítulos y la respuesta de ella . # 72-79

Cap. 7.—Cómo el Altísimo dio principio a sus obras; y todas las cosas materiales crió para el hombre, y a los ángeles y hombres para que hiciesen pueblo de quien el Verbo humanado fuese cabeza . # 80-93

Cap. 8.—Que prosigue el discurso de arriba con la explicación del capítulo 12 del Apocalipsis. # 94-105

PARTE DIGITAL 2

Cap. 9.—Prosigue lo restante de la explicación del capítulo 12 del Apocalipsis . # 106-119

Cap. 10.—En que se da fin a la explicación del capítulo 12 del Apocalipsis. # 120-133

Cap. 11.—Que en la creación de todas las cosas el Señor tuvo presente a Cristo Señor nuestro y a su Madre santísima y eligió y favoreció a su pueblo, figurando estos misterios . # 134-163

Cap. 12.—Cómo, habiéndose propagado el linaje humano, crecieron los clamores de los justos por la venida del Mesías, y también crecieron los pecados, y en esta noche de la antigua ley envió Dios al mundo dos luceros que anunciasen la ley de gracia. # 164-177

Cap. 13.—Cómo por el Santo Arcángel Gabriel fue evangelizada la concepción de María santísima y cómo previno Dios a Santa Ana para esto con un especial favor # 178-189

Cap. 14.—Cómo el Altísimo manifestó a los Santos Ángeles el tiempo determinado y oportuno de la concepción de María santísima y los que le señaló para su guarda. #190-208

CAP. 15.—De la Concepción Inmaculada de María Madre de Dios por la virtud del poder divino. # 209-224

CAP. 16.—De los hábitos de las virtudes con que dotó el Altísimo el alma de María santísima y las primeras operaciones que con ellas tuvo en el vientre de Santa Ana; y comienza Su Majestad misma a darme la doctrina para su imitación . # 225-243

CAP. 17.—Prosiguiendo el misterio de la concepción de María santísima, se me dio a entender sobre el capítulo 21 del Apocalipsis; parte primera del capítulo. # 244-264

CAP. 18.—Prosigue el misterio de la concepción de María santísima, con la segunda parte del capítulo 21 del Apocalipsis . # 265-282

PARTE DIGITAL 3

CAP. 19.—Contiene la última parte del capítulo 21 del Apocalipsis en la concepción de María santísima . # 283-311

CAP. 20.—De lo que sucedió en los nueve meses del preñado de Santa Ana, y lo que hizo María santísima en el vientre, y su madre en aquel tiempo. # 312-325

CAP. 21.—Del nacimiento dichoso de María santísima y Señora nuestra; los favores que luego recibió de mano del Altísimo; y cómo la pusieron el nombre en el cielo y tierra . #326-344

CAP. 22.—Cómo santa Ana cumplió en su parto con el mandato de la ley de Moisés, y cómo la niña María procedía en su infancia . # 345-360

CAP. 23.—De las divisas con que los Santos Ángeles de Guarda de María santísima se le manifestaban, y de sus perfecciones . # 361-377

CAP. 24.—De los ejercicios y ocupaciones santas de la Reina

del cielo en el año y medio primero de su infancia . #378-388

Cap. 25.—Cómo al año y medio comenzó a hablar la niña María santísima, y sus ocupaciones hasta que fue al Templo. # 389-412

LIBRO II [PD: 3-6]

Contiene la presentación al templo de la Princesa del cielo; los favores que la diestra divina la hizo; la altísima perfección con que observó las ceremonias del templo; el grado de sus heroicas virtudes y modo de visiones que tuvo; su santísimo desposorio y lo restante hasta la Encarnación del Hijo de Dios. [PD: 3-6]

Cap. 1.—De la presentación de María santísima en el templo el año tercero de su edad. # 413-428

Cap. 2.—De un singular favor que hizo el Altísimo a María santísima luego que se quedó en el templo. # 429-443

Cap. 3.—De la doctrina que me dio la Reina del cielo para los cuatro votos de mi profesión . # 444-462

PARTE DIGITAL 4

Cap. 4.—De la perfección con que María santísima guardaba las ceremonias del templo y lo que en él le ordenaron. # 463-480

Cap. 5.—Del grado perfectísimo de las virtudes de María santísima en general y cómo las iba ejecutando. # 481-487

Cap. 6.—De la virtud de la fe y su ejercicio que tuvo María santísima . # 488-504

Cap. 7.—De la virtud de la esperanza y ejercicio de ella que tuvo la Virgen Señora nuestra . # 505-515

Cap. 8.—De la virtud de la caridad de María santísima

Señora nuestra. #516-532

Cap. 9.—De la virtud de la prudencia de la santísima Reina del cielo . #533-552

Cap. 10.—De la virtud de la justicia que tuvo María santísima . #553-570
Cap. 11.—De la virtud de la fortaleza que tuvo María santísima . 571-582

Cap. 12.-—De la virtud de la templanza que María santísima tuvo . # 583-598

Cap. 13.—De los siete dones del Espíritu Santo que tuvo María santísima. 599-614

Cap. 14.—Decláranse las formas y modos de visiones divinas que tenía la Reina del cielo y los efectos que en ella causaban. # 615-633 y en PD: 5, #634-645

PARTE DIGITAL 5

Cap. 15.—Declárase otro modo de vista y comunicación que tenía María santísima con los Santos Ángeles que la asistían. # 646-659

Cap. 16.—Continúase la infancia de María santísima en el Templo; previénela el Señor para trabajos, y muere su padre San Joaquín. # 660-676

Cap. 17.—Comienza a padecer en su niñez la Princesa del Cielo María santísima; auséntasele Dios; sus querellas dulces y amorosas. # 677-688

Cap. 18.—Continúanse otros trabajos de nuestra Reina y algunos que permitió el Señor por medio de criaturas y de la antigua serpiente. # 689-712

Cap. 19.—El Altísimo dio luz a los Sacerdotes de la inocencia inculpable de María santísima, y a ella de que estaba cerca el tránsito dichoso de su madre Santa Ana; y hallóse en él.

713-727

CAP. 20.—Manifiéstase el Altísimo a su dilecta María nuestra Princesa con un singular favor. # 728-741

CAP. 21.—Manda el Altísimo a María santísima que tome estado de matrimonio, y la respuesta de este mandato . # 742-754

CAP. 22.—Celébrase el desposorio de María santísima con el santo y castísimo José. # 755-771

CAP. 23.—Explícase parte del capítulo 31 de las Parábolas de Salomón, a donde me remitió el Señor para manifestar el orden de vida que María santísima dispuso en el matrimonio. # 772-784

CAP. 24.—Prosigue el mismo asunto con la explicación de lo restante del capítulo 31 de las Parábolas. # 785-802

SEGUNDA PARTE [PD: 5-16]

CONTIENE LOS MISTERIOS DESDE LA ENCARNACIÓN DEL VERBO DIVINO EN SU VIRGINAL VIENTRE HASTA LA ASCENSIÓN A LOS CIELOS

Introducción a la segunda parte de la divina Historia y Vida santísima de María Madre de Dios . # 1-10 y en PD: 6, # 11-32

PARTE DIGITAL 6

LIBRO III [PD: 6-8]

Contiene la altísima disposición que el Todopoderoso obró en Marta santísima para la Encarnación del Verbo; lo tocante a este misterio; el eminentísimo estado en que quedó la feliz Madre; la visitación a Santa Isabel y santificación del Bautista; la vuelta a Nazaret y una

memorable batalla que tuvo con Lucifer. [PD: 6-8]

CAP. 1.—Comienza el Altísimo a disponer en María santísima el misterio de la Encarnación y su ejecución por nueve días antecedentes. Declárase lo que sucedió en el primero. # 1-15

CAP. 2.—Continúa el Señor el día segundo los favores y disposición para la Encarnación del Verbo en María santísima. # 17-26

CAP. 3.—Continúase lo que el Altísimo concedió a María santísima en el día tercero de los nueve antes de la Encarnación. # 27-37

CAP. 4.—Continúa el Altísimo los beneficios de María santísima en el día cuarto. # 38-46

CAP. 5.—Manifiesta el Altísimo a María santísima nuevos misterios y sacramentos con las obras del quinto día de la creación, y pide Su Alteza de nuevo la Encarnación del Verbo. # 47-58

CAP. 6.—Manifiesta el Altísimo a María Señora nuestra otros misterios con las obras del día sexto de la creación. # 59-69

CAP. 7.—Celebra el Altísimo con la Princesa del cielo nuevo desposorio para las bodas de la Encarnación y adórnala para ellas. # 70-86

CAP. 8.—Pide nuestra gran Reina en la presencia del Señor la ejecución de la Encarnación y Redención humana y concede Su Majestad la petición. # 87-98

CAP. 9.—Renueva el Altísimo los favores y beneficios en María santísima y dale de nuevo la posesión de Reina de todo lo criado por última disposición para la Encarnación. # 99-108

CAP. 10.—Despacha la Beatísima Trinidad al Santo Arcángel Gabriel que anuncie y evangelice a María santísima cómo es elegida para Madre de Dios. # 109-122

Cap. 11.—Oye María santísima la embajada del Santo Ángel; ejecútase el misterio de la Encarnación, concibiendo al Verbo Eterno en su vientre. # 123143

Cap. 12.—De las operaciones que hizo el alma santísima de Cristo Señor nuestro en el primer instante de su concepción, y lo que obró entonces su Madre purísima. # 144-157

Cap. 13.—Declárase el estado en que quedó María santísima después de la Encarnación del Verbo divino en su virginal vientre. # 158-164 y en PD: 7, # 165-179

PARTE DIGITAL 7

Cap. 14.—De la atención y cuidado que María santísima tenía con su preñado y algunas cosas que le sucedieron con él. # 180-189

Cap. 15.—Conoció María santísima la voluntad del Señor para visitar a Santa Isabel; pide licencia a San José, sin manifestarle otra cosa. # 190-199

Cap. 16.—La jornada de María santísima a visitar a Santa Isabel y la entrada en casa de San Zacarías. # 200-214

Cap. 17.—La salutación que hizo la Reina del cielo a Santa Isabel y la santificación de San Juan Bautista. # 215-230

Cap. 18.—Ordena María santísima sus ejercicios en casa de San Zacarías, y algunos sucesos con Santa Isabel. # 231-242

Cap. 19.—Algunas conferencias que tenía María santísima con sus Santos Ángeles en casa de Santa Isabel y otras con ella misma. # 243-253

Cap. 20.—Algunos beneficios singulares que hizo María santísima en casa de San Zacarías a particulares personas. # 254-260

CAP. 21.—Pide Santa Isabel a la Reina del cielo la asista a su parto y tiene luz del nacimiento de San Juan Bautista. # 261-269

CAP. 22.—La natividad del precursor de Cristo y lo que hizo en su nacimiento la soberana Señora María santísima. # 270-282

CAP. 23.—Las advertencias y doctrina que dio María santísima a Santa Isabel por petición suya; circuncidan y le ponen nombre a su hijo y profetiza San Zacarías. # 283-303

CAP. 24.—Despídese María santísima de casa de San Zacarías para volverse a la suya propia de Nazaret. # 304-313

CAP. 25.—La jornada de María santísima de casa de San Zacarías a Nazaret. # 314-321

CAP. 26.—Hacen los demonios un conciliábulo en el infierno contra María santísima. # 322-326 y en PD: 8, # 327-334

PARTE DIGITAL 8

CAP. 27.—Previene el Señor a María santísima para entrar en la batalla con Lucifer y comienza el Dragón a perseguirla. # 335-358

CAP. 28.—Persevera Lucifer con sus siete legiones en tentar a María santísima; queda vencido y quebrantada la cabeza de este Dragón. # 359-374

LIBRO IV [PD: 8-10]

Contiene los recelos de San José, conociendo el preñado de María santísima; el nacimiento de Cristo nuestro Señor; su circuncisión; la adoración de los reyes y presentación del infante Jesús en el Templo; la fuga a Egipto, muerte de los inocentes y la vuelta a Nazaret. [PD: 8-10]

Cap. 1.—Conoce el Santo José el preñado de su esposa María Virgen y entra en grande cuidado sabiendo que en él no tenía parte. # 375-387

Cap. 2.—Auméntase los recelos de San José, determina dejar a su esposa y hace oración sobre ello. # 388-396

Cap. 3.—Habla el Ángel del Señor a San José en sueños y le declara el misterio de la Encarnación, y los efectos de esta embajada. # 397-406

Cap. 4.—Pide San José perdón a María santísima su esposa, y la divina Señora le consuela con gran prudencia. # 407417

Cap. 5.—Determina San José servir en todo con reverencia a María santísima, y lo que Su Alteza hizo, y otras cosas del modo de proceder de entrambos. # 418-427

Cap. 6.—Algunas conferencias y pláticas de María santísima y José en cosas divinas, y otros sucesos admirables. # 428-437

Cap. 7.—Previene María santísima las mantillas y fajos para el niño Dios con ardentísimo deseo de verle ya nacido de su vientre. # 438-447

Cap. 8.—Publícase el edicto del emperador César Augusto de empadronar todo el imperio, y lo que hizo San José cuando lo supo. # 448-455

Cap. 9.—La jornada que María santísima hizo de Nazaret a Belén en compañía del santo esposo José, y los Ángeles que la asistían. # 456-462 y en PD: 9, # 463-467

PARTE DIGITAL 9

Cap. 10.—Nace Cristo nuestro bien de María Virgen en Belén de Judea. # 468-488

Cap. 11.—Cómo los Santos Ángeles evangelizaron en diversas partes el nacimiento de nuestro Salvador, y los pastores vinieron a adorarle. # 489-499

Cap. 12.—Lo que se le ocultó al demonio del misterio del nacimiento del Verbo humanado y otras cosas hasta la Circuncisión. # 500-512

Cap. 13.—Conoció María santísima la voluntad del Señor para que su Hijo unigénito se circuncidase, y trátalo con San José; viene del cielo el nombre santísimo de Jesús. # 513-529

Cap. 14.—Circuncidan al niño Dios y le ponen por nombre Jesús. # 530-539

Cap. 15.—Persevera María santísima con el niño Dios en el portal del nacimiento hasta la venida de los Santos Reyes. # 540-551

Cap. 16.—Vienen los tres Santos Reyes magos del oriente y adoran al Verbo humanado en Belén. # 552-564

Cap. 17.—Vuelven los Santos Reyes magos segunda vez a ver y adorar al infante Jesús, ofrécenle sus dones y despedidos toman otro camino para sus tierras. # 565-572

Cap. 18.—Distribuyen María santísima y San José los dones de los Santos Reyes magos y detiénense en Belén hasta la presentación del infante Jesús en el templo. # 573-584

Cap. 19.—Parten María santísima y San José con el infante Jesús de Belén a Jerusalén, para presentarle en el templo y cumplir la ley. 585-595

Cap. 20.—De la presentación del infante Jesús en el templo y lo que sucedió en ella. # 596-605

Cap. 21.—Previene el Señor a María santísima para la fuga a Egipto, habla el Ángel a San José y otras advertencias en todo esto. # 606-611 y en PD: 10, # 612-618

PARTE DIGITAL 10

CAP. 22.—Comienzan la jornada a Egipto Jesús, María y José, acompañados de los espíritus angélicos, y llegan a la ciudad de Gaza. # 619-629

CAP. 23.—Prosiguen las jornadas de Jesús, María y José de la ciudad de Gaza hasta Heliópolis de Egipto. # 630-640

CAP. 24.—Llegan a Egipto los peregrinos Jesús, María y José con algún rodeo hasta la ciudad de Heliópolis y suceden grandes maravillas. # 641-652

CAP. 25.—Toman asiento en la ciudad de Heliópolis Jesús, María y José por voluntad divina; ordenan allí su vida el tiempo de su destierro. # 653-663

CAP. 26.—De las maravillas que en Heliópolis de Egipto obraron el infante Jesús y su Madre santísima y San José. # 664-671

CAP. 27.—Determina Herodes [el Grande] la muerte de los inocentes, conócelo María santísima y esconden a San Juan Bautista de la muerte. # 672-680

CAP. 28.—Habla el infante Jesús a San José cumplido un año y trata la Madre santísima de ponerle en pie y calzarle y comienza a celebrar los días de la Encarnación y Nacimiento. # 681-690

CAP. 29.—Viste la Madre santísima al infante Jesús la túnica inconsútil y le calza, y las acciones y ejercicios que el mismo Señor hacía. # 691-701

CAP. 30.—Vuelven de Egipto a Nazaret Jesús, María y José por la voluntad del Altísimo. # 702-711

LIBRO V [PD: 10-13]

Contiene la perfección con que Marta santísima

copiaba e imitaba las operaciones del alma de su Hijo amantísimo, y cómo la informaba de la ley de gracia, artículos de la fe, sacramentos y diez mandamientos, y la prontitud y alteza con que la observaba; la muerte de San José; la predicación de San Juan Bautista; el ayuno y bautismo de nuestro Redentor; la vocación de los primeros discípulos y el bautismo de la Virgen María Señora nuestra. [PD: 10-13]

Cap. 1.—Dispone el Señor a María santísima con alguna severidad y ausencia estando en Nazaret, y de los fines que tuvo en este ejercicio. # 712-725

Cap. 2.—Manifiéstansele a María santísima las operaciones del alma de su Hijo nuestro Redentor de nuevo y todo lo que se le había ocultado, y comienza a informarla de la Ley de Gracia. # 726-736

Cap. 3.—Subían a Jerusalén todos los años María santísima y San José conforme a la ley y llevaban consigo al infante Jesús. # 737-745

Cap. 4.—A los doce años del infante Jesús sube con sus padres a Jerusalén y se queda oculto de ellos en el templo. # 746-749 y en PD: 11, # 750-757

PARTE DIGITAL 11

Cap. 5.—Después de tres días hallan María santísima y San José al infante Jesús en el Templo disputando con los doctores. # 758-774

Cap. 6.—Una visión que tuvo María santísima a los doce años del infante Jesús, para continuar en ella la imagen y doctrina de la Ley Evangélica. # 775-784

Cap. 7.—Declláranse más expresamente los fines del Señor en la doctrina que enseñó a María santísima y los modos con que lo ejecutaba. # 785-794

Cap. 8.—Declárase el modo cómo nuestra gran Reina

ejecutaba la doctrina del Evangelio que su Hijo santísimo la enseñaba. # 795-806

Cap. 9.—Declárase cómo conoció María santísima los artículos de la fe que había de creer la Santa Iglesia y lo que hizo con este fervor. # 807816

Cap. 10.—Tuvo María santísima nueva luz de los Diez Mandamientos y lo que obró con este beneficio. # 817-829

Cap. 11.—Las inteligencias que tuvo María santísima de los Siete Sacramentos que Cristo Señor nuestro había de instituir y de los Cinco Preceptos de la Iglesia. # 830-845

Cap. 12.—Continuaba Cristo Redentor nuestro las oraciones y peticiones por nosotros, asistíale su Madre santísima y tenía nuevas inteligencias. # 846-854

Cap. 13.—Cumple María santísima treinta y tres años de edad y permanece en aquella disposición su virginal cuerpo, y dispone cómo sustentar con su trabajo a su Hijo santísimo y a San José. # 855-863

Cap. 14.—Los trabajos y enfermedades que padeció San José en los últimos años de su vida y cómo le servía en ellos la Reina del cielo su esposa. # 864-872

Cap. 15.—Del tránsito felicísimo de San José y io que sucedió en él, y le asistieron Jesús nuestro Salvador y María santísima Señora nuestra. # 873-885

Cap. 16.—La edad que tenía la Reina del cielo cuando murió San José y algunos privilegios del Santo Esposo. # 886-890 y en PD: 12, # 891-894

PARTE DIGITAL 12

Cap. 17.—Las ocupaciones de María santísima después de la muerte de San José y algunos sucesos con sus Ángeles. # 895-908

Cap. 18.—Continúanse otros misterios y ocupaciones de nuestra gran Reina y Señora con su Hijo santísimo, cuando vivían solos antes de su predicación. # 909-919

Cap. 19.—Dispone Cristo Señor nuestro su predicación dando alguna noticia de la venida del Mesías, asistiéndole su Madre santísima, y comienza a turbarse el infierno. # 920-932

Cap. 20.—Convoca Lucifer un conciliábulo en el infierno para tratar de impedir las obras de Cristo nuestro Redentor y de su Madre santísima. # 933-941

Cap. 21.—Habiendo recibido San Juan Bautista grandes favores de María santísima, tiene orden del Espíritu Santo para salir a predicar y primero le envía a la divina Señora una cruz que tenía. # 942-950

Cap. 22.—Ofrece María santísima al Eterno Padre a su Hijo unigénito para la redención humana, concédele en retorno de este sacrificio una visión clara de la divinidad y despídese del mismo Hijo para ir Su Majestad a predicar al desierto. # 951-964

Cap. 23.—Las ocupaciones que la Madre Virgen tenía en ausencia de su Hijo santísimo y los coloquios con sus Santos Ángeles. # 965-973

Cap. 24.—Llega el Salvador Jesús a la ribera del Jordán, donde le bautizó San Juan Bautista y pidió también ser bautizado del mismo Señor. # 974-984

Cap. 25.—Camina nuestro Redentor del bautismo al desierto, donde se ejercita en grandes victorias de las virtudes contra nuestros vicios; tiene noticia su Madre santísima y le imita en todo perfectamente. # 985-994

Cap. 26.—Permite Cristo nuestro Señor ser tentado de Lucifer después del ayuno, véncele Su Majestad y tiene noticia de todo su Madre santísima. # 995-1008

Cap. 27.—Sale Cristo nuestro Redentor del desierto, vuelve a

donde estaba San Juan y ocúpase en Judea en algunas obras hasta la vocación de los primeros discípulos; todo lo conocía e imitaba María santísima. # 1009-1016

Cap. 28.—Comienza Cristo Redentor nuestro a recibir y llamar sus discípulos en presencia de San Juan Bautista y da principio a la predicación. Manda el Altísimo a la divina Madre que le siga. # 1017-1022 y en PD: 13, # 1023-1024

PARTE DIGITAL 13

Cap. 29.—Vuelve Cristo nuestro Salvador con los primeros cinco discípulos a Nazaret, bautiza a su Madre santísima y lo que en todo esto sucedió. # 1025-1032

LIBRO VI [PD: 13-17]

Contiene las bodas de Cana de Galilea; cómo acompañó María santísima al Redentor del mundo en la predicación; la humildad que mostraba la divina Reina en los milagros que bacía su Hijo santísimo; su Transfiguración; la entrada de Su Majestad en Jerusalén; su pasión y muerte; el triunfo que alcanzó en la Cruz de Lucifer y sus secuaces; la santísima Resurrección del Salvador y su admirable Ascensión a los cielos. [PD: 13-17]

Cap. 1.—Comienza Cristo nuestro Salvador a manifestarse con el primer milagro que hizo en las bodas de Cana a petición de su Madre santísima. # 1033-1043

Cap. 2.—Acompaña María santísima a nuestro Salvador en la predicación, trabaja mucho en esto y cuida de las mujeres que le seguían y en todo procede con suma perfección. # 1044-1052

Cap. 3.—La humildad de María santísima en los milagros que obraba Cristo nuestro Salvador, y la que enseñó a los Apóstoles para los que ellos habían de obrar en la virtud divina, y otras advertencias. # 1053-1065

Cap. 4.—Con los milagros y obras de Cristo y con los de San Juan Bautista se turba y equivoca el demonio, Herodes prende y degüella a San Juan Bautista y lo que sucedió en su muerte. # 1066-1078

Cap. 5.—Los favores que recibieron los Apóstoles de Cristo nuestro Redentor por la devoción con su Madre santísima, y por no tenerla Judas Iscariotes caminó a su perdición. # 1079-1098

Cap. 6.—Transfigúrase Cristo nuestro Señor en el Tabor, en presencia de su Madre santísima; suben de Galilea a Jerusalén, para acercarse a la pasión; lo que sucedió en Betania con la unción de Santa María Magdalena. # 1099-1114

Cap. 7.—El oculto sacramento que precedió al triunfo de Cristo en Jerusalén, y cómo entró en ella y fue recibido de sus moradores. # 1115-1127

Cap. 8.—Júntanse los demonios en el infierno a conferir sobre el triunfo de Cristo Salvador nuestro en Jerusalén y lo que resultó de esta junta, y otra que hicieron los pontífices y fariseos en Jerusalén. # 1128-1140

Cap. 9.—Despídese Cristo nuestro Salvador de su Madre santísima en Betania para ir a padecer el jueves de la cena, pídele la gran Señora la comunión para su tiempo y síguele a Jerusalén con Santa María Magdalena y otras santas mujeres. # 1141-1142 y en PD: 14, # 1143-1155

PARTE DIGITAL 14

Cap. 10.—Celebra Cristo nuestro Salvador la última cena legal con sus discípulos y lávales los pies; tiene su Madre santísima inteligencia y noticia de todos estos misterios. # 1156-1179

Cap. 11.—Celebra Cristo nuestro Salvador la cena sacramental, consagrando en la Eucaristía su sagrado y verdadero cuerpo y sangre, las oraciones y peticiones que

hizo, comulgó a su Madre santísima y otros misterios que sucedieron en esta ocasión. # 1180-1203

Cap. 12.—La oración que hizo nuestro Salvador en el huerto y sus misterios y lo que de todos conoció su Madre santísima. # 1204-1222

Cap. 13.—La entrega y prendimiento de nuestro Salvador por la traición de Judas Iscariotes y lo que en esta ocasión hizo María santísima y algunos misterios de este paso. # 1223-1239

Cap. 14.—La fuga y división de los Apóstoles con la prisión de su Maestro, la noticia que tuvo su Madre santísima y lo que hizo en esta ocasión, la condenación al infierno por su propia culpa de Judas Isacriotes y turbación de los demonios con lo que iban conociendo. # 1240-1255
Cap. 15.—Llevan a nuestro Salvador Jesús atado y preso a casa del pontífice Anás; lo que sucedió en este paso y lo que padeció en él su beatísima Madre. # 1256-1267

Cap. 16.—Fue llevado Cristo nuestro Salvador a casa del pontífice Caifás, donde fue acusado y preguntado si era Hijo de Dios; y San Pedro le negó otras dos veces; lo que María santísima hizo en este paso y otros misterios ocultos. # 1268-1273 y en PD: 15, # 1274-1282

PARTE DIGITAL 15

Cap. 17. Lo que padeció nuestro Salvador Jesús después de la negación de san Pedro hasta la mañana y el dolor grande de su Madre santísima. # 1283-1296

Cap. 18—Júntase el concilio viernes por la mañana, para sustanciar la causa contra nuestro Salvador Jesús, remítenle a Poncio Pilatos y sale al encuentro María santísima con San Juan Evangelista y las tres Marías. # 1297-1313

Cap. 19.—Remite Pilatos a Herodes la causa y persona de nuestro Salvador Jesús, acúsanle ante Herodes y él le desprecia y envía a Pilatos; sigúele María santísima y lo que

en este paso sucedió. # 1314-1334

Cap. 20.—Por mandato de Pilatos fue azotado nuestro Salvado. Jesús, coronado de espinas y escarnecido, y lo que en este paso hizo María santísima. # 1335-1353

Cap. 21.—Pronuncia Pilatos la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, lleva Su Majestad la Cruz a cuestas en que ha de morir, síguele su Madre santísima y lo que hizo la gran Señora en este paso contra el demonio, y otros sucesos. # 1354-1374

Cap. 22.—Cómo nuestro Salvador Jesús fue crucificado en el monte Calvario y las siete palabras que habló en la Cruz y le asistió María santísima su Madre con gran dolor. # 1375-1406 y en PD: 16, # 1407-1411

PARTE DIGITAL 16

Cap. 23.—El triunfo que Cristo nuestro Salvador alcanzó del demonio en la Cruz y de la muerte, y la profecía de San Habacuc, y un conciliábulo que hicieron los demonios en el infierno. # 1412-1435

Cap. 24.—La herida que dieron con la lanza en el costado de Cristo ya difunto, su descendimiento de la Cruz y sepultura *y* lo que en estos pasos obró María santísima hasta que volvió al Cenáculo.

Cap. 25.—Cómo la Reina del cielo consoló a San Pedro y a otros Apóstoles y la prudencia con que procedió después del entierro de su Hijo, cómo vio descender su alma santísima al limbo de los Santos Padres. # 1454-1465

Cap. 26.—La resurrección de Cristo nuestro Salvador y el aparecimiento que hizo a su Madre santísima con los Santos Padres del limbo . # 1466-1476

Cap. 27.—Algunas apariciones de Cristo nuestro Salvador resucitado a las Marías y a los Apóstoles, la noticia que todos daban a la Reina y la prudencia con que los oía. #

1477-1494

Cap. 28.—Algunos ocultos y divinos misterios que a María santísima sucedieron después de la Resurrección del Señor y cómo se le dio título de Madre y Reina de la Iglesia y el aparecimiento de Cristo antes y para la Ascensión. # 1495-1508

Cap. 29.—La Ascensión de Cristo Redentor nuestro a los cielos con todos los Santos que le asistían, y lleva a su Madre santísima consigo para darla la posesión de la gloria. # 1509-1530

PARTE DIGITAL 17

TERCERA PARTE [PD: 17-22]

CONTIENE LO QUE HIZO DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN DE SU HIJO NUESTRO SALVADOR HASTA QUE LA GRAN REINA MURIÓ Y FUE CORONADA POR EMPERATRIZ DE LOS CIELOS. [PD: 17-22]

Introducción a la tercera parte de la divina Historia y Vida santísima de María Madre de Dios. # 1-28

LIBRO VII [PD: 17-19]

Contiene cómo la diestra divina prosperó a la Reina del cielo de dones altísimos, para que trabajase en la Santa Iglesia; la venida del Espíritu Santo; el copioso fruto de la redención y de la predicación de los Apóstoles; la primera persecución de la Iglesia; la conversión de San Pablo y venida de Santiago a España; la aparición de la Madre de Dios en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] y fundación de Nuestra Señora del Pilar. [PD: 17-19]

Cap. 1.—Quedando asentado nuestro Salvador Jesús a la diestra del Eterno Padre, descendió del cielo a la tierra María santísima, para que se plantase la nueva Iglesia con su asistencia y magisterio. # 1-9

Cap. 2.—Que el Evangelista san Juan en el capítulo 21 del Apocalipsis habla a la letra de la visión que tuvo, cuando vio descender del cielo a María Santísima Señora nuestra. # 10-25

Cap. 3.—Prosigue la inteligencia de lo restante del capítulo 21 del Apocalipsis. # 26-38

Cap. 4.—Después de tres días que María santísima descendió del cielo se manifiesta y habla en su persona a los Apóstoles, visítala Cristo nuestro Señor y otros misterios hasta la venida del Espíritu Santo. # 39-57

Cap. 5.—La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y otros fieles; viole María santísima intuitivamente y otros ocultísimos misterios y secretos que sucedieron entonces. # 58-72

Cap. 6.—Salieron del Cenáculo los Apóstoles a predicar a la multitud que concurrió, cómo les hablaron en varias lenguas, convirtiéronse aquel día casi tres mil y lo que hizo María santísima en esta ocasión. # 73-95

Cap. 7.—Júntanse los Apóstoles y discípulos para resolver algunas dudas en particular sobre la forma del bautismo, dánselo a los nuevos catecúmenos, celebra San Pedro la primera Santa Misa y lo que en todo esto obró María santísima. # 96-116 y en PD: 18, # 117

PARTE DIGITAL 18

Cap. 8.—Declárase el milagro con que las especies sacramentales se conservaban en María santísima de una comunión para otra y el modo de sus operaciones después que descendió del cielo a la tierra. # 118-134

Cap. 9.—Conoció María santísima que se levantaba Lucifer para perseguir a la Iglesia y lo que contra este enemigo hizo, amparando y defendiendo a los fieles. # 135-154

Cap. 10.—Los favores que María santísima por medio de sus Ángeles hacía a los Apóstoles, la salvación que alcanzó a una mujer en la hora de la muerte y otros sucesos de algunos que se condenaron. # 155-178

Cap. 11 .—Declárase algo de la prudencia con que María santísima gobernaba [como Medianera de las gracias divinas y con consejos] a los nuevos fieles y lo que hizo con San Esteban en su vida y muerte y otros sucesos. # 179-201

Cap. 12.—La persecución que tuvo la Iglesia después de la muerte de San Esteban, lo que en ella trabajó nuestra Reina y cómo por su solicitud ordenaron los Apóstoles el Símbolo de la fe católica. # 202-221

Cap. 13.—Remitió María santísima el Símbolo de la fe a los discípulos y a otros fieles, obraron con él grandes milagros, fue determinado el repartimiento del mundo a les Apóstoles y otras obras de la gran Reina del cielo. # 222-247

Cap. 14.-—La conversión de San Pablo y lo que en ella obró María santísima y otros misterios ocultos. # 248-369 y en PD: 19, 270-276

PARTE DIGITAL 19

Cap. 15.—Declárase la oculta guerra que hacen los demonios a las almas, el modo cómo el Señor las defiende por sus Ángeles, por María santísima y por sí mismo, y un conciliábulo que hicieron los enemigos después de la conversión de San Pablo contra la misma Reina y la Iglesia. #277-306

Cap. 16.—Conoció María santísima los consejos del demonio para perseguir a la Iglesia, pide el remedio en la presencia del Altísimo en el Cielo, avisa a los Apóstoles, viene Santiago a predicar a España, donde le visitó una vez María santísima. # 307-333

Cap. 17.—Dispone Lucifer otra nueva persecución contra la

Iglesia y María santísima, manifiéstasela a San Juan Evangelista y por su orden determina ir a Efeso, aparécesele su Hijo santísimo y la manda venir a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] a visitar al Apóstol Santiago el Mayor [Jacobo] y lo que sucedió en esta venida. # 334-363

LIBRO VIII [PD: 19-22]

Contiene la jornada de María santísima con San Juan Evangelista a Efeso; el glorioso martirio de Santiago el Mayor [Jacobo]; la muerte y castigo de Herodes; la destrucción del templo de Diana; la vuelta de María santísima de Efeso a Jerusalén; la instrucción que dio a los Evangelistas; el altísimo estado que tuvo su alma purísima antes de morir; su felicísimo tránsito, subida a los cielos y coronación. [PD: 19-22]

Cap. 1.—Parte de Jerusalén María santísima con San Juan Evangelista para Efeso, viene San Pablo de Damasco a Jerusalén, vuelve a ella Santiago el mayor [Jacobo], visita en Efeso a la gran Reina; decláranse los secretos que en estos viajes sucedieron a todos. # 365-391

Cap. 2.—El glorioso martirio de Santiago el Mayor [Jacobo], asístele en él María santísima y lleva su alma a los cielos, viene su cuerpo a España, la prisión de San Pablo y su libertad de la cárcel y los secretos que en todo sucedieron. # 392-412

Cap. 3.—Lo que sucedió a María santísima sobre la muerte y castigo de Herodes, predica San Juan Evangelista en Efeso sucediendo muchos milagros, levántase Lucifer para hacer guerra a la Reina del cielo. # 413-414 y en PD: 20, # 415-430

PARTE DIGITAL 20

Cap. 4.—Destruye María santísima el templo de Diana en Efeso; Llévanla sus Ángeles al cielo empíreo, donde el Señor la prepara para entrar en batalla con el Dragón

infernal y vencerle; comienza este duelo por tentaciones de soberbia. # 431-455

Cap. 5.—Vuelve de Efeso a Jerusalén María santísima llamada del Apóstol San Pedro, continúase la batalla con los demonios, padece gran tormenta en el mar y decláranse otros secretos que sucedieron en esto. # 456-479

Cap. 6.—Visita María santísima los Sagrados Lugares, gana misteriosos triunfos de los demonios, vio en el cielo la divinidad con visión beatífica, y celebran Concilio lo Apóstoles, y los secretos ocultos que sucedieron en todo esto. # 480-504

Cap. 7.—Concluyó María santísima las batallas, triunfando gloriosamente de los demonios, como lo contiene San Juan Evangelista en el capítulo 12 del Apocalipsis. # 505-532

Cap. 8.—Declárase el estado en que puso Dios a su Madre santísima con visión de la divinidad, abstractiva, pero continua, después que venció a los demonios, y el modo de obrar que en él tenía. 533-556

Cap. 9.—El principio que tuvieron los Evangelistas y sus Evangelios y lo que en esto hizo María santísima; aparecióse a San Pedro en Antioquía y en Roma y otros favores semejantes con otros Apóstoles. # 557-574

Cap. 10.—La memoria y ejercicios de la pasión que tenía María santísima y la veneración con que recibía la Sagrada Comunión y otras obras de su vida perfectísima. # 575 y en PD: 21, # 576-594

PARTE DIGITAL 21

Cap. 11.—Levantó el Señor con nuevos beneficios a María santísima sobre el estado que se dijo arriba en el capítulo 8 de este libro. # 595-610

Cap. 12.—Cómo celebraba María santísima su Inmaculada Concepción y natividad y los beneficios que estos días

recibía de su Hijo y nuestro Salvador Jesús. # 611-624

Cap. 13.—Celebra María santísima otros beneficios y fiestas con sus Ángeles, en especial su presentación, y las festividades de San Joaquín, Santa Ana y San José. # 625-641

Cap. 14.—El admirable modo con que María santísima celebraba los misterios de la Encarnación y Natividad del Verbo humanado y agradecía estos grandes beneficios. # 642-661

Cap. 15.—De otras festividades que celebraba María santísima de la circuncisión, adoración de los Reyes, su purificación, el bautismo, el ayuno, la institución del Santísimo Sacramento, Pasión y Resurrección. # 662-679
j
Cap. 16.—Cómo celebraba María santísima las fiestas de la Ascensión de Cristo nuestro Salvador y venida del Espíritu Santo, de los Ángeles y Santos y otras memorias de sus propios beneficios. # 680-695

Cap. 17.—La embajada del Altísimo que tuvo María santísima por el Ángel San Gabriel de que la restaban tres años de vida y lo que sucedió con este aviso del cielo a San Juan Evangelista y a todas las criaturas de la naturaleza. # 696-712

Cap. 18.—Cómo crecieron en los últimos días de María santísima los vuelos y deseos de ver a Dios, despídese de los Lugares Santos y de la Iglesia Católica, ordena su testamento asistiéndola la Santísima Trinidad. # 713-731

Cap. 19.—El tránsito felicísimo y glorioso de María santísima y cómo los Apóstoles y discípulos llegaron antes a Jerusalén y se hallaron presentes a él. # 732-733 y en PD: 22 # 734-746

PARTE DIGITAL 22

Cap. 20.—Del entierro del sagrado cuerpo de María

santísima y lo que en él sucedió. # 747-759

CAP. 21.—Entró en el cielo empíreo el alma de María santísima y, a imitación de Cristo nuestro Redentor, volvió a resucitar su sagrado cuerpo [por el poder de Dios] y en él subió otra vez a la diestra del mismo Señor al tercero día. # 760-774

CAP. 22.—Fue coronada María santísima por Reina de los cielos y de todas las criaturas, confirmándole grandes privilegios en beneficio de los hombres. # 775-785

CAP. 23.—Confesión de alabanza y hacimiento de gracias que yo, la menor de los mortales, Sor María de Jesús, hice al Señor y a su Madre santísima por haber escrito esta divina Historia con el magisterio de la misma Señora. # 786-791

EPILOGO

Añádese una carta en que se dirige a las religiosas de su convento. # 792-809

Finis corona operis

A.M.D.G.

MISTICA CIUDAD DE DIOS

Milagro de su Omnipotencia
y abismo de la gracia

Historia Divina, y vida de la Virgen
Madre de Dios, Reina, y Señora
Nuestra María Santísima,
Restauradora de la culpa de Eva, y
Medianera de la Gracia.

Por la Venerable Madre Sor María de Jesús de Ágreda

Omnia sub Correctione Sanctae Romanae Ecclesiae

Sor María de Jesús de Ágreda

Cuerpo Incorrupto de la Venerable
Sor María de Jesús
De Ágreda

Esta divina Historia, como en toda ella queda repetido, dejo escrita por la obediencia de mis prelados y confesores que gobiernan mi alma, asegurándome por este medio ser voluntad de Dios que la escribiese y que obedeciese a su beatísima Madre, que por muchos años me lo ha mandado; y aunque toda la he puesto a la censura y juicio de mis confesores, sin haber palabra que no la hayan visto y conferido conmigo, con todo eso la sujeto de nuevo a su mejor sentir y sobre todo a la enmienda y corrección de la santa Iglesia católica romana, a cuya censura y enseñanza, como hija suya, protesto estar sujeta, para creer y tener sólo aquello que la misma santa Iglesia nuestra Madre aprobare y creyere y para reprobar, lo que reprobare, porque en esta obediencia quiero vivir y morir. Amén."

Sor María de Jesús de Agreda, Mística Ciudad de Dios, *parte III, cap. 23, n. 791.*

ÍNDICE

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS

De la vida y sacramentos de la Reina del cielo, y lo que el Altísimo obró en esta pura criatura desde su inmaculada concepción hasta que en sus virgíneas entrañas tomó carne humana el Verbo, y los favores que la hizo en estos primeros quince años, y lo mucho que por sí misma adquirió con la divina gracia. [PD: 1-5]

INTRODUCCIÓN a la Vida de la Reina del cielo: De la razón de escribirla y otras advertencias para esto. [PD: 1, # 1-19]

LIBRO I.—Contiene la predestinación de María santísima; su

concepción inmaculada; su nacimiento; y sus ocupaciones y ejercicios hasta que fue presentada en el templo. [PD: 1-3]

LIBRO II.—Contiene la presentación al templo de la Princesa del cielo; los favores que la diestra divina la hizo; la altísima perfección con que observó las ceremonias del templo; el grado de sus heroicas virtudes y modo de visiones que tuvo; su santísimo desposorio y lo restante hasta la encarnación del Hijo de Dios. [PD: 3-6]

SEGUNDA PARTE [PD: 5-16]

Contiene los misterios desde la encarnación del Verbo divino en su virginal vientre hasta la ascensión a los cielos. [PD: 5-16]

Introducción a la segunda parte de la divina Historia y Vida santísima de María Madre de Dios. [PD: 5, # 1-10 y en PD: 6, # 11-32]

LIBRO III.—Contiene la altísima disposición que el Todopoderoso obró en María Santísima para la encarnación del Verbo; lo tocante a este misterio; el eminentísimo estado en que quedó la feliz Madre; la visitación a Santa Isabel y santificación del Bautista; la vuelta a Nazaret y una memorable batalla que tuvo con Lucifer. [PD: 6-8]

LIBRO IV.—Contiene los recelos de San José, conociendo el preñado de María santísima; el nacimiento de Cristo nuestro Señor; su circuncisión; la adoración de los Reyes y presentación del infante Jesús en el templo; la fuga a Egipto, muerte de los inocentes y la vuelta a Nazaret. [PD: 8-10]

LIBRO V.—Contiene la perfección con que María Santísima copiaba e imitaba las operaciones del alma de su Hijo amantísimo, y cómo la informaba de la ley de gracia, artículos de la fe, sacramentos y diez mandamientos, y la prontitud y alteza con que la observaba; la muerte

de San José; la predicación de San Juan Bautista; el ayuno y bautismo de nuestro Redentor; la vocación de los primeros discípulos y el bautismo de la Virgen María Señora nuestra. [PD: 10-13]

LIBRO VI.—Contiene las bodas de Cana de Galilea; cómo acompañó María Santísima al Redentor del mundo en la predicación; la humildad que mostraba la divina Reina en los milagros que hacía su Hijo santísimo; su transfiguración; la entrada de Su Majestad en Jerusalén; su pasión y muerte; el triunfo que alcanzó en la cruz de Lucifer y sus secuaces; la santísima resurrección del Salvador y su admirable ascensión a los cielos. [PD: 13-17]

TERCERA PARTE [PD: 17-22]

Contiene lo que hizo después de la ascensión de su Hijo nuestro Salvador hasta que la gran Reina murió y fue coronada por emperatriz de los cielos. [PD: 17-22]

Introducción a la tercera parte de la divina Historia y Vida santísima de María Madre de Dios. [PD: 17, # 1-28]

LIBRO VII.—Contiene cómo la diestra divina prosperó a la Reina del cielo de dones altísimos, para que trabajase en la Santa Iglesia; la venida del Espíritu Santo; el copioso fruto de la redención y de la predicación de los Apóstoles; la primera persecución de la Iglesia; la conversión de San Pablo y venida de Santiago a España; la aparición de la Madre de Dios en Zaragoza y fundación de Nuestra Señora del Pilar. [PD: 17-19]

LIBRO VIII.—Contiene la jornada de María santísima con San Juan a Efeso; el glorioso martirio de Santiago; la muerte y castigo de Herodes; la destrucción del templo de Diana; la vuelta de María santísima de Efeso a Jerusalén; la instrucción que dio a los evangelistas; el

altísimo estado que tuvo su alma purísima antes de morir; su felicísimo tránsito, subida a los cielos y coronación. [PD: 19-22]

ÍNDICE GENERAL

PRIMERA PARTE

DE LA VIDA Y SACRAMENTOS DE LA REINA DEL CIELO, Y LO QUE EL ALTÍSIMO OBRÓ EN ESTA PURA CRIATURA DESDE SU INMACULADA CONCEPCIÓN HASTA QUE EN SUS VIRGÍNEAS ENTRAÑAS TOMÓ CARNE HUMANA EL VERBO, Y LOS FAVORES QUE LA HIZO EN ESTOS PRIMEROS QUINCE AÑOS, Y LO MUCHO QUE POR SÍ MISMA ADQUIRIÓ CON LA DIVINA GRACIA.

INTRODUCCIÓN A LA VIDA DE LA REINA DEL CIELO

De la razón de escribirla y otras advertencias para esto.

1. Quien llegare a entender —si por dicha lo entendiere alguno—que una mujer simple, por su condición la misma ignorancia y flaqueza y por sus culpas más indigna; en estos últimos siglos, cuando la santa Iglesia nuestra madre está tan abundante de maestros y varones doctísimos, tan rica de la doctrina de los santos padres y doctores sagrados; y en ocasión tan importuna, cuando debajo del santo celo de las personas prudentes y sabias se hallan las que siguen vida espiritual turbadas y mareadas y este camino mirado del mundo como sospechoso y el más peligroso de todos los de la vida cristiana; pues quien en tal coyuntura considerare a secas y sin otra atención que una mujer como yo se atreve y determina a escribir cosas divinas y sobrenaturales, no me causara admiración si luego me condenare por más que audaz,

liviana y presuntuosa; si no es que en la misma obra y su conato halle encerrada la disculpa, pues hay cosas tan altas y superiores para nuestros deseos y tan desiguales a las fuerzas humanas que el emprenderlas o nace de falta de juicio o se mueve con virtud de otra causa mayor y más poderosa.

2. Y como los fieles hijos de la Iglesia santa debemos confesar que todos los mortales, no sólo con sus fuerzas naturales, pero aun juntas con las de la gracia común y ordinaria, son insuficientes, ignorantes y mudos para empresa tan dificultosa como explicar o escribir los escondidos misterios y sacramentos que elpoderoso brazo del Altísimo obró en aquella criatura que, para hacerla Madre suya, la hizo mar impenetrable de su gracia y dones y depositó en ella los mayores tesoros de su divinidad; y qué mucho se reconozca por incapaz la ignorancia de nuestra flaqueza, cuando los mismos espíritus angélicos hacen lo mismo y se confiesan tartamudos para hablar cosa tan sobre sus pensamientos y capacidad; y por esto, la vida de esta fénix de las obras de Dios es libro tan cerrado que no se hallará de las criaturas en el cielo ni en la tierra quien dignamente pueda abrirle; bien claro está que sólo puede hacerlo el mismo poderoso Señor que la formó más excelente que todas las criaturas, y también la misma Señora, Reina y Madre nuestra, que fue capaz de recibir tan inefables dones y digna de conocerlos; y para manifestarlos cuanto y cuando y como fuere su Unigénito Hijo servido, en su mano está elegir proporcionados instrumentos y que para su gloria fueren más idóneos.

3. Bien juzgara yo que lo fueran los maestros y varones santos de la Iglesia católica o los doctores de las escuelas, que todos nos han enseñado el camino de la verdad y luz. Pero los juicios del Altísimo y sus pensamientos se levantan sobre los nuestros como el cielo dista de la tierra (Is., 55, 9), y nadie conoció su sentido ni en sus obras le puede dar consejo (Rom., 11, 34). El es quien tiene el peso (Ap., 6, 5) del santuario en su mano y pondera los vientos (Job., 28, 25), comprende todos los orbes en sus palmas (Is., 40, 12) y con la

equidad de sus santísimos consejos dispone todas las cosas en peso y medida (Job 11, 21), dando a cada una oportuno lugar y tiempo. El dispensa la luz de la sabiduría (Eclo., 24, 37) y por su justísima bondad la distribuye, y nadie puede subir al cielo para traerla (Bar., 3, 29), ni sacarla de las nubes, conocer sus caminos, ni investigar sus ocultas sendas (Bar., 3, 31). Y él solo la guarda en sí mismo y, como vapor y emanación de su inmensa caridad (Sab., 7, 25), candor de su eterna luz, espejo sin mancha e imagen de su bondad eterna (Sab., 7, 26), la transfunde por las almas santas a las naciones, para hacer con ella amigos del Altísimo y constituir profetas (Ib. 27). El mismo Señor sabe por qué y para qué a mí, la más vil criatura, me despertó, llamó y levantó, me dispuso y encaminó, me obligó y compelió, a que escriba la Vida de su digna Madre, Reina y Señora nuestra.

4. Y no puede caber en prudente juicio que, sin este movimiento y fuerza de la mano poderosa del Altísimo, viniera tal pensamiento en corazón humano, ni determinación semejante en mi ánimo, que me reconozco y confieso por mujer débil y sin virtud. Pero así como no pude por mi juicio pensarlo, tampoco debo con pertinacia resistirlo por sólo mi voluntad. Y porque de esto se pueda hacer juicio recto, contaré con sencilla verdad algo de lo que sobre esta causa me ha sucedido.

5. El año octavo de la fundación de este convento, a los veinte y cinco de mi edad, me dio la obediencia el oficio, que hoy indignamente tengo, de prelada de este convento; y hallándome turbada y afligida con gran tristeza y cobardía, porque mi edad y deseo no me enseñaba a gobernar ni mandar sino a obedecer y ser gobernada, y el saber que para darme el oficio se había pedido dispensación, y otras justas razones, aumentaban mis temores; con que el Altísimo ha tenido toda la vida crucificado mi corazón con un pavor continuo que no puedo explicar de si mi camino es seguro, si perderé o tendré su amistad y gracia.

6. En esta tribulación clamé al Señor de todo mi corazón para que me ayudase y, si era su voluntad, me librase de este peligro y carga. Y aunque es verdad que Su Majestad algún tiempo antes me tenía prevenida mandándome la recibiese y, excusándome yo con encogimiento, siempre me consolaba y manifestaba ser esto su beneplácito, con todo eso, no cesé en mis peticiones, antes las multiplicaba. Porque entendía y veía en el Señor una cosa bien digna de consideración, y era que, no obstante lo que Su Majestad me mostraba de ser aquella su santísima voluntad y que yo no la podía impedir, con todo eso entendía juntamente me dejaba libre para que yo me retirase y resistiese, y haciendo lo que como criatura flaca debía reconociendo cuán grande era mi insuficiencia de todas maneras; que tan prudentes son las obras del Señor con nosotros. Y con este beneplácito que conocía, hice muchas diligencias para excusarme de peligro tan evidente y poco conocido de la naturaleza infecta y de sus resabios y desconcertada concupiscible. Repetía
siempre el Señor ser ésta su voluntad y me consolaba por sí ,y por los santos ángeles y me amonestaba a que obedeciese.

7. Acudí con esta aflicción a la Reina, mi Señora, como a refugio singular de todos mis cuidados y, habiéndola manifestado mis caminos y deseos, se dignó de responderme y me dijo estas suavísimas razones: Hija mía, consuélate y no turbe tu corazón el trabajo, prepárate para él, que yo seré tu madre y prelada a quien obedecerás y también lo seré de tus subditas y supliré tus faltas, y tú serás mi agente por quien obraré la voluntad de mi Hijo y mi Dios; en todas tus tentaciones y trabajos acudirás a mí para conferirlas y tomar mi consejo, que yo te le daré en todo; obedéceme, que yo te favoreceré y estaré atenta a tus aflicciones.—Estas son las palabras que me dijo la Reina, tan consolatorias como provechosas para mi alma, con que se alentó y confortó en su tristeza. Y desde este día, la Madre de misericordia aumentó las que hacía con su esclava, porque de allí adelante fue más

íntima y continua la comunicación con mi alma, admitiéndome, oyéndome y enseñándome con inefable dignación y dándome consuelo y consejo en mis aflicciones y llenando mi alma de luz y doctrina de vida eterna y mandándome renovar los votos de mi profesión en sus manos. Y al fin, desde aquel suceso, se desplegó más con su esclava esta amabilísima Madre y Señora nuestra, corriendo el velo a los ocultos y altísimos sacramentos y misterios magníficos que en su vida santísima están en cerrados y encubiertos a los mortales. Y aunque este beneficio y luz sobrenatural ha sido continua, y en los días de sus festividades especialmente y en otras ocasiones en que conocí muchos misterios, pero no con la plenitud, frecuencia y claridad que después me los ha enseñado, añadiendo el mandarme muchas veces que como los entendía los escribiese y que Su Majestad me los dictaría y enseñaría. Y señaladamente un día de estas festividades de María Santísima me dijo el Altísimo que tenía ocultos muchos sacramentos y beneficios que con esta divina señora, como Madre suya, había obrado cuando era viadora entre los mortales, y que era su voluntad manifestarlos para que yo los escribiese como ella misma me ense ñaría. Y esta voluntad he conocido continuamente por espacio de diez años que resistí en Su Majestad altísima, hasta que empecé la primera vez a escribir esta divina Historia.

8. Y confiriendo este cuidado con los santos príncipes y ángeles que el Todopoderoso había señalado para que me encaminasen en esta obra de escribir la Historia de nuestra Reina y manifestándoles mi turbación y aflicción de corazón, cuán tartamuda y enmudecida era mi lengua para tan ardua empresa, me respondieron repetidas veces era voluntad del Altísimo que escribiese la Vida de su purí sima Madre y Señora nuestra, Y especialmente un día que yo les repliqué mucho, representando mi dificultad, imposibilidad y gran des temores, me dijeron estas palabras: Con razón, alma, te acobar das y turbas, dudas y reparas en causa que los mismos ángeles lo hacemos, como insuficientes para declarar cosas tan

altas y magní ficas como el brazo poderoso obró en la Madre de piedad y nues tra Reina. Pero advierte, carísima, que faltará el firmamento y la máquina de la tierra y todo lo que tiene ser dejará de tenerle, antes que falte la palabra del Altísimo —y muchas veces la tiene dada a sus criaturas y en su Iglesia se halla en las santas Escrituras— que el obe diente cantará victorias de sus enemigos (Prov., 21, 28) y no será reprensible en obedecer. Y cuando crió al primer hombre y le puso el precepto de obediencia que no comiese del árbol de la ciencia, entonces esta bleció esta virtud de la obediencia y jurando juró para más asegurar al hombre; que el Señor suele hacerlo, como con Abrahán cuando le prometió que de su linaje descendería el Mesías y se le daría con afirmación de juramento (Gén., 22 16). Así lo hizo cuando crió al primer hombre asegurándole que el obediente no erraría, y también repitió este ju ramento (Lc., 1, 73) cuando mandó que su Hijo santísimo muriese y aseguró a los mortales que quien obedeciese a este segundo Adán, imitándole en la obediencia con que restauró lo que el primero perdió por su desobediencia, viviría para siempre y en sus obras no tendría parte el enemigo. Advierte, María, que toda la obediencia se origina de Dios, como de principal y primera causa, y nosotros, los ángeles, obedecemos al poder de su divina diestra y a su rectísima voluntad, porque no podemos ir contra ella, ni la ignoramos, que vemos el ser inmutable del Altísimo cara a cara y conocemos es santa, pura y verdadera, rectísima y justa. Pues esta certidumbre, que los ángeles tenemos por la vista beatífica, tenéis los mortales respectivamente y según el estado de viadores en que estáis con aquellas palabras que dijo el mismo Señor de los prelados y superiores: *Quien a vosotros oye, a mí oye y quien a vosotros obedece, a mí obedece* (Lc., 10, 16). Y en virtud de que se obedece por Dios, que es la principal causa y superior, le compete a su providencia poderosa el acierto de los obedientes cuan do lo que se manda no es materia pecable; y por todo esto lo asegura el Señor con juramento, y dejará de ser antes —siendo esto imposible por ser Dios— que falta su palabra (Mt., 24, 35).

Y así como los hijos proceden de los padres y todos los vivientes de Adán, multiplicados en la posterioridad de su naturaleza, así proceden de Dios todos los prelados como de supremo Señor, por quien obedecemos a los superiores: la naturaleza humana a los prelados vivientes y la angélica a los de superior jerarquía de nuestra naturaleza, y unos y otros en ellos a Dios eterno. Pues acuérdate, alma, que todos te han ordenado y mandado lo que dudas y si, queriendo tú obedecer, no conviniera, hiciera el Altísimo con tu pluma lo que con el obediente Abrahán cuando sacrificaba a su hijo Isaac, que nos mandó a uno de sus espíritus angélicos detuviésemos el brazo y cuchillo; y no manda detengamos tu pluma, sino que con ligero vuelo la llevemos, oyendo a Su Majestad, y rigiéndote alumbremos tu entendimiento y te ayudemos.

9. Estas razones y doctrina me dieron en aquella ocasión mis santos ángeles y señores. Y en otras muchas, el príncipe san Miguel me ha declarado la misma voluntad y mandato del Altísimo y, por continuas ilustraciones, favores y enseñanzas de este gran arcángel y príncipe celestial, he entendido magníficos misterios y sacramentos del Señor y de la Reina del cielo. Porque este santo arcángel fue uno de los que la guardaban y asistían con los demás que, para su custodia, fueron diputados de todos los órdenes y jerarquías, como en su lugar diré (Cf. infra n. 202-207), y siendo justamente patrón y protector universal de la Iglesia Santa, por todo fue especialmente testigo y ministro fidelísimo de los misterios de la encarnación y redención; y así lo tengo muchas veces entendido de este santo arcángel, de cuya protección he recibido singulares beneficios en mis trabajos y peleas y me ha prometido asistirme y enseñarme en esta obra.

10. Y sobre todos estos mandatos, y otros que no es necesario referir, y lo que adelante diré (Cf. Infra intr.. n. 16) el mismo Señor por sí inmediatamente me ha mandado y declarado su beneplácito muchas veces, contenido en las palabras que ahora sólo diré. Un día de la Presentación de María Santísima en el templo me dijo Su

Majestad: Esposa mía, muchos misterios hay en mi Iglesia militante manifiestos de mi Madre y de los santos, pero muchos están ocultos, y más los interiores y secretos, que quiero manifestarlos y que tú los escribas como fueres enseñada, y en especial de María purísima. Yo te los declararé y mostraré, que por los ocultos juicios de mi sabiduría los he tenido reservados, porque no era el tiempo conveniente ni oportuno a mi providencia; ahora lo es, y mi voluntad que los escribas; obedece, alma.

11. Todas estas cosas que he dicho, y más que pudiera declarar, no fueran poderosas para reducir mi voluntad a determinación tan ardua y peregrina a mi condición, si no juntara la obediencia de mis prelados, que han gobernado mi alma y me enseñan el camino de la verdad. Porque no son mis recelos y temores de condición que me dejaran asegurar en materia tan dificultosa, cuando en otras más fáciles, siendo sobrenaturales, no hago poco en quietarme con la obediencia; y como ignorante mujer he buscado siempre este norte, porque es obligación registrar todas las cosas, aunque parezcan más altas y sin sospecha, con los padres espirituales y no tenerlas por ciertas y seguras hasta la aprobación de los maestros y ministros de la Iglesia Santa. Todo esto he procurado hacer en la dirección de mi alma, y más en este intento de escribir la Vida de la Reina del cielo. Y para que mis prelados no se moviesen por mis relaciones, he trabajado muchísimo disimulando cuanto podía algunas cosas y pidiendo con lágrimas al Señor les diese luz y acierto y muchas veces deseando se les quitase del pensamiento esta causa y que no me dejasen errar ni ser engañada. Confieso también que el demonio, valiéndose de mi natural y temores, ha hecho grande esfuerzo para impedirme esta obra, buscando medios con que aterrarme y afligirme, y en que sin dudarme hubiera vencido a dejarla, si la industria y perseverancia invencible de mis prelados no hubiera animado mi cobardía, dando también ocasión para que el Señor, la Virgen purísima y santos ángeles renovasen la luz, señales y maravillas. Pero con todo esto, dilaté o, por mejor decir, resistí muchos años a la obediencia de todos —como

adelante diré (Cf. Infra intr. n. 19)— sin haberme atrevido a poner mano de intento en cosa tan sobre mis fuerzas. Y no creo ha sido sin particular providencia de Su Majestad, porque en el discurso de este tiempo han pasado por mí tantos sucesos y, puedo decir, misterios y trabajos tan extraordinarios y varios, que no pudiera con ellos gozar de la quietud y serenidad de espíritu cual es necesario para recibir esta luz y enseñanza, pues no en cualquier estado, aunque sea muy alto y provechoso, puede estar idóneo el ápice del alma para recibir tan alto y delicado influjo. Y fuera de esta razón hallo otra: y es, para que con tan larga dilación yo me pudiese informar y asegurar, así con la nueva luz que se va granjeando con el tiempo y la prudencia que se adquiere en la varia experiencia, como también que, perseverando el Señor, los santos, mis prelados y sus instancias, con tan continuada obediencia yo me aquietase y asegurase y venciese mis temores, cobardía, perplejidad y fiase del Señor lo que desconfio de mi flaqueza.

13. En confianza, pues, de esta virtud grande de la obediencia, me determiné en nombre del Altísimo y de la Reina, mi Señora, a rendir mi resistencia. Y llamo grande a esta virtud, no sólo porque ella ofrece a Dios lo más noble de la criatura, que es la mente, dictamen y voluntad, en holocausto y sacrificio, pero también porque ninguna otra virtud asegura el acierto más que la obediencia, pues ya la criatura no obra por sí, sino como instrumento de quien la gobierna y manda. Ella aseguró a Abrahán (Gén., 21, 1ss) para que venciese la fuerza del amor y ley natural con Isaac; y si fue poderosa para esto, y para que el sol y los cielos detuviesen su velocísimo movimiento (Jos., 10, 13), bien puede serlo para que se mueva la tierra; que si por obediencia se gobernara Oza (2 Sam., 6, 6-8), por ventura no fuera castigado por atrevido y temerario en tocar el arca. Bien veo que yo, más indigna, alargo la mano para tocar, no el arca muerta y figurativa de la antigua ley, pero el arca viva del Nuevo Testamento, donde se encerró el maná de la divinidad y el original de la gracia y su santa ley; pero si callo, temo ya con razón desobedecer a tantos mandatos y podré decir con Isaías:

¡Ay de mí porque callé! (Is., 6, 5) Pues, oh Reina y Señora mía, mejor será que resplandezca en mi vileza vuestra benignísima piedad y misericordia y el favor de vuestra liberal mano; mejor será que me la deis para obedecer a vuestros mandatos, que caer en vuestra indignación; obra será, oh purísima Madre, digna de vuestra clemencia levantar a la pobre de la tierra y que de un sujeto flaco y menos idóneo hagáis instrumento para obras tan difíciles, con que engrandecéis vuestra gracia y las que vuestro Hijo santísimo os comunicó; y no daréis lugar a la engañosa presunción, para que imagine que con industria humana o con prudencia terrena o con la fuerza y autoridad de la disputa se hace esta obra, pero que con la virtud de la divina gracia despertáis de nuevo los corazones fieles y los lleváis a vos, fuente de piedad y misericordia. Hablad, pues, Señora, que vuestra sierva oye con voluntad ardiente de obedeceros, como debo. Pero ¿cómo podrán alcanzar e igualar mis deseos a mi deuda? Imposible será la digna retribución, pero, sí posible fuera, la deseara. ¡Oh Reina poderosa y grande, cumplid vuestras promesas y palabras, manifestándome vuestras gracias y atributos, para que sea vuestra grandeza más conocida y magnificada de todas las naciones y generaciones! Hablad, Señora, que vuestra sierva oye, hablad y engrandeced al Altísimo por las obras poderosas y maravillosas que obró su diestra en vuestra profundísima humildad; derívense de sus manos, hechas a torno (Cant., 5, 14), llenas de jacintos, en las vuestras y de ellas a vuestros devotos y siervos, para que los ángeles le bendigan, los justos le magnifiquen, los pecadores le busquen y para que tengan todos ejemplar de suma santidad y pureza y, con la gracia de vuestro Santísimo Hijo, tenga yo este espejo y eficaz arancel por donde pueda componer mi vida. Pues éste ha de ser el primer intento de mi cuidado en escribir la vuestra, como repetidas veces me lo ha dicho Vuestra Alteza, dignándose de ofrecerme un vivo ejemplar y espejo sin mácula animado, donde mire y adorne mi alma, para ser hija vuestra y esposa de vuestro santísimo Hijo.

14. Esta es toda mi pretensión y voluntad; y por esto, no escribiré como maestra sino como discípula, no para enseñar sino para aprender, que ya se han de callar por

oficio las mujeres en la Iglesia santa (1 Cor., 14, 34) y oír a los maestros; pero, como instrumento de la Reina del cielo, manifestaré lo que Su Majestad se dignare enseñarme y me mandare; porque, de recibir el espíritu que su Hijo santísimo prometió (Jl., 2, 28; Act., 2, 17) enviar sobre todas las condiciones de las personas sin excepción, todas las almas son capaces y también lo son de manifestarlo en su conveniente modo como lo reciben, cuando la potestad superior lo ordena con cristiana providencia, como juzgo lo han dispuesto mis prelados. El errar yo es posible y consiguiente a mujer ignorante, pero no en obedecer, ni tampoco será de voluntad; y así me remito y sujeto a quien me guía y a la corrección de la santa Iglesia católica, a cuyos ministros acudiré en cualquiera dificultad; y quiero que mi prelado, maestro y confesor sea testigo y censor de esta doctrina que recibo y también juez vigilante y severo de cómo la pongo por obra o falto en el cumplimiento de ella y de mis obligaciones medidas por este beneficio.

15. Por voluntad del Señor y orden de la obediencia he escrito segunda vez esta divina Historia; porque la primera, como era la luz con que conocía sus misterios tan abundante y fecunda y mi cortedad grande, no bastó la lengua, ni alcanzaron los términos, ni la velocidad de la pluma para decirlo todo; dejé algunas cosas y, con el tiempo y las nuevas inteligencias, me hallo más dispuesta para escribirlas ahora, aunque siempre dejaré de decir mucho de lo que entiendo y he conocido, porque todo nunca es posible. Fuera de esto, he conocido otra razón en el Señor: y es que, la primera vez cuando escribí, me llevaba mucho la atención de lo material y orden de esta obra, y fueron las tentaciones y temores tan grandes y las tempestades que me combatían de discursos y sugestiones tan excesivas, de que era temeraria en haber puesto mano en obra tan ardua, que me rendí a quemarla; y creo no sin permisión del Señor, porque en estado tan turbulento no se pudo dar al alma lo conveniente y que el Altísimo quería, escribiéndola en mi corazón y grabando en mi espíritu su doctrina, como se me manda lo haga ahora, y puede colegirse del suceso siguiente.

16. Un día de la Purificación de Nuestra Señora, después de

haber recibido el santísimo sacramento, quise celebrar esta santa festividad —porque cumplía en ella años de profesión — con hacimiento de gracias y rendido corazón al Altísimo que, sin merecerlo, me admitió por su esposa; y, al tiempo de ejercitar estos afectos, sentí en mi interior una mudanza eficaz con abundantísima luz, que me llevaba y compelía fuerte y suavemente al conocimiento del ser de Dios, de su bondad, perfecciones y atributos y al desengaño de mi propia miseria; y estos objetos, que a un tiempo se ponían en mi entendimiento, me hacían varios efectos: el primero, llevándose toda mi atención y voluntad, y el segundo, aniquilándome y pegándome con el polvo, de manera que se deshacía mi ser y sentía dolor vehementísimo y contrición de mis graves pecados con firme propósito de la enmienda y de renunciar cuanto el mundo tiene y levantarme sobre todo lo terreno al amor del Señor; en estos afectos quedaba desfallecida y el mayor dolor era consuelo y el morir vivir. El Señor, apiadándose de mi deliquio y por sola su misericordia, me dijo: No desmayes, hija y esposa mía, que para perdonarte, lavarte y purificarte de tus culpas yo te aplicaré mis infinitos merecimientos y la sangre que por ti derramé; anímate a la perfección que deseas con la imitación de la vida de mi Madre santísima; escríbela segunda vez, para que pongas lo que falta e imprimas en tu corazón su doctrina y no irrites más mi justicia, ni desobligues a mi misericordia quemando lo que escribieres, porque mi indignación no quite de ti la luz que, sin merecerla, se te ha dado para conocer y manifestar estos misterios.

17. Luego vi a la Madre de Dios y de Piedad y me dijo: Hija mía, aún no has sacado el fruto conveniente para tu alma del árbol de la vida de mi Historia que has escrito, ni llegado a la medula de su sustancia; no has cogido harto de este maná escondido, ni has tenido la última disposición de perfección que necesitabas, para que el Todopoderoso grabe e imprima respectivamente en tu alma mis virtudes y perfecciones. Yo te he de dar la cualidad y adorno conveniente para lo que la divina diestra quiere obrar en ti; y le he pedido que por mi mano e intercesión, y de la abundantísima gracia que me ha comunicado, me dé licencia para adornarte y componer tu alma, para que

vuelvas a escribir mi vida, sin atender a lo material de ella sino a lo formal y sustancial, habiéndote pasivamente y sin poner óbice para recibir el corriente de la divina gracia que el Todopoderoso encaminó a mí y que pase a ti la parte que la voluntad divina dispusiere; no la coartes ni limites por tu poquedad e imperfecto proceder.—Luego conocí que la Madre de piedad me vestía una vestidura más blanca que la nieve y resplandeciente que el sol; y después me ciñó con una cintura riquísima y dijo: Esta es participada de mi pureza.—Y pidió ciencia infusa al Señor para adornarme con ella, que sirviese de hermosísimos cabellos, y otras dádivas y preseas preciosas que, aunque yo veía eran grandes, conocía ignoraba su valor. Y después de este adorno, me dijo la divina Señora: Trabaja fiel y diligente por imitarme y ser perfectísima hija mía, engendrada de mi espíritu, criada a mis pechos. Yo te doy mi bendición, para que en mi nombre y con mi dirección y asistencia escribas segunda vez.

18. Toda esta Vida santísima, para mayor claridad, se reduce a tres partes o libros: el primero será de lo que pertenece y toca a los quince años primeros de la Reina del cielo, desde su concepción purísima hasta que en su virginal vientre tomó carne humana el Verbo eterno, y lo que en estos años obró el Altísimo con María Purísima; la segunda parte comprende el misterio de la Encarnación, toda la vida de Cristo Nuestro Señor, su Pasión, Muerte y Ascensión a los Cielos, que fue lo que vivió la divina Reina con su Hijo Santísimo, y lo que hizo en este tiempo; la tercera parte será lo restante de esta vida de la Madre de la gracia, después que se quedó sola sin Cristo nuestro Redentor en el mundo, hasta que llegó la hora de su feliz tránsito, asunción y coronación en los cielos por Emperatriz de ellos, para vivir eternamente como Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Estas tres partes divido en ocho libros, para que sean más manuales y siempre objeto de mi entendimiento, estímulo de mi voluntad y mi meditación de día y noche.

19. Y para declarar en qué tiempo escribí esta divina Historia, se ha de advertir que fundaron este convento de religiosas descalzas de la Purísima Concepción mis padres

Fr. Francisco Coronel y la madre sor Catalina de Arana, en su misma casa, por disposición y voluntad divina, declarada con particular luz y revelación a mi madre sor Catalina. Fue la fundación octava de la Epifanía, a trece de enero del año de mil seiscientos y diez y nueve. El mismo día tomamos el hábito mi madre y dos hijas, y mi padre se fue a la religión de nuestro Seráfico Padre san Francisco, con dos hijos que ya eran religiosos, donde tomó el hábito, profesó y vivió con ejemplo de todos y murió santamente. Mi madre y yo recibimos el velo día de la Purificación de la gran Reina del Cielo, a dos de febrero del año de mil seiscientos y veinte; y por no tener edad bastante, se dilató la profesión de la segunda hija. Favoreció el Todopoderoso por sola su bondad nuestra familia, en que toda se consagrase al estado religioso. El año octavo de la fundación, a los veinte y cinco de mi edad y del Señor de mil seiscientos y veinte y siete, me dio la obediencia el oficio de prelada que hoy indignamente tengo. Pasaron diez años de Prelacia, en los cuales tuve muchos mandatos del Altísimo y de la gran Reina del Cielo para que escribiese su vida santísima, y con temor y encogimiento resistí todo ese tiempo a estos órdenes divinos, hasta el año de mil seiscientos y treinta y siete que comencé a escribirla la primera vez; y en acabándola, por los temores y tribulaciones dichas, y por consejo de un confesor que me asistía en ausencia del principal que me gobernaba, quemé todos los papeles y otros muchos, así de esta sagrada Historia como de otras materias graves y misteriosas; porque me dijo que las mujeres no habían de escribir en la Santa Iglesia. Obedecíle pronta y después tuve asperísimas reprensiones de los Prelados y Confesor que sabía toda mi vida; y de nuevo me intimaron censuras para que la escribiese otra vez; y el Altísimo y la Reina del Cielo repitieron nuevos mandatos para que obedeciese. Y esta segunda vez, fue tan copiosa la luz que del ser divino tuve, los beneficios que la diestra del Altísimo me comunicó tan abundantes, encaminados a que mi pobre alma se renueve y vivifique en las enseñanzas de su divina Maestra, las doctrinas tan perfectas y los sacramentos tan encumbrados, que es forzoso hacer libro aparte y será perteneciente a la misma Historia y su título: Leyes de la esposa, ápices de su casto amor y fruto cogido del árbol de la vida de María Santísima

Señora nuestra. Y con el favor divino empiezo a escribirla en ocho de diciembre de mil seiscientos y cincuenta y cinco, día de la Purísima Inmaculada Concepción .

Dignare me laudare te, Virgo Sacrata. Da mihi virtutem contra hostes tuos.

>>sigue>>

PRIMERA PARTE

De la vida de la Reina del Cielo, y lo que el Altísimo obró en esta Pura criatura desde su Inmaculada Concepción hasta que en sus Virginales entrañas tomo carne humana el Verbo, y los favores que la hizo en estos primeros quince años, y lo mucho que por si misma adquirió con la Divina gracia.

LIBRO I

CONTIENE LA PREDESTINACIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA; SU CONCEPCIÓN INMACULADA; SU NACIMIENTO Y SUS OCUPACIONES Y EJERCICIOS HASTA QUE FUE PRESENTADA EN EL TEMPLO.

CAPITULO 1

De dos particulares visiones que el Señor mostró a mi alma y otras inteligencias y misterios que me compelían a dejarme de lo terreno, levantando mi espíritu y habitación sobre la tierra.

1. Confiésote y magnificóte (Mt., 11, 25), Rey altísimo, que por tu dignación y levantada majestad encubriste de los sabios y maestros estos altos misterios y los revelaste a mí, tu esclava, la más párvula e inútil de tu Iglesia, para que con admiración seas conocido por todopoderoso y

autor de esta obra, tanto más cuanto el instrumento es más vil y flaco.

2. Este Señor Altísimo —después de largas resistencias que he referido y muy desordenados temores y de grandes suspensiones nacidas de mi cobardía, por conocer este mar inmenso de maravillas en que me embarco, recelosa de anegarme en él— me dio a sentir una virtud de lo alto, suave, fuerte, eficaz y dulce; una luz que alumbra al entendimiento, reduce a la voluntad rebelde, quietando, enderezando, gobernando y llamando a la república de los sentidos interiores y exteriores y rindiendo a toda la criatura para el agrado y voluntad del Altísimo y buscar en todo sola su gloria y honra. Estando en esta disposición, oí una voz del Todopoderoso que me llamaba y llevaba tras de sí con grande fuerza, levantando mi habitación a lo alto (Eclo., 51, 13) y fortaleciéndome contra los leones (Ib., 4) que rugían hambrientos para alejar mi alma del bien que la ofrecían, en el conocimiento de los grandes sacramentos (misterios) que se encierran en este Tabernáculo y Ciudad Santa de Dios, y librándome de las puertas de las tribulaciones (Ib., 5) por donde me convidaban a entrar, cercada de los dolores de la muerte (Sal., 17, 5 --- La numeración de los salmos es según la edición de los Papas Sixto V y Clemente VIII de la Vulgata) y de la perdición, rodeada de la llama de esta Sodoma y Babilonia en que vivimos, y queriéndome atropellar para que ciega me convirtiese y entregase a ella, ofreciéndome objetos de aparente deleite a mis sentidos, informándolos fabulosamente con falacia y dolos. Pero de todos estos lazos que preparaban a mis pies (Sal., 56, 7; 24, 15) me rescató el Altísimo, elevando mi espíritu y enseñándome con amonestaciones eficaces el camino de la perfección, y convidándome a una vida espiritualizada y angélica en la carne mortal, y obligándome a vivir tan solícita que, en medio de la hornaza, no me tocase el fuego y me librase de la lengua coinquinada (Eclo., 5, 6-7), cuando muchas veces me contaba terrenas fabulaciones (Sal., 118, 85); y llamándome Su Alteza para que me levantase del polvo y de la tenuidad que causa la ley del pecado, que resistiese a los efectos heredados de la naturaleza infecta y la detuviese en sus desordenadas inclinaciones, deshaciéndolas a la vista de la luz y

levantándome a mí sobre mí ; y con fuerzas de poderoso Dios, correcciones de padre y caricias de esposo, muchas veces me llamaba y decía: Paloma mía y hechura de mis manos, levántate (Lam., 3, 28) y date priesa, ven a mí, que soy luz y camino, y el que me sigue no anda en tinieblas (Cant., 2, 10). Ven a mí, que soy verdad segura, santidad cierta, soy el poderoso y sabio y enmendador de los sabios (Sab., 7, 15).

3. Los efectos de estas palabras eran en mí flechas de dulce amor, de admiración, reverencia, temor y conocimiento de mis pecados y vileza, con que me retiraba, encogía y aniquilaba; y el Señor me decía: Ven, alma, ven, que soy tu Dios Omnipotente, y, aunque hayas sido pródiga y pecadora, levántate de la tierra y ven a mí que soy tu Padre, recibe la estola de mi amistad y el anillo de esposa.

4. Estando en esta habitación que digo, vi un día a los seis Ángeles Santos que el todo poderoso me ha señalado, para que me asistiesen en esta obra —y en otras ocasiones de pelea— y me purificaron y dispusieron; y después de haberlo hecho me presentaron al Señor, y Su Majestad dio a mi alma un nuevo lumen y cualidad como de gloria, con que me proporcionaron y fortalecieron para ver y conocer lo que es sobre mis fuerzas de criatura terrena; y luego se me mostraron otros dos ángeles de jerarquía superior, los cuales sentí que me llamaban con fuerza poderosa de parte del Señor, y tenía inteligencia que eran misteriosísimos y me querían manifestar altos y ocultos sacramentos. Respondíles diligente y deseosa de gozar de aquel bien que me evangelizaban y, con ardiente afecto, declaré mi ánimo, que era ver lo que me querían mostrar y con misterio me ocultaban. Y ellos respondieron luego y con mucha severidad: Detente, alma.—Convertíme a sus altezas y díjeles: Príncipes del Poderoso y mensajeros del gran Rey ¿por qué, habiéndome llamado, me detenéis así ahora, violentando mi voluntad y dilatando mi gozo y alegría? ¿Qué fuerza es la vuestra y qué poder, que me llama, fervoriza, solicita y detiene, siendo todo a un tiempo; llevándome tras el olor de mi amado dueño y sus ungüentos, me detenéis con prisiones fuertes? Decidme la

causa de esto.—Respondiéronme: Porque es menester, alma, que vengas descalza y desnuda de todos tus apetitos y pasiones, para conocer estos misterios altos que no se compadecen ni acomodan con inclinaciones siniestras. Descálzate como Moisés (Ex., 3, 5) , que así se lo mandaron para que viera aquella milagrosa zarza.—Príncipes y señores míos, respondí yo, mucho se le pidió a Moisés, que en naturaleza terrena tuviera operaciones angélicas; pero él era santo y justo y yo pecadora, llena de miserias; túrbase mi corazón y querellóme de esta servidumbre y ley del pecado (Rom., 7, 23), que siento en mis miembros contraria a la de mi espíritu.—A esto me dijeron: Alma, cosa muy violenta se te pidiera si la obraras con solas tus fuerzas; pero el Altísimo, que quiere y pide esta disposición, es poderoso y no negará el auxilio si de corazón se lo pides y te dispones para recibirle; y su poder, que hacía arder la zarza (Ex., 3, 1) y no quemarse, podrá hacer que el alma encarcelada y encerrada en el fuego de las pasiones no se queme, si ella se quiere librar; pide Su Majestad lo que quiere y puede lo que pide, y en su confortación has de poder (Flp., 4, 13) lo que te manda; descálzate y llora amargamente, clama de lo profundo de tu corazón, para que sea oída tu oración y se cumpla tu deseo.

5. Vi luego que un velo riquísimo encubría un tesoro y mi voluntad se fervorizaba para que se corriese y se descubriese lo que la inteligencia me manifestaba por sacramento escondido; y a este mi deseo se me respondió: Obedece, alma, a lo que se te amonesta y manda; desnúdate de ti misma y se te descubrirá. — Propuse enmendar la vida y vencer mis apetitos, lloraba con suspiros y gemidos de lo íntimo de mi alma, porque se me manifestase este bien; y como lo iba proponiendo, se iba corriendo el velo que encubría mi tesoro. Corrióse, pues, del todo y vieron mis ojos interiores lo que no sabré decir ni manifestar con palabras. Vi una gran señal en el cielo y signo misterioso; vi una mujer, una señora y reina hermosísima, coronada de estrellas, vestida del sol y la luna a sus pies (Ap., 12, 1). Dijéronme los santos ángeles: Esta es aquella dichosa mujer que vio san Juan en el Apocalipsis, y donde están encerrados, depositados y sellados los misterios maravillosos de la Redención. Favoreció tanto el

Altísimo y todopoderoso a esta criatura, que a sus espíritus nos causa admiración. Atiende y mira sus excelencias; escríbelas, que para esto, después de lo que a ti conviene, se te manifiesta.—Yo conocí tantas maravillas, que la abundancia me enmudece y la admiración suspende y aun en la vida mortal no juzgo por capaces de conocerlas a todas las criaturas; y en el discurso de adelante lo iré declarando.

6. Otro día, en tiempo de quietud y serenidad, en esta misma habitación que digo, oí una voz del Altísimo que me decía: Esposa mía, quiero que acabes ya de determinarte con veras y me busques cuidadosa, y fervorosa me ames, y que tu vida sea más angélica que humana y olvides todo lo terreno; quiérete levantar del polvo como a pobre y como a necesitado del estiércol(Sal., 112, 7), y que levantándote yo te humilles tú, y tu nardo dé suavidad de olor (Cant., 1, 11), mientras estás en mi presencia; y conociendo tu flaqueza y miserias te persuadas que mereces la tribulación y en ella la humillación de todo corazón. Mira mi grandeza y tu pequeñez, y que soy justo y santo, y con equidad te aflijo usando de misericordia y no castigándote como mereces. Procura sobre este fundamento de la humildad adquirir las demás virtudes, para que cumplas mi voluntad; y para que te enseñe, corrija y reprenda, te señalo por maestra a mi Madre y Virgen; ella te industriará y encaminará tus pasos a mi agrado y beneplácito.

7. Estaba delante esta Reina cuando el altísimo Señor me dijo estas palabras y no se dedignó la divina Princesa de admitir el oficio que Su Majestad le daba. Aceptóle benignamente y díjome: Hija mía, quiero que seas mi discípula y compañera. Yo seré tu maestra. Pero advierte que me has de obedecer con fortaleza y desde este día no se ha de reconocer en ti resabio de hija de Adán. Mi vida y las obras de mi peregrinación y las maravillas que obró el brazo poderoso del Altísimo conmigo, han de ser tu espejo y arancel de tu vida.—Póstreme ante este real trono del Rey y Reina del universo y ofrecí obedecer en todo; y di gracias al Muy Alto por el beneficio que me hacía, tan sobre mis méritos, de darme tal amparo y guía. Renové en sus manos los votos de mi profesión y ofrecí de nuevo obedecerla y

cooperar con todas mis fuerzas a la enmienda de mi vida. Díjome el Señor: Advierte y mira.—Hícelo, y vi una escala de muchas gradas, hermosísima, y con grande número de ángeles que la asistían y otros descendían y subían por ella. Y díjome Su Majestad: Esta es aquella escala de Jacob misteriosa (Gén., 28, 12), que es casa de Dios y puerta del cielo (Ib., 17); si te dispusieres y tu vida fuere tal que no hallen reprensión mis ojos, subirás a mí por ella.

8. Esta promesa incitaba mi deseo, fervorizaba mi voluntad y suspendía mi espíritu, y con muchas lágrimas me quejaba de ser yo misma grave para mí (Job 7, 20) y pesada. Suspiraba por el fin de mi cautividad y por llegar adonde no hay óbice que pueda impedir el amor. Y con estas ansias gasté algunos días, procurando perfeccionar mi vida, confesándome generalmente de nuevo y reformando algunas imperfecciones; y siempre se continuaba la vista de la escala, pero no entendía su interpretación. Hice muchas promesas al Señor, proponiendo de nuevo apartarme de todo lo terreno y tener libre mi voluntad para sólo amarle, sin dejarla inclinar a cosa alguna, aunque fuese pequeña y sin sospecha; repudié y negué todo lo fabuloso y visible. Y pasados algunos días en estos afectos y disposición, el Altísimo me declaró cómo aquella escala era la vida de la santísima Virgen, sus virtudes y sacramentos. Y Su Majestad me dijo: Quiero, esposa mía, subas por esta escala de Jacob y entres por esta puerta del cielo a conocer mis atributos y contemplar mi divinidad; sube, pues, y camina, sube por ella a mí. Estos ángeles que la asisten y acompañan son los que yo dediqué para su guarda y defensa y guarnición de esta ciudad de Sión; atiende y, meditando estas virtudes, trabaja por imitarlas.—Parecióme que subía por esta escala y que conocía la mayor de las maravillas y prodigio más inefable del Señor en pura criatura, la mayor santidad y perfección de virtudes que jamás obró el brazo del Omnipotente. Al fin de la escala vi al Señor de los señores y a la Reina de todo lo criado y mandáronme que por estos magníficos sacramentos le glorificase, alabase y ensalzase y que escribiese lo que de ellos entendiese. Puso me el excelso y eminente Señor en estas tablas, mejores que las de Moisés, ley que meditase y observase, escrita con su dedo poderoso (Ex., 31, 18), y

movió mi voluntad, para que en su presencia se la manifestase a la purísima Reina, de que vencería mi resistencia y con su ayuda escribiría su Vida santísima, llevando atención a tres cosas: la primera, que se conozca la profunda reverencia que se debe a Dios eterno y cómo se ha de humillar más la criatura y abatir, cuando su inmensa Majestad se humana más con ella, y que el efecto de los mayores favores y beneficios ha de ser mayor temor, reverencia, atención y humildad; segunda, para que el linaje humano, olvidado de su remedio, advierta y conozca lo que debe a su Reina y Madre de piedad en las obras de la redención, el amor y reverencia que ella tuvo a Dios y el que debemos tener con esta gran Señora; la tercera, que quien gobierna mi alma y todo el mundo, si fuere conveniente, conozcan mi poquedad y vileza y el mal retorno que doy de lo que recibo.

9. A este mi deseo me respondió la Virgen Santísima: Hija mía, el mundo está muy necesitado de esta doctrina, porque no sabe, ni tiene debida reverencia al Señor Omnipotente; y por esta ignorancia, la audacia de los mortales provoca a la rectitud de su justicia para afligirlos y oprimirlos y están poseídos de su olvido y oscurecidos con sus tinieblas, sin saber buscar el remedio ni atinar con la luz; y esto les viene por faltarles el temor y reverencia que debían tener.— Estos y otros avisos me dieron el Altísimo y la Reina para manifestarme su voluntad en esta obra. Y me pareció temeridad y poca caridad conmigo misma no admitir la doctrina y enseñanza que esta gran Señora ha prometido darme en el discurso de su santísima vida; y tampoco me pareció convenía dilatarlo para otro tiempo, porque el Altísimo me manifestó ser éste el oportuno y conveniente y sobre ello me dijo estas palabras: Hija mía, cuando yo envié al mundo a mi Unigénito, estaba en el peor estado que había tenido desde el principio, fuera de los pocos que me servían; porque la naturaleza humana es tan imperfecta, que si no se reduce al gobierno interior de mi luz y al ejercicio de la enseñanza de mis ministros, sujetando su propio dictamen y siguiéndome a mí, que soy camino, verdad y vida (Jn., 14, 6), y guardando mis mandamientos sin perder mi amistad, dará luego en el profundo de las tinieblas y en innumerables miserias, de

abismo en abismo, hasta llegar a la obstinación en el pecado. Desde la creación y el pecado del primer hombre hasta la ley que di a Moisés, se gobernaron según sus propias inclinaciones y cometieron grandes yerros y pecados. Y aunque, después de la ley, los hacían por no la obedecer y así fueron caminando y alejándose más de la verdad y luz y llegando al estado del sumo olvido, yo con paternal amor envié la salud eterna y la medicina a la naturaleza humana para remedio de sus enfermedades incurables, con que justifiqué mi causa. Y como entonces atendí al tiempo que más resplandeciese esta misericordia, ahora quiero hacerles otra muy grande, porque es el tiempo oportuno de obrarla mientras llegue mi hora, en la cual hallará el mundo tantos cargos y tan sustanciados sus procesos, que conocerán la causa justa de mi indignación; en ella manifestaré mi enojo, justicia y equidad y cuán bien justificada está mi causa. Y para más hacerlo y porque es el tiempo en que el atributo de mi misericordia más se ha de manifestar y en que quiero que mi amor no esté ocioso; ahora, cuando el mundo ha llegado a tan desdichado siglo, después que el Verbo encarnó, y cuando los mortales están más descuidados de su bien y menos le buscan; cuando más cerca de acabarse el día de su transitoria vida, al poner del sol del tiempo, y cuando se llega la noche de la eternidad a los prescitos; cuando a los justos les nace el eterno día sin noche; cuando de los mortales los más están en las tinieblas de su ignorancia y culpas, oprimiendo a los justos y burlando de los hijos de Dios; cuando mi ley santa y divina se desprecia por la inicua materia de estado, tan odiosa como enemiga de mi providencia; cuando menos obligado me tienen los malos; mirando a los justos que hay en este tiempo para ellos aceptable, quiero abrir a todos una puerta, para que por ella entren a mi misericordia, y darles una lucerna, para que se alumbren en las tinieblas de su ceguedad; quiero darles oportuno remedio, si de él se quieren valer, para venir a mi gracia; y serán muy dichosos los que le hallaren y bienaventurados los que conocieren su valor; ricos, los que encontraren con este tesoro; felices y muy sabios, los que con reverencia le escudriñaren y entendieren sus enigmas y sacramentos; quiero que sepan cuánto vale la intercesión de la que fue remedio de sus culpas, dando en sus entrañas vida mortal al Inmortal;

quiero que tengan por espejo, donde vean sus ingratitudes, las obras maravillosas de mi poderoso brazo con esta pura criatura y mostrarles muchas que están ocultas por mis altos juicios, de las que hice con la Madre del Verbo.

10. En la primitiva Iglesia no los manifesté, porque son misterios tan magníficos, que se detuvieran los fieles en escudriñarlos y admirarlos, cuando era necesario que la ley de gracia y el evangelio se estableciese; y aunque todo fuera compatible, pero la ignorancia humana pudiera padecer algunos recelos y dudas, cuando estaba tan en sus principios la fe de la encarnación y redención y los preceptos de la nueva ley evangélica; por esto dijo la persona del Verbo humanado a sus discípulos en la última cena: Muchas cosas tenía que deciros, pero no estáis ahora dispuestos para recibirlas (Jn., 16, 12). Habló en ellos a todo el mundo, que no ha estado dispuesto, hasta asentar la ley de gracia y la: fe del Hijo, para introducir los misterios y fe de la Madre; y ahora es mayor la necesidad y ella me obliga más que su disposición. Y si me obligasen reverenciando, creyendo y conociendo las maravillas que en sí encierra la Madre de piedad, y si todos solicitasen su intercesión, tendría el mundo algún reparo, si de corazón lo hiciesen. Y no quiero dejar de ponerles delante esta mística ciudad de refugio; descríbela y dibújala, como tu cortedad alcanzare. Y no quiero que sea esta descripción y declaración de su vida opiniones ni contemplaciones, sino la verdad cierta. Los que tienen oídos de oír, oigan, los que tienen sed, vengan a las cisternas disipadas (Je., 2, 13) los que quieren luz, síganla hasta el fin.— Esto dice el Señor Dios omnipotente.

11. Estas son las palabras que el Altísimo me dijo en la ocasión que he referido; y del modo cómo recibo esta doctrina y luz y cómo conozco al Señor, diré en el capítulo siguiente, cumpliendo con la obediencia que me lo ordena, y para dejar declarado en todos las inteligencias y misericordias que de este género recibo y referiré adelante.

CAPITULO 2

Declárase el modo cómo el Señor manifiesta a mi alma estos misterios y vida de la Reina, en el estado que Su Majestad me ha puesto.

12. Para dejar advertido y declarado en lo restante de esta obra el modo con que me manifiesta el Señor estas maravillas, ha parecido conveniente poner en el principio de este capítulo, donde lo daré a entender como pudiere y me fuere concedido.

13. Después que tengo uso de razón, he sentido un beneficio del Señor, que le juzgo por el mayor de los que su liberal mano me ha hecho, y es haberme dado Su Alteza un temor íntimo y grande de perderle; y éste me ha provocado y movido a desear lo mejor y más seguro y siempre a obrarlo y pedirlo al Altísimo, que ha crucificado mis carnes con esta flecha (Sal., 118, 120), porque temí sus juicios y siempre vivo con este pavor, si perderé la amistad del Todopoderoso y si estoy en ella. Mi pan de día y de noche ha sido las lágrimas (Sal., 41, 4) que me causaba esta solicitud, de la cual me ha nacido en estos últimos tiempos que corren —cuando los discípulos del Señor que profesan su virtud, es menester sean de los ocultos y que no se manifiesten— el hacer grandes peticiones a Dios y solicitar la intercesión de la Reina y Virgen pura, suplicándole con todo mi corazón me guíe y encamine por un camino recto, oculto a los ojos de los hombres.

14. A estas repetidas peticiones me respondió el Señor: No temas, alma, ni te aflijas, que yo te daré un estado y camino de luz y seguridad, de mi parte tan oculto y estimable, que, si no es el autor de él, no le conocerá; y todo lo exterior y sujeto a peligro te faltará desde hoy y tu tesoro estará escondido; guárdale de tu parte y consérvale con vida perfecta. Yo te pondré en una senda oculta, clara, verdadera y pura; camina por ella.—Desde entonces conocí mudanza en mi interior y un estado muy espiritualizado. Al entendimiento se le dio una nueva luz y se le comunica e infunde ciencia, con la cual conoce en Dios todas las cosas y lo que son en sí sus operaciones y se le manifiestan según es la voluntad del Altísimo que las conozca y vea. Es esta inteligencia y lumen que alumbra, santo, suave y puro,

sutil, agudo, noble, cierto y limpio (Sab., 7, 22); hace amar el bien y reprobar el mal; es un vapor de la virtud de Dios y emanación sencilla de su luz (Ib., 25), la cual se me pone, como espejo, delante él entendimiento y con la parte superior del alma y vista interior veo mucho; porque el objeto, con la luz que de él reverbera, se conoce ser infinito, aunque los ojos son limitados y corto el entendimiento. Esta vista es como si el Señor estuviese asentado en un trono de grande majestad, donde se conocieran sus atributos con distinción debajo del límite de la mortalidad; porque le cubre uno como cristal purísimo que media y por él se conocen y divisan estas maravillas y atributos o perfecciones de Dios con grande claridad y distinción, aunque con aquel velo o medio, que impide el verle del todo, inmediata o intuitivamente y sin velo, que es éste como cristal que he dicho. Pero el conocimiento de lo que encubre no es penoso, sino admirable para el entendimiento; porque se entiende que es infinito el objeto y limitado el que le mira y le da esperanzas que, si lo granjea, se correrá aquel velo y quitará lo que media cuando se desnude el alma de la mortalidad del cuerpo (2 Cor., 5, 4).

15. En este conocimiento hay modos o grados de ver de parte del Señor, según es la voluntad divina mostrarlo, porque es espejo voluntario. Unas veces se manifiesta más claramente, otras menos; unas veces se muestran unos misterios ocultando otros, y siempre grandes. Y esta diferencia suele seguir también la disposición del alma; porque si no está con toda quietud y paz, o ha cometido alguna culpa o imperfección, por pequeña que sea, no se alcanza a ver esta luz en el modo que digo y donde se conoce al Señor con tanta claridad y certeza, que no deja duda alguna de lo que se entiende. Pero primero y mejor se conoce ser Dios el que está presente, que se entienda todo lo que Su Majestad habla. Y este conocimiento hace una fuerza suave, fuerte y eficaz para amar, servir y obedecer al Altísimo. En esta claridad se conocen grandes misterios: cuánto vale la virtud y cuán preciosa cosa es tenerla y obrarla; conócese su perfección y seguridad; siéntese una virtud y fuerza que compele a lo bueno y hace oposición y pugna con lo malo y con las pasiones y muchas veces las vence; y si el alma goza de esta luz y vista, y no la pierde,

no es vencida ((Sab., 7, 30), porque la da ánimo, fervor, seguridad y alegría; cuidadosa y solícita, llama y levanta, da ligereza y brío, llevando tras de sí lo superior del alma a lo inferior, y aun el cuerpo se aligera y queda como espiritualizado por aquel tiempo, suspendiéndose su gravamen y peso.

16. Y como el alma conoce y siente estos dulces efectos, con amoroso afecto dice al Altísimo: *Trahe me post te* (Cant., 1, 3) y correremos juntos; porque, unida con su amado, no siente las operaciones terrenas; y dejándose llevar del dolor de estos ungüentos de su querido, viene a estar más donde ama que donde anima; deja desierta la parte inferior y, cuando la vuelve a buscar, es para perfeccionarla, reformando y como degollando estos animales apetitos de las pasiones; y si tal vez se quieren rebelar, los arroja el alma con velocidad, porque ya no vivo yo, pero Cristo vive en mí (Gál., 2, 20).

17. Siéntese aquí por cierto modo en todas las operaciones santas y movimientos la asistencia del espíritu de Cristo, que es Dios y es vida del alma (1 Jn., 5, 11-12), conociéndose en el fervor, en el deseo, en la luz, en la eficacia para obrar, una fuerza interior que sólo Dios la puede hacer. Siéntese la continuación y virtud de esta luz y el amor que causa y una habla íntima, continuada y viva, que hace atender a todo lo que es divino y abstrae de lo terreno; en que se manifiesta vivir Cristo en mí, su virtud y luz, que siempre luce en las tinieblas. Esto es propiamente estar en los atrios de la casa del Señor, porque está el alma a la vista donde reverbera la claridad de la lucerna del Cordero (Ap., 21, 23).

18. No digo que es toda la luz, pero es parte; y esta parte es un conocimiento sobre las fuerzas y virtud de la criatura. Y para esta vista anima el Altísimo al entendimiento, dándole una cualidad y lumen para que esta potencia se proporcione con el conocimiento, que es sobre sus fuerzas; y esto también se entiende y conoce en este estado con la certeza que se creen o conocen las demás cosas divinas, pero aquí también acompaña la fe; y en este estado muestra el Todopoderoso al alma el valor de esta ciencia y

lumbre que le infunde; no se puede extinguir su luz, y todos los bienes me vinieron juntos con ella y por sus manos una honestidad de grande precio. Esta lucerna va delante de mí, enderezando mis caminos; aprendíla sin ficción y deseo comunicarla sin envidia y no esconder su honestidad; es participación de Dios y su uso es buen deleite y alegría (Sab., 7, 10-13). De improviso enseña mucho y reduce el corazón y con fuerza poderosa lleva y aparta de lo engañoso, en lo cual, sólo mirándolo a esta luz, se halla una inmensidad de amargura, con que más se aleja de esto momentáneo y corriendo huye el alma al sagrado y refugio de la verdad eterna y entra en la bodega del adobado vino, donde ordena el Muy Alto en mí la caridad (Cant., 2, 4). Y con ella me compele a que sea paciente y sin envidia, que sea benigna sin ofender a nadie, que no sea soberbia, ni ambiciosa, que no me aire, ni piense mal de nadie, que todo lo sufra y lo tolere (1 Cor., 13, 4), siempre me da voces (Prov., 8, 1) y amonesta en mi secreto con fuerza poderosa, para que obre lo más santo y puro, enseñándomelo en todo; y si falto, aun en lo más pequeño, me reprende sin disimular cosa alguna.

19. Esta es luz que a un mismo tiempo alumbra, fervoriza, enseña, reprende, mortifica y vivifica, llama y detiene, amonesta y compele; enseña con distinción el bien y el mal, lo encumbrado y lo profundo, la longitud y latitud (Ef., 3, 18); el mundo, su estado, su disposición, sus engaños, tabulaciones y falacias de sus moradores y amadores y, sobre todo, me enseña a hollarlo y pisarlo y levantarme al Señor, mirándole como a supremo dueño y gobernador de todo. Y en Su Majestad veo y conozco la disposición de las cosas, las virtudes de los elementos, el principio, medio y fin de los tiempos y sus mutaciones y variedad, el curso de los años, la armonía de todas las criaturas y sus cualidades (Sab., 7, 17-20); todo lo escondido, los hombres, sus operaciones y pensamientos y lo que distan de los del Señor; los peligros en que viven y sus caminos siniestros por donde corren; los estados, los gobiernos, su momentánea firmeza y poca estabilidad; lo que es todo su principio y su fin, lo que tienen de verdad o de mentira. Todo esto se ve y conoce en Dios distintamente con esta luz, conociendo las personas y condiciones. Pero

descendiendo a otro estado más inferior y que el alma tiene de ordinario, en que usa de la sustancia y hábito de la luz, aunque no de toda su claridad, en éste hay alguna limitación de aquel conocimiento tan alto de personas y estados, secretos y pensamientos que he dicho; porque aquí, en este inferior lugar, no tengo más conocimiento de lo que basta para apartarme del peligro y huir del pecado, compadeciéndome con verdadera ternura de las personas, sin darme licencia para hablar con claridad con nadie, ni descubrir lo que conozco; ni pudiera hacerlo, porque parece quedo muda, si no es cuando el autor de estas obras tal vez da licencia y ordena que amoneste a algún prójimo, pero no ha de ser declarando el modo, sino hablando al corazón con razones llanas, lisas, comunes y caritativas en Dios y pedir por estas necesidades, que para esto me lo enseñan.

20. Y aunque todo esto he conocido con claridad, jamás el Señor me ha mostrado el fin malo de ninguna alma que se haya condenado; y ha sido providencia divina, porque es así justo y no se ha de manifestar la condenación de nadie sin grandes fines y, porque si lo conociera, juzgo muriera de pena; y fuera efecto del conocimiento de esta luz, porque es gran lástima ver que alguna alma carezca para siempre de Dios; y le he suplicado no me muestre ninguno que se condene; si puedo librar con la vida a alguno que esté en pecado, no rehusaré el trabajo, ni que el Señor me lo muestre; pero el que no tiene remedio, no le vea yo.

21. Danme esta luz, no para que declare mi sacramento en particular, sino para que con prudencia y sabiduría use de él. Quédame este lumen como una sustancia que vivifica —aunque es accidente— que emana de Dios y un hábito para usar de él, ordenando bien los sentidos y parte inferior; pero en la superior del espíritu siempre goza de una visión y habitación de paz; y conozco intelectualmente todos los misterios y sacramentos que se me muestran de la vida de la Reina del cielo y otros muchos de la fe, que casi incesantemente tengo presentes; a lo menos la luz nunca la pierdo de vista. Y si alguna vez desciendo, como criatura, con atención a la conversación humana, luego me llama el Señor con rigor y fuerza suave y me vuelve a la

atención de sus palabras y locuciones y al conocimiento de estos sacramentos, gracias y virtudes y obras exteriores e interiores de la Madre Virgen, como iré declarando.

22. A este modo, y en los estados y luz que digo, veo también y conozco a la misma Reina y Señora nuestra, cuando me habla y a los santos ángeles y su naturaleza y excelencia; y unas veces los conozco y veo en el Señor y otra en sí mismos, pero con diferencia, porque, para conocerlos en sí mismos, desciendo algún grado más inferior; y también conozco esto; y resulta de la diferencia de los objetos y el modo de mover al entendimiento. En este grado más inferior veo, hablo y (entiendo a los santos príncipes, conversan conmigo y me declaran muchos de los misterios que el Señor me ha mostrado; y la Reina del cielo me declara y manifiesta los de su santísima vida y los sucesos admirables de ella; y con distinción conozco a cada una de estas personas por sí, sintiendo los efectos divinos que cada cual respectivamente hace en el alma.

23. En el Señor los veo como en espejo voluntario, mostrándome Su Majestad los santos que quiere y como gusta, con una claridad grande y efectos más superiores; porque se conoce con admirable luz el mismo Señor y a los santos y sus excelentes virtudes y maravillas y cómo las obraron con la gracia y en cuya virtud todo lo pudieron (Flp., 4, 13). Y en este conocimiento queda la criatura más abundante y adecuadamente llena de gozo, que la llena de más virtud y satisfacción y queda como en el descanso de su centro; porque cuanto es más intelectual y menos corpóreo e imaginario, es la luz más fuerte y los efectos más altos, mayor la sustancia y certeza que se siente. Pero también hay aquí una diferencia, que se conoce ser más superior la vista o conocimiento del mismo Señor y de sus atributos y perfecciones, y sus efectos son dulcísimos e inefables; y qué es grado más inferior ver y conocer las criaturas aun en el mismo Señor; y esta inferioridad me parece que en parte nace de la misma alma, que, como su vista es tan limitada, no atiende tanto ni conoce a Dios con las criaturas, como a sólo Su Majestad sin ellas; y esta vista sola parece que tiene más plenitud de gozo que el ver en Dios las criaturas; tan delicado es este conocimiento de la

divinidad, que atender en ella a otra cosa le impide algo, a lo menos mientras somos mortales.

24. En el otro estado más inferior del que he dicho, veo a la Virgen santísima en sí misma y a los ángeles; entiendo y conozco el modo de enseñarme y hablarme e ilustrarme, que es semejante y a la manera que los mismos ángeles se dan luz y comunican y hablan unos a otros y alumbran los superiores a los inferiores. El Señor da esta luz como primera causa, pero de aquélla participada, que esta Reina goza con tanta plenitud, la comunica a la parte superior del alma, conociendo yo a Su Alteza y sus prerrogativas y sacramentos del modo que el ángel inferior conoce lo que le comunica el superior. También se conoce por la doctrina que enseña y por la eficacia que tiene y por otras condiciones que se sienten y gustan de la pureza, alteza y verdad de la visión, donde nada oscuro, impuro, falso o sospechoso se reconoce y nada santo, limpio y verdadero se deja de reconocer. Lo mismo me sucede en su modo con los santos príncipes; y así me lo ha mostrado muchas veces el Señor que la comunicación e ilustración con mi interior es como la tienen ellos entre sí mismos. Y muchas veces me sucede que pasa la iluminación por todos estos arcaduces y conductos: que el Señor da la inteligencia y luz, o el objeto de ella, y la Virgen santísima la declara y los ángeles me dan los términos. Otras veces, y lo más ordinario, lo hace todo el Señor y me enseña la doctrina; otras lo hace la Reina, dándolo ella todo, y otras los ángeles. Y también suelen darme la inteligencia sola, y los términos para declararme los tomo yo de lo que tengo entendido; y en esto podría errar, si lo permitiese el Señor, porque soy mujer ignorante y me valgo de lo que he oído; y cuando tengo alguna dificultad en declarar las inteligencias, acudo a mi maestro y padre espiritual en las materias más arduas y difíciles.

25. Visiones corpóreas en estos tiempos y estados tengo muy pocas veces, pero algunas imaginarias sí; y éstas son en grado mucho más inferior a todos los que tengo dichos, que son muy superiores y espirituales o intelectuales. Y lo que puedo asegurar es que en todas las inteligencias, grandes y pequeñas, inferiores y superiores, del Señor y de

la Virgen santísima y de los santos ángeles, en todas ellas recibo abundantísima luz y doctrina muy provechosa, en que veo y conozco la verdad, la mayor perfección y santidad; y siento una fuerza y luz divina que me compele a desear la mayor pureza del alma y la gracia del Señor y morir por ella y obrar en todo lo mejor. Y con estos grados y modos de inteligencias que he dicho, conozco todos los misterios de la vida de la Reina del cielo con grande provecho y júbilo de mi espíritu. Por lo cual de todo mi corazón y mente magnifico al Todopoderoso, le engrandezco, adoro y confieso por santo y omnipotente Dios, fuerte y admirable, digno de alabanza, magnificencia, gloria y reverencia por todos los siglos. Amén.

CAPITULO 3

De la inteligencia que tuve de la divinidad y del decreto que Dios tuvo de criar todas las cosas.

26. ¡Oh Rey altísimo y sapientísimo Señor, cuán incomprensibles son tus juicios y tus caminos investigables (Rom., 11, 33)! Dios invicto, que has de permanecer para siempre (Eclo., 18, 1) y no se te conoce origen ¿quién podrá conocer tu grandeza y bastará para contar tus magníficas obras? ¿Y quién te podrá decir por qué así lo hiciste? Pues tú eres altísimo sobre todos y nuestra vista no te puede alcanzar, ni nuestro entendimiento comprender. ¡Bendito seas, Rey magnífico, porque te dignaste mostrar a esta tu esclava y vil gusanillo grandes sacramentos y altísimos misterios, levantando mi habitación y suspendiendo mi espíritu adonde vi lo que no sabré decir! Vi al Señor y Criador de todos; vi una Alteza en sí misma antes de criar otra cosa alguna; ignoro el modo cómo se me mostró, más no lo que vi y entendí. Y sabe Su Majestad, que todo lo comprende, que para hablar de su deidad mi pensar se suspende, mi alma se conturba, mis potencias en sus operaciones se atajan y toda la parte superior deja a la inferior desierta, despide a los sentidos y vuela adonde ama, desamparando a quien anima; y en estos desalientos y deliquios amorosos, mis ojos derraman lágrimas y enmudece mi lengua. ¡Oh altísimo e incomprensible Señor

mío, objeto infinito de mi entendimiento, cómo a tu vista, porque eres sin medida y eterno, me hallo aniquilada y mi ser se pega con el polvo y apenas diviso lo que soy! ¿Cómo esta pequeñez y miseria se atreve a mirar tu magnificencia y grande majestad? Anima, Señor, mi ser, fortalece mi vista y da aliento a mi pavor, para que pueda referir lo que he visto y obedecer tu mandamiento.

27. Vi al Altísimo con el entendimiento, cómo estaba Su Alteza en sí mismo, y tuve clara inteligencia con una noticia verdadera de que es un Dios infinito en sustancia y atributos, eterno, suma trinidad en tres personas y un solo Dios verdadero; tres, porque se ejercitan las operaciones de conocerse, comprenderse y amarse; y sólo uno, por conseguir el bien de la unidad eterna. Es trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre no es hecho, ni criado, ni engendrado, ni puede serlo, ni tener origen. Conocí que el Hijo le trae del Padre sólo por eterna generación y son iguales en duración de eternidad y es engendrado de la fecundidad del entendimiento del Padre. El Espíritu Santo procede del Padre y el Hijo por amor. En esta individua Trinidad no hay cosa que se pueda decir primera ni postrera, mayor ni menor; todas tres personas en sí son igualmente eternas y eternamente iguales; que es una unidad de esencia en trinidad de personas y un Dios en la individual trinidad y tres personas en la unidad de una sustancia. Y no se confunden las personas por ser un Dios, ni se aparta o se divide la sustancia por ser tres personas; y siendo distintas en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, es una misma la divinidad, igual la gloria y la majestad, el poder, la eternidad, inmensidad, sabiduría y santidad y todos los atributos. Y aunque son tres las personas en quien subsisten estas perfecciones infinitas, es uno solo el Dios verdadero, el santo, justo, poderoso, eterno y sin medida.

28. Tuve también inteligencia de que esta divina Trinidad se comprende con una vista simple y sin que sea necesaria nueva ni distinta noticia; sabe el Padre lo que el Hijo, y el Hijo y el Espíritu Santo lo que el Padre; y que se aman entre sí recíprocamente con un mismo amor inmenso y eterno; y es una unidad de entender, amar y obrar, igual e indivisible;

que es una simple, incorpórea, indivisible naturaleza, un ser de Dios verdadero, en quien están en supremo e infinito grado todas las perfecciones juntas y recopiladas.

29. Conocí la condición de estas perfecciones del Altísimo, que es hermoso sin fealdad, grande sin cantidad, bueno sin calidad, eterno sin tiempo, fuerte sin flaqueza, vida sin mortalidad, verdadero sin falsedad; presente en todo lugar, llenándole sin ocuparle, que está en todas las cosas sin extensión; no tiene contradicción en la bondad, ni defecto en la sabiduría; es en ella inestimable, en consejo terrible, en juicios justo, en pensamientos secretísimo, en palabras verdadero, en obras santo, en tesoros rico; a quien ni el espacio le ensancha, ni la estrechez de lugar es angosta, ni la voluntad es varia, ni lo triste lo conturba, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden; a quien ni el origen dio principio, ni el tiempo dará fin. ¡Oh inmensidad eterna, qué interminables espacios en ti he visto! ¡Qué infinidad reconozco en vuestro ser infinito! No se termina la vista, ni se acaba mirando a este objeto ilimitado. Este es el ser inconmutable, el ser sobre todo ser, la santidad perfectísima, la verdad constantísima; esto es lo infinito, la latitud, longitud, la alteza y profundidad, la gloria y su causa, el descanso sin fatiga, la bondad en grado inmenso. Todo lo vi junto y no acierto a decir lo que vi.

30. Vi al Señor cómo estaba antes de criar cosa alguna y con admiración reparé dónde tenía su asiento el Altísimo, porque no había cielo empíreo, ni los demás inferiores, ni sol, luna ni estrellas, ni elementos, y sólo estaba el Criador sin haberlo criado. Todo estaba desierto, sin el ser de los ángeles, ni de los hombres, ni de los animales; y por esto conocí que de necesidad se había de conceder estaba Dios en su mismo ser y que de ninguna cosa de las que crió tuvo necesidad, ni las hubo menester, porque tan infinito era en atributos antes de criarlas como después; y en toda su eternidad los tuvo y los tendrá, por estar como en sujeto independiente e increado. Y ninguna perfección perfecta y simple puede faltar a su divinidad, porque ella sola es la que es y contiene todas las perfecciones que se hallan en todas las criaturas por inefable y eminente modo, y todo cuanto tiene ser está en aquel ser infinito como efectos en

su causa.

31. Conocí, pues, que en el estado de su mismo ser estaba el Altísimo, cuando entre las tres divinas personas —a nuestro entender— se decretó el comunicar sus perfecciones de manera que hiciesen dones de ellas. Y es de advertir, para mejor declararme, que Dios entiende todas las cosas con un acto en sí mismo indivisible y simplicísimo y sin discurso; y no procede del conocimiento de una cosa a conocer otra, como nosotros procedemos, discurriendo y conociendo primero una con un acto del entendimiento y luego otra con otro; porque Dios todas las conoce juntamente de una vez, sin que haya en su entendimiento infinito primero ni postrero, que allí todas están juntas en la noticia y ciencia divina increada, como lo están en el ser de Dios, donde se encierran y contienen como en primer principio.

32. En esta ciencia, que primero se llama de simple inteligencia, según la natural precedencia del entendimiento a la voluntad, se ha de considerar en Dios un orden, no de tiempo, mas de naturaleza, según el cual orden, primero entendemos que tuvo acto de entendimiento que de voluntad; porque primero consideramos sólo el acto de entender, sin decreto de querer criar alguna cosa. Pues en este estado o instante confirieron las tres divinas personas, con aquel acto de entender, la conveniencia de las obras ad extra y de todas las criaturas que han sido y serán futuras.

33. Y porque Su Majestad quiso dignarse de responderme al deseo que le propuse, indigna, de saber el orden que tuvo, o el que nosotros debemos entender, en la determinación de criar todas las cosas —y yo lo pedía para saber el lugar que en la mente divina tuvo la Madre de Dios y Reina nuestra— diré, como pudiere, lo que se me respondió y manifestó y el orden que entendí en estas ideas en Dios, reduciéndolo a instantes; porque sin esto no se puede acomodar a nuestra capacidad la noticia de esta ciencia divina, que ya se llama aquí ciencia de visión, adonde pertenecen las ideas o imágenes de las criaturas que decretó criar y tiene en su mente ideadas,

conociéndolas infinitamente mejor que nosotros las vemos y conocemos ahora.

34. Pues aunque esta divina ciencia es una y simplicísima e indivisible, pero como las cosas que mira son muchas, y entre ellas hay orden, que unas son primero y otras después, unas tienen ser o existencia por otras con dependencia de las unas a las otras; por esto, es necesario dividir la ciencia de Dios, y lo mismo la voluntad, en muchos instantes o en muchos actos que correspondan a diversos instantes, según el orden de los objetos; y así decimos que Dios entendió y determinó primero esto que aquello y lo uno por lo otro; y que si primero no quisiera o conociera con ciencia de visión una cosa, no quisiera la otra. Y no por esto se ha de entender que tuvo Dios muchos actos de entender ni querer; mas queremos significar que las cosas están entre sí encadenadas y suceden unas a otras; e imaginándolas con este orden objetivo, refundimos, para entenderlas mejor, el mismo orden en los actos de la divina ciencia y voluntad.

CAPITULO 4

Distribúyense por instantes los divinos decretos, declarando lo que en cada uno determinó Dios acerca de su comunicación ad extra.

35. Este orden entendí que se debía distribuir por los instantes siguientes. El primero es en el que conoció Dios sus divinos atributos y perfecciones, con la propensión e inefable inclinación a comunicarse fuera de sí; y éste fue el primer conocimiento de ser Dios comunicativo ad extra, mirando Su Alteza la condición de sus infinitas perfecciones, la virtud y eficacia que en sí tenían para obrar magníficas obras. Vio que tan suma bondad era convenientísimo en su equidad, y como debido y forzoso, comunicarse, para obrar según su inclinación comunicativa y ejercer su liberalidad y misericordia, distribuyendo fuera de sí con magnificencia la plenitud de sus infinitos tesoros encerrados en la divinidad. Porque, siendo todo infinito, le es mucho más natural hacer dones y gracias que al fuego subir a su esfera, a la piedra

bajar al centro y al sol derramar su luz; y este mar profundo de perfecciones, esta abundancia de tesoros, esta infinidad impetuosa de riquezas, todo se encamina a comunicarse por su misma inclinación y por el querer y saber del mismo Dios, que se comprendía y sabía que el hacer dones y gracias comunicándose no era disminuirlas, 'mas en el modo posible acrecentarlas, dando despidiente a aquel manantial inextinguible de riquezas.

36. Todo esto miró Dios en aquel primer instante, después de la comunicación *ad intra* por las eternas emanaciones, y mirándolo se halló como obligado de sí mismo a comunicarse *ad extra*, conociendo ser santo, justo, misericordioso y piadoso el hacerlo; pues nadie se lo podía impedir y, conforme a nuestro modo de entender, podemos imaginar no estaba Dios quieto ni sosegado del todo en su misma naturaleza hasta llegar al centro de las criaturas, donde y con quien tiene sus delicias (Prov., 8, 31) con hacerlas participantes de su divinidad y perfecciones.

37. Dos cosas me admiran, suspenden y enternecen mi tibio corazón, dejándole aniquilado en este conocimiento y luz que tengo: la primera es aquella inclinación y peso que vi en Dios y la fuerza de su voluntad para comunicar su divinidad y los tesoros de su gloria; la segunda es la inmensidad inefable e incomprensible de los bienes y dones que conocí quería distribuir, como que los señalaba desti nándolos para esto, y quedándose infinito, como si nada diera. Y en esta inclinación y deseo que su grandeza tenía, conocí estaba dispuesto para santificar, justificar y llenar de dones y perfecciones a todas las criaturas juntas y a cada una de por sí, dando a cada una más que tienen todos los santos ángeles y serafines todos juntos, aunque las gotas del mar y sus arenas, las estrellas, plantas, elementos y todas las criaturas irracionales fueran capaces de razón y de sus dones, como de su parte se dispusieran y no tuvieran óbice que lo impidiera. ¡Oh terribilidad del pecado y su malicia, que tú sola bastas para detener la impetuosa corriente de tantos bienes eternos!

38. El segundo instante fue conferir y decretar esta comunicación de la divinidad con la razón y motivos de que

fuese para mayor gloria *ad extra* y exaltación de Su Majestad con la manifestación de su grandeza. Y esta exaltación propia miró Dios en este instante como fin de comunicarse y darse a conocer en la liberalidad de derramar sus atributos y usar de su omnipotencia, para ser conocido, alabado y glorificado.

39. El tercer instante fue conocer y determinar el orden y disposición o el modo de esta comunicación en la forma que se consiguiese el más glorioso fin de obrar tan ardua determinación: el orden que había de haber en los objetos y el modo y diferencia de comunicárseles la divinidad y atributos; de suerte que aquel como movimiento del Señor tuviese honesta razón y proporcionados objetos y que entre ellos se hallase la más hermosa y admirable disposición, armonía y subordinación. En este instante se determinó en primer lugar que el Verbo divino tomase carne y se hiciese visible y se decretó la perfección y compostura de la humanidad santísima de Cristo nuestro Señor y quedó fabricada en la mente divina; y en segundo lugar, para los demás a su imitación, ideando la mente divina la armonía de la humana naturaleza con su adorno y compostura de cuerpo orgánico y alma para él, con sus potencias para conocer y gozar de su Criador, discerniendo entre el bien y el mal, con voluntad libre para amar al mismo Señor.

40. Y esta unión hipostática de la segunda persona de la santísima Trinidad con la naturaleza humana, entendí que era como forzoso fuese la primera obra y objeto adonde primero saliese el entendimiento y voluntad divina *ad extra*, por altísimas razones que no podré explicar. Una es porque, después de haberse Dios entendido y amado en sí mismo, el mejor orden era conocer y amar a lo que era más inmediato a su divinidad, cual es la unión hipostática. Otra razón es porque también debía la divinidad sustancialmente comunicarse *ad extra*, habiéndose comunicado *ad intra*, para que la intención y voluntad divina comenzase por el fin más alto sus obras y se comunicasen sus atributos con hermosísimo orden; y aquel fuego de la divinidad obrase primero y todo lo posible en lo que estaba más inmediato a él, como era la unión hipostática, y primero comunicase su divinidad a quien hubiese de llegar al más alto y excelente

grado después del mismo Dios en su conocimiento y amor, operaciones y gloria de su misma deidad; porque no se pusiera Dios —a nuestro bajo modo de entender— como a peligro de quedarse sin conseguir este fin, que sólo Él era el que podía tener proporción y como justificación de tan maravillosa obra. También era conveniente y como necesario, si Dios quería criar muchas criaturas, que las criase con armonía y subordinación y que ésta fuese la más admirable y gloriosa que ser pudiese. Y conforme a esto, habían de tener una que fuese cabeza y suprema a todas y, cuanto fuese posible, inmediata y unida con Dios y que por ella pasasen todos y llegasen a su divinidad. Y por estas y otras razones que no puedo explicar, sólo en el Verbo humano se pudo satisfacer a la dignidad de las obras de Dios; y con él había hermosísimo orden en la naturaleza y sin él no le hubiera.

41. El cuarto instante fue decretar los dones y gracias que se le habían de dar a la humanidad de Cristo Señor nuestro, unida con la divinidad. Aquí desplegó el Altísimo la mano de su liberal omnipotencia y atributos para enriquecer aquella humanidad santísima y alma de Cristo con la abundancia de dones y gracias en la plenitud y grado posible. Y en este instante se determinó lo que dijo después David (Sal., 45, 5); El ímpetu del río de la divinidad alegra la ciudad de Dios, encaminándose el corriente de sus dones a esta humanidad del Verbo, comunicándole toda la ciencia infusa y beata, gracia y gloria, de que su alma santísima era capaz y convenía al sujeto que juntamente era Dios y hombre verdadero y cabeza de todas las criaturas capaces de la gracia y gloria, que de aquel impetuoso corriente había de resultar en ellas con el orden que resultó.

42. A este mismo instante, consiguientemente y como en segundo lugar, pertenece el decreto y predestinación de la Madre del Verbo humanado; porque aquí entendí fue ordenada esta pura criatura, antes que hubiese otro decreto de criar otra alguna. Y así fue primero que todas concebida en la mente divina, como y cual pertenecía y convenía a la dignidad, excelencia y dones de la humanidad de su Hijo santísimo; y a ella se encaminó luego inmediatamente con él todo el ímpetu del río de la divinidad

y sus atributos, cuanto era capaz de recibirle una pura criatura y como convenía para la dignidad de Madre.

43. En la inteligencia que tuve de estos altísimos misterios y decretos, confieso me arrebató la admiración, llevándome fuera de mi propio ser; y conociendo a esta santísima y purísima criatura, formada y criada en la mente divina desde *ab initio* y antes que todos los siglos, con alborozo y júbilo de mi espíritu magnifico al Todopoderoso por el admirable y misterioso decreto que tuvo de criarnos tan pura, grande, mística y divina criatura, más para ser admirada con alabanza de todas las demás que para ser descrita de ninguna; y en esta admiración pudiera yo decir lo que San Dionisio Areopagita , que si la fe no me enseñara y la inteligencia de lo que estoy mirando no me diera a conocer que es Dios quien la está formando en su idea y que sola su omnipotencia podía y puede formar tal imagen de su Divinidad, si no se me mostrara todo a un tiempo, pudiera dudar si la Virgen Madre tenía en sí Divinidad.

44. ¡Oh, cuántas lágrimas producen mis ojos y qué dolorosa admiración siente mi alma de ver que este divino prodigio no sea conocido, ni esta maravilla del Altísimo no sea manifiesta a todos los mortales! Mucho se conoce, pero ignórase mucho más, porque este libro sellado no ha sido abierto. Suspensa quedo en el conocimiento de este tabernáculo de Dios y reconozco a su autor por más admirable en su formación que en el resto de todo lo demás criado e inferior a esta Señora; aunque la diversidad de criaturas manifiesta con admiración el poder de su Criador, pero en sola esta Reina de todas se encierran y contienen más tesoros que en todas juntas, y la variedad y precio de sus riquezas engrandecen al Autor sobre todas las criaturas juntas.

45. Aquí —a nuestro entender— se le dio palabra al Verbo y se le hizo como contrato de la santidad, perfección y dones de gracia y gloria que había de tener la que había de ser su Madre; y la protección, amparo y defensa que se tendría de esta verdadera ciudad de Dios, en quien contempló Su Majestad las gracias y merecimientos que por sí había de adquirir esta Señora y los frutos que había de

granjear para su pueblo con el amor y retorno que daría a Su Majestad. En este mismo instante, y como en tercero y último lugar, determinó Dios criar lugar y puesto donde habitasen y fuesen conversables el Verbo humanado y su Madre; y en primer lugar, para ellos y por ellos solos crió el cielo y tierra con sus astros y elementos y lo que en ellos se contiene; y el segundo intento y decreto fue para los miembros de que fuese cabeza y vasallos de quién fuese rey; que con providencia real se dispuso y previno de antemano todo lo necesario y conveniente.

46. Paso al quinto instante, aunque ya topé lo que buscaba. En este quinto, fue determinada la creación de la naturaleza angélica que, por ser más excelente y correspondiente en ser espiritual a la divinidad, fue primero prevista, y decretada su creación y disposición admirable de los nueve coros y tres jerarquías. Y siendo criados de primera intención para gloria de Dios y asistir a su divina grandeza y que le conociesen y amasen, consiguiente y secundariamente fueron ordenados para que asistiesen, glorificasen y honrasen, reverenciasen y sirviesen a la humanidad deificada en el Verbo eterno, reconociéndola por cabeza, y en su Madre santísima María, Reina de los mismos ángeles, y les fuese dada comisión para que por todos sus caminos los llevasen en las manos (Sal., 90, 12). Y en este instante les mereció Cristo Señor nuestro con sus infinitos merecimientos, presentes y previstos, toda la gracia que recibiesen; y fue instituido por su cabeza, ejemplar y supremo Rey, de quien eran vasallos; y aunque fuera infinito el número de los ángeles, fueron suficientísimos los méritos de Cristo para merecerles la gracia.

47. A este instante toca la predestinación de los buenos y reprobación de los malos ángeles; y en él vio y conoció Dios, con su infinita ciencia, todas las obras de los unos y de los otros con el orden debido, para predestinar con su libre voluntad y liberal misericordia a los que le habían de obedecer y reverenciar y para reprobar con su justicia a los que se habían de levantar contra Su Majestad en soberbia e inobediencia por su desordenado amor propio. Y al mismo instante fue la determinación de criar el cielo

empíreo, donde se manifestase su gloria y premiase en ella a los buenos, y la tierra y lo demás para otras criaturas, y en el centro o profundo de ella el infierno para castigo de los malos ángeles.

48. En el sexto instante fue determinado criar pueblo y congregación de hombres para Cristo, ya antes predeterminado en la mente y voluntad divina, y a cuya imagen y semejanza se decretó la formación del hombre, para que el Verbo humanado tuviese hermanos semejantes e inferiores y pueblo de su misma naturaleza, de quien fuese cabeza. En este instante se determinó el orden de la creación de todo el linaje humano, que comenzase de uno solo y de una mujer y de ellos se propagase hasta la Virgen y su Hijo por el orden que fue concebido. Ordenóse por los merecimientos de Cristo nuestro bien, la gracia y dones que se les había de dar y la justicia original si querían perseverar en ella; viose la caída de Adán y de todos en él, fuera de la Reina, que no entró en este decreto; ordenóse el remedio y que fuese pasible la humanidad santísima; fueron escogidos los predestinados por liberal gracia y reprobados los prescitos por la recta justicia; ordenóse todo lo necesario y conveniente a la conservación de la naturaleza y a conseguir este fin de la redención y predestinación, dejando su voluntad libre a los hombres, porque esto era más conforme a su naturaleza y a la equidad divina; y no se les hizo agravio, porque si con el libre albedrío pudieron pecar, con la gracia y luz de la razón pudieran no hacerlo, y Dios a nadie había de violentar, como tampoco a nadie falta ni le niega lo necesario; y si escribió su ley en todos los corazones humanos, ninguno tiene disculpa en no le reconocer y amar como a sumo bien y autor de todo lo criado.

49. En la inteligencia de estos misterios conocía con grande claridad y fuerza los motivos tan altos que los mortales tienen de alabar y adorar la grandeza del Criador y Redentor de todos, por lo que en estas obras se manifestó y engrandeció; y también conocía cuán tardos son en el conocimiento de estas obligaciones y en el retorno de tales beneficios, y la querella e indignación que el Altísimo tiene de este olvido. Y mandóme y exhortóme Su Majestad no

cometiese yo tal ingratitud, pero que le ofreciese sacrificio de alabanza y cantar nuevo y le magnificase por todas las criaturas.

50. ¡Oh altísimo e incomprensible Señor mío, quién tuviera el amor y perfecciones de todos los ángeles y justos, para confesar y alabar dignamente tu grandeza! Confieso, Señor grande y poderoso, que no pudo esta vilísima criatura merecer tan memorable beneficio, como darme esta noticia y luz tan clara de tu altísima Majestad; a cuya vista veo también mi parvulez, que antes de esta dichosa hora ignoraba, y no conocía cuál y qué era la virtud de la humildad que en esta ciencia se aprende. No quiero decir ahora que la tengo, pero tampoco niego que conocí el camino cierto para hallarla; porque tu luz, ¡oh Altísimo!, me iluminó y tu lucerna me enseñó las sendas (Sal., 118, 105) por donde veo lo que he sido y soy y temo lo que puedo ser. Alumbraste, Rey altísimo, mi entendimiento e inflamaste mi voluntad con el nobilísimo objeto de estas potencias y toda me rendiste a tu querer; y así lo quiero confesar a todos los mortales, para que me dejen y dejarlos. Yo soy para mi amado y, aunque lo desmerezco, mi amado para mí (Cant., 2, 16). Alienta, pues, Señor, a mi flaqueza para que tras de tus olores corra y corriendo te alcance (Cant., 1, 3) y alcanzándote no te deje ni te pierda.

51. Muy corta y balbuciente soy en este capítulo, porque se pudieran hacer de él muchos libros; pero callo porque no sé hablar y soy mujer ignorante y porque mi intento sólo ha sido declarar cómo la Virgen Madre fue ideada y prevista *ante saecula* en la mente divina (Eclo., 24, 14). Y por lo que sobre este altísimo misterio he entendido, me convierto a mi interior y con admiración y silencio alabo al Autor de estas grandezas con el cántico de los bienaventurados, diciendo: Santo, Santo, Santo, Dios de Sabaot (Is., 6, 3).

CAPITULO 5

De las inteligencias que me dio el Altísimo de la Escritura Sagrada, en confirmación del capítulo precedente; son del octavo de los Proverbios.

52. Hablaré, Señor, con tu gran Majestad, pues eres Dios de las misericordias, aunque yo soy polvo y ceniza, y suplicaré a tu grandeza incomprensible mires de tu altísimo trono a esta vilísima y más inútil criatura: y me seas propicio, continuando tu luz para iluminar mi entendimiento. Habla, Señor, que tu sierva oye (1 Sam., 3, 10).—Habló, pues, el Altísimo y enmendador de los sabios (Sab., 7, 15) y remitióme al capítulo 8 de los Proverbios, donde me dio la inteligencia de este misterio, como en aquel capítulo se encierra, y primero me fue declarada la letra, como ella suena, que es la siguiente:

53. *El Señor me poseyó en el principio de sus caminos, antes que hiciera cosa alguna desde el principio. De la eternidad fui ordenada y de las cosas antiguas, antes que fuese hecha la tierra. Aun no eran los abismos y yo estaba concebida; aún no habían rompido las fuentes de las aguas, ni los montes se habían asentado con su grave peso; antes que los collados era yo engendrada; antes que hiciera la tierra y los ríos y quicios de la redondez del mundo. Cuando preparaba los cielos estaba yo presente; cuando con cierta ley y rodeo hacía un vallado a los abismos; cuando afirmaba los cielos en lo alto y pesaba las fuentes de las aguas; cuando al mar rodeaba con su término y a las aguas ponía ley, que no salieran de sus fines; cuando asentaba los fundamentos de la tierra, estaba yo con él componiendo todas las cosas y me alegraba todos los días, jugando en su presencia en todo tiempo, jugando en el orbe de las tierras; y mis delicias y regalos son estar con los hijos de los hombres* (Prov., 8, 22-31).

54. Hasta aquí es el lugar de los Proverbios, cuya inteligencia me dio el Altísimo. Y primero entendí que habla de las ideas o decreto que tuvo en su mente divina antes de criar al mundo; y que a la letra habla de la persona del Verbo humanado y de su Madre santísima, y en lo místico de los santos ángeles y profetas; porque, antes de hacer decreto ni formar las ideas para criar al resto de las criaturas materiales, las tuvo, y se decretó la humanidad santísima de Cristo y de su Madre purísima; y esto suenan las primeras palabras:

55. El Señor me poseyó en el principio de sus caminos. En Dios no hubo caminos, ni su divinidad los había menester, pero hízolos para que por ellos le conociésemos y fuésemos a él todas las criaturas capaces de su conocimiento. En este principio, antes que otra cosa alguna fabricase en su idea y cuando quería hacer sendas y abrir caminos en su mente divina, para comunicar su divinidad, para dar principio a todo, decretó primero criar la humanidad del Verbo, que había de ser el camino por donde los demás habían de ir al Padre (Jn., 14, 6). Y junto con este decreto estuvo el de su Madre Santísima, por quien había de venir su divinidad al mundo, formándose y naciendo de ella Dios y hombre. Y por esto dice Dios me poseyó, porque a los dos poseyó Su Majestad: al Hijo, porque cuanto a la divinidad era posesión, hacienda y tesoro del Padre, sin poderse de él separar, porque son una misma sustancia y divinidad con el Espíritu Santo; poseyóla también en cuanto a la humanidad, con el conocimiento y decreto de la plenitud de gracia y gloria que la había de dar desde su creación y unión hipostática; y habiéndose de ejecutar este decreto y posesión por medio de la Madre que había de engendrar y parir al Verbo —pues no determinó criarle de nada, ni de otra materia su cuerpo y alma—- era consiguiente poseer a la que había de darle forma humana, y así la poseyó y adjudicó para sí en aquel mismo instante, queriendo eficazmente que en ningún tiempo ni momento tuviese derecho ni parte en ella, para la parte de la gracia, el linaje humano ni otro alguno, sino el mismo Señor, que se alzaba con esta hacienda como parte suya sola; y tan sola suya, cual había de serlo para darle a Él forma humana de su propia sustancia y llamarlo sola ella Hijo y Él a ella sola Madre y Madre digna de tener a Dios por Hijo habiendo de ser hombre; y como todo esto precedía en dignidad a todo lo criado, así precedió en la voluntad y mente del supremo Criador. Por esto dice:

56. En el principio, antes que nada hiciese. De la eternidad fui ordenada y de las cosas antiguas, etc. En esta eternidad de Dios, que nosotros concebimos ahora como imaginando tiempo interminable, ¿cuáles eran las cosas antiguas, si ninguna estaba criada ?Claro está que habla de las tres tres Personas Divinas; y es decir que desde su Divinidad sin

principio y desde aquellas cosas que sólo son antiguas, que es la Trinidad Individua —pues lo demás, que tiene principio, todo es moderno— fue ordenada cuando sólo precedió lo antiguo increado y antes que se imaginase lo futuro criado. Entre estos dos extremos estuvo el medio de la unión hipostática, por intervención de María Santísima, y con ella entrambos, después de Dios inmediatamente y antes que toda criatura, fueron ordenados. Y fue la más admirable ordenación que se ha hecho ni jamás se hará: la primera y más admirable imagen de la mente de Dios, después de la eterna generación, fue la de Cristo y luego la de su Madre.

57. Y ¿qué otro orden puede ser éste en Dios, donde el orden es estar todo junto lo que en sí tiene, sin que sea necesario seguirse una cosa a otra, ni perfeccionarse alguna aguardando las perfecciones de otra o sucediéndose entre sí mismas? Todo estuvo ordenadísimo en su eterna naturaleza y lo está y estará siempre. Lo que ordenó fue que la persona del Hijo se humanase y de esta humanidad deificada comenzase el orden del querer divino y de sus decretos, y que fuese cabeza y ejemplar de todos los demás hombres y criaturas y a quien todos se ordenasen y subordinasen; porque éste era el mejor orden y concierto de la armonía de las criaturas, haber uno que fuese primero y superior y de allí se ordenase toda la naturaleza, y en especial la de los mortales. Y entre ellos, la primera era la Madre de Dios-hombre, como la suprema pura criatura y más inmediata a Cristo y en Él a la Divinidad. Con este orden se encaminaron los conductos de la fuente cristalina (Ap., 22, 1) que salió del trono de la divina naturaleza, encaminada primero a la humanidad del Verbo y luego a su Madre santísima, en el grado y modo que era posible a pura criatura y conveniente a criatura Madre del Criador. Y lo conveniente era que todos los divinos atributos se estrenasen en ella, sin que se le negase alguno en lo que ella era capaz de recibir, para ser inferior sólo a Cristo y superior en grados de gracia incomparables a todo el resto de las criaturas capaces de gracia y dones. Este fue el orden tan bien dispuesto de la Sabiduría, comenzar de Cristo y de su Madre. Y así añade el texto:

58. *Antes que se hiciese la tierra, aún no eran los abismos y yo estaba concebida.* Esta tierra fue la del primer Adán; y antes que su formación se decretase y en la divina mente se formasen los abismos de las ideas *ad extra*, estaban Cristo y su Madre ideados y formados. Y llámanse abismos, porque entre el ser de Dios increado y el de las criaturas hay distancia infinita; y ésta se midió, a nuestro entender, cuando fueron las criaturas solas ideadas y formadas, que entonces también fueron formados en su modo aquellos abismos de distancia inmensa. Y antes de todo esto ya estaba concebido el Verbo, no sólo por la generación eterna del Padre, pero también estaba decretada y en la mente divina concebida la generación temporal de Madre Virgen y llena de gracia, porque sin la Madre, y tal Madre, no se podía determinar con eficaz y cumplido decreto esta temporal generación. Allí, pues, y entonces fue concebida María santísima en aquella inmensidad beatífica; y su memoria eterna fue escrita en el pecho de Dios, para que por todos los siglos y eternidades nunca se borrase; quedó estampada y dibujada por el supremo Artífice en su propia mente y poseída de su amor con inseparable abrazo.

59. *Aún no habían rompido las fuentes de las aguas.* Aún no habían salido de su origen y principio las imágenes o ideas de las criaturas; porque no habían rompido las fuentes de la divinidad por la bondad y misericordia como por conductos, para que la voluntad divina se determinase a la creación universal y comunicación de sus atributos y perfecciones; porque, respecto de todo lo restante del universo, aún estaban estas aguas y manantiales represadas y detenidas dentro del inmenso piélago de la divinidad; y en su mismo ser no había fuentes ni corrientes para manifestarse, ni se habían encaminado a los hombres; y cuando fueron, ya estaban encaminadas a la humanidad santísima y a su Madre Virgen. Y así añade:

60. *Ni los montes se habían asentado con su grave peso*, porque Dios no había decretado entonces la creación de los altos montes, de los patriarcas, profetas, apóstoles y mártires, etc., ni los demás santos de mayor perfección; ni el decreto de tan grande determinación se había asentado con su grave peso y equidad, con el fuerte y suave modo

(Sab., 8, 1) que Dios tiene en sus consejos y grandes obras. Y no sólo antes que los montes —que son los grandes santos— pero *antes que los collados, era engendrada*, que son los órdenes de los santos ángeles, antes de los cuales en la mente divina fue formada la humanidad santísima, unida hipostáticamente al Verbo divino, y la Madre que la engendró. Antes fueron Hijo y Madre que todos los órdenes angélicos; para que se entienda que, si David dijo en el salmo 8: *¿Qué es el hombre o el hijo del hombre, que tú, Señor, te acuerdas de él y le visitas? hicístelo poco menos que los ángeles* (Sal., 8, 5-6), etcétera, entiendan y conozcan todos que hay hombre y Dios juntamente, que es sobre todos los hombres y los ángeles y que son todos inferiores y siervos suyos; porque es Dios, siendo hombre, superior, y por esto es primero en la mente divina y en su voluntad, y con él está junta e inseparable una mujer y Virgen Purísima, Madre suya, Superior y Reina de toda criatura.

61. Y si el hombre —como dice el mismo salmo (Ib., 6)— *fue coronado de honra y gloria y constituido sobre todas las obras de las manos del Señor*, fue porque Dios-hombre, su cabeza, le mereció esta corona y la que los ángeles tuvieron. Y el mismo salmo añade, después de *haber disminuido al hombre a menor ser que los ángeles, que le puso sobre sus obras* (Ib., 7), y también los mismos ángeles fueron obra de sus manos. Y así David lo comprendió todo, diciendo que hizo poco menores a los hombres que a los ángeles; pero aunque inferiores en el ser natural, había algún hombre que fuese superior y constituido sobre los mismos ángeles, que eran obra de las manos de Dios. Y esta superioridad era por el ser de la gracia, y no sólo por la parte de la divinidad unida a la humanidad, mas también por la misma humanidad y por la gracia que resultaría en ella de la unión hipostática; y después de ella en su Madre Santísima. Y también algunos de los santos en virtud del mismo Señor humanado pueden alcanzar superior grado y asiento sobre los mismos ángeles. Y dice:

62. *Fui engendrada o nacida*, que dice más que concebida; porque ser concebida se refiere al entendimiento divino de la Beatísima Trinidad, cuando fue

conocida y como conferidas las conveniencias de la encarnación; pero ser nacida refiérese a la voluntad que determinó esta obra, para que tuviese eficaz ejecución, determinando la Santísima Trinidad en su Divino Consistorio, y como ejecutando primero en sí misma, esta maravillosa obra de la unión hipostática y ser de María Santísima. Y por eso dice primero en este capítulo que fue *concebida* y después *engendrada y nacida;* porque lo primero fue conocida y luego determinada y querida.

63. *Antes que hiciera la tierra y los ríos y quicios de la redondez del mundo.* Antes de formar otra tierra segunda —que por esto repite dos veces la tierra— que fue la del paraíso terrenal, adonde el primer hombre fue llevado, después de ser criado de la tierra primera del campo damasceno; antes de esta segunda tierra, donde pecó el hombre, fue la determinación de criar la humanidad del Verbo, y la materia de que se había de formar, que era la Virgen; porque Dios de antemano la había de prevenir, para que no tuviese parte en el pecado, ni estuviese a él sujeta. Los ríos y quicios del orbe son la Iglesia Militante y los tesoros de gracia y dones que con ímpetu habían de dimanar del manantial de la Divinidad, encaminados a todos, y eficazmente a los santos y escogidos que como quicios se mueven en Dios, estando dependientes y asidos a su querer por las virtudes de fe, esperanza y caridad, por cuyo medio se sustentan y vivifican y gobiernan, moviéndose al sumo bien y último fin y también a la conversación humana, sin perder los quicios en que estriban. También se comprenden aquí los Sacramentos y compostura de la Iglesia, su protección y firmeza invencible y su hermosura y santidad sin mancha ni ruga, que esto es este orbe y corrientes de gracia. Y antes que el Altísimo preparase todo esto y ordenase este orbe y cuerpo místico, de quien Cristo, nuestro bien, había de ser cabeza, antes decretó la unión del Verbo a la naturaleza humana y a su Madre, por cuyo medio e intervención había de obrar estas maravillas en el mundo.

64. *Cuando preparaba los cielos, estaba yo presente.* Cuando preparaba y prevenía el cielo y premio que a los justos, hijos de esta Iglesia, había de dar después de su

destierro, allí estaba la humanidad con el Verbo unida, mereciéndoles la gracia como cabeza; y con él estaba su Madre Santísima, a cuyo ejemplar, habiéndoles preparado la mayor parte a Hijo y Madre, disponía y prevenía la gloria para los demás Santos.

65. *Cuando con cierta ley y círculo hacía vallado a los abismos.* Cuando determinaba cercar los abismos de su Divinidad en la Persona del Hijo, con cierta ley y término que ningún viviente pudiera verlo ni comprenderlo; cuando hacía este círculo y redondez, adonde nadie pudo ni puede entrar más que sólo el Verbo, que a sí solo se puede comprender, para achicarse (Filp., 2, 2) y encogerse la divinidad en la humanidad; y la divinidad y humanidad primero en el vientre de María Santísima y después en la pequeña cantidad y especies de pan y vino y con ellas en el pecho angosto de un hombre pecador y mortal. Todo esto significan aquellos abismos y ley, círculo o término, que llama cierta por lo mucho que comprenden, y por la certeza de lo que parecía imposible en el ser y dificultoso en explicarlo; porque no parece había de caber la divinidad debajo de la ley, ni encerrarse dentro determinados límites; pero eso pudo hacer y lo hizo posible la sabiduría y poder del mismo Señor, encubriéndose en cosa terminada.

66. *Cuando afirmaba los cielos en lo alto y pesaba las fuentes de las aguas; cuando rodeaba al mar con su término y ponía a las aguas ley, que no pasaran de sus fines.* Llama aquí a los justos cielos, porque lo son, donde tiene Dios su morada y habitación con ellos por gracia y por ella les da asiento y firmeza, levantándolos, aun, mientras son viadores, sobre la tierra, según la disposición de cada uno; y después, en la celestial Jerusalén, les da lugar y asiento según sus merecimientos; y para ellos pesa las fuentes de las aguas y las divide, distribuyendo a cada uno con equidad y peso los dones de la gracia y de la gloria, las virtudes, auxilios y perfecciones, según la divina sabiduría lo dispone. Cuando se determinaba hacer esta división de estas aguas, se había decretado dar a la humanidad unida al Verbo todo el mar que de la divinidad le resultaba de gracia y dones, como a Unigénito del Padre; y aunque era todo infinito, puso término a este mar, que fue la

humanidad, donde habita la plenitud de la divinidad (Col., 2, 9) , y aun estuvo encubierta treinta y tres años con aquel término, para que habitase con los hombres y no sucediera a todos lo que en el Tabor a los tres apóstoles. Y en el mismo instante que todo este mar y fuentes de la gracia tocaron a Cristo Señor nuestro, como a inmediato a la Divinidad, redundaron en su Madre Santísima como inmediata a su Hijo unigénito; porque sin la Madre, y tal Madre, no se disponían ordenadamente y con la suma perfección los dones de su Hijo, ni comenzaba por otro fundamento la admirable armonía de la máquina celestial y espiritual y la distribución de los dones en la Iglesia militante y triunfante.

67. Cuando asentaba, los fundamentos de la tierra, estaba yo con él componiendo todas las cosas, A todas las tres divinas personas son comunes las obras ad extra, porque todas son un solo Dios, una sabiduría y poder; y así era necesario e inexcusable que el Verbo, en quien según la divinidad fueron hechas todas las cosas (Jn., 1, 3), estuviera con el Padre para hacerlas. Pero aquí dice más, porque también el Verbo humanado estaba ya en la divina voluntad presente con su Madre Santísima; porque así como por el Verbo, en cuanto Dios, fueron hechas todas las cosas, así también para él, en el primer lugar y como más noble y dignísimo fin, fueron criados los fundamentos de la tierra y todo cuanto en ella se contiene. Y por esto dice:

68. *Y me alegraba todos los días, jugando en su presencia en todo tiempo, burlándome en el orbe de la tierra.* Holgábase el Verbo humanado todos los días, porque conoció todos los de los siglos y las vidas de los mortales, que según la eternidad son un breve día (Sal., 89, 4); y holgábase de que toda la sucesión de la creación tendría término, para que, acabado el último día con toda perfección, gozasen los hombres de la gracia y corona de la gloria; holgábase, como contando los días en que había de descender del cielo a la tierra y tomar carne humana; conocía que los pensamientos y obras de los hombres terrenos eran como juego y que todos eran burla y engaño; y miraba a los justos, que, aunque flacos y limitados, eran a propósito para comunicarles y manifestarles su gloria y

perfecciones; miraba su ser inconmutable y la cortedad de los hombres y cómo se había de humanar con ellos, y deleitábase en sus propias obras, y particularmente en las que disponía para su Madre Santísima, de quien le era tan agradable tomar forma de hombre y hacerla digna de obra tan admirable. Estos eran los días en que se alegraba el Verbo humanado; y porque al concebir y como idear todas estas obras y al decreto eficaz de la divina voluntad se seguía la ejecución de todo, añadió el Verbo divino:

69. Y mis delicias son estar con los hijos de los hombres. Mi regalo es trabajar por ellos y favorecerlos; mi contento, morir por ellos; y mi alegría, ser su maestro y reparador; mis delicias son levantar al pobre desde el polvo (Sal., 112, 7) y unirme con el humilde, y humillar para esto mi divinidad y cubrirla y encubrirla con su naturaleza; encogerme y humillarme y suspender la gloria de mi cuerpo, para hacerme pasible y merecerles la amistad de mi Padre; y ser medianero entre su justísima indignación y la malicia de los hombres, y ser su ejemplar y cabeza, a quien puedan imitar y seguir. Estas son las delicias del Verbo eterno humanado.

70. ¡Oh bondad incomprensible y eterna, qué admirada y suspendida quedo, viendo la inmensidad de vuestro ser inmutable comparado con la parvulez del hombre, y mediando vuestro amor eterno entre dos extremos de tan incomparable distancia, amor infinito para criatura no sólo pequeña pero ingrata! ¡En qué objeto tan abatido y vil ponéis, Señor, vuestros ojos y en qué objeto tan noble podía y debía el hombre poner los suyos y sus afectos, a la vista de tan gran misterio! Suspensa en admiración y ternura de mi corazón, me lamento de la desdicha de los mortales y de sus tinieblas y ceguera, pues no se disponen para conocer cuán de antemano comenzó vuestra Majestad a mirarlos y prevenirles su verdadera felicidad con tanto cuidado y amor, como si en ella consistiera la vuestra.

71. Todas las obras y disposición de ellas, como las había de criar, tuvo presentes el Señor desde *ab initio* en su mente y las numeró y pesó con su equidad y rectitud; y, como está escrito en la Sabiduría (Sab., 7, 18ss) supo la disposición del mundo antes de criarle, conoció el principio,

medio y fin de los tiempos, sus mudanzas y concursos de los años, la disposición de las estrellas, las virtudes de los elementos, las naturalezas de los animales, las iras de las bestias, la fuerza de los vientos, las diferencias de los árboles, las virtudes de las raíces y los pensamientos de los hombres; todo lo pesó y numeró (Sab., 11, 21); y no sólo esto, que suena la letra de las criaturas materiales y racionales, pero todas las demás que místicamente por éstas son significadas, que, por no ser para mi intento ahora, no las refiero.

CAPITULO 6

De una duda que propuse al Señor sobre la doctrina de estos capítulos y la respuesta de ella.

72. Sobre las inteligencias y doctrina de los dos capítulos antecedentes se me ofreció una duda, ocasionada de lo que muchas veces he oído y entendido de personas doctas que se disputa en las escuelas. Y la duda fue: que si la causa y motivo principal para que el Verbo divino se humanase fue hacerle cabeza y primogénito de todas las criaturas (Col., 1, 15) y, por medio de la unión hipostática con la humana naturaleza, comunicar sus atributos y perfecciones en el modo conveniente por gracia y gloria a los predestinados, y el tomar carne pasible y morir por el hombre fue decreto como fin secundario; siendo esto así verdad, ¿cómo en la santa Iglesia hay tan diversas opiniones sobre ello? Y la más común es que el Verbo eterno descendió del cielo, como de intento, para redimir a los hombres por medio de su pasión y muerte santísima.

73. Esta duda propuse con humildad al Señor y Su Majestad sé dignó de responderme a ella, dándome una inteligencia y luz muy grande, en que conocí y entendí muchos misterios que no podré explicar, porque comprenden y suenan mucho las palabras que me respondió el Señor, que son éstas: Esposa y paloma mía, oye, que, como padre y maestro tuyo, quiero responder a tu duda y enseñarte en tu ignorancia. Advierte que el fin principal y legítimo del decreto que tuve de comunicar mi

divinidad en la persona del Verbo, unida hipostá-ticamente a la humana naturaleza, fue la gloria que de esta comunicación había de redundar para mi nombre y para las criaturas capaces de la que yo les quise dar; y este decreto se ejecutara sin duda en la encarnación, aunque el primer hombre no hubiera pecado, porque fue decreto expreso y sin condición en lo sustancial, y así debía ser eficaz mi voluntad, que en primer lugar fue comunicarme al alma y humanidad unida al Verbo, y esto era así conveniente a mi equidad y rectitud de mis obras; y aunque esto fue postrero en la ejecución, fue primero en la intención; y si tardé en enviar a mi Unigénito, fue porque determiné prepararle antes una congregación en el mundo, escogida y santa, de justos, que, supuesto el pecado común, serían como rosas entre las espinas de los otros pecadores. Y vista la caída del linaje humano, determiné con decreto expreso que el Verbo viniese en forma pasible y mortal para redimir su pueblo, de quien era cabeza, para que más se manifestase y conociese mi amor infinito con los hombres, y a mi equidad y justicia se le diese debida satisfacción; y que, si fue hombre y el primero en el ser el que pecó, fuese hombre (1 Cor., 15, 21) y el primero en la dignidad el Redentor; y los hombres en esto conociesen la gravedad del pecado y el amor de todas las almas fuese uno solo, pues su Criador, Vivificador, Redentor y quien los ha de juzgar es uno solo. Y también quise compelerles a este agradecimiento y amor, no castigando a los mortales como a los apóstatas ángeles, que sin apelación los castigué, y al hombre perdoné, aguardé y le di oportuno remedio, ejecutando el rigor de mi justicia en mi unigénito Hijo (Rom., 8, 32) y pasando al hombre la piedad de mi grande misericordia.

74. Y para que mejor entiendas la respuesta de tu duda, debes advertir que, como en mis decretos no hay sucesión de tiempo, ni yo necesito de él para obrar y entender, los que dicen que encarnó el Verbo para redimir el mundo, dicen bien; y los que dicen que encarnara si el hombre no pecara, también hablan bien, si con verdad se entiende; porque, si no pecara Adán, descendiera del cielo en la forma que para aquel estado conviniera y, porque pecó, tuve aquel decreto segundo que bajara pasible, porque, visto el pecado, convenía que le reparase en la forma que

lo hizo. Y porque deseas saber cómo se ejecutara este misterio de encarnar el Verbo, si conservara el hombre el estado de la inocencia, advierte que la forma humana fuera la misma en la sustancia pero con el don de la impasibilidad e inmortalidad; cual estuvo mi Unigénito después que resucitó hasta que subió a los cielos, viviera y conversara con los hombres; y los misterios y sacramentos fueran a todos manifiestos; y muchas veces hiciera patente su gloria, como la hizo sola una vez cuando vivió mortal (Mt., 7, 1ss); y delante de todos hiciera en aquel estado de inocencia lo que obró delante de tres Apóstoles en el que fue mortal; y vieran todos los viadores a mi Unigénito con grande gloria y con su conversación se consolaran; y no pusieran óbice a sus divinos efectos, porque estuvieran sin pecado; pero todo lo impidió y estragó la culpa y por ella fue conveniente que viniera pasible y mortal.

75. Y el haber en estos sacramentos y en otros misterios diversas opiniones en mi Iglesia, ha nacido de que a unos maestros les manifiesto y doy luz de unos misterios y a otros se la doy de otros, porque los mortales no son capaces de recibir toda la luz; ni era conveniente que a uno se le diese toda la ciencia de todas las cosas, mientras son viadores; pues, aun cuando son comprensores, la reciben por partes y se la doy proporcionada según el estado y merecimientos de cada uno y como conviene a mi providencia distribuirla; y la plenitud sólo se la debía a la humanidad de mi Unigénito y a su Madre respectivamente. Los demás mortales, ni la reciben toda, ni siempre tan clara que puedan asegurarse en todo; y por eso la adquieren con el trabajo y uso de las letras y ciencias. Y aunque en mis Escrituras hay tantas verdades reveladas, como yo muchas veces los dejo en la natural luz, aunque otras se la doy de lo alto, de aquí se sigue que se entiendan los misterios con diversidad de pareceres y se hallen diferentes explicaciones y sentidos en las Escrituras y cada uno siga su opinión como la entiende. Y aunque el fin de muchos es bueno y la luz y verdad en sustancia sea una, se entiende y se usa de ella con diversidad de juicios e inclinaciones, que unos tienen a unos maestros y otros a otros; de donde nacen entre ellos las controversias.

76. Y de ser más común la opinión que el Verbo bajó del cielo de principal intento a redimir el mundo, entre otras causas, una es porque el misterio de la redención y el fin de estas obras es más conocido y manifiesto, por haberse ejecutado y repetido tantas veces en las Escrituras; y al contrario, el fin de la impasibilidad, ni se ejecutó, ni se decretó absoluta y expresamente, y todo lo que perteneciera a aquel estado quedó oculto y nadie lo puede saber con aseguración, si no fuere a quien yo en particular diere luz o revelare lo que conviene de aquel decreto y amor que tenemos a la humana naturaleza. Y si bien esto pudiera mover mucho a los mortales, si lo pesaran y penetraran, pero el decreto y obras de la redención de su caída es más poderoso y eficaz para moverlos y traerlos al conocimiento y retorno de mi inmenso amor, que es el fin de mis obras; y por eso, tengo providencia de que estos motivos y misterios estén más presentes y sean más frecuentados, porque así es conveniente. Y advierte que en una obra bien puede haber dos fines, cuando el uno se supone debajo de alguna condición, como fue que, si el hombre no pecara, no descendiera el Verbo en forma pasible y que, si pecase, que fuese pasible y mortal; y así en cualquier suceso no se dejara de cumplir el decreto de la encarnación. Yo quiero que los sacramentos de la redención se reconozcan y estimen y siempre se tengan presentes para darme el retorno; pero quiero asimismo que los mortales reconozcan al Verbo humanado por su cabeza y causa final de la creación de todo lo restante de la humana naturaleza, porque él fue, después de mi propia benignidad, el principal motivo que tuve para dar ser a las criaturas; y así, debe ser reverenciado, no sólo porque redimió al linaje humano, pero también porque dio motivo para su creación.

77. Y advierte, esposa mía, que yo permito y dispongo que muchas veces los doctores y maestros tengan diversas opiniones, para que unos digan lo verdadero y otros, con lo natural de sus ingenios, digan lo dudoso; y otras permito digan lo que no es, aunque no disuena luego a la verdad oscura de la fe, en la que todos los fieles están firmes; y otras veces dicen lo que es posible, según ellos entienden. Y con esta variedad se va rastreando la verdad y luz y se manifiestan más los sacramentos escondidos, porque la

duda sirve de estímulo al entendimiento para investigar la verdad; y en esto tienen honesta y santa causa las controversias de los maestros. Y también lo es que, después de tantas diligencias y estudios de grandes y perfectos doctores y sabios, se conozca que en mi Iglesia hay ciencia y que los hace eminentes en sabiduría sobre los sabios del mundo; y que hay sobre todos un enmendador de los sabios (Sab., 7, 15) que soy yo, que sólo lo sé todo y comprendo y lo peso y mido, sin poder ser medido ni comprendido; y que los hombres, aunque más escudriñen mis juicios y testimonios, no los podrán alcanzar, si no les diere yo la inteligencia y luz, que soy el principio y autor de toda sabiduría y ciencia; y conociendo esto los mortales, quiero que me den alabanza, magnificencia, confesión, superioridad y gloria eterna.

78. Y quiero también que los doctores santos adquieran para sí mucha gracia, luz y gloria, con su trabajo honesto, loable y santo, y la verdad se vaya más descubriendo y apurando, llegándose más a su manantial; e investigando con humildad los misterios y obras admirables de mi diestra, vengan a ser participantes de ellas y gozar del pan de entendimiento (Eclo., 15, 3) de mis Escrituras. Yo he tenido gran providencia con los doctores y maestros, aunque sus opiniones y dudas han sido tan diversas y con diferentes fines; porque, unas veces, son de mi mayor honra y gloria y, otras, son de impugnarse y contradecirse por otros fines terrenos: y con esta emulación y pasión han procedido y proceden desigualmente. Pero con todo eso, los he gobernado, regido y alumbrado, asistiéndoles mi protección, de manera que la verdad se ha investigado y manifestado mucho y se ha dilatado la luz para conocer muchas de mis perfecciones y obras maravillosas y se han interpretado las Escrituras santas tan altamente, que me ha sido esto de mucho agrado y beneplácito. Y por esta causa, el furor del infierno con increíble envidia —y mucho más en estos tiempos presentes— ha levantado su trono de iniquidad, impugnando la verdad y pretendiendo beberse el Jordán (Job., 40, 18) y con herejías y doctrinas falsas oscurecer la luz de la fe santa, contra quien ha derramado su falsa cizaña, ayudándose de los hombres. Pero lo restante de la Iglesia y sus verdades están en grado

perfectísimo y los fieles católicos, aunque muy envueltos y ciegos en otras miserias, pero la verdad de la fe y su luz la tienen perfectísima y, aunque llamo a todos con paternal amor a esta dicha, son pocos los electos que me quieren responder.

79. Quiero también, esposa mía, que entiendas que, si bien mi providencia dispone que entre los maestros haya muchas opiniones, para que más se escudriñen mis testimonios y con intento de que a los hombres viadores les sea manifiesta la médula de las divinas letras, mediante sus honestas diligencias, estudios y trabajos, pero fuera de mucho agrado para mí y servicio que las personas doctas extinguieran y apartaran de sí la soberbia, envidia y ambición de honra vana y otras pasiones y vicios que de esto se engendran y toda la mala semilla que siembran los malos efectos de tales ocupaciones; pero no la arranco ahora, porque no se arranque la buena con la mala.—Todo esto me respondió el Altísimo y otras muchas cosas que no puedo manifestar. ¡Bendita sea su grandeza eternamente, que tuvo por bien alumbrar mi ignorancia y satisfacerla tan adecuada y misericordiosamente, sin dedignarse de la parvulez de una mujer insipiente y en todo inútil! Denle gracias y alabanzas sin fin todos los espíritus bienaventurados y justos de la tierra.

CAPITULO 7

Cómo el Altísimo dio principio a sus obras; y todas las cosas materiales crió para el hombre, y a los ángeles y hombres para que hiciesen pueblo de quien el Verbo humanado fuese cabeza.

80. Causa de todas las causas fue Dios y Criador de todo lo que tiene ser; y con el poder de su brazo quiso dar principio a todas sus maravillosas obras *ad extra*, cuando y como fue su voluntad. El orden y principio de esta creación refiere Moisés en el capítulo 1 del Génesis y, porque el Señor me ha dado su inteligencia, diré aquí lo conveniente para ir buscando desde su origen las obras y misterios de la encarnación del Verbo y de nuestra redención.

81. La letra del cap. 1 del Génesis dice de esta manera: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra. Y estaba la tierra sin frutos y vacía y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo y el espíritu del Señor era llevado sobre las aguas. Y dijo Dios: sea hecha la luz, y fue hecha la luz. Y vio Dios la luz que era buena y dividióla y apartóla de las tinieblas; y a la luz llamó día y a las tinieblas noche; y fue hecho día de tarde y mañana* (Gén., 1, 1-5), etc. En este día primero, dice Moisés, que en el principio crió Dios el cielo y la tierra, porque este principio fue el que dio el todopoderoso Dios, estando en su ser inmutable, como saliendo de él a criar fuera de sí mismo a las criaturas, que entonces comenzaron a tener ser en sí mismas y Dios como a recrearse en sus hechuras, como obras adecuadamente perfectas. Y para que el orden fuera también perfectísimo, antes de criar criaturas intelectuales y racionales, formó el cielo para los ángeles y hombres y la tierra donde primero los mortales habían de ser viadores; lugares tan proporcionados para sus fines y tan perfectos, que, como David (Sal., 18, 2) dice, *los cielos publican la gloria de Dios, el firmamento y la tierra anuncian las obras de sus manos.* Los cielos con su hermosura manifiestan la magnificencia y gloria, porque son depósito del premio prevenido para los santos; y el firmamento de la tierra anuncia que ha de haber criaturas y hombres que la habiten y por ella caminen a su Criador. Y antes de criarlos quiere el Altísimo prevenirles y criarles lo necesario para esto y para la vida que les había de mandar vivir; para que de todas partes se hallen compelidos a obedecer y amar a su Hacedor y Bienhechor y que por sus obras (Rom., 1, 20) conozcan su nombre admirable e infinitas perfecciones.

82. De la tierra, dice Moisés, que estaba vacía, y no lo dice del cielo; porque en éste crió los ángeles en el instante cuando dice Moisés: Dijo Dios: sea hecha la luz, y fue hecha la luz; porque no habla sólo de la luz material, sino, también de las luces angélicas o intelectuales. Y no hizo más clara memoria de ellos que significarlos debajo de este nombre, por la condición tan fácil de los hebreos en atribuir la divinidad a cosas nuevas y de menor aprecio que los espíritus angélicos; pero fue muy legítima la metáfora de la

luz para significar la naturaleza angélica, y místicamente la luz de la ciencia y gracia con que fueron iluminados en su creación. Y crió Dios con el cielo empíreo la tierra juntamente, para formar en su centro el infierno; porque en aquel instante que fue criada, por la divina disposición quedaron en medio de este globo cavernas muy profundas y dilatadas, capaces para infierno, limbo y purgatorio; y en el infierno, al mismo tiempo fue criado fuego material y las demás cosas que allí sirven ahora de pena a los condenados. Había de dividir luego el Señor la luz de las tinieblas y llamar a la luz día y a las tinieblas noche; y no sólo sucedió esto entre la noche y día naturales, pero entre los ángeles buenos y malos, que a los buenos dio la luz eterna de su vista, y la llamó día, y día eterno; y a los malos llamó noche del pecado y fueron arrojados en las eternas tinieblas del infierno; para que todos entendamos cuan juntas anduvieron la liberalidad misericordiosa de criador y vivificador y la justicia de rectísimo juez en el castigo.

83. Fueron los ángeles criados en el cielo empíreo y en gracia, para que con ella precediera el merecimiento al premio de la gloria; que aunque estaban en el lugar de ella, no se les había mostrado la divinidad cara a cara y con clara noticia, hasta que con la gracia lo merecieron los que fueron obedientes a la voluntad divina. Y así estos Ángeles Santos, como los demás apóstatas, duraron muy poco en el primer estado de viadores; porque la creación, estado y término, fueron en tres estancias o mórulas divididas con algún intervalo en tres instantes. En el primero fueron todos criados y adornados con gracia y dones, quedando hermosísimas y perfectas criaturas. A este instante se siguió una mórula, en que a todos les fue propuesta e intimada la voluntad de su Criador, y se les puso ley y precepto de obrar, reconociéndole por supremo Señor, y para que cumpliesen con el fin para que los había criado. En esta mórula, estancia o intervalo sucedió entre san Miguel y sus ángeles, con el dragón y los suyos, aquella gran batalla que dice San Juan en el cap. 12 del Apocalipsis (V., 7); y los buenos ángeles, perseverando en gracia, merecieron la felicidad eterna y los inobedientes, levantándose contra Dios, merecieron el castigo que tienen.

84. Y aunque en esta segunda mórula pudo suceder todo muy brevemente, según la naturaleza angélica y el poder divino, pero entendí que la piedad del Altísimo se detuvo algo y con algún intervalo les propuso el bien y el mal, la verdad y falsedad, lo justo y lo injusto, su gracia y amistad y la malicia del pecado y enemistad de Dios, el premio y el castigo eterno y la perdición para Lucifer y los que le siguiesen; y les mostró Su Majestad el infierno y sus penas y ellos lo vieron todo, que en su naturaleza tan superior y excelente todas las cosas se pueden ver, como ellas son en sí mismas, siendo criadas y limitadas; de suerte que, antes de caer de la gracia, vieron claramente el lugar del castigo. Y aunque no conocieron por este modo el premio de la gloria, pero tuvieron de ella otra noticia y la promesa manifiesta y expresa del Señor, con que el Altísimo justificó su causa y obró con suma equidad y rectitud. Y porque toda esta bondad y justificación no bastó para detener a Lucifer y a sus secuaces, fueron, como pertinaces, castigados y lanzados en el profundo de las cavernas infernales y los buenos confirmados en gracia y gloria eterna. Y esto fue todo en el tercer instante, en que se conoció de hecho que ninguna criatura, fuera de Dios, es impecable por naturaleza; pues el ángel, que la tiene tan excelente y la recibió adornada con tantos dones de ciencia y gracia, al fin pecó y se perdió. ¿Qué hará la fragilidad humana, si el poder divino no la defiende y si ella obliga a que la desampare?

85. Resta de saber el motivo que tuvieron en su pecado Lucifer y sus confederados —que es lo que voy buscando— y de qué tomaron ocasión para su inobediencia y caída. Y en esto entendí que pudieron cometer muchos pecados *secundum reatum*, aunque no cometieron los actos de todos; pero de los que cometieron con su depravada voluntad, les quedó hábito para todos los malos actos, induciendo a otros, y aprobando el pecado, que por sí mismos no podían obrar. Y según el mal afecto que de presente tuvo entonces Lucifer, incurrió en desordenadísimo amor de sí mismo; y le nació de verse con mayores dones y hermosura de naturaleza y gracias que los otros ángeles inferiores. En este conocimiento se detuvo demasiado; y el agrado que de sí mismo tuvo le retardó y

entibió en el agradecimiento que debía a Dios, como a causa única de todo lo que había recibido. Y volviéndose a remirar, agradóse de nuevo de su hermosura y gracias y adjudícoselas y amólas como suyas; y este desordenado afecto propio no sólo le hizo levantarse con lo que había recibido de otra superior virtud, pero también le obligó a envidiar y codiciar otros dones y excelencias ajenas que no tenía. Y porque no las pudo conseguir, concibió mortal odio e indignación contra Dios, que de nada le había criado, y contra todas sus criaturas.

86. De aquí se originaron la desobediencia, presunción, injusticia, infidelidad, blasfemia y aun casi alguna especie de idolatría, porque deseó para sí la adoración y reverencia debida a Dios. Blasfemó de su divina grandeza y santidad, faltó a la fe y lealtad que debía, pretendió destruir todas las criaturas y presumió que podría todo esto y mucho más; y así siempre su soberbia sube (Sal., 73, 23) y persevera, aunque su arrogancia es mayor que su fortaleza (Is., 16, 6), porque en ésta no puede crecer y en el pecado un abismo llama a otro abismo (Sal., 41, 8). El primer ángel que pecó fue Lucifer, como consta del capítulo 14 de Isaías (Is., 14, 12), y éste indujo a otros a que le siguiesen; y así se llama príncipe de los demonios, no por naturaleza, que por ella no pudo, tener este título, sino por la culpa. Y no fueron los que pecaron de solo un orden o jerarquía, sino de todas cayeron muchos.

87. Y para manifestar, como se me ha mostrado, qué honra y excelencia fue la que con soberbia apeteció y envidió Lucifer, advierto que, como en las obras de Dios hay equidad, peso y medida (Sab., 11, 21), antes que los ángeles se pudiesen inclinar a diversos fines, determinó su providencia manifestarles inmediatamente después de su creación el fin para que los había criado de naturaleza tan alta y excelente. Y de todo esto tuvieron ilustración en esta manera: Lo primero, tuvieron inteligencia muy expresa del ser de Dios, uno en sustancia y trino en personas, y recibieron precepto de que le adorasen y reverenciasen como a su Criador y Sumo Señor, infinito en su ser y atributos. A este mandato se rindieron todos y obedecieron, pero con alguna diferencia; porque los ángeles buenos

obedecieron por amor y justicia, rindiendo su afecto de buena voluntad, admitiendo y creyendo lo que era sobre sus fuerzas y obedeciendo con alegría; pero Lucifer se rindió por parecerle ser lo contrario imposible. Y no lo hizo con caridad perfecta, porque dividió la voluntad en sí mismo y en la verdad infalible del Señor; y esto le hizo que el precepto se le hiciese algo violento y dificultoso y no cumplirle con afecto lleno de amor y justicia; y así se dispuso para no perseverar en él. Y aunque no le quitó la gracia esta remisión y tibieza en obrar estos primeros actos con dificultad, pero de aquí comenzó su mala disposición, porque tuvo alguna debilidad y flaqueza en la virtud y espíritu y su hermosura no resplandeció como debía. Y, a mi parecer, el efecto que hizo en Lucifer esta remisión y dificultad fue semejante al que hace en el alma un pecado venial advertido; pero no afirmo que pecó venial ni mortalmente entonces, porque cumplió el precepto de Dios; mas fue remiso e imperfecto este cumplimiento y más por compelerle la fuerza de la razón que por amor y voluntad de obedecer; y así se dispuso a caer.

88. En segundo lugar, les manifestó Dios había de criar una naturaleza humana y criaturas racionales inferiores, para que amasen, temiesen y reverenciasen a Dios, como a su autor y bien eterno, y que a esta naturaleza había de favorecer mucho; y que la segunda persona de la misma Trinidad Santísima se había de humanar y hacerse hombre, levantando a la naturaleza humana a la unión hipostática y Persona Divina, y que a aquel supuesto hombre y Dios habían de reconocer por Cabeza, no sólo en cuanto Dios, pero juntamente en cuanto hombre, y le habían de reverenciar y adorar; y que los mismos Ángeles habían de ser sus inferiores en dignidad y gracias y sus siervos. Y les dio inteligencia de la conveniencia y equidad, justicia y razón, que en esto había; porque la aceptación de los merecimientos previstos de aquel hombre y Dios les había merecido la gracia que poseían y la gloria que poseerían; y que para gloria de él mismo habían sido criados ellos y todas las otras criaturas lo serían, porque a todas había de ser superior; y todas las que fuesen capaces de conocer y gozar de Dios, habían de ser pueblo y miembros de aquella cabeza, para reconocerle y reverenciarle. Y de todo esto se

les dio luego mandato a los ángeles.

89. A este precepto todos los obedientes y santos ángeles se rindieron y prestaron asenso y obsequio con humilde y amoroso afecto de toda su voluntad; pero Lucifer con soberbia y envidia resistió y provocó a los ángeles, sus secuaces, a que hicieran lo mismo, como de hecho lo hicieron, siguiéndole a él y desobedeciendo al divino mandato. Persuadióles el mal Príncipe que sería su cabeza y que tendrían principado independiente y separado de Cristo. Tanta ceguera pudo causar en un ángel la envidia y soberbia y un afecto tan desordenado, que fuese causa y contagio para comunicar a tantos el pecado.

90. Aquí fue la gran batalla, que San Juan dice (Ap., 12, 7) sucedió en el cielo; porque los Ángeles obedientes y Santos, con ardiente celo de defender la gloria del Altísimo y la honra del Verbo humanado previsto, pidieron licencia y como beneplácito al Señor para resistir y contradecir al dragón, y les fue concedido este permiso. Pero sucedió en esto otro misterio: que cuando se les propuso a todos los ángeles habían de obedecer al Verbo humanado, se les puso otro tercero precepto, de que habían de tener juntamente por superiora a una mujer, en cuyas entrañas tomaría carne humana este Unigénito del Padre; y que esta mujer había de ser su Reina y de todas las criaturas y que se había de señalar y aventajar a todas, angélicas y humanas, en los dones de gracia y gloria. Los buenos ángeles, en obedecer este precepto del Señor, adelantaron y engrandecieron su humildad y con ella le admitieron y alabaron el poder y sacramentos del Altísimo; pero Lucifer y sus confederados, con este precepto y misterio, se levantaron a mayor soberbia y desvanecimiento; y con desordenado furor apeteció para sí la excelencia de ser cabeza de todo el linaje humano y órdenes angélicos y que, si había de ser mediante la unión hipostática, fuese con él.

91. Y en cuanto al ser inferior a la Madre del Verbo humanado y Señora nuestra, lo resistió con horrendas blasfemias, convirtiéndose en desbocada indignación contra el Autor de tan grandes maravillas; y provocando a los demás, dijo este dragón: Injustos son estos preceptos y a

mi grandeza se le hace agravio; y a esta naturaleza, que tú, Señor, miras con tanto amor y propones favorecerla tanto, yo la perseguiré y destruiré y en esto emplearé todo mi poder y cuidado. Y a esta mujer, Madre del Verbo, la derribaré del estado en que la prometes poner y a mis manos perecerá tu intento.

92. Este soberbio desvanecimiento enojó tanto al Señor, que humillando a Lucifer le dijo: Esta mujer, a quien no has querido respetar, te quebrantará la cabeza (Gén., 3, 15) y por ella serás vencido y aniquilado. Y si por tu soberbia entrare la muerte en el mundo (Sab., 2, 24), por la humildad de esta mujer entrará la vida y la salud de los mortales; y de su naturaleza y especie de estos dos gozarán el premio y coronas que tú y tus secuaces habéis perdido.—Y a todo esto replicaba el dragón con indignada soberbia contra lo que entendía de la divina voluntad y sus decretos; amenazaba a todo el linaje humano. Y los ángeles buenos conocieron la justa indignación del Altísimo contra Lucifer y los demás apostatas y con las armas del entendimiento, de la razón y verdad peleaban contra ellos.

93. Obró aquí el Todopoderoso otro misterio maravilloso: que habiéndoles manifestado por inteligencia a todos los ángeles el sacramento grande de la unión hipostática, les mostró la Virgen Santísima en una señal o especie, al modo de nuestras visiones imaginarias, según nuestro modo de entender. Y así les dio a conocer y representó la humana naturaleza pura en una mujer perfectísima, en quien el brazo poderoso del Altísimo había de ser más admirable que en todo el resto de las criaturas, porque en ella depositaba las gracias y dones de su diestra en grado superior y eminente. Esta señal y visión de la Reina del cielo y Madre del Verbo humanado fue notoria y manifiesta a todos los ángeles buenos y malos. Y los buenos a su vista quedaron en admiración y cánticos de alabanza y desde entonces comenzaron a defender la honra de Dios humanado y su Madre Santísima, armados con este ardiente celo y con el escudo inexpugnable de aquella señal. Y, por el contrario, el dragón y sus aliados concibieron implacable furor y saña contra Cristo y su Madre santísima; y sucedió todo lo que contiene el cap. 12 del

Apocalipsis, cuya declaración, como se me ha dado, pondré en el que se sigue.

CAPITULO 8

Que prosigue el discurso de arriba con la explicación del capítulo 12 del Apocalipsis.

94. La letra de este capítulo del Apocalipsis dice: *Apareció en el cielo una gran señal, una mujer cubierta del sol y debajo de sus pies la luna y una corona de doce estrellas en su cabeza; y estaba preñada y pariendo daba voces y era atormentada para parir. Y fue vista otra señal en ¿l cielo, y viose un dragón grande rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en sus cabezas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó en la tierra; y él \dragon estuvo delante de la mujer, que había de parir, para que en pariendo se tragase el hijo. Y parió un hijo varón, que había de regir las gentes con vara de hierro; y fue arrebatado su hijo para Dios y para su trono, y la mujer huyó a la soledad, donde tenía lugar aparejado por Dios, para que allí la alimenten mil doscientos y sesenta días. Y sucedió una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón y peleaba el dragón y sus ángeles; y no prevalecieron y de allí adelante no se halló lugar suyo en el cielo. Y fue arrojado aquel dragón, serpiente antigua que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el orbe; y fue arrojado en la tierra y sus ángeles fueron enviados con él. Y oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha sido hecha la salud y la virtud y el reino de nuestro Dios y la potestad de su Cristo; porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba ante nuestro Dios de día y de noche. Y ellos le han vencido por la sangre del Cordero y palabras de sus testimonios y pusieron sus almas hasta la muerte. Por esto os alegrad, cielos, y los que habitáis en ellos. ¡Ay de la tierra y mar, porque a vosotros ha bajado el diablo, que tiene grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo! Y después que vio el dragón cómo era arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que parió el hijo varón; y fuéronle dadas a la mujer alas de una grande águila, para*

que volase al desierto a su lugar, donde es alimentada por tiempo y tiempos y la mitad del tiempo fuera de la cara de la serpiente. Y arrojó la serpiente de su boca tras de la mujer agua como un río. Y la tierra ayudó a la mujer y abrió la tierra su boca y sorbió al río que arrojó el dragón de su boca. Y el dragón se indignó contra la mujer y fuese para hacer guerra a los demás de su generación, que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo. Y estuvo sobre la arena del mar (Ap., 12, 1-18).

95. Hasta aquí es la letra del evangelista. Y habla de presente, porque entonces se le mostraba la visión de lo que ya había pasado, y dice: *apareció en el cielo una gran señal, una mujer cubierta del sol y debajo de sus pies la luna y coronada la cabeza con doce estrellas*. Esta señal apareció verdaderamente en el cielo por voluntad de Dios, que, se la propuso manifiesta a los buenos y malos ángeles, para que a su vista determinasen sus voluntades a obedecer los preceptos de su beneplácito; y así la vieron antes que los buenos se determinasen al bien y los malos al pecado; y fue como señal de cuán admirable había de ser Dios en la fábrica de la humana naturaleza. Y aunque de ella les había dado a los ángeles noticia, revelándoles el misterio de la unión hipostática, pero quiso manifestársela por diferente modo en pura criatura y en la más perfecta y santa que, después de Cristo nuestro Señor, había de criar. Y también fue como señal para que los buenos ángeles se asegurasen que por la desobediencia de los malos, aunque Dios quedaba ofendido, no dejaría de ejecutar el decreto de criar a los hombres; porque el Verbo humanado y aquella mujer Madre suya le obligarían infinito más que los inobedientes ángeles podían desobligarle. Fue también como arco en el cielo —a cuya semejanza se pondría el de las nubes después del diluvio (Gén., 9, 13)— para que asegurase que, si los hombres pecasen como los ángeles y fuesen inobedientes, no serían castigados como ellos sin remisión, pero que les daría saludable medicina y remedio por medio de aquella maravillosa señal. Y fue como decirles a los ángeles: No castigaré yo de esta manera a las criaturas que he de criar, porque de la naturaleza humana descenderá esta mujer en cuyas entrañas tomará carne mi Unigénito, que será el restaurador de mi

amistad y apaciguará mi justicia y abrirá el camino de la felicidad, que cerrará la culpa.

96. En testimonio de esto, el Altísimo, a la vista de aquella señal, después que los ángeles inobedientes fueron castigados, se mostró a los buenos ángeles como desenojado y aplacado de la ira que la soberbia de Lucifer le había ocasionado y, a nuestro entender, se recreaba con la presencia de la Reina del cielo, representada en aquella imagen; dando a entender a los ángeles santos que pondría en los hombres, por medio de Cristo y su Madre, la gracia y dones que los apostatas por su rebeldía habían perdido. Tuvo también otro efecto aquella gran señal en los ángeles buenos, que como de la porfía y contienda con Lucifer estaban, a nuestro modo de entender, como afligidos y contristados y, casi turbados, quiso el Altísimo que con la vista de aquella señal se alegrasen y con la gloria esencial se les acrecentase este gozo accidental, merecido también con su victoria contra Lucifer; y viendo aquella vara de clemencia, que se les mostraba en señal de paz (Est., 4, 11), conociesen luego que no se entendía con ellos la ley del castigo, pues habían obedecido a la divina voluntad y a sus preceptos. Entendieron asimismo los Santos Ángeles en esta visión mucho de los misterios y sacramentos de la encarnación que en ella se encerraban y de la Iglesia militante y sus miembros; y que habían de asistir y ayudar al linaje humano, guardando a los hombres y defendiéndolos de sus enemigos y encaminándolos a la eterna felicidad, y que ellos mismos la recibían por los merecimientos del Verbo humanado; y que los había preservado Su Majestad en virtud del mismo Cristo, previsto en su mente divina.

97. Y como todo esto fue de grande alegría y gozo para los buenos ángeles, fue también de grande tormento para los malos y como principio y parte de su castigo, que luego conocieron, de lo que no se habían aprovechado, y que aquella mujer los había de vencer y quebrantar la cabeza (Gén., 3, 15). Todos estos misterios, y muchos que no puedo explicar, comprendió el evangelista en este capítulo y más en esta señal grande; aunque lo refiere en oscuridad y enigma, hasta que llegase el tiempo.

98. El sol, de que dice estaba cubierta la mujer, es el Sol verdadero de justicia; para que los ángeles entendiesen la voluntad eficaz del Altísimo, que siempre quería y determinaba asistir por gracia en esta mujer, hacerla sombra y defenderla con su invencible brazo y protección. Tenía debajo de los pies la luna, porque en la división que hacen estos dos planetas del día y noche, la noche de la culpa, significada en la luna, había de quedar a sus pies, y el sol, que es el día de la gracia, había de vestirla toda eternamente; y también, porque los menguantes de la gracia, que tocan a todos los mortales, habían de estar debajo de los pies y nunca podrían subir al cuerpo y alma, que siempre habían de estar en crecientes sobre todos los hombres y ángeles; y sola ella había de ser libre de la noche y menguantes de Lucifer y de Adán, que siempre los hollaría, sin que pudiesen prevalecer contra ella. Y como vencidas todas las culpas y fuerzas del pecado original y actual, se las pone el Señor en los pies en presencia de todos los ángeles, para que los buenos la conozcan y los malos —aunque no todos los misterios de la visión alcanzaron— teman a esta Mujer, aun antes que tenga ser.

99. La corona de doce estrellas, claro está, son todas las virtudes que habían de coronar a esta Reina de los cielos y tierra; pero el misterio de ser doce fue por los doce tribus de Israel, adonde se reducen todos los electos y predestinados, como los señala el evangelista en el cap. 7 del Apocalipsis (Ap., 7, 4-8). Y porque todos los dones, gracias y virtudes de todos los escogidos habían de coronar a su Reina en grado superior y eminente exceso, se le pone la corona de doce estrellas sobre su cabeza.

100. *Estaba preñada*, porque en presencia de todos los ángeles, para alegría de los buenos y castigo de los malos que resistían a la divina voluntad y a estos misterios, se manifestase que toda la santísima Trinidad había elegido a esta maravillosa mujer por Madre del Unigénito del Padre. Y como esta dignidad de Madre del Verbo era la mayor y principio y fundamento de todas las excelencias de esta gran Señora y de esta señal, por eso se les propone a los ángeles como depósito de toda la Santísima Trinidad, en la

Divinidad y Persona del Verbo humanado; pues, por la inseparable unión y existencia de las personas por la indivisible unidad, no pueden dejar de estar todas tres personas donde está cada una, aunque sola la del Verbo era la que tomó carne humana y de ella sola estaba preñada.

101. *Y pariendo daba voces*; porque si bien la dignidad de esta Reina y este misterio había de estar al principio encubierto, para que naciese Dios pobre y humilde y disimulado, pero después dio este parto tan grandes voces, que el primer eco hizo turbar y salir de sí al rey Herodes y a los Magos obligó a desamparar sus casas y patrias para venir a buscarle; unos corazones se turbaron y otros con afecto interior se movieron (Mt., 2, 1-3). Y creciendo el fruto de este parto, desde que fue levantado en la cruz (Jn., 12, 32) dio tan grandes voces, que se han oído desde el oriente al poniente y desde el septentrión al mediodía (Rom., 10, 18). Tanto se oyó la voz de esta Mujer, que dio, pariendo, la Palabra del Eterno Padre.

102. *Y era atormentada para parir*. No dice esto porque había de parir con dolores, que esto no era posible en este parto Divino, sino porque fue gran dolor y tormento para esta Madre que, en cuanto a la humanidad, saliese del secreto de su virgíneo vientre aquel cuerpecito divinizado, para padecer y sujeto a satisfacer al Padre por los pecados del mundo y pagar lo que no había de cometer (Sal., 68., 5); que todo esto conocería y conoció la Reina por la ciencia de las Escrituras; y, por el natural amor de tal Madre a tal Hijo, naturalmente lo había de sentir, aunque conforme con la voluntad del Eterno Padre. También se comprende en este tormento el que había de padecer la Madre Piadosísima conociendo los tiempos que había de carecer de la presencia de su tesoro, desde que saliese de su tálamo virginal; que si bien en cuanto a la divinidad le tenía concebido en el alma, pero en cuanto a la humanidad Santísima había de estar mucho tiempo sin él y era Hijo solo suyo. Y aunque el Altísimo había determinado hacerla exenta de la culpa, pero no de los trabajos y dolores correspondientes al premio que le estaba aparejado; y así fueron los dolores de este parto (Gén., 3, 16), no efectos del

pecado como en las descendientes de Eva, sino del intenso y perfecto amor de esta Madre divina a su único y Santísimo Hijo. Y todos estos sacramentos fueron para los Santos Ángeles motivo de alabanza y admiración y para los malos principio de su castigo.

103. *Y fue vista en el cielo otra señal: viose un dragón grande y rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en sus cabezas; y con la cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó en la tierra.* Después de lo que está dicho, se siguió el castigo de Lucifer y sus aliados. Porque a sus blasfemias contra aquella señalada mujer, se siguió la pena de hallarse convertido de ángel hermosísimo en dragón fiero y feísimo, apareciendo también la señal sensible y exterior figura. Y levantó con furor siete cabezas, que fueron siete legiones o escuadrones, en que se dividieron todos los que le siguieron y cayeron; y a cada principado o congregación de éstas le dio su cabeza, ordenándoles que pecasen y tomasen por su cuenta incitar y mover a los siete pecados mortales, que comúnmente se llaman capitales, porque en ellos se contienen los demás pecados y son como cabezas de los bandos que se levantan contra Dios. Estos son soberbia, envidia, avaricia, ira, lujuria, gula y pereza; que fueron las siete diademas con que Lucifer convertido en dragón fue coronado, dándole el Altísimo este castigo y habiéndolo negociado él, como premio de su horrible maldad, para sí y para sus ángeles confederados; que a todos fue señalado castigo y penas correspondientes a su malicia y haber sido autores de los siete pecados capitales.

104. Los diez cuernos de las cabezas son los triunfos de la iniquidad y malicia del dragón y la glorificación, y exaltación arrogante y vana que él se atribuye a sí mismo en la ejecución de los vicios. Y con estos depravados afectos, para conseguir el fin de su arrogancia, ofreció a los infelices ángeles su depravada y venenosa amistad y fingidos principados, mayorías y premios. Y estas promesas, llenas de bestial ignorancia y error, fueron la cola con que el dragón arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo; que los ángeles estrellas eran y, si perseveraran, lucieran después con los demás

ángeles y justos, como el sol, en perpetuas eternidades (Dan., 12, 3); pero arrojólos (Jds., 1, 6) el castigo merecido en la tierra de su desdicha hasta el centro de ella, que es el infierno, donde carecerán eternamente de luz y de alegría.

105. *Y el dragón estuvo delante de la mujer, para tragarse al hijo que pariese*. La soberbia de Lucifer fue tan desmedida que pretendió poner su trono en las alturas (Is., 14, 13-14) y con sumo desvanecimiento dijo en presencia de aquella señalada mujer: Ese hijo, que ha de parir esa mujer, es de inferior naturaleza a la mía; yo le tragaré y perderé y contra él levantaré bando que me siga; y sembraré doctrinas contra sus pensamientos y leyes que ordenare; y le haré perpetua guerra y contradicción. Pero la respuesta del altísimo Señor fue, que aquella mujer *había de parir un hijo varón que había de regir las gentes con vara de hierro*. Y este varón, añadió el Señor, será no sólo hijo de esta mujer, sino también Hijo mío, hombre y Dios Verdadero, y fuerte, que vencerá tu soberbia y quebrantará tu cabeza. Será para ti, y para todos los que te oyeren y siguieren, juez poderoso, que te mandará con vara de hierro (Sal., 2, 9) y desvanecerá todos tus altivos y vanos pensamientos. Y será este hijo arrebatado a mi trono, donde se asentará a mi diestra y juzgará, y le pondré a sus enemigos por peana de sus pies (Sal., 109., 1), para que triunfe de ellos; y será premiado como hombre justo y que, siendo Dios, ha obrado tanto por sus criaturas; y todos le conocerán y darán reverencia y gloria (Ap., 5, 13); y tú, como el más infeliz, conocerás cuál es el día de la ira (Sof., 1, 15) del Todopoderoso; y esta mujer *será puesta en la soledad, donde tendrá lugar aparejado por mí*. Esta soledad adonde huyó esta mujer, es la que tuvo nuestra gran Reina siendo única y sola en la suma santidad y exención de todo pecado; porque, siendo mujer de la común naturaleza de los mortales, sobrepujó a todos los ángeles en la gracia y dones y merecimientos que con ellos alcanzó. Y así huyó y se puso en una soledad entre las puras criaturas, que es única y sin semejante en todas ellas; y fue tan lejos del pecado esta soledad, que el dragón no pudo alcanzarla de vista, ni desde su concepción la pudo divisar. Y así la puso el Altísimo sola y única en el mundo, sin comercio ni subordinación a la serpiente, antes, con aseguración y

como firme protesta, determinó y dijo: Esta mujer, desde el instante que tenga ser, ha de ser mi escogida y única para mí; yo la eximo desde ahora de la jurisdicción de sus enemigos y la señalo un lugar de gracia eminentísimo y solo, *para que allí la alimenten mil doscientos y sesenta días*.—Este número de días había de estar la Reina del cielo en un estado altísimo de singulares beneficios interiores y espirituales y mucho más admirables y memorables; y esto fue en los últimos años de su vida, como en su lugar con la divina gracia diré (Cf. Infra p. III, Libro VIII, cap. 8 y 11) Y en aquel estado fue alimentada tan divinamente, que nuestro entendimiento es muy limitado para conocerlo. Y porque estos beneficios fueron como fin adonde se ordenaban los demás de la vida de la Reina del cielo y el remate de ellos, por eso fueron señalados estos días determinadamente por el evangelista.

MÍSTICA CIUIDAD DE DIOS, PARTE 10

612. Esposo y señor mío —respondió la Reina— si de la mano liberalísima del Muy Alto recibimos tantos bienes de gracia, razón es que con alegría recibamos los trabajos temporales (Job 2, 10). Con nosotros llevaremos al Criador de cielo y tierra, y si nos ha puesto cerca de sí mismo, ¿qué mano será poderosa para ofendernos, aunque sea del rey Herodes? Y donde llevamos a todo nuestro bien y el sumo bien, el tesoro del cielo, a nuestro dueño, nuestra guía y luz verdadera, no puede ser destierro, pues él es nuestro descanso, parte y patria; todo lo tenemos con su compañía, vamos a cumplir su voluntad.—Llegaron María santísima y San José a donde estaba en una cuna el infante Jesús, que no acaso dormía en aquella ocasión. Descubrióle la divina Madre y no despertó porque aguardó aquellas tiernas y dolorosas palabras de su amada: Huye, querido mío, y sea como el cervatillo y el cabrito por los montes aromáticos (Cant 8, 14), venid, querido mío, salgamos fuera, vamos a vivir en las villas (Cant 7, 11)). Dulce amor mío —añadió la tierna Madre—, cordero mansísimo, vuestro poder no se limita por el que tienen los reyes de la tierra, pero queréis

con altísima sabiduría encubrirle por amor de los mismos hombres. ¿Quién de los mortales puede pensar, bien mío, que os quitará la vida, pues vuestro poder aniquila el suyo? Si vos la dais a todos, ¿por qué os la quitan? Si los buscáis para darles la que es eterna, ¿cómo ellos quieren daros muerte? Pero ¿quién comprenderá los ocultos secretos de Vuestra Providencia? Ea, Señor y lumbre de mi alma, dadme licencia para que os despierte, que si Vos dormís, vuestro corazón vela (Cant 5, 2).

613. Algunas razones semejantes a éstas dijo también el santo José, y luego la divina Madre, hincadas las rodillas, despertó y tomó en sus brazos al dulcísimo infante, y él, para enternecerla más y mostrarse verdadero hombre, lloró un poco —¡oh maravillas del Altísimo en cosas tan pequeñas a nuestro flaco juicio!—; mas luego se acalló, y pidiéndole la bendición su purísima Madre y San José se la dio el Niño, viéndolo entrambos; y cogiendo sus pobres mantillas en la caja que las trajeron, partieron sin dilación a poco más de media noche, llevando el jumentillo en que vino la Reina desde Nazaret, y con toda prisa caminaron hacia Egipto, como diré en el capítulo siguiente.

614. Y para concluir éste se me ha dado a entender la concordia de los dos Evangelistas San Mateo y San Lucas sobre este misterio; porque, como escribieron todos con la asistencia y luz del Espíritu Santo, con ella misma conocía cada uno lo que escribían los otros tres y lo que dejaban de decir, y de aquí es que por la divina voluntad escribieron todos cuatro algunas mismas cosas y sucesos de la vida de Cristo Señor nuestro y de la historia evangélica y en otras cosas escribieron unos lo que omitían otros, como consta del evangelio de San Juan y de los demás. San Mateo escribió la adoración de los Reyes y la fuga a Egipto (Mt 2, 1ss) y no la escribió San Lucas, y éste escribió la circuncisión y presentación y purificación (Lc 2, 2ss) que omitió San Mateo. Y así como San Mateo, en refiriendo la despedida de los Reyes magos, entra luego contando que el ángel habló a San José para que huyesen a Egipto (Mt 2, 13), sin hablar de la presentación, y no por eso se sigue que no presentaron primero al niño Dios, porque es cierto que se hizo después de pasados los Reyes y antes de salir para

Egipto, como lo cuenta San Lucas (Lc 2, 22ss); así también, aunque el mismo San Lucas tras de la presentación y purificación escribe que se fueron a Nazaret (Lc 22ss), no por eso se sigue que no fueron primero a Egipto, porque sin duda fueron como lo escribe San Mateo, aunque lo omitió San Lucas que ni antes ni después escribió esta huida, porque ya estaba escrita por San Mateo (Mt 2, 14). Y fue inmediatamente después de la presentación, sin que María santísima y San José volviesen primero a Nazaret. Y no habiendo de escribir San Lucas esta jornada, era forzoso para continuar el hilo de su historia que tras la presentación escribiera la vuelta a Nazaret. Y decir que acabado lo que mandaba la ley se volvieron a Galilea, no fue negar que fueran a Egipto sino continuar la narración dejando de contar la huida de Herodes. Y del mismo texto de San Lucas (19) se colige que la ida a Nazaret fue después que volvieron de Egipto, porque dice que el Niño crecía y era confortado con sabiduría y se conocía en él la gracia; lo cual no podía ser antes de los años cumplidos de la infancia, que era después de la venida de Egipto y cuando en los niños se descubre el principio del uso de la razón.

615. También se me ha dado a entender cuan estulto ha sido el escándalo de los infieles o incrédulos que comenzaron a tropezar en esta piedra angular, Cristo nuestro bien, desde su niñez, viéndole huir a Egipto para defenderse de Herodes, como si esto fuera falta de poder y no misterio para otros fines más altos que defender su vida de la crueldad de un hombre pecador. Bastaba para quietar el corazón bien dispuesto lo que el mismo evangelista dice (Mt 2, 15): Que se había de cumplir la profecía de Oseas, que dice en nombre del Padre eterno: *Desde Egipto llamé a mi Hijo* (Os 11, 1). Y los fines que tuvo en enviarle allá y en llamarle, son muy misteriosos y algo diré adelante (Cf. infra n. 641). Pero cuando todas las obras del Verbo humanado no fueran tan admirables y llenas de sacramentos, nadie que tenga sano juicio puede redargüir ni ignorar la suave Providencia con que Dios gobierna las causas segundas, dejando obrar a la voluntad humana según su libertad; y por esta razón, y no por falta de poder, consiente en el mundo tantas injurias y ofensas de idolatrías, herejías y otros pecados que no son menores que el de Herodes, y

consintió el de Judas Iscariotes y de los que de hecho maltrataron y crucificaron a Su Majestad; y claro está que todo esto lo pudo impedir y no lo hizo, no sólo por obrar la redención, mas porque consiguió este bien para nosotros dejando obrar a los hombres por la libertad de su voluntad, dándoles la gracia y auxilios que convenía a su Divina Providencia para que con ellos obraran el bien, si los hombres quisieran usar de su libertad para el bien, como lo hacen para el mal.

616. Con esta misma suavidad de su Providencia da tiempo y espera a la conversión de los pecadores, como se la dio a Herodes; y si usara de su absoluto poder e hiciera grandes milagros para atajar los efectos de las causas segundas, se confundiera el orden de la naturaleza y en cierto modo fuera contrario como autor de la gracia a sí mismo como autor de la naturaleza; y por esto los milagros han de ser raros y pocas veces, cuando hay causa o fin particular; que para esto los reservó Dios para sus tiempos oportunos, en que manifestase su omnipotencia y se conociese ser autor de todo y sin dependencia de las mismas cosas a quien dio el ser y da la conservación. Tampoco debe admirar que consintiese la muerte de los niños inocentes que degolló Herodes (Mt 2, 16), porque en esto no convino defenderlos por milagro, pues aquella muerte les granjeó la vida eterna con abundante premio; y ésta sin comparación vale más que la temporal, que se ha de posponer y perder por ella, y si todos los niños vivieran y murieran con la muerte natural por ventura no todos fueran salvos. Las obras del Señor son justificadas y santas en todo, aunque no luego alcancemos nosotros las razones de su equidad, pero en el mismo Señor las conoceremos cuando le veamos cara a cara.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

617. Hija mía, entre las cosas que para tu enseñanza debes advertir en este capítulo, sea la primera el humilde agradecimiento de los beneficios que recibes, pues entre las generaciones eres tan señalada y enriquecida con lo que mi Hijo y yo hacemos contigo, sin merecerlo tú. Yo repetía muchas veces el verso de Santo Rey David: *¿Qué*

daré al Señor por toda lo que me ha dado (Sal 115, 12)? Y con este afecto agradecido me humillaba hasta el polvo, juzgándome por inútil entre las criaturas. Pues si conoces que yo hacía esto, siendo Madre verdadera del mismo Dios, pondera bien cuál es tu obligación, cuando con tanta verdad te debes confesar indigna y desmerecedora de lo que recibes, pobre para agradecerlo y pagarlo. Esta insuficiencia de tu miseria y debilidad has de suplir ofreciendo al eterno Padre la hostia viva de su Unigénito humanado y especialmente cuando le recibes sacramentado y le tienes en tu pecho; que en esto también imitarás a Santo Rey David, que después de la pregunta que decía de qué daría al Señor por lo que le había favorecido, el Señor respondía: *El cáliz de la salud recibiré e invocaré el nombre del Altísimo* (Sal 115, 12). Has de recibir y obrar la salud de la salvación obrando lo que conduce a ella y dar el retorno con el perfecto proceder, invocar el nombre del Señor y ofrecerle su Unigénito, que es el que obró la virtud y la salud y el que la mereció y puede ser retorno adecuado de lo que recibió el linaje humano y tú singularmente de su poderosa mano. Yo le di forma humana para que conversase con los hombres y fuese de todos como propio suyo, y Su Majestad se puso debajo de las especies de pan y vino para apropiarse más a cada uno en singular y para que como cosa suya le gozase y ofreciese al Padre, supliendo las almas con esta oblación lo que sin ella no pudieran darle y quedando el Altísimo como satisfecho con ella, pues no puede querer otra cosa más aceptable ni pedirla a las criaturas.

618. Tras de esta oblación, es muy acepta la que hacen las almas abrazando y tolerando con igualdad de ánimo y sufrimiento paciente los trabajos y adversidades de la vida mortal, y de esta doctrina fuimos maestros eminentes mi Hijo santísimo y yo, y Su Majestad comenzó a enseñarla desde el instante que le concebí en mis entrañas, porque luego principiamos a peregrinar y padecer, y en naciendo al mundo sufrimos la persecución en el destierro a que nos obligó Herodes, y duró el padecer hasta morir Su Majestad en la cruz; y yo trabajé hasta el fin de mi vida, como en toda ella lo irás conociendo y escribiendo. Y pues tanto padecimos por las criaturas y para remedio suyo quiero que

en esta conformidad nos imites, como esposa suya e hija mía, padeciendo con dilatado corazón y trabajando por aumentarle a tu Señor y Dueño la hacienda tan preciosa a su aceptación de las almas que compró con su vida y sangre. Nunca has de recatear trabajo, dificultad, amargura ni dolores, si por alguno de éstos puedes granjearle a Dios alguna alma o ayudarla a salir de pecado y mejorar su vida; y no te acobarde el ser tan inútil y pobre ni que se logra poco tu deseo y trabajo, que no sabes cómo lo aceptará el Altísimo y se dará por servido, y por lo menos tú debes trabajar oficiosamente y no comer el pan ociosa en su casa (Prov 31, 27).

CAPITULO 22

Comienzan la jornada a Egipto Jesús, María y José, acompañados de los espíritu angélicos, y llegan a la ciudad de Gaza.

619. Salieron de Jerusalén a su destierro nuestros peregrinos divinos, encubiertos con el silencio y oscuridad de la noche, pero llenos del cuidado que se debía a la prenda del cielo que consigo llevaban a tierra extraña y para ellos no conocida; y si bien la fe y la esperanza los alentaba, porque no podía ser más alta y segura que la de nuestra Reina y de su fidelísimo esposo, mas con todo eso daba el Señor lugar a la pena, porque naturalmente era inexcusable en el amor que tenían al infante Jesús, y porque tampoco en particular no sabían todos los accidentes de tan larga jornada, ni el fin de ella, ni cómo serían recibidos en Egipto siendo extranjeros, ni la comodidad que tendrían para criar al niño y llevarle por todo el camino sin grandes penalidades. Trabajos y cuidados saltearon el corazón de los padres santísimos al partir con tanta prisa desde su posada, pero moderóse mucho este dolor con la asistencia de los cortesanos del cielo, que luego se manifestaron los diez mil arriba dichos (Cf. supra n. 589) en forma visible humana, con su acostumbrada hermosura y resplandor con que hicieron de la noche clarísimo día a los divinos caminantes, y saliendo de las puertas de la ciudad se humillaron y adoraron al

Verbo humanado en los brazos de su Madre Virgen, y a ella la alentaron ofreciéndose a su servicio y obediencia de nuevo y que la acompañarían y guiarían en el camino por donde fuese la voluntad del Señor.

620. Al corazón afligido cualquiera alivio le parece estimable, pero éste, por ser grande, confortó mucho a nuestra Reina y a su esposo San José; y con mucho esfuerzo comenzaron sus jornadas, saliendo de Jerusalén por la puerta y camino que guía a Nazaret (en el autógrafo dice así, Nazaret, pero es sin duda un lapsus y quiere decir Belén, como se desprende de lo que sigue), y la divina Madre se inclinó con algún deseo de llegar al lugar del nacimiento, para adorar aquella sagrada cueva y pesebre que fue el primer hospicio de su Hijo santísimo en el mundo, pero los Santos Ángeles la respondieron al pensamiento antes de manifestarle, y la dijeron: Reina y Señora nuestra, Madre de nuestro Criador, conviene que apresuremos el viaje y sin divertirnos prosigamos el camino, porque con la diversión de los Reyes magos sin volver por Jerusalén y después con las palabras del sacerdote Simeón y Ana se ha movido el pueblo y algunos han comenzado a decir que sois Madre del Mesías; otros, que tenéis noticia de él, y otros, que vuestro Hijo es profeta. Y sobre que los Reyes os visitaron en Belén, hay varios juicios, y de todo está informado Herodes y ha mandado que con gran desvelo os busquen y en esto se pondrá excesiva diligencia, y por esta causa os ha mandado el Altísimo partir de noche y con tanta prisa.

621. Obedeció la Reina del cielo a la voluntad del Todopoderoso declarada por sus ministros los Santos Ángeles, y desde el camino hizo reverencia al sagrado lugar del nacimiento de su Unigénito, renovando la memoria de los misterios que en él se habían obrado y de los favores que allí había recibido; y el Santo Ángel que estaba por guarda de aquel sagrado salió al camino en forma visible y adoró al Verbo humanado en los brazos de su divina Madre, con que recibió ella nuevo consuelo y alegría porque le vio y habló. Inclinóse también el afecto de la piadosa Señora a tomar el camino de Hebrón, porque se desviaba muy poco del que llevaban y en aquella ocasión estaba en la misma

ciudad Santa Isabel, su amiga y deuda, con su hijo San Juan Bautista; pero el cuidado de San José, que era de mayor temor, previno también este divertimiento y detención, y dijo a la divina esposa: Señora mía, yo juzgo que nos importa mucho no detener un punto la jornada, pero adelantarla todo lo posible para retirarnos luego del peligro, y por esto no conviene que vayamos por Hebrón donde más fácilmente nos buscarán que en otra parte.—Hágase vuestra voluntad —respondió la humilde Reina—, pero con ella pediré a uno de estos espíritus celestiales vaya a dar aviso a Isabel mi prima de la causa de nuestro viaje, para que ponga en cobro a su niño, porque la indignación de Herodes alcanzará hasta llegar a ellos.

622. Sabía la Reina del cielo el intento de Herodes para degollar los niños, aunque no lo manifestó entonces. Pero lo que aquí me admira es la humildad y obediencia de María santísima, tan raras y advertidas en todo, pues no sólo obedeció a San José en lo que él le ordenaba, sino en lo que le tocaba a ella sola, que era enviar el Ángel a Santa Isabel, no quiso ejecutarlo sin voluntad y obediencia de su esposo, aunque pudo ella por sí mentalmente enviarle y ordenarlo. Confieso mi confusión y tardanza, pues en la fuente purísima de las aguas que tengo a la vista no sacio mi sed, ni me aprovecho de la luz y ejemplar que en ella se me propone, aunque es tan vivo, tan suave, poderoso y dulce para obligar y atraer a todos a negar la propia y dañosa voluntad. Con la de su esposo despachó nuestra gran Maestra uno de los principales Ángeles que asistían para que diese noticia a Santa Isabel de lo que pasaba, y como superiora a los Ángeles en esta ocasión informó a su legado mentalmente de lo que había de decir a la santa matrona y al niño San Juan Bautista.

623. Llegó el Santo Ángel a la feliz y bendita Santa Isabel y conforme al orden y voluntad de su Reina la informó de todo lo que convenía. Dijola cómo la Madre del mismo Dios iba con él huyendo a Egipto de la indignación de Herodes y del cuidado que ponía en buscarle para quitarle la vida, y que por asegurar a San Juan Bautista le ocultase y pusiese en cobro y la declaró otros misterios del Verbo humanado, como se lo ordenó la divina Madre. Con esta embajada

quedó Santa Isabel llena de admiración y gozo y dijo al Santo Ángel cómo deseaba salir al camino a adorar al infante Jesús y ver a su dichosa Madre, y preguntó si podría alcanzarlos. El Santo Ángel la respondió que su Rey y Señor humanado iba con la feliz Madre lejos de Hebrón y no convenía detenerlos; con que se despidió la santa de su esperanza. Y dándole al Ángel dulces memorias para Hijo y Madre, quedó muy tierna y llorosa, y el paraninfo volvió a la Reina con la respuesta. Luego Santa Isabel despachó un propio a toda diligencia y con algunos regalos le envió en alcance de los divinos caminantes y les dio cosas de comer y dineros y con qué hacer mantillas para el Niño, previniendo la necesidad con que iban a tierra no conocida. Alcanzólos el propio en la ciudad de Gaza, que dista de Jerusalén poco menos de veinte horas de camino y está en la ribera del río Besor, camino de Palestina para Egipto, no lejos del mar Mediterráneo.

624. En esta ciudad de Gaza descansaron dos días, por haberse fatigado algo San José y el jumentillo en que iba la Reina, y de allí despidieron al criado de Santa Isabel sin descuidarse el santo esposo de advertirle no dijese a nadie dónde los había topado; pero con mayor cuidado previno Dios este peligro, porque le quitó de la memoria a aquel hombre lo que San José le encargó que callase y sólo la tuvo para volver la respuesta a su ama Santa Isabel. Y del regalo que envió a los caminantes hizo María santísima convite a los pobres, que no los podía olvidar la que era madre de ellos, y de las telas un mantillo para abrigar al Niño Dios y para San José otra capa acomodada para el camino y tiempo. Y previno otras cosas de las que podían llevar en su pobre recámara, porque en cuanto la prudentísima Señora podía hacer con su diligencia y trabajo no quería enseñar milagros para sustentar a su Hijo y a San José, que en esto se gobernaban por el orden natural y común, hasta donde llegaban sus fuerzas. En los dos días que estuvieron en aquella ciudad, para no dejarla sin grandes bienes, hizo María purísima algunas obras maravillosas: libró a dos enfermos de peligro de muerte, dándoles salud; a otra mujer baldada la dejó sana y buena; en las almas de muchos que la vieron y hablaron obró efectos divinos del conocimiento de Dios y mudanza de

vida; y todos sintieron grandes motivos de alabar al Criador; pero a nadie manifestaron su patria ni el intento del viaje, porque si con esta noticia se juntara la que daban sus obras admirables fuera posible que las diligencias de Herodes rastrearan su jornada y los siguieran.

625. Para manifestar lo que se me ha dado a conocer de las obras que por el camino hacían el infante Jesús y su Madre Virgen, me faltan las palabras dignas y mucho más la devoción y peso que piden tan admirables y ocultos sacramentos. Siempre servían los brazos de María purísima de lecho regalado al nuevo y verdadero rey Salomón (Cant 3, 7). Y mirando ella los secretos de aquella humanidad y alma santísima, sucedía algunas veces que Hijo y Madre, comenzando él, alternaban dulces coloquios y cánticos de alabanza, engrandeciendo primero el infinito ser de Dios con todos sus atributos y perfecciones. Y para estas obras daba Su Majestad a la Madre reina nueva luz y visiones intelectuales, en que conocía el misterio altísimo de la unidad de la esencia en la trinidad de las personas; las operaciones *ad intra* de la generación del Verbo y procesión del Espíritu Santo; cómo siempre son y fueron el Verbo engendrado por obra del entendimiento y el Espíritu Santo inspirado por obra de la voluntad, no porque allí hay sucesión de antes y después, porque todo es junto en la eternidad, sino porque nosotros lo conocemos al modo de la duración sucesiva del tiempo. Entendía también la gran Señora cómo las tres personas se comprenden recíprocamente con un mismo entender y cómo conocen a la persona del Verbo unida a la humanidad y los efectos que en ella resultan de la divinidad unida.

626. Con esta ciencia tan alta descendía de la divinidad a la humanidad, y ordenaba nuevos cánticos en alabanza y agradecimiento de haber criado aquella alma y humanidad santísima, en alma y cuerpo perfectísima; el alma llena de sabiduría, gracia y dones del Espíritu Santo con la plenitud y abundancia posible; el cuerpo purísimo y en sumo grado bien dispuesto y complexionado. Y luego miraba todos los actos tan heroicos y excelentes de sus potencias, y habiéndolos imitado todos respectivamente pasaba a bendecirle y darle gracias por haberla hecho Madre suya, concebida sin

pecado, escogida entre millares, engrandecida y enriquecida con todos los favores y dones de su diestra poderosa que caben en pura criatura. En la exaltación y gloria de éstos y otros sacramentos que en ellos se encierran hablaba el Niño y respondía la Madre lo que no cabe en lengua de Ángeles ni en pensamiento de ninguna criatura. Y a todo esto atendía la divina Señora, sin faltar al cuidado de abrigar al Niño, darle leche tres veces al día, de regalarle y acariciarle como madre más amorosa y atenta que todas juntas las otras madres con sus hijos.

627. Otras veces le hablaba y decía: Dulcísimo amor e Hijo mío, dadme licencia para que os pregunte y manifieste mi deseo, aunque vos, Señor mío, le conocéis, pero para consuelo de oír vuestras palabras en responderme decidme, vida de mi alma y lumbre de mis ojos, si os fatiga el trabajo del camino y os afligen las inclemencias del tiempo y elementos y qué puedo hacer yo en servicio y alivio de vuestras penas.—Respondió el Niño Dios: Los trabajos, Madre mía, y el fatigarme por el amor de mi Padre eterno y de los hombres, a quienes vengo a enseñar y redimir, todos se me hacen fáciles y muy dulces y más en vuestra compañía.—Lloraba el Niño algunas veces con serenidad muy grave y de varón perfecto y afligida la amorosa Madre atendía luego a la causa buscándola en su interior que conocía y miraba, y allí entendía que eran lágrimas de amor y compasión por el remedio de los hombres y por sus ingratitudes; y en está pena y llanto también le acompañaba la dulce Madre y solía, como compasiva tórtola, acompañarle en el llanto y como piadosa madre le acariciaba y le besaba con incomparable reverencia. El dichoso San José atendía muchas veces a estos misterios tan divinos y de ellos tenía alguna luz con que aliviaba el cansancio del camino. Otras veces hablaba con su esposa, preguntándole cómo iba y si gustaba de alguna cosa para sí o para el niño y se llegaba a Él y le adoraba besándole el pie y pidiéndole la bendición y algunas veces le tomaba en sus brazos. Con estos consuelos entretenía dulcemente el gran Patriarca las molestias del camino y su divina esposa le alentaba y animaba, atendiendo a todo con magnánimo corazón, sin embarazarle la atención interior para el cuidado de lo

visible, ni esto para la altura de sus encumbrados pensamientos y frecuentes afectos, porque en todo era perfectísima.

Doctrina de la divina Madre y Señora.

628. Hija mía carísima, para la imitación y ciencia que en ti quiero sobre lo que has escrito, te será ejemplar la admiración y afectos que hacía en mi alma la luz divina con que conocía a mi Hijo santísimo sujetarse de voluntad al furor inhumano de los malos hombres, como sucedió con Herodes en esta ocasión que fuimos huyendo de su ira y después a los malos ministros de los pontífices y magistrados. En todas las obras del Altísimo resplandece su grandeza, su bondad y sabiduría infinita, pero lo que más admiraba mi entendimiento era cuando conocía a un mismo tiempo con luz altísima el ser de Dios en la persona del Verbo unida a la humanidad y que era mi Hijo santísimo Dios eterno, todopoderoso, infinito y criador de todo y conservador, y que no sólo de este beneficio pendía la vida y ser de aquel inicuo rey, pero que la humanidad santísima pedía y rogaba al Padre para que al mismo tiempo le diese inspiraciones, auxilios y muchos bienes, y que siéndole tan fácil castigarle no lo hizo, sino que con sus súplicas le alcanzó no lo fuese efectivamente y según su malicia. Y aunque al fin se perdió como prescito y pertinaz, pero tiene menos pena que le dieran si mi Hijo santísimo no hubiera rogado por él. Todo esto, y lo que aquí se encierra de la incomparable misericordia y mansedumbre de mi Hijo santísimo, procuré yo imitar, porque como maestro me enseñaba con obras lo que después había de amonestar con ejemplo, palabras y ejecuciones del amor de los enemigos. Y cuando conocía yo que ocultaba y disimulaba su poder infinito y siendo león invencible se dejaba como cordero humilde y mansísimo al furor de los lobos carniceros, mi corazón se deshacía y desfallecían mis fuerzas, deseando amarle e imitarle y seguirle en su amor y caridad, paciencia y mansedumbre.

629. Este ejemplar te propongo para que siempre le lleves delante y entiendas cómo y hasta dónde debes sufrir, padecer, perdonar y amar a quien te ofendiere, pues ni tú

ni las demás criaturas estáis inocentes y sin alguna culpa y muchos con repetidas y graves para merecerlo. Pero si por medio de las persecuciones has de conseguir el grande bien de esta imitación, ¿qué razón habrá para que no las aprecies por grande dicha y ames a quien te ocasiona lo sumo de la perfección y agradezcas este beneficio, no juzgando por enemigo antes por bienhechor tuyo a quien te pone en ocasión de lo que tanto te importa? Con el objeto que se te ha propuesto no tendrás disculpa si en esto faltas, pues te le hace como presente la divina luz y lo que de él conoces y penetras.

CAPITULO 23

Prosiguen las jornadas Jesús, María y José de la ciudad de Gaza hasta Heliópolis de Egipto.

630. El día tercero después que nuestros peregrinos llegaron a Gaza partieron de aquella ciudad para Egipto y dejando luego los poblados de Palestina se metieron en los desiertos arenosos que se llaman de Bersabé, encaminándose por espacio de sesenta leguas y más de despoblados para llegar a tomar asiento en la ciudad de Heliópolis, que ahora se llama El Cairo de Egipto. En este desierto peregrinaron algunos días, porque las jornadas eran cortas, así por la descomodidad del camino tan arenoso como por el trabajo que padecieron con la falta de abrigo y de sustento. Y porque fueron muchos los sucesos que en esta soledad tuvieron diré algunos de donde se entenderán otros, porque todos no es necesario referirlos. Y para conocer lo mucho que padecieron María y José y también el infante Jesús en esta peregrinación, se debe suponer que dio lugar el Altísimo para que su Unigénito humanado con su Madre santísima y San José sintiesen las molestias y penalidades de este destierro. Y aunque la divina Señora las padecía con pacificación, pero se afligió mucho sin perderla, y lo mismo respectivamente su fidelísimo esposo, porque entrambos padecieron muchas incomodidades y molestias en sus personas, y mayores en el corazón de la Madre por las de su Hijo y de José, y él por las del Niño y de la esposa y que no podía remediarlos con

su diligencia y trabajo.

631. Era forzoso en aquel desierto pasar las noches al sereno y sin abrigo en todas las sesenta leguas de despoblado, y esto en tiempo de invierno, porque la jornada sucedió en el mes de febrero, comenzándola seis días después de la purificación, como se infiere de lo que dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 909, 613). La primera noche que se hallaron solos en aquellos campos se arrimaron a la falda de un montecilio, que fue sólo el recurso que tuvieron, y la Reina del cielo con su niño en los brazos se sentó en la tierra y allí tomaron algún aliento y cenaron de lo que llevaban desde Gaza; y la Emperatriz del cielo dio el pecho a su infante Jesús y Su Majestad con semblante apacible consoló a la Madre y su esposo; cuya diligencia con su propia capa y unos palos formó un tabernáculo o pabellón para que el Verbo divino y María santísima se defendiesen algo del sereno, abrigándolos con aquella tienda de campo tan estrecha y humilde; y la misma noche los diez mil Ángeles que con admiración asistían a los peregrinos del mundo hicieron cuerpo de guardia a su Rey y Reina, cogiéndolos en medio de una rueda o circuito que formaron en cuerpo visible humano. Conoció la gran Señora que su Hijo santísimo ofrecía al Padre eterno aquel desamparo y trabajos y los de la misma Madre y San José, y en esta ocasión y los demás actos que aquella alma deificada hacía le acompañó la Reina lo más de la noche, y el Niño Dios durmió un poco en sus brazos, pero ella siempre estuvo en vela y coloquios divinos con el Altísimo y con los Ángeles; y el Santo José se recostó en la tierra, la cabeza sobre la arquilla de las mantillas y pobre ropa que llevaban.

632. Prosiguieron el día siguiente su camino y luego les faltó en el viaje la prevención de pan y algunas frutas que llevaban, con que la Señora del cielo y tierra y su santo esposo llegaron a padecer grande y extrema necesidad y a sentir el hambre, y aunque la padeció mayor San José, pero entrambos la sintieron con harta aflicción. Un día sucedió, a las primeras jornadas, que pasaron hasta las nueve de la noche sin haber tomado cosa alguna de sustento, aun de aquel pobre y grosero mantenimiento que comían y

después del trabajo y molestia del camino cuando necesitaba más la naturaleza de ser refrigerada, y como no se podía suplir esta necesidad con ninguna diligencia humana, la divina Señora convertida al Altísimo dijo: Dios eterno, grande y poderoso, yo os doy gracias y bendigo por las magníficas obras de vuestro beneplácito y porque sin merecerlo yo por sola vuestra dignación me disteis el ser, vida y con ella me habéis conservado y levantado, siendo polvo e inútil criatura. No he dado por estos beneficios el digno retorno, pues ¿cómo pediré para mí lo que no puedo recompensar? Pero, Señor y Padre mío, mirad a vuestro Unigénito y concededme con qué le alimente la vida natural y también la de mi esposo, para que con ella sirva a Vuestra Majestad y yo a vuestra Palabra hecha carne (Jn 1, 14) por la salvación humana.

633. Para que estos clamores de la dulcísima Madre naciesen de mayor tribulación, dio lugar el Altísimo a los elementos para que con sus inclemencias los afligiesen sobre el hambre, cansancio y desamparo, porque se levantó un temporal de agua y vientos muy destemplados que los cegaba y fatigaba mucho. Este trabajo afligió más a la piadosa y amorosa Madre por el cuidado del Niño Dios, tan delicado y tierno, que aún no tenía cincuenta días, y aunque le cubrió y abrigó cuanto pudo, pero no bastó para que como verdadero hombre no sintiese la inclemencia y rigor del tiempo, manifestándolo con llorar y tiritar de frío (por los pecados de los hombre y para su salvación), como lo hicieran los demás niños hombres puros. Entonces la cuidadosa Madre, usando del poder de Reina y Señora de las criaturas, mandó con imperio a los elementos que no ofendiesen a su mismo Criador, sino que le sirviesen de abrigo y refrigerio y que con ella ejecutasen el rigor. Sucedió así, como en las ocasiones que arriba dije (Cf. supra n. 543, 544, 590) del nacimiento y camino de Jerusalén, porque luego se templó el viento y cesó la cellisca sin llegar a donde estaban Hijo y Madre. Y en retorno de este amoroso cuidado, el infante Jesús mandó a sus Ángeles que diesen a su amantísima Madre y la sirviesen de cortina, que la abrigasen del rigor de los elementos. Hiciéronlo al punto, y formando un globo de resplandor muy denso y hermoso por extremo, encerraron en él a su Dios humanado y a la

Madre y esposo, dejándolos más guarnecidos y defendidos que estuvieran con los palacios y paños ricos de los poderosos del mundo; y esto mismo hicieron otras veces en aquel desierto.

634. Pero faltábales la comida y afligíales la necesidad que con humana industria era irreparable, y dejándolos llegar el Señor a este punto e inclinado a las peticiones justas de su esposa, los proveyó por mano de los mismos Ángeles, porque luego les trajeron pan suavísimo y frutas muy hermosas y sazonadas y a más de esto un licor dulcísimo, y los mismos Ángeles se lo administraron y sirvieron. Y después todos juntos hacían cánticos de gracias y alabando al Señor que da alimento a toda carne (Sal 135, 25) en tiempo que sea oportuno, para que los pobres coman y sean saciados (Sal 21, 27), porque sus ojos y esperanzas están puestas en su real Providencia y largueza (Sal 144, 15). Estos fueron los platos delicados con que regaló el Señor desde su mesa a sus tres Peregrinos y desterrados en el desierto de Bersabé (3 Re 19, 3), que fue el mismo donde Elias huyendo de Jezabel fue confortado con el subcinericio pan que le dio el Ángel del Señor para llegar hasta el monte Horeb. Pero ni este pan, ni el que antes le habían servido milagrosamente los cuervos con carnes que comiese a la mañana y a la tarde en el torrente de Carit, ni el maná que llovió del cielo a los israelitas (Ex 16, 13), aunque se llamaba pan de ángeles y llovido del cielo; ni las codornices que las trajo el viento áfrico, ni el pabellón de nube (Num 10, 34) con que eran refrigerados, ninguno de estos alimentos y beneficios se puede comparar con lo que hizo el Señor en este viaje con su Unigénito humanado, con la divina Madre y su esposo. No eran estos favores para alimentar a un profeta y pueblo ingrato y tan mal mirado, mas para dar vida y alimento al mismo Dios hecho hombre y a su verdadera Madre y para conservar la vida natural de donde estaba pendiente la eterna de todo el linaje humano. Y si este manjar divino era conforme a la excelencia de los convidados, así también el agradecimiento y correspondencia era excesiva y muy según la grandeza del beneficio. Y para que fuese todo más oportuno, siempre consentía el Señor que la necesidad llegase al extremo y que ella misma pidiese el socorro del

cielo.

635. Alégrense con este ejemplo los pobres y no desmayen los hambrientos, esperen los desamparados, y nadie se querelle de la divina Providencia por afligido y menesteroso que se halle. ¿Cuándo faltó el Señor a quien espera en él? ¿Cuándo volvió su paternal rostro a los hijos contristados y pobres? Hermanos somos de su Unigénito humanado, hijos y herederos de sus bienes y también hijos de su Madre piadosísima. Pues, ¡oh hijos de Dios y de María santísima!, ¿cómo desconfiáis de tales Padres en vuestra pobreza? ¿Por qué les negáis a ellos esta gloria y a vosotros el derecho de que os alimenten y socorran? Llegad, llegad con humildad y confianza, que los ojos de vuestros Padres os miran, sus oídos oyen el clamor de vuestra necesidad y las manos de esta Señora están extendidas al pobre y sus palmas abiertas al necesitado (Prov 31, 20). Y vosotros, ricos de este siglo, ¿por qué o cómo confiáis en solas vuestras inciertas riquezas (1 Tim 6, 17), con peligro de desfallecer en la fe y granjeando de contado gravísimos cuidados y dolores, como os amenaza el Apóstol? No confesáis ni profesáis en la codicia ser hijos de Dios y de su Madre, antes lo negáis con las obras y os reputáis por espurios o hijos de otros padres, porque el verdadero y legítimo sólo sabe confiar en el cuidado y amor de sus padres verdaderos y les agravia si pone su esperanza en otros, no sólo extraños pero enemigos. Esta verdad me enseña la divina luz y me compele la caridad a decirla.

636. No sólo cuidaba el altísimo Padre de alimentar a nuestros peregrinos, pero también de recrearlos visiblemente para alivio de la molestia del camino y prolija soledad. Y sucedía algunas veces, que llegando la divina Madre a descansar y sentarse en el suelo con su infante Dios, venían de las montañas a ella mucho número de aves, como en otra ocasión dije (Cf. supra n. 185), y con suavidad de gorjeos y variedad de sus plumas la entretenían y recreaban y se le ponían en los hombros y en las manos, para regalarse con ella. Y la prudentísima Reina las admitía y convidaba, mandándoles que reconociesen a su Criador y le hiciesen cánticos y reverencia en agradecimiento de que les había criado tan hermosas y vestidas de plumas para

gozar del aire y de la tierra y con sus frutos las daba cada día su vida y conservación con el alimento necesario. A todo esto obedecían las aves con movimientos y cánticos dulcísimos, y con otros más dulces y sonoros para el infante Jesús le hablaba la amorosa Madre, alabándole, bendiciéndole y reconociéndole por su Dios y por su Hijo y Autor de todas las maravillas. A estos coloquios tan llenos de suavidad ayudaban también los Santos Ángeles, alternando con la gran Señora y con aquellas simples avecillas, y todo hacía una armonía más espiritual que sensible, de admirable consonancia para la criatura racional.

637. Otras veces la divina Princesa hablaba con el niño y le decía: Amor mío y lumbre de mi alma, ¿cómo aliviaré yo vuestro trabajo? ¿Cómo excusaré vuestra molestia? Y ¿cómo haré que no sea penoso para vos este camino tan pesado? ¡Oh quién os llevara no en los brazos, sino en mi pecho y de él pudiera hacer blando lecho en que sin molestia fuerais reclinado!—Respondía el dulcísimo Jesús: Madre mía querida, muy aliviado voy en vuestros brazos, descansado en vuestro pecho, gustoso con vuestros afectos y regalado con vuestras palabras.—Otras veces, Hijo y Madre se hablaban con el interior y se respondían, y estos coloquios eran tan altos y divinos que no caben en nuestras palabras. Al santo esposo José le alcanzaban muchos de estos misterios y consuelos, con que se le hacía fácil el camino y olvidaba sus molestias y sentía la suavidad y dulzura de su deseable compañía, aunque no sabía ni oía que el Niño hablaba sensiblemente con la Madre, porque este favor era para ella sola por entonces, como dije arriba (Cf. supra n. 577), y en este modo prosiguieron nuestros desterrados su camino para Egipto.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima Señora nuestra.

638. Hija mía, así como los que conocen al Señor saben esperar en él (Sal 9, 11), así los que no esperan en su bondad y amor inmenso no tienen perfecto conocimiento de Su Majestad, y al defecto de la fe y esperanza se sigue el no amarle y luego poner el amor donde está la confianza, muy

alto concepto y estimación. Y en este error consiste todo el daño y ruina de los mortales, porque de la bondad infinita que les dio el ser y conservación hacen tan bajo concepto, que por esto no saben poner en Dios toda su confianza, y desfalleciendo en ella falta el amor que le debían y le convierten a las criaturas y confían y aprecian en ellas lo que apetecen, que es el poder, las riquezas, el fausto y la vanidad (y placeres pecaminosos). Y aunque los fieles pueden ocurrir a este daño con la fe y esperanza infusa, pero todos las dejan muertas y ociosas y sin usar de ellas se abaten a las cosas bajas: y unos esperan en las riquezas, si las tienen; otros las codician, si no las poseen; otros las procuran por camino y medios muy perversos; otros confían en los poderosos y los lisonjean y aplauden; con que vienen a ser muy pocos los que le quedan al Señor que le merezcan su cuidadosa Providencia y se fíen de ella y le conozcan por Padre que cuida de sus hijos y los alimenta y conserva, sin desamparar a ninguno en la necesidad.

639. Este engaño tenebroso ha dado al mundo tantos amadores y le ha llenado de avaricia y concupiscencia contra la voluntad y gusto del Criador y ha hecho desatinar a los hombres en lo mismo que desean o lo menos debían desear; porque todos comúnmente confiesan que desean las riquezas y bienes temporales para remediar su necesidad, y dicen esto porque no debían desear otra cosa, pero en hecho de verdad mienten muchos porque apetecen lo superfluo y no necesario, para que sirva no a la natural necesidad, sino a la soberbia del mundo. Pero si desearan los hombres sólo aquello que con verdad necesitan, fuera desatino poner su confianza en las criaturas y no en Dios, que con infalible Providencia acude hasta a los polluelos de los cuervos (Sal 149,9), como si sus claznidos fueran voces que llaman a su Criador. Con esta seguridad no pude yo temer en mi destierro y larga peregrinación, y porque fiaba del Señor acudía su providencia en el tiempo del aprieto. Y tú, hija mía, que conoces esta gran providencia, no te aflijas sin modo en las necesidades, ni faltes a tus obligaciones por buscar medios para socorrerles, ni confíes en diligencias humanas ni en criaturas, pues habiendo hecho lo que te toca, el medio eficaz es fiar del Señor, sin turbarte ni alterarte y esperar

con paciencia, aunque se dilate algo el remedio, que siempre llegará en el tiempo más conveniente y oportuno (Sal 144, 15) y cuando más se manifieste el paternal amor del Señor; como sucedió conmigo y mi esposo en nuestra necesidad y pobreza.

640. Los que no sufren con paciencia y no quieren padecer necesidad y los que se convierten a cisternas disipadas (Jer 2, 13) confiando en la mentira y en los poderosos, los que no se satisfacen con lo moderado y apetecen con ardiente codicia lo que no han menester para la vida y los que tenazmente guardan lo que tienen para que no les falte, negando a los pobres la limosna que se les debe, todos éstos pueden temer con razón que les faltará aquello que no pueden aguardar de la Providencia divina, si ella fuera tan escasa en dar como ellos en esperar y en dar por su amor al necesitado; pero el Padre verdadero, que está en los cielos, hace que nazca el sol sobre los justos e injustos y da la lluvia sobre los buenos y los malos (Mt 5, 45) y acude a todos dándoles vida y alimento. Pero así como los beneficios son comunes a buenos y malos, así el dar mayores bienes temporales a unos y negarlos a otros no es regla del amor que Dios les tiene, porque antes quiere pobres a los escogidos y predestinados (Sant 2, 5): lo uno, porque adquieran mayores merecimientos y premios; lo otro, porque no se enreden con el amor de los bienes temporales, porque son pocos los que saben usar bien de ellos y poseerlos sin desordenada codicia. Y aunque no teníamos este peligro mi Hijo santísimo y yo, pero quiso Su Majestad con el ejemplo enseñar a los hombres esta divina ciencia en que les va la vida eterna.

CAPITULO 24

Llegan a Egipto los peregrinos Jesús, María y José con algún rodeo hasta la ciudad de Heliópolis y suceden grandes maravillas.

641. Ya toqué arriba (Cf. supra n. 615) que la fuga del Verbo humanado tuvo otros misterios y más altos fines que retirarse de Herodes y defenderse de su ira, porque esto

antes fue medio que tomó el Señor para irse a Egipto y obrar allí las maravillas que hizo, de que hablaron los antiguos profetas, y muy expresamente Isaías (Is 19, 1), cuando dijo que subiría el Señor sobre una nube ligera y entraría en Egipto y se moverían los simulacros de Egipto delante de su cara y se turbaría el corazón de los egipcios en medio de ellos, y otras cosas que contiene aquella profecía y sucedieron por los tiempos del nacimiento de Cristo nuestro Señor. Pero dejando lo que no pertenece a mi intento, digo que, prosiguiendo su peregrinación Jesús, María y José en la forma que queda declarado, llegaron con sus jornadas a la tierra y poblados de Egipto. Y para llegar a tomar asiento en Heliópolis fueron guiados por los Ángeles, ordenándolo el Señor, con algún rodeo, para entrar primero en otros muchos lugares donde Su Majestad quería obrar algunas maravillas y beneficios de los que había de enriquecer a Egipto. Y así gastaron en estos viajes más de cincuenta días, y desde Belén o Jerusalén anduvieron más de doscientas leguas, aunque por otro camino más derecho no fuera necesario caminar tanto a donde tomaron asiento y domicilio.

642. Eran los egipcios muy dados a la idolatría y supersticiones que de ordinario la acompañan y hasta los pequeños lugares de aquella provincia estaban llenos de ídolos; de muchos había templos y en ellos vivían varios demonios, a donde acudían los infelices moradores a adorarles con sacrificios y ceremonias ordenadas por los mismos demonios y les daban respuestas y oráculos a sus preguntas de que la gente estulta y supersticiosa se dejaba llevar ciegamente. Con estos engaños vivían tan dementados y asidos a la adoración del demonio, que era menester el brazo fuerte del Señor que es el Verbo humanado para rescatar aquel pueblo desamparado y sacarle de la opresión en que le tenía Lucifer, más dura y peligrosa que en la que pusieron ellos al pueblo de Dios (Ex 1, 6ss). Para alcanzar este vencimiento del demonio y alumbrar a los que vivían en la región y sombra de la muerte (Lc 1, 79) y que aquel pueblo viese la luz grande que dijo Isaías (Is 9, 2), determinó el Altísimo que el Sol de Justicia Cristo, a pocos días de su nacimiento, apareciese en Egipto en los brazos de su felicísima Madre y que fuese

girando y rodeando la tierra para ilustrarla toda con la virtud de su divina luz.

643. Llegó, pues, el infante Jesús con su Madre y San José a la tierra poblada de Egipto, y al entrar en los lugares el Niño Dios en los brazos de la Madre, levantando los ojos al cielo y puestas sus manos oraba al Padre y pedía por la salud de aquellos moradores cautivos del demonio y luego sobre los que allí estaban en los ídolos usaba de la potestad divina y real y los lanzaba y arrojaba al profundo, y como rayos despedidos de la nube salían y bajaban hasta lo más remoto de las cavernas infernales y tenebrosas. Al mismo punto con grande estrépito caían los ídolos, se hundían los templos y se arruinaban los altares de la idolatría. La causa de prodigiosos efectos era notoria a la divina Señora, que acompañaba a su Hijo santísimo en sus peticiones como cooperadora en todo de la salvación humana. San José también conocía que todas éstas eran obras del Verbo humanado y por ellas, con admiración santa, le bendecía y alababa. Pero los demonios, aunque sentían la fuerza del poder de Dios, no conocían de dónde salía aquella virtud.

644. Admirábanse los pueblos de los gitanos (egipcios) con tan impensada novedad, aunque entre los más sabios había alguna luz o tradición recibida de los antiguos, desde el tiempo que Jeremías (Jer 43, 8-13) estuvo en Egipto, de que un Rey de los judíos vendría a aquel reino y serían destruidos los templos de los ídolos de Egipto. Pero de esta venida no tenían noticia los del pueblo ni tampoco los sabios del modo cómo había de suceder, y así era común el temor y confusión de todos, porque se turbaron y temieron, conforme a la profecía de Isaías (Is 9, 1). Con esta mutación, preguntándose unos a otros, llegaban algunos a nuestra gran Reina y Señora y a San José y con la curiosidad de ver los forasteros hablaban con ellos de la ruina de sus templos y dioses que adoraban. Y tomando ocasión de estas preguntas la Madre de la sabiduría comenzó a desengañar aquellos pueblos, dándoles noticia del verdadero Dios y enseñándoles que sólo él era único y Criador del cielo y de la tierra y el que debía ser sólo adorado y reconocido por Dios, y que los demás eran falsos y mentirosos y que no se distinguían de los maderos o

barro o metales de que eran formados, ni tenían ojos ni oídos ni poder alguno, y que los mismos artífices los podían deshacer y destruir como los hicieron y también cualquiera otro hombre, porque todos eran más nobles y poderosos, y que las respuestas que daban eran de los demonios que en ellos estaban, mentirosos y engañosos, y no tenían virtud verdadera porque sólo Dios era verdadero.

645. Como la divina Señora era tan suave y dulce en sus palabras y ellas tan vivas y eficaces, su semblante tan apacible y amable y los efectos de sus pláticas eran tan saludables, con esto corría la voz de los forasteros y peregrinos en los lugares donde llegaban y concurría harta gente a verlos y a oírlos. Y como al mismo tiempo obraba la oración y petición del Verbo humanado y les granjeaba grandes auxilios y sucedía la novedad de arruinarse los ídolos, era increíble la conmoción de la gente y la mudanza de los corazones, convirtiéndose al conocimiento del verdadero Dios y haciendo penitencia de los pecados, sin saber de dónde ni por qué medio les venía este bien. Prosiguieron Jesús y María por muchos pueblos de Egipto, obrando estas maravillas y otras muchas, desterrando los demonios no sólo de los ídolos, sino también de muchos cuerpos que tenían poseídos, curando muchos enfermos de grandes y peligrosas enfermedades y alumbrando los corazones de varias gentes y catequizando y enseñando la divina Señora y San José el camino de la verdad y vida eterna. Y con estos beneficios temporales y otros a que tanto se mueve el vulgo ignorante y terreno, eran traídos muchos a oír la enseñanza y doctrina de la vida y salud de sus almas.

646. Llegaron a la ciudad de Hermópolis, que está hacia la Tebaida, y algunos la llaman ciudad de Mercurio. Había en ella muchos ídolos y demonios muy poderosos, y en particular asistía uno en un árbol que estaba a la entrada de la ciudad; que de haberle venerado los vecinos por su grandeza y hermosura, tomó ocasión el demonio para usurpar aquella adoración colocando su silla en aquel árbol. Y cuando llegó el Verbo humanado a su vista, no sólo dejó el demonio aquel asiento derribado al profundo, pero el árbol se inclinó hasta el suelo como agradecido de su

suerte, porque aun las criaturas insensibles testificasen cuan tirano dominio es el de este enemigo. Y el milagro de inclinarse los árboles sucedió otras veces en el camino por donde pasaba su Criador, aunque no quedó memoria de todos, pero esta maravilla de Hermópolis perseveró muchos siglos, porque después las hojas y fruto de aquel árbol curaban de varias enfermedades. Y de este milagro escribieron algunos autores (Cf. por ejemplo, Nicéforo (L. 10 c. 31), Sozomeno (L. 5 c. 20), Brocardo (*Descriptio Terrae Sanctae*, p. II c. 4), como también de otro de los que sucedieron en las ciudades por donde pasaban con la venida y habitación del Verbo encarnado y de su Madre santísima en aquella tierra; como de una fuente que está cerca de El Cairo, donde la divina Señora cogió agua y bebió ella y el niño y lavó sus mantillas; que todo esto fue verdad, y hasta ahora ha durado la tradición y veneración de aquellas maravillas, no sólo entre los fieles que visitan los lugares santos, pero entre los mismos infieles que a tiempos reciben algunos beneficios temporales de la mano del Señor, o para justificar con ellos más su causa, o para que se conserve aquella memoria. También la hay de otros lugares donde estuvieron y obraron grandes maravillas, pero no es necesario hacer ahora aquí relación de ellas, porque su principal asistencia mientras estuvieron en Egipto fue en la ciudad de Heliópolis, que no sin misterio se llama Ciudad del Sol y ahora le dicen El Gran Cairo.

647. Escribiendo estas maravillas, pregunté a la gran Reina del cielo con admiración cómo con el niño Dios había peregrinado tantas tierras y lugares no conocidos, pareciéndome que por esta causa se habían aumentado mucho sus trabajos y penalidades. Respondióme Su Majestad: No te admires de que para granjear tantas almas peregrinásemos mi Hijo santísimo y yo, pues por una sola, si fuera necesario, rodeáramos todo el mundo si no hubiera otro remedio.—Pero si nos parece mucho lo que hicieron por la salud humana, es porque ignoramos el inmenso amor con que nos amaron y porque tampoco sabemos amar nosotros en retorno de esta deuda.

648. Con la novedad que sintió el infierno, viendo bajar a él tanto número de demonios arrojados con nueva y

extraña virtud para ellos, se alteró mucho Lucifer y abrasándose en el fuego de su furor salió al mundo, discurriendo por muchas partes para investigar la causa de tan nuevos sucesos. Pasó por todo Egipto, donde habían caído los templos y altares con sus ídolos, y llegando a Heliópolis, que era mayor ciudad y por eso en ella había sido más notable la destrucción de su imperio, procuró saber y examinar con grande atención qué gente había en ella. Y no halló novedad en que topar, mas de que María santísima había venido a aquella ciudad y tierra, porque del infante Jesús no hizo consideración juzgándole niño como los demás sin diferencia, porque él no la conocía. Pero como de las virtudes y santidad de la prudente Madre y Virgen había sido vencido tantas veces, entró en nuevos recelos, aunque le parecía poco una mujer para tan grandes obras, pero con todo eso determinó de nuevo perseguirla y valerse para esto de sus ministros de maldad.

649. Volvió luego al infierno y convocando un conciliábulo de los príncipes de tinieblas les dio cuenta de la ruina de los ídolos y templos de Egipto; porque los demonios, cuando salieron de ellos, fueron arrojados por el poder divino con tanta presteza, confusión y pena, que no percibieron lo que sucedía a los ídolos y lugares que dejaban, pero Lucifer, informándoles de todo lo que pasaba y que su imperio se iba destruyendo en todo Egipto, les dijo que no hallaba ni comprendía la causa de su ruina, porque sólo había topado en aquella tierra la mujer su enemiga —así la llamaba el dragón a María santísima—, de cuya virtud, aunque conocía era muy señalada, no presumía tan grande fuerza como habían experimentado en aquella ocasión, pero con todo eso determinaba hacerle nueva guerra y que todos se previniesen para ella. Respondieron los ministros de Lucifer que estaban prontos para obedecerle y consolandole en su desesperado furor le ofrecieron la victoria, como si fueran sus fuerzas iguales a su arrogancia (Is 16, 6).

650. Salieron juntas del infierno muchas legiones y se encaminaron para Egipto, a donde estaba la Reina de los cielos, pareciéndoles que si la vencían, sólo con este triunfo restauraban su pérdida y recuperarían todo lo que en aquel miserable reino les había quitado el poder de Dios, de quien

sospechaban era instrumento María santísima. Y pretendiendo llegarse a tentarla conforme a sus intentos diabólicos, fue cosa maravillosa que no pudieron acercarse a ella por más de dos mil pasos de distancia, porque los detenía ocultamente la virtud divina que reconocían salía de hacia la misma Señora. Y aunque Lucifer y los demás enemigos forcejaban y porfiaban, eran debilitados y detenidos como en fuertes prisiones que los atormentaban, sin poderse alargar a donde estaba la invictísima Reina mirándolo todo con el poder del mismo Dios en sus brazos. Y perseverando Lucifer en esta contienda, fue repentinamente otra vez lanzado en el profundo con todos sus escuadrones de maldad. Esta opresión y arruinamiento dio gran tormento y cuidado al dragón, y como en estos días, después de la encarnación, se habían repetido algunas, como queda dicho (Cf. supra n. 130, 318, 370, 643), dio en sospechar si el Mesías era venido al mundo. Mas como le estaba oculto el misterio y él le aguardaba muy patente y ruidoso, quedaba siempre confuso y equivocado, lleno de furor y rabia que le atormentaba, y se desvanecía en inquirir la causa de su dolencia y cuanto más la discurría más la ignoraba y menos la conocía.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

651. Hija mía, grande es y sobre todo bien estimable el consuelo de las almas fieles y amigas de mi Hijo santísimo, cuando con fe viva consideran que sirven a un Señor que es Dios de los dioses y Señor de los señores, el que sólo tiene el imperio, la potestad y dominio de todo lo criado, el que reina y triunfa de sus enemigos. En esta verdad se deleita el entendimiento, se recrea la memoria, se goza la voluntad y todas las potencias del alma devota se entregan sin recelo a la suavidad que sienten con tan nobles operaciones, mirando a aquel objeto de bondad, santidad y poder infinito que de nadie tiene necesidad y de cuya voluntad pende todo lo criado. ¡Oh cuántos bienes juntos pierden las criaturas que olvidadas de su felicidad emplean todo el tiempo de la vida y sus potencias en atender a lo visible, amar lo momentáneo y buscar los bienes aparentes y falaces! Con la ciencia y luz que tienes, querría yo, hija mía, que te rescates de este peligro y que tu entendimiento

y memoria se ocupen siempre con la verdad del ser de Dios. En este mar interminable te engolfa y anega, repitiendo continuamente: *¿Quién como Dios nuestro, que habita en las alturas y mira a los humildes en el cielo y en la tierra(Sal 112, 5-6)?* ¿Quién como el que es todopoderoso y de nadie tiene dependencia, el que humilla a los soberbios y derriba a los que el mundo ciego llama poderosos, el que triunfa del demonio y le oprime hasta el profundo?

652. Y para que mejor puedas dilatar tu corazón en estas verdades y cobrar con ellas mayor superioridad sobre los enemigos del Altísimo y tuyos, quiero que me imites según tu posible, gloriándote en las victorias y triunfos de su brazo poderoso y procurando tener alguna parte en las que quiere alcanzar siempre de este cruel dragón. No es posible que lengua de criatura, aunque sea de los serafines, declare lo que mi alma sentía, cuando miraba en mis brazos a mi Hijo santísimo que obraba tantas maravillas contra sus enemigos y en beneficio de aquellas almas ciegas y tiranizadas de sus errores y que la exaltación del nombre del Altísimo crecía y se dilataba por su Unigénito humanado. Con este júbilo magnificaba mi alma al Señor y con mi Hijo santísimo hacía nuevos cánticos de alabanza como Madre suya y Esposa del divino Espíritu. Tú eres hija de la Iglesia Santa y esposa de mi Hijo benditísimo y favorecida de su gracia, justo es que seas diligente y celosa en adquirirle esta gloria y exaltación, trabajando contra sus enemigos y peleando con ellos para que tu Esposo tenga este triunfo.

CAPITULO 25

Toman asiento en la ciudad de Heliópolis Jesús, María y José por voluntad divina; ordenan allí su vida el tiempo de su destierro.

653. Las memorias que en muchos lugares de Egipto quedaron de algunas maravillas que fue obrando en ellos el Verbo humanado, darían ocasión a los santos y otros autores para que escribiesen unos que estuvieron en una

ciudad los desterrados y otros lo afirmasen de otras, pero todos pueden decir verdad y concordarse, hablando de diferentes tiempos en que estuvo en Hermópolis, en Menfis o Babilonia de Egipto y en Mataria, pues no sólo estuvo en estas ciudades, pero también en otras. Lo que yo he entendido es que habiendo discurrido por ellas llegaron a Heliópolis y allí tomaron su asiento, porque los Santos Ángeles que les guiaban dijeron a la divina Reina y a San José que en aquella ciudad habían de parar; donde, a más de la ruina de los ídolos y sus templos que sucedió con su llegada como en las demás, determinaba allí el Señor hacer otras maravillas para su gloria y rescate de muchas almas y que a los moradores de aquella ciudad —según el feliz pronóstico de su nombre, que era Ciudad de Sol— les saliese el sol de justicia y gracia que más copiosa les alumbrase. Y con este aviso tomaron allí posada común, y luego salió San José a buscarla, ofreciendo el pago que fuese justo, y el Señor dispuso que hallase una casa humilde y pobre pero capaz para su habitación y retirada un poco de la ciudad, como la deseaba la Reina del cielo.

654. Hallando, pues, este domicilio en Heliópolis, tomaron asiento en él. Y recogiéndose luego la divina Señora con su Hijo santísimo y con su esposo San José a este retiro, se postró en tierra besándola con profunda humildad y afectuoso agradecimiento y dio gracias al Altísimo por haber hallado aquel descanso después de tan molesta y prolija peregrinación, y a la misma tierra y elementos agradeció el beneficio de sustentarla a ella, que por su incomparable humildad se juzgaba siempre por indigna de todo lo que recibía. Adoró al ser inmutable de Dios en aquel puesto, enderezando a su culto y reverencia cuanto en él había de obrar. Interiormente hizo obsequio y sacrificio de sus potencias y sentidos y se ofreció a padecer pronta, alegre y diligente cuantos trabajos fuese servido el Todopoderoso de enviarle en aquel destierro, que su prudencia los prevenía y su afecto los abrazaba. Apreciábalos con la ciencia divina, porque con ella había conocido que en el tribunal divino son bien admitidos y que su Hijo santísimo los había de tener por herencia y tesoro riquísimo. Y de este alto ejercicio y encumbrada habitación se humanó a limpiar y aliñar la pobre casilla con ayuda de

los Santos Ángeles, buscando prestado hasta el instrumento con que limpiarla. Y aunque se hallaron nuestros divinos forasteros bastantemente acomodados de las pobres paredes de la casa, faltábales todo lo demás de la comida y homenaje necesario para la vida. Y porque estaban ya en poblado faltó el regalo milagroso con que en la soledad eran socorridos por mano de los Ángeles y los remitió el Señor a la mesa ordinaria de los más pobres, que es la limosna mendigada. Y habiendo llegado a sentir la necesidad y padecer hambre salió San José a pedirlo por amor de Dios, para que con tal ejemplo ni se querellen los pobres de su aflicción, ni se confundan de remediarla por este medio cuando no hallaren otro, pues tan temprano se estrenó el mendigar para sustentar la vida del mismo Señor de todo lo criado, para obligarse de camino a dar ciento por uno (Mt 19, 29) de contado.

655. Los tres días primeros después que llegaron a Heliópolis, como tampoco en otros lugares de Egipto, no tuvo la Reina del cielo para sí y su Unigénito más alimentos de los que pidió de limosna su padre putativo San José, hasta que con su trabajo comenzó a ganar algún socorro. Y con él hizo una tarima desnuda en que se reclinaba la Madre y una cuna para el Hijo, porque el santo esposo no tenía otra cama más que la tierra pura y la casa sin alhajas, hasta que con su propio sudor pudo adquirir algunas de las inexcusables para vivir todos tres. Y no quiero pasar en silencio lo que se me ha dado a conocer: que en medio de tan extremada pobreza y necesidades no hicieron memoria María y José santísimos de su casa de Nazaret, ni de sus deudos ni amigos, de los dones de los Reyes que distribuyeron y los podían haber guardado. Nada de esto echaron menos, ni se querellaron de hallarse en tanto aprieto y desamparo, con atención a lo pasado y temor de lo futuro, antes en todo estuvieron con incomparable igualdad, alegría y quietud, dejándose a la divina providencia en su desabrigo y mayor pobreza. ¡Oh poquedad de nuestros infieles corazones!, ¡y qué de afanes tan turbados y penosos suelen padecer en hallándose pobres y con alguna necesidad! Luego nos querellamos que perdimos la ocasión, que pudimos prevenir o granjear este o aquel remedio, que si hiciéramos esto o aquello no nos viéramos en este o

aquel aprieto. Todas estas congojas son vanas y estultísimas, por lo que no son de remedio alguno. Y aunque fuera bueno no haber dado causa a nuestros trabajos con las culpas que muchas veces los granjeamos, pero de ordinario sentimos el daño temporal adquirido y no el pecado por donde lo merecimos. Tardos y estultos de corazón somos para percibir las cosas espirituales de nuestra justificación y aumentos de la gracia, y sensibles, terrenos y audaces para entregarnos a las terrenas y sus afanes. Reprensión severa es para nuestra grosería y terrenidad la de nuestros extranjeros.

656. La prudentísima Señora y su esposo se acomodaron con alegría, solos y desamparados de todo lo temporal, en la pobre casilla que hallaron. Y de tres aposentos que tenía, el uno se consagró para templo o sagrario donde estuviese el infante Jesús y con él su purísima Madre, y allí se pusieron la cuna y la tarima desnuda, hasta que después de algunos días, con el trabajo del santo esposo y la piedad de unas devotas mujeres que se aficionaron a la Reina, alcanzaron a tener alguna ropa con que abrigarse todos; otro aposento se destinó para el santo esposo, donde dormía y se recogía a orar; y el tercero servía de oficina y taller para trabajar en su oficio. Viendo la gran Señora la extremada pobreza en que estaban y que el trabajo de San José había de ser mayor para sustentarse en tierra donde no eran conocidos, determinó ayudarle trabajando también ella con sus manos para aliviarle en lo que pudiese. Y como lo determinó lo ejecutó, buscando labores de manos por medio de aquellas mujeres piadosas que comenzaron a tratarla aficionadas de su modestia y suavidad. Y como todo cuanto hacía y tocaba salía de sus manos tan perfecto, corrió luego la voz de su aliño en las labores y nunca le faltó en qué trabajar para alimentar a su Hijo hombre y Dios verdadero.

657. Para granjear todo lo que era necesario de comer, vestir San José, alhajar su casa, aunque pobremente, y pagar los alquileres de ella, le pareció a nuestra Reina que era bien gastar todo el día en el trabajo y velar toda la noche en sus ejercicios espirituales. Y esto determinó no porque tuviese alguna codicia, ni tampoco porque de día

faltase un punto a la contemplación, porque siempre estaba en ella y en presencia del Niño Dios, como tantas veces se ha dicho y siempre diré. Pero algunas horas que vacaba de día a especiales ejercicios quiso trasladarlos a la noche para trabajar más y no pedir ni esperar que Dios obrase milagro en lo que con su diligencia y añadiendo más trabajo se podía conseguir; porque en tales casos más pidiéramos milagro para comodidad que por necesidad. Pedía la prudentísima Reina al eterno Padre que su misericordia los proveyese de lo necesario para alimentar a su Hijo unigénito, pero juntamente trabajaba. Y como quien no fía de sí misma ni de su diligencia, pedía trabajando lo que por este medio nos concede el Señor a las demás criaturas.

658. Agradóse mucho el Niño Dios de esta prudencia de su Madre y de la conformidad que tenía con su estrecha pobreza, y en retorno de esta fidelidad de Madre quiso aliviarla en algo del trabajo que había comenzado. Y un día desde la cuna le habló, y la dijo: Madre mía, yo quiero disponer el orden de vuestra vida y trabajo corporal.—Púsose luego arrodillada la divina Madre, y respondió: Amor dulcísimo mío y dueño de todo mi ser, yo os alabo y magnifico porque habéis condescendido con mi deseo y pensamiento que se encaminaba a que vuestra divina voluntad dirigiese mis pasos, enderezase mis obras a vuestro beneplácito y ordenase la ocupación que había de tener en cada hora del día según vuestro agrado. Y pues se ha humanado vuestra deidad y dignándose vuestra grandeza a condescender con mis anhelos, hablad, lumbre de mis ojos, que vuestra sierva oye (1 Sam 3, 10).—Dijo el Señor: Madre mía carísima, desde entrada la noche —ésta ■ era la hora que nosotros contamos por las nueve— dormiréis y descansaréis algo; y de media noche hasta el amanecer os ocuparéis en los ejercicios de la contemplación conmigo y alabaremos a mi eterno Padre; luego acudiréis a prevenir lo necesario para vuestra comida y de José; después a darme a mí alimento y me tendréis en vuestros brazos hasta la hora de tercia, que me pondréis en los de vuestro esposo para alivio de su trabajo, y os retiraréis a vuestro recogimiento hasta la hora de administrarle la comida y luego volveréis a la labor. Y porque aquí no tenéis las Escrituras sagradas, cuya lección

os era de consuelo, leeréis en mi ciencia la doctrina de la vida eterna, para que en todo me sigáis con perfecta imitación. Y orad siempre al eterno Padre por los pecadores.

659. Con este arancel se gobernó María santísima todo el tiempo que estuvo en Egipto. Y cada día daba el pecho al Niño Dios tres veces, porque cuando le señaló la primera que había de darle, no le mandó que no se le diese otras veces, como desde el nacimiento lo hizo. Cuando la divina Madre hacía labor estaba siempre en presencia del infante Jesús de rodillas y entre los coloquios y conferencias que tenían era muy de ordinario, el Rey desde la cuna y la Reina desde su labor, hacer cánticos misteriosos de alabanza. Y si estuvieran escritos, fueran más que todos los salmos y cánticos que celebra la Iglesia y cuanto hoy hay escrito en ella, pues no hay duda que hablaría el mismo Dios por el instrumento de su humanidad y Madre santísima con mayor alteza y admiración que por David, Moisés, María, Ana y todos los Profetas. Y en estos cánticos siempre la divina Madre quedaba renovada y llena de nuevos afectos a la divinidad y eficaces anhelos a la unión con su ser inmutable, porque sola ella era la fénix que renacía en este incendio y el águila real que podía mirar al sol de la inefable luz de hito en hito y tan de cerca, a donde otra ninguna criatura pudo levantar el vuelo. Cumplía con el fin para que el Verbo divino tomó carne en sus virgíneas entrañas, de encaminar y llevar a su eterno Padre a las criaturas racionales. Y como entre todas era la sola que no la impedía el óbice del pecado ni sus efectos las pasiones ni apetitos, sino que estaba libre de todo lo terreno y gravamen de la naturaleza, volaba tras de su amado y se levantaba a encumbrada habitación y no paraba hasta llegar a su centro que era la divinidad. Y como siempre tenía a su vista el camino y luz que era el Verbo humanado y el deseo y afecto encaminado al ser inmutable del Altísimo, corría fervorosa a él y estaba más en el fin que en el medio, donde amaba más que donde animaba.

660. Dormía también algunas veces el niño Dios, presente la feliz y dichosa Madre, para que también fuese verdad en esto lo que dijo: *Yo duermo y mi corazón vela* (Cant 5,2). Y como para ella aquel cuerpo santísimo de su Hijo era viril

purísimo y claro por donde miraba y penetraba el secreto de su alma deificada y sus operaciones, mirábase y remirábase en aquel espejo inmaculado y era de especial consuelo a la divina Señora ver tan desvelada la parte superior del alma santísima de su Hijo en obras tan heroicas de viador y juntamente comprensor y al mismo tiempo dormir los sentidos con tanta quietud y rara hermosura del Niño, estando todo lo humano unido a la divinidad hipostáticamente. De los afectos dulces y elevaciones inflamadas y obras heroicas que la Reina del cielo hacía en estas ocasiones, no basta para hablar nuestra lengua sin ofender la materia, pero donde faltan palabras obre la fe y el corazón.

661. Cuando era tiempo de dar a San José el alivio de tener al infante Jesús, le decía la divina Madre: Hijo y Señor mío, mirad a vuestro fiel siervo con amor de hijo y de padre y tened vuestras delicias con la pureza de su alma tan sencilla y acepta a vuestros ojos.— Y al Santo le decía: Esposo mío, recibid en vuestros brazos al Señor que contiene en su puño todos los orbes del cielo y tierra, a quienes dio el ser por sola su bondad inmensa. Y aliviad vuestro cansancio con el que es la gloria de todo lo criado. —Este favor agradecía el Santo con profunda humildad y solía preguntar a su esposa divina si se atrevería él a mostrar al Niño alguna caricia. Y asegurado de la prudente Madre lo hacía y con este alivio olvidaba la molestia de su trabajo y todos se le hacían fáciles y muy dulces. Siempre que comían María santísima y San José tenían consigo al infante, y en administrando la comida la divina Reina le recibía en sus brazos y comía con grande aliño teniéndole en ellos, y daba a su alma purísima dulcísimo y mayor alimento que al cuerpo, reverenciándole, adorándole y amándole como a Dios eterno y sustentándole en sus brazos como a niño le acariciaba con cariño de madre afectuosa a hijo querido. No es posible ponderar la atención con que se ejercitaba en los dos oficios: de criatura para su Criador, mirándole según la divinidad Hijo del eterno Padre, como Rey de los reyes y Señor de los señores (Ap 19, 16), Hacedor y Conservador de todo el universo; y como hombre verdadero en su infancia, para servirle y criarle. En estos dos extremos y motivos de amor era toda enardecida y

encendida en actos heroicos de admiración, alabanza y afectuoso amor. En todo lo demás que obraban los dos divinos esposos, sólo puedo decir que eran admiración de los Ángeles y que daban el lleno a la santidad y agrado del Señor.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

662. Hija mía, siendo verdad como lo es que yo entré en Egipto con mi Hijo santísimo y mi esposo, donde ni conocíamos amigos ni deudos, en tierra de religión extraña, sin abrigo, amparo, ni socorro humano para alimentar a un Hijo que tanto amaba, bien se deja entender la tribulación y trabajos que padecimos, pues el Señor daba lugar a que nos afligieran. Y no puede caer en tu consideración la paciencia y tolerancia con que los llevamos, ni los mismos Ángeles son suficientes a ponderar el premio que me dio el Altísimo por el amor y conformidad con que lo llevé todo más que si estuviera en suma prosperidad. Verdad es que me dolía mucho de ver a mi esposo en tanta necesidad y aprieto, pero en esta misma pena bendecía al Señor con alegría de padecerla. En esta nobilísima paciencia y pacífica dilatación quiero, hija mía, que me imites en las ocasiones que te pusiere el Señor y que en ellas sepas dispensar con prudencia del interior y exterior, dando a cada cual lo que debes en la acción y contemplación sin que una a otra se impidan.

663. Cuando les faltare a tus súbditas lo necesario para la vida, trabaja en buscarlo debidamente. Y en dejar tú la quietud propia alguna vez por esta obligación, no es perderla, y más con la advertencia que te he dado muchas veces para que por ninguna ocupación pierdas al Señor de vista, pues con su divina luz y gracia todo se puede hacer si eres cuidadosa sin turbarte. Y cuando por medios humanos se puede granjear debidamente, no se han de esperar milagros ni excusarse de trabajar a cuenta de que Dios lo proveerá y acudirá sobrenaturalmente, porque Su Majestad concurre con los medios suaves, comunes y convenientes y el trabajar el cuerpo es medio oportuno porque sirva con el alma y haga su sacrificio al Señor y adquiera su merecimiento en la forma que puede. Y trabajando la

criatura racional, puede alabar a Dios y adorarle en espíritu y verdad (Jn 4, 23). Y para que tú lo hagas, ordena todas tus acciones a su actual beneplácito y consúltalas con Su Majestad, pesándolas en el peso del santuario, teniendo atención fija a la divina luz que te infunde el Todopoderoso.

CAPITULO 26

De las maravillas que en Heliópolis de Egipto obraron el infante Jesús y su Madre santísima y San José.

664. Cuando Isaías dijo que entraría el Señor en Egipto sobre una ligera nube (Is 19, 1) para las maravillas que en aquel reino quería obrar, en llamar nube a su Madre santísima o, como otros dicen, a la humanidad que de ella tomó, no hay duda que con esta metáfora quiso significar que por medio de esta nube divina había de fertilizar y fecundar aquella tierra estéril de los corazones de sus habitadores, para que de allí adelante produjese nuevos frutos de santidad y conocimiento de Dios, como sucedió después que entró en ella esta nube celestial. Porque luego se dilató la fe del verdadero Dios en Egipto, se destruyó la idolatría, se abrió camino para la vida eterna, que hasta entonces le había tenido cerrado el demonio, tanto que apenas había en aquella provincia quien conociera la divinidad verdadera cuando llegó a ella el Verbo humanado. Y aunque algunos habían alcanzado esta noticia con la comunicación de los hebreos que había en aquella tierra, pero en este conocimiento mezclaban grandes errores, supersticiones y culto del demonio, como en otro tiempo lo hicieron los babilonios que vinieron a vivir a Samaría. Pero después que alumbró el sol de justicia a Egipto y la fertilizó la nube aliviada de toda culpa, María santísima, quedó fecunda de santidad y gracia que dio copioso fruto por muchos siglos, como se vio en los Santos que después produjo y en los ermitaños, en tanto número que hicieron destilar aquellos montes (Jn 3, 18) y labrar dulcísima miel de santidad y perfección cristiana.

665. Para disponer el Señor este beneficio que prevenía a los egipcios, tomó asiento en la ciudad de Heliópolis, como

queda dicho. Y entrando en ella, como era tan poblada y llena de ídolos, templos, altares del demonio y todos se hundieron con grande estruendo y pavor de los vecinos, fue grande el movimiento y turbación que padeció toda la ciudad con esta novedad impensada. Andaban todos como atónitos y fuera de sí, y juntándose la curiosidad de ver a los forasteros recién llegados, fueron muchos hombres y mujeres a hablar a nuestra gran Reina y al glorioso San José. La divina Madre, que sabía el misterio y voluntad del Altísimo, respondió a todos hablándoles muy al corazón, prudente, sabia y dulcemente, dejándolos admirados de su agrado incomparable, ilustrados con la altísima doctrina que les decía y con el desengaño que les daba de los errores en que estaban, y con curar de camino algunos enfermos de los que iban a ella los remediaba y consolaba de todas maneras. Fuéronse divulgando de suerte estos milagros, que en breve tiempo vino tan gran concurso de gente a buscar a la forastera divina, que obligó a la prudentísima Señora a pedir a su Hijo santísimo le ordenase lo que era su voluntad hiciese con aquella gente. El Niño Dios la respondió que a todos los informase de la verdad y conocimiento de la divinidad y los enseñase su culto y cómo habían de salir de pecado.

666. Este oficio de predicadora y maestra de los egipcios ejercitó nuestra celestial Princesa como instrumento de su Hijo santísimo que daba virtud a sus palabras. Y fue tanto el fruto que se hizo en aquellas almas, que fueran menester muchos libros si se hubieran de referir las maravillas que sucedieron y las almas que se convirtieron a la verdad en los siete años que estuvieron en aquella provincia, porque toda quedó santificada y llena de bendiciones de dulzura (Sal 20, 4). Siempre que la divina Señora oía y respondía a los que venían a ella, tomaba en sus brazos al infante Jesús, como al que era autor de aquella gracia y de todas las que recibían los pecadores. Hablaba a todos como a cada uno según su capacidad había menester para percibir y entender la doctrina de la vida eterna. Dioles conocimiento y luz, no sólo de la divinidad y que Dios era uno solo e imposible haber muchos dioses, también les enseñó todos los artículos y verdades que tocaban a la divinidad y a la creación del mundo y luego les declaró cómo el mismo Dios

lo había de redimir y reparar y les enseñó todos los mandamientos que tocan al decálogo, que son de la misma ley natural, y el modo con que debían dar culto a Dios y adorarle y esperar la redención del género humano.

667. Dioles a entender cómo había demonios, enemigos del verdadero Dios y de los hombres, y los desengañó de los errores que tenían en esto con sus ídolos y con las respuestas fabulosas que les daban y los feísimos pecados a que los inducían y provocaban por ir a consultarlos y cómo después ocultamente los tentaban con sugestiones y movimientos desordenados. Y aunque la Señora del cielo era tan pura y libre de todo lo imperfecto, con todo eso, por la gloria del Altísimo y remedio de aquellas almas, no se dedignaba de disuadirlas de los pecados impuros y torpísimos en que estaba todo Egipto anegado. Declaróles también cómo el Reparador de tantos males que había de vencer al demonio, conforme a lo que de Él estaba escrito era ya venido, aunque no les dijo que le tenía en sus brazos. Y porque mejor se admitiese toda esta doctrina y se aficionasen a la verdad, la confirmaba con grandes milagros, curando todo género de enfermedades y endemoniados que de diversas partes venían. Y algunas veces iba la misma Reina a los hospitales y allí hacía admirables beneficios a los enfermos. Y en todas partes consolaba a los tristes, aliviaba a los afligidos, remediaba a los necesitados y a todos los reducía con suave amor, los amonestaba con severidad apacible y los obligaba con ser su bienhechora.

668. En la cura de los enfermos y llagados se halló la divina Señora dudosa entre dos afectos: el uno el de la caridad que la obligaba a curar las llagas con sus manos propias; el otro del recato para no tocar a nadie. Y porque todo lo consiguiese como convenía, la respondió su Hijo santísimo que a los hombres los curase con sólo palabras y amonestándolos, que así quedarían sanos, y a las mujeres podría curar con sus manos, tocando y limpiando sus llagas. Y así lo hizo desde entonces, usando oficios de madre y enfermera, respectivamente, hasta que después, pasados dos años, comenzó también San José a curar enfermos, como diré; pero a las mujeres acudía más la Reina, con tan

incomparable caridad que con ser la misma pureza y tan delicada, libre de enfermedades y pensiones de ellas, les curaba sus llagas por ulceradas que fuesen y las aplicaba con las manos los paños y vendas necesarias y así se compadecía como si en cada una de las enfermas padeciera sus trabajos. Y algunas veces sucedía que para curarlas pedía licencia a su santísimo Hijo para dejarle de sus brazos y le reclinaba en la cuna y acudía a los pobres, donde por otro modo estaba el mismo Señor de los pobres con la caritativa y humilde Señora. Pero en estas obras y curas, es cosa admirable que jamás miraba la modestísima Señora al rostro de nadie hombre ni mujer. Y aunque la llaga estuviera en él, era tan extremado su recato, que por atender no pudiera después conocer a ninguno por la cara, si por otro medio no los conociera a todos con la luz interior.

669. Con los calores destemplados de Egipto y muchos desórdenes de aquella miserable gente, eran graves y ordinarias las enfermedades de aquella tierra. Y algunos años, de los que allí estuvieron el infante Jesús y su santísima Madre, se encendió peste en Heliópolis y otros lugares. Y con estas causas y la fama de las maravillas que obraban, concurría mucha gente a ellos de toda la tierra y volvían sanos en el cuerpo y las almas. Y para que la gracia del Señor se derramase en ellos con mayor abundancia y la Madre piadosísima tuviese coadjutor en las misericordias que obraba como instrumento vivo de su Unigénito, determinó Su Majestad, a petición de la divina Señora, que San José también acudiese al ministerio de la enseñanza y a curar los enfermos, y para esto le alcanzó nueva luz interior y gracia de sanidad. Y al tercero año que estaba en Egipto, comenzó el santo esposo a ejercitar estos dones del cielo. Y él enseñaba, curaba y catequizaba de ordinario a los hombres y la gran Señora a las mujeres. Con estos beneficios tan continuos y la gracia y eficacia que estaba derramada en los labios de nuestra Reina (Sal 44, 3), era increíble el fruto que hacían por la afición que todos sentían, rendidos a su modestia y atraídos de la virtud de su santidad. Ofrecíanle muchos dones y haciendas para que se sirviese de ellas, pero jamás admitió cosa alguna para sí ni la reservó, porque siempre se alimentaron del trabajo de

sus manos y de San José. Y cuando, tal vez, recibía alguna dádiva de quien Su Alteza conocía que era justo y conveniente, todo lo distribuía en los pobres y necesitados. Y sólo para este fin consentía con la piedad y consuelo de algunos devotos, y aun a éstos muchas veces les daba en retorno alguna cosa de las labores que hacía. De estas maravillosas obras se puede colegir cuáles y cuántas serían las que hicieron en Egipto por espacio de siete años que estuvieron en Heliópolis, porque todas en particular es imposible reducirlas a número y relación.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

670. Hija mía, admiración te ha hecho el conocer las obras de misericordia que yo ejercitaba en Egipto, acudiendo a curar los pobres y enfermos de tantas enfermades para darles salud en el cuerpo y en las almas, pero entenderás cuánto se compadecía esto con mi recato y afecto a retirarme, si atiendes al inmenso amor con que mi Hijo santísimo quiso ir luego en naciendo a remediar aquel reino y estrenar en sus moradores el fuego de caridad que ardía en su pecho para la salud de los mortales. Esta caridad me comunicó a mí y me hizo instrumento de la suya y de su poder, sin el cual no me atreviera por mí misma a tantas obras, porque siempre me inclinaba a no hablar ni comunicar a nadie, pero la voluntad de mi Hijo y Señor era mi gobierno en todo. Y de ti, amiga, quiero yo que a imitación mía trabajes en el bien y salud y salvación de tus prójimos, procurando seguirme en esto con la perfección y condiciones que yo obraba. No has de buscar tú las ocasiones, mas el Señor te las enviará, salvo cuando por alguna grande razón fuere necesario que tú te ofrezcas a ella. Pero en todas trabaja, advierte y alumbra a los que pudieres con la luz que tienes, no como quien toma oficio de maestra, sino como quien consuela y se compadece de los trabajos de sus hermanos y quiere aprender la paciencia en ellos, usando de mucha humildad y detención prudente junto con el uso de la caridad.

671. A tus súbditas amonesta, corrige y gobierna, encaminándolas a la mayor virtud y agrado del Señor, porque después de obrarlo tú con perfección, el mayor será

para Su Alteza que animes y enseñes a los demás según tus fuerzas y gracia que has recibido. Y por los que no puedes hablar, pide y clama por su remedio incesantemente, y con esto extenderás la caridad a todos. Y porque no puedes servir a los enfermos de fuera, recompénsalo en las de tu casa acudiendo a su servicio, regalo y limpieza por ti misma. Y en esto no te imagines superiora por el oficio de prelada, pues por él eres madre y lo has de mostrar en el cuidado y amor de todas, y en lo demás siempre has de ser menor en tu estimación. Y porque el mundo ordinariamente ocupa a los más pobres y despreciados en servir a los enfermos, porque como ignorante no conoce la alteza de este ministerio, por esto, yo te doy a ti como a pobre y la más inferior el oficio de enfermera para que imitándome le ejecutes.

CAPITULO 27

Determina Herodes la muerte de los inocentes, conócelo María santísima y esconden a San Juan Bautista de la muerte.

672. Dejemos ahora en Egipto al infante Jesús con su Madre santísima y San José santificando aquel reino con su presencia y beneficios que no mereció Judea, y volvamos a saber en qué paró la diabólica astucia e hipocresía de Herodes. Aguardó el inicuo rey la vuelta de los Santos Reyes Magos y la relación que le harían de haber hallado y adorado al nuevo Rey de los judíos recién nacido, para quitarle inhumanamente la vida. Hallóse burlado, sabiendo que los Santos Reyes Magos habían estado en Belén con María y José santísimos y que tomando otro camino estarían ya fuera de los fines de Palestina, que de todo esto fue informado, con otras cosas de las que en el templo habían sucedido; porque engañándose con su misma astucia, aguardó algunos días hasta que ya le pareció que los Reyes orientales tardaban y el cuidado de su ambición le obligó a preguntar por ellos. Consultó de nuevo algunos letrados de la ley y como concordaban lo que decían de Belén conforme a las Escrituras y lo que allí había sucedido, mandó con gran pesquisa buscasen a nuestra Reina con su

Niño dulcísimo y al glorioso San José. Pero el Señor, que les mandó salir de noche de Jerusalén, consiguientemente ocultó su viaje, para que nadie lo supiese ni hallase rastro alguno de su fuga. Y sin poderlos descubrir los ministros de Herodes ni otro alguno, le respondieron que no parecía tal hombre, mujer, ni niño en toda la tierra.

673. Encendióse con esto la indignación de Herodes (Mt 2, 16), sin dejarle sosegar un punto y sin hallar medio ni remedio para atajar el daño que temía con el nuevo Rey. Pero el demonio, que le conoció dispuesto para toda maldad, le arrojó en el pensamiento grandes sugestiones para consolarle, proponiéndole que usase de su real poder y que degollase todos los niños de aquella comarca que no pasasen de dos años, porque entre ellos sería inexcusable topar con el Rey de los judíos que había nacido en aquel tiempo. Alegróse el tirano rey con este pensamiento que jamás cayó en otro bárbaro y le abrazó sin el temor y horror que pudiera causar tan cruenta acción en cualquier hombre racional. Y pensando y discurriendo cómo ejecutarlo a satisfacción y gusto de su ira, hizo juntar algunas tropas de milicia y con los ministros de mayor confianza que las gobernasen les mandó por graves penas que degollasen todos los niños que no tuviesen más de dos años en Belén y su comarca. Y como lo mandó Herodes se fue ejecutando y llenándose toda la tierra de confusión, de llantos y de lágrimas de los padres, madres y deudos de los inocentes condenados a muerte, sin que nadie lo pudiese resistir ni remediar.

674. Salió este impío mandato de Herodes a los seis meses del nacimiento de nuestro Redentor. Y cuando se comenzó a ejecutar, sucedió que nuestra gran Reina estaba un día con su Hijo santísimo en los brazos y mirando a su alma y operaciones conoció en ella como en un claro espejo todo lo que pasaba en Belén, más claramente que si estuviera presente a los clamores de los niños y de sus padres. Vio también la divina Señora cómo su Hijo santísimo pedía al Padre eterno por los padres y madres de los inocentes y que a los difuntos los ofrecía como primicias de su muerte y que, por ser sacrificados a cuenta del mismo Redentor, pedía se les diese uso de razón para que

voluntariamente ofreciesen sus vidas y admitiesen la muerte en gloria del mismo Señor y les pagase con premios y coronas de mártires lo que padecían. Y todo lo concedió el Padre eterno, y lo conoció nuestra Reina en su Hijo unigénito y le acompañó e imitó en el ofrecimiento y peticiones que hacía, y a los padres y madres de los niños mártires acompañó también en el dolor y compasión por la muerte de sus hijos y ella fue la verdadera y primera Raquel que lloró a los hijos de Belén y suyos (Mt 2, 17-18); y ninguna otra madre supo llorarlos como ella, porque ninguna supo ser madre como lo era nuestra Reina y Señora.

675. No tenía entonces noticia de lo que Santa Isabel había hecho para reservar a su hijo San Juan Bautista conforme al aviso que la misma Reina le había dado por el Ángel cuando salieron de Jerusalén para Egipto, como arriba se dijo, capítulo 22, núm. 623. Y aunque no dudaba se cumplirían en él todos los misterios que de su oficio de precursor había conocido por la divina luz, con todo eso, no sabía el cuidado y trabajo en que la crueldad de Herodes había puesto a la santa matrona Isabel y a su hijo, ni por qué medio se habrían defendido de ella. No se atrevió la dulcísima Madre a preguntar a su Hijo santísimo este suceso, por la reverencia y prudencia con que le trataba en estas revelaciones, y con humildad y paciencia se aniquilaba y encogía. Pero Su Majestad la respondió al piadoso y compasivo deseo y la declaró cómo Zacarías, padre de San Juan Bautista, había muerto cuatro meses después de su virginal parto y casi tres después que Sus Majestades habían salido de Jerusalén, y que Santa Isabel, ya viuda, no tenía otra compañía más que la de su hijo y niño San Juan Bautista y con él pasaba su soledad y desamparo, retirada en lugar apartado; porque, con el aviso que tuvo del Ángel y viendo después la crueldad que comenzaba a ejecutar Herodes, se había resuelto a huir al desierto con su niño y habitar entre las fieras por apartarse de la persecución de Herodes, y que esta resolución había tomado Santa Isabel con impulso y aprobación del Altísimo y estaba oculta en una cueva o peñasco donde con trabajo y descomodidad grande se sustentaba a sí y a su niño San Juan Bautista.

676. Conoció asimismo la divina Señora que Santa Isabel, después de tres años de aquella vida solitaria, moriría en el Señor y San Juan Bautista quedaría en aquel lugar desierto, comenzando una vida angélica y solitaria, y que no se apartaría de allí hasta que por orden del Altísimo saliese a predicar penitencia como precursor suyo. Todos estos misterios y sacramentos manifestó el infante Jesús a su Madre santísima, con otros ocultos y profundos beneficios que recibieron Santa Isabel y su hijo en aquel desierto. Y lo conoció todo por el mismo modo que le enseñó la muerte de los niños inocentes. Y con esta noticia quedó la divina Reina llena de gozo y compasión: lo uno, por saber que el niño San Juan Bautista y su madre estaban en salvo, y lo otro, por los trabajos que en aquella soledad padecían; y luego pidió licencia a su Hijo santísimo para cuidar desde allí de su prima Santa Isabel y del niño San Juan Bautista. Y desde entonces con voluntad del mismo Señor los enviaba frecuentemente a visitar con los Ángeles que le servía y con ellos mismos le remitía algunas cosas de comida, que era el mayor regalo que tuvieron en aquel yermo el hijo y madre solitarios. Y por este medio de los Ángeles tuvo con ellos continua y oculta correspondencia nuestra gran Señora desde Egipto. Y cuando llegó la hora de morir Santa Isabel le envió grande número de sus Ángeles, para que la asistiesen y ayudasen junto con su niño San Juan Bautista, que entonces era de cuatro años, y con los mismos Ángeles enterró a su madre difunta en aquel desierto. Y desde entonces cada día envió la Reina a San Juan Bautista la comida, hasta que tuvo edad para sustentarse por su industria y trabajo con las yerbas y raíces y miel silvestre (Mc 1, 6) con que vivió en tan admirable abstinencia, de que diré algo adelante (Cf. infra n. 943).

677. Entre todas estas obras tan admirables, ni la lengua, ni el pensamiento de las criaturas pueden alcanzar los méritos y aumentos de santidad y gracia que acumulaba y congregaba María santísima, porque de todo usaba con prudencia más que angélica. Y lo que la motivó a admiración, ternura y alabanza del Todopoderoso fue ver, cuando su Hijo santísimo y la misma Señora pidieron por los niños inocentes al eterno Padre, cuan liberal anduvo su

Divina Providencia con ellos, pues conoció como si estuviera presente el excesivo número que murieron y que a todos, con no tener los mayores más de dos años, otros ocho días, otros a dos meses y otros a seis y así entre todos más o menos, les fue concedido uso de razón y se les infundió altísimo conocimiento del ser de Dios y perfecta fe, esperanza y caridad con que ejercitaron heroicos actos de fe, culto, reverencia, amor y compasión de sus padres; pidieron por ellos y en remuneración de su sentimiento que les diese el Señor luz y gracia para que procurasen los bienes eternos; admitían el martirio de voluntad, quedándose la naturaleza en la flaqueza de su edad pueril, con que sentían más sensiblemente y se aumentaba su merecimiento; multitud de Ángeles los asistían y los llevaban al limbo o seno de Abrahán y con su presencia alegraron a los santos Padres, porque les confirmaron las breves esperanzas de su libertad. Todo esto fue efecto de las peticiones del Niño Dios y oraciones de María santísima. Y conociendo estas maravillas se enardecía en amor, y dijo: *Laúdate, pueri, Dominum (Sal 112, 1)*, y acompañándolos la Emperatriz de las alturas alabó al autor de tan magníficas obras, dignas de su bondad y omnipotencia. Sola María purísima las conocía y trataba con la sabiduría y ponderación que pedían, pero sola ella era la que sin ejemplo, siendo tan allegada al mismo Dios, conoció el grado y punto de la humildad y la tuvo en su perfección, porque, siendo ella la Madre de la pureza, inocencia y santidad, se humilló más que supieron humillarse todas las criaturas profundamente humilladas con sus mismas culpas. Sola María santísima, entre todas las criaturas, alcanzó este género de humillarse a vista de los más altos beneficios y dones que todas juntas recibieron, porque sola ella penetró dignamente que la criatura no puede dar el retorno proporcionado a los beneficios y menos al amor infinito de donde se originan en Dios; y humillándose la divina Señora con esta ciencia medía, con ella su amor, su agradecimiento y humildad y daba la plenitud a todo, en cuanto la criatura pura era capaz de dar digna retribución, sólo con conocer que ninguna de ellas es digna por otro modo.

678. En el fin de este capítulo quiero advertir que en

muchas cosas de las que voy escribiendo me consta hay gran diversidad de opiniones entre los santos Padres y autores, como las hay sobre el tiempo en que Herodes ejecutó su crueldad con los niños inocentes y si fue con los recién nacidos o con los que tenían algunos días y no pasaban de dos años, y otras dudas en cuya declaración no me detengo, porque no es necesario para mi intento y porque yo escribo sólo aquello que se me va enseñando y dictando, o lo que la obediencia algunas veces me ordena que pregunte para tejer mejor esta divina Historia. Y en las cosas que escribo no convenía introducir disputas, porque desde el principio, como entonces dije (Cf. supra p.II n. 10), entendi del Señor que quería escribiese toda esta obra sin opiniones, sino con la verdad que la divina luz me enseñaría. Y el juzgar si lo que escribo tiene conveniencia con la verdad de la Escritura y con la majestad y grandeza del argumento que trato y si tienen las cosas entre sí mismas conveniente consecuencia y conexión, todo esto lo remito a la doctrina de mis maestros y prelados y al juicio de los sabios y piadosos. La variedad de opiniones es casi necesaria entre los que escriben, gobernándose unos por otros autores y siguiendo los postreros a los que mejor les satisfacen de los antiguos; pero lo más de unos y otros, fuera de las historias canónicas, se funda en conjeturas o en autores dudosos, y yo no podía escribir por este orden, porque soy mujer ignorante.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

679. Hija mía, de lo que dejas escrito en este capítulo quiero que te sirva de doctrina el dolor y el escarmiento con que lo has escrito. El dolor, por conocer que la criatura noble y criada por la mano del Señor a su imagen y semejanza, con tan excelentes y divinas condiciones como conocer a Dios, amarle y ser capaz de verle y gozarle eternamente, se olvide tanto de esta dignidad y se deje envilecer y abatir a brutales y horribles apetitos, como derramar la sangre inocente de quien no podía hacer a nadie injuria. Esta compasión te ha de obligar a llorar la ruina de tantas almas, y más en el siglo que vives, donde la misma ambición que a Herodes ha encendido tan crueles odios y enemistades entre los hijos de la Iglesia, dando

causa a la pérdida de infinitas almas y que la sangre de mi Hijo santísimo, que se derramó en precio y rescate suyo, se malogre y pierda; llora este daño amargamente.

680. Pero escarmienta en otros y pondera lo que puede una ciega pasión admitida en la concupiscible; porque si de lleno coge el corazón, o le abrasa en fuego de concupiscencia si ejecuta su deseo, o en el de la ira si no le puede conseguir. Teme, hija mía, este peligro, no sólo en lo que hizo la ambición de Herodes, sino también en lo que cada hora entiendes y conoces de otras personas. Y advierte mucho en no aficionarte a alguna cosa, por pequeña que te parezca, que para encender un gran fuego basta comenzar por una pequeñísima centella. Y en esta materia de mortificación de las inclinaciones te repito muchas veces esta doctrina y lo haré más en lo que resta, porque es la mayor dificultad de la virtud morir a todo lo deleitable y sensible, y porque no puedes tú ser instrumento en las manos del Señor, como Su Majestad lo quiere, si no borrases de tus potencias hasta las especies de toda criatura para que no hallen entrada a tu voluntad. Y para ti quiero que sea ley inviolable que todo lo que tiene ser, fuera de Dios y de sus Ángeles y Santos, sea como si para ti no fuese. Esta ha de ser tu profesión, y para eso te hace el Señor patentes sus secretos y te convida con su trato familiar e íntimo y yo con el mío, para que sin Su Majestad no vivas ni lo quieras.

CAPITULO 28

Habla el infante Jesús a San José cumplido un año y trata la Madre santísima de ponerle en pie y calzarle y comienza a celebrar los días de la Encarnación y Nacimiento.

681. En una de las conferencias y pláticas que tenían María santísima y su esposo San José de los misterios del Señor sucedió que un día, cumplido el primer año del infante Jesús, determinó Su Alteza romper el silencio y hablar en voz clara y formada al fidelísimo San José, que hacía oficio de padre cuidadoso, como había hablado con la

divina Madre desde el nacimiento, según arriba dije, capítulo 18, número 577. Y estando los dos santísimos esposos tratando del ser infinito de Dios y de la bondad que le había obligado a tan excesivo amor como enviar del cielo a su Unigénito para Maestro y Redentor de los hombres, dándole forma humana en que tratase con ellos y padeciese las penalidades de la naturaleza depravada, en esta meditación se admiraba mucho San José de las obras del Señor, encendiéndose en afectos de agradecimiento y alabanza de su amor. En esta ocasión el Niño Dios, que estaba en los brazos de su Madre, haciendo de ellos la primera cátedra de maestro, habló a San José en voz inteligible, y le dijo: Padre mío, yo vine del cielo a la tierra para ser luz del mundo y rescatarle de las tinieblas del pecado, y para buscar y conocer mis ovejas como buen pastor y darles pasto y alimento de vida eterna y enseñarles el camino para ella y abrir las puertas que por sus pecados estaban cerradas; quiero que seáis los dos hijos de la luz, pues la tenéis tan cerca.

682. Estas palabras del infante Jesús, como llenas de vida y de eficacia divina, infundieron en el corazón del patriarca San José nuevo amor, reverencia y alegría. Púsose de rodillas a los pies del Niño Dios con humildad profundísima y le dio gracias porque la primera palabra que le había oído pronunciar fue llamarle *Padre.* Pidióle a Su Majestad con muchas lágrimas que su luz divina le alumbrase y llevase al cumplimiento de su perfecta voluntad y le enseñase a ser agradecido a tan incomparables beneficios como recibía de su larga mano. Los padres que mucho aman a sus hijos reciben gran consuelo y gloria cuando en ellos descubren algún pronóstico de que serán sabios o grandes en las virtudes, y aunque no lo sean, con la natural inclinación que les tienen, suelen celebrar y encarecer mucho las parvuleces que sus hijos hacen y dicen, porque todo esto puede el afecto tierno con los hijos pequeñuelos. Pero aunque San José no era padre natural del Niño Dios, sino putativo, el amor que le tenía excedía sin medida a todo lo que los padres naturales han amado a sus hijos, porque en él fue la gracia y aun la naturaleza más poderosa que en otros y en todos los padres juntos; y por este amor y aprecio que tenía de ser

padre putativo del infante Jesús, se ha de medir el júbilo de su alma purísima oyéndose llamar padre del Hijo del mismo Dios y eterno Padre y viéndole tan hermoso y lleno de gracia y que le comenzaba a hablar con tan alta doctrina y sabiduría.

683. Todo aquel año primero del Niño Dios le había traído su dulcísima Madre envuelto en los fajos y mantillas en que suelen estar los otros niños, porque en esto no quiso señalarse diferente, en testimonio de su verdadera humanidad y también del amor de los mortales por quienes padecía aquella molestia que pudo excusar. Y juzgando la prudentísima Madre que ya era tiempo oportuno de sacarle de los fajos y ponerle en pie, o calzarle, como acá dicen, puesta de rodillas delante del Niño Dios que estaba en la cuna, le dijo: Hijo mío y amor dulcísimo de mi alma y mi Señor, deseo como vuestra esclava ser puntual en daros gusto. Ya, lumbre de mis ojos, habéis estado mucho tiempo oprimido en las ligaduras de las fajas y en esto habéis hecho gran fineza de amor por los hombres, tiempo es ya que mudéis traje. Decidme, Dueño mío, ¿qué haré para poneros en pie?

684. Madre mía —respondió el infante Jesús—, por el amor que tengo a las almas que yo crié y vengo a redimir, no me han parecido molestas las ataduras de mi niñez, pues en mi edad perfecta he de ser atado, preso y entregado a mis enemigos y por ellos a la muerte. Y si esta memoria es dulce para mí por el gusto de mi eterno Padre, todo lo demás me será fácil. Mi vestido ha de ser sólo uno en este mundo, porque de él sólo quiero lo que me ha de cubrir, aunque todo lo criado es mío por haberle dado ser, pero entrególo a los hombres para que más me deban y enseñarles también cómo por mi ejemplo y amor han de negar y despreciar todo lo que es superfluo para la vida natural. Vestiréisme, Madre mía, de una túnica talar, de color humilde y común; ésta sola llevaré y crecerá conmigo. Y ha de ser sobre la que en mi muerte se han de echar suertes, porque aun ésta no ha de quedar a mi disposición, sino de otros, para que vean los hombres que nací y quiero vivir pobre y desnudo de las cosas visibles, que como son terrenas oprimen y oscurecen el corazón humano. En el

punto que fui concebido en vuestro virginal vientre, hice este dejamiento y renunciación de lo que encierra y contiene el mundo, aunque todo es mío por la unión de mi naturaleza humana a la persona divina, y no tuve otra acción en esto visible más de para ofrecerlo todo a mi Eterno Padre renunciándolo por su amor, admitiendo sólo aquello que la vida natural pedía para darla después por los hombres. Con este ejemplo quiero enseñar y reprender al mundo para que ame la pobreza y no la desprecie, pues cuando yo, que soy señor de todo, lo desvío y renuncio todo, será confusión de los que me conocieren por la fe codiciar lo que yo enseñé a despreciar.

685. Hicieron en la divina Madre las palabras del Niño Dios admirables y diversos efectos; porque la memoria o representación de la muerte y prisiones de su Hijo santísimo traspasó su corazón candidísimo y compasivo y la doctrina y ejemplo de tan extremada pobreza y desnudez la admiró y provocó de nuevo a su imitación. El amor inmenso a los mortales la inflamó también para agradecerlo al Señor por todos, y en esto hizo actos heroicos de muchas virtudes. Y conociendo que el infante Jesús no quería más vestido ni calzado, dijo a Su Majestad: Hijo y Señor mío, no tendrá vuestra Madre corazón ni ánimo para en edad tan tierna poneros en el suelo los pies desnudos, admitid, amor mío, algún reparo en ellos que os defienda. Y también conozco que la vestidura áspera que me pedís, sin usar debajo otra de lienzo, ha de lastimar mucho vuestra delicada naturaleza y edad.—El infante Jesús la respondió: Madre mía, admito para los pies alguna cosa pobre, hasta que llegue el tiempo de mi predicación, porque entonces la he de hacer descalzo; pero el lienzo no le quiero usar, porque es fomento de la carne y de muchos vicios en los hombres, y con mi ejemplo quiero enseñar a muchos que le renunciarán por mi imitación y amor.

686. Puso luego la celestial Reina gran diligencia en cumplir la voluntad de su santísimo Hijo y buscando lana natural y sin teñir la hiló por sus manos muy delgada y de ella tejió una tunicela de una vez y sin costura, al modo de lo que se hace de aguja, y más propiamente parecía a lo que llaman terliz, porque hacía un cordoncillo y no era

como el paño liso. Tejióla en un telarcillo, como las labores que llaman punto, sacándola toda de una pieza inconsútil misteriosamente. Y tuvo dos cosas milagrosas: la una, que salió toda igual y sin ruga; la otra, que se le mejoró y mudó el color natural a la lana, a petición y voluntad de la divina Señora, en el color entre morado y plateado perfectísimo, quedando en un medio que no se podía determinar a ningún color, porque ni parecía del todo morada, ni plateada, ni parda que llaman frailesco, y de todo tenía. Hizo también unas sandalias como alpargatas de un hilo fuerte, con que calzó al niño Dios, y a más de esto, hizo una media tunicela de lienzo para que le sirviese de paños de honestidad; y en el capítulo siguiente diré lo que sucedió al vestir al infante Jesús.

687. Cumplióse por entonces el año de los misterios de la Encarnación y Natividad del Verbo divino respectivamente cada uno después que estaban en Egipto, y celebrando estos días tan festivos para la celestial Reina comenzó esta costumbre desde el primer año y la conservó toda la vida, como se verá en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 642ss) de los misterios que después fueron sucediendo. El de la Encarnación celebraba comenzando nueve días antes grandes ejercicios, en correspondencia de los nueve que precedieron, disponiéndola con tan admirables y grandes beneficios, como en el principio de esta segunda parte queda dicho (Cf. supra n. 4). Y el día que correspondía al de la Encarnación y Anunciación convidaba a los Santos Ángeles del cielo con los de su guarda, para que la ayudasen a la celebración de estos magníficos misterios, a reconocer y dar dignas gracias al Altísimo. Y al mismo infante Jesús pedía postrada en tierra en forma de cruz, que por ella alabase al Eterno Padre y le agradeciese lo que su divina diestra la favoreció y lo que hizo por el linaje humano dándole a su mismo Unigénito. Lo mismo repetía, cuando se cumplía el año de su virginal parto. Y estos días era la divina Señora muy favorecida y regalada del Altísimo, porque renovaba la continua memoria y reconocimiento de tan altos sacramentos. Y porque había tenido inteligencia de lo que obligaba al Eterno Padre y le complacía el sacrificio de dolor que hacía postrada en tierra en cruz, con la memoria de que en ella había de ser clavado su divino

Cordero, usaba de este ejercicio en todas las festividades, pidiendo se aplacase la divina justicia y solicitando misericordia para los pecadores. Y enardecida en el fuego de la caridad, se levantaba y daba fin a la celebración de las festividades con cánticos admirables que decía alternativamente con los Ángeles santos, los cuales ordenaban capilla de celestial y sonora música con que decían su verso y respondía la Reina más dulcemente para los oídos de Dios que todos los coros de los encumbrados serafines y bienaventurados y con mayor aceptación, porque resonaban los ecos de sus excelentes virtudes hasta llegar al consistorio de la beatísima Trinidad y tribunal del ser de Dios eterno.

Doctrina que me dio la Reina y Señora del cielo.

688. Hija mía, no puede tu capacidad ni de todas las criaturas juntas alcanzar perfectamente cuál fue el espíritu de pobreza de mi Hijo santísimo y el que me enseñó a mí; pero de lo que yo te he manifestado a ti puedes conocer mucho de la excelencia de esta virtud que tanto amó su Autor y Maestro y de lo que aborreció el vicio de la codicia. No podía el Criador aborrecer las mismas cosas a que dio el ser, pero conoció con su inmensa sabiduría el incomparable daño que los mortales habían de recibir de la avaricia y codicia desordenada de las cosas visibles y que este insano amor había de pervertir la mayor parte de la naturaleza humana, y según la ciencia que tuvo del número de los pecadores y prescitos que perdería el vicio de la avaricia y codicia, así fue el aborrecimiento que les tuvo.

689. Para ocurrir a este daño y prevenirle algún antídoto y medicina, eligió mi Hijo santísimo la pobreza y la enseñó con palabra y ejemplo de tan admirable desnudez, y para que, si los mortales no se aprovechasen de este medicamento, tuviese justificada su causa el médico que les previno la salud y el remedio. Esta misma doctrina enseñé y ejercité yo en toda mi vida y con ella plantaron la Iglesia los Apóstoles y lo mismo han hecho y enseñado los Patriarcas y Santos que la han reformado y la sustentan, porque todos han amado la pobreza, como medio único y eficaz de la santidad, y han aborrecido las riquezas, como

incentivo de todos los males y raíz de los vicios (1 Tim 6, 10). Esta pobreza quiero que ames y la busques con toda diligencia, porque es el ornato de las esposas de mi Hijo dulcísimo, sin el cual te aseguro, carísima, que las desconoce y repudia como desiguales y disímiles monstruosamente, pues no tiene proporción la esposa rica y abundante de superfluas alhajas con el esposo pobrísimo y destituido de todo, ni puede haber amor recíproco con tanta desigualdad.

690. Y si como hija legítima quieres imitarme perfectamente según tus fuerzas, como lo debes hacer, claro está que yo, pobre, no te reconoceré por hija si tú no lo eres, ni amaré en ti lo que aborrecí para mí. También te advierto que no te olvides de los beneficios del Altísimo que tan largamente recibes, y si en esto no eres muy atenta y agradecida, con la misma gravedad y tardanza de la naturaleza vendrás con facilidad a caer en este olvido y grosería. Renueva cada día esta memoria repetidas veces, dando siempre gracias al Señor con afecto amoroso y humilde; y entre todos los beneficios son memorables haberte llamado y aguardado, disimulado y encubierto tus faltas, y sobre esto multiplicado tan repetidos favores. Este recuerdo causará en tu corazón efectos dulces de amor y fuertes para trabajar con diligencia y en el Señor hallarás gracia y nueva remuneración, porque se obliga mucho del corazón fiel y agradecido y por el contrario se ofende grandemente de que sus beneficios y obras no sean estimadas y agradecidas; porque como las hace con plenitud de amor, quiere ser correspondido con el retorno oficioso, leal y afectuoso.

CAPITULO 29

Viste la Madre santísima al infante Jesús la túnica inconsútil y le calza, y las acciones y ejercicios que el mismo Señor hacía.

691. Para vestir al Niño Dios la tunicela tejida con los paños y sandalias que la Madre misma había trabajado con sus manos, se puso la prudentísima Señora arrodillada en

presencia de su dulcísimo Hijo y le habló de esta manera: Señor altísimo, Criador de los cielos y de la tierra, yo deseaba vestiros, si fuera posible, según la dignidad de vuestra divina persona; también quisiera yo poder haber hecho el vestido que os traigo de la sangre de mi corazón, pero juzgo será de vuestro agrado por lo que tiene de pobre y humilde. Perdonad, Señor y Dueño mío, las faltas y recibid el afecto de este inútil polvo y ceniza y dadme licencia para que os le vista.—Admitió el infante Jesús el servicio y obsequio de su purísima Madre, y luego ella le vistió y le calzó y le puso en pie. La tunicela le vino a su medida hasta cubrirle el pie sin arrastrarle y las mangas le cubrían hasta la mitad de las manos, y de nada se tomó antes medida. El cuello de la túnica era redondo, sin estar abierto por delante, y algo levantado y ajustado casi a la garganta, y con ser así se le vistió su divina Madre por la cabeza del Niño sin abrirle, porque la obedecía el vestido para acomodarle graciosamente a su voluntad. Y jamás se le quitó hasta que los sayones le desnudaron para azotarle y después para crucificarle, porque siempre fue creciendo con el sagrado cuerpo todo lo que era necesario. Lo mismo sucedió de las sandalias y de los paños interiores que le puso la advertida Madre. Y nada se gastó ni envejeció en treinta y dos años: ni la túnica perdió el color y lustre con que la sacó de sus manos la gran Señora y mucho menos se manchó ni sucio, porque siempre estuvo en un mismo ser. Y las vestiduras que depuso el Redentor del mundo (Jn 13, 4) para lavar los pies a sus Apóstoles, era un manto o capa que llevaba sobre los hombros, y éste le hizo también la misma Virgen después que volvieron a Nazaret, y fue creciendo como la túnica, y del mismo color, algo más oscuro, tejido de aquel modo.

692. Quedó en pie el infante y Señor de las eternidades, que desde su nacimiento había estado envuelto en pañales y de ordinario en los brazos de su Madre santísima. Pareció hermosísimo sobre los hijos de los hombres (Sal 44, 3). Y los Ángeles se admiraron de la elección que hizo de tan humilde y pobre traje el que viste a los cielos de luz y a los campos de hermosura. Anduvo luego por sus pies perfectamente en presencia de sus padres, porque con los de fuera se disimuló algún tiempo esta maravilla, recibiéndole

la Reina en sus brazos cuando concurrían los extraños y de fuera de su casa. Fue incomparable el júbilo de la divina Señora y del santo esposo José viendo a su infante andar en pie y de tan rara hermosura. Recibió el pecho de su Madre purísima hasta cumplir año y medio y le dejó, y en lo restante comió siempre poco en la cantidad y en la calidad. Su comida era al principio unas sopillas en aceite y frutas o pescado, y hasta que fue creciendo le daba la Virgen Madre tres veces de comer, como antes la leche, a la mañana, tarde y a la noche. Jamás el Niño Dios lo pidió, pero la amorosa Madre cuidaba con rara advertencia de darle a sus tiempos la comida, hasta que ya crecido comía a las mismas horas que los divinos esposos y no más. Así perseveró hasta la edad perfecta, de que hablaré adelante. Y cuando comía con sus padres, siempre aguardaban que el Niño divino diese la bendición al principio y las gracias al fin de la comida.

693. Después que el infante Jesús andaba por sí mismo, comenzó a retirarse y estar solo algunos ratos en el oratorio de su Madre. Y deseando la prudentísima Señora saber la voluntad de su Hijo santísimo en estar solo o con ella, la respondió el mismo Señor al pensamiento y la dijo: Madre mía, entrad y estad conmigo siempre, para que me imitéis y copiéis respectivamente mis obras, porque en vos quiero que se ejecute y estampe la alta perfección que he deseado para las almas. Porque si ellas no hubieran resistido a mi primera voluntad de que fueran llenas de santidad y dones, los recibieran copiosísimos y abundantes, pero habiéndolo impedido el linaje humano, quiero que en vos sola se cumpla todo mi beneplácito y se depositen en vuestra alma los tesoros y bienes de mi diestra, que las demás criaturas han malogrado y perdido. Atended, pues, a mis obras, para imitarme en ellas.

694. Con este orden se constituyó de nuevo la divina Señora por discípula de su Hijo santísimo, y desde entonces entre los dos pasaron tantos y tan ocultos misterios, que ni es posible decirlos ni se conocerán hasta el día de la eternidad. Postrábase muchas veces en tierra el Niño Dios, otras se ponía en el aire en cruz levantado del suelo y siempre oraba al Padre por la salvación de los mortales. Y

en todo le seguía y le imitaba su amantísima Madre, porque le eran manifiestas las operaciones interiores del alma santísima de su dulcísimo Hijo como las exteriores del cuerpo. De esta ciencia y conocimiento de María purísima he hablado algunas veces en esta Historia (Cf. supra n. 481, 534,546) y es fuerza renovar su memoria muchas veces, porque ésta fue la luz y ejemplar por donde copió su santidad, y fue tan singular beneficio para Su Alteza, que no le pueden comprender ni manifestar todas juntas las criaturas. No siempre tenía la gran Señora visiones de la divinidad, pero siempre la tuvo de la humanidad y alma santísima de su Hijo y de todas sus obras, y por especial modo miraba los efectos que resultaban en ella de las uniones hipostática y beatífica. Aunque en sustancia no siempre veía la gloria ni la unión, pero conocía los actos interiores con que la humanidad reverenciaba, magnificaba y amaba a la divinidad a que estaba unida; y este favor fue singular en la Madre Virgen.

695. En estos ejercicios (Cf. infra n. 848, 912) sucedía muchas veces que el infante Jesús, a vista de su Madre santísima, lloraba y sudaba sangre —que antes del huerto sudó muchas veces— y la divina Señora le limpiaba el rostro; y en su interior miraba y conocía la causa de aquella congoja, que siempre era la perdición de los prescitos, ingratos a los beneficios de su Criador y Reparador, y por haberse de malograr en ellos las obras del poder y bondad infinita del Señor. Otras veces le hallaba su Madre felicísima todo refulgente y lleno de resplandor y que los Ángeles le cantaban dulces cánticos de alabanza, y conocía también que el eterno Padre se complacía de su Hijo único y dilecto (Mt 17, 5). Todas estas maravillas comenzaron desde que el Niño Dios estuvo en pie cumplido un año de edad, y de todas fue testigo sola su Madre santísima, en cuyo corazón se habían de depositar (Lc 2, 19) como en la que sola era única y escogida para su Hijo y Criador. Las obras con que acompañaba al infante Jesús, de amor, de alabanza, reverencia y gratitud, las peticiones que hacía por el linaje humano, todo excede a mi capacidad para decir lo que conozco; remítome a la fe y piedad cristiana.

696. Crecía el infante Jesús con admiración y agrado de

todos los que le conocían; y llegando a tocar en los seis años comenzó a salir de su casa algunas veces para ir a los enfermos y hospitales, donde visitaba a los necesitados y misteriosamente los consolaba y confortaba en sus trabajos. Conocíanle muchos en Heliópolis; y con la fuerza de su divinidad y santidad atraía a sí los corazones de todos, y muchas personas le ofrecían algunas dádivas y según las razones y motivos que con su ciencia conocía las recibía, o despedía, y dispensaba entre los pobres. Pero con la admiración que causaban sus razones llenas de sabiduría y su compostura modestísima y grave, iban muchos a dar el parabién y bendiciones a sus padres de que tenían tal Hijo. Y aunque todo esto era ignorando el mundo los misterios y dignidad de Hijo y Madre, con todo eso daba lugar el Señor del mundo, como honrador de su Madre santísima, para que la venerasen en él y por él en cuanto era posible entonces, sin conocer los hombres la razón particular de darle la mayor reverencia.

697. Muchos niños de Heliópolis se llegaban a nuestro infante Jesús, como es ordinario en la igual edad y similitud exterior. Y como en ellos no había discurso ni malicia grande para inquirir ni juzgar si era más que hombre ni impedir la luz, dábasela el Maestro de la verdad a todos los que convenía y los informaba de la noticia de la divinidad y de las virtudes, los doctrinaba y catequizaba en el camino de la vida eterna más abundantemente que a los mayores. Y como sus palabras eran vivas y eficaces (Heb 4, 12), los atraía y movía, imprimiéndolas en sus corazones de manera que cuantos tuvieron esta dicha fueron después grandes varones y santos, porque con el tiempo dieron el fruto de aquella celestial semilla sembrada tan temprano en sus almas.

698. De todas estas obras admirables tenía noticia la divina Madre; y cuando su Hijo santísimo venía de hacer la voluntad de su eterno Padre, mirando por las ovejas que le encomendó, estando a solas se postraba la Reina de los Ángeles en tierra, para darle gracias por los beneficios que hacía a los párvulos e inocentes que no le conocían por su Dios verdadero, y le besaba el pie como a Pontífice sumo de los cielos y de la tierra. Y lo mismo hacía cuando el niño

salía fuera, y Su Majestad la levantaba del suelo con agrado y benevolencia de Hijo. Pedíale también la Madre su bendición para todas las obras que hacía, y jamás perdía ocasión en que no ejercitase todos los actos de virtud con el afecto y fuerza de la gracia. Nunca la tuvo vacía, sino que obró con toda plenitud, aumentando la que la daban. Buscaba muchos modos y medios para humillarse esta gran Señora, adorando al Verbo humanado con genuflexiones profundísimas, postraciones afectuosas y otras ceremonias llenas de santidad y prudencia. Y esto fue con tal sabiduría, que causaba admiración a los mismos Ángeles que la asistían, y unos a otros, alternando divinas alabanzas, se decían: ¿Quién es esta pura criatura tan afluente de delicias (Cant 8, 5) para nuestro Criador y su Hijo? ¿Quién es esta tan advertida y sabia en dar honra y reverencia al Altísimo, que en su atención y presteza se nos adelanta a todos con afecto incomparable?

699. En el trato y conversación de sus padres, después que comenzó a crecer y andar este admirable y hermoso Niño, guardaba más severidad que siendo de menos edad y cesaron las caricias más tiernas, aunque siempre habían sido con la medida que arriba se dijo, porque en su semblante mostraba tanta majestad de su oculta deidad, que si no la templara con alguna suavidad y agrado muchas veces causara tan gran temor reverencial que no se atrevieran a hablarle. Pero con su vista sentía la divina Madre y también San José eficaces y divinos efectos, en que se manifestaba la fuerza de la divinidad y su poder y asimismo que era Padre benigno y piadosísimo. Junto con esta grave majestad y magnificencia se mostraba Hijo de la divina Madre, y a San José le trataba como a quien tenía este nombre y oficio; así los obedecía (Lc 2, 51) como hijo humildísimo a sus padres. Y todos estos oficios y acciones de severidad y obediencia, majestad y humildad, gravedad divina y apacibilidad humana las dispensaba el Verbo Encarnado con sabiduría infinita, dando a cada uno lo que pedía, sin que se confundiesen ni encontrasen la grandeza con la pequeñez. Y la celestial Señora estaba atentísima a todos estos sacramentos y sola ella penetraba alta y dignamente —lo que a pura criatura era posible— las obras de su Hijo santísimo y el modo que en ellas tenía su

inmensa sabiduría. Y sería intentar un imposible querer con palabras declarar los efectos que todo esto hacía en su purísimo y prudentísimo espíritu y cómo imitaba a su dulcísimo Hijo copiando en sí misma una viva imagen de su inefable santidad. Las almas que se redujeron y salvaron en Heliópolis y en todo Egipto, los enfermos que curaron, las maravillas que obraron en siete años que fueron sus moradores, no se pueden reducir a número; tan dichosa culpa fue la crueldad de Herodes para Egipto; y tanta es la fuerza de la bondad y sabiduría infinita, que los mismos males y pecados ordena a grandes bienes y los saca de ellos, y si en una parte le arrojan y cierran la puerta para sus misericordias, llama en otras y hace que se las abran y le den entrada, porque la propensión que tiene a favorecer al linaje humano y su ardiente caridad no la pueden extinguir las muchas aguas de nuestras culpas e ingratitudes (Cant 8, 7).

Doctrina que me dio la Reina de los cielos María santísima.

700. Hija mía, desde el primer mandato que tuviste de escribir esta Historia de mi vida, has conocido que entre otros fines del Señor, uno es dar a conocer al mundo lo que deben los mortales a su divino amor y al mío, de que viven tan insensibles y olvidados. Verdad es que todo se comprende y manifiesta en haberlos amado hasta morir en cruz por ellos, que fue el último término a que pudieron llegar los efectos de su inmensa caridad, pero a muchos ingratísimos les da hastío la memoria de este beneficio y para ellos y para todos sería nuevo incentivo y estímulo conocer algo de lo que hizo Su Majestad por ellos en treinta y tres años, pues cualquiera de sus obras fue de infinito aprecio y merece agradecimiento eterno. A mí me puso el poder divino por testigo de todo, y te aseguro, carísima, que desde el primer instante que fue concebido en mi vientre no descansó ni cesó de clamar al Padre y pedir por la salvación de los hombres. Y desde allí comenzó a abrazar la cruz, no sólo con el afecto, sino también con efecto en el modo que era posible, usando de la postura de crucificado en su niñez, y estos ejercicios continuó por toda la vida. Y en ellos le imité yo, acompañándole en las obras y

peticiones que hacía por los hombres, después del primer acto que hizo de agradecer los beneficios de su humanidad santísima.

701. Vean ahora los mortales si yo, que fui testigo y cooperadora de su salud, lo seré también en el día del juicio de cuan bien justificada tiene Dios su causa con ellos, y si justísimamente les negaré mi intercesión a los que han despreciado y olvidado estultamente tantos y tan suficientes favores y beneficios, efectos del divino amor de mi Hijo santísimo y mío. ¿Qué respuesta, qué descargo, qué disculpa tendrán estando tan advertidos, amonestados e ilustrados de la verdad? ¿Cómo los ingratos y pertinaces han de esperar misericordia de un Dios justísimo y rectísimo, que les dio tiempo determinado y oportuno y en él los convidó, llamó, esperó y favoreció con inmensos beneficios, y todos los malograron y perdieron por seguir la vanidad? Teme, hija mía, este mayor de los peligros y ceguedades y renueva en tu memoria las obras de mi Hijo santísimo y las mías y con todo fervor las imita y continúa los ejercicios de la cruz con orden de la obediencia, para que tengas en ellos presentes lo que debes imitar y agradecer. Pero advierte que mi Hijo y Señor pudo, sin tanto padecer, redimir al linaje humano y quiso acrecentar sus penas con inmenso amor de las almas. La correspondencia debida a tal dignación ha de ser no contentarse la criatura con poco, como lo hacen de ordinario los hombres con infeliz ignorancia; añade tú una virtud y trabajo a otros, para que correspondas a tu obligación y acompañes a mi Señor y a mí en lo que trabajamos en el mundo, y todo lo ofrece por las almas, juntándolo con sus merecimientos en la presencia del Padre eterno.

CAPITULO 30

Vuelven de Egipto a Nazaret Jesús, María y José por la voluntad del Altísimo.

702. Cumplió los siete años de su edad el infante Jesús estando en Egipto, que era el tiempo de aquel misterioso

destierro destinado por la eterna sabiduría, y para que se cumpliesen las profecías era necesario que se volviese a Nazaret. Esta voluntad intimó el Eterno Padre a la humanidad de su Hijo santísimo un día en presencia de su divina Madre, estando juntos en sus ejercicios, y ella la conoció en el espejo de aquella alma deificada y vio cómo aceptaba la obediencia del Padre para ejecutarla. Hizo lo mismo la gran Señora, aunque en Egipto tenía ya más conocidos y devotos que en Nazaret. No manifestaron Hijo y Madre a San José el nuevo orden del Cielo, pero aquella noche le habló en sueños el Ángel del Señor, como San Mateo dice (Mt 2, 19), y le avisó que tomase al Niño y a la Madre y se volviese a tierra de Israel, porque ya Herodes y los que con él procuraban la muerte del Niño Dios eran muertos. Tanto quiere el Altísimo el buen orden en todas las cosas criadas, que con ser Dios verdadero el Niño Jesús y su Madre tan superior en santidad a San José, con todo eso no quiso que la disposición de la jornada a Galilea saliese del Hijo ni de la Madre santísimos, sino que lo remitió todo a San José, que en aquella familia tan divina tenía oficio de cabeza; para dar forma y ejemplar a todos los mortales de lo que agrada al Señor que todas las cosas se gobiernen por el orden natural y dispuesto por su providencia y que los inferiores y súbditos en el cuerpo místico, aunque sean más excelentes en otras cualidades y virtudes, han de obedecer y rendirse a los que son superiores y prelados en el oficio visible.

703. Fue luego San José a dar cuenta al infante Jesús y a su purísima Madre del mandato del Señor y entrambos le respondieron que se hiciese la voluntad del Padre celestial. Y con esto determinaron su jornada sin dilación y distribuyeron a los pobres las pocas alhajas que tenían en su casa. Y esto se hizo por mano del Niño Dios, porque la divina Madre le daba muchas veces lo que había de llevar de limosna a los necesitados, conociendo que el Niño, como Dios de misericordias, la quería ejecutar por sus manos. Y cuando le daba su Madre santísima estas limosnas, se hincaba de rodillas y le decía: Tomad, Hijo y Señor mío, lo que deseáis, para repartirlo con nuestros amigos los pobres, hermanos vuestros.—En aquella feliz casa, que por la habitación de los siete años quedó santificada y consa-

grada en templo por el Sumo Sacerdote Jesús, entraron a vivir unas personas de las más devotas y piadosas que dejaban en Heliópolis; porque su santidad y virtudes les granjearon la dicha que ellos no conocían, aunque por lo que habían visto y experimentado se reputaron por bien afortunados en vivir donde sus devotos forasteros habían habitado tantos años. Y esta piedad y afecto devoto les fue pagada con abundante luz y auxilios para conseguir la felicidad eterna.

704. Partieron de Heliópolis para Palestina con la misma compañía de los Ángeles que habían llevado en la otra jornada. La gran Reina iba en un asnillo con el Niño Dios en su falda y San José caminaba a pie muy cerca del Hijo y Madre. La despedida de los conocidos y amigos que tenían fue muy dolorosa para todos los que perdían tan grandes bienhechores, y con increíbles lágrimas y sollozos se despedían de ellos, conociendo y confesando que perdían todo su consuelo, su amparo y el remedio de sus necesidades. Y con el amor que les tenían los egipcios a los tres, parecía muy dificultoso que los permitiesen salir de Heliópolis si no lo facilitara el poder divino, porque ocultamente en sus corazones sentían la noche de sus miserias con ausentárseles el Sol que en ellas les alumbraba y consolaba. Antes de salir a los despoblados pasaron por algunos lugares de Egipto y en todos fueron derramando gracia y beneficios, porque no eran ya tan ocultas las maravillas hechas hasta entonces que no hubiese gran noticia en toda aquella provincia. Y con esta fama extendida por toda la tierra salían a buscar su remedio los enfermos, afligidos y necesitados y todos le llevaban en alma y cuerpo. Curaron muchos dolientes y expelieron gran multitud de demonios, sin que ellos conociesen quién los arrojaba al profundo, aunque sentían la virtud divina que los compelía y hacía tantos bienes a los hombres.

705. No me detengo en referir los sucesos particulares que tuvieron en esta jornada y salida de Egipto el infante Jesús y su beatísima Madre, porque no es necesario, ni sería posible sin detenerme mucho en esta Historia; basta decir que todos los que llegaron a ellos con algún afecto piadoso,

más o menos salieron de su presencia ilustrados de la verdad y socorridos de la gracia y heridos del divino amor y sentían una oculta fuerza que los movía y obligaba a seguir el bien y dejando el camino de la muerte buscar el de la eterna vida. Venían al Hijo traídos del Padre (Jn 6, 44) y volvían al Padre enviados por el Hijo (Jn 14, 6) con la divina luz que encendía en sus entendimientos para conocer la divinidad del Padre, si bien la ocultaba en sí mismo porque no era tiempo de manifestarla, aunque siempre y en todos tiempos obraba divinos efectos de aquel fuego que venía a derramar y encender en el mundo (Lc 12, 49).

706. Cumplidos en Egipto los misterios que la divina voluntad tenía determinados y dejando aquel reino lleno de milagros y maravillas, salieron nuestros divinos peregrinos de la tierra poblada y entraron en los desiertos por donde habían venido. Y en ellos padecieron otros nuevos trabajos, semejantes a los que llevaron cuando fueron desde Palestina, porque siempre daba el Señor tiempo y lugar a la necesidad y tribulación para que el remedio fuese oportuno (Sal 144, 15). Y en estos aprietos se le enviaba él mismo por mano de los Ángeles santos, algunas veces por el modo que en la primera jornada (Cf. supra n. 634), otras veces mandándoles el mismo infante Jesús que trajesen la comida a su Madre santísima y a su esposo, que para gozar más de este favor oía el orden que se les daba a los ministros espirituales y cómo obedecían y se ofrecían prontos y veía lo que traían; con que se alentaba y consolaba el santo Patriarca en la pena de no tener el sustento necesario para el Rey y Reina de los cielos. Otras veces usaba el Niño Dios de la potestad divina, y de algún pedazo de pan hacía que se multiplicase todo lo necesario. Lo demás de esta jornada fue como tengo dicho en la primera parte, capítulo 22, y por esto no me ha parecido necesario repetirlo. Pero cuando llegaron a los términos de Palestina, el cuidadoso esposo tuvo noticia que Arquelao había sucedido en el reino de Judea por Herodes su padre (Mt 2, 22), y temiendo si con el reino habría heredado la crueldad contra el infante Jesús, torció el camino y sin subir a Jerusalén ni tocar en Judea atravesó por la tierra del tribu de Dan y de Isacar a la inferior Galilea, caminando por la costa del mar Mediterráneo, dejando a la mano derecha a Jerusalén.

707. Pasaron a Nazaret, su patria, porque el Niño se había de llamar Nazareno (Mt 2, 23), y hallaron su antigua y pobre casa en poder de aquella mujer santa y deuda de San José en tercer grado que, como dije en el tercero libro, capítulo 17, núm. 227, acudió a servirle cuando nuestra Reina estuvo ausente en casa de Santa Isabel, y antes de salir de Judea, cuando partieron para Egipto, la había escrito el santo esposo cuidase de la casa y de lo que dejaban en ella. Todo lo hallaron muy guardado, y a su deuda, que los recibió con gran consuelo por el amor que tenía a nuestra gran Reina, aunque entonces no sabía su dignidad. Entró la divina Señora con su Hijo santísimo y su esposo San José y luego se postró en tierra, adorando al Señor y dándole gracias por haberlos traído a su quietud, libres de la crueldad de Herodes y defendidos de los peligros de su destierro y de tan largas y molestas jornadas, y sobre todo de que venía con su Hijo santísimo tan crecido y lleno de gracia y virtud (Lc 2, 40).

708. Ordenó luego la beatísima Madre su vida y ejercicios con disposición del Niño Dios, no porque en el camino se hubiese desordenado en cosa alguna, que siempre la prudentísima Señora continuaba respectivamente las acciones perfectísimas en el camino, a imitación de su Hijo santísimo, pero estando ya quieta en su casa, tenía disposición para hacer muchas cosas que fuera de ella no era posible, aunque en todas partes la mayor solicitud era cooperar con su Hijo santísimo en la salvación de las almas, que era la obra encomendada del eterno Padre. Para este fin altísimo ordenó nuestra Reina sus ejercicios con el mismo Redentor y en ellos se ocupaban, como en el discurso de esta parte veremos. El santo esposo José dispuso también lo que tocaba a sus ocupaciones y oficio, para granjear con su trabajo el sustento del Niño Dios y de la Madre y de sí mismo. Tanta fue la felicidad de este santo Patriarca, que si en los demás hijos de Adán fue castigo y pena condenarlos al trabajo de sus manos y al sudor de su cara (Gen 3, 17-19) para alimentar con él la vida natural, pero en San José fue bendición, beneficio y consuelo sin igual elegirle para que su trabajo y sudor alimentase al mismo Dios y a su Madre, cuyo es el cielo y tierra y cuanto

en ellos se contiene.

709. El agradecer este cuidado y trabajo del santo José tomó por su cuenta la Reina de los Ángeles, y en correspondencia de esto le servía y cuidaba de su pobre comida y regalo con incomparable atención y cuidado, agradecimiento y benevolencia. Estábale obediente en todo y humillada en su estimación como si fuera sierva y no esposa y, lo que más es, Madre del mismo Criador y Señor de todo. Reputábase por indigna de cuanto tenía ser y de la misma tierra que la sustentaba, porque juzgaba que de justicia le debían faltar todas las cosas. Y en el conocimiento de haber sido criada de nada, sin poder obligar a Dios para este beneficio ni después, a su parecer, para otro alguno, fundó tanto su rara humildad, que siempre vivía pegada con el polvo y más deshecha que él en su propia estimación. Cualquiera beneficio, por pequeño que fuese, le agradecía con admirable sabiduría al Señor como a primer origen y causa de todo bien y a las criaturas como instrumentos de su poder y bondad: a unos porque le hacían beneficios, a otros porque se los negaban, a otros porque la sufrían, a todos se reconocía deudora y los llenaba de bendiciones de dulzura y se ponía a los pies de todos, buscando medios y artificios, arbitrios y trazas para que en ningún tiempo ni ocasión se le pasase sin obrar en todo lo más santo, perfecto y levantado de las virtudes, con admiración de los Ángeles, agrado y beneplácito del Altísimo.

Doctrina que me dio la misma Reina del cielo.

710. Hija mía, en las obras que el Altísimo hizo conmigo, mandándome peregrinar de unas partes y reinos a otros, nunca se turbó mi corazón ni se contristó mi espíritu, porque siempre le tuve preparado para ejecutar en todo la voluntad divina. Y aunque Su Majestad me daba a conocer los fines altísimos de sus obras, pero no era esto siempre en los principios, para que más padeciese, porque en el rendimiento de la criatura no se han de buscar más razones de que lo manda el Criador y que él lo dispone todo. Y sólo por estas noticias se reducen las almas, que sólo aprenden a dar gusto al Señor, sin distinguir sucesos prósperos ni

adversos y sin atender a los sentimientos de sus propias inclinaciones. En esta sabiduría quiero de ti que te adelantes y a imitación mía y por lo que estás obligada a mi Hijo santísimo recibas lo próspero y adverso de la vida mortal con una misma cara, igualdad de ánimo y serenidad, sin que lo uno te contriste ni lo otro te levante en vana alegría, y sólo atiendas a que todo lo ordena el Altísimo por su beneplácito.

711. La vida humana está tejida con esta variedad de sucesos: unos de gusto y otros de pena para los mortales, unos que aborrecen y otros que desean; y como la criatura es de corazón limitado y estrecho, de aquí le nace inclinarse con desigualdad a estos extremos, porque admite con demasiado gusto lo que ama y desea y, por el contrario, se desconsuela y contrista cuando le sucede lo que aborrece y no quería. Y estas transmutaciones y vaivenes hacen peligrar a todas o muchas virtudes, porque el amor desordenado de alguna cosa que no consigue la mueve luego a apetecer otra, buscando en deseos nuevos el alivio de la pena en los que no consiguió, y si los consigue se embriaga y desmanda en el gusto de tener lo que apetecía, y con estas veleidades se arroja a mayores desórdenes de diferentes movimientos y pasiones. Advierte, pues, carísima, este peligro y atájale por la raíz, conservando tu corazón independiente y sólo atento a la Divina Providencia, sin dejarle inclinar a lo que apetecieres y te diere gusto, ni aborrecer lo que te fuere penoso. Y sólo en la voluntad de tu Señor te alegra y deleita, y no te precipiten tus deseos ni te acobarden tus temores de cualquier suceso, ni tampoco las ocupaciones exteriores te impidan ni te diviertan de tus santos ejercicios, y mucho menos el respeto y atención de criaturas, y en todo atiende a lo que yo hacía; sigue mis pisadas afectuosa y diligente.

LIBRO V

CONTIENE LA PERFECCIÓN CON QUE MARÍA SANTÍSIMA COPIABA E IMITABA LAS OPERACIONES DEL ALMA DE SU HIJO AMANTÍSIMO, Y CÓMO LA INFORMABA DE LA LEY PE GRACIA, ARTÍCULOS DE LA FE, SACRAMENTOS Y

DIEZ MANDAMIENTOS, Y LA PRONTITUD Y ALTEZA CON QUE LA OBSERVABA; LA MUERTE DE SAN JOSÉ; LA PREDICACIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA; EL AYUNO Y BAUTISMO DE NUESTRO REDENTOR; LA VOCACIÓN DE LOS PRIMEROS DISCÍPULOS Y EL BAUTISMO DE LA VIRGEN MARÍA SEÑORA NUESTRA.

CAPITULO 1

Dispone el Señor a María santísima con alguna severidad y ausencia estando en Nazaret, y de los fines que tuvo en este ejercicio.

712. Vinieron ya de asiento a Nazaret Jesús, María y José, donde se convirtió en nuevo cielo aquella humilde y pobre morada en que vivían. Y para decir yo los misterios y sacramentos que pasaron entre el niño Dios y su purísima Madre hasta cumplir Su Alteza los doce años de edad y después hasta la predicación, fueran necesarios muchos libros y capítulos y en todos dijera poco, por la grandeza inefable del objeto y por la pequeñez de mujer ignorante cual yo soy. Diré algo con la luz que me ha dado esta gran Señora y dejaré siempre oculto lo más que se podía decir, porque no todo es posible ni conveniente alcanzarlo en esta vida y se reserva para la que esperamos.

713. A pocos días de la vuelta de Egipto a Nazaret, determinó el Señor ejercitar a su Madre santísima al modo que lo hizo en su niñez, como queda dicho en el segundo libro de la primera parte, capítulo 27, aunque ahora estaba más robusta en el uso del amor y plenitud de sabiduría. Pero como el poder de Dios es infinito y la materia de su divino amor es inmensa y también la capacidad de la Reina era superior a todas las criaturas, ordenó el mismo Señor levantarla a mayor estado de santidad y méritos. Y junto con esto, como verdadero maestro de espíritu, quiso formar una discípula tan sabia y excelente que después fuese maestra consumada y ejemplar vivo de la doctrina de su Maestro, como lo fue María santísima después de la ascensión de su Hijo y Señor nuestro a los cielos, de que trataré en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 106, 183, 209).

Era también conveniente y necesario para la honra de Cristo nuestro Redentor que la doctrina evangélica con que y en que había de fundar la nueva ley de gracia, tan santa, sin mácula y sin ruga (Ef 5, 27), quedase acreditada en su eficacia y virtud, formando alguna pura criatura en quien se hallasen sus efectos adecuada y cabalmente y fuese lo más perfecto en aquel género, por donde se regulasen y midiesen todos los demás inferiores. Y estaba puesto en razón que esta criatura fuese la beatísima María, como Madre y más allegada al Maestro y mismo Señor de la santidad.

714. Determinó el Altísimo que la divina Señora fuese la primera discípula de su escuela y primogénita de la nueva ley de gracia, la estampa adecuada de su idea y la materia dispuesta donde como en cera blanda se imprimiera el sello de su doctrina y santidad, para que Hijo y Madre fuesen las dos tablas verdaderas de la nueva ley que venía a enseñar al mundo. Y para conseguir este altísimo fin, prevenido en la divina sabiduría, le manifestó todos los misterios de la ley evangélica y de su doctrina, y todo lo trató y confirió con ella desde que vinieron de Egipto hasta que salió el Redentor del mundo a predicar, como en el discurso de adelante veremos. En estos ocultos sacramentos se ocuparon el Verbo humanado y su Madre santísima veinte y tres años que estuvieron en Nazaret antes de la predicación. Y como tocaba todo esto a la divina Madre, cuya vida no escribieron los evangelistas, por esto lo dejaron en silencio, salvo lo que sucedió a los doce años cuando el infante Jesús se hizo perdidizo en Jerusalén, como lo refiere san Lucas (Lc 2, 41ss) y adelante diré (Cf infra n. 747). En este tiempo sola María santísima fue discípula de su Hijo unigénito. Y sobre los inefables dones de santidad y gracia que hasta aquella hora le había comunicado, le infundió nueva luz y la hizo participante de su divina ciencia, depositando en ella y grabando en su corazón toda la ley de gracia y la doctrina que hasta el fin del mundo había de enseñar en su Iglesia evangélica. Y esto fue por tan alto modo, que no se puede explicar con razones ni palabras, pero quedó la gran Señora tan docta y sabia, que bastaba para ilustrar muchos mundos, si los hubiera, con su enseñanza.

715. Y para levantar este edificio en el corazón purísimo de su Madre santísima sobre todo lo que no era Dios, echó los fundamentos el mismo Señor, probándola en la fortaleza del amor y de todas las virtudes. Para esto se le ausentó el Señor interiormente, retirándosele de aquella vista ordinaria que le causaba continuo júbilo y gozo espiritual correspondiente a este beneficio. No digo que la dejó el Señor, pero que, estando con ella y en ella por inefable gracia y modo, se le ocultó su vista y suspendió los efectos dulcísimos que con ella tenía, ignorando la divina Señora el modo y la causa, porque nada le manifestó Su Majestad. A más de esto, el mismo Hijo y Niño Dios, sin darle a entender otra cosa, se le mostró más severo que solía y estaba menos con ella corporalmente, porque se retiraba muchas veces y le hablaba pocas palabras, y aquellas con grande entereza y majestad. Y lo que más podía afligirla fue hallar eclipsado aquel sol que reverberaba en el cristalino espejo de la humanidad santísima en que solía ver las operaciones de su alma purísima, de manera que ya no las podía ver como solía, para ir copiando aquella imagen viva como antes lo hacía.

716. Esta novedad, sin otro aviso alguno, fue el crisol en que se renovó y subió de quilates el oro purísimo del amor santo de nuestra gran Reina. Porque admirada de lo que sin hallarse prevenida le había sucedido, luego recurrió al humilde concepto que de sí misma tenía, juzgándose indigna de la vista del Señor que se le había escondido, y todo lo atribuyó a que su ingratitud y poca correspondencia no habían dado al Altísimo y Padre de las misericordias el retorno que le debía por los beneficios de su larguísima mano. No sentía la prudentísima Reina que le faltasen los regalos dulcísimos y caricias ordinarias del Señor, pero el recelo de que si le había disgustado o si había faltado en alguna cosa de su servicio y beneplácito, esto la traspasaba el corazón candidísimo con una flecha de dolor. No sabe pensar menos el amor cuando es tan verdadero y noble, porque todo se emplea en el gusto y bien del bien que ama, y cuando le imagina sin este gusto o recela descontento no sabe descansar fuera del agrado y

satisfacción del amado. Estas congojas amorosas de la divina Madre eran para su Hijo santísimo de sumo agrado, porque le enamoraban de nuevo y los afectos tiernos de su única y dilecta le herían el corazón (Cant 4, 9), mas con amorosa industria; cuando la dulce Madre le buscaba (Cant 3, 1) y quería hablarle, se mostraba siempre severo y disimulado. Y con esta entereza misteriosa el incendio del castísimo corazón de la Madre levantaba la llama, como la fragua y la hoguera con el rocío.

717. Hacía la candida paloma heroicos actos de todas las virtudes: humillábase más que el polvo, reverenciaba a su Hijo santísimo con profunda adoración, bendecía al Padre y le daba gracias por sus admirables obras y beneficios, conformándose con su divina disposición y beneplácito; buscaba su voluntad santa y perfecta para cumplirla en todo; encendíase en amor, en fe y en esperanza; y en todas las obras y sucesos aquel nardo fragantísimo despedía olor de suavidad para el Rey de los reyes (Cant 1, 11), que descansaba en el corazón de María santísima como en su lecho y tálamo florid (Cant 1, 15) y oloroso. Perseveraba en continuas peticiones con lágrimas, con gemidos y con repetidos suspiros de lo íntimo del corazón, derramaba su oración en la presencia del Señor y pronunciaba su tribulación ante el divino acatamiento (Sal 141, 3). Y muchas veces vocalmente le decía palabras de incomparable dulzura y amoroso dolor.

718. Criador de todo el universo —decía—, Dios eterno y poderoso, infinito en sabiduría y bondad, incomprensible en el ser y perfecciones, bien sé que mi gemido no se esconde a vuestra sabiduría (Sal 37, 10) y conocéis, bien mío, la herida que traspasa mi corazón. Si como inútil sierva he faltado a vuestro servicio y gusto, ¿por qué, vida de mi alma, no me afligís y castigáis con todos los dolores y penas de la vida mortal en que me hallo y que no vea yo la severidad de vuestro rostro que merece quien os ha ofendido? Todos los trabajos fueran menos, pero no sufre mi corazón hallaros indignado, porque solo vos, Señor, sois mi vida, mi bien, mi gloria y mi tesoro. No estima ni reputa mi corazón otra cosa alguna de todo lo que habéis criado, ni sus especies entraron en mi alma, más de para magnificar

vuestra grandeza y reconoceros por dueño y Criador de todo. Pues ¿qué haré yo, bien mío y mi Señor, si me falta la lumbre de mis ojos (Sal 37, 11), el blanco de mis deseos, el norte de mi peregrinación, la vida que me da ser y todo el ser que me alimenta y da la vida? ¿Quién dará fuentes a mis ojos (Jer 9, 1) para que lloren el no haberme aprovechado de tantos bienes recibidos, de haber sido tan ingrata en el retorno que debía? Dueño mío, mi luz, mi guía, mi camino y mi maestro, que con vuestras obras sobreperfectísimas y excelentes gobernabais las mías frágiles y tibias, si me ocultáis este ejemplar ¿cómo regularé yo mi vida a vuestro gusto? ¿Quién me llevará segura en este oscuro destierro? ¿Qué haré? ¿A quién me convertiré si vos me despedís de vuestro amparo?

719. No descansaba con todo esto la cierva herida, pero como sedienta de las fuentes purísimas de la gracia acudía también a sus Santos Ángeles y con ellos tenía largas conferencias y coloquios, y les decía: Príncipes soberanos y privados íntimos del supremo Rey, amigos suyos y custodios míos, por vuestra segura felicidad de ver siempre su divino rostro en la luz inaccesible, os pido que me digáis la causa de su enojo, si le tiene. Clamad también por mí en su real presencia, para que por vuestros ruegos me perdone, si por ventura le ofendí. Acordadle, amigos míos, que soy polvo, aunque fabricada por sus manos y sellada con su imagen, que no se olvide de esta pobre hasta el fin (Sal 73, 19), pues humilde le confiesa y engrandece. Pedid que dé aliento a mi pavor y vida a quien no la tiene sin amarle. Decidme, ¿cómo y con qué le daré gusto y mereceré la alegría de su rostro?—Respondiéronla los Ángeles: Reina y Señora nuestra, dilatado es vuestro corazón para que no le venza la tribulación y nadie como vos está capaz de cuan cerca está el Señor del afligido que le llama (Sal 90, 15). Atento está sin duda a vuestro afecto y no desprecia vuestros gemidos amorosos. Siempre le hallaréis piadoso Padre y a vuestro Unigénito afectuoso Hijo, mirando vuestras lágrimas.—¿Será por ventura atrevimiento —replicaba la amantísima Madre— llegarme a su presencia? ¿Será mucha osadía pedirle postrada me perdone si en alguna falta le di disgusto? ¿Qué haré? ¿Qué remedio hallaré en mis recelos?—No desagrada

a nuestro Rey —respondían los santos príncipes— el corazón humilde, en él pone los ojos de su amor y nunca se disgusta de los clamores de quien ama en lo que amorosamente obra.

720. Entretenían y consolaban algo los Santos Ángeles a su Reina y Señora con estos coloquios y respuestas, significándole en ellas, debajo de razones generales, el singular amor y agrado del Altísimo con sus dulcísimas congojas; y no se declaraban más porque el mismo Señor quería tener en ellas sus delicias. Y aunque su Hijo santísimo en cuanto hombre verdadero, con el natural amor que como a Madre, y Madre sola y sin padre, la debía y le tenía, llegaba a enternecerse muchas veces con la natural compasión de verla tan afligida y llorosa, pero con todo eso guardaba y ocultaba su compasión con la entereza de su semblante y algunas veces que la amantísima Madre le llamaba para que fuese a comer se detenía y otras iba sin mirarla y sin hablarla palabra. Pero aunque en todas estas ocasiones la gran Señora derramaba muchas lágrimas y representaba a su Hijo santísimo las amorosas congojas de su pecho, todo lo hacía con tan gran medida y peso y acciones tan prudentes y llenas de sabiduría, que si en Dios pudiera caber admiración —como es cierto que no puede— la tuviera Su Majestad de hallar en una pura criatura tan gran lleno de santidad y perfecciones. Pero el infante Jesús, en cuanto hombre, recibía especial gozo y complacencia de ver tan bien logrados en su Madre Virgen los efectos de su divino amor y gracia, y los Santos Ángeles le daban nueva gloria y cánticos de alabanza por este admirable e inaudito prodigio de virtudes.

721. Para que el infante Jesús durmiese y descansase, le tenía su amorosa Madre prevenida por manos del Patriarca San José una tarima y sobre ella una sola manta, porque desde que salió de la cuna, cuando estaban en Egipto, no quiso admitir otra cama ni más abrigo; y aun en aquella tarima no se echaba, ni se servía siempre de ella, pero algunas veces estando asentado en el áspero lecho se reclinaba en él sobre una almohada pobre y de lana, que la misma Señora había hecho. Y cuando Su Alteza le quiso prevenir mejor cama, respondió el Hijo santísimo que la

suya donde se había de extender sería sólo el tálamo de la cruz, para enseñar al mundo con ejemplo que no se ha de pasar al eterno descanso por los que ama Babilonia y que en la vida mortal el padecer es alivio. Desde entonces le imitó en este modo de reclinarse la divina Señora con nuevo cuidado y atención. Y cuando era ya tarde y tiempo de recogerse, tenía costumbre la celestial Maestra de humildad postrarse delante de su Hijo santísimo que estaba en la tarima, y allí le pedía cada noche la perdonase no haberse empleado en servirle aquel día con más cuidado, ni ser tan agradecida a sus beneficios como debía, y dábale gracias de nuevo por todo y le confesaba con muchas lágrimas por verdadero Dios y Redentor del mundo, y no se levantaba del suelo hasta que su Hijo unigénito se lo mandaba y la bendecía. Este mismo ejercicio repetía por la mañana, para que el divino Maestro y Preceptor le ordenase lo que todo el día había de obrar en su servicio, y así lo hacía Su Majestad con mucho amor.

722. Pero en esta ocasión de su severidad mudó también el estilo y el semblante; y cuando la candidísima Madre llegaba a reverenciarle y adorarle en su acostumbrado ejercicio, aunque acrecentaba sus lágrimas y gemidos de lo íntimo del corazón, no le respondía palabra más de oírla con severidad y mandábala que se fuese. Y no hay ponderación que llegue a manifestar los efectos que obraba en el corazón purísimo y columbino de la amorosa Madre ver a su Hijo, Dios y hombre verdadero, tan mudado en el semblante, tan grave en el rostro y tan escaso en las palabras, y en todo el exterior tan diferente de lo que solía mostrarse con ella. Examinaba la divina Señora su interior, reconocía el orden de sus obras, las condiciones, las circunstancias de ellas, y daba muchas vueltas con la atención y memoria por aquella oficina celestial de su alma y potencias, y aunque no podía hallar en ella parte alguna de tinieblas, porque todo era luz, santidad, pureza y gracia, con todo eso, como sabía que ante los ojos de Dios ni los cielos ni las estrellas son limpios, como dice Job (Job 15, 15; 25, 5; 4, 18), y hallan qué reprender en los más angélicos espíritus, temía la gran Reina si acaso ignoraba algún defecto que fuese al Señor patente. Y con este recelo padecía deliquios de amor, que, como es fuerte como la

muerte (Cant 8, 6), en esta nobilísima emulación, aunque llena de toda sabiduría, causa dolores de inextinguible pena. Duróle muchos días a nuestra Reina este ejercicio en que su Hijo santísimo la probó con incomparable gozo y la levantó al estado de Maestra universal de las criaturas, remunerando la lealtad y fineza de su amor con abundante y copiosa gracia sobre la mucha que tenía; y después sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

723. Hija mía, véote deseosa de ser discípula de mi Hijo santísimo por lo que has entendido y escrito de cómo yo lo fui. Y para tu consuelo quiero que adviertas y conozcas que el oficio de maestro no lo ejercitó Su Majestad sola una vez ni en el tiempo que en forma humana enseñó su doctrina, como se contiene en los Evangelios y en su Iglesia, pero siempre hace el mismo oficio con las almas y le haré hasta el fin del mundo, amonestando, dictando e inspirándoles lo mejor y más santo para que lo pongan por obra. Y esto hace con todas absolutamente, aunque, según su divina voluntad o la disposición y atención de cada una, reciben mayor o menor enseñanza. Si de esta verdad te hubieras aprovechado siempre, larga experiencia tienes de que el altísimo Señor no se dedigna de ser maestro del pobre, ni de enseñar al despreciado y pecador, si quieren atender a su doctrina interior, Y porque ahora deseas saber la disposición que de tu parte quiere Su Majestad tengas para hacer contigo el oficio de maestro en el grado que tu corazón lo codicia, quiero de parte del mismo Señor decírtelo y asegurarte que, si te hallare materia dispuesta, pondrá en tu alma, como verdadero y sabio Artífice y Maestro, su sabiduría, luz y enseñanza con grande plenitud.

724. En primer lugar, debes tener la conciencia limpia, pura, serena, quieta y un desvelo incesante de no caer en culpa ni imperfección por ningún suceso del mundo. Con esto juntamente te has de alejar y despedir de todo lo terreno, de manera que, como otras veces te he amonestado, no quede en ti especie ni memoria de cosa alguna humana ni visible, sino sólo el corazón sencillo, sereno y claro. Y cuando tuvieres el interior tan despejado y

libre de tinieblas y especies terrenas que las causan, entonces atenderás al Señor, inclinando tus oídos como hija carísima que olvida su pueblo de esa Babilonia vana y la casa de su padre Adán, y todos los resabios de la culpa, y te aseguro que te hablará palabras de vida eterna (Jn 6, 69). Y luego te conviene que le oigas con reverencia y agradecimiento humilde, que hagas de su doctrina digno aprecio y que la ejecutes con toda puntualidad y diligencia, porque a este gran Señor y Maestro de las almas nada se le puede ocultar, y se desvía y retira con disgusto cuando la criatura es ingrata y negligente en obedecerle y agradecerle tan alto beneficio. Y no han de pensar las almas que estos retiros del Altísimo les suceden siempre como el que tuvo conmigo, porque en mí fue sin culpa y con excesivo amor, pero en las criaturas, donde hay tantos pecados, groserías, ingratitudes y negligencias, suele ser pena y castigo merecido.

725. Atiende, pues, ahora, hija mía, y advierte tus omisiones y faltas en hacer la estimación digna que debes a la doctrina y luz que con particular enseñanza has recibido del divino Maestro y de mis amonestaciones. Modera ya los temores desordenados y no dudes más si es el Señor quien te habla y enseña, pues la misma doctrina da testimonio de su verdad y te asegura de su autor, porque es santa, pura, perfecta y sin mácula; ella enseña lo mejor y te reprende cualquier defecto, por mínimo que sea, y sobre esto te la aprueban tus maestros y padres espirituales. Quiero también que tengas siempre cuidado, imitándome en lo que has escrito, de venir a mí cada noche y mañana inviolablemente, pues soy tu maestra, y con humildad me digas tus culpas reconociéndolas con dolor y contrición perfecta, para que yo sea intercesora con el Señor y como madre alcance de él que te perdone. Y a más de esto, luego que cometieres alguna culpa o imperfección, la reconoce y llora sin dilación y pide al Señor perdón con deseo de enmendarte. Y si fueras atenta y fiel en esto que te mando, serás discípula del Altísimo y mía, como deseas, porque la pureza del alma y la gracia es la más eminente y adecuada disposición para recibir las influencias de la luz divina y ciencia infusa que comunica el Redentor del mundo a los que son discípulos verdaderos.

CAPITULO 2

Manifiéstansele a María santísima las operaciones del alma de su Hijo nuestro Redentor de nuevo y todo lo que se le había ocultado, y comienza a informarla de la ley de gracia.

726. De la naturaleza y condiciones del amor, de sus causas y efectos ha hecho grandes y largos discursos el entendimiento humano; y para explicar yo el amor santo y divino de María santísima, Señora nuestra, fuera necesario añadir mucho a todo lo que está dicho y escrito en materia del amor, porque, después del que tuvo el alma santísima de Cristo nuestro Señor, ninguno hubo tan noble y excelente en todas las criaturas humanas y angélicas como el que tuvo y tiene la divina Señora, pues mereció llamarse Madre del amor hermoso (Eclo 24, 24). Uno mismo es en todos el objeto y materia del amor santo, que es Dios por sí mismo y las demás cosas criadas por él, pero el sujeto donde este amor se recibe, las causas por donde se engendra, los efectos que produce, son muy desiguales, y en nuestra gran Reina estuvieron en el supremo grado de pura criatura. En ella fueron sin medida y tasa la pureza del corazón, la fe, la esperanza, el temor santo y filial, la ciencia y sabiduría, los beneficios, la memoria y aprecio de ellos, y todas las demás causas que puede tener el amor santo y divino. No se engendra esta llama ni se enciende al modo del amor insano y ciego que entra por la estulticia de los sentidos y después no se le halla razón ni camino, porque el amor santo y puro entra por el conocimiento nobilísimo, por la fuerza de su bondad infinita y suavidad inexplicable, que como Dios es sabiduría y bondad no sólo quiere ser amado con dulzura, sino también con sabiduría y ciencia de lo que se ama.

727. Alguna semejanza tienen estos amores, en los efectos más que en las causas, porque, si una vez rinden el corazón y se apoderan de él, salen con dificultad; y de aquí nace el dolor que siente el corazón humano cuando halla desvío y sequedad o menos correspondencia en lo que

ama, porque esto es lo mismo que obligarle a arrojar de sí el amor, y como él se apodera tanto del corazón y no halla fácil la salida, aunque alguna vez se la proponga la razón, viene a causar dolores de muerte esta dura violencia que padece. Todo esto es locura e insania en el amor ciego y mundano, pero en el amor divino es suma sabiduría, porque, donde no se puede hallar razón para dejar de amar, la mayor prudencia es buscarlas para amar más íntimamente y obligar al Amado; y como la voluntad en este empeño emplea toda su libertad, tanto cuanto más libremente ama al sumo Bien, tanto viene a quedar menos libre para dejarle de amar; y en esta gloriosa porfía, siendo la voluntad la señora y la reina del alma, viene a quedar felizmente esclava de su mismo amor y ni quiere ni casi puede negarse a esta libre servidumbre; y por esta libre violencia, si halla desvío o recelos en el sumo bien que ama, padece dolores y deliquios de muerte como a quien le falta el objeto de la vida, porque sólo vive con amar y saber que es amada.

728. De aquí se entenderá algo de lo mucho que padeció el corazón ardentísimo y purísimo de nuestra Reina con la ausencia del Señor y con ocultársele el objeto de su amor, dejándola padecer tantos días los recelos que tenía de si le había disgustado. Porque siendo ella un compendio casi inmenso de humildad y amor divino y no sabiendo la causa de aquella severidad y desvío de su Amado, vino a padecer un martirio el más dulce y más riguroso que jamás alcanzó el ingenio humano ni angélico. Sola María santísima, que fue Madre del santo amor y llegó a lo sumo que pudo caber en pura criatura, sola ella supo y pudo padecer este martirio, en que excedió a todas las penas de los mártires y penitencias de los confesores. Y en Su Alteza se ejecutó lo que dijo el Esposo en los Cantares (Cant 8, 7): *Si diere el hombre toda la sustancia de su casa por el amor, la despreciará como si fuera nada.* Porque todo lo visible y criado y su misma vida olvidó en esta ocasión y lo reputó por nada, hasta hallar la gracia y el amor de su Hijo santísimo y su Dios, que temía haber perdido, aunque siempre le poseía. No se puede explicar con palabras su cuidado, solicitud, desvelo y diligencias que hizo para obligar a su Hijo dulcísimo y al Padre eterno.

729. Pasaron treinta días que le duraba este conflicto y eran muchos siglos para quien un solo momento no parece podía vivir sin la satisfacción de su amor y del Amado. Y, a nuestro modo de entender, no podía ya el corazón de nuestro infante Jesús contenerse ni resistir más a la fuerza del amor que tenía a su dulcísima Madre, porque también el mismo Señor padecía una admirable y suave violencia en tenerla tan afligida y suspensa. Sucedió que entró un día la humilde y soberana Reina a la presencia del Niño Dios y, arrojándose a sus pies, con lágrimas y suspiros de lo íntimo del alma le habló y le dijo: Dulcísimo amor y bien mío, ¿qué monta la poquedad de este polvo y ceniza comparada con vuestro inmenso poder? ¿Qué puede toda la miseria de la criatura para vuestra bondad sin fin? En todo excedéis a nuestra bajeza, y con el inmenso piélago de vuestra misericordia se anegan nuestras imperfecciones y defectos. Si no he acertado a serviros, como confieso debo, castigad mis negligencias y perdonadlas, pero vea yo, Hijo y Señor mío, la alegría de vuestra cara, que es mi salud, y aquella luz deseada que me daba vida y ser. Aquí está la pobre, pegada con el polvo, y no me levantaré de vuestros pies hasta que vea claro el espejo en que se miraba mi alma.

730. Estas razones y otras llenas de sabiduría y ardentísimo amor dijo nuestra gran Reina humillada y delante de su Hijo santísimo, y como Su Majestad deseaba más que la misma Señora restituirla a sus delicias, le respondió con mucho agrado esta palabra: Madre mía, levantaos. Y como esta voz era pronunciada del mismo que era Palabra del Eterno Padre, tuvo tanta eficacia que con ella instantáneamente quedó la divina Madre toda transformada y elevada en un altísimo éxtasis en que vio a la divinidad abstractivamente. Y en esta visión la recibió el Señor con dulcísimos abrazos y razones de Padre y Esposo, con que pasó de las lágrimas en júbilo, de pena en gozo y de amargura en suavísima dulzura. Manifestóla Su Majestad grandes misterios de sus altos fines en la nueva Ley Evangélica y, para escribirla toda en su candidísimo corazón, la señaló y destinó la Beatísima Trinidad por primogénita y primera discípula del Verbo Humanado, para que formase en ella como el padrón y ejemplar por donde

se habían de copiar todos los santos apóstoles, mártires, doctores, confesores, vírgenes y los demás justos de la nueva Iglesia y ley de gracia, que el Verbo había de fundar en la redención humana.

731. A este misterio corresponde todo lo que la divina Señora dijo de sí misma, como la Iglesia Santa se lo aplica, y en el capítulo 24 del Eclesiástico debajo del tipo de la sabiduría divina. Y no me detengo en la declaración de este capítulo, porque sabido el sacramento que voy escribiendo se deja entender cómo le conviene a nuestra gran Reina todo cuanto allí dice el Espíritu Santo en su nombre. Baste referir algo de la letra para que todos entiendan parte de tan admirable sacramento. *Yo salí* —dice esta Señora (Eclo 24, 5-16)— *de la boca del Altísimo, primogénita antes que todas las criaturas. Yo hice que naciera en el cielo la lumbre indefectible y como niebla cubrí toda la tierra. Yo habité en las alturas y mi trono en la columna de la nube. Yo sola giré los cielos y penetré el profundo del abismo y anduve en las olas del mar y estuve en toda la tierra; y tuve el primado en todos los pueblos y gentes; y con mi virtud puse las plantas en el corazón de todos los excelsos y humildes; y en todas estas cosas busqué descanso y en la herencia del Señor estaré de asiento. Entonces me mandó el Criador de todo, y me dijo; y el que me crió a mí descansará en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob y hereda a Israel y extiende tus raíces en mis escogidos. Desde* ab initio *y antes de los siglos fui criada, y hasta el futuro siglo permaneceré y en la habitación santa administré delante de él. Y así fui confirmada en Sión y juntamente descansé en la ciudad santificada y tuve potestad en Jerusálén; y eché raíces en el pueblo honorificado y su herencia es en la parte de mi Dios y en la plenitud de los santos mi detención.*

732. Continúa luego el Eclesiástico otras excelencias de María santísima y vuelve a decir (Eclo 24, 22-31): *Yo extendí mis ramos como el terebinto y son de honor y de gracia. Yo di fruto de suave olor, como la vid, y mis flores son frutos de honor y honestidad. Yo soy la Madre del amor hermoso y del conocimiento y santa esperanza. En mí está la gracia de todo camino y verdad, en mí toda la esperanza*

de la vida y de la virtud. Pasad a mí todos los que me deseáis y seréis llenos de mis generaciones, porque mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia sobre la miel y el panal; mi memoria en todas las generaciones de los siglos. Los que me gustaren aún tendrán hambre y los que bebieren tendrán sed. El que me oyere no será confundido, el que en mí obrare no pecará y los que me ilustraren alcanzarán eterna vida.—Hasta aquí basta de la letra del capítulo del Eclesiástico, en que el corazón humano y piadoso sentirá luego tanta preñez de misterios y sacramentos de María santísima, que su virtud oculta la llevará el corazón a esta Señora y Madre de la gracia y le dará a sentir en sus palabras su inexplicable grandeza y excelencia, en que la constituyó la doctrina y magisterio de su Hijo santísimo por decreto de la Beatísima Trinidad. Esta eminente Princesa fue el arca verdadera del Nuevo Testamento, y del remanente de su sabiduría y gracia, como de un mar inmenso, redundó todo cuanto recibieron y recibirán los demás santos hasta el fin del mundo.

733. Volvió de su éxtasis la divina Madre y de nuevo adoró a su Hijo santísimo y le pidió la perdonase si en su servicio había cometido alguna negligencia. Respondióla Su Majestad, levantándola de donde estaba postrada, y la dijo: Madre mía, de vuestro corazón y afectos estoy muy agradado y quiero que le dilatéis y preparéis de nuevo para recibir mis testimonios. Yo cumpliré la voluntad de mi Padre y escribiré en vuestro pecho la doctrina evangélica que vengo a enseñar al mundo. Y Vos, Madre, la pondréis en ejecución, como yo deseo y quiero.—Respondió la Reina purísima: Hijo y Señor mío, halle yo gracia en vuestros ojos, y gobernad mis potencias por los caminos rectos de vuestro beneplácito. Y hablad, Dueño mío, que vuestra sierva oye y os seguirá hasta la muerte.—En esta conferencia que tuvieron el Niño Dios y su Madre santísima, se le descubrió y manifestó de nuevo a la gran Señora todo el interior del alma santísima de Cristo con sus operaciones; y creció este beneficio desde aquella ocasión, así de parte del sujeto, que era la divina discípula, como de la del objeto, porque recibió más clara y alta luz y en su Hijo santísimo vio toda la Nueva Ley Evangélica, con todos sus misterios, sacramentos y doctrina, según el

divino Arquitecto la tenía ideada en su mente y determinada en su voluntad de reparador y maestro de los hombres. Y a más de este magisterio, que fue para sola María santísima, añadía otro, porque con palabras la enseñaba y declaraba lo oculto de su sabiduría (Sal 50, 8) y lo que no alcanzaron todos los hombres y los ángeles. De esta sabiduría, que aprendió María purísima sin ficción, comunicó sin envidia (Sab 7, 13) toda la luz que derramó antes, y más después, de la Ascensión de Cristo nuestro Señor.

734. Bien conozco que pertenecía a esta Historia manifestar aquí los ocultísimos misterios que pasaron entre Cristo Señor nuestro y su Madre en estos años de su puericia y juventud hasta la predicación, porque todas estas cosas se ejecutaron con la divina Madre y en su enseñanza, pero de nuevo confieso lo que dije arriba, números 711, 712 y 713, de mi incapacidad y de todas las criaturas para tan alto argumento. Y también fuera necesario para esta declaración escribir todos los misterios y secretos de la divina Escritura, toda la doctrina cristiana, las virtudes, todas las tradiciones de la Santa Iglesia, la confutación de los errores y sectas falsas, las determinaciones de todos los Concilios Sagrados y todo lo que sustenta la Iglesia y la conservará hasta el fin del mundo, y luego otros grandes misterios de la vida y gloria de los Santos; porque todo esto se escribió en el corazón purísimo de nuestra gran Reina y cuantas obras hizo el Redentor y Maestro para que la redención y la doctrina de su Iglesia fuese copiosa (Sal 129, 7): lo que escribieron los Evangelistas y Apóstoles, los Profetas y padres antiguos, lo que obraron después todos los Santos, la luz que tuvieron los Doctores, lo que padecieron los Mártires y Vírgenes, la gracia que recibieron para hacerlo y padecerlo. Todo esto y mucho más que no se puede explicar conoció María santísima individualmente con grande penetración, comprensión y evidencia, y lo agradeció, y obró en todo, cuanto era posible a pura criatura, para con el eterno Padre como autor de todo y con su Hijo unigénito como cabeza de la Iglesia. De todo hablaré adelante, lo que me fuere posible.

735. Y no por ocuparse en tales obras con la plenitud que

pedían, atendiendo a su Hijo y Maestro, faltaba jamás a las que le tocaban en su servicio corporal y cuidado de su vida y la de San José, porque a todo acudía sin mengua ni defecto, dándoles la comida y sirviéndolos, y a su Hijo santísimo siempre hincadas las rodillas con incomparable reverencia. Cuidaba también de que el infante Jesús asistiese al consuelo de su Padre putativo, como si fuera natural. Y el Niño Dios obedecía a su Madre en todo esto y asistía muchos ratos con San José en su trabajo corporal, en que el Santo era continuo, para sustentar con el sudor de su cara al Hijo del Eterno Padre y a su Madre. Y cuando el infante Dios fue creciendo ayudaba algunas veces a San José en lo que era posible a la edad, y otras veces hacía algunos milagros, sin atención a las fuerzas naturales, para que el santo esposo se alentase y se le facilitase más el trabajo, porque en esta materia eran aquellas maravillas entre los tres a solas.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

736. Hija mía, yo te llamo de nuevo desde este día para mi discípula y compañera en obrar la doctrina celestial que mi Hijo santísimo enseñó a su Iglesia por medio de los Sagrados Evangelios y Escrituras. Y quiero de ti que con nueva diligencia y atención prepares tu corazón, para que como tierra escogida reciba la semilla viva y santa de la palabra del Señor y sea su fruto cien doblado. Convierte tu corazón atento a mis palabras y, junto con esto, sea tu continua lección los evangelios, y medita y pesa en tu secreto la doctrina y misterios que en ellos entenderás. Oye la voz de tu Esposo y Maestro, a todos convida y llama a sus palabras de vida eterna. Pero es tan grande el engaño peligroso de la vida mortal, que son muy pocas las almas que quieren oír y entender el camino de la luz. Siguen muchos lo deleitable que les administra el príncipe de las tinieblas, y quien camina con ellas no sabe a dónde endereza su fin. A ti te llama el Altísimo para el camino y sendas de la verdadera luz; síguela por mi imitación y conseguirás mi deseo. Niégate a todo lo terreno y visible, no lo conozcas ni mires, no lo quieras ni atiendas, huye de ser conocida, no tengan en ti parte las criaturas, guarda tu secreto y tu tesoro de la fascinación humana y diabólica.

Todo lo conseguirás si como discípula de mi Hijo santísimo y mía ejecutares la doctrina del Evangelio que te enseñamos con la perfección que debes. Y para que te compela a tan alto fin, ten presente el beneficio de haberte llamado la disposición divina para que seas novicia y profesa de la imitación respectivamente de mi vida, doctrina y virtudes, siguiendo mis pisadas, y de este estado pases al noviciado más levantado y profesión perfecta de la religión católica, ajustándote a la doctrina evangélica e imitación del Redentor del mundo, corriendo tras el olor de sus ungüentos y por las sendas rectas de su verdad. El primer estado de discípula mía ha de ser disposición para serlo de mi Hijo santísimo, y los dos para alcanzar el último de la unión con el ser inmutable de Dios; y todos tres son beneficios de incomparable valor que te ponen en empeño de ser más perfecta que los encumbrados serafines, y la diestra divina te los ha concedido para disponerte, prepararte y hacerte idónea y capaz de recibir la enseñanza, inteligencia y luz de mi vida, obras, virtudes, misterios y sacramentos, para que los escribas. Y el muy alto Señor se ha dignado de concederte esta liberal misericordia, sin merecerla tú, por mi intercesión y ruegos. Y los he hecho eficaces, en remuneración de que has rendido tu dictamen temeroso y cobarde a la voluntad del Altísimo y obediencia de tus prelados, que repetidas veces te han manifestado e intimándote escribas mi Historia. El premio más favorable y útil para tu alma es el que te han dado en estos tres estados o caminos místicos, altísimos y misteriosos, ocultos a la prudencia carnal y agradables a la aceptación divina. Tienen copiosísimas doctrinas, como te han enseñado y has experimentado en orden a conseguir su fin. Escríbelas aparte y haz tratado de ellas, que es voluntad de mi Hijo santísimo. Su título sea el que tienes prometido en la introducción de esta Historia que dice: *Leyes de la Esposa, ápices de su casto amor y fruto cogido del árbol de la vida* de esta obra (Cf. la edición de esta obra por Eduardo Royo, Herederos de Juan Gili, Barcelona, 1916).

CAPITULO 3

Subían a Jerusalén todos los años María santísima y

San José conforme a la ley y llevaban consigo al infante Jesús.

737. Algunos días después que nuestra Reina y Señora con su Hijo santísimo y su esposo San José estaba de asiento en Nazaret, llegó el tiempo en qué obligaba el precepto de la ley de San Moisés a los israelitas que se presentasen en Jerusalén delante del Señor. Este mandato obligaba tres veces en el año, como parece en el Éxodo (Ex 34, 23) y Deuteronomio (Dt 16, 16). Pero no obligaba a las mujeres sino a los varones, y por esto podían ir por su devoción o dejar de ir, porque no tenían mandato ni tampoco se lo prohibían. La divina Señora y su esposo confirieron qué debían hacer en estas ocasiones. El Santo se inclinaba a llevar consigo a la gran Reina su esposa y al Hijo santísimo, para ofrecerle de nuevo al Eterno Padre, como siempre lo hacía, en el templo. A la Madre purísima también la tiraba la piedad y culto del Señor, pero como en cosas semejantes no se movía fácilmente sin el consejo y doctrina de su maestro el Verbo Humanado, consultóle sobre esta determinación. Y la que tomaron fue que San José fuese las dos veces del año solo a Jerusalén y que la tercera subiesen todos tres juntos. Estas solemnidades en que iban los israelitas al templo eran: una la de los Tabernáculos, otra de las Hebdómadas, que es por Pentecostés, y la otra la de los Ázimos, que era la Pascua de Parasceve; y a ésta subían Jesús dulcísimo, María purísima y San José juntos. Duraba siete días, y en ella sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. A las otras dos fiestas subía solo San José, sin el Niño ni la Madre.

738. Las dos veces que subía el santo esposo José en el año solo a Jerusalén, hacía esta peregrinación por sí y por su esposa divina y en nombre del Verbo Humanado, con cuya doctrina y favores iba el Santo lleno de gracia, devoción y dones celestiales a ofrecer al Eterno Padre la ofrenda que dejaba reservada como en depósito para su tiempo. Y en el ínterin, como sustituto del Hijo y de la Madre, que quedaban orando por él, hacía en el templo de Jerusalén misteriosas oraciones, ofreciendo el sacrificio de sus labios. Y como en él ofrecía y presentaba a Jesús y a María santísimos, era oblación aceptable para el

Eterno Padre sobre todas cuantas le ofrecían lo restante del pueblo israelítico. Pero cuando subían el Verbo Humanado y la Virgen Madre por la fiesta de la Pascua en compañía de San José, era este viaje más admirable para él y los cortesanos del cielo, porque siempre se formaba en el camino aquella procesión solemnísima —que otras veces en semejantes ocasiones queda dicho (Cf. supra n. 456, 589, 619)— de los tres caminantes Jesús, María y José y los diez mil Ángeles que los acompañaban en forma humana visible; y todos iban con la hermosura refulgente y profunda reverencia que acostumbraban, sirviendo a su Criador y Reina, como en otras jornadas he dicho; era ésta de casi treinta leguas, que dista Nazaret de Jerusalén, y a la ida y vuelta se guardaba el mismo orden en este acompañamiento y obsequio de los Santos Ángeles, según la necesidad y disposición del Verbo humanado.

739. Tardaban en estas jornadas respectivamente más que en otras, porque después que volvieron a Nazaret desde Egipto el infante Jesús quiso andarlas a pie, y así caminaban todos tres, Hijo y Padres santísimos; y era necesario ir despacio, porque el infante Jesús comenzó luego a fatigarse en servicio del Eterno Padre y en beneficio nuestro y no quería usar de su poder inmenso para excusar la molestia del camino, antes procedía como hombre pasible, dando licencia o lugar a las causas naturales para que tuviesen sus efectos propios, como lo era el cansarle y fatigarle el trabajo del camino. Y aunque el primer año que hicieron esta jornada tuvo cuidado la divina Madre y su esposo de aliviar algo al Niño Dios recibiéndole alguna vez en los brazos, pero este descanso era muy breve y en adelante fue siempre por sus pies. No le impedía este trabajo la dulcísima Madre, porque conocía su voluntad de padecer, pero llevábale de ordinario de la mano, y otras veces el Santo Patriarca José; y como el infante se cansaba y encendía, la Madre prudentísima y amorosa, con la natural compasión, se enternecía y lloraba muchas veces. Preguntábale de su molestia y cansancio y limpiábale el divino rostro, más hermoso que los cielos y sus lumbreras; y todo esto hacía la Reina puesta de rodillas con incomparable reverencia, y el divino Niño la respondía con agrado y la manifestaba el gusto con que recibía

aquellos trabajos por la gloria de su eterno Padre y bien de los hombres. En estas pláticas y conferencias de cánticos y alabanzas divinas ocupaban mucha parte del camino, como en otras jornadas queda dicho (Cf. supra n. 627, 637).

740. Otras veces, como la gran Reina y Señora miraba por una parte las acciones interiores de su Hijo santísimo y por otra la perfección de la humanidad deificada, su hermosura y operaciones, en que se iba manifestando su divina gracia, el modo como iba creciendo en el ser y obrar de hombre verdadero, y todo lo confería la prudentísima Señora en su corazón (Lc 2, 19), hacía heroicos actos de todas las virtudes y se inflamaba y encendía en el divino amor. Miraba también al infante como a Hijo del Eterno Padre y verdadero Dios y, sin faltar al amor de madre natural y verdadera, atendía a la reverencia que le debía como a su Dios y Criador, y todo esto cabía juntamente en aquel candido y purísimo corazón. El niño caminaba muchas veces esparciéndole el viento sus cabellos —que le fueron creciendo no más de lo necesario, y ninguno le faltó hasta los que le arrancaron los sayones— y en esta vista del infante Jesús sentía la dulcísima Madre otros efectos y afectos llenos de suavidad y sabiduría. Y en todo lo que interior y exteriormente obraba, era admirable para los Ángeles y agradable a su Hijo santísimo y Criador.

741. En todas estas jornadas, que hacían Hijo y Madre al templo, ejecutaban heroicas obras en beneficio de las almas, porque convertían muchas al conocimiento del Señor y las sacaban de pecado y las justificaban, reduciéndolas al camino de la vida eterna; aunque todo esto lo obraban por modo oculto, porque no era tiempo de manifestarse el Maestro de la verdad. Pero como la divina Madre conocía que estas eran las obras que a su Hijo santísimo le encomendó el Eterno Padre y que entonces se habían de ejecutar en secreto, concurría a ellas como instrumento de la voluntad del Reparador del mundo, pero disimulado y encubierto. Y para gobernarse en todo con plenitud de sabiduría, la prudentísima Maestra siempre consultaba y preguntaba al Niño Dios todo lo que habían de hacer en aquellas peregrinaciones, a qué lugares y posadas habían de ir, porque en estas resoluciones conocía la

Princesa celestial que su Hijo santísimo disponía los medios oportunos para las obras admirables que su sabiduría tenía previstas y determinadas.

742. Donde hacían las noches, unas veces en las posadas, otras en el campo —que algunas se quedaban en él— el niño Dios y su Madre purísima nunca se dividían uno de otro. Siempre la gran Señora asistía con su Hijo y Maestro y atendía a sus acciones, para imitarlas en todo y seguirlas. Lo mismo hacía en el templo, donde miraba y conocía las oraciones y peticiones del Verbo humanado que hacía a su Eterno Padre, y cómo según la humanidad en que era inferior se humillaba y reconocía con profunda reverencia los dones que recibía de la divinidad. Y algunas veces la beatísima Madre oía la voz del Padre que decía: *Este es mi Hijo dilectísimo, en quien yo tengo mi complacencia y me deleito (Mt 17, 5)* Otras veces conocía y miraba la gran Señora que su Hijo santísimo oraba por ella al Padre Eterno y se la ofrecía como Madre verdadera, y este conocimiento era de incomparable júbilo para ella. Conocía también cómo oraba por el linaje humano, y que por todos estos fines ofrecía el Hijo sus obras y trabajos. En estas peticiones le acompañaba, imitaba y seguía.

743. Sucedía también otras veces que los Santos Ángeles hacían cánticos y música suavísima al Verbo humanado, así cuando entraban en el templo, como en los caminos, y la feliz Madre los oía, miraba y entendía todos aquellos misterios y era llena de nueva luz y sabiduría, y su purísimo corazón se enardecía e inflamaba en el divino amor, y el Altísimo la comunicaba nuevos dones y favores, que no es posible comprenderlos con mis cortas razones. Pero con ellos la prevenía y preparaba para los trabajos que había de padecer, porque muchas veces, después de tan admirables beneficios, se le representaban como en un mapa todas las afrentas, ignominias y dolores que en aquella ciudad de Jerusalén padecería su Hijo santísimo. Y para que luego lo mirase todo en él con más dolor, solía Su Majestad al mismo tiempo ponerse a orar delante y en presencia de la dulcísima Madre, y, como le miraba con la luz de la divina sabiduría y le amaba como a su Dios y juntamente como a Hijo verdadero, era traspasada con el

cuchillo penetrante que le dijo San Simeón (Lc 2, 35) y derramaba muchas lágrimas previniendo las injurias que había de recibir su dulcísimo Hijo, las penas y la muerte ignominiosa que le habían de dar y que aquella hermosura sobre todos los hijos de los hombres (Sal 44, 3) sería afeada más que de un leproso (Is 53, 3) y que todo lo verían sus ojos. Y para mitigarle algo el dolor solía el Niño Dios volverse a ella y le decía que dilatase su corazón con la caridad que tenía al linaje humano y ofreciese al Eterno Padre aquellas penas de entrambos para remedio de los hombres. Y este ofrecimiento hacían juntos Hijo y Madre santísimos, complaciéndose en él la Beatísima Trinidad; y especialmente le aplicaban por los fieles, y más en particular para los predestinados, que habían de lograr los merecimientos y redención del Verbo humanado. En estas ocupaciones gastaban señaladamente Jesús y María dulcísimos los días que subían a visitar el templo de Jerusalén.

Doctrina que me dio la Reina María santísima.

744. Hija mía, si con atenta y profunda consideración ponderas el peso de tus obligaciones, muy fácil y suave te parecerá el trabajo que repetidas veces te encargo en cumplir con los mandamientos y ley santa del Señor. Este ha de ser el primer paso de tu peregrinación como principio y fundamento de toda la perfección cristiana. Pero muchas veces te he enseñado que el cumplir con los preceptos del Señor ha de ser no con tibieza y frialdad sino con todo fervor y devoción, porque ella te moverá y compelerá a que no te contentes con lo común de la virtud sólo, pero que te adelantes en muchas obras voluntarias, añadiendo por amor lo que no te impone Dios por obligación; que ésta es industria de su sabiduría, para darse por obligado de sus verdaderos siervos y amigos, como de ti lo quiere estar. Considera, carísima, que el camino de la vida mortal a la eterna es largo, penoso y peligroso: largo por la distancia, penoso por la dificultad, peligroso por la fragilidad humana y astucia de los enemigos. Y sobre todo esto el tiempo es breve, el fin incierto; y éste, o muy dichoso o infeliz y desdichado, y el uno y otro irrevocables. Y después del pecado de Adán, la vida animal y terrena de

los mortales es poderosa contra quien la sigue, las prisiones de las pasiones fuertes, la guerra continua, lo deleitable está presente al sentido y le fascina fácilmente, lo honesto es más oculto en sus efectos y conocimiento, y todo esto junto hace la peregrinación dudosa en su acierto y llena de peligros y dificultades.

745. Entre todos no es el menor, por la humana flaqueza, el de la carne, que por esto y por más continuo y doméstico derriba a muchos de la gracia. Pero el modo más breve y seguro de vencerle ha de ser para ti y para todos, disponer tu vida en amargura y dolor, sin admitir en ella descanso ni deleite de los sentidos y hacer pacto inviolable con ellos de que no se desmanden, ni se inclinen más de a lo que la fuerza y regla de la razón permite; y sobre este cuidado has de añadir otro, de anhelar siempre al mayor beneplácito del Señor y al fin último adonde deseas llegar. Para todo esto te conviene atender a mi imitación siempre, a que te convido y llamo con deseo de que llegues a la plenitud de la virtud y santidad. Atiende a la puntualidad y fervor con que yo obraba tantas cosas, no porque me las mandaba el Señor, sino porque yo conocía eran de su mayor agrado. Multiplica tú los actos fervorosos, las devociones, los ejercicios espirituales, y en todo las peticiones y ofrecimientos al Eterno Padre por el remedio de los mortales; ayúdalos también con el ejemplo y amonestaciones que pudieres; consuela a los tristes, anima a los flacos, ayuda a los caídos, y por todos ofrece si fuere necesario tu misma sangre y vida; y sobre todo esto agradece a mi Hijo santísimo que sufra tan benignamente la torpe ingratitud de los hombres, sin faltar a su conservación y beneficios; atiende al invicto amor que les tuvo y tiene, y cómo yo le acompañé, y ahora lo hago en esta caridad; y tú, quiero que sigas a tu dulce Esposo en tan excelente virtud y a mí que soy tu maestra.

CAPITULO 4

A los doce años del infante Jesús sube con sus padres a Jerusalén y se queda oculto de ellos en el templo.

746. Continuaban, como queda dicho (Cf. supra n. 737), todos los años la estación y jornada que hacían al templo Jesús, María y José santísimos en el tiempo de la Pascua de los Ázimos (Lev 23, 6). Y llegando el Niño Dios a los doce años de su edad, cuando convenía ya que amaneciesen los resplandores de su inaccesible y divina luz, subieron al mismo tiempo a Jerusalén, como lo acostumbraban (Lc 2, 42). Esta solemnidad de los Ázimos duraba siete días, conforme a la disposición de la ley (Dt 16, 8), y eran los más célebres el primero y el último día, y por esto se detenían nuestros divinos y celestiales peregrinos en Jerusalén todo aquel septenario, celebrando la fiesta con el culto del Señor y oraciones que acostumbraban los demás israelitas, si bien en el oculto sacramento eran tan singulares y diferentes de todos los demás. Y la dichosa Madre y su santo esposo respectivamente recibían de la mano del Señor en estos días favores y beneficios sobre todo pensamiento humano.

747. Pasado el día séptimo de la solemnidad se volvieron para Nazaret y al salir de la ciudad de Jerusalén dejó el Niño Dios a sus padres, sin que ellos lo pudiesen advertir, y se quedó oculto, prosiguiendo ellos su jornada ignorantes del suceso. Para ejecutar esto se valió el Señor de la costumbre y concurso de la gente que, como era tan grande en aquellas solemnidades, solían dividirse las tropas de los forasteros apartándose las mujeres de los hombres, por la decencia y recato conveniente; y los niños que llevaban a estas festividades acompañaban a los padres o madres sin diferencia, porque en esto no había peligro de indecencia; con que pudo pensar San José que el infante Jesús iba en compañía de su santísima Madre, a quien asistía de ordinario, y no pudo imaginar que iría sin él, porque la divina Reina le amaba y conocía sobre toda criatura angélica y humana. La gran Señora no tuvo tantas razones para juzgar que iba su Hijo santísimo con el patriarca San José, pero el mismo Señor la divirtió con otros pensamientos divinos y santos, para que al principio no atendiese y que después, cuando se reconoció sola sin su amado y dulcísimo Hijo, pensase que lo llevaba consigo el gloriosísimo San José y que para su consuelo le acompañaba el Señor de las alturas.

748. Con esta presunción caminaron María y José santísimos todo un día, como dice san Lucas (Lc 2, 44). Y como se iban despidiendo y saliendo de la ciudad por diferentes caminos los forasteros, se iban después juntando cada uno con su mujer o familia. Halláronse María santísima y su esposo en el lugar donde habían de posar y concurrir juntos la primera noche después que salieron de Jerusalén. Y viendo la gran Señora que el niño Dios no venía con San José como lo había pensado y que tampoco el Patriarca le hallaba con su Madre, quedaron los dos casi enmudecidos con el susto y admiración, sin poderse hablar por mucho rato; y cada uno respectivamente, gobernando el juicio por su profundísima humildad, se hizo cargo a sí mismo de haberse descuidado en haber dejado a su Hijo santísimo que se perdiese de vista; porque ignoraban el misterio y el modo como Su Majestad lo había ejecutado. Cobraron los divinos esposos algún aliento y con sumo dolor confirieron lo que debían hacer, y la amorosa Madre dijo a San José: Esposo y Señor mío, no sosegará mi corazón, si no volvemos con toda diligencia a buscar a mi Hijo santísimo. —Hiciéronlo así, comenzando la pesquisa entre los deudos y conocidos, y ninguno pudo darles noticia de Él, ni aliviarles su dolor, antes bien se les acrecentó de nuevo con las respuestas de que no le habían visto en el camino desde Jerusalén.

749. Convirtióse la afligida Madre a sus Santos Ángeles, y los que llevaban aquella venera del santísimo nombre de Jesús —que dije hablando de la circuncisión (Cf. supra n. 523)— se habían quedado con el mismo Señor y los demás acompañaban a su Madre purísima; y esto sucedía siempre que se dividían; a éstos, que eran diez mil, preguntó su Reina y les dijo: Amigos y compañeros míos, bien conocéis la justa causa de mi dolor. Yo os pido que en tan amarga aflicción seáis vosotros mi consuelo, dándome noticia de mi Amado, para que yo le busque y le halle (Cant 3, 2). Dad algún aliento a mi lastimado corazón, que ausente de su bien y de su vida se sale de su lugar para buscarle.— Los Santos Ángeles, que sabían la voluntad del Señor en dar a Su Madre santísima aquella ocasión de tantos merecimientos y que no era tiempo de manifestarle el

sacramento, aunque no perdían de vista a su Criador y nuestro Reparador, la respondieron consolándola con otras razones, pero no le dijeron entonces dónde estaba su Hijo santísimo, ni las ocupaciones que tenía; y con esta respuesta y nuevas dudas que le causaron a la prudentísima Señora, crecían con sumo dolor sus cuidados, lágrimas y suspiros, para buscar con diligencia, no la dracma perdida como la otra mujer del Evangelio (Lc 15, 8), sino todo el tesoro del cielo y tierra.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 11

750. Discurría consigo misma la Madre de la sabiduría, formando en su corazón diversos pensamientos. Y lo primero se le ofrecía si Arquelao, imitando la crueldad de su padre Herodes, había tenido noticia del infante Jesús y le habría preso. Y aunque sabía por las divinas Escrituras y revelaciones y por la doctrina de su Hijo santísimo y maestro divino, que no era llegado el tiempo de la muerte y pasión de su Redentor y nuestro ni entonces le quitarían la vida, pero llegó a recelarse y temer que le hubiesen cogido y puesto en prisiones y le maltratasen. Sospechaba también con humildad profundísima si por ventura le había ella disgustado con su servicio y asistencia, y se había retirado al desierto con su futuro precursor San Juan. Otras veces, hablando con su bien ausente, le decía: Dulce amor y gloria de mi alma, con el deseo que tenéis de padecer por los hombres, ningún trabajo y penalidad excusaréis con vuestra inmensa caridad, antes me recelo, Dueño y Señor mío, que los buscaréis de intento. ¿A dónde iré? ¿Dónde os hallaré, lumbre de mis ojos? ¿Queréis que desfallezca mi vida con el cuchillo que la dividió de vuestra presencia? Pero no me admiro, bien mío, castiguéis con vuestra ausencia a la que no supo lograr el beneficio de vuestra compañía. ¿Por qué, Señor mío, me habéis enriquecido con los regalos dulces de vuestra infancia, si tan temprano había de carecer de vuestra amable asistencia y doctrina? Pero, ¡ay de mí! que como no pude merecer el teneros por Hijo y gozaros este tiempo, confieso lo que debo

agradeceros el que vuestra dignación me quiso admitir por esclava. Y si porque soy indigna Madre vuestra puedo valerme de este título para buscaros por mi Dios y por mi bien, dadme, Señor, licencia para hacerlo y concededme lo que me falta para ser digna de hallaros, que con vos viviré yo en el desierto, en las penas, trabajos, tribulaciones y en cualquiera parte. Dueño mío, mi alma desea que con dolores y tormentos me dejéis merecer en parte o morir si no os hallo o vivir en vuestro servicio y compañía. Cuando vuestro ser divino se ocultó de mi interior, quedóme la presencia de vuestra amable humanidad y, aunque severa y menos cariñosa que acostumbraba, hallaba vuestros pies a que arrojarme; mas ahora carezco de esta dicha y de todo punto se me ha escondido el sol que me alumbraba y sólo me quedaron las angustias y gemidos. ¡Ay vida de mi alma, qué de suspiros de lo íntimo del corazón os pueda enviar!, pero no son dignos de vuestra clemencia, pues no tengo noticia dónde os hallarán mis ojos.

751. Perseveró la candidísima paloma en lágrimas y gemidos, sin descansar, sin sosegar, sin dormir ni comer los tres días continuos. Y aunque los diez mil ángeles la acompañaban corporalmente en forma humana y la miraban tan afligida y dolorosa, con todo eso no le manifestaban dónde hallaría al infante perdido. Y el día tercero se resolvió la gran Reina en ir a buscarle al desierto, donde estaba San Juan Bautista, porque se inclinaba más a que estaría con él su Hijo santísimo, pues no hallaba indicios de que Arquelao le tuviese preso. Cuando ya quería ejecutar esta determinación y echar el paso para ella, la detuvieron los Santos Ángeles y la dijeron que no fuese al desierto, porque el divino Verbo humanado no estaba en él. Determinó también ir a Belén, por si por ventura estaba en el portal donde había nacido, y de esta diligencia la divirtieron los Santos Ángeles también, diciendo que el Señor no estaba tan lejos. Y aunque la beatísima Madre oía estas respuestas y conocía que los espíritus soberanos no ignoraban dónde estaba el infante Jesús, fue tan advertida, humilde y detenida con su rara prudencia, que no les replicó ni preguntó más dónde le hallaría, porque coligió se lo ocultaban con voluntad del Señor. Con tanta magnificencia y veneración trataba la Reina de los mismos

Ángeles los sacramentos del Altísimo y a sus ministros y embajadores. Y este suceso fue uno de los que se le ofrecieron en qué descubrir la grandeza de su real y magnánimo corazón.

752. No llegó al dolor que tuvo María santísima en esta ocasión el que han tenido y padecido todos los mártires; ni la paciencia, conformidad y tolerancia de esta Señora tuvo igual ni lo puede tener, porque la pérdida de su Hijo santísimo era sobre todo lo criado; el conocimiento, el amor y el aprecio más que toda ponderación imaginable; la duda era tan grande, sin conocer la causa, como ya he dicho. Y a más de esto la dejó el Señor aquellos tres días en el estado común que solía tener cuando carecía de los particulares favores y casi en el estado ordinario de la gracia, porque, fuera de la vista y habla de los Santos Ágeles, suspendió otros regalos y beneficios que frecuentemente comunicaba a su alma santísima; y de todo esto se conoce en parte cuál sería el dolor de la divina y amorosa Madre. Pero, ¡oh prodigio de santidad y prudencia, fortaleza y perfección!, que con tan inaudito trabajo y excesiva pena no se turbó, ni perdió la paz interior ni exterior, ni tuvo pensamiento de ira ni despecho, ni otro movimiento o palabra desigual, ni desordenada tristeza o enojo, como de ordinario sucede a los demás hijos de Adán en los grandes trabajos, y aun sin ellos se desconciertan todas sus pasiones y potencias. Pero la Señora de las virtudes obró en todas ellas con celestial armonía y consonancia, y aunque su dolor la tuvo herido el corazón y era sin medida, la hubo en todas sus acciones, y no cesó ni faltó a la reverencia y alabanza del Señor, ni hizo intervalo en las oraciones y peticiones por el linaje humano y porque se le concediese hallar a su santísimo Hijo.

753. Con esta sabiduría divina y con suma diligencia le buscó tres días continuos, preguntando a diferentes personas y discurriendo y dando señas de su amado a las hijas de Jerusalén, rodeando la ciudad por las calles y plazas; cumpliéndose en esta ocasión lo que de esta gran Señora dejó dicho Salomón en los Cantares (Cant 3, 2; 5, 8-10). Preguntábanle algunas mujeres qué señas eran las de su único y perdido niño, y ella respondía con las que dio la

esposa en nombre suyo: *Mi querido es blanco y colorado, escogido entre millares.* Oyóla una mujer entre otras que la dijo: Ese niño con las mismas señas llegó ayer a mi puerta a pedir limosna y se la di, y su agrado y hermosura robó mi corazón. Y cuando le di limosna, sentí en mi interior una dulce fuerza y compasión de ver pobre y sin amparo un niño tan gracioso.—Estas fueron las primeras nuevas que halló en Jerusalén la dolorosa Madre de su Unigénito y respirando un poco en su dolor prosiguió con la pesquisa, y algunas otras personas le dijeron casi lo mismo. Con estos indicios encaminó sus pasos al hospital de la ciudad, juzgando hallaría entre los pobres al Esposo y Artífice de la pobreza, como entre sus legítimos hermanos y amigos. Y preguntando por él respondieron que el niño que tenía aquellas señales los había visitado aquellos tres días, llevándoles algunas limosnas y dejándolos muy consolados en sus trabajos.

754. Todos estos indicios y señales causaban en la divina Señora dulcísimos y muy tiernos afectos que de lo íntimo del corazón enviaba a su oculto y escondido Hijo. Y luego se le ofreció que, pues no estaba con los pobres, asistiría sin duda en el templo, como en casa de Dios y de oración. A este pensamiento le respondieron los Santos Ángeles: Reina y Señora nuestra, cerca está vuestro consuelo, luego veréis la lumbre de vuestros ojos, apresurad el paso y llegad al templo.—El glorioso patriarca San José vino en esta ocasión a presencia de su esposa, que por doblar las diligencias había tomado otro camino para buscar al Niño Dios, y por otro Ángel fue también avisado que caminase al templo. Y todos tres días padeció incomparable y excesiva aflicción y dolor, discurriendo de unas partes a otras, unas veces con su divina esposa, otras sin ella, y con gravísima pena. Y hubiera llegado su vida a manifiesto peligro, si la mano del Señor no le confortara y si la prudentísima Señora no le consolara y cuidara de que tomara algún alimento y descansara de su gran fatiga algunos ratos, porque su verdadero y fino afecto al Niño Dios le llevaba vehemente y ansioso a buscarse sin acordarse de alimentar la vida ni socorrer la naturaleza. Con el aviso de los santos príncipes fueron María purísima y San José al Templo, donde sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

755. Hija mía, por experiencia muy repetida saben los mortales que no se pierde sin dolor aquello que se ama y posee con deleite. Ésta verdad, tan conocida con la prueba, debía enseñar y redargüir a los mundanos del desamor que tienen con su Dios y Criador, pues donde le pierden tantos son tan pocos los que se duelen de esta pérdida, porque nunca merecieron amarle ni poseerle por la fuerza de la gracia. Y como no les duele perder el bien que ni aman ni poseyeron, por eso, ya perdido, se descuidan de buscarle. Pero hay gran diferencia en estas pérdidas o ausencias del verdadero Bien, porque no es lo mismo ocultarse Dios del alma para examen de su amor y aumento de las virtudes, o alejarse de ella en pena de sus culpas. Lo primero es industria del amor divino y medio para más comunicarse a la criatura que lo desea y merece. Lo segundo es justo castigo de la indignación divina. En la primera ausencia del Señor se humilla el alma por el temor santo y filial amor y duda que tiene de la causa y, aunque no la reprenda la conciencia, el corazón blando y amoroso conoce el peligro, siente la pérdida y viene —como dice el Sabio (Prov 28, 14) — a ser bienaventurado porque siempre está pávido y temeroso de tal pérdida, y el hombre no sabe si es digno del amor o aborrecimiento de Dios (Ecl 9, 1), y todo se reserva para el fin, y en el ínterin en esta vida mortal comúnmente suceden las cosas al justo y al pecador sin diferencia (Ecl 9,2).

756. Este peligro dijo el Sabio (Ecl 9, 3) que era el mayor y el pésimo en todas las cosas que suceden debajo del sol, porque los impíos y réprobos se llenan de malicia y dureza de corazón con falsa y peligrosa seguridad, viendo que sin diferencia suceden las cosas a ellos y a los demás, y que no se puede conocer con certeza quién es el escogido o el réprobo, el amigo o enemigo, justo o pecador, quién merece el odio y quién el amor. Pero si los nombres recurriesen sin pasión y sin engaño a la conciencia, ella respondería a cada uno la verdad que le conviene saber; pues cuando reclama contra los pecados cometidos, estulticia torpísima es no atribuirse a sí misma los males y

daños que padece y no reconocerse desamparada y sin la presencia de la gracia y con la pérdida del todo y sumo bien. Y si estuviera libre la razón, el mayor argumento era no sentir con íntimo dolor la pérdida o la falta del gozo espiritual y efectos de la gracia; porque faltar este sentimiento a una alma criada y ordenada para la eterna felicidad, fuerte indicio es que ni la desea ni la ama, pues no la busca con diligencia hasta llegar a tener alguna satisfacción y seguridad prudente, que puede alcanzar en esta vida mortal, de que no ha perdido por su culpa el sumo Bien.

757. Yo perdí a mi Hijo santísimo en cuanto a la presencia corporal y, aunque fue con esperanza de hallarle, el amor y la duda de la causa de su ausencia no me dieron reposo hasta volver a hallarle. Esto quiero que tú imites, carísima, ahora le pierdas por culpa tuya o por industria suya. Y para que no sea por castigo, lo debes procurar con tanta fuerza, que ni la tribulación, ni la angustia, ni la necesidad, ni el peligro, ni la persecución, ni el cuchillo, lo alto ni profundo dividan entre ti y tu bien (Rom 8, 35); pues si tú eres fiel como se lo debes y no le quieres perder, no serán poderosos para privarte de él los ángeles, ni principados, ni potestades, ni otra alguna criatura (Rom 8, 38). Tan fuerte es el vínculo de su amor y sus cadenas, que nadie las puede romper si no es la misma voluntad de la criatura.

CAPITULO 5

Después de tres días hallan María santísima y San José al infante Jesús en el Templo disputando con los doctores.

758. En el capítulo pasado (Cf. supra n. 747) queda respondido en parte a la duda que algunos podían tener cómo nuestra divina Reina y Señora, siendo tan advertida y diligente en acompañar y servir a su Hijo santísimo, le perdió de vista para que se quedase en Jerusalén. Y aunque bastaba por respuesta saber que así lo pudo disponer el mismo Señor, pero con todo eso diré aquí más del modo como sucedió, sin descuido o inadvertencia voluntaria

de la amorosa Madre. Cierto es que, a más de valerse para esto el Niño Dios del concurso de la gente, usó de otro medio sobrenatural que era casi necesario para divertir la atención de su cuidadosa Madre y compañera, porque sin este medio no dejara ella de atender a que se le apartaba el Sol que la guiaba en todos sus caminos. Sucedió que, al dividirse los varones de las mujeres, como queda dicho, el poderoso Señor infundió en su divina Madre una visión intelectual de la divinidad, con que la fuerza de aquel altísimo objeto la llamó y llevó toda al interior, y quedó tan abstraída, enardecida y llevada de los sentidos, que sólo pudo usar de ellos para proseguir el camino por grande espacio, y en lo demás quedó toda embriagada en la suavidad de la divina consolación y vista del Señor. San José tuvo la causa que ya dije (Cf. supra n. 747), aunque también fue llevado su interior con otra altísima contemplación que hizo más fácil y misterioso el engaño de que el Niño iba con su Madre. Y por este modo se ausentó de los dos, quedándose en Jerusalén; y cuando a largo rato advirtió y se halló sola la Reina y sin su Hijo santísimo, sospechó estaba con su Padre putativo.

759. Sucedió esto muy cerca de las puertas de la ciudad, a donde se volvió luego el Niño Dios discurriendo por las calles; y mirando con la vista de su divina ciencia todo lo que en ellas le había de suceder, lo ofreció a su Eterno Padre por la salud de las almas. Pidió limosna aquellos tres días para calificar desde entonces a la humilde mendicación como primogénita de la santa pobreza. Visitó los hospitales de los pobres y consolándolos a todos partió con ellos las limosnas que había recibido, y dio salud ocultamente a algunos enfermos del cuerpo y a muchos de las almas, ilustrándolos interiormente y reduciéndolos al camino de la vida eterna. Y con algunos de los bienhechores que le dieron limosna, hizo estas maravillas con mayor abundancia de gracia y luz, para comenzar a cumplir desde luego la promesa que después había de hacer a su Iglesia: que quien recibe al justo y al profeta en nombre de profeta, recibirá merced y premio de justo (Mt 10, 41).

760. Habiéndose ocupado en estas y otras obras de la voluntad del Eterno Padre, fue al Templo. Y el día que dice

el Evangelista San Lucas (Lc 2, 46), se juntaron los rabinos, que eran los doctores y maestros de la ley, en un lugar donde se conferían algunas dudas y puntos de las Escrituras. En aquella ocasión se disputaba de la venida del Mesías, porque de las novedades y maravillas que se habían conocido en aquellos años desde el nacimiento de San Juan Bautista y venida de los Santos Reyes orientales, había crecido el rumor entre los judíos de que ya era cumplido el tiempo y estaba en el mundo aunque no era conocido. Estaban todos asentados en sus lugares con la autoridad que suelen representar los maestros y los que se tienen por doctos. Llegóse el infante Jesús a la junta de aquellos magnates, y el que era Rey de los reyes y Señor de los señores (1 Tim 6, 15; Ap 19, 16), la misma Sabiduría infinita y el que enmienda a los sabios (Sab 7, 15) se presentó delante de los maestros del mundo como discípulo humilde, manifestando que se acercaba para oír lo que se disputaba y hacerse capaz de la materia que en ella se confería, que era sobre si el Mesías prometido era venido o llegado el tiempo de que viniese al mundo.

761. Las opiniones de los letrados variaban mucho sobre este artículo, afirmando unos y negando otros. Y los de la parte negativa alegaban algunos testimonios de las Escrituras y profecías entendidas con la grosería que dijo el Apóstol (2 Cor 3, 6): Mata la letra entendida sin espíritu. Porque estos sabios consigo mismos afirmaban que el Mesías había de venir con majestad y grandeza de rey para dar libertad a su pueblo con la fuerza de su gran poder, rescatándole temporalmente de toda servidumbre de los gentiles, y de esta potencia y libertad no había indicios en el estado que tenían los hebreos, imposibilitados para sacudir de su cuello el yugo de los romanos y de su imperio. Este parecer hizo gran fuerza en aquel pueblo carnal y ciego, porque la majestad y grandeza del Mesías prometido y la Redención que con su poder divino venía a conceder a su pueblo la entendían ellos para sí solos y que había de ser temporal y terrena, como todavía lo esperan hoy los judíos obcecados con el velamen que oscurece sus corazones (Is 6, 10). Hoy no acaban de conocer que la gloria, la majestad y poder de nuestro Redentor, y la libertad que vino a dar al mundo, no es terrena, temporal y perecedera, sino

celestial, espiritual y eterna, y no sólo para los judíos, aunque a ellos se les ofreció primero, sino a todo el linaje humano de Adán sin diferencia.

762. Reconoció el maestro de la verdad, Jesús, que la disputa se concluía en este error, porque si bien algunos se inclinaban a la razón contraria, eran pocos, y éstos quedaban oprimidos de la autoridad y razones de los otros. Y como Su Majestad divina había venido al mundo para dar testimonio de la verdad (Jn 18, 37), que era él mismo, no quiso consentir en esta ocasión, donde tanto importaba manifestarla, que con la autoridad de los sabios quedase establecido el engaño y error contrario. No sufrió su caridad inmensa ver aquella ignorancia de sus obras y fines altísimos en los maestros, que debían ser idóneos ministros de la doctrina verdadera para enseñar al pueblo el camino de la vida y el autor de ella nuestro Reparador. Acercóse más el Niño Dios a la plática para manifestar la gracia que estaba derramada en sus labios (Sal 44, 3). Entró en medio de todos con rara majestad y hermosura, como quien deseaba preguntar alguna duda. Y con su agradable semblante despertó en aquellos sabios el deseo de oírle con atención.

763. Habló el Niño Dios y dijo: La duda que se ha tratado, de la venida del Mesías y su resolución, he oído y entendido enteramente. Y para proponer mi dificultad en esta determinación, supongo de los profetas que dicen que su venida será con gran poder y majestad, como aquí se ha referido con los testimonios alegados. Porque Isaías dice que será nuestro Legislador y Rey, que salvará a su pueblo (Is 33, 22) y en otra parte afirma que vendrá de lejos con furor grande (Is 33, 22), como también lo aseguró David, que abrasará a todos sus enemigos (Sal 96, 3), y Daniel afirma que todos los tribus y naciones le servirán (Dan 7, 14), y el Eclesiástico dice que vendrá con él gran multitud de santos (Eclo 24, 3-4), y los profetas y Escrituras están llenas de semejantes promesas, para manifestar su venida con señales harto claras y patentes si se miran con atención y luz. Pero la duda se funda en estos y otros lugares de los profetas, que todos han de ser igualmente verdaderos aunque en la corteza parezcan encontrados,

y así es forzoso concuerden, dando a cada uno el sentido en que puede y debe convenir con el otro. Pues ¿cómo entenderemos ahora lo que dice el mismo Isaías que vendrá de la tierra de los vivientes y que encontrará su generación (Is 53, 8), que será saciado de oprobios (Is 53, 11), que será llevado a morir como la oveja al matadero y que no abrirá su boca (Is 53, 7)? Jeremías afirma que los enemigos del Mesías se juntarán para perseguirle y echar tósigo en su pan y borrar su nombre de la tierra (Jer 11, 19), aunque no prevalecerán; David dijo que sería el oprobio del pueblo y de los hombres y como gusano hollado y despreciado (Sal 21, 7-8); Zacarías, que vendrá manso y humilde, asentado sobre una humilde bestia (Zac 9, 9). Y todos los Profetas dicen lo mismo de las señales que ha de traer el Mesías prometido.

764. Pues ¿cómo será posible —añadió el Niño Dios— ajustar estas profecías, si suponemos que el Mesías ha de venir con potencia de armas y majestad para vencer a todos los reyes y monarcas con violencia y derramando sangre ajena? No podemos negar que habiendo de venir dos veces, una y la primera para redimir el mundo y otra para juzgarle, las profecías se hayan de aplicar a estas dos venidas dando a cada una lo que le toca. Y como los fines de estas dos venidas han de ser diferentes, también lo serán las condiciones, pues no ha de haber en entrambas un mismo oficio sino muy diversos y contrarios. En la primera ha de vencer al demonio, derribándole del imperio que adquirió sobre las almas por el primer pecado; y para esto en primer lugar ha de satisfacer a Dios por todo el linaje humano y luego enseñar a los hombres con palabra y ejemplo el camino de la vida eterna y cómo deben vencer a los mismos enemigos y servir y adorar a su Criador y Redentor, cómo han de corresponder a los dones y beneficios de su mano y usar bien; de todos estos fines se ha de ajustar su vida y doctrina en la primera venida. La segunda ha de ser a pedir cuenta a todos en el juicio universal y dar a cada uno el galardón de sus obras buenas o malas, castigando a sus enemigos con furor e indignación. Y esto dicen los profetas de la segunda venida,

765. Y conforme a esto, si queremos entender que la

venida primera será con poder y majestad y, como dijo David, que reinará de mar a mar (Sal 71, 8) y que su reino será glorioso, como dicen otros Profetas, todo esto no se puede entender materialmente del reino y aparato majestuoso, sensible y corporal, sino del nuevo reino espiritual que fundará en nueva Iglesia, que se extienda por todo el orbe con majestad, poder y riquezas de gracia y virtudes contra el demonio. Y con esta concordia quedan uniformes todas las Escrituras, que no es posible convenir en otro sentido. Y el estar el pueblo de Dios debajo del imperio romano y sin poderse restituir al suyo propio, no sólo no es señal de no haber venido el Mesías, pero antes es infalible testimonio de que ha venido al mundo, pues nuestro Patriarca Jacob dejó esta señal para que sus descendientes lo conociesen, viendo al tribu de Judá sin el cetro y gobierno de Israel (Gen 49, 10), y ahora confesáis que ni éste ni otro de los tribus esperan tenerle ni recuperarle. Todo esto prueban también las semanas de Daniel (Dan 9, 25), que ya es forzoso estar cumplidas. Y el que tuviere memoria se acordará de lo que he oído, que hace pocos años se vio en Belén a media noche grande resplandor y a unos pastores pobres les fue dicho que el Redentor había nacido y luego vinieron del oriente ciertos reyes guiados de una estrella, buscando al Rey de los judíos para adorarle; y todo estaba así profetizado. Y creyéndolo por infalible el rey Herodes, padre de Arquelao, quitó la vida a tantos niños sólo por quitársela entre todos al Rey que había nacido, de quien temía sucedería en el reino de Israel.

766. Otras razones dijo con éstas el infante Jesús con la eficacia de quien preguntando enseñaba con potestad divina. Y los escribas y letrados que le oyeron enmudecieron todos y convencidos se miraban unos a otros y con admiración grande se preguntaban: ¿Qué maravilla es ésta? ¡y qué muchacho tan prodigioso! ¿de dónde ha venido o cuyo es este niño? Pero quedándose en esta admiración, no conocieron ni sospecharon quién era el que así los enseñaba y alumbraba de tan importante verdad. En esta ocasión, antes que el Niño Dios acabara su razonamiento, llegaron su Madre santísima y el castísimo esposo San José a tiempo de oírle las últimas razones. Y

concluyendo el argumento se levantaron con estupor y admirados todos los maestros de la ley. Y la divina Señora, absorta en el júbilo que recibió, se llegó a su Hijo amanfísimo y en presencia de todos los circunstantes le dijo lo que refiere san Lucas (Lc 2, 48-49): *Hijo, ¿por qué lo habéis hecho asi? Mirad que vuestro Padre y yo llenos de dolor os andábamos a buscar.* Esta amorosa querella dijo la divina Madre con igual reverencia y afecto, adorándole como a Dios y representándole su aflicción como a Hijo. Respondió Su, Majestad: *Pues ¿para qué me buscabais? ¿No sabéis que me conviene cuidar de las cosas que tocan a mi Padre?*

767. El misterio de estas palabras, dice el Evangelista que no le entendieron ellos, porque se les ocultó entonces a María santísima y a San José. Y esto procedió de dos causas: la una, porque el gozo interior que cogieron de lo que habían sembrado con lágrimas, les llevó mucho, motivado con la presencia de su rico tesoro que habían hallado; la otra razón fue porque no llegaron a tiempo de hacerse capaces de la materia que se había tratado en aquella disputa; y a más de estas razones hubo otra para nuestra advertidísima Reina y fue el estar puesta la cortina que le ocultaba el interior de su Hijo santísimo, donde todo lo pudiera conocer, y no se le manifestó luego que le halló hasta después. Despidiéronse los letrados, confiriendo el asombro que llevaban de haber oído la Sabiduría eterna, aunque no la conocían. Y quedando casi a solas la Madre beatísima con su Hijo santísimo, le dijo con maternal afecto: Dad licencia, Hijo mío, a mi desfallecido corazón —esto dijo echándole los brazos— para que manifieste su dolor y pena, porque en ella no se resuelva la vida si es de provecho para serviros; y no me arrojéis de vuestra cara, admitidme por vuestra esclava. Y si fue descuido mío el perderos de vista, perdonadme y hacedme digna de vos y no me castiguéis con vuestra ausencia.—El Niño Dios la recibió con agrado y se le ofreció por maestro y compañero hasta el tiempo oportuno y conveniente. Con esto descansó aquel columbino y encendido corazón de la gran Señora, y caminaron a Nazaret.

768. Pero en alejándose un poco de Jerusalén, cuando se

hallaron solos en el camino, la prudentísima Señora se postró en tierra y adoró a su Hijo santísimo y le pidió su bendición, porque no lo había hecho exteriormente cuando le halló en el templo entre la gente; tan advertida y atenta estaba a no perder ocasión en que obrar con la plenitud de su santidad. El infante Jesús la levantó del suelo y la habló con agradable semblante y dulcísimas razones, y luego corrió el velo y le manifestó de nuevo su alma santísima y operaciones con mayor claridad y profundidad que antes. Y en el interior del Hijo Dios conoció la divina Madre todos los misterios y obras que el mismo Señor había hecho en aquellos tres días de ausencia y entendió todo cuanto había pasado en la disputa de los doctores y lo que el infante Jesús les dijo y las razones que tuvo para no manifestarse con más claridad por Mesías verdadero; y otros muchos secretos y sacramentos ocultos le reveló y manifestó a su Madre Virgen, como archivo en quien se depositaban todos los tesoros del Verbo humanado, para que por todos y en todos ella diese el retorno de gloria y alabanza que se debía al Autor de tantas maravillas. Y todo lo hizo la Madre Virgen con agrado y aprobación del mismo Señor. Luego pidió a Su Majestad descansase un poco en el campo y recibiese algún sustento, y lo admitió de mano de la gran Señora, que de todo cuidaba como Madre de la misma Sabiduría.

769. En el discurso del camino confería la divina Madre con su dulcísimo Hijo los misterios que le había manifestado en su interior de la disputa de los doctores, y el celestial maestro de nuevo la informó vocalmente de lo que por inteligencia le mostró y en particular la declaró que aquellos letrados y escribas no vinieron en conocimiento de que Su Majestad era el Mesías por la presunción y arrogancia que tenían de su ciencia propia, porque con las tinieblas de la soberbia estaban oscurecidos sus entendimientos para no percibir la divina luz, aunque fue tan grande la que el Niño Dios les propuso, y sus razones les convencían bastantemente si tuvieran dispuesto el afecto de la voluntad con humildad y deseo de la verdad; y por el óbice que pusieron, no toparon con ella estando tan patente a sus ojos. Convirtió nuestro Redentor muchas almas al camino de la salvación en esta jornada, y en

estando presente su Madre santísima la tomaba por instrumento de estas maravillas y por medio de sus razones prudentísimas y santas amonestaciones ilustraba los corazones de todos los que la divina Señora hablaba. Dieron salud a muchos enfermos, consolaron a los afligidos y tristes y por todas partes iban derramando gracia y misericordias sin perder lugar ni ocasión oportuna. Y porque en otras jornadas que hicieron dejo escritas algunas particulares maravillas semejantes a éstas (Cf. supra n. 624, 645, 667, 669,704), no me alargo ahora en referir otras, que sería menester muchos capítulos y tiempo para contarlas todas y me llaman otras cosas más precisas de esta Historia.

770. Llegaron de vuelta a Nazaret, donde se ocuparon en lo que diré adelante. El Evangelista San Lucas (Lc 2, 51-52) compendiosamente encerró los misterios de su historia en pocas palabras, diciendo que el infante Jesús estaba sujeto a sus padres —entiéndese María santísima y su esposo San José— y que su divina Madre notaba y confería todos estos sucesos, guardándolos en su corazón, y que Jesús aprovechaba en sabiduría, edad y gracia acerca de Dios y de los hombres, de que adelante diré lo que hubiere entendido. Y ahora sólo refiero que la humildad y obediencia de nuestro Dios y Maestro con sus padres fue nueva admiración de los Ángeles, y también lo fue la dignidad y excelencia de su Madre santísima, que mereció se le sujetase y entregase el mismo Dios humanado, para que con amparo de San José le gobernase y dispusiese de Él como de cosa suya propia. Y aunque esta sujeción y obediencia era como consiguiente a la maternidad natural, pero con todo eso, para usar del derecho de Madre en el gobierno de su Hijo, como superiora en este género, fue necesaria diferente gracia que para concebirle y parirle. Y estas gracias convenientes y proporcionadas tuvo María santísima con plenitud para todos estos ministerios y oficios, y la tuvo tan llena que de su plenitud redundaba en el felicísimo esposo San José, para que también él fuese digno padre putativo de Jesús dulcísimo y cabeza de esta familia.

771. A la obediencia y rendimiento del Hijo santísimo con su Madre correspondía de su parte la gran Señora con obras

heroicas; y entre otras excelencias tuvo una casi incomprensible humildad y devotísimo agradecimiento de que Su Majestad se hubiese dignado de estar en su compañía y volver a ella. Este beneficio, que juzgaba la divina Reina por tan nuevo como a sí misma por indigna, acrecentó en su fidelísimo corazón el amor y solicitud de servir a su Hijo Dios. Y era tan incesante en agradecerle, tan puntual, atenta y cuidadosa en servirle, y siempre de rodillas y pegada con el polvo, que admiraba a los encumbrados serafines. Y a más de esto en imitarle en todas sus acciones, como las conocía, era oficiosísima y ponía toda su atención y cuidado en dibujarlas y ejecutarlas respectivamente; que con esta plenitud de santidad tenía herido el corazón de Cristo nuestro Señor (Cant 4, 9) y a nuestro modo de entender, le tenía preso con cadenas de invencible amor. Y obligado este Señor como Dios y como Hijo verdadero de esta divina Princesa, había entre Hijo y Madre una recíproca correspondencia y divino círculo de amor y de obras, que se levantaba sobre todo entendimiento criado. Porque en el mar océano de María entraban todos los corrientes caudalosos de las gracias y favores del Verbo humanado, y este mar no redundaba (Ecl 1, 7) porque tenía capacidad y senos para recibirlos, pero volvíanse estos corrientes a su principio, remitiéndolos a él la feliz Madre de la sabiduría, para que corriesen otra vez, como si estos flujos y reflujos de la divinidad anduvieran entre el Hijo Dios y su Madre sola. Este es el misterio de estar tan repetidos aquellos humildes reconocimientos de la esposa: *Mi querido para mí y yo para él, que se apacienta entre los lirios mientras se acerca el día y se desvían las sombras* (Cant 2, 16-17). Y otras veces: *Yo para mi Amado y él para mí* (Cant 6, 2). *Yo para mi dilecto y él se convierte a mí* (Cant 7, 10).

772. El fuego del amor divino que ardía en el pecho de nuestro Redentor y que vino a encender en la tierra (Lc 12, 49), era como forzoso que hallando materia próxima y dispuesta, cual era el corazón purísimo de su Madre, hiciese y obrase con suma actividad efectos tan sin límite, que sólo el mismo Señor los pudo conocer como los pudo obrar. Sola una cosa advierto, que se me ha dado inteligencia de ella, y es que en las demostraciones exteriores del amor que tenía

el Verbo humanado a su Madre santísima medía las obras y señales, no con el afecto y natural inclinación de Hijo, sino con el estado que la gran Reina tenía de merecer como viadora; porque conoció Su Majestad que si en estas demostraciones y favores la regalara tanto como le pedía la inclinación del natural amor de Hijo a tal Madre, la impidiera algo con el continuo gozo de las delicias de su amado para merecer menos de lo que convenía. Y por esto detuvo el Señor en parte esta natural fuerza de su misma humanidad y dio lugar para que su divina Madre, aunque era tan santa, obrase y mereciese padeciendo sin el continuo y dulce premio que pudiera tener en los favores visibles de su Hijo santísimo. Y por esta razón en la conversación ordinaria guardaba el Niño Dios más entereza y serenidad, y aunque la diligentísima Señora era tan cuidadosa en servirle, administrarle y prevenir todo lo que era necesario con incomparable reverencia, el Hijo santísimo no hacía en esto tantas demostraciones cuanto le obligaba la solicitud de su Madre.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

773. Hija mía, todas las obras de mi Hijo santísimo y mías están llenas de misteriosa doctrina y enseñanza para los mortales que con atenta reverencia las consideran. Ausentóse Su Majestad de mí para que buscándole con dolor y lágrimas le hallase con alegría y fruto de mi espíritu. Y quiero que tú me imites en este misterio, buscándole con tal amargura que te despierte una solicitud incesante, sin descansar toda tu vida en cosa alguna hasta que le tengas y no le dejes (Cant 3, 4). Para que entiendas mejor el sacramento del Señor, advierte que su sabiduría infinita de tal manera cría a las criaturas capaces de su eterna felicidad, que las pone en el camino, pero ausentes y dudosas de ella misma, para que, mientras no llegan a poseerla, siempre vivan solícitas y dolorosas y esta solicitud engendre en la misma criatura continuo temor y aborrecimiento del pecado, que es por quien sólo la puede perder, y para que entre el bullicio de la conversación humana no se deje enlazar ni enredar en las cosas visibles y terrenas. A este cuidado ayuda el Criador, añadiendo a la razón natural las virtudes de fe y esperanza, que son el

estímulo del amor con que se busca y se halla el último fin de la criatura, y a más de estas virtudes y otras que infunde en el bautismo envía inspiraciones y auxilios con que despertar y mover al alma ausente del mismo Señor, para que no le olvide ni se olvide de sí misma mientras carece de su amable presencia, antes prosiga su carrera hasta llegar al deseado fin, donde hallará todo el lleno de su inclinación y deseos.

774. De aquí entenderás la torpe ignorancia de los mortales y qué pocos son los que se detienen a considerar el orden misterioso de su creación y justificación y las obras del Altísimo encaminadas a tan alto fin. Y de este olvido se siguen tantos males como padecen las criaturas, tomando posesión de los bienes terrenos y deleites engañosos como si fueran su felicidad y último fin. Y esta es la suma perversidad contra el orden del Criador, porque quieren los mortales en la vida transitoria y breve gozar de lo visible, como si fuera su último fin, habiendo de usar de las criaturas para conseguir el sumo bien y no para perderle. Advierte, pues, carísima, este riesgo de la estulticia humana, y todo lo deleitable y su gozo y risa júzgalo por error (Ecl 2, 2) y al contentamiento sensible dile que se deja engañar en vano y que es madre de la estulticia, que embriaga el corazón, impide y destruye toda la verdadera sabiduría. Vive siempre en temor santo de perder la vida eterna y no te alegres fuera del Señor hasta conseguirla, huye de la conversación humana, teme sus peligros y si en alguno te pusiere Dios por medio de la obediencia para gloria suya, aunque debes fiar de su protección, pero no debes ser remisa ni descuidada en guardarte. No fíes tu natural a la amistad ni trato de criaturas, en que está tu mayor peligro, porque te dio el Señor condición agradecida y blanda para que fácilmente te inclinases a no resistirle en sus obras y empleases en su amor el beneficio que te hizo; pero si das entrada al amor de las criaturas, te llevarán sin duda y alejarán del sumo Bien y pervertirás el orden y las obras de su sabiduría infinita, y es cosa indigna emplear el mayor beneficio de la naturaleza en objeto que no sea el más noble de toda ella. Levántate sobre todo lo criado y a ti sobre ti, realza las operaciones de las potencias y represéntales el objeto nobilísimo del ser de Dios, el de mí

Hijo dilecto y tu Esposo, que es especiosa su forma entre los hijos de los hombres (Sal 44, 3), y ámale de todo tu corazón, alma y mente.

CAPITULO 6

Una visión que tuvo María santísima a los doce años del infante Jesús, para continuar en ella la imagen y doctrina de la Ley Evangélica.

775. En los capítulos 1 y 2 de este libro di principio a lo que en éste y en los siguientes he de proseguir, no sin justo recelo de mi embarazado y corto discurso y mucho más de la tibieza de mi corazón, para tratar de los ocultos sacramentos que sucedieron entre el Verbo humanado y su beatísima Madre los diez y ocho años que estuvieron en Nazaret, desde la venida de Jerusalén y disputa de los doctores hasta los treinta de la edad del Señor, que salió a la predicación. En la margen de este piélago de misterios me hallo turbada y encogida, suplicando al muy alto y excelso Señor, con afecto íntimo del alma, mande a un Ángel tome la pluma y que no quede agraviado este asunto, o que Su Majestad, como poderoso y sabio, hable por mí y me ilustre, que encamine mis potencias para que gobernadas por su divina luz sean instrumento de sola su voluntad y verdad y no tenga parte en ellas la fragilidad humana en la cortedad de una ignorante mujer.

776. Ya dije arriba (Cf. supra n. 714), en los capítulos citados, cómo nuestra gran Señora fue la única y primera discípula de su Hijo santísimo, escogida entre todas las criaturas para imagen electa donde se estampase la nueva Ley del Evangelio y de su autor y sirviese en su nueva Iglesia como de padrón y dechado único a cuya imitación se formasen los demás santos y efectos de la redención humana. En esta obra procedió el Verbo humanado como un excelente artífice que tiene comprendida el arte del pintar con todas sus partes y condiciones, que entre muchas obras de sus manos procura acabar una con todo primor y destreza, que ella misma le acredite y publique la grandeza de su hacedor y sea como ejemplar de todas sus

obras. Cierto es que toda la santidad y gloria de los Santos fue obra del amor de Cristo y de sus merecimientos y todos fueron obras perfectísimas de sus manos, pero comparadas con la grandeza de María santísima parecen pequeñas y borrones del arte, porque todos los Santos tuvieron algunos. Sola esta imagen viva de su Unigénito no le tuvo, y la primera pincelada que se dio en su formación fue de más alto primor que los últimos retoques de los supremos espíritus y santos. Ella es el padrón de toda la santidad y virtudes de los demás y el término a donde llegó el amor de Cristo en pura criatura, porque a ninguna se le dio la gracia y gloria que María santísima no pudo recibir y ella recibió toda la que no se pudo dar a otras, y le dio su Hijo benditísimo toda la que pudo ella recibir y Él le pudo comunicar.

777. La variedad de Santos y sus grados engrandecen con silencio al Artífice de tanta santidad y los menores o pequeños hacen mayores a los grandes y todos juntos magnifican a María santísima, quedando gloriosamente excedidos de su incomparable santidad y felizmente bienaventurados de la parte en que la imitan, entrando en este orden cuya perfección redunda en todos. Y si María purísima es la suprema que levantó de punto el orden de los justos, por eso mismo vino a ser como un instrumento o motivo de la gloria que en tal grado tienen todos los Santos. Y porque en el modo que tuvo Cristo nuestro Señor de formar esta imagen de su santidad se vio, aunque de lejos, su primor, atiéndase a lo que trabajó en ella y en todo el resto de la Iglesia; pues para fundarla y enriquecerla, llamar a los Apóstoles, predicar a su pueblo, establecer la nueva Ley del Evangelio bastó la predicación de tres años, en que superabundantemente cumplió esta obra que le encomendó su Padre Eterno y justificó y santificó a todos los creyentes, y para estampar en su beatísima Madre la imagen de su santidad, no sólo se empleó tres años sino tres veces diez, obrando incesantemente en ella con la fuerza de su divino amor y potencia, sin hacer intervalo en que no añadiese cada hora gracias a gracias, dones a dones, beneficios a beneficios, santidad a santidad; y sobre todo quedó en estado de retocarla de nuevo con lo que recibió después que Cristo su Hijo santísimo subió al Padre,

como diré en la tercera parte. Turbase la razón, desfallece el discurso a la vista de esta gran Señora, porque fue escogida como el sol (Cant 6, 9) y no sufre su refulgencia ser registrada por ojos terrenos ni de otra criatura.

778. Comenzó a manifestar esta voluntad Cristo nuestro Redentor con su divina Madre después que volvieron de Egipto a Nazaret, como queda dicho arriba (Cf. supra n. 713), y siempre la fue prosiguiendo con el oficio de maestro que la enseñaba y con el poder divino que la ilustraba con nuevas inteligencias de los misterios de la Encarnación y Redención. Después que volvieron de Jerusalén a los doce años del Niño Dios, tuvo la gran Reina una visión de la divinidad, no intuitiva, sino por especies, pero muy alta y llena de nuevas influencias de la misma divinidad y noticias de los secretos del Altísimo. En especial conoció los decretos de la mente y voluntad del Señor en orden a la Ley de Gracia que había de fundar el Verbo humanado y la potestad que para esto le era dada por el consistorio de la beatísima Trinidad. Vio juntamente que con este fin el eterno Padre entregaba a su Hijo hecho hombre aquel libro cerrado, que refiere San Juan Evangelista en el cap. 5 del Apocalipsis (Ap 5, 1ss), con siete sellos, que nadie se hallaba en el cielo ni en la tierra que le abriese y soltase los sellos, hasta que el Cordero lo hizo con su pasión, muerte, doctrina y merecimientos, con que manifestó y declaró a los hombres el secreto de aquel libro, que era toda la nueva Ley del Evangelio y la Iglesia que con él se había de fundar en el mundo.

779. Luego conoció la divina Señora cómo decretaba la Santísima Trinidad que entre todo el linaje humano ella fuese la primera que leyese aquel libro y le entendiese, que su Unigénito se le abriese y manifestase todo enteramente y que ejecutase cuanto en él se contenía, y fuese la primera que, como acompañando al Verbo, a quien había dado carne, le siguiese y tuviese su legítimo lugar inmediato a él mismo en las sendas que bajando del cielo había manifestado en aquel libro para que subiesen a él los mortales desde la tierra, y en la que era su Madre verdadera se depositase aquel Testamento. Vio cómo el Hijo del Eterno Padre y suyo aceptaba aquel decreto con

grande beneplácito y agrado, y que su humanidad santísima le obedecía con indecible gozo, por ser ella su Madre; y el Eterno Padre se convertía a la purísima Señora y le decía:

780. Esposa y paloma mía, prepara tu corazón, para que según nuestro beneplácito te hagamos participante de la plenitud de nuestra ciencia y para que se escriba en tu alma el Nuevo Testamento y ley santa de mi Unigénito. Fervoriza tus deseos y aplica tu mente al conocimiento y ejecución de nuestra doctrina y preceptos. Recibe los dones de nuestro liberal poder y amor contigo. Y para que nos vuelvas la digna retribución, advierte que por la disposición de nuestra infinita sabiduría determinamos que mi Unigénito, en la humanidad que de ti ha tomado, tenga en una pura criatura la imagen y similitud posible, que sea como efecto y fruto proporcionado a sus merecimientos y en él sea magnificado y engrandecido con digna retribución su santo nombre. Atiende, pues, hija y electa mía, que se te pide de tu parte gran disposición. Prepárate para las obras y misterios de nuestra poderosa diestra.

781. Señor eterno y Dios inmenso —respondió la humildísima Señora— en vuestra divina y real presencia estoy postrada, conociendo a la vista de vuestro ser infinito el mío tan deshecho que es la misma nada. Reconozco vuestra grandeza y mí pequeñez. Hallóme indigna del nombre de esclava vuestra, y por la benignidad con que vuestra clemencia me ha mirado ofrezco el fruto de mi vientre y vuestro Unigénito, y a Su Majestad suplico responda por su indigna Madre y sierva. Preparado está mi corazón y en agradecimiento de vuestras misericordias desfallece y se deshace en afectos, porque no puede ejecutar las vehemencias de sus anhelos. Pero si hallé gracia en vuestros ojos, hablaré, Señor y Dueño mío, en vuestra presencia, sólo para pedir y suplicar a Vuestra Real Majestad que hagáis en vuestra esclava todo lo que pedís y mandáis, pues nadie puede obrarlo fuera de vos mismo, Señor y Rey altísimo. Y si de mi parte pedís el corazón libre y rendido, yo le ofrezco para padecer y obedecer a vuestra voluntad hasta morir.—Luego la divina Princesa fue llena de

nuevas influencias de la divinidad, iluminada, purificada, espiritualizada y preparada con mayor plenitud del Espíritu Santo que hasta aquel día, porque fue este beneficio muy memorable para la Emperatriz de las alturas; y aunque todos eran tan encumbrados y sin ejemplo ni otro símil en las demás criaturas, y por esto cada uno parecía el supremo y que señalaba el *non plus ultra,* pero en la participación de las divinas perfecciones no hay limitación de su parte si no falta la capacidad de la criatura, y como ésta era grande y crecía más en la Reina del cielo con los mismos favores, disponíase con unos grandes para otros mayores; y como el poder divino no hallaba óbice que le impidiese, encaminaba todos sus tesoros a depositarlos en el archivo seguro y fidelísimo de María santísima Señora nuestra.

782. Salió toda renovada de esta visión extática y fuese a la presencia de su Hijo santísimo y postrada a sus pies le dijo: Señor mío, mi luz y mi maestro, aquí está vuestra indigna Madre, preparada para el cumplimiento de vuestra santa voluntad. Admitidme de nuevo por discípula y sierva y tomad en vuestra poderosa mano el instrumento de vuestra sabiduría y querer. Ejecutad en mí el beneplácito del Padre eterno y vuestro.—Recibió el Hijo santísimo a su Madre con majestad y autoridad de maestro y la hizo una amonestación altísima. Enseñóla con poderosas razones y gran peso el valor y profundidad que contenían las misteriosas obras que el Padre eterno le había encomendado sobre el negocio de la redención humana y la fundación de la nueva Iglesia y Ley Evangélica que en la divina mente se había determinado. Declaróle y manifestóle de nuevo cómo en la ejecución de tan altos y escondidos misterios ella había de ser su compañera y coadjutora, estrenando y recibiendo las primicias de la gracia, y que para esto había de asistirle la purísima Señora en sus trabajos y hasta la muerte de cruz, siguiéndole con ánimo aparejado, grande, constante, invencible y dilatado. Diola celestial doctrina, encaminada a que se preparase para recibir toda la Ley Evangélica, entenderla, penetrarla y ejecutar todos sus preceptos y consejos con altísima perfección. Otros grandes sacramentos declaró el infante Jesús a su beatísima Madre en esta ocasión sobre las obras que haría en el mundo. Y a

todo se ofreció la divina Señora con profunda humildad y obediencia, reverencia, agradecimiento y amor vehementísimo y afectuoso.

Doctrina que me dio la divina Señora.

783. Hija mía, muchas veces en el discurso de tu vida, y más en este tiempo que escribes la mía, te he llamado y convidado para que me sigas por la imitación mayor que tus fuerzas pudieren con la divina gracia. Ahora de nuevo te intimo esta obligación y llamamiento, después que la dignación del Altísimo te ha dado inteligencia y luz tan clara del sacramento que su brazo poderoso obró en mi corazón, escribiendo en él toda la Ley de Gracia y doctrina de su Evangelio, y el efecto que hizo en mí este beneficio y el modo con que yo lo agradecí y correspondí en la imitación adecuada y perfectísima de mi santísimo Hijo y Maestro. El conocimiento que tienes de todo esto has de reputar por uno de los mayores favores y beneficios que te ha concedido Su Majestad, pues en él hallarás la suma y epílogo de la mayor santidad y encumbrada perfección como en clarísimo espejo, y serán patentes a tu mente las sendas de la divina luz por donde camines segura y sin las tinieblas de la ignorancia que comprenden a los mortales.

784. Ven, pues, hija mía, ven en mi seguimiento; y para que me imites como de ti quiero y seas iluminada en tu entendimiento, levantado el espíritu, preparado el corazón y fervorizada la voluntad, disponte con la libertad separada de todo, que te pide tu Esposo; aléjate de lo terreno y visible, deja todo género de criaturas, niegate a ti misma, cierra los sentidos a las fabulaciones falsas del mundo y del demonio; y en sus tentaciones te advierto que no te embaraces mucho, ni te aflijas, porque si consigue el detenerte para que no camines, con esto habrá alcanzado de ti una gran victoria y no llegarás a ser robusta en la perfección. Atiende, pues, al Señor, codicioso de la hermosura de tu alma (Sal 44, 12), liberal para concedértela, poderoso para depositar en ella los tesoros de su sabiduría y solícito para obligarte a que tú los recibas. Déjale que escriba en tu pecho su divina ley evangélica, y en ella sea tu continuo estudio, tu meditación de día y

noche (Sal 1, 2), tu memoria y alimento, la vida de tu alma y el néctar de tu gusto espiritual, con que conseguirás lo que de ti quiere el Altísimo y yo y tú deseas.

CAPITULO 7

Decláranse más expresamente los fines del Señor en la doctrina que enseñó a María santísima y los modos con que lo ejecutaba.

785. Cualquiera de las causas que obran con libertad y conocimiento de sus acciones, es necesario que tenga en ellas algún fin, razones y motivos, con cuyo conocimiento se determine y se mueva para hacerlas; y al conocimiento de los fines se sigue la consultación o elección de los medios para conseguirlos. Este orden es más cierto en las obras de Dios, que es suprema y primera causa y de infinita sabiduría, con la cual dispone y ejecuta todas las cosas, tocando de fin a fin con fortaleza y suavidad, como dice el Sabio (Sab 8, 1)*;* y en ninguna pretende el no ser y la muerte, antes bien las hace todas para que tengan ser y vida (Sab 1, 13-14). Y cuanto son más admirables las obras del Altísimo tanto más particulares y levantados son los fines que en ellas pretende conseguir. Y aunque el fin último de todas es la gloria de sí mismo y su manifestación, pero esto va ordenado con su infinita ciencia, como una cadena de varios eslabones que, sucediendo unos a otros, llegan desde la ínfima criatura hasta la suprema y más inmediata al mismo Dios, autor y fin universal de todas.

786. Toda la excelencia de santidad de nuestra gran Señora se comprende en haberla hecho Dios estampa o imagen viva de su mismo Hijo santísimo, y tan ajustada y parecida en la gracia y operaciones, que por comunicación y privilegio parecía otro Cristo. Y éste fue un divino y singular comercio entre Hijo y Madre, porque ella le dio la forma y ser de la naturaleza humana y el mismo Señor le dio a ella otro ser espiritual y de gracia, en que tuviesen respectivamente similitud y semejanza como la de su humanidad. Los fines que tuvo el Altísimo fueron dignos de tan rara maravilla y la mayor de sus obras en pura criatura.

Y en los capítulos pasados, primero, segundo y sexto (Cf. supra n. 713, 730, 782), he dicho algo de esta conveniencia por parte de la honra de Cristo nuestro Redentor y de la eficacia de su doctrina y merecimientos; que para el crédito de todo era como necesario que en su Madre santísima se conociese la santidad y pureza de la doctrina de Cristo nuestro Señor y su autor y maestro, la eficacia de la Ley Evangélica y el fruto de la redención y todo redundase en la suma gloria que por ello se le debía al mismo Señor. Y en sola su Madre se halló esto con más intensión y perfección que en todo el resto de la Iglesia Santa y de sus predestinados.

787. El segundo fin que tuvo en esta obra el Señor mira también al ministerio de Redentor, porque las obras de nuestra reparación habían de corresponder a las de la creación del mundo y la medicina del pecado a su introducción; y así convenía que, como el primer Adán tuvo compañera en la culpa a nuestra madre Eva y le ayudó y movió para cometerla y que en él como en cabeza se perdiese el linaje humano, así también sucediese en el reparo de tan gran ruina que el segundo y celestial Adán, Cristo nuestro Señor, tuviese compañera y coadjutora en la redención a su purísima Madre y que ella concurriese y cooperase al remedio, aunque sólo en Cristo, que es nuestra cabeza, estuviese la virtud y la causa adecuada de la general redención. Y para que este misterio se ejecutase con la dignidad y proporción que convenía, fue necesario que se cumpliese entre Cristo nuestro Señor y María santísima lo que dijo el Altísimo en la formación de los primeros padres: *No es bien que esté solo el hombre; hagámosle otro semejante que le ayude* (Gen 2, 18). Y así lo hizo el Señor, como pudo hacerlo, de tal suerte que él mismo hablando ya por el segundo Adán, Cristo, pudo decir: *Este es hueso de mis huesos y carne de mi carne y se llamará varonil porque fue formada del varón (Gen 2, 23).* Y no me detengo en mayor declaración de este sacramento, pues ella se viene luego a los ojos de la razón ilustrada con la fe y luz divina y se conoce la similitud de Cristo y su Madre santísima.

788. Otro motivo concurrió también a este misterio; y

aunque aquí le pongo el tercero en la ejecución, fue primero en la intención, porque mira a la eterna predestinación de Cristo Señor nuestro, conforme a lo que dije en la primera parte (Cf. supra p. I n. 39). Porque el motivo de encarnar el Verbo eterno y venir al mundo por ejemplar y maestro de las criaturas —que fue el primero de esta maravilla— había de tener proporción y correspondencia a la grandeza de tal obra, que era la mayor de todas y el inmediato fin a donde todas se habían de referir. Y para guardar la divina sabiduría este orden y proporción, era conveniente que entre las puras criaturas hubiese alguna que adecuase a la divina voluntad en su determinación de venir a ser maestro y adoptarnos en la dignidad de hijos por su doctrina y gracia. Y si no hubiera hecho Dios a María santísima, predestinándola entre las criaturas con el grado de santidad y semejante a la humanidad de su Hijo santísimo, faltárale a Dios este motivo en el mundo, con que —a nuestro grosero modo de hablar— honestaba y disculpaba o justificaba su determinación de humanarse conforme al orden y modo manifestado á nosotros de su omnipotencia. Y considero en esto lo que sucedió a San Moisés con sus tablas de la ley, escritas con el dedo de Dios, que cuando vio idolatrar al pueblo las rompió, juzgando a los desleales por indignos de aquel beneficio, pero después se escribió la ley en otras tablas fabricadas por manos humanas (Ex 31, 18; 32, 18-19; 34, 1) y aquellas perseveraron en el mundo. Las primeras tablas, donde formadas por la mano del Señor se escribió su ley, se rompieron por la primera culpa, y no tuviéramos Ley Evangélica si no hubiera otras tablas, Cristo y María, formadas por otro modo: ella por el común y ordinario y él por el concurso de la voluntad y sustancia de María. Y si esta gran Señora no concurriera y cooperara como digna a la determinación de esta ley, nos quedáramos sin ella los demás mortales.

789. Todos estos fines tan soberanos abrazan la voluntad de Cristo nuestro bien, con la plenitud de su divina ciencia y gracia, enseñando a su beatísima Madre los misterios de la Ley Evangélica. Y para que no sólo quedase capaz de todos sino también de los diferentes modos de entenderla y saliese tan sabia discípula que pudiese

después ser ella misma consumada maestra y madre de la sabiduría, usaba el Señor de diferentes medios en ilustrarla. Unas veces con aquella visión abstractiva de la divinidad, que en estos tiempos la tuvo más frecuente; otras, cuando no la tenía, le quedaba una como visión intelectual, más habitual y menos clara. Y en la una y otra conocía expresamente toda la Iglesia militante, con el orden y sucesión que había tenido desde el principio del mundo hasta la encarnación y que desde entonces había de llevar hasta el fin del mundo y después en la bienaventuranza. Y esta noticia era tan clara, distinta y comprensiva, que se extendía a conocer todos los santos y justos y los que más se habían de señalar en la Iglesia, los apóstoles, mártires, patriarcas de las religiones, doctores, confesores y vírgenes. Todos los conocía nuestra Reina singularmente, con las obras, méritos y gracia que habían de alcanzar y el premio que les había de corresponder.

790. Conoció también los sacramentos que su Hijo santísimo quería establecer en su Santa Iglesia, la eficacia que tendrían, los efectos que harían en quien los recibiese, según las diferentes disposiciones, y cómo todo pendía de la santidad y méritos de su Hijo santísimo y nuestro reparador. Tuvo asimismo noticia clara de toda la doctrina que había de predicar y enseñar, de las Escrituras antiguas y futuras y todos los misterios que contienen en los cuatro sentidos, literal, moral, alegórico y anagógico, y todo lo que habían de escribir en ellos los expositores, y sobre esto entendía la divina discípula mucho más. Y conoció que se le daba esta ciencia para que fuese maestra de la Iglesia Santa, como en efecto lo fue en ausencia de su Hijo santísimo después que subió a los cielos, y para que aquellos nuevos hijos y fieles reengendrados en la gracia tuviesen en la divina Señora madre amorosa y cuidadosa que los criase a los pechos de su doctrina como con leche suavísima, propio alimento de niños. Y fue así que la beatísima Señora en estos diez y ocho años que estuvo con su Hijo recibió y como digirió la sustancia evangélica, que es la doctrina de nuestro Salvador Cristo, recibiéndola del mismo Señor. Y habiéndola gustado y conocido su negociación (Prov 31, 18), sacó de ella el alimento dulce con que criar a la primitiva Iglesia, que en sus fieles estaba

tierna y no tan capaz del manjar sólido y fuerte de la doctrina y Escrituras y de la imitación perfecta de su Maestro y Redentor. Y porque de este punto hablaré en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 106ss), que es su propio lugar, no me alargo más.

791. Sin estas visiones y enseñanza, tenía la gran Señora la de su Hijo santísimo y de su humanidad en dos modos que hasta ahora he repetido (Cf. supra n. 481, 694). El uno, en el espejo de su alma santísima y de sus operaciones interiores y en cierto modo de la misma ciencia que Él tenía de todas las cosas (Cf. supra n. 733, 782)*;* allí por otro modo era informada de los consejos del Redentor y artífice de la santidad y de los decretos que tenía del que en la Iglesia había de obrar por sí y por sus ministros. El otro modo era por la instrucción exterior de palabra, porque confería el Señor con su digna Madre todas las cosas que en Él y en la divinidad le había manifestado y, desde lo superior hasta lo más ínfimo, todo cuanto pertenecía a la Iglesia lo comunicaba con ella; y no sólo esto, sino las cosas que habían de corresponder a los tiempos y sucesos de la Ley Evangélica con la gentilidad y sectas falsas. De todo hizo capaz a su divina discípula y nuestra maestra. Y antes que el Señor comenzara la predicación, ya María santísima estaba ejercitada en su doctrina y la dejaba practicada en ella con suma perfección, porque la plenitud de las obras de nuestra gran Reina correspondía a la de su inmensa sabiduría y ciencia, y ésta fue tan profunda y con especies tan claras, que así como nada ignoraba tampoco padeció equivocación ni en las especies ni en las palabras, ni jamás le faltaron las necesarias, ni añadió una sola superflua, ni trocó una por otra, ni tuvo necesidad de discurrir para hablar y explicar los misterios más ocultos de las Escrituras, en las ocasiones que fue necesario hacerlo en la primitiva Iglesia.

Doctrina que me dio la divina Madre y Señora nuestra.

792. Hija mía, la bondad y clemencia del Altísimo, que por sí mismo dio el ser y le da a todas las criaturas y a ninguna niega su grande Providencia, es fidelísima en dar su luz a todas las almas, para que puedan entrar en el camino de su

conocimiento y por él en el de la eterna vida, si la misma alma no se impide y oscurece esta luz por sus culpas y deja la conquista del reino de los cielos. Pero con aquellas almas que por sus secretos juicios llama a su Iglesia muéstrase más liberal, porque en el bautismo les infunde con la gracia otras virtudes, que se llaman esencialmente infusas, que no puede la criatura adquirirlas por sí misma, y otras infusas accidentalmente, que con sus obras pudiera adquirir trabajando pero anticípaselas el Señor, para que se halle el alma pronta y más devota en guardar su Santa Ley. A otras almas, sobre esta común lumbre de la fe, añade su clemencia especiales dones sobrenaturales de mayor inteligencia y virtud, para obrar y conocer los misterios de la Ley Evangélica. Y en este beneficio se ha mostrado contigo más liberal que con muchas generaciones y te ha obligado para que te señales en el amor y correspondencia que le debes, estando siempre humillada y pegada en el polvo.

793. Y para que de todo estés advertida, con el cuidado y amor de madre te quiero enseñar como maestra la astucia con que Satanás procura destruir estas obras del Señor; porque desde la hora que las criaturas entran en el uso de la razón, la siguen a cada una muchos demonios vigilantes y asistentes, para que al tiempo en que debían las almas levantar su mente al conocimiento de Dios y comenzar las operaciones de las virtudes infusas en el bautismo, entonces los demonios con increíble furor y astucia procuren arrancar esta divina semilla y, si no pueden, la impiden para que no dé fruto, inclinando a los hombres a obras viciosas, inútiles y párvulas. Con esta iniquidad los divierten para que no usen de la fe, ni esperanza, ni otras virtudes, ni se acuerden que son cristianos, ni atienda al conocimiento de su Dios y misterios de la redención y vida eterna. Y a más de esto introduce el mismo enemigo en los padres una torpe inadvertencia o ciego amor carnal con sus hijos y en los maestros incita a otros descuidos, para que no reparen en su mala educación y los dejen depravar y adquirir muchos hábitos viciosos y perder las virtudes y sus buenas inclinaciones, y con esto vayan caminando a la perdición.

794. Pero el piadosísimo Señor no se olvida de ocurrir a este peligro, renovando la luz interior con nuevos auxilios y santas inspiraciones, con la doctrina de la Santa Iglesia por sus predicadores y ministros, con el uso y eficaz remedio de los Sacramentos y con otros medios que aplica para reducirlos al camino de la vida. Y si con tantos remedios son menos los que vuelven a la salud espiritual, la causa más poderosa para impedirla son la mala ley de los vicios y costumbres depravadas que mamaron en su puericia. Porque es verdadera aquella sentencia del Deuteronomio (Dt 33, 25)*: Cuales fueron los días de la juventud, tal será la senectud.* Y con esto los demonios van cobrando mayor ánimo y más tirano imperio sobre las almas, juzgando que como se les sujetaron cuando tenían menos y menores culpas, lo harán más fácilmente cuando sin temor vayan cometiendo otras muchas y mayores. Y para ellas les incitan y ponen más loca osadía, porque sucede que con cada pecado que la criatura comete pierde más las fuerzas espirituales y se rinde al demonio y como tirano enemigo cobra imperio sobre ella y la sujeta en la maldad y miseria, con que llega a estar debajo los pies de su iniquidad y le lleva adonde quiere, de precipicio a despeño y de abismo en abismo; castigo merecido a quien por el primer pecado se le sujetó. Por estos medios ha derribado Lucifer tanto número de almas al profundo, y cada día las lleva, levantándose en su soberbia contra Dios. Y por aquí ha introducido en el mundo su tiranía y el olvido de los novísimos de los hombres, muerte, juicio, infierno y gloria, y de abismo en abismo ha despeñado tantas naciones hasta caer en errores tan ciegos y bestiales como contienen todas las herejías y sectas falsas de los infieles. Atiende, pues, hija mía, a tan formidable peligro y nunca falte de tu memoria la Ley de Dios, sus preceptos y mandamientos, las verdades católicas y doctrina evangélica. No pase día alguno sin que mucho tiempo medites en ellos, y aconseja lo mismo a tus religiosas y a todos los que te oyeren, porque su adversario el demonio trabaja y se desvela por oscurecer su entendimiento y olvidarlo de la divina ley, para que no encamine a la voluntad, que es potencia ciega, a los actos de su justificación, que se consigue con fe viva, esperanza cierta, amor fervoroso y corazón contrito y humillado (Sal 50, 19).

CAPITULO 8

Declárase el modo como nuestra gran Reina ejecutaba la doctrina del Evangelio que su Hijo santísimo la enseñaba.

795. En la edad y en las obras iba creciendo nuestro Salvador, pasando ya de la puericia, y en todas consumando las obras que en cada una le encomendó el Eterno Padre en beneficio de los hombres. No predicaba en público, ni tampoco hacía entonces en Galilea tan patentes milagros como hizo después y había hecho antes algunos en Egipto, pero oculta y disimuladamente siempre obraba grandes efectos en las almas y en los cuerpos de muchos. Visitaba los pobres y enfermos, consolaba los tristes y afligidos y a éstos y otros muchos reducía a la salvación eterna de las almas, ilustrándolas con el consejo particular y moviéndolas con internas inspiraciones y favores, para que se convirtiesen a su Criador y apartasen del demonio y de la muerte. Estos beneficios eran continuos, y para hacerlos salía muchas veces de casa de su beatísima Madre. Y aunque los hombres conocían que con las palabras y presencia de Jesús eran movidos y renovados, pero, como en el misterio estaban ignorantes, enmudecían no sabiendo a quién atribuirlo más que al mismo Dios. La gran Señora del mundo conocía en el espejo del alma santísima de su Hijo y por otros medios todas estas maravillas que hacía, y en estando juntos le adoraba y daba gracias por ellas, postrada siempre a sus pies.

796. Lo restante del tiempo gastaba el Hijo santísimo con su Madre y ocupándole en oración y enseñarla y conferir con ella los cuidados que como buen pastor tenía de su querida grey y los méritos que para su remedio quería acumular y los medios que en orden a su salvación determinaba aplicar. Atendía la prudentísima Madre a todo y cooperaba con su divina sabiduría y amor, asistiéndole en los oficios que disponía con el linaje humano, de padre, hermano, amigo y maestro, abogado, protector y reparador. Y estas conferencias tenían o por palabras o por las mismas operaciones interiores, con que Hijo y Madre

también se hablaban y entendían. Decíale el Hijo santísimo: Madre mía, el fruto de mis obras en que quiero fundar la Iglesia ha de ser una doctrina y ciencia, que creída y ejecutada sea vida y salvación de los hombres; una Ley Santa y eficaz, poderosa para extinguir el mortal veneno que Lucifer derramó en los corazones humanos por la primera culpa. Quiero que por medio de mis preceptos y consejos se espiritualicen y levanten a la participación y semejanza de mí mismo y sean depósitos de mis tesoros viviendo en carne, y después lleguen a la participación de mi eterna gloria. Quiero dar al mundo renovada, mejorada y con nueva luz y eficacia la ley que di a San Moisés, para que comprenda preceptos y consejos.

797. Todos estos intentos del Maestro de la vida conocía su divina Madre con profundísima ciencia y con igual amor los admitía, reverenciaba y agradecía, en nombre de todo el linaje humano. Y como el Señor le iba manifestando singularmente todos y cada uno de estos grandes sacramentos, iba conociendo Su Alteza la eficacia que daría a todos y a la ley y doctrina del Evangelio y los efectos que en las almas haría si la guardasen y el premio que les correspondería, y de antemano obró en todo como si lo ejecutara por cada una de las criaturas. Conoció expresamente todos los cuatro Evangelios, con las palabras formales y misterios que los Evangelistas los habían de escribir y en sí misma entendió la doctrina de todos, porque su ciencia excedía a la de los mismos escritores y pudiera ser su maestra en declarárselos, sin atender a sus palabras. Conoció asimismo que aquella ciencia era como copiada de la de Cristo y que con ella eran como trasladados y copiados los Evangelios que se habían de escribir y quedaban en depósito en su alma, como las tablas de la ley en el arca del testamento, para que sirviesen de originales legítimos y verdaderos a todos los santos y justos de la ley de gracia, porque todos habían de copiar la santidad y virtudes de la que estaba en el archivo de la gracia, María santísima.

798. Diole también a conocer su divino Maestro la obligación en que la ponía de obrar y ejecutar con suma perfección toda esta doctrina, para los altísimos fines que

tenía en este raro beneficio y favor. Y si aquí hubiéramos de contar cuan adecuada y cabalmente lo cumplió nuestra gran Reina y Señora, fuera necesario repetir en este capítulo toda su vida, pues fue toda una suma del Evangelio, copiada de su mismo Hijo y Maestro. Véase lo que esta doctrina ha obrado en los Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes, en los demás Santos y justos que han sido y serán hasta el fin del mundo; nadie, fuera del mismo Señor, lo puede referir y mucho menos comprender. Pues consideremos que todos los Santos y justos fueron concebidos en pecado y todos pusieron algún óbice, y no obstante esto pudieron crecer en virtudes, santidad y gracia, pero dejaron algún vacío para ella; mas nuestra divina Señora no padeció estos defectos ni menguantes en la santidad y sola ella fue materia dispuesta adecuadamente, sin formas repugnantes a la actividad del brazo poderoso y a sus dones, fue la que sin embarazo ni resistencia recibió el torrente impetuoso de la divinidad (Sal 45, 5), comunicada por su mismo Hijo y Dios verdadero. Y de aquí entenderemos que sólo en la visión clara del Señor y en aquella felicidad eterna llegaremos a conocer lo que fuere conveniente de la santidad y excelencia de esta maravilla de su omnipotencia.

799. Y cuando ahora, hablando en general y por mayor, quiera yo explicar algo de lo que se me ha manifestado, no hallo términos con que decirlo; porque nuestra gran Reina y Maestra guardaba los preceptos y doctrina de los consejos evangélicos según la profunda inteligencia que de todos le habían dado, y ninguna criatura es capaz de conocer a dónde llegaba la ciencia e inteligencia de la Madre de la sabiduría en la doctrina de Cristo, y lo que se entiende excede a los términos y palabras que todos alcanzamos. Pongamos ejemplo en la doctrina de aquel primer sermón que hizo el Maestro de la vida a sus discípulos en el monte, como lo refiere San Mateo en el capítulo 5 (Mt 5, 3), donde se comprendió la suma de la perfección Evangélica en que fundaba su Iglesia, declarando por bienaventurados a todos los que le siguiesen.

800. *Bienaventurados* —dijo nuestro Señor y Maestro—

los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Este fue el primero y sólido fundamento de toda la vida evangélica. Y aunque los Apóstoles y con ellos nuestro Padre San Francisco la entendieron altamente, pero sola María santísima fue la que llegó a penetrar y pesar la grandeza de la pobreza de espíritu; y como la entendió, la ejecutó hasta lo último de potencia. No entró en su corazón imagen de riquezas temporales, ni conoció esta inclinación, sino que, amando las cosas como hechuras del Señor, las aborrecía en cuanto eran tropiezo y embarazo del amor divino y usó de ellas parcísimamente y sólo en cuanto la movían o ayudaban a glorificar al Criador. A esta perfectísima y admirable pobreza era como debida la posesión de Reina de todos los cielos y criaturas. Todo esto es verdad; pero todo es poco para lo que entendió, apreció y obró nuestra gran Señora el tesoro de la pobreza de espíritu, que es la primera bienaventuranza.

801. La segunda: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mt 5, 4).* En esta doctrina y en su ejecución excedió María santísima con su mansedumbre dulcísima, no sólo a todos los mortales, como San Moisés en su tiempo a todos los que entonces eran (Num 12, 3), pero a los mismos ángeles y serafines, porque esta candidísima paloma en carne mortal estuvo más libre en su interior y potencias de turbarse y airarse en ellas, que los espíritus que no tienen sensibilidad como nosotros. Y en este grado inexplicable fue señora de sus potencias y operaciones del cuerpo terreno y también de los corazones de todos los que la trataban, y poseía la tierra de todas maneras, sujetándose a su obediencia apacible. La tercera: *Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados (Mt 5, 5).* Entendió María santísima la excelencia de las lágrimas y su valor, y también la estulticia y peligro de la risa y alegría mundana (Prov 14, 13), más de lo que ninguna lengua puede explicar; pues cuando todos los hijos de Adán, concebidos en pecado original y después manchados con los actuales, se entregan a la risa y deleites, esta divina Madre, sin tener culpa alguna ni haberla tenido, conoció que la vida mortal era para llorar la ausencia del sumo bien y los pecados que contra él fueron y son cometidos; llorólos dolorosamente

por todos, y merecieron estas lágrimas inocentísimas las consolaciones y favores que recibió del Señor. Siempre estuvo su purísimo corazón en prensa a la vista de las ofensas hechas a su amado y Dios eterno, con que destilaba agua que derramaban sus ojos y su pan de día y de noche era llorar (Sal 41, 4) las ingratitudes de los pecadores contra su Criador y Redentor. Ninguna pura criatura ni todas juntas lloraron más que la Reina de los Ángeles, estando en ellas la causa del llanto y lágrimas por la culpa y en María santísima la del gozo y leticia por la gracia.

802. En la cuarta bendición, que hace bienaventurados a los sedientos y hambrientos de la justicia (Mt 5, 6), alcanzó nuestra divina Señora el misterio de esta hambre y sed y la padeció mayor que el hastío de ella que todos los enemigos de Dios han tenido y tendrán. Porque llegando a lo supremo de la justicia y santidad, siempre estuvo sedienta de hacer más por ella y a esta sed correspondía la plenitud de gracia con que la saciaba el Señor, aplicándole el torrente de sus tesoros y suavidad de la divinidad. La quinta bienaventuranza de los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia de Dios (Mt 5, 7), tuvo un grado tan excelente y noble que sólo en ella se pudo hallar; por donde se llama Madre de Misericordia, como el Señor se llama Padre de las Misericordias (2 Cor 1, 3). Y fue que, siendo ella inocentísima, sin culpa alguna de que pedir a Dios misericordia, la tuvo en supremo grado de todo el linaje humano y le remedió con ella. Y porque conoció con altísima ciencia la excelencia de esta virtud, jamás la negó ni negará a nadie que se la pidiere, imitando en esto perfectísimamente al mismo Dios, como también en adelantarse (Sal 58, 11) y salir al encuentro a los pobres y necesitados para ofrecerles el remedio.

803. La sexta bendición, que toca a los limpios de corazón, para ver a Dios (Mt 5, 8), estuvo en María santísima sin semejante. Porque era electa como el sol (Cant 6, 9), imitando al verdadero Sol de Justicia y al material que nos alumbra y no se mancha de las cosas inferiores e inmundas; y en el corazón y potencias de nuestra Princesa purísima jamás entró especie ni imagen de

cosa impura, antes en esto estaba como imposibilitada por la pureza de sus limpísimos pensamientos, a que desde el primer instante pudo corresponder la visión que tuvo en él de la divinidad y después las demás que en esta Historia se refieren (Cf. supra p. I n. 333, 430; p. II n. 138, 473; infra p. III n. 62, 494, etc.), aunque por el estado de viadora fueron de paso y no perpetuas. La séptima, de los pacíficos que se llamarán hijos de Dios (Mt 5, 9), se le concedió a nuestra Reina con admirable sabiduría, como la había menester para conservar la paz de su corazón y potencias en los sobresaltos y tribulaciones de la vida, pasión y muerte de su Hijo santísimo. Y en todas estas ocasiones y las demás fue un vivo retrato de su pacificación. Nunca se turbó desordenadamente y supo admitir las mayores penas con la suprema paz, quedando en todo perfecta Hija del Padre celestial; y este título de Hija del Padre Eterno se le debía singularmente por esta excelencia. La octava, que beatifica a los que padecen por la justicia (Mt 5, 10), llegó en María santísima a lo sumo posible; pues quitarle la honra y la vida a su Hijo santísimo y Señor del mundo, por predicar la justicia y enseñarla a los hombres, y con las condiciones que tuvo esta injuria, sola María y el mismo Dios la padecieron con alguna igualdad, pues era ella verdadera Madre, como el Señor era Padre de su Unigénito. Y sola esta Señora imitó a Su Majestad en sufrir esta persecución y conoció que hasta allí había de ejecutar la doctrina que su divino Maestro enseñaría en el Evangelio.

804. A este modo puedo declarar algo de lo que he conocido de la ciencia de nuestra gran Señora en comprender la doctrina del Evangelio y en obrarla. Y lo mismo que he declarado en las Bienaventuranzas podía decir de los demás preceptos y consejos del Evangelio y de sus parábolas; como son el precepto de amar a los enemigos, perdonar las injurias, hacer las obras ocultas o sin gloria vana, huir la hipocresía; y con esta doctrina toda la de los consejos de perfección y las parábolas del tesoro, de la margarita, de las vírgenes, de la semilla, de los talentos y cuantas contienen todos cuatro Evangelistas. Porque todas las entendió con la doctrina que contenían, con los fines altísimos a donde el divino Maestro las encaminaba, y todo lo más santo y ajustado a su divina voluntad entendió cómo

se había de obrar y así lo ejecutó sin omitir sola una tilde ni una letra (Mt 5, 18). Y de esta Señora podemos decir lo mismo que dijo Cristo nuestro bien: *que no vino a soltar la ley sino a cumplirla.*

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

805. Hija mía, al verdadero maestro de la virtud le conviene enseñar lo que obra y obrar lo que enseña (Mt 5, 19), porque el decir y el hacer son dos partes del magisterio, para que las palabras enseñen y el ejemplo mueva y acredite lo que se enseña, para que sea admitido y ejecutado; todo esto hizo mi Hijo santísimo, y yo a su imitación. Y porque no siempre había de estar Su Majestad ni yo tampoco en el mundo, quiso dejar los Sagrados Evangelios como trasunto de su vida, y también de la mía, para que los hijos de la luz, creyendo en ella y siguiéndola, ajustasen sus vidas con la de su Maestro, con la observancia de la doctrina evangélica que les dejaba; pues en ella quedaba practicada la doctrina que el mismo Señor me enseñó y me ordenó a mí para que le imitase; tanto como esto pesan los Sagrados Evangelios y tanto los debes estimar y tener en extremada veneración. Y te advierto que para mi Hijo santísimo y para mí es de grande gloria y complacencia ver que sus divinas palabras, y las que contienen su vida, son respetadas y estimadas dignamente de los hombres, y por el contrario reputa el Señor por grande injuria que sean los Evangelios y su doctrina olvidada de los hijos de la Iglesia, porque hay tantos en ella que no entienden, atienden, ni agradecen este beneficio, ni hacen de él más memoria que si fueran paganos o no tuvieran la luz de la fe.

806. Tu deuda es grande en esta parte, porque te ha dado ciencia de la veneración y aprecio que yo hice de la doctrina evangélica y de lo que trabajé en ponerla por obra; y si en esto no has podido conocer todo lo que yo obraba y entendía —que no es posible a tu capacidad— por lo menos con ninguna nación he mostrado mi dignación más que contigo en este beneficio. Atiende, pues, con gran desvelo cómo has de corresponder a él y no malograr el amor que has concebido con las divinas Escrituras, y más con los

Evangelios y su altísima doctrina. Ella ha de ser tu lucerna (Sal 118, 105) encendida en tu corazón, y mi vida tu ejemplar y dechado, que sirva para formar la tuya. Pondera cuánto vale y te importa hacerlo con toda diligencia y el gusto que recibirá mi Hijo y mi Señor y que de nuevo me daré yo por obligada para hacer contigo el oficio de madre y maestra. Teme el peligro de no atender a los llamamientos divinos, que por este olvido se pierden innumerables almas, y siendo tan frecuentes y admirables los que tienes de la liberal misericordia del Todopoderoso y no correspondiendo a ellos sería tu grosería reprensible y aborrecible al Señor, a mí y a sus santos.

CAPITULO 9

Declárase cómo conoció María santísima los artículos de fe que había de creer la Santa Iglesia y lo que hizo con este favor..

807. El fundamento inmutable de nuestra justificación y la raíz de toda la santidad es la fe de las verdades que reveló Dios a su Santa Iglesia; y así la fundó sobre esta firmeza, como arquitecto prudentísimo que edifica su casa sobre la piedra firme, para que los ímpetus furiosos de las avenidas y diluvios no la puedan mover (Lc 6, 48). Esta es la estabilidad invencible de la Iglesia evangélica, que es sola una, católica, romana. Una, en la unidad de la fe, de la esperanza y caridad que en ella se fundan; una sin división ni contradicción, como las hay en todas las sinagogas de Satanás (Ap 2, 9), que son todas las falsas sectas, errores y herejías, tan tenebrosas y oscuras que no sólo se encuentran unas con otras y todas con la razón, pero cada una se encuentra consigo misma en sus errores, afirmando y creyendo cosas repugnantes y contrarias entre sí y que las unas derriban a las otras y prevalecen. Y contra todas queda siempre invicta nuestra santa fe, sin que las puertas del infierno prevalezcan ni una tilde contra ella (Mt 16, 18), aunque más ha pretendido y pretende embestirla para ventilarla y zarandearla como trigo, como a su vicario Pedro (Lc 22, 31), y en él a todos sus sucesores; así se lo dijo el Maestro de la vida.

808. Para que nuestra divina Señora recibiera adecuada noticia de toda la doctrina evangélica y de la ley de gracia, era necesario que en el océano de estas maravillas y gracias entrara la noticia de todas las verdades católicas que en el tiempo del Evangelio habían de ser creídas de los fieles, y en particular de los artículos a donde como a sus principios y orígenes se reducen. Porque todo esto cabía en la capacidad de María santísima y todo se pudo fiar de su incomparable sabiduría, hasta los mismos artículos y verdades católicas que le tocaban a ella y se habían de creer en la Iglesia; porque todo lo conoció —como diré adelante (Cf. infra n. 812)— con la circunstancia de los tiempos y lugares y medios y modos con que en los siglos futuros sucedería todo oportunamente, cuando fuese necesario. Para informar a la beatísima Madre, especialmente de estos artículos, la dio el Señor una visión de la divinidad en el modo abstractivo que otras veces he dicho; y en ella se le manifestaron ocultísimos sacramentos de los investigables juicios del Altísimo y de su providencia, y conoció la clemencia de su infinita bondad con que había ordenado el beneficio de la santa fe infusa, para que las criaturas ausentes de la vista de la divinidad la pudieran conocer breve y fácilmente sin diferencia y sin aguardar ni buscar esta noticia por la ciencia natural, que alcanzan muy pocos y éstos muy limitada; pero nuestra fe católica desde el primer uso de razón nos lleva luego al conocimiento, no sólo de la divinidad en tres personas, sino de la humanidad de Cristo Señor nuestro y de los medios para conseguir la eterna vida; todo lo cual no alcanzan las ciencias humanas, infecundas y estériles si no las realza la fuerza y virtud de la fe divina.

809. Conoció en esta visión nuestra gran Reina todos estos misterios profundamente y cuanto en ellos se contiene, y que la Santa Iglesia tendría los catorce artículos de la fe católica desde su principio, y que después determinaría en diversos tiempos muchas proposiciones y verdades que en ellos y en las divinas Escrituras estaban encerrados como en su raíz, que cultivándola produce el fruto. Y después de conocer todo esto en el Señor, saliendo de la visión que he referido, lo vio con otra ordinaria —que

tengo declarada, (Cf. supra n. 481, 534, 546, 694)— en el alma santísima de Cristo y conoció cómo toda esta fábrica estaba ideada en la mente del divino Artífice, y después lo confirió todo con Su Majestad, cómo se había de ejecutar, y que la divina Princesa era la primera que lo había de creer singular y perfectamente, y así lo fue ejecutando en cada uno de los artículos por sí. En el primero de los siete que pertenecen a la divinidad, creyendo conoció cómo era *uno solo el verdadero Dios,* independiente, necesario, infinito, inmenso en sus atributos y perfecciones, inmutable y eterno; y cuan debido y justo y necesario era a las criaturas creer esta verdad y confesarla. Dio gracias por la revelación de este artículo, y pidió a su Hijo santísimo continuase este favor con el linaje humano y les diese gracia a los hombres para que le admitiesen y conociesen la verdadera divinidad. Con esta luz infalible, aunque oscura, conoció la culpa de la idolatría que ignora esta verdad y la lloró con amargura y dolor incomparable y en su oposición hizo grandiosos actos de fe y de reverencia al Dios único y verdadero y otros muchos de todas las virtudes que pedía este conocimiento.

810. El segundo artículo, *creer que es Padre,* lo creyó, y conoció que se daba para que los mortales pasasen del conocimiento de la Divinidad al de la Trinidad de las Personas que en ella hay y de los otros artículos que la explican y suponen, para que llegasen a conocer perfectamente su último fin, cómo le habían de gozar y los medios para conseguirle. Entendió cómo la persona del Padre no podía nacer ni proceder de otra y que ella era como el origen de todo, y así se le atribuye la creación de cielo y tierra y todas sus criaturas, como al que es sin principio y lo es de cuanto tiene ser. Por este artículo dio gracias nuestra divina Señora en nombre de todo el linaje humano, y obró todo lo que pedía esta verdad. El tercero artículo, *creer que es Hijo,* lo creyó la Madre de la gracia con especialísima luz y conocimiento de las procesiones *ad intra;* de las cuales la primera en orden de origen es la eterna generación del Hijo, que por obra de entendimiento es engendrado y lo será *ab aeterno* de solo el Padre, no siendo postrero sino igual en la divinidad, eternidad, infinidad y atributos. El cuarto artículo, *creer que es Espíritu Santo,* lo creyó y entendió, conociendo que la tercera

persona del Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo como de un principio por acto de voluntad, quedando igual con las dos personas, sin otra diferencia entre ellas más que la distinción personal que resulta de las emanaciones y procesiones del entendimiento y voluntad infinitos. Y aunque de este misterio tenía María santísima las noticias y visiones que en otras ocasiones dejo declaradas (Cf. supra p. I n. 123, 229, 312) en ésta se le renovaron con las condiciones y circunstancias de haber de ser artículos de fe en la Iglesia futura y con inteligencia de las herejías que contra estos artículos sembraría Lucifer, como las había fraguado en su cabeza desde que cayó del cielo y conoció la Encarnación del Verbo. Y contra todos estos errores hizo la beatísima Señora grandes actos, al modo que dejo dicho.

811. Él quinto artículo, *que el Señor es Criador,* creyó María santísima conociendo cómo la creación de todas las cosas, aunque se atribuye al Padre, como dejo declarado, núm. 810, es común a todas las tres Personas, en cuanto son un solo Dios infinito y poderoso; y que de solo Él penden las criaturas en su ser y conservación y que ninguna tiene virtud para criar a otra produciéndola de nada —que es la creación— aunque sea ángel y la criatura un gusanillo, porque sólo el que es independiente en su ser puede obrar sin dependencia de otra causa inferior o superior. Entendió la necesidad de este artículo en la Iglesia Santa contra los engaños de Lucifer, para que Dios fuese conocido y respetado por autor de todas las criaturas. El sexto artículo, *que es Salvador,* entendió de nuevo con todos los misterios que encierra de la predestinación, vocación y justificación final, y de los réprobos, que por no aprovecharse de los medios oportunos que la misericordia divina les había ofrecido y les daría perderían la felicidad eterna. Conoció también la fidelísima Señora cómo convenía ser Salvador a las tres divinas Personas y cómo a la del Verbo especialmente en cuanto hombre, porque él se había de entregar en precio y rescate y el mismo Dios lo había de aceptar, dándose por satisfecho por los pecados original y actuales. Y atendía esta gran Reina a todos los sacramentos y misterios que la Santa Iglesia había de recibir y creer y en la inteligencia de todos hacía heroicos actos de muchas virtudes. En el séptimo artículo, *que es Glorificador,*

'entendió lo que contenía para las criaturas mortales, de la felicidad que les estaba prevenida en la fruición y vista beatífica y cuánto les importa tener fe de esta verdad, para disponerse a conseguirla y reputarse no por vecinos de la tierra sino por peregrinos en ella y ciudadanos del cielo (Ef 2, 19), en cuya fe y esperanza viviesen consolados en este destierro.

812. De los siete artículos que pertenecen a la humanidad tuvo igual conocimiento nuestra gran Reina, pero con nuevos efectos en su candidísimo y humilde corazón. Porque en el primero, que su Hijo santísimo fue concebido en cuanto hombre por obra del Espíritu Santo, como este misterio se había obrado en su virginal tálamo y conoció que sería artículo de fe en la Santa Iglesia militante con los demás que se siguen, fueron inexplicables los afectos que movió esta noticia en la prudentísima Señora. Humillóse hasta lo ínfimo de las criaturas y profundo de la tierra, profundó el conocimiento de que había sido criada de nada, abrió zanjas y puso el cimiento de la humildad para el encumbrado y alto edificio de la plenitud de ciencia infusa y excelente perfección que iba edificando la diestra del Muy Alto en su santísima Madre. Alabó al Todopoderoso y diole gracias por sí misma y por todo el linaje humano, porque eligió tan admirable y eficaz medio para atraer el Señor a sí todos los corazones, obrando este beneficio y obligándoles a que le tuviesen presente por la fe cristiana. Lo mismo hizo en el segundo artículo, que Cristo nuestro Señor nació de María Virgen antes, en el parto y después de él. En este misterio de su intacta virginidad, que tanto la divina Reina había estimado, y el haberla elegido el Señor por Madre con estas condiciones entre todas las criaturas, en la decencia y dignidad de este privilegio, así para la gloria del Señor como para la suya, y que todo lo había de creer y confesar la Iglesia Santa con certeza de fe católica; en todo esto y lo demás que creyó y conoció la gran Señora no es posible con razones manifestar la alteza de sus operaciones y obras que hizo, dando a cada uno de estos misterios la plenitud que pedía de magnificencia, culto, creencia, alabanza y agradecimiento, quedándose ella con más profundidad humillada y cuanto era levantada se aniquilaba y pegaba con el polvo.

813. Es el tercero artículo que Cristo nuestro Señor padeció muerte y pasión. El cuarto, que descendió a los infiernos y sacó las almas de los santos Padres que estaban en el limbo (de los Padres) esperando su venida. El quinto, que resucitó entre los muertos. El sexto, que subió a los cielos y se asentó a la diestra del Padre Eterno. El séptimo, que de allí ha de venir a juzgar vivos y muertos en el juicio universal, para dar a cada uno el galardón (el Cielo para los justos y el infierno para los pecadores no arrepentidos que mueren en impenitencia final) de las obras que hubiere hecho. Estos artículos como todos los demás creyó y conoció y entendió María santísima cuanto a la sustancia, cuanto al orden y conveniencias y la necesidad que tenían los mortales de esta fe. Y ella sola llenó su vacío y suplió los defectos de todos los que no han creído ni creerán y la mengua de nuestra tibieza en creer las divinas verdades y en darles el peso, la veneración y agradecidos efectos que piden. Llame toda la Iglesia a nuestra Reina dichosísima y bienaventurada porque creyó (Lc 1, 45), no sólo al embajador del cielo, sino también porque después de aquella fe creyó los artículos que se formaron y determinaron en su tálamo virginal, y los creyó por sí y por todos los hijos de Adán. Ella fue la Maestra de la divina fe y la que a vista de los cortesanos del cielo enarboló el estandarte de los fieles en el mundo. Ella fue la primera Reina católica del orbe y la que no tendrá segunda, pero tendrán segura Madre en ella los verdaderos católicos y por este título especial son hijos suyos si la llaman, porque sin duda esta piadosa Madre y Capitana de la fe católica mira con especial amor a los que la siguen en esta gran virtud y en su propagación y defensa.

814. Fuera este discurso muy prolijo, si en él hubiera yo de manifestar todo lo que se me ha declarado de la fe de nuestra gran Señora, de sus condiciones y circunstancias con que penetraba cada uno de los doce artículos y de las verdades católicas que en ellos se encierran. Las conferencias que sobre esto tenía con su divino maestro Jesús, las preguntas que acerca de ellos le hacía con inaudita humildad y prudencia, las respuestas que su Hijo dulcísimo le daba, los profundos secretos que

amantísimamente la declaraba y otros venerables sacramentos que sólo a Hijo y Madre eran manifiestos, no tengo yo palabras para tan divinos misterios. Y también se me ha dado a entender que no todos conviene manifestarlos en esta vida mortal, pero todo este nuevo y divino testamento quedó depositado en María santísima y fidelísimamente le guardó ella sola, para dispensar a sus tiempos lo que de aquel tesoro pedían y piden las necesidades de la Santa Iglesia. ¡Dichosa y bienaventurada Madre!, pues si el hijo sabio es alegría del padre (Prov 10,1), ¿quién podrá explicar la que recibió esta gran Reina de la gloria que resultaba al eterno Padre de su Hijo unigénito, de quien ella era Madre, con los misterios de sus obras, que conoció en las verdades de la fe santa de la Iglesia?

Doctrina que me dio la divina Señora María santísima.

815. Hija, no es capaz el estado de la vida mortal para que en él se pueda conocer lo que yo sentí con la fe y noticia infusa de los artículos que mi Hijo santísimo disponía para la Santa Iglesia y lo que en esta creencia obraron mis potencias. Y es forzoso que a ti te falten términos para que declares lo que has entendido, porque todos los que alcanza el sentido son cortos para comprender el concepto de este misterio y manifestarlo; pero lo que de ti quiero y te mando es lo que con el favor divino puedes hacer: que guardes con toda reverencia y cuidado el tesoro que has hallado de la doctrina y ciencia de tan venerables sacramentos. Porque como madre te aviso y te advierto de la crueldad tan sagaz con que se desvelan tus enemigos para robártele. Atiende solícita y cuidadosa, que te hallen vestida de fortaleza (Prov 31, 17), y tus domésticos, que son tus potencias y sentidos, con vestiduras dobladas de interior (Prov 31, 21) y exterior custodia que resista a la batería de tus tentaciones. Pero las armas ofensivas y poderosas para vencer a los que te hacen guerra han de ser los artículos de la fe católica, porque su continuo ejercicio y firme credulidad, la meditación y atención ilumina las almas, destierra los errores, descubre los engaños de Satanás y los deshace como los rayos del sol a las livianas nubes, y a más de esto sirve de alimento y sustancia

espiritual que hace robustas las almas para las guerras del Señor.

816. Y si los fieles no sienten estos y otros mayores y más admirables efectos de la fe, no es porque a ella le falte la eficacia y virtud para hacerlos, sino que de parte de los creyentes hay tanto olvido y negligencia en algunos y otros se entregan tan ciegamente a la vida carnal y bestial, que malogran este beneficio de la fe y apenas se acuerdan de usar de ella más que si no la hubieran recibido. Y viendo ellos cómo los infieles no la tienen, y ponderando su desdicha e infidelidad, como es razón, vienen a ser mucho peores que ellos por esta aborrecible ingratitud y desprecio de tan alto y soberano don. De ti quiero, carísima hija mía, que le agradezcas con profunda humildad y fervoroso afecto, que le ejercites con incesantes actos heroicos, que medites siempre los misterios que te enseña la fe, para que sin embarazos terrenos goces de los divinos y dulcísimos efectos que causa. Y tanto más eficaces y poderosos serán en ti, cuanto más viva y penetrante fuere la noticia que te diere la fe. Y concurriendo de tu parte con la diligencia que te toca, crecerá la luz y la inteligencia de los encumbrados y admirables misterios y sacramentos del ser de Dios trino y uno, de la unión hipostática de las dos naturalezas, divina y humana, de la vida, muerte y resurrección de mi Hijo santísimo y de todos los demás que obró; con que gustarás de su suavidad (Sal 33,9) y cogerás copioso fruto digno del descanso y felicidad eterna.

CAPITULO 10

Tuvo María santísima nueva luz de los diez mandamientos y lo que obró con este beneficio.

817. Como los artículos de la fe católica pertenecen a los actos del entendimiento, de quienes son objeto, así los mandamientos tocan a los actos de la voluntad. Y aunque todos los actos libres penden de la voluntad en todas las virtudes infusas y adquiridas, pero no igualmente salen de ella, porque los actos de la fe libre nacen inmediatamente del entendimiento que los produce y sólo penden de la

voluntad en cuanto ella los manda con afecto puro, santo, pío y reverencial; porque los objetos y verdades oscuras no necesitan al entendimiento para que sin consulta de la voluntad las crea y así aguarda lo que quiere la voluntad, pero en las demás virtudes la misma voluntad por sí obra y sólo pide del entendimiento que la proponga lo que ha de hacer, como quien lleva la luz delante. Pero ésta es tan señora y libre, que no admite imperio del entendimiento ni violencia de nadie; y así lo ordenó el altísimo Señor para que ninguno le sirva por tristeza o necesidad, con violencia o compelido, sino ingenuamente libre y con alegría, como lo enseña el Apóstol (2 Cor 8, 7).

818. Estando María santísima ilustrada tan divinamente de los artículos y verdades de la fe católica, para que fuese renovada en la ciencia de los diez preceptos del Decálogo tuvo otra visión de la divinidad en el mismo modo que se dijo en el capítulo pasado (Cf. supra n. 808). Y en ella se le manifestaron con mayor plenitud y claridad todos los misterios de los divinos mandamientos, cómo estaban decretados en la mente divina para encaminar a los mortales hasta la vida eterna y cómo se le habían dado a San Moisés en las dos tablas: en la primera los tres que tocan al honor del mismo Dios y en la segunda los siete que se ejercitan con el prójimo; y que el Redentor del mundo, su Hijo santísimo, los había de renovar en los corazones humanos, comenzando de la misma Reina y Señora la observancia de todos y de cuanto en sí comprenden. Conoció también el orden que tenían y la necesidad de que por él llegasen los hombres a la participación de la divinidad. Tuvo inteligencia clara de la equidad, sabiduría y justicia con que estaban ordenados los mandamientos por la voluntad divina, y que era ley santa, inmaculada, suave, ligera, pura, verdadera y acendrada para las criaturas, porque era tan justa y conforme a la naturaleza capaz de razón que la podían y debían abrazar con estimación y gusto, y que el Autor tenía preparada la gracia para ayudar a su observancia. Otros muchos y muy altos secretos y misterios ocultos conoció en esta visión nuestra gran Reina sobre el estado de la Iglesia Santa y los que en ella habían de guardar sus divinos preceptos y los que los habían de quebrantar y despreciar para no recibirlos o no guardarlos

ni admitirlos.

819. Salió de esta visión la candidísima paloma enardecida y transformada en el amor y celo de la ley divina y luego fue a su Hijo santísimo, en cuyo interior la conoció de nuevo, como en los decretos de su sabiduría y voluntad la tenía dispuesta para renovarla en la ley de gracia, y conoció asimismo con abundante luz el beneplácito de Su Majestad y el deseo de que ella fuese la estampa viva de todos los preceptos que contenía. Verdad es que la gran Señora —como he dicho repetidas veces (Cf. supra p. I n. 499, 636, etc.)— tenía ciencia habitual y perpetua de todos estos misterios y sacramentos, para que usase de ella continuamente, pero con todo eso se le renovaban estos hábitos y recibían mayor intensión cada día. Y como la extensión y profundidad de los objetos era casi inmensa, quedaba siempre como infinito campo a donde extender la vista de su interior y conocer nuevos secretos y misterios; y en esta ocasión eran muchos los que de nuevo la enseñaba el divino Maestro, proponiéndole su Ley Santa y preceptos con el orden y modo convenientísimo que habían de tener en la Iglesia militante de su Evangelio y singularmente de cada uno le daba copiosas y singulares inteligencias con nuevas circunstancias. Y aunque nuestra limitada capacidad y noticia no pueden alcanzar tan altos y soberanos sacramentos, a la divina Señora ninguno se le ocultó, ni su profundísima ciencia se ha de medir con la regla de nuestro corto entendimiento.

820. Ofrecióse humillada a su Hijo santísimo, y con preparado corazón para obedecerle en la guarda de sus mandamientos le pidió le enseñase y diese su divino favor para ejecutar todo lo que en ellos mandaba. Respondióla Su Majestad diciendo: Madre mía, electa y predestinada por mi eterna voluntad y sabiduría para el mayor agrado y beneplácito de mi Padre, que en cuanto a mi divinidad es el mismo: nuestro amor eterno, que nos obligó a comunicar nuestra divinidad a las criaturas levantándolas a la participación de nuestra gloria y felicidad, ordenó esta ley santa y pura por donde llegasen los mortales a conseguir el fin para que fueron criados por nuestra clemencia. Y este deseo que tenemos descansará en ti, paloma y amiga mía,

dejando en tu corazón grabada nuestra ley divina con tanta eficacia y claridad, que desde tu ser por toda la eternidad no pueda ser oscurecida ni borrada y que su eficacia no sea impedida ni en cosa alguna quede vacía, como en los demás hijos de Adán. Advierte, Sunamitis, y carísima, que toda es inmaculada y pura esta ley, y la queremos depositar en sujeto inmaculado y purísimo, en quien se glorifiquen nuestros pensamientos y obras.

821. Estas palabras, que en la divina Madre tuvieron la eficacia de lo que contenían, la renovaron y deificaron con la inteligencia y práctica de los diez preceptos y de sus misterios singularmente; y convirtiendo su atención a la celestial luz y el ánimo a la obediencia de su divino Maestro entendió aquel primero y mayor precepto: *Amarás a Dios sobre todas las cosas, de todo tu corazón,* de toda tu mente, con todas tus fuerzas y fortaleza, como después lo escribieron los Evangelistas (Mt 22, 37; Mc 12, 30; Lc 10, 27) y antes San Moisés en el Deuteronomio (Dt 6, 5), con aquellas condiciones que le puso el Señor, mandando que se guardase en el corazón y los padres le enseñasen a sus hijos y todos meditasen en él en casa y fuera de ella, sentados y caminando, durmiendo y velando, y siempre le trajesen delante los ojos interiores del alma. Y como le entendió nuestra Reina, así cumplió este mandamiento del amor de Dios, con todas las condiciones y eficacia que Su Majestad le mandó. Y si ninguno de los hijos de los hombres en esta vida llegó a cumplirle con toda plenitud, María santísima se la dio en carne mortal más que los supremos y abrasados serafines, santos y bienaventurados en el cielo. Y no me alargo ahora más en esto, porque de la caridad de la gran Reina dije algo en la primera parte (Cf. supra p. I n. 521ss), hablando de sus virtudes. Pero en esta ocasión señaladamente lloró con amargura los pecados que se habían de cometer en el mundo contra este gran mandamiento y tomó por su cuenta recompensar con su amor las menguas y defectos que en él habían de incurrir los mortales.

822. Al primer precepto del amor siguen los otros dos, que son: el segundo, de no deshonrarle jurando vanamente, y honrarle en sus fiestas guardándolas y santificándolas, que

es el tercero. Estos mandamientos penetró y comprendió la Madre de la sabiduría y los puso en su corazón humilde y pío y les dio el supremo grado de veneración y culto de la divinidad. Ponderó dignamente la injuria de la criatura contra el ser inmutable de Dios y su bondad infinita en jurar por ella vana o falsamente o blasfemando contra la veneración debida a Dios en sí mismo y en sus Santos. Y con el dolor que tuvo, conociendo los pecados que atrevidamente hacían y harían los hombres contra este mandamiento, pidió a los Santos Ángeles que la asistían que de su parte de la gran Reina encargasen a todos los demás custodios de los hijos de la Santa Iglesia que detuviesen a las criaturas que guardaba cada uno en cometer este desacato contra Dios, y para moderarlos les diesen inspiraciones y luz, y por otros medios los crucificasen y atemorizasen con el temor de Dios, para que no jurasen ni blasfemasen su santo nombre y, a más de esto, que pidiesen al Altísimo que diese muchas bendiciones de dulzura a los que se abstienen en jurar en vano y reverencian su ser inmutable, y la misma súplica con grande fervor y afecto hacía la purísima Señora. En cuanto a la santificación de las fiestas, que es el tercer mandamiento, tuvo la gran Reina de los Ángeles conocimiento en estas visiones de todas las festividades que habían de caer debajo de precepto en la Santa Iglesia y del modo cómo se habían de celebrar y guardar. Y aunque desde que estaba en Egipto —como dije en su lugar (Cf. supra n. 687)— había comenzado a celebrar las que tocaban a los misterios precedentes, pero desde esta noticia celebró otras fiestas, como de la Santísima Trinidad y las pertenecientes a su Hijo y de los Ángeles, y a ellos convidaba para estas solemnidades y para las demás que la Santa Iglesia había de ordenar, y por todas hacía cánticos de alabanza y agradecimiento al Señor. Y estos días señalados para el divino culto particularmente los ocupaba todos en él, no porque a su admirable atención interior la embarazasen las acciones corporales ni impidiesen su espíritu, sino para ejecutar lo que entendía se debía hacer santificando las fiestas del Señor y mirando a lo futuro de la ley de gracia, que con santa emulación y pronta obediencia quiso adelantarse a obrar todo lo que contenía, como primera discípula del Redentor del mundo.

823. La misma ciencia y comprensión tuvo María santísima respectivamente de los otros siete mandamientos que nos ordenan a nuestros prójimos y miran a ellos. En el cuarto, de honrar a los padres, conoció todo lo que comprendía por nombre de padres y cómo después del honor divino tiene el segundo lugar el que deben los hijos a los padres y cómo se le han de dar en la reverencia y en ayudarles y también la obligación de parte de los padres para con los hijos. En el quinto mandamiento, de no matar [También, que es lo mismo, no abortar. Sin embargo es permitido matar en legitima defensa propia y los jueces legítimos por justa causa y sus verdugos pueden matar. Ver el Catecismo de la Iglesia Católica.] conoció asimismo la Madre clementísima la justificación de este precepto, porque el Señor es autor de la vida y ser del hombre y no le quiso dar este dominio al mismo que la tiene, cuanto más a otro prójimo para que se la quite [injustamente] ni le haga injuria en ella. Y como la vida es el primero de los bienes de la naturaleza y fundamento de la gracia, alabó al Señor nuestra gran Reina porque así ordenaba este mandamiento en beneficio de los mortales. Y como los miraba hechuras del mismo Dios y capaces de su gracia y gloria y precio de la sangre que su Hijo había de ofrecer por ellos, hizo grandes peticiones sobre la guarda de este precepto en la Iglesia.

824. La condición del sexto mandamiento conoció nuestra purísima Señora al modo que los bienaventurados, que no miran el peligro de la humana flaqueza en sí mismo sino en los mortales y lo conocen sin que les toque. De más alto lugar de gracia lo miraba y conocía María santísima sin el fomes, que no pudo contraer por su preservación. Y fueron tales los afectos que tuvo esta gran honradora de la castidad, amándola y llorando los pecados de los mortales contra ella, que de nuevo hirió el corazón del Altísimo (Cant 4, 9) y, a nuestro modo de hablar, consoló a su Hijo santísimo en lo que le ofenderían los mortales contra este precepto. Y porque conoció que en la ley del Evangelio se extendería su observancia a instituir congregaciones de vírgenes y religiosos que prometiesen esta virtud de la castidad, pidió al Señor que les dejase vinculada su bendición. Y a instancia de la purísima Madre lo hizo Su Majestad y señaló el premio especial que corresponde a la virginidad,

porque siguieron en ella a la que fue Virgen y Madre del Cordero (Sal 44, 15). Y porque esta virtud se había de extender tanto a su imitación en la ley del Evangelio, dio al Señor gracias incomparables con afectuoso júbilo. No me detengo más en referir lo que estimaba esta virtud, porque dije algo hablando de ella en la primera parte (Cf. supra p.I n. 434) y en otras ocasiones (Cf. supra n. 133, 347).

825. De los demás preceptos —el séptimo, no hurtarás; el octavo, no levantarás falso testimonio; el noveno, no codiciarás la mujer ajena; el décimo, no desearás los bienes y cosas ajenas— tuvo María santísima la inteligencia singularmente que en los demás. Y en cada uno hacía grandes actos de lo que pedía su cumplimiento y de alabanza al Señor, agradeciéndole por todo el linaje humano que lo encaminase tan sabia y eficazmente a su eterna felicidad, por una ley tan bien ordenada en beneficio de los mismos hombres. Pues con su observancia no sólo aseguraban el premio que para siempre se les prometía, sino que también en la vida presente podían gozar de la paz y tranquilidad que los hiciera en su modo y respectivamente bienaventurados. Porque si todas las criaturas racionales se ajustaran a la equidad de la ley divina y se determinaran a guardarla y observar sus mandamientos, gozaran de una felicidad gustosísima y muy amable del testimonio de la buena conciencia, que todos los gustos humanos no se pueden comparar al consuelo que motiva ser fieles en lo poco y en lo mucho de la ley (Mt 25, 21). Y este beneficio más debemos a Cristo nuestro Redentor, que nos vinculó en el bien obrar satisfacción, descanso, consuelo y muchas felicidades juntas en la vida presente. Y si todos no lo conseguímos nace de que no guardamos sus mandamientos, y los trabajos, calamidades y desdichas del pueblo son como efectos inseparables del desorden de los mortales, y dando cada uno la causa de su parte, somos tan insensatos que en llegando el trabajo luego vamos a buscar a quién imputarle, estando dentro de cada uno la causa.

826. ¿Quién bastará a ponderar los daños que en la vida presente nacen de hurtar lo ajeno y de no guardar el mandamiento que lo prohíbe, contentándose cada uno con

su suerte y esperando en ella el socorro del Señor, que no desprecia a las aves del cielo ni se olvida de los ínfimos gusanillos? ¿Qué miserias y aflicciones no están padeciendo los del pueblo cristiano por no se contener los príncipes en los reinos que les dio el Sumo Rey? Antes pretendiendo ellos extender el brazo y sus coronas, no han dejado en el mundo quietud ni paz, haciendas, vidas ni almas para su Criador. Los testimonios falsos y mentiras, que ofenden a la suma verdad y a la comunicación humana, no causan menos daños y discordias, con que se trasiega la paz y tranquilidad de los corazones de los mortales y uno y otro los indisponen para ser asiento y morada de su Criador, que es lo que quiere de ellos. El codiciar la mujer ajena y adulterar contra justicia, violar la ley santa del matrimonio, confirmada y santificada por Cristo nuestro Señor con el sacramento, ¿cuántos males ocultos y manifiestos ha causado y causa entre los católicos? Y si pensamos que muchos están escondidos a los ojos del mundo —¡ya lo estuvieran más!— pero en los ojos de Dios que es justísimo y recto juez, no se pasan sin castigo de presente y después será más severo cuanto más ha disimulado Su Majestad, por no destruir la república cristiana castigando ahora dignamente este pecado.

827. De todas estas verdades era testigo nuestra gran Reina, mirándolas en el Señor, y aunque conocía la vileza de los hombres, que tan ligeramente y por cosas tan ínfimas pierden el decoro y respeto al mismo Dios, y que Su Majestad tan benignamente previno la necesidad de ponerles tantas leyes y preceptos, con todo esto ni se escandalizó la prudentísima Señora de la humana fragilidad, ni se admiraba de nuestras ingratitudes, antes bien como piadosa madre se compadecía de todos los mortales y con ardentísimo amor los amaba y agradecía por ellos las obras del Altísimo y recompensaba las transgresiones que habían de cometer contra la ley evangélica y rogaba y pedía para todos la perfección y observancia de ella. Toda la comprensión de los diez preceptos en los dos que son amar a Dios y al prójimo como a sí mismo, conoció María santísima profundamente y que en estos dos objetos bien entendidos y practicados se resuelve toda la verdadera sabiduría, pues el que alcanza

su ejecución no está lejos del reino de Dios, como lo dijo el mismo Señor en el Evangelio (Mc 12, 34) y que la guarda de estos preceptos se antepone y vale más que los sacrificios y holocaustos (Mc 12, 33). Y en el grado que tuvo esta ciencia nuestra gran Maestra, puso en práctica la doctrina de esta Santa Ley, como se contiene en los Evangelios, sin faltar a la observancia de todos los preceptos y consejos de él ni omitir el menor. Y sola esta divina Princesa obró más la doctrina del Redentor del mundo, su Hijo santísimo, que todo el resto de los Santos y fieles de la Santa Iglesia.

Doctrina que me dio la divina Señora y *Reina del cielo.*

828. Hija mía, si el Verbo del eterno Padre bajó de su seno a tomar en mi vientre la humanidad y redimir en ella al linaje humano, necesario era que, para dar luz a los que estaban en las tinieblas y sombra de la muerte (Lc 1, 79) y llevarlos a la felicidad que habían perdido, viniera Su Majestad a ser su luz, su camino, su verdad y su vida (Jn 14, 6), y que les diese una ley tan santa que los justificase, tan clara que los ilustrase, tan segura que les diese confianza, tan poderosa que los moviese, tan eficaz que los ayudase y tan verdadera que a todos los que la guardan diese alegría y sabiduría. Para obrar estos efectos y otros tan admirables tiene virtud la inmaculada ley del Evangelio en sus preceptos y consejos, y de tal manera compone y ordena a las criaturas racionales, que sólo en guardarla consiste toda su felicidad espiritual y corporal, temporal y eterna. Y por esto entenderás la ciega ignorancia de los mortales con que los engaña la fascinación de sus mortales enemigos, pues inclinándose tanto los hombres a su felicidad propia y deseándola todos, son tan pocos los que atinan con ella, porque no la buscan en la ley divina donde solamente pueden hallarla.

829. Prepara tu corazón con esta ciencia, para que el Señor a imitación mía escriba en él su Santa Ley, y de tal manera te aleja y olvida de todo lo visible y terreno, que todas tus potencias queden libres y despejadas de otras imágenes y especies y solas se hallen en ellas las que fijare el dedo del Señor, de su doctrina y beneplácito, como se contiene en las verdades del Evangelio. Y para que tus de-

seos no se frustren ni sean estériles, pide continuamente de día y de noche al Señor que te haga digna de este beneficio y promesa de mi Hijo santísimo. Considera con atención que este descuido sería en ti más aborrecible que en todos los demás vivientes, pues a ninguno más que a ti ha llamado y compelido a su divino amor con semejantes fuerzas y beneficios como a ti. En el día de esta abundancia y en la noche de la tentación y tribulación tendrás presente esta deuda y el celo del Señor, para que ni los favores te levanten, ni las penas y aflicciones te opriman; y así lo conseguirás si en el uno y otro estado te conviertes a la divina ley escrita en tu corazón, para guardarla inviolablemente y sin remisión ni descuido, con toda perfección y advertencia. Y en cuanto al amor de los prójimos, aplica siempre aquella primera regla con que se debe medir para ejecutarla, de querer para ellos lo que para ti misma (Mt 22, 39). Si tú deseas y apeteces que piensen y hablen bien de ti y que obren, eso has de ejecutar con tus hermanos; si sientes que te ofendan en cualquiera niñería huye de darles ese pesar y si en otros te parece mal que disgusten a los prójimos no lo hagas, pues ya conoces que desdice a su regla y medida y a lo que el Altísimo manda. Llora también tus culpas y las de tus prójimos, porque son contra Dios y su ley santa, y ésta es buena caridad con el Señor y con ellos. Y duélete de los trabajos ajenos como de los tuyos, imitándome en este amor.

CAPITULO 11

La inteligencia que tuvo María santísima de los Siete Sacramentos que Cristo Señor nuestro había de instituir y de los cinco preceptos de la Iglesia.

830. Para complemento de la hermosura y riquezas de la Santa Iglesia fue conveniente que su artífice, Cristo nuestro Reparador, ordenase en ella los Siete Sacramentos que tiene, donde quedasen como en común depósito los tesoros infinitos de sus merecimientos y el mismo Autor de todo, por inefable modo de asistencia pero real y verdadera, para que los hijos fieles se alimentasen de su hacienda y consolasen con su presencia, en prendas de la que esperan

gozar eternamente y cara a cara. Era también necesario para la plenitud de ciencia y gracia de María santísima, que todos estos misterios y tesoros se trasladasen a su dilatado y ardiente corazón, para que por el modo posible quedase depositada y estampada en él toda la ley de gracia al modo que lo estaba en su Hijo santísimo, pues en su ausencia había de ser Maestra de la Iglesia y enseñar a sus primogénitos el rigor y puntualidad con que todos estos sacramentos se habían de venerar y recibir.

831. Manifestósele todo esto a la gran Señora con nueva luz en el mismo interior de su Hijo santísimo, con distinción de cada misterio en singular. Y lo primero, conoció cómo la antigua ley de la dura circuncisión se había de sepultar con honor, entrando en su lugar el suavísimo y admirable sacramento del bautismo. Tuvo inteligencia de la materia de este sacramento, que había de ser agua pura elemental, y que la forma sería con las mismas palabras que fue determinado, expresando las tres divinas personas con los nombres de (N. YO TE BAUTIZO EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO) Padre, Hijo y Espíritu Santo, para que los fieles profesasen la fe explícita de la Santísima Trinidad. Entendió la virtud que al bautismo había de comunicar Cristo, su autor y Señor nuestro, quedando con eficacia para santificar perfectísimamente de todos los pecados y librar de sus penas. Vio los efectos admirables que había de causar en todos los que le recibiesen, regenerándolos y reengendrándolos en el ser de hijos adoptivos y herederos del reino de su Padre e infundiéndoles las virtudes de fe, esperanza y caridad y otras muchas y el carácter sobrenatural y espiritual que como sello real se había de imprimir en las almas por virtud del bautismo para señalar los hijos de la Santa Iglesia; y todo lo demás que toca a este sagrado sacramento y sus efectos lo conoció María santísima. Y luego se le pidió a su Hijo santísimo, con ardentísimo deseo de recibirle a su tiempo, y Su Majestad se lo prometió y dio después, como diré en su lugar (Cf. infra n. 1030).

832. Del SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN, que es el segundo, tuvo la gran Señora el mismo conocimiento y cómo se daría en la Santa Iglesia después del bautismo.

Porque este sacramento primero engendra a los hijos de la gracia y el sacramento de la confirmación los hace robustos y esforzados para confesar la fe santa recibida en el bautismo y les aumenta la primera gracia y añade la particular para su propio fin. Conoció la materia y forma, ministros de este sacramento y los efectos de gracias y carácter que imprime en el alma, y cómo por la crisma del bálsamo y aceite, que hacen la materia de este sacramento,. se representa la luz de las buenas obras y el olor de Cristo (2 Cor 2, 15), que con ellas derraman los fieles confesándole, y lo mismo dicen las palabras de la forma, cada cosa en su modo. En todas estas inteligencias hacía heroicos actos de lo íntimo del corazón nuestra gran Reina, de alabanza, agradecimiento y peticiones fervorosas porque todos los hombres viniesen a sacar agua de estas fuentes del Salvador (Is 12, 3) y gozasen de tan incomparables tesoros, conociéndole y confesándole por su verdadero Dios y Redentor. Lloraba con amargura la pérdida lamentable de los muchos que a vista del Evangelio habían de carecer por sus pecados de tan eficaces medicinas.

833. En el tercero sacramento, que es la PENITENCIA, conoció la divina Señora la conveniencia y necesidad de este medio para restituirse las almas a la gracia y amistad de Dios, supuesta la fragilidad humana con que tantas veces se pierde. Entendió qué partes y qué ministros había de tener este sacramento y la facilidad con que los hijos de la Iglesia podrían usar de él con efectos tan admirables. Y por lo que conoció de este beneficio, como verdadera Madre de Misericordia y de sus hijos los fieles, dio especiales gracias al Señor con increíble júbilo de ver tan fácil medicina para tan repetida dolencia como las ordinarias culpas de los hombres. Postróse en tierra y en nombre de la Iglesia admitió e hizo reverencia al tribunal santo de la confesión, donde con inefable clemencia ordenó el Señor que se resolviese y determinase la causa de tanto peso para las almas como la justificación y vida eterna o la muerte y condenación, remitiendo al arbitrio de los sacerdotes absolver de los pecados o negar la absolución.

834. Llegó la prudentísima Señora a la particular

inteligencia del soberano misterio y sacramento de la EUCARISTÍA y de esta maravilla entendió y conoció con grande penetración más secretos que los supremos serafines, porque se le manifestó el modo sobrenatural con que estarían la humanidad y divinidad de su Hijo santísimo debajo de las especies del pan y vino, la virtud de las palabras para consagrar el cuerpo y sangre, pasando y convirtiendo una sustancia en otra perseverando los accidentes sin sujeto, cómo estaría a un mismo tiempo en tantas y diversas partes, cómo se ordenaría el misterio sacrosanto de la Misa para consagrarle y ofrecerle en sacrificio al Eterno Padre hasta el fin del siglo, cómo sería adorado y venerado en la Santa Iglesia católica en tantos templos por todo el mundo, qué efectos causaría en los que dignamente le habían de recibir más o menos dispuestos y prevenidos y cuáles y cuan malos en aquellos que indignamente le recibiesen. De la fe de los católicos tuvo inteligencia y de los errores de los herejes contra este incomparable beneficio y sobre todo del amor inmenso con que su Hijo santísimo había determinado darse en comida y alimento de vida eterna a cada uno de los mortales.

835. En estas y otras muy altas inteligencias que tuvo María santísima de este augustísimo sacramento se inflamó su castísimo pecho en nuevos incendios de amor sobre todo el juicio de los hombres; y aunque en todos los artículos de la fe y en los sacramentos que conoció hizo nuevos cánticos en cada uno, pero en este gran misterio desplegó más su corazón y postrada en tierra hizo nuevas demostraciones de amor, culto, alabanza, agradecimiento y humillación a tan alto beneficio y de dolor y sentimiento por los que le habían de malograr y convertir en su misma condenación. Encendióse en ardientes deseos de ver este sacramento instituido y si la fuerza del Altísimo no la confortara, la de sus afectos le resolviera la vida natural, aunque el estar a la vista de su Hijo santísimo saciaba la sed de sus congojas y la entretenía hasta su tiempo. Pero desde luego se previno, pidiendo a Su Majestad la comunión de su cuerpo sacramentado para cuando llegase la hora de consagrarse, y dijo la divina Reina: Altísimo Señor mío y vida verdadera de mi alma, ¿merecerá por ventura este vil gusanillo y oprobio de los hombres recibiros en su pecho? ¿Seré yo tan

dichosa que vuelva a recibiros en mi cuerpo y en mi alma? ¿Será vuestra morada y tabernáculo mi pecho, donde descanséis y yo os tenga gozando de vuestros estrechos abrazos y vos, amado mío, de los de vuestra sierva?

836. Respondióle el divino Maestro: Madre y paloma mía, muchas veces me recibiréis sacramentado y después de mi muerte y subida a los cielos gozaréis de este consuelo, porque será mi habitación continua en el descanso de vuestro candidísimo y amoroso pecho, que yo elegí para morada de mi agrado y beneplácito.—Con esta promesa del Señor se humilló de nuevo la gran Reina y pegada con el polvo le dio gracias por ella con admiración del cielo y desde aquella hora encaminó todos sus afectos y obras con ánimo de prepararse y disponerse para recibir a su tiempo la sagrada comunión de su Hijo sacramentado; y en todos los años que pasaron desde esta ocasión, ni se olvidó ni interrumpió los actos de voluntad. Era su memoria —como otras veces he dicho (Cf. supra p. I n. 537, 604)— tenaz y constante como de ángel y la ciencia más alta que todos ellos, y como siempre se acordaba de este misterio y de otros, siempre obraba conforme a la memoria y ciencia que tenía. Hizo también desde entonces grandes peticiones al Señor que diese luz a los mortales para conocer y venerar este altísimo sacramento y recibirle dignamente. Y si algunas veces llegamos a recibirle con esta disposición —¡quiera el mismo Señor que sea siempre!— fuera de los merecimientos de Su Majestad lo debemos a las lágrimas y clamores de esta divina Madre, que nos lo granjeó y mereció. Y cuando atrevida y audazmente alguno se desmesura en recibirle con pecado, advierta que, a más de la sacrílega injuria que comete contra su Dios y Redentor, ofende también a su Madre santísima, porque desprecia y malogra su amor, deseos piadosos, sus oraciones, lágrimas y suspiros. Trabajemos por apartarnos de tan horrendo delito.

837. En el quinto sacramento, de la EXTREMAUNCIÓN Unción de los Enfermos), tuvo María santísima inteligencia del fin admirable a donde le ordenó el Señor y de su materia, forma y ministro. Conoció que la materia había de ser óleo bendito de olivas por ser símbolo de la

misericordia; la forma, las palabras deprecatorias, ungiendo los sentidos con que pecamos; y el ministro, Sacerdote solo y no quien no lo sea; los fines y efectos de este Sacramento, que serían el socorro de los fieles enfermos en el peligro y fin de la vida, contra las asechanzas y tentaciones del enemigo, que en aquella última hora son muchas y terribles. Y así por este Sacramento se le da a quien le recibe dignamente gracia para recobrar las fuerzas espirituales que debilitaron los pecados cometidos y también, si conviene, para esto se le da alivio en la salud del cuerpo; muévese asimismo el interior a nueva devoción y deseos de ver a Dios y se perdonan los pecados veniales con algunas reliquias y efectos de los mortales, y el cuerpo del enfermo queda signado, aunque no da carácter, pero déjale como sellado para que el demonio tema de llegar a él donde por gracia y sacramentalmente ha estado el Señor como en su tabernáculo. Y por este privilegio en el SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN se le quita a Lucifer la superioridad y derecho que adquirió por los pecados original y actuales contra nosotros, para que el cuerpo del justo, que ha de resucitar y en su alma propia ha de gozar de Dios, vuelva señalado y defendido con este sacramento a unirse con su alma. Todo esto conoció y agradeció en nombre de los fieles nuestra fidelísima Madre y Señora.

838. Del sexto sacramento, del ORDEN SACERDOTAL, entendió cómo la Providencia de su Hijo santísimo, prudentísimo artífice de la gracia y de la Iglesia, ordenaba en ella ministros proporcionados con los sacramentos que instituía, para que por ellos santificasen el cuerpo místico de los fieles y consagrasen el cuerpo y sangre del mismo Señor, y para darles esta dignidad superior a todos los demás hombres y a los mismos ángeles ordenó otro nuevo sacramento de orden y consagración. Con este conocimiento se le infundió tan extremada reverencia a los Sacerdotes por su dignidad, que desde entonces con profunda humildad comenzó a respetarlos y venerarlos y pidió al Altísimo los hiciera dignos ministros y muy idóneos para su oficio y que a los demás fieles diese conocimiento para que los venerasen. Y lloró las ofensas de Dios que los unos y los otros habían de cometer, cada cual contra su obligación; y porque en otras partes he dicho (Cf. supra p. I

n. 467; p. II n. 532, 602) y diré (Cf. infra n. 1455; p. III n. 92, 151, etc.) más del respeto grande que nuestra gran Reina tenía a los Sacerdotes, no me detengo ahora en esto. Todo lo demás que toca a la materia y forma de este sacramento conoció María santísima y sus efectos y ministros que había de tener.

839 En el último y séptimo sacramento, del MATRIMONIO, fue asimismo informada nuestra divina Señora de los grandes fines que tuvo el Redentor del mundo para hacer Sacramento con que en la Ley Evangélica quedase bendita y santificada la propagación de los fieles y significado el misterio del matrimonio espiritual del mismo Cristo con la Iglesia Santa (Ef 5, 32) con más eficacia que antes de ella. Entendió cómo se había de continuar este sacramento, qué forma y materia tenía y cuan grandes bienes resultarían por él en los hijos de la Iglesia Santa y todo lo demás que pertenece a sus efectos y necesidad o virtud; y por todo hizo cánticos de alabanza y agradecimiento en nombre de los católicos que habían de recibir este beneficio. Luego se le manifestaron las ceremonias santas y ritos con que se había de gobernar la Iglesia en los tiempos futuros para el culto divino y orden de las buenas costumbres. Conoció también todas las leyes que había de establecer para esto, en particular los cinco mandamientos, de oír misa los días de fiesta, de confesar a sus tiempos y comulgar el santísimo cuerpo de Cristo sacramentado, de ayunar los días que están señalados, de pagar diezmos y primicias de los frutos que da el Señor en la tierra.

840. En todos estos preceptos eclesiásticos conoció María santísima altísimos misterios de la justificación y razón que tenían, de los efectos que causarían en los fieles y de la necesidad que había de ellos en la santa y nueva Iglesia, para que sus hijos, guardando el primero de todos estos mandamientos, tuviesen días señalados para buscar a Dios y en ellos asistiesen al sagrado misterio y sacrificio de la misa, que se había de ofrecer por vivos y difuntos, y en él renovasen la profesión de la fe y memoria de la pasión y muerte de Cristo con que fuimos redimidos, y en el modo posible, cooperasen a la grandeza y ofrecimiento de tan supremo sacrificio y consiguiesen de él tantos frutos y

bienes como recibe la Santa Iglesia del misterio sacrosanto de la misa. Conoció también cuan necesario era obligar a nuestra deslealtad y descuido, para que no despreciase largo tiempo el restituirse a la gracia y amistad de Dios por medio de la confesión sacramental y confirmarla con la sagrada comunión; porque, a más del peligro y del daño a que se arriesgan los que se olvidan o descuidan en el uso de estos sacramentos, hacen otra injuria a su autor frustrándole sus deseos y el amor con que los ordenó para nuestro remedio, y como esto no se puede hacer sin gran desprecio, tácito o expreso, viene a ser injuria muy pesada para quien la comete.

841. De los dos últimos preceptos, del ayunar y pagar diezmos, tuvo la misma inteligencia y de cuan necesario era que los hijos de la Santa Iglesia procuren vencer a sus enemigos que les pueden impedir su salvación, como a tantos infelices y negligentes sucede por no mortificar y rendir sus pasiones, que de ordinario se fomentan con el vicio de la carne y éste se mortifica con el ayuno, en que singularmente nos dio ejemplo el Maestro de la vida, aunque no tenía que vencer como nosotros al *fomes peccati.* En el pagar los diezmos entendió María santísima era especial orden del Señor que los hijos de la Santa Iglesia de los bienes temporales de la tierra le pagasen aquel tributo, reconociéndole por supremo Señor y Criador de todo y agradeciendo aquellos frutos que su providencia les daba para conservar la vida, y que ofrecidos al Señor estos diezmos se convirtiesen en beneficio y alimento de los Sacerdotes y ministros de la Iglesia, para que fuesen más agradecidos al mismo Señor, de cuya mesa son proveídos tan abundantemente, y junto con esto entendiesen su obligación de cuidar siempre de la salud espiritual de los fieles y de sus necesidades, pues el sudor del pueblo se convertía en su beneficio y sustentación, para que toda la vida se empleasen en el culto divino y utilidad de la Iglesia Santa.

842. Mucho me he ceñido en la sucinta declaración de tan ocultos y grandiosos misterios como sucedieron a nuestra divina Emperatriz y se obraron en su inflamado y dilatado corazón con la noticia que le dio el Altísimo de la ley y

nueva Iglesia del Evangelio. El temor me ha detenido para no ser muy prolija, y mucho más el de no errar, manifestando mi pecho y lo que en él está depositado de lo que con la inteligencia he conocido. La luz de la santa fe que profesamos, gobernada con la prudencia y piedad cristiana, encaminarán el corazón católico que con atención se aplicare a la veneración de tan altos sacramentos, y considerando con viva fe la armonía maravillosa de leyes y sacramentos, doctrina y tantos misterios como encierra la Iglesia católica y se ha gobernado con ellos admirablemente desde su principio y se gobernará firme y estable hasta el fin del mundo. Todo esto junto por admirable modo estuvo en el interior de nuestra Reina y Señora y en él —a nuestro entender— se ensayó Cristo Redentor del mundo para fabricar la Iglesia Santa y anticipadamente la depositó toda en su Madre purísima, para que ella gozase de los tesoros la primera con superabundancia y gozándolos obrase, amase, creyese, esperase y agradeciese por todos los demás mortales y llorase sus pecados, para que no por ellos se impidiese el corriente de tantas misericordias para el linaje humano, y para que María santísima fuese la escritura pública donde se escribiese todo cuanto Dios había de obrar por la redención humana y quedase como obligado a cumplirlo, tomándola por coadjutora y dejando escrito en su corazón el memorial de las maravillas que quería obrar.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

843. Hija mía, muchas veces te he representado cuan injurioso es para el Altísimo y peligroso para los mortales el olvido y el descuido que tenéis de las obras misteriosas y tan admirables que su divina clemencia ordenó para vuestro remedio, con que las despreciáis; el maternal amor me solicita a renovar en ti algo de esta memoria y el dolor de tan lamentable daño. ¿Dónde está el juicio y el seso de los hombres, que tan peligrosamente desprecian su salvación eterna y la gloria de su Criador y Reparador? Las puertas de la gracia y de la gloria están patentes, y no sólo no quieren entrar por ellas, pero saliéndoles la misma vida y luz al encuentro cierran las suyas para que no entre en sus corazones llenos de tinieblas y de muerte. ¡Oh crueldad

más que inhumana del pecador, pues siendo tu enfermedad mortal y la más peligrosa de todas no quieres admitir el remedio cuando graciosamente te le ofrecen! ¿Cuál sería el difunto que no se reconociese muy obligado a quien le restituyese la vida? ¿Cuál el enfermo que no diese gracias al médico que le curó de su dolencia? Pues si los hijos de los hombres conocen esto y saben ser agradecidos a quien les da la salud y la vida que luego han de perder y sólo sirve de restituirlos a nuevos peligros y trabajos, ¿cómo son tan estultos y pesados de corazón, que ni agradecen ni reconocen a quien les da salvación y vida de descanso eterno y los quiere rescatar de las penas que ni tendrán fin, ni tienen ponderación bastante?

844. ¡Oh carísima mía! ¿cómo puedo yo reconocer por hijos y ser madre de los que así desprecian a mi único y amantísimo Hijo y Señor y su liberal clemencia? Conocenla los ángeles y santos en el cielo y se admiran de la grosera ingratitud y peligro de los vivientes y justifícase en su presencia la rectitud de la divina justicia. Mucho te he dado a conocer de estos secretos en esta Historia y ahora te declaro más, para que me imites y acompañes en lo que yo lloré amargamente esta infeliz calamidad, en que ha sido grandemente Dios ofendido y lo es, y llorando tú sus ofensas procura de tu parte enmendarlas. Y quiero de ti que no pase día ninguno sin rendir humilde agradecimiento a su grandeza, porque ordenó los Santos sacramentos y sufre el mal uso de ellos en los malos fieles; recibelos con profunda reverencia, fe y esperanza firme. Y por el amor que tienes al santo sacramento de la penitencia, debes procurar llegar a él con la disposición y partes que enseña la Santa Iglesia y sus doctores para recibirle fructuosamente; frecuéntale con humilde y agradecido corazón todos los días, y siempre que te hallares con culpa no dilates el remedio de este sacramento; lávate y limpia tu alma, que es torpísimo descuido conocerse maculada del pecado y dejarse mucho tiempo, ni un solo instante, en su fealdad.

845. Singularmente quiero que entiendas la indignación del Omnipotente Dios, aunque no podrás conocerla entera y dignamente, contra los que atrevidos y con loca osadía reciben indignamente estos sagrados sacramentos y en

especial el augustísimo del altar. ¡Oh alma, y cuánto pesa esta culpa en la estimación del Señor y de los Santos! ¡Y no sólo recibirle indignamente, pero las irreverencias que se cometen en las iglesias y en su real presencia! ¿Cómo pueden decir los hijos de la Iglesia que tienen fe de esta verdad y que la respetan, si estando en tantas partes Cristo sacramentado, no sólo no le visitan ni reverencian, pero en su presencia cometen tales sacrilegios, cuales no se atreven los paganos en su falsa secta? Esta es causa que pedía muchos avisos y libros, y te advierto, hija mía, que los hombres en el siglo presente tienen muy desobligada a la equidad del Señor, para que no les declare lo que mi piedad desea para su remedio; pero lo que han de saber ahora es que su juicio será formidable y sin misericordia, como de siervos malos e infieles condenados por su misma boca (Lc 19, 22). Esto podrás advertir a todos los que quisieren oírte y aconsejarles que cada día vayan siquiera a los templos, donde está Dios sacramentado, a darle culto de adoración y reverencia y procuren asistir con ella oyendo misa, que no saben los hombres cuánto pierden por esta negligencia.

CAPITULO 12

Continuaba Cristo Redentor nuestro las oraciones y peticiones por nosotros, asistíale su Madre santísima y tenía nuevas inteligencias.

846. Por más que se procure extender nuestro limitado discurso en manifestar y glorificar las obras misteriosas de Cristo nuestro Redentor y de su Madre santísima, siempre quedará vencido y muy lejos de alcanzar la grandeza de estos sacramentos, porque son mayores, como dice el Eclesiástico (Eclo 43, 32-36), que toda nuestra alabanza y nunca los vimos ni comprenderemos y siempre quedarán ocultas otras cosas mayores que cuantas dijéremos, porque son muy pocas las que alcanzamos y éstas aún no las merecemos entender, ni explicar lo que entendemos. Insuficiente es el entendimiento del más supremo serafín para dar peso y fondo a los secretos que pasaron entre Jesús y María santísima en los años que vivieron juntos; particularmente en los que voy hablando, cuando el Maestro

de la luz la informaba de todo lo que había de comprender, en esta sexta edad del mundo que había de durar la ley del Evangelio hasta el fin, y lo que en mil seiscientos y más de cincuenta y siete años ha sucedido y lo que resta, que ignoramos, hasta el día del juicio. Todo lo conoció nuestra divina Señora en la escuela de su Hijo santísimo, porque Su Majestad se lo declaró todo y lo confirió con ella, señalándole los tiempos, lugares, reinos y provincias y lo que en cada una había de suceder en el discurso de la Iglesia; y esto fue con tal claridad, que si después viviera esta gran Señora en carne mortal conociera todos los individuos de la Santa Iglesia por sus personas y nombres, como le sucedió con los que vio y comunicó en vida, que cuando llegaban a su presencia no los comenzaba a conocer de nuevo más que por el sentido, que correspondía a la noticia interior en que ya estaba informada.

847. Cuando la beatísima Madre de la sabiduría entendía y conocía estos misterios en el interior de su Hijo santísimo y en los actos de sus potencias, no alcanzaba a penetrar tanto como la misma alma de Cristo unida a la divinidad hipostática y beatíficamente, porque la gran Señora era pura criatura y no bienaventurada por visión continua, ni tampoco conocía siempre las especies y lumbre beatífica de aquella alma beatísima más de la visión clara de la divinidad. Pero en las demás que tenía de los misterios de la Iglesia militante conocía las especies imaginarias de las potencias interiores de Cristo Señor nuestro y también conocía cómo dependían de su voluntad santísima y que decretaba y ordenaba todas aquellas obras para tales tiempos, lugares y ocasiones, y conocía por otro modo cómo la voluntad humana del Salvador se conformaba con la divina y era gobernada por ella en todo cuanto determinaba y disponía. Y toda esta armonía divina se extendía a mover la voluntad y potencias de la misma Señora, para que obrase y cooperase con la propia voluntad de su Hijo santísimo y mediante ella con la divina, y por este modo había una similitud inefable entre Cristo y María santísimos y ella concurría como coadjutora de la fábrica de la Ley Evangélica y de la Iglesia Santa.

848. Y todos estos ocultísimos sacramentos se

ejecutaban de ordinario en aquel humilde oratorio de la Reina donde se celebró el mayor de los misterios de la Encarnación del Verbo divino en su virginal tálamo; que si bien era tan estrecho y pobre, que sólo consistía en unas paredes desnudas y muy angostas, pero cupo en él toda la grandeza infinita del que es inmenso y de él salió todo lo que ha dado y da la majestad y deidad que hoy tienen todos los templos ricos del orbe y sus innumerables santuarios. En esta *sancta sanctorum* oraba de ordinario el sumo sacerdote de la nueva ley Cristo Señor nuestro, y su continua oración se conducía en hacer al Padre fervorosas peticiones por los hombres y conferir con su Madre Virgen todas las obras de la redención y los ricos dones y tesoros de gracia que prevenía para dejarles en el Nuevo Testamento a los hijos de la luz y de la Santa Iglesia vinculados en ella. Pedía muchas veces al Eterno Padre que los pecados de los hombres y su durísima ingratitud no fuesen causa para impedirles la redención; y como Cristo tuvo siempre igualmente en su ciencia previstas y presentes las culpas del linaje humano y la condenación de tantas almas ingratas a este beneficio, el saber el Verbo humanado que había de morir por ellos le puso siempre en grande agonía y le obligó muchas veces a sudar sangre. Y aunque los Evangelistas hacen mención de sola una antes de la pasión (Lc 22, 44), porque no escribieron todos los sucesos de su vida santísima, es sin duda que este sudor le tuvo muchas veces y le vio su Madre santísima (Cf. supra n. 695). Y así se me ha declarado en algunas inteligencias.

849. La postura con que oraba nuestro bien y Maestro era algunas veces arrodillado, otras postrado y en forma de cruz, otras en el aire en la misma postura, que amaba mucho; y solía decir orando y en presencia de su Madre: Oh cruz dichosísima ¿cuándo me hallaré en tus brazos y tú recibirás los míos, para que en ti clavados estén patentes para recibir a todos los pecadores? Pero si bajé del cielo para llamarlos al camino de mi imitación y participación, siempre están abiertos para abrazarlos y enriquecerlos a todos. Venid, pues, todos los que estáis ciegos, a la luz; venid, pobres, a los tesoros de mi gracia; venid, párvulos, a las caricias y regalos de vuestro Padre verdadero; venir, afligidos y fatigados, que yo os aliviaré y refrigeraré (Mt 11,

28); venid, justos, que sois mi posesión y herencia; venid, todos los hijos de Adán, que a todos llamo. Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6) y a nadie la negaré si la queréis recibir. Eterno Padre mío, hechuras son de vuestra mano, no los despreciéis, que yo me ofrezco por ellos a la muerte de cruz, para entregarlos justificados y libres, si ellos lo admiten, y restituidos al gremio de vuestros electos y reino celestial, donde sea vuestro nombre glorificado.

850. A todo esto se hallaba presente la piadosa Madre y en la pureza de su alma, como en cristal sin mácula, reverberaba la luz de su Unigénito y como eco de sus voces interiores y exteriores las repetía e imitaba en todo, acompañándole en las oraciones y peticiones y en la misma postura que las hacía el Salvador. Y cuando la gran Señora le vio la primera vez sudar sangre, quedó, como amorosa madre, traspasado el corazón de dolor, con admiración del efecto que causaban en Cristo Señor nuestro los pecados de los hombres y su desagradecimiento, previsto por el mismo Señor que todo lo conocía la divina Madre; y con dolorosa angustia convertida a los mortales decía: ¡Oh hijos de los hombres, qué poco entendéis cuánto estima el Criador en vosotros su imagen y semejanza, pues en precio de vuestro rescate ofrece su misma sangre y os aprecia más que derramarla a ella! ¡Oh quién tuviera vuestra voluntad en la mía, para reduciros a su amor y obediencia! Benditos sean de su diestra los justos y agradecidos, que han de ser hijos fieles de su Padre. Sean llenos de su luz y de los tesoros de su gracia los que han de corresponder a los deseos ardientes de mi Señor, para darles su salud eterna. ¡Oh quién fuera esclava humilde de los hijos de Adán, para obligarlos, con servirlos, a que pusieran término a sus culpas y propio daño! Señor y Dueño mío, vida y lumbre de mi alma, ¿quién es de corazón tan duro y villano, tan enemigo de sí mismo, que no se reconoce obligado y preso de vuestros beneficios? ¿Quién tan ingrato y desconocido, que ignore vuestro amor ardentísimo? ¿Y cómo sufrirá mi corazón que los hombres, tan beneficiados de vuestras manos, sean tan rebeldes y groseros? Oh hijos de Adán, convertid vuestra impiedad inhumana contra mí. Afligidme y despreciadme, con tal que paguéis a mi querido Dueño el amor y reverencia que le debéis a sus finezas.

Vos, Hijo y Señor mío, sois lumbre de la lumbre, Hijo del Eterno Padre, figura de su sustancia, eterno y tan infinito como Él, igual en la esencia y atributos, por la parte que sois con Él un Dios y una suprema Majestad. Sois escogido entre millares (Cant 5, 10), hermosísimo sobre los hijos de los hombres, santo, inocente y sin defecto alguno (Heb 7, 26); pues, ¿cómo, bien eterno, ignoran los mortales el objeto nobilísimo de su amor, el principio que les dio ser y el fin en que consiste su verdadera felicidad? ¡Oh si diera yo la vida para que todos salieran de su engaño!

851. Otras muchas razones decía con éstas la divina Señora, en cuya noticia desfallece mi corazón y mi lengua, para explicar los afectos tan ardientes de aquella candidísima paloma; y con este amor y profundísima reverencia limpiaba la sangre que sudaba su dulcísimo Hijo. Otras veces le hallaba en diferente y contraria disposición, lleno de gloria y resplandor, transfigurado como después lo estuvo en el Tabor, y acompañado de gran multitud de Ángeles en forma humana que le adoraban y con sonoras y dulces voces cantaban himnos y nuevos cánticos de alabanza al Unigénito del Padre hecho hombre. Y estas músicas celestiales oía nuestra Señora y asistía a ellas otras veces, aunque no estuviese Cristo Señor nuestro transfigurado, porque la voluntad divina ordenaba en algunas ocasiones que la parte sensitiva de la humanidad del Verbo recibiese aquel alivio, como en otras le tenía transfigurado con la redundancia de la gloria del alma que se comunicaba al cuerpo, aunque esto fue pocas veces. Pero cuando la divina Madre le hallaba y miraba en aquella forma gloriosa, o cuando sentía las músicas de los Ángeles, participaba con tanta abundancia de aquel júbilo y deleite celestial, que si no fuera su espíritu tan robusto y no la confortara su mismo Hijo y Señor, desfallecieran todas sus fuerzas naturales; y también los Santos Ángeles la confortaban en los deliquios del cuerpo que en tales ocasiones solía llegar a sentir.

852. Sucedía muchas veces que, estando su Hijo santísimo en alguna de estas disposiciones de congoja o gozo orando al Eterno Padre y como confiriendo los misterios altísimos de la redención, le respondía la misma

persona del Padre, aprobando o concediendo lo que pedía el Hijo para el remedio de los hombres, o representándole a la humanidad santísima los decretos ocultos de la predestinación o permiso de la reprobación y condenación de muchos por el abuso del libre albedrío (Dios quiere que todos se salven y da gracia suficiente a todos. Los que se condenen, se condenen por su propia culpa. Hay predestinación a la gloria, pero no hay predestinación antecedente o previa al infierno). Todo esto lo entendía y oía nuestra gran Reina y Señora, humillándose hasta la tierra. Con incomparable temor reverencial adoraba al Todopoderoso y acompañaba a su Unigénito en las oraciones y peticiones y en el agradecimiento que ofrecía al Padre por sus grandes obras y dignación con los hombres, y alababa sus juicios investigables. Y todos estos secretos y misterios confería la prudentísima Virgen en el consejo de su pecho y los guardaba en el archivo de su dilatado corazón y de todo se servía como de fomento y materia con que encender más y conservar el fuego del santuario que en su interior ardía; porque ninguno de estos beneficios ni secretos favores que recibía era en ella ocioso y sin fruto, a todos correspondía según el mayor agrado y gusto del Señor, a todo daba el lleno y correspondencia que convenía, para que se lograsen los fines del Altísimo y todas sus obras quedasen conocidas y agradecidas, cuanto de una pura criatura era posible.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

853. Hija mía, una de las razones por que los hombres deben llamarme María de Misericordia, es por el amor piadoso con que deseo íntimamente que todos lleguen a quedar saciados del torrente de la gracia y que gusten la suavidad del Señor como yo lo hice. A todos los convido y llamo, para que sedientos lleguen conmigo a las aguas de la divinidad. Lleguen los más pobres y afligidos, que si me respondieren y siguieren, yo les ofrezco mi poderosa protección y amparo e interceder con mi Hijo y solicitarles el maná escondido (Ap 2, 17) que les dé alimento y vida. Ven tú, amiga mía; ven y llega, carísima, para que me sigas y recibas el nombre nuevo, que sólo le conoce quien le consigue. Levántate del polvo y sacude y despide todo lo

terreno y momentáneo y llégate a lo celestial. Niégate a ti misma con todas las operaciones de la fragilidad humana y con la verdadera luz que tienes de las que hizo mi Hijo santísimo y yo también a su imitación; contempla este ejemplar y remírate en este espejo, para componer la hermosura que quiere y desea en ti el sumo Rey (Sal 44, 12).

854. Y porque este medio es el más poderoso para que consigas la perfección que deseas con el lleno de tus obras, quiero que para regular todas tus acciones escribas en tu corazón esta advertencia, que cuando hubieres de hacer alguna obra interior o exterior, antes que la ejecutes confieras contigo misma si lo que vas a decir o hacer lo hiciéramos mi Hijo santísimo y yo y con qué intención tan recta lo ordenáramos a la gloria del Altísimo y al bien de nuestros prójimos; y si conocieres que lo hacíamos o lo hiciéramos con este fin, ejecútalo para imitarnos, pero si entiendes lo contrario, suspéndelo
y no lo hagas, que yo tuve esta advertencia con mi Señor y Maestro, aunque no tenía contradicción como tú para el bien, mas deseaba imitarle perfectísimamente; y en esta imitación consiste la participación fructuosa de su santidad, porque enseña y obliga en todo a lo más perfecto y agradable a Dios. A más de esto te advierto que desde hoy no hagas obra, ni hables, ni admitas pensamiento alguno sin pedirme licencia antes que te determines, consultándolo conmigo como con tu Madre y Maestra; y si te respondiere darás gracias al Señor por ello y si no te respondo y tú perseverares en esta fidelidad te aseguro y prometo de parte del Señor te dará luz de lo que fuere más conforme a su perfectísima voluntad; pero todo lo ejecuta con la obediencia de tu padre espiritual y nunca olvides este ejercicio.

CAPITULO 13

Cumple María santísima treinta y tres años de edad y permanece en aquella disposición su virginal cuerpo, y dispone cómo sustentar con su trabajo a su Hijo santísimo y a San José.

855. Ocupábase nuestra gran Reina y Señora en los divinos ejercicios y misterios que hasta ahora he insinuado —más que he declarado— en especial después que su Hijo santísimo pasó de los doce años. Corrió el tiempo y habiendo cumplido nuestro Salvador los diez y ocho años de su adolescencia, según la cuenta de su encarnación y nacimiento que arriba se hizo (Cf. supra n. 138, 475), llegó su beatísima Madre a cumplir treinta y tres años de su edad perfecta y juvenil; y llamóle así, porque según las partes en que la edad de los hombres comúnmente se divide, ahora sean seis o siete, la de treinta y tres años es la de su perfección y aumento natural y pertenece al fin de la juventud, como unos dicen, o al principio de ella, como otros cuentan; pero en cualquiera división de las edades es el término de la perfección natural comúnmente treinta y tres años, y en él permanece muy poco porque luego comienza a declinar la naturaleza corruptible, que nunca permanece en un estado (Job 14, 2) como la luna en llegando al punto de su lleno; y en esta declinación de la edad media adelante no sólo no crece el cuerpo en la longitud pero, aunque reciba algún aumento en la profundidad y grueso, no es aumento de perfección antes suele ser vicio de la naturaleza. Y por esta razón murió Cristo nuestro Señor cumplida la edad de los treinta y tres años, porque su amor ardentísimo quiso esperar que su cuerpo sagrado llegase al término de su natural perfección y vigor y en todo proporcionado para ofrecer por nosotros su humanidad santísima con todos los dones de naturaleza y gracia, no porque ésta creciese en él, sino para que le correspondiese la naturaleza y nada le faltase que dar y sacrificar por el linaje humano. Por esta misma razón, dicen que crió el Altísimo a nuestros primeros padres Adán y Eva en la perfección que tuvieran de treinta y tres años; si bien es verdad que en aquella edad primera y segunda del mundo, cuando la vida era más larga, dividiendo las edades de los hombres en seis o siete, o más o menos partes, había de tocar a cada una muchos más años que ahora, cuando después del Santo Rey David a la senectud tocan los setenta años (Sal 89, 10).

856. Llegó la Emperatriz del cielo a los treinta y tres años

y en el cumplimiento de ellos se halló su virginal cuerpo en la perfección natural tan proporcionada y hermosa, que era admiración, no sólo de la naturaleza humana, sino de los mismos espíritus angélicos. Había crecido en la altura y en la forma de grosura proporcionadamente en todos los miembros, hasta el término de la perfección suma de una humana criatura, y quedó semejante a la humanidad santísima de su Hijo cuando estaba en aquella edad, y en el rostro y color se parecían en extremo, guardando la diferencia de que Cristo era perfectísimo varón y su Madre, con proporción, perfectísima mujer. Y aunque en los demás mortales regularmente comienza desde esta edad la declinación y caída de la natural perfección, porque desfallece algo el húmedo radical y el calor innato, se desigualan los humores y abundan más los terrestres, se suele comenzar a encanecer el pelo, arrugar el rostro, a enfriar la sangre y debilitar algo de las fuerzas y todo el compuesto humano, sin que la industria pueda detenerle del todo, comienza a declinar a la senectud y corrupción; pero en María santísima no fue así, porque su admirable composición y vigor se conservaron en aquella perfección y estado que adquirió en los treinta y tres años, sin retroceder ni desfallecer en ella, y cuando llegó a los setenta años que vivió —como diré en su lugar (Cf. infra p. III n. 736)— estaba en la misma entereza que de treinta y tres y con las mismas fuerzas y disposición del virginal cuerpo.

857. Conoció la gran Señora este beneficio y privilegio que le concedía el Altísimo y diole gracias por él y entendió que era para que siempre se conservase en ella la semejanza de la humanidad de su Hijo santísimo, aun en esta perfección de la naturaleza, si bien sería con diferencia en la vida; porque el Señor la daría en aquella edad y la divina Señora la tendría más larga, pero siempre con esta correspondencia. El Santo José, aunque no era muy viejo, pero cuando la Señora del mundo llegó a los treinta y tres años estaba ya muy quebrantado en las fuerzas del cuerpo, porque los cuidados y peregrinaciones y el continuo trabajo que había tenido para sustentar a su esposa y al Señor del mundo le habían debilitado más que la edad; y el mismo Señor, que le quería adelantar en el ejercicio de la

paciencia y otras virtudes, dio lugar a que padeciese algunas enfermedades y dolores —como diré en el capítulo siguiente— que le impedían mucho para el trabajo corporal. Conociendo esto la prudentísima esposa, que siempre le había estimado, querido y servido más que ninguna otra del mundo a su marido, le habló y le dijo: Esposo y señor mío, hallóme muy obligada de vuestra fidelidad y trabajo, desvelo y cuidado que siempre habéis tenido, pues con el sudor de vuestra cara hasta ahora habéis dado alimento a vuestra sierva y a mi Hijo santísimo y Dios verdadero y en esta solicitud habéis gastado vuestras fuerzas y lo mejor de vuestra salud y vida, amparándome y cuidando de la mía; de la mano del Altísimo recibiréis el galardón de tales obras y las bendiciones de dulzura que merecéis. Yo os suplico, señor mío, que descanséis ahora del trabajo, pues ya no le pueden tolerar vuestras flacas fuerzas. Yo quiero ser agradecida y trabajar ahora para vuestro servicio en lo que el Señor nos diere vida.

858. Oyó el Santo las razones de su dulcísima esposa, vertiendo muchísimas lágrimas de humilde agradecimiento y consuelo, y aunque hizo alguna instancia pidiéndola permitiese que continuase siempre su trabajo, pero al fin se rindió a sus ruegos, obedeciendo a su esposa y Señora del mundo. Y de allí adelante cesó en el trabajo corporal de sus manos con que ganaba la comida para todos tres, y los instrumentos de su oficio de carpintero los dieron de limosna, para que nada estuviera ocioso y superfluo en aquella casa y familia. Desocupado ya San José de este cuidado, se convirtió todo a la contemplación de los misterios que guardaba en depósito y ejercicio de las virtudes, y como en esto fue tan feliz y bienaventurado, estando a la vista y conversación de la divina Sabiduría humanada y de la que era Madre de ella, llegó el varón de Dios a tanto colmo de santidad en orden a sí mismo que, después de su divina esposa, o se adelantó a todos o ninguno a él. Y como la misma Señora del cielo, también su Hijo santísimo, que asistían y servían en sus enfermedades al felicísimo varón, le consolaban y alentaban con tanta puntualidad, no hay términos para manifestar los afectos de humildad, reverencia y amor que este beneficio causaba en el corazón sencillo y agradecido de San José; fue sin duda

de admiración y gozo para los espíritus angélicos y de sumo agrado y beneplácito al Atlísimo.

859. Tomó por su cuenta la Señora del mundo sustentar desde entonces con su trabajo a su Hijo santísimo y a su esposo, disponiéndolo así la eterna Sabiduría para el colmo de todo género de virtudes y merecimientos y para ejemplo y confusión de las hijas e hijos de Adán y Eva. Propúsonos por dechado a esta mujer fuerte (Prov 31, 10ss), vestida de hermosura y fortaleza, como en aquella edad la tenía, ceñida de valor y roborando su brazo para extender sus palmas a los pobres, para comprar el campo y plantar la viña con el fruto de sus manos. *Confio en ella* —es de los Proverbios— *el corazón de su varón,* no sólo de su esposo San José, sino el de su Hijo Dios y hombre verdadero, maestro de la pobreza y pobre de los pobres, y no se hallaron frustrados. Comenzó la gran Reina a trabajar más, hilando y tejiendo lino y lana y ejecutando misteriosamente todo lo que Salomón dijo de ella en los Proverbios, capítulo 31; y porque declaré este capítulo al fin de la primera parte, no me parece repetirlo ahora, aunque muchas cosas de las que allí dije eran para esta ocasión, cuando con especial modo las obró nuestra Reina, y las acciones exteriores y materiales.

860. No le faltaran al Señor medios para sustentar la vida humana y la de su Madre santísima y san José, pues no sólo con el pan se sustenta y vive el hombre, pero con su palabra podía hacerlo, como él mismo lo dijo (Mt 4, 4), y también podía milagrosamente traer cada día la comida; pero faltárale al mundo este ejemplar de ver a su Madre santísima, Señora de todo lo criado, trabajar para adquirir la comida, y a la misma Virgen le faltara este premio si no hubiera tenido aquellos merecimientos. Todo lo ordenó el Maestro de nuestra salvación con admirable providencia para gloria de la gran Reina y enseñanza nuestra. La diligencia y cuidado con que prudente acudía a todo, no se puede explicar con palabras. Trabajaba mucho; y porque guardaba siempre la soledad y retiro, la acudía aquella dichosísima mujer su vecina, que otras veces he dicho (Cf. supra n. 227, 423), y llevaba las labores que hacía la gran Reina y le traía lo necesario. Y cuando le decía lo que había

de hacer o traer jamás fue imperando, sino rogándola y pidiéndole con suma humildad, explorando primero su voluntad, y para que precediera el saberla le decía si quería o gustaba hacerlo. Su Hijo santísimo y la divina Madre no comían carne; su sustento era sólo pescados, frutas, yerbas, y esto con admirable templanza y abstinencia. Para San José aderezaba comida de carne, y aunque en todo resplandecía la necesidad y pobreza, suplía uno y otro el aliño y sazón que le daba nuestra divina Princesa y su fervorosa voluntad y agrado con que lo administraba. Dormía poco la diligente Señora y mucha parte de la noche gastaba algunas veces en el trabajo y lo permitía el Señor más que cuando estaba en Egipto, como dije entonces (Cf. supra n. 658). Algunas veces sucedía que no alcanzaba el trabajo y la labor para conmutarla en todo lo que era necesario, porque San José había menester más regalo que en lo restante de su vida, y vestido. Entonces entraba el poder de Cristo nuestro Señor y multiplicaba las cosas que tenían en casa o mandaba a los Ángeles que lo trajesen, pero más ejercitaba estas maravillas con su Madre santísima, disponiendo cómo en poco tiempo trabajase mucho de sus manos y en ellas se multiplicase su trabajo.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

861. Hija mía, en lo que has escrito de mi trabajo has entendido altísima doctrina para tu gobierno y mí imitación y para que no la olvides del todo te la reduciré a estos documentos. Quiero que me imites en tres virtudes que has reconocido tenía en lo que has escrito: prudencia, caridad y justicia, en que reparan poco los mortales. Con la prudencia has de prevenir las necesidades de tus prójimos y el modo de socorrerlas posible a tu estado, con la caridad te has de mover diligente y amorosa a remediarlas y la justicia te enseñará que es obligación hacerlo así, como para ti podías desearlo y como lo desea el necesitado. Al que no tiene ojos han de ser los tuyos para él (Job 29, 15), al que le faltan oídos has de enseñar y al que no tiene manos le han de servir las tuyas trabajando para él. Y aunque esta doctrina, conforme a tu estado, la debes ejercitar siempre en lo espiritual, pero también quiero que la entiendas en lo temporal y que en todo seas fidelísima en imitarme; pues

yo previne la necesidad de mi esposo y me dispuse a servirle y sustentarle, juzgando que lo debía, y con ardiente caridad lo hice por medio de mi trabajo hasta que murió. Y aunque el Señor me le había dado para que él me sustentase a mí, y así lo hizo con suma fidelidad todo el tiempo que tuvo fuerzas, pero cuando le faltaron era mía esta obligación, pues el mismo Señor me las daba y fuera gran falta no corresponderle con fineza y fidelidad.

862. No atienden a este ejemplo los hijos de la Iglesia y así entre ellos se ha introducido una impía perversidad que inclina grandemente al justo juez a castigarlos severamente; pues naciendo todos los mortales para trabajar, no sólo después del pecado cuando ya lo tienen merecido por pena, sino desde la creación del primer hombre, no sólo no se reparte el trabajo en todos, pero los más poderosos y ricos y los que el mundo llama señores y nobles todos procuran eximirse de esta ley común y que el trabajo cargue en los humildes y pobres de la república y que éstos sustenten con su mismo sudor el fausto y soberbia de los ricos y el flaco y débil sirva al fuerte y poderoso. Y en muchos soberbios puede tanto esta perversidad, que llegan a pensar se les debe este obsequio y con este dictamen los supeditan, abaten y desprecian y presumen que ellos sólo viven para sí y para gozar del ocio y delicias del mundo y de sus bienes, y aun no pagan el corto estipendio de su trabajo. En esta materia de no satisfacer a los pobres y sirvientes y en lo demás que en esto has conocido, pudieras escribir gravísimas maldades que se hacen contra el orden y voluntad del Altísimo, pero basta saber que, como ellos pervierten la justicia y razón y no quieren participar del trabajo de los hombres, así también se mudará con ellos el orden de la misericordia que se concede a los pequeños y despreciados y los que detuvo la soberbia en su pesada ociosidad serán castigados con los demonios, a quienes imitaron en ella.

863. Tú, carísima, atiende para que conozcas este engaño y siempre el trabajo esté delante de ti con mi ejemplo y te alejes de los hijos de Belial, que tan ociosos buscan el aplauso de la vanidad para trabajar en vano. No te juzgues prelada ni superior, sino esclava de tus súbditas, y más de

la más débil y humilde, y de todas sin diferencia diligente sierva. Acúdelas, si necesario fuere, trabajando para alimentarlas; y esto has de entender que te toca, no por prelada, sino también porque la religiosa es tu hermana, hija de tu Padre celestial y hechura del Señor, que es tu Esposo. Y habiendo recibido tú más que todas de su liberal mano, también estás obligada a trabajar más que otra alguna, pues lo merecías menos. A las enfermas y flacas alívialas del trabajo corporal y tómale tú por ellas. Y no sólo quiero que cargues a las otras del trabajo que tú puedes llevar y te pertenece, sino antes carga sobre tus hombros, en cuanto fuere posible, el de todas como sierva suya y la menor y como quiero que lo entiendas y te juzgues porque no podrás tú hacerlo todo y conviene que distribuyas los trabajos corporales a tus súbditas, advierte que en esto tengas igualdad y orden, no cargando más a la que con humildad resiste menos o es más flaca, antes bien quiero cuides de humillar a la que fuere más altiva y soberbia y se aplica de mala gana al trabajo; pero esto sea sin irritarlas con mucha aspereza, antes con humilde cordura y severidad has de obligar a las tibias y de dificultosa condición, que entren en el yugo de la santa obediencia, y en esto le haces el mayor beneficio que puedes y tú satisfaces a tu obligación y conciencia; y has de procurar que así lo entiendan. Y todo lo conseguirás si no aceptas persona de ninguna condición y si a cada una le das lo que puede en el trabajo y lo que necesita y ha menester para sí; y esto con equidad e igualdad, obligándolas y compeliéndolas a que aborrezcan la ociosidad y flojedad, viéndote trabajar la primera en lo más difícil, que con esto adquirirás una libertad humilde para mandarlas; pero lo que tú puedas hacer no lo mandes a ninguna, para que tú goces el fruto y el premio de tu trabajo a mi imitación y obedeciendo a lo que te amonesto y ordeno.

CAPITULO 14

Los trabajos y enfermedades que padeció San José en los últimos años de su vida y cómo le servía en ellos la Reina del cielo su esposa.

864. Común inadvertencia es de todos los que fuimos llamados a la luz y profesión de la santa fe y escuela y secuela de Cristo nuestro bien, buscarle como nuestro Redentor de las culpas y no tanto como Maestro de los trabajos. Todos queremos gozar del fruto de la reparación y redención humana y que nos abriese las puertas de la gracia y de la gloria, mas no atendemos tanto a seguirle en el camino de la cruz por donde él entró en la suya y nos convidó a buscar la nuestra. Y aunque los católicos no atendemos a esto con el error insano de los herejes, porque confesamos que sin obras y sin trabajos no hay premio ni corona y que es blasfemia muy sacrílega que valemos de los méritos de Cristo nuestro Señor para pecar sin rienda y sin temor, pero con toda esta verdad, en la práctica de las obras que corresponde a la fe algunos católicos hijos de la Santa Iglesia se quieren diferenciar poco de los que están en tinieblas, pues así huyen de las obras penales y meritorias como si entendieran que sin ellas pueden seguir a su Maestro y llegar a ser partícipes de su gloria.

865. Salgamos de este engaño práctico y entendamos bien que el padecer no fue sólo para Cristo nuestro Señor, sino también para nosotros, y que si padeció muerte y trabajos como Redentor del mundo, también fue Maestro que nos enseñó y convidó a llevar su cruz, y la comunicó a sus amigos de manera que al más privado le dio mayor ración y parte del padecer, y ninguno entró en el cielo, si pudo merecerlo, sin que lo mereciese por sus obras; y desde su Madre santísima y los Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes, todos caminaron por trabajos y el que más se dispuso a padecer tiene más abundante el premio y corona. Y porque, siendo el mismo Señor el ejemplar más vivo y admirable, tenemos osadía y audacia para decir que si padeció como hombre era juntamente Dios poderoso y verdadero y más para admirarse la flaqueza humana que para imitarle, a esta excusa nos ocurre Su Majestad con el ejemplo de su Madre y nuestra Reina purísima e inocentísima y con el de su esposo santísimo y el de tantos hombres y mujeres, flacos y débiles como nosotros y con menos culpas, que le imitaron y siguieron por el camino de la cruz; porque no padeció el Señor para sólo admiración nuestra, sino para ser

admirable ejemplo que imitásemos, y el ser Dios verdadero no le impidió para padecer y sentir los trabajos, antes por ser inculpable e inocente fue mayor su dolor y más sensibles sus penas.

866. Por este camino real llevó al esposo de su Madre santísima, San José, a quien amaba Su Majestad sobre todos los hijos de los hombres, y para acrecentar los merecimientos y corona antes que se le acabase el término de merecerla le dio en los últimos años de su vida algunas enfermedades de calenturas y dolores vehementes de cabeza y coyunturas del cuerpo muy sensibles y que le afligieron y extenuaron mucho; y sobre estas enfermedades tuvo otro modo de padecer más dulce, pero muy doloroso, que le resultaba de la fuerza del amor ardentísimo que tenía, porque era tan vehemente que muchas veces tenía unos vuelos y éxtasis tan impetuosos y fuertes, que su espíritu purísimo rompiera las cadenas del cuerpo, si el mismo Señor, que se los daba, no le asistiera dando virtud y fuerzas para no desfallecer con el dolor. Mas en esta dulce violencia le dejaba Su Majestad padecer hasta su tiempo y, por la flaqueza natural de un cuerpo tan extenuado y debilitado, venía a ser este ejercicio de incomparables merecimientos para el dichoso santo, no sólo en los efectos de dolor que padecía, sino también en la causa del amor de donde le resultaron.

867. Nuestra gran Reina y esposa suya era testigo de todos estos misterios y, como en otras partes he dicho (Cf. supra n. 368, 381, 394, 404), conocía el interior de San José, para que no le faltase el gozo de tener tan santo esposo y tan amado del Señor. Miraba y penetraba la candidez y pureza de aquella alma, sus inflamados afectos, sus altos y divinos pensamientos, la paciencia y mansedumbre columbina de su corazón en las enfermedades y dolores, el peso y gravedad de ellos y que ni por esto ni los demás trabajos nunca se quejaba ni suspiraba, ni pedía alivio en ellos, ni en la flaqueza y necesidad que padecía, porque todo lo toleraba el gran Patriarca con incomparable sufrimiento y grandeza de su ánimo. Pero como la prudentísima esposa lo atendía todo y le daba el peso y estimación digna, vino a tener en tanta

veneración a San José que con ninguna ponderación se puede explicar. Trabajaba con increíble gozo para sustentarle y regalarle, aunque el mayor de los regalos era guisarle y administrarle la comida sazonadamente con sus virginales manos; y porque todo le parecía poco a la divina Señora respecto de la necesidad de su esposo y menos en comparación de lo que le amaba, solía usar de la potestad de Reina y Señora de todo lo criado y con ella algunas veces mandaba a los manjares que aderezaba para su santo enfermo que le diesen especial virtud y fuerza y sabor al gusto, pues era para conservar la vida del santo, justo y electo del Altísimo.

868. Así como la gran Señora lo mandaba sucedía, obedeciéndola todas las criaturas, y cuando San José comía el manjar que llevaba estas bendiciones de dulzura y sentía sus efectos solía decir a la Reina: Señora y esposa mía, ¿qué alimento y manjar de vida es éste, que así me vivifica, recrea el gusto, restaura mis fuerzas y llena de nuevo júbilo todo mi interior y espíritu?—Servíale la comida la Emperatriz del cielo puesta de rodillas y cuando estaba más impedido y trabajado le descalzaba en la misma postura y en su flaqueza le ayudaba llevándole del brazo. Y aunque el humilde Santo procuraba animarse mucho y excusar a su esposa algunos de estos trabajos, no era posible impedírselo, por la noticia que ella tenía conociendo todos sus dolores y flaquezas del dichosísimo varón y las horas, tiempos y ocasiones de socorrerle en ellos, con que acudía luego la divina enfermera y asistía a lo que su enfermo tenía necesidad. Decíale también muchas razones de singular alivio y consuelo, como Maestra de la sabiduría y de las virtudes. Y en los últimos tres años de la vida del Santo, cuando se agravaron más sus enfermedades, le asistía la Reina de día y de noche y sólo faltaba en lo que se ocupaba sirviendo y administrando a su Hijo santísimo, aunque también el mismo Señor le acompañaba y le ayudaba a servir al santo esposo, salvo lo que era preciso para acudir a otras obras. Jamás hubo otro enfermo ni lo habrá tan bien servido, regalado y asistido. Tanta fue la dicha y méritos del varón de Dios José, porque él solo mereció tener por esposa a la misma que fue Esposa del Espíritu Santo.

869. No satisfacía la divina Señora a su misma piedad con San José sirviéndole como he dicho y así procuraba otros medios para su alivio y consuelo. Unas veces pedía al Señor con ardentísima caridad le diese a ella los dolores que padecía su esposo y le aliviase a él, y para esto se reputaba por digna y merecedora de todos los trabajos de las criaturas, como la inferior de ellas, y así lo alegaba la Madre y Maestra de la santidad en la presencia del Muy Alto y representaba su deuda mayor que de todos los nacidos y que no le daba el retorno digno que debía, pero ofrecía preparado el corazón para todo género de aflicciones y dolores. Alegaba también la santidad de San José, su pureza, candidez y las delicias que tenía el Señor en aquel corazón hecho a la medida del de Su Majestad. Pedíale muchas bendiciones para él y dábale reconocidas gracias por haber criado un varón tan digno de sus favores, lleno de santidad y rectitud. Convidaba a los Ángeles para que le alabasen y engrandeciesen por ello y ponderando la gloria y sabiduría del Altísimo en estas obras le bendecía con nuevos cánticos; porque miraba por una parte las penas y dolores de su amado esposo y por ésta se compadecía y lastimaba, por otra parte conocía sus méritos y el agrado del Señor en ellos y en la paciencia del Santo se alegraba y engrandecía el Señor; y en todas estas obras y noticia que de ellas tenía ejecutaba la divina Señora diversas acciones y operaciones de las virtudes que a cada una pertenecía, pero todas en grado tan alto y eminente, que causaba admiración a los espíritus angélicos. Pero mayor la pudiera causar a la ignorancia de los mortales ver que una criatura humana diese el lleno a tantas cosas juntas y que en ellas no se encontrase la solicitud de Marta con la contemplación y ocio de María, asimilándose en esto a los Ángeles y espíritus soberanos que nos asisten y guardan sin perder de vista al Altísimo, pero María purísima los excedía en la atención a Dios y junto con eso trabajar con los sentidos corpóreos, de que ellos carecían; siendo hija de Adán terrena, era espíritu celestial, estando con la parte superior del alma en las alturas y en el ejercicio del amor y con la parte inferior ejerciendo la caridad con su santo esposo.

870. Sucedía en otras ocasiones que la piadosa Reina

conocía la acerbidad y rigor de los graves dolores que su esposo San José padecía y movida de tierna compasión pedía con humildad licencia a su Hijo santísimo y con ella mandaba a los accidentes dolorosos y sus causas naturales que suspendiesen su actividad y no afligiesen tanto al justo y amado del Señor. Y con este alivio, obedeciendo todas las criaturas a su gran Señora, quedaba el santo esposo libre y descansado, tal vez por un día, otras más, para volver a padecer de nuevo cuando el Altísimo lo ordenaba. En otras ocasiones mandaba también a los Santos Ángeles, como Reina suya, aunque no con imperio sino rogando, que consolasen a San José y le animasen en sus dolores y trabajos como lo pedía la condición frágil de la carne. Y con este orden se le manifestaban los Ángeles al dichoso enfermo en forma humana visible y llenos de hermosura y refulgencia y le hablaban de la divinidad y sus perfecciones infinitas y tal vez con dulcísimas y concertadas voces le hacían música celestial, cantándole himnos y cánticos divinos, con que le confortaban en el cuerpo y encendían el amor de su alma purísima. Y para mayor colmo de la santidad y júbilo del felicísimo varón, tenía especial conocimiento y luz, no sólo de estos beneficios y favores tan divinos, pero de la santidad de su virginal esposa y del amor que le tenía a él, de la caridad interior con que le trataba y servia y de otras excelencias y prerrogativas de la gran Señora del mundo. Y todo esto junto causaba tales efectos en San José y le reducía a tal estado de merecimientos, que ninguna lengua no puede explicar ni entendimiento humano en vida mortal entender ni comprender.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

871. Hija mía, una de las obras virtuosas más agradables al Señor y más fructuosas para las almas es el ejercicio de la caridad con los enfermos, porque en él se cumple una grande parte de aquella ley natural, que haga con su hermano cada uno lo que desea se haga con él. En el Evangelio se pone esta causa por una de las que alegará el Señor para dar eterno premio a los justos y el no haber cumplido con esta ley se pone por una de las causas de la condenación de los réprobos (Mt 35, 34ss); y allí se da la

razón: porque como todos los hombres son hijos de un Padre celestial y por esto reputa Su Majestad por beneficio o agravio suyo el que se hace con sus hijos que le representan, como aun entre los mismos hombres sucede. Y sobre este vínculo de hermandad tienes tú otros con las religiosas, que eres su madre y ellas son esposas de Cristo mi Hijo santísimo y mi Señor como tú, y han recibido de él menos beneficios. De manera que por más títulos estás obligada a servirlas y cuidar de ellas en sus enfermedades y por esto en otra parte (Cf. supra n. 671) te he mandado que te juzgues por enfermera de todas, como la menor y más obligada, y quiero que te des por muy agradecida de este mandato, porque te doy con él un oficio tan estimable que en la casa del Señor es grande. Y para cumplir con él, no encargues a otras lo que tú puedes hacer por ti en servicio de las enfermas; y lo que no puedes hacer por otras ocupaciones de tu oficio de prelada amonéstalo y encárgalo con instancia a las que por la obediencia les toca este ministerio. Y a más de cumplir en todo esto con la caridad común, hay otra razón para que **a** las religiosas se les acuda en las enfermedades con todo cuidado y puntualidad posible: porque no sea que contristadas y necesitadas vuelvan los ojos y el corazón al mundo y se acuerden de la casa de sus padres. Y cree que por este camino entran grandes daños a las religiones, porque la naturaleza humana es tan mal sufrida que, oprimida, si le falta lo que le pertenece, salta a sus mayores precipicios.

872. **Para** todo esto y porque aciertes a la práctica y ejecución de esta doctrina, te servirá de estímulo y dechado la caridad que yo mostré con mi esposo San José en sus enfermedades. Muy tarda es la caridad, y aun la urbanidad, que aguarda le pida el necesitado lo que le falta. Yo no esperaba a esto, porque acudía antes que me pidiese lo necesario y mi afecto y conocimiento prevenían la petición y así le consolaba, no sólo con el beneficio, sino con el afecto y atención tan cuidadosa. Sentía sus dolores y trabajo con íntima compasión, pero junto con esto alababa al Muy Alto y le daba gracias por el beneficio que a su siervo hacía, y si alguna vez procuraba aliviarle, no era para quitarle la ocasión del padecer, sino para que con este socorro se animase a más y glorificase al autor de todo lo

bueno y santo, y a estas virtudes le exhortaba y animaba. Con semejante fineza se ha de ejercitar tan noble virtud, previniendo cuanto fuere posible la necesidad del enfermo y flaco y animándole con la compasión y exhortación, deseándole este bien sin que pierda el mayor del padecer. No te turbe el amor sensible cuando enfermen tus hermanas, aunque sean las que más necesitas o amas, que en esto pierden el mérito del trabajo muchas almas en el mundo y en la religión, porque el dolor con color de compasión los descompone cuando ven enfermos o peligrosos a los amigos y allegados y en algún modo quieren reprender las obras del Señor no conformándose con ellas. Para todo les di yo ejemplo y de ti quiero le imites perfectamente siguiendo mis pasos.

CAPITULO 15

Del tránsito felicísimo de San José y lo que sucedió en él, y le asistieron Jesús nuestro Salvador y María santísima Señora nuestra.

873. Corrían ya ocho años que las enfermedades y dolencia del más que dichoso San José le ejercitaban, purificando cada día más su generoso espíritu en el crisol de la paciencia y del amor divino, y creciendo también los años con los accidentes se iban debilitando sus flacas fuerzas, desfalleciendo el cuerpo y acercándose al término inexcusable de la vida, en que se paga el común estipendio de la muerte que debemos todos los hijos de Adán. Crecía también el cuidado y solicitud de su divina esposa y nuestra Reina en asistirle y servirle con inviolable puntualidad, y conociendo la amantísima Señora con su rara sabiduría que ya estaba muy cerca la hora o el día último de su castísimo esposo para salir de este pesado destierro, fuese a la presencia de su Hijo santísimo y le habló diciendo: Señor y Dios altísimo, Hijo del Eterno Padre y Salvador del mundo, el tiempo determinado por vuestra voluntad eterna para la muerte de vuestro siervo José se llega, como con vuestra luz divina lo conozco. Yo os suplico, por vuestras antiguas misericordias y bondad infinita, que le asista en esta hora el brazo poderoso de Vuestra Majestad, para que su muerte

sea preciosa en vuestros ojos (Sal 115, 15) como fue tan agradable la rectitud de su vida, para que vaya de ella en paz con esperanzas ciertas de los eternos premios, para el día que vuestra dignación abra las puertas de los cielos a todos los creyentes. Acordaos, Hijo mío, del amor y humildad de vuestro siervo, del colmo de sus méritos y virtudes, de su fidelidad y solicitud conmigo y que a vuestra grandeza y a mí, humilde sierva vuestra, nos alimentó el Justo con el sudor de su cara.

874. Respondióla nuestro Salvador: Madre mía, aceptables son vuestras peticiones en mi agrado y en mi presencia están los merecimientos de José. Yo le asistiré ahora y le señalaré lugar y asiento para su tiempo entre los príncipes de mi pueblo (Sal 112, 8), y tan eminente que sea admiración para los Ángeles y motivo de alabanza para ellos y los hombres, y con ninguna generación haré lo que con vuestro esposo.—Dio gracias la gran Señora a su Hijo dulcísimo por esta promesa, y nueve días antes de la muerte de San José le asistieron Hijo y Madre santísimos, de día y de noche, sin dejarle solo sin alguno de los dos, y en estos nueve días, por mandado del mismo Señor, tres veces cada día los Santos Ángeles daban música celestial al dichoso enfermo con cánticos de loores del Altísimo y bendiciones del mismo Santo. Y a más de esto se sintió en toda aquella humilde pero inestimable casa una suavísima fragancia de olores tan admirables, que confortaba no sólo al varón santo José, sino a todos los que llegaron a sentirla, que fueron muchos de fuera, a donde redundaba.

875. Un día antes que muriese sucedió que, inflamado todo en el divino amor con estos beneficios, tuvo un éxtasis altísimo que le duró veinte y cuatro horas, conservándole el Señor las fuerzas y la vida por milagroso concurso; y en este grandioso rapto vio claramente la divina esencia y en ella se le manifestó sin velo ni rebozo lo que por la fe había creído, así de la divinidad incomprensible como del misterio de la Encarnación y Redención humana y de la Iglesia militante, con todos los Sacramentos que a ella pertenecen, y la Beatísima Trinidad le señaló y destinó por precursor de Cristo nuestro Salvador para los santos Padres y Profetas del limbo (de los Padres), y le mandó que les evangelizase

de nuevo su Redención y los previniese para esperar la ida y visita que les haría el mismo Señor para sacarlos de aquel seno de San Abrahán a la eterna felicidad y descanso. Y todo esto conoció María santísima en el alma de su Hijo y en su interior, en la misma forma que otros misterios, y como le había sucedido a su amantísimo esposo, y por todo hizo la gran Princesa dignas gracias al mismo Señor.

876. Volvió San José de este rapto lleno su rostro de admirable resplandor y hermosura y su mente toda deificada de la vista del ser de Dios, y hablando con su esposa santísima la pidió su bendición y ella a su Hijo benditísimo que se la diese y su divina Majestad lo hizo. Luego la gran Reina, maestra de la humildad, puesta de rodillas pidió a San José también la bendijese como esposo y cabeza, y no sin divino impulso el varón de Dios por consolar a la prudentísima esposa la dio su bendición a la despedida, y ella le besó la mano con que la bendijo y le pidió que de su parte saludase a los Santos Padres del limbo, y para que el humildísimo San José cerrase el testamentó de su vida con el sello de esta virtud pidió perdón a su divina esposa de lo que en su servicio y estimación había faltado como hombre flaco y terreno y que en aquella hora no le faltase su asistencia y con la intercesión de sus ruegos. A su Hijo santísimo agradecióle también el santo esposo los beneficios que de su mano liberalísima había recibido toda la vida, y en especial en aquella enfermedad, y las últimas palabras que dijo San José hablando con ella, fueron: Bendita sois entre todas las mujeres y escogida entre todas las criaturas. Los Ángeles y los hombres Os alaben, todas las generaciones conozcan, magnifiquen y engrandezcan vuestra dignidad, y sea por Vos conocido, adorado y exaltado el nombre del Altísimo por todos los futuros siglos y eternamente alabado por haberos criado tan agradable a sus ojos y de todos los espíritus bienaventurados, y espero gozar de vuestra vista en la patria celestial.

877. Convirtióse luego el varón de Dios a Cristo Señor nuestro, y para hablar a Su Majestad con profunda reverencia en aquella hora intentó ponerse de rodillas en el suelo, pero el dulcísimo Jesús llegó a él y le recibió en sus

brazos y estando reclinada la cabeza en ellos dijo: Señor mío y Dios altísimo, Hijo del Eterno Padre, Criador y Redentor del mundo, dad vuestra bendición eterna a vuestro esclavo y hechura de vuestras manos; perdonad, Rey piadosísimo, las culpas que como indigno he cometido en vuestro servicio y compañía. Yo os confieso, engrandezco y con rendido corazón os doy eternamente gracias, porque entre los hombres me eligió Vuestra inefable dignación para esposo de vuestra verdadera Madre; vuestra grandeza y gloria misma sean mi agradecimiento por todas las eternidades.— El Redentor del mundo le dio la bendición y le dijo: Padre mío, descansad en paz y en la gracia de mi Padre celestial y mía, y a mis profetas y santos, que os esperan en el limbo, daréis alegres nuevas de que se llega ya su redención.—En estas palabras del mismo Jesús y en sus brazos espiró el santo y felicísimo José, y Su Majestad le cerró los ojos; y al mismo tiempo la multitud de los Ángeles que asistían con su Rey supremo y Reina hicieron dulces cánticos de alabanza con voces celestiales y sonoras y luego por mandato de Su Alteza llevaron la santísima alma al limbo de padres y profetas, donde todos la conocieron, llena de resplandores de incomparable gracia, como padre putativo del Redentor del mundo y su gran privado, digno de singular veneración; y conforme a la voluntad y mandato del Señor que llevaba causó nueva alegría en aquella innumerable congregación de santos, con las nuevas que les evangelizó de que se llegaba ya su rescate.

878. No se ha de pasar en silencio que la preciosa muerte de San José, aunque le precedieron tan larga enfermedad y dolores, no fueron solos ellos la causa y accidentes que tuvo, porque con todas sus enfermedades pudiera naturalmente dilatarse más el último plazo de su vida, si no se juntaran los efectos y accidentes que le causaba el ardentísimo fuego de amor que ardía en su rectísimo corazón; y para que esta felicísima muerte fuese más triunfo del amor que pena de las culpas, suspendió el Señor el concurso especial y milagroso con que conservaba las fuerzas naturales de su siervo, para que no las venciese la violencia del amor, y faltando este concurso se rindió la naturaleza y soltó el vínculo y lazo que detenía aquella

alma santísima en las prisiones de la mortalidad del cuerpo, en cuya división consiste nuestra muerte; y así fue el amor la última dolencia de sus enfermedades, que dije arriba (Cf. supra n. 866), y ésta fue también la mayor y más gloriosa, pues con ella la muerte es sueño del cuerpo y principio de la segura vida.

879. La gran Señora de los cielos, viendo a su esposo difunto, preparó su cuerpo para la sepultura y le vistió conforme a la costumbre de los demás, sin que llegasen a él otras manos que las suyas y de los Santos Ángeles que en forma humana la ayudaron; y para que nada faltase al recato honestísimo de la Madre Virgen vistió el Señor el cuerpo difunto de San José con resplandor admirable que le cubría para no ser visto más que el rostro, y así no le vio la purísima esposa, aunque le vistió para el entierro. Y a la fragancia que de él salía acudió alguna gente, y de esto y verle tan hermoso y tratable como si fuera vivo, causaba a todos grande admiración; y con asistencia de los parientes y conocidos y otros muchos, y en especial del Redentor del mundo y su beatísima Madre y gran multitud de Ángeles, fue llevado el sagrado cuerpo del glorioso San José a la común sepultura. Pero en todas estas ocasiones y acciones guardó la prudentísima Reina su inmutable compostura y gravedad, sin mudar el semblante con ademanes livianos y mujeriles, ni la pena le impidió para acudir a todas las cosas necesarias al obsequio de su esposo difunto y de su Hijo santísimo; a todo daba lugar el corazón real y magnífico de la Señora de las gentes. Luego dio gracias al mismo Hijo y Dios verdadero por los favores que había hecho al santo esposo, y añadiendo mayores colmos y realces de humildad, postrada ante su Hijo santísimo le dijo estas razones: Señor y Dueño de todo mi ser, Hijo verdadero y Maestro mío, la santidad de José mi esposo pudo deteneros hasta ahora para que mereciéramos vuestra deseable compañía, pero con la muerte de vuestro amado siervo puedo yo recelarme de perder el bien que no merezco; obligaos, Señor, de vuestra bondad misma para no desampararme, recibidme de nuevo por vuestra sierva, admitiendo los humildes deseos y ansias del corazón que os ama.—Recibió el Salvador del mundo este nuevo ofrecimiento de su Madre santísima y ofrecióla también de

nuevo que no la dejaría sola, hasta que fuese tiempo de salir por la obediencia del Eterno Padre a comenzar la predicación.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

880. Hija mía carísima, no ha sido sin causa particular que tu corazón se haya movido con especial compasión y piedad de los que están en el artículo de la muerte para desear tú ayudarles en aquella hora, porque es verdad, como lo has conocido, que entonces padecen las almas increíbles y peligrosos trabajos de las asechanzas del demonio y de la misma naturaleza y objetos visibles. Y aquel punto es en el que se concluye el proceso de la vida, para que sobre él caiga la última sentencia de muerte o vida eterna, de pena o gloria perdurable; y porque el Altísimo que te ha dado ese afecto quiere condescender con él para que así lo ejecutes, te confirmo en eso mismo y te amonesto concurras de tu parte con todas tus fuerzas y conato a obedecernos. Advierte, pues, amiga, que cuando Lucifer y sus ministros de tinieblas reconocen por los accidentes y causas naturales que los hombres tienen peligrosa y mortal enfermedad, luego al punto se previenen de toda su malicia y astucia para embestir en el pobre ignorante enfermo y derribarle, si pueden, con varias tentaciones; y como a los enemigos se les acaba el plazo para perseguir las almas, quieren recompensar con su ira, añadiendo de su maldad lo que les falta de tiempo.

881. Para esto se juntan como lobos carniceros y procuran reconocer de nuevo el estado del enfermo en lo natural y adquisito, considerando sus inclinaciones, hábitos y costumbres, y por qué parte de sus afectos tiene mayor flaqueza, para hacerle por allí más guerra y batería. A los que desordenadamente aman la vida, les persuade a que no es tanto el peligro, o impide que nadie les desengañe; a los que han sido remisos y negligentes en el uso de los Santos Sacramentos los entibia de nuevo y les pone mayores dificultades y dilaciones, para que mueran sin ellos o los reciban sin fruto y con mala disposición; a otros les propone sugestiones de confusión para que no descubran su conciencia y pecados; a otros embaraza y

retarda para que no declaren sus obligaciones ni desenreden las conciencias; a otros, que aman la vanidad, les propone que ordenen, aun en aquella hora postrera, muchas cosas muy vanas y soberbias para después de su muerte; a otros, avarientos y sensuales, los inclina con mucha fuerza a lo que ciegamente amaron; y de todos los malos hábitos y costumbres se vale el cruel enemigo para arrastrarlos tras los objetos y dificultarles o imposibilitarles el remedio; y cuantos actos obraron pecaminosos en la vida, con que adquirieron hábitos viciosos, fueron dar prendas al común enemigo y armas ofensivas con que les haga guerra y dé batería en aquella tremenda hora de la muerte, y con cada apetito ejecutado se le abrió camino y senda por donde entrar al castillo del alma, y en el interior de ella arroja su depravado aliento, levanta tinieblas densas, que son sus propios efectos, para que no se admitan las divinas inspiraciones, ni tengan verdadero dolor de sus pecados, ni hagan penitencia de su mala vida.

882. Y generalmente hacen estos enemigos grande estrago en aquella hora con la esperanza engañosa de que vivirán más los enfermos y con el tiempo podrán ejecutar lo que les inspira Dios entonces por medio de sus ángeles, y con este engaño se hallan burlados y perdidos. Y también es grande en aquella hora el peligro de los que han despreciado en vida el remedio de los santos sacramentos, porque este desprecio, que para el Señor y los santos es muy ofensivo, suele castigarle la divina justicia dejando a estas almas en manos de su mal consejo, pues no se quisieron aprovechar del remedio oportuno en su tiempo, y con haberle despreciado merecen que por justos juicios sean despreciadas en la última hora, para donde aguardaron con loca osadía a buscar la salud eterna. Muy pocos son los justos a quienes esta antigua serpiente en el peligro último no acometa con increíble saña. Y si a los muy santos pretende derribar entonces, ¿qué esperan los viciosos, negligentes y llenos de pecados, que toda la vida han empleado en desmerecer la gracia y favor divino y no se hallan con obras que les puedan valer contra el enemigo? Mi santo esposo José fue uno de los que gozaron este privilegio de no ver ni sentir al demonio en aquel trance, porque al intentarlo estos malignos sintieron contra sí una

virtud poderosa que los detuvo lejos y los Santos Ángeles los arrojaron y lanzaron al profundo y el sentirse tan oprimidos y aterrados —a tu modo de entender— los dejó turbados, suspensos y como aturdidos; y fue ocasión para que en el infierno hiciera Lucifer una junta o conciliábulo para consultar esta novedad y discurrir por el mundo, inquiriendo si acaso el Mesías estaba ya en él, y sucedió lo que dirás en su lugar (Cf. infra n.933).

883. De aquí entenderás el sumo peligro de la muerte y cuántas almas perecen en aquella hora, cuando comienzan a obrar los merecimientos y los pecados. Y no te declaro los muchos que se pierden y condenan, porque no mueras de pena si lo sabes y tienes amor verdadero del Señor, pero la regla general es que a la buena vida le espera buena muerte, lo demás es dudoso y muy raro y contingente. Y el remedio y seguro ha de ser tomar de lejos la corrida, y así te advierto que cada día que amaneciere para ti, en viendo la luz, pienses si aquel será el último de tu vida, y como si lo hubiera de ser, pues no sabes si lo será, compongas tu alma de manera que con alegre rostro recibas la muerte si viniere. Y no dilates un punto el dolerte de tus pecados y el propósito de confesarlos, si los tuvieres, y enmendar hasta la mínima imperfección, de manera que no dejes en tu conciencia defecto alguno de que te reprendan, sin dolerte y lavarte con la sangre de Cristo mi Hijo santísimo y ponerte en estado que puedas parecer delante del justo Juez, que te ha de examinar y juzgar hasta el mínimo pensamiento y movimiento de tus potencias.

884. Y para que ayudes como lo deseas a los que están en aquel extremo peligroso, en primer lugar aconseja a todos los que pudieres lo mismo que te he dicho y que vivan con cuidado de sus almas para tener dichosa muerte. A más de esto harás oración por este intento todos los días, sin perder ninguno, y con afectos fervorosos y clamores pide al Todopoderoso que desvanezca los engaños de los demonios y quebrante sus lazos y consejos que arman contra los que agonizan o están en aquel artículo y que todos sean confundidos por su diestra divina. Esta oración sabes que hacía yo por los mortales y en ella quiero que me imites. Y asimismo te ordeno que para ayudarlos mejor

mandes e imperes a los mismos demonios que se desvíen de ellos y no los opriman, que bien puedes usar de esta virtud aunque no estés presente, pues lo está el Señor en cuyo nombre los has de mandar y compeler para su mayor gloria y honra.

885. A tus religiosas, en estas ocasiones, dalas luz de lo que deben hacer, sin turbarlas; amonéstalas y asístelas para que luego reciban los Santos Sacramentos y que siempre los frecuenten; procura y trabaja en animarlas y consolarlas, hablándoles de las cosas de Dios y de sus misterios y Escrituras que despierten sus buenos deseos y afectos y se dispongan para recibir la luz e influencias de lo alto; aliéntalas en la esperanza y fortalécelas contra las tentaciones y enséñalas cómo las han de resistir y vencer, procurando conocerlas primero que ellas mismas te las manifestarán y si no el Altísimo te dará luz para que las entiendas y a cada una se le aplique la medicina que le conviene, porque las enfermedades espirituales son difíciles de conocerse y curarse. Todo lo que te amonesto has de ejecutar, como hija carísima, en obsequio del Señor, y yo te alcanzaré de su grandeza algunos privilegios para ti y para los que deseares ayudar en aquella terrible hora. No seas escasa en la caridad, que no has de obrar en esto por lo que tú eres, sino por lo que el Altísimo quiere obrar en ti por sí mismo.

CAPITULO 16

La edad que tenía la Reina del cielo cuando murió san José y algunos privilegios del Santo Esposo.

886. Todo el curso de la vida del felicísimo de los hombres San José llegó a sesenta años y algunos días más, porque de treinta y tres se desposó con María santísima y en su compañía vivió veinte y siete y un poco más; y cuando murió el Santo Esposo quedó la gran Señora de edad de cuarenta y un años y entrada casi medio año en cuarenta y dos, porque a los catorce años fue desposada con San José —como se dijo en la primera parte, capítulo 22 libro II— y los veinte y siete que vivieron juntos hacen cuarenta y uno

y más lo que corrió de 8 de septiembre hasta la dichosa muerte del santísimo esposo. En esta edad se halló la Reina del cielo con la misma disposición y perfección natural que consiguió a los treinta y tres años, porque ni retrocedió, ni se envejeció, ni desfalleció de aquel perfectísimo estado, como en el capítulo 13 de este libro queda dicho (Cf. supra n. 856). Pero tuvo natural sentimiento y dolor de la muerte de San José, porque le amaba como a esposo, como a santo y tan excelente en la perfección, como amparo y bienhechor suyo. Y aunque este dolor en la prudentísima Señora fue bien ordenado y perfectísimo, pero no fue pequeño, porque el amor era grande y mayor porque conocía el grado de santidad que tenía su esposo entre los mayores santos que están escritos en el libro de la vida y mente del Altísimo, y si lo que se amó de corazón no se pierde sin dolor, mayor será el dolor de perder lo que se amaba mucho.

887. No pertenece al intento de esta Historia escribir de propósito las excelencias de la santidad de San José, ni yo tengo orden de hacerlo más de en lo que basta generalmente para manifestar más la dignidad de su esposa y nuestra Reina, a cuyos merecimientos, después de los de su santísimo Hijo, se deben atribuir los dones y gracias que puso el Altísimo en el glorioso Patriarca. Y cuando la divina Señora no fuera la causa meritoria o instrumento de la santidad de su esposo, por lo menos era el fin inmediato a donde se ordenaba, porque todo el colmo de virtudes y gracia que comunicó el Señor a su siervo José, todo lo hizo para que fuese digno esposo y amparo de la que elegía por Madre. Y por esta regla y por el amor y aprecio que hizo el mismo Dios de su Madre santísima se ha de medir la santidad de San José; y según el concepto que yo tengo, si en el mundo hubiera otro hombre más perfecto y de mejores condiciones, ése diera el Señor por esposo a su misma Madre, y pues le dio al Patriarca San José, él sería sin contradicción el mejor que Dios tenía en la tierra. Y habiéndole criado y prevenido para tan altos fines, es cierto que le haría con su poderosa diestra idóneo y proporcionado con ellos, y esta proporción, a nuestro entender de la luz divina, había de ser por la santidad, virtudes, dones, gracias e inclinaciones infusas y naturales.

888. Entre este gran Patriarca y los demás santos reconozco una diferencia en los dones que recibieron de gracia: porque a muchos Santos se les dieron otros favores y privilegios que no miraban todos a su propia santidad, sino a otros intentos y fines del servicio del Altísimo en otros hombres, y así eran como dones o gracias *gratis datas* o remotas de la santidad, pero en nuestro Patriarca bendito todos los dones eran añadiéndole virtudes y santidad; porque el ministerio a donde se destinaban y encaminaban era efecto de santidad y obras suyas, y siendo más santo y angélico era más idóneo para esposo de María santísima y depositario del tesoro y sacramento del cielo y todo él había de ser un milagro de santidad, como lo fue. Comenzó esta maravilla desde la formación de su cuerpo en el vientre de su madre, porque asistió en ella particular providencia del Señor, y así fue compuesto con igualdad proporcionada de los cuatro humores, con extremadas cualidades, complexión y templanza o temperamento, para que luego fuese tierra bendita y le cayese por suerte una buena alma (Sap 8, 19) y rectitud de inclinaciones. Fue santificado en el vientre de su madre a los siete meses de su concepción y le quedó atado el *fomes pecati* por toda la vida y jamás tuvo movimiento impuro ni desordenado; y aunque no le dieron uso de razón en esta santificación primera más de sólo justificarle del pecado original, pero su madre sintió entonces nuevo júbilo del Espíritu Santo y sin entender todo el misterio hizo grandes actos de virtud y juzgó que su hijo, o lo que tenía en el vientre, sería admirable en los ojos de Dios y de los hombres.

889. Nació el santo varón José perfectísimo y muy hermoso en lo natural y causó en sus padres y allegados extraordinaria alegría, al modo de la que hubo en el nacimiento de San Juan Bautista, aunque la causa de ella fue más oculta. Aceleróle el Señor el uso de la razón, dándosele al tercero año muy perfecto, con ciencia infusa y nuevo aumento de la gracia y virtudes. Desde entonces comenzó el niño a conocer a Dios por la fe, y también por el natural discurso y ciencia le conoció como primera causa y autor de todas las cosas, y atendía y percibía altamente

todo lo que se hablaba de Dios y de sus obras, y desde aquella edad tuvo muy levantada oración y contemplación y ejercicio admirable de las virtudes que su edad pueril permitía, de manera que cuando a los siete o más años llega a los demás el uso de razón ya San José era varón perfecto en ella y en la santidad. Era blando de condición, caritativo, afable, sencillo y en todo descubría no sólo inclinaciones santas sino angélicas, y creciendo en virtudes y perfección llegó con vida irreprensible a la edad que se desposó con María santísima.

890. Para acrecentarle entonces los dones de la gracia y confirmarle en ellos, intervinieron las peticiones de la divina Señora, porque instantáneamente suplicó al Muy Alto que si le mandaba tomar aquel estado santificase a su esposo San José para que se conformase con sus castísimos pensamientos y deseos. Oyóla el Señor y conociéndolo la divina Reina obró Su Majestad con la fuerza de su brazo poderoso copiosamente en el espíritu y potencias del Patriarca San José efectos tan divinos, que no se pueden reducir a palabras, porque le infundió perfectísimos hábitos de todas las virtudes y dones. Rectificó de nuevo sus potencias y le llenó de gracia, confirmándole en ella por admirable modo, y en la virtud y dones de la castidad quedó el Santo Esposo más levantado que el supremo de los serafines, porque la pureza que ellos tienen sin cuerpo se le concedió a San José en cuerpo terreno y carne mortal, y jamás entró a sus potencias imagen ni especie de cosa impura de la naturaleza animal y sensible. Y con el olvido de todo esto y con una sinceridad columbina y angélica, le dispusieron para estar en la compañía y presencia de la purísima entre todas las criaturas, porque sin este privilegio no fuera idóneo para tan grande dignidad y rara excelencia.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 12

891. En las demás virtudes respectivamente fue admirable y señalado y en especial en la caridad, como quien estaba

en la fuente para saciarse de aquella agua viva que salta a la vida eterna (Jn 4, 14) o como vecino de la esfera del fuego, siendo materia dispuesta para encenderse en ella sin alguna resistencia. Y el mayor encarecimiento de esta virtud en nuestro enamorado esposo fue lo que dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 878); pues el amor de Dios le enfermó y él mismo fue el instrumento que le cortó el hilo de la vida y él le hizo privilegiado en la muerte, porque las congojas dulces del amor sobreexcedieron y como absorbieron a las de la naturaleza y éstas obraron menos que aquéllas; y como estaba presente el objeto del amor, Cristo Señor nuestro y su Madre, y a entrambos los tenía el santo por más propios que ninguno de los nacidos pudo ni puede tenerlos, era como inexcusable que aquel candidísimo y fidelísimo corazón se resolviera en afectos y efectos de tan peregrina caridad. ¡Bendito sea el autor de tan grandes maravillas y bendito sea el felicísimo de los mortales San José, en quien todas se obraron dignamente!, ¡digno es de que todas las generaciones y naciones le conozcan y bendigan, pues con ninguna otra hizo tales cosas el Señor, ni tanto les manifestó su amor!

892. De las visiones y revelaciones divinas con que fue favorecido San José, he dicho algo en todo el discurso de esta Historia (Cf. supra n. 422, 433, 471, 875) y fueron muchas más que se pueden decir; pero lo más se encierra en haber conocido los misterios de Cristo Señor nuestro y de su Madre santísima y haber vivido en su compañía tantos años, reputado por padre del mismo Señor y verdadero esposo de la Reina. Pero algunos privilegios he entendido, que por su gran santidad le concedió el Altísimo, para los que le invocaren por su intercesor, si dignamente lo hacen. El primero es para alcanzar la virtud de la castidad y vencer los peligros de la sensualidad carnal. El segundo, para alcanzar auxilios poderosos para salir del pecado y volver a la amistad de Dios. El tercero, para alcanzar por su medio la gracia y devoción de María santísima. El cuarto, para conseguir buena muerte y en aquella hora defensa contra el demonio. El quinto, que temiesen los mismos demonios oír el nombre de San José. El sexto, para alcanzar salud corporal y remedio en otros trabajos. El séptimo privilegio, para alcanzar sucesión de

hijos en las familias. Estos y otros muchos favores hace Dios a los que debidamente y como conviene le piden por la intercesión del esposo de nuestra Reina San José; y pido yo a todos los fieles hijos de la Santa Iglesia que sean muy devotos suyos, y los conocerán por experiencia, si se disponen como conviene para recibirlos y merecerlos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

893. Hija mía, aunque has escrito que mi esposo San José es nobilísimo entre los santos y príncipes de la celestial Jerusalén, pero ni tú puedes ahora manifestar su eminente santidad, ni los mortales pueden conocerla antes de llegar a la vista de la divinidad, donde con admiración y alabanza del mismo Señor se harán capaces de este sacramento; y el día último, cuando todos los hombres sean juzgados, llorarán amargamente los infelices condenados no haber conocido por sus pecados este medio tan poderoso y eficaz para su salvación, ni haberse valido de él como pudieran, para granjear la amistad del justo juez. Y todos los del mundo han ignorado mucho los privilegios y prerrogativas que el altísimo Señor concedió a mi Santo Esposo y cuánto puede su intercesión con Su Majestad y conmigo, porque te aseguro, carísima, que en presencia de la divina justicia es uno de los grandes privados para detenerla contra los pecadores.

894. Y por la noticia y luz que de este sacramento has recibido, quiero que seas muy agradecida a la dignación del Señor y al favor que en esto hago contigo; y de aquí adelante en lo restante de tu vida procures adelantarte en la devoción y cordial afecto de mi Santo Esposo y bendecir al Señor porque tan liberal le favoreció y por el gozo que yo tuve de conocerlo. En todas tus necesidades te has de valer de su intercesión y solicitarle muchos devotos, y que tus religiosas se señalen mucho en esto, pues lo que pide mi Esposo en el cielo concede el Altísimo en la tierra y a sus peticiones y palabras tiene vinculados grandes y extraordinarios favores para los hombres, si ellos no se hacen indignos de recibirlos. Y todos estos privilegios corresponden a la perfección columbina de este admirable santo y a sus virtudes tan grandiosas, porque la divina

clemencia se inclinó a ellas y le miró liberalísimamente, para conceder admirables misericordias para él y para los que se valieren de su intercesión.

CAPITULO 17

Las ocupaciones de María santísima después de la muerte de San José y algunos sucesos con sus Ángeles.

895. Toda la perfección de la vida cristiana se reduce toda a las dos vidas que conoce la Iglesia, vida activa y vida contemplativa. A la activa pertenecen las operaciones corporales o sensibles y que se ejercitan con los prójimos en las cosas humanas, que son muchas y muy varias y tocan en las virtudes morales, de quien reciben su perfección propia todas estas acciones de la vida activa. A la contemplativa pertenecen las operaciones interiores del entendimiento y voluntad, cuyo objeto es nobilísimo y espiritual y propio de la criatura intelectual y racional, y por eso esta vida contemplativa es más excelente que la activa y por sí misma es más amable, como más quieta, deleitable y hermosa y que se llega más al último fin que es Dios, en cuyo altísimo conocimiento y amor consiste, y así participa más de la vida eterna, que toda es contemplativa. Estas son las dos hermanas Marta y María (Lc 10, 38-42), una quieta y regalada, otra solícita y turbada; y las otras dos también hermanas y esposas Lía y Raquel (Gen 29, 16ss), una fecunda pero fea y de malos ojos, otra hermosa y agraciada pero al principio estéril; porque la vida activa es más fructuosa, aunque dividida en muchas y varias ocupaciones en que se turba y no tiene tan claros ojos para levantarlos y penetrar las cosas altas y divinas; pero la contemplativa es hermosísima, aunque al principio no es tan fecunda, porque su fruto le da más tarde por medio de la oración y méritos, que suponen grande perfección y amistad de Dios, para obligarle a que extienda su liberalidad con otras almas, pero éstos suelen ser frutos de bendiciones muy copiosas y de grande aprecio.

896. El juntar estas dos vidas es el colmo de la perfección cristiana, pero tan dificultoso como se vio en Marta y María,

en Lía y Raquel, que no fueron sola una sino dos diferentes, cada una para representar la vida que significaba; porque ninguna de las dos las pudo comprender entrambas en su representación, con la dificultad que hay de juntarlas en un sujeto en grado perfecto a un mismo tiempo. Y aunque en esto han trabajado mucho los santos, y a lo mismo se ordena la doctrina de los maestros de espíritu, tantas instrucciones de los varones apostólicos y doctos, los ejemplos de los apóstoles y patrones de las sagradas religiones, que todos procuraron juntar la contemplación con la acción, en cuanto con la divina gracia les era concedido; pero siempre conocieron que la vida activa, por la multitud de sus acciones, en los objetos inferiores derrama el corazón y le turba, como lo dijo el Señor a Marta, y por más que trabaje en recogerse a su quietud y reposo para levantarse a los ojos altísimos de la contemplación, no lo puede conseguir sin grande dificultad en esta vida y por breve tiempo, salvo con otro especial privilegio de la diestra del Altísimo. Por esta razón los santos que se dieron a la contemplación, de intento buscaron los yermos y soledades acomodadas para vacar a ella, y los demás que juntamente atendían a la vida activa y salvación de las almas por la predicación y doctrina, tomaban parte del tiempo en que se retiraban de las acciones exteriores y en lo demás partían los días, dando unas horas a la contemplación y otras a las ocupaciones activas, y obrándolo todo con perfección alcanzaron el mérito y premio de entrambas vidas, que sólo se funda en el amor y gracia como principal causa.

897. Sola María santísima juntó estas dos vidas en grado supremo, sin embarazarse en ella la contemplación altísima y ardentísima por las acciones exteriores de la vida activa. En ella estuvo la solicitud de Marta sin turbación y el reposo y sosiego de María sin descansar en el ocio corporal, tuvo la hermosura de Raquel y la fecundidad de Lía y sola nuestra prudentísima y gran Reina comprendió en la verdad lo que significaron estas diferentes hermanas. Y aunque sirvió a su esposo enfermo y le sustentó con su trabajo, y junto con esto a su Hijo santísimo, como se ha dicho (Cf. supra n. 859), no por eso en estas acciones y ocupaciones interrumpía, ni cesaba, ni se embarazaba su divinísima contemplación, ni se hallaba necesitada de buscar

tiempos de soledad y retiro para serenar su pacífico corazón y levantarse sobre los más supremos serafines. Pero con todo eso, cuando se halló sola y desocupada de la compañía de su esposo, ordenó su vida y ejercicios a ocuparse en solo el ministerio del amor interior. Conoció luego en el interior de su Hijo santísimo que aquella era su misma voluntad y que moderase el trabajo corporal que había tenido en asistir de día y de noche a la labor para acudir a su santo enfermo, y que en lugar de este ejercicio pasado asistiese con Su Majestad a las peticiones y obras altísimas que hacía.

898. Manifestóle también el mismo Señor que para el moderado alimento que habían de usar bastaba trabajar algún rato del día, porque de allí adelante no habían de comer más de una sola vez por tarde, pues hasta entonces habían guardado otra orden, por el amor que tenían a San José y acompañarle por su consuelo en las horas y tiempos de la comida. Y desde entonces no comieron el Hijo santísimo y su beatísima Madre más de sola una vez a la hora de las seis de la tarde, y muchos días la comida era solo pan, otras añadía la divina Señora frutas, yerbas o pescados, y éste era el mayor regalo de los Reyes del cielo y tierra. Y aunque siempre fue suma la templanza y admirable la abstinencia, pero cuando quedaron solos fue mayor y no dispensaron sino en la calidad del manjar y en la hora de comer. Cuando eran convidados comían en cantidad poca de lo que les daban, sin excusarse, comenzando a ejecutar el consejo que después había de dar a sus discípulos cuando fuesen a predicar (Lc 10, 8). El pobre manjar de que usaban los divinos Reyes le servía la gran Señora a su Hijo santísimo de rodillas, pidiéndole licencia para hacerlo, y algunas veces lo aderezaba con la misma reverencia, porque era para alimento del Hijo y Dios verdadero.

899. No había sido impedimento la presencia del santo José para que la prudentísima Madre tratase a su Hijo santísimo con toda reverencia, sin perder punto ni acción de las que debía y convenían entonces, pero después que murió el santo ejerció la gran Señora con más frecuencia las postraciones y genuflexiones que acostumbraba (Cf.

supra n. 180), porque siempre era mayor la libertad para esto en presencia de los ángeles solos, que en la de su mismo esposo que era hombre; y muchas veces estaba postrada en tierra hasta que el mismo Señor la mandaba levantar, y muy frecuentemente le besaba los pies, otras veces la mano, y de ordinario con lágrimas de profundísima humildad y reverencia; y siempre estaba en presencia de Su Majestad con acciones o señales de adoración y ardentísimo amor, pendiente de su divino beneplácito, atenta a su interior para imitarle. Y aunque no tenía culpas ni una mínima negligencia o imperfección en el servicio y amor de su Hijo altísimo, con todo esto estaba siempre —mejor que lo dijo el Profeta (Sal 122, 2)— como están los ojos del siervo y de la esclava cuidadosos en manos de sus dueños, para alcanzar de ellos la gracia que desea. Y no es posible que venga en algún humano pensamiento la ciencia del Señor que tuvo nuestra Reina para entender y obrar tantas y tan divinas acciones como hizo en compañía del Verbo humanado estos años que vivieron juntos y solos, sin otra compañía más de los Ángeles que los acompañaban y servían. Ellos solos fueron los testigos de vista, con admiración y alabanza peregrina de verse tan inferiores a la sabiduría y pureza de una pura criatura que fue digna de tanta santidad, porque sola ella dio el lleno de las obras de la gracia.

900. Con los mismos Ángeles santos tuvo la Reina del cielo en este tiempo dulcísimas contiendas y emulaciones sobre las acciones ordinarias y humildes que eran necesarias para el servicio del Verbo humanado y de su humilde casa, porque no había en ella quien las pudiera hacer fuera de la misma Emperatriz y divina Señora, y estos nobilísimos y fieles vasallos y ministros, que asistían para esto en forma humana, estaban prontos y cuidadosos para acudir a todo. La gran Reina quería hacer por sí misma todas las cosas humildes con sus manos, de barrer y aliñar las pobres alhajitas, limpiar los platos y vasos y disponer todo lo necesario; pero los cortesanos del Altísimo, como verdaderamente corteses y más prestos en las operaciones, aunque no más humildes, solían adelantarse en prevenir estas acciones antes que su Reina llegase a ella, y tal vez, y muchas a tiempos, los encontraba Su

Alteza ejecutando lo que ella deseaba porque los santos Ángeles se habían adelantado, pero al punto obedecían a su palabra y la dejaban cumplir con el afecto de su humildad y amor. Y para que en esto no la impidiesen sus deseos, hablaba con los Santos Ángeles y les decía: Ministros del Altísimo, que sois espíritus purísimos en donde reverberan las luces con que su divinidad me ilumina, estos humildes y serviles oficios no convienen a vuestro estado y a vuestra naturaleza y condición sino a la mía, que a más de ser de tierra soy la menor de todos los mortales y la más obligada esclava de mi Señor y de mi Hijo; dejadme, amigos míos, hacer los ministerios que me tocan, pues yo puedo lograrlos en el servicio del Altísimo con el mérito que vosotros no tendréis por vuestra dignidad y estado. Yo conozco el precio de estas serviles obras que el mundo desprecia y no me dio el Altísimo esta luz para que yo las fíe de otro sino para ejecutarlas por mí misma.

901. Reina y Señora nuestra —respondían los Ángeles— verdad es que en vuestros ojos y en la aceptación del Altísimo son tan estimables estas obras como Vos lo conocéis; pero si con ellas conseguís el precioso fruto de vuestra incomparable humildad, advertid también que nosotros faltaremos a la obediencia que debemos al Señor si no os servimos como Su Majestad altísima nos lo ha mandado, y siendo vos nuestra legítima Señora faltaríamos también a la justicia en omitir cualquiera obsequio que en este reconocimiento nos fuere de lo alto permitido; y el mérito que no alcanzáis no ejecutando estas obras serviles, fácilmente, Señora, le recompensa la mortificación de no cumplirlas y el deseo ardentísimo con que las procuráis.— Replicaba a estas razones la prudentísima Madre y decía: No, señores y espíritus soberanos, no ha de ser así como queréis; porque si vosotros juzgáis por grande obligación servirme a mí como a Madre de vuestro gran Señor, de cuya mano sois hechuras, advertid que mí me levantó del polvo para esta dignidad y mi deuda en tal beneficio viene a ser mayor que la vuestra, y siendo tanto mayor mi obligación también ha de serlo mi retorno; y si vosotros queréis servir a mi Hijo como criaturas hechas de su mano, yo debo servirle por ese mismo título y tengo más el ser su Madre para servirle como a Hijo, y siempre me hallaréis con

más derecho que vosotros para ser siempre humilde, pegarme con el polvo y ser agradecida.

902. Estas y otras semejantes eran las contiendas dulces y admirables que tenían María santísima y sus Ángeles, en que siempre quedaba la palma de la humildad en manos de su Reina y Maestra. Ignore con justicia el mundo tan ocultos sacramentos de que le hace indigno la vanidad y soberbia, juzgue por párvulos y contentibles la estulta arrogancia estos oficios y ocupaciones humildes y serviles y aprécienlos los cortesanos del cielo que conocen su valor y solicítelos la mismo Reina de los cielos y de la tierra que supo darles su estimación; pero dejemos ahora al mundo, o con su ignorancia o con su disculpa, sea lo que fuere, porque la humildad no es para los altivos de corazón, ni el servir en los oficios humildes se compadece con la púrpura y holandas, ni el barrer y lavar platos se ajusta con las costosas joyas y brocados, ni para todos sin diferencia son las preciosas margaritas de estas virtudes. Pero si en la escuela de la humildad y desprecio —en las religiones digo— se pegase el contagio de la soberbia mundana y se tuviese por mengua y deshonra esta humillación, no podemos negar que sería vergonzosa o muy reprensible soberbia. Si las religiosas o religiosos despreciamos estos oficios y ocupaciones serviles y tenemos por bajeza, a fuera del mundo (profano), el hacerlos, ¿con qué ánimo nos ponemos en presencia de los Ángeles y de su Reina y nuestra, que tuvo por estimabilísima honra las obras que nosotros juzgamos por contentibles, bajeza y deshonor?

903. Hermanas mías, hijas de esta gran Reina y Señora, con vosotras hablo, las que tras ella sois llamadas y llevadas al tálamo del Rey con exultación y verdadera alegría (Sal 44, 16): no queráis degenerar del título honorífico de tal Madre, y si ella misma que era Reina de los Ángeles y de los hombres se humillaba a estas obras humildes e inferiores, si barría y servía en la más baja ocupación, ¿qué parecerá en sus ojos y en los del mismo Dios y Señor que la esclava sea altiva, soberbia y desvanecida y que desprecie la humildad? Vaya fuera de nuestra comunidad este engaño, dejémosle a Babilonia y sus moradores, honrémonos de lo que tuvo Su Alteza por

corona, y sea vergonzosa confusión; afrenta y severa reprensión para nosotras no tener las mismas competencias que tuvo ella con los Ángeles sobre quién había de vencer en humildad. Adelantémonos a porfía a las obras humildes y serviles y causemos en nuestros Ángeles santos y compañeros fieles esta emulación tan agradable a nuestra gran Reina y a su Hijo santísimo y nuestro Esposo.

904. Y para que entendamos que sin humildad sólida y verdadera es temeridad pagarnos de consolaciones espirituales o sensibles mal seguras, y el apetecerlas sería loca osadía, atendamos a nuestra divina Maestra, que es el ejemplar consumado de la vida santa y perfecta. Con las obras humildes y serviles que hacía se alternaban en la gran Reina los favores y regalos del cielo; porque sucedía muchas veces, cuando estaba con su Hijo santísimo retirados en oración, que los santos Ángeles con dulces voces y armonía les cantaban los himnos y cánticos que la beatísima Madre había compuesto en alabanza del ser de Dios infinito y del misterio de la unión hipostática de la naturaleza humana en la persona divina del Verbo. Y para que repitiesen estos cánticos a su mismo Señor y Criador, solía la Reina llamar a los Ángeles y pedirles que alternando con ella los versos hicieran otros cánticos de nuevo, y la obedecían, con admiración de los mismos Ángeles, viendo la profunda sabiduría de su gran Reina, por lo que de nuevo componía y decía. Y después, cuando su Hijo santísimo se retiraba a descansar, o cuando comía, les mandaba, como Madre de su Criador y que cuidaba amorosamente de regalarle, que le hiciesen música en su nombre, y el Señor lo permitía cuando la prudentísima Madre lo ordenaba, dando lugar a la ardiente caridad y veneración con que estos últimos años le servía. Y para decir yo lo que sobre esto se me ha manifestado, era necesario muy largo discurso y mayor capacidad que la mía; por lo que he insinuado se puede conocer algo de tan profundos sacramentos y hallar motivo para magnificar y bendecir a esta gran Señora y Reina, a quien todas las naciones conozcan y prediquen por bendita entre todas las criaturas y Madre dignísima del Criador y Redentor del mundo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

905. Hija mía, antes que prosigas a declarar otros misterios, quiero que estés capaz del que tenían todas las cosas que ordenó el Altísimo conmigo por respeto de mi santo esposo José. Cuando me desposé con él, me mandó mudase orden en la comida y otras obras exteriores para ajustarme con su modo de proceder, porque era cabeza y yo en lo común era inferior; y esto mismo hizo mi Hijo santísimo siendo Dios verdadero, por estar sujeto (Lc 2, 51) en lo exterior al que juzgaba el mundo por su padre. Y cuando quedamos solos, muerto mi esposo, que faltó este motivo, volvimos a nuestro orden y gobierno en la comida y otras operaciones, y no quiso Su Majestad que San José se acomodase a nosotros sino nosotros con él, como lo pedía el orden común de mi estado; ni tampoco interpuso Su Majestad milagros, para que él pasase sin el orden y alimento que acostumbraba, porque en todo procedía como maestro de las virtudes, para enseñar a todos lo más perfecto: a los padres y a los hijos, ya los prelados y superiores y superioras, súbditos e inferiores. A los padres, que amen a sus hijos, les ayuden, sustenten, amonesten, corrijan y encaminen a la salvación sin remisión ni descuido. A los hijos, que amen, estimen y honren a sus padres como instrumentos de su vida y ser, los obedezcan diligentes, guardando todos la ley natural y divina, que se lo enseña ella misma y lo contrario es monstruo muy feo y horrendo. Los prelados y superiores han de amar a los súbditos y mandarles como a hijos; y éstos han de obedecer sin resistencia, aunque sean de otras condiciones y calidades mejores que los prelados, porque en la dignidad que representa a Dios siempre el prelado es mayor, pero la caridad verdadera los ha de hacer una misma cosa a todos.

906. Y para que alcances esta gran virtud, quiero que te acomodes y ajustes a tus hermanas y súbditas, sin ceremonias ni ademanes imperfectos, sino que trates con ellas con llaneza y sinceridad columbina: ora tú cuando ellas oran y come y trabaja cuando ellas lo hacen y en la recreación las asiste, porque la mayor perfección en las congregaciones se funda en seguir el espíritu común de todas, y si lo hicieres, será gobernada por el Espíritu Santo, que rige las comunidades bien concertadas. Con

este orden te puedes adelantar en la abstinencia, comiendo menos que todas, aunque te pongan lo mismo que a ellas, y con disimulación, sin hacerte singular, deja lo que quisieres por el amor de tu Esposo y mío. Y si no te impidiere alguna grave enfermedad, no dejes ni faltes jamás de las comunidades, cuando la obediencia de los prelados tal vez no te ocupare, y asiste en ellas con especial reverencia y temor, atención y devoción, que allí serás visitada del Señor muchas veces.

907. Quiero asimismo que de este capítulo adviertas la cautela cuidadosa que debes tener en ocultar las obras que pudieres hacer en secreto a mi ejemplo; pues aunque yo no tenía que reparar de hacerlas todas en presencia de mi santo esposo José sin peligro alguno, con todo esto les daba este punto de perfección y de prudencia, que de suyo las hace más loables el recato. Pero éste no es necesario en las obras comunes y obligatorias con que debes dar ejemplo sin ocultar la luz, que el faltar en esto podía ser escándalo y digno de reprensión. Otras muchas obras que se pueden hacer en secreto y escondidas de los ojos de las criaturas, no se han de exponer livianamente al peligro de la publicidad y ostentación. En este retiro pueden hacer muchas genuflexiones como yo las hacía, y postrada y pegada con la tierra podrás humillarte, adorando a la suprema majestad del Altísimo, para que el cuerpo mortal que agrava al alma (Sab 9, 15) sea ofrecido como en sacrificio aceptable por satisfacer a los movimientos desordenados que ha tenido contra la razón y justicia, y para que en ti no haya cosa alguna que deje de ser ofrecida y dedicada al servicio de tu Criador y Esposo, y con estas operaciones recompense el cuerpo en algún modo lo mucho que impidió y hace perder al alma con sus pasiones y defectos terrenos.

908. Con este intento procura siempre tenerle muy sujeto, y que los beneficios que se le hacen sólo sirvan de sustentarle en servidumbre del alma y no para que se deleite en sus antojos y apetitos. Mortifícale y quebrántale muriendo a todo lo que es deleitable al sentido, hasta que las operaciones comunes y necesarias para la vida antes le sean de pena que de gusto, antes de amargura que de pe-

ligrosa delectación. Y aunque en otras ocasiones te he hablado y manifestado el valor de esta humillación y mortificación, ahora con mi ejemplo quedarás más enseñada del aprecio que debes hacer de cualquier acto de humildad y mortificación. Y te mando ahora que ninguno desprecies, ni juzgues por pequeño, sino que en tu estimación le has de reputar por un tesoro inestimable, procurando ganarle para ti. Y en esto has de ser codiciosa y avarienta, adelantándote a los oficios serviles de barrer y limpiar la casa y hacer las más inferiores obras de toda ella y servir a las enfermas y necesitadas, como en otras ocasiones te lo he mandado; y en todas me pondrás delante de tus ojos por dechado, para que te sirva de estímulo mi solicitud en esta humildad y de alegría imitarme y confusión el descuido de no hacerlo. Y si en mí fue tan necesaria esta fundamental virtud para hallar gracia y agrado en los ojos del Señor, no habiéndole desagradado ni ofendido desde que tuve ser, y para que su diestra divina me levantara me humillé, ¿cuánto más necesitas tú de pegarte con el polvo y deshacerte en tu ser, que fuiste concebida en pecado y le has ofendido repetidas veces? Humíllate hasta el no ser y reconoce que el que te dio el Altísimo le empleaste mal, con que el ser te ha de servir de más humillación para que halles el tesoro de la gracia.

CAPITULO 18

Continúame otros misterios y ocupaciones de nuestra gran Reina y Señora con su Hijo santísimo, cuando vivían solos antes de su predicación.

909. Muchos de los ocultos sacramentos y venerables misterios que intervinieron entre Jesús y María su Madre santísima están reservados para gozo accidental de los predestinados en la vida eterna, como en otros lugares he dicho (Cf. supra n. 57, 536, 694, 712). Y los más altos e inefables sucedieron en los cuatro años que vivieron juntos y solos en su casa después de la dichosa muerte de San José, hasta la predicación del mismo Señor. Imposible es que alguna criatura mortal pueda dignamente penetrar tan profundos secretos, ¿cuánto menos podré yo manifestar lo

que de ellos he entendido con mi rudeza? Y en lo que dijere se conocerá la causa de esto. Era el alma de Cristo Señor nuestro espejo clarísimo y sin mácula, donde, como queda dicho (Cf. supra n. 809 y lugares allí citados), su Madre santísima miraba y conocía todos los misterios y sacramentos que disponía el mismo Señor, como cabeza y artífice de la Santa Iglesia y como reparador de todo el linaje humano y maestro de la salud eterna y como Ángel del Gran Consejo, que cumplía y ejecutaba el que desde *ab aeterno* estaba predestinado en el consistorio de la Beatísima Trinidad.

910. En disponer esta obra que le encargó su Eterno Padre para ejecutarla con la suma perfección que pudo darle como hombre que juntamente era Dios verdadero, se ocupó Cristo nuestro bien toda la vida que gastó en el mundo, y procediendo más al término y acercándose a la dispensación de tan alto sacramento, iban también obrando con mayor fuerza y eficacia de su sabiduría y poder. Y de todos estos misterios era testigo y depósito fidelísimo el corazón de nuestra gran Reina y Señora, y en todo cooperaba con su Hijo santísimo, como su coadjutora en las obras de la reparación humana. Y según esto, para entender enteramente la sabiduría de la divina Madre y las obras que con ella hacía en la dispensación de los misterios de la Redención, era necesario entender también lo que encerraba la ciencia de Cristo nuestro Salvador y las obras de su amor y prudencia, con que iba encaminando los medios oportunos y convenientes para los fines altísimos que pretendía. Y en lo poco que yo dijere de las obras de su Madre santísima, siempre he de suponer las del Hijo santísimo, con quien cooperaba en ellas, imitándole como a su ejemplar y dechado.

911. Estaba ya el Salvador del mundo en edad de veinte y seis años, y como su santísima humanidad procedía en la natural perfección y se llegaba al término, guardaba Su Majestad admirable correspondencia en la demostración de sus mayores obras, como más vecinas a la de nuestra redención. Y todo este sacramento encerró el Evangelista San Lucas en aquellas breves palabras con que cerró el

capítulo *2: Y Jesús aprovechaba en sabiduría, edad y gracia con Dios y con los hombres (Lc 2, 52)*; entre los cuales su beatísima Madre conocía y cooperaba con estos aumentos y progresos de su Hijo santísimo, sin ocultársele cosa alguna de las que como a pura criatura le pudo comunicar el Señor, que era hombre y Dios. Entre estos divinos y ocultos sacramentos conoció la gran Señora por estos años cómo su Hijo y Dios verdadero del trono de su sabiduría miraba y dilataba su vista, no sólo la increada de la divinidad, sino también la de su alma santísima, sobre todos los mortales, a quienes había de alcanzar la redención en cuanto a la suficiencia, y que consigo mismo confería el valor de la redención, el peso que tenía en la aceptación y aprecio del Eterno Padre y cómo para cerrar las puertas del infierno a los mortales y revocarlos a la eterna vida había descendido del cielo a padecer durísima pasión y muerte; y con todo eso la estulticia y dureza de los que nacerían después de haberse puesto en una cruz por su remedio, haría violencia y fuerza para dilatar las puertas de la muerte y volver a abrir más el infierno, con ciega ignorancia de los que montan aquellos infelicísimos y horribles tormentos.

912. En esta ciencia y ponderación se afligió y sintió grandes congojas la humanidad de Cristo Señor nuestro y llegó a sudar sangre —como otras veces sucedía (Cf. supra n. 695, 848)— y en estos conflictos siempre perseveraba el divino Maestro en las peticiones que hacía por todos aquellos que habían de ser redimidos; y por la obediencia del eterno Padre deseaba con ardentísimo amor ofrecerse en aceptable sacrificio y en rescate de los hombres, porque si no a todos alcanzase la eficacia de sus méritos y sangre, por lo menos quedase satisfecha la justicia divina y recompensaba la ofensa de la divinidad y justificada la equidad y rectitud de la justicia divina para el tiempo del castigo que sobre los incrédulos o ingratos estaba prevenido desde la eternidad. A la vista de tan profundos secretos que la gran Señora conocía, acompañaba a su Hijo santísimo en las congojas y ponderación que con su sabiduría respectivamente hacía, y a esto se juntaba la compasión dolorosa de madre, viendo al fruto de su virginal vientre tan gravemente afligido. Y

muchas veces llegó la mansísima paloma a llorar lágrimas de sangre, cuando el Salvador la sudaba, y era traspasada de incomparable dolor; porque sola esta prudentísima Señora y su Hijo, Dios y hombre verdadero, llegaron a ponderar en el peso del santuario ajustadamente lo que monta morir Dios en una cruz para cerrar el infierno, puesto en una balanza, y en la otra el duro y ciego corazón de los mortales, forcejando para meterse en manos de la eterna muerte.

913. Sucedía en estas congojas que la amantísima Madre llegaba a padecer unos deliquios casi mortales, y fuéranlo sin duda si la virtud divina no la confortara para que no muriera. Y el dulcísimo Hijo y Señor en retorno de este fidelísimo amor y compasión mandaba a los Ángeles que la consolasen y tuviesen reclinada, y otras veces que la hiciesen celestial música con cánticos de alabanza y gloria de la divinidad y humanidad de Su Majestad que ella misma había hecho. Otras veces el mismo Señor la reclinaba en sus brazos y le daba nuevas inteligencias de que no se entendía con ella aquella inicua ley del pecado y de sus efectos. Otras veces, estando así reclinada, le cantaban los mismos Ángeles con admiración y era trasformada y arrebatada en divinos éxtasis, en que recibía grandes y nuevas influencias de la divinidad; aquí era donde la escogida, la única y la perfecta estaba reclinada sobre la siniestra de la humanidad y era regalada y abrazada con la diestra de la divinidad (Cant 2, 6); aquí donde su amantísimo Hijo y Esposo conjuraba y mandaba a las hijas de Jerusalén no despertasen a su querida, mientras ella no quisiese (Cant 3, 5; ib 2, 7), de aquel sueño que le curaba las dolencias y enfermedades de amor; y allí era donde los espíritus soberanos se admiraban de ver que se levantaba sobre todos, estribando en su dilectísimo Hijo (Cant 8, 5) y vestida con esta variedad, a su diestra (Sal 44, 10), la bendecían y magnificaban entre todas las criaturas.

914. Conocía la gran Reina en otras ocasiones altísimos secretos de la predestinación de los electos por los méritos de la redención y cómo estaban escritos en la memoria eterna de su Hijo santísimo y el modo con que Su Majestad les aplicaba sus merecimientos y oraba por ellos para que

fuese eficaz el valor de su rescate y cómo el amor y gracia de que se hacían indignos los réprobos se convertía a los predestinados según su disposición. Y entre todos éstos conocía cómo aplicaba el Señor su sabiduría y cuidado a los que había de llamar a su apostolado y séquito y que los iba alistando en su determinación y ciencia ocultísima debajo el estandarte de su cruz para que ellos le llevasen después por el mundo; y como buen capitán general que dispone las cosas en su mente para alguna conquista o batalla muy ardua y trabajosa y distribuye los cargos y ministerios de la milicia, eligiendo para ellos los soldados más esforzados e idóneos y conforme a la condición de cada uno y les señala puestos y lugares convenientes, así Cristo nuestro Redentor, para entrar en la conquista del mundo y despojar al demonio de su tiránica posesión, desde la alteza de la persona del Verbo ordenaba la nueva milicia que había de levantar y cómo había de distribuir los oficios, grados y dignidades de sus esforzados capitanes y a dónde les había de señalar puestos, y todas las prevenciones y aparato de esta guerra estaba depositado en su sabiduría y voluntad santísima, todo como lo había de ir obrando.

915. Y todo esto era patente y manifiesto a la prudentísima Madre, y le fueron dadas especies infusas de muchos predestinados, en especial de los Apóstoles y discípulos y de gran número de los que fueron llamados a la primitiva Iglesia y después en el discurso de ella. Y cuando vio a los Apóstoles y a los demás los conocía antes de tratarlos, por el conocimiento sobrenatural que de ellos había tenido en Dios, y como el divino Maestro antes de llamarlos había orado por ellos y pedido su vocación, también la gran Señora hizo la misma oración y petición. De manera que, en los auxilios y favores que recibieron los Apóstoles antes de oír y conocer a su Maestro, para estar dispuestos y prevenidos para recibir la vocación que después había de hacer de ellos al apostolado, en todo tuvo parte la Madre de la gracia. Y como en estos años ya se acercaba la predicación, hacía oración por ellos nuestro Salvador con más instancia y les envió mayores y más fuertes inspiraciones; también las peticiones de la divina Señora fueron más fervorosas y eficaces en su género; y cuando

después llegaban a su presencia y entraban en la secuela de su Hijo, así los discípulos como otros, solía decirle: Estos son, Hijo y Señor mío, el fruto de vuestras oraciones y voluntad santa.—Y hacía cánticos de alabanza y agradecimiento, porque veía cumplido el deseo del Señor y traídos a su escuela los que Su Majestad había elegido del mundo.

916. En la prudente consideración de estas maravillas solía nuestra gran Reina quedar absorta y admirada con incomparables alabanzas y júbilo de su espíritu, y en él hacía heroicos actos de amor y adoraba los secretos juicios del Altísimo, y transformada toda abrasada en aquel fuego que salía de la divinidad para derramarse y encender el mundo solía decir unas veces dentro de su ardentísimo corazón, otras en voz alta y sensible: ¡Oh amor infinito! ¡Oh voluntad de bondad infalible e inmensa! ¿Cómo no te conocen los mortales? ¿Cómo te desprecian y olvidan? ¿Por qué tu fineza ha de ser tan mal pagada? Oh trabajos, penas, suspiros, clamores, deseos y peticiones de mi Amado, todo más estimable que las margaritas, el oro y todos los tesoros del mundo, ¿quién será tan ingrato e infeliz que os quiera despreciar? ¡Oh hijos de Adán, quién muriera por cada uno de vosotros muchas veces, para desengañar vuestra ignorancia, ablandar vuestra dureza y prevenir vuestra desdicha!—Después de tan avisados afectos y oraciones, comunicaba de palabra la feliz Madre con su Hijo todos estos sacramentos y el sumo Rey la consolaba y dilataba el corazón con renovar la memoria de la estimación que tenía en los ojos del Altísimo, la gracia y gloria de los predestinados y sus grandes merecimientos, en comparación de la ingratitud y dureza de los réprobos. Y en especial la informaba del amor que ella misma conocía de Su Majestad y de la Beatísima Trinidad para con la misma Señora y de lo que se complacía de su correspondencia y pureza inmaculada.

917. Otras veces el mismo Señor la informaba de lo que había de hacer en comenzando la predicación y cómo había de cooperar con Su Majestad y ayudarle en todas las obras y gobierno de la nueva Iglesia, y cómo había de sobrellevar las faltas de los apóstoles, la negación de San Pedro, la

incredulidad de Santo Tomás, la alevosía de Judas Iscariotes y otros sucesos que conocía para adelante. Y desde entonces propuso la oficiosa Señora de trabajar mucho para reducir aquel traidor discípulo, y así lo ejecutó, como diré en su lugar (Cf. infra n. 1086, 1089, 1093, 1112). Y de haber despreciado Judas Isacriotes estos favores, concibiendo alguna impiedad e indevoción con la Madre de la gracia, comenzó su perdición. De tantos misterios y sacramentos quedó informada la divina Señora por su Hijo santísimo y tanta fue la grandeza de la sabiduría y ciencia divina que en ella depositó, que todo encarecimiento es limitado, porque sólo pudo excederla la ciencia del mismo Señor y ella excedió a todos los serafines y querubines. Pero si nuestro Salvador Jesús y su Madre santísima emplearon todos estos dones de ciencia y gracia en beneficio de los mortales, y si un solo suspiro de Cristo nuestro Señor era de inestimable precio para todas las criaturas, y aunque los de su digna Madre no tenían tanto valor porque eran de pura criatura y menor excelencia, pero valían en la aceptación del Señor más que todo el resto de la naturaleza criada; multipliquemos ahora la suma de lo que hicieron Hijo y Madre por nosotros, no sólo en morir en una cruz nuestro Salvador después de tan inauditos tormentos, sino las peticiones, lágrimas, sudor de sangre tantas veces, y que en todo y lo demás que ignoramos fue su coadjutora y cooperadora la Madre de misericordia, y todo para nosotros. ¡Oh ingratitud humana! ¡Oh dureza más que diamantina en corazones de carne! ¿Dónde está nuestro seso?, ¿dónde la razón?, ¿dónde la misma compasión y agradecimiento de la naturaleza, que inficionada e infecta se mueve de los objetos sensibles a lástima y estimación de lo que es su precipicio y muerte eterna y olvida el mayor favor de la redención y la compasión y dolor de la pasión del Señor, que con ella le ofrece la vida y descanso que ha de durar para siempre?

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

918. Hija mía, verdad es que, cuando tú o todos los mortales hablaran con lenguas de ángeles, no llegaran a declarar los beneficios y favores que yo recibí de la diestra del Altísimo en los últimos años que mi Hijo santísimo estuvo conmigo. Estas obras del Señor tienen

un linaje de incomprensibilidad que para ti y para todos los mortales son inefables, pero con la noticia especial que tú has recibido de tan ocultos sacramentos quiero que alabes y bendigas al Todopoderoso por lo que hizo conmigo y porque así me levantó del polvo a dignidad y favores tan inefables. Y aunque tu amor con mi Hijo y Señor ha de ser libre, como de hija fidelísima y esposa muy amorosa y no de esclava interesada y violenta, con todo quiero, para aliento de la humana flaqueza y de la esperanza, que tengas memoria de la suavidad del amor divino y cuan dulce es este Señor (Sal 33, 9) para los que con amor filial le temen. Oh hija mía carísima, si no impidieran los pecados de los hombres y si no resistieran a la inclinación de aquella infinita bondad, ¡cómo gustaran de sus delicias y favores sin medida! A tu modo de entender, le debes imaginar como violento y contristado de que se opongan los mortales a este deseo de inmensa ponderación, y de tal manera lo hacen que no sólo se acostumbran a ser indignos de gustar del Señor, sino a no creer que otros participan de esta suavidad y favores que quisiera comunicar a todos.

919. Advierte, asimismo, que seas agradecida a los trabajos y a las incesantes obras que hizo mí Hijo santísimo por los hombres y a lo que en ellas yo le acompañé, como se te ha mostrado. De su pasión y muerte tienen los católicos más memoria, porque se la representa la Santa Iglesia, aunque pocos se acuerdan de ser agradecidos; pero menos son los que advierten en las demás obras de mi Hijo y mías y que no perdió Su Majestad una hora ni un momento en que no emplease su gracia y dones en beneficio del linaje humano, para rescatarlos a todos de la eterna condenación y hacerlos partícipes de su gloria. Estas obras de mi Señor y Dios humanado serán testigos contra el olvido y dureza de los fieles, en especial el día del juicio. Y si tú, que tienes esta luz y doctrina del Altísimo y mi enseñanza, no fueres agradecida, será mayor tu confusión, pues habrá sido más pesada tu culpa, y no sólo has de corresponder a tantos beneficios generales, sino también a los especiales y particulares que cada día reconoces. Prevén desde luego este peligro y corresponde como hija mía y discípula de mi enseñanza y no dilates un punto el obrar bien y lo mejor, cuando puedes hacerlo, y para todo

atiende a la luz interior y a la doctrina de tus prelados y ministros del Señor; que si respondes a unos favores y beneficios, está segura que alargará el Altísimo su mano poderosa con otros mayores y te llenará de sus riquezas y tesoros.

CAPITULO 19

Dispone Cristo Señor nuestro su predicación dando alguna noticia de la venida del Mesías, asistiéndole su Madre santísima, y comienza a turbarse el infierno.

920. El incendio de la divina caridad que ardía en el pecho de nuestro Redentor y Maestro estaba como encerrado y violento hasta el tiempo destinado y oportuno en que se había de manifestar o quebrantando la hidria y vaso de su humanidad santísima o desabrochando el pecho por medio de la predicación y milagros patentes a los hombres. Y aunque es verdad que el fuego en el pecho no se puede esconder, como dice Salomón (Prov 6, 27), sin que se abrasen los vestidos, y así manifestó siempre nuestro Salvador el que tenía en su corazón porque salían de él algunas centellas y luces en todas las obras que hizo desde el punto de su Encarnación, pero en comparación de lo que a su tiempo había de obrar y de la inmensa llama que ocultaba siempre estaba como encerrado y disimulado. Había llegado ya su Majestad a la edad de perfecta adolescencia, y tocando en los veinte y siete años parece que, a nuestro modo de entender, ya no se podía resistir tanto, ni detener en el ímpetu de su amor y el deseo de adelantarse en la obediencia de su Eterno Padre en santificar a los hombres. Afligíase mucho, oraba, ayunaba y salía más a los pueblos y a comunicar con los mortales, y muchas veces pasaba las noches en los montes en oración y solía detenerse dos y tres días fuera de su casa sin volver a su Madre santísima.

921. La prudentísima Señora, que ya en estas salidas y ausencias de su Hijo santísimo comenzaba a sentir sus trabajos y penas que se iban acercando, era traspasada su alma y corazón del cuchillo que prevenía su piadoso y

devoto afecto y convertíase toda en incendio divino y enardecida en actos tiernos y amorosos de su Amado. Asistíanla en estas ausencias del Hijo sus vasallos y cortesanos los Santos Ángeles en forma visible, y la gran Señora les proponía su dolor y les pedía fuesen a su Hijo y Señor y le trajesen nuevas de sus ocupaciones y ejercicios. Obedecíanla los Ángeles como a su Reina y con las noticias que le daban frecuentemente acompañaba desde su retiro al sumo Rey Cristo en las oraciones, peticiones y ejercicios que hacía. Y cuando volvía Su Majestad, le recibía postrada en tierra y le adoraba y daba gracias por los beneficios que con los pecadores había derramado. Servíale, y como madre amorosa procuraba aliviarle y prevenirle algún pobre regalo, de que la humanidad santísima necesitaba como verdadera y pasible, porque sucedía haber pasado dos o tres días sin descanso, sin comer y sin dormir. Conocía luego la beatísima Madre los cuidados del Salvador por el modo que ya he dicho (Cf. supra n. 911, 914, 915), y Su Majestad la informaba de ellos y de las obras que disponía y de los ocultos beneficios que a muchas almas había comunicado, dándoles conocimiento y luz de la divinidad y de la redención humana.

922. Con esta noticia la gran Reina habló a su Hijo santísimo y le dijo: Señor mío, verdadero y sumo bien de las almas: veo ya, lumbre de mis ojos, que vuestro ardentísimo amor que tenéis de los hombres no descansa ni sosiega sin emplearse en procurarles su salvación eterna; éste es el oficio propio de vuestra caridad y la obra que os encargó vuestro Padre Eterno. Y vuestras palabras y obras de inestimable valor es forzoso que lleven tras de sí los corazones de muchos, pero ¡oh dulcísimo amor mío! yo deseo que lo hicieran todos y correspondieran los mortales a vuestra solicitud y fineza de caridad. Aquí está, Señor, vuestra esclava, preparado el corazón para emplearse todo en vuestro mayor agrado y ofrecer la vida, si fuere necesaria, para que en todas las criaturas se consigan los deseos de vuestro ardentísimo amor, que todo se emplea en traerlas a vuestra gracia y amistad.—Este ofrecimiento hizo la Madre de Misericordia a su Hijo santísimo, movida de la fuerza de su inflamada caridad que la obligaba a procurar y desear el fruto de las obras y doctrina de nuestro

verdadero Reparador y Maestro, y como la prudentísima Señora las pesaba dignamente y conocía su valor, no quisiera que se malograsen en ninguna de las almas, ni tampoco quedaran sin el agradecimiento que merecían. Y con esta inefable caridad deseaba ayudar al Señor, o por decir mejor a los hombres, que habían de oír sus divinas palabras y ser testigos de sus obras, para que correspondiesen a este beneficio y no perdiesen la ocasión de su remedio. Deseaba también, como en hecho de verdad lo hacía, rendir dignas gracias al Señor y alabanza por las maravillosas obras que hacía en beneficiar las almas, para que todas estas misericordias fuesen reconocidas y agradecidas, así las que eran eficaces como las que por culpa de los hombres no lo eran. Y en este género de merecimientos fueron tan ocultos como admirables los que alcanzó nuestra gran Señora, porque en todas las obras de Cristo Señor nuestro tuvo ella un linaje de participación altísima, no sólo de parte de la causa con quien concurría cooperando su caridad, sino también de parte de los efectos, porque con cada una de las almas obraba la gran Señora como si en algún modo ella recibiera el beneficio. Y de esto hablaré más en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 111, 168).

923. Al ofrecimiento de la amorosa Madre respondió su Hijo santísimo: Madre y amiga mía, ya se llega el tiempo en que me conviene, conforme a la voluntad de mi Eterno Padre, comenzar a disponer algunos corazones para que reciban la luz de mi doctrina y tengan noticia de haber llegado el tiempo señalado y oportuno de la salvación humana. En esta obra quiero que me acompañéis siguiéndome; y pedid a mi Padre encamine con su divina luz los corazones de los mortales y despierte sus interiores para que con intención recta admitan la ciencia que les daré ahora de la venida de su Reparador y Maestro al mundo.— Con esta exhortación de Cristo nuestro Señor se dispuso la beatísima Madre a seguirle y acompañarle, como lo deseaba, en sus jornadas. Y desde aquel día, casi en todas las salidas que hizo el divino Maestro, le acompañó la Madre cuando salía fuera de Nazaret.

924. Comenzó el Señor esta obra con más frecuencia tres

años antes de empezar la predicación y recibir y ordenar el bautismo, y en compañía de nuestra gran Reina hizo muchas salidas y jornadas por los lugares de la comarca de Nazaret y hacia la parte del tribu de Neftalí, conforme a la profecía de Isaías (Is 9, 1), y en otras partes. Y conversando con los hombres comenzó a darles noticia de la venida del Mesías, asegurándoles estaba ya en el mundo y en el reino de Israel. Esta nueva luz daba el Redentor a los mortales, sin manifestar que él era a quien esperaban; porque el primer testimonio de que era Hijo del eterno Padre fue el que dio el mismo Padre públicamente cuando dijo en el Jordán: *Este es mi Hijo amado, de quien o en quien tengo yo mi agrado* (Mt 3, 17). Pero sin manifestar el mismo Unigénito humanado su dignidad en particular, comenzó a dar noticia de ella en general por modo de relación de que lo sabía con certeza; y sin hacer milagros públicos ni otras demostraciones, ocultamente acompañaba esta enseñanza y testimonios con interiores inspiraciones y auxilios que derramaba en los corazones de los que conservaba y trataba; y así prevenía y disponía con esta fe común, para que después con más facilidad la recibiesen en particular.

925. Introducíase con los hombres que con su divina sabiduría conocía idóneos, capaces y aparejados, o menos ineptos para admitir la semilla de la verdad, y a los más ignorantes acordaba y representaba las señales que todos habían sabido de la venida del Mesías en la venida de los Santos Reyes orientales y la muerte de los Niños Inocentes, y otras cosas semejantes. A los más sabios añadía los testimonios de las profecías que ya eran cumplidas, declarándoles esta verdad como su único y singular Maestro, y de todo comprobaba estaba ya el Mesías en Israel y les manifestaba el reino de Dios y el camino para llegar a él. Y como en su divina persona se veía tanta hermosura, gracia, apacibilidad, mansedumbre y suavidad de palabras, y éstas eran a lo disimulado tan vivas y eficaces, y a todo acompañaba la virtud de sus auxilios secretos, era grande el fruto que resultaba de este admirable modo de enseñar, porque muchas almas salían de pecado, otras mejoraban la vida y todas estas y muchas quedaban capaces y catequizadas de grandes misterios y en especial de que ya estaba en su reino el Mesías que

esperaban.

926. A estas obras de misericordia grande añadía el divino Maestro otras muchas; porque consolaba a los tristes, aliviaba a los oprimidos, visitaba a los enfermos y afligidos, animaba a los pusilánimes, daba consejos de vida saludable a los ignorantes, asistía a los que estaban en la agonía de la muerte, a muchos daba salud ocultamente en el cuerpo y remediaba grandes necesidades, y a todos los encaminaba por las sendas de la vida y de la paz verdadera. Y cuantos llegaban a él, o le oían con ánimo piadoso y sin pertinacia, eran llenos de luz y dones de la poderosa diestra de su divinidad; y no es posible reducir a número ni estimación digna las admirables obras que hizo el Redentor en estos tres años antes de su bautismo y predicación pública, y todas eran por ocultísimo modo, de manera que sin manifestarse por autor de la salvación, la comunicó y dio a grandísimo número de almas. Pero en casi todas estas maravillas estaba presente la gran Señora María santísima, como testigo y coadjutora fidelísima del Maestro de la vida, y como todo le era patente a todo cooperaba y lo agradecía en nombre de las mismas criaturas beneficiadas de la divina misericordia. Hacía cánticos de alabanza al Todopoderoso, pedía por las almas, como quien conocía el interior de todas y sus dolencias, y con sus oraciones y peticiones les granjeaba estos beneficios y favores. Y también por sí misma exhortaba, aconsejaba y atraía a muchos a la doctrina de su Hijo y les daba noticia de la venida del Mesías; aunque estas exhortaciones y enseñanza la hacía más entre las mujeres que entre los varones y con ellas ejercitaba las mismas obras de misericordia que su Hijo santísimo hacía con ellos.

927. Pocas personas acompañaban y seguían al Salvador y a su Madre santísima en estos primeros años, porque no era tiempo de llamarlos a la secuela de su doctrina, y así los dejaba en sus casas informados con la divina luz y mejorados en ella. Pero la compañía ordinaria de Sus Majestades eran los Santos Ángeles, que los servían como fidelísimos vasallos y diligentes ministros; y aunque en estas jornadas volvían muchas veces Jesús y María a

Nazaret a su casa, pero en los días que andaban fuera tuvieron mayor necesidad del ministerio de los cortesanos del cielo, porque algunas noches las pasaban al sereno en el campo con continua oración, y entonces los servían los Ángeles como de abrigo y tienda para defenderlos en parte de las inclemencias del tiempo y tal vez les traían algo de alimento que comiesen; otras, lo pedían de limosna el mismo Señor y su Madre santísima, y sólo recibían en propia especie la comida y no en dinero ni otra especial dádiva o limosna. Y cuando se dividían por algún tiempo para acudir el Señor a visitar los hospitales y la Reina a otras enfermas, siempre la acompañaban innumerables Ángeles en forma visible, y por su medio hacían algunas obras de piedad, y ellos la daban noticia de las que obraba su Hijo santísimo; y no me detengo en referir las particulares maravillas que hacían, los trabajos y descomodidades que padecieron en caminos, posadas y en las ocasiones que buscaba el común enemigo para impedir aquellas obras; basta saber que el Maestro de la vida y su Madre santísima eran pobres y peregrinos y eligieron el camino del padecer, sin rehusar trabajo alguno por nuestra salvación.

928. A todo género de personas comunicaban el divino Maestro y su Madre santísima esta luz de su venida al mundo por el modo disimulado que he dicho (Cf supra n. 924); pero los pobres fueron en este beneficio más privilegiados y evangelizados (Lc 7, 22), porque ellos de ordinario están más dispuestos, como quien tiene menos pecados y mayores luces por estar los entendimientos despejados y libres de afanes para recibirlas y admitir la doctrina. Son asimismo más humildes y aplicados al rendimiento de la voluntad y discurso y a otras obras honestas y virtuosas; y como en estos tres años no usaba Cristo Señor nuestro del magisterio público y doctrina, ni enseñaba con potestad manifiesta y con la confirmación de los milagros, allegábase más a los humildes y pobres, que con menos fuerza de enseñanza se reducen a la verdad. Pero con todo eso la antigua serpiente estuvo muy atenta a muchas obras de las que hacían Jesús y María santísimos, porque no todas le fueron ocultas, aunque sí el poder con que las hicieron. Reconoció que con sus palabras

y exhortaciones muchos pecadores se reducían a penitencia, enmendaban sus vidas y salían de su tiránico dominio, otros es mejoraban mucho en la virtud y en todos cuantos oían a los Maestros de la vida reconocía el común enemigo gran mudanza y novedad.

929. Y lo que más le alteró fue lo que sucedía con muchos que a la hora de la muerte intentaba derribar y no podía; antes bien, como esta bestia —¡qué cruel y sagaz!— acomete en aquella última hora con mayor saña a las almas, sucedía muchas veces que si el dragón cruento había llegado al enfermo y después entraban Cristo nuestro Señor o su Madre santísima, sentía el demonio una virtud poderosa que le arrojaba con todos sus ministros hasta el profundo de las cavernas eternales, y si primero habían llegado adonde estaba el enfermo los Reyes del Cielo Jesús y María, no podían los demonios acercarse al aposento, ni tenían parte en el que así moría con esta ayuda. Y como este dragón sentía la virtud divina e ignoraba la causa, concibió furiosa alteración y rabia y trató de poner remedio en este daño que sentía; y sobre todo esto sucedió lo que diremos en el capítulo siguiente, por no alargarme más en éste.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

930. Hija mía, con la inteligencia que te doy de las obras misteriosas de mi Hijo santísimo y mías, te veo admirada porque, siendo tan poderosas para reducir los corazones de los mortales, hayan estado muchas de ellas ocultas hasta ahora. Pero tu admiración no ha de ser de la que los hombres ignoran de estos misterios, sino que habiendo conocido tantos de la vida y obras de mi Señor y suyo los tengo tan olvidados y despreciados. Si no fueran de pesados corazones, si atendieran con afecto a las verdades divinas, poderosos motivos tienen en la vida de mi Hijo y mía con lo que de ella saben para ser agradecidos. Por los artículos de la santa fe católica y por tantas verdades divinas como les enseña y propone la Iglesia Santa, se pudieran reducir muchos mundos; pues por ellas conocen que el Unigénito del eterno Padre se vistió de la forma de siervo en carne mortal para redimirnos con afrentosa

muerte de cruz y les adquirió la vida eterna, dando la suya temporal, y revocándolos de la muerte del infierno. Y si este beneficio se tomara a peso, y los mortales no fueran tan ingratos con su Dios y Reparador y tan crueles consigo mismos, ninguno perdiera la ocasión de su remedio, ni se entregara a la condenación eterna; pues admírate, carísima, y llora con llanto irreparable la perdición formidable de tantos necios e ingratos y olvidados de Dios, de lo que le deben y de sí mismos.

931. Otras veces te he dicho (Cf. supra n. 883) que el número de estos infelices prescitos es tan grande y el de los que se salvan tan pequeño, que no es conveniente declararle más en particular, porque si lo entendieras y eres hija verdadera de la Iglesia y esposa de Cristo mi Hijo y Señor, habías de morir con el dolor de tal desdicha; pero lo que puedes saber es que toda esta perdición y los daños que padece el pueblo cristiano en el gobierno y en otras cosas que le afligen, así en las cabezas como en los miembros de este cuerpo místico de los eclesiásticos como de los seglares, todo se origina y redunda del olvido y desprecio que tienen de la vida de Cristo y de las obras de la redención humana. Y si en esto se tomara algún medio para despertar su memoria y agradecimiento y procedieran como hijos fieles y reconocidos a su Hacedor y Reparador y a mí que soy su intercesora, se aplacara la indignación del justo Juez y tuviera algún remedio la general ruina, azote de los católicos, y se aplacara el Eterno Padre, que justamente vuelve por la honra de su Hijo y castiga con más rigor a los siervos que saben la voluntad de su Señor y no la cumplen.

932. Encarecen mucho los fieles en la Iglesia Santa el pecado de los judíos incrédulos en quitar la vida a su Dios y Maestro, y es así que fue gravísimo y mereció los castigos de aquel ingrato pueblo; pero no advierten los católicos que sus pecados tienen otras condiciones en que exceden a los que cometieron los judíos, pues aunque su ignorancia fue culpable al fin la tuvieron de la verdad, y entonces el Señor se les entregó de [o a su propia] voluntad, permitiendo que obrasen las tinieblas y su potestad (Lc 22, 53), en que por sus culpas estaban los judíos oprimidos; pero hoy los católicos no tienen esta ignorancia, antes están en medio

de la luz y con ella conocen y penetran los misterios divinos de la Encarnación y Redención, y la Santa Iglesia está fundada, amplificada e ilustrada con maravillas, con Santos, con
las Escrituras, y conoce y confiesa las verdades que los otros no alcanzaron, y con todo este cúmulo de favores, beneficios, ciencia y luz, viven muchos como infieles o como si no tuvieran a los ojos tantos motivos que los despierten y obliguen y tantos castigos que los atemoricen. ¿Pues cómo pueden con estas condiciones imaginar que otros pecados han sido mayores y más graves que los suyos? ¿Y cómo no temen que su castigo será más lamentable? Oh hija mía, pondera mucho esta doctrina y teme con temor santo; humíllate hasta el polvo y reconócete por la inferior de las criaturas delante el Altísimo; mira las obras de tu Redentor y Maestro, encamínalas y aplícalas a tu justificación con dolor y penitencia de tus culpas; imítame y sigue mis caminos como en la divina luz los conoces. Y no sólo quiero que trabajes para ti sola, sino también para tus hermanos; y esto ha de ser pidiendo y padeciendo por ellos y amonestando con caridad a los que pudieres, supliendo con ella lo que no te hubieren obligado; y procura mostrarte más en solicitar el bien de quien te ofendiere, sufriendo a todos, humillándote hasta los más ínfimos, y a los necesitados en la hora de la muerte, como tienes orden de hacerlo (Cf. supra n. 884, 885), sé solícita en ayudarles con fervorosa caridad y firme confianza.

CAPITULO 20

Convoca Lucifer un conciliábulo en el infierno para tratar de impedir las obras de Cristo nuestro Redentor y de su Madre santísima.

933. No estaba el tiránico imperio de Lucifer en el mundo tan pacífico, después que se obró en él la Encarnación del Verbo divino, como en los siglos pasados había estado, porque, desde la hora que descendió del cielo el Hijo del Eterno Padre y tomó carne en el tálamo virginal de María santísima, sintió este fuerte armado otra mayor fuerza de

causa más poderosa (Lc 11, 21) que le oprimía y aterraba, como queda dicho en su lugar (Cf. supra n. 130); y después sintió la misma cuando el infante Jesús y su Madre entraron en Egipto, como también he referido (Cf. supra n. 643); y en otras muchas ocasiones fue oprimido y vencido este Dragón con la virtud divina por mano de nuestra gran Reina. Y juntándose a estos sucesos la novedad que sintió con las obras que comenzó a ejecutar nuestro Salvador, que en el capítulo pasado se han referido, todo junto vino a engendrar en esta antigua serpiente grandes sospechas y recelos de haber alguna otra causa grande en el mundo. Pero como para él era tan oculto este sacramento de la redención humana, andaba alucinado en su furor, sin atinar con la verdad, no obstante que desde su caída del cielo estuvo siempre sobresaltado y vigilante para rastrear cuándo y cómo bajaba el Verbo Eterno a tomar carne humana, porque esta obra maravillosa era la que más temía su arrogancia y soberbia. Y este cuidado le obligó a juntar tantos consejos como en esta Historia he referido (Cf. supra n. 322, 502, 649) y los que adelante diré (Cf. infra n. 1067, 1128).

934. Hallándose, pues, lleno de confusión este enemigo con lo que le sucedía a él y a sus ministros con Jesús y María, confirió consigo mismo en qué virtud le arrojaban y oprimían cuando intentaba llegar a pervertir a los que estaban agonizando o vecinos a la muerte y lo demás que sucedía con la asistencia de la Reina del cielo, y como no pudo investigar el secreto determinó consultar a sus mayores ministros de las tinieblas, que en astucia y malicia eran más eminentes. Dio un bramido o voz muy tremenda en el infierno, al modo que entre los demonios se entienden, y con ella los convocó a todos, por la subordinación que con él tienen; y estando todos juntos les hizo un razonamiento y les dijo: Ministros y compañeros míos, que siempre habéis seguido mi justa parcialidad, bien sabéis que en el primer estado que nos puso el Criador de todas las cosas le reconocimos por causa universal de todo nuestro ser y así le respetamos; pero luego que en agravio de nuestra hermosura y eminencia, que tiene tanta deidad, nos puso precepto que adorásemos y sirviésemos a la persona del Verbo en la forma humana que quería tomar,

resistimos a su voluntad, porque no obstante que yo conociese le debía esta reverencia como a Dios, pero siendo juntamente hombre de naturaleza vil y tan inferior a la mía, no pude sufrir la sujeción a él y que no se hiciese conmigo lo que se determinaba hacer con aquel hombre. Y no sólo nos mandó adorarle a él, pero también reconocer por superiora a una mujer, que había de ser pura criatura terrena, por Madre suya. Estos agravios tan injuriosos reconocí yo y vosotros conmigo, y nos opusimos a ellos y determinamos resistir a esta obediencia y por ello fuimos castigados con el infeliz estado y penas que padecemos. Pero aunque estas verdades las conocemos y con terror las confesamos aquí entre nosotros (Sant 2, 19), no conviene hacerlo delante de los hombres, y así os lo mando, para que no puedan conocer nuestra ignorancia y flaqueza.

935. Pero si este hombre y Dios que ha de ser y su Madre han de causar nuestra ruina, claro está que su venida al mundo ha de ser nuestro mayor tormento y despecho, y que por esto he de trabajar con todo mi poder para impedirlo y destruirlos, aunque sea pervirtiendo y trasegando todo el orbe de la tierra. Hasta ahora ya conocéis cuan invencibles han sido mis fuerzas, pues tanta parte del mundo obedece mi imperio y le tengo sujeto a mi voluntad y astucia; pero de algunos años a esta parte os he visto en muchas ocasiones oprimidos, arrojados y algo debilitados y vuestras fuerzas enflaquecidas y yo siento una potencia superior que parece me ata y me acobarda. He discurrido por todo el mundo algunas veces con vosotros, procurando saber si en él hay alguna novedad a que atribuir esta pérdida y opresión que sentimos y si acaso está en él este Mesías prometido al pueblo escogido de Dios; y no sólo no le hallamos en toda la tierra, pero no descubrimos indicios ciertos de su venida y de la ostentación y ruido que hará entre los hombres. Con todo eso me recelo que ya se acercan los tiempos de venir del cielo a la tierra; y así conviene que todos nos esforcemos con grande saña para destruirle a él y a la mujer que escogiere por su Madre, y a quien más en esto trabajare le daré mayor premio de agradecimiento. Hasta ahora en todos los hombres hallo culpas y efectos de ellas y ninguno

descubre la majestad y grandeza que traerá el Verbo humanado para manifestarse a los hombres y obligará a todos los mortales que le adoren y ofrezcan sacrificios y reverencia. Y ésta será la señal infalible de su venida al mundo, en que reconoceremos su persona y en que no le tocará la culpa ni los efectos que causan los pecados en los mortales hijos de Adán.

936. Por estas razones —prosiguió Lucifer— es mayor mi confusión; porque si no ha bajado al mundo el Verbo Eterno, no puedo alcanzar la causa de estas novedades que sentimos, ni conozco de quién sale esta virtud y fuerza que nos quebranta. ¿Quién nos desterró y arrojó de todo Egipto? ¿Quién derribó aquellos templos y arruinó a los ídolos de aquella tierra donde estábamos adorados de sus moradores? ¿Quién ahora nos oprime en tierra de Galilea y sus confines y nos impide que no lleguemos a pervertir muchos hombres a la hora de su muerte? ¿Quién levanta del pecado a tantos como se salen de nuestra jurisdicción y hace que otros mejoren sus vidas y traten del reino de Dios? Si este daño persevera para nosotros, gran ruina y tormento se nos puede seguir de esta causa que no alcanzamos. Necesario es atajarle y reconocer de nuevo si en el mundo hay algún gran Profeta o Santo que nos comienza a destruir; pero yo no he descubierto alguno a quien atribuir tanta virtud; sólo con aquella mujer nuestra enemiga tengo un mortal odio, y más después que la perseguimos en el templo y después en su casa de Nazaret, porque siempre hemos quedado vencidos y aterrados de la virtud que la guarnece y con ella nos ha resistido invencible y superior a nuestra malicia y jamás he podido rastrear su interior ni tocarla en su persona. Esta tiene un hijo, y los dos asistieron a la muerte de su padre y no pudimos todos nosotros llegar adonde estaban. Gente pobre es y desechada y ella es una mujercilla escondida y desvalida, pero sin duda presumo que hijo y madre son justos, porque siempre he procurado inclinarlos a los vicios comunes a los hombres y jamás he podido conseguir de ellos el menor desorden ni movimiento vicioso, que en todos los demás son tan ordinarios y naturales. Y conozco que el poderoso Dios me oculta el estado de estas dos almas, y el haberme celado si son justas o pecadoras, sin duda tiene algún

misterio oculto contra nosotros; y aunque también en algunas ocasiones nos ha sucedido con otras almas escondérsenos el estado que tienen, pero han sido muy raras y no tanto como ahora; y cuando este hombre no sea el Mesías prometido, por lo menos serán justos y enemigos nuestros y esto basta para que los persigamos y procuremos derribar y descubrir quiénes son. Seguidme todos en esta empresa con grande esfuerzo, que yo seré el primero contra ellos.

937. Con esta exhortación remató Lucifer su largo razonamiento, en que propuso a los demonios otras muchas razones y consejos de maldad que no es necesario referir, pues en esta Historia trataré más de estos secretos, sobre lo que dejo dicho, para conocer la astucia de la venenosa serpiente. Salió luego del infierno este príncipe de las tinieblas siguiéndole innumerables legiones de demonios, y derramándose por todo el mundo le rodearon muchas veces discurriendo por él e inquiriendo con su malicia y astucia los justos que había y tentando los que conocieron y provocándolos a ellos y a otros a maldades fraguadas en la malicia de estos enemigos; pero la sabiduría de Cristo Señor nuestro ocultó su persona y la de su Madre santísima muchos días de la soberbia de Lucifer y no permitió que las viesen ni conociesen, hasta que Su Majestad fue al desierto, donde disponía y quería ser tentado después de su largo ayuno, y entonces le tentó Lucifer, como diré adelante en su lugar (Cf. infra n. 995).

938. Y cuando en el infierno se congregó este conciliábulo, como todo era patente a Cristo nuestro divino Maestro, hizo Su Majestad especial oración al Padre eterno contra la malicia del dragón; y en esta ocasión, entre otras peticiones, rogó y pidió diciendo: Eterno Dios altísimo y Padre mío, yo te adoro y engrandezco tu ser infinito e inmutable y te confieso por inmenso y sumo bien, a cuya divina voluntad me ofrezco en sacrificio para vencer y quebrantar las fuerzas infernales y sus consejos de maldad contra mis criaturas; yo pelearé por ellas contra mis enemigos y suyos y con mis obras y victorias del dragón les dejaré esfuerzo y ejemplo de lo que contra él han de obrar, y su malicia quedará más débil para ofender a los que me

sirvieren de corazón. Defiende, Padre mío, a las almas de los engaños y crueldad antigua de la serpiente y sus secuaces y concede a los justos la virtud poderosa de tu diestra, para que por mi intercesión y muerte alcancen victoria de sus tentaciones y peligros.— Nuestra gran Reina y Señora tuvo al mismo tiempo conocimiento de la maldad y consejos de Lucifer y vio en su Hijo santísimo todo lo que pasaba y la oración que hacía, y como coadjutora de estos triunfos hizo la mismo oración y peticiones con su Hijo al Eterno Padre. Concedióla el Altísimo, y en esta ocasión alcanzaron Jesús y María dulcísimos grandes auxilios y premios que prometió el Padre para los que pelearen contra el demonio, invocando el nombre de Jesús y de María; de suerte que el que los pronunciare con reverencia y fe oprimirá a los enemigos infernales y los ahuyentará y arrojará de sí en virtud de la oración y de las victorias y triunfos que alcanzaron Jesucristo nuestro Salvador y su Madre santísima. Y de la protección que nos ofrecieron y dejaron contra este soberbio gigante y con este remedio y tantos como acrecentó este Señor en su Santa Iglesia, ninguna excusa tenemos si no peleamos legítima y esforzadamente, venciendo al demonio, como enemigo de Dios eterno y nuestro, siguiendo a nuestro Salvador e imitando su ejemplar vencimiento respectivamente.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

939. Hija mía, llora siempre con amargura de dolor la dura pertinacia y ceguedad de los mortales, para entender y conocer la protección amorosa que tienen en mi Hijo dulcísimo y en mí para todos sus trabajos y necesidades. No perdonó mi Señor diligencia alguna, no perdió ocasión en que pudiera granjearles tesoros inestimables, que dejase de hacerlo; congrególes el valor infinito de sus merecimientos en la Santa Iglesia, el esencial fruto de sus dolores y muerte; dejóles las seguras prendas de su amor y de su gloria, fáciles y eficacísimos instrumentos para que todos estos bienes los gozasen y aplicasen a su utilidad y salvación eterna. Ofréceles sobre esto su protección y mía, ámalos como a hijos, acaricíalos como a sus queridos y amigos, llámalos con inspiraciones, convídalos con beneficios y riquezas verdaderas, espéralos como padre

piadosísimo, búscalos como pastor, ayúdalos como poderoso, premíalos como infinito en riquezas, los gobierna como poderoso rey; y todos estos y otros innumerables favores que les enseña la fe, se los propone la Iglesia y los tienen a la vista; todos los olvidan y desprecian y como ciegos aman las tinieblas y se entregan al furor y saña que has conocido de tan crueles enemigos; escuchan sus fabulaciones, obedecen a su maldad, dan crédito a sus engaños y se fían y entregan a la insaciable y ardiente indignación con que los aborrece y procura su eterna muerte porque son hechuras del Altísimo, que venció y quebrantó a este cruelísimo dragón.

940. Atiende, pues, carísima, a este lamentable error de los hijos de los hombres y desembaraza tus potencias, para que ponderes la diferencia de Cristo y de Belial. Mayor es la distancia que del cielo a la tierra: Cristo es luz, verdad, camino y vida eterna (Jn 14, 6), y a los que le siguen los ama con amor indefectible y les ofrece su misma vista y compañía, y en ella eterno descanso que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni pudo venir en corazón humano (1 Cor 2, 9); Lucifer es la misma tiniebla, error, engaño, infelicidad y muerte, y a sus seguidores aborrece y compele a todo mal, cuanto puede, y el fin será ardores sempiternos y penas crueles. Digan ahora los mortales si ignoran estas verdades en la Iglesia Santa, que cada día se les enseña y propone; y si les dan crédito y las confiesan, ¿dónde está el juicio?, ¿quién los ha dementado?, ¿quién los olvida del mismo amor que se tienen a sí mismos?, ¿quién los hace tan crueles consigo propios? ¡Oh insania nunca bastantemente ponderada ni llorada de los hijos de Adán! ¡Que así trabajen y se desvelen toda la vida por enredarse en sus pasiones, desvanecerse en lo fabuloso y entregarse al fuego inextinguible y a la muerte y perdición eterna, como si fuera de burlas y no hubiera venido del cielo mi Hijo santísimo a morir en una cruz para merecerles este rescate! Consideren el precio, y conocerán el peso y estimación de lo que tanto costó al mismo Dios, que sin engaño lo conoce.

941. En este infelicísimo error tiene menos gravedad la culpa de los idólatras y gentiles, ni la indignación del

Altísimo se convierte tanto contra ellos como contra los fieles hijos de la Iglesia Santa que llegaron a conocer la luz de esta verdad; y si en el siglo presente la tienen tan oscurecida y olvidada, entiendan y conozcan que es por culpa suya y por haber dado tanta mano a su enemigo Lucifer, que con infatigable malicia en ninguna otra cosa trabaja más que en ésta, procurando quitar el freno a los hombres, para que olvidados de sus postrimerías (novísimos) y de los tormentos eternos que les aguardan se entreguen como brutos irracionales a los deleites sensibles, y olvidándose de sí mismos, gastando la vida en bienes aparentes, bajen en un punto al infierno, como dice Job (Job 21, 13), y como sucede en hecho de verdad a infinitos necios que aborrecen esta ciencia y disciplina. Pero tú, hija mía, déjate enseñar de mi doctrina y apártate de tan pernicioso engaño y del común olvido de los mundanos, suene siempre en tus oídos aquel despecho lamentable de los condenados, que comenzará del fin de su vida y principio de su eterna muerte, diciendo: ¡Oh insensatos de nosotros, que juzgamos por insania la vida de los justos! ¡Oh, cómo están colocados entre los hijos de Dios y tienen parte con los santos! Luego nosotros erramos el camino de la verdad y justicia (Sab 5, 4-6). Y no nació el sol de inteligencia para nosotros. Fatigámonos en el camino de la maldad y perdición y buscamos sendas dificultosas, ignorando por nuestra culpa el camino del Señor. ¿Qué nos aprovechó la soberbia? ¿Qué nos valió la jactancia de las riquezas? Todo se acabó para nosotros como sombra. ¡Oh, nunca hubiéramos nacido! Esto es, hija mía, lo que has de temer y discurrir sobre ello en tu secreto, mirando, antes que vayas y no vuelvas a aquella tierra tenebrosa, como dijo Job (Job 10, 21), de las cavernas eternales, lo que te conviene huir del mal y alejarte de él y obrar el bien. Ejecuta viandante y por amor lo que con despecho los condenados y réprobos dicen a fuerza del castigo.

CAPITULO 21

Habiendo recibido San Juan grandes favores de María santísima, tiene orden del Espíritu Santo para salir a predicar y primero le envía a la divina Señora una cruz que

tenía.

942. En esta segunda parte comencé a decir (Cf. supra n. 676) algunos favores que hizo María santísima estando en Egipto, y después a su prima Santa Isabel y a San Juan, luego que trató Herodes de quitar la vida a los Niños Inocentes, y cómo el futuro Precursor de Cristo, muerta su madre, perseveró en la soledad del desierto sin salir de él hasta el tiempo determinado por la divina Sabiduría, viviendo más vida angélica que humana, más de serafín que de hombre terreno. Su conversación fue con los Ángeles y con el Señor de todo lo criado, y siendo éste sólo su trato y ocupación jamás estuvo ocioso, continuando el amor y ejercicio de las virtudes heroicas que comenzó en el vientre de su madre, sin que la gracia estuviese en él ociosa ni vacía un punto ni sin el lleno de perfección que con todo su conato pudo comunicar a sus obras. Nunca le embarazaron los sentidos, retirados de los objetos terrenos, que suelen ser las ventanas por donde entra la muerte al alma, disimulada en las imágenes de la hermosura mentirosa de las criaturas. Y como el felicísimo santo fue tan dichoso que en él se anticipó la divina luz a la de este sol material, con aquélla puso en el olvido todo cuanto ésta le ofrecía y quedó su interior vista inmóvil y fijada en el objeto nobilísimo del ser de Dios y de sus infinitas perfecciones.

943. A todo humano pensamiento exceden y se levantan los favores que recibió San Juan Bautista en su soledad y retiro de la divina diestra, y su santidad y excelentísimos merecimientos se conocerán en el premio que recibió cuando lleguemos a la vista del Señor y no antes. Y porque no pertenece a esta Historia divertirme a lo que de estos misterios he conocido y los doctores santos y otros autores han escrito de las grandes prerrogativas del divino Precursor, sólo diré aquí lo que es forzoso para mi intento por lo que toca a la divina Señora, por cuya mano y su intercesión recibió grandiosos beneficios el solitario San Juan Bautista. Y no fue el menor enviarle muchos días la comida por mano de los Santos Ángeles, como dije arriba (Cf. supra n. 676), hasta que el niño San Juan Bautista tuvo siete años, y desde esta edad hasta que tuvo nueve años le

enviaba sólo pan, y a los nueve años cumplidos cesó este beneficio de la Reina; porque conoció en el Señor que era su voluntad divina y deseos del mismo santo que en lo restante comiese raíces, miel silvestre y langostas (Mt 3, 4), de que se sustentó hasta que salió a la predicación; pero aunque le faltó el regalo de la comida por mano de la Reina, siempre continuó enviarle a visitar con sus Ángeles, para que le consolasen y diesen noticia de sus ocupaciones, empleos y de los misterios que el Verbo humanado obraba, aunque estas visitas no fueron más frecuentes que una vez cada ocho días.

944. Este gran favor, entre otros fines, fue necesario para que San Juan Bautista tolerase la soledad, no porque el horror de ella y su penitencia le causase hastío, que para hacérsela deseable y muy dulce era suficiente su admirable santidad y gracia, pero fue conveniente para que el amor ardentísimo que tenía a Cristo nuestro Señor y a su Madre santísima no le hiciese tan molesta la ausencia y privación de su conversación y vista, que deseaba como santo y agradecido. Y no hay duda que le fuera de mayor mortificación y dolor detenerse en este deseo, que sufrir las inclemencias, ayunos, penitencias y horror de las montañas, si no le recompensara la divina Señora y amantísima tía esta privación con los continuos regalos de remitirle sus Ángeles, que le diesen nuevas de su amado. Preguntábales el gran solitario por el Hijo y por la Madre con las ansias amorosas de la esposa (Cant 1, 6). Enviábales íntimos afectos y suspiros del corazón herido de su amor y de su ausencia, y a la divina Princesa le pedía por mano de sus embajadores que en su nombre le suplicase le enviase su bendición y le adorase y diese humilde reverencia, y en el ínterin le adoraba el mismo San Juan Bautista en espíritu y verdad desde la soledad en que vivía. También pedía esto mismo a los Santos Ángeles que le visitaban y a los demás que le asistían. Y con estas ordinarias ocupaciones llegó el gran Precursor a la edad perfecta de treinta años, preparándole el poder divino para el ministerio que le había elegido.

945. Llegó el tiempo destinado y aceptable de la eterna Sabiduría, en que la voz del Verbo humanado, que era San

Juan Bautista, se oyese clamar en el desierto, como dice Isaías (Is 40, 3) y lo refieren los evangelistas (Mt 3, 3). Y en el año quince del imperio de Tiberio César, siendo príncipes de los sacerdotes Anas y Caifas, fue hecha la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto (Lc 3, 1). Y salió a la ribera del Jordán, predicando bautismo de penitencia para alcanzar remisión de los pecados y disponer y preparar los corazones para que recibiesen al Mesías prometido y esperado tantos siglos, y le señalase con el dedo para que todos pudiesen conocerle. Esta palabra y mandato del Señor entendió y conoció San Juan Bautista en un éxtasis que tuvo, donde por especial virtud o influjo del poder divino fue iluminado y prevenido con plenitud de nuevos dones de luz, gracia y ciencia del Espíritu Santo. Conoció en este rapto con más abundante sabiduría los misterios de la Redención y tuvo una visión de la divinidad abstractiva, pero tan admirable que le transformó y mudó en nuevo ser de santidad y gracia. Y en esta visión le mandó el Señor que saliese de la soledad a preparar los caminos de la predicación del Verbo humanado con la suya y que ejercitase el oficio de precursor y todo lo que a su cumplimiento le tocaba, porque de todo fue informado y para todo se le dio gracia abundantísima.

946. Salió de la soledad el nuevo predicador San Juan Bautista, vestido de unas pieles de camellos, ceñido con una cinta o correa también de pieles, descalzo el pie por tierra, el rostro macilento y extenuado, el semblante gravísimo y admirable, y con incomparable modestia y humildad severa, el ánimo invencible y grande, el corazón inflamado en la caridad de Dios y de los hombres; sus palabras eran vivas, graves y abrasantes, como centellas de un rayo despedido del brazo poderoso de Dios y de su ser inmutable y divino, apacible para los mansos, amable para los humildes, terrible para los soberbios, admirable espectáculo para los Ángeles y hombres, formidable para los pecadores, horrible para los demonios; y tal predicador, como instrumento del Verbo humanado y como le había menester aquel pueblo hebreo, duro, ingrato y pertinaz, con gobernadores idólatras, con sacerdotes avarientos y soberbios, sin luz, sin profetas, sin piedad, sin temor de Dios después de tantos castigos y calamidades a

donde sus pecados le habían traído, y para que en tan miserable estado se le abriesen los ojos y el corazón para conocer y recibir a su Reparador y Maestro.

947. Había hecho el santo anacoreta Juan muchos años antes una grande cruz que tenía en su cabecera, y en ella hacía algunos ejercicios penales y puesto en ella oraba de ordinario en postura de crucificado. No quiso dejar este tesoro en aquel yermo y antes de salir de él se la envió a la Reina del cielo y tierra con los mismos ángeles que en su nombre le visitaban, y que la dijesen cómo aquella cruz había sido la compañía más amable y de mayor recreo que en su larga soledad había tenido, y que se la enviaba como rica joya por lo que en ella se había de obrar, que el motivo de haberla hecho era éste; y también que los mismos Ángeles le habían dicho que su Hijo santísimo y Salvador del mundo oraba muchas veces puesto en otra cruz que tenía en su oratorio para este intento. Los artífices de esta cruz que tenía San Juan Bautista fueron los Ángeles, que a petición suya la formaron de un árbol de aquel desierto, porque ni el santo tenía fuerzas ni instrumentos, ni los Ángeles los habían menester con el imperio que tienen sobre las cosas corporales. Con este presente y embajada volvieron los santos príncipes a su Reina y Señora y ella lo recibió con dulcísimo dolor y amarga dulzura en lo íntimo de su castísimo corazón, confiriendo los misterios que muy en breve se obrarían en aquel durísimo madero, y hablando regaladamente con él le puso en su oratorio, donde le guardó toda la vida con la otra cruz que tenía del Salvador. Y después la prudentísima Señora dejó estas prendas con otras a los Apóstoles por herencia inestimable, y ellos las llevaron por algunas provincias donde predicaron el Evangelio.

948. Sobre este suceso misterioso se me ofreció una duda que propuse a la Madre de sabiduría, y la dije: Reina del cielo y Señora mía, santísima entre los santos y escogida entre todas las criaturas para Madre del mismo Dios: en esto que dejo escrito se me ofrece una dificultad como a mujer ignorante y tarda y, si me dais licencia, deseo proponerla a vos, Señora, que sois maestra de la sabiduría y por vuestra dignación habéis querido hacer conmigo

este oficio y magisterio, ilustrando mis tinieblas y enseñándome doctrina de vida eterna y saludable. Mi duda es por haber entendido que no sólo San Juan Bautista, pero vos mismo, Reina mía, teníais en reverencia la cruz antes que vuestro Hijo santísimo muriese en ella, y siempre he creído que, hasta aquella hora en que se obró nuestra redención en el sagrado madero, sería de patíbulo para castigar los delincuentes y por esta causa era la cruz reputada por ignominiosa y contentible, y la Santa Iglesia nos enseña que todo su valor y dignidad le vino a la santa cruz del contacto que tuvo con ella nuestro Redentor y del misterio de la reparación humana que obró en ella.

Respuesta y doctrina de la Reina del cielo María santísima,

949. Hija mía, con gusto satisfaré a tu deseo y responderé a tu duda. Verdad es lo que propones, que la cruz era ignominiosa (Dt 21, 23) antes que mi Hijo y mi Señor la honrara y santificara con su pasión y muerte, y por esto se le debe ahora la adoración y reverencia altísima que le da la Santa Iglesia; y si algún ignorante de los misterios y razones que tuve yo, y también San Juan Bautista, pretendiera dar culto y reverencia a la cruz antes de la redención humana, cometiera idolatría y error porque adoraba lo que no conocía por digno de adoración verdadera. Pero en nosotros hubo diferentes razones: la una, que teníamos infalible certeza de lo que en la cruz había de obrar nuestro Redentor; la otra, que antes de llegar a esta obra de la Redención había comenzado a santificar aquella sagrada señal con su contacto, cuando se ponía y oraba en ella, ofreciéndose a la muerte de su voluntad, y el Eterno Padre había aceptado estas obras y muerte prevista de mi Hijo santísimo con inmutable decreto y aprobación; y cualquier obra y contacto que tuvo el Verbo humanado era de infinito valor y con él santificó aquel sagrado madero y le hizo digno de reverencia; y cuando yo se la daba, y también San Juan Bautista, teníamos presente este misterio y verdad y no adorábamos a la cruz por sí misma y por lo material del madero, que no se le debía adoración latría hasta que se ejecutase en ella la redención, pero atendíamos y respetábamos la

representación formal de lo que en ella haría el Verbo Encarnado, que era el término a donde miraba y pasaba la reverencia y adoración que dábamos a la cruz; y también ahora sucede así en la que le da la Santa Iglesia.

950. Conforme a esta verdad debes ahora ponderar tu obligación, y de todos los mortales, en la reverencia y aprecio de la Santa Cruz; porque si antes de morir en ella mi Hijo santísimo yo le imité y también su Precursor, así en el amor y reverencia como en los ejercicios que hacíamos en aquella santa señal, ¿qué deben hacer los fieles hijos de la Iglesia, después que a su Criador y Redentor le tienen crucificado a la vista de la fe y su imagen a los ojos corporales? Quiero, pues, hija mía, que tú te abraces con la Cruz con incomparable estimación, te la apliques como joya preciosísima de tu Esposo y te acostumbres a los ejercicios que en ella conoces y haces, sin que jamás por tu voluntad los dejes ni olvides, si la obediencia no te los impide. Y cuando llegares a tan venerables obras, sea con profunda reverencia y consideración de la muerte y pasión de tu Señor y de tu amado. Y esta misma costumbre procura introducir entre tus religiosas, amonestándolas a ello, porque ninguna es más legítima entre las esposas de Cristo, y ésta le será de sumo agrado hecha con devoción y digna reverencia. Junto con esto, quiero de ti que a imitación del Bautista prepares tu corazón para lo que el Espíritu Santo quisiere obrar en ti para gloria suya y beneficio de otros, y cuanto es en tu afecto ama la soledad y retira tus potencias de la confusión de las criaturas, y en lo que te obligare el Señor a comunicar con ellas procura siempre tu propio merecimiento y la edificación de los prójimos, de manera que en tus conversaciones resplandezca el celo y el espíritu que vive en tu corazón. Las eminentísimas virtudes que has conocido, te sirvan de estímulo y ejemplo que imites, y de ellas y de las demás que llegaren a tu noticia en otros santos procura como diligente abeja de las flores fabricar el panal dulcísimo de la santidad y pureza que en ti quiere mi Hijo santísimo. Diferencíate en los oficios de esta avecita y de la araña, que la una su alimento convierte en suavidad y utilidad para vivos y difuntos y la otra en veneno dañoso. Coge de las flores y virtudes de los santos en el jardín de la

Santa Iglesia cuanto con tus débiles fuerzas, ayudadas de la gracia, pudieres imitar, y oficiosa y argumentosa procura resulte en beneficio de los vivos y difuntos, y huye del veneno de la culpa dañosa para todos.

CAPITULO 22

Ofrece María santísima al eterno Padre a su Hijo unigénito para la redención humana, concédele en retorno de este sacrificio una visión clara de la divinidad y despídese del mismo Hijo para ir Su Majestad a predicar al desierto.

951. El amor que nuestra gran Reina y Señora tenía a su Hijo santísimo era la regla por donde se medían otros afectos y operaciones de la divina Madre, y también las pasiones y efectos de gozo y de dolor que según diferentes causas y razones padecía. Pero para medir este ardiente amor no halla regla manifiesta nuestra capacidad, ni la pueden hallar los mismos Ángeles, fuera de la que conocen con la vista clara del ser divino, y todo lo demás que se puede decir por circunloquios, símiles y rodeos es lo menos que en sí comprende este divino incendio, porque le amaba como a Hijo del eterno Padre, igual con Él en el ser de Dios y en sus infinitas perfecciones y atributos. Amábalo como a Hijo propio y natural, y sólo Hijo suyo en el ser humano, formado de su misma carne y sangre. Amábale, porque en este ser humano era el Santo de los Santos y causa meritoria de toda santidad. Era el especioso entre los hijos de los hombres (Sal 44, 3). Era el más obediente y más Hijo de su Madre, el más glorioso honrador y bienhechor para ella, pues la levantó con ser su Hijo a la suprema dignidad entre las criaturas, la mejoró entre todas y sobre todas con los tesoros de la divinidad, con el señorío de todo lo criado, con los favores, beneficios y gracias que a ninguna otra se le pudieran dignamente conceder.

952. Estos motivos y estímulos del amor estaban depositados y como comprendidos en la sabiduría de la divina Señora, con otros muchos que sola su altísima ciencia penetraba. No tenía su corazón impedimento,

porque era candido y purísimo; no era ingrata, porque era profundísima en humildad y fidelísima en corresponder; no remisa, porque era vehemente en el obrar con la gracia y toda su eficacia; no era tarda sino diligentísima; no descuidada, porque era estudiosísima y solícita; no olvidada, porque su memoria era constante y fija en guardar los beneficios, razones y leyes del amor. Estaba en la esfera del mismo fuego en presencia del divino objeto y en la escuela del verdadero Dios de amor en compañía de su Hijo santísimo, a la vista de sus obras y operaciones, copiando aquella viva imagen, y nada le faltaba a esta finísima amante para que no llegase al modo del amor que es amar sin modo y sin medida. Estando, pues, esta luna hermosísima en su lleno, mirando al Sol de justicia de hito en hito por espacio de casi treinta años; habiéndose levantado como divina aurora a lo supremo de la luz, a lo ardiente del amoroso incendio del día clarísimo de la gracia, enajenada de todo lo visible y transformada en su querido Hijo y correspondida de su recíproca dilección, favores y regalos; en el punto más subido, en la ocasión más ardua sucedió que oyó una voz del Padre eterno que la llamaba como en su figura había llamado al patriarca Abrahán, para que le ofreciese en sacrificio al depósito de su amor y esperanza, su querido Isaac (Gen 22, 1ss).

953. No ignoraba la prudentísima Madre que corría el tiempo, porque ya su dulcísimo Hijo había entrado en los treinta años de edad, y que se acercaba el término y plazo de la paga en que había de satisfacer por la deuda de los hombres, pero con la posesión del bien que la hacía tan bienaventurada todavía miraba como de lejos la privación aún no experimentada. Pero llegando ya la hora y estando un día en éxtasis altísimo, sintió que era llamada y puesta en presencia del trono real de la Beatísima Trinidad, del cual salió una voz que con admirable fuerza la decía: María, Hija y Esposa mía, ofréceme a tu Unigénito en sacrificio.—Con la fuerza de esta voz vino la luz y la inteligencia de la voluntad del Altísimo, y en ella conoció la beatísima Madre el decreto de la redención humana por medio de la pasión y muerte de su Hijo santísimo y todo lo que desde luego había de comenzar a preceder a ella con la predicación y magisterio del mismo Señor. Y al renovarse

este conocimiento en la amantísima Madre sintió diversos efectos de su ánimo, de rendimiento, humildad, caridad de Dios y de los hombres, compasión, ternura y natural dolor de lo que su Hijo santísimo había de padecer.

954. Pero sin turbación y con magnánimo corazón respondió al Muy Alto y le dijo: Rey eterno y Dios omnipotente, de sabiduría y bondad infinita, todo lo que tiene ser, fuera de vos, lo recibió y lo tiene de vuestra liberal misericordia y grandeza y de todo sois Dueño y Señor independiente. Pues ¿cómo a mí, vil gusanillo de la tierra, mandáis que sacrifique y entregue a vuestra disposición divina el Hijo que con vuestra inefable dignación he recibido? Vuestro es, eterno Dios y Padre, pues en vuestra eternidad antes del lucero fue engendrado y siempre lo engendráis y engendraréis por infinitos siglos; y si yo le vestí la forma de siervo en mis entrañas de mi propia sangre, si le alimenté a mis pechos, si le administré como Madre, también aquella humanidad santísima es toda vuestra, y yo lo soy, pues recibí de vos todo lo que soy y pude darle. Pues ¿qué me resta que ofreceros que no sea más vuestro que mío? Pero confieso, Rey altísimo, que con tan liberal grandeza y benignidad enriquecéis a las criaturas con vuestros infinitos tesoros, que aun a vuestro mismo Unigénito, engendrado de vuestra sustancia y la misma lumbre de vuestra divinidad, le pedís por voluntaria ofrenda para obligaros de ella. Con él me vinieron todos los bienes juntos y por su mano recibí inmensos dones y honestidad (Sab 7, 11). Es virtud de mi virtud, sustancia de mi espíritu, vida de mi alma y alma de mi vida, con que me sustenta la alegría con que vivo; y fuera dulce ofrenda si le entregara sólo a vos que conocéis su estimación, pero ¡entregarle a la disposición de vuestra justicia y para que se ejecute por mano de sus crueles enemigos a costa de su vida, más estimable que todo lo criado fuera de ella! grande es, Señor altísimo, para el amor de madre la ofrenda que me pedís, pero no se haga mi voluntad sino la vuestra; consígase la libertad del linaje humano, quede satisfecha vuestra equidad y justicia, manifiéstese vuestro infinito amor, sea conocido vuestro nombre y magnificado de todas las criaturas. Yo entrego a mi querido Isaac para que con verdad sea sacrificado, ofrezco al Hijo de mis

entrañas para que según el inmutable decreto de vuestra voluntad pague la deuda contraída, no por él sino por los hijos de Adán, y para que se cumpla en él todo lo que vuestros Profetas por vuestra inspiración tienen escrito y declarado.

955. Este sacrificio de María santísima, con las condiciones que tuvo, fue el mayor y más aceptable para el Eterno Padre de cuantos se habían hecho desde el principio del mundo, ni se harán hasta el fin, fuera del que hizo su mismo Hijo nuestro Salvador, con el cual fue uno mismo el de la Madre en la forma posible. Y si lo supremo de la caridad se manifiesta en ofrecer la vida por lo que se ama (Jn 15, 13), sin duda pasó María santísima esta línea y término del amor con los hombres, tanto más cuanto amaba la vida de su Hijo santísimo más que la suya propia, que esto era sin medida, pues para conservar la vida del Hijo, si fueran suyas las de todos los hombres, muriera tantas veces y luego infinitas más. Y no hay otra regla en las criaturas por donde medir el amor de esta divina Señora con los hombres más de la del mismo Padre Eterno, y como dijo Cristo Señor nuestro a Nicodemus (Jn 3, 16): que *de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito para que no pereciesen todos los que creyesen en él.* Esto mismo parece que en su modo y respectivamente hizo nuestra Madre de misericordia y le debemos proporcionadamente nuestro rescate, pues así nos amó, que dio a su Unigénito para nuestro remedio, y si no le diera cuando el Eterno Padre en esta ocasión se le pidió, no se pudiera obrar la redención humana con aquel decreto, cuya ejecución había de ser mediante el consentimiento de la Madre con la voluntad del Padre Eterno. Tan obligados como esto nos tiene María santísima a los hijos de Adán.

956. Admitida la ofrenda de esta gran Señora por la beatísima Trinidad, fue conveniente que la remunerase y pagase de contado con algún favor tal que la confortase en su pena, la corroborase para las que aguardaba y conociese con mayor claridad la voluntad del Padre y las razones de lo que le había mandado. Y estando la divina Señora en el mismo éxtasis, fue levantada a otro estado más superior, donde, prevenida y dispuesta con las iluminaciones y cua-

lidades que en otras ocasiones he dicho (Cf. supra p.I n. 626ss), se le manifestó la divinidad con visión intuitiva y clara, donde en el sereno y luz del mismo ser de Dios conoció de nuevo la inclinación del sumo bien a comunicar sus tesoros infinitos a las criaturas racionales por medio de la redención que obraría el Verbo humanado y la gloria que de esta maravilla resultaría entre las mismas criaturas para el nombre del Altísimo. Con esta nueva ciencia de los sacramentos ocultos que conoció la divina Madre, con nuevo júbilo ofreció otra vez al Padre el sacrificio de su Hijo unigénito; y el poder infinito del mismo Señor la confortó con aquel verdadero pan de vida y entendimiento, para que con invencible esfuerzo asistiese al Verbo humanado en las obras de la Redención y fuese coadjutora y cooperadora en ella, en la forma que lo disponía la infinita Sabiduría, como lo hizo la gran Señora en todo lo que adelante diré (Cf. infra n. 990, 991, 1001, 1219, 1376).

957. Salió de este rapto y visión María santísima; y no me detengo en declarar más las condiciones que tuvo, porque fueron semejantes a las que en otras visiones intuitivas he declarado tuvo; pero con la virtud y efectos divinos que en ésta recibió, pudo estar prevenida para despedirse de su Hijo santísimo, que luego determinó salir al bautismo y ayuno del desierto. Llamóla Su Majestad y la dijo hablándola como hijo amantísimo y con demostraciones de dulcísima compasión: Madre mía, el ser que tengo de hombre verdadero recibí de sola vuestra sustancia y sangre, de que tomé forma de siervo en vuestro virginal vientre, y después me habéis criado a vuestros pechos y alimentándome con vuestro sudor y trabajo; por estas razones me reconozco por más Hijo y más vuestro que ninguno lo fue de su madre ni lo será. Dadme vuestra licencia y beneplácito para que yo vaya a cumplir la voluntad de mi eterno Padre. Ya es tiempo que me despida de vuestro regalo y dulce compañía y dé principio a la obra de la redención humana. Acabase el descanso y llega ya la hora de comenzar a padecer por el rescate de mis hermanos los hijos de Adán. Pero esta obra de mi Padre quiero hacer con vuestra asistencia, y en ella seáis compañera y coadjutora mía, entrando a la parte de mi pasión y cruz; y aunque ahora es forzoso dejaros sola, mi

bendición eterna quedará con vos y mi cuidadosa, amorosa y poderosa protección, y después volveré a que me acompañéis y ayudéis en mis trabajos, pues los he de padecer en la forma de hombre que me disteis.

958. Con estas razones echó el Señor los brazos en el cuello de la ternísima Madre, derramando entrambos muchas lágrimas con admirable majestad y severidad apacible, como maestros en la ciencia del padecer. Arrodillóse la divina Madre y respondió a su Hijo santísimo y con incomparable dolor y reverencia le dijo: Señor mío y Dios eterno, verdadero Hijo mío sois y en vos está empleado todo el amor y fuerzas que de vos he recibido y lo íntimo de mi alma está patente a vuestra divina sabiduría; mi vida fuera poco para guardar la vuestra, si fuera conveniente que muchas veces yo muriera para esto, pero la voluntad del Padre y la vuestra se han de cumplir y para esto ofrezco y sacrifico yo la mía; recibidla, Hijo mío y Dueño de todo mi ser, en aceptable ofrenda y sacrificio y no me falte vuestra divina protección. Mayor tormento fuera para mí, que padeciérades sin acompañaros en los trabajos y en la cruz. Merezca yo, Hijo, este favor, que como verdadera madre Os pido en retorno de la forma humana que Os di, en que vais a padecer.—Pidióle también la amantísima Madre llevase algún alimento de su casa, o que se le enviaría a donde estuviese, y nada de esto admitió el Salvador por entonces, dando luz a la Madre de lo que convenía. Salieron juntos hasta la puerta de su pobre casa, donde segunda vez le pidió ella arrodillada la bendición y le besó los pies, y el divino Maestro se la dio y comenzó su jornada para el Río Jordán, saliendo como buen pastor a buscar la oveja perdida y volverla sobre sus hombros al camino de la vida eterna que había perdido como engañada y errante.

959. En esta ocasión que salió nuestro Redentor a ser bautizado por San Juan Bautista, había entrado ya en treinta años de su edad, aunque fue al principio de este año, porque se fue vía recta a donde estaba bautizando el Precursor en la ribera del Río Jordán (Mt 3, 13), y recibió de él el bautismo a los trece días después de cumplidos los veinte y nueve años, el mismo día que lo celebra la Iglesia.

No puedo yo dignamente ponderar el dolor de María santísima en esta despedida, ni tampoco la compasión del Salvador, porque todo encarecimiento y razones son muy cortas y desiguales para manifestar lo que pasó por el corazón de Hijo y Madre. Y como ésta era una de las partes de sus penas y aflicción, no fue conveniente moderar los efectos del natural amor recíproco de los Señores del mundo; dio lugar el Altísimo para que obrasen todo lo posible y compatible con la suma santidad de entrambos respectivamente. Y no se moderó este dolor con apresurar los pasos nuestro divino Maestro, llevado de la fuerza de su inmensa caridad a buscar nuestro remedio, ni el conocerlo así la amantísima Madre, porque todo esto aseguraba más los tormentos que le esperaban y el dolor de su conocimiento. ¡Qh amor mío dulcísimo!, ¿cómo no sale al encuentro la ingratitud y dureza de nuestros corazones para teneros?, ¿cómo el ser los hombres inútiles para Vos, a más de su grosera correspondencia, no Os embaraza? ¡Oh eterno bien y vida mía!, sin nosotros seréis tan bienaventurado como con nosotros, tan infinito en perfecciones, santidad y gloria, y nada podemos añadiros a la que tenéis con solo vos mismo, sin dependencia y necesidad de criaturas. Pues ¿por qué, amor mío, tan cuidadoso las buscáis y solicitáis?, ¿por qué tan a costa de dolores y de cruz procuráis el bien ajeno? Sin duda que vuestro incomparable amor y bondad le reputa por propio y sólo nosotros le tratamos como ajeno para Vos y nosotros mismos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

960. Hija mía, quiero que ponderes y penetres más los misterios que has escrito y los levantes de punto en tu estimación para el bien de tu alma y llegar en alguna parte a mi imitación. Advierte, pues, que en la visión de la divinidad, que yo tuve en esta ocasión que has dicho, conocí en el Señor la estimación que su voluntad santísima hacía de los trabajos, pasión y muerte de mi Hijo, y de todos aquellos que le habían de imitar y seguir en el camino de la cruz. Y con esta ciencia no sólo le ofrecí de voluntad para entregarle a la pasión y muerte, sino que supliqué al Muy Alto me hiciera compañera y partícipe de todos sus

dolores, penas y pasión, y me lo concedió el Eterno Padre. Y después pedí a mi Hijo y Señor que desde luego careciese yo de sus regalos interiores, comenzando a seguir sus pasos de amargura, y esta petición me inspiró el mismo Señor, porque así lo quería, y me obligó y enseñó el amor. Estas ansias de padecer y el que me tenía Su Majestad como Hijo y como Dios, me encaminaban a desear los trabajos, y porque me amó tiernamente me los concedió; que a los que ama, corrige y aflige (Prov 2, 12), y a mí como a Madre quiso no me faltase este beneficio y excelencia de ser en todo semejante a él, en lo que más estimaba en la vida humana. Luego se cumplió en mí esta voluntad del Altísimo y mi deseo y petición, y carecí de los favores y regalos que solía recibir y no me trató desde entonces con tanta caricia; y ésta fue una de las razones por que no me llamó Madre sino Mujer en las bodas de Cana y al pie de la cruz (Jn 2, 4; 19, 26), y en otras ocasiones que me ejercitó con esta severidad y negándome las palabras de caricia; y estaba tan lejos de ser esto desamor, que antes era la mayor fineza de amor hacerme su semejante en las penas que elegía para sí, como herencia y tesoro estimable.

961. De aquí entenderás la común ignorancia y error de los mortales y cuan lejos van del camino y de la luz, cuando generalmente, casi todos, trabajan por no trabajar, padecen por no padecer y aborrecen el camino real y seguro de la cruz y mortificación. Con este peligroso engaño, no sólo aborrecen la semejanza de Cristo su ejemplar y la mía y se privan de ella, siendo el verdadero y sumo bien de la vida humana; pero junto con esto se imposibilitan para su remedio, pues todos están enfermos y dolientes con muchas culpas y su medicina ha de ser la pena. El pecado se comete con torpe deleite y se excluye con el dolor penal y en la tribulación los perdona el justo Juez. Con el padecer amarguras y aflicciones se enfrena el fomes del pecado, se quebrantan los bríos desordenados de las pasiones concupiscible e irascible, humíllase la soberbia y altivez, sujétase la carne, diviértese el gusto de lo malo, sensible y terreno, desengáñase el juicio, morigérase la voluntad y todas las potencias de la criatura se reducen a razón, y se moderan en sus desigualdades y movimientos las pasiones,

y sobre todo se obliga el amor divino a compasión del afligido que abraza, los trabajos con paciencia o los busca con deseo de imitar a mi Hijo santísimo; y en esta ciencia están recopiladas todas las buenas dichas de la criatura; los que huyen de esta verdad son locos, los que ignoran esta ciencia son estultos.

962. Trabaja, pues, hija mía carísima, por adelantarte en ella y desvélate para salir al encuentro a la cruz de los trabajos y despídete de admitir jamás consolación humana. Y para que en las del espíritu no tropieces y caigas, te advierto que en ellas también esconde el demonio un lazo, que tú no puedes ignorar, contra los espirituales; porque como es tan dulce y apetecible el gusto de la contemplación y vista del Señor y sus caricias —más o menos redunda tanto deleite y consuelo en las potencias del alma y tal vez en la parte sensitiva— suelen algunas almas acostumbrarse a él tanto que se hacen como ineptas para otras ocupaciones necesarias a la vida humana, aunque sean de caridad y trato conveniente con las criaturas, y cuando hay obligación de acudir a ellas se afligen desordenadamente y se turban con impaciencia, pierden la paz y gozo interior, quedan tristes, intratables y llenas de hastío con los demás prójimos y sin verdadera humildad ni caridad. Y cuando llegan a sentir su propio daño e inquietud, luego cargan la culpa a las ocupaciones exteriores en que los puso el mismo Señor por la obediencia o por la caridad y no quieren confesar ni conocer que la culpa consiste en su poca mortificación y rendimiento a lo que Dios ordena, y por estar asidas a su gusto. Y todo este engaño les oculta el demonio con el color del buen deseo de su quietud y retiro y del trato del Señor en la soledad, porque en esto les parece no hay que temer, que todo es bueno y santo y que el daño les resulta de lo que se le impiden como lo desean.

963. En esta culpa has incurrido tú algunas veces y quiero que desde hoy quedes advertida en ella, pues para todo hay tiempo, como dice el Sabio (Ecl 3, 5): *para gozar de los abrazos y para abstenerse de ellos;* y el determinar el trato íntimo del Señor a tiempos señalados por gusto de la criatura, es ignorancia de imperfectos y principiantes en la

virtud y lo mismo el sentir mucho que le falten los regalos divinos. No te digo por esto que de voluntad busques las distracciones y ocupaciones, ni en ellas tengas tu beneplácito, que esto es lo peligroso, sino que cuando los prelados te lo ordenaren obedezcas con igualdad y dejes al Señor en tu regalo para hallarle en el trabajo útil y en el bien de tus prójimos; y esto debes anteponer a tu soledad y consolaciones ocultas que en ella recibes y sólo por éstas no quiero que la ames tanto, porque en la solicitud conveniente de prelada sepas creer, esperar y amar con fineza. Y por este medio hallarás al Señor en todo tiempo y lugar y ocupaciones, como lo has experimentado; y nunca quiero te des por despedida de su vista y presencia dulcísima y suavísima conversación, ignorando párvulamente que fuera del retiro puedes hallar y gozar del Señor, porque todo está lleno de su gloria (Eclo 42, 16), sin haber espacio vacío, y en Su Majestad vives, eres y te mueves (Act 17, 28), y cuando no te obligare él mismo a estas ocupaciones, gozarás de tu deseada soledad.

964. Todo lo conocerás mejor en la nobleza del amor que de ti quiero para la imitación de mi Hijo santísimo y mía; pues con él unas veces te has de regalar en su niñez, otras acompañarle en procurar la salvación eterna de los hombres, otras imitándole en el retiro de su soledad, otras transfigurándote con él en nueva criatura, otras abrazando las tribulaciones y la cruz y siguiendo sus caminos y la doctrina que como divino Maestro enseñó en ella; y, en una palabra, quiero que entiendas cómo en mí fue el ejercicio o el intento más alto imitarle siempre en todas sus obras; ésta fue en mí la que mayor perfección y santidad comprendió y en esto quiero que me sigas según tus flacas fuerzas alcanzaren ayudadas de la gracia. Y para hacerlo has de morir primero a todos los efectos de hija de Adán, sin reservar en ti “quiero o no quiero”, “admito o repruebo por éste o por aquel título”, porque tú ignoras lo que te conviene y tu Señor y Esposo, que lo sabe y te ama más que tú misma, quiere cuidar de ello si te dejas toda a su voluntad. Y sólo para amarle y quererle imitar en padecer te doy licencia, pues en lo demás aventuras el apartarte de su gusto y del mío y lo harás siguiendo tu voluntad y las inclinaciones de tus deseos y apetitos. Degüéllalos y

sacrifícalos todos, levántate a ti sobre ti y ponte en la habitación alta y encumbrada de tu Dueño y Señor; atiende a la luz de sus influencias y a la verdad de sus palabras de vida eterna, y para que la consigas toma tu cruz, sigue sus pisadas, camina al olor de sus ungüentos y sé oficiosa hasta alcanzarle y en teniéndole no le dejes.

CAPITULO 23

Las ocupaciones que la Madre Virgen tenía en ausencia de su Hijo santísimo y los coloquios con sus Santos Ángeles.

965. Despedido el Redentor del mundo de la presencia corporal de su amantísima Madre, quedaron los sentidos de la purísima Señora como eclipsados y en oscura sombra, por habérseles traspuesto el claro Sol de Justicia que los alumbraba y llenaba de alegría, pero la interior vista de su alma santísima no perdió ni un solo grado de la divina luz que la bañaba toda y levantaba sobre el supremo amor de los más encendidos serafines. Y como todo el empleo principal de sus potencias, en ausencia de la humanidad santísima, había de ser sólo el objeto incomparable de la divinidad, dispuso todas sus ocupaciones de manera que, retirada en su casa sin trato ni comercio de criaturas, pudiese vacar a la contemplación y alabanzas del Señor y entregarse toda a este ejercicio, oraciones y peticiones, para que la doctrina y semilla de la palabra que el Maestro de la vida había de sembrar en los corazones humanos, no se malograse por la dureza de su ingratitud, sino que diese copioso fruto de vida eterna y salud de sus almas. Y con la ciencia que tenía de los intentos que llevaba el Verbo humanado, se despidió la prudentísima Señora de hablar a criatura humana, para imitarle en el ayuno y soledad del desierto, como adelante diré (Cf. infra n. 990), porque en todo fue viva estampa de sus obras, ausente y presente.

966. En estos ejercicios se ocupó la divina Señora, sola en su casa, los días que su Hijo santísimo estuvo fuera de ella. Y eran sus peticiones tan fervorosas que derramaba

lágrimas de sangre, llorando los pecados de los hombres. Hacía genuflexiones y postraciones en tierra más de doscientas veces cada día, y este ejercicio amó y repitió grandemente toda su vida, como índice de su humildad y caridad, reverencia y culto incomparables, y de esto hablaré muchas veces en el discurso de esta Historia (Cf. supra n. 152, 180; infra p. III n. 614, etc.). Con estas obras ayudaba y cooperaba con su Hijo santísimo y nuestro Reparador en la obra de la Redención, cuando estaba ausente, y fueron tan poderosas y eficaces con el Eterno Padre, que por los méritos de esta piísima Madre y por estar ella en el mundo olvidó el Señor —a nuestro modo de entender— los pecados de todos los mortales, que entonces desmerecían la predicación y doctrina de su Hijo santísimo. Este óbice quitó María santísima con sus clamores y ferviente caridad. Ella fue la medianera que nos granjeó y mereció el ser enseñados de nuestro Salvador y Maestro y que se nos diese y recibiésemos la Ley del Evangelio de la misma boca del Redentor.

967. El tiempo que le quedaba a la gran Reina después que descendía de lo más alto y eminente de la contemplación y peticiones, gastaba en conferencias y coloquios con sus Santos Ángeles, a quienes el mismo Salvador había mandado de nuevo que la asistiesen en forma corporal todo el tiempo que estuviese ausente y en aquella forma sirviesen a su tabernáculo y guardasen la ciudad santa de su habitación. En todo obedecían los ministros diligentísimos del Señor y servían a su Reina con admirable y digna reverencia. Pero como el amor es tan activo y poco paciente de la ausencia y privación del objeto que tras de sí le lleva, no tiene mayor alivio que hablar de su dolor y repetir sus justas causas, renovando las memorias de lo amado, refiriendo sus condiciones y excelencias; y con estas conferencias entretiene sus penas y engaña o divierte su dolor, sustituyendo por su original las imágenes que dejó en la memoria el bien amado. Esto mismo le sucedía a la amantísima Madre del sumo y verdadero bien, su Hijo santísimo, porque, mientras estaban anegadas sus potencias en el inmenso piélago de la divinidad, no sentía la falta de la presencia corporal de su Hijo y Señor, pero cuando volvía al uso de los sentidos,

acostumbrados a tan amable objeto y que se hallaban sin él, sentía luego la fuerza impaciente del amor más intenso, casto y verdadero que puede imaginar ninguna criatura; porque no fuera posible a la naturaleza padecer tanto dolor y quedar con vida, si no fuera divinamente confortada.

968. Y para dar algún ensanche al natural dolor del corazón se convertía a los Santos Ángeles y les decía: Ministros diligentes del Altísimo, hechuras de las manos de mi amado, amigos y compañeros míos, dadme noticia de mi Hijo querido y de mi Dueño; decidme dónde vive y decidle también cómo yo muero por la ausencia de mi propia vida. ¡Oh dulce bien y amor de mi alma! ¿Dónde está vuestra forma especiosa sobre los hijos de los hombres? ¿Dónde reclinaréis vuestra cabeza? ¿Dónde descansará de sus fatigas vuestra delicadísima y santísima humanidad? ¿Quién os servirá ahora, lumbre de mis ojos? Y ¿cómo cesarán las lágrimas de los míos sin el claro sol que los alumbraba? ¿Dónde, Hijo mío, tendréis algún reposo? Y ¿dónde le hallará esta sola y pobre avecilla? ¿Qué puerto tomará esta navecilla combatida en soledad de las olas del amor? ¿Dónde hallaré tranquilidad? ¡Oh Amado de mis deseos, olvidar vuestra presencia que me daba vida no es posible! Pues ¿cómo lo será el vivir con su memoria sin tener la posesión? ¿Qué haré? ¡Oh! ¿quién me consolará y hará compañía en mi amarga soledad? Pero ¿qué busco y qué hallaré entre las criaturas, si sólo vos me faltáis, que sois el todo y solo a quien ama mi corazón? Espíritus soberanos, decidme qué hace mi Señor y mi querido, contadme sus ocupaciones exteriores y de las interiores no me ocultéis nada de lo que os fuere manifiesto en el espejo de su ser divino y de su cara; referidme todos sus pasos para que yo los siga y los imite.

969. Obedecieron los Santos Ángeles a su Reina y Señora y la consolaron en el dolor de sus endechas amorosas, hablándole del Muy Alto y repitiéndole grandiosas alabanzas de la humanidad santísima de su Hijo y sus perfecciones, y luego le daban noticia de todas las ocupaciones, obras y lugares donde estaba; y esto hacían iluminando su entendimiento al mismo modo que un Ángel superior a otro inferior, porque éste era el orden y forma

espiritual con que confería y trataba con los Ángeles interiormente, sin embarazo del cuerpo y sin uso de los sentidos; y de esta manera la informaban los divinos espíritus cuándo el Verbo humanado oraba retirado, cuándo enseñaba a los hombres, cuándo visitaba a los pobres y hospitales y otras acciones que la divina Señora ejecutaba a su imitación, en la forma que le era posible, y hacía magníficas y excelentes obras, como adelante diré (Cf. infra n. 971), y con esto descansaba en parte su dolor y pena.

970. Enviaba también algunas veces a las mismos Ángeles para que en su nombre visitasen a su dulcísimo Hijo y les decía prudentísimas razones de gran peso y reverencial amor y solía darles algún paño o lienzo aliñado de sus manos, para que limpiasen el venerable rostro del Salvador, cuando en la oración le veían fatigado y sudar sangre; porque conocía la divina Madre que tendría esta agonía y más cuanto se iba más empleando en las obras de la Redención. Y los Ángeles obedecían en esto a su Reina con increíble reverencia y temor, porque conocían era voluntad del mismo Señor, por el deseo amoroso de su Madre santísima. Otras veces, por aviso de los mismos Ángeles o por especial visión y revelación del Señor, conocía que Su Majestad oraba en los montes y hacía peticiones por los hombres, y en todo le acompañaba la misericordiosísima Señora desde su casa y oraba en la misma postura y con las mismas razones. En algunas ocasiones también le enviaba por mano de los Ángeles algo de alimento que comiese, cuando sabía no había quien se lo diese al Señor de todo lo criado; aunque esto fue pocas veces, porque Su Majestad santísima, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 958), no consintió que siempre lo hiciese su Madre santísima como lo deseaba, y en los cuarenta días del ayuno no lo hizo, porque así era voluntad del mismo Señor.

971. Ocupábase otras veces la gran Señora en hacer cánticos de alabanza y loores al Muy Alto, y éstos los hacía o por sí sola en la oración o en compañía de los Santos Ángeles alternando con ellos, y todos estos cánticos eran altísimos en el estilo y profundísimos en el sentido. Acudía otras veces a las necesidades de los prójimos a imitación de

su Hijo: visitaba los enfermos, consolaba a los tristes y afligidos y alumbraba a los ignorantes, y a todos los mejoraba y llenaba de gracia y de bienes divinos. Y sólo en el tiempo del ayuno del Señor estuvo cerrada y retirada sin comunicar a nadie, como diré adelante (Cf. infra n. 990). En esta soledad y retiro que estaba nuestra Reina y Maestra divina, sin compañía de humana criatura, fueron los éxtasis más continuos y repetidos, y con ellos recibió incomparables dones y favores de la divinidad, porque la mano del Señor escribía en ella y pintaba, como en un lienzo preparado y dispuesto, admirables formas y dibujos de sus infinitas perfecciones. Y con todos estos dones y gracias trabajaba de nuevo por la salud de los mortales y todo lo aplicaba y convertía a la imitación más llena de su Hijo santísimo y ayudarle como coadjutora en las obras de la Redención. Y aunque estos beneficios y trato íntimo del Señor no podían estar sin grande y nuevo júbilo y gozo del Espíritu Santo, mas en la parte sensitiva padecía juntamente por lo que había deseado y pedido a imitación de Cristo nuestro Señor, como arriba dije (Cf. supra n. 960). Y en este deseo de seguirle en el padecer era insaciable y lo pedía al Padre Eterno con incesante y ardentísimo amor, renovando el sacrificio tan aceptable de la vida de su Hijo y de la suya, que por la voluntad del mismo Señor había ofrecido; y en este acto de padecer por el Amado era incesante su deseo y ansias en que estaba enardecida y padeciendo porque no padecía.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

972. Hija mía carísima, la sabiduría de la carne ha hecho a los hombres ignorantes, estultos y enemigos de Dios, porque es diabólica, fraudulenta y terrena (Sant 3, 15) y no se sujeta a la divina ley (Rom 8, 7); y cuanto más estudian y trabajan los hijos de Adán por penetrar los malos fines de sus pasiones carnales y animales y los medios para conseguirlos, tanto más ignoran las cosas divinas del Señor para llegar a su verdadero y último fin. Esta ignorancia y prudencia carnal en los hijos de la Iglesia es más lamentable y más odiosa en los ojos del Altísimo. ¿Por qué título quieren llamarse los hijos de este siglo hijos de Dios, hermanos de Cristo y herederos de sus bienes? El

hijo adoptivo ha de ser en todo lo posible semejante al natural, un hermano no es de linaje ni calidades contrarias a otro, el heredero no se llama así por cualquier parte que le toque de los bienes de su padre si no goza de los bienes y herencia principal. Pues ¿cómo serán herederos con Cristo los que sólo aman, desean y buscan los bienes terrenos y se complacen en ellos? ¿Cómo serán sus hermanos los que degeneran tanto de sus condiciones, de su doctrina y de su ley santa? ¿Cómo serán semejantes y conformes a su imagen los que la borran tantas veces y se dejan sellar muchas con la imagen de la infernal bestia? (Ap 13, 9)

973. En la divina luz conoces, hija mía, estas verdades y lo que yo trabajé por asimilarme a la imagen del Altísimo, que es mi Hijo y mi Señor. Y no pienses que de balde te he dado este conocimiento tan alto de mis obras, porque mi deseo es que este memorial quede escrito en tu corazón y esté pendiente siempre delante de tus ojos y con él compongas tu vida y regules tus obras todo el tiempo que te restare de vivir, que no puede ser muy larga. Y en la comunicación y trato de criaturas no te embaraces ni enredes para retardarte en mi seguimiento, déjalas, desvíalas, desprecíalas en cuanto pueden impedirte, y para adelantarte en mi escuela te quiero pobre, humilde, despreciada, y abatida y en todo con alegre rostro y corazón. No te pagues de los aplausos y afectos de nadie, ni admitas voluntad humana, que no te quiere el Muy Alto para atenciones tan inútiles ni ocupaciones tan bajas e incompatibles con el estado a donde te llama. Considera con atención humilde las demostraciones de amor que de su mano has recibido y que para enriquecerte ha empleado grandes tesoros de sus dones. No lo ignoran esto Lucifer, sus ministros y secuaces, y están armados de indignación y astucia contra ti y no dejarán piedra que no muevan para destruirte, y la mayor guerra será contra tu interior, adonde asientan la batería de su astucia y sagacidad. Vive prevenida y vigilante y cierra las puertas de tus sentidos y reserva tu voluntad, sin darle salida a cosa humana por buena y honesta que parezca, porque si en algo sisa tu amor de como Dios le quiere, ese poco que le amares menos abrirá puerta a tus enemigos. Todo el reino de Dios está dentro de ti (Lc 17, 21), allí lo tienes y lo hallarás, y el

bien que deseas, y no olvides el de mi disciplina y enseñanza, escóndela en tu pecho y advierte que es grande el peligro y daño de que deseo apartarte, y que participes de mi imitación e imagen es el mayor bien que tú puedes desear, y yo estoy inclinada con entrañas de clemencia para concedértele si te dispones con pensamientos altos, palabras santas y obras perfectas que te lleven al estado en que el Todopoderoso y yo te queremos poner.

CAPITULO 24

Llega el Salvador Jesús a la ribera del Jordán, donde le bautizó San Juan Bautista y pidió también ser bautizado del mismo Señor.

974. Dejando nuestro Redentor a su amantísima Madre en Nazaret y en su pobre morada, sin compañía de humana criatura pero ocupada en los ejercicios de encendida caridad que he referido (Cf. supra n. 971), prosiguió Su Majestad las jornadas hacia el Río Jordán, donde su precursor San Juan Bautista estaba predicando y bautizando cerca de Betania, la que estaba de la otra parte del río y por otro nombre se llamaba Betabara. Y a los primeros pasos que dio nuestro divino Redentor desde su casa levantó los ojos al Eterno Padre y con su ardentísima caridad le ofreció todo lo que de nuevo comenzaba a obrar por los hombres: los trabajos, dolores, pasión y muerte de cruz que por ellos quería padecer, obedeciendo a la voluntad eterna del mismo Padre, y el natural dolor que sintió, como Hijo verdadero y obediente a su Madre, en dejarla y privarse de su dulce compañía que por veinte y nueve años había tenido. Iba el Señor de las criaturas solo, sin aparato, sin ostentación ni compañía, el supremo Rey de los reyes y Señor de los señores, desconocido y no estimado de sus mismos vasallos, y tan suyos que por sola su voluntad tenían el ser y conservación, y su real recámara era la extrema y suma pobreza y desabrigo.

975. Como los Sagrados Evangelistas dejaron en silencio estas obras del Salvador y sus circunstancias tan dignas de atención, no obstante que con efecto sucedieron,

y nuestro grosero olvido está tan mal acostumbrado a no agradecer las que nos dejaron escritas, por esto no discurrimos ni consideramos la inmensidad de nuestros beneficios y de aquel amor sin tasa ni medida que tan copiosamente nos enriqueció y con tantos vínculos de oficiosa caridad nos quiso atraer a sí mismo. ¡Oh amor eterno del Unigénito del Padre! ¡Oh bien mío y vida de mi alma!, ¡qué mal conocida y peor agradecida es esta vuestra ardentísima caridad! ¿Por qué, Señor y dulce amor mío, tantas finezas, desvelos y penalidades por quien no sólo no habéis menester, pero ni ha de corresponder ni atender a vuestros favores más que si fueran engaño y burla? ¡Oh corazón humano, más rústico y feroz que de una fiera! ¿Quién te endurece tanto? ¿Quién te detiene? ¿Quién te oprime y te hace tan grave y pesado para no caminar al agradecimiento de tu Bienhechor? ¡Oh encanto y fascinación lamentable de los entendimientos de los hombres! ¿Qué letargo tan mortal es éste que padecéis? ¿Quién ha borrado de vuestra memoria verdades tan infalibles y beneficios tan memorables y vuestra propia y verdadera felicidad? Si somos de carne, y tan sensible, ¿quién nos ha hecho más insensibles y duros que los mismos riscos y peñascos inanimados? ¿Cómo no despertamos y recuperamos algún sentido con las voces que dan los beneficios de vuestra Redención? A las palabras de un Profeta, Ezequiel (Ez 37, 1ss), revivieron los huesos secos y se movieron, y nosotros resistimos a las palabras y a las obras del que da vida y ser a todo. Tanto puede el amor terreno, tanto nuestro olvido.

976. Recibid, pues, ahora, oh Dueño mío y lumbre de mi alma, a este vil gusanillo que arrastrando por la tierra sale al encuentro de los hermosos pasos que dais para buscarle, con ellos levantáis en esperanza cierta de hallar en vos verdad, camino, fineza y vida eterna. No tengo, amado mío, qué ofreceros en retorno sino vuestra bondad y amor y el ser que por él he recibido, menos que vos mismo no puede ser paga de lo infinito que por mi bien habéis hecho. Sedienta de vuestra caridad salgo al camino, no queráis, Señor y Dueño mío, divertir ni apartar la vista de vuestra real clemencia de la pobre a quien buscáis con diligencias solícitas y amorosas. Vida de mi alma y alma de

mi vida, ya que no fui tan dichosa que mereciese gozar de vuestra vista corporal en aquel siglo felicísimo, soy a lo menos hija de Vuestra Santa Iglesia, soy parte de este cuerpo místico y congregación santa de fieles. En vida peligrosa, en carne frágil, en tiempos de calamidad y tribulaciones vivo, pero clamo del profundo, suspiro de lo íntimo del corazón por vuestros infinitos merecimientos, y, para tener parte en ellos, la fe santa me los certifica, la esperanza me los asegura y la caridad me da derecho a ellos. Mirad, pues, a esta humilde esclava para hacerme agradecida a tantos beneficios, blanda de corazón, constante en el amor y toda a vuestro agrado y mayor beneplácito.

977. Prosiguió nuestro Salvador el camino para el Río Jordán, derramando en diversas partes sus antiguas misericordias, con admirables beneficios que hizo en cuerpos y almas de muchos necesitados, pero siempre con modo oculto, porque hasta el bautismo no se dio testimonio público de su poder divino y grande excelencia. Antes de llegar a la presencia del Bautista, envió el Señor al corazón del Santo nueva luz y júbilo que mudó y elevó su espíritu, y reconociendo San Juan Bautista estos nuevos efectos dentro de sí mismo, admirado dijo: ¿Qué misterio es éste y qué presagios de mi bien?, porque desde que conocí la presencia de mi Señor en el vientre de mi madre, no he sentido tales efectos como ahora. ¿Si viene por dicha o está cerca de mí el Salvador del mundo? A esta nueva ilustración se siguió en el Bautista una visión intelectual, donde conoció con mayor claridad el misterio de la unión hipostática en la persona del Verbo, y otros de la redención humana. Y en virtud de esta nueva luz dio los testimonios que refiere el Evangelista San Juan, mientras estaba Cristo nuestro Señor en el desierto y después que salió de él y volvió al Río Jordán: uno a la pregunta de los judíos y otro cuando dijo: *Ecce Agnus Dei* (Jn 1, 36), etc., como adelante diré (Cf. infra n. 1010, 1017). Y aunque el San Juan Bautista había conocido antes grandes sacramentos cuando le mandó el Señor salir a predicar y bautizar, pero en esta ocasión y visión se renovaron y manifestaron con mayor claridad y abundancia y conoció que venía el Salvador del mundo al bautismo.

978. Llegó, pues, Su Majestad entre los demás y pidió a San Juan Bautista le bautizase como a uno de los otros, y el Bautista le conoció y postrado a sus pies deteniéndole le dijo: *Yo he de ser bautizado, ¿y Vos, Señor, venís a pedirme el bautismo?* como lo refiere el Evangelista San Mateo (Mt 3, 14). Respondió el Salvador: *Déjame ahora hacer lo que deseo, que así conviene cumplir toda justicia (Mt 3, 15)*. En esta resistencia que intentó el Bautista de bautizar a Cristo nuestro Señor y pedirle el bautismo, dio a entender que le conoció por verdadero Mesías. Y no contradice a esto lo que del mismo Bautista refiere San Juan Evangelista (Jn 1, 33), que dijo a los judíos: *Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar en agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que viene el Espíritu Santo y está sobre él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo vi y di testimonio de que éste es el Hijo de Dios.* La razón de no haber contradicción en estas palabras de San Juan Bautista con lo que dice San Mateo es, porque el testimonio del cielo y la voz del Padre que vino en el Río Jordán sobre Cristo nuestro Señor fue cuando San Juan Bautista tuvo la visión y conocimiento que queda dicho (Cf. supra n. 977), y hasta entonces no había visto a Cristo ocularmente, y así negó que hasta entonces no le había conocido como entonces le conoció; pero como no sólo le vio corporalmente, sino con la luz de la revelación al mismo tiempo, por eso se postró a sus pies pidiendo el bautismo.

979. Acabando de bautizar San Juan Bautista a Cristo nuestro Señor, se abrió el cielo y descendió el Espíritu Santo en forma visible de paloma sobre su cabeza y se oyó la voz del Eterno Padre que dijo: *Este es mi Hijo amado, en quien tengo yo mi agrado y complacencia (Mt 3, 15).* Esta voz del cielo oyeron muchos de los circunstantes que no desmerecieron tan admirable favor y vieron asimismo el Espíritu Santo en la forma que vino sobre el Salvador; y fue este testimonio el mayor que pudo darse de la divinidad de nuestro Redentor, así por parte del Padre que le confesaba por Hijo, como por la de la misma testificación, pues por todo se manifestaba que Cristo era Dios verdadero, igual a su Eterno Padre en la sustancia y perfecciones infinitas. Y quiso el Padre ser el primero que desde el cielo testificase

la divinidad de Cristo, para que en virtud de su testificación quedasen autorizadas todas cuantas después se habían de dar en el mundo. Tuvo también otro misterio esta voz del Padre, que fue como desempeño que hizo volviendo por el crédito de su Hijo y recompensándole la obra de humillarse al bautismo, que servía al remedio de los pecados, de que el Verbo humanado estaba libre, pues era impecable.

980. Este acto de humillarse Cristo nuestro Redentor a la forma de pecador, recibiendo el bautismo con los que lo eran, ofreció al Padre con su obediencia, y por ella para reconocerse inferior en la naturaleza humana común a los demás hijos de Adán y para instituir con este modo el sacramento del bautismo, que en virtud de sus merecimientos había de lavar los pecados del mundo; y humillándose el mismo Señor el primero al bautismo de las culpas, pidió y alcanzó del Eterno Padre un general perdón para todos los que le recibiesen y que saliesen de la jurisdicción del demonio y del pecado y fuesen reengendrados en el nuevo ser espiritual y sobrenatural de hijos adoptivos del Altísimo y hermanos del mismo Reparador Cristo nuestro Señor. Y porque los pecados de los hombres, así los pretéritos, presentes y futuros, que tenía presentes el Eterno Padre en la presencia de su sabiduría, impidieran este remedio tan suave y fácil, lo mereció Cristo nuestro Señor de justicia, para que la equidad del Padre le aceptase y aprobase dándose por satisfecho, aunque conocía cuántos de los mortales en el siglo presente y futuro habían de malograr el bautismo y otros innumerables que no le admitirían. Todos estos impedimentos y óbices removió Cristo nuestro Señor y como satisfizo, por lo que habían de desmerecer, con sus méritos y humillándose a mostrar forma de pecador siendo inocente y recibiendo el bautismo. Y todos estos misterios comprendieron aquellas palabras que respondió al Bautista: *Deja ahora, que así conviene cumplir toda justicia (Mt 3, 15)*. Y para acreditar al Verbo humanado y recompensar su humillación y aprobar el bautismo y sus efectos que había de tener, descendió la voz del Padre y la persona del Espíritu Santo y fue confesado y manifestado por Hijo de Dios verdadero, y conocieron a todas Tres Personas, en cuya forma se había de dar el bautismo.

981. El gran Bautista San Juan fue a quien de estas maravillas y de sus efectos alcanzó entonces la mejor parte, que no sólo bautizó a su Redentor y Maestro y vio al Espíritu Santo y el globo de la luz celestial que descendió del cielo sobre el Señor con innumerable multitud de Ángeles que asistían al bautismo, oyó y entendió la voz del Padre y conoció otros misterios en la visión y revelación que queda dicha; pero sobre todo esto fue bautizado por el Redentor. Y aunque el Evangelio no dice más de que lo pidió (Mt 3, 14) pero tampoco lo niega, porque sin duda Cristo nuestro Señor, después de haber sido bautizado dio a su Precursor el Bautismo (Sacramental) que le pidió y el que Su Majestad instituyó desde entonces, aunque su promulgación general y el uso común lo ordenó después y mandó a los Apóstoles después de resucitado (Mt 28, 19; Mc 16, 15). Y como adelante diré (Cf. infra n. 1030ss), también bautizó el Señor a su Madre santísima antes de esta promulgación en que declaró la forma del bautismo que había ordenado. Así lo he entendido, y que San Juan Bautista fue el primogénito del bautismo (Sacramental) de Cristo nuestro Señor y de la nueva Iglesia que fundaba debajo de este gran sacramento, y por él recibió el Bautista el carácter de cristiano y gran plenitud de gracias, aunque no tenía pecado original que se le perdonase, porque ya le había justificado el Redentor antes que naciera el Bautista, como en su lugar queda declarado (Cf. supra n. 218). Y aquellas palabras que respondió el Señor: *Deja ahora, que conviene cumplir toda justicia,* no fue negarle el bautismo, sino dilatarle hasta que Su Majestad fuese bautizado primero y cumpliese con la justicia en la forma que se ha dicho, y luego le bautizó y dio su bendición para irse la Majestad divina al desierto.

982. Volviendo ahora a mi intento y a las obras de nuestra gran Reina y Señora, luego que fue bautizado su Hijo santísimo, aunque tenía luz divina de las acciones de Su Majestad, le dieron noticia de todo lo sucedido en el Río Jordán los Santos Ángeles que asistían al mismo Señor; y fueron de aquellos que dije en la primera parte (Cf. supra p. I n. 373) llevaban las señales o divisas de la pasión del Salvador. Por todos estos misterios del bautismo que había

recibido y ordenado y la testificación de su divinidad, hizo la prudentísima Madre nuevos himnos y cánticos de alabanza del Altísimo y del Verbo humanado y de incomparable agradecimiento; y por los actos de humildad y peticiones que hizo el divino Maestro, imitóle ella haciendo otros muchos, acompañándole y siguiéndole en todos. Pidió con fervorosísima caridad por los hombres, para que se aprovechasen del Sacramento del Bautismo y para su propagación por todo el mundo, y sobre estas peticiones y cánticos, que por sí misma hizo, convidó luego a los cortesanos celestiales para que la ayudasen a engrandecer a su Hijo santísimo por haberse humillado a recibir el bautismo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

983. Hija mía, en las muchas y repetidas veces que te manifiesto las obras de mi Hijo santísimo que hizo por los hombres, lo que yo las agradecía y apreciaba, entenderás cuan agradable es al Muy Alto este fidelísimo cuidado y correspondencia de tu parte y los ocultos y grandes bienes que en él se encierran. Pobre eres en la casa del Señor, pecadora, párvula y desvalida como el polvo; mas con todo eso quiero de ti que tomes por tu cuenta el dar incesantes gracias al Verbo humanado por el amor que tuvo a los hijos de Adán y por la ley santa e inmaculada, eficaz y perfecta que les dio para su remedio, y en especial por la institución del Santo Bautismo, con cuya eficacia quedan libres del demonio y reengendrados en hijos del mismo Señor y con gracia que los hace justos y los ayuda para no pecar. Obligación común es ésta de todos, pero cuando las criaturas casi la olvidan, te la intimo yo a ti para que a imitación mía tú la procures agradecer por todos, o como si fueras tú sola deudora; pues a lo menos en otras obras del Señor lo eres, porque con ninguna otra nación se ha mostrado más liberal que lo es contigo, y en la fundación de su Ley Evangélica y Sacramentos estuviesen presente en su memoria y en el amor con que te llamó y eligió para hija de su Iglesia y alimentarte en ella con el fruto de su sangre.

984. Y si el autor de la gracia, mi Hijo santísimo, para fundar como prudente y sabio artífice su Iglesia evangélica

y asentar la primera base de este edificio con el Sacramento del Bautismo, se humilló, oró, pidió y cumplió toda justicia, reconociendo la inferioridad de su humanidad santísima, y siendo Dios por la divinidad no se dedignó de en cuanto hombre abatirse a la nada, de que fue criada su purísima alma y formado el ser humano, ¿cómo te debes humillar tú que has cometido culpas y eres menos que el polvo y la ceniza despreciada? Confiesa que de justicia sólo mereces el castigo y el enojo e ira de todas las criaturas, y que ninguno de los mortales que ofendieron a su Criador y Redentor puede con verdad decir que se le hace agravio o injusticia aunque le sucedan todas las tribulaciones y aflicciones del mundo desde su principio hasta el fin; y pues todos en Adán pecaron, ¿cuánto se deben humillar y sufrir cuando los toque la mano del Señor? Y si tú padecieras todas las penas de los vivientes con humilde corazón y sobre eso ejecutaras con plenitud todo lo que te amonesto, enseño y mando, siempre debes juzgarte por sierva inútil y sin provecho. Pues ¿cuánto debes humillarte de todo corazón cuando faltas en cumplir lo que debes y quedas tan atrasada en dar este retorno? Y si yo quiero que le des por ti y por los demás, considera bien tu obligación y prepara tu ánimo humillándote hasta el polvo, para no resistir ni darte por satisfecha hasta que el Altísimo te reciba por hija suya y te declare por tal en su divina presencia y vista eterna en la celestial Jerusalén triunfante.

CAPITULO 25

Camina nuestro Redentor del bautismo al desierto, donde se ejercita en grandes victorias de las virtudes contra nuestros vicios; tiene noticia su Madre santísima y le imita en todo perfectamente.

985. Con el testimonio que la suma verdad había dado en el Río Jordán de la divinidad de Cristo nuestro Salvador y Maestro (Cf. supra n. 979), quedó tan acreditada su persona y doctrina que había de predicar, que luego pudo comenzar a enseñarla y darse a conocer con ella y con los milagros, obras y vida que le habían de confirmar, para que todos le conocieran por Hijo natural del Eterno Padre y por Mesías

de Israel y Salvador del mundo. Con todo, no quiso el divino Maestro de la santidad comenzar la predicación ni ser reconocido por nuestro Reparador, sin haber alcanzado primero el triunfo de nuestros enemigos, mundo, demonio y carne, para que después triunfase de los engaños que siempre fraguan, y con las obras de sus heroicas virtudes nos diese las primeras lecciones de la vida cristiana y espiritual y nos enseñase a pelear y vencer en sus victorias, habiendo quebrantado primero con ellas las fuerzas de estos comunes enemigos, para que nuestra flaqueza los hallase más debilitados, si no queríamos entregarnos a ellos y restituírselas con nuestra propia voluntad. Y no obstante que Su Majestad en cuanto Dios era superior infinitamente al demonio y en cuanto hombre tampoco tenía dolo ni pecado (1 Pe 2,22) sino suma santidad y señorío sobre todas las criaturas, quiso como hombre santo y justo vencer los vicios y a su autor, ofreciendo su humanidad santísima al conflicto de la tentación disimulando para esto la superioridad que tenía a los enemigos invisibles.

986. Con el retiro venció Cristo nuestro Señor y nos enseñó a vencer al mundo; que si bien es verdad suele dejar a los que no ha menester para sus fines terrenos y cuando no le buscan tampoco él se va tras ellos, con todo eso el que de veras le desprecia lo ha de mostrar en alejarse con el afecto y con las obras lo que le fuere posible. Venció también Su Majestad a la carne y enseñónos a vencerla con la penitencia de tan prolijo ayuno con que afligió su cuerpo inocentísimo, aunque no tenía rebeldía para el bien, ni pasiones que le inclinasen al mal. Y al demonio venció con la doctrina y verdad como adelante diré (Cf. infra n. 997), porque todas las tentaciones de este padre de la mentirá suelen venir disfrazadas y vestidas con doloso engañó. Y el salir a la predicación y darse a conocer al mundo, no antes sino después de estos triunfos que alcanzó nuestro Redentor, es otra enseñanza y desengaño del peligro que corre nuestra fragilidad en admitir las honras del mundo, aunque sean por favores recibidos del cielo, cuando no estamos muertos a las pasiones y tenemos vencidos a nuestros comunes enemigos; porque si el aplauso de los hombres no nos halla mortificados, pero con

enemigos domésticos dentro de nosotros, poca seguridad tendrán los favores y beneficios del Señor, pues hasta los más pesados montes suele trasegar este viento de la vanagloria del mundo. Lo que a todos nos toca es conocer que tenemos el tesoro en vasos frágiles (2 Cor 4, 7), que cuando Dios quisiere engrandecer la virtud de su nombre en nuestra flaqueza Él sabe con qué medios la ha de asegurar y sacar a luz sus obras; a nosotros sólo el recato nos incumbe y pertenece.

987. Prosiguió Cristo nuestro Señor desde el Río Jordán su camino al desierto, sin detenerse en él, después que se despidió del Bautista, y solos le asistieron y acompañaron los Ángeles, que como a su Rey y Señor le servían y veneraban con cánticos de loores divinos por las obras que iba ejecutando en remedio de la humana naturaleza. Llegó al puesto que en su voluntad llevaba prevenido, que era un despoblado entre algunos riscos y peñas secas, y entre ellas estaba una caverna o cueva muy oculta donde hizo alto y la eligió por su posada para los días de su santo ayuno. Postróse en tierra con profundísima humildad y pegóse con ella, que era siempre el proemio de que usaban Su Majestad y la beatísima Madre para comenzar a orar; confesó al Eterno Padre y le dio gracias por las obras de su divina diestra y haberle dado por su beneplácito aquel puesto y soledad acomodado para su retiro, y al mismo desierto agradeció en su modo, con aceptarle, el haberle recibido para guardarle escondido del mundo el tiempo que convenía lo estuviese. Continuó Su Majestad la oración puesto en forma de cruz, y ésta fue la más repetida ocupación que en el desierto tuvo, pidiendo al Eterno Padre por la salvación humana, y algunas veces en estas peticiones sudaba sangre, por la razón que diré cuando llegue a la oración del huerto.

988. Muchos animales silvestres de aquel desierto vinieron a donde estaba su Criador, que algunas veces salía por aquellos campos, y allí con admirable instinto le reconocían y como en testimonio de esto daban bramidos y hacían otros movimientos; pero muchas más demostraciones hicieron las aves del cielo, que vinieron gran multitud de ellas a la presencia del Señor, y con

diversos y dulces cantos le manifestaban gozo y le festejaban a su modo e insinuaban agradecimiento de verse favorecidas con tenerle por vecino del yermo y que le dejase santificado con su presencia real y divina, Comenzó Su Majestad el ayuno sin comer cosa alguna por los cuarenta días que perseveró en él, y le ofreció al eterno Padre para recompensa de los desórdenes y vicios que los hombres habían de cometer con el de la gula, aunque tan vil y abatido pero muy admitido y aun honrado en el mundo a cara descubierta; y al modo que Cristo nuestro Señor venció este vicio, venció todos los demás y recompensó las injurias que con ellos recibía el supremo Legislador y Juez de los hombres. Y según la inteligencia que se me ha dado, para entrar nuestro Salvador en el oficio de predicador y maestro y para hacer el de Medianero y Redentor acerca del Padre, fue venciendo todos los vicios de los mortales y recompensando sus ofensas con el ejercicio de las virtudes tan contrarias al mundo, que con el ayuno recompensó nuestra gula, y aunque esto hizo por toda su vida santísima con su ardentísima caridad, pero especialmente destinó sus obras de infinito valor para este fin mientras ayunó en el desierto.

989. Y como un amoroso padre de muchos hijos que han cometido todos grandes delitos, por los cuales merecían horrendos castigos, va ofreciendo su hacienda para satisfacer por todos y reservar a los hijos delincuentes de la pena que debían recibir, así nuestro amoroso Padre y Hermano Jesús pagaba nuestras deudas y satisfacía por ellas: singularmente, en recompensa de nuestra soberbia ofreció su profundísima humildad; por nuestra avaricia, la pobreza voluntaria y desnudez de todo lo que era propio suyo; por las torpes delicias de los hombres ofreció su penitencia y aspereza, y por la ira y venganza, su mansedumbre y caridad con los enemigos; por nuestra pereza y tardanza, su diligentísima solicitud, y por las falsedades de los hombres y sus envidias ofreció en recompensa la candidísima y columbina sinceridad, verdad y dulzura de su amor y trato. Y a este modo iba aplacando el justo Juez y solicitando el perdón para los hijos bastardos inobedientes, y no sólo les alcanzó el perdón sino que les mereció nueva gracia, dones y auxilios, para que con ellos

mereciésemos su eterna compañía y la vista de su Padre y suya, en la participación y herencia de su gloria por toda la eternidad. Y cuando todo esto lo pudo conseguir con la menor de sus obras, no hizo lo que nosotros hiciéramos, antes superabundó su amor en tantas demostraciones, para que no tuviera excusa nuestra ingratitud y dureza.

990. Para dar noticia de todo lo que hacía el Salvador, a su beatísima Madre pudiera bastar la divina luz y continuas visiones y revelaciones que tenía, pero sobre ellas añadía su amorosa solicitud las ordinarias legacías que con los Santos Ángeles enviaba a su Hijo santísimo. Y esto disponía el mismo Señor para que por medio de tan fieles embajadores oyesen recíprocamente los sentidos de los dos las mismas razones que formaban sus corazones, y así las referían los Ángeles y con las mismas palabras que salían de la boca de Jesús para María y de ella para Jesús, aunque por otro modo las tenía ya entendidas y sabidas el mismo Señor y también su santísima Madre. Luego que la gran Señora tuvo noticia de que estaba nuestro Salvador en el camino del desierto y de su intento, cerró las puertas de su casa, sin que nadie entendiera que estaba en ella, y fue tal su recato en este retiro, que los mismos vecinos pensaron se había ausentado como su Hijo santísimo. Recogióse a su oratorio y en él estuvo cuarenta días y cuarenta noches sin salir de allí y sin comer cosa alguna, como sabía que tampoco lo hacía su Hijo santísimo, guardando entrambos la misma forma y rigor del ayuno. En las demás operaciones, oraciones, peticiones, postraciones y genuflexiones imitó y acompañó también al Señor sin dejar alguna; y lo que es más, que las hacía todas al mismo tiempo, porque para esto se desocupó de todo y fuera de los avisos que le daban los Ángeles lo conocía con aquel beneficio, que otras veces he referido (Cf. supra n. 481, 534, etc.), de conocer todas las operaciones del alma de su Hijo santísimo —que éste le tuvo cuando estaba presente y ausente— y las acciones corporales, que antes conocía por los sentidos cuando estaban juntos, después las conocía por visión intelectual estando ausente o se las manifestaban los Ángeles Santos.

991. Mientras nuestro Salvador estuvo en el desierto hacía

cada día trescientas genuflexiones y postraciones y otras tantas hacía la Reina Madre en su oratorio, y el tiempo que le restaba le ocupaba de ordinario en hacer cánticos con los Ángeles, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 982). Y en esta imitación de Cristo nuestro Señor cooperó la divina Reina a todas las oraciones e impetraciones que hizo el Salvador y alcanzó las mismas victorias de los vicios y respectivamente los recompensó con sus heroicas virtudes y con los triunfos que ganó con ellas; de manera que si Cristo como Redentor nos mereció tantos bienes y recompensó y pagó nuestras deudas condignísimamente, María santísima como su coadjutora y Madre nuestra interpuso su misericordiosa intercesión con él y fue medianera cuanto era posible a pura criatura.

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora nuestra.

992. Hija mía, las obras penales del cuerpo son tan propias y legítimas a la criatura mortal, que la ignorancia de esta verdad y deuda y el olvido y desprecio de la obligación de abrazar la cruz tiene a muchas almas perdidas y a otras en el mismo peligro. El primer título por que los hombres deben afligir y mortificar su carne es por haber sido concebidos en pecado, y por él quedó toda la naturaleza humana depravada, sus pasiones rebeldes a la razón, inclinadas al mal y repugnando al espíritu (Rom 7, 23), y dejándolas seguir su propensión llevan al alma precipitándola de un vicio en otros muchos; pero si esta fiera se refrena y sujeta con el freno de la mortificación y penalidades, pierde sus bríos y tiene superioridad la razón y la luz de la verdad. El segundo título es, porque ninguno de los mortales ha dejado de pecar contra Dios eterno y a la culpa indispensablemente ha de corresponder la pena y el castigo o en esta vida o en la otra; y, pecando juntos alma y cuerpo, en toda rectitud de justicia han de ser castigados entrambos y no basta el dolor interior si por no padecer se excusa la carne de la pena que le corresponde; y como la deuda es tan grande y la satisfacción del reo tan limitada y escasa y no sabe cuándo tendrá satisfecho al Juez aunque trabaje toda la vida, por eso no debe descansar hasta el fin de ella.

993. Y aunque sea tan liberal la divina clemencia con los hombres, que si quieren satisfacer por sus pecados con la penitencia en lo poco que pueden, no sólo se da Su Majestad por satisfecho de las ofensas recibidas, sino que sobre esto se quiso obligar con su palabra a darles nuevos dones y premios eternos, pero los siervos fieles y prudentes que de verdad aman a su Señor han de procurar añadir otras obras voluntarias; porque el deudor que sólo trata de pagar y no hacer más de lo que debe, si nada le sobra, aunque pague queda pobre y sin caudal, pues ¿qué deben hacer o esperar los que ni pagan ni hacen obras para esto? El tercer título, y que más debía obligar a las almas, es imitar y seguir a su divino Maestro y Señor; y aunque sin tener culpas ni pasiones mi Hijo santísimo y yo nos sacrificamos al trabajo y fue toda nuestra vida una continua aflicción de la carne y mortificación, y así convenía que el mismo Señor entrase en la gloria (Lc 24, 26) de su cuerpo y de su nombre y que yo le siguiese en todo; pues si esto hicimos nosotros, porque era razón, ¿cuál es la de los hombres en buscar otro camino de vida suave y blanda, deleitosa y gustosa, y dejar y aborrecer todas las penas, afrentas, ignominias, ayunos y mortificaciones, y que sea sólo para padecerlas Cristo mi Hijo y Señor, y para mí, y que los reos, deudores y merecedores de las penas, estén mano sobre mano entregados a las feas inclinaciones de la carne, y que las potencias que recibieron para emplearlas en servicio de Cristo mi Señor y su imitación las apliquen al obsequio de sus deleites y del demonio que los introdujo? Este absurdo tan general entre los hijos de Adán tiene muy irritada la indignación del justo Juez.

994. Verdad es, hija mía, que con las penas y aflicciones de mi santísimo Hijo se recuperaron las menguas de los merecimientos humanos, y para que yo, que era pura criatura, cooperase con Su Majestad como haciendo las veces de todas las demás, ordenó que le imitase perfecta y ajustadamente en sus penas y ejercicios; pero esto no fue para excusar a los hombres de la penitencia, antes para provocarlos a ella, pues para sólo satisfacer por ellos no era necesario padecer tanto. Y también quiso mi Hijo santísimo, como verdadero padre y hermano, dar valor a las obras y penitencias de los que le siguiesen, porque todas las

operaciones de las criaturas son de poco aprecio en los ojos de Dios si no le recibieran de las que hizo mi Hijo santísimo. Y si esto es verdad en las obras enteramente virtuosas y perfectas, ¿qué será de las que llevan consigo tantas faltas y menguas, y aunque sean materia de virtudes, como de ordinario las hacéis los hijos de Adán, pues aun los más espirituales y justos tienen mucho que suplir y enmendar en sus obras? Todos estos defectos llenaron las obras de Cristo mi Señor, para que el Padre las recibiese con las suyas; pero quien no trata de hacer algunas, sino que se está mano sobre mano ocioso, tampoco puede aplicarse las de su Redentor, pues con ellas no tiene qué llenar y perfeccionar, sino muchas que condenar. Y no te digo ahora, hija mía, el execrable error de algunos fieles que en las obras de penitencia han introducido la sensualidad y vanidad del mundo, de manera que merecen mayor castigo por la penitencia que por otros pecados, pues juntan a las obras penales fines vanos e imperfectos, olvidando los sobrenaturales que son los que dan mérito a la penitencia y vida de gracia al alma. En otra ocasión, si fuere necesario, te hablaré en esto; ahora queda advertida para llorar esta ceguera y enseñada para trabajar, pues cuando fuera tanto como los Apóstoles, Mártires y Confesores, todo lo debes, y siempre has de castigar tu cuerpo y extenderte a más y pensar que te falta mucho, y más siendo la vida tan breve y tú tan débil para pagar.

CAPITULO 26

Permite Cristo nuestro Salvador ser tentado de Lucifer después del ayuno, véncele Su Majestad y tiene noticia de todo su Madre santísima.

995. En el capítulo 20 de este libro, número 937, queda advertido cómo Lucifer salió de las cavernas infernales a buscar a nuestro divino Maestro para tentarle, y que Su Majestad se le ocultó hasta el desierto, donde después del ayuno de casi cuarenta días dio permiso para que llegase el tentador, como dice el evangelio (Mt 4, 1). Llegó al desierto y viendo solo al que buscaba se alborozó mucho, porque estaba sin su Madre santísima a quien él y sus ministros de

tinieblas llamaban su enemiga por las victorias que contra ellos alcanzaba; y como no habían entrado en batalla con nuestro Salvador, presumía la soberbia del Dragón que, ausente la Madre santísima, tenía el triunfo del Hijo seguro. Pero llegando a reconocer de cerca al combatiente, sintieron todos gran temor y cobardía, no porque le reconociesen por Dios verdadero, que de esto no tenían sospechas viéndole tan despreciado, ni tampoco por haber probado con él sus fuerzas, que sólo con la divina Señora las habían estrenado; pero el verle tan sosegado, con semblante tan lleno de majestad y con obras tan cabales y heroicas, les puso gran temor y quebranto, porque no eran aquellas acciones y condiciones como las ordinarias de los demás hombres, a quienes tentaban y vencían fácilmente. Y confiriendo este punto Lucifer con sus ministros, les dijo: ¿Qué hombre es éste tan severo para los vicios de que nosotros nos valemos contra los demás? Si tiene tan olvidado el mundo, tan quebrantada y sujeta su carne, ¿por dónde entraremos a tentarle? ¿O cómo esperaremos la victoria, si nos ha quitado las armas con que hacemos la guerra a los hombres? Mucho desconfío de esta batalla.— Tanto vale y tanto puede como esto el desprecio de lo terreno y el rendimiento de la carne, que da terror al demonio y a todo el infierno, y no se levantara tanto su soberbia, si no hallara a los hombres rendidos a estos infelices tiranos antes que llegara a tentarlos.

996. Dejó Cristo nuestro Salvador a Lucifer en su engaño de que le juzgase por puro hombre, aunque muy justo y santo, para que con esto adelantase su esfuerzo y malicia para la batalla, como lo hace cuando reconoce estas ventajas en los que quiere tentar. Y esforzándose el Dragón con su misma arrogancia, se comenzó el duelo en aquella campaña del desierto con la mayor valentía que antes ni después se verá otro en el mundo entre hombres y demonios; porque Lucifer y sus aliados estrenaron todo su poder y malicia, provocándoles su misma ira y furor contra la virtud superior que reconocía en Cristo nuestro Señor; aunque Su Majestad altísima atemperó sus acciones con suma sabiduría y bondad infinita, y con equidad y peso ocultó la causa original de su poder infinito, y manifestando el que bastaba con la santidad de

hombre para ganar las victorias de sus enemigos. Y para entrar como hombre en la batalla hizo oración al Padre en lo superior del espíritu, a donde no llega la noticia del demonio, y dijo a Su Majestad: Padre mío y Dios eterno, con mi enemigo entro en la batalla para quebrantar sus fuerzas y soberbia contra Vos y contra mis queridas las almas; y por Vuestra gloria y su bien quiero sujetarme a sufrir la osadía de Lucifer y quebrantarle la cabeza de su arrogancia, para que la hallen vencida los mortales cuando sean tentados de esta serpiente, si por su culpa no se entregaren a él. Suplicóos, Padre mío, Os acordéis de mi pelea y victoria, cuando los mortales sean afligidos del enemigo común, y que alentéis su flaqueza para que en virtud de este triunfo le consigan ellos y con mi ejemplo se animen y conozcan el modo de resistir y vencer a sus enemigos.

997. A la vista de esta batalla estaban los espíritus soberanos ocultos por la disposición divina, para que no los viese Lucifer y entendiese ni rastrease entonces algo del poder divino de Cristo Señor nuestro, y todos daban gloria y alabanza al Padre y al Espíritu Santo, que en las admirables obras del Verbo humanado se complacían; y también de su oratorio lo miraba la beatísima María Señora nuestra, como diré luego (Cf. infra n.. 1001). Y cuando comenzó la tentación era el día treinta y cinco del ayuno y soledad de nuestro Salvador y duró hasta que se cumplieron los cuarenta que dice el Evangelio. Manifestóse Lucifer, representándose en forma humana, como si antes no le hubiera visto y conocido, y la forma que tomó para su intento fue transformándose en apariencia muy refulgente como Ángel de luz; y reconociendo y pensando que el Señor con tan largo ayuno estaba hambriento, le dijo: *Si eres Hijo de Dios, convierte estas piedras en pan con tu palabra* (Mt 4, 3). Propúsole si era Hijo de Dios, porque esto era lo que más cuidado le podía dar y deseaba algún indicio para reconocerlo, pero el Salvador del mundo le respondió sólo a las palabras: *No vive el hombre con solo pan, sino también con la palabra que procede de la boca de Dios (Mt 4, 4);* y tomó el Salvador estas palabras del capítulo 8 del Deuteronomio (Dt 8, 3). Pero el demonio no penetró el sentido en que las dijo el Señor, porque las entendió Lucifer que sin pan ni alimento corporal podía Dios sustentar la

vida del hombre. Pero aunque esto era verdad y también lo significaban las palabras, el sentido del divino Maestro comprendió más, porque fue decirle: Este hombre con quien tú hablas vive en la Palabra de Dios, que es Verbo divino, a quien hipostáticamente está unido; y aunque deseaba saber esto mismo el demonio, no mereció entenderlo, porque no quiso adorarle.

998. Hallóse atajado Lucifer con la fuerza de esta respuesta y con la virtud que llevaba oculta, pero no quiso mostrar flaqueza ni desistir de la pelea. Y el Señor con su permisión dio lugar a que prosiguiese en ella y le llevase a Jerusalén, donde le puso sobre el pináculo del templo, donde se descubría gran número de gente, sin ser visto el Señor de ninguno. Y propúsole que si le viesen caer de tan alto sin recibir lesión, le aclamaran por grande, milagroso y santo; y luego, valiéndose también de la Escritura, le dijo: Si *eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo; que está escrito: Los ángeles te llevarán en palmas, como se lo ha mandado Dios, y no recibirás daño alguno (Mt 4, 6)*. Acompañaban a su Rey los espíritus soberanos, admirados de la permisión divina en dejarse llevar corporalmente por manos de Lucifer, sólo por beneficio que de ello había de resultar a los hombres. Con el príncipe de las tinieblas fueron innumerables demonios a aquel acto, porque este día quedó el infierno casi despoblado de ellos para acudir a esta empresa. Respondió el Autor de la sabiduría: *También está escrito: No tentarás a tu Dios y Señor (Mt 4, 7).* En estas respuestas estaba el Redentor del mundo con incomparable mansedumbre, profundísima humildad y tan superior al demonio en la majestad y entereza, que con esta grandeza y no verle en nada turbado, se turbó más aquella indomestica soberbia de Lucifer y le fue de nuevo tormento y opresión.

999. Pero con todo eso intentó otro nuevo ingenio de acometer al Señor del mundo por ambición, ofreciéndole alguna parte de su dominio; y para esto le llevó a un alto monte, donde se descubrían muchas tierras, y alevosa y atrevidamente le dijo: *Todas estas cosas que están a tu vista te daré, si postrado en tierra me adorares (Mt 4, 9)*. ¡Exhorbitante arrogancia y más que insania, mentira

y alevosía falsa, porque ofreció lo que no tenía, ni podía dar a nadie; pues la tierra, los orbes, los reinos, principados, tesoros y riquezas, todo es del Señor, y Su Majestad lo da y lo quita a quien y cuando es servido y conviene; pero nunca pudo ofrecer Lucifer bien alguno que fuera suyo, aun de los bienes terrenos y temporales, y por esto son falaces todas sus promesas. A ésta que le hizo a nuestro Rey y Señor, respondió Su Majestad con imperioso poder: *Vete de aquí, Satanás, que escrito está: A tu Dios y Señor adorarás y a él sólo servirás* (Mt 4, 10). En aquella palabra, *vete Satanás,* que dijo Cristo nuestro Redentor, quitó al demonio el permiso que le había dado para tentarle y con imperio poderoso dio con Lucifer y todas sus cuadrillas de mal en lo más profundo del infierno, y allí estuvieron pegados y amarrados en las más hondas cavernas por espacio de tres días sin moverse, porque no podían. Y después que se les permitió levantarse, hallándose tan quebrantados y sin fuerzas, comenzaron a sospechar que quien los había aterrado y vencido daba indicios de ser el Hijo de Dios humanado, y en estos recelos perseveraron con variedad, sin atinar del todo con la verdad hasta la muerte del Salvador. Pero despechábase Lucifer por lo mal que se había entendido en esta demanda y en su propio furor se deshacía.

1000. Nuestro divino vencedor Cristo confesó al Eterno Padre y le engrandeció con divinos cánticos, con loores y hacimiento de gracias por el triunfo que le había dado del enemigo común del linaje humano; y con gran multitud de espíritus soberanos, que le cantaban dulces cánticos por esta victoria, fue restituido al desierto, y entonces le llevaban en sus palmas, aunque no lo había menester usando de su propia virtud, pero le era debido aquel obsequio de los Ángeles, como en recompensa de la audacia de Lucifer en atreverse a llevar al pináculo del templo y al monte aquella humanidad santísima, donde estaba la divinidad sustancial y verdaderamente. No pudiera caer en humano pensamiento que Cristo nuestro Señor hubiera dado tal permiso a Satanás, si no lo dijera el Evangelio; pero no sé cuál sea causa de mayor admiración para nosotros, que consintiese ser traído de una parte a otra por Lucifer que no le conocía, o ser vendido por Judas

Iscariotes y dejarse recibir sacramentado de aquel mal discípulo y de tantos fieles pecadores, que conociéndole por su Dios y Señor le reciben tan injuriosamente. Lo que de cierto debe admirarnos es que lo uno y lo otro lo permitiese y lo permita ahora por nuestro bien y por obligarnos y traernos a sí con la mansedumbre y paciencia de su amor. ¡Oh dulcísimo Dueño mío, y qué suave, benigno y misericordioso sois para las almas! Con amor bajasteis del cielo a la tierra por ellas, padecisteis y disteis la vida para su salvación; con misericordia las aguardáis y toleráis, las llamáis, buscáis y recibís, entráis en su pecho y sois todo para ellas y las queréis para Vos; y lo que me traspasa el alma y rompe el corazón es que, atrayendonos vuestro verdadero afecto, huimos de Vos y a tan grande fineza correspondemos con ingratitudes. ¡Oh amor inmenso de mi dulce Dueño tan mal pagado y agradecido! Dad, Señor, lágrimas a mis ojos para llorar causa tan digna de ser lamentada y ayúdenme todos los justos de la tierra. Restituido Su Majestad al desierto, dice el Evangelio (Mt 4, 11) que los Ángeles le administraban y servían, porque al fin de estas tentaciones y del ayuno le sirvieron un manjar celestial para que comiese, como lo hizo, y cómo con este divino alimento recobró nuevas fuerzas naturales su sagrado cuerpo; y no sólo le asistieron a esta comida los Santos Ángeles y le dieron la enhorabuena, pero las aves de aquel desierto acudieron también a recrear los sentidos de su Criador humanado con cánticos y vuelos muy graciosos y concertados, y a su modo lo hicieron también las fieras de la montaña, desnudándose de su fiereza y formando agradables meneos y bramidos en reconocimiento de su Señor.

1001. Volvamos a Nazaret donde en su oratorio estaba la Princesa de los Ángeles atenta al espectáculo de las batallas de su Hijo santísimo, mirándolas con divina luz por el modo que he dicho (Cf. supra n. 982), y recibiendo juntamente continuas embajadas con sus mismos ángeles, que iban y venían con ellas al Salvador del mundo. Hizo la divina Señora las mismas oraciones que su Hijo santísimo y al mismo tiempo, para entrar en el conflicto de la tentación, y peleó juntamente con el Dragón, aunque invisiblemente y en espíritu, y desde su retiro, anatematizó a Lucifer y sus

secuaces y los quebrantó, cooperando en todo con las acciones de Cristo nuestro Señor en favor nuestro. Y cuando conoció que el demonio llevaba al Señor de una parte a otra, lloró amargamente, porque la malicia del pecado obligaba a tal permisión y dignación del Rey de los reyes y Señor de los señores. Y en todas las victorias que alcanzaba del demonio hizo nuevos cánticos y loores a la divinidad y humanidad santísima, y estos mismos le cantaron los Ángeles al Señor, y con ellos le envió la gran Reina la enhorabuena del vencimiento y beneficio que con Él hacía a todo el linaje humano, y Su Majestad por medio de los mismos embajadores la consoló y dio también la enhorabuena de lo que había hecho y trabajado con Lucifer, imitando y acompañando a Su Majestad.

1002. Y porque, habiendo sido compañera fiel y partícipe del trabajo y del ayuno, era justo que lo fuese también en el consuelo, la envió el amantísimo Hijo de la comida que los Ángeles le habían servido, y les mandó la llevasen y administrasen a su Madre santísima; y fue cosa admirable que gran multitud de las mismas aves que asistían a la vista del Señor se fueron tras los Ángeles a Nazaret, aunque con más tardo vuelo pero muy ligero, y entraron en casa de la gran Reina y Señora del cielo y tierra, y cuando estaba comiendo el manjar que su Hijo santísimo le había remitido con los Ángeles, se presentaron a ella con los mismos cánticos y gorjeos que habían hecho en presencia del Salvador. Comió la divina Señora de aquel manjar celestial, ya mejorado en todo, por venir de mano del mismo Cristo y bendito por ella, y con este alimento quedó recreada y fortalecida en los efectos de tan largo y abstinente ayuno. Dio gracias al Todopoderoso y humillóse hasta la tierra, y fueron tales y tantos los actos heroicos de virtudes en que se ejercitó esta gran Reina en el ayuno y en las tentaciones de Cristo, que no es posible reducir a palabras lo que vence a nuestro discurso y capacidad; verémoslo en el Señor cuando le gocemos, y entonces le daremos la gloria y alabanza por tan inefables beneficios que le debe todo el linaje humano.

Pregunta que hice a la Reina del cielo María santísima.

1003. Reina de todos los cielos y Señora del universo, la dignación de vuestra clemencia me da confianza para que como a mi Maestra y Madre de la sabiduría os proponga una duda que se me ofrece, sobre lo que en éste y otros capítulos (Cf. supra n. 634, 706) me ha manifestado vuestra divina luz y enseñanza de este manjar celestial que los Santos Ángeles administraron a nuestro Salvador en el desierto, que entiendo sería de la misma condición de otros de quien tengo entendido y escrito sirvieron a Su Majestad y a Vos en algunas ocasiones que por la disposición del mismo Señor Os faltaba el alimento común de la tierra. Y le he llamado manjar celestial, porque no he tenido otros términos para explicarme; y no sé si éstos son a propósito, porque dudo de dónde venía esta comida y qué calidad tenía, y en el cielo no entiendo haya manjares para alimentar los cuerpos, pues allá no será necesario este modo de vida y alimento terreno. Y aunque los sentidos tengan en los Bienaventurados algún objeto deleitable y sensible, y el gusto sienta algún sabor como los demás, juzgo que no es esto por comida ni alimento, sino por otro modo de redundancia de la gloria del alma, que participará el cuerpo y sus sentidos, por admirable modo cada uno, según su natural condición sensitiva, sin la imperfección y grosería que tienen ahora en la vida mortal los sentidos y las operaciones y sus objetos. De todo esto deseo ser enseñada, como ignorante, de vuestra piadosa y maternal dignación.

Respuesta y doctrina de la divina Señora.

1004. Hija mía, bien has dudado, porque es verdad que en el cielo no hay manjares ni alimento material, como lo has entendido y declarado, pero el manjar que los Ángeles administraron a mi Hijo santísimo y a mí en la ocasión que has escrito, con propiedad le llamas celestial; y este término te di yo para que lo declarases, porque la virtud de aquel alimento se la dieron del cielo y no de la tierra, donde todo es grosero, muy material y limitado. Y para que entiendas la condición de aquel manjar y el modo con que le forma la divina Providencia, debes advertir que cuando su dignación disponía alimentarnos y suplir la falta de otra comida con ésta que milagrosamente nos enviaba con los

Santos Ángeles por voluntad del mismo Señor, usaba de alguna cosa material, que la más ordinaria era agua, por su claridad y simplicidad y porque el Señor para estos milagros no quiere cosas muy compuestas, otras veces era pan y algunas frutas; y a cualquiera de estas cosas daba el poder divino tal virtud y sabor, que excedía como el cielo de la tierra a todos los manjares, regalos y gustos de la tierra, y no hay en ella a qué lo comparar, porque todo es insípido y sin virtud en comparación de este manjar del cielo. Y para que lo entiendas mejor te servirán los ejemplos siguientes: el primero, del pan subcinericio (3 Re 19, 6) que dio a Elias, y era de tal virtud que le confortó para caminar hasta el monte Oreb. El segundo, del maná, que se llama pan de ángeles, porque ellos le preparaban cuajando el vapor de la tierra (Ex 16, 14) y así condensado y dividido en forma de granos le derramaban en ella, y tenía tanta variedad de sabores, como dicen las Escrituras, y su virtud era muy poderosa para alimentar el cuerpo. El tercer ejemplo es el milagro que hizo mi Hijo santísimo en las bodas de Cana, convirtiendo el agua en vino y dando tan excelente sabor y virtud al vino, como parece de la admiración que tuvieron los que le gustaron (Jn 2, 10).

1005. A este modo el poder divino daba virtud y gusto o sabor sobrenatural al agua, o la convertía en otro licor suavísimo y delicado, y la misma virtud daba al pan o fruta, dejándolo todo más espiritualizado; y esta comida alimentaba el cuerpo y deleitaba el sentido y reparaba las fuerzas con admirable modo, dejando a la flaqueza humana corroborada, ágil y pronta para las obras penales, y esto era sin hastío ni gravamen del cuerpo. De esta condición fue la comida que sirvieron los Ángeles a mi Hijo santísimo después del ayuno y la que entonces y en otras ocasiones recibimos con mi esposo San José, que también la participaba; y con algunos amigos y siervos del Altísimo ha mostrado Su Majestad esta liberalidad, regalándolos con semejantes manjares, aunque no tan frecuentemente ni con tantas circunstancias milagrosas como sucedió con nosotros. Con esto respondo a tu duda. Advierte ahora la doctrina perteneciente a este capítulo.

1006. Y para que mejor se entienda lo que en él has

escrito, quiero que adviertas tres motivos que tuvo mi Hijo santísimo, entre otros, para entrar en batalla con Lucifer y sus ministres infernales, porque esta inteligencia te dará mayor luz y esfuerzo contra ellos. El primero fue destruir el pecado y la semilla que por la caída de Adán sembró este enemigo en la naturaleza humana con los siete vicios capitales, soberbia, avaricia, lujuria y los demás, que son las siete cabezas de este dragón. Y porque fue arbitrio de Lucifer que para cada uno de estos siete pecados estuviese destinado un demonio que fuese como presidente de los demás, para hacer guerra a los hombres con estas armas, distribuyéndolas entre sí mismos y destinándose los mismos enemigos a tentar con ellas y pelear con este orden confuso de que hablaste en la primera parte (Cf supra p. I n. 103), por esto mi Hijo santísimo entró en batalla con todos estos príncipes de tinieblas y los venció y quebrantó las fuerzas a todos con el poder de sus virtudes. Y aunque en el Evangelio sólo de tres tentaciones se hace mención, porque fueron más visibles y manifiestas, pero a más se extendió la batalla y el triunfo, porque a todos estos principales demonios y sus vicios venció Cristo mi Señor; y a sus vicios, la soberbia con su humildad, la ira con su mansedumbre, la avaricia con el despreció de las riquezas, y a este modo los otros vicios y pecados capitales. Y el mayor quebranto y cobardía que cobraron estos enemigos la tuvieron después que conocieron al pie de la cruz con certeza que era Verbo humanado el que los había vencido y oprimido; y con esto desconfiaron mucho —como diré adelante (Cf. infra n. 1419, 1423)— de entrar en batalla con los hombres, si ellos se aprovecharan de la virtud y victorias de mi Hijo santísimo.

1007. El segundo motivo de su pelea fue obedecer al Eterno Padre, que no sólo le mandó morir por los hombres y redimirlos con su pasión y muerte, sino también que entrase en este conflicto con los demonios y los venciese con la fuerza espiritual de sus incomparables virtudes. El tercero, y consiguiente a éstos, fue dejar a los hombres el ejemplar y enseñanza para vencer y triunfar de sus enemigos, y que ninguno de los mortales extrañase el ser tentado y perseguido de ellos, y todos tuviesen ese consuelo en sus tentaciones y peleas, que primero las padeció su Redentor y Maestro en sí mismo, aunque en

algún modo fueron diferentes, pero en sustancia fueron las mismas y con mayor fuerza y malicia de Satanás. Permitió Cristo mi Señor que Lucifer estrenase el furor de sus fuerzas con Su Majestad, para que su potencia divina se las quebrantase y quedasen más débiles para las guerras que habían de hacer a los hombres, y ellos le venciesen con más facilidad si se aprovechaban del beneficio que en esto les hacía su Redentor.

1008. Todos los mortales necesitan de esta enseñanza, si han de vencer al demonio, pero tú, hija mía, más que muchas generaciones, porque la indignación de este dragón es grande contra ti, y tu naturaleza flaca para resistir si no te vales de mi doctrina y de este ejemplar. En primer lugar has de tener vencidos al mundo y a la carne: a ésta, mortificándola con prudente rigor, y al mundo, huyendo y retirándote de criaturas al secreto de tu interior; y entrambos juntos estos dos enemigos los vencerás con no salir de él, ni perder de vista el bien y luz que allí recibes y no amar cosa alguna visible más de lo que permite la caridad bien ordenada. Y en esto te renuevo la memoria y el precepto estrechísimo que muchas veces te he puesto (Cf. supra p.I n. 644; p. II n. 230, 253, 303, 487, 680, etc.); porque te dio el Señor natural para no amar poco, y queremos que esta condición se consagre toda por entero y con plenitud a nuestro amor, y a un solo movimiento de los apetitos no has de consentir con la voluntad por más leve que parezca, ni una acción de tus sentidos has de admitir si no fuere para la exaltación del Altísimo y para hacer o padecer algo por su amor y bien de tus prójimos. Y si en todo me obedeces, yo haré que seas guarnecida y fortalecida contra este cruel dragón, para que pelees las guerras del Señor, y penderán de ti mil escudos (Cant 4, 4) con que puedas defenderte y ofenderle. Pero siempre estarás advertida de valerte contra él de las palabras sagradas y de la divina Escritura, no atravesando razones ni muchas palabras con tan astuto enemigo; porque las criaturas flacas no han de introducir conferencias ni palabras con su mortal enemigo y maestro de mentiras, pues mi Hijo santísimo, que era todopoderoso y de infinita sabiduría, no lo hizo, para que con su ejemplo las almas aprendieran este recato y modo de proceder con el

demonio. Ármate con fe viva, esperanza cierta y caridad fervorosa de profunda humildad, que son las virtudes que quebrantan y aniquilan a este Dragón, y a ellas no les osa hacer cara, huye de ellas, porque son poderosas armas para su arrogancia y soberbia.

CAPITULO 27

Sale Cristo nuestro Redentor del desierto, vuelve a donde estaba San Juan Bautista y ocúpase en Judea en algunas obras hasta la vocación de los primeros discípulos; todo lo conocía e imitaba María santísima.

1009. Habiendo conseguido Cristo Redentor nuestro gloriosamente los ocultos y altos fines de su ayuno y soledad en el desierto, con las victorias que alcanzó del demonio triunfando de él y de todos sus vicios, determinó Su Divina Majestad de salir del desierto a proseguir las obras de la redención humana que su Eterno Padre le había encomendado. Y para despedirse de aquel yermo se postró en tierra, confesando y dando gracias a su Padre Eterno por todo lo que allí había obrado por la humanidad santísima en gloria de la divinidad y en beneficio del linaje humano. Y luego hizo una ferventísima oración y petición para todos aquellos que a imitación suya se retirasen, o para toda la vida o por algún tiempo, a las soledades para seguir sus pisadas y vacar a la contemplación y ejercicios santos, retirándose del mundo y de sus embarazos. Y el altísimo Señor le prometió favorecerlos y hablarles al corazón (Os 2, 14) palabras de vida eterna y prevenirlos con especiales auxilios y bendiciones de dulzura (Sal 20, 4), si ellos de su parte se disponen para recibirlos y corresponder a ellos. Y hecha esta oración, pidió licencia al mismo Señor, como hombre verdadero, para salir de aquel desierto, y asistiéndole sus Santos Ángeles salió de él.

1010. Encaminó sus hermosísimos pasos el divino Maestro hacia el Río Jordán, donde su gran precursor San Juan Bautista continuaba su bautismo y predicación, para que con su vista y presencia diese el Bautista nuevo testimonio de su divinidad y ministerio de Redentor. Y tam-

bién condescendió Su Majestad con el afecto del mismo San Juan Bautista, que deseaba de nuevo verle y hablarle, porque con la primera vista y presencia del Salvador, cuando le bautizó San Juan Bautista, quedó el corazón del Santo Precursor inflamado y herido de aquella oculta y divina fuerza que atraía a sí a todas las cosas, y en los corazones más dispuestos, como lo estaba el de San Juan Bautista, prendía este fuego con mayor fuerza y violencia del amor. Llegó el Salvador a la presencia de San Juan Bautista, y fue ésta la segunda vez que se vieron; y antes de hablar otra palabra el Bautista, viendo que se llegaba el Señor, dijo aquéllas que refiere el Evangelista (Jn 1, 29): *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi: Mirad al Cordero del Señor, mirad al que quita el pecado del mundo.* Este testimonio dio el Bautista señalando a Cristo nuestro Señor y hablando con la gente que asistía con el mismo San Juan Bautista para ser bautizada y a oír su predicación, y añadió y dijo: *Este es de quien he dicho que tras de mí venía un varón que era más que yo, porque era primero que yo fuese; y yo no le conocía, y vine a bautizar en agua para manifestarle* (Jn 1, 30-31).

1011. Dijo el Bautista estás palabras, porque antes de llegar Cristo Señor nuestro al bautismo no le había visto, ni tampoco había tenido la revelación de su venida qué tuvo allí, como queda declarado en el capítulo 24 de este libro (Cf. supra n. 978). Y luego añadió el Bautista cómo había visto el Espíritu Santo descender sobre Cristo en el bautismo (Jn 1, 32) y que había dado testimonio de la verdad, que Cristo era Hijo de Dios. Porque mientras Su Majestad estuvo en el desierto, le enviaron los judíos de Jerusalén la embajada que refiere San Juan Evangelista en el capítulo 1 preguntándole quién era, y lo demás que el Evangelista dice (Jn 1, 19ss); y entonces respondió el Bautista que él bautizaba en agua y que en medio de ellos había estado el que no conocían, porque había estado entre ellos en el Río Jordán, y que venía tras de él y no era digno de desatar el lazo de su calzado. De manera que cuando nuestro Salvador volvió del desierto a verse la segunda vez con el Bautista, entonces le llamó Cordero de Dios y refirió el testimonio que poco antes había dado a los fariseos y añadió lo demás, de que había visto al Espíritu Santo sobre

su cabeza, como se lo había revelado que lo vería; y San Mateo añade lo de la voz del Padre que vino juntamente del cielo (Mt 3, 17), y también lo dijo San Lucas (Lc 3, 22), aunque San Juan Evangelista sólo refiere lo del Espíritu Santo en forma de paloma (Jn 1, 32), porque el Bautista no declaró a los judíos más que esto.

1012. Esta fidelidad que tuyo el Precursor en confesar que no era Cristo y en dar los testimonios de su divinidad que se han dicho, conoció la Reina del cielo desde su retiro, y en retorno pidió al Señor lo premiase y pagase a su fidelísimo siervo San Juan Bautista, y así lo hizo el Todopoderoso con liberal mano, porque en su divina aceptación quedó el Bautista levantado sobre todos los nacidos de las mujeres; porque no admitió la honra que le ofrecían de Mesías, determinó el Señor darle la que sin serlo era capaz de recibir entre los hombres y, en esta misma ocasión que se vieron Cristo Redentor nuestro y San Juan Bautista, fue el gran Precursor lleno de nuevos dones y gracias del Espíritu Santo. Y porque algunos de los circunstantes, cuando oyeron decir: *Ecce Agnus Dei,* advirtieron mucho en las razones del Bautista y le preguntaron quién era aquel de quien así hablaba, dejándole el Salvador informando a los oyentes de la verdad con las razones arriba referidas, se desvió Su Majestad y se fue de aquel lugar encaminándose a Jerusalén y habiendo estado muy poco tiempo en presencia del Bautista; pero no fue vía recta a la Ciudad Santa, antes anduvo muchos días primero por otros lugares pequeños, enseñando disimuladamente a los hombres y dándoles noticia de que el Mesías estaba en el mundo y encaminándolos con su doctrina a la vida eterna, y a muchos al bautismo de San Juan Bautista, para que se preparasen con la penitencia para recibir la redención.

1013. No dicen los Evangelistas dónde estuvo nuestro Salvador en este tiempo después del ayuno, ni qué obras hizo, ni el tiempo que se ocupó en ellas, pero lo que se me ha declarado es que estuvo Su Majestad casi diez meses en Judea, sin volver a Nazaret a ver a su Madre santísima ni entrar en Galilea, hasta que llegando en otra ocasión a verse con el Bautista, le dijo segunda vez: *Ecce Agnus Dei,*

y le siguieron San Andrés y los primeros discípulos que oyeron al Bautista decir estas palabras (Jn 1, 35-42); y luego llamó a San Felipe, como lo refiere San Juan Evangelista (Jn 1, 43). Estos diez meses gastó el Señor en ilustrar las almas y prevenirlas con auxilios, doctrina y admirables beneficios, para que despertasen del olvido en que estaban y después, cuando comenzase a predicar y hacer milagros, estuviesen más prontos para recibir la fe del Redentor y le siguiesen; como sucedió a muchos de los que dejaba ilustrados y catequizados. Verdad es que en este tiempo no habló con los fariseos y letrados de la ley, porque éstos no estaban tan dispuestos para dar crédito a la verdad de que el Mesías había venido, pues aún después no la admitieron, confirmada con la predicación, milagros y testimonios tan manifiestos de Cristo nuestro Señor. Pero a los humildes y pobres, que por esto merecieron ser primero evangelizados e ilustrados, habló el Salvador en aquellos diez meses, y con ellos hizo liberales misericordias en el reino de Judea, no sólo con la particular enseñanza y ocultos favores, sino con algunos milagros disimulados, con que le admitían por gran profeta y varón santo. Y con este reclamo despertó y movió los corazones de innumerables hombres para salir del pecado y buscar el reino de Dios, que ya se les acercaba con la predicación y Redención que luego quería Su Majestad obrar en el mundo.

1014. Nuestra gran Reina y Señora estaba siempre en Nazaret, donde conocía las ocupaciones de su Hijo santísimo y todas sus obras, así por la divina luz que ya he declarado, como por las noticias que le daban sus mil ángeles, y siempre la asistían en forma visible, como queda dicho (Cf. supra n. 481, 967, 990), en la ausencia del Redentor. Y para imitarle en todo con plenitud, salió de su retiro al mismo tiempo que Cristo nuestro Salvador del desierto; y como Su Majestad, aunque no pudo crecer en el amor, le manifestó con mayor fervor después de vencido el demonio con el ayuno y todas las virtudes, así la divina Madre, con nuevos aumentos que adquirió de gracia, salió más ardiente y oficiosa para imitar las obras de su Hijo santísimo en beneficio de la salvación humana y hacer de nuevo el oficio de precursora para manifestación del Salvador. Salió la divina Maestra de su casa de Nazaret a

los lugares circunvecinos, acompañada de sus Ángeles, y con la plenitud de su sabiduría y con la potestad de Reina y Señora de las criaturas hizo grandes maravillas, aunque disimuladamente, al modo que obraba en Judea el Verbo humanado. Dio noticia de la venida del Mesías, sin manifestar quién era, enseñó a muchos el camino de la vida, sacábalos de pecado, arrojaba los demonios, ilustraba las tinieblas de los engañados e ignorantes, preveníalos para que admitiesen la Redención creyendo en su Autor; y entre estos beneficios espirituales hacía muchos corporales, sanando enfermos, consolando los afligidos, visitando a los pobres y, aunque eran más frecuentes estas obras con las mujeres, también hizo muchas con los varones, que si eran despreciados y pobres no perdían estos socorros y felicidad de ser visitados de la Señora de los Ángeles y de todas las criaturas.

1015. En estas salidas ocupó la divina Reina el tiempo que su Hijo santísimo andaba en Judea y siempre le imitó en todas sus obras, hasta en andar a pie como Su Divina Majestad, y aunque algunas veces volvía a Nazaret luego continuaba sus peregrinaciones. Y en estos diez meses comió muy poco, porque de aquel manjar celestial que le envió su Hijo santísimo del desierto, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 1002), quedó tan alimentada y confortada, que no sólo tuvo fuerzas para andar a pie por muchos lugares y caminos, sino también para no sentir tanto la necesidad de otro alimento. Tuvo asimisma la beatísima Señora noticia de lo que San Juan Bautista hacía predicando y bautizando en las riberas del Río Jordán, como se ha dicho (Cf. supra n. 1010), y también le envió algunas veces muchos de sus Ángeles a que le consolasen y gratificasen la lealtad que mostraba a su Dios y Señor. Entre estas cosas padecía la amorosa Madre grandes deliquios de amor con el natural y santo afecto que apetecía la vista y presencia de su Hijo santísimo, cuyo corazón estaba herido de aquellos divinos y castísimos clamores. Y antes de volver Su Majestad a verla y consolarla y dar principio a sus maravillas y predicación en lo público, sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1016. Hija mía, en dos importantes documentos te doy la doctrina de este capítulo: El primero, que ames la soledad y la procures guardar con singular aprecio, para que te alcancen las bendiciones y promesas que mi santísimo Hijo mereció y prometió a los que en esto le imitaren; procura siempre estar sola, cuando por virtud de la obediencia no te hallares obligada a conversar con las criaturas, y entonces, si sales de tu soledad y retiro, llévale contigo en el secreto de tu pecho, de manera que no te alejen de él los sentidos exteriores ni el uso de ellos; en los negocios sensibles has de estar de paso, y en el retiro y desierto del interior muy de asiento; y para que allí tengas soledad, no des lugar a que entren imágenes ni especies de criaturas, que tal vez ocupan más que ellas mismas y siempre embarazan y quitan la libertad del corazón; indigna cosa sería que tú le tuvieras en alguna ni alguna estuviera en él, lo quiere mi Hijo santísimo y yo quiero lo mismo. El segundo documento es que en primer lugar atiendas al aprecio de tu alma, para conservarla en toda pureza y candidez, y sobre esto, aunque es mi voluntad que trabajes por la justificación de todas, pero en particular quiero que imites a mi Hijo santísimo y a mí en lo que hicimos con los más pobres y despreciados del mundo. Estos párvulos piden muchas veces el pan del consejo y doctrina y no hallan quien se le comunique y reparta (Lam 4, 4), como a los más válidos y ricos del mundo, que tienen muchos ministros que los aconsejen. De estos pobres y despreciados llegan muchos a ti; admítelos con la compasión que sientes, consuélalos y acaricíalos, para que con su sinceridad admitan la luz y el consejo, que a los más sagaces se ha de dar diferentemente, y procura granjear aquellas almas que entre las miserias temporales son preciosas en los ojos de Dios; y para que ellos y los demás no malogren el fruto de la Redención, quiero que trabajes sin cesar ni darte por satisfecha hasta morir, si fuere necesario, en esta demanda.

CAPITULO 28

Comienza Cristo Redentor nuestro a recibir y llamar

sus discípulos en presencia del Bautista y da principio a la predicación. Manda el Altísimo a la divina Madre que le siga.

1017. A los diez meses después del ayuno que nuestro Salvador andaba en los pueblos de Judea obrando como en secreto grandes maravillas, determinó manifestarse en el mundo, no porque antes hubiese hablado en oculto de la verdad que enseñaba, sino porque no se había declarado por Mesías y Maestro de la vida, y llegaba ya el tiempo de hacerlo, como por la Sabiduría infinita estaba determinado. Para esto volvió Su Majestad a la presencia de su precursor y bautista Juan, porque mediante su testimonio, que le tocaba de oficio darle al mundo, se comenzase a manifestar la luz en las tinieblas (Jn 1, 5)*.* Tuvo inteligencia el Bautista por revelación divina de la venida del Salvador y que era tiempo de darse a conocer por Redentor del mundo y verdadero Hijo del Eterno Padre, y estando prevenido San Juan Bautista con esta ilustración vio al Salvador que venía para él y, exclamando con admirable júbilo de su espíritu en presencia de sus discípulos, dijo: *Ecce Agnus Dei: Mirad al Cordero de Dios (Jn 1, 29)*, éste es. Correspondió este testimonio y suponía, no sólo al otro que con las mismas palabras había dado otras veces el mismo precursor de Cristo, pero también a la doctrina que más en particular había enseñado a sus discípulos que asistían más a la enseñanza del Bautista; y fue como decirles: Veis ahí al Cordero de Dios, de quien os he dado noticia, que ha venido a redimir el mundo y abrir el camino del cielo. Esta fue la última vez que vio el Bautista a nuestro Salvador por el orden natural, aunque por otro (sobrenatural) le vio en su muerte y tuvo su presencia, como después diré en su lugar (Cf. infra n. 1073).

1018. Oyeron a San Juan Bautista dos de los primeros discípulos que con él estaban y, en virtud de su testimonio y de la luz y gracia que interiormente recibieron de Cristo nuestro Señor, le fueron siguiendo, y convirtiéndose a ellos Su Majestad amorosamente les preguntó qué buscaban y respondieron ellos que querían saber dónde tenía su morada; y con esto los llevó consigo y estuvieron con él aquel día, como lo refiere el Evangelista San Juan. El uno de estos

dos dice que era San Andrés, hermano de San Pedro, y no declara el nombre del otro, pero, según lo que he conocido, era el mismo San Juan Evangelista, aunque no quiso declarar su nombre por su gran modestia. Pero él y San Andrés fueron las primicias del apostolado en esta primera vocación, porque fueron los que primero siguieron al Salvador, sólo por testimonio exterior del Bautista, de quien eran discípulos, sin otra vocación sensible del mismo Señor. Luego San Andrés buscó a su hermano Simón y le dijo cómo había topado al Mesías, que se llamaba Cristo, y le llevó a Él, y mirándole Su Majestad le dijo: *Tú eres Simón, hijo de Joná, y te llamarás Cefas, que quiere decir Pedro (Jn 1, 42).* Sucedió todo esto en los confines de Judea, y determinó el Señor entrar el día siguiente en Galilea, y halló a San Felipe y le llamó diciéndole que le siguiese, y luego Felipe llamó a Natanael y le dio cuenta de lo que le había sucedido y cómo habían hallado al Mesías que era Jesús de Nazaret y llevóle a su presencia; y habiendo pasado con Natanael las pláticas que refiere San Juan en el fin del capítulo 1 de su evangelio (Jn 1, 43-51), entró en el discipulado de Cristo nuestro Señor en el quinto lugar.

1019. Con estos cinco discípulos, que fueron los primeros fundamentos para la fábrica de la nueva Iglesia, entró Cristo nuestro Salvador predicando y bautizando públicamente por la provincia de Galilea. Y ésta fue la primera vocación de estos apóstoles, en cuyos corazones, desde que llegaron a su verdadero Maestro, encendió nueva luz y fuego del divino amor y los previno con bendiciones de dulzura. No es posible encarecer dignamente lo mucho que le costó a nuestro divino Maestro la vocación y educación de éstos y de los demás discípulos para fundar la Iglesia. Buscólos con solicitud y grandes diligencias, llamólos con poderosos, frecuentes y eficaces auxilios de su gracia, ilustrólos e iluminó sus corazones con dones y favores incomparables, admitiólos con admirable clemencia, criólos con tan dulcísima leche de su doctrina, sufriólos con invencible paciencia, acariciólos como amantísimo padre a hijos tiernos y pequeñuelos. Y como la naturaleza es torpe y ruda para las materias altas, espirituales y delicadas del interior, en que no sólo habían de ser perfectos discípulos sino consumados

maestros del mundo y de la Iglesia, venía a ser grande la obra para formarlos y pasarlos del estado terreno al celestial y divino, a donde los levantaba con su doctrina y ejemplo. Altísima enseñanza de paciencia, mansedumbre y caridad (y justicia) dejó Su Majestad en esta obra para los prelados, príncipes y cabezas que gobiernan súbditos, de lo que deben hacer con ellos. Y no fue menor la confianza que nos dio a los pecadores de su paternal clemencia, pues no se acabó en los apóstoles y discípulos sufriendo sus faltas y menguas, sus inclinaciones y pasiones naturales, antes bien se estrenó en ellos con tanta fuerza y admiración para que nosotros levantemos el corazón y no desmayemos entre las innumerables imperfecciones de nuestra condición terrena y frágil.

1020. Todas las obras y maravillas que nuestro Salvador hacía en la vocación de los apóstoles y discípulos y en la predicación, conocía la Reina del cielo por los medios que dejo repetidos (Cf. supra n. 990). Y luego daba gracias al Eterno Padre por los primeros discípulos y en su espíritu los reconocía y admitía por hijos espirituales, como lo eran de Cristo nuestro Señor, y los ofrecía a Su Majestad divina con nuevos cánticos de alabanza y júbilo de su espíritu. Y en esta ocasión de los primeros discípulos tuvo una visión particular, en que le manifestó el Altísimo de nuevo la determinación de su voluntad santa y eterna sobre la disposición de la redención humana y el modo como se había de comenzar y ejecutar por la predicación de su Hijo santísimo, y díjola el Señor: Hija mía y paloma mía escogida entre millares, necesario es que acompañes y asistas a mi Unigénito y tuyo en los trabajos que ha de padecer en la obra de la redención humana. Ya se llega el tiempo de su aflicción y de abrir yo por este medio los archivos de mi sabiduría y bondad, para enriquecer a los hombres con mis tesoros. Por medio de su Reparador y Maestro quiero redimirlos de la servidumbre del pecado y del demonio, y derramar la abundancia de mi gracia y dones sobre todos los corazones de los mortales que se dispusieren para conocer a mi Hijo humanado y seguirle como cabeza y guía de sus caminos para la eterna felicidad que les tengo preparada. Quiero levantar del polvo, enriquecer a los pobres, derribar los soberbios, ensalzar a

los humildes, alumbrar a los ciegos en las tinieblas de la muerte, y quiero engrandecer a mis amigos y escogidos y dar a conocer mi grande y santo nombre. Y en la ejecución de esta mi santa voluntad eterna quiero que tú, electa y querida mía, cooperes con tu amado Hijo y le acompañes, sigas y le imites, que yo seré contigo en todo lo que hicieres.

1021. Rey supremo de todo el universo —respondió María santísima—, de cuya mano reciben todas las criaturas el ser y la conservación, aunque este vil gusanillo sea polvo y ceniza, hablaré por Vuestra dignación divina en Vuestra real presencia. Recibid, pues, oh altísimo Señor y Dios eterno, el corazón de vuestra sierva, que aparejado ofrezco para el cumplimiento de vuestro beneplácito. Recibid el sacrificio y holocausto, no sólo de mis labios, sino de lo más íntimo de mi alma, para obedecer al orden de vuestra eterna sabiduría que manifestáis a vuestra esclava. Aquí estoy postrada ante vuestra presencia y majestad suprema, hágase en mí enteramente vuestra voluntad y gusto. Pero si fuera posible, oh poder infinito, que yo muriera y padeciera, o para morir con vuestro Hijo y mío o para excusarle de la muerte, éste fuera el cumplimiento de todos mis deseos y la plenitud de mi gozo, y que la espada de vuestra justicia hiciera en mí la herida, pues fui más inmediata a la culpa. Su Majestad es impecable por naturaleza y por los dones de su divinidad. Conozco, Rey justísimo, que siendo Vos el ofendido por la injuria de la culpa, pide Vuestra equidad satisfacción de persona igual a Vuestra Majestad, y todas las puras criaturas distan infinito de esta dignidad. Pero también es verdad que cualquiera de las obras de vuestro Unigénito humanado es sobreabundante para la Redención, y Su Majestad ha obrado muchas por los hombres. Y si con esto es posible que yo muera porque su vida de inestimable precio no se pierda, preparada estoy para morir; y si vuestro decreto es inmutable, concededme, Padre y Dios altísimo, si es posible, que yo emplee mi vida con la suya. En esto admitiré Vuestra obediencia, como la admito en lo que me mandáis que le acompañe y siga en sus trabajos. Asístame el poder de vuestra mano para que yo acierte a imitarle y cumplir vuestro beneplácito y mi deseo.

1022. No puedo con mis razones manifestar más lo que se me ha dado a entender de los actos heroicos y admirables que hizo nuestra gran Reina y Señora en esta ocasión y mandato del Altísimo y el fervor ardentísimo con que deseó morir y padecer, o para excusar la pasión y muerte de su Hijo santísimo o para morir con él. Y si los actos fervorosos del amor afectivo, aun en las cosas imposibles, obligan tanto a Dios, que se da por servido y por pagado de ellos cuando nacen de verdadero y recto corazón y los acepta para premiarlos en alguna manera como si fueran obras ejecutadas, ¿qué tanto sería lo que mereció la Madre de la gracia y del amor con el que tuvo en este sacrificio de su vida? No alcanzan el pensamiento humano ni el angélico a comprender tan alto sacramento de amor, pues le fuera dulce padecer y morir y vino a ser en ella mucho mayor el dolor de no morir con su Hijo que el quedar con vida viéndole morir a Él y padecer, de que diré más en su lugar (Cf. infra n. 1376). Pero de esta verdad se viene a entender la semejanza que tiene la gloria de María santísima con la de Cristo y la que tuvo su gracia y santidad de esta gran Señora con su ejemplar, porque todo correspondía a este amor y él se extendió a lo sumo que en pura criatura es imaginable. Con esta disposición salió nuestra Reina de la visión dicha, y el Altísimo mandó de nuevo a los Ángeles que le asistían la gobernasen y sirviesen en lo que había de obrar, y ellos lo ejecutaron como fidelísimos ministros del Señor, y la asistían de ordinario en forma visible, acompañándola en todas partes y sirviéndola.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 13

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora.

1023. Hija mía, todas las obras de mi Hijo santísimo manifiestan el amor divino con las criaturas y cuan diferente es del que ellas tienen entre sí mismas; porque como son tan escasas, coartadas y avarientas y sin eficacia, no se mueven de ordinario para amarse si no las provoca algún bien que suponen en lo que aman, y así el amor de

una criatura nace del bien que halla en el objeto. Pero el amor divino, como se origina de sí mismo y es eficaz para hacer lo que quiere, no busca a la criatura suponiéndola digna, antes la ama para hacerla con amarla; y por esta razón ninguna alma debe desconfiar de la bondad divina, pero tampoco por esta verdad, y suponiéndola, ha de fiar vana y temerariamente esperando que el amor divino obre en ella los efectos de gracia que desmerece; porque en este amor y dones guarda el Altísimo un orden de equidad ocultísima a las criaturas y, aunque a todas las ama y quiere que sean salvas, pero en la distribución de estos dones y efectos de su amor, que a nadie niega, hay cierta medida y peso del santuario con que se dispensan. Y como la criatura no puede investigar ni alcanzar este secreto, ha de procurar que no pierda ni deje vacía la primera gracia y vocación, porque no sabe si por esta ingratitud desmerecerá la segunda, y sólo puede saber que no se le negará si no se hiciere indigna. Comienzan estos efectos del amor divino en el alma por la interior ilustración, para que en presencia de la luz sean los hombres redargüidos y convencidos de sus pecados y mal estado y del peligro de la eterna muerte; pero la soberbia humana los hace tan estultos y graves de corazón, que son muchos los que resisten a la luz; otros son tardos en moverse y nunca acaban de responder, y por esto malogran la primera eficacia del amor de Dios y se imposibilitan para otros efectos. Y como sin el socorro de la gracia no puede la criatura evitar el mal ni hacer el bien ni conocerle, de aquí nace el arrojarse de un abismo en otros muchos, porque, malogrando y echando de sí la gracia y desmereciendo otros auxilios, viene a ser inexcusable la ruina en abominables pecados despeñándose de unos en otros.

1024. Atiende, pues, carísima, a la luz que en tu alma ha obrado el amor del Muy Alto, pues por la que has recibido en la noticia de mi vida, cuando no tuvieras otra, quedabas tan obligada que, si no correspondes a ella, serás en los ojos de Dios y míos y en presencia de los Ángeles y hombres, más reprensible que ninguno otro de los nacidos. Sírvate también de ejemplo lo que hicieron los primeros discípulos de mi santísimo Hijo y la prontitud con que le siguieron y le imitaron; y aunque el tolerarlos, sufrirlos y

criarlos, como Su Majestad lo hizo, fue especialísima gracia, ellos también correspondieron y ejecutaron la doctrina de su Maestro; y aunque eran frágiles en la naturaleza, no se imposibilitaban para recibir otros mayores beneficios de la divina diestra y extendían sus deseos a mucho más de lo que alcanzaban sus fuerzas. Y en obrar estos afectos de amor con verdad y fineza, quiero que me imites a mí en lo que para este fin te he declarado de mis obras y los deseos que tuve de morir por mi Hijo santísimo y con él, si me fuera concedido. Prepara tu corazón para lo que te mostraré adelante de la muerte de Su Majestad y lo demás de mi vida, con que obrarás lo más perfecto y santo. Y te advierto, hija mía, que tengo una queja del linaje humano, y es muy general, que otras veces te la he insinuado (Cf. supra n. 701, 930, 919, 939), por el olvido y poca atención de los mortales para entender y saber lo que mi Hijo y yo trabajamos por ellos; y consuélanse con creerlo por mayor, y como ingratos no pesan el beneficio que de cada obra reciben, ni el retorno que merece. No me des tú este disgusto, pues te hago capaz y participante de tan venerables secretos y magníficos sacramentos, en los cuales hallarás luz, doctrina, enseñanza y la práctica de la perfección más alta y encumbrada. Levántate a ti sobre ti, obra diligente, para que se te dé gracia y más gracia, y correspondiendo a ella congregues muchos merecimientos y premios eternos.

CAPITULO 29

Vuelve Cristo nuestro Salvador con los primeros cinco discípulos a Nazaret, bautiza a su Madre santísima y lo que en todo esto sucedió.

1025. El místico edificio de la Iglesia militante, que se levanta hasta lo más alto y escondido de la misma divinidad, todo se funda en la firmeza incontrastable de la santa fe católica que nuestro Redentor y Maestro, como prudente y sabio arquitecto, asentó en ella. Y para asegurar en esta firmeza a las primeras piedras fundamentales, que fueron los primeros discípulos que llamó, como queda dicho (Cf. supra n. 1018), desde luego comenzó a

informarlos de las verdades y misterios que tocaban a su divinidad y humanidad santísima. Y porque dándose a conocer por verdadero Mesías y Redentor del mundo, que por nuestra salvación había bajado del seno del Padre a tomar carne humana, era como necesario y consiguiente les declarase el modo de su Encarnación en el vientre virginal de su Madre santísima y convenía que la conociesen y venerasen por verdadera Madre y Virgen, les dio noticia de este divino misterio entre los demás que tocaban a la unión hipostática y redención. Y con este catecismo y doctrina celestial fueron alimentados estos nuevos hijos primogénitos del Salvador. Antes que llegasen a la presencia de la gran Reina y Señora, concibieron de ella divinas excelencias, sabiendo que era virgen antes del parto, en el parto y después del parto, y les infundió Cristo nuestro Señor una profundísima reverencia y amor, con que deseaban desde luego llegar a verla y conocer tan divina criatura. Y esto hizo el Señor, como quien celaba tanto la honra de su Madre y por lo que a los mismos discípulos les importaba tenerla en tan alto concepto y veneración. Y aunque todos, en este favor quedaron divinamente ilustrados, quien más se señaló en este amor fue San Juan Evangelista, y desde que oyó a su divino Maestro hablar de la dignidad y excelencia de su Madre purísima, fue creciendo en el aprecio y estimación de su santidad, como quien era señalado y prevenido para gozar de mayores privilegios en el servicio de su Reina, como adelante diré (Cf. infra n. 1334, 1455; p. III n. 5, 6, 7, 10ss), y consta de su Evangelio.

1026. Pidieron estos cinco primeros discípulos al Señor que les diese aquel consuelo de ver a su Madre y reverenciarla, y concediéndoles esta petición caminó vía recta a Nazaret después que entró en Galilea, aunque siempre fue predicando y enseñando en público, declarándose por Maestro de la verdad y vida eterna. Y muchos comenzaron a oírle y acompañarle, llevados de la fuerza de su doctrina y de la luz y gracia que derramaba en los corazones que le admitían, aunque no llamó por entonces a su séquito más de a los cinco discípulos que llevaba. Y es digno de advertencia que, con haber sido tan ardiente la devoción que éstos concibieron con la divina Señora y tan manifiesta

para ellos la dignidad que tenía entre las criaturas, con todo eso todos callaron su concepto y, para no publicar lo que sentían y conocían, eran como mudos e ignorantes de tantos misterios, disponiéndolo así la Sabiduría del cielo, porque entonces no convenía esta fe en el principio de la predicación de Cristo, ni hacerla común entre los hombres. Nacía entonces el Sol de Justicia a las almas y era necesario que su resplandor se extendiese por todas las naciones, y aunque la luna de su Madre santísima estaba en el lleno de toda santidad, era conveniente que se reservase oculta para lucir en la noche que dejaría en la Iglesia la ausencia de este Sol, subiendo al Padre. Y todo sucedió así, que entonces resplandeció la gran Señora, como diré en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 18-28); sólo se manifestó su santidad y excelencia a los Apóstoles, para que la conociesen y venerasen y oyesen como a digna Madre del Redentor del mundo y Maestra de toda virtud y santidad.

1027. Prosiguió su camino nuestro Salvador a Nazaret, informando a sus nuevos hijos y discípulos, no sólo en los misterios de la fe sino en todas las virtudes, con doctrina y con ejemplo, como lo hizo en todo el tiempo de su predicación evangélica. Y para esto visitaba a los pobres y afligidos, consolaba a los tristes y enfermos, en los hospitales y en las cárceles, y con todos hacía obras admirables de misericordia en los cuerpos y en las almas, aunque no se declaró por autor de ningún milagro hasta las bodas de Caná, como diré en el capítulo siguiente. Al mismo tiempo que hacía este viaje nuestro Salvador, estaba su Madre santísima previniéndose para recibirle con los discípulos que Su Majestad llevaba; porque de todo tuvo noticia la gran Señora, y para todos hizo hospicio, aliñó su pobre morada ■y previno solícita la comida necesaria, porque en todo era prudentísima y advertida.

1028. Llegó a su casa el Salvador del mundo, y la beatísima Madre le aguardaba en la puerta, donde entrando Su Majestad a ella se postró en tierra y le adoró besándole el pie y después la mano, pidiéndole la bendición. Y luego hizo una confesión a la santísima Trinidad, altísima y admirable, y a la humanidad, y todo en presencia de los nuevos discípulos; no sin gran misterio y prudencia de la

soberana Reina, porque, a más de dar a su Hijo santísimo el culto y adoración que se le debía como verdadero Dios y hombre, le dio también el retorno de la honra con que le había engrandecido antes con los apóstoles o discípulos; y así como el mismo Hijo estando ausente les había enseñado la dignidad de su Madre y la veneración con que debían tratarla y respetarla, así también la prudentísima y fidelísima Madre en presencia del mismo Hijo quiso enseñar a sus discípulos el modo y veneración con que habían de tratar a su divino Maestro, como a su Dios y Redentor. Y así fue que las acciones de tan profunda humildad y culto, con que la gran Señora trató y recibió a Cristo como Salvador, infundió en los discípulos nueva admiración, devoción y reverencial temor con el divino Maestro, y para adelante les sirvió de ejemplar y dechado de religión; con que vino a ser María santísima desde luego Maestra y Madre espiritual de los discípulos de Cristo, en la materia más importante del trato familiar con su Dios y Redentor. Con este ejemplo los nuevos discípulos quedaron más devotos de su Reina y luego se pusieron de rodillas en su presencia y la pidieron los recibiese por hijos y por esclavos suyos. Y el primero que hizo este ofrecimiento y reverencia fue San Juan Evangelista, que desde entonces en la estimación y veneración de María santísima se aventajó a todos los Apóstoles, y la divina Señora le admitió con especial caridad, porque el Santo era apacible, manso y humilde, a más del don de su virginidad.

1029. Hospedó la gran Señora a todos los discípulos y sirvióles la comida, estando siempre advertida a todas las cosas con solicitud de Madre y modestia y majestad de Reina, que su incomparable sabiduría lo juntaba todo con admiración de los mismos Ángeles. Y a su Hijo santísimo servía hincadas las rodillas en tierra con grandiosa reverencia, y a estas devotas acciones añadía algunas razones de gran peso que decía a los Apóstoles de la majestad de su Maestro y Redentor, para catequizarlos en la doctrina verdaderamente cristiana. Aquella noche, retirados los nuevos huéspedes a su recogimiento, el Salvador se fue al oratorio de su Madre purísima como solía, y la humildísima entre los humildes se postró a sus pies, como otras veces lo acostumbraba y, aunque no tenía

culpas que confesarse, pidió a Su Majestad la perdonase lo poco que le servía y correspondía a sus inmensos beneficios; porque en la humildad de la gran Reina todo lo que hacía le parecía poco y menos de lo que debía al amor infinito y a los dones que de él había recibido, y así se confesaba por inútil como el polvo de la tierra. El Señor la levantó del suelo y la habló palabras de vida y salud eterna, pero con majestad y serenidad, porque en este tiempo la trataba con más severidad, para dar lugar al padecer, como advertí arriba (Cf. supra n. 960) cuando se despidió para ir el Salvador al bautismo y al desierto.

1030. Pidióle también la beatísima Señora a su Hijo santísimo que le diese el Sacramento del Bautismo que había instituido, como ya se lo tenía prometido, y dije en su lugar (Cf. supra n. 831). Y para celebrarle con la digna solemnidad del Hijo y de la Madre por la divina disposición y ordenación descendieron del cielo innumerable multitud de los coros angélicos en forma visible, y con su asistencia el mismo Cristo bautizó a su purísima Madre, y luego se oyó una voz del Eterno Padre, que dijo: Esta es mi Hija querida, en quien yo me recreo. Y el Verbo humanado dijo: Esta es mi Madre muy amada, a quien yo elegí, y me asistirá en todas mis obras. Y otra voz del Espíritu Santo dijo: Esta es mi Esposa escogida entre millares. Sintió y recibió la purísima Señora tantos y tan divinos efectos en su alma, que no caben en humano discurso, porque fue realzada en la gracia y retocada la hermosura de su alma purísima y subió toda a nuevos grados y quilates. Recibió la iluminación del (sello de) carácter que causa este Sacramento, señalando a los hijos de Cristo en su Iglesia, y a más de los efectos que por sí comunica el Sacramento, fuera de la remisión del pecado, que no le tenía ni le tuvo, mereció altísimos grados de gracia por la humildad de recibir el Sacramento que se ordenó para la purificación; y en la divina Señora sucedió al modo que arriba dije (Cf. supra n. 980) de su Hijo santísimo en el mérito, aunque sola ella recibió aumento de gracia, porque Cristo no podía recibirle. Hizo luego la humilde Madre un cántico de alabanza con los Santos Ángeles por el Bautismo que había recibido y postrada ante su Hijo santísimo le dio por él afectuosísimas gracias.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

1031. Hija mía, veo tu cuidado y emulación santa de la gran dicha de los discípulos de mi Hijo santísimo, y más de San Juan Evangelista, mi siervo y favorecido. Cierto es que yo le amé especialmente, porque era purísimo y candidísimo como una sencilla paloma y en los ojos del Señor era muy agradable por esto y por el amor que me tenía. Este ejemplar quiero que te sirva de estímulo para lo que deseo que obres con el mismo Señor y conmigo. No ignoras, carísima, que yo soy Madre piísima y que admito y recibo con maternales entrañas a todos los que con ferviente y devoto afecto quieren ser mis hijos y siervos de mi Señor, y con los impulsos de caridad que Su Majestad me comunicó y los brazos abiertos los abrazaré y seré su intercesora y abogada. Y tú, por más inútil, pobre y desvalida, serás mayor motivo para que se manifieste más mi liberalísima piedad, y así te llamo y te convido para que seas mi hija carísima y señalada por mi devota en la Iglesia.

1032. Pero esta promesa se cumplirá con una condición que quiero de tu parte, y ésta es que, si tienes verdaderamente santa emulación de lo que yo amé a mi hijo San Juan Evangelista y del retorno que me dio su amor santo, le imites con toda perfección conforme a tus fuerzas, y así me lo has de prometer y cumplir, sin faltar a lo que te ordeno; pero antes quiero que trabajes hasta que en ti muera el amor propio y todos efectos del primer pecado y que se extingan las inclinaciones terrenas que siguen al fomes, y te restituyas al estado de sinceridad columbina y sencillez que destruye toda malicia y duplicidad. Y en todas tus operaciones has de ser ángel, pues la dignación del Altísimo para contigo es tan liberal, que te ha dado luz e inteligencia de ángel más que de criatura humana, y yo te solicito estos grandes beneficios y es razón que corresponda el obrar con el entender; y conmigo has de tener un incesante afecto y amoroso cuidado de darme gusto y servirme, estando siempre atenta a mis consejos y puestos los ojos en mis manos, para saber lo que te ordeno y ejecutarlo al punto. Con esto serás mi hija verdadera y yo

tu Protectora y Madre amorosa.

LIBRO VI

CONTIENE LAS BODAS DE CANA DE GALILEA; COMO ACOMPAÑÓ MARÍA SANTÍSIMA AL REDENTOR DEL MUNDO EN LA PREDICACIÓN; LA HUMILDAD QUE MOSTRABA LA DIVINA REINA EN LOS MILAGROS QUE HACÍA SU HIJO SANTÍSIMO; SU TRANSFIGURACIÓN; LA ENTRADA DE SU MAJESTAD EN JERUSALÉN; SU PASIÓN Y MUERTE; EL TRIUNFO QUE ALCANZÓ EN LA CRUZ DE LUCIFER Y SUS SECUACES; LA SANTÍSIMA RESURRECCIÓN DEL SALVADOR Y SU ADMIRABLE ASCENSIÓN A LOS CIELOS.

CAPITULO 1

Comienza Cristo nuestro Salvador a manifestarse con el primer milagro que hizo en las bodas de Caná a petición de su Madre santísima.

1033. El Evangelista San Juan, que al fin del capítulo 1 refiere la vocación de Natanael, que fue el quinto discípulo de Cristo, comienza el segundo capítulo de la Historia evangélica, diciendo (Jn 1, 1-2): *Y el día tercero se hicieron unas bodas en Cana de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús. Y también fue llamado Jesús y sus discípulos a las bodas.* De donde parece que la divina Señora estaba en Caná antes que fuese llamado su Hijo santísimo a estas bodas. Y para concordar esto con lo que dejo dicho en el capítulo pasado y entender qué día fue éste, hice algunas preguntas por orden de la obediencia. A las cuales me fue respondido que, no obstante las opiniones diferentes de los expositores, la Historia de la Reina y del Evangelio se conforman y que el suceso fue en esta forma: Cristo nuestro Señor con sus cinco Apóstoles o discípulos en entrando en Galilea fue derecho a Nazaret predicando y enseñando; en este viaje tardó algunos días aunque no muchos, pero fueron más de tres. Llegando a Nazaret bautizó a su beatísima Madre, como queda dicho (Cf. supra

n. 1030), y luego con sus discípulos salió a predicar a unos lugares vecinos. En el ínterin fue la divina Señora a Caná, convidada a las bodas que dice el Evangelista, porque eran de unos deudos suyos en cuarto grado por la línea de Santa Ana. Y estando la gran Reina en Caná tuvieron los novios noticia de la venida del Salvador del mundo y que tenía ya discípulos, y por disposición de su Madre santísima y del mismo Señor, que ocultamente lo disponía para sus altos fines, fue llamado y convidado a las bodas con sus discípulos.

1034. El día tercero, que dice el Evangelista se hicieron estas bodas, fue el tercero de la semana de los hebreos; y aunque no lo dice expresamente, tampoco dice que fue el tercero después de la vocación de los discípulos o entrada en Galilea, y si hablara de esto, lo dijera; pero moralmente era imposible que estas bodas sucediesen el tercero día después de la vocación de los discípulos, ni de la entrada en Galilea, porque Caná está en los confines del tribu de Zabulón hacia la parte de Fenicia y setentrional, donde estaba el tribu de Aser, respecto de Judea, y dista mucho desde todos los términos de Judea y Galilea por donde entró el Salvador del linaje humano; y si al día tercero fueron las bodas, no quedaban más de dos días para llegar de Judea a Caná, que hay tres jornadas, y también estaría cerca de Caná primero que le convidasen, y para esto era necesario más tiempo. Y a más de todo esto, para pasar de Judea a Caná de Galilea estaba primero Nazaret, porque Caná está más adelante hacia el mar Mediterráneo y vecina del tribu de Aser, como he dicho, y el Salvador del mundo primero fuera a visitar a su Madre santísima, que no ignorando su venida, como es cierto que la sabía, le aguardara sin salir de ella al tiempo que se acercaba. Y si el Evangelista no dijo esta venida, ni el bautismo de la divina Señora, no fue porque no sucedió, sino porque sólo dijo él y los demás lo qué pertenecía a su intento. Y también confiesa el mismo San Juan Evangelista que se dejaron de saber muchos milagros que hizo nuestro divino Maestro (Jn 20, 30), porque no fue necesario escribirlos todos. Y con este orden queda entendido el Evangelio y confirmada con él esta Historia en el lugar citado.

1035. Estando la Reina del mundo en Caná, fue convidado su Hijo santísimo con los discípulos que tenía a las bodas, y su dignación, que lo ordenaba todo, aceptó el convite. Y fue luego a él para santificar el matrimonio y acreditarle y dar principio a la confirmación de su doctrina con el milagro que sucedió, declarándose por autor de él; porque dándose ya por maestro en admitir discípulos, era necesario confirmarlos en su vocación y autorizar su doctrina, para que la creyesen y admitiesen. Y por esta razón, aunque Su Divina Majestad había hecho otras maravillas ocultamente, pero no se había declarado ni señalado por autor de ellas en público como hasta aquella ocasión, que por eso llamó el Evangelista (Jn 2, 11) a este milagro *Principio de las señales que hizo Jesús en Caná de Galilea;* y el mismo Señor dijo a su Madre santísima que hasta entonces no había llegado su hora (Jn 2, 4). Y sucedió esta maravilla el mismo día que se cumplió un año del bautismo de Cristo nuestro Salvador y correspondió a la adoración de los Santos Reyes, como lo tiene la Santa Iglesia Romana, que celebra en un día estos tres misterios a seis de enero; y la edad de Cristo nuestro Señor era cumplidos treinta años y entrado en treinta y uno los trece días que hay de su natividad santísima a la epifanía.

1036. Entró el Maestro de la vida en la casa de las bodas y saludó a los moradores, diciendo: La paz del Señor y la luz sea con vosotros; como verdaderamente estaba, asistiendo Su Majestad con ellos. Y luego hizo una exhortación de vida eterna al novio, enseñándole las condiciones de su estado, para ser perfecto y santo en él, y lo mismo hizo la Reina del cielo con la esposa, a quien con razones dulcísimas y eficaces la amonestó de sus obligaciones; y entrambos cumplieron perfectamente con ellas en el estado que dichosamente recibieron con asistencia de los Reyes del cielo y tierra. Y no puedo detenerme a declarar que este novio no era San Juan Evangelista; basta saber que, como dije en el capítulo pasado (Cf.supra n.1018), venía ya con el Salvador por discípulo; y en esta ocasión no pretendió el Señor disolver el matrimonio, sino que vino a las bodas para autorizarlas y acreditarlas y hacer Santo y Sacramento al Matrimonio, y no era consiguiente a este intento disolverle luego, ni el Evangelista tuvo jamás intento de ser

casado. Antes bien, nuestro Salvador, habiendo exhortado a los desposados, hizo luego una ferviente oración y petición al Eterno Padre, suplicándole que en la nueva ley de gracia echase su bendición sobre la propagación humana y desde entonces diese virtud al matrimonio para santificar a los que en la Santa Iglesia lo recibiesen y fuese uno de sus Sacramentos.

1037. La beatísima Virgen conocía la voluntad y oración que su Hijo santísimo hacía y le acompañó en ella, cooperando a esta obra como a las demás que hacía en beneficio del linaje humano; y como tenía por su cuenta el retorno que los hombres no daban por estos beneficios, hizo un cántico de alabanza y loores al Señor, convidando a los Santos Ángeles que la acompañasen en él, y así lo hicieron, aunque sólo era manifiesto al mismo Señor y Salvador nuestro, que se recreaba en la sabiduría y obras de su purísima Madre, como ella en las del mismo Hijo. En lo demás hablaban y conversaban con los que concurrían a las bodas, pero con la sabiduría y peso de razones dignas de tales personas y ordenándolas a ilustrar los corazones de todos los circunstantes. La prudentísima Señora hablaba muy pocas palabras y sólo cuando era preguntada o muy forzoso, porque siempre oía y atendía a las del Señor y a sus obras, para guardarlas y conferirlas en su castísimo corazón. Raro ejemplo de prudencia, de recato y modestia fueron las obras, palabras y todo el proceder de esta gran Reina en el discurso de su vida; y en esta ocasión no sólo para las religiosas, pero en especial a las mujeres del siglo, si pudieran tenerle presente en tales actos como el de las bodas, para que en él aprendieran a callar, a moderarse y componer el interior y medir las acciones exteriores sin liviandad y soltura; pues nunca es tan necesaria la templanza como cuando es mayor el peligro y siempre en las mujeres es mayor gala, hermosura y bizarría el silencio, detenimiento y encogimiento, con que se cierra la entrada a muchos vicios y se coronan las virtudes de la mujer casta y honesta.

1038. En la mesa comieron el Señor y su Madre santísima de algunos regalos de los que servían, pero con suma templanza y disimulación de su abstinencia. Y aunque a

solas no comían de estos manjares, como antes he dicho (Cf. supra n. 898), pero los Maestros de la perfección, que no querían reprobar la vida común de los hombres, sino perfeccionarla con sus obras, acomodábanse a todos sin extremos ni singularidad pública, en lo que por otra parte no era reprensible y se podía hacer con perfección. Y como el Señor lo enseñó por ejemplo, lo dejó también por doctrina a sus apóstoles y discípulos, ordenándoles que comiesen de lo que les fuese dado cuando iban a predicar (Mt 10, 10; Lc 10, 8) y no se hiciesen singulares, como imperfectos y poco sabios en el camino de la virtud y porque el verdadero pobre y humilde no ha de elegir manjares. Sucedió que faltó vino en la mesa, por dispensación divina, para dar ocasión al milagro, y la piadosa Reina dijo al Salvador: *Señor, el vino ha faltado en este convite.* Respondióla Su Majestad: *Mujer, ¿qué me toca a mi y a ti? Aún no es llegada mi hora (Jn 2, 3-4).* Esta respuesta de Cristo no fue de reprensión, sino de misterio; porque la prudentísima Reina y Madre no pidió el milagro casualmente, antes bien con luz divina conoció que era tiempo oportuno de manifestarse el poder divino de su Hijo santísimo y no pudo tener ignorancia de esto la que estaba llena de sabiduría y ciencia de las obras de la redención y del orden que en ellas había de guardar nuestro Salvador, a qué tiempos y en qué ocasiones las había de ejecutar. Y también es de advertir que Su Divina Majestad no pronunció estas palabras con semblante de reprender, sino con magnificencia y serenidad apacible. Y aunque no llamó a la Virgen madre sino mujer, era porque, como arriba dije (Cf. supra n. 960), no la trataba entonces con tanta dulzura de palabras.

1039. El misterio de la respuesta de Cristo nuestro Señor fue confirmar a los discípulos en la fe de la divinidad y comenzar a manifestarla a todos, mostrándose Dios verdadero e independiente de su Madre en el ser divino y potestad de hacer milagros. Y por esta causa tampoco la llamó madre, callando este nombre, y llamándola mujer, diciendo: ¿Qué te toca o qué tenemos que ver tú y yo en esto? Que fue decir: la potestad de hacer milagros no la recibí yo de ti, aunque me diste la naturaleza humana en que los he de obrar, porque sólo a mi divinidad toca el

hacerlos y para ella no es llegada mi hora. Y en esta palabra dio a entender que la determinación de las maravillas no era de su Madre santísima, sino de la voluntad de Dios, no obstante que la prudentísima Señora lo pedía en tiempo oportuno y conveniente; pero junto con esto quiso el Señor se entendiese que había en él otra voluntad más que la humana, y que aquella era divina y superior a la de su Madre y que no estaba subordinada a ella, mas antes la de la Madre estaba sujeta a la que tenía como verdadero Dios. Y en consecuencia de esto, al mismo tiempo infundió Su Majestad en el interior de sus discípulos nueva luz con que conocieron la unión hipostática de las dos naturalezas en la persona de Cristo, y que la humana la había recibido de su Madre y la divina por la generación eterna de su Padre.

1040. Conoció la gran Señora todo este sacramento, y con severidad apacible dijo a los criados que servían a la mesa: *Haced lo que mi Hijo ordenare (Jn 2, 5).* En las cuales palabras, a más de la sabiduría que suponen de la voluntad de Cristo que conocía la prudentísima Madre, habló como maestra de todo el linaje humano, enseñando a los mortales, que para remediar todo nuestras necesidades y miserias es necesario y suficiente de nuestra parte hacer todo lo que manda el Señor y los que están en su lugar. Tal doctrina no pudo salir menos que de tal Madre y Abogada que, deseosa de nuestro bien y como quien conocía la causa que suspende o impide el poder divino para que no haga muchas y muy grandes maravillas, quiso proponernos y enseñarnos el remedio de nuestras menguas y desdichas, encaminándonos a la ejecución de la voluntad del Altísimo, en que consiste todo nuestro bien. Mandó el Redentor del mundo a los ministros de las mesas que llenasen de agua sus hidrias o tinajillas, que según las ceremonias de los hebreos tenían para estos ministerios. Y habiéndolas llenado todas, mandó el mismo Señor que sacasen de ellas el vino en que las convirtió y lo llevasen al architriclino, que era el principal en la mesa y hacía cabecera en ella, y era uno de los sacerdotes de la ley. Y como gustase del milagroso vino, admirado llamó al novio y le dijo: Cualquiera hombre cuerdo pone primero el mejor vino para los convidados y cuando están ya satisfechos pone lo peor,

pero tú lo has hecho al revés, que guardaste lo más generoso para lo último de la comida.

1041. No sabía el architriclino entonces el milagro, cuando gustó el vino, porque estaba en la cabecera de la mesa y Cristo nuestro Maestro con su Madre santísima y discípulos en los lugares inferiores y de abajo, enseñando con la obra lo que después había de enseñar con la doctrina (Lc 14, 8-10), que en los convites no echemos el ojo al mejor lugar, sino que por nuestra voluntad elijamos el ínfimo. Pero luego se publicó la maravilla de haber convertido nuestro Salvador el agua en vino y *se manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos,* como dice el Evangelista (Jn 2, 11), porque de nuevo creyeron y se confirmaron más en la fe. Y no solos creyeron ellos, pero otros muchos de los que estuvieron presentes creyeron que era el verdadero Mesías y le siguieron, acompañándole hasta la ciudad de Cafarnaúm (Mt 4, 13), a donde con su Madre y discípulos dice el Evangelista que fue Su Majestad desde Caná, y allí dice San Mateo que comenzó a predicar, declarándose ya por maestro de los hombres. Y lo que dice San Juan, que con esta señal o milagro manifestó el Señor su gloria, no es negar que hizo otros primero en oculto, sino suponerlo, y que en este milagro manifestó su gloria que no había manifestado antes en otros, porque no quiso ser conocido por autor de ellos, que no era tiempo oportuno ni el determinado por la Sabiduría divina. Y es cierto que en Egipto hizo muchos y admirables, cual fue la ruina de los templos y sus ídolos, como dije en su lugar (Cf. supra n. 643, 646, 665). En todas estas maravillas hacía María santísima actos de insigne virtud en alabanza del Altísimo y hacimiento de gracias de que su santo nombre se fuese manifestando. Y acudía al consuelo de los nuevos creyentes y al servicio de su Hijo santísimo y todo lo llenaba con su incomparable sabiduría y oficiosa caridad. Ejercitábala fervorosísima, clamando al Eterno Padre y suplicándole dispusiese los ánimos y corazones de los hombres para que las palabras y luz del Verbo humanado los iluminase y desterrase de ellos las tinieblas de su ignorancia.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora del cielo.

1042. Hija mía, olvido y descuido es sin disculpa el que tienen generalmente los hijos de la Iglesia en no procurar todos y cada uno de ellos que se dilate y manifieste la gloria de su Dios por todas las criaturas racionales, dando a conocer su nombre santo. Y esta negligencia es más culpable después que el Verbo eterno encarnó en mis entrañas, enseñó al mundo y le redimió para este fin. Por eso fundó Su Majestad la Santa Iglesia y le enriqueció de bienes y tesoros espirituales, de ministros y también de otros bienes temporales; que todo esto no sólo ha de servir para conservar la misma Iglesia con los hijos que tiene, sino también para amplificarla y traer otros de nuevo a la regeneración de la fe católica. Todos deben ayudar a esto, para que se logre más el fruto de la muerte de su Reparador. Unos pueden hacerlo con oraciones y peticiones, con fervorosos deseos de la dilatación del santo nombre de Dios, otros con limosnas y otros con diligencias y exhortaciones y otros con su trabajo y solicitud. Pero si en esta remisión y negligencia son menos culpables los ignorantes y pobres y acaso no hay quien se lo ponga en la memoria, son muy reprensibles los ricos y poderosos y mucho más los ministros de la Iglesia y sus prelados, a quien toca esta obligación más de lleno, y olvidados de tan terrible cargo como les espera, muchos convierten la verdadera gloria de Cristo en gloria suya propia y vana. Gastan el patrimonio de la sangre del Redentor en obras y fines que no son dignos de ser nombrados, y por cuenta suya perecen infinitas almas que con los medios oportunos pudieran venir a la Santa Iglesia, o a lo menos ellos tuvieran este merecimiento y el Señor la gloria de tener tan fieles ministros en su Iglesia. Y el misino cargo se les hará a los príncipes y señores poderosos del mundo, que recibieron de la mano de Dios honra, hacienda y otros bienes temporales para convertirlos en gloria de Su Majestad, y ninguna cosa menos advierten que esta obligación.

1043. De todos estos daños quiero que te duelas y que trabajes cuanto alcanzaren tus fuerzas, para que sea manifestada la gloria del Altísimo y conocido de todas las naciones y que de las piedras resuciten hijos de Abrahán (Mt 3, 9). Y para traerlas al suave yugo del Evangelio, pídele

que envíe obreros (Lc 10, 2) y ministros idóneos a su Iglesia, que es grande y mucha la mies y pocos los fieles trabajadores y celosos de granjearla. Sea para ti ejemplar vivo lo que te he manifestado de mi solicitud y maternal amor, con que trabajaba con mi Hijo y Señor en granjearle las almas y conservarlas en su doctrina y séquito, y nunca en el secreto de tu pecho se apague la llama de esta caridad y celo. Y también quiero que mi silencio y modestia, que has conocido tuve en las bodas, sea arancel inviolable para ti y tus religiosas, con que medir siempre las acciones exteriores, el recato, moderación y pocas palabras, en especial cuando estáis en presencia de hombres, porque estas virtudes son las galas que componen y asean a la esposa de Cristo, para que halle gracia en sus divinos ojos.

CAPITULO 2

Acompaña María santísima a nuestro Salvador en la predicación, trabaja mucho en esto y cuida de las mujeres que le seguían y en todo procede con suma perfección.

1044. No fuera lejos del intento de esta Historia, cuando en ella pretendiera escribir los milagros y heroicas obras de Cristo nuestro Redentor y Maestro, porque casi en todas concurrió y tuvo alguna parte su beatísima y santísima Madre. Mas no puedo intentar negocio tan arduo y sobre las fuerzas y capacidad humana, pues el Evangelista San Juan, después de haber escrito tantas maravillas de su Maestro divino, dice en el fin de su Evangelio que otras muchas hizo Jesús, las cuales, si se escribieran en singular, no podían caber los libros en todo el mundo (Jn 21, 25). Y si le pareció tan imposible al Evangelista, ¿qué puede presumir una mujer ignorante y más inútil que el polvo de la tierra? Lo que fue necesario y conveniente, lo superabundante y suficiente para fundar y conservar la Iglesia, lo escribieron todos cuatro evangelistas y no es necesario repetirlo en esta Historia, aunque para tejerla y no dejar en silencio tantas obras de la gran Reina que ellos no escribieron será forzoso tocar algunas particulares; que tenerlas escritas y en memoria juzgo será de consuelo y utilidad para mi aprovechamiento. Y lo demás que no escribieron los

evangelistas en los evangelios, ni yo tengo orden para escribirlo, se reserva para la vista beatífica, donde con especial gozo de los santos les será manifiesto en el Señor, y allí le alabarán por tan magníficas obras eternamente.

1045. Desde Caná de Galilea tomó Cristo Redentor nuestro el camino para Cafarnaum, ciudad grande y poblada cerca del mar de Tiberías, donde estuvo algunos días, como dice el Evangelista San Juan (Jn 2, 12), aunque no muchos, porque llegándose el tiempo de la Pascua se fue acercando a Jerusalén, para celebrarla a los catorce de la luna de marzo. Acompañóle desde entonces su Madre santísima, despedida por entonces de su casa de Nazaret, para seguirle en su predicación, como lo hizo siempre hasta la cruz; salvo en algunas ocasiones que por pocos días se apartaban, como cuando el Señor se fue al Tabor, o para acudir a otras conversiones particulares como a la samaritana, o porque la divina Señora se quedaba con algunas personas acabando de informarlas y catequizarlas, pero luego volvía a la compañía de su Hijo y Maestro, siguiendo al Sol de Justicia hasta el ocaso de su muerte. En estas peregrinaciones caminaba a pie la Reina del cielo, como su Hijo santísimo. Y si el mismo Señor se fatigó en los caminos como consta del evangelio (Jn 4, 6), ¿qué trabajo seria el de la purísima Señora y qué fatigas padecería en tantas jornadas y en todos tiempos sin diferencia? Con este rigor trató la Madre de misericordia su delicadísimo cuerpo. Y fue tanto lo que en solo esto trabajó por nosotros, que jamás podrán satisfacer esta obligación todos los mortales. Algunas veces llegó a sentir tantos dolores y quebrantos, disponiéndolo así el Señor, que era necesario aliviarla milagrosamente, como lo hacía Su Majestad, otras la mandaba descansar en algún lugar por algunos días, otras veces la aligeraba el cuerpo de manera que pudiera moverse sin dificultad tanto como si volara.

1046. Tenía la divina Maestra en su corazón escrita toda la doctrina y Ley Evangélica, como arriba está declarado (Cf. supra n. 714, 776), y con ser esto así, era tan solícita y atenta en oír la predicación y doctrina de su Hijo santísimo como si fuera nueva discípula, y tenía ordenado a sus Ángeles Santos que la ayudasen especialmente y si fuese

menester la avisasen, para que no faltase jamás de la predicación del divino Maestro, salvo cuando estaba ausente. Y siempre que predicaba o enseñaba Su Majestad, le oía la gran Señora puesta de rodillas, dándola sola ella la reverencia y culto que se debía a la persona y a la doctrina, según sus fuerzas alcanzaban. Y porque siempre conocía, como he dicho en otros lugares (Cf. supra n. 481, 990, 1014), las operaciones del alma santísima de su Hijo, y que al mismo tiempo que predicaba estaba orando al Padre interiormente, para que la semilla de su santa doctrina cayese en corazones buenos y diese fruto de vida eterna, hacía la piadosísima Madre esta misma oración y peticiones por los oyentes de su divino Maestro y les daba las mismas bendiciones con ardentísima caridad y lágrimas. Y con su profunda reverencia y atención movía y enseñaba a todos el aprecio que debían hacer de la enseñanza y palabras del Salvador del mundo. Conoció asimismo todos los interiores de los que asistían a la predicación de su Hijo santísimo y el estado de gracia o pecado, de vicios o virtudes que tenían. Y la variedad de estos objetos ocultos a la capacidad humana causaban en la divina Madre diferentes y admirables efectos y todos de altísima caridad y otras virtudes, porque se inflamaba en el celo de la honra del Señor y de que el fruto de su Redención y obras no se perdiese en las almas, y el peligroso daño de ellas mismas en el pecado la movía a pedir su remedio con incomparable fervor. Sentía íntimo y lastimoso dolor de que Dios no fuese conocido, adorado y servido de todas sus criaturas, y este dolor era igual al conocimiento de las razones que para esto había y ella alcanzaba sobre todo entendimiento humano. De las almas que no admitían la gracia y virtud divina, se dolía con amargura inexplicable, porque solía llorar sangre en este sentimiento. Y en lo que padeció nuestra gran Reina en estas obras y cuidado excedió sin comparación a las penas que padecieron todos los mártires del mundo.

1047. A todos los discípulos que seguían al Señor y Su Majestad recibía para este ministerio, los trataba con incomparable sabiduría y prudencia, y a los que fueron señalados para apóstoles tenía en mayor veneración y aprecio, pero de todos cuidaba como Madre y a todos acudía como poderosa Reina, procurándoles para la vida

corporal la comida y otras cosas necesarias. Y algunas veces ordenaba a los Ángeles, cuando no había otro modo de buscarla, que para ellos y algunas mujeres de que cuidaba la trajesen de comer; pero de estas maravillas no daba más noticia de la que era necesaria para confirmarlos en la piedad y fe del Señor. Para ayudarles y adelantarlos en la vida espiritual, trabajó la gran Señora más de lo que se puede comprender, no sólo con las oraciones continuas y peticiones fervorosas que siempre hacía por ellos, pero con el ejemplo, consejo y advertencias que les daba los alimentó y crió como prudentísima Madre y Maestra. Y disponiéndolo así el Señor, cuando se hallaban los apóstoles y discípulos con alguna duda —que tuvieron muchas a los principios— o sentían alguna oculta tentación, luego acudían a la gran Señora para ser enseñados y aliviados de aquella incomparable luz y caridad que en ella resplandecía; y con la dulzura de sus palabras eran dignamente recreados y consolados, con su sabiduría quedaban enseñados y doctos, con su humildad rendidos, con su modestia compuestos, y todos los bienes juntos hallaron en aquella oficina del Espíritu Santo y sus dones. Y por todos estos beneficios, por la vocación de los discípulos, por la conversión de cualquiera alma, por la perseverancia de los justos y por cualquiera obra de virtud y gracia, daba el retorno y era para la divina Señora día festivo y hacía nuevos cánticos por ello.

1048. Seguían también a Cristo nuestro Redentor en su predicación algunas mujeres desde Galilea, como lo dicen los evangelistas. San Mateo, san Marcos y san Lucas dicen (Mt 17, 55; Mc 15, 40; Lc 8, 2) que le acompañaban y servían algunas que había curado del demonio y de otras enfermedades; porque el Maestro de la vida a ningún sexo excluyó de su secuela, imitación y doctrina, y así le fueron asistiendo y sirviendo algunas mujeres desde el principio de la predicación, disponiéndolo su divina sabiduría, entre otros fines, para que su Madre santísima tuviese compañía con ellas por la mayor decencia. De estas mujeres santas y piadosas tenía cuidado especial nuestra Reina y las congregaba, enseñaba y catequizaba, llevándolas a los sermones de su Hijo santísimo. Y aunque para enseñarlas el camino de la vida eterna estaba ella tan ilustrada de la sabiduría y

doctrina del Evangelio, con todo eso, disimulando en parte su gran secreto, se valía siempre de lo que todos habían oído a su Hijo santísimo y con esto daba principio a las exhortaciones y pláticas que hacía a estas mujeres y a otras muchas que en diferentes lugares iban a ella después o antes de oír al Salvador del mundo. Y aunque no todas la seguían, pero la divina Madre las dejaba capaces de la fe y misterios que era necesario informarlas. Y fueron innumerables las mujeres que trajo al conocimiento de Cristo y al camino de la salud eterna y perfección del Evangelio; aunque en ellos no se habla de esto más que suponiendo seguían algunas a Cristo nuestro Señor, porque no era necesario para el intento de los evangelistas escribir estas particularidades. Hizo la poderosa Señora entre estas mujeres admirables obras, y no sólo las informaba en la fe y virtudes por palabras, sino que con ejemplo las enseñaba a usar y ejercitar la piedad visitando enfermos, pobres, hospitales, encarcelados y afligidos, curando por sus manos propias a los llagados, consolando a los tristes, socorriendo a los necesitados. En las cuales obras, si todas se hubieran de referir, era necesario gastar mucha parte de esta Historia o añadirla.

1049. Tampoco están escritos en la historia del Evangelio, ni en otras eclesiásticas, los innumerables y grandiosos milagros que hizo la gran Reina en el tiempo de la predicación de Cristo nuestro Señor, porque sólo escribieron de los que hizo el mismo Señor en cuanto convenía para la fe de la Iglesia, y era necesario que estuviese ya fundada y confirmada en ella primero que se manifestasen las grandezas particulares de su Madre santísima. Pero, según lo que se me ha dado a entender, es cierto que no sólo hizo muchas conversiones milagrosas, pero que resucitó muertos, curó ciegos y dio salud a muchos. Y esto fue conveniente por muchas razones: lo uno, porque fue como coadjutora de la mayor obra a que vino el Verbo del Eterno Padre a tomar carne al mundo, que fue la predicación y redención, y por ella abrió los tesoros de su omnipotencia y bondad infinita, manifestándola por el Verbo humanado y por su digna Madre; lo otro, porque en estas maravillas fue gloria de entrambos que la misma Madre fuese semejante al Hijo y llegase ella al colmo de

todas las gracias y merecimientos correspondientes a su dignidad y premio, y porque con este modo de obrar acreditase a su Hijo santísimo y su doctrina, y así la ayudase en su ministerio con mayor alteza, eficacia y excelencia. Y el estar ocultas estas maravillas de María santísima fue disposición del mismo Señor y petición de la prudentísima Madre; y así las hacía con tanta disimulación y sabiduría, que de todo se le diese la gloria al Redentor, en cuyo nombre y virtud eran hechas. Y este modo guardaba también en enseñar a las almas: porque no predicaba en público ni en los puestos y lugares determinados para los que lo hacían por oficio, como maestros y ministros de la palabra divina, porque este oficio no ignoraba la gran Señora que no era para las mujeres (1 Cor 14, 34), pero en pláticas y conversaciones privadas hacía estas obras con celestial sabiduría, eficacia y prudencia. Y por este modo y sus oraciones hizo más conversiones que todos los predicadores del mundo han hecho.

1050. Esto se entenderá mejor sabiendo que, a más de la virtud divina que tenían sus palabras, sabía y conocía los naturales, las condiciones, inclinaciones y costumbres de todos, el tiempo, disposición y ocasión más oportuna para reducirlos al camino de la luz, y a esto se juntaban sus oraciones, peticiones y la dulzura de sus prudentísimas razones. Y gobernados todos estos dones por aquella caridad ardentísima con que deseaba reducir a todas las almas al camino de la salud y llevarlas al Señor, era consiguiente que la obra de tales instrumentos fuese grandiosa y rescatase infinitas almas y las ilustrase y moviese; porque nada pedía al Señor que se le negase, y ninguna obra hacía vacía y sin el lleno de santidad que pedía, y siendo ésta de la redención la principal, sin duda cooperó a ella más de lo que en la vida mortal podemos conocer. En todas estas obras procedía la divina Señora con rara mansedumbre, como una paloma sencillísima, y con extremada paciencia y sufrimiento, sobrellevando las imperfecciones y rudeza de los nuevos fieles y alumbrando sus ignorancias, porque era multitud grande los que acudían a ella en determinándose a la fe del Redentor. Siempre guardaba la serenidad de su magnificencia de gran Reina, pero junto con ella era tan suave y humilde, que sola

Su Alteza pudo juntar estas perfecciones en sumo grado, a imitación del mismo Señor. Y entrambos trataban a todos con tanta humanidad y llaneza de perfectísima caridad, que a nadie se le pudo admitir excusa de no ser enseñado de tales maestros. Hablaban, conversaban y comían con los discípulos y mujeres que les seguían, con la medida y peso que convenía para que nadie se extrañase, ni pensase que el Señor no era hombre verdadero, hijo natural de María santísima, y por esto admitía el Señor otros convites con tanta afabilidad, como consta de los evangelios santos.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

1051. Hija mía, verdad es que yo trabajé más de lo que piensan y conocen los mortales en acompañar y seguir a mi Hijo santísimo hasta la cruz, y después no fueron menores mis cuidados, como entenderás para escribir la tercera parte de mi vida. Pero entre las molestias de mis trabajos era de incomparable gozo para mi espíritu ver que el Verbo humanado iba obrando la salvación de los hombres y abriendo el libro cerrado con siete sellos (Ap 5, 1) de los misterios ocultos de su divinidad y humanidad santísima; y no me debe menos el linaje humano por lo que me alegraba del bien de cada uno, que por el cuidado con que se le procuraba, porque todo nacía de un mismo amor. En éste quiero que me imites, como frecuentemente te amonesto. Y aunque no oyes con el cuerpo la doctrina de mi Hijo santísimo, ni su voz y predicación, también puedes imitarme en la reverencia con que yo le oía, pues él mismo es el que te habla al corazón y una misma es la verdad y enseñanza; y así te ordeno que cuando reconoces esta luz y voz de tu Esposo y Pastor, te arrodilles con reverencia para atender a ella y con hacimiento de gracias le adora y escribe sus palabras en tu pecho; y si estuvieres en lugar público, donde no puedas hacer esta humillación exterior, harásla con el afecto. Y en todo le obedece como si te hallaras presente a su predicación, pues así como el oírla entonces con el cuerpo sin obrarla no te hiciera dichosa, ahora lo serás si obras lo que oyes en el espíritu, aunque no sea con los oídos exteriores. Grande es tu obligación, porque es grande contigo la liberalísima piedad y misericordia del Altísimo y la mía. No seas tarda de

corazón, ni te halles pobre entre tantas riquezas de la divina luz.

1052. Y no sólo a la voz interior del Señor has de oír con reverencia, sino también a sus ministros, sacerdotes y predicadores, cuyas voces son los ecos de la del altísimo Dios y los arcaduces por donde se encamina la doctrina sana de vida, derivada de la fuente perenne de la verdad divina. En ellos habla Dios y resuena la voz de su divina ley; óyelos con tanta reverencia, que jamás halles defecto en ellos ni los juzgues; para ti todos han de ser sabios y elocuentes y en cada uno has de oír a Cristo mi Hijo y mi Señor. Y con esto estarás advertida para no caer en la osadía loca de los mundanos, que con vanidad y soberbia muy reprensible y odiosa en los ojos de Dios desprecian a sus ministros y predicadores, porque no les hablan a satisfacción de su depravado gusto. Como no van a oír la verdad divina, sólo juzgan de los términos y del estilo, como si la palabra de Dios no fuera sencilla y eficaz, sin tanto adorno y compostura de razones, ajustadas al oído enfermo de los que asisten a ella. No tengas en poco este aviso, y atiende a todos cuantos te diere en esta Historia, que como Maestra quiero informarte en lo poco y en lo mucho, en lo grande y en lo pequeño, porque el obrar en todo con perfección siempre es cosa grande. Asimismo te advierto que para los pobres y ricos que te hablan seas igual, sin diferencia ni acepción de personas, que ésta es otra falta común entre los hijos de Adán, y mi Hijo santísimo y yo la condenamos y reprobamos, mostrándonos a todos igualmente afables y más con los más despreciados, afligidos y necesitados. La humana sabiduría atiende a las personas, no al ser de las almas ni a sus virtudes, sino a la ostentación mundana, pero la prudencia del cielo mira a la imagen de Dios en todos. Tampoco debes extrañar de que tus hermanos y prójimos entiendan de ti que padeces los defectos de la naturaleza, que son pena del primer pecado, como las enfermedades, cansancio, hambre y otras pensiones. Tal vez el ocultar estos defectos es hipocresía o poca humildad, y los amigos de Dios sólo han de temer el pecado y desear morir por no cometerle; todos los otros defectos no manchan la conciencia, ni es necesario ocultarlos.

CAPITULO 3

La humildad de María santísima en los milagros que obraba Cristo nuestro Salvador y la que enseñó a los apóstoles, para los que ellos habían de obrar en la virtud divina, y otras advertencias.

1053. El principal argumento de toda la Historia de María santísima, si con atención se considera, es una demostración clarísima de la humildad de esta gran Reina y Señora de los humildes; virtud tan inefable en ella, que ni puede ser dignamente alabada, ni con proporción encarecida, porque ni de los hombres ni de los ángeles fue suficientemente comprendida en su impenetrable profundidad. Pero así como en todas las confecciones y medicinas saludables entra la suavidad y dulzura del azúcar y a todas les da su punto, acomodándose a ellas aunque sean más diferentes, así en todas las virtudes de María santísima y en sus obras entra la humildad, levantándolas de punto y acomodándolas al gusto del altísimo Señor y de los hombres, de suerte que por la humildad la miró Su Majestad y la eligió, y por ella misma todas las naciones la llaman bienaventurada (Lc 1, 48). No perdió la prudentísima Señora un punto, ni ocasión, ni tiempo ni lugar en toda su vida, que dejase perder sin obrar las virtudes que podía, pero mayor maravilla fue que no hiciese obra de virtud sin que entrase en ella su rara humildad. Esta virtud la levantó sobre todo lo que no fue el mismo Dios; pero así como en humildad venció María santísima a todas las criaturas, también por ella venció en su modo al mismo Dios, para hallar tanta gracia en sus ojos (Eclo 3, 20-21) que ninguna gracia le negó el Señor para sí ni para otros, si ella la pidiese. Venció la humildísima Señora a todas las criaturas en humildad, porque en su casa, como queda dicho en la primera parte (Cf. supra p. I n. 400, 473; p. II 419, 900; p. III n. 560ss), venció a su madre Santa Ana y sus domésticos para que la dejasen ser humilde; en el templo, a todas las doncellas y compañeras; en el matrimonio, a San José; en los ministerios humildes, a los Ángeles; en las alabanzas, a los Apóstoles y Evangelistas para que las ocultasen; al

Padre y al Espíritu Santo los venció con la humildad para que le ordenasen; y a su Hijo santísimo, para que la tratase de suerte que no diese motivo a ser alabada de los hombres con sus milagros y doctrina.

1054. Este linaje de humildad tan generosa de que ahora trato fue sola para la humildísima entre los humildes, porque ni los demás hijos de Adán ni los mismos ángeles pueden llegar a ella por la circunstancia de las personas, cuando por otras causas no desfalleciéramos tanto en esta virtud. Entenderemos esta verdad, advirtiendo que en los demás mortales con la mordedura de la antigua serpiente quedó tan entrañado el veneno de la soberbia, que para echarle fuera ordenó la divina sabiduría que sirviese de medicina el efecto del mismo pecado, para que el conocimiento de los propios defectos, y tan propios de cada uno, nos dieran a conocer nuestra bajeza, que no conocimos en el ser que tuvimos. Claro está que aunque tenemos alma espiritual, pero en este orden tiene el inferior grado, como Dios tiene el supremo y la naturaleza angélica el medio, y por la parte del cuerpo no sólo somos del ínfimo elemento, que es tierra, pero de lo inmundo de ella, que es el barro. Y todo esto no fue ocioso en la sabiduría y poder divino, sino con acuerdo grande, para que el barro tomase su lugar y siempre se reputase para el ínfimo asiento y estuviese en él, aunque se viese más aliñado y adornado de gracias, porque estaban en vaso frágil de barro y polvo. Pero todos perdimos el juicio y desatinamos en esta virtud y humildad tan legítima del ser del hombre, y para restituirnos a otra es necesario que experimentemos, en el fomes y sus pasiones y en nuestras desconcertadas acciones, que somos viles y contentibles. Y aun no basta experimentarlo cada día, para que nos vuelva el seso y confesemos que es inicua perversidad apetecer honra y excelencia humana, quien por naturaleza es polvo y barro y por sus obras indigno aun de tan bajo y terreno ser.

1055. Sola María santísima, sin haberle tocado la culpa de Adán ni sus efectos peligrosos y feos, conoció el arte de la mayor humildad y la llevó a su punto, y sólo porque conoció el ser de la criatura se humilló más que todos los hijos de Adán, conociendo ellos sobre el ser terreno sus pecados

propios. Los demás, si fueron humildes, fueron primero humillados, y por la humillación entraron como compelidos en la humildad, y han de confesar con Santo Rey David (Sal 118, 67, 71): *Antes que me humillara delinquí;* y en otro verso: *Bueno fue, Señor, para mí que me humillaste para venir a conocer tus justificaciones.* Pero la Madre de la humildad no entró en ella por la humillación, y antes fue humilde que humillada, y nunca humillada con culpas ni pasiones, sino siempre generosamente humilde. Y si los ángeles no entran en cuenta con los hombres, porque son de superior jerarquía y naturaleza, sin pasiones ni culpas, con todo eso no pudieron estos soberanos espíritus alcanzar la humildad de María santísima, aunque también se humillaron ante su Criador por ser hechuras suyas. Pero lo que tuvo María santísima de ser terreno y humano, eso le fue motivo para aventajarse a los ángeles por esa parte, que no les pudo mover tanto a ellos su propio ser espiritual para abatirse tanto como esta divina Señora. Y sobre esto se añade la dignidad de ser Madre de Dios y Señora de todas las criaturas y de los mismos ángeles, que ninguno de ellos pudo reconocer en sí dignidad ni excelencia que levantase tanto de punto la virtud de la humildad, como se hallaba en nuestra divina Maestra.

1056. En esta excelencia fue singular y única; que siendo Madre del mismo Dios y Reina de todo lo criado, no ignorando esta verdad, ni los dones de gracia que para ser digna Madre había recibido, ni las maravillas que por ellos obraba, y que todos los tesoros del cielo depositaba el Señor en sus manos y a su disposición, con todo eso, ni por madre, ni por inocente, ni por poderosa y favorecida, ni por sus obras milagrosas, ni por las de su Hijo santísimo, se levantó jamás su corazón del lugar más ínfimo entre todas las criaturas. ¡Oh rara humildad! ¡Oh fidelidad nunca vista entre los mortales! ¡Oh sabiduría que ni los ángeles pudieron alcanzar entre sí mismos! ¿Quién hay que siendo conocido de todos por el mayor, se desconozca él solo y repute por el más pequeño? ¿Quién supo esconder de sí mismo lo que todos publican de él? ¿Quién para sí fue contentible, siendo para todos admirable? ¿Quién entre la suma excelencia y alteza no perdió de vista la bajeza y convidado con el lugar supremo eligió el ínfimo, y esto no

por necesidad ni tristeza, no con impaciencia y forzada, sino con todo corazón, verdad y fidelidad? ¡Oh hijos de Adán, qué tardos y qué torpes somos en esta ciencia divina! ¡Cómo es necesario que nos oculte muchas veces el Señor nuestros bienes propios, o que con ellos nos cargue algún lastre o contrapeso, para que no demos al través con todos sus beneficios y no meditemos ocultamente alguna rapiña de la gloria que se le debe como autor de todo! Entendamos, pues, cuán bastarda es nuestra humildad y cuán peligrosa, aunque alguna vez la tengamos, pues el Señor —digámoslo así a nuestro modo— ha menester tanto tiento y cuidado en fiarnos algún beneficio o virtud, por la delicadeza de nuestra humildad, y pocas veces nos fía sus dones sin que en ellos eche alguna sisa nuestra ignorancia, a lo menos de complacencia y liviana alegría.

1057. Admiración fue para los ángeles de María santísima, en los milagros de Cristo nuestro Señor, ver el proceder y humildad que en ellos tenía la gran Señora, porque no estaban acostumbrados a ver en los hijos de Adán, ni aun entre sí mismos, aquel modo de abatimiento entre tanta excelencia y obras tan gloriosas; ni se admiraban tanto los divinos espíritus de las maravillas del Salvador, porque ya habían conocido y experimentado en ellas su omnipotencia, como de la fidelidad incomparable con que la beatísima Señora reducía todas aquellas obras en gloria del mismo Dios, reputándose a sí misma por tan indigna como si fuera beneficio suyo no dejarlas de hacer su Hijo santísimo por estar ella en el mundo. Y este género de humildad caía sobre ser ella el instrumento que casi en todas las obras milagrosas movía con sus peticiones al Salvador actualmente para que las hiciese; a más de que, como en otras partes he dicho (Cf. supra n. 788), si María santísima no interviniera entre los hombres y Cristo, no llegara el mundo a tener la doctrina del Evangelio ni mereciera recibirla.

1058. Eran los milagros y obras de Cristo nuestro Señor tan nuevas en el mundo, que no podía dejar de resultar para su Madre santísima gran gloria y estimación, porque no sólo era conocida de los discípulos y apóstoles, sino que los nuevos fieles acudían casi todos a ella, confesándola por

Madre del verdadero Mesías, y dábanle muchos parabienes de las maravillas que hacía su Hijo santísimo. Y todos estos sucesos eran un nuevo crisol de su humildad, porque se pegaba con el polvo y se deshacía en su estimación sobre todo pensamiento criado. Y no se quedaba en este abatimiento tarda y desagradecida, porque junto con humillarse por todas las obras admirables de Cristo daba dignas gracias al Eterno Padre por cada una de ellas y llenaba el vacío de la ingratitud humana. Y con la oculta correspondencia que su alma purísima tenía con la del mismo Salvador, le prevenía para que divirtiese la gloria que los oyentes de su divina palabra la daban a ella, como sucedió en algunas ocasiones de las que cuentan los evangelistas. La una, cuando dio salud al endemoniado mudo, y porque los judíos lo atribuyeron al mismo demonio, despertó el Señor aquella mujer fiel que a voces dijo: *Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que te dieron leche (Lc 11, 27).* Oyendo estas razones la humilde y advertida Madre, pidió en su interior a Cristo nuestro Señor que divirtiese de ella aquella alabanza, y condescendió Su Majestad con ella de tal manera, que la alabó más por otro modo entonces oculto, porque dijo el Señor: *Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan (Lc 11, 28; Mt 12, 50)*. Y con estas palabras deshizo la honra que a María purísima le daban por Madre y se la dio por santa, enseñando a los oyentes de camino lo esencial de la virtud común a todos, en que su Madre era singular y admirable, aunque por entonces no lo entendieron.

1059. El otro suceso fue, cuando refiere San Lucas que estando predicando nuestro Salvador le dijeron que venían a Él su Madre y hermanos y no podían llegar a donde estaba por la multitud de la gente; y la prudentísima Virgen, previniendo algún aplauso de los que la conocían por Madre del Salvador, pidió a Su Majestad lo divirtiese, como lo hizo respondiendo: *Mi Madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre, oyen su palabra y la cumplen (Lc 8, 21)*. Y en estas razones tampoco excluyó el Señor a su Madre de la honra que merecía por su santidad, antes bien la comprendió más que a todos; pero diósela de suerte que no fuese celebrada entre los circunstantes, y

ella consiguiese su deseo de que sólo el Señor fuese conocido y alabado por sus obras. En estos sucesos advierto que los digo como diferentes, porque así lo he entendido, y que fueron en diferentes lugares y ocasiones, como lo refiere San Lucas en los capítulos 8 y 11. Y porque San Mateo en el capítulo 12 refiere el mismo milagro de la cura del endemoniado mudo y luego dice que avisaron al Salvador que su Madre estaba fuera con sus hermanos y le querían hablar y lo demás que acabo de referir, por esto algunos expositores sagrados han juzgado que todo lo dicho en estos dos sucesos fue junto y sola una vez. Pero habiéndolo yo preguntado de nuevo por orden de la obediencia, me fue respondido que fueron casos diferentes los que cuenta San Lucas en diversas ocasiones, como se puede colegir de lo demás que contienen los dos capítulos del Evangelista antes de las palabras referidas; porque después del milagro del endemoniado refiere San Lucas (Lc 11, 27) el suceso de la mujer que dijo: *Beatus venter,* etcétera. Y el otro suceso refiere en el capítulo 8, después que predicó el Señor la parábola de la semilla, y el uno y otro suceso fue inmediato a lo que acababa de referir.

1060. Para que mejor se entienda que no discordan los evangelistas, y la razón por qué fue la Reina santísima a buscar a su Hijo en las ocasiones que dicen, advierto que para dos fines iba de ordinario la divina Madre a donde predicaba Cristo nuestro Salvador y Maestro. El uno por oírle, como arriba dije (Cf. supra n. 1046); el otro, porque era necesario pedirle algún beneficio para las almas, por la conversión de algunas y salud de los enfermos y necesitados; porque estas causas y el remedio de ellas las tomaba por su cuenta la piadosísima Señora, como sucedió en las bodas de Caná. Y para estos y otros fines bien ordenados iba a buscarle, o avisada de los Santos Ángeles o movida por la luz interior, y ésta fue la razón de ir a donde estaba Su Majestad en las ocasiones que refieren los Evangelistas. Y como no sucedía esto sola una vez sino muchas, y el concurso de la gente que seguía la predicación del Salvador era tan grande, por esto sucedió que las dos veces que refieren los Evangelistas, y otras que no dicen, fuese avisado de que su Madre y hermanos le buscaban, y en estas dos ocasiones respondió las palabras

que dicen San Mateo y San Lucas. Y no es maravilla que en diferentes partes y lugares repitiese las mismas, como lo hizo de aquella sentencia: *Todo aquel que se ensalzare será humillado; y el que se humillare será ensalzado;* que la dijo el Señor una vez en la parábola del publicano y fariseo y otra en la de los convidados a las bodas, como lo refiere San Lucas en los capítulos 14 y 18 (Lc 14, 11; 18, 14), y aun San Mateo (Mt 23, 12) lo cuenta en otra ocasión.

1061. Y no sólo fue humilde para sí María santísima, sino que fue gran maestra de los apóstoles y discípulos en esta virtud, porque era necesario que se fundasen y arraigasen en ella para los dones que habían de recibir y las maravillas que con ellos habían de obrar, no sólo adelante en la fundación de la Iglesia, sino también desde luego en su predicación. Los sagrados evangelistas dicen que nuestro celestial Maestro envió delante de sí primero a los apóstoles (Mt 10, 5; Lc 9, 2) y después a los setenta y dos discípulos (Lc 10, 1), y les dio potestad de hacer milagros expeliendo demonios y curando enfermos. Y la gran Maestra de los humildes les advirtió y exhortó con ejemplo y palabras de vida cómo se habían de gobernar en obrar estas maravillas. Y con su enseñanza y peticiones se les infundió a los apóstoles nuevo espíritu de profunda humildad y sabiduría para conocer con más claridad cómo aquellos milagros los hacían en virtud del Señor y que a su poder y bondad sola se le debía toda la gloria de aquellas obras, porque ellos eran unos puros instrumentos; y como al pincel no se le debe la gloria de la pintura, ni a la espada de la victoria, y todo se le atribuye al pintor y al capitán o soldado que lo mueve o gobierna, así la honra y alabanza de las maravillas que harían, toda la habían de remitir a su Señor y Maestro, de quien todo bien se deriva. Y es de advertir que nada de esta doctrina se halla en los evangelios que les dijese el Señor a los apóstoles antes que fuesen a la predicación, porque esto lo hizo la divina Maestra. Y con todo eso, cuando volvieron los discípulos a la presencia de Cristo nuestro Señor y muy alegres le dijeron que en su nombre se les habían sujetado los demonios (Lc 10, 17), entonces el Señor les advirtió que les había dado aquella potestad, pero que no se holgasen por aquellas obras, sino porque sus nombres estaban escritos en el cielo. Tan delicada como

esto es nuestra humildad, que aun en los mismos discípulos del Señor tuvo necesidad de tantos magisterios y preservativos.

1062. Para fundar después la Santa Iglesia, fue más importante esta ciencia de la humildad que Cristo nuestro Maestro y su Madre santísima enseñaron a los Apóstoles, por las maravillas que obraron en virtud del mismo Señor, en confirmación de la fe y predicación del Evangelio; porque los gentiles, acostumbrados a dar ciegamente divinidad a cualquiera cosa grande y nueva, viendo los milagros que los Apóstoles hacían, los quisieron adorar por dioses, como sucedió a San Pablo y San Bernabé en Licaonia, por ver curado un tullido desde su nacimiento (Act 14, 9), y a San Pablo le llamaban Mercurio y a San Bernabé Júpiter. Y después en la isla de Malta, porque San Pablo no murió de la picadura de una víbora como sucedía a todos los que estas serpientes mordían, le llamaron Dios (Act 28, 6). Todos estos misterios y razones prevenía María santísima con la plenitud de su ciencia, y como coadjutora de su Hijo santísimo concurría en la obra de Su Majestad y de la fundación de la Ley de Gracia. En el tiempo de la predicación, que fue tres años, subió Cristo nuestro Señor a celebrar la Pascua a Jerusalén tres veces, y siempre le acompañó su beatísima Madre y se halló presente cuando a la primera ocasión sacó del templo con el azote a los que vendían ovejas, palomas y bueyes en aquella casa de Dios. En estas obras y en las demás que hizo el Salvador ofreciéndose al Padre en aquella ciudad y lugares donde había de padecer, en todas le siguió y acompañó la gran Señora, con admirables afectos de encumbrado amor y acciones de virtudes heroicas, según y como le tocaba, sin perder alguna, y dando a todas la plenitud de perfección que cada una pedía en su orden y ejercitando principalmente la caridad ardentísima que tenía derivada del ser de Dios, que, como estaba en Su Majestad y Dios en ella, era caridad del mismo Señor la que ardía en su pecho y la encaminaba a solicitar el bien de los prójimos con todas sus fuerzas y conato.

Doctrina que me dio la misma Reina del cielo.

1063. Hija mía, toda su maldad y astucia estrenó la antigua serpiente en borrar del corazón humano la ciencia de la humildad, que como semilla santa sembró en él la clemencia de su Hacedor, y en su lugar derramó este enemigo la impía cizaña de la soberbia. Para arrancar ésta y restituirse el alma al bien perdido de la humildad, es necesario que consienta y quiera ser humillada de otras criaturas y que pida al Señor con incesantes deseos y verdadero corazón esta virtud y los medios para conseguirla. Muy contadas son las almas que se aplican a esta sabiduría y alcanzan la humildad con perfección, porque requiere un vencimiento lleno y total de toda la criatura, a que llegan muy pocos, aun de los que profesan la virtud; porque este contagio ha penetrado tanto las potencias humanas, que casi en todas las obras se refunde, y apenas hay alguna en los hombres que no salga con algún sabor de soberbia, como la rosa con espinas y el grano con la arista. Por esta razón hace el Altísimo tanto aprecio de los verdaderos humildes, y aquellos que alcanzan por entero el triunfo de la soberbia los levanta y coloca con los príncipes de su pueblo y los tiene por hijos regalados y los exime en cierto modo de la jurisdicción del demonio, ni él se les atreve tanto, porque teme a los humildes y sus victorias le atormentan más que las llamas del fuego que padece.

1064. El tesoro inestimable de esta virtud deseo yo, carísima, que llegues a poseer con plenitud y que entregues al Muy Alto todo tu corazón dócil y blando, para que como cera fácil imprima sin resistencia en él la imagen de mis operaciones humildes. Y habiéndote manifestado tan ocultos secretos de este sacramento, es grande la deuda que tienes de corresponder a mi voluntad y no perder punto ni ocasión que te puedas humillar y adelantar en esta virtud que dejes de hacerlo, como conoces que yo lo hice, siendo Madre del mismo Dios y en todo llena de pureza y gracia, y con mayores dones me humillé más, porque en mi estimación excedían más a mis merecimientos y crecían mis obligaciones. Todos los demás hijos de Adán sois concebidos en pecado y ninguno hay que por sí mismo no peque. Y si nadie puede negar esta verdad de su naturaleza infecta, ¿qué razón hay para que no se humille a Dios y a

los hombres? El abatirse hasta la tierra y ponerse en el último lugar después del polvo, no es grande humildad para quien ha pecado, porque siempre tiene más honra de la que merece, y el humilde verdadero ha de bajar a menos lugar del que le toca. Si todas las criaturas le desprecian y aborrecen o le ofenden, si se reputa por digno del infierno, todo esto será justicia más que humildad, porque todo es darle su merecido. Pero la profunda humildad extiéndese a desear mayor humillación de la que le corresponde de justicia al humilde. Y por esto es verdad que ninguno de los mortales puede llegar al género de humildad que yo tuve, como lo has entendido y escrito, pero el Altísimo se da por servido y obligado de que se humillen en lo que pueden y deben de justicia.

1065. Vean ahora los pecadores soberbios su fealdad y entiendan son monstruos del infierno en imitar a Lucifer en la soberbia. Porque este vicio le halló hermoso y con grandes dones de gracia y naturaleza, y aunque se desvaneció de los bienes recibidos, pero en efecto los poseía y los tenía como por suyos; mas el hombre, que es barro, y sobre eso ha pecado y está lleno de fealdad y abominaciones, monstruo es si se quiere engreír y desvanecer, y por este desatino excede al mismo demonio, porque ni tiene la naturaleza tan noble, ni la gracia y hermosura que tenía Lucifer. Y este enemigo y sus secuaces desprecian y hacen burla de los hombres que con tan bajas condiciones se ensoberbecen, porque conocen su locura y delirio contentible y vano. Atiende, pues, hija, a este desengaño y humíllate más que la tierra, sin mostrar más sentimiento que ella cuando el Señor por sí o por las criaturas te humilla. De ninguna te juzgues agraviada ni te des por ofendida; y si aborreces la ficción y mentira, advierte que la mayor es apetecer honra y lugar alto el que por cualquiera pecado, aunque sea leve, merece estar debajo de todo lo visible y más ínfimo del mundo. No atribuyas a las criaturas lo que Dios hace para humillarte a ti y a ellas con aflicciones y tribulaciones, porque esto es quejarse de los instrumentos, y es orden de la divina misericordia afligir con castigos, para reducir a los hombres a su humillación. Y así lo hace hoy Su Majestad con los trabajos que padecen estos reinos, si acabasen de

conocerlo. Humíllate en la divina presencia por ti y por todos tus hermanos para aplacar su enojo, como si tú sola fueras culpada y como si no hubieras satisfecho, pues en la vida nadie puede saber si lo ha hecho, y procura aplacarle como si tú sola le hubieras ofendido. Y en los dones y favores que has recibido y recibieres muéstrate agradecida, como quien menos merece y tanto debe, y con este estímulo humíllate más que todos y trabaja sin cesar para que en parte satisfagas a la divina piedad, que tan liberal se ha mostrado contigo.

CAPITULO 4

Con los milagros y obras de Cristo y con los de San Juan Bautista se turba y equivoca el demonio, Herodes prende y degüella a San Juan Bautista y lo que sucedió en su muerte.

1066. Prosiguiendo el Redentor del mundo en su predicación y maravillas, salió de Jerusalén por la tierra de Judea, donde se detuvo algún tiempo bautizando —como dice el Evangelista San Juan en el capítulo 3 (Jn 3, 22), aunque luego en el 4 (Jn 4, 2) declara bautizaba por mano de sus discípulos--- y al mismo tiempo estaba su precursor San Juan bautista bautizando también en Enón, ribera del Río Jordán cerca de la ciudad de Salín. Y no era uno mismo el bautismo, porque el Precursor bautizaba en sola agua y con el bautismo de penitencia, pero nuestro Salvador daba su bautismo propio, que era la justificación y eficaz perdón de los pecados, como ahora lo hace el mismo bautismo, infundiendo la gracia con las virtudes (e imprimiendo carácter Sacramental del Bautismo). Y a más de esta oculta eficacia y efectos del bautismo de Cristo, se juntaba la eficacia de sus palabras y predicación y la grandeza de los milagros con que todo lo confirmaba. Y por esto concurrieron a él más discípulos y seguidores que al Bautista, cumpliéndose lo que el mismo santo dijo, que convenía creciese Cristo y que él fuese menguado (Jn 3, 30). Al bautismo (Sacramental) de Cristo nuestro Señor asistía de ordinario su Madre santísima, conociendo los efectos divinos que causaba en las almas aquella nueva regeneración, y como

si ella los recibiera por medio del Sacramento, los agradecía y daba el retorno a su Autor con cánticos de alabanza y grandes actos de las virtudes; con que en todas estas maravillas granjeaba incomparables y nuevos merecimientos.

1067. Cuando la disposición divina dio lugar a que se levantasen Lucifer y sus ministros de la ruina que padecían con el triunfo de Cristo nuestro Redentor en el desierto, volvió este dragón a reconocer las obras de la humanidad santísima, y dio lugar su Providencia divina para que, quedando siempre oculto a este enemigo el principal misterio, conociese algo de lo que convenía para ser del todo vencido en su misma malicia. Conoció el grande fruto de la predicación, milagros y bautismo de Cristo Señor nuestro y que por este medio innumerables almas se apartarían de su jurisdicción, saliendo de pecado y reformando sus vidas. Y también conoció, en su modo, lo mismo en la predicación de San Juan Bautista y de su bautismo (de penitencia), aunque siempre ignoraba la oculta diferencia de los maestros y sus bautismos; pero del suceso conjeturó la perdición de su imperio, si pasaban adelante las obras de los nuevos predicadores Cristo nuestro bien y San Juan Bautista. Y con esta novedad se halló turbado y confuso Lucifer, porque se reconocía con flacas fuerzas para resistir al poder del cielo, que sentía contra sí por medio de aquellos nuevos hombres y doctrina. Turbado, pues, en su misma soberbia con estos recelos, juntó de nuevo otro conciliábulo con los demás príncipes de sus tinieblas y les dijo: Grandes novedades son éstas que hallamos en el mundo estos años, y cada día van creciendo, y con ellas también mis recelos de que ya ha venido a él el Verbo divino, como lo tiene prometido, y aunque he rodeado todo el orbe, no acabo de conocerle. Pero estos dos hombres nuevos, que predican y me quitan cada día tantas almas, me ponen en sospechoso cuidado; y al uno nunca le he podido vencer en el desierto y el otro nos venció y oprimió a todos cuando estuvo en él y nos ha dejado cobardes y quebrantados; y si pasan adelante con lo que han comenzado, todos nuestros triunfos se volverán en confusión. No pueden ser entrambos Mesías, ni tampoco entiendo si lo es alguno de ellos; pero el sacar tantas almas

de pecado es negocio tan arduo, que ninguno lo ha hecho como ellos hasta ahora, y supone nueva virtud, que nos importa investigar y saber de dónde nace, y que acabemos con estos dos hombres. Y para todo me seguid y ayudadme con vuestras fuerzas y poder, astucia y sagacidad, y porque sin esto se vendrán a postrar nuestros intentos.

1068. Con este razonamiento determinaron aquellos ministros de maldad perseguir de nuevo a Cristo Salvador nuestro y a su gran precursor San Juan Bautista; pero como no alcanzaban los misterios escondidos en la Sabiduría increada, aunque daban muchos arbitrios y sacaban grandes consecuencias, todas eran disparatadas y sin firmeza, porque estaban alucinados y confusos de ver por una parte tantas maravillas y por otra tan desiguales señales de las que ellos habían concebido de la venida del Verbo humanado. Y para que se entendiese más la malicia que él llevaba y todos sus aliados se hiciesen capaces de los intentos de su príncipe Lucifer, que eran de inquirir y descubrir lo que ignoraba, sintiendo quebranto sin saber por dónde venía, hacía juntas de demonios, para que manifestasen lo que habían visto y entendido, y les ofrecía grandes premios de imperios en su república de maldad. Y para que se enredase más la malicia de estos infernales ministros en su confusa indignación, permitió el Maestro de la vida que tuviesen mayor noticia de la santidad del Bautista. Y aunque no hacía los milagros que Cristo nuestro Redentor, pero las señales de su santidad eran grandiosas y en las virtudes exteriores era muy admirable. Y también le ocultó Su Majestad algunas extraordinarias maravillas de las suyas al Dragón, y en lo que él llegaba a conocer hallaba gran similitud entre Cristo y Juan, con que se vino a equivocar, sin determinar sus sospechas a quién de los dos daría el oficio y dignidad de Mesías. Entrambos —decía— son grandes santos y profetas; la vida del uno es común, pero extraordinaria y peregrina; el otro hace muchos milagros, la doctrina es casi una misma; entrambos no pueden ser Mesías, pero, sean lo que fueren, yo los reconozco por grandes enemigos míos y santos y los he de perseguir hasta acabar con ellos.

1069. Comenzaron estos recelos en el demonio desde que vio a San Juan Bautista en el desierto con tan prodigioso y nuevo orden de vida desde su niñez, y le pareció era aquella virtud más que de puro hombre. Y por otra parte conoció también algunas obras y virtudes de la vida de Cristo nuestro Señor no menos admirables y las confería el Dragón unas con otras. Pero como el Señor vivía con el modo más ordinario entre los hombres, siempre Lucifer investigaba cuanto podía quién sería San Juan Bautista. Y con este deseo incitó a los judíos y fariseos de Jerusalén, para que enviasen por embajadores a los sacerdotes y levitas que preguntasen al Bautista quién era (Jn 1, 19), si era Cristo, como ellos pensaban con sugestión del enemigo. Y dejase entender que fue muy vehemente, pues pudieron entender que el Bautista, siendo del tribu de Leví, notoriamente no podía ser Mesías, que conforme a las Escrituras había de ser del tribu de Judá, y ellos eran sabios en la ley que no ignoraban estas verdades. Pero el demonio los turbó y obligó a que hiciesen aquella pregunta con doblada malicia del mismo Lucifer, porque su intento era que respondiese si lo era; y si no lo era, que se desvaneciese con la estimación en que estaba acerca del pueblo que lo pensaba y se complaciese vanamente en ella, o usurpase en todo o en parte la honra que le ofrecían. Y con esta malicia estuvo Lucifer muy atento a la respuesta de San Juan Bautista.

1070. Pero el santo Precursor respondió con admirable sabiduría, confesando la verdad de tal manera, que con ella dejase vencido al enemigo y más confuso que antes. Respondió que no era Cristo. Y replicándole si era Elías; porque los judíos eran tan torpes, que no sabían discernir entre la primera y segunda venida del Mesías, y como de Elías estaba escrito había de venir antes, por esto le preguntaron si era Elías; respondió, que no era él, sino que era la voz que clamaba en el desierto, como lo dijo Isaías, para que enderezasen los caminos del Señor (Jn 1, 20-23). Todas las instancias que hicieron estos embajadores se las administró el enemigo, porque le parecía que si San Juan Bautista era justo diría la verdad, y si no, descubriría claramente quién era; pero cuando oyó que era voz quedó turbado, ignorando y sospechando si quería decir que era el

Verbo Eterno. Y crecióle la duda, advirtiendo en que San Juan Bautista no había querido manifestar a los judíos con claridad quién era. Y con esto engendró sospecha de que llamarse voz había sido disimulación, porque si dijera que era palabra de Dios, manifestaba que era el Verbo y por ocultarlo no se había llamado palabra sino voz; tan deslumbrado como esto andaba Lucifer en el misterio de la Encarnación. Y cuando pensó que los judíos quedaban ilusos y engañados, lo quedó él mucho más con toda su depravada teología.

1071. Con aquel engaño se enfureció más contra el Bautista; pero acordándose cuán mal había salido de las batallas que con el Señor tuvo a solas y que tampoco a San Juan Bautista le había derribado en culpa de alguna gravedad, determinó hacerle guerra por otro camino. Hallóle muy oportuno, porque el Bautista Santo reprendía a Herodes por el torpísimo adulterio que públicamente cometía con Herodías, mujer de Filipo, su mismo hermano, a quien se la había quitado, como dicen los Evangelistas (Mt 14, 3; Mc 6, 17; Lc 3, 19). Conocía Herodes la santidad y razón de San Juan Bautista y le tenía respeto y temor y le oía de buena gana, pero esto, que obraba en el mal rey la fuerza de la razón y luz, pervertía la execrable y desmedida ira de aquella torpísima Herodías y su hija, parecida y semejante en costumbres a su madre. Estaba la adúltera arrebatada de su pasión y sensualidad y con esto bien dispuesta para ser instrumento del demonio en cualquiera maldad. Incitó al rey para que degollase al Bautista, instigándola primero a ella el mismo enemigo para que lo negociase por diferentes medios. Y habiendo echado preso al que era voz del mismo Dios y el mayor entre los nacidos, llegó el día que celebraba Herodes el cumplimiento de sus infelices años con un convite y sarao que hizo a los magistrados y caballeros de Galilea, donde era rey. Y como en la fiesta introdujese la deshonesta Herodías a su hija para que bailase delante los convidados, hízolo a satisfacción del ciego rey y adúltero, con que se obligó y le ofreció a la saltatriz que pidiese cuanto deseaba, que todo se lo daría, aunque pidiese la mitad de su reino. Ella, gobernada por su madre y entrambas por la astucia de la serpiente, pidió más que el reino y que muchos reinos, que

fue la cabeza del Bautista, y que luego se la diesen en un plato; y así lo mandó el rey por habérselo jurado y haberse sujetado a una deshonesta y vil mujer que le gobernase en sus acciones. Por ignominia afrentosa juzgan los hombres que les llamen mujer, porque les priva este nombre de la superioridad y nobleza que tiene el ser varones; pero mayor mengua es ser menos que mujeres dejándose mandar y gobernar de sus antojos, porque menos es y más inferior el que obedece y mayor es quien le manda. Y con todo eso hay muchos que cometen esta vileza sin reputarla por mengua, siendo tanto mayor y más indigna cuanto es más vil y execrable una mujer deshonesta, porque perdida esta virtud nada le queda que no sea muy despreciable y aborrecible en los ojos de Dios y de los hombres.

1072. Estando preso el Bautista a instancia de Herodías, fue muy favorecido de nuestro Salvador y de su divina Madre por medio de los Santos Ángeles, con quien la gran Señora le envió a visitar muchas veces, y algunas le envió de comer mandándoles se lo preparasen y llevasen; y el Señor de la gracia le hizo grandes beneficios interiores. Pero el demonio, que quería acabar con San Juan Bautista, no dejaba sosegar el corazón de Herodías hasta verle muerto y aprovechábase de la ocasión del sarao. Puso en el ánimo del rey Herodes aquella estulta promesa y juramento que hizo a la hija de Herodías, y así le cegó más, para que impíamente juzgase por mengua y descrédito no cumplir el inicuo juramento con que había confirmado la promesa; y así mandó quitar la cabeza al precursor San Juan Bautista, como consta del Evangelio (Mc 6, 27). Al mismo tiempo la Princesa del mundo conoció en el interior de su Hijo santísimo, por el modo que solía, que se llegaba la hora de morir el Bautista por la verdad que había predicado. Postróse la purísima Madre a los pies de Cristo nuestro Señor y con lágrimas le pidió asistiese en aquella hora a su siervo y precursor Juan y le amparase y consolase, para que fuese más preciosa en sus ojos la muerte, que por su gloria y en defensa de la verdad había de padecer.

1073. Respondióle el Salvador con agrado de su petición y dijo quería cumplirla con toda plenitud y mandó a la beatísima Madre le siguiese. Y luego por la divina virtud

Cristo nuestro Redentor y María santísima fueron movidos milagrosa e invisiblemente y entraron en la cárcel, donde estaba el Bautista amarrado con cadenas y maltratado con muchas llagas; porque la impiísima adúltera, deseando acabarle, había mandado a unos criados —que fueron seis en tres ocasiones— le azotasen y maltratasen, como de hecho lo hicieron por complacer a su ama. Y por este medio pretendió aquella tigre quitar la vida al Bautista antes que sucediera la fiesta y convite, donde lo mandó Herodes. Y el demonio incitó a los crueles ministros, para que con grande ira le maltratasen de obra y de palabra, con grandes contumelias y blasfemias contra su persona y doctrina que predicaba, porque eran hombres perversísimos, como criados y privados de tan infeliz mujer, adúltera y escandalosa. Pero con la presencia corporal de Cristo y de su Madre santísima se llenó de luz aquel lugar de la cárcel donde estaba el Bautista y todo quedó santificado, asistiendo con los Reyes del cielo gran multitud de ángeles, cuando los palacios del adúltero Herodes eran habitación de inmundos demonios y más culpados ministros que cuantos estaban encarcelados por la justicia.

1074. Vio el Santo Precursor al Redentor del mundo y a su santísima Madre con gran refulgencia y muchos coros de Ángeles que les acompañaban, y al punto se le soltaron las cadenas con que estaba preso y sus llagas y heridas fueron sanas y lleno de incomparable júbilo postróse en tierra con profunda humildad y admirable devoción. Pidió la bendición al Verbo encarnado y a su Madre santísima, diéronsela y estuvieron algún rato en divinos coloquios con su siervo y amigo, que no me detengo en referirlos, sólo diré lo que movió más mis tibios afectos. Dijo el Señor al Bautista con amigable semblante y humanidad: Juan, siervo mío, ¿cómo os adelantáis a vuestro Maestro en ser primero azotado, preso y afligido y en ofrecer la vida y padecer muerte por la gloria de mi Padre, antes que yo padezca? Mucho van caminando vuestros deseos, pues gozáis tan presto el premio en padecer tribulaciones, y tales como yo las tengo prevenidas para mi humanidad; pero en esto remunera mi Eterno Padre el celo con que habéis hecho el oficio de precursor mío. Cúmplanse vuestras ansias afectuosas y entregad el cuello al cuchillo, que yo lo quiero

así y que llevéis mi bendición y bienaventuranza de padecer y morir por mi nombre. Yo ofrezco vuestra muerte a mi Padre, con lo que se dilata la mía.

1075. Con la virtud y suavidad de estas razones fue penetrado el corazón del Bautista y prevenido de tanta dulzura del amor divino, que en algún espacio no pudo pronunciar palabra; pero, confortándole la divina gracia, pudo con abundancia de lágrimas responder a su Señor y Maestro, agradeciéndole aquel inefable e incomparable beneficio entre los demás grandes que de su liberal mano tenía recibidos, y con suspiros de lo íntimo del alma dijo: Eterno bien y Señor mío, no pude yo merecer penas y tribulaciones que fuesen dignas de tal favor y consuelo, como gozar de vuestra real presencia y de vuestra digna Madre y mi Señora; indigno soy de este nuevo beneficio. Para que más quede engrandecida vuestra misericordia sin medida, dadme, Señor, licencia para que muera antes que Vos, porque Vuestro Santo Nombre sea más conocido, y recibid el deseo de que fuera por Él más penosa y dilatada la muerte que he de padecer. Triunfen de mi vida Herodes y los pecados y el mismo infierno, que yo la entrego por Vos, amado mío, con alegría; recibidla, Dios mío, en agradable sacrificio. Y Vos, Madre de mi Salvador y Señora mía, convertid a vuestro siervo los ojos clementísimos de vuestra dulcísima piedad y tenedme siempre en vuestra gracia como Madre y causa de todo nuestro bien. Toda mi vida abracé el desprecio de la vanidad, amé a la cruz que ha de santificar mi Redentor y deseo sembrar con lágrimas, pero nunca pude merecer esta alegría, que en mis tormentos ha hecho dulce el padecer, mis prisiones suaves y la misma muerte apetecible y más amable que la vida.

1076. Entre estas y otras razones que dijo el Bautista, entraron en la cárcel tres criados de Herodes con un verdugo, que sin dilación hizo prevenirlo todo la implacable ira de aquella tan cruel como adúltera mujer; y ejecutando el impío mandato de Herodes, rindió su cuello el santísimo Precursor, y el verdugo le degolló y cortó la cabeza. Al mismo tiempo que se iba a ejecutar el golpe, el Sumo Sacerdote Cristo, que asistía al sacrificio, recibió en sus

brazos al cuerpo del mayor de los nacidos y su Madre santísima recibió en sus manos la cabeza, ofreciendo entrambos al Eterno Padre la nueva hostia en la sagrada ara de sus divinas manos. Dio lugar a todo esto, no sólo el estar allí los Sumos Reyes invisibles para los circunstantes, sino una pendencia que trabaron los criados de Herodes sobre cuál de ellos había de lisonjear a la infame saltatriz y a su impiísima madre llevándoles la cabeza de San Juan Bautista. Y en esta competencia se embarazaron tanto, que sin atender de dónde, cogió uno la cabeza de manos de la Reina del cielo, y los demás le siguieron a entregarla en un plato a la hija de Herodías. A la santísima alma del Bautista envió Cristo nuestro Redentor al limbo (de los Padres) con gran multitud de Ángeles que la llevaron, y con su llegada se renovó la alegría de los Santos Padres que allí estaban. Y los Reyes del Cielo se volvieron al lugar donde estaban antes que fueran a visitar a San Juan Bautista. De la santidad y excelencias de este gran Precursor está mucho escrito en la Santa Iglesia, y aunque faltan otras cosas que decir, y yo he entendido algo, no puedo detenerme en escribirlo, por no divertirme de mi intento ni alargar más esta divina Historia. Y sólo digo que recibió el feliz y dichoso Precursor muy grandes favores de Cristo nuestro Señor y su santísima Madre, por todo el discurso de su vida, en su nacimiento dichoso y en el desierto, en la predicación y santa muerte; con ninguna nación hizo la diestra divina tal.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

1077. Hija mía, mucho has ceñido los misterios de este capítulo, pero en ellos se encierra grande enseñanza para ti y para todos los hijos de la luz, como lo has entendido. Escríbela en tu corazón y atiende mucho a la distancia que había entre la santidad y pureza del Bautista, pobre, desnudo, afligido, perseguido y encarcelado, y la fealdad abominable de Herodes, rey poderoso, rico, regalado, servido y entregado a delicias y torpezas. Todos eran de una misma naturaleza humana, pero diferentes en condiciones, por haber usado mal o bien de su libertad, de la voluntad y de las cosas visibles. A Juan nuestro siervo llevaron la penitencia, pobreza, humildad, desprecio, tribulaciones y celo de la gloria de mi Hijo santísimo a morir en sus manos

y en las mías, que fue un singular beneficio sobre todo humano encarecimiento. A Herodes, por el contrario, el fausto, soberbia, vanidad, tiranías y torpezas le llevaron a morir infelizmente por medio de un ministro del Señor, para ser castigado con penas eternas. Esto mismo has de pensar que sucede ahora y siempre en el mundo, aunque los hombres ni lo advierten ni lo temen. Y así unos aman y otros temen la vanidad y potencia de la gloria del mundo, y no consideran su fin y que se desvanece más que la sombra y es corruptible más que el heno.

1078. Tampoco atienden los hombres al principal fin y al profundo que los derriban los vicios, aun en la vida presente, pues aunque el demonio no les puede quitar la libertad, ni tiene jurisdicción inmediata contra la voluntad y sobre ella, pero, entregándosela con tan repetidos y graves pecados, llega a cobrar sobre ella tanto dominio que la hace como instrumento sujeto, para usar de él en cuantas maldades le propone. Y con tener tantos y tan lamentables ejemplos, no acaban los hombres de conocer este formidable peligro y a donde pueden llegar por justos juicios del Señor, como llegó Herodes, mereciéndolo sus pecados, y lo mismo sucedió a su adúltera. Para llevar las almas a este abismo de maldad, encamina Lucifer a los mortales por la vanidad, por la soberbia, por la gloria del mundo y sus deleites torpes, y sólo esto les propone y representa por grande y apetecible. Y los ignorantes hijos de perdición sueltan las riendas de la razón para seguir sus inclinaciones y torpezas de la carne y ser esclavos de su mortal enemigo. Hija mía, el camino de la humildad y desprecio, del abatimiento y aflicciones es el que enseñó Cristo mi Hijo santísimo, y yo con él. Este es camino real de la vida, y el que anduvimos primero nosotros y nos constituimos por especiales maestros y protectores de los afligidos y trabajados. Y cuando nos llaman en sus necesidades les asistimos por un modo maravilloso y con especiales favores, y de este amparo y beneficio se privan los seguidores del mundo y de sus vanas delectaciones que aborrecen el camino de la cruz. Para él fuiste llamada y convidada y eres traída con la suavidad de mi amor y doctrina. Sígueme y trabaja para imitarme, pues hallaste el tesoro escondido y la margarita preciosa, por cuya posesión

debes privarte de todo lo terreno y de tu misma voluntad, en cuanto fuere contraria a la del altísimo Señor y mío.

CAPITULO 5

Los favores que recibieron los [Santos] Apóstoles de Cristo nuestro Redentor por la devoción con su Madre santísima, y por no tenerla [el Apóstol] Judas Iscariotes caminó a su perdición.

1079. Milagro de milagros de la Omnipotencia divina y maravilla de maravillas era el proceder de la prudentísima María Señora nuestra con el Sagrado Colegio de los Sagrados Apóstoles y discípulos de Cristo nuestro Señor y su Hijo santísimo. Y aunque esta rara sabiduría es indecible, pero si intentara manifestar todo lo que de ella se me ha dado a entender, fuera necesario escribir un gran volumen de solo este argumento. Diré algo en este capítulo y en todo lo restante que falta, como se fuere ofreciendo, y todo será muy poco; de aquí se podrá colegir lo suficiente para nuestra enseñanza. A todos los discípulos que recibía el Señor en su divina escuela, les infundía en el corazón especial devoción y reverencia con su Madre santísima, como convenía, habiéndola de ver y tratar tan familiarmente en su compañía. Pero aunque esta semilla santa de la divina luz era común a todos, no era igual en cada uno con el otro, porque, según la dispensación del Señor y las condiciones de los sujetos y los ministerios y oficios a que los destinaba, distribuía Su Majestad estos dones. Y después, con el trato y conversación dulcísima y admirable de la gran Reina y Señora, fueron creciendo en su reverencial amor y veneración, porque a todos los hablaba, amaba, consolaba, acudía, enseñaba y remediaba en todas sus necesidades, sin que jamás de su presencia y pláticas saliesen sin plenitud de alegría interior, de gozo y consuelo mayor del que su mismo deseo le pedía. Pero el fruto bueno o mejor de estos beneficios era conforme a la disposición del corazón donde se recibía esta semilla del cielo.

1080. Salían todos llenos de admiración y formaban conceptos altísimos de esta gran Señora, de su prudencia y

sabiduría, santidad, pureza y grandiosa majestad, junta con una suavidad tan apacible y humilde, que ninguno hallaba términos para explicarla. Y el Altísimo también lo disponía así, porque, como dije arriba, libro V, capítulo 28, no era tiempo de que se manifestase al mundo esta arca mística del Nuevo Testamento. Y como el que mucho desea hablar y no puede manifestar su concepto, le reconcentra más en su corazón, así los Sagrados Apóstoles, violentados dulcemente del silencio propio, reducían sus fervores en mayor amor de María santísima y en alabanza oculta de su Hacedor. Y como la gran Señora en el depósito de su incomparable ciencia conocía los naturales de cada uno, su gracia, su estado y ministerio a que estaba diputado, en correspondencia de esta inteligencia procedía con ellos en sus peticiones al Señor y en la enseñanza y palabras y en los favores que convenían a cada uno según su vocación. Y este modo de proceder y obrar en pura criatura, tan medido al gusto del Señor, fue en los Santos Ángeles de nueva y grande admiración; y por la oculta providencia hacía el Todopoderoso que los mismos Apóstoles correspondiesen también a los beneficios y favores que por su Madre recibían. Y todo esto hacía una divina armonía oculta a los hombres y sólo a los celestiales espíritus patente.

1081. En estos favores y sacramentos fueron señalados San Pedro y San Juan: el primero, porque había de ser vicario de Cristo y cabeza de la Iglesia militante, y por esta excelencia prevenida del Señor amaba su Madre santísima a San Pedro y le reverenciaba con especial respeto; y al segundo, porque había de quedar en lugar del mismo Señor por Hijo suyo y para compañía y asistencia de la purísima Señora en la tierra. De manera que estos dos Apóstoles, en cuyo gobierno y custodia se habían de repartir la Iglesia mística, María santísima, y la militante de los fieles, fueron singularmente favorecidos de esta gran Reina del mundo; pero como San Juan Evangelista era elegido para servirla y llegar a la dignidad de hijo suyo adoptivo y singular, recibió el Santo particulares dones en orden al obsequio de María santísima y desde luego se señaló en él. Y aunque todos los Apóstoles en esta devoción excedieron a nuestra capacidad y concepto, el Evangelista Juan alcanzó más de los ocultos misterios de esta Ciudad Mística del Señor y

recibió por ella tanta luz de la divinidad, que excedió en esto a todos los Apóstoles, como lo testifica su Evangelio; porque toda aquella sabiduría se le concedió por medio de la Reina del cielo, y la excelencia que tuvo este evangelista entre todos los apóstoles de llamarse el Amado de Jesús (Jn 21, 20), la alcanzó por el amor que él tuvo a su Madre santísima, y por la misma razón fue también correspondido de la divina Señora, que por excelencia fue el discípulo amado de Jesús y de María.

1082. Tenía el Santo Evangelista algunas virtudes, a más de la castidad y virginal pureza, que para la Reina de todas eran de mayor agrado, y entre ellas una sinceridad columbina —como de sus escritos se conoce— y una humildad y mansedumbre pacífica, que le hacía más apacible y tratable; y a todos los pacíficos y humildes de corazón llamaba la divina Madre retratos de su Hijo santísimo. Y por estas condiciones señaladas entre todos los Apóstoles se le inclinó más la Reina y él estuvo más dispuesto para que se imprimiese en su corazón reverencial amor y afecto de servirla. Y desde la primera vocación, como arriba dije (Cf. supra n. 1028), comenzó San Juan Evangelista a señalarse entre todos en la veneración de María santísima y a obedecerla con reverencia de humildísimo esclavo. Asistíala con más continuación que todos y, cuanto era posible, procuraba estar en su presencia y aliviarla de algunos trabajos corporales que la Señora del mundo hacía por sus manos. Y alguna vez le sucedió al dichoso Apóstol ocuparse en estas obras humildes, compitiendo en ellas con porfía santa con los Ángeles de la misma Reina; y a los unos y otros los vencía ella y las hacía por sí misma, porque en esta virtud siempre triunfó de todos, sin que nadie la pudiese vencer ni igualar en el menor acto. Era también muy diligente el amado discípulo en dar cuenta a gran Señora de todas las obras y maravillas del Salvador, cuando ella no estaba presente, y de los nuevos discípulos y convertidos a su doctrina. Siempre estaba atento y estudioso para conocer en lo que más la serviría y daría gusto, y como lo entendía así lo ejecutaba todo.

1083. Señalóse también San Juan Bautista en la

reverencia con que trataba de palabra a María santísima, porque en presencia siempre la llamaba Señora o mi Señora, y en ausencia la nombraba Madre de nuestro Maestro Jesús; y después de la Ascensión del mismo Señor la llamó el primero Madre de Dios y del Redentor del mundo, y en presencia, Madre y Señora. Dábale también otros títulos: Restauradora del pecado, Señora de las gentes; y en particular fue San Juan Evangelista el primero que la llamó María de Jesús, como se nombró muchas veces en la primitiva Iglesia; y le dio este nombre porque conoció que en su alma santísima de nuestra gran Señora hacían dulcísima consonancia estas palabras cuando las oía. Y en la mía deseo alabar con júbilo al Señor, porque, sin poderlo merecer, me llamó a la luz de la Santa Iglesia y fe y a la vocación de la religión que profeso debajo de este mismo nombre. Conocían los demás apóstoles y discípulos la gracia que San Juan Evangelista tenía con María santísima y muchas veces le pedían a él que fuese intercesor con Su Majestad en algunas cosas que le querían proponer o pedir; y la suavidad del Santo Apóstol intervenía por sus ruegos como quien conocía tanto de la piedad amorosa de la dulcísima Madre. Otras cosas sobre este intento diré adelante, en especial en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 590), y se pudiera hacer una larga historia sólo de los favores y beneficios que San Juan Evangelista recibió de la Reina y Señora del mundo.

1084. Después de los dos Apóstoles San Pedro y San Juan Evangelista, fue muy amado de la Madre santísima el Apóstol Santiago, hermano del Evangelista, y recibió este Apóstol admirables favores de mano de la gran Señora, como de algunos veremos en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 325, 352, 384, 399). Y también San Andrés fue de los carísimos de la Reina, porque conocía que este Gran Apóstol había de ser especial devoto de la pasión y cruz de su Maestro y había de morir a imitación suya en ella. Y aunque no me detengo en los demás Apóstoles, pero a unos por unas virtudes y a otros por otras, y a todos por su Hijo santísimo, los amaba y respetaba con rara prudencia, caridad y humildad. En este orden entraba también la Magdalena, a quien miró nuestra Reina con amoroso afecto, por el amor que tenía ella a su Hijo santísimo y porque

conoció que el corazón de esta eminente penitente era muy idóneo para que la diestra del Todopoderoso se magnificase en ella. Tratóla María santísima muy familiarmente entre las demás mujeres y la dio luz de altísimos misterios, con que la enamoró más de su Maestro y de la misma Señora. Consultó la Santa con nuestra Reina los deseos de retirarse a la soledad para vacar al Señor en continua penitencia y contemplación, y la dulcísima Maestra le dio una grandiosa instrucción de la vida que en el yermo guardó después la Santa, y fue a él con su beneplácito y bendición, y allí la visitó por su persona una vez, y muchas por medio de los Ángeles que la enviaba para animarla y consolarla en aquel horror de la soledad. Las otras mujeres que seguían al Maestro de la vida fueron también muy favorecidas de su Madre santísima; y a ellas y a todos los discípulos hizo incomparables beneficios, y todos fueron intensamente devotos y aficionados de esta gran Señora y Madre de la gracia, porque todos y todas la hallaron con abundancia en ella y por ella, como en su oficina y depósito, donde la tenía Dios para todo el linaje humano. Y no me alargo más en esto; porque a más de no ser necesario, por la noticia que hay en la Santa Iglesia, era menester mucho tiempo para esta materia.

1085. Sólo del mal apóstol Judas Iscariotes diré algo de lo que tengo luz, porque lo pide esta Historia y de ella hay menor noticia, y será de alguna enseñanza para los pecadores y de escarmiento para los obstinados y aviso para los poco devotos de María santísima; si hay alguno que lo sea poco con una criatura tan amable, que el mismo Dios con amor infinito la amó sin tasa ni medida, los Ángeles con todas sus fuerzas espirituales, los Apóstoles y Santos con íntimo y cordial afecto y todas las criaturas deben amarla con contenciosa porfía y todo será menos de lo que debe ser amada. Este infeliz apóstol comenzó a errar este camino real de llegar al amor divino y a sus dones. Y la inteligencia que de ello se me ha dado para escribirlo con lo demás, es como se sigue.

1086. Vino Judas Iscariotes a la escuela de Cristo nuestro Maestro, movido de la fuerza de su doctrina en lo exterior y en lo interior del buen espíritu que movía a otros. Y traído

con estos auxilios pidió al Salvador le admitiese entre sus discípulos, y el Señor le recibió con entrañas de amoroso padre, que a ninguno desecha si con verdad le buscan. Recibió Judas Iscariotes en los principios otros mayores favores de la divina diestra, con que se adelantó a algunos de los demás discípulos, y fue señalado por uno de los Doce Apóstoles; porque el Señor le amaba según la presente justicia, conforme al estado de su alma y obras santas que hacía como los demás. La Madre de la Gracia y de Misericordia le miró también con ella por entonces, aunque desde luego conoció con su ciencia infusa la traición que alevosamente había de cometer en el fin de su apostolado. Pero no por esto le negó su intercesión y caridad maternal, antes con mayor celo y atención tomó la divina Señora por su cuenta justificar en cuanto le era posible la causa de su Hijo santísimo con este infeliz apóstol, para que su maldad no tuviese achaque ni disculpa aparente ni humana cuando la intentase. Y conociendo que aquel natural no se vencería con rigor, antes llegaría más presto a su obstinación, cuidaba la prudentísima Señora que nada le faltase a Judas Iscariotes de lo necesario y conveniente, y con mayores demostraciones de caricia y suavidad le acudía, le hablaba y trataba entre todos. Y esto fue de manera que llegando alguna vez los discípulos a tener entre sí sus emulaciones sobre quién había de ser más privado de la Reina purísima —como también con el Hijo lo dice el evangelio (Lc 22, 24)— nunca Judas Iscariotes pudo tener estos recelos ni achaques, porque siempre esta Señora le favoreció mucho en los principios y él se mostró tal vez agradecido a estos beneficios.

1087. Pero como el natural le ayudaba poco a Judas Iscariotes, y entre los discípulos y apóstoles había algunas faltas de hombres no del todo confirmados en la perfección, ni por entonces en la gracia, comenzó el imprudente discípulo a pagarse de sí mismo más de lo que debía y a tropezar en los defectos de sus hermanos, notándolos más que a los propios. Y admitido este primer engaño sin reparo ni enmienda, fue creciendo tanto la viga en sus propios ojos, cuanto con más indiscreta presunción miraba las pajuelas en los ajenos y murmuraba de ellas, pretendiendo

enmendar en sus hermanos, con más presunción que celo, las faltas más leves y cometiéndolas él mucho mayores. Y entre los demás apóstoles notó y juzgó a San Juan Evangelista por entremetido con su Maestro y con su Madre santísima, aunque él era tan favorecido de entrambos. Con todo eso, hasta aquí no pasaban los desórdenes de Judas Iscariotes más que a culpas veniales, sin haber perdido la gracia justificante; pero éstas eran de mala condición y muy voluntarias, porque a la primera, que fue de alguna vana complacencia, le dio entrada muy libre, y ésta llamó luego a la segunda, de alguna envidia, y de aquí resultó la tercera, que fue calumniar en sí mismo y juzgar con poca caridad las obras que sus hermanos hacían, y tras éstas se abrió puerta para otras mayores; porque luego se le entibió el fervor de la devoción, se le resfrió la caridad con Dios y con los prójimos y se le fue remitiendo y extinguiendo la luz del interior, y ya miraba a los apóstoles y a la santísima Madre con algún hastío y poco gusto de su trato y obras santísimas.

1088. Todo este desconcierto de Judas Iscariotes iba conociendo la prudentísima Señora; y procurando su remedio y curarle en salud [espiritual], antes que se entregase a la muerte del pecado, le hablaba y amonestaba como a hijo carísimo, con extremada suavidad y fuerza de razones. Y aunque alguna vez sosegaba aquella tormenta que se comenzaba a levantar en el inquieto corazón de Judas Iscariotes, pero no perseveraba en su tranquilidad y luego se desazonaba y turbaba de nuevo. Y dando más entrada al demonio, llegó a enfurecerse contra la mansísima paloma, y con hipocresía afectada intentaba ocultar sus culpas o negarlas y darles otras salidas, como si pudiera engañar a sus divinos maestros o recelarles el secreto de su pecho. Perdió con esto la reverencia interior a la Madre de Misericordia, despreciando sus amonestaciones y dándole en rostro aquella dulzura de sus palabras y documentos. Con este ingrato atrevimiento perdió la gracia, y el Señor se indignó gravemente y mereciéndolo sus desmesurados desacatos le dejó en manos de su consejo (Eclo 15, 14), porque él mismo, desviándose de la gracia e intercesión de María santísima, cerró las puertas de la misericordia y de su remedio. Y de

este aborrecimiento, que admitió con la dulcísima Madre, pasó luego a indignarse con su Maestro y aborrecerle, descontentándose de su doctrina y juzgando por muy pesada la vida de los Apóstoles y su comunicación.

1089. Con todo esto no le desamparó luego la divina Providencia y siempre le enviaba auxilios interiores a su corazón, aunque éstos eran más comunes y ordinarios de los que antes recibía, pero suficientes si quisiera obrar con ellos. Y a más de éstos se juntaban las exhortaciones dulcísimas de la clementísima Señora, para que se redujese y humillase a pedir perdón a su divino Maestro y Dios verdadero; y le ofreció de parte del mismo Señor la misericordia y de la suya que le acompañaría y rogaría por él y haría la misma Señora penitencia por sus pecados con obras penales, y sólo quería de él que se doliese de ellos y se enmendase. A todos estos partidos se le ofreció la Madre de la gracia, para remediar en sus principios la caída de Judas Iscariotes, como quien conocía que no era el mayor mal el caer, sino no levantarse y perseverar en el pecado. No podía negar el soberbio discípulo a su conciencia el testimonio que le daba de su mal estado, pero comenzando a endurecerse temió la confusión que le podía adquirir gloria y cayó en la que le aumentó su pecado. Y con esta soberbia no admitió los consejos saludables de la Madre de Cristo, antes negó su daño, protestando con palabras fingidas que amaba a su Maestro y a los demás y que no tenía en esto de qué enmendarse.

1090. Admirable ejemplo de caridad y paciencia fue el que nos dejaron Cristo Salvador nuestro y su Madre santísima en el proceder que tuvieron con Judas Iscariotes después de su caída en pecado, porque de tal manera lo toleraron en su compañía, que jamás le mostraron el semblante airado ni mudado, ni dejaron de tratarle con la misma suavidad y agrado que a los demás. Y ésta fue la causa de ocultárseles tanto a los Santos Apóstoles el mal interior de Judas Iscariotes, no obstante que su Ordinaria conversación y trato daba grandes indicios de su mala conciencia y espíritu; porque no es fácil ni casi posible violentar siempre las inclinaciones para ocultarlas y disimularlas, y en las cosas que no son muy deliberadas

siempre obramos conforme al natural y costumbres, y entonces por lo menos las damos a conocer a quien nos trata mucho. Esto mismo sucedía con Judas Iscariotes en el apostolado. Pero como todos conocían la afabilidad y amor con que le trataban Cristo nuestro Redentor y su Madre santísima, sin hacer mudanza en esto, desmentían sus sospechas y los malos indicios que él les daba de su caída. Por esta misma razón se hallaron todos atajados y dudosos cuando en la última cena legal les dijo el Señor que uno de ellos le había de entregar, y cada uno preguntaba de sí si era él mismo. Y porque San Juan Evangelista, con la mayor familiaridad, llegó a tener alguna luz de las maldades de Judas Iscariotes y vivía en esto con más recelos, por esto se lo declaró el mismo Señor, aunque con señas, como consta del Evangelio (Jn 13, 26); pero hasta entonces nunca Su Majestad dio indicio de lo que en Judas Iscariotes pasaba. Y en María santísima es más admirable esta paciencia, por la parte de ser Madre y pura criatura, y que estaba mirando ya de cerca la traición que aquel desleal discípulo había de cometer contra su Hijo santísimo, a quien amaba como Madre y no como sierva.

1091. ¡Oh ignorancia!, ¡oh estulticia nuestra! ¡Qué diferentemente procedemos los hijos de los hombres, si alguna pequeña injuria recibimos mereciendo tantas! ¡Qué pesadamente sufrimos las flaquezas ajenas, queriendo que todos toleren las nuestras! ¡Qué dificultoso se nos hace el perdonar una ofensa, pidiendo cada día y cada hora que nos perdone el Señor las nuestras! ¡Qué prontos y qué crueles somos en publicar las culpas de nuestros hermanos y qué resentidos y airados de que alguno hable de las nuestras! A nadie medimos con la medida que queremos ser medidos y no queremos ser juzgados con el juicio que hacemos de los otros (Lc 6, 37-38). Todo esto es perversidad y tinieblas y aliento de la boca del Dragón infernal, que quiere oponerse a la excelentísima virtud de la caridad y desconcertar el orden de la razón humana y divina; y porque Dios es caridad y el que la ejercita perfectamente está en Dios y Dios en él (1 Jn 4, 16), Lucifer es ira y venganza y el que la ejecuta está en él y él le gobierna en todos los vicios que se oponen al bien del prójimo. Confieso que la hermosura de la virtud de la

caridad me ha llevado siempre todos mis deseos de tenerla por amiga, pero también veo, en el claro espejo de estas maravillas de caridad con el ingratísimo apóstol, que jamás he llegado al principio de esta nobilísima virtud.

1092. Y porque no me reprenda el Señor de haber callado, añadiré a lo dicho otra causa que tuvo Judas Iscariotes en su ruina. Desde que fue creciendo el número de los apóstoles y discípulos, determinó luego Su Majestad que alguno de ellos se encargase de recibir las limosnas y dispensarlas como síndico o mayordomo para las necesidades comunes y pagar los tributos, y sin señalar Cristo nuestro Señor ninguno se lo propuso a todos. Al punto le apeteció y codició Judas Iscariotes, temiéndole todos y huyendo de este oficio en su interior. Y para alcanzarle el codicioso discípulo, se humilló a pedir a San Juan Evangelista lo tratase con la Reina santísima, para que ella lo concertase con el mismo Señor. Pidiólo San Juan Evangelista como lo deseaba Judas Iscariotes, pero la prudentísima Madre, como conocía que la petición no era justa ni conveniente, sino de ambicioso y codicioso afecto, no quiso proponerla al divino Maestro. Hizo la misma diligencia Judas Iscariotes por medio de San Pedro y otros Apóstoles para que lo pidiesen y tampoco se le lograba, porque la clemencia del Altísimo quería impedirlo o justificar su causa cuando lo permitiese. Con esta resistencia el corazón de Judas Iscariotes, poseído ya de la avaricia, en lugar de sosegarse y entibiarse en ella, se encendió más en la llama que infelizmente le abrasaba, instigándole Satanás con pensamientos ambiciosos y feos, aun para cualquier persona de otro estado. Y si en los demás fueran indecentes y culpables el admitirlos, mucho más en Judas Iscariotes, que era discípulo en la escuela de mayor perfección y a la vista de la luz del Sol de Justicia Cristo y de la luna María. Ni en el día de la abundancia y de la gracia pudo dejar de conocer el delito de admitir tales sugestiones cuando el sol de su divino Maestro le iluminaba, ni en la noche de la tentación, pues en ella la luna de María le influía lo que le convenía para librarse del veneno de la serpiente. Pero como huía de la luz y se entregaba a las tinieblas, corría tras el precipicio y se arrojó a pedir él mismo a María santísima el ministerio que

pretendía, perdiendo el miedo y disimulando su codicia con color de virtud. Llegóse a ella y la dijo que la petición de Pedro y Juan, sus hermanos, que en su nombre le habían propuesto, era con deseo de servirla a ella y a su Hijo con toda diligencia, porque no todos acudían a esto con el cuidado que era justo; que le suplicaba lo alcanzase de su Maestro.

1093. La gran Señora del mundo con gran mansedumbre le respondió: Considera bien, carísimo, lo que pides y examina si es recta la intención con que lo deseas, y advierte si te conviene apetecer lo que todos tus hermanos los discípulos temen y no lo admitirán si no son compelidos de la obediencia de su Maestro y Señor. El te ama más que tú a ti mismo y sabe sin engaño lo que te conviene; déjate a su santísima voluntad y muda de intento y procura atesorar la humildad y pobreza. Levántate de donde has caído, que yo te daré la mano, y mi Hijo usará contigo de su amorosa misericordia.— ¿A quién no rindieran estas dulcísimas palabras y fuertes razones, oídas de tan divina y amable criatura como María santísima? Pero no se ablandó ni movió aquel corazón fiero y diamantino, antes se indignó interiormente y se dio por ofendido de la divina Señora, que le ofrecía el remedio de su mortal dolencia; porque un ímpetu desenfrenado de ambición y codicia en la concupiscible luego irrita a la irascible contra quien le impide y los sanos consejos reputa por agravios. Pero la mansísima y amable paloma disimuló con Judas Iscariotes, no hablándole más entonces, por su obstinación.

1094. Despedido de María santísima, no sosegaba Judas Iscariotes en su avaricia, y desnudándose del pudor y vergüenza natural, y aun de la fe interior, se resolvió en acudir él mismo a Cristo su divino Maestro y Salvador. Y vestida su furia con piel de oveja, como fino pretendiente, llegó a Su Majestad y le dijo: Maestro, yo deseo hacer vuestra voluntad y serviros con ser despensero y depositario de las limosnas que recibimos, y acudiré con ellas a los pobres, cumpliendo con vuestra doctrina de hacer con los prójimos lo mismo que con nosotros queremos se haga, y procuraré dispensar con orden y razón y a vuestra voluntad, mejor que hasta ahora se hacía.—

Estas y otras razones dijo el fingido hipócrita a su Dios y Maestro, cometiendo enormes pecados y muchos de una vez; porque, en primer lugar, mentía y tenía otra intención segunda y oculta; a más de esto, se fingía lo que no era, como ambicioso de la honra que no merecía, no queriendo parecer lo que era, ni ser lo que deseaba parecer; murmuró también de sus hermanos, desacreditándolos y alabándose a sí mismo, que todas son jornadas muy trilladas de los ambiciosos. Pero, lo que más es de ponderar, perdió la fe infusa que tenía, pretendiendo engañar a Cristo su celestial Maestro con la fingida hipocresía que mostró en lo de afuera. Porque si creyera entonces con firmeza que Cristo era Dios verdaderamente como verdadero hombre, no pudiera hacer juicio de que le había de engañar, pues como Dios conociera lo más oculto de su corazón (Jn 6, 65), que le era patente; y no sólo como Dios con su ciencia infinita, pero como hombre con la ciencia infusa y beatífica, advirtiera y creyera lo podía conocer, como de hecho lo conocía, desistiera de su doloso intento. Todo esto descreyó Judas Iscariotes, y a los demás pecados añadió el de la herejía.

1095. Cumplióse en este desleal discípulo a la letra lo que dijo (1 Tim 6, 9-10) después el Apóstol: Que *los que desean ser ricos vienen a caer en la tentación, y se enredan en los lazos del demonio y en deseos inútiles y vanos, que arrojan a los hombres a la perdición y eterna muerte; porque la codicia es raíz de todos los males, y muchos por irse tras ella erraron en la fe y se introdujeron en muchos dolores.* Todo esto sucedió al avariento y pérfido apóstol, cuya codicia fue tanto más vil y reprensible, cuanto era más vivo y admirable el ejemplo de la alta pobreza que tenía presente en Cristo nuestro Señor y su Madre santísima y todo el apostolado, donde sólo había algunas moderadas limosnas. Pero imaginó el mal discípulo que, con los grandes milagros de su Maestro y con los muchos que le seguían y se le allegaban, crecerían las limosnas y ofrendas en que pudiese meter las manos. Y como no lo conseguía conforme sus deseos, se atormentaba con ellos mismos, como lo manifestó en la ocasión que la Magdalena gastó los preciosos aromas para ungir al Salvador, donde la codicia de cogerlos le hizo tasador de su precio y dijo que valían

más de trescientos reales y que se les quitaban a los pobres, a quien se podían repartir. Y esto decía porque le dolía mucho no haberlos cogido para sí, que de los pobres no tenía cuidado, antes se indignaba mucho con la Madre de misericordia, porque daba tantas limosnas, y con el mismo Señor, porque no admitía y recibía más para entregarse de ello, y con los apóstoles y discípulos, porque no pedían, y con todos estaba enfadado y se mostraba ofendido. Y algunos meses antes de la muerte del Salvador se comenzó a desviar muchos ratos de los demás apóstoles, alejándose de ellos y del Señor, porque le atormentaba su compañía y sólo venía a coger las limosnas que podía. Y en estas salidas le puso el demonio en el corazón que acabase del todo con su Maestro y le entregase a los judíos, como sucedió.

1096. Pero volvamos a la respuesta que le dio el Maestro de la vida, cuando le pidió Judas Iscariotes el oficio de despensero, para que en este suceso se manifieste cuán ocultos y formidables son los juicios del Altísimo. Deseaba el Salvador del mundo desviarle del peligro que conocía en su petición y que en ella buscaba este codicioso apóstol su final perdición. Y para que no se llamase a engaño, le respondió y dijo Su Majestad: ¿Sabes, oh Judas, lo que deseas y pides? No seas tan cruel contra ti mismo, que tú busques y solicites el veneno y las armas con que te puedes causar la muerte.—Replicó Judas: Yo, Maestro, deseo serviros, empleando mis fuerzas en beneficio de vuestra congregación y por este camino lo haré mejor que por otro alguno, como lo ofrezco sin falta.—Con esta porfía de Judas Iscariotes en buscar y amar el peligro, justificó Dios su causa para dejarle entrar y perecer en él. Porque resistió a la luz y se endureció contra ella, y mostrándole el agua y el fuego (Eclo 15, 17), la vida y la muerte, extendió la mano y eligió su perdición, quedando justificada la justicia y engrandecida la misericordia del Altísimo, que tantas veces se le fue a convidar y entrar por las puertas de su corazón, de donde le arrojó y admitió al demonio. Otras cosas diré más adelante (Cf. infra n. 1110, 1133, 1199, 1205, 1226), de las infelices maldades de Judas Iscariotes, para escarmiento de los mortales, por no alargar más este capítulo y porque pertenecen a otro lugar de la Historia

donde sucedieron. ¿Quién de los hombres sujetos a pecar no temerá con gran pavor, viendo otro de su misma naturaleza, que en la escuela de Cristo y de su santísima Madre, criado a los pechos de su doctrina y milagros, en tan breve tiempo pasase del estado de apóstol santo, justo, y que hacía los mismos milagros y maravillas que los demás, a otro estado de demonio, y que de sencilla oveja se convirtiese en lobo carnicero y sangriento? Por pecados veniales comenzó Judas Iscariotes y de ellos pasó a los gravísimos y más horrendos. Entregóse al demonio, que ya tenía sospechas de que Cristo nuestro Señor era Dios, y la ira que tenía contra él descargó en este infeliz discípulo separado de la pequeña grey. Pero si ahora es el mismo y mayor el furor de Lucifer, después que a su pesar conoció a Cristo por verdadero Dios y Redentor, ¿qué puede esperar el alma que se entrega a tan inhumano y cruel enemigo, tan ansioso y vehemente para nuestra condenación eterna?

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

1097. Hija mía, todo lo que has escrito en este capítulo es un aviso de los más importantes para todos los que viven en carne mortal y con peligro de perder el bien eterno, porque en solicitar la intercesión de mis ruegos y clemencia y en temer con discreción los juicios del Altísimo, se reduce el eficaz medio de la salvación y adelantarse en el premio. Y quiero que de nuevo entiendas cómo, entre los secretos divinos que mi Hijo santísimo reveló a su amado y mío San Juan Evangelista en la noche de la cena, fue uno de que este amor le había adquirido por el que me tenía y que Judas Iscariotes había caído por haber despreciado la piedad que yo mostré con él. Y entonces entendió el Evangelista grandes sacramentos de los que la divina diestra me comunicó y obró conmigo, y en lo que me había de ejercitar en la pasión, trabajar y padecer, y le mandó el Señor que tuviese especial cuidado de mí. Carísima, la pureza del alma que de ti quiero ha de ser más que de ángel, y si te dispones para alcanzarla conseguirás también el ser mi hija carísima como San Juan Evangelista y esposa muy amada y regalada de mi Hijo y Señor. Este ejemplo y la ruina de Judas Iscariotes te servirán siempre de estímulo y de escarmiento, para que solicites mi amor y agradezcas el

que sin merecerlo te manifiesto.

1098. Y quiero también que entiendas otro secreto ignorado del mundo, que uno de los pecados más feos y aborrecidos del Señor es que sean poco estimados los justos y amigos de la Iglesia y en especial yo que fui escogida para Madre suya y remedio universal de todos. Y si el no amar a los enemigos y despreciarlos es tan odioso al Señor y a los santos del cielo, ¿cómo sufrirá que se haga esto con sus amigos carísimos, donde tiene puestos sus mismos ojos y amor? Este consejo monta mucho más de lo que puedes conocer en la vida mortal y es una de las señales de reprobación aborrecer a los justos. Guárdate de este peligro y no juzgues a nadie, y menos a los que te reprenden y enseñan; no te dejes inclinar a cosa terrena, y menos a los oficios de gobierno, donde lo sensible y humano arrastra a los que sólo atienden á ello, turba el juicio y oscurece la razón; a nadie envidies la honra ni otras cosas aparentes, ni apetezcas ni pidas al Señor otra cosa más que su amor y amistad santa, porque la criatura está llena de inclinaciones muy ciegas y, si no las detiene, suele desear y pedir lo que ha de ser su perdición, y alguna vez se lo concede el Señor por castigo de aquellos y otros pecados y por sus ocultos juicios, como sucedió a Judas Iscariotes, y en estos bienes temporales que tanto codician reciben el premio de alguna buena obra si la hicieron. Y en esto entenderás el engaño de muchos amadores del mundo, que se juzgan por dichosos y afortunados cuando todo lo que desean lo consiguen a satisfacción de sus terrenas inclinaciones. Esta es su mayor infelicidad, porque no les queda que recibir del premio eterno, como a los justos que despreciaron el mundo y en él muchas veces les suceden adversidades, y el Señor tal vez les niega sus deseos en cosas temporales, para excusarlos y apartarlos de peligro. Y porque no caigas tú en él, te amonesto y mando que jamás te inclines ni apetezcas cosa humana: aparta tu voluntad de todo, consérvala libre y señora, líbrala del cautiverio y esclavitud que se le sigue a su peso e inclinación, no quieras más de lo que fuere voluntad del Altísimo, que Su Majestad tiene cuidado de los que se dejan a su Divina Providencia.

CAPITULO 6

Transfigúrase Cristo nuestro Señor en el Tabor, en presencia de su Madre santísima; suben de Galilea a Jerusalén, para acercarse a la pasión; lo que sucedió en Betania con la unción de la Magdalena.

1099. Corrían ya más de dos años y medio de la predicación y maravillas de nuestro Redentor y Maestro Jesús, y se iba acercando el tiempo destinado por la eterna sabiduría para volverse al Padre por medio de su pasión y muerte y con ella dejar satisfecha la divina justicia y redimido el linaje humano. Y porque todas sus obras eran ordenadas a nuestra salvación y enseñanza, llenas de divina sabiduría, determinó Su Majestad prevenir algunos de sus Apóstoles para el escándalo que con su muerte habían de padecer (Mt 26, 31) y manifestárseles primero glorioso en el cuerpo pasible que habían de ver después azotado y crucificado, para que primero le viesen transfigurado con la gloria que desfigurado con las penas. Y esta promesa había hecho poco antes en presencia de todos, aunque no para todos sino para algunos, como lo refiere el Evangelista San Mateo (Mt 16, 21; 17, 1ss). Para esto eligió un monte alto, que fue el Tabor, en medio de Galilea y dos leguas de Nazaret hacia el Oriente, y subiendo a lo más alto de él con los tres Apóstoles Pedro, Jacobo y Juan su hermano, se transfiguró en su presencia, como lo cuentan los tres Evangelistas San Mateo (Mt 17, 1ss), San Marcos (Mc 9, 2-7) y San Lucas (Lc 9, 28-36); también se hallaron presentes a la transfiguración de Cristo nuestro Señor los dos profetas San Moisés y San Elías, hablando con Jesús de su pasión. Y estando transfigurado vino una voz del cielo en nombre del Eterno Padre, que dijo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me agrado; a él debéis oír (Mt 17, 5).*

1100. No dicen los Evangelistas que se hallase María santísima a la maravilla de la Transfiguración, ni tampoco lo niegan, porque esto no pertenecía a su intento, ni convenía en los Evangelios manifestar el oculto milagro con que se hizo; pero la inteligencia que se me ha dado para escribir esta Historia es que la divina Señora, al mismo tiempo que

algunos Ángeles fueron a traer el alma de San Moisés [día 4 de septiembre: In monte Nebo, terrae Moab, sancti Moisés, legislatoris et Prophétae] y a San Elías [día 20 de julio: In monte Carmélo sancti Elíae Prophétae] de donde estaban, fue llevada por mano de sus Santos Ángeles al monte Tabor, para que viese transfigurado a su Hijo santísimo, como sin duda le vio; y aunque no fue necesario confortar en la fe a la Madre santísima como a los Apóstoles, porque en ella estaba confirmada e invencible, pero tuvo el Señor muchos fines en esta maravilla de la Transfiguración, y en su Madre santísima había otras razones particulares para no celebrar Cristo nuestro Redentor tan gran misterio sin su presencia. Y lo que en los Apóstoles era gracia, en la Reina y Madre era como debido, por compañera y coadjutora de las obras de la Redención, y lo había de ser hasta la cruz; y convenía confortarla con este favor para los tormentos que su alma santísima había de padecer, y que habiendo de quedar por Maestra de la Iglesia Santa fuese testigo de este misterio y no le ocultase su Hijo santísimo lo que tan fácilmente le podía manifestar, pues le hacía patentes todas las operaciones de su alma santísima. Y no era el amor del Hijo para la divina Madre de condición que le negase este favor, cuando ninguno dejó de hacer con ella de los que manifestaban amarla con ternísimo afecto, y para la gran Reina era de excelencia y dignidad. Y por estas razones, y otras muchas que no es necesario referir ahora, se me ha dado a entender que María santísima asistió a la Transfiguración de su Hijo santísimo y Redentor nuestro.

1101. Y no sólo vio transfigurada y gloriosa la humanidad de Cristo nuestro Señor, pero el tiempo que dura este misterio vio María santísima la divinidad intuitivamente y con claridad, porque el beneficio con ella no había de ser como con los Apóstoles, sino con mayor abundancia y plenitud. Y en la misma visión de la gloria del cuerpo, que a todos fue manifiesta, hubo gran diferencia entre la divina Señora y los Apóstoles; no sólo porque ellos al principio, cuando se retiró Cristo nuestro Señor a orar, estuvieron dormidos y somnolientos, como dice San Lucas Lc 9, 32), sino también porque con la voz del cielo fueron oprimidos de gran temor y cayeron los Apóstoles sobre sus caras en tierra, hasta que el mismo Señor les habló y levantó, como

lo cuenta san Mateo (Mt 17, 6); pero la divina Madre estuvo a todo inmóvil, porque, a más de estar acostumbrada a tantos y tan grandes beneficios, estaba entonces llena de nuevas cualidades, iluminación y fortaleza para ver la divinidad, y así pudo mirar de hito en hito la gloria del cuerpo transfigurado, sin padecer el temor y defecto que los Apóstoles en la parte sensitiva. Otras veces había visto la beatísima Madre al cuerpo de su Hijo santísimo transfigurado, como arriba se ha dicho (Cf. supra n. 695, 851); pero en esta ocasión con nuevas circunstancias y de mayor admiración y con inteligencias y favores más particulares, y así lo fueron también los efectos que causó en su alma purísima esta visión, de que salió toda renovada, inflamada y deificada. Y mientras vivió en carne mortal, nunca perdió las especies de esta visión, que tocaba a la humanidad gloriosa de Cristo nuestro Señor; y aunque le sirvió de gran consuelo en la ausencia de su Hijo, mientras no se le renovó su imagen gloriosa con otros beneficios que en la tercera parte veremos, pero también fue causa de que sintiese más las afrentas de su pasión, habiéndole visto Señor de la gloria, como se le representaba.

1102. Los efectos que causó en su alma santísima esta visión de todo Cristo glorioso no se pueden explicar con ninguna ponderación humana; y no sólo ver con tanta refulgencia aquella sustancia que había tomado el Verbo de su misma sangre y traído en su virginal vientre y alimentado a sus pechos, pero el oír la voz del Padre que le reconocía por Hijo, al que también lo era suyo y natural, y que le daba por Maestro a los hombres; todos estos misterios penetraba y ponderaba agradecida y alababa dignamente la prudentísima Madre al Todopoderoso, e hizo nuevos cánticos con sus Ángeles, celebrando aquel día tan festivo para su alma y para la humanidad de su Hijo santísimo. No me detengo en declarar otras cosas de este misterio y en qué consistió la Transfiguración del cuerpo sagrado de Jesús; basta saber que su cara resplandeció como el sol y sus vestiduras estuvieron más blancas que la nieve (Mt 17, 2), y esta gloria resultó en el cuerpo de la que siempre tenía el Salvador en su alma divinizada y gloriosa; porque el milagro que se hizo en la

encarnación, suspendiendo los efectos gloriosos que de ella habían de resultar en el cuerpo permanentemente, cesó ahora de paso en la transfiguración y participó el cuerpo purísimo de aquella gloria del alma, y éste fue el resplandor y claridad que vieron los que asistían a ella, y luego se volvió a continuar el mismo milagro, suspendiéndose los efectos del alma gloriosa; y como ella estaba siempre beatificada, fue también maravilla que el cuerpo recibiese de paso lo que por orden común había de ser perpetuo en él como en el alma.

1103. Celebrada la Transfiguración, fue restituida la beatísima Madre a su casa de Nazaret, y su Hijo santísimo bajó del monte y luego vino a donde ella estaba, para despedirse de su patria y tomar el camino para Jerusalén, donde había de padecer en la primera Pascua, que sería para Su Majestad la última. Y pasados no muchos días, salió de Nazaret acompañado de su Madre santísima, de los Apóstoles y discípulos que tenía y otras santas mujeres, discurriendo y caminando por medio de Galilea y Samaría, hasta llegar a Judea y Jerusalén. Y escribe esta jornada el Evangelista San Lucas, diciendo que el Señor afirmó su cara para ir a Jerusalén (Lc 9, 51), porque esta partida fue con alegre semblante y fervoroso deseo de llegar a padecer y con voluntad propia y eficaz de ofrecerse por el linaje humano, porque Él mismo lo quería, y así no había de volver más a Galilea, donde tantas maravillas había obrado. Con esta determinación al salir de Nazaret confesó al Eterno Padre y le dio gracias en cuanto hombre, porque en aquella casa y lugar había recibido la forma y ser humano, que por el remedio de los hombres ofrecía a la pasión y muerte que iba a recibir. Y entre otras razones que dijo Cristo Redentor nuestro en aquella oración, que yo no puedo explicar con las mías, fueron éstas:

1104. Eterno Padre mío, por cumplir vuestra obediencia voy con alegría y buena voluntad a satisfacer vuestra justicia y padecer hasta morir y reconciliar con Vos a todos los hijos de Adán, pagando la deuda de sus pecados y abriéndoles las puertas del cielo que con ellos están cerradas. Voy a buscar los que se perdieron aborrecién-dome y se han de reparar con la fuerza de mi amor. Voy a

buscar y congregar los derramados de la casa de Jacob, a levantar los caídos, enriquecer a los pobres y refrigerar los sedientos, derribar los soberbios y ensalzar a los humildes. Quiero vencer al infierno y engrandecer el triunfo de Vuestra gloria contra Lucifer y los vicios que sembró en el mundo. Quiero enarbolar el estandarte de la cruz, debajo del cual han de militar todas las virtudes y cuantos la siguieren. Quiero saciar mi corazón sediento de los oprobios y afrentas que son en vuestros ojos tan estimables. Quiero humillarme hasta recibir la muerte por mano de mis enemigos, para que nuestros amigos y escogidos sean honrados y consolados en sus tribulaciones y sean ensalzados con eminentes y copiosos premios cuando a ejemplo mío se humillaren a padecerlas. Oh cruz deseada, ¿cuándo me recibirás en tus brazos? Oh dulces oprobios y afrentas dolorosas, ¿cuándo me llevaréis a la muerte para dejarla vencida en mi carne que en todo fue inculpable? Dolores, afrentas e ignominias, azotes, espinas, pasión, muerte, venid, venid a mí que os busco; dejad hallaros luego de quien os ama y conoce vuestro valor. Si el mundo os aborreció, yo os codicio. Si él con ignorancia os desprecia, yo, que soy la verdad y sabiduría, os procuro porque os amo. Venid, pues, a mí, que si como hombre os recibiere, como Dios verdadero os daré la honra que os quitó el pecado y quien le hizo. Venid a mí, y no frustréis mis deseos, que si soy todopoderoso y por eso no llegáis, licencia os doy para que en mi humanidad empleéis todas vuestras fuerzas. No seréis de mí arrojados ni aborrecidos, como lo sois de los mortales. Destiérrese ya el engaño y fascinación mentirosa de los hijos de Adán, que sirven a la vanidad y mentira, juzgando por infelices a los pobres afligidos y afrentados del mundo; que si vieren al que es su verdadero Dios, su Criador y Maestro y Padre, padecer oprobios afrentosos, azotes, ignominias, tormentos y muerte de cruz y desnudez, ya cesará el error y tendrán por honra seguir a su mismo Dios crucificado.

1105. Estas son algunas razones de las que se me ha dado inteligencia formaba en su corazón el Maestro de la vida nuestro Salvador, y el efecto y obras manifestaron lo que no alcanzan mis palabras para acreditar los trabajos de la pasión, muerte y cruz, con los afectos de amor que las

buscó y padeció. Pero todavía los hijos de la tierra somos de corazón pesado y no dejamos la vanidad. Estando pendiente a nuestros ojos la misma vida y verdad, siempre nos arrastra la soberbia, nos ofende la humildad y arrebata lo deleitable y juzgamos aborrecible lo penoso. ¡Oh error lamentable! ¡Trabajar mucho por no trabajar un poco, fatigarse demasiado por no admitir una pequeña molestia, resolverse estultamente a padecer una ignominia y confusión eterna por no sufrir una muy leve, y aun por no carecer de una honra vana y aparente! ¿Quién dirá, si tiene sano juicio, que esto es amarse a sí mismo? Pues ¿no le puede ofender más su mortal enemigo, con lo que le aborrece, que él con lo que obra en desagrado de Dios? Por enemigo tenemos al que nos lisonjea y regala, si debajo de esto nos arma la traición, y loco sería el que sabiéndolo se entregase en ella por aquel breve regalo y deleite. Si esta es verdad, como lo es, ¿qué diremos del juicio de los mortales seguidores del mundo? ¿Quién se le ha bebido?, ¿quién les embaraza el uso de la razón? ¡Oh cuán grande es el número de los necios!

1106. Sola María santísima, como imagen viva de su Unigénito entre los hijos de Adán, se ajustó con su voluntad y vida, sin disonar un ápice de todas sus obras y doctrina. Ella fue la prudentísima, la científica y llena de sabiduría, que pudo recompensar las menguas de nuestra ignorancia o estulticia y granjearnos la luz de la verdad en medio de nuestras pesadas tinieblas. Sucedió en la ocasión de que voy hablando, que la divina Señora en el espejo del alma santísima de su Hijo vio todos los actos y afectos interiores que obraba, y como aquel era el magisterio de sus acciones, conformándose con él hizo juntamente oración al Eterno Padre y en su interior decía:
Dios altísimo y Padre de las misericordias, confieso tu ser infinito e inmutable; te alabo y glorifico eternamente, porque en este lugar, después de haberme criado, tu dignación engrandeció el poder de tu brazo, levantándome a ser Madre de tu Unigénito con la plenitud de tu espíritu y antiguas misericordias, que conmigo, tu humilde esclava, magnificaste, y porque después, sin merecerlo yo, tu Unigénito, y mío en la humanidad que recibió de mi sustancia, se dignó de tenerme en su compañía tan deseable por

treinta y tres años, que la he gozado con las influencias de su gracia y magisterio de su doctrina, que ha iluminado el corazón de tu sierva. Hoy, Señor y Padre eterno, desamparo mi patria y acompaño a mi Hijo y mi Maestro por tu divino beneplácito, para asistirle al sacrificio que de su vida y ser humano se ha de ofrecer por el linaje humano. No hay dolor que se iguale a mi dolor (Lam 1, 12), pues he de ver al Cordero que quita los pecados del mundo entregado a los sangrientos lobos, al que es imagen viva y figura de tu sustancia, al que es engendrado *ab aeterno* en igualdad con ella y lo será por todas las eternidades, al que yo di el ser humano en mis entrañas, entregado a los oprobios y muerte de cruz y borrada con la fealdad de los tormentos la hermosura de su rostro, que es la lumbre de mis ojos y alegría de los ángeles. ¡Oh si fuera posible que recibiera yo las penas y dolores que le esperan y me entregara a la muerte para guardar su vida! Recibe, Padre altísimo, el sacrificio que con mi Amado te ofrece mi doloroso afecto, para que se haga tu santísima voluntad y beneplácito. ¡Oh qué apresurados corren los días y las horas para que llegue la noche de mi dolor y amargura! Día será dichoso para el linaje humano, pero noche de aflicción para mi corazón tan contristado con la ausencia del sol que le ilustraba. ¡Oh hijos de Adán, engañados y olvidados de vosotros mismos! Despertad ya de tan pesado sueño y conoced el peso de vuestras culpas, en el efecto que hicieron en vuestro mismo Dios y Criador. Miradle en mi deliquio, dolor y amargura. Acabad ya de ponderar los daños de la culpa.

1107. No puedo yo manifestar dignamente todas las obras y conceptos que la gran Señora del mundo hizo en esta despedida última de Nazaret, las peticiones y oraciones al Eterno Padre, los coloquios dulcísimos y dolorosos que tuvo con su Hijo santísimo, la grandeza de su amargura y los méritos incomparables que adquirió; porque entre el amor santo y natural de madre verdadera, con que deseaba la vida de Jesús y excusarle los tormentos que había de padecer, y en la conformidad que tenía con la voluntad suya y del Eterno Padre, era traspasado su corazón de dolor y del cuchillo penetrante que le profetizó San Simeón [día 8 de octubre: Natális beáti Simeónis senis, qui in Evangélio Dóminum Jesum, praesentátum in Templo, suis in ulnis

accepisse ac de illo prohetásse légitur] (Lc 2, 35).Y con esta aflicción decía a su Hijo razones prudentísimas y llenas de sabiduría, pero muy dulces y dolorosas, porque no le podía excusar de la pasión, ni morir en ella acompañándole. Y en estas penas excedió sin comparación a todos los Mártires que han sido y serán hasta el fin del mundo. Con esta disposición y afectos ocultos a los hombres prosiguieron los Reyes del cielo y tierra esta jornada desde Nazaret para Jerusalén por Galilea, a donde no volvió más en su vida el Salvador del mundo. Y según que se le acababa ya el tiempo de trabajar por la salvación de los hombres, fueron mayores las maravillas que hizo en estos últimos meses antes de su pasión y muerte, como las cuentan los Sagrados Evangelistas (Mt 13; Mc 10; Lc 9; Jn 7), y desde esta partida de Galilea hasta el día que entró triunfando en Jerusalén, como adelante diré (Cf. infra n. 1121). Y hasta entonces, después de celebrada la fiesta o pascua de los tabernáculos, discurrió el Salvador y se ocupó en Judea aguardando la hora y tiempo determinado en que se había de ofrecer al sacrificio, cuando y como él mismo quería.

1108. Acompañóle en esta jornada continuamente su Madre santísima, salvo algunos ratos que se apartaron por acudir los dos a diferentes obras y beneficios de las almas. Y en este ínterin quedaba San Juan Evangelista asistiéndola y sirviéndola, y desde entonces observó el Sagrado Evangelista grandes misterios y secretos de la purísima Virgen y Madre y fue ilustrado en altísima luz para entenderlos. Entre las maravillas que obraba la prudentísima y poderosa Reina, eran las más señaladas y con mayores realces de caridad cuando encaminaba sus afectos y peticiones a la justificación de las almas, porque también ella, como su Hijo santísimo, hizo mayores beneficios a los hombres, reduciendo muchos al camino de la vida, curando enfermos, visitando a los pobres y afligidos, a los necesitados y desvalidos, ayudándoles en la muerte, sirviéndoles por su misma persona, y más a los más desamparados, llagados y doloridos. Y de todo era testigo el amado Discípulo, que ya tenía por su cuenta el servirla. Pero como la fuerza del amor había crecido tanto en María purísima con su Hijo y Dios eterno y le miraba en la despedida de su presencia para volverse al Padre,

padecía la beatísima Madre tan continuos vuelos del corazón y deseos de verle, que llegaba a sentir unos deliquios amorosos en ausentarse de su presencia, cuando se dilataba mucho rato el volver a ella. Y el Señor, como Dios e Hijo miraba lo que sucedía en su amantísima Madre, se obligaba y la correspondía con recíproca fidelidad, respondiéndola en su secreto aquellas palabras que aquí se verificaron a la letra: *Vulneraste mi corazón, hermana mía, heríste con uno de tus ojos (Cant 4, 9)*. Porque como herido y vencido de su amor le traía luego a su presencia. Y según lo que en esto se me ha dado a entender, no podía Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, estar lejos de la presencia de su Madre, si daba lugar a la fuerza del afecto que como a Madre, y que tanto le amaba, la tenía, y naturalmente le aliviaba y consolaba con su vista y presencia; y la hermosura de aquella alma purísima de su Madre le recreaba y hacía suaves los trabajos y penalidades, porque la miraba como fruto suyo único y singular de todos, y la dulcísima vista de su persona era de gran alivio para las penas sensibles de Su Majestad.

1109. Continuaba nuestro Salvador sus maravillas en Judea, donde estos días entre otras sucedió la resurrección de San Lázaro [día 17 de diciembre: Massíliae, in Gállia, beáti Lázari Episcopi, sanctárum Magdalénae ac Marthae fratris, quem Dóminus in Evangélio appellásse amícum et a mórtuis excitásse légitur] en Betania (Jn 11, 17), a donde vino llamado de las dos hermanas Marta y María. Y porque estaba muy cerca de Jerusalén se divulgó luego en ella el milagro, y los pontífices y fariseos irritados con esta maravilla hicieron el concilio (Jn 11, 54) donde decretaron la muerte del Salvador y que si alguno tuviese noticia de él le manifestase; porque después de la resurrección de Lázaro se retiró Su Divina Majestad a una ciudad de Efrén, hasta que llegase la fiesta de la Pascua, que no estaba lejos. Y cuando fue tiempo de volver a celebrarla con su muerte, se declaró más con los doce discípulos, que eran los Apóstoles, y les dijo a ellos solos que advirtiesen subían a Jerusalén (Mt 20, 17; Mc 10, 32; Lc 18, 31; Jn 11, 12), donde el Hijo del Hombre, que era él, sería entregado a los príncipes de los fariseos y sería prendido, azotado y afrentado hasta morir crucificado. Y en el ínterin los

sacerdotes estaban cuidadosos espiándole si subía a celebrar la Pascua. Y seis días antes llegó otra vez a Betania, donde había resucitado a San Lázaro, y donde fue hospedado de las dos hermanas, y le hicieron una cena muy abundante para Su Majestad y María santísima su Madre y todos los que los acompañaban para la festividad de la Pascua; y entre los que cenaron uno fue San Lázaro, a quien pocos días antes había resucitado.

1110. Estando recostado el Salvador del mundo en este convite, conforme a la costumbre de los judíos, entró Santa María Magdalena llena de divina luz y altos y nobilísimos pensamientos, y con ardentísimo amor, que a Cristo su divino Maestro tenía, le ungió los pies y derramó sobre ellos y su cabeza un vaso o pomo de alabastro lleno de licor fragantísimo y precioso, de confección de nardos y otras cosas aromáticas; y los pies limpió con sus cabellos, al modo que otra vez lo había hecho en su conversión y en casa del fariseo, que cuenta San Lucas (Lc 7, 38). Y aunque esta segunda unción de la Magdalena la cuentan los otros tres Evangelistas (Mt 26, 6; Mc 14, 3; Jn 12, 3) con alguna diferencia, pero no he entendido que fuesen dos unciones, ni dos mujeres, sino una sola la Santa María Magdalena, movida del divino Espíritu y del encendido amor que tenía a Cristo nuestro Salvador. De la fragancia de estos ungüentos se llenó toda la casa, porque fueron en cantidad y muy preciosos, y la liberal enamorada quebró el vaso para derramarlos sin escasez y en obsequio de su Maestro. Y el avariento apóstol Judas Iscariotes , que deseaba se le hubiesen entregado para venderlos y coger el precio, comenzó a murmurar de esta unción misteriosa y a mover a algunos de los otros apóstoles con pretexto de pobreza y caridad con los pobres, a quienes —decía— se les defraudaba la limosna, gastando sin provecho y con prodigalidad cosa de tanto valor, siendo así que todo eso era con disposición divina, y él hipócrita, avariento y desmesurado.

1111. El Maestro de la verdad y vida disculpó a Santa María Magdalena, a quien Judas Iscariotes reprendía de pródiga y poco advertida, y el Señor le dijo a él y a los demás que no la molestasen, porque aquella acción no era

ociosa y sin justa causa, y a los pobres no por esto se les perdía la limosna que quisiesen hacerles cada día, y con su persona no siempre se podía hacer aquel obsequio, que era para su sepultura, la que prevenía aquella generosa enamorada con espíritu del cielo, testificando en la misteriosa unción que ya el Señor iba a padecer por el linaje humano, y que su muerte y sepultura estaban muy vecinas; pero nada de esto entendía el pérfido discípulo, antes se indignó furiosamente contra su Divino Maestro, porque justificó la obra de Santa María Magdalena. Y viendo Lucifer la disposición de aquel depravado corazón, le arrojó en él nuevas flechas de codicia, indignación y mortal odio contra el autor de la vida. Y desde entonces propuso de maquinarle la muerte y en llegando a Jerusalén dar cuenta a los fariseos y desacreditarle con ellos con audacia como en efecto lo cumplió. Porque ocultamente se fue a ellos y les dijo que su Maestro enseñaba nuevas leyes contrarias a la de Moisés y de los emperadores, que era amigo de convites, de gente perdida y profana, y a muchos de mala vida admitía, a hombres y mujeres, y los traía en su compañía; que tratasen de remediarlo, porque no les sucediese alguna ruina que después no pudiesen recuperar. Y como los fariseos estaban ya del mismo acuerdo, gobernándolos a ellos y a Judas Iscariotes el príncipe de las tinieblas, admitieron el aviso, y de él salió el concierto de la venta de Cristo nuestro Salvador.

1112. Todos los pensamientos de Judas Iscariotes eran patentes, no sólo al Divino Maestro, sino también a su Madre santísima. Y el Señor no habló palabras a Judas Iscariotes, ni cesó de hablarle como padre amoroso y enviarle inspiraciones santas a su obstinado corazón. Pero la Madre de clemencia añadió a ellas nuevas exhortaciones y diligencias para detener al precipitado discípulo; y aquella noche del convite, que fue sábado antes del domingo de Ramos, le llamó y habló a solas, y con dulcísimas y eficaces palabras y copiosas lágrimas le propuso su formidable peligro y le pidió mudase de intento, y si tenía enojo con su Maestro, tomase contra ella la venganza, que sería menor mal porque era pura criatura y él su Maestro y verdadero Dios; y para saciar la codicia de aquel avariento corazón le ofreció algunas cosas que para este intento la divina Madre

había recibido de mano de Santa María Magdalena. Pero ninguna de estas diligencias fueron poderosas con el ánimo endurecido de Judas Iscariotes, ni tan vivas y dulces razones hicieron mella en su corazón más duro que diamante. Antes por el contrario, como no hallaba qué responder y le hacían fuerza las palabras de la prudentísima Reina, se enfureció más y calló mostrándose ofendido. Pero no por eso tuvo vergüenza de tomar lo que le dio, porque era igualmente codicioso y pérfido. Con esto le dejó María santísima y se fue a su Hijo y Maestro, y llena de amargura y lágrimas se arrojó a sus pies, y le habló con razones prudentísimas, pero muy dolorosas, de compasión o de algún sensible consuelo para su amado Hijo, que miraba en su humanidad santísima, que padecía algunas tristezas por las mismas razones que después dijo a los discípulos que estaba triste su alma hasta la muerte. Y todas estas penas eran por los pecados de los hombres, que habían de malograr su pasión y muerte, como adelante diré (Cf. infra n. 1210, 1215, 1395).

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

1113. Hija mía, pues en el discurso de mi vida que escribes, cada día vas entendiendo más y declarando el amor ardentísimo con que mi Señor y tu Esposo, y yo con él, abrazamos el camino de la cruz y del padecer y que sólo éste elegimos en la vida mortal, razón será que como recibes esta ciencia, y yo te repito su doctrina, camines tú en imitarla. Esta deuda crece en ti desde el día que te eligió por esposa, y siempre va aumentándose, y no te puedes desempeñar si no abrazas los trabajos y los amas con tal afecto que para ti sea la mayor pena el no padecerlos. Renueva cada día este deseo en tu corazón, que te quiero muy sabia en esta ciencia que ignora y aborrece el mundo; pero advierte asimismo que no quiere Dios afligir a la criatura sólo por afligirla, sino por hacerla capaz y digna de los beneficios y tesoros que por este medio le tiene preparados sobre todo humano pensamiento. Y en fe de esta verdad y como en prendas de esta promesa se quiso transfigurar en el Tabor en presencia mía y de algunos discípulos; y en la oración que allí hizo al Padre, que yo sola conocí y entendí, habiéndose humillado

su humanidad santísima, confesándole por verdadero Dios, infinito en perfecciones y atributos, como lo hacía siempre que quería hacer alguna petición, le suplicó que todos los cuerpos mortales que por su amor se afligiesen y trabajasen en su imitación en la nueva ley de gracia participasen después de la gloria de su mismo cuerpo, y para gozar de ella en el grado que a cada uno le correspondiese, resucitasen en el mismo cuerpo el último día del juicio final unidos a sus propias almas. Y porque el eterno Padre concedió esta petición, quiso que se confirmase como contrato entre Dios y los hombres, con la gloria que recibió el cuerpo de su Maestro y Salvador, dándole en rehenes la posesión de lo que pedía para todos sus seguidores. Tanto peso como éste tiene el momentáneo trabajo que toman los mortales en privarse de las viles delectaciones terrenas y mortificar su carne y padecer por Cristo mi Hijo y Señor.

1114. Y por los merecimientos infinitos que él interpuso en esta petición, es corona de justicia para la criatura esta gloria que le toca, como miembro de la cabeza Cristo que se la mereció; pero esta unión ha de ser por la gracia e imitación en el padecer, a que corresponde el premio. Y si padecer cualquiera de los trabajos corporales tiene su corona, mucho mayor será padecer, sufrir y perdonar las injurias y dar por ellas beneficios, como lo hicimos nosotros con Judas Iscariotes; pues no sólo no lo despidió el Señor del apostolado, ni se mostró indignado con él, sino que le aguardó hasta el fin, que por su malicia se acabó de imposibilitar para el bien, con entregarse al demonio. En la vida mortal camina el Señor con pasos muy lentos a la venganza, pero después recompensará la tardanza con la gravedad del castigo. Y si Dios sufre y espera tanto, ¿cuánto debe sufrir un vil gusano a otro que es de su misma naturaleza y condición? Con esta verdad, y con el celo de la caridad de tu Señor y Esposo, has de regular tu paciencia, tu sufrimiento y el cuidado de la salvación de las almas. Y no te digo en esto que has de sufrir lo que fuere contra la honra de Dios, que eso no fuera ser verdadera celadora del bien de tus prójimos, pero que ames a la hechura del Señor y aborrezcas el pecado, que sufras y disimules lo que a ti te toca y trabajes porque todos se salven en cuanto fuere

pasible. Y no desconfíes luego cuando no veas el fruto, antes presentes al Eterno Padre los méritos de mi Hijo santísimo y mi intercesión y la de los ángeles y santos, que como Dios es caridad y están en Su Majestad los bienaventurados la ejercitan con los viandantes.

CAPITULO 7

El oculto sacramento que precedió al triunfo de Cristo en Jerusalén, y cómo entró en ella y fue recibido de sus moradores.

1115. Entre las obras de Dios que se llaman *ad extra,* porque las hizo fuera de sí mismo, la mayor fue la de tomar carne humana, padecer y morir por el remedio de los hombres. Este sacramento no le pudo, alcanzar la sabiduría humana, si el mismo autor no le revelara por tantos argumentos y testimonios; y con todo eso, a muchos sabios según la carne se les hizo dificultoso de creer su propio beneficio y remedio. Y otros, aunque le han creído, no con las condiciones y verdad que sucedió. Otros, que son los católicos, creen, confiesan y conocen este sacramento en el grado de la luz que de él tiene la Santa Iglesia. Y en esta fe explícita de los misterios revelados, confesamos implícitamente los que en sí encierran y no ha sido necesario manifestarse al mundo, porque no son precisamente necesarios o los reserva Dios para el tiempo oportuno, otros para el último día, cuando se revelarán todos los corazones en la presencia del justo Juez. El intento del Señor en mandarme escribir esta Historia, como otras veces he dicho y muchas he entendido (Cf. supra p. I; p. II n. 678), es manifestar algunos de estos ocultos sacramentos sin opiniones ni conjeturas humanas, y así dejo escritos muchos que se me han declarado y conozco restan muchos de grande admiración y veneración. Para los cuales quiero prevenir la piedad y la fe católica de los fieles, pues a quien lo fuere no se le hará dificultoso lo accesorio, confesando con fe divina lo principal de las verdades católicas, sobre que se funda todo lo que dejo escrito y lo que escribiré en lo restante de este argumento, en especial de la pasión de nuestro Redentor.

1116. El sábado que sucedió la unción de Santa María Magdalena en Betania, acabada la cena, como en el capítulo pasado dije, se retiró nuestro Divino Maestro a su recogimiento; y su Madre santísima, dejando a Judas Iscariotes en su obstinación, se fue a la presencia de su Hijo amantísimo, acompañándole, como solía, en la oración y ejercicios que hacía. Estaba ya Su Majestad cerca de entrar en el mayor conflicto de su carrera, que, como dice Santo Rey David [día 29 de diciembre: Hierosólymis sancti David, Regis et Prophétae] (Sal 18, 7) había tomado desde lo supremo del cielo para volver a él, dejando vencido al demonio, al pecado y a la muerte. Y como el obedientísimo Hijo iba de voluntad a la pasión y cruz, estando ya tan cerca, se ofreció de nuevo al Eterno Padre y, postrado en tierra sobre su rostro, le confesó y alabó, haciendo una profunda oración y altísima resignación, en que aceptaba las afrentas de su Pasión, las penas, ignominias y la muerte de cruz por la gloria del mismo Señor y por el rescate de todo el linaje humano. Estaba su beatísima Madre retirada un poco a un lado del dichoso oratorio y acompañando a su querido Hijo y Señor en la oración que hacían, y entrambos, Hijo y Madre, con lágrimas de lo íntimo de sus almas santísimas.

1117. En esta ocasión antes de la media noche apareció el Eterno Padre en forma humana visible con el Espíritu Santo y multitud de Ángeles innumerables que asistían al espectáculo. Y el Padre aceptó el sacrificio de Cristo su santísimo Hijo y que en Él se ejecutase el rigor de su justicia para perdonar al mundo. Y luego, hablando el mismo Padre Eterno con la beatísima Madre, la dijo: María, Hija y Esposa nuestra, quiero que de nuevo entregues a tu Hijo para que me sea sacrificado, pues yo le entrego por la redención humana—. Respondió la humilde y candida paloma: Aquí está, Señor, el polvo y ceniza, indigna de que vuestro Unigénito y Redentor del mundo sea mío. Pero rendida a vuestra inefable dignación, que le dio forma humana en mis entrañas, le ofrezco y me ofrezco yo con Él a vuestro divino beneplácito, y Os suplico, Señor y Padre Eterno, me recibáis para que yo padezca juntamente con Vuestro Hijo y mío.— Admitió también el Eterno Padre la

oblación de María santísima y la aceptó por agradable sacrificio. Y levantando del suelo a Hijo y Madre, dijo: Este es el fruto de la tierra bendito que desea mi voluntad.—Y luego levantó al Verbo humanado al trono de Su Majestad en que estaba y le puso el Eterno Padre a su diestra, con la misma autoridad y preeminencia que él tenía.

1118. Quedó María santísima en su lugar donde estaba, pero transformada y elevada toda en admirable júbilo y resplandor. Y viendo a su Unigénito sentado a la diestra de su Eterno Padre, pronunció y dijo aquellas primeras palabras del salmo 109, en que misteriosamente había profetizado Santo Rey David este sacramento escondido: *Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra (Sal 109, 1)*. Y sobre estas palabras, como comentándolas, hizo la divina Reina un cántico misterioso en alabanza del Eterno Padre y del Verbo humanado. Y en cesando ella de hablar, prosiguió el Padre todo lo restante del salmo, como quien ejecutaba y obraba con su inmutable decreto todo lo que contienen aquellas misteriosas y profundas palabras hasta el fin del salmo inclusive. Muy dificultoso es para mí reducir a mis cortos términos la inteligencia que tengo de tan alto misterio, pero diré algo, como el Señor me lo concediere, porque se entienda en parte tan oculto sacramento y maravilla del Todopoderoso y lo que a María santísima y a los espíritus soberanos que asistían les dio a entender el Padre Eterno.

1119. Prosiguió y dijo: *Hasta que ponga yo a tus enemigos por peana de tus pies (Sal 109, 1)*. Porque habiéndote humillado tú por mi voluntad eterna, has merecido la exaltación que te doy sobre todas las criaturas y que en la naturaleza humana que recibiste reines a mi diestra por sempiterna duración que no puede desfallecer y que por toda ella ponga yo a tus enemigos debajo de tus pies y dominio, como de su Dios y Reparador de los hombres, para que los mismos que no te obedecían ni admitieron vean a tu humanidad, que son tus pies, levantada y engrandecida. Y mientras no lo ejecuto, porque llegue a su fin el decreto de la redención humana, quiero que vean ahora mis cortesanos lo que después conocerán los demonios y los hombres: que te doy la posesión de mi diestra, al mismo

tiempo que tú te has humillado a la muerte ignominiosa de la cruz; y que si te entrego a ella y a la disposición de su malicia, es por mi gloria y beneplácito, y para que después llenos de confusión sean puestos debajo de tus pies.

Para esto enviará el Señor la vara de tu virtud desde Sión, que domine en medio de tus enemigos (Sal 109, 2). Porque yo, como Dios omnipotente y que soy el que soy verdadera y realmente (Ex 3, 14), enviaré y gobernaré la vara y cetro de tu virtud invencible, de manera que no sólo después que hayas triunfado de la muerte con la redención humana consumada, te reconozcan por su Reparador, Guía, Cabeza y Señor de todo, pero desde luego quiero que hoy, antes de padecer la muerte, alcances admirablemente este triunfo, cuando los hombres tratan de tu ruina y te desprecian. Quiero que triunfes de su maldad y de la muerte y que en la fuerza de tu virtud sean compelidos a honrarte libremente y te confiesen y adoren dándote culto y veneración, y que los demonios sean vencidos y confundidos de la vara de tu virtud, y los profetas y justos, que te esperan en el limbo, reconozcan con mis ángeles esta maravillosa exaltación que tienes merecida en mi aceptación y beneplácito.

Contigo está el principado en el día de tu poderío, en medio de los resplandores de la santidad: de mis entrañas te engendré yo, antes de existir el lucero de la mañana (Sal 109, 3). En el día de esta virtud y poder que tienes para triunfar de tus enemigos, estoy yo en ti y contigo, como principio de quien procedes por eterna generación de mi fecundo entendimiento, antes que el lucero de la gracia, con que decretamos manifestarnos a las criaturas, fuese formado, y en los resplandores que gozarán los santos, cuando fueren beatificados con nuestra gloria. Y también está contigo tu principio en cuanto hombre, y fuiste engendrado en el día de tu virtud, porque, desde el instante que recibiste el ser humano por la generación temporal de tu Madre, tuviste las obras del mérito que ahora está contigo y te hace digno de la gloria y honra que te han de coronar tu virtud en este día y en el de mi eternidad.

Juró el Señor, y no le pesará: tú eres para siempre

sacerdote según el orden de Melquisedech (Sal 109, 3). Yo, que soy el Señor y Todopoderoso para cumplir lo que prometo, determiné con firmeza, como de inmutable juramento, que tú fueses el sumo sacerdote de la nueva Iglesia y Ley del Evangelio, según el antiguo orden del sacerdote Melquisedech, porque serás el verdadero sacerdote que ofrecerás el pan y vino que figuró la oblación de Melquisedech (Gen 14, 18). Y no me pesará de este decreto, porque esta oblación será limpia y aceptable y sacrificio de alabanza para mí.

El Señor a tu diestra quebrantará a los reyes en el día de su ira (Sal 109, 5). Por las obras de tu humanidad, cuya diestra es la divinidad con ella unida y en cuya virtud las has de obrar, y con el instrumento de tu humanidad quebrantaré yo, que soy un Dios contigo, la tiranía y poder que han mostrado los rectores y príncipes de las tinieblas y del mundo, así ángeles apostatas como hombres, en no adorarte, reconocerte y servirte como a su Dios, Superior y Cabeza. Y este castigo ejecuté cuando no te reconoció Lucifer y sus secuaces, que fue para ellos el día de mi ira, y después llegará el de la que ejecutaré con los hombres que no te hubieren recibido y seguido tu Ley Santa. A todos los quebrantaré y humillaré con mi justa indignación.

Juzgará en las naciones, llenará las ruinas; y en la tierra quebrantará las cabezas de muchos (Sal 109,5). Justificada tu causa contra todos los nacidos hijos de Adán que no se aprovecharen de la misericordia que usas con ellos, redimiéndolos graciosamente del pecado y de la eterna muerte, el mismo Señor, que soy yo, juzgará en equidad y justicia a todas las naciones y, entresacando a los justos y escogidos de los pecadores y réprobos, llenará el vacío de las ruinas que dejaron los ángeles apostatas que no conservaron su gracia y domicilio. Y con esto quebrantará en la tierra la cabeza de los soberbios, que serán muchos, por su depravada y obstinada voluntad.

Del torrente beberá en el camino; por eso levantará la cabeza (Sal 109, 7). Y la engrandecerá el mismo Señor y Dios de las venganzas, para juzgar la tierra y dar su retribución a los soberbios se levantará y, como si bebiera

el torrente de su indignación, embriagará sus flechas en la sangre de sus enemigos y con la espada de su castigo los confundirá en el camino por donde habían de llegar y conseguir su felicidad. Así levantará tu cabeza y la ensalzará sobre tus enemigos inobedientes a tu ley, infieles a tu verdad y doctrina. Y esto será justificado con haber tú bebido el torrente de los oprobios y afrentas hasta la muerte de cruz, en el tiempo que obraste su redención.

1120. Estas inteligencias y otras muchas altísimas y ocultas tuvo María santísima de las palabras misteriosas de este salmo que pronunció el Eterno Padre. Aunque algunas habla en tercera persona, pero decíalas de la suya y del Verbo humanado. Y todos estos misterios se reducían principalmente a dos puntos: el uno, las amenazas que contienen contra los pecadores, infieles y malos cristianos, porque o no admiten al Redentor del mundo o no guardaron su divina ley; el otro comprende las promesas que el Eterno Padre hizo a su Hijo humanado de glorificar su santo nombre contra y sobre sus enemigos. Y como en arras o prendas y señal de esta exaltación universal de Cristo después de su ascensión, y más en el juicio final, ordenó el Padre que recibiese en la entrada de Jerusalén aquel aplauso y gloria que le dieron sus moradores el día siguiente que sucedió esta visión tan misteriosa. Y, acabada, desapareció el Padre y Espíritu Santo y los Ángeles que admirados asistieron en este oculto sacramento, y Cristo Redentor nuestro y su beatísima Madre quedaron en divinos coloquios todo lo restante de aquella felicísima noche.

1121. Llegado el día, que fue el que corresponde al domingo de Ramos, salió Su Majestad con sus discípulos para Jerusalén, asistiéndole muchos Ángeles que le alababan por verle tan enamorado de los hombres y solícito de su salud eterna. Y habiendo caminado dos leguas, poco más o menos, en llegando a Betfagé, envió dos discípulos a la casa de un hombre poderoso que estaba cerca, y con su voluntad le trajeron dos jumentillos; el uno, que nadie había usado ni subido en él. Nuestro Salvador caminó para Jerusalén, y los discípulos aderezaron con sus vestidos y capas al jumentillo y también la jumentilla; porque de

entrambos se sirvió el Señor en este triunfo, conforme a las profecías de Isaías (Is 62, 11) y Zacarías (Zac 9, 9) que muchos siglos antes lo dejaron escrito, para que no tuviesen ignorancia los sacerdotes y sabios de la ley. Todos los cuatro Evangelistas sagrados escribieron también este maravilloso triunfo de Cristo (Mt 21, 4; Mc 11, 1; Lc 19, 30; Jn 12, 13) y cuentan lo que fue visible y patente a los ojos de los circunstantes. Sucedió en el camino que los discípulos, y con ellos todo el pueblo, pequeños y grandes, aclamaron al Redentor por verdadero Mesías, Hijo de David, Salvador del mundo y Rey verdadero. Unos decían: Paz sea en el cielo y gloria en las alturas, bendito sea el que viene como Rey en el nombre del Señor; otros decían: *Hosanna Filio David:* Sálvanos, Hijo de David, bendito sea el reino que ya ha venido de nuestro padre David. Y unos y otros cortaban palmas y ramos de los árboles en señal de triunfo y alegría y con las vestiduras los arrojaban por el camino donde pasaba el nuevo triunfador de las batallas, Cristo nuestro Señor.

1122. Todas estas obras y demostraciones nobles de culto y adoración, que daban los hombres al Verbo Divino humanado, manifestaban el poder de su divinidad, y más en la ocasión que sucedieron, cuando los sacerdotes y fariseos le aguardaban y buscaban para quitarle la vida en la misma ciudad. Porque si no fueran movidos interiormente con su virtud divina sobre los milagros que había obrado, no fuera posible que tantos hombres juntos, y muchos de ellos gentiles, otros enemigos declarados, le aclamaran por verdadero Rey, Salvador y Mesías, y se rindieran a un hombre pobre, humilde y perseguido, y que no venía con aparato de armas ni potencia humana, no en carros triunfantes, no en caballos soberbios y lleno de riquezas. A lo aparente todo le faltaba, y entraba en jumentillo humilde y contentible para el fausto y vanidad mundana, fuera de su semblante, porque éste era grave, sereno y lleno de majestad, correspondiente a la dignidad oculta; pero todo lo demás era fuera y contra lo que el mundo aplaude y solemniza. Y así era manifiesta en los efectos la virtud divina que movía con su fuerza y voluntad los corazones humanos para que se rindiesen a su Criador y Reparador.

1123. Pero, a más de la conmoción universal que se conoció en Jerusalén con la divina luz que envió el Señor a los corazones de todos para que reconocieran a nuestro Salvador, se extendió este triunfo a todas las criaturas, o a muchas, más capaces de razón, para que se cumpliese lo que el Padre Eterno había prometido a su Unigénito, como queda dicho (Cf. supra n. 1119). Porque, al entrar Cristo nuestro Salvador en Jerusalén, fue despachado el arcángel San Miguel a dar noticia de este misterio a los Santos Padres y Profetas del limbo y junto con esto tuvieron todos una visión particular de la entrada del Señor y de lo que en ella sucedía, y desde aquella caverna donde estaban reconocieron, confesaron y adoraron a Cristo nuestro Maestro y Señor por verdadero Dios y Redentor del mundo y le hicieron nuevos cánticos de gloria y alabanza por el admirable triunfo que recibía de la muerte, del pecado y del infierno. Extendióse también el poder divino a mover los corazones de otros muchos vivientes en todo el mundo, porque los que tenían fe o noticia de Cristo Señor nuestro, no sólo en Palestina y sus confines, sino en Egipto y otros reinos, fueron excitados y movidos para que en aquella hora adorasen en espíritu a su Redentor y nuestro; como lo hicieron con especial júbilo de sus corazones que les causó la visitación e influencia de la divina luz que para esto recibieron; aunque no conocieron expresamente la causa ni el fin de aquel movimiento, pero no fue en vano para sus almas, porque los efectos las adelantaron mucho en el creer y obrar el bien. Y para que el triunfo de la muerte que nuestro Salvador ganaba en este suceso fuese más glorioso, ordenó el Altísimo que aquel día no tuviese fuerzas contra la vida de ninguno de los mortales, y así no murió nadie en el mundo aquel día, aunque naturalmente murieran muchos si no lo impidiera el poder divino, para que en todo fuese admirable el triunfo.

1124. A esta victoria de la muerte se siguió la del infierno, que fue más gloriosa aunque más oculta. Porque al punto que comenzaron los hombres a invocar y aclamar a Cristo nuestro Maestro por Salvador y Rey que venía en el nombre del Señor, sintieron los demonios contra sí el poder de su diestra, que los derribó a todos cuantos estaban en el mundo de sus lugares, y los arrojó a los pro-

fundos calabozos del infierno. Y por aquel breve tiempo que Cristo prosiguió esta jornada, ningún demonio quedó sobre la tierra, sino que todos cayeron al profundo con grande rabia y terror. Y desde entonces sospecharon que el Mesías estaba ya en el mundo con más certeza que hasta allí habían tenido y luego confirieron entre sí este recelo, como diré en el capítulo siguiente. Prosiguió el Salvador del mundo su triunfo hasta entrar en Jerusalén, y los Santos Ángeles, que lo miraban y acompañaban, le cantaron nuevos himnos de loores y divinidad con admirable armonía. Y entrando en la ciudad con júbilo de todos los moradores, se apeó del jumentillo y encaminó sus pasos hermosos y graves al templo, donde con admiración de todos sucedió lo que refieren los Evangelistas de las maravillas que allí obró (Mt 21, 12; Lc 19, 45). Y derribó las mesas de los que vendían y compraban en el Templo, celando la honra de la casa de su Padre, y echó fuera a los que la hacían casa de negociación y cueva de ladrones. Pero al punto que cesó el triunfo, suspendió la diestra del Señor el influjo que daba a los corazones de aquellos moradores de Jerusalén, aunque los justos quedaron mejorados y muchos justificados, otros se volvieron al estado de sus vicios y malos hábitos y ejercicios imperfectos, porque no se aprovecharon de la luz ni de las inspiraciones que les envió la disposición divina, y aunque tantos habían aclamado y reconocido a Cristo nuestro Señor por Rey de Israel, no hubo quien le hospedase ni recibiese en su casa (Mc 11, 11).

1125. Estuvo Su Majestad en el Templo enseñando y predicando hasta la tarde. Y en confirmación de la veneración y culto que se le había de dar a aquel lugar santo y casa de oración, no consintió que le trajesen un vaso de agua para beber; y sin recibir éste ni otro refrigerio, volvió aquella tarde a Betania, de donde había venido, y después los días siguientes hasta su pasión volvió a Jerusalén. La divina Madre y Señora María santísima estuvo aquel día en Betania retirada a solas, para ver desde allí con una particular visión todo lo que sucedía en el admirable triunfo de su Hijo y Maestro. Vio lo que hacían los espíritus soberanos en el cielo, los hombres en la tierra y lo que sucedió a los demonios en el

infierno, y cómo el eterno Padre en todas estas maravillas ejecutaba y cumplía las promesas que antes había hecho a su Unigénito humanado dándole la posesión del imperio y dominio de todos sus enemigos. Vio también cuánto hizo nuestro Salvador en esta ocasión y en el Templo, y entendió aquella voz del Padre que descendió del cielo en presencia de los circunstantes, y respondiendo a Cristo nuestro Salvador le dijo: *Yo te clarificaré, y otra vez te clarificaré (Jn 12, 28)*. En donde dio a entender que, a más de la gloria y triunfo que el Padre había dado al Verbo humanado aquel día, y en los demás que se han referido, le clarificaría y ensalzaría en lo futuro después de su muerte, porque todo lo comprenden las palabras del Eterno Padre, y así lo entendió y penetró su beatísima Madre, con admirable júbilo de su espíritu purísimo.

Doctrina de la misma Reina y señora María santísima,

1126. Hija mía, algo has escrito y más has conocido de los ocultos misterios del triunfo de mi Hijo santísimo el día que entró en Jerusalén y lo que precedió a él, pero mucho más es lo que conocerás en el mismo Señor, porque en la vida mortal no lo pueden penetrar los viadores; pero con todo eso tienen bastante doctrina y desengaño en lo que se les ha manifestado para conocer cuán levantados son los juicios del Señor y cuán diferentes de los pensamientos de los hombres. El Altísimo mira al corazón de las criaturas y al interior, donde está la hermosura de la hija del rey (Sal 44, 14), y los hombres a lo aparente y sensible; y por eso en los ojos de su sabiduría los justos y escogidos son estimados y levantados, cuando se abaten y humillan, y los soberbios son humillados y aborrecidos, cuando se levantan. Esta ciencia, hija mía, es de pocos entendida, y por eso los hijos de las tinieblas no saben apetecer ni buscar otra honra ni exaltación más de la que les da el mundo. Y aunque los hijos de la Iglesia Santa confiesan y conocen que ésta es vana y sin sustancia y que no permanece más que la flor y el heno, con todo eso no practican esta verdad. Y como no les da su conciencia el testimonio de las virtudes, solicitan el crédito de los hombres y el aplauso y gloria que les pueden dar; aunque todo es falso, engañoso y lleno de mentira, porque solo Dios es el que sin engaño honra y

levanta al que lo merece, y el mundo de ordinario trueca las suertes y da sus honras a quien menos las merece o a quien más ambicioso y sagaz las procura y solicita.

1127. Aléjate, hija mía, de este engaño, y no te aficiones al gusto de las alabanzas de los hombres, ni admitas sus lisonjas y agasajos. Da a cada cosa el nombre y la estimación que merece, que en esto andan muy a ciegas los hijos de este siglo. Ninguno de los mortales pudo merecer la honra y aplauso de las criaturas como mi Hijo santísimo y, con todo eso, la que le dieron en la entrada de Jerusalén la dejó y despreció, porque sólo era para manifestar su poder divino y para que después fuese más ignominiosa su pasión, y para enseñar en esto a los hombres que las honras visibles del mundo nadie las debe admitir por sí mismas, si no hay otro fin más alto de la gloria y exaltación del Altísimo a donde reducirlas; que sin esto son vanas e inútiles, sin fruto ni provecho, pues no está en ellas la felicidad verdadera de las criaturas capaces de la eterna. Y porque te veo deseosa de saber la razón por que yo no me hallé presente con mi Hijo santísimo en este triunfo, quiero responder a tu deseo, acordándote lo que muchas veces has escrito en esta Historia de la visión que yo tenía de las obras interiores de mi amado Hijo en el espejo purísimo de su interior. Con esta visión conocía en su voluntad cuándo y para qué se quería ausentar de mí, luego puesta a sus pies le suplicaba me declarase su voluntad y gusto en lo que yo debía hacer y Su Majestad algunas veces me lo mandaba y declaraba determinadamente y con expreso orden, otras veces lo dejaba y remitía a mi elección, para que yo la hiciese con el uso de la divina luz y prudencia que me había dado. Esto hizo en la ocasión que determinaba entrar en Jerusalén triunfando de sus enemigos y dejó en mi mano el acompañarle o quedarme en Betania, y yo le pedí licencia para no hallarme presente a esta misteriosa obra y le supliqué me llevase después consigo cuando volviese a padecer y morir; porque juzgué por más acertado y agradable a sus ojos ofrecerme a padecer las ignominias y dolores de su pasión, que participar de la honra visible que le daban los hombres, de que a mí, como a su Madre, me tocaría algo hallándome presente y conociéndome los que le bendecían y alababan;

y porque este aplauso, a más de que para mí no era apetecible, conocía que le ordenaba el Señor para demostración de su divinidad y poder infinito, en que yo no tenía parte, ni con la honra que a mi me dieran entonces aumentaba la que se le debía como a Salvador único del linaje humano. Y para gozar yo a solas de este misterio y glorificar al Muy Alto en sus maravillas, tuve en mi retiro la inteligencia y visión de todo lo que has escrito. Esto será para ti doctrina y enseñanza en mi imitación; sigue mis pasos humildes, abstrae tu afecto de todo lo terreno, levántate a las alturas, con que huirás de las honras humanas y las aborrecerás conociendo a la luz divina que son vanidad de vanidades y aflicción de espíritu (Ecl 1, 14).

CAPITULO 8

Júntanse los demonios en el infierno a conferir sobre el triunfo de Cristo Salvador nuestro en Jerusalén y lo que resultó de esta junta, y otra que hicieron los pontífices y fariseos en Jerusalén.

1128. Todos los misterios que en sí contiene el triunfo de nuestro Salvador fueron grandes y admirables, como queda dicho, pero no es de menor admiración en su género el oculto secreto de lo que sintió el infierno oprimido del poder divino, cuando los demonios fueron arrojados a él, entrando Su Majestad en Jerusalén. Estuvieron desde el domingo, que les sucedió esta ruina, hasta el martes, dos días enteros en el aterramiento que les causó la diestra del Altísimo, llenos de penoso y confuso furor, y con aullidos horribles lo manifestaban a todos los condenados, y toda aquella turbulenta república recibió nuevo asombro y tormento sobre lo acostumbrado. Y el príncipe de aquellas tinieblas Lucifer, más confuso que todos, congregó en su presencia a cuantos demonios estaban en el infierno y tomando un lugar más eminente como superior les habló y dijo:

1129. No es posible que no sea más que profeta este hombre que así nos persigue y arruina nuestro poder y quebranta mis fuerzas; porque Moisés, Elias y Elíseo y otros antiguos enemigos nuestros nunca nos vencieron con tanta

violencia, aunque hacían otras maravillas, ni tampoco se me han ocultado tantas obras de los otros como de éste, en particular de las de su interior, de que alcanzo a conocer muy poco. Y uno que solo es hombre, ¿cómo pudiera hacer esto y manifestar tan supremo poder sobre todas las cosas, como generalmente publican? Y sin inmutarse ni engreírse recibe las alabanzas y gloria que por ellas le dan los hombres. Y en este triunfo que ha tenido entrando en Jerusalén ha mostrado nuevo poder contra nosotros y el mundo, pues yo me hallo con inferiores fuerzas para lo que deseo, que es destruirle y borrar su nombre de la tierra de los vivientes (Jer 11, 19). Y en esta ocasión que tenemos presente, no solamente los suyos le han celebrado y aclamado por bienaventurado, pero muchos que yo tenía en mi dominio hicieron lo mismo, y aun le llamaron Mesías y el prometido de su ley, y a todos los rindió a su veneración y adoración. Mucho es esto para solo puro hombre, y si éste no es más, ninguno otro tuvo tan de su parte el poder de Dios, y con él nos hace y hará grandes daños, porque, después que fuimos arrojados del cielo, nunca tales ruinas hemos padecido ni conocido tal virtud como después que vino este hombre al mundo. Y si acaso es el Verbo humanado, como sospechamos, pide grande acuerdo este negocio; porque si consentimos que viva, con su ejemplo y doctrina se llevará tras de sí a todos los hombres; y por el odio que con él tengo, he procurado quitarle la vida algunas veces y no lo he conseguido, porque en su patria, que procuré le despeñasen de un monte, él con su poder burló de los que iban a ejecutarle (Lc 4, 30; Jn 10, 39); otra vez dispuse que le apedreasen en Jerusalén y se les desapareció a los fariseos.

1130. Ahora tengo la materia mejor dispuesta con su discípulo y nuestro amigo Judas Iscariotes, porque le he arrojado al corazón una sugestión de que venda y entregue a su Maestro a los fariseos, a los cuales tengo también prevenidos con furiosa envidia, que sin duda le darán la muerte muy cruel, como lo desean. Y sólo aguardan ocasión oportuna, y ésta la voy disponiendo con toda mi diligencia y astucia, porque Judas Iscariotes y los escribas y pontífices harán todo cuanto yo les propusiere. Pero con todo eso hallo en esto un gran tope,

que pide mucha atención; porque, si este hombre es el Mesías que esperan los de su pueblo, ofrecerá la muerte y sus trabajos por la redención de los hombres y satisfará y merecerá por todos y para todos infinitamente. Abrirá el cielo y subirán los mortales a gozar los premios que Dios nos ha quitado a nosotros, y será éste nuevo y duro tormento, si no lo prevenimos para impedirlo. Y a más de esto dejará este hombre en el mundo, padeciendo y mereciendo, nuevo ejemplo de paciencia para los demás, porque es mansísimo y humilde de corazón y jamás le hemos visto impaciente ni turbado, y esto mismo enseñará a todos, que es lo más aborrecible para mí, porque me ofenden grandemente estas virtudes y a todos los que siguen mi dictamen y pensamientos. Por estas razones conviene para nuestros intentos conferir lo que debemos hacer en perseguir a este Cristo y nuevo hombre, y que todos me digáis lo que entendáis en este negocio.

1131. Sobre esta propuesta de Lucifer tuvieron largas conferencias aquellos príncipes de las tinieblas, enfureciéndose contra nuestro Salvador con increíble saña y lamentándose del engaño que ya juzgaban habían padecido en pretender su muerte con tanta astucia y malicia; y con ella misma reduplicada pretendieron desde entonces retractar lo hecho y atajar que no muriese, porque ya estaban confirmados en la sospecha de que era el Mesías, aunque no acababan de conocerlo con firmeza. Pero este recelo fue para Lucifer de tanto escándalo y tormento, que aprobando el nuevo decreto de impedir la muerte del Salvador, concluyó el conciliábulo y dijo: Creedme, amigos, que si este hombre es también Dios verdadero, con su padecer y morir salvará a todos los hombres, y nuestro imperio quedará destruido, y los mortales serán levantados a nuevas dichas y potestad contra nosotros. Muy errados andamos en procurarle la muerte. Vamos luego a reparar nuestro propio daño.

1132. Con este acuerdo salió Lucifer y todos sus ministros a la tierra y ciudad de Jerusalén, y de aquí resultaron algunas de las diligencias que hicieron con Pilatos y su mujer, como consta de los Evangelistas (Mt 27, 19; Lc 23, 4ss; Jn 18, 38), para excusar la muerte del Señor, y otras

que no están en la historia del Evangelio, pero fueron ciertas. Porque ante todas cosas emprendieron a Judas Iscariotes y con nuevas sugestiones procuraron disuadirle la venta que tenía concertada de su divino Maestro. Y como no se movió a revocar sus intentos y desistir de ellos, se le apareció el demonio en forma corporal y visible y le habló, procurando con razones inducirle a que no tratase de quitar la vida a Cristo por medio de los fariseos. Y conociendo el demonio la desmedida codicia del avariento discípulo, le ofreció mucho dinero, porque no le entregase a sus enemigos. Y en todo esto puso Lucifer más cuidado que antes había puesto para inducirle al pecado de vender a su mansísimo y divino Maestro.

1133. Pero ¡ay dolor de la miseria humana, que habiéndose rendido Judas al demonio para obedecerle en la maldad, no pudo hacerlo para retractarla! Porque no estaba de parte del enemigo la fuerza de la divina gracia, y sin ella son vanas todas las persuasiones y diligencias extrañas para dejar el pecado y seguir el verdadero bien. No era imposible para Dios reducir a la virtud el corazón de aquel alevoso discípulo, pero no era medio conveniente para este fin la persuasión del demonio que le había derribado de la gracia. Y para no darle el Señor otros auxilios, tenía justificada la causa de su equidad inefable, pues había llegado Judas Iscariotes a tan dura obstinación en medio de la escuela del divino Maestro, resistiendo tantas veces a su doctrina, inspiraciones y grandes beneficios, despreciando con formidable temeridad sus consejos, los de su santísima Madre y dulcísima Señora, el ejemplo vivo de sus vidas y conversación, y de todos los demás apóstoles. Contra todo esto había forcejado el impío discípulo con pertinacia más que de demonio y que de hombre libre para el bien; y habiendo corrido tan larga carrera en el mal, llegó a estado que el odio concebido contra su Salvador y contra la Madre de misericordia le hizo inepto para buscarla, indigno de luz para conocerla y como insensible para la misma razón y ley natural que le pudiera retardar en ofender al Inocente de cuyas manos había recibido tan liberales beneficios. Raro ejemplo y escarmiento para la fragilidad y estulticia de los hombres, que con ella pueden en semejantes peligros caer y perecer, porque no los temen, y llegar a tan infeliz y

lamentable ruina.

1134. Dejaron los demonios a Judas Iscariotes desconfiados de reducirle y fuéronse a los fariseos, intentando la misma demanda por medio de muchas sugestiones y pensamientos que les arrojaron para que no persiguieran a Cristo nuestro bien y Maestro. Pero sucedió lo mismo que con Judas Isacriotes, por las mismas razones; que no pudieron traerlos a que retractasen su intento y revocasen la maldad que tenían fraguada. Aunque por motivos humanos se movieron algunos de los escribas a reparar si les estaría bien lo que determinaban, pero, como no eran asistidos de la gracia, luego les volvió a vencer el odio y envidia que contra el Señor habían concebido. De aquí resultaron las diligencias que hizo Lucifer con la mujer de Pilatos y con él mismo, porque a ella la incitaron, como consta del Evangelio, para que con piedad mujeril previniese y escribiese a Pilatos no se metiese en condenar aquel hombre justo (Mt 27, 19). Y con esta persuasión, y otras que representaron al mismo Pilatos, le obligaron los demonios a tantos reparos como hizo para excusar la sentencia de muerte contra el inocente Señor, de que adelante hablaré lo que fuere necesario (Cf. infra n. 1308, 1322, 1346, 1349). Y como ninguna de estas diligencias se le logró a Lucifer y a sus ministros, reconociéndoles desconfiados, mudaron el medio y se enfurecieron de nuevo contra el Salvador de la vida y movieron a los fariseos y a los verdugos y ministros, para que no pudiendo impedir su muerte, se la diesen atropelladísima y le atormentasen con la impía crueldad que lo hicieron, para irritar su invencible paciencia. Y a esto dio lugar el mismo Señor para los altos fines de la Redención humana, aunque impidió que no ejecutasen los sayones algunas atrocidades menos decentes, que los demonios les administraban contra la venerable persona y humanidad del Salvador, como diré adelante (Cf. infra n. 1290).

1135. El miércoles siguiente a la entrada de Jerusalén, que fue el día que Cristo nuestro Señor se quedó en Betania sin volver al templo, se juntaron de nuevo en casa del pontífice Caifás los escribas y fariseos (Mt 26, 3-4), para maquinar dolosamente la muerte del Redentor del mundo;

porque los había irritado con mayor envidia el aplauso que en la entrada de Jerusalén habían hecho con Su Majestad todos los moradores de la ciudad, y esto cayó sobre el milagro de resucitar a San Lázaro y las otras maravillas que aquellos días había obrado Cristo nuestro Señor en el templo. Y habiendo resuelto que convenía quitarle la vida, paliando esta impía crueldad con pretexto del bien público, como lo dijo Caifás, profetizando lo contrario de lo que pretendió, el demonio, que los vio resueltos, puso en la imaginación de algunos que no ejecutasen este acuerdo en la fiesta de la Pascua, porque no se alborotase el pueblo, que veneraba a Cristo nuestro Señor como Mesías o gran profeta. Esto hizo Lucifer, para ver si con dilatar la muerte del Señor podría impedirla. Pero como Judas Iscariotes estaba ya entregado a su misma codicia y maldad y destituido de la gracia [eficaz] que para revocarla era menester [siempre, sin embargo, tuvo gracia suficiente], acudió al concilio de los pontífices muy azorado e inquieto y trató con ellos de la entrega de su Maestro y se remató la venta con treinta dineros, contentándose con ellos por precio del que encierra en sí todos los tesoros del cielo y tierra; y por no perder los pontífices la ocasión, atropellaron con el inconveniente de ser Pascua. Y así estaba dispuesto por la sabiduría infinita, cuya Providencia lo disponía.

1136. Al mismo tiempo sucedió lo que refiere San Mateo (Mt 26, 2) que dijo nuestro Redentor a los discípulos: *Sabed que después de dos días, sucederá, que el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.* No estaba Judas Iscariotes presente a estas palabras, y con el furor de la traición volvió luego a los apóstoles y como pérfido y descreído andaba inquiriendo y preguntando a sus compañeros, y al mismo Señor y su beatísima Madre, a qué lugar habían de ir desde Betania y qué determinaba su Maestro hacer aquellos días. Y todo esto preguntaba e inquiría dolosamente el pérfido discípulo, para disponer mejor la entrega de su Maestro, que dejaba contratada con los príncipes de los fariseos. Y con estos fingimientos y disimulaciones pretendía Judas Iscariotes paliar su alevosía, como hipócrita. Pero no sólo el Salvador, sino también la prudentísima Madre, conocía su redoble y depravada intención, porque los Santos Ángeles le dieron luego

cuenta del contrato que dejaba hecho con los pontífices, para entregársele por treinta dineros [denarios de plata]. Y aquel día se llegó el traidor a preguntar a la gran Señora a dónde determinaba ir su Hijo santísimo para la Pascua. Y ella con increíble mansedumbre le respondió: ¿Quién podrá entender, oh Judas, los juicios y secretos del Altísimo? Y desde entonces le dejó de amonestar y exhortar para que se retractase de su pecado, aunque siempre el Señor y su Madre le sufrieron y toleraron, hasta que él mismo desesperó del remedio y salvación eterna. Pero la mansísima paloma, conociendo la ruina irreparable de Judas Iscariotes, y que ya su Hijo santísimo sería luego entregado a sus enemigos, hizo tiernos llantos en compañía de los Ángeles, porque no podía con otra alguna criatura conferir su íntimo dolor; y con estos espíritus celestiales soltaba el mar de su amargura y decía palabras de gran peso, sabiduría y sentimiento, con admiración de los mismos Ángeles, viendo en una humana criatura tan nuevo modo de obrar con perfección tan alta, en medio de aquella tribulación y dolor tan amargo.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo María santísima.

1137. Hija mía, todo lo que has entendido y escrito en este capítulo contiene grande enseñanza y misterios en beneficio de los mortales, si con atención los consideran. Lo primero, debes ponderar con discreción que, como mi Hijo santísimo vino a deshacer las obras del demonio y vencerle para que no tuviese tantas fuerzas contra los hombres, fue consiguiente para este intento que, dejándole en el ser de su naturaleza de ángel y en la ciencia habitual que le correspondía, con todo eso le ocultase muchas cosas —como en otras partes has escrito (Cf. supra n. 501, 648, 937, 1067, 1124)— para que no llegando a conocerlas se reprimiese la malicia de este Dragón con el modo más conveniente a la suave y fuerte Providencia del Altísimo. Por esto se le ocultó la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana, y anduvo tan alucinado en este misterio que se confundió y anduvo variando en discursos y determinaciones fabulosas hasta que a su tiempo le hizo mi Hijo santísimo que le conociese, y que su

alma divinizada había sido gloriosa desde el instante de su concepción. Y asimismo le ocultó algunos milagros de su vida santísima y le dejaba conocer otros. Y esto mismo sucede ahora con algunas almas, que no consiente mi Hijo santísimo conozca el enemigo todas sus obras, aunque naturalmente las pudiera conocer, porque se las esconde Su Majestad, para conseguir sus altos fines en beneficio de las almas; y después suele dejarle que las conozca, para mayor confusión del mismo demonio, como sucedió en las obras de la Redención, cuando para su tormento y mayor opresión dio lugar el Señor a que las conociese. Y por esta razón anda la serpiente y dragón infernal acechando a las almas para rastrear sus obras, no sólo interiores, sino también las exteriores.

1138. Tanto es el amor que tiene mi Hijo santísimo a las almas, después que nació y murió por ellas. Y este beneficio fuera más general y continuo con muchas, si ellas mismas no le impidieran desmereciéndole y entregándose a su enemigo, escuchando sus falsas sugestiones y consejos llenos de malicia y engaño. Y como los justos y señalados en la santidad vienen a ser instrumentos en la mano del Señor, que los gobierna y rige él mismo y no consiente que otro alguno los mueva, porque del todo se entregan a su divina disposición; así por el contrario sucede a muchos réprobos y olvidados de su Criador y Reparador, que entregándose por medio de repetidos pecados en manos del demonio, los arrastra y mueve a toda maldad y se sirve de ellos para todo lo que desea su depravada malicia, como sucedió al pérfido discípulo y a los fariseos homicidas de su mismo Redentor. Y ninguno de los mortales tiene disculpa en este daño, pues así como Judas Iscariotes y los Pontífices no consintieron con su libre voluntad en el consejo del demonio, para dejar de perseguir a Cristo nuestro Señor, pudieran mucho mejor no consentir con él en la determinación de perseguirle, que les persuadió el mismo demonio; pues para resistir esta tentación les asistió el auxilio de la gracia, si quisieran cooperar con ella, y para no retroceder del pecado sólo se valieron de su libre albedrío y malos hábitos. Y si les faltó entonces la gracia [eficaz] y moción del Espíritu Santo, fue porque de justicia se les debía negar, por haberse rendido y sujetado ellos al

demonio, para obedecerle en toda maldad y para dejarse gobernar de sola su perversa voluntad, sin respeto a la bondad y poder de su Criador.

1139. De aquí entenderás cómo esta serpiente infernal nada puede para mover al bien obrar y mucho para inducir y llevar al pecado, si las almas no advierten y previenen su peligroso estado. Y de verdad te digo, hija mía, que si los mortales le conocieran con la ponderación digna que pide, les causara grande asombro; porque entregada un alma al pecado, no hay potencia criada que la pueda revocar ni detener para que no se despeñe de un abismo en otro; y el peso de la naturaleza humana, después del pecado de Adán, inclina al mal como la piedra al centro, mediante las pasiones de la concupiscible e irascible; y juntando a esto las inclinaciones de los malos hábitos y costumbres y el dominio y fuerza que cobra el demonio contra el que peca y la tiranía con que lo ejecuta, ¿quién habrá tan enemigo de sí mismo que no tema este peligro? Sólo el poder infinito le librará, y sólo a su diestra está reservado el remedio. Y siendo esto así que no hay otro, con todo eso viven los mortales tan seguros y descuidados en su perdición, como si estuviera en su mano revocarla y repararla cuando quisieren. Y aunque muchos confiesan y conocen la verdad de que no pueden levantarse de su ruina sin el brazo del Señor, pero con este conocimiento habitual y remiso, en lugar de obligarle a que les dé la mano de su poder, le desobligan, irritan y quieren que Dios les esté aguardando con su gracia, para cuando ellos se cansaren de pecar o no pudieren extender más su malicia y estulticia llena de ingratitud.

1140. Teme, carísima, este formidable peligro y guárdate del primer pecado, que con él resistirás menos al segundo y tu enemigo cobrará fuerzas contra ti. Advierte que tu tesoro es grande y el vaso frágil (2 Cor 4, 7) y con un yerro puedes perderlo todo. La cautela y sagacidad de la serpiente contra ti es grande y tú eres menos astuta. Y por esto te conviene recoger tus sentidos y cerrarlos a todo lo visible, retirar tu corazón al castillo murado de la protección y refugio del Altísimo, de donde resistirás a la inhumana batería con que te procura perseguir. Y para que temas,

como debes, baste contigo el castigo a donde llegó Judas Iscariotes, como lo has entendido. En lo demás que has advertido de mi imitación, para perdonar a los que te persiguen y aborrecen, amarlos y tolerarlos con caridad y paciencia y pedir por ellos al Señor con verdadero celo de su salvación, como yo lo hice con el traidor Judas Iscariotes, ya estás advertida muchas veces; y en esta virtud quiero que seas extremada y señalada y que la enseñes y platiques con tus religiosas y con todos los que tratares, porque a vista de la paciencia y mansedumbre de mi Hijo santísimo y mía, será de intolerable confusión para los malos y todos los mortales que no se hayan perdonado unos a otros con fraternal caridad. Y los pecados de odio y venganza serán castigados en el juicio con mayor indignación, y en la vida presente son los que más alejan de los hombres la misericordia infinita para su perdición eterna, si no se enmiendan con dolor. Y los que son blandos y suaves con los que los ofenden y persiguen y olvidan los agravios, tienen una particular similitud respectivamente con el Verbo humanado, que siempre andaba buscando, perdonando y beneficiando a los pecadores. Imitándole en esta caridad y mansedumbre de cordero, se dispone el alma y tiene una como cualidad engendrada de la caridad y amor de Dios y del prójimo, que la hace materia dispuesta para recibir los influjos de la gracia y favores de la diestra divina.

CAPITULO 9

Despídese Cristo nuestro Salvador de su Madre santísima en Betania para ir a padecer el jueves de la cena, pídele la gran Señora la comunión para su tiempo y síguele a Jerusalén con Santa María Magdalena y otras santas mujeres.

1141. Para continuar el discurso de esta Historia dejamos en Betania al Salvador del mundo, después que volvió del triunfo de Jerusalén, acompañado de sus Apóstoles. Y en el capítulo precedente he dicho (Cf. supra n. 1132ss) anticipadamente lo que antes de la entrega de Cristo hicieron los demonios y otras cosas que resultaron de su

infernal arbitrio y de la traición de Judas Isacriotes y concilio de los fariseos. Volvamos ahora a lo que sucedió en Betania, donde la gran Reina asistió y sirvió a su Hijo santísimo aquellos tres días que pasaron desde el domingo de los Ramos hasta el jueves. Todo este tiempo gastó el Autor de la vida con su divina Madre, salvo el que ocupó en volver a Jerusalén y enseñar en el Templo los dos días lunes y martes; porque el miércoles no subió a Jerusalén, como ya he dicho (Cf. supra n. 1135). En estos últimos viajes informó a sus discípulos con más abundancia y claridad de los misterios de su pasión y redención humana. Pero con todo esto, y aunque oían la doctrina y avisos de su Dios y Maestro, respondían cada uno según la disposición con que la oían y recibían, y según los efectos que en ellos causaba y los afectos que movía; siempre estaban algo tardos, y como flacos no cumplieron en la pasión lo que antes ofrecieron, como el suceso lo manifestó y adelante veremos (Cf. infra n. 1240).

1142. Con la beatísima Madre comunicó y trató nuestro Salvador aquellos días inmediatos a su pasión tan altos sacramentos y misterios de la redención humana y de la nueva ley de gracia, que muchos de ellos estarán ocultos hasta la vista del Señor en la patria celestial. Y de los que yo he conocido puedo manifestar muy poco, pero en el prudentísimo pecho de nuestra gran Reina depositó su Hijo santísimo todo lo que llamó Santo Rey David incierto y oculto de su sabiduría (Sal 50, 8), que fue el mayor de los negocios que el mismo Dios tenía por su cuenta en las obras *ad extra,* cual fue nuestra reparación, glorificación de los predestinados, y en ella la exaltación de su santo nombre. Ordenóle Su Majestad todo lo que había de hacer la prudentísima Madre en el discurso de la pasión y muerte que por nosotros iba a recibir y la previno de nueva luz y enseñanza. Y en todas estas conferencias la habló el Hijo santísimo con nueva majestad y grandiosa severidad de Rey, conforme la importancia de lo que trataban, porque entonces de todo punto cesaron los regalos y las caricias de Hijo y Esposo. Pero como el amor natural de la dulcísima Madre y la caridad encendida de su alma purísima había llegado a tan alto grado sobre toda ponderación criada y se acercaba el término de la conversación y trato que había

tenido con el mismo Dios e Hijo suyo, no hay lengua que pueda manifestar los afectos tiernos y dolorosos de aquel candidísimo corazón de la Madre y los gemidos que de lo más íntimo de él despedía, como tórtola misteriosa que ya comenzaba a sentir su soledad, que todo lo restante de cielo y tierra entre las criaturas no podían recompensar.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 14

1143. Llegó el jueves, víspera de la pasión y muerte del Salvador, y este día antes de salir la luz llamó el Señor a su amantísima Madre, y ella respondió postrada a sus pies, como lo tenía de costumbre, y le dijo: Hablad, Señor y Dueño mío, que vuestra sierva oye. Levantóla su Hijo santísimo del suelo donde estaba postrada y hablándola con grande amor y serenidad le dijo: Madre mía, llegada es la hora determinada por la eterna sabiduría de mi Padre para obrar la salvación y redención humana, que me encomendó su voluntad santa y agradable; razón es que se ejecute el sacrificio de la nuestra [vida], que tantas veces la habemos ofrecido. Dadme licencia para irme a padecer y morir por los hombres y tened por bien, como verdadera madre, que me entregue a mis enemigos para cumplir con la obediencia de mi eterno Padre, y por ella misma cooperad conmigo en la obra de la salvación eterna, pues recibí de vuestro virginal vientre la forma de hombre pasible y mortal, en que se ha de redimir el mundo y satisfacer a la divina justicia. Y como vuestra voluntad dio el *fiat* para mi encarnación, quiero que me deis ahora para mi pasión y muerte de cruz; y el sacrificarme de vuestra voluntad a mi Eterno Padre será el retorno de haberos hecho Madre mía, pues Él me envió para que por medio de la pasibilidad de mi carne recobrase las ovejas perdidas de su casa, que son los hijos de Adán.

1144. Estas y otras razones que dijo nuestro Salvador traspasaron el amantísimo corazón de la Madre de la vida y le pusieron de nuevo en la prensa más ajustada de dolor que jamás hasta entonces había padecido, porque llegaba

ya aquella hora y no hallaba apelación su dolorosa pena, ni al tiempo, ni a otro superior tribunal, sobre el decreto eficaz del Eterno Padre, que destinaba aquel plazo para la muerte de su Hijo. Y como la prudentísima Madre le miraba como a Dios infinito en atributos y perfecciones y como a verdadero hombre, unida su humanidad a la persona del Verbo y santificada con sus efectos y debajo de esta dignidad inefable, confería la obediencia que le había mostrado cuando Su Alteza le criaba como Madre, los favores que de su mano había recibido en tan larga compañía, y que luego carecería de ellos y de la hermosura de su rostro, de la dulzura eficaz de sus palabras, y que no sólo le faltaría junto todo esto en una hora, pero que le entregaba a los tormentos e ignominias de su pasión y al cruento sacrificio de la muerte y de la cruz y le daba en manos de tan impíos enemigos. Todas estas noticias y consideraciones, que entonces eran más vivas en la prudentísima Madre, penetraron su amoroso y tierno corazón con dolor verdaderamente inexplicable. Pero con la grandeza de Reina, venciendo a su invencible pena, se volvió a postrar a los pies de su Hijo y Maestro divino y besándolos con suma reverencia le respondió y dijo:

1145. Señor y Dios altísimo, autor de todo lo que tiene ser, esclava vuestra soy, aunque sois hijo de mis entrañas, porque vuestra dignación de inefable amor me levantó del polvo a la dignidad de Madre vuestra; razón es que este vil gusanillo sea reconocido y agradecido a vuestra liberal clemencia y obedezca a la voluntad del Eterno Padre y Vuestra. Yo me ofrezco y me resigno en su divino beneplácito, para que en mí como en Vos, Hijo y Señor mío, se cumpla y ejecute su voluntad eterna y agradable. El mayor sacrificio que puedo yo ofrecer, será el no morir con Vos y que no se truequen estas suertes, porque el padecer en vuestra imitación y compañía será grande alivio de mis penas, y todas dulces a vista de las Vuestras. Bastárame por dolor el no poderos aliviar en los tormentos que por la salvación humana habéis de padecer. Recibid, oh bien mío, el sacrificio de mis deseos y que Os vea yo morir quedando con la vida siendo Vos cordero inocentísimo y figura de la sustancia de Vuestro Eterno Padre. Recibid también el dolor de que yo vea la inhumana crueldad de la culpa del linaje

humano ejecutada por mano de vuestros crueles enemigos en vuestra dignísima persona. ¡Oh cielos y elementos con todas las criaturas que estáis en ellos, espíritus soberanos, Santos Patriarcas y Profetas, ayudadme todos a llorar la muerte de mi Amado que os dio el ser y llorad conmigo la infeliz miseria de los hombres, que serán la causa de esta muerte y perderán después la eterna vida, la cual les ha de merecer, y ellos no se aprovecharán de tan gran beneficio! ¡Oh infelices prescitos y dichosos predestinados, que se lavaron vuestras estolas en la sangre del Cordedo! (Ap 7, 14) Vosotros, que supisteis aprovecharos de este bien, alabad al Todopoderoso. Oh Hijo mío y bien infinito de mi alma, dad fortaleza y virtud a Vuestra afligida Madre y admitidla por Vuestra discípula y compañera, para que participe de Vuestra pasión y cruz y con Vuestro sacrificio reciba el Eterno Padre el mío como Madre vuestra.

1146. Con estas y otras razones, que no puedo explicar con palabras, respondía la Reina del cielo a su Hijo santísimo y se ofreció a la imitación y participación de su pasión, como cooperadora y coadjutora de nuestra Redención. Y luego le pidió licencia para proponerle otro deseo y petición, prevenida muy de lejos con la ciencia que tenía de todos los misterios que el Maestro de la vida había de obrar en el fin de ella; y dándole licencia Su Majestad añadió la purísima Madre y dijo: Amado de mi alma y lumbre de mis ojos, no soy digna, Hijo mío, de lo que anhela mi corazón a pediros, pero Vos, Señor, sois aliento de mi esperanza y en esta fe os suplico me hagáis participante, si sois servido, del inefable sacramento de vuestro sagrado cuerpo y sangre, como tenéis determinado de instituirle por prenda de Vuestra gloria, y para que volviendo a recibiros en mi pecho se me comuniquen los efectos de tan admirable y nuevo Sacramento. Bien conozco, Señor mío, que ninguna de las criaturas puede dignamente merecer tan excesivo beneficio, prevenido sobre Vuestras obras por sola Vuestra magnificencia, y para obligarla ahora, sólo tengo que ofreceros a Vos mismo con Vuestros merecimientos infinitos. Y si la humanidad santísima en que los vinculáis por haberla recibido de mis entrañas induce algún derecho, éste no será tanto en mí para que seáis mío en este Sacramento, como para que yo sea Vuestra con la nueva

posesión de recibiros, en que puedo restituirme a Vuestra dulce compañía. Mis obras y deseos dediqué a esta dignísima y divina comunión desde la hora que Vuestra dignación me dio noticia de ella, y de la voluntad y decreto de quedaros en vuestra Iglesia Santa en especies de pan y vino consagrados. Volved, pues, Señor y bien mío, a la primera y antigua habitación de Vuestra Madre, de Vuestra amiga y Vuestra esclava, a quien para recibiros en su vientre hicisteis libre y exenta del común contagio. En mi pecho recibiré ahora la humanidad que de mi sangre os comuniqué y en él estaremos juntos con estrecho y nuevo abrazo que aliente mi corazón y encienda mis afectos, para no estar de Vos jamás ausente, que sois infinito bien y amor de mi alma.

1147. Muchas palabras de incomparable amor y reverencia dijo la gran Señora en esta ocasión, porque habló con su Hijo santísimo con admirable afecto del corazón, para pedirla la participación de su sagrado cuerpo y sangre. Y Su Majestad le respondió también con más caricia, concediéndole su petición, y la ofreció que la daría el favor y beneficio de la comunión que le pedía, en llegando la hora de celebrar su institución. Desde luego la purísima Madre con nuevo rendimiento hizo grandiosos actos de humildad, agradecimiento, reverencia y viva fe, para estar dispuesta y preparada para la deseada comunión de la eucaristía; y sucedió lo que diré adelante (Cf. infra n. 1197).

1148. Mandó luego Cristo Salvador nuestro a los Santos Ángeles de su Madre santísima que la asistiesen desde entonces en forma visible para ella y la sirviesen y consolasen en su dolor y soledad, como en efecto lo cumplieron. Ordenóle también a la gran Señora que, en partiendo Su Majestad a Jerusalén con sus discípulos, ella le siguiese por algún breve espacio con las mujeres santas que venían acompañándolos desde Galilea y que las informase y animase, para que no desfalleciesen con el escándalo que tendrían viéndole padecer y morir con tantas ignominias y muerte de cruz afrentosísima. Y dando fin a esta conferencia el Hijo del Eterno Padre, dio su bendición a su amantísima Madre, despidiéndose para la última jornada

en que había de padecer y morir. El dolor que en esta despedida penetró los corazones de Hijo y Madre excede a todo humano pensamiento, porque fue correspondiente al amor recíproco de entrambos y éste era proporcionado a la condición y dignidad de las personas. Y aunque de ello podemos declarar tan poco, no por esto quedamos excusados de ponderarlo en nuestra consideración y acompañarlos con suma compasión, conforme a nuestras fuerzas y capacidad, para no ser reprendidos como ingratos y de pesado corazón.

1149. Despedido nuestro Salvador de su amantísima Madre y dolorosa Esposa, salió de Betania para la última jornada a Jerusalén el jueves, que fue el de la cena, poco antes de mediodía, acompañado de los Apóstoles que consigo tenía. A los primeros pasos que dio Su Majestad en este viaje, que ya era el último de su peregrinación, levantó los ojos al Eterno Padre y, confesándole con alabanza y hacimiento de gracias, se ofreció de nuevo a sí mismo con lo ardentísimo de su amor y obediencia para morir y padecer por la Redención de todo el linaje humano. Esta oración y ofrecimiento hizo nuestro Salvador y Maestro con tan inefable afecto y fuerza de su espíritu, que como éste no se puede escribir, todo lo que dijere parece desdice de la verdad y de mi deseo. Eterno Padre y Dios mío —dijo Cristo nuestro Señor— voy por vuestra voluntad y amor a padecer y morir por la libertad de los hombres mis hermanos y hechura de Vuestras manos. Voy a entregarme para su remedio y a congregar en uno los que están derramados y divisos por la culpa de Adán. Voy a disponer los tesoros con que las almas criadas a Vuestra imagen y semejanza han de ser adornadas y enriquecidas, para que sean restituidas a la dignidad de Vuestra amistad y felicidad eterna y para que Vuestro santo nombre sea conocido y engrandecido de todas las criaturas. Cuanto es de Vuestra parte y de la mía, ninguna de las almas quedará sin remedio abundantísimo, y Vuestra inviolable equidad quedará justificada en los que despreciaren esta copiosa Redención.

1150. En seguimiento del autor de la vida partió luego de Betania la beatísima Madre, acompañada de Santa María Magdalena y de las otras mujeres santas que asistían y

seguían a Cristo nuestro Señor desde Galilea. Y como el divino Maestro iba informando a sus Apóstoles y previniéndolos con la doctrina y fe de su pasión, para que no desfalleciesen en ella por las ignominias que le viesen padecer, ni por las tentaciones ocultas de Satanás, así también la Reina y Señora de las virtudes iba consolando y previniendo a su congregación santa de discípulas, para que no se turbasen cuando viesen morir a su Maestro y ser azotado afrentosamente. Y aunque en la condición femenina eran estas santas mujeres de naturaleza más enferma y frágil que los Apóstoles, con todo eso fueron más fuertes que algunos de ellos en conservar la doctrina y documentos de su gran Maestra y Señora. Y quien más se adelantó en todo fue Santa María Magdalena, como los Evangelistas enseñan (Mt 27, 56; Mc 15, 40; Lc 24, 10; Jn 19, 25), porque la llama de su amor la llevaba toda enardecida y por su misma condición natural era magnánima, esforzada y varonil, de buena ley y respetos. Y entre todos los del apostolado tomó por su cuenta acompañar a la Madre de Jesús y asistirla sin desviarse de ella todo el tiempo de la pasión, y así lo hizo como amante fidelísima.

1151. En la oración y ofrecimiento que hizo nuestro Salvador en esta ocasión, le imitó y siguió también su Madre santísima, porque todas las obras de su Hijo santísimo iba mirando en el espejo claro de aquella luz divina con que las conocía, para imitarlas, como muchas veces queda dicho (Cf. supra n. 481, 990, etc.). Y a la gran Señora iban sirviendo y acompañando los Ángeles que la guardaban, manifestándosele en forma humana visible, como el mismo Señor se lo había mandado. Con estos espíritus soberanos iba confiriendo el gran sacramento de su santísimo Hijo, que no podían percibir sus compañeras, ni todas las criaturas humanas. Ellos conocían y ponderaban dignamente el incendio de amor que sin modo ni medida ardía en el corazón purísimo y candidísimo de la Madre de Dios y la fuerza con que llevaban tras de sí los ungüentos olorosos (Cant 1, 3) del amor recíproco de Cristo, su Hijo, Esposo y Redentor. Ellos presentaban al Eterno Padre el sacrificio de alabanza y expiación que le ofrecía su Hija única y primogénita entre las criaturas. Y

porque todos los mortales ignoraban de este beneficio y de la deuda en que los ponía el amor de Cristo nuestro Señor y de su Madre santísima, mandaba la Reina a los Santos Ángeles que le diesen gloria, bendición y honra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y todo lo cumplían conforme a la voluntad de su gran Princesa y Señora.

1152. Fáltanme dignas palabras y digno sentimiento y dolor para decir lo que entendí en esta ocasión de la admiración de los Santos Ángeles, que de una parte miraban al Verbo humanado y a su Madre santísima encaminando sus pasos a la obra de la redención humana con la fuerza del ardentísimo amor que a los hombres tenían y tienen, y por otra parte miraban la vileza, ingratitud, tardanza y dureza de los mismos hombres para conocer esta deuda y obligarse del beneficio que a los demonios obligara si fueran capaces de recibirle. Esta admiración de los ángeles no era con ignorancia, sino con reprensión de nuestra intolerable ingratitud. Mujer flaca soy y menos que un gusanillo de la tierra, pero en esta luz que se me ha dado quisiera levantar la voz, que se oyera por todo el orbe, para despertar a los hijos de la vanidad y amadores de la mentira (Sal 4, 3) y acordarles esta deuda a Cristo nuestro Señor y a su santísima Madre y pedir a todos, postrada sobre mi rostro, que no seamos graves de corazón y tan crueles enemigos para nosotros mismos, y sacudamos este sueño tan olvidadizo, que nos sepulta en el peligro de la eterna muerte y aparta de la vida celestial y bienaventurada que nos mereció Cristo nuestro Redentor y Señor con muerte tan amarga de cruz.

Doctrina que me dio la Reina María santísima.

1153. Hija mía, de nuevo te llamo y convido, para que, ilustrada tu alma con especiales dones de la divina luz, entres en el profundo piélago de los misterios de la pasión y muerte de mi Hijo santísimo. Prepara tus potencias y estrena todas las fuerzas de tu corazón y alma, para que en alguna parte seas digna de conocer, ponderar y sentir las ignominias y dolores que el mismo Hijo del Eterno Padre se dignó de padecer, humillándose a morir en una cruz para redimir a los hombres, y todo lo que yo hice y padecí,

acompañándole en su acerbísima pasión. Esta ciencia tan olvidada de los mortales quiero que tú, hija mía, la estudies y aprendas para seguir a tu Esposo y para imitarme a mí, que soy tu Madre y Maestra. Y escribiendo y sintiendo juntamente lo que yo te enseñaré de estos sacramentos, quiero que de todo punto te desnudes de todo humano y terreno afecto y de ti misma, para que alejada de lo visible sigas pobre y desvalida nuestras pisadas. Y porque ahora con especial gracia te llamo a ti a solas para el cumplimiento de la voluntad de mi Hijo santísimo y mía y en ti queremos enseñar a otros, es necesario que de tal manera te des por obligada de esta copiosa Redención, como si fuera benefició para ti sola y como si se hubiera de perder no aprovechándote tú sola. Tanto como esto lo debes apreciar, pues con el amor con que murió y padeció mi Hijo santísimo por ti, te miró con tanto afecto como si fueras tú sola la que necesitabas de su pasión y muerte para tu remedio.

1154. Con esta regla debes medir tu obligación y tu agradecimiento. Y cuando conoces el pesado y peligroso olvido que hay en los hombres de tan excesivo beneficio, como haber muerto por ellos su mismo Dios y Criador hecho hombre, procura tú recompensarle esta injuria amándole por todos, como si el retorno de esta deuda estuviera remitido a solo tu agradecimiento y fidelidad. Y duélete asimismo de la ciega estulticia de los hombres en despreciar su eterna felicidad y en atesorar la ira del Señor contra sí mismos, frustrándole los mayores afectos de su infinito amor para con el mundo. Para esto te doy a conocer tantos secretos y el dolor tan sin igual que yo padecí desde la hora que me despedí de mi Hijo santísimo para ir al sacrificio de su sagrada pasión y muerte. No hay términos con que significar la amargura de mi alma en aquella ocasión, pero a su vista ningún trabajo reputarás por grande, ni podrás apetecer descanso ni delectación terrena y sólo codiciarás padecer y morir con Cristo. Y compadécete conmigo, que es debido a lo que te favorezco esta fiel correspondencia.

1155. Quiero también que adviertas cuán aborrecible es en los ojos del Señor y en los míos y de todos los

Bienaventurados el desprecio y olvido de los hombres en frecuentar la Comunión Sagrada y el no llegar a ella con disposición y fervor de devoción. Para que entiendas y escribas este aviso, te he manifestado lo que yo hice (Cf. supra n. 835), disponiéndome tantos años para el día que llegase a recibir a mi santísimo Hijo sacramentado, y lo demás, que escribirás adelante (Cf. infra n. 1197; p. III n. 109, 583), para enseñanza y confusión vuestra; porque si yo, que estaba inocente y sin alguna culpa que me impidiese y con tanto lleno de todas las gracias, procuré añadir nueva disposición de ferviente amor, humildad y agradecimiento, ¿qué debes hacer tú y los demás hijos de la Iglesia, que cada día y cada hora incurren en nuevas culpas y fealdades, para llegar a recibir la hermosura de la misma divinidad y humanidad de mi Hijo santísimo y mi Señor? ¿Qué descargo darán los hombres en el juicio, de haber tenido consigo al mismo Dios sacramentado en la iglesia, esperando que vayan a recibirle para llenarlos de la plenitud de sus dones y han despreciado este inefable amor y beneficio por emplearse y divertirse en deleites mundanos y servir a la vanidad aparente y engañosa? Y admírate, como lo hacen los Ángeles y Santos, de tal insania y guárdate de incurrir en ella.

CAPITULO 10

Celebra Cristo nuestro Salvador la última cena legal con sus discípulos y lávalos los pies; tiene su Madre santísima inteligencia y noticia de todos estos misterios.

1156. Proseguía su camino para Jerusalén nuestro Redentor, como queda dicho (Cf. supra n. 1149), el jueves a la tarde que precedió a su pasión y muerte, y en las conferencias que tenía con sus discípulos sobre los misterios de que los iba informando, le preguntaron algunas dudas en lo que no entendían y a todas respondió como Maestro de la sabiduría y Padre amoroso con palabras llenas de dulcísima luz que penetraba los corazones de los Apóstoles, porque habiéndolos amado siempre, ya en aquellas horas últimas de su vida, como cisne divino, manifestaba con más fuerza la suavidad de su voz y la

dulzura de su amor. Y no sólo no le impedía para esto lo inmediato de su pasión y la ciencia prevista de tantos tormentos, sino que, como el calor reconcentrado con la oposición del frío vuelve a salir con toda su eficacia, de este modo el incendio del divino amor, que sin límite ardía en el corazón de nuestro amoroso Jesús, salía con mayores finezas y actividad a inflamar a los mismos que le querían extinguir, comenzando a herir a los más cercanos con la eficacia de su incendio. A los demás hijos de Adán, fuera de Cristo y de su Madre santísimos, de ordinario sucede que la persecución nos impacienta, las injurias nos irritan, las penas nos destemplan y todo lo adverso nos conturba, desmaya y desazona con quien nos ofende y tenemos por grande hazaña no tomar venganza de contado; pero el amor de nuestro divino Maestro no se estragó con las injurias que miraban en su pasión, no se cansó con las ignorancias de sus discípulos y con la deslealtad que luego había de experimentar en ellos.

1157. Preguntáronle dónde quería celebrar la Pascua del cordero. Que aquella noche cenaban los judíos como fiesta muy célebre y solemne en aquel pueblo y era la figura más expresa en su ley del mismo Señor de los misterios que él mismo y por él se habían de obrar, aunque entonces no estaban los Apóstoles harto capaces para conocerlos. Respondióles el divino Maestro enviando a San Pedro y a San Juan que se adelantasen a Jerusalén y preparasen la cena del Cordero pascual en casa de un hombre donde viesen entrar un criado con un cántaro de agua, pidiéndole al dueño de la casa que le previniese aposento para cenar con sus discípulos. Era este vecino de Jerusalén hombre rico, principal y devoto del Salvador y de los que habían creído en su doctrina y milagros, y con su piadosa devoción mereció que el autor de la vida eligiera su casa para santificarla con los misterios que obró en ella, dejándola consagrada en templo santo para otros que después sucedieron. Fueron luego los dos Apóstoles y con las señas que llevaban pidieron al dueño de la casa que admitiese en ella al Maestro de la vida y tuviese por su huésped para celebrar la gran solemnidad de los Ázimos, que así se llamaba aquella Pascua.

1158. Fue ilustrado con especial gracia el corazón de aquel padre de familias y liberalmente ofreció su casa con todo lo necesario para la cena legal, y luego señaló para ella una cuadra muy grande (Lc 22, 12), colgada y adornada con mucha decencia, cual convenía —aunque él y los doce apóstoles lo ignoraban— para los misterios tan venerables que en ella quería obrar nuestro Salvador. Prevenido todo esto, llegó Su Majestad a la posada con los demás discípulos y en breve espacio fue también su Madre santísima con su congregación de las santas mujeres que la seguían. Y luego la humildísima Reina postrada en tierra adoró a su Hijo santísimo, como acostumbraba, y le pidió la bendición y que la mandase lo que debía hacer. Ordenóla Su Majestad que se retirase a un aposento de la casa —que para todo era capaz— y allí estuviese a la vista de lo que la divina Providencia había determinado hacer en aquella noche y que confortase y diese luz a las mujeres que la acompañaban de lo que convenía advertirlas. Obedeció la gran Señora y se retiró con su compañía. Ordenólas que todas perseverasen en fe y oración, y continuando ella sus afectos fervorosos para esperar la comunión, que sabía se acercaba la hora, y atendiendo siempre con la vista interior a todas las obras que su Hijo santísimo iba ejecutando.

1159. Nuestro Salvador y Maestro Jesús, en retirándose su purísima Madre, entró en el aposento prevenido para la cena con todos los doce apóstoles y otros discípulos y con ellos celebró la cena del cordero, guardando todas las ceremonias de la ley (Ex 13, 3ss), sin faltar a cosa alguna de los ritos que él mismo había ordenado por medio de San Moisés, Profeta y Legislador. Y en esta cena última dio inteligencia a los Apóstoles de todas las ceremonias de aquella ley figurativa, como se las habían dado a los antiguos padres y profetas, para significar la verdad de lo que el mismo Señor iba cumpliendo y había de obrar como Reparador del mundo, y que la ley antigua de San Moisés y sus figuras quedarían evacuadas con la verdad figurada, y no podían durar más las sombras llegando en él la luz y principio de la nueva ley de gracia, en la cual sólo quedarían permanentes los preceptos de la ley natural, que era perpetua; aunque éstos quedarían más realzados y per-

feccionados con otros preceptos divinos y consejos que él mismo enseñaba y con la eficacia que daría a los nuevos sacramentos de su nueva ley y todos los antiguos cesarían, como ineficaces y sólo figurativos, y que para todo esto celebraba con ellos aquella cena, con que daba fin y término a sus ritos y obligación de la ley, pues toda se había encaminado a prevenir y representar lo que Su Majestad estaba obrando, y conseguido el fin cesaba el uso de los medios.

1160. Con esta nueva doctrina entendieron los Apóstoles grandes secretos de los profundos misterios que su divino Maestro iba obrando, pero los discípulos que allí estaban no entendieron tantas cosas de las obras del Señor como los Apóstoles. Judas Iscariotes fue quien atendió y entendió menos, o nada en ellas, porque estaba poseído de la avaricia y sólo atendía a la traición alevosa que tenía fraguada y le ocupaba el cuidado de ejecutarla con secreto. Guardábasele también el Señor, porque así convenía a su equidad y a la disposición de sus juicios altísimos. Y no quiso excluirle de la cena ni de los otros misterios, hasta que él mismo se excluyó por su mala voluntad, pero el divino Maestro siempre le trató como a su discípulo, apóstol y ministro y le guardó su honra. Enseñando con este ejemplo a los hijos de la Iglesia en cuánta veneración han de tener a los ministros de ella y a los sacerdotes y cuánto han de celar su honra, sin publicar sus pecados y flaquezas que en ellos vieren, como en hombres de frágil naturaleza. Ninguno será peor que Judas Iscariotes, y así lo debemos entender, ni ninguno tampoco será como Cristo nuestro Señor, ni tendrá tanta autoridad ni potestad, que eso lo enseña la fe. Pues no será razón que, si todos los hombres son infinitamente menos que nuestro Salvador, hagan con sus ministros, mejores que Judas Iscariotes aunque sean malos, lo que no hizo el mismo Señor con aquel pésimo discípulo y apóstol, y para esto no importa que sean prelados, que también lo era Cristo nuestro Señor, y sufrió a Judas Iscariotes y le guardó su honra.

1161. Hizo nuestro Redentor en esta ocasión un misterioso cántico en alabanza del Eterno Padre, por haberse cumplido en sí mismo las figuras de la antigua ley y por la exaltación

de su nombre que, de ella redundaba, y postrado en tierra, humillándose según su humanidad santísima, confesó, adoró y alabó a la divinidad como a superior infinitamente y, hablando con el Eterno Padre, hizo interiormente una altísima oración y fervorosísima exclamación diciendo:

1162. Eterno Padre mío y Dios inmenso, vuestra divina y eterna voluntad determinó criar mi humanidad verdadera y que en ella fuese cabeza de todos los predestinados para vuestra gloria y felicidad interminable y que por medio de mis obras se dispusieran para conseguir su verdadera bienaventuranza. Para este fin y redimir a los hijos de Adán de su caída, he vivido con ellos treinta y tres años. Ya, Señor y Padre mío, llegó la hora oportuna y aceptable de vuestra voluntad eterna, para que se manifieste a los hombres vuestro santo nombre y sea de todas las naciones conocido y exaltado por la noticia de la santa fe que manifieste a todos Vuestra divinidad incomprensible. Tiempo es que se abra el libro (Ap 5, 7) cerrado con siete sellos, que Vuestra sabiduría me entregó, y que se dé fin dichoso a las antiguas figuras (Heb 10, 1) y sacrificios de animales que han significado el que yo de mí mismo voluntariamente quiero ya ofrecer por mis hermanos los hijos de Adán, miembros de este cuerpo de quien soy cabeza y ovejas de Vuestra grey, por quien Os suplico ahora los miréis con ojos de misericordia. Y si los antiguos sacrificios y figuras que voy con la verdad ejecutando, por lo que significaban aplacaban Vuestro enojo, justo es, Padre mío, que tenga fin, pues yo me ofrezco en sacrificio con voluntad pronta para morir por los hombres en la cruz y me sacrifico como holocausto en el fuego de mi propio amor. Ea, Señor, témplese ya el rigor de Vuestra justicia y mirad al linaje humano con los ojos de Vuestra clemencia. Y demos ley saludable a los mortales con que se abran las puertas del cielo cerradas hasta ahora por su inobediencia. Hallen ya camino cierto y puerta franca para entrar conmigo a la vista de vuestra divinidad, si ellos me quisieren imitar y seguir mi ley y pisadas.

1163. Esta oración de nuestro Salvador Jesús aceptó el Eterno Padre y luego despachó de las alturas innumerables ejércitos angélicos sus cortesanos, para que en el cenáculo

asistiesen a las obras maravillosas que el Verbo humanado había de obrar en él. En el ínterin que sucedía todo esto en el cenáculo, estaba María santísima en su retiro levantada en altísima contemplación, donde lo miraba todo con la misma distinción y clara visión que si estuviera presente, y a todas las obras de su Hijo nuestro Salvador cooperaba y correspondía en la forma que su admirable sabiduría la dictaba, como coadjutora de todas ellas. Y hacía actos heroicos y divinos de todas las virtudes con que había de corresponder a las de Cristo nuestro Señor, porque todas resonaban en el pecho castísimo de la Madre, donde con misterioso y divino eco se repetían, replicando la dulcísima Señora las mismas oraciones y peticiones en su modo. Y sobre todo esto hacía nuevos cánticos y admirables alabanzas por lo que la humanidad santísima en la persona del Verbo iba obrando en cumplimiento de la voluntad divina y en correspondencia y lleno de las antiguas figuras de la ley escrita.

1164. Grande maravilla y digna de toda admiración fuera para nosotros, como lo fue para los Ángeles y lo será a todos en el cielo, si conociéramos ahora aquella divina armonía de las virtudes y obras que en el corazón de nuestra gran Reina, como en un coro, estaban ordenadas, sin confundirse ni impedirse unas a otras, cuando todas y cada una obraban en esta ocasión con mayor fuerza. Estaba llena de las inteligencias que he dicho y a un mismo tiempo conocía cómo en su Hijo santísimo se iban cumpliendo y evacuando las ceremonias y figuras legales, sustituyendo la Nueva Ley y Sacramentos más nobles y eficaces. Miraba el fruto tan abundante de la Redención en los predestinados, la ruina de los réprobos, la exaltación del nombre del mismo Dios y de la santísima humanidad de su Hijo Jesús, la noticia y fe universal que se prevenía de la divinidad para el mundo, que se abría el cielo cerrado por tantos siglos para que desde luego entrasen en él los hijos de Adán por el estado y progreso de la nueva Iglesia evangélica y todos sus misterios y que de todo esto era su Hijo santísimo admirable y prudentísimo artífice, con alabanza y admiración de todos los cortesanos del cielo. Y por estas magníficas obras, sin omitir un ápice, bendecía al Eterno Padre y le daba gracias singularmente y en todo se

gozaba y consolaba la divina Señora con admirable júbilo.

1165. Pero junto con esto miraba que todas estas obras inefables habían de costarle a su mismo Hijo los dolores, ignominias, afrentas y tormentos de su pasión y al fin muerte de cruz tan dura y amarga, y todo lo había de padecer en la humanidad que de ella había recibido; y que tanto número de los hijos de Adán, por quienes lo padecía, le serían ingratos y perderían el copioso fruto de su redención. Esta ciencia llenaba de amargura dolorosa el candidísimo corazón de la piadosa Madre, pero, como era estampa viva y proporcionada a su Hijo santísimo, todos estos movimientos y operaciones cabían a un tiempo en su magnánimo y dilatado pecho. Y no por esto se turbó ni alteró, ni faltó al consuelo y enseñanza de las mujeres santas que la asistían, sino que, sin perder la alteza de las inteligencias que recibía, descendía en lo exterior a instruirlas y confortarlas con saludables consejos y palabras de vida eterna. ¡Oh admirable maestra y ejemplar más que humano a quien imitemos! Verdad es que nuestro caudal, en comparación de aquel piélago de gracia y luz, es imperceptible. Pero también es verdad que nuestras penalidades y dolores en comparación de aquellos son casi aparentes y nada, pues ella padeció sola más que todos juntos los hijos de Adán. Y con todo eso, ni por su imitación y amor, ni por nuestro bien eterno, sabemos padecer con paciencia la menor adversidad que nos sucede. Todas nos conturban, alteran y les ponemos mala cara, soltamos las pasiones, resistimos con ira y nos impacientamos con tristeza, desamparamos la razón como indóciles y todos los movimientos malos se desconciertan y están prontos para el precipicio. También lo próspero nos deleita y destruye, nada se puede fiar de nuestra naturaleza infecta y manchada. Acordémonos de nuestra divina Maestra en estas ocasiones, para componer nuestros desórdenes.

1166. Acabada la cena legal y bien informados los apóstoles, se levantó Cristo nuestro Señor, como dice San Juan (Jn 13, 4), para lavarles los pies. Y primero hizo otra oración al Padre postrándose en su presencia, al modo que la había hecho en la cena, como queda dicho arriba (Cf. supra n. 1162). No fue vocal esta oración, sino

mentalmente habló y dijo: Eterno Padre mío, Criador de todo el universo, imagen vuestra soy, engendrado por vuestro entendimiento y figura de vuestra sustancia; y habiéndome ofrecido por la disposición de vuestra santa voluntad a redimir al mundo con mi pasión y muerte, quiero, Señor, por vuestro beneplácito, entrar en estos sacramentos y misterios por medio de mi humillación hasta el polvo, para que la soberbia altiva de Lucifer sea confundida con mi humildad, que soy vuestro Unigénito. Y para dejar ejemplo de esta virtud a mis Apóstoles y a mi Iglesia, que se ha de fundar en este seguro fundamento de la humildad, quiero, Padre mío, lavar los pies de mis discípulos, hasta los del menor de todos, Judas Iscariotes, por su maldad que tiene fabricada, y postrándome ante él con humildad profunda y verdadera le ofreceré mi amistad y su remedio. Siendo el mayor enemigo que tengo entre los mortales, no le negaré mi piedad ni el perdón de su traición, para que, si no le admite, conozca el cielo y la tierra que yo le abrí los brazos de mi clemencia y él la despreció con obstinada voluntad.

1167. Esta oración hizo nuestro Salvador para lavar los pies de los discípulos. Y para declarar algo del ímpetu con que su divino amor disponía y ejecutaba estas obras, no hay términos ni símiles adecuados en todas las criaturas, porque es tarda la actividad del fuego y pesado el corriente del mar y el movimiento de la piedra para su centro y todos cuantos quisiéremos imaginar que tienen los elementos dentro y fuera de su esfera. Pero no podemos ignorar que sólo su amor y sabiduría pudieron inventar tal linaje de humildad, que lo supremo de la divinidad y humanidad se humillasen hasta lo más ínfimo del hombre, que son los pies, y éstos del peor de los nacidos, que fue Judas Iscariotes, y allí pusiera su boca en lo más inmundo y contentible, el que era la palabra del Eterno Padre y el Santo de los Santos y por esencia la misma bondad, Señor de los señores y Rey de los reyes, se postrase ante el pésimo de los hombres para justificarle, si él entendiera y admitiera este beneficio, nunca harto ponderado ni encarecido.

1168. Levantóse nuestro divino Maestro de la oración que hizo y con semblante hermosísimo, sereno y apacible,

puesto en pie, mandó Su Majestad sentar con orden a sus discípulos, como haciéndolos a ellos grandes y ser Su Alteza ministro suyo. Luego se quitó un manto que traía sobre la túnica inconsútil, y ésta le llegaba a los pies aunque no los cubría. Y en esta ocasión tenía sandalias, porque algunas veces las dejaba para andar descalzo en la predicación y otras las usaba, desde que su Madre santísima se las calzó en Egipto, que fueron creciendo en sus hermosos pasos con la edad, como crecían los pies, y queda dicho en su lugar (Cf. supra n. 691). Despojado del manto, que son las vestiduras que dice el Evangelista (Jn 13, 4), recibió una toalla o mantel largo y con la una parte se ciñó el cuerpo, dejando pendiente el otro extremo. Y luego echó agua en una vacía (Jn 13, 5) para lavar los pies de los Apóstoles, que con admiración estaban atentos a todo lo que su divino Maestro iba ejecutando.

1169. Llegó a la cabeza de los Apóstoles, San Pedro, para lavarle; y cuando el fervoroso Apóstol vio postrado a sus pies al mismo Señor que había conocido y confesado por Hijo de Dios vivo y renovando en su interior esta fe con la nueva luz que le ilustraba y conociendo con humildad profunda su propia bajeza, turbado y admirado dijo: *¿Tú, Señor, me lavas a mí los pies?* Respondió Cristo nuestro bien, con incomparable mansedumbre: *Tú ignoras ahora lo que yo hago, pero después lo entenderás (Jn 13, 6-7)*. Que fue decirle: obedece ahora primero a mi dictamen y voluntad y no antepongas el tuyo propio, con que perviertes el orden de las virtudes y las divides. Primero has de cautivar tu entendimiento y creer que conviene lo que yo hago, y después de haber creído y obedecido entenderás los misterios ocultos de mis obras, a cuya inteligencia has de entrar por la puerta de la obediencia, y sin ésta, no puede ser verdaderamente humilde sino presuntuosa. Ni tampoco tu humildad se puede anteponer a la mía; yo me humillé hasta la muerte (Flp 2, 8) y para humillarme tanto padecí, y tú, que eres mi discípulo, no sigues mi doctrina y con color de humillarte eres inobediente y pervirtiendo el orden te privas de la humildad y de la obediencia, siguiendo la presunción de tu propio juicio.

1170. No entendió San Pedro esta doctrina, encerrada en

la primera respuesta de su Señor y Maestro, porque aunque estaba en su escuela no había llegado a experimentar los divinos efectos de su lavatorio y contacto, y embarazado con el indiscreto afecto de su humildad replicó al Señor y le dijo: *Jamás consentiré, Señor, que Tú me laves los pies.* Respondióle con más severidad el autor de la vida: Si *yo no te lavare, no tendrás parte conmigo (Jn 13, 8)*. Con esta respuesta y amenaza dejó el Señor canonizada la seguridad de la obediencia, porque, al juicio de los hombres, alguna disculpa parece que tenía San Pedro en resistir a una obra tan inaudita y que la capacidad humana la tuviera por muy desigual, como consentir un hombre terreno y pecador que a sus pies estuviera postrado el mismo Dios, a quien estaba conociendo y adorando. Pero no se le admitió esta disculpa, porque su divino Maestro no podía errar en lo que hacía; y cuando no se conoce con evidencia este engaño en el que manda, ha de ser la obediencia ciega y sin buscar otra razón para resistir a ella. Y en este misterio quería nuestro Salvador soldar la inobediencia (Rom 5, 19) de nuestros primeros padres Adán y Eva, por donde había entrado el pecado en el mundo, y por la semejanza y participación que con ella tenía la inobediencia de San Pedro, le amenazó Cristo Señor nuestro con el amago de otro semejante castigo, diciendo que si no obedecía no tendría parte en él, que fue excluirle de sus merecimientos y fruto de la redención, por la cual somos capaces y dignos de su amistad y participación de la gloria. También le amenazó con negarle la participación de su cuerpo y sangre, que luego había de sacramentar en las especies de pan y vino, donde, aunque se quería dar el Señor no por partes sino por entero y deseaba ardentísimamente comunicarse por este misterioso modo, con todo eso la inobediencia pudiera privar al Apóstol de este amoroso beneficio si en ella perseverase.

1171. Pero con la amenaza de Cristo nuestro bien quedó San Pedro tan castigado y enseñado, que con excelente rendimiento respondió luego: *Señor, no sólo doy los pies, sino las manos y la cabeza (Jn 13, 9),* para que todo me lavéis. Que fue decir: Ofrezco mis pies para correr a la obediencia y mis manos para ejercitarla y mi cabeza para no seguir mi propio juicio contra ella. Admitió el Señor este

rendimiento de San Pedro y le dijo: *Vosotros estáis limpios, aunque no todos* —porque estaba entre ellos el inmundísimo Judas Iscariotes— *y el que está limpio no tiene que lavarse más de los pies (Jn 13, 10).* Esto dijo Cristo Señor nuestro, porque los discípulos, fuera de Judas Iscariotes, estaban justificados y limpios de pecado con su doctrina y sólo necesitaban lavar las imperfecciones y culpas leves o veniales para llegar a la comunión con mayor decencia y disposición, como se requiere para recibir sus divinos efectos y conseguir más abundante gracia y con mayor plenitud y eficacia, que para esto impiden mucho los pecados veniales, distracciones y tibieza en recibirla. Con esto se lavó San Pedro y obedecieron los demás llenos de asombro y lágrimas, porque todos iban recibiendo con este lavatorio nueva luz y dones de la gracia.

1172. Pasó el divino Maestro a lavar a Judas Iscariotes, cuya traición y alevosía no pudieron extinguir la caridad de Cristo para que dejase de hacer con él mayores demostraciones que con los otros Apóstoles. Y sin manifestarles Su Majestad estas señales, se las declaró a Judas Iscariotes en dos cosas: la una, en el semblante agradable y caricia exterior con que se le puso a sus pies y se los lavó, besó y llegó al pecho; la otra, en las grandes inspiraciones con que tocó su interior, conforme a la dolencia y necesidad que tenía aquella depravada conciencia, porque estos auxilios fueron mayores en sí mismos con Judas Iscariotes que con otro de los Apóstoles. Pero como su disposición era pésima, los hábitos viciosos intensísimos, su obstinación endurecida con muchas determinaciones, el entendimiento y las potencias turbadas y debilitadas y de todo punto se había alejado de Dios y entregado al demonio y le tenía en su corazón como en trono y silla de su maldad, con esto resistió a todos los favores e inspiraciones que recibía en el lavatorio de los pies. Juntóse el temor que tuvo a los escribas y fariseos de faltarles a lo contratado con ellos. Y como a la presencia de Cristo exterior y a la fuerza interior de los auxilios quería la luz del entendimiento moverle, levantóse en su tenebrosa conciencia una borrasca turbulenta que le llenó de confusión y amargura y le encendió en ira y le despechó y apartó de su mismo Maestro y Médico que le quería aplicar

la medicina saludable, y toda la convirtió en veneno mortal y hiél amarguísima de maldad, que le tenía repleto y poseído.

1173. Resistió la maldad de Judas Iscariotes a la virtud y contacto de aquellas manos divinas, en que el eterno Padre había depositado todos los tesoros y virtud de hacer maravillas y enriquecer a todas las criaturas. Y aunque no hubiera recibido otros auxilios la pertinacia de Judas Iscariotes, sino los ordinarios que obraba en las almas la presencia y vista del autor de la vida y los que naturalmente podía causar su santísima persona, fuera la malicia de este infeliz discípulo sobre toda ponderación. Era la persona de Cristo nuestro bien en el cuerpo perfectísima y agraciada, el semblante grave y sereno de una hermosura apacible y dulcísima, el cabello nazareno uniforme, el color entre dorado y castaño, los ojos rasgados y de suma gracia y majestad, la boca, la nariz y todas las partes del rostro proporcionadas en extremo y en todo se mostraba tan agradable y amable. A los que le miraban sin malicia de intención, los atraía a su veneración y amor, y sobre esto causaba con su vista gozo interior, con admirable ilustración de las almas, engendrando en ellas divinos pensamientos y otros efectos. Esta persona de Cristo tan amable y venerable tuvo Judas Iscariotes a sus pies y con nuevas demostraciones de agrado y mayores impulsos que los ordinarios, pero tal fue su perversidad, que nada le pudo inclinar ni ablandar su endurecido corazón, antes se irritó de la suavidad del Señor y no le quiso mirar al rostro ni atender a su persona, porque desde que perdió la fe y la gracia tuvo este odio con Su Majestad y con su Madre santísima y nunca los miraba a la cara. Mayor fue en alguna manera el terror que tuvo Lucifer de la presencia de Cristo nuestro Salvador, porque, como he dicho (Cf. supra n. 1172), estaba este enemigo asentado en el corazón de Judas Iscariotes, y no pudiendo sufrir la humildad que ejercitaba con los apóstoles el divino Maestro, pretendió Lucifer salirse de Judas Iscariotes y del Cenáculo, pero Su Majestad con la virtud de su brazo poderoso no consintió que se fuese, porque allí quedase entonces quebrantada su soberbia, aunque después le arrojaron de allí —como diré adelante (Cf. infra n. 1189)— lleno de furor y sospechas de

que Cristo era Dios verdadero.

1174. Dio fin nuestro Salvador al lavatorio de los pies y volviendo a tomar su manto se asentó en medio de sus discípulos y les hizo aquel gran sermón que refiere el Evangelista San Juan, comenzando por aquellas palabras: *¿Sabéis lo que yo he hecho y obrado con vosotros? Llamáisme Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy vuestro Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, también debéis vosotros lavaros unos los de los otros; porque yo os he dado este ejemplo, para que lo hagáis como yo lo acabo de hacer; pues no ha de ser el discípulo más que el Maestro, ni el siervo más que el Señor, ni el apóstol ha de ser mayor que quien le envía (Jn 13, 12-16)*. Y prosiguió Su Majestad enseñando, amonestando, y previniendo a los Apóstoles de grandes misterios y doctrina, que no me detengo a repetirla, remitiéndome a los Evangelistas. Este sermón ilustró de nuevo a los Apóstoles del misterio de la santísima Trinidad, encarnación y los previno con nueva gracia para el de la Eucaristía y los confirmó en la noticia que habían recibido de la alteza y profundidad de su predicación y milagros. Entre todos fueron más ilustrados San Pedro y San Juan, porque cada uno recibió mayor o menor ciencia, según su disposición y la voluntad divina. Y lo que refiere San Juan Evangelista de las preguntas que a instancia de San Pedro hizo a Cristo nuestro Señor sobre quién era el traidor que le había de vender, según le dio a entender Su Majestad mismo, sucedió en la cena, donde San Juan Evangelista estuvo reclinado en el pecho de su divino Maestro. Y San Pedro lo deseó saber para vengarlo o impedirlo, con los fervores que ardían en su pecho y solía manifestar sobre todos en el amor de Cristo. Pero no se lo declaró San Juan Evangelista, aunque él lo conoció por las señas del bocado que dio Su Majestad a Judas Iscariotes, en que dijo al Evangelista le conocería, y lo conoció para sí solo y lo guardó en el secreto de su pecho, ejercitando la caridad que se le había comunicado y enseñado en la escuela de su divino Maestro.

1175. En este favor y otros muchos fue privilegiado San Juan Evangelista, cuando estuvo reclinado en el pecho de Jesús nuestro Salvador, porque allí conoció altísimos

misterios de su divinidad y humanidad y de la Reina del cielo su Madre santísima. En esta ocasión se la encomendó para que cuidase de ella, y porque en la cruz no le dijo “ella será tu Madre” ni “él será tu Hijo”, sino “veis ahí a tu Madre” (Jn 19, 27), porque no lo determinaba entonces, sino que fue como manifestar en público lo que antes le tenía encomendado y ordenado. De todos estos sacramentos que se obraban en el lavatorio de los pies y de las palabras y sermón del divino Maestro, tenía su purísima Madre clara noticia y visión, como otras veces he dicho, y por todo hizo cánticos de loores y gloria al Altísimo. Y cuando se iban obrando después las maravillas del Señor, las miraba no como quien conocía de nuevo lo que ignoraba, sino como quien veía ejecutar y obrar lo que antes sabía y tenía escrito en su corazón, como en las tablas de San Moisés lo estaba la ley. Y de todo lo que convenía informar a las santas discípulas que consigo tenía les daba luz y reservaba lo que ellas no eran capaces de entender.

Doctrina que me dio la gran Señora del mundo María santísima.

1176. Hija mía, en ti es virtudes principales de mi Hijo y Señor, de que has hablado en este capítulo, quiero que seas extremada, para imitarle en ellas como su esposa y mi discípula carísima. Son la caridad, la humildad y la obediencia, en que Su Majestad se quiso señalar más en lo último de su vida santísima. Cierto es que por toda ella manifestó el amor que tenía a los hombres, pues por ellos y para ellos hizo todas y tan admirables obras, desde el instante que en mi vientre fue concebido por el Espíritu Santo. Pero en el fin de su vida, cuando dispuso la Ley Evangélica y Nuevo Testamento, salió con más fuerza la llama de la encendida caridad y amoroso fuego que ardía en su pecho. En esta ocasión obró con toda su eficacia la caridad de Cristo nuestro Señor con los hijos de Adán, porque concurrieron de su parte los dolores de la muerte que le cercaban (Sal 114, 3) y de parte de los hombres la adversidad al padecer y admitir el bien, la suma ingratitud y perversidad, tratando de quitar la honra y vida a quien les estaba dando la suya misma y disponiéndoles la salvación

eterna. Con esta contradicción subió de punto el amor, que no se había de extinguir (Cant 8, 7), y así fue más ingenioso para conservarse en sus mismas obras y dispuso cómo quedarse entre los hombres, habiéndose de alejar de ellos, y les enseñó con ejemplo, doctrina y obras los medios ciertos y eficaces por donde participasen de los efectos de su divino amor.

1177. En este arte de amar por Dios a tus prójimos quiero que seas muy sabia e industriosa. Y esto harás, si las mismas injurias y penalidades que te dieren, te despiertan la fuerza de la caridad, advirtiendo que entonces es segura y sin sospecha cuando de parte de la criatura no obligan ni los beneficios ni las lisonjas. Porque amar a quien te hace bien, aunque sea debido, pero no sabes, si no lo adviertes, si le amas por Dios o por el útil que recibes, que será amar al interés o a ti misma más que a tu prójimo por Dios; y quien ama por otros fines o motivos de lisonja, éste no conoce el amor de la caridad, porque está poseído del ciego amor propio de su deleite. Pero si amas al que no te obliga por estos medios, tendrás entonces por motivo y principal objeto al mismo Señor, a quien amas en su criatura, sea ella la que fuere. Y porque tú puedes ejercitar la caridad corporal menos que la espiritual, aunque entrambas las debes abrazar conforme a tus fuerzas y las ocasiones que tuvieres, pero en la caridad y beneficios espirituales has de obrar siempre extendiéndote a grandes cosas, como el Señor lo quiere, con oraciones, peticiones, ejercicios y también con exhortaciones prudentes y santas, procurando por estos medios la salud espiritual de las almas. Acuérdate que mi Hijo y Señor a ninguno hizo beneficio temporal, que dejase de hacérsele espiritual, y fuera menor perfección de sus divinas obras no hacerlas con esta plenitud. Y de esto entenderás cuánto se deben preferir los beneficios del alma a los del cuerpo, y éstos has de pedir siempre con atención y condición de ponerlos en primer lugar, aunque los hombres terrenos de ordinario piden a ciegas los bienes temporales, olvidando los eternos y los que tocan a la verdadera amistad y gracia del Altísimo.

1178. Las virtudes de la humildad y obediencia quedaron engrandecidas en mi Hijo santísimo con lo que hizo y

enseñó lavando los pies de sus discípulos. Y si con la luz interior que tienes de este raro ejemplo no te humillares más que el polvo, muy duro será tu corazón y muy indócil a la ciencia del Señor. Queda, pues, entendida desde ahora, que nunca digas ni imagines te has humillado dignamente, aunque seas despreciada y te halles a los pies de todas las criaturas, por pecadores que sean, pues ninguna será peor que Judas Iscariotes, ni tú puedes ser como tu Maestro y Señor. Con todo esto, si merecieres que te favorezca y honre con esta virtud de la humildad, será darte un género de perfección y proporción con que sea digna del título de esposa suya y participes alguna igualdad con Él mismo. Y sin esta humildad ninguna alma puede ser levantada a tal excelencia y participación, porque lo alto antes se debe abatir y lo humillado es lo que se puede y debe levantar (Mt 23, 12), y siempre es levantada el alma en correspondencia de lo que se humilla y aniquila.

1179. Porque no pierdas esta joya de la humildad cuando piensas que la guardas, te advierto que su ejercicio ni se ha de anteponer a la obediencia, ni se ha de regular entonces por el propio dictamen, sino por el superior; porque si antepones tu propio juicio al de quien te gobierna, aunque lo hagas con color de humillarte, vendrás a ser soberbia, pues no sólo no te pones en el ínfimo lugar, sino que te levantas sobre el juicio de quien es tu superior. De aquí quedarás advertida del engaño que puedes padecer encogiéndote, como San Pedro, para no admitir los favores y beneficios del Señor, con que te privas no sólo de los dones y tesoros que resistes sino de la misma humildad, que es el mayor y que tú pretendes, y del agradecimiento que debes de los altos fines que el Señor tiene siempre en estas obras y de la exaltación de su nombre. No te toca a ti entrar a la parte de sus juicios ocultos e inescrutables, ni a corregirlos por tus razones y causas, por las que te juzgas indigna de recibir tales favores o hacer tales obras. Todo esto es semilla de la soberbia de Lucifer, simulada con aparente humildad, con que pretende hacerte incapaz de la participación del Señor, de sus dones y amistad, que tanto tú deseas. Sea, pues, ley inviolable que, en aprobándote tus confesores y prelados los beneficios y favores del Señor, los creas y admitas, los estimes y agradezcas con digna

reverencia y no andes vacilando con nuevas dudas ni temores, sino obra con fervor y serás humilde, obediente y mansa.

CAPITULO 11

Celebra Cristo nuestro Salvador la cena sacramental, consagrando en la Eucaristía su sagrado y verdadero cuerpo y sangre, las oraciones y peticiones que hizo, comulgó a su Madre santísima y otros misterios que sucedieron en esta ocasión.

1180. Cobarde llego a tratar de este misterio de misterios de la inefable Eucaristía y lo que sucedió en su institución, porque levantando los ojos del alma a recibir la luz divina que me encamina y gobierna en esta obra, con la inteligencia que participo de tantas maravillas y sacramentos juntos, me recelo de mi pequeñez, que en ella misma se me manifiesta. Túrbanse mis potencias, y no hallo ni puedo formar razones adecuadas para explicar lo que veo y manifiesta mi concepto, aunque tan inferior al objeto del entendimiento. Pero hablaré como ignorante en los términos y como inhábil en las potencias, por no faltar a la obediencia y para tejer la Historia continuando lo que en estas maravillas obró la gran Señora del mundo María santísima. Y si no hablare con la propiedad que pide la materia, discúlpeme mi condición y admiración, que no es fácil descender a las palabras exteriores y propias cuando sólo con afectos desea la voluntad suplir el defecto de su entender y gozar a solas de lo que ni puede manifestar ni conviene.

1181. La cena legal celebró Cristo nuestro bien recostado en tierra con los Apóstoles, sobre una mesa o tarima que se levantaba del suelo poco más de seis o siete dedos, porque ésta era la costumbre de los judíos. Y acabado el lavatorio, mandó Su Majestad preparar otra mesa alta como ahora usamos para comer, dando fin con esta ceremonia a las cenas legales y cosas ínfimas y figurativas y principio al nuevo convite en que fundaba la nueva ley de gracia; y de aquí comenzó el consagrar en mesa o altar levantado que

permanece en la Iglesia Católica. Cubrieron la nueva mesa con una toalla muy rica y sobre ella pusieron un plato o salvilla y una copa grande de forma de cáliz, bastante para recibir el vino necesario, conforme a la voluntad de Cristo nuestro Salvador, que con su divino poder y sabiduría lo prevenía y disponía todo. Y el dueño de la casa le ofreció con superior moción estos vasos tan ricos y preciosos de piedra como esmeralda. Y después usaron de ellos los Sagrados Apóstoles para consagrar cuando pudieron y fue tiempo oportuno y conveniente. Sentóse a la mesa Cristo nuestro bien con los doce Apóstoles y algunos otros discípulos y pidió le trajesen pan cenceño de trigo puro sin levadura y púsolo sobre el plato, y vino puro de que preparó el cáliz con lo que era menester.

1182. Hizo luego el Maestro de la vida una plática regaladísima a sus Apóstoles, y sus palabras divinas, que siempre eran penetrantes hasta lo íntimo del corazón, en esta plática fueron como rayos encendidos del fuego de la caridad que los abrasaba en esta dulce llama. Manifestóles de nuevo altísimos misterios de su divinidad y humanidad y obras de la Redención. Encomendóles la paz y unión de la caridad y se la dejó vinculada en aquel sagrado misterio que disponía obrar. Ofrecióles que amándose unos a otros los amaría su Eterno Padre como le amaba a él. Dióles inteligencia de esta promesa y que los había escogido para fundar la nueva Iglesia y Ley de Gracia. Renovóles la luz interior que tenían de la suprema dignidad, excelencia y prerrogativas de su purísima Madre Virgen. Y de todos estos misterios fue más ilustrado San Juan Evangelista, por el oficio a que estaba destinado. Pero la gran Señora desde su retiro y divina contemplación miraba todo lo que su Hijo santísimo iba obrando en el Cenáculo y con profunda inteligencia lo penetraba y entendía más que todos los Apóstoles y los Ángeles juntos, que asistían, como arriba queda dicho (Cf. supra n. 1163)), en figura corpórea adorando a su verdadero Señor, Rey y Criador suyo. Fueron traídos por los mismos Ángeles al Cenáculo Enoc y Elías del lugar donde estaban, disponiendo el Señor que estos dos Padres de la ley natural y escrita se hallasen presentes a la nueva maravilla y fundación de la Ley Evangélica y participasen de sus misterios admirables.

1183. Estando juntos todos los que he dicho (Cf. supra n. 979, 1099), esperando con admiración lo que hacía el Autor de la vida, apareció en el Cenáculo la persona del Eterno Padre y la del Espíritu Santo, como en el Río Jordán y en el Tabor. Y de esta visión, aunque todos los Apóstoles y discípulos sintieron algún efecto, sólo algunos la vieron, en especia] el Evangelista San Juan, que siempre tuvo vista de águila penetrante y privilegiada en los divinos misterios. Trasladóse todo el cielo a] Cenáculo de Jerusalén, que tan magnífica fue la obra con que se fundó la Iglesia del Nuevo Testamento, se estableció la Ley de Gracia y se previno nuestra salvación eterna. Y para entender las acciones que hacía el Verbo humanado, advierto que, como tenía dos naturalezas, la divina y la humana, entrambas en una persona, que era la del Verbo, por esto las acciones de entrambas naturalezas se atribuyen y se dicen o predican de una misma persona, como también la misma se llama Dios y hombre; y conforme a esto, cuando digo que hablaba y oraba el Verbo humanado a su Eterno Padre, no se entiende que hablaba ni oraba con la naturaleza divina, en que era igual con el Padre, sino en la humana, en que era menor, porque consta como nosotros de alma y cuerpo. En esta forma Cristo nuestro bien en el Cenáculo confesó con alabanza y magnificencia a su Eterno Padre por su divinidad y ser infinito y pidiendo luego por el linaje humano oró y dijo:

1184. Padre mío y Dios eterno, yo te confieso, te alabo y magnifico en el ser infinito de tu divinidad incomprensible, en la cual soy una misma cosa contigo y con el Espíritu Santo, engendrado *ab aeterno* por tu entendimiento como figura de tu sustancia y tu imagen de tu misma individua naturaleza. La obra de la Redención humana, que me encomendaste en la misma naturaleza que tomé en el vientre virginal de mi Madre, quiero consumar y darle la suma perfección y plenitud de tu divino beneplácito y pasar de este mundo a tu diestra y llevar a ti a todos aquellos que me diste (Jn 17, 12), sin que se pierda alguno en cuanto a nuestra voluntad y suficiencia de su remedio. Mis delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8, 31) y en mi ausencia quedarán huérfanos y solos si los dejo sin mi

asistencia no quedándome con ellos. Quiero, Padre mío, dejarles prendas ciertas y seguras de mi inextinguible amor y de los premios eternos que les tienes aparejados. Quiero dejarles memoria indefectible de lo que por ellos he obrado y padecido. Quiero que hallen en mis merecimientos remedio fácil y eficaz del pecado que participaron en la inobediencia del primer hombre y restaurar copiosamente el derecho que perdieron a la felicidad eterna para que fueron criados.

1185. Y porque serán pocos los que se conservarán en esta justicia, es necesario que les queden otros remedios con que la puedan restaurar y acrecentar, recibiendo de nuevo altísimos dones y favores de tu inefable clemencia, para justificarlos y santificarlos por diversos medios y caminos en el estado de su peligrosa peregrinación. Nuestra voluntad eterna, con que determinamos su creación de la nada para ser y tener existencia, fue para comunicarles nuestra divinidad, perfecciones y eterna felicidad, y tu amor, que fue el que a mí me obligó a nacer pasible y humillarme por ellos hasta la muerte de cruz (Flp 2, 8), no se contenta ni satisface si no inventa nuevos modos de comunicarse a los hombres según su capacidad y nuestra sabiduría y poder. Esto ha de ser en señales visibles y sensibles, proporcionadas a la sensible condición de los hombres, y que tengan efectos invisibles, que participe su espíritu invisible e inmaterial.

1186. Para estos altísimos fines de vuestra exaltación y gloria pido, Señor y Padre mío, el *fíat* de vuestra voluntad eterna en mi nombre y de todos los pobres y afligidos hijos de Adán. Y si provocan sus culpas a vuestra justicia, su miseria y necesidad llama a vuestra infinita misericordia. Y con ella interpongo yo todas mis obras de la humanidad unida con lazo indisoluble a mi divinidad: la obediencia con que acepté ser pasible hasta morir, la humildad con que me sujeté a los hombres y a sus depravados juicios y la pobreza y trabajos de mi vida, mis afrentas y pasión, la muerte y el amor con que todo lo he admitido por tu gloria y porque seas conocido y adorado de todas las criaturas capaces de tu gracia y de tu gloria. Tú, Señor y Padre mío, me hiciste hermano de los hombres y su cabeza y de todos

los electos que de nuestra divinidad han de gozar con nosotros para siempre, para que como hijos sean herederos conmigo de tus bienes eternos y como miembros participasen el influjo de la cabeza que les quiero comunicar, según el amor que como a hermano les tengo; y quiero, cuanto es de mi parte, traerlos conmigo a tu amistad y participación en que fueron formados en su cabeza natural el primer hombre.

1187. Con este inmenso amor dispongo, Señor y Padre mío, que todos los mortales desde ahora puedan ser reengendrados con el Sacramento del Bautismo en tu amistad y gracia con plenitud y le puedan recibir luego que participen de la luz y sin propia voluntad, manifestándola por ellos otros para que renazcan en la de tu aceptación. Sean desde luego herederos de tu gloria, queden señalados por hijos de mi Iglesia con interior señal que no la pierdan, queden limpios de la mácula del pecado original, reciban los dones de las virtudes fe, esperanza y caridad, con que puedan obrar como hijos, conociéndote, esperando y amándote por ti mismo. Reciban también las virtudes con que detengan y gobiernen las pasiones desordenadas por el pecado y conozcan sin engaño el bien y el mal. Sea este sacramento la puerta de mi Iglesia y el que los haga capaces para los demás sacramentos y para nuevos favores y beneficios de nuestra gracia. Dispongo también que tras este sacramento reciban otro en que sean ratificados y confirmados en la fe santa que han profesado y han de profesar y la puedan defender con fortaleza llegando al uso de la razón. Y porque la fragilidad humana desfallecerá fácilmente en la observancia de mi ley y no sufre mi caridad dejarla sin remedio fácil y oportuno, quiero que sirva para esto el Sacramento de la Penitencia, donde reconociendo sus culpas con dolor y confesándolas se restituyan al estado de la justicia y continúen los merecimientos de la gloria que les tengo prometida y no queden triunfando Lucifer y sus secuaces de haberlos apartado luego del estado y seguridad en que los puso el Bautismo.

1188. Justificados los hombres por medio de estos Sacramentos, estarán capaces de la suma participación y

amor que conmigo pueden tener en el destierro de su vida mortal, y ésta ha de ser recibiéndome sacramentado en su pecho por inefable modo en especies de pan y vino, y en las del pan dejaré mi cuerpo y en las del vino dejaré mi sangre. En cada uno estaré todo real y verdaderamente, aunque así dispongo este sacramento misterioso de la Eucaristía, porque me doy en forma de alimento proporcionado a la condición humana y al estado de los viadores, por quien obro estas maravillas y con quienes estaré por este modo hasta el fin de los siglos venideros. Y para que tengan otro Sacramento que los purifique y defienda cuando los mismos hombres lleguen al término de vida, les ordeno el Sacramento de la Unción Extrema [de los enfermos], que también será alguna prenda de su resurrección en los mismos cuerpos señalados con este Sacramento. Y porque todos se ordenan a santificar los miembros del Cuerpo Místico de mi Iglesia, en la cual se ha de guardar sumo concierto y orden dando a cada uno el grado conveniente a su ministerio, y quiero que los ministros de estos Sacramentos tengan Orden en otro que los pongo en el supremo grado de Sacerdotes, respecto de todos los otros fieles, y que sirva para esto el Sacramento de la Orden, que los señale, distinga y santifique con particular excelencia; y aunque todos la recibirán de mí, quiero que sea por medio de una cabeza que sea mi Vicario y represente mi Persona y sea el supremo Sacerdote, en cuya voluntad deposito las llaves del cielo y todos le obedezcan en la tierra. Y para más perfección de mi Iglesia ordeno el último Sacramento, de Matrimonio, que santifique el vínculo natural que se ordena a la propagación humana, y queden todos los grados de la Iglesia ricos y adornados de mis infinitos merecimientos. Esta es, Eterno Padre, mi última voluntad, en que hago herederos a todos los mortales de mis merecimientos, vinculándolos en mi nueva Iglesia, donde los dejo depositados.

1189. Esta oración hizo Cristo nuestro Redentor en presencia de los Apóstoles, pero sin demostración exterior. Pero la beatísima Madre, que desde su retiro le miraba y acompañaba en ella, se postró en tierra y ofreció al Eterno Padre como Madre las peticiones de su Hijo. Y aunque no podía añadir intensivamente cosa meritoria a las obras de

su santísimo Hijo, con todo eso, como era su coadjutora, se extendió a ella esta petición, como en otras ocasiones, fomentando de su parte a la misericordia para que el Eterno Padre no mirase a su Unigénito sólo, pero siempre en compañía de su Madre. Y así los miró a entrambos y aceptó las oraciones y peticines respectivamente de Hijo y Madre por la salvación de los hombres. Hizo otra cosa la Reina en esta ocasión, porque se la remitió a ella su Hijo santísimo. Y para entenderla, se advierta que Lucifer estuvo presente al lavatorio de los Apóstoles, como queda dicho en el capítulo pasado, y de lo que vio hacer a Cristo nuestro bien y que no le permitió a él salir del Cenáculo, colegía su astucia que disponía el Señor alguna obra grande en beneficio de los Apóstoles; y aunque se reconocía este Dragón muy debilitado y sin fuerzas contra el mismo Redentor, con todo esto con implacable furor y soberbia quiso investigar aquellos misterios para intentar contra ellos alguna maldad. Vio la gran Señora este conato de Lucifer y que le remitía su Hijo santísimo esta causa; encendida con el celo y amor de la gloria del Muy Alto y con potestad de Reina, mandó al dragón y a todas sus cuadrillas que al punto saliesen del Cenáculo y descendiesen al profundo del infierno.

1190. Diole nueva virtud a María santísima para esta hazaña el brazo del Omnipotente, por la rebeldía de Lucifer, que ni él ni sus demonios pudieron resistir y así fueron lanzados a las cavernas infernales hasta que se les dio nuevo permiso para que saliesen y se hallasen a la pasión y muerte de nuestro Redentor, donde con ella habían de quedar del todo vencidos y desengañados de que Cristo era el Mesías y Redentor del mundo, Dios y hombre verdadero. Y de aquí se entenderá cómo Lucifer y los demonios estuvieron presentes a la cena legal y lavatorio de los pies de los Apóstoles y después a toda la pasión, pero no estuvieron en la institución de la Sagrada Eucaristía, ni en la comunión que entonces hicieron y dio Cristo nuestro Señor. Levantóse luego la gran Reina a más alto ejercicio y contemplación de los misterios que se prevenían, y los Santos Ángeles, como a valerosa y nueva Judit, le cantaron la gloria de este gran triunfo contra el Dragón infernal. Al mismo tiempo hizo Cristo nuestro bien otro cántico, confesando y dando gracias al Eterno Padre por las

peticiones que le había concedido en beneficio de los hombres.

1191. Precediendo todo lo que he dicho, tomó en sus manos venerables Cristo bien nuestro el pan que estaba en el plato y, pidiendo interiormente licencia y dignación para obligar al Altísimo a que entonces y después en la Santa Iglesia, en virtud de las palabras que había de pronunciar, se hiciese presente real y verdaderamente en la hostia como quien las obedecía, levantó los ojos al cielo con semblante de tanta majestad, que a los Apóstoles, a los Ángeles y a la misma Madre Virgen les causó nuevo temor reverencial. Y luego pronunció las palabras de la consagración sobre el pan, dejándole convertido transubstancialmente en su verdadero cuerpo, y la consagración del vino pronunció sobre el cáliz y convirtiéndole en su verdadera sangre. Al mismo punto que acabó Cristo Señor nuestro de pronunciar las palabras, respondió el Eterno Padre: Este es mi Hijo dilectísimo, en quien yo tengo mi agrado y le tendré hasta el fin del mundo, y estará Él con los hombres el tiempo que les durare su destierro. Esto mismo confirmó también la persona del Espíritu Santo. Y la humanidad santísima de Cristo en la persona del Verbo hizo profunda reverencia a la divinidad en el sacramento de su cuerpo y sangre. Y la Madre Virgen desde su retiro se postró en tierra y adoró a su Hijo sacramentado con incomparable reverencia. Luego le adoraron los Ángeles de su custodia y con ellos hicieron lo mismo todos los Ángeles del cielo, y tras los santos espíritus le adoraron Enoc y Elías en su nombre y en el de los antiguos Patriarcas y Profetas de las leyes natural y escrita, cada uno respectivamente.

1192. Todos los apóstoles y discípulos, porque tuvieron fe de este gran misterio, excepto el traidor Judas Iscariotes, le adoraron con ella con profunda humildad y veneración, cada uno según su disposición. Luego nuestro gran sacerdote Cristo levantó en alto su mismo cuerpo y sangre consagrados, para que de nuevo le adorasen todos los que asistían a esta Misa nueva, y así lo hicieron todos. Y en esta elevación fue más ilustrada su purísima Madre, y San Juan Evangelista, Enoc y Elías, para conocer por especial modo

cómo en las especies del pan estaba el sagrado cuerpo y en las del vino la sangre, y en entrambas todo Cristo vivo y verdadero, por la unión inseparable de su alma santísima y su cuerpo y sangre, y cómo estaba la divinidad, y en la persona del Verbo la del Padre y del Espíritu Santo, y por estas uniones y existencias, inseparables concomitancias, quedaban en la Eucaristía todas las tres personas, con la perfecta humanidad de Cristo Señor nuestro. Esto conoció con más alteza la divina Señora y los demás en sus grados. Conocieron también la eficacia de las palabras de la consagración y cómo tenían ya virtud divina para que, pronunciadas con la intención de Cristo por cualquiera de los sacerdotes presentes y futuros en la debida materia, convirtiesen la sustancia del pan [de trigo puro] en su cuerpo y la del vino [de vid puro] en su sangre, dejando a los accidentes sin sujeto y con nuevo modo de subsistir sin perderse; y esto con tal certeza y tan infalible, que antes faltará el cielo y la tierra, que falte la eficacia de esta forma de consagrar, debidamente pronunciada por el ministro y sacerdote de Cristo.

1193. Conoció también por especial visión nuestra divina Reina cómo estaba el Sagrado Cuerpo de Cristo nuestro Señor escondido debajo de los accidentes del pan y vino, sin alterarlos, ni ellos a él, porque ni el cuerpo puede ser sujeto suyo, ni ellos pueden ser formas del cuerpo. Ellos están con la misma extensión y calidades antes y después, ocupando el mismo lugar, como se conoce en la hostia consagrada; y el cuerpo sagrado está con modo indivisible, aunque tiene toda su grandeza, sin confundirse una parte con otra, y está todo en toda la hostia y todo en cualquiera parte, sin que la hostia le ensanche ni limite, ni el cuerpo a la hostia; porque ni la extensión propia del cuerpo tiene respecto a la de las especies accidentales, ni la de las especies pende del cuerpo santísimo, y así tienen diferente modo de existencia, y el cuerpo se penetra con la cantidad de los accidentes sin que le impidan. Y aunque naturalmente con su extensión pedía diferente lugar y espacio la cabeza de las manos y éstas del pecho y así las demás, pero con el poder divino se pone el cuerpo consagrado con esta grandeza en un mismo lugar, porque entonces no tiene respecto al espacio extendido que

naturalmente ocupa, y de todos estos respectos se absuelve, porque sin ellos puede ser cuerpo cuantitativo. Y tampoco está en un lugar sólo ni en una hostia, sino en muchas juntamente, aunque sean sin número las hostias consagradas.

1194. Entendió asimismo que el sagrado cuerpo, aunque no tenía dependencia natural de los accidentes en el modo que he dicho, pero con todo eso no se conservaría en ellos sacramentado más del tiempo que durasen sin corromperse los accidentes del pan y del vino, porque así lo ordenó la voluntad santísima de Cristo, autor de estas maravillas. Y ésta fue como una dependencia voluntaria y moral de la existencia milagrosa de su cuerpo y sangre con la existencia incorrupta de los accidentes. Y cuando ellos se corrompen y destruyen por las causas naturales que pueden alterarlos, como sucede después de recibido el sacramento, que el calor del estómago los altera y corrompe, o por otras causas que pueden hacer lo mismo, entonces cría Dios de nuevo otra sustancia en el último instante en que las especies están dispuestas para recibir la última transmutación, y con aquella nueva sustancia, faltando ya la existencia del cuerpo sagrado, se hace la nutrición del cuerpo que se alimenta y se introduce la forma humana que es el alma. Y esta maravilla de criar nueva sustancia que reciba los accidentes alterados y corruptos, es consiguiente a la determinación de la voluntad divina de no permanecer el cuerpo con la corrupción de los accidentes, y también al orden de la naturaleza, porque la sustancia del hombre que se alimenta, no puede acrecentarse sino con otra sustancia que se le añade de nuevo, y los accidentes no pueden continuarse en esta sustancia.

1195. Todos estos y otros milagros recopiló la diestra del Omnipotente en este Augustísimo Sacramento de la Eucaristía, y todos los entendió la Señora del cielo y tierra y los penetró profundamente, y en su modo San Juan Evangelista y los Padres que allí estaban de la ley antigua y los Apóstoles entendieron muchos de ellos. Conociendo este beneficio común y tan grande la purísima Madre, conoció también la ingratitud que los mortales habían de

tener de tan inefable misterio, fabricado para su remedio, y tomó por su cuenta desde entonces recompensar y suplir con todas sus fuerzas nuestra grosería y des-agradecimiento, dando ella las gracias al Eterno Padre y a su Hijo santísimo por tan rara maravilla y favor del linaje humano. Y esta atención le duró toda la vida y muchas veces lo hacía derramando lágrimas de sangre de su ardentísimo corazón para satisfacer nuestro reprensible y torpe olvido.

1196. Mayor admiración me causa lo que sucedió al mismo Jesús nuestro bien, que habiendo levantado el santísimo sacramento para que le adorasen los discípulos, como he dicho (Cf. supra n. 1192), le dividió con sus sagradas manos y se comulgó a sí mismo el primero, como primero y sumo sacerdote. Y reconociéndose, en cuanto hombre, inferior a la divinidad que recibía en su mismo cuerpo y sangre cansagrados, se humilló, encogió y tuvo como un temblor en la parte sensitiva, manifestando dos cosas: la una, la reverencia con que se debía recibir su sagrado cuerpo; la otra, el dolor que sentía de la temeridad y audacia con que muchos de los hombres llegarían a recibir y tratar este altísimo y eminente Sacramento. Los efectos que hizo la comunión en el Cuerpo de Cristo nuestro bien fueron divinos y admirables, porque por un breve espacio redundaron en Él los dotes de gloria de su alma santísima como en el Tabor, pero esta maravilla sólo fue manifiesta a su purísima Madre y algo conocieron San Juan, Enoc y Elías. Y con este favor se despidió la humanidad santísima de recibir descanso y gozo hasta la muerte en la parte inferior. También vio la Virgen Madre con especial visión cómo se recibía Cristo su Hijo santísimo a sí mismo sacramentado y cómo estuvo en su divino pecho el mismo que se recibía. Y todo esto hizo grandiosos efectos en nuestra Reina y Señora.

1197. Hizo Cristo nuestro bien en comulgándose un cántico de alabanzas al Eterno Padre y se ofreció a sí mismo sacramentado por la salvación humana, y luego partió otra partícula del pan consagrado y la entregó al Arcángel San Gabriel, para que la llevase y comulgase a María santísima. Quedaron los Santos Ángeles con este

favor como satisfechos y recompensados de que la dignidad Sacerdotal tan excelente les tocase a los hombres y no a ellos, y sólo el haber tenido en sus manos en forma humana el cuerpo sacramentado de su Señor y verdadero Dios les causó grande y nuevo gozo a todos. Esperaba la gran Señora y Reina con abundantes lágrimas el favor de la sagrada comunión, cuando llegó San Gabriel con otros innumerables Ángeles, y de la mano del santo príncipe la recibió la primera después de su Hijo santísimo, imitándole en la humillación, reverencia y temor santo. Quedó depositado el santísimo Sacramento en el pecho de María santísima y sobre el corazón, como legítimo sagrario y tabernáculo del Altísimo. Y duró este depósito del sacramento inefable de la Eucaristía todo el tiempo que pasó desde aquella noche hasta después de la resurrección, cuando consagró San Pedro y dijo la primera Misa, como diré adelante (Cf. infra p. III n. 112); porque ordenó el todopoderoso Señor esta maravilla así, para consuelo de la gran Reina y también para cumplir de antemano por este modo la promesa hecha después a su Iglesia, que estaría con los hombres hasta el fin del siglo (Mt 28, 20), porque después de su muerte no podía estar su humanidad santísima en la Iglesia por otro modo, mientras no se consagraba su cuerpo y sangre. Y en María purísima estuvo depositado este maná verdadero como en arca viva, con toda la ley evangélica, como antes las figuras en el arca de Moisés. Y en todo el tiempo que pasó hasta la nueva consagración no se consumieron ni alteraron las especies sacramentales en el pecho de esta Señora y Reina del cielo. Dio gracias al Eterno Padre y a su Hijo santísimo con nuevos cánticos a imitación de lo que el Verbo divino encarnado había hecho.

1198. Después de comulgada la divina Princesa, dio nuestro Salvador el pan sacramentado a los Apóstoles y les mandó que entre sí lo repartiesen y recibiesen, como lo recibieron, y les dio en estas palabras la dignidad sacerdotal, que comenzaron a ejercer comulgándose cada uno a sí mismo con suma reverencia, derramando copiosas lágrimas y dando culto al cuerpo y sangre de nuestro Redentor que habían recibido. Quedaron con preeminencia de antigüedad en la potestad de Sacerdotes, como

fundadores que habían de ser de la Iglesia evangélica. Luego San Pedro, por mandado de Cristo nuestro Señor, tomó otras partículas consagradas y comulgó a los dos padres antiguos Enoc y Elías. Y con el gozo y efectos de esta comunión quedaron estos dos Santos confortados de nuevo para esperar la visión beatífica, que tantos siglos se les dilataba por la voluntad divina, y esperar hasta el fin del mundo. Dieron los dos Patriarcas fervientes alabanzas y humildes gracias al Todopoderoso por este beneficio y fueron restituidos a su lugar por ministerio de los Santos Ángeles. Esta maravilla ordenó el Señor, para dar prendas y participación de su encarnación, redención y resurrección general a las leyes antiguas, natural y escrita, porque todos estos misterios encierra en sí el Sacramento de la Eucaristía, y dándoseles a los dos varones santos Enoc y Elías, que estaban vivos en carne mortal, se extendió esta participación a los dos estados de la ley natural y escrita, porque los demás que le recibieron pertenecían a la nueva ley de gracia, cuyos padres eran los Apóstoles. Así lo conocieron los dos santos Enoc y Elías y en nombre de los demás santos de sus leyes dieron gracias a su Redentor y nuestro por este oculto beneficio.

1199. Otro milagro muy secreto sucedió en la comunión de los Apóstoles, y esto fue que el pérfido y traidor Judas Iscariotes, viendo lo que su divino Maestro disponía mandándoles comulgar, determinó como infiel no hacerlo, sino reservar el sagrado cuerpo, si pudiese ocultamente, para llevarle a los pontífices y fariseos y decirles que quién era su Maestro, pues decía que aquel pan era su mismo cuerpo y ellos lo acriminasen por gran delito, y si no pudiese conseguir esto, intentaba hacer algún otro vituperio del divino Sacramento. La Señora y Reina del cielo, que por visión clarísima estaba mirando todo lo que pasaba y la disposición con que interior y exteriormente recibían los Apóstoles la Sagrada Comunión y sus efectos y afectos, vio también los execrables intentos del obstinado Judas Iscariotes. Encendióse toda en el celo de la gloria de su Señor, como Madre, como Esposa y como Hija y, conociendo era voluntad suya que usase en aquella ocasión de la potestad de Madre y Reina, mandó a sus Ángeles que sucesivamente sacasen a Judas Isacriotes de la

boca el pan y vino consagrado y lo restituyesen a donde estaba lo demás sacramentado, porque en aquella ocasión le tocaba defender la honra de su Hijo santísimo, para que Judas Iscariotes no le injuriase como intentaba con aquella nueva ignominia que maquinaba. Obedecieron los Ángeles y cuando llegó a comulgar el pésimo de los vivientes Judas Isacriotes le sacaron las especies sacramentales, una tras de otra, de la boca y, purificándolas de lo que habían recibido en aquel inmundísimo lugar, las redujeron a su primera disposición y las colocaron ocultamente entre las demás, celando siempre el Señor la honra de su enemigo y obstinado apóstol. Después recibieron estas especies los que fueron comulgando tras de Judas Isacriotes por sus antigüedades, porque ni él fue el primero ni el último que comulgó, y los Ángeles Santos lo ejecutaron en brevísimo espacio. Hizo nuestro Salvador gracias al Eterno Padre y con esto dio fin a los misterios de la cena legal y sacramental y principio a los de su pasión, que diré en los capítulos siguientes. La Reina de los cielos continuaba en la atención, admiración de todos y en los cánticos de alabanza y magnificencia al altísimo Señor.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

1200. ¡Oh hija mía, si los profesores de la santa fe católica abriesen los corazones endurecidos y pesados, para recibir la verdadera inteligencia del sagrado misterio y beneficio de la Eucaristía! ¡Oh, si desahogados y abstraídos de los afectos terrenos y moderando sus pasiones, aplicasen la fe viva para entender en la divina luz su felicidad, en tener consigo a Dios eterno sacramentado y poderle recibir y frecuentar, participando los efectos de este divino maná del cielo, si dignamente conociesen esta gran dádiva, si estimasen este tesoro, si gustasen su dulzura, si participasen en ella la virtud oculta de su Dios omnipotente, nada les quedaba que desear ni que temer en su destierro! No deben querellarse los mortales en el dichoso siglo de la ley de gracia, que les afligen su fragilidad y sus pasiones, pues en este pan del cielo tienen a la mano la salud y la fortaleza; no de que son tentados y perseguidos del demonio, pues con el buen uso de este Sacramento inefable le vencerán gloriosamente, si para

esto dignamente le frecuentan. Culpa es de los fieles no atender a este misterio y valerse de su virtud infinita para todas sus necesidades y trabajos, que para su remedio le ordenó mi Hijo santísimo. Y de verdad te digo, carísima, que tienen Lucifer y sus demonios tal temor a la presencia de la Eucaristía, que el acercarse a ella les causa mayores tormentos que estar en el infierno. Y aunque entran en los templos para tentar a las almas, esto hacen como violentándose a padecer crueles penas, a trueque de derribar una alma y atraerla a que cometa un pecado, y más en los lugares sagrados y presencia de la Eucaristía. Y por alcanzar este triunfo los compele su indignación, que tienen contra Dios y contra las almas, para que se expongan a padecer aquel nuevo tormento de estar cerca de Cristo mi Hijo santísimo sacramentado.

1201. Y cuando le llevan en procesión por las calles, de ordinario huyen y se alejan a toda prisa, y no se atrevieran a acercarse a los que le van acompañando, si no fuera por la confianza que tienen, con tan larga experiencia, de que vencerán a algunos, para que pierdan la reverencia al Señor. Y por esto trabajan mucho en tentar en los Templos, porque saben cuánta injuria se hace en esto al mismo Señor que está sacramentado por amor, para aguardar a santificar los hombres y a que le den el retorno de su amor dulcísimo y demostrativo con tantas finezas. Por esto entenderás el poder que tiene quien dignamente recibe este pan sagrado de los ángeles contra los demonios y cómo temerían a los hombres si le frecuentasen con devoción y pureza, procurándose conservar en ella hasta otra comunión. Pero son muy pocos los que viven con este cuidado y el enemigo está alerta acechando y procurando que luego se olviden, entibien y distraigan, para que no se valgan contra ellos de armas tan poderosas. Escribe esta doctrina en tu corazón, y porque, sin merecerlo tú, ha ordenado el Altísimo, por medio de la obediencia, que cada día participes de este sagrado Sacramento recibiéndole, trabaja por conservarte en el estado que te pones para una comunión hasta que hagas otra, porque la voluntad de mi Señor y la mía es que con este cuchillo pelees las guerras del Altísimo en nombre de la Santa Iglesia contra los enemigos invisibles, que hoy tienen afligida y triste a la

Señora de las gentes (Lam 1, 1), sin haber quien la consuele ni dignamente lo considere. Llora por esta causa y divídase tu corazón de dolor, porque estando el omnipotente y justo Juez tan indignado contra los católicos, por haber irritado su justicia con los pecados tan desmedidos y repetidos debajo de la santa fe que profesan, no hay quien considere, pese y tema tan grande daño, ni se disponga al remedio que pudieran solicitar con el buen uso del divino sacramento de la Eucaristía y llegando a él con corazones contritos y humillados y con mi intercesión.

1202. En esta culpa, que en todos los hijos de la Iglesia es gravísima, son más reprensibles los indignos y malos sacerdotes, porque de la irreverencia con que ellos tratan al santísimo sacramento del altar han tomado ocasión los demás católicos para despreciarle. Y si el pueblo viera que los sacerdotes se llegaban a los divinos misterios con temor y temblor reverencial, conocieran que con el mismo habían de tratar todos y recibir a su Dios sacramentado. Y los que así lo hacen, resplandecen en el cielo como el sol entre las estrellas, porque de la gloria de mi Hijo santísimo en su humanidad, a los que le trataron y recibieron con toda reverencia, les redunda especial luz y resplandor de gloria, el cual no tienen los que no han frecuentado con devoción la Sagrada Eucaristía. Y a más de esto tendrán después sus cuerpos gloriosos unas señales o divisas en el pecho, donde le recibieron, muy brillantes y hermosísimas, en testimonio de que fueron dignos tabernáculos del santísimo sacramento cuando lo recibieron. Esto será de gran gozo accidental para ellos y júbilo de alabanza para los ángeles y admiración para todos. Recibirán también otro premio accidental, porque entenderán y verán con especial inteligencia el modo con que está mi Hijo santísimo en la Eucaristía y todos los milagros que en ella se encierran, y será tan grande el gozo, que sólo él bastará para recrearlos eternamente cuando no tuvieran otro en el cielo. Pero la gloria esencial de los que con digna devoción y pureza recibieron la Eucaristía igualará y en muchos excederá a la que tienen algunos Mártires que no le recibieron.

1203. Quiero también, hija mía, que de mi boca oigas lo que yo juzgaba de mí, cuando en la vida mortal había de

recibir a mi Hijo y Señor sacramentado. Y para que mejor lo entiendas renueva en tu memoria todo lo que has entendido y conocido de mis dones, gracia, obras y merecimientos de mi vida, como te la he manifestado (Cf. supra p. I n. 229, 237 y passim) para que lo escribas. Fui preservada en mi concepción de la culpa original y en aquel instante tuve la noticia y visión de la divinidad que muchas veces has repetido, tuve mayor ciencia que todos los santos, excedí en amor a los supremos serafines, nunca cometí culpa actual, siempre ejercité todas las virtudes heroicamente y la menor de ellas fue más que lo supremo de los otros muy santos en lo último de su santidad, los fines de todas mis obras fueron altísimos, los hábitos y dones sin medida y tasa, imité a mi Hijo santísimo con suma perfección, trabajé fielmente, padecí animosa y cooperé con todas las obras del Redentor en el grado que me tocaba y jamás cesé de amarle y merecer aumentos de gracia y gloria en grado eminentísimo. Pues todos estos méritos juzgué que se me habían pagado dignamente con sola una vez que recibí su Sagrado Cuerpo en la Eucaristía, y aun no me juzgaba digna de tan alto beneficio. Considera tú ahora, hija mía, lo que tú y los demás hijos de Adán debéis pensar llegando a recibir este admirable Sacramento. Y si para el mayor de los santos fuera premio superabundante sola una comunión, ¿qué deben sentir y hacer los Sacerdotes y los fieles que la frecuentan? Abre tú los ojos entre las densas tinieblas y ceguedad de los hombres y levántalos a la divina luz, para conocer estos misterios. Juzga tus obras por desiguales y párvulas, tus méritos por muy limitados, tus trabajos por levísimos y tu agradecimiento por muy inferior y corto para tan raro beneficio como tener la Iglesia Santa a Cristo mi Hijo santísimo sacramentado y deseoso de que todos le reciban para enriquecerlos. Y si no tienes digna retribución que ofrecerle por este bien y los que recibes, por lo menos humíllate hasta el polvo y pégate con él y confiésate indigna con toda la verdad del corazón, magnifica al Altísimo, bendícele y alábale, estando siempre preparada para recibirle con fervientes afectos y padecer muchos martirios por alcanzar tan grande bien.

CAPITULO 12

La oración que hizo nuestro Salvador en el huerto y sus misterios y lo que de todos conoció su Madre santísima.

1204. Con las maravillas y misterios que nuestro Salvador Jesús obró en el Cenáculo dejaba dispuesto y ordenado el reino que el Eterno Padre con su voluntad inmutable le había dado. Y entrada ya la noche que sucedió al jueves de la cena, determinó salir a la penosa batalla de su pasión y muerte, en que se había de consumar la redención humana. Salió Su Majestad del aposento donde había celebrado tantos misterios milagrosos y al mismo tiempo salió también su Madre santísima de su retiro para encontrarse con Él. Llegaron a carearse el Príncipe de las eternidades y la Reina, traspasando el corazón de entrambos la penetrante espada de dolor que a un tiempo les hirió penetrantemente sobre todo pensamiento humano y angélico. La dolorosa Madre se postró en tierra, adorándole como a su verdadero Dios y Redentor. Y mirándola Su Divina Majestad con semblante majestuoso y agradable de Hijo suyo, le habló y la dijo solas estas palabras: Madre mía, con Vos estaré en la tribulación, hagamos la voluntad de mi Eterno Padre y la salvación de los hombres. La gran Reina se ofreció con entero corazón al sacrificio y pidió la bendición. Y habiéndola recibido se volvió a su retiro, de donde le concedió el Señor que estuviese a la vista de todo lo que pasaba y lo que su Hijo santísimo iba obrando, para acompañarle y cooperar en todo en la forma que a ella le tocaba. El dueño de la casa, que estaba presente a esta despedida, con impulso divino ofreció luego la misma casa que tenía y lo que en ella había a la Señora del cielo, para que se sirviese de ello mientras estuviesen en Jerusalén, y la Reina lo admitió con humilde agradecimiento. Y con Su Alteza quedaron los mil Ángeles de Guarda, que la asistían siempre en forma visible para ella, y también la acompañaron algunas de las piadosas mujeres que consigo había traído.

1205. Nuestro Redentor y Maestro salió de la casa del Cenáculo en compañía de todos los hombres que le habían

asistido en las cenas y celebración de sus misterios, y luego se despidieron muchos de ellos por diferentes calles, para acudir cada uno a sus ocupaciones. Y Su Majestad, siguiéndole solos los doce Apóstoles, encaminó sus pasos al monte Olívete, fuera y cerca de la ciudad de Jerusalén a la parte oriental. Y como la alevosía de Judas Iscariotes le tenía tan atento y solícito de entregar al divino Maestro, imaginó que iba a trasnochar en la oración, como lo tenía de costumbre. Parecióle aquella ocasión muy oportuna para ponerle en manos de sus confederados los escribas y fariseos. Y con esta infeliz resolución se fue deteniendo y dejando alargar el paso a su divino Maestro y a los demás Apóstoles, sin que ellos lo advirtiesen por entonces, y al punto que los perdió de vista partió a toda prisa a su precipicio y destrucción. Llevaba gran sobresalto, turbación y zozobra, testigos de la maldad que iba a cometer, y con este inquieto orgullo, como mal seguro de conciencia, llegó corriendo y azorado a casa de los pontífices. Sucedió en el camino que, viendo Lucifer la prisa que se daba Judas Iscariotes en procurar la muerte de Cristo nuestro bien y sospechando este Dragón que era el verdadero Mesías, como queda dicho en el capítulo 10, le salió al encuentro en figura de un hombre muy malo y amigo del mismo Judas Iscariotes, con quien él había comunicado su traición. En esta figura le habló Lucifer a Judas Iscariotes sin ser conocido por él y le dijo que aquel intento de vender a su Maestro, aunque al principio le había parecido bien por las maldades que de él le había dicho, pero que pensando sobre ello había tomado mejor acierto en su dictamen y acuerdo para él y le parecía no le entregase a los pontífices y fariseos, porque no era tan malo como el mismo Judas Isacriotes pensaba, ni merecía la muerte, y que sería posible que hiciese algunos milagros con que se libraría y después le podría suceder a él gran trabajo.

1206. Este enredo hizo Lucifer, retractando con nuevo temor las sugestiones que primero había enviado al corazón pérfido del traidor discípulo contra el autor de la vida. Pero salióle en vano su nueva malicia, porque Judas Iscariotes, que había perdido la fe voluntariamente y no temía las violentas sospechas del demonio, quiso aventurar antes la muerte de su Maestro que aguardar la indignación de los

fariseos si le dejaba con vida. Y con este miedo y su abominable codicia no hizo caso del consejo de Lucifer, aunque le juzgó por el hombre que representaba. Y como estaba desamparado de la gracia divina, ni quiso ni pudo persuadirse por la instancia del demonio para retroceder en su maldad. Y como el Autor de la vida estaba en Jerusalén, y también los pontífices consultaban cuando llegó Judas Iscariotes cómo les cumpliría lo prometido de entregársele en sus manos, en esta ocasión entró el traidor y les dio cuenta cómo dejaba a su Maestro con los demás discípulos en el monte Olívete, que le parecía la mejor ocasión para prenderle aquella noche, como fuesen con cautela y prevenidos para que no se les fuese de entre las manos con las artes y mañas que sabía. Alegráronse mucho los sacrílegos pontífices y quedaron previniendo gente armada para salir luego al prendimiento del inocentísimo Cordero.

1207. Estaba en el ínterin Su Majestad divina con los once Apóstoles tratando de nuestra salvación eterna y de los mismos que le maquinaban la muerte. Inaudita y admirable porfía de la suma malicia humana y de la inmensa bondad y caridad divina, que si desde el primer hombre se comenzó esta contienda del bien y del mal en el mundo, en la muerte de nuestro Reparador llegaron los dos extremos a lo sumo que pudieron subir; pues a un mismo tiempo obró cada uno a vista del otro lo más que le fue posible: la malicia humana quitando la vida y honra a su mismo Hacedor y Reparador, y Su Majestad dándola por ellos con inmensa caridad. Fue como necesario en esta ocasión —a nuestro modo de entender— que el alma santísima de Cristo nuestro bien atendiese a su Madre purísima, y lo mismo su divinidad, para que tuviese algún agrado entre las criaturas en que descansase su amor y se detuviese la justicia. Porque en sola aquella pura criatura miraba lograda dignísimamente la pasión y muerte que se le prevenía por los hombres, y en aquella santidad sin medida hallaba la justicia divina alguna recompensa de la malicia humana, y en la humildad y caridad fidelísima de esta gran Señora quedaban depositados los tesoros de sus merecimientos, para que después como de cenizas encendidas renaciese la Iglesia, como nueva fénix, en virtud de los mismos merecimientos de Cristo nuestro Señor y de su muerte. Este

agrado que recibía la humanidad de nuestro Redentor con la vista de la santidad de su digna Madre, le daba esfuerzo y como aliento para vencer la malicia de los mortales y reconocía por bien empleada su paciencia en sufrir tales penas, porque tenía entre los hombres a su amantísima Madre.

1208. Todo lo que iba sucediendo conocía la gran Señora desde su recogimiento, y vio los pensamientos del obstinado Judas Iscariotes y el modo como se desvió del Colegio Apostólico y cómo le habló Lucifer en forma de aquel hombre su conocido y todo lo que pasó con él cuando llegó a los príncipes de los sacerdotes y lo que trataban y prevenían para prender al Señor con tanta presteza. El dolor que con esta ciencia penetraba el castísimo corazón de la Madre virgen, los actos de virtudes que ejercitaba a la vista de tales maldades y cómo procedía en todos estos sucesos, no cabe en nuestra capacidad el explicarlo; basta decir que todo fue con plenitud de sabiduría, santidad y agrado de la beatísima Trinidad. Compadecióse de Judas Iscariotes y lloró la pérdida de aquel perverso discípulo. Recompensó su maldad adorando, confesando, amando y alabando al mismo Señor que él vendía con tan injuriosa y desleal traición. Estaba preparada y dispuesta a morir por él, si fuera necesario. Pidió por los que estaban fraguando la prisión y muerte de su divino Cordero, como prendas que se habían de comprar y estimar con el valor infinito de tan preciosa sangre y vida, que así los miraba, estimaba y valoreaba la prudentísima Señora.

1209. Prosiguió nuestro Salvador su camino, pasando el torrente Cedrón para el monte Olívete, y entró en el huerto de Getsemaní y hablando con todos los Apóstoles que le seguían les dijo: *Esperadme y asentaos aquí, mientras yo me alejo un poco a la oración (Mt 26, 36); y orad también vosotros para que no entréis en tentación (Lc 22, 40)*. Dioles este aviso el divino Maestro, para que estuviesen constantes en la fe contra las tentaciones, que en la cena los había prevenido que todos serían escandalizados aquella noche por lo que le verían padecer, y que Satanás los embestiría para ventilarlos y turbarlos con falsas sugestiones, porque el Pastor, como estaba profetizado (Zac

13, 7), había de ser maltratado y herido y las ovejas serían derramadas. Luego el Maestro de la vida, dejando a los ocho Apóstoles juntos, llamó a San Pedro, a San Juan y a Santiago, y con los tres se retiró de los demás a otro puesto donde no podía ser visto ni oído de ellos. Y estando con los tres Apóstoles levantó los ojos al Eterno Padre y le confesó y alabó como acostumbraba, y en su interior hizo una oración y petición en cumplimiento de la profecía de San Zacarías [Día 6 de septiembre: In Palaestina sancti Zachariae Prophétae, qui, de Chaldaea senex in pátriam revérsus, ibíque defúnctus, juxta Aggaeum Prophétam cónditus jacet.] (Zac 13, 7), dando licencia a la muerte para que llegase al inocentísimo y sin pecado, y mandando a la espada de la justicia divina que despertase sobre el pastor y sobre el varón que estaba unido con el mismo Dios y ejecutase en él todo su rigor y le hiriese hasta quitarle la vida. Para esto se ofreció Cristo nuestro bien de nuevo al Padre en satisfacción de su justicia por el rescate de todo el linaje humano y dio consentimiento a los tormentos de la pasión y muerte, para que en él se ejecutase en la parte que su humanidad santísima era pasible, y suspendió y detuvo desde entonces el consuelo y alivio que de la parte impasible pudiera redundarle, para que con este desamparo llegasen sus pasiones y dolores al sumo grado de padecer; y el Eterno Padre lo concedió y aprobó, según la voluntad de la humanidad santísima del Verbo.

1210. Esta oración fue como una licencia y permiso con que se abrieron las puertas al mar de la pasión y amargura, para que con ímpetu entrasen hasta el alma de Cristo, como lo había dicho por Santo Rey y Profeta David (Sal 68, 2). Y así comenzó luego a congojarse y sentir grandes angustias y con ellas dijo a los tres Apóstoles: *Triste está mi alma hasta la muerte (Mc 14, 34)*. Y porque estas palabras y tristeza de nuestro Salvador encierran tantos misterios para nuestra enseñanza, diré algo de lo que se me ha declarado, como yo lo entiendo. Dio lugar Su Majestad para que esta tristeza llegase a lo sumo natural y milagrosamente, según toda la condición pasible de su humanidad santísima. Y no sólo se entristeció por el natural apetito de la vida en la porción inferior de ella, sino también según la parte superior, con que miraba la reprobación de

tantos por quienes había de morir y la conocía en los juicios y decretos inescrutables de la divina justicia. Y esta fue la causa de su mayor tristeza, como adelante veremos (Cf. infra n. 1395). Y no dijo que estaba triste por la muerte, sino hasta la muerte, porque fue menor la tristeza del apetito natural de la vida, por la muerte que le amenazaba de cerca. Y a más de la necesidad de ella para la redención, estaba pronta su voluntad santísima para vencer este natural apetito para nuestra enseñanza, por haber gozado, por la parte que era viador, de la gloria del cuerpo en su transfiguración. Porque con este gozo se juzgaba como obligado a padecer, para dar el retorno de aquella gloria que recibió la parte de viador, para que hubiese correspondencia en el recibo y en la paga, y quedásemos enseñados de esta doctrina en los tres Apóstoles, que fueron testigos de aquella gloria y de esta tristeza y congojas; que por esto fueron escogidos para el uno y otro misterio, y así lo entendieron en esta ocasión con luz particular que para esto se les dio.

1211. Fue también como necesario; para satisfacer al inmenso amor con que nos amó nuestro Salvador Jesús, dar licencia a esta tristeza misteriosa para que con tanta profundidad le anegase, porque si no padeciera en ella lo sumo a que pudo llegar, no quedara saciada su caridad, ni se conociera tan claramente que era inextinguible por las muchas aguas de tribulaciones (Cant 8, 7). Y en el mismo padecer la ejercitó esta caridad con los tres Apóstoles que estaban presentes y turbados con saber que ya se llegaba la hora en que el divino Maestro había de padecer y morir, como él mismo se lo había declarado por muchos modos y prevenciones. Y esta turbación y cobardía que padecieron, los confundía y avergonzaba en sí mismos, sin atreverse a manifestarla. Pero el amantísimo Señor los alentó manifestándoles su misma tristeza, que padecería hasta la muerte, para que. viéndole a él afligido y congojado, no se confundiesen de sentir ellos sus penas y temores en que estaban. Y tuvo juntamente otro misterio esta tristeza del Señor para los tres Apóstoles Pedro, Juan y Diego (Diego, o sea Santiago), porque entre todos los demás ellos tres habían hecho más alto concepto de la divinidad y excelencia de su Maestro, así por la grandeza de su

doctrina, santidad de sus obras y potencia de sus milagros, que en todo esto estaban más admirados y más atentos al dominio que tenían sobre las criaturas. Y para confirmarlos en la fe de que era hombre verdadero y pasible, fue conveniente que de su presencia conociesen y viesen estaba triste y afligido como hombre verdadero, y en el testimonio de estos tres Apóstoles, privilegiados con tales favores, quedase la Iglesia Santa informada contra los errores que el demonio pretendería sembrar en ella sobre la verdad de la humanidad de Cristo nuestro Salvador, y también los demás fieles tuviésemos este consuelo, cuando nos aflijan los trabajos y nos posea la tristeza.

1212. Ilustrados interiormente los tres Apóstoles con esta doctrina, añadió el autor de la vida y les dijo: *Esperadme aquí, y velad y orad conmigo (Mt 26, 38)*. Que fue enseñarles la práctica de todo lo que les había prevenido y advertido y que estuviesen con él constantes en su doctrina y fe y no se desviasen a la parte del enemigo, y para conocerle y resistirle estuviesen atentos y vigilantes, esperando que después de las ignominias de la pasión verían la exaltación de su nombre. Con esto se apartó el Señor de los tres Apóstoles algún espacio del lugar de donde los dejó. Y postrado en tierra sobre su divino rostro oró al Padre Eterno, y le dijo: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz (Mt 26, 39)*. Esta oración hizo Cristo nuestro bien después que bajó del cielo con voluntad eficaz de morir y padecer por los hombres, después que despreciando la confusión de su pasión (Heb 12, 2) la abrazó de voluntad y no admitió el gozo de su humanidad, después que con ardentísimo amor corrió a la muerte, a las afrentas, dolores y aflicciones, después que hizo tanto aprecio de los hombres que determinó redimirlos con el precio de su sangre. Y cuando con su divina y humana sabiduría y con su inextinguible caridad sobrepujaba tanto al temor natural de la muerte, no parece que sólo él pudo dar motivo a esta petición. Así lo he conocido en la luz que se me ha dado de los ocultos misterios que tuvo esta oración de nuestro Salvador.

1213. Y para manifestar lo que yo entiendo, advierto que en esta ocasión entre nuestro Redentor Jesús y el Eterno

Padre se trataba del negocio más arduo que tenía por su cuenta, que era la Redención humana y el fruto de su pasión y muerte de cruz, para la oculta predestinación de los santos. Y en esta oración propuso Cristo nuestro bien sus tormentos, su sangre preciosísima y su muerte al Eterno Padre, ofreciéndola de su parte por todos los mortales, como precio superabundantísimo para todos y para cada uno de los nacidos y de los que después habían de nacer hasta el fin del mundo. Y de parte del linaje humano presentó todos los pecados, infidelidades, ingratitudes y desprecios que los malos habían de hacer para malograr su afrentosa muerte y pasión, por ellos admitida y padecida, y los que con efecto se habían de condenar a pena eterna, por no haberse aprovechado de su clemencia. Y aunque el morir por los amigos y predestinados era agradable y como apetecible para nuestro Salvador, pero morir y padecer por la parte de los réprobos era muy amargo y penoso, porque de parte de ellos no había razón final para sufrir el Señor la muerte. A este dolor llamó Su Majestad cáliz, que era el nombre con que los hebreos significaban lo que era muy trabajoso y grande pena, como lo significó el mismo Señor hablando con los hijos del Zebedeo, cuando les dijo si podrían beber el cáliz como Su Majestad le había de beber (Mt 20, 22). Y este cáliz fue tanto más amargo para Cristo nuestro bien, cuanto conoció que su pasión y muerte para los réprobos no sólo sería sin fruto, sino que sería ocasión de escándalo (1 Cor 1, 23) y redundaría en mayor pena y castigo para ellos, por haberla despreciado y malogrado.

1214. Entendí, pues, que la oración de Cristo nuestro Señor fue pedir al Padre pasase de él aquel cáliz amarguísimo de morir por los réprobos, y que siendo ya inexcusable la muerte, ninguno, si era posible, se perdiese, pues la redención que ofrecía era superabundante para todos y cuanto era de su voluntad a todos la aplicaba para que a todos aprovechase, si era posible, eficazmente y, si no lo era, resignaba su voluntad santísima en la de su Eterno Padre. Esta oración repitió nuestro Salvador tres veces por intervalos orando prolijamente con agonía, como dice San Lucas (Lc 22, 43), según lo pedía la grandeza y peso de la causa que se trataba. Y, a nuestro modo de

entender, en ella intervino una como altercación y contienda entre la humanidad santísima de Cristo y la divinidad. Porque la humanidad, con íntimo amor que tenía a los hombres de su misma naturaleza, deseaba que todos por su pasión consiguieran la salvación eterna, y la divinidad representaba que por sus juicios altísimos estaba fijo el número de los predestinados y, conforme a la equidad de su justicia, no se debía conceder el beneficio a quien tanto le despreciaba y de su voluntad libre se hacían indignos de la vida de las almas, resistiendo a quien se la procuraba y ofrecía. Y de este conflicto resultó la agonía de Cristo y la prolija oración que hizo, alegando el poder de su Eterno Padre, y que todas las cosas le eran posible a su infinita majestad y grandeza.

1215. Creció esta agonía en nuestro Salvador con la fuerza de la caridad y con la resistencia que conocía de parte de los hombres para lograr en todos su pasión y muerte, y entonces llegó a sudar sangre, con tanta abundancia de gotas muy gruesas que corría hasta llegar al suelo. Y aunque su oración y petición fue condicionada y no se le concedió lo que debajo de condición pedía, porque faltó por los réprobos, pero alcanzó en ella que los auxilios fuesen grandes y frecuentes para todos los mortales y que se fuesen multiplicando en aquellos que los admitiesen y no pusieren óbice y que los justos y santos participasen en el fruto de la Redención y con grande abundancia y les aplicasen muchos dones y gracias de que los precitos y réprobos se harían indignos. Y conformándose la voluntad humana de Cristo con la divina aceptó la pasión por todos respectivamente: para los precitos y réprobos como suficiente y para que se les diesen auxilios suficientes, si ellos querían aprovecharlos, y para los predestinados como eficaz, porque ellos cooperarían a la gracia. Y así quedó dispuesta y como efectuada la salud del cuerpo místico de la Santa Iglesia, debajo de su cabeza y de su artífice Cristo nuestro bien.

1216. Y para el lleno de este divino decreto, estando Su Majestad en la agonía de su oración, tercera vez envió el Eterno Padre al Santo Arcángel Miguel, que le respondiese y confortase por medio de los sentidos corporales,

declarándole en ellos lo mismo que el mismo Señor sabía por la ciencia de su santísima alma, porque nada le pudo decir el Ángel que el Señor no supiera ni tampoco podía obrar en su interior otro efecto para este intento. Pero, como arriba se ha dicho (Cf. supra n. 1209), tenía Cristo nuestro bien suspendido el alivio que de su ciencia y amor podía redundar en su humanidad santísima, dejándola, en cuanto pasible, a todo padecer en sumo grado, como después lo dijo en la cruz (Cf. infra n. 1395); y en lugar de este alivio y confortación recibió alguna con la embajada del Santo Arcángel por parte de los sentidos, al modo que obra la ciencia o noticia experimental de lo que antes se sabía por otra ciencia, porque la experiencia es nueva y mueve los sentidos y potencias naturales. Y lo que le dijo San Miguel de parte del Padre Eterno fue representarle e intimarle en el sentido que no era posible, como Su Majestad sabía, salvarse los que no querían ser salvos, porque en la aceptación divina valía mucho el número de los predestinados, aunque fuese menor que el de los réprobos, y que entre aquéllos estaba su Madre santísima, que era digno fruto de su Redención, y que se lograría en los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Vírgenes y Confesores, que serían muy señalados en su amor, y obrarían cosas admirables para ensalzar el santo nombre del Altísimo; y entre ellos le nombró el ángel algunos, después de los apóstoles, como fueron los patriarcas fundadores de las religiones, con las condiciones de cada uno. Otros grandes y ocultos sacramentos manifestó o refirió el ángel, que ni es necesario declararlos, ni tengo orden para hacerlo, porque basta lo dicho para seguir el discurso de esta Historia.

1217. En los intervalos de esta oración que hizo nuestro Salvador, dicen los Evangelistas (Mt 26, 41; Mc 14, 38; Lc 22, 42) que volvió a visitar a los Apóstoles y a exhortarlos que velasen y orasen y no entrasen en tentación. Esto hizo el vigilantísimo pastor, para dar forma a los Prelados de su Iglesia del cuidado y gobierno que han de tener de sus ovejas, porque si para cuidar de ellas dejó Cristo Señor nuestro la oración, que tanto importaba, dicho está lo que deben hacer los Prelados, posponiendo otros negocios e intereses a la salvación de sus súbditos. Y para entender la

necesidad que tenían los Apóstoles, advierto que el Dragón infernal, después que arrojado del cenáculo, como se dijo arriba (Cf. supra n. 1189), estuvo algún tiempo oprimido en las cavernas del profundo, dio el Señor permiso para que saliese por lo que había de servir su malicia a la ejecución de los decretos del Señor. Y de golpe fueron muchos a embestir a Judas Iscariotes para impedir la venta, en la forma que se ha declarado (Cf. supra n. 1205). Y como no le pudieron disuadir, se convirtieron contra los demás Apóstoles, sospechando que en el cenáculo habían recibido algún favor grande de su Maestro, y lo deseaba rastrear Lucifer, para conocerlo y destruirlo si pudiera. Esta crueldad y furor del príncipe de las tinieblas y de sus ministros vio nuestro Salvador, y como Padre amantísimo y Prelado vigilante acudió a prevenir los hijos pequeñuelos y súbditos principiantes, que eran sus Apóstoles, y los despertó y mandó que orasen y velasen contra sus enemigos, para que no entrasen en la tentación que ocultamente los amenazaba y ellos no prevenían ni advertían.

1218. Volvió, pues, a donde estaban los tres Apóstoles, que por más favorecidos tenían más razones que los obligasen a estar en vela y a imitar a su divino Maestro, pero hallólos durmiendo, a que se dejaron vencer del tedio y tristeza que padecían y con ella vinieron a caer en aquella negligencia y tibieza de espíritu, en que los venció el sueño y pereza. Y antes de hablarles ni despertarles estuvo Su Majestad mirándolos y lloró un poco sobre ellos, viéndolos por su negligencia y tibieza sepultados y oprimidos de aquella sombra de la muerte, en ocasión que Lucifer se desvelaba tanto contra ellos. Habló con Pedro y le dijo: *Simón, ¿así duermes y no pudiste velar una hora conmigo?* Y luego replicó a él y a los demás y les dijo: *Velad y orad, para que no entréis en tentación; (Mc 14, 37-38)* que mis enemigos y los vuestros no se duermen como vosotros. La razón porque reprendió a San Pedro no sólo fue porque él era cabeza y elegido para Prelado de todos y porque entre ellos se había señalado en las protestas y esfuerzos de que moriría por el Señor y no le negaría, cuando todos los demás escandalizados le dejasen y negasen, sino que también le reprendió, porque con aquellos propósitos y ofrecimientos, que entonces hizo de corazón, mereció ser

reprendido y advertido entre todos; porque sin duda el Señor a los que ama corrige y los buenos propósitos siempre le agradan, aunque después en la ejecución desfallezcamos, como le sucedió al más fervoroso de los Apóstoles, San Pedro, la tercera vez que volvió Cristo nuestro Redentor a despertar a todos los Apóstoles, cuando ya Judas Iscariotes venía cerca a entregarle a sus enemigos, como diré en el capítulo siguiente (Cf. infra n. 1225, 1231).

1219. Volvamos al cenáculo, donde estaba la Señora de los cielos retirada con las mujeres santas que le acompañaban y mirando con suma claridad en la divina luz todas las obras y misterios de su Hijo santísimo en el huerto, sin ocultársele cosa alguna. Al mismo tiempo que se retiró el Señor con los tres Apóstoles, Pedro, Juan y Santiago, se retiró la divina Reina de la compañía de las mujeres a otro aposento y, dejando a las demás y exhortándolas a que orasen y velasen para no caer en tentación, llevó consigo a las tres Marías, señalando a Santa María Magdalena como por superiora de las otras. Y estando con las tres, como más familiares suyas, suplicó al Eterno Padre que se suspendiese en ella todo el alivio y consuelo que podía impedir, en la parte sensitiva y en el alma, el sumo padecer con su Hijo santísimo y a su imitación, y que en su virginal cuerpo participase y sintiese los dolores de las llagas y tormentos que el mismo Jesús había de padecer. Esta petición aprobó la Beatísima Trinidad, y sintió la Madre los dolores de su Hijo santísimo respectivamente, como adelante diré (Cf. infra n. 1236). Y aunque fueron tales que con ellos pudiera morir muchas veces si la diestra del Altísimo con milagro no la preservara, pero por otra parte estos dolores dados por la mano del Señor fueron como fiadores y alivio de su vida, porque en su ardiente amor tan sin medida fuera más violenta la pena de ver padecer y morir a su Hijo benditísimo y no padecer con él las mismas penas respectivamente.

1220. A las tres Marías señaló la Reina para que en la pasión la acompañasen y asistiesen, y para esto fueron ilustradas con mayor gracia y luz de los misterios de Cristo que las otras mujeres. Y en retirándose con las tres

comenzó la purísima Madre a sentir nueva tristeza y congojas y hablando con ellas las dijo: Mi alma está triste, porque ha de padecer y morir mi amado Hijo y Señor y no he de morir yo con él y sus tormentos. Orad, amigas mías, para que no os comprenda la tentación.—Y dichas estas razones, se alejó de ellas un poco y, acompañando la oración que hacía nuestro Salvador en el huerto, hizo la misma súplica, como a ella le tocaba y conforme a lo que conocía de la voluntad humana de su Hijo santísimo, y volviendo por los mismos intervalos a exhortar a las tres mujeres, porque también conoció la indignación del Dragón contra ellas, continuó la oración y petición y sintió otra agonía como la del Salvador. Lloró la reprobación de los prescitos, porque se le manifestaron grandes sacramentos de la eterna predestinación y reprobación [Hay predestinación a la gloria, pero no hay predestinación previa y antecedente al infierno. Los que se condenan lo hacen por su propia culpa]. Y para imitar en todo al Redentor del mundo y cooperar con él, tuvo la gran Señora otro sudor de sangre semejante al de Cristo nuestro Señor, y por disposición de la Beatísima Trinidad le fue enviado el Arcángel San Gabriel que la confortase, como San Miguel a nuestro Salvador Jesús. Y el santo príncipe la propuso y declaró la voluntad del Altísimo, con las mismas razones que San Miguel habló a su Hijo santísimo, porque en entrambos era una misma la petición y la causa del dolor y tristeza que padecieron; y así fueron semejantes en el obrar y conocer, con la proporción que convenía. Entendí en esta ocasión, que la prudentísima Señora estaba prevenida de algunos paños para lo que en la pasión de su amantísimo Hijo le había de suceder y entonces envió algunos de sus Ángeles con una toalla al huerto, donde el Señor estaba sudando sangre, para que le enjugasen y limpiasen su venerable rostro, y así lo hicieron los ministros del Altísimo, que por el amor de Madre y por su mayor merecimiento condescendió Su Majestad a este piadoso y tierno afecto. Cuando llegó la hora de prender a nuestro Salvador, se lo declaró la dolorosa Madre a las tres Marías y todas se lamentaban con amarguísimo llanto, señalándose la Magdalena como más inflamada en el amor y piedad fervorosa.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1221. Hija mía, todo lo que en este capítulo has entendido y escrito es un despertador y aviso para ti y para todos los mortales de suma importancia, si en él cargas la consideración. Atiende, pues, y confiere en tus pensamientos, cuánto pesa el negocio de la predestinación o reprobación eterna de las almas, pues le trató mi Hijo santísimo con tanta ponderación, y la dificultad o imposibilidad de que todos los hombres fuesen salvos y bienaventurados le hizo tan amarga la pasión y muerte que para remedio de todos admitía y padecía. Y en este conflicto manifestó la importancia y gravedad de esta empresa y por esto multiplicó las peticiones y oraciones a su Eterno Padre, obligándole el amor de los hombres a sudar copiosamente su sangre de inestimable precio, porque no se podía lograr en todos su muerte, supuesta la malicia con que los precitos y réprobos se hacen indignos de su participación. Justificada tiene su causa mi Hijo y mi Señor, con haber procurado la salvación de todos sin tasa ni medida de su amor y merecimientos, y justificada la tiene el Eterno Padre con haber dado al mundo este remedio y haberle puesto en manos de cada uno, para que la extienda a la muerte o a la vida, al agua o al fuego (Eclo 17, 18), conociendo la distancia que hay de lo uno y de lo otro.

1222. Pero ¿qué descargo o qué disculpa pretenderán los hombres, de haber olvidado su propia y eterna salvación, cuando mi Hijo y yo con Su Majestad se la deseamos y procuramos con tanto desvelo y afecto de que la admitiesen? Y si ninguno de los mortales tiene excusa de su tardanza y estulticia, mucho menos la tendrán en el juicio los hijos de la Santa Iglesia, que han recibido la fe de estos admirables sacramentos, y se diferencian poco en la vida de los infieles y paganos. No entiendas, hija mía, que está escrito en vano: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos (Mt 20, 16).* Teme esta sentencia y renueva en tu corazón el cuidado y celo de tu salvación, conforme a la obligación que en ti ha crecido con la ciencia de tan altos misterios. Y cuando no interesaras en esto la vida eterna y tu felicidad, debías corresponder a la caricia con que yo te manifiesto tantos y divinos secretos y, dándote el nombre

de hija mía y esposa de mi Señor, debes entender que tu oficio ha de ser amar y padecer, sin otra atención a cosa alguna visible, pues yo te llamo para mi imitación, que siempre ocupé mis potencias en estas dos cosas con suma perfección; y para que tú la alcances, quiero que tu oración sea continua sin intermisión y que veles una hora conmigo, que es todo el tiempo de la vida mortal; porque comparada con la eternidad menos es que una hora y un punto. Y con esta disposición quiero que prosigas los misterios de la pasión, que los escribas y sientas e imprimas en tu corazón.

CAPITULO 13

La entrega y prendimiento de nuestro Salvador por la traición de Judas Iscariotes y lo que en esta ocasión hizo María santísima y algunos misterios de este paso.

1223. Al mismo tiempo que nuestro Salvador Jesús estaba en el monte Olivete orando a su Eterno Padre y solicitando la salud espiritual de todo el linaje humano, el pérfido discípulo Judas Iscariotes apresuraba su prisión y entrega a los pontífices y fariseos. Y como Lucifer y sus demonios no pudieron disuadir aquellas perversas voluntades de Judas Iscariotes y los demás del intento de quitar la vida a su Hacedor y Maestro, mudó el ingenio su antigua soberbia, añadiendo nueva malicia, y administró impías sugestiones a los judíos para que con mayor crueldad y torpísimas injurias atormentasen a Cristo. Estaba ya el Dragón infernal muy lleno de sospechas, como hasta ahora he dicho (Cf. supra n. 999, 1129), que aquel hombre tan nuevo era el Mesías y Dios verdadero, y quería hacer nuevas pruebas y experiencias de esta sospecha por medio de las atrocísimas injurias que puso en la imaginación de los judíos y sus ministros contra el Señor, comunicándoles también su formidable envidia y soberbia, como lo dejó escrito Salomón en la Sabiduría (Sap 2, 17) y se cumplió a la letra en esta ocasión. Porque le pareció al demonio que si Cristo no era Dios, sino puro hombre, desfallecería en la persecución y tormentos y así le vencería, y si lo era, lo manifestaría librándose de ellos y obrando nuevas maravillas.

1224. Con esta impía temeridad se movió también la envidia de los pontífices y escribas y con la instancia de Judas Iscariotes juntaron con presteza mucha gente, para que llevándole por caudillo, él y los soldados gentiles, un tribuno y otros muchos judíos fuesen a prender al inocentísimo Cordero que estaba esperando el suceso y mirando los pensamientos y estudio de los sacrílegos pontífices, como lo había profetizado San Jeremías [Día 1 de mayo: In Aegýpto sancti Jeremíae Prophétae, qui, a pópulo lapídibus óbrutus, apud Taphnas occúbuit, ibíque sepúltus est; ad cujus sepúlcrum fidéles (ut refert sanctus Epiphánius) supplicáre consuevérunt, índeque sumpto púlvere, áspidum mórsibus medéntur] (Jer 11, 19) expresamente. Salieron todos estos ministros de maldad de la ciudad hacia el monte Olívete, armados y prevenidos de sogas y de cadenas, con hachas encendidas y linternas, como el autor de la traición lo había prevenido, temiendo como alevoso y pérfido que su mansísimo Maestro, a quien juzgaba por hechicero y mago, no hiciese algún milagro con que escapársele. Como si contra su divina omnipotencia valieran las armas y prevenciones de los hombres si quisiera usar de ella como pudiera y como lo había hecho en otras ocasiones, antes que llegara aquella hora determinada para entregarse de su voluntad a la pasión, afrentas y muerte de cruz.

1225. En el ínterin que llegaban, volvió Su Majestad tercera vez a sus discípulos y hallándolos dormidos les dijo: Bien podéis dormir y descansar, que ya llegó la hora en que veréis al Hijo del Hombre entregado en manos de los pecadores. Pero basta; levantaos, y vamos, que ya está cerca el que me ha de entregar, porque me tiene ya vendido (Mc 14, 41-42). Estas razones dijo el Maestro de la santidad a los tres Apóstoles más privilegiados, sin reprenderlos con más rigor, sino con suma paciencia, mansedumbre y suavidad. Y hallándose confusos, dice el texto que no sabían qué responder al Señor (Mc 14, 40). Levantáronse luego y volvió con los tres a juntarse con los otros ocho donde los había dejado y también los halló durmiendo, vencidos y oprimidos del sueño por la gran tristeza que padecían. Y ordenó el divino Maestro que todos juntos debajo de su cabeza, en forma de congregación y de

un cuerpo místico, saliesen al encuentro de los enemigos; enseñándoles en esto la virtud de una comunidad perfecta para vencer al demonio y sus secuaces y no ser vencida de él, porque el cordel tresdoblado, como dice el Eclesiastés (Ecl 4, 12), difícil es de romper, y al que contra uno es poderoso dos le podrán resistir, que éste es el emolumento de vivir en compañía de otros. Amonestó de nuevo el Señor a todos los Apóstoles juntos y prevínolos para el suceso, y luego se descubrió el estrépito de los soldados y ministros que venían a prenderle. Y Su Majestad adelantó el paso para salirles al encuentro y en su interior, con incomparable afecto, valor majestuoso y deidad suprema, habló y dijo: Pasión deseada de mi alma, dolores, llagas, afrentas, penalidades, aflicciones y muerte ignominiosa, llegad, llegad presto, que el incendio del amor que tengo a la salvación de los mortales os aguarda; llegad al inocente entre las criaturas, que conoce vuestro valor y os ha buscado, deseado y solicitado y os recibe de su propia voluntad con alegría; os he comprado con mis ansias de poseeros y os aprecio por lo que merecéis. Quiero remediar y acreditar vuestro desprecio, levantándoos al lugar y dignidad muy eminente. Venga la muerte, para que admitiéndola sin merecerla, alcance de ella el triunfo y merecer la vida de los que la recibieron por castigo del pecado. Permito que me desamparen mis amigos, porque yo solo quiero y puedo entrar en la batalla, para ganarles a todos el triunfo y la victoria.

1226. Entre estas y otras razones que decía el Autor de la vida, se adelantó Judas Iscariotes para dar a sus ministros la seña con que los dejaba prevenidos, que su Maestro era aquel a quien él se llegase a saludarle, dándole el ósculo fingido de paz que acostumbraba, que le prendiesen luego y no a otro por yerro. Hizo todas estas prevenciones el infeliz discípulo, no sólo por la avaricia del dinero y por el odio que contra su divino Maestro había concebido, sino también por el temor que tuvo. Porque le pareció al desdichado, que si Cristo nuestro bien no muriera en aquella ocasión, era inexcusable volver a su presencia y ponerse en ella; y temiendo esta confusión más que la muerte del alma y que la de su divino Maestro, deseaba, para no verse en aquella vergüenza, apresurar el fin de su

traición y que el Autor de la vida muriese a manos de sus enemigos. Llegó, pues, el traidor al mansísimo Señor y como insigne artífice de la hipocresía, disimulándose enemigo, le dio paz en el rostro y le dijo: *Dios te salve, Maestro;* (Mc 14, 45) y en esta acción tan alevosa se acabó de sustanciar el proceso de la perdición de Judas Iscariotes y se justificó últimamente la causa de parte de Dios, para que desde entonces más le desamparase la gracia y sus auxilios. De parte del pérfido discípulo llegó la desmesura y temeridad contra Dios a lo sumo de la malicia, porque, negando interiormente o descreyendo la sabiduría increada y creada que Cristo nuestro Señor tenía para conocer su traición y el poder para aniquilarle, pretendió ocultar su maldad con fingida amistad de discípulo verdadero, y esto para entregar a tan afrentosa muerte y crueldades a su Criador y Maestro, de quien se hallaba tan obligado y beneficiado. Y en una traición encerró tantos pecados y tan formidables, que no hay ponderación igual a su malicia, porque fue infiel, homicida, sacrílego, ingrato, inhumano, inobediente, falso, mentiroso, codicioso, impío y maestro de todos los hipócritas, y todo lo ejecutó con la persona del mismo Dios humanado.

1227. De parte del Señor se justificó también su inefable misericordia y equidad de su justicia, con que cumplió con eminencia aquellas palabras del Santo Rey y Profeta David (Sal 119, 7): *Con los que aborrecieron la paz, era yo pacífico; y cuando les hablaba, me impugnaban de balde y sin causa.* Y esto lo cumplió Su Majestad tan altamente, que al contacto de Judas Iscariotes y con aquella dulcísima respuesta que le dijo: *Amigo, ¿a qué veniste? (Mt 26, 50)*, por intercesión de su Madre santísima envió al corazón del traidor discípulo nueva y clarísima luz, con que conoció la maldad atrocísima de su traición y las penas que por ella le esperaban, si no se retractaba con verdadera penitencia y que, si la quería hacer, hallaría misericordia y perdón en la divina clemencia. Y lo que en estas palabras de Cristo nuestro bien entendió Judas Iscariotes fue como si le pusiera éstas en el corazón: Amigo, advierte que te pierdes y malogras mi liberal mansedumbre con esta traición. Si quieres mi amistad, no te la negaré por esto, como [si] te duelas de tu pecado. Pondera tu temeridad,

entregándome con fingida paz y ósculo de reverencia y amistad. Acuérdate de los beneficios que de mi amor has recibido y que soy Hijo de la Virgen, de quien también has sido muy regalado y favorecido en mi apostolado con amonestaciones y consejos de amorosa madre. Por ella sola debías no cometer tal traición como venderle y entregar a su Hijo, pues nunca te desobligó, ni lo merece su dulcísima caridad y mansedumbre, ni que le hagas tan desmedida ofensa. Pero aunque la has cometido no desprecies su intercesión, que sola ella será poderosa conmigo, y por ella te ofrezco el perdón y la vida que para ti muchas veces me ha pedido. Asegúrate que te amamos, porque estás aún en lugar de esperanza y no te negaremos nuestra amistad si tú la quieres. Y si no, merecerás nuestro aborrecimiento y tu eterna pena y castigo [en el infierno].—No prendió esta semilla tan divina en el corazón de este desdichado e infeliz discípulo, más duro que un diamante y más inhumano que de fiera, y resistiendo a la divina clemencia llegó a la desesperación que diré en el capítulo siguiente.

1228. Dada la señal del ósculo por Judas Iscariotes, llegaron a carearse el Autor de la vida y sus discípulos con la tropa de los soldados que venían a prenderle, y se presentaron cara a cara, como dos escuadrones los más opuestos y encontrados que jamás hubo en el mundo. Porque de la una parte estaba Cristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, como capitán y cabeza de todos los justos, acompañado de once Apóstoles, que eran y habían de ser los mejores hombres y más esforzados de su Iglesia, y con ellos le asistían innumerables ejércitos de espíritus angélicos que admirados del espectáculo le bendecían y adoraban. De la otra parte venía Judas Iscariotes como autor de la traición, armado de la hipocresía y de toda maldad, con muchos ministros judíos y gentiles, para ejecutarla con mucha crueldad. Y entre este escuadrón venía Lucifer con gran número de demonios, incitando y adiestrando a Judas Iscariotes y a sus aliados, para que intrépidos echasen sus manos sacrílegas en su Criador. Habló con los soldados Su Majestad y con increíble afecto al padecer y grande esfuerzo y autoridad les dijo: *¿A quién buscáis?* Respondieron ellos: *A Jesús Nazareno.* Replicó el Señor, y dijo: *Yo soy (Jn 18, 4-5)*. En esta palabra de in-

comparable precio y felicidad para el linaje humano se declaró Cristo por nuestro Salvador y Reparador, dándonos prendas ciertas de nuestro remedio y esperanzas de salvación eterna, que sólo estaba librada en que fuese Su Majestad quien se ofrecía de voluntad a redimirnos con su pasión y muerte.

1229. No pudieron entender este misterio los enemigos, ni percibir el sentido legítimo de aquella palabra: Yo soy; pero entendióle su beatísima Madre, los ángeles y también entendieron mucho los Apóstoles. Y fue como decir: Yo soy el que soy, y lo dije a mi profeta Moisés (Ex 3, 14), porque soy por mí mismo y todas las criaturas tienen por mí su ser y existencia; soy eterno, inmenso, infinito, una sustancia y atributos, y me hice hombre ocultando mi gloria, para que, por medio de la pasión y muerte que me queréis dar, redimiese al mundo. Y como el Señor dijo aquella palabra en virtud de su divinidad, no la pudieron resistir los enemigos, y al entrar en sus oídos cayeron todos en tierra de cerebro y hacia atrás. Y no sólo fueron derribados los soldados, pero los perros que llevaban y algunos caballos en que iban, todos cayeron en tierra, quedando inmóviles como piedras. Y Lucifer con sus demonios también fueron derribados y aterrados entre los demás, padeciendo nueva confusión y tormento. Y de esta manera estuvieron casi medio cuarto de hora, sin movimiento dé vida más que si fueran muertos. ¡Oh palabra misteriosa en la doctrina y más que invencible en el poder! No se gloríe en tu presencia el sabio en su sabiduría y astucia, no el poderoso en su valentía (Jer 9, 23), humíllese la vanidad y arrogancia de los hijos de Babilonia, pues una sola palabra de la boca del Señor, dicha con tanta mansedumbre y humildad, confunde, aniquila y destruye todo el poder y arrogancia de los hombres y del infierno. Entendamos también los hijos de la Iglesia que las victorias de Cristo se alcanzan confesando la verdad, dando lugar a la ira, profesando su mansedumbre y humildad de corazón, venciendo, siendo vencidos, con sinceridad de palomas, con pacificación y rendimiento de ovejas, sin resistencia de lobos iracundos y carniceros.

1230. Estuvo nuestro Salvador con los once Apóstoles

mirando el efecto de su divina palabra en la ruina de aquellos ministros de maldad. Y Su Majestad divina, con semblante doloroso contempló en ellos el retrato del castigo de los réprobos y oyó la intercesión de su Madre santísima para dejarlos levantar, que por este medio lo tenía dispuesto su divina voluntad. Y cuando fue tiempo de que volviesen en sí, oró al Eterno Padre y dijo: Padre mío y Dios eterno, en mis manos pusiste todas las cosas y en mi voluntad la redención humana que tu justicia pide. Yo quiero con plenitud de toda mi voluntad satisfacerla y entregarme a la muerte, para merecerles a mis hermanos la participación de tus tesoros y eterna felicidad que les tienes preparada.—Con esta voluntad eficaz dio permiso el Muy Alto para que toda aquella canalla de hombres, demonios y los demás animales, se levantasen restituidos al primer estado que tenían antes que cayeran en tierra. Y nuestro Salvador les dijo segunda vez: *¿A quién buscáis?* Respondieron ellos otra vez: *A Jesús Nazareno.* Replicó Su Majestad mansísimamente: *Ya os he dicho que yo soy; y si me buscáis a mí, dejad ir libres a éstos que están conmigo (Jn 18, 7-8)*. Y con estas palabras dio licencia a los ministros y soldados para que le prendiesen y ejecutasen su determinación, que sin entenderlo ellos era cargar en su persona divina todos nuestros dolores y enfermedades (Is 53, 4).

1231. El primero que se adelantó descomedidamente a echar mano del Autor de la vida para prenderlo, fue un criado de los pontífices llamado Malco. Y aunque todos los Apóstoles estaban turbados y afligidos del temor, con todo eso San Pedro se encendió más que los otros en el celo de la honra y defensa de su divino Maestro. Y sacando un terciado [espada] que tenía le tiró un golpe a Malco y le cercenó una oreja derribándosela del todo. Y el golpe fue encaminado a mayor herida, si la Providencia Divina del Maestro de la paciencia y mansedumbre no le divirtiera. Pero no permitió Su Majestad que en aquella ocasión interviniese muerte de otro alguno más que la suya y sus llagas, sangre y dolores, cuando a todos, si la admitieran, venía a dar la vida eterna y rescatar el linaje humano. Ni tampoco era según su voluntad y doctrina que su persona fuese defendida con armas ofensivas, ni quedase este

ejemplar en su Iglesia, como de principal intento para defenderla. Y para confirmar esta doctrina, como la había enseñado, tomó la oreja cortada y se la restituyó al siervo Malco, dejándosela en su lugar con perfecta sanidad mejor que antes. Y primero se volvió a reprender a San Pedro y le dijo: *Vuelve la espada a su lugar, porque todos los que la tomaron para matar, con ella perecerán. ¿No quieres que beba yo el cáliz que me dio mi Padre? ¿Y piensas tú que no le puedo yo pedir muchas legiones de ángeles en mi defensa, y me los daría luego? Pero ¿cómo se cumplirán las Escrituras y profecías? (Jn 18, 11; Mt 26, 52-54)*

1232. Con esta amorosa corrección quedó advertido e ilustrado San Pedro, como cabeza de la Iglesia, que sus armas para establecerla y defenderla habían de ser de potestad espiritual y que la Ley del Evangelio no enseñaba a pelear ni vencer con espadas materiales, sino con la humildad, paciencia, mansedumbre y caridad perfecta, venciendo al demonio, al mundo y a la carne; que mediante estas victorias triunfa la virtud divina de sus enemigos y de la potencia y astucia de este mundo; y que el ofender y defenderse con armas no es para los seguidores de Cristo nuestro Señor, sino para los príncipes de la tierra, por las posesiones terrenas, y el cuchillo de la Santa Iglesia ha de ser espiritual, que toque a las almas antes que a los cuerpos. Luego se volvió Cristo nuestro Señor a sus enemigos y ministros de los judíos y les habló con grandeza de majestad y les dijo: *Como si fuera ladrón venís con armas y con lanzas a prenderme, y nunca lo habéis hecho cuando estaba cada día con vosotros, enseñando y predicando en el templo; pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas (Mt 26, 55; Mc 14, 48; Lc 22, 53)*. Todas las palabras de nuestro Salvador eran profundísimas en los misterios que encerraban, y no es posible comprenderlos todos ni declararlos, en especial las que habló en la ocasión de su pasión y muerte.

1233. Bien pudieran aquellos ministros del pecado ablandarse y confundirse con esta reprensión del divino Maestro, pero no lo hicieron, porque eran tierra maldita y estéril, desamparada del rocío de las virtudes y piedad verdadera. Pero con todo eso, quiso el autor de la vida

reprenderles y enseñarles la verdad hasta aquel punto, para que su maldad fuese menos excusable y porque en la presencia de la suma santidad y justicia no quedasen sin reprensión y doctrina aquel pecado y pecados que cometían y que no volviesen sin medicina para ellos, si la querían admitir, y para que junto con esto se conociera que Él sabía todo lo que había de suceder y se entregaba de su voluntad a la muerte y en manos de los que se la procuraban. Para todo esto y otros fines altísimos dijo Su Majestad aquellas palabras, hablandoles al corazón, como quien le penetraba y conocía su malicia y el odio que contra Él habían concebido y la causa de su envidia, que era haberles reprendido los vicios a los sacerdotes y fariseos y haber enseñado al pueblo la verdad y el camino de la vida eterna, y porque con su doctrina, ejemplo y milagros se llevaba la voluntad de todos los humildes y piadosos y reducía a muchos pecadores a su amistad y gracia; y quien tenía potencia para obrar estas cosas en lo público, claro estaba que la tuviera para que sin su voluntad no le pudieran prender en el campo, pues no le habían preso en el templo ni en la ciudad donde predicaba, porque Él mismo no quería ser preso entonces, hasta que llegase la hora determinada por su voluntad para dar este permiso a los hombres y a los demonios. Y porque entonces se le había dado para ser abatido, afligido, maltratado y preso, por eso les dijo: Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Como si les dijera: Hasta ahora ha sido necesario que estuviera con vosotros como maestro para vuestra enseñanza y por eso no he consentido que me quitéis la vida. Pero ya quiero consumar con mi muerte la obra de la Redención humana que me ha encomendado mi Padre Eterno, y así os permito que me llevéis preso y ejecutéis en mí vuestra voluntad. Con esto le prendieron, embistiendo como tigres inhumanos al mansísimo Cordero y le ataron y aprisionaron con sogas y cadenas, y así le llevaron a casa del pontífice, como adelante diré (Cf. infra n. 1257).

1234. A todo lo que sucedía en la prisión de Cristo nuestro bien estaba atentísima su purísima Madre con la visión clara que se le manifestaba, más que si estuviera presente con el cuerpo, que con la inteligencia penetraba todos los sacramentos que encerraban las palabras y obras que su

Hijo santísimo ejecutaba. Y cuando vio que partía de casa del pontífice aquel escuadrón de soldados y ministros, previno la prudentísima Señora las irreverencias y desacatos con que tratarían a su Criador y Redentor, y para recompensarlas en la forma que su piedad alcanzó, convidó a sus Santos Ángeles y a otros muchos para que todos juntos con ella diesen culto de adoración y alabanza al Señor de las criaturas, en vez de las injurias y denuestos con que había de ser tratado de aquellos malos ministros de tinieblas. El mismo aviso dio a las mujeres santas que con ella estaban orando, y las manifestó cómo en aquella hora su Hijo santísimo había dado permiso a sus enemigos para que le prendiesen y maltratasen, y que se iba ejecutando con lamentable impiedad y crueldad de los pecadores. Y con la asistencia de los Santos Ángeles y mujeres piadosas hizo la religiosa Reina admirables actos de fe, amor y religión interior y exteriormente, confesando, adorando, alabando y magnificando la divinidad infinita y la humanidad santísima de su Hijo y su Criador. Las mujeres santas la imitaban en las genuflexiones y postraciones que hacía, y los príncipes la respondían a los cánticos con que magnificaba y confesaba el ser divino y humano de su amantísimo Hijo. Y al paso que los hijos de la maldad le iban ofendiendo con injurias e irreverencias, lo iba ella recompensando con loores y veneración. Y de camino aplacaba a la divina justicia para que no se indignase contra los perseguidores de Cristo y los destruyese, porque sólo María santísima pudo detener el castigo de aquellas ofensas.

1235. Y no sólo pudo aplacar la gran Señora el enojo del justo Juez, pero pudo alcanzar favores y beneficios para los mismos que le irritaban y que la divina clemencia les diese bien por mal, cuando ellos daban a Cristo nuestro Señor mal por bien en retribución de su doctrina y beneficios. Esta misericordia llegó a lo sumo en el desleal y obstinado Judas Iscariotes; porque viendo la piadosa Madre que le entregaba con el ósculo de fingida amistad y que en aquella inmudísima boca había estado poco antes el mismo Señor sacramentado y entonces se le daba consentimiento para que con ella llegase a tocar inmediatamente el venerable rostro de su Hijo santísimo, traspasada de dolor y vencida

de la caridad, le pidió al mismo Señor diese nuevos auxilios a Judas Iscariotes, para que, si él los admitiese, no se perdiese quien había llegado a tal felicidad como tocar en aquel modo la cara en que desean mirarse los mismos ángeles. Y por esta petición de María santísima envió su Hijo y Señor aquellos grandes auxilios que recibió el traidor Judas Iscariotes, como queda dicho (Cf. supra n. 1227), en lo último de su traición y entrega. Y si el desdichado los admitiera y comenzara a responder a ellos, esta Madre de misericordia muchos más le alcanzara y finalmente el perdón de su maldad, como lo hace con otros grandes pecadores que a ella le quieren dar esta gloria y para sí granjean la eterna. Pero Judas Iscariotes no alcanzó esta ciencia y lo perdió todo, como diré en el capítulo siguiente.

1236. Cuando vio también la gran Señora que en virtud de la divina palabra cayeron en tierra todos los ministros y soldados que le venían a prender, hizo con los Ángeles otro cántico misterioso, engrandeciendo el poder infinito y la virtud de la humanidad santísima, y renovando en él la victoria que tuvo el nombre del Altísimo, anegando en el mar Rubro a Faraón y sus tropas y alabando a su Hijo y Dios verdadero, porque siendo Señor de los ejércitos y victorias, se quería entregar a la pasión y muerte, para rescatar por más admirable modo al linaje humano de la cautividad de Lucifer. Y luego pidió al Señor que dejase levantar y volver en sí mismos a todos aquellos que estaban derribados y aterrados. Y se movió a esta petición, por su liberalísima piedad y fervorosa compasión que tuvo de aquellos hombres criados por la mano del Señor a imagen y semejanza suya; lo otro, por cumplir con eminencia la ley de la caridad en perdonar a los enemigos y hacer bien a los que nos persiguen, que era la doctrina enseñada (Mt 5, 44) y practicada por su mismo Hijo y Maestro; y finalmente, porque sabía que se habían de cumplir las profecías y Escrituras en el misterio de la Redención humana. Y aunque todo esto era infalible, no por eso implica que no lo pidiese María santísima y que por sus ruegos no se moviese el Altísimo para estos beneficios, porque en la sabiduría infinita y decretos de su voluntad eterna todo estaba previsto y ordenado por estos medios o peticiones, y este modo era el más conveniente a la razón y Providencia del

Señor, en cuya declaración no es necesario detenerme ahora. Al punto que prendieron y ataron a nuestro Salvador, sintió la purísima Madre en sus manos los dolores de las sogas y cadenas, como si con ellas fuera atada y constreñida, y lo mismo sucedió de los golpes y tormentos que iba recibiendo el Señor, porque se le concedió a su Madre este favor, como arriba queda dicho (Cf. supra n. 1219), y veremos en el discurso de la pasión (Cf. infra n. 1264, 1274, 1287, 1341). Y esta pena en lo sensitivo fue algún alivio en la del alma, que le diera el amor si no padeciera con su Hijo santísimo por aquel modo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1237. Hija mía, en todo lo que vas escribiendo y entendiendo por mi doctrina, vas fulminando el proceso contra ti y todos los mortales, si tú no salieres de su parvulez y vencieres su ingratitud y grosería, meditando de día y de noche en la pasión, dolores y muerte de Jesús crucificado. Esta es la ciencia de los santos que ignoran los mundanos, es el pan de la vida y entendimiento que sacia a los pequeños y les da sabiduría, dejando vacíos y hambrientos a los soberbios amadores del siglo. Y en esta ciencia te quiero estudiosa y sabia, que con ella te vendrán todos los bienes (Sab 7, 11). Y mi Hijo y mi Señor enseñó el orden de esta sabiduría oculta, cuando dijo: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, si no es por Mí* (Jn 14, 6). Pues, dime, carísima, si mi Señor y Maestro se hizo camino y vida de los hombres por medio de la pasión y muerte que padeció por ellos, ¿no es forzoso que para andar este camino y profesar esta verdad han de pasar por Cristo crucificado, afligido, azotado y afrentado? Atiende, pues, ahora la ignorancia de los mortales que quieren llegar al Padre sin pasar por Cristo, porque sin haber padecido ni haberse compadecido con Él, quieren reinar con Su Majestad; sin haberse acordado de su pasión y muerte, ni para gustarla en algo ni agradecerla de veras, quieren que les valga para que en la vida presente y en la eterna gocen ellos de deleites y de gloria, habiendo padecido su Criador acerbísimos dolores y pasión para entrar en ella y dejarles este ejemplo y abrirles el camino de la luz.

1238. No es compatible el descanso con la confusión de no haber trabajado quien le debía adquirir por este camino. No es verdadero hijo el que no imita a su padre, ni fiel siervo el que no acompaña a su señor, ni discípulo el que no sigue a su maestro, ni yo reputo por mi devoto al que no se compadece con mi Hijo y conmigo de lo que padecimos. Pero el amor con que procuramos la salvación eterna de los hombres nos obliga, viéndolos tan olvidados de esta verdad y tan adversos a padecer, a enviarles trabajos y penalidades, para que si no los aman de voluntad a lo menos los admitan y sufran forzosamente y por este modo entren en el camino cierto del descanso eterno que desean. Y con todo esto no basta, porque la inclinación y amor ciego a las cosas visibles y terrenas los detiene y embaraza y los hace tardos y pesados de corazón y les roba toda la memoria, atención y afectos para no levantarse sobre sí mismos y sobre lo transitorio. Y de aquí nace que en las tribulaciones no hallan alegría, ni en los trabajos alivio, ni en las penas consuelo, ni en las adversidades gozo ni quietud alguna; porque todo esto aborrecen y nada desean que sea penoso para ellos, como lo deseaban los santos y por eso se gloriaban en las tribulaciones, como quien llegaba a la posesión de sus deseos. Y en muchos fieles pasa esta ignorancia más adelante, porque algunos piden ser abrasados en amor de Dios, otros que se les perdonen muchas culpas, otros que se les concedan grandes beneficios, y nada se les puede dar porque no lo piden en nombre de Cristo mi Señor, imitándole y acompañándole en su pasión.

1239. Abraza, pues, hija mía, la cruz, y sin ella no admitas consolación alguna en tu vida mortal. Por la pasión sentida y meditada subirás a lo alto de la perfección y granjearás el amor de esposa. Imítame en esto según tienes la luz y la obligación en que te pongo. Bendice y magnifica a mi Hijo santísimo por el amor con que se entregó a la pasión por la salvación humana. Poco reparan los mortales en este misterio, pero yo como testigo de vista te advierto que en la estimación de mi Hijo santísimo, después de subir a la diestra del Eterno Padre, ninguna cosa fue más estimable ni deseada de todo su corazón que ofrecerse a padecer y morir y entregarse para esto a sus enemigos. Y

también quiero que te lamentes con íntimo dolor que Judas Iscariotes tenga en sus maldades y alevosías más seguidores que Cristo. Muchos son los infieles, muchos los malos católicos, muchos los hipócritas que con nombre de cristianos le venden y entregan y de nuevo le quieren crucificar. Llora por todos estos males que entiendes y conoces, para que también en esto me imites y sigas.

CAPITULO 14

La fuga y división de los Apóstoles con la prisión de su Maestro, la noticia que tuvo su Madre santísima y lo que hizo en esta ocasión, la condenación de Judas Iscariotes y turbación de los demonios con lo que iban conociendo.

1240. Ejecutada la prisión de nuestro Salvador Jesús como queda dicho, se cumplió el aviso que a los Apóstoles había dado en la cena, que aquella noche padecerían todos grande escándalo sobre su persona (Mt 26, 31) y que Satanás los acometería para zarandearlos como al trigo (Lc 22, 31). Porque cuando vieron prender y atar a su divino Maestro y que ni su mansedumbre y palabras tan dulces y poderosas, ni sus milagros y doctrina sobre tan inculpable conversación de vida no habían podido aplacar la ira de los ministros, ni templar la envidia de los pontífices y fariseos, quedaron muy turbados los afligidos Apóstoles. Y con el natural temor se acobardaron, perdiendo el ánimo y el consejo de su Maestro, y comenzando a vacilar en la fe cada uno de ellos imaginaba cómo se pondría en salvo del peligro que los amenazaba, viendo lo que con su Maestro y Capitán iba sucediendo. Y como todo aquel escuadrón de soldados y ministros acometió a prender y encadenar al mansísimo Cordero Jesús, con quien todos estaban irritados y ocupados, entonces los Apóstoles, aprovechando la ocasión, huyeron sin ser vistos ni atendidos de los judíos; que cuanto era de su parte, si lo permitiera el Autor de la vida, sin duda prendieran a todo el apostolado y más viéndolos huir como cobardes o reos, pero no convenía que entonces fueran presos y padecieran. Y esta voluntad manifestó nuestro Salvador cuando dijo que si buscaban a Su Majestad dejasen ir libres a los que le acompañaban (Jn

18, 8), y así lo dispuso con la fuerza de su Divina Providencia. Pero el odio de los pontífices y fariseos también se extendía contra los apóstoles, para acabar con todos ellos si pudieran, y por eso le preguntó el pontífice Anás al Divino Maestro por sus discípulos y doctrina (Jn 18, 19).

1241. Anduvo también Lucifer en esta fuga de los Apóstoles, ya alucinado y perplejo, ya redoblando la malicia con varios fines. Por una parte deseaba extinguir la doctrina del Salvador del mundo y a todos sus discípulos, para que no quedara memoria de ellos, y para esto era conforme a su deseo que fuesen presos y muertos por los judíos. Y este acuerdo no le pareció fácil de conseguir al demonio y reconociendo la dificultad procuró incitar a los Apóstoles y turbarlos con sugestiones, para que huyesen y no viesen la paciencia de su Maestro en la pasión, ni fuesen testigos de lo que en ella sucediese. Temió el astuto Dragón que con la nueva doctrina y ejemplo quedarían los Apóstoles más confirmados y constantes en la fe y resistirían a las tentaciones que contra ella les arrojaba, y le pareció que si entonces comenzasen a titubear los derribaría después con nuevas persecuciones que les levantaría por medio de los judíos, que siempre estarían prontos para ofenderles por la enemistad contra su Maestro. Con este mal consejo se engañó a sí mismo el demonio, y cuando conoció que los Apóstoles estaban tímidos, cobardes y muy caídos de corazón con la tristeza, juzgó este enemigo que aquella era la peor disposición de la criatura y para sí la mejor ocasión de tentarlos y les acometió con rabioso furor proponiéndoles grandes dudas y recelos contra el Maestro de la vida y que le desamparasen y huyesen. Y en cuanto a la fuga no resistieron como en muchas de las sugestiones falsas contra la fe, aunque también desfallecieron en ella unos más y otros menos, porque en esto no fueron todos igualmente turbados ni escandalizados.

1242. Dividiéronse unos de otros huyendo a diferentes partes, porque todos juntos era dificultoso ocultarse, que era lo que entonces pretendían. Solos San Pedro y San Juan Evangelista se juntaron para seguir de lejos a su Dios y Maestro hasta ver el fin de su pasión. Pero en el interior de

cada uno de los once Apóstoles pasaba una contienda de sumo dolor y tribulación, que les prensaba el corazón sin dejarles consuelo ni descanso alguno. Peleaban de una parte la razón, la gracia, la fe, el amor y la verdad; de otra las tentaciones, sospechas, temor y natural cobardía y tristeza. La razón y la luz de la verdad les reprendían su inconstancia y deslealtad en haber desamparado a su Maestro, huyendo como cobardes del peligro, después de estar avisados y haberse ofrecido ellos tan poco antes a morir con Él si fuera necesario. Acordábanse de su negligente inobediencia y descuido en orar y prevenirse contra las tentaciones, como su mansísimo Maestro se lo había mandado. El amor que le tenían por su amable conversación y dulce trato, por su doctrina y maravillas, y el acordarse que era Dios verdadero, les animaba y movía para que volviesen a buscarle y se ofreciesen al peligro y a la muerte como fieles siervos y discípulos. A esto se juntaba acordarse de su Madre santísima y considerar su dolor incomparable y la necesidad que tendría de consuelo, y deseaban ir a buscarle y asistirle en su trabajo. Por otra parte pugnaban en ellos la cobardía y el temor para entregarse a la crueldad de los judíos y a la muerte, a la confusión y persecución. Para ponerse en presencia de la dolorosa Madre, les afligía y turbaba que los obligaría a volver donde estaba su Maestro, y si con ella estarían menos seguros porque los podían buscar en su casa. Sobre todo esto eran las sugestiones de los demonios impías y terribles. Porque les arrojaba el Dragón en el pensamiento terribles imaginaciones de que no fuesen homicidas de sí mismos entregándose a la muerte, y que su Maestro no se podía librar a sí y menos podría sacarlos a ellos de las manos de los pontífices, y que en aquella ocasión le quitarían la vida y con eso se acabaría toda la dependencia que de él tenían, pues no le verían más, y que no obstante que su vida parecía inculpable, con todo eso enseñaba algunas doctrinas muy duras y algo ásperas hasta entonces nunca vistas y que por ellas le aborrecían los sabios de la ley y los pontífices y todo el pueblo estaba indignado contra él, y que era fuerte cosa seguir a un hombre que había de ser condenado a muerte infame y afrentosa.

1243. Esta contienda y lucha interior pasaba en el corazón

de los fugitivos Apóstoles, y entre unas y otras razones pretendía Satanás que dudasen de la doctrina de Cristo y de las profecías que hablaban de sus misterios y pasión. Y como en el dolor de este conflicto no hallaban esperanza de que su Maestro saliese con vida del poder de los pontífices, llegó el temor a pasar en una tristeza y melancolía profunda, con que eligieron el huir del peligro y salvar sus vidas. Y esto era con tal pusilanimidad y cobardía, que en ningún lugar se juzgaban aquella noche por seguros y cualquiera sombra o ruido los sobresaltaba. Y añadióles mayor temor la deslealtad de Judas Iscariotes, porque temían irritaría también contra ellos la ira de los pontífices, por no volver a verse con ninguno de los once, después de perpetrada su alevosía y traición. San Pedro y San Juan Evangelista, como más fervientes en el amor de Cristo, resistieron al temor y al demonio más que los otros y quedándose los dos juntos determinaron seguir a su Maestro con algún retiro. Y para tomar esta resolución les ayudó mucho el conocimiento que tenía San Juan Evangelista con el pontífice Anás, entre el cual y Caifás andaba el pontificado, alternando los dos; y aquel año lo era Caifas, que había dado el consejo profético en el concilio, de que importaba muriese un hombre para que todo el mundo no pereciese (Jn 11, 49). Este conocimiento de San Juan Evangelista se fundaba en que el Apóstol era tenido por nombre principal, y en su linaje noble, en su persona afable y cortés, y de condiciones muy amables. Con esta confianza fueron los dos Apóstoles siguiendo a Cristo nuestro Señor con menos temor. A la gran Reina del cielo tenían en su corazón los dos Apóstoles, lastimados de su amargura y deseosos de su presencia para aliviarla y consolarla cuanto fuera posible, y particularmente se señaló en este afecto devoto el Evangelista San Juan.

1244. La divina Princesa desde el cenáculo en esta ocasión estaba mirando por inteligencia clarísima no sólo a su Hijo santísimo en su prisión y tormentos, sino junto con esto conocía y sabía todo cuanto pasaba por los Apóstoles interior y exteriormente. Porque miraba su tribulación y tentaciones, sus pensamientos y determinaciones, y dónde estaba cada uno de ellos y lo que hacía. Pero aunque todo le fue patente a la candidísima paloma, no sólo no se

indignó con los Apóstoles, ni jamás les dio en rostro con la deslealtad que habían cometido, antes bien ella fue el principio y el instrumento de su remedio, como adelante diré (Cf. infra n. 1457, 1458). Y desde entonces comenzó a pedir por ellos, y con dulcísima caridad y compasión de madre dijo en su interior: Ovejas sencillas y escogidas, ¿por qué dejáis a vuestro amantisimo Pastor que cuidaba de Vosotros y Os daba pasto y alimento de vida eterna? ¿Por qué, siendo discípulos de tan verdadera doctrina, desamparáis a Vuestro Bienhechor y Maestro? ¿Cómo olvidáis aquel trato tan dulce y amoroso que atraía a sí Vuestros corazones? ¿Por qué escucháis al maestro de la mentira, al lobo carnicero que pretende vuestra ruina? ¡Oh amor mío dulcísimo y pacientísimo, qué manso, qué benigno y misericordioso os hace el amor de los hombres! Alargad vuestra piedad a esta pequeña grey a quien el furor de la serpiente ha turbado y derramado. No entreguéis a las bestias las almas que os han confesado (Sal 73, 19). Grande espera tenéis con los que elegís para vuestros siervos y grandes obras habéis hecho con vuestros discípulos. No se malogre tanta gracia, ni reprobéis a los que escogió Vuestra voluntad para fundamentos de Vuestra Iglesia. No se gloríe Lucifer de que triunfó a Vuestra vista de lo mejor de Vuestra casa y familia. Hijo y Señor mío, mirad a Vuestro amado discípulo Juan, a Pedro y Jacobo (Jacobo=Santiago: Beati Iacobi Apostoli) favorecidos de vuestro singular amor y voluntad. A todos los demás también volved los ojos de vuestra clemencia y quebrantad la soberbia del Dragón, que con implacable crueldad los ha turbado.

1245. A toda capacidad humana y angélica excede la grandeza de María santísima en esta ocasión y las obras que hizo y plenitud de santidad que manifestó en los ojos y beneplácito del Altísimo. Porque sobre los dolores sensibles y espirituales que padeció de los tormentos de su Hijo santísimo y de las injurias afrentosas que padeció su divina persona, cuya veneración y ponderación estaba en lo sumo en la prudentísima Madre, sobre todo esto se le juntó el dolor de la caída de los Apóstoles, que sola Su Majestad sabía ponderarla. Y miraba su fragilidad y el olvido que habían mostrado de los favores, doctrina, avisos y

amonestaciones de su Maestro, y esto en tan breve tiempo, después de la cena, del sermón que en ella hizo y de la comunión que les había dado, con la dignidad de Sacerdotes en que los dejaba tan levantados y obligados. Conocía también su peligro de caer en mayores pecados, por la sagacidad con que Lucifer y sus ministros de tinieblas trabajaban por derribarlos y la inadvertencia con que el temor tenía poseídos los corazones de todos los Apóstoles más o menos. Y por todo esto multiplicó y acrecentó las peticiones hasta merecerles el remedio y que su Hijo santísimo los perdonase y acelerase sus auxilios, para que luego volviesen a la fe y amistad de su gracia, que de todo esto fue María el instrumento eficaz y poderoso. En el ínterin recopiló esta gran Señora en su pecho toda la fe, la santidad, el culto y veneración de toda la Iglesia, que estuvo toda en ella como en arca incorruptible, conservando y encerrando la Ley Evangélica, el sacrificio, el templo y el santuario. Y sola María santísima era entonces toda la Iglesia, y sola ella creía, amaba, esperaba, veneraba y adoraba al objeto de la fe por sí, por los apóstoles y por todo el linaje humano. Y esto de manera que recompensaba, cuanto era posible a una pura criatura, las menguas y falta de fe de todo lo restante de los miembros místicos de la Iglesia. Hacía heroicos actos de fe, esperanza, amor, veneración y culto de la divinidad y humanidad de su Hijo y Dios verdadero y con genuflexiones y postraciones le adoraba y con admirables cánticos le bendecía, sin que el dolor íntimo y amargura de su alma destemplasen el instrumento de sus potencias, concertado y templado con la mano poderosa del Altísimo. No se entendía de esta gran Señora lo que dijo el Eclesiástico (Eclo 22, 6), que la música en el dolor es importuna, porque sola María santísima pudo y supo en medio de sus penas aumentar la dulce consonancia de las virtudes.

1246. Dejando a los once apóstoles en el estado que se ha dicho, vuelvo a contar el infelicísimo término del traidor Judas, anticipando algo este suceso para dejarle en su lamentable y desdichada suerte y volver al discurso de la pasión. Llegó, pues, el sacrílego discípulo, con el escuadrón que llevaba preso a nuestro Salvador Jesús, a casa de los pontífices, Anás primero y después a Caifás; donde le

esperaban con los escribas, y fariseos. Y como el divino Maestro a vista de su pérfido discípulo era tan maltratado y atormentado con blasfemias y con heridas y todo lo sufría con silencio, mansedumbre y paciencia tan admirable, comenzó Judas Iscariotes a discurrir sobre su propia alevosía, conociendo que sola ella era la causa de que un hombre tan inculpable y bienhechor suyo fuese tratado con tan injusta crueldad sin merecerlo. Acordóse de los milagros que había visto, de la doctrina que le oyó, de los beneficios que le hizo y también se le representó la piedad y mansedumbre de María santísima y la caridad con que había solicitado su remedio y la maldad obstinada con que ofendió a Hijo y Madre por un vilísimo interés, y todos los pecados juntos que había cometido se le pusieron delante como un caos impenetrable y un monte inhabitable y grave.

1247. Estaba Judas Iscariotes, como arriba se dijo (Cf. supra n. 1226), desamparado de la divina gracia después de la entrega que hizo con el ósculo y contacto de Cristo nuestro Salvador. Y por ocultos juicios del Altísimo, aunque estaba entregado en manos de su consejo, hizo aquellos discursos, permitiéndolo la justicia y equidad divina en la razón natural y con muchas sugestiones de Lucifer que le asistía. Y aunque discurría Judas Iscariotes y hacía juicio verdadero en lo que se ha dicho, pero, como estas verdades eran administradas por el padre de la mentira, juntaba a ellas otras proposiciones falsas y mentirosas, para que viniese a inferir, no su remedio y confianza de conseguirle, sino que aprehendiese la imposibilidad y desesperase de él, como sucedió. Despertóle Lucifer íntimo dolor de sus pecados, pero no por buen fin ni motivos de haber ofendido a la Verdad divina, sino por la deshonra que padecería con los hombres y por el daño que su Maestro, como poderoso en milagros, le podía hacer y que no era posible escaparse de él en todo el mundo, donde la sangre del Justo clamaría contra él. Con estos y otros pensamientos que le arrojó el demonio, quedó lleno de confusión, tinieblas y despechos muy rabiosos contra sí mismo. Y retirándose de todos, estuvo para arrojarse de muy alto en casa de los pontífices y no lo pudo hacer. Salióse fuera y como una fiera, indignado contra sí mismo, se mordía de los brazos y manos y se daba desatinados

golpes en la cabeza, tirándose del pelo, y hablando desentonadamente se echaba muchas maldiciones y execraciones, como infelicísimo y desdichado entre los hombres.

1248. Viéndole tan rendido Lucifer, le propuso que fuese a los sacerdotes y confesando su pecado les volviese su dinero. Hízolo Judas Iscariotes con presteza y a voces les dijo aquellas palabras: *Pequé entregando la sangre del Justo (Mt 27, 4)*. Pero ellos no menos endurecidos le respondieron que lo hubiera mirado primero. El intento del demonio era, si pudiera impedir la muerte de Cristo nuestro Señor, por las razones que dejo dichas (Cf. supra n. 1130ss) y diré más adelante. Con esta repulsa que le dieron los príncipes de los sacerdotes, tan llena de impiísima crueldad, acabó Judas Iscariotes de desconfiar, persuadiéndose que no sería posible excusar la muerte de su Maestro. Lo mismo juzgó el demonio, aunque hizo más diligencias por medio de Poncio Pilatos. Pero como Judas Iscariotes no le podía servir ya para su intento, le aumentó la tristeza y despechos y le persuadió que para no esperar más duras penas se quitase la vida. Admitió Judas Iscariotes este formidable engaño y saliéndose de la ciudad se colgó de un árbol seco, haciéndose homicida de sí mismo el qué se había hecho deicida de su Criador. Sucedió esta infeliz muerte de Judas Iscariotes el mismo día del viernes a las doce, que es al mediodía, antes que muriera nuestro Salvador, porque no convino que su muerte y nuestra consumada Redención cayese luego sobre la execrable muerte del traidor discípulo que con suma malicia le había despreciado.

1249. Recibieron luego los demonios el alma de Judas Iscariotes y la llevaron al infierno, pero su cuerpo quedó colgado y reventadas sus entrañas con admiración y asombro de todos, viendo el castigo tan estupendo de la traición de aquel pésimo y pérfido discípulo. Perseveró el cuerpo ahorcado tres días en lo público, y en este tiempo intentaron los judíos quitarle del árbol y ocultamente enterrarle, porque de aquel espectáculo redundaba grande confusión contra los sacerdotes y fariseos que no podían contradecir aquel testimonio de su maldad. Pero no

pudieron con industria alguna derribar ni quitar el cuerpo de Judas Iscariotes de donde se había colgado, hasta que pasados tres días, por dispensación de la justicia divina, los mismos demonios le quitaron de la horca y le llevaron con su alma, para que en lo profundo del infierno pagase en cuerpo y alma eternamente su pecado. Y porque es digno de admiración temerosa lo que he conocido del castigo y penas que se le dieron a Judas Iscariotes, lo diré como se me ha mostrado y mandado. Entre las oscuras cavernas de los calabozos infernales estaba desocupada una muy grande y de mayores tormentos que las otras, porque los demonios no habían podido arrojar en aquel lago a ningún alma, aunque la crueldad de estos enemigos lo había procurado desde Caín hasta aquel día. Esta imposibilidad admiraba al infierno, ignorante del secreto, hasta que llegó el alma de Judas Iscariotes, a quien fácilmente arrojaron y sumergieron en aquel calabozo nunca antes ocupado de otro alguno de los condenados. Y la razón era, porque desde la creación del mundo quedó señalada aquella caverna de mayores tormentos y fuego que lo restante del infierno para los cristianos que recibido el bautismo se condenasen por no haberse aprovechado de los sacramentos, doctrina, pasión y muerte del Redentor y la intercesión de su Madre santísima. Y como Judas Iscariotes fue el primero que había participado de estos beneficios con tanta abundancia para su remedio y formidablemente los despreció, por esto fue también el que primero estrenó aquel lugar y tormentos aparejados para él y los que le imitaren y siguieren.

1250. Este misterio se me ha mandado escribir con particularidad para aviso y escarmiento de todos los cristianos, y en especial de los sacerdotes, prelados y religiosos, que tratan con más frecuencia el Sagrado Cuerpo y Sangre de Jesucristo Señor nuestro y por oficio y estado son más familiares suyos, que por no ser reprendida quisiera hallar términos y razones con que darle la ponderación y sentido que pide nuestra insensible dureza, para que en este ejemplo todos tomáramos escarmiento y temiéramos el castigo que nos aguarda a los malos cristianos según el estado de cada uno. Los demonios atormentaron a Judas Iscariotes con inexplicable crueldad,

porque no había desistido de vender a su Maestro, con cuya pasión y muerte ellos quedarían vencidos y desposeídos del mundo; y la indignación que por esto cobraron de nuevo contra nuestro Salvador y contra su Madre santísima, la ejecutan en el modo que se les permite contra todos los que imitan al traidor discípulo y cooperan con él en despreciar la Doctrina Evangélica, los Sacramentos de la Ley de Gracia y fruto de la Redención. Y es justa razón que estos malignos espíritus tomen venganza en los miembros del cuerpo místico de la Iglesia, porque no se unieron con su cabeza Cristo y porque voluntariamente se apartaron de ella y se entregaron a ellos, que con implacable soberbia la aborrecen y maldicen y como instrumentos de la justicia divina castigan las ingratitudes que tienen los redimidos contra su Redentor. Y los hijos de la Santa Iglesia consideren esta verdad atentamente, que si la tuvieran presente no es posible dejase de moverles el corazón y les diese juicio para desviarse de tan lamentable peligro.

1251. Entre los sucesos de todo el discurso de la pasión andaba Lucifer con sus ministros de maldad muy desvelado y atento para acabarse de asegurar si Cristo nuestro Señor era el Mesías y Redentor del mundo. Porque unas veces le persuadían los milagros, y otras le disuadían las acciones y padecer de la flaqueza humana que tomó por nosotros nuestro Salvador; pero donde más crecieron las sospechas del Dragón fue en el huerto, donde sintió la fuerza de aquella palabra que dijo el Señor: *Yo soy (Jn 18, 5)*, y fue arruinado el mismo demonio, cayendo con todos en la presencia de Cristo nuestro Señor. Había poco rato entonces que salió del infierno acompañado de sus legiones, después que habían sido arrojados desde el cenáculo a lo profundo. Y aunque fue María santísima la que de allí los derribó, como arriba se dijo (Cf. supra n. 1198), con todo eso confirió Lucifer consigo y con sus ministros que aquella virtud y fuerza de Hijo y Madre eran nuevas y nunca vistas contra ellos. Y en dándole permiso que se levantase en el huerto, habló con los demás y les dijo: No es posible que sea este poder de hombre solo, sin duda éste es Dios juntamente con ser hombre. Y si muere, como lo disponemos, por este camino hará la Redención y satisfará a Dios, y queda perdido nuestro imperio y

frustrado nuestro deseo. Mal hemos procedido procurándole la muerte. Y si no podemos impedir que muera, probemos hasta dónde llega su paciencia y procuremos con sus mortales enemigos que le atormenten con crueldad impía. Irritémosles contra él, arrojémosles sugestiones de desprecios, afrentas, ignominias y tormentos que ejecuten en su persona, compelámoslos a que empleen su ira en irritarle y atendamos a los efectos que hacen todas estas cosas en él. Todo lo intentaron los demonios como lo propusieron, aunque no todo lo consiguieron, como en el discurso de la pasión se manifiesta, por los ocultos misterios que diré (Cf. infra n. 1290, 1338, 1342) y he referido arriba. Provocaron a los sayones para que intentasen atormentar a Cristo nuestro bien con algunos tormentos menos decentes a su real y divina persona de los que le dieron, porque no consintió Su Majestad otros más de los que quiso y convino padecer, dejándoles ejecutar en estos toda su inhumana sevicia y furor.

1252. Intervino también en impedir la malicia insolente de Lucifer la gran Señora del cielo María santísima, porque le fueron patentes todos los conatos de este infernal Dragón. Y unas veces con imperio de Reina le impedía muchos intentos, para que no se los propusiese a los ministros de la pasión; otras veces en los que les proponía pedía la divina Princesa a Dios no se los dejase ejecutar y por medio de sus Santos Ángeles concurría a desvanecerlos y estorbarlos. Y en los que su gran sabiduría conocía era voluntad de su Hijo santísimo padecerlos, cesaba en estas diligencias, y en todo se ejecutaba la permisión de la divina voluntad. Conoció asimismo todo lo que sucedió en la infeliz muerte y tormentos de Judas Iscariotes y el lugar que le daban en el infierno, el asiento de fuego que ha de tener por toda la eternidad, como maestro de la hipocresía y precursor de todos los que habían de negar a Cristo nuestro Redentor con la mente y con las obras, desamparando, como dice San Jeremías (Jer 17, 13), las venas de las aguas vivas, que son el mismo Señor, para ser escritos y sellados en la tierra y alejados del cielo, donde están escritos los predestinados. Todo esto conoció la Madre de Misericordia y lloró sobre ellos amargamente y oró al Señor por la salvación de los hombres y suplicándole los apartase de tan

gran ceguera, precipicio y ruina, pero conformándose con los ocultos y justos juicios de su Providencia Divina.

Doctrina que me *dio la Reina del cielo María santísima.*

1253. Hija mía, admirada estás, y no sin causa, de lo que has entendido y escrito de la infeliz suerte de Judas Iscariotes y de la caída de los Apóstoles, estando todos en la escuela de Cristo mi Hijo santísimo, criados a los pechos de su doctrina, vida, ejemplo y milagros, y favorecidos de su dulcísima mansedumbre y trato, de mi intercesión y consejos y otros beneficios que recibían por mi medio. Pero de verdad te digo que, si todos los hijos de la Iglesia tuvieran la atención y admiración que este raro ejemplo les puede causar, en él hallaran saludable aviso y escarmiento para temer el estado peligroso de la vida mortal, por más favores y beneficios que reciban las almas de la mano del Señor, pues todo parecerá menos que verle, oírle, tratarle y tenerle por dechado vivo de santidad. Y lo mismo te digo de mí, pues a los Apóstoles di amonestaciones, y fueron testigos de mi santa e inculpable conversación, y de mi piedad recibieron grandes beneficios, les comuniqué la caridad que de estar en Dios se dimanaba de Su Majestad a mí. Y si en la tentación, a vista de su mismo Señor y Maestro, olvidaron tantos favores y la obligación de corresponder a ellos, ¿quién será tan presuntuoso en la vida mortal, que no tema el peligro de la ruina por más beneficios que haya recibido? Aquellos eran Apóstoles escogidos por su divino Maestro, que era Dios verdadero, y con todo eso el uno llegó a caer más infelizmente que todos los hombres y los otros a desfallecer en la fe, que es el fundamento de toda la virtud, y fue conforme a la justicia y juicios inescrutables del Altísimo. Pues ¿por qué no temerán los que ni son Apóstoles, ni han obrado tanto como ellos en la escuela de Cristo mi Hijo santísimo y su Maestro y no merecen tanto mi intercesión?

1254. De la ruina y perdición de Judas Iscariotes y de su justísimo castigo, dejas escrito lo que basta para que se entienda a cuál estado pueden llegar y llevar los vicios y la mala voluntad a un hombre que se entrega a ellos y al demonio y desprecia los llamamientos y auxilios de la

gracia. Y lo que te advierto sobre lo que has escrito es que, no sólo los tormentos que padece el traidor discípulo Judas Iscariotes, sino también el de muchos cristianos que con él se condenan y bajan al mismo lugar de las penas, que para ellos fue señalado desde el principio del mundo, excede a los tormentos de muchos demonios. Porque mi Hijo santísimo no murió por los ángeles malos sino por los hombres, ni a los demonios les tocó el fruto y efectos de la redención, los cuales reciben los hijos de la Iglesia con efecto en los Sacramentos, y despreciar este incomparable beneficio no es culpa del demonio tanto como de los fieles y así les corresponde nueva y diferente pena por este desprecio. Y el engaño que Lucifer y sus ministros padecieron, no conociendo a Cristo por verdadero Dios y Redentor hasta la muerte, siempre atormenta y penetra las potencias de aquellos malignos espíritus, y de este dolor les resulta nueva indignación contra los redimidos, y mayor contra los cristianos, a quienes más se les aplica la redención y sangre del Cordero. Y por esto se desvelan tanto los demonios en hacer que los fieles olviden la obra de la redención y la malogren, y después en el infierno se muestran más airados y rabiosos contra los malos cristianos, y sin piedad alguna les darían mayores tormentos si la justicia divina no dispusiese con equidad que las penas fuesen ajustadas a las culpas, no dejando esto a la voluntad de los demonios, sino tasándolo con su poder y sabiduría infinita, que aun hasta aquel lugar alcanza la bondad del Señor.

1255. En la caída de los demás Apóstoles quiero, carísima, que adviertas el peligro de la fragilidad humana, que aun en los mismos beneficios y favores que recibe del Señor fácilmente se acostumbra a ser grosera, tarda y desagradecida, como les sucedió a los once Apóstoles, cuando huyeron de su Maestro celestial y le dejaron con la incredulidad. Este peligro se origina en los hombres de ser tan sensibles e inclinados a todo lo sensitivo y terreno y haber quedado estas inclinaciones depravadas por el pecado y acostumbrarse a vivir y obrar según lo terreno, carnal y sensible más que según el espíritu. Y de aquí nace que aun a los mismos beneficios y dones del Señor los tratan y aman sensiblemente y cuando les faltan por este modo

luego se divierten a otros objetos sensibles y se mueven por ellos y pierden el tino de la vida espiritual, porque la trataban y recibían como sensible, con baja estimación del espíritu. Por esta inadvertencia o grosería cayeron los Apóstoles, aunque estaban tan favorecidos de mi Hijo santísimo y de mí, porque los milagros, la doctrina y ejemplos que tenían presentes eran sensibles; y como ellos, aunque perfectos o justos, eran terrenos y aficionados a solo aquello sensitivo que recibían, en faltándoles esto se turbaron con la tentación y cayeron en ella, como quien había penetrado poco los misterios y espíritu de lo que habían visto y oído en la escuela de su Maestro. Con este ejemplo y doctrina quedarás, hija mía, enseñada a ser mi discípula espiritual y no terrena y a no acostumbrarte a lo sensible, aunque sean los favores del Señor y míos. Y cuando los recibieres, no detenerte en lo material y sensible, sino levantar tu mente a lo alto y espiritual, que se percibe con la luz y ciencia interior y no con el sentido animal (1 Cor 2, 14). Y si lo sensible puede embarazar a la vida espiritual, ¿qué será lo que pertenece a la vida terrena, animal y carnal? Claro está que de ti quiero olvides y borres de tus potencias toda imagen y especies de criaturas, para que estés idónea y capaz de mi imitación y doctrina saludable.

CAPITULO 15

Llevan a nuestro Salvador Jesús atado y preso a casa del pontífice Anás; lo que sucedió en este paso y lo que padeció en él su beatísima Madre.

1256. Digna cosa fuera hablar de la pasión, afrentas y tormentos de nuestro Salvador Jesús con palabras tan vivas y eficaces, que pudieran penetrar más que la espada de dos filos, hasta dividir con íntimo dolor lo más oculto de nuestros corazones (Heb 4, 12). No fueron comunes las penas que padeció, no se hallará dolor semejante como su dolor (Lam 1, 12), no era su persona como las demás de los hijos de los hombres, no padeció Su Majestad por sí mismo ni por sus culpas, sino por nosotros y por las nuestras; pues razón es que las palabras y términos con que tratamos de

sus tormentos y dolores no sean comunes y ordinarios, sino con otros vivos y eficaces se la propongamos a nuestros sentidos. Pero ¡ay de mí, que ni puedo dar fuerza a mis palabras, ni hallo las que mi alma desea para manifestar este secreto! Diré lo que alcanzare, hablaré como pudiere y se me administrare, aunque la cortedad de mi talento coarte y limite la grandeza de la inteligencia y los improporcionados términos no alcancen a declarar el concepto escondido del corazón. Supla el defecto de las razones la fuerza y viveza de la fe que profesamos los hijos de la Iglesia. Y si las palabras son comunes, sea extraordinario el dolor y el sentimiento, el dictamen altísimo, la comprensión vehemente, la ponderación profunda, el agradecimiento cordial y el amor fervoroso, pues todo será menos que la verdad del objeto y de lo que nosotros debemos corresponder como siervos, como amigos y como hijos adoptados por medio de su pasión y muerte santísima.

1257. Atado y preso el mansísimo cordero Jesús, fue llevado desde el huerto a casa de los pontífices, y primero a la de Anás. Iba prevenido aquel turbulento escuadrón de soldados y ministros con las advertencias del traidor discípulo, que no se fiasen de su Maestro si no le llevaban muy amarrado y atado, porque era hechicero y se les podría salir de entre las manos. Lucifer y sus príncipes de tinieblas ocultamente los irritaban y provocaban, para que impía y sacrílegamente tratasen al Señor sin humanidad ni decoro. Y como todos eran instrumentos obedientes a la voluntad de Lucifer, nada que se les permitió dejaron de ejecutar contra la persona de su mismo Criador. Atáronle con una cadena de grandes eslabones de hierro con tal artificio, que rodeándosela a la cintura y al cuello sobraban los dos extremos, y en ellos había unas argollas o esposas con que encadenaron también las manos del Señor que fabricó los cielos y los ángeles y todo el universo, y así argolladas y presas se las pusieron no al pecho sino a las espaldas. Esta cadena llevaron de la casa de Anás el Pontífice, donde servía de levantar la puerta de un calabozo que era levadiza, y para el intento de aprisionar a nuestro divino Maestro la quitaron y la acomodaron con aquellas argollas y cerraduras, como candados, con llaves de golpe.

Y con este modo de prisión nunca oída no quedaron satisfechos ni seguros, porque luego sobre la pesada cadena le ataron dos sogas harto largas: la una echaron sobre la garganta de Cristo nuestro Señor y cruzándola por el pecho le rodearon el cuerpo, atándole con fuertes nudos, y dejaron dos extremos largos de la soga para que dos de los ministros o soldados fuesen tirando de ellos y arrastrando al Señor. La segunda soga sirvió para atarle los brazos, rodeándola también por la cintura y dejaron pendientes otros dos cabos largos a las espaldas donde llevaba las manos, para que otros dos tirasen de ellos.

1258. Con esta forma de ataduras se dejó aprisionar y rendir el Omnipotente y Santo, como si fuera el más facineroso de los hombres y el más flaco de los nacidos, porque había puesto sobre sí las iniquidades de todos nosotros (Is 53, 6) y la flaqueza o impotencia para el bien en que por ellas incurrimos. Atáronle en el huerto, atormentándole no sólo con las manos, con las sogas y cadenas, sino con las lenguas, porque como serpientes venenosas arrojaron la sacrílega ponzoña que tenían, con blasfemias, contumelias y nunca oídos oprobios contra la persona que adoraban los ángeles y los hombres y le magnifican en el cielo y en la tierra. Partieron todos del monte Olívete con gran tumulto y vocería, llevando en medio al Salvador del mundo, tirando unos de las sogas de adelante y otros de las que llevaba a las espaldas asidas de las muñecas, y con esta violencia nunca imaginada unas veces le hacían caminar aprisa atropellándole, otras le volvían atrás y le detenían, otras le arrastraban a un lado y a otro, a donde la fuerza diabólica los movía. Muchas veces le derribaban en tierra y, como llevaba las manos atadas, daba en ella con su venerable rostro, lastimándose y recibiendo en él heridas y mucho polvo. Y en estas caídas arremetían a él, dándole de puntillazos y coces, atropellando y pisándole, pasando sobre su real persona y hollándole la cara y la cabeza y, celebrando estas injurias con algazara y mofa, le hartaban de oprobios, como lo lloró antes San Jeremías (Lam 3, 30).

1259. En medio del furor tan impío que Lucifer encendía en aquellos sus ministros, estaba muy atento a las obras y

acciones de nuestro Salvador, cuya paciencia pretendía irritar y conocer si era puro hombre, porque esta duda y perplejidad atormentaba su pésima soberbia sobre todas sus grandes penas. Y como reconoció la mansedumbre, tolerancia y suavidad que mostraba Cristo entre tantas injurias y tormentos y que los recibía con semblante sereno y de majestad, sin turbación ni mudanza alguna, con esto se enfureció más el infernal dragón y, como si fuera un hombre furioso y desatinado, pretendió tomar una vez las sogas que llevaban los sayones para tirar él y otros demonios con mayor violencia que lo hacían ellos, para provocar con más crueldad la mansedumbre del Señor. Este intento impidió María santísima, que desde el lugar donde estaba retirada miraba por visión clara todo lo que se iba ejecutando con la persona de su Hijo santísimo, y cuando vio el atrevimiento de Lucifer, usando de la autoridad y poder de Reina, le mandó no llegase a ofender a Cristo nuestro Salvador como intentaba. Y al punto desfallecieron las fuerzas de este enemigo y no pudo ejecutar su deseo, porque no era conveniente que su maldad se interpusiese por aquel modo en la pasión y muerte del Redentor. Pero diósele permiso para que provocase a sus demonios contra el Señor y todos ellos a los judíos fautores de la muerte del Salvador, porque tenían libre albedrío para consentir o disentir en ella. Así lo hizo Lucifer, que volviéndose a sus demonios les dijo: ¿Qué hombre es éste que ha nacido en el mundo, que con su paciencia y sus obras así nos atormenta y destruye? Ninguno hasta ahora tuvo tal igualdad y sufrimiento en los trabajos desde Adán acá. Nunca vimos entre los mortales semejante humildad y mansedumbre. ¿Cómo sosegamos viendo en el mundo un ejemplo tan raro y poderoso para llevarle tras sí? Si éste es el Mesías, sin duda abrirá el cielo y cerrará el camino por donde llevamos a los hombres a nuestros eternos tormentos y quedaremos vencidos y frustrados nuestros intentos. Y cuando no sea más que puro hombre, no puedo sufrir que deje a los demás tan fuerte ejemplo de paciencia. Venid, pues, ministros de mi altiva grandeza y persigámosle por medio de sus enemigos, que como obedientes a mi imperio han admitido contra él la furiosa envidia que les he comunicado.

1260. A toda la desapiadada indignación que Lucifer despertó y fomentó en aquel escuadrón de los judíos se sujetó el autor de nuestra salud, ocultando el poder con que los pudiera aniquilar o reprimir, para que nuestra redención fuese más copiosa. Y llevándolo atado y maltratado, llegaron a casa del Pontífice Anás, ante quien le presentaron como malhechor y digno de muerte. Era costumbre de los judíos presentar así atados a los delincuentes que merecían castigo capital, y aquellas prisiones eran como testigos del delito que merecía la muerte, y así le llevaban como intimándole la sentencia antes que se la diese el juez. Salió el sacrílego sacerdote Anas a una gran sala, donde se asentó en el estrado o tribunal que tenía, muy lleno de soberbia y arrogancia. Y luego se puso a su lado el príncipe de las tinieblas Lucifer, rodeándole gran multitud de demonios, de los ministros y soldados. Le presentaron a Jesús atado y preso y le dijeron: Ya, señor, traemos aquí este mal hombre que con sus hechizos y maldades ha inquietado a toda Jerusalén y Judea, y esta vez no le ha valido su arte mágica para escaparse de nuestras manos y poder.

1261. Estaba nuestro Salvador Jesús asistido de innumerables Ángeles que le adoraban y confesaban, admirados de los incomprensibles juicios de su sabiduría, porque Su Majestad consentía ser presentado como reo y pecador, y el inicuo sacerdote se manifestaba como justo y celoso de la honra del Señor, a quien sacrílegamente pretendía quitarla con la vida. Callaba el amantísimo Cordero sin abrir su boca, como lo había dicho Isaías (Is 53, 7), y el Pontífice con imperiosa autoridad le preguntó por sus discípulos y qué doctrina era la que predicaba y enseñaba. Esta pregunta hizo para calumniar la respuesta, si decía alguna palabra que motivase acusarle. Pero el Maestro de la santidad, que encamina y enmienda a los más sabios (Sab 7, 15), ofreció al Eterno Padre aquella humillación de ser presentado como reo ante el Pontífice y preguntado por él como criminoso y autor de falsa doctrina. Y respondió nuestro Redentor con humilde y alegre semblante a la pregunta de su doctrina: *Yo siempre he hablado en público, enseñando y predicando en el templo y sinagoga, donde concurren los judíos, y nada he dicho en*

oculto. ¿Qué me preguntas a mí? Pues ellos te dirán, si les preguntas, lo que yo les he enseñado (Jn 18, 20-21). Porque la doctrina de Cristo nuestro Señor era de su Eterno Padre, respondió por ella y por su crédito, remitiéndose a sus oyentes, así porque a Su Majestad no le darían crédito, antes bien le calumniarían su testimonio, como también porque la verdad y la virtud ella misma se acredita y abona entre los mayores enemigos.

1262. No respondió por los Apóstoles, porque no era entonces necesario, ni ellos estaban en disposición que podían ser alabados de su Maestro. Y con haber sido esta respuesta tan llena de sabiduría y tan conveniente a la pregunta, con todo eso uno de los ministros que asistían al Pontífice fue con formidable audacia, levantó la mano y dio una bofetada en el sagrado y venerable rostro del Salvador, y junto con herirle le reprendió diciendo: *¿Así respondes al pontífice? (Jn 18, 22) Recibió* el Señor esta desmedida injuria, rogando al Padre por quien así le había ofendido y estando preparado y con disposición de volver a ofrecer la otra mejilla, si fuera necesario, para recibir otra bofetada, cumpliendo en todo esto con la doctrina que Él mismo había enseñado (Mt 5, 39). Y para que el necio y atrevido ministro no quedase ufano y sin confusión por tan inaudita maldad, le replicó el Señor con grande serenidad y mansedumbre: Sí *yo he hablado mal, da testimonio y di en qué está el mal que me atribuyes; y si hablé como debía, ¿por qué me has herido?* (Jn 18, 23) ¡Oh espectáculo de nueva admiración para los espíritus soberanos! ¡Cómo de solo oírte pueden y deben temblar las columnas del cielo y todo el firmamento estremecerse! (Job 26, 11) Este Señor es aquel de quien dijo Job (Job 9, 4ss) que es sabio de corazón y tan robusto y fuerte que nadie le puede resistir y con esto tendrá paz, que trasiega los montes con su furor antes que puedan ellos entenderlo, el que mueve la tierra en su lugar y sacude una con otra sus columnas, el que manda al sol que no nazca y cubre las estrellas con signáculo, el que hace cosas grandes e incomprensibles, el que a su ira nadie puede resistir y ante quien doblan la rodilla los que sustentan todo el orbe, y este mismo es el que por amor de los mismos hombres sufre de un impío ministro ser herido en el rostro de una bofetada.

1263. Con la respuesta humilde y eficaz que dio Su Majestad al sacrílego siervo, quedó confuso en su maldad, pero ni esta confusión, ni la que pudo recibir el Pontífice de que en su presencia se cometiese tal crimen y desacato, le movió a él ni a los judíos para reprimirse en algo contra el autor de la vida. Y en el ínterin que se continuaban sus oprobios, llegaron a casa de Anás San Pedro y el otro discípulo, que era San Juan Evangelista. Y éste como muy conocido en ella entró fácilmente, quedando fuera San Pedro, hasta que la portera, que era una criada del Pontífice, a petición de San Juan le dejó entrar, para ver lo que sucedía con el Redentor. Entraron los dos Apóstoles en el zaguán de la casa antes de la sala del Pontífice, y San Pedro se llegó al fuego que allí tenían los soldados, porque hacía la noche fría. Y la portera miró y reconoció a San Pedro con algún cuidado como discípulo de Cristo y llegándose a él le dijo: *¿No eres tú también de los discípulos de este Hombre? (Jn 18, 17)* Esta pregunta de la criada fue con algún desprecio y baldón, de que San Pedro se avergonzó con gran flaqueza y pusilanimidad. Y poseído del temor respondió y dijo: *Yo no soy discípulo suyo.* Y con esta respuesta se deslizó de la conversación y salió fuera de la casa de Anás, aunque luego siguiendo a su Maestro fue a la de Caifás, donde le negó otras dos veces, como adelante diré (Cf.infra n. 1278).

1264. Mayor fue para el divino Maestro el dolor de la negación de San Pedro que el de la bofetada, porque a su inmensa caridad la culpa era contraria y aborrecible y las penas eran amables y dulces por vencer con ellas nuestros pecados. Hecha la primera negación, oró Cristo al Eterno Padre por su Apóstol y dispuso que por medio de la intercesión de María santísima se le previniese la gracia y el perdón para después de las tres negaciones. Estaba la gran Señora a la vista desde su oratorio a todo lo que iba sucediendo, como queda dicho (Cf. supra 1204). Y como en su pecho tenía el propiciatorio y el sacrificio, a su mismo Hijo y Señor sacramentado, convertíase a Él para sus peticiones y afectos amorosos, donde ejercitaba heroicos actos de compasión, agradecimiento, culto y adoración. Cuando la piadosísima Reina conoció la negación de San

Pedro, lloró con amargura y nunca cesó en este llanto hasta que entendió no le negaría el Altísimo sus auxilios y que le levantaría de su caída. Sintió asimismo la purísima Madre todos los dolores de las heridas y tormentos de su Hijo, y en las mismas partes de su virginal cuerpo, donde el Señor era lastimado. Y cuando Su Majestad fue atado con las sogas y cadenas sintió ella en las muñecas tantos dolores, que saltó la sangre por las uñas en sus virginales manos, como si fueran atadas y apretadas, y lo mismo sucedió en las demás heridas. Y como a esta pena se juntaba la del corazón, de ver padecer a Cristo nuestro Señor, vino la amantísima Madre a llorar sangre viva, siendo el brazo del Señor el artífice de esta maravilla. Sintió también el golpe de la bofetada de su Hijo santísimo, como si a un mismo tiempo aquella mano sacrílega hubiera herido a Hijo y Madre juntos. Y en esta injuriosa contumelia y en las blasfemias y desacatos llamó a los Santos Ángeles para que con ella engrandecieran y adoraran a su Criador en recompensa de los oprobios que recibía de los pecadores, y con prudentísimas razones, pero muy lamentables y dolorosas, confería con los mismos Ángeles la causa de su amarga compasión y llanto.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora del cielo.

1265. Hija mía, a grandes cosas te llama y te convida la divina luz que recibes de los misterios de mi Hijo santísimo y míos, en lo que padecimos por el linaje humano y en el mal retorno que nos da desagradecido e ingrato a tantos beneficios. Tú vives en carne mortal y sujeta a estas ignorancias y flaquezas y, con la fuerza de la verdad que entiendes, se engendran en ti y despiertan muchos movimientos de admiración, de dolor, aflicción y compasión por el olvido, poca aplicación y atención de los mortales a tan grandes sacramentos y por los bienes que pierden en su flojedad y tibieza. Pues ¿cuál será la ponderación que de esto harán los Ángeles y Santos y la que yo tendré a la vista del Señor, de ver al mundo y el estado de los fieles en tan peligroso estado y formidable descuido, después que mi Hijo santísimo murió y padeció y después que me tienen por Madre, por intercesora y su vida purísima y mía por ejemplo? De verdad te digo, carísima, que sola mi

intercesión y los méritos que represento al Eterno Padre de su Hijo y mío pueden suspender el castigo y aplacar su justa indignación, para que no destruya al mundo y azote rigurosamente a los hijos de la Iglesia que saben la voluntad del Señor y no la cumplen (Lc 12, 47). Pero yo estoy muy desobligada de hallar tan pocos que se contristen conmigo y consuelen a mi Hijo en sus penas, como dijo el Santo Rey y Profeta David (Sal 68, 21). Esta dureza será el cargo de mayor confusión contra los malos cristianos el día del juicio, porque conocerán entonces con irreparable dolor que no sólo fueron ingratos sino inhumanos y crueles con mi Hijo santísimo, conmigo y consigo mismos.

1266. Considera, pues, carísima, tu obligación y levántate sobre todo lo terreno y sobre ti misma, porque yo te llamo y te elijo para que me imites y acompañes en lo que me dejan tan sola las criaturas, a quien mi Hijo santísimo y yo tenemos tan beneficiadas y obligadas. Pondera con todas tus fuerzas lo mucho que le costó a mi Señor el reconciliar con su Padre a los hombres y merecerles su amistad. Llora y aflígete de que tantos vivan en este olvido y que tantos trabajen con todo su conato por destruir y perder lo que costó sangre y muerte del mismo Dios y lo que yo desde mi concepción les procuré y procuro solicitar y granjear para su remedio. Despierta en tu corazón lastimoso llanto de que en la Iglesia Santa tengan muchos sucesores los Pontífices hipócritas y sacrílegos que con título fingido de piedad condenaron a Cristo: estando la soberbia y fausto con otras graves culpas autorizada y entronizada, y la humildad, la verdad, la justicia y las virtudes tan oprimidas y abatidas, sólo prevalecen la codicia y la vanidad. La pobreza de Cristo pocos la conocen y menos son los que la abrazan; la santa fe está impedida y no se dilata, por la desmedida ambición de los poderosos del mundo, y en los católicos está muerta y ociosa, y todo lo que ha de tener vida está muerto y se dispone para la perdición; los Consejos del Evangelio están olvidados, los
preceptos quebrantados, la caridad casi extinguida. Mi Hijo y Dios verdadero dio sus mejillas con paciencia y mansedumbre para ser herido (Lam 3, 30). ¿Quién perdona

una injuria por imitarle? Al contrario ha hecho leyes el mundo, y no sólo los infieles sino los mismos hijos de la fe y de la luz.

1267. En la noticia de estos pecados, quiero que imites lo que hice en la pasión y toda mi vida, que por todos ejercitaba los actos de las virtudes contrarias: por las blasfemias le bendecía, por los juramentos le alababa, por las infidelidades le creía y lo mismo por todas las demás ofensas. Esto quiero que tú hagas en el mundo que vives y conoces. Huye también de los peligros de las criaturas con el ejemplo de San Pedro, que no eres tú más fuerte que el Apóstol y discípulo de Cristo, y si alguna vez cayeres como flaca llora luego con él y busca mi intercesión. Recompensa tus faltas y culpas ordinarias con la paciencia en las adversidades, recíbelas con alegre semblante sin turbación y sin diferencia, sean las que fueren, así de enfermedades como de molestias de criaturas, y también las que siente el espíritu por la contradicción de las pasiones y por la lucha de los enemigos invisibles y espirituales. En todo esto puedes padecer y lo debes tolerar con fe, esperanza y magnanimidad de corazón y ánimo, y te advierto que no hay ejercicio más provechoso y útil para el alma que el del padecer, porque da luz, desengaña, aparta el corazón humano de las cosas terrenas y le lleva al Señor, y Su Majestad le sale al encuentro, porque está con el atribulado y le libra y ampara (Sal 90, 12).

CAPITULO 16

Fue llevado Cristo nuestro Salvador a casa del Pontífice Caifás, donde fue acusado y preguntado si era Hijo de Dios; y San Pedro le negó otras dos veces; lo que María santísima hizo en este paso y otros misterios ocultos.

1268. Luego que nuestro Salvador Jesús recibió en casa de Anás las contumelias y bofetada, le remitió este pontífice, atado y preso como estaba, al Pontífice Caifás, que era su suegro y aquel año hacía el oficio de Príncipe y Sumo Sacerdote; y con él estaban congregados los escribas y señores del pueblo, para sustanciar la causa del

inocentísimo Cordero. Con la invencible paciencia y mansedumbre que mostraba el Señor de las virtudes (Sal 23, 10) en las injurias que recibía, estaban como atónitos los demonios y llenos de confusión y furor grande, que no se puede explicar con palabras; y como no penetraban las obras interiores de la santísima humanidad, y en las exteriores, por donde en los demás hombres rastrean el corazón, no hallaban movimiento alguno desigual, ni el mansísimo Señor se quejaba, ni suspiraba, ni daba este pequeño alivio a su humanidad, de toda esta grandeza de ánimo se admiraba y atormentaba el dragón como de cosa nueva y nunca vista entre los hombres de condición pasible y flaca. Y con este furor irritaba el enemigo a todos los príncipes, escribas y ministros de los sacerdotes, para que ofendiesen y maltratasen al Señor con abominables oprobios, y en todo lo que el demonio les administraba estaban prontos para ejecutarlo, si la divina voluntad lo permitía.

1269. Partió de casa de Anás toda aquella canalla de ministros infernales y de hombres inhumanos, y llevaron por las calles a nuestro Salvador a casa de Caifás, tratándole con su implacable crueldad ignominiosamente. Y entrando con escandaloso tumulto en casa del Sumo Sacerdote, él y todo el concilio recibieron al Criador y Señor de todo el universo con grande risa y mofa de verle sujeto y rendido a su poder y jurisdicción, de quien les parecía que ya no se podría defender. ¡Oh secreto de la altísima sabiduría del cielo! ¡Oh estulticia de la ignorancia diabólica y cieguísima torpeza de los mortales! ¡Qué distancia tan inmensa veo entre vosotros y las obras del Altísimo! Cuando el Rey de la gloria poderoso en las batallas (Sal 28) está venciendo a los vicios, a la muerte y al pecado con las virtudes de paciencia, humildad y caridad, como Señor de todas ellas, entonces piensa el mundo que le tiene vencido y sujeto con su arrogante soberbia y presunción. ¡Qué distancia de pensamientos eran los que tenía Cristo nuestro Señor, de los que poseían aquellos ministros operarios de la maldad! Ofrecía el autor de la vida a su Eterno Padre aquel triunfo que su mansedumbre y humildad ganaba del pecado, rogaba por los sacerdotes, escribas y ministros que le perseguían, presentando su misma paciencia y dolores y

la ignorancia de los ofensores. Y la misma petición y oración hizo en aquel mismo punto su beatísima Madre, rogando por sus enemigos y de su Hijo santísimo, acompañándole e imitándole en todo lo que Su Majestad iba obrando, porque le era patente, como muchas veces he repetido (Cf. supra n. 481, 990, etc.). Y entre Hijo y Madre había una dulcísima y admirable consonancia y correspondencia agradable a los ojos del Eterno Padre.

1270. El pontífice Caifás estaba en su cátedra o silla sacerdotal encendido en mortal envidia y furor contra el Maestro de la vida. Asistíale Lucifer con todos los demonios que vinieron a casa de Anás. Y los escribas y fariseos estaban como sangrientos lobos con la presa del manso corderillo, y todos juntos se alegraban como lo hace el envidioso cuando ve deshecho y confundido a quien se le adelanta. Y de común acuerdo buscaron testigos que sobornados con dádivas y promesas dijesen algún falso testimonio contra Jesús nuestro Salvador. Vinieron los que estaban prevenidos, y los testimonios que dijeron ni convenían entre sí mismos, ni menos podían ajustarse con el que por naturaleza era la misma inocencia y santidad. Y para no hallarse confusos trajeron otros dos testigos falsos que depusieron contra Jesús, testificando haberle oído decir que era poderoso para destruir aquel Templo de Dios hecho por manos de hombres y edificar otro en tres días (Mc 14, 58) que no fuese fabricado por ellas. Y tampoco pareció conveniente este falso testimonio, aunque por él pretendían hacer cargo a nuestro Salvador que usurpaba el poder divino y se lo apropiaba a sí mismo. Pero cuando esto fuera así, era verdad infalible y nunca podía ser falso ni presuntuoso, pues Su Majestad era Dios verdadero. Pero el testimonio era falso, porque no había dicho el Señor las palabras como los testigos las referían, entendiéndolas del templo material de Dios; y lo que había dicho en cierta ocasión que expelió del templo a los compradores y vendedores, preguntándole ellos en qué virtud lo hacía, respondió (Jn 2, 19) y fue decirles que desatasen aquel templo, entendiendo el de su santísima humanidad, y que al tercero día resucitaría, como lo hizo en testimonio de su poder divino.

1271. No respondió nuestro Salvador Jesús palabra alguna a todas las calumnias y falsedades que contra su inocencia testificaban. Y viendo Caifás el silencio y paciencia del Señor se levantó de la silla y le dijo: *¿Cómo no respondes a lo que tantos testifican contra ti? (Mc 14, 60-61)* Tampoco a esta pregunta respondió Su Majestad, porque Caifás y los demás, no sólo estaban indispuestos para darle crédito, pero su duplicado intento era que respondiese el Señor alguna razón que le pudiesen calumniar, para satisfacer al pueblo en lo que intentaban contra el Señor y que no conociese le condenaban a muerte sin justa causa. Con este humilde silencio de Cristo nuestro Señor, que podía ablandar el corazón del mal sacerdote, enfurecióse mucho más, porque se le frustraba su malicia. Y Lucifer, que movía a Caifás y a todos los demás, estaba muy atento a todo lo que el Salvador del mundo obraba; aunque el intento de este Dragón era diferente que el del Pontífice, y sólo pretendía irritar la paciencia del Señor, o que hablase alguna palabra por donde pudiera conocer si era Dios verdadero.

1272. Con este intento Lucifer movió la imaginación de Caifás para que con grande saña e imperio hiciese a Cristo nuestro bien aquella nueva pregunta: *Yo te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios bendito (Mt 26, 63).* Esta pregunta de parte del Pontífice fue arrojada y llena de temeridad e insipiencia; porque en duda si Cristo era o no era Dios verdadero, tenerle preso como reo en su presencia, era formidable crimen y temeridad, pues aquel examen se debiera hacer por otro modo, conforme a razón y justicia. Pero Cristo nuestro bien, oyéndose conjurar por Dios vivo, le adoró y reverenció, aunque pronunciado por tan sacrílega lengua. Y en virtud de esta reverencia respondió y dijo: *Tú lo dijiste, y yo lo soy. Pero yo os aseguro que desde ahora veréis al Hijo del Hombre, que soy yo, asentado a la diestra del mismo Dios y que vendrá en las nubes del cielo (Mt 26, 64).* Con esta divina respuesta se turbaron los demonios y los hombres con diversos accidentes. Porque Lucifer y sus ministros no la pudieron sufrir, antes bien sintieron una fuerza en ella que los arrojó hasta el profundo, sintiendo gravísimo tormento de aquella verdad que los oprimía. Y no se

atreviera a volver a la presencia de Cristo nuestro Salvador, si no dispusiera su altísima providencia que Lucifer volviera a dudar si aquel Hombre Cristo había dicho verdad o no la había dicho para librarse de los judíos. Y con esta duda se esforzaron de nuevo y salieron otra vez a la estacada, porque se reservaba para la cruz el último triunfo, que de ellos y de la muerte había de ganar el Salvador, como adelante veremos (Cf. infra n. 1423), y según la profecía de Habacuc (Hab 3, 2-5).

1273. Pero el pontífice Caifás, indignado con la respuesta del Señor, que debía ser su verdadero desengaño, se levantó otra vez y, rompiendo sus vestiduras en testimonio de que celaba la honra de Dios, dijo a voces: *Blasfemado ha, ¿qué necesidad hay de más testigos? ¿No habéis oído la blasfemia que ha dicho? ¿Qué os parece de esto? (Mt 26, 65)* Esta osadía loca y abominable de Caifás fue verdaderamente blasfemia, porque negó a Cristo el ser Hijo de Dios, que por naturaleza le convenía, y le atribuyó el pecado, que por naturaleza repugnaba a su divina persona. Tal fue la estulticia de aquel inicuo sacerdote, a quien por oficio tocaba conocer la verdad católica y enseñarla, que se hizo execrable blasfemo, cuando dijo que blasfemaba el que era la misma santidad. Y habiendo profetizado poco antes con instinto del Espíritu Santo, en virtud de su dignidad, que convenía muriese un hombre para que toda la gente no pereciese (Jn 11, 50), no mereció por sus pecados entender la misma verdad que profetizaba. Pero como el ejemplo y juicio de los Príncipes y Prelados es tan poderoso para mover a los inferiores y al pueblo, inclinado a la lisonja y adulación de los poderosos, todo aquel concilio de maldad se irritó contra el Salvador Jesús y respondiendo a Caifás dijeron en altas voces: *Digno es de muerte (Mt 26, 66)*; muera, muera. Y a un mismo tiempo irritados del demonio arremetieron contra el mansísimo Maestro y descargaron sobre él su furor diabólico: unos le dieron de bofetadas, otros le hirieron con puntillazos, otros le mesaron los cabellos, otros le escupieron en su venerable rostro, otros le daban golpes o pescozones en el cuello, que era un linaje de afrenta vil con que los judíos trataban a los hombres que reputaban por muy viles.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 15

1274. Jamás entre los hombres se intentaron ignominias tan afrentosas y desmedidas como las que en esta ocasión se hicieron contra el Redentor del mundo. Y dicen San Lucas (Lc 22, 64) y San Marcos (Mc 14, 65) que le cubrieron el rostro y así cubierto le herían con bofetadas y pescozones y le decían: *Profetiza ahora, profetízanos, pues eres profeta, di quién es el que te hirió.* La causa de cubrirle el rostro fue misteriosa; porque del júbilo con que nuestro Salvador padecía aquellos oprobios y blasfemias —como luego diré— le redundó en su venerable rostro una hermosura y resplandor extraordinario, que a todos aquellos operarios de maldad los llenó de admiración y confusión muy penosa, y para disimularla atribuyeron aquel resplandor a hechicería y arte mágica y tomaron por arbitrio cubrirle al Señor la cara con paño inmundo, como indignos de mirarla, y porque aquella luz divina los atormentaba y debilitaba las fuerzas de su diabólica indignación. Todas estas afrentas, baldones y abominables oprobios que padecía el Salvador, los miraba y sentía su santísima Madre con el dolor de los golpes y de las heridas en las mismas partes y al mismo tiempo que nuestro Redentor las recibía. Sólo había diferencia, que en Cristo nuestro Señor los dolores eran causados de los golpes y tormentos que le daban los verdugos y en su Madre purísima los obraba la mano del Altísimo por voluntad de la misma Señora. Y aunque naturalmente con la fuerza de los dolores y angustias interiores llegaba a querer desfallecer la vida, pero luego era confortada con la virtud divina, para continuar en el padecer con su amado Hijo y Señor.

1275. Las obras interiores que el Salvador hacía en esta ocasión de tan inhumanas y nuevas afrentas, no pueden caer debajo de razones y capacidad humana. Sólo María santísima las conoció con plenitud, para imitarlas con suma perfección. Pero como el divino Maestro en la escuela de la experiencia de sus dolores iba deprendiendo la compasión de los que habían de imitarle y seguir su doctrina (Heb 5, 8), convirtióse más a santificarlos y

bendecirlos en la misma ocasión que con su ejemplo les enseñaba el camino estrecho de la perfección. Y en medio de aquellos oprobios y tormentos, y en los que después se siguieron, renovó Su Majestad sobre sus escogidos y perfectos las bienaventuranzas que antes les había ofrecido y prometido (Mt 5, 3ss). Miró a los pobres de espíritu, que en esta virtud le habían de imitar, y dijo: Bienaventurados seréis en vuestra desnudez de las cosas terrenas, porque con mi pasión y muerte he de vincular el reino de los cielos como posesión segura y cierta de la pobreza voluntaria. Bienaventurados serán los que con mansedumbre sufrieren y llevaren las adversidades y tribulaciones, porque, a más del derecho que adquieren a mi gozo por haberme imitado, poseerán la tierra de las voluntades y corazones humanos con la apacible conversación y suavidad de la virtud. Bienaventurados los que sembrando con lágrimas lloraren (Sal 125, 5), porque en ellas recibirán el pan de entendimiento y vida y cogerán después el fruto de la alegría y gozo sempiterno.

1276. Benditos serán también los que tuvieron hambre y sed de la justicia y verdad, porque yo les merezco satisfacción y hartura que excederá a todos sus deseos, así en la gracia como en el premio de la gloria. Benditos serán los que se compadecieren con misericordia de aquellos que los ofenden y persiguen, como yo lo hago, perdonándolos y ofreciéndoles mi amistad y gracia, si la quieren admitir, que yo les prometo en nombre de mi Padre larga misericordia. Sean benditos los limpios de corazón, que me imitan y crucifican su carne para conservar la pureza del espíritu; yo les prometo la visión de paz y que lleguen a la de mi divinidad por mi semejanza y participación. Benditos sean los pacíficos, que sin buscar su derecho no resisten a los malos y los reciben con corazón sencillo y quieto sin venganza; ellos serán llamados hijos míos, porque imitaron la condición de su Padre celestial y yo los concibo y escribo en mi memoria y en mi mente para adoptarlos por míos. Y los que padecieren persecución por la justicia, sean bienaventurados y herederos de mi reino celestial, porque padecieron conmigo, y donde yo estaré quiero que estén eternamente conmigo (Jn 12, 26). Alegraos, pobres; recibid consolación

los que estáis y estaréis tristes; celebrad vuestra dicha los pequeñuelos y despreciados del mundo; los que padecéis con humildad y sufrimiento, padeced con interior regocijo; pues todos me seguís por las sendas de la verdad. Renunciad la vanidad, despreciad el fausto y arrogancia de la soberbia de Babilonia falsa y mentirosa, pasad por el fuego y las aguas de la tribulación hasta llegar a mí, que soy luz, verdad y vuestra guía para el eterno descanso y refrigerio.

1277. En estas obras tan divinas y otras peticiones por los pecadores, estaba ocupado nuestro Salvador Jesús, mientras el concilio de los malignantes le rodeaba, y como rabiosos canes —según dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 21, 17)— le embestían y cargaban de afrentas, oprobios, heridas y blasfemias. Y la Madre Virgen, que a todo estaba atenta, le acompañaba en lo que hacía y padecía; porque en las peticiones hizo la misma oración por los enemigos, y en las bendiciones que dio su Hijo santísimo a los justos y predestinados se constituyó la divina Reina por su Madre, amparo y protectora, y en nombre de todos hizo cánticos de alabanza y agradecimiento porque a los despreciados del mundo y pobres les dejaba el Señor tan alto lugar de su divina aceptación y agrado. Y por esta causa y las que conoció en estas obras interiores de Cristo nuestro Señor, hizo con incomparable fervor nueva elección de los trabajos y desprecios, tribulaciones y penas para lo restante de la pasión y de su vida santísima.

1278. A nuestro Salvador Jesús había seguido San Pedro desde la casa de Anás a la de Caifás, aunque algo de lejos, porque siempre le tenía acobardado el miedo de los judíos, pero vencíale en parte con el amor que a su Maestro tenía y con el esfuerzo connatural de su corazón. Y entre la multitud que entraba y salía en casa de Caifás, no fue dificultoso introducirse el Apóstol, abrigado también de la oscuridad de la noche. En las puertas del zaguán le miró otra criada, que era portera como la de la casa de Anás, y acercándose a los soldados, que también allí estaban al fuego, les dijo: *Este hombre es uno de los que acompañaban a Jesús Nazareno.* Y uno de los circunstantes le dijo: *Tú verdaderamente eres galileo y uno de ellos (Mc*

14, 67.71; Lc 22, 48). Nególo San Pedro, afirmando con juramento que no era discípulo de Jesús, y con esto se desvió del fuego y conversación. Pero aunque salió fuera del zaguán, no se fue ni se pudo apartar hasta ver el fin del Salvador, porque lo detenía el amor y compasión natural de los trabajos en que le dejaba. Y andando el Apóstol rodeando y acechando por espacio o tiempo de una hora en la misma casa de Caifás, le conoció un pariente de Malco, a quien él había cortado la oreja, y le dijo: *Tú eres galileo y discípulo de Jesús, y yo te vi con él en el huerto (Lc 22, 59; Jn 18, 26).* Entonces San Pedro cobró mayor miedo viéndose conocido y comenzó a negar y maldecirse de que no conocía aquel Hombre. Y luego cantó el gallo segunda vez y se cumplió puntualmente la sentencia y prevención que su divino Maestro había hecho, de que le negaría aquella noche tres veces antes que cantase el gallo dos.

1279. Anduvo el Dragón infernal muy codicioso contra San Pedro para destruirle, y el mismo Lucifer movió a las criadas de los pontífices primero, como más livianas, y después a los soldados, para que unos y otros afligiesen al Apóstol con su atención y preguntas, y a él le turbó con grandes imaginaciones y crueldad, después que le vio en el peligro, y más cuando comenzaba a blandear. Y con esta vehemente tentación, la primera negación fue simple, la segunda con juramento y a la tercera añadió anatemas y execraciones contra sí mismo; que por este modo, de un pecado menor se viene a otro mayor, oyendo a la crueldad de nuestros enemigos. Pero San Pedro oyendo el canto del gallo se acordó del aviso de su divino Maestro, porque Su Majestad le miró con su liberal misericordia. Y para que le mirase intervino la piedad de la gran Reina del mundo, porque en el cenáculo, donde estuvo, conoció las negaciones y el modo y causas con que el Apóstol las había hecho, afligido del temor natural y mucho más de la crueldad de Lucifer. Postróse luego en tierra la divina Señora y con lágrimas pidió por San Pedro, representando su fragilidad con los méritos de su Hijo santísimo. El mismo Señor despertó el corazón de Pedro y le reprendió benignamente, mediante la luz que le envió para que conociese su culpa y la llorase. Al punto se salió el Apóstol de la casa del Pontífice, rompiendo su corazón con íntimo dolor y lágrimas

por su caída, y para llorarla con amargura se fue a una cueva, que ahora llaman del Gallicanto, donde lloró con confusión y dolor vivo; y dentro de tres horas volvió a la gracia y alcanzó perdón de sus delitos, aunque los impulsos y santas inspiraciones se continuaron siempre. Y la purísima Madre y Reina del cielo envió uno de sus Ángeles que ocultamente le consolase y moviese con esperanza al perdón, porque con el desmayo de esta virtud no se le retardase. Fue el Santo Ángel con orden de que no se le manifestase, por haber tan poco que el Apóstol había cometido su pecado. Todo lo ejecutó el Ángel sin que San Pedro le viese, y quedó el gran penitente confortado y consolado con las inspiraciones del Ángel y perdonado por intercesión de María santísima.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora.

1280. Hija mía, el sacramento misterioso de los oprobios, afrentas y desprecios que padeció mi Hijo santísimo, es un libro cerrado que sólo se puede abrir y entender con la divina luz, como tú lo has conocido y en parte se te ha manifestado, aunque escribes mucho menos de lo que entiendes, porque no lo puedes todo declarar. Pero como se te desplega y hace patente en el secreto de tu corazón, quiero que quede en él escrito y que en la noticia de este ejemplar vivo y verdadero estudies la divina ciencia que la carne ni la sangre no te pueden enseñar, porque ni la conoce el mundo ni merece conocerla. Esta filosofía divina consiste en aprender y amar la felicísima suerte de los pobres, de los humildes, de los afligidos, despreciados y no conocidos entre los hijos de la vanidad. Esta escuela estableció mi Hijo santísimo y amantísimo en su Iglesia, cuando en el monte predicó y propuso a todos las ocho bienaventuranzas. Y después, como catedrático que ejecuta la doctrina que enseña, la puso en práctica, cuando en la pasión y oprobios renovó los capítulos de esta ciencia que en sí mismo ejecutaba, como lo has escrito (Cf. supra n. 1275). Pero con todo eso, aunque la tienen presente los católicos y está pendiente ante ellos este libro de la vida, son muy pocos y contados los que entran en esta escuela y estudian en este libro, e infinitos los estultos y necios que ignoran esta ciencia, porque no se disponen para ser

enseñados en ella.

1281. Todos aborrecen la pobreza y están sedientos de las riquezas, sin que les desengañe su falacia. Infinitos son los que siguen a la ira y la venganza y desprecian la mansedumbre. Pocos lloran sus miserias verdaderas, y trabajan muchos por la consolación terrena; apenas hay quien ame la justicia y quien no sea injusto y desleal con sus prójimos. La misericordia está extinguida, la limpieza de los corazones violada y oscurecida, la paz estragada: nadie perdona, ni quiere padecer, no sólo por la justicia, pero mereciendo de justicia padecer muchas penas y tormentos huyen todos injustamente de ellos. Con esto, carísima, hay pocos bienaventurados a quien les alcancen las bendiciones de mi Hijo santísimo y las mías. Y muchas veces se te ha manifestado el enojo y justa indignación del Altísimo contra los profesores de la fe, porque, a vista de su ejemplar y Maestro de la vida, viven casi como infieles; y muchos son más aborrecibles porque ellos son los que de verdad desprecian el fruto de la redención que confiesan y conocen y en la tierra de los santos obran la maldad con impiedad y se hacen indignos del remedio que con mayor misericordia se les puso en las manos.

1282. De ti, hija mía, quiero trabajes por llegar a ser bienaventurada, siguiéndome por imitación perfecta, según las fuerzas de la gracia que recibes, para entender esta doctrina escondida de los prudentes y sabios del mundo. Cada día te manifiesto nuevos secretos de mi sabiduría, para que tu corazón se encienda y te alientes extendiendo tus manos a cosas fuertes. Y ahora te añado un ejercicio que yo hice, que en parte puedas imitarme. Ya sabes que desde el primer instante de mi concepción fui llena de gracia, sin la mácula del pecado original y sin participar sus efectos; y por este singular privilegio fui desde entonces bienaventurada en las virtudes sin sentir la repugnancia ni contradicción que vencer, ni hallarme deudora de qué pagar ni satisfacer por culpas propias mías. Con todo esto, la divina ciencia me enseñó que por ser hija de Adán en la naturaleza que había pecado, aunque no en la culpa cometida, debía humillarme más que el polvo. Y porque yo tenía sentidos de la misma especie de aquellos con que se

había cometido la inobediencia y sus malos efectos que entonces y después se sienten en la condición humana, debía yo por solo este parentesco mortificarlos, humillarlos y privarlos de la inclinación que en la misma naturaleza tenían. Y procedía como una hija fidelísima de familias, que la deuda de su padre y de sus hermanos, aunque a ella no la alcanza, la tiene por propia y procura pagarla y satisfacer por ella con tanto más diligencia, cuanto ama a su padre y hermanos y ellos menos pueden pagarla y desempeñarse, y nunca descansa hasta conseguirlo. Esto mismo hacía yo con todo el linaje humano, cuyas miserias y delitos lloraba; y porque era hija de Adán mortificaba en mí los sentidos y potencias con que él pecó y me humillaba como corrida y rea de su pecado e inobediencia, aunque no me tocaba, y lo mismo hacía por los demás que en la naturaleza son mis hermanos. No puedes tú imitarme en las condiciones dichas, porque eres participante de la culpa. Pero eso mismo te obliga a que me imites en lo demás que yo obraba sin ella, pues al tenerla, y la obligación de satisfacer a la divina justicia, te ha de compeler a trabajar sin cesar por ti y los prójimos y a humillarte hasta el polvo, porque el corazón contrito y humillado inclina a la verdadera piedad para usar de misericordia.

CAPITULO 17

Lo que padeció nuestro Salvador Jesús después de la negación de San Pedro hasta la mañana y el dolor grande de su Madre santísima.

1283. Este paso dejaron en silencio los Sagrados Evangelistas sin haber declarado dónde y qué padeció el autor de la vida después de la negación de San Pedro y oprobios que Su Majestad recibió en casa de Caifás y en su presencia hasta la mañana, cuando todos refieren la nueva consulta que hicieron para presentarle a Pilatos, como se verá en el capítulo siguiente. Yo dudaba en proseguir este paso y manifestar lo que de él se me ha dado a entender, porque juntamente se me ha mostrado que no todo se conocerá en esta vida, ni conviene se diga a todos, porque el día del juicio se harán patentes a los hombres éste y

otros sacramentos de la vida y pasión de nuestro Redentor. Y para lo que yo puedo manifestar, no hallo razones adecuadas a mi concepto, y menos al objeto que concibo, porque todo es inefable y sobre mi capacidad. Pero obedeciendo diré lo que alcanzo, para no ser reprendida porque callé la verdad, que tanto confunde y condena nuestra vanidad y olvido. Yo confieso en presencia del cielo mi dureza, pues no muero de confusión y dolor por haber cometido culpas que costaron tanto al mismo Dios que me dio el ser y vida que tengo. No podemos ya ignorar la fealdad y peso del pecado, pues hizo tal estrago en el mismo autor de la gracia y de la gloria. Yo seré la más ingrata de todos los nacidos, si desde hoy no aborreciere la culpa más que a la muerte y como al mismo demonio, y esta deuda intimo y amonesto a todos los católicos hijos de la Iglesia Santa.

1284. Con los oprobios que recibió Cristo nuestro bien en presencia de Caifás quedó la envidia del ambicioso pontífice y la ira de sus coligados y ministros muy cansada aunque no saciada. Pero, como ya era pasada la media noche, determinaron los del concilio, que mientras dormían quedase nuestro Salvador a buen recado y seguro de que no huyese hasta la mañana. Para esto le mandaron encerrar atado como estaba en un sótano que servía de calabozo para los mayores ladrones y facinerosos de la república. Era esta cárcel tan oscura que casi no tenía luz y tan inmunda y de mal olor que pudiera infestar la casa, si no estuviera tan tapada y cubierta, porque había muchos años que no la habían limpiado ni purificado, así por estar muy profunda como porque las veces que servía para encerrar tan malos hombres no reparaban en meterlos en aquel horrible calabozo, como a gente indigna de toda piedad y bestias indómitas y fieras.

1285. Ejecutóse lo que mandó el concilio de maldad, y los ministros llevaron y encarcelaron al Criador del cielo y de la tierra en aquel inmundo y profundo calabozo. Y como siempre estaba aprisionado en la forma que vino del huerto, pudieron estos obradores de la iniquidad continuar a su salvo la indignación que siempre el príncipe de las tinieblas les administraba, porque llevaron a Su Majestad

tirando de las sogas y casi arrastrándole con inhumano furor y cargándole de golpes y blasfemias execrables. En un ángulo de lo profundo de este sótano salía del suelo un escollo o punta de un peñasco tan duro, que por eso no le habían podido romper. Y en esta peña, que era como un pedazo de columna, ataron y amarraron a Cristo nuestro bien con los extremos de las sogas, pero con un modo desapiadado; porque dejándole en pie, le pusieron de manera que estuviese amarrado y juntamente inclinado el cuerpo, sin que pudiera estar sentado, ni tampoco levantado derecho el cuerpo para aliviarse, de manera que la postura vino a ser nuevo tormento y en extremo penoso. Con esta forma de prisión le dejaron y le cerraron las puertas con llave, entregándola a uno de aquellos pésimos ministros que cuidase de ella.

1286. Pero el Dragón infernal en su antigua soberbia no sosegaba y siempre deseaba saber quién era Cristo, e irritando su inmutable paciencia inventó otra nueva maldad, revistiéndose en aquel depravado ministro y en otros. Puso en la imaginación del que tenía la llave del divino preso y del mayor tesoro que posee el cielo y la tierra, que convidase a otros de sus amigos de semejantes costumbres que él, para que todos juntos bajasen al calabozo donde estaba el Maestro de la vida a tener con él un rato de entretenimiento, obligándole a que hablase y profetizase, o hiciese alguna cosa inaudita, porque tenían a Su Majestad por mágico y adivino. Y con esta diabólica sugestión convidó a otros soldados y ministros, y determinaron ejecutarlo. Pero en el ínterin que se juntaron, sucedió que la multitud de Ángeles que asistían al Redentor en su pasión, luego que le vieron amarrado en aquella postura tan dolorosa y en lugar tan indigno e inmundo, se postraron ante su acatamiento, adorándole por su Dios y Señor verdadero, y dieron a Su Majestad tanto más profunda reverencia y culto cuanto era más admirable en dejarse tratar con tales oprobios por el amor que tenía a los mismos hombres. Cantáronle algunos himnos y cánticos de los que su Madre purísima había hecho en alabanza suya, como arriba dije (Cf. supra n. 1277). Y todos los espíritus celestiales le pidieron en nombre de la misma Señora que, pues no quería mostrar el poder de su diestra en aliviar su

humanidad santísima, les diese a ellos licencia para que le desatasen y aliviasen de aquel tormento y le defendiesen de aquella cuadrilla de ministros que instigados del demonio se prevenían para ofenderle de nuevo.

1287. No admitió Su Majestad este obsequio de los Ángeles y les respondió diciendo: Espíritus y ministros de mi Eterno Padre, no es mi voluntad recibir ahora alivio en mi pasión, y quiero padecer estos oprobios y tormentos, para satisfacer a la caridad ardiente con que amo a los hombres y dejar a mis escogidos y amigos este ejemplo, para que me imiten y en la tribulación no desfallezcan, y para que todos estimen los tesoros de la gracia, que les merecí con abundancia por medio de estas penas. Y quiero asimismo justificar mi causa, para que el día de mi indignación sea patente a los réprobos la justicia con que son condenados por haber despreciado mi acerbísima pasión, que recibí para buscarles el remedio. A mi Madre diréis que se consuele en esta tribulación, mientras llega el día de la alegría y descanso, que me acompañe ahora en el obrar y padecer por los hombres, que de su afecto compasivo y de todo lo que hace recibo agrado y complacencia.—Con esta respuesta fueron los Santos Ángeles a su gran Reina y Señora y con la embajada sensible la consolaron, aunque por otra noticia no ignoraba la voluntad de su Hijo santísimo y todo lo que sucedía en casa del pontífice Caifás. Y cuando conoció la nueva crueldad con que dejaron amarrado al Cordero del Señor y la postura de su cuerpo santísimo tan penosa y dura, sintió la purísima Madre el mismo dolor en su purísima persona, como también sintió el de los golpes, bofetadas y oprobios que hicieron contra el autor de la vida; porque todo resonaba como un milagroso eco en el virginal cuerpo de la candidísima paloma, y un mismo dolor y pena hería al Hijo y a la Madre, y un cuchillo los traspasaba, diferenciándose en que padecía Cristo como Hombre-Dios y Redentor único de los hombres y María santísima como pura criatura y coadjutora de su Hijo santísimo.

1288. Cuando conoció que Su Majestad daba permiso para que entrase en la cárcel aquella vilísima canalla de ministros, incitados por el demonio, hizo la amorosa Madre

amargo llanto por lo que había de suceder. Y previniendo los intentos sacrílegos de Lucifer, estuvo muy atenta para usar de la potestad de Reina y no consentir se ejecutase contra la persona de Cristo nuestro bien acción alguna indecente, como la intentaba el Dragón por medio de la crueldad de aquellos infelices hombres. Porque si bien todas eran indignas y de suma irreverencia para la persona divina de nuestro Salvador, pero en algunas podía haber menos decencia, y éstas las procuraba introducir el enemigo para provocar la indignación del Señor, cuando con las demás que había intentado no podía irritar su mansedumbre. Fueron tan raras y admirables, heroicas y extraordinarias las obras que hizo la gran Señora en esta ocasión y en todo el discurso de la pasión, que ni se pueden dignamente referir ni alabar, aunque se escribieran muchos libros de solo este argumento, y es fuerza remitirlo a la visión de la divinidad, porque en esta vida es inefable para decirlo.

1289. Entraron, pues, en el calabozo aquellos ministros del pecado, solemnizando con blasfemias la fiesta que se prometían con las ilusiones y escarnios que determinaban ejecutar contra el Señor de las criaturas. Y llegándose a él comenzaron a escupirle asquerosamente y darle de bofetadas con increíble mofa y desacato. No respondió Su Majestad ni abrió su boca, no alzó sus soberanos ojos, guardando siempre humilde serenidad en su semblante. Deseaban aquellos ministros sacrílegos obligarle a que hablase o hiciese alguna acción ridícula o extraordinaria, para tener más ocasión de celebrarle por hechicero y burlarse de él, y como vieron aquella mansedumbre inmutable se dejaron irritar más de los demonios que asistían con ellos. Desataron al divino Maestro de la peña donde estaba amarrado y le pusieron en medio del calabozo, vendándole los sagrados ojos con un paño, y puesto en medio de todos le herían con puñadas, pescozones y bofetadas, uno a uno, cada cual a porfía, con mayor escarnio y blasfemia, mandándole que adivinase y dijese quién era el que le daba. Este linaje de blasfemias replicaron los ministros en esta ocasión, más que en presencia de Anás, cuando refieren San Mateo (Mt 26, 67), San Marcos (Mc 14, 65) y San Lucas (Lc 2264) este caso,

comprendiendo tácitamente lo que sucedió después.

1290. Callaba el Cordero mansísimo a esta lluvia de oprobios y blasfemias, y Lucifer, que estaba sediento de que hiciese algún movimiento contra la paciencia, se atormentaba de verla tan inmutable en Cristo nuestro Señor, y con infernal consejo puso en la imaginación de aquellos sus esclavos y amigos que le desnudasen de todas sus vestiduras y le tratasen con palabras y acciones fraguadas en el pecho de tan execrable demonio. No resistieron los soldados a esta sugestión y quisieron ejecutarla. Este abominable sacrilegio estorbó la prudentísima Señora con oraciones, lágrimas y suspiros y usando del imperio de Reina, porque pedía al Eterno Padre no concurriese con aquellas causas segundas para tales obras, y a las mismas potencias de los ministros mandó no usasen de la virtud natural que tenían para obrar. Con este imperio sucedió que nada pudieron ejecutar aquellos sayones de cuanto el demonio y su malicia en esto les administraba, porque muchas cosas se les olvidaban luego, otras que deseaban no tenían fuerzas para ejecutarlas, porque quedaban como helados y pasmados los brazos hasta que retrataban su inicua determinación. Y en mudándola volvían a su natural estado, porque aquel milagro no era entonces para castigarlos, sino para sólo impedir las acciones más indecentes y consentir las que menos lo eran, o las de otra especie de irreverencia que el Señor quería permitir.

1291. Mandó también la poderosa Reina a los demonios que enmudeciesen y no incitasen a los ministros en aquellas maldades indecentes que Lucifer intentaba y quería proseguir. Y con este imperio quedó el Dragón quebrantado en cuanto a lo que se extendía la voluntad de María santísima y no pudo irritar más la indignación estulta de aquellos depravados hombres, ni ellos pudieron hablar ni hacer cosa indecente, más de en la materia que se les permitió. Pero con experimentar en sí mismos aquellos efectos tan admirables como desacostumbrados, no merecieron desengañarse ni conocer el poder divino, aunque unas veces se sentían como baldados y otras libres y sanos, y todo de improviso, y lo atribuían a que el

Maestro de la verdad y de la vida era hechicero y mágico. Y con este error diabólico perseveraron en hacer otros géneros de burlas injuriosas y tormentos a la persona de Cristo, hasta que conocieron corría ya muy adelante la noche y entonces volvieron a amarrarle de nuevo al peñasco y dejándole atado se salieron ellos y los demonios. Fue orden de la divina Sabiduría cometer a la virtud de María santísima la defensa de la honestidad y decencia de su Hijo purísimo en aquellas cosas que no convenía ser ofendida del consejo de Lucifer y sus ministros.

1292. Quedó solo otra vez nuestro Salvador en aquel calabozo, asistido de los espíritus angélicos, llenos de admiración de las obras y secretos juicios de Su Majestad en lo que había querido padecer, y por todo le dieron profundísima adoración y le alabaron magnificando y exaltando su santo nombre. Y el Redentor del mundo hizo una larga oración a su Eterno Padre, pidiendo por los hijos futuros de su Iglesia evangélica y dilatación de la fe y por los Apóstoles, especialmente por San Pedro, que estaba llorando su pecado. Pidió también por los que le habían injuriado y escarnecido, y sobre todo convirtió su petición para su Madre santísima y por los que a su imitación fuesen afligidos y despreciados del mundo y por todos estos fines ofreció su pasión y muerte que esperaba. Al mismo tiempo le acompañó la dolorosa Madre con otra larga oración y con las mismas peticiones por los hijos de la Iglesia y por sus enemigos, y sin turbarse ni recibir indignación ni aborrecimiento contra ellos; sólo contra el demonio le tuvo, como incapaz de la gracia por su irreparable obstinación. Y con llanto doloroso habló con el Señor y le dijo:

1293. Amor y bien de mi alma, Hijo y Señor mío, digno sois de que todas las criaturas os reverencien, honren y alaben, que todo os lo deben, porque sois imagen del Eterno Padre y figura de su sustancia, infinito en vuestro ser y perfecciones, sois principio y fin de toda santidad. Si ellas sirven a vuestra voluntad con rendimiento, ¿cómo ahora, Señor y bien eterno, desprecian, vituperan, afrentan y atormentan vuestra persona digna de supremo culto y adoración?, ¿cómo se ha levantado tanto la malicia de los hombres?, ¿cómo se ha desmandado la soberbia hasta

poner su boca en el cielo?, ¿cómo ha sido tan poderosa la envidia? Vos sois el único y claro sol de justicia que alumbra y destierra las tinieblas del pecado. Sois la fuente de la gracia, que a ninguno se niega si la quiere. Sois el que por liberal amor dais el ser y movimiento a los que le tienen en la vida y conservación a las criaturas, y todo pende y necesita de Vos sin que nada hayáis menester. Pues ¿qué han visto en vuestras obras? ¿Qué han hallado en vuestra persona, para que así la maltraten y vituperen? ¡Oh fealdad atrocísima del pecado, que así has podido desfigurar la hermosura del cielo y oscurecer los claros soles de su venerable rostro! ¡Oh cruenta fiera que tan sin humanidad tratas al mismo Reparador de tus daños! Pero ya, Hijo y Dueño mío, conozco que sois Vos el Artífice del verdadero amor, el Autor de la salvación humana, el Maestro y Señor de las virtudes, que en Vos mismo ponéis en práctica la doctrina que enseñáis a los humildes discípulos de Vuestra escuela. Humilláis la soberbia, confundís la arrogancia y para todos sois ejemplo de salvación eterna. Y si queréis que todos imiten Vuestra inefable paciencia, a mí me toca la primera, que administré la materia y Os vestí de carne pasible en que sois herido, escupido y abofeteado. ¡Oh si yo sola padeciera tantas penas y Vos, inocentísimo Hijo mío, estuvierais sin ellas! Y si esto no es posible, padezca yo con Vos hasta la muerte. Y vosotros, espíritus soberanos, que admirados de la paciencia de mi amado conocéis su deidad inconmutable y la inocencia y dignidad de su verdadera humanidad, recompensad las injurias y blasfemias que recibe de los hombres. Dadle testimonio de su magnificencia y gloria, sabiduría, honor, virtud y fortaleza (Ap 5, 12). Convidad a los cielos, planetas, estrellas y elementos para que todos le conozcan y confiesen; y ved si por ventura hay otro dolor que se iguale al mío (Lam 1, 12).—Estas razones tan dolorosas y otras semejantes decía la purísima Señora, con que descansaba algún tanto en la amargura de su pena y dolor.

1294. Fue incomparable la paciencia de la divina Princesa en la muerte y pasión de su amantísimo Hijo y Señor, porque jamás le pareció mucho lo que padecía, ni la balanza de los trabajos igualaba a la de su afecto, que medía con el amor y con la dignidad de su Hijo santísimo y

sus tormentos, ni en todas las injurias y desacatos que se hacían contra el mismo Señor se hizo parte para sentirlos por sí misma, ni los reputó por propios, aunque todos los conoció y lloró en cuanto eran contra la Divina Persona y en daño de los agresores, y por todos oró y rogó, para que el Muy Alto los perdonase y apartase de pecado y de todo mal y los ilustrase con su divina luz para conseguir el fruto de la Redención.

Doctrina de la Reina del cielo María santisima.

1295. Hija mía, escrito está en el evangelio (Jn 5, 27) que el Padre Eterno dio a su Unigénito y mío la potestad para juzgar y condenar a los réprobos el último día del juicio universal. Y esto fue muy conveniente, no sólo para que entonces vean todos los juzgados y reos al Juez supremo que conforme a la voluntad y rectitud divina los condenará, sino también para que vean y conozcan aquella misma forma de su humanidad santísima en que fueron redimidos y se le manifiesten en ella los tormentos y oprobios que padeció para rescatarlos de la eterna condenación; y el mismo Señor y Juez que los ha de juzgar les hará este cargo. Al cual así como no podrán responder ni satisfacer, así será esta confusión el principio de la pena eterna que merecieron con su ingratitud obstinada, porque entonces se hará notoria y patente la grandeza de la misericordia piadosísima con que fueron redimidos y la razón de la justicia con que son condenados. Grande fue el dolor, acerbísimas las penas y amarguras que había padecido mi Hijo santísimo, porque no habían de lograr todos el fruto de la Redención, y esto traspasó mi corazón al tiempo que le atormentaban, juntamente el verle escupido, abofeteado, blasfemado y afligido con tan impíos tormentos, que no se pueden conocer en la vida presente y mortal. Yo lo conocí digna y claramente, y a la medida de esta ciencia fue mi dolor, como lo era el amor y reverencia de la persona de Cristo, mi Señor y mi Hijo. Pero después de estas penas fueron las mayores por conocer que, con haber padecido Su Majestad tal muerte y pasión por los hombres, se habían de condenar tantos a vista de aquel infinito valor.

1296. En este dolor también quiero que me acompañes y

me imites y te lastimes de esta lamentable desdicha, que entre los mortales no hay otra digna de ser llorada con llanto lastimoso, ni dolor que se compare a éste. Pocos hay en el mundo que adviertan en esta verdad con la ponderación que se debe. Pero mi Hijo y yo admitimos con especial agrado a los que nos imitan en este dolor y se afligen por la perdición de tantas almas. Procura tú, carísima, señalarte en este ejercicio y pide, que no sabes cómo lo aceptará el Altísimo. Pero has de saber sus promesas, que al que pidiere le darán y a quien llamare le abrirán la puerta de sus tesoros infinitos. Y para que tengas qué ofrecerle, escribe en tu memoria lo que padeció mi Hijo santísimo y tu Esposo por mano de aquellos ministros viles y depravados hombres y la invencible paciencia, mansedumbre y silencio con que se sujetó a su inicua voluntad. Y con este dechado, desde hoy trabaja para que en ti no reine la irascible, ni otra pasión de hija de Adán, y se engendre en tu pecho un aborrecimiento eficaz del pecado de la soberbia, de despreciar y ofender al prójimo. Y pide y solicita con el Señor la paciencia, mansedumbre, apacibilidad y amor a los trabajos y cruz del Señor. Abrázate con ella, tómala con piadoso afecto y sigue a Cristo tu esposo, para que le alcances.

CAPITULO 18

Júntase el concilio viernes por la mañana, para sustanciar la causa contra nuestro Salvador Jesús, remítenle a Pilatos y sale al encuentro María santísima con San Juan Evangelista y las tres Marías.

1297. El viernes por la mañana en amaneciendo, dicen los Evangelistas (Mt 27, 1; Mc 15, 1; Lc 22, 66; Jn 18, 28), se juntaron los más ancianos del gobierno con los príncipes de los sacerdotes y escribas, que por la doctrina de la ley eran más respetados del pueblo, para que de común acuerdo se sustanciara la causa de Cristo y fuera condenado a muerte como todos deseaban, dándole algún color de justicia para cumplir con el pueblo. Este concilio se hizo en casa del Pontífice Caifás, donde Su Majestad estaba preso. Y para examinarle de nuevo mandaron que le subiesen del

calabozo a la sala del concilio. Bajaron luego a traerle atado y preso aquellos ministros de justicia y, llegando a soltarle de aquel peñasco que queda dicho (Cf. supra n. 1285), le dijeron con gran risa y escarnio: Ea, Jesús Nazareno, y qué poco te han valido tus milagros para defenderte. No fueran buenos ahora para escaparte aquellos artes con que decías que en tres días edificarías el templo, mas aquí pagarás ahora tus vanidades, y se humillarán tus altos pensamientos; ven, ven, que te aguardan los príncipes de los sacerdotes y escribas para dar fin a tus embustes y entregarte a Pilatos, que acabe de una vez contigo.— Desataron al Señor y subiéronle al concilio, sin que Su Majestad desplegase su boca. Pero de los tormentos, bofetadas y salivas de que, como estaba, atadas las manos, no se había podido limpiar, estaba tan desfigurado y flaco, que causó espanto, pero no compasión, a los del concilio. Tal era la ira que contra el Señor habían contraído y concebido.

1298. Preguntáronle de nuevo que les dijese si él era Cristo, que quiere decir el ungido. Y esta segunda pregunta fue con intención maliciosa, como las demás, no para oír la verdad y admitirla, sino para calumniarla y ponérsela por acusación. Pero el Señor, que así quería morir por la verdad, no quiso negarla, ni tampoco confesarla de manera que la despreciasen y tomase la calumnia algún color aparente, porque aun éste no podía caber en su inocencia y sabiduría. Y así templó la respuesta de tal suerte, que si tuvieran los fariseos alguna piedad tuvieran también ocasión de inquirir con buen celo el sacramento escondido en sus razones, y si no la tenían se entendiese que la culpa estaba en su mala intención y no en la respuesta del Salvador. Respondióles y dijo: Si yo afirmo que soy el que me preguntáis, no daréis crédito a lo que dijere, y si os preguntare algo tampoco me responderéis ni me soltaréis. Pero digo que el Hijo del Hombre, después de esto, se asentará a la diestra de la virtud de Dios.—Replicaron los pontífices: ¿Luego tú eres Hijo de Dios?—Respondió el Señor: Vosotros decís que yo soy (Lc 22, 67-70).— Y fue lo mismo que decirles: Muy legítima es la consecuencia que habéis hecho, que yo soy Hijo de Dios, porque mis obras y doctrina y vuestras Escrituras y todo lo que ahora hacéis

conmigo testifican que yo soy Cristo, el prometido en la ley.

1299. Pero como aquel concilio de malignantes no estaba dispuesto para dar asenso a la verdad divina, aunque ellos mismos la colegían por buenas consecuencias y la podían creer, ni la entendieron ni le dieron crédito, antes la juzgaron por blasfemia digna de muerte. Y viendo que se ratificaba el Señor en lo que antes había confesado, respondieron todos: ¿Qué necesidad tenemos de más testigos, pues él mismo nos lo confiesa por su boca? (Lc 22, 71)—Y luego de común acuerdo decretaron, que como digno de muerte fuese llevado y presentado a Poncio Pilatos, que gobernaba la provincia de Judea en nombre del emperador romano, como señor de Palestina en lo temporal. Y según las leyes del imperio romano, las causas de sangre o de muerte estaban reservadas al senado o emperador, o a sus ministros que gobernaban las provincias remotas, y no se las dejaban a los mismos naturales; porque negocios tan graves, como quitar la vida, querían que se mirase con mayor atención y que ningún reo fuese condenado sin ser oído y darle tiempo y lugar para su defensa y descargo, porque en este orden de justicia se ajustaban los romanos más que otras naciones a la ley natural de la razón. Y en la causa de Cristo nuestro bien se holgaron los pontífices y escribas de que la muerte que deseaban darle fuese por sentencia de Pilatos, que era gentil, para cumplir con el pueblo con decir que el gobernador romano le había condenado y que no lo hiciera si no fuera digno de muerte. Tanto como esto les oscurecía el pecado y la hipocresía, como si ellos no fueran los autores de toda la maldad y más sacrílegos que el juez de los gentiles; y así ordenó el Señor que se manifestase a todos con lo mismo que hicieron con Pilatos, como luego veremos.

1300. Llevaron los ministros a nuestro Salvador Jesús de casa de Caifás a la de Pilatos, para presentársele atado, como digno de muerte, con las cadenas y sogas que le prendieron. Estaba la ciudad de Jerusalén llena de gente de toda Palestina, que había concurrido a celebrar la gran Pascua del cordero y de los Ázimos, y con el rumor que ya corría en el pueblo y la noticia que todos tenían del Maestro

de la vida concurrió innumerable multitud a verle llevar preso por las calles, dividiéndose todo el vulgo en varias opiniones. Unos a grandes voces decían: Muera, muera este mal hombre y embustero que tiene engañado al mundo; otros respondían, no parecían sus doctrinas tan malas ni sus obras, porque hacía muchas buenas a todos; otros, de los que habían creído, se afligían y lloraban; y toda la ciudad estaba confusa y alterada. Estaba Lucifer muy atento y sus demonios también a cuanto pasaba, y con insaciable furor, viéndose ocultamente vencido y atormentado de la invencible paciencia y mansedumbre de Cristo nuestro Señor, desatinábale su misma soberbia e indignación, sospechando que aquellas virtudes que tanto le atormentaban no podían ser de puro hombre. Por otra parte, presumía que dejarse maltratar y despreciar con tanto extremo y padecer tanta flaqueza y como desmayo en el cuerpo no podía ajustarse con Dios verdadero, porque si lo fuera —decía el Dragón— la virtud divina y su naturaleza comunicada a la humana le influyera grandes efectos para que no desfalleciera, ni consintiera lo que en ella se hace. Esto decía Lucifer, como quien ignoraba el divino secreto de haber suspendido Cristo nuestro Señor los efectos que pudieran redundar de la divinidad en la naturaleza humana, para que el padecer fuese en sumo grado, como queda dicho arriba (Cf. supra n. 1209). Pero con estos recelos se enfurecía más el soberbio Dragón en perseguir al Señor, para probar quién era el que así sufría los tormentos.

1301. Era ya salido el sol cuando esto sucedía; y la dolorosa Madre, que todo lo miraba, determinó salir de su retiro para seguir a su Hijo santísimo a casa de Pilatos y acompañarle hasta la cruz. Y cuando la gran Reina y Señora salía del cenáculo, llegó San Juan a darle cuenta de todo lo que pasaba, porque ignoraba entonces el amado discípulo la ciencia y visión que María santísima tenía de todas las obras y sucesos de su amantísimo Hijo. Y después de la negación de San Pedro, se había retirado San Juan Evangelista, atalayando más de lejos lo que pasaba. Reconociendo también la culpa de haber huido en el huerto y llegando a la presencia de la Reina, la confesó por Madre de Dios con lágrimas y le pidió perdón y luego le dio cuenta

de todo lo que pasaba en su corazón, había hecho y visto siguiendo a su divino Maestro. Parecióle a San Juan Evangelista era bien prevenir a la afligida Madre, para que llegando a la vista de su Hijo santísimo no se hallase tan lastimada con el nuevo espectáculo. Y para representársele desde luego, le dijo estas palabras: ¡Oh Señora mía, qué afligido queda nuestro divino Maestro! No es posible mirarle sin romper el corazón de quien le viere, porque de las bofetadas, golpes y salivas está su hermosísimo rostro tan afeado y desfigurado, que apenas le conoceréis por la vista.—Oyó la prudentísima Madre esta relación con tanta espera, como si estuviera ignorante del suceso, pero estaba toda convertida en llanto y transformada en amargura y dolor. Oyéronlo también las mujeres santas que salían en compañía de la gran Señora y todas quedaron traspasados los corazones del mismo dolor y asombro que recibieron. Mandó la Reina del cielo al Apóstol San Juan que fuese acompañándola con las devotas mujeres, y hablando con todas las dijo: Apresuremos el paso, para que vean mis ojos al Hijo del Eterno Padre, que tomó la forma de hombre en mis entrañas; y veréis, carísimas, lo que con mi Señor y Dios pudo el amor que tiene a los hombres, lo que le cuesta redimirlos del pecado y de la muerte y abrirles las puertas del cielo.

1302. Salió la Reina del cielo por las calles de Jerusalén acompañada de San Juan Evangelista y otras mujeres santas, aunque no todas la asistieron siempre, fuera de las tres Marías y algunas otras muy piadosas, y los Ángeles de su guarda, a los cuales pidió que obrasen de manera que el tropel de la gente no la impidiese para llegar a donde estaba su Hijo santísimo. Obedeciéronla los Santos Ángeles y la fueron guardando. Por las calles donde pasaba oía varias razones y sentires de tan lastimoso caso que unos a otros se decían, contando la novedad que había sucedido a Jesús Nazareno. Los más piadosos se lamentaban, y éstos eran los menos, otros decían cómo le querían crucificar, otros contaban dónde iba y que le llevaban preso como hombre facineroso, otros que iba maltratado; otros preguntaban qué maldades había cometido, que tan cruel castigo le daban. Y finalmente muchos con admiración o con poca fe decían: ¿En esto han venido a parar sus

milagros? Sin duda que todos eran embustes, pues no se ha sabido defender ni librar. Y todas las calles y plazas estaban llenas de corrillos y murmuraciones. Pero en medio de tanta turbación de los hombres estaba la invencible Reina, aunque llena de incomparable amargura, constante y sin turbarse, pidiendo por los incrédulos y malhechores, como si no tuviera otro cuidado más que solicitarles la gracia y el perdón de sus pecados, y los amaba con tan íntima caridad, como si recibiera de ellos grandes favores y beneficios. No se indignó ni airó contra aquellos sacrílegos ministros de la pasión y muerte de su amantísimo Hijo, ni tuvo señal de enojo. A todos miraba con caridad y les hacía bien.

1303. Algunos de los que la encontraban por las calles la conocían por Madre de Jesús Nazareno y movidos de natural compasión la decían: ¡Oh triste Madre! ¿Qué desdicha te ha sucedido? ¡Qué lastimado y herido de dolor estará tu corazón! ¿Qué mala cuenta has dado de tu Hijo? ¿Por qué le consentías que intentase tantas novedades en el pueblo? Mejor fuera haberle recogido y detenido; pero será escarmiento para otras madres, que aprendan en tu desdicha cómo han de enseñar a sus hijos.—Estas razones y otras más terribles oía la candidísima paloma, y a todas daba en su ardiente caridad el lugar que convenía admitiendo la compasión de los piadosos y sufriendo la impiedad de los incrédulos, no maravillándose de los ignorantes y rogando respectivamente al Muy Alto por los unos y los otros.

1304. Entre ésta variedad y confusión de gentes encaminaron los Santos Ángeles a la, Emperatriz del cielo a la vuelta de una calle, donde encontró a su Hijo santísimo, y con profunda reverencia se postró ante su Real persona y le adoró y con la más alta y fervorosa veneración que jamás le dieron ni le darán todas las criaturas. Levantóse luego, y con incomparable ternura se miraron Hijo y Madre; habláronse con los interiores traspasados de inefable dolor. Retiróse luego un poco atrás la prudentísima Señora y fue siguiendo a Cristo nuestro Señor, hablando con Su Majestad en su secreto y también con el Eterno Padre tales razones, que no caben en lengua mortal y corruptible. Decía la afligida Madre: Dios altísimo e Hijo mío, conozco el

amoroso fuego de vuestra caridad con los hombres, que os obliga a ocultar el infinito poder de vuestra divinidad en la carne y forma pasible que de mis entrañas habéis recibido. Confieso vuestra sabiduría incomprensible en admitir tales afrentas y tormentos y en entregaros a Vos mismo, que sois el Señor de todo lo criado, para rescate del hombre, que es siervo, polvo y ceniza. Digno sois de que todas las criaturas Os alaben y bendigan, confiesen y engrandezcan vuestra bondad inmensa; pero yo, que soy Vuestra Madre, ¿cómo dejaré de querer que sola en mí se ejecutaran Vuestros oprobios y no en Vuestra Divina Persona, que sois hermosura de los ángeles y resplandor de la gloria de Vuestro Padre Eterno? ¿Cómo no desearé Vuestros alivios en tales penas? ¿Cómo sufrirá mi corazón veros tan afligido, y afeado vuestro hermosísimo rostro, y que sólo con el Criador y Redentor falte la compasión y la piedad en tan amarga pasión? Pero si no es posible que yo os alivie como Madre, recibid mi dolor y sacrificio de no hacerlo, como Hijo y Dios santo y verdadero.

1305. Quedó en el interior de nuestra Reina del cielo tan fija y estampada la imagen de su Hijo santísimo, así lastimado y afeado, encadenado y preso, que jamás en lo que vivió se le borraron de la imaginación aquellas especies, más que si le estuviera mirando. Llegó Cristo nuestro bien a la casa de Pilatos, siguiéndole muchos del concilio de los judíos y gente innumerable de todo el pueblo. Y presentándole al juez, se quedaron los judíos fuera del pretorio o tribunal, fingiéndose muy religiosos por no quedar irregulares e inmundos para celebrar la Pascua de los panes ceremoniales, para la cual habían de estar muy limpios de las inmundicias cometidas contra la ley; y como hipócritas estultísimos no reparaban en el inmundo sacrilegio que les contaminaba las almas, homicidas del Inocente. Pilatos, aunque era gentil, condescendió con la ceremonia de los judíos y, viendo que reparaban en entrar en su pretorio, salió fuera y, conforme al estilo de los romanos, les preguntó: *¿Qué acusación es la que tenéis contra este hombre?* Respondieron los judíos: *Si no fuera grande malhechor, no te le trajéramos (Jn 18, 29-30)* así atado y preso como te le entregamos. Y fue decir: Nosotros tenemos averiguadas sus maldades y somos tan atentos a

la justicia y a nuestras obligaciones, que a menos de ser muy facineroso no procediéramos contra él. Con todo eso les replicó Pilatos: Pues ¿qué delitos son los que ha cometido? Está convencido, respondieron los judíos, que inquieta a la república y se quiere hacer nuestro rey y prohíbe que se le paguen al César los tributos, se hace Hijo de Dios y ha predicado nueva doctrina, comenzando por Galilea y prosiguiendo por toda Judea hasta Jerusalén (Lc 23, 2-5).—Pues tomadle allá vosotros, dijo Pilatos, y juzgadle conforme a vuestras leyes; que yo no hallo causa justa para juzgarle.—Replicaron los judíos: A nosotros no se nos permite condenar a alguno con pena de muerte, ni tampoco dársela (Jn 18, 31).

1306. A todas estas y otras demandas y respuestas estaba presente María santísima con San Juan Evangelista y las mujeres que la seguían, porque los Santos Ángeles la acercaron a donde todo lo pudiese ver y oír; y cubierta con su manto lloraba sangre en vez de lágrimas con la fuerza del dolor que dividía su virginal corazón, y en los actos de las virtudes era un espejo clarísimo en que se retrataba el alma santísima de su Hijo, y los dolores y penas se retrataban en el sentimiento del cuerpo. Pidió al Padre Eterno la concediese no perder a su Hijo de vista, cuanto fuese posible, por el orden común, hasta la muerte, y así lo consiguió mientras el Señor no estuvo preso. Y considerando la prudentísima Señora que convenía se conociese la inocencia de nuestro Salvador Jesús entre las falsas acusaciones y calumnias de los judíos y que le condenaban a muerte sin culpa, pidió con fervorosa oración que no fuese engañado el juez y que tuviese verdadera luz de que Cristo era entregado a él por envidia de los sacerdotes y escribas. En virtud de esta oración de María santísima tuvo Poncio Pilatos claro conocimiento de la verdad y alcanzó que Cristo era inculpable y que le habían entregado por envidia, como dice San Mateo (Mt 27, 18); y por esta razón el mismo Señor se declaró más con él, aunque no cooperó Pilatos a la verdad que conoció, y así no fue de provecho para él sino para nosotros y para convencer la perfidia de los pontífices y fariseos.

1307. Deseaba la indignación de los judíos hallar a Pilatos

muy propicio, para que luego pronunciara la sentencia de muerte contra el Salvador Jesús; y como reconocieron que reparaba tanto en ello, comenzaron a levantar las voces con ferocidad, acusándole y repitiendo que se quería alzar con el reino de Judea y para esto engañaba y conmovía los pueblos y se llamaba Cristo, que quiere decir ungido Rey. Esta maliciosa acusación propusieron a Pilatos, porque se moviese más con el celo del reino temporal, que debía conservar debajo del imperio romano. Y porque entre los judíos eran los reyes ungidos, por eso añadieron que Jesús se llamaba Cristo, que es ungido como rey, y porque Pilatos, como gentil, cuyos reyes no se ungían, entendiese que llamarse Cristo era lo mismo que llamarse rey ungido de los judíos. Preguntóle Pilatos al Señor: *¿Qué respondes a estas acusaciones que te oponen?* (Mc 15, 4-5) No respondió Su Majestad palabra en presencia de los acusadores, y se admiró Pilatos de ver tal silencio y paciencia. Pero deseando examinar más si era verdaderamente rey, se retiró el mismo juez con el Señor adentro del pretorio, desviándose de la vocería de los judíos. Y allí a solas le preguntó Pilatos: Díme, ¿eres tú Rey de los judíos? (Jn 18, 33ss) No pudo pensar Pilatos que Cristo era rey de hecho, pues conocía que no reinaba, y así lo preguntaba para saber si era rey de derecho y si le tenía al reino. Respondióle nuestro Salvador: Esto que me preguntas ¿ha salido de ti mismo, o te lo ha dicho alguno hablando te de mí?— Replicó Pilatos: ¿Yo acaso soy judío para saberlo? Tu gente y tus pontífices te han entregado a mi tribunal; dime lo que has hecho y qué hay en esto.—Entonces respondió el Señor: Mi reino no es de este mundo, porque si lo fuera, cierto es que mis vasallos me defendieran, para que no fuera entregado a los judíos, mas ahora no tengo aquí mi reino.—Creyó el juez en parte esta respuesta del Señor y así le replicó: ¿Luego tú eres rey, pues tienes reino? No lo negó Cristo y añadió diciendo: Tú dices que yo soy rey; y para dar testimonio de la verdad nací yo en el mundo; y todos los que son nacidos de la verdad oyen mis palabras.—Admiróse Pilatos de esta respuesta del Señor, y volvióle a preguntar: ¿Qué cosa es la verdad?—Y sin aguardar más respuesta salió otra vez del pretorio y dijo a los judíos: Yo no hallo culpa en este hombre para condenarle. Ya sabéis que tenéis costumbre de que por la fiesta de la Pascua dais

libertad a un preso; decidme si gustáis que sea Jesús o Barrabás; que era un ladrón y homicida, que a la sazón tenían en la cárcel por haber muerto a otro en una pendencia. Levantaron todos la voz y dijeron: A Barrabás pedimos que sueltes, y a Jesús que crucifiques.—Y en esta petición se ratificaron, hasta que se ejecutó como lo pedían.

1308. Quedó Pilatos muy turbado con las respuestas de nuestro Salvador Jesús y obstinación de los judíos; porque por una parte deseaba no desgraciarse con ellos, y esto era dificultosa cosa, viéndolos tan embarcados en la muerte del Señor, si no consentía con ellos; por otra parte conocía claramente que le perseguían por envidia mortal que le tenían y que las acusaciones de que turbaba al pueblo eran falsas y ridículas. Y en lo que le imputaban de que pretendía ser rey, había quedado satisfecho con la respuesta del mismo Cristo y verle tan pobre, tan humilde y sufrido a las calumnias que le oponían. Y con la luz y auxilios que recibió, conoció la verdadera inocencia del Señor, aunque esto fue por mayor, ignorando siempre el misterio y la dignidad de la persona divina. Y aunque la fuerza de sus vivas palabras movió a Pilatos para hacer concepto grande de Cristo y pensar que en él se encerraba algún particular secreto y por esto deseaba soltarle y le envió a Herodes, como diré en el capítulo siguiente, pero no llegaron a ser eficaces los auxilios porque lo desmereció su pecado y se convirtió a fines temporales, gobernándose por ellos y no por la justicia, más por sugestión de Lucifer, como arriba dije (Cf. supra n. 1134), que por la noticia de la verdad que conocía con claridad. Y habiéndola entendido, procedió como mal juez en consultar más la causa del inocente con los que eran enemigos suyos declarados y le acusaban falsamente. Y mayor delito fue obrar contra el dictamen de la conciencia, condenándole a muerte y primero a que le azotasen tan inhumanamente, como veremos, sin otra causa más de para contentar a los judíos.

1309. Pero aunque Pilatos por estas y otras razones fue iniquísimo e injusto juez condenando a Cristo, a quien tenía por puro hombre, aunque inocente y bueno, con todo fue menor su delito en comparación de los sacerdotes y fariseos. Y esto no sólo porque ellos obraban con envidia,

crueldad y otros fines execrables, sino también porque fue gran culpa el no conocer a Cristo por verdadero Mesías y Redentor, hombre y Dios, prometido en la ley que los hebreos profesaban y creían. Y para su condenación permitió el Señor que, cuando acusaban a nuestro Salvador, le llamasen Cristo y Rey ungido, confesando en las palabras la misma verdad que negaban y descreían. Pero debíanlas creer, para entender que Cristo nuestro Señor era verdaderamente ungido, no con la unción figurativa de los reyes y sacerdotes antiguos, sino con la unción que dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 44, 8), diferente de todos los demás, como lo era la unción de la divinidad unida a la humana naturaleza, que la levantó a ser Cristo Dios y hombre verdadero, y ungida su alma santísima con los dones de gracia y gloria correspondientes a la unión hipostática. Toda esta verdad misteriosa significaba la acusación de los judíos, aunque ellos por su perfidia no la creían y con envidia la interpretaban falsamente, acumulándole al Señor que se quería hacer rey y no lo era; siendo verdad lo contrario, y no lo quería mostrar, ni usar de la potestad de rey temporal, aunque de todo era Señor; pero no había venido al mundo a mandar a los hombres, sino a obedecer (Mt 20, 28). Y era mayor la ceguedad judaica, porque esperaban al Mesías como a rey temporal y con todo eso calumniaban a Cristo de que lo era, y parece que sólo querían un Mesías tan poderoso rey que no le pudiesen resistir, y aun entonces le recibirían por fuerza y no con la voluntad piadosa que pide el Señor.

1310. La grandeza de estos sacramentos ocultos entendía profundamente nuestra gran Reina y Señora y los confería en la sabiduría de su castísimo pecho, ejercitando heroicos actos de todas las virtudes. Y como los demás hijos de Adán, concebidos y manchados con pecados, cuando más crecen las tribulaciones y dolores tanto más suelen conturbarlos y oprimirlos, despertando la ira con otras desordenadas pasiones, por el contrario sucedía en María santísima, donde no obraba el pecado, ni sus efectos, ni la naturaleza, tanto como la excelente gracia. Porque las grandes persecuciones y muchas aguas de los dolores y trabajos no extinguían el fuego de su inflamado corazón en el amor divino (Cant 8, 7), antes eran como fomentos que

más le alimentaban y encendían aquella divina alma, para pedir por los pecadores, cuando la necesidad era suma por haber llegado a su punto la malicia de los hombres. ¡Oh Reina de las virtudes, Señora de las criaturas y dulcísima Madre de Misericordia! ¡Qué dura soy de corazón, qué tarda y qué insensible, pues no le divide y le deshace el dolor de lo que conoce mi entendimiento de vuestras penas y de vuestro único y amantísimo Hijo! Si en presencia de lo que conozco tengo vida, razón será que me humille hasta la muerte. Delito es contra el amor y la piedad ver padecer tormentos al inocente y pedirle mercedes sin entrar a la parte de sus penas. ¿Con qué cara o con qué verdad diremos las criaturas que tenemos amor de Dios, de nuestro Redentor y a Vos, Reina mía, que sois su Madre, si, cuando entrambos bebéis el cáliz amarguísimo de tan acerbos dolores y pasión, nosotros nos recreamos con el cáliz de los deleites de Babilonia? ¡Oh si yo entendiese esta verdad! ¡Oh si la sintiese y penetrase, y ella penetrase también lo íntimo de mis entrañas a la vista de mi Señor y de su dolorosa Madre, padeciendo inhumanos tormentos! ¿Cómo pensaré yo que me hacen injusticia en perseguirme, que me agravian en despreciarme, que me ofenden en aborrecerme? ¿Cómo me querellaré de que padezco, aunque sea vituperada, despreciada y aborrecida del mundo? ¡Oh gran Capitana de los mártires, Reina de los esforzados, Maestra de los imitadores de vuestro Hijo!, si soy vuestra hija y discípula, como vuestra dignación me lo asegura y mi Señor me lo quiso merecer, no me neguéis mis deseos de seguir vuestras pisadas en el camino de la cruz. Y si como flaca he desfallecido, alcanzadme Vos, Señora y Madre mía, la fortaleza y corazón contrito y humillado por las culpas de mi pesada ingratitud. Granjeadme y pedidme el amor a Dios eterno, que es don tan precioso, que sola vuestra poderosa intercesión le puede alcanzar y mi Señor y Redentor merecérmele.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo.

1311. Hija mía, grande es el descuido y la inadvertencia de los mortales en ponderar las obras de mi Hijo santísimo y penetrar con humilde reverencia los misterios que encerró en ellas para el remedio y salvación de todos. Por

esto ignoran muchos, y se admiran otros, de que Su Majestad consintiese ser traído como reo ante los inicuos jueces y ser examinado por ellos como malhechor y criminoso, que le tratasen y reputasen por hombre estulto e ignorante y que con su divina sabiduría no respondiera por su inocencia y convenciera la malicia de los judíos y todos sus adversarios, pues con tanta facilidad lo pudiera hacer. En esta admiración lo primero se han de venerar los altísimos juicios del Señor, que así dispuso la Redención humana obrando con equidad y bondad, rectitud y como convenía a todos sus atributos, sin negar a cada uno de sus enemigos los auxilios suficientes para bien obrar, si quisieran cooperar con ellos, usando de los fueros de su libertad para el bien; porque todos quiso que fuesen salvos, y ninguno tiene justicia para querellarse de la piedad divina, que fue superabundante.

1312. Pero a más de esto quiero, carísima, que entiendas la enseñanza que contienen estas obras, porque ninguna hizo mi Hijo santísimo que no fuese como de Redentor y Maestro de los hombres. Y en el silencio y paciencia que guardó en su pasión, sufriendo ser reputado por inicuo y estulto, dejó a los hombres una doctrina tan importante, cuanto poco advertida y menos practicada de los hijos de Adán. Y porque no consideran el contagio que les comunicó Lucifer por el pecado y que le continúa siempre en el mundo, por esto no buscan en el médico la medicina de su dolencia, pero Su Majestad por su inmensa caridad dejó el remedio en sus palabras y en sus obras. Considérense, pues, los hombres concebidos en pecado y vean cuán apoderada está hoy de sus corazones la semilla que sembró el Dragón, de soberbia, de presunción, vanidad y estimación propia, de codicia, hipocresía y mentira, y así de los otros vicios. Todos comúnmente quieren adelantarse en honra y vanagloria: quieren ser preferidos y estimados los doctos y que se reputan por sabios, quieren ser aplaudidos y celebrados y jactarse de la ciencia; los indoctos quieren parecer sabios; los ricos se glorían de las riquezas y por ellas quieren ser venerados; los pobres quieren ser ricos y parecerlo y ganar su estimación; los poderosos quieren ser temidos, adorados y obedecidos; todos se adelantan en este error y procuran parecer lo que no son en la virtud y

no son lo que quieren parecer; disculpan sus vicios, desean encarecer sus virtudes y calidades, atribúyense los bienes y beneficios, como si no los hubieran recibido, recíbenlos como si no fueran ajenos y se los dieran de gracia; en vez de agradecerlos, hacen de ellos armas contra Dios y contra sí mismos; y generalmente todos están entumecidos con el mortal veneno de la antigua serpiente y más sedientos de beberle, cuanto más heridos y dolientes de este lamentable achaque; y el camino de la cruz y la imitación de Cristo por la humildad y sinceridad cristiana está desierto, porque pocos son los que caminan por él.

1313. Para quebrantar esta cabeza de Lucifer y vencer la soberbia de su arrogancia fue la paciencia y silencio que tuvo mi Hijo en su pasión, consintiendo que le tratasen como a hombre ignorante y estulto malhechor. Y como Maestra de esta filosofía y Médico que venía a curar la dolencia del pecado, no quiso disculparse ni defenderse, justificarse, ni desmentir a los que le acusaban, dejando a los hombres este vivo ejemplo de proceder y obrar contra el intento de la serpiente. Y en Su Majestad se puso en práctica aquella doctrina del Sabio: Más preciosa es a su tiempo la pequeña estulticia, que la sabiduría y gloria (Ecl 10, 1), porque mejor le está a la fragilidad humana ser a tiempos reputado el hombre por ignorante y malo, que hacer ostentación vana de la virtud y sabiduría. Infinitos son los que están comprendidos en este peligroso error, y deseando parecer sabios hablan mucho y multiplican las palabras como estultos (Ecl 10, 14) y vienen a perder lo mismo que pretenden, porque son conocidos por ignorantes. Todos estos vicios nacen de la soberbia radicada en la naturaleza. Pero tú, hija, conserva en tu corazón la doctrina de mi Hijo y mía y aborrece la ostentación humana, sufre, calla y deja al mundo que te repute por ignorante, pues él no conoce en qué lugar vive la verdadera sabiduría (Bar 3, 15).

CAPITULO 19

Remite Poncio Pilatos a Herodes la causa y persona de nuestro Salvador Jesús, acúsanle ante Herodes y él le

desprecia y envía a Pilatos; siguele María santísima y lo que en este paso sucedió.

1314. Una de las acusaciones que los judíos y sus pontífices presentaron a Pilatos contra Jesús Salvador nuestro fue que había predicado, comenzando de la provincia de Galilea a conmover el pueblo. De aquí tomó ocasión Pilatos para preguntar si Cristo nuestro Señor era galileo. Y como le informasen que era natural y criado en aquella provincia, parecióle tomar de aquí algún motivo para inhibirse en la causa de Cristo nuestro bien, a quien hallaba sin culpa, y exonerarse de la molestia de los judíos que tanto instaban le condenase a muerte. Hallábase en aquella ocasión Herodes en Jerusalén celebrando la Pascua de los judíos. Este era hijo del otro rey Herodes [Herodes Magnus] que antes había degollado a los Inocentes, persiguiendo a Jesús recién nacido, y por haberse casado con una mujer judía se pasó al judaísmo haciéndose israelita prosélito. Por esta ocasión su hijo Herodes guardaba también la ley de Moisés y había venido a Jerusalén desde Galilea, donde era gobernador de aquella provincia. Pilatos estaba encontrado con Herodes, porque los dos gobernaban las dos principales provincias de Palestina, Judea y Galilea, y poco tiempo antes había sucedido que Pilatos, celando el dominio del imperio romano, había degollado a unos galileos cuando hacían ciertos sacrificios —como consta del capítulo 13 de San Lucas (Lc 13, 1)—, mezclando la sangre de los reos con la de los sacrificios, y de esto se había indignado Herodes. Y para darle Pilatos de camino alguna satisfacción determinó remitirle a Cristo nuestro Señor, como vasallo o natural de Galilea, para que examinase su causa y la juzgase, aunque siempre esperaba Pilatos que Herodes le daría por libre como a inocente y acusado por maliciosa envidia de los pontífices y escribas.

1315. Salió Cristo nuestro bien de casa de Pilatos para la de Herodes, atado y preso como estaba, acompañado de los escribas y sacerdotes, que iban para acusarle ante el nuevo juez, y gran número de soldados y ministros, para llevarle tirando de las sogas y despejar las calles, que con el gran concurso y novedad estaban llenas de pueblo. Pero

la milicia rompía por la multitud y, como los ministros y pontífices estaban tan sedientos de la sangre del Salvador para derramarla aquel día, apresuraban el paso y llevaban a Su Majestad por las calles casi corriendo y con desordenado tumulto. Salió también María santísima con su compañía de casa de Pilatos para seguir a su dulcísimo Hijo Jesús y acompañarle en los pasos que le restaban hasta la cruz. Y no fuera posible que la gran Señora siguiera este camino a vista de su Amado, si los Santos Ángeles no lo dispusieran como Su Alteza quería, de manera que siempre fuese tan cerca de su Hijo que pudiese gozar de su presencia, para con esto participar con mayor plenitud de sus tormentos y dolores. Y todo lo consiguió con su ardentísimo amor, porque caminando por las calles a vista del Señor oía juntamente los oprobios que los ministros le decían, los golpes que le daban y las murmuraciones del pueblo, con los varios pareceres que cada cual tenía o refería de otros.

1316. Cuando Herodes tuvo aviso que Pilatos le remitía a Jesús Nazareno, alegróse grandemente. Sabía era muy amigo de San Juan Bautista, a quien él había mandado degollar, y estaba informado de la predicación que hacía, y con estulta y vana curiosidad deseaba que en su presencia obrase alguna cosa extraordinaria y nueva de que admirarse y hablar con entretenimiento. Llegó, pues, el autor de la vida a la presencia del homicida Herodes, contra quien estaba clamando ante el mismo Señor la sangre de San Juan Bautista, más que la del justo Abel (Gen 4, 10). Pero el infeliz adúltero, como quien ignoraba los terribles juicios del Altísimo, le recibió con risa, juzgándole por encantador y mágico. Y con este formidable error le comenzó a examinar y hacerle diversas preguntas, pensando que con ellas le provocaría para hacer alguna cosa maravillosa, como lo deseaba. Pero el Maestro de la sabiduría y prudencia no le respondió palabra, estando siempre con severidad humilde y en presencia del indignísimo juez, que tan merecido tenía por sus maldades el castigo de no oír las palabras de vida eterna que debieran salir de la boca de Cristo, si Herodes estuviera dispuesto para admitirlas con reverencia.

1317. Asistían allí los príncipes de los sacerdotes y escribas acusando a nuestro Salvador constantemente con las mismas acusaciones y cargos que ante Pilatos le habían puesto. Pero tampoco respondió palabra a estas calumnias, como lo deseaba Herodes; en cuya presencia, ni para responder a las preguntas, ni para desvanecer las acusaciones, no despegó el Señor sus labios, porque Herodes de todas maneras desmerecía oír la verdad, que fue su justo castigo y el que más deben temer los príncipes y poderosos del mundo. Indignóse Herodes con el silencio y mansedumbre de nuestro Salvador, que frustraban su vana curiosidad, y casi confuso el inicuo juez lo disimuló, burlándose del inocentísimo Maestro, y despreciándole con todo su ejército le mandó remitir otra vez a Pilatos. Y habiéndose reído con mucho escarnio de la modestia del Señor todos los criados de Herodes, para tratarle como a loco y menguado de juicio, le vistieron una ropa blanca con que señalaban a los que perdían el seso, para que todos huyesen de ellos. Pero en nuestro Salvador esta vestidura fue símbolo y testimonio de su inocencia y pureza, ordenándolo la oculta Providencia del Altísimo, para que estos ministros de maldad, con las obras que no conocían, testificasen la verdad que pretendían oscurecer con otras maravillas, que de malicia ocultaban, que había obrado el Salvador.

1318. Herodes se mostró agradecido con Pilatos por la cortesía con que le había remitido la causa y persona de Jesús Nazareno. Y le volvió por respuesta, que no hallaba en él causa alguna, que antes le parecía hombre ignorante y de ninguna estimación. Y desde aquel día se reconciliaron Herodes y Pilatos y quedaron amigos, disponiéndolo así los ocultos juicios de la divina Sabiduría. Volvió segunda vez nuestro Salvador de Herodes a Pilatos, llevándole muchos soldados de entrambos gobernadores con mayor tropel, gritería y alboroto de la gente popular. Porque los mismos que antes le habían aclamado y venerado por Salvador y Mesías bendito del Señor, entonces, pervertidos ya con el ejemplo de los sacerdotes y magistrados, estaban de otro parecer y condenaban y despreciaban al mismo Señor a quien poco antes habían dado gloria y veneración; que tan poderoso como esto es el error de las cabezas y su mal

ejemplo para llevar al pueblo tras de sí. En medio de estas confusas ignominias iba nuestro Salvador repitiendo dentro de sí mismo con inefable amor, humildad y paciencia aquellas palabras que tenía dichas por la boca del Santo Rey y Profeta David (Sal 21, 7-8): *Yo soy gusano y no soy hombre, soy el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo. Todos los que me vieron hicieron burla de mí, hablaron con los labios y movieron la cabeza.* Era Su Majestad gusano y no hombre no sólo porque no fue engendrado como los demás hombres, ni era solo y puro hombre, sino Hombre y Dios verdadero; mas también porque no fue tratado como hombre, sino como gusano vil y despreciable. Y a todos los vituperios con que era hollado y abatido no hizo más ruido ni resistencia que un humilde gusanillo a quien todos pisan y desprecian y le reputan por oprobio y vilísimo. Todos los que miraban a Cristo nuestro Redentor, que eran sin número, hablaban y movían la cabeza, como retratando el concepto y opinión en que le tenían.

1319. A los oprobios y acusaciones que hicieron los sacerdotes contra el autor de la vida en presencia de Herodes y a las preguntas que él mismo le propuso, no estuvo presente corporalmente su afligida Madre, aunque todas las vio por otro modo de visión interior, porque estaba fuera del tribunal donde entraron al Señor. Pero cuando salió fuera de la sala donde le habían tenido, topó con ella y se miraron con íntimo dolor y recíproca compasión, correspondiente al amor de tal Hijo y de tal Madre. Y fue nuevo instrumento para dividirle el corazón aquella vestidura blanca que le habían puesto, tratándole como a hombre insensato y sin juicio, aunque sola ella conocía entre todos los nacidos el misterio de la inocencia y pureza que aquel hábito significaba. Adoróle en él con altísima reverencia y fuele siguiendo por las calles a la casa de Pilatos, a donde otra vez le volvían, porque en ella se debía ejecutar la divina disposición para nuestro remedio. En este camino de Herodes a Pilatos, sucedió que, con la multitud del pueblo y con la prisa que aquellos ministros impiísimos llevaban al Señor, atropellándole y derribándole algunas veces en el suelo y tirando con suma crueldad de las sogas, le hicieron reventar la sangre de sus sagradas

venas y como, no se podía fácilmente levantar por llevar atadas las manos, ni el tropel de la gente se podía ni quería detenerse, daban sobre Su Divina Majestad y le hollaban y pisaban y le herían con muchos golpes y puntillazos, causando gran risa a los soldados en vez de la natural compasión, de que por industria del demonio estaban totalmente desnudos como si no fueran hombres.

1320. A la vista de tan desmedida crueldad creció la compasión y sentimiento de la dolorosa y amorosa Madre y, convirtiéndose a los Santos Ángeles que la asistían, les mandó cogiesen la divina sangre que derramaba su Rey y Señor por las calles, para que no fuese de nuevo conculcada y hollada de los pecadores; y así lo hicieron los ministros celestiales. Mandóles también la gran Señora que si otra vez sucediese caer en tierra su Hijo y Dios verdadero, le sirviesen, impidiendo a los obradores de la maldad para que no le hollasen ni pisasen su divina persona. Y porque en todo era prudentísima, no quiso que este obsequio ejecutasen los Ángeles sin voluntad del mismo Señor y así les ordenó que de su parte se lo propusiesen y le pidiesen licencia y le representasen las angustias que como Madre padecía, viéndole tratar con aquel linaje de irreverencia entre los pies inmundos de aquellos pecadores. Y para obligar más a su Hijo santísimo le pidió por medio de los mismos Ángeles que aquel acto, de humillarse a ser pisado y conculcado de aquellos malos ministros, lo conmutase Su Majestad en el de obedecer o rendirse a los ruegos de su afligida Madre, que también era su esclava y formada del polvo. Todas estas peticiones llevaron los Santos Ángeles a Cristo nuestro bien en nombre de su santísima Madre, no porque Su Majestad las ignorase, pues todo lo conocía y obraba Él mismo con su divina gracia, sino porque estos modos de obrar quiere el Señor que en ellos se guarde el orden de la razón, que la gran Señora conocía entonces con altísima sabiduría, usando de las virtudes por diversos modos y operaciones, porque esto no se impide por la ciencia del Señor, que todo lo tiene previsto.

1321. Admitió nuestro Salvador Jesús los deseos y peticiones de su beatísima Madre y dio licencia a sus

Ángeles para que como ministros de su voluntad ejecutasen lo que ella deseaba. Y en lo restante hasta llegar a casa de Pilatos, no permitieron que Su Majestad fuese derribado en tierra y atropellado ni pisado como antes había sucedido algunas veces; aunque en las demás injurias se dio permiso y consentimiento a los ministros de la justicia y a la ceguedad y malicia popular para que todos las ejecutasen con su loca indignación. Todo lo miraba y oía su Madre santísima con invicto pero lastimado corazón. Y lo mismo respectivamente vieron las Marías y San Juan Evangelista, que con llanto irreparable seguían al Señor en compañía de su purísima Madre. Y no me detengo en referir las lágrimas de estas santas mujeres y otras devotas que con ellas asistían a la Reina, porque sería necesario divertirme mucho, y más para decir lo que hizo la Santa María Magdalena, como más ardiente y señalada en el amor y más agradecida a Cristo nuestro Redentor, como el mismo Señor lo dijo cuando la justificó: que más ama a quien mayores culpas se le perdonan (Lc 7, 43).

1322. Llegó nuestro Salvador Jesús segunda vez a casa de Pilatos, y de nuevo le comenzaron a pedir los judíos que le condenase a muerte de cruz. Pilatos, que conocía la inocencia de Cristo y la mortal envidia de los judíos, sintió mucho que le restituyese Herodes la causa de que él deseaba eximirse. Y viéndose obligado como juez, procuró aplacar a los judíos por diversos caminos. Y uno fue hablar en secreto a algunos ministros y amigos de los pontífices y sacerdotes, para que pidiesen la libertad de nuestro Redentor y le soltasen con alguna corrección que le daría y no pidiesen más al malhechor Barrabás. Esta diligencia había hecho Pilatos cuando le volvieron a presentar otra vez a Cristo nuestro Señor para que le condenase. Y el proponerles que escogiesen a Jesús o a Barrabás no fue una sola vez, sino dos y tres: la una antes de llevar al Señor a Herodes y la otra después; y por esto lo refieren los Evangelistas con alguna diferencia, aunque sin contradecirse en la verdad. Habló Pilatos a los judíos y les dijo: Habéisme presentado a este Hombre, acusándole que dogmatiza y pervierte al pueblo; y habiéndole examinado en vuestra presencia, no ha sido convencido de lo que le acusáis. Ni tampoco Herodes, a quien le remití, le ha

condenado a muerte, aunque ante él le habéis acusado. Bastará por ahora corregirle y castigarle para que adelante se enmiende. Y habiendo de soltar algún malhechor por la solemnidad de la Pascua, soltaré a Cristo si le queréis dar libertad y castigaré a Barrabás. Conociendo los judíos que Pilatos deseaba mucho soltar a Cristo Señor nuestro, respondieron todos los de la turba: Quita allá, deja a Cristo y danos libre a Barrabás (Lc 23, 18).

1323. La costumbre de dar libertad a un malhechor y preso en aquella gran solemnidad de la Pascua se introdujo entre los judíos como en memoria y agradecimiento de la libertad que tal día como aquel habían alcanzado sus padres, rescatándolos el Señor del poder de Faraón, degollando los primogénitos de los gitanos [egipcios] aquella noche (Ex 12, 29) y después anegando a él y a sus ejércitos en el mar rubro [rojo] (Ex 14, 28). Por este memorable beneficio hacían otros los hebreos al mayor delincuente, perdonándole sus delitos, y castigaban otros que no eran tan malhechores. Y en los pactos, que tenían con los romanos, era condición que se les guardase esta costumbre, y así lo cumplían los gobernadores. Aunque éstos la pervirtieron en esta ocasión en cuanto a las circunstancias, según el juicio que hacían de Cristo nuestro Señor; porque habiendo de soltar al más criminoso y confesando ellos que Jesús Nazareno lo era, con todo eso lo dejaron a él y eligieron a Barrabás, a quien reputaban por menos malo. Tan ciegos y pervertidos los tenía la ira del demonio con su propia envidia, que en todo se deslumbraban aun contra sí mismos.

1324. Estando Pilatos en el pretorio con estas altercaciones de los judíos, sucedió que sabiéndolo su mujer que se llamaba Prócula, le envió un recado diciéndole: ¿Qué tienes tú que ver con ese hombre justo? Déjale, porque te hago saber que por su causa he tenido hoy algunas visiones (Mt 27, 19).—El motivo de esta advertencia de Prócula fue que Lucifer y sus demonios, viendo lo que se iba ejecutando en la persona de nuestro Salvador y la inmutable mansedumbre con que llevaba tantos oprobios, se hallaron más deslumbrados y desatinados en su furor rabioso. Y aunque su altiva

soberbia no acababa de ajustar cómo se compadecía haber divinidad y consentir tales y tantos oprobios y sentir en la carne sus efectos, y con esto no podía entender si era o no era hombre y Dios, con todo eso juzgaba el Dragón que allí había algún misterio grande para los hombres y que siempre sería para él y su maldad de mucho daño y estrago si no atajaba el suceso de cosa tan nueva en el mundo. Y con este acuerdo que tomó con sus demonios envió muchas sugestiones a los fariseos para que desistiesen de perseguir a Cristo. Estas ilusiones no aprovecharon, como introducidas por el mismo demonio y sin virtud divina en corazones obstinados y depravados. Y despedidos de reducirlos se fueron a la mujer de Pilatos y la hablaron en sueños y la propusieron que aquel hombre era justo y sin culpa, y que si le condenaba su marido sería privado de la dignidad que poseía, y a ella le sucederían grandes trabajos; que le aconsejase a Pilatos soltase a Jesús y castigase a Barrabás, si no querían tener un mal suceso en su casa y en sus personas.

1325. Con esta visión recibió Prócula grande espanto y temor, y, cuando entendió lo que pasaba entre los judíos y su marido Pilatos, le envió el recado que dice San Mateo (Mt 27, 19), para que no se metiese en condenar a muerte al que miraba y tenía por justo. Púsole también el demonio otros temores semejantes en la imaginación al mismo Pilatos, y con el aviso de su mujer fueron mayores; aunque, como todos eran mundanos y políticos y no había cooperado a los auxilios verdaderos del Señor, no duró más este miedo de en cuanto no concibió otro que le movió más, como se vio en el efecto. Pero entonces insistió tercera vez con los judíos, como dice San Lucas (Lc 23, 22), defendiendo a Cristo nuestro Señor como inculpable y testificando que no hallaba en él crimen alguno ni causa de muerte, que le castigaría y soltaría. Y de hecho le castigó, para ver si con esto quedarían satisfechos, como diré en el capítulo siguiente. Pero los judíos, dando voces, respondieron que le crucificase. Entonces Pilatos pidió que le trajesen agua y mandó soltar a Barrabás como lo pedían. Se lavó las manos en presencia de todos, diciendo: Yo no tengo parte en la muerte de ese hombre justo a que vosotros le condenáis. Mirad lo que hacéis, que en

testimonio de esto lavo mis manos, para que se entienda no quedan manchadas con la sangre del Inocente.— Parecióle a Pilatos que con aquella ceremonia se disculpaba con todos y prohijaba la muerte de Cristo nuestro Señor a los príncipes de los judíos y a todo el pueblo que la pedía. Y fue tan loca y ciega la indignación de los judíos que, a trueque de ver crucificado al Señor, condescendieron con Pilatos y cargaron sobre sí el delito, pronunciando aquella formidable sentencia y execración, dijeron: *Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mt 27, 25)*.

1326. ¡Oh ceguedad estultísima y cruelísima! ¡Oh temeridad nunca imaginada! La injusta condenación del Justo y la sangre del Inocente, a quien el mismo juez declara por inculpable, ¿queréis cargar sobre vosotros y sobre vuestros hijos? Cuando sólo fuera vuestro hermano, vuestro bienhechor y maestro, fuera vuestra audacia tremenda y execrable vuestra maldad. Mas ¡ay dolor! que habiendo de caer esta sangre deificada sobre todos los hijos de Adán para lavarlos y purificarlos a todos, que para esto se ha derramado sobre todos los hijos de la Santa Iglesia, y con eso hay muchos en ella que cargan sobre sí mismos con sus obras esta sangre, como los judíos la cargaron con obras y con palabras; ellos ignorando y no creyendo que era sangre de Cristo y los católicos conociendo y confesando que lo es.

1327. Su lengua tienen los pecados de los cristianos y sus depravadas obras con que hablan contra la sangre y muerte de Cristo nuestro Señor, cargándola sobre sí mismos. Sea Cristo afrentado, escupido, abofeteado, escarpiado en una cruz, despreciado y muerto y pospuesto a Barrabás; sea atormentado, azotado y coronado de espinas por nuestros pecados, que nosotros no queremos tener más parte en esta sangre, que ser causa que se derrame afrentosamente y que se nos impute eternamente. Padezca y muera el mismo Dios humanado, y nosotros gocemos de los bienes aparentes. Aprovechemos la ocasión, usemos de la criatura (Sap 2, 6-8), coronémonos de rosas, vivamos con alegría, valgámonos del poder, nadie se nos adelante; despreciemos la humildad,

aborrezcamos la pobreza, atesoremos riquezas, engañemos a todos, no perdonemos agravios, entreguémonos al deleite de las delicias torpes, nada vean nuestros ojos que no codicien y todo lo que alcancen nuestras fuerzas; ésta sea nuestra ley sin otro algún respeto. Y si con todo esto crucificamos a Cristo, venga sobre nosotros su sangre y sobre nuestros hijos.

1328. Preguntemos ahora a los réprobos que están en el infierno, si fueron éstas las voces de sus obras que les atribuye Salomón en la Sabiduría y si porque hablaron en su corazón consigo mismos tan estultamente se llaman impíos y lo fueron. ¿Qué pueden esperar los que malogran la sangre de Cristo y la cargan sobre sí mismos, no como quien la desea para su remedio, sino como quien la desprecia para su condenación? ¿Quién se hallará entre los hijos de la Iglesia que sufra ser pospuesto a un ladrón facineroso? Tan mal practicada anda esta doctrina, que ya se hace admirable el que consiente que le preceda otro tan bueno y benemérito o más que él, y ninguno se hallará tan bueno como Cristo ni tan malo como Barrabás. Pero son sin número los que a la vista de este ejemplo se dan por ofendidos y se juzgan por desgraciados si no son preferidos y mejorados en la honra, en las riquezas, dignidades y en todo lo que tiene ostentación y aplauso del mundo. Esto se solicita, se litiga y se busca, y en esto se ocupan los cuidados de los hombres y todas sus fuerzas y potencias, desde que principian a usar de ellas hasta que las pierden. Y la mayor lástima y dolor es que no se libran de este contagio los que por su profesión y estado renunciaron el mundo y le volvieron las espaldas y, mandándoles el Señor que olviden su pueblo y la casa de su padre, se vuelven a ella con lo mejor de la criatura humana, que es la atención y cuidado para gobernarlos, la voluntad y deseo para solicitarles cuanto posee el mundo y les parece poco y se introducen en la vanidad. Y en lugar de olvidar la casa de su padre, olvidan la de Dios en que viven, donde reciben los auxilios divinos para conseguir la salvación, la honra y estimación que jamás en el mundo alcanzaran y el sustento sin afán ni cuidado. Y a todos estos beneficios se hacen ingratos, dejando la humildad que por su estado deben profesar. La humildad de Cristo nuestro Salvador y su

paciencia, sus afrentas, los oprobios de la cruz, la imitación de sus obras, la escuela de su doctrina, todo se remite a los pobres, a los solitarios, a los desvalidos del mundo y humildes, y los caminos de Sión están desiertos y llorando (Lam 1, 4), porque hay tan pocos que vengan a la solemnidad de la imitación de Cristo nuestro Señor.

1329. No fue menor la insipiencia de Pilatos en pensar que con lavar sus manos y haber imputado a los judíos la sangre de Cristo quedaba justificado en su conciencia y con los hombres, a quienes pretendía satisfacer con aquella ceremonia llena de hipocresía y mentira. Verdad es que los judíos fueron los principales actores, y más reos en condenar al Inocente, y se cargaron sobre sí mismos esta formidable culpa. Pero no por eso quedó Pilatos libre de ella, pues, conociendo la inocencia de Cristo Señor nuestro, no debía posponerle a un ladrón y homicida, castigarle, ni enmendarle a quien nada tenía que corregir ni enmendar, y mucho menos debiera condenarle y entregarle a la voluntad de sus mortales enemigos, cuya envidia y crueldad le era manifiesta. Pero no puede ser justo juez el que conociendo la verdad y justicia la puso en una balanza con respetos y fines humanos de su propio interés, porque este peso arrastra la razón de los hombres que tienen corazón cobarde y, como no tienen caudal, ni el lleno de las virtudes que han menester los jueces, no pueden resistir a la codicia ni al temor mundano, y cegándolos la pasión desamparan la justicia para no aventurar sus comodidades temporales, como sucedió a Pilatos.

1330. En casa de Pilatos estuvo nuestra gran Reina y Señora, de manera que con el ministerio de sus Santos Ángeles pudo oír las altercaciones que tenía el inicuo juez con los escribas y pontífices sobre la inocencia de Cristo nuestro bien, sobre posponerle a Barrabás. Y todos los clamores de aquellos inhumanos tigres los oyó con silencio y admirable mansedumbre, como estampa viva de su santísimo Hijo. Pero aunque su honestísima modestia era inmutable, todas las voces de los judíos penetraban como cuchillos de dos filos su lastimado corazón. Mas los clamores de su doloroso silencio resonaban en el pecho del Eterno Padre con mayor agrado y dulzura que los llantos de

la hermosa Raquel, con que —según dice San Jeremías (Jer 31, 15)—, lloraba a sus hijos sin consuelo, porque no los pudo restaurar; que nuestra hermosísima Raquel María purísima no pedía venganza, sino perdón para los enemigos que le quitaban el Unigénito del Padre y suyo. Y en todos los actos que hacía el alma santísima de Cristo le imitaba y acompañaba, obrando con tanta plenitud de santidad y perfección, que ni la pena suspendía sus potencias, ni el dolor impedía la caridad, ni la tristeza remitía su fervor, ni el bullicio distraía su atención, ni las injurias y tumulto de la gente le eran embarazo para estar recogida dentro de sí misma, porque a todo daba el lleno de las virtudes en grado eminentísimo.

Doctrina que me dio la gran Señora del cielo María santísima.

1331. Hija mía, de lo que has escrito y entendido te veo admirada, reparando en que Pilatos y Herodes no se mostraron tan inhumanos y crueles en la muerte de mi Hijo santísimo como los sacerdotes, pontífices y fariseos; y ponderas mucho que aquéllos eran jueces seculares y gentiles y éstos eran ministros de la ley y sacerdotes del pueblo de Israel que profesaban la verdadera fe. A este pensamiento te quiero responder con una doctrina que no es nueva, y tú la has entendido otras veces, mas ahora quiero que la renueves y no la olvides por todo el discurso de tu vida. Advierte, pues, carísima, que la caída de más alto lugar es en extremo peligrosa y su daño o es irreparable o muy dificultoso el remedio. Eminente lugar en la naturaleza y en los dones de la luz y gracia tuvo Lucifer en el cielo, porque en su hermosura excedía a todas las criaturas, y por la caída de su pecado descendió a lo profundo de la fealdad y miseria y a la mayor obstinación de todos sus secuaces. Los primeros padres del linaje humano, Adán y Eva, fueron puestos en altísima dignidad y encumbrados beneficios, como salidos de la mano del Todopoderoso, y su caída perdió a toda su posteridad con ellos mismos, y su remedio fue tan costoso como lo enseña la fe, y fue inmensa misericordia remediarlos a ellos y a sus descendientes.

1332. Otras muchas almas han subido a la cumbre de la perfección y de allí han caído infelicísimamente, hallándose después casi desconfiadas o casi imposibilitadas para levantarse. Este daño por parte de la misma criatura nace de muchas causas. La primera es el despecho y confusión desmedida que siente el que ha caído de mayores virtudes; porque no sólo perdió mayores bienes, pero tampoco fía de los beneficios futuros más que de los pasados y perdidos y no se promete más firmeza de los que puede adquirir con nueva diligencia que en los adquiridos y malogrados por su ingratitud. De esta peligrosa desconfianza se sigue el obrar con tibieza, sin fervor y sin diligencia, sin gusto y sin devoción, porque todo esto extingue la desconfianza, así como animada y alentada la esperanza vence muchas dificultades, corrobora y vivifica a la flaqueza de la criatura humana para emprender magníficas obras. Otra razón hay, y no menos formidable, y es que las almas acostumbradas a los beneficios de Dios, o por oficio como los sacerdotes y religiosos, o por ejercicios de virtudes y favores como otras personas espirituales, de ordinario pecan con desprecio de los mismos beneficios y mal uso de las cosas divinas; porque con la frecuencia de ellas incurren en esta peligrosa grosería de estimar en poco los dones del Señor, y con esta irreverencia y poco aprecio impiden los efectos de la gracia para cooperar con ella y pierden el temor santo, que despierta y estimula para el bien obrar, para obedecer a la divina voluntad y aprovecharse luego de los medios que ordenó Dios para salir del pecado y alcanzar su amistad y la vida eterna. Este peligro es manifiesto en los sacerdotes tibios, que sin temor y reverencia frecuentan la eucaristía y otros sacramentos, en los doctos y sabios y en los poderosos del mundo, que con dificultad se corrigen y enmiendan sus pecados, porque han perdido el aprecio y veneración de los remedios de la Iglesia, que son los santos sacramentos, la predicación y doctrina. Y con estas medicinas, que son en otros pecadores saludables y sanan los ignorantes, enferman ellos, que son los médicos de la salud espiritual.

1333. Otras razones hay de este daño, que miran al mismo Señor. Porque los pecados de aquellas almas, que por estado o virtud se hallan más obligadas a Dios, se

pesan en la balanza de su justicia muy diferentemente que los de otras almas menos beneficiadas de su misericordia. Y aunque los pecados de todos sean de una misma materia, por las circunstancias son muy diferentes: porque los sacerdotes y maestros, los poderosos y prelados y los que tienen lugar o nombre de santidad, hacen gran daño con el escándalo de la caída y pecados que cometen. Es mayor su audacia y temeridad en atreverse contra Dios, a quien más conocen y deben, ofendiéndole con mayor luz y ciencia, y por esto con más osadía y desacato que los ignorantes; con que le desobligad tanto los pecados de los católicos, y entre ellos los de los más sabios e ilustrados, como se conoce en todo el corriente de las Escrituras sagradas. Y como en el término de la vida humana, que está señalado a cada uno de los mortales para que en él merezca el premio eterno, también está determinado hasta qué número de pecados le ha de aguardar y sufrir la paciencia del Señor a cada uno, pero este número no se computa sólo según la cantidad y multitud, sino también según la calidad y peso de los pecados en la divina justicia; y así puede suceder que en las almas de mayor ciencia y beneficios del cielo, la calidad supla la multitud de los pecados y con menos en número sean desamparados y castigados que otros pecadores con más. No a todos puede suceder lo que a Santo Rey David y a San Pedro, porque no en todos habrán precedido tantas obras buenas antes de su caída, a que tenga atención el Señor. Ni tampoco el privilegio de algunos es regla general para todos, porque no todos son elegidos para un ministerio, según los juicios ocultos del Señor.

1334. Con esta doctrina quedará, hija mía, satisfecha tu duda y entenderás cuan malo y lleno de amargura es ofender al Todopoderoso, cuando a muchas almas que redimió con su sangre las pone en el camino de la luz y las lleva por él, y cómo de alto estado puede caer una persona a más perversa obstinación que otras inferiores. Esta verdad testifica el misterio de la muerte y pasión de mi Hijo santísimo, en que los pontífices, sacerdotes, escribas y todo aquel pueblo en comparación de los gentiles, estaba más obligado a Dios, y sus pecados los llevaron a la obstinación, ceguedad y crueldad más abominable y precipitada que a

los mismos gentiles, que ignoraban la verdadera religión. Quiero también que esta verdad y ejemplo te avisen de tan terrible peligro, para que prudente le temas y con el temor santo juntes el humilde agradecimiento y alta estimación de los bienes del Señor. En el tiempo de la abundancia no te olvides de la penuria (Eclo 18, 25). Confiere lo uno y lo otro en ti misma, considerando que el tesoro lo tienes en vaso quebradizo y le puedes perder, y que el recibir tantos beneficios no es merecerlos, ni el poseerlos es derecho de justicia sino gracia y liberalidad, y el haberte hecho el Altísimo tan familiar suya no es asegurarte de que no puedes caer o que vivas descuidada o pierdas el temor y reverencia. Todo ha de caber en ti al paso y peso de los favores, porque también ha crecido la ira de la serpiente y se desvela contra ti más que contra otras almas, porque ha conocido que con muchas generaciones no ha mostrado el Altísimo su liberal amor tanto como lo hace contigo; y si cayese tu ingratitud sobre tantos beneficios y misericordias, serías infelicísima y digna de riguroso castigo.

CAPITULO 20

Por mandado de Pilatos fue azotado nuestro Salvador Jesús, coronado de espinas y escarnecido, y lo que en este paso hizo María santísima .

1335. Conociendo Pilatos la porfiada indignación de los judíos contra Jesús Nazareno y deseando no condenarle a muerte porque le conocía inocente, le pareció que mandándole azotar con rigor aplacaría el furor de aquel ingratísimo pueblo y la envidia de los pontífices y escribas, para que dejasen de perseguirle y pedir su muerte, y si acaso en algo hubiese faltado Cristo a las ceremonias y ritos judaicos quedaría bastantemente castigado. Y este juicio hizo Pilatos, porque en el discurso del proceso se informó y le dijeron que le imputaban a Cristo que no guardaba el sábado ni otras ceremonias, de que vana y estultamente le calumniaban, como consta del discurso de su predicación, que refieren los sagrados evangelistas. Pero siempre discurría en esto Pilatos como ignorante, pues ni al Maestro de la santidad podía caber defecto alguno contra la

ley que había venido no a quebrantarla sino a cumplirla y llenarla toda (Mt 5, 17), ni tampoco, cuando fuera verdadera la calumnia, no le debía castigar por esto con pena tan desigual —pues tenían los mismos judíos en su ley otros medios con que se purificaban de las transgresiones, que cada paso cometían contra su ley — con tal impiedad y pena de azotes. Y mayor engaño padeció este juez pensando que los judíos tenían algún linaje de humanidad y compasión natural, porque su indignación y furor contra el mansísimo Maestro no era de hombres que naturalmente suelen moverse y aplacarse cuando ven rendido y humillado al enemigo, porque tienen corazones de carne y el amor de su semejante es natural y causa de alguna compasión.

1336. Tal como ésta era la implacable saña de los pontífices y fariseos, sus confederados, contra el Autor de la vida, porque Lucifer, desconfiando de impedirle la muerte que los mismos judíos pretendían, los irritaba con su espantosa malicia, para que se la diesen con desmedida crueldad. Pilatos estaba entre la luz de la verdad que conocía y entre los motivos humanos y terrenos que le gobernaban, y, siguiendo el error que ellos administran a los que gobiernan, mandó azotar con rigor al mismo que protestaba hallarle sin culpa. Para ejecutar este aviso y persuasión del demonio y acto tan injusto, fueron señalados seis ministros de justicia o sayones robustos y de mayores fuerzas, que, como hombres viles, y sin piedad, admitieron muy gustosos el oficio de verdugos, porque el airado y envidioso siempre se deleita en ejecutar su furor, aunque sea con acciones inhonestas, crueles y feas. Luego estos ministros del demonio con otros muchos llevaron a nuestro Salvador Jesús al lugar de aquel suplicio, que era un patio o zaguán de la casa donde solían dar tormento a otros delincuentes para que confesaran sus delitos. Este patio era de un edificio no muy alto y rodeado de columnas, que unas estaban cubiertas con el edificio que sustentaban y otras descubiertas y más bajas. A una columna de éstas, que era de mármol, le ataron fuertemente, porque siempre le juzgaban por mágico y temían no se les fuese de entre las manos.

1337. Desnudaron a Cristo nuestro Redentor primero la vestidura blanca, no con menor ignominia que en casa del adúltero y homicida Herodes se la habían vestido. Y para desatarle las sogas y cadenas que debajo tenía desde la prisión del huerto, le maltrataron impíamente, rompiéndole las llagas que las mismas prisiones por estar tan apretadas le habían abierto en los brazos y muñecas. Y dejándole sueltas las manos divinas, le mandaron con ignominioso imperio y blasfemias que el mismo Señor se despojase de la túnica inconsútil que iba vestido. Esta era la misma en número que su Madre santísima le había vestido en Egipto, cuando al dulce Jesús niño le puso en pie, como en su lugar queda advertido (Cf. n. 691). Sola esta túnica tenía entonces el Señor, porque en el huerto, cuando le prendieron, le quitaron un manto o capa que solía traer sobre la túnica. Obedeció el Hijo del Eterno Padre a los verdugos y comenzó a desnudarse, para quedar en presencia de tanta gente con la afrenta de la desnudez de su sagrado y honestísimo cuerpo. Y los ministros de aquella crueldad, pareciéndoles que la modestia del Señor tardaba mucho a despojarse, le asieron de la túnica con violencia, para desnudarle muy aprisa y, como dicen, a rodapelo. Quedó Su Majestad totalmente desnudo, salvo unos paños de honestidad que traía debajo la túnica, que también eran los mismos que su Madre santísima le vistió en Egipto con la tunicela; porque todo había crecido con el sagrado cuerpo, sin habérselos desnudado ni esta ropa ni el calzado que la misma Señora le puso, salvo en la predicación, como entonces dije (Cf. supra n. 1168), que muchas veces andaba pie por tierra.

1338. Algunos doctores entiendo que han dicho o meditado que a nuestro Salvador Jesús, en esta ocasión de los azotes y para ser crucificado, le desnudaron del todo, permitiendo Su Majestad aquella confusión para mayor tormento de su persona; pero habiendo inquirido la verdad, con nuevo orden de la obediencia, se me ha declarado que la paciencia del divino Maestro estuvo aparejada para padecer todo lo que fuera decente y sin resistencia a ningún oprobio. Y que los verdugos intentaron este agravio de la total desnudez de su cuerpo santísimo y llegaron a querer despojarle de aquellos paños de honestidad con que

sólo había quedado, pero no lo pudieron conseguir, porque en llegando a tocarlos se les quedaban los brazos yertos y helados, como sucedió en casa de Caifás cuando pretendieron desnudar al Señor del Cielo, y queda dicho en el capítulo 17 (Cf. supra n. 1290). Y aunque todos los seis verdugos llegaron a probar sus fuerzas en esta injuria, les sucedió lo mismo; no obstante que después, para azotar al Señor con más crueldad, estos ministros del ■ pecado le levantaron algo los paños de la honestidad, y a esto dio lugar Su Majestad, mas no a que le despojasen del todo y se los quitasen. Tampoco el milagro de verse impedidos y entorpecidos para aquel desacato movió ni ablandó los corazones de aquellas fieras humanas, pero con insania diabólica lo atribuyeron a la hechicería y arte mágica que imputaban al Autor de la verdad y vida.

1339. En esta forma quedó Su Majestad desnudo en presencia de mucha gente, y los seis verdugos le ataron crudamente a una columna de aquel edificio para castigarle más a su salvo. Luego por su orden de dos en dos le azotaron con crueldad tan inaudita, que no pudo caer en condición humana, si el mismo Lucifer no se hubiera revestido en el impío corazón de aquellos sus ministros. Los dos primeros azotaron al inocentísimo Señor con unos ramales de cordeles muy retorcidos, endurecidos y gruesos, estrenando en este sacrilegio todo el furor de su indignación y las fuerzas de sus potencias corporales. Y con estos primeros azotes levantaron en el cuerpo deificado de nuestro Salvador grandes cardenales y verdugos, de que le cuajaron todo, quedando entumecido y desfigurado por todas partes para reventar la preciosísima sangre por las heridas. Pero cansados estos sayones, entraron de nuevo y a porfía los otros dos segundos, y con los segundos ramales de correas como riendas durísimas le azotaron sobre las primeras heridas, rompiendo todas las ronchas y cardenales que los primeros habían hecho y derramando la sangre divina, que no sólo bañó todo el sagrado cuerpo de Jesús nuestro Salvador, sino que salpicó y cubrió las vestiduras de los ministros sacrílegos que le atormentaban y corrió hasta la tierra. Con esto se retiraron los segundos verdugos y comenzaron los terceros, sirviéndoles de nuevos instrumentos unos ramales de nervios de animales, casi

duros como mimbres ya secas. Estos azotaron al Señor con mayor crueldad, no sólo porque ya no herían a su virginal cuerpo sino a las mismas heridas que los primeros habían dejado, sino también porque de nuevo fueron ocultamente irritados por los demonios, que de la paciencia de Cristo estaban más enfurecidos.

1340. Y como en el sagrado cuerpo estaban ya rotas las venas y todo él era una llaga continuada, no hallaron estos terceros verdugos parte sana en que abrirlas de nuevo. Y repitiendo los inhumanos golpes rompieron las inmaculadas y virgíneas carnes de Cristo nuestro Redentor, derribando al suelo muchos pedazos de ella y descubriendo los huesos en muchas partes de las espaldas, donde se manifestaban patentes y rubricados con la sangre, y en algunas se descubrían en más espacio del hueso que una palma de la mano. Y para borrar del todo aquella hermosura que excedía a todos los hijos de los hombres, le azotaron en su divino rostro, en los pies y manos, sin dejar lugar que no hiriesen, donde pudieron extender su furor y alcanzar la indignación que contra el inocentísimo Cordero habían concebido. Corrió su divina sangre por el suelo, rebasándose en muchas partes con abundancia. Y estos golpes que le dieron en pies y manos y en el rostro fueron de incomparable dolor, por ser estas partes más nerviosas, sensibles y delicadas. Quedó aquella venerable cara entumecida y llagada hasta cegarle los ojos con la sangre y cardenales que en ella hicieron. Y sobre todo esto le llenaron de salivas inmundísimas, que a un mismo tiempo le arrojaban, hartándole de oprobios. El número ajustado de los azotes que dieron al Salvador fue cinco mil ciento y quince, desde las plantas de los pies hasta la cabeza. Y el gran Señor y autor de toda criatura, que por su naturaleza divina era impasible, quedó por nosotros, y en la condición de nuestra carne, hecho varón de dolores, como lo había profetizado Isaías (Is 53, 3), y muy sabio en la experiencia de nuestras enfermedades, el novísimo de los hombres y reputado por el desprecio de todos.

1341. La multitud del pueblo que seguía a Jesús Nazareno nuestro Salvador tenía ocupados los zaguanes de la casa de Pilatos hasta las calles, porque todos esperaban el fin de

aquella novedad, discurriendo y hablando con un tumulto confusísimo, según el juicio que cada uno concebía del suceso. Y entre toda esta confusión la Madre Virgen padeció incomparables denuestos y tribulaciones de los oprobios y blasfemias que los judíos y otros gentiles decían contra su Hijo santísimo. Y cuando le llevaban al lugar de los azotes, se retiró la prudentísima Señora a un rincón del zaguán con las Marías y San Juan Evangelista, que la asistían y acompañaban en su dolor. Retirada en aquel puesto vio por visión clarísima todos los azotes y tormentos que padecía nuestro Salvador, y aunque no los vio con los ojos del cuerpo, nada le fue oculto más que si estuviera mirándole muy de cerca. Y no puede caer en humano pensamiento cuáles y cuántos fueron los dolores y aflicciones que en esta ocasión padeció la gran Reina y Señora de los Ángeles, y con otros misterios ocultos se conocerán en la divinidad, cuando allí se manifiesten a todos para gloria del Hijo y de la Madre. Pero ya he dicho en otros lugares de esta Historia, y más en el discurso de la pasión del Señor (Cf. supra n. 1219, 1236, 1264), que sintió María santísima en su cuerpo todos los dolores que con las heridas sentía y recibía el Hijo. Y este dolor tuvo también en los azotes, sintiéndolos en todas las partes de su virginal cuerpo, donde se los daban a Cristo nuestro bien. Y aunque no derramó sangre más de la que vertía con las lágrimas, ni se trasladaron las llagas a la candidísima paloma, pero el dolor la transformó y desfiguró de manera que San Juan Evangelista y las Marías le llegaron a desconocer por su semblante. A más de los dolores del cuerpo fueron inefables los que padeció en su purísima alma, porque allí fue donde añadiendo la ciencia se añadió el dolor (Ecl 1, 18). Y sobre el amor natural de madre y el de la suprema caridad de Cristo, ella sola supo y pudo ponderar sobre todas las criaturas la inocencia de Cristo, la dignidad de su divina persona y el peso de las injurias que recibía de los mismos hijos de Adán, a quienes redimía de la eterna muerte.

1342. Ejecutada la sentencia de los azotes, los mismos verdugos con imperioso desacato desataron a nuestro Salvador de la columna y renovando las blasfemias le mandaron se vistiese luego su túnica que le habían quitado. Pero uno de aquellos ministros, incitado del demonio,

mientras azotaban al mansísimo Maestro había escondido sus vestiduras, para que no pareciesen y perseverase desnudo para mayor irrisión y afrenta de su divina persona. Este mal intento del demonio conoció la Madre del Señor y, usando de potestad de Reina, mandó a Lucifer se desviase de aquel lugar con todos sus demonios, y luego se alejaron compelidos de la virtud y poder de la gran Señora. Y ella dio orden que por mano de los Santos Ángeles fuese restituida la túnica de su Hijo santísimo a donde Su Majestad pudiese tomarla, para vestir su sagrado y lastimado cuerpo. Todo se ejecutó al punto, aunque los sacrílegos ministros no entendieron este milagro, ni cómo se había obrado, pero todo lo atribuían a la hechicería y arte del demonio. Vistióse nuestro Salvador, habiendo padecido sobre sus llagas el nuevo dolor que le causaba el frío, porque de los Evangelistas (Mc 14, 54; Lc 22, 55; Jn 18, 18) consta que le hacía, y Su Majestad había estado desnudo grande rato; con que la sangre de las heridas se le había helado y comprimían las llagas, estaban entumecidas y más dolorosas, las fuerzas eran menos para tolerarle, porque el frío las debilitaba, aunque el incendio de su infinita caridad las esforzaba a padecer y desear más y más. Y con ser la compasión tan natural en las criaturas racionales, no hubo quien se compadeciese de su aflicción y necesidad, si no es la dolorosa Madre, que por todo el linaje humano lloraba, se lastimaba y compadecía.

1343. Entre los sacramentos del Señor, ocultos a la humana sabiduría, causa grande admiración que la indignación de los judíos, que eran hombres sensibles de carne y sangre como nosotros, no se aplacase viendo a Cristo nuestro bien tan lastimado y herido de sus azotes, y que un objeto tan lastimoso no les moviese a compasión natural; antes bien le quedó a la envidia materia para arbitrar nuevos modos de injurias y de tormentos contra quien estaba tan lastimado. Pero tan implacable era su furor, que luego intentaron otro nuevo e inaudito género de tormento. Fueron a Pilatos y en el pretorio en presencia de los de su consejo le dijeron: Este seductor y engañador del pueblo, Jesús Nazareno, ha querido con sus embustes y vanidad que le tuvieran todos por Rey de los judíos y, para que se humille su soberbia y se desvanezca más su

presunción, queremos que permitas le pongamos las insignias reales que mereció su fantasía.—Consintió Pilatos con la injusta demanda de los judíos, para que la ejecutasen como lo desearon.

1344. Llevaron luego a Jesús nuestro Salvador al pretorio, donde le desnudaron de nuevo con la misma crueldad y desacato y le vistieron una ropa de púrpura muy lacerada y manchada, como vestidura de rey fingido, para irrisión de todos. Pusiéronle también en su sagrada cabeza un seto de espinas muy tejido, que le sirviese de corona. Era este seto de juncos espinosos, con puntas muy aceradas y fuertes, y se le apretaban de manera que muchas le penetraron hasta el casco y algunas hasta los oídos y otras hasta los ojos, y por esto fue uno de los mayores tormentos el que padeció Su Majestad con la corona de espinas. En, vez de cetro real le pusieron en la mano derecha una caña contentible y sobre todo esto le arrojaron sobre los hombres un manto de color morado, al modo de las capas que se usan en la Iglesia, porque también este vestido pertenecía al adorno de la dignidad y persona de los reyes. Con toda esta ignominia armaron rey de burlas los judíos al que por naturaleza y por todos títulos era verdadero Rey de los reyes y Señor de los señores (Ap 19, 16). Juntáronse luego todos los de la milicia en presencia de los pontífices y fariseos y cogiendo en medio a nuestro Salvador Jesús, con desmedida irrisión y mofa le llenaron de blasfemias; porque unos le hincaban las rodillas y con burla le decían: Dios te salve, Rey de los judíos; otros le daban bofetadas, otros con la misma caña que tenía en sus manos herían su divina cabeza dejándola lastimada, otros le arrojaban inmundísimas salivas, y todos le injuriaban y despreciaban con diferentes contumelias, administradas del demonio por medio de su furor diabólico.

1345. ¡Oh caridad incomprensible y sin medida! ¡Oh paciencia nunca vista ni imaginada entre los hijos de Adán! ¿Quién, Señor y bien mío, pudo obligar a tu grandeza para que te humillaras, siendo verdadero y. poderoso Dios en tu ser y en tus obras, a padecer tan inauditos tormentos, oprobios y blasfemias? Pero ¿quién, oh Bien infinito, dejó de desobligarte entre todos los hombres, para que

nada hicieras ni padecieras por ellos? ¿Quién tal pensara ni creyera si no conociéramos tu bondad infinita? Pero ya que la conocemos y con la firmeza de la santa fe miramos tan admirables beneficios y maravillas de tu amor, ¿dónde está nuestro juicio?, ¿qué hace la luz de la verdad que confesamos?, ¿qué encanto es éste que padecemos, pues a vista de tus dolores, azotes, espinas, oprobios y contumelias, buscamos sin vergüenza ni temor los deleites, el regalo, el descanso, las mayorías y vanidades del mundo? Verdaderamente es grande el número de los necios (Ecl 1, 15), pues la mayor estulticia y fealdad es conocer la deuda y no pagarla, recibir el beneficio y nunca agradecerle, tener a los ojos el mayor bien y despreciarle, apartarle de nosotros y no lograrle, dejar la vida, huir de ella y seguir la eterna muerte. No despegó su boca el inocentísimo cordero Jesús entre tales y tantos oprobios, ni tampoco se aplacó la indignación furiosa de los judíos, ni con la irrisión y escarnios que hizo del divino Maestro, ni con los tormentos que añadió a los desprecios de su sobredignísima persona.

1346. Parecióle a Pilatos que un espectáculo tan lastimoso como estaba Jesús Nazareno movería y confundiría los corazones de aquel ingrato pueblo, y mandóle sacar del pretorio a una ventana donde todos le viesen así como estaba azotado, desfigurado y coronado de espinas con las vestiduras ignominiosas de fingido rey. Y hablando el mismo Pilatos al pueblo, les dijo: *Ecce Homo (Jn 19, 5)*. Veis aquí el hombre que tenéis por vuestro enemigo. ¿Qué más puedo hacer con él que haberle castigado con tanto rigor y severidad? No tendréis ya que temerle. Yo no hallo en él causa de muerte.—Verdad cierta y segura era la que decía el juez, pero con ella misma condenaba su injustísima piedad, pues a un hombre que conocía y confesaba por justo y sabía que no era digno de muerte le había hecho atormentar y consentidolo de manera que le pudieran quitar los tormentos una y muchas vidas. ¡Oh ceguera del amor propio y maldad de contemplar con los que dan o quitan las dignidades! ¡Cómo oscurecen la razón estos motivos y tuercen el peso de la justicia, y la adulteraron en la verdad mayor y en la condenación del Justo de los justos! Temblad, jueces que juzgáis la tierra, y mirad que los pesos

de vuestros juicios y dictámenes no sean engañosos, porque los juzgados y condenados en una injusta sentencia vosotros sois. Como los pontífices y fariseos deseaban quitar la vida a Cristo nuestro Salvador con efecto e ira insaciable, nada menos que la muerte de Su Majestad les contentaba ni satisfacía, y así respondieron a Pilatos: *Crucifícale, crucifícale (Jn 19, 6).*

1347. La bendita entre las mujeres María santísima vio a su benditísimo Hijo, cuando Pilatos le manifestó y dijo: *Ecce Homo,* y puesta de rodillas le adoró y confesó por verdadero Dios-Hombre. Y lo mismo hicieron San Juan Evangelista y las Marías y todos los Ángeles que asistían a su gran Reina y Señora; porque ella, como Madre de nuestro Salvador y como Reina de todos, les ordenó que lo hiciesen así, a más de la voluntad que los Santos Ángeles conocían en el mismo Dios. Habló la prudentísima Señora con el Eterno Padre y con los Santos Ángeles, y mucho más con su amantísimo Hijo, palabras llenas de gran peso, de dolor, compasión y profunda reverencia, que en su inflamado y castísimo pecho se pudieron concebir. Consideró también con su altísima sabiduría que en aquella ocasión en que su Hijo santísimo estaba tan afrentado y burlado, despreciado y escarnecido de los judíos, convenía en el modo más oportuno conservar el crédito de su inocencia. Y con este prudentísimo acuerdo renovó la divina Madre las peticiones que arriba dije (Cf. supra n. 1306) hizo por Pilatos, para que continuase en declarar como juez que Jesús nuestro Redentor no era digno de muerte, ni malhechor, como los judíos pretendían que el mundo lo entendiese.

1348. En virtud de esta oración de María santísima sintió Pilatos grande compasión de ver al Señor tan lastimado de los azotes y oprobios y le pesó que le hubiesen castigado con tanta impiedad. Y aunque a todos estos movimientos le ayudó algo el ser de condición más blanda y compasiva, pero lo más obraba en él la luz que recibía por intercesión de la gran Reina y Madre de la gracia. Y de esta misma luz se movió el injusto juez, para tener tantas demandas y respuestas con los judíos sobre soltar a Jesús nuestro Salvador, como lo refiere el Evangelista San Juan (Jn 19, 4) en el

capítulo 19, después de la coronación de espinas. Y pidiéndole ellos que le crucificase, respondió Pilatos: Tomadle allá vosotros y crucificadle, que yo no hallo causa justa para hacerlo.—Replicaron los judíos: Conforme a nuestra ley es digno de muerte, porque se hace Hijo de Dios.—Esta réplica puso mayor miedo a Pilatos, porque hizo concepto que podía ser verdad que Jesús era Hijo de Dios, en la forma que él sentía de la divinidad. Y por este miedo se retiró al pretorio, donde a solas habló con el Señor y le preguntó de dónde era. No respondió Su Majestad a esta pregunta, porque no estaba Pilatos en estado de entender la respuesta, ni la merecía. Y con todo eso volvió a instar y dijo al Rey del cielo: Pues ¿a mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte o para darte por libre? Pretendió Pilatos obligar a Jesús con estas razones a que se disculpase y le respondiese algo de lo que deseaba saber, y le pareció que un hombre tan afligido y atormentado admitiría cualquiera favor que le ofreciese el juez.

1349. Pero el Maestro de la verdad respondió a Pilatos sin excusarse y con mayor alteza que él pedía, y así le dijo Su Majestad: No tuvieras tú potestad alguna contra mí, si de lo alto no te fuera concedido, y por esto el que me entregó en tus manos cometió mayor pecado.—Con esta sola respuesta no pudiera este juez tener disculpa en condenar a Cristo, pues debía entender por ella que sobre aquel Hombre Jesús no tenía él potestad, ni el César; que por orden más alto era permitido que le entregasen a su jurisdicción contra razón y justicia y que por esto Judas Iscariotes y los pontífices habían cometido mayor pecado que el mismo Pilatos en no soltarle, pero que también él era reo de la misma culpa, aunque no tanto como los otros. No llegó a conocer Pilatos esta misteriosa verdad, pero con todo eso se atemorizó mucho con las palabras de Cristo nuestro bien y puso mayor esfuerzo en soltarle. Los pontífices, que conocieron el intento de Pilatos, le amenazaron con la desgracia del emperador, en que incurría y caería de ella si le soltaba y no quitaba la vida a quien se levantaba por rey. Y le dijeron: Si a este hombre dejas libre, no eres amigo del César, pues el que se hace rey contraviene a sus órdenes y mandatos.—Dijeron esto,

porque los emperadores romanos no consentirían que sin su voluntad se atreviese nadie en todo el imperio a usurpar la vestidura o título de rey, y si Pilatos lo consintiera no guardara los decretos del César. Turbóse mucho con esta maliciosa amenaza y advertencia de los judíos y, sentándose en su tribunal a la hora de sexta para sentenciar al Señor, volvió a instar otra vez diciendo a los judíos: Veis aquí a vuestro Rey.—Respondieron todos: Quítale, quítale allá, crucifícale.—Replicóles Pilatos: ¿Pues a vuestro Rey he de crucificar?—Dijeron todos a voces: No tenemos otro rey fuera del César.

1350. Dejóse vencer Pilatos de la porfía y malicia de los judíos. Y estando en su tribunal —que en griego se llama Lithostrotos y en hebreo Gabatha— día de Parasceve, pronunció la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, como diré en el capítulo siguiente. Y los judíos salieron de la sala con grande orgullo y alegría, publicando la sentencia del inocentísimo Cordero, en que ignorándolo ellos consistía nuestro remedio. Todo le fue notorio a la dolorosa Madre, que por visión expresa lo miraba desde fuera. Y cuando salieron los pontífices y fariseos publicando la condenación de su Hijo santísimo a muerte de cruz, se renovó el dolor de aquel castísimo corazón, quedó dividido con el cuchillo de amargura que le penetró y traspasó sin piedad alguna. Y porque excede a todo humano pensamiento el dolor que aquí padeció María santísima, no puedo hablar en él, sino remitirlo a la piedad cristiana. Ni tampoco es posible referir los actos interiores que ejercitó de adoración, culto, reverencia, amor, compasión, dolor y conformidad.

Doctrina que me dio la gran Señora y Reina del cielo.

1351. Hija mía, con admiración discurres sobre la dureza y malicia de los judíos y facilidad de Pilatos, que la conoció y se dejó vencer de ella contra la inocencia de mi Hijo y mi Señor. De esta admiración quiero sacarte con la enseñanza y avisos que te convienen para ser cuidadosa en el camino de la vida. Ya sabes que las profecías antiguas de los misterios de la Redención y todas las escrituras santas habían de ser infalibles, pues antes faltaría el cielo y tierra que se dejasen de cumplir (Mt 24, 35) como en la mente

divina estaban determinadas; y para ejecutarse la muerte torpísima, que estaba profetizada darían a mi Señor (Sap 2, 20), era necesario que hubiera hombres que le persiguiesen, pero que éstos fuesen los judíos y sus pontífices y el injusto juez Pilatos que le condenó fue desdicha y suma infelicidad suya y no elección del Altísimo, que a todos quisiera salvar. Quien llevó a estos ministros a tanta ruina fueron sus propias culpas y suma malicia, con que resistieron a la gracia de los mayores beneficios de tener consigo a su Redentor y Maestro, tratarle, conocerle, oír su predicación y doctrina, ver sus milagros y recibir tantos favores, que ninguno de los antiguos padres los alcanzaron, aunque lo desearon (Mt 13, 17). Con esto se justificó la causa del Señor y se conoció que cultivó su viña por su mano y la llenó de beneficios, y ella le dio en retorno espinas y abrojos y quitó la vida al Dueño que la plantó y no quiso reconocerle, como debía y podía más que los extraños (Mt 21, 33ss).

1352. Esto que sucedió en la cabeza Cristo mi Señor e Hijo, ha de suceder hasta el fin del mundo en los miembros de este Cuerpo Místico, que son los justos y predestinados, porque fuera monstruosidad que los miembros no correspondieran con la Cabeza y los hijos al Padre y los discípulos al Maestro. Y aunque siempre han de ser necesarios los escándalos (Mt 18, 7), porque siempre han de estar juntos en el mundo los justos y pecadores, los predestinados y los prescitos, siempre quien persiga y quien sea perseguido, quien dé la muerte y quien la padezca, quien mortifique y quien sea mortificado, pero estas suertes se dividen por la malicia o bondad de los hombres y será desdichado aquel que por su culpa y mala voluntad hace que venga el escándalo que ha de venir al mundo y para esto se hace instrumento del demonio. Esta obra comenzaron en la nueva Iglesia los pontífices y fariseos y Pilatos, que todos labraron la cabeza de este hermosísimo Cuerpo Místico, y en el discurso del mundo imitan y siguen a los pontífices y fariseos y Pilatos y al demonio los que labran los miembros, que son los santos y predestinados.

1353. Advierte, pues, ahora, carísima, cuál de estas

suertes quieres elegir en presencia de mi Señor y mía. Y si cuando tu Redentor, tu Esposo y tu Cabeza fue atormentado, afligido, coronado de espinas y lleno de ignominias, quieres tú ser parte suya y miembro de este Cuerpo Místico, no es conveniente ni posible que vivas en regalo según la carne. Tú has de ser la perseguida y no perseguir, la oprimida y no oprimir, la que lleves la cruz y sufras el escándalo y no le causes, tú la que padezcas y no hagas padecer a ninguno de tus prójimos; antes bien, debes procurarles su remedio y salvación en cuanto a ti fuere posible continuando la perfección de tu estado y vocación. Esta es la parte de los amigos de Dios y la herencia de sus hijos en la vida mortal y en ella se contiene la participación de la gracia y de la gloria que, con los tormentos y oprobios y con la muerte de cruz, les adquirió mi Hijo y mi Señor; y yo también cooperé en esta obra, costándome los dolores y aflicciones que tú has entendido, cuyas especies y memoria nunca quiero que de tu intención se borren. Poderoso era el Altísimo para hacer grandes en lo temporal a sus predestinados, para darles riquezas, regalos y excelencia entre todos, y hacerlos fuertes como leones y que todo lo rindieran a su invencible poder. Pero no convenía llevarlos por este camino, porque los hombres no se engañasen, pensando que en la grandeza de lo visible y terreno consistía su felicidad y desampararan las virtudes, oscurecieran la gloria del Señor y no conocieran la eficacia de la divina gracia, ni aspiraran a lo espiritual y eterno. En esta ciencia quiero que estudies continuamente y te aproveches cada día, obrando y ejecutando todo lo que con ella entiendes y conoces.

CAPITULO 21

Pronuncia Pilatos la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, lleva Su Majestad la cruz a cuestas en que ha de morir, síguele su Madre santísima y lo que hizo la gran Señora en este paso contra el demonio y otros sucesos.

1354. Decretó Pilatos la sentencia de muerte de cruz contra la misma vida, Jesús nuestro Salvador, a satisfacción

y gusto de los pontífices y fariseos. Y habiéndola intimado y notificado al inocentísimo reo, retiraron a Su Majestad a otro lugar en la casa del juez, donde le desnudaron la púrpura ignominiosa que le habían puesto como a rey de burlas y fingido. Y todo fue con misterio de parte del Señor; aunque de parte de los judíos fue acuerdo de su malicia, para que fuese llevado al suplicio de la cruz con sus propias vestiduras y por ellas le conociesen todos, porque de los azotes, salivas y corona estaba tan desfigurado su divino rostro, que sólo por el vestido pudo ser conocido del pueblo. Vistiéronle la túnica inconsútil, que los Ángeles con orden de su Reina administraron, trayéndola ocultamente de un rincón, a donde los ministros la habían arrojado en otro aposento en que se la quitaron, cuando le pusieron la púrpura de irrisión y escándalo. Pero nada de esto entendieron los judíos, ni tampoco atendieron a ello, por la solicitud que traían en acelerarle la muerte.

1355. Por esta diligencia de los judíos corrió luego por toda Jerusalén la voz de la sentencia de muerte que se había pronunciado contra Jesús Nazareno, y de tropel concurrió todo el pueblo a la casa de Pilatos para verle sacar a justiciar. Estaba la ciudad llena de gente, porque a más de sus innumerables moradores habían concurrido de todas partes otros muchos a celebrar la Pascua, y todos acudieron a la novedad y llenaron las calles hasta el palacio de Pilatos. Era viernes, día de Parasceve, que en griego significa lo mismo que preparación o disposición, porque aquel día se prevenían y disponían los hebreos para el siguiente del sábado, que era su gran solemnidad, y en ella no hacían obras serviles ni para prevenir la comida y todo se hacía el viernes. A vista de todo este pueblo sacaron a nuestro Salvador con sus propias vestiduras, tan desfigurado y encubierto su divino rostro en las llagas, sangre y salivas, que nadie le reputara por el mismo que antes habían visto y conocido. Apareció, como dijo Isaías (Is 53, 4), como leproso y herido del Señor, porque la sangre seca y los cardenales le habían transfigurado en una llaga. De las inmundas salivas le habían limpiado algunas veces los Santos Ángeles, por mandárselo la afligida Madre, pero luego las volvían a repetir y renovar con tanto exceso, que en esta ocasión apareció todo cubierto de aquellas

asquerosas inmundicias. A la vista de tan doloroso espectáculo se levantó en el pueblo una tan confusa gritería y alboroto, que nada se entendía ni oía más del bullicio y eco de las voces. Pero entre todas resonaban las de los pontífices y fariseos, que con descompuesta alegría y escarnio hablaban con la gente para que se quietasen y despejasen la calle por donde habían de sacar al divino sentenciado y para que oyeran su capital sentencia. Todo lo demás del pueblo estaba dividido en juicios y lleno de confusión, según los dictámenes de cada uno. Y las naciones diferentes que al espectáculo asistían, los que habían sido beneficiados y socorridos de la piedad y milagros del Salvador y los que habían oído y recibido su doctrina y eran sus aliados y conocidos, unos lloraban con lastimosa amargura, otros preguntaban qué delitos había cometido aquel hombre para tales castigos. Otros estaban turbados y enmudecidos, y todo era confusión y tumulto.

1356. De los once Apóstoles sólo San Juan Evangelista se halló presente, que con la dolorosa Madre y las Marías estaba a la vista, aunque algo retirados de la multitud. Y cuando el Santo Apóstol vio a su divino Maestro —de quien consideraba era amado— que le sacaron en público, fue tan lastimada su alma del dolor, que llegó a desfallecer y perder los pulsos, quedando con un mortal semblante. Las tres Marías desfallecieron con un desmayo muy helado. Pero la Reina de las virtudes estuvo invicta y su magnánimo corazón, con lo sumo del dolor sobre todo humano discurso, nunca desfalleció ni desmayó, no padeció las imperfecciones de los desalientos y deliquios que los demás. En todo fue prudentísima, fuerte y admirable, y de las acciones exteriores dispuso con tanto peso, que sin sollozos ni voces confortó a las Marías y a San Juan Evangelista, y pidió al Señor las fortaleciese y asistiese con su diestra, para que con él y con ellas tuviese compañía hasta el fin de la pasión. Y en virtud de esta oración fueron consolados y animados el Apóstol y las Marías para volver en sí y hablar a la gran Señora del cielo. Y entre tanta confusión y amargura no hizo obra, ni tuvo movimiento desigual, sino con serenidad de Reina derramaba incesantes lágrimas. Atendía a su Hijo y Dios verdadero, oraba al Eterno Padre, presentábale los dolores y pasión,

acompañando a las mismas obras con que nuestro Salvador lo hacía. Conocía la malicia del pecado, penetraba los misterios de la Redención humana, convidaba a los Ángeles, rogaba por los amigos y enemigos y, dando el punto al amor de Madre y al dolor que le correspondía, llenaba juntamente todo el coro de sus virtudes con admiración de los cielos y sumo agrado de la divinidad. Y porque no es posible reducir a mis términos las razones que formaba esta gran Madre de la sabiduría en su corazón, y tal vez en sus labios, lo remito a la piedad cristiana.

1357. Procuraban los pontífices y los ministros de justicia sosegar al pueblo y que tuviesen silencio para oír la sentencia de Jesús Nazareno, que después de habérsela notificado en su persona la querían leer en público y a su presencia. Y quietándose la turba, estando Su Majestad en pie como reo, comenzaron a leerla en alta voz, que todos la entendiesen, y después la fueron repitiendo por las calles y últimamente al pie de la cruz. La sentencia anda vulgar impresa, como yo la he visto, (No sabemos cuál es la "sentencia vulgar impresa" que la Venerable dice haber visto. González Mateo *[Mystica Civitas Dei vindicata,* Matriti 1747, art. 7 & 2 n. 208, p. 67] afirma que la fórmula empleada por la autora es semejante a otra fórmula encontrada el año 1580 en Amiterno (Italia). Toma este dato de SlURI, t. 3, trac. 10, c. 4, n. 59, quien a su vez depende de Rodrigo de Yepes, *Palestinae descriptio.*) y, según la inteligencia que he tenido, en sustancia es verdadera, salvo algunas palabras que se le han añadido. Yo no las pondré aquí, porque a mí se me han dado las que sin añadir ni quitar escribo, y fue como se sigue:

Tenor de la sentencia de muerte que dio Pilatos contra Jesús Nazareno nuestro Salvador.

1358. Yo, Poncio Pilato, presidente de la inferior Galilea, aquí en Jerusalén regente por el imperio romano, dentro del palacio de archipresidencia, juzgo, sentencio y pronuncio que condeno a muerte a Jesús, llamado de la plebe Nazareno, y de patria galileo, hombre sedicioso, contrario de la ley y de nuestro Senado y del grande emperador Tiberio César. Y por la dicha mi sentencia determino que su

muerte sea en cruz, fijado con clavos a usanza de reos. Porque aquí, juntando y congregando cada día muchos hombres pobres y ricos, no ha cesado de remover tumultos por toda Judea, haciéndose Hijo de Dios y Rey de Israel, con amenazarles la ruina de esta tan insigne ciudad de Jerusalén y su templo, y del sacro Imperio, negando el tributo al César, y por haber tenido atrevimiento de entrar con ramos y triunfo con gran parte de la plebe dentro de la misma ciudad de Jerusalén y en el sacro templo de Salomón. Mando al primer centurión, llamado Quinto Cornelio, que le lleve por la dicha ciudad de Jerusalén a la vergüenza, ligado así como está, azotado por mi mandamiento. Y séanle puestas sus vestiduras para que sea conocido de todos, y la propia cruz en que ha de ser crucificado. Vaya en medio de los otros dos ladrones por todas las calles públicas, que asimismo están condenados a muerte por hurtos y homicidios que han cometido, para que de esta manera sea ejemplo de todas las gentes y malhechores.

Quiero asimismo y mando por esta mi sentencia, que, después de haber así traído por las calles públicas a este malhechor, le saquen de la ciudad por la puerta Pagora, la que ahora es llamada Antoniana, y con voz de pregonero, que diga todas estas culpas en ésta mi sentencia expresadas, le lleven al monte que se dice Calvario, donde se acostumbra a ejecutar y hacer la justicia de los malhechores facinerosos, y allí fijado y crucificado en la misma cruz que llevare, como arriba se dijo, quede su cuerpo colgado entre los dichos dos ladrones. Y sobre la cruz, que es en lo más alto de ella, le sea puesto el título de su nombre en las tres lenguas que ahora más se usan, conviene a saber, hebrea, griega y latina, y que en todas ellas y cada una diga: *Este es Jesús Nazareno Rey de los Judíos,* para que todos lo entiendan y sea conocido de todos.

Asimismo mando, so pena de perdición de bienes y de la vida y de rebelión al imperio romano, que ninguno, de cualquier estado y condición que sea, se atreva temerariamente a impedir la dicha justicia por mí mandada hacer, pronunciada, administrada y ejecutada con todo

rigor, según los decretos y leyes romanas y hebreas. Año de la creación del mundo cinco mil doscientos y treinta y tres, día veinticinco de marzo.—

Pontius Pilatus Judex et Gubernator Galilaeae inferioris pro Romano Imperio qui supra propia manu.

1359. Conforme a este cómputo, la creación del mundo fue en marzo, y del día que fue criado Adán hasta la Encarnación del Verbo pasaron cinco mil ciento y noventa y nueve años, y añadiendo los nueve meses que estuvo en el virginal vientre de su Madre santísima, y treinta y tres años que vivió, hacen los cinco mil doscientos y treinta y tres, y los tres meses que conforme al cómputo romano de los años restan hasta veinte y cinco del mes de marzo; porque según esta cuenta de la Iglesia romana, al primer año del mundo no le tocan más de nueve meses y siete días, para comenzar el segundo año del primero de enero. Y entre las opiniones de los doctores he entendido que la verdadera es la de la Santa Iglesia en el Martirologio romano, como lo dije también en el capítulo de la Encarnación de Cristo nuestro Señor, en el libro I de la segunda parte, capítulo 11 (Cf. supra n. 138).

1360. Leída la sentencia de Pilatos contra nuestro Salvador, que dejo referida, con alta voz en presencia de todo el pueblo, los ministros cargaron sobre los delicados y llagados hombros de Jesús la pesada cruz en que había de ser crucificado. Y para que la llevase le desataron las manos con que la tuviese, pero no el cuerpo, para que pudiesen ellos llevarle asido tirando de las sogas con que estaba ceñido, y para mayor crueldad le dieron con ellas a la garganta dos vueltas. Era la cruz de quince pies en largo, gruesa, y de madera muy pesada. Comenzó el pregón de la sentencia, y toda aquella multitud confusa y turbulenta de pueblo, ministros y soldados, con gran estrépito y vocería se movió con una desconcertada procesión, para encaminarse por las calles de Jerusalén desde el palacio de Pilatos para el monte Calvario. Pero el Maestro y Redentor del mundo Jesús, cuando llegó a recibir la cruz, mirándola con semblante lleno de júbilo y extremada alegría, cual suele mostrar el esposo con las ricas joyas de su esposa,

habló con ella en su secreto y la recibió con estas razones:

1361. Oh cruz deseada de mi alma, prevenida y hallada de mis deseos, ven a mí, amada mía, para que me recibas en tus brazos y en ellos como en altar sagrado reciba mi Eterno Padre el sacrificio de la eterna reconciliación con el linaje humano. Para morir en ti bajé del cielo en vida y carne mortal y pasible, porque tú has de ser el cetro con que triunfaré de todos mis enemigos, la llave con que abriré las puertas del paraíso a mis predestinados, el sagrado donde hallen misericordia los culpados hijos de Adán y la oficina de los tesoros que pueden enriquecer su pobreza. En ti quiero acreditar las deshonras y oprobios de los hombres, para que mis amigos los abracen con alegría y los soliciten con ansias amorosas, para seguirme por el camino que yo les abriré contigo. Padre mío y Dios eterno, yo te confieso Señor del cielo y tierra, y obedeciendo a tu querer divino cargo sobre mis hombros la leña del sacrificio de mi pasible humanidad inocentísima y le admito de voluntad por la salvación eterna de los hombres. Recibidle, Padre mío, como aceptable a Vuestra justicia, para que de hoy más no sean siervos sino hijos y herederos conmigo de Vuestro reino.

1362. A la vista de tan sagrados misterios y sucesos, estaba la gran Señora del mundo María santísima sin que alguno se le ocultase, porque de todos tenía altísima noticia y comprensión sobre los mismos Ángeles, y los sucesos que no podía ver con los ojos corporales los conocía con la inteligencia y ciencia de la revelación, que se los manifestaba con las operaciones interiores de su Hijo santísimo. Y con esta luz divina conoció el valor infinito que redundó en el madero santo de la cruz, al punto que recibió el contacto de la humanidad deificada de Jesús nuestro Redentor. Y luego la prudentísima Madre la adoró y veneró con el debido culto, y lo mismo hicieron todos los espíritus soberanos que asistían al mismo Señor y a la Reina. Acompañó también a su Hijo santísimo en las caricias con que recibió la cruz, y la habló con otras semejantes palabras y razones que a ella tocaban como coadjutora del Redentor. Y lo mismo hizo orando al Eterno Padre, imitando en todo altísimamente como viva imagen a su

original y ejemplar sin perder un punto. Y cuando la voz del pregonero iba publicando y repitiendo la sentencia por las calles, oyéndola la divina Madre, compuso un cántico de loores y alabanzas de la inocencia impecable de su Hijo y Dios santísimo, contraponiéndolos a los delitos que contenía la sentencia y como quien glosaba las palabras en honra y gloria del mismo Señor. Y a este cántico le ayudaron los Santos Ángeles con quienes lo iba ordenando y repitiendo cuando los habitadores de Jerusalén iban blasfemando de su mismo Criador y Redentor.

1363. Y como toda la fe, la ciencia y el amor de las criaturas estaba resumido en esta ocasión de la pasión en el gran pecho de la Madre de la sabiduría, sola ella hacía el juicio rectísimo y el concepto digno de padecer y morir Dios por los hombres. Y sin perder la atención a todo lo que exteriormente era necesario obrar, confería y penetraba con su sabiduría todos los misterios de la Redención humana y el modo como se iban ejecutando por medio de la ignorancia de los mismos hombres que eran redimidos. Penetraba con digna ponderación quién era Él que padecía, lo que padecía, de quién y por quién lo padecía. De la dignidad de la persona de Cristo nuestro Redentor, que contenía las dos naturalezas, divina y humana, de sus perfecciones y atributos de entrambas, sola María santísima fue la que tuvo más alta y penetrante ciencia, después del mismo Señor. Y por esta parte sola ella entre las puras criaturas llegó a darle la ponderación debida a la pasión y muerte de su mismo Hijo y Dios verdadero. De lo que padeció no sólo fue testigo de vista la candida paloma, sino también lo fue de experiencia, en que ocasiona santa emulación no sólo a los hombres mas a los mismos Ángeles, que no alcanzaron esta gracia. Pero conocieron cómo la gran Reina y Señora sentía y padecía en el alma y cuerpo los mismos dolores y pasiones de su Hijo santísimo y el agrado inexplicable que de ello recibía la Beatísima Trinidad, y con esto recompensaron el dolor que no pudieron padecer en la gloria y alabanza que le dieron. Algunas veces que la dolorosa Madre no tenía a la vista a su Hijo santísimo, solía sentir en su virginal cuerpo y espíritu la correspondencia de los tormentos que daban al Señor,

antes que por inteligencia se le manifestase. Y como sobresaltada decía: ¡Ay de mí, qué martirio le dan ahora a mi dulcísimo Dueño y mi Señor! Y luego recibía la noticia clarísima de todo lo que con Su Majestad se hacía. Pero fue tan admirable en la fidelidad de padecer y en imitar a su dechado Cristo nuestro bien, que jamás la amantísima Madre admitió natural alivio en la pasión, no sólo del cuerpo porque ni descansó, ni comió, ni durmió, pero ni del espíritu, con alguna consideración que la diese refrigerio, salvo cuando se le comunicaba el Altísimo con algún divino influjo, y entonces le admitía con humildad y agradecimiento, para recobrar nuevo esfuerzo con que atender más ferviente al objeto doloroso y a la causa de sus tormentos. La misma ciencia y ponderación hacía de la malicia de los judíos y ministros y de la necesidad del linaje humano y su ruina y de la ingratísima condición de los mortales, por quienes padecía su Hijo santísimo; y así lo conoció todo en grado eminente y perfectísimo y lo sintió sobre todas las criaturas.

1364. Otro misterio oculto y admirable obró la diestra del Omnipotente en esta ocasión por mano de María santísima contra Lucifer y sus ministros infernales, y sucedió en esta forma: Que como este Dragón y los suyos asistían atentos a todo lo que iba sucediendo en la pasión del Señor, que ellos no acababan de conocer, al punto que Su Majestad recibió la cruz sobre sus hombros, sintieron todos estos enemigos un nuevo quebranto y desfallecimiento, que con la ignorancia y novedad les causó grande admiración y una nueva tristeza llena de confusión y despecho. Con el sentimiento de estos nuevos e invencibles efectos se receló el príncipe de las tinieblas de que por aquella pasión y muerte de Cristo nuestro Señor le amenazaba alguna irreparable destrucción y ruina de su imperio. Y para no esperarle en presencia de Cristo nuestro bien, determinó el Dragón hacer fuga y retirarse con todos sus secuaces a las cavernas del infierno. Pero cuando intentaba ejecutar este deseo se lo impidió nuestra gran Reina y Señora de todo lo criado, porque el Altísimo al mismo tiempo la ilustró y vistió de su poder, dándole conocimiento de lo que debía hacer. Y la divina Madre, convirtiéndose contra Lucifer y sus escuadrones con imperio de Reina, los detuvo para que no

huyesen y les mandó esperasen el fin de la pasión y que fuesen a la vista de toda ella hasta el monte Calvario. Al imperio de la poderosa Reina no pudieron resistir los demonios, porque conocieron y sintieron la virtud divina que obraba en ella. Y rendidos a sus mandatos fueron como atados y presos acompañando a Cristo nuestro Señor hasta el Calvario, donde por la eterna sabiduría estaba determinado que triunfase de ellos desde el trono de la cruz, como adelante lo veremos (Cf. infra n. 1412). No hallo ejemplo con que manifestar la tristeza y desaliento con que desde este punto fueron oprimidos Lucifer y sus demonios. Pero, a nuestro modo de entender, iban al Calvario como los condenados que son llevados al suplicio y el temor del castigo inevitable los desmaya, debilita y entristece. Y esta pena en el demonio fue conforme a su naturaleza y malicia y correspondiente al daño que hizo en el mundo introduciendo en él la muerte y el pecado, por cuyo remedio iba a morir el mismo Dios.

1365. Prosiguió nuestro Salvador el camino del monte Calvario, llevando sobre sus hombros, como dijo Isaías (Is 9, 6), su mismo imperio y principado, que era la Santa Cruz, donde había de reinar y sujetar al mundo, mereciendo la exaltación de su nombre sobre todo nombre y rescatando a todo el linaje humano de la potencia tiránica que ganó el demonio sobre los hijos de Adán. Llamó el mismo Isaías (Is 9, 4) yugo y cetro del cobrador y ejecutor, y con imperio y vejación cobraba el tributo de la primera culpa. Y para vencer este tirano y destruir el cetro de su dominio y el yugo de nuestra servidumbre, puso Cristo nuestro Señor la cruz en el mismo lugar que se lleva el yugo de la servidumbre y el cetro de la potencia real, como quien despojaba de ella al demonio y le trasladaba a sus hombros, para que los cautivos hijos de Adán, desde aquella hora que tomó su cruz, le reconociesen por su legítimo Señor y verdadero Rey, a quien sigan por el camino de la cruz, por la cual redujo a todos los mortales a su imperio y los hizo vasallos y esclavos suyos comprados con el precio de su misma sangre y vida.

1366. Mas ¡ay dolor de nuestro ingratísimo olvido! Que los judíos y ministros de la pasión ignorasen este misterio

escondido a los príncipes del mundo, que no se atreviesen a tocar la cruz del Señor, porque la juzgaban por afrenta ignominiosa, culpa suya fue y muy grande; pero no tanta como la nuestra, cuando ya está revelado este sacramento y en fe de esta verdad condenamos la ceguera de los que persiguen a nuestro bien y Señor. Pues si los culpamos porque ignoraron lo que debían conocer, ¿qué culpa será la nuestra, que conociendo y confesando a Cristo Redentor nuestro le perseguimos y crucificamos como ellos ofendiéndole? ¡Oh dulcísimo amor mío Jesús, luz de mi entendimiento y gloria de mi alma!, no fíes, Señor mío, de mi tardanza y torpeza, el seguirte con mi cruz por el camino de la tuya. Toma por tu cuenta hacerme este favor, llévame, Señor, tras de ti y correré en la fragancia de tu ardentísimo amor, de tu inefable paciencia, de tu eminentísima humildad, desprecio y angustias, y en la participación de tus oprobios, afrentas y dolores. Esta sea mi parte y mi herencia en esta mortal y pesada vida, ésta mi gloria y descanso, y fuera de tu cruz e ignominias no quiero vida ni consuelo, sosiego ni alegría. Como los judíos y todo aquel pueblo ciego se desviaban en las calles de Jerusalén de no tocar la cruz del inocentísimo reo, el mismo Señor hacía calle y despejaba el puesto donde iba Su Majestad, como si fuera contagio su gloriosa deshonra, en que le imaginaba la perfidia de sus perseguidores, aunque todo lo demás del camino estaba lleno de pueblo y confusión, gritos y vocería, y entre ella iba resonando el pregón de la sentencia.

1367. Los ministros de la justicia, como desnudos de toda humana compasión y piedad, llevaban a nuestro Salvador Jesús con increíble crueldad y desacato. Tiraban unos de las sogas adelante, para que apresurase el paso, otros para atormentarle tiraban atrás, para detenerle, y con estas violencias y el grave peso de la cruz le obligaban y compelían a dar muchos vaivenes y caídas en el suelo. Y con los golpes que recibía de las piedras se le abrieron llagas, y particular dos en las rodillas, renovándosele todas las veces que repetía las caídas; y el peso de la cruz le abrió de nuevo otra llaga en el hombro que se la cargaron. Y con los vaivenes, unas veces topaba la cruz contra la sagrada cabeza y otras la cabeza contra la cruz y

siempre las espinas de la corona le penetraban de nuevo con el golpe que recibía, profundándose más en lo que no estaba herido de la carne. A estos dolores añadían aquellos instrumentos de maldad muchos oprobios de palabras y contumelias execrables, de salivas inmundísimas y polvo que arrojaban en su divino rostro, con tanto exceso que le cegaban los ojos que misericordiosamente los miraban, con que se condenaban por indignos de tan graciosa vista. Y con la prisa que se daban, sedientos de conseguir su muerte, no dejaban al mansísimo Maestro que tomase aliento, antes, como en tan pocas horas había cargado tanta lluvia de tormentos sobre aquella humanidad inocentísima, estaba desfallecida y desfigurada y, al parecer de quien le miraba, quería ya rendir la vida a los dolores y tormento.

1368. Entre la multitud de la gente partió la dolorosa y lastimada Madre de casa de Pilatos en seguimiento de su Hijo santísimo, acompañada de San Juan Evangelista y Santa María Magdalena y las otras Marías. Y como el tropel de la confusa multitud los embarazaba para llegarse más cerca de Su Majestad, pidió la gran Reina al Eterno Padre que le concediese estar al pie de la cruz en compañía de su Hijo y Señor, de manera que pudiese verle corporalmente, y con la voluntad del Altísimo ordenó también a los Santos Ángeles que dispusiesen ellos cómo aquello se ejecutase. Obedeciéronla los Ángeles con grande reverencia y con toda presteza encaminaron a su Reina y Señora por el atajo de una calle, por donde salieron al encuentro de su Hijo santísimo y se vieron cara a cara Hijo y Madre, reconociéndose entrambos y renovándose recíprocamente el dolor de lo que cada uno padecía; pero no se hablaron vocalmente, ni la fiereza de los ministros diera lugar para hacerlo. Pero la prudentísima Madre adoró a su Hijo santísimo y Dios verdadero, afligido con el peso de la cruz, y con la voz interior le pidió que, pues ella no podía descansarle de la carga de la cruz, ni tampoco permitía que los Ángeles lo hicieran, que era a lo que la compasión la inclinaba, se dignase su potencia de poner en el corazón de aquellos ministros le diesen alguno que le ayudase a llevarla. Esta petición admitió Cristo nuestro bien, y de ella resultó el conducir a Simón Cireneo para que llevase la cruz con el

Señor, como adelante diré (Cf. infra n. 1371). Porque los fariseos y ministros se movieron para esto, unos de alguna natural humanidad, otros de temor que no acabase Cristo nuestro Señor la vida antes de llegar a quitársela en la misma cruz, porque iba Su Majestad muy desfallecido, como queda dicho.

1369. A todo humano encarecimiento y discurso excede el dolor que la candidísima paloma y Madre Virgen sintió en este viaje del monte Calvario, llevando a su vista el objeto de su mismo Hijo, que sola ella sabía dignamente conocer y amar. Y no fuera posible que no desfalleciera y muriera, si el poder divino no la confortara, conservándole la vida. Con este amarguísimo dolor habló al Señor y le dijo en su interior: Hijo mío y Dios eterno, lumbre de mis ojos y vida de mi alma, recibid. Señor, el sacrificio doloroso de que no puedo aliviaros del peso de la cruz y llevarla yo, que soy hija de Adán, para morir en ella por vuestro amor, como vos queréis morir por la ardentísima caridad del linaje humano. ¡Oh amantísimo Medianero entre la culpa y la justicia! ¿Cómo fomentáis la misericordia con tantas injurias y entre tantas ofensas? ¡Oh caridad sin término ni medida, que para mayor incendio y eficacia dais lugar a los tormentos y oprobios! ¡Oh amor infinito y dulcísimo, si los corazones de los hombres y todas las voluntades estuvieran en la mía para que no dieran tan mala correspondencia a lo que por todos padecéis! ¡Oh quién hablara al corazón de los mortales y les intimara lo que Os deben, pues tan caro Os ha costado el rescate de su cautiverio y el remedio de su ruina!—Otras razones prudentísimas y altísimas decía con éstas la gran Señora del mundo que no puedo yo reducir a las mías.

1370. Seguían asimismo al Señor —como dice el Evangelista San Lucas (Lc 23, 27)— con la turba de la gente popular otras muchas mujeres que se lamentaban y lloraban amargamente. Y convirtiéndose a ellas el dulcísimo Jesús las habló y dijo: Hijas de Jerusalén, no queráis llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos; porque días vendrán en que dirán: Bienaventuradas las estériles, que nunca tuvieron hijos, ni les dieron leche de sus pechos. Y entonces comenzarán a

decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados, enterradnos. Porque si estas cosas pasan en el madero verde, ¿qué será en el que está seco? (Lc 23, 28-31)—Con estas razones misteriosas acreditó el Señor las lágrimas derramadas por su pasión santísima y en algún modo las aprobó, dándose por obligado de su compasión, para enseñarnos en aquellas mujeres el fin que deben tener nuestras lágrimas, para que vayan bien encaminadas. Y esto ignoraban entonces aquellas compasivas discípulas de nuestro Maestro y lloraban sus afrentas y dolores y no la causa por que los padecía, de que merecieron ser enseñadas y advertidas. Y fue como si les dijera el Señor: Llorad sobre vuestros pecados y de vuestros hijos lo que yo padezco, y no por los míos, que no los tengo ni es posible. Y si el compadeceros de mí es bueno y justo, más quiero que lloréis vuestras culpas que mis penas padecidas por ellas, y con este modo de llorar pasará sobre vosotras y sobre vuestros hijos el precio de mi sangre y Redención que este ciego pueblo ignora. Porque vendrán días, que serán los del juicio universal y del castigo, en que se juzgarán por dichosas las que no hubieren tenido generación de hijos, y los prescitos pedirán a los montes y collados que los cubran, para no ver mi indignación. Porque si en mí, que soy inocente, han hecho estos efectos sus culpas de que yo me encargué, ¿qué harán en ellos, que estarán tan secos, sin fruto de gracia ni merecimientos?

1371. Para entender esta doctrina fueron ilustradas aquellas dichosas mujeres en premio de sus lágrimas y compasión. Y cumpliéndose lo que María santísima había pedido, determinaron los pontífices, fariseos y los ministros conducir algún hombre que ayudase a Jesús nuestro Redentor en el trabajo de llevar la cruz hasta el Calvario. Llegó en esta ocasión Simón Cireneo, llamado así porque era natural de Cirene, ciudad de Libia, y venía a Jerusalén; era padre de dos discípulos del Señor, llamados Alejandro y Rufo (Mc 15, 21). A este Simón obligaron los judíos a que llevase la cruz parte del camino, sin tocarla ellos, porque se afrentaban de llegar a ella, como instrumento del castigo de un hombre a quien ajusticiaban por malhechor insigne; que esto pretendían que todo el pueblo entendiese con aquellas ceremonias y cautelas. Tomó la cruz el Cirineo y

fue siguiendo a Jesús, que iba entre los dos ladrones, para que todos creyesen era malhechor y facineroso como ellos. Iba la Madre de Jesús nuestro Salvador muy cerca de Su Majestad, como lo había deseado y pedido al Eterno Padre, con cuya voluntad estuvo tan conforme en todos los trabajos y martirios de la pasión de su Hijo, que participando y comunicando sus tormentos tan de cerca por todos sus sentidos, jamás tuvo movimiento ni ademán en su interior ni el exterior con que se inclinase a retractar la voluntad de que su Hijo y Dios no padeciese. Tanta fue su caridad y amor con los hombres y tanta la gracia y santidad de esta Reina en vencer la naturaleza.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora.

1372. Hija mía, el fruto de la obediencia, por quien escribes la Historia de mi vida, quiero que sea formar en ti una verdadera discípula de mi Hijo santísimo y mía. A esto se ordena en primer lugar la divina luz que recibes de tan altos y venerables sacramentos, y los documentos que tantas veces te repito, de que te desvíes, desnudes y alejes tu corazón de todo afecto de criaturas, ni para tenerle, ni para admitirle de ninguna. Con este desvío vencerás los impedimentos del demonio en tu blando natural peligroso, y yo que le conozco te aviso y te encamino como Madre y Maestra que te corrige y enseña. Con la ciencia del Altísimo conoces los misterios de su pasión y muerte y el único y verdadero camino de la vida, que es el de la cruz, y que no todos los llamados son escogidos para ella. Muchos son los que dicen desean seguir a Cristo y muy pocos los que verdaderamente se disponen a imitarle, porque en llegando a sentir la cruz del padecer la arrojan de sí y retroceden. El dolor de los trabajos es muy sensible y violento para la naturaleza humana por parte de la carne, y el fruto del espíritu es más oculto, y pocos se gobiernan por la luz. Por esto hay tantos entre los mortales que olvidados de la verdad escuchan a su carne y siempre la quieren muy regalada y consentida. Son ardientes armadores de la honra y despreciadores de las afrentas, codiciosos de la riqueza y execradores de la pobreza, sedientos del deleite y tímidos de la mortificación. Todos estos son enemigos de la cruz de Cristo (Flp 3, 18) y con formidable horror huyen de

ella, juzgándola por ignominiosa, como los que le crucificaron.

1373. Otro engaño se introduce en el mundo; que muchos piensan siguen a Cristo su Maestro sin padecer, sin obrar y sin trabajar, y se dan por contentos con no ser muy atrevidos en cometer pecados, y remiten toda la perfección a una prudencia o amor tibio con que nada se niegan a su voluntad ni ejecutan las virtudes que son costosas a la carne. De este engaño saldrían, si advirtiesen que mi Hijo santísimo no sólo fue Redentor y Maestro y no sólo dejó en el mundo el tesoro de sus merecimientos como remedio de su condenación, sino la medicina necesaria para la dolencia de que enfermó la naturaleza por el pecado. Nadie más sabio que mi Hijo y mi Señor, nadie pudo entender la condición del amor como Su Majestad, que fue la misma sabiduría y caridad, y lo es, y asimismo era todopoderoso para ejecutar toda su voluntad. Y con todo esto, aunque pudo lo que quería, no eligió vida blanda y suave para la carne, sino trabajosa y llena de dolores, porque no era bastante o cumplido magisterio redimir a los hombres si no les enseñara a vencer al demonio, a la carne y a sí mismos, y que esta magnífica victoria se alcanza con la cruz, por los trabajos, penitencia, mortificación y desprecios, que son el índice y testimonio del amor y la divisa de los predestinados.

1374. Tú, hija mía, pues conoces el valor de la Santa Cruz y la honra que por ella recibieron las ignominias y tribulaciones, abraza tu cruz y llévala con alegría en seguimiento de mi Hijo y tu Maestro. Tu gloria en la vida mortal sean las persecuciones, desprecios, enfermedades, tribulaciones, pobreza, humillación y cuanto es penoso y adverso a la condición de la carne mortal. Y para que en todos estos ejercicios me imites y me des gusto, no quiero que busques ni que admitas alivio ni descanso en cosa terrena. No has de ponderar contigo misma lo que padeces, ni manifestarlo con cariño de aliviarte. Menos has de encarecer ni agravar las persecuciones ni molestias que te dieren las criaturas, ni en tu boca se ha de oír que es mucho lo que padeces, ni compararlo con otros que trabajan. Y no te digo que será culpa recibir algún alivio honesto

y moderado y querellarte con sufrimiento. Pero en ti, carísima, este alivio será infidelidad contra tu Esposo y Señor, porque te ha obligado a ti sola más que a muchas generaciones, y tu correspondencia en padecer y amar no admite defecto ni descargo, si no fuere con plenitud de toda fineza y lealtad. Tan ajustada te quiere consigo mismo este Señor, que ni un suspiro has de dar a tu naturaleza flaca sin otro más alto fin que sólo descansar y tomar consuelo. Y si el amor te compeliere, entonces te dejarás llevar de su fuerza suave, para descansar amando, y luego el amor de la cruz despedirá este alivio, como conoces que yo lo hacía con humilde rendimiento. Y sea en ti regla general que toda consolación humana es imperfección y peligro, y sólo debes admitir lo que te enviare el Altísimo por sí o por sus Santos Ángeles. Y de los regalos de su divina diestra has de tomar con advertencia lo que te fortalezca para más padecer y abstraerte de lo gustoso que puede pasar a lo sensitivo.

CAPITULO 22

Cómo nuestro Salvador Jesús fue crucificado en el monte Calvario y las siete palabras que habló en la cruz y le asistió María santísima su Madre con gran dolor.

1375. Llegó nuestro verdadero y nuevo Isaac, Hijo del Eterno Padre, al monte del sacrificio, que fue el mismo donde precedió el ensayo y la figura en el hijo del Patriarca San Abrahán [Día 9 de octubre: Memoria sancti Abrahae, Patriárchae et ómnium credéntium Patris] (Gen 22, 9), y donde se ejecutó en el inocentísimo Cordero el rigor que se suspendió en el antiguo Isaac que le figuraba. Era el monte Calvario lugar inmundo y despreciado, como destinado para el castigo de los facinerosos y condenados, de cuyos cuerpos recibía mal olor y mayor ignominia. Llegó tan fatigado nuestro amantisimo Jesús, que parecía todo transformado en llagas y dolores, cruentado, herido y desfigurado. La virtud de la divinidad, que deificaba su santísima humanidad por la unión hipostática, le asistió, no para aliviar sus tormentos sino para confortarle en ellos, y que quedase su amor inmenso saciado en el modo conveniente, conservándole la vida, hasta que se le diese

licencia a la muerte de quitársela en la cruz. Llegó también la dolorosa y afligida Madre llena de amargura a lo alto del Calvario, muy cerca de su Hijo corporalmente, pero en el espíritu y dolores estaba como fuera de sí, porque se transformaba toda en su amado y en lo que padecía. Estaban con ella San Juan Evangelista y las tres Marías, porque para esta sola y santa compañía había pedido y alcanzado del Altísimo este gran favor de hallarse tan vecinos y presentes al Salvador y su cruz.

1376. Y como la prudentísima Madre conocía que se iban ejecutando los misterios de la Redención humana, cuando vio que trataban los ministros de desnudar al Señor para crucificarle, convirtió su espíritu al eterno Padre y oró de esta manera: Señor mío y Dios eterno, Padre sois de vuestro unigénito Hijo, que por la eterna generación Dios verdadero nació de Dios verdadero, que sois vos, y por la humana generación nació de mis entrañas, donde le di la naturaleza de hombre en que padece. Con mis pechos le di leche y sustenté, y como al mejor hijo que jamás pudo nacer de otra criatura le amo como Madre verdadera, y como Madre tengo derecho natural a su humanidad santísima en la persona que tiene, y nunca Vuestra Providencia se le niega a quien le tiene y pertenece. Ahora, pues, ofrezco este derecho de Madre y le pongo en Vuestras manos de nuevo, para que vuestro Hijo y mío sea sacrificado para la Redención del linaje humano. Recibid, Señor mío, mi aceptable ofrenda y sacrificio, pues no ofreciera tanto si yo misma fuera sacrificada y padeciera, no sólo porque mi Hijo es verdadero Dios y de Vuestra sustancia misma, sino también de parte de mi dolor y pena. Porque si yo muriera y se trocaran las suertes, para que su vida santísima se conservara, fuera para mí de grande alivio y satisfacción de mis deseos.—Esta oración de la gran Reina aceptó el Eterno Padre con inefable agrado y complacencia. Y no se le consintió al Patriarca San Abrahán más que la figura y ademán del sacrificio de su Hijo (Gen 22, 12), porque la ejecución y verdad la reservaba el Padre Eterno para su Unigénito. Ni tampoco a su madre Sara se le dio cuenta de aquella mística ceremonia, no sólo por la pronta obediencia de San Abrahán, sino también porque aun esto sólo no se fiaba del amor maternal de

Sara, que acaso intentaría impedir el mandato del Señor, aunque era santa y justa. Pero no fue así con María santísima, que sin recelo le pudo fiar el Eterno Padre su voluntad eterna, porque con proporción cooperase en el sacrificio del Unigénito con la misma voluntad del Padre.

1377. Acabó esta oración la invictísima Madre y conoció que los impíos ministros de la pasión intentaban dar al Señor la bebida del vino mirrado con hiél, que dicen San Mateo (Mt 27, 34) y San Marcos (Mc 15, 23). Para añadir este nuevo tormento a nuestro Salvador, tomaron ocasión los judíos de la costumbre que tenían de dar a los condenados a muerte una bebida de vino fuerte y aromático, con que se confortasen los espíritus vitales, para tolerar con más esfuerzo los tormentos del suplicio, derivando esta piedad de lo que Salomón dejó escrito en los Proverbios (Prov 31, 6): Dales sidra a los que están tristes y el vino a los que padecen amargura del corazón. Esta bebida, que en los demás ajusticiados podía ser algún socorro y alivio, pretendió la crueldad de los impíos judíos conmutar en mayor pena con nuestro Salvador (Am 2, 8), dándosela amarguísima y mezclada con hiél y que no tuviese en él otros efectos más que el tormento de la amargura. Conoció la divina Madre esta inhumanidad y con maternal compasión y lágrimas oró al Señor pidiéndole no la bebiese. Y Su Majestad, condescendió con la petición de su Madre, de manera que, sin negarse del todo a este nuevo dolor, gustó la poción amarga y no la bebió (Mt 37, 34).

1378. Era ya la hora de sexta, que corresponde a la de mediodía, y los ministros de justicia, para crucificar desnudo al Salvador, le despojaron de la túnica inconsútil y vestiduras. Y como la túnica era cerrada y larga, desnudáronsela, para sacarla por la cabeza, sin quitarle la corona de espinas, y con la violencia que hicieron arrancaron la corona con la misma túnica con desmedida crueldad, porque le rasgaron de nuevo las heridas de su sagrada cabeza, y en algunas se quedaron las puntas de las espinas, que con ser tan duras y aceradas se rompieron con la fuerza que los verdugos arrebataron la túnica, llevando tras de sí la corona; la cual le volvieron a fijar en la

cabeza con impiísima crueldad abriendo llagas sobre llagas. Renovaron junto con esto las de todo su cuerpo santísimo, porque en ellas estaba ya pegada la túnica, y el despegarla fue, como dice Santo Rey y Profeta David (Sal 68, 27), añadir de nuevo sobre el dolor de sus heridas. Cuatro veces desnudaron y vistieron en su pasión a nuestro bien y Señor: la primera, para azotarle en la columna; la segunda, para ponerle la púrpura afrentosa; la tercera, cuando se la quitaron y le volvieron a vestir de su túnica; la cuarta fue ésta del Calvario, para no volverle a vestir; y en ésta fue más atormentado, porque las heridas fueron más, y su humanidad santísima estaba debilitada, y en el monte Calvario más desabrigado y ofendido del viento, que también tuvo licencia este elemento para afligirle en su muerte la destemplanza del frío.

1379. A todas estas penas se añadía el dolor de estar desnudo en presencia de su Madre santísima y de las devotas mujeres que la acompañaban y de la multitud de gente que allí estaba. Sólo reservó en su poder los paños interiores que su Madre santísima le había puesto debajo la túnica en Egipto, porque ni cuando le azotaron se los pudieron quitar los verdugos, como queda dicho, ni tampoco se los desnudaron para crucificarle, y así fue con ellos al sepulcro; y esto se me ha manifestado muchas veces (Cf. supra n. 1338). No obstante que, para morir Cristo nuestro bien en suma pobreza y sin llevar ni tener consigo cosa alguna de cuantas era Criador y verdadero Señor, por su voluntad muriera totalmente desnudo y sin aquellos paños, si no interviniera la voluntad y petición de su Madre santísima, que fue la que así lo pidió, y lo concedió Cristo nuestro Señor, porque satisfacía con este género de obediencia de hijo a la suma pobreza en que deseaba morir. Estaba la Santa Cruz tendida en tierra, y los verdugos prevenían lo demás necesario para crucificarle, como a los otros dos que juntamente habían de morir. Y en el ínterin que todo esto se disponía, nuestro Redentor y Maestro oró al Padre y dijo:

1380. Eterno Padre y Señor Dios mío, a tu majestad incomprensible de infinita bondad y justicia ofrezco todo el ser humano y obras que en él por tu voluntad santísima he

obrado, bajando de tu seno en esta carne pasible y mortal, para redimir en ella a mis hermanos los hombres. Ofrézcote, Señor, conmigo a mi amantísima Madre, su amor, sus obras perfectísimas, sus dolores, sus penas, sus cuidados y prudentísima solicitud en servirme, imitarme y acompañarme hasta la muerte. Ofrézcote la pequeña grey de mis Apóstoles, la Santa Iglesia y congregación de fieles, que ahora es y será hasta el fin del mundo, y con ella a todos los mortales hijos de Adán. Todo lo pongo en tus manos, como de su verdadero Dios y Señor Omnipotente; y cuanto es de mi parte por todos padezco y muero de voluntad, y con ella quiero que todos sean salvos, si todos me quisieren seguir y aprovecharse de mi Redención, para que de esclavos del demonio pasen a ser hijos tuyos y mis hermanos y coherederos por la gracia que les dejo merecida. Especialmente, Señor mío, te ofrezco los pobres, despreciados y afligidos, que son mis amigos y me siguieron por el camino de la cruz. Y quiero que los justos y predestinados estén escritos en tu memoria eterna. Suplícote, Padre mío, que detengas el castigo y levantes el azote de tu justicia con los hombres, no sean castigados como lo merecen sus culpas, y desde esta hora seas su Padre como lo eres mío. Suplicóte asimismo por los que con pío afecto asisten a mi muerte, para que sean ilustrados con tu divina luz, y por todos los que me persiguen, para que se conviertan a la verdad, y sobre todo te pido por la exaltación de tu inefable y santo nombre.

1381. Esta oración y peticiones de nuestro Salvador Jesús conoció su santísima Madre, y la imitó y oró al Padre respectivamente como a ella le tocaba. Nunca olvidó ni omitió la prudentísima Virgen el cumplimiento de aquella palabra primera que oyó de la boca de su Hijo y Maestro recién nacido: Asimílate a mí, amiga mía (Cf. supra n.480). Y siempre se cumplió la promesa, que le hizo el mismo Señor, de que, en retorno del nuevo ser humano que dio al Verbo eterno en su virginal vientre, la daría su omnipotencia otro nuevo ser de gracia divina y eminente sobre todas las criaturas. Y a este beneficio pertenecía la ciencia y luz altísima con que conocía la gran Señora todas las operaciones de la humanidad santísima de su Hijo, sin que ninguna se le ocúltase ni la perdiese de vista. Y como

las conoció, las imitó; de manera que siempre fue cuidadosa en atenderlas, profunda en penetrarlas, pronta en la ejecución y fuerte y muy intensa en las operaciones. Ni para esto la turbó el dolor, ni la impidió la congoja, ni la embarazó la persecución, ni la entibió la amargura de la pasión. Y si bien fue admirable en la gran Reina esta constancia, pero fuéralo menos si a la pasión y tormentos de su Hijo asistiera con los sentidos y dolor interior, al modo que los demás justos. Mas no sucedió así, porque fue única y singular en todo, que, como se ha dicho arriba (Cf. supra n. 1341), sintió en su virginal cuerpo los dolores que padecía Cristo nuestro bien en su persona interiores y exteriores. Y en cuanto a esta correspondencia, podemos decir que también la divina Madre fue azotada, coronada, escupida y abofeteada, y llevó la cruz a cuestas y fue clavada en ella, porque sintió todos estos tormentos y los demás en su purísimo cuerpo, aunque por diferente modo pero con suma similitud, para que en todo fuese la Madre retrato vivo de su Hijo. Y a más de la grandeza que debía corresponder en María santísima y su dignidad a la de Cristo, con toda la proporción posible que tuvo, encerró esta maravilla otro misterio, que fue satisfacer en algún modo al amor de Cristo y a la excelencia de su pasión y beneplácito quedando para todo esto copiada en alguna pura criatura, y ninguna tenía tanto derecho a este beneficio como su misma Madre.

1382. Para señalar los barrenos de los clavos en la cruz, mandaron los verdugos con imperiosa soberbia al Criador del universo —¡oh temeridad formidable!— que se tendiese en ella, y el Maestro de la humildad obedeció sin resistencia. Pero ellos con inhumano y cruel instinto señalaron los agujeros, no iguales al sagrado cuerpo, sino más largos, para lo que después hicieron. Esta nueva impiedad conoció la Madre de la luz, y fue una de las mayores aflicciones que padeció su corazón castísimo en toda la Pasión, porque penetró los intentos depravados de aquellos ministros del pecado y previno el tormento que su Hijo santísimo había de padecer para clavarle en la cruz; pero no lo pudo remediar, porque el mismo Señor quería padecer también aquel trabajo por los hombres. Y cuando se levantó Su Majestad para que barrenasen la cruz, acudió

la gran Señora y le tuvo de un brazo y le adoró y besó la mano con suma reverencia. Dieron lugar a esto los verdugos, porque juzgaron que a la vista de su Madre se afligiría más el Señor, y ningún dolor que le pudieran dar le perdonaron. Pero no entendieron el misterio, porque no tuvo Su Majestad en su pasión otra causa de mayor consuelo y gozo interior como ver a su Madre santísima y la hermosura de su alma y en ella el retrato de sí mismo y el entero logro del fruto de su pasión y muerte; y este gozo en algún modo confortó a Cristo nuestro bien en aquella hora.

1383. Formados en la Santa Cruz los tres barrenos, mandaron los verdugos a Cristo Señor nuestro segunda vez que se tendiese sobre ella para clavarle. Y el sumo y poderoso Rey, como artífice de la paciencia, obedeció y se puso en la cruz, extendiendo los brazos sobre el feliz madero a la voluntad de los ministros de su muerte. Estaba Su Majestad tan desfallecido, desfigurado y exangüe, que, si en la impiedad ferocísima de aquellos hombres tuvieran algún lugar la natural razón y humanidad, no era posible que la crueldad hallara objeto en que obrar entre la mansedumbre, humildad, llagas y dolores del inocente Cordero. Pero no fue así, porque ya los judíos y ministros —¡oh juicios terribles y ocultísimos del Señor!— estaban transformados en el odio mortal y mala voluntad sugerida por los demonios y desnudos de los afectos de hombres sensibles y terrenos, y así obraban con indignación y furor diabólico.

1384. Luego cogió la mano de Jesús nuestro Salvador uno de los verdugos, y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la clavó en él, penetrando a martilladas la palma del Señor con un clavo esquinado y grueso. Rompiéronse con él las venas y los nervios, y se quebraron y desconcertaron los huesos de aquella mano sagrada que fabricó los cielos y cuanto tiene ser. Para clavarle la otra mano no alcanzaba el brazo al agujero, porque los nervios se le habían encogido y de malicia le habían alargado el barreno, como arriba se dijo (Cf. supra n. 1382); y para remediar esta falta tomaron la misma cadena con que el mansísimo Señor había estado preso desde el huerto y, argollándole la muñeca con el un extremo donde tenía

una argolla como esposas, tiraron con inaudita crueldad del otro extremo y ajustaron la mano con el barreno y la clavaron con otro clavo. Pasaron a los pies y, puesto el uno sobre el otro, amarrándolos con la misma cadena y tirando de ella con gran fuerza y crueldad, los clavaron juntos con el tercer clavo, algo más fuerte que los otros. Quedó aquel sagrado cuerpo, en quien estaba unida la divinidad, clavado y fijo en la Santa Cruz, y aquella fábrica de sus miembros, deificados y formados por el Espíritu Santo, tan disuelta y desencuadernada, que se le pudieron contar los huesos (Sal 21, 18), porque todos quedaron dislocados y señalados, fuera de su lugar natural; desencajáronse los del pecho y de los hombros y espaldas, y todos se movieron de su lugar, cediendo a la violenta crueldad de los verdugos.

1385. No cabe en lengua ni discurso nuestro la ponderación de los dolores de nuestro Salvador Jesús en este tormento y lo mucho que padeció; sólo el día del juicio se conocerá más, para justificar su causa contra los réprobos y para que los Santos le alaben y glorifiquen dignamente. Pero ahora que la fe de esta verdad nos da licencia y nos obliga a extender el juicio —si es que le tenemos— pido, suplico y ruego a los hijos de la Santa Iglesia consideremos a solas cada uno tan venerable misterio; ponderémosle y pesémosle con todas sus circunstancias y hallaremos motivos eficaces para aborrecer al pecado y no volverle a cometer, como causa de tanto padecer el autor de la vida; ponderemos y miremos tan oprimido el espíritu de su Madre Virgen y rodeado de dolores su purísimo cuerpo, que por esta puerta de la luz entraremos a conocer el sol que nos alumbra el corazón. ¡Oh Reina y Señora de las virtudes! ¡Oh Madre verdadera del inmortal Rey de los siglos humanado! Verdad es, Señora mía, que la dureza de nuestros ingratos corazones nos hace ineptos y muy indignos de sentir Vuestros dolores, y de Vuestro Hijo santísimo nuestro Salvador, pero vénganos por Vuestra clemencia este bien que desmerecemos; purificad y apartad de nosotros tan pesada torpeza y grosería. Si nosotros somos la causa de tales penas, ¿qué razón hay y qué justicia es que se queden en Vos y en Vuestro amado? Pase el cáliz de los inocentes a que le beban los reos que le merecieron. Mas ¡ay de mí!,

¿dónde está el seso?, ¿dónde la sabiduría y la ciencia?, ¿dónde la lumbre de nuestros ojos?, ¿quién nos ha privado del sentido?, ¿quién nos ha robado el corazón sensible y humano? Cuando no hubiera recibido, Señor mío, el ser que tengo a Vuestra imagen y semejanza, cuando Vos no me dierais la vida y movimiento, cuando todos los elementos y criaturas, formadas por Vuestra mano para mi servicio, no me dieran noticia tan segura de Vuestro amor inmenso, el infinito exceso de haberos clavado en la cruz con tan inauditos dolores y tormentos me dejara satisfecha y presa con cadenas de compasión y agradecimiento, de amor y de confianza en vuestra inefable clemencia. Pero si no me despiertan tantas voces, si vuestro amor no me enciende, si vuestra pasión y tormentos no me mueven, si tales beneficios no me obligan, ¿qué fin esperaré de mi estulticia?

1386. Fijado el Señor en la cruz, para que los clavos no soltasen al divino cuerpo, arbitraron los ministros de la justicia redoblarlos por la parte que traspasaban el sagrado madero, y para ejecutarlo comenzaron a levantar la cruz para volverla, cogiendo debajo contra la tierra al mismo Señor crucificado. Esta nueva crueldad alteró a todos los circunstantes y se levantó grande gritería en aquella turba movida de compasión, pero la dolorosa y compasiva Madre ocurrió a tan desmesurada impiedad y pidió al Eterno Padre no la permitiese como los verdugos la intentaban, y luego mandó a los Santos Ángeles acudiesen y sirviesen a su Criador con aquel obsequio, y todo se ejecutó como la gran Reina lo ordenó; porque volviendo los verdugos la cruz, para que el cuerpo clavado cayera el rostro contra la tierra, los Ángeles le sustentaron cerca del suelo, que estaba lleno de piedras e inmundicia, y con esto no tocó el Señor con su divino rostro en él ni en los guijarros. Y los ministros redoblaron las puntas de los clavos, sin haber conocido el misterio y maravilla, porque se les ocultó, y el cuerpo estuvo tan cerca de la tierra y la cruz tan fija sustentada de los Ángeles, que los judíos creyeron estaba en el duro suelo.

1387. Luego arrimaron la cruz con el Crucificado divino al agujero donde se había de enarbolar. Y llegándose unos con

los hombros y otros con alabardas y lanzas, levantaron al Señor en la cruz, fijándola en el hoyo que para esto habían abierto en el suelo. Y quedó nuestra verdadera salud y vida en el aire pendiente del sagrado madero, a vista de innumerable pueblo de diversas gentes y naciones. Y no quiero omitir otra crueldad, que he conocido usaron con Su Majestad cuando le levantaron, que con las lanzas e instrumentos de armas le hirieron, haciéndole debajo los brazos profundas heridas, porque le fijaron los hierros en la carne, para ayudar a levantarle en la cruz. Renovóse al espectáculo la vocería del pueblo con mayores gritos y confusión: los enemigos de Cristo blasfemaban, los compasivos se lamentaban, los extranjeros se admiraban; unos a otros se convidaban al espectáculo, otros no le podían mirar con el dolor; unos ponderaban el escarmiento en cabeza ajena, otros le llamaban justo; y toda esta variedad de juicios y palabras eran flechas para el corazón de la afligida Madre. Y el sagrado cuerpo derramaba mucha sangre de las heridas de los clavos, que con el peso y el golpe de la cruz se estremeció, y se rompieron de nuevo las llagas, quedando más patentes las fuentes a que nos convidó por Isaías (Is 12, 3), para que fuésemos a coger de ellas con alegría las aguas con que apagar la sed y lavar las manchas de nuestras culpas. Y nadie tiene excusa, si no se diere prisa llegando a beber en ellas, pues se venden sin conmutación de plata ni oro y se dan de balde sólo por la voluntad de recibirlas.

1388. Crucificaron luego a los dos ladrones y fijaron sus cruces, la una a la mano derecha y la otra a la siniestra de nuestro Redentor, dándole el lugar de medio como a quien reputaban por principal malhechor. Y olvidándose los pontífices y fariseos de los dos facinerosos, convirtieron todo su furor contra el Impecable y Santo por naturaleza. Y moviendo las cabezas con escarnio y mofa, arrojaron piedras y polvo contra la cruz del Señor y contra su real persona, y decían: *Ah, tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate ahora a ti mismo; a otros hizo salvos y a sí mismo no se puede salvar.*—Otros decían: *Si éste es Hijo de Dios, descienda ahora de la cruz y le creeremos.*—Los dos ladrones también entrambos se burlaban de Su Divina Majestad al principio, y decían: *Si*

eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y a nosotros (Mt 27, 42-44).— Y estas blasfemias de los ladrones fueron para el Señor de tanto mayor sentimiento, cuanto a ellos estaba más próxima la muerte y perdían aquellos dolores con que morían y podían satisfacer en parte por sus delitos castigados por la justicia; como luego lo hizo el uno de ellos, aprovechando la ocasión más oportuna que tuvo pecador ninguno del mundo.

1389. Cuando la gran Reina de los Ángeles María santísima conoció que los judíos, los que eran sus enemigos, con su obstinada envidia intentaban deshonrar más a Cristo crucificado, y que todos le blasfemaban y juzgaban por el pésimo de los hombres, y deseaban se borrase y olvidase su nombre de la tierra de los vivientes, como San Jeremías (Jer 11, 19) lo dejó profetizado, fue de nuevo enardecido su corazón fidelísimo en el celo de la honra de su Hijo y Dios verdadero. Y postrada ante su real persona crucificada, donde le estaba adorando, pidió al Eterno Padre volviese por la honra de su Unigénito con señales tan manifiestas que la perfidia quedase confusa y frustrada su maliciosa intención. Presentada esta petición al Padre, con el mismo celo y potestad de Reina del universo se convirtió a todas las criaturas irracionales de él y dijo: Insensibles criaturas, criadas por la mano del Todopoderoso, manifestad vosotras el sentimiento que por su muerte le niegan estultamente los hombres capaces de razón. Cielos, sol, luna, estrellas y planetas, detened vuestro curso, suspended vuestras influencias con los mortales. Elementos, alterad vuestra condición, y pierda la tierra su quietud, rómpanse las piedras y peñascos duros. Sepulcros y monumentos de los muertos, abrid vuestros ocultos senos para confusión de los vivos. Velo del templo místico y figurativo, divídete en dos partes y con tu rompimiento intima su castigo a los incrédulos y testifica la verdad, que ellos pretenden oscurecer, de la gloria de su Criador y Redentor.

1390. En virtud de esta oración e imperio de María Madre de Jesús crucificado, tenía dispuesto la omnipotencia del Altísimo todo lo que sucedió en la muerte de su Unigénito. Ilustró Su Majestad y movió los corazones de muchos

circunstantes al tiempo de las señales de la tierra, y a otros antes, para que confesaran al crucificado Jesús por santo, justo y verdadero Hijo de Dios, como lo hizo el centurión, y otros muchos que dicen los Evangelistas (Mt 27, 54; Lc 23, 48) se volvían del Calvario hiriendo sus pechos de dolor. Y no sólo le confesaron los que antes le habían oído y creído su doctrina, pero también otros muchos que ni le habían conocido, ni visto sus milagros. Por la misma oración fue inspirado Pilatos para que no mudase el título de la cruz, que ya le habían puesto sobre la cabeza del Señor en las tres lenguas, hebrea, griega y latina. Y aunque los judíos reclamaron al juez y le pidieron que no escribiese, *Jesús Nazareno Rey de los judíos,* sino que antes escribiese: *Este dijo era Rey de los judíos,* respondió Pilatos: Lo que está escrito será escrito, y no quiso mudarlo (Jn 19, 21-22). Todas las otras criaturas insensibles por voluntad divina obedecieron al imperio de María santísima, y de la hora de mediodía hasta las tres de la tarde, que era la de nona, cuando expiró el Salvador, hicieron el sentimiento y novedad que dicen los sagrados evangelistas (Lc 23, 45; Mt 27, 51-52): el sol escondió su luz, los planetas mudaron el influjo, los cielos y la luna sus movimientos, los elementos se turbaron, tembló la tierra y muchos montes se rompieron, quebrantáronse las piedras unas con otras, abrieron su seno los sepulcros, para que después salieran de ellos algunos difuntos vivos, y fue tan insólita y nueva la alteración de todo lo visible y elementar, que se sintió en todo el orbe.

391. Los soldados que crucificaron a Jesús nuestro Salvador, como ministros a quien tocaban los despojos del justiciado, trataron de dividir los vestidos del inocente Cordero. Y la capa o manto superior, que por divina dispensación la llevaron al Calvario, la hicieron partes —ésta era la que se desnudó en la cena para lavar los pies a los apóstoles— dividiéronla entre sí mismos (Jn 19, 23-24), que eran cuatro. Pero la túnica inconsútil no quisieron dividirla, ordenándolo así la Providencia del Señor con gran misterio, y echaron suertes sobre ella y la llevó a quien le tocó, cumpliéndose a la letra la profecía del Santo Rey David en el salmo 21 (Sal 21, 19). Los misterios de no romper esta túnica declaran los Santos y doctores; y uno de

ellos fue significar cómo este hecho de los judíos, aunque rompieron con tormentos y heridas la humanidad santísima de Cristo nuestro bien, con que estaba cubierta la divinidad, pero a ésta no pudieron ofenderla con la pasión ni tocar en ella; y a quien tocare la suerte de justificarse por su participación, éste la poseerá y gozará por entero.

1392. Y como el madero de la Santa Cruz era el trono de la majestad real de Cristo y la cátedra de donde quería enseñar la ciencia de la vida, estando ya Su Majestad levantado en ella y confirmando la doctrina con el ejemplo, dijo aquella palabra en que comprendió la suma de la caridad y perfección: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen* (Lc 23, 34). Este principio de la caridad y amor fraternal se vinculó el divino Maestro, llamándole suyo propio (Jn 15, 12). Y en prueba de esta verdad que nos había enseñado, le practicó y ejecutó en la cruz, no sólo amando y perdonando a sus enemigos, pero disculpándolos con su misma ignorancia, cuando su malicia había llegado a lo supremo que pudo subir en los hombres, persiguiendo, crucificando y blasfemando de su mismo Dios y Redentor. Esto hizo la ingratitud humana después de tanta luz, doctrina y beneficios, y esto hizo nuestro Salvador Jesús con su ardentísima caridad, en retorno de los tormentos, de las espinas, clavos, cruz y blasfemias. ¡Oh amor incomprensible!, ¡oh suavidad inefable!, ¡oh paciencia nunca imaginada de los hombres, admirable a los Ángeles y temida de los demonios! Conoció algo de este sacramento el uno de los ladrones llamado Dimas y, obrando al mismo tiempo la intercesión y oración de Mana santísima, fue ilustrado interiormente para conocer a su Reparador y Maestro en esta primera palabra que habló en la cruz. Y movido con verdadero dolor y contrición de sus culpas, se convirtió a su compañero y le dijo: ¿Ni tú tampoco temes a Dios, que con estos blasfemos perseveras en la misma condición? Nosotros pagamos nuestro merecido, pero éste, que padece con nosotros, no ha cometido culpa alguna.—Y hablando luego a nuestro Salvador, le dijo: Señor, acuérdate de mí cuando llegares a tu reino (Lc 23, 40-42).

1393. En este felicísimo ladrón y en el centurión, y en los demás que confesaron a Cristo en la cruz, se comenzaron a

estrenar los efectos de la Redención. Pero el mejor afortunado fue Dimas, que mereció oír la segunda palabra que dijo el Señor: *De verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 43). ¡Oh bienaventurado ladrón, que tú solo alcanzaste para ti tal palabra deseada de todos los justos y santos de la tierra! No la pudieron oír los antiguos Patriarcas y Profetas, juzgándose por muy dichosos en bajar al limbo y esperar largos siglos el paraíso, que tú ganaste en un punto, en que mudaste felizmente el oficio. Acabas ahora de robar la hacienda ajena y terrena, y luego arrebatas el cielo de las manos de su dueño. Pero tú le robas de justicia, y él te le da de gracia, porque fuiste el último discípulo de su doctrina en su vida y el primero en practicarla después de haberla oído. Amaste y corregiste a tu hermano, confesaste a tu Criador, reprendiste a los que le blasfemaban, imitástele en padecer con paciencia, rogástele con humildad como a Redentor, para que en lo futuro no se acordase de tus miserias, y Él como glorificador premió de contado tus deseos, sin dilatar el galardón que te mereció a ti y a todos los mortales.

1394. Justificado el buen ladrón volvió Jesús la amorosa vista a su afligida Madre, que con San Juan Evangelista estaba al pie de la cruz, y hablando con entrambos, dijo primero a su Madre: *Mujer, ves ahí a tu hijo;* y al Apóstol dijo también: *Hijo, veis ahí a tu madre (Jn 19, 26-27)* Llamóla Su Majestad mujer y no madre, porque este nombre era de regalo y dulzura y que sensiblemente le podía recrear el pronunciarle, y en su pasión no quiso admitir esta consolación exterior, conforme a lo que arriba se dijo (Cf. supra n. 960), por haber renunciado en ella todo consuelo y alivio. Y en aquella palabra mujer, tácitamente y en su aceptación dijo: Mujer bendita entre todas las mujeres, la más prudente entre los hijos de Adán, mujer fuerte y constante, nunca vencida de la culpa, fidelísima en amarme, indefectible en servirme y a quien las muchas aguas de mi pasión no pudieron extinguir ni contrastar. Yo me voy a mi Padre y no puedo desde hoy acompañarte; mi discípulo amado te asistirá y servirá como a madre y será tu hijo. Todo esto entendió la divina Reina. Y el Santo Apóstol en aquella hora la recibió por suya, siendo de nuevo ilustrado su entendimiento para conocer y apreciar la

prenda mayor que la divinidad había criado después de la humanidad de Cristo nuestro Señor. Y con esta luz la veneró y sirvió en lo restante de la vida de nuestra gran Reina, como diré adelante (Cf. infra n. 1455; p.III n. 175, 369, etc.). Admitióle también Su Majestad por Hijo con humilde rendimiento y obediencia. Y desde entonces se la prometió, sin que los inmensos dolores de la pasión embarazasen su magnánimo y prudentísimo corazón, que siempre obraba lo sumo de la perfección y santidad, sin omitir acción alguna.

1395. Llegábase ya la hora de nona del día, aunque por la obscuridad y turbación más parecía confusa noche, y nuestro Salvador Jesús habló la cuarta palabra desde la cruz en voz grande y clamorosa, que los circunstantes pudieron oír, y dijo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (Mt 27, 46)* Estas palabras, aunque las dijo el Señor en su lengua hebrea, no todos las entendieron. Y porque la primera dicción dice: *Eli, Eli,* pensaron algunos que llamaba a Elías; y otros burlando de su clamor decían: Veamos si vendrá Elías a librarlo ahora de nuestras manos. —Pero el misterio de estas palabras de Cristo nuestro bien fue tan profundo como escondido de los judíos y gentiles, y en ellas caben muchos sentidos que los doctores sagrados les han dado. Lo que a mí se me ha manifestado es que el desamparo de Cristo no fue que la divinidad se apartase de la humanidad santísima, disolviéndose la unión sustancial hipostática, ni cesando la visión beatífica de su alma, que entrambas uniones tuvo la humanidad con la divinidad desde el instante que por obra del Espíritu Santo fue concebido en el tálamo virginal y nunca dejó a lo que una vez se unió. Esta doctrina es la católica y verdadera, y también es cierto que la humanidad santísima fue desamparada de la divinidad en cuanto a no defenderla de la muerte y de los dolores de la pasión acerbísima. Pero no le desamparó del todo el Padre eterno en cuanto a volver por su honra, pues la testificó con el movimiento de todas las criaturas, que mostraron sentimiento en su muerte. Otro desamparo manifestó Cristo Salvador nuestro con esta querella, originada de su inmensa caridad con los hombres, y éste fue el de los réprobos y prescitos, y de éstos se dolió en la última hora, como en la oración del huerto, donde se

entristeció su alma santísima hasta la muerte, como allí se dijo (Cf. supra n. 1210); porque ofreciéndose por todo el linaje humano tan copiosa y superabundante Redención, no sería eficaz en los condenados y se hallaría desamparado de ellos en la eterna felicidad para donde los crió y redimió, y como éste era decreto de la voluntad eterna del Padre, amorosa y dolorosamente se querelló y dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?, entendiendo de la compañía de los réprobos.

1396. En mayor testificación de esto añadió luego el Señor la quinta palabra y dijo: *Sed tengo* (Jn 19, 28). Los dolores de la pasión y congojas pudieron causar en Cristo nuestro bien natural sed, pero no era tiempo entonces de manifestarla ni apagarla, ni Su Majestad hablara para esto sin más alto sacramento, sabiendo estaba tan inmediato a expirar. Sediento estaba de que los cautivos hijos de Adán no malograsen la libertad que les merecía y ofrecía, sediento, ansioso y deseoso de que le correspondieran todos con la fe y con el amor que le debían, de que admitiesen sus méritos y dolores, su gracia y amistad, que por ellos podían adquirir, y que no perdiesen su eterna felicidad que les dejaba por herencia, si la quisieran admitir y merecer; ésta era la sed de nuestro Salvador y Maestro. Y sola María santísima la conoció perfectamente entonces, y con íntimo afecto y caridad convidó y llamó en su interior a los pobres, a los afligidos, a los humildes, despreciados y abatidos, para que llegasen al Señor y mitigasen aquella sed en parte, pues no era posible en todo. Pero los verdugos, en testimonio de su infeliz dureza, ofrecieron al Señor con irrisión una esponja de vinagre y hiel sobre una caña y se la llegaron a la boca para que bebiese, cumpliendo la profecía del Santo Rey David, que dijo (Sal 68, 22)*: En mi sed me dieron a beber vinagre.* Gustólo nuestro pacientísimo Jesús y tomó algún trago en misterio de lo que toleraba la condenación de los réprobos; pero a petición de su Madre santísima lo rehusó luego y lo dejó, porque la Madre de la gracia había de ser la puerta y medianera para los que se aprovechasen de la pasión y redención humana.

1397. Luego con el mismo misterio pronunció el

Salvador la sexta palabra: *Consummatum est* (Jn 19, 30). Ya está consumada esta obra de mi legacía del cielo y redención de los hombres y la obediencia con que me envió el Eterno Padre a padecer y morir por la salvación de los hombres; ya están cumplidas las Escrituras, profecías y figuras del Viejo Testamento, y el curso de la vida pasible y mortal que admití en el vientre virginal de mi Madre; ya queda en el mundo mi ejemplo, doctrina, sacramentos y remedios para la dolencia del pecado; ya queda satisfecha la justicia de mi Eterno Padre para la deuda de la posteridad de Adán; ya queda enriquecida mi Iglesia para el remedio de los pecados que los hombres cometieren; y toda la obra de mi venida al mundo queda en suma perfección, por la parte que me tocaba como su Reparador, y para la fábrica de la Iglesia triunfante queda puesto el seguro fundamento en la militante, sin que nadie le pueda alterar ni mudar. Todos estos misterios contienen aquellas palabras breves: *Consummatum est.*

1398. Acabada y puesta la obra de la Redención humana en su última perfección, era consiguiente que, como el Verbo humanado por la vida mortal salió del Padre y vino al mundo, por la muerte de esta vida volviese al Padre con la inmortalidad. Para esto dijo Cristo nuestro Salvador la última y séptima palabra: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 46). Exclamó y pronunció el Señor estas palabras en voz alta y sonora, que la oyeron los presentes, y para decirlas levantó los ojos al cielo, como quien hablaba con su Eterno Padre, y en el último acento le entregó su espíritu, volviendo a inclinar la cabeza. Con la virtud divina de estas últimas palabras fue arruinado y arrojado Lucifer con todos sus demonios en las profundas cavernas del infierno, donde quedaron todos apegados, como diré en el capítulo siguiente. La invencible Reina y Señora de las virtudes penetró altamente todos estos misterios sobre todas las criaturas, como Madre del Salvador y coadjutora de su pasión. Y para que en todo la participase, así como había sentido los dolores correspondientes a los tormentos de su Hijo santísimo, padeció y sintió, quedando viva, los dolores y tormentos que tuvo el Señor en el instante de la muerte. Y aunque ella no murió con efecto, pero fue porque milagrosamente,

cuando se había de seguir la muerte, le conservó Dios la vida, siendo este milagro mayor que los demás con que fue confortada en todo el discurso de la pasión. Porque este último dolor fue más intenso y vivo, y todos cuantos han padecido los mártires y los hombres justiciados desde el principio del mundo no llegan a los que María santísima padeció y sufrió en la pasión. Perseveró la gran Señora al pie de la cruz hasta la tarde, que fue enterrado el sagrado cuerpo, como adelante diré, y en retorno de este último dolor en especial quedó la purísima Madre más espiritualizada en lo poco que su virginal cuerpo sentía del ser terreno.

1399. Los Sagrados Evangelistas no escribieron otros sacramentos y misterios ocultos que obró Cristo nuestro Salvador en la cruz, ni los católicos tenemos de ellos más que las prudentes conjeturas que deducen de la infalible certeza de la fe. Pero entre los que se me han manifestado en esta Historia y en este lugar de la pasión, es una oración que hizo al Eterno Padre antes de hablar las siete palabras referidas por los Evangelistas. Y llamóla oración, porque fue hablando con el Eterno Padre, aunque es como última disposición y testamento que hizo como verdadero y sapientísimo Padre de la familia que le entregó el suyo, que fue todo el linaje humano. Y como la misma razón natural enseña que quien es cabeza de alguna familia y señor de muchos o pocos bienes, no sería prudente despensero, ni atento a su oficio o dignidad, si no declarase a la hora de la muerte la voluntad con que dispone de sus bienes y familia, para que los herederos y sucesores conozcan lo que a cada uno le toca sin litigio y después lo adquiera de justicia en herencia y posesión pacífica; por esta razón y para morir desocupados de lo terreno hacen los hombres del siglo sus testamentos. Y hasta los religiosos se desapropian porque en aquella hora pesa mucho lo terreno y sus cuidados, para que no se levante el espíritu a su Criador. Y aunque a nuestro Salvador no le pudieran embarazar éstas, porque ni las tenía, ni cuando las tuviera estorbaran su poder infinito, pero convenía que dispusiese en aquella hora de los tesoros espirituales y dones que había merecido para los hombres en el discurso de su peregrinación.

1400. De estos bienes eternos hizo el Señor en la cruz su testamento, determinando a quién tocaba y quiénes habían de ser legítimos herederos y cuáles desheredados y las causas de lo uno y de lo otro, y todo lo hizo confiriéndolo con su Eterno Padre, como Señor supremo y justísimo Juez de todas las criaturas. Y porque en este testamento y disposición estaban resumidos los secretos de la predestinación de los santos y de la reprobación de los prescitos, fue testamento cerrado y oculto para los hombres, y sola María santísima lo entendió, porque a más de serle patentes todas las operaciones del alma santísima de Cristo, era su universal heredera, constituida por Señora de todo lo criado, y como coadjutora de la Redención, había de ser también como testamentaria, por cuyas manos, en que su Hijo puso todas las cosas, como el Padre en las del Hijo (Jn 13, 3), se ejecutase su voluntad y esta gran Señora distribuyese los tesoros adquiridos y debidos a su Hijo por ser quien es y por sus infinitos merecimientos. Esta inteligencia se me ha dado como parte de esta Historia, para que se declare más la dignidad de nuestra Reina y acudan los pecadores a ella como a depositaría de las riquezas que su Hijo y nuestro Redentor se hace cargo con su Eterno Padre; porque todos nuestros socorros se han de librar en María santísima y ella los ha de distribuir por sus piadosas y liberales manos.

Testamento que hizo Cristo nuestro Salvador, orando a su Eterno Padre en la cruz.

1401. Enarbolado el madero de la Cruz Santa en el monte Calvario con el Verbo humanado que estaba crucificado en ella, antes de hablar ninguna de las siete palabras, habló con su Eterno Padre interiormente y dijo: Padre mío y Dios eterno, yo te confieso y te engrandezco desde este árbol de mi cruz y te alabo con el sacrificio de mis dolores, pasión y muerte, porque con la unión hipostática de la naturaleza divina levantaste mi humanidad a la suprema dignidad de ser Cristo, Dios-hombre, ungido con tu misma divinidad. Confiésote por la plenitud de dones posibles de gracia y gloria que desde el instante de mi Encarnación comunicaste a mi humanidad, y porque para la eternidad desde aquel punto me diste el pleno dominio universal de todas las

criaturas en el orden de gracia y de naturaleza, me hiciste Señor de los cielos y de los elementos, del sol, luna y estrellas, del fuego, del aire, de la tierra y de los mares y de todas las criaturas sensibles e insensibles que en ellos viven, de la disposición de los tiempos, de los días y las noches, dándome señorío y potestad sobre todo, a mi voluntad y disposición; y porque me hiciste Cabeza y Rey, Señor de todos los Ángeles y de los hombres, para que los gobierne y mande, para que premie a los buenos y castigue a los malos; y para todo me diste la potestad y llaves del abismo, desde el supremo cielo hasta el profundo de las cavernas infernales; y porque pusiste en mis manos la justificación eterna de los hombres, sus imperios, reinos y principados, a los grandes y pequeños, a los pobres y a los ricos; y de todos los que son capaces de tu gracia y gloria me hiciste Justificador, Redentor y Glorificador universal de todo el linaje humano, Señor de la muerte y de la vida, de todos los nacidos, de la Iglesia Santa y sus tesoros, de las Escrituras, misterios y sacramentos, auxilios, leyes y dones de la gracia; todo lo pusiste, Padre mío, en mis manos y lo subordinaste a mi voluntad y disposición, y por esto te alabo y engrandezco, te confieso y magnifico.

1402. Ahora, Señor y Padre Eterno, cuando vuelvo de este mundo a tu diestra por medio de mi muerte de cruz, y con ella y mi pasión dejo cumplida la Redención de los hombres que me encomendaste, quiero, Dios mío, que la misma cruz sea el tribunal de nuestra justicia y misericordia; y estando clavado en ella quiero juzgar a los mismos por quien doy la vida, y justificando mi causa quiero dispensar y disponer de los tesoros de mi venida al mundo y de mi pasión y muerte, para que desde ahora quede establecido el galardón que a cada uno de los justos o réprobos le pertenece, conforme a sus obras con que me hubieren amado o aborrecido. A todos los mortales he buscado y llamado a mi amistad y gracia, y desde el instante que tomé carne humana, sin cesar he trabajado por ellos: he padecido molestias, fatigas, afrentas, ignominias, oprobios, azotes, corona de espinas, y padezco muerte acerbísima de cruz; he rogado por todos a tu inmensa piedad, he orado con vigilias, ayunado y peregrinado, enseñándoles el camino de la eterna vida; y cuanto es de mi parte y de mi

voluntad, para todos la quiero, como para todos la he merecido, sin exceptuar ni excluir alguno, y para todos he puesto y fabricado la ley de gracia, y siempre la Iglesia, donde fueren salvos, será estable y permanente.

1403. Pero con nuestra ciencia y previsión conocemos, Dios y Padre mío, que por la malicia y rebeldía de los hombres no todos quieren nuestra salvación eterna, ni valerse de nuestra misericordia y del camino que yo les he abierto con mi vida, obras y muerte, sino que quieren seguir sus pecados hasta la perdición. Justo eres, Señor y Padre mío, y rectísimos son tus juicios, y justo es que, pues me hiciste juez de los vivos y muertos, entre los buenos y malos, dé a los justos el premio de haberme servido y seguido y a los pecadores el castigo de su perversa obstinación, y aquéllos tengan parte conmigo de mis bienes y estos otros sean privados de mi herencia, pues ellos no la quisieron admitir. Ahora, pues, Eterno Padre mío, en tu nombre y mío, engrandeciéndote, dispongo por mi última voluntad humana, que es conforme a la tuya eterna y divina, y quiero que en primer lugar sea nombrada mi purísima Madre, que me dio el ser humano, porque la constituyo por mi heredera única y universal de todos los bienes de naturaleza, gracia y gloria, que son míos, para que ella sea Señora con dominio pleno de todos; y los que ella en sí puede recibir de la gracia, siendo pura criatura, todos se los concedo con efecto, y los de gloria se los prometo para su tiempo; y quiero que los Ángeles y los hombres sean suyos, y que en ellos tenga entero dominio y señorío, que todos la obedezcan y sirvan; y los demonios la teman y le estén sujetos, y lo mismo hagan todas las criaturas irracionales, los cielos, astros y planetas, los elementos, y todos los vivientes, aves, peces y animales que en ellos se contienen; de todo la hago Señora, para que todos la glorifiquen conmigo; y quiero asimismo que ella sea depositaría y dispensadora de todos los bienes que se encierran en los cielos y en la tierra; lo que ella ordenare y dispusiere en la Iglesia con mis hijos los hombres, será confirmado en el cielo por las tres divinas personas, y todo lo que pidiere para los mortales ahora, después y siempre, lo concederemos a su voluntad y disposición.

1404. A los Ángeles que obedecieron tu voluntad santa y justa, declaro que les pertenece el supremo cielo por habitación propia y eterna, y en ella el gozo de la visión clara y fruición de nuestra divinidad; y quiero que la gocen en posesión interminable y en nuestra amistad y compañía; y les mando que reconozcan por su legítima Reina y Señora a mi Madre y la sirvan, acompañen y asistan, la lleven en sus manos en todo lugar y tiempo, obedeciendo a su imperio y a todo lo que les quisiere mandar y ordenar. A los demonios, como rebeldes a nuestra voluntad perfecta y santa, los arrojo y aparto de nuestra vista y compañía, de nuevo los condeno a nuestro aborrecimiento y privación eterna de nuestra amistad y gloria y de la vista de mi Madre y de los santos y justos mis amigos; y les determino y señalo por habitación sempiterna el lugar más distante de nuestro real trono, que serán para ellos las cavernas infernales, el centro de la tierra, con privación de luz y horror de sensibles tinieblas; y declaro que ésta es su parte y herencia elegida por su soberbia y obstinación, con que se levantaron contra el ser divino y sus órdenes; y en aquellos calabozos de oscuridad sean atormentados con eterno fuego inextinguible.

1405. De toda la humana naturaleza con la plenitud de toda mi voluntad llamo y elijo y entresaco a todos los justos y predestinados que por mi gracia e imitación han de ser salvos, cumpliendo mi voluntad y obedeciendo a mi santa ley. A éstos en primer lugar, después de mi Madre purísima, los nombro por herederos de todas mis promesas y misterios, bendiciones y tesoros de mis sacramentos y secretos de mis Escrituras, como en ellas están encerrados; de mi humildad y mansedumbre de corazón; de las virtudes, fe, esperanza y caridad; de la prudencia, justicia, fortaleza y templanza; de mis divinos dones y favores; de mi cruz, trabajos, oprobios y desprecios, pobreza y desnudez. Esta sea su parte y su herencia en la vida presente y mortal, y porque ellos con el bien obrar la han de elegir, para que lo hagan y con alegría, se la señalo por prenda de mi amistad, porque yo la elegí para mí mismo. Y les ofrezco mi protección y defensa, mis inspiraciones santas, mis favores y auxilios poderosos, mis dones y justificación, según su disposición y amor; que para ellos

seré padre, hermano y amigo, y ellos serán mis hijos, mis electos y carísimos, y como a tales hijos los nombro por herederos de todos mis merecimientos y tesoros, sin limitación alguna de mi parte. Y quiero que de mi Santa Iglesia y Sacramentos participen y reciban cuanto de ellos se dispusieren a recibir, y que puedan recuperar la gracia y bienes, si la perdieren, y volver a mi amistad, renovados y lavados ampliamente con mi sangre; y que para todo les valga la intercesión de mi Madre y de mis Santos, y que ella los reconozca por hijos y los ampare y tenga por suyos; que mis Ángeles los defiendan, los guíen, patrocinen y los traigan en las palmas para que no tropiecen, y si cayeren les den favor para levantarse.

1406. Y quiero asimismo que estos mis justos y escogidos sean superiores en excelencia a los réprobos y a los demonios, y que los teman y se les sujeten mis enemigos, y que todas las criaturas racionales e irracionales los sirvan; que los cielos y planetas, los astros y sus influencias los conserven y den vida con sus influjos; la tierra y elementos y todos sus animales los sustenten; todas las criaturas que son mías y me sirven, sean suyas y les sirvan como a mis hijos y amigos; y sea su bendición en el rocío del cielo y grosura de la tierra. Quiero también tener con ellos mis delicias, comunicarles mis secretos, conversar íntimamente y vivir con ellos en la Iglesia militante debajo de las especies de pan y vino, en arras y prendas infalibles de la eterna felicidad y gloria que les prometo, y de ella les hago participantes y herederos, para que conmigo la gocen en el cielo en posesión perpetua y gozo inamisible.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 16

1407. A los prescitos y reprobados, por su propia culpa, de nuestra voluntad [Dios quiere sinceramente que todos se salven y a todos da gracia suficiente], aunque fueron criados para otro más alto fin, les permito que su parte y herencia en esta vida mortal sea la concupiscencia de la carne y de los ojos y la soberbia con todos sus efectos, y

que coman y sean saciados de la arena de la tierra, que son sus riquezas, y del humo y corrupción de la carne y sus deleites, de la vanidad y presunción mundana. Por adquirir esta posesión han trabajado y en esta diligencia emplearon su voluntad y sus sentidos, a ella convirtieron sus potencias y los dones y beneficios que les dimos, y ellos mismos han hecho voluntaria elección del engaño, aborreciendo la verdad que yo les enseñé en mi ley santa. Renunciaron la que yo escribí en sus mismos corazones y la que les inspiró mi gracia, despreciaron mi doctrina y beneficios, oyeron a mis enemigos y suyos propios, admitieron sus engaños, amaron la vanidad, obraron las injusticias, siguieron la ambición, deleitáronse en la venganza, persiguieron a los pobres, humillaron a los justos, baldonaron de los sencillos e inocentes, apetecieron su propia exaltación y desearon levantarse sobre los cedros del Líbano en la ley de la injusticia que guardaron.

1408. Y porque todo esto lo hicieron contra la bondad de nuestra divinidad y permanecieron obstinados en su malicia, renunciando el derecho de hijos que yo les he adquirido, los desheredo de mi amistad y gloria; y como San Abrahán apartó de sí a los hijos de las esclavas con algunos dones y reservó su principal hacienda para Isaac, el hijo de la libre Sara, así yo desvío a los prescitos de mi herencia con los bienes transitorios y terrenos que ellos mismos escogieron y, apartándolos de nuestra compañía y de mi Madre y la de los Ángeles y Santos, los condeno a las eternas cárceles y fuego del infierno en compañía de Lucifer y sus demonios, a quien de voluntad sirvieron, y los privo por nuestra eternidad de la esperanza del remedio. Esta es, Padre mío, la sentencia que pronuncio como juez y cabeza de los hombres y los ángeles y el testamento que dispongo para mi muerte y efecto de la Redención humana, remunerando a cada uno lo que de justicia le pertenece, conforme a sus obras y al decreto de tu incomprensible sabiduría, con la equidad de tu rectísima justicia.—Hasta aquí habló Cristo Salvador nuestro en la Cruz con su Eterno Padre, y quedó este misterio y sacramento sellado y guardado en el corazón de María santísima, como testamento oculto y cerrado, para que por su intercesión y disposición a su tiempo y desde luego se ejecutase en la

Iglesia, como hasta entonces se había comenzado a ejecutar por la ciencia y previsión divina, donde todo lo pasado y lo futuro está junto y presente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1409. Hija mía, procura con todo tu afecto no olvidar en tu vida la noticia de los misterios que en este capítulo te he manifestado. Yo, como tu Madre y Maestra, pediré al Señor que con su virtud divina imprima en tu corazón las especies que te he dado, para que permanezcan fijas y presentes en él, mientras vivieres. Con este beneficio quiero que perpetuamente tengas en tu memoria a Cristo crucificado, mi Hijo santísimo y Esposo tuyo, y nunca olvides los dolores de la Cruz y la doctrina que enseñó y practicó Su Majestad en ella. En este espejo has de componer tu hermosura, y en ella tendrás tu gloria interior, como la hija del príncipe (Sal 44, 14), para que atiendas, procedas y reines como esposa del supremo Rey. Y porque este honroso título te obliga a procurar con todo esfuerzo su imitación y proporción igual, en cuanto te es posible con su gracia, y éste ha de ser el fruto de mi doctrina, así quiero que desde hoy vivas crucificada con Cristo y te asimiles a tu ejemplar y dechado, quedando muerta a la vida terrena. Quiero que se consuman en ti los efectos de la primera culpa y sólo vivas a las operaciones y efectos de la virtud divina y renuncies todo lo que tienes heredado como hija del primer Adán, para que en ti se logre la herencia del segundo, que es Cristo Jesús, tu Redentor y Maestro.

1410. Para ti ha de ser tu estado muy estrecha cruz donde estés clavada, y no ancha senda, con dispensaciones y explicaciones que la hagan espaciosa, dilatada y acomodada, y no segura ni perfecta. Este es el engaño de los hijos de Babilonia y de Adán, que procuran en sus obras buscar ensanches en la ley de Dios, cada uno en su estado, y recatean la salvación de sus almas, para comprar el cielo muy barato, o aventurarse a perderle, si les ha de costar el estrecharse y ajustarse al rigor de la divina ley y sus preceptos. De aquí nace el buscar doctrinas y opiniones que dilaten las sendas y caminos de la vida eterna, sin advertir que mi Hijo santísimo les enseñó que eran muy angostos

(Mt 7, 14) y que Su Majestad fue por ellos, para que nadie imagine que puede ir por otros más espaciosos a la carne y a las inclinaciones viciadas por el pecado. Este peligro es mayor en los eclesiásticos y religiosos, que por su estado deben seguir a su divino Maestro y ajustarse a su vida y pobreza, y para esto eligieron el camino de la cruz, y quieren que la dignidad o la religión sea para comodidad temporal y aumento de mayores honras de su estimación y aplauso, que tuvieran en otro estado. Y para conseguirlo ensanchan la cruz que prometieron llevar, de manera que vivan en ella muy holgados y ajustados a la vida carnal, con opiniones y explicaciones engañosas. Y a su tiempo conocerán la verdad de aquella sentencia del Espíritu Santo, que dice: A cada uno le parece seguro su camino, pero el Señor tiene en su mano el peso de los corazones humanos (Prov 21, 2).

1411. Tan lejos te quiero, hija mía, de este engaño, que has de vivir ajustada al rigor de tu profesión en lo más estrecho de ella, de manera que en esta cruz no te puedas extender ni ensanchar a una ni otra parte, como quien está clavada en ella con Cristo; y por el menor punto de tu profesión y perfección has de posponer todo lo temporal de tu comodidad. La mano derecha has de tener clavada con la obediencia, sin reservar movimiento, ni obra, ni palabra y pensamiento que no se gobierne en ti con esta virtud. No has de tener ademán que sea obra de tu propia voluntad, sino de la ajena, ni has de ser sabia contigo misma en cosa alguna (Prov 3, 7), sino ignorante y ciega, para que te guíen los superiores. El que promete —dice el Sabio (Prov 6, 1)— clavó su mano, y con sus palabras queda atado y preso. Tu mano clavaste con el voto de la obediencia, y con este acto quedaste sin libertad ni propiedad de querer o no querer. La mano siniestra tendrás clavada con el voto de la pobreza, sin reservar inclinación ni afecto a cosa alguna que suelen codiciar los ojos, porque en el uso y en el deseo has de seguir ajustadamente a Cristo pobre y desnudo en la cruz. Con el tercer voto, de la castidad, han de estar clavados tus pies, para que tus pasos y movimientos sean puros, castos y hermosos. Y para esto no has de consentir en tu presencia palabra que disuene de la pureza, ni admitir especie ni imagen en tus sentidos, mirar, ni tocar a criatura

humana; tus ojos y todos tus sentidos han de estar consagrados a la castidad, sin dispensar de ellos más de para ponerlos en Jesús crucificado. El cuarto voto, de la clausura, guardarás segura en el costado y pecho de mi Hijo santísimo, donde yo te la señalo. Y para que esta doctrina te parezca suave y este camino menos estrecho, atiende y considera en tu pecho la imagen que has conocido de mi Hijo y Señor lleno de llagas, tormentos y dolores, y al fin clavado en la cruz, sin dejar en su sagrado cuerpo alguna parte que no estuviese herida y atormentada. Y Su Majestad y yo éramos más delicados y sensibles que todos los hijos de los hombres, y por ellos padecimos y sufrimos tan acerbos dolores, para que ellos se animasen a no recusar otros menores por su bien propio y eterno y por el amor que tanto les obligó; a que debían los mortales ser agradecidos, entregándose al camino de las espinas y abrojos y a llevar la cruz por imitar y seguir a Cristo y alcanzar la eterna felicidad, pues es el camino derecho para ella.

CAPITULO 23

El triunfo que Cristo nuestro Salvador alcanzó del demonio en la cruz y de la muerte, y la profecía de Habacuc, y un conciliábulo que hicieron los demonios en el infierno,

1412. Los ocultos y venerables misterios de este capítulo corresponden a otros muchos que en todo el discurso de esta Historia he tratado o insinuado. Uno de ellos es que Lucifer y sus demonios en el discurso de la vida y milagros de nuestro Salvador nunca pudieron acabar de conocer con firmeza infalible que Su Majestad era Dios verdadero y Redentor del mundo, y por consiguiente tampoco conocían la dignidad de María santísima. Así lo dispuso la Providencia de la divina Sabiduría, para que más convenientemente se ejecutase todo el misterio de la Encarnación y Redención del linaje humano. Y para esto, aunque Lucifer sabía que Dios tomaría carne humana, ignoraba el modo y circunstancias de la Encarnación; y como de ellas le consintieron hiciese el juicio conforme su soberbia, por eso

anduvo tan alucinado, ya afirmando que Cristo era Dios por los milagros que hacía, ya negándolo porque le veía pobre, humillado, afligido y fatigado. Y deslumbrándose el Dragón con esta variedad de luces, perseveraba en la duda y en las pruebas o inquisición hasta la hora determinada de la Cruz, donde con el conocimiento de los misterios de Cristo había de quedar juntamente desengañado y vencido, en virtud de la pasión y muerte que a su humanidad santísima le había procurado.

1413. Ejecutóse este triunfo de Cristo nuestro Salvador con modo tan alto y admirable, que yo me hallo insuficiente y tarda para explicarlo, porque fue espiritual y oculto a los sentidos con que se ha de declarar. Para decirlo y entenderlo, quisiera yo que nos habláramos y noticiáramos unos a otros como hacen los ángeles con aquella simple locución y vista con que se entienden; que tal como ésta es necesaria para manifestar y penetrar esta gran maravilla de la omnipotencia divina. Yo diré lo que pudiere, y la inteligencia será con la ilustración de la fe más que significaren mis palabras.

1414. En el capítulo precedente queda dicho (Cf. supra n. 1364) cómo Lucifer con sus demonios intentaron desviarse de Cristo nuestro Salvador y arrojarse al infierno, luego que Su Majestad recibió la cruz sobre sus sagrados hombros, porque en aquel punto sintieron contra sí el poder divino, que con mayor fuerza los comenzaba a oprimir. Con este nuevo tormento reconocieron, permitiéndolo así el Señor, que les amenazaba gran ruina con la muerte de aquel Hombre inocente que ellos habían maquinado, y que no era puro hombre. Y deseaban retirarse y no asistir más a los judíos y ministros de justicia, como lo habían hecho hasta aquella hora. Pero el poder divino los detuvo y encadenó como a dragones ferocísimos, compeliéndolos, por medio del imperio de María santísima, para que no huyesen, sino que fuesen siguiendo a Cristo hasta el Calvario. El extremo de esta cadena se le dio a la gran Reina, para que con las virtudes de su Hijo santísimo los sujetase y argollase y, aunque muchas veces forcejaban intentando la fuga y despedazándose de furor, no pudieron vencer la fuerza con que la divina Señora los

detenía y obligaba a llegar al Calvario y rodearse a la Cruz, donde les mandó estuviesen inmóviles hasta el fin de tan altos misterios como allí se obraban, de remedio para los hombres y ruina para los demonios.

1415. Con este imperio estuvo Lucifer con sus cuadrillas infernales tan oprimidos de la pena y temor que sentían con la presencia de Cristo nuestro Señor y su Madre santísima y de lo que les amenazaba, que les fuera alivio arrojarse en las tinieblas del infierno. Y como no les era permitido, se pegaban y revolcaban unos con otros como un hormiguero alterado y como sabandijas que temerosas se procuran esconder en algún abrigo, aunque el furor rabioso que padecían no era de animales, sino de demonios más crueles que dragones. Allí se vio de todo punto humillado el soberbio orgullo de Lucifer y desvanecidos sus pensamientos altivos de levantar su silla sobre las estrellas del cielo (Is 14, 13) y beberse las aguas puras del Río Jordán (Job 40, 18). ¡Qué desvalido y debilitado estaba el que en tantas ocasiones presumió trasegar a todo el orbe!, ¡qué abatido y confuso el que a tantas almas ha engañado con promesas falsas o amenazas!, ¡qué turbado estaba el infeliz Amán a la vista del patíbulo donde procuró poner a su enemigo Mardoqueo!, ¡qué ignominia recibió cuando vio a la verdadera Ester María santísima, que pedía el rescate de su pueblo y al traidor le derribasen de su antigua grandeza y castigasen con la pena de su gran soberbia! Allí le oprimió y degolló nuestra invencible Judit, allí le quebrantó su altiva cerviz. Desde hoy conoceré ¡oh Lucifer! que tu soberbia y arrogancia es más que tus fuerzas, en vez de resplandores te visten ya gusanos, ya tu cadáver le consume y rodea la carcoma. Tú, que vulnerabas a las gentes, estás herido más que todas, atado y oprimido, ya no temeré tus fingidas amenazas, no escucharé tus dolos, porque te veo rendido, debilitado y sin poder alguno (Is 16, 6; Jer 48, 29).

1416. Ya era el tiempo de que esta antigua serpiente fuese vencida por el Maestro de la vida. Y porque había de ser con el desengaño y no le había de valer a este venenoso áspid taparse los oídos (Sal 57, 5) al encantador, comenzó el Señor a hablar en la Cruz las siete palabras dando permiso a Lucifer y a sus demonios para que oyéndolas

entendiesen los misterios que encerraban; porque con esta inteligencia quería Su Majestad triunfar de ellos, del pecado y de la muerte, y despojarlos de la tiranía con que tenían sujeto a todo el linaje humano. Pronunció Su Majestad la primera palabra: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen* (Lc 23, 34). En estas razones conocieron los príncipes de las tinieblas con certeza que Cristo nuestro Señor hablaba con el Eterno Padre y que era su Hijo natural y verdadero Dios con Él y con el Espíritu Santo y divino; y que en su humanidad santísima de perfecto hombre unida a la divinidad admitía la muerte de su propia voluntad para redimir a todo el linaje humano, y que por sus merecimientos de infinito valor ofrecía el perdón general de todos los pecados a los hijos de Adán que se valieran de su redención y la aplicaran para su remedio sin exceptuar a los mismos reos que le crucificaban; De este desengaño concibieron tanta ira y despecho Lucifer y sus demonios, que al punto se quisieron lanzar impetuosamente en el profundo del infierno y forcejaban con todas sus fuerzas para hacerlo, pero la poderosa Reina los detenía.

1417. En la segunda palabra que habló el Señor con el dichoso ladrón: *La verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 43), entendieron los demonios el fruto de la Redención en la justificación de los pecadores y el fin último en la glorificación de los justos, y que desde aquella hora comenzaban a obrar con nueva fuerza y virtud los merecimientos de Cristo y que con ellos se abrían las puertas del paraíso que con el primer pecado se cerraron, y que desde entonces entrarían los hombres a gozar la felicidad eterna y ocupar las sillas del cielo que para ellos estaban imposibilitadas. Conocieron en esto la potestad de Cristo Señor nuestro para llamar a los pecadores, justificarlos y glorificarlos, y los triunfos que en su vida santísima habían conseguido de todos ellos con las virtudes eminentísimas que habían ejercitado de humildad, paciencia, mansedumbre y todas las demás. La confusión y tormento de Lucifer, cuando conoció esta verdad, no se puede explicar con lengua humana, pero fue tal, que humilló su soberbia a pedir a nuestra reina María santísima que les permitiese bajar al infierno y los arrojase de su presencia; pero no lo consintió la gran Reina, porque aún no

era tiempo.

1418. Con la tercera palabra que habló Jesús dulcísimo con su Madre: *Mujer, ves ahí a tu hijo (Jn 19, 26),* conocieron los demonios que aquella divina Mujer era Madre verdadera de Dios humanado, y la misma que se les había manifestado en el cielo en imagen y señal cuando fueron criados, y la que les quebrantaría la cabeza, como el Señor se lo había dicho en el paraíso terrenal (Gen 3, 15). Conocieron la dignidad y excelencia de esta gran Señora sobre todas las criaturas y la potestad que contra ellos tenía, como la estaban experimentando Y como desde el principio del mundo, cuando fue criada la primera mujer, todos los demonios habían buscado con su astucia quién sería aquella gran Mujer señalada en el cielo, y en esta ocasión conocieron que hasta entonces la habían perdido de vista sin conocerla, fue inexplicable el furor de estos dragones, porque este desengaño desatinó su arrogancia sobre todo lo que les atormentaba, y se enfurecían contra sí mismos como unos leones sangrientos, y contra la divina Señora renovaron su indignación aunque sin provecho. A más de esto conocieron que San Juan Evangelista era señalado por Cristo nuestro Salvador como ángel de guarda de su Madre, con la potestad de Sacerdote. Y esto conocieron como amenaza contra la indignación que tenían con la gran Señora, y también lo entendió San Juan Evangelista. Y no sólo conoció Lucifer la potestad del Evangelista contra los demonios, sino también la que se les daba a todos los Sacerdotes por su dignidad y participación de la misma de nuestro Redentor, y que los demás justos, aunque no fuesen sacerdotes, estarían debajo de una especial protección del Señor y serían poderosos contra el infierno. Y todo esto debilitaba las fuerzas de Lucifer y sus demonios.

1419. La cuarta palabra de Cristo nuestro Salvador fue con el Eterno Padre, diciendo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? (Mt 27, 46)* Conocieron en ella los malignos espíritus que la caridad de Cristo con todos los hombres era inmensa y sin término, y que misteriosamente para satisfacerla se le había suspendido a su humanidad santísima el influjo de la divinidad, para que con el sumo

rigor de la pasión fuese la Redención copiosísima, y que sentía y se querellaba amorosamente de que no fuesen salvos todos los hombres, de quien se hallaba desamparado, y con ánimo de padecer más, si el Eterno Padre lo ordenara. Esta felicidad de los hombres de ser tan amados del mismo Dios aumentó la envidia de Lucifer y sus ministros, y sintieron todos la omnipotencia divina para ejecutar con los hombres aquella infinita caridad sin limitación. Y esta noticia quebrantó el orgullo y malignidad de los enemigos, reconociéndose flacos y débiles para oponerse a ello con eficacia, si los hombres no la querían malograr.

1420. La quinta palabra que habló Cristo: *Sed tengo (Jn 19, 28)*, adelantó más este triunfo del demonio y sus secuaces, y se enfurecieron en rabia y despecho, porque la encaminó Su Majestad más claramente contra ellos. Y entendieron que les decía: Si os parece mucho lo que por los hombres padezco y el amor que les tengo, quiero entendáis que siempre mi caridad queda sedienta y anhelando por su eterna salud y no la han extinguido las muchas aguas de mis tormentos y dolores de mi pasión; muchos más padeciera por ellos, si fuera necesario, para redimirlos de vuestra tiranía y hacerlos poderosos y fuertes contra vuestra malicia y soberbia.

1421. En la sexta palabra del Señor: *Consummatum est* (Jn 19, 30), acabaron de conocer Lucifer y sus demonios el misterio de la Encarnación y Redención humana, ya concluida con el orden de la sabiduría divina en todo su cumplimiento y perfección. Porque se les manifestó cómo Cristo nuestro Redentor había cumplido con la obediencia del Padre Eterno, y cómo había llenado las promesas y profecías hechas al mundo de los antiguos padres, y que la humildad y obediencia de nuestro Redentor había recompensado su soberbia y la inobediencia que tuvieron en el cielo no queriendo sujetarse y reconocerle por superior en la carne humana; y que por esto, con suma sabiduría y equidad eran humillados y vencidos por aquel mismo Señor que ellos despreciaron. Y como a la dignidad grande y méritos infinitos de Cristo era consiguiente que en aquella hora ejecutase el oficio y potestad de juez de los

ángeles y de los hombres, como el Eterno Padre se lo había cometido, usando de su virtud y como intimando la sentencia a Lucifer en la misma ejecución, le mandó a él y a todos los demonios que como condenados al fuego eterno bajasen luego todos a lo más profundo de aquellos calabozos infernales. Y luego a un mismo tiempo pronunció la séptima palabra: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lc 23, 46).* Concurrió la poderosa Reina y Madre de Jesús con la voluntad de su Hijo santísimo y mandó también a Lucifer y sus aliados que al punto descendiesen al profundo. Y a la fuerza de este imperio del supremo Rey y de la Reina, salieron los espíritus malignos del monte Calvario y fueron precipitados hasta lo más ínfimo del infierno con mayor violencia y presteza que sale el rayo despedido de las nubes.

1422. Cristo nuestro Salvador, como victorioso triunfador, ya rendido el mayor enemigo, para entregar su espíritu al Padre, dio licencia a la muerte para que llegase, inclinando la cabeza, venciendo también a la misma muerte con este consentimiento, en que también se halló engañada la misma muerte como el demonio. La razón de esto es, porque la muerte no pudiera herir a los hombres ni tener jurisdicción sobre ellos, si no es por el primer pecado, a quien se le intimó este castigo; y por eso el Apóstol dijo que las armas o estímulo de la muerte es el pecado, que abrió la herida por donde entró ella en el mundo del linaje humano; y como nuestro Salvador pagó la deuda del pecado y no le pudo cometer, por esto, cuando la muerte le quitó la vida sin tener derecho contra Su Majestad, perdió el que tenía contra los demás hijos de Adán, para que desde entonces ni la muerte ni el demonio pudiesen ofenderlos como antes, si los mismos hombres, no se les volviesen a sujetar de su propia voluntad. Si nuestro primer padre Adán no pecara y no hubiéramos pecado todos en él, no hubiera pena de muerte, sino un tránsito de aquel feliz estado al felicísimo de la eterna patria. Pero el pecado nos hizo súbditos de la muerte y esclavos del demonio, que nos la procuró, para que valiéndose de ella nos privase del tránsito a la vida eterna, y primero de la gracia, dones y amistad de Dios; y quedamos en servidumbre del pecado y del demonio y sujetos a su tirano e inicuo imperio. Todas

estas obras del demonio disolvió Cristo nuestro Señor y, muriendo sin culpa y satisfaciendo por las nuestras, hizo que la muerte sólo fuese corporal y no del alma; que nos quitase la vida corporal y no la eterna, la natural y no la espiritual, antes bien fuese puerta para pasar a la última felicidad, si nosotros no queremos perderla. Así cumplió Su Majestad la pena y el castigo del primer pecado, disponiendo también que con la muerte corporal y natural, admitida por su amor, fuese la recompensa que de nuestra parte podíamos ofrecer. De esta manera absorbió Cristo nuestro Señor la muerte (1 Cor 15, 54), y la suya fue el bocado con que le engañó (Os 13, 14) y con su muerte santísima le quitó las fuerzas y la vida y la dejó vencida y muerta.

1423. Cumplióse en este triunfo de nuestro Salvador la profecía de Habacuc en su cántico y oración, de que sólo tomaré las palabras que bastan para mi intento. Conoció el Profeta este misterio y el poder de Cristo contra la muerte y el demonio, y con temor santo pidió al Señor que vivificase su obra, que es el hombre, y profetizó que lo haría; y cuando más indignado se acordaría de su misericordia; que la gloria de esta maravilla llenaría los cielos y su alabanza a la tierra; su resplandor sería como la luz; y que en sus manos tendría los cuernos, que son los brazos de la Cruz, y que en ella estaba su fortaleza escondida; que la muerte iría delante de su cara como cautiva y vencida; que delante de sus pies saldría el demonio y mediría la tierra (Hab 3, 2-5). Y todo se ejecutó a la letra; porque Lucifer salió como hollado y quebrantada su cabeza de los pies de Cristo y de su Madre santísima, que en el Calvario le conculcaron y pisaron con su pasión y poder. Y porque bajó hasta el centro de la tierra —que es lo ínfimo del infierno y lo más lejos de la superficie— por esto dije que midió la tierra. Todo lo demás del cántico pertenece al triunfo de Cristo Señor nuestro en el suceso de la Iglesia hasta el fin y no es necesario repetirlo ahora. Pero lo que es justo que todos los hombres entendamos es que Lucifer y sus demonios quedaron con la muerte de Cristo nuestro Salvador atados, quebrantados y debilitados para tentar a las criaturas racionales, si ellas con sus culpas y por su voluntad no le hubieran desatado y alentado su soberbia

para volver con nuevos bríos a perder el mundo. Todo se conocerá mejor del conciliábulo que hizo en el infierno y de lo que diré en lo restante de esta Historia.

1424. *Conciliábulo que hizo Lucifer con sus demonios en el infierno, después de la muerte de Cristo nuestro Señor.*— La caída de Lucifer con sus demonios desde el monte Calvario al profundo del infierno fue más turbulenta y furiosa que cuando fue arrojado del cielo. Y aunque siempre aquel lugar es tierra tenebrosa y cubierta de las sombras de la muerte, de caliginosa confusión, de miserias, tormentos y desorden, como dice el Santo Profeta Job [Día 10 de mayo: In terra Hus sancti Job Prophétae admirándae patiéntiae viri] (Job 20, 21), pero en esta ocasión fue mayor su infelicidad y turbación, porque los condenados recibieron nuevo horror y accidental pena con la ferocidad y encuentros que bajaron los demonios y el despecho que rabiosos manifestaban. Cierto es que no tienen potestad en el infierno para poner las almas a su voluntad en lugares de mayor o menor tormento, porque esto lo dispensa el poder de la divina justicia según los deméritos de cada uno ■ de los condenados, porque con esta medida sean atormentados; pero, a más de la pena esencial, dispone el justo Juez que puedan sucesivamente padecer otras penas accidentales en algunas ocasiones, porque sus pecados dejaron en el mundo raíces y muchos daños para otros que por su causa se condenan y el nuevo efecto de sus pecados no retratados les causa estas penas. Atormentaron los demonios a Judas Iscariotes con nuevas penas, por haber vendido y procurado la muerte a Cristo. Y conocieron entonces que aquel lugar de tan formidables penas, donde le habían puesto —de que hablé arriba (Cf. supra n. 1249)— era destinado para castigo de los que se condenasen con fe y sin obras y los que despreciasen de intento el culto de esta virtud y el fruto de la Redención humana. Y contra éstos manifiestan los demonios mayor indignación, como la concibieron contra Jesús y María.

1425. Luego que Lucifer tuvo permiso para esto y para levantarse del aterramiento en que estuvo algún tiempo, procuró intimar a los demonios su nueva soberbia contra el Señor. Para esto los convocó a todos y puesto en lugar

eminente les habló y dijo: A vosotros, que por tantos siglos habéis seguido y seguiréis mi justa parcialidad en venganza de mis agravios, es notorio el que ahora he recibido de este nuevo Hombre y Dios y cómo por espacio de treinta y tres años me ha traído engañado, ocultándome el ser divino que tenía y encubriendo las operaciones de su alma y alcanzando de nosotros el triunfo que ha ganado con la misma muerte que para destruirle le procuramos. Antes que tomara carne humana le aborrecí y no me sujeté a reconocerle por más digno que yo de que todos le adorasen como superior. Y aunque por esta resistencia fui derribado del cielo con vosotros y convertido en la fealdad que tengo, indigna de mi grandeza y hermosura, pero más que todo esto me atormenta hallarme tan vencido y oprimido de este Hombre y de su Madre. Desde el día que fue criado el primer hombre los he buscado con desvelo para destruirlos y, si no a ellos, a todas sus hechuras, y que ninguna le admitiese por su Dios ni le siguiese, y que sus obras no resultasen en beneficio de los hombres. Estos han sido mis deseos, estos mis cuidados y conatos, pero en vano, pues me venció con su humildad y pobreza, me quebrantó con su paciencia y al fin me derribó del imperio que tenía en el mundo con su pasión y afrentosa muerte. Esto me atormenta de manera, que si a él le derribara de la diestra de su Padre, donde ya estará triunfante, y a todos sus redimidos los trajera a estos infiernos, aun no quedara mi enojo satisfecho, ni se aplacara mi furor.

1426. ¿Es posible que la naturaleza humana, tan inferior a la mía, ha de ser tan levantada sobre todas las criaturas, que ha de ser tan amada y favorecida de su Criador que la juntase a sí mismo en la persona del Verbo Eterno, que antes de ejecutarse esta obra me hiciese guerra y después me quebrantase con tanta confusión mía? Siempre la tuve por enemiga cruel, siempre me fue aborrecible e intolerable. ¡Oh hombres tan favorecidos y regalados del Dios que yo aborrezco y amados de su ardiente caridad! ¿Cómo impediré vuestra dicha?, ¿cómo os haré infelices cual yo soy, pues no puedo aniquilar al mismo ser que recibisteis? ¿Qué hacemos ahora, oh vasallos míos?, ¿cómo restauraremos nuestro imperio?, ¿cómo cobraremos fuerzas contra el hombre?, ¿cómo podremos ya vencerle? Porque si

de hoy más no son los mortales insensibles e ingratísimos, si no son peores que nosotros contra este hombre y Dios que con tanto amor los ha redimido, claro está que todos le seguirán a porfía, todos le darán el corazón y abrazarán su suave ley, ninguno admitirá nuestros engaños, aborrecerán las honras que falsamente les ofrecemos y amarán el desprecio, querrán la mortificación de su carne y conocerán el peligro de los deleites, dejarán los tesoros y riquezas y amarán la pobreza que tanto honró su Maestro y a todo cuanto nosotros pretendamos aficionar sus apetitos les será aborrecible por imitar a su verdadero Redentor. Con esto se destruye nuestro reino, pues nadie vendrá con nosotros a este lugar de confusión y tormento, y todos alcanzarán la felicidad que nosotros perdimos, todos se humillarán hasta el polvo y padecerán con paciencia, y no se logrará mi indignación y soberbia.

1427. ¡Oh infeliz de mí, y qué tormento me causa mi propio engaño! Si le tenté en el desierto, fue darle ocasión para que con aquella victoria dejase ejemplo a los hombres y que en el mundo le hubiese tan eficaz para vencerme. Si le perseguí, fue ocasionar la enseñanza de su humildad y paciencia. Si persuadí a Judas Iscariotes que le vendiese y a los judíos que con mortal odio le atormentasen y pusiesen en la Cruz, con estas diligencias solicité mi ruina y el remedio de los hombres y que en el mundo quedase aquella doctrina que yo pretendí extinguir. ¿Cómo se pudo humillar tanto el que era Dios? ¿Cómo sufrió tanto de los hombres siendo tan malos? ¿Cómo yo mismo ayudé tanto para que la redención humana fuese tan copiosa y admirable? ¡Oh qué fuerza tan divina la de este Hombre, que así me atormenta y debilita! Y aquella mi enemiga, Madre suya, ¿cómo es tan invencible y poderosa contra mí? Nueva es en pura criatura tal potencia y sin duda la participa del Verbo eterno, a quien vistió de carne. Siempre me hizo grande guerra el Todopoderoso por medio de esta mujer tan aborrecible a mi altivez, desde que la conocí en su señal o idea. Pero si no se aplaca mi soberbia indignación, no me despido de hacer perpetua guerra a este Redentor, a su Madre y a los hombres. Ea, demonios de mi séquito, ahora es el tiempo de ejecutar la ira contra Dios. Llegad todos a conferir conmigo por qué medios lo

haremos, que deseo en esto vuestro parecer.

1428. A esta formidable propuesta de Lucifer respondieron algunos demonios de los más superiores, animándole con diversos arbitrios que fabricaron para impedir el fruto de la Redención en los hombres. Y convinieron todos en que no era posible ofender a la persona de Cristo, ni menguar el valor inmenso de sus merecimientos, ni destruir la eficacia de los Sacramentos, ni falsificar ni revocar la doctrina que Cristo nuestro Señor había predicado; pero no obstante todo esto convenía que, conforme a las nuevas causas, medios y favores que Dios había ordenado para el remedio de los hombres, se inventasen allí nuevos modos de impedirlos, pervirtiéndolos con mayores tentaciones y falacias. Y para esto algunos demonios de mayor astucia y malicia dijeron: Verdad es que los hombres tienen ya nueva doctrina y ley muy poderosa, tienen nuevos y eficaces sacramentos, nuevo ejemplar y maestro de las virtudes y poderosa intercesora y abogada en esta nueva Mujer; pero las inclinaciones y pasiones de su carne y naturaleza siempre es una misma y las cosas deleitables y sensibles no se han mudado. Por este medio, añadiendo nueva astucia, desharemos, en cuanto es de nuestra parte, lo que este Dios y Hombre ha obrado por ellos, y les haremos poderosa guerra procurando atraerlos con sugestiones, irritando sus pasiones, para que con grande ímpetu las sigan sin atender a otra cosa, y la condición humana, tan limitada, embarazada en un objeto, no puede atender al contrario.

1429. Con este arbitrio comenzaron de nuevo a repartir oficios entre los demonios, para que con nueva astucia se encargasen como por cuadrillas de diferentes vicios en que tentar a los hombres. Determinaron que se procurase conservar en el mundo la idolatría, para que los hombres no llegasen al conocimiento del verdadero Dios ni de la Redención humana. Y si esta idolatría faltaba, arbitraron que se inventasen nuevas sectas y herejías en el mundo, y que para todo esto buscasen los hombres más perversos y de inclinaciones depravadas que primero las admitiesen y fuesen maestros y cabezas de los errores. Y allí fueron fraguadas en el pecho de aquellas venenosas serpientes la secta de falso profeta Mahoma, las herejías de Arrio, de

Pelagio, de Nestorio y cuantas se han conocido en el mundo desde la primitiva Iglesia hasta ahora, y otras que tienen maquinadas, que ni es necesario ni conveniente referirlas. Y este infernal arbitrio aprobó Lucifer, porque se oponía a la divina verdad y destruía el fundamento de la salvación humana, que consiste en la fe divina; y a los demonios que lo intentaron y se encargaron de buscar hombres impíos para introducir estos errores, los alabó y acarició y los puso a su lado.

1430. Otros demonios tomaron por su cuenta pervertir las inclinaciones de los niños, observando las de su generación y nacimiento. Otros, de hacer negligentes a sus padres en la educación y doctrina de los hijos o por demasiado amor o aborrecimiento, y que los hijos aborreciesen a sus padres. Otros se ofrecieron a poner odio entre los maridos y mujeres y facilitarlos los adulterios y despreciar la justicia y fidelidad que se deben. Y todos convinieron en que sembrarían entre los hombres rencillas, odios, discordias y venganzas, y para esto los moviesen con sugestiones falsas, con inclinaciones soberbias y sensuales, con avaricia y deseo de honras y dignidades, y les propusiesen razones aparentes contra todas las virtudes que Cristo nuestro Señor había enseñado, y sobre todo divirtiesen a los mortales de la memoria de su pasión y muerte y del remedio de la Redención, de las penas del infierno y de su eternidad. Y por estos medios les pareció a todos los demonios que los hombres ocuparían sus potencias y cuidados en las cosas deleitables y sensibles y no les quedaría atención ni consideración de las espirituales, ni de su propia salvación.

1431. Oyó Lucifer éstos y otros arbitrios de los demonios y respondiendo dijo: Con vuestros pareceres quedo muy obligado y todos los admito y apruebo, y todo será fácil de alcanzar con los que no profesaren la ley que este Redentor ha dado a los hombres; pero en los que la admitan y abracen, dificultosa empresa será, mas en ella y contra éstos pretendo estrenar mi saña y furor y perseguir acérrimamente a los que oyeren la doctrina de este Redentor y le siguieren, y contra ellos ha de ser nuestra guerra sangrienta hasta el fin del mundo. En esta nueva

Iglesia he de procurar sobresembrar mi cizaña, las ambiciones, la codicia, la sensualidad y los mortales odios, con todos los vicios de que soy cabeza. Porque si una vez se multiplican y crecen los pecados entre los fieles, con estas injurias y su pesada ingratitud irritarán a Dios para que les niegue con justicia los auxilios de la gracia que les deja su Redentor tan merecidos, y si con sus pecados se privan de este camino de su remedio, segura tendremos la victoria contra ellos. También es necesario trabajemos en quitarles la piedad y todo lo que es espiritual y divino, que no entiendan la virtud de los Sacramentos, o que los reciban en pecado, y cuando no le tengan que sea sin fervor ni devoción; que como estos beneficios son espirituales, es menester admitirlos con afecto de voluntad, para que tenga más fruto quien los usare. Y si una vez llegaren a despreciar la medicina, tarde recuperarán la salud y resistirán menos a nuestras tentaciones, no conocerán nuestros engaños, olvidarán los beneficios, no estimarán la memoria de su propio Redentor ni la intercesión de su Madre, y esta feísima ingratitud los hará indignos de la gracia, e irritado su Dios y Salvador se la niegue. Y en esto quiero que todos me ayudéis con grande esfuerzo, no perdiendo tiempo ni ocasión de ejecutar lo que os mando.

1432. No es posible referir los arbitrios que maquinó el Dragón y sus aliados en esta ocasión contra la Santa Iglesia y sus hijos, para que estas aguas del Río Jordán entrasen en su boca (Job 40, 18). Basta decir que les duró esta conferencia casi un año entero después de la muerte de Cristo y considerar el estado que ha tenido el mundo y el que tiene después de haber crucificado a Cristo nuestro bien y maestro y haber manifestado Su Majestad la verdad de su fe con tantas luces de milagros, beneficios y ejemplos de varones santos. Y si todo esto no basta para reducir a los mortales al camino de la salvación, bien se deja entender cuánto ha podido Lucifer con ellos y que su ira es tan grande, que podemos decir con San Juan Evangelista (Ap 22, 12): ¡Ay de la tierra, que baja a vosotros Satanás lleno de indignación y furor! Mas ¡ay dolor, que verdades tan infalibles como éstas y tan importantes para conocer nuestro peligro y excusarle con todas nuestras fuerzas,

estén hoy tan borradas de la memoria de los mortales con tan irreparables daños del mundo! El enemigo astuto, cruel y vigilante, ¡nosotros dormidos, descuidados y flacos! ¿Qué maravilla es que Lucifer se haya apoderado tanto del mundo, si muchos le oyen, le admiten y siguen sus engaños y pocos le resisten, porque se olvidan de la eterna muerte que con implacable indignación y malicia les procura? Pido yo a los que esto leyeren, no quieran olvidar tan formidable peligro, y si no le conocen por el estado del mundo y sus desdichas y por los daños que cada uno experimenta en sí mismo, conózcanlo a lo menos por la medicina y remedios tantos y tan poderosos que dejó en la Iglesia nuestro Salvador y Maestro, pues no aplicara tan abundante antídoto si nuestra dolencia y peligro de morir eternamente no fuera tan grande y formidable.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

1433. Hija mía, gran inteligencia has recibido con la divina luz del glorioso triunfo que mi Hijo y mi Señor alcanzó en la Cruz de los demonios y de la opresión con que los dejó vencidos y rendidos. Pero debes entender que ignoras mucho más de lo que has conocido de misterios tan inefables, porque viviendo en carne mortal no tiene disposición la criatura para penetrarlos como ellos son en sí mismos, y la divina Providencia reserva su total conocimiento para premio de los santos del cielo y a su vista beatífica, donde se alcanzan estos misterios con perfecta penetración, y también para confusión de los réprobos en el grado que lo conocerán al fin de su carrera. Pero basta lo que has entendido para quedar enseñada del peligro de la vida mortal y alentada con la esperanza de vencer a tus enemigos. Y quiero también que adviertas mucho la nueva indignación que contra ti ha concebido el Dragón por lo que dejas escrito en este capítulo. Siempre la ha tenido y procurado impedirte para que no escribieras mi Vida, y tú lo has conocido en todo su discurso. Pero ahora se ha irritado su soberbia de nuevo por lo que has manifestado, la humillación, quebranto y ruina que recibió en la muerte de mi Hijo santísimo y el estado en que le dejó y los arbitrios que fabricó con sus demonios para vengar su caída en los hijos de Adán y más en los de la

Santa Iglesia. Todo esto le ha turbado y alterado de nuevo, por ver que se manifiesta a los que lo ignoraban. Y tú sentirás esta indignación en los trabajos que moverá contra ti, con varias tentaciones y persecuciones, que ya has comenzado a reconocer y a experimentar la saña y crueldad de este enemigo; y te aviso para que estés muy advertida.

1434. Admiración te causa, y con razón, haber conocido por una parte el poder de los merecimientos de mi Hijo y redención humana y la ruina y debilitación que causó en los demonios, y por otra parte verlos tan poderosos y señoreando al mundo con formidable osadía. Y aunque a esta admiración te responde la luz que se te ha dado en lo que dejas escrito, quiero añadirte más, para que tu cuidado sea mayor contra enemigos tan llenos de malicia. Cierto es que cuando conocieron el sacramento de la Encarnación y Redención y que mi Hijo santísimo había nacido tan pobre, humilde y despreciado, su vida, milagros, pasión y muerte misteriosa, y todo lo demás que obró en el mundo para traer a sí a los hombres, quedó Lucifer y sus demonios debilitados y sin fuerzas para tentar a los fieles, como solían a los demás, y como siempre deseaban. En la primitiva Iglesia perseveró muchos años este terror de los demonios y el temor que tenían a los bautizados y seguidores de Cristo nuestro Señor, porque resplandecía en ellos la virtud divina por medio de la imitación y fervor con que profesaban su santa fe, seguían la doctrina del Evangelio, ejecutaban las virtudes con heroicos y ferventísimos actos de amor, de humildad, paciencia y desprecio de las vanidades y engaños aparentes del mundo; y muchos derramaban su sangre y daban la vida por Cristo nuestro Señor y hacían obras excelentes y admirables por la exaltación de su santo nombre. Esta invencible fortaleza les redundaba de estar tan inmediatos a la pasión y muerte de su Redentor y tener más presente el prodigioso ejemplar de su grandiosa paciencia y humildad, y por ser menos tentados de los demonios, que no pudieron levantarse del pesado aterramiento en que los dejó el triunfo del divino Crucificado.

1435. Esta imagen viva e imitación de Cristo, que

reconocían los demonios en aquellos primeros hijos de la Iglesia, temían de manera que no se atrevían a llegar a ellos y luego huían de su presencia, como sucedía con los Apóstoles y los demás justos que gozaron de la doctrina de mi Hijo santísimo. Ofrecían al Altísimo en su perfectísimo obrar las primicias de la gracia y Redención. Y lo mismo sucediera hasta ahora, como se ve y experimenta en los perfectos y santos, si todos los católicos admitieran la gracia, obraran con ella, no la tuvieran vacía y siguieran el camino de la cruz, como el mismo Lucifer lo temió, y lo dejas escrito. Pero luego con el tiempo se comenzó a resfriar la caridad, el fervor y devoción en muchos fieles, y fueron olvidando el beneficio de la Redención, admitieron las inclinaciones y deseos carnales, amaron la vanidad y la codicia y se han dejado engañar y fascinar de las fabulaciones falsas de Lucifer, con que han oscurecido la gloria del Señor y se han entregado a sus mortales enemigos. Con esta fea ingratitud ha llegado el mundo al infelicísimo estado que tiene, y los demonios han levantado su soberbia contra Dios, presumiendo apoderarse de todos los hijos de Adán, por el olvido y descuido de los católicos. Y llega su osadía a intentar la destrucción de toda la Iglesia, pervirtiendo a tantos que la nieguen, y a los que están en ella que la desestimen o que no se aprovechen del precio de la sangre y muerte de su Redentor. Y la mayor calamidad es que no acaban de conocer este daño muchos católicos, ni cuidan del remedio, aunque pueden presumir han llegado a los tiempos que mi Hijo santísimo amenazó cuando habló a las hijas de Jerusalén (Lc 23, 28), que serían dichosas las estériles y muchos pedirían a los montes y collados que los enterrasen y cayesen sobre ellos, para no ver el incendio de tan feas culpas como van talando a los hijos de perdición, como maderos secos y sin fruto y sin ninguna virtud. En este mal siglo vives, oh hija mía, y para que no te comprenda la perdición de tantas almas, llórala con amargura de corazón y nunca olvides los misterios de la encarnación, pasión y muerte de mi Hijo santísimo, que quiero los agradezcas tú por muchos que los desprecian. Y te aseguro que sola esta memoria y meditación es de gran terror para el infierno y atormenta y aleja a los demonios, y ellos huyen y se apartan de los que con agradecimiento se acuerdan de la vida y misterios de mi Hijo santísimo.

CAPITULO 24

La herida que dieron con la lanza en el costado de Cristo ya difunto, su descendimiento de la cruz y sepultura y lo que en estos pasos obró María santísima hasta que volvió al cenáculo.

1436. El Evangelista San Juan Evangelista dice (Jn 19, 25) que cerca de la cruz estaba María santísima Madre de Jesús, acompañada de Santa María Cleofás [Día 9 de abril: In Judaea sanctae Maríae Cléophae, quam beátus Joánnes Evangelista sorórem sactíssimae Dei Genitrícis Maríae núncupat, et cum hac simul juxta crucem Jesu stetísse narrat.] y Santa María Magdalena [Día 22 de julio: Apud Massíliam, in Gállia, natális sanctae Maríae Magdalénae, de qua Dóminus ejécit septem daemónia, et quae ipsum Salvátorem a mórtuis resurgéntem prima vidére méruit.] ; y aunque esto lo refiere de antes que expirase nuestro Salvador, se ha de entender que perseveró la invicta Reina después, estando siempre en pie, arrimada a la Cruz, adorando en ella a su muerto Jesús y a la divinidad que siempre estaba unida al sagrado cuerpo. Estaba la gran Señora constantísima, inmóvil en sus inefables virtudes, entre las olas impetuosas de dolores que entraban hasta lo íntimo de su castísimo corazón, y con su eminente ciencia confería en su pecho los misterios de la Redención humana y la armonía con que la sabiduría divina disponía todos aquellos sacramentos; y la mayor aflicción de la Madre de Misericordia era la desleal ingratitud que los hombres con tanto daño propio mostrarían a beneficio tan raro y digno de eterno agradecimiento. Estaba asimismo cuidadosa cómo daría sepultura al sagrado cuerpo de su Hijo santísimo, quién se le bajaría de la cruz, a donde siempre tenía levantados sus divinos ojos. Con este doloroso cuidado se convirtió a sus Santos Ángeles que la asistían y les dijo: Ministros del Altísimo y amigos míos en la tribulación, vosotros conocéis que no hay dolor como mi dolor; decidme, pues, cómo bajaré de la cruz al que ama mi alma, cómo y dónde le daré honorífica sepultura, que como madre me toca este cuidado; decidme qué haré y

ayudadme en esta ocasión con vuestra diligencia.

1437. Respondiéronla los Santos Ángeles: Reina y Señora nuestra, dilátese Vuestro afligido corazón para lo que resta de padecer. El Señor todopoderoso ha encubierto de los mortales su gloria y su potencia para sujetarse a la impía disposición de los crueles malignos y quiere consentir que se cumplan las leyes puestas por los hombres, y una es que los sentenciados a muerte no se quiten de la cruz sin licencia del mismo juez. Prestos y poderosos fuéramos nosotros en obedeceros y en defender a nuestro verdadero Dios y Criador, pero su diestra nos detiene, porque su voluntad es justificar en todo su causa y derramar la parte de sangre que le resta en beneficio de los hombres, para obligarlos más al retorno de su amor que tan copiosamente los redimió (Sal 129, 7). Y si de este beneficio no se aprovecharen como deben, será lamentable su castigo, y su severidad será la recompensa de haber caminado Dios con pasos lentos en su venganza.—Esta respuesta de los Ángeles acrecentó el dolor de la afligida Madre, porque no se le había manifestado que su Hijo santísimo había de ser herido con la lanzada, y el recelo de lo que sucedería con el sagrado cuerpo la puso en nueva tribulación y congoja.

1438. Vio luego el tropel de gente armada que venía encaminándose al monte Calvario, y creciendo el temor de algún nuevo oprobio que harían contra el Redentor muerto, habló con San Juan Evangelista y las Marías y dijo: ¡Ay de mí, que llega ya el dolor a lo último y se divide mi corazón en el pecho! ¿Por ventura no están satisfechos los ministros y judíos de haber muerto a mi Hijo y Señor? ¿Si pretenden ahora alguna nueva ofensa contra su sagrado cuerpo ya difunto?—Era víspera de la gran fiesta del sábado de los judíos y para celebrarla sin cuidado habían pedido a Pilatos licencia para quebrantar las piernas a los tres ajusticiados, con que acabasen de morir, y los bajasen aquella tarde de las cruces y no quedasen en ellas el día siguiente. Con este intento llegó al Calvario aquella compañía de soldados que vio María santísima, y en llegando, como hallaron vivos a los dos ladrones, les quebrantaron las piernas, con que acabaron la vida; pero

llegando a Cristo nuestro Salvador, como le hallaron muerto, no le quebrantaron las piernas; cumpliéndose la misteriosa profecía del Éxodo (Ex 12, 42) en que mandaba Dios no quebrantasen los huesos del cordero figurativo, que comían la Pascua. Pero un soldado que se llamaba San Longinos [Día 15 de marzo: Caesaréae, in Cappadócia, pássio sancti Longíni mílitis, qui Dómini latus láncea perforásse perhibétur.], arrimándose a la cruz de Cristo nuestro Salvador, le hirió con una lanza penetrándole su costado, y luego salió de la herida sangre y agua, como lo afirma San Juan Evangelista (Jn 19, 34-35) que lo vio y dio testimonio de la verdad.

1439. Esta herida de la lanzada, que no pudo sentir el cuerpo sagrado y ya muerto, sintió su Madre santísima, recibiendo en su castísimo pecho el dolor, como si recibiera la herida. Pero a este tormento sobreexcedió el que recibió su alma santísima, viendo la nueva crueldad con que habían rompido el costado de su Hijo ya difundo; y movida de igual compasión y piedad, olvidando su propio tormento, dijo a Longinos: El Todopoderoso te mire con ojos de misericordia por la pena que has dado a mi alma. Hasta aquí no más llegó su indignación o, para decirlo mejor, su piadosísima mansedumbre, para doctrina de todos los que fuésemos ofendidos. Porque en la estimación de la candidísima paloma, esta injuria que recibió Cristo muerto fue muy ponderable, y el retorno que le dio al delincuente fue el mayor de los beneficios, que fue mirarle Dios con ojos de misericordia, dándole bendiciones y dones por agravios al ofensor. Y sucedió así; porque obligado nuestro Salvador de la petición de su Madre santísima, ordenó que de la sangre y agua que salió de su divino costado salpicasen algunas gotas a la cara de San Longinos y por medio de este beneficio le dio vista corporal, que casi no la tenía, y al mismo tiempo se la dio en su alma para conocer al Crucificado, a quien inhumanamente había herido. Con este conocimiento se convirtió San Longinos y llorando sus pecados los lavó con la sangre y agua que salió del costado de Cristo, y lo conoció y confesó por verdadero Dios y Salvador del mundo. Y luego lo predicó en presencia de los judíos, para mayor confusión y testimonio de su dureza .

1440. La prudentísima Reina conoció el misterio de la lanzada y cómo en aquella última sangre y agua que salió del costado de su Hijo santísimo salía de él la nueva Iglesia lavada y renovada en virtud de su pasión y muerte, y que del sagrado pecho salían como de raíz los ramos que por todo el mundo se extendieron con frutos de vida eterna. Confirió asimismo en su pecho interiormente el misterio de aquella piedra herida con la vara de la justicia del Eterno Padre (Ex 17, 6), para que despidiese agua viva con que mitigar la sed de todo el linaje humano, refrigerando y recreando a cuantos de ella fuesen a beber. Consideró la correspondencia de estas cinco fuentes de pies, manos y costado, que se abrieron en el nuevo paraíso de la humanidad santísima de Cristo nuestro Señor, más copiosas y eficaces para fertilizar el mundo que las del paraíso terrestre divididas en cuatro partes por la superficie de la tierra (Gen 2, 10). Estos y otros misterios recopiló la gran Señora en un cántico de alabanza que hizo en gloria de su Hijo santísimo, después que fue herido con la lanza. Y con el cántico hizo ferventísima oración, para que todos aquellos sacramentos de la Redención se ejecutasen en beneficio de todo el linaje humano.

1441. Corría ya la tarde de aquel día de Parasceve y la Madre piadosísima aún no tenía certeza de lo que deseaba, que era la sepultura para su difunto Hijo Jesús; porque Su Majestad daba lugar a que la tribulación de su amantísima Madre se aliviase por los medios que su divina Providencia tenía dispuestos, moviendo el corazón de José de Arimatea y Nicodemus para que solicitasen la sepultura y entierro de su Maestro. Eran entrambos discípulos del Señor y justos, aunque no del número de los setenta y dos; porque eran ocultos por el temor de los judíos, que aborrecían como a sospechosos y enemigos a todos cuantos seguían la doctrina de Cristo nuestro Señor y le reconocían por Maestro. No se le había manifestado a la prudentísima Virgen el orden de la voluntad divina sobre lo que deseaba de la sepultura para su Hijo santísimo, y con la dificultad que se le representaba crecía el doloroso cuidado de que no hallaba salida con su propia diligencia. Y estando así afligida levantó los ojos al cielo y dijo: Eterno Padre y Señor

mío, por la dignación de Vuestra bondad y sabiduría infinita fui levantada del polvo a la dignidad altísima de Madre de vuestro Eterno Hijo, y con la misma liberalidad de Dios inmenso me concedisteis que le criase a mis pechos, le alimentase y le acompañase hasta la muerte; ahora me toca como a Madre dar a su sagrado cuerpo honorífica sepultura y sólo llegan mis fuerzas a desearlo y dividírseme el corazón de que no lo consigo. Suplico a Vuestra Majestad, Dios mío, dispongáis con Vuestro poder los medios para que yo lo ejecute.

1442. Esta oración hizo la piadosa Madre después que recibió el cuerpo de Jesús difunto la lanzada y en breve espacio reconoció que venía hacia el Calvario otra tropa de gente con escalas y aparato de otras cosas que pudo imaginarse venían a quitar de la cruz su inestimable tesoro; pero como no sabía el fin, se afligió de nuevo en el recelo de la crueldad judaica, y volviéndose a San Juan Evangelista le dijo: Hijo mío, ¿qué será este intento de los que vienen con tanta prevención?—El Apóstol respondió: No temáis, Señora mía, a los que vienen, que son José y Nicodemus con otros criados suyos y todos son amigos y siervos de vuestro Hijo santísimo y mi Señor.—Era José justo en los ojos del Altísimo y en la estimación del pueblo noble y decurión con oficio de gobierno y del Consejo, como lo da a entender el Evangelio, que dice no consintió José en el consejo ni obras de los homicidas de Cristo, a quien reconocía por verdadero Mesías. Y aunque hasta su muerte era José discípulo encubierto, pero en ella se manifestó, obrando estos nuevos efectos la eficacia de la Redención. Y rompiendo José el temor que antes tenía a la envidia de los judíos y no reparando en el poder de los romanos, entró con osadía a Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús, difunto en la cruz, para bajarle de ella y darle honrosa sepultura, afirmando que era inocente y verdadero Hijo de Dios, y que esta verdad estaba testificada con los milagros de su vida y muerte.

1443. Pilatos no se atrevió a negar a José lo que pedía, antes le dio licencia para que dispusiese del cuerpo difunto de Jesús todo lo que le pareciese bien. Y con este permiso salió José de casa del juez y llamó a Nicodemus, que

también era justo y sabio en las letras divinas y humanas y en las Sagradas Escrituras, como se colige de lo que le sucedió cuando de noche fue a oír la doctrina de Cristo nuestro Señor, como lo cuenta San Juan Evangelista (Jn 3, 2). Estos dos varones santos, con valeroso esfuerzo se resolvieron en dar sepultura a Jesús crucificado. Y José previno la sábana y sudario en que envolverle y Nicodemus compró hasta cien libras de las aromas con que los judíos acostumbraban a ungir los difuntos de mayor nobleza. Y con esta prevención, y de otros instrumentos, caminaron al Calvario, acompañados de sus criados y de algunas personas pías y devotas, en quienes también obraba ya la sangre del divino Crucificado, por todos derramada.

1444. Llegaron a la presencia de María santísima, que con dolor incomparable asistía al pie de la cruz, acompañada de San Juan Evangelista y las Marías, y en vez de saludarla, con la vista del divino y lamentable espectáculo se renovó en todos el dolor con tanta fuerza y amargura, que por algún espacio estuvieron José y Nicodemus postrados a los pies de la gran Reina, y todos al de la cruz, sin contener las lágrimas y suspiros, sin hablar palabra; lloraban todos con clamores y lamentos de amargura, hasta que la invicta Reina los levantó de tierra y los animó y confortó, y entonces la saludaron con humilde compasión. La advertidísima Madre les agradeció su piedad y el obsequio que hacían a su Dios, Señor y Maestro, en darle sepultura a su cuerpo muerto, en cuyo nombre les ofreció el premio de aquella obra. José de Arimatea respondió y dijo: Ya, Señora nuestra, sentimos en el secreto de nuestros corazones la dulce y suave fuerza del divino Espíritu, que nos ha movido con afectos tan amorosos, que ni los pudimos merecer, ni los sabemos explicar.—Luego se quitaron las capas o mantos que tenían y por sus manos José y Nicodemus arrimaron las escalas a la Santa Cruz y subieron a desenclavar el sagrado cuerpo, estando la dolorosa Madre muy cerca, y San Juan Evangelista con Santa María Magdalena asistiéndola. Parecióle a José que se renovaría el dolor de la divina Señora, llegando tocar el sagrado cuerpo cuando le bajasen, y advirtió al Apóstol que la retirase un poco de aquel acto, para divertirla. Pero San Juan

Evangelista, que conocía más el invencible corazón de la Reina, respondió que desde el principio de la pasión había asistido a todos los trabajos del Señor y que no le dejaría hasta el fin, porque le veneraba como a Dios y le amaba como a Hijo de sus entrañas.

1445. Con todo esto le suplicaron tuviese por bien de retirarse un poco mientras ellos bajaban de la cruz a su Maestro. Respondió la gran Señora y dijo: Señores míos carísimos, pues me hallé a ver clavar en la cruz a mi dulcísimo Hijo, tened por bien me halle a desenclavarle, que este acto tan piadoso, aunque lastime de nuevo el corazón, cuanto más tratado y visto, dará mayor aliento en el dolor. —Con esto comenzaron a disponer el descendimiento. Y quitaron lo primero la corona de la sagrada cabeza, descubriendo las heridas y roturas que dejaba en ella muy profundas, bajáronla con gran veneración y lágrimas y la pusieron en manos de la dulcísima Madre. Recibióla estando arrodillada y con admirable culto y la adoró, llegándola a su virginal rostro y regándola con abundantes lágrimas, recibiendo con el contacto alguna parte de las heridas de las espinas. Pidió al Padre Eterno hiciese cómo aquellas espinas consagradas con la sangre de su Hijo fuesen tenidas en digna reverencia por los fieles a cuyo poder viniesen en el tiempo futuro.

1446. Luego, a imitación de la Madre, las adoraron San Juan Evangelista y Santa María Magdalena con las Marías y otras piadosas mujeres y fieles que allí estaban; y lo mismo hicieron con los clavos. Entregáronlos primero a María santísima y ella los adoró, y después todos los circunstantes. Para recibir la gran Señora el cuerpo muerto de su Hijo santísimo, puesta de rodillas extendió los brazos con la sábana desplegada. San Juan Evangelista asistió a la cabeza y Santa María Magdalena a los pies, para ayudar a José y Nicodemus, y todos juntos con gran veneración y lágrimas le pusieron en los brazos de la dulcísima Madre. Este paso fue para ella de igual compasión y regalo; porque el verle llagado y desfigurada aquella hermosura, mayor que la de todos los hijos de los hombres, renovó los dolores del castísimo corazón de la Madre, y el tenerle en sus brazos y en su pecho le era de

incomparable dolor y juntamente de gozo, por lo que descansaba su ardentísimo amor con la posesión de su tesoro. Adoróle con supremo culto y reverencia, vertiendo lágrimas de sangre. Y tras de Su Majestad le adoraron en sus brazos toda la multitud de Ángeles que le asistían, aunque este acto fue oculto a los circunstantes; pero todos, comenzando San Juan Evangelista, fueron adorando al sagrado cuerpo por su orden, y la prudentísima Madre le tenía en sus brazos asentada en el suelo, para que todos le diesen adoración.

1447. Gobernábase en todas estas acciones nuestra gran Reina con tan divina sabiduría y prudencia, que a los hombres y a los Ángeles era de admiración, porque sus palabra eran de gran ponderación, dulcísimas por la caricia y compasión de su difunta hermosura, tiernas por la lástima, misteriosas por lo que significaban y comprendían. Ponderaba su dolor sobre todo lo que puede causarle a los mortales, movía los corazones a compasión y lágrimas, ilustraba a todos para conocer el sacramento tan divino que trataba. Y sobre todo esto, sin exceder ni faltar en lo que debía, guardaba en el semblante una humilde majestad entre la serenidad de su rostro y dolorosa tristeza que padecía. Y con esta variedad tan uniforme hablaba con su amabilísimo Hijo, con el Eterno Padre, con los Ángeles, con los circunstantes y con todo el linaje humano, por cuya Redención se había entregado a la pasión y muerte. No me detengo más en particularizar las prudentísimas y dolorosas razones de la gran Señora en este paso, porque la piedad cristiana pensará muchas y no es posible detenerme en cada uno de estos misterios.

1448. Pasado algún espacio de tiempo que la dolorosa Madre tuvo en su seno al difunto Jesús, porque corría ya la tarde la suplicaron San Juan Evangelista y José diese lugar para el entierro de su Hijo y Dios verdadero. Permitiólo la prudentísima Madre, y sobre la misma sábana fue ungido su sagrado cuerpo con las especies y ungüentos aromáticos que trajo Nicodemus, gastando en este religioso obsequio todas las cien libras que se habían comprado. Y así ungido fue colocado el cuerpo deífico en un féretro, para llevarle al sepulcro. La divina Señora, advertidísima en todo, convocó

del cielo muchos coros de Ángeles que con los de su guarda acudiesen al entierro del cuerpo de su Criador, y al punto descendieron de las alturas en cuerpos visibles, aunque no para los demás circunstantes, sino para su Reina y Señora. Ordenóse una procesión de Ángeles y otra de hombres y levantaron el sagrado cuerpo San Juan Evangelista, José, Nicodemus y el centurión que asistió a la muerte y le confesó por Hijo de Dios; seguían la divina Madre acompañada de la Magdalena y las Marías y las otras piadosas mujeres sus discípulas. Juntóse a más de estas personas otro gran número de fieles, que movidos de la divina luz vinieron al Calvario después de la lanzada. Todos así ordenados caminaron con silencio y lágrimas a un huerto que estaba cerca, donde José tenía labrado un sepulcro nuevo, en el cual nadie se había depositado ni enterrado. En este felicísimo sepulcro pusieron el sagrado cuerpo de Jesús. Y antes de cubrirle con la lápida, le adoró de nuevo la prudente y religiosa Madre, con admiración de todos, Ángeles y hombres. Y luego unos y otros la imitaron, y todos adoraron al crucificado y sepultado Señor y cerraron el sepulcro «con la lápida, que como dice el Evangelio (Mt 27, 60) era muy grande.

1449. Cerrado el sepulcro de Cristo, al mismo punto se volvieron a cerrar los que en su muerte se abrieron, porque entre otros misterios estuvieron como aguardando si les tocara le feliz suerte de recibir en sí a su Criador humanado muerto, que es lo que le podían ofrecer, cuando los judíos no le recibían vivo y bienhechor suyo. Quedaron muchos Ángeles en guarda del sepulcro, mandándoselo su Reina y Señora, como quien dejaba en él depositado el corazón. Y con el mismo silencio y orden que vinieron todos del Calvario, se volvieron a él. Y la divina Maestra de las virtudes se llegó a la Santa Cruz y la adoró con excelente veneración y culto. Y luego la siguieron en este acto San Juan Evangelista, José y todos los que asistían al entierro. Era ya tarde y caído el sol, y la gran Señora desde el Calvario se fue a recoger a la casa del Cenáculo, a donde la acompañaron los que estuvieron al entierro; y dejándola en el cenáculo con San Juan Evangelista y las Marías y otras compañeras. se despidieron de ella los demás y con grandes lágrimas y sollozos la pidieron les

diese su bendición. Y la humildísima y prudentísima Señora les agradeció el obsequio que a su Hijo santísimo habían hecho y el beneficio que ella había recibido, y los despidió llenos de otros interiores y ocultos favores y de bendiciones de dulzura de su amable natural y piadosa humildad.

1450. Los judíos, confusos y turbados de lo que iba sucediendo, fueron a Pilatos el sábado por la mañana y le pidieron mandase guardar el sepulcro; porque Cristo, a quien llamaron seductor, había dicho y declarado que después de tres días resucitaría, y sería posible que sus discípulos robasen el cuerpo y dijesen que había resucitado. Pilatos contemporizó con esta maliciosa cautela y les concedió las guardas que pedían, y las pusieron en el sepulcro. Pero los pérfidos pontífices sólo pretendían oscurecer el suceso que temían, como se conoció después cuando sobornaron a las guardas para que dijesen que no había resucitado Cristo nuestro Señor sino que le habían robado sus discípulos. Y como no hay consejo contra Dios (Prov 21, 30), por este medio se divulgó más y se confirmó la resurrección.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1451. Hija mía, la herida que recibió mi Hijo santísimo en el costado con la lanza fue sólo para mí muy cruel y dolorosa, pero sus efectos y misterios son suavísimos para las almas santas que saben gustar de su dulzura. A mí me afligió mucho, mas a quien se encaminó este favor misterioso, sírvele de gran regalo y alivio en sus dolores. Y para que tú lo entiendas y participes, debes considerar que mi Hijo y Señor, por el amor ardentísimo que tuvo a los hombres, sobre las llagas de los pies y manos, quiso admitir la del costado sobre el corazón, que es el asiento del amor, para que por aquella puerta entrasen como a gustarle y participarle en su misma fuente y allí tuviesen las almas su refrigerio y refugio. Este sólo quiero yo que busques tú en el tiempo de tu destierro y que le tengas por habitación segura sobre la tierra. Allí aprenderás las condiciones y leyes del amor en que imitarme y entenderás cómo en retorno de las ofensas que recibieres has de volver

bendiciones a quien las hiciere contra ti o contra alguna cosa tuya, como has conocido que yo lo hice, cuando fui lastimada con la herida que recibió mi Hijo santísimo en el pecho ya difunto. Y te aseguro, carísima, que no puedes hacer otra obra más poderosa para alcanzar con eficacia la gracia que deseas con el Altísimo. Y no sólo para ti, sino también para el ofensor es poderosa la oración que se hace perdonando las injurias, porque se conmueve el corazón piadoso de mi Hijo santísimo, viendo que le imitan las criaturas en perdonar y orar por quien ofende, por lo que en esto participan de su excelentísima caridad que manifestó en la cruz. Escribe en tu corazón esta doctrina y ejecútala para imitarme y seguirme en la virtud de que hice mayor estimación. Mira por aquella herida el corazón de Cristo tu esposo y a mí en él, amando tan dulce y eficazmente a los ofensores y a todas las criaturas.

1452. Advierte también la providencia tan puntual y atenta con que el Altísimo acude oportunamente a las necesidades de las criaturas que le llaman con verdadera confianza, como lo hizo Su Majestad conmigo cuando me hallé afligida y desamparada para dar sepultura a mi Hijo santísimo, como debía hacerlo. Para socorrerme en este aprieto, dispuso el Señor con piadosa caridad y afecto los corazones de José y Nicodemus y de los otros fieles que acudieron a enterrarle. Y fue tanto lo que estos varones justos me consolaron en aquella tribulación, que por esta obra y mi oración los llenó el Altísimo de admirables influencias de su divinidad, con que fueron regalados el tiempo que duró el entierro y el descendimiento de la cruz, y desde aquella hora quedaron renovados e ilustrados de los misterios de la Redención. Este es el orden admirable de la suave y fuerte Providencia del Altísimo, que para obligarse de unas criaturas pone en trabajo a otras y mueve la piedad de quien puede hacer bien al necesitado, para que el bienhechor, por la buena obra que hace y por la oración del pobre que la recibe, sea remunerado con la gracia que por otro camino no mereciera. Y el Padre de las misericordias, que inspira y mueve con sus auxilios la obra que se hace, la paga después como de justicia, porque correspondemos a sus inspiraciones con lo poco que de nuestra parte cooperamos, en lo que por ser bueno es

todo de su mano (Sant 1, 17).

1453. Considera también el orden rectísimo de esta Providencia en la justicia que ejecuta, recompensando los agravios que se reciben con paciencia; pues habiendo muerto mi Hijo santísimo despreciado, deshonrado y blasfemado de los hombres, ordenó el Altísimo luego que fuese honrosamente sepultado y movió a muchos para que le confesasen por verdadero Dios y Redentor y le aclamasen por santo, inocente y justo, y que en la misma ocasión, cuando acababan de crucificarle afrentosamente, fuese adorado y venerado con supremo culto como Hijo de Dios, y hasta sus mismos enemigos sintiesen dentro de sí mismos el horror y confusión del pecado que cometieron en perseguirle. Aunque no todos se aprovecharon de estos beneficios, pero todos fueron efectos de la inocencia y muerte del Señor. Y yo también concurrí con mis peticiones, para que Su Majestad fuese conocido y venerado de los que conocía.

CAPITULO 25

Cómo la Reina del cielo consoló a San Pedro y a otros Apóstoles y la prudencia con que procedió después del entierro de su Hijo, cómo vio descender su alma santísima al limbo de los santos padres.

1454. La plenitud de sabiduría que ilustraba el entendimiento de nuestra gran Reina y señora María santísima, no admitía defecto ni vacío alguno para que dejase de advertir y atender entre sus dolores a todas las acciones que la ocasión y el tiempo le pedían. Y con esta divina prudencia lo llevaba todo y obraba lo más santo y perfecto de todas las virtudes. Retiróse, como queda dicho (Cf. supra n. 1449)), después del entierro de Cristo nuestro bien a la casa del cenáculo. Y estando en el aposento donde se celebraron las cenas, acompañada de San Juan Evangelista y de las Marías y otras mujeres santas que seguían al Señor desde Galilea, habló con ellas y con el Apóstol, dándoles las gracias con profunda humildad y lágrimas por la perseverancia con que hasta aquel punto la

habían acompañado en el discurso de la pasión de su amantísimo Hijo, en cuyo nombre les ofrecía el premio de su constante piedad y afecto con que la habían seguido, y asimismo se ofrecía por sierva y amiga de aquellas santas mujeres. Y todas ellas con San Juan Evangelista reconocieron este gran favor y la besaron la mano, pidiéndola su bendición. Suplicáronla también descansase un poco y recibiese alguna corporal refección. Respondió la Reina: Mi descanso y mi aliento ha de ser ver a mi Hijo y Señor resucitado. Vosotras, carísimas, satisfaced a vuestra necesidad como conviene, mientras yo me retiro a solas con mi Hijo.

1455. Fuese luego a recoger acompañándola San Juan Evangelista, y estando con él a solas puesta de rodillas le dijo: No es razón que olvidéis las palabras que mi Hijo santísimo nos habló desde la Cruz. Su dignación Os nombró por hijo mío, a mí por madre Vuestra. Y Vos, señor, sois sacerdote del Altísimo. Por esta gran dignidad es razón que os obedezca en todo lo que hubiere de hacer y desde esta hora quiero que me lo mandéis y ordenéis, advirtiendo que siempre fui sierva, y toda mi alegría está puesta en obedecer hasta la muerte.— Esto dijo la Reina con muchas lágrimas, y el Apóstol con otras copiosas la respondió: Señora mía y Madre de mi Redentor y Señor, yo soy quien ha de estar sujeto a Vuestra obediencia, porque el nombre de hijo no dice autoridad sino rendimiento y sujeción a su madre, y el que a mí me hizo sacerdote Os hizo a Vos su Madre y estuvo sujeto a vuestra voluntad y obediencia, siendo Criador de todo el universo. Razón será que yo lo esté, y trabaje con todas mis potencias en corresponder dignamente al oficio que me ha dado de serviros como hijo, en que deseara ser más ángel que terreno para cumplir con él.—Esta respuesta del Apóstol fue muy prudente, pero no bastante para vencer la humildad de la Madre de las virtudes, que con ella le replicó y dijo: Hijo mío Juan, mi consuelo será obedeceros como a cabeza, pues lo sois. Yo en esta vida siempre he de tener superior a quien rendir mi voluntad y parecer; para esto sois ministro del Altísimo y como hijo me debéis este consuelo en mi trabajosa soledad. —Hágase, Madre mía, Vuestra voluntad, respondió San Juan Evangelista, que en ella está mi acierto.—Y sin replicar más,

pidió licencia la divina Madre para quedarse sola en la meditación de los misterios de su Hijo santísimo, y le pidió también saliese a prevenir alguna refección para las mujeres que la acompañaban y que las asistiese y consolase; sólo reservó a las Marías, porque deseaban perseverar en el ayuno hasta ver al Señor resucitado, y a éstas, dijo a San Juan Evangelista, las permitiese que cumpliesen su devoto afecto.

1456. Salió San Juan Evangelista a consolar a las Marías y ejecutó el orden que la gran Señora le había dado. Y habiendo satisfecho la necesidad de aquellas mujeres piadosas, se recogieron todas y gastaron aquella noche dolorosas y en amargas meditaciones de la pasión y misterios del Salvador. Con esta ciencia tan divina obraba María santísima entre las olas de sus angustias y dolores, sin olvidar por esto el cumplimiento de la obediencia, de la humildad, caridad y providencia tan puntual, con todo lo necesario. No se olvidó de sí misma por atender a la necesidad de aquellas piadosas discípulas, ni por ellas estuvo inadvertida para todo lo que convenía a su mayor perfección. Admitió la abstinencia de las Marías como más fuertes y fervientes en el amor, atendió a la necesidad de las más flacas, dispuso al Apóstol, advirtiéndole lo que con ella misma debía hacer, y en todo obró como gran Maestra de la perfección y Señora de la gracia, y todo esto hizo cuando las aguas de la tribulación habían inundado hasta su alma (Sal 68, 2). Porque en quedando a solas en su retiro, soltó el corriente impetuoso de sus afectos dolorosos y toda se dejó poseer interior y exteriormente de la amargura de su alma, renovando las especies de todos los tormentos y afrentosa muerte de su Hijo santísimo, de los misterios de su vida, predicación y milagros, del valor infinito de la Redención humana, de la nueva Iglesia que dejaba fundada con tanta hermosura y riquezas de sacramentos y tesoros de gracia, de la felicidad incomparable de todo el linaje humano, tan copiosa y gloriosamente redimido, de la inestimable suerte de los predestinados a quienes alcanzaría eficazmente, de la formidable desdicha de los réprobos que por su mala voluntad se harían indignos de la eterna gloria que les dejaba su Hijo merecida.

1457. En la ponderación digna de tan altos y ocultos sacramentos pasó la gran Señora toda aquella noche llorando, suspirando, alabando y engrandeciendo las obras de su Hijo, su pasión, sus juicios ocultísimos y otros altísimos misterios de la divina sabiduría y oculta Providencia del Señor; y sobre todos pensaba y entendía como Madre única de la verdadera sabiduría, confiriendo a veces con los Santos Ángeles y otras con el mismo Señor lo que su luz divina le daba a sentir en su castísimo corazón. El sábado de mañana, después de las cuatro, entró San Juan Evangelista deseoso de consolar a la dolorosa Madre, y puesta de rodillas le pidió ella que le diese la bendición como Sacerdote y superior suyo. El nuevo hijo se la pidió también con lágrimas, y se la dieron uno a otro. Ordenó la divina Reina que luego saliese a la ciudad, donde encontraría con brevedad a San Pedro que venía a buscarle y que le admitiese, consolase y llevase a su presencia, y lo mismo hiciese con los demás Apóstoles que encontrase, dándoles esperanza del perdón y ofreciéndoles su amistad. Salió San Juan Evangelista del cenáculo y a pocos pasos encontró a San Pedro, lleno de confusión y lágrimas, que iba muy temeroso a la presencia de la gran Reina. Venía de la cueva donde había llorado su negación, y el Evangelista le consoló y dio algún aliento con el recado de la divina Madre. Luego los dos buscaron a los demás Apóstoles y hallaron algunos, y todos juntos se fueron al cenáculo, donde estaba su remedio. Entró Pedro el primero y solo a la presencia de la Madre de la gracia y arrojándose a sus pies dijo con gran dolor: Pequé, Señora, pequé delante de mi Dios, ofendí a mi Maestro y a Vos.—No pudo hablar otra palabra, oprimido de las lágrimas, suspiros y sollozos que despedía de lo íntimo de su afligido corazón.

1458. La prudentísima Virgen, viendo a Pedro postrado en tierra y considerándole por una parte penitente de su reciente culpa y por otra cabeza de la Iglesia elegido por su Hijo santísimo para vicario suyo, no le pareció conveniente postrarse ella a los pies del pastor que tan poco antes había negado a su Maestro, ni sufría tampoco su humildad dejar de darle la reverencia que se le debía por el oficio. Y para satisfacer a entrambas obligaciones, juzgó que convenía

darle reverencia y ocultarle el motivo. Para esto se le hincó de rodillas, venerándole con esta acción, y para disimular su intento le dijo: Pidamos perdón de vuestra culpa a mi Hijo y vuestro Maestro.—Hizo oración y alentó al Apóstol confortándole en la esperanza y acordándole las obras y misericordias que el Señor había hecho con los pecadores reconocidos, y la obligación que él tenía como cabeza del Colegio Apostólico para confirmar con su ejemplo a todos en la constancia y confesión de la fe. Y con estas y otras razones de gran fuerza y dulzura confirmó a Pedro en la esperanza del perdón. Entraron luego los otros Apóstoles en la presencia de María santísima y postrados también a sus pies la pidieron los perdonase su cobardía y haber desamparado a su Hijo santísimo en su pasión. Lloraron todos amargamente su pecado, moviéndoles a mayor dolor la presencia de la Madre llena de lastimosa compasión, pero su semblante tan admirable les causaba divinos efectos de contrición de sus culpas y amor de su Maestro. Y la gran Señora los levantó y animó, prometiéndoles el perdón que deseaban y su intercesión para alcanzarle. Luego comenzaron todos por su orden a contar lo que a cada uno había sucedido en su fuga, como si algo de ello ignorara la divina Señora. Pero dioles grata audiencia a todo, tomando ocasión de lo que decían para hablarles al corazón y confirmarlos en la fe de su Redentor y Maestro y despertar en ellos su divino amor. Y todo lo consiguió María santísima eficazmente, porque de su presencia y conferencia salieron todos fervorizados y justificados con nuevos aumentos de gracia.

1459. En estas obras se ocupó nuestra divina Reina parte del sábado. Y cuando se hizo tarde se retiró otra vez a su recogimiento, dejando a los Apóstoles renovados en el espíritu y llenos de consuelo y gozo del Señor, pero siempre lastimados de la pasión de su Maestro. En el retiro de esta tarde convirtió la gran Señora su mente a las obras que hacía el alma santísima de su Hijo después que salió de su sagrado cuerpo. Porque desde entonces conoció la beatísima Madre cómo aquella alma de Cristo unida a la divinidad descendía al limbo de los Santos Padres para sacarlos de aquella cárcel soterránea, donde estaban detenidos desde el primer justo que murió en el mundo

esperando la venida del universal Redentor de los hombres. Y para declarar este misterio, que es uno de los artículos de la santísima humanidad de Cristo nuestro Señor, me ha parecido dar noticia de todo lo que a mí se me ha dado a entender sobre aquel lugar del limbo y su asiento. Digo, pues, que la tierra y su globo tiene de diámetro, pasando por el centro de una superficie a otra, dos mil quinientas y dos leguas [legua ~ 5.556 Km] , y hasta la mitad, que es el centro, hay mil doscientas cincuenta y una, y respecto del diámetro se ha de medir la redondez de este globo. En el centro está el infierno de los condenados como en el corazón de la tierra, y este infierno es una caverna o caos que contiene muchas estancias tenebrosas con diversidad de penas, todas formidables y espantosas, y de todas se formó un globo al modo de una tinaja de inmensa magnitud, con su boca o entrada muy espaciosa y dilatada. En este horrible calabozo de confusión y tormentos estaban los demonios y todos los condenados, y estarán en él por toda la eternidad mientras Dios fuere Dios, porque en el infierno no hay ninguna redención.

1460. A un lado del infierno está el purgatorio, donde las almas de los justos purgan y se purifican, cuando en esta vida no acabaron de satisfacer por sus culpas, ni salen de ella tan limpios de sus defectos que puedan luego llegar a la visión beatífica. Esta caverna también es grande, pero mucho menos que el infierno. A otro lado está el limbo con dos estancias diferentes: una para los niños que mueren con solo el pecado original y sin obras buenas ni malas del propio albedrío; otra servía para depositar las almas de los justos, purgados ya sus pecados, porque no podían entrar en el cielo ni gozar de Dios hasta que se hiciese la Redención humana y Cristo nuestro Salvador abriese las puertas que cerró el pecado de Adán. Esta caverna del limbo también es menor que el infierno y no se comunica con él, ni tiene penas del sentido como el purgatorio, porque ya llegaban a él las almas purificadas desde el purgatorio y sólo carecían de la visión beatífica, que es pena de daño, y allí estaban todos los que habían muerto en gracia hasta que murió el Salvador. A este lugar del limbo bajó su alma santísima con la divinidad, cuando decimos que bajó a los infiernos, porque este nombre de

infierno significa cualquiera parte de aquellas inferiores que están en lo profundo de la tierra; aunque en el común modo de hablar por el nombre de infierno entendemos el de los demonios y condenados, porque aquél es el más famoso significado, como por nombre de cielo entendemos el empíreo ordinariamente, donde están los santos, y donde permanecerán para siempre, como los condenados en el infierno, aunque el limbo y purgatorio tienen otros nombres particulares. Y después del juicio final sólo el cielo y el infierno serán habitados, porque el purgatorio no será necesario y del limbo han de salir también los niños a otra habitación diferente.

1461. A está caverna del limbo llegó el alma santísima de Cristo nuestro Señor, acompañada de innumerables Ángeles que como a su Rey victorioso y triunfador le iban alabando, dando gloria, fortaleza y divinidad. Y para representar su grandeza y majestad, mandaban que se abriesen las puertas de aquella antigua cárcel, para que el Rey de la gloria, poderoso en las batallas y Señor de las virtudes, las hallase francas y patentes en su entrada. Y en virtud de este imperio se quebrantaron y rompieron algunos peñascos del camino, aunque no era necesario para entrar el Rey y su milicia, que todos eran espíritus subtilísimos. Con la presencia del alma santísima aquella oscura caverna se convirtió en cielo, porque toda se llenó de admirable resplandor, y las almas de los justos que allí estaban fueron beatificadas con visión clara de la divinidad, y en un instante pasaron del estado de tan larga esperanza a la eterna posesión de la gloria y de las tinieblas a la luz inaccesible que ahora gozan. Reconocieron todos a su verdadero Dios y Redentor y le dieron gracias y alabanzas con nuevos cánticos de loores y decían: Digno es el Cordero que fue muerto de recibir divinidad, virtud y fortaleza. Redimístenos, Señor, con tu sangre de todos los tribus, pueblos y naciones; hicístenos reino para nuestro Dios, y reinaremos. Tuya es, Señor, la potencia, tuyo el reino y tuya es la gloria de tus obras (Ap 5, 9-12).—Mandó luego Su Majestad a los Ángeles que sacasen del purgatorio todas las almas que en él estaban padeciendo y al punto fueron traídas todas a su presencia. Y como en estrenar de la Redención humana fueron todas absueltas por el mismo

Redentor de las penas que les faltaban de padecer y fueron glorificadas como las demás almas de los justos con la visión beatífica. De manera, que aquel día en la presencia del Rey quedaron desiertas las dos cárceles limbo y purgatorio.

1462. Para solo el infierno de los condenados fue terrible este día, porque fue disposición del Altísimo que todos conociesen y sintiesen el descender al limbo el Redentor, y también que los Santos Padres y justos conociesen el terror que puso este misterio a los condenados y demonios. Estaban éstos aterrados y oprimidos con la ruina que padecieron en el monte Calvario, como se dijo arriba (Cf. supra n. 1421), y como oyeron —en el modo que hablan y oyen— las voces de los Ángeles que iban delante de su Rey al limbo, se turbaron y atemorizaron de nuevo y como serpientes cuando las persiguen se escondían y pegaban a las cavernas infernales más remotas. A los condenados sobrevino nueva confusión sobre confusión, conociendo con mayor despecho sus engaños y que por ellos perdieron la Redención de que los justos se aprovecharon. Y como Judas Iscariotes y el mal ladrón eran más recientes en el infierno y señalados mucho más en esta desdicha, así fue mayor su tormento, y los demonios se indignaron más contra ellos; y cuanto era de su parte propusieron los malignos espíritus perseguir y atormentar más a los cristianos que profesasen su fe católica, y a los que la negasen o cayesen darles mayor castigo, porque juzgaban que todos éstos merecían mayores penas que los infieles a quien no se les predicó la fe.

1463. De todos estos misterios y otros secretos del Señor que no puedo yo declarar, tuvo noticia y singular visión la gran Señora del mundo desde su retiro. Y aunque esta noticia en la porción o parte superior del espíritu, donde la recibía, le causó admirable gozo, no lo participó en su virginal cuerpo, sentidos y parte sensitiva, como naturalmente pudiera redundar en ella, antes bien, cuando sintió que se extendía algo este júbilo a la parte inferior del alma, pidió al Eterno Padre se le suspendiese esta redundancia, porque no la quería admitir en su cuerpo mientras el de su Hijo santísimo estaba en el sepulcro y no

era glorificado. Tan advertido y fiel amor fue el de la prudentísima Madre con su Hijo y Señor, como imagen viva, adecuada y perfecta de aquella humanidad deificada. Y con esta atenta fineza quedó llena de gozo en el alma y de dolores y congoja en el cuerpo, al modo que sucedió en Cristo nuestro Salvador. Pero en esta visión hizo cánticos de alabanza, engrandeciendo el misterio de este triunfo, y la amantísima y sabia Providencia del Redentor, que como Padre amoroso y Rey omnipotente quiso bajar por sí mismo a tomar la posesión de aquel nuevo reino que por sus manos le entregó su Padre, y quiso rescatarlos con su presencia para que en el mismo comenzasen a gozar el premio que les había merecido. Y por todas estas razones y las demás que conocía de este sacramento se gozaba y glorificaba al Señor como Coadjutora y Madre del triunfador.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1464. Hija mía, atiende a la enseñanza de este capítulo, como más legítima y necesaria para ti en el estado que te ha puesto el Altísimo y para lo que de ti quiere en correspondencia de su amor. Esto ha de ser, que entre las operaciones, ejercicios y comunicación con las criaturas, ahora sean como prelada o como súbdita, gobernando, mandando u obedeciendo, por ninguna de éstas o de otras ocupaciones exteriores pierdas la atención y vista del Señor en lo íntimo y superior del alma, ni te distraigas de la luz del Espíritu Santo, que te asistirá para la incesante comunicación; que quiere mi Hijo santísimo en el secreto de tu corazón aquellas sendas que quedan ocultas al demonio y no alcanzan a ellas las pasiones, porque guían al santuario, donde entra sólo el sumo sacerdote (Heb 9, 7), y donde el alma goza de los ocultos abrazos del Rey y del Esposo, cuando toda y desocupada le previene el tálamo de su descanso. Allí hallarás propicio a tu Señor, liberal al Altísimo, misericordioso a tu Criador y amoroso a tu dulce Esposo y Redentor, y no temerás la potestad de las tinieblas, ni los efectos del pecado, que se ignoran en aquella región de luz y de verdad. Pero cierra estos caminos el amor desordenado de lo visible, los descuidos en la guarda de la divina ley, embarázalos cualquier apego y

desorden de las pasiones, impídelos cualquiera inútil atención y mucho más la inquietud del ánimo y no guardar serenidad y paz interior, que todo se requiere solo, puro y despejado de lo que no es verdad y luz.

1465. Bien has entendido y experimentado esta doctrina y sobre eso te la he manifestado en práctica como en claro espejo. El modo de obrar que tenía entre los dolores, congojas y aflicciones de la pasión de mi Hijo santísimo, y entre los cuidados, atención, ocupaciones y desvelo con que acudí a los Apóstoles, al entierro, a las mujeres santas, y en todo el resto de mi vida has conocido lo mismo y cómo juntaba estas operaciones con las de mi espíritu, sin que se encontrasen ni impidiesen. Pues para imitarme en este modo de obrar, como de ti lo quiero, necesario es que ni por el trato forzoso de las criaturas, ni por el trabajo de tu estado, ni por las penalidades de la vida de este destierro, ni por las tentaciones ni malicia del demonio, admitas en tu corazón afecto alguno que te impida ni atención que te divierta el interior. Y te advierto, carísima, que si en este cuidado no eres muy vigilante, perderás mucho tiempo, malograrás infinitos y extraordinarios beneficios y frustarás los altísimos y santos fines del Señor, y me contristarás a mí y a los Ángeles, que todos queremos sea tu conversación con nosotros; y tú perderás la quietud de tu espíritu y consuelo de tu alma y muchos grados de gracia y aumentos del amor divino que deseas y al fin copiosísimo premio en el cielo. Tanto te importa oírme y obedecerme en lo que te enseño con dignación de Madre. Considéralo, hija mía, pondéralo y atiende a mis palabras en tu interior, para que las pongas por obra con mi intercesión y con la divina gracia. Advierte asimismo a imitarme en la fidelidad del amor con que excusé el regalo y júbilo, por imitar a mi Señor y Maestro y alabarle por esto y por el beneficio que hizo a los santos del limbo, bajando su alma santísima a rescatarlos y llenarlos del gozo de su vista, que todas fueron obras de su infinito amor.

CAPITULO 26

La resurrección de Cristo nuestro Salvador y el

aparecimiento que hizo a su Madre santísima con los santos padres del limbo.

1466. Estuvo el alma santísima de Cristo nuestro Salvador en el limbo desde las tres y media del viernes a la tarde hasta después de las tres de la mañana del domingo siguiente. A esta hora volvió al sepulcro, acompañado como príncipe victorioso de los mismos Ángeles que llevó y de los Santos que rescató de aquellas cárceles inferiores como despojos de su victoria y prendas de su glorioso triunfo, dejando postrados y castigados sus rebeldes enemigos. En el sepulcro estaban otros muchos Ángeles que le guardaban, venerando el sagrado cuerpo unido a la divinidad. Y algunos de ellos, por mandado de su Reina y Señora, habían recogido las reliquias de la sangre que derramó su Hijo santísimo, los pedazos de carne que le derribaron de las heridas y los cabellos que arrancaron de su divino rostro y cabeza, y todo lo demás que pertenecía al ornato y perfecta integridad de su humanidad santísima; que de todo esto cuidó la Madre de la prudencia, y los Ángeles guardaban estas reliquias, gozoso cada uno con la parte que le alcanzó a cogerla. Y primero que otra cosa se hiciese, se les manifestó a los Santos Padres el cuerpo de su Reparador, llagado, herido y desfigurado, como le puso la crueldad de los judíos. Y reconociéndole así muerto le adoraron todos los Patriarcas y Profetas con los otros Santos y confesaron de nuevo cómo verdaderamente el Verbo humanado tomó sobre sí nuestras enfermedades y dolores (Is 53, 4) y pagó con exceso nuestra deuda, satisfaciendo a la justicia del Eterno Padre lo que nosotros merecíamos, siendo Su Majestad inocentísimo y sin culpa. Allí vieron los primeros padres Adán y Eva el estrago que hizo su inobediencia y el costoso remedió que habla tenido y la inmensa bondad del Redentor y su gran misericordia. Los Patriarcas y Profetas conocieron y vieron cumplidos sus vaticinios y esperanzas de las promesas divinas. Y como en la gloria de sus almas sentían el efecto de la copiosa redención, alabaron de nuevo al Omnipotente y Santo de los Santos que por tan maravilloso orden de su sabiduría la había obrado.

1467. Después de esto, a vista de todos aquellos

Santos, por ministerio de los Ángeles fueron restituidas al sagrado cuerpo difunto todas las partes y reliquias que tenían recogidas, dejándole con su natural integridad y perfección. Y al mismo instante el alma santísima del Señor se reunió al cuerpo y juntamente le dio inmortal vida y gloria. Y en lugar de la sábana y unciones con que le enterraron, quedó vestido de los cuatro dotes de gloria, claridad, impasibilidad, agilidad y sutileza. Estos dotes redundan en el cuerpo deificado de la inmensa gloria del alma de Cristo nuestro bien. Y aunque se le debían como por herencia y natural participación desde el instante de su concepción, porque desde entonces fue glorificada su alma santísima y estaba unida a la divinidad toda aquella humanidad inocentísima, pero suspendieron se entonces sin redundar en el cuerpo purísimo, para dejarle pasible y que mereciese nuestra gloria, privándose de la de su cuerpo, como en su lugar queda dicho (Cf. supra n. 147). Y en la resurrección se le restituyeron de justicia estos dotes en el grado y proporción correspondiente a la gloria del alma y a la unión que tenía con la divinidad. Y como la gloria del alma santísima de Cristo nuestro Señor es incomprensible e inefable para nuestra corta capacidad, también es imposible explicar enteramente con palabras y con ejemplos la gloria y dotes de su cuerpo deificado; porque respecto de su pureza es oscuro el cristal, la luz que contenía y despedía excede a los demás cuerpos gloriosos, como el día a la noche y más que mil soles a una estrella, y toda la hermosura de las criaturas, si se juntara en una, pareciera fealdad en su comparación, y no hay símil para ella en todo lo criado.

1468. Excedió grandemente la excelencia de estos dotes en la resurrección a la gloria que tuvieron en la transfiguración y en otras ocasiones que Cristo Señor nuestro se transfiguró, como en el discurso de esta Historia se ha dicho (Cf. supra n. 695, 851, 1099); porque entonces la recibió de paso y como convenía para el fin que se transfiguraba, pero ahora la tuvo con plenitud para gozarla eternamente. Y por la impasibilidad quedó invencible de todo el poder criado, porque ninguna potencia le podía alterar ni mudar. Por la sutilidad quedó tan purificada la materia gruesa y terrena, que sin resistencia de otros cuer-

pos se podía penetrar con ellos como si fuera espíritu incorpóreo, y así penetró la lápida del sepulcro sin moverla ni dividirla, el que por semejante modo había salido del virginal vientre de su purísima Madre. La agilidad le dejó tan libre del peso y tardanza de la materia, que excedía a la que tienen los Ángeles inmateriales, y por sí mismo podía moverse con más presteza que ellos de un lugar a otro, como lo hizo en las apariciones de los Apóstoles y en otras ocasiones. Las sagradas llagas que antes afeaban su santísimo cuerpo quedaron en pies, manos y costado tan hermosas, refulgentes y brillantes, que le hacían más vistoso y agraciado, con admirable modo y variedad. Con toda esta belleza y gloria se levantó nuestro Salvador del sepulcro y en presencia de los Santos y Patriarcas prometió a todo el linaje humano la resurrección universal como efecto de la suya en la misma carne y cuerpo de cada uno de los mortales y que en ella serían glorificados los justos. Y en prendas de esta promesa y como en rehenes de la resurrección universal, mandó Su Majestad a las almas de muchos Santos que allí estaban se juntasen con sus cuerpos y los resucitasen a inmortal vida. Al punto se ejecutó este divino imperio y resucitaron los cuerpos que anticipando el misterio refiere San Mateo (Mt 27, 52). Y entre ellos fueron Santa Ana, San José y San Joaquín, y otros de los antiguos padres y patriarcas que fueron más señalados en la fe y esperanza de la Encarnación y con mayores ansias la desearon y pidieron al Señor. Y en retorno de estas obras se les adelantó la resurrección y gloria de sus cuerpos.

1469. ¡Oh cuan poderoso y admirable, cuán victorioso y fuerte se manifestaba ya este león de Judá, hijo de David! Ninguno se desembarazó del sueño con más presteza que Cristo de la muerte. Y luego a su imperiosa voz se juntaron los huesos secos y esparcidos de aquellos envejecidos difuntos, y la carne que ya estaba convertida en polvo se renovó, y unida con los huesos restauró su antiguo ser, mejorándolo todo los dotes de la gloria que participó el cuerpo del alma glorificada que les dio vida. Quedaron en un instante todos aquellos Santos resucitados en compañía de su Reparador, más claros y refulgentes que el mismo sol, puros, hermosos, transparentes y ligeros para seguirle

a todas partes, y nos aseguraron con su dicha la esperanza de que en nuestra misma carne y con nuestros ojos y no con otros veríamos a nuestro Redentor, como lo profetizó Santo Job (Job 19, 26) para nuestro consuelo. Todos estos misterios conocía la gran Reina del cielo y participaba de ellos con la visión que tenía en el cenáculo. Y en el mismo instante que el alma santísima de Cristo entró en su cuerpo y le dio vida, correspondió en el de la purísima Madre la comunicación del gozo, que en el capítulo pasado dije (Cf. supra n. 1463) estaba detenido en su alma santísima y como represado en ella aguardando la resurrección de su Hijo santísimo. Y fue tan excelente este beneficio, que la dejó toda transformada de la pena en gozo, de la tristeza en alegría y de dolor en inefable júbilo y descanso. Sucedió que en aquella ocasión el Evangelista San Juan fue a visitarla, como el día de antes lo había hecho (Cf. supra n. 1463), para consolarla en su amarga soledad, y encontróla repentinamente llena de resplandor y señales de gloria a la que antes apenas conocía por su tristeza. Admiróse el Santo Apóstol y, habiéndola mirado con grande reverencia, juzgó que ya el Señor sería resucitado, pues la divina Madre estaba renovada en alegría.

1470. Con este nuevo júbilo y las operaciones tan divinas que la gran Señora hacía en la visión de tan soberanos misterios, comenzó a disponerse para la visita, que estaba ya muy cerca. Y entre los actos de alabanzas, cánticos y peticiones que hacía nuestra Reina, sintió luego otra novedad en sí misma sobre el gozo que tenía, y fue un género de júbilo y alivio celestial, correspondiente por admirable modo a los dolores y tribulaciones que en la pasión había sentido; y este beneficio era diferente y más alto que la redundancia de gozo que de su alma resultaba como naturalmente en el cuerpo. Y tras de estos admirables efectos sintió luego otro tercero y diferente beneficio que la daban, de nuevos y divinos favores. Y para esto sintió que la infundían nuevo lumen de cualidades que preceden a la visión beatífica, en cuya declaración no me detengo, por haberlo hecho hablando de esta materia en la primera parte (Cf. supra p. I n. 623). Y en esta segunda sólo añado que recibió la Reina estos beneficios en esta ocasión con más abundancia y excelencia que en otras, porque ahora

había precedido la pasión de su Hijo santísimo y los méritos que la divina Madre adquirió en ella, y según la multitud de los dolores correspondía el consuelo de la mano de su Hijo omnipotente.

1471. Estando así prevenida María santísima, entró Cristo nuestro Salvador resucitado y glorioso, acompañado de todos los Santos y Patriarcas. Postróse en tierra la siempre humilde Reina y adoró a su Hijo santísimo, y Su Majestad la levantó y llegó a sí mismo. Y con este contacto —mayor que el que pedía la Magdalena de la humanidad y llagas santísimas de Cristo (Jn 20, 17)— recibió la Madre Virgen un extraordinario favor, que sola ella le mereció, como exenta de la ley del pecado. Y aunque no fue el mayor de los favores que tuvo en esta ocasión, con todo eso no pudiera recibirle si no fuera confortada de los Ángeles y por el mismo Señor para que sus potencias no desfallecieran. El beneficio fue que el glorioso cuerpo del Hijo encerró en sí mismo al de su purísima Madre, penetrándose con ella o penetrándole consigo, como si un globo de cristal tuviera dentro de sí al sol, que todo lo llenara de resplandores y hermoseara con su luz. Así quedó el cuerpo de María santísima unido al de su Hijo por medio de aquel divinismo contacto, que fue como puerta para entrar a conocer la gloria del alma y cuerpo santísimo del mismo Señor. Y por estos favores, como por grados de inefables dones, fue ascendiendo el espíritu de la gran Señora a la noticia de ocultísimos sacramentos. Y estando en ellos oyó una voz que le decía: Amiga, asciende más alto (Lc 14, 10).—Y en virtud de esta voz quedó del todo transformada y vio la divinidad intuitiva y claramente, donde halló el descanso y el premio, aunque de paso, de todos sus trabajos y dolores. Forzoso es aquí el silencio, donde de todo punto faltan las razones y el talento para decir lo que pasó a María santísima en esta visión beatífica, que fue la más alta y divina que hasta entonces había tenido. Celebremos este día con admiración de alabanza, con parabienes, con amor y humildes gracias de lo que nos mereció y ella gozó y fue ensalzada.

1472. Estuvo algunas horas la divina Princesa gozando del ser de Dios con su Hijo santísimo, participando su gloria

como había participado de sus tormentos. Y luego descendió de esta visión por los mismos grados que ascendió a ella, y al fin de este favor quedó de nuevo reclinada sobre el brazo izquierdo de la humanidad santísima y regalada por otro modo de la diestra de su divinidad (Cant 2, 6). Tuvo dulcísimos coloquios con el mismo Hijo sobre los altísimos misterios de su pasión y de su gloria. Y en estas conferencias quedó de nuevo embriagada en el vino de la caridad y amor que bebió en su misma fuente sin medida. Y todo cuanto pudo recibir una pura criatura todo se le dio a María purísima abundantemente en esta ocasión, porque, a nuestro modo de entender, quiso la equidad divina recompensar el como agravio —dígolo así porque no me puedo explicar mejor— que había recibido una criatura tan pura y sin mácula de pecado padeciendo los dolores y tormentos de la pasión, que, como arriba he dicho muchas veces (Cf. supra n. 1236, 1264, 1274, 1287, 1341), eran los mismos que padeció Cristo nuestro Salvador, y en este misterio correspondió el gozo y favor a las penas que la divina Madre había padecido.

1473. Después de todo esto, y siempre en altísimo estado, se convirtió la gran Señora a los santos patriarcas y justos que allí estaban y a todos juntos y a cada uno de por sí reconoció por su orden y les habló respectivamente, gozándose y alabando al Todopoderoso en lo que su liberal misericordia había obrado con cada uno de ellos. Con sus padres San Joaquín y Santa Ana, con su esposo San José y con San Juan Bautista tuvo singular gozo y les habló particularmente, luego con los Patriarcas y Profetas y con los primeros padres Adán y Eva. Y todos juntos se postraron ante la divina Señora, reconociéndola por Madre del Redentor del mundo, por causa de su remedio y coadjutora de su Redención, y como a tal la quisieron venerar [con culto de hiperdulía] con digno culto y veneración, disponiéndolo así la divina Sabiduría. Pero la Reina de las virtudes y Maestra de la humildad se postró en tierra y dio a los santos la reverencia que se les debía, y el Señor dio permiso para esto, porque los santos, aunque eran inferiores en la gracia, eran superiores en el estado de bienaventurados con gloria inamisible y eterna, y la Madre

de la gracia quedaba en vida mortal y viadora y no había llegado al estado de comprensora. Continuóse la conferencia con los Santos Padres en presencia de Cristo nuestro Salvador. Y María santísima convidó a todos los Ángeles y santos que allí asistían, para que alabasen al triunfador de la muerte, del pecado y del infierno, y todos le cantaron nuevos cánticos, salmos, himnos de gloria y magnificencia, y con esto llegó la hora en que el Salvador resucitado hizo otras apariciones, como diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la gran Señora María santísima.

1474. Hija mía, alégrate en el mismo cuidado que tienes de que no alcanzan tus razones a explicar lo que tu interior conoce de tan altos misterios como has escrito. Victoria es de la criatura y gloria del Altísimo, darse por vencida de la grandeza de los sacramentos tan soberanos como éstos, y en la carne mortal se pueden penetrar mucho menos. Yo sentí los dolores de la pasión de mi Hijo santísimo y, aunque no perdí la vida, experimenté los dolores de la muerte misteriosamente, y a este género de muerte le correspondió en mí otra admirable y mística resurrección a más levantado estado de gracia y operaciones. Y como el ser de Dios es infinito, aunque la criatura participe mucho, le queda más que entender, que amar y gozar. Y para que ahora ayudada del discurso puedas rastrear algo de la gloría de Cristo mi Señor, de la mía y de los Santos, discurriendo por los dotes del cuerpo glorioso, te quiero proponer la regla por donde en esto puedas pasar a los del alma. Ya sabes que éstos son: visión, comprensión y fruición. Los del cuerpo son los que dejas repetidos (Cf. supra n. 1468): claridad, impasibilidad, sutilidad y agilidad.

1475. A todos estos dotes corresponde algún aumento por cualquiera buena obra meritoria que hace el que está en gracia, aunque no sea mayor que mover una pajuela por amor de Dios y dar un jarro de agua. Por cualquiera de estas mínimas obras granjeará la criatura, para cuando sea bienaventurada, mayor claridad que la de muchos soles. Y en la impasibilidad se aleja de la corrupción humana y terrena más de lo que todas las diligencias y

fuerzas de las criaturas pueden resistirla y apartar de sí lo que las puede ofender o alterar. En la sutilidad se adelanta para ser superior a todo lo que le puede resistir y cobra nueva virtud sobre todo lo que quiere penetrar. En el dote de la agilidad le corresponde a cualquiera obra meritoria más potencia para moverse que la tienen las aves y los vientos y todas las criaturas activas, como el fuego y los demás elementos para caminar a sus centros naturales. Por el aumento que se merece en estos dotes del cuerpo, entenderás el que tienen los dotes del alma, a quien corresponden y de quien se derivan. Porque en la visión beatífica adquiere cualquier mérito mayor claridad y noticia de los atributos y divinas perfecciones que cuanto han alcanzado en esa vida mortal todos los doctores y sabios que ha tenido la Iglesia. También se aumenta el dote de la comprensión o tención del objeto divino, porque de la posesión y firmeza con que se comprende aquel sumo e infinito bien se le concede al justo nueva seguridad y descanso más estimable que si poseyera todo lo precioso y rico, deseable y apetecible de las criaturas, aunque todo lo tuviera por suyo sin temer perderlo. Y en el dote de la fruición, que es el tercero del alma, por el amor con que el justo hace aquella pequeñuela obra, se le conceden en el cielo por premio grados de amor fruitivo tan excelentes, que jamás llegó a compararse con este aumento el mayor afecto que tienen los hombres en la vida a lo visible, ni el gozo que de él resulta tiene comparación con todo el que hay en la vida mortal.

1476. Levanta ahora, hija mía, la consideración y de estos premios tan admirables, que corresponden a una obra por Dios hecha, pondera bien cuál será el premio de los santos, que por el amor divino hicieron tan heroicas y magníficas obras y padecieron tormentos y martirios tan crueles como la Iglesia santa conoce. Y si en los santos sucede esto con ser puros hombres y sujetos a culpas e imperfecciones que retardan el mérito, considera con toda la alteza que pudieres cuál será la gloria de mi Hijo santísimo, y sentirás cuán limitada es la capacidad humana, y más en la vida mortal, para comprender dignamente este misterio y para hacer concepto proporcionado de tan inmensa grandeza. El alma santísima de mi Señor estaba unida sustancialmente a

la divinidad en su divina persona, y por la unión hipostática era consiguiente que se le comunicase el océano infinito de la misma divinidad, beatificándola como a quien tenía comunicado su mismo ser de Dios por inefable modo. Y aunque no mereció esta gloria, porque se le dio desde el instante de su concepción en mi vientre, consiguiente a la unión hipostática, pero las obras que hizo después en treinta y tres años, naciendo en pobreza, viviendo con trabajos, amando como viador, trabajando en todas las virtudes, predicando, enseñando, padeciendo, mereciendo, redimiendo a todo el linaje humano, fundando la Iglesia y cuanto la fe católica enseña, estas obras merecieron la gloria del cuerpo purísimo de mi Hijo y ésta corresponde a la del alma, y todo es inefable y de inmensa grandeza, reservado para manifestarse en la vida eterna. Y en correspondencia de mi Hijo y Señor hizo conmigo magníficas obras el brazo poderoso del Altísimo en el ser de pura criatura, con que olvidé luego los trabajos y dolores de la pasión; y lo mismo sucedió a los padres del limbo, y a los demás santos cuando reciben el premio. Olvidé la amargura y el trabajo que yo padecí, porque el sumo gozo desterró la pena, pero nunca perdí la vista de lo que mi Hijo padeció por el linaje humano.

CAPITULO 27

Algunas apariciones de Cristo nuestro Salvador resucitado a las Marías y a los Apóstoles, la noticia que todos daban a la Reina y la prudencia con que los oía.

1477. Después que nuestro Salvador Jesús resucitado y glorioso visitó y llenó de gloria a su Madre santísima, determinó Su Majestad como amoroso padre y pastor congregar las ovejas de su rebaño, que el escándalo de su pasión había turbado y derramado. Acompañábanle siempre los Santos Padres y todos los que sacó del limbo y purgatorio, aunque no se manifestaban en las apariciones, porque sola nuestra gran Reina los vio y conoció y habló a todos en el tiempo que pasó hasta la ascensión de su Hijo santísimo. Y cuando no se aparecía a otros, siempre asistía con la amantísima Madre en el cenáculo, de donde no salió

la divina Señora aquellos cuarenta días continuos. Allí gozaba de la vista del Redentor del mundo y del coro de los Profetas y Santos con quien el mismo Rey y Reina estaban acompañados. Y para manifestarse a los Apóstoles comenzó por las mujeres, no por más flacas, sino por más fuertes en la fe y confianza de su resurrección, que por esto merecieron ser las primeras en el favor de verle resucitado.

1478. Hizo memoria el Evangelista San Marcos (Mc 15, 47) del cuidado con que Santa María Magdalena y María José advirtieron dónde quedaba puesto el cuerpo difunto de Jesús en el sepulcro. Con esta prevención el sábado por la tarde con otras mujeres santas salieron de la casa del cenáculo a la ciudad y compraron nuevos ungüentos aromáticos, para madrugar el día siguiente y volver al sepulcro a visitar y adorar el sagrado cuerpo de su Maestro, con ocasión de ungirle de nuevo. El domingo por la mañana, antes de amanecer, madrugaron para ejecutar su piadoso afecto, ignorando que el sepulcro estaba sellado y con guardas por orden de Pilatos, y en el camino dificultaban solamente quién les volvería la gran lápida con que ellas habían advertido quedaba cerrado el monumento, pero el amor las daba esfuerzo para vencer esta dificultad, sin saber cómo. Cuando salieron de la casa del cenáculo era de noche y cuando llegaron al sepulcro había ya amanecido y nacido el sol, porque aquel día se anticipó las tres horas que se oscureció en la muerte de nuestro Salvador. Y con este milagro se concuerdan los Evangelistas San Marcos (Mc 16, 2) y San Juan Evangelista (Jn 20, 1), que el uno dice vinieron las Marías salido el sol y el otro que había tinieblas, porque todo es verdad, que salieron muy de mañana y antes de amanecer, y con la prisa y diligencia del sol las alcanzó cuando llegaban, aunque no se detuvieron en el camino. Era el monumento una pequeña bóveda como cueva, cuya puerta cerraba una grande losa, y dentro tenía a un lado el sepulcro algo levantado del suelo y en él estuvo el cuerpo de nuestro Salvador.

1479. Poco antes que llegasen las Marías a reconocer la dificultad que iban confiriendo de mover la lápida, fue hecho un gran temblor o terremoto muy espantoso, y al mismo tiempo un Ángel del Señor abrió el sepulcro y arrojó

la losa que le cubría y cerraba la puerta. Las guardas del monumento con este grande estrépito y movimiento de la piedra cayeron en tierra, desmayados del temor que les causó, dejándolos como difuntos, aunque ni vieron al Señor ni entonces estaba allí su cuerpo, porque ya había resucitado y salido del monumento antes que el Ángel quitase la piedra. Las Marías, aunque sintieron algún temor, se animaron, y confortándolas el mismo Dios llegaron y entraron al monumento y cerca de la puerta vieron al Ángel que revolvió la piedra, sentado sobre ella, y su rostro refulgente, los vestidos como la nieve, que las habló y dijo: No temáis, que sé cómo buscáis a Jesús Nazareno. No está aquí, que ya ha resucitado. Entrad, y veréis el lugar donde le pusieron.—Entraron las Marías y vieron el sepulcro vacío. Recibieron gran tristeza, porque aún estaban más atentas a su afecto de verle que al testimonio del Ángel. Y luego vieron otros dos asentados a los dos lados del sepulcro, que las dijeron: ¿Para qué buscáis entre los muertos al que ya está vivo y resucitado? Acordaos que él mismo os dijo en Galilea, que había de resucitar el día tercero. Id luego y dad noticia a los discípulos y a Pedro que vayan a Galilea, donde le verán.

1480. Con esta advertencia de los Ángeles se acordaron las Marías de lo que su divino Maestro había dicho. Y seguras de su resurrección, se volvieron del sepulcro con gran prisa y dieron cuenta a los once discípulos y a otros de los que seguían al Señor, muchos de los cuales juzgaron por delirio lo que decían las Marías. Tan turbados estaban en la fe y tan olvidados de las palabras de su Maestro y Redentor. En el ínterin que las Marías llenas de gozo y pavor contaban a los Apóstoles lo que habían visto, revivieron las guardas del sepulcro y volvieron en sus sentidos. Y como le vieron abierto y sin el cuerpo difunto, fueron a dar cuenta del suceso a los príncipes de los sacerdotes. Halláronse confusos y juntaron concilio para determinar lo que podrían hacer para desmentir la maravilla tan patente que no se podía ocultar. Y acordaron ofrecer a los guardas mucho dinero, con que sobornados dijesen cómo estando ellos durmiendo habían venido los discípulos de Jesús y habían hurtado su cuerpo del sepulcro. Y asegurándoles los sacerdotes a las guardas que los

sacarían a paz y a salvo de esta mentira, la publicaron entre los judíos, y muchos de ellos fueron tan estultos que le dieron crédito, y algunos más obstinados y ciegos se le dan hasta ahora, creyendo el testimonio de los que confesaron se dormían, cuando dicen que vieron el hurto.

1481. Los discípulos y Apóstoles, aunque tuvieron por desvarío lo que decían las Marías, con todo eso San Pedro y San Juan, deseando certificarse por sus ojos, partieron a toda prisa al monumento, y tras ellos volvieron las Marías. Y llegó San Juan Evangelista el primero y, sin entrar en el monumento, vio desde la puerta los sudarios apartados del sepulcro y aguardó a que llegase San Pedro, el cual entró primero y tras de él San Juan Evangelista, y vieron lo mismo y que el sagrado cuerpo no estaba en el sepulcro. Y San Juan dice que creyó entonces (Jn 20, 8) y se aseguró de lo que había comenzado a creer cuando vio mudada a la Reina del cielo, como dije en el capítulo pasado (Cf.. supra n. 1469). Y los dos Apóstoles se volvieron a dar cuenta a los demás de lo que admirados habían visto en el sepulcro. Las Marías se quedaron en él a la parte de afuera, confiriendo con admiración todo lo que sucedía. Y Santa María Magdalena con mayor fervor y lágrimas volvió a entrar otra vez a reconocer el sepulcro. Y aunque los Apóstoles no vieron a los Ángeles, violos Santa María Magdalena, y ellos le preguntaron: Mujer, ¿por qué lloras?—Respondió María: Porque me han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto.—Con esta respuesta salió fuera al huerto donde estaba el sepulcro y luego topó con el Señor, aunque no le conoció, antes le juzgó por hortelano. Y Su Majestad le preguntó también: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?—Santa María Magdalena, no conociendo a Cristo nuestro Señor, le respondió como si fuera hortelano de aquel huerto, y sin más acuerdo, vencida del amor, le dijo: Señor, si vos le habéis tomado, decidme dónde le tenéis, que yo le volveré y le traeré.—Entonces replicó el amantísimo Maestro y la dijo: María.—Y con haberla nombrado, se dejó conocer por la voz (Jn 20, 11-16).

1482. Cuando Santa María Magdalena conoció que era Jesús, se enardeció toda en amor y gozo y respondió y dijo: Maestro mío; y arrojándose a sus divinos pies fue a

quererlos tocar y besar, como acostumbrada a este favor. Pero el Señor la previno y dijo: No me toques, porque no he subido a mi Padre, a donde estoy de camino; vuelve y diles a mis hermanos los Apóstoles cómo estoy de paso para mi Padre y suyo (Jn 20, 16-18).—Partió luego Santa María Magdalena, llena de consolación y júbilo, y a pequeña distancia alcanzó a las otras Marías. Y acabándolas de referir lo que a ella le había sucedido y cómo había visto a Jesús resucitado, estando admiradas, llorosas y cariñosas de alegría, se les apareció estando juntas y las dijo: Dios os salve.—Y conociéndole todas, dice el Evangelista San Mateo (Mt 28, 9) que adoraron sus sagrados pies, y el Señor las mandó otra vez que fuesen a los Apóstoles y les dijesen lo que habían visto y que se fuesen ellos a Galilea, donde le verían resucitado. Desapareció el Señor, y las Marías apresurando el paso volvieron al cenáculo y contaron a los Apóstoles todo cuanto les había sucedido, y siempre estaban tardos en darles crédito. Y luego entraron las Marías a dar noticia de lo que pasaba a la Reina del cielo, y como si lo ignorara las oyó con admirable caricia y prudencia, aunque todo lo sabía por la visión intelectual con que lo conocía. Como iba conociendo y tomando ocasión de lo que las Marías le contaron, las confirmó en la fe de los misterios y altos sacramentos de la Encarnación y Redención y de las divinas Escrituras que de ellos trataban. Pero no les dijo lo que a la divina Reina le había sucedido, aunque fue la Maestra de estas fieles y devotas discípulas, como el Señor de los Apóstoles, para restituirlos a la fe.

1483. No refieren los evangelistas cuándo apareció el Señor a San Pedro, aunque lo supone San Lucas (Lc 24, 34); pero fue después de las Marías, y más ocultamente a solas, como a cabeza de la Iglesia, antes que a todos juntos y que a otro alguno de los Apóstoles, y fue aquel mismo día, después que las Marías le dieron noticia de haberle visto. Y luego sucedió el aparecimiento que refieren, y que largamente cuenta San Lucas (Lc 24, 34), de los dos discípulos que aquella tarde iban de Jerusalén al castillo de Emaús, que estaba sesenta estadios de la ciudad, y hacían cuatro millas de Palestina y casi dos leguas (legua ~ 5.556 Km) de España. El uno de los dos se llamaba Cleofás y el otro era el mismo San Lucas, y sucedió en esta manera: Salieron de

Jerusalén los dos discípulos, después que oyeron lo que las Marías contaron, y en el camino continuaron la plática de los sucesos de la pasión y santidad de su Maestro y la crueldad de los judíos. Y admirábanse de que el Todopoderoso hubiese permitido que padeciese tales oprobios y tormentos un hombre santo y tan inocente. El uno decía: ¿Cuándo se vio tal suavidad y dulzura?—El otro repetía: ¿Quién jamás oyó ni vio tal paciencia, sin querellarse, ni mudar el semblante tan apacible y de majestad? Su doctrina era santa, su vida inculpable, sus palabras de salud eterna, sus obras en beneficio de todos; pues ¿qué vieron en él los sacerdotes, para cobrarle tanto aborrecimiento?—Respondía el otro: Verdaderamente fue admirable en todo, y nadie puede negar que era gran profeta: hizo muchos milagros, alumbró ciegos, sanó enfermos, resucitó muertos y a todos hizo admirables beneficios; pero dijo que resucitaría al tercero día de su muerte, que es hoy, y no lo vemos cumplido.— Replicó el otro: También dijo que le habían de crucificar y se ha cumplido como lo dijo.

1484. En medio de éstas y otras pláticas se les apareció Jesús en hábito de peregrino, como que los alcanzaba en el camino, y les dijo, después de saludarlos: ¿De qué habláis, que me parece os veo entristecidos?—Respondió Cleofás: ¿Tú solo eres peregrino en Jerusalén, que no sabes lo que ha sucedido estos días en la ciudad?— Dijo el Señor: Pues ¿qué ha sucedido?—Replicó el discípulo: ¿No sabes lo que han hecho los príncipes y sacerdotes con Jesús Nazareno, varón santo y poderoso en palabras y obras, cómo le han condenado y crucificado? Nosotros teníamos esperanzas que había de redimir a Israel resucitando de los muertos, y se pasa ya el día tercero de su muerte y no sabemos lo que ha hecho. Aunque unas mujeres de los nuestros nos han atemorizado, porque fueron muy de mañana al sepulcro y no hallaron el cuerpo y afirman que vieron unos Ángeles que las dijeron cómo ya había resucitado. Y luego acudieron otros compañeros nuestros al sepulcro y vieron ser verdad lo que las mujeres contaron. Pero nosotros vamos a Emaús para esperar allí a ver en qué paran estas novedades.—Respondióles el Señor: Verdaderamente sois necios y tardos de corazón, pues no entendéis que

convenía así, que padeciese Cristo todas esas penas y muerte tan afrentosa para entrar en su gloria.

1485. Y prosiguiendo el divino Maestro, les declaró los misterios de su vida y muerte para la redención humana, comenzando de la figura del cordero, que mandó sacrificar y comer San Moisés Profeta y Legislador rubricando los umbrales con su sangre; y lo que figuraba la muerte del sumo sacerdote Aarón, la muerte de Sansón por los amores de su esposa Dalila; y muchos salmos del Santo Rey y Profeta David, donde profetizó el concilio, la muerte y división de las vestiduras y que su cuerpo no vería la corrupción; lo que dijo la Sabiduría y más claro San Isaías y San Jeremías de su pasión, que parecería un leproso desfigurado, varón de dolores, que sería llevado como oveja al matadero, sin abrir su boca; y San Zacarías, que le vio traspasado de muchas heridas; y otros lugares de los Profetas les dijo, que claramente dicen los misterios de su vida y muerte. Con la eficacia de este razonamiento fueron los discípulos poco a poco recibiendo el calor de la caridad y la luz de la fe que se les había eclipsado. Y cuando ya se acercaban al castillo de Emaús, el divino Maestro les dio a entender pasaba adelante en su jornada, pero ellos le rogaron con instancia se quedase con ellos, porque ya era tarde. Admitiólo el Señor, y convidado de los discípulos se reclinaron para cenar juntos, conforme la costumbre de los judíos. Tomó el Señor el pan y como también solía lo bendijo y partió, dándoles con el pan bendito el conocimiento infalible de que era su Redentor y Maestro.

1486. Conociéronle, porque les abrió los ojos del alma, y al punto que los dejó ilustrados se les desapareció de los del cuerpo y no le vieron más entonces. Pero quedaron admirados y llenos de gozo, confiriendo el fuego de caridad que sintieron en el camino, cuando les hablaba su Maestro y les declaraba las Escrituras. Y luego sin dilación se volvieron a Jerusalén ya de noche. Entraron en la casa donde se habían retirado los demás Apóstoles por temor de los judíos y los hallaron confiriendo las noticias que tenían de haber resucitado el Salvador y cómo ya se había aparecido a San Pedro. Y a esto añadieron los dos discípulos todo cuanto en el camino les sucedió y cómo

ellos le habían conocido cuando les partió el pan en el castillo de Emaús. Estaba entonces presente Santo Tomás, y aunque oyó a los dos discípulos y que San Pedro confirmaba lo que decían asegurando que también él había visto a su Maestro resucitado, con todo estuvo tardo y dudoso, sin dar crédito al testimonio de tres discípulos, fuera de las mujeres. Y con algún despecho, efecto de su incredulidad, se salió y se fue de la compañía de los demás. Y en pequeño espacio, después que Santo Tomás se había despedido y cerradas las puertas, entró el Señor y apareció a los demás. Y estando en medio de todos les dijo: Paz sea con vosotros. Yo soy, no queráis temer.

1487. Con este repentino aparecimiento se turbaron los Apóstoles, temiendo si era espíritu o fantasma lo que veían, y el Señor les dijo: ¿De qué os turbáis y admitís tan varios pensamientos? Mirad mis pies y manos y conoced que yo soy vuestro Maestro. Tocad con vuestras manos mi cuerpo verdadero, que los espíritus no tienen carne ni huesos, como veis que yo los tengo.—Estaban tan turbados y confusos los Apóstoles que, viendo y tocando las manos llagadas del Salvador, aun no acababan de creer que era Él a quien hablaban y tocaban. Y el amantísimo Maestro, para asegurarlos más, les dijo: Dadme si tenéis algo de comer. —Ofreciéronle muy gozosos parte de un pez asado y de un panal de miel y comió parte de ello y lo demás les repartió a todos, diciendo: ¿No sabéis que todo lo que por mí ha pasado es lo mismo que lo que de mí estaba escrito en Moisés y en los Profetas, en los Salmos y Escrituras sagradas y que
todo se debía cumplir así como estaba profetizado?—Y con estas palabras les abrió los sentidos, y le conocieron y entendieron las Escrituras que hablaban de su pasión, muerte y resurrección al tercero día. Y habiéndolos así ilustrado, les dijo otra vez: *Paz sea con vosotros. Como me envió a mí mi Padre, así os envío yo para que enseñéis al mundo la verdad y conocimiento de Dios y de la vida eterna, predicando penitencia de los pecados y remisión de ellos en mi nombre (Jn 20, 21)*. Y derramando en ellos su divino aliento o soplo, añadió y dijo: *Recibid al Espíritu Santo, para que los pecados que perdonareis sean perdonados, y los que no perdonareis no lo sean.*

Predicaréis a todas las gentes, comenzando de Jerusalén (Jn 20, 22-23). Y con esto desapareció el Señor, dejándolos consolados y asegurados en la fe, y con potestad de perdonar pecados ellos y los demás sacerdotes.

1488. Todo esto sucedió como se ha dicho, no estando Santo Tomás presente, pero luego, disponiéndolo el Señor, volvió a la congregación de donde se había ausentado y le contaron los Apóstoles todo cuanto en su ausencia les había sucedido. Pero aunque los halló tan trocados con el nuevo gozo que recibieron, con todo eso estuvo incrédulo y porfiado, afirmando que no daba crédito a lo que todos aseguraban si primero no viese por sus ojos las llagas y tocase la del costado con su mano y dedos y las demás. En esta dureza perseveró el incrédulo Tomás ocho días, hasta que pasados volvió el Señor otra vez, cerradas las puertas, y se apareció en medio de los mismos Apóstoles y del incrédulo. Saludólos como solía, diciendo: Paz sea con vosotros.—Y llamando luego a Tomás, le reprendió con amorosa suavidad y le dijo: *Llegad, Tomás, con vuestras manos y tocad los agujeros de las mías y de mi costado, y no queráis ser tan incrédulo, sino rendido y fiel.* Tocó las divinas llagas Tomás y fue ilustrado interiormente para creer y conocer su ignorancia. Y postrándose en tierra dijo: *Señor mío y Dios mío.*—Replicó Su Majestad: *Porque me viste, Tomás, me has creído; pero serán bienaventurados los que no me vieren y me creyeren (Jn 20, 26-28)*. Desapareció el Señor, quedando los Apóstoles y Santo Tomás llenos de luz y de alegría. Y luego fueron todos a dar cuenta a María santísima de lo que había sucedido, como lo hicieron del primer aparecimiento.

1489. No estaban entonces los Apóstoles capaces de la gran sabiduría de la Reina del cielo, y mucho menos de las noticias que tenía de todo lo que a ellos les sucedía y de las obras de su Hijo santísimo, y así le daban cuenta de lo que iba sucediendo, y ella los oía con suma prudencia y mansedumbre de Madre y de Reina. Y después de la primera aparición la contaron algunos Apóstoles la obstinación de Tomás y que no les quería dar crédito a todos juntos, aunque le afirmaban haber visto a su Maestro resucitado, y en aquellos ocho días, como perseveraba en

su incredulidad, creció más contra él la indignación de algunos Apóstoles. Y luego iban a la gran Señora y le culpaban en su presencia de culpado y terco, arrimado a su parecer, como hombre grosero y desalumbrado. La piadosa Princesa los oía con pacífico corazón, y viendo que crecía el enojo de los Apóstoles, que aún estaban todos imperfectos, habló a los más indignados y los quietó con decirles que los juicios del Señor eran muy ocultos y que de la incredulidad de Tomás sacaría grandes bienes para otros y gloria para sí mismo y que esperasen y no se turbasen tan presto. Hizo la divina Madre ferventísima oración y peticiones por Santo Tomás, y por ella aceleró el Señor su remedio y se le dio al incrédulo Apóstol. Y luego que se redujo y dieron todos noticia a su Maestra y Señora, los confirmó en su fe, amonestándolos y corrigiéndolos, y les ordenó que con ella diesen gracias al Muy Alto por aquel beneficio y que fuesen constantes en las tentaciones, pues todos estaban sujetos a los peligros de caer. Otras muchas y dulces razones les dijo de corrección, enseñanza, advertencia y de doctrina, previniéndolos para lo que les restaba de trabajar en la nueva Iglesia.

1490. Otras apariciones y señales hizo nuestro Salvador, como supone el Evangelista San Juan Jn 20, 30), y solamente se escribieron las que bastan para la fe de su resurrección. Pero luego el mismo Evanrelista (Jn 21, 1ss) escribe la aparición que hizo Su Majestad en el mar de Tiberías a San Pedro, Tomás, Natanael, a los hijos del Zebedeo y otros dos discípulos, que por ser tan misteriosa me ha parecido no omitirla en este capítulo. Sucedió la aparición en esta forma: Fueron los Apóstoles a Galilea, después de lo que en Jerusalén les había sucedido, porque el Señor se lo mandó, prometiéndoles que allá le verían. Y hallándose los siete Apóstoles y discípulos cerca de aquel mar, les dijo San Pedro que para tener alguna cosa con que pasar quería ir a pescar, que lo sabía hacer de oficio. Acompañáronle todos en el pescar y pasaron aquella noche arrojando las redes sin coger solo un pez. A la mañana se apareció nuestro Salvador Jesús en la ribera, sin darse entonces a conocer. Y estaba cerca la barquilla en que pescaban, y preguntóles el Señor: *¿Tenéis algo que comer?* Y ellos respondieron: *Nada tenemos.* Replicó Su Majestad:

Arrojad la red a la diestra de la navecilla y cogeréis. Hiciéronlo, y llenóse la red de pescado, de manera que no la podían levantar. Entonces San Juan Evangelista con el milagro conoció a Cristo nuestro Señor y llegándose a San Pedro le dijo: El Señor es quien nos habla de la ribera.—Con este aviso lo conoció también San Pedro, y todo inflamado en sus acostumbrados fervores, se vistió muy aprisa la túnica de que estaba desnudo y se arrojó al mar, caminando sobre las aguas hasta donde estaba el Maestro de la vida, y los demás se fueron acercando con la barquilla donde estaban.

1491. Saltaron en tierra y hallaron que ya el Señor les tenía prevenida la comida, porque vieron lumbre y pan y un pez sobre las brasas (pescado asado es símbolo de Cristo que ha sufrido), pero Su Majestad les dijo que trajesen de los que ya habían pescado, y tirando a la red San Pedro halló que tenía ciento y cincuenta y tres peces, y con ser tantos no se había rompido la red. Mandóles el Señor que comiesen. Y aunque estaba con ellos tan familiar y afable, ninguno se atrevía a preguntarle quién era, porque los milagros y majestad les causó gran temor de reverencia con el Señor. Repartióles los peces y pan y luego que acabaron de comer se volvió a San Pedro y le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿ámasme tú más que éstos?—Respondió San Pedro: Sí, Señor, tú sabes que yo te amo.—Replicó el Señor: Apacienta mis corderos.—Y luego le preguntó otra vez: Simón, hijo de Juan, ¿ámasme?—Y San Pedro respondió lo mismo: Señor, tú sabes que te amo.—Hizo el Señor tercera vez la misma pregunta: Simón, hijo de Juan, ¿ámasme?—Y con esta tercera vez se entristeció San Pedro y respondió: Señor, tú sabes todas las cosas, y que yo te amo.—Respondióle Cristo nuestro Señor tercera vez: Apacienta mis ovejas.—Con que a él solo lo hizo cabeza de su Iglesia única y universal, dándole la suprema autoridad de vicario suyo sobre todos los hombres. Y para esto le examinó tantas veces en el amor que le tenía, como si con aquel solo se hubiera hecho capaz de la suprema dignidad y él solo le bastara para administrarla dignamente.

1492. Luego el mismo Señor intimó a San Pedro la carga del oficio que le daba y le dijo: De verdad te aseguro que

cuando seas ya viejo, no te has de ceñir como cuando eres mozo, ni has de ir a donde tú quisieres, porque te ceñirá otro y te llevará a donde no quieras.—Entendió San Pedro que le prevenía el Señor la muerte de cruz con que le imitaría y seguiría. Pero como amaba tanto a San Juan Evangelista, deseando saber lo que sería de él, preguntó al Señor: ¿Qué determinas hacer de este tan amado vuestro?—Respondióle Su Majestad: ¿Qué te importa a ti saberlo? Si quiero que él se quede así hasta que venga otra vez al mundo, en mi mano estará. Sigúeme tú y no cuides de lo que yo quiero hacer de él.—De estas razones se levantó entre los Apóstoles un rumor, que San Juan Evangelista no había de morir, pero el mismo Evangelista advierte que Cristo no dijo que no moriría afirmativamente, como consta de las palabras referidas, antes parece que ocultó de intento la voluntad que tenía de la muerte del Evangelista, reservando entonces para sí el secreto. De todos estos misterios y apariciones tuvo María santísima clara inteligencia por la revelación que muchas veces he dicho (Cf. supra n. 990, 534, etc.). Y como archivo de las obras del Señor y depositaría de sus misterios en la Iglesia, los guardaba y confería en su castísimo y prudentísimo pecho. Y luego los Apóstoles, en especial el nuevo hijo San Juan Evangelista, la informaba de todos los sucesos que se ofrecían. Pero la gran Señora perseveraba en su recogimiento los cuarenta días continuos después de la resurrección, y allí gozaba de la vista de su Hijo santísimo y de los Santos y Ángeles, y éstos cantaban al Señor los himnos y alabanzas que la amantísima Madre le hacía y como de su boca los cogían los Ángeles, para celebrar las glorias del Señor de las victorias y virtudes.

Doctrina que me dio la Reina María santísima.

1493. Hija mía, la enseñanza que te doy en este capítulo será también la respuesta del deseo que tienes de entender por qué mi Hijo santísimo se apareció una vez de peregrino, otra como hortelano y por qué no se daba a conocer siempre a la primera vista. Advierte, pues, carísima, que las Marías y los Apóstoles, aunque ya eran discípulos del Señor, y entonces los mejores y más perfectos en comparación de los otros hombres del mundo, con todo eso

en el grado de la perfección y santidad eran párvulos y no tan adelantados como debían en la escuela de tal Maestro. Y así estaban flacos en la fe, y en otras virtudes eran menos constantes y fervorosos de lo que pedía su vocación y beneficios recibidos de la mano del Señor; y las culpas menores de las almas favorecidas y escogidas para la amistad de Dios y su familiar trato pesan en los ojos de su justísima equidad más que algunas culpas graves de otras almas que no son llamadas a esta gracia. Por estas causas los Apóstoles y las Marías, aunque eran amigos del Señor, no estaban dispuestos, con sus culpas y flaqueza, tibieza y flojedad de amor, para que el divino Maestro les comunicase luego los efectos celestiales de su conocimiento y presencia, pero con su paternal amor les hablaba, primero de manifestarse, palabras de vida con que los disponía, ilustrándolos y fervorizándolos. Y cuando en sus corazones renovaba la fe y el amor, entonces se les daba a conocer y les comunicaba la abundancia de su divinidad que sentían y otros admirables dones y gracias con que eran renovados y levantados sobre si mismos. Y cuando comenzaban a gozar de estos favores, se les desaparecía, para que le codiciasen de nuevo con más ardientes deseos de su comunicación y trato dulcísimo. Este fue el misterio de aparecerse disimulado a Santa María Magdalena y a los Apóstoles y discípulos del camino de Emaús. Y lo mismo hace respectivamente con muchas almas que elige para su íntimo trato y comunicación.

1494. Con este orden admirable de la divina Providencia quedarás enseñada y reprendida de las dudas o incredulidad que tantas veces has incurrido en los beneficios y favores que recibes de la divina clemencia de mi Hijo santísimo, en que ya es tiempo moderes los temores que siempre has padecido, porque no pases de humilde a ingrata y de dudosa a pertinaz y tarda de corazón para darles crédito. Y también te servirá de doctrina el ponderar dignamente la prontitud de la inmensa caridad del Altísimo en responder luego a los humildes y contritos de corazón y asistir al punto a los que con amor le buscan y desean y a los que meditan y hablan de su pasión y muerte; todo esto conocerás en San Pedro y en Santa María Magdalena y en los discípulos. Imita, pues, hija mía,

el fervor de Santa María Magdalena en buscar a su Maestro, sin detenerse con los mismos Ángeles, sin alejarse del sepulcro con todos los demás, sin descansar un punto hasta que le halló tan amoroso y suave. Y esto le granjeó también el haberme acompañado a mí en toda la pasión con ardentísimo corazón. Y lo mismo hicieron las otras Marías, con que merecieron las primeras el gozo de la resurrección. Tras ellas le alcanzó la humildad y dolor con que San Pedro lloró su negación, y luego se inclinó el Señor a consolarle y mandar a las Marías que señaladamente le diesen a él nuevas de la resurrección, y luego le visitó y confirmó en la fe y lo llenó de gozo y dones de su gracia. A los dos discípulos, aunque dudaban, porque trataban de su muerte y se compadecían de ella, se les apareció luego antes que a otros. Y te aseguro, hija mía, que ninguna buena obra de las que hacen los hombres con recta intención y corazón se queda sin gran premio de contado, porque ni el fuego en su grande actividad enciende tan presto la estopa muy dispuesta, ni la piedra quitado el impedimento se mueve tan presto para el centro, ni el mar corre en su ímpetu ni va con tanta fuerza como la bondad del Altísimo y su gracia se comunica a las almas cuando ellas se disponen y quitan el óbice de las culpas que detiene como violento al amor divino. Y esta verdad es una de las cosas que mayor admiración causa en los bienaventurados, que la conocen en el cielo. Alábale por esta infinita bondad y también porque con ella saca de los males grandiosos bienes, como lo hizo de la incredulidad de los Apóstoles, en que manifestó el Señor este atributo de su misericordia con ellos; y para todos hizo más creíble su santa resurrección y patente el perdón de los pecados y su benignidad, perdonando a los Apóstoles y como olvidando sus culpas, para buscarlos y aparecérseles, y humanándose con ellos como verdadero padre, alumbrándoles y dándoles doctrina según su necesidad y poca fe.

CAPITULO 28

Algunos ocultos y divinos misterios que a María santísima sucedieron después de la resurrección del Señor y cómo se le dio título de Madre y Reina de la Iglesia y el

aparecimiento de Cristo antes y para la ascensión.

1495. En todo el discurso de esta divina Historia me ha hecho pobre de palabras la abundancia y grandeza de los misterios. Es mucho lo que al entendimiento se le ofrece en la divina luz y poco lo que alcanzan las razones, y en esta desigualdad y defecto he sentido siempre gran violencia, porque la inteligencia es fecunda y la palabra estéril, con que no corresponde el parto de las razones a la preñez del concepto, y quedo siempre con recelo de los términos que elijo y muy descontenta de lo que digo, porque todo es menos y no puedo suplir este defecto ni llenar el vacío entre el hablar y entender. Ahora me hallo en este estado, para declarar lo que se me ha dado a conocer de los misterios ocultos y sacramentos altísimos que tuvo María santísima en los cuarenta días después de la resurrección de su Hijo y nuestro Redentor hasta que subió a los cielos. El estado en que la puso el poder divino fue nuevo y más levantado después de la pasión y resurrección, las obras fueron más ocultas, los favores proporcionados a su eminentísima santidad y a la voluntad ocultísima del que los obraba, porque ella era la regla por donde los medía. Y si todo lo que se me ha manifestado lo hubiera de escribir, fuera necesario extender mucho esta Historia en copiosos libros. Por lo que dijere se podrá rastrear algo de tan divinos sacramentos, para la gloria de esta gran Reina y Señora.

1496. Ya queda dicho arriba, en el principio del capítulo pasado (Cf. supra n. 1477), que en los cuarenta días después de la resurrección del Señor asistía Su Majestad en el cenáculo en compañía de su Madre santísima, cuando no se ausentaba para hacer algunas apariciones, de donde volvía luego a su presencia. Y a cualquier juicio prudente se deja entender que aquel tiempo, cuando los dos, Jesús y María, estaban juntos, le gastarían en obras divinas y admirables sobre todo humano pensamiento. Y lo que de estos sacramentos se me ha dado a conocer es inefable, porque muchos ratos gastaban en coloquios dulcísimos de incomparable sabiduría, que para la amantísima Madre eran de un linaje de gozo inferior al de la visión beatífica, pero sobre todo júbilo y consuelo imaginable. Otras veces

se ocupaban la gran Reina, los patriarcas y santos que allí asistían glorificados en alabar y engrandecer al Muy Alto. Tuvo María santísima noticia y ciencia de todas las obras y merecimientos de los mismos santos, de los beneficios, favores y dones que cada uno había recibido de la diestra del Omnipotente, de los misterios, figuras y profecías que en los antiguos padres habían precedido. Y de todo estaba tan capaz, y lo tenía más presente en su memoria para mirarlo que nosotros para decir el Ave María. Y consideró la prudentísima Señora estos grandes motivos que todos aquellos santos tenían para bendecir y alabar al autor de todos los bienes, y no obstante que siempre lo hacían y lo hacen los santos glorificados con la visión beatífica, con todo eso, por la parte que hablaba con ellos la divina Princesa y la respondían, les dijo que por todos aquellos beneficios y obras del Señor, que en ellos conocía, quería que todos con Su Alteza le magnificasen y alabasen.

1497. Condescendió con la Reina todo aquel sagrado coro de los Santos y ordenadamente comenzaron y prosiguieron este divino ejercicio, de manera que todos hacían un coro y decían un verso cada uno de los bienaventurados y la Madre de la Sabiduría les respondía con otro. Y frecuentando estos alternados y dulces cánticos, decía la gran Señora tantos loores y alabanzas por sí sola, como todos los santos juntos y Ángeles, que también entraban en esto cánticos nuevos y admirables para ellos y para los demás bienaventurados, porque la sabiduría y reverencia que la divina Princesa manifestaba en carne mortal excedía a todos los que estaban fuera de ella y gozando de la visión beata. Todo lo que en estos días hizo María santísima excede a la capacidad y juicio de los hombres. Pero los altos pensamientos y motivos de su divina prudencia fueron dignos de su fidelísimo amor, porque, conociendo que su Hijo santísimo se detenía en el mundo principalmente por ella, para asistirla y consolarla, determinó recompensarle este amor en la forma que le era posible. Y por esto ordenó que no le faltasen al mismo Señor en la tierra las continuas alabanzas y loores que los mismos santos le dieran en el cielo. Y concurriendo ella misma a esta veneración y loores de su Hijo, los levantó de punto, y de la casa del cenáculo hizo cielo.

1498. En estos ejercicios gastó lo más de aquellos cuarenta días, y en ellos hicieron más cánticos e himnos que todos los santos y profetas nos dejaron. Y algunas veces interponían los salmos del Santo Rey y Profeta David y las mismas profecías de la Escritura, como glosando y manifestando sus misterios tan profundos y divinos; y con los Santos Padres que los habían dicho y profetizado señalaban más nuestra Reina, reconociendo aquellos dones y favores que de la divina diestra recibieron, cuando se les revelaron tantos y tan venerables sacramentos. También era admirabilísimo el gozo que recibía cuando respondía a su madre santísima, a su padre San Joaquín, San José y San Juan Bautista y los grandes Patriarcas; y en carne mortal no puede imaginarse otro estado más inmediato a la fruición beatífica que el que entonces tuvo nuestra gran Reina y Señora. Otra gran maravilla sucedió en aquel tiempo, y fue que todas las almas de los justos que acabaron en gracia en aquellos cuarenta días, todas iban al cenáculo, y las que no tenían deuda que pagar eran allí beatificadas. Pero las que debían ir al purgatorio aguardaban allí sin ver al Señor, unos tres, otros cinco, otros más o menos días. Y en este tiempo la Madre de Misericordia satisfacía por ellos con genuflexiones y postraciones y alguna otra penal obra y mucho más con el ardentísimo amor de caridad con que oraba por ellos y les aplicaba los méritos infinitos de su Hijo por satisfacción; y con este socorro se les abreviaba y recompensaba la pena de no ver al Señor, y luego eran beatificados y colocados en el coro de los santos. Y por cada uno que de nuevo entraba en él, hacía la gran Reina otros cánticos altísimos al Señor.

1499. Entre todos estos ejercicios y júbilos de que gozaba la piadosísima Madre con inefable abundancia, no se olvidaba de la miseria y pobreza de los hijos de Eva y desterrados de la gloria, antes como Madre de Misericordia, convirtiendo sus ojos al estado de los mortales, hizo por todos ferventísima oración. Pidió al Eterno Padre dilatase la nueva Ley de Gracia por todo el mundo, multiplicase los hijos de la Iglesia, la defendiese y amparase, y que el valor de la Redención fuese eficaz para todos. Y aunque esta

petición la regulaba en el efecto por los eternos decretos de la sabiduría y voluntad divina, pero en cuanto al afecto de la amantísima Madre a todos se extendía el fruto de la Redención, deseándoles la vida eterna. Y fuera de esta petición general la hizo particular por los Apóstoles, y entre ellos señaladamente por San Juan Evangelista y San Pedro, porque al uno tenía por hijo y al otro por cabeza de la Iglesia. Pidió también por Santa María Magdalena y las Marías, y por todos los demás fieles que entonces pertenecían a la Iglesia, y por la exaltación de la fe y nombre de su Hijo santísimo Jesús.

1500. Pocos días antes de la Ascensión del Señor, estando su Madre santísima en uno de los ejercicios que he dicho en el cenáculo, apareció el Padre Eterno y el Espíritu Santo en un trono de inefable resplandor sobre los coros de los Ángeles y Santos que allí asistían y otros espíritus que de nuevo acompañaban a las divinas personas, luego la del Verbo humanado subió al trono con las otras dos, y la humilde siempre y Madre del Altísimo se postró en tierra retirada a un rincón, donde adoró con suma reverencia a la Beatísima Trinidad y en ella a su mismo Hijo humanado. Mandó luego el Eterno Padre a dos de los supremos Ángeles que llamasen a María santísima, y al punto obedecieron y llegaron a ella y con voces dulcísimas le intimaron la voluntad divina. Levantóse del polvo con profunda humildad, encogimiento y veneración, y acompañada de los Ángeles se llegó a los pies del trono, donde se humilló de nuevo. Y el Eterno Padre la dijo: Amiga, asciende más alto; y obrando estas palabras lo que significaban, con virtud divina fue levantada y puesta en el trono de la Majestad real con las tres Divinas Personas. Causóles nueva admiración a los Santos ver una pura criatura levantada a tan excelente dignidad. Y conociendo la equidad y santidad de las obras del Altísimo, le dieron nueva gloria y alabanza confesándole por Grande, Justo, Poderoso, Santo y Admirable en todos sus consejos.

1501. Habló el Padre con María santísima y le dijo: Hija mía, la Iglesia que mi Unigénito ha fundado y la nueva ley de gracia que ha enseñado en el mundo y el pueblo que ha redimido, todo lo fío de ti y te lo encomiendo.—Dijo luego el

Espíritu Santo: Esposa mía, escogida entre todas las criaturas, mi sabiduría y gracia te comunico, con que se depositen en tu corazón los misterios, obras y doctrina y lo que el Verbo humanado ha hecho en el mundo.—El mismo Hijo habló y dijo: Madre mía amantísima, yo me voy a mi Padre, en mi lugar te dejo y encargo el cuidado de mi Iglesia; te encomiendo a sus hijos y mis hermanos, como mi Padre me los encargó a mí.—Convirtieron luego las tres Divinas Personas sus palabras al coro de los Santos Ángeles y hablando con ellos y con los demás justos y santos dijeron: Esta es la Reina de todo lo criado en el cielo y en la tierra, es la Protectora de la Iglesia, Señora de las criaturas, Madre de piedad, Intercesora por los fieles, Abogada de los pecadores, Madre del amor hermoso y de la santa esperanza y la poderosa para inclinar nuestra voluntad a la clemencia y misericordia. En ella quedan depositados los tesoros de nuestra gracia y su corazón fidelísimo será las tablas donde queda escrita y grabada nuestra ley. En ella se encierran los misterios que nuestra omnipotencia ha obrado para la salvación del linaje humano. Es la obra perfecta de nuestras manos, donde se comunica y descansa la plenitud de nuestra voluntad, sin algún impedimento, con el corriente de nuestras divinas perfecciones. Quien de corazón la llamare no perecerá, quien alcanzare su intercesión conseguirá la eterna vida. Lo que nos pidiere, le será concedido, y siempre haremos su voluntad, oyendo sus ruegos y deseos, porque con plenitud se dedicó toda a nuestro beneplácito.—Oyendo María santísima estos favores tan inefables, se humilló y bajó hasta el polvo, tanto más cuanto la diestra del Altísimo la exaltaba sobre todas las criaturas humanas y angélicas. Y como si fuera la menor de todas, adorando al Señor, se ofreció con prudentísimas razones y ardentísimos afectos para trabajar como fiel sierva en la Santa Iglesia y obedecer con prontitud a la divina voluntad en lo que se le ordenaba. Y desde aquella hora admitió de nuevo el cuidado de la Iglesia evangélica, como Madre amorosa de todos sus hijos; y las peticiones que por ellos había hecho hasta entonces, las renovó desde aquel punto, de manera que por el discurso de su vida fueron incesantes y ferventísimas, como veremos en la tercera parte, donde se conocerá más claro lo que la Iglesia debe a esta gran Reina y Señora y los

beneficios que la mereció y alcanzó. Y de este beneficio y de los que adelante diré, quedó María santísima con un linaje de participación del ser de su Hijo, que no hallo términos para explicarlo, porque le dio una comunicación de sus atributos y perfecciones, correspondiente al ministerio de Madre y Maestra de la Iglesia en lugar del mismo Cristo, y la elevó a otro nuevo ser de ciencia y potestad, con que así de los misterios divinos como de los corazones humanos nada le fue oculto. Y supo y conoció cuándo y cómo había de usar del poder divino que participaba con los hombres, con los demonios y todas las criaturas; y en una palabra, cuanto pudo caber en una pura criatura, todo lo recibió y tuvo con plenitud y dignamente nuestra Reina y Señora. De estos sacramentos se le dio alguna luz a San Juan Evangelista, para que conociera el grado en que le convenía apreciar y estimar el inestimable valor del tesoro que se le había encomendado, y desde aquel día atendió a la gran Señora con nuevo cuidado a venerarla y servirla.

1502. Otras maravillas y favores obró el Altísimo con María santísima en todos aquellos cuarenta días, sin pasar alguno en que no se mostrase poderoso y santo en algún singular beneficio, como quien la quería enriquecer de nuevo antes de su partida para los cielos. Y como ya se cumpliese el tiempo determinado por la misma sabiduría para volverse a su Eterno Padre, habiendo manifestado su resurrección con evidentes apariciones y muchos argumentos, como dice San Lucas (Act 1, 3), últimamente determinó Su Majestad aparecerse y manifestarse de nuevo a toda aquella congregación de apóstoles y discípulos y discípulas estando todos juntos; eran ciento y veinte personas. Esta aparición fue en Jerusalén en el cenáculo el mismo día de la ascensión, tras de la que refiere San Marcos en el último capítulo (Mc 16, 14ss), que todo sucedió en un día. Porque los Apóstoles, después de haber estado en Galilea, a donde les mandó el Señor que fuesen (Mt 28, 10), y después de haberles aparecido allí en el mar de Tiberías, como arriba se dijo (Cf.supra n. 1490), y en el monte que San Mateo dice le adoraron (Mt 28, 17), y que le vieron juntos quinientos discípulos, como dice San Pablo (1 Cor 15, 6); después de estas apariciones volvieron a Jerusalén, disponiéndolo así el

Señor, para que se hallasen a su admirable Ascensión. Y estando los once Apóstoles juntos y reclinados para comer, entró el Señor, como dicen San Marcos (Mc 16, 14) y San Lucas en los Actos Apostólicos [Hechos de los Apóstoles] (Act 1, 4), y comió con ellos con admirable dignación y afabilidad, templando los resplandores y brillantes hermosos de su gloria, para dejarse ver de todos. Y acabada la comida les habló con majestad severa y agradable y les dijo:

1503. Advertid, discípulos míos, que mi Eterno Padre me ha dado toda la potestad en el cielo y en la tierra, y la quiero comunicar a vosotros, para que plantéis mi nueva Iglesia por todo el mundo. Incrédulos y tardos de corazón habéis sido en acabar de creer mi resurrección, pero ya es tiempo que como fieles discípulos míos seáis maestros de la fe para todos los hombres. Predicando mi Evangelio como de mí le habéis oído, bautizaréis a todos los que creyeren, dándoles el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo, que soy yo, y del Espíritu Santo. Y los que creyeren y fueren bautizados serán salvos y los que no creyeren serán condenados. Enseñad a los creyentes a que guarden todo lo que toca a mi Santa Ley. Y en su confirmación los creyentes harán señales y maravillas: lanzarán los demonios de donde estuvieren, hablarán nuevas lenguas, curarán de las mordeduras de las serpientes, y si ellos bebieren mortal veneno no les ofenderá, y darán salud a los enfermos con poner sus manos sobre ellos.—Estas fueron las maravillas que prometió Cristo nuestro Salvador para fundar su Iglesia con la predicación del Evangelio, y todas se cumplieron en los Apóstoles y en los fieles de la primitiva Iglesia. Y para su propagación en lo que falta del mundo y para su conservación donde está plantada, continúa las mismas señales, cuando y como su Providencia conoce ser necesario, porque nunca desampara su Santa Iglesia, que es su esposa dilectísima.

1504. Este mismo día por dispensación divina, mientras el Señor estaba con los once discípulos, se fueron juntando en la casa del cenáculo otros fieles y piadosas mujeres hasta el número de ciento y veinte, que arriba dije; porque el divino

Maestro determinó que se hallasen presentes a su ascensión y primero quiso informar a toda aquella congregación, respectivamente como a los once Apóstoles, de lo que les convenía saber antes de su subida a los cielos y despedirse de todos juntos. Estando así congregados, y unidos en paz y caridad en una sala, que era la en que se celebró la cena, se les manifestó el autor de la vida a todos, y con semblante apacible les habló como padre amoroso y les dijo:

1505. Hijos míos dulcísimos, yo me subo a mi Padre, de cuyo seno descendí para salvar y redimir a los hombres. Por amparo, madre, consoladora y abogada vuestra os dejo en mi lugar a mi Madre, a quien habéis de oír y obedecer en todo. Y así como os tengo dicho que quien a mí me viere verá a mi Padre (Jn 14, 9) y el que me conoce le conocerá también a Él, ahora os aseguro que quien conociere a mi Madre me conocerá a mí, y el que a ella oye a mí oye, y el que la obedeciere me obedecerá a mí, y me ofenderá quien la ofendiere y me honrará quien la honrare a ella. Todos vosotros la tendréis por madre, por superior y cabeza, y también vuestros sucesores. Ella responderá a vuestras dudas, disolverá vuestras dificultades; y en ella me hallaréis siempre que me buscareis, porque estaré en ella hasta el fin del mundo, y ahora lo estoy, aunque el modo es oculto para vosotros.—Y dijo esto Su Majestad, porque estaba sacramentado en le pecho de su Madre, conservándose las especies que recibió en la cena, hasta que se consagró en la primera misa, como adelante diré (Cf. infra p. III n. 125); y cumplió el Señor lo que refiere San Mateo (Mt 28, 20) que les dijo en esta ocasión: Con vosotros estoy hasta el fin del mundo. Añadió más el Señor y dijo: Tendréis a Pedro por suprema cabeza de mi Iglesia, donde le dejo por mi vicario, y como a pontífice supremo le obedeceréis. A Juan tendréis por hijo de mi Madre, como yo lo nombré y señalé desde la cruz.—Miraba el Señor a su Madre santísima que estaba presente y la manifestaba una voluntad como inclinada a mandar a toda aquella congregación que la adorasen y venerasen con el culto que su dignidad de Madre pedía, dejando esto debajo de algún precepto en la Iglesia. Pero la humildísima Señora suplicó a su Unigénito se sirviese de no darle más honra de la que era precisa

para ejecutar todo lo que la dejaba encargado, y que los nuevos hijos de la Iglesia no la diesen más veneración que hasta entonces, porque todo el sagrado culto se encaminase inmediatamente al mismo Señor y sirviese a la propagación del Evangelio y exaltación de su nombre. Admitió Cristo nuestro Salvador esta prudentísima petición de su Madre, reservando el darla más a conocer para el tiempo conveniente y oportuno, aunque ocultamente la hizo tan extremados favores, como diremos en lo restante de esta Historia.

1506. Con la amorosa exhortación que les hizo el divino Maestro a toda aquella congregación, con los misterios que les manifestó y con ver que se despedía para dejarlos, fue incomparable la conmoción que todos sintieron en sus corazones, porque en ellos se encendió la llama del divino amor con viva fe de los misterios de su divinidad y humanidad. Con la memoria de su doctrina y palabras de vida que le habían oído, con el cariño de su agradable vista y conversación, con el dolor de carecer en un punto de tantos bienes juntos, lloraban todos tiernamente, suspiraban de lo íntimo del alma. Quisiéranle detener y no podían, porque tampoco convenía, quisiéranse despedir y no acertaban. Formaban todos en su pecho razones dolorosas entre suma alegría y piadosa pena. Decían: ¿Cómo viviremos sin tal Maestro? ¿Quién nos hablará palabras de vida y de consuelo como las suyas? ¿Quién nos recibirá con tan amoroso y amable semblante? ¿Quién será nuestro Padre y nuestro amparo? Pupilos quedamos y huérfanos en el mundo. Rompieron algunos el silencio y dijeron: ¡Oh amantísimo Señor y Padre nuestro! ¡Oh alegría y vida de nuestras almas! Ahora que te conocemos por nuestro Reparador, ¿te alejas y nos desamparas? Llévanos, Señor, tras de ti, no nos arrojes de tu vista. Oh esperanza nuestra, ¿qué haremos sin tu presencia? ¿A dónde iremos si nos dejas? ¿A dónde encaminaremos nuestros pasos, si no te seguimos como a Padre, Caudillo y Maestro nuestro?—A estas y otras dolorosas razones les respondió Su Majestad que no se apartasen de Jerusalén y perseverasen en oración hasta que les enviase el Espíritu Santo consolador, prometido del Padre, como en el cenáculo se lo había dicho a los Apóstoles. Y tras esto sucedió lo que diré en el

capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1507. Hija mía, justo es que admirándote de los ocultos favores que yo recibí de la diestra del Omnipotente, se despierte tu afecto para bendecirle y darle eternos loores por tan admirables obras. Y aunque te reservo muchas, que conocerás fuera de la carne mortal, pero en ella quiero que desde hoy tengas como por oficio propio tuyo alabar y engrandecer al Señor, porque siendo yo formada de la común masa de Adán, me levantó del polvo y manifestó conmigo el poder de su brazo y obró tan grandes cosas con quien no se las pudo dignamente merecer. Para ejercitarte en estas alabanzas del Altísimo, en mi nombre repite muchas veces el cántico que yo hice de *Magníficat (Lc 1, 46-55),* en que las encerré brevemente. Y cuando estuvieres a solas, lo dirás postrada en tierra y con otras genuflexiones, y sobre todo ha de ser con íntimo afecto de amor y veneración. Este ejercicio señalado por mí será muy agradable y acepto en mis ojos, y le presentaré en los del mismo Señor, si le haces como yo de ti le deseo.

1508. Y porque de nuevo te admiras de que los Evangelistas no escribiesen estas obras del Señor conmigo, te respondo también de nuevo, aunque otras veces te lo he manifestado (Cf. supra n. 1026, 1049; p. III n. 560, 562, 564), porque deseo lo tengan en su memoria todos los mortales. Yo misma ordené a los Evangelistas que no escribiesen de mí más excelencias de las que eran menester para fundar la Iglesia en los artículos de la fe y mandamientos de la divina ley, porque como Maestra de la Iglesia conocí, con la ciencia que el Muy Alto me infundió para este oficio, que esto era entonces así conveniente para sus principios. Y la declaración de mis prerrogativas que estaban encerradas en ser Madre del mismo Dios, y para ésta ser llena de gracias, se reservó por la Divina Providencia para el tiempo oportuno y conveniente, cuando la fe estuviese más declarada y fundada. Y por los tiempos pasados se han ido manifestando algunos misterios que me pertenecen a mí, pero la plenitud de esta luz se te ha dado a ti, que eres una pobre y vil criatura, por la necesidad del

infeliz estado del mundo, en que la divina piedad quiere dar a los hombres este medio tan oportuno, para que todos busquen el remedio y la salvación eterna por mi intercesión. Esto has entendido siempre y más lo conocerás adelante. Pero en primer lugar quiero de ti que te ocupes toda en la imitación de mi vida y en la continua meditación de mis virtudes y obras, para que alcances la victoria que deseas de mis enemigos y tuyos.

CAPITULO 29

La ascensión de Cristo Redentor nuestro a los cielos con todos los Santos que le asistían, y lleva a su Madre santísima consigo para darla la posesión de la gloria.

1509. Llegó la hora felicísima en que el Unigénito del Eterno Padre, que por la Encarnación humana bajó del cielo, había de subir a él con admirable y propia ascensión para asentarse a la diestra que le tocaba como heredero de sus eternidades, engendrado de su sustancia en igualdad y unidad de naturaleza y gloria infinita. Subió tanto porque descendió primero hasta lo inferior de la tierra, como lo dice el Apóstol (Ef 4, 9), dejando llenas todas las cosas que de su venida al mundo, de su vida, muerte y redención humana estaban dichas y escritas, habiendo penetrado como Señor de todo hasta el centro de la tierra y echado el sello a todos sus misterios con éste de su ascensión, en que dejó prometido el Espíritu Santo, que no viniera si primero no subiera a los cielos el mismo Señor, que con el Padre le había de enviar a su nueva Iglesia. Para celebrar día tan festivo y misteriosa eligió Cristo nuestro bien por especiales testigos las ciento y veinte personas, a quien juntó y halló en el cenáculo, como en el capítulo pasado se dijo, que eran María santísima y los once Apóstoles, los setenta y dos discípulos, Santa María Magdalena, Santa Marta y San Lázaro, hermano de las dos, y las otras Marías y algunos fieles, hombres y mujeres, hasta cumplir el número sobre-dicho (Cf. supra n. 1504) de ciento y veinte.

1510. Con esta pequeña grey salió del cenáculo nuestro divino pastor Jesús, llevándolos a todos delante por las

calles de Jerusalén y a su lado a la beatísima Madre. Y luego los Apóstoles y todos los demás por su orden caminaron hacia Betania, que distaba menos de media legua (1 legua ~ 5.556 Km) a la falda del monte Olivete. La compañía de los Ángeles y Santos que salieron del limbo y purgatorio seguían al Triunfador victorioso con nuevos cánticos de alabanza, aunque de su vista sólo gozaba María santísima. Estaba ya divulgada por toda Jerusalén y Palestina la Resurrección de Jesús Nazareno, aunque la pérfida malicia de los príncipes de los sacerdotes procuraba que se asentase el falso testimonio de que los discípulos le habían hurtado, pero muchos no lo admitieron, ni dieron crédito. Y con todo eso dispuso la Divina Providencia que ninguno de los moradores de la ciudad, o incrédulos o dudosos, reparasen en aquella santa procesión que salía del cenáculo ni los impidiesen el camino, porque todos estuvieron justamente inadvertidos, como incapaces de conocer aquel misterio tan maravilloso, no obstante que el capitán y maestro Jesús iba invisible para todos los demás, fuera de los ciento y veinte justos que eligió para que le viesen subir a los cielos.

1511. Con esta seguridad que les previno el poder del mismo Señor, caminaron todos hasta subir a lo más alto del monte Olivete, y llegando al lugar determinado se formaron tres coros, uno de Ángeles, otro de los Santos y el tercero de los Apóstoles y fieles, que se dividieron en dos alas, y Cristo nuestro Salvador hacía cabeza. Luego la prudentísima Madre se postró a los pies de su Hijo y le adoró por verdadero Dios y Reparador del mundo, con admirable culto y humildad, y le pidió su última bendición. Y todos los demás fieles que allí estaban a imitación de su gran Reina hicieron lo mismo, y con grandes sollozos y suspiros preguntaron al Señor si en aquel tiempo había de restaurar el reino de Israel, y Su Majestad les respondió que aquel secreto era de su Eterno Padre y no les convenía saberlo y que por entonces era necesario y conveniente que en recibiendo al Espíritu Santo predicasen en Jerusalén, en Samaría y en todo el mundo los misterios de la Redención humana.

1512. Despedido Su Divina Majestad de aquella santa y

feliz congregación de fieles con semblante apacible y majestuoso, juntó las manos y en su propia virtud se comenzó a levantar del suelo, dejando en él las señales o vestigios de sus sagradas plantas. Y con un suavísimo movimiento se fue encaminando por la región del aire, llevando tras de sí los ojos y el corazón de aquellos hijos primogénitos, que entre suspiros y lágrimas le seguían con el afecto. Y como al movimiento del primer móvil se mueven también los cielos inferiores que comprende su dilatada esfera, así nuestro Salvador Jesús llevó tras de sí mismo los coros celestiales de Ángeles y Santos Padres y los demás que le acompañaban glorificados, unos en cuerpo y alma, otros en solas las almas, y todos juntos y ordenados subieron y se levantaron de la tierra acompañando y siguiendo a su Rey, Capitán y Cabeza. El nuevo y oculto sacramento que la diestra del Altísimo obró en esta ocasión fue llevar consigo a su Madre santísima para darla en el cielo la posesión de la gloria y del lugar que como a Madre verdadera le tenía señalado, y ella con sus méritos adquirido, y para adelante prevenido. De este favor estaba ya capaz la gran Reina antes que sucediese, porque su Hijo santísimo se lo había ofrecido en los cuarenta días que la acompañó después de su milagrosa resurrección. Y porque a ninguna otra criatura humana y viviente se le manifestase este sacramento por entonces, y para que en la congregación de los apóstoles y demás fieles asistiese su divina Maestra, perseverando con ellos en oración hasta la venida del Espíritu Santo, como se dice en los Actos de los Apóstoles (Act 1, 14), obró el poder divino por milagroso y admirable modo que María santísima estuviese en dos partes, quedando con los hijos de la Iglesia siguiéndoles al cenáculo y asistiendo con ellos, y subiendo en compañía del Redentor del mundo, y en su mismo trono, a los cielos, donde estuvo tres días con el más perfecto uso de las potencias y sentidos, y al mismo tiempo en el cenáculo con menos ejercicio de ellos.

1513. Fue la beatísima Señora levantada con su Hijo santísimo y colocada a su diestra, cumpliéndose lo que dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 44, 10), que estuvo la Reina a su diestra con vestido dorado de resplandores de gloria y rodeada de variedad de dones y gracias a vista de los

Ángeles y Santos que ascendían con el Señor. Y para que la admiración de este gran misterio despierte más la devoción, inflame la viva fe de los fieles y los incline a engrandecer al autor de tan rara y no pensada maravilla, advierto a los que leyeren este milagro que, desde que el Muy Alto me declaró su voluntad de que escribiese esta Historia y me intimó mandato para ejecutarlo, repetidísimas veces y en dilatado tiempo y largos años que han pasado me ha manifestado Su Majestad diversos misterios y descubierto grandes sacramentos de los que dejo escritos y diré adelante, porque la alteza del argumento pedía esta prevención y disposición. No lo recibía todo junto, porque no es capaz la limitación de la criatura de tanta abundancia, pero para escribirlo se me renueva la luz por otro modo de cada misterio en particular; y las inteligencias de todos han sido ordinariamente en los días festivos de Cristo nuestro Salvador y de la gran Reina del cielo, y singularmente este sacramento grande, de llevar el Hijo santísimo a su purísima Madre el día de la Ascensión consigo al cielo y quedando en el cenáculo por modo admirable y milagroso, le he conocido consecutivamente algunos años en los mismos días.

1514. La firmeza que trae consigo la verdad divina no deja duda para el entendimiento que la conoce y mira en el mismo Dios, donde todo es luz sin mezcla de tinieblas (1 Jn 1, 5) y se conoce el objeto y la razón; pero para quien oye en relación estos misterios, necesario es dar motivos a la piedad para pedir el crédito de lo que es oscuro, y por esta causa me hallara dudosa en escribir el oculto sacramento de esta subida a los cielos de nuestra Reina si no fuera tan grande falta negarle a esta Historia maravilla y prerrogativa que tanto la engrandece. A mí se me ofreció la duda cuando conocí este misterio la primera vez, pero ahora que le escribo no la tengo, después que dije en la primera parte (Cf. supra p.I n. 331) cómo en naciendo la Princesa de las alturas fue llevada niña al cielo empíreo, y en esta segunda parte dije (Cf. supra n. 72, 90) que sucedió lo mismo dos veces en los nueve días que precedieron a la Encarnación del Verbo, para disponerla dignamente para tan alto misterio. Y si el poder divino hizo con María santísima estos favores tan admirables antes de ser Madre del Verbo,

disponiéndola para que lo fuese, mucho más creíble es que los repetiría después que ya estaba consagrada con haberle tenido en su virginal tálamo, dándole forma humana de su purísima sangre, alimentándole a sus pechos con su leche y criándole como a Hijo verdadero, y después de haberle servido treinta y tres años, siguiéndole e imitándole en su vida, pasión y muerte con la fidelidad que ninguna lengua puede explicar.

1515. En estos favores y misterios de María santísima, muy diferente cosa es investigar la razón por qué el Altísimo los obró en ella, o por qué los ha tenido ocultos tantos siglos en su Iglesia. Lo primero se ha de regular con el poder divino y el amor inmenso que tuvo a su Madre y por la dignidad que la dio sobre todas las criaturas. Y como los hombres en carne mortal no llegan a conocer cabalmente ni la dignidad de Madre, ni el amor que la tuvo y tiene su Hijo y toda la Beatísima Trinidad, ni los méritos y santidad a donde la levantó su omnipotencia, por esta ignorancia limitan el poder divino en obrar con su Madre todo lo que pudo, que fue todo lo que quiso. Pero si a ella sola se dio a sí mismo con tan especial modo como hacerse hijo de su sustancia, consiguiente era en el orden de gracia hacer con ella singularmente lo que con ningún otro ni con todo el linaje humano se debía hacer ni convenía; y con ella no solamente han de ser singulares los favores, beneficios y dones que hizo el Altísimo con su Madre santísima, pero la regla general es que ninguno le negó de cuantos pudo hacer con ella que redundase en su gloria y santidad, después de la de su humanidad santísima.

1516. Pero en manifestar Dios estas maravillas a su Iglesia concurren otras razones de su altísima Providencia, con que la gobierna y le va dando nuevos resplandores según los tiempos y necesidades que con ellos se ofrece. Porque el dichoso día de la gracia, que amaneció al mundo con la Encarnación del Verbo humanado y Redención de los hombres, tiene su mañana y meridiano como tendrá su ocaso, y todo lo dispone la eterna sabiduría como y cuando oportunamente conviene. Y aunque todos los misterios de Cristo y su Madre estén revelados en las divinas Escrituras, mas no todos se

manifiestan igualmente a un mismo tiempo, sino poco a poco ha ido corriendo el Señor la cortina de las figuras y metáforas o enigmas con que se revelaron muchos sacramentos, como encerrados y reservados para su tiempo, como lo están los rayos del sol después de haber salido debajo de la nube que los oculta hasta que se retira. Y no es maravilla que a los hombres se les vaya comunicando por partes alguno de los muchos rayos de esta divina luz, pues los mismos ángeles, aunque conocieron desde su creación el misterio de la Encarnación en sustancia y como en general, como fin a donde se ordenaba todo el ministerio que tienen con los hombres, pero no se les manifestaron a los divinos espíritus todas las condiciones, efectos y circunstancias de este misterio, antes han conocido muchas de ellas después de cinco mil y doscientos y más años de la creación del mundo. Y este nuevo conocimiento de lo que no sabían en particular, les causaba nueva admiración de alabanza y gloria, que daban al autor, como en todo el discurso de esta Historia muchas veces repito (Cf. supra n. 631, 692, 997, 1261, 1286). Y con este ejemplo respondo a la admiración que puede causar a quien oyere de nuevo el misterio que aquí escribo de María santísima, oculto hasta que el Altísimo lo ha querido manifestar, con los demás que dejo escritos y escribiré adelante.

1517. Antes que yo estuviera capaz de estas razones, cuando comencé a conocer este misterio de haber llevado Cristo nuestro Salvador a su Madre santísima consigo en su Ascensión, no fue pequeña mi admiración, no tanto en mi nombre como en los demás a cuya noticia llegara. Y entre otras cosas que entendí entonces del Señor, fue acordarme lo que San Pablo de sí mismo dejó escrito en la Iglesia, cuando refirió el rapto que tuvo hasta el tercero cielo (2 Cor 12, 2), que fue el de los bienaventurados, donde dejó en duda si fue arrebatado en cuerpo o fuera de él, sin afirmar o negar alguno de estos dos modos, antes suponiendo que pudo ser por cualquiera de ellos. Y entedí luego que si al Apóstol en el principio de su conversión le sucedió esto, de manera que pudiese ser llevado al cielo empíreo corporalmente, cuando no habían precedido en él méritos sino culpas, y concederle este milagro al poder divino no tiene peligro ni inconveniente en la Iglesia, ¿cómo se ha de

dudar que haría el mismo Señor este favor a su Madre y más sobre tan inefables merecimientos y santidad? Añadió más el Señor: que si a otros Santos de los que resucitaron en el cuerpo con la resurrección de Cristo se les concedió subir en cuerpo y alma con Su Majestad, más razón había para concederle a su Madre purísima este favor, pues, aunque a ninguno de los mortales se le hiciera este beneficio, a María santísima se le debía en algún modo por haber padecido con el Señor. Y era puesto en razón que con él mismo entrase a la parte del triunfo y del gozo con que llegaba a tomar la posesión de la diestra de su Eterno Padre, para que de la suya la tomase también su propia Madre, que le había dado de su misma sustancia aquella naturaleza humana en que subía triunfante a los cielos. Y así como era conveniente que en esta gloria no se apartasen Hijo y Madre, también lo era que ningún otro del linaje humano en cuerpo y alma llegase primero a la posesión de aquella eterna felicidad que María santísima, aunque fueran su padre y madre y su esposo San José y los demás, que a todos y al mismo Señor e Hijo santísimo Jesús les faltara esta parte de gozo accidental en aquel día sin María santísima y si no entrara con ellos en la patria celestial como Madre de su Reparador y Reina de todo lo criado, a quien ninguno de sus vasallos se debía anteponer en este favor y beneficio.

1518. Estas congruencias me parecen bastantes para que la piedad católica se alegre y consuele con la noticia de este misterio y de los que diré adelante de esta condición en la tercera parte. Y volviendo al discurso de la Historia, digo que nuestro Salvador llevó consigo a su Madre santísima en la subida a los cielos, llena de resplandor y gloria a vista de los Ángeles y Santos, con increíble júbilo y admiración de todos. Y fue muy conveniente por entonces que los Apóstoles y los demás fieles ignorasen este misterio, porque si vieran ascender a su Madre y Maestra con Cristo, los afligiera el desconsuelo sin medida ni recurso de algún alivio, pues no les quedaba otro mayor que imaginar tenían consigo a la beatísima Señora y Madre piadosísima. Con todo eso, fueron grandes los suspiros, lágrimas y clamores que daban de lo íntimo del alma, cuando vieron que su amantísimo Maestro y

Redentor se iba alejando por la región del aire. Y cuando ya le iban perdiendo de vista, se interpuso una nube refulgentísima entre el Señor y los que quedaban en la tierra, y con esta nube se les ocultó de todo punto para dejar de verle. Venía en ella la persona del Eterno Padre, que descendió del supremo cielo a la región del aire a recibir a su Unigénito humanado y a la Madre que le dio el nuevo ser humano en que volvía. Y llegándolos el Padre a sí mismo, los recibió con un abrazo inseparable de infinito amor y nuevo gozo para los Ángeles, que en ejércitos innumerables venían del cielo asistiendo a la Persona del Eterno Padre [en todos los lugares esta presente la consubstancial Beatísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo con sustancia y esencia, pero con gracia santificante e inhabitación solamente en las almas de los justos]. Luego en breve espacio y penetrando los elementos y los orbes celestiales les llegó toda esta divina procesión al lugar supremo del empíreo. Los Ángeles que subían de la tierra con sus Reyes Jesús y María, y los que volvieron de la región del aire, hablaron a la entrada con los demás que quedaron en las alturas y repitieron aquellas palabras del Santo Rey David (Sal 23, 7), añadiendo otras que declaran el misterio, y dijeron:

1519. Abrid, príncipes, abrid vuestras puertas eternales; levántense y estén patentes, para que entre en su morada el gran Rey de la gloria, el Señor de las virtudes, el poderoso en las batallas y fuerte y vencedor, que viene victorioso y triunfador de todos sus enemigos. Abrid las puertas del soberano paraíso, y siempre estén patentes y franqueadas, que sube el nuevo Adán, reparador de todo su linaje humano, rico en misericordias, abundante en los tesoros de sus propios merecimientos, cargado de despojos y primicias de la copiosa Redención que con su muerte obró en el mundo. Ya restauró la ruina de nuestra naturaleza y levantó la humana a la suprema dignidad de su mismo ser inmenso. Ya vuelve con el reino que le dio su Padre de los electos y redimidos. Ya su liberal misericordia les deja a los mortales la potestad para que de justicia pueden adquirir el derecho que perdieron por el pecado, para merecer con la observancia de su ley la vida eterna como hermanos suyos y herederos de los bienes de su Padre; y para mayor

gloria suya y gozo nuestro trae consigo y a su lado a la Madre de piedad, que le dio la forma de hombre en que venció al demonio, y viene nuestra Reina tan agradable y especiosa, que deleita a quien la mira. Salid, salid, divinos cortesanos, veréis a nuestro Rey hermosísimo con la diadema que le dio su Madre, y a su Madre coronada con la gloria que le da su Hijo.

1520. Con este júbilo y el que excede a nuestro pensamiento llegó al cielo empíreo aquella nueva procesión tan ordenada y, puestos a dos coros Ángeles y Santos, pasaron Cristo nuestro Redentor y su beatísima Madre, y todos por su orden les dieron suprema adoración a cada uno y a los dos respectivamente, cantando nuevos cánticos de loores a los autores de la gracia y de la vida. El Eterno Padre asentó a su diestra en el trono de la divinidad al Verbo humanado con tanta gloria y majestad, que puso en nueva admiración y temor reverencial a todos los moradores del cielo, que conocían con visión clara e intuitiva la divinidad de infinita gloria y perfecciones, encerrada y unida sustancialmente en una persona a la humanidad santísima, hermoseada y levantada a la preeminencia y gloria que de aquella inseparable unión le resultaba, que ni ojos le vieron, ni oídos lo oyeron, ni jamás pudo caber en pensamiento criado.

1521. En esta ocasión subió de punto la humildad y sabiduría de nuestra prudentísima Reina, porque entre tan divinos y admirables favores quedó como a la peana del trono real, deshecha en su propio conocimiento de pura y terrena criatura, y postrada adoró al Padre y le hizo nuevos cánticos de alabanza por la gloria que comunicaba a su Hijo, levantando en Él su humanidad deificada en tan excelsa grandeza y gloria. Fue para los Ángeles y Santos nuevo motivo de admiración y gozo al ver la prudentísima humildad de su Reina, de quien como de un dechado vivo copiaban con santa emulación sus virtudes de adoración y reverencia. Oyóse luego una voz del Padre que la decía: *Hija mía, asciende más adelante.* Y su Hijo santísimo también la llamó, diciendo: *Madre mía, levántate y llega al lugar que yo te debo por lo que me has seguido e imitado.* Y el Espíritu Santo dijo: *Esposa mía y amiga mía,*

llega a mis eternos brazos. Y luego se manifestó a todos los bienaventurados el decreto de la Beatísima Trinidad, con que señalaba por lugar y asiento de la felicísima Madre la diestra de su Hijo para toda la eternidad, por haberle dado el ser humano de su misma sangre y por haberle criado, servido, imitado y seguido con plenitud de perfección posible a pura criatura, y que ninguna otra de la humana naturaleza tomase la posesión de aquel lugar y estado inamisible en el grado que le correspondía, antes que la Reina la tuviese y fuese colocada en el que se le señalaba de justicia para después de su vida, como superior en suma distancia a todo el restos de los santos.

1522. En cumplimiento de este decreto fue colocada María santísima en el trono de la Beatísima Trinidad a la diestra de su Hijo santísimo, conociendo ella misma y los demás santos que se le daba la posesión de aquel lugar, no sólo por todas las eternidades, sino también dejando en la elección de su voluntad si quería permanecer en él, sin dejarle desde entonces ni volver al mundo. Porque ésta era como voluntad condicionada de las divinas personas, que cuanto era de parte del Señor se quedase en aquel estado. Y para que ella eligiese se le manifestó de nuevo el que tenía la Iglesia Santa militante en la tierra y la soledad y necesidad de los fieles, cuyo amparo se le dejaba a su elección. Este orden de la admirable Providencia del Altísimo fue dar ocasión a la Madre de Misericordia para que sobreexcediese y aventajase a sí misma y obligase al linaje humano con un acto de piedad y clemencia como el que hizo, semejante al de su Hijo en admitir el estado pasible, suspendiendo la gloria que pudo y debía recibir en el cuerpo para redimirnos. Imitóle en esto también su beatísima Madre, para que en todo fuese semejante al Verbo humanado, y conociendo la gran Señora sin engaño todo lo que se le proponía, se levantó del trono y postrada ante el acatamiento de las tres personas habló y dijo: Dios eterno y todopoderoso, Señor mío, el admitir luego este premio, que vuestra dignación me ofrece, ha de ser para descanso mío. El volver al mundo y trabajar más en la vida mortal entre los hijos de Adán, ayudando a los fieles de Vuestra Santa Iglesia, ha de ser de gloria y beneplácito de Vuestra Majestad y en beneficio de mis hijos los

desterrados y viadores. Yo admito el trabajo y renuncio por ahora este descanso y gozo que de vuestra presencia recibo. Bien conozco lo que poseo y recibo y lo sacrifico al amor que tenéis a los hombres. Admitid, Señor y Dueño de todo mi ser, mi sacrificio, y vuestra virtud divina me gobierne en la empresa que me habéis fiado. Dilátese vuestra fe, sea ensalzado vuestro santo nombre y multipliquese Vuestra Iglesia, adquirida con la sangre de vuestro Unigénito y mío, que yo me ofrezco de nuevo a trabajar por Vuestra gloria y granjear las almas que pudiere.

1523. Esta resignación nunca imaginada hizo la piadosísima Madre y Reina de las virtudes y fue tan agradable en la divina aceptación, que luego se la premió el Señor, disponiéndola con las purificaciones e iluminaciones que otras veces he referido (Cf. supra p.I n. 626ss) para ver la divinidad intuitivamente; que hasta entonces en esta ocasión no la había visto más de por visión abstractiva, con todo lo que había precedido. Y estando así elevada, se le manifestó en visión beatífica y fue llena de gloria y bienes celestiales, que no se pueden referir ni conocer en esta vida.

1524. Renovó en ella el Altísimo todos los dones que hasta entonces la había comunicado y los confirmó y selló de nuevo en el grado que convenía, para enviarla otra vez por Madre y Maestra de la Santa Iglesia, y el título que antes le había dado de Reina de todo lo criado, de Abogada y Señora de los fieles, y como en la cera blanda se imprime el sello, así en María santísima por virtud de la omnipotencia divina se reimprimió de nuevo el ser humano y la imagen de Cristo, para que con esta señal volviese a la Iglesia militante, donde había de ser huerto verdaderamente cerrado y sellado (Cant 4, 12) para guardar las aguas de la vida. ¡Oh misterios tan venerables cuanto levantados! ¡Oh secretos de la Majestad altísima, dignos de toda reverencia! ¡Oh caridad y clemencia de María santísima, nunca imaginada de los ignorantes hijos de Eva! No fue sin misterio poner Dios en su elección de esta única y piadosa Madre el socorro de sus hijos los fieles, traza fue para manifestarnos en esta maravilla aquel

maternal amor que acaso en otras y en tantas obras no acabaríamos de conocer. Orden divino fue, para que ni a ella le faltase esta excelencia, ni a nosotros esta deuda, y nos provocase ejemplo tan admirable. ¿A quién le pareciera mucho, a vista de esta fineza, lo que hicieron los Santos y padecieron los Mártires, privándose de algún momentáneo contentamiento para llegar al descanso, cuando nuestra amantísima Madre se privó del gozo verdadero para volver a socorrer a sus hijuelos? ¿Y cómo excusaremos nuestra confusión, cuando ni por agradecer este beneficio, ni por imitar este ejemplo, ni por obligar a esta Señora, ni por adquirir su eterna compañía y la de su Hijo, aun no queremos carecer de un leve y engañoso deleite, que nos granjea su enemistad y la misma muerte? Bendita sea tal mujer, alábenla los mismos cielos y llámenla dichosa y bienaventurada todas las generaciones.

1525. A la primera parte de esta Historia puse fin con el capítulo 31 de las Parábolas de Salomón, declarando con él las excelentes virtudes de esta gran Señora, que fue la única mujer fuerte de la Iglesia, y con el mismo capítulo puedo cerrar esta segunda parte, porque todo lo comprendió el Espíritu Santo en la fecundidad de misterios que encierran las palabras de aquel lugar. Y en este gran sacramento de que he tratado aquí se verifica con mayor excelencia, por el estado tan supremo en que María santísima quedó después de este beneficio. Pero no me detengo en repetir lo que allí dije, porque con ello se entenderá mucho de lo que aquí podré decir y se declara cómo esta Reina fue la mujer fuerte, cuyo valor y precio vino de lejos y de los últimos fines del cielo empíreo, de la confianza que de ella hizo la Beatísima Trinidad, y no se halló frustrado el corazón de su varón, porque nada le faltó de lo que esperaba de ella. Fue la nave del mercader que desde el cielo trajo el alimento de la Iglesia a la que con el fruto de sus manos la plantó, la que se ciñó de fortaleza, la que corroboró su brazo para cosas grandes, la que extendió sus palmas a los pobres y abrió sus manos a los desamparados, la que gustó y vio cuán buena era esta negociación a la vista del premio en la bienaventuranza, la que vistió a sus domésticos con dobladas vestiduras, la que no se le extinguió la luz en la noche de la tribulación, ni

pudo temer en el rigor de las tentaciones. Para todo esto, antes de bajar del cielo, pidió al Eterno Padre la potencia, al Hijo la sabiduría, al Espíritu Santo el fuego de su amor, y a todas tres Personas su asistencia y para descender su bendición. Diéronsela estando postrada ante su trono y la llenaron de nuevas influencias y participación de la divinidad. Despidiéronla amorosamente, llena de tesoros inefables de su gracia. Los Santos Ángeles y justos la engrandecieron con admirables bendiciones y loores con que volvió a la tierra, como diré en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 3), y lo que obró en la Iglesia Santa el tiempo que convino asistir en ella, que todo fue admiración del cielo y beneficio de los hombres, que trabajó y padeció siempre porque consiguiesen la felicidad eterna. Y como había conocido el valor de la caridad en su origen y principio, en Dios eterno, que es caridad, quedó enardecida en ella, y su pan de día y noche fue caridad, y como abejita oficiosa bajó de la Iglesia triunfante a la militante, cargada de las flores de la caridad, a labrar el dulce panal de miel del amor de Dios y del prójimo, con que alimentó a los hijos pequeñuelos de la primitiva Iglesia y los crió tan robustos y consumados varones en la perfección, que fueron fundamentos bastantes para los altos edificios de la Iglesia Santa.

1526. Y para dar fin a este capítulo, y con él a esta segunda parte, volveré a la congregación de los fieles, que dejamos tan llorosos en el monte Olivete. No los olvidó María santísima en medio de sus glorias, y viendo su tristeza y llanto y que todos estaban casi absortos mirando a la región del aire, por donde su Redentor y Maestro se les había escondido, volvió la dulce Madre sus ojos desde la nube en que ascendía y desde donde los asistía. Y viendo su dolor, pidió a Jesús amorosamente consolase aquellos hijuelos pobres que dejaba huérfanos en la tierra. Inclinado el Redentor del linaje humano con los ruegos de su Madre, despachó desde la nube dos Ángeles con vestiduras blancas y refulgentes, que en forma humana aparecieron a todos los discípulos y fieles y hablando con ellos les dijeron: Varones galileos, no perseveréis en mirar al cielo con tanta admiración, porqué este Señor Jesús, que se alejó de vosotros y ascendió al cielo, otra vez ha de volver con la

misma gloria y majestad que ahora le habéis visto.—Con estas razones, y otras que añadieron, consolaron a los apóstoles y discípulos y a los demás, para que no desfalleciesen y esperasen retirados la venida y consolación que les daría él Espíritu Santo prometido por su divino Maestro.

1527. Pero advierto que estas razones de los Ángeles, aunque fueron de consuelo para aquellos varones y mujeres, fueron también reprensión de su poca fe. Porque si ella estuviera bien informada y fuerte con el amor puro de la caridad, no era necesario ni útil estar mirando al cielo tan suspensos, pues ya no podían ver a su Maestro, ni detenerle con aquel amor y cariño tan sensible que les obligaba a mirar el aire por donde había ascendido al cielo, antes bien con la fe le podían ver y buscar a donde estaba y con ella le hallaran seguramente. Y lo demás era ya ocioso e imperfecto modo de buscarle, pues para obligarle a que los asistiese con su gracia, no era menester que corporalmente le vieran y le hablaran, y el no entenderlo así, en varones tan ilustrados y perfectos era defecto reprensible. Mucho tiempo cursaron los Apóstoles y discípulos en la escuela de Cristo nuestro bien y bebieron la doctrina de la perfección en su misma fuente, tan pura y cristalina, que pudieran estar ya muy espiritualizados y capaces de la más alta perfección. Pero es tan infeliz nuestra naturaleza en servir a los sentidos y contentarse con lo sensible, que aun lo más divino y espiritual quiere amar y gustar sensiblemente; y acostumbrada a esta grosería, tarda mucho en sacudirse y purificarse de ella, y tal vez se engaña, cuando con más seguridad y satisfacción ama al mejor objeto. Esta verdad para nuestra enseñanza se experimentó en los Apóstoles, a quienes el Señor había dicho que de tal manera era verdad y luz que juntamente era camino y que por él habían de llegar al conocimiento de su Eterno Padre; que la luz no es para manifestarse a sí sola, ni el camino es para quedarse en él.

1528. Esta doctrina tan repetida en el Evangelio y oída de la boca del autor mismo y confirmada con el ejemplo de su vida, pudiera levantar el corazón y entendimiento de los Apóstoles a su inteligencia y práctica. Pero el mismo gusto

espiritual y sensible que recibían de la conversación y trato de su Maestro y la seguridad con que le amaban de justicia, les ocupó todas las fuerzas de la voluntad atada al sentido, de manera que aún no sabían pasar de aquel estado, ni advertir que en aquel gusto espiritual se buscaban mucho a sí mismos, llevados de la inclinación al deleite espiritual, que viene por los sentidos. Y si no los dejara su mismo Maestro subiéndose a los cielos, fuera muy difícil apartarlos de su conversación sin grande amargura y tristeza, y con ella no estuvieran idóneos para la predicación del Evangelio, que se debía extender por todo el mundo a costa de mucho trabajo y sudor y de la misma vida de los que le predicaban. Este era oficio de varones no párvulos, sino esforzados y fuertes en el amor, no aficionados ni cariñosos al regalo sensible del espíritu, sino dispuestos a padecer abundancia y penuria, a la infamia y a la buena fama (2 Cor 6, 8), a las honras y deshonras, a la tristeza y alegría, conservando en esta variedad el amor y celo de la honra de Dios, con corazón magnánimo y superior a todo lo próspero y adverso. Con esta reprensión de los Ángeles se volvieron del monte Olívete al cenáculo con María santísima, donde perseveraron con ella en oración, aguardando la venida del Espíritu Santo, como en la tercera parte veremos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1529. Hija mía, a esta segunda parte de mi vida darás dichoso fin con quedar muy advertida y enseñada de la suavidad eficacísima del divino amor y de su liberalidad inmensa con las almas que no le impiden por sí mismas. Más conforme es a la inclinación del sumo bien y su voluntad perfecta y santa regalar a las criaturas que afligirlas, darles consuelos más que aflicciones, premiarlas más que castigarlas, dilatarlas más que contristarlas. Pero los mortales ignoran esta ciencia divina, porque desean que de la mano del sumo bien les vengan las consolaciones, deleites y premios terrenos y peligrosos, y los anteponen a los verdaderos y seguros. Este pernicioso error enmienda el amor divino en ellos, cuando los corrige con tribulaciones y los aflige con adversidades, los enseña con castigos, porque la naturaleza humana es tarda, grosera y rústica, y si no se cultiva y rompe su dureza no da fruto sazonado, ni con sus

inclinaciones está bien dispuesta para el trato amabilísimo y dulce del sumo bien. Y así, es necesario ejercitarla y pulirla con el martillo de los trabajos y renovar en el crisol de la tribulación, con que se haga idónea y capaz de los dones y favores divinos, enseñándose a no amar los objetos terrenos y falaces, donde está escondida la muerte.

1530. Poco me pareció lo que yo trabajé cuando conocí el premio que la bondad eterna me tenía prevenido, y por esto dispuso con admirable providencia que volviese a la Iglesia militante por mi propia voluntad y elección, porque venía a ser este orden de mayor gloria para mí y de exaltación al santo nombre del Altísimo, y se conseguía el socorro de la Iglesia y de sus hijos por el modo más admirable y santo. A mí me pareció muy debido carecer aquellos años que viví en el mundo de la felicidad que tenía en el cielo y volver a granjear en el mundo nuevos frutos de obras y agrado del Altísimo, porque todo lo debía a la bondad divina que me levantó del polvo. Aprende, pues, carísima, de este ejemplo y anímate con esfuerzo para imitarme en el tiempo que la Santa Iglesia se halla tan desconsolada y rodeada de tribulaciones, sin haber de sus hijos quien procure consolarla. En esta causa quiero que trabajes con esfuerzo, orando, pidiendo y clamando de lo íntimo del corazón al Todopoderoso por sus fieles y padeciendo y, si fuere necesario, dando por ella tu propia vida, que te aseguro, hija mía, será muy agradable tu cuidado en los ojos de mi Hijo santísimo y en los míos. Todo sea para gloria y honra del Altísimo, Rey de los siglos, inmortal e invisible, y de su Madre santísima María, por todas sus eternidades.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 17

TERCERA PARTE

CONTIENE LO QUE HIZO DESPUÉS DE LA ASCENSIÓN DE SU HIJO NUESTRO SALVADOR HASTA QUE LA GRAN REINA MURIO Y FUE CORONADA POR EMPERATRIZ DE LOS CIELOS.

INTRODUCCIÓN A LA TERCERA PARTE DE LA DIVINA HISTORIA Y VIDA SANTÍSIMA DE MARÍA MADRE DE DIOS

1. El que navega en un peligroso y alto mar, cuanto más engolfado se halla en él, tanto más suele sentir los temores de las tormentas y los recelos de sus corsarios enemigos, de quien puede ser invadido. Aumentan este cuidado la ignorancia y la flaqueza, porque ni sabe cuándo ni por dónde le acometerá el peligro, ni tampoco es poderoso para divertirle antes qué llegue ni a resistirle cuando llegare. Esto mismo es lo que me sucede a mí, engolfada en el inmenso piélago de la excelencia y grandezas de María santísima, aunque es mar en leche, lleno de serenidad muy tranquila, que así lo conozco y confieso. Y no basta para vencer mis temores el hallarme tan adelante en este océano de la gracia, con dejar escritas la primera y segunda parte de su vida santísima, porque en ella misma, como en espejo inmaculado, he conocido con mayor luz y claridad mi propia insuficiencia y vileza, y con la, más evidente noticia se me representa el objeto de esta divina Historia más impenetrable y menos comprensible para todo entendimiento criado. No descansan tampoco los enemigos, príncipes de las tinieblas, que como corsarios molestísimos pretenden afligirme y desconfiarme con falsas ilusiones y tentaciones llenas de iniquidad y astucia sobre toda mi ponderación. No tiene otro recurso el navegante más de convertir su vista al norte, que como estrella del mar segura y fija le gobierna y guía entre las olas. Yo trabajo por hacer lo mismo en la tormenta de mis varias tentaciones y temores, y convertida al norte de la voluntad divina y a mi estrella María santísima, por donde la conozco con la obediencia, muchas veces afligida, turbada y temerosa clamo de lo íntimo del corazón y digo: Señor y Dios altísimo, ¿qué haré entre mis dudas? ¿Proseguiré

adelante o mudaré de intento en proseguir el discurso de esta Historia? Y Vos, Madre de la gracia y mi Maestra, declaradme vuestra voluntad y de Vuestro Hijo santísimo.

2. Confieso con verdad y como debo a la divina dignación que siempre ha respondido a mis clamores y nunca me ha negado su paternal clemencia, declarándome su voluntad por diversos modos. Y aunque se deja entender esta verdad en la asistencia de la divina luz para dejar escritas la primera y segunda parte, pero sobre este favor son innumerables las veces que el mismo Señor por sí mismo, por su Madre santísima y por sus Ángeles me ha quietado y asegurado, añadiendo firmezas a firmezas y testimonios para vencer mis temores y cobardías. Y lo que más es, que los mismos ángeles visibles, que son los prelados y ministros del Señor en su Santa Iglesia, me han aprobado e intimado la voluntad del Altísimo, para que sin recelos la creyese y ejecutase, prosiguiendo esta divina Historia. Tampoco me ha faltado la inteligencia de la luz o ciencia infusa que con fuerte suavidad y dulce fuerza llama, enseña y mueve a conocer lo más alto de la perfección y lo purísimo de la santidad, lo supremo de la virtud y lo más amable de la voluntad, y que todo esto se me ofrece como encerrado y reservado en esta arca mística de María santísima, como maná escondido, para que lleguen a gustarle y poseerle.

3. Pero con todo esto, para entrar en esta tercera parte y comenzar a escribirla, he tenido nuevas y fuertes contradicciones, no menos difíciles de vencer que para las dos primeras. Y puedo afirmar sin recelo que no dejo escrito período ni palabra ni me determino a escribirla sin reconocer más tentaciones que escribo letras. Y aunque para el embarazo de mis temores me basto yo a mí misma, pues conociéndome la que soy no puedo dejar de ser cobarde ni puedo fiar de mí menos de lo que experimento en mi flaqueza, pero ni esto ni la grandeza del asunto eran los impedimentos que hallaba, aunque no luego los conocí. Presenté al Señor la segunda parte que tenía escrita, como antes lo hice de la primera. Compelíame la obediencia con rigor para dar principio a esta tercera y, con la fuerza que comunica esta virtud a los que se sujetan a ella, animaba

mi cobardía y alentaba el desmayo que reconocía en mí para ejecutar lo que se me mandaba. Pero entre los deseos y dificultades de comenzar, anduve fluctuando algunos días como nave combatida de contrarios y fuertes vientos.

4. Por una parte, me respondía el Señor que prosiguiese lo comenzado, que aquélla era su voluntad y beneplácito, y nunca reconocía otra cosa en mis continuas peticiones. Y aunque alguna vez disimulaba estos órdenes del Altísimo y no los manifestaba luego al prelado y confesor —no por ocultarlos sino para mayor seguridad y para no sospechar que se gobernaba sólo por mis informes—, pero Su Majestad, que en sus obras es tan uniforme, les ponía en el corazón nueva fuerza para que con imperio y preceptos me lo mandasen, como siempre lo han hecho. Por otra parte, la emulación y malicia de la antigua serpiente calumniaba todas las obras y movimientos y despertaba o movía contra mí una tormenta deshecha de tentaciones, que tal vez quería levantarme a lo altivo de su soberbia, otras y muchas me quería abatir a lo profundo de la desconfianza y envolverme en una caliginosa tiniebla de temores desordenados, juntando a éstas otras diversas tentaciones interiores y exteriores, creciendo todas al paso que proseguía esta Historia y más cuando me inclinaba a concluirla. Valióse también del dictamen de algunas personas este enemigo, que por natural obligación debía algún respeto y no me ayudaban a proseguir lo comenzado. Turbaba también a las religiosas que tengo a mi cargo. Parecíame que me faltaba tiempo, porque no había de dejar el seguimiento de la comunidad, que era la mayor obligación de prelada. Y con todos estos ahogos no acababa de asentar ni quietar el interior en la paz y tranquilidad que era necesaria y conveniente para recibir la luz actual e inteligencia de los misterios que escribo; porque ésta no se percibe bien ni se comunica por entero entre los torbellinos de tentaciones que inquietan al espíritu y sólo viene en aire blando y sereno que templa las potencias interiores.

5. Afligida y conturbada de tanta variedad de tentaciones, no cesaban mis clamores, y un día en particular dije al Señor: Altísimo Dueño y bien mío de mi alma, no son ocultos a Vuestra sabiduría mi gemidos y mis

deseos de daros gusto y no errar en Vuestro servicio. Amorosamente me lamento en Vuestra real presencia, porque o me mandáis, Señor, lo que no puedo yo cumplir, o dais mano a Vuestros enemigos y míos para que con su malicia me lo impidan.— Respondióme Su Majestad a esta querella y con alguna severidad me dijo: Advierte, alma, que no puedes continuar lo comenzado ni acabarás de escribir la Vida de mi Madre, si no eres en todo muy perfecta y agradable a mis ojos, porque yo quiero coger en ti el copioso fruto de este beneficio y que tú le recibas la primera con tanta plenitud, y para que lo logres como yo lo quiero, es necesario que se consuma en ti todo lo que tienes de terrena e hija de Adán, los efectos del pecado con tus inclinaciones y malos hábitos.—Esta respuesta del Señor despertó en mí nuevos cuidados y más encendidos deseos de ejecutar todo lo que se me daba a conocer en ella, que no sólo era una común mortificación de las inclinaciones y pasiones, sino una muerte absoluta de toda la vida animal y terrena y una renovación y transformación en otro ser y nueva vida celestial y angélica.

6. Y deseando extender mis fuerzas a lo que se me proponía, examinaba mis inclinaciones y apetitos, rodeaba por las calles y por los ángulos de mi interior y sentía un conato vehemente de morir a todo lo visible y terreno. Padecí en estos ejercicios algunos días grandes aflicciones y desconsuelos, porque al paso de mis deseos crecían también los peligros y ocasiones de divertimientos con criaturas que bastaban para impedirme, y cuanto más quería alejarme de todo tanto más metida y oprimida me hallaba con lo mismo que aborrecía. Y de todo se valía el enemigo para desmayarme, representándome por imposible la perfección de vida que deseaba. A este desconsuelo se juntó otro nuevo y extraordinario con que me hallé impensadamente. Este fue que comencé a sentir en mi persona una nueva disposición de cuerpo tan viva y que me hacía tan sensible para sufrir los trabajos, que los muy fáciles, siendo penales, se me hacían más intolerables que los mayores de hasta entonces. Las ocasiones de mortificación, que antes eran muy sufribles, se me hacían violentísimas y terribles y en todo lo que era padecer dolor sensible me sentía tan débil que me parecían mortales

heridas. Sufrir una disciplina era deliquio hasta desmayar y cada golpe me dividía el corazón, y sin encarecimiento digo que sólo el tocarme una mano con otra me hacía saltar las lágrimas, con grande confusión y desconsuelo mío de verme tan miserable. Y experimenté, haciéndome fuerza a trabajar no obstante el mal que tenía, saltarme por las uñas la sangre.

7. Ignoraba la causa de esta novedad, y discurriendo conmigo misma y diciendo con despecho: ¡Ay de mí! ¿Qué miseria mía es ésta? ¿Qué mudanza la que siento? Mándame el Señor que me mortifique y muera a todo y me hallo ahora más viva y menos mortificada.—Padecí algunos días grandes amarguras y despechos con mis discursos, y para moderarlos me consoló el Altísimo diciéndome: Hija y esposa mía, no se aflija tu corazón con el trabajo y novedad que sientes en padecer tan vivamente. Yo he querido que por este medio queden en ti extinguidos los efectos del pecado y seas renovada para nueva vida y operaciones más altas y de mi mayor agrado, y hasta conseguir este nuevo estado no podrás comenzar lo que te resta de escribir de la Vida de mi Madre y tu Maestra.—Con esta nueva respuesta del Señor recobré algún esfuerzo, porque siempre sus palabras son de vida y la comunican al corazón. Y aunque los trabajos y tentaciones no aflojaban, me disponía a trabajar y pelear, pero desconfiada siempre de mi flaqueza y debilidad y de hallar remedio. Buscábale contra ellas en la Madre de la vida y determiné pedirle con instancias y veras su favor, como a único y último refugio de los necesitados y afligidos y como de quien y por quien a mí, la más inútil de la tierra, me vinieron siempre muchos bienes y beneficios.

8. Postréme a los pies de esta gran Señora del cielo y tierra y, derramando mi espíritu en su presencia, la pedí misericordia y remedio de mis imperfecciones y defectos. Represéntele mis deseos de su agrado y de su Hijo santísimo y ofrecíme de nuevo para su mayor servicio, aunque me costase pasar por fuego y por tormentos y derramar mi sangre. Y a esta petición me respondió la piadosa Madre y dijo: Hija mía, los deseos que de nuevo enciende el Altísimo en tu pecho, no ignoras que son

prendas y efectos del amor con que te llama para su íntima comunicación y familiaridad. Y su voluntad santísima y la mía es que de tu parte los ejecutes para no impedir tu vocación ni retardar más el agrado de Su Majestad que de ti quiere. En todo el discurso de la Vida que escribes te he amonestado y declarado la obligación con que recibes este nuevo y grande beneficio, para que en ti copies la estampa viva de la doctrina que te doy y del ejemplar de mi vida según las fuerzas de la gracia que recibieres. Ya llegas a escribir la última y tercera parte de mi Historia, y es tiempo de que te levantes a mi perfecta imitación y te vistas de nueva fortaleza y extiendas la mano a cosas fuertes (Prov 31, 17-19). Con esta nueva vida y operaciones darás principio a lo que resta de escribir, porque ha de ser ejecutando lo que vas conociendo. Y sin esta disposición no podrás escribirlo, porque la voluntad del Señor es que mi vida quede más escrita en tu corazón que en el papel y en ti sientas lo que escribes para que escribas lo que sientes.

9. Quiero para esto que tu interior se desnude de toda imagen y afecto de lo terreno, para que, alejada y olvidada de todo lo visible, tu conversación y continuo trato sea (Filp 3, 20) con el mismo Señor, conmigo y con sus Ángeles, y todo lo demás fuera de esto ha de ser para ti extraño y peregrino. Con la fuerza de esta virtud y pureza que de ti quiero quebrantarás la cabeza de la antigua serpiente y vencerás la resistencia que te hace para escribir y para obrar. Y porque admitiendo sus vanos temores eres tarda en responder al Señor y en entrar por el camino que él te quiere llevar y en dar crédito a sus beneficios, quiero decirte ahora que por esto su divina Providencia ha dado permiso a este Dragón para que como ministro de su justicia castigue tu incredulidad y el no reducirte a su perfecta voluntad. Y el mismo enemigo ha tomado mano para hacerte caer en algunas faltas, proponiéndote sus engaños vestidos de buena intención y fines virtuosos; y trabajando en persuadirte falsamente que tú no eres para tan grandes favores y tan raros beneficios, porque ninguno mereces, te ha hecho grosera y tarda en el agradecimiento. Y como si estas obras del Altísimo fueran de justicia y no de gracia, te has embarazado mucho en este engaño, dejando de obrar lo mucho que pudieras con la gracia divina y no

correspondiendo a lo que sin méritos propios recibes. Ya, carísima, es tiempo que te asegures y creas al Señor y a mí, que te enseño lo más seguro y más alto de la perfección, que es mi perfecta imitación, y que sea vencida la soberbia y crueldad del Dragón y quebrantada su cabeza con la virtud divina. No es razón que tú la impidas ni retardes, sino que olvidada de todo te entregues afectuosa a la voluntad de mi Hijo santísimo y mía, que de ti queremos lo más santo, loable y agradable a nuestros ojos y beneplácito.

10. Con esta enseñanza de mi divina Señora, Madre y Maestra recibió mi alma nueva luz y deseos de obedecerla en todo. Renové mis propósitos, determíneme a levantarme sobre mí con la gracia del Altísimo y procuré disponerme para que en mí se ejecutase sin resistencia su voluntad divina. Ayúdeme de lo áspero y doloroso de la mortificación, que era penoso para mí, por la viveza y sensibilidad que sentía, como arriba dije (Cf. supra n. 6), pero no cesaba la guerra y resistencia del demonio. Y reconocía que la empresa que intentaba era muy ardua y que el estado a que me llevaba el Señor era de refugio, pero muy alto para la humana flaqueza y gravedad terrena. Bien daré a entender esta verdad y la tardanza de mi fragilidad y torpeza, confesando que todo el discurso de mi vida ha trabajado el Señor conmigo para levantarme del polvo y del estiércol de mi vileza, multiplicando beneficios y favores que exceden a mi pensamiento. Y aunque todos los ha encaminado su diestra poderosa para este fin y no conviene ahora ni es posible referirlos, pero tampoco me parece justo callarlos todos, para que se vea en qué lugar tan ínfimo nos puso el pecado y qué distancia interpuso entre la criatura racional y el fin de las virtudes y perfección de que es capaz y cuánto cuesta restituirla a él.

11. Algunos años antes de lo que ahora escribo recibí un beneficio grande y repetido por la divina diestra. Y fue un linaje de muerte, como civil, para las operaciones de la vida animal y terrena, y a esta muerte se siguió en mí otro nuevo estado de luz y operaciones. Pero como siempre queda el alma vestida de la mortal y terrena corrupción, siempre siente este peso que la abruma y atierra, si no renueva el Señor sus maravillas y favorece y ayuda con la

gracia. Renovó en mí en esta ocasión la que he dicho (Cf. supra n. 9) por medio de la Madre de piedad, y hablándome esta dulcísima Señora y gran Reina me dijo en una visión: Atiende, hija mía, que ya tú no has de vivir tu vida, sino la de tu esposo Cristo en ti; Él ha de ser vida de tu alma y alma de tu vida. Para esto quiere por mi mano renovar en ti la muerte de la antigua vida que antes se ha obrado contigo y renovar la vida que de ti queremos. Sea manifiesto desde hoy al cielo y a la tierra que murió al mundo sor María de Jesús, mi hija y sierva, y que el brazo del Altísimo hace esta obra, para que esta alma viva con eficacia en sólo aquello que la fe enseña. Con la muerte natural se deja todo, y esta alma, alejada de ello, por última voluntad y testamento entregó su alma a su Criador y Redentor y su cuerpo a la tierra del propio conocimiento y al padecer sin resistencia. De esta alma nos encargamos mi Hijo santísimo y yo, para cumplir su última voluntad y fin si con ella nos obedeciere con prontitud. Y celebramos sus exequias con los moradores de nuestra corte, para darle la sepultura en el pecho de la humanidad del Verbo eterno, que es el sepulcro de los que mueren al mundo en la vida mortal. Desde ahora no ha de vivir en sí ni para sí con operaciones de Adán, porque en todas se ha de manifestar en ella la vida de Cristo, que es su vida. Y yo suplico a su piedad inmensa mire a esta difunta y reciba su alma sólo para sí mismo y la reconozca por peregrina y extraña en la tierra y moradora en lo superior y más divino. Y a los Ángeles ordeno la reconozcan por compañera suya y la traten y comuniquen como si estuviera libre de la carne mortal.

12. A los demonios mando dejen a esta difunta, como dejan a los muertos que no son de su jurisdicción ni tienen parte en ellos, pues ya desde hoy ha de quedar más muerta a lo visible que los mismos difuntos al mundo. Y a los hombres conjuro que la pierdan de vista y la olviden, como olvidan a los muertos, para que así la dejen descansar y no la inquieten en su paz. Y a ti, alma, te mando y amonesto te imagines como los que dieron fin al siglo en que vivían y están para eterna vida en presencia del Altísimo; quiero que tú en el estado de la fe los imites, pues la seguridad del objeto y la verdad es la misma en ti que en ellos. Tu conversación ha de ser en las alturas, tu

trato con el Señor de todo lo criado y esposo tuyo, tus conferencias con los Ángeles y Santos, y toda tu atención ha de estar en mí, que soy tu Madre y Maestra. Para todo lo demás terreno y visible ni has de tener vida ni movimiento, operaciones ni acciones, más que las que tiene un cuerpo muerto, que ni muestra vida ni sentimiento en cuanto le sucede y se hace con él. No te han de inquietar los agravios, ni moverte las lisonjas, no has de sentir injurias ni levantarte por las honras, no has de conocer la presunción ni derribarte la desconfianza, no has de consentir en ti efecto alguno de la concupiscencia y de la ira, porque tu dechado en estas pasiones ha de ser un cuerpo ya difunto libre de ellas. Ni tampoco del mundo debes aguardar más correspondencia que la que tiene con un cuerpo muerto, que olvida luego a los mismos que antes alababa viviendo, y hasta el que le tenía por más íntimo y muy propio procura con presteza quitarle de sus ojos, aunque sea padre o hermano, y por todo pasa el difunto sin quejarse ni sentirse por ofendido, ni el muerto tampoco hace caso de los vivos y menos atiende a ellos ni a lo que deja entre los vivos.

13. Y cuando así te hallares ya difunta, sólo resta que te consideres alimento de gusanos y vilísima corrupción muy despreciable, para que seas sepultada en la tierra de tu propio conocimiento, de tal manera que tus sentidos y pasiones no tengan osadía de despedir mal olor ante el Señor ni entre los que viven por estar mal cubiertas y enterradas, como sucede a un cuerpo muerto. Mayor será el horror, a tu entender, que tú causarás a Dios y a los Santos manifestándote viva al mundo o menos mortificadas tus pasiones, que les causarían a los hombres los cuerpos muertos sobre la tierra descubiertos. Y el usar de tus potencias, ojos, oídos, tacto y los demás para servir al gusto o al deleite, ha de ser para ti tan grande novedad o escándalo como si vieras a un difunto qué se movía. Pero con esta muerte quedarás dispuesta y preparada para ser esposa única de mi Hijo santísimo y verdadera discípula e hija mía carísima. Tal es el estado que de ti quiero y tan alta la sabiduría que te he de enseñar en seguir mis pisadas y en imitar mi vida, copiando en ti mis virtudes en el grado que te fuere concedido. Este ha de ser el fruto de escribir mis excelencias y los altísimos sacramentos que te mani-

fiesta el Señor de mi santidad. No quiero que salgan del depósito de tu pecho, sin dejar obrada en ti la voluntad de mi Hijo y mía, que es tu suma o grande perfección. Pues bebes las aguas de la sabiduría en su origen, que es el mismo Señor, y no será razón que tú quedes vacía y sedienta de lo que a otras administras, ni acabes de escribir esta Historia sin que logres la ocasión y este gran beneficio que recibes. Prepara tu corazón con esta muerte que de ti quiero y conseguirás mi deseo y tuyo.

14. Hasta aquí habló conmigo la gran Señora del cielo en esta ocasión, y en otras muchas me ha repetido esta doctrina de vida saludable y eterna, de que dejo escrito mucho en las doctrinas que me ha dado en los capítulos de la primera y segunda parte y diré más en esta tercera. Y en todo se conocerá bien mi tardanza y desagradecimiento a tantos beneficios, pues me hallo siempre tan atrasada en la virtud y tan viva hija de Adán, habiéndome prometido esta gran Reina y su poderoso Hijo tantas veces que si muero a lo terreno y a mí misma me levantarán a otro estado y habitación muy encumbrada, que de nuevo y de gracia se me promete con el favor divino. Esta es una soledad y desierto en medio de las criaturas, sin tener comercio con ellas y participando solamente de la vista y comunicación del mismo Señor y de su Madre santísima y los Santos Ángeles y dejando gobernar todas mis operaciones y movimientos por la fuerza de su divina voluntad para los fines de su mayor gloria y honra.

15. En todo el discurso de mi vida desde mi niñez me ha ejercitado el Altísimo con algunos trabajos de continuas enfermedades, dolores y otras molestias de criaturas. Pero creciendo los años creció también el padecer con otro nuevo ejercicio, con que he olvidado mucho todos los demás, porque ha sido una espada de dos filos que ha penetrado hasta el corazón y dividido mi espíritu y el alma, como dice el Apóstol (Heb 4,12). Este ha sido el temor que muchas veces he insinuado y por que he sido reprendida en esta Historia. Mucho le sentí desde niña, pero descubrióse y excedió de punto después que entré religiosa y me apliqué toda a la vida espiritual y el Señor se comenzó a manifestar

más a mi alma. Desde entonces me puso el mismo Señor en esta cruz o en esta prensa el corazón, temiendo si iba por buen camino, si sería engañada, si perdería la gracia y amistad de Dios. Aumentóse mucho este trabajo con la publicidad que incautamente causaron algunas personas en aquel tiempo con grande desconsuelo mío y con los terrores que otros me pusieron de mi peligro. De tal manera se arraigó en mi corazón este vivo temor, que jamás ha cesado ni he podido vencerle del todo con la satisfacción y seguridad que mis confesores y prelados me han dado, ni con la doctrina que me han enseñado, con las reprensiones que me han corregido, ni otros medios de que para esto se han valido. Y lo que más es, aunque los Ángeles y la Reina del cielo y el mismo Señor continuamente me quietaban y sosegaban y en su presencia me sentía libre, pero en saliendo de la esfera de aquella luz divina luego era combatida de nuevo con increíble fuerza, que se conocía ser del infernal Dragón y de su crueldad, con que era turbada, afligida y contristada, temiendo el peligro en la verdad, como si no lo fuera. Y donde más cargaba la mano este enemigo era en ponerme terror si lo comunicaba con mis confesores, en especial al prelado que me gobernaba, porque ninguna cosa más teme este príncipe de las tinieblas que la luz y potestad que tienen los ministros del Señor.

16. Entre la amargura de este dolor y un deseo ardentísimo de la gracia y no perder a Dios he vivido muchos años, alternándose en mí tantos y tan varios sucesos que sería imposible referirlos. La raíz de este temor creo era santa, pero muchas ramas habían sido infructuosas, aunque de todas sabe servirse la sabiduría divina para sus fines; y por esto daba permiso al enemigo que me afligiese, valiéndose del remedio del mismo beneficio del Señor, porque el temor desordenado y que impide, aunque quiere imitar al bueno, es malo y del demonio. Mis aflicciones a tiempos han llegado a tal punto, que me parece nuevo beneficio no haber acabado conmigo en la vida mortal y más en la del alma. Pero el Señor, a quien los mares y los vientos obedecen y todas las cosas le sirven, que administra su alimento a toda criatura en el tiempo más oportuno, ha querido por su divina dignación

hacer tranquilidad en mi espíritu, para que la goce con más treguas, escribiendo lo que resta de esta Historia. Algunos años hace que me consoló Su Divina Majestad, prometiéndome por sí que me daría quietud y gozaría de interior paz antes de morir y que el Dragón estaba tan furioso contra mí, rastreando que le faltaría tiempo para perseguirme.

17. Y para escribir esta tercera parte, me habló Su Majestad un día y con singular agrado y dignación me dijo estas razones: Esposa y amiga mía, yo quiero aliviar tus penas y moderar tus aflicciones; sosiégate, paloma mía, y descansa en la segura suavidad de mi amor y de mi poderosa y real palabra, que con ella te aseguro soy yo el que te hablo y elijo tus caminos para mi agrado. Yo soy quien te llevo por ellos y estoy a la diestra de mi Eterno Padre y en el sacramento de la Eucaristía con las especies del pan y vino. Y esta certeza te doy de mi verdad, para que te quietes y asegures; porque no te quiero, amiga mía, para esclava sino para hija y esposa y para mis regalos y delicias. Basten ya los temores y amarguras que has padecido. Venga la serenidad y sosiego de tu afligido corazón.—Estos regalos y aseguraciones del Señor, muchas veces repetidos, pensará alguno que no humillan y que sólo es gozar, y es de manera que me abaten el corazón hasta lo último del polvo y me llenan de cuidados y recelos por mi peligro. Quien al contrario imaginase, sería poco experimentado y capaz de estas obras y secretos del Altísimo. Cierto es que yo he tenido novedad en mi interior y mucho alivio en las molestias y tentaciones de estos desordenados temores, pero el Señor es tan sabio y poderoso que, si por una parte asegura, por otra despierta al alma y la pone en nuevos cuidados de su caída y peligros, con que no la deja levantar de su conocimiento y humillación.

18. Yo puedo confesar que con éstos y otros continuos favores el Señor no tanto me ha quitado los temores cuanto me los ha ordenado; porque siempre vivo con pavor si le disgustaré o perderé, cómo seré agradecida y corresponderé a su fidelidad, cómo amaré con plenitud a quien por sí es sumo bien, y a mí me tiene tan merecido el amor que puedo darle y aun lo que no puedo. Poseída de estos recelos y por mi grande miseria, cuitadez y muchas

culpas, dije en una de estas ocasiones al Muy Alto: Amor mío dulcísimo, y Dueño y Señor de mi alma, aunque tanto me aseguráis para aquietar mi turbado corazón, ¿cómo puedo yo vivir sin mis temores en los peligros de tan penosa y temerosa vida, llena de tentaciones y asechanzas, si tengo mi tesoro en vaso frágil, débil y más que otra alguna criatura?—Respondióme con paternal dignación y me dijo: Esposa y querida mía, no quiero que dejes el temor justo de ofenderme, pero es mi voluntad que no te turbes ni contristes con desorden, impidiéndote para lo perfecto y levantado de mi amor. A mi Madre tienes por dechado y maestra, para que ella te enseñe y tú la imites. Yo te asisto con mi gracia y te encamino con mi dirección; dime, pues, qué me pides o qué quieres para tu seguridad y quietud.

19. Repliqué al Señor y con el rendimiento que yo pude le dije: Altísimo Señor y Padre mío, mucho es lo que me pedís, aunque lo debo todo a Vuestra bondad y amor inmenso; pero conozco mi flaqueza e inconstancia y sólo me aquietaré con no ofenderos ni con un breve pensamiento ni movimiento de mis potencias, sino que mis acciones todas sean de Vuestro beneplácito y agrado.—Respondióme Su Majestad: No te faltarán mis continuos auxilios y favores si tú me correspondes. Y para que mejor lo hagas, quiero hacer contigo una obra digna del amor con que te amo. Yo pondré desde mi ser inmutable hasta tu pequeñez una cadena de mi especial Providencia, que con ella quedes asida y presa, de manera que, si por tu flaqueza o voluntad hicieres algo que disuene a mi agrado, sientas una fuerza con que yo te detenga y vuelva para mí. Y el efecto de este beneficio conocerás desde luego y le sentirás en ti misma, como la esclava que está asida con prisiones para que no huya.

20. El Todopoderoso ha cumplido esta promesa con gran júbilo y bien de mi alma, porque entre otros muchos favores y beneficios —que no conviene referirlos ni son para este intento— ninguno ha sido para mí tan estimable como éste. Y no sólo le reconozco en los peligros grandes, sino en los más pequeños, de manera que, si por negligencia o descuido omito alguna obra o ceremonia santa, aunque no sea más de humillarme en el coro o besar

la tierra cuando entro para adorar al Señor, como lo usamos en la religión, luego siento una fuerza suave que me tira y avisa de mi defecto y no me deja, cuánto es de su parte, cometer una pequeña imperfección. Y si algunas veces caigo en ella como flaca, está luego a la mano esta fuerza divina y me causa tan grande pena que me divide el corazón. Y este dolor sirve entonces de freno con que se detiene cualquiera inclinación desordenada y de estímulo para buscar luego el remedio de la culpa o imperfección cometida. Y como los dones del Señor son sin penitencia (Rom 9, 29), no sólo no me ha negado Su Majestad el que recibo con esta misteriosa cadena, mas antes bien, por su divina dignación, un día, que fue el de su santo nombre y circuncisión, conocí que tresdoblaba esta cadena, para que con mayor fuerza me gobernase y fuese más invencible, porque el cordel tresdoblado, como dice el Sabio (Ecl 4, 12), con dificultad se rompe. Y de todo necesita mi flaqueza, para no ser vencida de tan importunas y astutas tentaciones como fabrica contra mí la antigua serpiente.

21. Estas se fueron acrecentando tanto por este tiempo, no obstante los beneficios y mandatos referidos del Señor y la obediencia y otros que no digo, que todavía recateaba comenzar a escribir esta última parte de esta Historia, porque de nuevo sentía contra mí el furor de las tinieblas y sus potestades que me querían sumergir. Así lo entendí y me declararé con lo que dijo San Juan Evangelista en el capítulo 12 del Apocalipsis (Ap 12, 15-17). Que el Dragón grande y rojo arrojó de su boca un río de agua contra aquella Mujer divina, a quien perseguía desde el cielo, y como no pudo anegarla ni tocarla se convirtió muy airado contra las reliquias y semilla de aquella gran Señora, que están señaladas con el testimonio de Cristo Jesús en su Iglesia. Conmigo estrenó su ira esta antigua serpiente por el tiempo que voy tratando, turbándome y obligándome, en la forma que puede, a cometer algunas faltas que me embarazaban para la pureza y perfección de vida que me pedían y para escribir lo que me mandaban. Y perseverando esta batalla dentro de mí misma, llegó el día que celebramos la fiesta del Santo Ángel Custodio, que es el primero de marzo [actualmente Ángeles Custodios: 2 de octubre]. Estando en el coro en maitines, sentí de improviso

un ruido o movimiento muy grande, que con temor reverencial me encogió y humilló hasta la tierra. Luego vi gran multitud de Ángeles que llenaban la región del aire por todo el coro, y en medio de ellos venía uno de mayor refulgencia y hermosura como en un estrado y tribunal de juez. Entendí luego que era el Arcángel San Miguel. Y al punto me intimaron que los enviaba el Altísimo con especial potestad y autoridad para hacer juicio de mis descuidos y culpas.

22. Yo deseaba postrarme en tierra y reconocer mis yerros, para llorarlos humillada ante aquellos soberanos jueces, y por estar en presencia de las religiosas no me atreví a darles qué notar con postrarme corporalmente, pero con el interior hice lo que me fue posible, llorando con amargura mis pecados. Y en el ínterin conocí cómo los Santos Ángeles, hablando y confiriendo entre sí mismos, decían: Esta criatura es inútil, tarda y poco fervorosa en obrar lo que el Altísimo y nuestra Reina la mandan, no acaba de dar crédito a sus beneficios y a las continuas ilustraciones que por nuestra mano recibe. Privémosla de todos estos beneficios, pues no obra con ellos, ni quiere ser tan pura ni tan perfecta como la enseña el Señor, ni acaba de escribir la Vida de su Madre santísima, como se le ha ordenado tantas veces; pues si no se enmienda, no es justo que reciba tantos y tan grandes favores y doctrina de tanta santidad.—Oyendo estas razones se afligió mi corazón y creció mi llanto, y llena de confusión y dolor hablé a los Santos Ángeles con íntima amargura y les prometí la enmienda de mis faltas hasta morir por obedecer al Señor y a su Madre santísima.

23. Con esta humillación y promesas templaron algo los espíritus angélicos la severidad que mostraban. Y con más blandura me respondieron que, si yo cumplía con diligencia lo que les prometía, me aseguraban que siempre con su favor y amparo me asistirían y admitirían por su familiar y compañera para comunicar conmigo, como ellos lo hacen entre sí mismos. Agradecíles este beneficio y les pedí lo hiciesen por mí con el Altísimo. Y desaparecieron, advirtiéndome que para el favor que me ofrecían los había de imitar en la pureza, sin cometer culpa ni imperfección

con advertencia, y ésta era la condición de esta promesa.

24. Después de todos éstos y otros muchos sucesos, que no conviene referir, quedé más humillada, como quien se conocía más reprendida, más ingrata y más indigna de tantos beneficios, exhortaciones y mandatos. Y llena de confusión y dolor conferí conmigo misma cómo ya no tenía excusa ni disculpa para resistir a la voluntad divina en todo lo que conocía y a mí tanto me importaba. Y tomando resolución eficaz de hacerlo o morir en la demanda, anduve arbitrando algún medio poderoso y sensible que me despertase y me compeliese en mis inadvertencias y me diese aviso para que, si fuese posible, no quedasen en mí operaciones ni movimiento imperfecto y en todo obrase lo más santo y agradable a los ojos del Señor. Fui a mi confesor y prelado y pedíle con el rendimiento y veras posibles que me reprendiese severamente y me obligase a ser perfecta y cuidadosa en todo lo más ajustado a la divina voluntad y que yo ejecutase lo que quería la divina Majestad de mí. Y aunque en este cuidado era vigilantísimo, como quien estaba en lugar de Dios y conocía su santísima voluntad y mi camino, pero no siempre me podía asistir ni estar presente, por las ausencias a que le obligaban los oficios de la religión y prelacia. Determiné también hablar a una religiosa que me asistía más, rogándole que me dijese de ordinario alguna palabra de reprensión y aviso o de temor que me excitase y moviese. Todos estos medios y otros intentaba con el ardiente deseo que sentía de dar gusto al Señor, a su Madre santísima y Maestra de mi virtud, a los Santos Ángeles, cuya voluntad era una misma de mi aprovechamiento en la mayor perfección.

25. En medio de estos cuidados, me sucedió una noche que el Santo Ángel de mi guarda se me manifestó con particular agrado y me dijo: El Muy Alto quiere condescender con tus deseos y que yo haga contigo el oficio que tú quieres y ansiosa buscas quien le ejerza. Yo seré tu fiel amigo y compañero para avisarte y despertar tu atención, y para esto me hallarás presente como ahora en cualquiera ocasión y tiempo que volvieres a mí los ojos con deseos de más agradar a tu Señor y Esposo y guardarle entera fidelidad. Yo te enseñaré a que le alabes

continuamente y conmigo lo harás alternando sus loores y te manifestaré nuevos misterios y tesoros de su grandeza, te daré particulares inteligencias de su ser inmutable y perfecciones divinas. Y cuando estuvieres ocupada por la obediencia o caridad y cuando por alguna negligencia te divirtieres a lo exterior y terreno, yo te llamaré y avisaré para que atiendas al Señor, y para esto te diré alguna palabra, y muchas veces será esta: ¿Quién como Dios, que habita en las alturas y en los humildes de corazón? (Sal 112, 5) Otras, te acordaré tus beneficios recibidos de la diestra del Altísimo y lo que debes a su amor. Otras, que le mires y levantes a él tu corazón. Pero en estas advertencias has de ser puntual, atenta y obediente a mis avisos.

26. No quiere tampoco el Altísimo ocultarte un favor que hasta ahora has ignorado entre tantos que de su liberalísima bondad has recibido, para que desde ahora le agradezcas. Este es, que yo soy uno de los mil Ángeles que servimos de custodios a nuestra gran Reina en el mundo y de los señalados con la divisa de su admirable y santo nombre. Atiende a mí y lo verás en mi pecho.—Advertí luego y conocíle cómo le tenía escrito con grande resplandor, y recibí nueva consolación y júbilo de mi alma. Prosiguió el Santo Ángel y dijo: También me manda que te advierta cómo de estos mil Ángeles muy pocos y raras veces somos señalados para guardar otras almas, y si algunas hasta ahora hemos guardado todas han sido del número de los Santos y ninguna de los réprobos. Considera, pues, oh alma, tu obligación de no pervertir este orden, porque si con este beneficio te perdieras tu pena y castigo fuera de los más severos de todos los condenados y tú fueras conocida por la más infeliz e ingrata entre las hijas de Adán. Y el haber sido tú favorecida con este beneficio de que yo te guardase, que fui de los custodios de nuestra gran reina María santísima y Madre de nuestro Criador, fue orden de su altísima Providencia por haberte elegido entre los mortales en su mente divina para que escribieras la Vida de su beatísima Madre y la imitases, y para todo te enseñase yo y te asistiese como testigo inmediato de sus divinas obras y excelencias.

27. Y aunque este oficio le hace principalmente la

gran Señora por sí misma, pero yo después te administro las especies necesarias para declarar lo que la divina Maestra te ha enseñado, y te doy otras inteligencias que el Altísimo ordena, para que con mayor facilidad escribas los misterios que te ha manifestado. Y tú tienes experiencia de todo, aunque no siempre conocías el orden y sacramento escondido de esta providencia, y que el mismo Señor, usando de ella especialmente contigo, me señaló para que con suave fuerza te compeliese a la imitación de su purísima Madre y nuestra Reina y a que en su doctrina la sigas y obedezcas, y desde esta hora ejecutaré este mandato con mayor instancia y eficacia. Determínate, pues, a ser fidelísima y agradecida a tan singulares beneficios y caminar a lo alto y encumbrado de la perfección que se pide y enseña. Y advierte que cuando alcanzaras la de los supremos serafines, quedaras muy deudora a tan copiosa y liberal misericordia. El nuevo modo de vida que de ti quiere el Señor se contiene y se cifra en la doctrina que recibes de nuestra gran Reina y Señora y en lo demás que entenderás y escribirás en esta tercera parte. Óyelo con rendido corazón y agradécelo humillada, ejecútalo solícita y cuidadosa, que si lo hicieres serás dichosa y bienaventurada.

28. Otras cosas que me declaró el Santo Ángel no son necesarias para este intento. Pero he dicho lo que en esta introducción dejo escrito, así para manifestar en parte el orden que el Altísimo ha tenido conmigo para obligarme a escribir esta Historia, como también para que en algo se conozcan los fines de su sabiduría para que escriba; que son, no para mí sola, sino para todos los que desearen lograr el fruto de este beneficio, como medio poderoso para hacer eficaz el de nuestra Redención cada uno en sí mismo. Conoceráse también que la perfección cristiana no se alcanza sin grandes peleas con el demonio y con incesante trabajo en vencer y sujetar las pasiones y malas inclinaciones de nuestra depravada naturaleza. Sobre todo esto, para dar principio a esta tercera parte, me habló la divina Madre y Maestra y con agradable semblante me dijo: Mi bendición eterna y la de mi Hijo santísimo vengan sobre ti, para que escribas lo que resta de mi vida, para que lo obres y ejecutes con la perfección que deseamos. Amén.

LIBRO VII

CONTIENE CÓMO LA DIESTRA DIVINA PROSPERÓ A LA REINA DEL CIELO DE DONES ALTÍSIMOS, PARA QUE TRABAJASE EN LA SANTA IGLESIA; LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO; EL COPIOSO FRUTO DE LA REDENCIÓN Y DE LA PREDICACIÓN DE LOS APÓSTOLES; LA PRIMERA PERSECUCIÓN DE LA IGLESIA; LA CONVERSIÓN DE SAN PABLO Y VENIDA DE SANTIAGO A ESPAÑA; LA APARICIÓN DE LA MADRE DE DIOS EN ZARAGOZA Y FUNDACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

CAPITULO 1

Quedando asentado nuestro Salvador Jesús a la diestra del Eterno Padre, descendió del cielo a la tierra María santísima, para que se plantase la nueva Iglesia con su asistencia y magisterio.

1. A la segunda parte de esta Historia puse dichoso fin, dejando en el cenáculo y en el cielo empíreo a nuestra gran Reina y Señora, María santísima, asentada a la diestra de su Hijo y Dios eterno, asistiendo en ambas partes, por el modo milagroso que queda dicho (Cf. supra p. II n. 1512) le concedió la diestra divina de estar su santísimo cuerpo en dos partes, que en su gloriosa Ascensión, para hacerla más admirable, la llevó consigo el Hijo de Dios y suyo a darla la posesión de los premios inefables que hasta entonces había merecido y señalarle el lugar que por ellos y los demás que había de merecer le tenía prevenido desde su eternidad. Dije también (Cf. supra p. II n. 1522) cómo la Beatísima Trinidad dejó en la elección libre de esta divina Madre si quería volver al mundo para consuelo de los primitivos hijos de la Iglesia evangélica y para su fundación, o si quería eternizarse en aquel felicísimo estado de su gloria sin dejar la posesión que de él la daban. Porque la voluntad de las tres divinas personas, como debajo de aquella condición, se inclinaban, con el amor que a esta singular criatura tenían, a conservarla en aquel abismo en que estaba absorta y no restituirla otra vez al mundo entre los desterrados hijos de

Adán. Y por una parte parece que pedía esto la razón de justicia, pues ya el mundo quedaba redimido con la pasión y muerte de su Hijo, a que ella había cooperado con toda plenitud y perfección. Y no quedaba en ella otro derecho de la muerte, no sólo por el modo con que padeció sus dolores en la de Cristo nuestro Salvador, como en su lugar queda declarado (Cf. supra p. II n. 1264, 1341, 1381), sino también porque la gran Reina nunca fue pechera de la muerte, del demonio, ni del pecado, y así no le tocaba la ley común de los hijos de Adán. Y sin morir como ellos, deseaba el Señor —a nuestro modo de entender— que tuviese otro tránsito con que pasara de viadora a comprensora y del estado de la mortalidad al inmortal y no muriera en la tierra la que en ella no había cometido culpa que la mereciese, y en el mismo cielo podía el Altísimo pasarla de un estado a otro.

2. Por otra parte, sólo quedaba la razón de parte de la caridad y humildad de esta admirable y dulcísima Madre, porque el amor la inclinaba a socorrer a sus hijos y que el nombre del Altísimo fuese manifestado y engrandecido en la nueva Iglesia del Evangelio. Deseaba también entrar a muchos fieles a la profesión de la fe con su solicitación e intercesión e imitar a sus hijos y hermanos del linaje humano con morir en la tierra, aunque no debía pagar este tributo, pues no había pecado. Y con su grandiosa sabiduría y admirable prudencia conocía cuán estimable cosa era merecer el premio y la corona, más que por algún breve tiempo poseerla, aunque sea de gloria eterna. Y no fue esta humilde sabiduría sin premio de contado, porque el Eterno Padre hizo notoria a todos los cortesanos del cielo la verdad de lo que Su Majestad deseaba y lo que María santísima elegía por el bien de la Iglesia militante y socorro de los fieles. Y todos conocieron en el cielo lo que es justo conozcamos ahora en la tierra; que el mismo Padre Eterno así, como dice San Juan Evangelista (Jn 3, 16), amó al mundo, que dio a su Unigénito para que le redimiese, así también dio otra vez a su hija María santísima, enviándola desde su gloria para plantar la Iglesia que Cristo su artífice había fundado; y el mismo Hijo dio para esto a su amantísima y dilecta Madre y el Espíritu Santo a su dulcísima Esposa. Y tuvo este beneficio otra condición que le subió de punto, porque vino sobre las injurias que Cristo

nuestro Redentor había recibido en su pasión y afrentosa muerte, con que desmereció el mundo este favor. ¡Oh infinito amor! ¡Oh caridad inmensa! ¡Cómo se manifiesta que las muchas aguas de nuestros pecados no le pueden extinguir!

3. Cumplidos tres días enteros que María santísima estuvo en el cielo gozando en alma y cuerpo la gloria de la diestra de su Hijo y Dios verdadero y admitida su voluntad de volver a la tierra, partió de lo supremo del empíreo para el mundo con la bendición de la Beatísima Trinidad. Mandó Su Majestad a innumerable multitud de Ángeles que la acompañasen, eligiendo para esto de todos los coros y muchos de los supremos serafines más inmediatos al trono de la divinidad. Recibióla luego una nube o globo de refulgentísima luz, que la servía de litera preciosa o relicario que movían los mismos serafines. No pueden caber en humano pensamiento y en vida mortal la hermosura y resplandores exteriores con que esta divina Reina venía, y es cierto que ninguna criatura viviente la pudiera ver o mirar naturalmente sin perder la vida. Y por esto fue necesario que el Altísimo encubriera su refulgencia a los que la miraban, hasta que se fuesen templando las luces y rayos que despedía. A sólo el Evangelista San Juan se le concedió que viese a la divina Reina en la fuerza y abundancia que la redundó de la gloria que había gozado. Bien se deja entender la hermosura y gran belleza de esta magnífica Reina y Señora de los cielos, bajando del trono de la Beatísima Trinidad, pues a San Moisés Legislador y Profeta le resultaron en su cara tantos resplandores de haber hablado con Dios en el monte Sinaí (Ex 34, 29), donde recibió la ley, que los israelitas no los podían sufrir ni mirarle al rostro (2 Cor 3, 13); y no sabemos que el profeta viese claramente la divinidad y, cuando la viera, es muy cierto que no llegara esta visión a lo mínimo de la que tuvo la Madre del mismo Dios.

4. Llegó al cenáculo de Jerusalén la gran Señora, como sustituta de su Hijo santísimo en la nueva Iglesia evangélica. Y en los dones de la gracia que le dieron para este ministerio venía tan próspera y abundante, que fue admiración nueva para los Ángeles y como asombro de los

Santos, porque era una estampa viva de Cristo nuestro Redentor y Maestro. Bajó de la nube de luz en que venía y sin ser vista de los que asistían en el cenáculo se quedó en su ser natural, en cuanto no estar más de en aquel lugar. Y al punto la Maestra de la santa humildad se postró en tierra y pegándose con el polvo dijo: Dios altísimo y Señor mío, aquí está este vil gusanillo de la tierra, reconociendo que fui formada de ella, pasando del no ser al ser que tengo por Vuestra liberalísima clemencia. Reconozco también, oh altísimo Padre, que Vuestra dignación inefable me levantó del polvo, sin merecerlo yo, a la dignidad de Madre de Vuestro Unigénito. De todo mi corazón alabo y engrandezco Vuestra bondad inmensa, porque así me habéis favorecido. Y en agradecimiento de tantos beneficios, me ofrezco a vivir y trabajar de nuevo en esta vida mortal todo lo que Vuestra voluntad santa ordenare. Sacrificome por vuestra fiel sierva y de los hijos de la Iglesia Santa, y a todos los presento ante Vuestra inmensa caridad y pido que los miréis como Dios y Padre clementísimo, y de lo íntimo de mi corazón Os lo suplico. Por ellos ofrezco en sacrificio el carecer de Vuestra gloria y descanso para servirlos y el haber elegido con entera voluntad padecer, dejando de gozaros, privándome de Vuestra clara vista por ejercitarme en lo que es tan de Vuestro agrado.

5. Despidiéronse de la Reina los Santos Ángeles que habían venido a acompañarla desde el cielo, para volverse a él, dando a la tierra nuevos parabienes de que dejaban en ella por moradora a su gran Reina y Señora. Y advierto que, escribiendo yo esto, me dijeron los santos príncipes que por qué no usaba más en esta Historia de llamar a María santísima Reina y Señora de los Ángeles, que no me descuidase en hacerlo en lo que restaba por el gran gozo que en esto reciben. Y por obedecerlos y darles gusto la nombraré con este título muchas veces de aquí adelante. Y volviendo a la Historia, es de advertir que los tres días primeros que estuvo la divina Madre en el cenáculo después de haber bajado del cielo, los pasó muy abstraída de todo lo terreno, gozando de la redundancia del júbilo y admirables efectos de la gloria que en los otros tres había recibido en el cielo. De este oculto sacramento sólo el Evangelista San Juan tuvo noticia entonces entre todos los

mortales, porque en una visión se le manifestó cómo la gran Reina del cielo había subido a él con su Hijo santísimo y la vio descender con la gloria y gracias que volvió al mundo para enriquecer la Iglesia. Con la admiración de tan nuevo misterio estuvo San Juan Evangelista dos días como suspendido y fuera de sí, y sabiendo que ya su santísima Madre había descendido de las alturas, deseaba hablarla y no se atrevía.

6. Entre los fervores del amor y el encogimiento de la humildad estuvo el amado Apóstol batallando consigo casi un día. Y vencido del afecto de hijo, se resolvió a ponerse en presencia de su divina Madre en el cenáculo y, cuando iba, se detuvo y dijo: ¿Cómo me atreveré a lo que me pide el deseo, sin saber primero la voluntad del Altísimo y la de mi Señora? Pero mi Redentor y Maestro me la dio por madre y me favoreció y obligó a mí con título de hijo; pues mi oficio es servirla y asistirla, y no ignora Su Alteza mi deseo y no le despreciará; piadosa y suave es y me perdonará; quiero postrarme a sus pies.—Con esto se determinó San Juan Evangelista y pasó a donde estaba la divina Reina en oración con los demás fieles. Y al punto que levantó los ojos a mirarla, cayó en tierra postrado, con los efectos semejantes a los que él mismo y los dos Apóstoles sintieron en el Tabor cuando a su vista se transfiguró el Señor, porque eran muy semejantes a los resplandores de nuestro Salvador Jesús los que percibió San Juan Evangelista en el rostro de su Madre santísima. Y como le duraban aún las especies de la visión en que la vio descender del cielo fue con mayor fuerza oprimida su natural flaqueza y cayó en tierra. Con la admiración y gozo que sintió estuvo así postrado casi una hora, sin poderse levantar. Adoró profundamente a la Madre de su mismo Criador. Y no pudieron extrañar esto los demás Apóstoles y discípulos que asistían en el cenáculo, porque a imitación de su divino Maestro y con el ejemplar y enseñanza de María santísima, en el tiempo que estuvieron los fieles aguardando al Espíritu Santo muchos ratos de la oración que tenían era en cruz y postrados.

7. Estando así postrado el humilde y santo Apóstol, llegó la piadosa Madre y le levantó del suelo, y manifestándose

con el semblante más natural se le puso ella de rodillas y le habló y dijo: Señor, hijo mío, ya sabéis que vuestra obediencia me ha de gobernar en todas mis acciones, porque estáis en lugar de mi Hijo santísimo y mi Maestro para ordenarme todo lo que debo hacer, y de nuevo quiero pediros que cuidéis de hacerlo por el consuelo que tengo de obedecer.—Oyendo el santo Apóstol estas razones, se confundió y admiró sobre lo que en la gran Señora había visto y conocido y se volvió a postrar en su presencia, ofreciéndose por esclavo suyo y suplicándola que ella le mandase y gobernase en todo Y en esta porfía perseveró San Juan Evangelista algún rato, hasta que vencido de la humildad de nuestra Reina, se sujetó a su voluntad y quedó determinado a obedecerla en mandarla, como ella lo deseaba; porque éste era para él el mayor acierto, y para nosotros raro y poderoso ejemplo con que se reprende nuestra soberbia y nos enseña a quebrantarla. Y si confesamos que somos hijos y devotos de esta divina Madre y Maestra de humildad, debido y justo es imitarla y seguirla. Quedáronle al Evangelista tan impresas en el entendimiento y potencias interiores las especies del estado en que vio a la gran Reina de los Ángeles, que por toda su vida le duró aquella imagen en su interior. Y en esta ocasión, cuando la vio descender del cielo, exclamó con grande admiración, y las inteligencias que de ella tuvo las declaró después el Santo Evangelista en el Apocalipsis, en particular en el capítulo 21, como diré en el siguiente.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora de los ángeles.

8. Hija mía, habiéndote repetido tantas veces hasta ahora que te despidas de todo lo visible y terreno y mueras a ti misma y a la participación de hija de Adán, como te he amonestado y enseñado en la doctrina que has escrito en la primera y segunda parte de mi vida, ahora te llamo con nuevo afecto de amorosa y piadosa madre, y te convido de parte de mi Hijo santísimo, de la mía y de sus Ángeles, que también te aman mucho, para que olvidada de todo lo demás que tiene ser te levantes a otra nueva vida más alta y celestial, inmediata a la eterna felicidad. Quiero que te alejes del todo de Babilonia y de tus enemigos y sus falsas

vanidades con que te persiguen, y te avecindes a la Ciudad Santa de la celestial Jerusalén y vivas en sus atrios, donde te ocupes toda en mi verdadera y perfecta imitación, y por ella con la divina gracia llegues a la íntima unión de mi Señor y tu divino y fidelísimo Esposo. Oye, pues, carísima, mi voz con alegre devoción y prontitud de ánimo. Sigúeme fervorosa, renovando tu vida con el dechado que escribes de la mía, y atiende a lo que yo hice después que volví al mundo de la diestra de mi Hijo santísimo. Medita y penetra con todo cuidado mis obras, para que, según la gracia que recibieres, vayas copiando en tu alma lo que entendieres y escribieres. No te faltará el favor divino, porque el Altísimo no quiere negarle nada a quien de su parte hace lo que puede y para lo que es de su agrado y beneplácito, si tu negligencia no lo desmerece. Prepara tu corazón y dilata sus espacios, fervoriza tu voluntad, purifica tu entendimiento y despeja tus potencias de toda imagen y especie de criaturas visibles, para que ninguna te embarace, ni obligue a cometer ni una leve culpa o imperfección, y el Altísimo pueda depositar en ti su oculta sabiduría, y tú estés preparada y pronta para obrar con ella todo lo más agradable a nuestros ojos, que te enseñaremos.

9. Tu vida desde hoy ha de ser como quien la recibe resucitada después de haber muerto a la que tuvo primero. Y como el que recibe este beneficio suele volver a la vida renovado y casi peregrino y extraño en todo lo que antes amaba, mudando los deseos y reformadas y extinguidas las calidades que antes había tenido y en todo procede diferente, a este modo y con mayor alteza quiero que tú, hija mía, seas renovada, porque has de vivir como si de nuevo participaras los dotes del alma en la forma que te es posible con el poder divino que obrará en ti. Pero es necesario para estos efectos tan divinos que tú te ayudes y prepares todo el corazón, quedando libre y como una tabla muy rasa, donde el Altísimo con su dedo escriba y dibuje como en cera blanda y sin resistencia imprima el sello de mis virtudes. Quiere Su Majestad que seas instrumento en su poderosa mano para obrar su voluntad santa y perfecta, y el instrumento no resiste a la del artífice, y si tiene voluntad usa de ella sólo para dejarse mover. Ea pues,

carísima, ven, ven a donde yo te llamo y advierte que si en el sumo bien es natural comunicarse y favorecer a sus criaturas en todos tiempos, pero en el siglo presente quiere este Señor y Padre de las misericordias manifestar más su liberal clemencia con los mortales, porque se les acaba el tiempo y son pocos los que se quieren disponer para recibir los dones de su poderosa diestra. No pierdas tú tan oportuna ocasión, sígueme y corre tras mis pisadas y no contristes al Espíritu Santo en detenerte, cuando te convida a tanta dicha con maternal amor y tan alta y perfecta doctrina.

CAPITULO 2

Que el Evangelista San Juan en el capítulo 21 del Apocalipsis habla a la letra de la visión que tuvo, cuando vio descender del cielo a María santísima Señora nuestra.

10. Al oficio y dignidad tan excelente de hijo de María santísima, que dio nuestro Salvador Jesús en la cruz al Apóstol San Juan Evangelista, como señalado por objeto de su divino amor, era consiguiente que fuera secretario de los inefables sacramentos y misterios de la gran Reina que a otros eran más ocultos. Y para esto le fueron revelados muchos que antes habían precedido en ella y le hicieron como testigo ocular del secreto misterioso que sucedió el día de la Ascensión del Señor a los cielos, concediéndole a esta águila sagrada que viese subir al sol Cristo nuestro bien con luz doblada siete veces, como
dice San Isaías Profeta Mayor (Is 30, 26), y a la luna con luz como del sol, por la similitud que con él tenía. Viola el felicísimo Evangelista subir y estar a la diestra de su Hijo, y viola también descender, como queda dicho (Cf. supra n. 5), con nueva admiración, porque vio y conoció la mudanza y renovación con que bajaba al mundo, después de la inefable gloria que en el cielo había recibido con tan nuevos influjos de la divinidad y participación de sus atributos. Ya nuestro Salvador Jesús había prometido a los Apóstoles que antes de subir al cielo dispondría con su Madre santísima que estuviese con ellos en la Iglesia para su consuelo y enseñanza, como se dijo en el fin de la segunda parte (Cf.

supra p. II n. 1505). Pero el Apóstol San Juan, con el gozo y admiración de ver a la gran Reina a la diestra de Cristo nuestro Salvador, se olvidó por algún rato de aquella promesa y absorto con tan impensada novedad llegó a temer o recelarse si la divina Madre se quedaría allá en la gloria que gozaba. Y en esta duda padeció San Juan Apóstol y Evangelista entre el júbilo que sentía otros amorosos deliquios que le afligieron mucho, hasta que renovó la memoria de las promesas de su Maestro y Señor y vio de nuevo que su Madre santísima descendía a la tierra.

11. Los misterios de esta visión quedaron impresos en la memoria de San Juan Evangelista y jamás los olvidó, ni los demás que le fueron revelados de la gran Reina de los Ángeles, y con ardentísimo deseo quería el sagrado evangelista dejar noticia de ellos en la Santa Iglesia. Pero la humildad prudentísima de María Señora nuestra le detuvo para que mientras ella vivía no los manifestase, antes los guardase ocultos en su pecho para cuando el Altísimo ordenase otra cosa, porque no convenía hacerlos antes manifiestos y notorios al mundo. Obedeció el Apóstol a la voluntad de la divina Madre. Y cuando fue tiempo y disposición divina que antes de morir el Evangelista enriqueciera a la Iglesia con el tesoro de estos ocultos sacramentos, fue orden del Espíritu Santo que los escribiese en metáforas y enigmas tan difíciles de entender, como la Iglesia lo confiesa. Y fue así conveniente que no quedasen patentes a todos, sino cerrados y sellados como las perlas en el nácar o en la concha y el oro en los escondidos minerales de la tierra, para que con nueva luz y diligencia los sacase la Santa Iglesia cuando tuviese necesidad y en el ínterin estuviesen como en depósito en la oscuridad de las Sagradas Escrituras que los doctores santos confiesan, en especial el libro del Apocalipsis.

12. De la providencia que tuvo el Altísimo en ocultar la grandeza de su Madre santísima en la primitiva Iglesia he hablado algo en el discurso de esta divina Historia (Cf. supra p. II n. 413) y no me excuso de renovar aquí esta advertencia por la admiración que causarán de nuevo a quien los fuere ahora conociendo. Y para vencer la duda, si alguno la tuviere, ayudará mucho considerar lo que varios

santos y doctores advierten, que ocultó Dios a los judíos el cuerpo y sepultura de San Moisés, Legislador y Profeta, (Dt 34, 6) por excusar que aquel pueblo, tan pronto en idolatrías, no errase con ella dando adoración al cuerpo del profeta que tanto había estimado o que le venerase con algún culto supersticioso y vano. Y por la misma razón dicen que cuando San Moisés escribió la creación del mundo y de todas sus criaturas, aunque los Ángeles eran la parte más noble de ellas, no declaró su creación el profeta con palabras propias, antes la encerró en aquellas que dijo: *Crió Dios la luz (Gen 1, 3);* dejando lugar para que por ellas se pudiera entender la luz material que alumbra a este mundo visible, significando también en oculta metáfora aquellas luces sustanciales y espirituales que son los Santos Ángeles, de quien no convenía dejar entonces más clara noticia.

13. Y si al pueblo hebreo se le pegó el contagio de la idolatría con la comunicación y vecindad de la gentilidad, tan inclinada y ciega en dar divinidad a todas las criaturas que les parecían grandes, poderosas o superiores en alguna potencia, mucho mayor peligro tuvieran los mismos gentiles de este error si, cuando se les comenzaba a predicar el Evangelio y la fe de Cristo nuestro Salvador, se les propusiera juntamente la excelencia de su Madre santísima. Y en prueba de esta verdad basta el testimonio de San Dionisio Areopagita, [Día 9 de octubre: Lutétiae Parisiórum natális sanctórum Mártyrum Dionysii Areopagítae Epíscopi, Rústici Presbyteri, et Eleuthérii Diáconi. Ex his Dionysius, ab Apóstolo Paulo baptizátus, primus Atheniénsium Epíscopus ordinátus est; deínde Romam venit, atque inde a beato Clemente, Romano Pontífice, in Gállias praedicándi grátia diréctus est, et ad praefátam urbem devénit; ibíque, cum per áliquot annos commíssum sibi opus fidéliter prosecútus esset, tándem, a Praefécto Fescenníno, post gravíssima tormentórum genera, una cum Sóciis, gládio animadvérsus, martyrium complévit.] que con haber sido filósofo tan sabio que conoció entonces al Dios de la naturaleza, con todo esto, cuando ya era católico y llegó a ver y hablar a María santísima, dijo que si la fe no le enseñara que era pura criatura, la tuviera y adorara por Dios. En este peligro in-

currieran fácilmente los gentiles más ignorantes y confundieran la divinidad del Redentor, que debían creer, con la grandeza de su Madre purísima, si se les propusiera todo junto, y pensaran que también ella era Dios como su Hijo, pues eran tan semejantes en la santidad. Pero ya este peligro ha cesado, estando tan arraigada la ley y fe del Evangelio en la Iglesia y tan ilustrada con la doctrina de los sagrados doctores y tantas maravillas como Dios ha obrado en esta manifestación del Redentor. Y con tanta luz sabemos que sólo Él es Dios y hombre verdadero, lleno de gracia y de verdad, y que su Madre es pura criatura y sin tener divinidad fue llena de gracia, inmediata a Dios y superior a todo el resto de las criaturas. Y en este siglo tan ilustrado con las verdades divinas sabe el Señor cuándo y cómo conviene dilatar la gloria de su Madre santísima, manifestando los enigmas y secretos de las Sagradas Escrituras, donde la tiene encerrada.

14. El misterio de que voy hablando, con otros muchos de nuestra gran Reina, escribió el Evangelista en el capítulo 21 del Apocalipsis debajo de metáforas, en particular llamando a María santísima Ciudad Santa de Jerusalén y describiéndola con las condiciones que por todo aquel capítulo prosigue. Y aunque en la primera parte le declaré por más extenso en tres capítulos que le dividí ajustándole, como se me dio a entender, al misterio de la Inmaculada Concepción de la beatísima Madre, ahora es fuerza explicarle del misterio de bajar la Reina de los Ángeles del cielo a la tierra después de la ascensión de su Hijo santísimo. Y no se entiende por esto que haya alguna contradicción y repugnancia en estas explicaciones, porque entrambas caben en la letra del texto sagrado, pues no hay duda que la divina sabiduría pudo en unas mismas palabras comprender ajustadamente muchos misterios y sacramentos, y en una palabra que habla podernos entender dos cosas, como dice Santo Rey y Profeta David (Sal 61, 12), que las entendió sin equivocación ni repugnancia. Y ésta es una de las causas de la dificultad de la Sagrada Escritura, y necesaria para que la oscuridad la hiciese más fecunda y estimable y llegasen los fieles a tratarla con mayor humildad, atención y reverencia. Y el estar tan llena de sacramentos y metáforas fue porque en este

estilo y palabras se pueden significar mejor muchos misterios sin violencia de los términos más propios.

15. Esto se entenderá mejor en el misterio de que hablamos, porque el Evangelista dice (Ap 21, 2) que vio *descender del cielo la Ciudad Santa de Jerusalén nueva y adornada,* etc. Y no hay duda que la metáfora de ciudad le conviene con verdad a María santísima y que descendió del cielo ahora, después de haber subido a él con su Hijo benditísimo, y antes, en la Concepción Inmaculada, en que descendió de la mente divina, donde como tierra nueva y cielo nuevo estuvo formada, y se declaró en la primera parte. Y el Evangelista entendió entrambos estos sacramentos cuando la vio descender corporalmente en la ocasión de que hablamos y los encerró en aquel capítulo. Y así es necesario ahora explicarle a este intento, aunque se repita de nuevo la letra del sagrado texto, pero será con más brevedad, por lo que ya queda dicho en la primera explicación. Y en ésta hablaré en nombre del Evangelista para ceñirme más en ella.

16. *Y vi* —dice San Juan Evangelista— *un cielo nuevo y tierra nueva, porque se fue el primer cielo y primera tierra y no hay mar* (Ap 21, 1). Cielo nuevo y tierra nueva llamó a la humanidad santísima del Verbo Encarnado y a la de su divina Madre, cielo por la habitación y nuevo por la renovación. En Cristo Jesús nuestro Salvador habita la divinidad en unidad de persona, por sustancial unión indisoluble. En María por singular modo de gracia después de Cristo. Y estos cielos son ya nuevos, porque la humanidad pasible, que llagada y muerta estuvo en el sepulcro, la vio levantada y colocada a la diestra de su Eterno Padre, coronada de la gloria y dotes que mereció con su vida y muerte. Y vio también a la Madre que le dio este ser pasible y cooperó a la Redención del linaje humano asentada a la diestra de su Hijo y absorta en el océano de la divina luz inaccesible, participando la gloria de su Hijo como Madre y que la mereció de justicia por sus obras de inefable caridad. Llamó también cielo nuevo y tierra nueva a la patria de los vivientes, renovada con la lucerna del Cordero, con los despojos de sus triunfos y con la presencia de su Madre, que como reyes verdaderos habían tomado la

posesión del reino, que será eterno. Renováronle con su vista y nuevo gozo que han comunicado a sus antiguos moradores y con los nuevos hijos de Adán que a él han traído para poblarle como ciudadanos y vecinos que jamás le pierdan. Con esta novedad se fue ya el primer cielo y la primera tierra, no sólo porque el cielo de la humanidad santísima de Cristo y el de María, donde vivió como en primer cielo, se fueron a las eternas moradas, llevando a ellas la tierra del ser humano, sino también porque a este antiguo cielo y tierra pasaron los hombres del ser pasible al estado de la impasibilidad. Fuéronse los rigores de la justicia y llegó el descanso. Pasó el invierno de los trabajos (Cant 2, 11) y vino el verano de la alegría y gozo eterno. Fuese asimismo la primera tierra y cielo de todos los mortales porque, entrando Cristo nuestro bien con su Madre santísima en la celestial Jerusalén, se rompieron los candados y cerraduras que por cinco mil doscientos y treinta y tres años habían tenido, para que ninguno entrase en ella y todos los mortales quedasen en la tierra, si no se satisfacía primero la divina justicia de la ofensa por las culpas.

17. Y singularmente María santísima fue nuevo cielo y nueva tierra, ascendiendo con su Hijo y Salvador Jesús y tomando la posesión de su diestra en la gloria de alma y cuerpo, sin haber pasado por la común muerte de todos los hijos de los hombres. Y aunque antes en la tierra de su condición humana era cielo, donde por especialísimo modo vivió la divinidad, pero en esta gran Señora se fueron este primer cielo y tierra y pasó por orden admirable a ser nuevo cielo y nueva tierra, en que habitase Dios por suma gloria entre todas las criaturas. Y con esta novedad, en esta nueva tierra en que habitaba Dios no hubo mar, porque para ella se acabaran las amarguras y tormentas de los trabajos si admitiera el quedarse desde entonces en aquel estado felicísimo. Y para los demás que en alma y cuerpo o sólo en alma quedaron en la gloria, tampoco hubo mar de borrascas y peligros como le había en la primera tierra de la mortalidad.

18. *Y yo San Juan* —prosigue el Evangelista— *vi a la ciudad santa nueva Jerusalén, que descendía del cielo y de*

Dios, preparada como una novia adornada para su esposo Ap 21, 2). Yo indigno apóstol de Jesucristo soy a quien se le manifestó tan oculto sacramento, para que diese noticia al mundo, y vi a la Madre del Verbo humanado, verdadera ciudad mística de Jerusalén, visión de paz, que descendía del trono del mismo Dios a la tierra, como vestida de la misma divinidad y adornada con una nueva participación de sus atributos, de sabiduría, omnipotencia, santidad, inmutabilidad, amabilidad y similitud con su Hijo en el proceder y obrar. Venía como instrumento de la omnipotente diestra, como vicediós por nueva participación. Y aunque venía a la tierra para trabajar en ella en beneficio de los fieles, privándose para esto voluntariamente del gozo que tenía con la visión beatífica, determinó el Altísimo enviarla preparada y guarnecida con todo el poder de su brazo y recompensarle el estado y visión que por aquel tiempo dejaba con otra vista y participación de su divinidad incomprensible, compatible con el estado de viadora, pero tan divino y levantado que excediese a todo humano y angélico entendimiento. Para esto la adornó de su mano con los dones a que la pudo extender y la dejó preparada como esposa para su esposo el Verbo humanado, de tal manera que ni pudiese desear en ella gracia alguna ni excelencia que le faltase, ni por estar ausente de su diestra dejase este esposo de estar en ella y con ella como en su cielo y trono proporcionado. Y como la esponja recibe y embebe en sí misma el licor que participa, llenando de él todos sus vacíos, así también —a nuestro modo de entender— quedó llena esta gran Señora de la influencia y comunicación de la divinidad.

19. Prosigue el texto: *Y del trono oí una gran voz que decía: Mira al tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos, y serán pueblo suyo, y él será su Dios (Ap 21, 3)*. Esta voz, que salió del trono, llevó toda mi atención con divinos efectos de suavidad y gozo. Y entendí cómo antes de morir la gran Señora recibía la posesión del premio merecido por singular favor y prerrogativa debida a sola ella entre los mortales. Y aunque ninguno de los que llegan a poseer el que les toca tiene autoridad para volver a la vida ni se les deja en su mano, pero a esta única Esposa se le concedió esta gracia para engrandecer sus glorias;

pues habiendo llegado a poseerlas y hallándose reconocida y aclamada de los cortesanos del cielo por su legítima Reina y Señora, descendió por su voluntad a la tierra para ser sierva de sus mismos vasallos y criarlos y gobernarlos como hijos. Por esta caridad sin medida mereció de nuevo que todos los mortales fuesen pueblo suyo y se le diese nueva posesión de la Iglesia militante donde volvía a ser habitadora y gobernadora; y mereciera también que Dios esté con ellos y sea Dios misericordioso y propicio con los hombres, porque en su pecho estuvo sacramentado todo el tiempo que este sagrario de María purísima vivió en la Iglesia después que descendió del cielo. Y para estar en ella, cuando no hubiera otra razón, se quedara su mismo Hijo Sacramentado en el mundo, y por sus méritos y peticiones estaba con los hombres por gracia y nuevos beneficios, y por esto añade y dice:

20. Y *enjugará las lágrimas de sus ojos y en adelante no habrá muerte, ni llanto, ni clamor* (Ap 21, 4). Porque esta gran Señora viene por Madre de la gracia, de la misericordia, del gozo y de la vida, ella es quien llena al mundo de alegría, quien enjuga las lágrimas que introdujo el pecado que comenzó de nuestra madre Eva. Es la que convirtió el luto en regocijo, el llanto en nuevo júbilo, los clamores en alabanza y gloria, y la muerte del pecado en vida, y para quien la buscare en ella. Ya se acabó la muerte del pecado y los clamores de los réprobos y su dolor irreparable, porque si antes se acogieran los pecadores a este sagrado en él hallaran perdón, misericordia y consuelo. Y los primeros siglos, donde faltaba María Reina de los Ángeles, ya se fueron y pasaron con dolor, y los clamores de los que la desearon y no la vieron, como ahora la tienen y la posee el mundo para su remedio y amparo y detener la justicia divina para solicitar misericordia a los pecadores.

21. *Y el que estaba en el trono dijo: Atiende que hago nuevas todas las cosas (Ap 21, 5)*. Esta fue voz del Eterno Padre que me dio a conocer cómo todo lo hacía nuevo: Iglesia nueva, ley nueva, sacramentos nuevos. Y habiendo hecho tan nuevos favores a los hombres como darles a su Hijo unigénito, les hacía otro singularísimo de enviarles a la Madre, tan renovada y nueva con admirables dones y

potestad de distribuir los tesoros de la redención que su Hijo puso en sus manos, para que los derramase en los hombres con su prudentísima voluntad. Para esto la envió a la Iglesia desde su real trono, renovada con la imagen de su Unigénito, sellada con los atributos de la divinidad, como un trasunto copiado de aquel original, cuanto en pura criatura era posible, para que de ella se copiase la santidad de la nueva Iglesia evangélica.

22. *Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son fidelísimas y verdaderas. Y me dijo también: ya está hecho. Yo soy el principio y el fin; y daré al sediento que beba de balde de la fuente de la vida. El que venciere poseerá estas cosas, y seré Dios para él, y será él hijo para mí* (Ap 21, 5-7). Mandóme escribir este misterio el mismo Señor desde su trono, para que testificase la fidelidad y verdad de sus palabras y obras admirables con María santísima, en cuya grandeza y gloria empeñó su omnipotencia. Y porque estos sacramentos eran tan ocultos y levantados, los escribí en cifra y en enigma hasta su lugar, y tiempo señalado, que por el mismo Señor se manifestasen al mundo y se entendiese que ya estaba hecho todo lo posible que convenía para remedio y salvación de los mortales. Y con decir que estaba hecho, les hacía cargo de haber enviado a su Unigénito para redimirlos con su pasión y muerte, enseñarlos con su vida y doctrina, y a su Madre enriquecida para socorro y amparo de la Iglesia, y al Espíritu Santo, para que la prosperase, ilustrase, confirmase y fortaleciese con sus dones, como se lo había prometido. Y porque no tuvo más que darnos el Eterno Padre dijo: ya está hecho. Como si dijera: Todo lo posible a mi omnipotencia y conveniente a mi equidad y bondad, como principio y fin que soy de todo lo que tiene ser. Como principio, se le doy a todas las cosas con la omnipotencia de mi voluntad, y como fin las recibo, ordenando con mi sabiduría los medios por donde lleguen a conseguir este fin. Los medios se reducen a mi Hijo santísimo y a su Madre, mi dilecta y única entre los hijos de Adán. En ellos están las aguas puras y vivas de la gracia, para que como de su fuente, origen y manantial beban todos los mortales que sedientos de su salud eterna llegaren a buscarlas. Y para ellos se darán de balde; porque no las pueden merecer, aunque se las

mereció, y con su misma vida, mi Hijo humanado, y su dichosa Madre se las granjea y merece a los que a ella acuden. Y el que venciere a sí mismo, al mundo y al demonio, que pretenden impedirle estas aguas de vida eterna, para ese vencedor seré yo Dios liberal, amoroso y omnipotente, y él poseerá todos mis bienes y lo que por medio de mi Hijo y de su Madre le tengo preparado, porque le adoptaré por hijo y heredero de mi eterna gloria.

23. *Pero a los tímidos, incrédulos, odiosos, homicidas, fornicarios, maléficos, idólatras y a todos los mentirosos, su parte para éstos será en el estanque de fuego y ardiente azufre, que es la muerte segunda (Ap 21, 8)*. Para todos los hijos de Adán di a mi Unigénito por Maestro, Redentor y Hermano, y a su Madre por amparo, medianera y abogada conmigo poderosa, y como tal la vuelvo al mundo, para que todos entiendan que quiero se valgan de su protección. Pero a los que no vencieren al temor de su carne en padecer o no creyeren mis testimonios y maravillas obradas en beneficio suyo y testificadas en mis Escrituras, a los que habiéndolas creído se entregaren a las inmundicias torpes de los deleites carnales, a los hechiceros, idólatras, que desamparan mi verdadero poder y divinidad y siguen al demonio, todos los que obran la mentira y la maldad, no les aguarda otra herencia más de la que ellos mismos eligieron para sí. Esta es el formidable fuego del infierno, que como estanque de azufre arde sin claridad con abominable olor, donde para todos los réprobos hay diversidad de penas y tormentos correspondientes a las abominaciones que cada uno cometió, aunque todas convienen en ser eternas y privar de la visión divina que beatifica a los santos. Y ésta será la segunda muerte sin remedio, porque no se aprovecharon del que tenía la primera muerte del pecado, que por la virtud de su Reparador y de su Madre pudieron restaurar con la vida de la gracia. Y prosiguiendo la visión, dice el Evangelista:

24. *Y vino uno de los siete Ángeles, que tenían siete copas llenas de siete novísimos castigos, y me dijo: Ven y te mostraré la Esposa, que es mujer del Cordero (Ap 21, 9)*. Conocí que este Ángel y los demás eran de los supremos y cercanos al trono de la Beatísima Trinidad, y que se les

había dado especial potestad para castigar la osadía de los hombres que cometiesen los pecados referidos, después de publicado al mundo el misterio de la Redención, vida, doctrina y muerte de nuestro Salvador, y la excelencia y potestad que tiene su Madre santísima para remediar a los pecadores que la llaman de todo corazón. Y porque con la sucesión de los tiempos se manifestarían más estos sacramentos con los milagros y luz que recibiría el mundo y con los ejemplos y vidas de los Santos, y en particular de los varones apostólicos fundadores de las religiones, y tanto número de Mártires y Confesores, por esto los pecados de los hombres en los últimos siglos serán más graves y detestables, y sobre tantos beneficios la ingratitud será más pesada y digna de mayores castigos, y consiguientemente merecerían mayor indignación de la digna ira y justicia divina. Así en los tiempos futuros —que son los presentes para nosotros— castigaría Dios con rigor a los hombres con plagas novísimas, porque serían las últimas, acercándose cada día al juicio final. Véase en la primera parte el número 266.

25. *Y levantóme en espíritu el ángel a un grande y alto monte y mostróme a la ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo desde, el mismo Dios (Ap 21, 10)*. Fui levantado con la fuerza del poder divino a un monte alto de suprema inteligencia y luz de ocultos sacramentos, y con el espíritu ilustrado vi a la esposa del Cordero, que era su mujer, como a ciudad santa de Jerusalén; esposa del Cordero, por la similitud y amor recíproco del que quitó los pecados del mundo, y mujer, porque le acompañó inseparablemente en todas sus obras y maravillas y por ella salió del seno de su Eterno Padre para tener sus delicias con los hijos de los hombres, por hermanos de esta Esposa, y por ella también hermanos suyos del mismo Verbo humanado. Vila como ciudad de Jerusalén, que encerró en sí y dio espaciosa habitación al que no cabe ni en los cielos ni en la tierra, y porque en esta ciudad puso el templo y propiciatorio donde quiso ser buscado y obligado para mostrarse propicio y liberal con los hombres. Y vila como ciudad de Jerusalén, porque en su interior vi encerradas todas las perfecciones de la Jerusalén triunfante, y el adecuado fruto de la redención humana todo se contenía en

ella. Y aunque en la tierra se humillaba a todos y se postraba a nuestros pies, como si fuera la menor de las criaturas, la vi en las alturas levantada al trono y diestra de su Unigénito, de donde descendía a la Iglesia, próspera y abundante, para favorecer a los hijos y fieles de ella.

CAPITULO 3

Prosigue la inteligencia de lo restante del capítulo 21 del Apocalipsis.

26. Esta ciudad santa de Jerusalén, María Señora nuestra —dice el Evangelista—, *tenía la claridad de Dios, y su resplandor era semejante a una piedra preciosa de jaspe como cristal (Ap 21, 11)*. Desde el punto que tuvo ser María santísima, fue su alma llena y como bañada de una nueva participación de la divinidad, nunca vista ni concedida a otra criatura, porque ella sola era la clarísima aurora que participaba de los mismos resplandores del sol Cristo, hombre y Dios verdadero, que de ella había de nacer. Y esta divina luz y claridad fue creciendo hasta llegar al supremo estado que tuvo, asentada a la diestra de su Hijo unigénito en el mismo trono de la Beatísima Trinidad y vestida de variedad de todos los dones, gracias, virtudes, méritos y gloria, sobre todas las criaturas. Y cuando la vi en aquel lugar y luz inaccesible, me pareció no tenía otra claridad más que la del mismo Dios, que en su inmutable ser estaba como en fuente y en su origen y en ella estaba participado, y por medio de la humanidad de su Hijo unigénito resultaba una misma luz y claridad en la Madre y en el Hijo y en cada uno con su grado, pero en sustancia parecía una misma y que no se hallaba en otro de los bienaventurados ni en todos juntos. Y por la variedad parecía al jaspe, por lo estimable era preciosa y por la hermosura de alma y cuerpo era como cristal penetrado y bañado y sustanciado con la misma claridad y luz.

27. *Y tenía la ciudad un grande y alto muro con doce puertas y en ellas doce ángeles, escritos los nombres de los doce tribus de Israel: tres puertas al Oriente, tres al Aquilón, tres al Austro y tres al Occidente (Ap 21, 12-13).* El

muro que defendía y encerraba esta ciudad santa de María santísima era tan alto y grande, cuanto lo es el mismo Dios y su omnipotencia infinita y todos sus atributos, porque todo el poder y grandeza divina y su sabiduría inmensa se emplearon en guarnecer a esta gran Señora, en asegurarla y defenderla de los enemigos que la pudieran asaltar. Y esta invencible defensa se dobló cuando descendió al mundo para vivir en él sola, sin la asistencia visible de su Hijo santísimo, y para asentar la nueva Iglesia del Evangelio, que para esto tuvo todo el poder de Dios por nuevo modo a su voluntad contra los enemigos de la misma Iglesia visibles e invisibles. Y porque después que fundó el Altísimo esta ciudad de María franqueó liberalmente sus tesoros y por ella quiso llamar a todos los mortales al conocimiento de sí mismo y a la eterna felicidad sin excepción de gentiles, judíos, ni bárbaros, sin diferencia de naciones y de estados, por eso edificó esta ciudad santa con doce puertas a todas las cuatro partes del mundo sin diferencia. Y en ellas puso los doce Ángeles que llamasen y convidasen a todos los hijos de Adán, y en especial despertasen a todos a la devoción y piedad de su Reina; y los nombres de los doce tribus en estas puertas, para que ninguno se tenga por excluido del refugio y sagrado de esta Jerusalén divina y todos entiendan que María santísima tiene escritos sus nombres en el pecho y en los mismos favores que recibió del Altísimo para ser Madre de clemencia y misericordia y no de la justicia.

28. *El muro de esta ciudad tenía doce fundamentos y en ellos estaban los nombres de los doce Apóstoles del Cordero* (Ap 21, 14). Cuando nuestra gran Madre y Maestra estuvo a la diestra de su Hijo y Dios verdadero en el trono de su gloria y se ofreció a volver al mundo para plantar la Iglesia, entonces el mismo Señor la encargó singularmente el cuidado de los Apóstoles y grabó sus nombres en el inflamado y candidísimo corazón de esta divina Maestra y en él se hallaran escritos si fuera posible que le viéramos. Y aunque entonces éramos solos once los Apóstoles, vino escrito en lugar de Judas Iscariotes san Matías, tocándole esta suerte de antemano. Y porque del amor y sabiduría de esta Señora salió la doctrina, la enseñanza, la firmeza y todo el gobierno con que los doce Apóstoles y San Pablo

fundamos la Iglesia y la plantamos en el mundo, por esto escribió los nombres de todos en los fundamentos de esta ciudad mística de María santísima, que fue el apoyo y fundamento en que se aseguraron los principios de la Santa Iglesia y de sus fundadores los Apóstoles. Con su doctrina nos enseñó, con su sabiduría nos ilustró, con su caridad nos inflamó, con su paciencia nos toleró, con su mansedumbre nos atraía y con su consejo nos gobernaba, con sus avisos nos prevenía y con su poder divino, de que era dispensadora, nos libraba de los peligros. A todos acudía como a cada uno de nosotros y a cada uno como a todos juntos. Y los Apóstoles tuvimos patentes las doce puertas de esta ciudad santa más que todos los otros hijos de Adán. Y mientras vivió por nuestra Maestra y amparo jamás se olvidó de alguno de nosotros, sino que en todo lugar y tiempo nos tuvo presentes y nosotros tuvimos su defensa y protección, sin faltarnos en alguna necesidad y trabajo. Y de esta grande y poderosa Reina y por ella participamos y recibimos todos los beneficios, gracias y dones que nos comunicó el brazo del Altísimo, para ser idóneos ministros del Nuevo Testamento (2 Cor 3, 6). Y por todo esto estaban nuestros nombres en los fundamentos del muro de esta ciudad mística, la beatísima María.

29. *Y el que hablaba conmigo tenía una medida de oro, como caña para medir la ciudad, sus puertas y su muro. Y la ciudad está puesta en cuadrángulo, con igual longitud y latitud. Y midió la ciudad con la caña de oro, con que tenía doce mil estadios. Y su longitud, latitud y altura eran iguales* (Ap 21, 15-16). Para que yo entendiese la magnitud inmensa de esta ciudad santa de Dios, la midió en mi presencia el mismo que me hablaba. Y para medirla tenía en la mano una vara o caña de oro, que era el símbolo de la humanidad deificada con la persona del Verbo y de sus dones, gracia y merecimientos, en que se encierra la fragilidad del ser humano y terreno y la inmutabilidad preciosa e inestimable del ser divino que realzaba a la humanidad y sus merecimientos. Y aunque esta medida excedía tanto a lo mensurado, pero no se hallaba otra en el cielo ni en la tierra con que medir a María santísima y su grandeza fuera de la de su Hijo y Dios verdadero, porque todas las criaturas humanas y angélicas eran inferiores y

desiguales para investigar y medir esta ciudad mística y divina. Pero medida con su Hijo, era proporcionada con él, como Madre digna suya, sin faltarle cosa alguna para esta proporcionada dignidad. Y su grandeza contenía doce mil estadios, con igualdad por todas cuatro superficies de su muro, que cada lienzo contenía doce mil de largo y de alto, con que venía a estar en cuadro y correspondencia muy igual. Tal era la grandeza e inmensidad y correspondencia de los dones y excelencias de esta gran Reina, que si los demás santos lo recibieron con medida de cinco o dos talentos, pero ella de doce mil cada uno, excediéndonos a todos con inmensa magnitud. Y aunque fue medida con esta proporción cuando bajó del no ser al ser en su Inmaculada Concepción, prevenida para Madre del Verbo eterno, pero en esta ocasión que bajó del cielo a plantar la Iglesia fue medida otra vez con la proporción de su Unigénito a la diestra del Padre y se halló con la correspondencia ajustada para tener allí aquel lugar y volver a la Iglesia para hacer el oficio de su mismo Hijo y Reparador del mundo.

30. *Y la fábrica del muro era de piedra de jaspe; pero la ciudad era de oro finísimo, semejante al vidrio puro y limpio. Y sus fundamentos estaban adornados con todo género de piedras preciosas* (Ap 21, 18-19). Las obras y compostura exterior de María santísima, que se manifestaban a todos como en la ciudad se manifiesta el muro que la rodea, todas eran de tan hermosa variedad y admiración a los que la miraban y comunicaban, que sólo con su ejemplo vencía y atraía los corazones y con su presencia ahuyentaba los demonios y deshacía todas sus fantásticas ilusiones, que por eso el muro de esta ciudad santa era de jaspe. Y con su proceder y obrar en lo exterior hizo nuestra Reina mayores frutos y maravillas en la primitiva Iglesia, que todos los Apóstoles y Santos de aquel siglo. Pero lo interior de esta divina ciudad era finísimo oro de inexplicable caridad, participada de la de su mismo Hijo, y tan inmediata a la del ser infinito que parecía un rayo de ella misma. Y no sólo era esta ciudad de oro levantado en lo precioso, sino también era como vidrio claro, puro y transparente, porque era un espejo inmaculado en que reverberaba la misma divinidad, sin que en ella se

conociese otra cosa fuera de esta imagen. Y a más de esto era como una tabla cristalina en que estaba escrita la Ley del Evangelio, para que por ella y en ella se manifestase al mundo todo, y por eso era de vidrio claro y no de piedra oscura (Ex 31, 18) como las de San Moisés para un pueblo solo. Y los fundamentos que se descubrían en el muro de esta gran ciudad todos eran de preciosas piedras, porque la fundó el Altísimo de su mano, como todopoderoso y rico, sin tasa ni medida, sobre lo más precioso, estimable y seguro de sus dones, privilegios y favores, significados en las piedras de mayor virtud, estimación, riqueza y hermosura que se conoce entre las criaturas. Véase en el capítulo 19 de la primera parte, libro primero (Cf. supra p. I n. 285-296).

31. *Y las puertas de la ciudad, cada una era una preciosa margarita. Doce puertas, doce margaritas, y la plaza oro lucidísimo como el vidrio. Y no había templo en ella, porque su templo es el mismo Dios omnipotente y el Cordero (Ap 21, 21-22)*. El que llegare a esta ciudad santa de María para entrar en ella por fe, esperanza, veneración, piedad y devoción, hallará la preciosa margarita que le haga dichoso, rico y próspero en esta vida y en la otra bienaventurado por su intercesión. Y no sentirá horror de entrar en esta ciudad de refugio, porque sus puertas son amables y de codicia, como preciosas y ricas margaritas, para que ninguno de los mortales tenga excusa si no se valiere de María santísima y de su dulcísima piedad con los pecadores, pues nada hubo en ella que dejase de atraerlos a sí y al camino de la eterna vida. Y si las puertas son tan ricas y llenas de hermosura a quien llegase, más lo será el interior que es la plaza de esta admirable ciudad, porque es de finísimo oro y muy lucido, de ardentísimo amor y deseo de admitir a todos, enriquecerlos con los tesoros de la felicidad eterna. Y para esto se manifiesta a todos con su claridad y luz, y ninguno hallará en ella tinieblas de falsedad o engaño. Y porque en esta ciudad santa de María venía el mismo Dios por especial modo y el Cordero, que es su Hijo Sacramentado, que la llenaban y ocupaban, por esto no vi en ella otro templo ni propiciatorio más que al mismo Dios omnipotente y al Cordero. Ni tampoco era necesario que en esta ciudad se hiciera templo para que orase y pidiese con acciones y ceremonias como en los demás, que para sus súplicas van

a los templos, porque el mismo Dios y su Hijo eran su templo y estaban atentos y propicios para todas sus peticiones, oraciones y ruegos que por los fieles de la Iglesia ofrecía.

32. *Y no tenía necesidad de luz del sol ni de la luna, porque la claridad de Dios la daba luz y su lucerna es el Cordero (Ap 21, 23)*. Después que nuestra Reina volvió al mundo de la diestra de su Hijo santísimo, no fue ilustrado su espíritu con el modo común de los Santos, ni como el que tuvo antes de la Ascensión, sino que, en recompensa de la visión clara y fruición de que carecía para volver a la Iglesia militante, se le concedió otra visión abstractiva y continua de la divinidad, a que correspondía otra fruición proporcionada. Y con este especial modo participaba del estado de los comprensores, aunque estaba en el de viadora. Y fuera de este beneficio recibió también otro, que su Hijo Santísimo Sacramentado en las especies del pan perseveró siempre en el pecho de María como en su propio sagrario, y no perdía estas especies sacramentales hasta que recibía otras de nuevo. De manera que mientras vivió en el mundo después que descendió del cielo, tuvo consigo siempre a su Hijo santísimo y Dios verdadero sacramentado. Y en sí misma le miraba con una particular visión que se le concedió, para que le viese y tratase, sin buscar fuera de sí misma su real presencia. En su pecho le tenía, para decir con la Esposa: *Asile, y no le soltaré (Cant 3, 4).* Con estos favores ni pudo haber noche en esta ciudad santa, en que alumbrase la gracia como luna, ni tuvo necesidad de otros rayos del sol de justicia, porque le tenía todo con plenitud y no por partes como los demás santos.

33. *Y caminarán las gentes en su resplandor, y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria y su honor* (Ap 21, 24). Ninguna excusa ni disculpa tendrán los desterrados hijos de Eva, si con la divina luz que María santísima ha dado al mundo no caminaren a la verdadera felicidad. Para que ilustrase su Iglesia, la envió del cielo su Hijo y Redentor en sus primeros principios y la dio a conocer a los primogénitos de la Iglesia Santa. Después de la sucesión de los tiempos ha ido manifestando su grandeza y santidad por medio de las maravillas que esta gran Reina ha obrado en

innumerables favores y beneficios que de su mano han recibido los hombres. Y en estos últimos siglos —que son los presentes— dilatará su gloria y la dará a conocer de nuevo con mayor resplandor, por la excesiva necesidad que tendrá la Iglesia de su poderosa intercesión y amparo para vencer al mundo, al demonio y a la carne, que por culpa de los mortales tomarán mayor imperio y fuerzas, como ahora las tienen para impedirles la gracia y hacerlos más indignos de la gloria. Contra la nueva malicia de Lucifer y sus seguidores quiere oponer el Señor los méritos y peticiones de su Madre purísima y la luz que envía al mundo de su vida y poderosa intercesión, para que sea refugio y sagrado de los pecadores y todos caminen y vayan a él por este camino tan recto y seguro y lleno de resplandor.

34. Y si los reyes y príncipes de la tierra caminasen con esta luz y llevasen su honor y gloria a esta ciudad santa de María y en exaltar su nombre y el de su Hijo santísimo empleasen la grandeza, potestad, riquezas y potencia de sus estados, asegúrense que si con este norte se gobernasen merecerían ser encaminados con el amparo de esta suprema Reina en el ejercicio de sus dignidades y con grande acierto gobernarían sus estados o monarquías. Y para renovar esta confianza en nuestros católicos príncipes, profesores y defensores de la santa fe, les hago manifiesto lo que ahora y en el discurso de esta Historia se me ha dado a entender para que así lo escriba. Esto es, que el supremo Rey de los reyes y Reparador de las monarquías ha dado a María santísima especial título de Patrona, Protectora y Abogada de estos reinos católicos. Y con este singular beneficio determinó el Altísimo prevenir el remedio de las calamidades y trabajos que al pueblo cristiano por sus pecados le habían de sobrevenir y afligir y sucedería en estos siglos presentes como con dolor y lágrimas lo experimentamos. El dragón infernal ha convertido su saña y furor contra la Santa Iglesia, conociendo el descuido de sus cabezas y de los miembros de este cuerpo místico y que todos aman la vanidad y deleite. Y la mayor parte de estas culpas y de su castigo toca a los más católicos, cuyas ofensas, como de hijos, son más pesadas, porque saben la voluntad de su Padre celestial que habita en las alturas y no la quieren cumplir más que los extraños. Y sabiendo

también que el reino de los cielos padece fuerza y se alcanza con violencia (Mt 11, 12), ellos se han entregado al ocio, a las delicias y a contemporizar con el mundo y la carne. Este peligroso engaño del demonio castiga el Justo Juez por mano del mismo demonio, dándole por sus justos juicios licencia para que aflija a la Iglesia Santa y azote con rigor a sus hijos.

35. Pero el Padre de las misericordias que está en los cielos no quiere que las obras de su clemencia sean del todo extinguidas y para conservarlas nos ofrece el remedio oportuno de la protección de María santísima, sus continuos ruegos, intercesión y peticiones, con que la rectitud de la Justicia Divina tuviese algún título y motivo conveniente para suspender el castigo riguroso que merecemos y nos amenaza, si no procuramos granjear la intercesión de esta gran Reina y Señora del cielo, para que desenoje a su Hijo santísimo justamente indignado y nos alcance la enmienda de los pecados, con
que provocamos su justicia y nos hacemos indignos de su misericordia. No pierdan la ocasión los príncipes católicos y los moradores de estos reinos cuando María santísima les ofrece los días de la salvación y el tiempo más aceptable de su amparo (2 Cor 6, 2). Lleven a esta Señora su honor y gloria, dándosela toda a su Hijo santísimo y a ella por el beneficio de la fe católica que les ha hecho, conservándola hasta ahora en sus monarquías tan pura, con que han testificado al mundo el amor tan singular que Hijo y Madre santísimos tienen a estos reinos y el que manifiestan en darles este aviso saludable. Procuren, pues, emplear sus fuerzas y grandeza en dilatar la gloria y exaltación del nombre de Cristo por todas las naciones y el de María santísima. Y crean que será medio eficacísimo para obligar al Hijo engrandecer a la Madre con digna reverencia y dilatarla por todo el universo, para que sea venerada y conocida de todas las naciones.

36. En mayor testimonio y prueba de la clemencia de María santísima, añade el Evangelista: *Que las puertas de esta Jerusalén divina no estaban cerradas ni por el día ni por la noche; para que todas las gentes lleven a ella su gloria y honra (Ap 21, 25-26)*. Nadie, por pecador y tardo que haya

sido, por infiel y pagano, llegue con desconfianza a las puertas de esta Madre de misericordia, que quien se priva de la gloria que gozaba a la diestra de su Hijo para venir a socorrernos no podrá cerrar las puertas de su piedad a quien llegare a ellas por su remedio con devoto corazón. Y aunque llegare en la noche de la culpa o en el día de la gracia y a cualquier hora de la vida, siempre será admitido y socorrido. Si el que llama a media noche a las puertas del amigo que de verdad lo es le obliga por la necesidad o por la importunidad a que se levante y le socorra dándole los panes que pide (Lc 11, 8), ¿qué hará la que es Madre y tan piadosa que llama, espera y convida con el remedio? No aguardará que seamos importunos, porque es presta en atender a los que la llaman, oficiosa en responder y toda suavísima y dulcísima en favorecer y liberal en enriquecer. Es el fomento de la misericordia, motivo para usar el Altísimo de ella y puerta del cielo para que entremos a la gloria por su intercesión y ruegos. *Nunca entró en ella cosa manchada ni engañosa (Ap 21, 27)*. Nunca se turbó, ni admitió indignación ni odio con los hombres, no se halló en ella jamás engaño, culpa ni defecto, nada le falta de cuanto se puede desear para remedio de los mortales. No tenemos excusa ni descargo, si no llegamos con humilde reconocimiento, que como es pura y limpia también nos purificará y limpiará a nosotros. Tiene la llave de las fuentes del Redentor, de que dice Isaías (Is 12, 3) saquemos agua, y su intercesión, obligada de nuestros ruegos, vuelve la llave y salen las aguas para lavarnos ampliamente y admitirnos en su felicísima compañía y de su Hijo y Dios verdadero por todas las eternidades.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora de los Ángeles.

37. Hija mía, quiérote manifestar para tu aliento y de mis siervos que has escrito los misterios de estos capítulos con agrado y aprobación del Altísimo, cuya voluntad es que se manifieste al mundo lo que yo hice por la Iglesia volviendo a ella desde el cielo empíreo para ayudar a los fieles, y también el deseo que tengo de socorrer a los católicos que se valieren de mi intercesión y amparo, como el Altísimo me lo encargó, y yo con maternal afecto se le

ofrezco a ellos. También ha sido especial el gozo de los Santos, y entre ellos de mi hijo San Juan Evangelista, que hayas declarado el que tuvieron todos cuando subí con mi Hijo y mi Señor a los cielos acompañándole en su Ascensión, porque ya es tiempo que lo entiendan los hijos de la Iglesia y conozcan más expresamente la grandeza de beneficios a que me levantó el Todopoderoso y se levanten ellos en su esperanza, estando más capaces de lo que les puedo y quiero favorecer, porque me compadezco como madre amorosa de ver a mis hijos tan engañados del demonio y oprimidos de su tiranía a que ciegamente se han entregado. Otros grandes sacramentos encerró San Juan Evangelista mi siervo en el capítulo 21 y en el 12 del Apocalipsis de los beneficios que me hizo el Altísimo, y de todos has declarado en esta Historia lo que pueden conocer ahora los fieles para su remedio por mi intercesión, y más escribirás adelante.

38. Pero desde luego para ti has de coger el fruto de todo lo que has entendido y escrito. Y en primer lugar, te debes adelantar en el cordial afecto y devoción que conmigo tienes y en una firmísima esperanza de que yo seré tu amparo en todas tus tribulaciones y te encaminaré en tus obras y que las puertas de mi clemencia estarán para ti patentes y también para todos cuantos tú me encomendares, si fueres la que yo quiero y tal como te deseo. Y para esto te advierto, carísima, y te aviso que, como yo fui renovada en el cielo por el poder divino para volver a la tierra y obrar en ella con nuevo modo y perfección, así el mismo Señor quiere que tú seas renovada en el cielo de tu interior y en el retiro y superior de tu espíritu y en la soledad de los ejercicios donde te has recogido para escribir lo que resta de mi vida. Y no entiendas se ha ordenado sin especial Providencia, como lo conocerás ponderando lo que precedió en ti para dar principio a esta tercera parte, como lo has escrito. Ahora, pues, que sola y desocupada del gobierno y conversación de tu casa te doy esta doctrina, es razón que con el favor de la divina gracia te renueves en la imitación de mi vida y en ejecutar en ti cuanto es posible lo que conoces en mí. Esta es la voluntad de mi Hijo santísimo, la mía y tus mismos deseos. Oye, pues, mi enseñanza y cíñete de fortaleza, determina con eficacia tu voluntad,

para ser atenta, fervorosa, oficiosa, constante y diligentísima en el agrado de tu Esposo y Señor. Acostúmbrate a no perderle jamás de tu vista cuando desciendas a la comunicación de las criaturas y a las obras de Marta. Yo seré tu maestra, los Ángeles te acompañarán, para que con ellos y sus inteligencias alabes continuamente al Señor, y Su Majestad te dará su virtud, para que pelees sus batallas con sus enemigos y tuyos. No te hagas indigna de tantos bienes y favores.

CAPITULO 4

Después de tres días que María santísima descendió del cielo se manifiesta y habla en su persona a los Apóstoles, visítala Cristo nuestro Señor y otros misterios hasta la venida del Espíritu Santo.

39. Advierto de nuevo a los que leyeren esta Historia que no extrañen los ocultos sacramentos de María santísima que en ella vieren escritos, ni los tengan por increíbles por haberlos ignorado el mundo hasta ahora, porque a más de que todos caben digna y convenientemente en esta gran Reina, aunque la Santa Iglesia hasta ahora no haya tenido historias auténticas de las obras maravillosas que hizo después de la Ascensión de su Hijo santísimo, no podemos negar que serían muchas y muy grandiosas, pues quedaba por maestra, protectora y madre de la Ley Evangélica, que se introducía en el mundo debajo de su amparo y protección. Y si para este ministerio la renovó el altísimo Señor, como se ha dicho, y en ella empleó todo el resto de su omnipotencia, ningún favor o beneficio por grande que sea se le ha de negar a la que fue única y singular, como no disuene de la verdad católica.

40. Estuvo tres días en el cielo gozando de la visión beatífica, como dije en el primer capítulo (Cf. supra n. 3), y descendió a la tierra el día que corresponde al domingo después de la Ascensión, que llama la Santa Iglesia infraoctava de la fiesta. Estuvo en el cenáculo otros tres días gozando de los efectos de la visión de la divinidad y templándose los resplandores con que venía de las alturas,

conociendo el misterio sólo el Evangelista San Juan, porque no convenía manifestar este secreto a los demás Apóstoles por entonces ni ellos estaban harto capaces para él. Y aunque asistía con ellos, se les encubría su refulgencia los tres días que la tuvo en la tierra, y fue así conveniente, pues el mismo Evangelista a quien se le concedió este favor cayó en tierra postrado cuando llegó a su presencia, como arriba se dijo (Cf. supra n. 6), aunque fue confortado con especial gracia para la primera vista de su beatísima Madre. Tampoco fue conveniente que luego y repentinamente le quitase el Señor a nuestra gran Reina la refulgencia y los demás efectos exteriores e interiores con que venía desde su gloria y trono, sino que con orden de su sabiduría infinita fuese poco a poco remitiendo aquellos dones y favores tan divinos, para que volviese el virginal cuerpo al estado visible más común en que pudiera conversar con los Apóstoles y con los otros fieles de la Santa Iglesia.

41. Dejo asimismo advertido arriba (Cf. supra p. II n. 1512) que esta maravilla de haber estado María santísima personalmente en el cielo no contradice a lo que está escrito en los Actos apostólicos (Act 1, 14), que los Apóstoles y mujeres santas perseveraron unánimes en oración con María Madre de Jesús y sus hermanos después que Su Majestad subió a los cielos. La concordia de este lugar con lo que he dicho es clara, porque San Lucas escribió aquella historia según lo que él y los Apóstoles vieron en el cenáculo de Jerusalén y no el misterio que ignoraba. Y como el cuerpo purísimo estaba en dos partes, aunque la atención y el uso de las potencias y sentidos fuese más perfecto y real en el cielo, es verdad que asistía con los Apóstoles y que todos la veían. Y a más de esto, se verifica que María santísima perseveraba con ellos en oración, porque desde el cielo los veía y unía su oración y peticiones con todos los moradores del santo cenáculo, y en la diestra de su Hijo santísimo se las presentó y alcanzó para ellos la perseverancia y otros grandes favores del Altísimo.

42. Los tres días que estuvo esta gran Señora en el cenáculo gozando de los efectos de la gloria y en el ínterin que se iban templando los resplandores de su redundancia,

se ocupó en encendidos y divinos afectos de amor, de agradecimiento y de inefable humildad, que no hay términos ni razones para manifestar lo que de este sacramento he conocido, aunque será muy poco respecto de la verdad. En los mismos Ángeles y serafines que la asistían causó nueva admiración, y con ella conferían entre sí mismos cuál era mayor maravilla, haber levantado el brazo poderoso del Altísimo a una pura criatura a tantos favores y grandeza o el ver que después de hallarse tan levantada y enriquecida de gracia y gloria sobre todas las criaturas se humillase, reputándose por la más ínfima entre ellas. Con esta admiración conocí que los mismos serafines estaban como suspensos —a nuestro modo de entender— mirando a su Reina en las obras que hacía, y hablando unos con otros decían: Si los demonios antes de su caída llegaran a conocer este raro ejemplo de humildad, no fuera posible que a vista suya se levantaran en su soberbia. Esta nuestra gran Señora es la que sin defecto, sin mengua, no por partes, sino con toda plenitud, llenó los vacíos de la humildad de todas las criaturas. Ella sola ponderó dignamente la majestad y sobre eminente grandeza del Criador y la poquedad de todo lo criado. Ella es la que sabe cuándo y cómo ha de ser obedecido y venerado, y como lo sabe lo ejecuta. ¿Es posible que entre las espinas que sembró el pecado en los hijos de Adán produjese la tierra este candidísimo lirio de tanto agrado para su Criador y fragancia para los mortales (Cant 2, 2; 6, 1), y que del desierto del mundo, yermo de la gracia y todo terreno, se levantase tan divina criatura, tan afluente de las divinas delicias del Todopoderoso (Cant 8, 5)? Eternamente sea alabado en su sabiduría y bondad, que formó tal criatura tan ordenada y admirable para santa emulación de nuestra naturaleza, para ejemplo y gloria de la humana. Y tú, bendita entre las mujeres, señalada y escogida entre todas las criaturas, seas bendita, conocida y alabada de todas las generaciones. Goces por toda la eternidad de la excelencia que te dio tu Hijo y nuestro Criador. Tenga en ti su agrado y complacencia, por la hermosura de tus obras y prerrogativas; quede saciada en ellas la inmensa caridad con que desea la justificación de todos los hombres. Tú por todos le des satisfacción y mirándote a ti sola no le pesará haber criado a los demás ingratos. Y si ellos le irritan y

desobligan, tú le aplacas y le haces propicio y caricioso. Y no admiramos que tanto favorezca a los hijos de Adán, pues tú, Señora y Reina nuestra, vives con ellos y son de tu pueblo.

43. Con estas alabanzas y otros muchos cánticos que hacían los Santos Ángeles celebraron la humildad y obras de María santísima después que descendió del cielo, y en algunos de estos loores alternó ella con sus respuestas. Antes que la dejasen en el cenáculo los que volvieron al cielo después de haberla acompañado y pasados los tres días que estuvo en él —sabiendo sólo San Juan Evangelista los resplandores que la cercaban— conoció que ya era tiempo de tratar y conversar con los fieles. Hízolo así y miró a los Apóstoles y discípulos con gran ternura como piadosa Madre, y acompañándolos en la oración que hacían los ofreció con lágrimas a su Hijo santísimo y pidió por ellos y por todos los que en los futuros siglos habían de recibir la Santa Fe Católica y la gracia. Y desde aquel día, sin omitir alguno de los que vivió en la Santa Iglesia, pidió también al Señor que acelerase los tiempos en que se habían de celebrar en ella las festividades de sus misterios, como en el cielo se le había manifestado de nuevo. Pidió también que Su Majestad enviase al mundo los varones de levantada y señalada santidad para la conversión de los pecadores, de que tenía la misma ciencia. Y en estas peticiones era tanto el ardor de la caridad con los hombres, que naturalmente la quitara la vida, y para alentarla y moderar la fuerza de estos anhelos muchas veces le envió su Hijo santísimo uno de los serafines más supremos que la respondiese y dijese que se cumplirían sus deseos y peticiones, declarándola el orden que la divina Providencia había de guardar en esto para mayor utilidad de los mortales.

44. Con la visión de la divinidad, de que gozaba por el modo abstractivo que tengo dicho (Cf. supra n. 32), era tan inefable el incendio de amor que padecía aquel castísimo y purísimo corazón, que sin comparación excedía a los más inflamados serafines, inmediatos al trono de la divinidad. Y cuando alguna vez descendía un poco de los efectos de esta divina llama, era para mirar la humanidad de su Hijo santísimo, porque ninguna especie de otras cosas visibles

reconocía en su interior, salvo cuando actualmente trataba con los sentidos a las criaturas. Y en esta noticia y memoria de su amado Hijo sentía algún natural cariño de su ausencia, aunque moderado y perfectísimo, como de madre prudentísima. Pero como en el corazón del Hijo correspondía el eco de este amor, dejábase herir de los deseos de su amantísima Madre, cumpliéndose a la letra lo que dijo en los Cantares (Cant 6, 4), le hacían volar y le traían a la tierra los ojos con que le miraba su querida Madre y Esposa.

45. Sucedió esto muchas veces, como diré adelante (Cf. infra n. 213, 347, 357, 598, 619, 631, 646, 656, 665, etc.), y la primera fue en uno de los pocos días que pasaron después que la gran Señora descendió del cielo, antes de la venida del Espíritu Santo, aún no seis días después que conversaba con los Apóstoles. En este breve espacio descendió Cristo nuestro Salvador en persona a visitarla y llenarla de nuevos dones y consolación inefable. Estaba la candidísima paloma adolecida de amor y con aquellos deliquios que ella confesó causaba la caridad bien ordenada en la oficina del Rey (Cant 2, 4-5). Y Su Majestad, llegando a ella en esta ocasión, la reclinó sobre su pecho en la mano siniestra de su deificada humanidad y con la diestra de la divinidad la iluminó y enriqueció y la bañó toda de nuevas influencias con que la vivificó y fortaleció. Allí descansaron las ansias amorosas de esta cierva herida, bebiendo a satisfacción en las fuentes del Salvador y fue refrigerada y fortalecida para encenderse más en la llama de su fuego amoroso que jamás se extinguió. Curó quedando más herida de esta dolencia, fue sana enfermando de nuevo y recibió vida para entregarse más a la muerte de su afecto, porque este linaje de dolencia ni conoce otra medicina ni admite otro remedio. Y cuando la dulcísima Madre con este favor cobró algún esfuerzo y se le concedió el Señor a la parte sensitiva, se postró ante Su Real Majestad y de nuevo le pidió la bendición con profunda humildad y fervoroso agradecimiento por el favor que recibió con su vista.

46. Estaba la prudentísima Señora desimaginada de este beneficio, no sólo por haber tan poco tiempo que carecía de

la presencia humana de su santísimo Hijo, sino porque Su Majestad no le declaró cuándo la visitaría y su altísima humildad no la dejaba pensar que la dignación divina se inclinaría a darla aquel consuelo. Y como ésta fue la primera vez que la recibió, fue mayor la admiración con que quedó más humillada y aniquilada en su estimación. Estuvo cinco horas gozando de la presencia y regalos de su Hijo santísimo, y nadie de los Apóstoles conoció entonces este beneficio, aunque en el semblante con que vieron a la divina Reina y en algunas acciones sospecharon tenía novedad admirable, pero ninguno se atrevió a preguntarle la causa por el temor y reverencia con que la miraban. Para despedirse de su Hijo purísimo al tiempo que conoció se quería volver a los cielos, se postró de nuevo en tierra, pidiéndole otra vez su bendición y licencia para que si alguna vez la visitase como entonces reconociese en su presencia los defectos que cometía en ser agradecida y darle el retorno que debía a sus beneficios. Hizo esta petición, porque el mismo Señor la ofrecía que la visitaría algunas veces en su ausencia y porque antes de la subida a los cielos, cuando vivían juntos, acostumbraba la humilde Madre a postrarse ante su Hijo y Dios verdadero, reconociéndose indigna de sus favores y tarda en recompensarlos, como en la segunda parte queda dicho (Cf. supra p. II n. 698, 989, 921, 1028). Y aunque no pudo acusarse de alguna culpa, porque ninguna cometió la que era Madre de la santidad, ni tampoco con ignorancia se persuadió a que la tenía porque era Madre de la sabiduría, pero dio el Señor lugar a su humildad, amor y ciencia, para que llegase a la digna ponderación de la deuda que como pura criatura tenía a Dios como a Dios, y con este altísimo conocimiento y humildad le parecía poco todo lo que hacía en retorno de tan soberanos beneficios. Y esta desigualdad atribuía a sí misma y aunque no era culpa quería confesar la inferioridad del ser terreno comparado con la divina excelencia.

47. Pero entre los inefables misterios y favores que recibió desde el día de la Ascensión de su Hijo Jesús Salvador nuestro, fue admirable la atención que esta prudentísima Maestra tuvo para que los Apóstoles y demás discípulos se preparasen dignamente para recibir

al Espíritu Santo. Conocía la gran Reina cuán estimable y divino era este beneficio que les prevenía el Padre de las lumbres y conocía también el cariño sensible de los Apóstoles con la humanidad de su Maestro Jesús y que los embarazaría algo la tristeza que padecían por su ausencia. Y para reformar en ellos este defecto y mejorarlos en todo, como piadosa Madre y poderosa Reina, en llegando al Cielo con su Hijo satísimo despachó otro de sus Ángeles al cenáculo para que les declarase su voluntad y la de su Hijo, que era se levantasen a sí sobre sí y estuviesen más donde amaban por fe al ser de Dios que donde animaban que eran los sentidos, y que no se dejasen llevar de la vista sola de la humanidad, sino que les sirviese de puerta y camino para pasar a la divinidad, donde se halla adecuada satisfacción y reposo. Mandó la divina Reina al Santo Ángel que todo esto les inspirase y dijese a los Apóstoles. Y después que la prudentísima Señora descendió de las alturas, los consoló en su tristeza y los alentó en el desmayo que tenían, y cada día una hora les hablaba y la gastaba en declararles los misterios de la fe que su Hijo santísimo le había enseñado. Y no lo hacía en forma de magisterio sino como confiriéndolo, y les aconsejó hablasen ellos otra hora confiriendo los avisos y promesas, doctrina y enseñanza de su divino Maestro Jesús y que otra parte del día rezasen vocalmente el Pater noster y algunos salmos y que lo demás gastasen en oración mental y a la tarde tomasen algún alimento de pan y peces y el sueño moderado. Y con esta oración y ayuno se dispusiesen para recibir al Espíritu Santo que vendría sobre ellos.

48. Desde la diestra de su Hijo santísimo cuidaba la vigilante Madre de aquella dichosa familia, y para dar a todas las obras el supremo grado de perfección, aunque hablaba después de bajar del cielo a los Apóstoles, nunca lo hizo sin que San Pedro o San Juan se lo mandasen. Y pidió y alcanzó de su Hijo santísimo que así se lo inspirase a ellos, para obedecerlos como a sus vicarios y Sacerdotes, y todo se cumplía como la Maestra de la humildad prevenía, y después obedecía como sierva, disimulando la dignidad de Reina y de Señora, sin atribuirse autoridad, dominio ni superioridad alguna, sino obrando como inferior a todos. Con este modo hablaba a los Apóstoles y con los otros

fieles. Y en aquellos días les declaró el misterio de la Santísima Trinidad con términos muy altos e incomprensibles, pero inteligibles y acomodados al entender de todos. Luego les declaró el misterio de la unión hipostática y todos los de la Encarnación y otros muchos de la doctrina que habían oído de su Maestro, y cómo para mayor inteligencia serían ilustrados por el Espíritu Santo cuando le recibiesen.

49. Enseñóles a orar mentalmente, declarándoles la excelencia y necesidad de esta oración y que en la criatura racional el principal oficio y más noble ocupación ha de ser levantarse con el entendimiento y voluntad sobre todo lo criado al conocimiento y amor divino, y que ninguna otra cosa ni ocupación se debe anteponer ni interponer para que el alma se prive de este bien, que es el supremo de la vida y el principio de la felicidad eterna. Enseñóles también cómo debían agradecer al Padre de las misericordias el habernos dado a su Unigénito por nuestro Reparador y Maestro y el amor con que nos había redimido a costa de su pasión y muerte Su Majestad, y porque a ellos que eran sus Apóstoles los había escogido entre los demás hombres para su compañía y fundamentos de su Santa Iglesia. Con estas exhortaciones y enseñanza ilustró la divina Madre los corazones de los once Apóstoles y de los otros discípulos y los fervorizó y dispuso para que estuviesen idóneos y prevenidos a recibir al Espíritu Santo y sus divinos efectos. Y como penetraba sus corazones y conocía la condición y natural de cada uno a todos se acomodaba, como la necesidad de cada cual lo pedía, según su gracia y espíritu para que con alegría, consuelo y fortaleza obrasen las virtudes, y en las exteriores les advirtió hiciesen humillaciones, postraciones y otras acciones de culto y reverencia, adorando a la majestad y grandeza del Altísimo.

50. Todos los días por la mañana y tarde iba a pedir la bendición a los Apóstoles, primero a San Pedro como cabeza y luego a San Juan y a los demás por sus antigüedades. Al principio se querían retirar todos de hacer esta ceremonia con María santísima, porque la miraban como a Reina y Madre de su Maestro Jesús, pero la prudentísima Señora los obligó, para que todos la bendijesen como Sacerdotes y ministros del Altísimo,

declarándoles esta suprema dignidad y el oficio que por ella les tocaba, la suma reverencia y respeto que se les debía. Y como esta competencia venía a ser sobre quién más se humillaba, era cierto que la Maestra de la humildad había de quedar victoriosa y los discípulos vencidos y enseñados con su ejemplo. Por otra parte las palabras de María santísima eran tan dulces, ardientes y eficaces en mover los corazones de todos aquellos primeros fieles, que con una fuerza divina y suavísima los
ilustraba y reducía a obrar todo lo más santo y perfecto de las virtudes. Y reconociendo ellos estos admirables efectos en sí mismos, los conferían unos con otros y admirados decían: Verdaderamente en esta pura criatura hallamos la misma enseñanza, doctrina y consuelo que nos faltó con la ausencia de su Hijo y nuestro Maestro. Sus obras y palabras, sus consejos y comunicación llena de suavidad y mansedumbre, nos enseña y obliga, como lo sentíamos con nuestro Salvador cuando nos hablaba y vivía con nosotros. Ahora se encienden nuestros corazones con la doctrina y exhortaciones de esta admirable criatura, como nos sucedía con las palabras de Jesús nuestro Salvador. Sin duda que como Dios omnipotente ha depositado en la Madre de su Unigénito la sabiduría y virtud divina. Podemos ya enjugar las lágrimas, pues para nuestra enseñanza y consuelo nos dejó tal Madre y Maestra y nos concedió tener con nosotros esta viva arca del Testamento, donde depositó su ley, su vara de los prodigios, el maná dulcísimo para nuestra vida y consuelo.

51. Si los Sagrados Apóstoles y los demás hijos primitivos de la Santa Iglesia nos hubieran dejado escrito lo que conocieron y alcanzaron de la gran Señora María santísima y de su eminente sabiduría como testigos de vista, lo que la oyeron, hablaron y comunicaron en tanto tiempo, con estos testimonios tuviéramos noticia más expresa de la santidad y obras heroicas de la Emperatriz de las alturas y cómo en la doctrina que enseñaba y en los efectos que obraba se conocía haberle comunicado su Hijo santísimo un linaje de virtud divina semejante a la suya; aunque en el Señor estaba como la fuente en su origen y en su beatísima Madre estaba como en el arcaduz o conducto por donde se comunicaba y comunica a todos los mortales. Pero los

Apóstoles fueron tan felices y dichosos que bebieron las aguas del Salvador y de la doctrina de su purísima Madre en su misma fuente, recibiéndolas por el sentido, como convenía para el ministerio y oficio que se les encargaba de fundar la Iglesia y plantar la fe del Evangelio por todo el orbe.

52. Por la traición y muerte del infeliz entre los nacidos, Judas Iscariotes, estaba su Obispado, como dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 108, 8) [et diábolus stet a dextris eius; cum iudicátur, éxeat condemnátus, et orátio eius fiat in peccátum: fiant dies eius pauci, et episcopátum eius accípiat alter;], de vacante y era necesario que se proveyese en otro digno del apostolado, porque era voluntad del Altísimo que para la venida del Espíritu Santo estuviese cumplido el número de los doce, como el Maestro de la vida los había numerado cuando los eligió. Este orden del Señor les declaró María santísima a los once Apóstoles en una de las pláticas que les hacía, y todos admitieron la proposición y la suplicaron que como Madre y Maestra nombrase ella al que conociese por más digno e idóneo para el apostolado. No lo ignoraba la divina Señora, porque tenía escritos en su corazón los nombres de los doce con San Matías [Día 24 de febrero: In Judaea natális sancti Matthíae Apóstoli, qui, post Ascensiónem Dómini ab Apóstolis in Judae proditóris locum sorte eléctus, pro Evangélii praedicatióne martýrium passus est.], como dije en el segundo capítulo (Cf. supra n. 28). Pero con su humilde y profunda sabiduría conoció que convenía remitir aquella diligencia a San Pedro, para que comenzase a ejercer en la nueva Iglesia el oficio de pontífice y cabeza, como vicario de Cristo, su autor y Maestro. Ordenóle al Apóstol que esta elección la hiciese en presencia de todos los discípulos y otros fieles, para que todos le viesen obrar como suprema cabeza de la Iglesia. Y así lo hizo San Pedro como lo ordenó la Reina.

53. El modo de esta primera elección que se hizo en la Iglesia refiere san Lucas en el capítulo 1 de los Hechos apostólicos (Act 1, 15ss). Dice que en aquellos días que fueron entre la Ascensión y venida del Espíritu Santo el Apóstol San Pedro, habiendo juntado los ciento y

veinte que se hallaron también a la subida del Señor a los cielos, les hizo una plática en que les declaró cómo convenía haberse cumplido la profecía del Santo Rey y Profeta David de la traición de Judas Iscariotes, la cual dejó escrita en el Salmo 40 (Sal 40, 10), y cómo habiendo sido elegido entre los doce Apóstoles prevaricó infelizmente y se hizo caudillo de los que prendieron a Jesús y del precio por que le vendió le quedó por posesión el campo que se compró con él —que en la lengua común llamaban Haceldama— y al fin como indigno de la misericordia divina se colgó a sí mismo y reventó por medio, derramando sus entrañas, como todo era notorio a cuantos estaban en Jerusalén; y convenía que fuese elegido otro en su lugar en el apostolado para testificar la resurrección del Salvador, conforme otra profecía del mismo Santo Rey y Profeta David (Sal 108, 8); y éste que había de ser elegido debía ser alguno de los que habían seguido a Cristo su Maestro en la predicación desde el bautismo de San Juan Bautista.

54. Acabada esta plática y convenidos todos los fieles en que se hiciera elección del duodécimo Apóstol, se remitió a San Pedro el modo de la elección. Determinó el Apóstol que de entre los sesenta y dos discípulos se nombrasen dos, que fueron José, llamado el Justo, y Matías, y entre los dos se sortease y se tuviese por Apóstol aquel a quien le cupiese la suerte. Aprobaron todos este modo de elegir, que entonces era muy seguro porque la virtud divina obraba grandes maravillas para fundar la Iglesia. Y escribiendo los nombres de los dos cada uno en una cédula con el oficio de discípulo y Apóstol de Cristo, los pusieron en un vaso que no se viese, y todos hicieron oración pidiendo a Dios eligiese a quien fuera su santísima voluntad, pues conocía como Señor los corazones de todos. Luego San Pedro sacó una suerte en que estaba escrito: Matías, discípulo y apóstol de Jesús, y con alegría de todos fue reconocido y admitido San Matías por legítimo Apóstol y los once le abrazaron. Y María santísima, que a todo estaba presente, le pidió la bendición y a su imitación lo hicieron los demás fieles y todos continuaron la oración y ayuno hasta la venida del Espíritu Santo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

55. Hija mía, admiraste con razón de los ocultos y soberanos favores que recibí de la diestra de mi Hijo y de la humildad con que los recibía y agradecía, de la caridad y atención que entre este gozo tenía a las necesidades de los Apóstoles y fieles de la Santa Iglesia. Tiempo es ya, carísima, de que en ti cojas el fruto de esta ciencia; ni tú puedes ahora entender más, ni mi deseo en ti se extiende a menos que a tener una hija fiel que me imite con fervor y una discípula que me oiga y siga con todo el corazón. Enciende, pues, la luz de tu viva fe, con saber que yo soy tan poderosa para favorecerte y ayudarte, y fía de mí, que lo haré sobre tus deseos y seré liberal sin escasez en llenarte de grandes bienes. Pero tú para recibirlos humíllate más que la misma tierra y toma el último lugar entre las criaturas, pues por ti misma eres más inútil que el más vil y desechado polvo y nada tienes más que la misma miseria y necesidad. Pondera bien con esta verdad cuánta y cuál es contigo la clemencia y dignación del Altísimo y qué grado de agradecimiento y retorno le debes; y si el que paga, aunque sea por entero, lo que debe, no tiene de qué se gloriar, tú, que no puedes satisfacer por tanta deuda, justo es que quedes humillada, pues quedas siempre deudora, aunque siempre trabajes cuanto puedas. Pues, ¿qué será siendo remisa y negligente?

56. Con esta prudencia y atención conocerás cómo debes imitarme en la fe viva, en la esperanza cierta, en la caridad fervorosa, en la humildad profunda y en el culto y reverencia debida a la infinita grandeza del Señor. Y te advierto de nuevo que la sagacidad de la serpiente es vigilantísima contra los mortales para que no atiendan a la veneración y culto que se debe a su Dios y con vana osadía desprecian esta virtud y las que en sí contiene. En los mundanos y viciosos introduce un estultísimo olvido de las verdades católicas, para que la fe divina no les proponga el temor y veneración que se debe al Muy Alto, y en esto los hace muy semejantes a los paganos, que no conocen la verdadera divinidad. A otros, que desean la virtud y hacen algunas obras buenas, les causa el enemigo una tibieza y negligencia peligrosa con que pasan inadvertidos de lo que

pierden por faltarles el fervor. Y a los que tratan de más perfección, los pretende este dragón engañar con una grosera confianza, para que con los favores que reciben o con la clemencia que conocen, se juzguen por muy familiares con el Señor y se descuiden en la humilde veneración y temor con que han de estar en presencia de tanta Majestad, ante quien tiemblan las potestades del cielo, como la Santa Iglesia se lo enseña (Prefacio de la Santa Misa). Y porque en otras ocasiones te he amonestado y advertido de este peligro basta ahora acordártelo.

57. Pero de tal manera quiero que seas fiel y puntual en ejercitar esta doctrina, que en todas tus acciones exteriores sin afectación ni extremos la confieses y practiques, para que con ejemplo y palabras enseñes a todos los que te trataren el temor santo y veneración que las criaturas deben al Criador. Y especialmente quiero que a tus religiosas las adviertas y enseñes esta ciencia, para que no ignoren la humildad y reverencia con que han de tratar con Dios. Y la más eficaz enseñanza será en ti el ejemplo en las obras de obligación, porque éstas ni las debes ocultar ni omitirlas por temor de la vanidad. Esta obligación es mayor en el que gobierna a otros, que es deuda del oficio exhortar, mover y encaminar a los súbditos en el temor santo del Señor y esto se hace más eficazmente con el ejemplo que con las palabras. En particular las amonesta a la veneración que han de tener a los Sacerdotes, como ungidos y cristos del Señor. Y tú a imitación mía pídeles siempre la bendición cuando llegares a oírles y te despidieres de ellos. Y cuando más favorecida te veas de la divina dignación, vuelve también los ojos a las necesidades y aflicciones de tus prójimos y al peligro de los pecadores, y pide por todos con viva fe y confianza, que no es legítimo amor con Dios si sólo con gozar se contenta y se olvida de sus hermanos. Aquel sumo bien que conoces y participas, has de solicitar y pedir se comunique a todos, pues a nadie excluye y todos necesitan de su comunicación y auxilio divino. En mi caridad conoces lo que debes imitar en todo.

CAPITULO 5

La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y otros fieles; viole María santísima intuitivamente y otros ocultísimos misterios y secretos que sucedieron entonces.

58. En compañía de la gran Reina del cielo perseveraban alegres los doce Apóstoles con los demás discípulos y fieles aguardando en el cenáculo la promesa del Salvador, confirmada por la Madre santísima, de que les enviaría de las alturas al Espíritu consolador, que les enseñaría y administraría todas las cosas que en su doctrina habían oído (Jn 14, 26). Estaban todos unánimes y tan conformes en la caridad, que en todos aquellos días ninguno tuvo pensamiento, afecto, ni ademán contrario de los otros; uno mismo era el corazón y alma de todos en el sentir y obrar. Y aunque se ofreció la elección de San Matías, no intervino entre todos estos nuevos hijos de la Iglesia un ademán ni menor movimiento de discordia, con ser esta ocasión en la que los diferentes dictámenes arrastran la voluntad para discordar aun los más atentos, porque todos lo son para seguir cada uno su parecer y no reducirse al ajeno. Pero entre aquella santa congregación no tuvo entrada la discordia, porque los unió la oración, el ayuno y el estar todos esperando la visita del Espíritu Santo, que sobre corazones encontrados y discordes no puede tener asiento. Y para que se vea cuán poderosa fue esta unión de caridad, no sólo en disponerlos para recibir el Espíritu Santo, sino también para vencer a los demonios y ahuyentarlos, advierto que desde el infierno, donde estaban aterrados después de la muerte de nuestro Salvador Jesús, desde allí sintieron nueva opresión y terror con las virtudes de los que estaban en el cenáculo; aunque no las conocieron en particular, sintieron que de allí les resultaba aquella nueva fuerza que los acobardaba y juzgaron que se destruía su imperio con lo que aquellos discípulos de Cristo comenzaban a obrar en el mundo con su doctrina y ejemplo.

59. La Reina de los Ángeles María santísima con la plenitud de sabiduría y gracia conoció el tiempo y la hora determinada por la divina voluntad para enviar al Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico. Y como se cumpliesen los días de Pentecostés (Act 2, 1ss), que fue cincuenta días

después de la resurrección del Señor y nuestro Redentor, vio la beatísima Madre cómo en el cielo la humanidad de la persona del Verbo proponía al Eterno Padre la promesa que el mismo Salvador dejaba hecha en el mundo a sus Apóstoles, de enviarles al divino Espíritu consolador, y que se cumplía el tiempo determinado por su infinita sabiduría para hacer este favor a la Santa Iglesia, para plantar en ella la fe que el mismo Hijo había ordenado y los dones que le había merecido. Propuso Su Majestad también los méritos que en la carne mortal había adquirido con su santísima vida, pasión y muerte y los misterios que había obrado para remedio del humano linaje, y que era su medianero, abogado e intercesor entre el Eterno Padre y los hombres, y que entre ellos vivía su dulcísima Madre, en quien las divinas personas se complacían. Pidió también Su Majestad que viniese el Espíritu Santo al mundo en forma visible, a más de la gracia y dones invisibles, porque así convenía para honrar la Ley del Evangelio a vista del mundo, para confortar y alentar más a los Apóstoles y fieles que habían de predicar la palabra divina, para causar terror en los enemigos del mismo Señor, que en su vida le habían perseguido y despreciado hasta la muerte de Cruz.

60. Esta petición, que hizo nuestro Redentor en el cielo, acompañó su Madre santísima desde la tierra en la forma que a la piadosa Madre de los fieles competía. Y estando con profunda humildad postrada en tierra en forma de cruz, conoció cómo en el consistorio de la Beatísima Trinidad se admitía la petición del Salvador del mundo y que para despacharla y ejecutarla —a nuestro modo de entender— las dos personas del Padre y del Hijo, como principio de quien procede el Espíritu Santo, ordenaban la misión activa de la tercera Persona, porque a las dos se les atribuye el enviar la que procede de entrambos, y la tercera persona del Espíritu Santo aceptaba la misión pasiva y admitía venir al mundo. Y aunque todas estas Personas divinas y sus operaciones son de una misma voluntad infinita y eterna sin desigualdad alguna, pero las mismas potencias que en todas Personas son indivisas e iguales tienen unas operaciones *ad intra* en una persona que no las tienen en otra; y así el entendimiento en el Padre engendra y no en el Hijo, porque es engendrado, y la voluntad en el Padre y en

el Hijo espira y no en el Espirito Santo, que es espirado. Y por esta razón al Padre y al Hijo se les atribuye enviar, como principio activo, al Espíritu Santo *ad extra* y a él se le atribuye el ser enviado como pasivamente.

61. Precediendo las peticiones dichas, el día de Pentecostés por la mañana la prudentísima Reina previno a los Apóstoles y a los demás discípulos y mujeres santas —que todas eran ciento y veinte personas— para que orasen y esperasen con mayor fervor, porque muy presto serían visitados de las alturas con el divino Espíritu. Y estando así orando todos juntos con la celestial Señora, a la hora de tercia se oyó en el aire un gran sonido de un espantoso tronido y un viento o espíritu vehemente con grande resplandor, como de relámpago y de fuego, y todo se encaminó a la casa del cenáculo, llenándola de luz y derramándose aquel divino fuego sobre toda aquella santa congregación. Aparecieron sobre la cabeza de cada uno de los ciento y veinte unas lenguas del mismo fuego en que venía el Espíritu Santo, llenándolos a todos y a cada uno de divinas influencias y dones soberanos y causando a un mismo tiempo muy diferentes y contrarios efectos en el cenáculo y en todo Jerusalén, según la diversidad de sujetos.

62. En María santísima fueron divinos y admirables para los cortesanos del cielo, que los demás somos muy inferiores para entenderlos y explicarlos. Quedó la purísima Señora transformada y elevada toda en el mismo altísimo Dios, porque vio intuitivamente y con claridad al Espíritu Santo y por algún espacio, aunque de paso, gozó de la visión beatífica de la divinidad, y de sus dones y efectos recibió sola ella más que todo el resto de los santos. Y su gloria por aquel tiempo excedió a la de los Ángeles y Bienaventurados. Y sola ella dio más gloria, alabanza y agradecimiento que todos ellos juntos por el beneficio de haber enviado el Señor a su divino Espíritu sobre la Santa Iglesia, empeñándose para enviarle muchas veces y gobernarla con su asistencia hasta el fin del mundo. Y de las obras que sola María santísima hizo en esta ocasión se complació y agradó la Beatísima Trinidad de manera que se dio Su Majestad como por pagado y satisfecho de este favor

que hizo al mundo; y no sólo por satisfecho, pero hizo como si se hallara obligado, por tener a esta única criatura que el Padre miraba como Hija y el Hijo como Madre y el Espíritu Santo como a Esposa, a quien —a nuestro modo de entender— debía visitar y enriquecer después de haberla elegido para tan alta dignidad. Renováronse en la digna y feliz Esposa todos los dones y gracias del Espíritu Santo con nuevos efectos y operaciones que no caben en nuestra capacidad.

63. Los Apóstoles, como dice San Lucas (Act 2, 4), fueron también llenos y repletos del Espíritu Santo, porque recibieron admirables aumentos de la gracia justificante en grado muy levantado y solos ellos doce fueron confirmados en esta gracia para no perderla. Respectivamente se les infundieron hábitos de los siete dones, sabiduría, entendimiento, ciencia, piedad, consejo, fortaleza y temor, todos en grado convenientísimo. En este beneficio tan grandioso y admirable como nuevo en el mundo, quedaron los Doce Apóstoles elevados y renovados para ser idóneos ministros del Nuevo Testamento (2 Cor 3, 6) y fundadores de la Iglesia evangélica en todo el mundo, porque esta nueva gracia y dones les comunicaron una virtud divina que con eficaz y suave fuerza los inclinaba a lo más heroico de todas las virtudes y a lo supremo de la santidad. Y con esta fuerza oraban y obraban pronta y fácilmente todas las cosas, por arduas y difíciles que fuesen, y esto no con tristeza y por violenta necesidad, sino con gozo y alegría.

64. En todos los demás discípulos y otros fieles que recibieron el Espíritu Santo en el cenáculo, obró el Altísimo los mismos efectos con proporción y respectivamente, salvo que no fueron confirmados en gracia como los Apóstoles, pero según la disposición de cada uno se les comunicó la gracia y dones con más o menos abundancia para el ministerio que les tocaba en la Santa Iglesia. Y la misma proporción se guardó en los Apóstoles, pero San Pedro y San Juan Evangelista señaladamente fueron aventajados en estos dones por los más altos oficios que tenían, el uno de gobernar la Iglesia como cabeza y el otro de asistir y servir a su Reina y Señora de cielo y tierra María santísima. El texto sagrado de San Lucas dice que el Espíritu Santo llenó

toda la Casa donde estaba aquella feliz congregación (Act 2, 2), no sólo porque todos en ella quedaron llenos del divino Espíritu y de sus inefables dones, sino porque la misma casa fue llena de admirable luz y resplandor. Y esta plenitud de maravillas y prodigios redundó y se comunicó a otros fuera del cenáculo, porque obró también diversos y varios efectos el Espíritu Santo en los moradores y vecinos de Jerusalén. Todos aquellos que con alguna piedad se compadecieron de nuestro Salvador y Redentor Jesús en su pasión y muerte, doliéndose de sus acerbísimos tormentos y reverenciando su venerable persona, fueron visitados en lo interior con nueva luz y gracia que los dispuso para admitir después la Doctrina de los Apóstoles. Y los que se convirtieron con el primer sermón de San Pedro eran muchos de éstos, a quien su compasión y pena de la muerte del Señor les comenzó a granjear tanta dicha como ésta. Otros justos que estaban en Jerusalén fuera del cenáculo recibieron también grande consolación interior con que se movieron y dispusieron, y así obró en ellos el Espíritu Santo nuevos efectos de gracia, respectivamente, en cada uno.

65. Pero no son menos admirables, aunque más ocultos, otros efectos muy contrarios a los que he dicho, que el mismo Espíritu divino obró este día en Jerusalén. Sucedió, pues, que con el espantoso trueno y vehemente conmoción del aire y relámpagos en que vino el Espíritu Santo, turbó y atemorizó a todos los moradores de la ciudad enemigos del Señor, respectivamente a cada uno según su maldad y perfidia. Señalóse este castigo con todos cuantos fueron actores y concurrieron en la muerte de nuestro Salvador, particularizándose y airándose en malicia y rabia. Todos éstos cayeron en tierra por tres horas, dando en ella de cerebro. Y los que azotaron a Su Majestad murieron luego todos, ahogados de su propia sangre, que del golpe se les movió y trasvenó hasta sofocarlos, por la que con tanta impiedad derramaron. El atrevida que dio la bofetada a Su Majestad divina no sólo murió repentinamente, sino que fue lanzado en el infierno en alma y cuerpo. Otros de los judíos, aunque no murieron, quedaron castigados con intensos dolores y algunas enfermedades abominables. Este castigo fue notorio en Jerusalén, aunque los pontífices y fariseos

pusieron gran diligencia en desmentirlo, como lo hicieron en la Resurrección del Salvador; pero como esto no era tan importante no lo escribieron los Apóstoles ni Evangelistas, y la confusión de la ciudad y la multitud lo olvidó luego.

66. Pasó también el castigo y el temor hasta el infierno, donde los demonios le sintieron con nueva confusión y opresión, que les duró tres días, como a los judíos estar en tierra tres horas. Y en aquellos días estuvieron Lucifer y sus demonios dando formidables aullidos, con que todos los condenados recibieron nueva pena y aterramiento de confusísimo dolor. ¡Oh Espíritu inefable y poderoso! La Iglesia Santa os llama dedo de Dios, porque procedéis del Padre y del Hijo como el dedo del brazo y del cuerpo, pero en esta ocasión se me ha manifestado que tenéis el mismo poder infinito con el Padre y con el Hijo. En un mismo tiempo con vuestra real presencia se movieron cielo y tierra con efectos tan disímiles en todos sus moradores, pero muy semejantes a los que sucederán el día del juicio. A los santos y a los justos llenasteis de vuestra gracia, dones y consolación inefable, y a los impíos y soberbios castigasteis y llenasteis de confusión y penas. Verdaderamente veo aquí cumplido lo que dijisteis por Santo Rey y Profeta David (Sal 93, 1ss), que sois Dios de venganzas y libremente obráis dando la retribución digna a los malos, porque no se gloríen en su malicia injusta ni digan en su corazón que no lo veréis ni entenderéis, redarguyendo y castigando sus pecados.

67. Entiendan, pues, los insipientes del mundo y sepan los estultos de la tierra que conoce el Altísimo los pensamientos vanos de los hombres y que si con los justos es liberal y suavísimo, con los impíos y malos es rígido y justiciero para su castigo. Tocábale al Espíritu Santo hacer lo uno y lo otro en esta ocasión. Porque procedía del Verbo, que se humanó por los hombres y murió para redimirlos y padeció tantos oprobios y tormentos sin abrir su boca ni dar retribución de estas deshonras y desprecios. Y bajando al mundo el Espíritu Santo, era justo que volviera por la honra del mismo Verbo humanado y, aunque no castigara a todos sus enemigos, pero en el castigo de los más impíos quedara señalado el que merecían todos los que con dura perfidia le habían despreciado, si con darles lugar no se reducían a la

verdad con verdadera penitencia. A los pocos que habían admitido al Verbo humanado, siguiéndole y oyéndole como Redentor y Maestro, y a los que habían de predicar su fe y doctrina, era justo premiarlos y disponerlos con favores proporcionados para el ministerio de plantar la Iglesia y Ley Evangélica. A María santísima era como debido visitarla el Espíritu Santo. El Apóstol dijo (Ef 5, 31) que dejar el hombre a su padre y madre y unirse con su esposa, como lo había dicho Santo Profeta y Legislador Moisés (Gen 2, 24), era gran sacramento entre Cristo y la Iglesia, por quien descendió del seno del Padre para unirse con ella en la humanidad que recibió. Pues si Cristo bajó del cielo por estar con su esposa la Iglesia, consiguiente parecía que bajase el Espíritu Santo por María santísima, no menos esposa suya que Cristo de la Iglesia y no la amaba menos que el Verbo humanado a la Iglesia.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo y Señora nuestra.

68 Hija mía, poco atentos y agradecidos son los hijos de la Iglesia al beneficio que les hizo el Altísimo enviando a ella el Espíritu Santo, después de haber enviado a su Hijo por Maestro y Redentor de los hombres. Tanta fue la dilección con que los quiso amar y traer a sí, que para hacerlos participantes de sus divinas perfecciones envió primero al Hijo, que es la sabiduría, y después al Espíritu Santo, que es su mismo amor, para que de estos atributos fuesen enriquecidos en el modo que todos eran capaces de recibirlos. Y aunque vino el divino Espíritu en la primera vez sobre los Apóstoles y los demás que con ellos estaban, pero en aquella venida dio prendas y testimonio de que haría el mismo favor a los demás hijos de la Iglesia, de la luz y del Evangelio, comunicando a todos sus dones si todos se dispusieren para recibirlos. Y en fe de esta verdad venía el mismo Espíritu Santo sobre muchos de los creyentes en forma o en efectos visibles, porque eran verdaderamente fieles siervos, humildes, sencillos y de corazón limpio y aparejados para recibirle. Y también ahora viene en muchas almas justas, aunque no con señales tan manifiestas como entonces, porque no es necesario ni conveniente. Los efectos y dones interiores todos son de una misma

condición, según la disposición y grado de cada uno que los recibe.

69. Dichosa es el alma que anhela y suspira por alcanzar este beneficio y participar de este divino fuego, que enciende, ilustra y consume todo lo terreno y carnal, y purificándola la levanta a nuevo ser por la unión y participación del mismo Dios. Esta felicidad, hija mía, deseo para ti como verdadera y amorosa madre; y para que la consigas con plenitud te amonesto de nuevo prepares tu corazón, trabajando por conservar en él una inviolable tranquilidad y paz en todo lo que te sucediere. Quiere la divina clemencia levantarte a una habitación muy alta y segura, donde tengan término las tormentas de tu espíritu y no alcancen las baterías del mundo ni del infierno, donde en tu reposo descanse el Altísimo y halle en ti digna morada y templo de su gloria. No te faltarán acometimientos y tentaciones del Dragón y todas con suma astucia. Vive prevenida, para que ni te turbes ni admitas desasosiego en lo interior de tu alma. Guarda tu tesoro en tu secreto y goza de las delicias del Señor, de los efectos dulces de su casto amor, de las influencias de su ciencia, pues en esto te ha elegido y señalado entre muchas generaciones, alargando su mano liberalísima contigo.

70. Considera, pues, tu vocación y asegúrate que de nuevo te ofrece el Altísimo la participación y comunicación de su divino Espíritu y sus dones. Pero advierte que cuando los concede no quita la libertad de la voluntad, porque siempre deja en su mano el hacer elección del bien y del mal a su albedrío, y así te conviene que en confianza del favor divino tomes eficaz resolución de imitarme en todas las obras que de mi vida conoces y no impedir los efectos y virtud de los dones del Espíritu Santo. Y para que mejor entiendas esta doctrina, te diré la práctica de todos siete.

71. El primero, que es la sabiduría, administra el conocimiento y gusto de las cosas divinas para mover el cordial amor que en ellas debes ejercitar, codiciando y apeteciendo en todo lo bueno, lo mejor y más perfecto y agradable al Señor. Y a esta moción has de concurrir entregándote toda al beneplácito de la divina voluntad y

despreciando cuanto te pueda impedir, por más amable que sea para la voluntad y deseable al apetito. A esto ayuda el don del entendimiento, que es el segundo, dando una especial luz para penetrar profundamente el objeto representado al entendimiento. Con esta inteligencia has de cooperar y concurrir, divirtiendo y apartando la atención y discurso de otras noticias bastardas y peregrinas, que el demonio por sí y por medio de otras criaturas ofrece para distraer el entendimiento y que no penetre bien la verdad de las cosas divinas. Esto le embaraza mucho, porque son incompatibles estas dos inteligencias y porque la capacidad humana es corta y partida en muchas cosas comprende menos y atiende menos a cada una que si atendiera a sola ella. Y en esto se experimenta la verdad del Evangelio, que *ninguno puede servir a dos señores* (Mt 6, 24). Y cuando atenta toda el alma a la inteligencia del bien le penetra, es necesaria la fortaleza, que es el tercer don, para ejecutar con resolución todo lo que el entendimiento ha conocido por más santo, perfecto y agradable al Señor. Y las dificultades o impedimentos que se ofrecieren para hacerlo, se han de vencer con fortaleza, exponiéndose la criatura a padecer cualquier trabajo y pena por no privarse del verdadero y sumo Bien que conoce.

72. Mas porque muchas veces sucede que con la natural ignorancia y dubiedad, junto con la tentación, no alcanza la criatura las conclusiones o consecuencias de la verdad divina que ha conocido y con esto se embaraza para obrar lo mejor entre los arbitrios que ofrece la prudencia de la carne, sirve para esto el don de ciencia, que es el cuarto, y da luz para inferir unas cosas buenas de otras y enseña lo más cierto y seguro y a declararse en ello, si fuere menester. A éste se llega el don de la piedad, que es el quinto, e inclina al alma con fuerte suavidad a todo lo que verdaderamente es agrado y servicio del Señor y beneficio espiritual de la criatura, a que lo ejecute no con alguna pasión natural, sino con motivo santo, perfecto y virtuoso. Y para que en todo se gobierne con alta prudencia sirve el sexto don, de consejo, que encamina la razón para obrar con acierto y sin temeridad, pesando los medios y conciliando para sí y para otros con discreción, para elegir los medios más proporcionados a los fines honestos y

santos. A todos estos dones se sigue el último, del temor, que los guarda y sella todos. Este don inclina al corazón para que huya y se recate de todo lo imperfecto, peligroso y disonante a las virtudes y perfección del alma, y así le viene a servir de muro que la defiende. Pero es necesario entender la materia y modo de este temor santo, para que no exceda en él la criatura ni tema donde no hay que temer, como a ti tantas veces te ha sucedido por la astucia de la serpiente, que a vuelta del temor santo te ha procurado introducir el temor desordenado de los mismos beneficios del Señor. Pero con esta doctrina quedarás advertida cómo has de practicar los dones del Altísimo y avenirte con ellos. Y te advierto y amonesto que la ciencia de temer es propio efecto de los favores que Dios comunica y le da al alma, y con suavidad y dulzura, paz y tranquilidad, para que sepa estimar y apreciar el don, porque ninguno hay pequeño de la mano del Altísimo, y porque el temor no impida a conocer bien el favor de su poderosa mano y para que este temor la encamine a agradecerle con todas sus fuerzas y humillarse hasta el polvo. Conociendo tú estas verdades sin engañó y quitando la cobardía del temor servil, quedará el filial y con él como norte navegarás segura en este valle de lágrimas.

CAPITULO 6

Salieron del cenáculo los Apóstoles a predicar a la multitud que concurrió, cómo les hablaron en varias lenguas, convirtiéronse aquel día casi tres mil y lo que hizo María santísima en esta ocasión.

73. Con las señales tan visibles y notorias que descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles se conmovió toda la ciudad de Jerusalén con sus moradores, admirados de la novedad nunca vista, y corriendo la voz de lo que se había visto sobre la casa del cenáculo concurrió a ella toda la multitud del pueblo para saber el suceso (Act 2, 5-6). Celebrábase aquel día una de las fiestas o pascuas de los hebreos, y así por esto como por especial dispensación del cielo estaba la ciudad llena de forasteros y extranjeros de

todas las naciones del mundo, a quienes el Altísimo quería hacer manifiesta aquella nueva maravilla y los principios con que comenzaba a predicarse y dilatarse la nueva ley de gracia, que el Verbo humanado nuestro Redentor y Maestro había ordenado para la salvación de los hombres.

74. Los Sagrados Apóstoles, que con la plenitud de los dones del Espíritu Santo estaban inflamados en caridad, sabiendo que la ciudad de Jerusalén concurría a las puertas del cenáculo, pidieron licencia a su Reina y Maestra para salir a predicarles, porqué tanta gracia no podía estar un punto ociosa sin redundar en beneficio de las almas y nueva gloria del Autor. Salieron todos de la casa del cenáculo y puestos a vista de toda la multitud comenzaron a predicar los misterios de la fe y salvación eterna. Y como hasta aquella hora habían estado encogidos y retirados y entonces salieron con tan impensado esfuerzo y sus palabras salían de sus bocas como rayos de nueva luz y fuego que penetraban los oyentes, quedaron todos admirados y como atónitos de tan peregrina novedad nunca vista ni oída en el mundo. Mirábanse unos a otros y con asombro se preguntaban y decían: ¿Qué es esto que vemos? ¿Por ventura todos éstos que nos hablan no son galileos? Pues, ¿cómo los oímos cada uno en nuestra propia lengua en que nacimos? Los judíos y prosélitos, los romanos, latinos, griegos, cretenses, árabes, partos, medos y todos los demás de diversas partes del mundo los oímos hablar y entendemos en nuestras lenguas (Act 2, 7). ¡Oh grandezas de Dios! ¡Qué admirable es en sus obras!

75. Esta maravilla, de que todas las naciones de tan diversas lenguas como estaban en Jerusalén oyesen hablar a los Apóstoles cada nación en su lengua, les causó grande asombro, junto con la doctrina que predicaban. Pero advierto que, si bien cada uno de los Apóstoles con la plenitud de ciencia y dones que recibieron gratuitos quedaron sabios y capaces para hablar en todas lenguas de las naciones, porque así fue necesario para predicarles el Evangelio, pero en esta ocasión no hablaron más de en la lengua de Palestina y hablando ellos y articulando sola ésta eran entendidos de todas las naciones, como si a cada uno le hablaran en lengua propia; de manera que la voz de cada

uno de los Apóstoles, que él articulaba en lengua hebrea, llegaba a los oídos de los oyentes en lengua propia de su nación. Y éste fue el milagro que hizo Dios entonces, para que mejor fuesen entendidos y admitidos de tan diversas gentes. Y la razón fue, porque no repetía el misterio que predicaba San Pedro en cada lengua de los que allí estaban oyéndole; sola una vez le predicaba y aquélla oían y entendían todos cada cual en su lengua propia, y lo mismo sucedía a los demás Apóstoles. Porque, si cada uno hablara en la lengua del que le oía, era necesario que repitiese por lo menos diecisiete veces las palabras para otras tantas naciones que refiere San Lucas (Act 2, 9) estaban en el auditorio, y cada uno entendía su lengua materna; y en esto se gastaría más tiempo de lo que se colige del texto sagrado, y fuera gran confusión y molestia repetir tantas veces lo mismo o hablar a un tiempo tantas lenguas cada uno, ni el milagro fuera para nosotros tan inteligible como el que he declarado.

76. Las naciones que oían a los Apóstoles no entendieron la maravilla, aunque se admiraron de oír cada uno su idioma nativo y propio. Y lo que el texto de San Lucas dice (Act 2, 4), que los Apóstoles comenzaron a hablar en varias lenguas, es porque al punto las entendieron y hablaron luego en ellas —como diré adelante (Cf. infra n. 83)— y pudieron hablarlas, porque aquel día los que vinieron al cenáculo los oyeron predicar cada nación en su lengua, como queda dicho. Pero la novedad y admiración causó en los oyentes diversos efectos, dividiéndose en contrarios pareceres según la disposición de cada uno. Los que piadosamente oían a los Apóstoles entendían mucho de la divinidad y redención humana de que hablaban altísima y fervorosamente, y con la fuerza de sus palabras eran despertados y movidos en vivos deseos de conocer la verdad, y con la divina luz eran ilustrados y compungidos para llorar sus pecados y pedir misericordia de ellos, y con lágrimas aclamaban a los Apóstoles y les decían les enseñasen lo que debían hacer para alcanzar la vida eterna. Otros, que eran duros de corazón, se indignaban con los Apóstoles, quedando ayunos de las grandezas divinas que hablaban y predicaban y en lugar de admitirlas los llamaban noveleros y hazañeros. Y muchos de los judíos

daban más rígida censura a los Apóstoles, atribuyéndoles que estaban embriagados y sin juicio. Y algunos de éstos eran de los que habían vuelto en sí de la caída que dieron con el trueno que causó el Espíritu Santo.

77. Para convencerlos tomó la mano el Apóstol San Pedro, como cabeza de la Iglesia, y hablando en más alta voz les dijo (Act 2, 14ss): Varones que sois judíos y los que vivís en Jerusalén, oíd mis palabras, y sea notorio a todos vosotros cómo éstos que están conmigo no están embriagados del vino, como vosotros queréis imaginar, pues aún no es pasada la hora del mediodía, cuando los hombres suelen cometer este desorden. Pero sabed todos que se ha cumplido en ellos lo que tiene Dios prometido por el Profeta San Joel [Día 13 de julio: In Palaestina sanctórum Joélis et Esdrae Prophétarum], cuando dijo (Joel 2, 28): Sucederá en los futuros tiempos, que yo derramaré mi espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y los jóvenes y ancianos tendrán visiones y sueños divinos. Y daré mi espíritu a mis siervos y siervas, y haré prodigios en el cielo y maravillas en la tierra, antes que venga el día del Señor grande y manifiesto. Y el que invocare el nombre del Señor, aquél será salvo. Oíd, pues, israelitas mis palabras: Vosotros sois quien quitasteis la vida a Jesús Nazareno por mano de los inicuos, siendo varón santo y aprobado de Dios con virtudes, prodigios y milagros que obró en vuestro pueblo, de que sois testigos y sabedores. Y Dios le resucitó de los muertos, conforme a las profecías de David; que no pudo hablar de sí mismo el santo Rey, pues vosotros tenéis el sepulcro donde está su cuerpo, pero como Profeta habló de Cristo, y nosotros somos testigos de haberle visto resucitado y subir a los cielos en su misma virtud para sentarse a la diestra del Padre, como también el mismo David dejó profetizado. Entiendan los incrédulos estas palabras y verdades que quieren negar, a que se opondrán las maravillas del Altísimo que obrará en nosotros sus siervos en testimonio de la doctrina de Cristo y de su admirable Resurrección.

78. Entienda, pues, toda la casa de Israel y conozca con certeza que este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, le hizo Dios su Cristo ungido y Señor de todo y le resucitó al

tercero día de los muertos.— Oyendo estas razones se compungieron los corazones de muchos de los que allí estaban y con grande llanto preguntaron a San Pedro y a los otros Apóstoles qué podrían hacer para su propio remedio. Y prosiguiendo San Pedro les dijo: Haced verdadera penitencia y recibid el bautismo en nombre de Jesús, con que serán perdonados vuestros pecados y recibiréis también el Espíritu Santo; porque esta promesa se hizo para vosotros, para vuestros hijos y para los que están más lejos, que traerá y llamará el Señor. Procurad, pues, ahora aprovecharos del remedio y ser salvos con desviaros de esta perversa e incrédula generación.—Otras muchas palabras de vida les predicó San Pedro y los demás Apóstoles, con que los judíos y los demás incrédulos quedaron muy confusos y como nada pudieron responder se alejaron y retiraron del cenáculo. Pero los que admitieron la verdadera doctrina y fe de Jesucristo fueron casi tres mil, y todos se juntaron a los Apóstoles y fueron bautizados por ellos con gran temor y terror de todo Jerusalén, porque los prodigios y maravillas que obraban los Apóstoles pusieron grande espanto y miedo a los que no creían.

79. Los tres mil que se convirtieron este día con el primer sermón de San Pedro eran de todas las naciones que entonces estaban en Jerusalén, para que luego alcanzase a todas las gentes el fruto de la Redención y de todas se agregase una Iglesia y a todos se extendiese la gracia del Espíritu Santo sin excluir a ningún pueblo ni nación, pues de todas se había de componer la universal Iglesia. Muchos fueron de los judíos que con piedad y compasión habían seguido a Cristo nuestro Salvador y atendido a su pasión y muerte, como arriba dije (Cf. supra p. II n. 1387). Y también se convirtieron algunos, aunque muy pocos, de los que habían intervenido en ella, porque no se dispusieron más, que si lo hicieran todos fueran admitidos a la misericordia y perdonados de su error. Acabado el sermón se retiraron los Apóstoles aquella tarde al cenáculo con gran parte de la multitud de los nuevos hijos de la Iglesia, para dar cuenta de todo a la Madre de Misericordia María purísima y que la conociesen y venerasen los nuevos convertidos a la fe.

80. Pero la gran Reina de los Ángeles nada ignoraba de

todo lo sucedido, porque de su retiro había oído la predicación de los Apóstoles y conoció hasta el menor pensamiento de los oyentes y le fueron patentes los corazones de todos. Estuvo siempre la piadosísima Madre postrada, su rostro pegado con el polvo, pidiendo con lágrimas la conversión de todos los que se redujeron a la fe del Salvador, y por los demás, si quisieran cooperar a los auxilios y gracia del Señor. Y para ayudar a los Apóstoles en aquella grande obra que hacían, dando principio a la predicación, y a los oyentes, para que atendiesen a ella, envió María santísima muchos Ángeles de los que la acompañaban para que inviolablemente asistiesen a unos y a otros con inspiraciones santas que les administraron, alentando a los Sagrados Apóstoles y dándoles esfuerzo para que con más fervor pregonasen y manifestasen los misterios ocultos de la divinidad y humanidad de Cristo Redentor nuestro. Y todo lo ejecutaron los Ángeles como su Reina lo ordenaba, y en esta ocasión obró con su poder y santidad conforme la grandeza de tan nueva maravilla y al paso de la causa y materia que se trataba. Cuando llegaron a su presencia los Apóstoles con aquellas primicias tan copiosas de su predicación y del Espíritu Santo, los recibió a todos con increíble alegría y suavidad de verdadera y piadosa madre.

81. El Apóstol San Pedro habló a los recién convertidos y les dijo: Hermanos míos y siervos del Altísimo, ésta es la Madre de nuestro Redentor y Maestro Jesús, cuya fe habéis recibido, reconociéndole por Dios y Hombre verdadero. Ella le dio la forma humana concibiéndole en sus entrañas, y salió de ellas quedando virgen antes del parto, en el parto y después del parto; recibidla por Madre, por amparo y medianera vuestra, que por ella recibiréis vosotros y nosotros luz, consuelo, remedio de nuestros pecados y miserias.—Con esta exhortación del Apóstol y vista de María santísima recibieron aquellos nuevos fieles admirables efectos de interior luz y consolación, porque este privilegio de hacer grandes beneficios interiores y dar luz particular a los que con piedad y veneración la miraban se le aumentó y renovó cuando estuvo en el cielo a la diestra de su Hijo santísimo. Y como todos aquellos creyentes recibieron este favor con la presencia de la gran

Señora, postráronse a sus pies y con lágrimas la pidieron les diese la mano y la bendición a todos. Pero la humilde y prudente Reina se excusó de hacerlo por estar presentes los Apóstoles, que eran Sacerdotes, y San Pedro vicario de Cristo, hasta que el mismo Apóstol la dijo: Señora, no neguéis a estos fieles lo que su piedad pide para consuelo de sus almas.—Obedeció María santísima a la cabeza de la Iglesia y con humilde serenidad de reina dio la bendición a los nuevos convertidos.

82. Mas el amor que solicitaba sus corazones les movió a desear que la divina Madre les hablase algunas palabras de consuelo, y la humildad y reverencia los embarazaba para suplicárselo. Y como atendieron la obediencia que tenía a San Pedro, se convirtieron a él y le pidieron la rogase no los despidiese de su presencia sin decirles alguna palabra con que fuesen alentados. A San Pedro le pareció convenía consolar aquellas almas que habían renacido en Cristo nuestro bien con su predicación y la de los demás Apóstoles, pero como sabía que la Madre de la Sabiduría no ignoraba lo que había de obrar no se atrevió a decirla más de estas palabras: Señora, atended a los ruegos de estos siervos e hijos vuestros.—Luego la gran Señora obedeció y habló a los convertidos y les dijo: Carísimos hermanos míos en el Señor, dad gracias y alabad de todo corazón al omnipotente Dios, porque de entre los demás hombres os ha traído y llamado al camino verdadero de la eterna vida con la noticia de la santa fe que habéis recibido. Estad firmes en ella para confesarla de todo corazón y para oír y creer todo lo que contiene la ley de gracia, como la ordenó y enseñó su verdadero Maestro Jesús, mi Hijo y vuestro Redentor, y para oír y obedecer a sus Apóstoles que os enseñarán y catequizarán, y por el bautismo seréis señalados con la señal y carácter de hijos del Altísimo. Yo me ofrezco por sierva vuestra, para asistiros en todo lo que fuere necesario para vuestro consuelo, y rogaré por vosotros a mi Hijo y Dios eterno y le pediré os mire como piadoso padre y os manifieste la alegría de su rostro en la felicidad verdadera y ahora os comunique su gracia.

83. Con esta dulcísima exhortación quedaron aquellos nuevos hijos de la Iglesia confortados, llenos de luz,

veneración y admiración de lo que concibieron de la Señora del mundo, y pidiéndola de nuevo su bendición se despidieron aquel día de su presencia, renovados y mejorados con admirables dones de la diestra del Altísimo. Los Apóstoles y discípulos desde aquel día continuaron sin intermisión la predicación y maravillas y por toda aquella octava catequizaron no sólo a los tres mil que se convirtieron el día de Pentecostés pero a otros muchos que cada día recibían la fe. Y porque venían de todas las naciones, hablaban y catequizaban a cada uno en su propia lengua; que por esto dije arriba (Cf. supra n. 76) hablaron en varias lenguas desde aquella hora. Y no sólo recibieron esta gracia los Apóstoles, pero, aunque en ellos fue mayor y más señalada, también la recibieron los discípulos y todos los ciento y veinte que estaban en el cenáculo y las mujeres santas que recibieron el Espíritu Santo. Y así fue necesario entonces; porque era grande la multitud de las que venían a la fe. Y aunque todos los varones y muchas mujeres iban a los Apóstoles, pero otras muchas después de oírlos acudían a Santa María Magdalena y a sus compañeras y ellas las catequizaban, enseñaban y convertían a otras que llegaban a la fama de los milagros que hacían; porque esta gracia también se comunicó a las mujeres santas, que curaban todas las enfermedades con sólo poner las manos sobre las cabezas, daban vista a ciegos, lengua a los mudos, pies a los tullidos y vida a muchos muertos. Y aunque todas éstas y otras maravillas hacían principalmente los Apóstoles, pero unos y otros admiraban a Jerusalén y la tenían puesta en asombro, sin que se hablase de otra cosa sino de los prodigios y predicación de los Apóstoles de Jesús y de sus discípulos y seguidores de su doctrina.

84. Extendíase la fama de esta novedad hasta fuera de la ciudad, porque ninguno llegaba con enfermedad que no fuese sano de ella. Y fueron entonces más necesarios estos milagros, no sólo para confirmación de la nueva ley y fe de Cristo Señor nuestro, sino también porque el deseo natural que tenían los hombres de la vida y salud corporal los estimulase para que viniendo a buscar la mejoría de los cuerpos oyesen las palabras divinas y volviesen sanos de cuerpo y alma, como sucedía comúnmente a cuantos

llegaban a ser curados de los Apóstoles. Con esto se multiplicaba cada día el número de los creyentes, cuyo fervor en la fe y caridad era tan ardiente, que todos comenzaron a imitar la pobreza de Cristo, despreciando las riquezas y haciendas propias, ofreciendo cuanto tenían a los pies de los Apóstoles, sin reservar ni reconocer cosa alguna por suya. Todas las hacían comunes para los fieles, y todos querían desembarazarse del peligro de las riquezas y vivir en pobreza, sinceridad, humildad y oración continua, sin admitir otro cuidado más que el de la salvación eterna. Todos se reputaban por hermanos e hijos de un Padre que está en los cielos. Y como eran comunes para todos la fe, la esperanza, la caridad y los Sacramentos, la gracia y la vida eterna que buscaban, y por eso les parecía peligrosa la desigualdad entre unos mismos cristianos hijos de un Padre, herederos de sus bienes y profesores de su ley, disonábales que habiendo tanta unión en lo principal, y esencial fuesen unos ricos y otros pobres, sin comunicarse estos bienes temporales como los de la gracia, pues todos son de un mismo Padre para todos sus hijos.

85. Este fue el dorado siglo y dichoso principio de la Iglesia evangélica, donde el ímpetu del río alegró la ciudad de Dios (Sal 45, 5) y el corriente de la gracia y dones del Espíritu Santo fertilizó este nuevo paraíso de la Iglesia recién plantado por la mano de nuestro Salvador Jesús, estando en medio de él el árbol de la vida María santísima. Entonces era la fe viva, la esperanza firme, la caridad ardiente, la sinceridad pura, la humildad verdadera, la justicia rectísima, cuando los fieles ni conocían la avaricia ni seguían la vanidad, hollaban el fausto, ignoraban el lujo, la soberbia, ambición, que después han prevalecido tanto entre los profesores de la fe, que se confiesan por seguidores de Cristo y con las obras le niegan. Daremos por descargo que entonces eran las primicias del Espíritu Santo y que los fieles eran menos, que los tiempos ahora son diferentes y que vivía en aquellos en la Santa Iglesia la Madre de la sabiduría y de la gracia María santísima nuestra Señora, cuya presencia, oraciones y amparo los defendían y confirmaban para creer y obrar heroicamente.

86. A esta réplica responderé más en el discurso de esta

Historia, donde se entenderá que por culpa de los fieles se han introducido tantos vicios en el término de la Iglesia, dando al demonio la mano, que él mismo con su soberbia y malicia aún no imaginaba que conseguiría entre los cristianos. Y sólo digo ahora que la virtud y gracia del Espíritu Santo no se acabaron en aquellas primicias, siempre es la misma y fuera tan eficaz con muchos hasta el fin de la Iglesia como lo fue en pocos en sus principios, si estos muchos fueran tan fieles como aquellos pocos. Es verdad que los tiempos se han mudado, pero esta mudanza de la virtud a los vicios y del bien al mal no consiste en la mudanza de los cielos y de los astros, sino en las de los hombres, que se han desviado del camino recto de la vida eterna y caminan a la perdición. No hablo ahora de los paganos y herejes que del todo han desatinado, no sólo con la luz verdadera de la fe y de la misma razón natural; hablo de los fieles, que se precian de ser hijos de la luz, que se contentan con solo el nombre y tal vez se valen de él para dar color de virtud a los vicios y rebozar los pecados.

87. De las maravillas y grandiosas obras que hizo la gran Reina en la primitiva Iglesia, no será posible en esta tercera parte escribir la menor de ellas, pero de lo que escribiré y de los años que vivió en el mundo después de la Ascensión, se podrá inferir mucho. Porque no cesó ni descansó, ni perdió punto ni ocasión en que no hiciera algún singular favor a la Iglesia en común o en particular, así orando y pidiéndolo a su Hijo santísimo sin que nada se le negase, como exhortando, enseñando, aconsejando y derramando la divina gracia, de que era tesorera y dispensadora, por diversos modos entre los hijos del Evangelio. Y entre los ocultos misterios que sobre este poder de María santísima se me han manifestado, uno es que en aquellos años que vivió en la Iglesia Santa fueron muy pocos respectivamente los que se condenaron, y se salvaron más que en muchos siglos después, comparando un siglo con aquellos pocos años.

88. Yo confieso que esta felicidad de aquel más que dichoso siglo nos pudiera causar santa envidia a los que nacemos en la luz de la fe en los últimos y peores tiempos, si con la sucesión de los años fuera menor el poder y la

caridad y clemencia de esta suprema Emperatriz. Verdad es que no alcanzamos aquella dicha de verla, tratarla y oírla corporalmente con los sentidos, y en esto fueron más bienaventurados que nosotros aquellos primeros hijos de la Iglesia. Pero entendamos todos que en la divina ciencia y caridad de esta piadosa Madre estuvimos presentes, aun en aquel siglo, porque a todos nos vio y conoció en el orden y sucesión de la Iglesia que nos tocaba nacer en ella y por todos oró y pidió como por los que entonces vivían. Y no es ahora menos poderosa en el cielo que entonces lo era en la tierra, tan Madre nuestra es como de los primeros hijos y por suyos nos tiene como los tuvo a ellos. Mas ¡ay dolor! que nuestra fe, nuestro fervor y devoción es muy diferente. No se ha mudado ella, ni su caridad es menos ahora, ni lo fuera su intercesión y amparo si en estos afligidos tiempos acudiéramos a ella reconocidos, humillados y fervientes, solicitando su intercesión y dejando en sus manos nuestra suerte con segura esperanza del remedio como lo hacían aquellos devotos y primitivos hijos; que sin duda conociera luego toda la Iglesia católica en los fines el mismo amparo que tuvo en esta Reina en sus principios.

89. Volvamos al cuidado que tenía la piadosa Madre con los Apóstoles y con los recién convertidos, atendiendo al consuelo y necesidad de todos y de cada uno. Exhortó y animó a los Apóstoles y ministros de la divina palabra, renovando en ellos la atención que debían tener del poder y demostraciones tan prodigiosas con que su Hijo santísimo comenzaba a plantar la fe de su Iglesia, la virtud que el Espíritu Santo les había comunicado para hacerlos ministros tan idóneos, la asistencia que siempre conocieron del poderoso brazo del Altísimo, que le reconociesen y alabasen por Autor de todas aquellas obras y maravillas, que por todas ellas diesen humildes agradecimientos y con segura confianza prosiguiesen la predicación y exhortación de los fieles, la exaltación del nombre del Señor, que fuese alabado, conocido y amado de todos. Esta doctrina y amonestación que hizo al Colegio Apostólico ejecutaba ella primero con postraciones, humillaciones, alabanzas, cánticos y loores al Altísimo. Y esto era con tanta plenitud, que por ninguno de los convertidos dejó de hacer gracias y peticiones fervorosas al Eterno Padre, porque a

todos los tenía presentes en su mente con distinción.
90. Y no sólo hacía por cada uno estas obras, pero a todos los admitía, oía y acariciaba con palabras de vida y luz. Y aquellos días después de la venida del Espíritu Santo muchos le hablaron en secreto, manifestándola sus interiores, y lo mismo sucedía después de los que se convertían en Jerusalén, aunque no los ignoraba la gran Reina; porque conocía los corazones de todos y sus afectos, inclinaciones y condiciones, y con esta divina ciencia y sabiduría se acomodaba a la necesidad y natural de cada uno y le aplicaba la medicina saludable que pedía su dolencia. Y por este modo hizo María santísima tan raros beneficios y tan grandes favores a innumerables almas, que no se pueden conocer en esta vida.

91. Ninguno de los que la divina Maestra informó y catequizó en la fe se condenó, aunque fueron muchos a los que alcanzó esta feliz suerte, porque entonces, y después todo lo que vivieron, hizo especial oración por ellos, y todos fueron escritos en el libro de la vida. Y para obligar a su Hijo santísimo le decía: Señor mío y vida de mi alma, por vuestra voluntad y agrado volví al mundo para ser Madre de vuestros hijos y mis hermanos los fieles de Vuestra Iglesia. No cabe en mi corazón que se pierda el fruto de vuestra sangre, de infinito precio, en estos hijos que solicitan mi intercesión, ni han de ser infelices por haberse valido de este humilde gusanillo de la tierra para inclinar Vuestra clemencia. Admitidlos, Hijo mío, en el número de vuestros predestinados y amigos para Vuestra gloria.— A estas peticiones la respondió luego el Señor, que se haría lo que pedía. Y lo mismo creo yo sucede ahora con los que merecen la intercesión de María santísima y la piden de todo corazón, porque si esta purísima Madre llega a su Hijo santísimo con semejantes peticiones, ¿cómo se puede imaginar que le negará lo poco el que la dio todo su mismo ser, para que le vistiese de la carne y naturaleza humana y en ella le criase y alimentase a sus virginales pechos?

92. Muchos de aquellos nuevos fieles, con el concepto tan alto que sacaban de oír y ver a la gran Señora, volvían a ella y le llevaban joyas, riquezas y grandes dones, y especialmente las mujeres se despojaban de sus galas para

ofrecerlas a la divina Maestra, pero ninguna de todas estas cosas recibió ni admitió. Y si alguna convenía recibir, disponía los ánimos ocultamente para que acudiesen a los Apóstoles y que ellos dispensasen de todo esto, repartiéndolo con caridad, equidad y justicia entre los fieles más pobres y necesitados, pero agradecíalo la humilde Madre como si lo recibiera para sí misma. A los pobres y enfermos admitía con inefable clemencia y a muchos curaba de enfermedades envejecidas y antiguas. Y por mano de San Juan Evangelista remedió grandes necesidades ocultas, atendiendo a todo sin omitir cosa alguna de virtud. Y como los Apóstoles y discípulos se ocupaban todo el día en la predicación y conversión de los que venían a la fe, cuidaba la gran Reina de prevenirles lo necesario para su comida y sustento y llegada la hora servía personalmente a los Sacerdotes hincadas las rodillas y pidiéndoles la mano con increíble humildad y reverencia para besársela. Esto hacía especialmente con los Apóstoles, como quien miraba y conocía sus almas confirmadas en gracia y en los efectos que en ellas había obrado el Espíritu Santo y la dignidad de sumos sacerdotes y fundamentos de la Iglesia. Y algunas veces los veía con gran resplandor que despedían, y todo la aumentaba la reverencia y veneración.

Doctrina que me dio la gran Reina de los ángeles.

93. Hija mía, en lo que has conocido de los sucesos de este capítulo hallarás encerrado mucho del misterio oculto de la predestinación de las almas. Advierte cómo para todas fue poderosa la Redención humana, pues fue tan superabundante y copiosa. A todos se les propuso la palabra de la verdad divina, cuantos oyeron la predicación o llegaron a su noticia los efectos de la venida de mi Hijo al mundo. Y fuera de la exterior predicación y noticia del remedio, a todos se les dieron interiores inspiraciones y auxilios para que le admitiesen y buscasen. Y con todo esto, te admiras que con el primer sermón del Apóstol se convirtiesen tres mil entre la multitud grande que estaba en Jerusalén. Y mayor admiración podía causar que ahora se conviertan tan pocos al camino de la salvación eterna, cuando está más dilatado el Evangelio, la predicación es frecuente, los ministros muchos, la luz de la Iglesia más

clara y la noticia de los misterios divinos más expresa, y con todo esto los hombres están más ciegos y los corazones más endurecidos, la soberbia más levantada, la avaricia sin rebozo y todos los vicios sin temor de Dios y sin recato.

94. En esta perversidad y suerte infelicísima no pueden los mortales querellarse de la altísima y justísima Providencia del Señor, que a todos y a cada uno ofreció y ofrece su paternal misericordia y enseña el camino de la vida y también de la muerte, y al que deja endurecer el corazón es con rectísima justicia. De sí mismos se querellarán sin remedio los réprobos, cuando sin tiempo conozcan lo que en el tiempo oportuno podían y debían conocer. Si en la vida breve y momentánea, que se les concede para merecer la eterna, cierran los oídos y los ojos a la verdad y a la luz y escuchan al demonio, entregándose a todo su impiísima voluntad, y usan tan mal de la bondad y clemencia del Señor, ¿qué pueden alegar en su descargo? Y si no saben perdonar una injuria y antes por cualquier ligero agravio intentan cruelísimas venganzas, por atesorar la hacienda pervierten todo el orden de la razón y fraternidad natural, por un torpe deleite se olvidan de la pena eterna y sobre todo desprecian las inspiraciones, auxilios y avisos que Dios les envía para que teman su perdición y no se entreguen a ella, ¿cómo se podrán querellar de la divina clemencia? Desengáñense, pues, los mortales que han pecado contra Dios, que sin penitencia no hay gracia y sin enmienda no hay remisión y sin perdón no hay gloria. Pero así como a ningún indigno se le concederá, tampoco se le negará al que fuere digno, ni jamás faltó ni faltará la misericordia para el que la quisiere granjear.

95. De todas estas verdades quiero, hija mía, que tú colijas los documentos saludables que te convienen. El primero sea, que recibas con atención cualquiera inspiración santa que tuvieres, cualquiera aviso o doctrina que oyeres, aunque venga por mano del más inferior ministro del Señor o de cualquiera criatura; y debes considerar prudentemente que no es acaso y sin disposición divina que llegue a tu noticia, pues no hay duda que todo lo ordena la Providencia del Altísimo para darte algún aviso, y así le debes recibir

con humilde agradecimiento y conferirlo en tu interior para entender qué virtud puedes y debes obrar con aquel despertador que te han dado y ejecutarla como la entendieres y conocieres. Y aunque te parezca cosa pequeña no la desprecies, que por aquella obra buena te dispones para otras de mayor mérito y virtud. Advierte lo segundo, el daño que hace en las almas despreciar tantos auxilios, inspiraciones y llamamientos y otros beneficios del Señor, pues la ingratitud que en esto se comete va justificando la justicia con que el Altísimo viene a dejar endurecidos muchos pecadores. Y si en todos este peligro es tan formidable, ¿cuánto lo sería en ti, si malograses tan abundante gracia y favores como de la clemencia del Señor has recibido sobre muchas generaciones? Y porque todo lo ordena mi Hijo santísimo para tu bien y de otras almas, quiero últimamente que a imitación mía, como has conocido, se engendre en tu corazón un cordialísimo afecto de ayudar a todos los hijos de la Iglesia y a todos los demás que pudieres, clamando al Altísimo de lo íntimo de tu corazón, suplicándole mire a todas las almas con ojos de misericordia y que las salve. Y porque consigan esta dicha, ofrécete a padecer si fuere necesario, acordándote que le costaron a mi Hijo y tu Esposo derramar sangre y dar su vida para rescatarlos, y lo que yo trabajé en la Iglesia. El fruto de esta Redención pídelo tú a la divina misericordia continuamente y para eso te impongo mi obediencia.

CAPITULO 7

Júntanse los Apóstoles y discípulos para resolver algunas dudas en particular sobre la forma del bautismo, dánselo a los nuevos catecúmenos, celebra San Pedro la primera Santa Misa y lo que en todo esto obró María santísima.

96. No pertenece al intento de esta Historia proseguir en ella el orden de los Hechos Apostólicos, como lo escribe San Lucas, ni referir todo lo que hicieron los Apóstoles después de la venida del Espíritu Santo. Porque, aunque es cierto que de todo tuvo noticia y ciencia la gran Reina y Maestra de la Iglesia, pero muchas cosas hicieron no estando ella

presente, y no es necesario referirlas aquí, ni tampoco es posible declarar el modo con que Su Alteza concurría a todas las obras de los Apóstoles y discípulos y a cada uno de los sucesos en particular, que para esto eran necesarios grandes volúmenes de libros. Basta para mi intento y para tejer este discurso tomar lo que es forzoso del que guarda el Evangelista en los Actos [Hechos] de los Apóstoles, con que se entenderá mucho de lo que él omitió tocante a nuestra Reina y Señora, porque no era para su intento ni convenía escribirlo entonces.

97. Pues como los Apóstoles continuasen la predicación y prodigios que obraban en Jerusalén crecía también el número de los creyentes, que en los siete días después de la venida del Espíritu Santo llegaron a cinco mil, que dice San Lucas en el capítulo 4 (Act 4, 4). Y todos los iban catequizando para darles el bautismo, ocupándose en esto principalmente los discípulos, porque los Apóstoles predicaban y tenían algunas controversias con los fariseos y saduceos. Este día séptimo, estando la Reina de los Ángeles retirada en su oratorio y considerando cómo iba creciendo aquella pequeña grey de su Hijo santísimo, multiplicó sus ruegos presentándola a Su Majestad, pidiéndole diese luz a sus ministros los Apóstoles para que comenzasen a disponer el gobierno necesario para la más acertada dirección de aquellos nuevos hijos de la fe. Y postrada en tierra adoró al Señor y le dijo: Altísimo Dios eterno, este vil gusanillo os alaba y engrandece por el amor inmenso que tenéis al linaje humano y porque tan liberal manifestáis Vuestra misericordia de Padre, llamando a tantos hombres al conocimiento y fe de Vuestro Hijo santísimo, glorificando y dilatando la honra de vuestro santo nombre en el mundo. Suplico a Vuestra Majestad, Señor mío, enseñéis y deis luz a Vuestros Apóstoles y mis señores de todo lo que conviene a Vuestra Iglesia, para que puedan disponer y ordenar el gobierno necesario para su amplificación y conservación.

98. Luego la prudentísima Madre en aquella visión que tenía de la divinidad conoció al Señor muy propicio, que a sus ruegos la respondió: María, esposa mía, ¿qué quieres?, ¿qué me pides? Porque tu voz y tus ansias han sonado dulcemente en mis oídos (Cant 2, 14). Pide lo que deseas,

que mi voluntad está inclinada a tus ruegos.—Respondió María santísima: Dios y Señor mío, dueño de todo mi ser, mis deseos y mis gemidos no son ocultos a Vuestra sabiduría infinita. Quiero, busco y solicito Vuestro mayor agrado y beneplácito, vuestra mayor gloria y exaltación de Vuestro nombre en la Santa Iglesia. Estos nuevos hijos con que tan presto la habéis multiplicado os presento, y mi deseo de que reciban el sagrado bautismo, pues ya están informados en la santa fe. Y si es de Vuestra voluntad y servicio, deseo también que los Apóstoles, Vuestros Sacerdotes y ministros, comiencen ya a consagrar el cuerpo y sangre de vuestro Hijo y mío, para que con este admirable y nuevo sacrificio os den gracias y loores por el beneficio de la Redención humana y de los que por ella habéis hecho al mundo, y asimismo para que los hijos de la Iglesia que fuere Vuestra voluntad recibamos este alimento de vida eterna. Yo soy polvo y ceniza, la menor sierva de los fieles y mujer, y por esto me detengo en proponerlo a Vuestros Sacerdotes los Apóstoles. Pero inspirad, Señor, en el corazón de Pedro, que es Vuestro vicario, para que ordene lo que Vos queréis.

99. Este beneficio más debió también la nueva Iglesia a María santísima, que por su prudentísima atención y por su intercesión se comenzase a consagrar el cuerpo y sangre de su Hijo santísimo y celebrar la primera Santa Misa en la misma Iglesia después de la Ascensión y venida del Espíritu Santo. Y estaba puesto en razón que por su diligencia se comenzase a distribuir el pan de vida entre sus hijos, pues ella era la nave rica y próspera que le trajo de los cielos (Prov 31, 14). Para esto la respondió el Señor: Amiga y paloma mía, hágase lo que tú pides y deseas. Mis Apóstoles con Pedro y Juan te hablarán y ordenarás por ellos lo que deseas para que se ejecute.—Luego entraron todos a la presencia de la gran Reina, que los recibió con la reverencia acostumbrada, puesta de rodillas y pidiéndoles la bendición. San Pedro, como cabeza del apostolado, se la dio. Habló por todos y propuso a María santísima cómo los nuevos convertidos estaban ya catequizados en la fe y misterios del Señor, y que sería justo darles el bautismo y señalarlos por hijos de Cristo y agregados al gremio de la Santa Iglesia, y pidió a la divina Maestra que ella ordenase

lo que fuese más acertado y del beneplácito del Altísimo.

100. Respondió la prudentísima Madre: Señor, Vos sois cabeza de la Iglesia y vicario de mi Hijo santísimo en ella, y todo lo que en su nombre por vos fuere ordenado lo aprobará su voluntad santísima, y la mía es la suya con la vuestra.—Con esto San Pedro ordenó que el día siguiente —que correspondió al domingo de la santísima Trinidad— se les diese el Santo Bautismo a los catecúmenos que aquella semana se habían convertido, y así lo aprobó nuestra Reina y los demás Apóstoles. Pero luego se ofreció otra duda sobre el bautismo que habían de recibir, si sería el de San Juan Bautista o el de Cristo nuestro Salvador. A algunos de aquella congregación les parecía que se les diese el bautismo de San Juan Bautista, que era de penitencia, y que por esta puerta habían de entrar a la fe y justificación de las almas. Otros, por el contrario, dijeron que con el bautismo de Cristo y su muerte había expirado el bautismo de San Juan Bautista, que servía para prevenir los corazones que recibiesen al Redentor, y que el Bautismo de Su Majestad daba gracia para justificar y lavar todos los pecados a quien estaba dispuesto, y que era necesario introducirle luego en la Santa Iglesia.

101. Este parecer aprobaron San Juan Evangelista y San Pedro, y !e confirmó María santísima, con que se estableció que luego se introdujese el bautismo de Cristo nuestro Señor y con él fuesen bautizados aquellos nuevos convertidos y los demás que viniesen a la Iglesia. Y en cuanto a la materia y forma de este bautismo no hubo duda entre los Apóstoles, porque todos convinieron que la materia había de ser agua natural y elementar y la forma: “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, por haber sido esta materia y forma las que señaló el mismo Señor nuestro Salvador y las practicó en los que dejó bautizados por su persona. Esta forma del bautismo se guarda siempre desde este día. Y cuando en los Actos [Hechos] de los Apóstoles se dice que bautizaban en el nombre de Jesús (Act 2, 38), no se entiende esto de la forma, sino del autor del bautismo que era Jesús, a diferencia del bautismo de San Juan Bautista. Y lo mismo era bautizar en el nombre de Jesús que con el bautismo de

Jesús, pero la forma era la que el mismo Señor dijo expresando las tres personas de la Santísima Trinidad (Mt 28, 19), como fundamento y principio de toda la fe y verdad católica. Con esta resolución acordaron los Apóstoles que para el día siguiente se juntasen todos los catecúmenos en la casa del cenáculo para ser bautizados, y que los setenta y dos discípulos tomasen a su cargo prevenirlos aquel día.

102. Después de esto la gran Señora habló a toda aquella congregación y habiéndoles pedido licencia les dijo: Señores míos, el Redentor del mundo, mi Hijo y Dios verdadero, por el amor que tuvo a los hombres ofreció al Eterno Padre el sacrificio de su sagrado cuerpo y sangre, consagrándose a sí mismo debajo las especies de pan y vino, en que determinó quedarse en la Santa Iglesia, para que en ella tengan sus hijos sacrificio y alimento de vida eterna y prenda segurísima de la que esperan en los cielos. Por este sacrificio, que contiene los misterios de la vida y muerte del Hijo, se ha de aplacar el Padre, y en Él y por Él le dará la Iglesia las gracias y loores que como a Dios y bienhechor le debe. Y vosotros sois los Sacerdotes y ministros a quien solos pertenecen el ofrecerle. Mi deseo es, si fuere vuestra voluntad, que deis principio a este incruento sacrificio y consagréis el cuerpo y sangre de mi Hijo santísimo, para que agradezcamos el beneficio de su Redención y de haber enviado al Espíritu Santo a la Iglesia, y para que recibiéndole los fieles comiencen a gozar este pan de vida y sus divinos efectos. Y de los que recibieren el Bautismo, podrán ser admitidos a la comunión del sagrado cuerpo aquellos que parecieren más capaces y estuvieren preparados, pues el Bautismo es la primera disposición para recibirle.

103. Con la voluntad de María santísima se conformaron todos los Apóstoles y discípulos y la dieron gracias por el beneficio que todos recibían con su advertencia y doctrina, y quedó determinado que el día siguiente, después del Bautismo de los catecúmenos, se consagrasen el cuerpo y sangre de Cristo y que San Pedro fuese el Sacerdote, pues era el supremo de la Iglesia. Admitiólo el Santo Apóstol y antes de salir de aquella junta propuso en ella otra duda, para que también se resolviese sobre la dispensación y

gobierno con que se habían de distribuir las limosnas y bienes de los convertidos que les ofrecían, y para que lo considerasen todos lo propuso de esta manera:

104. Carísimos hermanos míos, ya sabéis que nuestro Redentor y Maestro Jesús, con ejemplo, con doctrina y mandatos, nos ordenó y enseñó la verdadera pobreza en que debíamos vivir, ahorrados y libres de los cuidados del dinero y de la hacienda, sin codiciarla ni juntar tesoros en esta vida. Y a más de esta saludable doctrina, tenemos delante de los ojos muy reciente el formidable escarmiento de la perdición de Judas Iscariotes, que también era Apóstol como nosotros y por su avaricia y codicia del dinero infelizmente se perdió y cayó de la dignidad del apostolado en el abismo de la maldad y condenación eterna. Este peligro tan tremendo hemos de alejar de nosotros, que ninguno ha de poseer dinero ni tratarlo, para imitar y seguir en suma pobreza a nuestro Capitán y Maestro. Y todos vosotros conozco que deseáis esto mismo, entendiendo que para retirarnos de este contagio nos puso luego el Señor el riesgo y el castigo delante los ojos. Y para que todos quedemos libres de este embarazo que sentimos con las dádivas y limosnas que los fieles nos ofrecen, es necesario para adelantar tomar forma de gobierno. En esta materia conviene que ahora determinéis el modo y orden que se ha de guardar en recibir y dispensar el dinero y dádivas que nos ofrecieren.

105. Para tomar medio conveniente en este gobierno, se halló algo embarazado todo el Colegio de los Apóstoles y discípulos y propusieron diversos arbitrios. Algunos dijeron que se nombrase un mayordomo que recibiera todo el dinero y ofrendas y lo distribuyese y gastase acudiendo a las necesidades de todos, pero este arbitrio, con el ejemplo de Judas Iscariotes, no se abrazó tan bien entre aquel colegio de pobres y discípulos del Maestro de la pobreza. A otros les pareció que se depositase todo y entregase a persona de confianza fuera del colegio, que fuese dueño y señor de ello y acudiese con los frutos o como réditos a la necesidad de los otros fieles, y también en esto se hallaron dudosos, como en otros medios que se proponían. La gran Maestra de humildad María santísima oyó a todos sin hablar

palabra, así porque daba aquella reverencia a los Apóstoles, como porque si dijera primero su parecer ninguno manifestara su propio dictamen, y aunque era Maestra de todos siempre se portaba como discípula que oía y aprendía. Pero San Pedro y San Juan, viendo la diversidad de arbitrios que se proponían por los demás, suplicaron a la divina Madre los encaminase a todos en aquella duda, declarándoles lo más agradable a su Hijo santísimo.

106. Obedeció luego y hablando a toda aquella congregación les dijo: Señores y hermanos míos, yo estuve en la escuela de nuestro verdadero Maestro, mi Hijo santísimo, desde la hora que nació de mis entrañas hasta que murió y subió a los cielos, y en el discurso de su vida divina jamás le vi ni conocí que tocase ni tratase por su mano el dinero, ni tampoco que admitiese dádiva de mucho valor o precio. Y cuando recién nacido recibió los dones que adorándole ofrecieron los reyes del oriente, fue por el misterio que significaban y para no frustrar los piadosos intentos de aquellos reyes, que eran las primicias de las gentes. Pero sin dilación, estando en mis brazos, me ordenó que luego los distribuyese entre los pobres y en el templo, como lo hice. Y muchas veces me dijo en su vida, que entre los altos fines para que vino al mundo en forma humana uno fue levantar la pobreza y enseñarla a los mortales, de quienes era aborrecida, y con su conversación, doctrina y vida santísima siempre me manifestó y así lo entendí que la santidad y perfección que venía a enseñar se había de fundar en suma pobreza voluntaria y desprecio de las riquezas, y cuanto ésta fuese mayor en la Iglesia, tanto se levantaría la santidad que en todos tiempos tuviese, y así se conocerá en los futuros.

107. Pues habiendo de seguir los pasos de nuestro verdadero Maestro y poner en práctica su doctrina para imitarle y fundar su Iglesia con ella y con su ejemplo, necesario es que todos abracemos la más alta pobreza y la veneremos y honremos como a madre legítima de las virtudes y santidad. Y así me parece que todos apartemos el corazón del amor y codicia de las riquezas y dinero y que todos nos abstengamos de recibirlo y tratarlo y de admitir dádivas grandes y de mucho valor. Y para que a ninguno

toque la avaricia, se pueden elegir seis o siete personas de vida aprobada y de virtud bien fundada que reciban las ofrendas y limosnas y lo demás de que los fieles se quieren desposeer, para vivir más seguros y seguir a Cristo mi Hijo y su Redentor sin embarazo de hacienda. Y todo esto tenga nombre de limosna y no de renta ni dinero ni de rédito, y el uso de ello sea para las necesidades comunes de todos y de nuestros hermanos los pobres, necesitados y enfermos, y ninguno en nuestra congregación, ni la Iglesia reconozca cosa alguna por suya propia más que de sus hermanos. Y si no bastaren para todos estas limosnas ofrecidas por Dios, pediránlas en su nombre los que para esto fueren señalados, y todos entendamos que nuestra vida ha de pender de la altísima Providencia de mi Hijo santísimo y no de la codicia ni del dinero, ni de adquirirlo y de juntar hacienda con pretexto de sustentarnos, más que con la confianza y mendicación moderada, cuando sea necesaria.

108. Ninguno de los Apóstoles ni de los otros fieles de aquella santa congregación replicó a la determinación de su gran Reina y nuestra, sino todos abrazaron y admitieron su doctrina, reconociendo que ella era la única y legítima discípula del Señor y Maestra de la Iglesia. Y la prudentísima Madre, por disposición divina, no quiso fiar de ninguno de los Apóstoles esta enseñanza y el asentar en la Iglesia el sólido fundamento de la perfección evangélica y cristiana, porque obra tan ardua pedía el magisterio y el ejemplo de Cristo y de su misma Madre. Ellos fueron los inventores y artífices de esta nobilísima pobreza y los que primero la honraron y profesaron, y a los Maestros siguieron los Apóstoles y todos los hijos de la primitiva Iglesia, y perseveró este modo de pobreza por muchos años. Después, por la fragilidad humana y por la malicia del enemigo, no se conservó en todos y se vino a reducir la pobreza voluntaria a sólo el estado eclesiástico. Y porque también la dificultó el tiempo o la imposibilitó, levantó Dios el estado de las religiones, donde con alguna diversidad de institutos se renovó y resucitó la pobreza primitiva en todo o en la mayor parte, y así se conservará en la Iglesia hasta su fin, gozando de los privilegios de esta virtud los que más o menos la siguen, la honran y la aman. Ningún estado de los que aprueba la Santa Iglesia se excluyó de la perfección

proporcionada, y ninguno tiene excusa de no seguir la más alta en el estado que vive. Pero como en la casa de Dios hay muchas mansiones (Jn 14, 2), también hay orden y grados; tenga cada uno el que le toca según el género de su estado. Mas entendamos todos, que el primer paso en la imitación y secuela de Cristo es la voluntaria pobreza, y el que la siguiere más ahorrado puede alargar los pasos más ligeramente para allegarse más a Cristo y participar con abundancia de las otras virtudes y perfecciones.

109. Con la determinación de María santísima se concluyó aquella junta del Colegio Apostólico y fueron nombrados seis varones prudentes para recibir limosnas y dispensarlas. Y la gran Señora pidió la bendición a los Apóstoles, que salieron a continuar su ministerio y los discípulos a prevenir los catecúmenos para recibir el Bautismo el día siguiente. La Reina con asistencia de sus Ángeles y de las otras Marías salió a disponer y aliñar la sala donde su Hijo santísimo celebró las cenas, y por su mano la limpió y barrió para volver a consagrar en ella el día siguiente como estaba tratado. Pidió al dueño de la casa el mismo adorno que se puso el jueves de la cena, como dije en su lugar (Cf. supra p. II n. 1158, 1181), y el devoto huésped lo ofreció todo con suma veneración en que tenía a María santísima. Previno también Su Alteza el pan cenceño [de trigo puro] y vino [de vid puro] necesario para la consagración y también el mismo plato y cáliz en que había consagrado nuestro Salvador. Y para el Bautismo previno agua pura y bacías en que se hiciese con facilidad y decencia. Con esta prevención se retiró la piadosa Madre y pasó aquella noche en ferventísimos efectos, postraciones, hacimiento de gracias y otros ejercicios con altísima oración, ofreciendo al Eterno Padre todo lo que con altísima sabiduría conoció, para disponerse dignamente para la comunión que esperaba y para que los demás también la recibiesen con agrado de Su Altísima Majestad, y lo mismo pidió por los que habían de ser bautizados.

110. El día siguiente por la mañana, que fue el octavo del Espíritu Santo, se juntaron en la casa del cenáculo todos los fieles y catecúmenos con los Apóstoles y discípulos y estando congregados les predicó San Pedro, declarándoles

la condición y excelencia del Sacramento del Bautismo, la necesidad que de él tenían y los efectos divinos que por él recibirían, quedando señalados por miembros del Cuerpo Místico de la Iglesia con el carácter interior y reengendrados en el ser de hijos de Dios y herederos de su gloria por la gracia justificante y remisión de los pecados. Exhortóles a la guarda de la divina ley a que se obligaban por su voluntad propia y al humilde agradecimiento de este beneficio y de todos los demás que de la mano del Altísimo recibían. Declaróles asimismo la verdad del misterio sacrosanto de la Eucaristía que se había de celebrar, consagrando el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo, para que todos le adorasen y se preparasen los que después del bautismo le habían de recibir.

111. Con este sermón se fervorizaron todos los nuevos convertidos, porque su disposición era de todo corazón verdadera, las palabras del Apóstol vivas y penetrantes y la gracia interior muy copiosa. Luego se comenzó el bautismo por mano de los Apóstoles con gran orden y devoción de todos. Y para esto entraban los catecúmenos por una puerta del cenáculo y salían por otra ya bautizados y asistían a guiarlos sin confusión los discípulos y otros fieles. A todo estaba presente María santísima, aunque retirada a un lado del cenáculo, y por todos hacía oración y cánticos de alabanza. Conocía en cada uno el efecto que hacía el bautismo en mayor o menor grado de las virtudes que se les infundían. Pero miraba y conocía que todos eran renovados y lavados en la sangre del Cordero y que sus almas recibían una pureza y candidez divina. Y en testimonio de esto, a vista de todos los que estaban presentes, descendía una clarísima y visible luz del cielo sobre cada uno que se acababa de bautizar. Y con esta maravilla quiso Dios autorizar el principio de este gran sacramento en su Iglesia y consolar a aquellos primeros hijos que por esta puerta entraban en ella, y a nosotros que alcanzamos esta dicha menos advertida y agradecida de lo que debemos.

112. Concluyóse esta acción del bautismo, aunque pasaron de cinco mil los que este día le recibieron. Y mientras los bautizados daban gracias por tan admirable

beneficio, se pusieron los Apóstoles un rato en oración con todos los discípulos y otros fieles. Y todos se postraron en tierra confesando y adorando al Señor Dios infinito e inmutable y la propia indignidad para recibirle en el augustísimo sacramento del altar. Con esta profunda humildad y adoración se prepararon de próximo para comulgar. Y luego dijeron las mismas oraciones y salmos que Cristo Señor nuestro había dicho antes de consagrar, imitando en todo aquella acción, como la habían visto hacer a su divino Maestro. Tomó San Pedro en sus manos el pan ázimo que estaba preparado, y levantando primero los ojos al cielo con admirable reverencia, pronunció sobre el pan las palabras de la consagración del cuerpo santísimo de Cristo, como las dijo antes el mismo Señor Jesús. Al punto fue lleno el cenáculo de un resplandor visible con inmensa multitud de Ángeles, y toda esta luz se encaminó singularmente a la Reina del cielo y tierra advirtiéndolo todos. Luego San Pedro consagró el cáliz y con el sagrado cuerpo y sangre hizo las mismas ceremonias que nuestro Salvador, levantándolos para que todos lo adorasen. Tras de esto se comulgó el Apóstol a sí mismo y luego a los once Apóstoles, como María santísima se lo había prevenido. Y luego por mano de San Pedro comulgó la divina Madre, asistiéndola con inefable reverencia los espíritus celestiales que allí estaban. Y para llegar la gran Señora al altar hizo tres humillaciones y postraciones hasta llegar con su rostro al suelo.

113. Volvió luego a su lugar, donde antes había estado, y no es posible manifestar con palabras los efectos que hizo en esta suprema criatura la comunión de la Eucaristía, porque toda fue transformada y elevada, toda absorta en aquel divino incendio del amor de su Hijo santísimo, que con su cuerpo sagrado participó. Quedó elevada y abstraída, pero los Santos Ángeles la encubrieron algo por voluntad de la misma Reina, para que los circunstantes no atendiesen más de lo que convenía a los efectos divinos que en ella se pudieran conocer. Prosiguieron los discípulos comulgando después de nuestra Reina, y tras ellos comulgaron los otros fieles que antes habían creído. Pero, de los cinco mil bautizados, comulgaron aquel día solos mil, porque no todos estaban harto capaces ni prevenidos para recibir al Señor con el conocimiento y disposición tan atenta

que pide este gran Sacramento y misterio del altar. La forma de comunión que usaron este día los Apóstoles fue comulgando todos, con María santísima y los ciento veinte en quienes vino el Espíritu Santo, en entrambas especies de pan y vino, pero los recién bautizados sólo comulgaron en las especies de pan. Mas esta diferencia no se hizo porque los nuevos fieles fuesen menos dignos de unas especies que de otras, sino porque los Apóstoles conocieron que en cualquier especie recibían una misma cosa por entero, que era a Dios sacramentado, y que no había precepto para cada uno de los fieles ni tampoco necesidad de comulgar en entrambas especies; y para la
multitud hubiera gran peligro de irreverencia y otros inconvenientes muy graves en comulgar las especies del *sanguis,* los que no había entonces para pocos que le recibieron. Pero desde la primitiva Iglesia he entendido que se comenzó la costumbre de comulgar en sola especie de pan los que no celebraban ni consagraban. Y aunque también algunos sin ser sacerdotes comulgaban algún tiempo en entrambas especies, pero creciendo la Santa Iglesia, dilatada por todo el mundo, convenientemente ordenó, como gobernada por el Espíritu Santo, que los legos y los que no consagran en la misa comulgasen sólo el cuerpo sagrado y tocase a los que celebran este divino convite comulgar en entrambas especies que consagran. Esta es la seguridad de la Santa Iglesia católica romana.

114. Acabada la comunión de todos, San Pedro dio también el fin al sagrado misterio con algunas oraciones y salmos que en hacimiento de gracias y peticiones ofreció él y los demás Apóstoles, porque entonces aún no se habían señalado ni ordenado otros ritos y ceremonias y deprecaciones que después se fueron añadiendo en diversos tiempos para acompañar la sagrada acción del consagrar, así antes como después de la consagración y comunión. Hoy, felicísima, santa y sabiamente tiene ordenado la Iglesia romana todo lo que para este misterio contiene la misa que celebran los Sacerdotes del Señor. Después de todo lo dicho se quedaron los Apóstoles otro rato en oración y cuando fue tiempo, porque ya era tarde aquel día, salieron a otras cosas y a recibir el alimento necesario. Y nuestra gran Reina y Señora dio gracias al Muy

Alto por todos, en que se complació su voluntad divina y aceptó las peticiones que su amada le hizo por los presentes y ausentes en la Santa Iglesia.

Doctrina que me dio la Señora de los Ángeles María santísima.

115. Hija mía, aunque en la vida presente no puedas penetrar el secreto del amor que yo tuve a los hombres y el que siempre les tengo, con todo eso, sobre lo que has entendido para tu mayor enseñanza, quiero adviertas de nuevo cómo el Altísimo, cuando en el cielo me dio título de Madre de la Santa Iglesia y de su Maestra, entonces me infundió una participación inefable de su infinita caridad y misericordia con los hijos de Adán. Y como yo era pura criatura y el beneficio tan inmenso, con la fuerza que en mí obraba, perdiera muchas veces la vida natural, si el poder divino con milagro no me conservara. Estos efectos sentía muchas veces en el mismo agradecimiento que tenía cuando entraban algunas almas en la Iglesia y después en la gloria, porque yo sola conocía enteramente esta dicha y la pesaba, y como la conocía la agradecía al Muy Alto con intenso fervor y humillación. Pero cuando más desfallecía en mis afectos era cuando pedía la conversión de los pecadores y cuando alguno de los fieles se perdía. En estas y otras ocasiones, entre el gozo y el dolor, padecí mucho más que los mártires en todos sus tormentos, porque por cada una de las almas obraba con fuerza sobreexcelente y sobrenatural. Todo esto me deben los hijos de Adán, que por ellos ofrecí tantas veces la vida, y si ahora no estoy en aquel estado para ofrecerla, el amor con que solicito su salvación eterna no es menos sino más alto y más perfecto.

116. Y si tal fuerza tuvo en mí el amor de Dios para con los prójimos, de aquí entenderás cuál sería la que sentía con el mismo Señor, cuando le recibía sacramentado. En esto te declaro un secreto de lo que me sucedió la primera vez que le recibí de mano de San Pedro: que en esta ocasión dio lugar el Altísimo a la violencia de mi amor hasta que mi corazón se abrió realmente y dio lugar, como yo lo deseaba, para que mi Hijo sacramentado entrase y se depositase en él como rey en su legítimo trono y custodia.

Con esto entenderás, carísima, que si en la gloria de que gozo pudiera tener dolor, una de las causas que me le diera mayor es la formidable grosería y atrevimiento de los hombres en llegar a recibir el sagrado cuerpo de mi Hijo santísimo, unos inmundos y abominables, otros sin veneración ni respeto y casi todos sin atención, sin conocimiento y sin reparo de lo que pesa y vale aquel bocado, que no es menos que el mismo Dios, para eterna vida o eterna muerte.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 18

117. Teme pues, oh hija mía, este atrevido peligro, llórale en tantos hijos de la Iglesia, pide al Señor el remedio y con la doctrina que te doy hazte digna de conocer y ponderar profundamente este misterio de amor; y cuando llegas a recibirle, sacude y limpia de tu entendimiento toda especie de cosa terrena, a ninguna atiendas fuera de que vas a recibir al mismo Dios infinito e incomprensible. Extiéndete sobre tus fuerzas en el amor, en la humildad y en el agradecimiento, pues todo será menos de lo que debes y de lo que pide tan venerable misterio. Y para disponerte mejor, será tu dechado y espejo lo que yo hacía en esta ocasiones, en que especialmente quiero me imites interiormente, como lo haces en las tres humillaciones corporales. Y si con el afecto que tienes sintieras gran dolor si vieras hollar el sagrado cuerpo y sangre y que alguno lo pisaba con desprecio y por ignominia, lo mismo debes sentir con amargura y llanto sabiendo cómo le tratan hoy tantos hijos de la Iglesia con irreverencia y sin algún temor ni decoro. Llora, pues, esta desdicha y llora porque hay pocos que la lloren y llora porque se frustran los fines tan pretendidos con el inmenso amor de mi Hijo santísimo. Y para que llores más te hago saber, que como en la primitiva Iglesia eran tantos los que se salvaban ahora lo son los que se condenan. Que no te declaro en esto lo que sucede cada día, porque si lo entendieras y tienes caridad verdadera murieras de dolor. Y este daño sucede porque los hijos de la fe siguen las tinieblas, aman la vanidad, codician las riquezas y casi todos apetecen el deleite sensible y

engañoso, el cual ciega y oscurece el entendimiento y le pone densas tinieblas, con que no conoce la luz ni sabe hacer distinción entre lo malo y lo bueno, ni penetrar la verdad y doctrina evangélica.

CAPITULO 8

Declárase el milagro con que las especies sacramentales se conservaban en María santísima de una comunión para otra y el modo de sus operaciones después que descendió del cielo a la Iglesia.

118. Hasta ahora he tocado arriba este beneficio muy de paso (Cf. supra n. 19, 32), reservando su mayor declaración para su lugar, que es éste, para que tan grande maravilla del Señor en favor de su Madre amantísima no quede en esta Historia sin la inteligencia que puede desear nuestra piedad. Aflígeme mi propia cortedad para explicarme, porque no sólo ignoro infinito más que entiendo, pero esto que conozco lo declaro con recelo y menos satisfacción de mis términos y razones menos comprensivas de mi concepto. Con todo eso, no me atrevo a dejar en silencio los beneficios que nuestra gran Reina recibió de la poderosa diestra de su Hijo santísimo después que desde ella descendió al gobierno de su Iglesia, porque si antes fueron grandiosos e inefables, desde entonces crecieron con hermosa variedad, en que se manifestó ser infinito el poder que los hacía y como inmensa la capacidad de esta única y escogida entre todas las criaturas que los recibía.

119. En este raro y prodigioso beneficio, que las especies sacramentales con el Sagrado Cuerpo se conservasen siempre en el pecho de María santísima, no se ha de buscar otra causa fuera de la que tuvieron los otros favores en que únicamente se señaló Dios con esta gran Señora, que es su voluntad santa y su sabiduría infinita, con que obra siempre en medida y peso todo lo que conviene (Sab 11, 21). Y para la prudencia y piedad cristiana bastaba por razón saber que sola a esta pura criatura tuvo Dios por Madre natural y que sola ella fue digna de serlo entre todas las criaturas. Y como esta maravilla fue sola y sin ejemplo, sería torpe ignorancia buscar ejemplares para persuadirnos que hizo el Señor con

su Madre lo que no hizo ni hará con otras almas, pues sola María sale y se levanta sobre el orden común de todas. Mas aunque todo esto es verdad, quiere el Altísimo que con la luz de la fe y con otras ilustraciones alcancemos las razones de conveniencia y equidad con que su brazo poderoso obró estas maravillas con su dignísima Madre, para que en tales maravillas le conozcamos y alabemos en ella y por ella y entendamos cuán segura tenemos toda nuestra esperanza y nuestras suertes en manos de tan poderosa Reina, en quien depositó su Hijo toda la fuerza de su amor. Y conforme a estas verdades diré lo que se me ha dado a entender del misterio que voy hablando.

120. Vivió María santísima treinta y tres años en compañía de su Hijo y Dios verdadero y desde la hora que Su Majestad nació de su virginal vientre nunca le dejó hasta la cruz. Crióle, sirvióle, acompañóle, siguióle e imitóle, obrando en todo y siempre como Madre, como Hija, como Esposa, como sierva fidelísima y amiga, y gozando de su vista, de su conversación, de su doctrina y de los favores que con todos estos méritos y obsequios recibió en la vida mortal. Ascendió Cristo a los cielos, y la fuerza del amor y de la razón le obligaron a llevar consigo a su amantísima Madre para no estar allí sin ella ni ella en el mundo sin su presencia y compañía. Pero la caridad ardentísima que entrambos tenían a los hombres rompió en algún modo posible este lazo y unión, obligándola a nuestra amorosa Madre que volviese al mundo para fundar la Iglesia y al Hijo que la enviase y consintiese en la ausencia que se interponía entre los dos por este tiempo. Pero, siendo todopoderoso el Hijo de Dios para recompensarle esta privación a su querida en algún modo posible, venía a ser deuda del amor el hacerlo y no quedara tan acreditado ni fuera tan manifiesto si negara a su Madre purísima el favor de acompañarla en la tierra cuando Él se quedaba glorioso en la diestra de su Eterno Padre. Fuera de esto, el amor ardentísimo de la beatísima Madre, acostumbrado y criado con la presencia de su Hijo purísimo, viviera con una intolerable violencia, si tantos años no le tuviera presente en el modo que podía estando en la Iglesia Santa.

121. A todo esto satisfacía Cristo nuestro Salvador, como

lo hizo, estando siempre sacramentado en el corazón de su felicísima Madre mientras vivió en la Iglesia y Su Majestad en el cielo. Y en algún modo con esta sacramental presencia la recompensó con abundancia la que tenía cuando vivía en el mundo con la dulcísima Madre, porque entonces muchas veces se le ausentaba para salir a las obras de la Redención y en estas ocasiones la afligían los recelos o temores de los trabajos de su Hijo santísimo, o si volvería o se quedaría fuera de su compañía, y cuando la tenía no podía olvidar la pasión y muerte de cruz que le esperaba. Y este dolor templaba a tiempos el gozo de tenerle y conversarle. Pero cuando ya estaba a la diestra del Eterno Padre, pasada la tormenta de la pasión, y aquel mismo Señor e Hijo suyo estaba sacramentado en su virginal pecho, entonces gozaba de su vista la divina Madre sin recelos ni zozobras. Y en el Hijo tenía presente a toda la Beatísima Trinidad por aquel modo de visión que arriba dije (Cf. supra n. 32). Entonces se cumplía y ejecutaba a la letra lo que dijo esta gran Reina en los Cantares (Cant 3, 4; 8, 2): Téngole y no le soltaré, yo le tendré y no le dejaré hasta traerle a casa de mi madre la Iglesia. Allí le daré a beber del adobado vino y del mosto de mis granadas.

122. Desempeñóse también el Señor con este beneficio de su Madre santísima en la promesa hecha a su Iglesia en los Apóstoles, que estaría con ellos hasta el fin del siglo (Mt 28, 20), cumpliendo esta palabra desde la hora que se la dio para subirse a los cielos, tan anticipadamente que ya estaba entonces sacramentado en el pecho de su Madre, como dije en la segunda parte (Cf. supra p. II n. 1505). Y no se hubiera cumplido desde entonces si no estuviera en la Iglesia por este nuevo milagro, porque en aquellos primeros años no tuvieron los Apóstoles templo, ni disposición para guardar continuamente la Eucaristía Sagrada y así la consumían toda el día que celebraban. Y sola María santísima fue el templo y el sagrario en que por algunos años se conservó el santísimo Sacramento, para que no faltase de la Iglesia el Verbo humanado por ningún instante de tiempo, después que subió a los cielos hasta el fin del mundo. Y aunque no estaba allí para uso de los fieles, pero estaba para su provecho y para otros fines muy gloriosos, porque la gran Reina del cielo oraba y pedía por todos los

fieles en el templo de sí misma. Adoraba a Cristo sacramentado en la Iglesia en nombre de toda ella y, mediante esta Señora y la presencia que en ella tenía, estaba presente y unido por aquel modo al cuerpo místico de los fieles. Y sobre todo hizo esta gran Señora y Madre más feliz aquel siglo con tener sacramentado en su pecho a su Hijo y Dios verdadero, que estando como ahora en otras custodias y sagrarios, porque en el de María santísima siempre fue adorado con suma reverencia y culto, nunca fue ofendido como lo es ahora en los templos, tuvo en María con plenitud las delicias que deseó por eternos siglos con los hijos de los hombres y, ordenándose a este fin la asistencia perpetua de Cristo en su Iglesia, no la conseguía Su Majestad tan adecuadamente como estando sacramentado en el corazón de su purísima Madre. Ella era la esfera más legítima del divino amor y como el elemento propio y el centro en que descansaba, y todas las criaturas, fuera de María santísima, eran en su comparación como extrañas y en ellas no tenía su lugar ni esfera aquel incendio de la divinidad que siempre arde en infinita caridad.

123. Y por las inteligencias que de este misterio he tenido me atrevo a decir, del amor con que Cristo nuestro Salvador estimaba a su Madre santísima y de lo que ella le obligaba, que si no la acompañara siempre estando con ella debajo las especies consagradas volviera el mismo Hijo de la diestra de su Padre al mundo para hacerla compañía el tiempo que vivió la Madre en la Iglesia (Cf. infra n. 680). Y si para esto fuera necesario que las moradas de los cielos y sus cortesanos carecieran de la asistencia y presencia de la humanidad santísima por aquel tiempo, estimara esto en menos que faltar a la compañía de su Madre. Y no es encarecimiento decir esto, cuando todos hemos de confesar que en María purísima hallaba el Señor una correspondencia y linaje de amor más semejante al de su voluntad que en todos los bienaventurados juntos, y con otro amor correspondiente le amaba Su Majestad a ella más que a todos. Si el pastor de la parabola evangélica dejó noventa y nueve ovejas para ir a buscar una sola que le faltaba, y no diremos que dejó lo más por lo menos, no hiciera novedad en el cielo que este divino Pastor Jesús dejara en él a todo el resto de los santos para descender a estar en compañía

de aquella candidísima oveja, que le vistió de su misma naturaleza, le crió y alimentó con ella. Sin duda que los ojos de esta amada Esposa y Madre le obligaran a volar de las alturas y venir a la tierra, a donde antes había venido para remedio de los hijos de Adán menos obligado o, para decirlo mejor, desobligado de sus pecados y a padecer por ellos; y si descendiera a vivir con su amantísima Madre, no fuera para padecer y morir, mas para recibir el gozo de tenerla consigo. Pero no fue necesario para esto desamparar el cielo, pues bajando sacramentado satisfacía a su amor y al de la felicísima Madre, en cuyo corazón como en su lecho descansaba este verdadero Salomón (Cant 3, 7), sin dejar la diestra de su Eterno Padre.

124. El modo con que obraba el Altísimo este milagro era así: En recibiendo María santísima las especies sacramentales se retiraban del lugar común del estómago donde se cuece y actúa el natural alimento, para que con el poco que alguna vez comía la gran Señora no se confundiesen ni mezclasen ni se gastasen con él. Y retirado el santísimo Sacramento del lugar del estómago se ponía en el mismo corazón de María, como en retorno de la sangre que dio en la encarnación del Verbo para que de ella se formase aquella humanidad santísima con quien se unió hipostáticamente, como declaré en la segunda parte (Cf. supra p.II n. 137). La comunión de la Eucaristía Sagrada se llama extensión de la Encarnación, y así era justo que participase esta extensión con otro nuevo y particular modo la feliz Madre que también con modo milagroso y singular concurrió a la misma Encarnación del Verbo eterno.

125. El calor del corazón en los vivientes perfectos es muy grande y en el hombre no será menor por su mayor excelencia y nobleza en el ser y en las operaciones y larga vida, y la providencia de la naturaleza le encamina algún aire o ventilación con que se refrigere y temple aquel ardor innato que es la raíz del que tiene todo animal. Y con ser esto así, y que en la generosa complexión de nuestra Reina el calor de su corazón era intenso y le aumentaban los afectos y operaciones de su inflamado amor, con todo eso no se alteraban ni consumían las especies sacramentales pegadas a su corazón. Y aunque para conservarlas era

menester multiplicar milagros, no se han de escasear en esta única criatura, que toda era un prodigio de milagros que en ella estaban epilogados. Este favor comenzó de la primera comunión que recibió en la cena, como en su lugar se ha dicho (Cf. supra p. II n. 1297), y para continuarle se conservaron aquellas primeras especies hasta la segunda comunión que recibió de mano de San Pedro el día octavo de Pentecostés (Cf. supra n. 112). Y entonces sucedió que, en recibiendo de nuevo las especies, al tiempo de pasarlas se consumieron las antiguas que tenía en el corazón y en su lugar entraron en él las nuevas especies que recibió. Y con este orden milagroso, desde aquel día hasta la última hora de su vida santísima fueron sucediendo unas especies sacramentales a otras en su pecho, sin que jamás faltase de él su Hijo y Dios verdadero sacramentado.

126. Con este beneficio y el que arriba dije (Cf. supra n. 23), de la visión continua y abstractiva de la divinidad, quedó María santísima tan divinizada y sus operaciones y potencias tan elevadas sobre todo humano pensamiento, que será imposible comprenderlo en esta vida mortal, ni tener de ella el concepto proporcionado que hacemos de otras cosas, ni yo hallo términos para declarar lo poco que se me ha manifestado. En el uso de los sentidos corporales, después que descendió del cielo, quedó toda renovada y mudada para el ejercicio que en ellos tenía; porque por una parte estaba ausente de su Hijo santísimo, en quien los empleaba dignamente cuando le comunicaba con ellos, y por otra le sentía y entendía como le tenía en su pecho, a donde le tiraba y recogía toda la atención. Y desde aquel día que descendió del cielo hizo nuevo pacto con sus ojos y tuvo nuevo imperio y dominio para no admitir las especies ordinarias que entran por ellos, de las cosas terrenas y visibles, más de en lo que fuese preciso para gobernar los hijos de la Iglesia y para entender en esto lo que debía obrar y disponer. No se valía de estas especies ni era necesario usar de ellas para discurrir ni convertirse a la oficina interior, donde se depositan en los demás para servir a la memoria y al entendimiento, porque todo esto lo hacía con otras especies infusas y con la ciencia que se le comunicaba con la visión abstractiva de la divinidad, al modo que los bienaventurados en Dios conocen y miran lo

que aquel espejo voluntario quiere manifestarles en sí mismo, o por otra visión o ciencia de las criaturas en sí mismas. A este modo entendía nuestra Reina todo lo que había de obrar de la voluntad divina en cualquiera de sus obras y no usaba de la vista para saber y aprender algo de esto, aunque miraba por dónde andaba y con quién trataba con una sencilla vista.

127. Del sentido del oído usaba algo más, porque era necesario para oír a los fieles y Apóstoles todo lo que le contaban del estado de las almas, de la Igesia, de sus necesidades y consuelo, a que era necesario responder, darles doctrina y consejo. Pero con tal dominio lo gobernaba, que por este sentido no entraban especies de sonido ni voz que disonase algo de la santidad y perfección altísima de su dignidad, o que no fuesen menester para el uso de la caridad de los prójimos. Del olfato no usaba para percibir olor terreno ni de los comunes objetos de este sentido, pero sentía otro más celestial por intervención de los Ángeles que se le administraban, con grandes motivos de alabar al Criador. En el sentido del gusto tuvo también gran mudanza, porque conoció que después que estuvo en el cielo podía vivir sin alimento, aunque no se le mandó que no lo recibiese, dejándolo esto en su voluntad; y así comía pocas veces y muy poco, y esto era cuando San Pedro o San Juan Evangelista se lo pedían o para no causar admiración con no verla comer, de suerte que venía a hacerlo por obediencia o humildad, y entonces no percibía el gusto o sabor común del alimento, ni por este sentido los distinguía más que si comiera un cuerpo aparente o glorioso. El tacto era también a este modo, porque distinguía por él muy poco lo que tocaba, ni tuviera en esto sensible delectación, pero sentía el tacto de las especies sacramentales en el corazón, con admirable suavidad y júbilo, y a esto atendía de ordinario.

128. Todos estos favores en el uso de los sentidos se le concedieron a petición suya, porque los consagró todos y todas sus potencias de nuevo para la mayor gloria del Altísimo y para obrar con toda plenitud de virtud, santidad y perfección eminentísima. Y aunque por toda la vida, desde su Inmaculada Concepción, había cumplido con la deuda de

fiel sierva y prudente dispensadora de la plenitud de su gracia y dones, como en todo el discurso de esta Historia se ha dicho, pero después que ascendió a los cielos con su Hijo fue mejorada en todos, y le concedió su omnipotencia nuevo modo de obrar, que si bien era de viadora, porque aún no gozaba de la visión beatífica como comprensora, pero sus operaciones en los sentidos tenían una participación y similitud con las de los santos glorificados en cuerpo y alma mayor que con las de los otros viadores. Y no se puede explicar con otro ejemplo el estado tan feliz, tan singular y divino en que quedó nuestra gran Reina y Señora cuando volvió a la Santa Iglesia.

129. A este modo de obrar con las potencias sensitivas correspondía la sabiduría y ciencia interior, porque conocía la voluntad y decretos del Altísimo en todo lo que debía y quería obrar, en qué tiempo, con qué modo, con qué orden y sazón se había de hacer cada obra, con qué palabras y circunstancias; de manera que en esto no le excedían los mismos Ángeles que nos asisten sin perder de vista al Señor, antes obraba su gran Reina las virtudes con tan alta sabiduría que les era admiración, porque conocían que ninguna otra pura criatura podía excederla ni llegar a aquel colmo de santidad y perfección con que obraba esta divina Señora. Una de las cosas que para ella fue de sumo gozo era la adoración y reverencia que daban los espíritus soberanos a su Hijo sacramentado en su pecho. Y esto mismo hicieron los santos en el cielo, cuando subió en compañía de su Hijo santísimo llevándole juntamente encerrado en su corazón en las especies sacramentales, que para todos los bienaventurados era vista de nuevo gozo y alegría. Y el que recibía la gran Señora con la reverencia que le daban los Ángeles al santísimo sacramento en su pecho, resultaba de la ciencia que tenía para conocer la grosería y bajeza de los mortales en venerar el sagrado y consagrado cuerpo del Señor. Y en recompensa de esta falta que todos habíamos de cometer, ofrecía a Su Majestad el culto y reverencia que le daban los príncipes celestiales, que más dignamente conocían este misterio y le veneraban sin engaño ni descuido.

130. Algunas veces se le manifestaba el cuerpo de su Hijo

altísimo glorioso dentro de sí misma, otras veces con la natural hermosura de su humanidad santísima, otras veces y casi continuamente conocía todos los milagros que contiene el augustísimo sacramento y misterio de la Eucaristía. De todas estas maravillas y otras muchas que no podemos entender en esta vida corruptible gozaba María santísima, unas veces manifestándosele en sí mismas, otras en la visión abstractiva de la divinidad, y como se le dieron especies de la divinidad se las dieron también de todas las cosas que había de obrar para consigo misma y con la Iglesia. Y lo que más era estimable para ella fue conocer el gozo y beneplácito de su Hijo santísimo en asistir sacramentado en su candidísimo corazón, que sin duda, por lo que se me ha dado a entender, era mayor que de estar en la compañía de los Santos. ¡Oh singular y única y prodigiosa obra del poder infinito! Tú sola fuiste cielo más agradable para tu Criador que lo pudo ser el supremo inanimado que hizo para su habitación. El que no cabe en aquellos espacios sin medida, se midió y encerró en ti sola y halló asiento y trono conveniente, no sólo en tu virginal vientre, pero en el espacio inmenso de tu capacidad y amor. Tú sola nunca estuviste sin ser cielo, ni Dios estuvo sin ti después que te dio ser, y con plenitud de complacencia descansará en ti por todos los siglos de su eternidad interminable. Todas las naciones te conozcan, todas las generaciones te bendigan y todas las criaturas te magnifiquen, y en ti alaben y conozcan a su verdadero Dios y Redentor, que por ti sola nos visitó y reparó de nuestra infeliz caída.

131. ¿Quién de los mortales ni de los mismos ángeles puede manifestar el incendio de amor que ardía en el purísimo corazón de esta gran Reina llena de sabiduría? ¿Quién podrá comprender cuánto fue el ímpetu del río de la divinidad que inundó y absorbió esta ciudad de Dios? ¿Qué afectos, qué movimientos, qué actos hacía de todas las virtudes y dones que recibió sin medida y tasa, obrando siempre con toda la fuerza de estas gracias sin igual? ¿Qué oraciones, qué peticiones hacía por la Santa Iglesia? ¿Qué caridad fue la suya con nosotros? ¿Qué bienes nos alcanzó y granjeó? Sólo el Autor de esta prodigiosa maravilla la conoce. Pero levantemos nosotros la esperanza,

encendamos nuestra fe, avivemos el amor con esta piadosa Madre, solicitemos su intercesión y amparo, que nada le negará para nosotros el que siendo Hijo suyo y hermano nuestro hizo con ella tales demostraciones de amor como he dicho y más que diré adelante.

Doctrina que me dio la gran Reina de los Ángeles María santísima.

132. Hija mía, de todo lo que hasta ahora te he manifestado de mi vida y de mis obras estás bien informada; como en pura criatura, fuera de mí no hay otro dechado ni original de donde puedas copiar la mayor santidad y perfección que deseas. Mas ahora has llegado a declarar el supremo estado de las virtudes que yo tuve en la vida mortal. Y con este beneficio te dejo más obligada, para que renueves tus deseos y pongas toda la atención de tus potencias en la perfecta imitación de lo que te enseño. Tiempo es ya, carísima, y razón es que toda te entregues a mi voluntad en lo que de ti quiero. Y para que más te animes a conseguir este bien, te quiero advertir que cuando mi Hijo santísimo sacramentado entra en aquellos que le reciben con veneración y fervor, habiéndose preparado con todas sus fuerzas para recibirle con limpieza de corazón y sin tibieza, en estas almas, aunque se consuman las especies sacramentales, queda Su Majestad por otro especial modo de gracia con que las asiste, enriquece y gobierna en retorno del buen hospedaje que le hicieron. Pocas son las almas que alcanzan este favor, porque son muchas las que ignoran y llegan al Santísimo sin esta disposición y como acaso y por costumbre y sin prevenirse con la veneración y temor santo que debían. Pero estando tú avisada de este secreto, quiero que todos los días, pues todos le recibes por obediencia de tus prelados, vayas preparada dignamente para que no se te niegue este gran beneficio.

133. Para esto te has de valer de la atención y memoria de lo que has conocido que yo hacía, por donde has de regular tus deseos y fervor, veneración y amor, y todas las acciones con que debes preparar tu pecho, como templo y morada de tu Esposo y sumo Rey. Trabaja, pues, en recoger

todas tus fuerzas al interior, y antes y después de recibirle atiende a la fidelidad de esposa que le debes guardar, y en particular has de poner candados a tus ojos y cerradura de circunstancia (Sal 140, 3) a todos tus sentidos, para que en el templo del Señor no entre otra imagen profana ni peregrina. Guárdate toda pura y limpia de corazón, porque en el que está impuro y ocupado no puede entrar la plenitud de la divina luz y sabiduría (Sab 1, 4). Y todo lo conocerás a la vista de la que Dios te ha dado, si atiendes a ella sola con toda rectitud de tu intención. Y supuesto que no puedes excusar en todo el trato de las criaturas, conviénete que tengas gran imperio sobre tus sentidos y que por ellos no admitas especies de cosa alguna sensible que no te pueda ayudar para obrar lo más santo y puro de las virtudes. Separa lo precioso de lo vil (Jer 15, 19) y la verdad del engaño. Y para que en esto me imites con perfección, quiero que desde ahora adviertas con la elección que debes obrar en todas las cosas grandes o pequeñas, para que no las yerres pervirtiendo el orden de la razón y de la luz divina.

134. Considera, pues, con atención el engaño común de los mortales y los lamentables daños que padecen, porque en las determinaciones de la voluntad de ordinario se mueven por sólo lo que perciben por los sentidos de todos sus objetos y eligen luego lo que han de hacer sin otra consulta ni atención. Y como lo sensible mueve luego a las pasiones e inclinaciones animales, es forzoso que las operaciones no se hagan con sano juicio de la razón, sino con el ímpetu de las pasiones, excitadas por los sentidos y por sus objetos. Por esto se inclina luego a la venganza el que consulta la injuria sólo con el dolor que causó, por esto se determina a la injusticia el que sigue sólo el apetito de la cosa ajena que miró y a este modo obran tantos y tan infelices cuantos son los que siguen la concupiscencia de los ojos, los afectos de la carne y la soberbia de la vida, que son lo que les ofrecen el mundo y el demonio, porque no tienen otra cosa que darles (1 Jn 2, 16). Y con este inadvertido engaño siguen las tinieblas por luz, lo amargo por dulce, el mortal veneno por medicina de sus pasiones y la ciega ignorancia por sabiduría, siendo como es diabólica y terrena. Pero tú, hija mía, guárdate de este pernicioso

error, y nunca te determines ni gobiernes en cosa alguna sólo por lo sensible y por sus sentidos, ni por las conveniencias que por ellos se te representan. Consulta tus acciones, lo primero con la conciencia y luz interior que Dios te ha comunicado, para que no obres a ciegas, y te la dará siempre para esto. Y luego busca el consejo de tu prelado y maestro, si le puedes tener antes de elegir lo que hubieres de hacer. Y si te faltare prelado y superior, pide consejo a otro inferior, que también esto es más seguro que obrar con voluntad propia, a quien pueden turbar las pasiones y oscurecerla. Y este orden has de guardar en las obras, especialmente exteriores, procediendo en ello con recato y con secreto y conforme lo pidieren las ocasiones y caridad del prójimo que se te ofrecieren, en que es menester no perder el norte de la luz interior en el profundo golfo y navegación del trato con criaturas, donde hay siempre peligro de perecer.

CAPITULO 9

Conoció María santísima que se levantaba Lucifer para perseguir a la Iglesia y lo que contra este enemigo hizo, amparando y defendiendo a los fieles.

135. En lo supremo de la gracia y santidad posible a pura criatura estaba la gran Señora del mundo, mirando con los ojos de su divina ciencia la pequeña grey de la Iglesia que cada día se iba multiplicando. Y como vigilantísima Madre y Pastora, del alto monte en que la colocó la diestra de su Hijo omnipotente oteaba y reconocía si a las ovejuelas de su rebaño las sobrevenía algún peligro y asechanza de los lobos carniceros e infernales, cuyo odio le era manifiesto contra los nuevos hijos del Evangelio. Con este desvelo de la Madre de la luz estaba guarnecida aquella familia santa que la piadosa Reina había reconocido por suya y la estimaba como herencia y parte de su Hijo santísimo escogida de todo el resto de los mortales y electa del Altísimo. Y por algunos días caminó prósperamente la navecilla de la nueva Iglesia, gobernada por la divina Maestra, así con los consejos que la daba, con la doctrina y advertencias que la enseñaba, como con las oraciones y

peticiones que incesantemente ofrecía por ella sin perder ocasión ni punto en atender a todo cuanto era necesario para esto y para el consuelo de los Apóstoles y de los otros fieles.

136. Pocos días después de la venida del Espíritu Santo, repitiendo estas peticiones, dijo al Señor: Hijo mío y verdadero Dios de amor, conozco, Señor mío, que la pequeña grey de Vuestra Santa Iglesia, de quien me habéis hecho madre y defensora, no vale menos que el infinito precio de vuestra vida y sangre, con que la habéis redimido del poder de las tinieblas; razón será que yo también os ofrezca mi vida y todo lo que soy, para conservación y aumento de lo que tanta estimación tiene en Vuestra santa voluntad. Pues muera yo, Dios mío, si necesario es, para que Vuestro nombre sea engrandecido y Vuestra gloria dilatada por todo el mundo. Recibid, Hijo mío, el sacrificio de mis labios y voluntad, que con Vuestros propios méritos ofrezco. Atended piadoso a Vuestros fieles, encaminad a los que sólo en Vos esperan y se entregan a vuestra santa fe. Gobernad a vuestro vicario Pedro, para que él gobierne con acierto las ovejas que le habéis encomendado. Guardad a todos los Apóstoles, Vuestros ministros y mis señores, prevenidlos a todos con la bendición de Vuestra dulzura, para que todos ejecutemos Vuestra voluntad perfecta y santa.

137. Respondió el Altísimo a estas peticiones de nuestra Reina y díjola: Esposa y amiga mía, escogida entre las criaturas para la plenitud de mi agrado, atento estoy a tus deseos y peticiones. Pero ya sabes que mi Iglesia ha de seguir mis pasos y doctrina, imitándome por el camino del padecer y de mi cruz, con quien se han de abrazar mis Apóstoles y discípulos y todos mis íntimos amigos y seguidores, pues no lo pueden ser sin esta condición de trabajar y padecer. También es necesario que la nave de mi Iglesia lleve lastre de persecuciones, con que vaya segura entre la prosperidad del mundo y sus peligros. Y así lo pide mi altísima Providencia con los fieles y predestinados. Atiende, pues, y mira el orden con que esto se debe disponer.

138. Luego se le manifestó una visión donde la gran Reina vio a Lucifer y mucha multitud de demonios que seguían y se levantaban de las cavernas infernales, donde habían estado oprimidos desde que fueron vencidos y arrojados del monte Calvario, como en su lugar queda dicho (Cf. supra p. II n. 1421). Vio que este Dragón con siete cabezas subía como por el mar, siguiéndole los demás, y aunque en las fuerzas salía muy debilitado, de la manera que se halla el convaleciente después de una larga enfermedad y grave que no puede casi tenerse, con todo eso, en la soberbia y enojo salía con implacable indignación y arrogancia, que en esta ocasión se conocían ser mayores que su fortaleza, como lo dijo antes Santo Profeta Mayor Isaías (Is 16, 6); porque de una parte manifestaba el quebranto que en él había causado la victoria de nuestro Salvador y el triunfo que de él alcanzó en la Cruz, y por otra descubría un volcán de indignación y furor que ardía en su pecho contra la Iglesia Santa y sus hijos. En saliendo sobre la tierra, la rodeó y reconoció toda, y luego se encaminó a Jerusalén para estrenar allí su rabiosa indignación en las ovejas de Cristo. Y comenzó de lejos a reconocerlas, acechando y circunvalando aquel humilde pero formidable rebaño para su arrogante malicia.

139. Y cuando el Dragón conoció los muchos que se habían reducido a la santa fe y cada hora iban recibiendo el sagrado bautismo, que los Apóstoles predicaban y obraban tantas maravillas en beneficio de las almas, que los convertidos renunciaban las riquezas y las aborrecían, y todos los principios de santidad tan invencible con que se fundaba la nueva Iglesia, con esta novedad creció el furor que tenía y daba formidables bramidos reconcentrándose en su misma malicia. Y como enfureciéndose contra sí por lo poco que podía contra Dios y para beberse las aguas puras del Río Jordán que deseaba (Job 40, 18), pretendía allegarse a la congregación de los fieles, y no podía porque estaban todos unidos en caridad perfecta. Y esta virtud, con las de la fe, esperanza y humildad, era un castillo incontrastable para el Dragón y sus ministros de maldad. Rodeaba y acechaba para reconocer si alguna ovejuela del rebaño de Cristo se descuidaba para embestirla y devorarla. Buscaba muchos caminos y arbitrios para

tentarlos y atraer alguno para que le diese mano y entrada por donde aportillar la fortaleza de las virtudes que en todos reconocía. Pero todo lo hallaba prevenido y pertrechado con la vigilancia de los Apóstoles y con la fuerza de la gracia, y mucho más con la protección de María santísima.

140. Pero cuando la gran Madre conoció y vio a Lucifer con tanto ejército de demonios y la maliciosa indignación con que se levantaba contra la Iglesia evangélica fue lastimado su piadoso corazón con una flecha de compasión y dolor, como quien conocía por una parte la flaqueza y la ignorancia de los hombres y por otra la maliciosa astucia y furor de la antigua serpiente. Y para detener y enfrenar su soberbia, se convirtió María santísima contra ella y le dijo: ¿Quién como Dios, que habita en las alturas (Sal 112, 5)? ¡Oh estulto y desvanecido enemigo del Omnipotente! El mismo que te venció desde la Cruz y quebrantó tu arrogancia, redimiendo al linaje humano de tu cruel tiranía, te mande ahora, su potencia te aniquile y su sabiduría te confunda y te arroje a lo profundo. Y yo en su nombre lo hago, para que no puedas impedir la exaltación y gloria que como a Dios y Redentor le deben dar todos los hombres.— Luego continuó sus peticiones la piadosa Madre, y hablando con el Señor le dijo: Altísimo Dios y Padre mío, si la omnipotencia de Vuestro brazo no detiene y quebranta el furor que veo en el Dragón infernal y en sus demonios, sin duda perderá y destruirá a todo el orbe de la tierra en sus moradores. Dios de misericordia y clemencia sois para Vuestras criaturas; no permitáis, Señor, que esta serpiente venenosa derrame su ponzoña sobre las almas redimidas y lavadas con la sangre del Cordero, Vuestro Hijo y Dios verdadero. ¿Es posible que puedan ellas mismas entregarse a tan cruenta bestia y mortal enemigo? ¿Cómo sosegará mi corazón, si veo caer en tan lamentable desdicha alguna de las almas que les ha tocado el fruto de esta sangre? ¡Oh si contra mí sola se convirtiera la ira de este dragón y fueran salvos vuestros redimidos! Yo, Señor eterno, pelearé Vuestras batallas contra Vuestros enemigos. Vestidme de Vuestra fortaleza para que los humille y quebrante su altiva soberbia.

141. En virtud de esta oración y resistencia de la poderosa Reina se acobardó grandemente Lucifer y no se atrevió entonces a llegar a nadie del colegio santo de los fieles. Pero no descansó por esto su furor, antes tomó por arbitrio valerse de los escribas y fariseos y todos los judíos que reconoció constantes en su obstinación. Fuese a ellos y por medio de muchas sugestiones los llenó de envidia y de odio contra los Apóstoles y fieles de la Iglesia, y la persecución que no pudo intentar por sí mismo la consiguió por medio de los incrédulos. Púsoles en la imaginación que de la predicación de los Apóstoles y discípulos les resultaba el mismo daño y mayor que de la de su Maestro Jesús Nazareno cuyo nombre querían introducir y celebrar a vista suya, que le habían crucificado por malhechor, que redundaba esto en gran deshonra suya y que siendo tantos los discípulos y con tantos milagros como hacían en el pueblo se le llevarían todo tras de sí y los maestros y sabios de la ley serían despreciados y no cogerían las ganancias que solían, porque los nuevos discípulos y creyentes todo lo daban a los nuevos predicadores a quien seguían, y que este daño para los antiguos maestros comenzaba a correr muy aprisa, con los muchos que ya seguían a los Apóstoles.

142. Estos consejos de maldad eran muy ajustados a la ciega codicia y ambición, y así los admitieron por muy sanos y conformes a sus deseos. Y de aquí resultó que los fariseos, saduceos, magistrados y sacerdotes hicieron tantas juntas y cabildos contra los Apóstoles, como refiere San Lucas en sus Actos (Act 4, 5). La primera fue cuando San Pedro y San Juan Evangelista en la puerta del templo dieron salud a un paralítico *a nativitate,* que tenía cuarenta años de edad y era conocido en toda Jerusalén. Y como este milagro fue tan patente y admirable, se juntó la ciudad en gran multitud, estando todos asombrados y como fuera de sí. Y San Pedro les hizo un gran sermón, probando cómo no se podían salvar en otro nombre fuera de Jesús, en cuya virtud él y San Juan habían curado aquel paralítico de tantos años. Por este milagro se juntaron al otro día los sacerdotes y llamaron a los dos Apóstoles para que pareciesen en juicio ante los sacerdotes. Pero como el milagro era tan notorio y el pueblo glorificaba a Dios en él, halláronse tan confusos los inicuos jueces, que no se

atrevieron a castigar a los dos Apóstoles, aunque les mandaron no predicasen ni enseñasen más al pueblo en el nombre de Jesús Nazareno. Pero San Pedro con invicto corazón les replicó que no podían obedecerlos en aquel mandato, porque Dios les mandaba lo contrario y no era justo desobedecer a Dios para obedecer a los hombres. Y con esta amenaza dejaron libres por entonces a los dos Apóstoles, que luego volvieron a dar cuenta a la Reina santísima de lo que les había pasado, aunque ella lo sabía todo, porque en visión lo había conocido. Y luego se pusieron en altísima oración y estando en ella sobrevino otra vez el Espíritu Santo sobre todos con señales visibles.

143. En pocos días sucedió el milagroso castigo de Ananías y su mujer Safira, que tentados de la codicia pretendieron engañar a San Pedro, llevándole parte del precio en que habían vendido una heredad y ocultando otra parte y mintiendo al Apóstol. Poco antes Bernabé, que también se llamaba José, levita y natural de Chipre, había vendido otra heredad y llevado todo el precio a los Apóstoles. Y para que se conociera que todos debían obrar con esta verdad, fueron castigados Ananías y Safira, quedando muertos el uno tras del otro a los pies de San Pedro. Y con este milagro tan espantoso se atemorizaron todos en Jerusalén y los Apóstoles predicaban con mayor libertad. Pero los magistrados y saduceos se indignaron contra ellos y los prendieron y llevaron a la cárcel pública, donde estuvieron poco tiempo, porque la gran Reina los libró de ella, como diré luego (Cf. infra n. 148-150).

144. Pero no quiero dejar en silencio el secreto qué intervino en la caída de Ananías y Safira su mujer. Sucedió que cuando la gran Señora del cielo conoció que Lucifer y sus demonios provocaban a los sacerdotes y magistrados para que impidiesen la predicación de los Apóstoles, y que por estas sugestiones habían llamado a juicio a San Pedro y a San Juan Evangelista después del milagro del paralítico y les mandaron que no predicasen en el nombre de Jesús, y considerando la piadosa Madre el impedimento que resultaba a la conversión de las almas si esta malicia no se atajaba, se convirtió de nuevo contra el Dragón como al Señor lo había ofrecido y tomando la causa por suya con

mayor valor que Judit la de Israel habló con este cruel tirano y le dijo: Enemigo del Altísimo, ¿cómo te atreves y te puedes levantar contra sus criaturas, cuando en virtud de la pasión y muerte de mi Hijo y verdadero Dios has quedado vencido y oprimido y despojado de tu tirano imperio? ¿Qué puedes tú, oh basilisco venenoso, atado y encarcelado en las penas infernales por toda la eternidad del Altísimo? ¿No sabes que estás sujeto a su poder infinito y no puedes resistir a su voluntad invencible? Pues él te manda, y yo en su nombre v potestad te mando, que luego desciendas con los tuyos al profundo de donde saliste a perseguir los hijos de la Iglesia.

145. No pudo resistir el Dragón infernal a este imperio de la poderosa Reina, porque su Hijo santísimo para mayor terror de los demonios dio permiso que todos le conocieran sacramentado en el pecho de la invencible Madre, como en trono de su omnipotencia y majestad. Esto mismo sucedió en otras ocasiones en que María santísima confundía a Lucifer, de que diré adelante (Cf. infra n. 490). Y en ésta que digo se arrojó a los profundos con todas sus legiones que le acompañaban y todos cayeron por entonces arruinados y oprimidos de la virtud divina que sentían en aquella mujer singular. Estuvieron algún tiempo los demonios en el profundo aterrados y dando espantosos aullidos, enfureciéndose consigo mismos por su desdichada suerte en que no podían dejar de ser, y porque desesperaban de vencer a la poderosa Reina y a todos los que ella recibiese debajo de su amparo. Con este furioso despecho habló Lucifer a sus demonios y confiriéndolo con ellos les dijo: ¡Qué desdicha es ésta en que me veo! Decidme, ¿qué haré contra esta mi enemiga, que así me atormenta y me arroja? Sola ella me hace mayor guerra que todo el resto de las criaturas juntas. ¿Si la dejaré sin perseguirla, porque no acabe de destruirme? Siempre salgo vencido de sus batallas y ella victoriosa. Y reconozco que siempre disminuye mis fuerzas y poco a poco acabará de aniquilarlas y nada podré hacer contra los seguidores de su Hijo. Pero ¿cómo he de sufrir tan injusto agravio? ¿A dónde está mi altivo poder? ¿Hele de sujetar a una mujer de condición y naturaleza tan inferior y vil en mi comparación? Mas no me atrevo ahora a pelear con ella. Procuremos

derribar alguno de sus hijos que siguen su doctrina y con esto se aliviará mi confusión y quedaré satisfecho.

146. Dio permiso el Señor para que el Dragón y los suyos volviesen a tentar a los fieles y ejercitarlos. Y llegando a reconocer el estado que tenían y la grandeza de sus virtudes con que estaban guarnecidos, no hallaban entrada ni podían reducir algunos a las insanias y falsas ilusiones que les ofrecían. Pero reconociendo los naturales e inclinaciones de todos, por donde —¡ay dolor!— nos hacen cruda guerra siempre, hallaron que Ananías y Safira su mujer eran más inclinados al dinero y siempre lo habían buscado con alguna avaricia. Por este costado en que los conoció el demonio más flacos les hizo la herida, arrojándoles a la imaginación que reservasen alguna parte del precio en que vendían una heredad para darlo a los Apóstoles, de quien habían recibido la fe y el bautismo. Dejáronse vencer de este vil engaño, porque era conforme a su baja inclinación, y pretendiendo engañar a San Pedro tuvo el Santo Apóstol revelación del pecado de los dos y castigólos con la repentina muerte que tuvieron a sus pies, primero Ananías y después Safira, que sin saber el suceso de su marido vino después de poco rato y, mintiendo como él, expiró también en presencia de los Apóstoles.

147. Desde el primer intento de Lucifer, tuvo noticia nuestra Reina de lo que iba tramando y cómo Ananías y Safira admitían sus dañadas sugestiones, y llena de compasión y dolor la piadosa Madre se postró en la divina presencia y con íntimo clamor dijo: ¡Ay de mí, Hijo y Señor mío! ¿Cómo este Dragón sangriento hace presa en estas simples ovejuelas de Vuestro rebaño? ¿Cómo, Dios mío, sufrirá mi corazón ver que toque el contagio de la codicia y mentira en las almas que han costado vida y sangre Vuestra? Si este cruelísimo enemigo se entrega en ellas sin escarmiento, correrá el daño con el ejemplo del pecado y la flaqueza de los hombres, y unos seguirán a otros en la caída. Yo, bien mío, perderé la vida en esta pena, por haber conocido lo que pesa el pecado en Vuestra justicia, y más el de los hijos que el de los extraños. Remediad, pues, amado mío, este daño como me le habéis dado a conocer.— Respondióla el Señor: Madre mía y escogida, no se aflija

vuestro corazón, donde yo vivo, que yo sacaré para mi Iglesia muchos bienes de este mal, que para este fin ha permitido mi Providencia. Con el castigo que haré de estas culpas dejaré avisados a los demás fieles para que teman con el ejemplo que queda en la Iglesia y en lo futuro se guarden del engaño y de la codicia del dinero, pues amenaza el mismo castigo, o mi indignación, a quien cometiere el mismo pecado, porque mi justicia siempre es una misma contra los rebeldes a mi voluntad, como lo enseña mi Ley Santa.

148. Con esta respuesta del Señor se consoló María santísima, aunque se compadeció mucho del castigo que tomó la divina venganza de aquellos dos engañados, Ananías y Safira. En el ínterin que todo esto sucedía, hizo altísimas oraciones por los demás fieles para que no fuesen engañados del demonio, y de nuevo se volvió contra él, le aterró y arrojó, para que no irritase a los judíos contra los Apóstoles, y en virtud de esta fuerza con que los detenía gozaban de tanta paz y tranquilidad los hijos de la primitiva Iglesia. Y siempre se hubiera continuado aquella felicidad y amparo de su gran Reina y Señora, si no le hubieran despreciado los hombres, entregándose a los mismos engaños, y a otros peores, como lo hicieron Ananías y Safira. ¡Oh si temiesen los fieles aquel ejemplo e imitasen el de los Apóstoles! Sucedió que de la prisión donde arriba dije (Cf. supra n. 143) que los metieron, invocaron el favor divino y el de su Reina y Madre verdadera, y cuando Su Alteza conoció por la divina luz que estaban presos, postrada en cruz ante el acatamiento divino hizo por ellos esta oración:

149. Altísimo Señor mío, Criador del universo, de todo mi corazón me sujeto a Vuestra divina voluntad y reconozco, Dios mío, que así conviene, como Vuestra sabiduría infinita lo dispone y ordena, que los discípulos sigan a su maestro, que sois Vos, verdadera luz y guía de Vuestros escogidos; así lo confieso, Hijo mío, porque vinisteis al mundo en forma y hábito de humildad, para acreditarla y destruir la soberbia, para enseñar el camino de la cruz por la paciencia en los trabajos y deshonras de los hombres. Y conozco también que han de seguir esta doctrina y establecerla en la

Iglesia Vuestros Apóstoles y discípulos. Pero si es posible, bien mío de mi alma, que por ahora tengan libertad y vida para fundar Vuestra Iglesia Santa y predicar al mundo Vuestro soberano nombre y reducirle a la verdadera fe, suplícoos. Señor mío, me deis licencia para que yo favorezca a Vuestro vicario Pedro, a mi hijo y Vuestro amado Juan y a todos los que por astucia de Lucifer están en prisiones. No se gloríe este enemigo de que ha triunfado ahora contra Vuestros siervos, ni levante su cabeza contra los demás hijos de la Iglesia. Quebrantad, Señor mío, su soberbia, y sea confuso en Vuestra presencia.

150. A esta petición la respondió el Altísimo: Esposa mía, hágase lo que tú quieres, que esto es mi voluntad. Envía a tus Ángeles para que destruyan las obras de Lucifer, que contigo está mi fortaleza.—-Con este beneplácito la gran Reina de los Ángeles despachó luego a uno de los de su guarda, que era de jerarquía muy superior, para que fuese a la cárcel donde estaban presos los Apóstoles y les quitase las prisiones y sacase libres de la cárcel. Y éste fue el Ángel que refiere San Lucas en el capítulo 5 de los Hechos apostólicos (Act 5, 19), que de noche libró de la prisión a los Apóstoles como María santísima se lo ordenó, aunque el secreto de este milagro no lo declaró el Evangelista San Lucas. Pero los Apóstoles le vieron lleno de resplandor y hermosura, y les dijo cómo era enviado por su Reina para rescatarlos de la prisión, como lo hizo, y les mandó fuesen a predicar, como también sucedió. Tras de este Ángel despachó otros, para que fuesen a los magistrados y sacerdotes y apartasen de ellos a Lucifer y a sus demonios, que los turbaban e irritaban contra los Apóstoles, y para que les diesen inspiraciones santas, para que no se atreviesen a ofenderlos ni impedirles la predicación. Obedecieron también estos divinos espíritus y cumplieron tan bien con esta legacía, que de ella resultó lo que el mismo San Lucas dice en el capítulo citado de la plática que hizo en el consistorio aquel venerable doctor de la ley llamado Gamaliel (Act 5, 34). Porque hallándose confusos los demás jueces sobre lo que harían de los Apóstoles, a quienes habían puesto en la cárcel y estaban ya libres y predicando en el templo, sin saber por quién o dónde habían sido librados de la cárcel, entonces Gamaliel les dio

por consejo a los sacerdotes que no se embarazasen con aquellos hombres, sino que los dejasen predicar, porque si aquella era obra de Dios no la podrían impedir y, si no lo era, ella se desvanecería luego, como en aquellos años había sucedido a otros dos falsos profetas que en Jerusalén y Palestina habían inventado nuevas sectas; el uno se llamaba Teodas y el otro Judas Galileo y entrambos perecieron con todos los de su séquito.

151. Este consejo de Gamaliel fue por inspiración de los Santos Ángeles de nuestra gran Reina, y también que los otros jueces le admitiesen, aunque mandaron a los Apóstoles que no predicasen más a Jesús Nazareno, porque a esto les movía su propia reputación e interés. Pero con algún castigo que dieron a los Apóstoles los despidieron, porque los habían prendido otra vez, cuando desde la cárcel salieron a predicar por orden del Ángel que les dio libertad. De todos sus ejercicios y trabajos volvían luego los Apóstoles a dar cuenta a María santísima como a su Madre y Maestra, y la prudentísima Reina los recibía con maternal afecto y alegría de verlos tan constantes en el padecer y tan celosos de la salvación de las almas. Ahora —les decía --- me parecéis, señores míos, verdaderos imitadores y discípulos de Vuestro Maestro, cuando por su nombre padecéis afrentas y contumelias y con alegre corazón le ayudáis a llevar su cruz, cuando sois dignos ministros y cooperadores para que se logre el fruto de su sangre en los hombres, por cuya salvación la derramó. Su diestra poderosa os bendiga y os comunique su virtud divina.—Esto les decía puesta de rodillas y besándoles la mano, y luego los servía, como arriba se dijo (Cf. supra n. 92).

Doctrina que me dio la gran Reina de los Ángeles María santísima.

152. Hija mía, de lo que has entendido y escrito en este capítulo tienes importantes y muchas advertencias para tu salvación y de todos los fieles hijos de la Santa Iglesia. En primer lugar se debe ponderar la solicitud y desvelo con que yo cuidaba de la salvación eterna de todos los creyentes, sin omitir ni olvidar la menor de sus necesidades y peligros. Enseñábales la verdad, oraba incesantemente,

animábalos en los trabajos, obligaba al Altísimo para que los asistiese, y sobre todo esto los defendía de los demonios y de sus engaños y furiosa indignación. Todos estos beneficios les hago ahora desde el cielo, y si no todos los experimentan, no es porque de mi parte no lo solicito, sino porque son muy contados los fieles que me llaman de todo corazón y los que se disponen para merecer y lograr el fruto de mi maternal amor. A todos defendería del Dragón, si todos me invocasen y temiesen los engaños tan perniciosos con que los enreda y enlaza para su eterna condenación. Y para que despierten los mortales de este formidable peligro, les doy ahora este nuevo recuerdo. Te aseguro, hija mía, que todos los que se condenan después de la muerte de mi Hijo santísimo y de los favores y beneficios que por mi intercesión hace al mundo, tienen mayores tormentos en el infierno sobre los que se perdieron antes que viniera al mundo y yo estuviera en él. Y así los que desde ahora entendieren estos misterios y los despreciaren para su perdición, serán reos de mayores y nuevas penas.

153. Deben asimismo advertir la estimación en que han de tener sus propias almas, pues tanto hice yo y hago cada día por ellas, después de haberlas Redimido mi Hijo santísimo con su pasión y muerte. Este olvido en los hombres es muy reprensible y digno de tremendo castigo. ¿En qué razón o en qué juicio cabe, que por un momentáneo gusto de los sentidos, que al más largo plazo se acaba con la vida, y otras veces en un brevísimo tiempo, trabaje tanto un hombre que tiene fe? ¿Y de su alma, que es eterna, no haga más caso ni aprecio y la olvide tanto, como si con las cosas visibles se acabara y consumiera? No advierten que cuando todo perece, entonces comienza el alma a padecer o gozar lo que será eterno y sin fin. Conociendo tú esta verdad y la perversidad de los mortales, no te admires de que el Dragón infernal sea hoy tan poderoso contra los hombres, porque donde hay continua batalla, el que sale victorioso cobra las fuerzas que perdió el vencido. Y esto se verifica más en la cruel y continua lucha con los demonios, que si le vencen las almas quedan ellas fuertes y él queda debilitado, como sucedió cuando le venció mi Hijo y yo después. Pero si esta serpiente se

reconoce victoriosa contra los hombres, entonces levanta la cabeza de su soberbia y convalece de su flaqueza cobrando nuevos bríos y mayor imperio, como le tiene hoy en el mundo, porque los amadores de su vanidad se le han sujetado, siguiéndola debajo de su bandera y falsas fabulaciones. Con este daño ha dilatado el infierno su boca, y cuantos más engulle y traga es más insaciable su hambre, anhelando a sepultar en las cavernas infernales todo el resto de los hombres.

154. Teme, oh carísima, teme este peligro como lo conoces y vive en continuo desvelo para no abrir puerta en tu corazón a los engaños de esta cruentísima bestia. El escarmiento tienes en Ananías y Safira, que por haberles conocido la inclinación y codicia del dinero, entró el demonio en sus almas y los asaltó por aquel portillo. No quiero que tú apetezcas cosa alguna de la vida mortal, y de tal manera quiero que reprimas y extingas en ti todas las pasiones e inclinaciones de la flaca naturaleza, que ni los mismos espíritus malignos puedan rastrear en ti con todo su desvelo algún movimiento desordenado de soberbia, codicia, vanidad, ira, ni otra pasión alguna. Esta es la ciencia de los santos y sin la que nadie vive seguro en carne mortal y por cuya ignorancia perecen innumerables almas. Apréndela tú con diligencia y enséñala a tus religiosas, para que cada una sea vigilante centinela de sí misma. Y con esto vivirán en paz y caridad verdadera y no fingida, y cada una y todas juntas, unidas en la quietud y tranquilidad del divino Espíritu y guarnecidas con el ejercicio de todas las virtudes, serán un castillo incontrastable para los enemigos. Acuérdate y hazles a la memoria a las religiosas el castigo de Ananías y Sefira y exhórtalas a que sean muy observantes de su regla y constituciones, que con esto merecerán mi protección y especialísimo amparo.

CAPITULO 10

Los favores que María santísima por medio de sus Ángeles hacía a los Apóstoles, la salvación que alcanzó a una mujer en la hora de la muerte y otros sucesos de

algunos que se condenaron.

155. Como la nueva ley de gracia se iba dilatando en Jerusalén, crecía cada día el número de los fieles y se aumentaba la nueva Iglesia del Evangelio, y al mismo paso crecía también la solicitud y atención de su gran Reina y Maestra María santísima con los nuevos hijos que los Apóstoles engendraban en Cristo nuestro Señor con su predicación. Y como ellos eran los fundamentos de la Iglesia, en quienes como en piedras firmísimas había de estribar la firmeza de este admirable edificio, por esto la prudentísima Madre y Señora cuidaba del Colegio Apostólico con especial vigilancia. Y toda esta divina atención se le aumentaba conociendo la indignación de Lucifer contra los seguidores de Cristo, y mayor contra los Sagrados Apóstoles como ministros de la salvación eterna de los otros fieles. Nunca será posible en esta vida decir ni alcanzar a conocer los oficios, los favores y beneficios que hizo a todo el cuerpo de la Iglesia y a cada uno de sus miembros místicos, en particular a los Apóstoles y discípulos, porque, según lo que se me ha dado a entender, no se pasó día ni hora en que no obrase con ellos alguna o muchas maravillas. Diré en este capítulo algunos sucesos que son de gran enseñanza para nosotros, por los secretos que contienen de la oculta providencia del Altísimo. Y de ellos se puede colegir cuál sería la vigilantísima caridad y celo de las almas que María santísima tenía con ellas.

156. A todos los Apóstoles amaba y servía con increíble afecto y veneración, así por su extremada santidad como por la dignidad de Sacerdotes y ministerio de fundadores y predicadores del Evangelio. Cuando estuvieron juntos en Jerusalén los servía, asistía, aconsejaba y gobernaba, como arriba queda dicho (Cf. supra n. 89, 92, 102). Pero con el aumento de la Iglesia fue necesario que luego comenzasen a salir de Jerusalén para bautizar y admitir a la fe a muchos que de los lugares circunvecinos se convertían; aunque luego volvían a la ciudad, porque de intento no se habían repartido ni despedido de Jerusalén, hasta que tuvieron orden para hacerlo. Y de los Actos apostólicos consta (Act 9, 38-40) que San Pedro salió a Lidia y a Jope, donde resucitó a Tabita e hizo otros milagros, y volvía a Jerusalén. Y

aunque estas salidas las cuenta San Lucas después de la muerte de San Esteban —de que hablaré en el capítulo siguiente—, pero en el tiempo que pasó hasta que sucedió todo esto se convirtieron muchos de Palestina y fue necesario que los Apóstoles saliesen a predicarles y confirmarlos en la fe, y volvían a Jerusalén a dar cuenta de todo a su divina Maestra.

157. En todas estas jornadas y predicaciones procuraba el común enemigo impedir la palabra divina o el fruto de ella, moviendo muchas contradicciones y alteraciones de los incrédulos contra los Apóstoles y sus oyentes y convertidos. Y en estas persecuciones padecían cada día grandes molestias y sobresaltos, porque le pareció al Dragón infernal podía embestirles con mayor confianza, hallándolos ausentes y lejos del amparo de su Protectora y Maestra. Tan formidable era para el infierno esta gran Reina de los Ángeles, que con ser tan eminente la santidad de los Apóstoles, con todo eso le parecía a Lucifer que sin María los cogía desarmados y a su salvo, para acometerles y tentarlos. Tal es también la soberbia y furor de este Dragón, que, como está escrito en Job (Job 41, 18-19), al más duro acero lo reputó por una pajuela flaca y al bronce como si fuera un podrido leño. No teme las flechas ni la honda, pero teme tanto a María santísima, que para tentar a los Apóstoles aguarda que estén ausentes de este amparo.

158. Mas no por esto les faltó, porque la gran Señora desde la atalaya de su altísima sabiduría alcanzaba a todas partes, y como vigilantísima centinela descubría las asechanzas de Lucifer y acudía al socorro de sus hijos y ministros del Señor. Y cuando por estar ausentes los Apóstoles no los podía hablar, enviaba luego que los conocía afligidos a sus Santos Ángeles que la asistían, para que los consolasen y animasen, los previniesen y algunas veces ahuyentasen a los demonios que los perseguían. Todo esto ejecutaban los espíritus celestiales con prontitud, como su Reina lo ordenaba. Y unas veces lo hacían ocultamente por inspiraciones y consolaciones interiores que daban a los Apóstoles, otras veces, y más de ordinario, se les manifestaban visibles en cuerpos refulgentes y hermosísimos y hablaban con los Apóstoles todo lo que

convenía o su Maestra les quería advertir. Y este modo era frecuente por la santidad y pureza de los Apóstoles y por la necesidad que entonces había de favorecerles con tanta abundancia de consuelo y esfuerzo. Y nunca tuvieron aprieto ni trabajo en que la amantísima Madre no les socorriese por estos modos, a más de las continuas oraciones, peticiones y hacimientos de gracias que por ellos ofrecía. Era la mujer fuerte, cuyos domésticos estaban socorridos con dobladas vestiduras, y la madre de familias que a todos los proveía de alimento y con el fruto de sus manos plantaba la viña del Señor (Prov 31).

159. Con todos los otros fieles tenía el mismo cuidado respectivamente y, aunque eran muchos en Jerusalén y en Palestina, de todos tenía noticia y conocimiento para favorecerlos en sus necesidades y tribulaciones, y no sólo atención a las de las almas, sino también a las corporales, y fuera de los muchos que curaba de gravísimas enfermedades. A otros que conocía no era conveniente darles salud milagrosamente, a éstos los servía muchas cosas por su misma persona, visitándolos y regalándolos, y de los más pobres cuidaba más, y muchas veces por su mano les daba de comer, hacía las camas en que estaban, atendía a su limpieza como si fuera sierva de cada uno y con el enfermo estuviera enferma. Tanta era la humildad, la caridad y solicitud de la gran Reina del mundo, que ningún oficio ni obsequio o ministerio negaba a sus hijos los fieles, ni por ínfimos y humildes los despreciaba, como fuesen para consuelo suyo. Y llenaba a todos de gozo y consolación suavísima en sus trabajos, con que se les hacían fáciles. Y a los que por estar lejos no podía acudir personalmente, los favorecía por medio de los Ángeles ocultamente, o con oraciones y peticiones les alcanzaba interiores beneficios y otros socorros.

160. Singularmente se señalaba su maternal piedad con los que estaban a la hora de la muerte y morían, porque a muchos asistía en aquel último conflicto y los ayudaba en él hasta dejarlos en estado de seguridad eterna. Y por los que iban al purgatorio hacía fervorosas peticiones y algunas obras penales, como postraciones en cruz, genuflexiones y otros ejercicios con que satisfacía por ellos. Y luego

despachaba a alguno de sus Ángeles para que sacase del purgatorio aquellas almas por quien había satisfecho y las llevase al cielo y en su nombre las presentase a su Hijo santísimo, como hacienda propia del mismo Señor y fruto de su sangre y redención. Esta felicidad alcanzó a muchas almas en el tiempo que la Señora del cielo era moradora en la tierra. Y no entiendo se les niegue ahora a las que se disponen en su vida para merecer su presencia en la muerte, como en otra parte dejo escrito (Cf. supra p. II n. 929). Y porque sería necesario extender mucho esta Historia si hubiera de referir los beneficios que hizo María santísima en la hora de la muerte a muchos que ayudó en ella, no puedo detenerme en esto, pero diré un suceso que tuvo con una doncella a quien libró de la boca del Dragón infernal; por ser tan raro y digno de advetrencia para todos, no es justo negársele a esta Historia ni a nuestra enseñanza.

161. Sucedió, pues, en Jerusalén, que una doncella de padres humildes y poco abundantes de hacienda se convirtió entre los cinco mil que primero recibieron el bautismo. Esta pobrecilla mujer, acudiendo a los ministerios de su casa, enfermó y le duró por muchos días la dolencia, sin mejorar en la salud. Con esta ocasión, como suele suceder a otras almas, se fue resfriando en el primer fervor y se descuidó en cometer algunas culpas, con que pudo perder la gracia bautismal. Pero Lucifer, que no se descuidaba, sediento de tragar alguna de aquellas almas, acudió a ésta y la embistió con suma crueldad, permitiéndolo así Dios para mayor gloria suya y de su Madre santísima. Aparecióle el demonio a la doncella en forma de otra mujer para engañarla mejor y díjola con halagos que se retirase mucho de aquella gente que predicaba al Crucificado y no les diese crédito en cuanto la decían porque la engañaban en todo, y que si no lo hacía la castigarían los sacerdotes y jueces, como habían crucificado al Maestro de aquella ley nueva y engañosa que la habían enseñado a ella, y con este remedio estaría buena y después viviría contenta y sin peligro. Respondióle la doncella: Yo haré lo que me dices, mas aquella Señora que he visto con estos hombres y mujeres y parece tan linda y apacible, ¿qué tengo de hacer con ella?, porque la quiero

mucho.—Replicóle el demonio: Esa que tú dices es peor que todos y a ella es la primera a quien has de aborrecer y retirarte de sus engaños y esto es lo que más te importa.

162. Con este mortal veneno de la antigua serpiente quedó inficionada el alma de aquella simplecilla paloma, y en vez de mejorar en la salud del cuerpo se le fue agravando la enfermedad y acercándose a la muerte natural y eterna. Uno de los setenta y dos discípulos que andaba visitando a los fieles tuvo noticia de la grave enfermedad de aquella mujer, porque un vecino de su casa le dijo que allí estaba una mujer de los de su secta muy cerca de expirar. Entró a verla y animarla con razones santas y a reconocer su necesidad. Pero la enferma estaba tan oprimida de los demonios, que ni le admitió ni habló palabra aunque la exhortó y predicó grande rato, antes se retiraba y cubría para no oírle. Reconoció el discípulo por aquellas señales la perdición de la enferma, aunque ignoraba la causa, y con grande presteza fue a dar cuenta de aquel daño al Apóstol San Juan, el cual sin detenerse acudió luego a visitar a la doncella y la amonestó y habló palabras de vida eterna, si las quisiera admitir. Pero sucedió lo mismo que al discípulo, porque a entrambos resistió con pertinacia. Si bien el Apóstol vio muchas legiones de demonios que tenían rodeada a la enferma, porque llegando él se retiraron, pero no cesaban de forcejear para volver luego a renovar las ilusiones de que la miserable mujer estaba llena.

163. Y reconociendo su dureza el Apóstol, se fue muy afligido a dar noticia de ello a María santísima y pedirle el remedio. Convirtió luego la gran Reina su vista interior a la enferma y conoció el infeliz y peligroso estado de aquella alma y cómo el enemigo la había puesto en él. Lamentóse la piadosa Madre sobre aquella simple ovejuela, engañada del infernal y sangriento lobo, y postrada en tierra oró y pidió el rescate de la mísera doncella. Pero el Señor no respondió palabra a esta petición de su Madre santísima, no porque sus ruegos no le fuesen agradables, antes por eso mismo y por oír más sus clamores se hizo sordo, y para enseñarnos también cuál era la caridad y prudencia de la gran Maestra y Madre en las ocasiones que era necesario

usar de ellas. Dejóla el Señor para esto en el estado común y ordinario que la gran Señora tenía, sin añadirla nueva ilustración en lo que pedía. Mas no por esto desistió, ni se entibió su caridad ardentísima, como quien conocía que no por el silencio del Señor había de faltar ella a su oficio de Madre, mientras no sabía expresamente la voluntad divina. Con esta prudencia se gobernó en aquel suceso y luego ordenó a uno de sus Santos Ángeles fuese a remediar aquella alma y la defendiese de los demonios y exhortase con santas inspiraciones, para que se apartase de sus engaños y se convirtiese a Dios. Hizo el Ángel esta embajada con la presteza que saben obedecer a la voluntad del Altísimo, pero tampoco pudo reducir aquella obstinada mujer con las diligencias que como Ángel pudo hacer y de hecho hizo para desengañarla. A tal estado como éste puede venir un alma que se entrega al demonio.

164. Volvió el Santo Ángel a su Reina y la dijo: Señora mía, vengo de ayudar a aquella doncella en el peligro de su condenación, como Vos, Madre de Misericordia, me lo ordenasteis, pero su dureza es tanta que ni admite ni escucha las inspiraciones santas que le he dado. He altercado con los demonios para defenderla de ellos y se resisten, alegando el derecho que aquella alma de su voluntad les ha dado, en que libremente persevera. El poder de la divina justicia no ha concurrido conmigo como yo deseaba, obedeciendo Vuestra voluntad, y no puedo, Señora mía, daros el consuelo que deseáis.—Afligióse mucho la piadosa Madre con esta respuesta, pero como ella era la Madre del amor, de la ciencia y de la santa esperanza (Eclo 24, 24), no pudo perder lo que a todos nos mereció y enseñó. Y retirándose de nuevo a pedir el remedio de aquella alma engañada, se postró en tierra y dijo: Señor mío y Dios de misericordias, aquí está este vil gusanillo de la tierra, castigadme y afligidme a mí y no vea yo que esta alma, señalada con las primicias de Vuestra sangre y engañada por la serpiente, quede por despojos de su maldad y del odio que tiene contra Vuestros fieles.

165. Perseveró María santísima un rato en esta petición, pero tampoco la respondió el Señor, para probar su invicto corazón y caridad con los prójimos. Consideró la

prudentísima Virgen lo que sucedió al Profeta San Eliseo [Día 14 de junio: Samaríae, in Palaestína, sancti Eliséi Prophétae, cujus sepúlcrum, ubi et Prophéta quiéscit Abdías, a daemónibus perhorrésci sanctus Hierónymus scribit.] (4 Re 4, 34) para resucitar al hijo de la Sunamitis su hospedera, que no bastó a darle vida el báculo del Profeta que le aplicó Giezi su discípulo y fue necesario que llegase en persona el mismo San Eliseo y tocase el difunto y se midiese y ajustase con él, con que le restituyó la vida. No fueron poderosos el Ángel ni el Apóstol para resucitar del pecado y engaño de Satanás a aquella miserable mujer, y así determinó la gran Señora ir a remediarla por su persona. Propúsolo así al Señor en la oración que por ella hizo y, aunque no tuvo respuesta de Su Majestad, como la obra misma le daba licencia, se levantó y comenzó a dar algunos pasos para salir del aposento donde estaba y caminar con San Juan Evangelista a donde estaba la enferma, que era algo distante del cenáculo. Pero en moviéndose a los primeros pasos la detuvieron los Ángeles, a quienes había mandado el Señor la llevasen y acompañasen, pero no se le había manifestado a ella. Preguntóles por qué la detenían. Y respondiéronla, porque no es razón consintamos que vais por la ciudad, cuando nosotros podemos llevaros con mayor decencia. Luego la pusieron en un trono de nube refulgente y la llevaron y pusieron en el aposento de la doncella enferma, que, como era pobre y no hablaba, la habían desamparado todos y estaba sola y rodeada de demonios que esperaban su alma para llevarla.

166. Mas al instante que llegó la Reina de los Ángeles huyeron todos los espíritus malignos como unos relámpagos y como atropellándose unos a otros con terribles aullidos. Y la poderosa Señora les mandó con imperio descendiesen al profundo, hasta que les permitiese saliesen de él, y así lo hicieron sin poderlo resistir. Llegó la piadosísima Madre a la enferma y llamóla por su nombre, tomóla de la mano y la habló dulcísimas razones de vida con que la renovó toda y comenzó a respirar y volver en sí. Y respondiendo a María santísima dijo: Señora mía, una mujer que me visitó, me persuadió que los discípulos de Jesús me engañaban y que me apartase luego de ellos y de vos, porque me sucedería muy mal si admitía la ley que me

enseñaban.—Replicó la Reina y díjola: Hija mía, esa que te pareció mujer era el demonio tu enemigo. Yo vengo a darte de parte del Altísimo la vida eterna; vuelve, pues, a su verdadera fe que antes recibiste y confiésale de todo tu corazón por tu Dios verdadero y Redentor, que para remedio tuyo y de todo el mundo murió en la Cruz; adórale, invócale y pídele perdón de tus pecados.

167. Todo eso —respondió la enferma— creía yo antes, y me han dicho que es muy malo y me castigarán si lo confieso.—Replicóle la divina Maestra: Amiga mía, no temas ese engaño, pero advierte que el castigo y penas que se han de temer son las del infierno, a donde te encaminaban los demonios. Y ahora estás muy cerca de la muerte y puedes alcanzar el remedio que yo te ofrezco si me das crédito y serás libre del fuego eterno que te amenazaba por tu error.—Con esta exhortación y la gracia que María santísima alcanzó para aquella pobrecilla mujer, se movió con grandes lágrimas de compunción y la pidió su favor en aquel peligro, estando rendida para todo lo que la mandase. Luego la gran Señora la hizo protestar la fe de Cristo nuestro Señor y que hiciese un acto de contrición para confesarse. Y la gran Reina dispuso que recibiese los sacramentos, llamando a los Apóstoles para que se los administrasen. Y repitiendo la dichosa mujer los actos de contrición y de amor, invocando a Jesús y a su Madre que la gobernaba, expiró la feliz doncella en manos de su Remediadora, habiendo estado dos horas enteras con ella, para que el demonio no volviese a engañarla. Y fue tan poderoso este socorro, que no sólo la redujo al camino de la vida eterna, pero le alcanzó tantos auxilios, que salió aquella dichosa alma libre de culpa y de pena. Y luego la envió al cielo con unos Ángeles de los doce que tenían en el pecho aquella señal o divisa de la redención y traían palmas y coronas en las manos para socorrer a los devotos de su gran Reina. De estos ángeles queda ya dicho en la primera parte, capítulo 14, número 202, y capítulo 18, número 273, y no es necesario repetirlo ahora. Sólo advierto que a estos Ángeles, que enviaba la Reina a diversas operaciones, los escogía conforme a las gracias y virtudes que tenían para beneficio de los hombres.

168. Después de remediada aquella alma, volvieron los demás Ángeles a la Reina a su oratorio en la misma nube que la habían traído. Y luego se humilló y postró en tierra adorando al Señor y dándole gracias por el beneficio de haber sacado aquella alma de la boca del Dragón infernal, y por ello hizo un cántico de alabanza del Altísimo. Esta maravilla ordenó su gran sabiduría, para que los Ángeles, los Santos del cielo, los Apóstoles y también los mismos demonios entendiesen el poder incomparable de María santísima y que así como era Señora de todos así también todos juntos no serían poderosos tanto como ella y que nada se le negaría de lo que pidiese para los que la amasen, sirviesen y llamasen, pues aquella feliz doncella, por el amor que había tenido a esta Señora divina, no fue despedida del remedio, y los demonios quedasen oprimidos, confusos y desconfiados de prevalecer contra lo que María santísima quiere y puede para sus devotos. Otras cosas para nuestra enseñanza se pueden notar en este ejemplo, que remito a la atención y prudencia de los fieles.

169. No sucedió así a otros dos de los convertidos, que desmerecieron la eficaz intercesión de María santísima. Y porque este ejemplo puede servir también de aviso y escarmiento, como el de Ananías y Safira, para conocer la astucia de Lucifer en tentar y derribar a los hombres, le escribiré como le he entendido, con las advertencias que encierra, para temer con Santo Rey David los justos juicios del Muy Alto (Sal 118, 120). Después del milagro referido, tuvo permiso el demonio para volver al mundo con los suyos y tentar a los fieles, porque así convenía para la corona de los justos y predestinados. Salió del infierno con mayor saña contra ellos y comenzó a investigar por dónde le abrían puerta para acometer, rastreando las inclinaciones malas de cada uno como ahora lo hace, con la confianza que le ha dado la experiencia de que los hijos de Adán, inadvertidos, de ordinario seguimos las inclinaciones y pasiones más que la razón y la virtud. Y como la multitud no puede ser muy perfecta en todas sus partes y la Iglesia iba creciendo en número, así también en algunos se entibiaba el fervor de la caridad, y el demonio tenía mayor campo en que sobresembrar su cizaña. Reconoció entre los fieles que dos hombres eran de malas inclinaciones y

hábitos antes que se convirtiesen y que deseaban tener gracia y estrecha dependencia de algunos príncipes de los judíos, de quien esperaban algunos intereses temporales de honra y hacienda, y con esta codicia —que siempre fue raíz de todos los males (1 Tim 6, 10)— contemporizaban y lisonjeaban a los poderosos cuya gracia codiciaban.

170. Con estos achaques juzgó el demonio que aquellos fieles estaban flacos en la fe y virtudes y que podría derribarlos por medio de los judíos principales, de quienes tenían dependencia. Y como lo pensó la serpiente, así lo ejecutó y consiguió, arrojando muchas sugestiones al corazón incrédulo de aquellos sacerdotes, para que reprendiesen y amenazasen a los dos convertidos por haber admitido la fe de Cristo y recibido su Bautismo. Hiciéronlo así como el demonio se lo administraba con grande aspereza y autoridad. Y como la indignación en los poderosos acobarda a los menores que son de corazón flaco, y lo eran aquellos dos convertidos, apegados a sus propios intereses temporales, con esta párvula flaqueza se resolvieron en apostatar de la fe de Cristo, para no caer en desgracia de aquellos judíos poderosos, en quien tenían alguna infeliz y falsa confianza. Luego se retiraron de todo el gremio de los otros fieles y dejaron de acudir a la predicación y ejercicios santos que los demás hacían, con que se conoció su caída y perdición.

171. Contristáronse mucho los Apóstoles por la ruina de aquellos fieles y por el escándalo que los demás recibirían con tan pernicioso ejemplo en los principios de la Iglesia. Confirieron entre sí si le darían noticia del suceso a María santísima, porque temían el desconsuelo y dolor que la causaría. Pero el Apóstol San Juan les advirtió que la gran Señora sabía todas las cosas de la Iglesia y aquélla no se le podría ocultar a su vigilantísima atención y caridad. Con esto fueron todos a darla cuenta de lo que pasaba con aquellos dos apostatas a quienes habían exhortado para que se redujesen a la verdadera fe que habían descreído y negado. La piadosa y prudente Madre no disimuló el dolor, porque no era para ocultarle en la pérdida de las almas que ya estaban agregadas a la Iglesia. Y convenía también que los Apóstoles conocieran en el sentimiento de la gran

Señora la estimación que debían hacer de los hijos de la Iglesia y el celo tan ardiente con que habían de procurar conservarlos en la fe y reducirlos al camino de salvación. Retiróse luego nuestra. Reina a su oratorio y postrada en tierra como solía hizo profunda oración por aquellos dos apostatas, derramando copiosas lágrimas de sangre por ellos.

172. Y para moderar en algo su dolor con la ciencia de los ocultos juicios del Altísimo, la respondió Su Majestad y la dijo: Esposa mía, escogida entre mis criaturas, quiero que conozcas mis justos juicios en esas dos almas por quien me pides y en otras que han de entrar en mi Iglesia. Estos dos, que han apostatado de mi verdadera fe, pueden hacer más daño que provecho entre los demás fieles si perseverasen en su conversación y trato, porque son de costumbres muy depravadas y han empeorado sus torcidas inclinaciones; con que mi ciencia infinita los conoce por réprobos [o precitos: Dios da gracia suficiente a todos pero los hombres tienen libre albedrío] y así conviene desviarlos del rebaño de los fieles y cortarlos del Cuerpo Místico de mi Iglesia para que no inficionen a otros ni les peguen su contagio. Necesario es ya, querida mía, conforme a mi altísima Providencia, que entren en mi Iglesia predestinados y prescitos: unos, que por sus culpas se han de condenar, y otros, que por mi gracia se han de salvar con buenas obras; y mi doctrina y Evangelio (Mt 13, 47) ha de ser como la red que recoge a todo género de peces, buenos y malos, a prudentes y necios, y el enemigo ha de sembrar su cizaña entre el grano puro de la verdad, para que los justos se justifiquen más y los inmundos, si quisieren por su malicia, se hagan más inmundos (Ap 22, 11).

173. Esta fue la respuesta que dio el Señor a María santísima en aquella oración, renovando en ella la participación de su divina ciencia, con que se dilató su afligido corazón conociendo la equidad de la justicia del Muy Alto en condenar con razón a los que por su malicia se hacían réprobos [o precitos: Dios quiere que todos se salven y da gracia suficiente a todos pero el hombre tiene libre albedrío y por su culpa puede condenarse al infierno – gehena. Hay predestinación a la gloria y no hay

predestinación antecedente y previa al infierno] e indignos de la amistad de Dios y de su gloria. Pero como la divina Madre tenía el peso del santuario en su eminentísima sabiduría, ciencia y caridad, sola ella entre todas las criaturas pesaba y ponderaba dignamente lo que monta perder una alma a Dios eternamente y quedar condenada a los tormentos eternos en compañía de los demonios, y a la medida de esta ponderación era su dolor. Ya sabemos que los Ángeles y Santos del cielo, que conocen en Dios este misterio, no pueden tener dolor ni pena, porque no se compadece con aquel estado felicísimo. Y si fuera compatible con la gloria de que gozan, fuera su dolor conforme al conocimiento que tienen del daño que es condenarse los que aman con caridad tan perfecta y desean tener consigo en la gloria.

174. Pues las penas y dolor que no pueden sentir los bienaventurados de la condenación de los hombres, éste tuvo María santísima en grado tan superior al que tuvieran ellos, cuanto les excedía esta divina Señora en la sabiduría y caridad. Para sentir el dolor estaba en estado de viadora y para conocer la causa tenía ciencia de comprensora. Porque cuando gozó de la visión beatífica conoció el ser de Dios y el amor que tiene a la salvación de los hombres, como de bondad infinita, y lo que se doliera de la perdición de una alma si fuera capaz de dolor. Conocía la fealdad de los demonios, la ira que tienen contra los hombres, la condición de las penas infernales y eterna compañía de los mismos demonios y de todos los condenados. Todo esto, y lo que yo no alcanzo a ponderar, ¿qué dolor, qué pena y compasión causaría en un corazón tan blando, tan amoroso y tierno como el de nuestra amantísima María, sabiendo que aquellas dos almas y otras casi infinitas con ellas se perderían en la Santa Iglesia? Sobre esta desdicha se lamentaba y muchas veces repetía: ¿Es posible que un alma por su voluntad se haya de privar eternamente de ver la cara de Dios y escoja ver las de tantos demonios en eterno fuego?

175. El secreto de la reprobación de aquellos nuevos apostatas reservó para sí la prudentísima Reina, sin manifestarlo a los Apóstoles. Pero estando así afligida y

retirada, en aquella ocasión entró el Evangelista San Juan a visitarla y saber lo que le mandaba hacer o en qué servirla. Y como la vio tan afligida y triste, se turbó el Apóstol y pidiéndola licencia para hablarla dijo: Señora mía y Madre de mi Señor Jesucristo, después que Su Majestad murió nunca he reconocido Vuestro semblante tan afligido y doloroso como ahora y bañados en sangre Vuestro rostro y ojos. Decidme, Señora, si es posible, la causa de tan nuevo dolor y sentimiento y si puedo aliviaros en él con dar mi propia vida.—Respondió María santísima: Hijo mío, lloro ahora por esta misma causa.—Entendió San Juan Evangelista que la memoria de la pasión había renovado en la piadosa Madre tan acervo y nuevo dolor y con este pensamiento la replicó así: Ya, Señora mía, podéis moderar las lágrimas, cuando Vuestro Hijo y Redentor nuestro está glorioso y triunfante en los cielos a la diestra de su Eterno Padre. Y aunque no es razón olvidemos lo que padeció por los hombres, también es justo os alegréis con los bienes que se han seguido de su pasión y muerte.

176. Si después que murió mi Hijo —respondió María santísima— le quieren crucificar otra vez los que le ofenden y niegan y malogran el fruto inestimable de su sangre, justo es que yo llore, como quien conoce de su ardentísimo amor con los hombres que padeciera por el remedio de cada uno lo que padeció por todos. Veo tan mal agradecido este amor inmenso y la perdición eterna de tantos que debían conocerle, que no es posible moderar mi dolor, ni tener vida, si no me la conserva el mismo Señor que me la dio. Oh hijos de Adán, formados a la imagen de mi Hijo y de mi Señor, ¿en qué pensáis?, ¿dónde tenéis el juicio y la razón para sentir vuestra desdicha, si perdéis a Dios eternamente?—Replicó San Juan Evangelista: Madre y Señora mía, si vuestro dolor es por los dos que han apostatado, bien sabéis que entre tantos hijos ha de haber infieles siervos, pues en nuestro apostolado prevaricó Judas Iscariotes [que esta ya dos mil años en el infierno --- gehena] en la misma escuela de nuestro Redentor y Maestro.—Oh Juan —respondió la Reina— si Dios tuviera voluntad determinada [que no la tiene] de la perdición de algunas almas, pudiera aliviar algo mi pena, pero, aunque permite la condenación de los réprobos porque ellos se

quieren perder, no era ésta absoluta voluntad de la divina bondad, que a todos quisiera hacer salvos si ellos con su libre albedrío no le resistieran, y a mi Hijo santísimo le costó sudar sangre el que no fuesen todos predestinados [a la gloria] y alcanzase con eficacia la que por ellos derramaba. Y si ahora en el cielo pudiera tener dolor [que no lo tiene] de cualquier alma que se pierde, sin duda le tuviera mayor que de padecer por ella. Pues yo, que conozco esta verdad y vivo en carne pasible, razón es que sienta lo que mi Hijo tanto desea y no se consigue.—Con estas y otras razones de la Madre de Misericordia se movió San Juan Evangelista a lágrimas y llanto, en que la acompañó grande rato.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

177. Hija mía, pues en este capítulo con particularidad has entendido el incomparable dolor y amargura con que yo lloré la perdición de las almas ajenas, de aquí conocerás lo que debes hacer por la tuya y por ellas, para imitarme en la perfección que yo de ti quiero. Ningún tormento ni la misma muerte rehusara yo, si fuera necesario, para remediar a cualquiera de los que se condenan, y lo reputara por descanso en mi ardentísima caridad. Pues ya que tú no mueras con este dolor, por lo menos no excuses el padecer todo lo que el Señor ordenare por esta causa, y tampoco el pedir por ellas y trabajar con todas tus fuerzas para excusar en tus hermanos cualquiera culpa, si pudieres atajarla; y cuando no luego la consigas, ni conozcas que te oye el Señor, no por esto pierdas la confianza, sino avívala y persevera, que esta porfía nunca puede desagradarle, pues desea Él más que tú la salvación de todos sus redimidos. Y si todavía no fueres oída ni alcanzares lo que pides, aplica los medios que la prudencia y la caridad pidieren y vuelve a pedir con nueva instancia, que siempre se obliga el Altísimo de esta caridad con el prójimo y del amor que obliga a impedir el pecado de que se ofende. No quiere la muerte del pecador (Ez 33, 11) y, como has escrito, no tuvo por sí voluntad absoluta y antecedente de perder a sus criaturas, antes las quisiera salvar a todas si ellas no se perdieran, y aunque lo permite por su justicia, permite lo que le es de su desagrado por la condición libre de los hombres. No te encojas en estas peticiones, pero las que fueren de cosas

temporales preséntalas y pídele que haga su voluntad santa en lo que conviene.

178. Y si por la salvación de tus hermanos quiero que trabajes con tanto fervor de caridad, considera lo que debes hacer por la tuya y en qué estimación has de tener tu propia alma, por quien se ofreció infinito precio. Quiérote amonestar como Madre, que cuando la tentación y pasiones te inclinaren a cometer alguna culpa, por levísima que sea, te acuerdes del dolor y lágrimas que me costó el saber los pecados de los mortales y desear impedirlos. No quieras tú, carísima, darme la misma causa, que si bien no puedo ahora recibir aquella pena, por lo menos me privarás del gozo accidental que recibiré de que, habiéndome dignado de ser tu Madre y Maestra para gobernarte como a hija y discípula, salgas perfecta como enseñada en mi escuela. Y si en esto fueres infiel, frustrarás muchos deseos míos de que en todas tus obras seas agradable a mi Hijo santísimo y le dejes cumplir en ti su voluntad santa con toda plenitud. Pondera, con la luz infusa que recibes, cuán graves serían tus culpas, si alguna cometieres después de hallarte tan beneficiada y obligada del Señor y de mí. No te faltarán peligros y tentaciones en lo que tuvieres de vida, pero en todas te acuerda de mi enseñanza, de mis dolores y lágrimas y sobre todo de lo que debes a mi Hijo santísimo, que tan liberal es contigo en favorecerte y aplicarte el fruto de su sangre, para que en ti halle retorno y agradecimiento.

CAPITULO 11

Declárase algo de la prudencia con que María santísima gobernaba a los nuevos fieles y lo que hizo con San Esteban en su vida y muerte y otros sucesos.

179. Al ministerio de Madre y Maestra de la Santa Iglesia, que dio el Señor a María santísima, era consiguiente darle ciencia y luz proporcionada a tan alto oficio, para que con ella conociera a todos los miembros de aquel Cuerpo Místico, cuyo gobierno espiritual le tocaba, y a cada uno le aplicase la doctrina y magisterio conforme a su grado, condición y necesidad. Este beneficio recibió nuestra Reina

con tanta plenitud y abundancia de sabiduría y ciencia divina, como se colige de todo el discurso que voy escribiendo. Conocía a todos los fieles que entraban en la Iglesia, penetraba sus naturales inclinaciones, el grado de gracia y virtudes que tenían, el mérito de sus obras, sus fines, y principios de cada uno, y nada ignoraba de toda la Iglesia, salvo si alguna vez le ocultaba el Señor por algún tiempo algún secreto que después venía a conocer cuando convenía. Y toda esta ciencia no era estéril y desnuda, pero correspondíale igual participación de la caridad de su Hijo santísimo, con que amaba a todos como los miraba y conocía. Y como juntamente conocía también el sacramento de la voluntad divina, con toda esta sabiduría dispensaba en medida y peso los afectos de la caridad interior, porque ni daba más al que se le debía menos, ni menos al que merecía ser más amado y estimado; defecto en que muy de ordinario incurrimos los ignorantes hijos de Adán, aun en lo que nos parece justificado.

180. Pero la Madre del amor concertado y de la ciencia no pervertía el orden de la justicia distributiva trocando los afectos, porque los dispensaba a la luz del Cordero que la iluminaba y gobernaba, para que de su amor interior diese a cada uno lo que se le debía, más o menos, aunque para todos en esto era Madre piadosísima y amantísima, sin tibieza, escasez ni olvido. Pero en los efectos y demostraciones exteriores se gobernaba por otras reglas de suma prudencia, atendiendo a excusar la singularidad en el trato y gobierno de todos y evitar los leves achaques con que se engendran emulaciones y envidias en las comunidades, familias y en todas las repúblicas, donde hay muchos que vean y juzguen las acciones públicas. Natural y común pasión es en todos desear ser estimados y queridos, y más de los que son poderosos, y apenas se hallará alguno que no presuma de sí mismo que tiene tantos méritos como el otro para ser tan favorecido y aun más. Y esta dolencia no perdona a los más altos en estado, ni aun en virtud, como se vio en el Colegio Apostólico, que por alguna particular señal que les despertó la sospecha se movió luego entre ellos la cuestión de la precedencia y superior dignidad en el Colegio Sagrado y se la propusieron a su Maestro (Mt 18, 1; Lc 9, 46).

181. Para prevenir y excusar estas rencillas era advertidísima la gran Reina en ser muy igual y uniforme en los favores y demostraciones que hacía con todos a vista de la Iglesia. Y no sólo fue esta doctrina digna de tal Maestra, pero muy necesaria en los principios de su gobierno, así para que quedase establecida en la Iglesia para los Prelados que en ella habían de gobernar, como porque en aquellos felicísimos principios resplandecían con milagros y otros dones divinos todos los Apóstoles y discípulos y otros fieles, como en los últimos siglos se señalan muchos en ciencia y letras adquiridas, y convenía enseñar a todos que ni por aquellos grandes dones ni por estos menores ninguno se levantase en vana presunción ni se juzgase por digno de ser más honrado y favorecido de Dios ni de su Madre santísima en las cosas exteriores. Bástele al justo que sea amado del Señor y esté en su amistad, y al que no lo es no le será de provecho el beneficio de la honra y estimación visible.

182. Mas no por este recato faltaba la gran Reina a la veneración y honor que de justicia se debía a cada uno de los Apóstoles y fieles por la dignidad o ministerio que tenía, porque en esta veneración también era dechado para todos de lo que debían hacer en las cosas de obligación, como en el recato enseñaba la templanza en las que eran voluntarias y sin esta deuda. Y fue tan admirable y prudente en todo esto nuestra gran Reina, que jamás tuvo querelloso alguno de los fieles que la trataban, ni pudo con razón, ni aparente, negarle alguno la estimación y respeto, antes todos la amaban y bendecían y se hallaban llenos de gozo y deudores a sus favores y piedad maternal. Ninguno pudo tener sospecha de que le faltaría a su necesidad, ni le negaría el consuelo en ella. Y ninguno conoció que a él le desestimase y a otro favoreciese o amase más que a él, ni les daba motivo de hacer en esto alguna comparación. Tanta fue la discreción y sabiduría de esta Reina y tan ajustadas ponía las balanzas del amor exterior en el fiel de la prudencia. Y sobre todo esto no quiso por sí misma distribuir oficios ni las dignidades que se repartían entre los fieles, ni intercediendo por ninguno para que se le diese. Todo lo remitía al parecer y votos de los Apóstoles, cuyo

acierto alcanzaba ella del Señor en su secreto.

183. Obligábala también para obrar tan sabiamente su profundísima humildad, con que la enseñaba a todos, pues conocían era Madre de la sabiduría y que nada ignoraba ni podía errar en lo que hiciese. Pero con todo eso quiso dejar este raro ejemplo en la Santa Iglesia, para que nadie presumiese de su propia ciencia, prudencia o virtud, y menos en materias graves, pero todos entendiesen que el acierto está vinculado a la humildad y al consejo y la presunción al propio dictamen, cuando no hay obligación de obrar sólo con él. Conocía asimismo que el interceder y favorecer a otros con cosas temporales trae consigo algún dominio presuntuoso y mayor le tiene el recibir de voluntad los agradecimientos que hacen aquellos que son favorecidos y beneficiados. Todas estas desigualdades y menguas de la virtud eran muy ajenas de la suprema santidad de nuestra divina Maestra, y por eso nos enseñó con su vivo ejemplo el modo de gobernar nuestras obras para no defraudar el mérito ni impedir la mayor perfección. Pero de tal manera procedía en este recato, que no por él negaba el consejo a los Apóstoles y la dirección de sus oficios y acciones, en que muy frecuentemente la consultaban, y lo mismo hacía con los demás discípulos y fieles de la Iglesia, porque todo lo obraba con plenitud de sabiduría y caridad.

184. Entre los Santos que fueron muy dichosos en merecer especial amor de la gran Reina del cielo, fue uno San Esteban, que era de los setenta y dos discípulos, porque desde el principio que comenzó a seguir a Cristo nuestro Salvador le miró María santísima con especialísimo afecto entre los demás, dándole el primero o de los primeros lugares en su estimación. Conoció luego que este Santo era elegido por el Maestro de la vida para defender su honra y santo nombre y dar la vida por él. A más de esto el invicto Santo era de condición suave y apacible y dulce, y sobre este buen natural le hizo la gracia mucho más amable para todos y más dócil para toda santidad. Era esta condición muy agradable para la dulcísima Madre, y cuando hallaba alguno de este natural blando y pacífico solía decir que aquél se asimilaba más a su Hijo santísimo. Por estas

condiciones y las heroicas virtudes que conocía en San Esteban, le amaba tiernamente, dábale muchas bendiciones, y al Señor gracias porque le había criado, llamado y escogido para primicias de sus Mártires; y con la estimación prevista de su martirio le amaba mucho en su interior, porque su Hijo santísimo le había revelado aquel secreto.

185. El dichoso Santo correspondía con fidelísima atención y veneración a los beneficios que recibía de Cristo nuestro Salvador y su beatísima Madre, porque no sólo era pacífico, sino humilde de corazón, y los que con verdad lo son oblíganse mucho de los beneficios, aunque no sean tan grandes como los que el santo discípulo Esteban recibía. Concibió siempre altísimamente de la Madre de Misericordia y solicitaba su gracia con este aprecio y ferventísima devoción. Preguntábale muchas cosas misteriosas, porque era muy sabio, lleno del Espíritu Santo y de fe, como San Lucas lo dice (Act 6, 8). Y la gran Maestra le respondía a todas sus preguntas y le confortaba y animaba para que invictamente volviese por la honra de Cristo. Y para confirmarle más en su gran fe, le previno María santísima el martirio y le dijo: Vos, Esteban, seréis el primogénito de los Mártires que engendrará mi Hijo santísimo y mi Señor con el ejemplo de su muerte, y seguiréis sus pasos como esforzado discípulo a su maestro y soldado animoso a su capitán, y en la milicia del martirio llevaréis el estandarte de la Cruz. Para esto conviene que os arméis de fortaleza con el escudo de la fe y creed que la virtud del Altísimo os asistirá en vuestro conflicto.

186. Este aviso de la Reina de los Ángeles inflamó tanto el corazón de San Esteban con el deseo del martirio, como se colige de lo que se refiere de él en los Actos [Hechos] apostólicos, donde no sólo se dice que estaba lleno de gracia y fortaleza y que obraba grandes prodigios y maravillas en Jerusalén, pero después de los dos Apóstoles San Pedro y San Juan de ningún otro se dice que disputase con los judíos y los confundiese antes que San Esteban, a cuya sabiduría y espíritu no podían resistir, porque con intrépido corazón les predicaba, redargüía y reprendía, señalándose en este esfuerzo antes y más que otros

discípulos. Todo esto hacía San Esteban encendido en el deseo del martirio que la gran Señora le aseguró conseguiría. Y como si otro le hubiera de ganar de mano esta corona, se ofrecía ante todos los demás a las disputas con los rabinos y maestros de la ley de Moisés, y anhelaba por las ocasiones de defender la honra de Cristo, por la cual sabía que había de poner su vida. La atención maligna del Dragón infernal, que llegó a conocer el deseo de San Esteban, convirtió contra él su saña y pretendió impedir los pasos del invicto discípulo para que no llegara a conseguir público martirio en testimonio de la fe de Cristo nuestro bien. Y para atajarlo incitó a los judíos más incrédulos que diesen la muerte a San Esteban ocultamente. Atormentó a Lucifer la virtud y esfuerzo que reconoció en San Esteban y temió que con ella haría grandes obras en vida y muerte, acreditando la fe y doctrina de su Maestro. Y con el odio que los judíos incrédulos tenían contra el santo discípulo fácilmente los persuadió a que en secreto le quitasen la vida.

187. Intentáronlo muchas veces en el poco tiempo que pasó desde la venida del Espíritu Santo hasta el martirio del Santo. Pero la gran Señora del mundo, que conocía la malicia y enredos de Lucifer y de los judíos incrédulos, libró a San Esteban de todas sus asechanzas, hasta que fue tiempo oportuno de morir apedreado, como diré luego. En tres ocasiones envió la Reina uno de sus Ángeles que la asistían para que sacase a San Esteban de una casa donde le pretendían quitar la vida ahogándole. Y el Ángel le sacó de este peligro invisiblemente para los judíos que le buscaban, aunque no para el santo, que le vio y conoció que le llevaba al cenáculo y le presentaba a su Reina y Señora. Otras veces le avisaba con el mismo Ángel para que no fuese a tal calle o casa, donde le esperaban para acabar con él. Otras veces la gran Madre le detuvo para que no saliese del cenáculo, porque conocía que le acechaban para matarle. Y no sólo le esperaron algunas noches a la salida del cenáculo para ir a su posada, pero en otras casas le pusieron las mismas asechanzas y traiciones. Porque San Esteban, como he dicho, con su ardiente celo acudía al consuelo de muchos fieles necesitados y no sólo no temía los peligros y ocasiones para morir, mas antes las

deseaba y solicitaba. Y como no sabía para cuándo le guardaba el Señor esta gran felicidad y veía que tantas veces le libraba de los peligros la beatísima Madre, solía amorosamente querellarse con ella y la decía: Señora y amparo mío, pues, ¿cuándo ha de llegar el día y la hora en que yo pague a mi Dios y Maestro la deuda de mi vida, sacrificándome para la honra y gloria de su santo nombre?

188. Eran para María santísima estas querellas del amor de Cristo en su siervo San Esteban de incomparable júbilo, y con maternal y dulce afecto solía responderle: Hijo mío y siervo fidelísimo del Señor, ya llegará el tiempo determinado por su altísima sabiduría y no se hallarán frustradas vuestras esperanzas. Trabajad ahora lo que os resta en su Santa Iglesia, que segura tendréis la corona de vuestro nombre, y dadle gracias continuamente al Señor que os la tiene prevenida.—Era la pureza y santidad de San Esteban nobilísima y de eminente perfección, de manera que los demonios no podían llegar a él de mucha distancia, y por esto muy amado de Cristo y de su Madre santísima. Ordenáronle los Apóstoles de diácono. Y antes de ser mártir, era su virtud y santidad muy heroica, con que mereció ser el primero que después de la pasión ganó la palma a todos. Y para manifestar más la santidad de este grande y primer mártir, añadiré aquí lo que he entendido, conforme a lo que refiere San Lucas en el capítulo 6 de los Hechos apostólicos.

189. Levantóse una rencilla en Jerusalén entre los fieles convertidos, porque los griegos se quejaban contra los hebreos de que en el ministerio y servicio cotidiano de los convertidos no eran admitidas las viudas de los griegos como lo eran las de los hebreos. Los unos y los otros eran judíos israelitas, aunque se llamaban griegos los que habían nacido en Grecia y hebreos los que eran naturales de Palestina, y en esto se fundaba la querella de los griegos. Este ministerio cotidiano era la administración y distribución de las limosnas y ofrendas que se gastaban en sustentar a los fieles. El cual ministerio se encargó a seis varones aprobados y de satisfacción, como queda dicho en el capítulo 7, y se ordenó así por consejo de María santísima, como allí se dijo (Cf. supra n. 107, 109). Pero

creciendo el número de los creyentes fue necesario señalar también algunas mujeres viudas y de edad madura, para que trabajasen en el mismo ministerio y cuidasen del sustento de los fieles, en particular de las otras mujeres y enfermos, y gastaban con ellos lo que las daban los seis despenseros o limosneros señalados. Estas viudas eran de los hebreos, y pareciéndoles a los griegos [también judíos] que era poca confianza de las suyas no admitirlas ni ocuparlas en este ministerio, se querellaron ante los Apóstoles de este agravio.

190. Y para componer esta diferencia, el Colegio Apostólico hizo juntar la multitud de los fieles y les dijeron: No es justo que nosotros dejemos la predicación de la palabra de Dios para acudir a la sustentación de los hermanos que vienen a la fe. Elegid vosotros a siete varones de vosotros mismos, que sean hombres sabios y llenos de Espíritu Santo, y a éstos encargaremos el cuidado y gobierno de todo esto, para que nosotros nos ocupemos en la oración y predicación. Y a ellos acudiréis con las dudas o diferencias que se ofrecieren sobre la comida de los creyentes.—Aprobaron todos este parecer y sin diferencia de naciones eligieron siete que refiere San Lucas (Act 6, 5), y el primero y principal fue San Esteban, cuya fe y sabiduría era conocida de todos. Estos siete quedaron por superintendentes de los seis primeros y de las viudas que administraban, sin excluir a las griegas más que a otras, porque no atendían a la condición de las naciones, sino a la virtud de cada una. Y quien más hizo en componer esta discordia fue San Esteban, que con su admirable sabiduría y santidad extinguió luego la rencilla de los griegos y facilitó a los hebreos para que todos se conviniesen como hijos de Cristo nuestro Salvador y Maestro y procediesen con sinceridad y caridad, sin parcialidades ni acepción de personas, como lo hicieron por lo menos los meses que él. vivió.

191. Mas no por esta ocupación dejó San Esteban la predicación y disputas con los judíos incrédulos. Y como ni le podían dar la muerte en secreto, ni resistir su sabiduría en público, vencidos del mortal odio buscaron testigos falsos contra él. Acusáronle de blasfemo contra Dios y

contra Moisés y que no cesaba de hablar contra el templo santo y contra la ley y que aseguraba que Jesús Nazareno había de destruir lo uno y lo otro. Y como los testigos falsos contestasen todo esto y el pueblo se alterase con las falsedades que para esto le imputaron, echaron mano de San Esteban y le llevaron a la sala donde estaban los sacerdotes como jueces de la causa. Y el presidente le tomó su confesión delante de todos, en cuya respuesta habló el Santo con altísima sabiduría, probando con las antiguas Escrituras que Cristo era el Mesías verdadero y prometido en ellas, y por conclusión del sermón les reprendió su dureza e incredulidad con tanta eficacia que, como no hallaban qué responder, se taparon los oídos y rechinaban los dientes contra él.

192. Tuvo noticia la Reina del cielo de la prisión de San Esteban, y al punto le envió uno de sus Santos Ángeles, antes que llegase a las disputas con los pontífices, que de su parte le animase para el conflicto que le esperaba. Y con el mismo Ángel le respondió San Esteban que iba lleno de gozo a confesar la fe de su Maestro, y con esfuerzo de corazón para dar la vida por ella, como siempre lo había deseado, y que le ayudase Su Majestad en aquella ocasión como Madre y Reina clementísima, y que sólo llevaba de pena no haber podido pedirle su bendición para morir con ella como deseaba, y que se la diese desde su retiro. Estas últimas razones movieron a compasión las maternales entrañas de María santísima sobre el amor y aprecio que hacía de San Esteban, y deseaba la gran Señora asistirle personalmente en aquella ocasión donde el santo había de volver por la honra de su Dios y Redentor y ofrecer la vida en su defensa. Ofrecíansele a la prudente Madre las dificultades que había en salir por las calles de Jerusalén en tiempo que estaba alborotada, y no menores en hablar a San Esteban y hallar oportunidad para esto.

193. Postróse en oración pidiendo el favor divino para su amado discípulo y presentó al Señor el deseo que tenía de favorecerle en aquella última hora. Y la clemencia del Muy Alto, que siempre está atento a las peticiones y deseos de su Esposa y Madre y quería también hacer más preciosa la muerte de su fiel siervo y discípulo Esteban, envió desde el

cielo nueva multitud de Ángeles que juntos con los de María santísima la llevasen luego donde estaba el Santo. Ejecutóse al punto como el Señor lo mandaba, y los Santos Ángeles pusieron a su Reina en una refulgente nube y la llevaron al tribunal donde San Esteban estaba, y el sumo sacerdote le acababa de examinar en los cargos que le hacían. Esta visión fue oculta para todos, fuera de San Esteban, que vio a la gran Reina delante de sí mismo en el aire llena de divinos resplandores y de gloria, y vio también a los Ángeles que la tenían en la nube. Este incomparable favor encendió de nuevo la llama del amor divino y el ardiente celo de la honra de Dios en su defensor San Esteban. Y a más del nuevo júbilo que recibió con la vista de María santísima, sucedió también que de los resplandores que tenía la gran Reina, como herían el rostro de San Esteban, reverberaban en él, causándole una admirable claridad y hermosura.

194. De esta novedad resultó la atención con que San Lucas en el capítulo 6 de los Hechos apostólicos dice (Act 6, 15) que miraron a San Esteban los judíos que estaban en aquella sala o tribunal y que vieron su cara como de un ángel, porque sin duda lo parecía más que de hombre. Y no quiso ocultar Dios este efecto de la presencia de su Madre santísima, para que fuese mayor la confusión de aquellos judíos, si con un milagro tan patente no se reducían a la verdad que San Esteban les predicaba. Pero no conocieron la causa de aquella hermosura sobrenatural de San Esteban, porque ni eran dignos de conocerla, ni convenía entonces manifestarla, y por esta razón tampoco la declaró San Lucas. Habló María santísima a San Esteban palabras de vida y de admirable consuelo y le asistió dándole bendiciones de suavidad y dulzura y orando por él al Eterno Padre para que de nuevo le llenase de su divino espíritu en aquella ocasión. Y todo se cumplió como la Reina lo pidió, como lo manifiesta el invencible esfuerzo y sabiduría con que San Esteban habló a los príncipes de los judíos, y probó la venida de Cristo por Salvador y Mesías, comenzando el discurso desde la vocación de Abrahán hasta los reyes y profetas del pueblo de Israel, con testimonios irrefragables de todas las antiguas Escrituras.

195. Al fin de este sermón, por las oraciones de la Reina que estaba presente y en premio del invicto celo de San Esteban, se le apareció nuestro Salvador desde el cielo, abriéndose para esto y manifestándose Jesús en pie a la diestra de la virtud del Padre, como quien asistía al santo en su batalla y conflicto para ayudarle. Alzó los ojos San Esteban y dijo: Mirad que veo abiertos los cielos y su gloria, y en ella veo a Jesús a la diestra del mismo Dios (Act 7, 56). —Pero los duros judíos tuvieron estas palabras por blasfemia, y cerraron los oídos para no oirlas, y como la pena del blasfemo, según la ley, era que muriese apedreado, mandaron ejecutarla en San Esteban. Entonces acometieron todos a él, como lobos, para sacarle de la ciudad con grande ímpetu y alboroto. Y cuando esto se comenzaba a ejecutar, le dio su bendición María santísima y animándole se despidió del Santo con grande caricia, y mandó a todos los Ángeles de su guarda le acompañasen y asistiesen en su martirio hasta presentar su alma en la presencia del Señor. Y sólo un Ángel de los que asistían a María santísima, con los demás que descendieron del cielo para llevarla a la presencia de San Esteban, la volvieron al cenáculo.

196. Desde allí vio la gran Señora por especial visión todo el martirio de San Esteban y lo que en él sucedía; cómo lo llevaban fuera de la ciudad con gran violencia y vocería, dándole por blasfemo y digno de muerte; cómo Saulo era uno de los que más concurrían en ella y cómo celoso de la ley de Moisés guardaba los vestidos de todos los que se ahorraron de ellos para apedrear a San Esteban; cómo le herían las piedras que llovían sobre él y que algunas quedaban fijas en la cabeza del Mártir, engastadas con el esmalte de su sangre. Grande fue y muy sensible la compasión que nuestra Reina tuvo de tan crudo martirio, pero mayor el gozo de que San Esteban le consiguiese tan gloriosamente. Oraba con lágrimas la piadosa Madre, para no faltarle desde su oratorio, y cuando el invicto Mártir se reconoció cerca de expirar, dijo: Señor, recibid mi espíritu.— Y luego con alta voz puesto de rodillas añadió diciendo: Señor, no les imputéis a estos hombres este pecado (Act 7, 58-59).—En estas peticiones le acompañó también María santísima, con increíble júbilo de ver que el

fiel discípulo imitaba tan ajustadamente a su Maestro, orando por sus enemigos y malhechores y entregando su espíritu en manos de su Criador y Reparador.

197. Expiró San Esteban oprimido y herido de las pedradas de los judíos, quedando ellos más endurecidos. Y al punto llevaron los Ángeles de la Reina aquella purísima alma a la presencia de Dios, para ser coronada de honor y gloria eterna. Recibióla Cristo nuestro Salvador con aquellas palabras de su Evangelio y doctrina: *Amigo, asciende más arriba* (Lc 14, 10); ven a mí, siervo fiel, que si en lo poco y breve lo fuiste, yo te premiaré con abundancia, y te confesaré delante de mi Padre por mi fiel siervo y amigo, porque tú me confesaste delante de los hombres.—Todos los Ángeles, Patriarcas y Profetas y todos los demás recibieron especial gozo accidental aquel día y dieron el parabién al invicto Mártir, reconociéndole por primicias de la pasión del Salvador y capitán de los que después de su muerte le seguirían por el martirio. Y fue colocada aquella alma felicísima en lugar de gloria muy superior y cercana a la santísima humanidad de Cristo nuestro Salvador. La beatísima Madre participaba de este gozo por la visión que de todo tenía, y en alabanza del Altísimo hizo cánticos y loores con los Ángeles. Y los que volvieron del cielo dejando allá a San Esteban, le dieron gracias por los favores que había hecho al Santo, hasta colocarle en la felicidad eterna de que gozaba.

198. Murió San Esteban a los nueve meses después de la pasión y muerte de Cristo nuestro Redentor, a veinte y seis de diciembre, el mismo día que la Santa Iglesia celebra su martirio, y aquel día cumplía treinta y cuatro años de edad, y también era el año treinta y cuatro del nacimiento de nuestro Salvador ya cumplido, un día entrado el año de treinta y cinco. De manera que San Esteban nació también otro día después del nacimiento del Salvador y sólo tuvo San Esteban de más edad los nueve meses que pasaron de la muerte de Cristo hasta la suya, pero en un día concurrió su nacimiento y su martirio, y así se me ha dado a entender. La oración de María santísima y la de San Esteban merecieron la conversión de Saulo, como adelante diremos (Cf. infra n. 263). Y para que fuese más gloriosa

permitió el Señor que el mismo Saulo desde este día tomase por su cuenta perseguir la Iglesia y destruirla, señalándose sobre todos los judíos en la persecución que se movía después de la muerte de San Esteban, por haber quedado indignados contra los nuevos creyentes, como diré en el capítulo siguiente (Cf. infra n. 202). Recogieron los discípulos el cuerpo del invicto Mártir y le dieron sepultura con grande llanto, por haberles faltado un varón tan sabio y defensor de la Ley de Gracia. Y en su relación me he alargado algo, por haber conocido la insigne santidad de este primer Mártir y por haber sido tan devoto y favorecido de María santísima.

Doctrina que me dio la gran Reina de los Ángeles.

199. Hija mía, los misterios divinos, representados y propuestos a los sentidos terrenos de los hombres, suenan poco en ellos cuando los hallan divertidos y acostumbrados a las cosas visibles cuando el interior no está puro, limpio y despejado de las tinieblas del pecado. Porque la capacidad humana, que por sí misma es pesada y corta para levantarse a cosas altas y celestiales, si a más de su limitada virtud se embaraza toda en atender y amar lo aparente, alejase más de lo verdadero y acostumbrada a la oscuridad se deslumbra con la luz. Por esta causa los hombres terrenos y animales hacen tan desigual y bajo concepto de las obras maravillosas del Altísimo y de las que yo también hice y hago cada día por ellos. Huellan las margaritas y no distinguen el pan de los hijos del grosero alimento de los brutos irracionales. Todo lo que es celestial y divino les parece insípido, porque no les sabe al gusto de los deleites sensibles, y así están incapaces para entender las cosas altas y aprovecharse de la ciencia de vida y pan de entendimiento que en ellas está encerrado.

200. Pero el Altísimo ha querido, carísima, reservarte de este peligro y te ha dado ciencia y luz, mejorando tus sentidos y potencias, para que, habilitados y avivados con la fuerza de la divina gracia, sientas y juzgues sin engaño de los misterios y sacramentos que te manifiesto. Y aunque muchas veces te he dicho que en la vida mortal no los penetrarás ni pesarás enteramente, pero debes y puedes

según tus fuerzas hacer digno aprecio de ellos para tu enseñanza e imitación de mis obras. En la variedad o contrariedad de penas y desconsuelos con que estuvo tejida toda mi vida, aun después que estuve con mi Hijo santísimo a su diestra en el cielo y volví al mundo, entenderás que la tuya, para seguirme como a Madre, ha de ser de la misma condición si quieres ser dichosa y mi discípula. En la prudente e igual humildad con que gobernaba a los Apóstoles y a todos los fieles sin parcialidad ni singularidad, tienes forma para saber cómo has de proceder en el gobierno de tus súbditas con mansedumbre, con modestia, con severidad humilde y sobre todo sin aceptación de personas y sin señalarte con ninguna en lo que a todas es debido y puede ser común. Esto facilita la verdadera caridad y humildad de los que gobiernan, porque si obrasen con estas virtudes no serían tan absolutos en el mandar, ni tan presuntuosos de su propio parecer, ni se pervertiría el orden de la justicia con tanto daño como hoy padece toda la cristiandad; porque la soberbia, la vanidad, el interés, el amor propio y de la carne y sangre se ha levantado con casi todas las acciones y obras del gobierno, con que se yerra todo y se han llenado las repúblicas de injusticias y confusión espantosa.

201. En el celo ardentísimo que yo tenía de la honra de mi Hijo santísimo y Dios verdadero, y que se predicase y defendiese su santo nombre; en el gozo que recibía cuando en esto se iban ejecutando su voluntad divina y se lograba en las almas el fruto de su pasión y muerte con dilatarse la Santa Iglesia; los favores que yo hice al glorioso mártir Esteban, porque era el primero que ofrecía su vida en esta demanda; en todo esto, hija mía, hallarás grandes motivos de alabar al Muy Alto por sus obras divinas y dignas de veneración y gloria, y para imitarme a mí, y bendecir a su inmensa bondad por la sabiduría que me dio para obrar en todo con plenitud de santidad en su agrado y beneplácito.

CAPITULO 12

La persecución que tuvo la Iglesia después de la muerte de San Esteban, lo que en ella trabajó nuestra

Reina y cómo por su solicitud ordenaron los Apóstoles el Símbolo de la fe católica.

202. El mismo día que fue San Esteban apedreado y muerto —dice San Lucas (Act 8, 1)— se levantó una gran persecución contra la Iglesia que estaba en Jerusalén. Y señaladamente dice (Act 8, 3) que Saulo la devastaba, inquiriendo por toda la ciudad a los seguidores de Cristo para prenderlos o denunciarlos ante los magistrados, como lo hizo con muchos creyentes que fueron presos y maltratados y algunos muertos en esta persecución. Y aunque fue muy terrible por el odio que los príncipes de los sacerdotes tenían concebido contra todos los seguidores de Cristo y porque Saulo se mostraba entre todos más acérrimo defensor y emulador de la ley de Moisés, como él mismo lo dice en la epístola *ad Galatas* (Gal 1, 13), pero tenía esta indignación judaica otra causa oculta, que ellos mismos aunque la sentían en los efectos la ignoraban en su principio de dónde se originaba.

203. Esta causa era la solicitud de Lucifer y sus demonios, que con el martirio de San Esteban se turbaron, alteraron y conmovieron con diabólica indignación contra los fieles, y más contra la Reina y Señora de la Iglesia María santísima. Permitióle el Señor a este Dragón, para mayor confusión suya, que la viese cuando la llevaron los Ángeles a la presencia de San Esteban. Y de este beneficio tan extraordinario y de la constancia y sabiduría de San Esteban, sospechó Lucifer que la poderosa Reina haría lo mismo con otros Mártires que se ofrecerían a morir por el nombre de Cristo, o que por lo menos ella les ayudaría y asistiría con su protección y amparo para que no temiesen los tormentos y la muerte pero se entregasen a ella con invencible corazón. Era este medio de los tormentos y dolores el que la diabólica astucia había arbitrado para acobardar a los fieles y retraerlos de la secuela de Cristo nuestro Salvador, pareciéndole que los hombres aman tanto su vida y temen la muerte y los dolores, y más cuanto más violentos, que por no llegar a padecerlos y morir en ellos negarían la fe y se retraerían de admitirla. Y este arbitrio siguió siempre la serpiente, aunque en el discurso de la Iglesia le engañó con él su propia malicia, como le

había sucedido en la cabeza de los santos, Cristo Señor nuestro, donde se engañó primero.

204. Pero en esta ocasión, como era al principio de la Iglesia y se halló tan turbado el Dragón con irritar a los judíos contra San Esteban, quedó confuso. Y cuando le vio morir tan gloriosamente, juntó a los demonios y les dijo así: Turbado estoy con la muerte de este discípulo y con el favor que ha recibido de aquella Mujer nuestra enemiga, porque si esto hace con otros discípulos y seguidores de su Hijo a ninguno podremos vencer ni derribar con el medio de los tormentos y de la muerte, antes con el ejemplo se animarán a morir y padecer todos como su Maestro; y por el camino que intentamos destruirlos venimos a quedar vencidos y oprimidos, pues, para tormento nuestro, el mayor triunfo y victoria que pueden ganar de nosotros es dar la vida por la fe que deseamos extinguir. Perdidos vamos por este camino, pero no hallo otro, ni atino con el modo de perseguir a este Dios humanado y a su Madre y seguidores. ¿Es posible que los hombres sean tan pródigos de la vida que tanto apetecen y que sintiendo tanto el padecer se entreguen a los tormentos por imitar a su Maestro? Más no por esto se aplaca mi justa indignación. Yo haré que otros se ofrezcan a la muerte por mis engaños, como lo hacen éstos por su Dios. Y no todos merecerán el amparo de aquella mujer invencible, ni todos serán tan esforzados que quieran padecer tormentos tan inhumanos como yo les fabricaré. Vamos, e irritemos a los judíos nuestros amigos, para que destruyan esta gente y borren de la tierra el nombre de su Maestro.

205. Luego puso Lucifer en ejecución este dañado pensamiento y con multitud innumerable de demonios fue a todos los príncipes y magistrados de los judíos, y a los demás del pueblo que reconocía más incrédulos, y a todos los llenó de confusión y furiosa envidia contra los seguidores de Cristo, y con sugestiones y falacias les encendió el engañoso celo de la ley de Moisés y tradiciones antiguas de sus pasados. No era dificultoso para el demonio sembrar esta cizaña en corazones tan estragados con otros muchos pecados, y así la admitieron con toda su voluntad. Y luego en muchas juntas y diferencias trataron de acabar

de una vez con todos los discípulos y seguidores de Cristo. Unos decían que los desterrasen de Jerusalén, otros que de todo el reino de Israel, otros que a ninguno dejasen con vida para que de una vez se extinguiese aquella secta; otros, finalmente, eran de parecer que los atormentasen con rigor, para poner miedo y escarmiento a los demás que no se llegasen a ellos y los privasen luego de sus haciendas antes que las pudiesen consumir entregándolas a los Apóstoles. Y fue tan grave esta persecución, como dice San Lucas (Act 8, 1ss), que los setenta y dos discípulos huyeron de Jerusalén, derramándose por toda Judea y Samaría, aunque iban predicando por toda la tierra con invicto corazón. Y en Jerusalén quedaron los Apóstoles con María santísima y otros muchos fieles, aunque éstos estaban encogidos y como amilanados, ocultándose muchos de las diligencias con que Saulo los buscaba para prenderlos.

206. La beatísima María, que a todo esto estaba presente y atenta, en primer lugar aquel día de la muerte de San Esteban dio orden que su santo cuerpo fuese recogido y sepultado —que aun esto se hizo por su mandato— y pidió la trajesen una cruz que llevaba consigo el Mártir. Habíala hecho a imitación de la misma Reina, porque después de la venida del Espíritu Santo trajo otra consigo la divina Señora, y con su ejemplo los demás fieles comúnmente las llevaban en la primitiva Iglesia. Recibió esta cruz de San Esteban con especial veneración, así por ella misma como por haberla traído el Mártir. Llamóle Santo, y mandó recoger lo que fuese posible de su sangre y que se tuviese con estimación y reverencia, como de Mártir ya glorioso. Alabó su santidad y constancia en presencia de los Apóstoles y de muchos fieles, para consolarlos y animarlos con su ejemplo en aquella tribulación.

207. Y para que entendamos en alguna parte la grandeza del corazón magnánimo que manifestó nuestra Reina en esta persecución y en las demás que tuvo la Iglesia en el tiempo de su vida santísima, es necesario recopilar los dones que la comunicó el Altísimo, reduciéndolos a la participación de sus divinos atributos, tan especial e inefable cuanto era menester para confiar de esta mujer fuerte todo el corazón de su varón (Prov 31, 11) y fiarle

todas las obras *ad extra* que hizo la omnipotencia de su brazo; porque en el modo de obrar que tenía María santísima, sin duda trascendía toda la virtud de las criaturas y se asimilaba a la del mismo Dios, cuya única imagen o estampa parecía. Ninguna obra ni pensamiento de los hombres le era oculta, y todos los intentos y maquinaciones de los demonios penetraba; nada de lo que convenía hacer en la Iglesia ignoraba. Y aunque todo esto junto lo tenía comprendido en su mente, ni se turbaba en la disposición interior de tantas cosas, ni se embarazaba en unas para otras, ni se confundía ni afanaba en la ejecución, ni se fatigaba por la dificultad, ni por la multitud se oprimía, ni por acudir a los más presentes se olvidaba de los ausentes, ni en su prudencia había vacío ni defecto; porque parecía inmensa y sin limitación alguna, y así atendía a todo como a cada cosa en particular y a cada uno como si fuera solo de quien cuidaba. Y como el sol que sin molestia ni cansancio ni olvido todo lo alumbra, vivifica y calienta sin mengua suya, así nuestra gran Reina, escogida como el sol para su Iglesia, la animaba y daba vida a todos sus hijos sin faltar a ninguno.

208. Y cuando la vio tan turbada, perseguida y afligida con la persecución de los demonios y de los hombres a quien irritaban, luego se convirtió contra los autores de la maldad y mandó imperiosamente a Lucifer y sus ministros que por entonces descendiesen al profundo, a donde sin poderlo resistir cayeron al punto dando bramidos y así estuvieron ocho días enteros como atados y encarcelados, hasta que se les permitió levantarse otra vez. Hecho esto, llamó a los Apóstoles y los consoló y animó para que estuviesen constantes y esperasen el favor divino en aquella tribulación, y en virtud de esta exhortación ninguno salió de Jerusalén. Los discípulos, que por ser muchos se ausentaron, porque no se pudieran ocultar como entonces convenía, fueron todos a despedirse de su Madre y Maestra y salir con su bendición. Y a todos los amonestó y alentó y les ordenó que por miedo de la persecución no desfalleciesen ni dejasen de predicar a Cristo crucificado, como de hecho le predicaron en Judea y Samaría y otras partes. Y en los trabajos que se les ofrecieron los confortó y socorrió por ministerio de los Santos Ángeles que les

enviaba, para que los animasen y llevasen cuando fuese necesario; como sucedió a San Felipe [Día 6 de junio: Caesaréae {Colonia Prima Flavia Augusta Caesarea}, in Palestina, natális beáti Philíppi, qui fuit unus de septem primis Diáconis. Hic, signis et prodígiis clarus, Samaríam ad Christi fidem convértit, et Reginae Aethíopum Cándacis Eunúchum baptizavit, ac demum apud Caesaréam {Palestinae} requiévit. Juxta ipsum tres Vírgines, ejus fíliae ac Prophetíssae, tumulátae jacent; nam quarta filia ejus, plena Spíritu sancto, Ephesi occúbuit.] en el camino de la ciudad de Gaza, cuando bautizó al etíope criado de la reina Candaces, que refiere San Lucas en el capítulo 8 (Act 8, 26-40). Y para socorrer a los fieles que estaban en el artículo de la muerte enviaba también a los mismos Ángeles que les ayudasen, y luego cuidaba de socorrer en el purgatorio a las almas que a él iban.

209. Los cuidados y trabajo de los Apóstoles en esta persecución fueron mayores que en los otros fieles, porque como maestros y fundadores de la Iglesia convenía que asistiesen a toda ella así en Jerusalén como fuera de la ciudad. Y aunque estaban llenos de ciencia y dones del Espíritu Santo, con todo eso la empresa era tan ardua y la contradicción tan poderosa, que muchas veces sin el consejo y dirección de su única Maestra se hallaran algo atajados y oprimidos. Y por eso la consultaban frecuentemente, y ella los llamaba y ordenaba las juntas y conferencias que más convenía tratasen, conforme a las ocasiones y negocios que ocurrían, porque sola ella penetraba las cosas presentes y prevenía con certeza las futuras. Entre todas estas ocupaciones propias y tribulaciones de sus fieles, que amaba y cuidaba como a hijos, estaba la gran Señora inmutable en un ser perfectísimo de tranquilidad y sosiego, con inviolable serenidad de su espíritu.

210. Disponía las acciones de manera que le quedaba tiempo para retirarse muchas veces a solas, y aunque para orar no le impedían las obras exteriores, pero en soledad hacía muchas reservadas para el secreto de sí misma. Postrábase en tierra, pegábase con el polvo, suspiraba y lloraba por el remedio de los mortales y por la caída de

tantos como conocía réprobos. Y como en su corazón purísimo tenía escrita la Ley Evangélica y la estampa de la Iglesia con el discurso de ella y los trabajos y tribulaciones que los fieles habían de padecer, todo esto lo confería con el Señor y consigo misma, para disponer y ordenar todas las cosas con aquella divina luz y ciencia de la voluntad santa del Altísimo. Allí renovaba aquella participación del ser de Dios y de sus perfecciones, de que necesitaba para tan divinas obras como en el gobierno [como medianera de todas las gracias y con sus consejos] de la Iglesia hacía, sin faltar a ninguna, con tanta plenitud de sabiduría y santidad que en todas parecía más que pura criatura, aunque lo era. Porque en sus pensamientos era levantada en sabiduría inestimable, en consejos prudentísima, en juicios rectísima y acertada, en obras santísima, en palabras verdadera y sencilla y en toda bondad perfecta y especiosa; para los flacos piadosa, para los humildes amorosa y suave, para los soberbios de majestad severa: ni la excelencia propia la levantaba, ni la adversidad la turbaba, ni los trabajos la vencían; y en todo era un retrato de su Hijo santísimo en el obrar.

211. Consideró la prudentísima Madre que, habiéndose derramado los discípulos a predicar el nombre y fe de Cristo nuestro Salvador, no llevaban instrucción ni arancel expreso y determinado para gobernarse todos uniformemente en la predicación sin diferencia ni contradicción y para que todos los fieles creyesen unas mismas verdades expresas. Conoció asimismo que los Apóstoles era necesario que se repartiesen luego por todo el orbe a dilatar y fundar la Iglesia con su predicación y que convenía fuesen todos unidos en la doctrina sobre que se había de fundar toda la vida y perfección cristiana. Para todo esto la prudentísima Madre de la sabiduría juzgó que convenía reducir a una breve suma todos los misterios divinos que los Apóstoles habían de predicar y los fieles creer, para que estas verdades epilogadas en pocos artículos estuviesen más en pronto para todos y en ellas se uniese toda la Iglesia sin diferencia esencial y sirviesen como de columnas inmutables para levantar sobre ellas el edificio espiritual de esta nueva Iglesia evangélica.

212. Para disponer María santísima este negocio, cuya importancia conocía, representó sus deseos al mismo Señor que se los daba y por más de cuarenta días perseveró en esta oración con ayunos, postraciones y otros ejercicios. Y así como, para que Dios diese la ley escrita fue conveniente que Moisés ayunase y orase cuarenta días en el monte Sinaí como medianero entre Dios y el pueblo, así también para la ley de gracia fue Cristo nuestro Salvador autor y medianero entre su Padre eterno y los hombres y María santísima fue medianera entre ellos y su Hijo santísimo, para que la Iglesia evangélica recibiese esta nueva ley escrita en los corazones reducida a los artículos de la fe, que no se mudarán ni faltarán en ella porque son verdades divinas e indefectibles. Un día de los que perseveró en estas peticiones hablando con el Señor, dijo así: Altísimo Señor y Dios eterno, Criador y Gobernador de todo el universo, por Vuestra inefable clemencia habéis dado principio a la magnífica obra de Vuestra Santa Iglesia. No es, Señor mío, conforme a Vuestra sabiduría dejar imperfectas las obras de Vuestra poderosa diestra; llevad, pues, a su alta perfección esta obra que tan gloriosamente habéis comenzado. No os impidan, Dios mío, los pecados de los mortales, cuando sobre su malicia está clamando la sangre y muerte de vuestro Unigénito y mío, pues no son estos clamores para pedir venganza como la sangre de Abel (Gen 4, 11), mas para pedir perdón de los mismos que la derramaron. Mirad a los nuevos hijos que os ha engendrado y a los que tendrá Vuestra Iglesia en los futuros siglos, y dad vuestro divino Espíritu a Pedro vuestro vicario y a los demás Apóstoles para que acierten a disponer en orden conveniente las verdades en que ha de estribar Vuestra Iglesia y sepan sus hijos lo que deben creer todos sin diferencia.

213. Para responder a estas peticiones de la Madre, descendió de los cielos personalmente su Hijo santísimo Cristo nuestro Salvador y manifestándosele con inmensa gloria la habló y dijo: Madre mía y paloma mía, descansad en vuestras ansias afectuosas y saciad con mi presencia y vista la viva sed que tenéis de mi gloria y aumento de mi Iglesia. Yo soy el que puedo y quiero dárselos, y vos, Madre mía, la que podéis obligarme y nada negaré a vuestras peti-

ciones y deseos.—A estas razones estuvo María santísima postrada en tierra adorando la divinidad y humanidad de su Hijo y Dios verdadero. Y luego Su Majestad la levantó y la llenó de inefable gozo y júbilos con darle su bendición y con ella nuevos dones y favores de su omnipotente diestra. Estuvo algún rato con este gozo de su Hijo y Señor con altísimos y misteriosos coloquios, con que se templaron las ansias que padecía por los cuidados de la Iglesia, porque le prometió Su Majestad grandes beneficios y dones para ella.

214. Y en la petición que la Reina hacía para los Apóstoles, a más de la promesa del Señor que los asistiría para que acertasen a disponer el Símbolo de la fe, declaró Su Majestad a su Madre santísima los términos y palabras y proposiciones de que por entonces se había de formar. De todo estaba capaz la prudentísima Señora, como se dijo en la segunda parte (Cf. supra p. II n. 733ss) más por extenso; pero ahora que llegaba el tiempo de ejecutarse todo lo que de tan lejos había entendido, quiso renovarlo todo en el purísimo corazón de su Madre Virgen, para que de boca del mismo Cristo saliesen las verdades infalibles en que se funda su Iglesia. Fue también conveniente prevenir de nuevo la humildad de la gran Señora, para que con ella se conformase a la voluntad de su Hijo santísimo en haberse de oír nombrar en el Credo por Madre de Dios y Virgen antes y después del parto, viviendo en carne mortal entre los que habían de predicar y creer esta verdad divina. Pero no se pudo temer que oyese predicar tan singular excelencia de sí misma, la que mereció que mirara Dios su humildad (Lc 1, 48) para obrar en ella la mayor de sus maravillas, y más pesa el ser Madre y Virgen, conociéndolo ella, que oírlo predicar en la Iglesia.

215. Despidióse Cristo nuestro bien de su beatísima Madre y se volvió a la diestra de su Eterno Padre. Y luego inspiró en el corazón de su vicario San Pedro y los demás que ordenasen todos el Símbolo de la fe universal de la Iglesia. Y con esta moción fueron a conferir con la divina Maestra las conveniencias y necesidad que había en esta resolución. Determinóse entonces que ayunasen diez días continuos y perseverasen en oración, como lo pedía tan arduo negocio, para que en él fuesen ilustrados del Espíritu

Santo. Cumplidos estos diez días, y cuarenta que la Reina trataba con el Señor esta materia, se juntaron los doce Apóstoles en presencia de la gran Madre y Maestra de todos, y San Pedro les hizo una plática en que les dijo estas razones:

216. Hermanos míos carísimos, la divina misericordia por su bondad infinita y por los merecimientos de nuestro Salvador y Maestro Jesús, ha querido favorecer a su Santa Iglesia comenzando a multiplicar sus hijos tan gloriosamente, como en pocos días todos lo conocemos y experimentamos. Y para esto su brazo todopoderoso ha obrado tantas maravillas y prodigios y cada día los renueva por nuestro ministerio, habiéndonos elegido, aunque indignos, para ministros de su divina voluntad en esta obra de sus manos y para gloria y honra de su santo nombre. Junto con estos favores nos ha enviado tribulaciones y persecuciones del demonio y del mundo, para que con ellas le imitemos como a nuestro Salvador y caudillo y para que la Iglesia con este lastre camine más segura al puerto del descanso y eterna felicidad. Los discípulos se han derramado por las ciudades circunvecinas por la indignación de los príncipes de los sacerdotes y predican en todas partes la fe de Cristo nuestro Señor y Redentor. Y nosotros será necesario que vayamos luego a predicarla por todo el orbe, como nos lo mandó el Señor antes de subir a los cielos. Y para que todos prediquemos una misma doctrina y los fieles la crean, porque la santa fe ha de ser una como es uno el bautismo (Ef 4, 5) en que la reciben, conviene que ahora todos juntos y congregados en el Señor determinemos las verdades y misterios que a todos los creyentes se les han de proponer expresamente, para que todos sin diferencia los crean en todas las naciones del mundo. Promesa es infalible de nuestro Salvador que donde se congregaren dos o tres en su nombre estará en medio de ellos (Mt 18, 20), y en esta palabra esperamos con firmeza que nos asistirá ahora su divino Espíritu para que en su nombre entendamos y declaremos con decreto invariable los artículos que ha de recibir la Iglesia Santa, para fundarse en ellos hasta el fin del mundo, pues ha de permanecer hasta entonces.

217. Aprobaron todos los Apóstoles esta proposición de San Pedro, y luego el mismo Santo celebró una Santa Misa y comulgó a María santísima y a los otros Apóstoles, y acabada se postraron en tierra, orando e invocando al divino Espíritu, y lo mismo hizo María santísima. Y habiendo orado algún espacio de tiempo, se oyó un tronido como cuando el Espíritu Santo vino la primera vez sobre todos los fieles que estaban congregados y al punto fue lleno de luz y resplandor admirable el cenáculo donde estaban y todos fueron ilustrados y llenos del Espíritu Santo. Y luego María santísima les pidió que cada uno pronunciase y declarase un misterio, o lo que el Espíritu divino le administraba. Comenzó San Pedro y prosiguieron todos en esta forma:

San Pedro: *Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.*

San Andrés: *Y en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor.*

Santiago el Mayor: *Que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de María Virgen.*

San Juan: *Padeció debajo del poder de Poncio Piloto, fue crucificado, muerto y sepultado.*

Santo Tomás: *Bajó a los infiernos, resucitó al tercero día de entre los muertos.*

Santiago el Menor: *Subió a los cielos, está asentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso.*

San Felipe: *Y de allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.*

San Bartolomé: *Creo en el Espíritu Santo.*

San Mateo: *La santa Iglesia católica, la comunión de los Santos.*

San Simón: *El perdón de los pecados.*

San [Judas] Tadeo: *La resurrección de la carne.*

San Matías: *La vida perdurable. Amén.*

218. Este Símbolo, que vulgarmente llamamos el Credo, ordenaron los Apóstoles después del martirio de San Esteban y antes que se cumpliera el año de la muerte de nuestro Salvador. Y después la Santa Iglesia, para convencer la herejía de Arrio [que niega a la divinidad de Jesús] y otros herejes en los concilios que contra ellos hizo, explicó más los misterios que contiene el Símbolo de los Apóstoles y compuso el Símbolo o Credo que se canta en la Santa Misa. Pero en sustancia entrambos son una misma cosa y contienen los doce artículos que nos propone la doctrina cristiana para catequizarnos en la fe, con la cual tenemos obligación de creerlos para ser salvos. Y al punto que los Apóstoles acabaron de pronunciar todo este Símbolo, el Espíritu Santo lo aprobó con una voz que se oyó en medio de todos y dijo: Bien habéis determinado.—Y luego la gran Reina y Señora de los cielos dio gracias al Muy Alto con todos los Apóstoles, y también se las dio a ellos porque habían merecido la asistencia del divino Espíritu para hablar como instrumentos suyos con tanto acierto en gloria del Señor y beneficio de la Iglesia. Y para mayor confirmación y ejemplo de sus fieles, se puso de rodillas la prudentísima Maestra a los pies de San Pedro y protestó la santa fe católica como se contiene en el Símbolo que acabaron de pronunciar. Y esto hizo por sí y por todos los hijos de la Iglesia con estas palabras, hablando con San Pedro: Señor mío, a quien reconozco por vicario de mi Hijo santísimo, en vuestras manos, yo vil gusanillo, en mi nombre y en el de todos los fieles de la Iglesia, confieso y protesto todo lo que habéis determinado por verdades infalibles y divinas de fe católica y en ellas bendigo y alabo al Altísimo de quien proceden.—-Besó la mano al Vicario de Cristo y a los demás Apóstoles, siendo la primera que protestó la fe santa de la Iglesia después que se determinaron sus artículos.

Doctrina que me dio la gran Señora de los ángeles María santísima.

219. Hija mía, sobre lo que has escrito en este capítulo

quiero para tu mayor enseñanza y consuelo manifestarte otros secretos de mis obras. Después que los Apóstoles ordenaron el Credo, te hago saber que le repetía yo muchas veces al día, puesta de rodillas y con profunda reverencia. Y cuando llegaba a pronunciar aquel artículo que *nació de María Virgen,* me postraba en tierra con tal humildad, agradecimiento y alabanza del Altísimo, que ninguna criatura lo puede comprender. Y en estos actos tenía presentes todos los mortales, para hacerlos también por ellos y suplir la irreverencia con que habían de pronunciar tan venerables palabras. Y por mi intercesión ha ilustrado el Señor a la Iglesia Santa, para que repita tantas veces en el oficio divino el *Credo, Ave María y Pater noster,* y que las religiones tengan por costumbre humillarse cuando las dicen, y todos hincar la rodilla en el Credo de la Misa a las palabras: *Et incarnatus est,* etc., para que en alguna parte cumpla la Iglesia con la deuda que tiene por haberle dado el Señor esta noticia y por los misterios tan dignos de reverencia y agradecimiento como el Símbolo contiene.

220. Otras muchas veces mis Santos Ángeles solían cantarme el Credo con celestial armonía y suavidad, con que mi espíritu se alegraba en el Señor. Otras veces me cantaban el Ave María hasta aquellas palabras: *Bendito sea el fruto de tu vientre Jesús.* Y cuando nombraban este santísimo nombre o el de María, hacían profundísima inclinación, con que me inflamaban de nuevo en afectos de humildad amorosa y me pegaba con el polvo reconociendo el ser de Dios comparado con el mío terreno. Oh hija mía, queda, pues, advertida de la reverencia con que debes pronunciar el Credo, Pater noster y Ave María y no incurras en la inadvertida grosería que en esto cometen muchos fieles. Y no por la frecuencia con que en la Iglesia se dicen estas oraciones y divinas palabras se les ha de perder su debida veneración. Pero este atrevimiento resulta de que las pronuncian con los labios y no meditan ni atienden a lo que significan y en sí contienen. Para ti quiero que sean materia continua de tu meditación, y por esto te ha dado el Altísimo el cariño que tienes a la doctrina cristiana, y le agrada a Su Majestad y a mí que la traigas contigo y la leas muchas veces, como lo acostumbras, y de nuevo te lo encargo desde hoy. Y aconséjalo a tus súbditas, porque

ésta es joya que adorna a las esposas de Cristo y la debían traer consigo todos los cristianos.

221. Sea también documento para ti el cuidado que yo tuve de que se escribiese el Símbolo de la fe, luego que fue necesario en la Santa Iglesia. Muy reprensible tibieza es conocer lo que toca a la gloria y servicio del Altísimo y al beneficio de la propia conciencia y no ponerlo luego por obra, o a lo menos hacer las diligencias posibles para conseguirlo. Y será mayor esta confusión para los hombres, pues ellos, cuando les falta alguna cosa temporal, no quieren esperar dilación en conseguirla y luego claman y piden a Dios que se las envíe a satisfacción, como sucede si les falta la salud o frutos de la tierra y aun otras cosas menos necesarias o más superfluas y peligrosas, y al mismo tiempo, aunque conozcan en muchas obligaciones la voluntad y agrado del Señor, no se dan por entendidos o las dilatan con desprecio y desamor. Atiende, pues, a este desorden para no cometerle, y como yo fui tan solícita en lo que convenía hacer para los hijos de la Iglesia, procura tú ser puntual en todo lo que entendieres ser voluntad de Dios, ahora sea para el beneficio de tu alma, ahora para otras, a imitación mía.

CAPITULO 13

Remitió María santísima el Símbolo de la fe a los discípulos y a otros fieles, obraron con él grandes milagros, fue determinado el repartimiento del mundo a losAapóstoles y otras obras de la gran Reina del cielo.

222. Era tan diligente, vigilante y oficiosa la prudentísima María en el gobierno [como medianera de todas las gracias y con sus consejos] de su familia la Santa Iglesia, como madre y mujer fuerte, de quien dijo el Sabio que consideró las sendas y caminos de su casa para no comer el pan ociosa (Prov 31, 27). Considerólos y conociólos la gran Señora con plenitud de ciencia, y como estaba adornada y vestida de la púrpura de la caridad y de la candidez de su incomparable pureza, así como nada ignoraba, nada omitía de cuanto necesitaban sus hijos y domésticos los fieles.

Luego que se formó el Símbolo de los Apóstoles hizo por sus manos innumerables copias de él, asistiéndola sus Santos Ángeles, ayudándola y sirviéndola también de secretarios para escribir, y para que sin dilación le recibiesen todos los discípulos que andaban derramados y predicando por Palestina. Se lo remitió a cada uno con algunas copias para que las repartiesen y con carta particular en que se lo ordenaba y le daba noticia del modo y forma que los Apóstoles habían guardado para componer y ordenar aquel Símbolo, que se había de predicar y enseñar a todos los que viniesen a la fe para que le creyesen y confesasen.

223. Y porque los discípulos estaban en diferentes ciudades y lugares, unos lejos y otros más cerca, a los más vecinos les remitió el Símbolo y su instrucción por mano de otros fieles que se las entregaban y a los de más lejos las envió con sus Ángeles, que a unos de los discípulos se les manifestaban y les hablaban, y esto sucedió con los más, pero a otros no se manifestaron y se les dejaban en pliego en sus manos invisiblemente, inspirándoles en el corazón admirables efectos, y por ellos y las cartas de la misma Reina conocían el orden por donde venía el despacho. Sobre estas diligencias que hizo por sí misma, dio orden a los Apóstoles para que ellos en Jerusalén y otros lugares distribuyesen también el Símbolo que habían escrito y que informasen a todos los creyentes de la veneración en que le debían tener por los altísimos misterios que contenía y por haberle ordenado el mismo Señor, enviando al Espíritu Santo para que le inspirase y aprobase, y cómo había sucedido y todo lo demás que era necesario para que entendiesen todos que aquella era fe única, invariable y cierta, que se había de creer, confesar y predicar en la Iglesia para conseguir la gracia y la vida eterna.

224. Con esta instrucción y diligencias, en muy pocos días se distribuyó el Credo de los Apóstoles entre los fieles de la Iglesia, con increíble fruto y consuelo de todos, porque con el fervor que comúnmente todos tenían lo recibieron con suma veneración y devoción. Y el Espíritu divino, que lo había ordenado para firmeza de la Iglesia, lo fue confirmando luego con nuevos milagros y prodigios, no sólo por mano de los Apóstoles y discípulos, sino también por la

de otros muchos creyentes. Muchos que le recibieron escrito con especial veneración y afecto, recibieron al Espíritu Santo en forma visible, que venía sobre ellos con una divina luz que los rodeaba exteriormente y los llenaba de ciencia y celestiales efectos. Y con esta maravilla se movían y encendían otros en el deseo ardentísimo de tenerle y reverenciarle. Otros con poner el Credo sobre los enfermos, muertos y endemoniados les daban salud a los enfermos, resucitaban los difuntos y expelían a los demonios. Y entre estas maravillas sucedió un día que un judío incrédulo, oyendo a un católico que leía con devoción el Credo, se irritó contra el creyente con gran furor y fue a quitársele de las manos, y antes de ejecutarlo cayó el judío muerto a los pies del católico. A los que desde entonces se iban bautizando como eran adultos, se les mandaba que luego protestasen la fe por el Símbolo apostólico, y con esta confesión y protesta venía sobre ellos el Espíritu Santo visiblemente.

225. Continuábase también muy notoriamente el don de lenguas que daba el Espíritu Santo, no sólo a los que le recibieron el día de Pentecostés, sino a muchos fieles que le recibieron después y ayudaban a predicar o catequizar a los nuevos creyentes, porque cuando hablaban o predicaban a muchos juntos de diversas naciones entendía cada nación su lengua, aunque hablasen sola la lengua hebrea. Y cuando enseñaban a los de una lengua o nación les hablaban en ella, como arriba se dijo (Cf. supra n. 83) en la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés. Fuera de estas maravillas hacían otras muchas los Apóstoles, porque cuando ponían las manos sobre los creyentes o los confirmaban en la fe venía también sobre ellos el Espíritu Santo. Y fueron tantos los milagros y prodigios que obró el Altísimo en aquellos principios de la Iglesia, que fueran menester muchos volúmenes para escribirlos todos. San Lucas escribió en los Actos apostólicos los que en particular convino escribir, para que no todos los ignorase la Iglesia, y en común dijo que eran muchos (Act 2, 43), porque no se podían reducir a tan breve historia.

226. Conociendo y escribiendo esto me hizo gran admiración la liberalísima bondad del Todopoderoso en

enviar tan frecuentemente al Espíritu Santo en forma visible sobre los creyentes de la primitiva Iglesia. Y a esta admiración me fue respondido lo siguiente: Lo uno, que tanto como esto pesaba en la sabiduría, bondad y poder de Dios traer a los hombres a la participación de su divinidad en la felicidad y gloria eterna; y como para conseguir este fin el Verbo eterno bajó del cielo en carne visible comunicable y pasible, así la tercera persona descendió en otra forma visible sobre la Iglesia en el modo que convenía tantas veces, para fundarla y establecerla con igual firmeza y demostraciones de la omnipotencia divina y del amor que le tiene. Lo otro, porque en los principios estaban por una parte muy recientes los méritos de la pasión y muerte de Cristo, juntos con las peticiones e intercesión de su Madre santísima, que en la aceptación del Eterno Padre —a nuestro modo de entender— obraban con mayor fuerza, porque no se habían interpuesto los muchos y gravísimos pecados que después han cometido los mismos hijos de la Iglesia, con que han puesto tantos óbices a los beneficios del Señor y a su divino Espíritu, para que no se manifieste tan familiarmente con los hombres ahora como en la primitiva Iglesia.

227. Pasado ya un año de la muerte de nuestro Salvador, con inspiración divina trataron los Apóstoles de salir a predicar la fe por todo el mundo, porque ya era tiempo se publicase a las gentes el nombre de Dios y se les enseñase el camino de la salvación eterna. Y para saber la voluntad del Señor en la distribución de los reinos y provincias que a cada uno le habían de tocar en su predicación, por consejo de la Reina determinaron ayunar y orar diez días continuos. Esta costumbre en los negocios más arduos guardaron después que pasada la Ascensión perseveraron en la misma oración y ayunos, disponiéndose para la venida del Espíritu Santo por todos aquellos diez días. Y cumplidos estos ejercicios, el día último celebró Santa Misa el Vicario de Cristo y comulgó a María santísima y a los once Apóstoles, como lo hicieron para determinar el Símbolo y queda dicho en el capítulo precedente. Después de la Santa Misa y comunión estuvieron todos con la Reina en altísima oración, invocando singularmente al Espíritu Santo para que les asistiese y manifestase su voluntad santa en aquel negocio.

228. Hecho esto, les habló San Pedro y les dijo: Carísimos hermanos, postrémonos todos juntos ante el acatamiento divino y de todo corazón y suma reverencia confesemos a nuestro Señor Jesucristo por verdadero Dios, Maestro y Redentor del mundo, y protestemos su santa fe con el Símbolo que nos ha dado por el Espíritu Santo, ofreciéndonos al cumplimiento de su divina voluntad.—Hiciéronlo así y dijeron el Credo y luego prosiguieron en voz con el mismo San Pedro, diciendo: Altísimo Dios eterno, estos viles gusanillos y pobres hombres, a quienes nuestro Señor Jesucristo por la dignación de sola su clemencia eligió por ministros para enseñar su doctrina y predicar su santa ley y fundar su Iglesia por todo el mundo, nos postramos en Vuestra divina presencia con un mismo corazón y un alma. Y para el cumplimiento de Vuestra voluntad eterna y santa nos ofrecemos a padecer y sacrificar nuestras vidas por la confesión de vuestra santa fe, enseñarla y predicarla en todo el mundo, como nuestro Señor y Maestro Jesús nos lo dejó mandado. Y no queremos perdonar trabajo, ni molestia, ni tribulación, que para esta obra fuere necesario padecer hasta la muerte. Pero desconfiando de nuestra fragilidad, os suplicamos, Señor y Dios altísimo, enviéis sobre nosotros a vuestro divino Espíritu que nos gobierne y encamine nuestros pasos por el camino recto e imitación de nuestro Maestro y nos vista de nueva fortaleza, y ahora nos manifieste y enseñe a qué reino o provincias será más agradable a Vuestro beneplácito que nos repartamos para predicar Vuestro santo nombre.

229. Acabada esta oración, descendió sobre el cenáculo una admirable luz que los rodeó a todos y se oyó una voz que dijo: Mi vicario Pedro señale a cada uno las provincias y esa será su suerte. Yo le gobernaré y asistiré con mi luz y espíritu.—Este nombramiento remitió el Señor a San Pedro para confirmar de nuevo en aquella ocasión la potestad que le había dado de cabeza y pastor universal de toda la Iglesia y para que los demás Apóstoles entendiesen que la habían de fundar en todo el mundo debajo de la obediencia de San Pedro y de sus sucesores, a los cuales había de estar sujeta y subordinada como a vicarios de Cristo. Así lo entendieron todos, y así se me ha dado a conocer que fue

ésta la voluntad del Muy Alto. Y en su ejecución, en oyendo San Pedro aquella voz, comenzó por sí mismo el repartimiento de los reinos, y dijo: Yo, Señor, me ofrezco a padecer y morir, siguiendo a mi Redentor y Maestro, predicando su santo nombre y fe ahora en Jerusalén y después en Ponto, Galacia, Bitinia y Capadocia, provincias del Asia, y tomaré asiento primero en Antioquía y después en Roma, donde asentaré y fundaré la cátedra de Cristo nuestro Salvador y Maestro, para que allí tenga su lugar la cabeza de su Santa Iglesia.—Esto dijo San Pedro, porque tenía orden del Señor para que señalase a la Iglesia Romana por asiento y para cabeza de toda la Iglesia universal. Y sin este orden no determinara San Pedro negocio tan arduo y de tanto peso.

230. Prosiguió San Pedro y dijo:

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Andrés le seguirá predicando su santa fe en las provincias de Scitia de Europa, Epiro y Tracia, y desde la ciudad de Patras en Acaya gobernará a toda aquella provincia y lo demás de su suerte en lo que pudiere.

El siervo de Cristo, nuestro hermano carísimo Santiago el Mayor, le seguirá en la predicación de la fe en Judea, en Samaría y en España, de donde volverá a esta ciudad de Jerusalén y predicará la doctrina de nuestro Señor y Maestro.

El carísimo hermano Juan obedecerá a la voluntad de nuestro Salvador y Maestro, como se la manifestó desde la Cruz. Cumplirá con el oficio de hijo con nuestra gran Madre y Señora. Servirála y la asistirá con reverencia y fidelidad de hijo y la administrará el sagrado misterio de la Eucaristía, y cuidará también de los fieles de Jerusalén en nuestra ausencia. Y cuando nuestro Dios y Redentor llevare consigo a los cielos a su beatísima Madre, seguirá a su Maestro en la predicación del Asia Menor y cuidará de aquellas iglesias desde la isla de Patmos, a donde irá por la persecución.

El siervo de Cristo y nuestro hermano carísimo Tomás

le seguirá predicando en la India, en la Persia y en los partos, medos, hircanos, bracmanes y bactrios. Bautizará a los tres Reyes magos y les dará noticia de todo lo que la esperan y le buscarán ellos mismos por la fama que oirán de su predicación y milagros.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Jacobo le seguirá con ser pastor y Obispo en Jerusalén, donde predicará al judaísmo y acompañará a Juan en la asistencia y servicio de la gran Madre de nuestro Salvador.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Felipe le seguirá con la predicación y enseñanza de las provincias de Frigia y Scitia del Asia y en la ciudad llamada Hierópolis de Frigia.

El siervo de Cristo y nuestro hermano carísimo Bartolomé le seguirá predicando en Licaonia, parte de Capadocia en el Asia, y pasará a la India Citerior y después a la Menor Armenia.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Mateo enseñará primero a los hebreos y después seguirá a su Maestro pasando a predicar en Egipto y en Etiopía.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Simón le seguirá predicando en Babilonia, Persia y también en el reino de Egipto.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Judas Tadeo seguirá a nuestro Maestro predicando en Mesopotamia y después se juntará con Simón para predicar en Babilonia y en la Persia.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Matías le seguirá predicando su santa fe en la interior Etiopía y en la Arabia y después volverá a Palestina.

Y el Espíritu del Altísimo nos encamine a todos y nos gobierne y asista, para que en todo lugar y tiempo hagamos su voluntad perfecta y santa, y ahora nos dé su bendición, en cuyo nombre la doy a todos.

231. Todo esto dijo San Pedro y al mismo instante que acabó de hablar se oyó un tronido de gran potencia y se llenó el cenáculo de resplandor y refulgencia, como de la presencia del Espíritu Santo. Y en medio de esta luz se oyó una voz suave y fuerte, que dijo: Admitid cada uno la suerte que le ha tocado.—Postráronse en tierra y dijeron todos juntos: Señor Altísimo, a Vuestra palabra y de Vuestro Vicario obedecemos con prontitud y alegría de corazón, y nuestro espíritu está gozoso y lleno de Vuestra suavidad en medio de Vuestras obras admirables.—Esta obediencia tan rendida y pronta que los Apóstoles tuvieron al Vicario de Cristo nuestro Salvador, aunque era efecto de la caridad ardentísima con que deseaban morir por su santa fe, los dispuso en esta ocasión para que de nuevo viniera sobre ellos el divino Espíritu, confirmándoles la gracia y dones que antes habían recibido y aumentándolos con otros nuevos. Recibieron nueva luz y ciencia de todas las naciones y provincias que San Pedro les había señalado, y conocieron cada uno los naturales, condiciones y costumbres de los reinos que le tocaban, la disposición de la tierra y su sitio en el mundo, como si le escribieran interiormente un mapa muy distinto y copioso. Dioles el Altísimo nuevo don de fortaleza para los trabajos, de agilidad para los caminos, aunque en ellos les habían de ayudar muchas veces los Santos Ángeles, y en el interior quedaron encendidos como serafines con la llama del divino amor, elevados sobre la condición y esfera de la naturaleza.

232. La beatísima Reina de los Ángeles estaba presente a todo esto y le era patente cuanto el poder divino obraba en los Apóstoles y en ella misma, que de las influencias de la divinidad participó en esta ocasión más que todos juntos, porque estaba en grado supereminentísimo a todas las criaturas, y por eso el aumento de sus dones había de ser proporcionado y trascender a todos los demás sin medida. Renovó el Altísimo en el purísimo espíritu de su Madre la ciencia infusa de todas las criaturas y en especial de todos los reinos y naciones que a los Apóstoles se les había dado. Y conoció Su Alteza lo que ellos conocían, y más que todos, porque tuvo ciencia y noticia individual de todas las

personas a quienes en todos los reinos habían de predicar la fe de Cristo, y quedó en esta ciencia tan capaz de todo el orbe y de sus moradores, como respectivamente lo estaba de su oratorio y de los que en él entraban.

233. Esta ciencia era como de suprema Maestra, Madre, Gobernadora y Señora de la Iglesia, que el Todopoderoso había puesto en sus manos, como arriba se ha dicho (Cf. supra p. II n. 1524), y adelante será forzoso tocarlo muchas veces. Ella había de cuidar de todos, desde el supremo en santidad hasta el mínimo, y de los míseros pecadores hijos de Eva. Y si ninguno había de recibir beneficio o favor alguno de mano del Hijo si no fuese por la de su Madre, necesario era que la fidelísima dispensadora de la gracia conociera a todos los de su familia, de cuya salvación había de cuidar como Madre. Y no sólo tenía la gran Señora especies infusas y ciencia de todo lo que he dicho, pero después de este conocimiento tenía otro actual cuando los Apóstoles y discípulos andaban predicando, porque se le manifestaban sus trabajos y peligros y las asechanzas del demonio que contra ellos fabricaba, y las peticiones y oraciones de todos ellos y de los otros fieles, para socorrerlos ella con las suyas, o por medio de sus Ángeles, o por sí misma; que por todos estos medios lo hacía, como en muchos sucesos veremos adelante (Cf. infra n. 318, 324, 339, 567).

234. Sólo quiero advertir aquí que, a más de esta ciencia infusa que tenía nuestra Reina de todas las cosas con las especies de cada una, tenía otra noticia de ellas en Dios con la visión abstractiva que continuamente miraba a la divinidad. Pero entre estos dos modos de ciencia había una diferencia, que cuando miraba en Dios los trabajos de los Apóstoles y de todos los fieles de la Iglesia, como aquella visión era de tanto gozo y alguna participación de la bienaventuranza, no causaba el dolor y compasión sensible como tenía la piadosa Madre cuando conocía estas tribulaciones en sí mismas, porque en esta visión las sentía y lloraba con maternal compasión. Y para que no le faltase este mérito y perfección, la concedió el Altísimo toda esta ciencia por el tiempo que fue viadora. Y junto con esta plenitud de especies y ciencias infusas tenía el dominio de

sus potencias que arriba dije (Cf. supra n. 126), para no admitir otras especies o imágenes adquiridas fuera de las que eran necesarias para el uso preciso de la vida, o para alguna obra de caridad o perfección de las virtudes. Con este adorno y hermosura patente a los ángeles y santos era la divina Señora objeto de admiración y alabanza en que glorificaban al Muy Alto por el digno empleo de todos sus atributos en María santísima.

235. Hizo en esta ocasión profundísima oración por la perseverancia y fortaleza de los Apóstoles en la predicación de todo el mundo. Y el Señor la prometió que los guardaría y asistiría, para manifestar en ellos y por ellos la gloria de su nombre y al fin los premiaría con digna retribución de sus trabajos y merecimientos. Con esta promesa quedó María santísima llena de júbilo y agradecimiento, exhortó a los Apóstoles a que le diesen de todo corazón y saliesen alegres y confiados a la conversión del mundo. Y hablándoles otras muchas palabras de suavidad y vida, puesta de rodillas les dio a todos la enhorabuena de la obediencia que habían mostrado en nombre de su Hijo santísimo, y de su parte les dio las gracias por el celo que manifestaban de la honra del mismo Señor y beneficio de las almas a cuya conversión se sacrificaban. Besó la mano a cada uno de los Apóstoles, ofreciéndoles su intercesión con el Señor, su solicitud para servirlos, y pidióles su bendición como acostumbraba y todos como Sacerdotes se la dieron.

236. Pocos días después que se hizo este repartimiento de las provincias para la predicación, comenzaron a salir de Jerusalén particularmente los que les tocaba predicar en las provincias de Palestina, y el primero fue Santiago el Mayor. Otros perseveraron más tiempo en Jerusalén, porque allí quería el Señor que con mayor fuerza y abundancia se predicase primero la fe de su santo nombre y fuesen los judíos llamados en primer lugar y traídos a las bodas evangélicas, si querían venir y entrar en ellas; que en este beneficio de la Redención, aquel pueblo fue más favorecido, aunque fue más ingrato que los gentiles. Después fueron saliendo los Apóstoles a los reinos que a cada uno le tocaban, según lo pedía el tiempo y la sazón, gobernándose en esto por el Espíritu divino, consejo de María santísima y

obediencia de San Pedro. Pero cuando se despidieron de Jerusalén, primero fue cada uno a visitar los Santos Lugares, como eran el Huerto, el Calvario, el sagrado Sepulcro, el lugar de la Ascensión y Betania y los demás que era posible, y todos los veneraban con admirable reverencia y lágrimas, adorando la tierra que tocó el Señor. Después iban al cenáculo y le veneraban por los misterios que allí se obraron, y se despedían de la gran Reina del cielo y de nuevo se encomendaban en su protección. Y la beatísima Madre los despedía con palabras dulcísimas y llenas de la virtud divina.

237. Pero fue admirable la solicitud y maternal cuidado de la prudentísima Señora para despedir a los Apóstoles como verdadera Madre a sus hijos. Porque en primer lugar hizo para cada uno de los doce una túnica tejida, semejante a la de Cristo nuestro Salvador, del color entre morado y ceniza, y para hacerlas se valió del ministerio de sus Santos Ángeles. Y con esta atención envió a los Apóstoles vestidos sin diferencia y con igualdad uniforme entre sí mismos y con su Maestro Jesús, porque aun en el hábito exterior quiso que le imitasen y fuesen conocidos por discípulos suyos. Hizo juntamente la gran Señora doce cruces con sus cañas o astas de la altura de las personas de los Apóstoles y dio a cada uno la suya para que en su peregrinación y predicación la llevase consigo, así en testimonio de lo que predicaban como para consuelo espiritual de sus trabajos, y todos los Apóstoles guardaron y ■ llevaron aquellas cruces hasta su muerte. Y de lo mucho que alababan la Cruz tomaron ocasión algunos tiranos para martirizarlos en la misma cruz a los que dichosamente murieron en ella.

238. A más de todo esto dio la piadosa Madre a cada uno de los doce Apóstoles una cajilla pequeña de metal que hizo para este intento, y en cada una puso tres espinas de la corona de su Hijo santísimo y algunas partes de los paños en que envolvió al Señor cuando era niño y otros de los que limpió y recibió su preciosísima sangre en la circuncisión y pasión; que todas estas sagradas prendas tenía guardadas con suma devoción y veneración, como Madre y depositaría de los tesoros del cielo. Y para dárselas a los doce Apóstoles, los llamó juntos y con majestad de Reina y agrado de

dulcísima Madre les habló y dijo que aquellas prendas que a cada uno entregaba era el mayor tesoro que tenía para enriquecerlos y despedirlos a sus peregrinaciones, que en ellas llevarían la memoria viva de su Hijo santísimo y el testimonio cierto de lo que el mismo Señor los amaba, como a hijos y ministros del Altísimo. Con esto se las entregó y las recibieron con lágrimas de veneración y júbilo y agradecieron a la gran Reina estos favores y se postraron ante ella adorando aquellas sagradas reliquias y abrazándose unos a otros se dieron la enhorabuena, y se despidió el primero Santiago, que fue quien comenzó estas misiones.

239. Pero según lo que se me ha dado a entender, no sólo predicaron los Apóstoles en las provincias que por entonces les repartió San Pedro, mas en otras muchas vecinas de aquéllas y más remotas. Y no es dificultoso de entender esto, porque muchas veces eran llevados de unas partes a otras por ministerio de los Ángeles, y esto no sólo para predicar, sino también para consultarse unos a otros y especialmente con el vicario de Cristo, San Pedro, y mucho más a la presencia de María santísima, de cuyo favor y consejo tuvieron necesidad en la dificultosa empresa de plantar la fe en reinos tan diversos y naciones tan bárbaras. Y si para dar de comer a San Daniel, Profeta Mayor, [Día 21 de julio: Babylóne sancti Daniélis Prophétae] llevó el Ángel a Babilonia al Profeta San Habacuc [Día 15 de enero: In Judaea sanctórum Hábacuc et Michaeae Prophetárum, quorum córpora, sub Theodósio senióre, divina revelatióne sunt repérta] (Dan 14, 35), no es maravilla que se hiciera este milagro con los Apóstoles, llevándolos a donde era necesario predicar a Cristo y dar noticia de la divinidad y plantar la Iglesia universal para remedio de todo el linaje humano. Y arriba hice mención (Cf. supra n. 208) de cómo el Ángel del Señor que llevó a Felipe, el discípulo de los setenta y dos, desde el camino de Gaza le puso en Azoto, como lo cuenta San Lucas (Act 8, 26ss). Y todas estas maravillas, y otras innumerables que ignoramos, fueron convenientes para enviar a unos pobres hombres a tantos reinos y provincias y naciones poseídas del demonio, llenas de idolatrías, errores y abominaciones, cual estaba todo el mundo cuando vino a redimirle el Verbo humanado.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles.

240. Hija mía, la doctrina que te doy en este capítulo es mandarte y convidarte para que con íntimos suspiros y gemidos de tu alma y con lágrimas de sangre, si puedes alcanzarlas, llores amargamente la diferencia que tiene la Iglesia Santa en el estado presente del que tuvo en sus principios, cómo se ha oscurecido el oro purísimo de la santidad y se ha mudado el color sano (Lam 4, 1), perdiendo aquella antigua hermosura en que la fundaron los Apóstoles, y buscando otros afeites y colores peregrinos y engañosos para encubrir la fealdad y confusión de los vicios, que tan infelizmente la tienen oscurecida y llena de formidable horror. Y para que penetres esta verdad desde su principio y fundamento, conviene que renueves en ti misma la luz que has recibido para conocer la fuerza y peso con que la divinidad se inclina a comunicar su bondad y perfecciones a sus criaturas. Es tan vehemente el ímpetu del sumo Bien para derramar su corriente en las almas, que sólo puede impedirle la voluntad humana, que le ha de recibir por el libre albedrío que le dio para esto; y cuando con él resiste a la inclinación e influencias de la Bondad infinita, la tiene —a tu modo de entender— violentada y contristado su amor inmenso en su liberalísima condición. Pero si las criaturas no le impidieran y dejaran obrar con su eficacia, a todas las almas inundara y llenara de la participación de su ser divino y atributos: levantara del polvo a los caídos, enriqueciera a los pobres hijos de Adán, y de sus miserias los elevara y asentara con los príncipes de su gloria.

241. Y de aquí entenderás, hija mía, dos cosas que la humana sabiduría ignora. La una, el agrado y servicio que le hacen al Sumo Bien aquellas almas que con ardiente celo de su gloria y con su trabajo y solicitud ayudan a quitar de otras almas este óbice que con sus culpas han puesto para que no las justifique el Señor y las comunique tantos bienes como de su bondad inmensa pueden participar y el Altísimo desea obrar en ellas. La complacencia que recibe Su Majestad en que le ayuden en esta obra no se puede conocer en la vida mortal. Por esto es tan alto y

engrandecido el ministerio de los apóstoles y de los prelados, ministros y predicadores de la divina palabra, que en este oficio suceden a los que plantaron la Iglesia y trabajan en su amplificación y conservación; porque todos deben ser cooperadores y ejecutores del amor inmenso que Dios tiene a las almas que crió para partícipes de su divinidad. La segunda cosa que debes ponderar es la grandeza y abundancia de los dones y favores que comunicará el poder infinito a las almas que no le ponen impedimento a su liberalísima bondad. Manifestó luego el Señor esta verdad en los principios de la Iglesia evangélica, para que a los fieles que habían de entrar en ella les quedase testificada en tantos prodigios y maravillas como hizo con los primeros, bajando el Espíritu Santo en visibles señales sobre ellos tan frecuentemente y con los milagros que has escrito obraban los creyentes con el Credo y otros favores ocultos que recibían de la mano del Muy Alto.

242. Pero en quien resplandeció más su bondad y omnipotencia fue en los Apóstoles y discípulos, porque en ellos no hubo impedimento ni óbice para la voluntad eterna y santa y fueron verdaderos instrumentos y ejecutores del amor divino, imitadores y sucesores de Cristo y seguidores de su verdad, y por esto fueron levantados a una participación inefable de los atributos del mismo Dios, en particular de la ciencia, santidad y omnipotencia, con que obraban para sí y para las almas tantas maravillas, que nunca los mortales los pueden dignamente engrandecer. Después de los Apóstoles nacieron en su lugar otros hijos de la Iglesia, en quienes de generación en generación se fue transfundiendo esta divina sabiduría y sus efectos. Y dejando ahora los innumerables mártires que derramaron su sangre y vidas por la santa fe, considera los patriarcas de las religiones, los grandes santos que en ellas han florecido, los doctores, obispos y prelados y varones apostólicos en quienes tanto se ha manifestado la bondad y omnipotencia de la divinidad, para que los demás no tuviesen disculpa, si en ellos, que son ministros de la salvación de las almas, y en todos los demás fieles no hacía Dios las maravillas y favores que hizo en los primeros y ha continuado en los que halla idóneos para hacerlas.

243. Y para que sea mayor la confusión de los malos ministros que hoy tiene la Santa Iglesia, quiero que entiendas cómo en la voluntad eterna con que determinó el Altísimo comunicar sus tesoros infinitos a las almas, en primer lugar los encaminó inmediatamente a los prelados, sacerdotes, predicadores y dispensadores de su divina palabra, para que en cuanto era de parte de la voluntad del Señor todos fuesen de santidad y perfección de ángeles más que de hombres y gozasen de muchos privilegios y exenciones de naturaleza y gracia entre los demás vivientes; y con estos singulares beneficios se hiciesen idóneos ministros del Altísimo, si ellos no pervertían el orden de su infinita sabiduría y si correspondían a la dignidad para que eran llamados y elegidos entre todos. Esta piedad inmensa, la misma es ahora que en la primitiva Iglesia; la inclinación del sumo bien a enriquecer las almas no se ha mudado, ni esto es posible; su liberal dignación no se ha disminuido; el amor a su Iglesia siempre está en su punto; la misericordia mira a las miserias y éstas hoy son sin medida; el clamor de las ovejas de Cristo llega a lo sumo que puede; los prelados, sacerdotes y ministros nunca llegaron a tanto número. Pues si todo esto es así, ¿a quién se ha de atribuir la perdición de tantas almas y la ruina del pueblo cristiano y que hoy no sólo no vengan los infieles a la Santa Iglesia, sino la tengan tan afligida y llena de tristeza, que los prelados y ministros no resplandezcan, ni Cristo en ellos, como en los pasados siglos y la primitiva Iglesia?

244. Oh hija mía, para que muevas tu llanto sobre esta perdición te convido. Considera las piedras del santuario derramadas en las plazas de las ciudades (Lam 4, 1). Atiende cómo los sacerdotes del Señor se han hecho semejantes al pueblo (Is 24, 2) cuando debían hacer al pueblo santo y semejante a sí mismos. La dignidad sacerdotal y sus vestiduras ricas y preciosas de las virtudes están manchadas con el contagio de los mundanos; los ungidos del Señor y consagrados para sólo su trato y culto se han degradado de su nobleza; perdieron su decoro por abatirse a las acciones viles, indignas de su levantada excelencia entre los hombres: afectan la vanidad, siguen la codicia y avaricia, sirven al interés, aman al dinero,

ponen su esperanza en los tesoros del oro y de la plata, sujétanse a la lisonja y obsequio de los mundanos y poderosos y, lo que más es, a la bajeza de las mismas mujeres y tal vez se hacen participantes de las juntas y consejos de maldad. Apenas hay oveja del rebaño de Cristo que conozca en ellos la voz de su pastor, ni halla el alimento y pasto saludable de la virtud y santidad de que debían ser maestros. Piden el pan los párvulos y no hay quien se les distribuya (Lam 4, 4). Y cuando se hace por el interés o por sólo cumplimiento, si la mano está leprosa, ¿cómo dará saludable alimento al necesitado y enfermo? Y ¿cómo el soberano Médico fiará de ella la medicina en que consiste la vida? Y si los que han de ser intercesores y medianeros se hallan reos de mayores culpas, ¿cómo alcanzarán misericordia para los culpados con otras menores o semejantes?

245. Estas son las causas por que los prelados y sacerdotes de estos tiempos no hacen las maravillas que hicieron los apóstoles y discípulos de la primitiva Iglesia y los demás que imitaron su vida con ardiente celo de la honra del Señor y conversión de las almas. Por esto no se logran los tesoros de la muerte y sangre de Cristo que dejó en la Iglesia, así en sus sacerdotes y ministros como en los demás mortales, porque si ellos mismos los desprecian y olvidan para aprovecharlos en sí, ¿cómo los repartirán a los demás hijos de esta familia? Por esto no se convierten ahora como entonces los infieles al conocimiento de la verdadera fe, aunque viven a la vista de los príncipes eclesiásticos, ministros y predicadores del Evangelio. Enriquecida está la Iglesia ahora más que nunca de bienes temporales, de rentas y posesiones, llena está de hombres doctos con ciencia adquirida, de grandes prelacias y dignidades abundantes, y como todos estos beneficios se deben a la sangre de Cristo todo se debía convertir en su obsequio y servicio, empleándose en convertir las almas y sustentarle sus pobres y el sagrado culto y veneración de su santo nombre.

246. Si esto se hace así ahora, díganlo los cautivos que se redimen con las rentas de las iglesias, los infieles que se convierten, las herejías que se extirpan, y qué tanto es lo

que en esto se emplea de los tesoros eclesiásticos; y también lo dirán los palacios que con ellos se han fabricado, los mayorazgos que se han fundado, las torres de viento que se han levantado y, lo que es más lamentable, los empleos profanos y torpísimos en que muchos los consumen, deshonrando al sumo sacerdote Cristo y viviendo tan lejos y distantes de su imitación y de los Apóstoles a quien sucedieron, como viven alejados del mismo Señor los hombres más profanos del mundo. Y si la predicación de los ministros de la divina palabra está muerta y sin virtud para vivificar a los oyentes, no tienen la culpa la verdad y la doctrina de las Sagradas Escrituras, pero tiénela el mal uso de ella, por la torcida intención de los ministros. Truecan el fin de la gloria de Cristo en su propia honra y estimación vana, el bien espiritual en el bajo interés del estipendio, y como se consigan estas dos cosas no cuidan de otro fruto de la predicación. Y para esto quitan a la doctrina sana y santa la sinceridad y pureza, y aun tal vez la verdad, con que la escribieron los autores sagrados y la explicaron los doctores santos, redúcenla a sutilezas de ingenio propio, que causen más admiración y gusto que provecho de los oyentes. Y como llega tan adulterada a los oídos de los pecadores, reconócenla por doctrina del ingenio del predicador más que de la caridad de Cristo, y así no lleva virtud ni eficacia para penetrar los corazones, aunque lleva artificio para deleitar las orejas.

247. En castigo de estas vanidades y abusiones, y de otras que no ignora el mundo, no te admires, carísima, que la justicia divina haya desamparado tanto a los prelados, ministros y predicadores de su palabra y que la Iglesia católica tenga ahora tan abatido estado, habiéndole tenido tan alto en sus principios. Y si algunos de los sacerdotes y ministros no están comprendidos en estos vicios tan lamentables, esto debe más la Iglesia a mi Hijo santísimo en tiempo que tan ofendido y desobligado se halla de todos. Y con estos buenos es liberalísimo, pero son muy contados, como lo testifica la ruina del pueblo cristiano y el desprecio a que han llegado los sacerdotes y predicadores del Evangelio; porque si fueran muchos los perfectos y celadores de las almas, sin duda se reformaran y enmendaran los pecadores, se convirtieran muchos infieles

y todos miraran y oyeran con veneración y temor santo a los predicadores, sacerdotes y prelados, y los respetaran por su dignidad y santidad y no por la autoridad y fausto con que granjean esta reverencia, que más se ha de llamar aplauso mundano y sin provecho. Y no te encojas ni acobardes por haber escrito todo esto, que ellos mismos saben es verdad y tú no lo escribes por tu voluntad sino por mi obediencia, para que lo llores y convides al cielo y a la tierra que te ayuden en este llanto, porque hay pocos que le tengan, y ésta es la mayor injuria que recibe el Señor de todos los hijos de su Iglesia.

CAPITULO 14

La conversión de San Pablo y lo que en ella obró María santísima y otros misterios ocultos.

248. Nuestra Madre la Iglesia, gobernada por el Espíritu divino, celebra la conversión de San Pablo como uno de los mayores milagros de la ley de gracia y para consuelo universal de los pecadores, pues de perseguidor contumelioso y blasfemo contra el nombre de Cristo —como el mismo San Pablo dice (1 Tim 1, 13)— alcanzó misericordia y fue mudado en Apóstol por la divina gracia. Y porque en alcanzarla tuvo tanta parte nuestra gran Reina, no se puede negar a su historia esta rara maravilla del Omnipotente. Pero entenderáse mejor su grandeza, declarando el estado que tuvo San Pablo cuando se llamaba Saulo y era perseguidor de la Iglesia y las causas que le movieron para señalarse por tan acérrimo defensor de la ley de Moisés y perseguidor de la de Cristo nuestro bien.

249. Tuvo San Pablo dos principios que le hicieron señalado en su judaismo. El uno era su propio natural y otro fue la diligencia del demonio que se le conoció. Por su natural condición era Saulo de corazón grande, magnánimo, nobilísimo, oficioso, activo, eficaz y constante en lo que intentaba. Tenía muchas virtudes morales adquiridas, preciábase de grande profesor de la ley de Moisés y de estudioso y docto en ella, aunque en hecho de verdad era ignorante —como él lo confesó a Timoteo su discípulo (1

Tim 1, 13)—, porque toda su ciencia era humana y terrena y entendía la ley como otros muchos israelitas sólo en la corteza sin espíritu ni luz divina, la cual era necesaria para entenderla legítimamente y penetrar sus misterios. Pero como su ignorancia le parecía verdadera ciencia y era tenaz de entendimiento, mostrábase gran celador de las tradiciones de los rabinos (Gal 1, 14) y juzgaba por cosa indigna y disonante que contra ellos y contra Moisés —como él pensaba— se publicase una ley nueva, inventada por un Hombre crucificado como reo, habiendo recibido Moisés su ley en el monte dada por el mismo Dios. Con este motivo concibió grande aborrecimiento y desprecio de Cristo, de su ley y discípulos. Y para este engaño se ayudaba de sus propias virtudes morales —si pueden llamarse virtudes estando sin verdadera caridad— porque con ellas presumía de sí que acertaba en otros yerros, como sucede a muchos hijos de Adán que se contentan de sí mismos cuando hacen alguna obra virtuosa y con esta satisfacción falsa no atienden a reformar otros mayores vicios. Con este engaño vivía y obraba Saulo, muy asido a la antigüedad de su ley mosaica, ordenada por el mismo Dios, cuya honra le pareció que celaba, por no haber entendido que aquella ley en las ceremonias y figuras era temporal y no eterna, porque de necesidad le había de suceder otro Legislador más poderoso y sabio que Moisés, como él mismo lo dijo (Dt 18, 15).

250. Al indiscreto celo de Saulo y a su vehemente condición se juntó la malicia de Lucifer y sus ministros para irritarle, moverle y acrecentarle el odio que tenía con la Ley de Cristo nuestro Salvador. Muchas veces he hablado en el discurso de esta Historia (Cf. supra p. II n. 1425ss; p. III n. 204) de los consejos de maldad y arbitrios infernales que fabricó este Dragón contra la Santa Iglesia. Y uno de ellos era buscar con suma vigilancia a los hombres que fuesen más acomodados y proporcionados, por inclinaciones y costumbres, para valerse de ellos como de instrumentos y ejecutores de su maldad. Porque el mismo Lucifer por sí solo y sus demonios, aunque pueden tentar singularmente a las almas pero no levantar ellos bandera en lo público y hacerse cabezas de alguna secta o séquito contra Dios, si no se sirven en esto de algún hombre a quien sigan otros

tan ciegos y desalumbrados. Estaba enfurecido este cruel enemigo de ver los felices principios de la Santa Iglesia, temía sus progresos y ardía en desmedida envidia de que los hombres de inferior naturaleza fuesen levantados a la participación de la divinidad y gloria que con su soberbia había desmerecido. Reconoció las inclinaciones de Saulo y las costumbres [los demonios no saben naturalmente a los pensamientos ocultos de los hombres, pero sí, observan a su comportamiento exterior], y todo le pareció cuadraba mucho con sus deseos de destruir la Iglesia de Cristo por mano de otros incrédulos que fuesen a propósito para ejecutarlo.

251. Consultó Lucifer esta maldad con otros demonios en un particular conciliábulo que para ello hizo, y de común acuerdo de todos salió decretado que el mismo Dragón con otros asistiesen a Saulo sin dejarle un punto y le arrojasen sugestiones y razones acomodadas a la indignación que tenía contra los Apóstoles y todo el rebaño de Cristo, que todas las admitiría pues le darían por sus triunfos, irritándole con algún color de virtud falsa y aparente. Todo este acuerdo ejecutó el demonio sin perder punto ni ocasión. Y aunque Pablo estaba descontento y opuesto a la doctrina de nuestro Salvador desde que la predicó por sí mismo, pero en el tiempo que vivió Su Majestad en el mundo no se declaró Saulo por tan ardiente celador de la ley de Moisés y adversario de la del mismo Señor, hasta que en la muerte de San Esteban descubrió la indignación con que ya el dragón infernal le comenzaba a irritar contra los seguidores de Cristo. Y como en aquella ocasión halló este enemigo tan pronto el corazón de Saulo para ejecutar las sugestiones malas que le arrojaba, quedó tan ufana su malicia, que le pareció no tenía más que desear y que aquel hombre no resistiría a ninguna maldad que se le propusiese.

252. Con esta impía confianza pretendió Lucifer que Saulo quitase la vida por sí mismo a todos los Apóstoles y, lo que más formidable era, que hiciese lo mismo con María santísima. A tal insania llegó la soberbia de este cruentísimo Dragón. Pero engañóse en ella, porque la condición de Saulo era más noble y generosa y así le

pareció, discurriendo sobre ello, que era cosa indigna de su honor y su persona cometer aquella traición y obrar como hombre forajido, cuando con razón y justicia, como a él le parecía, podía destruir la Ley de Cristo. Y sintió mayor horror en ofender la vida de su beatísima Madre, por el decoro que se le debía como a mujer y porque de haberla visto tan compuesta y tan constante en los trabajos y pasión de Cristo le había parecido a Saulo que era mujer grande y digna de veneración, y así se la cobró con alguna compasión de sus penas y aflicciones, que todos conocían las había padecido muy graves. Por esto no admitió contra María santísima la inhumana sugestión que le propuso el demonio. Y no le ayudó poco a Saulo esta compasión de los trabajos de la Reina para abreviar su conversión. Contra los Apóstoles tampoco admitió la traición, aunque Lucifer se la coloreaba con aparentes razones y como obra digna de su esforzado corazón. Pero desechando estas maldades se resolvió en adelantarse a todos los judíos en perseguir la Iglesia hasta destruirla con el nombre de Cristo.

253. Quedó contento el Dragón y sus ministros con esta determinación de Saulo, ya que no podían conseguir más. Y para que se conozca la ira que tienen contra Dios y sus criaturas, desde aquel día hicieron otro conciliábulo para conferir cómo conservarían la vida de aquel hombre que tan ajustado hallaban para ejecutar sus maldades. Bien saben estos mortales enemigos que no tienen jurisdicción sobre la vida de los hombres, ni se la pueden dar ni quitar, si no se lo permite Dios en algún caso particular, pero con todo eso se quisieron hacer médicos y tutores de la vida y salud de Saulo, para conservársela en cuanto se extendía su poder, moviéndole su imaginación para que se guardase de lo que era nocivo y usase de lo más saludable y aplicando otras causas naturales que le conservasen la salud. Mas con todas estas diligencias no pudieron impedir que no obrase en Saulo la divina gracia, cuando quería su Autor. Pero estaban tan desimaginados los demonios, que jamás tuvieron recelos de que Saulo admitiría la ley de Cristo y que la vida que ellos procuraban conservar y alargar había de ser para su propia ruina y tormento. Tales obras ordena la sabiduría del Altísimo, dejando engañar al demonio en sus consejos de maldad para que caiga en la

fóvea y en el lazo que arma contra Dios (Sal 56, 79) y que a la divina voluntad vengan a servir todas sus maquinaciones, sin que lo pueda resistir.

254. Con este gran consejo de la altísima Sabiduría ordenaba el Señor que la conversión de Saulo fuese más admirable y gloriosa. Y para esto dio lugar a que, incitado de Lucifer con ocasión de la muerte de San Esteban, fuese Saulo al príncipe de los sacerdotes y, arrojando fuego y amenazas contra los discípulos del Señor que se habían derramado fuera de Jerusalén, le pidiese comisión y requisitorias para traerlos presos a Jerusalén de donde quiera que los hallase (Act 9, 1). Y para esta demanda ofreció Saulo su persona, hacienda y vida, y que a su propia costa y sin salarios haría aquella jornada en defensa de su ley y de sus pasados, para que no prevaleciese contra ella la que de nuevo predicaban los discípulos del Crucificado. Este ofrecimiento facilitó más el ánimo del sumo sacerdote y los de su consejo, y luego dieron a Saulo la comisión que pedía, señaladamente para Damasco, a donde tenían lengua que algunos de los discípulos se habían retirado de Jerusalén. Dispuso la jornada, previniendo gente de ministros de justicia y algunos soldados que le acompañasen. Pero la más copiosa compañía y aparato era de muchas legiones de demonios, que para asistirle en esta empresa salieron del infierno, pareciéndoles que con tantas precauciones acabarían con la Iglesia y que Saulo a sangre y fuego la devastaría. Y a la verdad era éste el intento que llevaba y el que Lucifer y sus ministros le administraban a él y a todos los que le seguían. Pero dejémosle ahora en el camino de Damasco, a donde enderezó su jornada para prender en las sinagogas de aquella ciudad a todos los discípulos de Cristo.

255. Nada de todo esto era oculto a la gran Reina del cielo, porque, a más de la ciencia y visión con que penetraba hasta el más mínimo pensamiento de los hombres y de los demonios, la daban muchos avisos los Apóstoles de todo lo que se obraba contra los seguidores de Cristo. Conocía también muy de lejos que Saulo había de ser Apóstol del mismo Señor y predicador de las gentes y varón tan señalado y admirable en la Iglesia, porque de

todo esto la informó su Hijo santísimo, como queda dicho en la segunda parte de esta Historia (Cf. supra p. II n. 734). Pero como crecía la persecución y se dilataba el fruto que Saulo había de hacer y traer al nombre cristiano con tanta gloria del Señor, y en el ínterin los discípulos de Cristo, que ignoraban el secreto del Altísimo, se afligían y acobardaban algo conociendo la indignación con que los buscaba y perseguía, todo esto fue causa de gran dolor para la piadosa Madre de la gracia. Y ponderando con su divina prudencia lo que pesaba aquel negocio, se vistió de nuevo esfuerzo y confianza para pedir el remedio de la Iglesia y la conversión de Saulo y postrada en la presencia de su Hijo hizo esta oración:

256. Altísimo Señor, Hijo del Eterno Padre, Dios vivo y verdadero de Dios verdadero, engendrado de su misma e indivisa sustancia y por la inefable dignación de Vuestra bondad infinita Hijo mío y vida de mi alma, ¿cómo vivirá esta vuestra esclava, a quien habéis encomendado Vuestra amada Iglesia, si la persecución que han movido Vuestros enemigos contra ella prevalece y no la vence Vuestro poder inmenso? ¿Cómo sufrirá mi corazón ver despreciado y conculcado el precio de Vuestra muerte y sangre? Si me dais, Señor mío, por hijos míos los que engendráis en Vuestra Iglesia, y yo los amo y miro con amor de madre, ¿cómo tendré consuelo de verlos oprimidos y destruidos, porque confiesan Vuestro santo nombre y Os aman con corazón sencillo? Vuestro es el poder y la sabiduría, y no es justo que se gloríe contra Vos el Dragón infernal, enemigo de Vuestra gloria y calumniador de mis hijos y Vuestros hermanos. Confundid, Hijo mío, la soberbia antigua de esta serpiente, que de nuevo se levanta contra Vos orgullosa y derramando su furor contra las simples ovejuelas de vuestra grey. Atended cuán engañado lleva a Saulo, a quien vos tenéis elegido y señalado para Vuestro Apóstol. Tiempo es ya, Dios mío, de obrar con Vuestra omnipotencia y reducir aquella alma, de quien y en quien tanta gloria ha de resultar a Vuestro santo nombre y tantos bienes a todo el universo.

257. Perseveró María santísima en esta oración grande rato ofreciéndose a padecer y morir, si fuera necesario, por

el remedio de la Iglesia Santa y conversión de Pablo. Y como la sabiduría infinita de su Hijo santísimo la tenía prevenida por medio de los ruegos de su amantísima Madre para ejecutar esta maravilla, descendió del cielo en persona y se le apareció y manifestó en el cenáculo, donde oraba en su retiro y oración. Hablóla Su Majestad con el amor y caricia de Hijo que solía y la dijo: Amiga mía y Madre mía, en quien hallé la complacencia y agrado de mi perfecta voluntad, ¿qué peticiones son las vuestras? Decidme lo que deseáis.—Postróse de nuevo en tierra la humilde Reina, como acostumbraba, en la presencia de su Hijo santísimo, y adoróle como a verdadero Dios y dijo: Señor mío altísimo, muy de lejos conocéis los pensamientos y corazones de las criaturas y mis deseos están patentes a vuestros ojos. Mi petición es como de quien conoce Vuestra infinita caridad con los hombres y como de Madre de la Iglesia y abogada de los pecadores y vuestra esclava. Y si todo lo he recibido de vuestro amor inmenso sin merecerlo, no puedo temer que despreciaréis mis deseos de Vuestra gloria. Pido, Hijo mío, que miréis la aflicción de Vuestra Iglesia y como Padre amoroso apresuréis el socorro de Vuestros hijos engendrados con vuestra sangre preciosísima.

258. Deseaba el Señor oír la voz y los clamores amorosos de su amantísima Madre y Esposa, y para esto se dejó rogar más en esta ocasión, como quien recateaba lo mismo que la deseaba conceder y a tales méritos y caridad no se debía negar. Y con esta traza del amor divino tuvieron algunos coloquios Cristo nuestro bien y su dulcísima Madre, pidiendo ella el remedio de aquella persecución con la conversión de Saulo. Respondióla Su Majestad en esta conferencia y dijo: Madre mía, ¿cómo mi justicia quedará satisfecha, para inclinarse la misericordia a usar de mi clemencia con Saulo, cuando él está en lo sumo de la incredulidad y malicia, mereciendo mi justa indignación y castigo y sirviendo de corazón a mis enemigos para destruir mi Iglesia y borrar mi nombre del mundo?—A esta razón tan concluyente en los términos de justicia no le faltó solución y respuesta a la Madre de la sabiduría y misericordia y con ella replicó y dijo: Señor y Dios eterno, Hijo mío, para elegir a Pablo por Vuestro apóstol y vaso de elección en la aceptación de Vuestra mente divina y para escribirle en

Vuestra memoria eterna, no fueron impedimento sus culpas, ni extinguieron estas aguas el fuego de Vuestro amor divino (Cant 8, 7), como Vos mismo me lo habéis manifestado. Más poderosos y eficaces fueron Vuestros infinitos merecimientos, en cuya virtud tenéis ordenada la fábrica de Vuestra amada Iglesia, y así no pido yo cosa que Vos mismo no tengáis determinada; pero duéleme, Hijo mío, que aquella alma camine a mayor precipicio y perdición suya y de otras —si puede ser en él como en los demás— y que se retarde la gloria de Vuestro nombre, la alegría de los ángeles y santos, el consuelo de los justos, la confianza que recibirán los pecadores y la confusión de Vuestros enemigos. Ea, pues, Hijo y Señor mío, no despreciéis los ruegos de Vuestra Madre, ejecútense Vuestros divinos decretos y vea yo engrandecido Vuestro nombre, que es ya tiempo y la ocasión oportuna y no sufre mi corazón que tanto bien se le dilate a la Iglesia.

259. En esta petición se enardeció la llama de la caridad en el pecho castísimo de la gran Reina y Señora, que sin duda le consumiera la vida natural, si el mismo Señor con milagrosa virtud no se la conservara; aunque para obligarse más de tan excesivo amor en pura criatura, dio lugar a que la beatísima Madre en esta ocasión llegase a padecer algún dolor sensible y adolecer como con un deliquio sensible. Pero su Hijo, que —a nuestro modo de entender— no pudo resistir más a la fuerza de tal amor que le hería su corazón, la consoló y renovó, dándose por obligado de sus ruegos y diciendo: Madre mía electa entre todas las criaturas, hágase vuestra voluntad sin dilación. Yo haré con Saulo todo lo que pedís y le pondré en el estado que desde luego sea defensor de mi Iglesia a quien persigue y predicador de mi gloria y de mi nombre. Voy a reducirle luego a mi amistad y gracia.

260. Desapareció luego Cristo nuestro bien de la presencia de su Madre santísima, quedando ella continuando su oración y con visión muy clara de lo que iba sucediendo. Y en breve espacio apareció el mismo Señor a Saulo cerca de la ciudad de Damasco, a donde con acelerado curso caminaba, adelantándose en la indignación contra Jesús más que en el camino. Manifestósele el Señor

en una nube de resplandor admirable y con inmensa gloria, y a un mismo tiempo fue rodeado Saulo de la divina luz dentro y fuera, quedando vencidos su corazón y sentidos y sin poder resistirse a tanta fuerza. Cayó apresuradamente del caballo en tierra y al mismo tiempo oyó una voz de lo alto que le decía: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Respondió todo turbado y con gran pavor: *¿Quién eres tú, Señor?* Replicó la voz y dijo: *Yo soy Jesús a quien tú persigues: dura cosa es para ti dar coces contra el aguijón.* Respondió otra vez Saulo con mayor temblor y miedo: *Señor, ¿qué me mandas y qué quieres que haga?* Los que estaban presentes y acompañaban a Saulo oyeron estas demandas y respuestas, aunque no vieron a Cristo nuestro Salvador como le vio Saulo, pero vieron el resplandor que le rodeaba, y todos quedaron despavoridos y llenos de gran temor y admiración de tan impensado y repentino suceso, y así estuvieron un rato casi pasmados (Act 9, 3ss).

261. Esta nueva maravilla nunca vista en el mundo fue mayor y más eficaz en lo secreto y oculto que en lo aparente a los sentidos; porque no sólo quedó Saulo rendido y postrado, ciego y debilitado en el cuerpo, de suerte que si no fuera confortado del poder divino expirara luego, pero en el interior quedó más trocado en otro nuevo hombre que cuando pasó de la nada al ser natural que tenía y más distante de lo que antes era que dista la luz de las tinieblas y lo supremo del cielo de lo ínfimo de la tierra, porque pasó de la imagen y similitud de un demonio a la de un supremo y abrasado serafín. Orden fue de la sabiduría y omnipotencia divina triunfar de Lucifer y sus demonios en esta milagrosa conversión, de tal manera que, en virtud de la pasión y muerte de Cristo, quedase vencido este Dragón y su malicia, por medio de la humana naturaleza, contraponiendo los efectos de la gracia y redención en un hombre al mismo pecado de Lucifer y sus efectos. Y fue así, porque en el breve espacio que Lucifer por su soberbia pasó de ángel a demonio la virtud de Cristo pasó a Saulo de demonio a ángel en la gracia. En la naturaleza angélica la suprema hermosura bajó a la suma fealdad y en la naturaleza humana la mayor fealdad subió a la perfecta hermosura. Lucifer descendió enemigo de Dios de lo supremo de los cielos a lo profundo de la tierra y un hombre ascendió

amigo del mismo Dios desde la tierra al supremo cielo.

262. Y porque no era harto glorioso este triunfo si el vencedor no daba a un hombre más de lo que perdió Lucifer, también quiso el Omnipotente añadir esta grandeza a la victoria que en Saulo ganaba del demonio. Porque Lucifer, aunque cayó de muy superior gracia que había recibido, pero no perdió la visión beatífica (ya que nunca la tuvo) ni fue privado de ella, porque no se le había manifestado ni él se había dispuesto para merecerla, antes la desmereció, pero Pablo al punto que se dispuso para ser justificado y consiguió la gracia se le comunicó también la gloria y vio claramente la divinidad, aunque de paso. ¡Oh virtud insuperable del poder divino! ¡Oh eficacia infinita de los méritos de la vida y muerte de Cristo! Justo y razonable era por cierto que si la malicia del pecado en un instante trocó al ángel en demonio, fuese más poderosa la gracia de nuestro Reparador y abundase más que el pecado (Rom 5, 20) levantando de él a un hombre, no sólo a ponerle en tanta gracia, sino tanta gloria. Mayor fue esta maravilla que haber criado los cielos y la tierra con todas sus criaturas, mayor que dar vista a ciegos, salud a enfermos y resucitar muertos. Démonos la enhorabuena los pecadores de la esperanza que nos deja esta maravillosa justificación, pues tenemos por nuestro Reparador, por nuestro padre y por nuestro hermano al mismo Señor que justificó a Pablo y no es menos poderoso ni menos santo para nosotros que lo fue para él.

263. En aquel tiempo que San Pablo estuvo caído en tierra contrito de sus pecados y renovado todo con la gracia justificante y otros dones infusos, fue iluminado y preparado en todas sus potencias interiores como convenía. Y con esta preparación fue elevado al cielo empíreo, que él llamó tercer cielo, confesando también que no sabía si fue este rapto en el cuerpo o sólo en el espíritu (2 Cor 12, 2). Pero allí vio intuitiva y claramente la divinidad, con más que ordinaria visión, aunque transeúnte. Y a más del ser de Dios y sus atributos de infinita perfección conoció el misterio de la Encarnación y Redención humana y todos los de la ley de gracia y estado de la Iglesia. Conoció el beneficio incomparable de su justificación y la oración que por él hizo

San Esteban y mucho más la que María santísima había hecho y cómo por ella se le había acelerado y en virtud de sus merecimientos, después de los de Cristo, se le había prevenido en la aceptación divina. Y desde entonces quedó agradecido y con íntimo afecto de veneración y devoción a la gran Reina del cielo, cuya dignidad le fue manifiesta, y siempre la reconoció por su restauradora. Conoció asimismo el oficio de apóstol para que era llamado y que en él había de trabajar y padecer hasta la muerte. Y con estos misterios le fueron revelados otros muchos arcanos, que él mismo afirmó no le era permitido manifestarlos (2 Cor 12, 4). Pero en todo lo que conoció ser la voluntad divina, se ofreció a cumplirla, sacrificándose todo para ejecutarla, como después lo cumplió. Y la Beatísima Trinidad aceptó el sacrificio y ofrenda de sus labios y en presencia de todos los cortesanos del cielo le señaló y nombró por predicador y doctor de las gentes y vaso de elección para llevar por el mundo el santo nombre del Altísimo.

264. Para los Bienaventurados fue día de gran gozo y alegría accidental, y todos hicieron nuevos cánticos de alabanza, engrandeciendo el poder divino en tan rara y nueva maravilla. Y si de la conversión de cualquier pecador reciben nuevo gozo (Lc 15, 7), ¿qué sería de la que así manifestaba la grandeza del Señor y su misericordia y redundaba en tan grandioso beneficio de todos los mortales y gloria de la Santa Iglesia? Volvió del rapto conmutado Saulo en San Pablo y levantándose del suelo pareció estar ciego, sin que pudiese ver la luz del sol. Lleváronle a Damasco a casa de un conocido suyo, donde con admiración de todos estuvo tres días sin comer ni beber, pero en altísima oración. Postróse en tierra y como estaba ya en estado de llorar sus culpas, aunque justificado de ellas, con dolor y aborrecimiento de la vida pasada dijo: ¡Ay de mí, en qué tinieblas y ceguedad he vivido, y cómo tan apresurado caminaba a la perdición eterna! ¡Oh amor infinito!, ¡oh caridad sin medida!, ¡oh suavidad dulcísima de la bondad eterna! ¿Quién, Señor mío y Dios inmenso, os obligó a tal demostración con este vil gusano, con este blasfemo y enemigo vuestro? Pero, ¿quién pudo obligaros, fuera de vos mismo y los ruegos de Vuestra Madre y Esposa? Cuando yo ciego y en tinieblas Os perseguía, Vos, Señor piadosísimo,

me salís al encuentro. Cuando iba a derramar la inocente sangre que siempre estaría clamando contra mí, Vos, que sois Dios de misericordias, me laváis y purificáis con la Vuestra y me hacéis participante de Vuestra inefable divinidad. ¿Cómo cantaré eternamente tan inauditas misericordias? ¿Cómo lloraré la vida tan odiosa a vuestros ojos? Prediquen los cielos y la tierra Vuestra gloria. Yo predicaré Vuestro santo nombre y le defenderé en medio de Vuestros enemigos.—Estas y otras razones repetía San Pablo en su oración con incomparable dolor y otros actos de ardentísima caridad y con humildad profunda y agradecimiento

265. El día tercero de la caída y conversión de Saulo habló el Señor en visión a uno de los discípulos llamado Ananías que estaba en Damasco (Act 9, 9ss). Y llamando Su Majestad por su nombre a Ananías como a su siervo y amigo, le mandó que fuese a casa de un hombre que se llamaba Judas, señalándole el barrio donde vivía, y que en ella buscase a Saulo Tarsense y que por señas le toparía en oración. Al mismo tiempo tuvo Saulo otra visión del Señor, en que conoció al discípulo Ananías, y le vio como que llegaba a él y con ponerle las manos en la cabeza le restituía la vista. Pero de esta visión de Saulo no tuvo noticia entonces el discípulo Ananías, y así replicó al Señor y le dijo: Informado estoy, Señor, de ese hombre que ha perseguido en Jerusalén a Vuestros santos y en ellos ha hecho grande estrago y, no satisfecho con esto, ha venido a esta ciudad con requisitorias de los príncipes de los sacerdotes para prender a cuantos invocan Vuestro nombre; pues, ¿a una simple ovejuela como yo le mandáis que vaya en busca del mismo lobo que la quiere devorar?—Replicó el Señor: Anda, que ese mismo a quien tú juzgas por mi enemigo es para mí vaso de elección, para que lleve mi nombre por todas las gentes y reinos y a los hijos de Israel. Y puedo yo señalarle, como lo haré, lo que ha de padecer por mi nombre.—Y conoció el discípulo todo lo que había sucedido.

266. En fe de esta palabra del Señor obedeció Ananías y fue luego a donde estaba Saulo y le halló orando y le dijo: Hermano Saulo, nuestro Señor Jesús, que te apareció en el

camino por donde venías, me envía para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.—Con que se confortó y convaleció. Y por todos estos beneficios dio gracias al Autor de cuya mano venían, y luego comió y recibió el alimento corporal, que por tres días no había gustado. Estuvo algunos días en Damasco, confiriendo y tratando con los discípulos del Señor que allí vivían. Y postrándose a sus pies les pidió perdón, rogándoles le admitiesen por su siervo y hermano, aunque el menor y más indigno de todos. Y con su parecer y consejo salió luego en público y comenzó a predicar a Cristo por Mesías y Redentor del mundo con tal fervor, sabiduría y celo, que confundía a los judíos incrédulos que vivían en Damasco, donde tenían muchas sinagogas. Admirábanse todos de la novedad y con gran asombro decían: ¿Por ventura no es este hombre el que ha perseguido en Jerusalén a fuego y sangre a todos los que invocaban este nombre? Y ¿no ha venido a esta ciudad para llevarlos presos ante los príncipes de los sacerdotes? Pues ¿qué novedad es ésta que vemos en él?

267. Cada día convalecía más San Pablo y predicaba con mayor esfuerzo, convenciendo a los judíos y gentiles, de manera que trataron de quitarle la vida, y sucedió lo que adelante tocaremos. Fue esta milagrosa conversión de San Pablo un año y un mes después del martirio de San Esteban, en veinticinco de enero, el mismo día que la celebra la Iglesia Santa; y era el año del nacimiento de Cristo de treinta y seis, porque San Esteban, como queda dicho en el capítulo 11 (Cf. supra n. 198), murió cumplido el año de treinta y cuatro y entrando un día en el de treinta y cinco, y la conversión fue entrado un mes del de treinta y seis; y entonces andaba Santiago en su predicación, como diré en su lugar (Cf. infra n. 319).

268. Volvamos a nuestra gran Reina y Señora de los Ángeles, que, con la ciencia y visión que muchas veces he repetido (Cf. supra n. 179), conoció todo lo que pasaba por Saulo: su primero e infelicísimo estado, su furor contra el nombre de Cristo, su caída y la causa de ella, su mudanza, su conversión y sobre todo el milagroso y singular favor de ser llevado al cielo empíreo, ver claramente la divinidad, y todo lo demás que allí en Damasco sucedía. Y no sólo era

conveniente y como debido a la piadosa Madre que se le manifestase este gran misterio, por Madre del Señor y de su Santa Iglesia y por instrumento de tan nueva maravilla, sino también porque sola ella pudo engrandecerla dignamente, más que el mismo San Pablo y más que todo el Cuerpo Místico de la Iglesia, y no era justo que un beneficio tan nuevo y una obra tan prodigiosa de la diestra del Omnipotente quedase sin el reconocimiento y agradecimiento que por ella le debían los mortales. Esto hizo con plenitud María santísima, y fue la primera que celebró la solemnidad de este nuevo milagro, con el retorno posible a todo el linaje humano. Convidó la gran Madre a todos sus Ángeles y otros innumerables del cielo y vinieron a su presencia, y con todos estos divinos coros hizo un cántico de alabanza, para glorificar y engrandecer la potencia, la sabiduría y liberal misericordia que en San Pablo se había manifestado, y otro a los méritos de su Hijo santísimo, en cuya virtud se había obrado aquella conversión llena de prodigios y maravillas. Y de este agradecimiento y fidelidad de María santísima quedó el Altísimo agradado y —a nuestro modo de entender— como satisfecho de lo que en beneficio de su Iglesia había obrado en San Pablo.

269. Pero no dejemos en silencio las conferencias que el nuevo Apóstol tuvo consigo mismo sobre el lugar que tendría en el corazón de la piadosa Madre y el juicio que habría hecho de conocerle tan enemigo y perseguidor de su Hijo santísimo y de sus discípulos para destruir la Iglesia. No nacieron estos discursos en San Pablo tanto de la ignorancia como de la humildad y veneración con que miraba en su espíritu a la Madre de Jesús. Pero no tenía entonces noticia de que la gran Señora estaba capaz de todo lo que por él había sucedido. Y aunque la consideraba y conocía tan piadosa, después que se le manifestó por medianera de su conversión y remedio como lo conoció en Dios, con todo la fealdad de su vida pasada le encogía, humillaba y causaba alguna cobardía, como indigno de la gracia de tal Madre, cuyo Hijo había perseguido tan ciega y furiosamente. Parecíale que para perdonarle tan graves culpas era menester misericordia infinita y la Madre era pura criatura. Alentábale por otra parte entender que había

perdonado a los mismos que crucificaron a su Hijo y que en esto le imitaría como Madre. Dábanle noticia los discípulos de cuán piadosa y dulce era con los pecadores y necesitados, y con esto se encendía más en deseos de verla y proponía en su ánimo que se arrojaría a sus pies y besaría el suelo por donde ponía sus plantas. Pero luego le confundía el pudor de ponerse en su presencia de la que era Madre verdadera de Jesús y estaría tan ofendida y vivía en carne mortal. Juzgaba si la suplicaría le castigase, porque esto le parecía alguna satisfacción, pero también le parecía no cabía en su clemencia tomar esta venganza, pues sin ella había pedido y alcanzado tan liberal misericordia para él.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 19

270. Entre estos y otros discursos, permitió el Señor que San Pablo padeciese algunas dolorosas pero dulces penas, y al fin hablando consigo mismo dijo: Anímate, hombre vil y pecador, que sin duda te admitirá y perdonará la que rogó por ti, por ser Madre verdadera del que también murió por tu remedio, y obrará como Madre de tal Hijo, que todos son misericordia y clemencia y no desprecian al corazón contrito y humillado (Sal 50, 19).—No se le ocultaban a la divina Madre los temores y discursos que pasaban en el pecho de San Pablo, porque todo lo conoció con su altísima ciencia. Entendió también que no sería posible en mucho tiempo venir el nuevo Apóstol a su presencia, y movida con maternal afecto y compasión no pudo permitir que se le dilatase tanto a San Pablo el consuelo que deseaba y, para dársele desde Jerusalén donde ella estaba, llamó a uno de sus Santos Ángeles y le dijo: Espíritu divino y ministro de mi Hijo y mi Señor, compadecida estoy del dolor y cuidado que San Pablo tiene en su humilde corazón. Yo os suplico, Ángel mío, vayáis luego a Damasco y le confortéis y consoléis en sus temores. Daréisle la enhorabuena de su dichosa suerte y le advertiréis del agradecimiento que eternamente debe a la clemencia con que mi Hijo y mi Señor le ha traído a su amistad y gracia, eligiéndole para su Apóstol, y que jamás hizo tal misericordia con algún hombre cual en él ha manifestado. Y de mi parte le diréis que en todos sus trabajos le

ayudaré como Madre y le serviré como sierva que soy de todos los Apóstoles y de los ministros que predican el santo nombre y doctrina de mi Hijo. Daréisle la bendición en mi nombre y diréis que se la envío en nombre del que se dignó tomar carne en mis entrañas y alimentarse a mis pechos.

271. Con esta obediencia y legacía de su Reina cumplió el Santo Ángel puntualmente, llegando con presteza a la presencia de San Pablo, que siempre continuaba su oración; porque sucedió esto otro día después de su bautismo y al cuarto de su conversión. Manifestósele el Ángel en forma humana visible con admirable luz y hermosura y le refirió todo lo que María santísima le ordenó. Oyó San Pablo esta embajada con incomparable humildad, reverencia y júbilo de su espíritu y, respondiendo al Ángel, dijo así: Ministro soberano del omnipotente y eterno Dios, yo vilísimo entre los hombres os suplico, Espíritu dulcísimo y divino, que así como conocéis mi deuda y la dignación de la infinita misericordia que en mí ha manifestado sus riquezas, le deis gracias y dignas alabanzas, porque desmereciéndolo yo me señaló con el carácter y luz divina de sus hijos. Cuando yo me alejaba más de su bondad inmensa, me siguió; cuando iba huyendo, me salió al encuentro; cuando me entregaba ciego a la muerte, me dio vida; y cuando le perseguía como enemigo, me levantó a su gracia y amistad, recompensando las mayores injurias con los mayores beneficios. Nadie se hizo tan odioso y aborrecible como yo y nadie tan liberalmente fue perdonado y favorecido. Sacóme de la boca del león, para que fuese una de las ovejas de su rebaño. Testigo sois, Señor mío, de todo, ayudadme, pues, a ser eternamente agradecido. A la Madre de misericordia y mi Señora os ruego le digáis que éste su indigno esclavo está postrado a sus pies, adorando la tierra donde pisan, y con corazón contrito le suplico perdone al que fue tan atrevido en destruir el nombre y honra de su Hijo y verdadero Dios, que olvide mi ofensa, y con este pecador blasfemo haga como madre que concibió, parió y alimentó siempre virgen al mismo Señor, que le dio ser y la eligió para esto entre todas las criaturas. Digno soy del castigo y de la venganza de tantos yerros y aparejado estoy para recibirle, pero sienta yo en ella la clemencia de sus piadosos ojos y no me arroje de su gracia y protección.

Recíbame por hijo de su Iglesia, que tanto ama, que para su aumento y defensa sacrifico mis deseos y mi sangre, y en todo obedeceré a la voluntad de la que reconozco por mi remediadora y madre de la gracia.

272. Volvió el Santo Ángel con esta respuesta a la presencia de María santísima y, aunque su sabiduría no la ignoraba, se la refirió el soberano embajador. Oyóla con especial júbilo y de nuevo dio garbos y loores al Altísimo por las obras de su divina diestra, que hacía en el nuevo Apóstol Pablo, y por el beneficio que con ellas resultaba a toda la Iglesia y a sus hijos. De la confusión y opresión que recibieron los demonios con esta maravillosa conversión de San Pablo, y otros muchos secretos que se me han manifestado de la malicia de este Dragón, hablaré lo que fuere posible en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima.

273. Hija mía, ninguno de los fieles debe ignorar que pudo el Altísimo reducir y convertir a San Pablo justificándole, sin hacer tantas maravillas como su poder infinito interpuso en esta obra milagrosa. Pero hízolas para testificar a los hombres cuán inclinada está su bondad a perdonarlos y levantarlos a su amistad y gracia, y para enseñarles también cómo deben ellos cooperar de su parte y responder a sus llamamientos con el ejemplo de este gran apóstol. A muchos despierta y llama el Señor con la fuerza de sus inspiraciones y auxilios, y muchos responden y se justifican y reciben los Sacramentos de la Santa Iglesia, pero no todos perseveran en su justificación, y menos son los que prosiguen y caminan a la perfección, antes comenzando en espíritu se resuelven y rematan según la carne. La causa por que no perseveran en la gracia y vuelven luego a caer en sus culpas, es porque no dijeron en su conversión lo que San Pablo: *Señor, ¿qué queréis hacer de mí y que yo haga por vos (Act 9, 6)?* Y si algunos lo pronuncian con los labios, pero no es con todo el corazón, donde siempre reservan algún amor de sí mismos, de la honra, de la hacienda, del gusto, del deleite y de la ocasión del pecado, en que luego vuelven a tropezar y caer.

274. Pero el Apóstol fue un vivo y verdadero ejemplar de los convertidos a la luz de gracia, no sólo porque pasó de un extremo tan distante de culpas a otro de admirable gracia y favores, sino también porque cooperó con su voluntad a esta vocación, alejándose totalmente de su mal estado y de su mismo querer y dejándose todo en la divina voluntad y en su disposición. Y esta negación de sí mismo y rendimiento al querer de Dios contienen aquellas palabras: *Señor, ¿qué queréis hacer de mí?,* en que consistió, cuanto era de su parte, todo su remedio. Y porque las dijo con todo corazón contrito y humillado, se desposeyó de toda su voluntad y se entregó a la del Señor y determinó no tener potencias ni sentidos de allí adelante para que sirviesen a los peligros de la vida animal y sensible, en que había errado. Entregóse a la obediencia del Altísimo por cualquier medio o camino que la conociera, para ejecutarla sin dilación ni réplica, como lo cumplió luego con el mandato del Señor entrando en la ciudad y obedeciendo al discípulo Ananías en cuanto le ordenó. Y como el Altísimo, que escudriña los secretos del corazón humano, conoció la verdad con que Pablo correspondía a su vocación y se entregaba todo a la voluntad y disposición divina, no sólo le admitió con tanto beneplácito, sino multiplicó en él tantas gracias, dones y favores milagrosos, que aunque Pablo no los pudo merecer, tampoco los recibiera si no estuviera tan resignado en el querer del Señor, con que se dispuso para recibirlos.

275. Conforme a estas verdades, quiero, hija mía, que obres con toda plenitud lo que muchas veces te he mandado y exhortado: que te niegues y alejes de todas las criaturas y olvides lo visible, aparente y engañoso. Repite muchas veces, y más con el corazón que con los labios: *Señor, ¿qué queréis hacer de mí?* Porque si quieres hacer o admitir alguna acción o movimiento por tu voluntad, no será verdad que quieres sola y en todo la voluntad del Señor. El instrumento no tiene otro movimiento ni operación más del que recibe de la mano del artífice, y si le tuviese propio podría resistirle y encontrarse con la voluntad de quien le gobierna. Pues lo mismo sucede entre Dios y el alma; que si ella tiene algún querer, sin aguardar

que Dios la mueva, se encuentra con el beneplácito del mismo Señor y, como la guarda los fueros de su libertad que la dio, déjala errar, porque ella lo quiere y no aguarda a ser gobernada de su artífice.

276. Y porque no conviene que todas las operaciones de las criaturas en la vida mortal sean milagrosamente gobernadas por el poder divino, para que no aleguen ni se llamen a engaño los hombres les puso Dios la ley en su corazón y luego en su Santa Iglesia, para que por ella conozcan la voluntad divina y se regulen por ella y la cumplan. A más de esto puso en su Iglesia a los superiores y ministros, para que, oyéndolos y obedeciéndolos como al mismo Señor que los asiste, fuese obedecido en ellos y las almas tuviesen esta seguridad. Todo esto tienes tú, carísima, con grande abundancia, para que ni admitas movimiento, ni discurso, ni deseo, ni pensamiento alguno, ni ejecutes tu voluntad en ninguna acción, sin voluntad y obediencia de quien tiene a su cargo tu alma, porque a él te envía el Señor, como a Pablo envió a su discípulo Ananías. Pero sobre esto, aún es más estrecha tu obligación, porque el Altísimo te miró con especial amor y gracia y te quiere como instrumento en su mano y te asiste, gobierna y mueve por sí mismo, por mí y por sus Santos Ángeles, y esto hace con la fidelidad, atención y continuación que tú conoces. Considera, pues, cuánta razón será que tú mueras a todo tu querer, y en ti resucite el querer divino, y que él sólo sea en ti el que dé alma y vida a todos tus movimientos y operaciones. Ataja, pues, todos tus discursos y advierte que si en tu entendimiento resumieras la sabiduría de los más doctos y el consejo de los más prudentes y toda la inteligencia de los ángeles por su naturaleza, con todo esto no acertarás a ejecutar la voluntad del Señor, ni a conocerla con suma distancia, cuanto acertarás si te resignas y dejas toda a su beneplácito. El solo conoce lo que te conviene y con amor eterno lo quiere y eligió tus caminos y te gobierna en ellos. Déjate llevar y guiar de su divina luz, sin gastar tiempo en discurrir sobre lo que has de hacer, porque en eso está el peligro de errar y en mi doctrina toda tu seguridad y acierto. Escríbela en tu corazón y óbrala con todas tus fuerzas, para que merezcas mi intercesión y que por ella el

Altísimo te lleve a sí.

CAPITULO 15

Declárase la oculta guerra que hacen los demonios a las almas, el modo cómo él Señor las defiende por sus Ángeles, por María santísima y por sí mismo, y un conciliábulo que hicieron los enemigos después de la conversión de San Pablo contra la misma Reina y la Iglesia.

277. Por la abundante doctrina de las Sagradas Escrituras, y después por las de los doctores santos y maestros, está informada toda la Iglesia católica y avisados sus hijos de la malicia y crueldad vigilantísima con que los persigue el infierno, desvelándose con su astucia para llevarlos a todos, si le fuera permitido, a los tormentos eternos. Y también de las mismas Escrituras sabemos cómo nos defiende el poder infinito del Señor, para que, si queremos valernos de su invencible favor y protección, caminemos seguros hasta conseguir la felicidad eterna, que nos tiene preparada por los merecimientos de Cristo nuestro Salvador, si nosotros juntamente la merecemos. Para asegurarnos en esta confianza, y consolarnos con esta seguridad, dice San Pablo (Rom 15, 4)) que se escribieron todas las Escrituras Santas y para que no fuese vana nuestra esperanza si la tenemos sin obras. Por esto el Apóstol San Pedro juntó lo uno y lo otro, pues habiéndonos dicho que arrojemos toda nuestra solicitud en el Señor, que tenía cuidado de nosotros, añadió luego: *Sed sobrios y vigilantes, porque vuestro adversario el diablo como rugiente león os rodea, buscando en quién hacer presa para devorarle (1 Pe 5, 8).*

278. Estos avisos y otros de la Sagrada Escritura son en común y en general. Y aunque de ellos y de la continuada experiencia pudieron los hombres, hijos de la Iglesia, descender al particular y prudente juicio de las asechanzas y persecución que a todos hacen los demonios para nuestra perdición, pero como los hombres terrenos y animales, acostumbrados a sólo aquello que perciben por los sentidos, no levantan el pensamiento a cosas más altas (1

Cor 2, 14), viven con falsa seguridad, ignorando la inhumana y oculta crueldad con que los demonios les solicitan su perdición y la consiguen. Ignoran también la protección divina con que son defendidos y amparados y, como ignorantes y ciegos, ni agradecen este beneficio ni temen aquel peligro. ¡Ay de la tierra —dijo San Juan en el Apocalipsis (Ap 12, 12)— porque bajó a vosotros Satanás con grande indignación de su ira! Esta dolorosa voz oyó el Evangelista en el cielo, donde si pudiera haber dolor, le tuvieran los santos de la oculta guerra que tan poderoso, indignado y mortal enemigo venía a hacer a los hombres. Pero aunque los santos no pueden tener dolor de este peligro, sin dolor se compadecen de nosotros, y nosotros, con un olvido y letargo formidable, ni tenemos dolor ni compasión de nosotros mismos. Para despertar de este sueño a los que leyeren esta Historia, he entendido que en todo el discurso de ella se me ha dado luz de los ocultos consejos del maldad que han tenido y tienen los demonios contra los misterios de Cristo, contra la Iglesia y sus hijos, como lo dejo escrito en muchas partes, declarando algunos secretos ocultos a los hombres de la guerra invisible que nos hacen los espíritus malignos para traernos a su voluntad. Pero en este lugar, con ocasión de lo que sucedió en la conversión de San Pablo, me ha declarado más el Señor esta verdad, para que la escriba y se conozca la continua lucha y altercación que tienen nuestros Santos Ángeles con los demonios, sobre defender las almas, y el modo con que los vence el poder divino, o por medio de los mismos Ángeles, o por María santísima, o por Cristo nuestro Señor, o por sí mismo el Todopoderoso.

279. De las altercaciones y contiendas que tienen los Santos Ángeles con los demonios para defendernos de su envidia y malicia, hay claros testimonios en la Sagrada Escritura, que para mi intento basta suponerlos sin referirlos. Notorio es lo que el Santo Apóstol Judas Tadeo dice en su canónica (Jds 1, 9): que San Miguel altercó con el diablo sobre que este enemigo pretendía manifestar el cuerpo del Santo Profeta y Legislador Moisés, que el Santo Arcángel había sepultado por mandado del Señor en lugar oculto a los judíos. Y Lucifer pretendía que se declarase, por inducir al pueblo a que adorándole con sacrificios per-

virtiese el culto de la ley en idolatría, y San Miguel lo defendía, que no se manifestase el sepulcro. Esta enemistad de Lucifer y sus demonios con los hombres es tan antigua, cuanta lo es la inobediencia de este Dragón, y tan llena de furor y crueldad, cuanto él estuvo y está soberbio contra Dios, después que en el cielo conoció que el Verbo eterno quería tomar carne humana y nacer de aquella mujer que vio vestida del sol, de que se dijo algo en la primera parte (Cf. supra p. I n. 90-91). De reprobar estos consejos de la eterna sabiduría y no sujetar su cerviz este soberbio ángel, le nació el odio que tiene contra Dios y contra sus criaturas, y como no puede ejecutarla en el Señor, ejecútala en las hechuras de su mano. Y como el demonio por su naturaleza de ángel aprende con inmovilidad, para no retroceder de lo que una vez determinó su voluntad, por esto, aunque muda el ingenio en arbitrar medios, no muda el afecto de perseguir a los hombres, antes ha crecido y crece más en él este odio [accidentalmente] con los favores que Dios hace a los justos y santos de su Iglesia y con las victorias que de él alcanza la semilla de aquella mujer su enemiga, con quien la amenazó Dios que él la acecharía pero ella le quebrantaría la cabeza.

280. Pero como este enemigo es espíritu intelectual y que no se fatiga ni se cansa en obrar, madruga tanto a perseguirnos, que comienza la batería desde el mismo instante que comenzamos a tener el ser que tenemos en el vientre de nuestras madres, y no se acaba este conflicto y duelo hasta que el alma se despide del cuerpo, verificándose lo que dijo el Santo Job (Job 7, 1): que la vida del hombre es milicia sobre la tierra. Y no sólo consiste esta batalla en que somos concebidos en pecado original y de allí salimos con el *fomes peccati* y pasiones desordenadas que nos inclinan al mal, más, fuera de esta guerra y contradicción que siempre llevamos con nosotros en la propia naturaleza, nos combate con mayor indignación el demonio, valiéndose de toda su astucia y malicia y del poder que se le permite, y luego de nuestros propios sentidos, potencias e inclinaciones y pasiones. Y sobre todo esto, procura valerse de otras causas naturales para que por su medio nos ataje el remedio de la salvación eterna

con la vida y, si esto no puede, para pervertirnos y derribarnos de la gracia. Y ningún daño ni ofensa de cuantos alcanza con su entendimiento que nos puede hacer, ninguno deja de intentarlo desde el punto de nuestra concepción hasta el último de la vida, que también dura nuestra defensa.

281. Esto pasa de esta manera, particularmente entre los hijos de la Iglesia. Luego que conoce el demonio que hay alguna generación natural del cuerpo humano, observa lo primero la intención de sus padres y si están en pecado o en gracia, si excedieron o no en el uso de la generación. Luego la complexión de humores que tienen, porque de ordinario la participan los cuerpos engendrados, atienden asimismo a las causas naturales, no sólo a las particulares sino también a las generales que concurren a la generación y organización de los cuerpos humanos. Y de todo esto, con las experiencias largas que tienen, rastrean cuanto pueden la complexión o inclinaciones que tendrá el que es engendrado y desde entonces suelen echar grandes pronósticos para adelante. Y si le hace bueno, procuran cuanto pueden impedir el nacimiento ofreciendo peligros o tentaciones a las madres para que aborten. Es grande la rabiosa indignación de estos dragones, para que no salga a la luz la criatura, ni llegue a recibir el bautismo si nace donde luego se le pueden dar. Para esto inducen a las madres con sugestiones y tentaciones, que las obliguen a hacer muchos desórdenes y excesos, con que muevan la criatura antes de tiempo o muera en el vientre; porque entre los católicos o herejes que usan del bautismo se contentarían los demonios con impedírselo, para que no se justifiquen y vayan al limbo donde no han de ver a Dios; aunque entre los paganos e idólatras no ponen tanto cuidado, porque allí la condenación es más probable...

282. Contra esta malignidad del Dragón tiene prevenida el Altísimo la protección de su defensa por varios modos. El común es, el de su general y grande Providencia con que gobierna las causas naturales, para que tengan sus efectos en sus tiempos oportunos, sin que la potencia de los demonios las puedan impedir y pervertir en ellos; porque para esto les tiene limitado el poder con que trasegaran el

mundo si lo dejara el Señor a la disposición de su implacable malicia. Pero no lo permite la bondad del Criador, ni quiere entregar sus obras ni el gobierno de las cosas inferiores, y menos el de los hombres, a sus enemigos jurados y mortales, que sólo sirven en el universo como verdugos viles en la república bien concertada, y aun en esto no obran más de lo que se les manda y permite. Y si los hombres depravados no diesen mano a estos enemigos, admitiendo sus engaños y cometiendo culpas que merecen castigo, toda la naturaleza guardaría su orden en los efectos propios de las causas comunes y particulares, y no sucederían tantas desgracias y daños entre los fieles, como suceden en los frutos de la tierra, en las enfermedades, en las muertes improvisas y en tantos maleficios como el demonio ha inventado. Todo esto, y otros malos sucesos en los partos de las criaturas, viciados por desórdenes y pecados, y dar mano al demonio, y merecer nosotros que por su malicia seamos castigados, pues nos entregamos a ella.

283. A más de esta general providencia entra la particular protección de los Ángeles Santos, a quien, como dice Santo Rey David (Sal 90, 12), les mandó el Altísimo que nos trajesen en sus palmas, para no tropezar en los lazos de Satanás; y en otra parte dice (Sal 33, 8) que enviará su Ángel, que con su defensa nos rodeará y librará de los peligros. Esta defensa comienza también, como la persecución, desde el vientre donde recibimos el ser humano, y persevera hasta presentar nuestras almas en el juicio y tribunal de Dios, según el estado y suerte que cada uno hubiere merecido. Al punto que la criatura es concebida en el vientre, manda el Señor a los Ángeles que guarden a ella y a su madre, y señala un particular Ángel por su custodio. Pero desde la generación tienen los Ángeles grandes altercaciones con los demonios, para defender a las criaturas que reciben debajo de su protección. Los demonios alegan que tienen jurisdicción sobre ella, por estar concebida en pecado y ser hija de maldición, indigna de la gracia y favor divino y esclava de los mismos demonios. El Ángel la defiende con que viene concebida por el orden de las causas naturales, sobre las cuales no tiene autoridad el infierno, y que si tiene pecado

original le contrae por la misma naturaleza y fue culpa de sus primeros padres y no de su particular voluntad y, que no obstante el pecado, la cría Dios para que le conozca, alabe y sirva y para que en virtud de su pasión y méritos pueda merecer la gloria, y que estos fines no se han de impedir por sola la voluntad del demonio.

284. Alegan también estos enemigos que los padres de la criatura en su generación no tuvieron la intención recta ni el fin que debían tener y que excedieron y pecaron en el uso de la generación. Este derecho es el más fuerte que puede tener el enemigo contra las criaturas en el vientre, porque sin duda los pecados les desmerecen mucho la protección divina, o que se impida la generación. Pero aunque esto sucede muchas veces, y algunas perecen las criaturas concebidas sin salir a luz, comúnmente las guardan los Ángeles. Y si son hijos legítimos, alegan que sus padres han recibido el sacramento y bendiciones de la Iglesia y, si tienen, algunas virtudes de limosneros, piadosos y otras devociones o buenas obras. Todo lo alegan los Ángeles y se valen de ellas como de armas contra los demonios, para defender a sus encomendados. En los que no son hijos legítimos es mayor la contienda, porque tiene más jurisdicción el enemigo en la generación en que Dios es tan ofendido, y de justicia merecían los padres riguroso castigo; y así en defender y conservar los hijos ilegítimos manifiesta Dios mucho más su liberal misericordia. Y los Santos Ángeles la alegan para esto y que son efectos naturales, como arriba dije (Cf. supra n. 283). Y cuando los padres no tienen méritos propios ni virtudes, sino culpas y vicios, entonces también los Ángeles alegan en favor de la criatura los merecimientos que hallan en sus pasados, abuelos o hermanos, y las oraciones de sus amigos y encomendados, y que el niño no tiene culpa porque sus padres sean pecadores o hayan excedido en la generación. Alegan también que aquellos niños con la vida pueden llegar a grandes virtudes y santidad, y que no tiene derecho el demonio para impedir el que tienen los niños para llegar a conocer y amar a su Criador. Y algunas veces les manifiesta Dios, que son los niños escogidos para alguna obra grande del servicio de la Iglesia, y entonces la defensa de los Ángeles es muy vigilante y poderosa, pero también

los demonios acrecientan su furor y persecución, por lo que conjeturan del mismo cuidado de los Ángeles.

285. Todas estas altercaciones, y las que diremos, son espirituales, como lo son los Ángeles y los demonios con quienes las tienen y también son espirituales las armas con que pelean así los ángeles como el mismo Señor. Pero las más ofensivas armas contra los espíritus malignos son las verdades divinas de los misterios de la divinidad y Trinidad beatísima, de Cristo nuestro Salvador, de la unión hipostática y de la Redención y del amor inmenso con que nos ama en cuanto Dios y en cuanto hombre procurando nuestra salvación eterna; luego la santidad y *pureza* de María santísima, sus misterios y merecimientos. De todos estos sacramentos les dan nuevas especies a los demonios, para que los entiendan y atiendan a ellos, y para esto los compelen los Santos Ángeles o el mismo Dios. Y entonces sucede, como dice Santiago (Sant 2, 19), que los demonios creen y tiemblan, porque estas verdades los aterran y atormentan de manera, que por no atender tanto se arrojan al profundo y suelen pedir que les quite Dios aquellas especies que reciben, como de la unión hispostática, porque los atormentan más que el fuego que padecen, por el aborrecimiento que tienen con los misterios de Cristo. Y por esto repiten los Ángeles muchas veces en estas batallas: ¿Quién como Dios? ¿Quién como Cristo Jesús, Dios y hombre verdadero, que murió por el linaje humano? ¿Quién como María santísima nuestra Reina, que fue exenta de todo pecado y dio carne y forma humana al Verbo eterno en sus entrañas, siendo Virgen y permaneciendo siempre Virgen?

286. Continúase la persecución de los demonios y la defensa de los Ángeles en naciendo la criatura. Y aquí es donde se señala más el odio mortal de esta serpiente con los niños que pueden recibir agua del bautismo, porque trabaja mucho por impedírselo por todos caminos cuanto puede; y donde también la inocencia del infante clama al Señor lo que dijo Ezequías: Responde, Señor, por mí, que padezco fuerza (Is 38, 14), porque en nombre del niño parece lo hacen los ángeles: guárdanlos en aquella edad con grande cuidado, porque ya están fuera de las madres y

por sí no se pueden valer, ni el desvelo de quien los cría puede prevenir tantos peligros como aquella edad tiene. Pero esto suplen muchas veces los Santos Ángeles, porque los defienden cuando están durmiendo y solos en otras ocasiones, donde perecerían muchos niños, si no fueran defendidos de sus Ángeles. Los que llegamos a recibir el sagrado bautismo y confirmación, tenemos en estos sacramentos poderosa defensa contra el infierno, por el carácter con que somos señalados por hijos de la Iglesia, por la justificación con que somos reengendrados por hijos de Dios y herederos de su gloria, por las virtudes fe, esperanza y caridad y otras con que quedamos adornados y fortalecidos para bien obrar, por la participación de los demás sacramentos y sufragios de la Iglesia, donde se nos aplican los méritos de Cristo y de sus Santos, y otros grandes beneficios que todos los fieles confesamos; y si nos valiéramos de ellos, venciéramos al demonio con estas armas y no tuviera parte en ninguno de los hijos de la Santa Iglesia.

287. Pero ¡ay dolor, que son muy contados aquellos que, en llegando al uso de la razón, no pierden luego la gracia del bautismo y se hacen del bando del demonio contra su Dios! Aquí parece que fuera justicia desampararnos y negarnos la protección de su providencia y de sus Santos Ángeles. Pero no lo hace así, porque antes, cuando la comenzamos a desmerecer, entonces la adelanta con mayor clemencia, para manifestar en nosotros la riqueza de su infinita bondad. No se puede explicar con palabras cuál y cuánta sea la malicia, la astucia y diligencia del demonio para inducir a los hombres y derribarlos en algún pecado, al punto que llegan a entrar en los años y en el uso de la razón. Para esto toman la corrida de lejos, procurando que en los años de la infancia se acostumbren a muchas acciones viciosas; que oigan y vean otras semejantes en sus padres, en quien los cría y en las compañías de otros más viciosos y de mayor edad; que los padres se descuiden en aquellos tiernos años de sus hijos en prevenir este daño, porque entonces, como en cera blanda y en tabla rasa, se imprime en los niños todo lo que perciben por el sentido y allí mueve el demonio sus inclinaciones y pasiones, y comúnmente los hombres obran por ellas, si no son

gobernados con especial auxilio. Y de aquí resulta que, llegando los mozos al uso de la razón, siguen las inclinaciones y pasiones en lo sensible y deleitable, de cuyas especies tienen llena la imaginación o fantasía. Y con hacerlos caer en algún pecado, toma luego el demonio posesión en sus almas y adquiere nuevo derecho y jurisdicción sobre ellos para traerlos a otros pecados, como de ordinario por desdicha de tantos sucede.

288. No es menor la diligencia y cuidado de los Santos Ángeles en prevenir este daño y defendernos del demonio. Para esto dan muchas inspiraciones santas a sus padres, que cuiden de la crianza de sus hijos, que los catequicen en la ley de Dios, que los impongan en obras cristianas y en algunas devociones y se vayan retirando de todo lo malo y ensayándose en las virtudes. Las mismas inspiraciones envían a los niños, más o menos como van creciendo, o según la luz que les da el Señor de lo que quiere obrar en las almas. Sobre esta defensa tienen grandes altercaciones con los demonios, porque estos malignos espíritus alegan todos cuantos pecados hay en los padres contra los hijos y las acciones desconcertadas que los mismos niños cometen, porque si bien no son culpables, pero el demonio dice que todas son obras suyas y que tiene derecho para continuarlas en aquella alma. Y si ella con el uso de la razón comienza a pecar, es fuerte la resistencia que hacen para que los Ángeles Santos no las retiren del pecado. Y para esto alegan los mismos ángeles las virtudes de sus padres y pasados y las mismas acciones buenas de los niños. Y aunque no sea más de haber pronunciado el nombre de Jesús o de María, cuando se lo enseñan a nombrar, alegan esta obra para defenderle con ella, por haber comenzado a honrar el nombre santo del Señor y de su Madre, y si tienen otras devociones y saben las oraciones cristianas y las dicen. De todo esto se valen los ángeles como de propias armas del hombre para defenderle del demonio, porque con cualquiera obra buena le quitamos algo del derecho que adquirió contra nosotros por el pecado original y más por los actuales.

289. Entrado ya el hombre en el uso de la razón, viene a ser más contencioso el duelo y la batalla entre los ángeles y

los demonios, porque desde el punto que cometemos algún pecado, pone esta serpiente extremada solicitud en que perdamos la vida antes que hagamos penitencia y nos condenemos. Y para que caigamos en otros nuevos delitos, llena de lazos y peligros todos los caminos que hay en todos los estados, sin exceptuar alguno, aunque no en todos pone unos mismos peligros. Pero si los hombres conocieran este secreto como en hecho de verdad sucede y vieran las redes y tropiezos que por culpa de los mismos hombres ha puesto el demonio, anduvieran todos temblando y muchos mudaran de su estado o no le tomaran y otros dejaran los puestos, los oficios, las dignidades que apetecen. Pero con ignorar su propio riesgo viven mal seguros, porque no saben entender ni creer más de aquello que perciben por los sentidos, y así no temen los enredos ni fóveas que les prepara el demonio para su infeliz ruina. Por esto son tantos los necios y pocos los cuerdos sabios verdaderos, son muchos los llamados y pocos los escogidos, los viciosos y pecadores son sin número y muy contados los virtuosos y perfectos. Al paso que se multiplican los pecados de cada uno, va cobrando el demonio actos positivos de posesión en el alma, y si no le puede quitar la vida al que tiene por esclavo procura a lo menos tratarle como a vil siervo, alegando que cada día es más suyo y que él mismo lo quiere ser y que no hay justicia para quitársele ni para darle auxilios, pues él no los admite, ni para aplicarle los méritos de Cristo, pues él los desprecia, ni la intercesión de los Santos, pues él los olvida.

290. Con estos y otros títulos, que no es posible referir aquí, pretende el demonio atajar el tiempo de la penitencia a los que tiene por suyos. Y si esto no lo consigue, pretende impedirles los caminos por donde pueden llegar a justificarse, y son muchas las almas en quien lo consigue. Mas a ninguna le falta la protección divina y la defensa de los Santos Ángeles, que nos libran infinitas veces del peligro de la muerte y esto es tan cierto, que apenas hay alguno que no lo haya podido conocer en el discurso de su vida. Envíannos continuas inspiraciones y llamamientos, mueven todas las causas y medios que conviene para avisarnos y despertarnos. Y lo que más es, nos defienden del furor y saña de los demonios y alegan contra ellos para nuestra

defensa todo cuanto el entendimiento de un ángel y bienaventurado puede alcanzar y todo aquello a que su ardentísima Caridad y su poder se extiende. Y todo esto es necesario muchas veces con algunas y con muchas almas que se han entregado a la jurisdicción del demonio, y sólo para esta temeridad usan de su libertad y potencias. No hablo de los paganos, idólatras y herejes, que si bien los defienden los ángeles custodios y les dan buenas inspiraciones y mueven tal vez para que hagan algunas buenas obras morales, y después las alegan en su defensa, pero comúnmente lo más que con ellos hacen es defenderles la vida, para que tenga Dios más justificada su causa, habiéndoles dado tanto tiempo para convertirse [Dios da a todos gracia suficiente y quiere que todos se salven, pero el hombre tiene libre albedrío]. Y también los Ángeles trabajan porque no hagan tantas culpas como los demonios pretenden, porque la caridad de los Santos Ángeles se extiende a lo menos a que no merezcan tantas penas, como la malicia del demonio a procurárseles mayores.

291. En el Cuerpo Místico de la Iglesia son las mayores porfías entre los Ángeles y demonios, según los diferentes estados de las almas. A todos comúnmente los defienden, como con armas comunes con que recibieron el sagrado bautismo, con el carácter, con la gracia, con las virtudes, buenas obras y merecimientos, si algunos han tenido; con las devociones de los santos, con las oraciones de los justos que ruegan por ellos y con cualquier buen movimiento que tienen en toda su vida. Esta defensa en los justos es poderosísima, porque como están en gracia y amistad de Dios tienen los Ángeles mayor derecho contra los demonios, y así los alejan y les muestran las almas justas y santas como formidables para el infierno; y sólo por este privilegio se debía estimar la gracia sobre todo lo criado. Otras almas hay tibias, imperfectas y que caen en pecado y a tiempos se levantan; contra éstas alegan más derecho los demonios para usar con ellas de su crueldad, pero los Santos Ángeles las defienden y trabajan mucho para que *la caña quebrantada* —como dice Isaías (Is 42, 3)— *no se acabe de romper, y la estopa que humea no se acabe de extinguir.*

292. Hay otras almas tan infelices y depravadas, que en toda su vida no han hecho una obra buena meritoria después que perdieron la gracia del bautismo [los pecadores en estado de pecado mortal pueden hacer obras naturalmente buenas, pero estas obras para ellos no son meritorias para la vida eterna ya que son obras muertas] o, si alguna vez se han levantado del pecado, vuelven a él tan de asiento, que parece han rematado cuentas con Dios y viven y obran como sin esperanza de otra vida ni temor del infierno, ni reparo en algún pecado. En estas almas no hay acción vital de gracia, ni movimiento de verdadera virtud, ni los Ángeles Santos tienen de parte del alma que alegar en su defensa cosa buena ni eficaz. Los demonios claman: Esta, a lo menos, nuestra es de todas maneras y a nuestro imperio está sujeta y no tiene la gracia parte en ella. Y para esto representan los demonios a los Ángeles, todos los pecados, maldades y vicios de aquella alma que a tan mal dueño como éste sirve de su voluntad. Aquí es increíble e indecible lo que pasa entre los demonios y los Ángeles, porque los enemigos resisten con sumo furor, para que no se le den inspiraciones y auxilios. Y como en esto no pueden resistir al divino poder, ponen a lo menos grande esfuerzo para que no las admitan ni atiendan a la vocación del cielo. Y en tales almas sucede de ordinario una cosa muy notable, que cuantas veces las envía Dios por sí, o por medio de sus Ángeles, alguna inspiración santa o movimiento, tantas es necesario ahuyentar a los demonios y alejarlos de aquella alma para que atienda y para que estas aves de rapiña no vengan luego y destruyan aquella santa semilla. Esta defensa hacen los Ángeles de ordinario con aquellas palabras que arriba dije (Cf. supra n. 285): ¿Quién como Dios que habita en las alturas? ¿Quién como Cristo que está a la diestra del Eterno Padre? Y, ¿quién como María santísima?—Y otras semejantes de que huyen los dragones infernales, y tal vez caen al profundo, aunque después, como no se les acaba la ira, vuelven a su contienda.

293. Procuran también los enemigos con todo su conato que los hombres multipliquen los pecados, para que se llene luego el número de sus iniquidades y se les ataje el

tiempo de la penitencia y de la vida y los lleven a sus tormentos. Pero los Santos Ángeles, que se gozan de la conversión del pecador (Lc 15, 10), ya que no puedan conseguirla, trabajan mucho con los hijos de la Iglesia en detenerlos cuanto pueden, excusándoles infinitas ocasiones de pecar y que en ellas se detengan o pequen menos. Y cuando con todas estas diligencias, y otras que no saben los mortales, no pueden reducir a tantas almas como conocen en pecado, válense de la intercesión de María santísima y la piden se interponga por medianera con el Señor y que tome la mano en confundir a los demonios. Y para que por algún modo obliguen los pecadores a su clementísima piedad, solicitan los Ángeles con sus almas que tengan alguna especial devoción con esta gran Señora y que le hagan algún servicio que ofrecerle. Y aunque es verdad que todas las obras buenas hechas en pecado son muertas y como armas flaquísimas contra el demonio, pero siempre tienen alguna congruencia, aunque remota, por la honestidad de sus objetos y buenos fines, y con ellas está menos indispuesto el pecador que sin ellas. Y sobre todo, estas obras presentadas por los Ángeles, y más por María santísima, tienen no sé qué vida o semejanza de ella en la presencia del Señor, que las mira diferentemente que en el pecador, y aunque no se obliga por ellas hácelo por quien lo pide.

294. Por este camino salen infinitas almas del pecado y de las uñas del Dragón, interponiéndose María santísima, cuando no basta la defensa de los Ángeles, porque son sin número las almas que llegan a tan formidable estado, que necesitan de brazo poderoso como el de esta gran Reina. Por esto los demonios son tan atormentados de su propio furor, cuando conocen que algún pecador llama o se acuerda de esta gran Señora, porque ya saben la piedad con que los admite, y que en tomando ella la mano hace suya la causa y no les queda esperanza ni aliento para resistirla, antes se dan luego por vencidos y rendidos. Y sucede muchas veces, cuando Dios quiere hacer alguna particular conversión, que la misma Reina manda con imperio a los demonios que se alejen de aquella alma y vayan al profundo, como siempre que ella se lo manda sucede. Otras veces, sin mandarles con imperio la misma

Señora, les pone Dios especies de sus misterios y del poder y santidad que en ella se encierran, y con estas nuevas noticias huyen y son aterrados y vencidos y dejan a las almas que respondan y cooperen con la gracia que la misma Señora les alcanza de su Hijo santísimo.

295. Mas con ser tan poderosa la intercesión de esta gran Reina y su imperio tan formidable para los demonios, y aunque ningún favor hace el Altísimo a la Iglesia y a las almas en que no intervenga María santísima, con todo eso, en muchas ocasiones pelea por nosotros la humanidad del mismo Verbo encarnado y nos defiende de Lucifer y sus secuaces, declarándose con su Madre en nuestro favor y aniquilando y venciendo a los demonios. Tanto y tal es el amor que tiene a los hombres y lo que solicita su salvación eterna. Y sucede esto, no solamente cuando las almas se justifican por medio de los sacramentos, porque entonces sienten los enemigos contra sí la virtud de Cristo y sus merecimientos más inmediatamente; pero en otras conversiones maravillosas les da especies particulares a estos malignos con que los aterra y confunde, representándoles alguno o muchos misterios suyos, como arriba dije (Cf. supra n. 285). Y a este modo fue la conversión de San Pablo, de Santa María Magdalena y de otros santos; o cuando es necesario defender a la Iglesia, o a algún reino católico, de las traiciones y maldades que contra ellos fabrica el infierno para destruirlos. Y en semejantes sucesos no sólo la humanidad santísima, pero la divinidad infinita, con la potencia que se le atribuye al Padre Eterno, se declara inmediatamente contra todos los demonios por el modo dicho, dándoles nuevo conocimiento y especies de los misterios y omnipotencia con que los quiere oprimir, vencer y despojar de la presa que han hecho o intentan hacer.

296. Y cuando el Altísimo interpone estos medios tan poderosos contra el dragón infernal, queda todo aquel reino de confusión aterrado y acobardado en el profundo para muchos días, dando lamentables aullidos, y no se pueden mover de aquel lugar hasta que el mismo Señor les da permiso para salir al mundo. Pero cuando conocen que le tienen, vuelven a perseguir las almas con su antigua

indignación. Y aunque parece que no se ajusta con la soberbia y arrogancia volver a porfiar contra quien los ha derribado y vencido, con todo eso la envidia que tienen de que los hombres puedan llegar a gozar de Dios y la indignación con que desean impedírselo prevalecen en estos demonios, para no desistir en perseguirnos hasta el fin de la vida. Pero si los pecados de los hombres no hubieran desobligado tan desmedidamente a la misericordia divina, he entendido que usara Dios muchas veces del poder infinito para defender a muchas almas, aunque fuera con modo milagroso. Y en particular hiciera estas demostraciones en defensa del Cuerpo Místico de la Iglesia y de algunos Reinos Católicos, desvaneciendo los consejos del infierno con que procura destruir la cristiandad, como en estos infelices siglos lo vemos a nuestros ojos; y no merecemos que nos defienda el poder divino, porque todos comúnmente irritamos su justicia y el mundo se ha confederado con el infierno, en cuyo poder le deja Dios que se entregue, porque tan ciega y contenciosamente porfían los hombres en hacer este desatino.

297. En la conversión de San Pablo se manifestó esta protección del Altísimo que hemos visto; porque le segregó —como él dice (Gal 1, 15)— desde el vientre de su madre, señalándole por su Apóstol y vaso de elección en la mente divina. Y aunque el discurso de su vida hasta la persecución de la Iglesia fue con variedad de sucesos en que se deslumbre el demonio, como le sucede con muchas almas, pero desde su concepción le observó y tanteó el natural y el cuidado con que los Ángeles le defendían y guardaban. De aquí le creció el odio al Dragón, para desearle acabar con los primeros años. Y como no pudo conseguirlo, procuró conservarle la vida, cuando le vio perseguidor de la Iglesia, como arriba dije (Cf. supra n. 253). Y como para retraerle y revocarle de este engaño, a que tan de corazón se había entregado a los demonios, no fueron poderosos los Ángeles, entró la poderosa Reina tomando la causa por suya, y por ella interpuso su virtud divina el mismo Cristo y el Eterno Padre, y con brazo poderoso le sacó de las uñas del Dragón, y a él le confundió con todos sus demonios hasta el profundo, a donde fueron

arrojados en un momento con la presencia de Cristo todos cuantos iban acompañando y provocando a Saulo en el camino de Damasco.

298. Sintieron en esta ocasión Lucifer y sus demonios el azote de la omnipotencia divina y como aterrados y amedrentados de ella estuvieron algunos días apegados a los profundos de las cavernas infernales. Mas al punto que les quitó el Señor aquellas especies que les había dado para confundirlos, volvieron a respirar en su indignación. Y el Dragón grande convocó a los demás y les habló de esta manera: ¿Cómo es posible que yo tenga sosiego a vista de tan repetidos agravios que cada día recibo de este Verbo humanado y de aquella Mujer que le engendró y parió hecho hombre? ¿Dónde está mi fortaleza? ¿Dónde mi potencia y mi furor y los grandes triunfos con que con él he ganado de los hombres, después que sin razón me arrojó Dios de los cielos a este profundo? Parece, amigos míos, que el Omnipotente quiere cerrar las puertas de estos infiernos y hacer patentes las del cielo, con que nuestro imperio quedará destruido y se desvanecerán mis pensamientos y deseos de traer a estos tormentos a todo el resto de los hombres. Si Dios hace por ellos tales obras sobre haberlos redimido con su muerte, si tanto amor les manifiesta, si con tan poderoso brazo y maravillas los granjea y los reduce a su amistad, aunque tengan ánimos de fieras y corazones diamantinos se dejarán vencer de tanto amor y beneficios. Todos le amarán y seguirán, y si no, son más rebeldes y obstinados que nosotros. ¿Qué alma será tan insensible que no la obligue a ser agradecida a este Dios-Hombre que con tal caricia solicita su misma gloria? Saulo era nuestro amigo, instrumento de mis intentos, sujeto a mi voluntad e imperio, enemigo del Crucificado y le tenía yo destinado para darle crudelísimos tormentos en este infierno. Y en medio de todo esto impensadamente me lo quitó de las manos y con brazo poderoso y fuerte levantó a un hombrecillo terreno a tan subida gracia y beneficios, que nosotros con ser sus enemigos quedamos admirados. ¿Qué obras hizo Saulo para granjear tan alta dicha? ¿No estaba en mi servicio ejecutando mis mandatos y desobligando al mismo Dios? Pues si con él ha sido tan liberal, ¿qué hará con otros

menos pecadores? Y cuando no los llame y convierta a sí con tantas maravillas, los reducirá por el bautismo y otros sacramentos con que se justifica cada día. Y con este raro ejemplo se llevará al mundo tras de sí, cuando pretendía yo por Saulo extinguir la Iglesia y ahora la defenderá con mucho esfuerzo. ¿Es posible que vea yo a la vil naturaleza de los hombres levantada a la felicidad y gracia que yo perdí, y que ha de entrar en los cielos de donde yo fui arrojado? Esto me atormenta más que el fuego en mi propio furor, rabio y desatino porque no puedo aniquilarme; hágalo Dios y no me conserve en esta pena. Pues esto no ha de ser, decidme, vasallos míos, ¿qué haremos contra este Dios tan poderoso? A Él no le podemos ofender, pero en estos hombres, que tanto ama, podemos tomar venganza, pues en esto contravenimos a su querer. Y porque mi grandeza está más ofendida e indignada contra aquella Mujer nuestra enemiga que le dio el ser humano, quiero intentar de nuevo destruirla y vengar la injuria de habernos quitado a Saulo y arrojarnos a este infierno. No sosegaré hasta vencerla. Y para esto determino ejecutar con ella todos los arbitrios que mi ciencia ha inventado contra Dios y contra los hombres, después que bajé al profundo. Venid todos, para que me ayudéis en esta demanda y ejecutéis mi voluntad.

299. Hasta aquí llegó el arbitrio y exhortación de Lucifer. A que le respondieron algunos demonios y dijeron: Capitán y caudillo nuestro, prontos estamos a tu obediencia, conociendo lo mucho que nos oprime y atormenta esta Mujer nuestra enemiga, pero será posible que ella por sí sola nos resista y desprecie nuestras diligencias y tentaciones, como en otras ocasiones conocemos que lo ha hecho, mostrándose a todo superior, Lo que sentirá sobre todo es que le toquemos en los seguidores de su Hijo, porque los ama como Madre y cuida mucho de ellos. Levantemos juntamente la persecución contra los fieles, que para esto tenemos de nuestra parte a todo el Judaísmo, irritado contra esta nueva Iglesia del Crucificado, y por medio de los pontífices y fariseos conseguiremos todo lo que contra estos fieles intentamos y luego convertirás tu saña contra esta Mujer enemiga.—Aprobó Lucifer este consejo, dándose por satisfecho de los demonios que lo propusieron, y así quedó acordado que saliesen a destruir la

Iglesia por mano de otros, como lo habían intentado por Saulo. Y de este decreto resultaron las cosas que diré adelante (Cf. infra n. 307-345; 431-528), y la pelea que tuvo María santísima con el Dragón y sus demonios, ganando grandes triunfos para la Santa Iglesia, como lo traigo citado de la primera parte (Cf. supra p. I n. 128), capítulo 10, para este lugar.

Doctrina que me dio la gran Señora de los Ángeles.

300. Hija mía, con ninguna ponderación de palabras llegarás en la vida mortal a manifestar enteramente la envidia de Lucifer y sus demonios contra los hombres, la malicia, astucia, dolos y engaños con que su indignación los persigue para llevarlos al pecado y después a las penas eternas. Todas cuantas buenas obras pueden hacer procura impedirlas, y si las hacen se las calumnia, y trabaja por destruirlas y pervertirlas. Todas las malas que su ingenio alcanza, pretende su malicia introducir en las almas. Contra esta suma iniquidad es admirable la protección divina, si los hombres cooperasen y correspondiesen de su parte. Para esto los amonestó el Apóstol (Ef 5, 15-16), que entre los peligros y asechanzas de los enemigos atiendan a vivir con cautela, no como insipientes, sino como sabios, redimiendo el tiempo, porque los días de la vida mortal son malos y llenos de peligros. Y en otra parte dice (1 Cor 15, 58) que sean estables y constantes para abundar en todas las obras buenas, porque su trabajo no será en vano delante del Señor. Esta verdad conoce el enemigo y la teme, y así procura con suma malicia desmayar a las almas en cometiendo una culpa, para que, desconfiadas, se despechen y dejen todas las obras buenas, y les quitan las armas con que los Santos Ángeles pueden defender a las mismas almas y hacen guerra a los demonios. Y aunque estas obras naturalmente buenas en el pecador no tienen alma de caridad ni vida de merecimiento de la gracia y gloria, pero con todo eso son de gran provecho para el que las hace. Y algunas veces sucede que por acostumbrarse al bien obrar se inclina la divina piedad a dar más eficaces auxilios para hacer las mismas obras con más plenitud y fervor o con dolor de los pecados y verdadera caridad, con que llegan a conseguir la justificación.

301. Pero de todo lo bueno que hace la criatura tomamos algún motivo los bienaventurados para defenderla de sus enemigos y para pedir a la misericordia divina la mire y saque del pecado. Oblíganse también los Santos de que los invoquen y llamen de todo corazón en los peligros y necesidades y tengan con ellos afectuosa devoción. Y si los Santos, por la caridad que tienen, están tan inclinados a favorecer a los hombres entre los peligros y contradicción que conocen les busca el demonio, no te admires, carísima, que yo sea tan piadosa con los pecadores que me llaman y acuden a mi clemencia por su remedio, que yo les deseo infinito más que ellos mismos. No se pueden numerar los que yo he rescatado del Dragón infernal por haber tenido devoción conmigo, aunque sea sólo con rezar una Ave María o pronunciar una sola palabra en mi honor e invocación. Tanta es mi caridad con ellos, que si con tiempo y con verdad me llamasen, ninguno perecería, pero no lo hacen los pecadores y réprobos [precitos]; porque las heridas espirituales del pecado, como no son sensibles para el cuerpo, no los lastiman, y cuanto más se repiten, menos dolor y sentimiento causan, porque el segundo pecado es ya herida en cuerpo muerto, que ni sabe temer ni prevenir, ni sentir el daño que recibe.

302. De esta torpísima insensibilidad resulta en los hombres el olvido de su eterna condenación y del desvelo con que se la procuran los demonios. Y sin saber en qué fundan su falsa seguridad, duermen y descansan en su propio daño, cuando fuera justo que le temieran y que hicieran ponderación de la eterna muerte que les amenaza muy de cerca, y a lo menos acudieran al Señor, a mí y a los Santos a pedir el remedio. Pero aun esto que les cuesta poco no saben hacer, hasta el tiempo que muchas veces no le pueden alcanzar, porque le piden sin las condiciones que conviene para dársele. Y si yo le alcanzo para algunos en el último aprieto, porque veo cuánto le costó a mi Hijo santísimo redimirlos, pero este privilegio no puede ser ley común para todos. Y por eso se condenan tantos hijos de la Iglesia, que como ingratos e insipientes desprecian tantos y tan poderosos remedios como les ofreció la divina clemencia en el tiempo más oportuno. Y también será para ellos

nueva confusión que conociendo la misericordia del Altísimo y la piedad con que yo los quiero remediar y la caridad de los Santos para interceder por ellos, no quisieron dar a Dios la gloria, y a mí y a los Ángeles y Santos el gozo que tuviéramos de remediarlos si nos llamaran de todo corazón.

303. Y quiero, hija mía, manifestarte otro secreto. Ya sabes que mi Hijo y mi Señor dice en el Evangelio (Lc 15, 10): Los ángeles tienen gozo en el cielo cuando algún pecador hace penitencia y se convierte al camino de la vida eterna por medio de su justificación. Y lo mismo sucede en su modo cuando los justos hacen obras de verdadera virtud y mérito de nuevos grados de gloria. Pues al modo que esto sucede en la conversión de los pecadores y merecimientos de los justos, hay su novedad en los demonios y en el infierno cuando los justos pecan o cuando los pecadores cometen nuevas culpas, porque ninguna hacen los hombres, por pequeña que sea, de que no tengan complacencia los demonios y en el infierno; y los que andan tentándolos dan luego aviso a los que están en aquellos eternos calabozos para que se alegren y tengan noticia de aquellos nuevos pecados, guardándose como en registro, para acusar a los delincuentes delante del justo juez, y para que conozcan que tienen mayor dominio y jurisdicción sobre los infelices pecadores que han reducido a su voluntad más o menos, según la gravedad del pecado que han cometido. Tanto es el odio que tienen contra los hombres y la traición que les hacen cuando los engañan con algún deleite momentáneo y aparente. Pero el Altísimo, que es justo en todas sus obras, ordenó también como en castigo de esta alevosía que la conversión de los pecadores y buenas obras de los justos fuesen también de tormento particular para estos enemigos, que con suma iniquidad se alegran de la perdición humana.

304. Este azote de la divina Providencia atormenta grandemente a todos los demonios, porque no solamente los confunde y oprime en el odio mortal que tienen contra los hombres, sino con las victorias de los santos y de los pecadores convertidos les quita el Señor en grande parte las fuerzas que les dieron y dan los que se dejan vencer de

sus engaños y pecan contra su Dios verdadero. Y con el nuevo tormento que reciben los enemigos en estas ocasiones atormentan también a los condenados, y como hay nuevo gozo en el cielo de las obras santas y penitencia de los pecadores, hay escándalo y nueva confusión en el infierno con aullidos y despechos de los demonios, que de nuevo causan accidentales penas en cuantos viven en aquellos calabozos de confusión y horror. De esta manera se comunican el cielo y el infierno en la conversión y justificación del pecador con tan contrarios efectos. Y cuando las almas se justifican por medio de los sacramentos, particularmente por la confesión hecha con dolor verdadero, sucede muchas veces que los demonios en algún tiempo no se atreven a parecer delante del penitente, ni en muchas horas tienen ánimo para mirarle, si él mismo no les da fuerzas con ser desagradecido y convirtiéndose luego a los peligros y ocasiones del pecado, que con esto pierden los demonios el miedo que les puso la verdadera penitencia y justificación.

305. En el cielo no puede haber tristeza ni dolor, pero si esto fuera posible, de ninguna cosa de las del mundo la tuvieran los Santos si no es de que el justificado vuelva a caer y perder la gracia, y de que el pecador se aleje más y se vaya imposibilitando para adquirirla. Y tan poderoso es el pecado de su naturaleza para conmover al cielo con dolor y pena, como lo es la virtud y penitencia para atormentar el infierno. Atiende, pues, carísima, en qué peligrosa ignorancia de estas verdades viven comúnmente los mortales, privando al cielo del gozo que recibe de la justificación de cualquiera alma, a Dios de la gloria exterior que le resulta y al infierno de la pena y castigo que reciben los demonios por lo que se alegran de la caída y perdición de los hombres. De ti quiero que trabajes como fiel y prudente sierva en recompensar estos males con la ciencia que recibes. Y procura llegar siempre al Sacramento de la Confesión con fervor, aprecio y veneración y con íntimo dolor de tus culpas; que este remedio es para el Dragón de gran terror y se desvela mucho en impedir a las almas y engañarlas astutamente, para que reciban este sacramento tibiamente, por costumbre, sin dolor y sin las condiciones que conviene recibirle. Y esto procura el demonio, no sólo

para perder las almas, sino también para excusar el tormento que recibe de ver un penitente verdadero y justificado, que le oprime y confunde en la malignidad de su soberbia.

306. Sobre todo esto te advierto, amiga mía, que aunque es verdad infalible que estos dragones infernales son autores y maestros de la mentira y que tratan con los hombres con ánimo de engañarlos en todo y con duplicada astucia pretenden infundirles siempre el espíritu de error con que los pierden, con todo eso, cuando estos enemigos en sus conciliábulos confieren entre sí las fraudulentas determinaciones con que engañarán a los mortales, entonces tratan algunas verdades que conocen y no las pueden negar, porque todas las entienden y las comunican, no para enseñarlas a los hombres, sino para oscurecerlos en ellas y mezclarlas con errores y falsedades que sirven para introducir sus maldades. Y porque tú en este capítulo y en toda esta Historia has declarado tantos conciliábulos y secretos de la malicia de estas serpientes malévolas, están indignadísimas contra ti, porque juzgan que jamás llegarían estos secretos a noticia de los hombres ni conocerían lo que contra ellos maquinan en sus juntas y conferencias. Por esta causa procuran tomar venganza de la indignación que han concebido contra ti, pero el Altísimo te asistirá, si tú le llamas y procuras quebrantar la cabeza del Dragón. Pide también a la clemencia divina que estos avisos y doctrina que te doy se logre en el desengaño de los mortales y que les dé su divina luz para que se aprovechen de este beneficio. Y tú procura la primera corresponder de tu parte con toda fidelidad, como la más obligada entre todos los hijos de este siglo, pues al paso que recibes más, sería más horrible tu ingratitud y mayor el triunfo de tus enemigos los demonios, si conociendo su malignidad no te esfuerzas a vencerlos con la protección del Altísimo y los Ángeles.

CAPITULO 16

Conoció María santísima los consejos del demonio para perseguir a la Iglesia, pide el remedio en la presencia del Altísimo en el cielo, avisa a los Apóstoles, viene

Santiago a predicar a España, donde le visitó una vez María santísima.

307. Cuando Lucifer con sus príncipes de las tinieblas, después de la conversión de San Pablo, estaban fabricando la venganza que deseaban tomar de María santísima y de los hijos de la Iglesia, como queda dicho en el capítulo pasado, no imaginaron que la vista de la gran Reina y Señora del mundo penetraba aquellas oscuras y profundas cavernas infernales y lo más oculto de sus consejos de maldad. Y con este engaño se prometían aquellos cruentísimos dragones más segura la victoria y la ejecución de sus decretos contra ella y contra los discípulos de su Hijo santísimo. Pero la beatísima Madre desde su retiro estuvo mirando en la claridad de su divina ciencia todo cuanto conferían y determinaban estos enemigos de la luz. Conoció todos sus fines y los medios que arbitraron para conseguirlos, la indignación que tenían contra Dios y contra ella y el mortal odio contra los Apóstoles y los demás fieles de la Iglesia. Y aunque junto con esto consideraba la prudentísima Señora que los demonios nada pueden ejecutar de su malicia sin permisión del Señor, pero como la batalla es inexcusable en la vida mortal y conocía la fragilidad humana y la ignorancia que tienen los hombres, por ley común, de la maliciosa astucia con que los demonios solicitan su perdición, diole grande cuidado y dolor el haber visto los acuerdos y consejos tan alevosos como los enemigos tomaban para destruir a los fieles.

308. Con esta ciencia y caridad eminentísima, participada tan inmediatamente de la del mismo Señor, se le comunicó también otro linaje de actividad infatigable, semejante al Ser divino, que siempre obra como acto purísimo. Porque continuamente la diligentísima Madre estaba en actual amor y solicitud de la gloria del Altísimo y del remedio y consuelo de sus hijos, y en su pecho castísimo y prudentísimo confería los misterios soberanos, lo pasado con lo presente y todo con lo futuro, previniéndolo con discreción y providencia más que humana. El ardentísimo deseo de la salvación de todos los hijos de la Iglesia y la compasión maternal que sentía de sus trabajos y peligros la solicitaba para hacer propias

suyas todas las tribulaciones que a ellos amenazaban; y cuanto era de parte de su amor, deseaba padecerlas ella por todos si fuera posible, y que los demás seguidores de Cristo trabajaran en la Iglesia con gozo y alegría, mereciendo la gracia y vida eterna, y que las penas y tribulaciones de todos se convirtieran contra ella sola. Y aunque esto no era posible en la equidad y providencia divina, mas los hombres debemos a la caridad de María santísima este raro y maravilloso afecto y que tal vez condescendiese con él en efecto la voluntad de Dios para satisfacer a su amor y descansarle en sus ansias, padeciendo ella por nosotros y mereciéndonos grandes beneficios.

309. No conoció en particular lo que contra ella arbitraban los enemigos en aquel conciliábulo, porque sólo entendió era contra ella su mayor indignación. Y fue disposición divina ocultarle algo de lo que determinadamente prevenían, para que después fuese más glorioso el triunfo que del infierno había de alcanzar, como adelante diremos (Cf. infra n. 512ss). Y tampoco era necesaria esta prevención de las tentaciones y persecuciones que había de padecer la invencible Reina, como lo era en los demás fieles, que no eran de corazón tan alto y tan magnánimo, de cuyos trabajos y tribulaciones tuvo más expreso conocimiento. Y como en todos los negocios acudía a la oración para consultarlos con el Señor, como enseñada por la doctrina y ejemplo de su Hijo santísimo, hizo luego esta diligencia retirándose a solas y con admirable reverencia y fervor postrada en tierra como solía hizo oración y dijo:

310. Altísimo Señor y Dios eterno, incomprensible y santo, aquí está postrada en vuestro acatamiento esta humilde sierva y vil gusanillo de la tierra: suplícoos, Padre Eterno, que por Vuestro Unigénito y mi Señor Jesucristo, no desechéis mis peticiones y gemidos, que de lo íntimo de mi alma presento delante de Vuestra caridad inmensa y con la que, salida del amoroso incendio de Vuestro pecho, habéis comunicado a Vuestra esclava. En nombre de toda Vuestra Iglesia Santa, de Vuestros Apóstoles y siervos fieles presento, Señor mío, el sacrificio de la muerte y sangre de Vuestro Unigénito, el de su cuerpo sacramentado, las

peticiones y oraciones que ofreció a Vos aceptas y agradables en el tiempo de su carne mortal y pasible, el amor con que tomó la forma de hombre en mis entrañas para redimir al mundo, el haberle traído en ellas nueve meses y criado y alimentado a mis pechos; todo lo presento, Dios mío, para que me deis licencia de pedir lo que desea mi corazón a vuestros ojos patente.

311. En esta oración fue la gran Reina elevada con un divino éxtasis, en que vio a su Unigénito, cómo pedía al Eterno Padre, a cuya diestra estaba, que concediese lo que pedía su Madre santísima, pues todas sus peticiones merecían ser oídas y admitidas, porque era su Madre verdadera y en todo agradable en su aceptación divina. Vio también cómo el Eterno Padre se daba por obligado y se complacía de sus ruegos y que mirándola con sumo agrado la decía: María, hija mía, asciende más alto.—A esta voz del Padre descendió del cielo innumerable multitud de Ángeles de diferentes órdenes y llegando a la presencia de María santísima la levantaron de la tierra donde estaba postrada y pegado el rostro con ella. Y luego la llevaron en alma y cuerpo al cielo empíreo y la pusieron ante el trono de la Beatísima Trinidad, que se le manifestó por una visión altísima, aunque no fue intuitivamente sino por especies. Postróse ante el trono y adoró el ser de Dios en las tres divinas Personas con profundísima humildad y reverencia y dio gracias a su Hijo santísimo por haber presentado su petición al Eterno Padre y le suplicó lo hiciese de nuevo. Y Su Majestad soberana, que a la diestra del Padre reconocía por digna Madre a la Reina de los cielos, no quiso olvidar la obediencia que en la tierra le había mostrado, antes en presencia de todos los cortesanos renovó este reconocimiento de Hijo y como tal presentó de nuevo al Padre los deseos y ruegos de su beatísima Madre, a que respondió el mismo Padre Eterno y dijo estas palabras:

312. Hijo mío, en quien mi voluntad santa tiene la plenitud de mi agrado (Mt 17, 5), atentos están mis oídos a los clamores de vuestra Madre y mi clemencia inclinada a todos sus deseos y peticiones.—Y volviéndose a María santísima prosiguió y dijo: Amiga mía, e hija mía, escogida entre millares para mi beneplácito, tú eres el instrumento

de mi omnipotencia y el depósito de mi amor; descansa en tus cuidados y dime, hija mía, lo que pides, que mi voluntad se inclina a tus deseos y peticiones santas en mis ojos.— Con este beneplácito habló María santísima y dijo: Eterno Padre mío y Dios altísimo, que dais el ser y conservación a todo lo criado, por Vuestra Santa Iglesia son mis deseos y súplicas. Atended piadoso, que ella es la obra de Vuestro Unigénito humanado, adquirida y plantada con su misma sangre. Contra ella se levanta de nuevo el Dragón infernal con todos Vuestros enemigos sus aliados, y todos pretenden la ruina y perdición de Vuestros fieles, que son el fruto de la Redención de Vuestro Hijo y mi Señor. Confundid los consejos de maldad de esta antigua serpiente y defended a Vuestros siervos los Apóstoles y a los otros fieles de la Iglesia. Y para que ellos queden libres de las asechanzas y furor de estos enemigos, conviértanse todas contra mí, si es posible. Yo, Señor mío, soy una pobre, y Vuestros siervos muchos; gocen ellos de Vuestros favores y tranquilidad, con que hagan la causa de Vuestra exaltación y gloria, y padezca yo las tribulaciones que a ellos amenazan. Yo pelearé con Vuestros enemigos, y Vos con el poder de Vuestro brazo los venceréis y confundiréis en su maldad.

313. Esposa mía y mi dilecta —respondió el Eterno Padre— tus deseos son aceptos en mis ojos y tu petición concederé en la parte que es posible. Yo defenderé a mis siervos en lo que para mi gloria es conveniente y les dejaré padecer en lo que para su corona es necesario. Y para que tú entiendas el secreto de mi sabiduría con que conviene dispensar estos misterios, quiero que subas a mi trono, donde tu caridad ardiente te da lugar en el consistorio de nuestro gran consejo y en la singular participación de nuestros divinos atributos. Ven, amiga mía, y entenderás nuestros secretos para el gobierno de la Iglesia y sus aumentos y progresos, y tú ejecutarás tu voluntad, que será la nuestra, como ahora te la manifestaremos.— A la fuerza de esta suavísima voz conoció María santísima cómo era levantada al trono de la divinidad y colocada a la diestra de su unigénito Hijo, con admiración y júbilo de todos los Bienaventurados, que conocieron la voz y voluntad del Todopoderoso. Y de verdad fue cosa nueva y

admirable para todos los Ángeles y Santos ver que una mujer en carne mortal fuese levantada y llamada al trono del gran consejo de la Beatísima Trinidad, para darle cuenta de los misterios ocultos a los demás y que estaban encerrados en el pecho del mismo Dios para el gobierno de su Iglesia.

314. Grande maravilla pareciera, si en cualquiera ciudad del mundo se hiciera esto con una mujer, llamándola a las juntas donde se trata del gobierno público. Y mayor novedad fuera introducirla en los estrados y juntas de los supremos consejos, donde se confieren y resuelven los negocios públicos de mayor dificultad y peso para los reinos y para todo su gobierno. Y con razón pareciera esta novedad poco segura, pues dijo Salomón (Ecl 7, 28-29) que anduvo inquiriendo la verdad y la razón entre los hombres y de los varones halló uno entre mil que la alcanzaba, pero que de las mujeres ninguna. Son tan pocas las que tienen el juicio constante y recto por su natural fragilidad, que por orden común de ninguna se presume, y si hay algunas no hacen número para tratar negocios arduos y de gran discurso, sin otra luz más que la ordinaria y natural. Pero esta ley común no comprendía a nuestra gran Reina y Señora, porque si nuestra madre Eva comenzó como ignorante a destruir la casa de este mundo que Dios había edificado, María santísima, que fue sapientísima y madre de la sabiduría, la reedificó y renovó con su incomparable prudencia y por ella fue digna de entrar en el acuerdo de la Santísima Trinidad, donde se trataba este reparo.

315. Allí fue preguntada de nuevo de lo que pedía y deseaba para sí y para toda la Iglesia Santa, en particular para los Apóstoles y discípulos del Señor. Y la prudentísima Madre declaró otra vez sus fervorosos deseos de la gloria y exaltación del santo nombre del Altísimo y del alivio de los fieles en la persecución que contra ellos fraguaban los enemigos del mismo Señor. Y aunque todo esto lo conocía su infinita sabiduría, con todo eso le mandaron a la gran Señora lo propusiese, para aprobarlo y complacerse de ello y hacerla más capaz de nuevos misterios de la divina sabiduría y de la predestinación de los escogidos. Y para manifestar y declararme en lo que de este sacramento se

me ha dado a entender, digo que, como la voluntad de María santísima era rectísima, santa y en todo y por todo sumamente ajustada y agradable a la Beatísima Trinidad, parece que —a nuestro modo de entender— no podía Dios querer cosa alguna contra la voluntad de esta purísima Señora, a cuya inefable santidad estaba inclinado y como herido de los cabellos y de los ojos de tan dilecta Esposa (Cant 4, 9), única entre todas las criaturas; y como el Eterno Padre la trataba como a Hija, y el Hijo como a Madre, el Espíritu Santo como a Esposa, y todos la habían entregado la Iglesia confiando de ella su corazón (Prov 31, 11), por todos estos títulos no querían las tres divinas Personas ordenar cosa alguna en la ejecución sin consulta y sabiduría y como beneplácito de esta Reina de todo lo criado.

316. Y para que la voluntad del Altísimo y la de María santísima fuese una misma en estos decretos, fue necesario que la gran Señora recibiese primero nueva participación de la divina ciencia y ocultísimos consejos de su Providencia, con que en peso y medida dispone todas las cosas de sus criaturas (Sab 11, 21), sus fines y medios con suma equidad y conveniencia. Para esto se le dio a María santísima en aquella ocasión nueva luz clarísima de todo lo que en la Iglesia militante convenía obrar y disponer el poder divino. Y conoció las razones secretísimas de todas estas obras, y cuáles y cuántos Apóstoles convenía que padeciesen y muriesen antes que ella pasase de esta vida, los trabajos que convenía padeciesen por el nombre del Señor, las razones que había para esto conforme a los ocultos juicios del Señor y predestinación de los santos, y que así plantasen la Iglesia, derramando su propia sangre, como lo hizo su Maestro y Redentor, para fundarla sobre su pasión y muerte. Entendió también que con aquella noticia de lo que convenía padeciesen los Apóstoles y seguidores de Cristo recompensaba con su propio dolor y compasión el no padecer ella todo lo que deseaba, porque era inexcusable en ellos este momentáneo trabajo para llegar al eterno premio que les esperaba (2 Cor 4, 17). Para que la gran Señora tuviese materia de este merecimiento más copiosa, aunque conoció la breve muerte de Santiago que había de padecer y la prisión de San Pedro al mismo

tiempo, no le declaró entonces la libertad de las prisiones de que sacaría el Ángel al Apóstol. Entendió asimismo que a cada uno de los Apóstoles y fieles les concedería el Señor el linaje de penas y martirio proporcionado con las fuerzas de su gracia y espíritu.

317. Y para satisfacer en todo a la caridad ardentísima de esta purísima Madre, la concedió el Señor que pelease sus batallas de nuevo con los dragones infernales y alcanzase de ellos las victorias y triunfos que los demás mortales no podían conseguir, y que con esto les quebrantase la cabeza y les confundiese en su arrogancia, para debilitarlos contra los hijos de la Iglesia y quebrantarles las fuerzas. Para estas peleas la renovaron todos los dones y participación de los divinos atributos, y todas tres Personas dieron a la gran Reina su bendición. Y los Santos Ángeles la volvieron al oratorio del cenáculo en la misma forma que la habían llevado al cielo empíreo. Luego que se halló fuera de este éxtasis, se postró en tierra en forma de cruz y pegada con el polvo con increíble humildad y derramando tiernas lágrimas hizo gracias al Todopoderoso por aquel nuevo beneficio con que la había favorecido, sin haber olvidado en él los cariños de su incomparable humildad. Confirió algún rato con sus Santos Ángeles los misterios y necesidades de la Iglesia, para acudir por su ministerio a aquello que era más preciso. Y parecióle conveniente prevenir en algunas cosas a los Apóstoles y alentarlos, animándolos para los trabajos que les causaría el común enemigo, porque contra ellos armaba su mayor batería. Para esto habló a San Pedro y a San Juan Evangelista y a los demás que estaban en Jerusalén y les dio aviso de muchas cosas particulares que les sucederían a ellos y a toda la Santa Iglesia y los confirmó en la noticia que ya tenían de la conversión de San Pablo, declarándoles el celo con que predicaba el nombre y ley de su Maestro y Señor.

318. A los apóstoles que ya estaban fuera de Jerusalén envió Ángeles y también a los discípulos, que les diesen noticia de la conversión de San Pablo y los previniesen y alentasen con los mismos avisos que la Reina había dado a los que estaban presentes. Y señaladamente ordenó a uno de los Santos Ángeles que diese noticia a San Pablo de las

asechanzas que contra él trazaba el demonio y le animase y confirmase en la esperanza del favor divino en sus tribulaciones. Y todas estas legacías hicieron los Ángeles con su acostumbrada presteza, obedeciendo a su gran Reina y Señora, y se manifestaron en forma visible a los Apóstoles y discípulos a quien los enviaba. Y para todos fue de increíble consuelo y de nuevo esfuerzo este singular favor de María santísima, y cada uno la respondió por medio de los mismos embajadores, con humilde reconocimiento, ofreciéndole que morirían alegres por la honra de su Redentor y Maestro. Señalóse también San Pablo en esta respuesta, porque su devoción y deseos de ver a su Remediadora y serle agradecido le solicitaban para mayores demostraciones y rendimiento. Estaba entonces San Pablo en Damasco predicando y disputando con los judíos de aquellas sinagogas, aunque luego fue a la Arabia a predicar, y de allí volvió otra vez a Damasco, como diré adelante (Cf. infra n. 375).

319. Santiago el Mayor estaba más lejos que ninguno de los Apóstoles, porque fue el primero que salió de Jerusalén a predicar, como dije arriba (Cf. supra n. 236), y habiendo predicado algunos días en Judea vino a España. Para esta jornada se embarcó en el puerto de Jope, que ahora se llama Jafa. Y esto fue el año del Señor de treinta y cinco, por el mes de agosto, que se llamaba sextil, un año y cinco meses después de la pasión del mismo Señor, ocho meses después del martirio de San Esteban y cinco antes de la conversión de San Pablo, conforme a lo que he dicho en los capítulos 11 y 14 de esta tercera parte. De Jafa vino San Jacobo [Santiago] a Cerdeña y, sin detenerse en aquella isla llegó con brevedad a España y desembarcó en el puerto de Cartagena, donde comenzó su predicación en estos reinos. Detúvose pocos días en Cartagena, y gobernado por el Espíritu del Señor tomó el camino para Granada, donde conoció que la mies era copiosa y la ocasión oportuna para padecer trabajos por su Maestro, como en hecho de verdad sucedió.

320. Y antes de referirlo advierto que nuestro gran Apóstol Santiago fue de los carísimos y más privados de la gran Señora del mundo. Y aunque en las demostraciones

exteriores no se señalaba mucho con él, por la igualdad con que prudentísimamente los trataba a todos, como dije en el capítulo 11 (Cf. supra n. 180), y porque Santiago era su deudo; y aunque San Juan Evangelista, como hermano suyo, también tenía el mismo parentesco con María santísima, corrían diferentes razones, porque todo el colegio sabía que el mismo Señor en la Cruz le había señalado por hijo de su Madre purísima, y así con San Juan Evangelista no tenía el inconveniente para los Apóstoles, como si con su hermano Santiago o con otro se señalara en demostraciones exteriores la prudentísima Reina y Maestra; pero en el interior tenía especialísimo amor a Santiago, de que dije algo en la segunda parte (Cf. supra p. II n. 1084), y se le manifestó en singularísimos favores que le hizo en todo el tiempo que vivió hasta su martirio. Mereciólos Santiago con el singular y piadoso afecto que tenía a María santísima, señalándose mucho en su íntima devoción y veneración. Y tuvo necesidad del amparo de tan gran Reina, porque era de generoso y magnánimo corazón y de ferventísimo espíritu, con que se ofrecía a los trabajos y peligros con invencible esfuerzo. Y por esto fue el primero que salió a la predicación de la fe y padeció martirio antes que otro alguno de todos los Apóstoles. Y en el tiempo que anduvo peregrinando y predicando, fue verdaderamente un rayo, como Hijo del trueno, que por esto fue llamado y señalado con este prodigioso nombre (Mc 3, 17) cuando entró en el apostolado.

321. En la predicación de España se le ofrecieron increíbles trabajos y persecuciones que le movió el demonio por medio de los judíos incrédulos. Y no fueron pequeñas las que después tuvo en Italia y el Asia Menor, por donde volvió a predicar, y padecer martirio en Jerusalén, habiendo discurrido en pocos años por tan distantes provincias y diferentes naciones. Y porque no es de este intento referir todo lo que padeció Santiago en tan varias jornadas, sólo diré lo que conviene a esta Historia. Y en lo demás he entendido que la gran Reina del cielo tuvo especial atención y afecto a Santiago por las razones que he dicho (Cf. supra n. 320) y que por medio de sus Ángeles le defendió y rescató de grandes y muchos peligros y le consoló y confortó diversas veces, enviándole a visitar y a darle no-

ticias y avisos particulares, como los había menester más que otros Apóstoles en tan breve tiempo como vivió. Y muchas veces el mismo Cristo nuestro Salvador le envió Ángeles de los cielos, para que defendiesen a su grande Apóstol y le llevasen de unas partes a otras guiándole en su peregrinación y predicación.

322. Pero mientras anduvo en estos reinos de España, entre los favores que recibió Santiago de María santísima fueron dos muy señalados, porque vino la gran Reina en persona a visitarle y defenderle en sus peligros y tribulaciones. La una de estas apariciones y venida de María santísima a España es la que hizo en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], tan cierta como celebrada en el mundo, y que no se pudiera negar hoy sin destruir una verdad tan piadosa, confirmada y asentada con grandes milagros y testimonios por mil seiscientos años y más; y de esta maravilla hablaré en el capítulo siguiente. De la otra, que fue primera, no sé que haya memoria en España, porque fue más oculta, y sucedió en Granada, como se me ha dado a entender. Fue de esta manera: Tenían los judíos en aquella ciudad algunas sinagogas desde los tiempos que pasaron de Palestina a España, donde por la fertilidad de la tierra y por estar más cerca de los puertos del mar Mediterráneo, vivían con mayor comodidad para la correspondencia de Jerusalén. Cuando Santiago llegó a predicar a Granada, ya tenían noticia de lo que en Jerusalén había sucedido con Cristo nuestro Redentor. Y aunque algunos deseaban ser informados de la doctrina que había predicado y saber qué fundamento tenía, pero a otros, y a los más, había ya prevenido el demonio con impía incredulidad, para que no la admitiesen ni permitiesen se predicase a los gentiles, porque era contraria a los ritos judaicos y a Moisés, y si los gentiles recibían aquella nueva ley destruirían a todo el judaísmo. Y con este diabólico engaño impedían los judíos la fe de Cristo en los gentiles, que sabían cómo Cristo nuestro Señor era judío, y viendo cómo los de su nación y de su ley le desechaban por falso y engañador, no tan fácilmente se inclinaban a seguirle en los principios de la Iglesia.

323. Llegó el Santo Apóstol a Granada, y comenzando la predicación salieron los judíos a resistirle, publicándole por

hombre advenedizo, engañador y autor de falsas sectas, hechicero y encantador. Llevaba Santiago doce discípulos consigo, a imitación de su Maestro. Y como todos perseverasen en predicar, crecía contra ellos el odio de los judíos y de otros que los acompañaron, de manera que intentaron acabar con ellos, y de hecho quitaron luego la vida a uno de los discípulos de Santiago, que con ardiente celo se opuso a los judíos. Pero como el Santo Apóstol y sus discípulos no sólo no temían a la muerte, antes la deseaban padecer por el nombre de Cristo, continuaron la predicación de su santa fe con mayor esfuerzo. Y habiendo trabajado en ella muchos días y convertido gran número de infieles de aquella ciudad y comarca, el furor de los judíos se encendió más contra ellos. Prendieron a todos y para darles la muerte los sacaron fuera de la ciudad atados y encadenados y en el campo les ataron de nuevo los pies para que no huyesen, porque los tenían por magos y encantadores. Estando ya para degollarlos a todos juntos, el Santo Apóstol no cesaba de invocar el favor del Altísimo y de su Madre Virgen, y hablando con ella la dijo: Santísima María, Madre de mi Señor y Redentor Jesucristo, favoreced en esta hora a vuestro humilde siervo. Rogad, Madre dulcísima y clementísima por mí y por estos fieles profesores de la santa fe. Y si es voluntad del Altísimo que acabemos aquí las vidas por la gloria de su santo nombre, pedid, Señora, que reciba mi alma en la presencia de su divino rostro. Acordaos de mí, Madre piadosísima, y bendecidme en nombre del que os eligió entre todas las criaturas. Recibid el sacrificio de que no vea yo vuestros ojos misericordiosos ahora, si ha de ser aquí la última de mi vida. ¡Oh María, oh María!

324. Estas últimas palabras repitió muchas veces Santiago, pero todas las que dijo oyó la gran Reina desde el oratorio del cenáculo donde estaba mirando por visión muy expresa todo lo que pasaba por su amantísimo Apóstol San Jacobo [Santiago Mayor]. Y con esta inteligencia se conmovieron las maternas entrañas de María santísima en tierna compasión de la tribulación en que su siervo padecía y la llamaba. Tuvo mayor dolor por hallarse tan lejos, aunque, como sabía que nada era difícil al poder divino, se inclinó con algún afecto a desear ayudar y defender a su

Apóstol en aquel trabajo. Y como conocía también que él había de ser el primero que diese la vida y sangre por su Hijo santísimo, creció más esta compasión en la clementísima Madre. Pero no pidió al Señor ni a los Ángeles que la llevasen a donde Santiago estaba, porque la detuvo en esta petición su admirable prudencia, con que conocía que nada negaría la Providencia divina ni faltaría si fuese necesario, y en pedir estos milagros regulaba su deseo con la voluntad del Señor, con suma discreción y medida, cuando vivía en carne mortal.

325. Pero su Hijo y Dios verdadero, que atendía a todos los deseos de tal Madre, como santos, justos y llenos de piedad, mandó al punto a los mil ángeles que la asistían ejecutasen el deseo de su Reina y Señora. Manifestáronsele todos en forma humana y la dijeron lo que el Altísimo les mandaba y sin dilación alguna la recibieron en un trono formado de una hermosa nube y la trajeron a España sobre el campo donde estaban Santiago y sus discípulos aprisionados. Y los enemigos que los habían preso tenían ya desnudas las cimitarras o alfanjes para degollarlos a todos. Vio sólo el Apóstol a la Reina del cielo en la nube, de donde le habló y con dulcísima caricia le dijo: Jacobo, hijo mío y carísimo de mi Señor Jesucristo, tened buen ánimo y sed bendito eternamente del que os crió y os llamó a su divina luz. Ea, siervo fiel del Altísimo, levantaos y sed libre de las prisiones.—A la presencia de María se había postrado el Apóstol en tierra, como le fue posible estando tan aprisionado. Y a la voz de la poderosa Reina se le desataron instantáneamente las prisiones a él y a sus discípulos, y se hallaron libres. Pero los judíos, que estaban con las armas en las manos, cayeron todos en tierra, donde sin sentidos estuvieron algunas horas. Y los demonios, que los asistían y provocaban, fueron arrojados al profundo, con que Santiago y sus discípulos pudieron libremente dar gracias al Todopoderoso por este beneficio. Y el mismo Apóstol singularmente las dio a la divina Madre con incomparable humildad y júbilo de su alma. Los discípulos de Santiago, aunque no vieron a la Reina ni a los Ángeles, del suceso conocieron el milagro, y su maestro les dio la noticia que convino para confirmarlos en la fe y esperanza y en la devoción de María santísima.

326. Fue mayor este raro beneficio de la Reina, porque no sólo defendió de la muerte a Santiago, para que gozara toda España de su predicación y doctrina, pero desde Granada le ordenó su peregrinación y mandó a cien Ángeles de los de su guarda que acompañasen al Apóstol y le fuesen encaminando y guiando de unos lugares a otros y en todos le defendiesen a él y a sus discípulos de todos los peligros que se les ofreciesen, y que habiendo rodeado a todo lo restante de España le encaminasen a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania]. Todo esto ejecutaron los cien ángeles, como su Reina se lo ordenaba, y los demás la volvieron a Jerusalén. Y con esta celestial compañía y guarda peregrinó Santiago por toda España, más seguro que los israelitas por el desierto. Dejó en Granada algunos discípulos de los que traía, que después padecieron allí martirio, y con los demás que tenía, y otros que iba recibiendo, prosiguió las jornadas predicando en muchos lugares de la Andalucía. Vino después a Toledo, y de allí pasó a Portugal y a Galicia, y por Astorga y divirtiéndose a diferentes lugares llegó a la Rioja y por Logroño pasó a Tudela y Zaragoza, donde sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. Por toda esta peregrinación fue Santiago dejando discípulos por Obispos en diferentes ciudades de España y plantando la fe y culto divino. Y fueron tantos y tan prodigiosos los milagros que hizo en este reino, que no han de parecer increíbles los que se saben, porque son muchos más los que se ignoran. El fruto que hizo con la predicación fue inmenso, respecto del tiempo que estuvo en España, y ha sido error decir o pensar que convirtió muy pocos, porque en todas las partes o lugares que anduvo dejó plantada la fe, y para eso ordenó tantos Obispos en este Reino, para el gobierno de los hijos que había engendrado en Cristo.

327. Y para dar fin a este capítulo quiero advertir aquí que por diferentes medios he conocido las muchas opiniones encontradas de los historiadores eclesiásticos sobre muchas cosas de las que voy escribiendo, como son, la salida de los Apóstoles de Jerusalén a predicar, el haberse repartido por suertes todo el mundo y ordenado el Símbolo de la fe, la salida de Santiago y su muerte. Sobre todos

éstos y otros sucesos tengo entendido que varían mucho los escritores en señalar los años y tiempos en que sucedieron y en ajustarlo con el texto de los Libros Canónicos. Pero yo no tengo orden del Señor para satisfacer a todas estas y otras dudas ni componer estas controversias, antes desde el principio he declarado (Cf. p. I n. 10, etc.) que Su Majestad me ordenó y mandó escribir esta Historia sin opiniones, o para que no las hubiese con la noticia de la verdad. Y si lo que escribo va consiguiente y no se opone en cosa alguna al texto sagrado y corresponde a la dignidad de la materia que trato, no puedo darle mayor autoridad a la Historia, y tampoco pedirá más la piedad cristiana. También será posible que se concuerden por este orden algunas diferencias de los historiadores, y esto harán los que son leídos y doctos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima

328. Hija mía, la maravilla que has escrito en este capítulo de haberme levantado el poder infinito a su real trono para consultarme los decretos de su divina sabiduría y voluntad, es tan grande y singular, que excede a toda capacidad humana en la vida de los viadores y sólo en la patria y visión beatífica conocerán los hombres este sacramento con especialísimo júbilo de gloria accidental. Y porque este beneficio y admirable favor fue como efecto y premio de la caridad ardentísima con que amaba y amo al sumo bien y de la humildad con que me reconocía esclava suya, y estas virtudes me levantaron al trono de la divinidad y dieron lugar en él cuando vivía en carne mortal, quiero que tengas mayor noticia de este misterio, que sin duda fue de los más levantados que en mí obró la omnipotencia divina y de mayor admiración para los Ángeles y Santos. Y la que tú tienes quiero que la conviertas en un vigilantísimo cuidado y en vivos afectos de imitarme y seguirme en los que merecieron en mí tales favores.

329. Advierte, pues, carísima, que no fue sola una vez sino muchas las que fui levantada al trono de la Beatísima Trinidad en carne mortal, después de la venida del Espíritu Santo hasta que subí después de mi muerte para gozar eternamente de la gloria que tengo. Y en lo que te resta de

escribir mi vida, entenderás otros secretos de este beneficio. Pero siempre que la diestra del Altísimo me le concedió, recibí copiosísimos efectos de gracia y dones por diferentes modos que caben en el poder infinito y en la capacidad que me dio para la inefable y casi inmensa participación de las divinas perfecciones. Y algunas veces en estos favores me dijo el Eterno Padre: Hija mía y esposa mía, tu amor y fidelidad sobre todas las criaturas nos obliga y nos da la plenitud de complacencia que nuestra voluntad santa desea. Asciende a nuestro lugar y trono, para que seas absorta en el abismo de nuestra divinidad y tengas en esta Trinidad el lugar cuarto, en cuanto es posible a pura criatura. Toma la posesión de nuestra gloria, cuyos tesoros ponemos en tus manos. Tuyo es el cielo, la tierra y todos los abismos. Goza en la vida mortal los privilegios de bienaventurada sobre todos los santos. Sírvanse todas las naciones y criaturas a quien dimos el ser que tienen, obedézcante las potestades de los cielos y estén a tu obediencia los supremos serafines, y todos nuestros bienes te sean comunes en nuestro eterno consistorio. Entiende el gran consejo de nuestra sabiduría y voluntad y ten parte en nuestros decretos, pues tu voluntad es rectísima y fidelísima. Penetra las razones que tenemos para lo que justa y santamente determinamos, y sea una tu voluntad y la nuestra y uno el motivo en lo que disponemos para nuestra Iglesia.

330. Con esta dignación tan inefable como singular gobernaba mi voluntad el Altísimo para conformarla con la suya y para que nada se ejecutase en la Iglesia que no fuese por mi disposición, y ésta fuese la del mismo Señor, cuyas razones, motivos y conveniencias conocía en su eterno consejo. En él vi que no era posible por ley común padecer yo todos los trabajos y tribulaciones de la Iglesia, y en especial de los Apóstoles, como deseaba. Y este afecto de caridad, aunque era imposible ejecutarle, no fue desviarme de la voluntad divina, que me le dio como en indicio y testimonio del amor sin medida con que le amaba, y por el mismo Señor tenía tanta caridad con los hombres que deseaba padecer yo los trabajos y penalidades de todos. Y porque de mi parte esta caridad era verdadera y estaba mi corazón aparejado para ejecutarla si fuera posi-

ble, por esto fue tan aceptable en los ojos del Señor y me la premió como si de hecho la hubiera ejecutado, porque padecí gran dolor de no padecer por todos. De aquí nacía en mí la compasión que tuve de los martirios y tormentos con que murieron los Apóstoles y los demás que padecieron por Cristo, porque en todos y con todos era afligida y atormentada y en algún modo moría con ellos. Tal fue el amor que tuve a mis hijos los fieles, y ahora, fuera del padecer, es el mismo, aunque ni ellos conocen ni saben hasta dónde les obliga mi caridad para ser agradecidos.

331. Estos inefables beneficios recibía a la diestra de mi Hijo santísimo, cuando era levantada del mundo y colocada en ella, gozando de sus preeminencias y glorias en el modo que era posible comunicarse a pura criatura. Y los decretos y sacramentos ocultos de la Sabiduría infinita se manifestaban en primer lugar a la humanidad santísima de mi Señor, con el orden admirable que tiene con la divinidad a quien está unida en el Verbo Eterno. Y luego, mediante mi Hijo santísimo, se me comunicaba a mí por otro modo. Porque la unión de su humanidad con la persona del Verbo es inmediata y sustancial, intrínseca para ella, y así participa de la divinidad y de sus decretos con modo correspondiente y proporcionado a la unión sustancial y personal. Pero yo recibía este favor por otro orden admirable y sin ejemplar, más de en ser con criatura pura y sin tener divinidad, pero como semejante a la humanidad santísima y después de ella la más inmediata a la misma divinidad. Y no podrás ahora entender más, ni penetrar este misterio, pero los Bienaventurados le conocieron cada uno en el grado de ciencia que le tocaba y todos entendieron esta conformidad y similitud mía con mi Hijo santísimo y también la diferencia; y todo les fue motivo, y lo es ahora, para hacer nuevos cánticos de gloria y alabanza del Omnipotente, porque esta maravilla fue una de las grandes obras que hizo conmigo su brazo poderoso.

332. Y para que más extiendas tus fuerzas y las de la gracia en afectos y deseos santos, aunque sea en lo que no puedes ejecutar, te declaro otro secreto. Este es que, cuando yo conocía los efectos de la Redención en la justificación de las almas y la gracia que se les comunicaba

para limpiarlas y santificarlas por la contrición, o por el bautismo y otros sacramentos, hacía tanto aprecio de aquel beneficio, que tenía de él como una santa emulación y deseos. Y como yo no tenía culpas de qué justificarme y limpiarme, no podía recibir aquel favor en el grado que los pecadores le recibían. Mas porque lloré sus culpas más que todos y agradecí al Señor aquel beneficio hecho a las almas con tan liberal misericordia, alcancé con estos afectos y obras más gracia de la que fue necesaria para justificar a todos los hijos de Adán. Tanto como esto se dejaba obligar el Altísimo de mis obras y tanta fue la virtud que les dio el mismo Señor para que hallasen gracia en sus divinos ojos.

333. Considera ahora, hija mía, en qué obligación estás, dejándote informada e ilustrada de tan venerables secretos. No tengas ociosos los talentos, ni malogres y desprecies tantos bienes del Señor; sígueme por la imitación perfecta de todas las obras que de mí te manifiesto. Y para que más te enciendas en el amor divino, acuérdate continuamente de cómo mi Hijo santísimo y yo en la vida mortal estábamos anhelando siempre y suspirando por la salvación de las almas de todos los hijos de Adán y llorando la perdición eterna que tantos con alegría falsa y engañosa para sí mismos procuran. En esta caridad y celo quiero que te señales y ejercites mucho, como esposa fidelísima de mi Hijo, que por esta virtud se entregó a muerte de cruz, y como hija y discípula mía, que si no me quitó la vida la fuerza de esta caridad fue porque me la conservó el Señor por milagro, pero ella es la que me dio lugar en el trono y consejo de la Beatísima Trinidad. Y si tú, amiga, fueres tan diligente y fervorosa en imitarme y tan atenta para obedecerme como de ti lo quiero, te aseguro participarás de los favores que hice a mi siervo Jacobo, acudiré a tus tribulaciones y te gobernaré, como muchas veces te lo he prometido; y a más de esto el Altísimo será más liberal contigo de lo que tus deseos pueden extenderse.

CAPITULO 17

Dispone Lucifer otra nueva persecución contra la Iglesia y María santísima, manifiéstasela a San Juan

Evangelista y por su orden determina ir a Efeso, aparécesele su Hijo santísimo y la manda venir a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] a visitar al Apóstol Santiago y lo que sucedió en esta venida.

334. De la persecución que movió el infierno contra la Iglesia después de la muerte de San Esteban hace mención San Lucas en el capítulo 8 de los Hechos apostólicos (Act 8, 1), donde la llama grande, porque lo fue hasta la conversión de San Pablo, por cuya mano la ejecutaba el Dragón infernal; y de esta persecución hablé en los capítulos 12 y 14 de esta parte. Pero de lo que en los capítulos inmediatos queda dicho, se entenderá que no descansó este enemigo de Dios ni se dio por vencido para no levantarse de nuevo contra su Santa Iglesia y contra María santísima. Y de lo que el mismo San Lucas refiere (Act 12, 1ss.) en el capítulo 12 de la prisión que hizo Herodes de San Pedro y Santiago, se conocerá que fue de nuevo esta persecución después de la conversión de San Pablo, cuando no dijera expresamente que el mismo Herodes envió ejércitos o tropas para afligir a algunos hijos de la Iglesia. Y para que mejor se entienda todo lo que queda dicho y adelante diré, advierto que estas persecuciones eran todas fraguadas y movidas por los demonios que irritaban a los perseguidores, como diversas veces he dicho (Cf. supra n. 141, 186, 205, 250). Y porque la Providencia divina a tiempos les daba este permiso y en otros se les quitaba y los arrojaba al profundo (Cf. supra n. 208, 297, 325, etc.), como sucedió en la conversión de San Pablo y en otras ocasiones, por esto la Iglesia primitiva gozaba algunas veces de tranquilidad y sosiego, como en todos los siglos ha sucedido, y otros tiempos, acabándose estas treguas, era molestada y afligida.

335. La paz era conveniente para la conversión de los infieles y la persecución para su mérito y ejercicio, y así las alternaba y alterna siempre la sabiduría y Providencia divina. Y por estas causas después de la conversión de San Pablo tuvo algunos y muchos meses de quietud, mientras Lucifer y sus demonios estuvieron oprimidos en el infierno, hasta que volvieron a salir, como diré luego (Cf. infra n. 336). Y de esta tranquilidad habla San Lucas (Act 9, 31) en el capítulo 9 después de la conversión de San Pablo, cuando

dice que la Iglesia tenía paz por toda Judea, Galilea y Samaría, y se edificaba y caminaba en el temor del Señor y consolación del Espíritu Santo. Y aunque esto lo cuenta el Evangelista después de haber escrito la venida de San Pablo a Jerusalén, pero esta paz fue mucho antes, porque San Pablo vino entrados cinco años después de la conversión a Jerusalén, como diré adelante (Cf. infra n. 487); y San Lucas, para ordenar su historia, la contó anticipadamente tras de la conversión, como sucede a los Evangelistas en otros muchos sucesos, que los suelen anticipar en la historia, para dejar dicho lo que toca al intento de que hablan, porque ellos no escriben por anales todos los casos de su historia, aunque en lo esencial guardan el orden de los tiempos.

336. Entendido todo esto, y prosiguiendo lo que dije en el capítulo 15 del conciliábulo que hizo Lucifer después de la conversión de San Pablo, digo que aquella conferencia duró algún tiempo, en que el Dragón infernal con sus demonios tomó y pensó diversos medios y arbitrios con que destruir la Iglesia y derribar, si pudiera, a la gran Reina del estado altísimo de santidad en que la imaginaba, aunque ignoraba infinito más de lo que conocía esta serpiente. Pasados estos días en que la Iglesia gozaba de sosiego, salieron del profundo los príncipes de las tinieblas, para ejecutar los consejos de maldad que en aquellos calabozos habían fabricado. Salió por caudillo de todos el dragón grande Lucifer, y es cosa digna de atención que fue tanta la indignación y furor de esta cruentísima bestia contra la Iglesia y María santísima, que sacó del infierno mucho más de las dos partes de sus demonios para esta empresa que intentaba; y sin duda dejara despoblado todo aquel reino de tinieblas, si la misma malicia no le obligara a dejar allá alguna parte de estos infernales ministros para tormento de los condenados, porque a más del fuego eterno que les administra la justicia divina, y que no les podía faltar, no quiso este Dragón que tampoco les faltase la vista y compañía de sus demonios, para que no recibiesen este pequeño alivio los hombres por el tiempo que estuviesen fuera del infierno los demonios. Por esta causa nunca faltan demonios en aquellas cavernas, ni quieren perdonar este azote a los infelices condenados, aunque sea para

Lucifer de tanta codicia destruir a los mortales que viven en el mundo. A tan impío, tan cruel, tan inhumano señor sirven los desdichados pecadores.

337. La ira de este Dragón había llegado a lo sumo y no ponderable, por los sucesos que iba conociendo en el mundo, después de la muerte de nuestro Redentor, y la santidad de su Madre y el favor y protección que en ella tenían los fieles, como lo había experimentado en San Esteban, San Pablo y en otros sucesos. Y por esto Lucifer tomó asiento en Jerusalén, para ejecutar por sí mismo la batería contra lo más fuerte de la Iglesia y para gobernar desde allí a todos los escuadrones infernales, que sólo guardan orden en hacer guerra para destruir a los hombres, cuando en lo demás todos son confusión y desconcierto. No les dio el Altísimo la permisión que su envidia deseaba, porque en un momento trasegaran y destruyeran el mundo, pero dióseles con limitación y en cuanto convenía, para que afligiendo a la Iglesia se fundase con la sangre y merecimientos de los santos y con ellos echase más hondas las raíces de su firmeza, y para que en las persecuciones y tormentos se manifestase más la virtud y sabiduría del piloto que gobierna esta navecilla de la Iglesia. Luego mandó Lucifer a sus ministros que rodeasen toda la tierra, para reconocer dónde estaban los Apóstoles y discípulos del Señor y dónde se predicaba su nombre, y le diesen noticia de todo. Y el Dragón se puso en la ciudad santa lo más lejos que pudo de los lugares consagrados con la sangre y misterios de nuestro Salvador, porque a él y a sus demonios les eran formidables y al paso que se acercaban a ellos sentían que se les debilitaban las fuerzas y eran oprimidos de la virtud divina. Y este efecto experimentan hoy y le sentirán hasta el fin del mundo. ¡Gran dolor, por cierto, que aquel sagrado para los fieles esté hoy en poder de paganos enemigos, por los pecados de los hombres, y dichosos los pocos hijos de la Iglesia que gozan este privilegio, cuales son los hijos de nuestro gran Padre y reparador de la Iglesia San Francisco!

338. Informóse el Dragón del estado de los fieles y de todos los lugares donde se predicaba la fe de Cristo, por relaciones que le trajeron los demonios. Y dioles nuevas

órdenes para que unos asistiesen a perseguirlos, asignando mayores o menores demonios, según la diferencia de los Apóstoles, discípulos y fieles. A otros ministros mandó que fuesen y viniesen a darle cuenta de lo que fuese sucediendo y llevasen órdenes de lo que habían de obrar contra la Iglesia. Señaló también Lucifer algunos hombres incrédulos, pérfidos y de malas condiciones y depravadas costumbres, para que sus demonios los irritasen, provocasen y llenasen de indignación y envidia contra los seguidores de Cristo. Y entre éstos fueron el rey Herodes, por el aborrecimiento que tenían contra el mismo Señor a quien habían crucificado, cuyo nombre deseaban borrar de la tierra de los videntes (Jer 11, 19). También se valieron de otros gentiles más ciegos y asidos a la idolatría, y entre unos y otros investigaron estos enemigos con desvelo cuáles eran peores y más perdidos, para servirse de ellos y hacerlos propios instrumentos de su maldad. Y por estos medios encaminaron la persecución de la Iglesia, y siempre ha usado de esta arte diabólica el Dragón infernal para destruir la virtud y el fruto de la Redención y sangre de Cristo. Y en la primitiva Iglesia hizo grande estrago en los fieles, persiguiéndolos por diversos modos de tribulaciones que no están escritas ni se saben en la Iglesia, aunque, por mayor, lo que dijo San Pablo en la carta de los Hebreos (Heb 11, 37) de los antiguos santos sucedió en los nuevos. Y sobre estas persecuciones exteriores afligía el mismo demonio y los demás a todos los justos, Apóstoles, discípulos y fieles con tentaciones ocultas, sugestiones, ilusiones y otras iniquidades, como hoy lo hace con todos los que desean caminar por la divina ley y seguir a Cristo nuestro Redentor y Maestro. Y no es posible en esta vida conocer todo lo que en la primitiva Iglesia trabajó Lucifer para extinguirla, como tampoco lo que hace ahora con el mismo intento.

339. Pero nada se le ocultó entonces a la gran Madre de la sabiduría, porque en la claridad de su eminente ciencia conocía todo este secreto de las tinieblas, oculto a los demás mortales. Y aunque los golpes y las heridas, cuando nos hallan prevenidos, no suelen hacer tan grande mella en nosotros, y la prudentísima Reina estaba tan capaz de los trabajos futuros de la Santa Iglesia y ninguno le podía venir

de improviso y con ignorancia suya, con todo eso, como tocaban en los Apóstoles y en todos los fieles, la herían el corazón, donde los tenía con entrañable amor de Madre piadosísima, y su dolor se regulaba con su casi inmensa caridad, y muchas veces le costara la vida si, como he repetido en diversas partes, no la conservara el Señor milagrosamente. Y en cualquiera de las almas justas y perfectas en el amor divino hiciera grandes efectos el conocimiento de la ira y malicia de tantos demonios, tan vigilantes y astutos, contra tan pocos fieles sencillos, pobres y de condición frágil y llena de miserias propias. Con este conocimiento olvidara María santísima otros cuidados de sí misma y todas sus penas, si las tuviera, por acudir al remedio y consuelo de sus hijos. Multiplicaba por ellos sus peticiones, suspiros, lágrimas y diligencias. Dábales grandes consejos, avisos y exhortaciones para prevenirlos y animarlos, particularmente a los Apóstoles y discípulos. Mandaba muchas veces con imperio de Reina a los demonios, y les sacó de sus uñas innumerables almas que engañaban y pervertían y las rescataba de la eterna muerte. Y otras veces les impedía grandes crueldades y asechanzas que ponían a los ministros de Cristo, porque intentó Lucifer quitar luego la vida a los Apóstoles, como lo había procurado por medio de Saulo, y arriba se dijo (Cf. supra n. 252), y lo mismo sucedió con otros discípulos que predicaban la santa fe.

340. Con estos cuidados y compasión, aunque la divina Maestra guardaba suma tranquilidad y sosiego interior, sin que la solicitud de oficiosa Madre la turbase, y en el exterior conservaba igualdad y serenidad de Reina, con todo eso las penas del corazón la entristecieron un poco el semblante en la esfera de su compostura y apacibilidad. Y como San Juan Evangelista la asistía con tan desvelada atención y dependencia de hijo, no se le pudo ocultar a la vista de esta águila perspicaz la pequeña novedad en el semblante de su Madre y Señora. Afligióse grandemente el Evangelista y, habiendo conferido consigo mismo su cuidado, se fue al Señor y pidiéndole nueva luz para el acierto le dijo: Señor y Dios inmenso y reparador del mundo, confieso la obligación en que sin méritos míos y por sola Vuestra dignación me pusisteis, dándome por Madre a la que verdaderamente lo

es Vuestra, porque os concibió, parió y alimentó a sus pechos. Yo, Señor, con este beneficio quedé próspero y enriquecido con el mayor tesoro del cielo y de la tierra. Pero vuestra Madre y mi Señora quedó sola y pobre sin vuestra real presencia, que ni pueden recompensar ni suplir todos los Ángeles ni los hombres, cuanto menos este vil gusano y siervo Vuestro. Hoy, Dios mío y Redentor del mundo, veo triste y afligida a la que os dio forma de hombre y es alegría de Vuestro pueblo. Deséola consolar y aliviarla de su pena, pero soy insuficiente para hacerlo. La razón y amor me solicitan, la veneración y mi fragilidad me detienen. Dadme, Señor, virtud y luz de lo que debo hacer en Vuestro agrado y servicio de Vuestra digna Madre.

341. Después de esta oración quedó San Juan dudoso un rato, sobre si preguntaría a la gran Señora del cielo la causa de su pena. Por una parte lo deseaba con afecto, por otra no se atrevía, con el temor santo y el respeto con que la miraba; y aunque alentado interiormente llegó tres veces a la puerta del oratorio donde estaba María santísima, le detuvo el encogimiento para no entrar a preguntarla lo que deseaba. Pero la divina Madre conoció todo lo que San Juan hacía y lo que pasaba por su interior. Y por el respeto que la celestial Maestra de la humildad tenía al Evangelista como Sacerdote y ministro del Señor, se levantó de la oración y salió a donde estaba y le dijo: Señor, decidme lo que mandáis a vuestra sierva —Ya he dicho otras veces (Cf. supra n. 99, 102, 106, etc.) que la gran Reina llamaba señores a los Sacerdotes y ministros de su Hijo santísimo. El Evangelista se consoló y animó con este favor, y aunque no sin algún encogimiento respondió: Señora mía, la razón y el deseo de serviros me ha obligado a reparar en vuestra tristeza y pensar que tenéis alguna pena, de que deseo veros aliviada.

342. No se alargó San Juan en más razones, pero la Reina conoció el deseo que tenía de preguntarla por sus cuidados, y como prontísima obediente quiso responderle a la voluntad, antes que por palabras se la manifestase, como a quien reconocía por superior y le tenía por tal. Volvióse María santísima al Señor y dijo: Dios mío e Hijo mío, en lugar Vuestro me dejasteis a vuestro siervo Juan, para que

me acompañase y asistiese, y yo le recibí por mi prelado y superior, a cuyos deseos y voluntad, conociéndola, deseo obedecer, para que esta humilde sierva Vuestra siempre viva y se gobierne por Vuestra obediencia. Dadme licencia para manifestarle mi cuidado, como él desea saberlo.— Sintió luego el *fiat* de la divina voluntad. Y puesta de rodillas a los pies de San Juan Evangelista, le pidió la bendición y le besó la mano, y pidiéndole licencia para hablar le dijo: Señor, causa tiene el dolor que aflige mi corazón, porque el Altísimo me ha manifestado las tribulaciones que han de venir a la Iglesia y las persecuciones que han de padecer todos sus hijos, y mayores los Apóstoles. Y para disponer en el mundo y ejecutar esta maldad, he visto que ha salido a él de las cavernas de lo profundo el Dragón infernal con innumerables legiones de espíritus malignos, todos con implacable indignación y furor, para destruir el cuerpo de la Iglesia Santa. Y esta ciudad de Jerusalén se turbará la primera, y más que otras, y en ella quitarán la vida a uno de los Apóstoles y otros serán presos y afligidos por industria del demonio. Mi corazón se contrista y aflige de compasión, y de la contradicción que harán los enemigos a la exaltación del nombre santo del Altísimo y remedio de las almas.

343. Con este aviso se afligió también el Evangelista y se turbó un poco, pero con el esfuerzo de la divina gracia respondió a la gran Reina, diciendo: Madre y Señora mía, no ignora Vuestra sabiduría que de estos trabajos y tribulaciones sacará el Altísimo grandes frutos para su Iglesia y sus hijos fieles y que les asistirá en su tribulación. Aparejados estamos los Apóstoles para sacrificar nuestras vidas por el Señor, que ofreció la suya por todo el linaje humano. Hemos recibido inmensos beneficios y no es justo que en nosotros sean ociosos y vacíos. Cuando éramos pequeños en la escuela de nuestro Maestro y Señor, obrábamos como párvulos, pero después que nos enriqueció con su divino Espíritu y encendió en nosotros el fuego de su amor, perdimos la cobardía y deseamos seguir el camino de su Cruz, que con su doctrina y ejemplos nos enseñó, y sabemos que la Iglesia se ha de plantar y conservar con la sangre de sus ministros e hijos. Rogad, vos, Señora mía, por nosotros, que con la virtud divina y

Vuestra protección alcanzaremos victoria de nuestros enemigos y en gloria del Altísimo triunfaremos de todos ellos. Pero si en esta ciudad de Jerusalén se ha de ejecutar lo fuerte de la persecución, paréceme, Señora y Madre mía, que no es justo la esperéis en ella, para que la indignación del infierno, por medio de la malicia humana, no intente alguna ofensa contra el tabernáculo de Dios.

344. La gran Reina y Señora del cielo, con el amor y compasión de los Apóstoles y todos los otros fieles, se inclinaba sin temor a quedarse en Jerusalén para hablar, consolar y animar a todos en la tribulación que les amenazaba. Pero no manifestó al Evangelista este afecto, aunque era tan santo, porque salía de su dictamen y le cedió a la humildad y obediencia del Apóstol, porque le tenía por su prelado y superior. Y con este rendimiento, sin replicar al Evangelista, le dio las gracias por el esfuerzo con que deseaba padecer y morir por Cristo; y en cuanto a salir de Jerusalén, le dijo que ordenase y dispusiese aquello que juzgaba por más conveniente, que a todo obedecería como súbdita, y pediría a nuestro Señor le gobernase con su divina luz, para que eligiese aquello que fuese de su mayor agrado y exaltación de su santo nombre. Con esta resignación de tanto ejemplo para nosotros y reprensión de nuestra inobediencia, determinó el Evangelista que se fuese a la ciudad de Efeso, en los términos del Asia Meñor. Y proponiéndolo a María santísima, la dijo: Señora y Madre mía, para alejarnos de Jerusalén y tener fuera de aquí ocasión oportuna para trabajar por la exhaltación del nombre del Altísimo, me parece nos retiremos a la ciudad de Efeso, donde haréis en las almas el fruto que no espero en Jerusalén. Yo deseara ser uno de los que asisten al trono de la Santísima Trinidad para serviros dignamente en esta jornada, pero soy un vil gusano de la tierra, mas el Señor será con nosotros y en todas partes le tenéis propicio, como Dios y como Hijo Vuestro.

345. Quedó determinada la partida de Efeso en acomodando y disponiendo lo que en Jerusalén convenía advertir a los fieles, y la gran Señora se retiró a su oratorio, donde hizo esta oración: Altísimo Dios eterno, esta humilde sierva Vuestra se postra ante Vuestra real presencia y de lo

íntimo de mi alma os suplico me gobernéis y encaminéis a Vuestro mayor agrado y beneplácito; esta jornada quiero hacer por obediencia de Vuestro siervo Juan, cuya voluntad será la Vuestra. No es razón que esta sierva y Madre Vuestra, tan obligada de Vuestra poderosa mano, dé un paso que no sea para mayor gloria y exaltación de Vuestro santo nombre. Asistid, Señor mío, a mi deseo y peticiones, para que yo obre lo más acertado y justo.—Respondióla el señor luego y la dijo: Esposa y paloma mía, mi voluntad ha dispuesto la jornada para mi mayor agrado. Obedeced a Juan y caminad a Efeso, que allí quiero manifestar mi clemencia con algunas almas por medio de vuestra presencia y asistencia, por el tiempo que fuere conveniente.—Con esta respuesta del Señor quedó María santísima más consolada e informada de la divina voluntad y pidió a Su Majestad la bendición y licencia para disponer la jornada cuando el Apóstol la determinase; y llena de fuego de caridad se encendía en el deseo del bien de las almas de Efeso, de quien el Señor la había dado esperanzas se sacaría fruto de su gusto y agrado.

346. *Viene María santísima de Jerusalén a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] en España, por voluntad de su Hijo nuestro Salvador, a visitar a Santiago, y lo que sucedió en esta venida y el año y día en que se hizo.*—Todo el cuidado de nuestra gran Madre y Señora María santísima estaba empleado y convertido a los aumentos y dilatación de la Santa Iglesia, al consuelo de los Apóstoles, discípulos y de los otros fieles, y a defenderlos del infernal Dragón y sus ministros en la persecución y asechanzas que, como se ha dicho (Cf. supra n. 337), les prevenían estos enemigos. Con su incomparable caridad, antes de venir a Efeso ni partir de Jerusalén, ordenó y dispuso muchas cosas, en cuanto le fue posible, por sí y por ministerio de los Santos Ángeles, para prevenir todo lo que en su ausencia le pareció conveniente, porque entonces no tenía noticia del tiempo que duraría esta jornada y la vuelta a Jerusalén. Y la mayor diligencia que pudo hacer fue su continua y poderosa oración y peticiones a su Hijo santísimo, para que con el poder infinito de su brazo defendiese a sus Apóstoles y siervos y quebrantase la soberbia de Lucifer, desvaneciendo las maldades que en su astucia fabricaba

contra la gloria del mismo Señor. Sabía la prudentísima Madre que de los Apóstoles el primero que derramaría su sangre por Cristo nuestro Señor era San Jacobo [Santiago Mayor], y por esta razón, y por lo mucho que la gran Reina le amaba, como dije arriba (Cf. supra n. 320), hizo particular oración por él entre todos los Apóstoles.

347. Estando la divina Madre en estas peticiones, un día, que era el cuarto antes de partir a Efeso, sintió en su castísimo corazón alguna novedad y efectos dulcísimos, como le sucedía otras veces para algún particular beneficio que se le acercaba. Estas obras se llaman palabras del Señor en el estilo de la Escritura, y respondiendo a ellas María santísima, como maestra de la ciencia, dijo: Señor mío, ¿qué me mandáis hacer y qué queréis de mí? Hablad, Dios mío, que vuestra sierva oye.—Y en repitiendo estas razones vio a su Hijo santísimo que en persona descendía del cielo a visitarla en un trono de inefable majestad y acompañado de innumerables Ángeles de todos los órdenes y coros celestiales. Entró Su Majestad con esta grandeza en el oratorio de su beatísima Madre, y la religiosa y humilde Virgen le adoró con excelente culto y veneración de lo íntimo de su purísima alma. Luego la habló el Señor y la dijo: Madre mía amantísima, de quien recibí el ser humano para salvar al mundo, atento estoy a vuestras peticiones y deseos santos y agradables en mis ojos. Yo defenderé a mis apóstoles e Iglesia y seré su padre y protector, para que no sea vencida, ni prevalezcan contra ella las puertas del infierno (Mt 16, 18). Ya sabéis que para mi gloria es necesario que trabajen con mi gracia los Apóstoles y que al fin me sigan por el camino de la cruz y muerte que padecí para redimir al linaje humano. Y el primero que me ha de imitar en esto es Jacobo [Santiago Mayor] mi fiel siervo, y quiero que padezca martirio en esta ciudad de Jerusalén. Y para que él venga a ella y otros fines de mi gloria y vuestra, es mi voluntad que luego le visitéis en España, donde predica mi santo nombre. Quiero, Madre mía, que vayáis a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], donde está ahora, y le ordenéis que vuelva a Jerusalén y antes que parta de aquella ciudad edifique en ella un templo en honra y título de vuestro nombre, donde seáis venerada e invocada para beneficio de aquel reino y gloria

y beneplácito mío y de nuestra Beatísima Trinidad.

348. Admitió la gran Reina del cielo esta obediencia de su Hijo santísimo con nuevo júbilo de su alma. Y con el rendimiento digno respondió y dijo: Señor mío y verdadero Dios, hágase Vuestra voluntad santa en Vuestra sierva y Madre por toda la eternidad y en ella os alaben todas las criaturas por las obras admirables de Vuestra piedad inmensa con Vuestros siervos. Yo, Señor mío, Os magnifico y bendigo en ellas y os doy humildes gracias en nombre de toda la Santa Iglesia y mío. Dadme licencia, Hijo mío, para que en el Templo que mandáis edificar a Vuestro siervo Jacobo pueda yo prometer en Vuestro santo nombre la protección especial de Vuestro brazo poderoso, y que aquel lugar sagrado sea parte de mi herencia para todos los que en él invocaren con devoción Vuestro mismo nombre y el favor de mi intercesión con Vuestra clemencia.

349. Respondióla Cristo nuestro Redentor: Madre mía, en quien se complació mi voluntad, yo os doy mi real palabra que miraré con especial clemencia y llenaré de bendiciones de dulzura a los que con humildad y devoción vuestra me invocaren y llamaren en aquel templo por medio de vuestra intercesión. En vuestras manos tengo depositados y librados todos mis tesoros, y como Madre que tenéis mis veces y potestad podéis enriquecer y señalar aquel lugar y prometer en él vuestro favor, que todo lo cumpliré como fuere vuestra agradable voluntad.—Agradeció de nuevo María santísima esta promesa de su Hijo y Dios omnipotente, y luego, por mandato del mismo Señor, grande número de los Ángeles que la acompañaban formaron un trono real de una nube refulgentísima y la pusieron en él como a Reina y Señora de todo lo criado. Cristo nuestro Señor con los demás Ángeles se subió a los cielos, dándola su bendición. Y la purísima Madre, en manos de serafines y acompañada de sus mil Ángeles con los demás, partió a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], en España, en alma y cuerpo mortal. Y aunque la jornada se pudo hacer en brevísimo tiempo, ordenó el Señor que fuese de manera que los Santos Ángeles formando coros de dulcísima armonía viniesen cantando a su Reina loores de júbilo y alegría.

350. Unos cantaban el Ave María, otros *Salve Sancta parens y Salve Regina,* otros, *Regina coeli laetare,* etc. Alternando estos cánticos a coros y respondiéndose unos a otros con armonía y consonancia tan concertada, cuanto no alcanza la capacidad humana. Respondía también la gran Señora oportunamente, refiriendo toda aquella gloria al Autor que se la daba, con tan humilde corazón, cuanto era grande este favor y beneficio. Repetía muchas veces: Santo santo, santo Dios de Sabaot, ten misericordia de los míseros hijos de Eva. Tuya es la gloria, tuyo es el poder y la majestad, tú sólo el Santo, el Altísimo y el Señor de todos los ejércitos celestiales y de lo criado. Y los Ángeles respondían también a estos cánticos tan dulces en los oídos del Señor, y con ellos llegaron a Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] cuando ya se acercaba la media noche.

351. El felicísimo Apóstol Santiago estaba con sus discípulos fuera de la ciudad, pero arrimado al muro que correspondía a las márgenes del río Ebro, y para ponerse en oración se había apartado de ellos algún espacio competente, quedando los discípulos algunos durmiendo y otros orando como su maestro; y porque todos estaban desimaginados de la novedad que les venía, se alargó un poco la procesión de los Santos Ángeles con la música, de manera que no sólo Santiago lo pudiese oír de lejos, sino también los discípulos, con que despertaron los que dormían y todos fueron llenos de suavidad interior y admiración, con celestial consuelo que los ocupó y casi enmudeció, dejándolos suspensos y derramando lágrimas de alegría. Reconocieron en el aire grandísima luz, más que si fuera al mediodía, aunque no se extendía universalmente más que en algún espacio, como un gran globo. Con esta admiración y nuevo gozo estuvieron sin menearse hasta que los llamó su Maestro. Con estos maravillosos efectos que sintieron, ordenó el Señor que estuviesen prevenidos y atentos a lo que de aquel gran misterio se les manifestase. Los Santos Ángeles pusieron el trono de su Reina y Señora a la vista del Apóstol, que estaba en altísima oración y más que los discípulos sentía la música y percibía la luz. Traían consigo los Ángeles prevenida una pequeña columna de mármol o de jaspe, y de otra materia diferente habían

formado una imagen no grande de la Reina del cielo. Y a esta imagen traían otros Ángeles con gran veneración, y todo se había prevenido aquella noche con la potencia que estos divinos espíritus obran en las cosas que la tienen.

352. Manifestósele a Santiago la Reina del cielo desde la nube y trono donde estaba rodeada de los coros de los Ángeles, todos con admirable hermosura y refulgencia, aunque la gran Señora los excedía en todo a todos. El dichoso Apóstol se postró en tierra y con profunda reverencia adoró a la Madre de su Criador y Redentor y vio juntamente la Imagen y columna o pilar en mano de algunos Ángeles. La piadosa Reina le dio la bendición en nombre de su Hijo santísimo y le dijo: Jacobo [Santiago Mayor], siervo del Altísimo, bendito seáis en su diestra; Él os salve y manifieste la alegría de su divino rostro.— Y todos los Ángeles respondieron: Amén.—Prosiguió la Reina del cielo y dijo: Hijo mío Jacobo [Santiago Mayor], este lugar ha señalado y destinado el altísimo y todopoderoso Dios del cielo, para que en la tierra le consagréis y dediquéis en un Templo y casa de oración, de donde debajo del título de mi nombre quiere que el suyo sea ensalzado y engrandecido y que los tesoros de su divina diestra se comuniquen, franqueando liberalmente sus antiguas misericordias con todos los fieles y que por mi intercesión las alcancen, si las pidieren con verdadera fe y piadosa devoción. Yo en nombre del Todopoderoso les prometo grandes favores y bendiciones de dulzura y mi verdadera protección y amparo, porque éste ha de ser Templo y casa mía y mi propia herencia y posesión. Y en testimonio de esta verdad y promesa quedará aquí esta columna y colocada mi propia imagen, que en este lugar donde edificaréis mi templo perseverará y durará con la santa fe hasta el fin del mundo. Daréis luego principio a esta casa del Señor, y habiéndole hecho este servicio partiréis a Jerusalén, donde mi Hijo santísimo quiere que le ofrezcáis el sacrificio de vuestra vida en el mismo lugar en que dio la suya para la Redención humana.

353. Dio fin la gran Reina a su razonamiento, mandando a los Ángeles que colocasen la columna y sobre ella la santa Imagen en el mismo lugar y puesto que hoy están, y así lo

ejecutaron en un momento. Luego que se erigió la columna y se asentó en ella la sagrada Imagen, los mismos Ángeles, y también el Santo Apóstol, reconocieron aquel lugar y título por casa de Dios, puerta del cielo y tierra santa y consagrada en templo para gloria del Altísimo e invocación de su beatísima Madre. Y en fe de esto dieron culto, adoración y reverencia a la divinidad, y Santiago se postró en tierra, y los Ángeles con nuevos cánticos celebraron los primeros con el mismo Apóstol la nueva y primera dedicación de Templo que se instituyó en el orbe después de la Redención humana y en nombre de la gran Señora del cielo y tierra. Este fue el origen felicísimo del santuario de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], que con justa razón se llama cámara angelical, casa propia de Dios y de su Madre purísima, y digna de la veneración de todo el orbe y fiador seguro y abonado de los beneficios y favores del cielo, que no desmerecieron nuestros pecados. Paréceme a mí que nuestro gran patrón y Apóstol el segundo Jacobo dio principio más glorioso a este templo que el primer Jacobo al suyo de Betel, cuando caminaba peregrino a Mesopotamia, aunque aquel título y piedra que levantó (Gen 28, 18) fuese lugar del futuro templo de Salomón. Allí vio en sueños Jacob la escala mística en figura y sombra con los Ángeles, pero aquí vio nuestro Jacobo la escala verdadera del cielo con los ojos corporales, y más Ángeles que en aquélla. Allí se levantó la piedra en título para el templo que muchas veces se había de destruir y en algunos siglos tendría fin, pero aquí, en la firmeza de esta verdadera columna consagrada, se aseguró el templo, la fe y culto del Altísimo hasta que se acabe el mundo, subiendo y bajando Ángeles a las alturas con las oraciones de los fieles y con incomparables beneficios y favores que distribuye nuestra gran Reina y Señora a los que en aquel lugar con devoción la invocan y con veneración la honran.

354. Dio humildes gracias nuestro Apóstol a María santísima y la pidió el amparo de este reino de España con especial protección, y mucho más de aquel lugar consagrado a su devoción y nombre. Y todo se lo ofreció la divina Madre, y dándole de nuevo su bendición, la volvieron los Ángeles a Jerusalén con el mismo orden que la habían

traído. Pero antas, a petición suya, ordenó el Altísimo que para guardar aquel santuario y defenderle quedase en él un Ángel Santo encargado de su custodia, y desde aquel día hasta ahora persevera en este ministerio y le continuará cuanto allí durare y permaneciere la Imagen sagrada y la columna. De aquí ha resultado la maravilla que todos los fieles y católicos reconocen de haberse conservado aquel santuario ileso y tan intacto por mil seiscientos [dos mil] años entre la perfidia de los enemigos de la santa fe, la idolatría de los romanos, la herejía de los arríanos y la bárbara furia de los moros y paganos [y modernos comunistas]; y fuera mayor la admiración de los cristianos, si en particular tuvieran noticia de los arbitrios y medios que todo el infierno ha fabricado en diversos tiempos para destruir este santuario por mano de todos estos infieles y naciones. No me detengo en referir estos sucesos, porque no es necesario y tampoco pertenecen a mi intento. Basta decir que por todos estos enemigos de Dios lo ha intentado Lucifer muchas veces, y todas lo ha defendido el Ángel Santo que guarda aquel sagrario.

355. Pero advierto dos cosas que se me han manifestado para que aquí las escriba. La una, que las promesas aquí referidas, así de Cristo nuestro Salvador como de su Madre santísima, para conservar aquel templo y lugar suyo, aunque parecen absolutas, tienen implícita o encerrada la condición, como sucede en otras muchas promesas de la Escritura Sagrada, que tocan a particulares beneficios de la divina gracia. Y la condición es, que de nuestra parte obremos de manera que no desobliguemos a Dios para que nos prive del favor y misericordia que nos promete y ofrece. Y porque Su Majestad en el secreto de su justicia reserva el peso de estos pecados con que le podemos desobligar, por eso no expresa ni declara esta condición; y porque también estamos avisados en su Santa Iglesia, que sus promesas y favores no son para que usemos de ellos contra el mismo Señor, ni pequemos en confianza de su liberal misericordia, pues ninguna ofensa tanto como ésta nos hace indignos de ella. Y tales y tantos pueden ser los pecados de estos reinos y de aquella piadosa ciudad de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], que lleguemos a poner de nuestra parte la condición y número por donde merezcamos ser privados de

aquel admirable beneficio y amparo de la gran Reina y Señora de los Ángeles.

356. La segunda advertencia no menos digna de consideración es, que Lucifer y sus demonios, como conocen estas verdades y promesas del Señor, ha pretendido y pretende siempre la malicia de estos Dragones infernales introducir mayores vicios y pecados en aquella ilustre ciudad y en sus moradores con más eficacia y astucia que en otras, y en especial de los que más pueden desobligar y ofender a la pureza de María santísima. El intento de esta serpiente antigua mira a dos cosas execrables: la una que, si puede ser, desobliguen los fieles a Dios para que les conserve allí aquel sagrado y por este camino consiga Lucifer lo que por otros no ha podido; la otra, que si no puede alcanzar esto, por lo menos impida en las almas la veneración y piedad de aquel templo sagrado y los grandes beneficios que tiene prometidos en él María santísima a los que dignamente los pidieren. Conoce bien Lucifer y sus demonios que los vecinos y moradores de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] están obligados a la Reina de los cielos con más estrecha deuda que muchas otras ciudades y provincias de la cristiandad, porque tienen dentro de sus muros la oficina y fuente de los favores y beneficios que otros van a buscar a ella. Y si con la posesión de tanto bien fuesen peores, y despreciasen la dignación y clemencia que nadie les pudo merecer, esta ingratitud a Dios y a su Madre santísima merecería mayor indignación y más grave castigo de la Justicia divina. Confieso con alegría a todos los que leyeren esta Historia, que por escribirla a solas dos jornadas de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] tengo por muy dichosa esta vecindad [en Soria] y miro aquel santuario con gran cariño de mi alma, por la deuda que todos conocerán tengo a la gran Señora del mundo. Reconózcome también obligada y agradecida a la piedad de aquella ciudad, y en retorno de todo esto quisiera con voces vivas renovar en sus moradores la cordial e íntima devoción que deben a María santísima y los favores que con ella pueden alcanzar y con el olvido y poca atención desmerecer. Considérense, pues, más beneficiados y obligados que otros fieles. Estimen su tesoro, gócenle felizmente y no hagan del propiciatorio de

Dios casa inútil y común, convirtiéndola en tribunal de justicia, pues la puso María santísima para taller o tribunal de misericordias.

357. Pasada la visión de María santísima, llamó Santiago [Mayor] a sus discípulos, que de la música y resplandor estaban absortos, aunque ni oyeron ni vieron otra cosa. Y el gran maestro les dio noticia de lo que convenía, para que le ayudasen en la edificación del sagrado templo, en que puso mano y diligencia; y antes de partir de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] acabó la pequeña capilla donde está la santa Imagen y columna, con favor y asistencia de los Ángeles. Y después con el tiempo los católicos edificaron el suntuoso templo y lo demás que adorna y acompaña aquel tan celebrado santuario. El Evangelista San Juan no tuvo por entonces noticia de esta venida de la divina Madre a España, ni ella se lo manifestó, porque estos favores y excelencias no pertenecían ala fe universal de la Iglesia y por esto las guardaba en su pecho; aunque declaró otras mayores a San Juan y a los otros Evangelistas, porque eran necesarias para la común instrucción y fe de los fieles. Pero cuando Santiago [Mayor] volvió de España por Efeso, entonces dio cuenta a su hermano Juan Evangelista de lo que había sucedido en la peregrinación y predicación de España, y le declaró las dos veces que en ella había sido favorecido con las visiones de la beatísima Madre y de lo que en esta segunda le había sucedido en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], del Templo que dejaba edificado en esta ciudad. Y por relación del Evangelista tuvieron noticia de este milagro muchos de los Apóstoles y discípulos a quien se lo refirió él mismo después en Jerusalén para confirmarlos en la fe y devoción de la Señora del cielo, y en la confianza de su amparo. Y fue así, porque desde entonces los que conocieron este favor de Jacobo [Santiago Mayor] la llamaban y la invocaban en sus trabajos y necesidades, y la piadosa Madre socorrió a muchos, y a todos en diferentes ocasiones y peligros.

358. Sucedió este milagroso aparecimiento de María santísima en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], entrando el año del nacimiento de su Hijo nuestro Salvador de cuarenta, la segunda noche de dos de enero. Y desde la

salida de Jerusalén a la predicación habían pasado cuatro años, cuatro meses y diez días, porque salió el Santo Apóstol año de treinta y cinco, como arriba dije (Cf. supra n. 319), a veinte de agosto; y después del aparecimiento gastó en edificar el templo, en volver a Jerusalén y predicar, un año, dos meses y veinte y tres días; murió a los veinte y cinco de marzo del año cuarenta y uno. La gran Reina de los Ángeles, cuando se le apareció en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], tenía de edad cincuenta y cuatro años, tres meses y veinte y cuatro días; y luego que volvió a Jerusalén partió a Efeso, como diré en el libro y capítulo siguiente; al cuarto día se partió. De manera que se le dedicó este templo muchos años antes de su glorioso tránsito, como se entenderá cuando al fin de esta Historia (Cf. infra n. 742) de la gran Señora declare su edad y el año en que murió, que desde este aparecimiento pasaron más de los que de ordinario se dice. Y en todos estos años ya en España era venerada con culto público y tenía templos, porque a imitación de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] se le edificaron luego otros, donde se le levantaron aras con solemne veneración.

359. Esta excelencia y maravilla es la que sin contradicción engrandece a España sobre cuanto de ella se puede predicar, pues ganó la palma a todas las naciones y reinos del orbe en la veneración, culto y devoción pública de la gran Reina y Señora del cielo María santísima, y viviendo en carne mortal se señaló con ella en venerarla [con culto de hiperdulía] e invocarla más que otras naciones lo han hecho después que murió y subió a los cielos para no volver al mundo. En retorno de esta antigua y general piedad y devoción de España con María santísima, tengo entendido que la piadosa Madre ha enriquecido tanto a estos reinos en lo público, con tantas imágenes suyas aparecidas y santuarios como hay en ellos, dedicados a su santo nombre, más que en otros reinos del mundo. Con estos singularísimos favores ha querido la divina Madre hacerse más familiar en este reino, ofreciéndole su amparo con tantos templos y santuarios como tiene, saliéndonos al encuentro en todas partes y provincias, para que la reconozcamos por nuestra Madre y Patrona, y también para que entendamos la obligación de esta nación en la defensa

de su honor y la dilatación de su gloria por todo el orbe.

360. Ruego yo y humildemente suplico a todos los naturales y moradores de España y en el nombre de esta Señora les amonesto despierten la memoria y aviven la fe, renueven y resuciten la devoción antigua de María santísima y se reconozcan por más rendidos y obligados a su servicio que otras naciones; y singularmente tengan en suma veneración el santuario de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], como de mayor dignidad y excelencia sobre todos y como original de la piedad y veneración que España reconoce a esta Reina. Y crean todos los que leyeren esta Historia, que las antiguas dichas y grandezas de esta monarquía las recibió por María santísima y por los servicios que le hicieron en ella, y si hoy las reconocemos tan arruinadas y casi perdidas, lo ha merecido así nuestro descuido, con que obligamos al desamparo que sentimos. Y si deseamos el remedio de tantas calamidades, sólo podemos alcanzarle por mano de esta poderosa Reina, obligándola con nuevos y singulares servicios y demostraciones. Y pues el admirable beneficio de la fe católica y los que he referido nos vinieron por medio de nuestro gran patrón y Apóstol Santiago, renuévese también su devoción e invocación, para que por su intercesión el Todopoderoso renueve sus maravillas.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

361. Hija mía, advertida estás que no sin misterio en el discurso de esta Historia te he manifestado tantas veces los secretos del infierno contra los hombres, los consejos y traiciones que fabrica para perderlos, la furiosa indignación y desvelo con que lo procura, sin perder punto, lugar ni ocasión y sin dejar piedra que no mueva, ni camino, estado o persona a quien no ponga muchos lazos en que caiga y, más peligrosos y más engañosos por más ocultos, los derrama contra los que cuidadosos desean la vida eterna y la amistad de Dios. Y sobre estos generales avisos se te han manifestado muchas veces los conciliábulos y prevenciones que contra ti confieren y disponen. A todos los hijos de la Iglesia les importa salir de la ignorancia en que viven de tan inevitables peligros de su eterna perdición, sin conocer ni

advertir que fue castigo del primer pecado perder la luz de estos secretos y después, cuando podían merecerla, se hacen incapaces y más indignos por los pecados propios. Con esto, viven muchos de los mismos fieles tan olvidados y descuidados como si no hubiera demonios que los persiguieran y engañaran, y si tal vez lo advierten es muy superficialmente y de paso y luego se vuelven a su olvido, que pesa en muchos no menos que las penas eternas. Si en todos tiempos y lugares, en todas obras y ocasiones, les pone asechanzas el demonio, justo y debido era que ningún cristiano diera un solo paso sin pedir el favor divino, para conocer el peligro y no caer en él. Pero como es tan torpe el olvido que de esto tienen los hijos de Adán, apenas hacen obra que no sean lastimados y heridos de la serpiente infernal y del veneno que derrama por su boca, con que acumulan culpas a culpas, males a males, que irritan la justicia divina y desmerecen la misericordia.

362. Entre estos peligros te amonesto, hija mía, que como has conocido contra ti mayor indignación y desvelo del infierno, le tengas tú con la divina gracia tan grande y continuo desvelo, como te conviene para vencer a este astuto enemigo. Atiende a lo que yo hice cuando conocí el intento de Lucifer para perseguirme a mí y a la Santa Iglesia: multipliqué las peticiones, lágrimas, suspiros y oraciones; y porque los demonios se querían valer de Herodes y de los judíos de Jerusalén, aunque yo pudiera estar con menor temor en la ciudad y me inclinaba a esto, la desamparé para dar ejemplo de cautela y de obediencia: de lo uno alejándome del peligro y de lo otro gobernándome por la voluntad y obediencia de San Juan Evangelista. Tú no eres fuerte y tienes mayor peligro por las criaturas y a más de esto eres mi discípula, tienes mis obras y vida por ejemplar para la tuya; y así quiero que en reconociendo el peligro te alejes de él, si fuere necesario, cortes por lo más sensible y siempre te arrimes a la obediencia de quien te gobierna como a norte seguro y columna fuerte para no caer. Advierte mucho si debajo de piedad aparente te esconde el enemigo algún lazo; guárdate no padezcas tú por granjear a oíros. Ni te fíes de tu dictamen, aunque te parezca bueno y seguro; no dificultes obedecer en cosa alguna, pues yo por la

obediencia salí a peregrinar con muchos trabajos y descomodidades.

363. Renueva también los afectos y deseos de seguir mis pasos y de imitarme con perfección, para proseguir lo que resta de mi vida y escribirlo en tu corazón. Corre por el camino de la humildad y obediencia tras el olor de mi vida y virtudes, que si me obedecieres, como de ti quiero y tantas veces te repito y exhorto, yo te asistiré como a hija en tus necesidades y tribulaciones y mi Hijo santísimo cumplirá en ti su voluntad como lo desea, antes que acabes esta obra, y se ejecutarán las promesas que muchas veces nos has oído, y serás bendita de su poderosa diestra. Magnifica y engrandece al Altísimo por el favor que hizo a mi siervo Jacobo [Santiago Mayor] en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] y por el Templo que allí me edificó antes de mi tránsito y todo lo que de esta maravilla te he manifestado, y porque aquel Templo fue el primero de la Ley Evangélica y de sumo agrado para la Beatísima Trinidad.

LIBRO VIII

CONTIENE LA JORNADA DE MARÍA SANTÍSIMA CON SAN JUAN EVANGELISTA A ÉFESO; EL GLORIOSO MARTIRIO DE SANTIAGO [MAYOR]; LA MUERTE Y CASTIGO DE HERODES; LA DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO DE DIANA; LA VUELTA DE MARÍA SANTÍSIMA DE ÉFESO A JERUSALÉN; LA INSTRUCCIÓN QUE DIO A LOS EVANGELISTAS; EL ALTÍSIMO ESTADO QUE TUVO SU ALMA PURÍSIMA ANTES DE MORIR; SU FELICÍSIMO TRÁNSITO, SUBIDA A LOS CIELOS Y CORONACIÓN.

CAPITULO 1

Parte de Jerusalén María santísima con san Juan Evangelista para Éfeso, viene san Pablo de Damasco a Jerusalén, vuelve a ella Santiago (Mayor), visita en Éfeso a la gran Reina; decláranse los secretos que en estos viajes sucedieron a todos.

365. Volvió María santísima a Jerusalén en manos de serafines desde Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania], dejando mejorada y enriquecida aquella ciudad y reino de España con su presencia, con su protección y promesas, y con el templo que para título y monumento de su sagrado nombre le dejaba edificando Santiago [Mayor], con asistencia y favor de los Santos Ángeles. Al punto que la gran Señora del cielo y Reina de los Ángeles descendió de la nube o trono en que la traían y pisó el suelo del cenáculo, se postró en él, pegándose con el polvo, para alabar al Muy Alto por los favores y beneficios que con ella, con Santiago [Mayor] y aquellos reinos había obrado su poderosa diestra en aquella milagrosa jornada. Y considerando con su inefable humildad, que en carne mortal se le edificaba templo a su nombre e invocación, de tal manera se aniquiló y deshizo en su estimación en la divina presencia, como si totalmente se le olvidara que era Madre de Dios verdadera, criatura impecable y superior en santidad sobre todos los supremos serafines excediéndoles sin medida. Tanto se humilló y agradeció estos beneficios, como si fuera un gusanillo y la menor y más pecadora de las criaturas, e hizo juicio que debía levantarse sobre sí misma con esta deuda a nuevos grados de santidad más alta y remontada. Así lo propuso y cumplió llegando su sabiduría y humildad hasta donde no alcanza nuestra capacidad.

366. En estos ejercicios gastó lo más de los cuatro días después que volvió a Jerusalén, y también en pedir con gran fervor por la defensa y aumento de la Santa Iglesia. En el ínterin el Evangelista San Juan prevenía la jornada y la embarcación para Éfeso, y al cuarto día, que era el quinto de enero del año de cuarenta, la dio aviso San Juan Evangelista cómo era tiempo de partir, porque había embarcación y estaba todo dispuesto para caminar. La gran Maestra de la obediencia sin réplica ni dilación se puso de rodillas y pidió licencia al Señor para salir del cenáculo y de Jerusalén, y luego se fue a despedirse del dueño de la casa y de sus moradores. Bien se deja entender el dolor que a todos tocaría de esta despedida, porque de la conversación dulcísima de la Madre de la gracia y de los favores y bienes que recibían de su liberal mano estaban todos cautivos, presos y rendidos a su amor y veneración, y en un punto

quedaban sin consuelo y sin el tesoro riquísimo del cielo donde hallaban tantos bienes. Ofreciéronse todos a seguirla y a acompañarla, pero, como esto no era conveniente, la pidieron con muchas lágrimas acelerase la vuelta y no desamparase del todo aquella casa, de que tenía larga posesión. Agradeció la divina Madre estos ofrecimientos piadosos y caritativos con agradables y humildes demostraciones, y con la esperanza de su vuelta les templó algo su dolor.

367. Pidió luego licencia a San Juan Evangelista para visitar los Lugares Santos de nuestra Redención y venerar en ellos con culto y adoración al Señor que los consagró con su presencia y preciosa sangre, y en compañía del mismo Apóstol hizo estas sagradas estaciones con increíble devoción, lágrimas y reverencia; y San Juan Evangelista, con suma cosolación que recibió de acompañarla, ejercitó actos heroicos de las virtudes. Vio en los Lugares Santos la beatísima Madre a los Santos Ángeles que en cada uno estaban para su guarda y defensa, y de nuevo les encargó que resistiesen a Lucifer y sus demonios para que no destruyesen ni profanasen con irreverencia aquellos lugares sagrados, como lo deseaban y lo intentarían por mano de los incrédulos. Y para esta defensa advirtió a los santos espíritus que desvaneciesen con santas inspiraciones los malos pensamientos y sugestiones diabólicas con que el Dragón infernal procuraba inducir a los judíos y demás mortales para borrar la memoria de Cristo nuestro Señor en aquellos Santos Lugares. Y para todos los siglos futuros les encargó este cuidado, porque la ira de los malignos espíritus duraría para siempre contra los lugares y obras de la Redención. Obedecieron los Santos Ángeles a su Reina y Señora en todo lo que les ordenó.

368. Hecha esta diligencia pidió la bendición a San Juan Evangelista, puesta de rodillas, para caminar, como lo hacía con su Hijo santísimo (Cf. supra p. II n. 698), porque siempre ejercitó con el amado discípulo que le dejó en su lugar las dos virtudes grandiosas de obediencia y humildad. Muchos fieles de los que había en Jerusalén la ofrecieron dinero, joyas y carrozas para el camino hasta el mar y para

todo el viaje lo necesario. Pero la prudentísima Señora con humildad y estimación satisfizo a todos sin admitir cosa alguna, y para las jornadas hasta el mar le sirvió un humilde jumentillo en que hizo el camino, como Reina de las virtudes y de los pobres. Acordábase de las jornadas y peregrinaciones que antes había hecho con su Hijo santísimo y con su esposo San José; y esta memoria, y el amor divino que la obligaba de nuevo a peregrinar, despertaban en su columbino corazón tiernos y devotos afectos; y para ser en todo perfectísima, hizo nuevos afectos de resignación en la voluntad divina, de carecer, por su gloria y exaltación de su nombre, de la compañía de Hijo y Esposo en aquella jornada, que en otras había tenido y gozado de tan gran consuelo, y de dejar la quietud del cenáculo, los Lugares Santos y la compañía de muchos y fieles devotos; y alabó al Altísimo porque le daba al discípulo amado para que la acompañase en estas ausencias.

369. Y para mayor alivio y consuelo en la jornada de la gran Reina, se le manifestaron al salir del cenáculo todos sus Ángeles en forma corpórea y visible, que la rodearon y cogieron en medio. Y con la escolta de este celestial escuadrón y la compañía humana de solo San Juan Evangelista, caminó hasta el puerto donde estaba el navío que navegaba a Éfeso. Y gastó todo este camino en repetidos y dulces coloquios y cánticos con los espíritus soberanos en alabanza del Altísimo, y alguna vez con San Juan Evangelista, que cuidadoso y oficioso la servía con admirable reverencia en todo lo que se ofrecía y el dichosísimo Apóstol conocía que era menester. Esta solicitud de San Juan Evangelista agradecía María santísima con increíble humildad, porque las dos virtudes, de gratitud y humildad, hacían en la Reina muy grandes los beneficios que recibía y, aunque se le debían por tantos títulos de obligación y justicia, los reconocía como si fueran favores y muy de gracia.

370. Llegaron al puerto y luego se embarcaron en una nave como otros pasajeros. Entró la gran Reina del mundo en el mar, la primera vez que había llegado a él por este modo. Penetró y vio con suma claridad y comprensión todo

aquel vastísimo piélago del mar Mediterráneo y la comunicación que tiene con el Océano. Vio su profundidad y altura, su longitud y latitud, las cavernas que tiene y oculta disposición, sus arenas y mineros, flujos y reflujos, sus animales, ballenas, variedad de peces grandes y pequeños, y cuanto en aquella portentosa criatura estaba encerrado. Conoció también cuántas personas en ella se habían anegado y perecido navegando, y se acordó de la verdad que dijo el Eclesiástico (Eclo 43, 26), de que cuentan los peligros del mar aquellos que le navegan, y lo de Santo Rey y Profeta David (Sal 92, 4), que son admirables las elaciones y soberbia de sus hinchadas olas. Y pudo conocer la divina Madre todo esto, así por especial dispensación de su Hijo santísimo, como también porque gozaba en grado muy supremo de los privilegios y gracias de la naturaleza angélica y de otra singular participación de los divinos atributos, a imitación y similitud y semejanza de la humanidad santísima de Cristo nuestro Salvador. Y con estos dones y privilegios, no sólo conocía todas las cosas como ellas son en sí mismas y sin engaño, pero la esfera de su conocimiento era mucho más dilatada para penetrar y comprender más que los ángeles.

371. Y cuando a las potencias y sabiduría de la gran Reina se le propuso aquel dilatado mapa en que reverberaban como en espejo clarísimo la grandeza y omnipotencia del Criador, levantó su espíritu con vuelo ardentísimo hasta llegar al ser de Dios, que tanto resplandece en sus admirables criaturas, y en todas y por todas le dio alabanza, gloria y magnificencia. Y compadeciéndose como piadosa Madre de todos los que se entregan a la indómita fuerza del mar, para navegarle con tanto riesgo de sus vidas, hizo por ellos fervorosísima oración y pidió al Todopoderoso defendiese en aquellos peligros a todos los que en ellos invocasen su intercesión y nombre, pidiendo devotamente su amparo. Concedió luego el Señor esta petición y la dio su palabra de favorecer en los peligros del mar a los que llevasen alguna imagen suya y con afecto llamasen en las tormentas a la estrella del mar María santísima. De esta promesa se entenderá que si los católicos y fieles tienen malos sucesos y perecen en las navegaciones, la causa es porque ignoran este favor de la

Reina de los Ángeles, o porque merecen por sus pecados no acordarse de ella en las tormentas que allí padecen y no la llaman y piden su favor con verdadera fe y devoción; pues ni la palabra del Señor puede faltar (Mt 24, 35), ni la gran Madre se negaría a los necesitados y afligidos en el mar [también en el aire, en la carretera].

372. Sucedió también otra maravilla, y fue que, cuando María santísima vio el mar y sus peces y los demás animales marítimos, les dio a todos su bendición y les mandó que en el modo que les pertenecía reconociesen y alabasen a su Criador. Fue cosa admirable que, obedeciendo todos los pescados del mar a esta palabra de su Señora y Reina, acudieron con increíble velocidad a ponerse delante el navío, sin faltar de ningún género de estos animales de quien no fuese innumerable multitud. Y rodeando todos la nave descubrían las cabezas fuera del agua y con movimientos y meneos extraordinarios y agradables estuvieron grande rato como reconociendo a la Reina y Señora de las criaturas, dándole la obediencia y festejándola y como agradeciéndole que se dignase de haber entrado en el elemento y morada en que ellos vivían. Esta nueva maravilla extrañaron todos los que iban en el navío, como nunca vista. Y porque aquella multitud de peces grandes y pequeños, tan juntos y apiñados impedían algo a la nave para caminar, les motivó más a atender y discurrir, pero no conocieron la causa de la novedad; sólo San Juan Evangelista la entendió y en mucho rato no pudo contener las lágrimas de alegría devota. Y pasando algún espacio, pidió a la divina Madre que diese su bendición y licencia a los peces para que se fuesen, pues tan prontamente la habían obedecido cuando los convidó a alabar al Altísimo. Hízolo así la dulcísima Madre, y luego se desapareció aquel ejército de pescados, y el mar quedó en leche y muy tranquilo, sereno y lindo, con que prosiguieron el viaje y en pocos días llegaron a desembarcar en Éfeso.

373. Salieron a tierra, y en ella y en el mar hizo grandes maravillas la gran Reina, curando enfermos y endemoniados, que llegando a su presencia quedaban libres sin dilación. Y no me detengo a escribir todos estos milagros, porque sería menester muchos libros y más

tiempo si hubiera de referir todos los que María santísima iba obrando y los favores del cielo que derramaba en todas partes como instrumento y despensera de la omnipotencia del Altísimo. Sólo escribo los que son necesarios para la Historia y los que bastan para manifestar algo de lo que no se sabía de las obras y maravillas de nuestra Reina y Señora. En Éfeso vivían algunos fieles que desde Jerusalén y Palestina habían venido. Eran pocos; pero en sabiendo la llegada de la Madre de Cristo nuestro Salvador, fueron a visitarla y a ofrecerla sus posadas y haciendas para su servicio. Pero la gran Reina de las virtudes, que ni buscaba ostentación ni comodidades temporales, eligió para su morada la casa de unas mujeres recogidas, retiradas y no ricas, que vivían solas sin compañía de varones. Ellas se la ofrecieron por disposición del Señor con caridad y benevolencia, y reconociendo su habitación, interviniendo en todo los Ángeles, señalaron un aposento muy retirado para la Reina y otro para San Juan Evangelista. Y en esta posada vivieron mientras estuvieron en aquella ciudad de Éfeso.

374. Agradeció María santísima este beneficio a las vecinas y dueñas de la casa, y luego se retiró sola a su aposento, y postrada en tierra como acostumbraba para hacer oración adoró al ser inmutable del Altísimo, y ofreciéndose en sacrificio para servirle en aquella ciudad dijo estas palabras: Señor y Dios omnipotente, con la inmensidad de Vuestra divinidad y grandeza llenáis todos los cielos y la tierra. Yo, Vuestra humilde sierva, deseo hacer en todo Vuestra voluntad perfectamente en toda ocasión, lugar y tiempo, en que Vuestra Providencia divina me pusiere; porque Vos sois todo mi bien, mi ser y vida, a Vos sólo se encaminan mis deseos y los afectos de mi voluntad. Gobernad, altísimo Señor, todos mis pensamientos, palabras y obras, para que todas sean de Vuestro agrado y beneplácito.— Conoció la prudentísima Madre que aceptó el Señor esta petición y ofrenda y que respondía a sus deseos con virtud divina que la asistiría y gobernaría siempre.

375. Continuó la oración, pidiendo por la Iglesia Santa, y disponiendo lo que deseaba hacer y ayudar desde allí a los

fieles. Llamó a los Santos Ángeles y despachó algunos para que socorriesen a los Apóstoles y discípulos, que conoció estaban más afligidos con las persecuciones que por medio de los infieles movía contra ellos el demonio. En aquellos días San Pablo salió huyendo de Damasco por la persecución que allí le hacían los judíos, como él lo refiere en la segunda a los Corintios, cuando le descolgaron por el muro de la ciudad (2 Cor 11, 33). Y para que defendiesen al Apóstol de estos peligros y de los que prevenía Lucifer contra él en la jornada que hacía a Jerusalén, envió la gran Reina ángeles que le asistieron y guardaron, porque la indignación del infierno estaba contra San Pablo más irritada y furiosa que contra los otros Apóstoles. Esta jornada es la que el mismo Apóstol refiere en la epístola *ad Galatas (Gal 1, 18),* que hizo después de tres años, subiendo a Jerusalén para visitar a San Pedro. Y estos tres años dichos no se han de contar después de la conversión de San Pablo, sino después que volvió de Arabia a Damasco. Y aunque esto se colige del texto de San Pablo, porque en acabando de decir que volvió de Arabia a Damasco añade luego que después de tres años subió a Jerusalén, y si estos tres años se contasen de antes que fuera a Arabia quedaba el texto muy confuso.

376. Pero con mayor claridad se prueba esto, del cómputo que arriba se ha hecho (Cf supra n. 198) desde la muerte de San Esteban y de esta jornada de María santísima a Éfeso. Porque San Esteban murió cumplido el año de treinta y cuatro de Cristo, como dije en su lugar, contando los años desde el mismo día del nacimiento; y contándolos del día de la circuncisión, como ahora los computa la Santa Iglesia, murió San Esteban los siete días antes de cumplirse el año de treinta y cuatro, que restaban hasta primero de enero. La conversión de San Pablo fue el año de treinta y seis, a los veinte y cinco de enero. Y si tres años después viniera a Jerusalén, hallara allí a María santísima y a San Juan Evangelista, y él mismo dice (Gal 1, 19) que no vio en Jerusalén a ninguno de los Apóstoles más que a San Pedro y Santiago el Menor, que se llamaba Alfeo; y si estuvieran en Jerusalén la Reina y San Juan Evangelista, no dejara San Pablo de verlos, y también nombrara a san Juan Evangelista a lo menos, pero asegura que no le vio. Y la

causa fue que San Pablo vino a Jerusalén el año de cuarenta, cumplidos cuatro de su conversión, y poco más de un mes después que María santísima partió a Éfeso, entrando ya el quinto año de la conversión del Apóstol, cuando los otros Apóstoles, fuera de los dos que vio, estaban ya fuera de Jerusalén, cada uno en su provincia, predicando el Evangelio de Jesucristo.

377. Y conforme a esta cuenta, San Pablo gastó el primer año de su conversión, o la mayor parte de él, en la jornada y predicación de la Arabia, y los tres siguientes en Damasco. Y por esto el evangelista San Lucas en el capítulo 9 de los Hechos apostólicos (Act 9, 23), aunque no cuenta la jornada de San Pablo a Arabia, pero dice que después de muchos días de su conversión trataron los judíos de Damasco cómo le quitarían la vida, entendiendo por estos muchos días los cuatro años que habían pasado. Y luego añade (Act 9, 24-25) que, conocidas las asechanzas de los judíos, le descolgaron los discípulos una noche por el muro de la ciudad y vino a Jerusalén. Y aunque los dos Apóstoles que allí estaban y otros nuevos discípulos sabían ya su milagrosa conversión, con todo eso les duraba siempre el temor y recelo de su perseverancia, por haber sido tan declarado enemigo de Cristo nuestro Salvador. Y con este recelo se recataban de San Pablo al principio, hasta que San Bernabé le habló y le llevó a la presencia de San Pedro y Santiago el Menor y otros discípulos. Allí se postró Pablo a los pies del Vicario de Cristo nuestro Salvador, y se los besó, pidiéndole con copiosas lágrimas le perdonase como a quien estaba reconocido de sus errores y pecados, que le admitiese en el número de sus súbditos y seguidores de su Maestro, cuyo santo nombre y fe deseaba predicar hasta derramar sangre.

378. De este miedo y recelo que tuvieron San Pedro y Santiago el Menor Alfeo de la perseverancia de San Pablo se colige también que cuando vino a Jerusalén no estaba en ella María santísima ni San Juan Evangelista; porque si se hallaran en la ciudad, primero se presentara a ella que a otro alguno, con que les quitara el temor; y también ellos se informaran de la divina Madre más inmediatamente para saber si podían fiarse de San Pablo, y todo lo previniera la

prudentísima Señora, pues era tan oficiosa y atenta al consuelo y acierto de los Apóstoles y más de San Pedro. Pero como la gran Señora estaba ya en Éfeso, no tuvieron quien los asegurase de la constancia y gracia de San Pablo, hasta que San Pedro la experimentó viéndole rendido a sus pies. Y entonces le admitió con gran júbilo de su alma y de todos los demás discípulos. Dieron todos humildes y fervientes gracias al Señor y ordenaron que San Pablo saliese a predicar en Jerusalén, como de hecho lo hizo con admiración de los judíos que le conocían. Y porque sus palabras eran flechas encendidas que penetraban los corazones de todos cuantos le oían, quedaron asombrados, y en dos días se conmovió toda Jerusalén con la voz que corrió de la venida y novedad de San Pablo, que ya iban conociendo por experiencia.

379. No dormía Lucifer ni sus demonios en esta ocasión, en que para su mayor tormento los despertó más el azote del Todopoderoso, porque al entrar San Pablo en Jerusalén sintieron estos dragones infernales que los atormentaba, oprimía y arruinaba la virtud divina que estaba en el Apóstol. Pero como aquella soberbia y malicia nunca se extinguirá mientras eternamente duraren estos enemigos, luego que sintieron contra sí tan violenta fuerza, se irritaron más contra San Pablo en quien la reconocían. Y Lucifer, con increíble saña, convocó a muchas legiones de sus demonios y les exhortó de nuevo que todos se animasen y estrenasen la fuerza de su malicia en aquella demanda para destruir de todo punto a San Pablo, sin dejar piedra que para este fin no moviesen en Jerusalén y en todo el mundo. Y sin dilación ejecutaron los demonios este acuerdo, irritando a Herodes y a los judíos contra el Apóstol y tomando ocasión para esto del increíble y ardiente celo con que comenzó a predicar en Jerusalén.

380. Tuvo noticia de todo esto la gran Señora del cielo que estaba en Éfeso, porque a más de su admirable ciencia trajeron aviso de todo lo que pasaba con San Pablo los mismos Ángeles que envió a su defensa. Y como la beatísima Madre tenía prevenida la turbación de Jerusalén, por la malicia de Herodes y otros mortales, y por otra parte la importancia de conservar la vida de San Pablo para la

exaltación del nombre del Altísimo y dilatación del Evangelio y conocía el peligro en que estaba en Jerusalén (Cf. supra n. 375), todo esto dio nuevo cuidado a la divina Señora y crecía más por hallarse ausente de Palestina donde pudiera asistir a los Apóstoles más de cerca. Pero hízolo desde Éfeso con la eficacia de sus continuas oraciones y peticiones, multiplicándolas sin cesar con lágrimas y gemidos y con otras diligencias por ministerio de los Santos Ángeles. Y para aliviarla en estos cuidados el Señor la respondió un día en la oración, que se haría lo que pedía por Pablo y que le guardaría Su Majestad la vida y la defendería de aquel peligro y asechanzas del demonio. Y sucedió así; porque estando San Pablo un día orando en el templo tuvo un éxtasis admirable y de altísimas iluminaciones e inteligencias, con gran júbilo de su espíritu, y en él le mandó el Señor saliese luego de Jerusalén, porque convenía para salvar su vida del odio de los judíos que no admitirían su doctrina y predicación.

381. Por esta razón no se detuvo San Pablo en Jerusalén más de quince días en esta jornada, como él mismo lo dice en el capítulo 1 *ad Galatas (Gal 1, 18)*. Y después de algunos años que volvió de Mileto y Éfeso a Jerusalén, donde le prendieron, refiere este suceso del éxtasis que tuvo en el templo y del mandato del Señor para que saliese luego de Jerusalén, como se contiene en el capítulo 22 de los Hechos apostólicos (Act 22, 17-18). De esta visión y orden del Señor dio cuenta San Pablo a San Pedro como cabeza del apostolado y, conferido el peligro en que estaba la vida de Pablo, le despacharon ocultamente a Cesárea y Tarso, para que predicase a los gentiles sin diferencia, como lo hizo. Pero de todas estas maravillas y favores era María santísima el instrumento y medianera, por cuya intercesión las obraba su Hijo santísimo, y de todo tenía luego noticia y daba las gracias en su nombre y de toda la Iglesia.

382. Asegurada ya entonces la vida de San Pablo, tenía la piadosa Madre esperanza de que la divina Providencia favorecería a Jacobo [Santiago el Mayor] su sobrino, de quien tenía singular cuidado, que siempre estaba en Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] asistido de los cien

ángeles que le dio en Granada para su compañía y defensa, como dejo dicho (Cf. supra n. 326). Estos divinos espíritus iban y venían muchas veces a la presencia de María santísima con las peticiones de nuestro Apóstol y con otros avisos de nuestra gran Reina, y por este medio tuvo Santiago noticia de la venida de la gran Señora a Éfeso. Y cuando tuvo la capilla y pequeño templo del Pilar de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] en la disposición que convenía, la dejó encomendada al Obispo y discípulos que dejaba en aquella ciudad como en otras de España. Hecho esto, después de algunos meses del aparecimiento de la gran Reina, partió Santiago [el Mayor] de Zaragoza [Caesaraugusta in Hispania] continuando por diversos lugares su predicación, y llegando a la costa de Cataluña se embarcó para Italia, donde sin detenerse mucho prosiguió el viaje predicando siempre, hasta que se embarcó otra vez para Asia, con ardientes deseos de ver en ella a María santísima, su Señora y amparo.

383. Consiguiólo felicísimamente Santiago [el Mayor], y llegando a Éfeso se postró a los pies de la Madre de su Criador derramando copiosas lágrimas de júbilo y veneración. Y con estos vivos afectos la dio humildes gracias por los incomparables favores que por su medio había recibido de la divina diestra en la peregrinación y predicación de España y por haberlo visitado en ella con su real presencia y por todos los beneficios que en estas visitas le había hecho. La divina Madre, como maestra de la humildad, levantó luego del suelo al Santo Apóstol y le dijo: Señor mío, advertid que sois ungido del Señor, su cristo y su ministro, y yo un humilde gusanillo.—Y con estas palabras se arrodilló la gran Señora y le pidió la bendición a Santiago [el Mayor] como a Sacerdote del Altísimo. Estuvo algunos días en Éfeso en compañía de María santísima y de su hermano San Juan, a quien dio cuenta de todo lo que en España le había sucedido; y con la prudentísima Madre tuvo aquellos días altísimos coloquios y conferencias, de los cuales basta referir solos los siguientes:

384. Para despedir a Jacobo [Santiago el Mayor] le habló María santísima un día y le dijo: Jacobo [Santiago el Mayor], hijo mío, éstos serán los últimos y pocos días de vuestra

vida. Y ya sabéis cuán de corazón os amo en el Señor, deseando llevaros a lo íntimo de su caridad y amistad eterna, para la cual os crió, redimió y llamó. En lo que os restare de vida, deseo manifestaros este amor y os ofrezco todo lo que con la divina gracia pudiere hacer por vos como verdadera madre.—A este favor tan inefable respondió Jacobo [Santiago el Mayor] con increíble veneración y dijo: Señora mía y Madre de mi Dios y Redentor, de lo íntimo de mi alma os doy gracias por este nuevo beneficio, digno de sola vuestra caridad sin medida. Pido, Señora mía, que me deis vuestra bendición para ir a padecer martirio por Vuestro Hijo y mi verdadero Dios y Señor. Y si fuere voluntad suya y de su gloria, desea mi alma suplicaros que no me desamparéis en el sacrificio de mi vida, sino que os vean mis ojos en aquel tránsito, para que me ofrezcáis por agradable hostia en su divina presencia.

385. A esta petición de Santiago [el Mayor] respondió María santísima que la presentaría al Señor, y se la cumpliría si la divina voluntad y dignación lo disponía para su gloria. Y con esta esperanza y otras razones de vida eterna confortó al Apóstol y le animó para el martirio que le esperaba, y entre otras palabras le dijo las siguientes: Hijo mío Jacobo [Santiago el Mayor], ¿qué tormentos y qué penas parecieran graves para entrar en el eterno gozo del Señor? Todo lo violento es suave y lo más terrible amable y deseable, a quien ha conocido al infinito y sumo Bien, que ha de poseer por un momentáneo dolor (2 Cor 4, 17). Yo os doy, Señor mío, la enhorabuena de vuestra felicísima suerte y que estéis tan cerca de salir de estas prisiones de la carne mortal, para gozar del Bien infinito como comprensor y ver la alegría de su divino rostro. En esta dicha me lleváis el corazón, porque tan en breve habéis de conseguir lo que desea mi alma, y daréis la vida temporal por la posesión indefectible del eterno descanso. Yo os doy la bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, para que todas tres personas en unidad de una esencia os asistan en la tribulación y os encaminen en vuestros deseos, y el mío os acompañará en vuestro glorioso martirio.

386. Sobre estas razones añadió la gran Reina otras de admirable sabiduría y de suma consolación para despedir a

Santiago y le ordenó que cuando llegase a la vista beatífica alabase a la Beatísima Trinidad en nombre de la misma Señora y todas las criaturas y que rogase por la Santa Iglesia. Ofrecióla Santiago hacer todo lo que le ordenaba y de nuevo la pidió su favor y protección en la hora de su martirio, y la divina Madre se lo prometió otra vez. En las últimas razones de la despedida dijo Santiago [el Mayor]: Señora mía y bendita entre las mujeres, Vuestra vida y Vuestra intercesión es el apoyo en que la Santa Iglesia ahora y en todos los siglos ha de permanecer segura entre las persecuciones y tentaciones de los enemigos del Señor, y Vuestra caridad será el instrumentó de Vuestro legítimo martirio. Acordaos siempre, como dulcísima madre, del reino de España donde se ha plantado la Santa Iglesia y fe de Vuestro Hijo santísimo y mi Redentor. Recibidle debajo de Vuestro especial amparo y conservad en él Vuestro sagrado templo y la fe que yo, indigno, he predicado, y dadme Vuestra santa bendición.—Ofrecióle María santísima que cumpliría su petición y deseos y dándole la bendición le despidió.

387. Despidióse también Santiago de su hermano San Juan Evangelista con grandes lágrimas de entrambos, no de tristeza tanto como de júbilo por la dicha del mayor hermano, que había de ser el primero en la felicidad eterna y palma del martirio. Y luego caminó Santiago [el Mayor], sin detenerse, a Jerusalén, donde predicó algunos días antes que muriese, como diré en el capítulo siguiente. Quedó en Éfeso la gran Señora del mundo, atenta a todo lo que sucedía a Santiago [el Mayor] y a todos los demás Apóstoles, sin perderlos de su vista interior y sin intermitir las peticiones y oraciones por ellos y por todos los fieles de la Iglesia. Y con la ocasión del martirio que Santiago [el Mayor] iba a padecer por el nombre de Cristo, se despertaron en el inflamado corazón de la purísima Madre tantos incendios de amor y deseos de dar su vida por el mismo Señor, que mereció muchas más coronas que el Apóstol y más que todos juntos, porque con cada uno padeció muchos martirios de amor, más sensibles para su castísimo y ardentísimo corazón que los tormentos de navajas y fuego para los cuerpos de los Mártires.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

388. Hija mía, en las advertencias de este capítulo tienes muchas reglas de perfección y de bien obrar. Advierte, pues, que así como Dios es principio y origen de todo el ser y potencias de las criaturas, así también, conforme al orden de la razón, ha de ser el fin de todas ellas; porque si todo lo reciben sin merecerlo, todo lo deben a quien se lo dio de gracia, y si se lo dieron para obrar, todas las obras deben a su Criador y no a sí misma ni a otro alguno. Esta verdad, que yo entendía sin engaño y la confería en mi corazón, me obligaba al ejercicio que tantas veces con admiración has escrito (Cf. supra p. I n. 786; p. II n. 180; p. III n. 4ss.) y entendido de postrarme en tierra, pegarme con ella y adorar al ser de Dios inmutable con profunda reverencia, veneración y culto. Consideraba cómo había sido criada de la nada y formada de tierra, y en presencia del ser de Dios me aniquilaba, reconociéndole por autor que me daba vida, ser y movimiento (Act 17, 28), y que sin Él fuera nada, y todo se lo debía como a único principio y fin de todo lo criado. Con la ponderación de esta verdad me parecía poco todo cuanto hacía y padecía y, aunque no cesaba en obrar bien, siempre anhelaba y suspiraba por hacer y padecer, mas nunca se saciaba mi corazón, porque siempre me hallaba deudora y me consideraba pobre y más obligada. Muy cerca de la razón natural está esta ciencia, y más de la luz de la fe, si los hombres atendieran a ella, pues la deuda es común y manifiesta. Pero entre este general olvido quiero, hija mía, que estés advertida para imitarme en estas obras y ejercicios que te he manifestado, y en especial te advierto que te pegues al polvo y te deshagas más cuando el Altísimo te levantare a los favores y regalos de sus abrazos más estrechos. Este ejemplo tienes patente en mi humildad, cuando recibía algún beneficio singular, como fue mandar el Señor que en la vida mortal se me dedicase templo donde fuese invocada y honrada con veneración y culto; y este favor y otros me humillaron sobre toda ponderación humana. Y si yo hacía esto sobre tantas obras, pondera tú lo que debes hacer cuando contigo es tan liberal el Señor y tu retribución ha sido tan corta.

389. Quiero también, hija mía, que me imites en ser muy

circunspecta y de espíritu pobre en satisfacer a tus necesidades sin muchas comodidades, aunque te las ofrezcan tus monjas o los que te quieren bien. Elige siempre en esto o admite lo más pobre, moderado, desechado y humilde; pues de otra manera no puedes imitarme ni seguir mi espíritu, con que despedí sin hacer extremos todas las comodidades, ostentación y abundancia que los fieles me ofrecieron en Jerusalén y en Éfeso; para mi jornada y habitación, yo admití lo menos que me bastaba. Y en esta virtud están encerradas muchas que hacen muy dichosa a la criatura, y el mundo engañado y ciego se paga y se arroja a todo lo contrario de esta virtud y verdad.

390. De otro común engaño procura también guardarte con todo cuidado. Esto es, que los hombres, aunque deben conocer que todos los bienes del cuerpo y del alma son propios del Señor, con todo eso de ordinario se los apropian a sí mismos y los tienen tan asidos, que no sólo no los ofrecen de voluntad a su Criador y Señor, pero si alguna vez se los quita lo sienten y lamentan como si fueran injuriados y como si Dios les hiciera algún agravio. Tan desordenadamente suelen amar los padres a los hijos y los hijos a los padres, los maridos a las mujeres y ellas a ellos, y todos a la hacienda, la honra y la salud y otros bienes temporales; y muchas almas los espirituales, que si éstos les faltan no tienen modo en el dolor y sentimiento y, aunque sea imposible recuperar lo que desean, viven inquietos y sin consuelo, pasando del sentimiento sensible al desorden de la razón e injusticia. Con este vicio no sólo condenan las obras de la divina Providencia y pierden el gran mérito que alcanzaran ofreciéndolo al Señor y sacrificándole lo que es propio suyo, sino que dan a entender que tendrían por última felicidad poseer y gozar aquellos bienes transitorios que han perdido y que vivirían contentos muchos siglos con sólo aquel bien aparente, caduco y perecedero.

391. Ninguno de los hijos de Adán pudo amar más ni tanto otra cosa visible como yo a mi Hijo santísimo y a mi esposo José; y con ser este amor tan bien ordenado cuando vivía en su compañía, ofrecí al Señor de todo corazón el carecer

de su trato y conversación todo el tiempo que sin ella viví en el mundo. Esta conformidad y resignación quiero que imites cuando te faltare alguna cosa de las que en Dios debes amar, que fuera de Su Majestad para ninguna tienes licencia. Sólo han de ser en ti perpetuas las ansias y deseos de ver el sumo bien y de amarle enteramente y para siempre en la patria [del Cielo]. Por esta felicidad debes anhelar con lágrimas y suspiros de lo íntimo de tu corazón, por ella debes padecer con alegría todas las penalidades y aflicciones de la vida mortal. Y en estos afectos has de caminar, de manera que desde hoy tengas vivos deseos de padecer todo cuanto oyeres y entendieres que han padecido los Santos para hacerte digna de Dios. Pero advierte que estos deseos de padecer y las aspiraciones y conatos de ver a Dios han de ser de condición que con el afecto del padecer recompenses el dolor que no consigues y le tengas de que no mereces lo que tanto deseas. Y en los vuelos de anhelar a la visión beatífica no se ha de mezclar otro motivo de aliviarte con el gozo de su vista de las penalidades de la vida, porque desear la vista del sumo bien para carecer del trabajo no es amor de Dios, sino de sí mismo y de propia comodidad, que no merece premio en los ojos del Omnipotente, que todo lo penetran y pesan. Pero si tú obrares estas cosas sin engaño y con plenitud de perfección, como fiel sierva y esposa de mi Hijo, deseando verle para amarle y alabarle y para no ofenderle más eternamente, y codiciares todos los trabajos y tribulaciones para sólo este fin, cree y asegúrate que nos obligarás mucho y llegarás al estado de amor que siempre deseas, que para esto somos contigo tan liberales.

CAPITULO 2

El glorioso martirio de Santiago [EL Mayor], asístele en él María santísima y lleva su alma a los cielos, viene su cuerpo a España, la prisión de San Pedro y su libertad de la cárcel y los secretos que en todo sucedieron.

392. Llegó a Jerusalén nuestro Gran Apóstol Santiago [Mayor] en ocasión que toda aquella ciudad estaba muy turbada contra los discípulos y seguidores de Cristo nuestro

Señor. Esta nueva indignación habían fomentado los demonios ocultamente, inficionando más con su venenoso aliento los corazones de los judíos, encendiendo en ellos el celo de su ley y la emulación contra la nueva evangélica, con la ocasión de la predicación de San Pablo, que aunque no estuvo en Jerusalén más de quince días, en este breve tiempo obró tanto en él la virtud divina que convirtió a muchos y puso a todos en admiración y asombro. Y aunque los judíos incrédulos se animaron algo con saber que San Pablo había salido de Jerusalén, entró luego Santiago [Mayor] no menos lleno de sabiduría divina y celo del nombre de Cristo nuestro Redentor, con que se volvieron a inmutar. Y Lucifer, que no ignoraba su venida, solicitaba y aumentaba la indignación de los pontífices, sacerdotes y escribas, para que el nuevo predicador les sirviese de más tósigo que los inquietase y alterase. Entró Santiago [Mayor] predicando fervorosamente el nombre del Crucificado, su misteriosa muerte y resurrección. Y a los primeros días convirtió a la fe algunos judíos; entre éstos fueron señalados un Hermogenes y otro Fileto, entrambos mágicos y hechiceros, que tenían pacto con el demonio Era Hermogenes más docto en la mágica y Fileto era su discípulo, pero de los dos se quisieron valer los judíos contra el Apóstol, para que o le convenciesen en disputa o, si esto no conseguían, le quitasen la vida con algún maleficio de sus artes mágicas.

393. Esta maldad maquinaron los demonios por medio de los judíos, como por instrumentos de su iniquidad, porque no podían por sí mismos llegar cerca del Apóstol, aterrados de la divina gracia que en él sentían. Pero llegando a la disputa con los dos magos, entró primero Fileto arguyendo a Santiago [Mayor], para que si no le concluyese entrase después Hermogenes, como maestro y más perito en la ciencia mágica. Propuso Fileto sus argumentos sofísticos y falsos y el Sagrado Apóstol se los desvaneció como los rayos del sol destierran las tinieblas, y habló con tanta sabiduría y eficacia que Fileto quedó vencido y reducido a la verdadera fe de Cristo, y desde entonces se hizo defensor del Apóstol y de su doctrina. Pero temiendo a su maestro Hermogenes, pidió a Santiago [Mayor] le defendiese de él y de sus artes diabólicas, con que le

perseguiría para destruirle. Y el Santo Apóstol dio a Fileto un paño o lienzo que de mano de María santísima había recibido y con aquella reliquia se defendió el nuevo convertido de los maleficios de Hermogenes por algunos días, hasta que el mismo Hermogenes llegó a la disputa con el Apóstol.

394. No pudo Hermógenes excusarse, aunque temía a Santiago, porque estaba empeñado con los judíos para disputar con él y convencerle, y así procuró esforzar sus errores con mayores argumentos que su discípulo Fileto. Pero todo este conato fue en vano contra el poder y la sabiduría del cielo, que en el Sagrado Apóstol era como una impetuosa corriente. Anegó a Hermógenes y le obligó a confesar la fe de Cristo y sus misterios, como lo había hecho su discípulo Fileto, y entrambos creyeron la santa fe y doctrina que predicaba Jacobo [Santiago Mayor]. Los demonios se irritaron contra Hermógenes y con el imperio que sobre él habían tenido le maltrataron por su conversión; y como tuvo noticia que Fileto se había defendido de ellos con la reliquia o lienzo que el Santo Apóstol le había dado, le pidió también el mismo favor contra los enemigos, y Santiago [Mayor] dio a Hermógenes el báculo que traía en su peregrinación, y con él ahuyentó a los demonios para que no le afligiesen ni llegasen a él.

395. A estas conversiones y a las demás que hizo Santiago [Mayor] en Jerusalén, ayudaron las oraciones, lágrimas y suspiros que la gran Reina del cielo ofrecía desde su oratorio en Efeso, donde, como en otras partes queda dicho (Cf. supra n. 80, 158, 324, 380, etc.), conocía por visión todo lo que obraban los Apóstoles y fieles de la Iglesia, y de su amado Apóstol tenía particular cuidado, por estar más vecino al martirio. Hermógenes y Fileto perseveraron algún tiempo en la fe de Cristo, pero después desfallecieron y la perdieron en el Asia, como consta en la epístola segunda a Timoteo, donde el Apóstol le avisa cómo se habían apartado de él Figelo o Fileto y Hermógenes. Y aunque la semilla de la fe nació en aquellos corazones, pero no hizo raíces para resistir a las tentaciones del demonio, a quien largo tiempo habían servido y tratado con familiaridad, y siempre se quedaron en ellos las reliquias

malas y perversas raíces de los vicios que volvieron a prevalecer, derribándolos del estado de la fe que habían recibido.

396. Pero cuando los judíos vieron frustrada su vana confianza, por hallarse convencidos y convertidos a Hermógenes y Fileto, concibieron nueva indignación contra el Apóstol Santiago y determinaron acabar con él dándole la muerte que le deseaban. Para esto solicitaron con dinero a Demócrito y Lisias, centuriones de la milicia de los romanos, y concertaron con ellos en secreto que prendiesen al Apóstol con la gente que tenían a su cuenta y que para disimular la traición fingirían un alboroto o pendencia en uno de los días y lugares que predicase y entonces le entregarían en sus manos. La ejecución de esta maldad quedó a cargo de Abiatar, que era sumo sacerdote en aquel año, y de Josías, otro escriba del mismo espíritu que el sacerdote. Y como lo pensaron, así lo ejecutaron. Porque estando Santiago [Mayor] predicando al pueblo el misterio de la Redención humana y probándole con admirable sabiduría y testimonios de las antiguas Escrituras, el auditorio se conmovió a lágrimas de compunción. Y el sumo sacerdote y escriba se encendieron en furor diabólico y, dando la señal a la gente romana, envió el primero a Josías y prendió a Santiago, echándole una soga al cuello, y proclamándole por inquietador de la república y autor de nueva religión contra el imperio romano.

397. Con esta ocasión llegaron Demócrito y Lisias con su gente y prendieron al Apóstol y le llevaron a Herodes, hijo de Arquelao, que también estaba prevenido, en lo cauteloso con la astucia de Lucifer y en lo exterior con la odio de los judíos. Incitado Herodes de todos estos estímulos, había movido contra los discípulos del Señor, a quien aborrecía, la persecución que San Lucas dice en el capítulo 12 de los Hechos apostólicos (Act 12, 1), enviando tropas de soldados para afligirlos y prenderlos, y luego mandó degollar a Santiago [Mayor], como los judíos se lo pedían. Fue increíble el gozo de nuestro grande Apóstol viéndose prender y atar a la semejanza de su Maestro y que se le llegaba el plazo tan deseado de pasar de esta vida mortal a la eterna por medio

del martirio, como la Reina del cielo se lo había dicho y prevenido (Cf. supra n.385). Hizo humildes y fervorosos actos de agradecimiento por este beneficio y públicamente confesó de nuevo y protestó la santa fe de Cristo nuestro Señor. Y acordándose de la petición que había hecho en Efeso (Cf. supra n. 384), de que le asistiese en su muerte, la invocó y llamó de lo íntimo de su alma.

398. Oyó María santísima desde su oratorio estas peticiones de su amado Apóstol y sobrino, como quien estaba atenta a todo lo que pasaba por él, y con eficaz oración le acompañaba y favorecía. Y estando en ella vio la gran Señora que descendía del cielo gran multitud de Ángeles y espíritus supremos de todas las jerarquías, y parte de ellos se encaminó a Jerusalén y rodearon al Santo Apóstol cuando lo sacaban al lugar del suplicio. Otros Ángeles fueron a Efeso donde la Reina estaba, y uno de los supremos la dijo: Emperatriz de las alturas y Señora nuestra, el altísimo Dios y Señor de los ejércitos dice que luego vayáis a Jerusalén para consolar a su gran siervo Jacobo [Santiago el Mayor], asistirle en su muerte y correspondáis a sus deseos santos y piadosos.—Este favor admitió María santísima con gran júbilo y agradecimiento, y alabó al Muy Alto por la protección con que defiende y ampara a los que fían en su misericordia infinita y viven debajo de su protección. En el ínterin que pasaba esto, era llevado el Apóstol al martirio, y en el camino hizo muchos milagros en todos los enfermos de varias enfermedades y dolencias y en algunos endemoniados, porque a todos los dejó sanos y libres. Y como corrió la voz de que Herodes le mandaba degollar, acudieron muchos necesitados a buscar su remedio antes que les faltase el común medio de su consuelo.

399. Al mismo tiempo los Santos Ángeles recibieron a su gran Reina y Señora en un trono refulgentísimo, como en otras ocasiones he dicho (Cf. supra n. 165, 193, 325, 349), y la llevaron a Jerusalén al lugar donde llegaba Santiago [Mayor] para ser justiciado. Puso las rodillas en tierra el Santo Apóstol para ofrecer a Dios el sacrificio de su vida, y cuando levantó los ojos al cielo vio en el aire y en su presencia a la Reina de los mismos cielos, a quien estaba

invocando en su corazón. Viola vestida de divinos resplandores y con grande hermosura, acompañada de la multitud de Ángeles que la asistían. Y con este divino espectáculo fue todo inflamado en ardores de nuevo júbilo y caridad, con cuyo ímpetu se movió todo el corazón y potencias de Jacobo [Santiago el Mayor]. Y quiso dar voces aclamando a María santísima por Madre del mismo Dios y Señora de todas las criaturas, pero uno de los espíritus soberanos le detuvo en aquel fervor y le dijo: Jacobo [Santiago el Mayor], siervo de nuestro Criador, tened en vuestro pecho estos preciosos afectos y no manifestéis a los judíos la presencia y favor de nuestra Reina, porque no son dignos ni capaces de entenderlo y antes le cobrarán odio que reverencia.— Con este aviso se reprimió el Apóstol y en silencio, moviendo los labios, habló a la divina Reina y la dijo:

400. Madre de mi Señor Jesucristo, Señora y amparo mío, consuelo de los afligidos, refugio de los necesitados, dadme, Señora, vuestra bendición tan deseada de mi alma en esta hora. Ofreced por mí a Vuestro Hijo y Redentor del mundo el sacrificio de mi vida en holocausto, encendido en el deseo de morir por la gloria de su santo nombre. Sean hoy vuestras manos purísimas y candidísimas el ara de mi sacrificio, para que le reciba aceptable el que por mí se ofreció en la Santa Cruz. En Vuestras manos, y por ellas en las de mi Criador, encomiendo mi espíritu.—Dichas estas palabras y siempre los ojos del Santo Apóstol levantados a María santísima, que le hablaba al corazón, le degolló el verdugo. Y la gran Señora y Reina del mundo —¡oh admirable dignación!— recibió el alma de su amantísimo Apóstol a su lado en el trono donde estaba y así la llevó al cielo empíreo y se la presentó a su Hijo santísimo. Entró María santísima en la corte celestial con esta nueva ofrenda, causando a todos los moradores del cielo nuevo júbilo y gloria accidental, y todos la dieron la enhorabuena con nuevos cánticos y loores. El Altísimo recibió el alma de Jacobo [Santiago el Mayor] y la colocó en lugar eminente de gloria entre los príncipes de su pueblo, y María santísima, postrada ante el trono de la infinita Majestad, hizo un cántico de alabanza, de hacimiento de gracias por el martirio y triunfo del primer Apóstol Mártir. No vio en esta

ocasión la gran Señora a la divinidad con visión intuitiva, sino con la abstractiva que otras veces he dicho. Pero la Beatísima Trinidad la llenó de nuevas bendiciones y favores para sí y para la Santa Iglesia, por quien hizo grandes peticiones; bendijéronla también todos los santos y con esto la volvieron los ángeles a su oratorio en Efeso, donde, en el ínterin que sucedió todo esto, estuvo un Ángel representando su persona, y en llegando la divina Madre de las virtudes se postró en tierra como acostumbraba (Cf. supra n. 388), dando gracias de nuevo al Altísimo por todo lo referido.

401. Los discípulos de Santiago [Mayor] aquella noche recogieron su santo cuerpo y ocultamente le llevaron al puerto de Jope, donde por disposición divina se embarcaron con él y le trajeron a Galicia en España. Y esta Señora divina les envió un Ángel que los guiase y encaminase a donde era la voluntad de Dios que desembarcase. Y aunque ellos no vieron al Santo Ángel, pero experimentaron el favor, porque los defendió en todo el viaje, y muchas veces milagrosamente. De manera que también debe España a María santísima el tesoro del cuerpo sagrado de Santiago [el Mayor], que posee para su protección y defensa, como en su vida le tuvo para enseñanza y principio de la santa fe que tan arraigada dejó en los corazones de los españoles. Murió Santiago [Mayor] el año del Señor de cuarenta y uno, a veinte y cinco de marzo, cinco años y siete meses después que salió de Jerusalén para venir a predicar a España. Y conforme a este cómputo y los que arriba he declarado (Cf. supra n. 198, 376), fue el martirio de Santiago siete años cumplidos después de la muerte de Cristo nuestro Salvador.

402. Y que su martirio fuese por fin de marzo, consta del capítulo 12 de los Hechos apostólicos, donde San Lucas dice (Act 12, 3-1) que por el gusto que tuvieron los judíos de la muerte de Santiago, encarceló Herodes a San Pedro con intento de degollarle como a Santiago en pasando la Pascua, que era la del Cordero y de los Ázimos que celebraban los judíos a los catorce de la luna de marzo. De este lugar parece que la prisión de San Pedro fue en esta Pascua o muy cerca de ella, y que la muerte de Santiago [Mayor]

había precedido pocos días antes; y aquel año de cuarenta y uno, los catorce de la luna de marzo concurrieron con los últimos días de este mes, según el cómputo solar de los años y meses que nosotros guardamos. Y según esto la muerte de Santiago [Mayor] sucedió a los veinte y cinco, antes de los catorce de la luna, y luego la prisión de San Pedro y la Pascua de los judíos. Pero la Iglesia Santa no celebra el martirio de Santiago [Mayor] en su día, porque ocurre con la Encarnación y de ordinario con los misterios de la pasión, y se trasladó a veinte y cinco de julio, que fue el día en que se trasladó en España el cuerpo del Santo Apóstol.

403. Con la muerte de Santiago [Mayor] y con la presteza con que se la dio Herodes, se alentó más la crueldad de los judíos, pareciéndoles que en la sevicia del inicuo rey tenían puesto instrumento de su venganza contra los seguidores de Cristo nuestro Señor. El mismo juicio hizo Lucifer y sus demonios. Ellos con sugestiones, los judíos con ruegos y lisonjas le persuadieron que mandase prender a San Pedro, como de hecho lo hizo en gracia de los judíos, a quienes deseaba tener contentos por sus fines temporales. Los demonios temían grandemente al Vicario de Cristo por la virtud que contra sí mismos sentían en él, y así apresuraron ocultamente su prisión. Tuvieron en ella a San Pedro muy bien amarrado con cadenas para justiciarle pasada la Pascua. Y aunque el invicto corazón del Apóstol estaba sin cuidado y con la misma quietud que si estuviera libre, pero todo el cuerpo de la Iglesia que estaba en Jerusalén le tenía grande cuidado, y se afligieron sumamente todos los discípulos y fieles, sabiendo que determinaba Herodes justiciarle sin dilación. Con esta aflicción multiplicaron las oraciones y peticiones al Señor para que guardase a su Vicario y cabeza de la Iglesia, con cuya muerte le amenazaba gran ruina y tribulación. Invocaron también el amparo y poderosa intercesión de María santísima, en quien y por quien todos esperaban el remedio.

404. No se le ocultaba este aprieto de la Iglesia a la divina Madre, aunque estaba en Efeso, porque desde allí miraban sus ojos clementísimos todo cuanto pasaba en Jerusalén por la visión clarísima que de todo tenía. Al mismo tiempo

acrecentaba la piadosa Madre sus ruegos con suspiros, postraciones y lágrimas de sangre, pidiendo la libertad de San Pedro y la defensa de la Santa Iglesia. Esta oración de María santísima penetró los cielos hasta herir el corazón de su Hijo Jesús nuestro Salvador. Y para responderle a ella, descendió Su Majestad en persona al oratorio de su casa, donde estaba postrada en tierra y pegado su virginal rostro con el polvo. Entró el soberano Rey a su presencia y levantándola del suelo la habló con caricia, diciendo: Madre mía, moderad vuestro dolor y decid todo lo que pedís, que os lo concederé y hallaréis gracia en mis ojos para conseguirlo.

405. Con la presencia y caricia del Señor recibió la divina Madre nuevo aliento, consuelo y alegría, porque los trabajos de la Iglesia eran el instrumento de su martirio, y el ver a San Pedro en la cárcel y condenado a muerte la afligió más que se puede ponderar, y la consideración de lo que de esto pudiera suceder a la primitiva Iglesia. Renovó sus peticiones en presencia de Cristo nuestro Redentor y dijo: Señor Dios verdadero e Hijo mío, vos sabéis la tribulación de Vuestra Santa Iglesia, y sus clamores llegan a Vuestros oídos y penetran lo íntimo de mi afligido corazón. A su Pastor y Vuestro Vicario quieren quitar la vida, y si Vos, Dueño mío, lo permitís ahora, disiparán a Vuestra pequeña grey y los lobos infernales triunfarán de Vuestro nombre, como lo desean. Ea, Señor mío y mi Dios, y vida de mi alma, para que yo viva, mandad con imperio al mar y a la tormenta y luego sosegarán los vientos y las olas que combaten esta navecilla. Defended a Vuestro Vicario y queden confusos Vuestros enemigos. Y si fuere Vuestra gloria y voluntad, conviértanse las tribulaciones contra mí, que yo padeceré por Vuestros hijos y fieles, y pelearé con los enemigos invisibles, ayudándome Vuestra diestra por defensa de Vuestra Iglesia.

406. Respondió su Hijo santísimo: Madre mía, con la virtud y potestad que de mí habéis recibido quiero que obréis a Vuestra voluntad. Haced y deshaced todo lo que a mi Iglesia conviene. Y advertid que contra Vos se convertirá todo el furor de los demonios.— Agradeció de nuevo este favor la prudentísima Madre, y ofreciéndose a pelear las

guerras del Señor por los hijos de la Iglesia, habló de esta manera: Altísimo Señor mío, esperanza y vida de mi alma, preparado está mi corazón y el ánimo de Vuestra sierva para trabajar por las almas que costaron Vuestra sangre y vida. Y aunque soy polvo inútil, Vos sois de infinita sabiduría y poder, y asistiéndome Vuestro divino favor no temo al infernal dragón. Y pues en Vuestro nombre queréis que yo disponga y obre lo que a Vuestra Iglesia conviene, yo mando luego a Lucifer y a todos sus ministros de maldad, que turban a la Iglesia en Jerusalén, desciendan todos al profundo y que allí enmudezcan mientras no les diere permiso Vuestra divina Providencia para salir a la tierra.—Esta voz de la gran Reina del mundo fue tan eficaz, que al punto que la pronunció en Efeso, cayeron los demonios que estaban en Jerusalén, descendiendo todos a lo profundo de las cavernas eternales, sin poderse resistir a la virtud divina que obraba por medio de María santísima.

407. Conoció Lucifer y sus ministros que aquel azote era de la mano de nuestra Reina, a quien ellos llamaban su enemiga, porque no se atrevían a nombrarla por su nombre, y estuvieron en el infierno confusos y aterrados en esta ocasión, como en otras que dejo dicho (Cf. supra n. 298, 325 etc.), hasta que se les permitió levantarse para hacer guerra a la misma Señora, como se declara adelante (Cf. infra n. 451ss.); y en este tiempo estuvieron consultando de nuevo los medios que para esto pudieran elegir. Conseguido este triunfo contra el demonio para continuarle contra Herodes y los judíos, dijo María santísima a Cristo nuestro Salvador: Ahora, Hijo y Señor mío, si es voluntad Vuestra, irá uno de Vuestros Santos Ángeles a sacar de las prisiones a vuestro siervo Pedro.—Aprobó Cristo nuestro Señor la determinación de su Madre Virgen, y por la voluntad de entrambos, como de supremos reyes, fue uno de los espíritus soberanos que allí estaban a poner en libertad al Apóstol San Pedro y sacarle de la cárcel de Jerusalén.

408. Ejecutó el Ángel este mandato con gran presteza, y llegando a la cárcel halló a San Pedro amarrado con dos cadenas y entre dos soldados que le guardaban, a más de los otros que estaban a la puerta de la cárcel como en

cuerpo de guardia. Era esto pasada ya la Pascua y la noche antes que se había de ejecutar la sentencia de muerte a que estaba condenado, pero se hallaba el Apóstol tan sin cuidado, que él y las guardas dormían a sueño suelto sin diferencia. Llegó el Ángel y fue necesario le diese un golpe a San Pedro para despertarle y, estando casi soñoliento, le dijo el Ángel: Levantaos aprisa, ceñios y calzaos, tomad la capa y seguidme.—Hallóse San Pedro libre de las cadenas, y sin entender lo que le sucedía siguió al Ángel, ignorando qué visión era aquella. Y habiéndole sacado por algunas calles, le dijo cómo el Dios omnipotente le había librado de las prisiones por intercesión de su Madre santísima y con esto desapareció el Ángel. Y San Pedro volviendo sobre sí, conoció el misterio y el beneficio y dio gracias por él al Señor.

409. Parecióle a San Pedro era bien ponerse en salvo, dando cuenta primero a los discípulos y a Jacobo el Menor, para hacerlo con consejo de todos. Y apresurando el paso se fue a la casa de María, madre de Juan, que también se llama Marcos. Esta era la casa del cenáculo donde estaban juntos y afligidos muchos discípulos. Llamó San Pedro a la puerta y una criada de casa, que se llamaba Rode, bajó a escuchar quién llamaba, y como conociese la voz de San Pedro, dejándosele a la puerta, creyeron que era locura de la criada, pero ella porfiaba que era Pedro, y como estaban tan desimaginados de su libertad, pensaron si sería su ángel. Entre estas demandas y respuestas se tenía a San Pedro en la calle y él llamaba a la puerta, hasta que le abrieron y conocieron con increíble gozo y alegría de ver libre al Santo Apóstol y Cabeza de la Iglesia de los trabajos de la cárcel y de la muerte. Dioles cuenta de todo el suceso, cómo le había pasado con el Ángel, para que avisasen a Jacobo el Menor y a los demás hermanos, y todo con gran secreto. Y previniendo que luego Herodes le buscaría con toda diligencia, determinaron que se saliese aquella noche de la casa y se fuese y se ausentase de Jerusalén, para que no volviesen a prenderle. Huyó San Pedro, y Herodes, cuando le echó menos y no le halló, hizo castigar a las guardas y se enfureció contra los discípulos, aunque por su soberbia e impío proceder le atajó Dios los pasos, como diré en el capítulo siguiente, castigándole severamente.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima.

410. Hija mía, con la ocasión de los efectos que te ha hecho el singular favor que recibió de mi piedad mi siervo Jacobo [Santiago el Mayor] en su muerte, quiero ahora declararte un privilegio que me confirmó el Altísimo, cuando llevé el alma de su Apóstol a presentársela en el Cielo. Y aunque otras veces he declarado algo de este secreto, ahora le entenderás mejor, para que verdaderamente seas mi hija y mi devota. Cuando llevó al Cielo la feliz alma de Jacobo [Santiago el Mayor], me habló el Eterno Padre y me dijo, conociéndolo todos los bienaventurados: Hija y paloma mía, escogida para mi agrado entre todas las criaturas, entiendan mis cortesanos, ángeles y santos, que te doy mi real palabra en exaltación de mi nombre, gloria tuya y beneficio de los mortales, que si en la hora de su muerte te invocaren y llamaren con afecto de corazón, a imitación de mi siervo Jacobo [Santiago el Mayor], y solicitaren tu intercesión para conmigo, inclinaré a ellos mi clemencia y los miraré con ojos de piadoso Padre, los defenderé y guardaré de los peligros de aquella última hora, apartaré de su presencia los crueles enemigos que se desvelan en aquel trance porque perezcan las almas, a las cuales daré por ti grandes auxilios para que los resistan y se pongan en mi gracia si de su parte se ayudaren, y tú me presentarás sus almas, y recibirán el premio aventajado de mi liberal mano.

411. Por este privilegio hizo gracias y cántico de alabanzas al Muy Alto toda la Iglesia triunfante, y yo con ella. Y aunque los Ángeles tienen por oficio presentar las almas en el tribunal del justo juez cuando salen del cautiverio de la vida mortal, a mí se me concedió este privilegio en más alto modo que los demás que ha concedido el Omnipotente a todas las criaturas, porque yo los tengo con otro título y en grado particular y eminente; y muchas veces uso de estos dones y privilegios, y lo hice con algunos de los Apóstoles. Y porque te veo deseosa de saber cómo alcanzarás de mí este favor tan deseable para todas las almas, respondo a tu piadoso afecto, que procures no desmerecerle por ingratitud ni olvido; y en primer lugar le granjearás con la

pureza inviolada, que es lo que más deseo de ti y las demás almas, porque el amor grande que debo y tengo a Dios me obliga a desear de todas las criaturas, con íntima caridad y afecto, que todas guarden su ley santa y ninguna pierda su amistad y gracia. Esto es lo que debes anteponer a la vida, y primero morir que pecar contra tu Dios y sumo bien.

412. Luego quiero que me obedezcas, ejecutes mi doctrina y trabajes con todo conato por imitar lo que de mí conoces y escribes, y que no hagas intervalo en el amor, ni olvides un punto el cordial afecto a que te obligó la liberal misericordia del Señor; que seas agradecida a lo que le debes, y a mí, que es más de lo que en la vida mortal puedes alcanzar. Sé fiel en la correspondencia, fervorosa en la devoción, pronta en obrar lo más alto y perfecto; dilata el corazón y no le estreches con pusilanimidad, como el demonio lo pretende de ti; extiende las manos a cosas fuertes y arduas (Prov 31, 19), con la confianza que debes en el Señor; no te oprimas ni desfallezcas en las adversidades, ni impidas la voluntad de Dios en ti, ni los altísimos fines de su gloria; ten viva fe y esperanza en los mayores aprietos y tentaciones. Para todo esto te ayudarás del ejemplo de mis siervos Jacobo [Santiago el Mayor] y Pedro, y del conocimiento y ciencia que te he dado de la seguridad felicísima con que están los que viven debajo de la protección del Altísimo. Con esta confianza y con mi devoción alcanzó Jacobo [Santiago el Mayor] el singular favor que yo le hice en su martirio y venció inmensos trabajos para llegar a él. Y con esta misma estaba Pedro tan sosegado y quieto en las prisiones, sin perder la serenidad de su interior, y al mismo tiempo mereció que mi Hijo santísimo y yo tuviésemos tanto cuidado de su remedio y libertad. Estos favores desmerecen los mundanos hijos de las tinieblas, porque toda su confianza está puesta en lo visible y en su astucia diabólica y terrena. Levanta tu corazón, hija mía, y sacúdele de estos engaños, aspira a lo más puro y santo, que contigo estará el brazo todopoderoso que obró en mí tantas maravillas.

CAPITULO 3

Lo que sucedió a María santísima sobre la muerte y castigo de Herodes, predica San Juan en Efeso sucediendo muchos milagros, levantase Lucifer para hacer guerra a la Reina del cielo.

413. En el corazón de la criatura racional hace el amor algunos efectos semejantes a la gravedad en la piedra. Esta se inclina y mueve a donde la lleva su mismo peso, que es el centro, y el amor es peso del corazón que le lleva a su centro, que es lo que ama; y si alguna vez por necesidad o inadvertencia mira otra cosa, queda el amor tan presto e inclinado, que como resorte le hace volver luego a su objeto. Este peso o imperio del amor parece quita en algún modo la libertad del corazón, en cuanto le sujeta y hace siervo de lo que ama, para que mientras vive el amor, no mande la voluntad otra cosa contra lo que él apetece y ordena. De aquí nace la felicidad o desdicha de la criatura en hacer malo o bueno el empleo de su amor, pues hace dueño de sí mismo a lo que ama; y si este dueño es malo y vil le tiraniza y envilece, y si es bueno la ennoblece y hace muy dichosa, y tanto más cuanto es más noble y excelente el bien que ama. Con esta filosofía quisiera yo declarar algo de lo que se me ha manifestado del estado en que vivía María santísima, habiendo crecido en él desde el instante de su concepción sin intervalo ni mengua, hasta que llegó a ser comprensora permanente en la visión beatífica.

414. Todo el amor santo de los Ángeles y de los hombres recopilado en uno, era menor que solo el de María santísima; y si de todos los demás hiciéramos un compuesto, claro está que resultara un incendio de un todo que sin ser infinito nos lo pareciera, por el exceso que tuviera a nuestra capacidad; y si la caridad de nuestra gran Reina excedía todo esto, sola la sabiduría infinita pudo tomar a peso el amor de esta criatura y el peso con que la tenía poseída, inclinada y ordenada a su divinidad. Pero nosotros entenderemos que en aquel corazón castísimo, purísimo y tan inflamado no había otro dominio, otro imperio, otro movimiento ni otra libertad más de para amar sumamente al infinito bien; y esto en grado tan inmenso para nuestra corta capacidad, que más podemos creerlo que entenderlo y confesarlo que penetrarlo. Esta caridad

que poseía el corazón de María purísima solicitaba y movía en él a un mismo tiempo ardentísimos deseos de ver la cara del sumo bien que tenía ausente y socorrer a la Santa Iglesia que tenía presente. Y en las ansias de estas dos causas se enardecía toda, pero de tal manera gobernaba estos dos afectos con su mucha sabiduría, que no se encontraban en ella, ni se negaba toda al uno por entregarse toda al otro, antes bien se daba toda a entrambos, con admiración de los santos y plenitud de complacencia del santo de los santos.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: PARTE 2

CAPITULO 9

Prosigue lo restante de la explicación del capítulo 12 del Apocalipsis.

106. Y sucedió en el cielo una gran batalla: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón y el dragón y sus ángeles peleaban. Habiendo manifestado el Señor lo que está dicho a los buenos y malos ángeles, el santo príncipe Miguel y sus compañeros por el divino permiso pelearon con el dragón y sus secuaces. Y fue admirable esta batalla, porque se peleaba con los entendimientos y voluntades. San Miguel, con el celo que ardía en su corazón de la honra del Altísimo y armado con su divino poder y con su propia humildad, resistió a la desvanecida soberbia del dragón, diciendo: Digno es el Altísimo de honor, alabanza y reverencia, de ser amado, temido y obedecido de toda criatura; y es poderoso para obrar todo lo que su voluntad quisiere; y nada puede querer que no sea muy justo el que es increado y sin dependencia de otro ser, y nos dio de gracia el que tenemos, criándonos y formándonos de nada; y puede criar otras criaturas cuando y como fuere su beneplácito. Y razón es que nosotros, postrados y rendidos ante su acatamiento, adoremos a Su Majestad y real grandeza. Venid, pues, ángeles, seguidme, y adorémosle y alabemos sus

admirables y ocultos juicios, sus perfectísimas y santísimas obras. Es Dios Altísimo y superior a toda criatura, y no lo fuera si pudiéramos alcanzar y comprender sus grandes obras. Infinito es en sabiduría y bondad y rico en sus tesoros y beneficios; y, como Señor de todo y que de nadie necesita, puede comunicarlos a quien más servido fuere y no puede errar en su elección. Puede amar y darse a quien amare, y amar a quien quisiere, y levantar, criar y enriquecer a quien fuere su gusto; y en todo será sabio, santo y poderoso. Adorémosle con hacimiento de gracias por la maravillosa obra que ha determinado de la Encarnación y favores de su pueblo, y de su reparación si cayere. Y a este Supuesto de dos naturalezas, divina y humana, adorémosle y reverenciémosle y recibámosle por nuestra cabeza; y confesemos que es digno de toda gloria, alabanza y magnificencia, y como autor de la gracia y de la gloria le demos virtud y divinidad.

107. Con estas armas peleaban San Miguel y sus ángeles y combatían como con fuertes rayos al dragón y a los suyos, que también peleaban con blasfemias; pero a la vista del santo Príncipe, y no pudiendo resistir, se deshacía en furor y por su tormento quisiera huir, pero la voluntad divina ordenó que no sólo fuese castigado, sino también fuese vencido, y a su pesar conociese la verdad y poder de Dios; aunque blasfemando, decía: Injusto es Dios en levantar a la humana naturaleza sobre la angélica. Yo soy el más excelente y hermoso ángel y se me debe el triunfo; yo he de poner mi trono (Is., 14, 13) sobre las estrellas y seré semejante al Altísimo y no me sujetaré a ninguno de inferior naturaleza, ni consentiré que nadie me preceda ni sea mayor que yo.—Lo mismo repetían los apostatas secuaces de Lucifer; pero San Miguel le replicó: ¿Quién hay que se pueda igualar y comparar con el Señor que habita en los cielos? Enmudece, enemigo, en tus formidables blasfemias y, pues la iniquidad te ha poseído, apártate de nosotros, oh infeliz, y camina con tu ciega ignorancia y maldad a la tenebrosa noche y caos de las penas infernales; y nosotros, oh espíritus del Señor, adoremos y reverenciemos a esta dichosa mujer, que ha de dar carne humana al eterno Verbo, y reconozcámosla por nuestra Reina y Señora.

108. Era aquella gran señal de la Reina escudo en esta pelea para los buenos ángeles y arma ofensiva para contra los malos; porque a su vista las razones y pelea de Lucifer no tenían fuerza y se turbaba y como enmudecía, no pudiendo tolerar los misterios y sacramentos que en aquella señal eran representados. Y como por la divina virtud había aparecido aquella misteriosa señal, quiso también Su Majestad que apareciese la otra figura o señal del dragón rojo y que en ella fuese ignominiosamente lanzado del cielo con espanto y terror de sus iguales y con admiración de los Ángeles Santos; que todo esto causó aquella nueva demostración del poder y justicia de Dios.

109. Dificultoso es reducir a palabras lo que pasó en esta memorable batalla, por haber tanta distancia de las breves razones materiales a la naturaleza y operaciones de tales y tantos espíritus Angélicos. Pero los malos no prevalecieron, porque la injusticia, mentira e ignorancia y malicia no pueden prevalecer contra la equidad, verdad, luz y bondad; ni estas virtudes pueden ser vencidas de los vicios; y por esto dice que desde entonces no se halló lugar suyo en el cielo. Con los pecados que cometieron estos desagradecidos ángeles, se hicieron indignos de la eterna vista y compañía del Señor y su memoria se borró en su mente, donde antes de caer estaban como escritos por los dones de gracia que les había dado; y, como fueron privados del derecho que tenían a los lugares que les estaban prevenidos si obedecieran, se traspasó este derecho a los hombres y para ellos se dedicaron, quedando tan borrados los vestigios de los ángeles apostatas que no se hallarán jamás en el cielo. ¡Oh infeliz maldad, y nunca harto encarecida infelicidad, digna de tan espantoso y formidable castigo! Añade y dice:

110. Y fue arrojado aquel gran dragón, antigua serpiente que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el orbe, y fue arrojado en la tierra y sus ángeles fueron enviados con él. Arrojó del cielo el Santo Príncipe Miguel a Lucifer, convertido en dragón, con aquella invencible palabra: ¿Quién como Dios? que fue tan eficaz, que pudo derribar aquel soberbio gigante y todos sus ejércitos y lanzarle con formidable ignominia en lo inferior de la tierra, comenzando

con su infelicidad y castigo a tener nuevos nombres de dragón, serpiente, diablo y Satanás, los cuales le puso el Santo Arcángel en la batalla, y todos testifican su iniquidad y malicia. Y privado por ella de la felicidad y honor que desmerecía, fue también privado de los nombres y títulos honrosos y adquirió los que declaran su ignominia; y el intento de maldad que propuso y mandó a sus confederados, de que engañasen y pervirtiesen a todos los que en el mundo viviesen, manifiesta su iniquidad. Pero el que en su pensamiento hería a las gentes, fue traído a los infiernos, como dice Isaías, capítulo 14 (Is., 14, 15), a lo profundo del lago, y su cadáver entregado a la carcoma y gusano de su mala conciencia; y se cumplió en Lucifer todo lo que dice en aquel lugar el Profeta.

111. Quedando despojado el cielo de los malos ángeles y corrida la cortina de la divinidad a los buenos y obedientes, triunfantes y gloriosos éstos y castigados a un mismo tiempo los rebeldes, prosigue el evangelista que oyó una grande voz en el cielo, que decía: Ahora ha sido hecha la salud y la virtud y el reino de nuestro Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, que en la presencia de nuestro Dios los acusaba de día y de noche. Esta voz que oyó el evangelista fue de la persona del Verbo, y la percibieron y entendieron todos los Ángeles Santos, y sus ecos llegaron hasta el infierno, donde hizo temblar y despavorir a los demonios; aunque no todos sus misterios entendieron, mas de solo aquello que el Altísimo quiso manifestarles para su pena y castigo. Y fue voz del Hijo en nombre de la humanidad que había de tomar, pidiendo al eterno Padre fuese hecha la salud, virtud y reino de Su Majestad y la potestad de Cristo; porque ya había sido arrojado el acusador de sus hermanos del mismo Cristo Señor nuestro, que eran los hombres. Y fue como una petición ante el trono de la Santísima Trinidad de que fuese hecha la salud y virtud, y los misterios de la Encarnación y Redención fuesen confirmados y ejecutados contra la envidia y furor de Lucifer, que había bajado del cielo airado contra la humana naturaleza de quien el Verbo se había de vestir; y por esto, con sumo amor y compasión los llamó hermanos. Y dice que Lucifer los acusaba de día y de noche, porque, en presencia del Padre Eterno y toda la

Santísima Trinidad, los acusó en el día que gozaba de la gracia, despreciándonos desde entonces con su soberbia, y después, en la noche de sus tinieblas y de nuestra caída, nos acusa mucho más, sin haber de cesar jamás de esta acusación y persecución mientras el mundo durare. Y llamó virtud, potestad y reino a las obras y misterios de la Encarnación y Muerte de Cristo, porque todo se obró con ella y se manifestó su virtud y potencia contra Lucifer.

112. Esta fue la primera vez que el Verbo en nombre de la humanidad intercedió por los hombres ante el trono de la Divinidad; y, a nuestro modo de entender, el Padre eterno confirió esta petición con las personas de la Santísima Trinidad y, manifestando a los Santos Ángeles en parte el decreto del Divino Consistorio sobre estos sacramentos, les dijo: Lucifer ha levantado las banderas de la soberbia y pecado y con toda iniquidad y furor perseguirá al linaje humano y con astucia pervertirá a muchos, valiéndose de ellos mismos para destruirlos, y con la ceguedad de los pecados y vicios en diversos tiempos prevaricarán con peligrosa ignorancia; pero la soberbia, mentira y todo pecado y vicio dista infinito de nuestro ser y voluntad. Levantemos, pues, el triunfo de la virtud y santidad y humánese para esto la Segunda Persona pasible, y acredite y enseñe la humildad, obediencia y todas las virtudes y haga la salud para los mortales; y siendo verdadero Dios, se humille y sea hecho el menor, sea hombre justo y ejemplar y maestro de toda santidad, muera por la salud de sus hermanos; sea la virtud sola admitida en nuestro Tribunal y la que siempre triunfe de los vicios. Levantemos a los humildes y humillemos a los soberbios; hagamos que los trabajos y el padecerlos sea glorioso en nuestro beneplácito. Determinemos asistir a los afligidos y atribulados; y que sean corregidos y afligidos nuestros amigos, y por estos medios alcancen nuestra gracia y amistad y que ellos también, según su posibilidad, hagan la salud, obrando la virtud. Sean bienaventurados los que lloran, sean dichosos los pobres y los que padecieron por la justicia y por su cabeza, Cristo, y sean ensalzados los pequeños, engrandecidos los mansos de corazón; sean amados, como nuestros hijos, los pacíficos; sean nuestros carísimos los que perdonaren y sufrieren las injurias y

amaren a sus enemigos (Mt., 5, 3-10). Señalémosles a todos copiosos frutos de bendiciones de nuestra gracia y premios de inmortal gloria en el cielo. Nuestro Unigénito obrará esta doctrina y los que le siguieren serán nuestros escogidos, regalados, refrigerados y premiados y sus buenas obras serán engendradas en nuestro pensamiento, como causa primera de la virtud. Demos permiso a que los malos opriman a los buenos y sean parte en su corona, cuando para sí mismos están mereciendo castigo. Haya escándalo para el bueno y sea desdichado el que le causare (Mt., 18, 7) y bienaventurado el que lo padece. Los hinchados y soberbios aflijan y blasfemen de los humildes, y los grandes y poderosos a los pequeños y opriman a los abatidos, y éstos, en lugar de maldición, den bendiciones (1 Cor., 4, 12); y mientras fueren viandantes, sean reprobados de los hombres, y después sean colocados con los espíritus y ángeles nuestros hijos y gocen de los asientos y premios que los infelices y mal aventurados han perdido. Sean los pertinaces y soberbios condenados a eterna muerte, donde conocerán su insipiente proceder y protervia.

113. Y para que todos tengan verdadero ejemplar y superabundante gracia, si de ella se quisieren aprovechar, descienda nuestro Hijo pasible y Reparador y redima a los hombres —a quienes Lucifer derribará de su dichoso estado— y levántelos con sus infinitos merecimientos. Sea hecha la salud ahora en nuestra voluntad y determinación de que haya redentor y maestro que merezca y enseñe, naciendo y viviendo pobre, muriendo despreciado y condenado por los hombres a muerte torpísima y afrentosa; sea juzgado por pecador y reo y satisfaga a nuestra justicia por la ofensa del pecado; y por sus méritos previstos usemos de nuestra misericordia y piedad. Y entiendan todos que el humilde, el pacífico, el que obrare la virtud, sufriere y perdonare, éste seguirá a nuestro Cristo y será nuestro hijo; y que ninguno podrá entrar por voluntad libre en nuestro reino, si primero no se niega a sí mismo y, llevando su cruz, sigue a su cabeza y maestro (Mt., 16, 24). Y éste será nuestro Reino, compuesto de los perfectos y que legítimamente hubieren trabajado y peleado perseverando hasta el fin. Estos tendrán parte en la potestad de nuestro Cristo, que ahora es hecha y determinada, porque ha sido arrojado el

acusador de sus hermanos, y es hecho su triunfo, para que, lavándolos y purificándolos con su sangre, sea para Él la exaltación y gloria; porque sólo Él será digno de abrir el libro de la ley de gracia (Ap., 7, 9) y será camino, luz, verdad y vida (Jn., 14, 6) para que los hombres vengan a mí y Él solo abrirá las puertas del cielo; sea mediador (1 Tim., 2, 5) y abo-gado (1 Jn., 2, 1) de los mortales y en Él tendrán padre, hermano y protector, pues tienen perseguidor y acusador. Y los ángeles, que, como nuestros hijos, también obraron la salud y virtud y defendieron la potestad de mi Cristo, sean coronados y honrados por todas las eternidades de eternidades en nuestra presencia.

114. Esta voz, que contiene los Misterios escondidos desde la constitución del mundo (Mt., 13, 35), manifestados por la doctrina y vida de Jesucristo, salió del Trono, y decía y contiene más de lo que yo puedo explicar. Y con ella, se les intimaron a los Santos Ángeles las comisiones que habían de ejercer; a San Miguel y san Gabriel, para que fuesen Embajadores del Verbo humanado y de María su Madre Santísima y fueran Ministros para todos los sacramentos de la Encarnación y Redención; y otros muchos Ángeles fueron destinados con estos dos Príncipes para el mismo ministerio, como adelante diré (Cf., infra n. 202-207). A otros ángeles destinó y mandó el Todopoderoso acompañasen, asistiesen a las almas y las inspirasen y enseñasen la santidad y virtudes contrarías a los vicios a que Lucifer había propuesto inducirlas y que las defendiesen y guardasen y las llevasen en sus manos (Sal., 90, 12), para que a los justos no ofendiesen las piedras, que son las marañas y engaños que armarían contra ellos sus enemigos.

115. Otras cosas fueron decretadas en esta ocasión o tiempo que el Evangelista dice fue hecha la potestad, salud, virtud y reino de Cristo; pero lo que se obró misteriosamente fue que los predestinados fueron señalados y puestos en cierto número y escritos en la memoria de la mente divina por los merecimientos previstos de Jesucristo nuestro Señor. ¡Oh misterio y secreto inexplicable de lo que pasó en el pecho de Dios! ¡Oh dichosa suerte para los escogidos! ¡Qué punto de tanto

peso! ¡qué Sacramento tan digno de la Omnipotencia Divina! ¡qué triunfo de la potestad de Cristo! ¡Dichosos infinitas veces los miembros que fueron señalados y unidos a tal Cabezal ¡Oh Iglesia grande, pueblo grave y Congregación Santa, digna de tal Prelado y Maestro! En la consideración de tan alto Sacramento (Misterio) se anega todo el juicio de las criaturas y mi entender se suspende y enmudece mi lengua.

116. En este Consistorio de las tres Divinas Personas, le fue dado y como entregado al Unigénito del Padre aquel libro misterioso del Apocalipsis; y entonces fue compuesto y firmado y cerrado con los siete sellos (Ap., 5, 1ss) que el Evangelista dice, hasta que tomó carne humana y le abrió, soltando por su orden los sellos, con los misterios que desde su nacimiento, vida y muerte fue obrando hasta el fin de todos. Y lo que contenía el libro era todo lo que decretó la santísima Trinidad después de la caída de los ángeles y pertenece a la Encarnación del Verbo y a la Ley de Gracia; los Diez Mandamientos, los Siete Sacramentos y todos los Artículos de la Fe, y lo que en ellos se contiene, y el orden de toda la Iglesia Militante, dándole potestad al Verbo para que humanado, como Sumo Sacerdote y Santo, comunicase el poder y dones necesarios a los Apóstoles y a los demás Sacerdotes y Ministros de esta Iglesia.

117. Este fue el misterioso principio de la Ley Evangélica. Y en aquel Trono y Consistorio secretísimo se instituyó y se escribió en la Mente Divina que aquellos serían escritos en el libro de la vida que guardasen esta Ley. De aquí tuvo principio y del Padre Eterno son sucesores o vicarios los Pontífices y Prelados. De Su Alteza tienen principio los mansos, los pobres, los humildes y todos los justos. Este fue y es su nobilísimo origen, por donde se ha de decir que quien obedece a los Superiores obedece a Dios, y quien los desprecia a Dios menosprecia (Lc., 10, 16). Todo esto fue decretado en la Divina Mente y sus ideas, y se le dio a Cristo Señor nuestro la potestad de abrir a su tiempo este libro, que estuvo hasta entonces cerrado y sellado. Y en el ínterin, dio el Altísimo su testamento y testimonios de sus palabras Divinas en la ley natural y escrita, con obras

misteriosas, manifestando parte de sus secretos a los Patriarcas y Profetas.

118. Y por estos testimonios y sangre del Cordero, dice: *Que le vencieron los justos*; porque, si bien la Sangre de Cristo Redentor nuestro fue suficiente y superabundante para que todos los mortales venciesen al dragón y su acusador, y los testimonios y palabras verdaderísimas de sus Profetas son de grande virtud y fuerza para la salud eterna, pero con la voluntad libre cooperan los justos a la eficacia de la Pasión y Redención y de las Escrituras y consiguen su fruto venciéndose a sí mismos y al demonio, cooperando a la Gracia. Y no sólo le vencerán en lo que comúnmente Dios manda y pide, pero con su Virtud y Gracia añadirán el dar sus almas y ponerlas hasta la muerte por el mismo Señor (Ap., 6, 9) y por sus testimonios y por alcanzar la Corona y triunfo de Jesucristo, como lo han hecho los Mártires en testimonio de la fe y por su defensa.

119. Por todos estos Misterios añade el Texto y dice: *Alegraos Cielos, y los que vivís en ellos*. Alegraos, porque habéis de ser morada eterna de los justos y del Justo de los justos, Jesucristo, y de su Madre Santísima. Alegraos Cielos, porque de las criaturas materiales e inanimadas a ninguna le ha caído mayor suerte, pues vosotros seréis Casa de Dios, que permanecerá eternos siglos, y en ella recibiréis para Reina vuestra a la criatura más pura y santa que hizo el poderoso brazo del Altísimo. Por esto os alegrad, cielos, y los que vivís en ellos, Ángeles y justos, que habéis de ser compañeros y Ministros de este Hijo del Padre Eterno y de su Madre y partes de este Cuerpo Místico, cuya Cabeza es el mismo Cristo. Alegraos, Ángeles Santos, porque, administrándolos y sirviéndolos con vuestra defensa y custodia, granjearéis premios de gozo accidental. Alégrese singularmente San Miguel, Príncipe de la Milicia Celestial, porque defendió en batalla la gloria del Altísimo y de sus misterios venerables y será Ministro de la Encarnación del Verbo y testigo singular de sus efectos hasta el fin; y alégrense con él todos sus aliados y defensores del Nombre de Jesucristo y de su Madre, y que en estos ministerios no perderán el gozo de la gloria esencial que ya poseen; y por tan Divinos Sacramentos se regocijan los cielos.

CAPITULO 10

En que se da fin a la explicación del capítulo 12 del Apocalipsis.

120. *Pero, ¡ay de la tierra y del mar, porque ha bajado a vosotros el diablo, que tiene grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo!* ¡Ay de la tierra, donde tan innumerables pecados y maldades se han de cometer! ¡Ay del mar, que sucediendo tales ofensas del Criador a su vista no soltó su corriente y anegó a los transgresores, vengando las injurias de su Hacedor y Señor! Pero ¡ay del mar profundo y endurecido en maldad de aquellos que siguieron a este diablo, que ha bajado a vosotros para haceros guerra con grande ira, y tan inaudita y cruel que no tiene semejante! Es ira de ferocísimo dragón y más que león devorador, que todo lo pretende aniquilar, y le parece que todos los días del siglo son poco tiempo para ejecutar su enojo. Tanta es la sed y el afán que tiene de dañar a los mortales, que no le satisface todo el tiempo de sus vidas, porque han de tener fin, y su furor deseara tiempos eternos, si fueran posibles, para hacer guerra a los hijos de Dios. Y entre todos tiene su ira contra aquella mujer dichosa que le ha de quebrantar la cabeza (Gén., 3, 15). Y por esto dice el evangelista:

121. *Y después que vio el dragón cómo era arrojado en la tierra, persiguió a la mujer que parió al hijo varón*. Cuando la antigua serpiente vio el infelicísimo lugar y estado adonde arrojado del cielo empíreo había caído, ardía, más en furor y envidia contaminándose como polilla sus entrañas; y contra la mujer, Madre del Verbo Humanado, concibió tal indignación, que ninguna lengua ni humano entendimiento lo puede encarecer ni ponderar; y se colige en algo de lo que sucedió luego inmediatamente, cuando se halló este dragón derribado hasta los infiernos con sus ejércitos de maldad; y yo lo diré aquí, según mi posible, como se me ha manifestado por inteligencia.

122. Toda la semana primera que refiere el Génesis, en que Dios entendía en la creación del mundo y sus criaturas,

Lucifer y los demonios se ocuparon en maquinar y conferir maldades contra el Verbo que se había de humanar y contra la Mujer de quien había de nacer hecho hombre. El día primero, que corresponde al domingo, fueron criados los ángeles y les fue dada ley y preceptos de lo que debían obedecer; y los malos desobedecieron y traspasaron los mandatos del Señor; y por divina providencia y disposición sucedieron todas las cosas que arriba quedan dichas, hasta el segundo día por la mañana correspondiente al lunes, que fue Lucifer y su ejército arrojados y lanzados en el infierno. A esta duración de tiempo correspondieron aquellas mórulas de los ángeles, de su creación, operaciones, batalla y caída, o glorificación. Al punto que Lucifer con su gente estrenó el infierno, hicieron concilio en él congregados todos, que les duró hasta el día correspondiente al jueves por la mañana; y en este tiempo, ocupó Lucifer toda su sabiduría y malicia diabólica en conferir con los demonios y arbitrar cómo más ofenderían a Dios y se vengarían del castigo que les había dado; y la conclusión que en suma resolvieron fue que la mayor venganza y agravio contra Dios, según lo que conocían había de amar a los hombres, sería impedir los efectos de aquel amor, engañando, persuadiendo y, en cuanto les fuese posible, compeliendo a los mismos hombres, para que perdiesen la amistad y gracia de Dios y le fuesen ingratos y a su voluntad rebeldes.

123. En esto —decía Lucifer— hemos de trabajar empleando todas nuestras fuerzas, cuidado y ciencia; reduciremos a las criaturas humanas a nuestro dictamen y voluntad para destruirlas; perseguiremos a esta generación de hombres y la privaremos del premio que le ha prometido; procuremos con toda nuestra vigilancia que no lleguen a ver la cara de Dios, pues a nosotros se nos ha negado con injusticia. Grandes triunfos he de ganar contra ellas y todo lo destruiré y rendiré a mi voluntad. Sembraré nuevas sectas y errores y leyes contrarias a las del Altísimo en todo; yo levantaré, de esos hombres, profetas y caudillos que dilaten las doctrinas (Act., 20, 30) que yo sembraré en ellos y, después, en venganza de su Criador, los colocaré conmigo en este profundo tormento; afligiré a los pobres, oprimiré a los afligidos y al desalentado perseguiré; sembraré discordias, causaré guerras, moveré

unas gentes contra otras; engendraré soberbios y arrogantes y extenderé la ley del pecado; y cuando en ella me hayan obedecido, los sepultaré en este fuego eterno y en los lugares de mayores tormentos a los que más a mí se allegaren. Este será mi reino y el premio que yo daré a mis siervos.

124. Al Verbo humanado haré sangrienta guerra, aunque sea Dios, pues también será hombre de naturaleza inferior a la mía. Levantaré mi trono y dignidad sobre la suya, venceréle y derribaréle con mi potencia y astucia; y la mujer que ha de ser su madre perecerá a mis manos; ¿qué es para mi potencia y grandeza una sola mujer? Y vosotros, demonios, que conmigo estáis agraviados, seguidme y obedecedme en esta venganza, como lo habéis hecho en la inobediencia. Fingid que amáis a los hombres para perderlos; serviréis-los para destruirlos y engañarlos; asistiréislos, para pervertirlos y traerlos a mis infiernos.—No hay lengua humana que pueda explicar la malicia y furor de este primer conciliábulo que hizo Lucifer en el infierno contra el linaje humano, que aún no era, sino porque había de ser. Allí se fraguaron todos los vicios y pecados del mundo, de allí salieron la mentira, las sectas y errores, y toda iniquidad tuvo su origen de aquel caos y congregación abominable; y a su príncipe sirven todos los que obran la maldad.

125. Acabado este conciliábulo, quiso Lucifer hablar con Dios y Su Majestad dio permiso a ello por sus Altísimos Juicios. Y esto fue al modo que habló Satanás cuando pidió facultad para tentar a Job (Job., 1, 6ss) y sucedió el día que corresponde al jueves; y dijo, hablando con el Altísimo: Señor, pues tu mano ha sido tan pesada para mí, castigándome con tan grande crueldad, y has determinado todo cuanto has querido para los hombres, que tienes voluntad de criar, y quieres engrandecer tanto y levantar al Verbo humanado y con él has de enriquecer a la mujer que ha de ser su madre con los dones que le previenes, ten equidad y justicia; y pues me has dado licencia para perseguir a los demás hombres, dámela para que también pueda tentar y hacer guerra a este Cristo Dios y hombre y a la mujer que ha de ser madre

suya; dame permiso para que en esto ejecute todas mis fuerzas.—Otras cosas dijo entonces Lucifer y se humilló a pedir esta licencia, siendo tan violenta la humildad en su soberbia, porque la ira y las ansias de conseguir lo que deseaba eran tan grandes, que a ellas se rindió su misma soberbia, cediendo una maldad a otra; porque conocía que sin licencia del Señor Todopoderoso nada podía intentar; y por tentar a Cristo nuestro Señor y a su Madre Santísima en particular, se humillara infinitas veces, porque temía le había de quebrantar la cabeza.

126. Respondióle el Señor: No debes. Satanás, pedir de justicia ese permiso y licencia, porque el Verbo humanado es tu Dios y Señor Omnipotente y Supremo, aunque será juntamente hombre verdadero, y tú eres su criatura; y si los demás hombres pecaren, y por eso se sujetaren a tu voluntad, no ha de ser posible el pecado en mi Unigénito Humanado; y si a los demás hiciere esclavos la culpa, Cristo ha de ser Santo y Justo y segregado de los pecadores (Heb., 7, 26), a los cuales si cayeren levantará y redimirá; y esa Mujer, con quien tienes tanta ira, aunque ha de ser pura criatura e hija de hombre puro, pero ya he determinado preservarla de pecado y ha de ser siempre toda mía, y por ningún título ni derecho en tiempo alguno quiero que tengas parte en ella.

127. A esto replicó Satanás: Pues, ¿qué mucho que sea santa esa mujer, si en tiempo alguno no ha de tener contrario que la persiga e incite al pecado? Esto no es equidad, ni recta justicia, ni puede ser conveniente ni loable.—Añadió Lucifer otras blasfemias con arrogante soberbia. Pero el Altísimo, que todo lo dispone con sabiduría infinita, le respondió: Yo te doy licencia para que puedas tentar a Cristo, que en esto será Ejemplar y Maestro para otros, y también te la doy para que persigas a esa Mujer, pero no la tocarás en la vida corporal; y quiero que no sean exentos en esto Cristo y su Madre, pero que sean tentados de ti como los demás.—Con este permiso se alegró el dragón más que con todo el que tenía de perseguir al linaje humano; y en ejecutarle determinó poner mayor cuidado, como le puso, que en otra alguna obra y no fiarlo de otro demonio sino hacerlo por sí mismo. Y por esto dice el

evangelista:

128. *Persiguió el dragón a la mujer que parió al hijo varón;* porque con el permiso que tuvo del Señor hizo guerra inaudita y persiguió a la que imaginaba ser Madre de Dios humanado. Y porque en sus lugares diré (Cf., infra n. 600-700; p. II n. 340-371; p. III n. 451-528) qué luchas y peleas fueron éstas, sólo declaro ahora que fueron grandes sobre todo pensamiento humano. Y también fue admirable el modo de resistirlas y vencerlas gloriosísimamente; pues, para defenderse del dragón la mujer, dice: *Que le fueron dadas dos alas de una grande águila, para que volase al desierto, a su lugar, donde es alimentada por tiempo y tiempos.* Estas dos alas se le dieron a la Virgen Santísima antes de entrar en esta pelea, porque fue prevenida del Señor con particulares dones y favores. La una ala fue una ciencia infusa que de nuevo le dieron de grandes misterios y sacramentos. La segunda fue nueva y profundísima humildad, como en su lugar explicaré (Cf., infra p. II n. 335-339; p. III n. 448-528). Con estas dos alas levantó el vuelo al Señor, lugar propio suyo, porque sólo en Él vivía y atendía. Voló como águila real, sin volver el vuelo jamás al enemigo, siendo sola en este vuelo y viviendo desierta de todo lo terreno y criado y sola con el solo y último fin, que es la Divinidad. Y en esta soledad *fue alimentada por tiempo y tiempos*; alimentada con el dulcísimo maná y manjar de la gracia y palabras Divinas y favores del brazo poderoso; y *por tiempo y tiempos*, porque este alimento tuvo toda su vida y más señalado en aquel tiempo que le duraron las mayores batallas con Lucifer, que entonces recibió favores más proporcionados y mayores; también *por tiempo y tiempos*, se entiende la eterna felicidad, donde fueron premiadas y coronadas todas sus victorias.

129. *Y por la mitad del tiempo fuera de la cara de la serpiente.* Este medio tiempo fue el que la Virgen Santísima estuvo en esta vida, libre de la persecución del dragón y sin verle, porque después de haberle vencido en las peleas que con él tuvo, por Divina disposición estuvo, como victoriosa, libre de ellas. Y le fue concedido este privilegio, para que gozase de la paz y quietud que había merecido, quedando vencedora del enemigo, como diré adelante (Cf., infra p. III

n. 526). Pero mientras duró la persecución, dice el Evangelista:

130. *Y arrojó la serpiente de su boca como un río de agua tras de la mujer, para que el río la tragase; y la tierra ayudó a la mujer y abrió la tierra su boca y sorbió el río que arrojó de su boca el dragón.* Toda su malicia y fuerzas estrenó Lucifer y las extendió contra esta Divina Señora, porque todos cuantos han sido de él tentados le importaban menos que sola María Santísima. Y con la fuerza que corre el ímpetu de un grande y despeñado río, así y con mayor violencia, salían de la boca de este dragón las fabulaciones, maldades y tentaciones contra ella; pero la tierra la ayudó, porque la tierra de su cuerpo y pasiones no fue maldita, ni tuvo parte en aquella sentencia y castigo que fulminó Dios contra nosotros en Adán y Eva, que la tierra nuestra sería maldita y produciría espinas en lugar de fruto (Gén., 3, 17-18), quedando herida en lo natural con el *fomes peccati*, que siempre nos punza y hace contradicción, y de quien se vale el demonio para ruina de los hombres, porque halla dentro de nosotros estas armas tan ofensivas contra nosotros mismos; y asiendo de nuestras inclinaciones, nos arrastra con aparente suavidad y deleite y con sus falsas persuasiones tras de los objetos sensibles y terrenos.

131. Pero María Santísima, que fue tierra santa y bendita del Señor, sin tocar en ella el *fomes* ni otro efecto del pecado, no pudo tener peligro por parte de la tierra; antes ella la favoreció con sus inclinaciones ordenadísimas y compuestas y sujetas a la Gracia. Y así abrió la boca y se tragó el río de las tentaciones que en vano arrojaba el dragón, porque no hallaba la materia dispuesta ni fomentos para el pecado, como sucede en los demás hijos de Adán, cuyas terrenas y desordenadas pasiones antes ayudan a producir este río que a sorberle, porque nuestras pasiones y corrupta naturaleza siempre contradicen a la razón y virtud. Y conociendo el dragón cuán frustrados quedaron sus intentos contra aquella misteriosa mujer, dice ahora:

132. *Y el dragón se indignó contra la mujer; y se fue para hacer guerra a lo restante de su generación, que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de*

Jesucristo. Vencido este gran dragón gloriosamente en todas las cosas por la Reina de todo lo criado, y aun previniendo antes su confusión con este furioso tormento suyo y de todo el infierno, se fue determinando hacer cruda guerra a las demás almas de la generación y linaje de María Santísima, que son los fieles señalados con el testimonio y Sangre de Cristo en el Bautismo para guardar sus testimonios; porque toda la ira de Lucifer y sus demonios se convirtió más contra la Iglesia Santa y sus miembros, cuando vio que contra su Cabeza Cristo Señor nuestro y su Madre Santísima nada podía conseguir; y señaladamente con particular indignación hace guerra a las Vírgenes de Cristo y trabaja por destruir esta virtud de la Castidad virginal, como semilla escogida y reliquias de la castísima Virgen y Madre del Cordero. Y para todo esto dice que:

133. Estuvo el dragón sobre la arena del mar, que es la vanidad contentible de este mundo, de la cual se sustenta el dragón y la come como heno (Job 40, 10). Todo esto pasó en el cielo; y muchas cosas fueron manifestadas a los ángeles, en los decretos de la Divina voluntad, de los privilegios que se disponían para la Madre del Verbo que había de humanarse en ella. Y yo he quedado corta en declarar lo que entendí, porque la abundancia de Misterios me ha hecho más pobre y falta de términos para su declaración.

CAPITULO 11

Que en la creación de todas las cosas el Señor tuyo presentes a Cristo Señor nuestro y a su Madre Santísima y eligió y favoreció a su pueblo, figurando estos Misterios.

134. En el capítulo 8 de los Proverbios (Prov., 8, 30), dice la Sabiduría de sí misma que en la creación de todas las cosas se halló presente con el Altísimo componiéndolas todas. Y dije arriba (Cf., supra n. 54) que esta Sabiduría es el Verbo humanado, que con su Madre Santísima estaba presente, cuando en su Mente Divina determinaba Dios la creación de todo el mundo; porque en aquel instante no sólo estaba el

Hijo con el Eterno Padre y el Espíritu Santo en unidad de la naturaleza Divina, pero también la humanidad que había de tomar estaba en primer lugar de todo lo criado, prevista e ideada en la mente Divina del Padre, y con la humanidad de su Madre Santísima que la había de administrar de sus purísimas entrañas. Y en estas dos personas estuvieron previstas todas sus obras, de que se obligaba el Altísimo para no atender —a nuestro modo de hablar— a todo lo que el linaje humano podía desobligarle, y los mismos Ángeles, para que no procediese a la creación de todo lo restante de él y de las criaturas que para servicio del hombre estaba previniendo.

135. Miraba el Altísimo a su Hijo Unigénito humanado y a su Madre Santísima, como ejemplares que había formado con la grandeza de su sabiduría y poder, para que le sirviesen como de originales por donde iba copiando todo el linaje humano; y para que, asimilándole a estas dos imágenes de su Divinidad, todos los demás saliesen también mediante estos ejemplares semejantes a Dios. Crió también las cosas materiales necesarias para la vida humana, pero con tal sabiduría, que también algunas sirviesen de símbolos que representasen en algún modo a los dos objetos a quien principalmente él miraba y ellas servían: Cristo y María. Por esto hizo las dos lumbreras del cielo, sol y luna (Gén., 1, 16), que en dividir la noche y el día se señalasen al Sol de Justicia Cristo y su Madre Santísima, que es hermosa como la Luna (Cant., 6, 9), y dividen la luz y día de la gracia de la noche del pecado; y con sus continuas influencias iluminan el Sol a la Luna y entrambos a todas las criaturas desde el firmamento y sus Astros y los demás hasta el fin de todo el universo.

136. Crió las demás cosas y les añadió más perfección, mirando que habían de servir a Cristo y a María Santísima, y por ellos a los demás hombres, a quienes antes de salir de su nada les puso mesa gustosísima, abundante, segura y más memorable que la de Asuero (Est., 1, 3); porque los había de criar para su regalo y convidarlos a las delicias de su conocimiento y amor; y como cortés Señor y generoso no quiso que el convidado aguardase, mas que fuese todo uno el ser criado y hallarse sentado a la mesa del Divino

conocimiento y amor, y no perdiese tiempo en lo que tanto le importaba como reconocer y alabar a su Hacedor.

137. Al sexto día de la creación, formó (Gén., 1, 27) y crió a Adán como de treinta y tres años, la misma edad que Cristo había de tener en su muerte; y tan parecido a su Humanidad Santísima, que en el cuerpo apenas se diferenciaban y en el alma también le asimiló a la suya; y de Adán formó a Eva tan semejante a la Virgen, que la imitaba en todas sus facciones y persona. Miraba el Señor con sumo agrado y benevolencia estos dos retratos de los originales que había de criar a su tiempo; y por ellos les echó muchas bendiciones, como para entretenerse con ellos y sus descendientes mientras llegaba el día en que había de formar a Cristo y a María.

138. Pero el feliz estado en que Dios había criado a los dos primeros padres del género humano duró muy poco, porque luego la envidia de la serpiente se despertó contra ellos, como quien estaba a la espera de su creación; aunque Lucifer no pudo ver la formación de Adán y Eva como vio todas las otras cosas al instante que fueron criadas, porque el Señor no le quiso manifestar la obra de la creación del hombre, ni tampoco la formación de Eva de la costilla, que todo esto se lo ocultó Su Majestad por algún espacio de tiempo, hasta que ya estaban los dos juntos. Pero cuando vio el demonio la compostura admirable de la naturaleza humana sobre todas las demás criaturas, la hermosura de las almas y también de los cuerpos de Adán y Eva, y conoció el paternal amor con que los miraba el Señor y que los hacía dueños y señores de todo lo criado y les dejaba esperanzas de la vida eterna, aquí fue donde se enfureció más la ira de este dragón y no hay lengua que pueda manifestar la alteración con que se conmovió aquella bestia fiera, ejecutándole su envidia para que les quitase la vida; y como un león lo hiciera, si no conociera que le detenía otra fuerza más superior; pero confería y arbitraba modo como los derribaría de la Gracia del Altísimo y los convertiría contra Él.

139 Aquí se alucinó Lucifer; porque el Señor, misteriosamente, como desde el principio le había

manifestado que el Verbo había de hacerse hombre en el vientre de María Santísima, y no le declarando dónde y cuándo, por eso le ocultó la creación de Adán y formación de Eva, para que desde luego comenzase a sentir esta ignorancia del Misterio y tiempo de la Encarnación. Y como su ira y desvelo estaban prevenidos señaladamente contra Cristo y María, sospechó si Adán había salido de Eva y ella era la Madre y él era el Verbo humanado. Y crecía más esta sospecha en el demonio, por sentir aquella virtud Divina que le detenía para que no les ofendiese en la vida. Mas, como por otra parte conoció luego los preceptos que Dios les puso —que éstos no se le ocultaron, porque oyó la conferencia que tenían sobre ello Adán y Eva— salía a poco a poco de la duda y fue escuchando las pláticas de los dos padres y tanteando sus naturales, comenzando luego, como hambriento león, a rodearlos (1 Pe., 5, 8) y buscar entrada por las inclinaciones que conocía en cada uno de ellos. Pero hasta que se desengañó del todo, siempre vacilaba entre la ira con Cristo y María y el temor de ser vencido de ellos; y más temía la confusión de que le venciese la Reina del Cielo, por ser criatura pura, y no Dios.

140. Reparando, pues, en el precepto que tenían Adán y Eva, armado de la engañosa mentira entró por ella a tentarles, comenzando a oponerse y contravenir a la Divina voluntad con todo conato. Y no acometió primero al varón sino a la mujer, porque la conoció de natural más delicado y débil y porque contra ella iba más cierto que no era Cristo; y porque contra ella tenía suma indignación, desde la señal que había visto en el cielo y la amenaza que Dios le había hecho con aquella mujer. Todo esto le arrastró y llevó primero contra Eva que contra Adán. Y arrojóle muchos pensamientos o imaginaciones fuertes desordenadas antes de manifestársele, para hallarla algo turbada y prevenida. Y porque en otra parte tengo escrito algo de esto , no me alargo aquí con decir cuán esforzada e inhumanamente la tentó; basta ahora, para mi intento, saber lo que dicen las Escrituras santas, que tomó forma de serpiente (Gén., 3, 1) y con ella habló a Eva, trabando conversación que no debiera; pues de oírle y responderle pasó a darle crédito y de aquí a quebrantar el precepto para sí; y al fin persuadir a su marido que le quebrantase para su daño y el de todos,

perdiendo ellos y nosotros el feliz estado en que los había puesto el Altísimo.

141. Cuando Lucifer vio la caída de los dos y que la hermosura interior de la gracia y justicia original se había convertido en la fealdad del pecado, fue increíble el alborozo y triunfo que mostró a sus demonios. Pero luego lo perdió, porque conoció cuán piadosamente, y no como deseaba, se había mostrado el amor divino misericordioso con los dos delincuentes y que les daba lugar de penitencia y esperanza del perdón y de su gracia, para lo cual se disponían con el dolor y contrición. Y conoció Lucifer que se les restituía la hermosura de la gracia y amistad de Dios; con que de nuevo se volvió a turbar todo el infierno, viendo los efectos de la contrición. Y creció más su llanto, viendo la sentencia que Dios fulminaba contra los reos, en que se equivocaba el demonio; y sobre todo le atormentó el oír que se le volviese a repetir aquella amenaza: La mujer te quebrantará la cabeza (Gén., 3, 15), como lo había oído en el Cielo.

142. Los partos de Eva se multiplicaron después del pecado y por él se hizo la distinción y multiplicación de buenos y malos, escogidos y réprobos; unos, que siguen a Cristo nuestro Redentor y Maestro; otros, a Satanás. Los escogidos siguen a su Capitán por fe, humildad, caridad, paciencia y todas las virtudes; y para conseguir el triunfo son asistidos, ayudados y hermoseados con la Divina Gracia y dones que les mereció el mismo Señor y Reparador de todos. Pero los réprobos, sin recibir estos beneficios y favores de su falso caudillo ni aguardar otro premio más que la pena y confusión eterna del infierno, le siguen por soberbia y presunción, ambición, torpezas y maldades, introduciéndolas el padre de mentira y autor del pecado.

143. Con todo esto, la inefable benignidad del Altísimo les dio su bendición, para que con ella creciese y se multiplicase el linaje humano. Pero dio permiso su altísima providencia para que el primer parto de Eva llevase las primicias del primer pecado, en el injusto Caín, y el segundo señalase en el inocente Abel al Reparador del pecado, Cristo nuestro Señor; comenzando juntamente a señalarle

en figura y en imitación, para que en el primer justo se estrenase la ley de Cristo y su doctrina de que todos los restantes habían de ser discípulos padeciendo por la justicia y siendo aborrecidos, y oprimidos de los pecadores y réprobos, de sus mismos hermanos (Mt., 10, 21). Para esto se estrenaron en Abel la paciencia, humildad y mansedumbre, y en Caín la envidia y todas las maldades que hizo, en beneficio del justo y en perdición de sí mismo, triunfando el malo y padeciendo el bueno; y dando principio en estos espectáculos a los que tendría el mundo en su progreso, compuesto de las dos ciudades, de Jerusalén para los justos y Babilonia para los réprobos, cada cual con su capitán y cabeza.

144. Quiso también el Altísimo que el primer Adán fuese figura del segundo en el modo de la creación; pues, como antes de él, primero le crió y ordenó la república de todas las criaturas de que le hacía señor y cabeza, así con su Unigénito dejó pasar muchos siglos antes de enviarle, para que hallase pueblo en la multiplicación del linaje humano, de quien había de ser Cabeza y Maestro y Rey verdadero, para que no estuviese un punto sin república y vasallos; que éste es el orden y armonía maravillosa con que todo lo dispuso la divina sabiduría, siendo postrero en la ejecución el que fue primero en la intención.

145. Y caminando más el mundo, para descender el Verbo del seno del Eterno Padre y vestirse nuestra mortalidad, eligió y previno un pueblo segregado y nobilísimo y el más admirable que antes ni después hubo; y en él un linaje ilustre y santo, de donde descendiese según la carne humana. Y no me detengo en referir esta genealogía (Mt., 1, 1-17; Lc., 3, 23-38) de Cristo Señor nuestro, porque no es necesario y la cuentan los Sagrados Evangelistas; sólo digo, con toda la alabanza que puedo del Altísimo, que en muchas ocasiones me ha mostrado en diversos tiempos el amor incomparable que tuvo a su pueblo, los favores que fue obrando con él y los sacramentos y Misterios que se encerraban en ellos, como después en su Iglesia Santa se han ido manifestando; sin que jamás se haya dormido ni dormitado el que se constituyó por guarda de Israel (Sal., 120, 4).

146. Hizo Profetas y Patriarcas Santísimos, que en figuras y profecías nos evangelizasen de lejos lo que ahora tenemos en posesión, para que los veneremos, conociendo el aprecio que ellos hicieron de la Ley de gracia, las ansias y clamores con que la desearon y pidieron. A este pueblo manifestó Dios su ser inmutable por muchas revelaciones; y ellos a nosotros por las Escrituras, encerrando en ellas inmensos Misterios que alcanzásemos y conociésemos por la fe. Y todos los cumplió y acreditó el Verbo humanado, dejándonos con esto la doctrina segura y el alimento de las Escrituras Santas para su Iglesia. Y aunque los Profetas y Justos de aquel pueblo no pudieron alcanzar la vista corporal de Cristo, pero fue liberalísimo el Señor con ellos, manifestándoseles en profecías y moviéndoles al afecto para que pidiesen su venida y la redención de todo el linaje humano. Y la consonancia y armonía de todas estas profecías, misterios y suspiros de los antiguos padres, eran para el Altísimo una suavísima música que resonaba en lo íntimo de su pecho, con que —a nuestro parecer— entretenía el tiempo, y aun le aceleraba, de bajar a conversar con los hombres.

147. Y por no me detener mucho en lo que sobre esto me ha dado el Señor a conocer y para llegar a lo que voy buscando de las preparaciones que hizo este Señor para enviar al mundo al Verbo humanado y a su Madre Santísima, las diré sucintamente por orden de las divinas Escrituras. El Génesis contiene lo que toca al exordio y creación del mundo para el linaje humano, la división de las tierras y gentes, el castigo y restauración, la confusión de lenguas y origen del pueblo escogido y bajada a Egipto, y otros muchos y grandes sacramentos que declaró Dios a Moisés, para que por él nos diese a conocer el amor y justicia que desde el principio mostró con los hombres, para traerlos a su conocimiento y servicio y señalar lo que tenía determinado de hacer en lo futuro.

148. El Éxodo contiene lo que sucedió en Egipto con el pueblo escogido, las plagas y castigos que envió para rescatarle misteriosamente, la salida y tránsito del mar, la Ley escrita dada con tantas prevenciones y maravillas, y

otros muchos sacramentos y misterios que Dios obró por su pueblo, afligiendo unas veces a sus enemigos, otras a ellos, castigando a unos como juez severo, corrigiendo a otros como padre amantísimo, enseñándoles a conocer el beneficio en los trabajos. Hizo grandes maravillas por la vara de Moisés, en figura de la Cruz, donde el Verbo humanado había de ser cordero sacrificado, para unos remedio y para otros ruina (Lc., 2, 34), como la vara lo era y lo fue el mar Rubro, que defendió al pueblo con murallas de agua y con ellas anegó a los gitanos (Egipcios). E iba con todos estos misterios tejiendo la vida de los Santos de alegría y de llanto, de trabajos, refrigerios; y todo, con infinita Sabiduría y Providencia, lo copiaba de la vida y muerte de Cristo Señor nuestro.

149. En el Levítico describe y ordena muchos sacrificios y ceremonias legales para aplacar a Dios, porque significaban el Cordero que se había de sacrificar por todos y después nosotros a Su Majestad con la verdad ejecutada de aquellos figurativos sacrificios. También declara las vestiduras de Aarón, Sumo Sacerdote y figura de Cristo, aunque no había de ser él de orden tan inferior, sino según el orden de Melquisedech (Sal., 109, 4).

150. Los Números contienen las mansiones del desierto, figurando lo que había de hacer con la Iglesia Santa y con su Unigénito humanado y su Madre Santísima y también con los demás Justos; que, según diversos sentidos, todo se comprende en aquellos sucesos de la columna de fuego, del maná, de la piedra que dio agua y otros misterios grandes que contiene en otras obras; y encierra también los que pertenecen a la aritmética; y en todo hay profundos sacramentos.

151. El Deuteronomio es como segunda ley y no diferente sino diverso modo repetida y más apropiadamente figurativa de la Ley Evangélica, porque habiéndose de alargar —por los ocultos juicios de Dios y las conveniencias que su sabiduría conocía— el tomar carne humana, renovaba y disponía leyes que pareciesen a la que después había de establecer por su unigénito Hijo.

152. Jesús Nave o Josué introduce al pueblo de Dios en la tierra de promisión y se la divide pasado el Jordán, obrando grandes hazañas, como figura harto expresa de nuestro Redentor en el nombre y en las obras; en que representó la destrucción de los reinos que poseía el demonio y la separación y división que de buenos y malos se hará el último día.

153. Tras de Josué, estando ya el pueblo en la posesión de la tierra prometida y deseada, que primera y propiamente representa la Iglesia, adquirida por Jesucristo con el precio de su Sangre, viene el libro de los Jueces que Dios ordenaba para gobierno de su pueblo, particularmente en las guerras que por sus continuados pecados e idolatrías padecían de los filisteos y otros enemigos sus vecinos, de que los defendía y libraba cuando se convertían a Él por penitencia y enmienda de la vida. Y en este libro se refiere lo que hizo Débora, juzgando al pueblo y libertándole de una grande opresión; y Jahel también, que concurrió a la victoria; mujeres fuertes y valerosas. Y todas estas historias son expresa figura y testimonio de lo que pasa en la Iglesia.

154. Acabados los Jueces, son los Reyes que pidieron los Israelitas, queriendo ser como las demás gentes en el gobierno. Contienen estos libros grandes misterios de la venida del Mesías. Helí, sacerdote, y Saúl, rey, muertos, dicen la reprobación de la ley vieja. Sadoc y David figuran el nuevo reino y sacerdocio de Jesucristo y la Iglesia con el pequeño número que en ella había de haber en comparación del resto del mundo. Los otros reyes de Israel y Judá y sus cautividades señalan otros grandes misterios de la Iglesia Santa.

155. Entre los tiempos dichos estuvo el pacientísimo del Señor, Job, cuyas palabras son tan misteriosas, que ninguna tiene sin profundos sacramentos de la vida de Cristo nuestro Señor, de la resurrección de los muertos y del último juicio en la misma carne en número que cada uno tiene, de la fuerza y astucia del demonio y sus conflictos. Y sobre todo le puso Dios por un espejo de paciencia a los mortales, para que en él deprendiésemos todos cómo debemos padecer los trabajos después de la muerte de

Cristo que tenemos presente, pues antes hubo Santo que a la vista tan de lejos le imitó con tanta paciencia.

156. Pero en los muchos y grandes Profetas que Dios envió a su pueblo en el tiempo de sus reyes, porque entonces más necesitaba de ellos, hay tantos misterios y sacramentos que ninguno dejó el Altísimo de los que pertenecían a la venida del Mesías y su ley que no se lo revelase y declarase; y lo mismo hizo, aunque de más lejos, con los antiguos Padres y Ppatriarcas; y todo era multiplicar retratos y como estampas del Verbo humanado y prevenirle y prepararle pueblo y la Ley que había de enseñar.

157. En los tres grandes patriarcas, Abrahán, Isaac y Jacob, depositó grandes y ricas prendas para poderse llamar Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, queriendo honrarse con este nombre para honrarlos a ellos, manifestando su dignidad y excelentes virtudes y los sacramentos que les había fiado para que diesen nombre a Dios tan honroso. Al Patriarca Abrahán, para hacer aquella representación tan expresa de lo que el eterno Padre había de hacer con su Unigénito, le tentó y probó mandándole sacrificar a Isaac; pero, cuando el obediente padre quiso ejecutar el sacrificio, lo impidió el mismo Señor que lo había mandado, porque sólo para el Eterno Padre se reservase la ejecución de tan heroica obra, sacrificando con efecto a su Unigénito, y sólo en amago se dijese lo había hecho a Abrahán; en que parece fueron los celos del amor divino fuertes como la muerte (Cant., 8, 6), pero no convenía que tan expresa figura quedase imperfecta y así se cumplió sacrificando Abrahán un carnero, que también era figura del Cordero que había de quitar los pecados del mundo (Jn., 1, 29).

158. A Jacob le mostró aquella misteriosa escala, llena de sacramentos y sentidos, y el mayor fue representar al Verbo humanado, que es el Camino y Escala por donde subimos al Padre y de Él bajó Su Majestad a nosotros; y por Su medio suben y descienden ángeles que nos ilustran y guardan, llevándonos en sus manos, para que no nos ofendan las piedras (Sal., 90, 12) de los errores, herejías y vicios, de que está sembrado el camino de la vida mortal; y

en medio de ellas subamos seguros por esta escala con la fe y esperanza desde esta Iglesia Santa, que es la casa de Dios, donde no hay otra cosa que puerta del cielo (Gén., 28, 17) y santidad.

159. A Moisés, para constituirle Dios de Faraón y Capitán de su pueblo, le mostró aquella zarza mística que sin quemarse ardía, para señalar en profecía la Divinidad encubierta en nuestra humanidad, sin derogar lo humano a lo Divino, ni consumir lo Divino a lo humano. Y junto con este Misterio señalaba también la virginidad perpetua de la Madre del Verbo, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma, y que no la mancharía ni ofendería ser hija de Adán y venir vestida y derivada de aquella naturaleza abrasada con la primera culpa.

160. Hizo también a David a la medida de su corazón (1 Sam., 13, 14), con que pudo dignamente cantar las misericordias del Altísimo (Sal., 88, 1), corno lo hizo comprendiendo en sus Salmos todos los sacramentos y misterios, no sólo de la ley de gracia, pero de la escrita y natural. No se caen de la boca los testimonios, los juicios y las obras del Señor, porque también los tenía en el corazón para meditar de día y de noche. Y en perdonar injurias que expresa imagen o figura del que había de perdonar las nuestras; y así le fueron hechas las promesas más claras y firmes de la venida del Redentor del mundo.

161. Salomón, rey pacífico, y en esto figura del verdadero Rey de los reyes, dilató su grande sabiduría en manifestar por diversos modos de Escrituras los misterios y sacramentos de Cristo, especialmente en la metáfora de los Cantares, donde encerró los misterios del Verbo humanado, de su Madre Santísima y de la Iglesia y fieles. Enseñó también la doctrina para las costumbres por diversos modos; y de aquella fuente han bebido las aguas de la verdad y vida otros muchos escritores.

162. Pero ¿quién podrá dignamente engrandecer el beneficio de habernos dado el Señor, por medio de su pueblo, el número loable de los Profetas Santos, donde la Eterna Sabiduría copiosamente derramó la gracia de la

profecía, alumbrando a su Iglesia con tantas luces, que desde muy lejos comenzaron a señalarnos el Sol de Justicia y los rayos que había de dar en la Ley de gracia con sus obras? Los dos grandes Profetas, Isaías y Jeremías, fueron escogidos para evangelizarnos alta y dulcemente los misterios de la Encarnación del Verbo, su Nacimiento, Vida y Muerte. Isaías nos prometió que concebiría y pariría una virgen y nos daría un hijo que se llamaría Emanuel y que un pequeñuelo hijo nacería para nosotros y llevaría su imperio sobre su hombro (Is., 7, 14; 9, 6); y todo lo restante de la vida de Cristo lo anunció con tanta claridad, que pareció su Profecía Evangelio. Jeremías dijo la novedad que Dios había de obrar con una mujer que tendría en su vientre un varón (Jer., 31, 22), que sólo podía ser Cristo, Dios y hombre perfecto; anunció su venta, pasión, oprobios y muerte. Suspensa y admirada quedo en la consideración de estos Profetas. Pide Isaías que envíe el Señor el Cordero que ha de señorear al mundo, de la piedra del desierto al monte de la hija de Sión (Is., 16, 1); porque este Cordero, que es el Verbo humanado, en cuanto a la Divinidad estaba en el desierto del Cielo, que faltándole los hombres se llama desierto; y llamándose Piedra por el asiento, firmeza y quietud eterna de que goza. El monte, adonde pide que venga, en lo místico es la Iglesia Santa, y primero María Santísima, hija de la visión de paz, que es Sión; y la interpone el Profeta por Medianera para obligar al Padre Eterno que envíe al Cordero su Unigénito, porque en todo el resto del linaje humano no había quien le pudiese obligar tanto como haber de tener tal Madre que le diese a este Cordero la piel y vellocino de su Humanidad Santísima; y esto es lo que contiene aquella dulcísima oración y profecía de Isaías.

163. Ezequiel vio también a esta Madre Virgen en la figura o metáfora de aquella puerta cerrada (Ez., 44, 2), que para solo el Dios de Israel estaría patente y ningún otro varón entraría por ella. Habacuc contempló a Cristo Señor nuestro en la Cruz y con profundas palabras profetizó los Misterios de la Redención y los admirables efectos de la Pasión y muerte de nuestro Redentor. Joel describe la tierra de los doce tribus, figura de los doce Apóstoles que habían de ser cabezas de todos los hijos de la Iglesia; también anunció la

venida del Espíritu Santo sobre los siervos y siervas del Muy Alto, señalando el tiempo de la venida y vida de Cristo. Y todos los demás Profetas por partes la anunciaron, porque todo quiso el Altísimo quedase dicho y profetizado y figurado tan de lejos y tan abundantemente, que todas estas obras admirables pudiesen testificar el amor y cuidado que tuvo Dios para con los hombres y cómo enriqueció a su Iglesia; y asimismo para culpar y reprender nuestra tibieza, pues aquellos Antiguos Padres y Profetas sólo con las sombras y figuras se inflamaron en el Divino amor e hicieron cánticos de alabanza y gloria para el Señor; y nosotros, que tenemos la verdad y el día claro de la gracia, estamos sepultados en el olvido de tantos beneficios, y dejando la luz buscamos las tinieblas.

CAPITULO 12

Cómo, habiéndose propagado el linaje humano, crecieron los clamores de los Justos por la venida del Mesías, y también crecieron los pecados, y en esta noche de la antigua ley envió Dios al mundo dos luceros que anunciasen la Ley de Gracia.

164. Dilatóse en gran número la posteridad y linaje de Adán, multiplicándose los justos y los injustos, los clamores de los Santos por el Reparador y los delitos de los pecadores para desmerecer este beneficio. El pueblo del Altísimo y el triunfo del Verbo, que había de humanarse, estaban ya en las últimas disposiciones que la Divina voluntad obraba en ellos para venir el Mesías; porque el reino del pecado en los hijos de perdición había dilatado su malicia casi hasta los últimos términos y había llegado el tiempo oportuno del remedio. Habíase aumentado la corona y méritos de los Justos; y los Profetas y Santos Padres con el júbilo de la Divina luz reconocían que se acercaba la salud y la presencia de su Redentor y multiplicaban sus clamores, pidiendo a Dios se cumpliesen las profecías y promesas hechas a su pueblo; y delante del Trono Real de la Divina Misericordia representaban la prolija y larga noche (Sab., 17, 20) que había corrido en las tinieblas del pecado, desde la creación del primer hombre, y la ceguera de

idolatrías en que estaba ofuscado todo el resto del linaje humano.

165. Cuando la antigua serpiente había inficionado con su aliento todo el orbe y, al parecer, gozaba de la pacífica posesión de los mortales; y cuando ellos, desatinando de la luz de la misma razón natural (Rom., 1, 20-22) y de la que por la antigua ley escrita pudieran tener, en lugar de buscar la Divinidad verdadera, fingían muchas falsas y cada cual formaba dios a su gusto, sin advertir que la confusión de tantos dioses, aun para perfección, orden y quietud, era repugnante; cuando con estos errores se habían ya naturalizado la malicia, la ignorancia y el olvido del verdadero Dios y se ignoraba la mortal dolencia y letargo que en el mundo se padecía, sin abrir la boca los míseros dolientes para pedir el remedio; cuando reinaba la soberbia y el número de los necios era sin número (Ecl., 1, 15) y la arrogancia de Lucifer intentaba beberse las aguas puras del Jordán (Job 40, 18); cuando con estas injurias estaba Dios más ofendido y menos obligado de los hombres y el atributo de su justicia tenía tan justificada su causa para aniquilar todo lo criado convirtiéndolo a su antiguo no ser.

166. En esta ocasión —a nuestro entender— convirtió el Altísimo su atención al atributo de su misericordia e inclinó el peso de su incomprensible equidad con la ley de la clemencia; y se quiso dar por más obligado de su misma bondad y de los clamores y servicios de los Justos y Profetas de su pueblo, que desobligarse de la maldad y ofensas de todo el resto de los pecadores; y en aquella noche tan pesada de la ley antigua determinó dar prendas ciertas del día de la gracia, enviando al mundo dos luceros clarísimos que anunciasen la claridad ya vecina del sol de justicia Cristo, nuestra salud. Estos fueron San Joaquín y Ana, prevenidos y criados por la divina Voluntad para que fuesen hechos a medida de su corazón. San Joaquín tenía casa, familia y deudos en Nazaret, pueblo de Galilea, y fue siempre varón justo y santo, ilustrado con especial gracia y luz de lo alto. Tenía inteligencia de muchos misterios de las Escrituras y profetas antiguos y con oración continua y fervorosa pedía a Dios el cumplimiento de sus promesas, y su fe y caridad

penetraban los Cielos. Era varón humildísimo y puro, de costumbres santas y suma sinceridad, pero de gran peso y severidad y de incomparable compostura y honestidad.

167. La felicísima Santa Ana tenía su casa en Belén, y era doncella castísima, humilde y hermosa y, desde su niñez, santa, compuesta y llena de virtudes. Tuvo también grandes y continuas ilustraciones del Altísimo y siempre ocupaba su interior con altísima contemplación, siendo juntamente muy oficiosa y trabajadora, con que llegó a la plenitud de la perfección de las vidas activa y contemplativa. Tenía noticia infusa de las Escrituras divinas y profunda inteligencia de sus escondidos misterios y sacramentos; y en las virtudes infusas, fe, esperanza y caridad, fue incomparable. Con estos dones prevenida oraba continuamente por la venida del Mesías, y sus ruegos fueron tan aceptos al Señor para acelerar el paso, que singularmente le pudo responder había herido su corazón en uno de sus cabellos (Cant., 4, 9), pues sin duda alguna en apresurar la venida del Verbo tuvieron los merecimientos de Santa Ana altísimo lugar entre los Santos del Viejo Testamento.

168. Hizo también esta mujer fuerte oración fervorosa para que el Altísimo en el estado del matrimonio la diese compañía de esposo que la ayudase a la guarda de la Divina Ley y Testamento Santo y para ser perfecta en la observancia de sus preceptos. Y al mismo tiempo que Santa Ana pedía esto al Señor, ordenó su providencia que San Joaquín hiciese la misma oración, para que juntas fuesen presentadas estas dos peticiones en el Tribunal de la Beatísima Trinidad, donde fueron oídas y despachadas. Y luego por ordenación Divina se dispuso cómo Joaquín y Ana tomasen estado de matrimonio juntos y fuesen padres de la que había de ser Madre del mismo Dios humanado. Y para ejecutar este decreto, fue enviado el Santo Arcángel Gabriel, que se lo manifestase a los dos. A Santa Ana se le apareció corporalmente estando en oración fervorosa pidiendo la venida del Salvador del mundo y el remedio de los hombres; y vio al Santo Príncipe con gran hermosura y refulgencia, que a un mismo tiempo causó en ella alguna turbación y temor con interior júbilo e iluminación de su

espíritu. Postróse la Santa con profunda humildad para reverenciar al Embajador del Cielo, pero él la detuvo y confortó, como a depósito que había de ser del arca del verdadero maná, María Santísima, Madre del Verbo eterno; porque ya este Santo Arcángel había conocido este misterio del Señor cuando fue enviado con esta embajada; aunque entonces no lo conocieron los demás Ángeles del Cielo, porque a solo San Gabriel fue hecha esta revelación o iluminación inmediatamente del Señor. Tampoco manifestó el Ángel a Santa Ana este gran sacramento por entonces, mas pidióla atención y la dijo: El Altísimo te dé su bendición, sierva suya, y sea tu salud. Su Alteza ha oído tus peticiones y quiere que perseveres en ellas y clames por la venida del Salvador; y es su voluntad que recibas por esposo a Joaquín, que es varón de corazón recto y agradable a los ojos del Señor, y con su compañía podrás perseverar en la observancia de su Divina Ley y servicio. Continúa tus oraciones y súplicas y de tu parte no hagas otra diligencia; que el mismo Señor ordenará el cómo se ha de ejecutar. Y tú camina por las sendas rectas de la justicia y tu habitación interior siempre sea en las alturas; y pide siempre por la venida del Mesías y alégrate en el Señor que es tu salud.—Con esto desapareció el Ángel, dejándola ilustrada en muchos Misterios de las Escrituras y confortada y renovada en su espíritu.

169. A San Joaquín apareció y habló el Arcángel, no corporalmente como a Santa Ana, pero en sueños apercibió el varón de Dios que le decía estas razones: Joaquín, bendito seas de la Divina diestra del Altísimo, persevera en tus deseos y vive con rectitud y pasos perfectos. Voluntad del Señor es que recibas por tu esposa a Ana, que es alma a quien el Todopoderoso ha dado su bendición. Cuida de ella y estímala como prenda del Altísimo y dale gracias a Su Majestad porque te la ha entregado.—En virtud de estas Divinas embajadas pidió luego Joaquín por esposa a la castísima Ana y se efectuó el casamiento, obedeciendo los dos a la Divina disposición; pero ninguno manifestó al otro el secreto de lo que les había sucedido hasta pasados algunos años, como diré en su lugar (Cf., infra n. 185). Vivieron los dos Santos Esposos en Nazaret, procediendo y caminando por las justificaciones del Señor; y con rectitud y

sinceridad dieron el lleno de las virtudes a sus obras y se hicieron muy agradables y aceptos al Altísimo sin reprensión. De las rentas y frutos de su hacienda en cada año hacían tres partes: la primera ofrecían al templo de Jerusalén para el culto del Señor, la segunda distribuían a los pobres, y con la tercera sustentaban su vida y familia decentemente; y Dios les acrecentaba los bienes temporales, porque los expendían con tanta largueza y caridad.

170. Vivían asimismo con inviolable paz y conformidad de ánimos, sin querella y sin rencilla alguna. Y la humildísima Ana vivía en todo sujeta y rendida a la voluntad de Joaquín; y el varón de Dios con la emulación santa de la misma humildad se adelantaba a saber la voluntad de Santa Ana, confiando en ella su corazón (Prov., 31, 11), y no quedando frustrado; con que vivieron en tan perfecta caridad, que en su vida tuvieron diferencia en que el uno dejase de querer lo mismo que quería el otro; mas como congregados en el nombre del Señor (Mt., 18, 20), estaba Su Majestad con su temor santo en medio de ellos. Y el Santo Joaquín cumplió y obedeció el mandamiento del Ángel de que estimase a su esposa y tuviese cuidado de ella.

171. Previno el Señor con bendiciones de dulzura (Sal., 20, 4) a la Santa Matrona Ana, comunicándola altísimos dones de gracia y ciencia infusa, que la dispusiesen para la buena dicha que la aguardaba de ser madre de la que lo había de ser del mismo Señor; y como las obras del Altísimo son perfectas y consumadas, fue consiguiente que la hiciese digna madre de la criatura más pura y que en santidad había de ser inferior a solo Dios y superior a todo lo criado.

172. Pasaron estos santos casados veinte años sin sucesión de hijos; cosa que en aquella edad y pueblo se tenía por más infelicidad y desgracia, a cuya causa padecieron entre sus vecinos y conocidos muchos oprobios y desprecios; que los que no tenían hijos se reputaban como excluidos de tener parte en la venida del Mesías que esperaban. Pero el Altísimo, que por medio de esta humillación los quiso afligir y disponer para la gracia que

les prevenía, les dio tolerancia y conformidad para que sembrasen con lágrimas (Sal., 125, 5) y oraciones el dichoso fruto que después habían de coger. Hicieron grandes peticiones de lo profundo de su corazón, teniendo para esto especial mandato de lo alto, y ofrecieron al Señor con voto expreso que, si les daba hijos, consagrarían a su servicio en el templo el fruto que recibiesen de bendición.

173. Y el hacer este ofrecimiento fue por especial impulso del Espíritu Santo, que ordenaba cómo antes de tener ser la que había de ser morada de su unigénito Hijo, fuese ofrecida y como entregada por sus padres al mismo Señor. Porque si antes de conocerla y tratarla no se obligaran con voto particular de ofrecerla al templo, viéndola después tan dulce y agradable criatura no lo pudieran hacer con tanta prontitud por el vehemente amor que la tendrían. Y —a nuestro modo de entender— con este ofrecimiento no sólo satisfacía el Señor a los celos que ya tenía de que su Madre Santísima estuviese por cuenta de otros, pero se entretenía su amor en la dilación de criarla.

174. Habiendo perseverado un año entero después que el Señor se lo mandó en estas fervientes peticiones, sucedió que San Joaquín fue por Divina inspiración y mandato al templo de Jerusalén, a ofrecer oraciones y sacrificios por la venida del Mesías y por el fruto que deseaba; y llegando con otros de su pueblo a ofrecer los comunes dones, y ofrendas en presencia del Sumo Sacerdote, otro inferior, que se llamaba Isacar, reprendió ásperamente al venerable viejo Joaquín porque llegaba a ofrecer con los demás, siendo infecundo; y entre otras razones le dijo: Tú, Joaquín, ¿por qué llegas a ofrecer siendo hombre inútil? Desvíate de los demás y vete, no enojes a Dios con tus ofrendas y sacrificios, que no son gratos a sus ojos.—El Santo varón, avergonzado y confuso, con humilde y amoroso afecto, se convirtió al Señor y le dijo: Altísimo Dios Eterno, con vuestro mandato y voluntad vine al templo; el que está en vuestro lugar me desprecia; mis pecados son los que merecen esta ignominia; pues la recibo por vuestro querer, no despreciéis la hechura de vuestras manos (Sal., 137, 8)—Fuese Joaquín del templo contristado, pero pacífico y sosegado, a una casa de campo o granja que tenía y allí en

soledad de algunos días clamó al Señor e hizo oración:

175. Altísimo Dios Eterno, de quien depende todo el ser y el reparo del linaje humano, postrado en vuestra Real presencia os suplico se digne vuestra infinita bondad de mirar la aflicción de mi alma y oír mis peticiones y las de vuestra sierva Ana. A vuestros ojos son manifiestos todos nuestros deseos (Sal., 37, 10) y, si yo no merezco ser oído, no despreciéis a mi humilde esposa. Santo Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, nuestros antiguos Padres, no escondáis vuestra piedad de nosotros, ni permitáis, pues sois Padre, que yo sea de los réprobos y desechados en mis ofrendas como inútil, porque no me dais sucesión. Acordaos, Señor, de los sacrificios y oblaciones de vuestros Siervos y Profetas (Dt., 9, 27), mis Padres antiguos, y tened presentes las obras que en ellos fueron gratas a vuestros Ojos Divinos; y pues me mandáis, Señor mío, que con confianza Os pida como a poderoso y rico en misericordias, concededme lo que por Vos deseo y pido; pues en pediros hago Vuestra Santa Voluntad y obediencia, en que me prometéis mi petición: y si mis culpas detienen vuestras misericordias, apartad de mí lo que os desagrada e impide. Poderoso sois, Señor Dios de Israel, y todo lo que fuere vuestra voluntad podéis obrar sin resistencia (Est., 13, 9). Lleguen a vuestros oídos mis peticiones, que si soy pobre y pequeño, vos sois infinito e inclinado a usar de misericordia con los abatidos. ¿Adonde iré de Vos, que sois el Rey de los reyes, el Señor de los señores y Todopoderoso? A vuestros hijos y siervos habéis llenado, Señor, de dones y bendiciones en sus generaciones; a mí me enseñáis a desear y esperar de Vuestra liberalidad lo que habéis obrado con mis hermanos. Si fuere vuestro beneplácito conceder mi petición, el fruto de sucesión que de vuestra mano recibiere, lo ofreceré y consagraré a vuestro templo santo, para servicio vuestro. Entregado tengo mi corazón y mente a Vuestra voluntad y siempre he deseado apartar mis ojos de la vanidad. Haced de mí lo que fuere Vuestro agrado y alegrad, Señor, nuestro espíritu con el cumplimiento de nuestra esperanza. Mirad desde Vuestro solio al humilde polvo y levantadle, para que os magnifique y adore y en todo se cumpla vuestra voluntad y no la mía.

176. Esta petición hizo Joaquín en su retiro; y en el ínterin el Santo Ángel declaró a Santa Ana cómo sería agradable oración para su alteza que le pidiese sucesión de hijos con el santo afecto e intención que los deseaba. Y habiendo conocido la Santa Matrona ser ésta la Divina voluntad y también la de su esposo Joaquín, con humilde rendimiento y confianza en la presencia del Señor, hizo oración por lo que se le ordenaba y dijo: Dios Altísimo, Señor mío, Criador y Conservador universal de todas las cosas, a quien mi alma reverencia y adora como a Dios verdadero, infinito, santo y eterno; postrada en vuestra real presencia hablaré, aunque sea polvo y ceniza (Gén., 18, 27), manifestando mi necesidad y aflicción. Señor, Dios increado, hacednos dignos de vuestra bendición, dándonos fruto santo que ofrecer a vuestro servicio en vuestro templo (1 Sam., 1, 11). Acordaos, Señor mío, que Ana, sierva vuestra, madre de Samuel, era estéril y con vuestra liberal misericordia recibió el cumplimiento de sus deseos. Yo siento en mi corazón una fuerza que me alienta y anima a pediros hagáis conmigo esta misericordia. Oíd, pues, dulcísimo Señor y Dueño mío, mi petición humilde y acordaos de los servicios, ofrendas y sacrificios de mis antiguos Padres y los favores que obró en ellos el brazo poderoso de Vuestra omnipotencia. Yo, Señor, quisiera ofrecer a Vuestros ojos oblación agradable y aceptable, pero la mayor y la que puedo es mi alma, mis potencias y sentidos que me disteis y todo el ser que tengo; y si mirándome desde vuestro Real Solio me diereis sucesión, desde ahora la consagro y ofrezco para serviros en el templo. Señor Dios de Israel, si fuere voluntad y gusto vuestro mirar a esta vil y pobre criatura y consolar a vuestro siervo Joaquín, concedednos, Señor, esta petición y en todo se cumpla Vuestra voluntad santa y eterna.

177. Estas fueron las peticiones que hicieron los santos Joaquín y Ana; y de la inteligencia que he tenido de ellas y de la santidad incomparable de estos dichosos padres, no puedo por mi gran cortedad e insuficiencia decir todo lo que conozco y siento; ni todo se puede referir, ni es necesario, pues es bastante para mi intento lo dicho; y para hacer altos conceptos de estos Santos, se han de medir y ajustar con el altísimo fin y ministerio para que fueron escogidos de Dios, que era ser abuelos inmediatos de Cristo Señor

nuestro y padres de su Madre Santísima.

CAPITULO 13

Cómo por el santo arcángel Gabriel fue evangelizada la concepción de María Santísima y cómo previno Dios a Santa Ana para esto con un especial favor.

178. Llegaron las peticiones de los Santos Joaquín y Ana a la presencia y trono de la Beatísima Trinidad, donde, siendo oídas y aceptadas, se les manifestó a los Santos Ángeles la voluntad Divina, como si —a nuestro modo de entender— las tres Divinas Personas hablaran con ellos y les dijeran: Determinado tenemos por Nuestra dignación que la Persona del Verbo tome carne humana y que en ella remedie a todo el linaje de los mortales; y a Nuestros siervos los Profetas lo tenemos manifestado y prometido, para que ellos lo profetizasen al mundo. Los pecados de los vivientes y su malicia es tanta, que nos obligaba a ejecutar el rigor de nuestra justicia; pero nuestra bondad y misericordia excede a todas sus maldades y no pueden ellas extinguir nuestra caridad. Miremos a las obras de nuestras manos, que criamos a nuestra imagen y semejanza para que fueran herederos y partícipes de nuestra eterna gloria (2 Pe., 3, 22). Atendamos a los servicios y agrado que nos han dado nuestros siervos y amigos y a los muchos que se levantarán y que serán grandes en nuestras alabanzas y beneplácito. Y singularmente pongamos delante de nuestros ojos aquella que ha de ser electa entre millares y sobre todas las criaturas ha de ser aceptable y señalada para nuestras delicias y beneplácito y que en sus entrañas ha de recibir a la Persona del Verbo y vestirle de la mortalidad de la carne humana. Y pues ha de tener principio esta obra en que manifestemos al mundo los tesoros de Nuestra Divinidad, ahora es el tiempo aceptable y oportuno para la ejecución de este sacramento. Joaquín y Ana hallaron gracia en Nuestros ojos, porque piadosamente los miramos y prevenimos con la virtud de nuestros dones y gracias. Y en las pruebas de su verdad han sido fieles y con sencilla candidez sus almas se han hecho aceptas y agradables en

Nuestra presencia. Vaya Gabriel, Nuestro embajador, y déles nuevas de alegría para ellos y para todo el linaje humano y anuncíeles cómo nuestra dignación los ha mirado y escogido.

179. Conociendo los espíritus celestiales esta voluntad y decreto del Altísimo, el Santo Arcángel Gabriel, adorando y reverenciando a Su Alteza en la forma que lo hacen aquellas purísimas y espirituales sustancias, humillado ante el trono de la Beatísima Trinidad, salió de Él una voz intelectual que le dijo: Gabriel, ilumina, vivifica y consuela a Joaquín y Ana, nuestros siervos, y diles que sus oraciones llegaron a nuestra presencia y sus ruegos son oídos por nuestra clemencia; promételes que recibirán fruto de bendición con el favor de nuestra diestra y que Ana concebirá y parirá una hija a quien le damos por nombre MARÍA.

180. En este mandato del Altísimo le fueron revelados al Arcángel San Gabriel muchos Misterios y sacramentos de los que pertenecían a esta embajada; y con ella descendió al punto del cielo empíreo y se le apareció a San Joaquín, que estaba en oración, y le dijo: Varón justo y recto, el Altísimo desde su Real Trono ha visto tus deseos y oído tus peticiones y gemidos y te hace dichoso en la tierra. Tu esposa Ana concebirá y parirá una hija que será bendita entre las mujeres (Lc., 1, 42) y las naciones la conocerán por Bienaventurada (Mt., 1, 20). El que es Dios eterno, increado y criador de todo, y en sus juicios rectísimo, poderoso y fuerte, me envía a ti, porque le han sido aceptas tus obras y limosnas. Y la caridad ablanda el pecho del Todopoderoso y apresura sus misericordias, que liberal quiere enriquecer tu casa y familia con la hija que concebirá Ana y el mismo Señor la pone por nombre MARÍA. Y desde su niñez ha de ser consagrada a su templo, y en él a Dios, como se lo habéis prometido. Será grande, escogida, poderosa y llena del Espíritu Santo y por la esterilidad de Ana será milagrosa su concepción y la hija será en vida y obras toda prodigiosa. Alaba, Joaquín, al Señor por este beneficio, engrandécele, pues con ninguna nación hizo tal cosa. Subirás a dar gracias al Templo de Jerusalén y, en testimonio de que te anuncio esta verdad y alegre nueva,

en la Puerta Áurea encontrarás a tu hermana Ana, que por la misma causa irá al templo. Y te advierto que es maravillosa esta embajada, porque la concepción de esta niña alegrará el cielo y la tierra.

181. Todo esto le sucedió a San Joaquín en un sueño que se le dio en la prolija oración que hizo, para que en él recibiese esta embajada, al modo que sucedió después al Santo José, esposo de María Santísima, cuando se le manifestó ser su preñado por obra del Espíritu Santo (Mt., 1, 20). Despertó el dichosísimo San Joaquín con especial júbilo de su alma y, con prudencia candida y advertida, escondió en su corazón el sacramento del Rey (Tob., 12, 7); y con viva fe y esperanza derramó su espíritu en la presencia del Altísimo y, convertido en ternura y agradecimiento, le dio gracias y alabó sus inescrutables juicios; y para hacerlo mejor, se fue al templo, como se lo habían ordenado.

182. En el mismo tiempo que sucedió esto a San Joaquín, estaba la dichosísima Santa Ana en altísima oración y contemplación, toda elevada en el Señor y en el misterio de la Encarnación que esperaba del Verbo Eterno, de que el mismo Señor le había dado altísimas inteligencias y especialísima luz infusa. Y con profunda humildad y viva fe estaba pidiendo a Su Majestad acelerase la venida del Reparador del linaje humano, y hacía esta oración: Altísimo Rey y Señor de todo lo criado, yo, vil y despreciada criatura, pero hechura de vuestras manos, deseara con dar la vida que de vos, Señor, he recibido obligaros para que Vuestra dignación abreviara el tiempo de nuestra salud. ¡Oh, si Vuestra piedad infinita se inclinase a nuestra necesidad! ¡Oh, si nuestros ojos vieran ya al Reparador y Redentor de los hombres! Acordaos, Señor, de las antiguas misericordias que habéis hecho con vuestro pueblo, prometiéndole vuestro Unigénito, y obligúeos esta determinación de infinita piedad. Llegue ya, llegue este día tan deseado. ¡Es posible que el Altísimo ha de bajar de su Santo Cielo! ¡Es posible que ha de tener Madre en la tierra! ¡Qué mujer será tan dichosa y bienaventurada! ¡Oh, quién pudiera verla! ¡Quién fuera digna de servir a sus siervas! Bienaventuradas las generaciones que la vieren, que podrán postrarse a sus pies y adorarla. ¡Qué dulce será su vista y conversación!

Dichosos los ojos que la vieren y los oídos que la oyeren sus palabras y la familia que eligiere el Altísimo para tener Madre en ella. Ejecútese ya, Señor, este decreto, cúmplase ya vuestro divino beneplácito.

183. En esta oración y coloquios estaba ocupada santa Ana después de las inteligencias que había recibido de este inefable misterio y confería todas las razones que quedan dichas con el Santo Ángel de su guarda, que muchas veces, y en esta ocasión con más claridad, se le manifestó. Y ordenó el Altísimo que la embajada de la concepción de su Madre Santísima fuese en algo semejante a la que después se había de hacer de su inefable Encarnación. Porque Santa Ana estaba meditando con humilde fervor en la que había de ser Madre de la Madre del Verbo Encarnado, y la Virgen Santísima hacía los mismos actos y propósitos para la que había de ser Madre de Dios, como en su lugar diré (Cf. p. II n. 117). Y fue uno mismo el Ángel de las dos embajadas, y en forma humana, aunque con más hermosura y misteriosa apariencia se apareció a la Virgen María.

184. Entró el Santo Arcángel Gabriel en forma humana, hermoso y refulgente más que el sol, a la presencia de Santa Ana y díjola: Ana, sierva del Altísimo, Ángel del Consejo de Su Alteza soy, enviado de las alturas por su Divina dignación, que mira a los humildes en la tierra (Sal., 137, 6). Buena es la oración incesante y la confianza humilde. El Señor ha oído tus peticiones, porque está cerca de los que le llaman (Sal., 144, 18) con viva fe y esperanza y aguardan con rendimiento. Y si se dilata el cumplimiento de los clamores y se detiene en conceder las peticiones de los justos, es para mejor disponerlos y más obligarse a darles mucho más de lo que piden y desean. La oración y limosna abren los tesoros del Rey omnipotente (Tob., 12, 8) y le inclinan a ser rico en misericordias con los que le ruegan. Tú y Joaquín habéis pedido fruto de bendición; y el Altísimo ha determinado dárosle admirable y santo y con él enriqueceros de dones celestiales, concediéndoos mucho más de lo que habéis pedido. Porque habiéndoos humillado en pedir, se quiere el Señor engrandecer en concederos vuestras peticiones; que le es muy agradable la criatura

cuando humilde y confiada le pide no coartando su infinito poder. Persevera en la oración y pide sin cesar el remedio del linaje humano para obligar al Altísimo. Moisés con oración interminada hizo que venciese el pueblo (Ex., 17, 11). Ester con oración y confianza le alcanzó libertad de la muerte. Judit por la misma oración fue esforzada en obra tan ardua como intentó para defender a Israel; y lo consiguió, siendo mujer flaca y débil. David salió victorioso contra Goliat, porque oró invocando el nombre del Señor. Elías alcanzó fuego del cielo para su sacrificio y con la oración abría y cerraba los cielos. La humildad, la fe y limosnas de Joaquín y las tuyas llegaron al Trono del Altísimo y me envió a mí, Ángel suyo, para que anuncie nuevas de alegría para tu espíritu; porque Su Alteza quiere que seas dichosa y bienaventurada. Elígete por madre de la que ha de engendrar y parir al Unigénito del Padre. Parirás una hija que por Divina ordenación se llamará María. Será bendita entre las mujeres y llena del Espíritu Santo. Será la nube (3 Re., 18, 44) que derramará el rocío del Cielo para refrigerio de los mortales y en ella se cumplirán las profecías de vuestros Antiguos Padres. Será la puerta de la vida y de la salud para los hijos de Adán. Y advierte que a Joaquín le he evangelizado que tendrá una hija que será dichosa y bendita, pero el Señor reservó el sacramento, no manifestándole que había de ser Madre del Mesías. Y por esto debes tú guardar este secreto; y luego irás al Templo a dar gracias al Altísimo, porque tan liberal te ha favorecido su poderosa diestra. Y en la Puerta Áurea encontrarás a Joaquín, donde conferirás estas nuevas. Pero a ti, bendita del Señor, quiere Su Grandeza visitarte y enriquecerte con sus favores más singulares y en soledad te hablará al corazón (Os., 2, 14) y dará origen a la Ley de Gracia, dando ser en tu vientre a la que ha de vestir de carne mortal al inmortal Señor, dándole forma humana; y en esta humanidad unida al Verbo se escribirá con su sangre la verdadera Ley de Misericordia (Heb., 9, 12).

185. Para que el humilde corazón de Santa Ana con esta embajada no desfalleciera en admiración y júbilo de la nueva que le daba el Santo Ángel, fue confortada por el Espíritu Santo su flaqueza; y así la oyó y recibió con dilatación de su ánimo y alegría incomparable. Y luego se

levantó y fue al Templo de Jerusalén y topó a San Joaquín, como el Ángel les había dicho a entrambos. Y juntos dieron gracias al Autor de esta maravilla y ofrecieron dones particulares y sacrificios. Fueron de nuevo iluminados de la gracia del Divino Espíritu y, llenos de consolación Divina, se volvieron a su casa, confiriendo los favores que del Altísimo habían recibido y cómo el Santo Arcángel Gabriel a cada uno singularmente les había hablado y prometido de parte del Señor que les daría una hija que fuese muy dichosa y bienaventurada. Y en esta ocasión también se manifestaron el uno al otro cómo el mismo Santo Ángel antes de tomar estado les había mandado que los dos juntos le recibiesen por la voluntad divina, para servirle juntos. Éste secreto habían celado veinte años sin comunicarle uno a otro, hasta que el mismo Ángel les prometió la sucesión de tal hija. Y de nuevo hicieron voto de ofrecerla al Templo y que todos los años en aquel día subirían a él con particulares ofrendas y le gastarían en alabanza y hacimiento de gracias y darían muchas limosnas. Y así lo cumplieron después e hicieron grandes cánticos de loores y alabanzas al Altísimo.

186. Nunca descubrió la prudente matrona Ana el secreto a San Joaquín, ni a otra criatura alguna, de que su hija había de ser Madre del Mesías; ni el santo padre en el discurso de la vida conoció más de que sería grande y misteriosa mujer; pero en los últimos alientos, antes de la muerte, se lo manifestó el Altísimo, como diré en su lugar (Cf. infra n. 669). Y aunque se me ha dado grande inteligencia de las virtudes y santidad de los dos padres de la Reina del cielo, no me detengo más en declarar lo que todos los fieles debemos suponer; y por llegar al principal intento.

187. Hizo Dios un singular favor a Santa Ana. Tuvo una visión o aparecimiento de Su Majestad intelectualmente y por altísimo modo; y comunicándole en él grandes inteligencias y dones de gracias, la dispuso y previno con bendiciones de dulzura (Sal., 20, 4); y purificándola toda, espiritualizó la parte inferior del cuerpo y elevó su alma y espíritu, de suerte que desde aquel día jamás atendió a cosa humana que la impidiese para no tener puesto en Dios todo el afecto de su mente y voluntad, sin perderla jamás

de vista. Díjola el Señor en este beneficio: Ana, sierva mía, yo soy Dios de Abrahán, Isaac y Jacob; mi bendición y luz eterna es contigo. Yo formé al hombre para levantarle del polvo y hacerle heredero de mi gloria y participante de mi Divinidad; y aunque en él deposité muchos dones y le puse en lugar y estado muy perfecto, pero oyó a la serpiente y perdiólo todo. Yo de mi beneplácito, olvidando su ingratitud, quiero reparar sus daños y cumplir lo que a mis siervos y profetas tengo prometido de enviarles mi Unigénito y su Redentor. Los cielos están cerrados, los Padres Antiguos detenidos, sin ver mi cara y darles yo el premio que tengo prometido de mi eterna gloria; y la inclinación de mi bondad infinita está como violentada no se comunicando al linaje humano. Quisiera ya usar con él de mi liberal misericordia y darle la persona del Verbo Eterno, para que se haga hombre, naciendo de mujer que sea madre y virgen inmaculada, pura, bendita y santa sobre todas las criaturas; y de esta mi escogida y única (Cant., 6, 8) te hago madre.

188. Los efectos que hicieron estas palabras del Altísimo en el Cándido corazón de Santa Ana, no los puedo yo fácilmente explicar, siendo ella la primera de los nacidos a quien se le reveló el misterio de su Hija Santísima, que sería Madre de Dios y nacería de sus entrañas la elegida para el mayor sacramento del poder Divino. Y convenía así que ella lo conociese, porque la había de parir y criar como pedía este misterio y saber estimar el tesoro que poseía. Oyó con humildad profunda la voz del Muy Alto, y con rendido corazón respondió: Señor, Dios eterno, condición es de vuestra bondad inmensa y obra de vuestro brazo poderoso levantar del polvo al que es pobre y despreciado (Sal., 112, 7). Yo, Señor Altísimo, me reconozco indigna criatura de tales misericordias y beneficios. ¿Qué hará este vil gusanillo en vuestra presencia? Sólo puedo ofreceros en agradecimiento Vuestro mismo ser y grandeza y en sacrificio mi alma y mis potencias. Haced de mí, Señor mío, a Vuestra voluntad, pues toda me dejo en ella. Yo quisiera ser tan dignamente vuestra como pide este favor; pero, ¿qué haré que no merezco ser esclava de la que ha de ser Madre de Vuestro Unigénito e hija mía? Así lo conozco y lo confesaré siempre y de mí que soy pobre; pero a los pies de

vuestra grandeza estoy aguardando que uséis conmigo de Vuestra misericordia, pues sois Padre piadoso y Dios omnipotente. Hacedme, Señor, cual me queréis, según la dignidad que me dais.

189. Tuvo en esta visión Santa Ana un éxtasis maravilloso, en que le fueron concedidas altísimas inteligencias de las leyes de la naturaleza, escrita y evangélica; y conoció cómo la Divina naturaleza en el Verbo eterno se había de unir a la nuestra y cómo la humanidad santísima sería levantada al ser de Dios y otros muchos misterios de los que se habían de obrar en la Encarnación del Verbo divino; y con estas ilustraciones y otros divinos dones de gracia la dispuso el Altísimo para la concepción y creación del alma de su Hija Santísima y Madre de Dios.

CAPITULO 14

Cómo el Altísimo manifestó a los santos ángeles el tiempo determinado y oportuno de la concepción de María Santísima y los que le señaló para su guarda.

190. En el Tribunal de la voluntad Divina, como en principio inevitable y causa universal de todo lo criado, se decretan y determinan todas las cosas que han de ser, con sus condiciones y circunstancias, sin haber alguna que se olvide, ni tampoco después de determinada la pueda impedir otra potencia criada. Todos los orbes y los moradores que en ellos se contienen dependen de este inefable gobierno, que a todos acude y concurre con las causas naturales, sin haber faltado ni poder faltar un punto a lo necesario. Todo lo hizo Dios y lo sustenta con solo su querer y en Él está el conservar el ser que dio a todas las cosas, o aniquilarlas volviéndolas al no ser de donde las crió. Pero como las crió todas para su gloria y del Verbo Humanado, así desde el principio de la creación fue disponiendo los caminos y abriendo las sendas por donde el mismo Verbo bajase a tomar carne humana y vivir con los hombres; y ellos subiesen a Dios, le conozcan, le teman, le busquen, le sirvan y amen, para alabarle eternamente y gozarle.

191. Admirable ha sido su nombre en la universidad de las tierras (Sal., 8, 11) y engrandecido en la plenitud y congregación de los Santos, con que ordenó y compuso pueblo aceptable (Tit., 2, 14) de quien el Verbo Humanado fuese Cabeza. Y cuando estaba todo en la última y conveniente disposición, en que su Providencia lo había querido poner, y llegando el tiempo por ella determinado para criar la mujer maravillosa vestida del sol (Ap., 12, 1) que apareció en el Cielo, la que había de alegrar y enriquecer la tierra, para formarla en ella decretó la Santísima Trinidad lo que, en mis cortas razones y concepto de lo que he entendido, manifestaré.

192. Ya queda dicho arriba (Cf. supra n. 34) cómo para Dios no hay pretérito ni futuro, porque todo lo tiene presente en su mente Divina infinita y lo conoce con un acto simplicísimo; pero, reduciéndolo a nuestros términos y modo limitado de entender, consideramos que Su Majestad miró a los decretos que tenía hechos de criar Madre conveniente y digna para que el Verbo se humanase; porque el cumplimiento de sus decretos es inevitable. Y llegando ya el tiempo oportuno y determinado, las tres Divinas Personas en sí mismas dijeron: Tiempo es ya que demos principio a la obra de nuestro beneplácito, y criemos aquella pura criatura y alma que ha de hallar gracia en nuestros ojos sobre todas las demás. Dotémosla de ricos dones y depositemos en ella sola los mayores tesoros de nuestra gracia. Y pues todo el resto de las demás que dimos ser nos han salido ingratas y rebeldes a nuestra voluntad, oponiéndose a Nuestro intento de que se conservasen en el primero y feliz estado en que criamos a los primeros hombres y ellos le impidieron por su culpa, y no es conveniente que en todo Nuestra voluntad quede frustrada, criemos en toda santidad y perfección a esta criatura, en quien no tenga parte el desorden del primer pecado. Criemos un alma de Nuestros deseos un fruto de nuestros atributos, un prodigio de nuestro infinito poder, sin que le ofenda ni la toque la mácula del pecado de Adán. Hagamos una obra que sea objeto de Nuestra omnipotencia y muestra de la perfección que disponíamos para Nuestros hijos y el fin del dictamen que tuvimos en la creación. Y

pues han prevaricado todos en la voluntad libre y determinación del primer hombre (Rom., 5, 12), sea esta sola criatura en quien restauremos y ejecutemos lo que, desviándose de nuestro querer, ellos perdieron. Sea única imagen y similitud de Nuestra Divinidad y sea en Nuestra presencia por todas las eternidades complemento de Nuestro beneplácito y agrado. En ella depositaremos todas las prerrogativas y gracias que en Nuestra primer y condicional voluntad destinamos para los ángeles y hombres, si en el primer estado se conservaran. Y si ellos las perdieron, renovémoslas en esta criatura y añadiremos a estos dones otros muchos y no quedará en todo frustrado el decreto que tuvimos, antes mejorado en esta nuestra electa y única (Cant., 6, 8). Y pues determinamos lo más santo y prevenimos lo mejor para las criaturas, y lo más perfecto y loable y ellas lo perdieron, encaminemos el corriente de nuestra bondad para nuestra amada y saquémosla de la ley ordinaria de la formación de todos los mortales, para que en ella no tenga parte la semilla de la serpiente. Yo quiero descender del cielo a sus entrañas y en ellas vestirme con su misma sustancia de la naturaleza humana.

193. Justo es y debido que la divinidad de bondad infinita se deposite y encubra en materia purísima, limpia y nunca manchada con la culpa. Ni a nuestra equidad y providencia conviene omitir lo más decente, perfecto y santo por lo que es menos, pues a nuestra voluntad no hay resistencia (Est., 13, 9). El Verbo, que se ha de humanar, siendo Redentor y Maestro de los hombres, ha de fundar la Ley perfectísima de la gracia y enseñar en ella a obedecer y honrar al padre y a la madre (Mt., 15, 4) como causas segundas de su ser natural. Esta ley se ha de ejecutar primero honrando el Verbo Divino a la que ha elegido para Madre suya, honrándola y dignificándola con brazo poderoso y previniéndola con lo más admirable, más santo, más excelente de todas las gracias y dones. Y entre ellos será la honra y beneficio más singular no sujetarla a nuestros enemigos ni a su malicia; y así ha de ser libre de la muerte de la culpa.

194. En la tierra ha de tener el Verbo madre sin padre, como en el cielo padre sin madre. Y para que haya debida

proporción y consonancia llamando a Dios Padre y a esta mujer Madre, queremos que sea tal que se guarde la correspondencia e igualdad posible entre Dios y la criatura, para que en ningún tiempo el dragón pueda
gloriarse fue superior a la mujer a quien obedeció Dios como a verdadera madre. Esta dignidad de ser libre de culpa es debida y correspondiente a la que ha de ser Madre del Verbo y para ella por sí misma más estimable y provechosa, pues mayor bien es ser santa que ser madre sola; pero al ser Madre de Dios le conviene toda la santidad y perfección. Y la carne, humana, de quien ha de tomar forma, ha de estar segregada del pecado; y habiendo de redimir en ella a los pecadores, no ha de redimir a su misma carne como a los demás, pues unida ella con la divinidad ha de ser redentora y por esto de antemano ha de ser preservada, pues ya tenemos previstos y aceptados los infinitos merecimientos del Verbo en esa misma carne y naturaleza. Y queremos que por todas las eternidades sea glorificado el Verbo Encarnado por su tabernáculo y gloriosa habitación de la humanidad que recibió.

195. Hija ha de ser del primer hombre, pero, en cuanto a la gracia, singular, libre y exenta de su culpa y, en cuanto a lo natural, ha de ser perfectísima y formada con especial providencia. Y porque el Verbo humanado ha de ser maestro de la humildad y santidad y para este fin son medio conveniente los trabajos que ha de padecer, confundiendo la vanidad y falacia engañosa de los mortales, y para sí ha elegido esta herencia por el tesoro más estimable en nuestros ojos, queremos que también le toque esta parte a la que ha de ser Madre suya y que sea única y singular en la paciencia, admirable en el sufrir, y que con su Unigénito ofrezca sacrificio de dolor aceptable a nuestra voluntad y de mayor gloria para ella.

196. Este fue el decreto que las tres Divinas Personas manifestaron a los Santos Ángeles, exaltando la gloria y veneración de sus santísimos, altísimos, investigables juicios. Y como su Divinidad es espejo voluntario que en la misma visión beatífica manifiesta, cuando es servido, nuevos Misterios a los Bienaventurados, hizo ésta demostración nueva de su grandeza, en que viesen el

orden admirable y armonía tan consonante de sus obras. Y todo fue consiguiente a lo que dijimos en los capítulos antecedentes (Cf. supra c. 7 y 8) que hizo el Altísimo en la creación de los Ángeles, cuando les propuso habían de reverenciar y conocer por superior al Verbo Humanado y a su Madre Santísima; porque llegado ya el tiempo destinado para la formación de esta Reina, convenía no lo ocultase el Señor que todo lo dispone en medida y peso (Sab., 11, 21). Fuerza es que, con términos humanos y tan limitados como los que yo alcanzo, se oscurezca la inteligencia que me ha dado el Altísimo de tan ocultos Misterios, pero con limitación diré lo que pudiere de lo que manifestó el Señor a los Ángeles en esta ocasión.

197. Ya es llegado el tiempo —añadió Su Majestad— determinado por Nuestra Providencia para sacar a luz la criatura más grata y acepta a nuestros ojos, la restauradora de la primera culpa del linaje humano, la que al dragón ha de quebrantar la cabeza (Gén., 3, 15), la que señaló aquella singular mujer que por señal grande apareció (Ap., 12, 1) en Nuestra presencia y la que vestirá de carne humana al Verbo Eterno. Ya se acercó la hora tan dichosa para los mortales, para franquearles los tesoros de nuestra Divinidad y hacerles con esto patentes las puertas del Cielo. Deténgase ya el rigor de Nuestra justicia en los castigos que hasta ahora ha ejecutado con los hombres y conózcase el de Nuestra Misericordia, enriqueciendo a las criaturas, mereciéndoles el Verbo Humanado las riquezas de la gracia y gloria eterna.

198. Tenga ya el linaje humano reparador, maestro, medianero, hermano y amigo, que sea vida para los muertos, salud para los enfermos, consuelo para los tristes, refrigerio para los afligidos, descanso y compañero para los atribulados. Cúmplanse ya las profecías de nuestros siervos y las promesas que les hicimos de enviarles Salvador que les redimiese. Y para que todo se ejecute a Nuestro bene-plácito y demos principio al sacramento escondido desde la constitución del mundo, elegimos para la formación de María Nuestra querida el vientre de nuestra sierva Ana, para que en él sea concebida y sea criada su alma dichosísima. Y aunque su generación y formación han de

ser por el común orden de la natural propagación, pero con diferente orden de gracia, según la disposición de nuestro inmenso poder.

199. Ya sabéis cómo la antigua serpiente, después de la señal que vio de esta maravillosa Mujer, las anda rodeando a todas; y desde la primera que criamos, persigue con astucia y asechanzas a las que conoce más perfectas en su vida y obras, pretendiendo topar entre todas a la que ha de hollar y quebrantar su cabeza. Y cuando atento a esta purísima e inculpable criatura la reconociere tan santa, pondrá todo su esfuerzo en perseguirla según el concepto que de ella hiciere. La soberbia de este dragón será mayor que su fortaleza (Is., 16, 6), pero Nuestra voluntad es que de esta Nuestra Ciudad Santa y Tabernáculo del Verbo Humanado tengáis especial cuidado y protección, para guardarla, asistirla y defenderla de nuestros enemigos y para iluminarla, confortarla y consolarla con digno cuidado y reverencia mientras fuere viadora entre los mortales.

200. A esta proposición que hizo el Altísimo a los Santos Ángeles, todos con humildad profunda, como postrados ante el Real Trono de la Santísima Trinidad, se mostraron rendidos y prontos a su Divino mandato. Y cada cual con santa emulación deseaba ser enviado y se ofrecía a tan feliz ministerio y todos hicieron al Altísimo himnos de alabanza y cantar nuevo, porque llegaba ya la hora en que veían el cumplimiento de lo que con ardentísimos deseos habían por muchos siglos suplicado. Conocí en esta ocasión que, desde aquella batalla grande que San Miguel tuvo en el Cielo con el dragón y sus aliados y fueron arrojados a las tinieblas sempiternas, quedando los ejércitos de San Miguel victoriosos y confirmados en gracia y gloria, comenzaron luego estos santos espíritus a pedir la ejecución de los misterios de la Encarnación del Verbo que allí conocieron; y en estas peticiones repetidas perseveraron hasta la hora que les manifestó Dios el cumplimiento de sus deseos y peticiones.

201. Por esta razón los espíritus celestiales con esta nueva revelación recibieron nuevo júbilo y gloria accidental y dijeron al Señor: Altísimo e incomprensible Señor y Dios

nuestro, digno eres de toda reverencia, alabanza y gloria eterna; y nosotros somos tus criaturas criadas por tu Divina voluntad. Envíanos, Señor poderosísimo, a la ejecución de tus maravillosas obras y Misterios, para que en todos y en todo se cumpla tu justísimo beneplácito. Con estos efectos se reconocían los celestiales príncipes por inferiores y, si posible fuera, deseaban ser más puros y perfectos para ser dignos de guardarla y servirla.

202. Determinó luego el Altísimo y señaló quiénes habían de ocuparse en tan alto ministerio y de los nueve coros eligió de cada uno ciento, que son novecientos. Y luego señaló otros doce para que más de ordinario la asistiesen en forma corporal y visible; y tenían señales o divisas de la redención; y éstos son los doce que refiere el capítulo 21 del Apocalipsis (Ap., 21, 12) que guardaban las puertas de la ciudad, y de ellos hablaré en la declaración de aquel capítulo que pondré adelante (Cf. infra n. 273). Fuera de éstos señaló el Señor otros diez y ocho Ángeles de los más superiores, para que subiesen y descendiesen por esta escala mística de Jacob con embajadas de la Reina a Su Alteza y del mismo Señor a ella; porque muchas veces los enviaba al eterno Padre para ser gobernada en todas sus acciones por el Espíritu Santo, pues ninguna hizo sin su Divino beneplácito y aun en las cosas pequeñas le procuraba saber. Y cuando con especial ilustración no era enseñada, enviaba con estos Santos Ángeles a representar al Señor su duda y deseo de hacer lo más agradable a su voluntad santísima y saber qué la mandaba, como en el discurso de esta Historia diremos.

203. Sobre todos estos Santos Ángeles señaló y nombró el Altísimo otros setenta serafines de los más supremos y allegados al Trono de la Divinidad, para que confiriesen con la Princesa del Cielo y la comunicasen, por el mismo modo que ellos mismos entre sí comunican y hablan y los superiores iluminan a los inferiores. Y este beneficio le fue concedido a la Madre de Dios, aunque era superior en la dignidad y gracia a todos los serafines, porque era viadora y en naturaleza inferior. Y cuando alguna vez se le ausentaba y escondía el Señor, como adelante veremos (Cf. infra n. 678 y 728), estos setenta serafines la ilustraban y

consolaban y con ellos confería los afectos de su ardentísimo amor y sus ansias por el tesoro escondido. El número de setenta en este beneficio tuvo correspondencia a los años de su vida santísima, que fueron no sesenta, sino setenta, como diré en su lugar (Cf. p. III n. 742). En este número se encierran aquellos sesenta fuertes que, en el capítulo 3 de los Cantares (Cant., 3, 7), se dice guardaban el tálamo o lecho de Salomón, escogidos de los más valientes de Israel, ejercitados en la guerra, con espadas ceñidas por los temores de la noche.

204. Estos príncipes y capitanes esforzados fueron señalados para guarda de la Reina del Cielo entre los más supremos de los órdenes jerárquicos; porque, en aquella antigua batalla que hubo en el Cielo entre los espíritus humildes contra el soberbio dragón, fueron como señalados y armados caballeros por el Supremo Rey de todo lo criado, para que con la espada de su virtud y palabra Divina peleasen y venciesen a Lucifer con todos los apostatas que le siguieron. Y porque en esta gran pelea y victoria se aventajaron estos supremos Serafines en el celo de la honra del Altísimo, como capitanes esforzados y diestros en el amor divino, y estas armas de la gracia les fueron dadas por virtud del Verbo humanado, cuya honra, como de su Cabeza y Señor, defendieron, y con ella juntamente la de su Madre Santísima, por esto dice que guardaban el tálamo de Salomón y le hacían escolta y que tenían ceñidas sus espadas en aquella parte que significa la humana generación (Cant., 3, 8), y en ella la humanidad de Cristo Señor nuestro concebida en el tálamo virginal de María de su purísima sangre y sustancia.

205. Los otros diez Serafines que restan para cumplir el número de setenta, fueron también de los superiores de aquel primer orden que contra la antigua serpiente manifestaron más reverencia de la divinidad y humanidad del Verbo y de su Madre santísima; que para todo esto hubo lugar en aquel breve conflicto de los Santos Ángeles. Y a los principales caudillos que allí hubo se les dio como por especial honra que lo fuesen también de los que guardaban a su Reina y Señora. Y todos ellos juntos hacen número de mil ángeles, entre serafines y los demás de los órdenes

inferiores; con que esta ciudad de Dios quedaba superabundantemente guarnecida contra los ejércitos infernales.

206. Y para disponer mejor este invencible escuadrón fue señalado por su cabeza el príncipe de la milicia celestial San Miguel, que si bien no asistía siempre con la Reina, pero muchas veces la acompañaba y se le manifestaba. Y el Altísimo le destinó para que en algunos Misterios, como especial embajador de Cristo Señor nuestro, atendiese a la guarda de su Madre Santísima. Fue asimismo señalado el Santo Príncipe Gabriel, para que del Eterno Padre descendiese a las legacías y ministerios que tocasen a la Princesa del Cielo. Y esto fue lo que ordenó la Santísima Trinidad para su ordinaria defensa y custodia.

207. Todo este nombramiento fue gracia del Altísimo; pero tuve inteligencia que guardó en él algún orden de justicia distributiva, porque su equidad y providencia tuvo atención a las obras y voluntad con que los Santos Ángeles admitieron los Misterios que en el principio les fueron revelados de la Encarnación del Verbo y de su Madre Santísima; porque en obsequio de la Divina voluntad unos se movieron con diferentes afectos e inclinaciones que otros a los sacramentos que se les propusieron. Y no en todos fue una misma la gracia, ni la voluntad y sus afectos; antes unos se inclinaron con especial devoción, conociendo la unión de las dos naturalezas Divina y humana en la Persona del Verbo, encubierta en los términos de un cuerpo humano y levantada a ser cabeza de todo lo criado; otros con este afecto se movían de admiración de que el Unigénito del Padre se hiciese pasible y tuviese, tanto amor a los hombres que se ofreciese a morir por ellos; otros se señalaban en la alabanza de que hubiese de criar un alma y cuerpo de tan suprema excelencia, que fuese sobre todos los espíritus celestiales, y de ella tomase carne humana el Criador de todos. Según estos movimientos y en su correspondencia, y como en premio accidental, fueron señalados los Santos Ángeles para los Misterios de Cristo y de su Purísima Madre, como serán premiados los que en esta vida se señalan con alguna virtud, como los doctores y vírgenes, etc., con sus

laureolas.

208. Por esta correspondencia, cuando a la Madre de Dios se le manifestaban corporalmente estos Santos Príncipes, como diré adelante , descubrían unas divisas y veneras que representaban unos de la Encarnación, otros de la Pasión de Cristo Señor nuestro, otros de la misma Reina y de su grandeza y dignidad; aunque no luego la conoció cuando comenzaron a manifestársele, porque el Altísimo mandó a todos estos Santos Ángeles que no la declarasen había de ser Madre de su Unigénito hasta el tiempo destinado por su Divina sabiduría, pero que siempre tratasen con ella de estos sacramentos y misterios de la encarnación y redención humana, para fervorizarla y moverla a sus peticiones. Tardas son las lenguas humanas y cortos mis términos y palabras para manifestar tan alta luz e inteligencias.

CAPITULO 15

De la Concepción Inmaculada de María Madre de Dios por la virtud del poder divino.

209. Prevenidas tenía la Divina sabiduría todas las cosas, para sacar en limpio del borrón de toda la naturaleza a la Madre de la gracia. Estaba ya junta y cumplida la congregación y número de los Patriarcas antiguos y Profetas y levantados los altos montes sobre quien se debía edificar esta ciudad mística de Dios (Sal., 86, 1-3). Habíale señalado con el poder de su diestra incomparables tesoros de su Divinidad para dotarla y enriquecerla. Teníale mil Ángeles aprestados para su guarnición y custodia y que la sirviesen como vasallos fidelísimos a su Reina y Señora. Preparóle un linaje real y nobilísimo de quien descendiese; y escogióle padres santísimos y perfectísimos de quien inmediatamente naciese, sin haber otros más santos en aquel siglo; que si los hubiera, y fueran mejores y más idóneos para padres de la que el mismo Dios elegía por Madre, los escogiera el Todopoderoso.

210. Dispúsolos con abundante gracia y bendiciones de

su diestra y los enriqueció con todo género de virtudes y con iluminación de la Divina ciencia y dones del Espíritu Santo. Tenían los padres de edad, cuando se casaron, santa Ana veinte y cuatro años y Joaquín cuarenta y seis. Pasaron se veinte años después del matrimonio sin tener hijos y así tenía la madre, al tiempo de la concepción de la hija, cuarenta y cuatro años, y el padre sesenta y seis. Y aunque fue por el orden común de las demás concepciones, pero la virtud del Altísimo le quitó lo imperfecto y desordenado y le dejó lo necesario y preciso de la naturaleza, para que se administrase la materia debida de que se había de formar el cuerpo más excelente que hubo ni ha de haber en pura criatura.

211. Puso Dios término a la naturaleza en los padres y la gracia previno que no hubiese culpa ni imperfección, pero virtud y merecimiento y toda medida en el modo; que siendo natural y común, fue gobernado, corregido y perfeccionado con la fuerza de la divina gracia, para que ella hiciese su efecto sin estorbo de la naturaleza. Y en la santísima Ana resplandeció más la virtud de lo alto por la esterilidad natural que tenía; con lo cual de su parte el concurso fue milagroso en el modo y en la sustancia más puro; y sin milagro no podía concebir, porque la concepción que se hace sin él y por sola natural virtud y orden, no ha de tener recurso ni dependencia inmediata de otra causa sobrenatural, más que de sola la de los padres, que así como concurren naturalmente al efecto de la propagación, así también administran la materia y concurso con imperfección y sin medida.

212. Pero en esta concepción, aunque el padre no era naturalmente infecundo, por la edad y templanza estaba ya la naturaleza corregida y casi atenuada; y así fue por la divina virtud animada y reparada y prevenida, de suerte que pudo obrar y obró de su parte con toda perfección y tasa de las potencias y proporcionadamente a la esterilidad de la madre. Y en entrambos concurrieron la naturaleza y la gracia: aquélla cortés, medida, y sólo en lo preciso e inexcusable, y ésta superabundante, poderosa y excesiva, para absorber a la misma naturaleza no confundiéndola, pero realzándola y mejorándola con modo milagroso, de suerte

que se conociese cómo la gracia había tomado por su cuenta esta concepción, sirviéndose de la naturaleza lo que bastaba para que esta inefable hija tuviese padres naturales.

213. Y el modo de reparar la esterilidad de la santísima madre Ana, no fue restituyéndole el natural temperamento que le faltaba a la potencia natural para concebir, para que así restituido concibiese como las demás mujeres sin diferencia; pero el Señor concurrió con la potencia estéril con otro modo más milagroso, para que administrase materia natural de que se formase el cuerpo. Y así la potencia y la materia fueron naturales; pero el modo de moverse fue por milagroso concurso de la virtud divina. Y cesando el milagro de esta admirable concepción, se quedó la madre en su antigua esterilidad para no concebir más, por no habérsele quitado ni añadido nueva calidad al temperamento natural. Este milagro me parece se entenderá con el que hizo Cristo Señor nuestro cuando San Pedro anduvo sobre las aguas (Mt., 14, 29), que para sustentarlo no fue necesario endurecerlas ni convertirlas en cristal o hielo sobre que anduviese naturalmente, y pudieran andar otros sin milagro más del que se hiciera en endurecerlas; pero sin convertirlas en duro hielo, pudo el Señor hacer que sustentasen al cuerpo del Apóstol concurriendo con ellas milagrosamente, de suerte que pasado el milagro se hallaron las aguas líquidas; y aun lo estaban también mientras San Pedro corría por ellas, pues comenzó a zozobrar y a anegarse; y sin alterarlas con nueva calidad se hizo el milagro.

214. Muy semejante a éste, aunque mucho más admirable, fue el milagro de concebir Ana, madre de María Santísima; y así estuvieron en esto sus padres gobernados con la gracia, tan abstraídos de la concupiscencia y delectación, que le faltó aquí a la culpa original el accidente imperfecto que de ordinario acompaña a la materia o instrumento con que se comunica. Quedó sólo la materia desnuda de imperfección, siendo la acción meritoria. Y así por esta parte pudo muy bien no resultar el pecado en esta concepción, teniéndolo por otra la Divina Providencia así determinado. Y este milagro reservó el Altísimo para sola

aquella que había de ser su Madre dignamente; porque siendo conveniente que en lo sustancial de su concepción fuese engendrada por el orden que los demás hijos de Adán, fue también convenientísimo y debido que, salvando la naturaleza, concurriese con ella la gracia en toda su virtud y poder; señalándose y obrando en ella sobre todos los hijos de Adán, y sobre el mismo Adán y Eva, que dieron principio a la corrupción de la naturaleza y su desordenada concupiscencia.

215. En esta formación del cuerpo purísimo de María anduvo tan vigilante —a nuestro modo de entender— la sabiduría y poder del Altísimo, que le compuso con gran peso y medida en la cantidad y calidades de los cuatro humores naturales, sanguíneo, melancólico, flemático y colérico; para que con la proporción perfectísima de esta mezcla y compostura ayudase sin impedimento las operaciones del alma tan santa como le había de animar y dar vida. Y este milagroso temperamento fue después como principio y causa en su género para la serenidad y paz que conservaron las potencias de la Reina del Cielo toda su vida, sin que alguno de estos humores le hiciese guerra ni contradicción, ni predominase a los otros, antes bien se ayudaban y servían recíprocamente para conservarse en aquella bien ordenada fábrica sin corrupción ni putrefacción; porque jamás la padeció el cuerpo de María Santísima ni le faltó ni le sobró cosa alguna, pero todas las calidades y cantidad tuvo siempre ajustadas en proporción, sin más ni menos sequedad o humedad de la necesaria para la conservación, ni más calor de lo que bastaba para la defensa y decocción, ni más frialdad de la que se pedía para refrigerar y ventilarse los demás humores.

216. Y no porque en todo era este cuerpo de tan admirable compostura dejó de sentir la contrariedad de las inclemencias del calor, frío y las demás influencias de los astros, antes bien cuanto era más medido y perfecto tanto le ofendía más cualquier extremo por la parte que tiene menos del otro contrario con que defenderse; aunque en tan atemperada complexión los contrarios hallaban menos que alterar y en que obrar, pero por la delicadeza era lo poco más sensible que en otros cuerpos lo mucho. No era

aquel milagroso cuerpo que se formaba en el vientre de Santa Ana capaz de dones espirituales antes de tener alma, mas éralo de los dones naturales; y éstos le fueron concedidos por orden y virtud sobrenatural con tales condiciones como convenían para el fin de la gracia singular a que se ordenaba aquella formación sobre todo orden de naturaleza y *gracia.* Y así le fue dada una complexión y potencias tan excelentes, que no podía llegar a formar otras semejantes toda la naturaleza por sí sola.

217. Y como a nuestros primeros padres Adán y Eva los formó la mano del Señor con aquellas condiciones que convenían para la justicia original y estado de la inocencia, y en este grado salieron aún más mejorados que sus descendientes si los tuvieran —porque las obras del Señor sólo son más perfectas—, a este modo obró su omnipotencia, aunque en más superior y excelente modo, en la formación del cuerpo virginal de María Santísima; y tanto con mayor providencia y abundante gracia, cuanto excedía esta criatura no sólo a los primeros padres que habían de pecar luego, pero a todo el resto de las criaturas corporales y espirituales. Y —a nuestro modo de entender— puso Dios más cuidado en sólo componer aquel cuerpecito de su Madre, que en todos los orbes celestiales y cuanto se encierra en ellos. Y con esta regla se han de comenzar a medir los dones y privilegios de esta Ciudad de Dios, desde las primeras zanjas y fundamentos sobre que se levantó su grandeza hasta llegar a ser inmediata y la más vecina a la infinidad del Altísimo.

218. Tan lejos como esto se halló el pecado, y el *fomes* de que resulta, en esta milagrosa concepción; pues no sólo no le hubo en la autora de la gracia, siempre señalada y tratada como con esta dignidad, pero aun en sus padres para concebirla estuvo enfrenado y atado, para que no se desmandase y perturbase a la naturaleza, que en aquella obra se reconocía inferior a la gracia y sólo servía de instrumento al supremo Artífice, que es superior a las leyes de naturaleza y gracia. Y desde aquel punto comenzaba ya a destruir al pecado y a minar y batir el castillo del fuerte armado (Lc., 11, 21), para derribarle y despojarle de lo que tiránicamente poseía.

220. Y el sábado, se hizo concepción, criando el Altísimo el alma de su Madre e infundiéndola en su cuerpo; con que entró en el mundo la pura criatura más santa, perfecta y agradable a sus ojos de cuantas ha criado y criará hasta el fin del mundo ni por sus eternidades. En la correspondencia que tuvo esta obra con la que hizo Dios criando todo el resto del mundo en siete días, como lo refiere el Génesis (Gén., 1, 1-31; 2, 1-3), tuvo el Señor misteriosa atención, pues aquí sin duda descansó con la verdad de aquella figura, habiendo criado la suprema criatura de todas, dando con ella principio a la obra de la Encarnación del Verbo divino y a la Redención del linaje humano. Y así fue para Dios este día como festivo y de pascua, y también para todas las criaturas.

221. Por este misterio de la Concepción de María Santísima ha ordenado el Espíritu Santo que el día del sábado fuese consagrado a la Virgen en la Santa Iglesia, como día en que se le hizo para ella el mayor beneficio, criando su alma santísima y uniéndola con su cuerpo, sin que resultase el pecado original ni efecto suyo. Y al instante de la creación e infusión del alma de María Santísima, fue cuando la Beatísima Trinidad dijo aquellas palabras con mayor afecto de amor que cuando las refiere Moisés (Gén., 1, 26): Hagamos a María a Nuestra imagen y semejanza, a Nuestra verdadera Hija y Esposa para Madre del Unigénito de la sustancia del Padre.

222. Con la fuerza de esta divina palabra y del amor con que procedió de la boca del Omnipotente, fue criada e infundida en el cuerpo de María Santísima su alma dichosísima, llenándola al mismo instante de gracia y dones sobre los más altos serafines del cielo, sin haber instante en que se hallase desnuda ni privada de la luz, amistad y amor de su Criador, ni pudiese tocarle la mancha y oscuridad del pecado original, antes en perfectísima y suprema justicia a la que tuvieron Adán y Eva en su creación. Fuele también concedido el uso de la razón perfectísimo y correspondiente a los dones de la gracia que recibía, no para estar sólo un instante ociosos, mas para obrar admirables efectos de

sumo agrado para su Hacedor. En la inteligencia y luz de este gran misterio me confieso absorta y que mi corazón, por mi insuficiencia para explicarle, se convierte en afectos de admiración y alabanza, porque mi lengua enmudece. Miro la verdadera arca del testamento, fabricada y enriquecida y colocada en el templo de una madre estéril con más gloria que la figurativa en casa de Obededón (Sam., 6, 11) y de David y en el templo de Salomón (3 Re., 8, 1ss); veo formado el altar en el *Sancta Sanctorum* (Ib., 6), donde se ha de ofrecer el primer sacrificio que ha de vencer y aplacar a Dios; y veo salir de su orden a la naturaleza para ser ordenada y que se establecen nuevas leyes contra el pecado, no guardando las comunes, ni de la culpa, ni de la naturaleza, ni de la misma gracia, y que se comienzan a formar otra nueva tierra y cielos nuevos (Is., 65, 17), siendo el primero el vientre de una humildísima mujer, a quien atiende la Santísima Trinidad y asisten innumerables cortesanos del antiguo cielo y se destinan mil Ángeles para hacer custodia del tesoro de un cuerpecito animado de la cantidad de una abejita.

223. Y en esta nueva creación se oyó resonar con mayor fuerza aquella voz de su Hacedor que, de la obra de su omnipotencia agradado, dice que es muy buena (Gén., 1, 31). Llegue con humildad piadosa la flaqueza humana a esta maravilla y confiese la grandeza del Criador y agradezca el nuevo beneficio concedido a todo el linaje humano en su Reparadora. Y cesen ya los indiscretos celos y porfías, vencidas con la fuerza de la luz Divina; porque si la bondad infinita de Dios —como se me ha mostrado— en la Concepción de su Madre Santísima miró al pecado original como airado y enojado con él, gloriándose de tener justa causa y ocasión oportuna para arrojarlo y atajar su corriente ¿cómo a la ignorancia humana le puede parecer bien lo que a Dios fue tan aborrecible?

224. Al tiempo de infundirse el alma en el cuerpo de esta divina Señora, quiso el Altísimo que su madre santa Ana sintiese y reconociese la presencia de la Divinidad por modo altísimo, con que fue llena del Espíritu Santo y movida interiormente con tanto júbilo y devoción sobre sus fuerzas ordinarias, que fue arrebatada en un éxtasis

soberano, donde fue ilustrada con altísimas inteligencias de muy escondidos misterios y alabó al Señor con nuevos cánticos de alegría. Y estos efectos le duraron todo el tiempo restante de su vida, pero fueron mayores en los nueve meses que tuvo en su vientre el tesoro del cielo, porque en este tiempo se le renovaron y repitieron estos beneficios más continuamente, con inteligencia de las Escrituras Divinas y de sus profundos sacramentos. ¡Oh dichosísima mujer, llámente bienaventurada y alábente todas las naciones y generaciones del orbe!

CAPITULO 16

De los hábitos, de las virtudes con que dotó el Altísimo el alma de María Santísima y las primeras operaciones que con ellas tuvo en el vientre de Santa Ana; y comienza Su Majestad misma a darme la doctrina para su imitación.

225. El impetuoso corriente de su Divinidad encaminó Dios a letificar esta Mística Ciudad (Sal., 45, 5) del alma santísima de María, tomando su corrida desde la fuente de su infinita sabiduría y bondad, con que y donde había determinado el Altísimo depositar en esta divina Señora los mayores tesoros de gracias y virtudes que jamás se vieron y eternamente no se darán a otra alguna criatura. Y cuando llegó la hora de dárselos en posesión, que fue al mismo instante que tuvo el ser natural, cumplió el Omnipotente a su satisfacción y gusto el deseo que desde su eternidad tenía como suspendido hasta que llegase el tiempo oportuno de desempeñarse de su mismo afecto. Hízolo este fidelísimo Señor, derramando todas las gracias y dones en aquella lma santísima de María en el instante de su concepción en tan eminente grado, cual ninguno de los santos ni todos juntos pudieron alcanzar, ni con la lengua humana se puede manifestar.

226. Pero aunque fue adornada entonces, como esposa que descendía del cielo (Ap., 21, 2), con todo género de hábitos infusos, no fue necesario que luego los ejercitase todos, mas de sólo aquellos que podía y convenían al estado que tenía en el vientre de su Madre. En primer lugar

fueron las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que tienen por objeto a Dios. Estas ejercitó luego, conociendo la divinidad por altísimo modo de la fe, con todas las perfecciones y atributos infinitos que tiene, con la Trinidad y distinción de las personas; y no impidió este conocimiento a otro que se le dio del mismo Dios, como luego diré (Cf. infra n. 488-504). Ejercitó también la virtud de la esperanza, que mira a Dios como objeto de la bienaventuranza y último fin, adonde luego se levantó y encaminó aquella alma santísima por intensísimos deseos de unirse con Él, sin haberse convertido a otro, ni estar sólo un instante sin este movimiento. La tercera, virtud de la caridad, que mira a Dios como infinito y sumo bien, ejercitó en el mismo instante con tal intensión y aprecio de la divinidad, que no podrán llegar todos los Serafines a tan eminente grado en su mayor fuerza y virtud.

227. Las otras virtudes, que adornan y perfeccionan la parte racional de la criatura, tuvo en el grado correspondiente a las teologales; y las virtudes morales y naturales en grado milagroso y sobrenatural; y mucho más altamente tuvieron este grado en el orden de la gracia los dones del Espíritu Santo y frutos. Tuvo ciencia infusa y hábitos de todas ellas y de las artes naturales, con que conoció y supo todo lo natural y sobrenatural que convino a la grandeza de Dios; de suerte que, desde el primer instante en el vientre de su Madre, fue más sabia, más prudente, más ilustrada y capaz de Dios y de todas sus obras, que todas las criaturas, fuera de su Hijo Santísimo, han sido ni serán eternamente. Y esta perfección consistió no sólo en los hábitos que le fueron infusos en tan alto grado, pero en los actos que les correspondían según su condición y excelencia y según en aquel instante los pudo ejercer con el poder Divino; que para esto ni tuvo límite, ni se sujetó a otra ley más de a su divino y justísimo beneplácito.

228. Y porque de todas estas virtudes y gracias y de sus operaciones, se dirá mucho en el discurso de esta Historia de la vida santísima de María, sólo expresaré aquí algo de lo que obró en el instante de su concepción, con los hábitos que se le infundieron y luz actual que con ellos recibió. Con

los actos de las virtudes teologales, como he dicho, y la virtud de la religión y las demás cardinales que a éstas siguen, conoció a Dios como en sí es y como a Criador y Glorificador; y con heroicos actos le reverenció, alabó y dio gracias porque la había criado, y le amó, temió y adoró, y le hizo sacrificio de magnificencia, alabanza y gloria por su ser inmutable. Conoció los dones que recibía, aunque con profunda humildad y postraciones corporales que luego hizo en el vientre de su Madre y con aquel cuerpecito tan pequeño. Y con estos actos mereció más en aquel estado que todos los santos en el supremo de su perfección y santidad.

229. Sobre los actos de la fe infusa tuvo otra noticia y conocimiento del Misterio de la Divinidad y Santísima Trinidad. Y aunque no la vio intuitivamente en aquel instante de su concepción como bienaventurada, pero viola abstractivamente con otra luz y vista inferior a la visión beatífica, pero superior a todos los otros modos con que Dios se puede manifestar o se manifiesta al entendimiento criado; porque le fueron dadas unas especies de la Divinidad tan claras y manifiestas, que en ellas conoció el ser inmutable de Dios y en Él a todas las criaturas, con mayor luz y evidencia que ninguna otra criatura se conoce por otra. Y fueron estas especies como un espejo clarísimo en que resplandecía toda la Divinidad y en ella las criaturas; y así las vio y conoció todas en Dios con esta luz y especies de la Divina naturaleza, con mayor distinción y claridad que por otras especies y ciencia infusa las conocía en sí mismas.

230. Y por todos estos modos le fueron luego patentes, desde el instante de su concepción, todos los hombres y los ángeles con sus órdenes, dignidad y operaciones y todas las criaturas irracionales con sus naturalezas y condiciones. Y conoció la creación, estado y ruina de los ángeles; la justificación y gloria de los buenos y la caída y castigo de los malos; el estado primero de Adán y Eva con su inocencia; el engaño y la culpa y la miseria en que por ella quedaron los primeros padres, y por ellos todo el linaje humano; la determinación de la Divina voluntad para su reparo, y cómo se iba ya acercando y disponiendo el orden

y naturaleza de los cielos, astros y planetas, la condición y disposición de los elementos; el purgatorio, limbo e infierno; y cómo todas estas cosas, y las que dentro de sí encierran, habían sido criadas por el poder divino y por él mismo eran mantenidas y conservadas sólo por su bondad infinita, sin tener de ellas alguna necesidad (2 Mac., 14, 35). Y sobre todo entendió muy altos sacramentos sobre el misterio que Dios había de obrar haciéndose hombre para redimir a todo el linaje humano, habiendo dejado a los malos ángeles sin este remedio.

231. Por todas estas maravillas que fue conociendo por su orden aquella alma santísima de María, en el instante que fue unida con su cuerpo, fue también obrando heroicos actos de las virtudes con incomparable admiración, alabanza, gloria, adoración, humillación, amor de Dios y dolor de los pecados cometidos contra aquel Sumo Bien que reconocía por autor y fin de tantas obras admirables. Ofrecióse luego en sacrificio aceptable para el Altísimo, comenzando desde aquél punto con fervoroso afecto a bendecirle, amarle y reverenciarle por lo que conocía le habían faltado de amar y reconocer así los malos ángeles como los hombres. Y a los Ángeles Santos, la que ya era Reina suya, les pidió la ayudasen a glorificar al Criador y Señor de todos y pidiesen también por ella.

232. Manifestóle también el Señor en aquel instante a los Ángeles de Guarda que la daba; y los vio y conoció y les hizo benevolencia y obsequio, y los convido a que alternativamente con cánticos de loor alabasen al Muy Alto. Y les previno de que había de ser este oficio el que habían de ejercitar con ella todo el tiempo de la vida mortal, que la habían de asistir y guardar. Conoció asimismo toda su genealogía y todo lo restante del Pueblo Santo y escogido de Dios, los Patriarcas y Profetas, y cuan admirable había sido Su Majestad en los dones, gracias y favores que con ellos había obrado. Y es digno de toda admiración que, siendo aquel cuerpecito, en el primer instante que recibió el alma santísima, tan pequeño que apenas se pudieran percibir sus potencias exteriores, con todo eso, para que no le faltase alguna milagrosa excelencia de las que podían engrandecer a la escogida para Madre de Dios, ordenó su

poder y diestra Divina que con el conocimiento y dolor de la caída del hombre llorase y derramase lágrimas en el vientre de su madre, conociendo la gravedad del pecado contra el sumo bien.

233. Con este milagroso afecto pidió luego, en el instante de su ser, por el remedio de los hombres y comenzó el oficio de medianera, abogada y reparadora; y presentó a Dios los clamores de los Santos Padres y de los justos de la tierra, para que su misericordia no dilatase la salud de los mortales, a quienes miraba ya como hermanos. Y antes de conversar con ellos los amaba con ardentísima caridad y tan presto como tuvo el ser natural tuvo el ser su bien-hechora, con el amor divino y fraternal que ardía en su abrasado corazón. Estas peticiones aceptó el Altísimo con más agrado que todas las oraciones de los Santos y Ángeles, y le fue manifestado a la que era criada para Madre; del mismo Dios, aunque ignorando ella el fin; pero conoció el amor del mismo Señor y el deseo de bajar del cielo a redimir los hombres. Y era justo que se diese por más obligado, para acelerar esta venida, de los ruegos y peticiones de aquella criatura por quien principalmente venía, y en quien había de recibir carne de sus mismas entrañas y obrar en ella la más admirable de todas sus obras y el fin de todas juntas.

234. Pidió también en el mismo instante de su concepción por sus padres naturales, Joaquín y Ana, que antes dé verlos con el cuerpo los vio y conoció en Dios y luego ejercitó en ellos la virtud del amor, reverencia y agradecimiento de hija, reconociéndolos por causa segunda de su ser natural. Hizo también otras muchas peticiones en general y en: particular por diferentes causas. Y con la ciencia infusa que tenía compuso luego cánticos de alabanza en su mente y corazón, por haber hallado a la puerta, de la vida la dracma preciosa (Lc., 15, 9) que perdimos todos en nuestro primer principio. Halló a la gracia que le salió al encuentro (Eclo., 15, 2) y a la divinidad que la esperaba en los umbrales de la naturaleza (Sab., 6, 15). Y sus potencias toparon en el instante de su ser al nobilísimo objeto que las movió y estrenó, porque se criaban sólo para Él; y habiendo de ser suyas en todo y por

todo, se le debían las primicias de sus operaciones, que fueron el conocimiento y amor divino, sin que hubiese en esta Señora ser sin conocer a Dios, ni conocimiento sin amor, ni amor sin merecimiento. Ni en esto hubo cosa pequeña, ni medida con las leyes comunes y reglas generales. Grande fue todo y grande salió de la mano del Altísimo para caminar, crecer y llegar hasta ser tan grande que solo Dios fuese mayor. ¡Oh qué hermosos pasos (Cant., 7, 1) fueron los tuyos, Hija del príncipe, pues con el primero llegaste a la divinidad! ¡Hermosa eres dos veces (Cant., 4, 1), porque tu, gracia y hermosura es sobre toda hermosura y gracia! ¡Divinos son tus ojos (Cant., 7, 4) y tus pensamientos son como la púrpura del Rey, pues llevaste su corazón y herido (Cant., 4, 9) de estos cabellos le enlazaste y le trajiste preso de tu amor al gremio de tu virginal vientre y corazón!

235. Aquí fue donde verdaderamente dormía la esposa del Rey y su corazón velaba (Cant., 5, 2). Dormían aquellos corporales sentidos, que apenas tenían su forma natural, ni habían visto la luz material del sol; y aquel divino corazón, más incomprensible por la grandeza de sus dones que por la pequenez de su ser natural, velaba en el tálamo de su madre con la luz de la Divinidad que le bañaba y encendía en el fuego de su inmenso amor. No era conveniente que en esta divina criatura obrasen primero las potencias inferiores que las superiores del alma, ni que éstas tuviesen operación inferior ni igual a otra criatura; porque, si el obrar corresponde al ser de cada cosa, la que siempre era superior a todas en la dignidad y excelencia, también había de obrar con proporcionada superioridad a toda criatura angélica y humana. Y no sólo no le había de faltar la excelencia de los espíritus angélicos, que luego usaron de sus potencias en el punto de su creación, pero esta misma grandeza y prerrogativa se le debía a la que era criada para su Reina y Señora, y tanto con mayores ventajas, cuanto excede el nombre y oficio de Madre de Dios al de siervos suyos y el de Reina al de vasallos, porque a ninguno de los ángeles les dijo el Verbo tú eres mi madre, ni alguno de ellos pudo decirle a él mismo tú eres mi hijo (He., 1, 5); sólo entre María y el eterno Verbo hubo este comercio y mutua correspondencia, y por ella se ha de medir e investigar la

grandeza de María, como el Apóstol la de Cristo.

236. En escribir estos sacramentos del Rey (Tob., 12, 7), cuando ya es honorífico revelar sus obras, confieso mi rudeza y limitación de mujer; y me aflijo porque hablo con términos comunes y vacíos que no llegan a lo que entiendo en la luz que mi alma tiene de estos misterios. Necesarias fueran, para no agraviar tanta grandeza, otras palabras, razones y términos particulares y propios, pero no los alcanza mi ignorancia; y cuando los hubiera, también sobrepujaran y oprimieran a la humana flaqueza. Reconózcase, pues, inferior y desigual para fijar su vista en este sol divino que con rayos de divinidad sale al mundo, aunque encubierto de la nube del vientre materno de Santa Ana. Y si queremos todos que nos den licencia para acercarnos a la vista de esta maravillosa visión, lleguemos libres y desnudos: unos de la natural cobardía, otros del temor y encogimiento, aunque sea con pretexto de humildad; pero todos con suma devoción y piedad, lejos del espíritu de contención (Rom., 13, 13), y nos será permitido ver de cerca, en medio de la zarza, el fuego de la divinidad sin consumirla
(Ex., 3, 2).

237. He dicho que el alma santísima de María, en el primer instante de su Purísima Concepción, vio abstractivamente la Divina esencia, porque no se me ha dado luz de que viese la gloria esencial; antes entiendo que este privilegio fue singular de la Santísima alma de Cristo, como debido y consiguiente a la unión sustancial de la Divinidad en la Persona del Verbo, para que ni por sólo un instante dejase de estar con ella unida por las potencias del alma por suma gracia y gloria. Y como aquel hombre, Cristo nuestro bien, comenzó a ser juntamente hombre y Dios, así comenzó a conocer a Dios y amarle como comprensor; pero el alma de su Madre Santísima no estaba unida sustancialmente a la divinidad y así no comenzó a obrar como comprensora, porque entraba en la vida a ser viadora. Mas en este orden, como quien era la más inmediata a la unión Hipostática, tuvo también otra visión proporcionada y la más inmediata a la visión beatífica, pero inferior a ella, aunque superior a todas cuantas visiones y

revelaciones han tenido las criaturas de la Divinidad fuera de su clara visión y fruición. Pero en algún modo y condiciones excedió la visión de la Divinidad que tuvo en el primer instante la Madre de Cristo a la visión clara de otros, en cuanto conoció ella más misterios abstractivamente que otros con visión intuitiva. Y el no haber visto la Divinidad cara a cara en aquel punto de la concepción, no impide que después la viese muchas veces por el discurso de su vida, como adelante diré.

Doctrina que me dio la Reina del cielo sobre este capítulo.

238. En el discurso de lo que dejo escrito he dicho algunas veces cómo la Reina y Madre de Misericordia me había prometido que, en llegando a escribir las primeras operaciones de sus potencias y virtudes, me daría instrucción y doctrina para componer mi vida en el espejo purísimo de la suya, porque éste era el principal intento de esta enseñanza. Y como esta gran Señora es fidelísima en sus palabras, asistiéndome siempre con su presencia divina al tiempo de declararme estos misterios, ha comenzado a desempeñarla en este capítulo y prevenir para hacerlo en lo restante que fuere escribiendo. Y así guardaré este orden y estilo, que al fin escribiré lo que me enseñare Su Alteza, como lo ha hecho ahora, hablándome en esta forma:

239. Hija mía, de escribir los misterios y sacramentos de mi santísima vida, quiero que para ti misma cojas el fruto que deseas y que el premio de lo que trabajares sea la mayor pureza y perfección de tu vida, si con la gracia del Altísimo te dispones para imitarme, obrando lo que oyeres. Esta es la voluntad de mi Hijo Santísimo, que extiendas tus fuerzas a lo que yo te enseñare, atendiendo con todo el aprecio de tu corazón a mis virtudes y obras. Óyeme con atención y fe, que yo te hablaré palabras de vida eterna y te enseñaré lo más santo y perfecto de la vida cristiana y lo más aceptable a los ojos de Dios; con que desde luego te comenzarás a disponer mejor para recibir la luz en que te son patentes los ocultos misterios de mi vida santísima y la doctrina que deseas. Prosigue este ejercicio y escribirás lo que para esto te enseñare. Y ahora advierte.

240. Acto es de justicia debido a Dios eterno, que la criatura, cuando recibe el uso de la razón, encamine su primer movimiento al mismo Dios, conociéndole para amarle, reverenciarle y adorarle como a su Criador y Señor único y verdadero. Y los padres por natural obligación deben instruir a sus hijos desde niños en este conocímiento, enderezándolos con cuidado, para que luego busquen su último fin y le topen con los primeros actos de la razón y voluntad. Y debían con grande desvelo retirarlos de las parvuleces y burlas pueriles a que la misma naturaleza depravada se inclina, si la dejan sin otro maestro. Y si los padres y madres se anticipasen a prevenir estos engaños y torcidas costumbres de sus hijos y desde su niñez los fuesen informando, dándoles temprano noticia de su Dios y Criador, después se hallarían más hábiles para comenzar luego a conocerle y adorarle. Mi Santa Madre, que ignoraba mi sabiduría y estado, hizo esto conmigo tan puntual y anticipada, que llevándome en su vientre adoraba en mi nombre al Criador, dándole por mí la suma reverencia y gracias debidas por haberme criado y le suplicaba me guardase, defendiese y sacase libre del estado que entonces tenía. Deben asimismo los padres pedir a Dios con fervor que ordene con su Providencia cómo aquellas almas de los niños alcancen a recibir el Bautismo y sean libres de la servidumbre del pecado original.

241. Y si la criatura racional no hubiere reconocido y adorado al Criador con el primer uso de la razón, debe hacerlo en el punto que llegue a su noticia aquel ser y único bien, antes no conocido, por la fe. Y desde este conocimiento debe trabajar el alma para nunca perderle de vista y siempre temerle, amarle y reverenciarle. Tú, hija mía, has debido a Dios esta adoración por el discurso de tu vida, mas ahora quiero que la ejecutes y mejores, como yo te lo enseñare. Pon la vista interior de tu alma en el ser de Dios sin principio ni término y mírale infinito en atributos y perfecciones y que sólo Él es la verdadera santidad, el sumo bien, el objeto nobilísimo de la criatura, el que dio ser a todo lo criado y sin tener de ello necesidad lo sustenta y gobierna. Es la consumada hermosura sin mácula ni defecto alguno, el que en amor es eterno, en palabras

verdadero y en las promesas fidelísimo, y el que dio su misma vida y se entregó a los tormentos por el bien de sus criaturas sin habérselo alguna merecido. En este inmenso campo de bondad y beneficios extiende tu vista y ocupa tus potencias, sin olvidarle ni desviarle de ti, porque, habiendo conocido tanto al sumo bien, es fea grosería y deslealtad olvidarle con aborrecible ingratitud, como lo sería la tuya si, habiendo recibido superior luz divina sobre la común y ordinaria de la fe infusa, se descaminase tu entendimiento y voluntad de la carrera del amor Divino. Y si alguna vez con flaqueza lo hicieres, vuelve luego a buscarla con toda presteza y diligencia, y humillada adora al Altísimo, dándole honor, magnificencia y alabanza eterna. Y advierte que el hacer esto incesantemente por ti y por todas las demás criaturas, lo has de tener por oficio propio tuyo, en que quiero vivas cuidadosa.

242. Y para ejercitarte con más fuerza, confiere en tu corazón lo que conoces que yo hice y cómo aquella primera vista del sumo bien dejó herido mi corazón de amor, con que me entregué toda a Él para jamás perderle. Y con todo esto vivía siempre solícita y no sosegaba, caminando hasta llegar al centro de mis deseos y afectos; porque, siendo infinito el objeto, tampoco el amor ha de tener fin ni descansar hasta poseerle. Tras el conocimiento de Dios y su amor, se ha de seguir el conocerte a ti misma, pensando y confiriendo tu poquedad y vileza. Y advierte que estas verdades bien entendidas, repetidas y ponderadas hacen divinos efectos en las almas.—Oídas estas razones y otras de la Reina, dije a Su Majestad:

243. Señora mía, cuya soy esclava y a quien de nuevo para serlo me dedico y me consagro, no sin causa mi corazón por vuestra maternal dignación solícito deseaba este día, para conocer la inefable alteza de vuestras virtudes en el espejo de vuestras divinas operaciones y oír la dulzura de vuestras saludables palabras. Confieso, Reina mía, de todo mi corazón, que no tengo obra buena a quien corresponda este beneficio por premio; y ésta de escribir vuestra Vida Santísima juzgara por atrevimiento tan desigual, que si en ello no obedeciera a vuestra voluntad y de vuestro Hijo Santísimo, no mereciera perdón. Recibid, Señora mía, este

sacrificio de alabanza, y hablad que vuestra sierva oye (1 Sam., 3,10). Suene, dulcísima Señora mía, vuestra suavísima voz en mis oídos (Cant., 2, 14), pues tenéis palabras de vida (Jn., 6, 69). Continuad, Dueña mía, Vuestra doctrina y luz para que se dilate mi corazón en este mar inmenso de Vuestras perfecciones y tenga digna materia de alabar al Todopoderoso. En mi pecho arde el fuego que Vuestra piedad ha encendido, para desear lo más santo, más puro y más acepto de la virtud a Vuestros ojos; pero en la parte inferior siento la ley repugnante de mis miembros al espíritu (Rom., 7, 23) que me retarda y embaraza y temo justamente no me impida el bien que Vos, piadosa Madre, me ofrecéis. Miradme, pues, Señora mía, como a hija, enseñadme como a discípula, corregidme como a sierva y compeledme como a esclava, cuando yo tardare o resistiere; que no deseo hacerlo de voluntad, pero reincidiré de flaqueza. Yo levantaré la vista a conocer el ser de Dios y con su Divina gracia gobernaré mis afectos, para que se enamoren de sus infinitas perfecciones, y si le tengo no le dejaré (Cant., 3, 4). Pero vos, Señora y Madre del conocimiento y del amor hermoso (Eclo., 24, 24), pedid a Vuestro Hijo y mi Señor no me desampare, por lo que se mostró liberalísimo en favorecer vuestra humildad (Lc., 1, 48), Reina y Señora de todo lo criado.

CAPITULO 17

Prosiguiendo el misterio de la concepción de María Santísima, se me dio a entender sobre el capítulo 21 del Apocalipsis; parte primera del capítulo.

244. Encierra tantos y tan ocultos sacramentos el beneficio de ser María Santísima concebida en gracia, que, para hacerme más capaz de este maravilloso misterio, me declaró Su Majestad muchos de los que encierra el Evangelista San Juan en el capítulo 21 del Apocalipsis, remitiéndome a la inteligencia que de ellos se me daba. Y para explicar algo de lo que se me ha manifestado, dividiré la explicación de aquel capítulo en tres partes, por excusar algo de la molestia que podría causar si tan largo capítulo se tomase junto. Y primero diré la letra según su tenor, que

es como sigue: ;

245. *Y vi un cielo nuevo y nueva tierra, porque se fue el cielo primero y la primera tierra y el mar ya no tiene ser. Y yo Juan vi la Ciudad Santa Jerusalén nueva, que bajaba de Dios desde el cielo, preparada como esposa adornada para su esposo. Y oí una gran voz del trono que decía: Mirad al tabernáculo de Dios con los hombres y habitará en ellos. Y ellos serán su pueblo y el mismo Dios estará con ellos y será su Dios; y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos y no quedará muerte, ni llanto, ni clamor, ni restará ya dolor porque las primeras ya se fueron. Y el que estaba asentado en el trono dijo: Advierte que todas las cosas hago nuevas. Y díjome: Escribe, porque estas palabras son fidelísimas y verdaderas. Y díjome: Ya está hecho; yo soy Alfa y Omega, principio y fin. Yo daré de gracia al sediento de la fuente de la vida. El que venciere poseerá estas cosas y seré para él Dios y él para mí será hijo, pero a los tímidos, incrédulos, malditos, homicidas, fornicarios, hechiceros, idólatras y a todos los mentirosos, su parte les será en el estanque ardiente con fuego y con azufre, que es la segunda muerte (Ap., 21, 1-8).*

246. Esta es la primera de las tres partes de la letra que explicaré en este capítulo, dividiéndola por sus versos. *Y vi,* dice el evangelista, *un cielo nuevo y nueva tierra.* Con haber salido María Santísima de las manos del Omnipotente Dios y puesta ya en el mundo la materia inmediata de que se había de formar la Humanidad Santísima del Verbo, que había de morir por el hombre, dice el Evangelista que vio un cielo nuevo y nueva tierra. No sin gran propiedad se pudo llamar cielo nuevo aquella naturaleza y el vientre virgíneo, donde y de donde se formó; pues en este cielo comenzó a habitar Dios por nuevo modo (Jer., 31, 22), diferente del que hasta entonces había tenido en el cielo antiguo y en todas las criaturas. Pero también se llamó cielo nuevo el de los Santos, después del misterio de la encarnación, porque de aquí nació la novedad, que antes no había en él, de ocuparle los hombres mortales, y la renovación que hizo en el cielo la gloria de la Humanidad Santísima de Cristo y también de su Madre Purísima; que fue tanta, después de la gloria esencial, que bastó para renovar los cielos y darles

nueva hermosura y resplandor. Y aunque estaban allá los buenos Ángeles, pero esto era ya como cosa antigua y vieja; y así vino a ser cosa muy nueva que el Unigénito del Padre con su muerte restituyese a los hombres el derecho de la gloria, perdido por el pecado, y mereciéndosela de nuevo los introdujese en el cielo, de donde estaban ya despedidos e imposibilitados de adquirirle por sí mismos. Y porque toda esta novedad para el cielo tuvo principio en María Santísima, cuando la vio el Evangelista concebida sin el pecado que lo impedía todo, dijo que había visto un nuevo cielo.

247. Vio también una nueva tierra. Porque la tierra antigua de Adán era maldita, manchada y rea de la culpa y condenación eterna; pero la tierra santa y bendita de María fue nueva tierra sin culpa ni maldición de Adán; y tan nueva, que desde aquella primera formación no se había visto ni conocido en el mundo otra tierra nueva hasta María Santísima; y fue tan nueva y libre de la maldición de la tierra antigua y vieja, que en esta bendita tierra se renovó toda la demás restante de los hijos de Adán, pues por la tierra de María bendita, y con ella y en ella, quedó bendita, renovada y vivificada la masa terrena de Adán, que hasta entonces había estado maldita y envejecida en su maldición, pero toda se renovó por María Santísima y su inocencia; y como en ella se dio principio a esta renovación de la humana y terrena naturaleza, dijo San Juan que en María concebida sin pecado vio un cielo nuevo, una tierra nueva. Y prosigue:

248. *Porque se fue el cielo primero y la primera tierra.* Consiguiente era que viniendo al mundo y apareciéndose en él la nueva tierra y nuevo cielo de María Santísima y su Hijo, hombre y Dios verdadero, desapareciese el antiguo cielo y la tierra envejecida de la humana y terrena naturaleza con el pecado. Hubo nuevo cielo para la divinidad en la naturaleza humana, que, preservada y libre de culpa, daba nueva habitación al mismo Dios en la unión hipostática en la Persona del Verbo. Y dejó ya de ser el cielo primero, que Dios había criado en Adán y se manchó e inhabilitó para que Dios viviese en él. Este se fue y vino otro cielo nuevo en la venida de María Santísima. Hubo

juntamente nuevo cielo de la gloria para la naturaleza humana, no porque se moviese ni desapareciese el empíreo, sino porque faltó en él el estar sin hombres, como lo había estado por tantos siglos; y en cuanto a esto, dejó de ser el primer cielo y fue nuevo por los merecimientos de Cristo nuestro Señor, que ya comenzaban a resplandecer en la aurora de la gracia, María Santísima su Madre; y así se fue el primer cielo y la primera tierra, que hasta entonces había estado sin remedio. *Y el mar dejó de ser,* porque el mar de abominaciones y pecados, que tenía inundado él mundo y anegada la tierra de nuestra naturaleza, dejó ya de ser con la venida de María Santísima y de Cristo, pues el mar de Su Sangre superabundó y sobrepujó al de los pecados en la suficiencia, en cuya comparación y valor es cierto que ninguna culpa tiene ser. Y si los mortales quisieran aprovecharse de aquel mar infinito de la divina misericordia y mérito de Jesucristo nuestro Señor, dejaran de ser todos los pecados del mundo, que todos vino a deshacerlos y desviarlos el Cordero de Dios.

249. *Y yo, Juan, vi la Ciudad Santa de Jerusalén nueva, que descendía de Dios desde el cielo, preparada como la esposa adornada para su varón.* Porque todos estos sacramentos comenzaban de María Santísima y se fundaban en ella, dice el Evangelista que la vio en forma de la Ciudad Santa de Jerusalén, etc., que de la Reina habló con esta metáfora. Y fuele dado que la viese, para que más conociera el tesoro que al pie de la cruz se le había encomendado y fiado (Jn., 19, 27) y con aprecio digno le guardase. Y aunque ninguna prevención pudiera equivaler a la falta presencial del Hijo de la Virgen, pero, entrando San Juan en su lugar, era conveniente que fuese ilustrado conforme a la dignidad y oficio que recibía, sustituyendo por el Hijo natural.

250. Por los misterios que Dios obró en la Ciudad Santa de Jerusalén, era más a propósito para símbolo de la que era su Madre y el centro y mapa de todas las maravillas del Omnipotente. Y por esta misma razón lo es también de las Iglesias Militante y Triunfante, y a todas se extendió la vista del águila generosa Juan, por la correspondencia y analogía que entre sí tienen estas Ciudades de Jerusalén místicas.

Pero señaladamente miró de hito a la Jerusalén suprema María Santísima, donde están cifradas y recopiladas todas las gracias, dones, maravillas y excelencias de las Iglesias Militante y Triunfante; y todo lo que se obró en la Jerusalén de Palestina, y lo que significa ella y sus moradores, todo está reducido a María Purísima, Ciudad Santa de Dios, con mayor admiración y excelencia que en lo restante del cielo y tierra y de todos sus moradores. Por esto la llama *Jerusalén nueva,* porque todos sus dones, grandeza y virtudes son nuevas y causan nueva maravilla a los Santos; y nueva, porque fue después de todos los Padres Antiguos, Patriarcas y Profetas y en ella se cumplieron y renovaron sus clamores, oráculos y promesas; y nueva, porque viene sin el contagio de la culpa y desciende de la gracia por nuevo orden suyo y lejos de la común ley del pecado; y nueva, porque entra en el mundo triunfando del demonio y del primer engaño, que es la cosa más nueva que en él se había visto desde su principio.

251. Y como todo esto era nuevo en la tierra, y no pudo venir de ella, dice que bajaba del Cielo. Y aunque por el común orden de la naturaleza desciende de Adán, pero no viene por el camino real y ordinario de la culpa, sendereado de todos los predecesores hijos de aquel primer delincuente. Para sola esta Señora hubo otro decreto en la Divina predestinación y se abrió nueva senda por donde viniese con su Hijo Santísimo al mundo, sin acompañar en el orden de la gracia a otro alguno de los mortales, ni que alguno de ellos la acompañase a ella y a Cristo nuestro Señor. Y así bajó nueva desde el Cielo de la mente y determinación de Dios. Y cuando los demás hijos de Adán descienden de la tierra, terrenos y maculados por ella, esta Reina de todo lo criado viene del cielo, como descendiente sólo de Dios por la inocencia y gracia; que comúnmente decimos viene alguno de aquella casa o solar de donde desciende y desciende de donde recibió el ser que tiene. Y el ser natural de María Santísima, que recibió por Adán, apenas se divisa mirándola Madre del Verbo eterno y como a su lado del eterno Padre, con la gracia y participación que para esta dignidad recibió de su divinidad. Y siendo esto en ella el ser principal, viene a ser como accesorio y menos principal el ser de la naturaleza que tiene; y así el

Evangelista miró a lo principal, que bajó del cielo, y no a lo accesorio, que vino de la tierra.

252. Y prosigue diciendo: *Que venía preparada como esposa adornada,* etc. Para el día del desposorio se busca entre los mortales el mayor adorno y aliño que se puede hallar para componer la esposa terrena, aunque las joyas ricas se busquen prestadas, porque nada le falte según su calidad y estado. Pues si confesamos, como es forzoso confesarlo, que María Purísima de tal suerte fue Esposa de la Santísima Trinidad, que juntamente fuese Madre de la Persona del Hijo, y que para estas dignidades fue adornada y preparada por el mismo Dios Omnipotente, infinito y rico sin medida y tasa ¿qué adorno, qué preparación, qué joyas serían estas con que aliñó a su Esposa y a su Madre para que fuese digna Madre y digna Esposa? ¿Reservaría por ventura alguna joya en sus tesoros? ¿Negaríale alguna gracia de cuantas su brazo poderoso le podía enriquecer y aliñar? ¿Dejaríala fea y desaliñada en alguna parte o en algún instante? ¿O sería escaso y avariento con su Madre y Esposa el que derrama pródigamente los tesoros de su Divinidad con las almas, que en su comparación son menos que siervas y menos que esclavas de su casa? Todas confiesan con él mismo Señor que es una la escogida y la perfecta (Cant., 6, 8), a quien las demás han de reconocer, predicar y magnificar por Inmaculada y felicísima entre las mujeres y de quien, admiradas con júbilo y alabanza, preguntan: ¿Quién es ésta que sale como aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como ejércitos bien ordenados (Ib. 9)? Esta es María Santísima, única Esposa y Madre del Omnipotente, que bajó al mundo adornada y preparada como Esposa de la Beatísima Trinidad para su Esposo y para su Hijo. Y esta venida y entrada fue con tantos dones de la Divinidad, que su luz la hizo más agradable que la aurora, más hermosa que la luna y más electa y singular que el sol, sin haber segunda, más fuerte y poderosa que todos los ejércitos del Cielo y de los Santos. Bajó adornada y preparada por Dios, que la dio todo lo que quiso darla y quiso darla todo lo que pudo y pudo darla todo lo que no era ser Dios, pero lo más inmediato a su Divinidad y lo más lejos del pecado que pudo caber en pura criatura. Fue entero y perfecto este adorno y no lo

fuera si algo le faltara y le faltara si algún punto estuviera sin la inocencia y gracia. Y sin esto tampoco fuera bastante para hacerla tan hermosa, si el adorno y las joyas de la gracia cayeran sobre un rostro feo, de naturaleza maculada por culpa, o sobre un vestido manchado y asqueroso. Siempre tuviera alguna tacha, de donde por más diligencias no pudiera jamás salir del todo la señal o sombra de la mancha. Todo esto era menos decente para María, Madre y esposa de Dios; y, siéndolo para ella, lo fuera también para él, que la hubiera adornado y preparado, no con amor de esposo, ni con cuidado de hijo y, teniéndose en casa la tela más
rica y preciosa, hubiera buscado otra manchada y vieja para vestir a su Madre y Esposa y a sí mismo.

253. Tiempo es ya de que el entendimiento humano se desencoja y alargue en la honra de nuestra gran Reina; y también que el que estuviere opuesto, fundado en otro sentir, se encoja y detenga en despojarla y quitarla el adorno de su inmaculada limpieza en el instante de su Divina concepción. Con la fuerza de la verdad y luz en que veo estos inefables misterios, confieso una y muchas veces que todos los privilegios, gracias, prerrogativas, favores y dones de María Santísima, entrando en ellos el de ser Madre de Dios, según y como a mí se me dan a entender, todos dependen y se originan de haber sido Inmaculada y Llena de Gracia en su Concepción Purísima; de manera que sin este beneficio parecieran todos informes y mancos o como un suntuoso edificio sin fundamento sólido y proporcionado. Todos miran con cierto orden y encadenamiento a la limpieza e inocencia de la concepción; y por esto ha sido forzoso tocar tantas veces en este Misterio, por el discurso de esta Historia, desde los decretos divinos y formación de María y de su Hijo Santísimo en cuanto hombre. Y no me alargo ahora más en esto; pero advierto a todos que la Reina del Cielo estimó tanto el adorno y hermosura que la dio su Hijo y Esposo en su Purísima Concepción, que esta correspondencia será su indignación contra aquellos que con terquedad y porfía pretendieren desnudarla de él y afearla, en tiempo que su Hijo Santísimo se ha dignado de manifestarla al mundo tan adornada y hermosa, para gloria suya y esperanza de los

mortales. Prosigue el Evangelista:

254. *Y oí una gran voz del trono, que decía: Mira al tabernáculo de Dios con los hombres y habitará con ellos y ellos serán su pueblo,* etcétera. La voz del Altísimo es grande, fuerte, suave y eficaz para mover y arrebatar a sí toda la criatura. Tal fue esta voz que oyó San Juan salía del trono de la Beatísima Trinidad; con que le llevó toda la atención que se le pedía, diciéndole que atendiese o mirase al Tabernáculo de Dios; para que atento y circunspecto conociese perfectamente el misterio que se le manifestaba, de ver el Tabernáculo de Dios con los hombres y que viva con ellos y sea su Dios y ellos su pueblo. Todo este sacramento se encerraba en ver a María Santísima descender del Cielo en la forma que he dicho; porque estando este Divino Tabernáculo de Dios en el mundo, era consiguiente que el mismo Dios estuviera también con los hombres, pues vivía y estaba en su tabernáculo sin apartarse de él. Y fue como decirle al Evangelista: El Rey tiene su casa y corte en el mundo y claro está que será para ir a ser morador en ella. Y de tal suerte había de habitar Dios en este tabernáculo, que del mismo tomase la forma humana, en la cual había de ser morador en el mundo y habitar con los hombres y ser su Dios para ellos y ellos pueblo suyo, como herencia de su Padre y también de su Madre. Del Padre Eterno fuimos herencia para su Hijo santísimo, no sólo porque en Él y por Él crió todas las cosas (Jn., 1, 3) y se las dio por herencia en la eterna generación, pero también porque como hombre nos redimió en nuestra misma naturaleza y nos adquirió por su pueblo (Tit., 2, 14) y herencia paternal y nos hizo hermanos suyos. Y por la misma razón de la naturaleza humana fuimos y somos herencia y legítima de su Madre Santísima; porque Ella le dio la forma de la carne humana con que nos adquirió para sí. Y, siendo Ella Madre suya e Hija y Esposa de la Beatísima Trinidad, era Señora de todo lo criado y todo lo había de heredar su Unigénito; y lo que las humanas leyes conceden, siendo puesto en razón natural, no había de faltar en las divinas.

255. Salió esta voz del Trono Real por medio de un Ángel, que con emulación santa me parece diría al Evangelista:

Atiende y mira al Tabernáculo de Dios con los hombres y vivirá con ellos y serán ellos su pueblo; será su hermano y tomará su forma por medio de ese Tabernáculo de María, que miras bajar del Cielo por su concepción y formación. Pero les podemos responder con alegre semblante a estos cortesanos del Cielo, que está muy bien el tabernáculo de Dios con nosotros, pues es nuestro, y por él lo será Dios; y recibirá vida y sangre que por nosotros ofrezca y con ella nos adquiera y haga pueblo suyo y viva con nosotros como en su casa y morada, pues le recibiremos Sacramentado y nos hará su tabernáculo; estén contentos estos divinos espíritus y Príncipes con ser hermanos mayores y menos necesitados que los hombres. Nosotros somos los pequeñuelos y enfermos que necesitamos de regalo y favores de nuestro Padre y Hermano; venga en el Tabernáculo de su Madre y nuestra, tome forma de carne humana de sus virginales entrañas, encúbrase la Divinidad y viva con nosotros y en nosotros; tengámosle tan cerca que sea nuestro Dios y nosotros su pueblo y su morada. Admírense y suspensos de tantas maravillas ellos le bendigan, y gocémosle nosotros los mortales acompañándolos en la misma alabanza de admiración y amor. Prosigue el texto:

256. *Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos y no quedará muerte, ni llanto, ni clamor, ni restará dolor,* etc. Con el fruto de la redención humana, de que se nos dieron prendas ciertas en la concepción de María Santísima, se enjugaron las lágrimas que el pecado sacó a los ojos de los mortales; pues para quien se aprovechare de las misericordias del Altísimo, de la Sangre y Méritos de su Hijo, de sus Misterios y Sacramentos, de los Tesoros de su Iglesia Santa y, para conseguirlos, de la intercesión de su Madre Santísima, para ellos no hay muerte, ni dolor, ni llanto, porque la muerte del pecado y todo lo antiguo que de ella resultó, dejó ya de ser y se acabó. El verdadero llanto se fue al profundo con los hijos de perdición, adonde no hay remedio. El dolor de los trabajos no es llanto, ni dolor verdadero, sino aparente y que se compadece con la verdadera y suma alegría; y recibido con igualdad es de inestimable valor, y como prenda de amor lo eligió para sí, para su Madre y para sus hermanos el Hijo de Dios.

257. Tampoco habrá *clamor,* ni voces querellosas, porque los justos y sabios, con el ejemplo de su Maestro y de su Madre humildísima, han de aprender a callar, como la simple ovejuela cuando es llevada a ser víctima y sacrificio (Is., 53, 7). Y el derecho que tiene la flaca naturaleza a buscar algún alivio dando voces y quejándose, le deben renunciar los amigos de Dios viendo a Su Majestad, que es su cabeza y ejemplar, abatido hasta la muerte afrentosa de la Cruz para restaurar los daños de nuestra impaciencia y poca espera. ¿Cómo se le ha de consentir a nuestra naturaleza que a la vista de tanto ejemplo se altere y dé voces en los trabajos? ¿Cómo se ha de permitir que tenga movimientos desiguales y contrarios a la caridad cuando Cristo viene a establecer la ley del amor fraternal? Y vuelve a repetir el Evangelista que no habrá más *dolor;* porque si alguno había de quedar en los hombres, era el dolor de la mala conciencia; y para remedio de esta dolencia fue tan suave medicina la Encarnación del Verbo en las entrañas de María Santísima, que ya este dolor es gustoso y causa de alegría y no merece nombre de dolor, pues contiene en sí el sumo y verdadero gozo, y con haberle introducido en el mundo se fueron las cosas primeras, que fueron los dolores y rigores ineficaces de la ley antigua, porque todo se templó y acabó con la abundancia de la Ley Evangélica para dar gracia. Y por esto añade y dice: *Advierte, que todo lo hago nuevo.* Esta voz salió del que estaba asentado en el Trono, porque él mismo se declaró por artífice de todos los Misterios de la nueva Ley del Evangelio. Y comenzando esta novedad de cosa tan peregrina, y no pensada de las criaturas, como lo fue encarnar el Unigénito del Padre y darle Madre virgen y purísima, era necesario que si todo era nuevo no hubiese en su Madre Santísima alguna cosa vieja y antigua; y claro está que el pecado original era casi tan antiguo como la naturaleza, y si lo tuviera la Madre del Verbo Humanado no hubiera hecho todas las cosas nuevas.

258. Y *díjome: Escribe, que estas palabras son fidelísimas y verdaderas. Y me dijo: Ya está hecho,* etc. A nuestro modo de hablar, mucho siente Dios que se olviden las grandes obras de amor que hizo por nosotros en su Encarnación y Redención humana, y para memoria de

tantos beneficios y reparo de nuestra ingratitud manda que se escriban. Y así debían los mortales escribir esto en sus corazones y temer la ofensa que contra Dios cometen con tan grosero y execrable olvido. Y aunque es verdad que los católicos tienen credulidad y fe de estos Misterios, pero con el desprecio que muestran en agradecerlos, y el que suponen en olvidarlos, parece que tácitamente los niegan, viviendo como si no los creyesen. Y para que tengan un fiscal de su feísimo desagradecimiento, dice el Señor: *Que estas palabras son verdaderas y fidelísimas;* y siendo así que lo son, véase la torpeza y sordera de los mortales en no darse por entendidos de verdades, que, como son fidelísimas, fueran eficaces para mover el corazón humano y vencer su rebeldía, si como verdaderas y fidelísimas se fijaran en la memoria y en ella se revolvieran y pesaran como ciertas e infalibles, que las obró Dios por cada uno de nosotros.

259. Pero como los dones de Dios no son con penitencia (Rom., 9, 29), porque no retracta el bien que hace, aunque desobligado de los hombres dice que *ya está hecho:* como si nos dijera que por nuestra ingratitud no quiere retroceder en su amor, antes habiendo enviado al mundo a María Santísima sin culpa original, ya da por hecho todo lo que pertenece al Misterio de la Encarnación, pues estando María Purísima en la tierra no parece que se podía quedar el Verbo Eterno solo en el Cielo sin bajar a tomar carne humana en sus entrañas. Y asegúralo más diciendo: *Yo soy Alfa y Omega,* la primera y última letra, que como principio y fin encierro la perfección de todas las obras, porque si les doy principio es para llevarlas hasta la perfección de su último fin. Y así lo haré por medio de esta Obra de Cristo y María, que por ella comencé y acabaré todas las obras de la gracia, y llevaré a mí y encaminaré a mí todas las criaturas en el hombre, como a su último paradero y centro donde descansan.

260. *Yo daré al sediento graciosamente de la fuente de la vida, y el que venciere poseerá estas cosas,* etc. ¿Quién se anticipó de todas las criaturas para dar consejo a Dios (Rom., 11, 34) o alguna dádiva con que obligarle al retorno? Esto dijo el Apóstol, para que se entendiese que todo

cuanto Dios hace y ha hecho con los hombres fue de gracia y sin obligación que a ninguno tuviese. El origen de las fuentes a nadie debe su corriente de los que van a beber a ellas, de balde y de gracia se dan a todos los que llegan; y de que todos no participen su manantial, no es culpa de la fuente, sino de quien no llega a beber, estando ella convidando con abundancia y alegría. Y aun porque no llegan ni la buscan, sale ella misma a buscar quien la reciba y corre sin detenerse, que tan de gracia y de balde se ofrece a todos (Jn., 7, 37). ¡Oh tibieza reprensible de los mortales! ¡Oh ingratitud abominable! Si nada nos debe el verdadero Señor y todo nos lo dio y lo da de gracia, y entre todas sus gracias y beneficios la mayor *gracia* fue haberse hecho hombre y muerto por nosotros, porque en este beneficio se nos dio todo a sí mismo, corriendo el ímpetu de la Divinidad hasta topar con nuestra naturaleza y unirse con ella y con nosotros ¿cómo es posible que estando tan sedientos de honra, de gloria y deleites, no lleguemos a beberlo todo en esta fuente (Is., 55 1), que nos lo ofrece de gracia? Pero ya veo la causa; porque no estamos sedientos de la verdadera gloria, honra y descanso, anhelamos por la engañosa y aparente y malogramos las fuentes de la gracia (Is., 12, 3) que nos abrió Jesucristo, nuestro bien, con sus merecimientos y muerte. Mas a quien tuviere sed de la Divinidad y de la gracia, dice el Señor que le dará de balde de la fuente de la vida. ¡Oh qué gran dolor y compasión es que, habiéndose descubierto la fuente de la *vida, haya tan pocos sedientos por ella y tantos corran a las aguas de la muerte! Pero el que venciere en sí mismo al mundo, al demonio y a su carne propia, éste poseerá estas cosas. Y dice que las tendrá, porque dándose las aguas de gracia, pudiera temer si en algún tiempo se las negarán o revocarán; y para asegurarle, dice que se las darán en posesión, sin limitarla ni coartarla.*

261. Antes le afianza con otra nueva y mayor aseguración, diciéndole el Señor: Yo seré Dios para él y él para mí será hijo; y si Él es Dios para nosotros y nosotros hijos, claro está que fue hacernos hijos de Dios; y siendo hijos, era consiguiente ser herederos de sus bienes (Rom., 8, 17), y siendo herederos —aunque toda la herencia sea de gracia— la tenemos segura como los hijos tienen los bienes de su

padre. Y siendo Padre y Dios juntamente, infinito en atributos y perfecciones ¿quién podrá decir lo que nos ofrece con hacernos hijos suyos? Aquí se encierra el amor paternal, la conservación, la vocación, la vivificación, la justificación, los medios para alcanzarla y, para fin de todo, la glorificación y estado de la felicidad, que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni pudo venir en corazón humana (1 Cor., 2, 9). Todo esto es para los que vencieren y fueren hijos esforzados y verdaderos.

262. Pero a los tímidos, execrables, incrédulos, homicidas y fornicarios, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos, etc. En este formidable padrón se han escrito por sus manos propias innumerables hijos de perdición, porque es infinito el número de los necios (Ecl., 1, 15) que a ciegas han hecho elección de la muerte, cerrando el camino de la vida; no porque esté oculto a los que tienen ojos, mas porque los cierran a la luz y se han dejado y dejan fascinar y oscurecer con los embustes de Satanás, que a diferentes inclinaciones y gustos de los hombres les ofrece el veneno disimulado en diversos potajes de vicios que apetecen. A los tímidos, que son los que ya quieren, ya no quieren, sin haber gustado el maná de la virtud, ni entrado en el camino de la vida eterna, se les representa insípida y terrible, siendo el yugo suave y la carga del Señor muy ligera (Mt., 11, 30); y engañados con este temor, se dejan vencer primero de la cobardía que del trabajo. Otros incrédulos, o no admiten las verdades reveladas ni les dan crédito, como los herejes, paganos e infieles, o si las creen, como los católicos, parece que las oyen de lejos y las creen para otros y no para sí mismos, y así tienen la fe muerta (Sant., 2, 26) y obran como incrédulos.

263. Los execrados, que siguiendo cualquier vicio sin reparo y sin frenó, antes gloriándose de la maldad y despreciando el cometerlas, se hacen contemptibles a Dios, execrables y malditos, llegando a estado de rebeldía y casi imposibilitándose para el bien obrar; y alejándose del camino de la vida eterna, como si no fueran criados para ella, se apartan y enajenan de Dios y de sus bendiciones y beneficios, quedando aborrecibles al mismo Señor y a los Santos. A los homicidas, que sin temor ni reverencia de la

Divina Justicia usurpan a Dios el
derecho de supremo Señor, para gobernar el universo y castigar y vengar las injurias; y así merecen ser medidos y juzgados por la misma medida con que ellos han querido medir a los otros y juzgarlos (Lc., 6, 38). Los fornicarios, que por un breve e inmundo deleite cumplido y aborrecido, pero nunca saciado el desordenado apetito, posponen la amistad de Dios y desprecian los eternos deleites, que saciando se apetecen más y satisfaciendo jamás se acabarán. Los hechiceros, que creyeron y confiaron en las falsas, promesas del Dragón disimulado con apariencia de amigo, quedaron engañados y pervertidos para engañar y pervertir a otros. Los idólatras, que siguiendo y buscando la divinidad no la toparon, estando cerca de todos (Act., 17, 27), y se la dieron a quien no la podía tener, porque se la daban los mismos que los fabricaban; y eran inanimadas sombras de la verdad, pero todas cisternas disipadas para contener la grandeza de ser Dios verdadero (Jer., 2, 13). A los mentirosos, que se oponen a la suma verdad, que es Dios, y por alejarse al extremo contrario se privan de su rectitud y virtud, fiando más en el fingido engaño que en el mismo Autor de la verdad y todo el bien.

264. De todos éstos, dice el Evangelista, oyó que la parte de ellos sería en el estanque de fuego ardiente con azufre que es la muerte segunda. Nadie podrá redargüir a la Divina equidad y justicia, pues habiendo justificado su causa con la grandeza de sus beneficios y misericordias sin número, bajando del Cielo a vivir y morir entre los hombres y rescatándolos con su misma Vida y Sangre, dejando tantas fuentes de gracia que se nos diesen de balde en su Iglesia Santa, y sobre todas a la Madre de la misma gracia y fuente de la vida, María Santísima, por cuyo medio la pudiésemos alcanzar; si de todos estos beneficios y tesoros no han querido aprovecharse los mortales y, por seguir con un deleite momentáneo la herencia de la muerte, dejaron la de la vida, no es mucho que cojan lo que sembraron y que su parte y herencia sea el fuego eterno en aquel profundo formidable de piedra azufre, donde no hay redención ni esperanza de vida, por haber incurrido en la Muerte Segunda del Castigo. Y aunque esta muerte por su eternidad es infinita, pero más fea y abominable fue la

muerte primera del pecado, que voluntariamente se tomaron los réprobos con sus manos, porque fue muerte de la gracia, causada por el pecado, que se opone a la bondad y santidad infinita de Dios, ofendiéndole cuando debía ser adorado y reverenciado; y la muerte de la pena es justo castigo de quien merece ser condenado, y se la aplica el atributo de la rectísima justicia; y en esto es ensalzado y engrandecido por ella, así como en el pecado fue despreciado y ofendido. El sea por todos los siglos temido y adorado. Amén.

CAPITULO 18

Prosigue el misterio de la Concepción de María Santísima, con la segunda parte del capítulo 21 del Apocalipsis.

265. *Prosiguiendo la letra del capítulo 21 del Apocalipsis, dice de esta manera:* Y vino uno de los siete Ángeles, que tenían siete copas, llenas de siete plagas novísimas, y habló conmigo, diciendo: Ven, y te mostraré la esposa, mujer del Cordero. Y levantóme en espíritu a un grande y alto monte, y mostróme la Ciudad Santa de Jerusalén, que descendía del Cielo desde Dios y tenía la claridad de Dios; y su luz era semejante a una piedra preciosa, como piedra de jaspe, así como cristal. Y tenía un grande y alto muro con doce puertas, con doce Ángeles en ellas, y escritos unos nombres, que son de los doce tribus de los hijos de Israel. Tres puertas al Oriente, tres puertas al Alquilón, tres puertas al Austro y tres puertas al Occidente. Y el muro de la ciudad tenía doce fundamentos y en ellos doce nombres de los doce Apóstoles del Cordero. Y el que hablaba conmigo, tenía una medida de caña de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. Y la ciudad estaba puesta en cuadro, y su longitud es tanta cuanta es su latitud; y midió la ciudad con la caña por doce mil estadios, y la longitud, latitud y altura son iguales. Y midió su muro ciento y cuarenta y cuatro codos con medida de hombre, que es de ángel. Y la fábrica de su muralla era de piedra de jaspe; pero la ciudad era oro purísimo, semejante a un puro vidrio (Ap., 21, 9-18).

266. *Estos Ángeles, de quien habla en este lugar el Evangelista, son siete de los que asisten especialmente al trono de Dios y a quien Su Majestad ha dado cargo y potestad para que castiguen algunos pecados de los hombres (Ap., 15, 1).* Y esta venganza de la ira del Omnipotente sucederá en los últimos siglos del mundo; pero será tan nuevo el castigo, que ni antes ni después en la vida mortal se haya visto otro mayor. *Y porque estos misterios son muy ocultos y no de todos tengo luz, ni tocan a esta Historia, ni conviene alargarme en esto, paso a lo que pretendo.* Este uno, que habló a San Juan Evangelista, es el Ángel por quien singularmente vengará Dios las injurias hechas contra su Madre Santísima con formidable castigo. Por haberla despreciado con osadía loca, han irritado la indignación de su omnipotencia; y por estar empeñada toda la Santísima Trinidad en honrar y levantar a esta Reina del cielo sobre toda criatura humana y angélica y ponerla en el mundo por espejo de la Divinidad y Medianera Única de los mortales, tomará Dios señaladamente por su cuenta vengar las herejías, errores y blasfemias y cualquier desacato cometido contra ella y el no haberle glorificado, conocido y adorado en este su tabernáculo y no se haber aprovechado de tan incomparable misericordia. Profetizados están estos castigos en la Iglesia Santa. Y aunque el enigma del Apocalipsis encubre con oscuridad este rigor, pero ¡ay de los infelices a quien alcanzare! y ¡ay de mí, que ofendí a Dios, tan fuerte y poderoso en castigar! Absorta quedo en el conocimiento de tanta calamidad como amenaza.

267. Habló el Ángel al Evangelista, y díjole: Ven, y te mostraré la esposa, mujer del Cordero, etc. Aquí declara que la Ciudad Santa de Jerusalén que le mostró es la mujer esposa del Cordero, entendiendo debajo de esta metáfora —como ya he dicho (Cf. supra n. 248)— a María santísima, a quien miraba San Juan madre o mujer y esposa del Cordero, que es Cristo. Porque entrambos oficios tuvo y ejercitó la Reina divinamente. Fue esposa de la Divinidad, única y singular, por la particular fe y amor con que se hizo y acabó este desposorio; y fue mujer y madre del mismo Señor humanado, dándole su misma sustancia y carne mortal y

criándole y sustentándole en la forma de hombre que le había dado. Para ver y entender tan soberanos misterios, fue levantado en espíritu el Evangelista a un alto monte de santidad y luz; porque, sin salir de sí mismo y levantarse sobre la humana flaqueza, no los pudiera entender, como por esta causa no los entendemos los hombres imperfectos, terrenos y abatidos. Y levantado, dice: Mostróme la Ciudad Santa de Jerusalén, que descendía del Cielo, como fabricada y formada, no en la tierra, donde era como peregrina y extraña, mas en el Cielo, donde no se pudo fabricar con materiales de tierra pura y común; porque si de ella se tomó la naturaleza, pero fue levantándola al cielo para fabricar esta Ciudad Mística al modo celestial y angélico, y aun divino y semejante a la Divinidad.

268. Y por eso añade, que tenía la claridad de Dios; porque el alma de María Santísima tuvo una participación de la Divinidad y de sus atributos y perfecciones, que si fuera posible verla en su mismo ser, pareciera iluminada con la claridad eterna del mismo Dios. Grandes cosas y gloriosas están dichas en la Iglesia católica de esta ciudad de Dios (Sal., 86, 3) y de la claridad que recibió del mismo Señor, pero todo es poco, y todos los términos humanos le vienen cortos; y vencido el entendimiento criado, viene a decir que tuvo María Santísima un no sé qué de Divinidad, confesando en esto la verdad en sustancia y la ignorancia para explicar lo que se confiesa por verdadero. Sí fue fabricada en el Cielo, el Artífice sólo que a ella la fabricó conocerá su grandeza y el parentesco y afinidad que contrajo con María Santísima, asimilando las perfecciones que le dio con las mismas que encierra su infinita Divinidad y grandeza.

269. Su luz era semejante a una piedra preciosa, como piedra de jaspe, como cristal. No es tan dificultoso de entender que se asimile al cristal y jaspe juntamente, siendo tan disímiles, como que sea semejante a Dios; pero de este similitud conoceremos algo por aquélla. El jaspe encierra muchos colores, visos y variedad de sombras, de que se compone, y el cristal es clarísimo, purísimo y uniforme, y todo junto formará una peregrina y hermosa variedad. Tuvo María Purísima en su formación la variedad

de virtudes y perfecciones de que parece fabricó Dios su alma compuesta y entretejida, y todas estas gracias y perfecciones y toda ella semejante a un cristal purísimo y sin lunar ni átomo de culpa; antes en la claridad y pureza despide rayos y hace visos de Divinidad, como el cristal que herido del sol parece le tiene dentro de sí mismo y le retrata, reverberando como el mismo sol. Pero este cristalino jaspe tiene sombras, porque es hija de Adán y es pura criatura, y todo lo que tiene de resplandor del Sol de la Divinidad es participado, y aunque parece Sol Divino no lo es por naturaleza, mas por participación y comunicación de su gracia; criatura es, formada y hecha por la mano del mismo Dios, pero para ser Madre suya.

270. Y tenía la ciudad un grande y alto muro con doce puertas. Los misterios encerrados en este muro y puertas de esta Ciudad Mística de María Santísima son tan ocultos y grandes, que con dificultad podré yo, mujer ignorante y tarda, reducir a palabras lo que se me ha dado a entender; dirélo como se me concediere, advirtiendo que en el instante primero de la concepción de María Santísima, cuando se le manifestó la Divinidad por aquella visión y modo que arriba dije (Cf. supra n.229 y 237), entonces, a nuestro modo de entender, toda la beatísima Trinidad, como renovando los antiguos decretos de criarla y engrandecerla, hizo un acuerdo y como contrato con esta Señora, pero sin dárselo a conocer por entonces. Pero fue como confiriéndolo entre sí las tres Divinas Personas, y hablando de esta manera:

271. A la dignidad que damos a esta pura criatura de Esposa nuestra y Madre del Verbo que ha de nacer de ella, es consiguiente y debido constituirla Reina y Señora de todo lo criado. Y sobre los dones y riquezas de nuestra Divinidad, que para sí misma la dotamos y concedemos, es conveniente darle autoridad, para que tenga mano en los tesoros de nuestras misericordias infinitas, para que de ellos pueda distribuir y comunicar a su voluntad las gracias y favores necesarios a los mortales, señaladamente a los que como hijos y devotos suyos la invocaren, y que pueda enriquecer a los pobres, remediar a los pecadores, engrandecer a los justos y ser universal amparo de todos. Y

para que todas las criaturas la reconozcan por su Reina y superiora y depositaría de nuestros bienes infinitos, con facultad de poderlos dispensar, la entregaremos las llaves de nuestro pecho y voluntad, y será en todo la ejecutora de nuestro beneplácito con las criaturas. Darémosle, a más de todo esto, el dominio y potestad sobre el Dragón nuestro enemigo y todos sus aliados los demonios, para que teman su presencia y su nombre y con él se quebranten y desvanezcan sus engaños, y que todos los mortales que se acogieren a esta ciudad de refugio, le hallen cierto y seguro, sin temor de los demonios y de sus falacias.

272. Sin manifestarle al alma de María Santísima todo lo que este decreto o promesa contenía, le mandó el Señor en aquel primer instante que orase con afecto y pidiese por todas las almas y les procurase y solicitase la eterna salud, y en especial por los que a ella se encomendasen en el discurso de su vida. Y la ofreció la Beatísima Trinidad que en aquel rectísimo Tribunal nada le sería negado, y que mandase al demonio que le desviase con imperio y virtud de todas las almas, que para todo le asistiría el brazo del Omnipotente. Mas no se le dio a entender la razón por que se le concedía este favor y los demás que en él se encerraban, que era por Madre del Verbo. Pero en decir San Juan que la Ciudad Santa tenía un grande y alto muro, entendió este beneficio que hizo Dios a su Madre, constituyéndola por sagrado refugio, amparo y defensa de todos los hombres, para que en ella lo hallasen todo, como en ciudad fuerte y segura muralla contra los enemigos, y como a poderosa Reina y Señora de todo lo criado y despensera de los tesoros del Cielo y de la gracia, acudiesen a ella todos los hijos de Adán. Y dice que era muy alto este muro, porque el poder de María Purísima para vencer al demonio y levantar a las almas a la gracia es tan alto, que es inmediato al mismo Dios. Tan bien guarnecida como esto y tan defendida y segura es para sí esta Ciudad y para los que en ella buscan su protección, que ni podrán conquistar sus muros ni escalar por ellos todas las fuerzas criadas fuera de Dios.

273. Tenía doce puertas este muro de la Ciudad Santa, porque su entrada es franca y general a todas las naciones

y generaciones, sin excluir alguna, antes convidando a todos, para que nadie, si no quiere, sea privado de la gracia y dones del Altísimo y de su gloria, por medio de la Reina y Madre de Misericordia. Y en las doce puertas doce ángeles. Estos Santos Príncipes son los doce que arriba cité (Cf. supra n. 202) entre los mil que fueron señalados para guarda de la Madre del Verbo Humanado. El ministerio de estos doce ángeles, a más de asistir a la Reina, fue servirla señaladamente en inspirar y defender a las almas que con devoción llaman a María nuestra Reina en su amparo y se señalan en su devoción, veneración y amor. Y por esto dice el Evangelista que los vio en las puertas de esta ciudad, porque ellos son ministros y como agentes que ayudan y mueven y encaminan a los mortales para que entren por las puertas de la piedad de María Santísima a la eterna felicidad. Y muchas veces los envía ella con inspiraciones y favores, para que saquen de peligros y trabajos de alma y cuerpo a los que la invocan y son devotos suyos.

274. Dice que tenían escritos unos nombres, que son de los doce tribus de los hijos de Israel, etc., porque los Ángeles Santos reciben los nombres del ministerio y oficio para que son enviados al mundo. Y como estos doce Príncipes asistían singularmente a la Reina del Cielo, para que por su disposición ayudasen a la salvación de los hombres, y todos los escogidos son entendidos debajo de los doce tribus de Israel, que hacen el Pueblo Santo de Dios, por esta razón dice el Evangelista que los ángeles tenían los doce nombres de los doce tribus, como destinado cada uno para su tribu, y que tenían protección y cuidado de todos los que por estas puertas de la ínter-cesión de María Santísima habían de entrar a la Celestial Jerusalén de todas las naciones y generaciones.

275. Admirándome yo de esta grandeza de María Purísima y que ella fuese la medianera y la puerta para todos los predestinados, se me dio a entender que este beneficio correspondía al oficio de Madre de Cristo y al que como Madre había hecho con su Hijo Santísimo y con los hombres. Porque le dio cuerpo humano de su purísima sangre y sustancia, en que padeciese y redimiese a los hombres, y así en algún modo murió ella y padeció en

Cristo por esta unidad de carne y sangre; y a más de esto, le acompañó en su pasión y muerte y la padeció de voluntad en la forma que pudo, con divina humildad y fortaleza. Y así como ella cooperó a la pasión y dio a su Hijo en qué padeciese por el linaje humano, así también el mismo Señor la hizo participante de la dignidad de redentora y le dio los méritos y fruto de la redención, para que ella los distribuyese, y que por sola su mano se comunicasen a los redimidos. ¡Oh admirable tesorera y depositaría de Dios, qué seguras están en tus divinas y liberales manos las riquezas de la diestra del Omnipotente! Pues tenía esta ciudad tres puertas al Oriente, tres puertas al Aquilón, tres puertas al Mediodía y tres puertas al Occidente. Tres puertas que correspondan a cada parte del mundo. Y en el número de tres nos franquea por ellas a todos los mortales cuanto el cielo y la tierra poseen y a quien dio ser a todo lo criado, que son las tres Divinas Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Cada una de las tres quieren y disponen que María Santísima tenga puerta para solicitar los tesoros divinos a los mortales, que aunque es un Dios en tres Personas, cada una de por sí le da entrada y puerta franca para que entre esta purísima Reina al tribunal del ser inmutable de la Santísima Trinidad, para que interceda, pida y saque tesoros y se los dé a sus devotos que la buscaren y obligaren de todo el mundo. Para que nadie de los mortales tenga excusa en ningún lugar del mundo, ni en ninguna generación ni nación de él, pues a todas partes hay no una puerta, sino tres puertas. Y el entrar en una ciudad por una puerta franca y patente es tan fácil, que si alguno dejare de entrar, no será por falta de puertas, sino porque él mismo se detiene y no se quiere poner en salvo. ¿Qué dirán aquí los infieles, herejes y paganos? ¿Qué los malos cristianos y obstinados pecadores? Si los tesoros del cielo están en manos de nuestra Madre y Señora, si ella nos llama y nos solicita por medio de sus ángeles y si es puerta y muchas puertas del cielo, ¿cómo son tantos los que se quedan fuera y tan pocos los que por ellas entran?

276. Y el muro de esta ciudad tenía doce fundamentos, y en ellos los nombres de los doce apóstoles del Cordero. Los fundamentos inmutables y fuertes, sobre que edificó Dios

esta Ciudad Santa de María su Madre, fueron las virtudes todas con especial gobierno del Espíritu Santo que les correspondía. Pero dice fueron doce, con los doce nombres de los Apóstoles; así porque se fundó sobre la mayor santidad de los Apóstoles, que son los mayores de los Santos, según lo de David, que los fundamentos de la ciudad de Dios fueron puestos sobre los montes santos (Sal., 86, 1); como porque la santidad de María y su sabiduría fue como fundamento de los Apóstoles y su firmeza después de la muerte de Cristo y subida a los cielos. Y aunque siempre fue su maestra y ejemplar, pero entonces sola ella fue la mayor firmeza de la Iglesia primitiva. Y porque fue destinada para este ministerio desde su Inmaculada Concepción con las virtudes y gracias correspondientes, por eso dice que sus fundamentos eran doce.

277. Y el que hablaba conmigo tenía una medida de caña de oro, etcétera, y midió la ciudad con esta caña por doce mil estadios, etc. En estas medidas encerró el Evangelista grandes misterios de la dignidad, gracias, dones y méritos de la Madre de Dios. Y aunque la midieron con gran medida en la dignidad y beneficios que puso el Altísimo en ella, pero ajustóse la medida en el retorno posible y fueron iguales. La longitud fue tanta cuanta su latitud: por todas partes estuvo proporcionada e igual, sin que en ella se hallase mengua, desigualdad ni improporción. Y no me detengo ahora en esto, remitiéndome a lo que diré en todo el discurso de su vida. Sólo advierto ahora que esta medida con que se midieron la dignidad, méritos y gracia de María Santísima, fue la humanidad de su Hijo unida al Verbo Divino.

278. Y llámala el Evangelista caña por la fragilidad de nuestra naturaleza de carne flaca; y llámala de oro por la Divinidad de la Persona del Verbo. Con esta dignidad de Cristo, Dios y hombre verdadero, y con los dones de la naturaleza unida a la Divina Persona y con los merecimientos que obró, fue medida su Madre Santísima por el mismo Señor. Él fue quien la midió consigo mismo y ella, siendo medida por Él, pareció estar igual y proporcionada en la alteza de su dignidad de Madre. En la

longitud de sus dones y beneficios y en la latitud de sus merecimientos, en todo fue igual sin mengua ni improporción. Y aunque no pudo igualarse absolutamente con su Hijo Santísimo con igualdad que entiendo llaman los doctores matemática, porque Cristo, Señor nuestro, era hombre y Dios verdadero y ella era pura criatura y por esto la medida excedía infinito a lo que era medido con ella, pero tuvo María Purísima cierta igualdad de proporción con su Hijo Santísimo. Porque así como a Él nada le faltó de lo que le correspondía y debía tener como Hijo verdadero de Dios, así a ella nada le faltó ni tuvo mengua en lo que se le debía y ella debía como Madre verdadera del mismo Dios; de manera que ella como Madre y Cristo como Hijo tuvieron igual proporción de dignidad, de gracia y dones y de todos los merecimientos, y ninguna gracia criada hubo en Cristo que no estuviese con proporción en su Madre Purísima.

279. Y dice, que midió la ciudad con la caña por doce mil estadios. Esta medida de estadios y el número de doce mil con que fue medida María Purísima en su concepción, encierran altísimos Misterios. Estadios llamó el Evangelista a la medida perfecta con que se mide la alteza de santidad de los predestinados, según los dones
de gracia y gloria que Dios en su mente y eterno decreto dispuso y ordenó comunicarles por medio de su Hijo Humanado, tasándolos y determinándolos por su infinita equidad y misericordia. Y con estos estadios se miden todos los escogidos y la alteza de sus virtudes y merecimientos por el mismo Señor. Infelicísimo aquel que no llegare a esta medida ni se ajustare con ella, cuando el Señor le midiere. El número de doce mil comprende todo el resto de los predestinados y electos, reducidos a las doce cabezas de estos millares, que son los Doce Apóstoles, Príncipes de la Iglesia católica, así como en el capítulo 7 del Apocalipsis (Ap., 7, 4-8) están reducidos a los doce tribus de Israel; porque todos los electos se habían de reducir a la doctrina que los Apóstoles del Cordero enseñaron, como arriba también dije sobre este capítulo (Cf. supra n. 274).

280. De todo esto se conoce la grandeza de esta Ciudad de Dios, María Santísima; porque si a los estadios

materiales les damos 125 pasos por lo menos a cada uno, inmensa parecía una ciudad que tuviese doce mil estadios. Pues con la medida y estadios con que Dios mide a los predestinados, fue medida María, Señora nuestra, y de la altura, longitud y latitud de todos juntos nada sobró; que a todos juntos igualó la que era Madre del mismo Dios y Reina y Señora de todos y en sola ella pudo caber más que en el resto de todo lo criado.

281. Y midió su muro ciento y cuarenta y cuatro codos con medida de hombre, que es de ángel. Esta medida del muro de la Ciudad de Dios no fue de la longitud, sino de la altura de los muros que tenía; porque si los estadios del cuadro de la ciudad eran doce mil en latitud y longitud igual por todas partes, era forzoso que el muro fuese algo mayor, y más por la superficie de afuera, para encerrar dentro de sí toda la ciudad; y la medida de ciento y cuarenta y cuatro codos, de cualquiera que fuesen, era corta para muros de tan extendida ciudad, pero muy proporcionada para la altura de estos muros y segura defensa de quien vivía en ella. Esta altura dice la seguridad que tuvieron en María Santísima todos los dones y gracias, así de santidad como de la dignidad, que puso en ella el Altísimo. Y para darlo a entender dice que la altura contenía 144 codos, que es número desigual y comprende tres muros, grande, mediano y pequeño, correspondiendo a las obras que hizo la Reina del Cielo
en lo mayor, mediano y más pequeño. No porque en ella había cosa pequeña, sino porque las materias en que obraba eran diferentes y las obras también. Unas eran milagrosas y sobrenaturales, y otras morales de las virtudes, y de éstas unas eran interiores y otras exteriores; y a todas dio tanta plenitud de perfección, que ni por las grandes dejó las pequeñas de obligación, ni por éstas faltó a las superiores; pero todas las hizo en grado tan supremo de santidad y beneplácito del Señor, que fue a medida de su Hijo Santísimo así en los dones naturales como sobrenaturales. Y ésta fue la medida del hombre Dios, que fue el Ángel del Gran Consejo, superior a todos los hombres y los ángeles, a quienes con proporción excedió la Madre con el Hijo. Prosigue el Evangelista y dice:

282. Y la fábrica de su muro era de piedra de jaspe. Los muros de la ciudad son los que primero se topan y se ofrecen a la vista de quien los mira; y la variedad de los visos y colores con sus sombras que contiene el jaspe, de cuya materia eran los muros de esta ciudad de Dios, María Santísima, dicen la humildad inefable con que estaban disimuladas y acompañadas todas las gracias y excelencias de esta gran Reina. Porque siendo digna Madre de su Criador, exenta de toda mácula de pecado e imperfección, se ofreció a la vista de los hombres como tributaria y con sombras de la común ley de los demás hijos de Adán, sujetándose a las leyes y penalidades de la vida común, como en sus lugares diré. Pero este muro de jaspe, que descubría estas sombras como en las demás mujeres, era en la apariencia y servía a la ciudad de inexpugnable defensa. Y la ciudad por dentro dice que era purísimo oro, semejante a un vidrio purísimo y limpísimo; porque ni en la formación de María santísima, ni después en su vida inocentísima nunca admitió mácula que oscureciese su cristalina pureza. Y como la mancha o lunar, aunque sea como un átomo, si cayese en el vidrio cuando se forma, nunca saldría de suerte que no se conociese la tacha y el haberla tenido y siempre sería defecto en su transparente claridad y pureza, así también si María purísima hubiera contraído, en su concepción la mácula y lunar de la culpa original, siempre se le conociera y la afeara siempre, y no pudiera ser vidrio purísimo y limpísimo. Ni tampoco fuera oro puro, pues tuviera su santidad y dones aquella liga del pecado original, que la bajara de quilates, pero fue oro y vidrio esta ciudad, porque fue purísima y semejante a la divinidad.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 20

415. En la habitación de tan levantada santidad y eminente perfección estaba María santísima confiriendo muchas veces consigo misma el estado de la primitiva Iglesia que tenía por su cuenta, y cómo trabajaría por su quietud y dilatación. Fuele de algún alivio y consuelo entre estos

cuidados y anhelos la libertad de San Pedro, para que como cabeza acudiese al gobierno de los fieles, y también el ver arrojado de Jerusalén a Lucifer y sus demonios, privados por entonces de su tiranía, porque respirasen un poco los seguidores de Cristo y se moderase la persecución. Pero la divina sabiduría, que con peso y medida distribuye los trabajos y los alivios, ordenó que la prudentísima Madre tuviese en este tiempo muy declarada noticia del mal estado de Herodes. Conoció la fealdad abominable de aquella infelicísima alma, por sus grandes y desmedidos vicios y repetidos pecados que irritaban la indignación del Todopoderoso y justo Juez. Conoció también que por la mala semilla que los demonios habían sembrado en el corazón de Herodes y de los judíos, estaban todos indignados contra Jesús nuestro Redentor y sus discípulos, después de la fuga de San Pedro, y que el inicuo Rey o gobernador tenía intento de acabar a todos los fieles que hallase en Judea y Galilea, y emplear en esto todas sus fuerzas y potestad. Y aunque María santísima conoció esta determinación de Herodes, no se le manifestó entonces el fin que tendría, pero, conociendo que era poderoso y su alma tan depravada, le causó juntamente grande horror su mal estado y excesivo dolor su indignación contra los profesores de la fe.

416. Entre estos cuidados y la confianza en el favor divino trabajó incesantemente nuestra Reina, pidiéndolo al Señor con lágrimas, ejercicios y clamores, como en otras ocasiones he dicho. Y gobernándola su altísima prudencia, habló con uno de sus supremos Ángeles que la asistían y le dijo: Ministro del Altísimo y hechura de sus manos, el cuidado de la Santa Iglesia me solicita con gran fuerza para procurar todos sus bienes y progresos. Yo os ruego y suplico que subáis a la presencia del trono real del Altísimo y presentéis en él mi aflicción y de mi parte le pidáis me conceda que yo padezca por sus siervos Apóstoles y fieles, y no permita que Herodes ejecute lo que contra ellos ha determinado para acabar con la Iglesia.—Fue luego el Santo Ángel con esta legacía al Señor, quedando la Reina del cielo como otra Ester, orando por la libertad y salvación de su pueblo y la suya. En el ínterin volvió el divino embajador despachado de la Beatísima Trinidad y en su nombre

respondió y la dijo: Princesa de los cielos, el Señor de los ejércitos dice que vos sois Madre, Señora y Gobernadora [por intercesión y consejos como Medianera de todas las gracias divinas] de la Iglesia y con su potestad estáis en lugar suyo mientras sois viadora, y quiere que como Reina y Señora de cielo y tierra fulminéis la sentencia contra Herodes.

417. Turbóse un poco en su humildad María santísima con esta respuesta y, replicando al Santo Ángel con la fuerza de su caridad, dijo: Pues, ¿yo he de fulminar sentencia contra la hechura e imagen de mi Señor? Después que de su mano recibí el ser, he conocido muchos réprobos entre los hombres y nunca pedí venganza por ellos, sino que cuanto es de mi parte siempre he deseado su remedio, si fuera posible, y no adelantarles su pena. Volved, Ángel, al Señor y decidle que mi tribunal y potestad es inferior y dependiente de la suya y no puedo sentenciar a nadie a muerte sin nueva consulta del superior; y que si es posible reducir a Herodes al camino de la salvación eterna, yo padeceré todos los trabajos del mundo, como su divina Providencia lo ordenare, porque esta alma no se pierda.— Volvió el Ángel a los cielos con esta segunda embajada de su Reina y, presentándola en el trono de la Beatísima Trinidad, la respuesta fue de esta manera: Señora y Reina nuestra, el Altísimo dice que Herodes es del número de los prescitos, por estar en sus maldades tan obstinado, que no admitirá aviso, amonestación ni doctrina, no cooperara con los auxilios que le dieren, ni se aprovechará del fruto de la Redención, ni de la intercesión de los Santos, ni de lo que Vos, Reina y Señora mía, trabajaréis por él.

418. Remitió tercera vez María santísima al santo príncipe con otra embajada al trono del Altísimo y le dijo: Si conviene que muera Herodes para que no persiga a la Iglesia, decid, Ángel mío, al Todopoderoso que su dignación de infinita caridad me concedió, viviendo Su Majestad en carne mortal, que yo fuese Madre y refugio de los hijos de Adán, abogada e intercesora de los pecadores; que mi tribunal fuese de piedad y clemencia para recibir y socorrer a los que llegaren a él pidiendo mi intercesión; y que si se valieren de ella, en nombre de mi Hijo santísimo, les

ofreciese el perdón de sus pecados. Pues ¿cómo si tengo entrañas y amor de madre para los hombres, que son hechuras de sus manos y precio de su vida y sangre, seré ahora juez severo contra alguno de ellos? Nunca se me ha remitido la justicia y siempre la misericordia, a quien mi corazón está todo inclinado, y se halla turbado entre la piedad del amor y la obediencia de la rigurosa justicia. Presentad, Ángel, de nuevo este cuidado al Señor y sabed si es de su gusto que muera Herodes, sin que yo le condene.

419. Subió el santo embajador al cielo con esta tercera legacía, y la Beatísima Trinidad la oyó con plenitud de agrado y complacencia de la piadosa caridad de su Esposa. Pero volviendo el Santo Ángel, informando a la piadosa Señora, la respondió: Reina nuestra, Madre de nuestro Criador y Señora mía, Su Majestad omnipotente dice que vuestra misericordia es para los mortales que se quisieren valer de vuestra poderosa intercesión y no para los que la aborrecen y desprecian, como lo hará Herodes; que vos sois Señora de la Iglesia con toda la potestad divina y así os toca usar de ella en la forma que conviene; que Herodes ha de morir, pero que ha de ser por vuestra sentencia y disposición.—Respondió María santísima: Justo es el Señor y rectos son sus juicios (Sal 118, 137). Yo padeciera muchas veces la muerte para rescatar esta alma de Herodes, si él mismo por su voluntad no se hiciera indigno de la misericordia y réprobo. Obra es de la mano del Altísimo, hecha a su imagen y semejanza, redimida fue con la sangre del Cordero que lava los pecados del mundo. No por esta parte, sino por la que se ha hecho pertinaz enemiga de Dios, indigna de su amistad eterna, yo con su justicia rectísima le condeno a la muerte que tiene merecida y para que ejecutando las maldades que intenta no merezca mayores tormentos en el infierno.

420. Esta maravilla obró el Señor en gloria de su beatísima Madre y en testimonio de haberla hecho Señora de todas las criaturas, con suprema potestad de obrar en ellas como Reina y como Señora, asimilándose en esto a su Hijo santísimo. Y no puedo declarar este misterio mejor que con las palabras del mismo Señor en el capítulo 5 de San Juan Evangelista, donde de sí mismo dice: No puede el Hijo

hacer algo que no haga el Padre, pero hace lo mismo, porque el Padre le ama; y si el Padre resucita muertos, el Hijo también resucita a los que quiere, y el Padre cometió al Hijo el juzgar a todos, para que así como honran todos al Padre honren al Hijo, porque nadie puede honrar al Padre sin honrar al Hijo. Y luego añade que le dio esta potestad de juzgar, porque era Hijo del Hombre, que es por su Madre santísima. Sabiendo la similitud que tuvo la divina Madre con su Hijo —de que muchas veces he hablado— se entenderá la correspondencia o proporción de la Madre con el Hijo, como del Hijo con el Padre, en esta potestad de juzgar. Y aunque María santísima es Madre de Misericordia y clemencia para todos los hijos de Adán que la invocaren, pero junto con esto quiere el Altísimo se conozca tiene potestad plenaria para juzgar a todos y que todos la honren también, como honran a su Hijo y Dios verdadero, que como a Madre verdadera le dio la misma potestad que Él tiene, en el grado y proporción que como a Madre, aunque pura criatura, le pertenece.

421. Con esta potestad mandó la gran Señora al Ángel que fuera a Cesárea [Colonia Prima Flavia Augusta Caesarea {del mar o de la Palestina}], donde estaba Herodes, y le quitase la vida como ministro de la justicia divina. Ejecutó el Ángel la sentencia con presteza, y el Evangelista San Lucas dice (Act 12, 23) que le hirió el Ángel del Señor, y consumido de gusanos murió el infeliz Herodes temporal y eternamente. Esta herida fue interior, de donde le resultó la corrupción y gusanos que miserablemente le acabaron. Y del mismo texto consta (Act 12, 19) que, después de haber degollado a Jacobo [Santiago el Mayor] y haber huido San Pedro, bajó Herodes de Jerusalén a Cesárea [del mar o de Palestina], donde compuso algunas diferencias que tenía con los de Tiro y Sidón. Y dentro de pocos días, vestido de la real púrpura y sentado en su trono, hizo un razonamiento al pueblo con grande elocuencia de palabras. El pueblo lisonjero y vano dio voces vitoreándole y aclamándole por Dios, y el torpísimo Herodes, desvanecido y loco, admitió aquella popular adulación. Y en esta ocasión, dice San Lucas (Act 12, 23), que por no haber dado la honra a Dios, sino usurpándola con vana soberbia, le hirió el Ángel del Señor. Y aunque

este pecado fue el último que llenó sus maldades, no sólo por él mereció castigo, sino por todos los que antes había cometido persiguiendo a los Apóstoles y burlándose de Cristo nuestro Salvador, degollando al San Juan Bautista y cometiendo adulterio escandaloso con su cuñada Herodías, y otras innumerables abominaciones.

422. Volvió luego el Santo Ángel a Efeso y dio cuenta a María santísima de la ejecución de su sentencia contra Herodes. Y la piadosa Madre lloró la perdición de aquella alma, pero alabó los juicios del Altísimo y diole gracias por el beneficio que con aquel castigo había hecho a la Iglesia, la cual, como dice luego San Lucas (Act 12, 24), crecía y se aumentaba con la palabra de Dios; y no sólo era esto en Galilea y Judea, donde se removió el impedimento de Herodes, pero al mismo tiempo el Evangelista San Juan con el amparo de la beatísima Madre comenzó a plantar en Efeso la Iglesia evangélica. Era la ciencia del sagrado Evangelista como la plenitud de un querubín y su candido corazón inflamado como un supremo serafín y tenía consigo por madre y maestra a la misma autora de la sabiduría y de la gracia. Con estos ricos privilegios de que gozaba el Evangelista pudo intentar grandes obras y obrar grandes maravillas para fundar la ley de gracia en Efeso y en toda aquella parte de Asia y confines de Europa.

423. En llegando a Efeso comenzó el Evangelista a predicar en la ciudad, bautizando a los que convertía a la fe de Cristo nuestro Salvador y confirmando la predicación con grandes milagros y prodigios nunca vistos entre aquellos gentiles. Y porque de las escuelas de los griegos había muchos filósofos y gente sabia en sus ciencias humanas, aunque llenas de errores, el Sagrado Apóstol les convencía y enseñaba la verdadera ciencia, usando no sólo de milagros y señales, sino de razones con que hacía más creíble la fe cristiana. A todos los convertidos remitía luego a María santísima y ella catequizaba a muchos y, como conocía los interiores e inclinaciones de todos, hablaba al corazón de cada uno y le llenaba de los influjos de la luz divina. Hacía prodigios y muchos milagros y beneficios curando endemoniados y de todas las enfermedades, socorriendo a los pobres y necesitados y, trabajando para

esto con sus manos, acudía a los enfermos y hospitales y los servía y curaba por sí misma. Y en su casa tenía la piadosísima Reina ropa y vestiduras para los más pobres y necesitados, ayudaba a muchos a la hora de la muerte, y en aquel peligroso trance ganó muchas almas y las encaminó a su Criador sacándolas de la tiranía del demonio. Y fueron tantas las que trajo al camino de la verdad y vida eterna y las obras milagrosas que a este fin hizo, que en muchos libros no se podrían escribir, porque ningún día se pasaba en que no acrecentase la hacienda del Señor con abundantes y copiosos frutos de las almas que le adquiría.

424. Con los aumentos que la primitiva Iglesia iba recibiendo cada día por la santidad, solicitud y obras de la gran Reina del cielo, estaban los demonios llenos de confusión y furioso despecho. Y aunque se alegraban de la condenación de todas las almas que llevaban a sus tinieblas eternas, con todo eso recibieron gran tormento con la muerte de Herodes, porque de su obstinación no esperaban enmienda en tan feos y abominables pecados y por esto le tenían por instrumento poderoso contra los seguidores de Cristo nuestro bien. Dio permiso la divina Providencia para que Lucifer y estos dragones infernales se levantasen del profundo del infierno, donde los derribó María santísima de Jerusalén, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra p. I n. 406). Y después de haber gastado el tiempo que allí estuvieron en arbitrar y prevenir tentaciones para oponerse a la invencible Reina de los Ángeles, determinó Lucifer querellarse ante el Señor, al modo que lo hizo el Santo Job (Job 1, 9), aunque con mayor indignación, contra María santísima. Y con este pensamiento para salir del profundo habló con sus ministros y les dijo:

425. Si no vencemos a esta Mujer nuestra enemiga, temo que sin duda destruirá todo mi imperio, porque todos conocemos en ella una virtud más que humana que nos aniquila y oprime cuando ella quiere y como quiere, y hasta ahora no se ha hallado camino para derribarla ni resistirla. Esto es lo que se me hace intolerable, porque si fuera Dios, que se dio por ofendido de mis altos pensamientos y contradicción y tiene poder infinito para aniquilarnos, no me causara tanta confusión cuando me venciera por sí mismo;

pero esta Mujer, aunque sea Madre del Verbo humanado, no es Dios, sino pura criatura y de baja naturaleza; no sufriré más que me trate con tanto imperio y que me arruine cuando a ella se le antoja. Vamos todos a destruirla y querellémonos al Omnipotente, como lo tenemos pensado.—Hizo el Dragón esta diligencia y alegó de su falso derecho ante el Señor. Pero advierto que no se presentan estos enemigos ante el Señor por visión que tengan de su divinidad, que ésta no la pueden alcanzar, mas como tienen ciencia del ser de Dios y fe de los misterios sobrenaturales, aunque corta y forzada, por medio de estas noticias se les concede que hablen con Dios, cuando se dice que están en su presencia y se querellan, o tienen algún coloquio con el Señor.

426. Dio permiso el Omnipotente a Lucifer para que saliese a pelear y hacer guerra a María santísima; pero las condiciones que pedía eran injustas y así se le negaron muchas. Y a cada uno les concedió la divina Sabiduría las armas que convenía, para que la victoria de su Madre fuese gloriosa y quebrantase la cabeza de la antigua y venenosa serpiente. Fue misteriosa esta batalla y su triunfo, como veremos en los capítulos siguientes y se contiene en el 12 del Apocalipsis, con otros misterios de que hablé en la primera parte de esta Historia (Cf. supra n. 1 n. 94ss.), declarando aquel capítulo. Y sólo advierto ahora que la providencia del Altísimo ordenó todo esto no sólo para la mayor gloria de su Madre santísima y exaltación del poder y sabiduría divina, sino también tener justo motivo de aliviar a la Iglesia de las persecuciones que contra ella fabricaban los demonios y para obligarse la bondad infinita con equidad a derramar en la misma Iglesia los beneficios y favores que le granjeaban estas victorias de María santísima, las que sola ella podía alcanzar y no otras almas. A este modo obra siempre el Señor en su Iglesia, disponiendo y armando algunas almas escogidas, para que en ellas estrene su ira el Dragón, como en miembros y partes de la Santa Iglesia y, si le vencen con la divina gracia, redundan estas victorias en beneficio de todo el cuerpo místico de los fieles y pierde el enemigo el derecho y fuerzas que tenía contra ellos.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima.

427. Hija mía, cuando en este discurso que escribes de mi vida te repita muchas veces el estado lamentable del mundo y el de la Santa Iglesia en que vives y el maternal deseo de que me sigas y me imites, entiende, carísima, que tengo grande razón para obligarte a que te lamentes conmigo y llores tú ahora lo que yo lloraba cuando vivía vida mortal, y en estos siglos me afligiera si tuviera estado de padecer dolor. Asegúrote, alma, que alcanzarás tiempos que debas llorar con lágrimas de sangre las calamidades de los hijos de Adán; y porque de una vez no puedes enteramente conocerlas, renuevo en ti esta noticia de lo que miro desde el cielo en todo el orbe y entre los profesores de la santa fe. Vuelve, pues, los ojos a todos y mira la mayor parte de los hijos de Adán en las tinieblas y errores de la infidelidad, en que corren a la condenación eterna. Mira también a los hijos de la fe y de la Iglesia, cuán descuidados y olvidados viven de este daño, sin haber a quien le duela; porque, como desprecian la propia salvación, no atienden a la ajena y, como está en ellos muerta la fe y falta el amor divino, no les duele que se pierdan las almas que fueron criadas por el mismo Dios y redimidas con la sangre del Verbo humanado.

428. Todos son hijos de un Padre que está en los cielos, y obligación es de cada uno cuidar de su hermano en la forma que le puede socorrer. Y esta deuda toca más a los hijos de la Iglesia, que con oraciones y peticiones pueden hacerlo. Pero este cargo es mayor en los poderosos y en los que por medio de la misma fe cristiana se alimentan y se hallan más beneficiados de la liberal mano del Señor. Estos, que por la ley de Cristo gozan de tantas comodidades temporales y todas las convierten en obsequio y deleites de la carne, son los que como poderosos serán poderosamente atormentados (Sab 6, 7). Si los pastores y superiores de la casa del Señor sólo cuidan de vivir con regalo y sin que les toque el trabajo verdadero, por su cuenta ponen la ruina del rebaño de Cristo y el estrago que en él hacen los lobos infernales. ¡Oh, hija mía, en qué lamentable estado han puesto al pueblo cristiano los poderosos, los pastores, los

malos ministros que Dios les ha dado por sus secretos juicios! ¡Oh, qué castigo y confusión les espera! En el tribunal del justo Juez, no tendrán excusa, pues la verdad católica que profesan los desengaña, la conciencia los reprende, y a todo se hacen sordos.

429. La causa de Dios y de su honra está sola y sin dueño; su hacienda, que son las almas, sin alimento verdadero; todos casi tratan de su interés y conservación, cada cual con su diabólica astucia y razón de estado; la verdad oscurecida y oprimida, la lisonja levantada, la codicia desenfrenada, la sangre de Cristo hollada, el fruto de la Redención despreciado; y nadie quiere aventurar su comodidad o interés para que no se le pierda al Señor lo que le costó su pasión y vida. Hasta los amigos de Dios tienen sus defectos en esta causa, porque no usan de la caridad y libertad santa con el celo que deben, y los más se dejan vencer de su cobardía, o se contentan con trabajar para sí solos y desamparan la causa común de las otras almas. Con esto, hija mía, entenderás que habiendo plantado mi Hijo santísimo la Iglesia evangélica por sus manos, habiéndola fertilizado con su misma sangre, han llegado en ella los infelices tiempos de que se querelló el mismo Señor por sus profetas; pues el residuo de la oruga comió la langosta y el residuo de la langosta comió el pulgón y el residuo de éste consumió el herrumbre o aneblado (Joel 1, 4); y para coger el fruto de su viña, anda el Señor como el que pasada la vendimia busca algún racimo que se ha quedado, o alguna oliva que no haya sacudido o llevado el demonio (Is 24, 13).

430. Dime ahora, hija mía, ¿cómo será posible que si tienes amor verdadero a mi Hijo santísimo y a mí recibas consuelo, descanso ni sosiego en tu corazón a la vista de tan lamentable daño de las almas que redimió con su sangre, y yo con la de mis lágrimas, pues muchas veces han sido de sangre por granjeárselas? Hoy, si pudiera derramarlas, lo hiciera con nuevo llanto y compasión, y porque no me es posible llorar ahora los peligros de la Iglesia, quiero que tú lo hagas y que no admitas consolación humana en un siglo tan calamitoso y digno de ser lamentado. Llora, pues, amargamente y no pierdas el

premio de este dolor, y sea tan vivo que no admitas otro alivio más de afligirte por el Señor a quien amas. Advierte lo que yo hice por remediar la condenación de Herodes y para excusarla a los que de mi intercesión se quisieren valer; y en la vista beatífica son mis ruegos continuos por la salvación de mis devotos. No te acobarden los trabajos y tribulaciones que te enviare mi Hijo santísimo, para que ayudes a tus hermanos y le adquieras su propia hacienda; y entre las injurias que le hacen los hijos de Adán, trabaja tú para recompensarlas en algo con la pureza de tu alma, que quiero sea más de ángel que de mujer terrena. Pelea las guerras del Señor contra sus enemigos y en su nombre y mío quebrántales su cabeza, impera contra su soberbia y arrójalos al profundo; y aconseja a los ministros de Cristo que hablares hagan esto mismo con la potestad que tienen y con viva fe para defender a las almas y en ellas la honra y gloria del Señor, que así los oprimirán y vencerán en la virtud divina.

CAPITULO 4

Destruye María santísima el templo de Diana en Efeso; llévanla sus Ángeles al cielo empíreo, donde el Señor la prepara para entrar en batalla con el dragón infernal y vencerle; comienza este duelo por tentaciones de soberbia.

431. Muy celebrada es en todas las historias la ciudad de Efeso, puesta en los fines occidentales del Asia [hoy Turquía], por muchas cosas grandes que en los pasados siglos la hicieron tan ilustre y famosa en todo el orbe; pero su mayor excelencia y grandeza fue haber recibido y hospedado en sí a la suprema Reina de cielo y tierra por algunos meses, como adelante se dirá. Este gran privilegio la hizo muy dichosa; que las demás excelencias verdaderamente la hicieron infeliz e infame hasta aquel tiempo, por haber tenido en ella su trono tan de asiento el príncipe de las tinieblas. Pero como nuestra gran Señora y Madre de la gracia se halló en esta ciudad hospedada, y obligada de sus moradores, que liberalmente la recibieron y ofrecieron algunos dones, era consiguiente en su ardentísima caridad que, guardando el orden nobilísimo de

esta virtud, les pagase el hospedaje con mayores beneficios, como a más vecinos y bienhechores que los extraños; y si con todos era liberalísima, con los de Efeso había de serlo con mayores demostraciones y favores. Movióla su gratitud propia a esta consideración, juzgándose deudora de beneficiar a toda aquella república. Hizo particular oración por ella, pidiendo fervorosamente a su Hijo santísimo que sobre sus moradores derramase su bendición y como piadoso Padre los ilustrase y redujese a su verdadera fe y conocimiento.

432. Tuvo por respuesta del Señor que, como Señora y Reina de la Iglesia y de todo el mundo, podía obrar con potestad todo lo que fuese su voluntad, pero que advirtiese el impedimento que tenía aquella ciudad para recibir los dones de la misericordia divina, porque con las antiguas y presentes abominaciones de los pecados que cometían habían puesto candados a las puertas de la clemencia y merecían el rigor de la justicia, que ya se hubiera ejecutado en ellos si no tuviera determinado el Señor que viniera a vivir en aquella ciudad la misma Reina, cuando las maldades de sus habitadores habían llegado a su colmó para merecer el castigo que por ella estaba suspendido. Junto con esta respuesta conoció María santísima que la divina Justicia la pedía como permiso y consentimiento para destruir aquella idólatra gente de Efeso y sus confines. Con este conocimiento y respuesta se afligió mucho el corazón piadoso de la dulcísima Madre, pero no se acobardó su casi inmensa caridad y multiplicando peticiones replicó al Señor y le dijo:

433. Rey altísimo, justo y misericordioso, bien sé que el rigor de Vuestra justicia se ejecuta cuando no tiene lugar la misericordia, y para esto os basta cualquiera motivo que halléis en Vuestra sabiduría, aunque de parte de los pecadores sea pequeño. Mirad ahora, Señor mío, el haberme admitido esta ciudad para vivir en ella por Vuestra voluntad y que sus moradores me han socorrido y ofrecido sus haciendas a mí y a Vuestro siervo Juan. Templad, Dios mío, Vuestro rigor y conviértase contra mí, que yo padeceré por el remedio de estos miserables. Y vos, Todopoderoso, que tenéis bondad y misericordia infinita para vencer con el

bien el mal, podéis quitar el óbice para que se aprovechen de Vuestros beneficios y para que no vean mis ojos perecer tantas almas que son obras de Vuestras manos y precio de Vuestra sangre.—Respondió a esta petición y dijo: Madre mía y paloma mía, quiero que expresamente conozcáis la causa de mi justa indignación y cuán merecida la tienen estos hombres por quien me rogáis. Atended, pues, y lo veréis.—Y luego por visión clarísima se le manifestó a la Reina todo lo siguiente:

434. Conoció que, muchos siglos antes de la Encarnación del Verbo en su virginal tálamo, entre los muchos conciliábulos que Lucifer había hecho para destruir a los hombres hizo uno en que habló a sus demonios y les dijo: De las noticias que tuve en el cielo en mi primer estado y de las profecías que Dios ha revelado a los hombres y de los favores que con muchos amigos suyos ha manifestado, he podido conocer que el mismo Dios se ha de obligar mucho de que los hombres de uno y otro sexo se abstengan en los tiempos futuros de muchos vicios que yo deseo conservar en el mundo, en particular de los deleites carnales y de la hacienda y su codicia y que en ésta renuncien aun lo que les fuera lícito. Y para que lo hagan contra mi deseo les dará muchos auxilios, con que de voluntad sean castos y pobres y sujetando la propia suya voluntad a la de otros hombres. Y si con estas virtudes nos vencen, merecerán grandes premios y favores de Dios, como lo he rastreado en algunos que han sido castos, pobres y obedientes; y mis intentos se frustran mucho por estos medios, si no tratamos de remediar este daño y recompensarlo por todos los caminos posibles a nuestra astucia. Considero también que sí el Verbo divino toma carne humana, como lo hemos entendido, será muy casto y puro y también enseñará a muchos que lo sean, no sólo varones, sino mujeres, que aunque son más flacas suelen ser más tenaces; y esto sería para mi de mayor tormento, si ellas me venciesen habiendo yo derribado antes a la primera mujer. Sobre todo esto prometen mucho las Escrituras de los antiguos de los favores que gozarán los hombres con el Verbo humanado en la misma naturaleza, a quien es cierto ha de levantar y enriquecer con su potencia.

435. Para oponerme a todo esto —prosiguió Lucifer— quiero vuestro consejo y diligencia y que tratemos desde luego impedir a los hombres que no consigan tantos bienes. —Tan de lejos como esto viene el odio y arbitrios del infierno contra la perfección evangélica que profesan las sagradas religiones. Consultóse largamente este punto entre los demonios y de la consulta salió por acuerdo que gran multitud de demonios quedasen prevenidos y por cabezas de las legiones que habían de tentar a los que tratasen de vivir en castidad, pobreza y obediencia; que desde luego, para irrisión de la castidad especialmente, ordenasen ellos un género de vírgenes aparentes y mentirosas o hipócritas y fingidas, que con este falso título se consagrasen al obsequio de Lucifer y todos sus demonios. Con este medio diabólico pensaron los enemigos que no sólo llevarían para sí a estas almas con mayor triunfo, sino también deslucirían la vida religiosa y casta que presumían enseñaría el Verbo humanado y su Madre en el mundo. Y para que más prevaleciese en él esta falsa religión que intentaba el infierno, determinaron fundarla con abundancia de todo lo temporal y delicioso a la naturaleza, como fuese ocultamente, porque en secreto consentirían que se viviese licenciosamente debajo del nombre de la castidad dedicada a los dioses falsos.

436. Pero luego se les ofreció otra duda, si esta religión había de ser de varones o mujeres. Algunos demonios querían que fuesen todos varones, porque serían más constantes y perpetua aquella falsa religión; a otros les parecía que los hombres no eran tan fáciles de engañar como las mujeres, que discurren con más fuerza de razón y podían conocer antes el error, y las mujeres no tenían tanto riesgo en esto, porque son de flaco juicio, fáciles en creer y vehementes en lo que aman y aprenden y más a propósito para mantenerse en aquel engaño. Este parecer prevaleció y le aprobó Lucifer, aunque no excluyó del todo a los hombres, porque algunos hallarían que abrazasen aquellas falacias por el crédito que ganarían, y más si les ayudaban a sus ficciones y embustes para no caer de la vana estimación de los otros hombres, que con ellos el mismo Lucifer les ganaría con su astucia para conservar mucho tiempo en hipocresías y ficciones a los que se sujetasen a

su servicio.

437. Con este infernal consejo determinaron los demonios hacer una religión o congregación de vírgenes fingidas y mentirosas; porque el mismo Lucifer dijo a los demonios: Aunque será para mí de mucho agrado tener vírgenes consagradas y dedicadas a mi culto y reverencia, como las quiere tener Dios, pero oféndeme tanto la castidad y pureza del cuerpo en esta virtud, que no la podré sufrir aunque sea dedicada a mi grandeza, y así hemos de procurar que estas vírgenes sean el objeto de nuestras torpezas. Y si alguna quisiere ser casta en el cuerpo, la llenaremos de inmundos pensamientos y deseos en el interior, de suerte que con verdad ninguna sea casta, aunque por su vana soberbia quiera contenerse, y como sea inmunda en los pensamientos, procuraremos conservarla en la vanagloria de su virginidad.

438. Para dar principio a esta falsa religión discurrieron los demonios por todas las naciones del orbe y les pareció que unas mujeres llamadas amazonas eran más a propósito para ejecutar en ellas su diabólico pensamiento. Estas amazonas habían bajado de la Scitia al Asia Menor [Anatolia – Turquía] donde vivían. Eran belicosas, excediendo con la arrogancia y soberbia a la fragilidad del sexo. Por fuerza de armas se habían apoderado de grandes provincias, especialmente hicieron su corte en Efeso y mucho tiempo se gobernaron por sí mismas, dedignándose de sujetarse a los varones y vivir en su compañía, que ellas con presuntuosa soberbia llamaban esclavitud o servidumbre. Y porque de estas materias hablan mucho las historias, aunque con grande variedad, no me detengo en tratar de ellas. Basta para mi intento decir que, como estas amazonas eran soberbias, ambiciosas de honra vana y aborrecían a los hombres, halló Lucifer en ellas buena disposición para engañarlas con el falso pretexto de la castidad. Púsoles en la cabeza a muchas de ellas que por este medio serían muy celebradas y veneradas del mundo y se harían famosas y admirables con los hombres, y alguna podía llegar hasta alcanzar la dignidad y veneración de diosa. Con la desmedida ambición de esta honra mundana se juntaron muchas amazonas, doncellas verdaderas y

mentirosas, y dieron principio a la falsa religión de vírgenes, viviendo en congregación en la ciudad de Efeso, donde tuvo su origen.

439. En breve tiempo creció mucho el número de estas vírgenes más que necias, con admiración y aplauso del mundo, solicitándolo todo los demonios. Entre éstas hubo una más celebrada y señalada en la hermosura y nobleza, entendimiento, castidad y otras gracias, que la hicieron más famosa y admirable, y se llamaba Diana. Y por la veneración en que estaba y la multitud de compañeras que tenía, se dio principio al memorable templo de Efeso, que el mundo tuvo por una de sus maravillas. Y aunque este templo se tardó a edificar muchos siglos, pero como Diana granjeó con la ciega gentilidad el nombre y veneración de diosa, se le dedicó a ella esta rica y suntuosa fábrica, que se llamó templo de Diana, a cuya imitación se fabricaron otros muchos en diversas partes debajo del mismo título. Para celebrar el demonio a esta falsa virgen Diana cuando vivía en Efeso, la comunicaba y llenaba de ilusiones diabólicas, y muchas veces la vestía de falsos resplandores y le manifestaba secretos que pronosticase, y le enseñó algunas ceremonias y cultos semejantes a los que el pueblo de Dios usaba, para que con estos ritos ella y todos venerasen al demonio. Y las demás vírgenes la veneraban a ella como a diosa, y lo mismo hicieron los demás gentiles, tan pródigos como ciegos en dar divinidad a todo lo que se les hacía admirable.

440. Con este diabólico engaño, cuando vencidas las amazonas entraron los reinos vecinos a gobernar a Efeso, conservaron este templo como cosa divina y sagrada, continuándose en ella aquel colegio de vírgenes locas. Y aunque un hombre ordinario quemó este templo, le volvió a reedificar la ciudad y el reino, y para ello contribuyeron mucho las mujeres. Y esto sería trescientos años antes de la Redención del linaje humano poco más o menos. Y así cuando María santísima estaba en Efeso no era el primer templo el que perseveraba, sino el segundo, reedificado en el tiempo que digo, y en él vivían estas vírgenes en diferentes repartimientos. Pero como en el tiempo de la Encarnación y muerte de Cristo estaba la idolatría tan

asentada en el mundo, no sólo no habían mejorado en costumbres aquellas diabólicas mujeres, sino que habían empeorado y casi todas trataban con los demonios abominablemente. Y junto con esto cometían otros feísimos pecados y engañaban al mundo con embustes y profecías, con que Lucifer los tenía dementados a unos y a otros.

441. Todo esto y mucho más vio María santísima cerca de sí en Efeso, con tan vivo dolor de su castísimo corazón, que le fuera mortal herida si el mismo Señor no la conservara. Pero habiendo visto que Lucifer tenía como por asiento y cátedra de maldad al ídolo de Diana, se postró en tierra ante su Hijo santísimo y le dijo: Señor y Dios altísimo, digno de toda reverencia y alabanza; estas abominaciones que por tantos siglos han perseverado razón es que tengan término y remedio. No puede sufrir mi corazón que se dé a una infeliz y abominable mujer el culto de la verdadera divinidad, que Vos sólo como Dios infinito merecéis, ni tampoco que el nombre de la castidad esté tan profanado y dedicado a los demonios. Vuestra dignación infinita me hizo guía y madre de las vírgenes, como parte nobilísima de Vuestra Iglesia y fruto más estimable de Vuestra Redención y a Vos muy agradable. El título de la castidad ha de quedar consagrado a Vos en las almas que fueren hijas mías. Querellóme de Lucifer y del infierno, por el atrevimiento de haber usurpado injustamente este derecho. Pido, Hijo mío, que le castiguéis con la pena de rescatar de su tiranía estas almas y que salgan todas de su esclavitud a la libertad de la fe y luz verdadera.

442. El Señor la respondió: Madre mía, yo admito vuestra petición, porque es justo no se dedique a mis enemigos la virtud de la castidad, aunque sea sólo en el nombre, que se halla tan ennoblecida en vos y para mí es tan agradable. Pero muchas de estas falsas vírgenes son prescitas [Dios quiere que todos se salven y a todos da gracia suficiente, pero el hombre tiene libre albedrío y muchos se condenen por su propia culpa] por sus abominaciones y pertinacia y no se reducirán todas al camino de la salvación eterna. Algunas pocas admitirán de corazón la fe que se les enseñare.—En esta ocasión llegó San Juan Evangelista al oratorio de María santísima, aunque

no conoció entonces el misterio en que se ocupaba la gran Señora del cielo ni la presencia de su Hijo nuestro Señor. Pero la verdadera Madre de los humildes quiso juntar las peticiones propias con las del amado discípulo y ocultamente pidió licencia al Señor para hablarle y le dijo de esta manera: Juan, hijo mío, lastimado está mi corazón por haber conocido los grandes pecados que se cometen contra el Altísimo en este templo de Diana y desea mi alma que tengan ya término y remedio.—El Santo Apóstol respondió: Señora mía, yo he visto algo de lo que pasa en este abominable lugar y no puedo contenerme en dolor y lágrimas de ver que el demonio sea venerado en él con el culto que se debe a solo Dios; y nadie puede atajar tantos males, si vos, Madre mía, no lo toméis por vuestra cuenta.

443. Ordenó María santísima al Apóstol que. la acompañase en la oración pidiendo al Señor remediase aquel daño, y San Juan Evangelista se fue a su retiro, quedando la Reina en el suyo con Cristo nuestro Salvador, y postrada de nuevo en tierra en presencia del Señor, derramando copiosas lágrimas, volvió a su oración y peticiones. Perseveró en ella con ardentísimo fervor y casi agonizando de dolor, e inclinando a su Hijo santísimo para que la confortase y consolase, respondió a sus peticiones y deseos, diciendo: Madre y paloma mía, hágase lo que pedís sin dilación, ordenad y mandad, como Señora y poderosa, todo lo que vuestro corazón desea.—Con este beneplácito se inflamó el afecto de María santísima en el celo de la honra de la divinidad, y con imperio de Reina mandó a todos los demonios que estaban en el templo de Diana descendiesen luego al profundo y desamparasen aquel lugar que por tantos años habían poseído. Eran muchas legiones las que allí estaban engañando al mundo con supersticiones y profanando aquellas almas, pero en un brevísimo movimiento de los ojos cayeron todos en el infierno con la fuerza de las palabras de María santísima; y fue de manera el terror con que los quebrantó, que en moviendo sus virginales labios para la primera palabra no aguardaron a oír la segunda, porque ya estaban entonces en el infierno, pareciéndoles tarda su natural presteza para alejarse de la Madre del Omnipotente.

444. No pudieron despegarse de las profundas cavernas hasta que se les dio permiso, como diré luego, para salir con el dragón grande a la batalla que tuvieron con la Reina del cielo, antes en el infierno buscaban los puestos más lejos de donde ella estaba en la tierra. Mas advierto que con estos triunfos de tal manera venció María santísima al demonio, que no podía volver al mismo puesto o jurisdicción de que le desposeía; pero como esta hidra infernal era y es tan venenosa, aunque le cortaba una cabeza le renacían otras, porque volvía a sus maldades con nuevos ingenios y arbitrios contra Dios y su Iglesia. Pero continuando esta victoria la gran Señora del mundo, con el mismo consentimiento de Cristo nuestro Salvador, mandó luego a uno de sus Santos Ángeles fuese al templo de Diana y que le arruinase todo sin dejar en él piedra sobre piedra y que salvase a solas nueve mujeres señaladas de las que allí vivían y todas las demás quedasen muertas y sepultadas en la ruina del edificio, porque eran precitas [hay predestinación a la gloria pero no hay predestinación antecedente y previa al infierno] y sus almas bajarían con los demonios, a quienes adoraban y obedecían, y serían sepultadas en el infierno antes que cometiesen más pecados.

445. El Ángel del Señor ejecutó el mandato de su Reina y Señora y en un brevísimo espacio derribó el famoso y rico templo de Diana que en muchos siglos se había edificado, y con asombro y espanto de los moradores de Efeso pareció luego destruido y arruinado. Y reservó a las nueve mujeres que le señaló María santísima, como ella se las había señalado y Cristo nuestro Señor dispuesto, porque éstas solas se convirtieron a la fe, como después diré (Cf. infra n. 461). Todas las demás perecieron en la ruina, sin quedar memoria de ellas. Y aunque los ciudadanos de Efeso hicieron inquisición del delincuente, nada pudieron rastrear en esta destrucción, como la descubrieron en el incendio del primer templo, que por ambición de la fama se manifestó el malhechor. Pero de este suceso tomó el Evangelista San Juan motivo para predicar con más esfuerzo la verdad divina y sacar a los efesinos del engaño y error en que los tenía el demonio. Luego el mismo Evangelista con la Reina del cielo dieron gracias y alabanzas al Muy

Alto por este triunfo que habían ganado de Lucifer y de la idolatría.

446. Pero es necesario advertir aquí, no se equivoque el que esto leyere con lo que se refiere en el capítulo 19 de los Hechos apostólicos (Act 19, 24ss.) del templo de Diana que supone San Lucas había en Efeso, cuando San Pablo fue después de algunos años a predicar en aquella ciudad. Cuenta el Evangelista que un grande artífice de Efeso llamado Demetrio, que fabricaba imágenes de plata de la diosa Diana, conspiró a otros oficiales de su arte contra San Pablo, porque en toda Asia predicaba que no eran dioses los que eran fabricados con manos de hombres. Y con esta nueva doctrina persuadió Demetrio a sus compañeros que San Pablo no sólo les quitaría la ganancia de su arte, sino que vendría en gran vilipendio el templo de la gran Diana, tan venerado en el Asia y en todo el orbe. Con esta conspiración se turbaron los artífices, y ellos a toda la ciudad, dando voces y diciendo: Grande es la Diana de los efesinos; y sucedió lo demás que San Lucas prosigue en aquel capítulo. Y para que se entienda no contradice a lo que dejo escrito (Cf. supra n. 445), añado que este templo, de quien habla San Lucas, fue otro menos suntuoso y más ordinario que volvieron a reedificar los efesinos después que María santísima se volvió a Jerusalén; y cuando llegó San Pablo a predicar estaba ya reedificado. Y de lo que el texto de San Lucas refiere se colige cuán entrañada estaba la idolatría y falso culto de Diana en los efesinos y en toda el Asia, así por los muchos siglos que los pasados habían vivido en aquel error, como porque la ciudad se había hecho ilustre y tan famosa en el mundo con esta veneración y templos de Diana. Y llevados los moradores de estos engaños y vanidad, les parecía no poder vivir sin su diosa y sin hacerle templos en la ciudad, como cabeza y origen de esta superstición que los demás reinos con emulación habían imitado. Tanto pudo la ignorancia de la divinidad verdadera en los gentiles, que fueron menester muchos Apóstoles y muchos años para dársela a conocer y arrancar la cizaña de la idolatría, y más entre los romanos y griegos, que se reputaban por los más sabios y políticos entre todas las naciones del mundo.

447. Destruido el templo de Diana, quedó María santísima con mayores deseos de trabajar por la exaltación del nombre de Cristo y la amplificación de la Santa Iglesia para que se lograse el triunfo que de los enemigos había ganado. Multiplicando para esto las oraciones y peticiones, sucedió un día que los Santos Ángeles, manifestándosele en forma visible, la dijeron: Reina y Señora nuestra, el gran Dios de los ejércitos celestiales manda que os llevemos a su cielo y trono real, a donde os llama.—Respondió María santísima: Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí su voluntad santísima.— Y luego los Ángeles la recibieron en un trono de luz, como otras veces he dicho (Cf. supra n. 399), y la llevaron al cielo empíreo a la presencia de la santísima Trinidad. No se le manifestó en esta ocasión por visión intuitiva, sino con abstractiva. Postróse ante el soberano trono, adoró al ser inmutable de Dios con profunda humildad y reverencia. Luego el Eterno Padre la habló y dijo: Hija mía y paloma mansísima, tus inflamados deseos y clamores por la exaltación de mi santo nombre han llegado a mis oídos, y tus ruegos por la Iglesia son aceptables a mis ojos y me obligan a usar de misericordia y clemencia; y en retorno de tu amor quiero de nuevo darte mi potestad para que con ella defiendas mi honor y gloria y triunfes de mis enemigos y de su antigua soberbia, los humilles y huelles su cerviz, y con tus victorias ampares a mi Iglesia y adquieras nuevos beneficios y dones para sus hijos fieles y tus hermanos.

448. Respondió María santísima: Aquí está, Señor, la menor de las criaturas, aparejado el corazón para todo lo que fuere de Vuestro beneplácito, por la exaltación de Vuestro nombre y para Vuestra mayor gloria; hágase en mí Vuestra divina voluntad.—Añadió el Eterno Padre y dijo: Entiendan todos mis cortesanos del cielo que yo nombro a María por capitana y caudillo de todos mis ejércitos y vencedora de todos mis enemigos, para que triunfe de ellos gloriosamente.—Confirmaron esto mismo las dos personas divinas, el Hijo y el Espíritu Santo, y todos los bienaventurados con los Ángeles respondieron: Vuestra voluntad santa se haga, Señor, en los cielos y en la tierra.—Luego mandó el Señor a los dieciocho más supremos serafines que por su orden adornasen, preparasen y

armasen a su Reina para la batalla contra el infernal dragón y cumplióse en esta ocasión misteriosamente lo que está escrito en el libro de la Sabiduría (Sab 5, 18): El Señor armará a la criatura para venganza de sus enemigos, y lo demás que allí se dice. Porque salieron primero los seis serafines y adornaron a María santísima con un género de lumen como un impenetrable arnés, que manifestaba a los santos la santidad y justicia de su Reina, tan invencible e impenetrable para los demonios, que se asimilaba sólo a la fortaleza del mismo Dios por un modo inefable. Y por esta maravilla dieron gracias al Omnipotente aquellos serafines y los otros santos.

449. Salieron luego otros seis de los doce serafines y obedeciendo el mandato del Señor dieron otra nueva iluminación a la gran Reina. Esto fue como un linaje de resplandor de la divinidad que le pusieron en su virginal rostro, con el cual no podían los demonios mirar a él. Y en virtud de este beneficio, aunque llegaron los enemigos a tentarla, como veremos (CF. infra n. 470), no pudieron jamás mirar a su cara tan divinizada, ni quiso consentirlo el Señor con este gran favor. Tras de éstos salieron los otros seis y últimos serafines, mandándoles el Señor que diesen armas ofensivas a la que tenía por su cuenta la defensa de la divinidad y de su honra. En cumplimiento de este orden pusieron los Ángeles en todas las potencias de María santísima otras nuevas cualidades y virtud divina que correspondía a todos los dones de que el Altísimo la había adornado. Y con este beneficio se le concedió potestad a la gran Señora para que a su voluntad pudiese impedir, detener y atajar hasta los más íntimos pensamientos y conatos de todos los demonios, porque todos quedaron sujetos a la voluntad y orden de María santísima para no poder contravenir a lo que ella mandase, y de esta potestad usa muchas veces en beneficio de los fieles y devotos suyos. Todo este adorno, y lo que significaba, confirmaron las tres divinas personas, singularmente cada una, declarando la participación que se le daba de los divinos atributos que a cada una se le apropian, para que con ellos volviese a la Iglesia y en ella triunfase de los enemigos del Señor.

450. Dieron su bendición las tres divinas personas a María santísima para despedirla, y la gran Señora las adoró con altísima reverencia. Y con esto la volvieron los Ángeles a su oratorio admirados de las obras del Altísimo. Y decían: ¿Quién es ésta que tan deificada, próspera y rica desciende al mundo de lo supremo de los cielos para defender la gloria de su nombre? ¡Qué adornada, qué hermosa viene para pelear las batallas del Señor! Oh Reina y Señora eminentísima, caminad y atended prósperamente con vuestra belleza, proceded y reinad (Sal 44, 5) sobre todas las criaturas, y todas le magnifiquen y alaben; porque tan liberal y poderoso se manifiesta en vuestros beneficios y favores. Santo, Santo, Santo es el Dios de Sabaot, de los ejércitos celestiales, y en Vos le bendecirán todas las generaciones de los hombres.—En llegando al oratorio se postró María santísima y dio humildes gracias al Omnipotente, pegada con el polvo, como solía en estos beneficios (Cf. supra n. 4, 317, 400).

451. Estuvo la prudentísima Madre confiriéndolos consigo misma por algún espacio de tiempo y previniéndose para el conflicto que la esperaba con los demonios. Y estando en esta consideración vio que salía sobre la tierra, como de lo profundo, un Dragón rojo y espantoso con siete cabezas, despidiendo por cada una humo y fuego con extremada indignación y furor, siguiéndole otros muchos demonios en la misma forma. Y fue tan horrible esta visión, que ningún otro viviente la pudiera tolerar sin perder la vida, y fue necesario que María santísima estuviera prevenida y fuera tan invencible para admitir la batalla con aquellas cruentísimas bestias infernales. Encamináronse todos a donde estaba la gran Reina y con furiosa indignación y bramidos iban amenazándola y decían: Vamos, vamos a destruir a esta enemiga nuestra, licencia tenemos del Todopoderoso para tentarla y hacerla guerra, acabemos esta vez con ella y venguemos los agravios que siempre nos ha hecho y el habernos arrojado del templo de nuestra Diana dejándolo destruido. Destruyámosla también a ella; mujer es y pura criatura, y nosotros somos espíritus sabios, astutos y poderosos; no hay que temer en criatura terrena.

452. Presentóse ante la invencible Reina todo aquel

ejército de dragones infernales con su caudillo Lucifer, provocándola para la batalla. Y como el mayor veneno de esta serpiente es la soberbia, por donde introduce de ordinario otros vicios con que derriba innumerables almas, parecióle comenzar por este vicio, coloreándole conforme al estado de santidad con que imaginaba a María santísima. Para esto se transformaron el dragón y sus ministros en ángeles de luz y en esta forma se le manifestaron, pensando que no los había visto y conocido en la de demonios y dragones que les era propia y legítima. Comenzaron con alabanzas y adulaciones, diciendo: Poderosa eres, María, grande y valerosa entre las mujeres, y todo el mundo te honra y te celebra por las grandiosas virtudes que en ti conoce y por las prodigiosas maravillas que obras y ejecutas con ellas; digna eres de esta gloria, pues nadie se te iguala en santidad; nosotros lo conocemos más que todos y por eso lo confesamos y te cantamos la gala de tus hazañas.—Al mismo tiempo que Lucifer decía estas fingidas verdades, procuraba arrojar a la imaginación de la humilde Reina fieros pensamientos de soberbia y presunción. Pero en vez de inclinarla o moverla con alguna delectación o consentimiento, fueron vivas flechas de dolor que pasaron su candidísimo y verdadero corazón. No le fueran tan sensibles todos los tormentos de los mártires como estas diabólicas adulaciones. Y para confundirlas hizo también actos de humildad, aniquilándose y deshaciéndose por un modo tan admirable y poderoso, que no pudo sufrirlo el infierno ni detenerse más en su presencia, porque ordenó el Señor que Lucifer y sus ministros lo conocieran y sintieran. Huyeron todos dando formidables bramidos y diciendo: Vamos al profundo, que menos nos atormenta aquel lugar confuso que la humildad invencible de esta mujer.—Dejáronla por entonces y la prudentísima Señora dio gracias al Omnipotente por el beneficio de esta primera victoria.

Doctrina que me dio la gran Reina y *Señora del cielo.*

453. Hija mía, en la soberbia del demonio, cuanto es de su parte, hay un conato que él mismo conoce ser imposible. Esto es, que como sirven y obedecen a Dios los justos y los santos, le obedecieran y sirvieran a él, para ser en esto

semejante al mismo Dios. Pero no es posible conseguir este afecto, porque contiene en sí una implicación y repugnancia; pues la esencia de la santidad consiste en ajustarse la criatura a la regla de la divina voluntad amando a Dios sobre todas las cosas debajo de su obediencia, y el pecado consiste en apartarse de esta regla amando otra cosa y obedeciendo al demonio. Pero la honestidad de la virtud es tan conforme a razón, que ni el mismo enemigo lo puede negar. Y por esto quisiera, si fuera posible, derribar los buenos, envidioso y rabioso de no poder servirse de ellos y ansioso de que no consiga Dios la gloria que tiene en los santos y que el mismo demonio no puede conseguir. Por esto se desvela tanto en derribar a sus pies algún cedro del Líbano levantado en santidad, y que bajen a ser esclavos suyos los que han sido siervos del Altísimo, y en esto emplea todo su estudio, sagacidad y desvelo. Y de este mismo conato le nace procurar que se le dediquen algunas virtudes morales, aunque sea sólo en el nombre, como lo hacen los hipócritas y lo hacían las vírgenes de Diana. Con esto le parece que en algún modo entra a la parte en lo que Dios ama y quiere y que le mancha y pervierte la materia de las virtudes, de que el Señor gusta para comunicar en ellas su pureza a las almas.

454. Atiende, hija mía, que son tantos los rodeos, maquinaciones y lazos que arma esta serpiente para derribar a los justos, que sin especial favor del Altísimo no pueden las almas conocerlos, y mucho menos vencerlos, ni escapar de tantas redes y traiciones. Y para alcanzar esta protección del Señor, quiere Su Majestad que la criatura de su parte no se descuide, ni se fíe de sí misma, ni descanse en pedirla y desearla, porque sin duda por sí sola nada puede y luego perecerá. Pero lo que obliga mucho a la divina clemencia es el fervor del corazón y pronta devoción en las cosas divinas, y sobre todo la perseverante humildad y obediencia, que ayudan a la estabilidad y fortaleza en resistir al enemigo. Y quiero que estés advertida, no para tu desconsuelo, sino para tu cautela y aviso, que son muy raras las buenas obras de los justos en que no derrame esta serpiente alguna parte de su veneno para inficionarlas. Porque de ordinario procura con suma sutileza mover alguna pasión o inclinación terrena, que casi

ocultamente arrastra o trabuca en algo la intención de la criatura para que no obre puramente por Dios y por el fin legítimo de la virtud, y con cualquier otro afecto se vicia en todo o en parte. Y como esta cizaña está mezclada con el trigo, es dificultoso conocerla en los principios, si las almas no se desnudan de todo afecto terreno y examinan sus obras a la luz divina.

455. Muy avisada estás, hija mía, de este peligro y del desvelo que tiene contra ti el demonio, mayor que contra otras almas. No sea menos el que tú tengas contra él, no te fíes de sólo el color de la buena intención en tus obras, porque, no obstante que siempre ha de ser buena y recta, pero ni sola ella basta ni tampoco siempre la conoce la criatura. Muchas veces con el rebozo de la buena intención engaña el demonio, proponiendo al alma algún buen fin aparente o muy remoto, para introducirle algún peligro de próximo, y sucede que, cayendo luego en el peligro, nunca consigue el fin bueno que con engaño la movió. Otras veces con la buena intención no deja examinar otras circunstancias, con que la obra se hace sin prudencia y viciosamente. Otras, con alguna intención que parece buena, se solapan las inclinaciones y pasiones terrenas, que se llevan ocultamente lo más del corazón. Pues entre tantos peligros el remedio es, que examines tus obras a la luz que te infunde el Señor en lo supremo del alma, con que entenderás cómo has de apartar lo precioso de lo vil (Jer 15, 19), la mentira de la verdad, lo amargo de las pasiones de lo dulce de la razón. Con esto la divina lumbre que en ti está no tendrá parte de tinieblas, y tu ojo será sencillo y purificará todo el cuerpo de tus acciones (Mt 6, 22), y serás toda y por todo agradable a tu Señor y a mí.

CAPITULO 5

Vuelve de Efeso a Jerusalén María Santísima llamada del Apóstol San Pedro, continúase la batalla con los demonios, padece gran tormenta en el mar y decláranse otros secretos que sucedieron en esto.

456. Con el justo castigo y condenación del infeliz Herodes volvió la primitiva Iglesia de Jerusalén a recobrar algún desahogo y tranquilidad por muchos días, mereciéndolo todo y granjeándolo la gran Señora del mundo con sus ruegos, obras y solicitud de Madre. En este tiempo predicaban San Bernabé y San Pablo con admirable fruto en las ciudades del Asia Menor [Turquía], Antioquía, Listris, Perge y otras muchas como lo refiere San Lucas por los capítulos 13 y 14 de los Hechos apostólicos, con las maravillas y prodigios que San Pablo hacía en aquellas ciudades y provincias. El apóstol San Pedro, cuando libre de la cárcel huyó de Jerusalén, se había retirado hacia la parte del Asia Menor para salir de la jurisdicción de Herodes, para acudir de allí a los nuevos fieles que se convertían en Asia Menor y a los que estaban en Palestina. Reconocíanle todos y le obedecían como a Vicario de Cristo y cabeza de la Iglesia y que en el cielo era confirmado todo lo que Pedro ordenaba y hacía en la tierra. Con esta firmeza de la fe acudían a él, como a Pontífice supremo, con las dudas y cuestiones que se les ofrecían. Y entre las demás le dieron aviso de las que a San Pablo y San Bernabé movieron algunos judíos, así en Antioquía como en Jerusalén, sobre la observancia de la circuncisión y ley de Moisés, como diré adelante (Cf. infra n. 496), y lo refiere San Lucas en el capítulo 15 de los Hechos apostólicos.

457. Con esta ocasión los Apóstoles y discípulos de Jerusalén pidieron a San Pedro volviese a la ciudad santa para resolver aquellas controversias y disponer lo que convenía para que no se embarazase la predicación de la fe, pues ya los judíos con la muerte de Herodes no tenían quién los amparase y la Iglesia gozaba de mayor paz y tranquilidad en Jerusalén. Pidieron también hiciese instancia a la Madre de Jesús para que por estas mismas causas volviese a la ciudad, donde la deseaban los fieles con íntimo afecto de corazón y con su presencia serían consolados en el Señor y todas las cosas de la Iglesia se prosperarían. Por estos avisos determinó San Pedro partir luego a Jerusalén y antes escribió a la Reina santísima la carta siguiente:

458. *Carta de san Pedro para María santísima.*—A María Virgen, Madre de Dios, Pedro apóstol de Jesucristo, siervo vuestro y de los siervos de Dios. Señora, entre los fieles se han movido algunas dudas y diferencias sobre la doctrina de Vuestro Hijo y nuestro Redentor, y si con ella se ha de guardar la ley antigua de Moisés. Quieren saber de nosotros lo que en esto conviene y que digamos lo que oímos de la boca de nuestro divino Maestro. Para consultar a mis hermanos los Apóstoles me parto luego a Jerusalén, y Os pedimos que para consuelo de todos y por el amor que tenéis a la Iglesia volváis a la misma ciudad, donde los hebreos, después que murió Herodes, están más pacíficos y los fieles con mayor seguridad. La multitud de los seguidores de Cristo os desean ver y consolarse con Vuestra presencia. Y en estando en Jerusalén daremos este aviso a las demás ciudades, y con Vuestra asistencia se determinará lo que conviene en las materias de la santa fe y de la grandeza de la ley de gracia.

459. Este fue el temor y estilo de la carta y comúnmente le guardaron los Apóstoles, escribiendo primero el nombre de la persona o personas a quien escribían y después el de quien escribía, o al contrario, como parece en las epístolas de San Pedro y de San Pablo y otros Apóstoles. Y llamar a la Reina Madre de Dios fue acuerdo de los Apóstoles después que ordenaron el Credo, y que unos con otros la llamasen Virgen y Madre, por lo que importaba a la Santa Iglesia asentar en el corazón de todos los fieles el artículo de la virginidad y maternidad de esta gran Señora. Algunos otros fieles la llamaban *María de Jesús o María la de Jesús Nazareno;* otros menos capaces la nombraban *María, hija de Joaquín y Ana;* y de todos estos nombres usaban los primeros hijos de la fe para hablar de nuestra Reina. Pero la Santa Iglesia, usando más del que le dieron los Apóstoles, la llama Virgen y Madre de Dios, y a éste ha juntado otros muy ilustres y misteriosos. Entrególe la carta de San Pedro a la divina Señora un propio que la llevaba y dándosela la dijo cómo era del Apóstol. Recibióla y venerando al Vicario de Cristo se puso de rodillas y besó la carta, pero no la abrió, porque San Juan Evangelista estaba en la ciudad predicando. Y luego que llegó el Evangelista a su presencia, puesta de rodillas le pidió la bendición, como lo

acostumbraba (Cf. supra n. 368), y le entregó la carta, diciendo era de San Pedro el Pontífice de todos. Preguntóle San Juan Evangelista lo que contenía la carta. Y la Maestra de las virtudes respondió: Vos, señor, la veréis primero y me diréis a mí lo que contiene.—Así lo hizo el Evangelista.

460. No me puedo contener de admiración y en la confusión propia a la vista de tal humildad y obediencia como en esta ocasión, aunque parece de poca monta, manifestó María santísima; pues sola su divina prudencia pudo hacer juicio que siendo Madre de Dios y la carta del Vicario de Cristo, era mayor humildad y rendimiento no leerla ni abrirla por sí sola, sin la obediencia del ministro que tenía presente, para obedecerle y gobernarse por su voluntad. Con este ejemplo queda reprendida y enseñada la presunción de los inferiores, que andan buscando salidas y razones excusadas para trampear la humildad y obediencia que debemos a los superiores. Pero en todo fue María santísima maestra ejemplar de santidad, así en las cosas pequeñas como en las mayores. En leyendo el Evangelista la carta de San Pedro a la gran Señora, la preguntó qué le parecía en lo que suscribía el Vicario de Cristo. Y tampoco en esto quiso mostrarse superior ni igual sino obediente y respondió a San Juan Evangelista: Hijo y señor mío, ordenad vos lo que más conviene, que aquí está vuestra sierva para obedecer.—El Evangelista dijo que le parecía razón obedecer a San Pedro y volverse luego a Jerusalén.—Justo y debido es, respondió María purísima, obedecer a la Cabeza de la Iglesia; disponed luego la partida.

461. Con esta determinación fue luego San Juan Evangelista a buscar embarcación para Palestina y prevenir lo que para ella era necesario y disponer con brevedad la partida. En el ínterin que solicitaba esto el Evangelista, llamó María santísima a las mujeres que tenía en Efeso por conocidas y discípulas, para despedirse de ellas y dejarlas informadas de lo que para conservarse en la fe debían hacer. Eran estas mujeres en número setenta y tres, y muchas de ellas vírgenes, especialmente las nueve que dije arriba se libraron de la ruina del templo de Diana (Cf. supra n. 445). A éstas y otras muchas había catequizado y convertido en la fe por sí misma María santísima, y de todas

había hecho un colegio en la casa donde vivía, con las mujeres que la hospedaron en ella. Y con esta congregación comenzó la divina Señora a recompensar los pecados y abominaciones que por tantos siglos se habían cometido en el templo de Diana, dando principio a la común guarda de la castidad en el mismo lugar de Efeso, donde el demonio la había profanado. De todo esto tenía informadas a estas discípulas, aunque no sabían que la gran Señora había destruido el templo; porque este suceso convenía guardarle en secreto, para que ni los judíos tuviesen motivo contra la piadosa Madre, ni los gentiles se indignasen contra ella, por el insano amor que tenían a su Diana. Y así ordenó el Señor que el suceso de la ruina se tuviese por casual y se olvidase luego y los autores profanos no le escribiesen, como el primer incendio.

462. Habló María santísima a estas discípulas suyas con palabras dulcísimas, para consolarlas en su ausencia, y dejóles un papel escrito de su mano, en que les decía: Hijas mías, por la voluntad del Señor todopoderoso me es forzoso volver a Jerusalén. En mi ausencia tendréis presente la doctrina que de mí habéis recibido y yo la oí de la boca del Redentor del mundo. Reconocedle siempre por vuestro Señor, Maestro y Esposo de vuestras almas, sirviéndole y amándole de todo corazón. Tened en la memoria los mandamientos de su santa ley, y en ellos seréis informadas de sus ministros y sacerdotes, a quienes tendréis en grande veneración y obedeceréis a sus órdenes con humildad, sin oír ni admitir a otros maestros que no sean discípulos de Cristo mi Hijo santísimo, seguidores de su doctrina; yo cuidaré siempre de que os asistan y amparen, y no me olvidaré jamás de vosotras ni de presentaros al Señor. En mi lugar queda María la Antigua, a ella obedeceréis en todo, respetándola y amándola, y cuidará de vosotras con el mismo amor y desvelo. Guardaréis inviolable retiro y recogimiento en esta casa y jamás entre varón en ella y, si fuere forzoso hablar a alguno, sea en la puerta estando tres presentes de vosotras. En la oración seréis continuas y retiradas; diréis y cantaréis las que os dejo escritas en el aposento donde yo estaba. Guardad silencio y mansedumbre; y con ningún prójimo hagáis más de lo que deseáis para vosotras. Hablad

siempre verdad y tened presente continuamente a Cristo crucificado en todos vuestros pensamientos, palabras y obras. Adoradle y confesadle por Criador y Redentor del mundo; y en su nombre os doy su bendición y pido asista en vuestros corazones.

463. Estos avisos y otros dejó María santísima a toda aquella congregación que había dedicado a su Hijo y Dios verdadero. Y la que señaló para superior de ella era una de las mujeres piadosas que la hospedaron y cuya era la casa. Esta era mujer de gobierno y con quien más había comunicado la Reina y la tenía más informada de la ley de Dios y de sus misterios. Llamábanla María la Antigua, porque a muchas mujeres les puso en el bautismo su propio nombre la divina Señora, comunicándoles sin envidia, como dice la Sabiduría (Sab 7, 13), la excelencia de su nombre, y porque esta María fue la primera que se bautizó en Efeso con este nombre se llamaba la Antigua a diferencia de las otras más modernas. Dejóles también escrito el Credo con el Pater noster y los diez Mandamientos, y otras oraciones que rezasen vocalmente. Y para que hiciesen estos y otros ejercicios les dejó una Cruz grande en su oratorio, fabricada por mano de los Santos Ángeles, que por su mandado la hicieron con grande presteza. Luego sobre todo esto, para obligarlas más, como piadosa Madre les repartió entre todas las alhajas y cosas que tenía, pobres en valor humano pero ricas y de inestimable precio por ser prendas suyas y testimonio de su maternal caricia.

464. Despidióse de todas con mucha compasión de dejarlas solas, por haberlas engendrado en Cristo, y todas se postraron a sus pies con mayor llanto y abundantes lágrimas, como quien perdía en un momento el consuelo, el refugio y alegría de sus corazones. Pero con el cuidado que la beatísima Madre tuvo siempre de aquella su devota congregación perseveraron todas setenta y tres en el temor de Dios y fe en Cristo nuestro Señor, aunque las movió el demonio grandes persecuciones por sí y por los moradores de Efeso. Y previniendo todo esto la prudente Reina, hizo fervorosa oración por ellas antes de partir, pidiendo a su Hijo santísimo las guardase y

conservase y que destinase un Ángel que defendiese aquella pequeña grey. Y todo lo concedió el Señor como lo pidió su Madre santísima. Y después las consoló muchas veces con exhortaciones desde Jerusalén y encargó a los discípulos y Apóstoles que fueron a Efeso cuidasen de aquellas vírgenes y mujeres recogidas. Y esto hizo todo el tiempo que vivió la gran Señora.

465. Llegó el día de partir para Jerusalén, y la humilde entre las humildes pidió la bendición a San Juan Evangelista y con ella se fueron juntos a embarcar, habiendo estado en Efeso dos años y medio. Y a la salida de su posada se le manifestaron a la gran Señora todos sus mil Ángeles en forma humana visible, pero todos como de batalla y armados para ella en forma de escuadrón. Esta novedad fue el aviso con que se le dio inteligencia de que se previniese para continuar el conflicto con el Dragón grande y sus aliados. Y antes de llegar al mar vio gran multitud de legiones infernales que venían a ella con espantosas figuras varias, todas de gran terror, y tras ellas venía un Dragón con siete cabezas, tan horrible y tan disforme que excedía a un grande navío y sólo el verlo tan fiero y abominable era causa de gran tormento. Contra estas visiones tan espantosas se previno la invencible Reina con ferventísima fe y caridad y con las palabras de los salmos y otras que oyó de la boca de su Hijo santísimo; y a los Santos Ángeles ordenó que la asistiesen, porque naturalmente aquellas figuras tan horribles le causaron algún temor y horror sensible. El Evangelista no conoció entonces esta batalla, hasta que después le informó la divina Señora y tuvo inteligencia de todo.

466. Embarcóse Su Alteza con el Santo, y el navío se dio a la vela. Pero a poca distancia del puerto aquellas furias infernales, con el permiso que tenían, alteraron el mar con una tormenta tan deshecha y espantosa cual nunca otra semejante se había visto en él hasta aquel día ni hasta ahora, porque en esta maravilla quiso el Omnipotente glorificar su brazo y la santidad de María y para esto dio aquel permiso a los demonios, que estrenasen toda su malicia y fuerzas en esta batalla. Entumeciéronse las olas con terribles gemidos, levantándose sobre los mismos

vientos, y al parecer sobre las nubes, y formando entre ellas unas montañas de espuma y de agua, que parecía tomaban la corrida para quebrantar las cárceles en que están encerradas (Sal 103, 9). El navío era combatido y azotado por un costado y por otro, de manera que con cada golpe parecía gran maravilla no quedar hecho polvo. Unas veces era levantado hasta el cielo, otras descendía a romper las arenas de lo profundo, muchas tocaba con las gavias y con las entenas en las espumas de las olas, y en algunos ímpetus de esta inaudita tormenta fue necesario que los Santos Ángeles sustentaran el navío en el aire, y le sustentaban inmóvil mientras pasaban algunos combates del mar que naturalmente habían de anegarle y echarle a pique.

467. Los marineros y navegantes reconocían el efecto de este favor, pero ignoraban la causa, y oprimidos de la tribulación estaban fuera de sí, dando voces y llorando su ruina, que les parecía inevitable. Acrecentaron los demonios esta aflicción, porque tomando forma humana gritaban a grandes voces, como si estuvieran en otros navíos que iban en conserva en este viaje, y a los que iban en el de la gran Señora les decían que dejasen perecer aquel navío y se salvasen los que pudiesen en los demás; que si bien todos padecían tormenta, pero la indignación de estos dragones y su permiso miraba sólo al navío en que navegaba su enemiga y los demás no eran tan molestados de las olas, aunque todos padecían grande riesgo. Esta malicia de los demonios conoció sola María santísima, y como los marineros lo ignoraban creyeron que las voces eran verdaderamente de los otros navegantes y marineros y con este engaño desampararon algunas veces el navío propio, dejando de gobernarle, en confianza de salvarse en los otros navíos. Pero este error e impiedad enmendaron los Ángeles que asistían al navío donde iba la gran Reina, gobernándole y encaminándole cuando los marineros le dejaron para que se rompiese y fuese a pique a la disposición de la fortuna.

468. En medio de tan confusa tribulación y llantos estaba María santísima en extrema quietud, gozando de serenidad el océano de su magnanimidad y virtudes, pero

ejercitándolas todas con actos tan heroicos como la ocasión y su sabiduría lo pedían. Y como en esta embarcación tan borrascosa conoció por experiencia los peligros de la navegación, que en la venida de Efeso había entendido por revelación divina, movióse a nueva compasión de todos los que navegaban y renovó la oración y petición que antes hizo por ellos, como arriba se dijo (Cf. supra n. 371). Admiróse también la prudentísima Virgen de la fuerza indómita del mar y consideró en ella la indignación de la Justicia divina, que en aquella criatura insensible resplandecía tanto. Y pasando de esta consideración a la de los pecados de los mortales, que llegan a merecer la ira del Omnipotente, hizo grandes peticiones por la conversión del mundo y aumento de la Iglesia. Y para esto ofreció el trabajo de aquella navegación, que, no obstante la quietud de su alma, padeció mucho en el cuerpo y sin comparación más en la aflicción que padecía de saber que todos los que allí iban eran perseguidos del demonio para afligirla y perseguirla a ella.

469. Al Evangelista San Juan le alcanzó gran parte de esta tribulación, por el cuidado que llevaba de su verdadera Madre y Señora del mundo. Y esta pena se añadía a la que el mismo Santo padecía por su trabajo propio. Y todo era más terrible para él, porque entonces no conocía lo que pasaba por el interior de la beatísima Virgen. Procuraba algunas veces consolarla y consolarse también a sí mismo con asistirla y hablar con ella. Y aunque la navegación de Efeso a Palestina suele ser de seis días, o poco más, ésta les duró quince y la tormenta catorce. Un día se afligió mucho San Juan Evangelista con la perseverancia de tan desmedido trabajo y sin poderse detener la dijo: Señora mía, ¿qué es ésto? ¿Hemos de perecer aquí? Pedid a Vuestro Hijo santísimo que nos mire con ojos de Padre y nos defienda en esta tribulación.—María santísima le respondió: No os turbéis, hijo mío, que es tiempo de pelear las guerras del Señor y vencer a sus enemigos con fortaleza y paciencia. Yo le pido no perezca nadie de los que van con nosotros, y no se duerme ni se dormita el que es guarda de Israel (Sal 120, 4), los fuertes de su corte nos asisten y defienden; padezcamos nosotros por el que se puso en la Cruz por la salvación de

todos.—Con estas palabras cobró San Juan Evangelista nuevo esfuerzo, que lo había menester.

470. Lucifer y sus demonios, acrecentando el furor, amenazaban a la poderosa Reina que perecería en aquella tormenta y no saldría libre del mar. Pero éstas y otras amenazas eran flechas muy párvulas, y la prudentísima Madre las despreciaba, sin atender a ellas, sin mirar a los demonios ni hablarles sola una palabra, ni ellos la pudieron ver la cara, por la virtud que en ella puso el Altísimo, como arriba dije (Cf. supra n. 449). Y cuanto mayor conato ponían en esto, tanto menos lo conseguían y tanto más eran atormentados con aquellas armas ofensivas de que vistió el Señor a su Madre santísima. Aunque en este largo conflicto siempre le tuvo oculto el fin, y lo estuvo Su Majestad, sin que se le manifestase por alguna visión de las que ordinariamente solía tener.

471. Pero a los catorce días de la navegación y tormenta se dignó su Hijo santísimo de visitarla en persona y descendió de las alturas, apareciéndosele en el mar, y la dijo: Madre mía carísima, con vos estoy en la tribulación.—Con la vista y palabras del Señor, aunque en todas las ocasiones que la tenía recibía inefable consolación, pero en este trabajo fue más estimable para la beatísima Madre, porque el socorro en la necesidad mayor es más oportuno. Adoró a su Hijo y Dios verdadero y respondióle: Dios mío y bien único de mi alma, Vos sois a quien el mar y los vientos obedecen (Mt 8, 27); mirad, Hijo mío, nuestra aflicción, no perezcan las hechuras de vuestras manos.—Díjole el Señor: Madre mía y paloma mía, de vos recibí la forma de hombre que tengo y por esto quiero que todas mis criaturas obedezcan a vuestro imperio; mandad como Señora de todas, que a vuestra voluntad están rendidas.—Deseaba la prudentísima Madre que mandara el Señor a las olas en esta ocasión, como en la tormenta que tuvieron los Apóstoles en el mar de Galilea, pero la ocasión era diferente y allí no hubo otro que pudiese mandar a los vientos y a las aguas. Obedeció María santísima y en virtud de su Hijo santísimo mandó lo primero a Lucifer y sus demonios que al punto saliesen del mar Mediterráneo y le dejasen libre; y luego despejaron y

se fueron a Palestina, porque entonces no les mandó bajar al profundo, por no estar acabada con ellos la batalla. Retirados estos enemigos, mandó al mar y a los vientos que se quietasen, y al punto obedecieron, quedando en tranquilidad pacífica y serena en brevísimo tiempo, con asombro de los navegantes, que no conocieron la causa de tan repentina mudanza. Y Cristo nuestro Salvador se despidió de su Madre santísima, dejándola llena de bendiciones y júbilo, y la ordenó que el día siguiente saliese a tierra. Y sucedió así, porque a los quince de la embarcación llegaron con bonanza al puerto y desembarcaron. Nuestra Reina y Señora dio gracias al Omnipotente por aquellos beneficios y le hizo un cántico de loores y alabanzas, porque a ella y a los demás los había sacado de tan formidables peligros. El Evangelista Santo hizo lo mismo, y la divina Madre le agradeció también el haberla acompañado en sus trabajos y le pidió la bendición, y caminaron a Jerusalén.

472. Acompañaban los Santos Ángeles a su Reina y Señora en la misma forma de pelear que dije (Cf. supra n. 465) cuando salieron de Efeso, porque también los demonios continuaban la batalla desde que salió a tierra donde la esperaban. Y con increíble furor la acometieron con varias sugestiones y tentaciones contra todas las virtudes; pero estas flechas retrocedían contra ellos, sin hacer mella en la torre de David, que dijo el Esposo tenía pendientes mil escudos y todas las armas de los fuertes (Cant 4, 4) y del muro edificado con propugnáculos de plata (Cant 8, 9). Antes de llegar a Jerusalén, solicitaba el corazón de la gran Señora la piedad y devoción de los Lugares consagrados con nuestra Redención, para visitarlos primero de ir a su casa, como fue lo último que hizo cuando se ausentó de la ciudad, pero como estaba en ella San Pedro, por cuyo llamamiento venía y sabía como maestra de las virtudes el orden que se ha de guardar en ellas, determinó anteponer la obediencia del Vicario de Cristo a su propia devoción. Con esta atención de la obediencia se fue derecha a la casa del cenáculo, donde estaba San Pedro, y puesta de rodillas en su presencia le pidió la bendición y que la perdonase no haber cumplido antes con su mandato, pidióle la mano y se la besó como a sumo Sacerdote; pero no se disculpó de

haber tardado en el viaje por la tempestad, ni le dijo otra cosa, y sólo por la relación que después le hizo San Juan tuvo San Pedro noticia de los trabajos que en la navegación habían padecido. Pero el Vicario de Cristo nuestro Salvador y todos sus discípulos y fieles de Jerusalén recibieron a su Maestra y Señora con indecible gozo, veneración y afecto, y se postraron a sus pies, agradeciéndole que hubiese venido a llenarlos de alegría y consuelo y donde la pudiesen ver y servir.

Doctrina que me dio la gran Reina María santísima.

■

473. Hija mía, continuamente quiero que renueves en tu memoria la advertencia que desde el principio te he dado para escribir estos venerables secretos de mi vida; porque no es mi voluntad que seas sólo instrumento insensible para manifestarlos a la Iglesia, sino antes quiero que tú seas la que primera y sobre todos logres este nuevo beneficio, practicando en ti misma mi doctrina y el ejemplo de mis virtudes; que para esto te llamó el Señor y te elegí yo por mi hija y mi discípula. Y por el digno reparo que has hecho de la humildad que yo tuve en no abrir la carta de San Pedro sin voluntad de mi hijo San Juan Evangelista, quiero manifestarte más la doctrina que se encierra en lo que yo hice, advirtiendo que en estas dos virtudes, humildad y obediencia, que son el fundamento de la perfección cristiana, no hay cosa pequeña y todas son de sumo agrado del Altísimo y tienen copiosa remuneración de su liberal misericordia y justicia.

474. Advierte, pues, carísima, que como a la condición humana ninguna obra es más violenta que sujetarse una persona a la voluntad de otra, así tampoco ninguna es más necesaria que ésta para domar su altiva cerviz, que el demonio pretende levantar en todos los hijos de Adán. Por esto trabajan los enemigos con sumo desvelo en hacer que los hombres se arrimen cada uno a su propio parecer y voluntad. Y con este engaño gana muchos triunfos, y destruye innumerables almas por diversos caminos, porque en todos los estados y condiciones de los mortales derrama este veneno, solicitando ocultamente a todos que cada uno siga su parecer y que ningún inferior y

súbdito se sujete a las leyes y voluntad del superior, pero que las desprecie y quebrante, pervirtiendo el orden de la Divina Providencia, que puso todas las cosas bien ordenadas. Y porque todos destruyen este gobierno del Señor, está el mundo lleno de confusión y tinieblas, alteradas todas las cosas y gobernándose cada uno por su antojo, sin otra atención ni respeto a Dios y a las leyes.

475. Pero aunque este daño es general y odioso en los ojos del Supremo Gobernador y Señor, mucho más pesa en los religiosos, que estando atados con los votos de sus religiones, andan forcejando por ensanchar estos lazos o para desatarse de ellos. Y no hablo ahora de los que atrevidamente los rompen y quebrantan sus votos en lo poco y en lo mucho; ésta es temeridad formidable y trae consigo la sentencia de condenación eterna. Para no llegar a este peligro, amonesto yo a los que en la religión quieren asegurar su salvación, se guarden de buscar opiniones y declaraciones con que sisar y ensanchar la obediencia que deben a Dios en sus prelados, examinando en ella y en los otros votos, hasta dónde pueden llegar sin pecado en hacer su voluntad y si pueden disponer de poco o de mucho sin licencia y por su propio parecer. Estos conatos nunca son para guardar los votos, sino para quebrantarlos, sin oír a la conciencia que les remuerde. Adviértoles que el demonio procura que traguen estos mosquitos venenosos, para que poco a poco lleguen a tragar los camellos de mayores culpas, después de acostumbrados a las que parecen menores. Y los que siempre quieren llegar tirando la cuerda hasta los umbrales de la muerte del pecado mortal, por lo menos merecen que después el justo Juez les examine y escudriñe sus conciencias para premiarles lo menos que pudiere, como ellos quisieran hacer por Dios lo menos en que obligarle, y en esto estudiaron toda la vida.

476. Estas doctrinas de buscar ensanches a la ley de Dios, que sólo vienen a hacerlo para el deleite y para la carne, son muy aborrecibles para mi Hijo santísimo y para mí; porque es gran desamor obedecer a su divina ley a no poder más, de manera que sólo obra el temor del castigo y no el amor de quien lo manda, y por éste nada se hiciera, si

no amenazara el castigo. Muchas veces por no humillarse el súbdito al prelado inferior, acude por licencia al superior y tal vez la pide general y de aquel que menos puede conocer y entender el peligro del que la pide. No se puede negar que cualquiera es obediencia, pero también es cierto que todos estos rodeos son para obrar con más libertad y peligro y con menos merecimiento, pues sin duda le hay mayor en obedecer y sujetarse al inferior y que es peor acondicionado y menos acomodado a su dictamen y a su gusto. No aprendí yo esta doctrina en la escuela de mi Hijo santísimo ni la practiqué en mis obras; para todas las cosas pedía licencia a los que tenía por superiores y jamás estuve sin ellos, como lo has conocido, y para leer y abrir la carta de San Pedro, que era la cabeza de la Iglesia, esperé la voluntad del inferior, que era el ministro para mí inmediato.

477. No quiero, hija mía, que sigas la doctrina de los que buscan libertad y licencias al gusto, pero yo te elijo y te conjuro para que me imites y sigas por el camino perfecto y seguro de la perfección. El buscar ensanches y explicaciones tiene pervertido el estado de la vida religiosa y cristiana. Siempre te has de humillar y vivir sujeta a la obediencia, y no te excusa de esto el ser prelada, pues tienes confesores y superiores. Y si alguna vez que están ausentes no puedes obrar con su obediencia, pide consejo y obedece a alguna de tus súbditas o inferiores en el oficio. Para ti todas han de ser superiores; y no te parezca mucho esto, pues tú eres la menor de los nacidos y en este lugar te has de poner, humillándote a todos como inferior a ellos, para que seas mi verdadera imitadora y mi hija y discípula. A más de esto, has de ser puntual en decirme cada día tus culpas dos veces y pedirme licencia todas las que fuere menester para lo que has de obrar y luego te confesarás cada día de las faltas que hicieres. Yo te amonestaré y mandaré lo que te conviene por mí y por los ministros del Señor, y no has de recatear decir a muchos tus culpas ordinarias, para que en todo y con todos te humilles delante de los ojos del Señor y de los míos. Esta ciencia escondida del mundo y de la carne quiero que aprendas y la enseñes a tus monjas. Y en enseñártela yo a ti quiero premiarte lo que has

trabajado en escribir mi vida, con estas noticias que te doy de tan importante doctrina, para que entiendas que si has de obrar imitándome como debes no has de comunicar, ni hablar, ni obrar, ni escribir, ni recibir carta ni moverte, ni tener pensamiento, si es posible, sin mi obediencia y de quien te gobierna. Los mundanos y carnales llaman a estas virtudes impertinencias o ceremonias, pero esta ignorancia tan soberbia tendrá su castigo, cuando en la presencia del justo Juez se apuren las verdades y se vea quiénes fueron los ignorantes y los sabios, y sean premiados aquellos que como siervos verdaderos fueron fieles en lo poco y en lo mucho, y los necios conocerán el daño que se han hecho con la prudencia carnal cuando no tengan remedio.

478. Y porque te ha despertado alguna emulación el saber que yo por mí misma gobernaba aquella congregación de mujeres recogidas en Efeso, te advierto que no la tengas. Atiende que tú y tus monjas me habéis elegido por vuestra Prelada y especial Patrona, para que como Reina y Señora os gobierne; y quiero que entiendan lo he admitido y me constituyo por tal para siempre, con condición que ellas sean perfectas en sus vocaciones, y muy fieles con su Dueño, mi Hijo santísimo, que las eligió para esposas suyas. Adviérteselo muchas veces, para que se guarden y se retiren del mundo, y le desprecien de todo corazón; que guarden recogimiento y se conserven en paz, y no degeneren de hijas mías; que sigan y ejecuten la doctrina que te he dado en esta mi Historia para ti y para ellas; que la estimen con suma veneración y agradecimiento, escribiéndola en sus corazones, pues en haberles dado mi vida para su arancel y gobierno de sus almas, escrita por tu mano, en esto hago oficio de Madre y de Prelada, para que ellas como súbditas y como hijas sigan mis pisadas, imiten mis virtudes y me correspondan a esta fidelidad y amor.

479. Otra advertencia importante tienes en este capítulo, esto es, que los malos obedientes, en sucediéndoles alguna adversidad en lo que se les ha mandado, luego se contristan, afligen y conturban, y para honestar su impaciencia culpan a quien se lo mandó y le desacreditan,

o con los superiores o con los otros, como si el que manda estuviese obligado a excusar los sucesos contingentes del inferior, o si tuviese a su cuenta el gobierno de todas las cosas del mundo para disponerlas a gusto del inferior. Este engaño va tan fuera de camino, que muchas veces en premio del rendimiento pone Dios en trabajos al que obedece para acrecentarle mérito y corona; otras veces sucederá que le castiga por la repugnancia con que obedecieron de mala gana; y de ninguna cosa de éstas tiene culpa el prelado que manda. Y el Señor dijo solamente: Quien a vosotros oye y quien os obedece, a mí me oye y obedece (Lc 10, 16). Y el trabajo que resulta de obedecer, siempre es en beneficio del obediente, y si no le aprovecha, no tiene la culpa quien le manda. No hice yo cargo a San Pedro porque me mandó venir de Efeso a Jerusalén, aunque padecí tanto en el viaje, que antes le pedí perdón de no haber cumplido con más brevedad su mandato. Nunca seas para tus prelados grave ni pesada, que esto es muy fea libertad y destruye el mérito de la obediencia. Míralos con reverencia, como a quien tiene el lugar de Cristo, y será copioso el mérito de obedecerlos; sigue mis pisadas y el ejemplo y doctrina que te doy, y en todo serás perfecta.

CAPITULO 6

Visita María santísima los sagrados Lugares, gana misteriosos triunfos de los demonios, vio en el cielo la divinidad con visión beatífica y celebran concilio los Apóstoles, y los secretos ocultos que sucedieron en todo esto.

480. Gloriosamente desfallecen los conatos de nuestra capacidad en explicar la plenitud de perfección que tenían todas las obras de María santísima, porque siempre quedamos vencidos de la grandeza de cualquiera pequeña virtud, si alguna lo fue pequeña por parte de la materia en que la obraba la gran Señora. Pero siempre será muy feliz la porfía de nuestra parte, no presuntuosa en apear el océano de la gracia, sino humillada para glorificar y engrandecer con ella a su Hacedor y para descubrir más y

más que con admiración imitemos. Yo me tendré por muy dichosa, si doy a conocer a los hijos de la Iglesia, manifestando los favores que Dios hizo con nuestra gran Reina, algo de lo que no puedo explicar con términos propios y adecuados, porque no los alcanzo, aunque todo lo haré como tarda, balbuciente y sin espíritu de devoción. Admirables fueron los sucesos que para este capítulo y los siguientes se me han dado a conocer. Diré en ellos lo que pudiere para índice de lo que entenderá la fe y piedad cristiana.

481. Después que María santísima cumplió con la obediencia de San Pedro, como en el capítulo antecedente queda dicho, le pareció debía cumplir con su piadosa devoción, visitando los Sagrados Lugares de nuestra redención. Dispensaba todas las obras de las virtudes con tal prudencia que ninguna omitía, dando su lugar a cada una para que no les faltasen todas las circunstancias, con que tenían la plenitud de la perfección posible. Y con esta sabiduría hacía primero lo que era más y primero en orden y después lo que parecía menos, pero uno y otro con todo el lleno que cada cosa pedía en sus operaciones. Salió del Santo Cenáculo a visitar los Sagrados Lugares, acompañada de sus Ángeles, y siguiéndola Lucifer y sus demonios, continuando su batalla. La batería de estos dragones era terrible en demostraciones, amenazas varias y espantosas figuras, y a este modo, eran también sus tentaciones y sugestiones. Pero en llegando la gran Señora a venerar alguno de los lugares de nuestra Redención, se quedaban lejos los demonios, porque los detenía la virtud divina, y también sentían que les quebrantaba las fuerzas la que el Redentor había comunicado en aquellos puestos con los misterios de nuestra Redención. Porfiaba Lucifer por acercarse a ellos, esforzándole la temeridad de su misma soberbia, porque con el permiso que tenía de perseguir y tentar a la Señora de las virtudes deseaba, si pudiera, ganar de ella alguna victoria en aquellos mismos Lugares donde él había quedado vencido, o al menos impedirla que no los venerase con la reverencia y culto que lo hacía.

482. Pero el Altísimo ordenó que la virtud de su brazo

poderoso obrase contra Lucifer y sus demonios, por medio de la Reina, y que las mismas acciones que en ella pretendían estorbar fuesen el cuchillo con que los degollase y venciese. Y sucedió así, porque la devoción y veneración con que la divina Madre adoró a su Hijo santísimo y renovó las memorias y agradecimiento a la Redención, fueron de tan gran terror para los demonios, que no lo pudieron tolerar y sintieron contra sí una fuerza de parte de María santísima que los oprimió y atormentó, obligándolos a que se retirasen más lejos de la presencia de esta invencible Reina. Daban espantosos bramidos, que sola ella los oía, y decían: Alejémonos de esta Mujer, nuestra enemiga, que tanto nos confunde y oprime con sus virtudes. Pretendíamos borrar la memoria y veneración de estos Lugares en que los hombres fueron redimidos y nosotros despojados de nuestro señorío, y esta Mujer, siendo pura criatura, impide nuestros intentos y renueva el triunfo que su Hijo y Dios ganó de nosotros en la cruz.

483. Prosiguió María santísima las estaciones de todos los Lugares sagrados en compañía de sus Ángeles, y en llegando al monte Olívete, que era el último, estando en el lugar donde su Hijo santísimo subió a los cielos, descendió de ellos Su Majestad con inefable hermosura y gloria a visitar y consolar a su purísima Madre. Manifestósele con caricias y regalos de Hijo, pero como Dios infinito y poderoso, y de tal manera la deificó y elevó sobre el ser terreno con los favores que en esta ocasión la hizo, que por mucho tiempo estuvo como abstraída de todo lo visible y, aunque no dejaba de acudir a todas las obras exteriores, fue necesario hacerse mayor fuerza para atender a ellas que otras veces, porque toda quedó espiritualizada y transformada en su Hijo santísimo. Conoció la gran Reina, porque el mismo Señor se lo dijo, que aquellos beneficios eran alguna parte del premio de su humildad y obediencia que había tenido con San Pedro, ejecutando luego sus mandatos y anteponiéndolos no sólo a su devoción sino a su comodidad. Diola también palabra de asistirla en su batalla con los demonios y, ejecutándose luego esta promesa, ordenó el mismo Señor que Lucifer y sus ministros reconocieran en María santísima alguna novedad de mayor excelencia contra ellos.

484. Volvióse la Reina al cenáculo, y cuando los demonios intentaron volver a sus tentaciones y sintieron lo mismo que si una pelota de viento con grande ímpetu topara con un muro de bronce, que resurtiera con suma presteza y velocidad hacia donde venía; así les sucedió a estos desvanecidos enemigos, que retrocedieron de la vista de María santísima con más furor contra sí mismos que llevaban contra ella. Multiplicaron sus bramidos y despechos, y confesando por fuerza muchas verdades decían: ¡Oh infelices de nosotros, a vista de la felicidad de la humana naturaleza! A grande excelencia y dignidad ha subido en esta pura criatura. ¡ Qué ingratos serán los hombres y qué estultos si no logran los bienes que reciben en esta hija de Adán! Ella es su remedio y nuestra destrucción. Grande es su Hijo con ella, pero ella no lo desmerece. Crudo azote es para nosotros que nos obliga a confesar estas verdades. ¡Oh si nos ocultara Dios a esta Mujer, cuya vista así añade tantos tormentos a nuestra envidia! ¿Cómo la venceremos, si sola su vista es para nosotros insufrible? Pero consolémonos de que perderán los hombres lo mucho que les granjea esta Mujer y que la despreciarán estultamente. En ellos vengaremos nuestros agravios, ejecutaremos nuestro enojo, llenarémoslos de ilusiones y de errores; porque si atienden a este ejemplo, todos se valdrán de esta Mujer y seguirán sus virtudes. Pero no basta esto para consuelo mío —añadió Lucifer—, porque sólo de esta su Madre se dejará obligar Dios más que le desobligan los pecados de los que nosotros pervertimos, y cuando esto no sea así no sufre mi condición que la humana naturaleza sea levantada en una pura criatura y mujer flaca. Este agravio es insufrible; volvamos a perseguirla, esforcemos nuestra envidia y su furor al de la pena y, aunque la padezcamos todos, no desmaye nuestra soberbia, que posible será ganar algún triunfo de esta enemiga nuestra.

485. Todas estas furiosas amenazas conocía y las oía María santísima, pero todas las despreciaba como Reina de las virtudes, y sin mudar semblante se recogió en esta ocasión a su oratorio, para conferir a solas con su altísima prudencia los misterios del Señor en aquella batalla con el Dragón y los negocios arduos en que la Iglesia se hallaba

ocupada sobre poner fin a la circuncisión y ceremonias de la antigua ley. Para todo esto trabajó algunos días la Reina de los Ángeles, ocupándose muy retirada de continuos ejercicios, oraciones, peticiones, lágrimas y postraciones. Y para lo que a ella tocaba, pedía al Señor extendiese el brazo de su omnipotencia contra Lucifer y le diese la victoria contra él y sus demonios. Y no cesaba en estas peticiones, aunque sabía la gran Señora que tenía de su parte al Altísimo que no la dejaría en la tribulación, antes bien obraba de su parte, como si fuera la más frágil de las criaturas en tiempo de la tentación, para enseñarnos lo que debemos hacer en ella los que tan sujetos estamos a caer y ser vencidos. Pidió para la Santa Iglesia al Señor que asentase la Ley Evangélica, pura, limpia y sin ruga de las antiguas ceremonias.

486. Esta petición hizo María santísima con ardentísimo fervor, porque conoció que Lucifer y todo el infierno pretendían por medio de los judíos conservar la ley de la circuncisión con el bautismo y los ritos de Moisés con la verdad del Evangelio, y que con este engaño serían pertinaces muchos judíos en su ley vieja por los siglos futuros de la Iglesia. Y uno de los frutos y triunfos que alcanzó nuestra gran Señora en esta batalla que tuvo con el Dragón, fue que luego se comenzase a prohibir la circuncisión en el concilio que luego diré y que para adelante se apartase el grano puro de la verdad Evangélica en el curso de la Iglesia, de todas las pajas y aristas secas y sin fruto de las ceremonias mosaicas, como hoy lo hace nuestra Madre Iglesia. Todo esto disponía con sus merecimientos y oraciones la beatísima Madre, mientras llegaban a Jerusalén San Pablo y San Bernabé, que ya sabía venían desde Antioquia enviados por los fieles para resolver con San Pedro y los demás las cuestiones que sobre esto habían movido los judíos, como lo cuenta San Lucas en el capítulo 15 de los Hechos apostólicos.

487. Llegaron San Pablo y San Bernabé, sabiendo que ya la Reina del cielo estaba en Jerusalén, y con el deseo que San Pablo tenía de verla se fueron de camino a donde estaba y se arrojaron ante su presencia con abundantes lágrimas de gozo que sintieron con su vista. No fue menor

el que recibió la divina Madre con los dos Apóstoles, a quienes amaba en el Señor con especial afecto por lo que trabajaban en la exaltación de su nombre y dilatación de la fe. Deseaba la Maestra de los humildes que primero se presentasen los dos Apóstoles a San Pedro y a los demás y a ella la última, como quien se juzgaba menor entre las criaturas. Pero ellos ordenaron bien la veneración y caridad, juzgando que ninguno se debía anteponer a la que era Madre de Dios y Señora de todo lo criado y principio de todo nuestro bien. Postróse también la gran Señora a los pies de San Pablo y San Bernabé y les besó la mano y pidió la bendición. Tuvo San Pablo en esta ocasión una maravillosa abstracción extática, en que se le revelaron de nuevo grandes misterios y prerrogativas de aquella Mística Ciudad de Dios, María santísima, y la vio toda como vestida de la misma divinidad.

488. Con esta visión quedó San Pablo lleno de admiración y con incomparable amor y veneración de María santísima. Y volviendo más en sí mismo la dijo: Madre de toda piedad y clemencia, perdonad a este hombre pecador y vil haber perseguido a Vuestro Hijo santísimo y mi Señor y a su Santa Iglesia.—Respondióle la Madre Virgen y le dijo: Pablo, siervo del Altísimo, si el mismo que os crió y redimió os llamó a su amistad y os ha hecho vaso de elección (Act 9, 15), ¿cómo dejará de perdonaros esta esclava suya? Mi alma le magnifica y engrandece, porque en vos se quiso manifestar tan poderoso, santo y liberal.—Dio gracias San Pablo a la divina Madre por el beneficio de su conversión y por los favores que sobre esto le había hecho guardándole de tantos peligros. Y lo mismo hizo también San Bernabé, y de nuevo le pidieron su protección y amparo, y todo lo ofreció María santísima.

489. San Pedro, como cabeza de la Iglesia, había llamado a los Apóstoles y discípulos que estaban cerca de Jerusalén y con los que estaban en ella, los juntó un día en presencia de la gran Señora del mundo, interponiendo para esto la autoridad de vicario de Cristo, para que la prudente Virgen no se retirase de la junta con su profunda humildad. Estando todos juntos les habló San Pedro, y dijo: Hermanos e hijos míos en Cristo nuestro Señor, necesario ha sido

juntarnos todos para resolver las dudas y negocios que nuestros carísimos hermanos Pablo y Bernabé nos han informado y otras cosas que tocan al aumento de la santa fe. Para esto conviene que preceda la oración, en que pidamos nos asista el Espíritu Santo y en ella perseveraremos diez días, como tenemos de costumbre. Y el primero y último día, celebraremos el Sacrificio Sacrosanto de la Misa, con que preparemos nuestros corazones para recibir la divina luz.—Aprobaron todos este medio, y para celebrar la primera Santa Misa al otro día preparó la Reina la sala del cenáculo, limpiándola y ordenándola decentemente con sus manos, y previno todo lo necesario para comulgar ella y los demás en aquellas Santas Misas. Celebró sólo San Pedro, guardando en estas Santas Misas los mismos ritos y ceremonias que en las otras de que arriba queda dicho (Cf. supra n.112, 217, 227).

490. Los demás Apóstoles y discípulos comulgaron de mano de San Pedro y después de todos María santísima, que siempre tomaba el último lugar. Descendieron muchos Ángeles al cenáculo y al tiempo de consagrar, viéndolo todos, se llenó de admirable resplandor y fragancia, con efectos divinos que les comunicó el Señor en sus almas. Y dicha la primera Santa Misa, destinaron las horas en que juntos habían de perseverar en la oración, sin que se faltase a los ministerios de las almas en lo que fuese necesario, para volverse luego a su oración. Pero la gran Señora se retiró a un lugar donde estuvo sola, sin moverse, ni comer ni hablar en aquellos diez días. En ellos sucedieron tan ocultos secretos y misterios a la Señora del mundo, que para los Ángeles fueron de nueva admiración y para mí es inefable lo que de ellos se me ha manifestado. Diré algo si pudiere con brevedad, que todo no será posible. En habiendo comulgado la divina Madre en la primera Santa Misa de aquellos diez días se recogió a solas, como he dicho, y luego por mandado del Señor la levantaron sus Ángeles y los demás que allí asistían para llevarla en alma y cuerpo al cielo empíreo, quedando un Ángel sustituyendo por ella su figura, para que en el Cenáculo no la echasen de menos los Apóstoles que allí estaban. Lleváronla con la majestad y grandeza que en otras ocasiones he dicho (Cf. supra n. 399), y en ésta fue algo más para el intento del

Señor que lo ordenaba. Y cuando llegó su Madre santísima a la región del aire muy levantada de la tierra, mandó el Señor omnipotente que Lucifer con todos sus demonios del infierno viniesen a la presencia de la misma Reina, en la región del aire donde ella estaba. Y al punto parecieron todos y se presentaron delante de ella, que los vio y conoció como ellos son y el estado que tienen. Fuérale de alguna pena esta vista, porque son abominables y ofensivos, pero estaba guarnecida de la virtud divina para que no la ofendiese aquella visión de tan feas y execrables criaturas. No sucedió así a los demonios; porque les dio el Señor a conocer con particular modo y especies la grandeza y superioridad que sobre ellos tenía aquella mujer a quien perseguían como a enemiga y que era loca osadía lo que contra ella habían presumido e intentado. Y a más de esto, conocieron, para mayor terror, que tenía en su pecho a Cristo sacramentado y que toda la divinidad la tenía como encerrada debajo de la protección de su omnipotencia, para que con la participación de sus divinos atributos los destruyese, humillase y quebrantase.

491. Oyeron los demonios junto con esto una voz que conocieron salía del mismo ser de Dios, y les decía: Con este escudo de mi brazo poderoso tan invencible y fuerte defenderé siempre mi Iglesia, y esta Mujer quebrantará la cabeza de la antigua serpiente y triunfará siempre de su altiva soberbia para gloria de mi santo nombre.—Todo esto y otros misterios de María santísima entendieron y oyeron los demonios estándola mirando a su despecho. Y fue tal y tan desesperado el dolor y quebranto que sintieron, que como a grandes voces dijeron: Arrójenos luego al infierno el poder de Dios y no nos tenga en presencia de esta Mujer que nos atormenta más que el fuego. Oh Mujer invencible y fuerte, aléjate de nosotros, pues no podemos huir de tu presencia, donde nos tiene atados la cadena del poder infinito. ¿Por qué tú también antes de tiempo nos atormentas (Mt 8, 29)? Tú sola en la naturaleza humana eres instrumento de la Omnipotencia contra nosotros y por ti pueden ganar los hombres los bienes eternos que nosotros perdimos. Y cuando no esperaran ver a Dios eternamente, tu vista, que para nosotros es castigo y tormento por lo que te aborrecemos, fuera premio para

ellos por las obras buenas que deben a su Dios y Redentor. Déjanos ya, Señor y Dios omnipotente, acábese ya este nuevo tormento en que nos renuevas el que nos vino cuando nos arrojaste del cielo, pues aquí ejecutas lo que allí amenazaste con esta maravilla de tu brazo poderoso.

492. Con estos y otros lamentables despechos estuvieron los demonios detenidos grande rato en presencia de la invencible Reina y aunque forcejaban para huir y retirarse, no se les concedió tan presto como su furor lo deseaba. Y para que el terror de María santísima contra ellos les fuese más notorio y les quedase más impreso, ordenó el mismo Señor que ella les diese como licencia y permiso con autoridad de Señora y Reina, y así lo hizo. Y al punto se despeñaron todos de la región del aire hasta el profundo con toda la presteza que sus potencias tienen para moverse y dando espantosos aullidos turbaron a todos los condenados con nuevas penas, confesando en su presencia el poder de Dios y de su Madre, aunque lo conocían a su despecho y con violentas penas de no poderlo negar. Con este triunfo prosiguió su camino la serenísima Emperatriz hasta llegar al cielo empíreo, donde fue recibida con admirable y nuevo júbilo de sus cortesanos y estuvo en él veinticuatro horas.

493. Postróse ante el soberano trono de la Beatísima Trinidad y la adoró en la unidad de una indivisa naturaleza y majestad. Luego pidió por la Iglesia, para que los Apóstoles entendiesen y determinasen lo que convenía para establecer la Ley Evangélica y término de la ley de Moisés. A estas peticiones oyó una voz del trono en que las tres Personas divinas, cada una singularmente y por su orden, la prometían asistirían a los Apóstoles y discípulos para que declarasen y estableciesen la verdad divina, gobernando el Eterno Padre con su omnipotencia, el Hijo con su sabiduría y como cabeza y el Espíritu Santo como esposo con su amor e ilustración de sus dones. Luego vio la divina Madre que la humildad santísima de su Hijo presentaba al Padre las oraciones y peticiones que ella misma había hecho por la Iglesia y aprobándolas todas pedía o proponía las razones por las cuales era debido que así se cumpliesen, para que la fe del Evangelio y toda su

Ley Santa se plantase en el mundo conforme la eterna determinación de la mente y voluntad divina.

494. Y luego, en ejecución de esta voluntad y proposición de Cristo nuestro Salvador, vio la misma Señora que de la divinidad y ser inmutable de Dios salió una forma de templo o iglesia tan pura y hermosa y refulgente como si fuera fabricada de un diamante o lucidísimo cristal, adornada de muchos esmaltes y resaltos que la hacían más bella y más preciosa. Viéronla los Ángeles y los Santos y con admiración dijeron: Santo, Santo, Santo y todopoderoso eres, Señor, en tus obras.—Esta iglesia o templo entregó la Beatísima Trinidad a la humanidad santísima de Cristo y Su Majestad la unió consigo por un modo admirable que yo no puedo declarar con propios términos. Y luego el Hijo la entregó en manos de su santísima Madre. Al mismo tiempo que María recibió la iglesia fue llena de nuevo resplandor, que la anegó toda en sí mismo y vio la Divinidad intuitiva y claramente, con eminente visión beatífica.

495. Estuvo la gran Reina en este gozo muchas horas, verdaderamente introducida por el supremo Rey en el retrete y en la oficina del adobado vino que dijo en los Cantares (Cant 8, 2). Y porque excede a todo pensamiento y capacidad lo que allí recibió y le sucedió, bástame decir que de nuevo fue ordenada en ella la caridad (Cant 2, 4), para que de nuevo la estrenase en la Santa Iglesia, que debajo de aquel símbolo se le entregaba. Y con estos favores la devolvieron los Ángeles al Cenáculo, llevando siempre en sus manos aquel misterioso templo que su Hijo santísimo le entregó. Estuvo en oración los nueves días siguientes sin moverse ni interrumpir los actos en que la dejó la visión beatífica, que no caben en pensamiento humano, ni pueden manifestarlo las palabras. Pero entre otras cosas que hizo fue distribuir los tesoros de la Redención entre los hijos de aquella Iglesia, comenzando por los Apóstoles y discurriendo por los futuros tiempos los aplicaba a diversos justos y santos, según los ocultos secretos de la eterna predestinación. Y porque la ejecución de estos decretos se le cometió a María santísima por su Hijo purísimo, le dio el dominio de toda la Iglesia y el uso de

la dispensación de la gracia que a cada uno alcanzaría de los méritos de la Redención. En misterio tan alto y escondido no puedo yo darme más a entender.

496. El último de los diez días celebró San Pedro otra Santa Misa y en ella comulgaron los mismos que en la primera. Y luego, estando todos congregados en el nombre del Señor, invocaron el Espíritu Santo y comenzaron a conferir y definir las dudas que en la Iglesia se ofrecían. Y San Pedro como cabeza y pontífice habló el primero y luego San Pablo y San Bernabé y tras ellos San Jacobo el Menor, como lo refiere San Lucas en el capítulo 15 de los Actos (Act 15, 6ss.). Lo primero que se determinó en este concilio fue que no se les impusiese a los bautizados la pesada ley de la circuncisión y ley mosaica, pues ya la salvación eterna se daba por el bautismo y fe de Cristo. Y aunque esto es lo que principalmente refiere San Lucas, pero también se determinaron otras cosas que tocaban al gobierno y ceremonias eclesiásticas, para atajar algunos abusos que con indiscreta devoción comenzaban a introducir algunos fieles. Este concilio se juzga por el primero de los Apóstoles, no obstante que también se juntaron para ordenar el Credo y otras cosas, como arriba se ha dicho (Cf. supra n. 215), pero en el Credo concurrieron solos los doce Apóstoles, y en esta junta fueron convocados los discípulos que pudieron concurrir, y las ceremonias de conferir y determinar fueron diferentes y en forma propia de determinación, como parece por las que refiere San Lucas (Act 15, 28): *Ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros,* congregados en uno, etc.

497. Con esta forma de palabras se escribió este Concilio a los fieles y a las iglesias de Antioquía, Siria y Cilicia, lo que en él se había definido, y remitieron las cartas por mano del mismo San Pablo con San Bernabé y otros discípulos. Y para aprobar el Señor esta definición sucedió que en el Cenáculo, cuando la hicieron los Apóstoles, y en Antioquia, cuando leyeron las cartas en presencia de la Iglesia, descendió el Espíritu Santo en forma de fuego visible, con que todos los fieles quedaron consolados y confirmados en la verdad católica. Dio gracias María santísima al Señor por el beneficio que con esta

determinación había recibido la Iglesia Santa. Y luego despidió a San Pablo y a San Bernabé con los demás y para su consuelo les dio parte de las reliquias que tenía de los paños de Cristo nuestro Salvador y de la Pasión, y ofreciéndoles su protección y oraciones los envió llenos de consolación y nuevo espíritu y esfuerzo para los trabajos que les esperaban. En todos aquellos días que se tuvo este concilio no pudo llegar al Cenáculo el príncipe de las tinieblas, ni sus ministros, por el temor que les había puesto María santísima, aunque de lejos andaban acechando, pero nada pudieron ejecutar contra los agregados. ¡Dichoso siglo y dichosa congregación!

498. Pero como siempre andaba rodeando a la gran Reina y rugiendo contra ella como león, viendo que por sí nada conseguía, buscó unas mujeres hechiceras con quien tenía pacto expreso en Jerusalén y persuadiólas que quitasen la vida con maleficios a María santísima. Engañadas estas infelices mujeres lo intentaron por diversos caminos, pero nada pudieron obrar sus maleficios. Y muchas veces que para esto se pusieron en presencia de la gran Señora quedaron enmudecidas y pasmadas. Y la piedad sin medida de la dulcísima Madre trabajó mucho para reducirlas y desengañarlas con palabras y beneficios que les hizo, pero, de cuatro que se valió el demonio para esto, sola una se redujo y recibió el bautismo. Como todos estos intentos se le desvanecían a Lucifer, estaba el astuto Dragón tan turbado y confuso que muchas veces se hubiera retirado de tentar a María santísima, mas no lo podía acabar con su irreparable soberbia, y el Todopoderoso Señor daba lugar a esto para que el triunfo y victorias de su Madre fuesen más gloriosas, como veremos en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima

499. Hija mía, en la constancia y fortaleza invencible con que yo vencí la dura porfía de los demonios tienes uno de los documentos más importantes para perseverar en la gracia y adquirir grandes coronas. La naturaleza humana y la de los ángeles, aunque sea en los demonios, tienen

condiciones muy opuestas y desiguales; porque la naturaleza espiritual es infatigable y la de los mortales es frágil, y tan fatigable que luego se cansa y desfallece en obrar y hallando alguna dificultad en la virtud desmaya y vuelve atrás en lo comenzado; lo que un día hace con gusto otro le da el rostro, lo que hoy le parece fácil mañana lo halla dificultoso, ya quiere ya no quiere, ya está fervorosa ya tibia; mas el demonio nunca se da por fatigado ni cansado en perseguirla y tentarla. Pero en esta providencia no es defectuoso el Altísimo, porque a los demonios les limita y detiene en su poder, para que no pasen la raya de la permisión divina ni estrenen todas sus fuerzas infatigables en perseguir a las almas, y a los hombres ayuda en su flaqueza y les da gracia y virtudes con que puedan resistir y vencer a sus enemigos en la esfera y en el plazo que tienen permisión para tentarlos.

500. Con esto queda inexcusable la inconstancia de las almas que desfallecen en la virtud y en la tentación, por no padecer con fortaleza y paciencia la breve amargura que hallan del presente en obrar bien y en resistir al demonio. Luego se atraviesa la inclinación de las pasiones que apetece el deleite presente y sensible, y el demonio con astucia diabólica se lo representa con fuerza y con ella misma les pondera la acedía y dificultad de la mortificación y si puede se la representa como dañosa para la salud y la vida. Y con estos engaños derriba innumerables almas hasta precipitarlas de un abismo a otro. Y verás, hija mía, en esto un error muy ordinario entre los mundanos, pero muy aborrecible en los ojos del Señor y en los míos; esto es, que muchos hombres son débiles, inconstantes y flacos para hacer una obra de virtud y mortificación y penitencia por sus pecados en servicio de Dios, y estos mismos, que para el bien son flacos, para pecar son fuertes y en el servicio del demonio son constantes y emprenden y hacen en esto obras más arduas y trabajosas que cuantas les manda la Ley de Dios; de manera que para salvar sus almas son flacos y sin fuerzas y para granjear su condenación eterna son fuertes y robustos.

501. Este daño suele alcanzar en parte a los que profesan vida de perfección y escuchan sus penalidades más de lo

que conviene, y con este error o se retardan mucho en la perfección, o gana el demonio muchas victorias de sus tentaciones. Para que tú, hija mía, no incurras en estos peligros, te servirá de advertencia atender a la fortaleza y constancia con que yo resistí a Lucifer y a todo el infierno y la superioridad con que despreciaba sus falsas ilusiones y tentaciones sin turbación ni atender a ellas, que éste es el mejor modo de vencer su altiva soberbia. Tampoco por las tentaciones fui remisa en obrar ni omitir mis ejercicios, antes los acrecenté con más oraciones, peticiones y lágrimas, como se debe hacer en el tiempo de las batallas contra estos enemigos. Y así te advierto que lo hagas con todo desvelo, porque tus tentaciones no son ordinarias, sino con suma malicia y astucia, como muchas veces te lo he manifestado y la experiencia te lo enseña.

502. Y porque has reparado mucho en el terror que causó a los demonios el conocer que yo tenía en mi pecho a mi Hijo santísimo sacramentado, te quiero advertir dos cosas. La una es, que para destruir al infierno y poner terror a todos los demonios son armas poderosas en la santa Iglesia todos los Sacramentos y sobre todos el de la Sagrada Eucaristía. Y éste fue uno de los fines ocultos que tuvo mi Hijo santísimo en la institución de este soberano misterio y los demás. Y si las almas no sienten hoy esta virtud y efectos con ordinaria experiencia, esto sucede porque con la costumbre de estos sacramentos se les ha perdido mucho la veneración y estimación con que se debían tratar y recibir. Pero las almas que con reverencia y devoción los frecuentan, no dudes que son formidables para los demonios y sobre ellos tienen grande y poderoso imperio, al modo que de mí lo has conocido en lo que has escrito. La razón de esto es, porque este fuego divino, cuando el alma es pura, está en ella como en su natural esfera, y en mí estuvo con toda la actividad que en pura criatura era posible, y por eso fue tan terrible para el infierno.

503. Lo segundo que en prueba de esta verdad te digo es que este beneficio que yo recibí no se acabó en mí sola, porque respectivamente le ha hecho Dios con otras almas. Y en estos tiempos ha sucedido en la Iglesia, que para vencer Dios al Dragón infernal le manifestó y puso delante

a un alma con Cristo sacramentado en el pecho y con esto le humilló y arruinó de manera, que muchos días no se atrevió el mismo Lucifer a ponerse en presencia de esta alma y pidió al Omnipotente que no se la manifestase en aquel estado con la comunión en el pecho. Y en otra ocasión sucedió que el mismo Lucifer con intervención de algunos herejes y otros malos cristianos intentó un gravísimo daño contra este reino católico de España y, si Dios no le atajara por medio de esta misma persona, ya estuviera hoy España de todo punto perdida y en poder de sus enemigos. Mas la divina clemencia se valió para atajarlo de la misma persona que te digo, manifestándosela al demonio y sus ministros, después que había comulgado. Y con el terror que les causó desistieron de la maldad que tenían fraguada para acabar de una vez con España. Y no te declaro quién es esta persona, porque no es necesario y sólo te he manifestado este secreto para que entiendas la estimación que tiene en los ojos de Dios un alma que se dispone a merecer sus favores y dignamente le recibe sacramentado, y que no sólo conmigo por la dignidad y santidad de Madre se manifiesta liberal y poderoso, sino también con otras almas esposas suyas quiere ser conocido y glorificado, acudiendo a las necesidades de su Iglesia según los tiempos y ocasiones lo piden.

504. Pero de aquí entenderás que por la misma razón que los demonios temen tanto a las almas que dignamente reciben la sagrada comunión y otros sacramentos con que se hacen invencibles para ellos, por esto mismo se desvelan mucho más contra estas almas para derribarlas o para impedirlas que no cobren contra ellos tan gran potencia como les comunica el Señor. Trabaja, pues, contra enemigos tan infatigables y astutos y procura imitarme en esta fortaleza. También quiero que tengas en gran veneración los Concilios de la Iglesia Santa y luego todas las congregaciones de ella con lo que se ordena y determina, porque en los concilios asiste el Espíritu Santo y en las congregaciones que se juntan en el nombre del Señor es promesa suya que estará también con ellos (Mt 8, 20). Y por esto se debe obedecer a lo que ordenan y mandan. Y aunque no se vean hoy señales visibles de la asistencia del Espíritu Santo en los Concilios, no por eso deja de

gobernarlos ocultamente, y las señales y milagros no son ahora tan necesarios en esto como en los principios de la Iglesia, y en la que son menester tampoco los niega el Señor. Por todos estos beneficios bendice y alaba su liberal piedad y misericordia, y sobre todo por las que hizo conmigo cuando vivía en carne mortal.

CAPITULO 7

Concluyó María santísima las batallas, triunfando gloriosamente de los demonios, como lo contiene San Juan Evangelista en el capítulo 12 de su Apocalipsis.

505. Para entender mejor los misterios ocultos de este capítulo es necesario suponer los que dejo escritos en la primera parte, libro primero, desde el capítulo 8 hasta el 10, donde por aquellos tres capítulos declaré el 12 del Apocalipsis, como allí se me dio a entender. Y no sólo entonces, pero en el discurso de toda esta divina Historia (Cf. supra p. II n. 327, 363)), me he remitido a esta tercera parte para manifestar en su lugar propio cómo se ejecutaron las batallas que María santísima tuvo con Lucifer y sus demonios y los triunfos que de ellos alcanzó y el estado en que después de estas victorias misteriosas la dejó el Altísimo por el tiempo que vivió en carne mortal. De todos estos venerables secretos tuvo noticia el Evangelista San Juan y los escribió en su Apocalipsis, como otras veces he dicho (Cf. supra n. 11), particularmente en los capítulos 12 y 21, cuyas declaraciones repito en esta Historia, siendo forzoso por dos razones.

506. La una, porque estos secretos son tantos, tan grandiosos y levantados, que nunca se pueden apear ni manifestar adecuadamente, y menos habiéndolos encerrado el Evangelista, como sacramento del Rey y de la Reina, en tantos enigmas y metáforas tan oscuras para que sólo los declarase el mismo Señor, cuando y como fuese su voluntad; que así se lo mandó María santísima al evangelista (Cf. supra n. 11). La segunda razón es, porque la rebelión y soberbia de Lucifer, aunque fue levantándose contra la voluntad y órdenes del altísimo y omnipotente Dios, pero la

materia principal sobre quien cayó esta rebeldía fueron Cristo nuestro Señor y su Madre santísima, a cuya dignidad y excelencia no quisieron sujetarse los ángeles apostatas y rebeldes. Y aunque sobre esta rebeldía fue la primera batalla que tuvieron con San Miguel y sus ángeles en el cielo, pero entonces no la pudieron tener con el Verbo humanado y con su Madre Virgen en persona, mas de en aquella señal o representación de la misteriosa Mujer que se les propuso y manifestó en el cielo, con los misterios que encerraba como Madre del Verbo eterno que en ella tomaría forma humana. Y cuando ya llegó el tiempo en que se ejecutaron estos admirables sacramentos y encarnó el Verbo en el tálamo virginal de María, fue conveniente que se renovase con ellos esta batalla con Cristo y María en sus personas y por sí mismos triunfasen de los demonios, como el mismo Señor les había amenazado, así en el Cielo como después en el Paraíso, que pondría enemistades entre la mujer y la serpiente y entre la semilla de la mujer para que ella le quebrase la cabeza (Gen. 3, 15).

507. Todo esto se cumplió a la letra en Cristo y María, porque de nuestro gran Pontífice y Salvador dijo San Pablo (Heb 4, 15), que fue tentado por todas las cosas por similitud y ejemplo, pero sin pecado, y lo mismo fue María santísima. Y para tentarlos tenía permiso Lucifer después que cayó del cielo, como dije en el capítulo 10 citado de la primera parte (Cf. supra p. I n. 127). Y porque esta batalla de María santísima correspondía a la primera que pasó en el cielo y fue para los demonios ejecución de la amenaza y amago que allí tuvieron con la señal que la representaba, por esto las escribió y encerró debajo de unas mismas palabras y enigmas. Y explicado ya lo que toca a la primera pelea (Cf. supra p. I n. 92), es necesario manifestar lo que pasó en la segunda. Y aunque Lucifer y sus demonios en aquella primera rebelión fueron castigados con la carencia eterna de la visión beatífica y arrojados al infierno, pero en esta segunda batalla fueron de nuevo castigados con accidentales penas correspondientes a los deseos y conatos con que perseguían y tentaban a María santísima. La razón de esto es, porque a las potencias es natural en la criatura tener delectación y contentamiento cuando consiguen lo que apetecen, según la fuerza con que lo apetecían, y por

el contrario reciben dolor y pena con la displicencia, cuando no lo consiguen o les sucede al revés de lo que deseaban y esperaban; y los demonios desde su caída ninguna cosa más vehemente habían deseado que derribar de la gracia a la que había sido Medianera para que los hijos de Adán la consiguiesen. Y por esto fue incomparable tormento para los dragones infernales verse vencidos, rendidos y desesperados de la confianza y deseos que tantos siglos habían maquinado.

508. Para la divina Madre por las mismas razones y por otras muchas fue de singular gozo este triunfo de ver quebrantada la antigua serpiente. Y para término de la batalla y principio del nuevo estado que había de tener después de estas victorias, le tuvo prevenidos su Hijo santísimo tales y tantos favores, que exceden a toda capacidad humana y angélica. Y para explicar yo algo de lo que se me ha dado a conocer, es necesario advierta el que esto leyere, que nuestros términos y palabras por nuestra limitada capacidad y potencias siempre son unas mismas con que declaramos estos y otros misterios sobrenaturales, así los más altos como los que no son tan distantes de nosotros; pero en el objeto de que hablo hay capacidad o latitud infinita con que pudo la omnipotencia de Dios levantarla de un estado que nos parece altísimo a otro más alto, y de éste a otro nuevo y mejorado, y confirmarla en el mismo género de gracias, dones y favores, porque llegando como llegó María santísima a todo lo que no es ser de Dios, encierra una inmensa latitud y hace por sí sola una jerarquía mayor y más elevada que todo el resto de las otras criaturas humanas y angélicas.

509. Advertido, pues, todo esto, diré como pudiere lo que sucedió a Lucifer hasta ser últimamente vencido por María santísima y por su Hijo y nuestro Salvador. No quedó desengañado del todo el Dragón y sus demonios con los triunfos que referí en el capítulo pasado (Cf. supra n. 492), en que la gran Señora le arrojó y precipitó al profundo desde la región del aire, ni con los maleficios que intentó por aquellas mujeres de Jerusalén, aunque todos se le desvanecieron. Antes bien, presumiendo su implacable malicia de este enemigo que la restaba poco tiempo del

permiso que tenía para tentar y perseguir a María santísima, intentó de nuevo recompensar el corto plazo que imaginaba, con añadir más furor y temeridad contra ella. Para esto buscó primero otros hombres mayores hechiceros que tenía muy versados en el arte mágica y maléfica y, dándoles nuevas instrucciones, les encargó quitasen la vida a la que ellos tenían por enemiga. Intentáronlo así muchas veces aquellos maléficos ministros con diversos modos de hechizos de gran crueldad y eficacia, pero con ninguno pudieron ofender en mucho ni en poco a la salud ni a la vida de la beatísima Madre, porque los efectos del pecado no tenían jurisdicción sobre la que no tuvo parte en él, y por otros títulos era privilegiada y superior a todas las causas naturales. Viendo esto el dragón y frustrados sus intentos en que tanto se había desvelado, castigó con impía crueldad a los hechiceros de quien se había valido, permitiéndolo el Señor y mereciéndolo ellos por su temeridad y para que conocieran a qué dueño servían.

510. Irritándose Lucifer a sí mismo con nueva indignación, convocó a todos los príncipes de las tinieblas y ponderóles mucho las razones que tenían, desde que fueron arrojados del cielo, para estrenar todas sus fuerzas y malicia en derribar aquella Mujer su enemiga, que ya conocían era la que allá se les había mostrado; convinieron todos en esto y determinaron ir juntos y cogerla a solas, presumiendo que en alguna ocasión estaría menos prevenida o acompañada de quien la defendía. Aprovecháronse luego de la ocasión que les pareció oportuna y, despoblándose el infierno para esta empresa, acometieron todos de tropel juntos, estando María santísima sola en su oratorio. La batalla fue la mayor que con pura criatura se ha visto ni se verá desde la primera del cielo empíreo hasta el fin del mundo, porque ésta fue semejante a aquélla. Y para que se vea cuál sería el furor de Lucifer y sus demonios, se ha de ponderar el tormento que sentían de llegar a donde estaba María santísima y mirarla, así por la virtud divina que en ella sentían como por las muchas veces que los había oprimido y vencido. Contra este dolor y pena de los demonios prevaleció su indignación y envidia y les obligó a forcejar contra el tormento que sentían y meterse por las

picas o espadas a trueque de ejecutar su venganza contra la divina Señora, porque el no intentarlo era mayor tormento para Lucifer que otra cualquier pena.

511. El primer ímpetu de este acometimiento fue principalmente a los sentidos exteriores de María santísima con estruendo de aullidos, gritos, terrores y confusión, y formando en el aire y por especies un estrépito y temblor tan espantoso como si toda la máquina del mundo se arruinara; y para mayor asombro tomaron diversas figuras visibles, unos de demonios feos, abominables en diferentes formas, otros de ángeles de luz, y entre unos y otros fingieron una riña o batalla tenebrosa y formidable, sin que pudiera conocer la causa, ni se oyera más que el estrépito confuso y muy terrible. Esta tentación fue para causar terror y turbación en la Reina. Y verdaderamente se le diera grandísimo a cualquiera otra humana criatura, aunque fuera santa, dejándola en el orden común de la gracia, y no lo pudiera tolerar sin perder la vida, porque duró esta batería doce horas enteras.

512. Pero nuestra gran Reina y Señora a todo estuvo inmóvil, quieta y serena, y con el mismo sosiego que si nada viera ni oyera; no se turbó, ni alteró, ni mudó semblante, ni tuvo tristeza ni movimiento alguno por toda esta infernal turbación. Luego encaminaron los demonios otras tentaciones a las potencias interiores de la invencible Madre, y en éstas derramaron el corriente de sus pechos diabólicos más de lo que yo puedo decir, porque fue cuanto ellos pudieron hacer con falsas revelaciones, luces, sugestiones, promesas, amenazas, sin dejar virtud que no tentasen con todos los vicios contrarios y por todos los medios y modos que pudo fabricar la astucia de tantos demonios. Y no me detengo en particularizar estas tentaciones, porque ni es necesario ni conveniente. Pero venciólas nuestra Reina y Señora tan gloriosamente, que en todas las materias de las virtudes hizo actos contrarios y tan heroicos, como se puede imaginar sabiendo que obró con todo el conato y fuerza de la gracia, virtudes y dones que tenía en el estado de santidad en que entonces se hallaba.

513. Pidió en esta ocasión por todos los que fuesen tentados y afligidos del demonio, como quien experimentaba la fuerza de su malicia y la necesidad del socorro divino para vencerla. Concedióla el Señor que todos los afligidos de tentaciones que la invocasen en ellas fuesen defendidos por su intercesión. Perseveraron los demonios en esta batalla hasta que ya no tenían nueva malicia que estrenar contra la Purísima entre las criaturas. Y entonces clamó de su parte la justicia para que se levantase Dios a juzgar su causa, como dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 73, 22), y fuesen disipados sus enemigos y ahuyentados los que le aborrecen con su presencia. Para hacer este juicio descendió el Verbo humanado desde el cielo al Cenáculo y retiro donde estaba su Madre Virgen, para ella como Hijo dulcísimo y amoroso y para los enemigos como Juez muy severo en trono de suprema majestad. Acompañábanle innumerables Ángeles, y de los Antiguos Santos, Adán y Eva con muchos Patriarcas y Profetas, San Joaquín y Santa Ana, y todos se presentaron y manifestaron a María Santísima en su oratorio.

514. Adoró la gran Señora a su Hijo y Dios verdadero postrada en tierra con la veneración y culto que solía. Los demonios no vieron al Señor, pero sintieron y conocieron por otro modo su real presencia, y con el terror que les causó intentaron huir para alejarse de lo que allí, temían. Mas el poder divino los detuvo, aprisionándolos como con cadenas fuertes, en el modo que se ha de entender lo puede hacer con las naturalezas espirituales, y el extremo de estas prisiones o cadenas puso el Señor en manos de su santísima Madre.

515. Salió luego una voz del trono que decía contra ellos: Hoy vendrá sobre vosotros la indignación del Omnipotente y os quebrantará la cabeza una mujer descendiente de Adán y Eva y se ejecutará la antigua sentencia que se fulminó en las alturas y después en el paraíso, porque inobedientes y soberbios despreciasteis a la humanidad del Verbo y a la que se la vistió en su virginal tálamo. Luego fue levantada María santísima de la tierra donde estaba por manos de seis serafines de los supremos que asistían al trono real y puesta en una refulgente nube la colocaron al

lado del mismo trono de su Hijo santísimo. Y de su propio ser y divinidad salió un resplandor inefable y excesivo, que toda la rodeó y vistió como si fuera el globo del mismo sol. Pareció también debajo de sus pies la luna, como quien hollaba todo lo inferior, terreno y variable que manifiestan sus vacíos. Y sobre la cabeza le pusieron una diadema o corona real de doce estrellas, símbolo de las perfecciones divinas que se le habían comunicado en el grado posible a pura criatura. Manifestaba también estar preñada del concepto que en sí tenía del ser de Dios y del amor que le correspondía proporcionalmente. Daba voces como con dolores de parto de lo que había concebido, para que lo participasen todas las criaturas capaces, y ellas lo resistían aunque ella lo deseaba con lágrimas y gemidos (Ap 12, 1ss.).

516. Esta señal, tan grande como en la mente divina había sido fabricada, se le propuso en aquel cielo a Lucifer que estaba en forma de dragón grande y rojo, con siete cabezas coronadas con siete diademas y diez cuernos, manifestando en esta horrenda figura que él era autor de todos los siete pecados capitales, y que los quería coronar en el mundo con las imaginadas herejías, que por esto se reducían a siete diademas, y con la agudeza y fortaleza de su astucia y maldad había destrozado en los mortales la divina ley reducida a los diez mandamientos, armándose con diez cuernos contra ellos. Arrebataba también con el círculo de su cola la tercera parte de las estrellas del cielo (Ap 12, 4), no sólo por los millares de ángeles apóstatas que desde allá le siguieron en su inobediencia, sino también porque ha derribado del cielo de esta Iglesia a muchos que parecían levantarse sobre las estrellas, o en dignidad o en santidad.

517. Con esta figura tan espantosa y fea estaba Lucifer, y con otras muy diversas, pero todas abominables, estaban sus demonios en esta batalla en presencia de María santísima, que estaba para producir el parto espiritual de la Iglesia, que con él se había de perpetuar y enriquecer. Y el Dragón esperaba que pariese este hijo para devorarle, destruyendo la nueva Iglesia, si pudiera, por la demasiada envidia con que se indignaba y enfurecía de que aquella

Mujer fuese tan poderosa en establecer la Iglesia y llenarla de tantos hijos, y con sus méritos, ejemplo e intercesiones fecundarla de tantas gracias y llevar tras de sí misma tantos predestinados para la felicidad eterna. Y no obstante la envidia del dragón, parió un hijo varón, que gobernase a todas las gentes con vara fuerte de hierro (Ap 12, 5). Este hijo varón fue el espíritu rectísimo y fuerte de la misma Iglesia, que con la rectitud y potestad de Cristo nuestro bien rige a todas las gentes en justicia, y asimismo son también todos los varones apostólicos que con él han de juzgar en el juicio (Mt 19, 28) con la vara de hierro de la divina justicia. Y todo esto fue parto de María santísima, no sólo porque parió al mismo Cristo, sino también porque con sus méritos y diligencia parió a la misma Iglesia debajo de esta santidad y rectitud y la crió el tiempo que vivió ella en el mundo y ahora y siempre la conserva con el mismo espíritu varonil en que nació, cuanto a la rectitud de la verdad católica y a la doctrina, contra quien no prevalecerán las puertas del infierno (Mt 16, 18).

518. Y dice San Juan Evangelista (Ap 12, 5-6) que fue arrebatado este hijo al trono de Dios y la mujer huyó a la soledad donde tenía preparado lugar, para que la alimentasen allí mil doscientos y sesenta días. Esto es, que todo el parto legítimo de esta soberana Mujer, así en la común santidad del espíritu de la Iglesia, como en las almas particulares que ella engendró y engendra como parto propio suyo espiritual, todo llega al trono donde está el parto natural, que es Cristo, en quien y para quien los engendra y cría. Pero la soledad a que fue llevada desde esta batalla María santísima fue un estado altísimo y lleno de misterios, de que diré algo adelante (Cf. infra n. 525), y llámase soledad porque sola ella estuvo en él entre todas las criaturas y ninguna otra le pudo alcanzar ni llegar a él. Y allí estuvo sola de criaturas, como diremos (Cf. infra n. 535), y más sola para el demonio, que sobre todos ignoraba este sacramento, y no pudo tentarla ni perseguirla más en su persona (Cf. infra n. 526). Y allí la alimentó el Señor mil doscientos y sesenta días, que fueron los que vivió en aquel estado antes de pasar a otro.

519. Todo esto conoció Lucifer y se le intimó antes que se

escondiera aquella divina Mujer y señal viva que con sus demonios estaba mirando. Y con esta noticia perdió la confianza, en que su gran soberbia le había mantenido por más de cinco mil años, de vencer a la que fuese Madre del Verbo humanado. Y con esto se deja entender algo cuál sería el despecho y tormento de este Dragón grande y de sus demonios, y más viéndose atados y rendidos de la Mujer que con tanto estudio y furiosa saña habían deseado y procurado derribar de la gracia e impedirla sus méritos y fruto de la Iglesia. Forcejaba el dragón para retirarse y decía: Oh Mujer, dame permiso para arrojarme a los infiernos, que no puedo estar en tu presencia, ni me pondré más en ella mientras vivieres en este mundo. Venciste, oh Mujer, venciste, y te conozco por poderosa en la virtud del que te hizo Madre suya. Dios omnipotente, castíganos por ti mismo, que a ti no te podemos resistir, y no por el instrumento de una mujer de tan inferior naturaleza. Su caridad nos consume, su humildad nos quebranta y en todo es una demostración de tu misericordia para los hombres y esto nos atormenta sobre muchas penas. Ea, demonios, ayudadme, pero ¿qué podemos todos contra esta Mujer, pues no alcanzan nuestras fuerzas a retirarnos de ella, mientras no quiere arrojarnos de su intolerable presencia? Oh estultos hijos de Adán, ¿por qué me seguís a mí y dejáis la vida por la muerte, la verdad por la mentira? ¿Qué absurdo y qué desacierto es el vuestro —así lo confieso a mi despecho—
pues tenéis de vuestra parte y en vuestra naturaleza al Verbo encarnado y esta Mujer? Mayor ingratitud es la vuestra que la mía, y esta Mujer me obliga a confesar las verdades que de todo mi corazón aborrezco. Maldita sea la determinación que tuve de perseguir a esta hija de Adán que así me atormenta y me quebranta.

520. Cuando el Dragón confesaba estos despechos, se manifestó el príncipe de los ejércitos celestiales San Miguel para defender la causa de María santísima y del Verbo humanado, y con las armas de sus entendimientos se trabó otra batalla con el dragón y sus seguidores (Ap 12, 7). Altercaron con ellos San Miguel y sus Ángeles, redarguyéndolos y convenciéndolos de nuevo de la antigua soberbia y desobediencia que cometieron en el cielo y de la

temeridad con que habían perseguido y tentado al Verbo humanado y a su Madre, en quien ni tenían parte ni derecho alguno, por no haber tenido ningún pecado, ni dolo ni defecto. Justificó San Miguel las obras de la divina justicia, declarándolas por rectísimas y sin querella en haber castigado la inobediencia y apostasía de Lucifer y sus demonios, y los anatematizaron e intimaron de nuevo la sentencia de su castigo, y confesaron al Omnipotente por santo y justo en todas sus obras. Defendía también el dragón y los suyos la rebelión y audacia de su soberbia, pero todas sus razones eran falsas, vanas y llenas de diabólica presunción y errores.

521. Fue hecho silencio en esta altercación y el Señor de los ejércitos habló con María santísima y la dijo: Madre mía y amiga mía, elegida entre las criaturas por mi eterna sabiduría para mi habitación y templo santo; vos sois quien me dio la forma de hombre y restauró la pérdida del linaje humano, la que me ha seguido, imitado y merecido la gracia y dones que sobre todas mis criaturas os he comunicado y jamás en vos estuvieron ociosos ni vacíos. Sois el objeto digno de mi infinito amor, el amparo de mi Iglesia, su Reina, Señora y Gobernadora. Tenéis mi comisión y potestad, que como Dios omnipotente puse en vuestra fidelísima voluntad; mandad con ella al infernal dragón que mientras viviereis en la Iglesia no siembre en ella la cizaña de los errores y herejías que tiene prevenidas y degollad su dura cerviz, quebrantadle la cabeza, porque en vuestros días quiero que por vuestra presencia goce de este favor la Iglesia.

522. Ejecutó María santísima este orden del Señor y con potestad de Reina y de Señora mandó a los dragones infernales enmudeciesen y callasen sin derramar entre los fieles las sectas falsas que tenían prevenidas, y que mientras ella estaba en el mundo, no se atreviesen a engañar a ninguno de los mortales con sus heréticos dogmas y doctrinas. Esto sucedió así, aunque la ira de la serpiente, en venganza de la gran Reina, tenía intento de derramar aquel veneno en la Iglesia, y para que no lo hiciese viviendo en ella la divina Madre lo impidió por su mano el mismo Señor por el amor que la tenía. Después de

su glorioso tránsito se dio permiso al demonio para que lo hiciese, por los pecados de los hombres pesados en los justos juicios del Señor.

523. Luego fue arrojado, como dice San Juan Evangelista (Ap 12, 9), el Dragón grande, antigua serpiente que se llama diablo y Satanás, y con sus ángeles salió de la presencia de la Reina y cayó en la tierra, a donde se le dio permiso que estuviese, como alargándole un poco la cadena con que estaba preso. Al punto se oyó una voz, que fue del Arcángel en el Cenáculo, y decía: Ahora se ha obrado la salvación y virtud y el reino de Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba de día y de noche; y ellos le han vencido por la sangre del Cordero y por las palabras de su testimonio y se entregaron a la muerte. Alégrense por esto los cielos y los que en ellos viven. ¡Ay de la tierra y del mar, porque baja a vosotros el diablo con grande saña sabiendo que tiene poco tiempo (Ap 12, 10)! — Declaró el Ángel en estas palabras que, en virtud de las victorias y triunfos de María santísima con los de su Hijo y Salvador nuestro, quedaba asegurado el reino de Dios, que es la Iglesia, y los efectos de la Redención humana para los justos; y a todo esto llamó salvación, virtud y potestad de Cristo. Y porque si María santísima no hubiera vencido al Dragón infernal, sin duda este impío y poderoso enemigo impidiera los efectos de la redención, por esto salió aquella voz del Ángel cuando se concluyó esta batalla y cuando fue vencido y arrojado el dragón a la tierra y al mar; y dio la enhorabuena a los santos, porque ya quedaba quebrantada la cabeza y los pensamientos del demonio que calumniaba a los hombres, a quienes llamó el Ángel hermanos por el parentesco del alma y de la gracia y gloria.

524. Y las calumnias con que perseguía y acusaba el Dragón a los mortales eran las ilusiones y engaños con que pretendía pervertir los principios de la Iglesia evangélica y las razones de justicia que alegaba ante el Señor de que los hombres, por su ingratitud y pecados y por haber quitado la vida a Cristo nuestro Salvador, no merecían el Fruto de la Redención ni la misericordia del Redentor, sino el castigo de dejarlos en sus tinieblas y pecados para su eterna

condenación. Pero contra todo esto alegó María santísima, como Madre dulcísima y clementísima, y nos mereció la fe y su propagación y la abundancia de misericordias y dones que se nos han dado en virtud de la muerte de su Hijo; todo lo cual desmerecerían los pecados de los que le crucificaron y de los demás que no le han recibido por su Redentor. Pero avisó el Ángel a los moradores de la tierra con aquella dolorosa compasión, para que estuviesen prevenidos contra esta serpiente que bajaba a ellos con grande saña, porque sin duda juzgó que le quedaba poco tiempo para ejecutarla y después que conoció los misterios de la Redención y el poder de María santísima y la abundancia de gracia, maravillas y favores con que se fundaba la primitiva Iglesia; porque de todos estos sucesos, entró en sospecha de que se acabaría luego el mundo, o que todos los hombres seguirían a Cristo nuestro bien y se valdrían de la intercesión de su Madre para conseguir la vida eterna. Mas, ¡ ay dolor, que los mismos hombres han sido más locos y estultos y desagradecidos de lo que pensó el mismo demonio!

525. Y declarando más estos misterios, dice el Evangelista (Ap 12, 13) que, cuando se vio el dragón grande arrojado a la tierra, intentó perseguir a la mujer misteriosa que parió al varón. Mas a ella le fueron dadas dos alas de una grande águila, para que volase a la soledad o desierto, donde es alimentada por tiempo y tiempos y mitad del tiempo, fuera de la cara de la serpiente. Y por esto la misma serpiente arrojó de su boca tras de la mujer un copioso río, para que la atrajese si fuera posible. En estas palabras se declara más la indignación de Lucifer contra Dios y su Madre y contra la Iglesia, pues cuanto era de su parte de este dragón siempre arde su envidia y se levanta su soberbia y le quedó malicia para tentar de nuevo a la Reina, si le quedaran fuerzas y permiso. Pero éste se le acabó en cuanto tentarla a ella, y por esto dice que le dieron dos alas de águila para que volase al desierto, donde es alimentada por los tiempos que allí señala. Estas alas misteriosas fueron la potestad o virtud divina que le dio el Señor a María santísima para volar y ascender a la vista de la divinidad y de allí descender a la Iglesia a distribuir los tesoros de la gracia en los hombres, de que hablaremos en

el capítulo siguiente (Cf. infra n. 535).

526. Y porque desde entonces no tuvo licencia el demonio para tentarla más en su persona, dice que en esta soledad o desierto estaba lejos de la cara de la serpiente. Y los tiempos y tiempo y mitad del tiempo, son tres años y medio, que hacen los mil doscientos y sesenta días que arriba se dijo menos algunos días. Y en este estado, y otros que diré (Cf. infra n. 601), estuvo María santísima lo restante de su vida mortal. Pero como el dragón quedó desahuciado de tentarla a ella, arrojó el río de su venenosa malicia tras de esta divina Mujer (Ap 12, 15), porque, después de la victoria que de él alcanzó, procuró tentar astutamente a los fieles y perseguirlos por medio de los judíos y gentiles; y especialmente después del tránsito glorioso de la gran Señora, soltó el río de las herejías y sectas falsas, que tenía como represadas en su pecho. Y las amenazas que contra María santísima había hecho después que le venció, fue la guerra que intentó hacerle, vengarse en los hombres, a quien la gran Señora tenía tanto amor, ya que no podía ejecutar su ira en la persona de la misma Reina.

527. Por esto dice luego San Juan Evangelista (Ap 12, 17) que, indignado el dragón, se fue para hacer guerra a los demás que eran de su generación y semilla y que guardan la ley de Dios y tienen el testimonio de Cristo. Y estuvo este dragón sobre la arena del mar (Ap 12, 18), que son los innumerables infieles, idólatras, judíos y paganos, donde hace y ha hecho guerra a la Santa Iglesia, a más de la que hace ocultamente tentando a los fieles. Pero la tierra firme y estable, que es la inmutabilidad de la Santa Iglesia y su incontrastable verdad católica, ayudó a la misteriosa mujer, porque abrió su boca y sorbió el río que derramó la serpiente contra ella (Ap 12, 16). Y esto sucede así, pues la Santa Iglesia, que es el órgano y la boca del Espíritu Santo, ha condenado, convencido y confundido todos los errores y falsas sectas y doctrinas con las palabras y enseñanza que de esta boca salen por las divinas Escrituras, Concilios, determinaciones, doctores, maestros y predicadores del Evangelio.

528. Todos estos misterios y otros muchos encerró el Evangelista declarando o refiriendo esta batalla y triunfos de María santísima. Y para darles fin en el Cenáculo, aunque ya Lucifer estaba arrojado fuera de él y como asido de la cadena que tenía la victoriosa Reina, conoció la gran Señora era tiempo y voluntad de su Hijo santísimo que le arrojase y precipitase a las cavernas infernales. Y en esta fortaleza y virtud divina los soltó y con imperio les mandó descendiesen en un punto al profundo. Y como lo pronunció María santísima, cayeron todos los demonios por entonces a las cavernas más distantes del infierno, donde estuvieron algún tiempo dando formidables aullidos y despechos. Luego los Santos Ángeles cantaron nuevos cánticos al Verbo humanado por sus victorias y las de su invencible Madre. Los primeros padres Adán y Eva le hicieron gracias porque había elegido aquella Hija suya para madre y reparadora de la ruina que ellos habían causado en su posteridad; los Patriarcas, porque tan feliz y gloriosamente veían cumplidos sus largos deseos y vaticinios; San Joaquín, Santa Ana y San José con mayor júbilo glorificaron al Omnipotente por la Hija y Esposa que les había dado; y todos juntos cantaron la gloria y loores al Muy Alto, santo y admirable en sus consejos. María santísima se postró ante el trono real y adoró al Verbo humanado y de nuevo se ofreció a trabajar por la Iglesia, y pidió la bendición y se la dio su Hijo santísimo con admirables efectos; pidióla también a sus padres y esposo y encomendó les la Santa Iglesia y que rogasen por todos sus fieles, y con esto se despidió toda aquella celestial compañía y se volvió a los cielos.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima.

529. Hija mía, con la rebeldía de Lucifer y sus demonios se comenzaron en el cielo las batallas, que no se acabarán hasta el fin del mundo, entre el reino de la luz y el de las tinieblas, entre Jerusalén y Babilonia. Por capitán y cabeza de los hijos de la luz se constituyó el Verbo humanado como autor de la santidad y de la gracia, y por caudillo de los hijos de tinieblas se constituyó Lucifer, autor del pecado y de la perdición. Cada uno de estos príncipes defiende su

parcialidad y procura aumentar su reino y seguidores. Cristo con la verdad de su fe divina, con los favores de su gracia, con la santidad de la virtud, con los alivios de los trabajos y con la esperanza cierta de la gloria que les prometió; y mandó a sus Ángeles que los acompañen, consuelen y defiendan hasta llevarlos a su mismo reino. Pero Lucifer granjea a los suyos con falacias, mentiras y traiciones, con vicios torpes y abominables, con tinieblas y confusión; y los trata ahora como señor tirano, afligiéndolos sin aliviarlos, despechándolos sin consuelo verdadero, y después les apareja eternos y lamentables tormentos, que por sí mismo y por sus demonios les dará con inhumana crueldad mientras Dios fuere Dios.

530. Mas ¡ay dolor! hija mía, que con ser esta verdad tan infalible y sabida de los mortales, con ser el estipendio tan diferente y el premio tan distante infinitamente, son pocos los soldados que siguen a Cristo, su legítimo Señor, Rey, cabeza y ejemplar, y muchos los que tiene Lucifer de su bando, sin haberlos criado, sin darles vida ni alimentos ni algún retorno, sin habérselo merecido ni haberlos obligado, como lo hizo y lo hace el autor de la vida y de la gracia mi Hijo santísimo. Tanta es la ingratitud de los hombres, tan estulta su infidelidad y tan infeliz su ceguedad. Y sólo por haberles dado voluntad libre para seguir a su Capitán y Maestro y que sean agradecidos, se han hecho del bando de Lucifer y de balde le sirven y le franquean la entrada en la casa de Dios y en su templo, para que como tirano lo disipe y lo profane y lleve tras de sí a los tormentos eternos el mayor resto del mundo.

531. Pero siempre dura esta contienda, porque el Príncipe de las eternidades no cesará, por su bondad infinita, en defender a sus almas que crió y redimió con su sangre. Mas no ha de pelear con el dragón por sí solo, ni tampoco por sus ángeles, porque redunda en mayor gloria suya y exaltación de su nombre santo vencer a sus enemigos y confundir su dura soberbia por manos de las mismas criaturas humanas, en las cuales ellos pretenden tomar venganza del Señor. Yo, que soy pura criatura, fui la capitana y maestra de estas batallas, después de mi Hijo, que era Dios y hombre verdadero. Y aunque Su Majestad

venció en su vida y muerte a los demonios, cuya soberbia estaba muy engreída por el dominio que desde el pecado de Adán le habían dado los mortales, pero después de Su Majestad le vencí yo en su nombre, y con estas victorias se plantó la Santa Iglesia en tan alta perfección y santidad, y así hubiera perseverado, quedando Lucifer debilitado y flaco, como otras veces te lo he manifestado (Cf. supra p. II n. 370, 999, 1415, 1434; p. III n. 138), si la ingratitud y olvido de los hombres no le hubiera dado los nuevos alientos con que hoy tiene tan perdido y estragado a todo el orbe.

532. Con todo eso no desampara a su Iglesia mi Hijo santísimo que la adquirió con su sangre, ni yo que la miro como su Madre y protectora; y siempre queremos tener en ella algunas almas que defiendan la gloria y honra de Dios, y peleen sus batallas contra el infierno, para confusión y quebranto de sus demonios. Para esto quiero que te dispongas con el favor de la divina gracia, y ni te admires de la fuerza del dragón, ni te encojas por tu miseria y pobreza. Ya sabes que la ira de Lucifer contra mí fue mayor que contra ninguna de las criaturas y más que contra todas juntas y con la virtud del Señor le vencí gloriosamente, y con ella podrás tú resistirle en lo menos. Y aunque eres tan débil y sin las condiciones que te parece habías menester, quiero que entiendas que mi Hijo santísimo procede ahora en esto como un rey que, cuando le faltan soldados y vasallos, admite a cualquiera que le quiere servir en su milicia. Anímate, pues, a vencer al demonio en lo que a ti toca, que después te armará el Señor para otras batallas. Y te hago saber que no hubiera llegado la Iglesia católica a los aprietos en que hoy la conoces, si en ella hubiera muchas almas que tomaran por su cuenta defender la causa de Dios y su honra; pero está muy sola y desamparada de los mismos hijos que ha criado la Santa Iglesia.

CAPITULO 8

Declárase el estado en que puso Dios a su Madre santísima, con visión de la divinidad, abstractiva pero

continua, después que venció a los demonios y el modo de obrar que en él tenía.

533. Al paso que los misterios de la infinita y eterna sabiduría se iban cumpliendo en María santísima, se iba también levantando la gran Señora sobre la esfera de toda santidad y pensamiento de todo el resto de las criaturas. Y como los triunfos que ganó del infernal dragón y sus demonios fueron con las condiciones, circunstancias y favores que he dicho, y todo eso venía sobre los misterios de la Encarnación, Redención y los demás de que había sido coadjutora de su Hijo santísimo, no es posible a nuestra bajeza anhelar a la consideración de los efectos que todo hacía en el purísimo corazón de esta divina Madre. Confería estas obras del Señor consigo misma y ponderaba las con el peso de su altísima sabiduría. Crecía la llama y el incendio del amor divino con admiración de los ángeles y cortesanos del cielo, y no pudiera tolerar la vida natural los impetuosos vuelos con que se levantaba para anegarse toda en el abismo de la divinidad, si por milagro no se la conservaran. Y como al mismo tiempo la tiraba juntamente la caridad de Madre piadosísima para sus hijos los fieles, que todos pendían de ella, como las plantas del sol que las alimenta y vivifica, vino a estado que vivía en una dulcísima pero fuerte violencia para juntarlo todo en su pecho.

534. En esta disposición se halló María santísima con las victorias que alcanzó del dragón y, no obstante que por todo el discurso de su vida, desde el primer instante de ella, había obrado en todos tiempos respectivamente lo más puro, santo y levantado, sin embarazarle las peregrinaciones, trabajos y cuidados de su Hijo santísimo y de los prójimos, con todo eso en esta ocasión llegaron como a competir en su ardentísimo corazón la fuerza del amor divino y de las almas. En cada una de estas obras de la caridad sentía la violenta y santa emulación con que aspiran a más altos y nuevos dones y efectos de la gracia. Por una parte, deseaba abstraerse de todo lo sensible para levantar el vuelo a la suprema y continua unión de la divinidad, sin impedimento ni medio de criaturas, imitando a los comprensores, y mucho más al estado de su Hijo santísimo cuando vivía en el mundo, en todo lo que no era

gozar de la visión beatífica que su alma tenía junto a la unión hipostática; y aunque esto no era posible a la divina Madre, pero la alteza de su santidad y amor parece que pedía todo lo que era inmediato y menos que el estado de comprensora. Por otra parte, la llamaba el amor de la Iglesia, y el acudir a todas las necesidades de los fieles, porque sin este oficio de Madre de familias no le satisfacían harto los regalos y favores del Altísimo. Y como era menester tiempo para acudir a estas acciones de María, estaba confiriendo cómo lo ajustaría sin faltar a las unas y a las otras.

535. Dio lugar el Altísimo a este cuidado de su beatísima Madre, para que fuese más oportuno el nuevo favor y estado que le tenía prevenido con su brazo poderoso. Y para esto la habló Su Majestad y la dijo: Esposa mía y amiga mía, los cuidados y pensamientos de tu ardentísimo amor han herido mi corazón y con la virtud de mi diestra quiero hacer en ti una obra que con ninguna generación se ha hecho ni se hará jamás, porque tú eres única y escogida para mis delicias entre todas las criaturas. Yo tengo para ti sola aparejado un estado y un lugar solo, donde te alimentaré con mi divinidad como a los bienaventurados, aunque por diverso modo, pero en él gozarás de mi vista continua y de mis abrazos en soledad, sosiego y tranquilidad, sin que te embaracen las criaturas ni el ser viadora. A esta habitación levantarás tu vuelo libremente, donde hallarás los infinitos espacios que pide tu excesivo amor para extenderse sin medida y límite, y desde allí volarás también a mi Iglesia Santa, de quien eres Madre, y cargada de mis tesoros los repartirás a tus hermanos, distribuyéndolos a tu disposición y voluntad en sus necesidades y trabajos, para que por ti reciban el remedio.

536. Este es el beneficio que toqué en el capítulo pasado (Cf. supra n. 518), y le encerró el Evangelista san Juan en aquellas palabras que dice (Ap 12, 6): *Y la mujer huyó a la soledad donde tenía preparado por Dios un lugar para ser alimentada por mil doscientos y sesenta días;* y luego adelante dice (Ap 12, 14) que *le fueron dadas dos alas de una grande águila para volar al desierto donde era alimentada,* etc. No es fácil para mi ignorancia darme a

entender en este misterio, porque contiene muchos efectos sobrenaturales que sin ejemplar de otra criatura se hallaron en las potencias de sola María santísima, para quien reservó Dios esta maravilla; y pues la fe nos enseña que nosotros no le podemos medir su omnipotencia incomprensible, razón es confesar que pudo hacer con ella mucho más que nosotros podemos entender y que sólo aquello se le ha de negar que tiene evidente y manifiesta contradicción en sí mismo. Y en lo que se me ha dado a entender para escribirlo, supuesto que lo entiendo, no hallo repugnancia para que sea como lo conozco, aunque para manifestarlo me faltan propios términos.

537. Digo, pues, que pasadas las batallas y victorias que nuestra Capitana y Maestra ganó contra el dragón grande y sus demonios, la levantó Dios a un estado en que le manifestó la divinidad, no con visión intuitiva como a los bienaventurados, pero con otra visión clara y por especies criadas, que en todo el discurso de esta Historia he llamado visión abstractiva; porque no depende de la presencia real del objeto, ni él mueve por sí el entendimiento como presente, sino por otras especies que le representan como él es en sí mismo, aunque está ausente: al modo que Dios me pudiera infundir a mí todas las especies y semejanzas de Roma y me la representaran como ella es en sí misma. Esta visión de la divinidad tuvo María santísima en el discurso de su vida, como en toda ella he repetido muchas veces, y aunque en sustancia no fue nueva para ella, pues la tuvo en el instante de su concepción, como allí se dijo, pero fue nueva desde ahora en dos condiciones. La una, que fue desde este día continua y permanente hasta que murió y pasó a la visión beatífica, y las otras veces había sido de paso. La segunda diferencia fue que desde esta ocasión creció cada día en este beneficio, y así fue más alto, admirable y excelente sobre toda regla y pensamiento criado.

538. Para este nuevo favor la retocaron todas sus potencias con el fuego del santuario, que fueron nuevos efectos de la divinidad con que fue iluminada y elevada sobre sí misma. Y porque este nuevo estado era una participación del que tienen los comprensores y

bienaventurados y juntamente era diferente de ellos, es necesario advertir en qué estaba la similitud y en qué la diferencia. La similitud era que María santísima miraba al mismo objeto de la divinidad y atributos divinos de que ellos gozan con segura posesión y de esto conocía más que ellos. Pero la diferencia estaba en tres cosas: la primera, que los bienaventurados ven a Dios cara a cara y con visión intuitiva y la de María santísima era abstractiva, como se ha dicho. La segunda, que los santos en la patria no pueden crecer más en la visión beatífica ni en la fruición esencial en que consiste la gloria del entendimiento y voluntad, pero María santísima en la visión abstractiva que tenía como viadora no tuvo término ni tasa, antes cada día crecía en la noticia de los infinitos atributos y ser de Dios; y para esto le dieron las alas de águila con que volase siempre en aquel piélago interminable de la divinidad, donde hay más y más que conocer infinitamente sin algún fin que lo comprenda.

539. La tercera diferencia era que los Santos no pueden padecer ni merecer, ni esto es compatible con su estado, pero en el que estaba nuestra Reina padecía y merecía como viadora. Y sin esto no fuera tan grande y estimable el beneficio para ella ni para la Iglesia, porque las obras y merecimientos de la gran Señora en este estado de tanta gracia y santidad fueron de subido valor y precio para todos. Era espectáculo nuevo y admirable para los Ángeles y Santos y como un retrato de su Hijo santísimo, porque como Reina y Señora tenía potestad de dispensar y distribuir los tesoros de la gracia y por otra parte con sus inefables méritos los acrecentaba. Y aunque no era comprensora y bienaventurada, pero en el estado de viadora tenía un lugar tan vecino y parecido al de Cristo nuestro Salvador cuando vivía en esta vida, que si bien, comparándolo con él, era viadora en el alma como en el cuerpo, pero comparada con los demás viadores parecía comprensora y bienaventurada.

540. Pedía aquel estado que en la armonía de los sentidos y potencias naturales hubiese nuevo orden y modo de obrar proporcionado en todo; y para esto se le mudó el que hasta entonces había tenido, y fue de esta manera: Todas las

especies o imágenes de criaturas que por los sentidos había admitido el entendimiento de María santísima se le acabaron y borraron del alma, no obstante que —como dije arriba en esta tercera parte (Cf. supra n. 126)— no admitía la gran Señora más especies ni imágenes sensitivas de las que para el uso de la caridad y virtudes eran precisamente necesarias. Pero con todo eso, por lo que tenían de terrenas y haber entrado al entendimiento por los órganos sensitivos del cuerpo, se las quitó el Señor y las despejó y purificó de todas estas imágenes y especies. Y en lugar de las que de allí adelante había de recibir por el orden natural de las potencias sensitivas e intelectuales, la infundía el Señor otras especies más puras e inmateriales en el entendimiento y con aquéllas entendía y conocía más altamente.

541. Esta maravilla no será dificultosa de entender para los doctos. Y para declararme más a todos advierto que, cuando obramos con los cinco sentidos corporales exteriores con que oímos, vemos y gustamos, recibimos unas especies del objeto que sentimos, las cuales pasan a otra potencia interior y corpórea, que llaman sentido común, imaginativa, fantasía o estimativa; y allí se recogen estas especies para que aquel sentido común conozca o sienta todo lo que entró por los cinco exteriores y allí se depositan y guardan como en una oficina común para todas; y hasta aquí somos semejantes en esto a los animales sensitivos, aunque con alguna diferencia. Después que en nosotros, que somos racionales, se guardan o entran estas especies en el sentido común y fantasía, obra con ellas nuestro entendimiento por el orden que naturalmente tienen nuestras potencias y saca el mismo entendimiento otras especies espirituales o inmateriales, y por esta acción se llama entendimiento agente; y con estas especies que en sí produce, conoce y entiende naturalmente lo que entra por los sentidos. Y por esto dicen los filósofos que nuestro entendimiento, para entender, conviene que se convierta a especular la fantasía, para tomar de allí las especies de lo que ha de entender según el orden natural de las potencias, por estar el alma unida al cuerpo, de quien en sus operaciones depende.

542. Pero en María santísima, en el estado que digo, no se guardaba este orden en todo; porque milagrosamente ordenó el Señor en ella otro modo de obrar el entendimiento, sin dependencia de la fantasía y sentido común. Y en lugar de las especies que naturalmente había de sacar su entendimiento de los objetos sensibles que entran por los sentidos, le infundía otras que los representaban por más alto modo; y las que adquiría por los sentidos se quedaban sin pasar de la oficina de la imaginativa, sin que obrase con ellas el entendimiento agente, que al mismo tiempo era ilustrado con las especies sobrenaturales que se le infundían; pero con las que recibía en el sentido común obraba allí lo que era necesario para sentir y padecer dolor, aflicciones y penalidades sensibles. Y sucedía en efecto en este templo de María santísima lo que en el de su figura sucedió, que las piedras se labraban fuera de él y dentro no se oyó martillo ni golpe, ni otro estrépito de ruidos (3 Re 6, 7). Y también los animales se degollaban y se ofrecían en sacrificio en el altar que estaba fuera del santuario (Ex 40, 27) y en él sólo se ofrecía el holocausto del incienso y los aromas encendidos en sagrado fuego (Ex 40, 25).

543. Ejecutábase este misterio en nuestra gran Reina y Señora, porque en la parte inferior de los sentidos del alma se labraban las piedras de las virtudes que miraban a lo exterior y en el atrio de los sentidos comunes se hacía el sacrificio de las penalidades, dolores y tristezas que padecía por los hijos de la Iglesia y por sus trabajos. Y en el *Sancta Sanctorum* de las potencias del entendimiento y voluntad sólo se ofrecía el perfume de su contemplación y visión de la divinidad y el fuego de su incomparable amor. Y para esto no eran proporcionadas las especies que entraban por los sentidos representando los objetos más terrenamente y con el estrépito que ellos obran, y por esto las excluyó el poder divino y dio otras infusas y sobrenaturales de los mismos objetos, pero más puras, para servir a la contemplación de la visión abstractiva de la divinidad y acompañar en el entendimiento a las que tenía del ser de Dios, a quien incesantemente miraba y amaba en sosiego, tranquilidad y serenidad de inviolable paz.

544. Dependían estas especies infusas del ser de Dios, porque en él representaban al entendimiento de María santísima todas las cosas, como el espejo representa a los ojos todo lo que se le pone delante de él y lo conocen sin convertirse a mirarlo en sí mismo. Y así conocía en Dios todas las cosas y lo que le pedían y necesitaban los hijos de la Iglesia, lo que debía hacer con ellos conforme a los trabajos que padecían y todo lo que en esto quería la voluntad divina para que se hiciese en la tierra como en el cielo; y en aquella vista lo pedía y lo alcanzaba todo del mismo Señor. De este modo de entender y obrar exceptuó el Omnipotente las obras que la divina Madre había de hacer por la obediencia de San Pedro y de San Juan Evangelista y alguna vez si le ordenaban algo los demás Apóstoles. Y esto pidió al Señor la misma Madre, por no interrumpir la obediencia que tanto amaba y porque se entendiese que por ella se conoce la voluntad divina con tanta certeza y seguridad que no ha menester el obediente recurrir a otros medios ni rodeos para conocerla más de saber que se lo manda el que tiene poder y es su superior; porque aquello es lo que sin duda le manda Dios y le conviene y lo quiere Su Majestad.

545. Para todo lo demás, fuera de esta obediencia en que se contenía el uso de la comunión sagrada, no dependía el entendimiento de María santísima del comercio de las criaturas sensibles, ni de las imágenes que de ellas pudo recibir por los sentidos. Pero de todas quedó libre y en soledad interior, gozando de la vista abstractiva de la divinidad, sin interrumpirla durmiendo y velando, ocupada y ociosa, trabajando y descansando, sin discurrir ni raciocinar para conocer lo más alto de la perfección, lo más agradable al Señor, las necesidades de la Iglesia, el tiempo y modo de acudir a su remedio. Todo esto lo conocía con la vista de la divinidad, como los bienaventurados con la que tienen. Y como en ellos lo menos que conocen es lo que toca a las criaturas, así también nuestra gran Reina, fuera de lo que tocaba el estado de la Santa Iglesia y a su gobierno y de todas las almas, conocía como principal objeto los misterios incomprensibles de la divinidad, más que los supremos serafines y santos. Con este pan y alimento de vida eterna fue alimentada en aquella soledad que le preparó el Señor.

Allí estaba solícita de la Iglesia sin turbarse, oficiosa sin inquietud, cuidadosa sin divertirse y en todo estaba llena de Dios dentro y fuera, vestida del oro purísimo de la divinidad, anegada y absorta en aquel piélago incomprensible, y junto con esto atenta a todos sus hijos y a su remedio, porque sin este cuidado no descansara del todo su maternal caridad.

546. Para todo esto la dieron las dos alas de grande águila, con que levantó tanto el vuelo que pudo llegar a la soledad y estado a donde no llegó pensamiento de hombre ni de ángel, y para que desde aquella encumbrada habitación descendiese y volase al socorro de los mortales, no paso a paso, sino con ligero y acelerado vuelo. ¡Oh prodigio de la omnipotencia de Dios!, ¡oh maravilla inaudita que así manifiestas su grandeza infinita! Fáltanme razones, suspéndese el discurso y agótase nuestra capacidad en la consideración de tan oculto sacramento. ¡Dichosos siglos de oro de la primitiva Iglesia que gozaron de tanto bien, y venturosos nosotros si llegásemos a merecer que en nuestros infelices siglos renovase el Señor estas señales y maravilla por su beatísima Madre en el grado posible y en el que pide nuestra necesidad y miserias!

547. Entenderáse mejor la felicidad de aquel siglo y el modo de obrar que tenía María santísima en el estado que digo, si lo reducimos a práctica en algunos sucesos de almas que ganó para el Señor. Una fue de un hombre que vivía en Jerusalén muy conocido entre los judíos, porque era principal y de aventajado ingenio y tenía algunas virtudes morales, pero en lo demás era muy celador de su ley antigua, al modo de San Pablo, y muy opuesto a la doctrina y ley de Cristo nuestro Salvador. Conoció esto María santísima en el Señor, que por los ruegos de la divina Madre tenía prevenida la conversión de aquel hombre. Y por la opinión que tenía, deseaba la purísima Señora su reducción y salvación. Pidióla al Altísimo con ardentísima caridad y fervor, de manera que Su Majestad se la concedió. Antes que María santísima tuviera el estado que he dicho, discurriera con la prudencia y altísima luz que tenía para buscar los medios oportunos con que reducir aquella alma, pero no tuvo ahora necesidad de este

discurso, sino atender al mismo Señor donde a su instancia se le manifestaba todo lo que había de hacer.

548. Conoció que aquel hombre vendría a su presencia por medio de la predicación de San Juan Evangelista y que le mandase predicar donde le pudiese oír aquel judío. Hízolo así el Evangelista, y al mismo tiempo el Ángel de guarda de aquella alma le inspiró que fuese a ver a la Madre del Crucificado, que todos alababan de caritativa, modesta y piadosa. No penetró entonces aquel hombre el bien espiritual que de aquella visita se le podía seguir, porque le faltaba la divina luz para conocerlo, pero sin atender a este fin se movió para ir a ver a la gran Señora por curiosidad política, con deseo de conocer quién era aquella Mujer tan celebrada de todos. Llegó a la presencia de María santísima y, de verla y oírla las razones que con divina prudencia le habló, fue todo aquel hombre renovado y convertido en otro. Postróse luego a los pies de la gran Reina, confesando a Cristo reparador del mundo y pidiendo su bautismo. Recibióle luego de mano de San Juan Evangelista y, al pronunciar la forma de este sacramento, vino el Espíritu Santo en forma visible sobre el bautizado, que después fue varón de grande santidad. Y la divina Madre hizo un cántico de alabanza del Señor por este beneficio.

549. Otra mujer de Jerusalén, ya bautizada, apostató de la fe, engañada del demonio por medio de una hechicera deuda suya. Tuvo noticia nuestra gran Reina de la caída de aquella alma, porque todo lo conoció en la vista del Señor. Y dolorida de este suceso, trabajó con muchos ejercicios, lágrimas y peticiones por la reducción de aquella mujer, que siempre es más difícil en los que voluntariamente se apartan del camino que una vez comenzaron de la vida eterna. Pero los ruegos de María santísima alcanzaron el remedio de esta alma engañada de la serpiente. Y luego conoció la Reina que convenía la amonestase y exhortase el Evangelista, para traerla al conocimiento de su pecado. Ejecutólo San Juan y la mujer le oyó y se confesó con él, y fue restituida a la gracia. Y María santísima la exhortó después para que perseverase y resistiese al demonio.

550. No tenía Lucifer y sus demonios por este tiempo atrevimiento para inquietar la Iglesia en Jerusalén, porque estando allí la poderosa Reina temían llegarse tan cerca y su virtud los amedrantaba y ahuyentaba. Con esto, pretendieron hacer presa en algunos fieles bautizados hacia la parte del Asia donde predicaban San Pablo y otros Apóstoles y pervirtieron a algunos para que apostatasen y turbasen o impidiesen la predicación. Conoció en Dios la celosísima Princesa estas maquinaciones del Dragón y pidió a Su Majestad el remedio, si convenía ponerle en aquel daño. Tuvo por respuesta que obrase como Madre, como Reina y Señora de todo lo criado y que tenía gracia en los ojos del Altísimo. Con este permiso del Señor se vistió de invencible fortaleza y, como la fiel esposa que se levanta del tálamo o del trono de su esposo y toma sus propias armas para defenderle de quien pretende injuriarle, así la valerosa Señora con las armas del poder divino se levantó contra el Dragón y le quitó la presa de la boca, hiriéndole con su imperio y virtudes y mandándole caer de nuevo al profundo; y como lo mandó María santísima se ejecutó. Otros innumerables sucesos de esta condición se podían referir entre las maravillas que obró nuestra Reina, pero bastan éstos para que se conozca el estado que tenía y el modo con que en él obraba.

551. El cómputo de los años en que recibió María santísima este beneficio se debe hacer para mayor adorno de esta Historia, resumiendo lo que arriba se ha dicho en otros capítulos (Cf. supra n. 376, 465, 496). Cuando fue de Jerusalén a Efeso tenía de edad cincuenta y cuatro años, tres meses y veintiséis días, y fue el año del nacimiento de cuarenta, a seis de enero. Estuvo en Efeso dos años y medio y volvió a Jerusalén el año de cuarenta y dos, a seis de julio, y de su edad cincuenta y seis y diez meses. El concilio primero, que arriba dijimos (Cf. supra n. 496), celebraron los Apóstoles dos meses después que la Reina volvió de Efeso; de manera que en el tiempo de este concilio cumplió María santísima cincuenta y siete años de edad. Luego sucedieron las batallas y triunfos y el pasar al estado que se ha dicho (Cf. supra n. 535) entrando en cincuenta y ocho años, y de Cristo nuestro Salvador cuarenta y dos y nueve meses. Duróle este estado los mil doscientos y

sesenta días que dice san Juan en el capítulo 12 y pasó al que diré adelante (Cf. infra n. 601, 607).

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

552. Hija mía, ninguno de los mortales tiene excusa para no componer su vida a la imitación de la de mi Hijo santísimo y la mía, pues para todos fuimos ejemplo y dechado donde todos hallasen que seguir cada uno en su estado, en que no tiene disculpa si no es perfecto a vista de su Dios humanado, que se hizo maestro de santidad para todos. Pero algunas almas elige su divina voluntad y
las aparta del orden común para que en ellas se logre más el fruto de su sangre, se conserve la imitación más perfecta de su vida y de la mía y resplandezcan en la santa Iglesia la bondad, omnipotencia y misericordia divina. Y cuando estas almas escogidas para tales fines corresponden al Señor con fidelidad y fervoroso amor, es ignorancia muy terrena admirarse los demás de que se muestre con ellas el Señor tan liberal y poderoso en hacerles beneficios y favores sobre el pensamiento humano. Quien pone duda en esto, quiere impedir a Dios la gloria que él mismo pretende conseguir en sus obras, y se las quiere medir con la cortedad y bajeza de la capacidad humana, que en tales incrédulos de ordinario está más depravada y oscurecida con pecados.

553. Y si las mismas almas elegidas por Dios son tan groseras que le pongan en duda sus beneficios o no se disponen para recibirlos y usar de ellos con prudencia y con el peso y estimación que piden las obras del Señor, sin duda se da Su Majestad por más ofendido de estas almas que de los otros a quien no distribuyó tantos dones ni talentos. No quiere el Señor que se desprecie y arroje a los perros el pan de los hijos (Mt 15, 26), ni las margaritas a quien las pise y maltrate (Mt 7, 6), porque estos beneficios de particular gracia son lo segregado por su altísima providencia y lo principal del precio de la Redención humana. Atiende, pues, carísima, que cometen esta culpa las almas que con desconfianza se dejan desfallecer en los sucesos adversos o más arduos y las que se encogen o impiden al Señor para que no se sirva de ellas como de

instrumentos de su poder para todo lo que es servido. Y esta culpa es más reprensible, cuando no quieren confesar a Cristo en estas obras por temor humano del trabajo que se les puede seguir y de lo que dirá el mundo de estas novedades. De manera que sólo quieren servir y hacer la voluntad del Señor cuando se ajusta con la suya y si han de obrar alguna cosa de virtud ha de ser con tales y tales comodidades; si han de amar, ha de ser dejándolas en la tranquilidad que ellas apetecen; si han de creer y estimar los beneficios, ha de ser gozando de caricias; pero en llegando la adversidad o el trabajo para padecerle por Dios, luego entra el descontento y la tristeza, el despecho y la impaciencia, con que se halla frustrado el Señor en sus deseos y ellas incapaces de lo perfecto de las virtudes.

554. Todo esto es defecto de prudencia, de ciencia y amor verdadero, que hace a estas almas inhábiles y sin provecho para sí y para otras. Porque primero se miran a sí mismas que a Dios y se gobiernan por su amor más que por el amor y caridad divina y tácitamente cometen una gran osadía porque quieren gobernar al mismo Dios y aun reprenderle, pues dicen que hicieran por Él muchas cosas si fueran con éstas y aquellas condiciones pero sin ellas no pueden, porque no quieren aventurar su crédito o su quietud, aunque sea por el bien común y por la mayor gloria de Dios. Y porque esto no lo dicen tan claro, piensan que no cometen esta culpa tan atrevida, que el demonio les oculta para que la ignoren cuando la hacen.

555. Para que te guardes, hija mía, de cometer esta monstruosidad, pondera con discreción lo que de mí escribes y entiendes y cómo quiero que lo imites. Yo no podía caer en estas culpas y con todo eso mi continuo desvelo y peticiones eran para obligar al Señor a que gobernase todas mis acciones por sola su voluntad santa y agradable y no me dejase libertad para hacer obra alguna que no fuese de su mayor beneplácito, y para esto procuraba de mi parte el olvido y retiro de todas las criaturas. Tú estás sujeta a pecar y sabes cuántos lazos te ha puesto el Dragón por sí y por las criaturas para que cayeras en ellos. Luego razón será que no descanses en pedir al Todopoderoso te gobierne en tus acciones y que

cierres las puertas de tus sentidos de manera que a tu interior no pase imagen ni figura de cosa mundana o terrena. Renuncia, pues, el derecho de tu libre voluntad en la divina y cédele al gusto de tu Señor y mío. Y en lo forzoso de tratar con las criaturas, en lo que te obliga la divina ley y caridad, no admitas otra cosa más de lo que para esto es inexcusable y luego pide que se borren de tu interior todas las especies de lo no necesario. Consulta todas tus obras, palabras y pensamientos con Dios, conmigo o con tus Ángeles, que estamos siempre contigo, y si puedes con tu confesor, y sin esto ten por sospechoso y peligroso todo lo que haces y determinas, y ajustándolo todo con mi doctrina conocerás si disuena o se conforma con ella.

556. Sobre todo y para todo nunca pierdas de vista al ser de Dios, pues la fe y la luz que sobre ella has recibido te sirven para esto. Y porque éste ha de ser el último fin, quiero que desde la vida mortal comiences a conseguirle en el modo que en ella te es posible con la divina gracia. Para esto es ya tiempo que te sacudas de los temores y vanas fabulaciones con que ha pretendido el enemigo embarazarte y detenerte para que no des constante crédito a los beneficios y favores del Señor. Acaba ya de ser fuerte y prudente en esta fe y confianza y entrégate del todo al beneplácito de Su Majestad, para que en ti y de ti haga lo que fuere servido.

CAPITULO 9

El principio que tuvieron los Evangelistas y sus Evangelios y lo que en esto hizo María santísima; aparecióse a San Pedro en Antioquía y en Roma y otros favores semejantes con otros Apóstoles.

557. He declarado, cuanto me ha sido permitido, el estado en que nuestra gran Reina y Señora quedó después del primer Concilio de los Apóstoles y de las victorias que alcanzó del Dragón infernal y sus demonios. Y aunque las obras maravillosas que hizo en estos tiempos y en todos no se pueden reducir a historia ni a breve suma, entre todas se me ha dado luz para escribir el principio que tuvieron los

cuatro evangelistas y sus Evangelios y lo que obró en ellos María santísima y el cuidado con que gobernaba [como Medianera de gracias divinas y con consejos] a los Apóstoles ausentes y el modo milagroso con que lo hacía. En la segunda parte y en muchas ocasiones de esta Historia queda escrito (Cf. supra p. II n. 790, 797, 846; p. III n. 210, 214) que la divina Madre tuvo noticia de todos los misterios de la ley de gracia y de los Evangelios y Escrituras Santas que para fundarla y establecerla se escribirían en ella. En esta ciencia fue confirmada muchas veces (Cf. supra p. II n. 1524), en especial cuando subió a los cielos el día de la Ascensión con su Hijo santísimo. Y desde aquel día, sin omitir alguno, hizo particular petición postrada en tierra para que el Señor diese su divina luz a los Sagrados Apóstoles y escritores y ordenase que escribiesen cuando fuese el tiempo más oportuno.

558. Después de esto, en la ocasión que la misma Reina estuvo en el cielo y bajó de él con la Iglesia que se le entregó, como dije en el capítulo 6 de este libro (Cf. supra n. 494-495), la manifestó el Señor que ya era tiempo de comenzar a escribir los Sagrados Evangelios, para que ella lo dispusiese como Señora y Maestra de la Iglesia. Pero con su profunda humildad y discreción alcanzó del mismo Señor que esto se ejecutase por mano de San Pedro, como vicario suyo y cabeza de la Iglesia, y que le asistiese su divina luz para negocio de tanto peso. Concedióselo todo el Altísimo y cuando los Apóstoles se juntaron en aquel Concilio que refiere San Lucas (Act 15, 6) en el capítulo 15, después que resolvieron las dudas de la circuncisión, como queda dicho en el capítulo 6, propuso San Pedro a todos que era necesario escribir los misterios de la vida de Cristo nuestro Salvador y Maestro para que todos sin diferencia ni discordia los enseñasen en la Iglesia y con esta luz se desterrase la antigua ley y se plantase la nueva.

559. Este intento había comunicado San Pedro con la Madre de la sabiduría. Y habiéndole aprobado todo el Concilio, invocaron al Espíritu Santo para que señalase a quiénes de los Apóstoles y discípulos se cometería el escribir la Vida del Salvador. Luego descendió una luz del cielo sobre el Apóstol San Pedro y se oyó una voz que

decía: El Pontífice y cabeza de la Iglesia señale cuatro que escriban las obras y doctrina del Salvador del mundo.—Postróse en tierra el Apóstol y siguiéronle los demás y dieron al Señor gracias por aquel favor; y levantándose todos habló San Pedro y dijo:

Mateo, nuestro carísimo hermano, dé luego principio y escriba su Evangelio en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Y Marcos sea el segundo que también escriba el Evangelio en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Lucas sea el tercero que lo estriba en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Y nuestro carísimo hermano Juan también sea el cuarto y último que escriba los misterios de nuestro Salvador y Maestro, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

—Este nombramiento confirmó el Señor con la misma luz divina que estuvo en San Pedro hasta que lo hizo y fue aceptado por todos los nombrados.

560. Dentro de pocos días determinó San Mateo escribir su Evangelio, que fue el primero. Y estando en oración una noche en un aposento retirado en la casa del cenáculo, pidiendo luz al Señor para dar principio a su Historia, se le apareció María santísima en un trono de gran majestad y resplandor, sin haberse abierto las puertas del aposento donde el Apóstol oraba. Y cuando vio a la Reina del cielo, se postró sobre la cara con admirable reverencia y temor. Mandóle la gran Señora que se levantase y así lo hizo pidiéndola la bendijese; luego le habló María santísima y le dijo: Mateo, siervo mío, el Todopoderoso me envía con su bendición para que con ella deis principio al Sagrado Evangelio que por buena suerte os ha tocado escribir. Para esto asistirá en voz su divino Espíritu y yo se lo pediré con todo el afecto de mi alma. Pero de mí no conviene que escribáis otra cosa fuera de lo que es forzoso para

manifestar la Encarnación y misterios del Verbo humanado y plantar su fe santa en el mundo como fundamento de la Iglesia. Y asentada esta fe, vendrán otros siglos en que dará el Altísimo noticia a los fieles de los misterios y favores que su brazo poderoso obró conmigo, cuando sea necesario manifestarlos.—Ofreció San Mateo obedecer a este mandato de la Reina y consultando con ella el orden de su Evangelio descendió sobre él el Espíritu Santo en forma visible y en presencia de la misma Señora comenzó a escribirle como en él se contiene. Desapareció María santísima y San Mateo prosiguió la Historia, aunque la acabó después en Judea, y la escribió en lengua hebrea el año del Señor de cuarenta y dos.

561. El Evangelista San Marcos escribió su Evangelio cuatro años después, que fue el de cuarenta y seis del nacimiento de Cristo, y también lo escribió en hebreo, y en Palestina. Y para comenzar a escribir pidió al Ángel de su guarda diese noticia a la Reina del cielo de su intento y la pidiese su favor y que le alcanzase la divina luz de lo que había de escribir. Hizo la piadosa Madre esta petición y luego mandó el Señor a los Ángeles que la llevasen, con la majestad y orden que solían, a la presencia del Evangelista que perseveraba en su oración. Aparecióle la gran Reina del Cielo en un trono de grande hermosura y refulgencia y postrándose el Evangelista ante el trono dijo: Madre del Salvador del mundo y Señora de todo lo criado, indigno soy de este favor, aunque siervo de Vuestro Hijo santísimo y también lo soy Vuestro.—Respondió la divina Madre: El Altísimo, a quien servís y amáis, me envía para que os asegure que oye vuestras peticiones y su divino Espíritu os gobernará para escribir el Evangelio que os ha mandado.—Y luego le ordenó que no escribiese los misterios que tocaban a ella, como lo hizo a San Mateo. Y al punto descendió en forma visible de grandiosa refulgencia el Espíritu Santo, bañando exteriormente al Evangelista y llenándole de nueva luz interior, y en presencia de la misma Reina dio principio a su Evangelio. Tenía la Princesa del cielo en esta ocasión sesenta y un años de edad. San Jerónimo dice que San Marcos escribió en Roma su breve Evangelio a instancia de los fieles que allí estaban, pero advierto que éste fue traslado o copia del que había escrito

en Palestina, y porque no le tenían en Roma los cristianos, ni tampoco tenían otro, le volvió a escribir en lengua latina, que era la romana.

562. Dos años después, que fue el cuarenta y ocho, y de la Virgen el sesenta y tres, escribió San Lucas en lengua griega su Evangelio. Y para comenzarle a escribir, se le apareció María como a los otros dos Evangelistas. Y habiendo conferido con la divina Madre que, para manifestar los misterios de la Encarnación y vida de su Hijo santísimo, era necesario declarar el modo y orden de la concepción del Verbo humanado y otras cosas que tocaban a la verdad de ser Su Alteza Madre natural de Cristo, por esto se alargó San Lucas más que los otros Evangelistas en lo que escribió de María santísima, reservando los secretos y maravillas que le tocaban por ser Madre de Dios, como ella misma se lo ordenó al Evangelista. Y luego descendió sobre él el Espíritu Santo y en presencia de la gran Reina comenzó su Evangelio, como Su Majestad principalmente le informó. Quedó San Lucas devotísimo de esta Señora y jamás se le borraron del interior las especies o imagen que le quedó impresa de haber visto a esta dulcísima Madre en el trono y majestad con que se le apareció en esta ocasión, con que la tuvo presente por toda su vida. Estaba San Lucas en Acaya, cuando le sucedió este aparecimiento y escribió su Evangelio.

563. El último de los Cuatro Evangelistas que escribió su Evangelio fue el Apóstol San Juan en el año del Señor de cincuenta y ocho. Y escribióle en lengua griega estando en el Asia Menor [Anatólia – Turquía], después del glorioso Tránsito y Asunción de María santísima, contra los errores y herejías que luego comenzó a sembrar el demonio, como arriba dije (Cf. supra n. 522), que principalmente fueron para destruir la fe de la Encarnación del Verbo divino, porque, como este misterio había humillado y vencido a Lucifer, pretendió luego hacer la batería de las herejías contra él. Y por esta causa el Evangelista San Juan escribió tan altamente y con más argumentos para probar la divinidad real y verdadera de Cristo nuestro Salvador, adelantándose en esto a los otros Evangelistas.

564. Y para dar principio a su Evangelio, aunque María santísima estaba ya gloriosa en los cielos, descendió de ellos personalmente con inefable majestad y gloria, acompañada de millares de Ángeles de todas las jerarquías y coros y se le apareció a San Juan y le dijo: Juan, hijo mío y siervo del Altísimo, ahora es tiempo oportuno que escribáis la vida y misterios de mi Hijo santísimo, y deis muy expresa noticia de su divinidad al mundo, para que le conozcan todos los mortales por Hijo del Eterno Padre y verdadero Dios como verdadero Hombre. Pero los misterios y secretos que de mí habéis conocido, no es tiempo de que los escribáis ahora ni los manifestéis al mundo, tan acostumbrado a idolatría, porque no los conturbe Lucifer a los que han de recibir ahora la santa fe de su Redentor y de la Beatísima Trinidad. Para todo asistirá en vos el Espíritu Santo y en mi presencia quiero que comencéis a escribir.— El Evangelista veneró [con hiperdulía] a la gran Reina del cielo, y fue lleno del Espíritu divino como los demás. Y luego dio principio a su Evangelio, quedando favorecido de la piadosa Madre, y pidiéndola su bendición y amparo, se la dio y ofreció ella para todo lo restante de la vida del Apóstol, con que se volvió a la diestra de su Hijo santísimo. Este fue el principio que tuvieron los Sagrados Evangelios por medio e intervención de María santísima, para que todos estos beneficios reconozca la Iglesia haberlos recibido por su mano. Y para continuar esta Historia ha sido necesario anticipar la relación de los Evangelistas.

565. Pero en el estado que la gran Señora tenía después del Concilio de los Apóstoles, así como vivía más elevada de la ciencia y vista abstractiva de la divinidad, así también se adelantó en el cuidado y solicitud de la Iglesia, que cada día iba creciendo en todo el orbe. Especialmente atendía, como verdadera Madre y Maestra, a todos los Apóstoles, que eran como parte de su corazón donde los tenía escritos. Y porque luego que celebraron aquel Concilio se alejaron de Jerusalén, quedando allí solos San Juan Evangelista y Santiago [Jacobo] el Menor, con esta ausencia les tuvo la piadosa Madre una natural compasión de los trabajos y penalidades que padecían en la predicación. Mirábalos con esta compasión en sus peregrinaciones, y

con suma veneración por la santidad y dignidad que tenían como Sacerdotes, Apóstoles de su Hijo santísimo, fundadores de su Iglesia, predicadores de su doctrina y elegidos por la divina Sabiduría para tan altos ministerios de la gloria del Altísimo. Y verdaderamente fue como necesario que, para atender y cuidar de tantas cosas en toda la esfera de la Santa Iglesia, levantase Dios a la gran Señora y Maestra al estado que tenía, porque en otro más inferior no pudiera tan convenientemente y acomodadamente encerrar en su pecho tantos cuidados y gozar de la tranquilidad, paz y sosiego interior que tenía.

566. Y a más de la noticia que la gran Reina tenía en Dios del estado de la Iglesia, encargó de nuevo a sus Ángeles que cuidasen de todos los Apóstoles y discípulos que predicaban y que acudiesen con presteza a socorrerlos y consolarlos en sus tribulaciones; pues todo lo podían hacer con la actividad de su naturaleza y nada les embarazaba para ver juntamente y gozar de la cara de Dios, y la importancia de fundar la Iglesia era tan grande y ellos debían ayudar a ella como ministros del Altísimo y obras de su mano. Ordenóles también que le diesen aviso de todo lo que hacían los Apóstoles y singularmente cuando tuviesen necesidad de vestiduras, porque de esto quiso cuidar la vigilante Madre para que anduvieran vestidos uniformemente, como lo hizo cuando los despidió de Jerusalén, de que hablé en su lugar (Cf. supra n. 237). Y con esta prudentísima atención, todo el tiempo que vivió la gran Señora tuvo cuidado que los apóstoles no anduviesen vestidos con diferencia alguna en el hábito exterior, pero todos vistiesen una forma y color de vestido semejante al que tuvo su Hijo santísimo. Y para esto les hilaba y tejía las túnicas por sus manos, ayudándola en esto los Ángeles, por cuyo ministerio se las remitía a donde los Apóstoles estaban, y todas eran semejantes a las de Cristo nuestro Señor, cuya doctrina y vida santísima quiso la gran Madre que predicasen también los Apóstoles con el hábito exterior. En lo demás necesario para la comida y sustento los dejó a la mendicación y al trabajo de sus manos y limosnas que les ofrecían.

567. Por el mismo ministerio de los Ángeles y orden de su

gran Reina fueron socorridos los Apóstoles muchas veces en sus peregrinaciones y en las tribulaciones y aprietos que padecían por la persecución de los gentiles y judíos y de los demonios que los irritaban contra los predicadores del Evangelio. Visitábanlos muchas veces visiblemente, hablándoles y consolándolos de parte de María santísima. Otras veces lo hacían interiormente sin manifestarse; otras los sacaban de las cárceles; otras les daban avisos de los peligros y asechanzas; otras los encaminaban por los caminos y los llevaban de unos lugares a otros a donde convenía que predicasen, y les informaban de lo que debían hacer, conforme a los tiempos, lugares y naciones. Y de todo esto daban aviso los mismos Ángeles a la divina Señora, que sola ella cuidaba de todos y trabajaba en todos y más que todos. Y no es posible referir los cuidados, diligencias y solicitud de esta piadosísima Madre en particular, porque no pasaba día ni noche alguna en que no obrase muchas maravillas en beneficio de los Apóstoles y de la Iglesia. Y sobre todo les escribía muchas veces con divinas advertencias y doctrina con que los animaba, exhortaba y llenaba de nueva consolación y esfuerzo.

568. Pero lo que más admira es que, no sólo los visitaba por medio de los Santos Ángeles y por cartas, mas algunas veces se les aparecía ella misma cuando la invocaban o estaban en alguna gran tribulación y necesidad. Y aunque todo esto sucedió con muchos de los Apóstoles, fuera de los Evangelistas de que ya he dicho (Cf. supra n.560ss.), sólo haré aquí relación de los aparecimientos que hizo con San Pedro, que como cabeza de la Iglesia tuvo mayor necesidad de la asistencia y consejos de María santísima. Por esta causa le remitía ella más de ordinario los Ángeles, y el Santo remitía a ella los que tenía como Pontífice de la Iglesia, y la escribía y comunicaba más que los otros Apóstoles. Luego después del Concilio de Jerusalén caminó San Pedro al Asia Menor [Anatólia – Turquía] y paró en Antioquía, donde puso la primera vez la Silla Pontifical. Y para vencer las dificultades que sobre esto se le ofrecieron, se halló el vicario de Cristo con algún aprieto y aflicción de que María santísima tuvo conocimiento y él tuvo necesidad del favor de la gran Señora. Y para dársele como convenía a la importancia de aquel negocio la llevaran los Ángeles a la

presencia de San Pedro en un trono de majestad, como otras veces he dicho (Cf. supra n. 193, 399). Apareció al Apóstol, que estaba en oración, y cuando la vio tan refulgente se postró en tierra con los ordinarios fervores que acostumbraba, y hablando con la gran Señora la dijo bañado en lágrimas: ¿De dónde a mí pecador que la Madre de mi Redentor y Señor venga a donde yo estoy?—La gran Maestra de los humildes descendió del trono que estaba y templándose sus resplandores se hincó de rodillas y pidió la bendición al Pontífice de la Iglesia. Y sólo con él hizo esta acción que con ninguno de los Apóstoles había hecho cuando les aparecía; aunque fuera de los aparecimientos, cuando les hablaba naturalmente, les pedía la bendición de rodillas.

569. Pero como San Pedro era vicario de Cristo y cabeza de la Iglesia procedió con él diferentemente y descendió del trono de majestad en que iba la gran Reina y le respetó como viadora y que vivía en la misma Iglesia en carne mortal. Y hablando luego familiarmente con el Santo Apóstol, trataron los negocios arduos que convenía resolver. Y uno de ellos, fue que desde entonces se comenzasen a celebrar en la Iglesia algunas festividades del Señor. Y con esto volvieron los Ángeles a María santísima desde Antioquía a Jerusalén. Y después que San Pedro pasó a Roma para trasladar allí la Silla Apostólica, como lo había ordenado nuestro Salvador, se le apareció otra vez al mismo Apóstol. Y allí determinaron que en la Iglesia romana mandase celebrar la fiesta del Nacimiento de su Hijo santísimo y la Pasión e Institución del Santísimo Sacramento todo junto, como lo hace la Iglesia el Jueves Santo. Y después de muchos años se ordenó en ella la festividad del Corpus, señalándose día sólo el jueves primero después de la octava de Pentecostés, como ahora lo celebramos. Pero la primera del Jueves Santo mandó San Pedro, y también la fiesta de la Resurrección y los Domingos y la Ascensión, con las Pascuas y otras costumbres que tiene la Iglesia Romana desde aquel tiempo hasta ahora, y todas fueron con orden y consejo de María santísima. Después de esto vino San Pedro a España y visitó algunas Iglesias fundadas por Jacobo [Santiago el Mayor] y volvió a Roma dejando fundadas otras.

570. En otra ocasión, antes y más cerca del glorioso tránsito . de la divina Madre, estando también San Pedro en Roma, se movió una alteración contra los cristianos, en que todos y San Pedro con ellos se hallaron muy apretados y afligidos. Acordábase el Apóstol de los favores que en sus tribulaciones había recibido de la gran Reina del mundo y en la que entonces se hallaba echaba menos su consejo y el aliento que con él recibía. Pidió a los Ángeles de su guarda y de su oficio manifestasen su trabajo y necesidad a la Beatísima Madre, para que le favoreciese en aquella ocasión con su eficaz intercesión con su Hijo santísimo, pero Su Majestad, que conocía el fervor y humildad de su vicario San Pedro, no quiso frustrarle sus deseos. Para esto mandó a los Santos Ángeles del Apóstol que le llevasen a Jerusalén, a donde estaba María santísima. Luego ejecutaron este mandato y llevaron los Ángeles a San Pedro al Cenáculo y presencia de su Reina y Señora. Con este singular beneficio crecieron los fervorosos afectos del Apóstol y se postró en tierra en presencia de María santísima lleno de gozo y lágrimas de ver cumplido lo que en su corazón había deseado. Mandóle la gran Señora que se levantase y ella se postró y dijo: Señor mío, dad la bendición a vuestra sierva como Vicario de Cristo, mi Señor y mi Hijo santísimo. Obedeció San Pedro y la dio su bendición y luego dieron gracias por el beneficio que le había hecho el Omnipotente en concederle lo que deseaba y, aunque la humilde Maestra de las virtudes no ignoraba la tribulación de San Pedro y de los fieles de Roma, le oyó que se la contase como había sucedido.

571. Respondióle María santísima todo lo que en ella convenía saber y hacer, para sosegar aquel alboroto y pacificar la Iglesia de Roma. Y habló con tal sabiduría a San Pedro que, si bien él tenía altísimo concepto de la prudentísima Madre, como en esta ocasión la conoció con nueva experiencia y luz, quedó fuera de sí de admiración y júbilo y la dio humildes gracias por aquel nuevo favor; y dejándole informado de muchas advertencias para fundar la Iglesia de Roma, le pidió la bendición otra vez y le despidió. Los Ángeles volvieron a San Pedro a Roma y María santísima quedó postrada en tierra en la forma de cruz que

acostumbraba, pidiendo al Señor sosegase aquella persecución. Y así lo alcanzó, porque en volviendo San Pedro halló las cosas en mejor estado y luego los cónsules dieron permiso a los profesores de la Ley de Cristo para que libremente la guardasen. Con estas maravillas que he referido se entenderá algo de las que hacía María santísima en el gobierno de los Apóstoles y de la Iglesia, porque si todas se hubieran de escribir fueran menester más volúmenes de libros que aquí escribo yo líneas. Y así me excuso de alargarme más en esto, para decir en lo restante de esta Historia los inauditos y admirables beneficios que hizo Cristo nuestro Redentor con la divina Madre en los últimos años de su vida; aunque confieso, por lo que he entendido, no diré más que algún indicio, para que la piedad cristiana tenga motivos de discurrir y alabar al Omnipotente, autor de tan venerables sacramentos.

Doctrina que me dio la Reina de los ángeles.

572. Hija mía carísima, en otras ocasiones te he manifestado una querella que tengo, entre las demás, contra los hijos de la Santa Iglesia, y en especial contra las mujeres, en quienes la culpa es mayor y para mí más aborrecible, por lo que se opone a lo que yo hice viviendo en carne mortal; y quiero repetírtela en este capítulo, para que tú me imites, y te alejes de lo que hacen otras mujeres estultas hijas de Belial. Esto es, que tratan a los Sacerdotes del Altísimo sin reverencia, estimación ni respeto. Esta culpa crece cada día más en la Iglesia y por eso renuevo yo este aviso que otras veces dejas escrito. Dime, hija mía, ¿en qué juicio cabe que los Sacerdotes ungidos del Señor, consagrados y elegidos para santificar al mundo y para representar a Cristo y consagrar su cuerpo y sangre, éstos sirvan a unas mujeres viles, inmundas y terrenas? ¿Que ellos estén en pie y descubiertos y hagan reverencia a una mujer soberbia y miserable, sólo porque ella es rica y él es pobre? Pregunto yo, ¿si el Sacerdote pobre tiene menor dignidad que el rico? ¿O si las riquezas dan mayor o igual dignidad, potestad y excelencia que la da mi Hijo santísimo a sus Sacerdotes y ministros? Los Ángeles no reverencian a los ricos por su hacienda, pero respetan a los Sacerdotes por su altísima dignidad. Pues ¿cómo se admite este abuso

y perversidad en la Iglesia, que los Cristos del Señor sean ultrajados y despreciados de los mismos fieles, que los conocen y confiesan por santificados del mismo Cristo?

573. Verdad es que son muy culpados y reprensibles los mismos Sacerdotes en sujetarse con desprecio de su dignidad al servicio de otros hombres y mucho más de mujeres. Pero si los Sacerdotes tienen alguna disculpa en su pobreza, no la tienen en su soberbia los ricos, que por hallar pobres a los Sacerdotes los obligan a ser siervos, cuando en hecho de verdad son señores. Esta monstruosidad es de grande horror para los Santos y muy desagradable para mis ojos, por la veneración que tuve a los Sacerdotes. Grande era mi dignidad de Madre del mismo Dios y me postraba a sus pies y muchas veces besaba el suelo donde ellos pisaban y lo tenía por grande dicha. Pero la ceguedad del mundo ha oscurecido la dignidad sacerdotal, confundiendo lo precioso con lo vil (Jer 15, 19), y ha hecho que en las leyes y desórdenes el Sacerdote sea como el pueblo (Is 24, 2), y de unos y otros se dejan servir sin diferencia; y el mismo ministro que ahora está en el altar ofreciendo al Altísimo el Tremendo Sacrificio de su agrado cuerpo y sangre, ese mismo sale luego de allí a servir y acompañar como siervo hasta a las mujeres, que por naturaleza y condición son tan inferiores y tal vez más indignas en sus pecados.

574. Quiero, pues, hija mía, que tú procures recompensar esta falta y abuso de los hijos de la Iglesia en cuanto fuere posible. Y te hago saber que para esto desde el trono de la gloria que tengo en el cielo miro con veneración y respeto a los Sacerdotes que están en la tierra. Tú los has de mirar siempre con tanta reverencia como cuando están en el Altar o con el Santísimo Sacramento en sus manos o en su pecho; y hasta los ornamentos y cualquiera vestidura de los Sacerdotes has de tener en gran veneración, y con esta reverencia hice yo las túnicas para los Apóstoles. A más de las razones que has escrito y entendido de los Sagrados Evangelios y todas las Escrituras divinas, conocerás la estimación en que las debes tener por lo que en sí encierran y contienen y por el modo con que ordenó el Altísimo que los Evangelistas los escribiesen, y en

ellos y en los demás asistió el Espíritu Santo para que la Santa Iglesia quedase rica y próspera con la abundancia de la doctrina, de ciencia y luz de los misterios del Señor y de sus obras. Al Pontífice Romano has de tener suma obediencia y veneración sobre todos los hombres y cuando le oyeres nombrar le harás reverencia inclinando la cabeza, como cuando oyes el nombre de mi Hijo y el mío, porque en la tierra está en lugar de Cristo, y yo cuando vivía en el mundo y nombraban a San Pedro le hacía reverencia. En todo esto te quiero advertida, perfecta imitadora y seguidora de mis pasos, para que practiques mi doctrina y halles gracia en los ojos del Altísimo, a quien todas estas obras obligan mucho y ninguna es pequeña en su presencia si por su amor se hiciere.

CAPITULO 10

La memoria y ejercicios de la pasión que tenía María santísima y la veneración con que recibía la Sagrada Comunión y otras obras de su vida perfectísima.

575. Sin faltar la gran Reina del cielo al gobierno exterior de la Iglesia [como Medianera de las gracias divinas y con consejos] , como hasta ahora dejo escrito, tenía a solas otros ejercicios y obras ocultas con que merecía y granjeaba innumerables dones y beneficios de la mano del Altísimo, así en común para todos los fieles, como para millares de almas que por estos medios ganó para la vida eterna. De estas obras y secretos no sabidos escribiré lo que pudiere en estos últimos capítulos para nuestra enseñanza y admiración y gloria de esta beatísima Madre. Para esto advierto que, por muchos privilegios de que gozaba la gran Reina del cielo, tenía siempre presente en su memoria toda la vida, obras y misterios de su Hijo santísimo, porque, a más de la continua visión abstractiva que tenía siempre de la divinidad en estos últimos años y en ella conocía todas las cosas, le concedió el Señor desde su concepción que no olvidase lo que una vez conocía y aprendía, porque en esto gozaba de privilegio de ángel, como en la primera parte queda escrito (Cf. supra p. I n. 537, 604).

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 21

576. También dije en la segunda parte (Cf. supra p. II n. 1264, 1274, 1287, 1341), escribiendo la pasión, que la divina Madre sintió en su cuerpo y alma purísima todos los dolores de los tormentos que recibió y padeció nuestro Salvador Jesús, sin que nada se le ocultase, ni dejase de padecerlo con el mismo Señor. Y todas las imágenes o especies de la pasión quedaron impresas en su interior, como cuando las recibió, porque así lo pidió Su Alteza al Señor. Y éstas no se le borraron, como las otras imágenes sensibles que arriba dije (Cf. supra n. 540) para la visión de la divinidad, antes se las mejoró Dios, para que con ellas se compadeciese milagrosamente gozar de aquella vista y sentir juntamente los dolores, como la gran Señora lo deseaba, por el tiempo que fuese viadora en carne mortal; porque a este ejercicio se dedicó toda, cuanto era de parte de su voluntad. No permitía su fidelísimo y ardentísimo amor vivir sin padecer con su dulcísimo Hijo, después que le vio y acompañó en su pasión. Y aunque Su Majestad la hizo tan raros beneficios y favores, como de todo este discurso se puede entender, pero estos regalos fueron prendas y demostraciones del amor recíproco de su Hijo santísimo, que, a nuestro modo de entender, no podía contenerse ni dejar de tratar a su Madre purísima como Dios de amor, omnipotente y rico en misericordias infinitas. Mas la prudentísima Virgen no los pedía ni apetecía, porque sólo deseaba la vida para estar crucificada con Cristo, continuar en sí misma los dolores, renovar su pasión, y sin esto le parecía ocioso y sin fruto vivir en carne pasible.

577. Para esto ordenó sus ocupaciones de tal manera que siempre tuviese en su interior la imagen de su Hijo santísimo, lastimado, afligido, llagado, herido y desfigurado de los tormentos de su pasión, y dentro de sí misma le miraba en esta forma como en un espejo clarísimo. Oía las injurias, oprobios, denuestos y blasfemias que padeció, con los lugares, tiempos y circunstancias que todo sucedió,

y lo miraba todo junto con una vista viva y penetrante. Y aunque a la de este doloroso espectáculo por todo el discurso del día continuaba heróicos actos de virtudes y sentía gran dolor y compasión, pero no se contentó su prudentísimo amor con estos ejercicios. Y para algunas horas y tiempos determinados en que estaba sola, ordenó otros con sus Ángeles, particularmente con aquellos que dije en la primera parte 8Cf. supra p. I n. 208, 373) traían consigo las señales o divisas de los instrumentos de la pasión. Con éstos en primer lugar, y luego con los demás Ángeles, dispuso que le ayudasen y asistiesen en los ejercicios siguientes.

578. Para cada especie de llagas y dolores que padeció Cristo nuestro Salvador hizo particulares oraciones y salutaciones con que las adoraba y daba especial veneración y culto. Para las palabras injuriosas de afrenta y menosprecio, que dijeron los judíos y los otros enemigos a Cristo, así por la envidia de sus milagros como por venganza y furor en su vida y pasión santísima, por cada una de estas injurias y blasfemias hizo un cántico particular, en que daba al Señor la veneración y honra que los enemigos pretendieron negarle y oscurecerla. Por otros gestos, burlas y menosprecios que le hicieron, por cada uno hacía Su Alteza profundas humillaciones, genuflexiones y postraciones, y de esta manera iba recompensando y como deshaciendo los oprobios y desacatos que recibió su Hijo santísimo en su vida y pasión, y confesaba su divinidad, humanidad, santidad, milagros, obras y doctrina, y por todo esto le daba gloria, virtud y magnificencia; y en todo la acompañaban los Santos Ángeles y la respondían admirados de tal sabiduría, fidelidad y amor en una pura criatura.

579. Y cuando María santísima no hubiera tenido otra ocupación en toda su vida más que estos ejercicios de la pasión, en ellos hubiera trabajado y merecido más que todos los Santos en todo cuanto han hecho y padecido por Dios. Y con la fuerza del amor y de los dolores que sentía en estos ejercicios, fue muchas veces mártir, pues tantas hubiera muerto en ellos si por virtud divina no fuera preservada para más méritos y gloria, Y si todas estas

obras ofrecía por la Iglesia, como lo hacía con inefable caridad, consideremos la deuda que sus hijos los fieles tenemos a esta Madre de clemencia que tanto acrecentó el tesoro de que somos socorridos los miserables hijos de Eva. Y porque nuestra meditación no sea tan cobarde o tibia, digo que los efectos de la que tenía María santísima fueron inauditos; porque muchas veces lloraba sangre hasta bañársele todo el rostro, otras sudaba con la agonía no sólo agua, sino sangre hasta correr al suelo y, lo que más es, se le arrancó o movió algunas veces el corazón de su natural lugar con la fuerza del dolor; y cuando llegaba a tal extremo, descendía del cielo su Hijo santísimo para darle fuerzas y vida y sanar aquella dolencia y herida que su amor había causado o por él había padecido su dulcísima Madre, y el mismo Señor la confortaba y renovaba para continuar los dolores y ejercicios.

580. En estos efectos y sentimientos sólo exceptuaba el Señor los días que la divina Madre celebraba el misterio de la Resurrección, como diré adelante (Cf. infra n. 674), para que correspondiesen los efectos a la causa. Tampoco eran compatibles algunos de estos dolores y penas con los favores en que redundaban sus efectos al virginal cuerpo, porque el gozo excluía la pena. Pero nunca perdía de vista el objeto de la pasión y con él sentía otros efectos de compasión y mezclaba el agradecimiento de lo que su Hijo santísimo padeció. De manera que en estos beneficios donde gozaba, siempre entraba la pasión del Señor, para templar en algún modo con este agrio la dulzura de otros regalos. Dispuso también con el Evangelista San Juan que le diese permiso para recogerse a celebrar la muerte y exequias de su Hijo santísimo el viernes de cada semana, y aquel día no salía de su oratorio. Y San Juan Evangelista asistía en el Cenáculo, para responder a los que la buscaban y para que nadie llegase a él, y si faltaba el Evangelista asistía otro discípulo. Retirábase María santísima a este ejercicio el jueves a las cinco de la tarde y no salía hasta el domingo cerca del mediodía. Y para que en aquellos tres días no se faltase al gobierno y necesidades graves si alguna se ofrecía, ordenó la gran Señora que para esto saliese un Ángel en forma de ella misma, y brevemente despachaba lo que era menester si no permitía

dilación. Tan próvida y tan atenta era en todas las cosas de caridad para con sus hijos y domésticos.

581. No alcanza nuestra capacidad a decir ni pensar lo que en este ejercicio pasaba por la divina Madre en aquellos tres días; sólo el Señor que lo hacía lo manifestará a su tiempo en la luz de los Santos. Lo que yo he conocido tampoco puedo explicarlo y sólo digo que, comenzando del lavatorio de los pies, proseguía María santísima hasta llegar al misterio de la Resurrección, y en cada hora y tiempo renovaba en sí misma todos los movimientos, obras, acciones y pasiones como en su Hijo santísimo se habían ejecutado. Hacía las mismas oraciones y peticiones que él hizo, como dijimos en su lugar (Cf. supra p. II n. 1162, 1184, 1212). Sentía de nuevo la purísima Madre en su virginal cuerpo todos los dolores y en las mismas partes y al mismo tiempo que los padeció Cristo nuestro Salvador. Llevaba la Cruz y se ponía en ella. Y para comprenderlo todo, digo que mientras vivió la gran Señora se renovaba en ella cada semana toda la pasión de su Hijo santísimo. Y en este ejercicio alcanzó del Señor grandes favores y beneficios para los que fueron devotos de su pasión santísima. Y la gran Señora como Reina poderosa les prometió especial amparo y participación de los tesoros de la pasión, porque deseaba con íntimo afecto que en la Iglesia se continuase y conservase esta memoria. Y en virtud de estos deseos y peticiones ha ordenado el mismo Señor que después en la Santa Iglesia muchas personas hayan seguido estos ejercicios de la pasión, imitando en ello a su Madre santísima, que fue la primera maestra y autora de tan estimable ocupación.

582. Señalábase en ellos la gran Reina en celebrar la institución del Santísimo Sacramento con nuevos cánticos de loores, de agradecimiento y fervorosos actos de amor. Y para esto singularmente convidaba a sus Ángeles y a otros muchos que descendían del empíreo cielo para asistirla y acompañarla en estas alabanzas del Señor. Y fue maravilla digna de su omnipotencia, que como la divina Maestra y Madre tenía en su pecho al mismo Cristo sacramentado que, como he dicho arriba, perseveraba de una comunión a otra, enviaba Su Majestad muchos

Ángeles de las alturas, para que viesen aquel prodigio en su Madre santísima y le diesen gloria y alabanza por los efectos que hacía sacramentado en aquella criatura más pura y santa que los mismos ángeles y serafines, que ni antes ni después vieron obra semejante en todo el resto de las mismas criaturas.

583. Y no era de menor admiración para ellos —y lo será para nosotros—, que con estar la gran Reina del cielo dispuesta para conservarse dignamente en su pecho Cristo sacramentado, con todo, para recibirle de nuevo cuando comulgaba, que era casi cada día, fuera de los que no salía del oratorio, se disponía y preparaba con nuevos fervores, obras y devociones que tenía para esta preparación. Y lo primero ofrecía para ella todo el ejercicio de la pasión de cada semana; luego, cuando se recogía a prima noche del día de la comunión, comenzaba otros ejercicios de postraciones en tierra, puesta en forma de cruz y otras genuflexiones y oraciones, adorando al ser de Dios inmutable. Pedía licencia al Señor para hablarle y con ella le suplicaba profundamente humilde que no mirando a su bajeza terrena le concediese la comunión de su Hijo santísimo sacramentado, y que para hacerle este beneficio se obligase de su misma bondad infinita y de la caridad que tuvo el mismo Dios humanado en quedarse sacramentado en la Santa Iglesia. Ofrecíale su misma pasión y muerte y la dignidad con que se comulgó a sí mismo, la unión de la humana naturaleza con la divina en la persona del mismo Cristo, todas sus obras desde el instante que encarnó en el virginal vientre de ella misma, todas las de los justos pasados, presentes y futuros.

584. Luego hacía intensísimos actos de profunda humildad, considerándose polvo y de naturaleza de tierra en comparación del ser de Dios infinito, a quien las criaturas somos tan inferiores y desiguales. Y con esta contemplación de quién era ella y quién era Dios, a quien había de recibir sacramentado, hacía tanta ponderación y tan prudentes afectos, que no hay términos para manifestarlo, porque se levantaba y trascendía sobre los supremos coros de los querubines y serafines; y como entre las criaturas tomaba el último lugar, en su propia

estimación, convidaba luego a sus Ángeles y a todos los demás y con afecto de incomparable humildad les pedía suplicasen con ella al Señor, la dispusiese y preparase para recibirle dignamente porque era criatura inferior y terrena. Obedecíanla en esto los Ángeles y con admiración y gozo la asistían y acompañaban en estas peticiones, en que ocupaba lo más de la noche que precedía a la comunión.

585. Y como la sabiduría de la gran Reina, aunque en sí era finita, es para nosotros incomprensible, nunca se podrá entender dignamente a dónde llegaban las obras y virtudes que ejercitaba y los afectos de amor que tenía en estas ocasiones. Pero solían ser de manera que obligaban al Señor muchas veces a que la visitase o la respondiese, dándole a entender el agrado con que vendría sacramentado a su pecho y corazón, y en él renovaría las prendas de su infinito amor. Cuando llegaba la hora de comulgar, oía primero la misa que de ordinario la decía el Evangelista San Juan; y aunque entonces no había Epístola ni Evangelio, que no estaban escritos como ahora, pero decíanla con otros ritos y ceremonias y muchos Salmos y otras oraciones, pero la consagración fue siempre la misma. En acabando la Snta Misa, llegaba la divina Madre a comulgar, precediendo tres genuflexiones profundísimas, y toda enardecida recibía a su mismo Hijo sacramentado, y a quien en su tálamo virginal había dado aquella humanidad santísima le recibía en su pecho y corazón purísimo. Retirábase en comulgando y si no era muy forzoso salir para alguna grande necesidad de los prójimos perseveraba recogida tres horas. Y en este tiempo el Evangelista San Juan mereció verla muchas veces llena de resplandor que despedía de sí rayos de luz como el sol.

586. Y para celebrar el Sacrificio Incruento de la Santa Misa, conoció la prudente Madre que convenía tuviesen los Apóstoles y Sacerdotes diferente ornato y vestiduras misteriosas, fuera de las ordinarias de que se vestían para vivir. Y con este espíritu hizo por sus manos vestiduras y ornamentos sacerdotales para celebrar, dando ella principio a esta costumbre y ceremonia santa de la Iglesia. Y aunque no eran aquellos ornamentos de la misma forma que ahora los tiene la Iglesia romana, pero tampoco eran muy

diferentes, aunque después se han reducido a la forma que ahora tienen. Pero la materia fue más semejante, porque los hizo de lino y sedas ricas, de las limosnas y dones que la ofrecían. Pero cuando trabajaba en estos ornamentos y los cogía y aliñaba, siempre estaba de rodillas o en pie, y no los fiaba de otros sacristanes más que de los Ángeles que la asistían y ayudaban en todo esto; y así tenía con increíble aliño y limpieza todos los ornamentos y lo demás que servía al altar, y de tales manos salía todo con una celestial fragancia que encendía el espíritu de los ministros.

587. De muchos reinos y provincias donde predicaban los Apóstoles venían a Jerusalén diferentes fieles convertidos para visitar y conocer a la Madre del Redentor del mundo y la ofrecían ricos dones. Entre otros la visitaron cuatro príncipes soberanos, que eran como reyes en sus provincias, y la trajeron muchas cosas de valor, para que se sirviese de ellas y diese a los Apóstoles y discípulos. Respondió la gran Señora que ella era pobre como su Hijo y los Apóstoles eran como el Maestro y que no les convenían aquelas riquezas para la vida que profesaban. Replicáronle que por su consuelo las recibiese y diese a los pobres o sirviesen al culto divino. Y por la instancia que le hicieron recibió parte de lo que la ofrecieron y de algunas telas ricas hizo ornamentos para el altar; lo demás repartió a pobres y hospitales, a quien visitaba de ordinario, y con sus manos los servía y limpiaba a los pobres, y estos ministerios y dar limosnas lo hacía de rodillas. Consolaba a todos los necesitados, ayudaba a morir a todos los agonizantes a quien podía asistir, y jamás descansaba en obras de caridad, o ejecutándolas exteriormente, o pidiendo y orando cuando estaba retirada en su recogimiento.

588. A estos reyes o príncipes que la visitaron les dio saludables consejos, amonestaciones e instrucciones para gobernar sus estados y les encargó que guardasen y administrasen justicia con igualdad y sin aceptación de personas, que se reconociesen por hombres mortales como los demás y temiesen el juicio del supremo Juez, donde todos han de ser juzgados por sus propias obras, y sobre todo, que procurasen la exaltación del nombre de Cristo y la propagación y seguridad de la santa fe, en cuya

firmeza se establecen los verdaderos imperios y monarquías; porque sin esto el reinar es lamentable y muy infeliz servidumbre de los demonios, y no la permite Dios sino para castigo de los que reinan y de los vasallos, por sus ocultos y secretos juicios. Todo ofrecieron ejecutarlo aquellos dichosos príncipes y después conservaron la comunicación con la divina Reina por cartas y otras correspondencias. Y lo mismo sucedió a cuantos la visitaron respectivamente, porque todos de su vista y presencia salían mejorados y llenos de luz, alegría y consolación que no podían explicar. Y muchos que no habían sido fieles hasta entonces, en viéndola confesaban a voces la fe del verdadero Dios, sin poderse contener con la fuerza que interiormente sentían en llegando a la presencia de su beatísima Madre.

589. Y no es mucho que esto sucediese cuando toda esta gran Señora era un instrumento eficacísimo del poder de Dios y de su gracia para los mortales. No sólo sus palabras llenas de altísima sabiduría admiraban y convencían a todos comunicándoles nueva luz, pero así como en sus labios estaba derramada la gracia para comunicarla con ellos, así también con la gracia y hermosura diversa de su rostro, con la majestad apacible de su persona, con la modestia de su semblante honestísimo, grave y agradable, y con la virtud oculta que de ella salía —como de su Hijo santísimo lo dice el evangelio (Lc 6, 19)—, atraía los corazones y los renovaba. Unos quedaban suspensos, otros se deshacían en lágrimas, otros prorrumpían en admirables razones y alabanza, confesando ser grande el Dios de los cristianos que tal criatura había formado. Y verdaderamente podían testificar lo que algunos Santos dijeron, que María era de toda santidad. Eternamente sea alabada y conocida de todas las generaciones por Madre verdadera del mismo Dios, que la hizo tan agradable a sus ojos, tan dulce Madre para los pecadores y tan amable para todos los Ángeles y los hombres.

590. En estos últimos años ya la gran Reina no comía ni dormía sino muy poco, y esto lo admitía por la obediencia de San Juan Evangelista, que le pidió se recogiese de noche a descansar algún rato. Pero el sueño era no más que una

leve suspensión de los sentidos y esto no más de media hora y cuando más una entera y sin perder la visión divina de la divinidad en el modo que se ha dicho arriba (Cf. supra n. 535). La comida era algunos bocados de pan ordinario y alguna vez comía un poco de algún pescado a instancia del Evangelista y por acompañarle; que fue tan dichoso el Santo en esto como en los demás privilegios de hijo de María santísima, pues no sólo comía con ella en una mesa, sino que la gran Reina le aderezaba a él la comida y se la administraba como madre a su hijo y le obedecía como a Sacerdote y sustituto de Cristo. Bien pudiera pasar la gran Señora sin este sueño y alimento, que más parecía ceremonia que sustento de la vida, pero no lo tomaba por esta necesidad, sino por el ejercicio de la obediencia del Apóstol y por el de la humildad, reconociendo y pagando en algo la pensión de la naturaleza humana; porque en todo era prudentísima.

Doctrina que me dio la gran Señora de los Ángeles María santísima.

591. Hija mía, de todo el discurso de mi vida conocerán los mortales la memoria y el agradecimiento que yo tuve de las obras de la Redención humana y de la pasión y muerte de mi Hijo santísimo, especialmente después que se ofreció en la Cruz por la salvación eterna de los hombres. Pero en este capítulo particularmente he querido darte noticia del cuidado y repetidos ejercicios con que renovaba en mí no sólo la memoria sino los dolores de la pasión, para que con este conocimiento quede reprendido y confuso el monstruoso olvido que los hombres redimidos tienen de este incomprensible beneficio. ¡ Oh cuán pesada, cuán aborrecible y peligrosa ingratitud es ésta de los hombres! El olvido es claro indicio del menosprecio, porque no se olvida tanto lo que se estima en mucho. Pues ¿en qué razón o en qué juicio cabe que desprecien y olviden los hombres el bien eterno que recibieron, el amor con que el Eterno Padre entregó a su unigénito Hijo a la muerte, la caridad y paciencia con que el mismo Hijo suyo y mío la recibió por ellos? La tierra insensible es agradecida a quien la cultiva y beneficia. Los animales fieros se domestican y amansan agradeciendo el beneficio que reciben. Los mismos

hombres unos con otros se dan por obligados a sus bienhechores, y cuando falta en ellos este agradecimiento lo sienten, lo condenan y encarecen por grande ofensa.

592. Pues ¿qué razón hay para que sólo con su Dios y Redentor sean ellos desagradecidos y olviden lo que padeció para rescatarlos de su eterna condenación? Y sobre este mal pago se querellan, si no les acude a todo lo que desean. Para que entiendan lo que monta contra ellos esta ingratitud, te advierto, hija mía, que conociéndola Lucifer y sus demonios en tantas almas, hacen esta consecuencia y dicen de cada una: Esta alma no se acuerda ni hace estimación del beneficio que le hizo Dios en redimirla; pues segura la tenemos, mas quien es tan estulto en este olvido, tampoco entenderá nuestros engaños. Lleguemos a tentarla y destruirla, pues le falta la mayor defensa contra nosotros. Y con la experiencia larga que han probado ser casi infalible esta consecuencia, pretenden con desvelo borrar de los hombres la memoria de la redención y muerte de Cristo y que se haga despreciable el tratar de ella y predicarla, y así lo han conseguido en la mayor parte con lamentable ruina de las almas. Y por el contrario, desconfían y temen tentar a los que se acostumbran a la meditación y memoria de la pasión, porque de este recuerdo sienten contra sí los demonios una fuerza y virtud que muchas veces no les deja llegar a los que renuevan en su memoria con devoción estos misterios.

593. Quiero, pues, de ti, amiga mía, que no apartes de tu pecho y corazón este manojo de mirra (Cant 1, 12) y que me imites con todas tus fuerzas en la memoria y ejercicios que yo hacía para imitar a mi Hijo santísimo en sus dolores y para deshacer los agravios que su divina persona recibió con las injurias y blasfemias de los enemigos que le crucificaron. Procura tú ahora en el mundo desagraviarle en algo de la torpe ingratitud y olvido de los mortales. Y para hacerlo como yo quiero de ti, nunca interrumpas la memoria de Cristo crucificado, afligido y blasfemado. Y persevera en hacer los ejercicios sin omitirlos, si no fuere por la obediencia o justa causa que te impida, que si en esto me imitares, yo te haré participante de los efectos que sentía en estas obras.

594. Para disponerte cada día para la comunión, aplicarás lo que en esto hicieres y luego me imitarás en las demás obras y diligencias que has conocido yo hacía; y considerando que si yo, con ser Madre del mismo Señor que había de recibir, no me juzgaba digna de su Sagrada Comunión y por tantos medios solicitaba la pureza digna de tan alto sacramento, ¿qué debes hacer tú, pobre y sujeta a tantas miserias de imperfecciones y culpas? Purifica el templo de tu interior, examinándole a la luz divina y adornándole con excelentes virtudes, porque es Dios eterno a quien recibes, y sólo Él mismo fue por sí digno de recibirse sacramentado. Invoca la intercesión de los Ángeles y Santos, para que te alcancen gracia de Su Majestad, y sobre todo te advierto, que me llames y me pidas a mí este beneficio, porque te hago saber soy especial abogada y protectora de los que desean llegar con gran pureza a la Sagrada Comunión. Y cuando para esto me invocan me presento en el cielo ante el trono del Altísimo y pido su favor y gracia para los que así desean recibirle sacramentado, como quien conoce la disposición que pide el lugar donde ha de entrar el mismo Dios. Y no he perdido, estando en el cielo, este cuidado y celo de su gloria, que con tanto desvelo procuraba estando en la tierra. Luego, después de mi intercesión pide la de los Ángeles, que también están solícitos de que las almas lleguen a la Sagrada Eucaristía con gran devoción y pureza.

CAPITULO 11

Levantó el Señor con nuevos beneficios a María santísima sobre el estado que se dijo arriba en el capítulo 8 de este libro.

595. En aquel capítulo queda escrito que la gran Reina del cielo fue alimentada con aquel sustento que la señaló el Señor, del estado y disposición que allí declaré (Cf. supra n. 536s.), por los mil doscientos y sesenta días que dijo el Evangelista San Juan en el capítulo 12 del Apocalipsis (Ap 12, 6). Estos días hacen tres años y medio poco más o menos, con que la purísima Madre cumplió los sesenta años

de su edad y dos meses, pocos días más, y el año del Señor de cuarenta y cinco. Y como la piedra en su natural movimiento con que baja a su centro cobra mayor velocidad cuanto más se va acercando a él, nuestra gran Reina y Señora de las criaturas, cuanto se iba acercando a su fin y término de su vida santísima, tanto eran más veloces los vuelos de su purísimo espíritu y los ímpetus de sus deseos para llegar al centro de su eterno descanso y reposo. Desde el instante de su Inmaculada Concepción, había salido como río caudaloso del océano de la divinidad, donde en los eternos siglos fue ideada, y con las corrientes de tantos dones, gracias, favores, virtudes, santidad y merecimientos, había crecido de tal manera, que ya le venía angosta toda la esfera de las criaturas, y con un movimiento rápido y casi impaciente de la sabiduría y amor se apresuraba a unirse con el mar, de donde salió, para volverse a él, y redundar de allí otra vez su maternal clemencia sobre la Iglesia (Ecl 1, 7).

596. Vivía ya la gran Reina en estos últimos años con la dulce violencia del amor en un linaje de martirio continuado. Porque sin duda, en estos movimientos del espíritu, es verdadera filosofía que el centro cuando está más vecino atrae con mayor fuerza lo que se llega a él; y en María santísima, de parte del infinito y sumo bien, había tanta vecindad que sólo le dividía, como dijo en los Cantares (Cant 2,9), el cancel o la pared de la mortalidad y ésta no impedía para que se viesen y mirasen con vista y con amor recíproco; y de parte de los dos, mediaba el amor tan impaciente de medios que impidan la unión de lo que se ama que ninguna cosa más desea que vencerlos y apartarlos para llegar a conseguirla. Deseábalo su Hijo santísimo y deteníale la necesidad que siempre tenía la Iglesia de tal Maestra. Deseábalo la dulcísima Madre y, aunque se encogía para no pedir la muerte natural, mas no podía impedir la fuerza del amor para que sintiese la violencia de la vida mortal y de sus prisiones que la detenían el vuelo.

597. Pero mientras no llegaba el plazo determinado por la eterna Sabiduría, padecía los dolores del amor que es fuerte como la muerte (Cant 8, 6). Llamaba con ellos a su

amado que saliese fuera de sus retretes, que bajase al campo, que se detuviese en esta aldea (Cant 7, 11), que viese las flores y los frutos tan fragantes y suaves de su viña. Con estas flechas de sus ojos y de sus deseos hirió el corazón del amado, y le hizo volar de las alturas y descender a su presencia. Sucedió, pues, que un día, por el tiempo que voy declarando, crecieron las ansias amorosas de la beatísima Madre de manera que con verdad pudo decir que estaba enferma de amor (Cant 2, 5); porque, sin los defectos de nuestras pasiones terrenas, adoleció con los ímpetus del corazón moviéndosele de su lugar, y dándole el Señor para que así como Él era la causa de la dolencia lo fuese gloriosamente de la cura y medicina. Los Santos Ángeles que la asistían, admirados de la fuerza y efectos del amor de su Reina, la hablaban como Ángeles para que recibiese algún alivio con la esperanza tan segura de su deseada posesión, pero estos remedios no apagaban la llama, que antes la encendían, y la gran Señora no les respondía más que conjurarlos dijesen a su dilecto que estaba enferma de amor (Cant 5, 8), y ellos la replicaban dándole las señas que deseaba. Y en esta ocasión, y en otras de estos últimos años, advierto que especialmente se ejecutaron en esta única y digna Esposa todos los misterios ocultos y escondidos en los Cánticos de Salomón. Fue necesario que los supremos Príncipes que en forma visible la asistían, la recibiesen en los brazos por los dolores que sentía.

598. Bajó del cielo su Hijo santísimo en esta ocasión a visitarla en un trono de gloria acompañado de millares de Ángeles que le daban loores y magnificencia. Y llegándose a la purísima Madre la renovó y confortó en su dolencia y juntamente la dijo: Madre mía, dilectísima y escogida para nuestro beneplácito, los clamores y suspiros de vuestro amoroso pecho han herido mi corazón. Venid, paloma mía, a mi celestial patria, donde se convertirá vuestro dolor en gozo, vuestras lágrimas en alegría y allí descansaréis de vuestras penas.— Luego los Santos Ángeles por mandado del mismo Señor pusieron a la Reina en el trono y al lado de su Hijo santísimo y con música celestial subieron todos al empíreo cielo, y María Santísima adoró al trono de la Beatísima Trinidad. Teníala siempre a su lado la humanidad

de Cristo nuestro Salvador, causando accidental gozo a todos los cortesanos del cielo; y manifestándole el mismo Señor, como si, a nuestro modo de entender, pusiera nueva atención a los Santos, habló con el Eterno Padre, y dijo:

599. Padre mío y Dios eterno, esta mujer es la que me dio forma de hombre en su virginal tálamo, la que me alimentó a sus pechos y me sustentó con su trabajo; la que me acompañó en los míos y cooperó conmigo en las obras de la Redención humana; la que fue siempre fidelísima y ejecutó en todo nuestra voluntad con plenitud de nuestro agrado; es inmaculada y pura como digna Madre mía y por sus obras llegó al colmo de toda santidad y dones que nuestro poder infinito le ha comunicado; y cuando tuvo merecido el premio y pudo gozarle para no dejarle, careció de él por sola nuestra gloria y volvió a la Iglesia militante para su fundación, gobierno y magisterio [como Medianera de todas las gracias y con sus consejos]; y porque viva en ella para socorro de los fieles le dilatamos el descanso eterno, que muchas veces nos tiene merecido. En la suma bondad y equidad de nuestra providencia hay razón para que mi Madre sea remunerada en el amor y obras con que sobre todas las criaturas nos obliga, y no debe correr en ella la común ley de los demás. Y si yo para todas merecía premios infinitos y gracia sin medida, justo es que mi Madre las reciba sobre todo el resto de las que son tan inferiores, pues ella con sus obras corresponde a nuestra liberal grandeza y no tiene impedimento ni óbice para que se manifieste en ella el poder infinito de nuestro brazo y participe de nuestros tesoros como Reina y Señora de todo lo que tiene ser criado.

600. A esta proposición de la humanidad santísima de Cristo respondió el Eterno Padre: Hijo mío dilectísimo, en quien yo tengo la plenitud de mi agrado y complacencia: Vos sois primogénito y cabeza de los predestinados, y en vuestras manos puse todas las cosas para que juzguéis con equidad a todos los tribus y generaciones y a todas mis criaturas. Distribuid mis tesoros infinitos y haced participante a vuestra voluntad a nuestra Amada, que os vistió de la carne pasible, conforme a su dignidad y mérito, en nuestra aceptación tan estimables.

601. Con este beneplácito del Eterno Padre determinó Cristo nuestro Salvador en presencia de los Santos, y como prometiéndolo a su Madre santísima, que desde aquel día, mientras ella viviese en la carne mortal, fuese levantada por los Ángeles al mismo cielo empíreo todos los días del domingo que daba fin a los ejercicios que hacía en la tierra y correspondían a la Resurrección del mismo Señor, para que estando en presencia del Altísimo en alma y cuerpo celebrase allí el gozo de aquel misterio. Determinó también el Señor que en la comunión cotidiana se le manifestase su santísima humanidad unida a la divinidad, por otro nuevo y admirable modo, diferente del que había tenido en esta luz hasta aquel día, para que este beneficio fuese como arras y prenda rica de la gloria que para su Madre tenía preparada en su eternidad. Conocieron los Bienaventurados cuán justo era hacer estos favores a la divina Madre para gloria del Omnipotente y demostración de su grandeza, y por la dignidad y santidad de la gran Reina y por la digna retribución que sola ella daba a tales obras, y todos hicieron nuevos cánticos de gloria y alabanza al Señor, que en todas ellas era santo, justo y admirable.

602. Convirtió luego las razones Cristo nuestro bien a su purísima Madre, y la dijo: Madre mía amantísima, con vos estaré siempre en lo que os resta de vuestra mortal vida, y seré por nuevo modo tan admirable que hasta ahora no le conocieron los hombres ni los ángeles. Con mi presencia no tendréis soledad y donde yo estoy será mi patria, en mí descansaréis de vuestras ansias, yo recompensaré vuestro destierro, aunque será corto el plazo; no sean penosas para vos las prisiones del mortal cuerpo que presto seréis libre de ellas. Y en el ínterin que llega el día, yo seré el término de vuestras aflicciones y alguna vez correré la cortina que impide vuestros deseos amorosos y para todo os doy mi real palabra.—Entre estas promesas y favores estaba María santísima en lo profundo de su inefable humildad alabando, engrandeciendo y agradeciendo al Omnipotente la liberalidad de tan grande beneficio y aniquilándose a sí misma en su propia estimación. Este espectáculo ni se puede explicar ni entender en esta vida. Ver al mismo Dios levantar a su digna Madre justamente a

tan alta excelencia y estimación de su divina sabiduría y voluntad, y verla a ella en competencia del poder divino humillarse, abatirse y deshacerse, mereciendo en esto la misma exaltación que recibía.

603. Tras de todo esto, fue iluminada y retocadas sus potencias, como otras veces he declarado (Cf. supra p.I n. 626ss.), para la visión beatífica. Y estando así preparada se corrió la cortina y vio a Dios intuitivamente, gozando sobre todos los Santos por algunas horas la fruición y gloria esencial: bebía las aguas de la vida en su misma fuente, saciaba sus ardentísimos deseos, llegaba a su centro y cesaba aquel movimiento velocísimo para volverle a comenzar de nuevo. Después de esta visión dio gracias a la Beatísima Trinidad, y rogaba de nuevo por la Iglesia, y toda renovada y confortada la volvieron los mismos Ángeles al oratorio, donde quedó su cuerpo del modo que otras veces he significado para que no la echasen de menos (Cf. supra n. 400, 490). Y en bajando de la nube en que la volvieron, se postró en tierra como acostumbraba y allí se humilló después de este favor y beneficio, más que todos los hijos de Adán se reconocieron y humillaron después de sus pecados y miserias. Y desde aquel día por todos los que vivió en la tierra se cumplió en ella la promesa del Señor; porque todos los domingos, cuando acababa los ejercicios de la pasión, después de media noche, cuando llegaba la hora de la Resurrección, la levantaban todos sus Ángeles en un trono de nube y la llevaban al cielo empíreo, donde Cristo su Hijo santísimo la salía a recibir, y con un linaje de inefable abrazo la unía consigo. Y aunque no siempre se le manifestaba la divinidad intuitivamente, pero fuera de no ser esta visión gloriosa, era con tantos efectos y participación de los de la gloria que excede a toda capacidad humanada. Y en estas ocasiones la cantaban los Ángeles aquel cántico: *Regina coeli laetare, alleluia;* y era día muy festivo para todos los Santos, especialmente para San José, Santa Ana y San Joaquín, y todos sus más allegados y sus Ángeles custodios. Y luego consultaba con el Señor los negocios arduos de la Iglesia, pedía por ella y singularmente por los Apóstoles, y volvía a la tierra cargada de riquezas, como la nave del mercader que dice Salomón en el capítulo 31 de sus Proverbios (Prov 31, 14).

604. Este beneficio, aunque fue singular gracia del Altísimo, pero en algún modo se le debía a su beatísima Madre por dos títulos. El uno, porque ella misma carecía de la visión beatífica que por sus méritos se le debía y se privó de este gozo por el gobierno [con su intercesión como Medianera de todas las gracias de Dios y con sus consejos] de la Iglesia, y estando en ella llegaba tantas veces a los términos de la vida, por la violencia del amor y deseos de ver a Dios, que para conservársela era muy congruente medio llevarla alguna vez a su divina presencia y lo que era posible y conveniente era como debido de Hijo a Madre. El otro título era, porque renovando cada semana en sí misma la pasión de su Hijo santísimo venía a sentirlo y como a morir de nuevo con el mismo Señor y por consiguiente debía resucitar con él. Y como Su Majestad estaba ya glorioso en el cielo, era puesto en razón que en su misma presencia hiciera participante a su misma Madre e imitadora del gozo de su Resurrección, para que con alegría semejante cogiese el fruto de los dolores y lágrimas que había sembrado.

605. En el segundo beneficio que le prometió su Hijo santísimo de la comunión, advierto que hasta la edad y tiempo de que voy hablando, dejaba algunos días la gran Reina la Sagrada Comunión, como fue en la jornada de Efeso y en algunas ausencias de San Juan Evangelista, o por otros incidentes que se ofrecían. Y la profunda humildad la obligaba a acomodarse a todo esto, sin pedirlo a los Apóstoles, dejándose a su obediencia; porque en todo fue la gran Señora dechado y maestra de la perfección, enseñándonos el rendimiento que debemos imitar, aun en lo que nos parece muy santo y conveniente. Pero el Señor, que descansa en los corazones humildes y sobre todo quería vivir y descansar en el de su Madre y muchas veces renovar en él sus maravillas, ordenó que desde este beneficio de que trato, comulgase cada día por los años que le restaban de vida. Esta voluntad del Altísimo conoció en el cielo Su Alteza, pero como prudentísima en todas sus acciones ordenó que se ejecutase la voluntad divina por medio de la obediencia de San Juan Evangelista, porque obrase en todo ella como inferior, como humilde y sujeta a

quien la gobernaba en estas acciones.

606. Para esto no quiso manifestar por sí misma al Evangelista lo que sabía de la voluntad del Señor. Y sucedió que un día estuvo muy ocupado el Santo Apóstol en la predicación y se pasaba la hora de la comunión. Habló a los Santos Ángeles, consultándoles qué haría, y respondiéronla que se cumpliese lo que su Hijo santísimo había mandado, y que ellos avisarían a San Juan Evangelista y le intimarían este orden de su Maestro. Y luego uno de los Ángeles fue a donde estaba predicando y manifestándosele le dijo: Juan, el Altísimo quiere que su Madre y nuestra Reina le reciba sacramentado cada día mientras viva en el mundo.—Con este aviso volvió luego el Evangelista al Cenáculo, donde María santísima estaba recogida para la comunión, y la dijo: Madre y Señora mía, el Ángel del Señor me ha manifestado el orden de nuestro Dios y Maestro para que Os administre su sagrado cuerpo sacramentado todos los días sin omitir alguno.—Respondióle la beatísima Madre: Y Vos, señor, ¿qué me ordenáis en esto?—Replicó San Juan: Que se haga lo que manda Vuestro Hijo y mi Señor.—Y la Reina dijo: Aquí está su esclava para obedecer en esto.—Desde entonces le recibió cada día sin faltar alguno por lo restante que vivió. Y los días de los ejercicios comulgaba viernes y sábado, porque el domingo era levantada al cielo empíreo, como se ha dicho (Cf. supra n.603), y aquel beneficio era en lugar de la comunión.

607. Al punto que recibía en su pecho las especies sacramentales, desde aquel día se le manifestaba debajo de ellas la persona de Cristo en la edad que instituyó el Santísimo Sacramento. Y aunque no se le descubría en esta visión la divinidad más que con la abstractiva que siempre tenía, pero la humanidad santísima se le manifestaba gloriosa, mucho más refulgente y admirable que cuando se transfiguró en el Tabor. Y de esta visión gozaba tres horas continuas en acabando de comulgar, con efectos que no se pueden manifestar con palabras. Este fue el segundo beneficio que le ofreció su Hijo santísimo para recompensarle en algo la dilación de la eterna gloria que le tenía preparada. Y a más de esta razón

tuvo otra el Señor en esta maravilla, que fue recompensar de antemano y desagraviarse de la ingratitud, tibieza y mala disposición con que los hijos de Adán en los siglos de la Iglesia habíamos de tratar y recibir el sagrado misterio de la Eucaristía. Y si María santísima no hubiera suplido esta falta de todas las criaturas, ni quedara dignamente agradecido este beneficio de parte de la Iglesia, ni el Señor quedara satisfecho del retorno que le deben los hombres por habérseles dado en este Sacramento.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles.

608. Hija mía, cuando los mortales, fenecido el breve curso de su vida, llegan al término que les puso Dios para merecer la eterna, entonces fenecen también todos sus engaños con la experiencia de la eternidad en que comienzan a entrar, para gloria o para pena que nunca tendrá fin. Allí conocen los justos en qué consistió su felicidad y remedio, y los réprobos su lamentable y eterna perdición. ¡Oh cuán dichosa es, hija mía, la criatura que en el breve momento de su vida procura anticiparse en la ciencia divina de lo que tan presto ha de conocer por experiencia! Esta es la verdadera sabiduría, no esperar a conocer el fin en el fin, sino en el principio de la carrera, para correrla no con tantas dudas de conseguirle, sino con alguna seguridad. Considera tú, pues, ahora cómo estarían los que al principio de una carrera mirasen un estimable premio puesto en el término y fin de aquel espacio y le hubiesen de ganar corriendo a él con toda diligencia. Cierto es que partirían y correrían con toda ligereza, sin divertirse ni embarazarse en cosa alguna que los pudiese detener. Y si no corriesen y dejasen de mirar al premio y fin de su camino, o serían juzgados por locos, o que no saben lo que pierden.

609. Esta es la vida mortal de los hombres, en cuyo breve curso está por premio o por castigo la eterna de gloria o tormento que ponen fin a la carrera. Todos nacen en el principio para correrla con el uso de la razón y libertad de la voluntad, y en esta verdad nadie puede alegar ignorancia y menos los hijos de la Iglesia. ¿Pues dónde está el juicio y el seso de los que tienen fe católica? ¿Por qué los

embaraza la vanidad? ¿Por qué o para qué se enredan en el amor de lo aparente y engañoso? ¿Por qué así ignoran el fin a donde llegarán tan brevemente? ¿Cómo no se dan por entendidos de lo que allí los aguarda? ¿Ignoran por ventura que nacen para morir, y que la vida es momentánea, la muerte infalible, el premio o castigo inexcusable y eterno (2 Cor 4, 17)? ¿Qué responden a esto los amadores del mundo, los que consumen toda su corta vida —que todas lo son mucho— en adquirir hacienda, en acumular honras, en gastar sus fuerzas y potencias, gozando corruptibles y vilísimos deleites?

610. Ea, amiga mía, advierte cuán falso y desleal es el mundo en que naciste y tienes a la vista. En él quiero que seas mi discípula, mi imitadora y parto de mis deseos y fruto de mis peticiones. Olvídalo todo con íntimo aborrecimiento, no pierdas de vista el término a donde aprisa caminas, el fin para que te formó de nada tu Criador; por esto anhela siempre, en esto se ocupen tus cuidados y suspiros; no te diviertas a lo transitorio, vano y mentiroso; sólo el amor divino viva en ti y consuma todas tus fuerzas, que no es amor verdadero el que las deja libres para amar otra cosa y todo no lo sujeta, mortifica y arrebata. Sea en ti fuerte como la muerte (Cant 8, 6), para que seas renovada como yo deseo. No impidas la voluntad de mi Hijo santísimo en lo que quiere obrar contigo, y asegúrate de su fidelidad, que remunera más que ciento por uno. Atiende con veneración humilde a lo que contigo hasta ahora se ha manifestado, y te exhorto y amonesto que hagas experiencia de nuevo de su verdad, como yo te lo mando. Para todo continuarás mis ejercicios con nuevo cuidado en acabando esta Historia. Y agradécele al Señor el grande y estimable beneficio de haber ordenado y dispuesto por tus prelados que le recibas cada día sacramentado, y disponiéndote a mi imitación continúa las peticiones que yo te he amonestado y enseñado.

CAPITULO 12

Cómo celebraba María santísima su Inmaculada Concepción y natividad y los beneficios que estos días

recibía de su Hijo y nuestro Salvador Jesús.

611. Todos los oficios y títulos honoríficos que tenía María santísima en la Santa Iglesia, de Reina, de Señora, de Madre, de Gobernadora y Maestra [como Medianera de todas las gracias de Dios] de los demás, se los dio el Omnipotente, no vacíos como los dan los hombres, sino con la plenitud y gracia sobreabundante que cada uno pedía y el mismo Dios podía comunicarle. Este colmo era de manera, que como Reina conocía toda su monarquía y lo que se extendía; como Señora sabía a dónde llegaba su dominio; como Madre conocía todos sus hijos y familiares de su casa, sin que ninguno se le ocultase por ningún siglo de los que sucederían en la Iglesia; como Gobernadora [Medianera de todas las gracias de Dios] conocía a todos los que estaban por su cuenta; y como Maestra llena de toda sabiduría estaba muy capaz de toda la ciencia con que la Santa Iglesia en todos tiempos y edades había de ser gobernada y enseñada, mediante su intercesión, por el Espíritu Santo, que la había de encaminar y regir hasta el fin del mundo.

612. Por esta causa, no sólo tuvo nuestra gran Reina clara noticia de todos los Santos que la precedieron y sucedieron en la Iglesia, de sus vidas, obras, muerte y premios que alcanzarían en el cielo, pero junto con esto la tuvo de todos los ritos, ceremonias, determinaciones y festividades que en la sucesión de los tiempos ordenaría la Iglesia, de las razones, motivos, necesidad y tiempos oportunos en que todas estas cosas se establecerían con la asistencia del Espíritu Santo, que nos da el alimento en el tiempo más conveniente para la gloria del Señor y aumento de la Iglesia, y porque de todo esto he dicho algo en el discurso de esta divina Historia, particularmente en la segunda parte (Cf. supra p. II n. 734, 789), no es necesario repetirlo en ésta. Pero de esta plenitud de ciencia y de la santidad que le correspondía en la divina Maestra, nació en ella una emulación santa del agradecimiento, del culto, veneración y memoria que tenían los Ángeles y Santos en la Jerusalén triunfante, para introducirlo todo en la militante, en cuanto ésta pudiese imitar aquella, donde tantas veces había visto todo lo que allí se hacía en alabanza y gloria del Altísimo.

613. Con este espíritu más que seráfico comenzó a practicar en sí misma muchas de las ceremonias, ritos y ejercicios que después ha imitado la Iglesia, y les advirtió y enseñó a los Apóstoles para que los introdujesen según entonces era posible. Y no sólo inventó los ejercicios de la pasión que dije arriba (Cf. supra n. 577), sino otras muchas costumbres y acciones que después se han renovado en los templos y en las congregaciones y religiones. Porque todo cuanto conocía que fuese del culto del Señor o ejercicio de virtud lo ejecutaba, y como era tan sabia, nada ignoraba de lo que se podía saber. Entre los ejercicios y ritos que inventó, fue celebrar muchas fiestas del Señor y suyas, para renovar la memoria de los beneficios de que se hallaba obligada, así los comunes del linaje humano como los particulares suyos, y dar gracias y adoración al autor de todos. Y no obstante que toda su vida ocupaba en esto sin omisión ni olvido, con todo eso, cuando llegaban los días en que sucedieron aquellos misterios, se disponía y señalaba en celebrarlos con nuevos ejercicios y reconocimiento. Y porque de otras festividades diré en los capítulos siguientes, sólo quiero decir en éste cómo celebraba su Inmaculada Concepción y Nacimiento, que eran los primeros de su vida. Y aunque estas conmemoraciones o fiestas las comenzó desde la Encarnación del Verbo, pero singularmente las celebraba después de la Ascensión y más en los últimos años de su vida.

614. El día octavo de diciembre de cada año celebraba su Inmaculada Concepción con singular júbilo y agradecimiento sobre todo encarecimiento, porque este beneficio fue para la gran Reina de suma estimación y aprecio y para corresponder a él con el debido agradecimiento se imaginaba menos suficiente. Comenzaba desde la tarde antes y ocupaba toda la noche en admirables ejercicios y lágrimas de gozo, humillaciones, postraciones y cánticos de alabanza y loores del Señor. Considerábase formada del común barro y descendiente de Adán por el común orden de la naturaleza, pero elegida, entresacada y preservada sola ella entre todos de la común ley y exenta del pesado tributo de la culpa y concebida con

tanta plenitud de dones y de gracia. Convidaba a los Ángeles para que la ayudasen a ser agradecida, y con ellos alternaba los nuevos cánticos que hacía. Luego pedía lo mismo a los demás Ángeles y Santos que estaban en el cielo, pero de tal manera se inflamaba en el amor divino, que siempre era necesario la confortase el Señor para que no muriese y se le consumiera el natural temperamento.

615. Después de haber gastado casi toda la noche en estos ejercicios, descendía del cielo Cristo nuestro Salvador y los Ángeles la levantaban a su real trono y la llevaban en él al cielo empíreo, donde se continuaba la celebridad de la fiesta con nuevo júbilo y gloria accidental de los cortesanos de la celestial Jerusalén. Allí la beatísima Madre se postraba y adoraba a la santísima Trinidad y de nuevo daba gracias por el beneficio de su inmunidad y Concepción Inmaculada, y luego la volvían a la diestra de Cristo su Hijo santísimo. Y estando así, el mismo Señor hacía un género de confesión y alabanza al Eterno Padre porque le había dado Madre tan digna y llena de gracia y exenta de la común culpa de los hijos de Adán. Y de nuevo confirmaban las tres divinas Personas aquel privilegio, como si le ratificaran, aprobaran y confirmaran la posesión de él en la gran Señora, complaciéndose de haberla tanto favorecido entre todas las criaturas. Y para testificar de nuevo a los Bienaventurados esta verdad, salió una voz del trono en nombre de la persona del Padre que decía: Hermosos son tus pasos, hija del Príncipe (Cant 7, 1), y concebida sin mácula de pecado.—Otra voz del Hijo decía: Purísima es y sin contagio de la culpa mi Madre, que me dio forma en que redimir a los hombres.—Y el Espíritu Santo dijo: Toda es hermosa mi Esposa, toda es hermosa y sin mancha de la común culpa (Cant 4, 7).

616. Tras de estas voces se oían las de todos los coros de los Ángeles y Santos, que con armonía dulcísima decían: María santísima concebida sin pecado original.—A todos estos favores respondía la prudentísima Madre con agradecimiento, culto y alabanza del Altísimo y con tan profunda humildad que excedía a todo pensamiento angélico. Y luego para concluir la solemnidad era levantada a la visión intuitiva de la Santísima Trinidad y

gozaba por algunas horas de esta gloria y después la volvían los Ángeles al cenáculo. Con este modo se continuó la celebridad de su Concepción Inmaculada después de la Ascensión de su Hijo santísimo a los cielos. Y ahora se celebra en ellos el mismo día por diferente modo, que diré en otro libro que tengo orden para escribir, de la Iglesia y Jerusalén triunfante, si el Señor me concediere escribirlo (Paarece ser que la autora no llegó a escribir este libro). Pero desde la Encarnación del Verbo comenzó a celebrar esta fiesta y otras, porque hallándose Madre de Dios comenzó a renovar los beneficios que para esta dignidad había recibido, pero entonces hacía estas festividades con sus Santos Ángeles y con el culto y agradecimiento que daba a su mismo Hijo, de quien había recibido tantas gracias y favores. Lo demás que hacía en su oratorio, cuando descendía del cielo, es lo mismo que otras veces he dicho (Cf. supra n. 4, 168, 388, 400, etc.), después de otros beneficios semejantes, porque en todos crecía su humildad admirable.

617. La fiesta y memoria de su nacimiento celebraba a ocho de septiembre en que nació y comenzaba a prima noche con los mismos ejercicios, postraciones y cánticos que en la concepción. Daba gracias por haber nacido con vida a la luz de este mundo y por el beneficio que luego recibió en naciendo, de haber sido llevada al cielo y haber visto la divinidad intuitivamente, como dije en la primera parte en su lugar (Cf. supra p. I n. 331, 333). Proponía de nuevo emplear toda su vida en el mayor servicio y agrado del Señor que alcanzase Su Alteza a conocer, pues sabía que se la daban para esto. Y la que en el primer lugar, paso y entrada de la vida se adelantó en merecimientos a los supremos santos y serafines, en el término así proponía comenzar de nuevo aquel día a trabajar como si fuera el primero en que comenzara la virtud, y de nuevo pedía al Señor la ayudara y gobernara todas sus acciones y las encaminara al más alto fin de su gloria.

618. Para lo demás que hacía en esta fiesta, aunque no era llevada al cielo como el día de su concepción, pero de allá descendía su Hijo santísimo a su oratorio con

muchos coros de Ángeles, con los antiguos Patriarcas y Profetas, y señaladamente con San Joaquín, Santa Ana y San José. Con esta compañía bajaba Cristo nuestro Salvador a celebrar la natividad de su beatísima Madre en la tierra. Y la purísima entre las criaturas, en presencia de aquella celestial compañía, le adoraba con admirable reverencia y culto y de nuevo le daba gracias por haberla traído al mundo, y por los beneficios que para esto le había hecho. Luego los Ángeles hacían lo mismo, y le cantaban diciendo: *Nativitas tua,* etc., que quiere decir: tu nacimiento, oh Madre de Dios, anunció a todo el universo grande gozo, porque de ti nació el Sol de Justicia, nuestro Dios. Los Patriarcas y Profetas también hacían sus cánticos de gloria y agradecimiento: Adán y Eva porque había nacido la reparadora de su daño, los Padres y Esposo de la Reina porque les había dado tal hija y tal Esposa. Y luego el mismo Señor levantaba a la divina Madre de la tierra donde estaba postrada y la colocaba a su diestra, y en aquel lugar se le manifestaban nuevos misterios con la vista de la divinidad, que si bien no era intuitiva y gloriosa, era la abstractiva con mayor claridad y aumentos de la divina luz.

619. Con estos favores tan inefables quedaba de nuevo transformada en su Hijo santísimo, encendida y espiritualizada para trabajar en la Iglesia, como si comenzara de nuevo. En estas ocasiones mereció el Sagrado Evangelista Juan participar algunos gajes de la fiesta, oyendo la música con que los ángeles la celebraban. Y estando el mismo Señor en el oratorio con los Ángeles y Santos que le asistían, decía Santa Misa el Evangelista y comulgaba a la gran Reina, asistiendo a la diestra de su mismo Hijo a quien sacramentado recibía en su pecho. Todos estos misterios eran espectáculo de nuevo gozo para los Santos, que también servían como de padrinos en la comunión más digna que después de Cristo se vio, ni se verá en el mundo. Y en recibiendo la gran Señora a su Hijo sacramentado, la dejaba recogida consigo mismo en aquella forma, y en la que tenía gloriosa y natural se volvía a los cielos. ¡ Oh maravillas ocultas de la Omnipotencia divina! Si con todos los Santos se manifiesta Dios grande y admirable (Sal 47, 36), ¿qué sería con su digna Madre, a

quien amaba sobre todos y para quien reservó lo grande y exquisito de su sabiduría y poder? Todas las criaturas le confiesen y le den gloria, virtud y magnificencia.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo María santísima.

620. Hija mía, la primera doctrina de este capítulo quiero que sea la respuesta de un recelo que conozco en tu corazón sobre los misterios tan altos y singulares de mi vida, que escribes en esta Historia. Dos cuidados te han salteado el interior: el uno es si tú eres instrumento conveniente para escribir estos secretos, o fuera mejor los escribiera otra persona más sabia y perfecta en la virtud, que les diera más autoridad, porque tú eres la menor de todas y más inútil e ignorante; lo segundo, dudas, si los que leyeren estos misterios les darán crédito por muy raros y nunca oídos, particularmente las visiones beatíficas e intuitivas de la divinidad que yo tuve tantas veces en la vida mortal. A la primera de estas dudas te respondo, concediéndote que tú eres la menor y más inútil de todos, que pues de la boca del Señor lo has oído, y yo te lo confirmo, así debes entenderlo; pero advierte que el crédito de esta Historia y todo lo que en ella se contiene, no pende del instrumento sino del autor, que es la suma verdad y de la que en si contiene lo que escribes, y en esto nada le pudiera añadir el más supremo serafín si la escribiera, ni tú tampoco se la puedes quitar ni disminuir.

621. Que lo escribiera un ángel no era conveniente; y también los incrédulos y tardos de corazón hallaran cómo calumniarlo. Necesario era que el instrumento fuera hombre; pero no era conveniente el más docto, ni sabio, a cuya ciencia se atribuyera, o que con ella se equivocara la divina luz y se conociera menos, o se atribuyera a industria y pensamiento humano. Mayor gloria de Dios es que lo sea una mujer, a quien nada pudo ayudar la ciencia ni la propia industria. Y también yo tengo especial gloria y agrado en esto, y que seas tú el instrumento; porque conocerás tú y todos que no hay en esta Historia cosa tuya, ni que tú la debes atribuir más a ti que a la pluma con que lo escribes, pues tú sólo eres instrumento de la mano del Señor y

manifestadora de mis palabras. Y porque tú eres tan vil y pecadora, no temas que negarán a mí la honra que me deben los mortales, pues si alguno no diere crédito a lo que escribes no te agraviará a ti, sino a mí y a mis palabras. Y aunque tus faltas y culpas sean muchas, todas puede extinguirlas la caridad del Señor y su piedad inmensa, que para eso no ha querido elegir otro mayor instrumento, sino levantarte a ti del polvo y manifestar en ti su liberal potencia, empleando esta doctrina en quien se pueda conocer mejor la verdad y eficacia que en sí tiene; y así quiero que la limites y ejecutes en ti misma y seas tal como deseas.

622. A la segunda duda y cuidado que tienes, si te darán crédito a lo que escribes por la grandeza de estos misterios, tengo respondido mucho en todo el discurso de esta Historia. El que hiciere de mí digno concepto y aprecio, no hallará dificultad en darme crédito, porque entenderá la proporción y correspondencia que tienen todos los beneficios que escribes en el de la dignidad de Madre de Dios, a que todos corresponden, porque Su Majestad hace las obras perfectas; y si alguno duda en esto, cierto es que ignora lo que Dios es y lo que yo soy. Pero si Dios se ha manifestado tan poderoso y liberal con lo demás Santos y de muchos hay opinión en la Iglesia que vieron la divinidad en vida mortal y es cierto que la vieron, ¿cómo o con qué fundamento se me ha de negar a mí lo que se concede a otros tan inferiores? Todo lo que les mereció mi Hijo santísimo y los favores que les hizo se ordenaron a su gloria y después a la mía, y más se estima y ama el fin que los medios que se aman por él; luego mayor fue el amor que inclinó a la voluntad divina para favorecerme a mí que a todos los demás que por mí ha beneficiado; y lo que hizo una vez con ellos, no es maravilla que lo hiciera muchas con la que eligió por Madre.

623. Ya saben los piadosos y los prudentes, y así lo han enseñado en mi Iglesia, que la regla por donde se miden los favores que recibí de la diestra de mi Hijo santísimo es su omnipotencia y mi capacidad, porque me concedió todas las gracias que pudo concederme y yo fui capaz de recibir. Estas gracias no estuvieron en mí ociosas, antes siempre

fructificaron todo cuanto en pura criatura era posible. El mismo Señor era mi Hijo y todopoderoso para obrar donde no le pone óbice la criatura; pues yo no le puse, ¿quién se atreverá a limitarle sus obras y el amor que me tenía como a Madre, que él mismo hizo digna de sus beneficios y favores sobre todo el resto de los Santos, y que ninguno careció de gozarle una hora por ayudar a su Iglesia, como yo lo hice? Y si pareciere mucho todo lo demás que hizo conmigo, quiero que entiendas y entiendan todos que todos sus beneficios se fundaron y encerraron en hacerme concebida sin pecado, porque más fue hacerme digna de su gloria cuando no pude merecerla, que manifestármela cuando la tenía merecida y sin impedimento para recibirla.

624. Con estas advertencias quedarán vencidos tus recelos y lo demás queda por mi cuenta y por la tuya seguirme e imitarme, que para ti es el fin de todo lo que entiendes y escribes. Este ha de ser tu desvelo, proponiendo de no omitir virtud alguna que conocieres, en que no trabajes para ejecutarla. Y para esto quiero que entiendas también a lo que obraban otros Santos que han seguido a mi Hijo santísimo y a mí, pues tú no debes menos que ellos a su misericordia y con ninguno he sido yo más piadosa y liberal. En mi escuela quiero que aprendas el amor, el agradecimiento y la humildad de verdadera discípula mía, porque en estas virtudes quiero que te señales y adelantes mucho. Todas mis festividades has de celebrar con íntima devoción y convidar a los Santos y Ángeles que te ayuden en esto y en especial la fiesta de mi Inmaculada Concepción en que yo fui tan favorecida del poder divino y tuve tanto gozo con este beneficio, y ahora le tengo muy particular de que los hombres le reconozcan y alaben al Altísimo por este raro milagro. El día que tú naciste al mundo harás particulares gracias al Señor a mi imitación y alguna cosa señalada de su servicio, y sobre todo debes proponer desde aquel día mejorar tu vida y comenzar de nuevo a trabajar en esto; y así debían hacerlo todos los nacidos y no emplear esta memoria en vanas demostraciones de alegría terrena en los días de sus nacimientos.

CAPITULO 13

Celebra María santísima otros beneficios y fiestas con sus Ángeles, en especial su Presentación, y las festividades de San Joaquín, santa Ana y San José.

625. La gratitud de los beneficios que recibe la criatura de mano del Señor es una virtud tan noble, que con ella conservamos el comercio y correspondencia con el mismo Dios, dándonos él como rico y liberal y todopoderoso, y agradeciendo nosotros como pobres, humildes y reconocidos. Condición es del que da como liberal y generoso contentarse con solo el agradecimiento del que como necesitado ha menester recibir; y el agradecimiento es un retorno breve, fácil y deleitable, que satisface al liberal y le obliga a serlo de nuevo con el agradecido. Y si esto sucede aun entre los hombres de corazón magnánimo y generoso, mucho más cierto será entre Dios y los hombres; porque nosotros somos la misma miseria y pobreza, él es rico, liberalísimo y que si alguna necesidad podremos imaginar en él no es de recibir sino de dar. Pero como este gran Señor es tan sabio, justo y rectísimo, nunca nos desecha por pobres, sino por ingratos; quiere darnos mucho, pero que seamos agradecidos y le demos la gloria, honra y alabanza que se encierran en la gratitud. Esta correspondencia en los menores beneficios le obliga para otros mayores y, si todos los agradecemos, los multiplica, y sólo el que es humilde los asegura siendo también agradecido.

626. La Maestra de esta ciencia fue María santísima, porque habiendo recibido sola ella el colmo y plenitud de beneficios que la Omnipotencia pudo comunicar a una pura criatura, ninguno olvidó, ni dejó de reconocer y agradecer con todo el lleno y perfección que a una pura criatura se le podía pedir. Para cada uno de los dones de naturaleza y gracia que reconocía haber recibido, y ninguno dejaba de conocer, tenía sus particulares cánticos de alabanza y agradecimiento y otros particulares ejercicios y admirables en que hacía memoria de ellos con algún especial retorno. Y para esto tenía en todo el año señalados días, y en los días y horas en que renovaba estas mercedes daba gracias por

ellas. A todas estas obras y solicitud se añadía la que tenía del gobierno [como Medianera de todas las gracias divinas y con sus consejos] de la Iglesia, de la enseñanza de los Apóstoles y discípulos, el consejo de los que la consultaban y venían a ella, que eran innumerables, y a ninguno se le negaba, ni faltaba a necesidad alguna de los fieles.

627. Y si el agradecimiento digno obliga tanto a Dios y le inclina para renovar y acrecentar sus beneficios, ¿qué pensamiento podrá imaginar cuánto le obligaba y rendía su corazón el que por tantos y tan levantados favores le daba su prudentísima Madre con la plenitud, humildad y amor y alabanzas que por todos y por cada uno ofrecía? Todos los demás hijos de Adán en su comparación somos tardos, ingratos, y tan pesados de corazón que lo poco, si algo hacemos, nos parece mucho; pero a la oficiosa y agradecida Reina lo mucho le pareció poco, y obrando lo sumo de potencia se juzgaba remisa y menos diligente. En otra ocasión he dicho (Cf.supra n. 308) que la actividad de María santísima era semejante a la del mismo Dios, que es un acto purísimo que obra con el mismo ser, sin que pueda cesar en sus operaciones infinitas. De esta condición y excelencia de la divinidad tuvo nuestra gran Reina una participación inefable, porque toda ella parecía una operación infatigable y continua; y si la gracia en todos es impaciente, sólo por estar ociosa en María, que era gracia sin tasa y, a nuestro modo de entender, sin la común medida, no es mucho que la diese tan alta participación del ser de Dios y de sus condiciones.

628. No puedo encarecer ni manifestar este secreto mejor que con la admiración de los Santos Ángeles, a quienes era más patente. Muchas veces sucedía que, maravillados de lo que en su gran Reina y Señora contemplaban, entre sí mismos unas veces y otras hablando con Su Majestad, decían: Poderoso, grande y admirable es Dios en esta criatura sobre todas sus obras. Grandemente nos excede en ella la humana naturaleza. Eternamente sea bendito y engrandecido tu Hacedor, oh María. Tú eres el decoro y hermosura de todo el linaje humano. Tú eres emulación santa de los espíritus divinos angélicos y admiración de los moradores del cielo. Eres la maravilla del poder de Dios, la

ostentación de su diestra, el compendio de las obras del Verbo humanado, retrato ajustado de sus perfecciones, estampa de todos sus pasos, que se asimila en todo al mismo que diste forma en tu vientre. Tú eres digna Maestra de la Iglesia militante y especial gloria de la triunfante, honra de nuestro pueblo y Reparadora del propio tuyo. Todas las naciones conozcan tu virtud y grandeza, y todas las generaciones te alaben y bendigan. Amén.

629. Con estos príncipes celestiales celebraba María santísima las memorias de sus beneficios y dones del Señor. Y el convidarlos para que la asistiesen y ayudasen en este agradecimiento, no sólo nacía de su ardentísimo y ferventísimo amor que todo lo merecía y solicitaba por la insaciable sed que causa el fuego de caridad donde arde, pero también obraba en esto su profunda humildad con que se reconocía obligaba sobre todas las criaturas, y así las convidaba a todas para que le ayudasen a desempeñarse de esta deuda, aunque nadie sino ella misma podía pagarla dignamente. Y con esta sabiduría trasladaba a la tierra en su oratorio la corte del supremo Rey y del mundo hacía un nuevo cielo.

630. El día que correspondía a su presentación en el templo celebraba todos los años este beneficio, comenzando de la vigilia por la tarde y gastando toda la noche en ejercicios y hacimiento de gracias, como en la concepción y natividad se ha dicho (Cf supra n. 614, 617). Reconocía el beneficio de haberla llevado el Señor a su templo y casa de oración en tan pequeña edad y todos los favores que en ella recibió mientras allí estuvo. Pero lo más admirable de esta fiesta es que, estando la gran Señora de las virtudes llena de divina sabiduría, renovaba en su memoria los documentos y doctrina que el sacerdote y su maestra le habían dado en su niñez en el templo. El mismo cuidado tenía de lo que sus santos padres Joaquín y Ana le habían enseñado y luego todo lo que de los Apóstoles había advertido. Y todo esto lo ejecutaba de nuevo en el grado que para aquella mayor edad convenía. Y aunque para todas sus obras y sobre toda enseñanza bastaba la de su Hijo santísimo, con todo eso renovaba la que de todos había recibido; porque en materia de humillarse y obedecer como

inferior, dejándose enseñar, ni perdía punto ni secreto ingenioso de estas virtudes que no ejecutase. ¡ Oh cuánto levantó de punto los documentos de los sabios! No estribes en tu prudencia, ni seas sabio contigo mismo (Prov 3, 5-7), no desprecies los avisos y doctrina de los presbíteros y vive siempre conforme a sus proverbios (Eclo 8,9), no queráis saber altamente con vosotros mismos, pero ajustados a los humildes (Rom 12, 16).

631. Cuando celebraba esta fiesta, sentía la gran Reina algún cariño como natural del retiro que tuvo en el templo, no obstante que prontamente obedeció al Señor en dejarle y en todos los altísimos fines para que la sacó de él; pero con todo eso se lo recompensaba su largueza con algunos favores que en esta fiesta la hacía. Descendía Su Majestad del cielo este día con la magnífica grandeza y compañía de Ángeles que en otras ocasiones y llamando a su beatísima Madre en su oratorio la decía: Madre mía y paloma mía, venid a mí que soy vuestro Dios y vuestro Hijo. Yo quiero daros templo y habitación más alta, más segura y divina, que será en mi propio ser; venid, carísima y amiga mía, a vuestra legítima morada.—Con estas dulcísimas palabras levantaban los serafines del suelo a su Reina —porque en la presencia de su Hijo siempre estaba postrada hasta que la mandase levantar— y con música celestial la colocaban a la diestra del mismo Señor. Y luego sentía o conocía que la divinidad de Cristo la llenaba toda como a templo de su gloria y que la bañaba, vestía y rodeaba como el mar al pez que en sí tiene, y con este linaje de unión y como contacto divino sentía nuevos e indecibles efectos, porque se le daba un género de posesión de la divinidad que no puedo explicar, pero en él sentía la divina Madre gran satisfacción y júbilo fuera de ver a Dios cara a cara.

632. A este gran favor llamaba la prudente Madre “mi altísimo refugio y morada”, y a la fiesta llamaba “del ser de Dios”; y hacía cánticos admirables para significarlo y agradecerlo. Y el fin de este día era dar gracias al Omnipotente por los Patriarcas y Profetas antiguos, desde Adán hasta sus padres naturales, en quien se concluían. Agradecía todos los dones de gracia y de naturaleza que el poder divino les había dado y por todo lo que profetizaron y

lo que de ellos cuentan las Escrituras Sagradas. Luego se volvía a sus padres San Joaquín y Santa Ana y les daba gracias porque tan niña la ofrecieron a Dios en el templo, pedíales que en la celestial Jerusalén, donde gozaban de la visión beatífica, agradeciesen por ella este beneficio y que pidiesen al Muy Alto la enseñase a ser agradecida y la gobernase en todas sus obras. Y sobre todo les volvía a rogar diesen gracias al omnipotente Señor por haberla hecho exenta del pecado original para elegirla por Madre suya, porque estos dos beneficios siempre los miraba como inseparables.

633. Los días de San Joaquín y Santa Ana los celebraba casi con estas mismas ceremonias; y entrambos los Santos descendían al oratorio con Cristo nuestro Salvador y con multitud de Ángeles innumerables, y con ellos daba gracias al Señor por haberla dado padres tan santos y conformes a la divina voluntad y por la gloria con que los había remunerado. Por todas estas obras del Señor hacía nuevos cánticos con los Ángeles, y ellos los repetían con música dulcísima y sonora. A más de esto sucedía otra cosa en estas festividades de sus padres, que los Ángeles de la misma Reina, y otros que descendían de las alturas, cada orden y coro explicaba a la gran Señora un atributo o perfección del ser de Dios y luego del Verbo humanado. Y este coloquio tan divino era para ella de incomparable júbilo y nuevos incentivos de sus afectos amorosos. Y San Joaquín y Santa Ana recibían de esto grande gozo accidental; y al fin de todos estos misterios la gran Señora pedía la bendición a sus padres y se volvían al cielo, quedando ella postrada en tierra, agradeciendo de nuevo aquellos beneficios.

634. En la fiesta de su castísimo y santísimo esposo José celebraba el desposorio en que se le dio el Señor por compañía fidelísima, para ocultar los misterios de la Encarnación del Verbo y para ejecutar con tan alta sabiduría los secretos y obras de la Redención humana. Y como todas estas obras del altísimo y eterno consejo estaban depositadas en el corazón prudentísimo de María y les daba la ponderación digna que pedían, era inefable el gozo y el agradecimiento con que celebraba estas

memorias. Descendía a la fiesta el santísimo esposo José con resplandores de gloria y millares de ángeles que le acompañaban, y con su música celebraban la solemnidad con grande júbilo y autoridad y cantaban los himnos y nuevos cánticos que hacía la divina Maestra para agradecimiento de los beneficios que su santo esposo y ella misma habían recibido de la mano del Altísimo.

635. Y después de haber gastado en esto muchas horas, hablaba en otras de aquel día con el glorioso esposo San José sobre las perfecciones y atributos divinos; porque en ausencia del Señor éstas eran las pláticas y conferencias en que más se deleitaba la amantísima Madre. Y para despedirse del santo esposo, le pedía rogase por ella en la presencia de la divinidad y la alabase en su nombre. Encomendábale también las necesidades de la Iglesia Santa y de los Apóstoles, para que rogase por todos, y sobre esto le pedía la bendición, con que el glorioso Santo se volvía a los cielos y Su Alteza quedaba continuando los actos de humildad y agradecimiento que acostumbraba. Pero advierto dos cosas: la primera, que en estas festividades, cuando su Hijo vivía en el mundo y se hallaba presente a ellas, solía asistir a su Madre beatísima y mostrársele transfigurado como en el Tabor. Este favor la hizo muchas veces a ella sola, y las más fueron en estas ocasiones; porque con él la pagaba en algún premio su íntima devoción y humildad y la renovaba toda con los efectos divinos que de esta maravilla le resultaban. Lo segundo advierto que, para celebrar estos favores y beneficios, sobre todo lo dicho añadía la gran Reina otra diligencia digna de su piedad y de nuestra atención. Esto es, que en los días ya señalados, y en otros que diré adelante, daba de comer a muchos pobres aderezándoles la comida y sirviéndolos por sus manos, puesta de rodillas en su presencia para servirlos. Y para esto ordenó al Evangelista le trajese los pobres más desvalidos y necesitados, y el Santo lo ejecutaba como su Reina lo mandaba. Y a más de esto aderezaba otra comida de más regalo, para enviar a los hospitales a los enfermos pobres que no podía traer a su casa, y después iba ella a consolarlos y remediarlos con su presencia. Este era el modo con que celebraba María santísima sus fiestas y el que enseñó a los fieles que

imitasen, para ser agradecidos en todo y por todo lo que les fuese posible con sacrificio de alabanza y de obras.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo María santísima.

636. Hija mía, el pecado de la ingratitud con Dios es uno de los más feos que cometen los hombres y con que se hacen más indignos y aborrecibles en los ojos del mismo Señor y de los Santos, que tienen un linaje de horror con esta torpísima grosería de los mortales. Y aunque para ellos es tan perniciosa, ninguna otra culpa cometen con mayor descuido y frecuencia cada uno en particular. Verdad es que para no desobligarse tanto el mismo Señor de este ingratísimo y general olvido de sus beneficios ha querido que la Santa Iglesia en común recompense en algo el defecto que sus hijos y todos hombres tienen en ser agradecidos a Dios. Y para reconocer sus beneficios hace el cuerpo de la Iglesia tantas oraciones, peticiones y sacrificios de su alabanza y gloria, como están ordenados en la misma Iglesia. Pero como los favores y gracias de su liberal y atenta Providencia tocan no sólo a lo común de los fieles, mas también a cada uno en particular que recibe el beneficio, no se desempeñan de esta duda con el agradecimiento común, porque cada uno singularmente le debe por lo que a él le toca de la divina largueza.

637. ¡ Cuántos hay en los mortales, que en toda su vida no han hecho un acto de verdadero agradecimiento a Dios, porque se la dio, porque se les conservó, porque les da salud, fuerzas, alimentos, honra, hacienda, con otros bienes temporales y naturales! Otros hay que, si alguna vez agradecen estos beneficios, no lo hacen porque de verdad aman a Dios que se los ha dado, sino por el amor que tienen a sí mismos y porque se deleitan en estas cosas temporales y terrenas y se alegran de poseerlas. Y este engaño se conocerá con dos indicios: el uno, que cuando pierden estos bienes terrenos y transitorios se contristan, despechan y desconsuelan y no saben pensar en otra cosa ni pedirla ni estimarla, porque sólo aman lo aparente y transitorio; y aunque muchas veces suele ser beneficio del Señor privarlos de la salud, honra, hacienda y otras cosas

semejantes, para que no se entreguen desordenada y ciegamente a ellas, con todo eso lo tienen por desdicha y como por agravio, y siempre quieren que se vaya el corazón tras de lo que perece y se acaba, para perecer con ello.

638. El otro indicio de este engaño es, que con el ciego apetito de esto transitorio no se acuerdan de los beneficios espirituales, ni saben conocerlos ni agradecerlos. Esta culpa es torpísima y formidable entre los hijos de la Iglesia, a quienes la misericordia infinita, sin que nadie la obligara y se lo mereciera, quiso traer al camino seguro de la eterna vida, aplicándoles señaladamente los merecimientos de la pasión y muerte de mi Hijo santísimo. Cada uno de los que hoy están en la Iglesia Santa pudo nacer en otros tiempos y en otros siglos antes que viniera Dios al mundo, y después le pudo criar entre paganos, idólatras, herejes y otros infieles, donde fuera probable su eterna condenación. Sin haberlo merecido los llamó a la fe, dándoles conocimiento de la verdad segura, justificólos por el bautismo, dioles sacramentos, ministros, doctrina y luz de la vida eterna. Púsolos en el camino cierto, ayúdales con auxilios, perdónales cuando han pecado, levántalos cuando han caído, espéralos a penitencia, convídalos con misericordia y los premia con mano liberalísima. Defiéndelos con sus Ángeles, dales a sí mismo en prendas y en alimento de vida espiritual, para esto acumula tantos beneficios, que ni hay número ni medida, ni pasa día ni hora en que no crece esta deuda.

639. Pues díme, oh hija mía, ¿qué agradecimiento se debe a tan liberal y paternal clemencia? Y ¿cuántos hay que le tengan dignamente? Y el más ponderable beneficio es que con esta ingratitud no se hayan cerrado las puertas y secado las fuentes de esta misericordia, porque es infinita. La raíz de donde principalmente se origina este desagradecimiento tan formidable en los hombres es la desmedida ambición y codicia que tienen de los bienes temporales, aparentes y transitorios. De esta insaciable sed nace su ingratitud, porque, como desean tanto lo temporal, les parece poco lo que reciben y ni agradecen estos beneficios ni se acuerdan de los espirituales, y con esto son

ingratísimos en los unos y en los otros. Y sobre esta pesada estulticia suelen añadir otra mayor, que es pedir a Dios les conceda no sólo aquello que han menester sino las cosas que se les antojan y han de ser para su misma perdición. Entre los hombres es cosa fea que uno pida a otro algún beneficio cuando le han ofendido, y mucho más si lo pide para ofenderle más con ello. Pues ¿qué razón hay para que un hombre vil y terreno, enemigo de Dios, le pida la vida, la salud, la honra, la hacienda, y otras cosas que nunca las supo agradecer ni usó de ellas más que contra el mismo Dios?

640. Y si a esto se añade que jamás agradeció el beneficio de haberle criado, redimido, llamado, esperado, justificado y tenerle preparada la misma gloria de que goza Dios, si el hombre quiere granjearla, claro está que será desmedida temeridad y audacia pedir el que se hizo tan indigno por su ingratitud, si no pide el conocimiento y dolor de tal ofensa. Aseguróte, carísima, que este pecado tan repetido de la ingratitud con Dios es una de las mayores señales de probable [Dios quiere que todos se salven y da gracia suficiente a todos, pero muchos se condenan por su propia culpa por abuso del libre albedrío] reprobación en los que le cometen con tanto olvido y descuido. Y también es mal indicio que conceda el justo juez los bienes temporales a los que piden éstos con olvido del beneficio de la Redención y justificación, porque todos éstos, olvidando el medio de su eterna vida, piden el instrumento de su muerte, y el concedérsele no es beneficio sino castigo de su ceguedad.

641. Todos estos daños te manifiesto para que los temas y te alejes de su peligro; pero entiende que tu agradecimiento no ha de ser común y ordinario, porque tus beneficios exceden a tu conocimiento y ponderación. No te dejes llevar ni engañar con encogerte a título de humildad, para no conocerlos y agradecerlos como debes. No ignoras el desvelo que ha puesto el demonio contigo, para que se te desvanezcan las obras y favores del Señor y míos a vista de tus faltas y miserias, procurando hacer incompatibles con ellas los bienes y verdad que has recibido. De este engaño acaba ya de sacudirte, conociendo que te aniquilas y humillas cuando más atribuyes a Dios los bienes que de

su larga mano recibes; y cuanto más le debes, tanto más pobre te hallarás para el retorno de la mayor deuda, si no puedes satisfacer por la menor que tienes. El conocer esta verdad no es presunción sino prudencia, y el quererla ignorar no es humildad sino estulticia muy reprensible; porque no puedes agradecer lo que ignoras, ni puedes amar tanto, si no te conoces obligada y estimulada de los beneficios que te obligan. Tus temores son de no perder la gracia y amistad del Señor, y con razón debes temer no la malogres, porque ha hecho contigo lo que bastaba para justificar muchas almas. Pero es muy diferente cosa temer con prudencia el no perderla o poner duda en ella para no darle crédito; y el enemigo con su astucia pretende equivocarte en esto y que en vez del temor santo introduzca en ti una pertinacia muy incrédula, cubriéndola con capa de buena intención y temor santo. Este ha de ser en guardar tu tesoro y procurar una pureza de ángel en imitarme con desvelo y en ejecutar toda la doctrina que para esto te doy en esta Historia.

CAPITULO 14

El admirable modo con que María santísima celebraba los misterios de la Encarnación y Natividad del Verbo humanado y agradecía estos grandes beneficios.

642. Quien era tan fiel en lo poco como María santísima, no hay duda que en lo mucho sería fidelísima; y si en agradecer los beneficios menores fue tan diligente, oficiosa y solícita, cierto es que lo sería con toda plenitud en las mayores obras y beneficios que de la mano del Altísimo recibió ella y todo el linaje humano. Entre todos ellos el primer lugar tiene la obra de la Encarnación del Verbo Eterno en las entrañas de su beatísima y purísima Madre, porque ésta fue la más excelente obra y la mayor gracia de cuantas pudo extenderse el poder y sabiduría infinita con los hombres, juntando el ser divino con el ser humano en la persona del Verbo por la unión hipostática, que fue el principio de todos los dones y beneficios que hizo el Omnipotente a la naturaleza de los hombres y de los Ángeles. Con esta maravilla nunca imaginada se puso Dios

en tal empeño que, a nuestro modo de entender, no saliera de él con tanta gloria, si no tuviera en la misma naturaleza humana algún fiador, en cuya santidad y agradecimiento se lograra tan raro beneficio con toda plenitud, conforme a lo que dije en la primera parte (Cf. supra p. I n. 58). Y esta verdad se hace más inteligible, suponiendo lo que nos enseña la fe, que la divina Sabiduría tuvo prevista en su eternidad la ingratitud de los réprobos y cuán mal usarían y se aprovecharían de tan admirable y singular favor como hacerse Dios hombre verdadero, Maestro, Redentor y ejemplar de todos los mortales.

643. Por esto la misma sabiduría infinita ordenó esta maravilla, de manera que entre los hombres hubiera quien pudiera recompensar esta injuria y deshacer este agravio de los ingratos a tan alto beneficio y con digno agradecimiento mediase entre ellos y el mismo Dios, para aplacarle y satisfacerle en cuanto era posible de parte de la humana naturaleza. Esto hizo en primer lugar la humanidad santísima de nuestro Redentor y Maestro Jesús, que fue el medianero con el Eterno Padre, reconciliando con él a todo el linaje humano y satisfaciendo por sus culpas con superabundante exceso de merecimientos y paga de nuestra deuda. Pero como este Señor era Dios verdadero y Hombre verdadero, todavía parece que la naturaleza humana le quedaba deudora a él mismo, si entre las puras criaturas no tuviera alguna que le pagara esta deuda, todo cuanto de parte de ellas era posible con la divina gracia. Pero este retorno le dio su misma Madre y nuestra Reina, porque sola ella fue la secretaria del gran consejo y el archivo de sus misterios y sacramentos; sola ella los conoció, ponderó y agradeció tan dignamente cuanto a la naturaleza humana sin divinidad se le pudo pedir; sola ella recompensó y suplió nuestra ingratitud y la cortedad y grosería con que en su comparación lo hacían los hijos de Adán; sola ella supo y pudo desenojar y satisfacer a su mismo Hijo del agravio que recibió de todos los mortales, por no haberle recibido por su Redentor y Maestro ni por verdadero Dios humanado para la salvación de todos.

644. Este incomprensible sacramento tuvo la gran Reina tan presente en su memoria, que jamás le olvidó por solo

un instante. Y también conocía siempre la ignorancia que tenían tantos hijos de Adán de este beneficio. Y para agradecerlo ella por sí y por todos, cada día muchas veces hacía genuflexiones, postraciones y otros actos de adoración, y repetía continuamente por diversos modos esta oración: Señor y Dios altísimo, en Vuestra real presencia me postro y me presento en mi nombre y de todo el linaje humano; y por el admirable beneficio de Vuestra Encarnación os alabo, bendigo y magnifico, os confieso y adoro en el misterio de la unión hipostática de la divina y humana naturaleza en la divina persona del Verbo Eterno. Si los miserables hijos de Adán ignoran este beneficio y los que le conocen no le agradecen dignamente, acordaos, piadosísimo Señor y Padre nuestro que viven en carne flaca, llena de ignorancias y pasiones, y no pueden venir a Vos si no los trajere Vuestra clementísima dignación (Jn 6, 44). Perdonad, Dios mío, este defecto de tan frágil condición y naturaleza. Yo, esclava Vuestra y vil gusanillo de la tierra, por mí y por cada uno de los mortales os doy gracias por este beneficio con todos los cortesanos de Vuestra gloria. Y a Vos, Hijo y Señor mío, suplico de lo íntimo de mi alma toméis por Vuestra cuenta esta causa de Vuestros hermanos los hombres y alcancéis perdón para ellos de Vuestro Eterno Padre. Favoreced con Vuestra piedad inmensa a los míseros y concebidos en pecado, que ignoran su propio daño y no saben lo que hacen ni lo que deben hacer. Yo pido por Vuestro pueblo y por el mío; pues en cuanto sois hombre todos somos de Vuestra naturaleza, no la despreciéis; y en cuanto Dios dais valor infinito a Vuestras obras, sean ellas el retorno y agradecimiento digno de nuestra deuda, pues sólo Vos podéis pagar lo que todos recibimos y debemos al Eterno Padre, que para remedio de los pobres y rescate de los cautivos quiso enviaros de los cielos a la tierra. Dad vida a los muertos, enriqueced a los pobres, alumbrad a los ciegos; Vos sois nuestra salud, nuestro bien y todo nuestro remedio.

645. Esta oración y otras eran ordinarias en la gran Señora del mundo, pero sobre este continuo y cotidiano agradecimiento añadía otros nuevos ejercicios para celebrar el soberano misterio de la Encarnación, cuando llegaban los días en que tomó carne humana el Verbo

divino en sus purísimas entrañas; y en éstos era más favorecida del Señor que en otras fiestas de las que celebraba, porque ésta no era de solo un día, sino de nueve continuos, que precedieron inmediatamente al de veinte y cinco de marzo, en que se ejecutó este sacramento con la preparación que se dijo en el principio de la segunda parte (Cf. supra p. II n. 5). Allí declaré por nueve capítulos las maravillas que precedieron a la Encarnación, para disponer dignamente a la divina Madre que había de concebir el Verbo humanado en su alma y en su vientre virginal. Y aquí es necesario suponerlo y repetirlo brevemente, para manifestar el modo con que celebraba y renovaba el agradecimiento de este sumo milagro y beneficio.

646. Comenzaba esta solemnidad del día diez y seis de marzo por la tarde y en los nueve siguientes hasta el día veinte y cinco estaba encerrada sin comer y sin dormir; y sólo para la sagrada comunión la asistía el Evangelista, que se la administraba en estos nueve días. Renovaba el Omnipotente todos los favores y beneficios que hizo con María santísima en los otros nueve que precedieron a la Encarnación, aunque en éstos añadía otros nuevos de su Hijo y nuestro Redentor, porque ya Su Majestad, como había nacido de la beatísima y digna Madre, tomaba por su cuenta el asistirla, regalarla y favorecerla en esta fiesta. Los seis días primeros de aquella novena sucedía de esta manera: que después de algunas horas de la noche, en que la digna Madre continuaba sus acostumbrados ejercicios, descendía a su oratorio el Verbo humanado de los cielos con la majestad y gloria que está en ellos y con millares de Ángeles que le acompañaban, y con esta grandeza entraba en el oratorio y presencia de María santísima.

647. La prudentísima y religiosa Madre adoraba a su Hijo y Dios verdadero con la humildad, veneración y culto, que sola sabía hacerlo dignamente su altísima sabiduría. Y luego por ministerio de los Santos Ángeles era levantada de la tierra y colocada a la diestra del mismo Señor en su trono, donde sentía una íntima e inefable unión con la misma humanidad y divinidad que la transformaba y llenaba de gloria y nuevas influencias que con ningunas

palabras se pueden explicar. En aquel estado y en aquel puesto renovaba el Señor en ella las maravillas que obró los nueves días antes de la encarnación, correspondiendo el primero de éstos al primero de aquéllos, y el segundo al segundo y así en los demás. Y de nuevo añadía otros favores y efectos admirables, conforme al estado que tenía el mismo Señor y su beatísima Madre. Y aunque en ella se conservaba siempre la ciencia habitual de todas las cosas que hasta entonces había conocido, pero en esta ocasión con nueva inteligencia y luz divina era aplicado su entendimiento al uso y ejercicio de esta ciencia con mayor claridad y efectos.

648. El día primero de estos nueve se le manifestaban todas las obras que hizo Dios en el primero de la creación del mundo; el orden y modo con que fueron criadas todas las cosas que tocan a este día: el cielo, tierra y abismos, con su longitud, latitud y profundidad; la luz y las tinieblas y su separación, con todas las condiciones, calidades y propiedades de estas cosas materiales y visibles. Y de las invisibles conocía la creación de los Ángeles y todas sus especies y calidades, la duración en la gracia, la discordia entre los obedientes y apostatas, la caída de éstos y confirmación en gracia de los otros, y todo lo demás que misteriosamente encerró Santo Profeta Moisés en las obras del primer día (Gen 1, 1-5). Conocía asimismo los fines que tuvo el Omnipotente en la creación de estas cosas y de las demás, para comunicar su divinidad y manifestarla por ellas, para que todos sus Ángeles y los hombres, como capaces, le conociesen y alabasen por ellas. Y porque el renovar esta ciencia no era ocioso en la prudentísima Madre, la decía su Hijo santísimo: Madre y paloma mía, de todas estas obras de mi poder infinito os di noticia para manifestaros mi grandeza antes de tomar carne en vuestro virginal tálamo y ahora la renuevo para daros de nuevo la posesión y el señorío de todas como a mi verdadera Madre, a quien los Ángeles, los cielos, la tierra, la luz y las tinieblas quiero que sirvan y obedezcan, y para que vos dignamente deis gracias y alabéis al Eterno Padre por el beneficio de la creación que los mortales no saben agradecer.

649. A esta voluntad del Señor y deuda de los hombres respondía y satisfacía nuestra gran Reina con plenitud, agradeciendo por sí y por todas las criaturas estos incomparables beneficios; y en estos ejercicios y otros misteriosos pasaba el día hasta que su Hijo santísimo volvía a los cielos. El segundo día con el mismo orden descendía Su Majestad a la media noche y en la divina Madre renovaba el conocimiento de todas las obras del segundo de la creación (Gen 1, 6-8); cómo fue formado en medio de las aguas el firmamento, dividiendo las unas de las otras, el número y disposición de los cielos y toda su compostura y armonía, calidades y naturaleza, grandeza y hermosura; y todo esto conocía con infalible verdad, como sucedió y sin opiniones, aunque también conocía las que sobre ello tienen los doctores y escritores. El día tercero se le manifestaba de nuevo lo que de él refiere la escritura (Gen 1, 9-13), que el Señor congregó las aguas que estaban sobre la tierra y tormo el mar, descubriendo la tierra, para que diese frutos, como los hizo luego al imperio de su Criador, produciendo plantas, yerbas, árboles y otras cosas que la hermosean y adornan; y conoció la naturaleza, calidades y propiedades de todas estas plantas y el modo con que podían ser útiles o nocivas para el servicio de los hombres. El cuarto día (Gen 1, 14-19) conoció en particular la formación del sol, luna y estrellas de los cielos, su materia, forma, calidades, influencias, y todos los movimientos con que obran y distinguen los tiempos, los años y los días. El día quinto (Gen 1, 20-23) se le manifestaba la creación o generación de las aves del cielo, de los peces del mar, que fueron todos formados de las aguas, y el modo con que sucedieron estas producciones en su principio y el que después tenían para su conservación y propagación, y todas las especies, condiciones y calidades de los animales de la tierra y peces del mar. El día sexto (Gen 1, 24-31) se le daba nueva luz y conocimiento de la creación del hombre, como fin de todas las otras criaturas materiales; y a más de entender su compostura y armonía, en que las encierra todas por modo maravilloso, conocía el misterio de la Encarnación a que se ordenaba esta formación del hombre, y todos los demás secretos de la sabiduría divina que en esta obra y en las de toda la creación estaban encerrados, testificando su infinita

grandeza y majestad.

650. En cada uno de estos días hacía la gran Reina su cántico particular en alabanza del Criador, por las obras que correspondían a la creación de aquel día, y por los misterios que en ellas conocía. Luego hacía grandes peticiones por todos los hombres, en particular por los fieles, para que fuesen reconciliados con Dios y se les diese luz de la divinidad y de sus obras para que en ellas y por ellas le conociesen, amasen y alabasen. Y como alcanzaba a conocer la ignorancia de tantos infieles que no llegarían a este conocimiento ni a la fe verdadera que se les podía comunicar y que muchos fieles, aunque confesasen estas obras del Altísimo, serían tardos y negligentes en el agradecimiento que deben, por estos defectos de los hijos de Adán hacía María santísima obras heroicas y admirables para recompensarlos. Y en esta correspondencia la favorecía y levantaba su Hijo santísimo a nuevos dones y participación de su divinidad y atributos, acumulando en ella lo que desmerecían los mortales por su ingratísimo olvido. Y en cada una de las obras de aquel día le daba nuevo dominio y señorío, para que todas la reconocieran y sirvieran como a Madre de su Criador, que la constituía por suprema Reina de todo lo que Él había criado en cielo y tierra.

651. En el día séptimo se renovaban y adelantaban estos divinos favores, porque no descendía del cielo estos tres días su Hijo santísimo, mas la divina Madre era levantada y llevada a él, como sucedió en los días que correspondían a éstos antes de la Encarnación. Para esto de la media noche, por mandado del mismo Señor, la llevaban los Ángeles al cielo empíreo, donde en adorando al ser de Dios la adornaban los supremos serafines con una vestidura más pura y candida que la nieve y refulgente que el sol. Ceñíanla con una cinta de piedras tan ricas y hermosas, que no hay en la naturaleza a quien compararlas, porque cada una excedía en resplandor al globo del mismo sol y a muchos si estuvieran juntos. Luego la adornaban con manillas y collar y otros adornos, proporcionados a la persona que los recibía y a quien los daba, porque todas estas joyas las bajaban los serafines con admirable

reverencia, del mismo trono de la Beatísima Trinidad, cuya participación señalaba y manifestaba cada uno con diferente modo. Y no sólo estos adornos significaban la nueva participación y comunicación de las divinas perfecciones que se le daban a su Reina, pero los mismos serafines que la adornaban —y eran seis— representaban también el misterio de su ministerio;

652. A estos serafines sucedían otros seis que daban otro nuevo adorno a la Reina, como retocándola todas sus potencias y dándoles una facilidad, hermosura y gracia que no se pueden manifestar con palabras. Y sobre todo este ornato llegaban otros seis serafines y por su ministerio le daban las calidades y lumen [de la gloria = gloriae] con que era elevado su entendimiento y voluntad para la visión y fruición beatífica. Y estando la gran Reina tan adornada y llena de hermosura, todos aquellos serafines —que eran diez y ocho— la levantaban al trono de la Beatísima Trinidad y la colocaban a la diestra de su Unigénito nuestro Salvador. Allí la preguntaban qué pedía, qué quería y qué deseaba, y la verdadera Ester respondía: Pido, Señor, misericordia para mi pueblo (Est 7, 3); y en su nombre y mío, deseo y quiero agradecer el favor que le hizo Vuestra misericordiosa omnipotencia dando forma humana al Eterno Verbo en mis entrañas para redimirle.—A estas razones y peticiones añadía otras de incomparable caridad y sabiduría, rogando por todo el linaje humano y en especial por la Santa Iglesia.

653. Luego su Hijo santísimo hablaba con el Eterno Padre y decía: Yo te confieso y alabo, Padre mío, y te ofrezco esta criatura hija de Adán, agradable en tu aceptación, como elegida entre las demás criaturas para Madre mía y testimonio de nuestros infinitos atributos. Ella sola con dignidad y plenitud sabe estimar y conocer con agradecido corazón el favor que hice a los hombres vistiéndome de su naturaleza para enseñarles el camino de la salvación eterna y redimirlos de la muerte. A ella escogimos para aplacar nuestra indignación contra la integridad y mala correspondencia de los mortales. Ella nos da el retorno que los demás o no pueden o no quieren, pero no podemos despreciar los ruegos de nuestra Amada, que por ellos nos

ofrece con la plenitud de su santidad y agrado nuestro.

654. Repetíanse todas estas maravillas por los tres días últimos de esta novena, y en el postrero, que era el veinte y cinco de marzo, a la hora de la Encarnación se le manifestaba la divinidad intuitivamente con mayor gloria que la de todos los bienaventurados. Y aunque en todos estos días recibían los Santos nuevo gozo accidental, pero este último era más festivo y de extraordinaria alegría para toda aquella Jerusalén triunfante. Mas los favores que la beatísima Madre recibía en estos días exceden sin medida a todo humano pensamiento, porque todos los privilegios, gracias y dones se los ratificaba y aumentaba el Omnipotente por un modo inefable. Y como era viadora para merecer y conocía todos los estados de la Santa Iglesia en el siglo presente y en los futuros, pidió y mereció para todos tiempos grandes beneficios o, por decirlo mejor, todos cuantos el poder divino ha obrado y obrará hasta el fin del mundo con los hombres.

655. En todas las festividades que celebraba la gran Señora alcanzaba la reducción de innumerables almas que entonces y después han venido a la fe católica. Y este día de la Encarnación era mayor esta indulgencia, porque mereció para muchos reinos, provincias y naciones los beneficios y favores que han recibido con haberlos llamado a la Santa Iglesia. Y en los que más ha perseverado la fe católica son más deudores a las peticiones y méritos de la divina Madre. Pero singularmente se me ha dado a entender que, en los días que celebraba el misterio de la Encarnación, sacaba a todas las ánimas que estaban en el purgatorio; y desde el cielo, donde se le concedía este favor como Reina de todo lo criado y Madre del Reparador del mundo, enviaba ängeles que las llevasen a él y ofrecía al Eterno Padre como fruto de la Encarnación, con que envió al mundo a su unigénito Hijo para granjearle las almas que su enemigo había tiranizado, y por todas estas almas hacía nuevos cánticos de alabanza. Y con este júbilo de dejar aumentada aquella corte del cielo volvía a la tierra, donde de nuevo hacía gracias por estos beneficios con la humildad acostumbrada. Y no se haga increíble esta maravilla, pues el día que María santísima fue levantada a la dignidad

inmensa de Madre del mismo Dios y Señora de todo lo criado, no es mucho que franquease los tesoros de su divinidad con los hijos de Adán, sus hermanos y sus mismos hijos, cuando a ella se le franquearon, recibiéndola en sus entrañas unida hipostáticamente con su misma sustancia; y sola su sabiduría alcanzaba a ponderar este beneficio propio para ella y común para todos.

656. La solemnidad del nacimiento de su Hijo celebraba con otro modo y favores. Comenzaba la víspera con los ejercicios, cánticos y disposiciones que en las demás fiestas, y a la hora del nacimiento descendía del cielo su Hijo santísimo con millares de Ángeles y gloriosa majestad, cual otras veces venía. Acompañábanle también los Patriarcas San Joaquín y Santa Ana, San José y Santa Isabel, madre del Bautista, y otros Santos. Luego los Ángeles por mandado del Señor la levantaban del suelo y la colocaban a su divina diestra, y cantaban con celestial armonía el cántico de la Gloria, que cantaron el día del Nacimiento (Lc 2, 14), y otros que la misma Señora había hecho en reconocimiento de este misterio y beneficio y en loores de la divinidad y de sus infinitas perfecciones. Y después de haber estado en estas alabanzas grande rato, pedía la divina Madre licencia a su Hijo Jesús y descendía del trono y se postrada en su presencia de nuevo. Y en aquella postura le adoraba en nombre de todo el linaje humano y le daba gracias porque había nacido al mundo para su remedio. Y sobre este agradecimiento hacía una fervorosa petición por todos, y singularmente por los hijos de la Iglesia, representando la fragilidad de la condición humana, y la necesidad que tenía de la gracia y auxilio de la divina diestra para levantarse y venir al conocimiento del Señor y merecer la vida eterna. Alegaba para esto la misericordia de haber nacido el mismo Señor de su virginal tálamo, para remedio de los hijos de Adán, y la pobreza en que nació, los trabajos y penalidades que admitió, el haberle alimentado ella a sus pechos y criado como Madre, y todos los misterios que en estas obras se sucedieron. Esta oración aceptaba su Hijo y nuestro Salvador, y en presencia de todos los Ángeles y Santos que le asistían se daba por obligado de la caridad y razones con que su felicísima Madre pedía por su pueblo, y de nuevo la concedía que

como Señora y Dispensadora de todos sus tesoros de la gracia los aplicase y distribuyese entre los hombres a su voluntad. Esto hacía la prudentísima Reina con admirable sabiduría y fruto de la Iglesia. Y para fin de esta solemnidad pedía a los Santos alabasen al Señor en el misterio de su nacimiento en nombre suyo y de los demás mortales. Y a su Hijo pedía la bendición, y dándosela se volvía Su Majestad a los cielos.

Doctrina que me dio la gran Señora de los Ángeles María santísima.

657. Hija y discípula mía, la admiración con que escribes los secretos que de mi vida y santidad te manifiesto, quiero que la conviertas toda en alabar por ellos al Omnipotente que fue conmigo tan liberal y en levantarte sobre ti con la confianza que debes pedir mi poderosa intercesión y protección. Pero si te admiras de que mi Hijo santísimo añadiese en mí gracias sobre gracias y dones sobre dones y tan frecuentemente me visitase o me llevase a su presencia a los cielos, acuérdate de lo que dejas escrito (Cf. supra p. II n. 1522; p. III n. 2), que yo carecía de la visión beatífica para gobernar [como Medianera de todas las gracias divinas y con consejos] la Iglesia. Y cuando esta caridad no mereciera con el Altísimo, la recompensa que por ella me dio, viviendo en carne mortal, por los títulos de ser yo su Madre y él mi Hijo hiciera conmigo tales obras y maravillas, cuales ni caben en pensamiento criado ni convenían a otra criatura. La dignidad de Madre de Dios excede tanto a toda la esfera de las demás, que fuera torpe ignorancia negarme a mí los favores que no se hallan en los otros santos. Y el tomar carne humana de mi sustancia el Verbo eterno, fue un empeño de tanto peso para el mismo Dios que, a tu modo de entender, no saliera de él, si consiguientemente no hiciera conmigo todo lo que su omnipotencia alcanza y yo era capaz de recibir. Este poder de Dios es infinito y no se puede agotar, siempre queda infinito; y lo que comunica fuera de sí mismo, siempre es finito y tiene término. Yo también soy pura criatura finita, y en comparación del ser de Dios todo lo criado es nada.

658. Pero junto con esto, de mi parte no puse

impedimento, antes merecía que la Omnipotencia obrase en mí sin límite y sin medida todos los dones, gracias y favores a que debidamente se podía extender. Y como todos éstos siempre eran finitos, por grandes y admirables que fuesen, y el poder y ser de Dios era infinito y sin término, de aquí se entiende que pudo acumular en mí gracias sobre gracias y beneficios sobre beneficios. Y no sólo pudo hacerlo, pero convenía que así lo hiciese, para obrar con toda perfección esta obra y maravilla de hacerme digna Madre suya, pues ninguna de sus obras queda en su género imperfecta ni con alguna mengua. Y porque en esta dignidad de hacerme Madre suya se contienen todas mis gracias como en su origen y principio a donde corresponden, por esto el día que me conocieron los hombres por Madre de Dios conocieron implícitamente y como en su causa las condiciones que para tal excelencia me pertenecen; dejando a la devoción, piedad y cortesía de los fieles que para obligar a mi Hijo santísimo y merecer mi protección fuesen discurriendo dignamente de mi santidad y dones y los coligiesen y confesasen conforme a su devoción y mi dignidad. Y para esto a muchos santos y a los autores y escritores se les ha dado particular ciencia y luz y otras revelaciones que han tenido de algunos favores y de muchos privilegios que me concedió el Altísimo.

659. Y como en esto muchos de los mortales han sido unos con buen celo tímidos, otros con indevoción más tardos de lo que debían, ha querido mi Hijo santísimo, en dignación paternal y en el tiempo más oportuno para su Santa Iglesia, manifestarles estos ocultos sacramentos, sin fiarlo del humano discurso ni de la ciencia a que se extiende, sino de su misma y divina luz y verdad, para que los mortales reciban alegría y esperanza, sabiendo lo que yo los puedo favorecer y dando al Omnipotente la gloria y alabanza que deben en mí y en las obras de la Redención humana.

660. En esta obligación quiero, hija mía, que tú te juzgues la primera y más deudora que todos los demás, pues yo te elegí por mi especial hija y discípula, para que escribiendo mi Vida se levantase tu corazón con más ardiente amor y deseos de seguirme por la imitación que te

convido y llamo. Y la doctrina de este capítulo es, que me sigas en el agradecimiento inefable que yo tuve del beneficio y misterio de la Encarnación del Verbo Eterno en mis entrañas. Escribe en tu corazón esta maravilla del Omnipotente, para que jamás la olvides, y señálate más en esta memoria los días que corresponden a los misterios que de mí has escrito. En ellos y en mi nombre quiero que celebres en la tierra esta festividad con singular disposición y júbilo de tu alma, agradeciendo por todos los mortales el haber Encarnado Dios en mí para su remedio, y también le alabes por la dignidad a que me levantó con hacerme Madre suya. Y advierte que los Ángeles y Santos en el cielo, después del conocimiento que tienen del ser de Dios infinito, ninguna otra cosa les causa mayor admiración que verle unido a la humana naturaleza; y aunque más y más conocen de este misterio, les queda siempre más que conocer por todos los siglos de los siglos.

661. Y para que tú celebres y renueves en ti estos beneficios de la Encarnación y Nacimiento de mi Hijo santísimo, quiero que procures alcanzar una humildad y pureza de ángel; que con estas virtudes será grato al Señor el agradecimiento que le debes y con este retorno pagarás algo de la deuda que tienes por haberse hecho Dios de tu naturaleza. Considera y pondera cuánto pesan las culpas de los hombres, después que tienen a Cristo por su hermano y degeneran de esta excelencia y obligación. Considérate como retrato o imagen de Dios hombre, y que lo menosprecias y le borras con cualquiera culpa que haces. Esta nueva dignidad a que fue levantada la humana naturaleza tienen muy olvidada los hijos de Adán y no se quieren desnudar de sus antiguas costumbres y miserias para vestirse de Cristo. Pero tú, hija mía, olvídate de la casa de tu antiguo padre y de tu pueblo, y procura renovarte con la hermosura de tu Reparador, para que seas agradable en los ojos del supremo Rey.

CAPITULO 15

De otras festividades que celebraba María santísima de la circuncisión, adoración de los Reyes, su purificación,

el bautismo, el ayuno, la institución del santísimo sacramento, pasión y resurrección.

662. En renovar la memoria de los misterios, vida y muerte de Cristo nuestro Salvador no sólo pretendía nuestra gran Reina darle el debido agradecimiento por sí misma y por todo el linaje humano y enseñar a la Iglesia esta ciencia divina como Maestra de toda santidad y sabiduría, pero sobre cumplir esta deuda pretendía obligar al Señor, inclinando su bondad infinita a la misericordia y clemencia de que conocía necesitaba la fragilidad y miseria humana de los hombres. Conocía la prudentísima Madre que a su Hijo santísimo y al Eterno Padre desobligaban mucho los pecados de los mortales y que en el tribunal de su misericordia no tenían qué alegar en su favor más que la caridad infinita con que los ama y reconcilió consigo cuando eran pecadores y enemigos (Rom 5,8). Y como esta reconciliación la hizo Cristo nuestro Reparador con sus obras, vida, muerte y misterios, por esta razón los días que sucedieron todos estos beneficios juzgaba la divina Señora convenientes para multiplicar sus ruegos y para inclinar al Omnipotente pidiéndole que amase a los hombres por haberlos amado, que los llamase a su fe y amistad por habérsela merecido y que con efecto los justificase por haberles granjeado la justificación y vida eterna.

663. Nunca llegarán los hombres ni los ángeles a ponderar dignamente la deuda que tiene el mundo a la maternal piedad de esta Señora y gran Reina. Y los muchos favores que recibió de la diestra del Omnipotente, con tantas veces como se le manifestó la visión beatífica en carne mortal, no fueron beneficios para sola ella, sino también para nosotros; porque en estas ocasiones llegaron su divina ciencia y caridad a lo sumo que pudo caber en pura criatura, y a este paso deseaba la gloria del Altísimo en la salvación de las criaturas racionales. Y como juntamente quedaba en estado de viadora para merecer y granjearla, excede a toda capacidad el incendio de amor que en su purísimo corazón ardían, para que ninguno se condenase de los que podían llegar a gozar de Dios. De aquí le resultó un prolongado martirio que padeció en su

vida, y la consumiera cada hora y cada instante si el poder de Dios no la guardara o la detuviera. Esto fue, el pensar que se condenarían tantas almas y quedarían privadas eternamente de ver a Dios y gozarle y, a más de esto, padecerían los tormentos eternos del infierno sin esperanza del remedio que despreciaron.

664. Esta infelicidad tan lamentable sentía la dulcísima Madre con dolor inmenso, porque la conocía, pesaba y ponderaba con igual sabiduría. Y como a ésta correspondía su ardentísima caridad, no tuviera consuelo en estas penas, si se dejaran a la fuerza de su amor y a la consideración de lo que hizo nuestro Salvador y lo que padeció para rescatar a los hombres de la perdición eterna. Pero el Señor prevenía en su fidelísima Madre los efectos de este mortal dolor, y algunas veces la conservaba la vida milagrosamente, otras la divertía de él con diferentes inteligencias y otras veces se las daba de los secretos ocultos de la predestinación eterna, para que conociendo las razones y equidad de la Justicia divina sosegase su corazón. Todos estos arbitrios y otros diferentes tomaba Cristo nuestro Salvador, para que su Madre santísima no muriese a vista de los pecados y condenación eterna de los réprobos. Y si esta infeliz y desdichada suerte, prevenida por la divina Señora, pudo afligir tanto su candidísimo corazón, y en su Hijo y Dios verdadero hizo tales efectos que para remediar la perdición de los hombres se ofreció a la pasión y muerte de Cruz, ¿con qué palabras se puede ponderar la ciega estulticia de los mismos hombres, que con tal ímpetu y tan sensibles corazones se entregan a tan irreparable y nunca bien encarecida ruina de sí mismos?

655. Pero con lo que nuestro Salvador y Maestro Jesús aliviaba mucho este dolor de su amantísima Madre, era con oír sus ruegos y peticiones por los mortales, con darse por obligado de su amor, con ofrecerle sus tesoros y merecimientos infinitos y con hacerla su limosnera mayor y dejar en su piadosa voluntad la distribución de las riquezas de su misericordia y gracias, para que las aplicase a las almas que con su ciencia conocía ser más conveniente. Estas promesas del Señor con su beatísima Madre eran tan

ordinarias, como también eran los cuidados y oraciones que de parte de la piadosa Reina las solicitaba, y todo crecía más en las festividades que celebraba de los misterios de su Hijo santísimo. En el de la circuncisión, cuando llegaba el día en que sucedió, comenzaba los ejercicios acostumbrados a la hora que en las otras fiestas, y en ésta descendía también el Verbo humanado a su oratorio con la majestad y acompañamiento que otras veces (Cf. supra n. 615, 640) de Ángeles y Santos. Y como este misterio fue en el que nuestro Redentor comenzó a derramar sangre por los hombres y se humilló a la ley de los pecadores como si fuera uno de ellos, eran inefables los actos que su purísima Madre hacía en la conmemoración de tal dignación y clemencia de su Hijo santísimo.

666. Humillábase la gran Madre hasta el profundo de esta virtud, dolíase tiernamente de lo que padeció el niño Dios en aquella tierna edad, agradecíale este beneficio por todos los hijos de Adán; lloraba el común olvido y la ingratitud en no estimar aquella sangre derramada tan temprano para rescate de todos. Y como si de no pagar este beneficio se hallara corrida en presencia de su mismo Hijo, se ofrecía a morir y derramar ella su misma sangre y vida en retorno de esta deuda y a imitación de su ejemplar Maestro. Y sobre estos deseos y peticiones tenía dulcísimos coloquios con el mismo Señor en todo aquel día. Pero aunque Su Majestad aceptaba este sacrificio, como no era conveniente reducir a ejecución los inflamados deseos de la amantísima Madre, añadía otras nuevas invenciones de caridad con los mortales. Pidió a su Hijo santísimo que de los regalos, caricias y favores que recibía de su poderosa diestra, repartiese con todos sus hijos los hombres, y que en el padecer por su amor y con este instrumento fuese ella singular, pero en el recibir el retorno entrasen todos a la parte y todos gustaran de la suavidad y dulzura de su divino Espíritu, para que obligados y atraídos con ella vinieran todos al camino de la vida eterna y ninguno se perdiera con la muerte, después que el mismo Señor se hizo hombre y padeció para traer todas las cosas a sí mismo (Jn 12, 32). Ofrecía luego al Eterno Padre la sangre que su Hijo Jesús derramó en la circuncisión y la humildad de haberse circuncidado siendo impecable, adorábale como

a Dios y hombre verdadero, y con éstas y otras obras de incomparable perfección la bendecía su Hijo santísimo y se volvía a los cielos a la diestra de su Eterno Padre.

667. Para la adoración de los Reyes se prevenía algunos días ante que llegase la fiesta, como juntando algunos dones que ofrecerle al Verbo humanado. La principal ofrenda, que la prudentísima Señora llamaba oro, eran las almas que reducía al estado de la gracia; y para esto se valía mucho antes del ministerio de los Ángeles y les daba orden que la ayudasen a prevenir este don, solicitándole muchas almas con inspiraciones grandes y más particulares para que se convirtiesen al verdadero Dios y le conociesen. Y todo se ejecutaba por ministerio de los Ángeles, y mucho más por las oraciones y peticiones que ella hacía, con que sacaba muchas del pecado, otras reducía a la fe y bautismo y otras a la hora de la muerte sacaba de las uñas del Dragón infernal. A este don añadía el de la mirra, que eran las postraciones de cruz, humillaciones y otros ejercicios penales que hacía para prevenirse y llevar qué ofrecer a su mismo Hijo. La tercera ofrenda, que llamaba incienso, eran los incendios y vuelos del amor, las palabras y oraciones jaculatorias y otros afectos dulcísimos y llenos de sabiduría.

668. Para recibir esta ofrenda, llegado el día y la hora de la fiesta, descendía del cielo su Hijo santísimo con innumerables Ángeles y Santos, y en presencia de todos y convidando a los cortesanos del cielo a que la ayudasen, la ofrecía con admirable culto, adoración y amor; y por todos los mortales hacía con este ofrecimiento una ferviente oración. Luego era levantada al trono de su Hijo y Dios verdadero y participaba la gloria de su humanidad santísima por un modo inefable, quedando divinamente unida con ella y como transfigurada con sus resplandores y claridad, y algunas veces, para que descansara de sus ardentísimos afectos, la reclinaba el mismo Señor en sus brazos. Y estos favores eran de condición que no hay términos para explicarlos, porque el Omnipotente sacaba cada día de sus tesoros beneficios antiguos y nuevos (Mt 13, 52).

669. Después de haber recibido estos beneficios y favores, descendía del trono y pedía misericordia para los hombres, y concluía estas peticiones con un cántico de alabanza para todos y pedía a los Santos la acompañasen en todo esto. Y sucedía este día una cosa maravillosa, que para dar fin a esta solemnidad pedía a todos los Patriarcas y Santos que en ella asistían, rogasen al Todopoderoso la asistiese y gobernase en todas sus obras. Y para esto iba de uno en uno continuando esta petición y humillándose ante ellos como quien llegara a besarles la mano. Y para que la Maestra de la humildad ejercitara esta virtud con sus progenitores, Patriarcas y Profetas, que eran de su misma naturaleza, daba lugar su Hijo santísimo con incomparable agrado. Pero no hacía esta humillación con los ángeles, porque éstos eran sus ministros y no tenían con la gran Señora el parentesco de la naturaleza que tenían los Santos Padres, y así la asistían y acompañaban los espíritus divinos por otro modo de obsequio que con ella mostraban en aquel ejercicio.

670. Luego celebraba el bautismo de Cristo nuestro Salvador, con grandioso agradecimiento de este Sacramento y que el mismo Señor le hubiese recibido para darle principio en la Ley de Gracia. Y después de las peticiones que hacía por la Iglesia, se recogía por los cuarenta días continuos para celebrar el ayuno de nuestro Salvador, repitiéndole como Su Majestad y ella a su imitación lo hicieron, de que hablé en la segunda parte en su lugar (Cf. supra p. II n. 988, 990ss.). En estos cuarenta días no dormía, ni comía, ni salía de su retiro, si no ocurría alguna grande necesidad que pidiese su presencia, y sólo comunicaba con el Evangelista San Juan para recibir de su mano la sagrada comunión y despachar los negocios en que era fuerza darle parte para el gobierno [como Medianera de todas las gracias divinas y con consejos] de la Iglesia. En aquellos días asistía más el amado discípulo, ausentándose pocas veces de la casa del Cenáculo; y aunque venían muchos necesitados y enfermos, los remediaba y curaba, aplicándoles alguna prenda de la poderosa Reina. Venían muchos endemoniados y algunos antes de llegar quedaban libres, porque no se atrevían los demonios a esperar, acercándose a donde estaba María

santísima. Otros, en tocando al enfermo con el manto o velo, o con otra cosa de la Reina, se arrojaban al profundo. Y si algunos estaban rebeldes, la llamaba el Evangelista, y al punto que llegaba a la presencia de los pacientes salían los demonios sin otro imperio.

671. De las obras y maravillas que le sucedían en aquellos cuarenta días era necesario escribir muchos libros, si todas se hubieran de referir, porque si no dormía, ni comía, ni descansaba, ¿quién podrá contar lo que su actividad y solicitud tan oficiosa obraba en tanto tiempo? Basta saber que todo lo aplicaba y ofrecía por los aumentos de la Iglesia, justificación de las almas y conversión del mundo, y en socorrer a los Apóstoles y discípulos que por todo él andaban predicando. Pero cumplida esta cuaresma la regalaba su Hijo santísimo con un convite semejante al que los Ángeles hicieron al mismo Señor cuando cumplió la de su ayuno, como queda dicho en su lugar (Cf. supra p. II n. 1000). Sólo tenía éste de mayor regalo, que se hallaba presente el mismo Dios glorioso y lleno de majestad con muchos millares de Ángeles, unos que administraban, otros que cantaban con celestial y divina armonía, pero el mismo Señor la daba de su mano lo que comía la amantísima Madre. Era este día muy dulce para ella, más por la presencia de su Hijo y por sus caricias que por la suavidad de aquellos manjares y néctares soberanos. Y en hacimiento de gracias por todo se postraba en tierra y pedía la bendición, adorando al Señor, y Su Majestad se la daba y volvía a los cielos. Pero en todos estos aparecimientos de Cristo nuestro Señor hacía la religiosa Madre grandes y heroicos actos de humildad, sumisión y veneración, besando los pies de su Hijo, reconociéndose por no digna de aquellos favores y pidiendo nueva gracia para servirle mejor con su protección desde entonces.

672. Sería posible que alguno con humana prudencia juzgase que son muchos los aparecimientos del Señor que aquí escribo, en tan frecuentes y repetidas ocasiones como he dicho que los hacía. Pero quien esto pensare está obligado a medir la santidad de la Señora de las virtudes y de la gracia y el amor recíproco de tal Madre y de tal Hijo, y decirnos cuánto sobran estos favores de la regla

con que mide esta causa, que la fe y la razón tienen por inmensurable con el humano juicio. A mí bástame, para no hallar duda en lo que digo, la luz con que lo conozco y saber que cada día, cada hora y cada instante baja del cielo Cristo nuestro Salvador consagrado a las manos del Sacerdote que validamente le consagra en cualquiera parte del mundo. Y digo que baja, no con movimiento corporal, sino por la conversión del pan y del vino en su sagrado cuerpo y sangre. Y aunque esto sea por diferente modo, que yo no declaro ni disputo ahora, pero la verdad católica me enseña que el mismo Cristo por inefable modo se hace presente y está en la Hostia consagrada. Esta maravilla obra el Señor tan repetidas veces por los hombres y para su remedio, aunque son tantos los indignos y también lo son algunos de los que le consagran. Y si alguno le puede obligar para continuar este beneficio, sola fue María santísima por quien lo hiciera y principalmente lo ordenó, como en otra parte he declarado (Cf. supra n. 19). Pues no parezca mucho que a ella sola visitase tantas veces, si ella sola pudo y supo merecerlo para sí y para nosotros.

673. Después del ayuno celebraba la gran Señora la fiesta de su purificación y presentación del niño Dios en el templo. Y para ofrecer esta hostia y aceptarla el mismo Señor, se le aparecía en su oratorio la Beatísima Trinidad con los cortesanos de su gloria. Y en ofreciendo al Verbo humanado, la vestían y adornaban los Ángeles con las mismas galas y joyas ricas que dije en la fiesta de la encarnación (Cf. supra n. 652). Y luego hacía una larga oración, en que pedía por todo el linaje humano y en especial por la Iglesia. El premio de esta oración y de la humildad con que se sujetó a la ley de la purificación y de los ejercicios que hacía, eran para ella nuevos aumentos de gracias y nuevos dones y favores, y para los demás alcanzaba grandes auxilios y beneficios.

674. La memoria de la pasión de su Hijo santísimo, la institución del Santísimo Sacramento y Resurrección, no sólo la celebraba cada semana como arriba dejo escrito (Cf. supra n. 577ss.), sino cuando llegaba el día en que sucedió cada año hacía otra particular memoria, como ahora la hace la Iglesia en la Semana Santa. Y sobre los ejercicios

ordinarios de cada semana añadía otros muchos, y a la hora que Cristo Jesús fue crucificado se ponía en la Cruz y en ella estaba tres horas. Renovaba todas las peticiones que hizo el mismo Señor, con todos los dolores y misterios que en aquel día sucedieron. Pero el domingo siguiente, que correspondía a la Resurrección, para celebrar esta solemnidad era levantada por los Ángeles al cielo empíreo, donde aquel día gozaba de la visión beatífica, que en los otros domingos de entre año era abstractiva.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles y nuestra.

675. Hija mía, el Espíritu divino, cuya sabiduría y prudencia gobiernan a la Santa Iglesia, ha ordenado por mi intercesión, que en ella se celebrasen tantos días de fiestas diferentes, no sólo para que se renovase la memoria de los misterios divinos y de las obras de la Redención humana, de mi vida santísima y de los otros Santos, y los hombres fuesen agradecidos a su Criador y Redentor y no olvidasen los beneficios que jamás podrán dignamente agradecer; sino que también se ordenaron estas solemnidades para que en aquellos días vacasen a los ejercicios santos y se recogiesen interiormente de lo que los otros días se derraman en la solicitud de las cosas temporales, y con el ejercicio de las virtudes y buen uso de los Sacramentos recompensasen lo que divertidos han perdido, imitasen las virtudes y vidas de los Santos, solicitasen mi intercesión y mereciesen la remisión de sus pecados y la gracia y beneficios que por estos medios les tiene prevenidos la divina misericordia.

676. Este es el espíritu de la Iglesia, con que desea gobernar y alimentar a sus hijos como piadosa Madre, y yo, que lo soy de todos, pretendí obligarlos y atraerlos por este camino a la seguridad de su salvación. Pero el consejo de la serpiente infernal ha procurado siempre, y más en los infelices siglos que vives, impedir estos santos fines del Señor y míos, y cuando no puede pervertir el orden de la Iglesia hace que por lo menos no se logre en la mayor parte de los fieles y que para muchos se convierta este beneficio en mayor cargo para su condenación. Y el mismo demonio se les opondrá en el tribunal de la divina Justicia, porque no

sólo en los días más santos y festivos no siguieron el espíritu de la Santa Iglesia empleándolos en obras de virtud y culto del Señor, sino que en tales días cometieron más graves culpas, como de ordinario sucede a los hombres carnales y mundanos. Grande es, por cierto, y muy reprensible el olvido y desprecio que comúnmente hacen de esta verdad los hijos de la Iglesia, profanando los días santos y sagrados, en que ordinariamente se ocupan en juegos, deleites, excesos, en comer y beber con mayor desorden; y cuando debían aplacar al Omnipotente entonces irritan más su justicia, y en lugar de vencer a sus enemigos invisibles, quedan vencidos por ellos, dándoles este triunfo a su altiva soberbia y malicia.

677. Llora tú, hija mía, este daño, pues yo no puedo hacerlo ahora como lo hice y lo hiciera en la vida mortal, procura recompensarle cuanto por la divina gracia te fuere concedido y trabaja en ayudar a tus hermanos en este descuido tan general. Y aunque la vida de los eclesiásticos se debía diferenciar de la de los seculares en no hacer distinción de los días, para ocuparse todos en el culto divino y en oración y santos ejercicios, y así quiero que lo enseñes a tus súbditas, pero singularmente quiero que tú con ellas te señales en celebrar las fiestas, y más las del Señor y mías, con mayor preparación y pureza de la conciencia. Todos los días y las noches quiero que las llenes de obras santas y agradables a tu Señor, pero en los días festivos añadirás nuevos ejercicios interiores y exteriores. Fervoriza tu corazón, recógete toda el interior, y si te pareciere que haces mucho, trabaja más para hacer cierta tu vocación y elección (2 Pe 1, 10), y jamás dejes ejercicio alguno por negligencia. Considera que los días son malos y la vida desaparece como la sombra, y vive muy solícita para no hallarte vacía de merecimientos y obras santas y perfectas. Dale a cada hora su legítima ocupación, como entiendes que yo lo hacía y como muchas veces te lo he amonestado y enseñado.

678. Para todo esto te advierto que vivas muy atenta a las inspiraciones santas del Señor, y sobre los demás beneficios no desprecies el que en esto recibes. Y sea de manera este cuidado, que ninguna obra de virtud o mayor

perfección que llegare a tu pensamiento dejes de ejecutarla en el modo que te fuere posible. Y te aseguro, carísima, que por este desprecio y olvido pierden los mortales inmensos tesoros de la gracia y de la gloria. Todo cuanto yo conocí y vi que mi Hijo santísimo hacía cuando vivía con Él lo imitaba, y todo lo más santo que me inspiraba el Espíritu divino lo ejecutaba, como tú lo has entendido. Y en esta codiciosa solicitud vivía como con la natural respiración y con estos afectos obligaba a mi Hijo santísimo a los favores y visitas que tantas veces me hizo en la vida mortal.

679. Quiero también que, para imitarme tú y tus religiosas en los retiros y soledad que yo tenía, asientes en tu convento el modo con que se han de guardar los ejercicios que acostumbráis, estando retiradas las que los hacen por los días que la obediencia les concediere. Experiencia tienes del fruto que se coge en esta soledad, pues en ella has escrito casi toda mi vida y el Señor te ha visitado con mayores beneficios y favores para mejorar la tuya y vencer a tus enemigos. Y para que en estos ejercicios entiendan tus monjas cómo se han de gobernar con mayor fruto y aprovechamiento, quiero que les escribas un tratado particular, señalándolas todas las ocupaciones y las horas y tiempos en que las han de repartir (Se refiere la autora al *Ejercicio cotidiano en que el alma ocupa las horas del día variamente según la voluntad y agrado del Muy Alto.* Puede verse, entre otras, la edición del P. Ramón Buldú, Tipografía Católica, Barcelona, 1879, y la traducción al italiano publicada en la Tip. degli Acattoncelli, Ñapóles, 1882.) Y éstas sean de manera que no falte a las comunidades la que estuviere en ejercicios, porque esta obediencia y obligación se debe anteponer a todas las particulares. En lo demás, guardarán inviolable silencio y andarán cubiertas con velo aquellos días para que sean conocidas y ninguna les hable palabra. Las que tuvieren oficios, no por eso han de ser privadas de este bien, y así los encargará la obediencia a otras que los hagan en aquel tiempo. Pide al Señor luz para escribir esto y yo te asistiré para que entonces entiendas más en particular lo que yo hacía y lo pongas por doctrina.

CAPITULO 16

Cómo celebraba María santísima las fiestas de la ascensión de Cristo nuestro Salvador y venida del Espíritu Santo, de los Ángeles y Santos y otras memorias de sus propios beneficios.

680. En cada una de las obras y misterios de nuestra gran Reina y Señora hallo nuevos secretos que penetrar, nuevas razones de admiración y encarecimiento, pero fáltanme nuevas palabras con que manifestar lo que conozco. Por lo que se me ha dado a entender del amor que tenía Cristo nuestro Salvador a su purísima Madre y dignísima Esposa, me parece que según la inclinación y fuerza de esta caridad se privara Su Majestad eterna del trono de la gloria y compañía de los Santos por estar con su amantísima Madre (Cf. supra n. 123), si por otras razones no conviniera el estar el Hijo en el cielo y la Madre en la tierra por el tiempo que duró esta separación y ausencia corporal. Y no se entienda que esta ponderación de la excelencia de la Reina deroga a la de su Hijo santísimo ni de los Santos; porque la divinidad del Padre y del Espíritu Santo estaba en Cristo indivisa con suma unidad individual, y las tres personas todas están en cada una por inseparable modo de inexistencia [circuminsessio], y nunca la persona del Verbo podía estar sin el Padre y Espíritu Santo. La compañía de los Ángeles y Santos, comparada con la de María santísima, cierto es que para su Hijo santísimo era menos que la de su digna Madre; esto es, considerando la fuerza del amor recíproco de Cristo y de María purísima. Pero por otras razones, convenía que el Señor, acabada la obra de la Redención humana, se volviera a la diestra del Eterno Padre, y que su felicísima Madre quedara en la Iglesia, para que por su industria y merecimientos se ejecutara la eficacia de la misma Redención y ella fomentara y sacara a luz el parto de la pasión y muerte de su Hijo santísimo.

681. Con esta providencia inefable y misteriosa ordenó Cristo nuestro Salvador sus obras, dejándolas llenas de divina sabiduría, magnificencia y gloria, confiando todo su corazón de esta Mujer fuerte, como lo dijo Salomón en sus

Proverbios (Prov. 31, 11). Y no se halló frustrado en su confianza, pues la prudentísima Madre, con los tesoros de la pasión y sangre del mismo Señor, aplicados con sus propios méritos y solicitud, compró para su Hijo el campo en que plantó la viña de la Iglesia hasta el fin del mundo, que son las almas de los fieles, en quienes se conservará hasta entonces, y de los predestinados, en que será trasladada a la Jerusalén triunfante por todos los siglos de los siglos. Y si convenía a la gloria del Altísimo que toda esta obra se fiase de María santísima, para que nuestro Salvador Jesús entrase en la gloria de su Padre después de su milagrosa resurrección, también convenía que su Madre beatísima, a quien amaba sin medida y la dejaba en el mundo, conservase la correspondencia y comercio posible a que le obligaba, no sólo su propio amor que la tenía, sino también el estado y la misma empresa en que la gran Señora se ocupaba en la tierra, donde la gracia, los medios, los favores y beneficios se debían proporcionar con la causa y con el fin altísimo de tan ocultos misterios. Y todo esto se conseguía gloriosamente con las frecuentes visitas que el mismo Hijo hacía a su Madre y con levantarla tantas veces al trono de su gloria, para que ni la invicta Reina estuviera siempre fuera de la corte, ni los cortesanos de ella carecieran tantos años de la vista deseable de su Reina y Señora, pues era posible este gozo y para todos conveniente.

682. Uno de los días que se renovaban estas maravillas, fuera de los que dejo escritos, era el que celebraba cada año la Ascensión de su Hijo santísimo a los cielos. Este día era grande y muy festivo para el cielo y para ella, porque para él se preparaba desde el día que celebraba la Resurrección de su Hijo. En todo aquel tiempo, hacía memoria de los favores y beneficios que recibió de su Hijo preciosísimo y de la compañía de los antiguos padres y santos que sacó del limbo y de todo cuanto le sucedió en aquellos cuarenta días, uno por uno; hacía gracias particulares con nuevos cánticos y ejercicios, como si entonces le sucediera, porque todo lo tenía presente en su indefectible memoria. Y no me detengo en referir las particularidades de estos días, porque dejo escrito lo que basta en los últimos capítulos de la segunda parte. Sólo

digo que en esta preparación recibía nuestra gran Reina incomparables favores y nuevos influjos de la divinidad, con que estaba siempre más y más deificada y prevenida para los que había de recibir el día de la fiesta.

683. Llegando, pues, el misterioso día que en cada año correspondía al que nuestro Salvador Jesús subió a los cielos, descendía de ellos Su Majestad en persona al oratorio de su beatísima Madre, acompañado de innumerables Ángeles y de los Patriarcas y Santos que llevó consigo en su gloriosa Ascensión. Esperaba la gran Señora esta visita postrada en tierra como acostumbraba, aniquilada y deshecha en lo profundo de su inefable humildad, pero elevada sobre todo pensamiento humano y angélico hasta lo supremo del amor divino posible a una pura criatura. Manifestábasele luego su Hijo santísimo en medio de los coros de los santos y, renovando en ella la dulzura de sus bendiciones, mandaba el mismo Señor a los Ángeles que la levantasen del polvo y la colocasen a su diestra. Ejecutábase luego la voluntad del Salvador, y ponían los serafines en su trono a la que le dio el ser humano; y estando allí la preguntaba su Hijo santísimo qué deseaba, qué pedía y qué quería. A esta pregunta respondía María santísima: Hijo mío y Dios eterno, deseo la gloria y exaltación de Vuestro santo nombre; quiero agradeceros en el de todo el linaje humano el beneficio de haber levantado Vuestra omnipotencia en este día a nuestra naturaleza a la gloria y felicidad eterna. Pido por los hombres que todos conozcan, alaben y magnifiquen a Vuestra divinidad y humanidad santísima.

684. Respondíala el Señor: Madre mía y paloma mía, escogida entre las criaturas para mi habitación, venid conmigo a mi patria celestial, donde se cumplirán vuestros deseos y serán despachadas vuestras peticiones, y gozaréis de la solemnidad de este día, no entre los mortales hijos de Adán, sino en compañía de mis cortesanos y moradores del cielo.—Luego se encaminaba toda aquella celestial procesión por la región del aire, como sucedió el día mismo de la Ascensión, y así llegaba al cielo empíreo, estando siempre la Virgen Madre a la diestra de su Hijo santísimo. Pero en llegando al supremo lugar, donde

ordenadamente paraba toda aquella compañía, se reconocía en el cielo como un nuevo silencio y atención, no sólo de los Santos, sino del mismo Santo de los Santos. Y luego la gran Reina, pedía licencia al Señor y descendía del trono y postrada ante el acatamiento de la Beatísima Trinidad hacía un cántico admirable de loores, en que comprendía los misterios de la Encarnación y Redención, con todos los triunfos y victorias que ganó su Hijo santísimo hasta volver glorioso a la diestra del Eterno Padre el día de su admirable Ascensión.

685. De este cántico y alabanzas manifestaba el Altísimo el agrado y complacencia que tenía, y los Santos todos respondían con otros cantares nuevos de loores glorificando al Omnipotente en aquella tan admirable criatura, y todos recibían nuevo gozo con la presencia y excelencia de su Reina. Después de esto por mandado del Señor la levantaban los Ángeles otra vez a la diestra de su Hijo santísimo, y allí se le manifestaba la divinidad por visión intuitiva y gloriosa, precediendo las iluminaciones y adornos que en otras ocasiones semejantes he declarado (Cf. supra p. I n. 626ss; p. II n. 1522). De esta visión beatífica gozaba la Reina algunas horas de aquel día, y en ellas le daba el Señor de nuevo la posesión de aquel lugar que por su eternidad le tenía preparado, como se dijo en el día de la Ascensión. Y para mayor admiración y deuda nuestra, advierto que todos los años en este día era preguntada por el mismo Señor si quería quedarse en aquel eterno gozo para siempre o volver a la tierra para favorecer a la Santa Iglesia. Y dejándola en su mano esta elección, respondía que, si era voluntad del Todopoderoso, volvería a trabajar por los hombres, que eran el fruto de la Redención y muerte de su Hijo santísimo.

686. Esta resignación, repetida cada año, aceptaba de nuevo la Santísima Trinidad con admiración de los Bienaventurados. De manera que no una vez sola sino muchas, se privó la divina Madre del gozo de la visión beatífica por aquel tiempo, para descender al mundo, gobernar [como Medianera de todas las gracias divinas y con sus consejos] la Iglesia y enriquecerla con estos inefables merecimientos. Y porque el encarecerlos no cabe

en nuestra corta capacidad, no será falta de esta Historia remitir el conocimiento para que le tengamos en la visión divina. Pero todos estos premios le quedaban guardados como de repuesto en la divina aceptación, para que después en la posesión fuese semejante a la humanidad de su Hijo en el grado posible, como quien había de estar dignamente a su diestra y en su trono. A todas estas maravillas se seguían las peticiones que la gran Reina hacía en el cielo por la exaltación del nombre del Altísimo, por la propagación de la Iglesia, por la conversión del mundo y victorias contra el demonio; y todas se le concedían en el modo que se han ejecutado y ejecutan en todos los siglos de la Iglesia; y fueran mayores los favores, si los pecados del mundo no los impidieran con hacer indignos a los mortales para recibirlos. Después de todo esto, volvían los Ángeles a su Reina al oratorio del cenáculo con celestial música y armonía y luego se postraba y humillaba para agradecer de nuevo estos favores. Pero advierto que el Evangelista San Juan, con la noticia que tenía de estas maravillas, mereció participar algo de sus efectos, porque solía ver a la Reina tan llena de refulgencia, que no la podía mirar al rostro por la divina luz que despedía. Y como la gran Maestra de la humildad siempre andaba como por el suelo y a los pies del Evangelista pidiéndole licencia de rodillas, tenía el Santo muchas ocasiones de verla, y con el temor reverencial que le causaba venía muchas veces a turbarse en presencia de la gran Señora, aunque esto era con admirable júbilo y efectos de santidad.

687. Los efectos y beneficios de esta gran festividad de la Ascensión ordenaba la gran Reina para celebrar más dignamente la venida del Espíritu Santo, y con ellos se preparaba en aquellos nueve días que hay entre estas dos solemnidades. Continuaba sus ejercicios incesantemente, con ardentísimos deseos de que renovase en ella el Señor los dones de su divino Espíritu. Y cuando llegaba el día, se le cumplían estos deseos con las obras de la Omnipotencia, porque a la misma hora que descendió la primera vez al Cenáculo sobre el Sagrado Colegio, descendía cada año sobre la misma Madre de Jesús, Esposa y templo del Espíritu Santo. Y aunque esta venida no era menos solemne que la primera, porque venía en forma visible de fuego con

admirable resplandor y estruendo, pero estas señales no eran manifiestas a todos como lo fueron en la primera venida, porque entonces fue así necesario y después no convenía que todos lo entendiesen, más que la divina Madre y algo que conocía el Evangelista. Asistíanla en este favor muchos millares de Ángeles con dulcísima armonía y cánticos del Señor, y el Espíritu Santo la inflamaba toda y la renovaba con superabundantes dones y nuevos aumentos de los que en tan eminente grado poseía. Luego le daba la gran Señora humildes gracias por este beneficio y por el que había hecho a los Apóstoles y discípulos llenándolos de sabiduría y carismas, para que fuesen dignos ministros del Señor y fundadores tan idóneos de su Santa Iglesia, y porque con su venida había sellado las obras de la Redención humana. Pedía luego con prolija oración al divino Espíritu que continuase en la Santa Iglesia, por los siglos presentes y futuros, los influjos de su gracia y sabiduría, y no los suspendiese en ningún tiempo por los pecados de los hombres, que le desobligarían y los desmerecían. Todas estas peticiones concedía el Espíritu Santo a su única Esposa, y el fruto de ellas gozaba la Santa Iglesia, y le gozará hasta el fin del mundo.

688. A todos estos misterios y festividades del Señor y suyas añadía nuestra gran Reina otras dos, que celebraba con especial júbilo y devoción en otros dos días por el discurso del año: la una a los Santos Ángeles y la otra a los Santos de la naturaleza humana. Para celebrar las excelencias y santidad de la naturaleza angélica se preparaba algunos días con los ejercicios de otras fiestas y con nuevos cánticos de gloria y loores, recopilando en ellos la obra de la creación de estos espíritus divinos, y más la de su justificación y glorificación, con todos los misterios y secretos que de todos y de cada uno de ellos conocía. Y llegando el día que tenía destinada los convidaba a todos, y descendían muchos millares de los órdenes y coros celestiales y se manifestaban con admirable gloria y hermosura en su oratorio. Luego se formaban dos coros, en el uno estaba nuestra Reina, y en el otro todos los espíritus soberanos; y alternando como a versos comenzaba la gran Señora y respondían los Ángeles con celestial armonía, por todo lo que duraba aquel día. Y si fuera posible manifestar

al mundo los cánticos misteriosos que en estos días formaban María santísima y los Ángeles, sin duda fuera una de las grandes maravillas del Señor y asombro de todos los mortales. No hallo yo términos, ni tengo tiempo para declarar lo poco que de este sacramento he conocido. Porque en primer lugar, alababan al ser de Dios en sí mismo, en todas sus perfecciones y atributos que conocían. Luego la gran Reina le bendecía y engrandecía por lo que su majestad, sabiduría y omnipotencia se había manifestado en haber criado tantas y tan hermosas sustancias espirituales y angélicas, y por haberlas favorecido con tantos dones de naturaleza y gracia, y por sus ministerios, ejercicios y obsequio en cumplir la voluntad de Dios y en asistir y gobernar a los hombres y a toda inferior y visible naturaleza. A estas alabanzas respondían los Ángeles con el retorno y desempeño de aquella deuda, y todos cantaban al Omnipotente admirables loores y alabanzas, porque había criado y elegido para Madre suya a una Virgen tan pura, tan santa y digna de sus mayores dones y favores y porque la había levantado sobre todas las criaturas en santidad y gloria y le había dado el dominio e imperio para que todas la sirviesen, adorasen y predicasen por digna Madre de Dios y restauradora del linaje humano.

689. De esta manera discurrían los espíritus soberanos por las grandes excelencias de su Reina y bendecían a Dios en ella, y Su Alteza discurría por las de los Ángeles y hacía las mismas alabanzas; con que venía a ser este día de admirable júbilo y dulzura para la gran Señora y gozo accidental de los Ángeles, y en especial le recibían los mil que para su ordinaria custodia la asistían, si bien todos participaban en su modo de la gloria que daban a su Reina y Señora. Y como ni de una ni de otra parte impedía la ignorancia, ni faltaba la sabiduría y aprecio de los misterios que confesaban, era este coloquio de incomparable veneración, y lo será cuando en el Señor lo conozcamos.

690. Otro día celebraba fiesta a todos los Santos de la naturaleza humana, disponiéndose primero con muchas oraciones y ejercicios como en otras festividades; y en ésta descendían a celebrarla con su Reparadora todos los Antiguos Padres, Patriarcas y Profetas, con los demás

Santos que después de la Redención habían muerto. En este día hacía nuevos cánticos de agradecimiento por la gloria de aquellos Santos y porque en ellos había sido eficaz la Redención y muerte de su santísimo Hijo. Era grande el júbilo que la Reina tenía en esta ocasión, conociendo el secreto de la predestinación de los Santos y que habiendo estado en carne mortal y vida tan peligrosa estaban ya en la segura felicidad de la eterna. Por este beneficio bendecía al Señor y Padre de las misericordias y recopilaba en estas alabanzas los favores, gracias y beneficios que cada uno de los Santos había recibido. Pedíales que rogasen por la Santa Iglesia y por aquellos que militaban en ella y estaban en la batalla, con peligro de perder la corona que ya ellos poseían. Después de todo esto hacía memoria y nuevo agradecimiento de las victorias y triunfos que con el poder divino había ganado ella misma del demonio en las batallas que con él había tenido. Y por estos favores y las almas que del poder de las tinieblas había rescatado, hacía nuevos cánticos y humildes y fervientes actos de agradecimiento.

691. De admiración será para los hombres, como lo fue para los Ángeles, que una pura criatura en carne mortal obrase tantas y tan incesantes maravillas que a muchas almas juntas parecen imposibles, aunque fueran tan ardientes como los supremos serafines; pero nuestra gran Reina tenía cierta participación de la omnipotencia divina, con que en ella era fácil lo que en otras criaturas es imposible. Y en estos últimos años de su vida santísima creció en ella esta actividad de manera que no cabe en nuestra capacidad la ponderación de sus obras: sin hacer intervalo ni descansar, de día y de noche; porque ya no la impedía la mortalidad y peso de la naturaleza, antes obraba como ángel infatigablemente, y más que ellos juntos, y toda era una llama y un incendio de inmensa actividad. Con esta divinísima virtud le parecían breves los días, pocas las ocasiones, limitados los ejercicios, porque siempre se extendía el amor a infinito más de lo que hacía, aunque esto era sin medida. Yo he dicho poco o nada de estas maravillas para lo que en sí mismas eran, y así lo conozco y confieso, porque veo un intervalo o distancia casi infinita entre lo que se me ha declarado y lo que no soy capaz de

entender en esta vida. Y si de lo que se me ha manifestado no puedo dar entera noticia, ¿cómo diré lo que ignoro, sin conocer más que la ignorancia? Procuremos no desmerecer la luz que nos espera para verlo en Dios, que sólo este premio y gozo pudiera obligarnos, cuando no esperáramos otro, para trabajar y padecer hasta el fin del mundo todas las penas y tormentos de los Mártires, y se nos pagarán muy bien con el gozo de conocer la dignidad y excelencia de María santísima, viéndola a la diestra de su Hijo y Dios verdadero sublimada sobre todos los espíritus angélicos y santos del cielo.

Doctrina que me dio la gran Reina de los Ángeles.

692. Hija mía, al paso que caminas en escribir el discurso de mis obras y vida mortal, deseo yo que te adelantes y camines en mi perfectísima imitación y secuela. Este deseo crece también en mí, como en ti la luz y admiración de lo que entiendes y escribes. Ya es tiempo que restaures lo que hasta ahora te has detenido y que levantes el vuelo de tu espíritu al estado que te llama el Altísimo y yo te convido. Llena tus obras de toda perfección y santidad y advierte que es impía y cruel la contradicción que para esto te hacen tus enemigos, demonio, mundo y carne; y no es posible vencer tantas dificultades y tentaciones, si no enciendes en tu corazón una emulación fervorosa y un fervor ardentísimo que con ímpetu invencible atropelle y huelle la cabeza de la serpiente venenosa, que con astucia diabólica se vale de muchos medios engañosos o para derribarte o a lo menos para detenerte en esta carrera y que no llegues al fin que tú deseas y al estado que te previene el Señor que te eligió para él.

693. No debes ignorar tú, hija mía, el desvelo y atención que tiene el demonio a cualquiera descuido, olvido y mínima inadvertencia de las almas, que siempre anda rodeando y acechando (1 Pe 5, 8), y de cualquiera negligencia que reconoce en ellas se aprovecha, sin perder ocasión para introducirles con astucia sus tentaciones, inclinándolas y moviendo sus pasiones en que las reconoce incautas para que reciban la herida de la culpa antes que enteramente la conozcan, y cuando después la

sientan y desean el remedio entonces hallan mayor dificultad, y para levantarse ya caídas necesitan de más abundante gracia y esfuerzo para resistir antes que cayesen. Con la culpa se enflaquece el alma en la virtud y sus enemigos cobran mayor brío y las pasiones se hacen más indómitas e invencibles, y por estas causas caen muchos y se levantan menos. El remedio contra este peligro es vivir con vigilante atención, con ansias y continuos deseos de merecer la divina gracia, con incesante porfía en obrar lo mejor, con no dejar tiempo vacío en que halle el enemigo el alma desocupada e inadvertida y sin algún ejercicio y obra de virtud. Con esto se aligera el mismo peso de la naturaleza terrena, se quebrantan las pasiones y malas inclinaciones, se atemoriza el mismo demonio, se levanta el espíritu y cobra fuerzas contra la carne y dominio sobre la parte inferior y sensitiva, sujetándola a la divina voluntad.

694. Para todo esto tienes ejemplo vivo en mis obras, y para que no le olvides las escribes, y yo te las he manifestado con tanta luz como has recibido. Atiende, pues, carísima, a todo lo que en este claro espejo se te representa, y si me conoces y confiesas por Maestra y Madre tuya y de toda la santidad y perfección verdadera, no tardes en imitarme y seguirme. No es posible que tú ni otra criatura llegue a la perfección y alteza de mis obras, ni a esto te obliga el Señor, pero muy posible es, con su divina gracia, que llenes tu vida con las obras de virtud y santidad y que ocupes en ellas todo el tiempo y todas tus potencias, añadiendo ejercicios santos a otros ejercicios, oraciones a oraciones, peticiones a peticiones y virtudes a virtudes, sin que a ningún tiempo, día y hora de tu vida le falte obra buena, como conoces que yo lo hacía. Para esto, a unas obras añadía otras ocupaciones que tenía en el gobierno [como Medianera de todas las gracias divinas y con consejos] de la Iglesia, celebraba tantas festividades con el modo y disposición que has conocido y escrito. Y en acabando una, comenzaba a prevenirme para otra, de manera que ni un instante de mi vida quedase vacío de obras santas y agradables al Señor. Todos los hijos de la Iglesia, si quieren pueden imitarme en esto, y tú lo debes hacer más que todos, que para eso ordenó el Espíritu Santo

las solemnidades y memoria de mi Hijo santísmo, las mías y de otros Santos que celebra la misma Iglesia.

695. En todas ellas quiero que te señales mucho, como otras veces te lo dejo mandado, y en especial en los misterios de la divinidad y humanidad de mi Hijo santísimo y en los de mi vida y de mi gloria. Después de esto quiero que tengas singular veneración y afecto a la naturaleza angélica, así por grande excelencia, santidad, hermosura y ministerios, como por los grandes favores y beneficios que por estos espíritus celestiales has recibido. Quiero que procures asimilarte a ellos en la pureza de tu alma, en la alteza de los santos pensamientos, en el incendio del amor y en vivir como si no tuvieras cuerpo terreno ni sus pasiones. Ellos han de ser tus amigos y compañeros en tu peregrinación, para que después lo sean en la patria. Con ellos ha de ser ahora tu conversación y trato familiar, en que te manifestarán las condiciones y señales de tu Esposo y te darán cierta noticia de sus perfecciones, te enseñarán los caminos rectos de la justicia y de la paz, te defenderán del demonio, te avisarán de sus engaños y en la ordinaria escuela de estos espíritus y ministros del Altísimo aprenderás las leyes del amor divino. Óyelos y obedécelos en todo.

CAPITULO 17

La embajada del Altísimo que tuvo María santísima por el Arcángel San Gabriel de que la restaban tres años de vida y lo que sucedió con este aviso del cielo a San Juan Evangelista y a todas las criaturas de la naturaleza.

696. Para decir lo que me resta de los últimos años de la vida de nuestra única y divina fénix María santísima, justo es que el corazón y los ojos administren el licor con que deseo escribir tan dulces, tan tiernas como sensibles maravillas. Quisiera prevenir a los devotos corazones de los fieles que no las lean y consideren como pasadas y ausentes, pues la virtud poderosa de la fe hace presentes las verdades, y si de cerca las miramos con la debida piedad y devoción cristiana, sin duda cogeremos el fruto

suavísimo, sentiremos los efectos y gozará nuestro corazón del bien que no alcanzaron nuestros ojos.

697. Llegó María santísima a la edad de sesenta y siete años sin haber interrumpido la carrera y detenido el vuelo, ni mitigado el incendio de su amor y merecimiento desde el primer instante de su Inmaculada Concepción, pero habiendo crecido todo esto en todos los momentos de su vida. Los inefables dones, beneficios y favores del Señor la tenían toda deificada y espiritualizada; los afectos, los ardores y deseos de su castísimo corazón no la dejaban descansar fuera del centro de su amor; las prisiones de la carne la eran violentas; la inclinación y peso de la misma divinidad, para unirla consigo con eterno y estrecho lazo, estaba, a nuestro modo de entender, en lo sumo de la potencia; y la misma tierra, indigna por los pecados de los mortales de tener en sí al tesoro de los cielos, no podía ya conservarle más sin restituirle a su verdadero dueño. El Eterno Padre deseaba a su única y verdadera Hija, el Hijo a su amada y dilectísima Madre y el Espíritu Santo deseaba los abrazos de su hermosísima Esposa; los Ángeles codiciaban la vista de su Reina, los Santos de su gran Señora y todos los cielos con voces mudas pedían a su moradora y Emperatriz que los llenase de gloria, de su belleza y alegría. Sólo alegaban en favor del mundo y de la Iglesia la necesidad que tenía de tal Madre y Maestra y la caridad con que amaba el mismo Dios a los míseros hijos de Adán.

698. Pero como era inexcusable que llegase el plazo y término de la carrera mortal de nuestra Reina, confirióse, a nuestro entender, en el divino consistorio el orden de glorificar a la beatísima Madre y se pesó el amor que a ella sola se le debía, habiendo satisfecho a la misericordia con los hombres copiosamente en los muchos años que la había tenido la Iglesia por Fundadora y Maestra. Determinó el Altísimo entretenerla y consolarla, dándole aviso cierto de lo que le restaba de vida, para que, asegurada del día y de la hora tan deseada para ella, esperase alegre el término de su destierro. Para esto despachó la Beatísima Trinidad al Santo Arcángel Gabriel con otros muchos cortesanos de las jerarquías celestiales que evangelizasen a

su Reina cuándo y cómo se cumpliría el plazo de su vida mortal y pasaría a la eterna.

699. Bajó el Santo Príncipe con los demás al oratorio de la gran Señora en el Cenáculo de Jerusalén, donde la hallaron postrada en tierra en forma de cruz, pidiendo misericordia por los pecadores. Pero con la música y presencia de los Santos Ángeles se puso de rodillas para oír y ver al embajador del cielo y a sus compañeros, que todos con vestiduras blancas y refulgentes la rodearon con admirable agrado y reverencia. Venían todos con coronas y palmas en las manos, cada una diferente, pero todos representaban con inestimable precio y hermosura diversos premios y glorias de su gran Reina y Señora. Saludóla el Santo Ángel con la salutación del *Ave María* y prosiguiendo dijo: Emperatriz y Señora nuestra, el Omnipotente y Santo de los santos nos envía desde su corte para que de parte suya os evangelicemos el término felicísimo de vuestra peregrinación y destierro de la vida mortal. Ya, Señora, llegará presto el día y la hora tan deseada, en que por medio de la muerte natural recibiréis la posesión eterna de la inmortal vida que os espera en la diestra y gloria de vuestro Hijo santísimo y nuestro Dios. Tres años puntuales restan desde hoy para que seáis levantada y recibida en el gozo interminable del Señor, donde todos sus moradores os esperan, codiciando vuestra presencia.

700. Oyó María santísima esta embajada con inefable júbilo de su purísimo y ardentísimo espíritu y postrándose de nuevo en tierra respondió también como en la Encarnación del Verbo: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum (Lc 1, 38);* aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según vuestra palabra.—Pidió luego a los Santos Ángeles y ministros del Altísimo la ayudasen a dar gracias por aquel beneficio y nuevas de tanto gozo para Su Alteza. Comenzó la gran Madre y respondieron los serafines y ángeles, alternando los versos de este cántico por espacio de dos horas continuas. Y aunque por su naturaleza y dones sobrenaturales son tan prestos, sabios y elegantes los espíritus angélicos, con todo eso la divina Madre los excedía en todo a todos como Reina y Señora a sus vasallos; porque en ella abundaba la

sabiduría y gracia como en Maestra y en ellos como discípulos. Acabado este cántico y humillándose de nuevo encargó a los espíritus soberanos rogasen al Señor la preparase para pasar de la vida mortal a la eterna y de su parte pidiesen lo mismo a los demás ángeles y santos del cielo. Ofreciéronla que en todo la obedecerían, y con esto se despidió San Gabriel Arcángel y se volvió al empíreo con toda su compañía.

701. La gran Reina y Señora de todo el universo quedó sola en su oratorio y entre lágrimas de humildad y júbilo se postró en tierra y hablando con ella y abrazándola como a común madre de todos, dijo estas palabras: Tierra, yo te doy las gracias que te debo, porque sin merecerlo me has sustentado sesenta y siete años. Tú eres criatura del Altísimo y por su voluntad me has conservado hasta ahora. Yo te ruego que me ayudes en lo que me resta de ser tu moradora, para que así como de ti y en ti fui criada, de ti y por ti llegue al fin deseado de la vista de mi Hacedor.— Convirtióse también a otras criaturas y hablando con ellas dijo: Cielos, planetas, astros y elementos fabricados por la mano poderosa de mi Amado, testigos fieles y predicadores de su grandeza y hermosura, también os agradezco lo que vosotros y vuestras criaturas habéis obrado con vuestras influencias y virtud en la conservación de mi vida; ayudadme, pues, de nuevo desde hoy, que yo la mejoraré con el favor divino en el plazo que falta a mi carrera, para ser agradecida a mi Criador y vuestro.

702. El día que sucedió esta embajada, conforme a las palabras del Arcángel, sería el mes de agosto, el que correspondía tres años antes del glorioso tránsito de María santísima, de que hablaré adelante (Cf. infra n. 742). Pero desde aquella hora que recibió este aviso, de tal manera se inflamó de nuevo en la llama del amor divino y multiplicó con más prolijidad todos los ejercicios, como si tuviera que restaurar algo que por negligencia o menos fervor hubiera omitido hasta aquel día. El caminante apresura el paso cuando se le acaba el día y le falta mucha parte del camino; el trabajador y mercenario acrecientan las fuerzas y el conato cuando llega la tarde y no se acaba la tarea. Pero nuestra gran Reina, no por el temor de la

noche ni por el riesgo de la jornada, sino por el amor y deseos de la eterna luz, apresuraba el paso de sus heroicas obras, no para llegar antes, sino para entrar más rica y próspera en el perdurable gozo del Señor. Escribió luego a todos los Apóstoles y discípulos que andaban predicando para animarlos de nuevo en la conversión del mundo y repitió más veces esta diligencia en aquellos tres últimos años. Con los demás fieles que tenía presentes hizo mayores demostraciones, exhortándolos y confirmándolos en la fe. Y aunque de todos guardaba su secreto, pero las obras eran como de quien ya comenzaba a despedirse y deseaba dejarlos a todos ricos y prósperos y llenos de beneficios celestiales.

703. Con el Evangelista San Juan corrían diferentes razones que con los demás, porque le tenía por hijo y la asistía y servía singularmente entre todos. Por esto le pareció a la gran Señora darle noticia del aviso que tenía de su muerte y pasados algunos días le habló, pidiéndole primero la bendición y licencia, y con ella le dijo: Ya sabéis, hijo mío y mi señor, que entre las criaturas del Altísimo yo soy la más deudora y obligada al rendimiento de su divina voluntad; y si todo lo criado pende de ella, en mí se ha de cumplir enteramente su beneplácito por tiempos y eternidad; y Vos, hijo mío, debéis ayudarme en esto, como quien conoce los títulos con que soy toda de mi Dios y Señor. Su dignación y misericordia infinita me han manifestado que se llegará presto el término de mi vida mortal para pasar a la eterna, y del día que recibí este aviso me restan solo tres años en que se acabará mi destierro. Yo os suplico, señor mío, me ayudéis en este breve tiempo para que yo trabaje en dar gracias al Altísimo y algún retorno de los inmensos beneficios que de su liberalísimo amor tengo recibidos. Orad por mí, como de lo íntimo de mi alma os lo suplico.

704. Estas razones de la Beatísima Madre dividieron el corazón amoroso de San Juan Evangelista y, sin que pudiese contener el dolor y lágrimas, la respondió: Madre y Señora mía, a la voluntad del Altísimo y la Vuestra estoy rendido para obedecer en lo que me mandáis, aunque mis méritos no llegan a mi obligación y deseos. Pero Vos,

Señora y Madre piadosísima, amparad a este pobre hijo Vuestro que se ha de ver solo y huérfano sin vuestra deseable compañía.—No pudo San Juan Evangelista añadir más razones, oprimido de los sollozos y lágrimas que le causaba su dolor. Y aunque la dulcísima Reina le animó y consoló con suaves y eficaces razones, con todo eso desde aquel día quedó el Santo Apóstol penetrado el corazón con una flecha de dolor y tristeza que le debilitaba y volvía macilento; como sucede a las flores que vivifica el sol y se les ausenta y esconde, que habiéndole seguido y acompañado en su carrera, a la tarde se desmayan y entristecen porque le pierden de vista. En este desconsuelo fueron piadosas las promesas de la beatísima Madre, para que San Juan Evangelista no desfalleciese en la vida, asegurando que ella sería la Madre y Abogada con su Hijo santísimo. Dio cuenta de este suceso el Evangelista a Santiago [Jacobo] el Menor, que como Obispo de Jerusalén asistía con él al servicio de la Emperatriz del mundo —como San Pedro lo había ordenado y dije en su lugar (Cf. supra n. 230)— y los dos Apóstoles quedaron prevenidos desde entonces y acompañaron con más frecuencia a su Reina y Señora, especialmente el Evangelista, que no se podía alejar de su presencia.

705. Y corriendo el curso de estos tres últimos años de la vida de nuestra Reina y Señora, ordenó el poder divino con una oculta y suave fuerza que todo el resto de la naturaleza comenzara a sentir el llanto y prevenir el luto para la muerte de la que con su vida daba hermosura y perfección a todo lo criado. Los Sagrados Apóstoles, aunque estaban derramados por el mundo, comenzaron a sentir un nuevo cuidado que les llevaba la atención, con recelos de cuándo les faltaría su Maestra y amparo, porque ya les dictaba la divina y oculta luz que no se podía dilatar mucho este plazo inevitable. Los otros fieles moradores de Jerusalén y vecinos de Palestina, reconocían en sí mismos como un secreto aviso de que su tesoro y alegría no sería para largo tiempo. Los cielos, astros y planetas perdieron mucho de su hermosura y alegría, como lo pierde el día cuando se acerca la noche. Las aves del cielo hicieron singular demostración de tristeza en los dos últimos años, porque gran multitud de ellas acudían de ordinario donde estaba

María santísima y, rodeando su oratorio con extraordinarios vuelos y meneos, formaban en lugar de cánticos diversas voces tristes, como quien se lamentaba y gemía con dolor, hasta que la misma Señora las mandaba que alabasen a su Criador con sus cánticos naturales y sonoros; y de esta maravilla fue testigo muchas veces San Juan Evangelista, que las acompañaba en sus lamentos. Y pocos días antes del tránsito de la divina Madre concurrieron a ella innumerables avecillas, postrando sus cabecitas y picos por el suelo y rompiendo sus pechos con gemidos, como quien dolorosamente se despedía para siempre, y la pedían su última bendición.

706. Y no solas las aves del aire hicieron este llanto, sino hasta los animales brutos de la tierra las acompañaron en él. Porque saliendo la gran Reina del cielo un día a visitar los Sagrados Lugares de nuestra Redención, como lo acostumbraba, llegando al monte Calvario la rodearon muchas fieras silvestres que de diversos montes habían venido a esperarla, y unas postrándose en tierra, otras humillando las cervices y todas formando tristes gemidos, estuvieron algunas horas manifestándola el dolor que sentían de que se ausentaba de la tierra donde vivían la que reconocían por Señora y honra de todo el universo. Y la mayor maravilla que sucedió en el general sentimiento y mudanza de todas las criaturas fue que, por seis meses antes de la muerte de María santísima, el sol, luna y estrellas dieron menos luz que hasta entonces habían dado a los mortales y el día del dichoso tránsito se eclipsaron como sucedió en la muerte del Redentor del mundo. Y aunque muchos hombres sabios y advertidos notaron estas novedades y mudanza en los orbes celestes, todos ignoraban la causa y sólo pudieron admirarse. Pero los Apóstoles y discípulos que, como diré adelante (Cf. infra n. 735), asistieron a su dulcísima y feliz muerte, conocieron entonces el sentimiento de toda la naturaleza insensible, que dignamente anticipó su llanto, cuando la naturaleza humana y capaz de razón no supo llorar la pérdida de su Reina, de su legítima Señora y su verdadera hermosura y gloria. En las demás criaturas parece se cumplió la profecía de San Zacarías (Zac 12, 10-12): que en aquel día lloraría la tierra y las familias de la casa de Dios, una por una, cada

cual por su parte, y sería este llanto como el que sucedió en la muerte del Primogénito, sobre quien todos suelen llorar. Y esto que dijo el Profeta del Unigénito del Eterno Padre y primogénito de María santísima, Cristo Jesús nuestro Salvador, también se debía a la muerte de su Madre purísima respectivamente, como Primogénita y Madre de la gracia y de la vida. Y como los vasallos fieles y siervos reconocidos, no sólo en la muerte de su príncipe y su reina se visten de luto, pero en su peligro se entristecen anticipando el dolor a la pérdida, así las criaturas irracionales se adelantaron en el sentimiento y señales de tristeza cuando se acercaba el tránsito de María santísima.

707. Sólo el Evangelista las acompañaba en este dolor y fue el primero y el que solo sintió sobre todos los demás esta pérdida, sin poderlo disimular ni ocultar de las personas que más familiarmente le trataban en la casa del Cenáculo. Algunas de aquella familia, especialmente dos doncellas, hijas del dueño de la casa, que asistían mucho a la Reina del mundo y la servían; estas personas y algunas otras muy devotas advirtieron en la tristeza del Apóstol San Juan y repetidas veces llegaron a verle derramar muchas lágrimas. Y como conocían la igualdad tan apacible y continua del Santo, les pareció que aquella novedad suponía algún suceso de mucho cuidado, y con piadoso deseo llegaron algunas veces a preguntarle con instancia la causa de su nueva tristeza, para servirle en lo que fuera posible. El Santo Apóstol disimulaba su dolor y ocultó muchos días la causa de él, pero, no sin dispensación divina, con las importunaciones de sus devotos les manifestó que se acercaba el dichoso tránsito de su Madre y Señora; con este título nombraba el Evangelista en ausencia a María santísima.

708. Por este medio se comenzó a divulgar y llorar, algún tiempo antes que sucediese, este trabajo que amenazaba a la Iglesia entre algunos más familiares de la gran Reina, porque ninguno de los que llegaron a entenderlo se pudo contener en sus lágrimas y tristeza tan irreparable. Y desde entonces frecuentaban mucho más la asistencia y visitas de María santísima, arrojándose a sus pies, besando el suelo donde hollaban sus sagradas plantas; pidiéndola los

bendijese y llevase tras de sí y no los olvidase en la gloria del Señor, a donde consigo se llevaba todos los corazones de sus siervos. Fue gran misericordia y providencia del Señor, que muchos fieles de la primitiva Iglesia tuviesen esta noticia tan anticipada de la muerte de su Reina; porque no envía trabajos ni males al pueblo que primero no los manifieste a sus siervos, como lo aseguró por su Profeta San Amós [Día 31 de marzo: Thécuae, in Palaestína, sancti Amos Prophétae, qui ab Amasia Sacerdóte frequénter plagis afflictus est, atque ab hujus filio Ozía vecte per témpora transfíxus; et postea, semivívus in pátriam devéctus, ibídem exspirávit, sepultúsque est cum pátribus suis.] (Am 3, 7). Y aunque esta tribulación era inexcusable para los fieles de aquel siglo, pero ordenó la divina clemencia que en cuanto era posible recompensase la primitiva Iglesia esta pérdida de su Madre y Maestra, obligándola con sus lágrimas y dolor para que en aquel espacio de tiempo que le restaba de su vida los favoreciese y enriqueciese con los tesoros de la divina gracia, que como Señora de todos les podía distribuir para consolarlos en su despedida, como en efecto sucedió; porque las maternales entrañas de la beatísima Señora se conmovieron a esta extremada piedad con las lágrimas de aquellos fieles, y para ellos y todo el resto de la Iglesia alcanzó en los últimos días de su vida nuevos beneficios y misericordias de su Hijo santísimo; y por no privar de estos favores a la Iglesia, no quiso el Señor quitarles de improviso a la divina Madre, en quien tenían amparo, consuelo, alegría, remedio en las necesidades, alivio en los trabajos, consejo en las dudas, salud en las enfermedades, socorro en las aflicciones y todos los bienes juntos.

709. En ningún tiempo ni ocasión se halló frustrada la esperanza de los que en la gran Madre de la gracia la buscaron. Siempre remedió y socorrió a todos cuantos no resistieron a su amorosa clemencia; pero en los últimos dos años de su vida, ni se pueden contar ni ponderar las maravillas que hizo en beneficio de los mortales, por el gran concurso que de todo género de gentes la frecuentaban. A todos los enfermos que se le pusieron presentes dio salud de cuerpo y alma, convirtió muchos a la verdad evangélica, trajo innumerables almas al estado

de la gracia sacándolas de pecado. Remedió grandes necesidades de los pobres; a unos dándoles lo que tenía y lo que la ofrecían, a otros socorriéndolos por medio milagroso. Confirmaba a todos en el temor de Dios, en la fe y obediencia de la Iglesia santa y, como Señora y Tesorera única de las riquezas de la divinidad y de la vida y muerte de su Hijo santísimo, quiso franquearlas con liberal misericordia antes de su muerte,
para dejar enriquecidos a los hijos de quien se ausentaba como fieles de la Iglesia, y sobre todo esto los consoló y animó con las promesas de lo que hoy nos favorece a la diestra de su Hijo.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles.

710. Hija mía, para que se entendiera el júbilo que causó en mi alma el aviso del Señor, de que se llegaba el término de mi vida mortal, era necesario conocer el deseo y fuerza de mi amor para llegar a verle y gozarle eternamente en la gloria que me tenía preparada. Todo este sacramento excede a la capacidad humana, y lo que pudieran alcanzar de él para su consuelo los hijos de la Iglesia no lo merecen ni se hacen capaces, porque no se aplican a la luz interior y a purificar sus conciencias para recibirlas. Contigo hemos sido liberales mi Hijo santísimo y yo en esta misericordia y en otras y te aseguro, carísima, que serán muy dichosos los ojos que vieren lo que has visto (Lc 10, 24) y oyeren lo que has oído. Guarda tu tesoro y no le pierdas, trabaja con todas tus fuerzas para lograr el fruto de esta ciencia y de mi doctrina. Y quiero de ti que una parte de ella sea imitarme en disponerte desde luego para la hora de tu muerte; pues cuando tuvieras de ella alguna certeza, cualquier plazo te debiera parecer muy corto para asegurar el negocio que en ella se ha de resolver de la gloria o pena eterna. Ninguna de las criaturas racionales tuvo tan seguro el premio como yo y, con ser esta verdad tan infalible, se me dio tres años antes el aviso de mi muerte; y con todo eso, has conocido que me dispuse y preparé, como criatura mortal y terrena, con el temor santo que se debe tener en aquella hora. Y en esto hice lo que me tocaba en cuanto era mortal y Maestra de la Iglesia, donde daba ejemplo de lo que los demás fieles deben hacer como mortales y más necesitados de esta

prevención para no caer en la condenación eterna.

711. Entre los absurdos y falacias que los demonios han introducido en el mundo, ninguno es mayor ni más pernicioso que olvidar la hora de la muerte y lo que en el justo juicio del riguroso Juez les ha de suceder. Considera, hija mía, que por esta puerta entró el pecado en el mundo, pues a la primera mujer lo principal que le pretendió persuadir la serpiente fue que no moriría (Gen 3, 4) ni tratase de esto. Y con aquel engaño continuado son infinitos los necios que viven sin esta memoria y mueren como olvidados de la suerte infeliz que les espera. Para que a ti no te alcance esta perversidad humana, desde luego te da por avisada que has de morir inexcusablemente, que has recibido mucho y pagado poco, que la cuenta será tanto más rígida cuánto el supremo Juez ha sido más liberal con los dones y talentos que te ha dado y en la espera que ha tenido. No quiero de ti más ni tampoco menos de lo que debes a tu Señor y Esposo, que es obrar siempre lo mejor en todo lugar, tiempo y ocasión, sin admitir descuido, intervalo ni olvido.

712. Y si como flaca tuvieres alguna omisión o negligencia, no caiga el sol ni se pase el día sin dolerte y confesarte, si puedes, como para la última cuenta. Y proponiendo la enmienda, aunque sea levísima culpa, comenzarás a trabajar con nuevos fervores y cuidados, como a quien se le acaba el tiempo de conseguir tan ardua y trabajosa empresa, cual es la gloria y felicidad eterna y no caer en la muerte y tormentos sin fin. Este ha de ser el continuo empleo de todas tus potencias y sentidos, para que tu esperanza sea cierta (2 Cor 1, 7) y con alegría, para que no trabajes en vano (Flp 2, 16) ni corras a lo incierto (1 Cor 9, 26), como corren los que se contentan con algunas obras buenas y cometen muchas reprensibles y feas. Estos no pueden caminar con seguridad y gozo interior de la esperanza, porque la misma conciencia los desconfía y entristece, si no es cuando viven olvidados y con estulta alegría de la carne. Para llenar tú todas tus obras continúa los ejercicios que te he enseñado y también el que acostumbras de la muerte, con todas las oraciones, postraciones y recomendaciones del alma que sueles hacer.

Y luego mentalmente recibe el viático como quien está de partida para la otra vida y despídete de la presente olvidando todo cuanto hay en ella. Enciende tu corazón con deseos de ver a Dios y sube hasta su presencia, donde ha de ser tu morada y ahora tu conversación (Flp 3, 20).

CAPITULO 18

Cómo crecieron en los últimos días de María santísima los vuelos y deseos de ver a Dios, despídese de los Lugares Santos y de la Iglesia Católica, ordena su testamento asistiéndola la Santísima Trinidad.

713. Más pobre de razones y palabras me hallo en la mayor necesidad para decir algo del estado a donde llegó el amor de María santísima en los últimos días de su vida, los ímpetus y vuelos de su purísimo espíritu, los deseos y ansias incomparables de llegar al estrecho abrazo de la divinidad. No hallo símil ajustado en toda la naturaleza, y si alguno puede servir para mi intento es el elemento del fuego, por la correspondencia que tiene con el amor. Admirable es la actividad y fuerza de este elemento sobre todos, ninguno es más impaciente que él para sufrir las prisiones, porque o muere con ellas, o las quebranta para volar con suma ligereza a su propia esfera. Si se halla encarcelado en las entrañas de la tierra, la rompe, divide los montes, arranca los peñascos y con suma violencia los arroja o los lleva delante de su cara, hasta donde les dura el ímpetu que les imprime. Y aunque la cárcel sea de bronce, si no la rompe, a lo menos abre sus puertas con espantosa violencia y terror de los que están vecinos y por ellas despide el globo de metal que le impedía con tanta violencia, como lo enseña la experiencia. Tal es la condición de esta insensible criatura.

714. Pero si en el corazón de María santísima estaba en su punto el elemento del fuego del amor divino, que no puedo explicar con otros términos, claro está que los efectos corresponderían a la causa y no serían aquellos más admirables en el orden de la naturaleza que éstos en el de la gracia, y tan inmensa gracia. Siempre nuestra gran

Reina fue peregrina del mundo en el cuerpo mortal y fénix única en la tierra, pero cuando estaba ya de partida para el cielo y asegurada del feliz término de su peregrinación, aunque el virginal cuerpo se tenía en la tierra, la llama de su purísimo espíritu con velocísimos vuelos se levantaba hasta su esfera, que era la misma divinidad. No podía tenerse ni contener los ímpetus del corazón, ni parecía arbitra de sus movimientos interiores, ni que tenía dominio de voluntad sobre ellos; porque toda su libertad había entregado al imperio del amor y a los deseos de la posesión que la esperaba del sumo bien, en que vivía transformada y olvidada de la mortalidad terrena. No rompía estas prisiones porque, más milagrosa que naturalmente, se las conservaban; ni levantaba consigo el cuerpo mortal ya que nuestra gran Reina fue peregrina del mundo en el cuerpo mortal y pesado, porque tampoco era llegado el plazo, aunque la fuerza del espíritu y del amor pudiera arrebatarle tras de sí mismo. Pero en esta dulce y contenciosa lucha le suspendía todas las operaciones vitales de la naturaleza, de manera que de aquella alma tan deificada sólo parece que recibía la vida del amor divino y, para no consumir la natural, era necesario el conservarla milagrosamente y que interviniera otra causa superior que la vivificase porque cada instante no se resolviese.

715. Sucedióla muchas veces en estos últimos días que, para dar algún ensanche a estas violencias, retirada a solas rompía el silencio para que no se le dividiese el pecho y hablando con el Señor decía: Amor mío dulcísimo, bien y tesoro de mi alma, llevadme ya tras el olor de Vuestros ungüentos (Cant 1, 3) que habéis dado a gustar a esta Vuestra sierva y Madre peregrina en el mundo. Mi voluntad toda siempre estuvo empleada en Vos, que sois suma verdad y verdadero bien mío, nunca supo amar fuera de vos alguna cosa ¡ Oh única esperanza y gloria mía! no se detenga mi carrera, no se alargue el plazo de mi deseada libertad. Soltad ya las prisiones de la mortalidad que me detienen, cúmplase ya el término, llegue al fin donde camino desde el primer instante que recibí de Vos el ser que tengo. Mi habitación se ha prolongado entre los moradores de Cedar (Sal 119, 5), pero toda la fuerza de mi alma y sus potencias miran al sol que les da vida, siguen al

norte fijo que les encamina y desfallecen sin la posesión del bien que esperan. Oh espíritus soberanos, por la nobílisima condición de Vuestra espiritual y angélica naturaleza, por la dicha que gozáis de la vista y hermosura de mi amado, de quien jamás carecéis, os pido os lastiméis de mí, amigos míos. Doleos de esta peregrina entre los hijos de Adán, cautiva en las prisiones de la carne. Decid a vuestro Dueño y mío la causa de mi dolencia, que no ignora; decidle que por su agrado abrazo el padecer en mi destierro, y así lo quiero; mas no puedo querer vivir en mí, y si vivo en él para vivir, ¿cómo podré vivir en ausencia de mi vida? Dámela el amor y me la quita. No puede vivir sin amor la vida, pues ¿cómo viviré sin la vida que sólo amo? En esta dulce violencia desfallezco; referidme siquiera las condiciones de mi Amado, que con estas flores aromáticas se confortarán los deliquios de mi impaciente amor.

716. Con estas razones y otras más sentidas acompañaba la beatísima Madre los fuegos de su inflamado espíritu, con admiración y gozo de los Santos Ángeles que la asistían y servían. Y como inteligencias tan atentas y llenas de la divina ciencia, en una ocasión de éstas la respondieron a sus deseos con las razones siguientes: Reina y Señora nuestra, si de nuevo queréis oír las señas que de Vuestro amado conocemos, sabed que es la misma hermosura y encierra en sí todas las perfecciones que exceden al deseo. Es amable sin defecto, deleitable sin igual, agradable sin sospecha. En sabiduría inestimable, en bondad sin medida, en potencia sin término, en el ser inmenso, en la grandeza incomparable, en la majestad inaccesible, y todo lo que en sí contiene de perfecciones es infinito. En sus juicios terrible, en sus consejos inescrutable, en la justicia rectísimo, en pensamientos secretísimo, en sus palabras verdadero, en las obras santo y en misericordias rico. Ni el espacio le viene ancho, ni la estrechez le limita, ni lo triste le turba, ni lo alegre le altera, ni en la sabiduría se engaña, ni en la voluntad se muda, ni la abundancia le sobra, ni la necesidad le mengua, no le añade la memoria, ni el olvido le quita, ni lo que ya fue se le pasó, ni lo futuro le sucede. No le dio el principio origen a su ser, ni el tiempo le dará fin. Sin tener causa que le diese principio, le dio a todas las cosas, no porque necesitase alguna, pero todas necesitan

de su participación; consérvalas sin trabajo, gobiérnalas sin confusión. Quien le sigue no anda en tinieblas, quien le conoce es dichoso, quien le ama y le granjea es bienaventurado; porque a sus amigos los engrandece y al fin los glorifica con su eterna vista y compañía. Este es, Señora, el bien que Vos amáis y de cuyos abrazos con mucha brevedad gozaréis para no dejarle por toda su eternidad.—Hasta aquí le dijeron los Ángeles.

717. Repetíanse estos coloquios frecuentemente entre la gran Reina y sus ministros; pero como al sediento de una ardiente fiebre no le aplacan la sed, antes la encienden las pequeñas gotas de agua, tampoco mitigaban la llama del divino amor estos fomentos en la amantísima Madre, porque renovaba en su pecho la causa de su dolencia. Y aunque en estos últimos días de su vida se continuaban los favores que arriba dejo escritos (Cf. supra n. 615ss.), de las festividades que celebraba y los que recibía todos los domingos y otros muchos que no es posible referirlos, con todo eso, para entretenerla y alentarla entre estas congojas amorosas, la visitaba su Hijo santísimo personalmente con más frecuencia que hasta entonces. Y en estas visitas la recreaba y confortaba con admirables favores y caricias, y de nuevo la aseguraba que sería breve su destierro, que la llevaría a su diestra, donde por el Padre y Espíritu Santo sería colocada en su real trono y absorta en el abismo de su divinidad, y sería nuevo gozo de los Santos, que todos la esperaban y deseaban. Y en estas ocasiones multiplicaba la piadosa Madre las peticiones y oraciones por la Santa Iglesia y por los Apóstoles y discípulos y todos los ministros que en los futuros siglos la servirían en la predicación del Evangelio y conversión del mundo y para que todos los mortales le admitiesen y llegasen al conocimiento de la vida eterna.

718. Entre las maravillas que hizo el Señor con la beatísima Madre en estos últimos años, una fue manifiesta, no sólo al Evangelista San Juan, sino a muchos fieles. Y esto fue que, cuando comulgada, la gran Señora quedaba por algunas horas llena de resplandores y claridad tan admirable que parecía estar transfigurada y con dotes de gloria. Y este efecto le comunicaba el sagrado cuerpo de su

Hijo santísimo que, como arriba dije (Cf. supra n. 607), se le manifestaba transfigurado y más glorioso que en el monte Tabor. Y a todos los que así la miraban dejaba llenos de gozo y efectos tan divinos, que más podían sentirlos que declararlos.

719. Determinó la piadosa Reina despedirse de los Lugares Santos antes de su partida para el cielo y pidiendo licencia a San Juan Evangelista salió de casa en su compañía y de los mil Ángeles que la asistían. Y aunque estos soberanos príncipes siempre la sirvieron y acompañaron en todos sus caminos, ocupaciones y jornadas, sin haberla dejado un punto sola desde el primer instante de su nacimiento, pero en esta ocasión se le manifestaron con mayor hermosura y refulgencia, como quienes participaban entonces nuevo gozo de que estaban ya de camino. Y despidiéndose la divina Princesa de las ocupaciones humanas para caminar a la propia y verdadera patria, visitó todos los Lugares de nuestra Redención, despidiéndose de cada uno con abundantes y dulces lágrimas, con memorias lastimosas de lo que padeció su Hijo y fervientes operaciones y admirables efectos, con clamores y peticiones por todos los fieles de que llegasen con devoción y veneración a aquellos Sagrados Lugares por todos los futuros siglos de la Iglesia. En el monte Calvario se detuvo más tiempo, pidiendo a su Hijo santísimo la eficacia de la muerte y redención que obró en aquel lugar para todas las almas redimidas. Y en esta oración se encendió tanto en el ardor de su inefable caridad, que consumiera allí la vida si no fuera preservada por la virtud divina.

720. Descendió luego del cielo en persona su Hijo santísimo y se le manifestó en aquel lugar donde había muerto. Y respondiendo a sus peticiones la dijo: Madre mía y paloma mía dilectísima y coadjutora en la obra de la Redención humana, vuestros deseos y peticiones han llegado a mis oídos y corazón; yo os prometo que seré liberalísimo con los hombres, y les daré de mi gracia continuos auxilios y favores, para que con su voluntad libre merezcan en virtud de mi sangre la gloria que les tengo prevenida, si ellos mismos no la despreciaren. En el cielo seréis su Medianera y Abogada, y a todos los que

granjearen vuestra intercesión llenaré de mis tesoros y misericordias infinitas.—Está promesa renovó Cristo nuestro Salvador en el mismo lugar que nos redimió. Y la beatísima Madre postrada a sus pies le dio gracias por ello y le pidió que en aquel mismo lugar consagrado con su preciosa sangre y muerte le diese su última bendición. Diósela Su Majestad y ratificóla su real palabra en todo lo que había prometido y se volvió a la diestra de su Eterno Padre. Quedó María santísima confortada en sus congojas amorosas y prosiguiendo con su religiosa piedad besó la tierra del Calvario y la adoró, diciendo: Tierra santa y lugar sagrado, desde el cielo te miraré con la veneración que te debo en aquella luz que todo lo manifiesta en su misma fuente y origen, de donde salió el Verbo divino que en carne mortal os enriqueció.—Luego encargó de nuevo a los Santos Ángeles que asisten en custodia de aquellos Sagrados Lugares que ayudasen con inspiraciones santas a los fieles que con veneración los visitasen, para que conociesen y estimasen el admirable beneficio de la Redención que se había obrado en ellos. Encomendóles también la defensa de aquellos santuarios. Y si la temeridad y pecados de los hombres no hubieran desmerecido este favor, sin duda los Santos Ángeles les hubieran defendido para que los infieles y paganos no los profanaran, y en muchas cosas los defienden hasta el día de hoy.

721. Pidióles también la Reina a los mismos Ángeles de los Santos Lugares y al Evangelista que todos la diesen allí la bendición en esta última despedida, y con esto se volvió a su oratorio llena de lágrimas y cariño de lo que tan tiernamente amaba en la tierra. Postróse luego y pegó su rostro con el polvo, donde hizo otra prolija y fervorosísima oración por la Iglesia; y perseveró en ella hasta que por la visión abstractiva de la divinidad la dio el Señor respuesta de que sus peticiones eran oídas y concedidas en el tribunal de su clemencia. Y para dar en todo la plenitud de santidad a sus obras, pidió licencia al Señor para despedirse de la Santa Iglesia y dijo: Altísimo y sumo bien mío, Redentor del mundo, cabeza de los santos y predestinados, justificador y glorificador de las almas, hija soy de la Santa Iglesia, adquirida y plantada con Vuestra sangre; dadme, Señor, licencia para que de tan piadosa Madre me despida y de

todos los hermanos hijos vuestros que en ella tengo.— Conoció en esto el beneplácito de su Hijo y con él se convirtió al cuerpo de la Santa Iglesia, habiéndola con dulces lágrimas en esta forma:

722. Iglesia Santa y Católica, que en los futuros siglos te llamarás Romana, Madre y Señora mía, tesoro verdadero de mi alma, tú has sido el consuelo único de mi destierro; tú el refugio y alivio de mis trabajos; tú mi recreo, mi alegría, mi esperanza; tú me has conservado en mi carrera; en ti he vivido peregrina de mi patria; y tú me has sustentado después que recibí en ti el ser de gracia, por tu cabeza y mía. Cristo Jesús, mi Hijo y mi Señor. En ti están los tesoros y riquezas de sus merecimientos infinitos. Tú eres para sus fieles hijos el tránsito seguro de la tierra prometida y tú les aseguras su peligrosa y difícil peregrinación. Tú eres la señora de las gentes, a quien todos deben reverencia; en ti son joyas ricas de inestimable precio las angustias, los trabajos, las afrentas, los sudores, los tormentos, la cruz, la muerte; todos consagrados con la de mi Señor, tu Padre, tu Maestro y tu cabeza, y reservadas para sus mayores siervos y carísimos amigos. Tú me has adornado y enriquecido con tus preseas para entrar en las bodas del Esposo; tú me has enriquecido y prosperado y regalado, y tienes en ti misma a tu Autor Sacramentado. Dichosa madre, Iglesia mía militante, rica estás y abundante de tesoros. En ti tuve siempre todo mi corazón y mis cuidados; pero ya es tiempo de partir y despedirme de tu dulce compañía, para llegar al fin de mi carrera. Aplícame la eficacia de tantos bienes, báñame copiosamente con el licor sagrado de la sangre del Cordero en ti depositada, y poderosa para santificar a muchos mundos. Yo quisiera a costa de mil vidas hacer tuyas a todas las naciones y generaciones de los mortales, para que gozaran tus tesoros. Iglesia mía, honra y gloria mía, ya te dejo en la vida mortal, mas en la eterna te hallaré gozosa en aquel ser donde se encierra todo. De allá te miraré con cariño y pediré siempre tus aumentos y todos tus aciertos y progresos.

723. Esta fue la despedida que hizo María santísima del Cuerpo Místico de la Santa Iglesia Católica Romana, madre de los fieles, para enseñarles, cuando llegare a su noticia, la

veneración y amor y aprecio en que la tenía, testificándolo con tan dulces lágrimas y caricias. Después de esta despedida determinó la gran Señora, como Madre de la sabiduría, disponer su testamento y última voluntad. Y manifestando al Señor este prudentísimo deseo, Su Majestad mismo quiso autorizarle con su real presencia. Para esto descendió la Beatísima Trinidad al oratorio de su Hija y Esposa, con millares de Ángeles que asistían al trono de la divinidad, y luego que la religiosa Reina adoró al ser de Dios infinito, salió una voz del trono que la decía: Esposa y escogida nuestra, ordena tu postrimera voluntad como lo deseas, que toda la cumpliremos y confirmaremos con nuestro poder infinito.—Detúvose un poco la prudentísima Madre en su profunda humildad, porque deseaba saber primero la voluntad del Altísimo antes que manifestara la suya propia. Y el mismo Señor la respondió a este deseo y encogimiento; y la persona del Padre la dijo: Hija mía, tu voluntad será de mi beneplácito y agrado, no carezcas del mérito de tus obras en ordenar tu alma para la partida de la vida mortal, que yo satisfaré a tus deseos.—Lo mismo confirmaron el Hijo y el Espíritu Santo. Y con estas promesas ordenó María santísima su testamento en esta forma:

724. Altísimo Señor y Dios eterno, yo vil gusanillo de la tierra os confieso y adoro con toda reverencia de lo íntimo de mi alma, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas en un mismo ser indiviso y eterno, una sustancia, una majestad infinita en atributos y perfecciones. Yo os confieso por único, verdadero, solo Criador y Conservador de todo lo que tiene ser. Y en Vuestra real presencia declaro y digo que mi última voluntad es ésta: De los bienes de la vida mortal y del mundo en que vivo nada tengo que dejar, porque jamás poseí ni amé otra cosa fuera de Vos, que sois mi bien y todas mis cosas. A los cielos, astros, estrellas y planetas, a los elementos y todas sus criaturas les doy las gracias, porque obedeciendo a Vuestra voluntad me han sustentado sin merecerlo, y con afecto de mi alma deseo y les pido os sirvan y alaben en los oficios y ministerios que les habéis ordenado y que sustenten y beneficien a mis hermanos los hombres. Y para que mejor lo hagan, renuncio y traspaso a los mismos hombres la

posesión y, en cuanto es posible, el dominio que Vuestra Majestad me tenía dado de todas estas criaturas irracionales, para que sirvan a mis prójimos y los sustenten. Dos túnicas y un manto, de que he usado para cubrirme, dejaré a Juan para que disponga de ellas, pues le tengo en lugar de hijo. Mi cuerpo, pido a la tierra le reciba en obsequio vuestro, pues ella es madre común y os sirve como hechura vuestra. Mi alma despojada del cuerpo y de todo lo visible entrego, Dios mío, en Vuestras manos, para que os ame y magnifique por toda Vuestra eternidad. Mis merecimientos y los tesoros que con vuestra gracia divina y mis obras y trabajos he adquirido, de todos dejo por universal heredera a la Santa Iglesia, mi madre y mi señora, y con licencia Vuestra los deposito, y quisiera que fueran muchos más. Y deseo que en primer lugar, sean para exaltación de Vuestro santo nombre y para que siempre se haga Vuestra voluntad santa en la tierra como en el cielo y todas las naciones vengan a Vuestro conocimiento, amor, culto y veneración de verdadero Dios.

725. En segundo lugar, los ofrezco por mis señores los Apóstoles y Sacerdotes, presentes y futuros, para que Vuestra inefable clemencia los haga idóneos ministros de su oficio y estado, con toda sabiduría, virtud y santidad, con que edifiquen y santifiquen a las almas redimidas con Vuestra sangre. En tercer lugar, las aplico para bien espiritual de mis devotos que me sirvieren, invocaren y llamaren, para que reciban Vuestra gracia y protección y después la eterna vida. Y en cuarto lugar, deseo que os obliguéis de mis trabajos y servicios por todos los pecadores hijos de Adán, para que salgan del infeliz estado de la culpa. Y desde esta hora propongo y quiero pedir siempre por ellos en Vuestra divina presencia, mientras durare el mundo. Esta es, Señor y Dios mío, mi última voluntad rendida siempre a la Vuestra.—Concluyó la Reina este testamento y la Santísima Trinidad le confirmó y aprobó y Cristo nuestro Redentor, como autorizándole en todo, le firmó escribiendo en el corazón de su Madre estas palabras: Hágase como lo queréis y ordenáis.

726. Cuando los hijos de Adán, en especial los que nacemos en la Ley de Gracia, no tuviéramos otra obligación

a María santísima más que de habernos dejado herederos de sus inmensos merecimientos y de todo lo que contiene su breve y misterioso testamento, no podíamos desempeñarnos de esta deuda aunque en su retorno ofreciéramos la vida con todos los tormentos de los esforzados Mártires y Santos. No hago comparación, porque no la hay, con los infinitos merecimientos y tesoros que Cristo nuestro Salvador nos dejó en la Iglesia. Pero ¿qué disculpa o qué descargo tendrán los réprobos, cuando ni de unos ni de otros se aprovecharon? Todo los despreciaron, olvidaron y perdieron. ¿Qué tormento y despecho será el suyo cuando sin remedio conozcan que perdieron para siempre tantos beneficios y tesoros por un deleite momentáneo? Confiesen la justicia y rectitud con que digna y justísimamente son castigados y arrojados de la cara del Señor y de su Madre piadosísima, a quien con temeridad estulta desprecian.

727. Luego que la gran Reina ordenó su testamento, dio gracias al Omnipotente y pidió licencia para hacerle otra petición; y con ella añadió y dijo: Clementísimo Señor mío y Padre de las misericordias, si fuere de Vuestra gloria y beneplácito, desea mi alma que para su tránsito se hallen presentes los Apóstoles, mis señores y ungidos Vuestros, con los otros discípulos, para que oren por mí y con su bendición parta yo de esta vida para la eterna.—A esta petición la respondió su Hijo santísimo: Madre mía amantísima, ya vienen mis Apóstoles a Vuestra presencia y los que están cerca llegarán con brevedad, y por los demás que están muy lejos enviaré a mis Ángeles que los traigan; porque mi voluntad es que asistan todos a vuestro glorioso tránsito para consuelo vuestro y el suyo, en veros partir a mis eternas moradas, y para lo que fuere de mayor gloria mía y vuestra.—Este nuevo favor y los demás agradeció María santísima postrada en tierra; con que las divinas Personas se volvieron al cielo empíreo.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima.

728. Hija mía, por lo que admiras de la estimación que yo hice de la Santa Iglesia y del amor grande que la tuve, quiero ayudar más a tus afectos para que tú también

concibas de ella nuevo aprecio y veneración. No puedes entender en carne mortal lo que por mi interior pasaba mirando a la Santa Iglesia. Y sobre lo que has conocido entenderás más, si ponderas las causas que movían mi corazón. Estas fueron el amor y obras de mi Hijo santísimo con la misma Iglesia, y ellas han de ser tu meditación de día y de noche, pues en lo que hizo Su Majestad por la Iglesia conocerás el amor que la tuvo. Para ser su cabeza en este mundo y siempre de los predestinados, descendió del seno del Eterno Padre y tomó carne humana en mis entrañas. Para recobrar a sus hijos perdidos por el primer pecado de Adán, tomó carne mortal y pasible. Para dejar el ejemplar de su inculpable vida y la doctrina verdadera y saludable, vivió y conversó con los hombres treinta y tres años. Para redimirlos con efecto y merecer infinitos bienes de gracia y gloria, que no podían merecer los fieles, padeció durísima pasión, derramó su sangre y admitió la muerte dolorosa y afrentosa de la cruz. Para que de su sagrado cuerpo ya difunto saliera misteriosamente la Iglesia, se le dejó romper con la lanza.

729. Y porque el Eterno Padre se complació tanto de su vida, pasión y muerte, ordenó el mismo Redentor en la Iglesia el sacrificio de su cuerpo y sangre, en que se renovase su memoria y los fieles le ofreciesen para aplacar y satisfacer a la divina Justicia; y junto con esto se quedase sacramentado perpetuamente en la Iglesia para alimento espiritual de sus hijos y que tuviesen consigo la misma fuente de la gracia, viático y prenda cierta de la vida eterna. Sobre todo esto, envió sobre la Iglesia al Espíritu Santo, que la llenase de sus dones y sabiduría, prometiéndosele para que siempre la encaminase y gobernase sin errores, sin sospecha y sin peligro. Enriquecióla con todos los merecimientos de su pasión, vida y muerte, aplicándoselos por medio de los Sacramentos, ordenando todos los que eran necesarios para los hombres, desde que nacen hasta que mueren, para lavarse de los pecados y ayudarse a perseverar en su gracia y defenderse de los demonios y vencerlos con las armas de la Iglesia, y para quebrantar las propias y naturales pasiones, dejando ministros proporcionados y convenientes para todo. Comunícase en la Iglesia militante familiarmente con las

almas santas, hácelas participantes de sus ocultos y secretos favores, obra milagros y maravillas por ellas y, cuando conviene para su gloria, oblígase de sus obras, oye sus peticiones por sí misma y por otras, para que en la Iglesia, se conserve la comunión de los santos.

730. Dejó en ella otra fuente de luz y de verdad que son los Santos Evangelios y las Sagradas Escrituras dictadas por el Espíritu Santo, las determinaciones de los Sagrados Concilios, las tradiciones ciertas y antiguas. Envió a sus tiempos oportunos doctores santos llenos de sabiduría, diola maestros y varones doctos, predicadores y ministros en abundancia. Ilustróla con admirables Santos, hermoseóla con variedad de religiones donde se conserve y profese la vida perfecta y apostólica, gobiérnala con muchos prelados y dignidades. Y para que todo fuese con orden y concierto, puso en ella una cabeza superior, que es el Pontífice Romano, vicario suyo con plenitud suprema y divina potestad, como cabeza de este Cuerpo Místico y hermosísimo, y le defiende y guarda hasta el fin del mundo contra las potestades de la tierra y del infierno. Y entre todos estos beneficios que hizo y hace a su amada la Iglesia, no fue el menor dejarme a mí en ella, después de su admirable ascensión a los cielos, para que la gobernase y plantase con mis merecimientos y presencia. Desde entonces y para siempre tengo por mía esta Iglesia, el Muy Alto me hizo esta donación y me mandó cuidase de ella como su Madre y Señora.

731. Estos son, carísima, los grandes títulos y motivos que yo tuve y los que ahora tengo para el amor que en mí has conocido con la Santa Iglesia, y los que yo quiero que despierten y enciendan tu corazón para imitarme en todo lo que te toca como mi discípula, hija mía y de la misma Iglesia. Amala, respétala y estímala con todo tu corazón, goza de sus tesoros, logra las riquezas del cielo, que con su mismo Autor están depositadas en la Iglesia. Procura unirla contigo y a ti con ella, pues en ella tienes refugio y remedio, consuelo en tus trabajos, esperanza en tu destierro, luz y verdad que te encamina entre las tinieblas del mundo. Por esta Iglesia Santa quiero que trabajes todo lo que te restare de vida, pues para este fin se te ha concedido y para que me imites y sigas en la solicitud

infatigable que yo tuve con ella en la vida mortal; ésta es tu mayor dicha que debes agradecer eternamente. Y quiero, hija mía, adviertas que con este intento y deseo te he aplicado mucha parte de los tesoros de la Iglesia para que escribas mi Vida, y el Señor te eligió por instrumento y secretaria de sus misterios y sacramentos ocultos para los fines de su mayor gloria. Y no entiendas que con haber trabajado algo en esto le has dado parte de retorno con que desempeñarte de esta deuda, porque antes quedas ahora más empeñada y obligada para poner en ejecución toda la doctrina que has escrito, y mientras no lo hicieres siempre estarás pobre, sin descargo de tu deuda y con rigor se te pedirá cuenta del recibo. Ahora es tiempo de trabajar, para que te halles prevenida y desocupada en la hora de tu muerte y no tengas impedimento para recibir al Esposo. Atiende al desembarazo en que yo estaba abstraída y libre de todo lo terreno, y por esta regla quiero que te gobiernes y que no te falte el aceite de la luz y del amor, para que entres a las bodas del Esposo franqueándote las puertas de su infinita misericordia y clemencia.

CAPITULO 19

El tránsito felicísimo y glorioso de María santísima y cómo los Apóstoles y discípulos llegaron antes a Jerusalén y se hallaron presentes a él.

732. Acercábase ya el día determinado por la divina voluntad en que la verdadera y viva arca del Testamento había de ser colocada en el templo de la celestial Jerusalén con mayor gloria y júbilo que su figura fue colocada por Salomón en el santuario debajo de las alas de los querubines (3 Re 8, 6). Y tres días antes del tránsito felicísimo de la gran Señora se hallaron congregados los Apóstoles y discípulos en Jerusalén y casa del Cenáculo. El primero que llegó fue San Pedro, porque le trajo un Ángel desde Roma, donde estaba en aquella ocasión. Y allí se le apareció y le dijo cómo se llegaba cerca el tránsito de María santísima, que el Señor mandaba viniese a Jerusalén para hallarse presente. Y dándole el Ángel este aviso le trajo desde Italia al cenáculo, donde estaba la Reina del mundo retirada en su oratorio, algo rendidas las fuerzas del cuerpo

a las del amor divino, porque como estaba tan vecina del último fin, participaba de sus condiciones con más eficacia.

733. Salió la gran Señora a la puerta del oratorio a recibir al Vicario de Cristo nuestro Salvador y puesta de rodillas a sus pies le pidió la bendición y le dijo: Doy gracias y alabo al Todopoderoso porque me ha traído a mi Santo Padre, para que me asista en la hora de mi muerte.—Llegó luego San Pablo, a quien la Reina hizo respectivamente la misma reverencia con iguales demostraciones del gozo que tenía de verle. Saludáronla los Apóstoles como a Madre del mismo Dios, como a su Reina y propia Señora de todo lo criado, pero con no menos dolor que reverencia, porque sabían venían a su dichoso tránsito. Tras de los Apóstoles llegaron los demás y los discípulos que vivían, de manera que tres días antes estuvieron todos juntos en el Cenáculo, y a todos recibió la divina Madre con profunda humildad, reverencia y caricia, pidiendo a cada uno que la bendijese, y todos lo hicieron y la saludaron con admirable veneración; y por orden de la misma Señora, que dio a San Juan, fueron todos hospedados y acomodados, acudiendo también a esto con San Juan Santiago [Jacobo] Apóstol el Menor.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 22 Y ÚLTIMA

734. Algunos de los apóstoles que fueron traídos por ministerio de los Ángeles y del fin de su venida los habían ya informado, se fervorizaron con gran ternura en la consideración que les había de faltar su único amparo y consuelo, con que derramaron copiosas lágrimas. Otros lo ignoraban, en especial los discípulos, porque no tuvieron aviso exterior de los Ángeles, sino con inspiraciones interiores e impulso suave y eficaz en que conocieron ser voluntad de Dios que luego viniesen a Jerusalén, como lo hicieron. Comunicaron luego con San Pedro la causa de su venida, para que los informase de la novedad que se ofrecía; porque todos convinieron que si no la hubiera no los llamara el Señor con la fuerza que para venir habían

sentido. El Apóstol San Pedro, como cabeza de la Iglesia, los juntó a todos para informarlos de la causa de su venida y estando así congregados les dijo: Carísimos hijos y hermanos míos, el Señor nos ha llamado y traído a Jerusalén de partes tan remotas no sin causa grande y de sumo dolor para nosotros. Su Majestad quiere llevarse luego al trono de la eterna gloria a su beatísima Madre, nuestra maestra, todo nuestro consuelo y amparo. Quiere su disposición divina que todos nos hallemos presentes a su felicísimo y glorioso tránsito. Cuando nuestro Maestro y Redentor se subió a la diestra de su Eterno Padre, aunque nos dejó huérfanos de su deseable vista, teníamos a su Madre santísima para nuestro refugio y verdadero consuelo en la vida mortal; pero ahora que nuestra Madre y nuestra luz nos deja, ¿qué haremos? ¿Qué amparo y qué esperanza tendremos que nos aliente en nuestra peregrinación? Ninguna hallo más de que todos la seguiremos con el tiempo.

735. No pudo alargarse más San Pedro, porque le atajaron las lágrimas y sollozos que no pudo contener, y tampoco los demás Apóstoles le pudieron responder en grande espacio de tiempo, en que con íntimos suspiros del corazón estuvieron derramando copiosas y tiernas lágrimas; pero después que el Vicario de Cristo se recobró un poco para hablar, añadió y dijo: Hijos míos, vamos a la presencia de nuestra Madre y Señora, acompañémosla lo que tuviere de vida y pidámosla nos deje su santa bendición.—Fueron todos con San Pedro al oratorio de la gran Reina y halláronla de rodillas sobre una tarimilla que tenía para reclinarse cuando descansaba un poco. Viéronla todos hermosísima y llena de resplandor celestial y acompañada de los mil ángeles que la asistían.

736. La disposición natural de su sagrado y virginal cuerpo y rostro era la misma que tuvo de treinta y tres años; porque desde aquella edad, como dije en la segunda parte (Cf. supra p. II n. 856), nunca hizo mudanza del natural estado, ni sintió los efectos de los años ni de la senectud o vejez, ni tuvo rugas en el rostro ni en el cuerpo, ni se le puso más débil, flaco y magro, como sucede a los demás hijos de Adán, que con la vejez desfallecen y se

desfiguran de lo que fueron en la juventud o edad perfecta. La inmutabilidad en esto fue privilegio único de María santísima, así porque correspondiera a la estabilidad de su alma purísima, como porque en ella fue correspondiente y consiguiente a la inmunidad que tuvo de la primera culpa de Adán, cuyos efectos en cuanto a esto no alcanzaron a su sagrado cuerpo ni a su alma purísima. Los Apóstoles y discípulos y algunos otros fieles ocuparon el oratorio de María santísima, estando todos ordenadamente en su presencia, y San Pedro con San Juan Evangelista se pusieron a la cabecera de la tarima. La gran Señora los miró a todos con la modestia y reverencia que solía y hablando con ellos dijo: Carísimos hijos míos, dad licencia a vuestra sierva para hablar en vuestra presencia y manifestaros mis humildes deseos.—Respondióla San Pedro que todos la oirían con atención y la obedecerían en lo que mandase y la suplicó se asentase en la tarima para hablarles. Parecióle a San Pedro estaría algo fatigada de haber perseverado tanto de rodillas, y que en aquella postura estaba orando al Señor y para hablar con ellos era justo tomase asiento como Reina de todos.

737. Pero la que era maestra de humildad y obediencia hasta la muerte, cumplió con estas virtudes aquella hora y respondió que obedecería en pidiéndoles a todos su bendición y que le permitieran este consuelo. Con el consentimiento de San Pedro salió de la tarima y se puso de rodillas ante el mismo Apóstol y le dijo: Señor, como Pastor Universal y Cabeza de la Santa Iglesia, os suplico que en vuestro nombre y suyo me deis vuestra santa bendición y perdonéis a esta sierva vuestra lo poco que os he servido en mi vida, para que de ella parta a la eterna. Y si es vuestra voluntad, dad licencia para que San Juan disponga de mis vestiduras, que son dos túnicas, dándolas a unas doncellas pobres, que su caridad me ha obligado siempre.—Postróse luego y besó los pies de San Pedro como Vicario de Cristo, con abundantes lágrimas y no menor admiración que llanto del mismo Apóstol y todos los circunstantes. De San Pedro pasó a San Juan y puesta también a sus pies le dijo: Perdonad, hijo mío y mi señor, el no haber hecho con vos el oficio de Madre que debía, como me lo mandó el Señor, cuando de la cruz os señaló por hijo mío y a mí por

madre vuestra (Jn 19, 27). Yo os doy humildes y reconocidas gracias por la piedad con que como hijo me habéis asistido. Dadme vuestra bendición para subir a la compañía y eterna vista del que me crió.

738. Prosiguió esta despedida la dulcísima Madre, hablando a todos los Apóstoles singularmente y algunos discípulos, y después a los demás circunstantes juntos, que eran muchos. Hecha esta diligencia se levantó en pie y hablando a toda aquella santa congregación en común dijo: Carísimos hijos míos y mis señores, siempre os he tenido en mi alma y escritos en mi corazón, donde tiernamente os he amado con la caridad y amor que me comunicó mi Hijo santísimo, a quien he mirado siempre en vosotros como en sus escogidos y amigos. Por su voluntad santa y eterna me voy a las moradas celestiales, donde os prometo, como Madre, que os tendré presentes en la clarísima luz de la divinidad, cuya vista espera y desea mi alma con seguridad. La Iglesia mi madre os encomiendo con la exaltación del santo nombre del Altísimo, la dilatación de su ley evangélica, la estimación y aprecio de las palabras de mi Hijo santísimo, la memoria de su vida y muerte y la ejecución de toda su doctrina. Amad, hijos míos, a la Santa Iglesia y de todo corazón unos a otros con aquel vínculo de la caridad y paz que siempre os enseñó vuestro Maestro. Y a vos, Pedro, pontífice santo, os encomiendo a Juan mi hijo y también a los demás.

739. Acabó de hablar María santísima, cuyas palabras como flechas de divino fuego penetraron y derritieron los corazones de todos los apóstoles y circunstantes, y rompiendo todos en arroyos de lágrimas y dolor irreparable se postraron en tierra, moviéndola y enterneciéndola con gemidos y sollozos; lloraron todos, y lloró también con ellos la dulcísima María, que no quiso resistir a tan amargo y justo llanto de sus hijos. Y después de algún espacio les habló otra vez y les pidió que con ella y por ella orasen todos en silencio, y así lo hicieron. En esta quietud sosegada descendió del cielo el Verbo humanado en un trono de inefable gloria, acompañado de todos los santos de la humana naturaleza y de innumerables de los coros de los ángeles, y se llenó de gloria la casa del

cenáculo. María santísima adoró al Señor y le besó los pies y postrada ante ellos hizo el último y profundísimo acto de reconocimiento y humillación en la vida mortal, y más que todos los hombres después de sus culpas se humillaron, ni jamás se humillarán, se encogió y pegó con el polvo esta purísima criatura y Reina de las alturas. Diole su Hijo santísimo la bendición y en presencia de los cortesanos del cielo la dijo estas palabras: Madre mía carísima, a quien yo escogí para mi habitación, ya es llegada la hora en que habéis de pasar de la vida mortal y del mundo a la gloria de mi Padre y mía, donde tenéis preparado el asiento a mi diestra, que gozaréis por toda la eternidad. Y porque hice que como Madre mía entraseis en el mundo libre y exenta de la culpa, tampoco para salir de él tiene licencia ni derecho de tocaros la muerte. Si no queréis pasar por ella, venid conmigo, para que participéis de mi gloria que tenéis merecida.

740. Postróse la prudentísima Madre ante su Hijo y con alegre semblante le respondió: Hijo y Señor mío, yo os suplico que Vuestra Madre y sierva entré en la eterna vida por la puerta común de la muerte natural, como los demás hijos de Adán. Vos, que sois mi verdadero Dios, la padecisteis sin tener obligación a morir; justo es que como yo he procurado seguiros en la vida os acompañe también en morir.—Aprobó Cristo nuestro Salvador el sacrificio y voluntad de su Madre santísima y dijo que se cumpliese lo que ella deseaba. Luego todos los Ángeles comenzaron a cantar con celestial armonía algunos versos de los cánticos de Salomón y otros nuevos. Y aunque de la presencia de Cristo nuestro Salvador solos algunos Apóstoles con San Juan Evangelista tuvieron especial ilustración y los demás sintieron en su interior divinos y poderosos efectos, pero la música de los Ángeles la percibieron con los sentidos así los Apóstoles y discípulos, como otros muchos fieles que allí estaban. Salió también una fragancia divina que con la música se percibía hasta la calle. Y la casa del Cenáculo se llenó de resplandor admirable, viéndolo todos, y el Señor ordenó que para testigos de esta nueva maravilla concurriese mucha gente de Jerusalén que ocupaba las calles.

741. Al entonar los Ángeles la música, se reclinó María santísima en su tarima o lecho, quedándole la túnica como unida al sagrado cuerpo, puestas las manos juntas y los ojos fijados en su Hijo santísimo, y toda enardecida en la llama de su divino amor. Y cuando los Ángeles llegaron a cantar aquellos versos del capítulo 2 de los Cantares (Cant 2, 10): *Surge, propera, amica mea,* etc., que quieren decir: *Levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven que ya pasó el invierno,* etc., en estas palabras pronunció ella las que su Hijo santísimo en la Cruz: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu (Lc 23, 46).*—Cerró los virginales ojos y expiró. La enfermedad que le quitó la vida fue el amor, sin otro achaque ni accidente alguno. Y el modo fue que el poder divino suspendió el concurso milagroso con que la conservaba las fuerzas naturales para que no se resolviesen con el ardor y fuego sensible que la causaba el amor divino, y cesando este milagro hizo su efecto y la consumió el húmido radical del corazón y con él faltó la vida natural.

742. Pasó aquella purísima alma desde su virginal cuerpo a la diestra y trono de su Hijo santísimo, donde en un instante fue colocada con inmensa gloria. Y luego se comenzó a sentir que la música de los Ángeles se alejaba por la región del aire, porque toda aquella procesión de Ángeles y Santos, acompañando a su Rey y a la Reina, caminaron al cielo empíreo. El sagrado cuerpo de María santísima, que había sido templo y sagrario de Dios vivo, quedó lleno de luz y resplandor y despidiendo de sí tan admirable y nueva fragancia que todos los circunstantes eran llenos de suavidad interior y exterior. Los mil Ángeles de la custodia de María santísima quedaron guardando el tesoro inestimable de su virginal cuerpo. Los Apóstoles y discípulos, entre lágrimas de dolor y júbilo de las maravillas que veían, quedaron como absortos por algún espacio y luego cantaron muchos himnos y salmos en obsequio de María santísima ya difunta. Sucedió este glorioso tránsito de la gran Reina del mundo, viernes a las tres de la tarde, a la misma hora que el de su Hijo santísimo, a trece días del mes de agosto y a los setenta años de su edad, menos los veintiséis días que hay de trece de agosto en que murió hasta ocho de septiembre en que nació y cumpliera los

setenta años. Después de la muerte de Cristo nuestro Salvador, sobrevivió la divina Madre en el mundo veinte y un años, cuatro meses y diez y nueve días; y de su virgíneo parto, eran el año de cincuenta y cinco. El cómputo se hará fácilmente de esta manera: Cuando nació Cristo nuestro Salvador tenía su Madre Virgen quince años, tres meses y diez y siete días. Vivió el Señor treinta y tres años y tres meses, de manera que al tiempo de su sagrada pasión estaba María santísima en cuarenta y ocho anos, seis meses y diez y siete días; añadiendo a estos otro veinte y un años, cuatro meses y diez y nueve días, hacen los setenta años menos veinte y cinco o seis días.

743. Sucedieron grandes maravillas y prodigios en esta preciosa muerte de la Reina. Porque se eclipsó el sol, como arriba dije (Cf. supra n. 706), y en señal de luto escondió su luz por algunas horas. A la casa del Cenáculo concurrieron muchas aves de diversos géneros y con tristes cantos y gemidos estuvieron algún tiempo clamoreando y moviendo a llanto a cuantos las oían. Conmovióse toda Jerusalén, y admirados concurrían muchos confesando a voces el poder de Dios y la grandeza de sus obras; otros estaban atónitos y como fuera de sí. Los Apóstoles y discípulos con otros fieles se deshacían en lágrimas y suspiros. Acudieron muchos enfermos y todos fueron sanos. Salieron del purgatorio las almas que en él estaban. Y la mayor maravilla fue que, en expirando María santísima, en la misma hora tres personas expiraron también, un hombre en Jerusalén y dos mujeres muy vecinas del Cenáculo; y murieron en pecado sin penitencia, con que se condenaban, pero llegando su causa al tribunal de Cristo pidió misericordia para ellos la dulcísima Madre y fueron restituidos a la vida, y después la mejoraron de manera que murieron en gracia y se salvaron. Este privilegio no fue general para otros que en aquel día murieron en el mundo, sino para aquellos tres que concurrieron a la misma hora en Jerusalén. De lo que sucedió en el cielo y cuán festivo fue este día en la Jerusalén triunfante, diré en otro capítulo, porque no lo mezclemos con el luto de los mortales.

Doctrina que me dio la gran Reina del cielo María santísima.

744. Hija mía, sobre lo que has entendido y escrito de mi glorioso tránsito, quiero declararte otro privilegio que me concedió mi Hijo santísimo en aquella hora. Ya dejas escrito (CF. supra n. 739) cómo Su Majestad dejó a mi elección si quería admitir el morir o pasar sin este trabajo a la visión beatífica y eterna. Y si yo rehusara la muerte, sin duda me lo concediera el Altísimo, porque como en mí no tuvo parte el pecado, tampoco la tuviera la pena que fue la muerte. Como también fuera lo mismo en mi Hijo santísimo, y con mayor título, si Él no se cargara de satisfacer a la divina Justicia por los hombres, por medio de su pasión y muerte. Esta elegí yo de voluntad para imitarle y seguirle, como lo hice en sentir su dolorosa pasión; y porque, habiendo yo visto morir a mi Hijo y a mi Dios verdadero, si rehusara yo la muerte no satisficiera al amor que le debía y dejara un gran vacío en la similitud y conformidad que yo deseaba con el mismo Señor humanado, y Su Majestad quería que yo tuviese en todo similitud con su humanidad santísima; y como yo no pudiera desde entonces recompensar este defecto, no tuviera mi alma la plenitud de gozo que tengo de haber muerto como murió mi Dios y Señor.

745. Por esto le fue tan agradable que yo eligiese el morir, y se obligó tanto su dignación en mi prudencia y amor que en retorno me hizo luego un singular favor para los hijos de la Iglesia, conforme a mis deseos. Este fue, que todos mis devotos que le llamaren en la muerte, interponiéndome por su abogada para que les socorra, en memoria de mi dichoso tránsito y por la voluntad con que quise morir para imitarle estén debajo de mi especial protección en aquella hora, para que yo los defienda del demonio y los asista y ampare y al fin los presente en el tribunal de su misericordia y en él interceda por ellos. Para todo esto me concedió nueva potestad y comisión y el mismo Señor me prometió que les daría grandes auxilios de su gracia para morir bien, y para vivir con mayor pureza, si antes me invocaban, venerando este misterio de mi preciosa muerte. Y así quiero, hija mía, que desde hoy con íntimo afecto y devoción hagas continuamente memoria de ella y bendigas, magnifiques y alabes al Omnipotente, que

conmigo quiso obrar tan venerables maravillas en beneficio mío y de los mortales. Con este cuidado obligarás al mismo Señor y a mí para que en aquella última hora te amparemos.

746. Y porque a la vida sigue la muerte y ordinariamente se corresponden, por esto el fiador más seguro de la buena muerte es la buena vida, y en ella despegarse el corazón y sacudirse del amor terreno, que en aquella última hora aflige y oprime al alma y le sirve de fuertes cadenas para que no tenga entera libertad, ni se levante sobre aquello que ha tenido amor en su vida. Oh hija mía, ¡ qué diferentemente entienden esta verdad los mortales y cuán al contrario obran! Dales el Señor la vida para que en ella se desocupen de los efectos del pecado original para no sentirlos en la hora de la muerte, y los ignorantes y míseros hijos de Adán gastan toda esa vida en cargarse de nuevos embarazos y prisiones, para morir cautivos de sus pasiones y debajo del dominio de su tirano enemigo. Yo no tuve parte en la culpa original, ni sobre mis potencias tenían derecho alguno sus malos efectos, y con todo eso viví ajustadísima, pobre, santa y perfecta, sin afición a cosa terrena; y esta libertad santa experimenté bien en la hora de mi muerte. Advierte, pues, hija mía, y atiende a este vivo ejemplo y desocupa tu corazón más y más cada día, de manera que con los años te halles más libre, expedita y sin afición de cosa visible para cuando el Esposo te llamare a las bodas y no sea necesario que vayas a buscar entonces la libertad y prudencia que no hallarás.

CAPITULO 20

Del entierro del sagrado cuerpo de María santísima y lo que en él sucedió.

747. Para que los Apóstoles, discípulos y otros muchos fieles no quedaran oprimidos y que algunos no murieran con el dolor que recibieron en el tránsito de María santísima, fue necesario que el poder divino con especial providencia obrase en ellos el consuelo, dándoles esfuerzo particular con que dilatasen los corazones en su

incomparable aflicción; porque la desconfianza de no haber de restaurar aquella pérdida en la vida presente no hallaba desahogo, la privación de aquel tesoro no conocía recompensa y como el trato y conversación dulcísima, caritativa y amabilísima de la gran Reina tenía robado el corazón y amor de cada uno, todos quedaron sin ella como sin alma y sin aliento para vivir, careciendo de tal amparo y compañía. Pero el Señor, que conocía la causa de tan justo dolor, les asistió en él y con su virtud divina los animó ocultamente para que no desfallecieran y acudieran a lo que convenía disponer del sagrado cuerpo y a todo lo demás que pedía la ocasión.

748. Con esto los Apóstoles Santos, a quienes principalmente tocaba este cuidado, trataron luego de que se le diese conveniente sepultura al cuerpo santísimo de su Reina y Señora. Señaláronle en el valle de Josafat un sepulcro nuevo, que allí estaba prevenido misteriosamente por la Providencia de su santísimo Hijo. Y acordándose los Apóstoles que el cuerpo deificado del mismo Señor había sido ungido con ungüentos preciosos y aromáticos, conforme a la costumbre de los judíos, para darle sepultura, envolviéndole en la santa sábana y sudario, parecióles que se hiciera lo mismo con el virginal cuerpo de su beatísima Madre y no pensaron entonces otra cosa. Para ejecutar este intento llamaron a las dos doncellas que habían asistido a la Reina en su vida y quedaban señaladas por herederas del tesoro de sus túnicas (Cf. supra n. 737), y a estas dos dieron orden que ungiese con suma reverencia y recato el cuerpo de la Madre de Dios y la envolviesen en la sábana, para ponerle en el féretro. Las doncellas entraron con grande veneración y temor al oratorio donde estaba en su tarima la venerable difunta, y el resplandor que la vestía las detuvo y deslumbre de suerte que ni pudieron tocarle ni verle ni saber en qué lugar determinado estaba.

749. Saliéronse del oratorio las doncellas con mayor temor y reverencia que entraron, y no con pequeña turbación y admiración dieron cuenta a los Apóstoles de lo que les había sucedido. Ellos confirieron, no sin inspiración del cielo, que no se debía tocar ni tratar con el orden común aquella sagrada arca del Testamento. Y luego entraron

San Pedro y San Juan Evangelista al mismo oratorio y conocieron el resplandor y junto con eso oyeron la música celestial de los Ángeles que cantaban: Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo.—Otros repetían: Virgen antes del parto, en el parto y después del parto.—Y desde entonces muchos fieles de la primitiva Iglesia tomaron devoción con este divino elogio de María santísima, y desde allí por tradición se derivó a los demás que hoy le confesamos, y le confirmó la Santa Iglesia. Los dos Apóstoles Santos, Pedro y Juan Evangelista, estuvieron un rato suspensos con admiración de lo que oían y miraban sobre el sagrado cuerpo de la Reina, y para deliberar lo que debían hacer se pusieron de rodillas en oración, pidiendo al Señor se lo manifestase, y luego oyeron una voz que les dijo: Ni se descubra ni se toque el sagrado cuerpo.

750. Con esta voz les dio inteligencia de la voluntad divina, y luego trajeron unas andas o féretro y, templándose un poco el resplandor, se llegaron a la tarima donde estaba y los dos mismos Apóstoles con admirable reverencia trabaron de la túnica por los lados y sin descomponerla en nada levantaron el sagrado y virginal tesoro y le pusieron en el féretro con la misma compostura que tenía en la tarima. Y pudieron hacerlo fácilmente, porque no sintieron peso, ni en el tacto percibieron más de que llegaban a la túnica casi imperceptiblemente. Puesto en el féretro se moderó más el resplandor y todos pudieron percibir y conocer con la vista la hermosura del virgíneo rostro y manos, disponiéndolo así el Señor para común consuelo de todos los presentes. En lo demás reservó Su Omnipotencia aquel divino tálamo de su habitación, para que ni en vida ni en muerte nadie viese alguna parte de él, más de lo que era forzoso en la conversación humana, que era su honestísima cara, para ser conocida, y las manos con que trabajaba.

751. Tanta fue la atención y cuidado de la honestidad de su beatísima Madre, que en esta parte no celó tanto su cuerpo deificado como el de la purísima Virgen. En la Concepción Inmaculada y sin culpa la hizo semejante a sí mismo, y también en el nacimiento, en cuanto a no percibir

el modo común y natural de nacer los demás. También la preservó y guardó de tentaciones de pensamientos impuros. Pero en ocultar su virginal cuerpo hizo con ella, como mujer, lo que no hizo consigo mismo, porque era varón y Redentor del mundo, por medio del sacrificio de su pasión; y la purísima Señora en vida le había pedido que en la muerte le hiciese este beneficio de que nadie viese su cuerpo difunto y así lo cumplió. Luego trataron los Apóstoles del entierro, y con su diligencia y la devoción de los fieles, que había muchos en Jerusalén, se juntaron gran número de luces y en ellas sucedió una maravilla: que estando todas encendidas aquel día y otros dos, ninguna se apagó ni gastó ni deshizo en cosa alguna.

752. Y para esta maravilla y otras muchas que el brazo poderoso obró en esta ocasión fuesen más notorias al mundo, movió el mismo Señor a todos los moradores de la ciudad para que concurriesen al entierro de su Madre santísima, y apenas quedó persona en Jerusalén, así de judíos como de gentiles, que no acudiese a la novedad de este espectáculo. Los Apóstoles, levantaron el sagrado cuerpo y tabernáculo de Dios, llevando sobre sus hombros estos Nuevos Sacerdotes de la Ley Evangélica el propiciatorio de los divinos oráculos y favores, y con ordenada procesión partieron del cenáculo para salir de la ciudad al valle de Josafat; y éste era el acompañamiento visible de los moradores de Jerusalén. Pero a más de éste había otro invisible de los cortesanos del cielo, porque en primer lugar iban los mil Ángeles de la Reina continuando su música celestial, que oían los Apóstoles, discípulos y otros muchos; y perseveró tres días continuos con gran dulzura y suavidad. Descendieron también de las alturas otros muchos millares o legiones de Ángeles con los Antiguos Padres y Profetas, especialmente San Joaquín, Santa Ana, San José, Santa Isabel y San Juan Bautista, con otros muchos Santos que desde el cielo envió nuestro Salvador Jesús para que asistiesen a las exequias y entierro de su beatísima Madre.

753. Con todo este acompañamiento del cielo y de la tierra, visible e invisible, caminaron con el sagrado cuerpo, y en el camino sucedieron grandes milagros, que sería

necesario detenerme mucho para referirlos. En particular todos los enfermos de diversas enfermedades, que fueron muchos los que acudieron, quedaron perfectamente sanos. Muchos endemoniados fueron libres, sin atreverse a esperar los demonios que se acercasen al santísimo cuerpo las personas donde estaban. Y mayores fueron las maravillas que sucedieron en las conversiones de muchos judíos y gentiles, porque en esta ocasión de María santísima se franquearon los tesoros de la divina misericordia, con que vinieron muchas almas al conocimiento de Cristo nuestro bien y a voces le confesaban por Dios verdadero y Redentor del mundo y pedían el bautismo. En muchos días después tuvieron los Apóstoles y discípulos que trabajar en catequizar y bautizar a los que se convirtieron en aquel día a la santa fe. Los Apóstoles, llevando el Sagrado Cuerpo, sintieron admirables efectos de la divina luz y consolación y los discípulos la participaron respectivamente. Todo el concurso de la gente, con la fragancia que derramaba y la música que se oía y otras señales prodigiosas, estaba como atónito y todos predicaban a Dios por grande y poderoso en aquella criatura y en testimonio de su conocimiento herían sus pechos con dolorosa compunción.

754. Llegaron al puesto donde estaba el dichoso sepulcro en el valle de Josafat. Y los mismos Apóstoles, San Pedro y San Juan, que levantaron el celestial tesoro de la tarima al féretro, le sacaron de él con la misma reverencia y facilidad y le colocaron en el sepulcro y le cubrieron con una toalla, obrando más en todo esto las manos de los Ángeles que las de los Apóstoles. Cerraron el sepulcro con una losa, conforme a la costumbre de otros entierros, y los cortesanos del cielo se volvieron a él, quedando los mil Ángeles de guarda de la Reina continuando la de su sagrado cuerpo con la misma música que la habían traído. El concurso de la gente se despidió, y los Santos Apóstoles y discípulos con tiernas lágrimas volvieron al Cenáculo; y en toda la casa perseveró un año entero el olor suavísimo que dejó el cuerpo de la gran Reina, y en el oratorio duró muchos años. Y quedó en Jerusalén por casa de refugio aquel santuario para todos los trabajos y necesidades de los que en él buscaban su remedio, porque todos le hallaban milagrosamente, así en las enfermedades como en otras

tribulaciones y calamidades humanas. Los pecados de Jerusalén y de sus moradores, entre otros castigos merecieron también ser privados de este beneficio tan estimable, después de algunos años que continuaron estas maravillas.

755. En el Cenáculo determinaron los Apóstoles que algunos de ellos y de los discípulos asistieran al sepulcro santo de su Reina mientras en él perseverara la música celestial, porque todos esperaban el fin de esta maravilla. Con aquel acuerdo acudieron unos a los negocios que se ofrecían de la Iglesia, para catequizar y bautizar a los convertidos, y otros volvieron luego al sepulcro, y todos le frecuentaron aquellos tres días. Pero San Pedro y San Juan Evangelista estuvieron más continuos y asistentes, y aunque iban al Cenáculo algunas veces, volvían luego a donde estaba su tesoro y corazón. Tampoco faltaron los animales irracionales a las exequias de la común Señora de todos, porque, en llegando su sagrado cuerpo cerca del sepulcro, concurrieron por el aire innumerables avecillas y otras mayores, y de los montes salieron muchos animales y fieras, corriendo con velocidad al sepulcro; y unos con cantos tristes y los otros con gemidos y bramidos, y todos con movimientos dolorosos, como quien sentía la común pérdida, manifestaban la amargura que tenían. Y solos algunos judíos incrédulos, y más duros que las peñas, no mostraron este sentimiento en la muerte de su Remediadora, como tampoco en la de su Redentor y Maestro.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

756. Hija mía, con la memoria de mi muerte natural y entierro de mi sagrado cuerpo quiero que esté vinculada tu muerte civil y entierro, que ha de ser el fruto y el efecto primero de haber conocido y escrito mi Vida. Muchas veces en el discurso de toda ella te he manifestado este deseo y te he intimado mi voluntad para que no malogres este singular beneficio que por la dignación del Señor y mía has recibido. Fea cosa es que cualquier cristiano, después que murió al pecado y renació en Cristo por el bautismo y conoció que Su Majestad murió por él, vuelva a revivir otra

vez en la culpa; y mayor fealdad es ésta en las almas que con especial gracia son elegidas y llamadas para amigas carísimas del mismo Señor, como lo son las que con este fin se dedican y consagran a su mayor obsequio en las religiones, cada una según su condición y estado.

757. En estas almas los vicios del mundo ponen horror al mismo cielo, porque la soberbia, la presunción, la altivez, la inmortificación, la ira, la codicia y la inmundicia de la conciencia y otras fealdades obligan al Señor y a los santos a que retiren su vista de esta monstruosidad y se den por más indignados y ofendidos que de los mismos pecados en otros sujetos. Por esto repudia el Señor a muchas que tienen injustamente el nombre de esposas suyas y las deja en manos de su mal consejo, porque como desleales prevaricaron el pacto de fidelidad que hicieron con Dios y conmigo en su vocación y profesión. Pero si todas las almas deben temer esta desdicha, para no cometer tan formidable deslealtad, advierte y considera tú, hija mía, qué aborrecimiento merecerías en, los ojos de Dios si fueses rea de tal delito. Tiempo es ya que acabes de morir a lo visible y tu cuerpo quede ya enterrado en tu conocimiento y abatimiento y tu alma en el ser de Dios. Tus días y tu vida para el mundo se acabaron, y yo soy el juez de esta causa para ejecutar en ti la división de tu vida y del siglo: no tienes ya que ver con los que viven en él, ni ellos contigo. El escribir mi Vida y morir, todo ha de ser en ti una misma cosa, como tantas veces te lo dejo advertido, y tú me lo has prometido en mis manos, repitiendo estas promesas en mis manos con lágrimas del corazón.

758. Esta quiero que sea la prueba de mi doctrina y el testimonio de su eficacia, y no consentiré que la desacredites en deshonor mío, sino que entiendan el cielo y la tierra la fuerza de mi verdad y ejemplo, verificada en tus operaciones. Para esto ni te has de valer de tu discurso ni de tu voluntad, y menos de tus inclinaciones ni pasiones, porque todo esto en ti se acabó. Y tu ley ha de ser la voluntad del Señor y mía y la de la obediencia. Y para que nunca ignores por estos medios lo más santo, perfecto y agradable, todo lo tiene el Señor prevenido por sí mismo, por mí, por sus Ángeles y por quien te gobierna. No alegues

ignorancia, pusilanimidad ni flaqueza, y mucho menos cobardía. Pondera tu obligación, tantea tu deuda, atiende a la luz incesante y continua; obra con la gracia que recibes, que con todos estos dones y otros beneficios no hay cruz pesada para ti, ni muerte amarga que no sea muy llevadera y amable. Y en ella está todo tu bien y ha de estar tu deleite; pues si no acabas de morir a todo, a más que te sembraré de espinas los caminos, no alcanzarás la perfección que deseas, ni el estado a donde el Señor te llama.

759. Si el mundo no te olvidare, olvídale tú a él; si no te dejare, advierte que tú le dejaste y yo te alejé de él; si te persigue, huye; si te lisonjea, desprecíale; si te desprecia, súfrele, y si te busca, no te halle más de para que en ti glorifique al Omnipotente. Pero en todo lo demás no te has de acordar más que se acuerdan los vivos de los muertos y le has de olvidar como los muertos a los vivos, y no quiero que tengas con los moradores de este siglo más comercio que tienen los vivos y los muertos, no te parecerá mucho que en el principio, en el medio y en el fin de esta Historia te repita tantas veces esta doctrina, si ponderas lo que te importa es ejecutarla. Advierte, carísima, las persecuciones que a lo sordo y en lo oculto te ha fabricado el demonio por el mundo y sus moradores con diferentes pretextos y cubiertas. Y si Dios lo ha permitido para prueba tuya y ejercicio de su gracia, cuanto es de tu parte, razón es que te des por entendida y avisada, y adviertas que es grande el tesoro y le tienes en vaso frágil (2 Cor 4, 7), y que todo el infierno se conspira y se rebela contra ti. Vives en carne mortal, rodeada y combatida de astutos enemigos. Eres esposa de Cristo mi Hijo santísimo, y yo soy tu Madre y Maestra. Reconoce, pues, tu necesidad y flaqueza, y correspóndeme como hija carísima y discípula perfecta y obediente en todo.

CAPITULO 21

Entró en el cielo empíreo el alma de María santísima y, a imitación de Cristo nuestro Redentor, volvió a resucitar su sagrado cuerpo [con el poder de Dios] y en él subió otra

vez a la diestra del mismo Señor al tercero día.

760. De la gloria y felicidad de los Santos que participan en la visión beatífica y fruición bienaventurada, dijo San Pablo (1 Cor 2, 9) con San Isaías (Is 64, 4) que ni los ojos de los mortales vieron, ni los oídos oyeron, ni pudo caber en corazón humano lo que Dios tiene preparado para los que le aman y en Él esperan. Y conforme **a** esta verdad católica, no es maravilla lo que se refiere sucedió a San Agustín, que con ser tan gran luz de la Iglesia, estando para escribir un tratado de la gloria de los Bienaventurados, se le apareció su grande amigo San Jerónimo, que acababa de morir y entrar en el gozo del Señor, y desengañó a San Agustino de que no podía conseguir su intento como deseaba, porque ninguna lengua ni pluma de los hombres podría manifestar la menor parte de los bienes que gozan los Santos en la visión beatífica. Esto dijo San Jerónimo. Y cuando por la divina Escritura no tuviéramos otro testimonio más de que aquella gloria será eterna, por sola esta parte vuela sobre todo nuestro entendimiento, que no puede dar alcance a la eternidad por más que extienda sus fuerzas; porque, siendo el objeto infinito y sin medida, es inagotable e incomprensible, por más y más que sea conocido y amado. Y así como quedando infinito y omnipotente crió todas las cosas, sin que todas ellas y otros infinitos mundos, aunque los criara de nuevo, no evacuan ni agotan su poder, porque siempre se quedará infinito e inmutable; así también, aunque le vieran y gozaran infinitos Santos, quedara infinito que conocer y amar, porque en la creación y en la gloria todos le participan limitadamente, según la condición de cada uno, pero Él en sí mismo no tiene término ni fin.

761. Y si por esto es inefable la gloria de cualquiera de los Santos, aunque sea el menor, ¿qué diremos de la gloria de María santísima, pues entre los Santos es la santísima, y ella sola es semejante a su Hijo más que todos los Santos juntos, y su gracia y gloria les excede a todos como la emperatriz o reina a sus vasallos? Esta verdad se puede y se debe creer, pero en la vida mortal no es posible entenderla, ni explicar la mínima parte de ella, porque la desigualdad y mengua de nuestros términos y discurso más la pueden oscurecer que declarar. Trabajemos ahora, no en

comprenderla, sino en merecer que después se nos manifieste en la misma gloria, donde según nuestras obras alcanzaremos más o menos este gozo que esperamos.

762. Entró en el cielo empíreo nuestro Redentor Jesús con la purísima alma de su Madre a su diestra. Y sólo ella entre todos los mortales no tuvo causa para que pasara por juicio particular, y así no le tuvo ni se le pidió cuenta del recibo ni se le hizo cargo, porque así se lo prometieron cuando la hicieron exenta de la común culpa, como elegida para Reina y privilegiada de las leyes de los hijos de Adán. Y por esta misma razón en el juicio universal, sin ser juzgada como los otros, vendrá también a la diestra de su Hijo santísimo, como conyúdice de todas las criaturas. Y si en el primer instante de su concepción fue aurora clarísima y refulgente, retocada con los rayos del sol de la divinidad sobre las luces de los más ardiente serafines, y después se levantó hasta tocar con ella misma en la unión del Verbo con su purísima sustancia y humanidad de Cristo, consiguiente era que toda la eternidad fuera compañera suya, con la similitud posible entre Hijo y Madre, siendo él Dios y Hombre y ella pura criatura. Con este título la presentó el mismo Redentor ante el trono de la divinidad, y hablando con el Eterno Padre en presencia de todos los bienaventurados, que estaban atentos a esta maravilla, dijo la Humanidad santísima estas palabras: Eterno Padre mío, mi amantísima Madre, vuestra Hija querida y Esposa regalada del Espíritu Santo, viene a recibir la posesión eterna de la corona y gloria que para premio de sus méritos la tenemos preparada. Esta es la que nació entre los hijos de Adán como rosa entre las espinas, intacta, pura y hermosa, digna de que la recibamos en nuestras manos y en el asiento a donde no llegó alguna de nuestras criaturas, ni pueden llegar los concebidos en pecado. Esta es nuestra escogida, única y singular, a quien dimos gracia y participación de nuestras perfecciones sobre la ley común de las otras criaturas, en la que depositamos el tesoro de nuestra divinidad incomprensible y sus dones y la que fidelísimamente le guardó y logró los talentos que le dimos, la que nunca se apartó de nuestra voluntad y la que halló gracia (Lc 1, 30) y complacencia en nuestros ojos. Padre mío, rectísimo es el tribunal de nuestra misericordia y

justicia, y en él se pagan los servicios de nuestros amigos con superabundante recompensa. Justo es que a mi Madre se le dé el premio como a Madre; y si en toda su vida y obras fue semejante a mí en el grado posible a pura criatura, también lo ha de ser en la gloria y en el asiento en el trono de Nuestra Majestad, para que donde está la santidad por esencia, esté también la suma por participación.

763. Este decreto del Verbo Humanado aprobaron el Padre y el Espíritu Santo; y luego fue levantada aquella alma santísima de María a la diestra de su Hijo y Dios verdadero y colocada en el mismo trono real de la Beatísima Trinidad, a donde ni hombres, ni ángeles, ni serafines llegaron, ni llegarán jamás por toda la eternidad. Esta es la más alta y excelente preeminencia de nuestra Reina y Señora, estar en el mismo trono de las divinas personas y tener lugar en él como Emperatriz, cuando los demás le tienen de siervos y ministros del sumo Rey. Y a la eminencia o majestad de aquel lugar, para todas las demás criaturas inaccesible, corresponden en María santísima los dotes de gloria, comprensión, visión y fruición; porque de aquel objeto infinito, que por innumerables grados y variedad gozan los bienaventurados, ella goza sobre todos y más que todos. Conoce, penetra, entiende mucho más del ser divino y de sus atributos infinitos, ama y goza de sus misterios y secretos ocultísimos más que todo el resto de los bienaventurados. Y aunque entre la gloria de las divinas personas y la de María santísima hay distancia infinita, porque la luz de la divinidad, como dice el Apóstol (1 Tim 6, 16), es inaccesible y sola ella habita la inmortalidad y gloria por esencia, y también el alma santísima de Cristo excede sin medida a los dotes de su Madre, pero comparada la gloria de esta gran Reina con todos los santos, se levanta sobre todos como inaccesible y tiene una similitud con la de Cristo que no se puede entender en esta vida ni declararse.

764. Tampoco se puede reducir a palabras el nuevo gozo que recibieron este día los Bienaventurados, cantando nuevos cánticos de loores al Omnipotente y a la gloria de su Hija, Madre y Esposa, en quien glorificaba las obras de su diestra. Y aunque al mismo Señor no le puede venir ni

suceder nueva gloria interior, porque toda la tuvo y tiene inmutable e infinita desde su eternidad, pero con todo eso, las demostraciones exteriores de su agrado y complacencia en el cumplimiento de sus eternos decretos fueron mayores en este día, porque salía una voz del trono real, como de la Persona del Padre, que decía: En la gloria de nuestra dilecta y amantísima Hija se cumplieron nuestros deseos y voluntad santa y se ha ejecutado con plenitud de nuestra complacencia. A todas las criaturas dimos el ser que tienen, criándolas de la nada, para que participasen de nuestros bienes y tesoros infinitos conforme a la inclinación y peso de nuestra bondad inmensa. Este beneficio malograron los mismos a quienes hicimos capaces de nuestra gracia y gloria. Sola nuestra querida y nuestra Hija no tuvo parte en la inobediencia y prevaricación de los demás y ella mereció lo que despreciaron como indignos los hijos de perdición, y nuestro corazón no se halló frustrado en ella por ningún tiempo ni momento. A ella pertenecen los premios que con nuestra voluntad común y condicionada preveíamos para los ángeles inobedientes y para los hombres que los han imitado, si todos cooperaran con nuestra gracia y vocación. Ella recompensó este desacato con su rendimiento y obediencia y nos complació con plenitud en todas sus operaciones y mereció el asiento en el trono de Nuestra Majestad.

765. El día tercero que el alma santísima de María gozaba de esta gloria para nunca dejarla, manifestó el Señor a los Santos su voluntad divina de que volviese al mundo y resucitase su sagrado cuerpo uniéndose con él, para que en cuerpo y alma fuese otra vez levantada a la diestra de su Hijo santísimo, sin esperar a la general resurrección de los muertos. La conveniencia de este favor y la consecuencia que tenía con los demás que recibió la Reina del cielo y con su sobreexcelente dignidad, no la podían ignorar los Santos, pues a los mortales es tan creíble que juzgáramos por impío y estulto al que pretendiera negarla. Pero conociéronla los Bienaventurados con mayor claridad, y la determinación del tiempo y hora, cuando en sí mismo les manifestó su eterno decreto. Y cuando fue tiempo de hacer esta maravilla, descendió del cielo el mismo Cristo nuestro Salvador, llevando a su diestra el alma de su beatísima Madre, con

muchas legiones de Ángeles y los Padres y Profetas Antiguos. Y llegaron al sepulcro en el valle de Josafat y estando todos a la vista del virginal templo habló el Señor con los Santos y dijo estas palabras:

766. Mi Madre fue concebida sin mácula de pecado, para que de su virginal sustancia purísima y sin mácula me vistiese de la humanidad en que vine al mundo y le redimí del pecado. Ella cooperó conmigo en las obras de la Redención, y así debo resucitarla como yo resucité de los muertos; y que esto sea al mismo tiempo y a la misma hora, porque en todo quiero hacerla a mi semejante.— Todos los Antiguos Santos de la naturaleza humana agradecieron este beneficio con nuevos cánticos de alabanza y gloria del Señor. Y los que especialmente se señalaron fueron nuestros primeros padres Adán y Eva, y después de ellos Santa Ana, San Joaquín y San José, como quien tenía particulares títulos y razones para engrandecer al Señor en aquella maravilla de su omnipotencia. Luego la purísima alma de la Reina con el imperio de Cristo su Hijo santísimo entró en el virginal cuerpo y le informó y resucitó, dándole nueva vida inmortal y gloriosa y comunicándole los cuatro dotes de claridad, impasibilidad, agilidad y sutileza, correspondientes a la gloria del alma, de donde sé derivan a los cuerpos.

767. Con estos dotes salió María santísima en alma y cuerpo del sepulcro, sin remover ni levantar la piedra con que estaba cerrado, quedando la túnica y toalla compuestas en la forma que cubrían su sagrado cuerpo. Y porque es imposible manifestar su hermosura, belleza y refulgencia de tanta gloria, no me detengo en esto. Bástame decir que, como la divina Madre dio a su Hijo santísimo la forma de hombre en su tálamo virginal y se la dio pura, limpia, sin mácula e impecable para redimir al mundo, así también en retorno de esta dádiva la dio el mismo Señor en esta resurrección y nueva generación otra gloria y hermosura semejante a sí mismo. Y en este comercio tan misterioso y divino cada uno hizo lo que pudo, porque María santísima engendró a Cristo asimilado a sí misma en cuanto fue posible, y Cristo la resultó a ella, comunicándole de su gloria cuanto ella pudo recibir en la

esfera de pura criatura.

768. Luego desde el sepulcro se ordenó una solemnísima procesión con celestial música por la región del aire, por donde se fue alejando para el cielo empíreo. Y sucedió esto a la misma hora que resucitó Cristo nuestro Salvador, domingo inmediato después de media noche; y así no pudieron percibir esta señal por entonces todos los Apóstales, fuera de algunos que asistían y velaban al sagrado sepulcro. Entraron en el cielo los Santos y Ángeles con el orden que llevaban, y en el último lugar iban Cristo nuestro Salvador y a su diestra la Reina vestida de oro de variedad, como dice Santo Rey David (Sal 44, 10), y tan hermosa que pudo ser admiración de los cortesanos del cielo. Convirtiéronse todos a mirarla y bendecirla con nuevos júbilos y cánticos de alabanza. Allí se oyeron aquellos elogios misteriosos que los dejó escritos Salomón: Salid, hijas de Sión, a ver a vuestra Reina, a quien alaban las estrellas matutinas y festejan los hijos del Altísimo. ¿Quién es ésta que sube del desierto como varilla de todos los perfumes aromáticos (Cant 3, 6)? ¿Quién es ésta que se levanta como la aurora, más hermosa que la luna, electa como el sol y terrible como muchos escuadrones ordenados (Cant 6, 9)? ¿Quién es ésta que asciende del desierto asegurada en su dilecto y derramando delicias con abundancia (Cant 8, 5)? ¿Quién es ésta en quien la misma divinidad halló tanto agrado y complacencia sobre todas sus criaturas y la levanta sobre todas al trono de su inaccesible luz y majestad? ¡Oh maravilla nunca vista en estos cielos!, ¡oh novedad digna de la sabiduría infinita!, ¡oh prodigio de esa omnipotencia que así la magnificas y engrandeces!

769. Con estas glorias llegó María santísima en cuerpo y alma al trono real de la Beatísima Trinidad, y las tres divinas Personas la recibieron en él con un abrazo indisoluble. El Eterno Padre la dijo: Asciende más alto que todas las criaturas, electa mía, hija mía y paloma mía.—El Verbo humanado dijo: Madre mía, de quien recibí el ser humano y el retorno de mis obras con tu perfecta imitación, recibe ahora el premio de mi mano que tienes merecido.—El Espíritu Santo dijo: Esposa mía amantísima, entra en el

gozo eterno que corresponde a tu fidelísimo amor y goza sin cuidados, que ya pasó el invierno del padecer (Cant 2, 11) y llegaste a la posesión eterna de nuestros abrazos.— Allí quedó absorta María santísima entre las divinas Personas y como anegada en aquel piélago interminable y en el abismo de la divinidad; los Santos, llenos de admiración, de nuevo gozo accidental. Y porque en esta obra de la Omnipotencia sucedieron otras maravillas, diré algo si pudiere en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima.

770. Hija mía, lamentable y sin excusa es la ignorancia de los hombres en olvidar tan de propósito la eterna gloria que Dios tiene prevenida para los que se disponen a merecerla. Este olvido tan pernicioso quiero que llores con amargura y te lamentes sobre él, pues no hay duda que quien con voluntad se olvida de la felicidad y gloria eterna está en evidente peligro de perderla. Y ninguno tiene legítimo descargo en esta culpa, no sólo porque el tener esta memoria y procurar alcanzarla no les cuesta a todos mucho trabajo, sino antes, para olvidar el fin para que fueron criados, trabajan muchos con todas sus fuerzas. Cierto es que nace este olvido de entregarse los hombres a la soberbia de la vida, a la codicia de los ojos y a la concupiscencia de la carne (1 Jn 2, 16); porque, empleando en esto todas las fuerzas y potencias del alma y todo el tiempo de la vida, no queda cuidado ni atención ni lugar para pensar con sosiego, ni aun sin él, en la felicidad eterna de las bienaventuranzas. Pues digan los hombres y confiesen si les cuesta mayor trabajo esta memoria que el seguir sus pasiones ciegas, en adquirir honra, hacienda y deleites transitorios, que se acaban antes que la vida. Y muchas veces después de fatigados no los consiguen ni pueden.

771. ¡Cuánto más fácil es para los mortales no caer en esta perversidad, y más para los hijos de la Iglesia, pues a la mano tienen la fe y la esperanza, que sin trabajo les enseña esta verdad! Y cuando merecer el bien eterno les fuera tan costoso como lo es alcanzar la honra y la

hacienda y otros deleites aparentes, gran locura es trabajar tanto por lo falso como por lo verdadero, por las penas eternas como por la eterna gloria. Esta abominable estulticia conocerás bien, hija mía, para llorarla, si consideras en el siglo que vives, tan turbado con guerras y discordias, cuántos son los infelices que se van a buscar la muerte por un breve y vano estipendio de honra, de venganza y otros vilísimos intereses; y de la vida eterna ni se acuerdan ni cuidan más que si fueran irracionales; y sería dicha suya acabar como ellos con la muerte temporal, pero como los más obran contra justicia y otros que la tienen viven olvidados de su fin, los unos y los otros mueren eternamente.

772. Este dolor es sobre todo dolor y desdicha sin igual y sin remedio. Aflígete, laméntate y duélete sin consuelo sobre esta ruina de tantas almas compradas con la sangre de mi Hijo santísimo. Y te aseguro, carísima, que desde el cielo, donde estoy en la gloria que has conocido, si los hombres no la desmerecieran, me inclina la caridad a darles una voz que se oyera por todo el mundo y clamando les dijera: Hombres mortales y engañados, ¿qué hacéis?, ¿en qué vivis?, ¿por ventura sabéis lo que es ver a Dios cara a cara y participar su eterna gloria y compañía?, ¿en qué pensáis?, ¿quién así os ha turbado y fascinado el juicio?, ¿qué buscáis, si perdéis este verdadero bien y felicidad sin haber otra? El trabajo es breve, la gloria infinita y la pena eterna.

773. Con este dolor que en ti quiero despertar, procura trabajar con desvelo para no incurrir en este peligro. El ejemplo vivo tienes en mi vida, que toda fue un continuado padecer y tal como has conocido, pero cuando llegué a los premios que recibí, todo me pareció nada y lo olvidé como si nada fuera. Determínate, amiga, a seguirme en el trabajo y aunque sea sobre todos los de los mortales, repútalo como levísimo y nada dificultes ni te parezca grave ni muy amargo aunque sea entrar por fuego y acero. Alarga la mano a cosas fuertes y guarnece a los domésticos, tus sentidos, con dobladas vestiduras (Prov 31, 19.21) de padecer y obrar con todas tus potencias. Y junto con esto quiero que no te toque otro común error de los hombres

que dicen: procuremos asegurar la salvación, que más o menos gloria no importa mucho, pues allá estaremos todos [es herejía de los universalistas o “misericordiosos” afirmar que hay salvación universal de todos los hombres y negar existencia del infierno]. Con esta ignorancia, hija mía, no se asegura la salvación, antes se aventura, porque se origina de grande estulticia y poco amor a Dios, y quien pretende estos partidos con Su Majestad le desobliga para que le deje en el peligro de perderlo todo. La flaqueza humana siempre obra menos en lo bueno de lo que se extiende su deseo, y cuando éste no es grande ejecuta muy poco, pues si desea poco pónese a riesgo de perderlo todo.

774. El que se contenta con lo mediano o ínfimo de la virtud, siempre deja lugar en la voluntad y en las inclinaciones para admitir de intento otros afectos terrenos y amar a lo transitorio, y esto no se puede conservar sin encontrarse luego con el amor divino; y por esto es imposible dejar de que se pierda el uno y permanezca el otro. Determinándose la criatura a amar a Dios de todo corazón y con todas sus fuerzas, como él lo manda (Dt 6, 5), este afecto y determinación toma el Señor en cuenta cuando el alma por otros defectos no alcanza a los más levantados premios. Pero el despreciarlos o no estimarlos de intento, no es amor de hijo ni de amigos verdaderos, sino de esclavos que se contentan con vivir y pasar. Y si los Santos pudieran volver a merecer de nuevo algún grado de gloria padeciendo los tormentos del mundo hasta el día del juicio, sin duda lo hicieran, porque tienen verdadero y perfecto conocimiento de lo que vale aquel premio y aman a Dios con caridad perfecta. No conviene que se conceda esto a los Santos, pero concedióseme a mí, como lo dejas escrito en esta Historia (Cf. supra n. 2); y con mi ejemplo queda confirmada esta verdad y reprobada la insipiencia de los que por no padecer ni abrazarse con la Cruz de Cristo quieren el premio limitado contra la misma inclinación de la bondad infinita del Altísimo, que desea que las almas tengan méritos para ser premiadas copiosamente en la felicidad de la gloria.

CAPITULO 22

Fue coronada María santísima por Reina de los cielos y de todas las criaturas, confirmándole grandes privilegios en beneficio de los hombres.

775. Cuando se despidió Cristo Jesús nuestro Salvador de sus discípulos para ir a padecer, les dijo (Jn 14, 1) que no se turbasen sus corazones por las cosas que les dejaba advertidas, porque en la casa de su Padre, que es la Bienaventuranza, había muchas mansiones. Y fue asegurarles que había lugar y premios para todos, aunque los merecimientos y las obras buenas fuesen diversas, y que ninguno se turbase ni contristase perdiendo la paz y la esperanza, aunque viese a otro más aventajado o adelantado, porque en la casa de Dios hay muchos grados y estancias en que cada uno estará contento con la que le tocare, sin envidiar al otro, que esto es una de las grandes dichas de aquella felicidad eterna. He dicho (Cf. supra n. 765) que María santísima fue colocada en el supremo lugar y estancia en el trono de la Beatísima Trinidad, y muchas veces he usado esta palabra para declarar misterios tan grandes, como también usan de ella los Santos y la misma Escritura Sagrada. Y aunque con esto no era menester otra advertencia, con todo eso, para los que menos entienden, digo que Dios, como es purísimo espíritu sin cuerpo y juntamente infinito, inmenso e incomprensible, no ha menester trono material ni asiento, porque todo lo llena y en todas las criaturas está presente y ninguna le comprende ni ciñe o rodea, antes Él las comprende y encierra todas en sí mismo. Y los Santos no ven la divinidad con ojos corporales sino con los del alma, pero como le miran en alguna parte determinada, para entenderlo a nuestro modo terreno y material decimos que está en su real trono, donde la Beatísima Trinidad tiene su asiento, aunque en sí mismo tiene su gloria y la comunica a los Santos. Pero a la humanidad de Cristo nuestro Salvador y su Madre santísima no niego que en el cielo están en lugar más eminente que los demás Santos, y que entre los Bienaventurados que estarán en alma y cuerpo habrá algún orden de más o menos cercanía con Cristo nuestro Señor y con la Reina; pero no es para este lugar declarar el modo cómo esto sucede en el cielo.

776. Pero llamamos trono de la divinidad a donde se manifiesta a los Santos como principal causa de la gloria y como Dios eterno, infinito y que no depende de nadie y todas las criaturas penden de su voluntad; y se manifiesta como Señor, como Rey, como Juez y Dueño de todo lo que tiene ser. Esta dignidad tiene Cristo nuestro Redentor en cuanto Dios por esencia y en cuanto Hombre por la unión hipostática con que se le comunicó a la humanidad santísima, y así está en el cielo como Rey, Señor y Juez supremo; y los Santos, aunque su gloria y excelencia excede a todo humano pensamiento, están como siervos e inferiores de aquella inaccesible Majestad. Después de Cristo nuestro Salvador participa María santísima esta excelencia en grado inferior a su Hijo santísimo y por otro modo inefable y proporcionado al ser de pura criatura inmediata a Dios Hombre; y siempre asiste a la diestra de su Hijo, como Reina, Señora y Dueña de todo lo criado, extendiéndose su dominio hasta donde llega el de su mismo Hijo, aunque por otro modo.

777. Colocada María santísima en este lugar y trono eminentísimo, declaró el Señor a los cortesanos del cielo los privilegios de que gozaba por aquella majestad participada. Y la persona del Eterno Padre, como primer principio de todo, hablando con los Ángeles y Santos, dijo: Nuestra hija María fue escogida y poseída de nuestra voluntad eterna entre todas las criaturas y la primera para nuestras delicias y nunca degeneró del título y ser de hija que le dimos en nuestra mente divina, y tiene derecho a nuestro reino, de quien ha de ser reconocida y coronada por legítima Señora y singular Reina.— El Verbo humanado dijo: A mi madre verdadera y natural le pertenecen todas las criaturas que por mí fueron criadas y redimidas, y de todo lo que yo soy Rey ha de ser ella legítima y suprema Reina.— El Espíritu Santo dijo: Por el título de Esposa mía, única y escogida, a que con fidelidad ha correspondido, se le debe también la corona de Reina por toda la eternidad.

778. Dichas estas razones, las tres divinas personas pusieron en la cabeza de María santísima una corona de gloria de tan nuevo resplandor y valor, cual ni se vio antes

ni se verá después en pura criatura. Al mismo tiempo salió una voz del trono que decía: Amiga y escogida entre las criaturas, nuestro reino es tuyo; tú eres Reina, Señora y Superiora de los serafines y de todos nuestros ministros los Ángeles y de toda la universidad de nuestras criaturas. Atiende, manda y reina prósperamente (Sal 44, 5) sobre ellas, que en nuestro supremo consistorio te damos imperio, majestad y señorío. Siendo llena de gracia sobre todos, te humillaste en tu estimación al inferior lugar; recibe ahora el supremo que se te debe y el dominio participado de nuestra divinidad sobre todo lo que fabricaron nuestras manos con nuestra omnipotencia. Desde tu real trono mandarás hasta el centro de la tierra, y con el poder que te damos sujetarás al infierno y todos sus demonios y moradores; todos te temerán como a suprema Emperatriz y Señora de aquellas cavernas y moradas de nuestros enemigos. Reinarás sobre la tierra y todos los elementos y sus criaturas. En tus manos y en tu voluntad ponemos las virtudes y efectos de todas las causas, sus operaciones, su conservación, para que dispenses de las influencias de los cielos, de la lluvia de las nubes y de los frutos de la tierra; y de todo distribuye por tu disposición, a que estará atenta nuestra voluntad para ejecutar la tuya. Serás Reina y Señora de todos los mortales para mandar y detener la muerte y conservar su vida. Serás Emperatriz y Señora de la Iglesia militante, su Protectora, su Abogada, su Madre y su Maestra. Serás especial Patrona de los Reinos Católicos; y si ellos y los otros fieles y todos los hijos de Adán te llamaren de corazón y te sirvieren y obligaren, los remediarás y ampararás en sus trabajos y necesidades. Serás amiga, defensora y capitana de todos los justos y amigos nuestros, y a todos los consolarás y confortarás y llenarás de bienes conforme te obligaren con su devoción. Y para esto te hacemos depositaría de nuestras riquezas, tesorera de nuestros bienes, ponemos en tu mano los auxilios y favores de nuestra gracia para que los dispenses, y nada queremos conceder al mundo que no sea por tu mano y no queremos negarlo si lo concedieres a los hombres. En tus labios está derramada la gracia (Sal 44, 3) para todo lo que quisieres y ordenares en el cielo y en la tierra, y en todas partes te obedecerán los ángeles y los hombres, porque todas nuestras cosas son tuyas

como tú siempre fuiste nuestra, y reinarás con nosotros para siempre.

779. En ejecución de este decreto y privilegio concedido a la Señora del universo, mandó el Omnipotente a todos los cortesanos del cielo, ángeles y hombres, que todos prestasen la obediencia a María santísima y la reconociesen por su Reina y Señora. Esta maravilla tuvo otro misterio, y fue recompensar a la divina Madre la veneración y culto que con profunda humildad había dado ella a los santos cuando era viadora y se aparecían, como en toda esta Historia queda escrito, siendo ella Madre del mismo Dios y llena de gracia y santidad sobre todos los Ángeles y Santos. Y aunque, por ser ellos comprensores cuando la purísima Señora era viadora, convenía para su mayor mérito que se humillase a todos, que así lo ordenaba el mismo Señor, pero ya que estaba en la posesión del reino que se le debía era justo que todos le diesen culto y veneración y se reconociesen vasallos suyos. Así lo hicieron en aquel felicísimo estado donde todas las cosas se reducen a su orden y proporción debida. Este reconocimiento y veneración y adoración hicieron los espíritus angélicos y las almas de los santos, al modo que adoraron [culto de latría] al Señor con temor, dando respectivamente veneración [culto de hiperdulía] a su divina Madre. Los Santos que estaban en cuerpo en el cielo se postraron y veneraron [con culto de hiperdulía] con acciones corpóreas a su Reina. Y todas estas demostraciones y coronación de la Emperatriz de las alturas fueron de admirable gloria para ella y de nuevo gozo y júbilo para los Santos y complacencia de la Beatísima Trinidad, y en todo fue festivo este día y de nueva y accidental gloria para el cielo. Los que más la percibieron fueron su esposo castísimo San José, San Joaquín y Santa Ana y todos los demás allegados a la Reina, y en especial los mil Ángeles de guarda.

780. En el pecho de la gran Reina en su glorioso cuerpo se manifestó a los Santos una forma de un pequeño globo o viril de singular hermosura y resplandor, que les causó y les causa especial admiración y alegría. Y esto es como premio y testimonio de haber depositado, como en sagrario digno, en su pecho al Verbo Encarnado Sacramentado y haberle

recibido tan digna, pura y santamente, sin defecto ni imperfección alguna, pero con suma devoción, amor y reverencia, a que no llegó ninguno de los otros Santos. En los demás premios y coronas correspondientes a sus virtudes y obras sin igual, no puedo hablar cosa digna que lo manifieste, y así lo remito a la vista beatífica, donde cada uno lo conocerá como por sus obras y devoción lo mereciere. En el capítulo 19 pasado dije (Cf. supra n. 742) cómo el tránsito de nuestra Reina fue a trece de agosto. Su resurrección, asunción y coronación sucedió domingo a quince, en el que la celebra la Santa Iglesia. Estuvo su sagrado cuerpo en el sepulcro otras treinta y seis horas como el de su Hijo santísimo, porque el tránsito y resurrección fue a las mismas horas. El cómputo de los años queda ajustado arriba, donde dije que esta maravilla sucedió al año del Señor de cincuenta y cinco, entrando este año los meses que hay desde el nacimiento del mismo Señor hasta los quince de agosto.

781. Dejamos a la gran Señora a la diestra de su Hijo santísimo reinando por todos los siglos de los siglos. Volvamos ahora a los Apóstoles y discípulos que sin enjugar sus lágrimas asistían al sepulcro de María santísima en el valle de Josafat. San Pedro y San Juan, que fueron los más perseverantes y continuos, reconocieron el día tercero que la música celestial había cesado, pues ya no la oían, y como ilustrados con el Espíritu divino coligieron que la purísima Madre sería resucitada y levantada a los cielos en cuerpo y alma como su Hijo santísimo. Confirieron este dictamen, confirmándose en él, pero San Pedro como cabeza de la Iglesia determinó que de esta verdad y maravilla se tomase el testimonio posible, que fuese notorio a los que fueron testigos de su muerte y entierro. Para esto juntó a todos los Apóstoles y discípulos y otros fieles a vista del sepulcro, a donde el mismo día los llamó. Propúsoles las razones que tenía para el juicio que todos hacían y para manifestar a la Iglesia aquella maravilla que en todos los siglos sería venerable y de tanta gloria para el Señor y su beatísima Madre. Aprobaron todos el parecer del Vicario de Cristo y con su orden levantaron luego la piedra que cerraba el sepulcro, y llegando a reconocerle le hallaron vacío y sin el sagrado cuerpo de la Reina del cielo, y su túnica estaba

tendida como cuando la cubría, de manera que se conocía había penetrado la túnica y lápida sin moverlas ni descomponerlas. Tomó San Pedro la túnica y toalla, venero él y todos los demás, quedando certificados de la resurrección y asunción de María santísima a los cielos, y entre gozo y dolor celebraron con dulces lágrimas esta misteriosa maravilla y cantaron salmos e himnos en alabanza y gloria del Señor y de su beatísima Madre.

782. Pero con la admiración y cariño estaban todos suspensos y mirando al sepulcro sin poder apártase de él, hasta que descendió y se les manifestó un Ángel del Señor que les habló y dijo: Varones galileos, ¿qué os admiráis y detenéis aquí? Vuestra Reina y nuestra ya vive en alma y cuerpo en el Cielo y reina en él para siempre con Cristo. Ella me envía para que os confirme en esta verdad y os diga de su parte que os encomienda de nuevo la Iglesia y conversión de las almas y dilatación del Evangelio, a cuyo ministerio quiere que volváis luego, como lo tenéis encargado, que desde su gloria cuidará de vosotros.—Con estas nuevas se confortaron los Apóstoles, y en las peregrinaciones reconocieron su amparo, y mucho más en la hora de sus martirios; porque a todos y a cada uno les apareció en ellos y presentó sus almas al Señor. Otras cosas que se refieren al tránsito y resurrección de María santísima no se me han manifestado, y así no las escribo, ni en toda esta divina Historia he tenido más elección que decir lo que se me ha enseñado y mandado escribir.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

783. Hija mía, si alguna cosa pudiera aminorar el gozo de la suma felicidad y gloria que poseo y si con ella pudiera admitir alguna pena, sin duda me la diera grande ver a la Santa Iglesia y lo restante del mundo en el trabajoso estado que hoy tiene, sabiendo los hombres que me tienen en el Cielo por Madre, Abogada y Protectora suya, para remediarlos y socorrerlos y encaminarlos a la vida eterna. Y siendo esto así, y que el Altísimo me concedió tantos privilegios como a Madre suya y por los títulos que has escrito, y que todos los convierto y aplico al beneficio de los mortales como Madre de clemencia, el ver que no sólo me

tengan ociosa para su propio bien y que por no llamarme de todo corazón se pierdan tantas almas, causa era de gran dolor para mis entrañas de misericordia. Pero si no tengo dolor, tengo justa queja de los hombres, que para sí granjean la pena eterna y a mí no me dan esta gloria.

784. Nunca se ha ignorado en la Iglesia lo que vale mi intercesión y el poder que tengo en los cielos para remediar a todos, pues la certeza de esta verdad la he testificado con tantos millares de millares de milagros, maravillas y favores, como he obrado con mis devotos, y con los que en sus necesidades me han llamado, siempre he sido liberal y por mí lo ha sido el Señor para ellos, y aunque son muchas las almas que he remediado, son pocas respecto de las que puedo y deseo remediar. El mundo corre y los siglos caminan muy adelante; los mortales tardan en volverse a Dios y conocerle; los hijos de la Iglesia se embarazan y enredan en los lazos del demonio; los pecadores crecen en número y las culpas se aumentan; porque la caridad se resfría, después de haberse hecho Dios hombre, enseñado al mundo con su vida y doctrina, redimiéndole con su pasión y muerte, dando Ley Evangélica y eficaz, concurriendo de su parte la criatura, ilustrando la Iglesia, con tantos milagros, luces, beneficios y favores por sí y por sus Santos; y sobre esto franqueando sus misericordias por su bondad y por mi mano e intercesión, señalándome por su Madre, Amparo, Protectora y Abogada, y cumpliendo yo puntual y copiosamente con estos oficios. Después de todo esto, ¿qué mucho es que la Justicia divina esté irritada, pues los pecados de los hombres merecen el castigo que les amenaza y comienzan a sentir? Pues con estas circunstancias llega ya la malicia a lo sumo que puede.

785. Todo esto, hija mía, es así verdad, pero mi piedad y clemencia excede a tanta malicia, y tiene inclinada a la infinita bondad y detenida la justicia; y el Altísimo quiere ser liberal de sus tesoros infinitos y determina favorecerlos si saben granjear mi intercesión y me obligan para que yo la interponga con eficacia en la divina presencia. Este es el camino seguro y el medio poderoso para mejorarse la Iglesia, remediarse los reinos católicos, dilatarse la fe, asegurarse las familias y estados y reducirse las almas a la

gracia y amistad de Dios. En esta causa, hija mía, he querido que trabajes y me ayudes en lo que pudieres ayudada de mi virtud divina [como Medianera de todas las gracias divinas]. Y no sólo ha ser en haber escrito mi Vida, sino en imitarla con la observancia de mis consejos y saludable doctrina que tan abundantemente has recibido, así en lo que dejas escrito como en otros innumerables favores y beneficios correspondientes a éste que el Altísimo ha obrado contigo. Pondera bien, carísima, tu estrecha obligación de obedecerme como a tu Madre única y como a legítima y verdadera Maestra y Prelada, pues hago contigo todos estos y otros beneficios de singular dignación, y tú has renovado y ratificado los votos de tu profesión muchas veces en mis manos y en ellas me has prometido especial obediencia. Acuérdate de las palabras que tantas veces has dado al Señor y a sus Ángeles, y todos te hemos manifestado nuestra voluntad de que seas, vivas y obres como uno de ellos, y participes en carne mortal de las condiciones y operaciones de ángel y tu conversación y trato sea con estos espíritus purísimos; y como ellos se comunican unos a otros entre sí mismos, como se ilustran e informan los superiores a los inferiores, así te ilustren e informen de las perfecciones de tu Amado y de la luz que necesitas para el ejercicio de todas las virtudes, y principalmente para la señora de ellas, que es la caridad con que te enciendas en amor de tu dulce Dueño y de los prójimos. A este estado debes aspirar con todas tus fuerzas para que el Altísimo te halle digna para hacer en ti su santísima voluntad y servirse de ti en todo lo que desea. Su diestra todopoderosa te dé su bendición eterna, te manifieste la alegría de su cara y te dé paz; procura tú no desmerecerla.

CAPITULO 23

Confesión de alabanza y hacimiento de gracias que yo, la menor de los mortales, sor María de Jesús, hice al Señor y a su Madre santísima por haber escrito esta divina Historia con el magisterio de la misma Señora. Añádese una carta en que se dirige a las religiosas de su convento.

786. Yo te confieso Dios eterno, Señor del cielo y de la tierra, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo y verdadero Dios, una sustancia y majestad en trinidad de Personas; porque sin haber alguna criatura que te dé algo primero para que tú le pagues (Rom 11, 35), por sola tu inefable dignación y clemencia revelas tus misterios y sacramentos a los pequeños (Mt 11, 25); y porque tú lo haces con inmensa bondad e infinita sabiduría y en ello te complaces, está bien hecho. En tus obras magnificas tu santo nombre, ensalzas tu omnipotencia, manifiestas tu grandeza, dilatas tus misericordias y aseguras la gloria que se te debe por santo, sabio, todopoderoso, benigno, liberal y solo principio y autor de todo bien. Ninguno es santo como tú, ninguno es fuerte como tú, ninguno altísimo fuera de ti, que levantas del polvo al mendigo, resucitas de la nada y enriqueces al pobre necesitado. Tuyos son, oh Dios altísimo, los términos y polos de la tierra y todos los orbes celestiales. Tú eres Señor y Dios verdadero de las ciencias; tú mortificas y das vida; tú humillas y derribas al profundo los soberbios, levantas al humilde según tu voluntad; tú enriqueces y empobreces, para que en tu presencia no se pueda gloriar toda carne, ni el más fuerte presuma de su fortaleza, ni el más flaco desmaye y desconfíe en su fragilidad y vileza.

787. Confiésote Señor verdadero, Rey y Salvador del mundo, Jesucristo. Confieso y alabo tu santo nombre y doy la gloria a quien da la sabiduría. Confiésote soberana Reina de los cielos María santísima, digna Madre de mi Señor Jesucristo, templo vivo de la divinidad y depósito de los tesoros de su gracia, principio de nuestro remedio, restauradora de la general ruina del linaje humano, nuevo gozo de los santos, gloria de las obras del Altísimo y único instrumento de su omnipotencia. Confiésote por Madre dulcísima de misericordia, refugio de los miserables, amparo de los pobres y consuelo de los afligidos; y todo lo que en ti, por ti y en ti confiesan los espíritus angélicos y los santos, todo lo confieso, y lo que en ti y por ti alaban a la divinidad y la glorifican, todo lo alabo y glorifico, y por todo te bendigo y magnifico, confieso y creo. Oh Reina y Señora de todo lo criado, que por tu sola y poderosa intercesión y porque tus ojos de clemencia me miraron, por esto convirtió a mí tu Hijo

santísimo los de su misericordia, y mirándome como Padre, no se dedignó por ti de escoger a este vil gusanillo de la tierra y la menor de las criaturas para manifestar sus venerables secretos y misterios. No pudieron extinguir su caridad inmensa las muchas aguas de mis culpas y pecados e ingratitudes y miserias, y mis tardas y torpes groserías no pusieron término ni ahogaron la corriente de la divina luz y sabiduría que me ha comunicado.

788. Confieso, oh Madre piadosísima, en presencia del cielo y de la tierra, que conmigo misma y con mis enemigos he luchado y mi interior se ha conturbado entre mi indignidad y mi deseo de sabiduría. Extendí mis manos y lloré mi insipiencia, encaminé mi corazón y encontré con el conocimiento, poseí con la ciencia la quietud y cuando la he amado y buscado hallé buena posesión y no quedé confusa. Obró en mí la fuerte y suave fuerza de la sabiduría, manifestóme lo más oculto y a la ciencia humana más incierto. Púsome delante los ojos a ti, oh imagen especiosa de la divinidad y Ciudad Mística de su habitación, para que en la noche y tinieblas de esta mortal vida me guiases como estrella, me alumbrases como luna de la inmensa luz, para que yo te siguiese como a Capitana, te amase como a Madre, te obedeciese como a Señora, te oyese como a Maestra y en ti como en espejo inmaculado y puro me mirase y compusiese con la noticia y nuevo ejemplo de tus inefables virtudes y obras, suma perfección y santidad.

789. Pero ¿quién pudo inclinar a la suprema Majestad para que tanto se inclinase a una vil esclava, sino tú, oh Reina poderosa, que eres la magnitud del amor, la latitud de la piedad, el fomento de la misericordia, el portento de la gracia y la que llenaste los vacíos de las culpas de todos los hijos de Adán? Tuya es, Señora, la gloria, y tuya es también esta Obra que yo he escrito, no sólo porque es de tu Vida santísima y admirable, sino porque tú le diste principio, medio y fin, y si tú misma no fueras la Autora y Maestra no viniera en pensamiento humano. Sea, pues, tuyo, el agradecimiento y el retorno, porque tú sola puedes darle dignamente a tu Hijo santísimo y nuestro Redentor de tan raro y nuevo beneficio. Yo sólo puedo

suplicártelo en nombre de la Santa Iglesia y mío. Así deseo hacerlo, oh Madre y Reina de las virtudes, y humillada en tu presencia, más que lo ínfimo del polvo, confieso haber recibido este favor y los que jamás pude merecer. Sólo aquéllo he escrito que me has enseñado y mandado, sólo soy instrumento mudo de tu lengua, movido y gobernado por tu sabiduría. Perfecciona tú esta obra de tus manos, no sólo con la digna gloria y alabanza del Altísimo, pero ejecuta lo que falta, para que yo obre tu doctrina, siga tus pasos, obedezca tus mandatos y corra tras el olor de tus ungüentos, que es el de la suavidad y fragancia de tus virtudes, que con inefable dignación has derramado en esta Historia.

790. Yo me reconozco, oh Emperatriz del cielo, como la más indigna, la más obligada entre los hijos de la Santa Iglesia. Y para que en ella y en la presencia del Altísimo y tuya no se vea la monstruosidad de mis ingratitudes, propongo, ofrezco y quiero que se entienda que renuncio todo lo visible y lo terreno, y cautivo de nuevo mi libertad en la voluntad divina y en la tuya, para no usar de mi albedrío fuera de lo que sea de su mayor agrado y gloria. Ruégote, bendita entre las criaturas, que así como por la clemencia del Señor y tuya tengo sin merecerlo el título de su esposa y tú me diste el de hija y discípula y el mismo Señor Hijo tuyo tantas veces se dignó de confirmarle, no permitas, oh purísima Señora, que yo degenere de estos nombres. Tu protección y amparo me asistieron para escribir tu milagrosa Vida; ayúdame ahora para ejecutar la doctrina, en que consiste la vida eterna. Tú quieres y me mandas que te imite; estampa y grava en mí tu viva imagen. Tú sembraste la semilla santa en mi terreno corazón; guárdala y foméntala, Madre, Señora y Dueña mía para que dé fruto centésimo. No me la roben las aves de rapiña, el Dragón y sus demonios, cuya indignación he conocido en todas las palabras que de ti, Señora mía, dejo escritas. Encamíname hasta el fin, mándame como Reina, enséñame como Maestra y corrígeme como Madre. Recibe en agradecimiento tu misma vida y el sumo agrado que con ella diste a la beatísima Trinidad como epílogo de sus maravillas. Alábante los Ángeles y Santos, conózcante todas las naciones y generaciones, y todas las criaturas en

ti y por ti bendigan a su Criador eternamente, y a ti te alaben, y mi alma y todas mis potencias te magnifiquen.

791. Esta divina Historia, como en toda ella queda repetido, dejo escrita por la obediencia de mis prelados y confesores que gobiernan mi alma, asegurándome por este medio ser voluntad de Dios que la escribiese y que obedeciese a su beatísima Madre, que por muchos años me lo ha mandado. Y aunque toda la he puesto a la censura y juicio de mis confesores, sin haber palabra que no la hayan visto y conferido conmigo, con todo eso la sujeto de nuevo a su mejor sentir y sobre todo a la enmienda y corrección de la Santa Iglesia Católica Romana, a cuya censura y enseñanza, como hija suya, protesto estoy sujeta, para creer y tener sólo aquello que la misma Santa Iglesia nuestra madre aprobare y creyere, y para reprobar lo que reprobare, porque en esta obediencia quiero vivir y morir. Amén.

EPILOGO

792. A las religiosas del Convento de la Concepción Inmaculada de la villa de Ágreda, sor María de Jesús, su indigna sierva y abadesa, en nombre de la soberana Reina María santísima concebida sin pecado original.

Carísimas hijas y hermanas mías presentes y futuras en este convento de la Inmaculada Concepción de nuestra gran Reina y Señora: desde la hora que la Providencia del Señor me puso por la obediencia en el oficio de prelada que indignamente tengo, sentí mi corazón herido con dos flechas de dolor que hasta ahora le penetran y lastiman. La primera fue el temor de ver puesto en mis manos y por mi cuenta el vaso de lo más precioso de la Sangre de Cristo nuestro Salvador; que éste es el estado y almas de VV. RR., llamadas y elegidas en virtud de su pasión y muerte para lo más alto de la santidad y pureza de vida; este gran tesoro, depositado en vasos frágiles y encargado el cobro de él a otro más terreno y quebradizo, a la menor, más tibia y negligente, grande admiración y mayor pena pudo darme. La segunda fue consiguiente, que era el cuidado; porque la

que no sabe guardar su viña, ¿cómo guardará las ajenas? La que tiene su consuelo, alivio y remedio en obedecer, ¿con qué aliento perdería este bien que conocía y se pondría a mandar lo que ignoraba? Muchas veces han oído VV. RR., que la pureza virginal y la castidad religiosa es el primero, más fragante y gustoso fruto de la vida y muerte de nuestro Salvador Cristo, y con estos honrosos títulos la celebraba nuestro Seráfico Padre San Francisco. Y si por todos y para todos derramó Su Majestad la sangre de sus sagradas venas, pensemos las religiosas que para nosotras nos aplicó ésta, y singularmente la de su corazón, pues no fue sin misterio decirle él mismo a la Esposa que se le había herido (Cant 4, 9); y quien se deja herir el corazón no quiere negar su sangre y parece que la derrama y ofrece con mayor amor. Y por lo menos, hermanas mías, conocemos todas en la doctrina verdadera y católica que nos cría la Santa Iglesia, que a las almas puras y religiosas las trata Cristo nuestro sumo bien como a esposas, con especiales regalos, caricias, favores y familiaridad, como donde tiene sus delicias, coge el fruto de su sangre, logra su vida y doctrina, su pasión y dolorosa muerte; y de esta verdad está llena toda la Escritura y cuanto VV. RR. oyen cada día de los misterios de los Cantares.

793. No extrañarán VV. RR. con esto mi dolor y cuidado, sí ya que no quieran examinar tanto mi flaqueza examine consigo misma cada una la suya. Conozcan VV. RR. que todas somos de un mismo barro y masa quebradiza, mujeres imperfectas e ignorantes, y ninguna más que la que debía serlo menos; y esto todas deben conocerlo y confesarlo, para que todas temamos el peligro. Cuánto mayor sea el de la prelada que el de las súbditas, pudieran penetrarlo VV. RR., si pusieran en una balanza su descanso y consuelo y en otra mi tormento y aflicciones. Treinta años ha cumplidos que estoy en este oficio, y ¿qué consuelo o qué sosiego puede tener una prelada, sabiendo que si duerme, y aun si dormita, aventura el tesoro que le han entregado, pues para asegurarnos el Señor que es guarda de Israel nos dice (Sal 120, 4) que ni duerme ni dormita?

794. Fuerte cosa es mandar Dios a una criatura terrena y flaca que no duerma, pero pedirle que no dormite ¿quién lo

pudiera tolerar, si el mismo Señor no fuera la centinela que nos guarda con desvelo, la virtud que nos da fuerzas, la luz que nos encamina, el escudo que nos defiende y el autor que hace todas nuestras obras? Muchas veces me han visto VV. RR. afligida, otras impaciente y todas descontenta en este oficio, y las confieso que con la experiencia de mis negligencias hubiera desmayado en él, si Dios no me hubiera confortado como Padre de consolación y misericordias. Confieso sus reales mandatos y promesas y que llegando la ocasión siempre me ha mandado que admita el gobierno de VV. RR. y obedezca a mis prelados, prometiéndome la asistencia de su gracia poderosa; y para mayor quietud y satisfacción mía, sin manifestar yo el orden del Señor, ha movido a nuestros superiores y prelados, prometiéndome el acierto en la obediencia, para que me obligasen con su autoridad y fuerza, y con esto he rendido mi dictamen al yugo que me ha puesto, que son todas VV. RR.

795. A esta seguridad se dignó el Señor de añadir otra por mano de su divina Madre: porque la Reina y Señora me ordenó y enseñó que convenía obedecer al Muy Alto y a sus ministros, encargándome de su casa, y para que a mí no se me frustrase el deseo de obedecer y ser súbdita haría su dignación oficio de prelada conmigo y me gobernaría en todo, y yo obedecería a Su Majestad y VV. RR. a mí. En esta ocasión, que fue cuando entré en el gobierno, me mandó la beatísima Madre escribiese la Historia de su Vida, porque esta era su voluntad y de su Hijo santísimo, como lo dejo declarado en la primera introducción, donde también dije cómo se continuaron estos mandatos con la dilación de dar principio a la obra. Desde el primer día conocí mucho de la grandeza de este asunto y no fue lo que menos me acobardaba, aunque el legítimo impedimento para excusarme de escribir eran mis culpas y tibieza. De los fines que el mismo Señor ha tenido en esta obra, no fui tan informada en los principios, porque a mí me bastaba obedecer al Altísimo y a mis prelados sin otro examen de su santa voluntad. Después en el discurso de lo que dejo escrito he dicho le que me ha ordenado y manifestado la gran Reina del cielo en orden a mi propio bien y aprovechamiento, y no menos al de VV. RR., como lo

entenderán cuando lean esta Vida santísima, y encontrarán en ella muchas veces las amonestaciones y advertencias que la misma clementísima Reina me ha mandado diese a todas VV. RR.

796. Pero en el fin de esta divina Historia quiero declararme más, advirtiendo a VV. RR. de la obligación en que las ha puesto nuestra gran Reina del cielo; porque muchas veces he conocido en su maternal corazón el amor especial con que mira a este pobre convento, y que por esto, y obligada de los buenos deseos y oraciones de VV. RR. se ha inclinado a hacernos este singular beneficio a nosotras y a nuestras sucesoras, dándonos su Vida santísima por arancel y espejo clarísimo y sin mácula para componer las nuestras. Y cuando no tuviera yo otras razones para conocer esta voluntad de nuestra piadosa Madre y Maestra, era indicio claro para todas el haberme mandado Su Majestad escribir su Vida santísima. Esta dignación tan maternal moderó mis despechos, consoló mi tristeza y alentó mi afligido corazón; porque de verdad, hermanas mías, aunque soy tan tibia y sin virtud, conocí que debía trabajar para obligar a VV. RR. cuanto era de mi parte para que fuesen ángeles en la pureza, diligentes en la perfección, encendidas en el amor que pide el nombre y el estado que profesamos de hijas de María purísima y esposas de su Hijo santísimo nuestro Redentor.

797. Yo pude desear todo esto y muchos bienes para VV. RR., pero no pude merecerlos, ni me hallaba capaz para criar y alimentar a VV. RR. con la doctrina y ejemplo que habían menester y yo debía darlas. Esta falta recompensó nuestra amantísima Reina y Madre, dándosenos a sí misma en doctrina y ejemplar, que fue lo que más pudo darnos en la vida mortal en que estamos. A este singular beneficio se llegó otro, que todas VV. RR. conocen, pero no saben todo lo que monta para estimarlo; y que ni VV. RR. ni las que vinieren le juzguen por ceremonia y devoción ordinaria. Esto es, haberse movido sus corazones de todas VV. RR. con especial afecto para que eligiesen y nombrasen por Patrona y Prelada de esta comunidad a la beatísima Señora, concebida sin pecado original. Yo propuse a VV. RR. este intento por las razones que arriba dije, y por

otras que no es necesario referir, y en virtud de todas hicimos el papel de Patronato de la Reina que tenemos escrito, para que ninguna de nuestras sucesoras lo ignoren ni deroguen y para que todas las preladas se reputen y tengan por coadjutoras y vicarias de María santísima, nuestra única y perpetua Prelada, y todas la obedezcamos y obedezcan, pues en esto consiste todo nuestro acierto y buenas dichas.

798. Con esta condición me concedió la divina Madre este favor, porque yo soy la primera y que más lo había menester, como la más inferior e indigna de las criaturas. Y porque este beneficio fue confirmación del primero, quiero que entiendan VV. RR. que la elección y nombramiento que hicimos de Patrona y Prelada, le aceptó la gran Reina y le recibió y confirmó su Hijo santísimo, y ésta es la fuerza que tiene en el Cielo. Con estas diligencias he puesto en manos de María santísima el vaso de la sangre preciosa que me entregó el Señor en sus almas de VV. RR. para dar de él el mejor cobro que deseo. Y como no por esto quedo libre de la obligación y cuidado que me toca, me pongo a los pies de VV. RR. y de todas las que vinieren a este convento y las pido y ruego por el mismo Señor y su dulcísima Madre se reconozcan por obligadas y atadas con tan fuertes y suaves cadenas del amor divino sobre todas las hijas de la Iglesia y de nuestra sagrada religión. Despídanse VV. RR. del mundo, olvídenle de todo corazón, sin memoria de criaturas ni de las casas de sus padres, desocupen todas sus potencias y sentidos de otras imágenes y cuidados peregrinos, que para desempeñarse de esta deuda tienen mucho que hacer, y no pueden satisfacer a Cristo nuestro Señor ni a su Madre santísima con una virtud común y ordinaria, si no es con vida y pureza angélica. El retorno se ha de medir y pesar con el beneficio; pues ¿cómo pagarán VV. RR. con lo que pagan otras almas si deben más que todas? Bien pudiera Cristo nuestro Salvador y su Madre santísima hacer con este convento lo que hacen comúnmente con otros, pero su clemencia divina se ha extendido pródigamente con nosotras. Pues ¿en qué ley y razón cabe que nosotras no nos señalemos en el amor, en la humildad, en la pobreza, en el olvido del mundo y en la perfección de la vida?

799. Nuestra gran Reina y Prelada cumple con este oficio como fidelísima y verdadera superiora. Y en fe de esto, antes de acabar de escribir esta tercera parte y pensando yo cómo le dedicaría su misma Historia y Vida santísima, me respondió al deseo aprobándole y admitiéndole, porque todo era de la misma Señora; pero luego me mandó que la dedicase y ofreciese a VV. RR., para enseñarlas en ella y por ella el camino de la vida y la perfección altísima, a donde somos llamadas y escogidas del mundo. Y aunque esto es lo que he querido manifestar a VV. RR. en lo que aquí escribo, me ha parecido referirles las mismas palabras y razones con que me mandó Su Majestad que de su parte se lo intimase, y porque en ellas hablará nuestra Prelada, callaré yo. Las razones fueron éstas:

800. Hija mía, dedica esta obra a tus monjas nuestras súbditas, y de mi parte les dirás que se la doy por espejo en que adornen sus almas y como tablas de la divina ley, que en ellas se contiene clarísima y expresamente. Por ello quiero se gobiernen y ordenen sus vidas, y para esto las exhorta y pido que la estimen, aprecien y escriban en sus corazones y jamás la olviden. Yo manifesté al mundo su remedio, y a ellas en primer lugar, para que sigan mis pisadas, que con tanta claridad les pongo delante de los ojos, y todo es con Providencia del Altísimo. Tres cosas quiere Su Majestad que inviolablemente guarden y conserven las monjas de este convento. La primera, olvido del mundo, viviendo alejadas y retiradas de todo trato, conversaciones e íntimas amistades con todo género de criaturas, de cualquier estado y sexo o condición que sean, y que jamás hablen a nadie del siglo a solas, ni con frecuencia, aunque sea con buenos fines, si no es confesor para confesarse. La segunda, que guarden paz y caridad inviolable entre sí mismas, amándose en Dios unas a otras de todo corazón, sin parcialidades, divisiones, ni rencillas, antes cada una quiera para todas lo que para sí misma. La tercera, que se ajusten estrechamente a su regla y constituciones en lo mucho y en lo poco, como fidelísimas esposas, Y para todo esto sean especiales devotas mías, con un afecto muy cordial, y también del Santo Arcángel Miguel y de mi siervo San Francisco. Y si alguna intentare

con osadía alterar alguna cosa de las que están escritas en el papel de mi patronato o despreciare este singular beneficio de mi vida como está escrita, entienda que incurrirá en la indignación del Altísimo y en la mía y será castigada en esta vida y en la otra con la severidad de la divina justicia. Y a las que con celo de sus almas, de la honra del Señor y la mía, trabajaren en la guarda y aumento de esta vida y observancia y recogimiento de la comunidad, de la paz y caridad que de ellas quiero, las doy mi palabra como Madre de Dios, que las seré Madre, Amparo y Prelada suya, las consolaré y cuidaré de ellas en la vida mortal y después las presentaré a mi Hijo santísimo. Y si algún otro convento de religiosas, así de mi Orden de la Concepción, como otro cualquier instituto, quisiere admitir, estimar y obrar esta doctrina, le hago la misma promesa que a tus monjas.

801. Hasta aquí son las palabras que me dijo la gran Señora y Reina de los cielos, con que excusara yo las mías, si no me compeliera el amor que VV. RR. me han merecido por sufrirme tantos años, no sólo por hermana, sino como a prelada indignísima. Este agradecimiento no le puedo negar a tanta caridad ni le puedo pagar más adecuadamente que con pedir a VV. RR., repetidas veces no olviden jamás las promesas y amenazas que han oído, advirtiendo que son palabras de Reina poderosa y Soberana liberalísima en cumplirlas y severa para castigar a quien la ofendiere. Esta exhortación, aviso y amonestación deseo ponderar a VV. RR. recompensando con mis instancias la brevedad de la vida, que, si bien no sé cuánto me la dará el Señor, pero el más largo plazo es brevísimo para satisfacer tantas obligaciones, y así quisiera que todas las conversaciones de VV. RR. fueran siempre renovando esta memoria y beneficios del Señor y de su beatísima Madre, sin acordarse de otra cosa.

802. Acuérdense también VV. RR., hermanas y amigas mías, no sólo de los beneficios ocultos y secretos, sino de los que a vista del mundo ha hecho Dios con este convento desde el día de su fundación, aumentándolos cada hora con su liberal clemencia. A todos pareció milagro que, con la pobreza de mis padres se le diese principio y que para esto

conformase las voluntades de su familia, que para estar unidas no eran pocas seis personas si no obrara la diestra del Altísimo. Luego nos fundó casa en brevísimo tiempo, sin tener hacienda para el más moderado sustento, y la brevedad, el modo y disposición del convento conveniente y no excesivo, y fue para todos de admiración lo que ha obrado la divina gracia. A esto se juntan otros beneficios, que si bien no es necesario referirlos, porque VV. RR. no los ignoran, pero obligan a los corazones humildes y agradecidos para dar a Dios el retorno de tanta clemencia y al mundo la satisfacción que debemos, desvelándonos para ser tales y tan buenas como piensan de nosotras y mejores de lo que hasta ahora hemos sido. Todo esto han visto VV. RR. en poco tiempo.

803. Y para concluir con mayor eficacia la súplica y amonestación que les hago, referiré algunos sucesos que se me han ofrecido cuando ya tenía adelante esta Historia y me manda la obediencia escriba algo aquí para que VV. RR. conozcan lo que han de estimar la doctrina de la Reina del cielo. Sucedióme un día de la Inmaculada Concepción estando en el coro en Maitines, que reconocía una voz que me llamaba y pedía nueva atención a lo alto. Y luego fui levantada de aquel estado a otro más superior, donde vi al trono de la Divinidad con inmensa gloria y majestad. Salió del trono una voz que me parecía se podía oír de todo el universo, y decía: Pobres, desvalidos, ignorantes, pecadores, grandes, pequeños, enfermos, flacos y todos los hijos de Adán, de cualesquiera estados, condiciones y sexos, prelados, príncipes e inferiores, oíd todos desde el oriente al poniente y desde el uno al otro polo; venid por vuestro remedio a mi liberal e infinita providencia por la intercesión de la que dio carne humana al Verbo. Venid, que se acaba el tiempo y se cerrarán las puertas, porque vuestros pecados echan candados a la misericordia. Venid luego y daos prisa, que sola esta intercesión los detiene y sola ella es poderosa para solicitar vuestro remedio y alcanzarle.

804. Tras de esta voz del trono vi que del mismo Ser divino salían cuatro globos de admirable luz y como unos cometas refulgentísimos se derramaban por las cuatro

partes del mundo. Y luego se me dio a entender que en estos últimos siglos quería el mismo Señor engrandecer y dilatar la gloria de su beatísima Madre y manifestar al mundo sus milagros y ocultos sacramentos, reservados por su providencia para el tiempo de su mayor necesidad y que en ella se valga del socorro, amparo y poderosa intercesión de nuestra gran Reina y Señora. Pero vi luego que de la tierra se levantaba un Dragón muy disforme y abominable, con siete cabezas, y de lo profundo salían otros muchos que le seguían, y todos rodearon al mundo, buscando y señalando algunas personas para valerse de ellas y oponerse a los intentos del Señor y procurar impedir la gloria de su Madre santísima y los beneficios que por su mano se prevenían para todo el orbe. Procuraban el astuto Dragón y sus secuaces derramar humo y veneno, que oscureciese, divirtiese e inficcionase a los hombres, para que no buscasen y solicitasen el remedio de sus propias calamidades por intercesión de la dulcísima Madre de Misericordia y que no la diesen la gloria que para obligarla convenía.

805. Causóme justo dolor esta visión de los dragones infernales. Y luego vi que en el cielo se prevenían y se formaban dos ejércitos bien ordenados para pelear contra ellos. El un ejército era de la misma Reina y de los Santos, el otro era San Miguel y sus Ángeles. Conocí que de una y otra parte sería muy reñida la batalla, pero como la justicia y la razón y el poder están de parte de la Reina del mundo, no quedaba que temer en esta demanda. Pero la malicia de los hombres engañados por el Dragón infernal puede impedir mucho los fines altísimos del Señor, porque en ellos pretende nuestra salvación y vida eterna; y como de nuestra parte es necesaria nuestra libre voluntad, con ella puede la perversidad humana resistir a la bondad divina. Y aunque por ser ésta causa de la Reina y Señora de todos era justo que los hijos de la Iglesia la tomaran por propia, a las religiosas de esta casa nos toca esta obligación más de cerca, porque somos hijas y primogénitas de esta gran Madre y militamos debajo de su nombre y del primero de sus privilegios y dones que recibió en su Concepción Inmaculada, y sobre todo esto nos hallamos tan favorecidas de su piedad maternal.

806. En otra ocasión me sucedió que me hallé muy cuidadosa, como era justo, sobre el acierto en escribir esta divina Historia; porque la grandeza de ella excedía a todo pensamiento angélico y humano, y si cometía algún yerro no podía ser pequeño, y otras razones con éstas me afligían en mi natural encogimiento y poca virtud. Estando con estos pensamientos fui llamada y puesta en otro estado superior y vi al trono real de la Santísima Trinidad con las tres Personas divinas y a la diestra del Hijo sentada su Madre Virgen, y todos con inmensa gloria. Hubo como silencio en el cielo, atendiendo todos los Ángeles y Santos a lo que se hacía en el trono de la Suprema Majestad. Y vi que la persona del Padre sacaba como del pecho de su ser infinito e inmutable un libro hermosísimo de gran estimación y riqueza, más que se puede pensar y ponderar, pero cerrado, y entregándole al Verbo humanado le dijo: Este libro y todo lo que en él se contiene es mío y de mi beneplácito y agrado.—Recibióle Cristo nuestro Salvador con mucha estimación y aprecio, y como llegándole a su pecho confirmaron lo mismo el Verbo divino y el Espíritu Santo. Y luego le entregaron en manos de María santísima, que lo recibió con incomparable agrado y gusto. Yo atendía a la hermosura y belleza del libro y a la aprobación que de él se hacía en el trono de la divinidad, y esto me despertó un íntimo afecto y deseando saber lo que contenía, pero el temor y reverencia me detenía para no atreverme a preguntarlo.

807. Lugo me llamó la gran Señora del cielo y me dijo: ¿Quieres saber qué libro es éste que has visto? Pues atiende y mírale.—Abrióle la divina Madre y púsomele delante para que yo lo pudiese leer. Hícelo y hallé que era su misma Historia y vida santísima que yo había escrito, con su mismo orden y capítulos. Con esto añadió la Reina: Bien puedes estar sin cuidado.—Esto me dijo la beatísima Madre para quietar y moderar mis temores, como lo hizo; porque estas verdades y beneficios del Señor son de condición, que no dejan en el alma por entonces turbación ni duda, antes con una suavísima fuerza la llenan, ilustran, satisfacen y sosiegan. Verdad es también que no por esto se da por vencida la ira del Dragón, y permitiéndoselo el

Señor para nuestro ejercicio vuelve a molestar a las almas como inoportuna mosca. Y así lo ha hecho conmigo, sin haber palabra en esta Historia que no haya contradicho con infatigable porfía y tentaciones, que no es necesario referirlas. La más ordinaria ha sido decirme que todo lo que escribía es imaginación mía o discurso natural; otras veces, que era falso y para engañar al mundo. Y es tanta la enemiga que ha tenido con esta obra, que por desvanecerla se humillaba este Dragón a decir que a lo más venía a ser meditación y efecto de la oración ordinaria.

808. De todas estas persecuciones me ha defendido el Señor con el escudo y dirección de la obediencia, sus consejos y doctrina; y para confirmarse en el beneficio que he referido, añadió otro semejante a éste. Cuando daba fin a esta Historia, y que un día en la oración de la comunidad, por el modo que otras veces me pusieron a la vista del trono de la divinidad, y después de los actos y operaciones que allí hace el alma, vi que del mismo ser de Dios, como por la persona del Padre, se levantaba un árbol de inmensa grandeza y hermosura. A un lado y otro estaba Cristo nuestro Salvador y su beatísima Madre, y el árbol entre los dos. En las hojas de este árbol estaban escritos todos los misterios y sacramentos de la encarnación, vida, muerte y obras de Cristo nuestro bien y todos los de la vida y privilegios de su Madre santísima; y cada uno en particular y todos en común los entendí yo como los dejo escritos. El fruto de este árbol era como fruto de la vida, y el árbol conocí verdaderamente era el que significaba el otro que plantó Dios en medio del paraíso terreno. Miraban los Santos con atención y gozo este árbol, y los Ángeles con admiración decían: ¿Qué árbol es éste de tan rara hermosura, que nos causa emulación de los que gozan de sus frutos? Dichosos y felices aquéllos que le cogieren y gustaren, para recibir tanta gracia y vida eterna como en sí mismo encierra. ¿Es posible que puedan los mortales alimentarse con este fruto y no se apresuren por cogerle? Venid, venid todos, que ya su fruto está en sazón para gustarle. La flor que alimentó a los Antiguos Padres y Profetas ya llegó a ser suavísimo y dulcísimo fruto. Las ramas que tan levantadas estaban ya se han inclinado para todos. Convirtiéronse a mí los Ángeles, y me

dijeron: Esposa del Altísimo, coge tú con abundancia la primera, pues tienes tan cerca este árbol de la vida. Sea éste el fruto de tu trabajo en haberle escrito y el agradecimiento de habértelo manifestado, y clama al Omnipotente para que todos los hijos de Adán le conozcan y logren la ocasión en el tiempo que les toca y alaben al Muy Alto en sus maravillas.

809. No es necesario referir a VV. RR. otros sucesos para aficionarlas a este árbol y a sus frutos. Póngosele delante de sus ojos, para que extiendan sus manos y los cojan y gusten. Y les aseguro, hermanas carísimas, que no les sucederá lo que a nuestra madre Eva, porque aquel árbol y su fruto eran vedados, pero con éste convida a VV. RR. el mismo Señor que le plantó para esto. Aquel era árbol y fruto que encerraba en sí la muerte; éste contiene la vida. Y gustemos del que nos ofrece nuestra Patrona y Prelada y alejémonos del que nos tiene prohibido, que para no tocarle es menester no mirarle, y para no gustarle no tocarle. Y para que VV. RR. se dispongan mejor con los ejercicios y retiro que a tiempos acostumbran en la Religión, les daré una forma de hacerlos, sacándola de esta Historia, como en ella queda dicho (Cf. supra n. 679) me lo ha mandado la Reina. Y en el ínterin tomen la de la pasión de Cristo nuestro Señor como está escrita (Se refiere al *Tratado breve de la Pasión de Nuestro Redentor,* que escribió, al parecer, en su juventud.) y pídanle VV. RR. su divina gracia para mí, como para sí mismas; y su bendición eterna venga sobre todas. Amén.

Acabé de escribir esta divina Historia y Vida de María santísima la segunda vez a seis de mayo del año mil seiscientos y sesenta, día de la Ascensión de Cristo nuestro Señor. Suplico a las religiosas de esta comunidad no consientan que les falte este original del convento; y que si fuere necesario para el examen y censura, den un traslado; y si le pidieren para concordar el traslado con el original, no le den sino de libro en libro, volviendo a cobrar cada uno, por evitar muchos inconvenientes y por ser voluntad de Dios y de la Reina del cielo.

Fin de la Mística Ciudad de Dios

A.M.D.G.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: Parte 3

CAPITULO 19

Contiene la última parte del capítulo 21 del Apocalipsis en la concepción de María Santísima.

283. El texto de la última y tercera parte del Apocalipsis, capítulo 21, que voy explicando, es como se sigue: *Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados con todas las preciosas piedras. El primer fundamento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedonia; el cuarto, esmeralda; el quinto, sardonio; el sexto, sardio; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el nono, topacio; el décimo, crisoprasio; el undécimo, jacinto; el duodécimo, ametisto. Y las doce puertas son doce margaritas por cada una; y cada puerta de cada margarita, y la plaza de la ciudad, oro limpio como vidrio lucidísimo. Y no vi templo en ella, porque el Señor Dios omnipotente es su templo, y el Cordero. Y la ciudad no ha menester sol ni luna que le den luz, porque la claridad de Dios la iluminó, y su lucerna es el Cordero. Y las gentes caminarán con su luz, y los reyes de la tierra llevarán a ella su honor y su gloria. Y sus puertas no estarán cerradas por el día; que allí no se hallará noche. No entrará en ella cosa alguna manchada, o que comete abominación y mentira, mas de aquellos que están escritos en el libro de la vida del Cordero (Ap., 21, 19-27).* Hasta aquí llega la letra y texto del capítulo 21 que voy declarando.

284. Habiendo elegido el Altísimo Dios esta Ciudad Santa de María para su habitación, la más proporcionada y

agradable que fuera de sí mismo en pura criatura podía tener, no era mucho que de los tesoros de su Divinidad y méritos de su Hijo Santísimo fabricase los fundamentos del muro de su ciudad adornados con todo género de piedras preciosas; para que con igual correspondencia, la fortaleza y seguridad —que son los muros— y su hermosura y alteza de santidad y dones —que son las piedras preciosas— y su concepción —que es el fundamento del muro— fuesen proporcionadas en sí mismas y con el fin altísimo para que la fundaba, que era vivir en ella por amor y por la humanidad que recibió en su virginal vientre. Todo esto dijo el Evangelista como lo conoció en María Santísima, porque a su dignidad y santidad, y a la seguridad que pedía el haber de vivir Dios en ella como en fortaleza invencible, le convenía que los fundamentos de sus muros, que eran los primeros principios de su Concepción Inmaculada, se fabricasen de todo género de virtudes y en grado eminentísimo y tan precioso, que no se hallasen otras piedras más ricas para fundamento de este muro.

285. *El primer fundamento* o piedra, dice que era *de jaspe,* cuya variedad y fortaleza dice la constancia o fortaleza que le fue infundida a esta gran Señora en el punto de su Concepción Santísima, para que con aquel hábito quedara dispuesta por el discurso de su vida para obrar todas las virtudes con invencible magnificencia y constancia. Y porque estas virtudes y hábitos que se le concedieron e infundieron a María Santísima en el instante de su concepción, significadas por estas piedras preciosas, tuvieron singulares privilegios que le concedió el Altísimo en cada una de estas doce piedras, los manifestaré como me fuere posible, para que se entienda el Misterio que encierran los doce fundamentos de la Ciudad de Dios. En este hábito de fortaleza general se le concedió especial superioridad y como imperio sobre la antigua serpiente, para que la pudiese rendir, vencer y sujetar, y para que a todos los demonios les pusiese un género de terror, que huyesen de ella y de muy lejos la temiesen, como temblando de acercarse a su divina presencia; y por esto no llegaban a María Santísima sin ser afligidos con gran pena. Anduvo tan liberal la Divina Providencia con Su Alteza, que no sólo no la entró en las leyes comunes de los hijos del primer padre,

librándola de la culpa original y de la sujeción al demonio que contraen los que en ella son comprendidos, sino que apartándola de todos estos daños, juntamente la concedió el imperio que perdieron todos los hombres contra los demonios, por no haberse conservado en el estado de la inocencia. Y a más de esto, por ser Madre del Hijo del Eterno Padre, que bajó a sus entrañas a destruir el imperio de maldad de estos enemigos, se le concedió a la Eminentísima Señora potestad real, participada del ser de Dios, con que sujetaba, a 'los demonios y los enviaba repetidas veces a las cavernas infernales, como adelante diré (Cf. infra p. III n. 447-455).

286. *El segundo es zafiro.* Esta piedra imita al color del cielo sereno y claro y señala unos como punticos o átomos de oro refulgente, que significa la serenidad y tranquilidad que concedió el Altísimo a los dones y gracias de María Santísima, para que siempre gozase, como cielo inmutable, de una paz serena y sin nubes de turbación, descubriéndose en este sereno unos visos de divinidad desde el instante de su Concepción Inmaculada, así por la participación y similitud que tenían sus virtudes de los atributos divinos, en especial con el de la inmutabilidad, como porque muchas veces, siendo viadora, se le corrió la cortina y vio claramente a Dios, como adelante diré (Cf. infra n. 623); concediéndola Su Majestad en este don singular privilegio y virtud para comunicar sosiego y serenidad de entendimiento a quien la pidiere por medio de su intercesión. Así la pidieran todos los católicos, a quienes las tormentas inquietas de los vicios tienen mareados y turbados, como la consiguieran.

287. *El tercero es calcedonia.* Toma el nombre esta piedra de la provincia donde se halla, que se llama Calcedonia. Es del color del carbunco, y de noche imita su resplandor al de una linterna. El misterio de esta piedra es manifestar el nombre de María Santísima y su virtud. Tomóle de esta provincia del mundo donde se halló, llamándose hija de Adán como los demás, y María, que mudado el acento en latín significa los mares; porque fue el océano de las gracias y dones de la divinidad. Y vino al mundo por medio de su Concepción Purísima, para anegarle e inundarle con ellas,

absorbiendo la malicia del pecado y sus efectos, y desterrando las tinieblas del abismo con la luz de su espíritu iluminado con la lumbre de la sabiduría divina. Concedióla el Altísimo, en correspondencia de este fundamento, especial virtud para que por medio de su Nombre Santísimo de María ahuyentase las espesas nubes de la infidelidad y destruyese los errores de las herejías, paganismo, idolatría, y todas las dudas de la fe católica. Y si los infieles se convirtiesen a esta luz, invocándola, cierto es que muy presto sacudirían de sus entendimientos las tinieblas de sus errores y todos se anegarían en este mar por la virtud de lo alto, y para esto le fue concedida.

288. *El cuarto fundamento es esmeralda,* cuyo color verde y alegre, recrea la vista sin fatigarla, y declara misteriosísimamente la gracia que recibió María Santísima en su concepción, para que siendo amabilísima y graciosa en los ojos de Dios y de las criaturas, sin ofender jamás su dulcísimo nombre y memoria, conservase en sí misma el verdor y fuerza de la santidad, virtudes y dones que recibiese y se le concediesen. Y diole actualmente en esta correspondencia el Altísimo, que pudiese distribuir este beneficio, comunicándole a sus fieles devotos que para conseguir la perseverancia y firmeza en la amistad de Dios y en las virtudes la llamaren.

289. *El quinto es sardonio.* Esta piedra es transparente y su color más imita al encarnado claro, aunque comprende parte de tres colores: abajo negro, en medio blanco y en lo alto nácar, y todo hace una variedad graciosa. El misterio de esta piedra y sus colores fue significar juntamente a la Madre y al Hijo Santísimo que había de engendrad. Lo negro dice en María la parte inferior y terrena del cuerpo negrecido por la mortificación y trabajos que padeció, y lo mismo de su Hijo Santísimo afeado por nuestras culpas (Is., 53, 2). Lo blanco dice la pureza del alma de la Madre Virgen, y la misma de Cristo, nuestro bien. Y lo encarnado declara en la humanidad la divinidad unida hipostáticamente, y en la Madre manifiesta el amor que de su Hijo Santísimo participó, con todos los resplandores de la Divinidad que se le comunicaron. Fuele concedido por este

fundamento a la gran Reina del Cielo, que por su intercesión y ruegos fuese eficaz con sus devotos el valor, suficiente para todos, de la Encarnación y Redención; y que asimismo para conseguir este beneficio, les alcanzase devoción particular con los misterios y vida de Cristo Señor nuestro.

290. *El sexto, sardio.* Esta piedra también es transparente y, por lo que imita a la llama clara del fuego fue símbolo del don que se le concedió a la Reina del Cielo de arder su corazón en el divino amor incesantemente, como la llama del fuego, porque nunca (hizo intervalo, ni se aplacó la llama de este incendio en su pecho; antes desde el instante de su concepción, donde y cuando se encendió este fuego, siempre creció más, y en el estado supremo que pudo caber en pura criatura, arde y arderá por todas las eternidades. Fuele concedido aquí a María Santísima privilegio especial para dispensar con esta correspondencia el influjo del Espíritu Santo, y su amor y dones, a quien le pidiere por ella.

291. *El séptimo, crisólito.* Esta piedra imita en su color al oro refulgente con alguna similitud de lumbre o fuego, y ésta se descubre más en la noche que en el día. Declara en María Santísima el ardiente amor que tuvo a la Iglesia militante y a sus misterios y Ley de Gracia en especial. Y lució más este amor en la noche que cubrió la Iglesia con la muerte de su Hijo Santísimo y en el Magisterio que tuvo esta gran Reina en los principios de la Ley Evangélica y en el afecto con que pidió su establecimiento y de sus Sacramentos; cooperando a todo —como en sus lugares diré (Cf. infra p. III passim)— con el ardentísimo amor que tuvo a la salud humana; y ella sola fue la que supo y pudo dignamente hacer el aprecio debido de la Ley Santísima de su Hijo. Con este amor fue prevenida y dotada, desde su Inmaculada Concepción, para coadjutora de Cristo nuestro Señor; y se le concedió especial privilegio para alcanzar gracia a quien la llamare, con que se dispongan para recibir los Sacramentos de la Santa Iglesia con fruto espiritual y no poner óbice en sus efectos.

292. *El octavo, berilo.* Este es de color verde y amarillo,

pero más tiene de verde, con que imita y parece a la oliva, y resplandece brillantemente. Representa las singulares virtudes de fe y esperanza que fueron dadas a María Santísima en su concepción, con especial claridad para que emprendiese y obrase cosas arduas y superiores, como en efecto las hizo por la gloria de su Hacedor. Fuele concedido con este don que diese a sus devotos esfuerzo de fortaleza y paciencia en las tribulaciones y dificultades de los trabajos, y que dispensase de aquellas virtudes y dones en virtud de la divina fidelidad y asistencia del Señor.

293. *El noveno, topacio.* Esta piedra es transparente, de color morado, y de valor y estima. Fue símbolo de la honestísima virginidad de María Señora nuestra junto con ser Madre del Verbo Humanado, y todo fue para Su Alteza de grande y singular estimación, con humilde agradecimiento que le duró toda la vida. En el instante de su concepción pidió al Altísimo la virtud de la castidad, y se la ofreció para lo restante de ser viadora; y conoció entonces que le era concedida esta petición sobre sus votos y deseos; y no sólo para sí, sino que la concedió el Señor que fuese maestra y guía de las vírgenes y castas, y que por su intercesión alcanzasen estas virtudes sus devotos y la perseverancia en ellas.

294. *El décimo es crisoprasio,* cuyo color es verde; muestra algo de oro. Significa la muy firmísima esperanza que se le concedió a María Santísima en su concepción, retocada con el amor de Dios que la realzaba. Y esta virtud fue inmóvil en nuestra Reina, como convenía para que a las demás comunicase este mismo efecto; porque su estabilidad se fundaba en la firmeza inmutable de su ánimo generoso y alto en todos los trabajos y ejercicios de su vida santísima, en especial en la muerte y pasión de su benditísimo Hijo. Concediósele con este beneficio que fuese eficaz Medianera con el Altísimo para alcanzar esta virtud de la firmeza en la esperanza para sus devotos.

295. *Undécimo, jacinto,* que muestra el color violado perfecto. Y en este fundamento se encierra el amor que tuvo María Santísima, infuso en su concepción, de la redención del linaje humano, participado de antemano del

que su Hijo y nuestro Redentor había de tener para morir por los hombres. Y como de aquí se había de originar todo el remedio del pecado y justificación de las almas, se le concedió a esta gran Reina especial privilegio con este amor, que le duró desde aquel primer instante, para que por su intercesión ningún género de pecadores, por grandes y abominables que fuesen, si la llamasen de veras, fuesen excluidos del fruto de la redención y justificación, y que por esta poderosa Señora y Abogada alcanzasen la vida eterna.

296. *El duodécimo, ametisto,* de color refulgente con visos violados. El misterio de esta piedra o fundamento corresponde en parte al primero; porque significa un género de virtud que se le concedió en su concepción a María Santísima contra las potestades del infierno, para que sintiesen los demonios que salía de ella una fuerza, aunque no les mandase ni obrase contra ellos, que les afligía y atormentaba si querían acercarse a su persona. Y fuele concedido este privilegio como consiguiente al incomparable celo que esta Señora tenía que exaltar y defender la gloria de Dios y su honra. Y en virtud de este singular beneficio tiene María Santísima particular potestad para expeler los demonios de los cuerpos humanos con la invocación de su dulcísimo nombre, tan poderoso contra estos espíritus malignos que en oyéndole quedan rendidas y quebrantadas sus fuerzas. Estos son en suma los misterios de los doce fundamentos sobre que edificó Dios su Ciudad Santa de María; y aunque contienen otros muchos misterios y sacramentos de los favores que recibió, que no puedo explicarlos, pero en el discurso de esta Historia se irán manifestando, como el Señor me diere luz y fuerzas para decirlo.

297. Prosigue y dice el Evangelista que *las doce puertas son doce margaritas, por cada una puerta una margarita.* El número de tantas puertas de esta ciudad manifiesta que por María Santísima, y por su inefable dignidad y merecimientos, se hizo tan feliz como franca la entrada para la vida eterna. Y era como debido y correspondiente a la excelencia de esta eminente Reina, que en ella y por ella se magnificase la misericordia infinita del Altísimo, abriéndose tantos caminos para comunicarse la divinidad, y para

entrar a su participación todos los mortales por medio de María Purísima, si quisieren entrar por sus méritos e intercesión poderosa. Pero el precio, grandiosidad, hermosura y belleza de estas doce puertas, que eran de margaritas o perlas, declara el valor de la dignidad y gracias de esta Emperatriz de las alturas y la suavidad de su nombre dulcísimo para atraer a Dios a los mortales. Conoció María Santísima este beneficio del Señor, de que la hacía Medianera única del linaje humano y despensera de los tesoros de su divinidad por su Hijo Unigénito. Y con este conocimiento supo la prudente y oficiosa Señora hacer tan preciosos y tan hermosos los merecimientos de sus obras y dignidad, que es asombro de los bienaventurados del cielo, y por eso fueron las puertas de esta ciudad preciosas margaritas para el Señor y los hombres.

298. En esta correspondencia dice que *la plaza de esta ciudad era oro purísimo como vidrio lucidísimo.* La plaza de esta ciudad de Dios, María Santísima, es el interior, donde, como en plaza y lugar común, concurren todas las potencias y asiste el comercio y trato de la república del alma y todo lo que entra en ella por los sentidos o por otros caminos. Esta plaza en María Santísima fue oro lucidísimo y purísimo, porque estaba como fabricada de sabiduría y amor divino. Nunca hubo allí tibieza, ni ignorancia o inadvertencia; todos sus pensamientos fueron altísimos, y sus afectos inflamados en inmensa caridad. Y en esta plaza se consultaron los misterios altísimos de la divinidad; allí se despachó aquel *fíat mihi (Lc., 1, 38),* etc., que dio principio a la mayor obra que Dios ha hecho ni hará jamás; allí se formaron y consultaron innumerables peticiones para el tribunal de Dios en favor del linaje humano; allí están depositadas las riquezas que bastan para sacar de pobreza a todo el mundo, si todos entraren al comercio de esta *plaza.* Y aun será también plaza de armas contra el demonio y todos los vicios; pues en el interior de María Purísima estaban las gracias y virtudes que a ella la hicieron terrible contra el infierno, y a nosotros nos darían virtud y fuerzas para vencerle.

299. Dice más: *Que en la ciudad no hay templo, porque el Señor Dios omnipotente es su templo, y el Cordero.* El

templo en las ciudades sirve para el culto y oración que damos a Dios, y fuera grande falta si en la ciudad de Dios no hubiera templo, cual a su grandeza y excelencia convenía. Pero en esta ciudad de María Santísima hubo tan sagrado templo, que el mismo Dios omnipotente y el Cordero, que son la divinidad y humanidad de su Hijo unigénito, fueron templo suyo, porque en ella estuvieron como en su lugar legítimo y templo, donde fueron adorados y reverenciados en espíritu y verdad (Jn., 4, 23), más dignamente que en "todos los templos del mundo. Fueron también templo de María Purísima, porque ella estuvo comprendida y rodeada y como encerrada en la divinidad y humanidad, sirviéndola de su habitación y tabernáculo. Y como estando en él nunca cesó de adorar, dar culto y orar al mismo Dios y al Verbo Humanado en sus entrañas, por eso estaba en Dios y en el Cordero como en templo, pues al templo no le conviene menos que la santidad continua en todos tiempos. Y para considerar esta divina Señora dignamente, siempre la debemos imaginar en la misma Divinidad encerrada como en templo, y en su Hijo Santísimo; y allí entenderemos qué actos y operaciones de amor, adoración y reverencia haría; qué delicias sentiría con el mismo Señor y qué peticiones haría en aquel templo tan en favor del linaje humano; que como veía en Dios la necesidad grande de reparo que tenía, se encendía en su caridad, clamaba y pedía de lo íntimo del corazón por la salud de los mortales.

300. También dice el evangelista: *Que la ciudad no ha menester sol ni luna que la den luz, porque la claridad de Dios la iluminó, y su lucerna es el Cordero.* A la presencia de otra claridad mayor y más refulgente que la del sol y de la luna, no son éstas necesarias, como sucede en el cielo empíreo, que allí hay claridad de infinitos soles y no hace falta éste que nos alumbra, aunque es tan resplandeciente y hermoso. En María Santísima, nuestra Reina, no fue necesario otro sol ni luna de criaturas, para que la enseñasen o alumbrasen, porque sola sin ejemplo agradó y complació a Dios; ni tampoco su sabiduría, santidad y perfección de obrar pudo tener otro maestro y arbitro menos que al mismo sol de justicia y a su Hijo Santísimo. Todas las demás criaturas fueron ignorantes para enseñarla

a merecer ser Madre digna de su Criador; pero en esta misma escuela aprendió a ser humildísima y obedientísima entre los humildes y obedientes, pues no por ser enseñada del mismo Dios dejó de preguntar y obedecer hasta a los más inferiores en las cosas que convenía obedecerlos, antes, como discípula única del que enmienda a los sabios, aprendió esta divina filosofía de tal Maestro. Y salió tan sabia, que pudo decir el evangelista:

301. *Y las gentes caminarán can su luz:* porque si Cristo Señor nuestro llamó a los doctores y santos luces encendidas (Mt., 5, 14) y puestas sobre el candelero de la Iglesia para que la ilustrasen, y del resplandor y de la luz que han derramado los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires y Doctores, han llenado a la Iglesia Católica de tanta claridad que parece un cielo con muchos soles y lunas ¿qué se podrá decir de María Santísima, cuya luz y resplandor excede incomparablemente a todos los Maestros y Doctores de la Iglesia y a los mismos Ángeles del cielo? Si los mortales tuvieran claros ojos para ver estas luces de María Santísima, ella sola bastaba para iluminar a todo hombre que viene al mundo (Jn., 1, 9) y encaminarlos por las sendas rectas de la eternidad. Y porque todos los que han llegado al conocimiento de Dios han caminado con la luz de esta Ciudad Santa, dice San Juan: Que las gentes caminarán con su luz. Y a esto se seguirá también:

302. *Y los reyes de la tierra llevarán a ella su honor y su gloria.* Muy felices serán los reyes y los príncipes que en sus personas y monarquías trabajaren con dichoso desvelo para cumplir esta profecía. Todos debían hacerlo; pero serán bienaventurados los que lo hicieren, convirtiéndose con afecto íntimo del corazón a María Santísima, empleando la vida, la honra, las riquezas y grandeza de sus fuerzas y estados en la defensa de esta Ciudad de Dios y en dilatar su gloria por el mundo y engrandecer su nombre por la Iglesia Santa, y contra la osadía loca de los infieles y herejes. Con dolor íntimo me admiro de los príncipes católicos que no se desvelen para obligar a esta Señora e invocarla, para que en sus peligros, que en los príncipes son mayores, tengan su refugio y protección, intercesora y abogada. Y si los peligros son grandes en los reyes y

potentados, acuérdense que no es menor su obligación de ser agradecidos, pues dice de sí misma esta divina Reina y Señora que por ella reinan los reyes y mandan los príncipes, y los grandes y poderosos administran justicia, ama a los que la aman y los que la ilustraren alcanzarán la vida eterna, porque obrando en ella no pecarán (Prov., 8, 15ss).

303. No quiero ocultar la luz que muchas Veces se me ha dado, y señaladamente en este lugar, para que la manifieste. En el Señor se me ha mostrado que todas las aflicciones de la Iglesia Católica, y los trabajos que padece el pueblo cristiano, siempre se han reparado por medio de la intercesión de María Santísima; y que en el afligido siglo de los tiempos presentes, cuando la soberbia de los herejes tanto se levanta contra Dios y su Iglesia llorosa y afligida, sólo tienen un remedio tan lamentables miserias; y éste es convertirse los reinos y los reyes católicos a la Madre de la Gracia y Misericordia, María Santísima, obligándola con algún singular servicio en que se acreciente y dilate su devoción y gloria por toda la redondez de la tierra, para que, inclinándose a nosotros, nos mire con misericordia. En primer lugar alcance gracia de su Hijo Santísimo, con que se reformen los vicios tan desbocados como el enemigo común ha sembrado en el pueblo cristiano, y con su intercesión aplaque la ira del Señor que tan justamente nos castiga y amenaza con mayor azote y desdichas. De esta reformación y enmienda de nuestros pecados se seguirá en segundo lugar la victoria contra los infieles y extirpación de las falsas sectas que oprimen la Iglesia Santa, porque María Santísima es el cuchillo que las ha de extinguir y degollar en el mundo universo.

304. Hoy experimenta el mundo el daño de este olvido, y si los príncipes católicos no tienen prósperos sucesos en el gobierno de sus reinos, en su conservación y aumento de la fe católica, en la expugnación de sus enemigos, en las victorias o guerras contra los infieles, todo sucede porque no atinan con este norte que los encamine, ni han puesto a María por principio y fin inmediato de sus obras y pensamientos, olvidados que esta Reina anda en los caminos de la justicia para enseñarla y llevarlos por ella

y enriquecer a los que la aman (Prov., 8, 21).

305. ¡Oh Príncipe y Cabeza de la Santa Iglesia católica y Prelados que también os llamáis príncipes de ella! ¡Oh católico Príncipe y Monarca de España (Felipe IV, con quien la autora mantuvo correspondencia epistolar), a quien por obligación natural, por singular afecto y por orden del Altísimo enderezo esta humilde pero verdadera exhortación! arrojad vuestra corona y monarquía a los pies de esta Reina y Señora del cielo y de la tierra; buscad a la Restauradora de todo el linaje humano; acudid a la que con el poder Divino es sobre todo el poder de los hombres y del infierno; convertid vuestros afectos a la que tiene en su mano las llaves de la voluntad y tesoros del Altísimo; llevad vuestra honra y gloria a esta Ciudad Santa de Dios, que no la quiere porque la ha menester para acrecentar la suya sino antes para mejorar y dilatar la vuestra; ofrecedle con vuestra piedad católica y de todo corazón algún obsequio grande y agradable, en cuya recompensa están librados infinitos bienes, la conversión de gentiles, la victoria contra herejes y paganos, la paz y tranquilidad de la Iglesia, nueva luz y auxilios para mejorar las costumbres y haceros rey grande y glorioso en esta vida y en la otra.

306. ¡Oh reino y monarquía de España católica, y por esto dichosísima, si a la firmeza y celo de tu fe que sobre tus méritos has recibido de la omnipotente diestra, añadieses tú el temor santo de Dios, correspondiente a la profesión de esta fe, señalada entre las naciones de todo el orbe! ¡Oh, si para conseguir este fin y corona de tus felicidades, todos tus moradores se levantasen con ardiente fervor en la devoción de María Santísima! ¡Cómo resplandecería tu gloria, cómo serías iluminada, cómo, amparada y defendida de esta Reina, y tus católicos reyes enriquecidos de tesoros de lo alto, y por su mano la suave ley del Evangelio propagada por todas las naciones! Advierte que esta gran Princesa honra a los que la honran, enriquece a los que la buscan, ilustra a los que la ilustran y defiende a los que en ella esperan; y para hacer contigo estos oficios de madre singular y usar de nuevas misericordias, te aseguro que espera y desea que la

obligues y solicites su maternal amor. Pero también advierte que Dios de nadie necesita (Sal., 15, 2) y es poderoso para hacer de piedras hijos de Abrahán (Lc., 3, 8); y si de tanto bien te haces indigna, puede reservar esta gloria para quien él fuere servido y menos lo desmereciere.

307. Y porque no ignores el servicio con que hoy se dará por obligada esta Reina y Señora de todos, entre muchos que te enseñará tu devoción y piedad, atiende al estado que tiene el misterio de su Inmaculada Concepción en toda la Iglesia y lo que falta para asegurar con firmeza los fundamentos de esta Ciudad de Dios. Y nadie juzgue esta advertencia como de mujer flaca e ignorante, o nacida de particular devoción y amor a mi estado y profesión debajo de este nombre y religión de María sin pecado original, pues para mí me basta mi creencia y luz que en esta Historia he recibido; no es para mí esta exhortación, ni yo la diera por sólo mi juicio y dictamen; obedezco en ella al Señor que da lengua a los mudos, hace prestas las de los niños infantes (Sab., 10, 21). Y quien se admirare de esta liberal misericordia, advierta lo que de esta Señora añade el Evangelista, diciendo:

308. *Y sus puertas no estarán cerradas por el día, que allí no hay noche.* Las puertas de la misericordia de María Santísima nunca estuvieron ni están cerradas, ni hubo en ella noche de culpa, desde el instante primero de su ser y concepción, que cerrase las puertas de esta Ciudad de Dios, como en los demás santos. Y como en un lugar donde las puertas están siempre patentes, salen y entran libremente todos los que quieren, a todos tiempos y horas, así a ninguno se le pone entredicho de los mortales para que entre con libertad al comercio de la divinidad por las puertas de la misericordia de María Purísima, donde tiene estanco el tesoro del cielo, sin limitación de tiempo, lugar, edad, ni sexo. Todos han podido entrar desde su fundación; que para eso la fundó el Altísimo con tantas puertas, y éstas no cerradas, sino abiertas y francas, y a la luz; porque desde su Concepción Purísima comenzaron a salir misericordias y beneficios por estas puertas para todo el linaje humano. Pero no porque tiene tantas puertas para que salgan por ellas las riquezas de la Divinidad, deja de estar

segura de enemigos. Y por eso añade el texto:

309. *No entrará en ella cosa manchada, o que cometiere abominación y mentira, mas de aquellos que están escritos en el libro de la vida del Cordero.* Renovando el evangelista el privilegio de las inmunidades de esta Ciudad de Dios, María, dio fin a este capítulo 21, asegurándonos que en ella no entró cosa manchada, porque se le dio alma y cuerpo inmaculados. Y no se pudiera decir que no había entrado en ella cosa sin mancha, si hubiera tenido la de la culpa original, pues aun por esta puerta no entran las manchas o máculas de los pecados actuales. Todo lo que entró en esta Ciudad Santa fue lo que estaba escrito en la vida del Cordero, porque de su Hijo Santísimo se tomó el padrón y original para formarla, y de ningún otro se pudo copiar virtud alguna de María Santísima, por pequeña que fuese, si en ella pudiera haber alguna pequeña. Y si a esta puerta de María corresponde el ser ciudad de refugio para los mortales, es con condición que tampoco ha de tener parte ni entrada en ella el que cometiere abominación y mentira. Mas no por esto se despidan los manchados y pecadores hijos de Adán de llegar a las puertas de esta Ciudad Santa de Dios, que si llegan reconocidos y humillados a buscar la limpieza de la gracia, en estas puertas de la gran Reina la hallarán y no en otras. Limpia es, pura es, abundante es, y sobre todo es Madre de la Misericordia, dulce, amorosa y poderosa para enriquecer nuestra pobreza y limpiar las máculas de todas nuestras culpas.

Doctrina que me dio la Reina en estos capítulos.

310. Hija mía, grande enseñanza y luz encierran los misterios de estos capítulos, aunque en ellos has dejado de decir muchas cosas. Pero de todo lo que has entendido y escrito trabaja para que te aproveches y no recibas la luz de la gracia en vano (2 Cor., 6, 1). Y lo que brevemente quiero de ti que adviertas es que, por haber sido tú concebida en pecado, descendiente de tierra y con inclinaciones terrenas, no por eso desmayes en la batalla de las pasiones hasta vencerlas, y en ellas a tus enemigos, pues con las fuerzas de la gracia del Altísimo, que te ayudará, te puedes levantar sobre ti misma y hacerte

descendiente del cielo, donde viene la gracia. Y para que lo consigas ha de ser tu continua habitación las alturas, estando tu mente fija en el conocimiento del ser inmutable y perfecciones de Dios, sin consentir que de allí te derribe la atención de otra cosa alguna, aunque sea de las cosas necesarias. Y con esta incesante memoria y vista interior de la grandeza de Dios estarás dispuesta en todo lo demás para obrar lo más perfecto de las virtudes, y te harás idónea para recibir él influjo del Espíritu Santo y sus dones, y llegar al estrecho vínculo de la amistad y comunicación con el Señor. Y para que no impidas en esto su voluntad santa, que muchas veces se te ha mostrado y manifestado, trabaja en mortificar la parte inferior de la criatura, donde viven las inclinaciones y pasiones siniestras. Muere a todo lo terreno, sacrifica en presencia del Altísimo todos tus apetitos sensitivos y ninguno cumplas, ni hagas tu voluntad sin obediencia, ni salgas del secreto de tu interior donde te ilustrará la lucerna del Cordero. Adórnate para entrar en el tálamo de tu Esposo y déjate componer, como lo hará la diestra del Todopoderoso, si tú concurres de tu parte y no le impides. Purifica tu alma con muchos actos de dolor de haberle ofendido y con ardentísimo amor le alaba y magnifica. Búscale y no sosiegues hasta hallar al que desea tu alma y no le dejes (Cant., 3, 4). Y quiero que vivas en esta peregrinación al modo de los que la han acabado, mirando sin cesar al objeto que los hace gloriosos. Este ha de ser el arancel de tu vida, para que con la luz de la fe y la claridad de Dios omnipotente, que te iluminará y llenará tu espíritu, le ames, adores y reverencies, sin hacer en esto intervalo alguno. Esta es la voluntad del Altísimo en ti; advierte lo que puedes granjear y también lo que puedes perder. No quieras por ti misma aventurarlo, pero sujeta tu voluntad y redúcete toda a la enseñanza de tu Esposo, a la mía y a la de la obediencia, con quien lo has de conferir todo.—Esta fue la doctrina que me dio la Madre del Señor, a quien yo respondí llena de confusión, y la dije:

311. Reina y Señora de todo lo criado, cuya soy y deseo serlo por todas las eternidades, yo alabo por todas ellas la omnipotencia del Altísimo, que tanto quiso engrandeceros. Pues tan próspera sois y tan poderosa con Su Alteza, yo, Señora mía, os suplico miréis con misericordia a esta

vuestra sierva pobre y mísera; y con los dones que el Señor puso en vuestras manos para distribuirlos a los necesitados, reparad mi vileza y enriqueced mi desnuda pobreza y compeledme como Señora hasta que eficazmente quiera y obre lo más perfecto y halle gracia en los ojos de vuestro Hijo Santísimo y mi Señor. Granjead para vos misma esta exaltación, de que la más inútil criatura sea levantada del polvo. En vuestras manos pongo mi suerte, queredla vos, Señora y Reina mía, con eficacia, que vuestro querer es santo y poderoso, por los méritos de vuestro Hijo Santísimo y por la palabra de la Beatísima Trinidad, que tiene empeñada a vuestra voluntad y peticiones, para admitirlas sin negar alguna. No puedo obligaros porque soy indigna, pero representóos, Señora mía, vuestra misma santidad y clemencia.

CAPITULO 20

De lo que sucedió en los nueve meses del preñado de Santa Ana, y lo que hizo María Santísima en el vientre, y su madre en aquel tiempo.

312. Concebida María Santísima sin pecado original, como queda dicho, con aquella primera visión que tuvo de la Divinidad, quedó su espíritu todo absorto y llevado de aquel objeto de su amor, que comenzó en aquel estrecho tabernáculo del materno vientre en el instante que fue criada su alma dichosísima, para no interrumpirse jamás, antes para continuarle por toda la eternidad en la suma gloria de pura criatura, que goza en la diestra de su Hijo Santísimo. Y para que en la contemplación y amor divino fuese creciendo, a más de las especies infusas que recibió de otras cosas criadas y de las que redundaron de la primera visión de la Santísima Trinidad, con que ejercitó muchos actos de las virtudes que allí podía obrar, renovó el Señor la maravilla de aquella visión y manifestación abstractiva de su divinidad, concediéndosela otras dos veces; de suerte que se le manifestó la Santísima Trinidad tres veces por este modo, antes de nacer al mundo: una en el instante que fue concebida, otra hacia la mitad de los nueve meses y la tercera el día antes que naciera. Y no se

entienda que por no ser continuo este modo de visión, le faltó otro más inferior, aunque superiorísimo y muy alto, con que miraba por fe y especial ilustración el ser de Dios; que este modo de contemplación fue incesante y continuo en María Santísima sobre toda la contemplación que tuvieron todos los viadores juntos.

313. Pero aquella visión abstractiva de la Divinidad, aunque no era ajena del estado de viadora, con todo eso era tan alta e inmediata a la visión intuitiva, que no debía ser continua en esta vida mortal para quien había de merecer la gloria intuitiva por otros actos; mas venía a ser sumo beneficio de la gracia para este intento, porque dejaba especies impresas del Señor en el alma y la levantaba, y absorbía toda la criatura en el incendio del amor Divino. Estos afectos se renovaron con estas visiones en el alma santísima de María mientras estuvo en el vientre de Santa Ana, donde sucedió que teniendo uso perfectísimo de razón, y ocupándose en continuas peticiones por el linaje humano, en actos heroicos de reverencia, adoración y amor de Dios y trato con los Ángeles, no sintió el encerramiento de la natural y estrecha cárcel del vientre, ni le hizo falta el no usar de los sentidos, ni le fueron pesadas las pensiones naturales de aquel estado. A todo esto dejó de atender, con estar más en su amado que en el vientre de su madre y más que en sí misma.

314. La última de estas tres visiones que tuvo fue con nuevos y más admirables favores del Señor; porque la manifestó cómo era ya tiempo de salir a luz del mundo y conversación de los mortales. Y obedeciendo a la Divina voluntad la Princesa del cielo, dijo al Señor: Dios Altísimo, dueño de todo mi ser, alma de mi vida y vida de mi alma, infinito en atributos y perfecciones, incomprensible, poderoso y rico en misericordias, Rey y Señor mío; de nada me habéis dado el ser que tengo; y sin haberlo podido merecer, me habéis enriquecido con los tesoros de vuestra Divina gracia y luz, para que con ella conociera luego vuestro ser inmutable y perfecciones divinas y conociéndoos fuerais el primer objeto de mi vista y de mi amor, para no buscar otro bien fuera de vos, que sois el

sumo y el verdadero, y todo mi consuelo. Mandáisme, Señor mío, que salga a usar de la luz material y conversación de las criaturas; y en vuestro mismo ser, donde todas las cosas se conocen como en clarísimo espejo, he visto el peligroso estado de la vida mortal y sus miserias. Si en ellas, por mi flaqueza y naturaleza débil, he de faltar sólo un punto a vuestro servicio y amor y allí he de morir, muera aquí ahora primero que pase a estado donde os pueda perder. Pero, Señor y dueño mío, si vuestra voluntad santa se ha de cumplir, remitiéndome al tempestuoso mar de este mundo, a vos, altísimo y poderoso bien de mi alma, suplico que gobernéis mi vida, enderecéis mis pasos y hagáis todas mis acciones a vuestro mayor agrado. Ordenad en mí la caridad (Cant., 2, 4), para que con el nuevo uso de las criaturas, con Vos y con ellas se mejore. He conocido en Vos la ingratitud de muchas almas y temo con razón —que soy de su naturaleza— si acaso yo cometeré la misma culpa. En. esta caverna estrecha del vientre de mi madre he gozado de los espacios infinitos de vuestra Divinidad, aquí poseo todo el bien, que sois vos, amado mío; y siendo ahora sólo vos mi parte (Sal., 72, 26) y posesión, no sé si fuera de este encerramiento la perderé a la vista de otra luz y uso de mis sentidos. Si posible fuera y conveniente renunciar el comercio de la vida que me aguarda, yo de mi voluntad lo negara todo y careciera de ella; pero no se haga mi voluntad sino la vuestra. Y pues así lo queréis, dadme vuestra bendición y beneplácito para nacer al mundo y no apartéis de mí en el siglo, donde me ponéis, vuestra divina protección.—Hecha esta oración por la dulcísima niña María, el Altísimo la dio su bendición, y la mandó, como con imperio, saliese a la luz material de este sol visible y la ilustró de lo que debía hacer en cumplimiento de sus deseos.

315. La felicísima madre Santa Ana corría su preñado toda espiritualizada con divinos efectos y suavidad que sentía en sus potencias; pero la Divina Providencia, para mayor corona y seguridad de su próspera navegación de la Santa, ordenó que llevase algún lastre de trabajos, porque sin ellos no se logran harto los frutos de la gracia y del amor. Y para mejor entender lo que a esta santísima matrona sucedió, se debe advertir que el demonio, después que con sus malos

ángeles fue derribado del cielo a las penas infernales, andaba siempre desvelado, atendiendo y acechando a todas las mujeres más santas de la ley antigua, para reconocer si topaba con aquella cuya señal había visto y cuya planta le había de hollar y quebrantar la cabeza (Ap., 12, 1; Gén., 3, 15). Y era tan ardiente la indignación de Lucifer, que estas diligencias no las fiaba de solos sus inferiores; pero ayudándose de ellos contra algunas mujeres virtuosas, él mismo por sí atendía y rodeaba a las que conocía se señalaban más en ellas las virtudes y la gracia del Altísimo.

316. Con esta malignidad y astucia advirtió mucho en la extremada santidad de la gran matrona Ana y en todo lo que alcanzaba de cuanto en ella iba sucediendo; y aunque no pudo conocer el valor del tesoro que su dichoso vientre encerraba, porque el Señor le ocultaba este y otros misterios, pero sentía contra sí una grande fuerza y virtud que redundaba de Santa Ana; y el no poder penetrar la causa de aquella poderosa eficacia, le traía a tiempos muy turbado y zozobrado en su mismo furor. Otras veces se quietaba un poco, juzgando que aquel preñado era por el mismo orden y causas naturales que los demás y que no había en él cosa nueva que temer; porque le dejaba el Señor alucinarse en su misma ignorancia y andarse mareando en las olas soberbias de su propia indignación. Pero con todo esto se escandalizaba su perversísimo espíritu de ver tanta quietud en el preñado de Santa Ana y tal vez se le manifestaba la asistían muchos Ángeles; y sobre todo le despechaba el sentirse flaco en fuerzas para resistir a la que salía de la bienaventurada Santa Ana; y dio en sospechar que no era sola ella quien la causaba.

317. Turbado el Dragón con estos recelos, determinó quitar la vida si pudiera a la dichosísima Ana; y si no podía conseguirlo, procurar a lo menos que tuviese mal gozo de su preñado; porque era tan desmedida la soberbia de Lucifer, que se persuadía podría vencer o quitar la vida, si no se le ocultaba, a la que fuese Madre del Verbo Humanado, y al mismo Mesías Reparador del mundo. Y esta suma arrogancia fundaba en que su naturaleza de ángel era superior en condición y fuerzas a la naturaleza humana;

como si a una y a otra no fuera superior la gracia, y entrambas no estuvieran subordinadas a la voluntad de su Criador. Con esta audacia se animó a tentar a Santa Ana con muchas sugestiones, espantos, sobresaltos y desconfianzas de la verdad de su preñado, representándole su larga edad y dilación. Y todo esto hacía el demonio para explorar la virtud de la Santa y ver si el efecto de estas sugestiones abría algún portillo por donde él pudiese entrar a saltearle la voluntad con algún consentimiento.

318. Pero la invicta matrona resistió estos golpes varonilmente, con humilde fortaleza, paciencia, continua oración y viva fe en el Señor, con que desvanecía las marañas fabulosas del dragón y todas redundaban en mayores aumentos de la gracia y protección divina; porque a más de los grandes merecimientos que la santa madre acumulaba, la defendían los príncipes, que guardaban a su Hija santísima, y arrojaban a los demonios de su presencia. Mas no por esto desistió la insaciable malicia de este enemigo; y como su arrogancia y su soberbia excede a su fortaleza, procuró valerse de medios humanos; porque con tales instrumentos se promete siempre mayores victorias. Y habiendo procurado primero derribar la casa de San Joaquín y Santa Ana, para que con el susto se alterase y moviese, como no lo pudo conseguir, porque los Ángeles Santos le resistieron, irritó a unas mujercillas flacas, conocidas de Santa Ana, para que riñesen con ella, como lo hicieron con grande ira, injuriándola con palabras muy desmedidas de contumelia; y entre ellas hicieron gran mofa de su preñado, diciéndola que era embuste del demonio salir con aquello al cabo de tantos años y vejez.

319. No se turbó Santa Ana con esta tentación, antes con toda mansedumbre y caridad sufrió las injurias y acarició a quien se las hacía; y desde entonces miró a aquellas mujeres con más afecto y les hizo mayores beneficios. Pero no luego se les templó la ira, por haberlas poseído el demonio para encenderlas en odio de la Santa; y como entregándosele una vez a este cruel tirano, cobra más fuerzas para traer a su mandado a quien se le sujeta, incitó aquellos ruines instrumentos para que intentasen alguna venganza en la persona y vida de Santa Ana; mas

no pudieron ejecutarlo, porque la virtud Divina hizo más débiles e ineptas las flacas fuerzas de aquellas mujeres y nada pudieron obrar contra la Santa, antes ella las venció con amonestaciones y las redujo con sus oraciones a conocimiento y enmienda de sus vidas.

320. Con esto quedó vencido el Dragón, pero no rendido, porque luego se valió de una criada que servía a los Santos Casados y la irritó contra Santa Ana; de suerte que ésta fue peor que las otras mujeres, porque era enemigo doméstico, y por esto más pertinaz y peligroso. No me detengo en referir lo que intentó el enemigo por medio de esta criada, porque fue lo mismo que por las otras mujeres, aunque con mayor molestia y riesgo de la Santa Matrona; pero con el favor Divino alcanzó victoria de esta tentación más gloriosamente que de las otras; porque no dormitaba la guarda de Israel que guardaba a su Ciudad Santa (Sal., 120, 4) y la tenía guarnecida con tantas centinelas, los más esforzados de su milicia, que ahuyentaron a Lucifer y sus ministros para que no molestasen más a la dichosa madre, que aguardaba ya el parto felicísimo de la Princesa del Cielo, y se había dispuesto para él con los actos heroicos de las virtudes y merecimientos adquiridos en estas peleas, y se acercaba el fin deseado. Y yo deseo también el de estos capítulos para oír la saludable doctrina de mi Señora y Maestra; que si bien me administra todo lo que escribo, pero lo que a mí me está mejor es su maternal amonestación, y así la aguardo con sumo gozo y júbilo de mi espíritu.

321. Hablad, pues, Señora, que vuestra sierva oye. Y si me dais licencia, aunque soy polvo y ceniza, preguntaré una duda que en este capítulo se me ha ofrecido, pues en todas me remito a vuestra dignación de Madre, de Maestra y Dueña mía. La duda en que me hallo es ésta: ¿cómo, habiendo sido vos Señora de todo lo criado, concebida sin pecado y con tan alta noticia de todas las cosas en la visión de la Divinidad que vuestra alma santísima tuvo, se compadecía con esta gracia el temor y ansias tan grandes que teníades de no perder la amistad de Dios y no ofenderle? Si al primer paso e instante de vuestro ser os previno la gracia, ¿cómo en habiendo comenzado a ser temíades

perderla? Y si el Altísimo os eximió de la culpa, ¿cómo podíades caer en otras y ofender a quien os guardó de la primera?

Doctrina y respuesta de la Reina del cielo.

322. Hija mía, oye la respuesta de tu duda. Cuando en la visión que tuve de la Divinidad en el primer instante hubiera conocido mi inocencia y que estaba concebida sin pecado, son de tal condición estos beneficios y dones de la mano del Altísimo, que cuanto más aseguran y se conocen tanto mayor cuidado y atención despiertan para conservarlos y no ofender a su Autor, que por sola su bondad los comunica a la criatura; y traen consigo tanta luz de que se derivan de la virtud sola de lo alto y por los méritos de mi Hijo Santísimo, sin conocer la criatura más que su indignidad e insuficiencia, que con esto entiende muy claro recibe lo que no merece, y que siendo ajeno no debe ni puede apropiárselo a sí misma. Y conociendo que hay dueño y causa tan superior que, como de liberalidad lo concede, puede asimismo quitárselo y dar a quien fuere servido, de aquí nace forzosamente la solicitud y cuidado de no perder lo que se tiene de gracia, antes obrar con diligencia para conservarlo y aumentar el talento (Mt., 25, 16ss), pues se conoce ser este sólo el medio para no perder lo que tenemos en depósito, y que se le da a la criatura para que vuelva el retorno y trabaje en la gloria de su Hacedor; y el cuidar de este fin es precisa condición para conservar los beneficios de la gracia recibida.

323. A más de esto se conoce allí la fragilidad de la humana naturaleza y su libre voluntad para el bien y el mal. Y este conocimiento no me le quitó el Altísimo, ni le quita a nadie cuando es viador; antes le deja a todos como conviene para que a su vista se arraigue el temor santo de no caer en culpa, aunque sea pequeña. Y en mí fue mayor esta luz; porque conocí que una pequeña falta dispone para otra mayor y la segunda es castigo de la primera. Verdad es que por los beneficios y gracias que había obrado el Señor en mi alma, no era posible caer en pecado con ellas; pero de tal suerte dispuso su providencia este beneficio, que me ocultó la seguridad absoluta de no pecar; y conocía que por

mí sola era posible caer y sólo pendía de la Divina voluntad el no hacerlo; y así reservó para sí el conocimiento y mi seguridad y a mí me dejó el cuidado y santo temor de no pecar como viadora; y desde mi concepción hasta la muerte no le perdí, mas antes creció en mí con la vida.

324. Diome también el Altísimo discreción y humildad para que no preguntase ni examinase este misterio, y sólo atendía a fiar de su bondad y amor que me asistiría para no pecar. Y de aquí resultaban dos efectos necesarios en la vida cristiana: el uno tener quietud en el alma, el otro no perder el temor y desvelo de guardar mi tesoro; y como éste era temor filial, no disminuía el amor, antes le encendía más y acrecentaba. Y estos dos efectos de amor y temor hacían en mi alma una consonancia divina para ordenar todas mis acciones en alejarme del mal y unirme con el sumo bien.

325. Amiga mía, este es el mayor examen de las cosas del espíritu: que vengan con verdadera luz y sana doctrina, que enseñen la mayor perfección de las virtudes y con gran fuerza muevan para buscarla. Esta condición tienen los beneficios que descienden del Padre de las lumbres, que aseguran humillando y humillan sin desconfianza, y dan confianza con solicitud y desvelo y solicitud con sosiego y paz, para que estos afectos no se impidan en el cumplimiento de la voluntad Divina. Y tú, alma, ofrece humilde y fervorosa agradecimiento al Señor, porque ha sido tan liberal contigo, habiéndole obligado tan poco, y te ha ilustrado con su Divina luz y franqueado el archivo de sus secretos y te previno con el temor de su desgracia. Pero usa de él con medida y excede más en el amor; y con estas dos alas te levanta sobre todo lo terreno y sobre ti misma. Procura deponer luego cualquiera desordenado afecto que te mueva temor excesivo; y deja tu causa al Señor y la suya toma por cosa propia. Teme hasta que seas purificada y limpia de tus culpas e ignorancias; y ama al Señor hasta que seas toda transformada en Él y en todo le hagas dueño y arbitro de tus acciones, sin que tú lo seas de ninguna. No fíes de tu propio juicio, ni seas sabia contigo misma (Prov., 3, 7), porque al dictamen propio le ciegan fácilmente las pasiones y le llevan tras de sí, y él con ellas

arrebatan la voluntad; con que se viene a temer lo que no se debía temer y a dilatarse en lo que no le conviene. Asegúrate de suerte que no te dilates con liviano gusto interior; duda y teme hasta que con quietud solícita halles el medio conveniente en todo; y siempre le hallarás si te sujetas a la obediencia de tus Prelados y a lo que el Altísimo en ti obrare y te enseñare. Y aunque los efectos sean buenos en el fin que se desea, todos se han de registrar con la obediencia y consejo, porque sin esta dirección suelen salir monstruos y sin provecho. En todo serás atenta a lo más santo y perfecto.

CAPITULO 21

Del nacimiento dichoso de María Santísima y Señora nuestra; los favores que luego recibió de mano del Altísimo; y cómo la pusieron el nombre en el cielo y tierra.

326. Llegó el día alegre para el mundo del parto felicísimo de Santa Ana y nacimiento de la que venía a él santificada y consagrada para Madre del mismo Dios. Sucedió este parto a los ocho días de septiembre, cumplidos nueve meses enteros después de la concepción del alma santísima de nuestra Reina y Señora. Fue prevenida su madre Ana con ilustración interior, en que el Señor le dio aviso cómo llegaba la hora de su parto. Y llena de gozo del Divino Espíritu atendió a su voz; y postrada en oración pidió al Señor la asistiese su gracia y protección para el buen suceso de su parto. Sintió luego un movimiento en el vientre, que es el natural de las criaturas para salir a luz; y la más que dichosa niña María al mismo tiempo fue arrebatada por Providencia y virtud Divina en un éxtasis altísimo, en el cual absorta y abstraída de todas las operaciones sensitivas nació al mundo sin percibirlo por el sentido; como pudiera conocerlo por ellos, si junto con el uso de razón que tenía, los dejara obrar naturalmente en aquella hora; pero el poder del Muy Altó lo dispuso en esta forma, para que la Princesa del cielo no sintiese lo natural de aquel suceso del parto.

327. Nació pura, limpia, hermosa y llena toda de gracias,

publicando en ellas que venía libre de la ley y tributo del pecado; y aunque nació como los demás hijos de Adán en la sustancia, pero con tales condiciones y accidentes de gracias, que hicieron este nacimiento milagroso y admirable para toda la naturaleza y alabanza eterna del Autor. Salió, pues, este divino lucero al mundo a las doce horas de la noche, comenzando a dividir la de la antigua ley y primeras tinieblas del día nuevo de la gracia, que ya quería amanecer. Envolviéronla en paños y fue puesta y aliñada como los demás niños la que tenía su mente en la Divinidad, y tratada como párvula la que en sabiduría excedía a los mortales y a los mismos Ángeles. No consintió su madre que por otras manos fuese tratada entonces, antes ella por las suyas la envolvió en las mantillas, sin embarazarle el sobreparto; porque fue libre de las pensiones onerosas que tienen de ordinario las otras madres de sus partos.

328. Recibió Santa Ana en sus manos a la que, siendo hija suya, era juntamente el tesoro mayor del cielo y tierra en pura criatura, sólo a Dios inferior y superior a todo lo criado; y con fervor y lágrimas la ofreció a Su Majestad, diciendo en su interior: Señor de infinita sabiduría y poder, Criador de todo cuanto tiene ser; el fruto de mi vientre, que de vuestra bondad he recibido, os ofrezco con eterno agradecimiento de que me le habéis dado, sin poderlo yo merecer. De hija y madre haced a vuestra voluntad santísima, y mirad nuestra pequeñez desde lo alto de vuestra silla y grandeza. Eternamente seáis bendito, porque habéis enriquecido al mundo con criatura tan agradable a vuestro beneplácito y porque en ella habéis preparado la morada y tabernáculo (Sab., 9, 8) para que viva el Verbo Eterno. A mis santos padres y profetas doy la enhorabuena, y en ellos a todo el linaje humano, por la segura prenda que les dais de su redención. Pero ¿cómo trataré yo a la que me dais por hija, no mereciendo ser su sierva? ¿Cómo tocaré la verdadera arca del testamento? Dadme, Señor y Rey mío, la luz que necesito para saber vuestra voluntad, y ejecutarla en agrado vuestro y servicio de mi hija.

329. Respondió el Señor a la Santa Matrona en su interior, que tratase a la divina niña como madre a su hija en lo

exterior, sin mostrarle reverencia, pero que se la tuviese en lo interior; y que en su crianza cumpliese con las leyes de verdadera madre, cuidando de su hija con solicitud y amor. Todo lo cumplió así la feliz madre; y usando de este derecho y licencia, sin perder la reverencia debida, se regalaba con su Hija Santísima, tratándola y acariciándola como lo hacen las otras madres con las suyas, pero con el aprecio y atención digna de tan oculto y divino sacramento como entre hija y madre se encerraba. Los Ángeles de Guarda de la dulce niña con otra gran multitud la adoraron y reverenciaron en los brazos de su madre y la hicieron música celestial, oyendo algo de ella la dichosa Ana; y los mil Ángeles señalados para la custodia de la gran Reina se le ofrecieron y se dedicaron para su ministerio; y fue esta la primera vez que la divina Señora los vio en forma corpórea con las divisas y hábito que diré en otro capítulo (Cf. infra n. 361ss); y la niña les pidió que alabasen al Altísimo con ella y en su nombre.

330. Al punto que nació nuestra Princesa María, envió el Altísimo al santo Arcángel Gabriel para que evangelizase a los Santos Padres del limbo esta nueva tan alegre para ellos; y el embajador celestial bajó luego, ilustrando aquella profunda caverna y alegrando a los justos que en ella estaban detenidos. Anuncióles cómo ya comenzaba a amanecer el día de la felicidad eterna y reparación del linaje humano, tan deseado y esperado de los Santos y pre-nunciado de los Profetas, porque ya era nacida la que sería Madre del Mesías prometido; y que verían luego la salud y la gloria del Altísimo. Y dioles noticia el Santo Príncipe de las excelencias de María Santísima y de lo que la mano del Omnipotente había comenzado a obrar en ella, para que conocieran mejor el dichoso principio del misterio que daría fin a su prolongada prisión; con que se alegraron en espíritu todos aquellos Padres y Profetas, y los demás justos que estaban en el limbo, y con nuevos cánticos alabaron al Señor por este beneficio.

331. Habiendo sucedido en breve tiempo todo lo que he dicho en que nuestra Reina vio la luz del sol material, conoció con los sentidos a sus padres naturales y otras criaturas, que fue el primer paso de su vida en el mundo en

naciendo. El brazo poderoso del Altísimo comenzó a obrar en ella nuevas maravillas sobre todo el pensamiento de los hombres; y la primera y estupenda fue enviar innumerables Ángeles para que a la electa para Madre del Verbo eterno la llevasen al cielo empíreo en alma y cuerpo (Cf. infla n. 339-344) para lo que el Señor disponía. Cumplieron este mandato los Santos Príncipes y, recibiendo a la niña María de los brazos de su madre Santa Ana, ordenaron una nueva y solemne procesión, llevando con cánticos de incomparable júbilo a la verdadera arca del Nuevo Testamento, para que por algún espacio estuviese, no en casa de Obededon, mas en templo del sumo Rey de los reyes y Señor de los señores, donde después había de ser colocada eternamente. Y este fue el segundo paso que dio María Santísima en su vida, desde el mundo al supremo cielo.

332. ¿Quién podrá dignamente engrandecer este maravilloso prodigio de la diestra del Omnipotente? ¿Quién dirá el gozo y admiración de los espíritus celestiales, cuando miraban aquella tan nueva maravilla entre las obras del Altísimo y con nuevos cánticos la celebraban? Allí reconocieron y reverenciaron a su Reina y Señora escogida para Madre del que había de ser su Cabeza, y que era la causa de la gracia y de la gloria que poseían, pues Él se la había granjeado con sus méritos previstos en la Divina aceptación. Pero ¿qué lengua o qué pensamiento de los mortales puede entrar en el secreto del corazón de aquella niña tan tierna en el suceso y efectos de tan peregrino favor? Dejólo a la piedad católica, y mucho más a los que en el Señor lo conocerán, y nosotros cuando por su misericordia infinita llegaremos a gozarle cara a cara.

333. Entró la niña María en manos de los Ángeles en el Cielo empíreo y, postrada con el afecto en la presencia del trono real del Altísimo, sucedió allí —a nuestro entender— la verdad de lo que antes se hizo en figura, cuando entrando Betsabé en presencia de su hijo Salomón, que desde su trono juzgaba al pueblo de Israel, se levantó de él y recibiendo a su madre la magnificó y honró, dándola asiento de reina a su lado (3 Re., 2, 19). Lo mismo hizo y más gloriosa y admirablemente la Persona del Verbo

Eterno con la niña María que para Madre había escogido, recibiéndola en su trono y dándole a su lado la posesión de Madre suya y Reina de todo lo criado, aunque se hacía ignorando ella la dignidad propia y el fin de tan inefables misterios y favores; mas para recibirlos fueron sus flacas fuerzas confortadas con la virtud Divina. Diéronsele nuevas gracias y dones con que sus potencias respectivamente fueron elevadas; y las interiores, sobre nueva gracia y luz con que fueron preparadas, las elevó y proporcionó Dios con el objeto que *se* le había de manifestar; y dando el lumen necesario desplegó su Divinidad y se la manifestó intuitiva y claramente en grado altísimo; siendo esta vez la primera que aquella alma santísima de María vio a la Beatísima Trinidad con visión clara y beatífica.

334. De la gloria que en esta visión tuvo la niña María, de los sacramentos que le fueron revelados de nuevo, de los efectos que redundaron en su alma purísima, sólo fue testigo el Autor de tan inaudito milagro, y la admiración de los Ángeles que en él mismo conocían algo de este misterio. Pero estando la Reina a la diestra del Señor que había de ser su Hijo, y viéndole cara a cara, pidió más dichosamente que Betsabé que diese la intacta Sunamitis Abisag (3 re., 2, 21), que era su inaccesible Divinidad, a la humana naturaleza su propia hermana, y cumpliese la palabra bajando del cielo al mundo y celebrando el matrimonio de la unión hipostática en la Persona del Verbo, pues tantas veces la había empeñado con los hombres por medio de los Patriarcas y Profetas antiguos; pidióle acelerase el remedio del linaje humano que por tantos siglos le aguardaba, multiplicándose los pecados y pérdidas de las almas. Oyó el Altísimo esta petición de tanto agrado y prometió a su Madre, mejor que Salomón a la suya, que luego desempeñaría sus promesas y bajaría al mundo tomando carne humana para redimirle.

335. Determinóse en aquel consistorio y tribunal divino de la Santísima Trinidad de dar nombre a la niña Reina; y como ninguno es legítimo y propio sino el que se pone en el ser inmutable de Dios, que es donde con equidad, peso, medida e infinita sabiduría se dispensan y ordenan todas las cosas, quiso Su Majestad ponérsele y dársele por sí

mismo en el cielo; donde manifestó a los espíritus angélicos, que las tres divinas personas habían decretado y formado los dulcísimos nombres de Jesús y María, para Hijo y Madre de *ab initio ante saecula, y* que en todas las eternidades se habían complacido con ellos y tenídolos grabados en su memoria eterna y presentes en todas las cosas que habían dado ser, porque para su servicio las criaban. Y conociendo estos y otros muchos misterios los Santos Ángeles, oyeron una voz del trono que decía en Persona del Padre Eterno: María se ha de llamar nuestra electa, y este nombre ha de ser maravilloso y magnífico; los que le invocaren con afecto devoto recibirán copiosísimas gracias; los que le estimaren y pronunciaren con reverencia serán consolados y vivificados; y todos hallarán en él remedio de sus dolencias, tesoros con que enriquecerse, luz para que los encamine a la vida eterna. Será terrible contra el infierno, quebrantará la cabeza de la serpiente y alcanzará insignes victorias de los príncipes de tinieblas.— Mandó el Señor a los espíritus angélicos que evangelizasen este dichoso nombre a Santa Ana, para que en la tierra se obrase lo que se había confirmado en el cielo. La niña divina, postrada con el afecto ante el trono, rindió agradecidas y humildes gracias al ser eterno y con admirables y dulcísimos cánticos recibió el nombre. Y si se hubieran de escribir las prerrogativas y gracias que le concedieron, fuera menester libro aparte de mayores volúmenes. Los Santos Ángeles adoraron y reconocieron de nuevo en el trono del Altísimo a María Santísima por Madre del Verbo futura y por su Reina y Señora; y veneraron el nombre, postrándose a la pronunciación que de él hizo la voz del Eterno Padre que salía del trono, y particularmente los que le tenían por divisa en el pecho; y todos dieron cánticos de alabanza por tan grandes y ocultos misterios; ignorando siempre la niña Reina la causa de todo lo que conocía, porque no se le manifestó la dignidad de Madre del Verbo Humanado hasta el tiempo de la Encarnación. Y con el mismo júbilo y reverencia la volvieron a poner en los brazos de Santa Ana, a quien se le ocultó también este suceso y la falta o ausencia de su hija; porque en su lugar suplió uno de los Ángeles de Guarda, tomando cuerpo aéreo para este efecto; y a más de esto, mucho tiempo, mientras la niña divina estuvo en el cielo empíreo,

tuvo su madre Ana un éxtasis de altísima contemplación y en él, aunque ignoraba lo que se hacía en su niña, le fueron manifestados grandes misterios de la dignidad de Madre de Dios, para que era escogida; y la prudente matrona los guardó siempre en su pecho, confiriéndolos para lo que debía obrar con ella.

336. A los ocho días del nacimiento de la gran Reina, descendieron de las alturas multitud de Ángeles hermosísimos y rozagantes; y traían un escudo en que venía grabado brillante y resplandeciente el nombre de María; y manifestándose todos a la dichosa madre Ana, la dijeron que el nombre de su hija era el que llevaban allí de María; que la Divina Providencia se le había dado y ordenaba que se e pusiesen luego ella y Joaquín. Llamóle la Santa, y confirieron la voluntad de Dios para dar nombre a su hija; y el más que dichoso padre recibió el nombre con júbilo y devoto afecto. Determinaron convocar a los parientes y a un sacerdote, y con mucha solemnidad y convite suntuoso pusieron María a la recién nacida; y los Ángeles lo celebraron con dulcísima y grandiosa música, y solas la oyeron madre e Hija santísima; con que quedó nuestra Princesa con nombre, dándosele la Santísima Trinidad en el cielo el día que nació y en la tierra a los ocho días; escribióse en el arancel de los demás, cuando salió su madre al templo a cumplir la ley, como se dirá (Cf. infra n. 345-360). Este fue el nuevo parto que hasta entonces ni el mundo le había visto, ni en pura criatura pudo haber otro semejante. Este fue el nacimiento más dichoso que pudo conocer la naturaleza, pues ya tuvo una infanta cuya vida de un día no sólo fue limpia de las inmundicias del pecado, pero más pura y santa que los supremos serafines. El nacimiento de Moisés fue celebrado por la belleza y elegancia del niño (Ex., 2, 2); pero toda era aparente y corruptible. ¡Oh cuán hermosa es nuestra gran niña! ¡Oh cuán hermosa! Toda es hermosa y suavísima en sus delicias (Cant., 7, 6), porque tiene todas las gracias y hermosuras, sin que le falte alguna. Fue la risa (Gén., 21, 6) y alegría de la casa de Abrahán el nacimiento de Isaac prometido y concebido de madre estéril; pero no tuvo este parto mayor grandeza que la participada y derivada de nuestra niña Reina, a quien se encaminaba toda aquella tan

deseada alegría; y si aquel parto fue admirable y de tanto gozo para la familia del Patriarca, porque era como exordio del nacimiento de María dulcísima, en éste se deben alegrar el cielo y tierra, pues nace la que ha de restaurar la ruina del cielo y santificar el mundo. Cuando nació Noé (Gén., 5, 29), se consoló Lamec su padre, porque aquel hijo sería en cuya cabeza aseguraba Dios la conservación del linaje humano por el arca y la restauración de sus bendiciones, desmerecidas por los pecados de los hombres; pero todo esto se hizo porque naciese al mundo esta niña, que había de ser verdadera Reparadora, siendo juntamente el arca mística que conservó al nuevo y verdadero Noé, y le trajo del cielo para llenar de bendiciones a todos los moradores de la tierra. ¡Oh dichoso parto! ¡Oh alegre nacimiento, que eres el mayor beneplácito de todos los siglos pasados para la Beatísima Trinidad, gozo para los Ángeles, refrigerio de los pecadores, alegría de los justos y singular consuelo para los santos que te aguardaban en el limbo!

337. ¡Oh preciosa y rica margarita, que saliste al sol encerrada en la grosera concha de este mundo! ¡Oh niña grande, que si apenas te divisan a la luz material los ojos terrenos, pero en los del Supremo Rey y sus cortesanos excedes en dignidad y grandeza a todo lo que no es el mismo Dios! Todas las generaciones te bendigan; todas las naciones reconozcan y alaben tu gracia y hermosura; la tierra sea ilustrada con este nacimiento; los mortales se letifiquen porque les nació su Reparadora, que llenará el vacío que originó y en que los dejó el primer pecado. Bendita y engrandecida sea vuestra dignación conmigo, que soy el más abatido polvo y ceniza. Y si me dais licencia, Señora mía, para que hable en vuestra presencia, preguntaré una duda que se me ha ofrecido en este misterio de vuestro admirable y santo nacimiento, sobre lo que hizo el Altísimo con vos en la hora que os puso en esta luz material del sol.

338. La duda es: ¿cómo se entenderá que por mano de los Santos Ángeles fuisteis llevada en cuerpo hasta el Cielo empíreo y vista de la Divinidad? Pues según la doctrina de la Santa Iglesia y sus doctores, estuvo cerrado el Cielo, y como entredicho para los hombres, hasta que Vuestro Hijo

Santísimo le abrió con su vida y muerte y como Redentor y cabeza entró en él cuando resucitado subió el día de su admirable ascensión, siendo el primero para quien se abrieron aquellas puertas eternales que por el pecado estaban cerradas.

Respuesta y doctrina de la Reina del cielo.

339. Carísima hija mía, verdad es que la Divina justicia cerró a los mortales el Cielo por el primer pecado, hasta que mi Hijo Santísimo le abrió, satisfaciendo con su vida y muerte sobreabundantemente por los hombres. Y así fue conveniente y justo que el mismo Reparador, que como cabeza había unido a sí mismo los miembros redimidos y les abría el cielo, entrase en él primero que los demás hijos de Adán. Y si él no hubiera pecado, no fuera necesario guardar este orden para que los hombres subieran a gozar de la Divinidad en el Cielo empíreo; pero vista la caída del linaje humano, determinó la Beatísima Trinidad lo que ahora se ejecuta y cumple. Y este gran misterio fue el que encerró David en el salmo 23, cuando, hablando con los espíritus del cielo, dijo dos veces: *Abrid, príncipes, vuestras puertas, y levantaos, puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria (Sal., 23, 7-9)*. Dijo a los Ángeles que eran puertas suyas porque sólo para ellos estaban abiertas, y para los hombres mortales estaban cerradas. Y aunque no ignoraban aquellos cortesanos del cielo que el Verbo Humanado les había ya quitado los candados y cerraduras de la culpa, y que subía rico y glorioso con los despojos de la muerte y del pecado, estrenando el fruto de su pasión en la gloria de los Santos Padres del limbo que llevaba en su compañía; con eso se introducen los Santos Ángeles, como admirados y suspensos de esta maravillosa novedad, preguntando: *¿Quién es este Rey de la gloria (Sal., 23, 8),* siendo hombre y de la naturaleza de aquel que perdió para sí y para todo su linaje el derecho de subir al cielo?

340. A la duda se responden ellos mismos, diciendo que *es el Señor fuerte y poderoso en la batalla y el Señor de las virtudes, Rey de la gloria (Ib.)*. Que fue como darse ya por entendidos de que aquel hombre que venía del mundo para abrir las puertas eternales, no era sólo hombre ni estaba

comprendido en la ley del pecado, antes era hombre y Dios verdadero, que fuerte y poderoso en la batalla había vencido al fuerte armado (Lc., 11, 22) que reinaba en el mundo y le había despojado de su reino y de sus armas. Y era el *Señor de las virtudes,* porque las había obrado como Señor de ellas, con imperio y sin contradicción del pecado y sus efectos. Y como Señor de la virtud y Rey de la gloria, venía triunfante y distribuyendo virtudes y gloria a sus redimidos, por quien en cuanto hombre había padecido y muerto y en cuanto Dios los levantaba a la eternidad de la visión beatífica, habiendo rompido las eternales cerraduras e impedimentos que les había puesto el pecado.

341. Esto fue, alma, lo que hizo mi Hijo querido, Dios y hombre verdadero, y como Señor de las virtudes y gracias me levantó y adornó con ellas desde el primer instante de mi Inmaculada Concepción; y como no me tocó el óbice del primer pecado, no tuve el impedimento que los demás mortales para entrar por aquellas puertas eternales del Cielo; antes el brazo poderoso de mi Hijo hizo conmigo como con Señora de las virtudes y Reina del Cielo. Y porque de mi carne y sangre había de vestirle y hacerle hombre, quiso su dignación de antemano prevenirme y hacerme su semejante en la pureza y exención de la culpa y en otros dones y privilegios divinos. Y como no fui esclava de la culpa, no obraba las virtudes como sujeta a ella, sino como señora, sin contradicción y con imperio; no como semejante a los hijos de Adán, pero como semejante al Hijo de Dios que también era Hijo mío.

342. Por esta razón los espíritus celestiales me abrieron las puertas eternales que ellos tenían por suyas, reconociendo que el Señor me había criado más pura que todos los supremos ángeles del cielo y para su Reina y Señora de todas las criaturas. Y advierte, carísima, que quien hizo la ley pudo sin contradicción dispensar de ella, como lo hizo conmigo el supremo Señor y Legislador, extendiendo la vara de su clemencia más que Asuero con Ester (Est., 4, 11), para que las leyes comunes de los otros, que miraban a la culpa, no se entendiesen conmigo que había de ser Madre del Autor de la gracia. Y aunque estos beneficios no los podía merecer yo, pura criatura, pero la

clemencia y bondad Divina se inclinaron liberalmente y me miraron como humilde sierva, para que eternamente alabase al Autor de tales obras. Y tú, hija mía, quiero que le engrandezcas y bendigas también por ellas.

343. La doctrina que ahora te doy, sea que, pues yo con liberal piedad te elegí por mi discípula y compañera, siendo tú pobre y desvalida, trabajes con todas tus fuerzas en imitarme en un ejercicio que hice toda mi vida después que nací al mundo, sin omitirle día ninguno, por más cuidados y trabajos que tuviese. El ejercicio fue que cada día en amaneciendo me postraba en presencia del Altísimo, y le daba gracias y alababa por su ser inmutable y perfecciones infinitas, y porque me había criado de la nada; y reconociéndome criatura y hechura suya le bendecía y adoraba, dándole honor, magnificencia y divinidad, como a supremo Señor y Criador mío y de todo lo que tiene ser. Levantaba mi espíritu a ponerle en sus manos y con profunda humildad y resignación me ofrecía en ellas, y le pedía hiciese de mí a su voluntad en aquel día y en todos los que me restasen de mi vida y me enseñase lo que fuese de mayor agrado suyo para cumplirlo. Esto repetía muchas veces en las obras exteriores de aquel día, y en las interiores consultaba primero a Su Majestad, y le pedía consejo, licencia y bendición para todas mis acciones.

344. De mi dulcísimo nombre serás muy devota. Y quiero que sepas que fueron tantas las prerrogativas y gracias que le concedió el Todopoderoso, que de conocerlas yo a la vista de la Divinidad quedé empeñada y cuidadosa para el retorno; de manera que siempre que me ocurría a la memoria "María", que era muchas veces, y las que me oía nombrar, me despertaba el afecto al agradecimiento y a emprender arduas empresas en servicio del Señor que me le dio. El mismo nombre tienes tú y respectivamente quiero que haga en ti los mismos efectos, y que me imites con puntualidad en la doctrina de este capítulo, sin faltar desde hoy por causa alguna que ocurriere; y si, como flaca, te descuidares, vuelve luego y en presencia del Señor y mía di tu culpa, reconociéndola con dolor. Con este cuidado, y repitiendo muchos actos en este santo ejercicio, excusarás imperfecciones y te irás acostumbrando a lo más

alto de las virtudes y del beneplácito del Altísimo, que no te negará su Divina gracia para que lo hagas tú, si atendieres a su luz y al objeto más agradable y más deseado de tus afectos y de los míos, que son te entregues toda a oír, atender y obedecer a tu Esposo y Señor, que quiere en ti lo más puro, santo y perfecto, y la voluntad pronta y oficiosa para ejecutarlo.

CAPITULO 22

Cómo Santa Ana cumplió en su parto con el mandato de la ley de Moisés, y cómo la niña María procedía en su infancia.

345. Precepto era de la ley en el capítulo 12 del Levítico (Lev., 12, 5-6), que la mujer, si pariese hija, se tuviese por inmunda dos semanas y permaneciese en la purificación del parto sesenta y seis días, (doblando los días del parto de varón); y cumplidos todos los de su purificación, se le mandaba ofrecer un cordero de un año por las hijas o por los hijos en holocausto, y un palomino o tortolilla por el pecado, a la puerta del tabernáculo, entregándolo al sacerdote que lo ofreciese al Señor y rogase por ella y con esto quedase limpia. El parto de la dichosísima Ana fue tan puro y limpio cuanto le convenía a su divina hija, de donde le venía la pureza a la madre; y aunque por esta causa no tenía necesidad de otra purificación, con todo eso pagó la deuda a la ley cumpliéndola puntualmente, teniéndose en los ojos de los hombres por inmunda la madre que estaba libre de las pensiones que la ley mandaba purificar.

346. Pasados los sesenta días de la purificación, salió Santa Ana al templo, llevando su mente inflamada en el divino ardor y en sus brazos a su hija y niña bendita; y con la ofrenda de la ley, acompañada de innumerables Ángeles, se fue a la puerta del tabernáculo y habló con el Sumo Sacerdote, que era el Santo Simeón; que como estuvo mucho tiempo en el templo, recibió este beneficio y favor de que fuese en su presencia y en sus manos ofrecida la niña María todas las veces que en el templo fue presentada y ofrecida al Señor; aunque no en todas

estas ocasiones conoció el santo sacerdote la dignidad de esta divina Señora, como adelante diremos (Cf. infra n. 424, 713 y 745); pero tuvo siempre grandes movimientos e impulsos de su espíritu, que aquella Niña era grande en los ojos de Dios.

347. Ofrecióle Santa Ana el cordero y tórtola con lo demás que llevaba, y con humildes lágrimas le pidió orase por ella y por su hija, que, si tenían culpa, las perdonase el Señor. No tuvo que perdonar Su Majestad donde en hija y madre era la gracia tan copiosa, pero tuvo que premiar la humildad con que, siendo santísimas, se representaban pecadoras. El Santo Sacerdote recibió la oblación y en su espíritu fue inflamado y movido de un extraordinario júbilo y, sin entender otra cosa ni manifestar la que sentía, dijo dentro de sí mismo: ¿Qué es esta novedad que siento? ¿Si por ventura estas mujeres son parientas del Mesías que ha de venir? Y quedando con esta suspensión y alegría, les mostró grande benevolencia; y la Santa Madre Ana entró con su Hija Santísima en los brazos y la ofreció al Señor con devotísimas y tiernas lágrimas, como quien sola en el mundo conocía el tesoro que se le había dado en depósito.

348. Renovó entonces Santa Ana el voto que antes había hecho de ofrecer al templo a su primogénita, en llegando a la edad que convenía; y en esta renovación fue ilustrada con nueva gracia y luz del Altísimo; y sintió en su corazón una voz que le decía cumpliese el voto, llevase y ofreciese en el templo a su hija niña dentro de tres años. Y fue esta voz como el eco de la Santísima Reina, que con su oración tocó el pecho de Dios para que resonase en el de su madre; porque al entrar los dos en el templo, la dulce niña, viendo con sus ojos corporales su majestad y grandeza, dedicada al culto y adoración de la Divinidad, tuvo admirables efectos en su espíritu, y quisiera postrarse en el templo y besando la tierra de él adorar al Señor. Pero lo que no pudo hacer con el efecto de las acciones exteriores, suplió con el afecto interior, y adoró y bendijo a Dios con el amor más alto y reverencia más profunda que antes ni después ninguna otra pura criatura lo pudo hacer; y hablando en su corazón con el Señor, hizo esta oración:

349. Altísimo e incomprensible Dios, Rey y Señor mío, digno de toda gloria, alabanza y reverencia; yo, humilde polvo, pero hechura Vuestra, os adoro en este lugar santo y templo vuestro, y os engrandezco y glorifico por Vuestro ser y perfecciones infinitas, y doy gracias cuanto mi poquedad alcanza a Vuestra dignación, porque me habéis dado que vean mis ojos este santo templo y casa de oración, donde vuestros profetas y mis antiguos padres os alabaron y bendijeron y donde vuestra liberal misericordia obró con ellos tan grandes maravillas y sacramentos. Recibidme, Señor, para que yo pueda serviros en él cuando fuere Vuestra santa voluntad.

350. Hizo este humilde ofrecimiento como esclava del Señor la que era Reina de todo el universo; y en testimonio de que el Altísimo la aceptaba, vino del cielo una clarísima luz que sensiblemente bañó a la niña y a la madre, llenándolas de nuevos resplandores de gracia. Y volvió a entender Santa Ana que al tercer año presentase a su hija en el templo; porque el agrado que el Altísimo había de recibir de aquella ofrenda no consentía más largos plazos, ni tampoco el afecto con que la niña divina lo deseaba. Los Santos Ángeles de guarda, y otros innumerables que asistieron a este acto, cantaron dulcísimas alabanzas al autor de las maravillas; pero de todas las, que allí sucedieron, no tuvieron noticia más de la hija santísima y su madre Ana, que interior y exteriormente sintieron lo que era espiritual o sensible respectivamente; sólo el Santo Simeón reconoció algo de la luz sensible. Y con esto se volvió Santa Ana a su casa enriquecida con su tesoro y nuevos dones del Altísimo Dios.

351. A la vista de todas estas obras estaba sedienta la antigua serpiente, ocultándole el Señor lo que no debía entender y permitiéndole lo que convenía, para que, contradiciendo a todo lo que él intentaba destruir, viniese a servir como de instrumento en la ejecución de los ocultos juicios del Muy Alto. Hacía este enemigo muchas conjeturas de las novedades que en madre e hija conocía; pero como vio que llevaban ofrenda al templo y como pecadoras guardaban lo que mandaba la ley, pidiendo al sacerdote que rogase por ellas para que fuesen

perdonadas, con esto se alucinó y sosegó su furor, creyendo que aquella hija y madre estaban empadronadas con las demás mujeres y que todas eran de una condición, aunque más perfectas y santas que otras.

352. La niña soberana era tratada como los demás niños de su edad. Era su comida la común, aunque la cantidad muy poca, y lo mismo era del sueño, aunque la aplicaban para que durmiese; pero no era molesta, ni jamás lloró con el enojo de otros niños, mas era en extremo agradable y apacible; y disimulábase mucho esta maravilla con llorar y sollozar muchas veces —aunque como Reina y Señora, cual en aquella edad se permitía— por los pecados del mundo y por alcanzar el remedio de ellos y la venida del Redentor de los hombres. De ordinario tenía, aun en aquella infancia, el semblante alegre, pero severo y con peregrina majestad, sin admitir jamás acción pueril, aunque tal vez admitía algunas caricias; pero las que no eran de su madre, y por eso menos medidas, las moderaba en lo imperfecto con especial virtud y la severidad que mostraba. Su prudente madre Ana trataba a la niña con incomparable cuidado, regalo y caricia; y también su padre Joaquín la amaba como padre y como Santo, aunque entonces ignoraba el misterio, y la niña se mostraba con su padre más amorosa, como quien le conocía por padre y tan amado de Dios. Y aunque admitía de él más caricias que de otros, pero en el padre y en los demás puso Dios desde luego tan extraordinaria reverencia y pudor para la que había elegido por Madre, que aun el candido afecto y amor de su padre era siempre muy templado y medido en las demostraciones sensibles.

353. En todo era la niña Reina agraciada, perfectísima y admirable; y si bien pasó por la infancia por las comunes leyes de la naturaleza, pero no impidieron a la gracia; y si dormía, no cesaba ni interrumpía las acciones interiores del amor y otras que no penden del sentido exterior. Y siendo posible este beneficio aun a otras almas con quien el poder Divino lo habrá mostrado, cierto es que con la que elegía por Madre suya y Reina de todo lo criado haría con ella sobre todo otro beneficio y sobre todo pensamiento de las demás criaturas. En el sueño natural habló Dios a Samuel (1

Sam., 3, 4) y otros santos y profetas, y a muchos dio sueños misteriosos (Gén., 37, 5. 9) o visiones; porque a su poder poco le importa para ilustrar el entendimiento que los sentidos exteriores duerman con el sueño natural, o que se suspendan con la fuerza que los arrebata en el éxtasis, pues en uno y otro cesan, y sin ellos oye y atiende y habla el espíritu con sus objetos proporcionados. Esta fue ley perpetua con la Reina desde su concepción hasta ahora, y toda la eternidad; que no fue su estado de viadora en estas gracias con intervalos, como en otras criaturas. Cuando estaba sola o la recogía a dormir, como el sueño era tan medido, confería los misterios y alabanzas del Altísimo con sus Santos Ángeles y gozaba de divinas visiones y hablas de Su Majestad; y porque el trato de los Ángeles era tan frecuente, diré en el capítulo siguiente los modos de manifestársele y algo de sus excelencias.

354. Reina y Señora del Cielo, si como piadosa Madre y mi Maestra oís mis ignorancias sin ofenderos de ellas, preguntaré a vuestra dignación algunas dudas que en este capítulo se me han ofrecido; y si mi ignorancia y osadía pasare a ser yerro, en lugar de responderme, corregidme, Señora, con vuestra maternal misericordia. Mi duda es: si en aquella infancia sentíades la necesidad y hambre que por orden natural sienten los otros niños, y siendo así que padecíades estas penalidades ¿cómo pediais el alimento y socorro necesario, siendo tan admirable vuestra paciencia, cuando a los otros niños el llanto sirve de lengua y de palabras? También ignoro si a Vuestra Majestad eran penosas las pensiones de aquella edad, como el envolveros en paños y desenvolver vuestro virginal cuerpo, el daros la comida de niños, y otras cosas que los demás reciben sin uso de razón para conocerlas, y a vos, Señora, nada se escondía. Porque me parece casi imposible que en el modo, en el tiempo, en la cantidad y en otras circunstancias no hubiese exceso o falta, considerándoos yo en la edad de niña y grande en la capacidad para dar a todo la ponderación que pedía. Vuestra prudencia celestial conservaba digna majestad y compostura, vuestra edad, naturaleza y sus leyes pedían lo necesario; no lo pediais como niña llorando, ni como grande hablando, ni sabían vuestro dictamen, ni os trataban según el estado de

la razón que teníades, ni Vuestra Madre Santa lo conocía todo, ni todo lo podía hacer ni acertar, ignorando el tiempo y el modo; ni tampoco en todas las cosas pudiera ella servir a Vuestra Majestad. Todo esto me causa admiración, y me despierta el deseo de conocer los misterios que en estas cosas se encierran.

Respuesta y doctrina de la Reina del cielo.

355. Hija mía, a tu admiración respondo con benevolencia. Verdad es que tuve gracia y uso perfecto de razón desde el primer instante de mi concepción, como tantas veces te he mostrado, y pasé por las pensiones de la infancia como otros niños y me criaron con el orden común de todos. Sentí hambre, sed, sueño y penalidades en mi cuerpo, y como hija de Adán estuve sujeta a estos accidentes; porque era justo imitase yo a mi Hijo Santísimo, que admitió estos defectos y penas, para que así mereciese, y con Su Majestad fuese ejemplo a los demás mortales que le habían de imitar. Como la Divina gracia me gobernaba, usaba de la comida y sueño en peso y medida, recibiendo menos que otros y sólo aquello que era preciso para el aumento y conservación de la vida y salud; porque el desorden en estas cosas no sólo es contra la virtud, pero contra la misma naturaleza, que se altera y estraga con ellas. Por mi temperamento y medida, sentía más el hambre y sed que otros niños y era más peligrosa en mí esta falta de alimento; pero si no me le daban a tiempo, o si en ello excedían, tenía paciencia, hasta que oportunamente con alguna decente demostración lo pedía. Y sentía menos la falta de sueño, por la libertad que a solas me quedaba para la vista y conversación con los Ángeles de los misterios divinos.

356. El estar en paños oprimida y atada, no me causaba tanta pena, pero mucha alegría, por la luz que tenía de que el Verbo Humanado había de padecer muerte torpísima y había de ser ligado con oprobios. Y cuando estaba sola me ponía en forma de cruz en aquella edad, orando a imitación suya, porque sabía había de morir mi amado en ella, aunque ignoraba entonces que el crucificado había de ser mi Hijo. En todas las incomodidades que padecí después

que nací al mundo estuve conforme y alegre, porque nunca se apartó de mi interior una consideración que quiero tengas tú inviolable y perpetua; esto es, que peses en tu corazón y mente las verdades rectísimas que yo miraba, para que sin engaño hagas juicio de todas las cosas, dando a cada una el valor y peso que se le debe. En este error y ceguedad están de ordinario comprendidos los hijos de Adán, y no quiero yo que tú, hija mía, lo estés.

357. Luego que nací al mundo y vi la luz que me alumbraba, sentí los efectos de los elementos, los influjos de los planetas y astros, la tierra que me recibía, el alimento que me sustentaba y todas las otras causas de la vida. Di gracias al Autor de todo, reconociendo sus obras por beneficio que me hacía y no por deuda que me debía. Y por esto cuando me faltaba después alguna cosa de las que necesitaba, sin turbación, antes con alegría, confesaba que se hacía conmigo lo que era razón, porque todo se me daba de gracia sin merecerlo y sería justicia el privarme de ello. Pues dime, alma, si yo decía esto, confesando una verdad que la razón humana no puede ignorar ni negar, ¿dónde tienen los mortales el seso o qué juicio hacen, cuando faltándoles alguna cosa de las que mal desean, y acaso no les conviene, se entristecen y enfurecen unos contra otros, y aun se irritan con el mismo Dios, como si recibieran de él algún agravio? Pregúntense a sí mismos ¿qué tesoros, qué riquezas poseían antes que recibieran la vida? ¿qué servicios hicieron al Criador para que se las diese? Y si la nada no pudo granjear más que nada, ni merecer el ser que de nada le dieron, ¿qué obligación hay de sustentarle de justicia, lo que le dieron de gracia? El haberle criado Dios no fue beneficio que Su Majestad se hizo a sí mismo, sino antes fue tan grande para la criatura, cuanto es el ser y el fin que tiene; y si en el ser recibió la deuda que nunca puede pagar, diga ¿qué derecho alega ahora para que, habiéndole dado el ser sin merecerlo, le den la conservación después de haberla tantas veces desmerecido? ¿Dónde tiene la escritura de seguridad y abono para que nada le falte?

358. Y si el primer movimiento y operación fue recibo y deuda con que más se empeñó, ¿cómo pide con

impaciencia el segundo? Y si con todo esto la suma bondad del Criador le acude graciosamente con lo necesario, ¿por qué se turba cuando le falta lo super-fluo? ¡Oh hija mía, qué desorden tan execrable y qué ceguedad tan odiosa es ésta de los mortales! Lo que les da el Señor de gracia, no agradecen ni pagan con reconocimiento, y por lo que les niega de justicia, y a veces de grande misericordia, se inquietan y ensoberbecen, y lo procuran por injustos e ilícitos medios, y se despeñan tras el mismo daño que huye de ellos. Por sólo el primer pecado que comete el hombre, perdiendo a Dios pierde juntamente la amistad de todas las criaturas; y si el mismo Señor no las detuviera, se con-virtieran todas a vengar su injuria y negaran al hombre las operaciones y obsequio con que le dan sustento y vida: el cielo le privara de su luz e influencias, el fuego de su calor, el aire le negara la respiración y todas las otras cosas en su modo hicieran lo mismo, porque de justicia debían hacerlo. Pues cuando la tierra negare sus frutos, y los elementos su templanza y correspondencia, y las otras criaturas se armaren (Sab., 5, 18) para vengar los desacatos hechos contra el Criador, humíllese el hombre desagradecido y vil y no atesore la ira del Señor (Rom., 2, 5) para el día cierto de la cuenta, donde se le hará este cargo tan formidable.

359. Y tú, amiga mía, huye de tan pesada ingratitud, y reconoce humilde que de gracia recibiste el ser y vida y de gracia te la conserva el Autor de ella; y sin méritos tuyos recibes graciosamente todos los otros beneficios, y que recibiendo muchos y pagando menos, cada día te haces menos digna, y crece contigo la liberalidad del Altísimo y tu deuda. Esta consideración quiero que sea en ti continua, para que te despierte y mueva a muchos actos de virtud. Y si te faltaren las criaturas irracionales, quiero te alegres en el Señor, y que des a Su Majestad gracias y a ellas bendiciones porque obedecen al Criador. Si las racionales te persiguieren, ámales de todo corazón y estímalas como instrumentos de la justicia Divina, para que en alguna parte se dé por satisfecha de lo que tú le debes. Y con los trabajos, adversidades y tribulaciones te abraza y consuela, que a más de merecerlos por las culpas que has cometido, son el adorno de tu alma y joyas de tu Esposo muy ricas.

360. Esta será la respuesta de tu duda; y sobre ella quiero darte la doctrina que te he ofrecido en todos los capítulos. Advierte, pues, alma, a la puntualidad que tuvo mi Santa Madre Ana en cumplir el precepto de la ley del Señor, a cuya grandeza este cuidado fue muy acepto; y tú debes imitarla en él, guardando inviolablemente todos y cada uno de los mandatos de tu regla y constituciones; que Dios remunera liberalmente esta fidelidad y de la negligencia en ella se da por deservido. Sin pecado fui yo concebida y no era necesario ir al sacerdote para que me purificase el Señor, ni tampoco mi madre le tenía, porque era muy santa, pero obedecimos con humildad a la ley y por ello merecimos grandes aumentos de virtudes y gracia. El despreciar las leyes justas y bien ordenadas y el dispensar a cada paso en ellas tiene perdido el culto y temor de Dios y confuso y destruido el gobierno humano. Guárdate de dispensar fácilmente ni para ti ni para otras en las obligaciones de tu religión. Y cuando la enfermedad o alguna causa justa lo permitiere, sea con medida y consejo de tu confesor, justificando el hecho con Dios y con los hombres, aprobándolo la obediencia. Si te hallares cansada o postradas las fuerzas, no luego remitas el rigor, que Dios te las dará según tu fe; y por ocupaciones nunca dispenses; sirva y aguarde lo que es menos a lo que es más y las criaturas al Criador; y por el oficio de Prelada tendrás menos disculpa, pues en la observancia de las leyes debes ser la primera por el ejemplo; y para ti jamás ha de haber causa humana, aunque alguna dispenses con tus hermanas y subditas. Y advierte, carísima, que de ti quiero lo mejor y más perfecto y para esto es necesario este rigor, que la observancia de los preceptos es deuda a Dios y a los hombres. Y nadie piense que basta cumplir con el Señor, si se queda en pie la deuda con los prójimos, a quien debe el buen ejemplo y no darle materia de verdadero escándalo.—Reina y Señora de todo lo criado, yo quisiera alcanzar la pureza y virtud de los espíritus soberanos, para que esta parte inferior que agrava el alma (Sab., 9, 15) fuera presta en cumplir esta celestial doctrina; grave soy y pesada para mí misma (Job 7, 20), pero, con vuestra intercesión y el favor de la gracia del Altísimo, procuraré, Señora, obedecer a vuestra voluntad, y suya santísima con prontitud, y afecto

del corazón; no me falte vuestra intercesión y amparo y la enseñanza de vuestra Santa y altísima doctrina.

CAPITULO 23

De las divisas con que los Santos Ángeles de guarda de María Santísima se le manifestaban, y de sus perfecciones.

361. Ya queda dicho (Cf. supra n. 205) que estos Ángeles eran mil, como en las demás personas particulares es uno el que las guarda. Pero según la dignidad de María Santísima debemos entender que sus mil ángeles la guardaban y asistían con más vigilancia que cualquier Ángel guarda al alma encomendada. Y fuera de estos mil, que eran de la guarda ordinaria y más continua, la servían en diversas ocasiones otros muchos Ángeles, en especial después que concibió en sus entrañas al Verbo Divino Humanado. También he dicho arriba (Cf. supra n. 114) cómo el nombramiento de estos mil Ángeles le hizo Dios en el principio de la creación de todos, justificación de los buenos y caída de los malos, cuando después del objeto de la Divinidad que se les propuso como a viadores, les fue propuesta y manifestada la Humanidad Santísima que había de tomar el Verbo, y su Madre Purísima, a quienes habían de reconocer por superiores.

362. En esta ocasión, cuando los apóstatas fueron castigados y los obedientes premiados, guardando el Señor la debida proporción en su justísima equidad, dije (Cf. supra n. 106-107) que en el premio accidental hubo alguna diversidad entre los Santos Ángeles, según los afectos diferentes que tuvieron a los misterios del Verbo Humanado y de su Madre Purísima, que por su orden fueron conociendo antes y después de la caída de los malos ángeles. Y a este premio accidental se reduce haberlos elegido para asistir y servir a María Santísima y al Verbo Humanado, y el modo de manifestarse en la forma que tomaban cuando se aparecían visibles a la Reina y la servían. Esto es lo que pretendo declarar en este capítulo, confesando mi incapacidad, porque es dificultoso reducir a razones y

términos de cosas materiales las perfecciones y operaciones de espíritus intelectuales y tan levantados. Pero si dejara en silencio este punto, omitía en la Historia una grande parte de las más excelentes ocupaciones de la Reina del cielo cuando fue viadora; porque después de las obras que ejercía con el Señor, el más continuo trato era con sus ministros los espíritus angélicos; y sin esta ilustre parte quedara defectuoso el discurso de esta santísima Vida.

363. Suponiendo todo lo que hasta ahora he dicho de los órdenes, jerarquías y diferencias de estos mil ángeles, diré aquí la forma en que corporalmente se le aparecían a su Reina y Señora, remitiendo las apariciones intelectuales e imaginarias para otros catítulos (Cf. infra n. 615-659), donde de intento diré los modos de visiones que tenía Su Alteza. Los novecientos Ángeles que fueron electos de los nueve coros, ciento de cada uno, fueron entresacados de aquellos que se inclinaron más a la estimación y amor y admirable reverencia de María Santísima. Y cuando se le aparecían visibles, tenían forma de un mancebo de poca edad, pero de extremada hermosura y agrado. El cuerpo manifestaba poco de terreno; porque era purísimo y como un cristal animado y bañado de gloria, con que remedaban a los cuerpos gloriosos y refulgentes; con la belleza juntaban extremada gravedad, compostura y amable severidad. El vestido era rozagante, pero como si fuera todo resplandor, semejante a un lucidísimo y brillante oro esmaltado o entrepuesto con matices de finísimos colores, con que hacían una admirable y hermosísima variedad para la vista; si bien parecía que todo aquel ornato y forma visible no era proporcionada al tacto material ni se pudiera asir con la mano, aunque se dejaba ver y percibir como el resplandor del sol, que manifestando los átomos entra por una ventana, siendo incomparablemente más vistoso y hermoso el de estos ángeles.

364. Junto con esto traían todos en las cabezas unas coronas de vivísimas y finísimas flores, que despedían suavísima fragancia de olores no terrenos, sino espiritualizados y suaves. En las manos tenían unas palmas tejidas de variedad y hermosura, significando las virtudes y

coronas que María Santísima había de obrar y conseguir en tanta santidad y gloria; todo lo cual estaban como ofreciéndoselo de antemano disimuladamente, aunque con efectos de júbilo y alegría. En el pecho traían cierta divisa y señal, que la entenderemos al modo de las divisas o hábitos de las órdenes militares; pero tenían una cifra que decía: María Madre de Dios; y era para aquellos Santos Príncipes de mucha gloria, adorno y hermosura; pero a la Reina María no le fue manifestada hasta el punto que concibió el Verbo Humanado.

365. Esta divisa y cifra era admirable para la vista, por el extremado resplandor que despedía, señalándose entre el refulgente adorno de los Ángeles; variaban también los visos y brillantes, significando por ellos la diferencia de misterios y excelencias que se encerraban en esta Ciudad Santa de Dios. Contenía el más soberano renombre y más supremo título y dignidad que pudo caber en pura criatura, María Madre de Dios; porque con él honraban más a su Reina y nuestra, y ellos también quedaban honrados, como señalados por suyos, y premiados, como quien más se aventajó en la devoción y veneración que tuvieron a la que fue digna de ser venerada de todas las criaturas. Dichosas mil veces las que merecieron el singular retorno del amor de María y de su Hijo Santísimo.

366. Los efectos que hacían estos Santos Príncipes y su ornato en María Señora nuestra, nadie podría fuera de ella misma explicarlos. Manifestábanle misteriosamente la grandeza de Dios y sus atributos, los beneficios que había hecho y hacía con ella en haberla criado y elegido, enriquecido y prosperado con tantos dones del cielo y tesoros de la Divina diestra, con que la movían e inflamaban en grandes incendios del Divino amor y alabanza; y todo iba creciendo con la edad y sucesos y, en obrándose la encarnación del Verbo, se desplegaron mucho más; porque le explicaron la misteriosa cifra del pecho hasta entonces oculta para Su Alteza. Y con esta declaración, y en lo que en aquella dulcísima cifra se le dio a entender de su dignidad y obligación a Dios, no se puede dignamente encarecer qué fuego de amor y qué humildad tan profunda, qué afectos tan tiernos se despertaban en aquel

candido corazón de María Santísima, reconociéndose desigual y no digna de tan inefable sacramento y dignidad de Madre de Dios.

367. Los setenta serafines de los más allegados al trono que asistían a la Reina, fueron de los que más se adelantaron en la devoción y admiración de la unión Hipostática de las dos naturalezas Divina y humana en la Persona del Verbo; porque como más allegados a Dios por la noticia y afecto, desearon señaladamente que se obrase este misterio en las entrañas de una mujer; y a este particular y señalado afecto le correspondió el premio de gloria esencial y accidental. Y a esta última, de que voy hablando, pertenece el asistir a María Santísima y a los misterios que en ella se obraron.

368. Cuando estos setenta serafines se le manifestaban visibles, los veía la Reina en la misma forma que imaginariamente los vio Isaías, con seis alas; con las dos cubrían la cabeza, significando con esta acción humilde la oscuridad de sus entendimientos para alcanzar el misterio y sacramento a que servían; y que, postrados ante la majestad y grandeza de su Autor, los creían y entendían con el velo de la oculta noticia que se les daba, y por ella engrandecían con alabanza eterna los incomprensibles y santos juicios del Altísimo. Con otras dos alas cubrían los pies, que son la parte inferior que toca en la tierra; y por esto significan a la misma Reina y Señora del Cielo, pero de naturaleza humana y terrena; y cubríanla en señal de veneración y que la tenían como a suprema criatura sobre todas y de su incomprensible dignidad y grandeza inmediata al mismo Dios y sobre todo entendimiento y juicio criado; que por esto también encubrían los pies, significando que tan levantados serafines no podían dar paso en comparación de los de María, y de su dignidad y excelencia.

369. Con las dos alas del pecho volaban o las extendían, dando a entender también dos cosas: la una, el incesante movimiento y vuelo del amor de Dios, de su alabanza y profunda reverencia que le daban; la otra era que descubrían a María Santísima lo interior del pecho, donde

en el ser y obrar, como en espejo purísimo, reverberaban los rayos de la Divinidad, mientras que siendo viadora no era posible ni conveniente que se le manifestase tan continuamente en sí misma. Y por esto ordenó la Beatísima Trinidad que su Hija y Esposa tuviese a los serafines, que son las criaturas más inmediatas y cercanas a la Divinidad, para que como en imagen viva viese copiado esta gran Señora lo que no podía ver siempre en su original.

370. Por este modo gozaba la divina Esposa del retrato de su amado en la ausencia de viadora, enardecida toda con la llama de su santo amor con la vista y conferencias que tenía de estos inflamados y supremos príncipes. Y el modo de comunicar con ellos, a más de lo sensible, era el mismo que ellos guardan entre sí mismos, ilustrando los superiores a los inferiores en su orden, como otras veces he dicho (Cf. supra n. 203); porque si bien la Reina del Cielo era superior y mayor que todos en la dignidad y gracia, pero en la naturaleza, como dice David (Sal., 8, 6), *él hombre fue hecho menor que los Ángeles;* y el orden común de iluminar y recibir estas influencias divinas sigue a la naturaleza y no a la gracia.

371. Los otros doce Ángeles, que son los de las doce puertas de que san Juan habló en el capítulo 21 (Ap., 21, 12) del Apocalipsis, como arriba dije (Cf. supra n. 273), se adelantaron en el afecto y alabanza de ver que Dios se humanase a ser maestro y conversar con los hombres, y después a redimirlos y abrirles las puertas del cielo con sus merecimientos, siendo coadjutora de este admirable sacramento su Madre Santísima. Atendieron señaladamente estos Santos Ángeles a tan maravillosas obras, y a los caminos que Dios había de enseñar para que los hombres fuesen a la vida eterna, significados en las doce puertas, que corresponden a los doce tribus. El retorno de esta singular devoción fue señalar Dios a estos Santos Ángeles por testigos y como secretarios de los misterios de la Redención, y que cooperasen con la misma Reina del Cielo en el privilegio de ser Madre de Misericordia y Medianera de los que a ella acudieron a buscar su salvación. Y por esto dije arriba (Cf. supra n. 273-274) que Su Majestad, de la

Reina, se sirve de estos doce Ángeles señaladamente, para que amparen, ilustren y defiendan a sus devotos en sus necesidades, y en especial para salir de pecado, cuando ellos y María Santísima son invocados.

372. Estos doce ángeles se le aparecían corporalmente, como los que dije primero, salvo que llevaban muchas coronas y palmas, como reservadas para los devotos de esta Señora. Servíanla, dándole singularmente a conocer la inefable piedad del Señor con el linaje humano, moviéndola para que ella le alabase y pidiese la ejecutase con los hombres. Y en cumplimiento de esto los enviaba Su Alteza con estas peticiones al trono del Eterno Padre; y también a que inspirasen y socorriesen a los devotos que la invocaban, o ella quería remediar y patrocinar, como después sucedió muchas veces con los Santos Apóstoles, a quienes por ministerio de los Ángeles favorecía en los trabajos de la primitiva Iglesia; y hasta hoy desde el cielo ejercen estos doce Ángeles el mismo oficio, asistiendo a los devotos de su Reina y nuestra.

373. Los diez y ocho Ángeles restantes para el número de mil, fueron de los que se señalaron en el afecto a los trabajos del Verbo Humanado; y por esto fue grande su premio de gloria. Estos Ángeles se aparecían a María Santísima con admirable hermosura; llevaban por adorno muchas divisas de la Pasión y otros misterios de la Redención; especialmente tenían una Cruz en el pecho y otra en el brazo, ambas de singular hermosura y refulgente resplandor. Y la vista de tan peregrino hábito despertaba a la Reina a grande admiración y más tierna memoria y afectos compasivos de lo que había de padecer el Redentor del mundo, y a fervorosas gracias y agradecimientos de los beneficios que los hombres recibieron con los misterios de la redención y rescate de su cautiverio. Servíase la gran Princesa de estos Ángeles para enviarlos muchas veces a su Hijo Santísimo con embajadas diversas y peticiones para el bien de las almas.

374. Debajo de estas formas y divisas he declarado algo de las perfecciones y operaciones de estos espíritus celestiales, pero muy limitadamente para lo que en sí

contienen; porque son unos invisibles rayos de la divinidad, prestísimos en sus movimientos y operaciones, poderosísimos en su virtud, perfectísimos en su entender sin engaño, inmutables en la condición y voluntad; lo que una vez aprenden, nunca lo olvidan ni pierden de vista. Están ya llenos de gracia y gloria sin peligro de perderla; y porque son incorpóreos e invisibles, cuando el Altísimo quiere hacer beneficio a los hombres de que los vean, toman cuerpo aéreo y aparente y proporcionado al sentido y al fin para que lo toman. Todos estos mil Ángeles de la Reina María eran de los superiores de sus órdenes y coros adonde pertenecen; y esta superioridad es principalmente en gracia y gloria. Asistieron a la guarda de esta Señora, sin faltar un punto en su vida santísima; y ahora en el cielo tienen especial y accidental gozo de su vista y compañía. Y aunque algunos de ellos señaladamente son enviados por su voluntad, pero todos mil sirven también para este ministerio en algunas ocasiones, según la disposición divina.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

375. Hija mía, en tres documentos te quiero dar la doctrina de este capítulo. El primero, que seas agradecida con eterna alabanza y reconocimiento al beneficio que Dios te ha hecho en darte Ángeles que te asistan, enseñen y encaminen en tus tribulaciones y trabajos. Este beneficio tienen de ordinario olvidado los mortales con odiosa ingratitud y pesada grosería, sin advertir en la Divina misericordia y dignación de haber mandado el Altísimo a estos Santos Príncipes que asistan, guarden y defiendan a otras criaturas terrenas y llenas de miserias y culpas, siendo ellos de naturaleza tan superior y espiritual y llenos de tanta gloria, dignidad y hermosura; y por este olvido se privan los hombres ingratos de muchos favores de los mismos Ángeles y tienen indignado al Señor; pero tú, carísima, reconoce tu beneficio y dale el retorno con todas tus fuerzas.

376. El segundo documento sea, que siempre y en todo lugar tengas amor y reverencia a estos espíritus divinos, como si con los ojos del cuerpo los vieras, para que con

esto vivas advertida y circunspecta, como quien tiene presentes los cortesanos del cielo, y no te atrevas a hacer en presencia suya lo que en público no hicieras, ni dejes de obrar en el servicio del Señor lo que ellos hacen y de ti quieren. Y advierte que siempre están mirando la cara de Dios (Mt., 18, 10), como bienaventurados, y cuando juntamente te miran a ti, no es razón que vean alguna cosa indecente; agradéceles lo que te guardan, defienden y amparan.

377. Sea el tercero documento, que vivas atenta a los llamamientos, avisos e inspiraciones con que te despiertan, mueven y te ilustran para encaminar tu mente y corazón con la memoria del Altísimo y en el ejercicio de todas las virtudes. Considera cuántas veces los llamas y te responden; los buscas y los hallas; cuántas veces les has pedido señas de tu amado y te las han dado; y cuántas ellos te han solicitado al amor de tu Esposo, han reprendido benignamente tus descuidos y remisiones; y cuando por tus tentaciones y flaquezas has perdido el norte de la luz, ellos te han esperado, sufrido y desengañado, volviéndote al camino derecho de las justificaciones del Señor y de sus testimonios. No olvides, alma, lo mucho que en este beneficio de los Ángeles debes a Dios sobre muchas naciones y generaciones; trabaja por ser agradecida a tu Señor y a sus Ángeles sus ministros.

CAPITULO 24

De los ejercicios y ocupaciones santas de la Reina del Cielo en el año y medio primero de su infancia.

378. El silencio forzoso en los años primeros de los otros niños y ser torpes y balbucientes, porque no saben ni pueden hablar, esto fue virtud heroica en nuestra niña Reina; porque, si las palabras son parto del entendimiento y como índices del discurso y le tuvo Su Alteza perfectísimo desde su concepción, no dejó de hablar desde luego que nació porque no podía, sino porque no quería. Y aunque a los otros niños les faltan las fuerzas naturales para abrir la boca, mover la tierna lengua y pronunciar las

palabras, pero en María niña no hubo este defecto; así porque en la naturaleza estaba más robusta, como porque al imperio y dominio que tenía sobre todas las cosas obedecieran sus potencias propias, si ella lo mandara. Pero el no hablar fue virtud y perfección grande, ocultando debidamente la ciencia y la gracia, y excusando la admiración de ver hablar a una recién nacida. Y si fuera admiración que hablara quien naturalmente había de estar impedida para hacerlo, no sé si fue más admirable que callase año y medio la que pudo hablar en naciendo.

379. Orden fue del Altísimo que nuestra niña y Señora guardase este silencio por el tiempo que ordinariamente los otros niños no pueden hablar. Sólo para con los Santos Ángeles de su guarda se dispensó en esta ley, o cuando vocalmente oraba al Señor a solas; que para hablar con el mismo Dios, autor de aquel beneficio, y con los Ángeles legados suyos, cuando corporalmente trataban a la niña, no intervenía la misma razón de callar que con los hombres, antes convenía que orase con la boca, pues no tenía impedimento en aquella potencia y sin él no había de estar ociosa tanto tiempo. Pero su madre Santa Ana nunca la oyó, ni conoció que podía hablar en aquella edad; y con esto se entiende mejor cómo fue virtud el no hacerlo en aquel año y medio de su primera infancia. Mas en este tiempo, cuando a su madre le pareció oportuno, soltó las manos y los brazos a la niña María, y ella cogió luego las suyas a sus padres y se las besó con gran sumisión y humildad reverencial; y en esta costumbre perseveró mientras vivieron sus santos padres. Y con algunas demostraciones daba señal en aquella edad para que la bendijesen, hablándoles más al corazón para que lo hicieran que quererlo pedir con la boca. Tanta fue la reverencia en que los tenía, que jamás faltó un punto en ella, ni en obedecerlos; ni les dio molestia ni pena alguna, porque conocía sus pensamientos y prevenía la obediencia.

380. En todas sus acciones y movimientos era gobernada por el Espíritu Santo, con que siempre obraba lo perfectísimo, pero ejecutándolo no se satisfacía su ardentísimo amor, que de continuo renovaba sus afectos fervorosos para emular mejores carismas (1 Cor., 12,

31). Las revelaciones Divinas y visiones intelectuales eran en esta niña Reina muy continuas, asistiéndola siempre el Altísimo; y cuando alguna vez suspendía su providencia un modo de visiones o intelecciones, atendía a otras; porque de la visión clara de la Divinidad —que dije arriba (Cf. supra n. 333) había tenido luego que nació y fue llevada al cielo por los Ángeles— le quedaron especies de lo que conoció; y desde .entonces, como salió de la bodega del vino ordenada la caridad (Cant., 2, 4), quedó tan herido su corazón, que convirtiéndose a esta contemplación era toda enardecida; y como el cuerpo era tierno y flaco, y el amor fuerte como la muerte (Cant., 8, 6), llegaba a padecer suma dolencia de amor, de que enferma muriera, si el Altísimo no fortaleciera y conservara con milagrosa virtud la parte inferior y vida natural. Pero muchas veces daba lugar el Señor para que aquel tierno y virginal cuerpecito llegase a desfallecer mucho con la violencia del amor, y que los Santos Ángeles la sustentasen y confortasen, cumpliéndose aquello de la Esposa: *Fulcite me floribus, quia amore langueo* (Cant., 2, 5)*;* «socorredme con flores, que estoy enferma de amor». Y este fue un nobilísimo género de martirio millares de veces repetido en esta divina Señora, con que excedió a todos los mártires en el merecimiento y aun en el dolor.

381. Es la pena del amor tan dulce y apetecible, que cuanto mayor causa tiene tanto más desea, quien la padece, que le hablen de quien ama, pretendiendo curar la herida con renovarla. Y este suavísimo engaño entretiene al alma entre una penosa vida y una dulce muerte. Esto le sucedía a la niña María con sus Ángeles, que ella les hablaba de su amado y ellos le respondían. Preguntábales ella muchas veces, y les decía: Ministros de mi Señor y mensajeros suyos, hermosísimas obras de sus manos, centellas de aquel divino fuego que enciende mi corazón, pues gozáis de su hermosura eterna sin velo ni rebozo, decidme las señas de mi amado ¿qué condiciones tiene mi querido? Avisadme si acaso le tengo disgustado, sabedme lo que desea y quiere de mí y no tardéis en aliviar mi pena, que desfallezco de amor.

382. Respondíanla los espíritus soberanos: Esposa del

Altísimo, vuestro amado es solo el que sólo por sí es, el que de nadie necesita, y todos de Él. Es infinito en perfecciones, inmenso en la grandeza, sin límite en el poder, sin término en la sabiduría, sin modo en la bondad; el que dio principio a todo lo criado sin tenerlo, el que lo gobierna sin cansancio, el que lo conserva sin haberlo menester; el que viste de hermosura a todo lo criado, y que la suya nadie la puede comprender, y hace con ella bienaventurados a los que llegan a verla cara a cara. Infinitas son, Señora, las perfecciones de vuestro Esposo, exceden a nuestro entendimiento y sus altos juicios son para la criatura investigables.

383. En estos coloquios y otros muchos, que no alcanza toda nuestra capacidad, pasaba la niñez María Santísima con sus Ángeles y con el Altísimo, en quien estaba transformada. Y como era consiguiente crecer en el fervor y ansias de ver al sumo bien, que sobre todo pensamiento amaba, muchas veces por voluntad del Señor y por manos de sus Ángeles era llevada corporalmente al cielo empíreo, donde gozaba de la presencia de la Divinidad; aunque algunas veces, de estas que era levantada al Cielo, la veía claramente, y otras sólo por especies infusas, pero altísimas y clarísimas en este género de visión. Conocía también a los Ángeles clara e intuitivamente, sus grados, órdenes y jerarquías, y otros grandes sacramentos entendía en este beneficio. Y como fue muchas veces repetido, con el uso de él y los actos que ejercía, vino a adquirir un hábito tan intenso y robusto de amor, que parecía más divina que humana criatura; y ninguna otra pudiera ser capaz de este beneficio, y otros que con proporción le acompañaban, ni tampoco la naturaleza mortal de la misma Reina los pudiera recibir sin morir, si por milagro no fuera conservada.

384. Cuando era necesario en aquella niñez recibir algún obsequio y beneficio de sus santos padres, o cualquiera otra criatura, siempre lo admitía con interna humillación y agradecimiento y pedía al Señor les premiase aquel bien que le hacían por su amor. Y con estar en tan alto grado de santidad y llena de la divina luz del Señor y sus misterios, se juzgaba por la menor de las criaturas y en su

comparación con la propia estimación se ponía en el último lugar de todas; y aun del mismo alimento para la vida natural se reputaba indigna la que era Reina y Señora de todo lo criado.

Doctrina de la Reina del cielo.

385. Hija mía, el que recibe más, se debe reputar por el más pobre, porque su deuda es mayor; y si todos deben humillarse, porque de sí mismos nada son, ni pueden, ni poseen, por esta misma razón se ha de pegar más con la tierra aquel que siendo polvo le ha levantado la mano poderosa del Altísimo; pues quedándose por sí y en sí mismo, sin ser ni valer nada, se halla más adeudado y obligado a lo que por sí no puede satisfacer. Conozca la criatura lo que de sí es; pues nadie podrá decir, yo me hice a mí mismo, ni yo me sustento, ni yo puedo alargar mi vida, ni detener la muerte. Todo el ser y conservación depende de la mano del Señor; humíllese la criatura en su presencia, y tú, carísima, no olvides este documento.

386. También quiero aprecies como gran tesoro la virtud del silencio, que yo comencé a guardar desde mi nacimiento; porque conocí en el Señor todas las virtudes con la luz que recibí de su mano poderosa, y me aficioné a ésta con mucho afecto, proponiendo tenerla por compañera y amiga toda mi vida; y así lo guardé con inviolable recato, aunque pude hablar luego que salí al mundo. El hablar sin medida y peso es un cuchillo de dos filos que hiere al que habla y juntamente al que oye, y entrambos destruyen la caridad, o la impiden con todas las virtudes. Y de esto entenderás cuánto se ofende Dios con el vicio de la lengua desconcertada y suelta, y con qué justicia aparta su espíritu y esconde su cara de la locuacidad, bullicio y conversaciones, donde hablándose mucho no se pueden excusar graves pecados (Prov., 10, 19). Sólo con Dios y sus Santos se puede hablar con seguridad, y aun eso ha de ser con peso y discreción; pero con las criaturas es muy difícil conservar el medio perfecto, sin pasar de lo justo y necesario a lo injusto y superfluo.

387. El remedio que te preservará de este peligro es

quedar siempre más cerca del extremo contrario, excediendo en callar y enmudeciendo; porque el medio prudente de hablar lo necesario se halla más cerca de callar mucho que de hablar demasiado. Advierte, alma, que sin dejar a Dios en tu interior y secreto, no puedes irte tras de las conversaciones voluntarias de criaturas; y lo que sin vergüenza y nota de grosería no hicieras con otra criatura, no debes hacerlo con el Señor tuyo y de todos. Aparta los oídos de las engañosas fabulaciones, que te pueden obligar a que hables lo que no debes; pues no es justo que hables más de lo que te manda tu Dueño y Señor. Oye a su Ley Santa, que con mano liberal ha escrito en tu corazón; escucha en él la voz de tu Pastor y respóndele allí, y sólo a él. Y quiero dejarte advertida que, si has de ser mi discípula y compañera, ha de ser señalándote por extremo en esta virtud del silencio. Calla mucho, y escribe este documento en tu corazón ahora, y aficiónate más y más a esta virtud, que primero quiero de ti este afecto, y después te enseñaré cómo debes hablar; pero no te impido para que dejes de hablar, amonestando y consolando, a tus hijas y subditas.

388. Habla también con los que te puedan dar señas de tu amado y te despierten y enciendan en su amor; y en estas pláticas adquirirás el deseado silencio provechoso para tu alma; pues de aquí te nacerá el horror y hastío de las conversaciones humanas y sólo gustarás de hablar del bien eterno que deseas; y con la fuerza del amor, que transformará tu ser en el amado, desfallecerá el ímpetu de las pasiones y llegarás a sentir algo de aquel martirio dulce que yo padecía cuando me querellaba del cuerpo y de la vida; porque me parecían duras prisiones que detenían mi vuelo, aunque no mi amor. Oh, hija mía, olvídate de todo lo terreno en el secreto de tu silencio y sigúeme con todo tu fervor y fuerzas, para que llegues al estado que tu Esposo te convida, donde oigas aquella consolación que a mí me entretenía en mi dolor de amor: Paloma mía, dilata tu corazón, y admite, querida mía, esta dulce pena, que de tu afecto está mi corazón herido. Esto me decía el Señor, y tú lo has oído repetidas veces, porque al solo y silenciario habla Su Majestad.

CAPITULO 25

Cómo al año y medio comenzó a hablar la niña María Santísima, y sus ocupaciones hasta que fue al templo.

389. Llegó el tiempo en que el silencio santo de María Purísima oportuna y perfectamente se rompiese y se oyese en nuestra tierra la voz de aquella tórtola divina (Cant., 2, 12), que fuese embajadora fidelísima del verano de la gracia. Pero antes de tener licencia del Señor para comenzar a hablar con los hombres, que fue a los diez y ocho meses de su tierna infancia, tuvo una intelectual visión de la Divinidad, no intuitiva sino por especies, renovándole las que otras veces había recibido y aumentándole los dones de las gracias y beneficios. Y en esta Divina visión pasó entre la niña y el supremo Señor un dulcísimo coloquio que con temor me atrevo a reducir a palabras.

390. Dijo la Reina a Su Majestad: Altísimo Señor y Dios incomprensible, ¿cómo a la más inútil y pobre criatura favorecéis tanto? ¿Cómo a vuestra esclava, insuficiente para el retorno, inclináis vuestra grandeza con tan amable dignación? ¿El Altísimo mira a la sierva? ¿El Poderoso enriquece a la pobre? ¿El Santo de los Santos se inclina al polvo? Yo, Señor, soy párvula entre todas las criaturas, soy la que menos merece vuestros favores, ¿qué haré en vuestra Divina presencia? ¿Con qué daré la retribución de lo que os debo? ¿Qué tengo yo, Señor, que no sea vuestro si vos me dais el ser, la vida y movimiento? Pero gozaréme, amado mío, de que vos tengáis todo lo bueno, y que nada tenga la criatura fuera de vos mismo, y que sea condición y gloria vuestra levantar al que es menos, favorecer al más inútil y dar ser a quien no le tiene, para que así sea vuestra magnificencia más conocida y engrandecida.

391. El Señor la respondió y dijo: Paloma y querida mía, en mis ojos hallaste gracia; suave eres, amiga y electa mía, en mis delicias. Quiérote manifestar lo que en ti será de mi mayor agrado y beneplácito.—Estas razones del

Señor herían de nuevo y desfallecían con la fuerza del amor el corazón tiernísimo, pero muy robusto, de la niña Reina; y el Altísimo agradado prosiguió y dijo: Yo soy Dios de misericordias, y con inmenso amor amo a los mortales, y entre tantos que con sus culpas me han desobligado, tengo algunos justos y amigos que de corazón me han servido y sirven. He determinado remediarlos, enviándoles a mi Unigénito para que no carezcan más de mi gloria, ni yo de su alabanza eterna.

392. A esta proposición respondió la santísima niña María: Altísimo Señor y Rey poderoso, vuestras son las criaturas y vuestra es la potencia; sólo vos sois el Santo y el supremo Gobernador de todo lo criado; obligaos, Señor, de vuestra misma bondad para acelerar el paso de vuestro Unigénito en la Redención de los hijos de Adán; llegue ya el deseado día de mis antiguos padres y vean los mortales vuestra salud eterna. ¿Por qué, amado Dueño mío, pues sois piadoso Padre de las misericordias, dilatáis tanto la que tanto esperan vuestros hijos cautivos y afligidos? Si puede mi vida ser de algún servicio, yo os la ofrezco pronta para ponerla por ellos.

393. Mandóla el Altísimo con grande benevolencia, que desde entonces todos los días muchas veces le pidiese la aceleración de la Encarnación del Verbo Eterno y el remedio de todo el linaje humano, y que llorase los pecados de los hombres, que impedían su misma salud y reparación. Y luego la declaró que ya era tiempo de ejercitar todos los sentidos, y que para mayor gloria suya convenía que hablase con las criaturas humanas. Y para cumplir con esta obediencia, dijo la niña a Su Majestad:

394. Altísimo Señor de majestad incomprensible, ¿cómo se atreverá el polvo a tratar misterios tan escondidos y soberanos, y en vuestro pecho de tan estimable precio, la que es menor entre los nacidos? ¿Cómo os obligará por ellos y qué puede alcanzar la criatura que en nada os ha servido? Pero vos, amado mío, os daréis por obligado de la misma necesidad, y la enferma buscará la salud, la sedienta deseará las fuentes de vuestra misericordia y obedecerá a vuestra Divina voluntad. Y si ordenáis. Señor

mío, que yo desate mis labios para tratar y hablar con otros fuera de vos mismo, que sois todo mi bien y mi deseo, atended, os suplico, a mi fragilidad y peligro; muy dificultoso es para la criatura racional no exceder en las palabras; yo callara por esto toda la vida, si fuera de vuestro beneplácito, por no aventurar el perderos; que si lo hiciese, imposible sería vivir un solo punto.

395. Esta fue la respuesta de la niña santísima María, temerosa del nuevo y peligroso ministerio de hablar que la mandaban; y cuanto era de su voluntad propia, si lo consintiera Dios, tenía deseo de guardar inviolable silencio y enmudecer toda su vida. ¡Gran confusión y ejemplo para la insipiencia de los mortales, que temiese el peligro de la lengua la que no podía pecar hablando; y los que no podemos hablar si no es pecando, morimos y nos deshacemos por hacerlo! Pero, dulcísima niña y Reina de todo lo criado, ¿cómo queréis dejar de hablar? ¿No atendéis, Señora mía, que vuestra mudez fuera ruina del mundo, tristeza para el Cielo y aun, a nuestro corto entender, fuera gran vacío para la misma Beatísima Trinidad? ¿No sabéis que en sola una razón que habéis de responder al Arcángel Santo, *Fiat mihi* (Lc., 1, 38) *etc.,* daréis aquel lleno a todo lo que tiene ser? Al Eterno Padre, Hija; al Hijo Eterno, Madre; al Espíritu Santo, Esposa; reparo a los Ángeles, remedio a los hombres, gloria a los cielos, paz a la tierra, abogada al mundo, salud a los enfermos, vida a los muertos; y cumpliréis la voluntad y beneplácito de todo lo que el mismo Dios puede querer fuera de sí mismo. Pues si de sola vuestra palabra pende la mayor obra del poder inmenso y todo el bien de lo criado, ¿cómo, Señora y Maestra mía, quiere callar quien ha de hablar tan bien? Hablad, pues, niña, y vuestra voz se oiga en todo el ámbito del Cielo.

396. Del prudentísimo recato de su Esposa se agradó el Altísimo y fue su corazón herido de nuevo con el amoroso temor de nuestra niña grande. Y como pagada la Beatísima Trinidad de su dilecta, y como confiriendo entre sí la petición, dijeron aquellas palabras de los Cantares (Cant., 8, 8-9): *Pequeña es nuestra hermana y no tiene pechos, ¿qué haremos para nuestra hermana en el día que ha de hablar?*

Si es muro, edifiquemos en ella torreones de plata. Pequeña eres, querida hermana nuestra, en tus ojos, pero grande eres y lo serás en los nuestros. En ese desprecio con uno de tus cabellos has herido nuestro corazón (Cant., 4, 9). Párvula eres en tu propio juicio y estimación, y eso mismo nos aficiona y enamora. No tienes pechos para alimentar con tus palabras, pero tampoco eres mujer para la ley del pecado; que contigo no quise ni quiero que se entienda. Humillaste, siendo grande sobre todas las criaturas; temes, estando segura; previenes el peligro que no te podrá ofender. ¿Qué haremos con nuestra hermana el día que por nuestra voluntad abra sus labios para bendecirnos, cuando los mortales los abren para blasfemar Nuestro Santo Nombre? ¿Qué haremos para celebrar tan festivo día como el que ha de hablar? ¿Con qué premiaremos tan humilde recato de la que siempre fue deleitable a nuestros ojos? Dulce fue su silencio y dulcísima será su voz en nuestros oídos. Si es muralla fuerte por estar fabricada con la virtud de nuestra gracia y asegurada con el poder de nuestro brazo, reedifiquemos sobre tanta fortaleza nuevos propugnáculos de plata, acrecentemos nuevos dones sobre los pasados; y sean de plata para que sea más enriquecida y preciosa, y sus palabras, cuando hubiere de hablar, sean purísimas, candidas, tersas y sonoras a nuestros oídos, y tenga derramada en sus labios nuestra gracia (Sal., 44, 3), y sea con ella nuestra poderosa mano y protección.

397. Al mismo tiempo que, a nuestro entender, pasaba esta conferencia entre las tres Divinas personas, fue nuestra Reina niña confortada y consolada en su humilde cuidado de comenzar a hablar; y el Señor la prometió la gobernaría sus palabras y asistiría en ella, para que todas fuesen de su servicio y agrado. Con lo cual pidió a Su Majestad nueva licencia y bendición para abrir sus labios llenos de gracia. Y para ser en todo prudente y advertida, la primera palabra habló con sus padres San Joaquín y Santa Ana, pidiéndoles la bendijesen, como quien después de Dios le habían dado el ser que tenía. Oyéronla los dos Santos dichosos, y juntamente vieron que comenzaba a andar por sí sola, y la feliz madre Ana con grande alegría de su espíritu, tomándola en sus brazos, la dijo: Hija mía y querida de mi corazón, sea enhorabuena y para gloria del

Altísimo que oigamos vuestra voz y palabras, y que también comencéis a dar pasos para su mayor servicio. Sean vuestras razones y palabras pocas, medidas y de mucho peso, y vuestros pasos rectos y enderezados al servicio y honra de nuestro Criador.

398. Oyó la niña santísima María estas y otras razones que su madre Santa Ana la dijo y escribiólas en su tierno corazón, para guardarlas con profunda humildad y obediencia. Y en el año y medio siguiente hasta cumplir los tres, en que fue al templo, fueron muy pocas palabras las que habló, salvo cuando con su madre Santa Ana en ocasiones que por oírla hablar la llamaba y mandaba que con ella hablase de Dios y de sus Misterios; y la niña divina lo hacía, oyendo y preguntando a su madre. Y la que en sabiduría excedía a todos los nacidos, quería ser enseñada e instruida; y en esto pasaban hija y madre dulcísimos coloquios del Señor.

399. No sería fácil, ni aun posible, decir lo que obró la niña divina María estos diez y ocho meses que estuvo en la compañía de su madre, la que mirando algunas veces a su hija, más venerable que el arca figurativa del testamento, derramaba copiosas y dulces lágrimas de amor y agradecimiento. Pero jamás le dio a entender el sacramento que tenía en su pecho, de que ella era la escogida para Madre del Mesías, aunque muchas veces trataban de este inefable Misterio, en que la niña se inflamaba con ardentísimos afectos, y decía grandes excelencias de Él y de su propia dignidad, que misteriosamente ignoraba; y en su felicísima madre Santa Ana acrecentaba más el gozo, el amor y el cuidado de su tesoro e hija.

400. Eran las fuerzas tiernas de la niña Reina muy desiguales a los ejercicios y obras humildes que la impelía su ferviente y profunda humildad y amor; porque, juzgándose la Señora de todas las criaturas por la más inferior de ellas, quería serlo en las acciones y demostraciones de las obras más abatidas y serviles de su casa. Y creía que, si no los servía a todos, no satisfacía a su deuda ni cumplía con el Señor; siendo verdad que sólo

quedaba corta en satisfacer a su inflamado afecto, porque sus fuerzas corporales no alcanzaban a su deseo, y los supremos Serafines besaran donde ella ponía sus sagradas plantas; con todo eso intentaba muchas veces ejecutar las obras humildes, como limpiar y barrer su casa; y como esto no se lo consentían, procuraba hacerlo a solas, asistiéndole entonces los Santos Ángeles y ayudándola, para que en algo consiguiese el fruto de su humildad.

401. No era muy rica la casa de Joaquín, pero tampoco era pobre; y conforme al honrado porte de su familia, deseaba Santa Ana aliñar a su hija santísima con el vestido mejor que pudiese, dentro de los términos de la honestidad y modestia. La niña humildísima admitió este afecto materno mientras no hablaba, sin resistir a ello; pero, cuando comenzó a hablar, pidió con humildad a su madre no le pusiese vestido costoso ni de alguna gala, antes fuese grosero, pobre y traído por otros, si fuese posible, y de color pardo de ceniza, cual es el que hoy usan las religiosas de Santa Clara (La Venerable autora llevaba, además del hábito de las Concepcionistas, el hábito de las Clarisas). La madre Santa, que a su misma hija miraba y respetaba como a Señora, la respondió: Hija mía, yo haré lo que me pedís en la forma y color de vuestro vestido; pero vuestras fuerzas de niña no le podrán sufrir tan grosero como vos le deseáis y en esto me obedeceréis a mí.

402. No replicó la niña obediente a la voluntad de su madre Santa Ana, porque jamás lo hacía; y se dejó vestir de lo que ella la dio, aunque fue en el color y forma como lo pedía Su Alteza, semejante a los hábitos de devoción que visten a los niños. Y aunque deseaba más aspereza y pobreza, pero con la obediencia la recompensó, siendo esta virtud más excelente que el sacrificar (1 Sam., 15, 22); y así quedó la santísima niña María obediente a su madre y pobre en su afecto, juzgándose por indigna de lo que usaba para defender la vida natural. Y en esta obediencia de sus padres fue excelentísima y prontísima los tres años que vivió en su compañía; porque con la Divina ciencia, que conocía sus interiores, estaba prevenida para obedecer al punto. Y para lo que ella hacía por sí

misma pedía la bendición y licencia a su madre, besándole la mano con grande humillación y reverencia; pero aunque la prudente madre lo consentía en lo exterior, con el interior reverenciaba la gracia y dignidad de su hija santísima.

403. Retirábase algunas veces en tiempos oportunos para gozar a solas con más libertad de la vista y coloquios divinos de sus Ángeles Santos y manifestarles con señales exteriores el amor ardiente de su amado. Y en algunos ejercicios que hacía se postraba llorando, y afligiendo aquel cuerpecito perfectísimo y tierno, por los pecados de los mortales, pidiendo e inclinando la misericordia del Altísimo, para que obrase grandes beneficios que desde luego comenzó a merecerles. Y aunque el dolor interno de las culpas que conocía, y la fuerza del amor que se le causaba, hacían en la divina niña efectos de intensísimo dolor y pena, en comenzando a usar de las fuerzas corporales en aquella edad, las estrenó con la penitencia y mortificación, para ser en todo Madre de Misericordia y Medianera de la Gracia, sin perder punto, ni tiempo, ni operación, por donde pudiese granjearla para sí y nosotros.

404. En llegando a los dos años, comenzó a señalarse mucho en el afecto y caridad con los pobres. Pedía a su madre Santa Ana limosna para ellos; y la piadosa madre satisfacía juntamente al pobre y a su Hija Santísima, y la exhortaba a que los amase y reverenciase a la que era maestra de caridad y perfección. Y a más de lo que recibía para distribuir a los pobres, reservaba alguna parte de su comida para darles, desde aquella edad, para que pudiese decir mejor que el santo Job: *Desde mi niñez creció la miseración conmigo* (Job 31, 8). Daba al pobre la limosna, no como quien la hacía en beneficio de gracia, sino como quien pagaba de justicia la deuda; y decía en su corazón: A este hermano y señor mío se le debe y no lo tiene y yo lo tengo sin merecerlo; y entregando la limosna besaba la mano del pobre, y si estaba a solas le besaba los pies, y si no podía hacerlo besaba el suelo donde había pisado. Pero jamás dio limosna a pobre, que no se la hiciese mayor a su alma, pidiendo por ella; y así volvían remediados de alma y cuerpo de su divina presencia.

405. No fue menos admirable la humildad y obediencia de la santísima niña en dejarse enseñar a leer y otras cosas, como es natural en aquella tierna edad. Hiciéronlo así sus santos padres, enseñándola a leer y otras cosas; y todo lo admitía y deprendía la que estaba llena de ciencia infusa de todas las materias criadas, y callaba y oía a todos; con admiración de los Ángeles, que en una niña miraban tan peregrina prudencia. Su madre Santa Ana, según el amor y luz que tenía, estaba atenta a la divina Princesa, y en sus acciones bendecía al Altísimo; pero como se iba acercando el tiempo de llevarla al Templo, crecía con el amor el sobresalto de ver que, cumplido el plazo de los tres años señalado por el Todopoderoso, lo ejecutaría luego para que cumpliese con su voto. Para esto comenzó la niña María a prevenir y disponer a su madre, manifestándole seis meses antes el deseo que tenía de verse ya en el Templo; y representábale los beneficios que de la mano del Señor habían recibido, y cuán debido era hacer su mayor beneplácito, y que en el Templo, estando dedicada a Dios, la tendría más por suya que en su casa propia.

406. Oía la Santa madre Ana las razones prudentes de su niña María Santísima y, aunque estaba rendida a la Divina voluntad y quería cumplir la promesa de ofrecerle su amada Hija, pero la fuerza del amor natural de tan única y cara prenda, junto con saber el tesoro inestimable que tenía en ella, pugnaban en su fidelísimo corazón con el dolor de la ausencia que ya la amenazaba tan de cerca; y sin duda rindiera la vida a tan viva y dura pena, si la mano poderosa del Altísimo no la confortara; porque la gracia y dignidad, que solo ella conocía, de su divina hija la tenían robado el corazón y su presencia y trato le eran más deseables que la misma vida. Con este dolor respondía tal vez a la niña: Hija mía querida, muchos años os he deseado y pocos merezco gozar de vuestra compañía, porque se haga la voluntad de Dios; pero, aunque no resisto a la promesa de llevaros al Templo, tiempo me queda para cumplirlo; tened paciencia mientras llega el día en que se cumplan vuestros deseos.

407. Pocos días antes que cumpliese María Santísima los tres años, tuvo una visión de la Divinidad abstractivamente,

en que le fue manifestado se llegaba ya el tiempo en que Su Majestad ordenaba llevarla a su Templo, donde viviese dedicada y consagrada a su servicio. Con esta nueva se llenó su purísimo espíritu de nuevo gozo y agradecimiento, y hablando con el Señor le dio gracias y dijo: Altísimo Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, eterno y sumo bien mío, pues yo no puedo alabaros dignamente, háganlo en nombre de esta humilde esclava todos los espíritus angélicos, porque vos, Señor inmenso, que de nadie tenéis necesidad, miráis a este vil gusanillo con la grandeza de vuestra liberal misericordia. ¿De dónde a mí tal beneficio, que me recibáis en vuestra casa y servicio, si no merezco el más despreciado lugar de la tierra que me sustenta? Pero si de vuestra misma grandeza os dais por obligado, yo os suplico, Señor mío, pongáis el cumplimiento de esta vuestra santa voluntad en el corazón de mis padres para que así lo ejecuten.

408. Luego tuvo Santa Ana otra visión en que la mandó el Señor cumpliese la promesa llevando al templo a su hija, para presentarla a Su Majestad el mismo día que cumpliese los tres años. Y no hay duda que fue este mandato de mayor dolor para la madre que el de Abrahán en sacrificar a su hijo Isaac; pero el mismo Señor la consoló y confortó, prometiéndola su gracia y asistencia en la soledad de quitarle a su amada hija. La Santa matrona se mostró rendida y pronta para cumplir lo que el Altísimo Señor la mandaba, y obediente hizo esta oración: Señor y Dios eterno, dueño de todo mi ser, ofrecida tengo a vuestro templo y servicio a mi hija, que vos con misericordia inefable me habéis dado; vuestra es, yo os la doy con hacimiento de gracias por el tiempo que la he tenido y por haberla concebido y criado; pero acordaos, Dios y Señor, que con la guarda de vuestro inestimable tesoro estaba rica; tenía compañía en este destierro y valle de lágrimas, alegría en mi tristeza, alivio en mis trabajos, espejo en quien regular mi vida y un ejemplar de encumbrada perfección que estimulaba mi tibieza, fervorizaba mi afecto; y por esta sola criatura esperaba vuestra gracia y misericordia, y todo temo me falte en solo un punto hallándome sin ella. Curad, Señor, la herida de mi corazón y no hagáis conmigo según lo que merezco, pero miradme

como padre piadoso de misericordias; yo llevaré mi hija al templo, como vos, Señor, lo mandáis.

409. Al mismo tiempo había tenido San Joaquín otra visitación o visión del Señor, que le mandaba también lo mismo que a Santa Ana. Y habiéndolo conferido entre los dos y conociendo la voluntad Divina, determinaron cumplirla con rendimiento y señalaron el día para llevar la niña al templo; aunque no fue menor en su modo el dolor y ternura del Santo viejo, pero no tanto como el de Santa Ana, porque entonces ignoraba el misterio altísimo de la que había de ser Madre de Dios.

Doctrina de la Reina del cielo.

410. Hija mía y carísima, advierte que todos los vivientes nacen destinados a la muerte, ignorando el término de su vida; pero lo que de cierto saben es que su plazo es corto y la eternidad sin fin; y que en ella sólo ha de coger el hombre lo que ahora sembrare de malas o buenas obras, que entonces darán su fruto de muerte o vida eterna; y en tan peligroso viaje no quiere Dios que nadie conozca de cierto si es digno de su amor o aborrecimiento (Ecl., 9, 1); porque si tiene seso, esta duda le sirva de estímulo, para diligenciar con todas sus fuerzas la amistad del mismo Señor. Y él justifica su causa desde que el alma comienza el uso de la razón; porque desde luego enciende en ella una luz y dictamen que le estimula y encamina a la virtud y desvía del pecado, enseñándola a distinguir entre el fuego y agua, abonando el bien y reprendiendo el mal, eligiendo la virtud y reprobando el vicio. A más de esto, la despierta y llama por sí mismo con inspiraciones santas y continuos impulsos, y por medio de los sacramentos, artículos y mandamientos, por los Ángeles, predicadores, confesores, prelados y maestros, por los trabajos propios y beneficios, por el ejemplo de los ajenos, en tribulaciones, muertes y otros varios sucesos y medios que su providencia dispone para traer a sí a todos, porque todos quiere sean salvos (1 Tim., 2, 4); y de estas cosas hace un compuesto de grandes auxilios y favores, de que la criatura puede y debe usar aprovechándose de ellos.

411. Contra esto procede la contienda de la parte inferior y sensitiva, que con el *fomes peccati* inclina a los objetos sensibles y mueve a la concupiscible e irascible, para que turbando la razón arrastren a la voluntad ciega para abrazar la libertad del deleite. Y el demonio con fascinaciones y falsas e inicuas fabulaciones oscurece el sentido interior y oculta el mortal veneno de lo deleitable transitorio (Sab., 4, 12). Mas no luego desampara el Altísimo a sus criaturas, antes renueva sus misericordias y auxilios, con que de nuevo la revoca y llama; y si responde a las primeras vocaciones, añade otros mayores, según su equidad; y a la correspondencia los va acrecentando y multiplicando; y en premio de que el alma se venció, se le van atenuando las fuerzas a sus pasiones y al *fomes*, y se aligera más el espíritu para que pueda levantarse a lo alto y hacerse muy superior a sus inclinaciones y al demonio.

412. Pero, si dejándose llevar del deleite y del olvido, da la mano el hombre al enemigo de Dios y suyo, cuanto se va alejando de la bondad Divina, tanto menos digno se hace de sus llamamientos y siente menos los auxilios aunque sean grandes; porque el demonio y las pasiones han cobrado sobre la razón mayor dominio y fuerza y la hacen más inepta e incapaz de la gracia del Altísimo. En esta doctrina, hija y amiga mía, consiste lo principal de la salvación o condenación de las almas, en comenzar a resistir o admitir los auxilios del Señor. Esta doctrina quiero que no la olvides, para que respondas a los muchos llamamientos que tienes de la mano del Altísimo. Procura ser fuerte en resistir a tus enemigos y puntual y eficaz en ejecutar el gusto de tu Señor, con que le darás agrado, y atender a su querer, que con su divina luz conoces. Grande amor tenía yo a mis padres, y las razones y ternura de mi madre me herían el corazón, pero, como sabía era orden y agrado del Señor dejarlos, olvidé su casa y mi pueblo (Sal., 44 11), no más de para seguir a mi Esposo. La buena crianza y doctrina de la niñez hace mucho para después, y que la criatura se halle más libre y habituada a la virtud, comenzando desde el puerto de la razón a seguir este norte verdadero y seguro.

LIBRO II

CONTIENE LA PRESENTACIÓN AL TEMPLO DE LA PRINCESA DEL CIELO; LOS FAVORES QUE LA DIESTRA DIVINA LA HIZO; LA ALTÍSIMA PERFECCIÓN CON QUE OBSERVÓ LAS CEREMONIAS DEL TEMPLO; EL GRADO DE SUS HEROICAS VIRTUDES Y MODO DE VISIONES QUE TUVO; SU SANTÍSIMO DESPOSORIO Y LO RESTANTE HASTA LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS.

CAPITULO 1

De la presentación de María Santísima en el Templo el año tercero de su edad.

413. Entre las sombras que figuraban a María Santísima en la ley escrita, ninguna fue más expresa que el arca del testamento, así por la materia de que estaba fabricada, como por lo que en sí contenía, y para lo que servía en el pueblo de Dios, y las demás cosas que mediante el arca y con ella y por ella hacía y obraba el mismo Señor en aquella antigua Sinagoga; que todo era un dibujo de esta Señora y de lo que por ella y con ella había de obrar en la nueva Iglesia del Evangelio. La materia del cedro incorruptible (Ex., 25, 10) de que —no acaso pero con Divino acuerdo— fue fabricada, expresamente señala a nuestra arca mística María, libre de la corrupción del pecado actual y de la carcoma oculta del original y su inseparable *fomes* y pasiones. El oro finísimo y purísimo que por dentro y fuera la vestía (Ib. 11), cierto es que fue lo más perfecto y levantado de la gracia y dones que en sus pensamientos divinos, y en sus obras y costumbres, hábitos y potencias resplandecía, sin que a la vista de lo interior y exterior de esta arca se pudiese divisar parte, tiempo, ni momento en que no estuviese toda llena y vestida de gracia, y gracia de subidísimos quilates.

414. Las tablas lapídeas de la ley, la urna del maná y vara de los prodigios, que aquella antigua arca contenía y guardaba, no pudo significar con mayor expresión al Verbo Eterno humanado, encerrado en esta arca viva

de María Santísima, siendo su Hijo unigénito la piedra fundamental (1 Cor., 3, 11) y viva del edificio de la Iglesia Evangélica; la angular (Ef., 2, 20), que juntó a los dos pueblos, judaico y gentil, tan divisos, y que para esto se cortó del monte (Dan., 2, 34) de la eterna generación, y para que, escribiéndose en ella con el dedo de Dios la nueva ley de gracia, se depositase en el arca virginal de María; y para que se entienda que era depositaría esta gran Reina de todo lo que Dios era y obraba con las criaturas. Encerraba también consigo el maná de la Divinidad y de la gracia y el poder y vara de los prodigios y maravillas, para que sólo en esta arca divina y mística se hallase la fuente de las gracias, que es el mismo ser de Dios, y de ella redundasen a los demás mortales, y en ella y por ella se obrasen las maravillas y prodigios del brazo de Dios; y todo lo que este Señor quiere, es y obra, se entienda que en María está encerrado y depositado.

415. A todo esto era consiguiente que el arca del testamento —no por la figura y sombra, sino por la verdad que significaba— sirviese de peana y asiento al propiciatorio (Ex., 26, 34), donde el Señor tenía el asiento y tribunal de las misericordias para oír a su pueblo, responderle y despachar sus peticiones y favores; porque de ninguna otra criatura hizo Dios trono de gracia fuera de María Santísima; ni tampoco podía dejar de hacer propiciatorio de esta mística y verdadera arca, supuesto que la había fabricado para encerrarse en ella. Y así parece que el tribunal de la Divina justicia se quedó en el mismo Dios y el propiciatorio y tribunal de la misericordia le puso en María dulcísima, para que a ella como a trono de gracia llegásemos con segura confianza a presentar nuestras peticiones, a pedir los beneficios, gracias y misericordias, que, fuera del propiciatorio de la gran Reina María, ni son oídas ni despachadas para el linaje humano.

416. Arca tan misteriosa y consagrada, fabricada por la mano del mismo Señor para su habitación y propiciatorio para su pueblo, no estaba bien fuera de su templo, donde estaba guardada la otra arca material, que era figura de esta verdadera y espiritual arca del Nuevo Testamento. Por esto ordenó el mismo Autor de esta maravilla que

María Santísima fuese colocada en su casa y templo, cumplidos los tres años de su felicísima natividad. Verdad es que no sin grande admiración hallo una diferencia admirable en lo que sucedió con aquella primera y figurativa arca y lo que sucede con la segunda y verdadera; pues cuando el Santo Rey David trasladó el arca a diferentes lugares, y después su hijo Salomón la trasladó o colocó en el templo como a su lugar y asiento propio, aunque no tenía aquella arca más grandeza que significar a María Purísima y sus misterios, fueron sus traslaciones y mudanzas tan festivas y llenas de regocijo para aquel antiguo pueblo como lo testifican las solemnes procesiones que hizo Santo David de casa de Aminadab a la de Obededón y de ésta al tabernáculo de Sión, ciudad propia del mismo Santo Rey David; y cuando de Sión la trasladó Salomón al nuevo templo, que para casa de Dios y de oración edificó por precepto del mismo Señor ((2 Sam., 6, 10.12; 3 Re., 8, 6; 2 par., 5).

417. En todas estas traslaciones fue llevada la antigua arca del testamento con pública veneración y culto solemnísimo de músicas, danzas, sacrificios y júbilo de aquellos reyes y de todo el pueblo de Israel, como lo refiere la Sagrada Historia de los libros II y III de los Reyes y I y II del Paralipómenon. Pero nuestra arca mística y verdadera, María Santísima, aunque era la más rica, estimable y digna de toda veneración entre las criaturas, no fue llevada al templo con tan solemne aparato y ostentación pública; no hubo en esta misteriosa traslación sacrificios de animales, ni la pompa real y majestad de Reina, antes bien fue trasladada de casa de su padre Joaquín, en los brazos humildes de su madre Ana, que, si bien no era muy pobre, pero en esta ocasión llevó a su querida Hija a presentar y depositarla en el templo con recato humilde, como pobre, sola y sin ostentación popular. Toda la gloria y majestad de esta procesión quiso el Altísimo que fuese invisible y divina; porque los sacramentos y misterios de María Santísima fueron tan levantados y ocultos que muchos de ellos lo están hasta el día de hoy por los investigables juicios del Señor, que tiene destinado el tiempo y hora para todas las cosas y para cada una.

418. Admirándome yo de esta maravilla en presencia del Muy Alto y alabando sus juicios, se dignó Su Majestad de responderme de esta manera: Advierte, alma, que yo si ordené fuese venerada el arca del viejo testamento con tanta festividad y aparato, fue porque era figura expresa de la que había de ser Madre del Verbo Humanado. Aquella era arca irracional y material, y con ella sin dificultad se podía hacer aquella celebridad y ostentación; pero con el arca verdadera y viva no permití yo esto, mientras vivió en carne mortal, para enseñar con este ejemplo lo que tú y las demás almas debéis advertir, mientras sois viadoras. A mis electos, que están escritos en mi mente y aceptación para eterna memoria, no quiero yo poner los en ocasión que la honra y el aplauso ostentoso y desmedido de los hombres les sea parte de premio en la vida mortal, por lo que en ella trabajan por mi honra y servicio; ni tampoco les conviene el peligro de repartir el amor, en quien los justifica y hace santos y en quien los celebra por tales. Uno es el Criador que los hizo y sustenta, ilumina y defiende; uno ha de ser el amor y atención y no se debe partir ni dividir, aunque sea para remunerar y agradecer las honras que con piadoso celo se les hacen a los justos. El amor divino es delicado, la voluntad humana fragilísima y limitada; y dividida, es poco y muy imperfecto lo que hace, y ligeramente lo pierde todo. Por esta doctrina y ejemplar con la que era santísima y no podía caer por mi protección, no quise que fuese conocida, ni honrada en su vida, ni llevada al templo con ostentación de honra visible.

419. A más de esto, yo envié a mi Unigénito del Cielo y crié a la que había de ser su Madre, para que sacasen al mundo de su error y desengañasen a los mortales, de que era ley iniquísima y establecida por el pecado que el pobre fuese despreciado y el rico estimado; que el humilde fuese abatido y el soberbio ensalzado; que el virtuoso fuese vituperado y el pecador acreditado; que el temeroso y encogido fuese juzgado por insensato y el arrogante fuese tenido por valeroso; que la pobreza fuese ignominiosa y desdichada; las riquezas, fausto, ostentación, pompas, honras, deleites perecederos buscados y apreciados de los hombres insipientes y carnales. Todo esto vino el Verbo Encarnado y su Madre a reprobar y condenar por engañoso

y mentiroso, para que los mortales conozcan el formidable peligro en que viven en amarlo y en entregarse tan ciegamente a la mentira dolosa de lo sensible y deleitable. Y de este insano amor les nace que con tanto esfuerzo huyan de la humildad, mansedumbre y pobreza, y desvíen de sí todo lo que tiene olor de virtud verdadera de penitencia y negación de sus pasiones; siendo esto lo que obliga a mi equidad y es aceptable en mis ojos, porque es lo santo, lo honesto, lo justo y que ha de ser premiado con remuneración de eterna gloria, y lo contrario con sempiterna pena.

420. Esta verdad no alcanzan los ojos terrenos de los mundanos y carnales, ni quieren atender a luz que se la enseñaría; pero tú, alma, óyela y escríbela en tu corazón con el ejemplo del Verbo Humanado, de la que fue su Madre y le imitó en todo. Santa era, y en mi estimación y agrado la primera después de Cristo, y se le debía toda veneración y honra de los hombres, pues no le pudieran dar la que merecía; pero yo previne y ordené que no fuese honrada ni conocida por entonces, para poner en ella lo más santo, lo más perfecto, lo más apreciable y seguro, que mis escogidos habían de imitar y aprender de la Maestra de la verdad; y esto era la humildad, el secreto, el retiro, el desprecio de la vanidad engañosa y formidable del mundo, el amor a los trabajos, tribulaciones, contumelias, aflicciones y deshonras de las criaturas. Y porque todo esto no se compadece ni conviene con los aplausos, honras y estimación de los mundanos, determiné que María Purísima no las tuviese, ni quiero que mis amigos las reciban ni admitan. Y si para mi gloria yo los doy a conocer alguna vez al mundo, no es porque ellos lo desean, ni lo quieren; mas con su humildad, y sin salir de sus límites, se rinden a mi disposición y voluntad; y para sí y por sí desean y aman lo que el mundo desecha, y lo que el Verbo Humanado y su Madre Santísima obraron y enseñaron.—Esta fue la respuesta del Señor a mi admiración y reparo; con que me dejó satisfecha y enseñada en lo que debo y deseo ejecutar.

421. Cumplido ya el tiempo de los tres años determinados por el Señor, salieron de Nazaret Joaquín y Ana,

acompañados de algunos deudos, llevando consigo la verdadera arca viva del testamento, María Santísima, en los brazos de su madre, para depositarla en el Templo Santo de Jerusalén. Corría la hermosa niña con sus afectos fervorosos tras el olor de los ungüentos de su amado (Cant., 1, 3), para buscar en el Templo al mismo que llevaba en su corazón. Iba esta humilde procesión muy sola de criaturas terrenas y sin alguna visible ostentación, pero con ilustre y numeroso acompañamiento de espíritus angélicos que para celebrar esta fiesta habían bajado del Cielo, a más de los ordinarios que guardaban a su Reina niña, y cantando con música celestial nuevos cánticos de gloria y alabanza del Altísimo —oyéndolos y viéndolos a todos la Princesa de los cielos, que caminaba hermosos pasos a la vista del supremo y verdadero Salomón— prosiguieron su jornada de Nazaret hasta la Ciudad Santa de Jerusalén, sintiendo los dichosos padres de la niña María grande júbilo y consolación de su espíritu.

422. Llegaron al Templo Santo, y la Bienaventurada Ana, para entrar con su hija y Señora en él, la llevó de la mano, asistiéndolas particularmente el Santo Joaquín; y todos tres hicieron devota y fervorosa oración al Señor: los padres ofreciéndole a su hija y la hija santísima ofreciéndose a sí misma con profunda humildad, adoración y reverencia. Y sola ella conoció cómo el Altísimo la admitía y recibía; y entre un divino resplandor que llenó el templo, oyó una voz que le decía: Ven, esposa mía, electa mía, ven a mi templo, donde quiero que me alabes y me bendigas.—Hecha esta oración se levantaron y fueron al sacerdote y le entregaron los padres a su hija y niña María, y el sacerdote le dio su bendición; y juntos todos la llevaron a un cuarto, donde estaba el colegio de las doncellas que se criaban en recogimiento y santas costumbres, mientras llegaban a la edad de tomar estado de matrimonio; y especialmente se recogían allí las primogénitas del tribu real de Judá y del tribu sacerdotal de Leví.

423. La subida de este colegio tenía quince gradas, adonde salieron otros sacerdotes a recibir la bendita niña María; y el que la llevaba, que debía de ser uno de los ordinarios y la había recibido, la puso en la grada primera;

ella le pidió licencia y, volviéndose a sus padres Joaquín y Ana, hincando las rodillas les pidió su bendición y les besó la mano a cada uno, rogándoles la encomendasen a Dios. Los santos padres con gran ternura y lágrimas la echaron bendiciones, y, en recibiéndolas, subió por sí sola las quince gradas con incomparable fervor y alegría, sin volver la cabeza ni derramar lágrima, ni hacer acción párvula, ni mostrar sentimiento de la despedida de sus padres; antes puso a todos en admiración el verla en edad tan tierna con majestad y entereza tan peregrina. Los sacerdotes la recibieron y llevaron al colegio de las demás vírgenes; y el Santo Simeón, Sumo Sacerdote, la entregó a las maestras, una de las cuales era Ana profetisa. Esta santa matrona había sido prevenida con especial gracia y luz del Altísimo para que se encargase de aquella niña de Joaquín y Ana, y así lo hizo por Divina dispensación, mereciendo por su santidad y virtudes tener por discípula a la que había de ser Madre de Dios y maestra de todas las criaturas.

424. Los padres, Joaquín y Ana, se volvieron a Nazaret doloridos, y pobres sin el rico tesoro de su casa, pero el Altísimo los confortó y consoló en ella. El santo sacerdote Simeón, aunque por entonces no conoció el misterio encerrado en la niña María, pero tuvo grande luz de que era santa y escogida del Señor; y los otros sacerdotes también sintieron de ella con gran alteza y reverencia. En aquella escala que subió la niña se ejecutó con toda propiedad lo que Jacob vio en la suya (Gén., 28, 12), que subían y bajaban Ángeles; unos que acompañaban y otros que salían a recibir a su Reina; y en lo supremo de ella aguardaba Dios para admitirla por Hija y por Esposa; y ella conoció en los efectos de su amor que verdaderamente aquella era casa de Dios y puerta del cielo.

425. La niña María, entregada y encargada a su maestra, con humildad profunda le pidió de rodillas la bendición, y la rogó que la recibiese debajo de su obediencia, enseñanza y consejo, y que tuviese paciencia en lo mucho que con ella trabajaría y padecería. Ana profetisa, su maestra, la recibió con agrado y la dijo: Hija mía, en mi voluntad hallaréis madre y amparo y yo cuidaré de vos y de vuestra crianza con todo el desvelo posible.—Luego pasó a ofrecerse con

la misma humildad a todas las doncellas que allí estaban, y a cada una singularmente la saludó y abrazó y se dedicó por sierva suya, y les pidió que como mayores y más capaces de lo que allí habían de hacer la enseñasen y mandasen; y dioles gracias porque sin merecerlo la admitían en su compañía.

Doctrina de la Santísima Virgen María.

426. Hija mía, la mayor dicha que puede venirle en esta vida mortal a un alma es que la traiga el Altísimo a su casa y la consagre toda a su servicio; porque con este beneficio la rescata de una peligrosa esclavitud y la alivia de la vil servidumbre del mundo, donde sin perfecta libertad come su pan con el sudor de su cara (Gén., 3, 19). ¿Quién hay tan insipiente y tenebroso que no conozca el peligro de la vida mundana, con tantas leyes y costumbres abominables y pésimas como la astucia diabólica y la perversidad de los hombres han introducido? La mejor parte es la religión y retiro; aquí se halla puerto seguro y lo demás todo es tormenta y olas alteradas y llenas de dolor y desdichas; y no reconocer los hombres esta verdad y agradecer este singular beneficio, es fea dureza de corazón y olvido de sí mismos. Pero tú, hija mía, no te hagas sorda a la voz del Altísimo, atiende y obra y responde a ella; y te advierto que uno de los mayores desvelos del demonio es impedir la vocación del Señor cuando llama y dispone a las almas para que se dediquen a su servicio.

427. Sólo aquel acto público y sagrado de recibir el hábito y entrar en la religión, aunque no se haga siempre con el fervor y pureza de intención debida, indigna y enfurece al Dragón infernal y a sus demonios, así por la gloria del Señor y gozo de los Santos Ángeles, como porque sabe aquel mortal enemigo que la religión lo santifica y perfecciona. Y sucede muchas veces que habiéndola recibido por motivos humanos y terrenos, obra después la divina gracia y lo mejora y ordena todo. Y si esto puede cuando el principio no fue con intención tan recta como convenía, mucho más poderosa y eficaz será la luz y virtud del Señor y la disciplina de la religión, cuando el alma entra en ella movida del Divino amor y con íntimo y verdadero deseo de

hallar a Dios, servirle y amarle.

428. Y para que el Altísimo reforme o adelante al que viene a la religión por cualquier motivo que traiga, conviene que, en volviendo al mundo las espaldas, no le vuelva los ojos y que borre todas sus imágenes de la memoria y olvide lo que tan dignamente ha dejado en el mundo. A los que no atienden a esta enseñanza y son ingratos y desleales con Dios, sin duda les viene el castigo de la mujer de Lot (Gén., 19, 26), que si por la Divina piedad no es tan visible y patente a los ojos exteriores, pero recíbenle interiormente, quedando helados, secos y sin fervor ni virtud. Y con este desamparo de la *gracia,* ni consiguen el fin de su vocación, ni aprovechan en la religión, ni hallan consuelo espiritual en ella, ni merecen que el Señor les mire y visite como a hijos; antes los desvía como esclavos infieles y fugitivos. Advierte, María, que para ti todo lo del mundo ha de estar muerto y crucificado, y tú para él, sin memoria, ni imagen, ni atención, ni afecto o cosa alguna terrena y si tal vez fuere necesario ejercitar la caridad con los prójimos, ordénala tan bien que en primer lugar pongas el bien de tu alma y tu seguridad y quietud, paz y tranquilidad interior. Y en estas advertencias todo extremo, que no sea vicio, te lo amonesto y mando si has de estar en mi escuela.

CAPITULO 2

De un singular favor que hizo el Altísimo a María Santísima luego que se quedó en el templo.

429. Cuando la divina niña María, despedidos sus padres, se quedó en el templo para vivir en él, le señaló su maestra el retiro que le tocaba entre las demás vírgenes, que eran como unas grandes alcobas o pequeños aposentos para cada una. Postróse en tierra la Princesa de los cielos y, con advertencia de que era suelo y lugar del templo, le besó y adoró al Señor dándole gracias por aquel nuevo beneficio, y a la misma tierra, porque la había recibido y sustentaba, siendo indigna de aquel bien, de pisarla y estar en ella. Luego se convirtió a sus Ángeles santos y les dijo: Príncipes celestiales, nuncios del Altísimo, fidelísimos amigos y

compañeros míos, yo os suplico con todo el afecto de mi alma, que en este santo Templo de mi Señor hagáis conmigo el oficio de vigilantes centinelas, avisándome de todo lo que debo hacer; enseñadme y encaminadme como maestros y nortes de mis acciones, para que acierte en todo a cumplir la voluntad perfecta del Altísimo, dar gusto a los santos sacerdotes y obedecer a mi maestra y compañeras.—Y hablando con los doce Ángeles singularmente —que arriba dijimos (Cf. supra 202 y 273) eran los doce del Apocalipsis— les dijo: Y a vosotros, embajadores míos, os pido que, si el Altísimo os diere su licencia, vais [sic] a consolar a mis santos padres en su aflicción y soledad.

430. Obedecieron a su Reina los doce Ángeles y, quedando con los demás en coloquios divinos, sintió una virtud superior que la movía fuerte y suave y la espiritualizaba y levantaba en un ardiente éxtasis; y luego el Altísimo mandó a los Serafines que la asistían ilustrasen su alma santísima y la preparasen. Y luego le fue dado un lumen y cualidad divina que perfeccionase y proporcionase sus potencias con el objeto que le querían manifestar. Y con esta preparación, acompañada de todos sus Santos Ángeles y otros muchos, vestida la divina niña de una refulgente nubécula, fue llevada en cuerpo y alma hasta el Cielo empíreo, donde fue recibida de la Santísima Trinidad con digna benevolencia y agrado. Postróse ante la presencia del poderosísimo y altísimo Señor, como solía en las demás visiones, y adoróle con profunda humildad y reverencia. Y luego la volvieron a iluminar de nuevo con otra cualidad o lumen con el cual vio la Divinidad intuitiva y claramente; siendo esta la segunda vez que se le manifestó por este modo intuitivo a los tres años de su edad.

431. No hay sentido ni lengua que pueda manifestar los efectos de esta visión y participación de la Divina esencia. La Persona del Eterno Padre habló a la futura Madre de su Hijo, y díjola: Paloma mía y dilecta mía, quiero que veas los tesoros de mi ser inmutable y perfecciones infinitas y los ocultos dones que tengo destinados para las almas que tengo elegidas para herederas de mi gloria, que serán rescatadas con la Sangre del Cordero que por ellas ha

de morir. Conoce, hija mía, cuán liberal soy para mis criaturas que me conocen y aman; cuán verdadero en mis palabras, cuán fiel en mis promesas, cuán poderoso y admirable en mis obras. Advierte, esposa mía, cómo es verdad infalible que quien me siguiere no vivirá en tinieblas. De ti quiero que, como mi escogida, seas testigo de vista de los tesoros que tengo aparejados para levantar los humildes, remunerar los pobres, engrandecer los abatidos y premiar todo lo que por mi nombre hicieren o padecieren los mortales.

432. Otros sacramentos grandes conoció la santísima niña en esta visión de la Divinidad, porque el objeto es infinito; y aunque se le había manifestado otra vez claramente, pero siempre le resta infinito que comunicar de nuevo con más admiración y mayor amor de quien recibe este favor. Respondió la Santísima María al Señor, y dijo: Altísimo y supremo Dios eterno, incomprensible sois en vuestra grandeza, rico en misericordias, abundante en tesoros, inefable en misterios, fidelísimo en promesas, verdadero en palabras, perfectísimo en vuestras obras, porque sois Señor infinito y eterno en vuestro ser y perfecciones. Pero ¿qué hará, altísimo Señor, mi pequenez a la vista de vuestra grandeza? Indigna me reconozco de mirar vuestra grandeza que veo, pero necesitada de que con ella me miréis. En vuestra presencia, Señor, se aniquila toda criatura, ¿qué hará vuestra sierva, que es polvo? Cumplid en mí todo vuestro querer y beneplácito; y si en vuestros ojos son tan estimables los trabajos y desprecios de los mortales, la humildad, la paciencia y mansedumbre en ellos, no consintáis, amado mío, que yo carezca de tan rico tesoro y prendas de vuestro amor; y dad el premio de ello a vuestros siervos y amigos, que lo merecerán mejor, pues nada he trabajado yo en vuestro servicio y agrado.

433. El Altísimo se agradó mucho de la petición de la divina niña y la dio a conocer cómo la admitía para concederle que trabajase y padeciese por su amor en el discurso de su vida, sin entender entonces el orden y modo como había de suceder todo. Dio gracias la Princesa del Cielo por este beneficio y favor de que era escogida para

trabajar y padecer por el nombre y gloria del Señor y, fervorosa con el deseo de conseguirlo, pidió licencia a Su Majestad para hacer en su presencia cuatro votos; de castidad, pobreza, obediencia y perpetuo encerramiento en el templo, adonde la había traído. A esta petición la respondió el Señor, y la dijo: Esposa mía, mis pensamientos se levantan sobre todas las criaturas y tú, electa mía, ahora ignoras lo que en el discurso de tu vida te puede suceder y que no será posible en todo cumplir tus fervorosos deseos en el modo que ahora piensas; el voto de castidad admito y quiero le hagas, y que renuncies desde luego las riquezas terrenas; si bien es mi voluntad que en los demás votos y en sus materias obres, en lo posible, como si los hubieras hecho todos; y tu deseo se cumplirá en otras muchas doncellas que, en el tiempo venidero de la ley de gracia, por seguirte y servirme harán los mismos votos viviendo juntas en congregación, y serás madre de muchas hijas.

434. Hizo luego la santísima niña en presencia del Señor el voto de castidad, y en lo demás sin obligarse renunció todo el afecto de lo terreno y criado; y propuso obedecer por Dios a todas las criaturas. Y en el cumplimiento de estos propósitos fue más puntual, fervorosa y fiel que ninguno de cuantos por voto lo prometieron ni prometerán. Con esto cesó la visión intuitiva y clara de la Divinidad, pero no luego fue restituida a la tierra; porque en otro estado más inferior tuvo luego otra visión imaginaria del mismo Señor y estando siempre en el cielo empíreo; de manera que se siguieron a la vista de la Divinidad otras visiones imaginarias.

435. En esta segunda e imaginaria visión llegaron a ella algunos Serafines de los más inmediatos al Señor y, por mandado suyo, la adornaron y compusieron en esta forma. Lo primero, todos sus sentidos fueron como iluminados con una claridad o lumen que los llenaba de gracia y hermosura. Luego la vistieron una ropa o tuni-cela preciosísima de refulgencia y la ciñeron con una cintura de piedras diferentes de varios colores transparentes, lucidísimos y brillantes, que toda la hermoseaba sobre la humana ponderación; y significaba la pura candidez y heroicas y diferentes virtudes de su alma santísima.

Pusiéronla también una gargantilla o collar inestimable y de subido valor con tres grandes piedras, símbolo de las tres mayores y excelentes virtudes, fe, esperanza y caridad; y estas pendían del collar sobre el pecho, como señalando su lugar y asiento de tan ricas joyas. Diéronle tras esto siete anillos de rara hermosura en sus manos, donde se los puso el Espíritu Santo en testimonio de que la adornaba con sus dones en grado eminentísimo. Y sobre este adorno la Santísima Trinidad puso sobre su cabeza una imperial corona de materia y piedras inestimables, constituyéndola juntamente por Esposa suya y por Emperatriz del cielo; y en fe de todo esto la vestidura cándida y refulgente estaba sembrada de unas letras o cifras de finísimo oro y muy brillante, que decían: María hija del Eterno Padre, Esposa del Espíritu Santo y Madre de la verdadera luz. Esta última empresa o título no entendió la divina Señora, pero los Ángeles sí, que admirados en la alabanza del Autor asistían a obra tan peregrina y nueva; y en cumplimiento de todo esto puso el Altísimo en los mismos espíritus angélicos nueva atención, y salió una voz del trono de la Santísima Trinidad, que hablando con María Santísima le dijo: Nuestra Esposa, nuestra querida y escogida entre las criaturas serás por toda la eternidad; los Ángeles te servirán y todas las naciones y generaciones te llamarán bienaventurada (Lc., 1, 48).

436. Adornada la soberana niña con las galas de la divinidad, se celebró luego el desposorio más célebre y maravilloso que pudo imaginar ninguno de los más altos querubines y serafines, porque el Altísimo la admitió por Esposa única y singular y la constituyó en la más suprema dignidad que pudo caber en pura criatura, para depositar en ella su misma Divinidad en la Persona del Verbo y con él todos los tesoros de gracias que a tal eminencia convenían. Estaba la humildísima entre los humildes absorta en el abismo de amor y admiración que la causaban tales favores y beneficios y en presencia del Señor, dijo:

437. Altísimo Rey y Dios incomprensible, ¿quién sois vos y quién soy yo, para que vuestra dignación mire a la que es polvo, indigna de tales misericordias? En vos, Señor mío,

como en espejo claro, conociendo vuestro ser inmutable, veo y conozco sin engaño la bajeza y vileza del mío, miro vuestra inmensidad y mi nada, y en este conocimiento quedo aniquilada y deshecha con admiración de que la Majestad infinita se incline a tan humilde gusanillo, que sólo puede merecer el desecho y desprecio entre todas las criaturas. ¡Oh Señor y bien mío, qué magnificado y engrandecido seréis en esta obra! ¡Qué admiración causaréis conmigo en vuestros espíritus angélicos, que conocen vuestra infinita bondad, grandeza y misericordias, en levantar al polvo y a la que en él es pobre (Sal., 112, 3), para colocarla entre los príncipes! Yo, Rey mío y mi Señor, os admito por mi Esposo y me ofrezco por vuestra esclava. No tendrá mi entendimiento otro objeto, ni mi memoria otra imagen, ni mi voluntad otro fin ni deseo fuera de vos, sumo, verdadero y único bien y amor mío, ni mis ojos se levantarán para ver otra criatura humana, ni atenderán mis potencias y sentidos a nadie fuera de vos mismo y a lo que Vuestra Majestad me encaminare; solo vos, amado mío, seréis para vuestra Esposa (Cant., 2, 16) y ella para solo vos, que sois incomu-table y eterno bien.

438. Recibió el Altísimo con inefable agrado esta aceptación que hizo la soberana Princesa del nuevo desposorio que con su alma santísima había celebrado; y, como a verdadera Esposa y Señora de todo lo criado, le puso en sus manos todos los tesoros de su poder y gracia y la mandó que pidiese lo que deseaba, que nada le sería negado. Hízolo así la humildísima paloma y pidió al Señor con ardentísima caridad enviase a su Unigénito al mundo para remedio de los mortales; que a todos los llamase al conocimiento verdadero de su Divinidad; que a sus padres naturales Joaquín y Ana les aumentase en el amor y dones de su Divina diestra; que a los pobres y afligidos los consolase y confortase en sus trabajos; y para sí misma pidió el cumplimiento y beneplácito de la Divina voluntad. Estas fueron las peticiones más particulares que hizo la nueva esposa María en esta ocasión a la Beatísima Trinidad. Y todos los espíritus angélicos en alabanza del Altísimo hicieron nuevos cánticos de admiración y, con música celestial, los que Su Majestad destinó volvieron a la santísima niña desde el cielo empíreo al lugar del

templo, dé donde la habían llevado.

439. Y para comenzar luego a poner por obra lo que Su Alteza había prometido en presencia del Señor, fue a su maestra y la entregó todo cuanto su madre Santa Ana le había dejado para su necesidad y regalo, hasta unos libros y vestuario; y la rogó lo distribuyese a los pobres, o como ella gustase disponer de ello, y la mandase y ordenase lo que debía hacer. La discreta maestra, que ya he dicho era Ana la profetisa, con divino impulso admitió y aprobó lo que la hermosa niña María ofrecía y la dejó pobre y sin cosa aguna más de lo que tenía vestido; y propuso cuidar singularmente de ella como de más destituida y pobre, porque las otras doncellas cada una tenía su peculio y homenaje señalado y propio de sus ropas y otras cosas a su voluntad.

440. Diole también la maestra orden de vivir a la dulcísima niña, habiéndolo comunicado primero con el sumo sacerdote; y con esta desnudez y resignación consiguió la Reina y Señora de las criaturas quedar sola, destituida y despojada de todas ellas y de sí misma, sin reservar otro afecto ni posesión más de solo el amor ardentísimo del Señor y de su propio abatimiento y humillación. Yo confieso mi suma ignorancia, mi vileza, mi insuficiencia y que del todo me hallo indigna para explicar misterios tan soberanos y ocultos; donde las lenguas expeditas de los sabios y la ciencia y amor de los supremos querubines y serafines fueran insuficientes ¿qué podrá decir una mujer inútil y abatida? Conozco cuánto ofendiera a la grandeza de sacramentos tan venerables, si la obediencia no me excusara; pero aun con ella temo y creo que ignoro y callo lo más y conozco y digo lo menos en cada uno de los misterios y sucesos de esta Ciudad de Dios María Santísima.

Doctrina de la Santísima Virgen María.

441. Hija mía, entre los favores grandes e inefables que recibí en el discurso de mi vida de la diestra del Todopoderoso, uno fue el que acabas de conocer y escribir ahora; porque en la vista clara de la divinidad y

ser incomprensible del Altísimo conocí ocultísimos sacramentos y misterios, y en aquel adorno y desposorio recibí incomparables beneficios, y en mi espíritu sentí dulcísimos y divinos efectos. Aquel deseo que tuve de hacer los cuatro votos de pobreza, obediencia, castidad y encerramiento, agradó mucho al Señor; y merecí con el deseo que se estableciese en la Iglesia y ley de gracia el hacer los mismos votos las religiosas, como hoy se acostumbra; y aquel fue el principio de lo que ahora hacéis las religiosas, según lo que dijo Santo Rey David (Sal., 44, 13): *Adducentur Regí virgines post eam,* en el salmo 44, porque el Altísimo ordenó que fuesen mis deseos el fundamento de las religiones de la Ley Evangélica. Y yo cumplí entera y perfectísimamente todo lo que allí propuse delante del Señor, en cuanto según mi estado y vida fue posible; ni jamás miré al rostro a hombre alguno, ni de mi esposo San José, ni de los mismos Ángeles, cuando en forma humana se me aparecían, pero en Dios los vi y conocí todos; y a ninguna cosa criada o racional tuve afecto, ni en operación e inclinación humana; ni tuve querer propio: sí o no, haré o no haré, porque en todo me gobernó el Altísimo, o por sí inmediatamente, o por la obediencia de las criaturas a quien de voluntad me sujetaba.

442. No ignores, carísima, que como el estado de la religión es sagrado y ordenado por el Altísimo, para que en él se conserve la doctrina de la perfección cristiana y perfecta imitación de la vida santísima de mi Hijo, por esto mismo está indignadísimo con las almas religiosas que duermen olvidadas de tan alto beneficio y viven tan descuidadas y más relajadamente que muchos hombres mundanos; y así les aguarda más severo juicio y castigo que a ellos. También el demonio, como antigua y astuta serpiente, pone más diligencia y sagacidad en tentar y vencer a los religiosos y religiosas que con todo el resto de los mundanos respectivamente; y cuando derriba a un alma religiosa, hay mayores consejos y solicitud de todo el infierno, para que no se vuelva a levantar con los remedios que para esto tiene más prontos la religión, como son la obediencia y ejercicios santos y uso frecuente de los sacramentos. Para que todo esto se malogre y no le aproveche al religioso caído, usa el enemigo de tantas artes

y ardides, que sería espantosa cosa el conocerlos. Pero mucho de esto se manifiesta considerando los movimientos y obras que hace un alma religiosa para defender sus relajaciones, excusándolas si puede con algún color y si no con inobediencias y mayores desórdenes y culpas.

443. Advierte, pues, hija mía, y teme tan formidable peligro; y con las fuerzas de la Divina gracia procura levantarte a ti sobre ti, sin consentir en tu voluntad afecto ni movimiento desordenado. Toda quiero que trabajes en morir a tus pasiones y espiritualizarte, para que, extinguido en ti todo lo que es terreno, pases al ser angélico por la vida y conversación. Para llenar el nombre de esposa de Cristo has de salir de los términos y esfera del ser humano y ascender a otro estado y ser divino; y aunque eres tierra, has de ser tierra bendita sin espinas de pasiones, cuyo fruto copioso sea todo para el Señor, que es su dueño. Y si tienes por esposo aquel supremo y poderoso Señor, que es Rey de los reyes y Señor de los señores, dedígnate de volver los ojos, y menos el corazón, a los esclavos viles, que son las criaturas humanas; pues aun los ángeles te aman y respetan por la dignidad de esposa del Altísimo. Y si entre los mortales se juzga por osadía temeraria y desmesurada que un hombre vil ponga los ojos en la esposa del príncipe ¿qué delito será ponerlos en la esposa del Rey celestial y todopoderoso? Y no será menor culpa que ella lo admita y lo consienta. Asegúrate y pondera que es incomparable y terrible el castigo que para este pecado está prevenido, y no te le muestro a la vista porque con ella no desfallezca tu flaqueza. Y quiero que para ti sea bastante mi enseñanza para que ejecutes todo lo que te ordeno y me imites como discípula en cuanto alcanzaren tus fuerzas; y sé solícita en amonestar a tus monjas esta doctrina y hacer que la ejecuten.—Señora mía y Reina piadosísima, con júbilo de mi alma oigo vuestras dulcísimas palabras llenas de espíritu y de vida; y deseo escribirlas en lo íntimo de mi corazón con la gracia de vuestro Hijo Santísimo que os suplico me alcancéis. Y si me dais licencia, hablaré en vuestra presencia como discípula ignorante con mi Maestra y Señora. Deseo, Madre y amparo mío, que para cumplir los cuatro votos de mi profesión, como Vuestra Majestad me lo manda y yo debo, y aunque indigna y tibia lo deseo, me

déis alguna doctrina más copiosa que me sirva de guía y magisterio en el cumplimiento de esta obligación y afecto que en mi ánimo habéis puesto.

CAPITULO 3

De la doctrina que me dio la Reina del cielo para los cuatro votos de mi profesión.

444. Hija y amiga mía, no quiero negarte la enseñanza que con deseo de ejecutarla me pides; pero recíbela con aprecio y ánimo devoto y pronto para obrarla. El Sabio dice (Prov., 6, 1-2): *Hijo, si prometiste por tu amigo, tu mano clavaste acerca del extraño, con tu boca te ligaste, con tus palabras quedas atado.* Conforme a esta verdad, quien a Dios ha hecho votos ha clavado la mano de la propia voluntad, para no quedar libre ni tener elección de otras obras fuera de aquellas para que se obligó según la voluntad y elección de aquel a quien queda obligado y atado con su misma boca y palabras de la profesión. Antes que hiciera los votos, en su mano estaba elegir el camino; pero habiéndose atado y obligado el alma religiosa, sepa que perdió totalmente su libertad y se la entregó a Dios en su Prelado. Toda la ruina o remedio de las almas consiste en el uso de su libertad; pero como los más usan mal de ella y se pierden, ordenó el Altísimo el estado fijo de las religiones mediante los votos, para que, usando de una vez la criatura de su libertad con perfecta y prudente elección, entregase a Su Majestad en aquel acto lo que con muchos perdiera, si quedara suelta y libre para querer y no querer.

445. Piérdese dichosamente con estos votos la libertad para lo malo y asegúrase para lo bueno, como con una rienda que desvía del peligro y adiestra por el camino llano y seguro; y pierde el alma la servidumbre y sujeción a sus propias pasiones y adquiere sobre ellas nuevo imperio, como señora y reina en el dominio de su república, y sólo queda subordinada a la gracia y movimientos del Espíritu Santo, que la gobernaría en sus operaciones si ella destinase toda su voluntad para sólo obrar aquello que prometió a Dios. Pasaría con esto la criatura del estado y ser de

esclava a la excelente dignidad de hija del Altísimo y de la condición terrena a la angélica; y los defectos corruptibles y castigo del pecado no la tocarían de lleno. Y no es posible que en la vida mortal puedas alcanzar ni comprender cuáles y cuántos bienes y tesoros granjea el alma que se dispone con todas sus fuerzas y afectos a cumplir perfectamente con los votos de su profesión; porque te aseguro, carísima, que pueden las religiosas perfectas y puntuales llegar al mérito de los mártires, y aun excederles.

446. Hija mía, tú conseguiste el dichoso principio de tantos bienes el día que elegiste la mejor parte; pero advierte mucho que te obligaste a un Dios eterno y poderoso a quien lo más oculto del corazón es manifiesto. Y si el mentir a los hombres terrenos y faltarles en las promesas justas es cosa tan fea y aborrecida de la razón ¿cuánto pesará el ser infiel a Dios en las promesas justísimas y santísimas? Por tu criador, conservador y bienhechor le debes la gratitud, por padre la reverencia, por esposo la lealtad, por amigo la buena correspondencia, por fidelísimo le debes la fe y esperanza, por sumo y eterno bien el amor, por omnipotente el rendimiento y por justísimo juez el temor santo y humilde. Pues contra todos estos y otros muchos títulos cometerás traición y alevosía, si faltas y quebrantas lo que le tienes prometido en tu profesión. Y si en todas las religiosas, que viven con obligación de trato y vida espiritual, es tan formidable monstruo llamarse esposas de Cristo y ser miembros y esclavas del demonio, mucho más feo sería en ti, que has recibido más que todas, pues debes excederlas en el amor, en el trabajo y en el retorno de tan incomparables beneficios y favores.

447. Advierte, pues, alma, cuán aborrecible te haría esta culpa para con el Señor, para conmigo, con los Ángeles y Santos; porque todos somos testigos de su amor y fidelidad que contigo ha mostrado, como esposo rico, amoroso y fidelísimo. Trabaja, pues, con sumo desvelo para que no le ofendas en lo mucho ni en lo poco; y no le obligues a que desamparándote te entregue a las bestias de las pasiones del pecado; que no ignoras sería esto mayor desdicha y castigo que si te entregara al furor de los elementos y de

todas las fieras y animales brutos y al de los mismos demonios, para que todas estas cosas ejecutaran en ti su ira y el mundo todas las penas y deshonras que puede hacer; todo fuera menor daño para ti que cometer sola una culpa venial contra Dios, a quien debes servir y amar en todo y por todo. Cualquiera pena de esta vida es menos que la culpa, y éstas en la vida mortal se acabarán, y la culpa puede ser eterna, y con ella lo sería la pena y castigo.

448. En la vida presente atemoriza mucho a los mortales y les espanta cualquiera pena o tribulación, porque la tienen presente al sentido y les toca en él; pero no les altera ni atemoriza la culpa, porque, embarazados en lo visible, no pasan a lo inmediato de la culpa, que es la pena eterna del infierno. Y con estar embebida y unida con el mismo pecado, es tan grave y tardo el corazón humano, que se deja embriagar de la culpa y no toca en la pena porque no siente al infierno por el sentido; y cuando le podía ver y tocar con la fe, la deja ociosa y muerta, como si no la tuviera. ¡Oh infelicísima ceguedad de los mortales! ¡Oh torpeza y negligencia, que a tantas almas capaces de razón y de gloria tienes engañosamente oprimidas! No hay palabras ni razones suficientes para encarecer este formidable y tremendo peligro. Hija mía, huye y aléjate con el temor santo de tan infeliz estado y entrégate a todos los trabajos y tormentos de la vida, que luego pasa, primero que te acerques a él, pues nada te *faltará si a* Dios no perdieres. Muy poderoso medio será para asegurarte, que no imagines hay culpa pequeña para ti ni para tu estado; lo poco has de temer mucho, porque el Altísimo conoce que en despreciar las pequeñas culpas abre el corazón la criatura para admitir otras mayores, y no es amor loable el que no cela cualquier disgusto de la persona que ama.

449. El orden que las almas religiosas deben guardar en obrar sus deseos ha de ser que, en primer lugar, sean solícitas y puntuales en cumplir la obligación de los votos y todas las virtudes que en sí contienen; y sobre esto, en segundo lugar, entran las obras voluntarias que llaman de supererogación. Este orden suelen pervertir algunas almas engañadas del demonio con indiscreto celo de la perfección, que faltando en culpas graves a las cosas

obligatorias de su estado, quieren añadir otras acciones y ocupaciones voluntarias, que de ordinario son párvulas o inútiles y originadas de espíritu de presunción y singularidad, deseando ser miradas y señaladas entre todas por muy celosas y perfectas, y estando muy lejos de comenzar a serlo. No quiero yo en ti esta mengua tan reprensible; mas antes quiero que en primer lugar cumplas con la observancia de tus votos y vida común y después añadas lo que pudieres con la divina gracia y según tus fuerzas; que todo junto hermosea el alma y la hace perfecta y agradable a los ojos divinos.

450. El voto de la obediencia es el mayor de la religión, porque contiene una renunciación y negación total de la propia voluntad, de suerte que a la religiosa no le queda jurisdicción ni derecho alguno sobre sí misma para decir quiero o no quiero, haré o no haré; todo esto lo puso y renunció por la obediencia, dejándolo en manos de su Prelado; y para cumplirlo es necesario que no seas sabia contigo misma, ni te imagines señora de tu gusto, ni de tu querer ni entender, porque la obediencia verdadera ha de ser de linaje de fe; que lo que manda el superior se ha de estimar, reverenciar y creer, sin pretender examinarlo ni comprenderlo; y conforme a esto, para obedecer te debes juzgar sin razón, ni vida, ni discurso; antes como un cuerpo muerto te deja mover y gobernar, estando viva sólo para ejecutar con presteza todo lo que fuere voluntad del superior. Nunca discurras contigo lo que has de obrar y sólo piensa cómo ejecutarás lo que te mandaren. Sacrifica tu querer propio y degüella todos tus apetitos y pasiones; y después que con esta eficaz determinación quedes muerta a tus movimientos, sea la obediencia alma y vida de tus obras. En la voluntad de tu superior ha de estar reputada la tuya con todos tus movimientos, palabras y obras, y en todo pide que te quiten el ser propio y te den otro nuevo, que nada sea tuyo y todo sea de la obediencia sin contradicción ni resistencia alguna.

451. El modo de obedecer más perfecto, advierte, es que no ha de reconocer el superior disonancia que le disguste, antes se le debe obediencia con satisfacción y que le conste se cumple con prontitud lo que manda, sin

replicar ni remurmurar con palabras ni otros desiguales movimientos. El superior hace las veces de Dios, y quien obedece a los Prelados obedece al mismo Señor que está en ellos, y los gobierna y los ilustra en lo que mandan a los subditos para el bien de sus almas y salud; y el desprecio que se hace del Prelado pasa a Dios (Lc., 10, 16), que por ellos y en ellos está ordenandote y mandándote su voluntad; y has de entender que el mismo Señor les mueve su lengua, o que es lengua del mismo Dios omnipotente. Hija mía, trabaja por ser obediente para que cantes victorias (Prov., 21, 28); y no temas en obedecer, porque este es el camino seguro; y lo es tanto, que los yerros de los obedientes no los pone Dios en memoria para el día de la cuenta, antes borra los demás pecados por solo el sacrificio de la obediencia. Y mi Hijo Santísimo ofreció al Eterno Padre su preciosísima pasión y muerte con particular afecto por los obedientes, y que por esta virtud fuesen mejorados en el perdón y en la gracia, en el acierto y perfección de todo lo que obrasen por obedecer; y ahora muchas veces representa al Padre, para aplacarle con los hombres, que murió por ellos obedeciendo hasta la cruz (Flp., 2, 8), y por esto se aplaca el mismo Señor. Y por lo que se agradó de la obediencia de Abrahán y su hijo Isaac, se dio por obligado (Gén., 22, 16) no sólo para que no muriese el hijo que tan obediente se mostraba, mas para que fuese padre del Unigénito Humanado y señalado entre los demás para cabeza y fundamento de tantas bendiciones.

452. El voto de la pobreza es un generoso ahorro y desembarazo de la pesada carga de las cosas temporales; es un desahogo del espíritu, alivio de la humana flaqueza y libertad de la nobleza del corazón capaz de bienes eternos y espirituales; es una satisfacción y hartura en que sosiega el apetito sediento de tesoros terrenos y un dominio o posesión y uso nobilísimo de todas las riquezas. Todo esto, hija mía, y otros mayores bienes contiene la pobreza voluntaria, y todo lo ignoran porque de todo carecen los hijos del siglo, amadores de las riquezas y enemigos de la rica y santa pobreza. No advierten, aunque la padecen y sufren, cuan pesada es la gravedad de las riquezas que los abruma hasta el suelo y aun hasta las entrañas de la tierra, a buscar el oro y la plata

con cuidados, desvelos, trabajos y sudores, no de hombres de razón, sino de brutos irracionales que ignoran lo que hacen y lo que padecen. Y si antes de adquirir las riquezas son tan pesadas ¿cuánto lo serán después de conseguidas? Díganlo cuantos con esta carga han caído hasta los infiernos; díganlo los desmedidos afanes en conservarlas, y mucho más las intolerables leyes que han introducido en el mundo las riquezas y los ricos que las poseen.

453. Si todo esto ahoga el espíritu y oprime tiránicamente su flaqueza y envilece la nobilísima capacidad que tiene el alma de bienes eternos y del mismo Dios, cierto es que la pobreza voluntaria restituye a la criatura a su generosa condición y la alivia de vilísima servidumbre y la pone en la libertad ingenua en que fue criada para señora de todas las cosas. Nunca es más señora que cuando las desprecia, y entonces tiene la mayor posesión y el uso más excelente de las riquezas cuando las distribuye o las deja de voluntad y sacia el apetito cuando tiene gusto de no tenerlas; y sobre todo dejando desocupado el corazón le tiene capaz de que deposite Dios en él los tesoros de su Divinidad, para los cuales le crió con capacidad casi infinita.

454. Hija mía, yo deseo que tú estudies mucho esta filosofía y ciencia divina, que tan olvidada tiene el mundo, y no sólo el mundo, pero muchas almas religiosas que la prometieron a Dios, cuya indignación es grande por esta culpa; y de contado reciben un pesado castigo en que no advierten los transgresores de este voto, pues con haber desterrado la pobreza voluntaria han alejado de sí el espíritu de Cristo, mi Hijo Santísimo, y el que venimos a enseñar a los hombres en desnudez y pobreza. Y aunque ahora no lo sienten, porque disimula el justo Juez y ellos gozan de la abundancia que desean, pero en la cuenta que les aguarda se hallarán confusos y desimaginados del rigor que no pensaban, ponderaban ni pesaban en la Divina justicia.

455. Los bienes temporales criólos el Altísimo para que sirviesen a los hombres sólo de sustentar la vida y conseguido este fin cesa la causa de la necesidad; y siendo

ésta limitada y que en breve se acaba y con poco se satisface y restando el alma que es eterna, no es razón que el cuidado de ella sea temporal y como de paso y el deseo y afán de adquirir las riquezas venga a ser perpetuo y eterno en los hombres. Suma perversidad es haber trocado los fines y los medios en cosa tan distante y tan importante, que le dé el hombre ignorante a su breve y mal segura vida del cuerpo todo el tiempo, todo el cuidado, todo el trabajo de sus fuerzas y desvelo de su entendimiento; y a la pobre alma en muchos años de vida no quiera darle más de una hora, y aquélla muchas veces la última y la peor de la vida.

456. Aprovéchate, pues, hija mía carísima, de la verdadera luz y desengaño que de tan peligroso error te ha dado el Altísimo. Renuncia toda afición y amor a cosa alguna terrena y, aunque sea con pretexto y color de que tienes necesidad y que tu convento es pobre, no seas solícita desordenadamente en procurar las cosas necesarias para el sustento de la vida; y cuando pusieres el cuidado moderado que debes, sea de manera que ni te turbes cuando te falte lo que deseas, ni lo desees con afición, aunque te parezca es para el servicio de Dios; pues tanto menos le amas cuanto con él quieres amar otras cosas. Lo mucho debes renunciarlo por superfluo y no lo has menester y es delito tenerlo vanamente; lo poco también se debe estimar poco, porque será mayor error embarazar el corazón con lo que nada vale y estorba mucho. Si todo lo que a tu juicio humano pide tu necesidad lo consigues, no eres de verdad pobre, porque la pobreza en rigor y propiedad es tener menos de lo que es menester y sólo se llama rico al que nada le falta; porque el tener más antes desasosiega y es aflicción de espíritu, y desearlo y guardarlo sin usar de ello viene a ser una pobreza sin quietud ni sosiego.

457. De ti quiero esta libertad de espíritu que a cosa alguna te aficiones, sea grande o pequeña, superflua o necesaria; y lo que para la vida humana hubieres menester, debes admitir sólo aquello que es preciso para no morir ni quedar indecentemente; pero sea lo más pobre y remendado para tu abrigo y en la comida lo más grosero, sin antojo de gusto particular, sin pedir más de aquello en que tienes mucha desazón y menos gusto, para que antes

te den lo que no deseas y te falte lo que pide el apetito y hagas en todo lo más perfecto.

458. El voto de castidad contiene la pureza de alma y cuerpo; es fácil el perderla, difícil y aun imposible repararla, según como se pierde. Este gran tesoro está depositado en castillo de muchas puertas y ventanas, que si no están bien guarnecidas y defendidas no tiene seguridad. Hija mía, para guardar con perfección este voto, es preciso que hagas pacto inviolable con tus sentidos de no moverse para lo que no fuere ordenado por la razón y a la gloria del Criador. Muertos los sentidos, fácil es el vencimiento de los enemigos, que sólo con ellos te pueden vencer a ti misma, porque los pensamientos no reviven ni se despiertan si no les entran especies e imágenes por los sentidos exteriores que los fomenten. No has de tocar, ni mirar, ni hablar a persona humana de cualquiera condición que sea, hombre ni mujer, ni a tu imaginación entren sus especies o imágenes. En este cuidado, que te encargó mucho, consiste la guarda de esta pureza que de ti quiero; y si por la caridad o por obediencia hablares, que sólo por estas dos causas debes tratar con criaturas, sea con toda severidad, modestia y recato.

459. Para con tu persona vive como peregrina y ajena del mundo, pobre, mortificada, trabajada y amando la aspereza de todo lo temporal sin apetecer descanso ni regalo, como quien está ausente de su casa y patria propia, conducida para trabajar y pelear con fuertes enemigos. Y porque el más pesado y peligroso es la carne, te conviene resistir a tus naturales pasiones sin descuido y en ellas a las tentaciones del demonio. Levántate a ti sobre ti y busca una habitación muy levantada sobre todo lo terreno para que vivas debajo de la sombra del que deseas (Cant., 2, 3) y en su protección goces de tranquilidad y verdadero sosiego. Entrégate de todo tu corazón y fuerzas a su casto y santo amor, sin que imagines hay para ti criaturas más de en cuanto te ayudan y obligan a que ames y sirvas a tu Señor, y para todo lo demás han de ser para ti aborrecibles.

460. A la que se llama esposa de Cristo, y lo tiene por

oficio, aunque ninguna virtud le ha de faltar, pero la castidad es la que más la proporciona y asimila a su esposo, porque la espiritualiza y aleja de la corrupción terrena y la levanta al ser angélico y aun a cierta participación del mismo ser de Dios. Es virtud que hermosea y adorna a todas las demás y levanta el cuerpo a superior estado, ilustra al entendimiento y conserva a las almas en su nobleza superior a todo lo corruptible. Y porque esta virtud fue especial fruto de la redención, merecida por mi Hijo Santísimo en la Cruz donde quitó los pecados del mundo, por eso singularmente se dice que las vírgenes acompañan y siguen al Cordero (Ap., 14, 4).

461. El voto de la clausura es el muro de la castidad y de todas las virtudes, el engaste donde se conservan y resplandecen y es un privilegio del Cielo para eximir a las religiosas, esposas de Cristo, de los pesados y peligrosos tributos que paga la libertad del mundo al príncipe de sus vanidades. Con este voto viven las religiosas en seguro puerto, cuando las otras almas en la tormenta de los peligros se marean y zozobran a cada paso. Con tan grandes intereses no es lugar angosto el de la clausura, donde a la religiosa se le ofrecen los espaciosos campos de las virtudes y del conocimiento de Dios y de sus infinitas perfecciones y misterios y admirables obras que hizo y hace por los hombres. En estos dilatados campos y espacios se puede y se debe esparcir y recrear, y de no hacerlo viene a parecer estrecha cárcel la mayor libertad. Para ti, hija mía, no hay otro ensanche, ni yo quiero que te estreches tanto como lo es todo el mundo. Sube a lo alto del conocimiento y amor Divino, donde sin términos ni límites que te angosten, vivas en libertad espaciosa y desde allí conocerás cuán estrecho, vil y despreciable es todo lo criado para ensancharse tu alma en ello.

462. A esta clausura forzosa del cuerpo añade tú la de tus sentidos, para que, guarnecidos de fortaleza, conserven tu pureza interior y en ella el fuego del santuario (Lev., 6, 12) que siempre debes fomentar y guardar que no se apague. Y para la guarda de los sentidos y lograr la clausura, nunca llegues a la puerta, ni a red, ni ventana, ni te acuerdes de que las tiene él convento, si no fuere para cumplir con lo

preciso de tu oficio y por la obediencia. Nada apetezcas, pues no lo has de conseguir, ni trabajes por lo que no debes apetecer; en tu retiro, recato y cautela estará tu bien y paz y el darme gusto y merecer el copioso fruto y premio de amor y gracia que deseas.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: PARTE 4

CAPITULO 4

De la perfección con que María Santísima guardaba las ceremonias del templo y lo que en él le ordenaron.

463. Volviendo a proseguir nuestra divina Historia, después que la Niña Santísima consagró el templo con su presencia y habitación, fue creciendo con toda propiedad en sabiduría y gracia acerca de Dios y de los hombres. Las inteligencias que se me han dado de lo que la mano poderosa iba obrando en la Princesa del Cielo en aquellos años, me ponen como en la margen de un mar dilatadísimo y sin términos, dejándome admirada y dudosa por dónde entraré en tan inmenso piélago para salir con acierto, habiendo de ser inexcusable dejar mucho y dificultoso acertar en lo poco. Diré, pues, lo que el Altísimo me declaró en una ocasión, hablándome de esta manera:

464. Las obras que hizo en el templo la que había de ser Madre del Verbo Humanado, fueron en todo y por todo perfectísimas, y el alcanzarlas excede a la capacidad de toda humana criatura y angélica. Los actos de las virtudes interiores fueron tantos y de tan alto merecimiento y fervor, que se adelantaron a todos los de los Serafines; y tú, alma, conocerás de ellos mucho más de lo que pueden explicar tus palabras y tu lengua. Pero mi voluntad es que, en el tiempo de tu peregrinación en el cuerpo mortal, pongas a María Santísima por principio de tu alegría y la sigas por el desierto de la renunciación y negación de todo lo humano y visible. Sigúela por la perfecta imitación conforme a tus fuerzas y a la luz que recibes; ella será tu

norte y tu maestra y te hará manifiesta mi voluntad y en ella hallarás mi ley santísima escrita con el poder de mi brazo, en que meditarás de día y de noche. Ella será quien con su intercesión herirá la piedra (Num., 20, 11) de la humanidad de Cristo, para que en ese desierto redunden en ti las aguas de la Divina gracia y luz con que sea tu sed saciada, ilustrado tu entendimiento y tu voluntad inflamada. Será columna de fuego (Ex., 13, 21) que te dé luz y nube que te haga sombra y refrigere con su protección de los ardores de las pasiones e inclemencias de tus enemigos.

465. Tendrás en ella ángel que te encamine (Ex., 23,20) y te desvíe lejos de los peligros de Babilonia y de Sodoma para que no te alcance mi castigo. Tendrás madre que te ame, amiga que te consuele, señora que te mande, protectora que te ampare y reina a quien como esclava sirvas y obedezcas. En las virtudes que obró esta Madre de mi Unigénito en el templo hallarás un arancel universal de toda la suma perfección por donde gobiernes tu vida, un espejo sin mácula en que reverbera la imagen viva del Verbo Humanado, una copia ajustada y sin erratas de toda su santidad, la hermosura de la virginidad, lo especioso de la humildad, la prontitud de la devoción y obediencia, la firmeza de la fe, la certeza de la esperanza, lo inflamado de la caridad y un copiosísimo mapa de todas las maravillas de mi diestra. Con este nivel has de regular tu vida y por este espejo quiero que la compongas y te adornes, acrecentando tu hermosura y gracia, como esposa que desea entrar en el tálamo de su esposo y señor.

466. Y si la nobleza y calidad del maestro sirve de estímulo al discípulo y le hace más amable su doctrina ¿quién puede atraerte con mayor fuerza que la maestra misma que es Madre de tu Esposo, y escogida por más pura y santa, y sin mácula de culpa, para que fuese Virgen y juntamente Madre del Unigénito del eterno Padre y el resplandor de su divinidad en la misma sustancia? Oye, pues, a tan soberana Maestra, sigúela por su imitación y medita siempre sin intervalo sus admirables excelencias y virtudes. Y advierte que la vida y conversación que tuvo en el templo fue el original que han de copiar en sí mismas todas las almas que a su imitación se consagraron por

esposas de Cristo.—Esta inteligencia y doctrina es la que me dio el Altísimo en general de las acciones que María Santísima obraba los años que vivió en el templo.

467. Pero descendiendo más en particular a sus ocupaciones, después de aquella visión de la divinidad que dije en el cap. 2, y después de haberse ofrecido toda al Señor, y a su maestra todas las cosas que tenía, quedando absolutamente pobre y resignada en manos de la obediencia, disimulando con el velo de estas virtudes los tesoros de sabiduría y gracia en que excedía a los supremos Serafines y Ángeles, pidió con humildad a los sacerdotes y maestra le ordenasen la vida y ocupaciones en que había de trabajar. Y habiéndolo conferido con especial luz que les fue dada y deseando medir por entonces los ejercicios de la divina niña con la edad de tres años, la llamaron a su presencia el sacerdote y la maestra Ana. Estuvo la Princesa del Cielo hincadas las rodillas para oírlos y, aunque la mandaron se levantase, pidió licencia con suma modestia para estar con aquella reverencia delante del ministro y sacerdote del Altísimo y de su propia maestra por el oficio y dignidad que tenían.

468. Hablóla el sacerdote y díjola: Hija, muy niña os ha traído el Señor a su casa y templo santo, pero agradeced este favor y procurad lograrle trabajando mucho en servirle con verdad y corazón perfecto, en aprender todas las virtudes, para que de este lugar sagrado volváis prevenida y guarnecida para llevar los trabajos del mundo y defenderos de sus peligros. Obedeced a vuestra maestra Ana y comenzad temprano a llevar el yugo (Lam., 3, 27) suave de la virtud, para que le halléis más fácil en lo restante de la vida.—Respondió la soberana niña: Vos, señor mío, como sacerdote y ministro del Altísimo, que estáis en lugar suyo, y mi maestra juntamente, me mandaréis y enseñaréis lo que debo hacer para no errar yo en ello; y así os lo suplico con deseo de obedecer en todo a vuestra voluntad.

469. Sentían el sacerdote y la maestra Ana en su interior grande ilustración y fuerza divina para atender con particularidad a la divina niña y cuidar de ella más que de

las otras doncellas; y confiriendo el gran concepto que de ella habían hecho, sin saber el misterio oculto de aquel soberano impulso, determinaron asistirla y cuidar de ella y de su gobierno con especial atención. Pero como ésta sólo podía extenderse a las acciones visibles y exteriores, no le pudieron tasar los actos interiores y afectos del corazón que sólo el Altísimo gobernaba con singular protección y gracia; y así estaba libre aquel cándido corazón de la Princesa del cielo para crecer y adelantarse en las virtudes interiores, sin perder un instante en que no obrase lo sumo y más excelente de todas.

470. Ordenóla también el sacerdote sus ocupaciones y la dijo: Hija mía, a las divinas alabanzas y cánticos del Señor asistiréis con toda reverencia y devoción y haréis siempre oración al Muy Alto por las necesidades de su Templo Santo y de su pueblo y por la venida del Mesías. A las ocho de la noche os recogeréis a dormir y al salir el alba os levantaréis a orar y bendecir al Señor hasta hora de tercia —esta hora era la que ahora las nueve—; desde tercia hasta la tarde ocuparéis en alguna labor de manos para que en todo seáis enseñada; y en la comida, que después del trabajo tomaréis, guardad la templanza que conviene; iréis luego a oír lo que la maestra os enseñare y lo restante del día ocuparéis en la lección de las Escrituras Santas; y en todo seréis humilde, afable y obediente a lo que mandare vuestra maestra.

471. Oyó siempre la Santísima Niña de rodillas al sacerdote y pidióle la bendición y la mano y, habiéndosela besado a él y a la maestra, propuso en su corazón guardar el orden que le señalaban de su vida todo el tiempo que estuviese en el Templo y no le mandasen otra cosa; y como lo propuso lo cumplió la que era maestra de santidad y virtud, como si fuera la menor discípula. A muchas obras exteriores, más de las que le ordenaron, se extendían sus afectos y ardentísimo amor, pero sujetóle al ministro del Señor, anteponiendo el sacrificio de la perfecta y santa obediencia a sus fervores y dictamen propio; conociendo, como maestra de toda perfección, que se asegura más el cumplimiento de la voluntad divina en el humilde rendimiento de obedecer que en los deseos más altos de

otras virtudes. Con este raro ejemplo quedaremos enseñadas las almas, especialmente las religiosas, a no seguir nuestros fervorcillos y dictámenes contra el de la obediencia y voluntad de los superiores, pues en ellos nos enseña Dios su gusto y beneplácito y en nuestros afectos buscamos sólo nuestro antojo; en los superiores obra Dios y en nosotros, si es contra ellos, obra la tentación, la pasión ciega y el engaño.

472. En lo que nuestra Reina y Señora se señaló, a más de lo que le ordenaron, fue pedir licencia a su maestra para servir a todas las otras doncellas y ejercitar los oficios humildes de barrer y limpiar la casa y lavar los platos. Y si bien esto parecía novedad, y más en las primogénitas, porque las trataban con mayor autoridad y respeto, pero la humildad sin semejante de la divina Princesa no podía resistirse o contenerse en los límites de la majestad sin descender a todos los ejercicios más inferiores; y así los hacía con tan prevenida humildad, que ganaba el tiempo y ocasión de lo que otras habían de hacer, para tenerlo hecho antes que ninguna. Con la ciencia infusa conocía todos los misterios y ceremonias del templo, pero como si no las conociera las aprendió por disciplina y experiencia, sin faltar jamás a ceremonia ni acción por mínima que fuese. Era estudiosísima en su humillación y desprecio rendidísimo; y a su maestra cada día por la mañana y tarde pedía la bendición y besaba la mano, y lo mismo hacía cuando la mandaba algún acto de humildad o le daba licencia para hacerlo, y algunas veces, si lo permitía, le besaba los pies con humildad profundísima.

473. Era tan dócil la soberana Princesa, tan apacible y suave en su proceder, tan oficiosa, rendida y diligente en humillarse, en servir y respetar a todas las doncellas que vivían en el templo, que a todas robaba el corazón y a todas obedecía como si cada una fuera su maestra. Y con la inefable y celestial prudencia que tenía, ordenaba sus acciones de suerte que no se le perdiese ocasión alguna en que adelantarse a todas las obras manuales, humildes y del servicio de sus compañeras y agrado de la voluntad divina.

474. Pero ¿qué diré yo, vilísima criatura, y qué diremos

todos los fieles hijos de la Iglesia Católica, llegando a escribir y ponderar este ejemplo vivo de humildad? Virtud grande nos parece que el inferior obedezca al superior y el menor al mayor y humildad grande que el igual quiera obedecer lo que le manda otro igual; pero que el inferior mande y el superior obedezca, que la reina se humille a la esclava, la santísima y perfectísima criatura a un gusanillo, la Señora del cielo y tierra a una ínfima mujercilla; y que esto sea tan de corazón y verdad ¿quién no se admira y se confunde en su desvanecida soberbia? ¿Quién se mira en este claro espejo, que no vea su infeliz presunción? ¿Quién podrá imaginar que ha conocido la humildad verdadera, cuanto menos obrarla, si la reconoce y mira en su propia esfera María Santísima? Las almas que vivimos debajo de la obediencia prometida, lleguemos a esta luz para conocer y corregir nuestros desórdenes, cuando la obediencia de los superiores que representan a Dios se nos hace molesta y dura si contradice a nuestro antojo. Quebrántese aquí nuestra dureza, humíllese la más engreída y confúndase en su vergonzosa soberbia y desvanézcase la presunción de la que se juzga por obediente y humilde, por haberse rendido tal vez a los superiores, pues no ha llegado a pensar de sí que a todas es inferior y a ninguna es igual, como lo juzgó la que es superior a todas.

475. La hermosura, gracia, el donaire y agrado de nuestra Reina eran incomparables, porque a más de estar en ella en grado perfectísimo todas las gracias y dones naturales de alma y cuerpo, como no estaban solas, antes obraba en ellas el realce de la gracia sobrenatural y divina, hacía un admirable compuesto de gracias y hermosura en el ser y en el obrar, con que llevaba la admiración y el afecto de todos; aunque la divina providencia moderaba las demostraciones que de esto hicieran cuantos la trataban, si se dejaran a la fuerza de su amor fervoroso con la Reina. En la comida y sueno era, como en las demás virtudes, perfectísima; tenía regla ajustada a la templanza, jamás excedía, ni pudo, antes moderaba algo de lo que era necesario. Y aunque el breve sueño que recibía no la impedía la altísima contemplación —como otras veces he dicho (Cf. supra n. 353)— por su voluntad le dejara; pero en virtud de la obediencia se recogía el tiempo que le habían señalado y

en su humilde y pobre lecho, florido (Cant., 1, 15) de virtudes y de los Serafines y Ángeles que la guardaban y asistían, gozaba de más altas inteligencias, fuera de la visión beatífica, y de más inflamado amor que todos ellos juntos.

476. Dispensaba el tiempo y le distribuía con rara discreción, para dar el que le tocaba a cada una de sus acciones y ocupaciones. Leía mucho en las Sagradas Escrituras antiguas; y con la ciencia infusa estaba tan capaz de todas ellas y de sus profundos misterios, que ninguno se le ocultó, porque le manifestó el Altísimo todos sus secretos y sacramentos, y con los Santos Ángeles de su custodia los trataba y confería, confirmándose en ellos y preguntándoles muchas cosas con incomparable profundidad y grande agudeza. Y si esta soberana Maestra escribiera lo que entendió, tuviéramos otras muchas escrituras divinas, y de las que tiene la Iglesia alcanzáramos toda la inteligencia perfecta de sus profundos sentidos y misterios. Pero de toda esta plenitud de ciencia se valía para el culto, alabanza y amor divino y toda la reducía a este fin, sin que en ella hubiese rayo de luz ocioso ni estéril. Era prestísima en discurrir, profundísima en entender, altísima y nobilísima en pensamientos, prudentísima en elegir y disponer, eficacísima y suavísima en obrar y en todo era una regla perfectísima y un objeto prodigioso de admiración para los hombres, para los Ángeles y, en su modo, para el mismo Señor, que la hizo toda a su corazón y agrado.

Doctrina de la soberana Señora.

477. Hija mía, la naturaleza humana es imperfecta y remisa en obrar la virtud y frágil en desfallecer, porque se inclina mucho al descanso y repugna al trabajo con todas sus fuerzas. Y cuando el alma escucha y contemporiza con las inclinaciones de la parte animal y le da mano, ella la toma de suerte que se hace superior a las fuerzas de la razón y del espíritu y le reduce a peligrosa y vil servidumbre. En todas las almas este desorden de la naturaleza es abominable y formidable, pero sin comparación le aborrece Dios en sus ministros y religiosos, a quienes, como

la obligación de ser perfectos es más legítima, así es mayor el daño de no salir siempre victoriosos de esta contienda de las pasiones. De esta tibieza en resistir y la frecuencia en ser vencidos, resulta un desaliento y perversidad de juicio, que vienen a satisfacer y quedar mal seguros con hacer algunas ceremonias muy leves de virtud, y aun les parece, sin hacer cosa de provecho, que mudan un monte de una parte a otra. Introduce con esto el demonio otros divertimientos y tentaciones y, con el poco aprecio que hacen de las leyes y ceremonias comunes de la religión, vienen a desfallecer casi en todas y, juzgándolas cada una por cosa leve y pequeña, llegan a perder el conocimiento de la virtud y vivir en una falsa seguridad.

478. Pero tú, hija mía, quiero que te guardes de tan peligroso engaño y adviertas que un descuido voluntario en una imperfección dispone y abre camino para otra, y éstas para los pecados veniales, y ellos para los mortales, y de un abismo en otro se llega al profundo y al desprecio de todo mal. Para prevenir este daño se debe atajar muy de lejos la corriente, porque una obra o ceremonia que parece pequeña es antemuralla que detiene lejos al enemigo, y los preceptos y leyes de las obras mayores obligatorias son el muro de la conciencia, y si el demonio rompe y gana la primera defensa está más cerca de ganar la segunda, y si en ésta hace portillo con algún pecado, aunque no sea gravísimo, ya tiene más fácil y seguro el asalto del reino interior del alma, y como ella se halla debilitada con los actos y hábitos viciosos, y sin las fuerzas de la gracia, no resiste con fortaleza, y el demonio que la tiene adquirida la sujeta y oprime sin hallar resistencia.

479. Considera, pues, ahora, carísima, cuánto ha de ser tu desvelo entre tantos peligros, cuánta tu obligación para no dormir entre ellos. Considérate religiosa, esposa de Cristo, prelada, enseñada, ilustrada y llena de tan singulares beneficios, y por estos títulos y otros, que en ellos debes ponderar, mide tu cuidado, pues a todos debes retorno y correspondencia a tu Señor. Trabaja, porque seas puntual en el cumplimiento de todas las ceremonias y leyes de la religión y para ti no haya ley, ni mandato, ni acción perfecta que sea pequeña; ninguna desprecies ni olvides,

todas las observa con rigor, porque en los ojos de Dios todo es precioso y grande, lo que se hace por su gusto. Cierto es que le tiene en ver cumplido lo que manda y que el despreciarlo le ofende. En todo considera que tienes Esposo a quien agradar, Dios a quien servir, Padre a quien obedecer, Juez a quien temer y Maestra a quien imitar y seguir.

480. Para que todo esto lo cumplas has de renovar en tu ánimo una resolución fuerte y eficaz de no oír a tus inclinaciones ni consentir en la flojedad remisa de tu naturaleza; ni, por la dificultad que sintieres, omitir acción o ceremonia alguna, aunque sea besar la tierra, cuando sueles hacerlo, según la costumbre de la religión; lo poco y lo mucho ejecuta con afecto y constancia y serás agradable a los ojos de mi Hijo y a los míos. En las obras de supererogación pide consejo a tu Confesor y Prelado; y primero suplica a Dios que le dé acierto y llega desnuda de toda inclinación y afecto a cosa determinada, y lo que te ordenare, óyelo y escríbelo en tu corazón y ejecútalo con puntualidad; y si es posible acudir a la obediencia y consejo, nunca por ti sola determines cosa alguna por más buena que te parezca; que la voluntad de Dios se te manifestará siempre por la santa obediencia.

CAPITULO 5

Del grado perfectísimo de las virtudes de María Santísima en general y cómo las iba ejecutando.

481. Es la virtud un hábito que adorna y ennoblece la potencia racional de la criatura y la inclina a la buena operación. Llámase hábito, porque es una cualidad permanente que con dificultad se aparta de la potencia, a diferencia del acto que se pasa luego y no permanece. Inclina y facilita la virtud a las operaciones y las hace buenas; lo que no tenía por sí sola la potencia, porque es indiferente para las obras buenas y malas. Fue adornada María Santísima desde el primer instante de su vida con los hábitos de todas las virtudes en grado eminentísimo, y continuamente fueron aumentando con nueva gracia y

operaciones perfectas en que ejercitaba con altísimos merecimientos de todas las virtudes que la mano del Señor le había infundido.

482. Y aunque las potencias de esta Señora y Princesa Soberana no estaban desordenadas, ni tuvieron repugnancia que vencer, como la tenemos los demás hijos de Adán, porque a ella ni la alcanzó la culpa, ni el *fomes* que inclina al mal y resiste al bien, pero tenían aquellas ordenadas potencias capacidad para que los hábitos virtuosos las inclinasen a lo mejor y más perfecto, santo y loable. A más de esto, era criatura pasible y pura, estaba sujeta a sentir pena y a inclinarse al descanso lícito y dejar de hacer algunas obras, a lo menos de supererogación, y sin culpa pudiera sentir alguna propensión a no hacerlas. Para vencer esta natural inclinación y apetito le ayudaron los hábitos perfectísimos de las virtudes, a cuyas inclinaciones cooperó la Reina del cielo tan varonilmente, que en ningún efecto frustró ni impidió la fuerza con que la movían y purificaban en todas las obras.

483. Con esta armonía y hermosura de todos los hábitos virtuosos estaba el alma santísima de María tan ilustrada, ennoblecida y enderezada al bien y al último fin de la criatura, tan fácil, pronta, eficaz y alegre en el bien obrar, que si fuera posible penetrar con nuestra flaca vista aquel secreto tan sagrado de su pecho, fuera el objeto más hermoso y admirable de todas las criaturas y de mayor gozo después del mismo Dios. Todo estaba en María Purísima como en su propio centro y esfera; y así tenían todas estas virtudes su última perfección sin que se pudiese decir: esto le falta para ser hermoso y consumado. Y a más de las virtudes que recibió infusas tuvo también las adquiridas, que con el uso y ejercicio granjeó. Y si en las demás almas un acto se suele decir que no es virtud, porque son necesarios muchos repetidos para adquirirla, pero las obras de María Santísima fueron tan eficaces, intensas y perfectas, que cada Una excedía a todas las de todas las demás criaturas; y conforme a esto, donde fueron tan repetidos los actos virtuosos, sin perder punto ni grado de perfectísima eficacia ¿qué hábitos serían los que esta divina Señora adquirió con sus propias obras? El fin del

obrar, que hace también el acto virtuoso, porque ha de ser bueno y bien hecho, fue en María Señora nuestra el supremo de todas las obras, que es el mismo Dios; porque nada hizo que no la moviese la gracia y que no lo encaminase a la mayor gloria y beneplácito del mismo Señor, mirándole como motivo y último fin.

484. Estos dos géneros de virtudes infusas y adquiridas asientan sobre otra virtud que se llama natural, porque nace en nosotros con la misma naturaleza racional, y tiene por nombre sindéresis. Este es un conocimiento que la luz de la razón tiene de los primeros fundamentos y principios de la virtud y una inclinación a ella que a esta luz corresponde en nuestra voluntad, como conocer que debes amar a quien te hace bien, que no hagas con otro lo que no quieres que se haga contigo mismo, etc. En la Reina Santísima fue esta virtud natural o sindéresis excelentísima y de, los principios naturales infería con suma y profunda claridad las consecuencias de todo lo bueno, aunque fuese muy remoto, porque discurría con increíble viveza y rectitud. Para estos discursos se valía de la noticia infusa de las criaturas, especialmente de las más nobles y universales, los cielos, sol, luna y estrellas, y disposición de todos los orbes y elementos; y en todo discurría desde el principio al fin, convidando a todas estas criaturas a que alabasen a su Criador y llevasen al hombre tras de sí hasta darle este mismo conocimiento que por ellas podía alcanzar, y no le detuviese hasta llegar al Criador y Autor de todo.

485. Las virtudes infusas se reducen a dos órdenes y clases. En la primera entran solamente las que tienen a Dios por objeto inmediato; por esto se llaman teologales, que son fe, esperanza y caridad. En el segundo orden están todas las otras virtudes que tienen por objeto próximo algún medio o bien honesto que encamina el alma al último fin, que es el mismo Dios; y éstas se llaman virtudes morales, porque pertenecen a las costumbres y, aunque son muchas en número, se reducen a cuatro cabezas, que por esto se llaman cardinales, cuales son prudencia, justicia, fortaleza y templanza. De todas estas virtudes y sus especies hablaré adelante en particular lo que pudiere,

para declarar cómo todas y cada una estuvieron en las potencias de la soberana Reina. Ahora sólo advierto generalmente que ninguna le faltó en grado perfectísimo y con ellas tuvo todos los dones del Espíritu Santo y los frutos y bienaventuranzas. Y ningún género de gracia ni beneficio necesario para la perfección hermosísima de su alma y potencias, dejó de infundirle Dios desde el primer instante de su concepción, así en la voluntad como en el entendimiento, donde tuvo los hábitos y especies de las ciencias. Y para decirlo de una vez, todo lo bueno que pudo darle el Altísimo, como a Madre de su Hijo, siendo ella pura criatura, todo se lo dio en supremo y eminentísimo grado. Y sobre esto crecieron todas sus virtudes: las infusas, porque las aumentaba con sus merecimientos, y las adquiridas, porque las engendró y adquirió con los intensísimos actos que hacía mereciendo.

Doctrina de la Madre de Dios y Virgen Santísima.

486. Hija mía, a todos los mortales sin diferencia comunica el Altísimo la luz de las virtudes naturales; y a los que se disponen con ellas y con sus auxilios, les concede las infusas cuando los justifica; y estos dones distribuye como Autor de naturaleza y gracia más o menos, según su equidad y beneplácito. En el bautismo infunde las virtudes de fe, esperanza y caridad y con ellas infunde otras para que con todas trabaje y obre bien la criatura y no sólo se conserve en los dones recibidos por virtud del sacramento, pero adquiera otros con sus propias obras y merecimientos. Esta fuera la suma dicha y felicidad de los hombres si correspondieran al amor que les muestra su Criador y Reparador, hermoseando sus almas y facilitándoles con los hábitos infusos el ejercicio virtuoso de la voluntad; pero el no corresponder a tan estimable beneficio los hace en extremo infelices, porque en esta deslealtad consiste la primera y mayor victoria del demonio contra ellos.

487. De ti, alma, quiero que te ejercites y trabajes con las virtudes naturales y sobrenaturales, con incesante diligencia para adquirir los hábitos de las otras virtudes, que tú puedes granjear con los actos frecuentados de las que Dios graciosa y liberalmente te ha comunicado; porque

los dones infusos, junto con los que granjea y adquiere el alma, hacen un adorno y un compuesto de admirable hermosura y sumo agrado en los ojos del Altísimo. Y te advierto, carísima, que la mano poderosa de tu Señor ha sido tan larga en estos beneficios para con tu alma, enriqueciéndola de grandes joyas de su gracia, que si fueras desagradecida será tu culpa y tu cargo mayor que con muchas generaciones. Considera y advierte la nobleza de las virtudes, cuánto ilustran y hermosean al alma por sí solas, pues cuando no tuvieran otro fin ni les siguiera otro premio, el poseerlas era grande por su misma excelencia; pero lo que las sube de punto es tener por fin último al mismo Dios, a quien ellas van buscando con la perfección y verdad que en sí contienen; y llegando a tan alto premio como parar en Dios, con esto hacen a la criatura dichosa y bienaventurada.

CAPITULO 6

De la virtud de la fe y su ejercicio que tuvo María Santísima.

488. En breves razones comprendió Santa Isabel, como lo refiere el evangelista San Lucas (Lc., 1,45), la grandeza de la fe de María Santísima, cuando la dijo: *Bienaventurada eres por haber creído; que por esto se cumplirán en ti las palabras y promesas del Señor.* Por la felicidad y bienaventuranza de esta gran Señora y por su inefable dignidad se ha de medir su fe; pues fue tal y tan excelente que por haber creído llegó a la grandeza mayor después, del mismo Dios. Creyó el mayor sacramento de los sacramentos y misterios que en ella se habían de obrar. Y fue tal la prudencia y ciencia divina de María nuestra Señora para dar crédito a esta verdad tan nueva y nunca vista, que trascendió sobre todo el humano y angélico entendimiento y sólo en el Divino se pudo fraguar su fe, como en la oficina del poder inmenso del Altísimo, donde todas las virtudes de esta Reina se fabricaron con el brazo de Su Alteza. Yo me hallo siempre atajada y torpe para hablar de estas virtudes y mucho más para las anteriores; porque es grande la inteligencia y luz que de ellas se me ha

dado, pero muy limitados los términos humanos para declarar los conceptos y actos de fe engendrados en el entendimiento y espíritu de la más fiel de todas las criaturas, o la que fue más que todas juntas; diré lo que pudiere, reconociendo mi incapacidad para lo que pedía mi deseo, y mucho más el argumento.

489. Fue la fe de María Santísima un asombro de toda la naturaleza criada y un patente prodigio del poder Divino; y porque en ella estuvo esta virtud de la fe en el supremo y perfectísimo grado que pudo tener, en gran parte y por algún modo satisfizo a Dios la mengua que en la fe habían de tener los hombres. Dio el Altísimo a los mortales viadores esta excelente virtud, para que sin embarazo de la carne mortal tuviesen noticia de la Divinidad y sus misterios y obras admirables, tan cierta, infalible y segura en la verdad como si le vieran cara a cara, así como le ven los Ángeles bienaventurados. El mismo objeto y la misma verdad que ellos tienen patente con claridad, esa creemos nosotros debajo del velo y obscuridad de la fe.

490. Este grandioso beneficio, mal conocido y peor agradecido de los mortales, bien se deja entender —volviendo los ojos al mundo— cuántas naciones, reinos y provincias le han desmerecido desde el principio del mundo; cuántas le han arrojado de sí infelizmente, habiéndoselo concedido el Señor con liberal misericordia; y cuántos fieles, habiéndolo recibido sin merecerlo, le malogran y le tienen como de burlas, ocioso y sin provecho ni efecto para caminar con él a conseguir el último fin adonde los endereza y guía. Convenía, pues, a la Divina equidad, que esta lamentable pérdida tuviese alguna recompensa y que tan incomparable beneficio tuviese adecuado y proporcionado retorno, en cuanto fuese posible a las criaturas, y que entre ellas se hallase alguna en quien estuviera la virtud de la fe en grado perfectísimo, como en ejemplar y medida de todos los demás.

491. Todo esto se halló en la gran fe de María Santísima y sólo por ella y para ella, cuando fuera sola esta Señora en el mundo, convenientísimamente hubiera Dios criado y fabricado la virtud excelente de la fe; porque sola María

Purísima desempeñó a la Divina Providencia para que, a nuestro modo de entender, no padeciera mengua de parte de los hombres, ni quedara frustrada en la formación de esta virtud y en la corta correspondencia que en ella le habían de mostrar los mortales. Este defecto recompensó la fe de la soberana Reina, y ella copió en sí misma la Divina idea de esta virtud con la suma posible perfección; y todos los demás creyentes se pueden regular y medir por la fe de esta Señora y serán más o menos fieles cuanto más o menos se ajustaren con la perfección de su fe incomparable. Y para esto fue elegida por maestra y ejemplar de todos los creyentes, entrando los Patriarcas, Profetas, Apóstoles y Mártires y todos cuantos con ellos han creído y creerán los artículos de la fe cristiana hasta el fin del mundo.

492. Alguno podría dificultar cómo se compadecía que la Reina del Cielo ejercitase la fe, supuesto que tuvo muchas veces visión clara de la Divinidad y muchas más la tuvo abstractiva, que también hace evidencia de lo que conoce el entendimiento, como queda dicho arriba (Cf. supra n. 229 y 237) y adelante repetiré muchas veces (Passim). Y la duda nacerá de que la fe *es la sustancia de las cosas que esperamos y argumento de las que no vemos,* como lo dice el Apóstol (Heb. 11, 1), que es decirnos cómo de las cosas que ahora esperamos del último fin de la bienaventuranza no tenemos otra presencia, ni sustancia o esencia, mientras somos viadores, más de la que contiene la fe en su objeto creído oscuramente y por espejo; si bien, la fuerza de este hábito infuso con que inclina a creer lo que no vemos y la certeza infalible de lo creído hacen un argumento infalible y eficaz para el entendimiento y para que la voluntad segura y sin temor crea lo que desea y espera. Y conforme a esta doctrina, si la Virgen Santísima en esta vida llegó a ver y tener a Dios —que todo es uno— sin el velo de la fe oscura, no parece que le quedaría oscuridad para creer por fe lo que había visto con claridad cara a cara, y más si en su entendimiento permanecían las especies adquiridas en la visión clara o en la evidente de la Divinidad.

493. Esta duda no sólo no impide la fe de María Santísima, pero antes la engrandece y levanta de punto, pues quiso el

Señor que su Madre fuese tan admirable en el privilegio de esta virtud de la fe —y lo mismo es de la esperanza— que trascendiese a todo el orden común de los otros viadores y que su excelente entendimiento, para ser maestra y artífice de estas grandes virtudes, fuese ilustrado unas veces por los actos perfectísimos de la fe y esperanza, otras con la visión y posesión, aunque de paso, del fin y objeto que creía y esperaba, para que en su original conociese y gustase las verdades que como maestra de los creyentes había de enseñar a creer por virtud de la fe; y juntar estas dos cosas en el alma santísima de María era fácil al poder de Dios; y siéndolo era como debido a su Madre Purísima, a quien ningún privilegio por grande desdecía, ni le debía faltar.

494. Verdad es que con la claridad del objeto que conocemos no se compadece la oscuridad de la fe con que creemos lo que no vemos, ni con la posesión la esperanza, ni María Santísima, cuando gozaba de estas visiones evidentes, ni cuando usaba de las especies que con evidencia, aunque abstractiva, le manifestaban los objetos, ejercitaba los actos oscuros de la fe, ni usaba de su hábito, sino de solo el de la ciencia infusa. Mas no por esto quedaban ociosos los hábitos de las dos virtudes teologales, fe y esperanza; porque el Señor, para que María Purísima usase de ellos, suspendía el concurso o detenía el uso de las especies claras y evidentes, con que cesaba la ciencia actual y obraba la fe oscura, en cuyo perfectísimo estado quedaba a tiempos la soberana Reina, ocultándose el Señor para todas las noticias claras; como sucedió en el misterio altísimo de la encarnación del Verbo, de que diré en su lugar (Cf. infra p. II n. 119, 133).

495. No convenía que la Madre de Dios careciera del premio de estas virtudes infusas de la fe y esperanza; y para alcanzarle había de merecerle y para merecerle había de ejercitar sus operaciones proporcionadas al premio; y como éste fue incomparable, así lo fueron los actos de fe que obró esta gran Señora en todas y en cada una de las verdades católicas; porque todas las conoció y creyó explícitamente con altísima y perfectísima creencia como viadora. Y claro está que cuando el entendimiento tiene evidencia de lo que conoce no aguarda para creer al

consentimiento de la voluntad, porque antes que ella se lo mande es compelido de la misma claridad a dar asenso firme; y por eso aquel acto de creer lo que no puede negar no es meritorio. Y cuando María Santísima asintió a la embajada del Arcángel, fue digna de incomparable premio, porque en el asenso de tal misterio mereció; y lo mismo sucedió en los otros que creyó, cuando el Altísimo disponía que usase de la fe infusa y no de la ciencia, aunque también con ésta tenía su mérito, por el amor que con ella ejercitaba, como en diferentes lugares he dicho (Cf. supra n. 231, 380, 383).

496. Tampoco le dieron el uso de la ciencia infusa cuando perdió al Niño, a lo menos para conocer aquel objeto dónde estaba, como con aquella luz conocía otros muchos; ni tampoco usaba entonces de las especies claras de la Divinidad; y lo mismo fue al pie de la cruz, que suspendía el Señor la vista y operaciones que en el alma santísima de su Madre habían de impedir el dolor; porque entonces convenía que le tuviese y obrase la fe sola y la esperanza. Y el gozo que tuviera con cualquiera vista o noticia, aunque fuera abstractiva, de la Divinidad, naturalmente impidiera al dolor, si no hacía Dios nuevo milagro para que estuviesen juntos pena y gozo. Y no convenía que Su Majestad hiciera este milagro, pues con el padecer se compadecían en la Reina del Cielo el mérito e imitación de su Hijo Santísimo con las gracias y excelencia de Madre. Por esto buscó al Niño con dolor (Lc. 2, 48), como ella lo dijo, y con fe viva y esperanza; y también las tuvo en la pasión y resurrección de su único y amado Hijo, que creía y esperaba; permaneciendo en ella sola esta fe de la Iglesia, como reducida entonces esta virtud a su Maestra y Fundadora.

497. Tres condiciones o excelencias particulares se pueden considerar en la fe de María Santísima: la continuación, la intensión y la inteligencia con que creía. La continuación sólo se interrumpía cuando con claridad intuitiva o evidencia abstractiva miraba a la divinidad, como ya he dicho; pero distribuyendo los actos interiores del conocimiento de Dios que tenía la Reina del Cielo —aunque sólo el mismo Señor que los dispensaba puede saber

cuándo y en qué tiempos— ejercitaba su Madre Santísima los unos actos o los otros; pero jamás estuvo ocioso su entendimiento, sin cesar solo un instante de toda su vida, desde el primero de su concepción, en que perdiese a Dios de vista; porque si suspendía la fe, era porque gozaba de la vista de la Divinidad clara o evidente por ciencia altísima infusa, y si el Señor le ocultaba este conocimiento, entraba obrando la fe; y en la sucesión y vicisitud de estos actos había una concertadísima armonía en la mente de María Santísima, a cuya atención convidaba el Altísimo a los espíritus angélicos, según aquello que dijo en los Cantares, cap. 8 (Cant., 8, 13): *La que habitas en los huertos, los amigos te escuchan, hazme oír tu voz.*

498. En la eficacia o intensión que tenía la fe de esta soberana Princesa excedió a todos los Apóstoles, Profetas y Santos juntos y llegó a lo supremo que pudo caber en pura criatura. Y no sólo excedió a todos los creyentes, pero tuvo la fe que faltó a todos los infieles que no han creído y con la fe de María Santísima pudieron todos ser ilustrados. Por lo cual de tal suerte estuvo en ella firme, inmoble y constante, cuando los Apóstoles en el tiempo de la pasión desfallecieron, que si todas las tentaciones, engaños, errores y falsedades del mundo se juntaran, no pudieran contrarrestar ni turbar la invencible fe de la Reina de los fieles; y su Fundadora y Maestra a todos venciera y contra todos saliera victoriosa y triunfante.

499. La claridad o inteligencia con que creía explícitamente todas las verdades Divinas no se puede reducir a palabras sin oscurecerla con ellas. Sabía María purísima todo lo que creía y creía todo lo que sabía; porque la ciencia infusa teológica de la credibilidad de los misterios de la fe y su inteligencia estuvo en esta sapientísima Virgen y Madre con el grado más alto que a pura criatura fue posible. Tenía en acto esta ciencia y memoria de ángel sin olvidar lo que una vez aprendía; y siempre usaba de esta potencia y dones para creer profundamente, salvo cuando por divina disposición ordenaba Dios que por otros actos se suspendiese en la fe, como arriba dije (Cf. supra n. 494, 467). Y fuera de no ser comprensora, tenía en el estado de viadora, para creer y conocer a Dios, la inteligencia más

alta y más inmediata en la esfera de la fe con la noticia clara de la Divinidad, con que transcendía el estado de todos los viadores, siendo ella sola en otra clase y estado de viadora a que ninguno otro pudo llegar.

500. Y si María Santísima, cuando ejercitaba los hábitos de fe y esperanza, tenía el estado más ordinario para ella, y por eso era el más inferior, y en él excedía a todos los Santos y Ángeles y en los merecimientos se les adelantó amando más que ellos ¿qué sería lo que obraba, merecía y amaba, cuando era levantada por el poder Divino a otros beneficios y estado más alto de la visión beatífica o conocimiento claro de la divinidad? Si al entendimiento angélico le faltarían fuerzas para entenderlo y penetrarlo ¿cómo tendrá palabras para explicarlo una criatura terrena? Yo quisiera a lo menos que todos los mortales conocieran el valor y precio de esta virtud de la fe, considerándola en este divino ejemplar donde llegó a los últimos términos de su perfección y adecuadamente tocó el fin para que fue fabricada. Lleguen los infieles, herejes, paganos, idólatras a la maestra de la fe, María Santísima, para que sean iluminados en sus engaños y tenebrosos errores y hallarán el camino seguro para atinar con el último fin para que fueron criados. Lleguen también los católicos y conozcan el copioso premio de esta excelente virtud y pidan con los Apóstoles al Señor que les aumente la fe (Lc., 17, 5), no para llegar a la de María Santísima, mas para imitarla y seguirla, pues con su fe nos enseña y nos da esperanza de alcanzarla nosotros por sus merecimientos altísimos.

501. Al patriarca Abrahán llamó San Pablo (Rom., 4, 11) padre de todos los creyentes, porque fue quien primero recibió las promesas del Mesías y creyó todo lo que Dios le prometió, creyendo en esperanza contra esperanza (Rom., 4, 18), que es decir cuán excelente fue la fe del Patriarca, pues el primero creyó las promesas del Señor, cuando no podía tener esperanza humana en la virtud de las causas naturales, así para que su mujer Sara le pariese un hijo ya estéril, como para que ofreciéndosele después a Dios en sacrificio como se lo mandaba, le quedase de él la sucesión innumerable (Gén., 15, 5) que el mismo Señor le había prometido. Todo esto que naturalmente era imposible

y otras palabras y promesas creyó Abrahán que haría el poder divino sobrenaturalmente, y por esta fe mereció ser llamado padre de todos los creyentes y recibir la señal de la fe en que se había justificado, que fue la circuncisión.

502. Pero nuestra preexcelsa señora María tiene mayores títulos y prerrogativas que Abrahán para ser llamada Madre de la fe y de todos los creyentes y en su mano está enarbolado el estandarte y vexilo de la fe para todos los creyentes de la ley de gracia. Primero fue el Patriarca en el orden del tiempo, y de primer intento fue dado por padre y cabeza del pueblo hebreo; grande y excelente fue su fe en las promesas de Cristo nuestro Señor y en las palabras del Altísimo; pero en todas estas obras fue la fe de María Purísima más admirable sin comparación, y así es la primera en la dignidad. Mayor dificultad o imposibilidad era parir y concebir una virgen que una vieja estéril; y no estaba el patriarca Abrahán tan cierto de que se ejecutara el sacrificio de Isaac, como lo estaba María Santísima de que sería con efecto sacrificado su Hijo Santísimo. Y ella fue la que en todos los misterios creyó, esperó y enseñó a toda la Iglesia cómo debía creer en el Altísimo y las obras de la Redención. Y conocida la fe de María nuestra Reina, ella es la madre de los creyentes y el ejemplar de la fe católica y de la santa esperanza. Y para concluir este capítulo, digo que Cristo, nuestro Redentor y Maestro, como era comprensor y su alma santísima gozaba la suma gloria y visión beatífica, no tenía fe ni podría usar de ella, ni con sus actos pudo ser maestro de esta virtud. Pero lo que no pudo hacer el Señor por sí mismo hizo por su Madre Santísima, constituyéndola fundadora, madre y ejemplar de la fe de su Iglesia Evangélica, y para que el día del juicio universal sea esta soberana Señora y Reina juez que singularmente asista con su Hijo Santísimo a juzgar los que después no han creído, habiéndoles dado este ejemplo en el mundo.

Doctrina de la Madre de Dios y Señora nuestra.

503. Hija mía, el tesoro inestimable de la virtud de la fe divina está oculto a los mortales que sólo tienen ojos carnales y terrenos; porque no le saben dar el aprecio y estimación que piden este don y beneficio de tan

incomparable valor. Advierte, carísima, y considera cuál estuvo el mundo sin fe y cuál estaría hoy si mi Hijo y Señor no la conservase. ¡Cuántos hombres que el mundo ha celebrado por grandes, poderosos y sabios, por faltarles la luz de la fe se despeñaron desde las tinieblas de su infidelidad en abominables pecados y de allí a las tinieblas eternas del infierno! ¡Cuántos reinos y provincias llevaron ciegas y llevan hoy tras de sí estos más ciegos, hasta caer todos en la fóvea de las penas eternas! A estos siguen los malos fieles y creyentes que, habiendo recibido esta gracia y beneficio de la fe, viven con él como si no le tuviesen en sus almas.

504. No te olvides, amiga mía, de agradecer esta preciosa margarita que te ha dado el Señor, como arras y vínculo del desposorio que contigo ha celebrado para traerte al tálamo de su Santa Iglesia y después al de su eterna visión beatífica. Ejercita siempre esta virtud de la fe, pues ella te pone cerca del último fin adonde caminas y del objeto que deseas y amas. Ella es la que enseña el camino cierto de la eterna felicidad, ella es la que luce en las tinieblas de la vida mortal de los viadores y los lleva seguros a la posesión de su patria, adonde debían caminar si no estuvieran muertos con la infidelidad y pecados. Ella es la que despierta las demás virtudes, la que sirve de alimento al justo y le entretiene en sus trabajos. Ella es la que confunde y atemoriza a los infieles y a los tibios fieles, negligentes en el obrar; porque les manifiesta en esta vida sus pecados y en la otra el castigo que les aguarda. Es la fe poderosa para todo, pues al creyente nada le es imposible (Mc., 9, 22), antes lo puede y lo alcanza todo; es la que ilustra y ennoblece al entendimiento humano, pues le adiestra para que no yerre en las tinieblas de su natural ignorancia y le levanta sobre sí mismo para que vea y entienda con infalible certeza lo que no alcanzara por sus fuerzas y lo crea tan seguro como si lo viera con evidencia; y le desnuda de la grosería y villanía, cual es no creer el hombre más de aquello que él mismo con su cortedad alcanza, siendo tan poco y limitado mientras vive el alma en la cárcel del cuerpo corruptible, sujeta en el entender al uso grosero de los sentidos. Estima, pues, hija mía, esta preciosa margarita de la fe católica que Dios te ha dado y

guárdala y ejercítala con aprecio y reverencia.

CAPITULO 7

De la virtud de la esperanza y ejercicio de ella que tuvo la Virgen Señora nuestra.

505. A la virtud de la fe sigue la esperanza, a quien ella se ordena; porque si el Altísimo Dios nos infunde la luz de la fe Divina, con que todos sin diferencia y sin aguardar tiempo vengamos en el conocimiento infalible de la Divinidad y de sus misterios y promesas, es para que conociéndole por nuestro último fin y felicidad, y también los medios para llegar a él, nos levantemos en un vehemente deseo de conseguirle cada uno para sí mismo. Este deseo, a quien se sigue como efecto el conato de alcanzar el sumo bien, se llama esperanza, cuyo hábito se nos infunde en el bautismo en nuestra voluntad, que se llama apetito racional; porque a ella le toca apetecer la eterna felicidad como su mayor bien e interés y también el esforzarse con la Divina gracia para alcanzarle y vencer las dificultades que en esta contienda se ofrecieren.

506. Cuán excelente virtud es la esperanza, se conoce de que tiene por objeto a Dios como último y sumo bien nuestro, aunque le mira y le busca como ausente, pero como posible o adquirible por medio de los merecimientos de Cristo y de las obras que hace quien espera. Regúlanse los actos y operaciones de esta virtud por la lumbre de la fe Divina y de la prudencia particular con que aplicamos a nosotros mismos las promesas infalibles del Señor; y con esta regla obra la esperanza infusa tocando el medio de la razón, entre los vicios contrarios de la desesperación y presunción, para que ni vanamente presuma el hombre alcanzar la gloría eterna con sus fuerzas o sin hacer obras para merecerla, ni tampoco si quiere hacerlas tema ni desconfíe que la alcanzará, como el Señor se lo promete y asegura. Y esta seguridad común y general a todos, enseñada por la Fe Divina, se aplica el hombre que espera por medio de la prudencia y sano juicio que hace de sí mismo para no desfallecer ni desesperar.

507. Y de aquí se conoce que la desesperación puede venir de no creer lo que la fe nos promete o, en caso que se crea, de no aplicarse a sí mismo la seguridad de las promesas Divinas, juzgando con error que él no puede conseguirlas. Entre estos dos peligros procede segura la esperanza, suponiendo y creyendo que no me negará Dios a mí lo que prometió a todos y que la promesa no fue absoluta sino debajo de condición, que yo de mi parte trabajase y procurase merecerla en cuanto me fuese posible con el favor de su divina gracia; porque si Dios hizo al hombre capaz de su vista y eterna gloria, no era conveniente que llegase a tanta felicidad por medio del mal uso de las mismas potencias con que le había de gozar, que son los pecados, sino usando de ellas con proporción al fin adonde con ellas camina, Y esta proporción consiste en el buen uso de las virtudes, con las cuales se dispone el hombre para llegar a gozar del sumo bien, buscándole desde luego en esta vida con el conocimiento y amor Divino.

508. Tuvo, pues, esta virtud de la esperanza en María Santísima el sumo grado de perfección posible en sí y con todos sus efectos y circunstancias o condiciones; porque el deseo y conato de conseguir el último fin de la vista y fruición Divina tuvo en ella mayores causas que en todas las criaturas; y esta fidelísima y prudentísima Señora no impedía sus efectos, antes los ejecutaba con suma perfec-ción posible a pura criatura. No sólo tuvo Su Alteza fe infusa de las promesas del Señor, a la cual, siendo como fue la mayor, correspondía también proporcionadamente la mayor esperanza; pero tuvo sobre la fe la visión beatífica, en que por experiencia conoció la infinita verdad y fidelidad del Altísimo. Y si bien no usaba de la esperanza cuando gozaba de la vista y posesión de la Divinidad, pero después que se reducía al estado ordinario le ayudaba la memoria del sumo bien que había gozado para esperarle y apetecerle ausente con mayor fuerza y conato; y este deseo era un género de nueva y singular esperanza en la Reina de las Virtudes.

509. Otra causa tuvo también la esperanza de María Santísima para ser mayor y sobre la esperanza de todos los

fieles juntos; porque el premio y gloria de esta soberana Reina, que es el principal objeto de la esperanza, fue sobre toda la gloria de los Ángeles y Santos; y conforme al conocimiento de tanta gloria que el Altísimo le dio, tuvo la suma esperanza y afectó para conseguirla. Y para que llegase a lo supremo de esta virtud, esperando dignamente todo lo que el brazo poderoso de Dios quería obrar en ella, fue prevenida con la luz de la fe suprema, con los hábitos y auxilios y dones proporcionados y con especial movimiento del Espíritu Santo. Y lo mismo que decimos de la suma esperanza que tuvo del objeto principal de esta virtud, se ha de entender de los otros objetos que llaman secundarios, porque los beneficios, dones y misterios que se obraron en la Reina del cielo fueron tan grandes, que no pudo extenderse a más el brazo del omnipotente Dios. Y como esta gran Señora los había de recibir mediante la fe y esperanza de las promesas Divinas, proporcionándose con estas virtudes para recibirlas, por eso era necesario que su fe y esperanza fuesen las mayores que en pura criatura eran posibles.

510. Y si, como queda dicho (Mc., 9, 22) de la virtud de la fe, tuvo la Reina del cielo conocimiento y fe explícita de todas las verdades reveladas y de todos los misterios y obras del Altísimo, y a los actos de fe correspondían los de la esperanza, ¿quién podrá entender, fuera del mismo Señor, cuántos y cuáles serían los actos de esperanza que tuvo esta Señora de las virtudes, pues conoció todos los misterios de su propia gloria y felicidad eterna y los que en ella y en el resto de la Iglesia Evangélica se habían de obrar por los méritos de su Hijo Santísimo? Por sola María, su Madre, formara Dios esta virtud y la diera como la dio a todo el linaje humano, como antes dijimos de la virtud de la fe (Cf. supra 499).

511. Por esta razón la llamó el Espíritu Santo Madre del amor hermoso y de la santa esperanza (Eclo., 24, 24); y así como el darle carne al Verbo Divino la hizo Madre de Cristo, así el Espíritu Santo la hizo Madre de la esperanza; porque con su especial concurso y operación concibió y parió esta virtud para los fieles de la Iglesia. Y el ser Madre de la santa esperanza fue como consiguiente y anejo a ser Madre de

Jesucristo nuestro Señor, pues conoció que en su Hijo nos daba toda nuestra segura esperanza. Y por estos concebimientos y partos adquirió la Reina Santísima cierto género de dominio y autoridad sobre la gracia y promesas del Altísimo que con la muerte de Cristo nuestro Redentor, hijo de María, se habían de cumplir; porque todo nos lo dio esta Señora, cuando mediante su voluntad libre concibió y parió al Verbo Humanado y en él todas nuestras esperanzas. Donde se cumplió legítimamente aquello que la dijo el Esposo: *Tus emisiones fueron paraíso* (Cant., 4, 13); porque todo cuanto salió de esta Madre de la Gracia fue para nosotros felicidad, paraíso y esperanza cierta de conseguirle.

512. Padre Celestial y verdadero tenía la Iglesia en Jesucristo, que la engendró, fundó y con sus merecimientos y trabajos la enriqueció de gracias, ejemplos y doctrinas, como era consiguiente a ser tal Padre y Autor de esta admirable obra; parece que a su perfección convenía que juntamente tuviese Madre amorosa y blanda, que con regalo y caricia suave y con maternal afecto e intercesiones criase a sus pechos los hijos párvulos (1 Cor., 3,1), y con tierno y dulce mantenimiento los alimentase, cuando por su pequeñez no pueden sufrir el pan de los robustos y fuertes. Esta dulce madre fue María Santísima, que desde la primitiva Iglesia, cuando nacía en los tiernos hijos de la ley de gracia, les comenzó a dar dulce leche de luz y doctrina como piadosa madre; y hasta el fin del mundo continuará este oficio con sus ruegos en los nuevos hijos que cada día engendra Cristo nuestro Señor con los méritos de su sangre y por los ruegos de la Madre de Misericordia. Por ella nacen, ella los cría y alimenta y ella es dulce Madre, vida y esperanza nuestra, el original de la que nosotros tenemos, el ejemplar a quien imitamos, esperando por su intercesión conseguir la eterna felicidad que su Hijo Santísimo nos mereció y los auxilios que por ella nos comunica, para que así la alcancemos.

Doctrina de la Santísima Virgen.

513. Hija mía, con las dos virtudes fe y esperanza, como con dos alas de infatigable vuelo, se levantaba mi espíritu

buscando al interminable y sumo bien, hasta descansar en la unión de su íntimo y perfecto amor. Muchas veces gozaba y gustaba de su vista clara y fruición, pero como este beneficio no era continuo por el estado de pura viadora, éralo el ejercicio de la fe y esperanza; que como quedaban fuera de la visión y posesión, luego las hallaba en mi mente y no hacía otro intervalo en sus operaciones. Y los efectos que en mí hacían, el afecto, conato y anhelo que causaban en mi espíritu para llegar a la eterna posesión de la fruición divina, no puede entenderlo con su cortedad el entendimiento criado adecuadamente, pero conocerálo en Dios con alabanza eterna el que mereciere gozar de su vista en el cielo.

514. Y tú, carísima, pues tanta luz has recibido de la excelencia de esta virtud y de las obras que yo ejercitaba con ella, trabaja por imitarme sin cesar según las fuerzas de la Divina gracia. Renueva siempre y confiere en tu memoria las promesas del Altísimo y con la certeza de la fe que tienes de su verdad levanta el corazón con ardiente deseo, anhelando a conseguirlas; y con esta firme esperanza te puedes prometer por los méritos de mi Hijo Santísimo que llegarás a ser moradora de la celestial patria y compañera de todos los que en ella con inmortal gloria miran la cara del Altísimo. Y si con esta ayuda que tienes levantas tu corazón de lo terreno y pones toda tu mente fija en el bien inconmutable por quien suspiras, todo lo visible te será pesado y molesto y lo juzgarás por vil y contemptible y nada podrás apetecer fuera de aquel amabilísimo y deleitable objeto de tus deseos. En mi alma fue este ardor de la esperanza como de quien con la fe le había creído y con experiencia le había gustado, lo cual ninguna lengua ni palabras pueden explicar ni decir.

515. Fuera de esto, para que más te muevas, considera y llora con íntimo dolor la infelicidad de tantas almas, que son imagen de Dios y capaces de su gloria y por sus culpas están privadas de la esperanza verdadera de gozarle. Si los hijos de la Santa Iglesia hicieran pausa en sus vanos pensamientos y se detuvieran a pensar y pesar el beneficio de haberles dado fe y esperanza infalible, separándolos de las tinieblas y señalándolos sin merecerlo ellos con esta

divisa, dejando perdida la ciega infidelidad, sin duda se avergonzarían de su torpísimo olvido y reprendieran su fea ingratitud. Pero desengáñense, que les aguardan más formidables tormentos, y que a Dios y a los Santos son más aborrecibles por el desprecio que hacen de la Sangre derramada de Cristo, en cuya virtud se les han hecho estos beneficios; y como si fueran fábulas desprecian el fruto de la verdad, corriendo todo el término de la vida sin detenerse sólo un día, y muchos ni una hora, en la consideración de sus obligaciones y de su peligro. Llora, alma, este lamentable daño y según tus fuerzas trabaja y pide el remedio a mi Hijo Santísimo y cree que cualquier desvelo y conato que en esto pongas te será premiado de Su Majestad.

CAPITULO 8

De la virtud de la caridad de María Santísima Señora nuestra.

516. La virtud sobreexcelentísima de la Caridad es la señora, la Reina, la Madre, alma, vida y hermosura de todas las otras virtudes; la caridad es quien las gobierna todas, las mueve y encamina a su verdadero y último fin; ella las engendra en su ser perfecto, las aumenta y conserva, las ilustra y adorna y les da vida y eficacia. Y si todas las demás causan en la criatura alguna perfección y ornato, la caridad se la da y las perfecciona; porque sin caridad todas son feas, oscuras, lánguidas, muertas y sin provecho; porque no tienen perfecto movimiento de vida ni sentido. La caridad es la benigna (1 Cor., 13, 4), paciente, mansísima, sin emulación, sin envidia, sin ofensa, la que nada se apropia, que todo lo distribuye, causa todos los bienes y no consiente alguno de los males cuanto es de su parte; porque es la mayor participación del verdadero y sumo bien. ¡Oh virtud de las virtudes y suma de los tesoros del Cielo! Tú sola tienes la llave del paraíso; tú eres la aurora de la eterna luz, sol del día de la eternidad, fuego que purificas, vino que embriagas dando nuevo sentido, néctar que letificas, dulzura que sacias sin hastío, tálamo en que descansa el alma y vínculo tan estrecho que con el

mismo Dios nos haces uno (Jn., 17, 21), al modo que lo son el Eterno Padre con el Hijo y entrambos con el Espíritu Santo.

517. Por la incomparable nobleza de esta señora de las virtudes el mismo Dios y Señor, a nuestro entender, quiso honrarse con su nombre, o quiso honrarla a ella, llamándose caridad, como lo dijo san Juan (1 Jn., 4, 16). Muchas razones tiene la Iglesia Católica para que de las perfecciones Divinas se le atribuya al Padre la omnipotencia, al Hijo la sabiduría y al Espíritu Santo el amor; porque el Padre es principio sin principio, el Hijo nace del Podre por el entendimiento y el Espíritu Santo de los dos procede por la voluntad; pero el nombre de caridad y esta perfección se la aplica el Señor a sí mismo sin diferencia de personas, cuando de todas dijo el evangelista sin distinción: *Dios es caridad(Ib.).* Tiene esta virtud en el Señor ser término y como fin de todas las operaciones *ad intra* y *ad extra,* porque todas las divinas procesiones, que son las operaciones de Dios dentro de sí mismo, se terminan en la unión del amor y caridad recíproca de las Tres Divinas Personas, con que tienen entre sí otro vínculo indisoluble después de la unidad de la naturaleza indivisa, en que son un mismo Dios. Todas las obras *ad extra,* que son las criaturas, nacieron de la Caridad Divina y se ordenan a ella, para que saliendo del mar inmenso de aquella bondad infinita se vuelvan por la caridad y amor a su origen de donde manaron. Y esto es singular en la Virtud de la Caridad entre todas las otras virtudes y dones, que es una perfecta participación de la Caridad Divina; nace del mismo principio y mira al mismo fin y se proporciona también con ella más que las otras virtudes. Y si llamamos a Dios nuestra esperanza, nuestra paciencia y nuestra sabiduría, es porque la recibimos de su mano y no porque estén en Dios estas virtudes como en nosotros. Pero la caridad no sólo la recibimos del Señor, ni él se llama caridad sólo porque nos la comunica, sino porque en sí mismo la tiene esencialmente; y de aquella Divina perfección que imaginamos como forma y atributo de su naturaleza Divina redunda nuestra caridad con más perfección y proporción que otra alguna virtud.

518. Otras condiciones admirables tiene la caridad de parte de Dios para nosotros; porque siendo ella el principio que nos comunicó todo el bien de nuestro ser, y después el sumo bien que es el mismo Dios, viene a ser el estímulo y ejemplar de nuestra caridad y amor con el mismo Señor; porque si para amarle no nos despierta y mueve el saber que en sí mismo es infinito y sumo bien, a lo menos nos obligue y atraiga el saber que es sumo bien nuestro. Y si no podíamos ni sabíamos amarle primero (1 Jn., 4, 10) que nos diera a su Hijo Unigénito, no tengamos excusa ni atrevimiento para dejarle de amar después de habérnosle dado; pues si tenemos disculpa para no saber granjear el beneficio, ninguna hallaremos para no agradecerle con amor después de haberle recibido sin merecerle.

519. El ejemplar que en la Divina Caridad tiene la nuestra, declara mucho más la excelencia de esta virtud, aunque yo con dificultad puedo declarar en esto mi concepto. Cuando fundaba Cristo Señor nuestro su perfectísima ley de amor y de gracia, nos enseñó a ser perfectos a imitación de nuestro Padre Celestial, que hace nacer el sol, que es suyo, sobre los justos e injustos (Mt., 5, 45) sin diferencia. Tal doctrina y tal ejemplo, sólo el mismo Hijo del eterno Padre le podía dar a los hombres. Entre todas las criaturas visibles ninguna como el sol nos manifiesta la Caridad Divina y nos la propone para imitarla; porque este nobilísimo planeta por su misma naturaleza, sin otra deliberación más que su inclinación innata, comunica su luz a todas partes y a todos aquellos que son capaces de recibirla sin diferencia, y cuanto es de su parte nunca la niega ni suspende (Dionisio, *De Divinis Nominibus,* c. IV); y esto lo hace sin obligarse a nadie, sin recibir beneficio ni retorno de que tenga necesidad y sin hallar en las cosas que ilumina y fomenta alguna bondad antecedente que le mueva y le atraiga, ni esperar otro interés más que derramar la misma virtud que en sí contiene, para que todos la participen y comuniquen.

520. Considerando, pues, las condiciones de tan generosa criatura ¿quién hay que no vea en ellas una estampa de la caridad increada a quien imitar? Y ¿quién hay que no se confunda de no imitarla? Y ¿quién imaginará de sí mismo

que tiene caridad verdadera si no la imita? No puede nuestra caridad y amor causar alguna bondad en el objeto que ama, como lo hace la caridad increada del Señor; pero a lo menos, si no podemos mejorar lo que amamos, bien podemos amar a todos sin intereses de mejorarnos y sin andar deliberando y escogiendo a quién amar y hacer bien con esperanza del retorno. No digo que la caridad no es libre, ni que hizo Dios alguna obra fuera de sí por natural necesidad, ni corre en esto el ejemplo; porque todas las obras *ad extra,* que son las de la creación, son libres en Dios. Pero la voluntad libre no ha de torcer ni violentar la inclinación e impulso de la caridad; antes debe seguirla a imitación del sumo bien que, pidiendo su naturaleza comunicarse, no le impidió la Divina voluntad, antes se dejó llevar y mover de su misma inclinación para comunicar los rayos de su luz inaccesible a todas las criaturas según la capacidad de cada una para recibirla, sin haber precedido de nuestra parte bondad alguna, servicio o beneficio y sin esperarle después, porque de nadie tiene necesidad.

521. Habiendo ya conocido en parte la condición de la caridad en su principio, que es Dios, donde, fuera del mismo Señor, la hallaremos en toda su perfección posible a pura criatura es María Santísima, de quien más inmediatamente podemos copiar la nuestra. Claro está que saliendo los rayos de esta luz y Caridad del Sol Increado, donde está sin término ni fin, se va comunicando a todas las criaturas hasta la más remota con orden, con medida y tasa, según el grado que tiene cada una por estar más cerca o más distante de su principio. Y este orden dice el lleno y perfección de la Divina Providencia; pues sin él estuviera como defectuosa, confusa y manca la armonía de las criaturas que había criado para la participación de su bondad y amor. El primer lugar en este orden había de tener después del mismo Dios aquella alma y aquella persona que juntamente fuese Dios Increado y hombre criado; porque a la suma y suprema unión de naturaleza siguiese la suma gracia y participación de amor, como estuvo y está en Cristo Señor nuestro.

522. El segundo lugar toca a su Madre Santísima María, en quien con singular modo descansó la caridad y

amor Divino; porque, a nuestro modo de entender, no sosegaba harto la Caridad Increada sin comunicarse a una pura criatura con tanta plenitud, que en ella estuviese recopilado el amor y caridad de toda su generación humana y que sola ella pudiese suplir por lo restante de su naturaleza pura y dar el retorno posible y participar la Caridad Increada sin las menguas y defectos que le mezclan todos los demás mortales infectos, del pecado. Sola María entre todas las criaturas fue electa como el Sol de justicia (Cant., 6, 9), para que le imitase en la caridad y copiase de él esta virtud ajustadamente con su original. Y sola ella supo amar más y mejor que todas juntas, amando a Dios pura, perfecta, íntima y sumamente por Dios y a las criaturas por el mismo Dios y como Él las ama. Sola ella adecuadamente siguió el impulso de la Caridad y su inclinación generosa amando al sumo bien por sumo bien, sin otra atención; amando a las criaturas por la participación que tienen de Dios, no por el retorno y retribución. Y para imitar en todo a la Caridad Increada, sola María Santísima pudo y supo amar para mejorar a quien es amado; pues con su amor obró de suerte, que mejoró el cielo y la tierra en todo lo que tiene ser, fuera del mismo Dios.

523. Y si la caridad de esta gran Señora se pusiera en una balanza y la de todos los hombres y ángeles en otra, pesara más la de María Purísima que la de todo el resto de las criaturas, pues todas ellas no alcanzaron a saber tanto como ella sola de la naturaleza y condición de la Caridad de Dios; y consiguientemente sola María supo imitarla con adecuada perfección sobre toda la naturaleza de puras criaturas intelectuales. Y en este exceso de amor y caridad, satisfizo y correspondió a la deuda del amor infinito del Señor con las criaturas todo cuanto a ellas se les podía pedir, no habiendo de ser de equivalencia infinita, porque esto no era posible. Y como el amor y caridad del alma santísima de Jesucristo tuvo alguna proporción con la unión hipostática en el grado posible, así la caridad de María tuvo otra proporción con el beneficio de darle el Eterno Padre a su Hijo Santísimo, para que ella fuese juntamente Madre suya y le concibiese y pariese para remedio del Mundo.

524. De donde entenderemos que todo el bien y felicidad de las criaturas se viene a resolver por algún modo en la caridad y amor que María Santísima tuvo a Dios. Ella hizo que esta virtud y participación del amor Divino estuviese entre las criaturas en su última y suma perfección. Ella pagó esta deuda por todos enteramente cuando todos no atinaban a hacer la debida recompensa ni la alcanzaban a conocer. Ella con esta perfectísima Caridad obligó en la forma posible al Eterno Padre para que le diese su Hijo Santísimo para sí y para todo el linaje humano; porque si María Purísima hubiera amado menos y su caridad tuviera alguna mengua, no hubiera disposición en la naturaleza para que el Verbo se humanara; pero hallándose entre las criaturas alguna que hubiese llegado a imitar la caridad Divina en grado tan supremo, ya era como consiguiente que descendiese a ella el mismo Dios, como lo hizo.

525. Todo esto se encerró en llamarla el Espíritu Santo *Madre de la hermosa dilección o amor (Eclo., 24, 24),* atribuyéndole a ella misma estas palabras —como en su modo queda dicho de la santa esperanza (Cf. supra n. 511)—; Madre es María del que es nuestro dulcísimo amor, Jesús, Señor y Redentor nuestro, hermosísimo sobre los hijos de los hombres por la divinidad de infinita e increada hermosura y por la humanidad que ni tuvo culpa, ni dolo (1 Pe., 2, 22), ni le faltó gracia de las que pudo comunicarle la Divinidad. Madre también es del amor hermoso; porque sola ella engendró en su mente el amor y caridad perfecta y hermosísima dilección, que todas las demás criaturas no supieron engendrar con toda su hermosura y sin alguna falta, para que no se llamase absolutamente hermoso. Madre es de nuestro amor; porque ella nos le trajo al mundo, ella nos le granjeó y ella nos le enseñó a conocer y obrar; que sin María Santísima no quedaba otra pura criatura en el Cielo ni en la tierra de quien pudieran los hombres y los Ángeles ser discípulos del amor hermoso. Y así es que todos los Santos son como unos rayos de este sol y como unos arroyuelos que salen de este mar; y tanto más saben amar, cuanto más participan del amor y caridad de María Santísima y la imitan y copian ajustándose con ella.

526. Las causas que tuvo esta caridad y amor de nuestra

princesa María fueron la profundidad de su altísimo conocimiento y sabiduría, así por la fe infusa y esperanza como por los dones del Espíritu Santo, de ciencia, entendimiento y sabiduría; y sobre todo por las visiones intuitivas y las que tuvo abstractivas de la Divinidad. Por todos estos medios alcanzó el altísimo conocimiento de la caridad increada y la bebió en su misma fuente; y como conoció que Dios debía ser amado por sí mismo y la criatura por Dios, así lo ejecutó y obró con intensísimo y ferventísimo amor. Y como el poder Divino no hallaba impedimento ni óbice de culpa, ni de inadvertencia, ignorancia o imperfección, o tardanza en la voluntad de esta Reina, por esto pudo obrar todo lo que quiso y lo que no hizo con las demás criaturas; porque ninguna otra tuvo la disposición que María Santísima.

527. Este fue el prodigio del poder divino y el mayor ensayo y testimonio de su caridad increada en pura criatura y el desempeño de aquel gran precepto natural y divino: *Amarás a tu Dios de todo tu corazón, alma y mente, y con todas tus fuerzas (Dt., 6, 5)*; porque sola María desempeñó a todas las criaturas de esta obligación y deuda que en esta vida y antes de ver a Dios no sabían ni podían pagar enteramente. Esta Señora lo cumplió siendo viadora más ajustadamente que los mismos Serafines siendo comprensores. Desempeñó también a Dios en su modo en este precepto, para que no quedara vacío y como frustrado de parte de los viadores; pues sola María Purísima le santificó y llenó por todos ellos, supliendo abundantemente todo lo que a ellos les faltó. Y si no tuviera Dios presente a María nuestra Reina para intimar a los mortales este mandato de tanto amor y caridad, por ventura no le hubiera puesto en esta forma; pero sólo por esta Señora se complació en ponerle y a ella se le debemos, así el mandato de la caridad perfecta como su cumplimiento adecuado.

528. ¡Oh dulcísima y hermosísima Madre de la hermosa dilección y caridad, todas las naciones te conozcan, todas las generaciones te bendigan, todas las criaturas te magnifiquen y alaben! Tú sola eres la perfecta, tú sola la dilecta, tú sola la escogida para tu Madre la Caridad

Increada; ella te formó única y electa como el sol (Cant., 6, 9) para resplandecer en tu hermosísimo y perfectísimo amor. Lleguemos todos los míseros hijos de Eva a este sol, para que nos ilustre y encienda. Lleguemos a esta Madre para que nos reengendre en amor. Lleguemos a esta Maestra para que nos enseñe a tener el amor, dilección y caridad hermosa y sin defectos. Amor dice un afecto que se complace y descansa en el amado; dilección, obra de alguna elección y separación de lo que se ama de todo lo demás; y caridad dice sobre todo esto un íntimo aprecio y estimación del bien amado. Todo esto nos enseñará la Madre de este amor hermoso, que por tener todas estas condiciones viene a serlo, y en ella aprenderemos a amar a Dios por Dios, descansando en Él todo nuestro corazón y afectos; a separarle de todo lo demás que no es el mismo sumo bien, pues le ama menos quien con él quiere amar otra cosa; a saberle apreciar y estimar sobre el oro y sobre todo lo precioso; pues en su comparación todo lo precioso es vil, toda la hermosura es fealdad y todo lo grande y estimable a los ojos carnales viene a ser contemptible y sin algún valor. De los efectos de la caridad de María Santísima hablo en toda esta Historia, y de ellos está lleno el Cielo y la tierra; y por eso no me detengo a contar en particular lo que no puede caber en lenguas ni palabras humanas ni angélicas.

Doctrina de la Reina del Cielo.

529. Hija mía, si con afecto de Madre deseo que me sigas y me imites en todas las otras virtudes, en esta de la caridad, que es el fin y corona de todas ellas, quiero, te intimo y declaro mi voluntad de que extiendas sobremanera todas tus fuerzas para copiar en tu alma con mayor perfección todo lo que se te ha dado a conocer en la mía. Enciende la luz de la fe y de la razón para hallar esta dracma (Lc., 15,8) de infinito valor y, habiéndola topado, olvida y desprecia todo lo terreno y corruptible; y en tu mente una y muchas veces confiere, advierte y pondera las infinitas razones y causas que hay en Dios para ser amado sobre todas las cosas; y para que entiendas cómo debes amarle con la perfección que deseas, éstas serán como señales y efectos del amor, si le tienes perfecto y

verdadero: si meditas y piensas en Dios continuamente; si cumples sus mandamientos y consejos sin tedio ni disgusto; si temes ofenderle; si ofendido solicitas luego aplacarle; si te dueles de que sea ofendido y te alegras de que todas las criaturas le sirvan; si deseas y gustas hablar continuamente de su amor; si te gozas de su memoria y presencia; si te contristas de su olvido y ausencia; si amas lo que él ama y aborreces lo que aborrece; si procuras traer a todos a su amistad y gracia; si le pides con confianza; si recibes con agradecimiento sus beneficios; si no los pierdes y conviertes a su honra y gloria; si deseas y trabajas por extinguir en ti misma los movimientos de las pasiones que te retardan o impiden el afecto amoroso y obras de las virtudes.

530. Estos y otros efectos señalan como unos índices de la Caridad, que está en el alma con más o menos perfección. Y sobre todo, cuando es robusta y encendida, no sufre ociosidad en las potencias, ni consiente mácula en la voluntad, porque luego las purifica y consume todas, y no descansa si no es cuando gusta la dulzura del sumo bien que ama; porque sin él desfallece (Cant., 2, 5), está herida y enferma y sedienta de aquel vino que embriaga (Cant., 5, 1) el corazón, causando olvido de todo lo corruptible, terreno y momentáneo. Y como la Caridad es la madre y raíz de todas las otras virtudes, luego se siente su fecundidad en el alma donde permanece y vive; porque la llena y adorna de los hábitos de las demás virtudes, que con repetidos actos va engendrando, como lo significó el Apóstol (1 Cor., 13, 4). Y no sólo tiene el alma que está en caridad los efectos de esta virtud con que ama al Señor, pero estando en caridad es amada del mismo Dios, recibe del amor Divino aquel recíproco efecto de estar Dios en el que ama y venir a vivir como en su templo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; beneficio tan soberano que con ningún término ni ejemplo se puede conocer en la vida mortal.

531. El orden de esta virtud es amar primero a Dios que es sobre la criatura y luego amarse ella a sí misma y tras de sí amar lo que está cerca de sí, que es su prójimo. A Dios se ha de amar con todo el entendimiento sin engaño, con toda la voluntad sin dolo ni división, con toda la mente sin olvido,

con todas las fuerzas sin remisión, sin tibieza, sin negligencia. El motivo que tiene la caridad para amar a Dios y todo lo demás a que se extiende es el mismo Dios; porque debe ser amado por sí mismo, que es sumo bien infinitamente perfecto y santo. Y amando a Dios con este motivo, es consiguiente que la criatura se ame a sí misma y al prójimo como a sí misma; porque ella y su prójimo no son suyos, tanto como son del Señor, de cuya participación reciben el ser, la vida y movimiento; y quien de verdad ama a Dios por quien es, ama también a todo lo que es de Dios y tiene alguna participación de su bondad. Por esto la Caridad mira al prójimo como obra y participación de Dios y no hace diferencia entre amigo y enemigo; porque sólo mira lo que tienen de Dios y que son cosa suya y no atiende esta virtud a lo que tiene la criatura de amigo o enemigo, de bienhechor o malhechor; sólo diferencia entre quien tiene más o menos participación de la bondad infinita del Altísimo y con el debido orden los ama a todos en Dios y por Dios.

532. Todo lo demás que aman las criaturas por otros fines y motivos, y esperando algún interés y comodidad o retornó, lo aman con amor de concupiscencia desordenada o con amor humano o natural; y cuando no sea amor virtuoso y bien ordenado, no pertenece a la caridad infusa. Y como es ordinario en los hombres moverse por estos bienes particulares y fines interesables y terrenos, por eso hay muy pocos que atiendan, abracen y conozcan la nobleza de esta generosa virtud, ni la ejerciten con su debida perfección; pues aun al mismo Dios buscan y llaman por temporales bienes, o por el beneficio y gusto espiritual. De todo este desordenado amor quiero, hija mía, que desvíes tu corazón y que sólo viva en él la caridad bien ordenada, a quien el Altísimo ha inclinado tus deseos. Y si tantas veces repites que esta virtud es la hermosa y la agraciada y digna de ser querida y estimada de todas las criaturas, estudia mucho en conocerla y, habiéndola conocido, compra tan preciosa margarita, olvidando y extinguiendo en tu corazón todo amor que no sea de Caridad perfectísima. A ninguna criatura has de amar más de por sólo Dios y por lo que en ella conoces que te le representa y como cosa suya, y al modo que la esposa ama a todos los siervos y familiares de la casa de su esposo

porque son suyos; y en olvidándote que amas alguna criatura sin atender a Dios en ella y amándola por este Señor, entiende que no la amas con Caridad, ni como de ti lo quiero y el Altísimo te lo ha mandado. También conocerás si los amas con Caridad en la diferencia que hicieres de amigo o enemigo, de apacible o no apacible, de cortés más o menos y de quien tiene o no tiene gracias naturales. Todas estas diferencias no las hace la caridad verdadera, sino la inclinación natural o las pasiones de los apetitos, que tú debes gobernar con esta virtud, extinguiéndolos y degollándolos.

CAPITULO 9

De la virtud de la Prudencia de la Santísima Reina del cielo.

533. Como el entendimiento precede en sus operaciones a la voluntad y la encamina en las suyas, así las virtudes que tocan al entendimiento son primero que las de la voluntad. Y aunque el oficio del entendimiento es conocer la verdad y entenderla, y por esto se pudiera dudar si sus hábitos son virtudes —cuya naturaleza consiste en inclinar y obrar lo bueno—, pero es cierto que también hay virtudes intelectuales, cuyas operaciones son loables y buenas, regulándose por la razón y la verdad, que conoce el entendimiento es su propio bien. Y cuando se le enseña y propone a la voluntad para que ella le apetezca y le da reglas para hacerlo, entonces el acto del entendimiento es bueno y virtuoso en el orden del objeto teológico, como la fe, o moral, como la prudencia, que entendiendo endereza y gobierna las operaciones de los apetitos. Por esta razón la virtud de la prudencia es la primera y pertenece al entendimiento; y ésta es como la raíz de las otras virtudes morales y cardinales, que con la prudencia son loables sus operaciones y sin ella son viciosas y vituperables.

534. Tuvo la soberana Reina María esta virtud de la Prudencia en supremo grado proporcionado al de las otras virtudes que hasta ahora he dicho y adelante diré en cada una; y por la superioridad de esta virtud la llama la Iglesia

Virgen Prudentísima. Y como esta primera virtud es la que gobierna, endereza y manda todas las obras de las otras virtudes, y en todo el discurso de esta Historia se trata de las que obraba María Santísima, con eso estará lleno todo el discurso de lo poco que pudiere decir y escribir de este piélago de Prudencia, pues en todas sus obras resplandecerá la luz de esta virtud con que las gobernaba. Por esto hablaré ahora más en general de la Prudencia de la soberana Reina, declarándola por sus partes y condiciones, según la doctrina común de los Doctores y Santos, para que con esto se pueda entender mejor.

535. De los tres géneros de Prudencia, que al uno llaman prudencia política, al otro prudencia purgatoria y al tercero prudencia del ánimo purgado o purificado y perfecto, ninguno le faltó a nuestra Reina en supremo grado; porque si bien sus potencias estaban purificadísimas o, por decir mejor, no tenían que purificar de culpa ni de contradicción en la virtud, pero tenían que purificar en la natural nesciencia y también caminar de lo bueno y santo a lo más perfecto y santísimo. Y esto se ha de entender respecto de su mismas obras y comparándolas entre sí mismas y no con las de otras criaturas; porque en comparación de los demás Santos, no hubo obra menos perfecta en esta Ciudad de Dios, cuyos fundamentos estaban sobre los montes santos (Sal., 86, 1)*;* pero en sí misma, como fue creciendo desde el instante de la concepción en la caridad y gracia, unas obras, que fueron en sí perfectísimas y superiores a todas las de los Santos, fueron menos perfectas respecto de otras más altas a que ascendía.

536. La Prudencia política, en general, es la que piensa y pesa todo lo que se debe hacer y, reduciéndolo a la razón, nada hace que no sea recto y bueno. La Prudencia purgatoria o purgativa es la que todo lo visible pospone y abstrae por enderezar el corazón a la Divina contemplación y a todo lo que es celestial. La Prudencia del ánimo purgado es la que mira al sumo bien y endereza a Él todo el afecto para unirse y descansar allí, como si ninguna otra cosa hubiera fuera de Él. Todos estos géneros de Prudencia estaban en el entendimiento de María Santísima para discernir y conocer sin engaño y para dirigir y mover sin

remisión ni tardanza lo más alto y perfecto de estas operaciones. Nunca pudo el juicio de esta soberana Señora dictar ni presumir cosa alguna en todas las materias, que no fuese lo mejor y más recto. Nadie alcanzó como ella, ni lo hizo, a posponer y desviar todo lo mundial y visible, para enderezar el afecto a la contemplación de las cosas Divinas. Y habiéndolas conocido como las conoció con tantos géneros de noticias, de tal suerte estaba unida por amor al sumo bien increado, que nada la ocupó ni impidió para descansar en este centro de su amor.

537. Las partes que componen la Prudencia, claro está que con suma perfección estaban en nuestra Reina. La primera es la *Memoria,* para tener presentes las cosas pasadas y experimentadas; de donde se deducen muchas reglas de proceder y obrar en lo futuro y presente; porque esta virtud trata de las operaciones en particular; y como no puede haber una regla general para todas, es necesario deducir muchas de muchos ejemplos y experiencias; y para esto se requiere la memoria. Esta parte tuvo nuestra soberana Reina tan constante, que jamás padeció el defecto natural del olvido; porque siempre le quedó inmóvil y presente en la memoria lo que una vez entendió y aprendió. En este beneficio transcendió María Purísima todo el orden de la naturaleza humana y aun la angélica, porque en ella hizo Dios un epílogo de lo más perfecto de entrambas. Tuvo de la naturaleza humana lo esencial, y de lo accidental lo que era más perfecto y lejos de la culpa y necesario para merecer; y de los dones naturales y sobrenaturales de la naturaleza angélica tuvo muchos, por especial gracia, en mayor alteza que los mismos ángeles. Y uno de estos dones fue la memoria fija y constante, sin poder olvidar lo que aprendía; y cuanto excedió a los ángeles en la Prudencia, tanto se aventajó en esta parte de la memoria.

538. En sola una cosa limitó este beneficio misteriosamente la humilde *pureza* de María Santísima; porque habiendo de quedarle fijas en su memoria las especies de todas las cosas, y entre ellas era inexcusable haber conocido muchas fealdades y pecados de las criaturas, pidió al Señor la humildísima y purísima Princesa que el beneficio de la

memoria no se extendiese a conservar estas especies, más de en lo que fuese necesario para el ejercicio de la caridad fraternal con los prójimos y de las demás virtudes. Concedióle el Altísimo esta petición, más en testimonio de su candidísima humildad que por el peligro de ella; pues al sol no le ofende lo inmundo que sus rayos tocan, ni tampoco a los ángeles los conturban nuestras vilezas, porque para los limpios todo es limpio (Tit., 1, 15). Pero en este favor quiso privilegiar el Señor de los ángeles a su Madre más que a ellos y sólo conservar en su memoria las especies de todo lo santo, honesto, limpio y más amable de su pureza y más agradable al mismo Señor; con todo lo cual aquella alma santísima, aun en esta parte, estaba más hermosa y adornada de especies en su memoria de todo lo más puro y deseable.

539. Otra parte de la Prudencia se llama *inteligencia,* que principalmente mira a lo que de presente se debe hacer; y consiste en entender profunda y verdaderamente las razones y principios ciertos de las obras virtuosas para ejecutarlas, deduciendo su ejecución de esta inteligencia, así en lo que conoce el entendimiento de la honestidad de la virtud en general, como de lo que debe hacer en particular quien ha de obrar con rectitud y perfección; como cuando tengo profunda inteligencia de esta verdad: *A nadie debes hacer el daño que tú no quieres recibir de otro;* luego a este tu hermano no debes hacerle agravio particular, que a ti te pareciera mal, si contigo lo hiciera él mismo o cualquiera otro. Esta inteligencia tuvo María Santísima en tanto más alto grado que todas las criaturas, cuanto más verdades morales conoció y más profundamente penetró su infalible rectitud y participación de la divina. En aquel clarísimo entendimiento, ilustrado con los mayores resplandores de la luz Divina, no había engaño, ignorancia, ni duda, ni opiniones como en las demás criaturas; porque todas las verdades, especialmente en las materias prácticas de las virtudes, las penetró y entendió en general y en particular, como ellas son en sí mismas; y en este grado incomparable tuvo esta parte de Prudencia.

540. La tercera se llama *Providencia,* y es la principal

entre las partes de la Prudencia, porque lo más importante en la dirección de las acciones humanas es ordenar lo presente a lo futuro, para que todo se gobierne con rectitud; y esto hace la Providencia. Tuvo esta parte de la Prudencia nuestra Reina y Señora en más excelente grado, si pudiera serlo, que todas las otras; porque, a más de la memoria de lo pasado y profunda inteligencia de lo presente, tenía ciencia y conocimiento infalible de muchas cosas futuras a que se extendía la buena Providencia. Y con esta noticia y luz infusa, de tal suerte prevenía las cosas futuras y disponía los sucesos, que ninguno pudo ser para ella repentino ni impensado. Todas las cosas tenía previstas, pensadas y ponderadas en el peso del santuario de su mente, ilustrada con la luz infusa; y así aguardaba no con duda ni incertidumbre, como los demás hombres, todos los sucesos antes que fuesen, pero con certeza clarísima; de suerte que todo hallase su lugar, tiempo y coyuntura oportuna, para que todo fuese bien gobernado.

541. Estas tres partes de la Prudencia comprenden las operaciones que con esta virtud tiene el entendimiento, distribuyéndolas en orden a las tres partes del tiempo pretérito, presente y futuro. Pero considerando todas las operaciones de esta virtud en cuanto conoce los medios de las otras virtudes y endereza las operaciones de la voluntad, en esta consideración añaden los doctores y filósofos otras cinco partes y operaciones a la Prudencia, que son: *docilidad, razón, solercia, circunspección* y *cautela.* La docilidad es el buen dictamen y disposición para ser enseñada la criatura de los más sabios, y no serlo consigo misma, ni estribar en su propio juicio y sabiduría. La *razón,* que también se llama raciocinación, consiste en discurrir con acierto, deduciendo de lo que se entiende como en general las particulares razones o consejos para las operaciones virtuosas. La solercia es la diligente atención y aplicación advertida a todo lo que sucede, como la docilidad a lo que nos enseñan, para hacer juicio recto y sacar reglas de bien obrar nuestras acciones. La circunspección es el juicio y consideración de las circunstancias que ha de tener la obra virtuosa; porque no basta el buen fin para que sea loable, si le faltaren los circunstancias y oportunidad que se requieren en ellas. La

cautela dice la discreta atención con que se deben advertir y evitar los peligros o impedimentos que pueden ocurrir con color de virtud o impensadamente, para que no nos hallen incautos o inadvertidos.

542. Todas estas partes de la Prudencia estuvieron en la Reina del Cielo sin defecto alguno y con su última perfección. La docilidad fue en Su Alteza como hija legítima de su incomparable humildad; pues habiendo recibido tanta plenitud de ciencia desde el instante de su Inmaculada Concepción y siendo la Maestra y Madre de la verdadera sabiduría, siempre se dejó enseñar de los mayores, de los iguales y menores, juzgándose por menor que todos y queriendo ser discípula de los que en su comparación eran ignorantísimos. Esta docilidad mostró toda la vida como una candidísima paloma, disimulando su sabiduría con mayor prudencia que de serpiente (Mt., 10, 16). Dejóse enseñar de sus padres niña y de su maestra en el templo y de sus compañeras, de su esposo José, de los Apóstoles y de todas las criaturas quiso deprender para ser ejemplo portentoso de esta virtud y de la humildad, como en otro lugar he dicho (Cf. supra n. 405, 472).

543. La razón prudencial o raciocinación de María Santísima se infiere mucho de las veces que dice de ella el Evangelista San Lucas (Lc., 2, 19.51) que guardaba en su corazón y confería lo que iba sucediendo en las obras y misterios de su Hijo Santísimo. Esta conferencia parece obra de la razón, con que careaba unas cosas primeras con otras que iban ocurriendo y sucediendo y las confería entre sí mismas, para hacer en su corazón prudentísimos consejos y aplicarlos en lo que era conveniente para obrar con el acierto que lo hacía. Y aunque muchas cosas conocía sin discurso y con una simplicísima vista o inteligencia que excedía a todo discurso humano, pero, en orden a las obras que había de hacer en las virtudes, podía raciocinar y aplicar con el discurso las razones generales de las virtudes a sus propias operaciones.

544. En la solercia y diligente advertencia de la Prudencia también fue la soberana Señora muy privilegiada; porque no tenía el peso grave de las pasiones y corrupción, y así no

sentía descaecimientos ni tardanza en las potencias; antes estaba fácil, pronta y muy expedita para advertir y atender a todo lo que podía servir para hacer recto juicio y sano consejo en obrar las virtudes en cualquier caso ocurrente, atendiendo con presteza y velocidad al medio de la virtud y su operación. En la circunspección fue María Santísima igualmente admirable; porque todas sus obras fueron tan cabales, que a ninguna le faltó circunstancia buena, y todas tuvieron las mejores, que las pudieran levantar de punto. Y como eran la mayor parte de sus obras ordenadas a la caridad de los prójimos, y todas tan oportunas, por eso en el enseñar, consolar, amonestar, rogar o corregir, siempre se lograba la eficaz dulzura de sus razones y agrado de sus obras.

545. La última parte, de la cautela para ocurrir a los impedimentos que pueden estorbar o destruir la virtud, era necesario que estuviese en la Reina de los Ángeles con más perfección que en ellos mismos; porque la sabiduría tan alta, y el amor que le correspondía, la hacían tan cauta y advertida que ningún suceso ni impedimento ocurrente la pudo topar incauta, sin haberle desviado para obrar con suma perfección en todas las virtudes. Y como el enemigo, según adelante diré (Cf. infra p. II n. 353), se desvelaba tanto en ponerle impedimentos exquisitos y extraños para el bien, porque no los podía mover en sus pasiones, por esto ejercitó la Prudentísima Virgen esta parte de la cautela muchas veces con admiración de todos los Ángeles. Y de esta discreción cautelosa de María Santísima, le cobró el demonio una temerosa rabia y envidia, deseando conocer el poder con que le deshacía tantas maquinaciones y astucias como fraguaba para impedirla o divertirla, y siempre quedaba frustrado, porque siempre la Señora de las virtudes obraba lo más perfecto de todas en cualquiera materia y suceso.

546. Conocidas las partes de que la Prudencia se integra y compone, se divide en especies según los objetos y fines para que sirve. Y como el gobierno de la Prudencia puede ser consigo mismo o con otros, por eso se divide según que enseña a gobernarse a sí y a otros. La que sirve a cada uno para el gobierno de sus propias y especiales acciones, creo

se llama *enárquica; y* de ésta no hay que decir más de lo que arriba queda declarado del gobierno que la Reina del Cielo tenía principalmente consigo misma. La que enseña el gobierno de muchos se llama *poliárquica; y* ésta se divide en cuatro especies, según las diferencias de gobernar diversas partes de multitud: la primera se llama prudencia *regnativa* que enseña a gobernar los reinos con leyes justas y necesarias, y es propia de los reyes, príncipes y monarcas y de aquellos donde está la potestad suprema; la segunda se llama *política,* determinando este nombre a la que enseña el gobierno de las ciudades o repúblicas; la tercera se llama *económica,* que enseña y dispone lo que pertenece al gobierno doméstico de las familias y casas particulares; la cuarta es la *prudencia militar,* que enseña a gobernar la guerra y los ejércitos.

547. Ninguno de estos linajes de prudencia faltó a nuestra gran Reina; porque todos se le dieron en hábito en el instante que fue concebida y santificada juntamente, para que no le faltase gracia, ni virtud, ni perfección alguna que la levantase y hermosease sobre todas las criaturas. Formóla el Altísimo para archivo y depósito de todos sus dones, para ejemplar de todo el resto de las criaturas y para desempeño de su mismo poder y grandeza, y que se conociese enteramente en la Jerusalén celestial lo que pudo y quiso obrar en una pura criatura. Y no estuvieron ociosos en María Santísima los hábitos de estas virtudes, porque todas las ejercitó en el discurso de su vida en muchas ocasiones que se le ofrecieron. Y de lo que toca a la prudencia económica, sabida cosa es cuán incomparable la tuvo en el gobierno de su casa con su esposo José y con su Hijo Santísimo, en cuya educación y servicio procedió con tal prudencia, cual pedía el más alto y oculto sacramento que Dios ha fiado de las criaturas; de que diré lo que entendiere y pudiere en su lugar (Cf. infla p.ii n. 653-663, 702-711).

548. El ejercicio de la Prudencia regnativa o monárquica tuvo como Emperatriz única en la Iglesia, enseñando, amonestando y gobernando a los Sagrados Apóstoles en la primitiva Iglesia, para fundarla y establecer en ella las leyes, ritos y ceremonias más necesarios y convenientes

para su propagación y firmeza. Y aunque les obedecía en las cosas particulares y preguntaba especialmente a San Pedro como Vicario de Cristo y cabeza, y a San Juan como a su capellán, pero juntamente la consultaban y obedecían ellos y los demás en las cosas generales y en otras del gobierno de la Iglesia. Enseñó también a los reyes y príncipes cristianos que la pidieron consejo; porque muchos la buscaron para conocerla después de la subida de su Hijo Santísimo a los Cielos (Cf. infra p. II n. 567 y p. III n. 587-588); especialmente la consultaron los tres Reyes Magos, cuando adoraron al Niño, y ella les respondió y enseñó todo lo que debían hacer, en su gobierno y de sus estados, con tanta luz y acierto que fue su estrella y guía para enseñarles el camino de la eternidad; y volvieron a sus patrias ilustrados, consolados y admirados de la sabiduría, prudencia y dulcísima eficacia de las palabras que habían oído a una tierna doncella. Y para testimonio de todo lo que en esto se puede encarecer, basta oír a la misma Reina que dice (Prov., 8, 15-16): *Por mí reinan los Reyes, mandan los Príncipes y los autores de las leyes determinan lo que es justo.*

549. Tampoco le faltó el uso de la prudencia política, enseñando a las repúblicas y pueblos, y a los de los primitivos fieles en particular, cómo habían de proceder en sus acciones públicas y gobierno y cómo debían obedecer a los reyes y príncipes temporales, y en particular al Vicario de Cristo y Cabeza de la Iglesia, y a sus Prelados y Obispos, y cómo se debían disponer los Concilios, definiciones y decretos que en ellos se hacían. La prudencia militar tuvo también su lugar en la soberana Reina; porque fue consultada también sobre esto de algunos fieles, a quienes aconsejó y enseñó lo que debían hacer en las guerras justas con sus enemigos, para obrarlas con mayor justicia y beneplácito del Señor. Y aquí pudiera entrar el valeroso ánimo y Prudencia con que venció esta poderosa Señora al príncipe de las tinieblas y enseñó a pelear con él con suprema sabiduría y Prudencia, mejor que David con el gigante y Judit con Holofernes ni Ester con Amán. Y cuando para todas estas acciones referidas no sirvieran estas especies y hábitos de Prudencia en la Madre de la sabiduría, convenía que los tuviese todos, a más del adorno

de su alma santísima, para ser medianera y abogada única del mundo; porque habiendo de pedir todos los beneficios que Dios había de conceder a los mortales, sin venir alguno que no fuese por su mano e intercesión, convenía que tuviese noticia y perfecto conocimiento de las virtudes que pedía para los mortales y que se derivasen de esta Señora como de Original y manantial después del mismo Dios y Señor, donde están como en principio increado.

550. Otros adminículos se le atribuyen a la Prudencia, que son como instrumentos suyos, y les llaman partes potenciales con que obra. Estos son, la fuerza o virtud en hacer sano juicio y se llama *synesis,* y la que endereza y forma el buen consejo y se llama *ebulia,* y la que en algunos casos particulares enseña a salir de las reglas comunes y se llama *gnome,* y ésta es necesaria para la epiqueya o epiquía, que juzga algunos casos por reglas superiores a las leyes ordinarias. Con todas estas perfecciones y fuerza estuvo la Prudencia en María Santísima; porque nadie como ella supo formar el sano consejo para todos en los casos contingentes, ni tampoco pudo nadie, aunque fuese el supremo ángel, hacer tan recto juicio en todas las materias. Y sobre todo alcanzó nuestra Prudentísima Reina las razones superiores y reglas de obrar con todo acierto en las casos que no podían venir las reglas ordinarias y comunes, de que sería muy largo discurso quererlos referir aquí; muchos se entenderán en el progreso de su vida santísima. Y para concluir todo este discurso de su Prudencia, sea la regla por donde se ha de medir, la Prudencia del alma santísima de Cristo Señor nuestro, con quien se ajustó y asimiló en todo respectivamente, como formada para coadjutora, semejante a Él mismo en las obras de la mayor Prudencia y sabiduría que obró el Señor de todo lo criado y Redentor del mundo.

Doctrina de la Reina del cielo.

551. Hija mía, todo lo que en este capítulo has escrito y lo que has entendido, quiero que sea doctrina y advertencia que te doy para el gobierno de todas tus acciones. Escribe en tu mente y conserva la memoria fija del conocimiento

que te han dado de mi Prudencia en todo lo que pensaba, quería y ejecutaba; y esta luz te encaminará en medio de las tinieblas de la humana ignorancia, para que no te confunda y turbe la fascinación de las pasiones y mucho más, la que con suma malicia y desvelo trabajan tus enemigos por introducir en tu entendimiento. El no alcanzar todas las reglas de la Prudencia, no es culpable en la criatura; pero el ser negligente en adquirirlas, para estar advertida en todo como debe, ésta es grave culpa y causa de muchos engaños y errores en sus obras. Y de esta negligencia nace que se desmanden las pasiones, que destruyen e impiden la Prudencia; particularmente la desordenada tristeza y deleite, que pervierten el juicio recto de la Prudente consideración del bien y del mal. Y de aquí nacen dos peligrosos vicios, que son la precipitación en obrar sin acuerdo de los medios convenientes, o la inconstancia en los buenos propósitos y obras comenzadas. La destemplada ira o el indiscreto fervor, entrambos precipitan y arrebatan en muchas acciones exteriores que se hacen sin medida y sin consejo. La facilidad en el juicio y el no tener firmeza en el bien son causa de que el alma imprudentemente se mueva de lo comenzado; porque admite lo que en contrario le ocurre y se agrada livianamente ahora del verdadero bien y luego del aparente y engañoso que las pasiones piden y el demonio representa.

552. Contra todos estos peligros te quiero advertida y prudente, y seráslo si atiendes al ejemplar de mis obras y conservas los documentos y consejos de la obediencia de tus padres espirituales, sin la cual nada debes hacer para proceder con consejo y docilidad. Y advierte que por ella te comunicará el Altísimo copiosa sabiduría, porque le obliga sobremanera el corazón blando, rendido y dócil. Acuérdate siempre de la desdicha de aquellas vírgenes imprudentes y fatuas (Mt., 25, 1-13) que por su inadvertida negligencia despreciaron el cuidado y sano consejo, cuando debían tenerle; y después cuando le buscaban hallaron cerrada la puerta del remedio. Procura, hija mía, con la sinceridad de paloma juntar la prudencia de serpiente (Mt., 10, 16)*, y* serán tus obras perfectas.

CAPITULO 10

De la virtud de la justicia que tuvo María Santísima.

553. La gran virtud de la Justicia es la que más sirve a la caridad de Dios y del prójimo, y así es la más necesaria para la conservación y comunicación humana; porque es un hábito que inclina a la voluntad a dar a cada uno lo que le toca; y tiene por materia y objeto la igualdad, ajustamiento o derecho que se debe guardar con los prójimos y con el mismo Dios. Y como son tantas las cosas en que puede el hombre guardar esta igualdad o violarla con los prójimos, y esto por tan diversos modos, por lo cual la materia de la Justicia es muy dilatada y difusa y muchas las especies o géneros de esta virtud de Justicia; en cuanto se ordena al bien público y común, se llama Justicia legal; y porque a todas las otras virtudes puede encaminar a este fin, se llama virtud general; aunque no participe de la naturaleza de las demás; pero cuando la materia de la Justicia es cosa determinada, y que sólo toca a personas particulares entre quienes se le guarda a cada una su derecho, entonces se llama Justicia particular y especial.

544. Toda esta virtud, con sus partes y géneros o especies que contiene, guardó la Emperatriz del mundo con todas las criaturas sin comparación de otra ninguna; porque sola ella conoció con mayor alteza y comprendió perfectamente lo que a cada uno se le debía. Y aunque esta virtud de la Justicia no mira inmediatamente a las pasiones naturales, como lo hacen la fortaleza y templanza, según adelante diré, pero muchas veces y de ordinario sucede que, por no estar moderadas y corregidas las mismas pasiones, se pierde la Justicia con los prójimos, como lo vemos en los que por desordenada codicia o deleite sensual usurpan lo ajeno. Pues como en María Santísima ni había pasiones desordenadas ni ignorancia para no conocer el medio de las cosas en que consiste la Justicia, por eso la cumplía con todos obrando lo justísimo con cada uno, enseñando a que todos lo hiciesen cuando merecían oír sus palabras y doctrina de vida. Y en cuanto a la Justicia legal, no sólo la guardó cumpliendo las leyes comunes, como lo hizo en la

purificación y en otros mandatos de la ley, aunque estaba exenta como Reina y sin culpa, pero nadie, fuera de su Hijo Santísimo, atendió como esta Madre de Misericordia al bien público y común de los mortales, enderezando a este fin todas las virtudes y operaciones, con que pudo merecerles la Divina Misericordia y aprovechar a los prójimos con otros modos de beneficios.

555. Las dos especies de justicia, que son *distributiva y conmutativa,* estuvieron también en María Purísima en grado heroico. La justicia distributiva gobierna las operaciones con que se distribuyen las cosas comunes a las personas particulares; y esta equidad guardó Su Alteza en muchas cosas que por su voluntad y disposición se hicieron entre los fieles de la primitiva Iglesia; como en distribuir los bienes comunes para el sustento y otras necesidades de las personas particulares; y aunque nunca distribuyó por su mano el dinero, porque jamás lo trataba, pero repartíase por su orden y otras veces por sus consejos; pero en estas cosas y otras semejantes siempre guardó suma Equidad y Justicia, según la necesidad y condición de cada uno. Lo mismo hacía en la distribución de los oficios y dignidades o ministerios que se repartían entre los discípulos y primeros hijos del Evangelio en las congregaciones y juntas que para esto se hacían. Todo lo ordenaba y disponía esta sapientísima Maestra con perfecta equidad, porque todo lo hacía con especial oración e ilustración Divina, a más de la ciencia y conocimiento ordinario que de todos los sujetos tenía. Y por esto acudían a ella los Apóstoles para estas acciones, y otras personas que gobernaban le pedían consejo; con lo cual todo cuanto por ella era gobernado se hacía y disponía con entera Justicia y sin acepción de personas.

556. La Justicia conmutativa enseña a guardar igualdad recíprocamente en lo que se da y recibe entre las particulares personas; como dar dos por dos, etc., o el valor de una cosa guardando igualdad en ello. De esta especie de Justicia tuvo la Reina del Cielo menos ejercicio que de las otras virtudes, porque ni compraba ni vendía cosa alguna por sí misma, y si alguna era necesario comprar o conmutar, esto lo hacía el Santo Patriarca José, cuando era

vivo, y después lo hacían San Juan Evangelista o algún otro de los Apóstoles. Pero el Maestro de la santidad que venía a destruir y arrancar la avaricia, raíz de todos los males (1 Tim., 6, 10), quiso alejar de sí mismo y de su Madre Santísima las acciones y operaciones en que se suele encender y conservar este fuego de la codicia humana. Y por esto su Providencia Divina ordenó que ni por su mano ni por la de su Madre Purísima se ejerciesen las acciones del comercio humano de comprar y vender, aunque fuesen cosas necesarias para conservar la vida natural. Más no por eso dejaba de enseñar la gran Reina todo lo que pertenecía a esta virtud de Justicia conmutativa, para que la obrasen con perfección los que en el apostolado y en la Iglesia primitiva era necesario que usasen de ella.

557. Tiene otras acciones esta virtud que se ejercitan entre los prójimos, cuales son juzgar unos a otros con juicio público y civil o con juicio particular; de cuyo contrario vicio habló el Señor por San Mateo cuando dijo (Mt., 7, 1): *No queráis juzgar y no seréis juzgados.* En estas acciones de juicio se le da a cada uno lo que se le debe, según la estimación del que juzga; y por esto son acciones justas si se conforman con la razón y si desdicen de ella son injusticia. Nuestra soberana Reina no ejerció el juicio público y civil, aunque tenía potestad para ser juez de todo el universo; pero con sus rectísimos consejos en el tiempo de su vida, y después con su intercesión y méritos, cumplió lo que está de ella escrito en los Proverbios (Prov., 8, 20.16): *Yo ando en los caminos de la justicia* y *por mí determinan los poderosos lo que es justo.*

558. En los juicios particulares nunca pudo haber injusticia en el corazón purísimo de María Santísima; porque jamás pudo ser liviana en las sospechas, ni temeraria en los juicios, ni tuvo dudas; ni cuando las tuviera las interpretara con impiedad en la peor parte. Estos vicios injustísimos son propios y como naturales entre los hijos de Adán, en quienes dominan las pasiones desordenadas de odio, envidia y emulación en la malicia, y otros vicios que como esclavos viles los supeditan. De estas raíces tan infectas nacen las injusticias, de las sospechas del mal con leves indicios y de los juicios temerarios y de atribuir lo dudoso a

la peor parte; porque cada uno presume fácilmente de su hermano la misma falta que en sí mismo admite. Y si con odio o envidia le pesa del bien de su prójimo y se alegra de su mal, ligeramente le da el crédito que no debía, porque se lo desea, y el juicio sigue al afecto. De todos estos achaques del pecado estuvo libre nuestra Reina, como quien no tenía parte en él; toda era caridad, pureza, santidad y amor perfecto lo que en su corazón entraba y salía; en ella estaba la gracia de toda la verdad (Eclo., 24, 25) y camino de la vida. Y con la plenitud de la ciencia y santidad nada dudaba ni sospechaba; porque todos los interiores conocía y miraba con verdadera luz y misericordia, sin sospechar mal de nadie, sin atribuir culpa a quien estaba sin ella; antes remediando a muchos las que tenían y dando a todos y a cada uno con equidad y justicia lo que le tocaba y estando siempre dispuesta con benigno corazón para llenar a todos los hombres de gracias y dulzura de la virtud.

559. En los dos géneros de justicia, conmutativa y distributiva, se encierran muchas especies y diferencias de virtudes, que no me detengo a referirlas; pues todas las que convenían a María Santísima las tuvo en hábito y en actos supremos y excelentísimos. Pero hay otras virtudes que se reducen a la justicia, porque se ejercitan con otros y participan en algo las condiciones de justicia, aunque no en todo; porque no alcanzamos a pagar adecuadamente todo lo que debemos, o porque, si podemos pagarlo, no es la deuda y obligación tan estrecha como la induce el rigor de la perfecta justicia conmutativa o distributiva. De estas virtudes, porque son muchas y varias, no diré todo lo que contienen; pero por no dejarlo todo, diré algo en compendio brevísimo para que se entienda cómo las tuvo nuestra soberana y muy excelsa Princesa.

560. Deuda justa es dar culto y reverencia a los que son superiores a nosotros; y según la grandeza de su excelencia y dignidad, y los bienes que de ellos recibimos, será mayor o menor nuestra obligación y el culto que les debemos, aunque ningún retorno sea igual con el recibo o con la dignidad. Para esto sirven tres virtudes, según tres grados de superioridad que reconocemos en los que debemos

reverencia. La primera es la virtud de la *religión,* con la que damos a Dios el culto y reverencia que le debemos, aunque su grandeza excede en infinito y sus dones no pueden tener igual retorno de agradecimiento ni alabanza. Esta virtud entre las mortales es nobilísima por su objeto, que es el culto de Dios, y su materia tan dilatada cuantos son los modos y materias en que Dios puede inmediatamente ser alabado y reverenciado. Compréndense en esta virtud de religión las obras interiores de la oración, contemplación y devoción, con todas sus partes y condiciones, causas, efectos, objetos y fin. De las obras exteriores se comprende aquí la adoración *latría*, que es la suprema y debida a sólo Dios con sus especies o partes que la siguen, como son el sacrificio, oblaciones, décimas, votos y juramentos y alabanzas externas y vocales; porque con todos estos actos, si debidamente se hacen, es Dios honrado y reverenciado de las criaturas y por el contrario con los vicios opuestos es muy ofendido.

561. En segundo lugar está la *piedad,* que es una virtud con que reverenciamos a los padres, a quienes después de Dios debemos el ser y educación, y también a los que participan esta causa, como son los deudos y la patria, que nos conserva y gobierna. Esta virtud de la piedad es tan grande, que se debe anteponer, cuando ella obliga, a los actos de supererogación de la virtud de la religión, como lo enseñó Cristo Señor nuestro por san Mateo (Mt., 15, 3ss), cuando reprendió a los fariseos que con pretexto del culto de Dios enseñaban a negar la piedad con los padres naturales. El tercero lugar toca a la *observancia,* que es una virtud con que damos honor y reverencia a los que tienen alguna excelencia o dignidad superior de diferente condición que la de los padres o natural patria. En esta virtud ponen los doctores *la dulía y* la *obediencia* como especies suyas. Dulía es la que reverencia a los que tienen alguna participación de la excelencia y dominio del supremo Señor, que es Dios, a quien toca el culto de la adoración *latría*. Por esto honramos a los Santos con adoración o reverencia dulía, y también a las superiores dignidades, cuyos siervos nos manifestamos. La obediencia es con la que rendimos nuestra voluntad a la de los superiores, queriendo cumplir la suya y no la nuestra.

Y porque la libertad propia es tan estimable, por eso esta virtud es tan admirable y excelente entre todas las virtudes morales, porque deja más la criatura en ella por Dios que en otra ninguna.

562. Estuvieron estas virtudes de *religión, piedad y observancia* en María Santísima con tanta plenitud y perfección que nada les faltó de lo posible a pura criatura. ¿Qué entendimiento podrá alcanzar la honra, veneración y culto con que esta Señora servía a su Hijo dilectísimo, conociéndole, adorándole por verdadero Dios y Hombre, Criador, Reparador, Glorificador y Sumo, Infinito, Inmenso en ser, bondad y todos sus atributos? Ella fue quien de todo conoció más entre las puras criaturas y más que todas ellas, y a este paso daba a Dios la debida reverencia y la enseñó a los mismos Serafines. En esta virtud fue maestra de tal suerte que sólo verla despertaba, movía y provocaba con oculta fuerza a que todos reverenciasen al supremo Señor y Autor del cielo y tierra y sin otra diligencia excitaba a muchos para que alabasen a Dios. Su oración, contemplación y devoción, y la eficacia que tuvo, y la que siempre tienen sus peticiones, todos los Ángeles y Bienaventurados la conocen con admiración eterna y todos no la podrán explicar. Débenle todas las criaturas intelectuales el haber suplido y recompensado, no sólo lo que ellos han ofendido, pero lo que no han podido alcanzar, ni obrar, ni merecer. Esta Señora adelantó el remedio del mundo y, si ella no estuviera en él, no saliera el Verbo del seno de su Eterno Padre. Ella transcendió a los Serafines desde el primer instante en contemplar, orar, pedir y estar devotamente pronta en el obsequio Divino. Ofreció sacrificios cual convenía, oblaciones, décimas, y todo tan acepto a Dios que por parte del oferente nadie fue más acepta después de su Hijo Santísimo. En las eternas alabanzas, himnos, cánticos y oraciones vocales que hizo, fue sobre todos los Patriarcas y Profetas y, si los tuviera la Iglesia militante, como se conocerán en la triunfante, fuera nueva admiración del mundo.

563. Las virtudes de *piedad* y *observancia* tuvo Su Majestad como quien más conocía la deuda a sus padres y más sabía de su heroica santidad. Lo mismo hizo con sus

consanguíneos, llenándolos de especiales gracias, como al Bautista y a su madre Santa Isabel, y a los demás del apostolado. A su patria, si no lo hubiera desmerecido la ingratitud y dureza de los judíos, la hubiera hecho felicísima, pero, en cuanto la Divina equidad permitió, la hizo muy grandes beneficios y favores espirituales y visibles. En la reverencia de los Sacerdotes fue admirable, como quien sola pudo y supo dar el valor a la dignidad de los cristos del Señor. Esto enseñó a todos; y después a reverenciar los Patriarcas, Profetas y Santos, y luego a los señores temporales y supremos en la potestad. Y ningún acto de estas virtudes omitió que en diferentes tiempos y ocasiones no los ejercitase y enseñase a otros, especialmente a los primeros fieles en el origen y principio de la Iglesia Evangélica, donde obedeciendo, no ya a su Hijo Santísimo ni a su Esposo presencialmente pero a los Ministros de ella, fue ejemplo de nueva obediencia al mundo; pues entonces con especiales razones se la debían todas las criaturas a la que en él quedaba por Señora y Reina que los gobernase.

564. Restan otras virtudes que también se reducen a la Justicia, porque con ellas damos lo que debemos a otros con alguna deuda moral, que es un honesto y decente título. Estas son: la *gratitud,* que se llama *gracia,* la *verdad o veracidad,* la *vindicación,* la *liberalidad,* la *amistad* o *afabilidad.* Con la *gratitud* hacemos alguna igualdad con aquellos de quienes recibimos el beneficio, dándoles gracias por él, según la condición del beneficio, y también según el estado y condición del bienhechor; que a todo esto se debe proporcionar el agradecimiento y se puede hacer con diversas acciones. La *veracidad* inclina a tratar verdad con todos, como es justo que se trate en la vida humana y conversación necesaria de los hombres, excluyendo toda mentira —que en ningún suceso es lícita— toda engañosa simulación, hipocresía, jactancia e ironía. Todos estos vicios se oponen a la *verdad;* y si bien es posible y aun conveniente declinar en lo menos cuando hablamos de nuestra propia excelencia o virtud, para no ser molestos con exceso de jactancia, pero no es justo fingir menos con mentira, imputándose lo que no tiene de vicio. La *vindicación* es virtud que enseña a recompensar y

deshacer con alguna pena el daño propio o el del prójimo que recibió de otro. Esta virtud es dificultosa entre los mortales, que de ordinario se mueven con inmoderada ira y odio fraternal, con que se falta a la caridad y justicia; pero cuando no se pretende el daño ajeno sino el bien particular o público, no es ésta pequeña virtud, pues usó de ella Cristo nuestro Señor cuando expelió del templo a los que le violaban con irreverencia (Jn., 2, 15); y Elias y Eliseo pidieron fuego del cielo (4 Re., 1) para castigar algunos pecados; y en los Proverbios se dice (Prov., 13, 24): *Quien perdona la vara del castigo, aborrece a su hijo.* La *liberalidad* sirve para distribuir conforme a razón el dinero o semejantes cosas, sin declinar a los vicios de avaricia y prodigalidad. La *amicicia* o *afabilidad* consiste en el decente y conveniente modo de conversar y tratar con todos, sin litigios ni adulación, que son los vicios contrarios de esta virtud.

565. Ninguna de todas éstas —y si hay otra alguna que se atribuya a la justicia— faltó a la Reina del Cielo; todas las tuvo en hábito y las ejercitó con actos perfectísimos, según ocurrían las ocasiones, y a muchas almas enseñó y dio luz con que las obrasen y ejerciesen con perfección, como Maestra y Señora de toda santidad. La virtud de la gratitud con Dios ejercitó con los actos de religión y culto que dijimos, porque éste es el más excelente modo de agradecer; y como la dignidad de María Purísima y su proporcionada santidad se levantó sobre todo entendimiento criado, así dio el retorno esta eminente Señora, proporcionándose al beneficio, cuanto a pura criatura era posible; y lo mismo hizo en la piedad con sus padres y patria, como queda dicho. A los demás agradecía la humildísima Emperatriz cualquier beneficio, como si nada se le debiera, y, debiéndosele todo de justicia, lo agradecía con suma gracia y favor; pero sola ella supo dignamente y alcanzó a dar gracias por los agravios y ofensas, como por grandes beneficios, porque su incomparable humildad nunca reconocía injurias y de todas se daba por obligada; y como no olvidaba los beneficios, no cesaba en el agradecimiento.

566. En la verdad que trataba María Señora nuestra, todo

cuanto se puede decir será poco; pues quien estuvo tan superior al demonio, padre de la mentira y engaño, no pudo conocer en sí tan despreciable vicio. La regla por donde se ha de medir en nuestra Reina esta virtud de la verdad es su caridad y sencillez columbina, que excluyen toda duplicidad y falacia en el trato de las criaturas. Y ¿cómo pudiera hallarse culpa ni dolo en la boca de aquella Señora que con una palabra de verdadera humildad trajo a su vientre al mismo que es verdad y santidad por esencia? En la virtud que se llama *vindicación* tampoco le faltaron a María Santísima muchos actos perfectísimos, no sólo enseñándola como maestra en las ocasiones que fue necesario en los principios de la Iglesia evangélica, pero por sí misma celando la honra del Altísimo y procurando reducir a muchos pecadores por medio de la corrección, como lo hizo con Judas muchas veces, o mandando a las criaturas —que todas le estaban obedientes— castigasen algunos pecados para el bien de los que con ellos merecían eterno castigo. Y aunque en estas obras era dulcísima y suavísima, más no por eso perdonaba al castigo cuando y con quien era medio eficaz de purificar el pecado; pero con quien más ejercitó la venganza, fue contra el demonio, para librar de su servidumbre al linaje humano.

567. De las virtudes de liberalidad y afabilidad tuvo asimismo la soberana Reina actos excelentísimos; porque su largueza en dar y distribuir era como de suprema Emperatriz de todo lo criado y de quien sabía dar la estimación a todo lo visible e invisible dignamente. Nunca tuvo esta Señora cosa alguna, de las que puede distribuir la liberalidad, que juzgase por más propia que de sus prójimos; ni jamás a nadie las negó, ni aguardó que les costase el pedirlas, cuando esta Señora pudo adelantarse a darlas. Las necesidades y miserias que remedió en los pobres, los beneficios que les hizo, las misericordias que derramó, aun en cosas temporales, no se pueden contar en inmenso volumen. Su afabilidad amigable con todas las criaturas fue tan singular y admirable que, si no la dispusiera con rara prudencia, se fuera todo el mundo tras ella, aficionado de su trato dulcísimo; porque la mansedumbre y suavidad, templada con su divina severidad y sabiduría, descubrían en ella en tratándola,

unos asomos de más que humana criatura. El Altísimo dispuso esta gracia en su Esposa con tal Providencia que, dando algunas veces indicios a los que la trataban del sacramento del Rey que en ella se encerraba, luego corría el velo y lo ocultaba, para que hubiese lugar a los trabajos, impidiendo el aplauso de los hombres; y porque todo era menos de lo que se le debía, y esto ni lo alcanzaban los mortales, ni atinaran a reverenciar como a criatura a la que era Madre del Criador, sin exceder o faltar, mientras nollegaba el tiempo de ser ilustrados los hijos de la Iglesia con la fe cristiana y católica.

568. Para el uso más perfecto y adecuado de esta virtud grande de la Justicia le señalan los doctores otra *parte o* instrumento, que llaman *epiqueya,* con la cual se gobiernan algunas obras que salen de las reglas y leyes comunes; porque éstas no pueden prevenir todos los casos ni sus circunstancias ocurrentes, y así es necesario obrar en algunas ocasiones con razón superior y extraordinaria. De esta virtud tuvo necesidad y usó la Reina soberana en muchos sucesos de su vida santísima, antes y después de la ascensión de su Hijo unigénito a los cielos, y especialmente después, para establecer las cosas de la primitiva Iglesia, como en su lugar diré (Cf. p. III), si fuere servido el Altísimo.

Doctrina de la Reina del cielo.

569. Hija mía, en esta dilatada virtud de la Justicia, aunque has conocido mucho del aprecio que merece, ignoras lo más por el estado de la carne mortal, y por eso mismo no alcanzarán tampoco las palabras a la inteligencia; pero en ella tendrás un copioso arancel del trato que debes a las criaturas y también al culto del Altísimo. Y en esta correspondencia te advierto, carísima, que la majestad suprema del Todopoderoso recibe con justa indignación la ofensa que le hacen los mortales, olvidándose de la veneración, adoración y reverencia que le deben; y cuando alguna le dan, es tan grosera, inadvertida y descortés, que no merecen premio sino castigo. A los príncipes y magnates del mundo reverencian profundamente y los adoran, pídenles mercedes y las solicitan

por medios y diligencias exquisitas, y danles muchas gracias cuando reciben lo que desean y se ofrecen a ser agradecidos toda la vida; pero al supremo Señor que les da el ser, vida y movimiento, que los conserva y sustenta, que los redimió y levantó a la dignidad de hijos y les quiere dar su misma gloria y es infinito y sumo bien, a esta Majestad, porque no le ven con los ojos corporales, la olvidan y, como si de su mano no les vinieran todos los bienes, se contentan cuando mucho con hacer un tibio recuerdo y apresurado agradecimiento; y no digo ahora lo que ofendan al justísimo Gobernador del universo los que inicuamente rompen y atropellan con todo el orden de justicia con sus prójimos, como quien pervierte toda la razón natural, queriendo para sus hermanos lo que no quieren para sí mismos.

570. Aborrece, hija mía, tan execrables vicios y cuanto pueden tus fuerzas recompensa con tus obras lo que deja de ser servido el Altísimo con esta mala correspondencia; y pues por tu profesión estás dedicada al Divino culto, sea ésta tu principal ocupación y afecto, asimilándote a los espíritus angélicos, incesantes en el temor y culto suyo. Ten reverencia a las cosas Divinas y Sagradas, hasta los Ornamentos y Vasos que sirven a este Ministerio. En el Oficio Divino, oración y sacrificio, procura estar siempre arrodillada; pide con fe y recibe con humilde agradecimiento; y éste le has de tener con todas las criaturas, aun cuando te ofendieren. Con todos te muestra piadosa, afable, blanda, sencilla y verdadera, sin ficción ni doblez, sin detracción ni murmuración, sin juzgar livianamente a tus prójimos. Y para que cumplas con esta obligación de Justicia, lleva siempre en tu memoria y deseo hacer con tus prójimos lo que tú quieres que se haga contigo misma; y mucho más te acuerda de lo que hizo mi Hijo Santísimo, y yo a su imitación, por todos los hombres.

CAPITULO 11

De la virtud de la fortaleza que tuvo María Santísima.

571. La virtud de la *fortaleza,* que se pone en el tercer lugar de las cuatro cardinales, sirve para moderar las

operaciones que cada uno ejercita principalmente consigo mismo con la pasión de la irascible. Y si bien es verdad que la concupiscible —a quien pertenece la *templanza*— es primero que la irascible, porque del apetecer la concupiscible nace el repeler la irascible a quien impide lo apetecido, pero con todo eso se trata primero de la irascible y de su virtud, que es la *fortaleza,* porque en la ejecución de ordinario se alcanza lo apetecido interviniendo la irascible, que vence a quien lo impide; y por esto la *fortaleza* es virtud más noble y excelente que la *templanza,* de quien diré en el capítulo siguiente.

572. El gobierno de la pasión de la irascible por la virtud de la fortaleza se reduce a dos partes o especies de operaciones, que son: usar de la ira conforme a razón y con debidas circunstancias que la hagan loable y honesta, y dejar de airarse reprimiendo la pasión cuando es más conveniente detenerla que ejecutarla; pues lo uno y lo otro puede ser loable y vituperable según el fin y las demás circunstancias con que se hace. La primera de estas operaciones o especies se quedó con el nombre de fortaleza, y algunos doctores la llaman *belicosidad.* La segunda se llama *paciencia,* que es la más noble y superior fortaleza y la que principalmente tuvieron y tienen los Santos, aunque los mundanos, trocando el juicio y los nombres, suelen a la paciencia llamarla pusilanimidad y a la presunción impaciente y temeraria llaman fortaleza; porque aún no alcanzan los actos verdaderos de esta virtud.

573. No tuvo María Santísima movimientos desordenados que reprimir en la irascible con la virtud de la fortaleza; porque en la inocentísima Reina todas las pasiones estaban ordenadas y subordinadas a la razón y ésta a Dios, que la gobernaba en todas las acciones y movimientos; pero tuvo necesidad de esta virtud para oponerse a los impedimentos que el demonio por diversos modos le ponía, para que no consiguiese todo lo que prudentísima, y ordenadamente apetecía para sí y para su Hijo Santísimo. Y en esta valerosa resistencia y conflicto nadie fue más fuerte entre todas las criaturas; porque todas juntas no pudieron llegar a la fortaleza de María nuestra Reina, pues no tuvieron tantas

peleas y contradicciones del común enemigo. Pero cuando era necesario usar de esta fortaleza o belicosidad con las criaturas humanas, era tan suave como fuerte o, por mejor decir, era tan fuerte cuanto era suavísima en obrar; porque sola esta divina Señora entre las criaturas pudo copiar en sus obras aquel atributo del Altísimo que en las suyas junta la suavidad con la fortaleza (Sab.,8, 1). Este modo de obrar tuvo nuestra Reina con la fortaleza, sin reconocer su generoso corazón desordenado temor, porque era superior a todo lo criado; ni tampoco fue impávida y audaz sin moderación; ni podía declinar a estos extremos viciosos, porque con suma sabiduría conocía los temores que se debían vencer y la audacia que se debía excusar, y así estaba vestida como única mujer fuerte de fortaleza y hermosura (Prov., 31, 25).

574. En la parte de la fortaleza que toca a la paciencia fue María Santísima más admirable, participando sola ella de la excelencia de la paciencia de Cristo su Hijo Santísimo, que fue padecer y sufrir sin culpa y padecer más que todos los que las cometieron. Toda la vida de esta soberana Reina fue una continuada tolerancia de trabajos, especialmente en la vida y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, donde la paciencia excedió a todo pensamiento de criaturas y solo el mismo Señor que se la dio puede dignamente darla a conocer. Jamás esta candidísima paloma se indignó contra la paciencia con criatura alguna, ni le pareció grande algún trabajo y molestia de las inmensas que padeció, ni se contristó por él, ni dejó de recibirlos todos con alegría y hacimiento de gracias. Y si la paciencia —según el orden del Apóstol— se pone el primer parto de la caridad (1 Cor., 13, 4) y su primogénito, si nuestra Reina fue Madre del amor (Eclo.,24, 24), también lo fue de la paciencia; y se debe medir con él, porque cuanto amamos y apreciamos el bien eterno sobre todo lo visible tanto nos determinamos a padecer, por conseguirle y no perderle, todo lo penoso que sufre la paciencia; por eso fue María Santísima pacientísima sobre todas las criaturas y madre de esta virtud para nosotros, que, acudiendo a ella, hallaremos esta torre de David con mil escudos (Cant., 4, 4) pendientes de paciencia, con que se arman los fuertes de la Iglesia y de la milicia de Cristo nuestro Señor.

575. No tuvo jamás nuestra pacientísima Reina ademanes afeminados de flaqueza, ni tampoco de ira exterior, porque todo lo tenía prevenido con la Divina luz y sabiduría; aunque ésta no excusaba dolor, antes le añadía, porque nadie pudo conocer el peso de las culpas y ofensas infinitas contra Dios, como las conoció esta Señora. Mas no por eso se pudo alterar su invencible corazón; ni por las maldades de Judas, ni por las contumelias y desacatos de los fariseos, jamás mudó el semblante y menos el interior. Y aunque en la muerte de su Hijo Santísimo todas las criaturas y elementos insensibles parece que quisieron perder la paciencia contra los mortales, no pudiendo sufrir la injuria y ofensa de su Criador, sola María estuvo inmóvil y aparejada para recibir a Judas y a los fariseos y sacerdotes, si después de haber crucificado a Cristo nuestro Señor se volvieran a la Madre de Piedad y Misericordia.

576. Bien pudiera la mansísima Emperatriz del Cielo indignarse y airarse con los que a su Hijo Santísimo dieron tan afrentosa muerte y no pasar en esta ira los límites de la razón y virtud, pues el mismo Señor ha castigado justamente este pecado. Estando yo en este pensamiento me fue respondido que el Altísimo dispuso cómo esta gran Señora no tuviese estos movimientos y operaciones, aunque pudiera debidamente, porque no quería que ella fuese instrumento y como acusadora de los pecadores, porque la eligió por Medianera y Abogada suya y Madre de Misericordia, para que por ella viniesen a los hombres todas las que el Señor quería mostrar con los hijos de Adán, y hubiese quien dignamente moderase la ira del justo Juez, intercediendo por los culpados. Sólo con el demonio ejecutó la ira esta Señora, y en lo que fue necesario para la paciencia y tolerancia, y para vencer los impedimentos que le pudo oponer este enemigo y antigua serpiente para el bien obrar.

577. A la virtud de la fortaleza se reducen también la *magnanimidad y* la *magnificencia;* porque participan de estas condiciones en alguna cosa, dando firmeza a la voluntad en la materia que las toca. La magnanimidad consiste en obrar cosas grandes a quienes sigue la honra

grande de la virtud; y por eso se dice que tiene por materia propia los honores grandes, y de que le nacen a esta virtud muchas propiedades que tienen los magnánimos, como aborrecer las lisonjas y simuladas hipocresías —que amarlas es de ánimos apocados y viles— no ser codiciosos, ni interesados, ni amigos de lo más útil, sino de lo más honesto y grande; no hablar de sí mismo con jactancia; ser detenidos en obrar cosas pequeñas, reservándose para las mayores; ser más inclinados a dar que recibir; porque todas estas cosas son dignas de mayor honra. Mas no por esto es contra la humildad esta virtud, que una no puede ser contraria de otra; porque la magnanimidad hace que con los dones y virtudes se haga el hombre benemérito de grandes honras, sin apetecerlas ambiciosa y desordenadamente; y la humildad enseña a que las refiera a Dios y se desestime a sí mismo por sus defectos y por su propia naturaleza. Y por la dificultad que tienen las obras grandes y honrosas de la virtud, piden especial fortaleza, que se llama *magnanimidad,* cuyo medio consiste en proporcionar las fuerzas con las acciones grandes, para que ni las dejemos por pusilánimes, ni las intentemos con presunción ni desordenada ambición ni con apetito de gloria vana; porque todos estos vicios desprecia el magnánimo.

578. La *magnificencia* también significa obrar grandes cosas, y en esta significación tan extendida puede ser común virtud, que en todas las materias virtuosas obra cosas grandes. Pero como hay especial razón o dificultad en obrar y hacer grandes gastos, aunque sea conforme a razón, por esto se llama magnificencia especial la virtud que determinadamente inclina a grandes sumptos, regulándolos por la prudencia, para que ni el ánimo sea escaso cuando la razón pide mucho, ni tampoco sea profuso cuando no conviene, consumiendo y talando lo que no debía. Y aunque esta virtud parece la misma con la liberalidad, pero los filósofos las distinguen; porque el magnífico mira a cosas grandes sin atender más y el liberal mira al amor y uso templado del dinero; y alguno podrá ser liberal sin llegar a ser magnífico, si se detiene en distribuir lo que tiene más grandeza y cantidad.

579. Estas dos virtudes de magnanimidad y magnificencia estuvieron en la Reina del cielo con algunas condiciones que no pudieron alcanzar los demás que las tuvieron. Sólo María purísima no halló dificultad ni resistencia en obrar todas las cosas grandes; y sola ella las hizo todas grandes, aun en las materias pequeñas, y sola ella entendió perfectamente la naturaleza y condición de estas virtudes como de todas las demás; y así pudo darles la suprema perfección, sin tasarla por las contrarias inclinaciones, ni por ignorar el modo, ni por acudir a otras virtudes, como suele suceder a los más Santos y prudentes que, cuando no lo pueden todo, eligen y obran lo que les parece mejor. En todas las obras virtuosas fue esta Señora tan magnánima, que siempre hizo lo más grande y digno de honor y gloria; y mereciéndola de todas las criaturas fue más magnánima en despreciarla y posponerla refiriéndola sólo a Dios, y obrando en la misma humildad lo más grande y magnánimo de esta virtud; y estando las obras de la humildad heroica como en una divina emulación y competencia con lo magnánimo de todas las demás virtudes, vivían todas juntas como ricas joyas que a porfía con su hermosa variedad adornaban a la hija del Rey, *cuya gloria toda se quedaba en lo interior,* como lo dijo David su padre (Sal., 44, 14).

580. En la magnificencia también fue grande nuestra Reina; porque si bien era pobre, y más en el espíritu sin amor alguno a cosa terrena, con todo eso de lo que el Señor le dio dispensó magníficamente, como sucedió cuando los Reyes Magos le ofrecieron preciosos dones al Niño Jesús, y después en el discurso que vivió en la Iglesia, subido el Señor al cielo. Y la mayor magnificencia fue que, siendo Señora de todo lo criado, lo destinase todo para que magníficamente, cuanto era de su afecto, se gastase en el beneficio de los necesitados y en el honor y culto de Dios. Y esta doctrina y virtud enseñó a muchos, para ser maestra de toda perfección en obras que, tan a pesar de las viles costumbres e inclinaciones, hacen los mortales, sin llegar a darles el punto de prudencia que deben. Comunmente desean los mortales (según su inclinación), la honra y gloria de la virtud y ser tenidos por singulares y grandes; y como esta inclinación y afecto van desordenados, y tampoco

enderezan esta gloria de la virtud al Señor de todo, desatinan con los medios y, si llega la ocasión de hacer alguna obra de magnanimidad o magnificencia, desfallecen y no la hacen, porque son de ánimos abatidos y viles. Y como por otra parte quieren juntamente parecer grandes, excelentes y dignos de veneración, toman para esto otros medios engañosamente proporcionados y verdaderamente viciosos, como hacerse iracundos, hinchados, impacientes, ceñudos, altivos y jactanciosos; y como todos estos vicios no son magnanimidad, antes dicen poquedad y *bajeza* de corazón, por eso no alcanzan gloria ni honra entre los sabios, sino vituperio y desprecio; porque la honra más se halla huyendo de ella que solicitándola, y con obras, más que con deseos.

Doctrina de la Reina del cielo.

581. Hija mía, si con atención procuras, como yo te lo mando, entender la condición y necesidad de esta virtud de la fortaleza, con ella tendrás a la mano la rienda de la irascible, que es una de las pasiones que más presto se mueven y conturban la razón. Y también tendrás un instrumento con que obrar lo más grande y perfecto de las virtudes como tú lo deseas, y con que resistir y vencer los impedimentos de tus enemigos que se te oponen para acobardarte en lo más difícil de la perfección. Pero advierte, carísima, que como la potencia irascible sirva a la concupiscible para resistir a quien la impide en lo que su concupiscencia apetece, de aquí procede que, si la concupiscible se desordena y ama lo que es vicioso y sólo bien aparente, luego la irascible se desordena tras ella y en lugar de la fortaleza virtuosa incurre en muchos vicios execrables y feos. Y de aquí entenderás cómo del apetito desordenado de la propia excelencia y gloria vana, que causan la soberbia y vanidad, nacen tantos vicios en la irascible, cuales son las discordias, las contenciones, las riñas, la jactancia, los clamores, impaciencia, pertinacia, y otros vicios de la misma concupiscible, como son la hipocresía, mentira, deseo de vanidades, curiosidad y parecer en todo más de lo que son las criaturas y no lo que verdaderamente les toca por sus pecados y bajeza.

582. De todos estos vicios tan feos estarás libre, si con fuerza mortificas y detienes los movimientos inordenados de la concupiscible con la templanza, de que dirás luego. Pero cuando apeteces y amas lo justo y conveniente, aunque te debes ayudar para conseguirlo de la fortaleza y de la irascible bien ordenada, sea de manera que no excedas; porque siempre tiene peligro de airarse con celo de la virtud quien está sujeto a su propio y desordenado amor; y tal vez se disimula y solapa este vicio con capa de buen celo, y se deja engañar la criatura airándose por lo que ella apetece para sí, y queriendo que se entienda es celo de Dios y del bien de sus prójimos. Por esto es tan necesaria y gloriosa la paciencia que nace de la caridad y se acompaña con la dilatación y magnanimidad, pues el que ama de veras al sumo y verdadero bien fácilmente sufre la pérdida de la honra y gloria aparente, y con magnanimidad la desprecia como vil y contentible; y aunque se la den las criaturas, no la estima, y en los demás trabajos se muestra invencible y constante; con que granjea cuanto puede el bien de la perseverancia y tolerancia.

CAPITULO 12

De la virtud de la templanza que María Santísima tuvo.

583. De los dos movimientos que tiene la criatura en apetecer el bien sensible y retirarse del mal, este último se modera con la fortaleza, que —como he dicho— sirve para que por la irascible no deje vencerse la voluntad, antes ella venza con audacia, padeciendo cualquier mal sensible por conseguir el bien honesto. Para gobernar los otros movimientos de la concupiscible sirve la *templanza,* que es la última virtud de las cardinales y la menor; porque el bien que consigue no es tan general como el que miran las otras virtudes, antes la templanza inmediatamente mira al bien particular del que la tiene. Consideran los doctores y maestros a la templanza en cuanto dice una general moderación de todos los apetitos naturales, y en este sentido es virtud general y común, que comprende a todas las virtudes que mueven el apetito conforme a razón. No

hablamos ahora de la templanza en esta generalidad, sino en cuanto sirve para gobernar la concupiscible en la materia del tacto, donde el deleite mueve con mayor fuerza, y consiguientemente en otras materias deleitables que imitan a la delectación del tacto, aunque no con tanta fuerza.

584. En esta consideración tiene la templanza el último lugar de las virtudes, porque su objeto no es tan noble como en las otras; pero con todo eso se le atribuyen algunas excelencias mayores, en cuanto desvía de objetos y vicios más feos y aborrecibles, cuales son la destemplanza en los deleites sensitivos comunes a los hombres y a los brutos irracionales. Y por esto dijo David (Sal., 48, 13.21) que *fue hecho el hombre semejante al jumento,* cuando se dejó llevar de la pasión del deleite. Y por la misma razón el vicio de la destemplanza se llama pueril; porque un niño no se mueve por la razón sino por el antojo del apetito, ni se modera si no es con castigo; como también le pide la concupiscible para refrenarse en estos deleites. De este deshonor y fealdad redime al hombre la virtud de la templanza, enseñándole a gobernarse no por el deleite mas por la razón; y por esto mereció esta virtud que se le atribuyese a ella cierta honestidad y decoro o hermosura, que nace en el hombre de conservarse en el estado de la *razón* contra una pasión tan indómita, que pocas veces la escucha ni obedece; y por el contrario, al sujetarse el hombre al deleite animal, se le sigue gran deshonor por la similitud bestial y pueril.

585. Contiene la templanza en sí a las virtudes de *abstinencia y sobriedad,* contra los vicios de la gula en la comida y de la embriaguez en la bebida, y en la abstinencia se contiene el ayuno; y son las primeras, porque al apetito lo primero se le ofrece la comida, objeto del gusto, para conservación de la naturaleza. Tras de estas virtudes se siguen las que moderan el uso de la propagación natural, que son *castidad* y *pudicicia,* con sus partes virginidad y continencia, contra los vicios de lujuria e incontinencia y sus especies. A estas virtudes, que son las principales en la templanza, se siguen otras que moderan el apetito en otros deleites menores; y las que moderan el sentido del olfato,

oído y vista reducen a las del tacto. Pero hay otras semejantes a ellas en diferentes materias: éstas son la *clemencia y mansedumbre,* que gobiernan la ira y el desorden en castigar contra el vicio de la crueldad inhumana o bestial a que pueden declinar. Otra es la *modestia,* que contiene en sí cuatro virtudes: la primera es la *humildad,* que contra la soberbia detiene al hombre para que no apetezca desordenadamente la propia excelencia; la segunda es la *estudiosidad,* para que no apetezca saber más de lo que conviene y como conviene contra el vicio de la curiosidad; la tercera es la *moderación* o austeridad para que no apetezca el superfluo fausto y ostentación en el vestido y aparato exterior; la cuarta es la que modera el apetito desmedido en las acciones lusorias, como son juegos, movimientos del cuerpo, burlas, bailes, etc., y, aunque no tiene particular nombre esta virtud, es muy necesaria y se llama generalmente *modestia* o *templanza.*

586. Para manifestar la excelencia que tuvieron estas virtudes en la Reina del cielo —y lo mismo he dicho de las otras— siempre me parece que vienen cortos los términos y palabras comunes con que hablamos de las virtudes de otras criaturas. Mayor proporción tuvieron las gracias y' dones de María Santísima con las de su dilectísimo Hijo, y éstas con las perfecciones Divinas, que todas las virtudes y santidad de los Santos con la de esta soberana Reina de las virtudes; y así viene a ser muy desigual cuanto podemos decir de ella con las palabras que significamos las gracias y virtudes de los demás Santos; donde por más consumadas que fuesen, estaban en sujetos imperfectos y sujetos a pecado y desordenados por él. Y si de éstas dijo el Eclesiástico (Eclo., 26, 20) que no había digna ponderación para la excelencia del continente ¿qué diremos de la templanza de la Señora de las gracias y virtudes y de la hermosura que tenía su alma santísima con el colmo de todas ellas? Todos los domésticos (Prov., 31,21) de esta mujer fuerte estaban guarnecidos con duplicadas vestiduras, porque sus potencias estaban adornadas con dos hábitos o perfecciones de incomparable hermosura y fortaleza: el uno, el de la justicia original que subordinaba los apetitos a la razón y gracia; el otro, el de los hábitos infusos, que añadía nueva hermosura y virtud para obrar

con suma perfección.

587. Todos los demás Santos que en la hermosura de la templanza se han señalado, llegarían hasta sujetar la concupiscencia indómita, reduciéndola al yugo de la razón, para que nada apeteciese sin modo, que después había de retractar con el dolor de haberlo apetecido; y el que a esto se adelantase llegaría a negar al apetito todo aquello que se le puede substraer a la naturaleza humana sin destruirla; pero en todos estos actos de templanza sentiría alguna dificultad que retardaría el afecto de la voluntad, o a lo menos le haría tanta resistencia que no pudiese conseguir su deseo con toda plenitud; y se querellase con el Apóstol de la infeliz carga de este pesado cuerpo (Rom., 7, 24). En María Santísima no había esta disonancia; porque sin remurmurar los apetitos y sin adelantarse a la razón dejaban obrar a todas las virtudes con tanta armonía y concierto que, fortaleciéndola como ejército de escuadrones bien ordenados (Cant., 6, 3), hacían un coro de celestial consonancia. Y como no había desmanes de los apetitos que reprimir, de tal manera ejercitaba las operaciones de la templanza, que no pudo caer en su mente especies ni memoria de movimiento desordenado; antes bien imitando a las Divinas perfecciones eran sus operaciones como originadas y deducidas de aquel supremo ejemplar, y se convertían a él como a única regla de su perfección y como fin último en que se terminaban.

588. La abstinencia y sobriedad de María Santísima fue admiración de los Ángeles; porque siendo Reina de todo lo criado y padeciendo las naturales pasiones de hambre y sed, no apeteció jamás los manjares que a su poder y grandeza pudieran corresponder, ni usaba de la comida por el gusto mas por sola necesidad; y ésta satisfacía con tal templanza, que ni excedía ni pudo exceder sobre lo ajustado para el húmido radical y alimento de la vida; y éste recibía dando primero lugar al padecer el dolor del hambre y sed, y dejando algún lugar a la gracia junto con el efecto natural del escaso alimento que recibía. Nunca padeció alteración de corrupción por la superfluidad de la comida o bebida, ni por esta causa sintió más necesidad, ni la tuvo un día más que otro, ni tampoco sintió estas

alteraciones por defecto de alimento; porque si le moderaba algo de lo que el calor natural pedía, suplíalo la divina gracia, en que vive la criatura, y no en solo pan (Mt., 4, 4). Bien pudo el Altísimo sustentarla sin comida ni bebida, pero no lo hizo; porque no fue conveniente ni para ella dejar de merecer en este uso de la comida y ser ejemplar de templanza, ni para nosotros que nos faltase tanto bien y merecimientos. De la materia de su comida que usaba y de los tiempos en que la recibía, se dice en diferentes lugares de esta Historia (Cf. infra p. III n. 196, 424, 898). Por su voluntad nunca comió carne, ni más de sola una vez cada día, salvo cuando vivió con su esposo José o cuando acompañaba a su Hijo Santísimo en sus peregrinaciones, que en estas ocasiones, por la necesidad de ajustarse a los demás, seguía el orden que el Señor le daba; pero siempre era milagrosa en la templanza.

589. De la Pureza Virginal y Pudor de la Virgen de las vírgenes no pueden hablar dignamente los supremos Serafines; pues en esta virtud, que en ellos es natural, fueron inferiores a su Reina y Señora; pues con el privilegio de la gracia y poder del Altísimo estuvo María Santísima más libre de la inmunidad del vicio contrario que los mismos Ángeles, a quienes por su naturaleza no puede tocarles. No alcanzamos los mortales en esta vida a formar el concepto debido de esta virtud en la Reina del Cielo, porque nos embaraza mucho el pesado barro con que a nuestra alma se le oscurece la candidez y cristalina luz de la Castidad. Túvola nuestra gran Reina en tal grado, que pudo dignamente preferir a la dignidad de Madre de Dios, si no fuera ella quien más la proporcionaba con esta inefable grandeza. Pero midiendo la pureza virginal de María con lo que ella la apreció y con la dignidad a que la levantó, se conocerá en parte cuál fue esta virtud en su virgíneo cuerpo y alma. Propúsola desde su Inmaculada Concepción, votóla desde su natividad, y observóla de suerte que jamás tuvo acción, ni movimiento, ni ademán en que la violase, ni tocase en su pudor. Por eso no habló jamás a hombre sin voluntad de Dios; ni a ellos, ni a las mujeres mismas miraba al rostro, no por el peligro sino por el mérito, por el ejemplo nuestro y por la superabundancia de la divina prudencia, sabiduría y amor.

590. De su clemencia y mansedumbre dijo Salomón que *la ley de la clemencia estaba en su lengua* (Prov., 31, 26); porque nunca se movió que no fuese para distribuir la gracia que en sus labios estaba derramaba (Sal., 44, 3). La mansedumbre gobierna la ira y la clemencia modera el castigo. No tuvo ira que moderar nuestra mansísima Reina, ni usaba de esta potencia más de —como en el capítulo pasado dije (Cf. supra n. 573ss)— en los actos de fortaleza contra el pecado y el demonio, etc.; pero contra las criaturas racionales no tuvo ira que se ordenase a castigarlas, ni por suceso alguno se le movió ira, ni perdió la perfectísima mansedumbre con inmutable e inimitable igualdad interior y exterior; sin que jamás se le conociese diferencia en el semblante, en la voz, ni movimientos que testificasen algún interior movimiento de ira. Esta mansedumbre y clemencia tuvo el Señor por instrumento de la suya, y libró en ella todos los beneficios y efectos de las eternas y antiguas misericordias; y para este fin era necesario que la Clemencia de María Señora nuestra fuese proporcionado instrumento de la que el mismo Señor tiene con las criaturas. Considerando atenta y profundamente las obras de la Divina clemencia con los pecadores y que de todas fue María Santísima el idóneo instrumento con que se disponían y ejecutaban, se conocerá en parte la Clemencia de esta Señora. Todas sus reprensiones fueron más rogando, amonestando y enseñando, que castigando; y esto pidió ella al Señor, y su Providencia lo dispuso así, para que en esta sobreexcelsa Reina estuviese la ley de la clemencia (Prov., 31, 26) como en original y en depósito, de quien Su Majestad se sirviese, y los mortales deprendiesen esta virtud con las demás.

591. En las otras virtudes que contiene la modestia, especialmente en la humildad, y en la austeridad o pobreza de María Santísima, para decir algo dignamente fueran necesarios muchos libros y lenguas de Ángeles. De lo que yo puedo alcanzar a decir está llena toda esta Historia, porque en todas las acciones de la Reina del Cielo resplandeció sobre todas las virtudes su incomparable humildad. Mucho temo agraviar la grandeza de esta singular virtud, queriendo ceñir en breves términos el

piélago que pudo recibir y abrazar al Incomprensible y sin términos. Todo cuanto han alcanzado a conocer y a obrar los Santos y los mismos Ángeles con esta virtud de la humildad, no pudo llegar a lo menos de la que tuvo nuestra Reina. ¿A quién de los Santos ni de los Ángeles pudo llamar Madre el mismo Dios? Y ¿quién, fuera de María y del Eterno Padre, pudo llamar Hijo al Verbo humanado? Pues si la que llegó en esta dignidad a ser semejante al Padre, y tuvo las gracias y dones convenientes para ella, se puso en su estimación en el último lugar de las criaturas y a todas las reputaba por superiores ¿qué olor, qué fragancia daría al gusto del mismo Dios este humilde nardo (Cant., 1, 11), comprendiendo en su pecho al Supremo Rey de los reyes?

592. Que las columnas del cielo se encojan (Job 26, 11) y estremezcan en presencia de la inaccesible luz de la Majestad infinita, no es maravilla, pues a su vista tuvieron la ruina de sus semejantes, y ellos fueron preservados con beneficios y razones comunes a todos. Que los más fuertes e invencibles Santos se humillasen, abrazando el desprecio y abatimiento, conociéndose por indignos de cualquier mínimo beneficio de la gracia, y aun del mismo obsequio y socorro de las cosas naturales, todo esto era justísimo y consiguiente; porque todos pecamos y necesitamos de la gloria del mismo Dios (Rom., 3, 23); y ninguno fue tan Santo ni tan grande, que no lo pudiese ser mayor, ni tan perfecto que no le faltase alguna virtud, ni tan inculpable que no hallasen los ojos de Dios qué reprender en él; y cuando en todo fuera alguno perfectamente consumado, todos se quedaban en la esfera de la común gracia y beneficios, sin que nadie fuese superior a todos en todo.

593. Pero en esto fue sin ejemplo y sin segunda la humildad de María Purísima, que siendo autora de la gracia, principio de todo el bien de las criaturas, la suprema de ellas, el prodigio de las perfecciones divinas, el centro de su amor, la esfera de su omnipotencia, la que le llamó Hijo y se oyó llamar Madre del mismo Dios, se humilló al más inferior lugar de todo lo criado. Y la que gozando de la mayor excelencia de todas las obras de Dios en pura criatura, no le quedaba otra superior en ellas a que

levantarse, se humilló juzgándose por no digna de la menor estimación, ni excelencia, ni honra que se le pudiera dar a la mínima de todas las criaturas racionales. No sólo se reputaba indigna de la dignidad de Madre de Dios y de las gracias que en esto se encerraban, pero del aire que respiraba, de la tierra que la sufría, del alimento que recibía y de cualquier obsequio y oficio de las criaturas, de todo se reputaba indigna y lo agradecía como si lo fuera. Y para decir mucho en pocas razones, el no apetecer la criatura racional la excelencia que absolutamente no le toca, o que por algún título le desmerece no es tan generosa humildad, aunque la infinita clemencia del Altísimo la admita y se dé por obligado de quien así se humilla; pero lo admirable es que se humille más que todas juntas las criaturas aquella que, debiéndosele toda la majestad y excelencia, no la apeteció ni buscó; pero estando en forma de digna Madre de Dios, se aniquiló en su estimación, mereciendo con esta humildad ser levantada como de justicia al dominio y señorío de todo lo criado .

594. A esta humildad incomparable correspondían en María Santísima las otras virtudes que se encierran en la modestia; porque el apetito de saber más de lo qué conviene, de ordinario nace de poca humildad o caridad; y siendo vicio sin provecho, viene a ser de mucho daño, como le sucedió a Dina (Gén., 34, 1-3), que con inútil curiosidad saliendo a ver lo que no le era de provecho, fue vista con tanto daño de su honor. De la misma raíz de soberbia presuntuosa suele originarse la superflua ostentación y fausto en el vestido exterior y las desordenadas acciones y gestos o movimientos corporales que sirven a la vanidad y sensualidad, y testifican la liviandad del corazón, según que dijo el Eclesiástico (Eclo., 19, 27): *El vestido del cuerpo, la risa de la boca y los movimientos del hombre nos avisan de su interior.* Todas las virtudes contrarias a estos vicios estaban en María Purísima intactas y sin reconocer contradicción ni movimiento que las pudiese retardar o inficionar; antes, como hijas y compañeras de su profundísima humildad, caridad y pureza, testificaban en esta soberana Señora ciertos asomos más de criatura divina que de humana.

595. Era estudiosísima sin curiosidad; porque estando llena de sabiduría sobre los mismos querubines, deprendía y se dejaba enseñar de todos como ignorante. Y cuando usaba de la divina ciencia o inquiría la Divina voluntad, era tan prudente y con tan altos fines y debidas circunstancias, que siempre sus deseos herían el corazón de Dios y le atraían a su ordenada voluntad. En la pobreza y austeridad fue admirable; pues quien era Señora de todo lo criado y lo tenía a su disposición, dejó tanto por la imitación de su Hijo Santísimo cuanto el mismo Señor puso en sus manos; porque así como el Padre puso todas las cosas en manos (Jn., 13, 3) del Verbo Humanado, así las puso este Señor todas en manos de su Madre y ella, para hacer lo mismo, las dejó todas con afecto y efecto por la gloria de su Hijo y Señor. De la modestia de sus acciones y dulzura de sus palabras y todo lo exterior, bastará decir que, por la inefable grandeza que con ellas descubría, fuera tenida por más que humana, si la fe no enseñara que era pura criatura, como lo confesó el sabio de Atenas, San Dionisio.

Doctrina de la Reina del cielo.

596. Hija mía, de la dignidad de esta virtud de la templanza has dicho algo por lo que de su excelencia has entendido y de la que yo ejercitaba; aunque de todo dejas mucho que decir para que se acabase de entender la necesidad tan precisa que los mortales tienen de usar en sus acciones de la templanza. Pena del primer pecado fue perder el hombre el perfecto uso de la razón, y que las pasiones, inobedientes contra ella, se rebelasen contra quien se había rebelado contra su Dios, despreciando su justísimo precepto. Para reparar este daño fue necesaria la virtud de la templanza, que domase las pasiones, que refrenase sus movimientos deleitables, que les diese modo, y restituyese al hombre el conocimiento del medio perfecto en la concupiscible y le enseñase e inclinase de nuevo a seguir la razón como capaz de la divinidad y no a seguir su deleite como uno de los brutos irracionales. No es posible, sin esta virtud, desnudarse la criatura del hombre antiguo, ni disponerse para los dones de la gracia y sabiduría divina; porque ésta no entra en el alma del cuerpo sujeto a pecados (Sab., 1, 4). El que sabe con la templanza moderar

sus pasiones, negándoles el inmoderado y bestial deleite que apetecen, éste podrá decir y experimentar que le introduce el rey en las oficinas de su regalado vino (Cant., 2, 4) y tesoros de la sabiduría y espirituales carismas; porque esta virtud es una oficina general, llena de las virtudes más hermosas y fragantes al gusto del Altísimo.

597. Y si bien quiero que trabajes mucho por alcanzarlas todas, pero singularmente considera la hermosura y buen olor de la Castidad, la fuerza de la abstinencia y sobriedad en la comida y bebida, la suavidad y efectos de la modestia en las palabras y obras y la nobleza de la pobreza altísima en el uso de las cosas. Con estas virtudes alcanzarás la luz Divina, la paz y tranquilidad de tu alma, la serenidad de tus potencias, el gobierno de tus inclinaciones y llegarás a ser toda iluminada con los resplandores de la Divina gracia y dones; y de la vida sensible y animal serás levantada a la conversación y vida angélica, que es la que de ti quiero y lo que tú misma deseas con la virtud Divina. Advierte, pues, carísima, y desvélate en obrar siempre con la luz de la gracia y nunca se muevan tus potencias por solo deleite y gusto suyo; pero siempre obra por razón y gloria del Altísimo en todas las cosas necesarias para la vida, en el comer, en el dormir, en el vestir, en hablar, en oír, en desear, en corregir, en mandar, en rogar; todo lo gobierne en ti la luz y el gusto de tu Señor y Dios y no el tuyo.

598. Y para que más te aficiones a la hermosura y gracia de esta virtud, atiende a la fealdad de sus vicios contrarios y pondera con la luz que recibes cuán feo, abominable, horrible y monstruoso está el mundo en los ojos de Dios y de los Santos por la enormidad de tantas abominaciones como los hombres cometen contra esta amable virtud. Mira cuántos siguen como brutos animales el horror de la sensualidad, otros la gula y embriaguez, otros el uso y vanidad, otros la soberbia y presunción, otros la avaricia y deleite de adquirir hacienda y todos generalmente el ímpetu de sus pasiones, buscando ahora sólo el deleite, en que para después atesoran eternos tormentos y el carecer de la vista beatífica de su Dios y Señor.

CAPITULO 13

De los siete dones del Espíritu Santo que tuvo María Santísima.

599. Los siete dones del Espíritu Santo —según la luz que de ellos tengo— me parece añaden algo sobre las virtudes adonde se reducen, y por lo que añaden se diferencian de ellas aunque tengan un mismo objeto. Cualquiera beneficio del Señor se puede llamar don o dádiva de su mano, aunque sea natural, pero no hablamos ahora de los dones en esta generalidad, aunque sean virtudes y dádivas infusas; porque no todos los que tienen alguna virtud o virtudes tienen gracia de dones en aquella materia o, a lo menos, no llegan a tener las virtudes en aquel grado que se llaman dones perfectos, ¿como los entienden los Doctores Sagrados en las palabras de Isaías, donde dijo que en Cristo nuestro Salvador descansaría el Espíritu del Señor (Is., 11, 2), numerando siete gracias, que comúnmente se llaman dones del Espíritu Santo, cuales son: el espíritu de *sabiduría y entendimiento,* el espíritu de *consejo* y *fortaleza,* el espíritu de *ciencia* y *piedad* y el de *temor de Dios.* Los cuales dones estuvieron en el alma santísima de Cristo, redundando de la Divinidad a que estaba hipostáticamente unida, como en la fuente está el agua que de ella mana, para comunicarse a otros; porque todos participamos de las aguas del Salvador (Is., 12, 3), gracia por gracia (Jn. 1, 16) y don por don; y en él están escondidos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios (Col., 2, 3).

600. Corresponden los dones del Espíritu Santo a las virtudes adonde se reducen. Y aunque en esta correspondencia discurren con alguna diferencia los doctores, pero no la puede haber en el fin de los dones, que es dar alguna especial perfección a las potencias para que hagan algunas acciones y obras perfectísimas y más heroicas en las materias de las virtudes; porque sin esta condición no se pudieran llamar dones particulares más perfectos y excelentes que en el modo común de obrar las virtudes. Esta perfección de los dones ha de incluir o

consistir principalmente en alguna especial o fuerte inspiración y moción del Espíritu Santo, que venza con mayor eficacia los impedimentos y mueva al libre albedrío y le dé mayor fuerza para que no obre remisamente, antes con grande plenitud de perfección y fuerza, en aquella especie de virtud adonde pertenece el don. Todo lo cual no puede alcanzar el libre albedrío, si no es ilustrado y movido con especial eficacia, virtud y fuerza del Espíritu Santo, que le compele fuerte, suave (Sab., 8, 1) y dulcemente para que siga aquella ilustración y con libertad obre y quiera aquella acción que parece es hecha en la voluntad con la eficacia del divino Espíritu, como lo dice el Apóstol *ad Romanos* (Rom., 8, 14). Y por esto se llama esta moción instinto del Espíritu Santo; porque la voluntad, aunque obra libremente y sin violencia, pero en estas obras tiene mucho de instrumento voluntario y se asimila a él, porque obra con menos consulta de la prudencia común, como lo hacen las virtudes, aunque no con menos inteligencia ni libertad.

601. Con un ejemplo me daré a entender en algo, advirtiendo que, para mover la voluntad a las obras de virtud, concurren dos cosas en las potencias; la una es el peso o inclinación que en sí tiene, que la lleva y mueve, al modo de la gravedad a la piedra o la liviandad en el fuego para moverse cada uno a su centro. Esta inclinación acrecientan los hábitos virtuosos más o menos en la voluntad —y lo mismo hacen los vicios en su modo— porque inclinando al amor pesan, y el amor es su peso que la lleva libremente. Otra cosa concurre a esta moción de parte del entendimiento, que es una ilustración en las virtudes con que se mueve y determina la voluntad; y esta ilustración es proporcionada con los hábitos y con los actos que hace la voluntad; para los ordinarios sirve la prudencia y su deliberación ordinaria, y para otros actos más levantados sirve o es necesaria más alta y superior ilustración y moción del Espíritu Santo, y ésta pertenece a los dones. Y porque la Caridad y Gracia es un hábito sobrenatural que pende de la Divina Voluntad al modo que el rayo nace del sol, por esto la Caridad tiene una particular influencia de la Divinidad, y con ella es movida y mueve a las demás virtudes y hábitos de la voluntad, y más cuando obra con los dones del Espíritu Santo.

602. Conforme a esto, en los dones del Espíritu Santo me parece conozco de parte del entendimiento una especial ilustración —en que se ha muy pasivamente— para mover a la voluntad, en la cual corresponden sus hábitos con algún grado de perfección que inclina sobre la ordinaria fuerza de las virtudes a obras muy heroicas. Y como si a la piedra sobre su gravedad le añaden otro impulso se mueve con más ligero movimiento, así en la voluntad añadiéndole la perfección e impulso de los dones los movimientos de las virtudes son más excelentes y perfectos. El don de sabiduría comunica al alma cierto gusto, con el cual gustando conoce lo divino y humano sin engaño, dando su valor y peso a cada uno contra el gusto que hace de la ignorancia y estulticia humana; y pertenece este don a la Caridad. El don del entendimiento clarifica para penetrar las cosas divinas y conocerlas contra la rudeza y tardanza de nuestro entendimiento; el de ciencia penetra lo más oscuro y hace maestros perfectos contra la ignorancia; y estos dos pertenecen a la fe. El don de consejo encamina y endereza y detiene la precipitación humana contra la imprudencia; y pertenece a su virtud propia. El de fortaleza expele el temor desordenado y conforta la flaqueza; y pertenece a su misma virtud. El de piedad hace benigno el corazón, le quita la dureza y le ablanda contra la impiedad y dureza; y pertenece a la religión. El don de temor de Dios humilla amorosamente contra la soberbia; y se reduce a la humildad.

603. En María Santísima estuvieron todos los dones del Espíritu Santo, como en quien tenía cierto respeto y como derecho a tenerlos, por ser Madre del Verbo Divino, de quien procede el Espíritu Santo, a quien se le atribuyen. Y regulando estos dones por la dignidad especial de madre, era consiguiente que estuvieran en ella con la proporción debida y con tanta diferencia de todas las demás almas, cuanta hay de llamarse ella Madre de Dios y todas las demás sólo criaturas; y por estar la gran Reina tan cerca del Espíritu Santo por esta dignidad, y juntamente por la impecabilidad, y todas las demás criaturas estar tan lejos, así por la culpa como por la distancia del ser común, sin otro respeto ni afinidad con el Divino Espíritu. Y si estaban

en Cristo, nuestro Redentor y Maestro, como en fuente y origen, estaban también en María, su digna madre, como en estanque o en mar de donde se distribuyen a todas las criaturas, porque de su plenitud superabundante redundan a toda la Iglesia. Lo cual en otra metáfora dijo Salomón en los Proverbios cuando la Sabiduría —dice— *edificó para sí una casa sobre siete columnas (Prov., 9, 1),* etcétera, y en ella preparó la mesa, mezcló el vino y convidó a los párvulos e insipientes para sacarlos de la infancia y enseñarles la prudencia. No me detengo en esta declaración, pues ningún católico ignora que María Santísima fue esta magnífica habitación del Altísimo, edificada y fundada sobre estos siete dones para su hermosura y firmeza y para prevenir en esta casa mística el convite general de toda la Iglesia; porque en María está preparada la mesa, para que todos los párvulos ignorantes, hijos de Adán, lleguemos a ser saciados de la influencia y dones del Espíritu Santo.

604. Cuando estos dones se adquieren mediante la disciplina y ejercicio de las virtudes, venciendo los vicios contrarios, el primer lugar tiene el temor; pero en Cristo Señor nuestro comenzó Isaías a referirlos por el orden de la sabiduría, que es el supremo; porque los recibió como maestro y cabeza y no como discípulo que los aprendía. Con este mismo orden los debemos considerar en su Madre Santísima; porque más se asimiló en los dones a su Hijo bendito que a ella las demás criaturas. El don de sabiduría contiene una iluminación gustosa, con que el entendimiento conoce la verdad de las cosas por sus causas íntimas y supremas, y la voluntad con el gusto de la verdad del verdadero bien le discierne y divide del aparente y falso; porque aquel es verdaderamente sabio que conoce sin engaño el verdadero bien para gustarle y le gusta conociéndole. Este gusto de la sabiduría consiste en gozar del sumo bien por una íntima unión de amor, a que se sigue el sabor y gusto del bien honesto participado y ejercitado por las virtudes inferiores al amor. Por esto no se llama sabio el que sólo conoce la verdad especulativamente, aunque tenga en este conocimiento su deleite; ni tampoco es sabio el que obra actos de virtud por sólo el conocimiento, y menos si lo hace por otra causa; pero si por

el gusto del sumo y verdadero bien, a quien sin engaño conoce, y en él y por él todas las verdades inferiores, obra con íntimo amor unitivo, éste será verdaderamente sabio. Este conocimiento administra a la sabiduría el don de entendimiento, que la precede y acompaña, y consiste en una íntima penetración de las verdades divinas y de las que a este orden se pueden reducir y encaminar; porque el espíritu escudriña las cosas profundas de Dios (1 Cor., 2, 10), como el Apóstol dice.

605. Este mismo espíritu era necesario para entender y decir algo de los dones de *sabiduría* y *entendimiento* que tuvo la Emperatriz del Cielo, María. El ímpetu del río que de la suma bondad estaba represado por tantos siglos eternos, alegró esta ciudad de Dios (Sal., 45, 5) con el corriente que, por medio del Unigénito del Padre y suyo que habitó en ella, derramó en su alma santísima; como si —a nuestro modo de entender— desaguara en este piélago de sabiduría el infinito mar de la divinidad, al mismo punto que pudo llamar al espíritu de sabiduría; y para que le llamase, vino a ella para que la deprendiese sin ficción y la comunicase sin envidia (Sab., 7, 13), como lo hizo; pues por medio de su sabiduría se manifestó al mundo la luz del Verbo Eterno Humanado. Conoció esta sapientísima Virgen la disposición del mundo, las condiciones de los elementos, el principio, medio y fin de los tiempos y sus mudanzas, los cursos de las estrellas, la naturaleza de los animales, las iras de las bestias fieras, la fuerza de lo vientos, la complexión y pensamientos de los hombres, las virtudes de las plantas, yerbas, árboles, frutos y. raíces, lo escondido y oculto (Sab., 7, 17-21) sobre el pensamiento de los hombres, los misterios y caminos retirados del Altísimo; todo lo conoció María nuestra Reina y lo gustó con el don de la sabiduría que bebió en su fuente original y quedó hecha palabra de su pensamiento.

606. Allí recibió este vapor de la virtud de Dios y esta emanación de su caridad sincera (Sab., 7, 25) que la hizo inmaculada, y la preservó de la mancha que coinquina al alma, y quedó espejo sin mácula de la Majestad de Dios. Allí participó el espíritu de inteligencia que contiene la Sabiduría, y es santo, único, multiplicado, sutil, agudo,

diserto, móvil, limpio, cierto, suave, amador del bien y que nada le impide, bienhechor, humano, benigno, estable, seguro, que todas las virtudes comprende, todo lo alcanza, todo lo entiende con limpieza y delgadeza purísima con que toca a una y otra parte (Sab., 7, 22-23). Todas estas condiciones que dijo el Sabio del espíritu de Sabiduría, única y perfectamente estuvieron en María Santísima después de su Hijo Unigénito; y con la sabiduría le vinieron juntos todos los bienes (Sab., 7, 11), y en todas sus operaciones le precedían estos altísimos dones de Sabiduría y entendimiento, para que en todas las acciones de las otras virtudes fuese gobernada con ellos, y en todas estuviese embebida su incomparable sabiduría con que obraba.

607. De los demás dones está dicho algo en sus virtudes, adonde pertenecen; pero como todo cuanto podemos entender y decir es tanto menos de lo que había en esta Ciudad Mística de María, siempre hallaremos mucho que añadir. El don de *consejo* se sigue en el orden de Isaías al de entendimiento; y consiste en una sobrenatural iluminación con que el Espíritu Santo toca al interior, iluminándole sobre toda humana y común inteligencia, para que elija todo lo más útil, decente y justo, y repruebe lo contrario, reduciendo a la voluntad con las reglas de la eterna e inmaculada Ley Divina a la unidad de un solo amor y conformidad de la perfecta voluntad del sumo bien; y con esta divina erudición deseche la criatura la multiplicidad y variedad de diversos afectos, y otros inferiores y externos amores y movimientos que pueden retardar o impedir al corazón humano, para que no oiga ni siga este Divino impulso y consejo, ni llegue a conformarse con aquel ejemplar vivo de Cristo Señor nuestro, que con altísimo consejo dijo al Eterno Padre: *No se haga mi voluntad sino la tuya (Mt., 26, 39)*.

608. El don de *fortaleza* es una participación o influjo de la virtud Divina que el Espíritu Santo comunica a la voluntad criada, para que felizmente animosa se levante sobre todo lo que puede y suele temer la humana flaqueza de las tentaciones, dolores, tribulaciones, adversidades; y sobrepujándolo y venciéndolo todo, adquiera y conserve lo

más arduo y excelente de las virtudes, y transcienda, suba y traspase todas las virtudes, gracias, consolaciones internas y espirituales, revelaciones, amores sensibles, por muy nobles y excelentes que sean, todo lo deje atrás, y se extienda con un Divino conato, hasta llegar a conseguir la íntima y suprema unión del sumo bien, a que con deseos ardentísimos anhela; donde con verdad salga del fuerte la dulzura (Jue., 14, 14), habiéndolo vencido todo en el que la conforta (Flp., 4, 13). El don de *ciencia* es una noticia judicativa con rectitud infalible de todo lo que se debe creer y obrar con las virtudes; y se diferencia del *consejo,* porque éste elige y aquella juzga, el uno hace juicio recto y el otro la prudente elección. Y el don de entendimiento se distingue, porque éste penetra las verdades Divinas internas de la fe y virtudes, como en una simple inteligencia; y el don de la ciencia conoce con magisterio lo que de ellas se deduce, aplicando las operaciones externas de las potencias a la perfección de la virtud, en la cual el don de ciencia es como raíz y madre de la discreción.

609. El don de *piedad* es una virtud Divina o influjo con que el Espíritu Santo ablanda y como derrite y licueface la voluntad humana, moviéndola para todo lo que pertenece al obsequio del Altísimo y beneficio de los prójimos. Y con esta blandura y suave dulzura está pronta nuestra voluntad, y atenta la memoria para en todo tiempo, lugar y suceso alabar, bendecir y dar gracias y honor al sumo bien; y para tener compasión tierna y amorosa con las criaturas, sin faltarles en sus trabajos y necesidades. No se impide [sic] este don de piedad con la envidia, ni conoce odio, ni avaricia, ni tibieza, ni estrecheza de corazón; porque causa en él una fuerte y suave inclinación con que sale dulce y amorosamente a todas las obras del divino amor y del prójimo; y a quien le tiene, le hace benévolo, obsequioso, oficioso y diligente. Y por eso dijo el Apóstol que el ejercicio de la piedad era útil para todas las cosas (1 Tim., 4, 8), y tiene la promesa de la vida eterna; porque es un instrumento nobilísimo de la caridad.

610. En el último lugar está el don de *temor* de Dios tan alabado, encarecido y encomendado repetidamente en la

Escritura Divina y por los Santos Doctores, como fundamento de la perfección cristiana y principio de la verdadera sabiduría; porque el temor de Dios es el primero que resiste a la estulticia arrogante de los hombres y el que con mayor fuerza la destruye y desvanece. Este don tan importante consiste en una amorosa fuga y nobilísima erubescencia y encogimiento con que el alma se retrae a sí misma y a su propia condición y bajeza, considerándola en comparación de la suprema grandeza y majestad de Dios; y no queriendo sentir de sí ni saber altamente, teme, como enseñó el Apóstol (Rom., 11, 20). Tiene sus grados este temor santo, porque al principio se llama inicial y después se llama filial; porque primero comienza huyendo de la culpa como contraria al sumo bien que ama con reverencia, y después prosigue en su abatimiento y desprecio, porque compara su propio ser con la majestad, su ignorancia con la sabiduría, su pobreza con la infinita opulencia. Y todo esto hallándose rendida a la Divina voluntad con plenitud, se humilla y rinde a todas las criaturas por Dios; y para con Él y con ellas se mueve con un amor íntimo, llegando a la perfección de los hijos del mismo Dios y a la suprema unidad de espíritu con el Padre, Hijo y Espíritu Santo.

611. Si me dilatara más en la explicación de estos dones, saliera mucho de mi intento y *alargara* demasiado este discurso; lo que digo me parece suficiente para entender su naturaleza y condiciones. Y habiéndola entendido se debe considerar que en la Soberana Reina del cielo estuvieron todos los dones del Espíritu Santo, no sólo en el grado suficiente y común que tienen en su género cada uno —porque esto puede ser común a otros Santos— pero estuvieron en esta Señora con especial excelencia y privilegio, cual no pudo caber en otro Santo alguno, ni pudiera ser conveniente a otro inferior suyo. Entendido, pues, en qué consiste el temor santo, la piedad, la fortaleza, la ciencia y el consejo, en cuanto son dones especiales del Espíritu Santo, extiéndase el juicio humano y el entendimiento angélico y piense lo más alto, lo más noble, lo más excelente, lo más perfecto, lo más divino; que sobre lo que concibieron todas juntas las criaturas están los dones de María, y lo inferior de ellos es lo supremo del

pensamiento criado; así como lo supremo de los dones de esta Señora y Reina de las virtudes toca, en algún modo, a lo ínfimo de Cristo y de la Divinidad.

Doctrina de la Reina Santísima María.

612. Hija mía, estos nobilísimos y excelentísimos dones del Espíritu Santo que has entendido, son la emanación por donde la Divinidad se comunica y transfiere a las almas santas; y por esto no admiten limitación de su parte, como la tienen del sujeto donde se reciben. Y si las criaturas desocupasen el corazón de los afectos y amor terreno, aunque su corazón es limitado, participarían sin tasa el torrente de la Divinidad infinita por medio de los inestimables dones del Espíritu Santo. Las virtudes purifican a la criatura de la fealdad y mácula de los vicios, si los tenía, y con ellas comienza a restaurar el orden concertado de sus potencias, perdido primero por el pecado original y después por los actuales propios; y añaden hermosura, fuerza y deleite en el bien obrar. Pero los dones del Espíritu Santo levantan a las mismas virtudes a una sublime perfección, ornato y hermosura con que se dispone, hermosea y agracia el alma para entrar en el tálamo del Esposo, donde por admirable modo queda unida con la Divinidad en un espíritu y vínculo de la eterna paz. Y de aquel felicísimo estado sale fidelísima y seguramente a las operaciones de heroicas virtudes, y con ellas se vuelve a retraer al mismo principio donde salió, que es el mismo Dios, en cuya sombra (Cant., 2, 3) descansa sosegada y quieta, sin que la perturben los ímpetus furiosos de las pasiones y sus desordenados apetitos; pero esta felicidad alcanzan pocos, y sólo por experiencia la conoce quien la recibe.

613. Advierte, pues, carísima, y con atención profunda considera cómo ascenderás a lo alto de estos dones; porque la voluntad del Señor y la mía es que subas más arriba (Lc., 14, 10) en el convite que te previene su dulzura con la bendición de los dones (Sal., 20, 4), que para este fin de su liberalidad recibiste. Atiende que para la eternidad hay solos dos caminos: uno que lleva a la eterna muerte por el desprecio de la virtud y por la ignorancia de la

Divinidad; otro lleva a la eterna vida por el conocimiento fructuoso del Altísimo; porque ésta es la vida eterna, que le conozcan a él y a su Unigénito que envió al mundo (Jn., 17, 3). El camino de la muerte siguen infinitos necios (Ecl., 1, 45) que ignoran su misma ignorancia, presunción y soberbia con formidable insipiencia. A los que llamó su Misericordia a su admirable lumbre (1 Pe., 2, 9) y los reengendró en hijos de la luz, les dio en esta generación el nuevo ser que tienen por la fe, esperanza y caridad, que los hace suyos y herederos de la Divina y eterna fruición; y reducidos al ser de hijos les dio las virtudes que se infunden en la primera justificación, para que como hijos de la luz obren con proporción operaciones de luz; y tras ellas tiene prevenidos los dones del Espíritu Santo. Y como el sol material a nadie niega su calor y luz, si hay capacidad y disposición para recibir la fuerza de sus rayos, tampoco la Divina Sabiduría que, dando voces en los altos montes, sobre los caminos reales y en las sendas más ocultas, en las puertas y plazas de las ciudades (Prov., 8, 1-3), convida y llama a todos, a ninguno se negaría ni ocultaría. Pero la estulticia de los mortales los hace sordos, o la malicia impía los hace irrisores, y la incrédula perversidad los aparta de Dios, cuya sabiduría no halla lugar en el corazón malévolo, ni en el cuerpo sujeto a pecados (Sab., 1, 4).

614. Pero tú, hija mía, advierte en tus promesas, vocación y deseos; porque la lengua que miente a Dios es feo homicida de su alma (Sab., 1, 11); y no celes la muerte en el error de la vida, ni adquieras la perdición con las obras de tus manos, como se te manifiesta en la divina luz que lo hacen los hijos de las tinieblas. Teme al poderoso Dios y Señor con temor santo, humilde y bien ordenado, y en todas tus obras te gobierna con este Maestro. Ofrece tu corazón blando, fácil y dócil a la disciplina y obras de piedad. Juzga con rectitud de la virtud y del vicio. Anímate con invencible fortaleza para obrar lo más arduo y levantado y sufrir lo más adverso y difícil de los trabajos. Elige con discreción los medios para la ejecución de estas obras. Atiende a la fuerza de la divina luz, con que transcenderás todo lo sensible y subirás al conocimiento altísimo de lo oculto de la Divina sabiduría y aprenderás a dividir el hombre nuevo del antiguo; y te harás capaz de

recibirla, cuando entrando en la oficina del vino de tu Esposo serás embriagada de su amor, ordenada en ti su caridad eterna.

CAPITULO 14

Decláranse las formas y modos de visiones Divinas que tenía la Reina del Cielo y los efectos que en ella causaban.

615. La gracia de visiones Divinas, revelaciones y raptos —no hablo de la visión beatífica— aunque son operaciones del Espíritu Santo, se distinguen de la gracia justificante y virtudes que santifican y perfeccionan el alma en sus operaciones; y porque no todos los justos y Santos tienen forzosamente visiones ni revelaciones Divinas, se prueba que puede estar la santidad y virtudes sin estos dones. Y también que no se han de regular las revelaciones y visiones por la santidad y perfección de los que las tienen, sino por la voluntad Divina que las concede a quien es servido y cuando conviene, y en el grado que su sabiduría y voluntad dispensan, obrando siempre con medida y peso (Sab., 11, 21) para los fines que pretende en su Iglesia; bien puede comunicar Dios mayores y más altas visiones y revelaciones al menos santo y menores al mayor. Y el don de la profecía con otros *gratis datos* puede concederlos a los que no son santos; y algunos raptos pueden resultar de causa que no sea precisamente virtud de la voluntad; y por esto, cuando se hace comparación entre la excelencia de los profetas, no se habla de la santidad, que solo Dios puede ponderarla (Prov., 16 2), sino de la luz de la profecía y modo de recibirla, en que se puede juzgar cuál sea más o menos levantado, según diferentes razones. Y en la que se funda esta doctrina es, porque la caridad y virtudes, que hacen santos y perfectos a los que las tienen, tocan a la voluntad, y las visiones, revelaciones y algunos raptos pertenecen al entendimiento o parte intelectiva, cuya perfección no santifica al alma.

616. Pero no obstante que la gracia de visiones divinas sea distinta de la santidad y virtudes, qué pueden

separarse, con todo eso la voluntad y Providencia Divina las junta muchas veces según el fin y motivo que tiene en comunicar estos dones gratuitos de las revelaciones particulares; porque algunas veces las ordena al beneficio público común de la Iglesia, como lo dice el Apóstol (1 Cor., 12, 7); y sucedió con los profetas que inspirados de Dios por Divinas revelaciones del Espíritu Santo (2 Pe., 1, 21), y no por su propia imaginación, hablaron y profetizaron para nosotros (1 Pe., 1, 10) los Misterios de la Redención y Ley Evangélica. Y cuando las revelaciones y visiones son de esta condición, no es necesario que se junten con la santidad; pues Balaán fue profeta y no era santo. Pero a la Divina Providencia convino con gran congruencia que comúnmente los Profetas fuesen Santos, y no depositase el espíritu de profecía y divinas revelaciones en vasos inmundos fácil y frecuentemente —(aunque en algún caso particular lo hiciese como poderoso)—, porque no derogase a la verdad Divina y a su Magisterio la mala vida del instrumento; y por otras muchas razones.

617. Otras veces las Divinas revelaciones y visiones o no son de cosas tan generales y no se enderezan al bien común inmediatamente, sino al beneficio particular del que las recibe; y así como las primeras son efecto del amor que Dios tuvo y tiene a su Iglesia, así estas revelaciones particulares tienen por causa el amor especial con que ama Dios al alma, que se las comunica para enseñarla y levantarla a más alto grado de amor y perfección. Y en este modo de revelaciones se transfiere el espíritu de la sabiduría por diferentes generaciones en las almas santas para hacer profetas y amigos de Dios (Sab., 7, 27). Y como la causa eficiente es el amor divino particularizado con algunas almas, así la causa final y efecto es la santidad, pureza y amor de las mismas almas; y el beneficio de las visiones y revelaciones es el medio por donde se consigue todo esto.

618. No quiero decir en esto que las revelaciones y visiones Divinas son medio preciso y necesario absolutamente para hacer santos y perfectos, porque muchos lo son por otros medios, sin estos beneficios; pero suponiendo esta verdad, que sólo pende de la

Divina voluntad conceder o negar a los justos estos dones particulares, con todo esto, de parte nuestra y de parte del Señor hay algunas razones de congruencia que alcanzamos para que Su Majestad las comunique tan frecuentemente a muchos siervos suyos. La primera entre otras es, porque de parte de la criatura ignorante el modo más proporcionado y conveniente para que se levante a las cosas eternas, entre en ellas y se espiritualice para llegar a la perfecta unión del sumo bien, es la luz sobrenatural que se le comunica de los Misterios y secretos del Altísimo por las particulares revelaciones, visiones e inteligencias que recibe en la soledad y en el exceso de su mente; y para esto la convida el mismo Señor con repetidas promesas y caricias, de cuyos misterios está llena la Escritura Santa, y en particular los Cantares de Salomón.

619. La segunda razón es de parte del Señor, porque el amor es impaciente para no comunicar sus bienes y secretos al amado y al amigo. *Ya no quiero llamaros ni trataros como a siervos, sino como a amigos* —dijo a los apóstoles el Maestro de la verdad eterna (Jn., 15, 15)— *porque os he manifestado los secretos de mi Padre.* Y de Moisés se dice que Dios hablaba con él como con un amigo (Ex., 33, 11). Y los Santos Padres, Patriarcas y Profetas no sólo recibieron del Espíritu Divino las revelaciones generales, pero otras muchas particulares y privadas, en testimonio del amor que les tenía Dios, como se colige de la petición de San Moisés que le dejase el Señor ver su cara (Ib. 13). Esto mismo dicen los títulos que da el Altísimo a las almas escogidas, llamándolas esposa, amiga, paloma, hermana, perfecta, dilecta, hermosa (Cant., 4, 8-9; 2, 10; 1, 14), etc. Y todos estos títulos, aunque declaran mucho de la fuerza del Divino amor y sus efectos, pero todos significan menos de lo que hace el Rey supremo con quien así quiere honrar; porque sólo este Señor es poderoso para lo que quiere, y sabe querer como esposo, como amigo, como padre, y como infinito y sumo bien, sin tasa ni medida.

620. Y no pierde su crédito esta verdad por no ser entendida de la sabiduría carnal; ni tampoco porque algunas almas se hayan deslumbrado con ella, dejándose engañar por el ángel de Satanás transformado en luz (2

Cor., 11, 14), con algunas visiones y revelaciones falsas. Este daño ha sido más frecuente en mujeres por su ignorancia y pasiones, pero también ha tocado a muchos varones al parecer fuertes y científicos. Pero en todos ha nacido de una mala raíz; y no hablo de los que con diabólica hipocresía han fingido falsas y aparentes revelaciones, visiones y raptos sin tenerlos, sino de los que con engaño las han padecido y recibido del demonio, aunque no sin grave culpa y consentimiento. Los primeros más se puede decir que engañan, y los segundos que al principio son engañados; porque la antigua serpiente, que los conoce inmortificados en las pasiones y poco ejercitados los sentidos interiores en la ciencia de las cosas Divinas, les introduce con sutileza astutísima una oculta presunción de que son muy favorecidos de Dios y les roba el humilde temor, levantándolos en deseos vanos de curiosidad y de saber cosas altas y revelaciones, codiciando visiones extáticas y ser singulares y señalados en estos favores; con que abren la puerta al demonio, para que los llene de errores y falsas ilusiones y les entorpezca los sentidos con una confusa tiniebla interior, sin que entiendan ni conozcan cosa Divina ni verdadera, si no es alguna que les representa el enemigo para acreditar sus engaños y disimular su veneno.

621. A este peligroso engaño se ocurre temiendo con humildad y no deseando saber altamente (Rom., 11, 20), no juzgando su aprovechamiento en el tribunal apasionado del propio juicio y prudencia, remitiéndolo a Dios y a sus Ministros y Confesores Doctos, examinando la intención; pues no hay duda que se conocerá si el alma desea estos favores por medio de la virtud y perfección o por la gloria exterior de los hombres. Y lo seguro es nunca desearlos y temer siempre el peligro, que es grande en todos tiempos y mayor en los principios; porque las devociones y dulzuras sensibles, dado que sean del Señor —que tal vez las remeda el demonio— no las envía Su Majestad porque el alma esté capaz del manjar sólido de los mayores secretos y favores, sino por alimento de párvulos, para que con más veras se retiren de los vicios y se nieguen a lo sensible y no porque se imaginen por adelantados en la virtud; pues aun los raptos que resultan de admiración, suponen más

ignorancia que amor. Pero cuando el amor llega a ser extático, fervoroso, ardiente, moble, líquido, inaccesible, impaciente de otra cosa fuera de la que ama, y con esto ha cobrado imperio sobre todo afecto humano, entonces está dispuesta el alma para recibir la luz de las revelaciones ocultas y visiones Divinas, y más se dispone cuanto con esta luz Divina sabe desearlas menos por indigna de menores beneficios. Y no se admiren los hombres sabios de que las mujeres hayan sido tan favorecidas en estos dones; porque a más de ser fervientes en el amor escoge Dios lo más flaco por testigo más abonado de su poder; y tampoco no tienen la ciencia de la teología adquirida como los varones doctos, si no se les infunde el Altísimo para iluminar su flaco e ignorante juicio.

622. Entendida esta doctrina —cuando no hubiera en María Santísima otras especiales razones— conoceremos que las divinas revelaciones y visiones que le comunicó el Altísimo fueron más altas, más admirables, más frecuentes y divinas que a todo el resto de los Santos. Estos dones —como los demás— se han de medir con su dignidad, santidad, pureza y con el amor que su Hijo y toda la beatísima Trinidad tenía a la que era Madre del Hijo, Hija del Padre y Esposa del Espíritu Santo. Con estos títulos se le comunicaban los influjos de la divinidad, siendo Cristo Señor nuestro y su Madre más amados con infinito exceso que todo el resto de los Santos Ángeles y hombres. A cinco grados o géneros de visiones divinas reduciré las que tuvo nuestra soberana Reina, y de cada una diré lo que pudiere, como se me ha manifestado.

Visión clara de la Divina esencia a María Santísima.

623. La primera y sobreexcelente fue la visión beatífica de la esencia Divina, que muchas veces vio claramente siendo viadora y de paso; y todas las iré nombrando desde el principio de esta Historia (Cf. supra n. 333, 340; infra p. II n. 139, 473, 956, 1523 y p. III n. 62, 494, 603, 616, 654, 685) en los tiempos y ocasiones que recibió este supremo beneficio para la criatura. De otros Santos dudan algunos doctores si en la carne mortal han llegado a ver la Divinidad clara e intuitivamente; pero dejando las opiniones de los

otros, no la puede haber de la Reina del Cielo, a quien se hiciera injuria en medirla con la regla común de los demás Santos; pues muchos y más favores y gracias de las que en ellos eran posibles se ejecutaron en la Madre de la gracia, y por lo menos la visión beatífica es posible de paso —sea por el modo que fuere— en los viadores. La primera disposición en el alma que ha de ver la cara de Dios, es la gracia santificante en grado muy perfecto y no ordinario; la que tenía la santísima alma de María desde el primer instante fue superabundante y con tal plenitud que excedía a los supremos Serafines. A la gracia santificante ha de acompañar para ver a Dios gran pureza en las potencias, sin haber en ellas reliquia ni efecto ninguno de la culpa; y como si en un vaso que hubiese recibido algún licor inmundo, sería necesario lavarle, limpiarle y purificarle hasta que no le quedase olor ni resabios de él, para que no se mezclase con otro licor purísimo que se había de poner en el mismo vaso, así del pecado y sus efectos —y más de los actuales— queda el alma como inficionada y contaminada. Y porque todos estos efectos la improporcionan con la suma bondad, es necesario que para unirse con ella por visión clara y amor beatífico sea primero lavada y purificada, de suerte que no le quede remanente, ni olor, ni sabor de pecado, ni hábito vicioso, ni inclinación adquirida por ellos. Y no sólo se entiende esto de los efectos y máculas que dejan los pecados mortales, sino también de los veniales, que causan en el alma justa su particular fealdad, como —a nuestro modo de entender— si a un cristal purísimo le tocase el aliento que le entrapa y oscurece; y todo esto se ha de purificar y reparar para ver a Dios claramente.

624. A más de esta pureza, que es como negación de mácula, si la naturaleza del que ha de ver a Dios beatíficamente está corrupta por el primer pecado, es necesario cauterizar el fomes; de suerte que para este supremo beneficio quede extincto o ligado, como si no le tuviese la criatura; porque entonces no ha de tener principio ni causa próxima que la incline al pecado ni a imperfección alguna; porque ha de quedar como imposibilitado el libre albedrío para todo lo que repugna a la suma santidad y bondad; y de aquí y de lo que diré

adelante se entenderá la dificultad de esta disposición viviendo el alma en carne mortal. Y que se ha de conceder este altísimo beneficio con mucho tiento y no sin grandes causas y mucho acuerdo, la razón que yo entiendo es, porque en la criatura sujeta al pecado hay dos improporciones y distancias inmensas comparada con la Divina naturaleza; la una consiste en que Dios es invisible, infinito, acto purísimo y simplicísimo, y la criatura es corpórea, terrena, corruptible y grosera; la otra es la que causa el pecado, que dista sin medida de la suma bondad; y ésta es mayor improporción y distancia que la primera; pero entrambas se han de quitar para unirse estos extremos tan distantes, llegando la criatura a ponerse en el supremo modo con la divinidad y asimilarse al mismo Dios, viéndole y gozándole como él es (1 Jn., 3, 2).

625. Toda esta disposición de pureza y limpieza de culpa o imperfección tenía la Reina del Cielo en más alto grado que los mismos Ángeles; porque ni le tocó el pecado original ni actual, ni los efectos de ninguno de ellos; más pudo en ella la Divina gracia y protección para esto que en los ángeles la naturaleza por donde estaban libres de contraer estos defectos; y por esta parte no tenía María Santísima improporción ni óbice de culpa que la retardase para ver la Divinidad. Por otra parte, a más de ser inmaculada, su gracia en el primer instante sobreexcedía a la de los ángeles y Santos, y sus merecimientos eran con proporción a la gracia; porque en el primer acto mereció más que todos con los supremos y últimos que hicieron para llegar a la visión beatífica de que gozan. Conforme a esto, si en los demás Santos es justicia diferir el premio que merecen de la gloria hasta que llegue el término de la vida mortal, y con él también el de merecerla, no parece contra justicia que con María Santísima no se entienda tan rigurosamente esta ley, y que con ella tenga el altísimo Gobernador otra providencia y la tuviese mientras vivía en carne mortal. No sufría tanta dilación el amor de la Beatísima Trinidad para con esta Señora, sin manifestársele muchas veces; pues lo merecía sobre todos los Ángeles, Serafines y Santos que con menos gracia y merecimientos habían de gozar del sumo bien. Fuera de esta razón, había otra de congruencia para manifestarse la Divinidad

claramente, por ser elegida para Madre del mismo Dios, porque conociese con experiencia y fruición el tesoro de la Divinidad infinita, a quien había de vestir de carne mortal y traer en sus virginales entrañas; y después tratase a su Hijo Santísimo como a Dios verdadero, de cuya vista había gozado.

626. Pero con toda la pureza y limpieza que está dicha y añadiéndole al alma la gracia que la santifica, no está proporcionada ni dispuesta para la visión beatífica, porque le faltan otras disposiciones y efectos Divinos que recibía la Reina del cielo cuando gozaba de este beneficio; y con mayor razón las ha menester cualquiera otra alma si le hiciesen este favor en carne mortal. Estando, pues, el alma limpia y santificada, como he dicho, le da el Altísimo un retoque como con un fuego espiritualísimo, que la caldea y acrisola como al oro el fuego material, al modo que los Serafines purificaron a Isaías (Is., 6, 7). Este beneficio hace dos efectos en el alma; el uno, que la espiritualiza y separa de ella —a nuestro modo de entender— la escoria y terrenidad de su propio ser y de la unión terrena del cuerpo material; el otro, que llena toda el alma de una nueva luz que destierra no sé qué oscuridad y tinieblas, como la luz del alba destierra las de la noche; y esta nueva luz se queda en posesión, y la deja clarificada y llena de nuevos resplandores de este fuego. Y a esta luz se siguen otros efectos en el alma; porque, si tiene o ha tenido culpas, las llora con incomparable dolor y contrición, a que no puede llegar ningún otro dolor humano, que todos en comparación del que aquí se siente son muy poco penosos. Luego se siente otro efecto de esta luz, que purifica el entendimiento de todas las especies que ha cobrado por los sentidos de las cosas terrenas y visibles o sensibles, porque todas estas imágenes y especies adquiridas por los sentidos desproporcionan al entendimiento y le sirven de óbice para ver claramente al sumo espíritu de la divinidad; y así es necesario despejar la potencia y limpiarla de aquellos terrenos simulacros y retratos que la ocupan, no sólo para que no vea clara e intuitivamente a Dios, pero también para que no le vea abstractivamente, que para esta visión asimismo es necesario purificarle.

627. En el alma purísima de nuestra Reina, como no había culpas que llorar, hacían los demás efectos estas iluminaciones y purificaciones, comenzando a elevar a la misma naturaleza y proporcionarla para que no estuviese tan distante del último fin y no sintiese los efectos de lo sensible y dependencia del cuerpo. Y junto con esto causaban en aquella alma candidísima nuevos afectos y movimientos de humillación y propio conocimiento de la nada de la criatura, comparada con el Criador y con sus beneficios; con que se movía su inflamado corazón a otros muchos actos heroicos de virtudes; y los mismos efectos haría este beneficio respectivamente, si Dios se le comunicase a otras almas disponiéndolas para las visiones de su Divinidad.

628. Bien podría juzgar nuestra rudeza que bastan para llegar a la visión beatífica estas disposiciones referidas; pero no es así, porque sobre ellas falta otra cualidad, vapor o lumen más divino, antes del *lumen gloriae.* Y esta nueva purificación, aunque es semejante a las que he dicho, todavía es diferente en sus efectos; porque levanta al alma a otro estado más alto y sereno, donde con mayor tranquilidad siente una paz dulcísima, la cual no sentía en el estado de las disposiciones y purificaciones primeras; porque en ellas se siente alguna pena y amargura de las culpas, si las hubo, o si no, un tedio de la misma naturaleza terrena y vil; y estos efectos no se compadecen con estar el alma tan cerca y asimilada a la suma felicidad. Paréceme que las primeras purificaciones sirven para mortificar, y ésta que ahora digo sirve de vivificar y sanar a la naturaleza; y en todas juntas procede el Altísimo como el pintor, que dibuja primero la imagen y luego le da los primeros colores en bosquejo, y después le da los últimos para que salga a luz.

629. Sobre todas estas purificaciones, disposiciones y efectos admirables que causan, comunica Dios la última que es el *lumen gloriae,* con el cual se eleva, conforta y acaba de proporcionarse el alma para ver y gozar a Dios beatíficamente. En este lumen se le manifiesta la Divinidad, que sin él no podrá ser vista de ninguna criatura; y como es imposible por sí sola alcanzar este lumen y disposiciones,

por eso lo es también ver a Dios naturalmente, porque todo sobreexcede a las fuerzas de la naturaleza.

630. Con toda esta hermosura y adorno era prevenida la Esposa del Espíritu Santo, Hija del Padre y Madre del Hijo, para entrar en el tálamo de la Divinidad, cuando gozaba de paso de su vista y fruición intuitiva. Y como todos estos beneficios corresponden a su dignidad y gracias, por eso no puede caer debajo de razones ni de pensamiento criado —y menos en el de una mujer ignorante— qué tan altas y divinas serían en nuestra Reina estas iluminaciones; y mucho menos se puede ponderar y apear el gozo de aquella alma santísima sobre todo el más levantado de los supremos Serafines y Santos. Si de cualquier justo, aunque sea el menor de los que gozan de Dios, es verdad infalible que ni ojos lo vieron, ni oídos lo oyeron, ni puede caer en humano pensamiento aquello que Dios le tiene preparado (1 Cor., 2, 9) ¿qué será para los mayores Santos? Y si el mismo Apóstol que dijo esto, confesó no podía decir lo que él había oído (2 Cor., 12, 4), ¿qué dirá nuestra cortedad de la Santa de los Santos y Madre del mismo que es gloria de los Santos? Después del alma de su Hijo Santísimo, que era hombre y Dios verdadero, ella fue la que más misterios y sacramentos conoció y vio en aquellos infinitos espacios y secretos de la Divinidad; a ella más que a todos los Bien-aventurados se le franquearon los tesoros infinitos, los ensanches de la eternidad de aquel objeto inaccesible, que ni el principio ni el fin le pueden limitar; allí quedó letificada (Sal., 45, 5) y bañada esta Ciudad de Dios del torrente de la Divinidad, que la inundó con los ímpetus de su sabiduría y gracia, que la espiritualizaron y divinizaron.

Visión abstractiva de la Divinidad que tenia María Santísima.

631. El segundo modo y forma de visiones de la Divinidad que tuvo la Reina del cielo fue abstractivo, que es muy diferente y muy inferior al intuitivo; y por eso era más frecuente, aunque no cotidiano o incesante. Este conocimiento o visión comunica el Altísimo, no descubriéndose en sí mismo inmediatamente al entendimiento criado, sino mediante algún velo o especies

en que se manifiesta; y por haber medio entre el objeto y la potencia, es inferiorísima esta vista respecto de la visión clara intuitiva; y no enseña la presencia real, aunque la contiene intelectualmente con inferiores condiciones. Y aunque conoce la criatura que está cerca de la Divinidad, y en ella descubre los atributos, perfecciones y secretos, que como en espejo voluntario le quiere Dios mostrar y manifestar, pero no siente ni conoce su presencia, ni la goza a satisfacción ni hartura.

632. Con todo eso, este beneficio es grande, raro, y después de la visión clara es el mayor; y aunque no pide *lumen gloriae* más de la luz que tienen las mismas especies, ni tampoco se requiere la última disposición y purificación a que sigue el *lumen gloriae,* pero todas las demás disposiciones antecedentes que preceden a la visión clara, preceden a ésta; porque con ella entra el alma en los atrios (Sal., 64, 5) de la casa del Señor Dios eterno. Los efectos de esta visión son admirables, porque a más del estado que supone el alma, hallándola a sí sobre sí (Lam., 3, 28), la embriaga (Sal., 25, 9) de una inefable e inexplicable suavidad y dulzura, con que la inflama en el amor Divino y se transforma en él y la causa un olvido y enajenamiento de todo lo terreno y de sí misma, que ya no vive ella en sí, sino en Cristo, y Cristo en ella (Gal., 2, 20). Fuera de esto le queda de esta visión al alma una luz, que si no la perdiese por su negligencia y tibieza o por alguna culpa, siempre la encaminaría a lo más alto de la perfección, enseñándola los más seguros caminos de la eternidad, y sería como el fuego perpetuo del santuario (Lev., 6, 12) y como la lucerna de la ciudad de Dios (Ap., 22, 5).

633. Estos y otros efectos causaba esta visión Divina en nuestra soberana Reina con grado tan eminente, que no puedo yo explicar mi concepto con los términos ordinarios. Pero déjase entender algo considerando el estado de aquella alma purísima, donde no había impedimento de tibieza ni óbice de culpa, descuido, ni olvido, ni negligencia, ni ignorancia, ni una mínima inadvertencia; antes estaba llena de gracia ardiente en el amor, diligente en el obrar, perpetua e incesante en alabar al Criador, solícita y oficiosa en darle gloria y dispuesta para

que su brazo poderoso obrase en ella sin contradicción ni dificultad alguna. Tuvo este género de visión y beneficio en el primer instante de su concepción, como ya he dicho en su lugar (Cf. supra n. 229, 237, 312, 383, 389), y después muchas veces en el discurso de su vida santísima, de que también hablaré adelante (Cf. infra n. 734, 742; p. II n. 6-8; p. III n. 537).

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: PARTE 5

Visiones y revelaciones intelectuales de María Santísima.

634. El tercer género de visiones o revelaciones Divinas que tuvo María Santísima, fueron intelectuales. Y aunque la noticia abstractiva o visión de la divinidad se puede llamar revelación intelectual, pero doyle otro lugar solo y más alto por dos razones: la una, porque el objeto de aquella revelación es único y supremo entre las cosas inteligibles, y estas más comunes revelaciones intelectuales tienen muchos y varios objetos, porque se extienden a cosas espirituales y materiales y a las verdades y misterios inteligibles; la otra razón es, porque la visión abstractiva de la divina esencia se causa por especies altísimas, infusas y sobrenaturales de aquel objeto infinito; pero la común revelación y visión intelectual algunas veces se hace por especies infusas al entendimiento de los objetos revelados y otras veces no son necesarias infusas para todo lo que se entiende; porque pueden servir a esta revelación las mismas especies que tiene la imaginación o fantasía y en ellas puede el entendimiento, ilustrado con nuevo lumen y virtud sobrenatural, entender los misterios que Dios le revela, como sucedió a José en Egipto (Gén., 40) y a Santo Profeta Daniel en Babilonia (Dan., 2, 19). Y este modo de revelaciones tuvo Santo Rey David; y fuera del conocimiento de la Divinidad, es el más noble y seguro, porque ni los demonios ni los mismos Ángeles buenos pueden infundir esta luz sobrenatural en el entendimiento, aunque pueden mover las especies por la imaginación y

fantasía.

635. Esta forma de revelación intelectual fue común a los Profetas Santos del Viejo y Nuevo Testamento, porque la luz de la profecía perfecta, como ellos la tuvieron, se termina en la inteligencia de algún misterio oculto; y sin esta inteligencia o luz intelectual no fueran profetas perfectamente ni hablaran proféticamente. Y por eso, el que hace o dice alguna cosa profética, como Caifas (Jn., 11, 51) y los soldados que no quisieron dividir la túnica de Cristo nuestro Señor (Jn., 19, 24), aunque fueron movidos con impulso Divino, no eran perfectamente profetas; porque no hablaban proféticamente, que es con lumbre divino o inteligencia. Verdad es que también los Profetas Santos y perfectamente profetas, que se llamaban videntes por la luz interior con que miraban los secretos ocultos, podían hacer alguna acción profética, sin conocer todos los misterios que comprendía, o sin conocer alguno; pero en aquella acción no fueran tan perfectamente profetas como en las que profetizaban con inteligencia sobrenatural. Tiene esta revelación intelectual muchos grados que no toca a este lugar declararlos; y aunque la puede comunicar el Señor desnudamente y sin caridad o gracia y virtudes, pero de ordinario anda acompañada con ellas, como en los Profetas, Apóstoles y Justos, cuando como a amigos les manifestaba sus secretos; como también sucede cuando las revelaciones intelectuales son para el mayor bien del que las recibe, como arriba está dicho (Cf. supra n. 617). Por esta razón piden estas revelaciones muy buena disposición en el alma que ha de ser levantada a estas Divinas inteligencias, que de ordinario no las comunica Dios si no es cuando el alma está quieta, pacífica, abstraída de los afectos terrenos y bien ordenadas sus potencias para los efectos de esta luz Divina.

636. En la Reina del cielo fueron estas inteligencias o revelaciones intelectuales muy diferentes que las de los Santos y Profetas; porque las tenía Su Alteza continuas, y en acto y en hábito, cuando no gozaba de otras visiones más altas de la Divinidad. Y a más de esto, la claridad y extensión de esta luz intelectual y sus efectos fueron incomparables en María Santísima; porque de los Misterios,

verdades y sacramentos ocultos del Altísimo, conoció ella más que todos los Santos Patriarcas, Profetas, Apóstoles y más que los mismos Ángeles juntos; y todo lo conocía con mayor profundidad, claridad, firmeza y seguridad. Con esta inteligencia penetraba desde el mismo ser de Dios y sus atributos hasta la mínima de sus obras y criaturas, sin escondérsele cosa alguna en que no conociese la participación de la grandeza del Criador y su Divina disposición y providencia; y sola María Santísima pudo decir con plenitud que el Señor la manifestó lo incierto y oculto de su sabiduría, como lo afirmó el Profeta (Sal., 50, 8). Los efectos que causaban en la Soberana Señora estas inteligencias, no *es* posible decirlo, pero toda esta Historia sirve para su declaración. En otras almas son de admirable utilidad y provecho, porque iluminan altamente el entendimiento, inflaman con increíble ardor la voluntad, desengañan, desvían, levantan y espiritualizan a la criatura; y tal vez parece que hasta el mismo cuerpo terreno y pesado se aligera y sutiliza en emulación santa de la misma alma. Tuvo la Reina del cielo en este modo de visiones otro privilegio, que diré en el capítulo siguiente.

Visiones imaginarias de la Reina del Cielo María Santísima.

637. El cuarto lugar tienen las visiones imaginarias que se hacen por especies sensitivas causadas o movidas en la imaginación o fantasía; y representan las cosas con modo material y sensitivo, como cosa que se mira con los ojos, o se oye, o se toca, o se gusta. Debajo de esta forma de visiones manifestaron los profetas del Testamento Viejo grandes misterios y sacramentos, que les reveló el Altísimo en ellas, particularmente San Ezequiel, San Daniel y San Jeremías; y debajo de semejantes visiones escribió el Evangelista San Juan su Apocalipsis. Por la parte que tienen estas visiones de sensitivo y corpóreo, son más inferiores que las precedentes; y por eso las puede remedar el demonio en la representación, moviendo las especies de la fantasía, pero no las remeda en la verdad el que es padre de la mentira. Con todo eso se deben mucho desviar estas visiones y examinar con la doctrina cierta de los Santos y Maestros, porque, si el demonio reconoce alguna golosina

en las almas que tratan de oración y devoción y si lo permite Dios, las engañará fácilmente; pues aun aborreciendo el peligro de estas visiones los Santos fueron invadidos con ellas por el demonio transfigurado en luz, como en sus vidas está escrito para nuestra erudición y cautela.

638. Donde estuvieron estas visiones y revelaciones imaginarias sin peligro alguno y con toda seguridad y condiciones Divinas, fue en María Santísima, cuya interior luz no podía oscurecer ni invadir toda la astucia de la serpiente. Tuvo nuestra Reina muchas visiones de este género; porque en ellas le fueron manifestadas muchas obras de las que su Hijo Santísimo hacía cuando estaba ausente, como en el discurso de su vida veremos (Cf. infra p. II n. 965-994, 1156, 1204-1222). Conoció también por visión imaginaria otras muchas criaturas y misterios en ocasiones que era necesario según la divina voluntad y dispensación del Altísimo. Y como este beneficio con los demás que recibía la soberana Princesa del cielo eran ordenados a fines altísimos, así en lo que le tocaba a su santidad, pureza y merecimientos, como en orden al beneficio de la Iglesia, cuya Maestra y Cooperadora de la Redención era esta gran Madre de la gracia, por esto los efectos de estas visiones y de su inteligencia eran admirables, y siempre con incomparables frutos de gloria del Altísimo y aumento de nuevos dones y carismas en el alma santísima de María. De lo que en las demás criaturas suele suceder con estas visiones diré en la siguiente; porque de estas dos especies de visiones se debe hacer un mismo juicio.

Visiones divinas corpóreas de María Santísima.

639. El último y quinto grado de visiones y revelaciones es el que se percibe por los sentidos corporales exteriores, que por eso se llaman corpóreas, aunque puede suceder de dos maneras. La una es propia y verdaderamente corpórea, cuando con cuerpo real y cuantitativo se aparece a la vista o al tacto alguna cosa de la otra vida, Dios, Ángel, o Santo, o el demonio, o alma, etc., formándose para esto, por ministerio y virtud de los ángeles buenos o malos, algún

cuerpo aéreo y fantástico, que si bien no es cuerpo natural ni verdadero de lo que representa, pero es verdaderamente cuerpo cuantitativo del aire condensado con sus dimensiones cuantitativas. Otra manera de visiones corpóreas puede haber más impropia, y como ilusoria del sentido de la vista, cuando no es cuerpo cuantitativo el que se percibe, sino unas especies del cuerpo y color, etc., que alterando el aire medio puede causar un ángel en los ojos; y el que las recibe piensa que mira algún cuerpo real presente; y no hay tal cuerpo, sino solas especies con que se altera la vista con una fascinación imperceptible al sentido. Este modo de visiones ilusorias al sentido no es propia de los buenos ángeles ni apariciones divinas, aunque es posible, y, tal pudo ser la voz que oyó Samuel (1 Sam., 3, 4); mas las afecta el demonio por lo que tienen de engaño, especialmente por los ojos; y así por esto como porque no tuvo la Reina esta forma de visiones, sólo diré de las verdaderamente corpóreas, que fueron las que tenía.

640. En la Escritura hay muchas visiones corporales que tuvieron los Santos y Patriarcas. Adán vio a Dios representado por el ángel (Gén., 3, 8); Abrahán a los tres Ángeles (Gén., 18, 1-2), Santo Profeta y Legislador Moisés la zarza (Ex., 3, 2), y muchas veces al mismo Señor. También han tenido muchas visiones corpóreas e imaginarias otros que eran pecadores, como Caín (Gén., 4, 9), Baltasar (Dan., 5, 5), que vio la mano en la pared; y de las imaginarias tuvo Faraón (Gén., 41, 2) la visión de las vacas y Nabucodonosor la del árbol (Dan., 4, 2) y estatua (Dan., 2, 1); y otras semejantes hay en las Divinas letras. De donde se conoce que para estas visiones corpóreas e imaginarias no se requiere santidad en el que las recibe. Pero es verdad que quien tiene alguna visión imaginaria o corpórea, sin alcanzar luz o alguna inteligencia, no se llama profeta, ni es perfecta revelación en el que ve o recibe las especies sensitivas, sino en el que tiene la inteligencia, que, como dijo Daniel (Dan., 10, 1), es necesario en la visión; y así fueron profetas José y el mismo San Daniel, y no Faraón, ni Baltasar, ni Nabucodonosor. Y aquella será más alta y excelente visión en razón de visión, que viniere con mayor y más alta inteligencia, aunque en cuanto a lo aparente son mayores las que representan a Dios y su Madre santísima, y

después a los Santos por sus grados.

641. El recibir visiones corpóreas cierto es que pide estar dispuestos los sentidos para percibirlas con ellos. Las imaginarias muchas veces las envía Dios en sueños, como al santísimo José (Mt., 1, 20), esposo de María purísima, y a los Reyes Magos (Mt., 2, 12) y Faraón (Gén, 41, 2), etc. Otras se pueden recibir estando en los sentidos corporales, que en esto no hay repugnancia. Pero el modo más común y connatural a estas visiones y a las intelectuales, es comunicarlas Dios en algún éxtasis o rapto de los sentidos exteriores; porque entonces están las potencias interiores todas más recogidas y dispuestas para la inteligencia de cosas altas y Divinas; aunque en esto menos suelen impedir los sentidos exteriores para las visiones intelectuales que para las imaginarias, porque éstas están más cerca de lo exterior que las inteligencias del entendimiento. Y por esta causa, cuando las revelaciones intelectuales son por especies infusas, o cuando el afecto no arrebata los sentidos, se reciben muchas veces, sin perderlos, inteligencias altísimas de grandes misterios y sobrenaturales.

642. En la Reina del Cielo sucedía esto muchas veces y casi frecuente; porque si bien tuvo muchos raptos para la visión beatífica —donde siempre es forzoso en los viadores— y también en algunas visiones intelectuales e imaginarías, pero, aunque estaba de ordinario en sus sentidos, tenía más altas revelaciones e inteligencias que todos los Santos y Profetas en sus mayores raptos, donde vieron tantos misterios. Ni tampoco para las visiones imaginarias estorbaban a nuestra gran Reina los sentidos exteriores; porque su dilatado corazón y sabiduría no se embarazaba con los efectos de admiración y amor, que suele arrebatar los sentidos en los demás Santos y Profetas. De las visiones corpóreas que tuvo Su Majestad de los Ángeles, consta por la anunciación de San Gabriel Arcángel (Lc., 1, 28). Y aunque del discurso de su vida santísima no lo digan los Evangelistas, no puede el juicio prudente y católico poner duda, pues la Reina de los cielos y de los Ángeles había de ser servida de sus vasallos; como adelante iremos (Cf. infra n. 761 y passim) declarando el

continuo obsequio que le hacían los de su guarda, y otros en forma corporal y visible, como se verá en el capítulo siguiente.

643. Las demás almas deben ser muy circunspectas y cautelosas en este género de visiones corporales, por estar más sujetas a peligros, engaños e ilusiones de la serpiente antigua; quien nunca las apeteciere, excusará gran parte del peligro. Y si hallando al alma lejos de éste y otros desordenados afectos, le sucediere alguna visión corporal o imaginaria, deténgase mucho en creer y en ejecutar lo que le pide la visión; porque será muy mala señal, y propia del demonio, querer luego y sin acuerdo ni consejo que se le dé crédito y obedezca; lo que no hacen los Santos Ángeles, como maestros de obediencia y verdad, prudencia y santidad. Otros indicios y señales se toman de la causa y efectos de estas visiones para conocer su seguridad y verdad o engaño; pero yo no me detengo en esto por no alejarme más de mi intento y porque me remito a los Doctores y Maestros.

Doctrina de la Reina del Cielo.

644. Hija mía, de la luz que en este capítulo has recibido, tienes la regla cierta de gobernarte en las visiones y revelaciones del Señor, que consiste en dos partes. La una en sujetarlas con humilde y sencillo corazón al juicio y censura de tus Padres y Prelados, pidiendo con viva fe les dé luz el Altísimo para que entiendan su voluntad y verdad Divina y te la enseñen en todo. La otra regla ha de estar en tu mismo interior; y ésta es atender a los efectos que hacen las visiones y revelaciones, para discernirlas con prudencia y sin engaño, porque la virtud Divina, que obra con ellas, te inducirá, moverá, inflamará en amor casto y reverencia del Altísimo, al conocimiento de tu bajeza, a aborrecer la vanidad terrena, a desear el desprecio de las criaturas, a padecer con alegría, a amar la cruz y llevarla con esforzado y dilatado corazón, a desear el último lugar, a amar a quien te persiguiere, a temer el pecado y aborrecerle, aunque sea muy leve, a aspirar a lo más puro, perfecto y acendrado de la virtud, a negar tus inclinaciones, a unirte con el sumo y verdadero bien. Estas serán infalibles señales de la verdad

con que te visita el Altísimo por medio de sus revelaciones, enseñándote lo más santo y perfecto de la ley cristiana y de su imitación y mía.

645. Y para que tú, carísima, pongas por obra esta doctrina que la dignación del Altísimo te enseña, nunca la olvides, ni pierdas de vista los beneficios de habértela enseñado con tanto amor y caricia; renuncia toda atención y consolación humana, los deleites y gustos que el mundo ofrece; y a todo lo que piden las inclinaciones terrenas te niegas con fuerte resolución, aunque sea en cosas lícitas y pequeñas; y volviendo las espaldas a todo lo sensible, sólo quiero que ames el padecer. Esta ciencia y filosofía Divina te han enseñado, te enseñan y te enseñarán las visitas del Altísimo, y con ellas sentirás la fuerza del Divino fuego, que nunca se ha de extinguir en tu pecho por culpa tuya ni por tibieza. Está advertida, dilata el corazón y cíñete de fortaleza para recibir y obrar cosas grandes, y ten constancia en la fe de estas amonestaciones, creyéndolas, apreciándolas y escribiéndolas en tu corazón con humilde afecto y estimación de lo íntimo de tu alma, como enviadas por la fidelidad de tu Esposo y administradas por mí, que soy tu Maestra y Señora.

CAPITULO 15

Declárase otro modo de vista y comunicación que tenía María Santísima con los Santos Ángeles que la asistían.

646. Tanta es la fuerza y eficacia de la divina gracia, y del amor que causa en la criatura, que puede borrar en ella la imagen del pecado y del hombre terreno y formar otro nuevo ser y celestial imagen (1 Cor., 15, 48-49), cuya conversación sea en los cielos (Flp., 3, 20), entendiendo, amando y obrando, no como criatura terrena, pero como celestial y divina; porque la fuerza del amor roba el corazón y el alma de donde anima y le pone y transforma en lo que ama. Esta verdad cristiana, creída de todos, entendida de los doctores y experimentada de los Santos, se ha de considerar en nuestra gran Reina y Señora ejecutada con

privilegios tan singulares, que ni con ejemplo de otros Santos, ni con entendimiento de Ángeles, se puede comprender ni explicar. Era María Santísima, por Madre del Verbo, Señora de todo lo criado; pero siendo imagen viva de su Hijo Unigénito, a su imitación usó tan poco de las criaturas visibles, de quien era Señora, que ninguna menos parte tuvo en ellas, fuera de lo que fue preciso y necesario para el servicio del Altísimo y vida natural de su Hijo Santísimo y suya.

647. A este olvido y alejamiento de todo lo terreno había de corresponder la conversación en lo celestial; y ésta se había de proporcionar con la dignidad de Madre del mismo Dios y Señora de los cielos, en cuya comunicación debidamente estaba conmutada la conversación terrena. Por esto era como necesario y consiguiente que la Reina y Señora de los Ángeles fuera singular y privilegiada en el obsequio de los mismos cortesanos, vasallos suyos, y los tratase y comunicase con diferente modo que todas las criaturas humanas, por más santas que fuesen. En el capítulo 23 del primer libro dije algo de las apariciones ordinarias y diversas con que se le manifestaban a nuestra Reina y Señora los Santos Ángeles y Serafines destinados y señaldos para guarda suya; y en el capítulo precedente quedan declarados generalmente los modos y formas de visiones Divinas que Su Alteza tenía, advirtiendo que siempre en aquella esfera y especie de visiones eran las suyas mucho más excelentes y divinas en la sustancia y en el modo y efectos que causaban en su alma santísima.

648. Para este capítulo remití otro modo más singular y privilegiado que concedió el Altísimo a su Madre Santísima, para que viese y comunicase a los Santos Ángeles de su guarda y a los demás que de parte del mismo Señor en diversas ocasiones la visitaban. Este modo de visión y comunicación era el mismo que los órdenes y jerarquías angélicas tienen entre sí mismos, donde cada uno de los espíritus soberanos conocen a los demás por sí mismos, sin otra especie que mueva su entendimiento más que la misma sustancia y naturaleza del ángel que es conocido. Y a más de esto, los ángeles superiores iluminan a los inferiores, informándolos de los misterios ocultos que a los

superiores inmediatamente revela y manifiesta el Altísimo, para que se vayan derivando y remitiendo de lo supremo a lo ínfimo; porque este orden conviene a la grandeza y majestad infinita del supremo Rey y Gobernador de todo lo criado. De donde se entenderá cómo esta iluminación o revelación tan ordenada es fuera de la gloria esencial de los Santos Ángeles; porque ésta la reciben todos inmediatamente de la Divinidad, cuya visión y fruición se comunica a cada uno a la medida de sus merecimientos; y un Ángel no puede hacer a otro esencialmente bienaventurado, iluminándole o revelándole algún misterio, porque el iluminado no vería a Dios cara a cara, y sin esto no puede ser bienaventurado ni conseguir su último fin.

649. Pero como el objeto es infinito y espejo voluntario —fuera de lo que pertenece a la ciencia beatífica de los Santos— tiene infinitos secretos y misterios que les puede revelar y revela especialmente para el gobierno de su Iglesia y del mundo; y en estas iluminaciones se guarda el orden que digo. Y como estas revelaciones son fuera de la gloria esencial, por eso el carecer de su noticia no se llama ignorancia en los ángeles ni privación de ciencia, pero llámase nesciencia o negación, y la revelación se llama iluminación, purgación o purificación de esta nesciencia; y sucede, a nuestro modo de entender, como si los rayos del sol penetrasen muchos cristales puestos en orden, que todos participarían de una misma luz comunicada de los primeros a los últimos, tocando primero a los más inmediatos. Sola una diferencia se halla en este ejemplo; que las vidrieras o cristales, respecto de los rayos, se han pasivamente sin más actividad que la del sol, que a todas las ilumina con una acción, pero los Santos Ángeles son pacientes en recibir la iluminación de los superiores y agentes en comunicarla a los inferiores; y comunican estas iluminaciones con alabanza, admiración y amor, derivándose todo del supremo Sol de Justicia, Dios eterno e inmutable.

650. En este orden admirable de revelaciones Divinas introdujo el Altísimo a su Madre Santísima, para que gozase los privilegios que tienen como propios los cortesanos del cielo; y para esto destinó los serafines que dije en el

capítulo 14 del primer libro, que fueron de los más supremos e inmediatos a la divinidad; y también hacían este oficio otros Ángeles de su guarda, según la voluntad Divina disponía, cuando y como era necesario y conveniente. A todos estos ángeles y a otros los conocía su Reina y nuestra por sí mismos, sin dependencia de los sentidos y fantasía y sin impedimento del cuerpo mortal y terreno; y mediante esta vista y conocimiento la iluminaban y purificaban los Serafines y Ángeles del Señor, revelando a su Reina muchos misterios que para esto recibían del Altísimo. Y aunque este modo de vista intelectual e iluminaciones no era continuo en María Santísima, pero fue muy frecuente, en especial cuando para ocasionarle mayores merecimientos y diversos afectos de amor se le encubría o ausentaba el Señor, como diré adelante (Cf. infra n. 278-279; p. II n. 719-720). Entonces usaban más de este oficio los Ángeles, continuando el orden de iluminarse a sí mismos hasta llegar a la Reina, donde se terminaba.

651. Y no derogaba este modo de iluminación a la dignidad de Madre de Dios y Señora de los Ángeles; porque en este beneficio, y en el modo de participarle, no se atiende a la dignidad y santidad de nuestra soberana Princesa, en que era superior a todos los órdenes angélicos, sino al estado y condición de su naturaleza, en que era inferior, porque era viadora y de naturaleza humana, corpórea y mortal; y viviendo en carne pasible y con necesidad natural del uso de los sentidos, levantarla al estado y operaciones angélicas fue gran privilegio, aunque digno de su santidad y dignidad. Yo creo ha extendido este favor la mano poderosa del Altísimo a otras almas en esta vida mortal, aunque no tan frecuente como a su Madre Santísima, ni con tanta plenitud de luz y otras condiciones tan excelentes como en la Reina. Y si muchos doctores, no sin gran fundamento, conceden la visión beatífica a San Pablo, Santo Profeta y Legislador Moisés y a otros Santos, mucho más creíble será haber tenido algunos viadores este conocimiento de las naturalezas angélicas, pues no es otra cosa este beneficio, que ver intuitivamente la sustancia del ángel; y así conviene esta visión en esta claridad con la primera que dije en el capítulo pasado, y en ser intelectual conviene con la

tercera arriba declarada, aunque no se hace por especies impresas.

652. Verdad es que este beneficio no es ordinario ni común, pero muy raro y extraordinario; y así pide en el alma gran disposición de pureza y limpieza de conciencia. No se compadece con afectos terrenos, ni imperfecciones voluntarias, ni afectos del pecado; porque para entrar el alma en el orden de los ángeles ha menester vida más angélica que humana; pues si faltase esta similitud y simpatía, parecería monstruosidad y desproporción de los extremos de esta unión. Pero con la divina gracia puede la criatura, aunque de cuerpo terreno y corruptible, negarse toda a sus pasiones e inclinaciones depravadas y morir a lo visible y borrar sus especies y memoria y vivir en espíritu más que en la carne. Y cuando llegare a gozar de verdadera paz, tranquilidad y sosiego del espíritu, que le causen una serenidad dulce, amorosa y suave con el sumo bien, entonces estará menos indispuesta para ser levantada a la visión de los espíritus angélicos con claridad intuitiva y recibir de ellos las divinas revelaciones que entre sí se comunican, y los efectos admirables que de la visión resultan.

653. Los que recibía nuestra Soberana Reina, si correspondían a su pureza y amor, no pueden caer debajo de humana ponderación. Era incomparable la luz Divina que recibía de la vista de los Serafines; porque en cierto modo reverberaba en ellos la imagen de la Divinidad, como en unos espirituales y purísimos espejos, donde María Santísima la conocía con sus atributos y perfecciones infinitas. Manifestábasele también en algunos efectos por admirable modo la gloria que los mismos Serafines gozaban —porque de esto se conoce mucho viendo claramente la sustancia del ángel— y con la vista de tales objetos era toda encendida e inflamada en la llama del Divino amor y arrebatada muchas veces en milagrosos éxtasis. Allí con los mismos Serafines y Ángeles prorrumpía en cánticos de incomparable gloria y alabanza de la Divinidad, con admiración de los mismos espíritus celestiales; porque si bien por ellos era iluminada en su entendimiento, pero en la voluntad los dejaba muy inferiores, y con mayor eficacia del

amor velozmente subía y llegaba a unirse con el último y sumo bien, de donde inmediatamente recibía nuevas influencias del torrente (Sal., 35, 9) de la divinidad con que era alimentada. Y si los mismos Serafines no tuvieran presente el objeto infinito que era el principio y término de su amor beatífico, pudieran ser discípulos de María Santísima su Reina en el amor Divino, así como ella lo era suya en las ilustraciones del entendimiento que recibía.

654. Después de esta forma de visión inmediata de las naturalezas espirituales y angélicas, es más inferior, y común a otras almas, la visión intelectual por especies infusas, al modo de la visión abstractiva de la divinidad, que dejo dicha. Este modo de visión angélica tuvo la Reina del Cielo algunas veces, pero no era tan ordinario como el pasado: porque si bien para otras almas justas este beneficio de conocer a los Ángeles y Santos por especies intelectuales infusas es muy raro y estimable, pero en la Reina de los ángeles no era necesario, porque los comunicaba y conocía más altamente, salvo cuando el Señor disponía que se escondiesen y faltase aquella vista inmediata para mayor mérito y ejercicio; que entonces los miraba con especies intelectuales o imaginarias, como dije en el capítulo pasado. En otras almas hacen divinos efectos estas visiones angélicas por especies; porque se conocen aquellas supremas sustancias, como efectos y embajadores del supremo Rey, y con ellos tiene el alma dulcísimos coloquios del mismo Señor y de todo lo celestial y terreno, y en todo es ilustrada, enseñada, corregida y gobernada, encaminada y compelida para levantarse a la unión perfecta del amor Divino y obrar lo más puro, perfecto y santo, lo más acendrado de lo espiritual.

Doctrina de la Reina del Cielo María Santísima.

655. Hija mía, admirable es el amor, fidelidad y cuidado de los espíritus angélicos en asistir a las necesidades de los mortales; y muy aborrecible es el olvido, ingratitud y grosería de parte de los mismos hombres en reconocer esta deuda. En el secreto del pecho del Altísimo, cuyo rostro miran (Mt., 18, 10) con claridad beatífica, conocen estos espíritus celestiales el infinito y paternal amor del Padre

que está en los cielos para los hombres terrenos, y allí dan el aprecio y estimación digna a la sangre del Cordero con que fueron comprados (1 Cor., 6, 20) y rescatados, y lo que valen las almas compradas con el tesoro de la Divinidad. Y de aquí nace en los Santos Ángeles el desvelo y atención que ponen en guardar y beneficiar las almas, que por estimarlas tanto el Altísimo se las encomendó a su custodia. Y quiero que tú entiendas cómo por este altísimo ministerio de los Ángeles recibieran los mortales grandes influencias de luz y favores incomparables del Señor, si no los impidieran con el óbice de sus pecados y abominaciones y con el olvido de tan estimable beneficio; y porque cierran el camino que Dios con inefable Providencia había elegido para encaminarlos a la felicidad eterna, son muchos más los que se condenan, y con la protección de los Ángeles se salvaran, no malogrando este beneficio y remedio.

656. Oh hija mía carísima, pues tan dormidos están muchos de los hombres en atender a las obras paternas de mi Hijo y Señor, de ti quiero en esto singular agradecimiento, pues con tan liberal mano te ha favorecido, señalándote los Ángeles que te guarden. Atiende a su compañía y oye sus documentos con reverencia; déjate encaminar de su luz, respétalos como embajadores del Altísimo y pídeles su favor para que, purificada de tus culpas y libre de imperfecciones, inflamada en el Divino amor, te puedas reducir a un estado tan espiritualizado, que estés idónea para tratar con ellos y ser compañera suya, participando sus divinas ilustraciones, que no las negará el Altsimo, si te dispones de tu parte como yo quiero.

657. Y porque has deseado saber, con aprobación de la obediencia, la razón por que los Santos Ángeles se me comunicaban con tantos modos de visiones, respondo a tu deseo declarándote más lo que con la Divina luz has entendido y escrito. La causa de esto fue por parte del Altísimo su liberal amor para conmigo en favorecerme, y por la mía el estado de viadora que tenía en el mundo; porque éste no podía ni convenía que fuese uniforme en las acciones de las virtudes, por cuyo medio disponía la Divina sabiduría levantarme sobre todo lo criado; y habiendo de proceder como viadora humana y sensible en variedad de

sucesos y obras virtuosas, unas veces obraba como espiritualizada y sin embarazo de los sentidos, y me trataban los Ángeles como a ellos mismos entre sí y como obran ellos obraban conmigo; otras era necesario padecer y ser afligida en la parte inferior del alma, otras en lo sensible y en el cuerpo, otras padecía necesidades, soledad y desamparos interiores y, según la vicisitud de estos efectos y estados, recibía los favores y visitas de los Santos Ángeles; que muchas veces hablaba con ellos por inteligencia, otras por visión imaginaria, otras por corporal y sensible, según el estado y necesidad lo pedía, y como lo disponía el Altísimo.

658. Por todos estos modos fueron mis potencias y sentidos ilustrados y santificados con obras de Divinas influencias y favores, para que todas las obras de este género las conociese por experiencia y por todas recibiese los influjos de la gracia sobrenatural. Pero en estos favores quiero, hija mía, quedes advertida que, si bien el Altísimo fue conmigo tan magnífico y misericordioso, tuvo su equidad tal orden, que no sólo por la dignidad de Madre me favoreció tanto con ellos, mas también atendió a mis obras y disposición con que yo concurrí de mi parte, asistiéndome su Divina gracia. Y porque yo alejé mis potencias y sentidos de todo el comercio de las criaturas y, negando todo lo sensible y criado, me convertí al sumo bien, entregándome toda con mis fuerzas y voluntad a solo su amor santo; por esta disposición, que en mi alma puse, santificó todas mis potencias con retribución de tantos beneficios, visiones, ilustraciones de las mismas potencias, que por su amor se habían privado de todo lo deleitable, humano y terreno. Y fue tanto lo que en premio de mis obras recibí en carne mortal, que no lo puedes entender ni escribir, mientras en ella vives; tanta es la liberalidad y bondad del Muy Alto, que de contado da este pago por prenda del que tiene reservado en la vida eterna.

659. Y no obstante que por estos medios me dispuso el brazo poderoso, para que desde mi concepción se previniese dignamente la Encarnación del Verbo en mis entrañas y para que mis potencias y sentidos quedasen santificados y proporcionados con el trato y comunicación

que había de tener con el Verbo Encarnado, pero si las demás almas se dispusiesen a mi imitación, viviendo, no según la carne, mas con vida espiritual, limpia y alejada del contagio de lo terreno, el Altísimo es tan fiel con quien así le obliga, que no le negara sus beneficios y favores con la equidad de su Divina Providencia.

CAPITULO 16

Continúase la infancia de María Santísima en el Templo; previénela el Señor para trabajos, y muere su padre San Joaquín.

660. Dejamos a nuestra soberana princesa María Santísima, mediando los años de su infancia en el Templo, y divirtiendo el discurso para dar alguna noticia de las virtudes, dones y revelaciones Divinas que, niña en los años pero adulta en suma sabiduría, recibía de la mano del Altísimo y ejercitaba con sus potencias. Crecía la santísima niña en edad y gracia acerca de Dios y de los hombres; pero con tal correspondencia, que siempre la devoción era sobre la naturaleza y nunca la gracia se midió con la edad, pero con el Divino beneplácito y con los altos fines adonde la destinaba el impetuoso corriente de la Divinidad, que se iba a represar y sosegar en esta Ciudad de Dios. Continuaba el Altísimo sus dones y favores renovando cada hora las maravillas de su brazo poderoso, como si para sola María Santísima estuviera reservado. Y correspondía Su Alteza en aquella tierna edad llenando el corazón del mismo Señor de perfecto y adecuado beneplácito, y a los Santos Ángeles del cielo de grande admiración. Era manifiesta a los espíritus celestiales entre el Altísimo y la Princesa niña una como porfía y competencia admirable; porque el poder Divino, para enriquecerla, sacaba cada día de sus tesoros nuevos y antiguos beneficios (Mt., 13, 52) reservados para sola María Purísima; y como era tierra bendita, no sólo no se malograba en ella la semilla de la palabra eterna y sus dones y favores, ni sólo daba ciento por uno (Lc. 8, 8) como el mayor de los Santos, pero con admiración del cielo una tierna niña sobreexcedía en amor, agradecimiento, alabanza y todas las virtudes posibles a los más supremos y

ardientes Serafines, sin perder tiempo, lugar, ocasión, ni ministerio en que no obrase lo sumo, entonces posible, de la perfección.

661. En los tiernos años de su infancia, que ya era manifiesta su capacidad para leer las Escrituras, leía muy de ordinario en ellas; y como estaba llena de sabiduría, confería en su corazón lo que por las Divinas revelaciones sabía con lo que en las Escrituras estaba revelado para todos; y en esta lección y conferencias ocultas hacía peticiones y oraciones continuas y fervorosas por la redención del linaje humano y Encarnación del Verbo divino. Leía más de ordinario las Profecías de Isaías y Jeremías y los Salmos, por estar más expresos y repetidos en estos Profetas los Misterios del Mesías y de la Ley de Gracia; y sobre lo que de ellos entendía y comprendía, preguntaba y proponía cuestiones a los Santos Ángeles altísimas y admirables; y muchas veces del Misterio de la Humanidad Santísima del Verbo hablaba con incomparable ternura, y de que había de ser niño, nacer, criarse como los demás hombres y que había de nacer de madre virgen, crecer, padecer y morir por todos los hijos de Adán.

662. A estas conferencias y preguntas le respondían sus Ángeles y Serafines, ilustrándola de nuevo, confirmándola, y caldeando su ardiente y virginal corazón en nuevas llamas de Divino amor; pero ocultándole siempre su dignidad altísima, aunque ella se ofrecía con humildad profundísima muchas veces por esclava del Señor y de la feliz Madre que había de elegir para nacer en el mundo. Otras veces, preguntando a los Ángeles Santos, decía con admiración: Príncipes y señores míos ¿es posible que el mismo Criador ha de nacer de una criatura y la ha de tener por Madre? ¿Que el Omnipotente e Infinito, el que fabricó los cielos y no cabe en ellos, ha de encerrarse en el vientre de una mujer y se ha de vestir de una breve naturaleza terrena? El que viste de hermosura los elementos, los cielos y a los mismos Ángeles ¿se ha de hacer pasible? ¿Y que ha de haber mujer de nuestra misma naturaleza humana, que sea tan dichosa que pueda llamar Hijo al mismo que de nada la hizo, y que ella se ha de oír llamar Madre del que es increado y criador de todo el

universo? ¡Oh milagro inaudito! Si el mismo Autor no le manifestara, ¿cómo podía la capacidad terrena hacer concepto tan magnífico? ¡Oh maravilla de sus maravillas! ¡Oh felices y bienaventurados los ojos que le vieren y los siglos que le merecieren! A estos afectos y exclamaciones amorosas le respondían los Santos Ángeles, declarándole los sacramentos divinos, fuera de lo que a ella le tocaba y pertenecía.

663. Cualquiera de los altos, humildes y encendidos afectos de la niña María eran aquel cabello de la Esposa que hería el corazón de Dios (Cant., 4, 9) con tan dulce flecha de amor, que, si no fuera conveniente aguardar la edad competente y oportuna para concebir y parir al Verbo humanado, no pudiera —a nuestro modo de entender— contenerse el agrado del Altísimo, sin tomar luego nuestra humanidad en sus entrañas; pero no lo hizo, aunque desde su niñez en la gracia y merecimientos estaba ya capaz, porque se disimulara mejor y ocultara el sacramento de la Encarnación, y la honra de su Madre Santísima estuviera también más oculta y más segura, correspondiendo su virginal parto a la edad natural de otras mujeres; y esta dilación entretenía el Señor con los afectos y cánticos agradables que —a nuestro entender— escuchaba atento en su Hija y Esposa, que luego había de ser Madre digna del Eterno Verbo. Y fueron tantos y tan altos los cánticos y salmos que hizo nuestra Reina y Señora que —según la luz que de esto se me ha dado— si quedaran escritos, tuviera la Santa Iglesia muchos más que de todos los Profetas y Santos, porque María Purísima dijo y comprendió todo lo que ellos escribieron; y sobre eso entendió y dijo mucho más que ellos no alcanzaron. Pero ordenó el Altísimo que su Iglesia Militante tuviese en las Escrituras de los Apóstoles y Profetas todo lo necesario con superabundancia; y lo que reveló a su Madre Santísima, reservó escrito en su mente Divina, para que en la Iglesia Triunfante se manifieste lo que fuere conveniente a la gloria accidental de los Bienaventurados.

664. A más de esto, la Divina dignación condescendió con la voluntad santísima de María Señora nuestra que, para engrandecer su prudentísima humildad y dejar a los

mortales este raro ejemplar en tan excelentes virtudes, siempre quiso ocultar el sacramento del Rey (Tob., 12, 7); y cuando fue necesario revelarle en algo para el obsequio de Su Majestad y beneficio de la Iglesia, procedió María Purísima con tan Divina prudencia, que siendo Maestra no dejó de ser siempre humildísima discípula. En su niñez consultaba a los Ángeles Santos y seguía su consejo; después que nació el Verbo Humanado tuvo a su Unigénito por Maestro y Ejemplar en todas sus acciones; y al fin de sus misterios y subida a los cielos obedecía la gran Reina de todo el universo a los Apóstoles, como en el discurso de esta Historia diremos. Y esta fue una de las razones por que San Juan Evangelista, los misterios que escribió de esta Señora en el Apocalipsis, los encubrió con tantos enigmas, que se pudiesen entender de toda la Iglesia Militante o Triunfante.

665. Determinó el Altísimo que la plenitud de gracias y virtudes de la princesa María anticipasen el colmo de merecimientos, extendiéndose a las obras arduas y magnánimas en el modo posible a sus tiernos años. Y en una de las visiones que se le manifestó Su Majestad, la dijo: Esposa y paloma mía, yo te amo con amor infinito, y de ti quiero lo más agradable a mis ojos y la satisfacción entera de mi deseo. No ignoras, hija mía, el tesoro oculto que encierran los trabajos y penalidades que la ciega ignorancia de los mortales aborrece y que mi Unigénito, cuando se vista de la naturaleza humana, enseñará el camino de la Cruz con ejemplo y con doctrina, dejándola por herencia a sus escogidos, como él mismo la elegirá para sí, y establecerá la Ley de Gracia, fundando su firmeza y excelencia en la humildad y paciencia de la cruz y penalidades; porque así lo pide la condición de la misma naturaleza de los hombres y mucho más después que por el pecado quedó depravada y mal inclinada. Y también es conforme a mi equidad y providencia, que los mortales alcancen y granjeen la corona de la gloria por medio de los trabajos y cruz, por donde se la ha de merecer mi Hijo unigénito humanado. Por esta razón entenderás, Esposa mía, que habiéndote elegido con mi diestra para mis delicias y habiéndote enriquecido de mis dones, no será justo que mi gracia esté ociosa en tu corazón, ni tu amor

carezca de su fruto, ni te falte la herencia de mis escogidos; y así quiero que te dispongas a padecer tribulaciones y penalidades por mi amor.

666. A esta proposición del Altísimo respondió la invencible María con más constante corazón que todos los Santos y Mártires han tenido en el mundo, y dijo a Su Majestad: Señor Dios mío y Rey Altísimo, todas mis operaciones y potencias y el mismo ser que de vuestra bondad infinita he recibido, tengo dedicado a vuestro Divino beneplácito, para que en todo se cumpla según la elección de vuestra infinita sabiduría y bondad. Y si me dais licencia para que yo haga elección de alguna cosa, sólo quiero hacerla del padecer por vuestro amor hasta la muerte; y suplicaros, bien mío, hagáis de esta esclava vuestra un sacrificio y holocausto de paciencia aceptable en vuestros ojos. Yo confieso, Señor y Dios poderoso y liberalísimo, mi deuda, y que ninguna de las criaturas debe tan grande retribución, ni todas juntas están tan empeñadas como yo sola, la más insuficiente para el descargo que deseo dar a vuestra magnificencia; pero si el padecer por vos admitís por alguna retribución, vengan sobre mí todas las tribulaciones y dolores de la muerte; sólo pido vuestra divina protección y postrada ante el trono real de Vuestra Majestad infinita os suplico no me desamparéis. Acordaos, Señor mío, de las promesas fieles que por nuestros antiguos Padres y Profetas tenéis hechas a vuestros fieles de favorecer al justo, estar con el atribulado, consolar al afligido y hacerle sombra y defenderle en el conflicto de la tribulación; verdaderas son vuestras palabras, infalibles y ciertas vuestras promesas; primero faltará el cielo y la tierra que falten ellas; no podrá la malicia de la criatura extinguir Vuestra Caridad al que esperare en Vuestra Misericordia; hágase en mí vuestra voluntad perfecta y santa.

667. Recibió el Altísimo este sacrificio matutino de la tierna esposa y niña María Santísima, y con agradable semblante la dijo: Hermosa eres en tus pensamientos, hija del Príncipe, paloma mía y dilecta mía; yo admito tus deseos agradables a mis ojos y quiero que en su cumplimiento entiendas se llega el tiempo en que, por mí

Divina disposición, tu padre Joaquín ha de pasar de la vida mortal para la inmortal y eterna; su muerte será muy breve y luego descansará en paz y será puesto con los Santos en el Limbo, aguardando la Redención de todo el linaje humano.—Este aviso del Señor no turbó ni alteró el pecho real de la Princesa del Cielo María; pero como el amor de los hijos a los padres es deuda justa de la misma naturaleza, y en la santísima niña tenía este amor toda su perfección, no se podía excusar el natural dolor de carecer de su santísimo padre Joaquín, a quien santamente amaba como hija. Sintió la tierna y dulce niña María este doloroso movimiento compatible con la serenidad de su magnánimo corazón, y obrando en todo con grandeza, dando el punto a la gracia y a la naturaleza, hizo una ferviente oración por su padre Joaquín. Pidió al Señor le mirase como poderoso y Dios verdadero en el tránsito de su dichosa muerte y le defendiese del demonio, singularmente en aquella hora, y le conservase y constituyese en el número de sus electos, pues en su vida había confesado y engrandecido su Santo y admirable Nombre; y para obligar más a Su Majestad, se ofreció la fidelísima hija a padecer por su padre Santísimo Joaquín todo lo que el Señor ordenase.

668. Aceptó Su Majestad esta petición y consoló a la divina niña, asegurándola que asistiría a su padre como misericordioso y piadoso remunerador de los que le aman y sirven y que le colocaría entre los Patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob; y la previno de nuevo para recibir y padecer otros trabajos. Ocho días antes de la muerte del Santo Patriarca Joaquín tuvo María Santísima otro nuevo aviso del Señor, declarándole el día y hora en que había de morir, como en efecto sucedió, habiendo pasado sólo seis meses después que nuestra Reina entró a vivir en el Templo. Después que Su Alteza tuvo estos avisos del Señor, pidió a los doce Ángeles —que arriba he dicho (Cf. supra n. 202, 273, 371) eran los que nombra San Juan en el Apocalipsis (Sal., 127, 5)— asistiesen a su padre Joaquín en su enfermedad y le confortasen y consolasen en ella; y así lo hicieron. Y para la última hora de su tránsito envió a todos los de su guarda y pidió al Señor se los manifestase a su padre para mayor consuelo suyo. Concediólo el Altísimo, y en todo confirmó el

deseo de su electa, única y perfecta; y el Gran Patriarca y dichoso Joaquín vio a los mil Ángeles Santos que guardaban a su hija María, a cuyas peticiones y votos sobreabundó la gracia del Todopoderoso; y por su mandado dijeron los Ángeles a San Joaquín estas razones:

669. Varón de Dios, sea el Altísimo y poderoso tu salud eterna y envíete de su lugar santo el auxilio necesario y oportuno para tu alma. María, tu hija, nos envía para asistir contigo en esta hora que has de pagar a tu Criador la deuda de la muerte natural. Ella es fidelísima y poderosa intercesora tuya con el Altísimo, en cuyo nombre y paz parte de este mundo consolado y alegre, porque te hizo padre de tan bendita hija. Y aunque Su Majestad incomprensible, por sus ocultos juicios, no te ha manifestado hasta ahora el sacramento y dignidad en que ha de constituir a tu hija, quiere que lo conozcas ahora, para que le magnifiques y alabes y juntes el júbilo de tu espíritu con tal nueva al dolor y tristeza natural de la muerte. María, tu hija y nuestra Reina, es la escogida por el brazo del Omnipotente para que en sus entrañas se vista de carne y forma humana el Verbo Divino. Ella ha de ser la feliz Madre del Mesías y la bendita entre las mujeres, la superior a todas las criaturas y sólo al mismo Dios inferior. Tu hija dichosísima ha de ser la Reparadora de lo que perdió el linaje humano por la primera culpa y el monte alto donde se ha de formar y establecer la nueva ley de gracia; y si dejas ya en el mundo su Restauradora y una hija por quien le prepara Dios el remedio oportuno, parte de él con júbilo de tu alma, y bendígate el Señor desde Sión (Sal.,127, 5) y te constituya entre la parte de los Santos, para que llegues a la vista y gozo de la feliz Jerusalén.

670. Cuando los Ángeles Santos hablaron a San Joaquín estas palabras, estaba su esposa Santa Ana presente, asistiendo a la cabecera de su lecho, y las oyó y entendió por Divina disposición; y al mismo punto el Santo Patriarca Joaquín perdió el habla y, entrando en la vereda común de toda carne, comenzó a agonizar con una lucha maravillosa entre el júbilo de tan alegre nueva y el dolor de su muerte. En este conflicto con las potencias interiores hizo muchos y fervorosos actos de amor divino, de fe, de admiración, de

alabanza, de agradecimiento y humillación, y otras virtudes ejercitó heroicamente; y así absorto en el nuevo conocimiento de tan Divino Misterio, llegó al término de la vida natural con la preciosa muerte de los santos (Sal., 115, 15). Su Alma Santísima fue llevada por los Ángeles al Limbo de los Santos Padres y justos; y para nuevo consuelo y luz de la prolija noche con que vivían, ordenó el Altísimo que el alma del Santo Patriarca Joaquín fuese el nuevo paraninfo y legado de su gran Majestad, que diese parte a toda aquella congregación de justos cómo amanecía ya el día de la eterna luz y era nacida el alba María Purísima, hija de Joaquín y de Ana, de quien nacería el Sol de la Divinidad, Cristo Reparador de todo el linaje humano. Estas nuevas oyeron los Santos Padres y Justos del Limbo, y con el júbilo que recibieron, hicieron nuevos cánticos de alabanza al Altísimo.

671. Sucedió esta feliz muerte del patriarca San Joaquín medio año —como dije arriba (Cf. supra n. 668)— después que su hija María Santísima entró en el Templo, que eran tres y medio de su tierna edad, cuando quedó sin padre natural en la tierra; y de la edad del Patriarca eran sesenta y nueve años, partidos y divididos en esta forma: de cuarenta y seis años recibió a Santa Ana por esposa, a los veinte años del matrimonio tuvieron a María Santísima, y tres y medio que Su Alteza tenía, hacen los sesenta y nueve y medio, día más o menos.

672. Difunto el Santo Patriarca y padre de nuestra Reina, volvieron luego a su presencia los Santos Ángeles de su custodia, que la dieron noticia de todo lo sucedido en el tránsito de su padre; y luego la prudentísima niña solicitó con oraciones el consuelo de su madre Santa Ana, pidiendo al Señor la gobernase y asistiese como padre en la soledad que la dejaba la falta de su esposo Joaquín. Envióle también la misma Santa Ana el aviso de la muerte, y diéronsele primero a la maestra de nuestra divina Princesa, para que dándole noticia de ello la consolase. Hízolo así la maestra, y la niña sapientísima la oyó con disimulación y agrado, pero con paciencia y modestia de Reina, y que no ignoraba el suceso que la refería su maestra por nuevo. Pero como en todo era perfectísima, se fue luego al Templo repitiendo el

sacrificio de alabanza, humildad, paciencia y otras virtudes y oraciones, procediendo siempre con pasos tan acelerados como hermosos (Cant.,7, 1) en los ojos del Muy Alto. Y para el colmo de estas acciones, como de las demás, pedía a los Santos Ángeles concurriesen con ella y la ayudasen a bendecirle y alabarle.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

673. Hija mía, repite muchas veces en tu secreto el aprecio que debes hacer del beneficio de los trabajos, que la oculta providencia dispensa con justificación a los mortales. Estos son los juicios justificados en sí mismos, y más estimables que las preciosas piedras y el oro, y más dulces que el panal de miel (Sal., 18, 10-11), para quien tiene concertado el gusto de la razón. Quiero, alma, que adviertas que padecer y ser trabajada la criatura sin culpa, o no, por ellas, es beneficio de que no puede ser digna sin grande misericordia del Altísimo; y el dar a padecer por sus culpas, aunque es misericordia, tiene mucho de justicia. Conforme a esto advierte ahora la común insania de los hijos de Adán, que todos quieren y apetecen regalos, beneficios y favores de su gusto sensibles, y se desvelan y trabajan por arrojar de sí lo penoso y prevenir que no les toque el dolor de los trabajos; y siendo así que su mayor dicha fuera buscarlos con diligencia sin merecerlos, la ponen toda en desviar lo que merecen, y sin lo que no pueden ser dichosos ni bienaventurados.

674. Si el oro huye de la hornaza, el hierro de la lima, el grano del molino y del trillo, las uvas de la prensa, todos serán inútiles y no se conseguirá el fin para que fueron criados. Pues ¿cómo se dejan engañar los mortales, suponiendo que estando llenos de feos vicios y abominaciones de culpas, sin la hornaza y sin la lima de los trabajos, han de salir puros y dignos de gozar de Dios eternamente? Si cuando fueran inocentes no eran aptos ni beneméritos de conseguir el bien infinito y eterno por premio y por corona ¿cómo lo serán estando en tinieblas y en desgracia del mismo Dios? Y sobre todo esto los hijos de la perdición emplean todo su desvelo en conservarse indignos y enemigos de Dios y en arrojar de sí la cruz de los

trabajos, que son el camino para volver al mismo Dios, la luz del entendimiento, desengaño de lo aparente, alimento de los justos, medio único de la gracia, precio de la gloria y sobre todo herencia legítima de mi Hijo y mi Señor que eligió para sí y para sus electos, naciendo y viviendo siempre en trabajos y muriendo en Cruz.

675. Por aquí, hija mía, has de medir el precio del padecer, que los mundanos no alcanzan; porque son indignos de esta ciencia Divina, y como la ignoran la desprecian. Alégrate y consuélate en las tribulaciones, y cuando el Altísimo se dignare de enviarte alguna, procura tú salirle al encuentro, para recibirla como bendición suya y prenda de su amor y gloria. Dilata tu corazón con la magnanimidad y constancia, para que en la ocasión del padecer seas igual y la misma que eres en lo próspero y en los propósitos; y no cumplas con tristeza lo que prometes con alegría (2 Cor., 9, 7); porque el Señor ama a quien es el mismo en dar y en ofrecer. Sacrifica, pues, tu corazón y potencias en holocausto de paciencia y cantarás con cánticos nuevos de alegría y alabanza las justificaciones del Altísimo, cuando en el lugar de tu peregrinación te señalare y tratare como suya con la señal de su amistad, que son los trabajos y cruz de las tribulaciones.

676. Advierte, carísima, que mi Hijo Santísimo y yo deseamos tener entre las criaturas alguna alma de las que han llegado al camino de la cruz, a quien pudiésemos enseñar ordenadamente esta Divina ciencia, y desviarla de la sabiduría mundana y diabólica, en que los hijos de Adán con ciega porfía se quieren adelantar y arrojar de sí la saludable disciplina de los trabajos. Si quieres ser nuestra discípula entra en esta escuela, donde sólo se enseña la doctrina de la Cruz, y busca en ella el descanso y las delicias verdaderas. Con esta sabiduría no se compadece el amor terreno de los deleites sensibles y riquezas; no la vana ostentación y pompa que fascina los flacos ojos de los mundanos, codiciosos de la honra vana, de lo precioso y grande que lleva tras de sí la admiración de los ignorantes. Tú, hija mía, ama y elige para ti la mejor parte y ser de las ocultas y olvidadas del mundo. Madre era yo del mismo Dios Humanado y Señora por esta parte de todo lo criado

con mi Hijo Santísimo, pero fui poco conocida, y Su Majestad muy despreciado de los hombres; y si no fuera esta doctrina la más estimable y segura, no la enseñáramos con ejemplo y con palabras: *ésta es la luz que luce en las tinieblas (Jn., 1, 5)*, amada de los escogidos y aborrecida de los réprobos.

CAPITULO 17

Comienza a padecer en su niñez la Princesa del Cielo María Santísima; auséntasele Dios; sus querellas dulces y amorosas.

677. El Altísimo, que con infinita sabiduría dispensa el gobierno de los suyos en peso y medida (Sab., 11, 21), determinó ejercitar a nuestra divina Princesa con algunos trabajos proporcionados a su edad y estado de la niñez, aunque siempre grande en la gracia, que por este medio le quería acrecentar con mayor gloria. Muy llena estaba de sabiduría y gracia nuestra niña María; pero con todo eso convenía que fuese estudiante de experiencia y en ella se adelantase y aprendiese la ciencia del padecer trabajos, que con el uso llega a su última perfección y valor. En el breve curso de sus tiernos años había gozado de las delicias del Altísimo y sus regalos de los Santos Ángeles, también de sus padres, y en el Templo de los de su maestra y sacerdotes, porque en los ojos de todos era graciosa y amable; convenía ya que del bien que poseía comenzase a tener otra nueva ciencia y conocimiento que se adquiere con la ausencia y privación de él, y nuevo uso que ocasiona de las virtudes, confiriendo el estado de los regalos y caricias con el de la soledad, sequedad y tribulaciones.

678. El primero de los trabajos que padeció nuestra Princesa fue suspender el Señor las continuas visiones que la comunicaba; y fue tanto mayor este dolor, cuanto él era nuevo y desacostumbrado, y más alto y precioso el tesoro que perdía de vista. Ocultáronsele también los Santos Ángeles, y con el retiro de tantos, tan excelentes y divinos objetos que a un mismo tiempo se escondieron de su vista, aunque no se alejaron de su compañía y protección, quedó

aquella alma purísima a su parecer como desierta y sola en la noche oscura de la ausencia de su Amado que la vestía de luz.

679. Hízole novedad este suceso a nuestra Niña Reina; porque el Señor, aunque la había prevenido por mayor para recibir trabajos, no la había determinado cuáles serían. Y como el cándido corazón de la sencillísima paloma nada podía pensar ni obrar que no fuese fruto de su humildad y amor incomparable, resolvíase toda en estas dos virtudes: con la humildad atribuía a su ingratitud no haber merecido la presencia y posesión del bien perdido, y con el encendido amor le solicitaba y buscaba con tales y tan amorosos afectos y dolor, que no hay palabras para encarecerlo. Convertíase toda al Señor en aquel nuevo estado que sentía, y díjole:

680. Dios Altísimo y Señor de todo lo criado, en bondad infinito y rico en misericordias, confieso, Dueño mío, que tan vil criatura no pudo merecer vuestras favores, y mi alma con íntimo dolor se recela de su propia ingratitud y vuestro desagrado. Si ella se ha interpuesto para eclipsarme el sol que me animaba, vivificaba y alumbraba y he sido remisa en el retorno de tantos beneficios, conozca yo, Señor y Pastor mío, la culpa de mi grosero descuido. Si como ignorante y simple ovejuela no supe ser agradecida y obrar lo más acepto a vuestros ojos, postrada estoy en tierra y unida con el polvo, para que vos, mi Dios, que habitáis en las alturas, me levantéis por pobre y destituida (Sal., 112, 5-7). Vuestras manos poderosas me formaron (Job 10, 8) y no podéis ignorar nuestro figmento (Sal., 102, 14) y en qué vaso depositáis vuestros tesoros. Mi alma desfallece en su amargura (Sal., 30, 11); y en vuestra ausencia, que sois su dulce vida, nadie puede dar alimento a mi deliquio. ¿Adonde iré de vos ausente? ¿Adonde volveré los ojos sin la luz que los alumbra? ¿Quién me consolará si todo es pena? ¿Quién me preservará de la muerte sin la vida?

681. Volvíase también a los Santos Ángeles y continuando sin cesar en sus querellas amorosas, les hablaba y les decía: Príncipes Celestiales, embajadores del supremo y

gran Rey de las alturas y amigos fidelísimos de mi alma ¿por qué también me habéis dejado? ¿Por qué me priváis de vuestra dulce vista y me negáis vuestra presencia? Pero no me admiro, Señores míos, de vuestro enojo, si por desgracia mía he merecido caer en el de vuestro Criador y mío. Luceros de los cielos, alumbrad en esta mi ignorancia a mi entendimiento y si tengo culpa corregidme y alcanzad de mi Dueño me perdone. Nobilísimos cortesanos de la feliz Jerusalén, doleos de mi aflicción y desamparo; decidme dónde fue mi amado; decidme donde se ha escondido; decidme dónde le hallaré sin andar vagueando y discurriendo por los rebaños de todas las criaturas (Cant., 1, 6). Pero ¡ay de mí, que tampoco me respondéis vosotros, siendo tan corteses y que expresamente conocéis las señas de mi Esposo, porque no os arroja de la vista de su rostro y hermosura!

682. Convertíase luego al resto de las otras criaturas y con repetidas ansias de amor hablaba con ellas, y decía: Sin duda que vosotras, que también estáis armadas (Sab., 5, 18) contra los ingratos, estaréis indignadas, como agradecidas, contra quien no lo ha sido; pero si por la bondad de mi Señor y vuestro me consentís entre vosotras, aunque yo soy la más vil, no podéis satisfacer a mi deseo. Muy bellos y espaciosos sois los cielos, hermosos y refulgentes los planetas y todas las estrellas, grandes e invencibles los elementos, adornada la tierra y vestida de plantas olorosas y de yerbas, innumerables los peces de las aguas, admirables las elevaciones del mar (Sal., 92, 4), ligeras las aves veloces, los minerales ocultos, fuertes los animales y todo junto es una continuada escala y una dulce armonía para llegar a la noticia de mi Amado; pero son largos rodeos para quien ama; y cuando por todos camine con presteza, al fin me quedo y hallo ausente de mi bien; y con la cierta relación que me dais las criaturas de su hermosura sin medida, no se quieta mi vuelo, no se templa el dolor, no se modera mi pena, crece mi congoja, aumentase el deseo, inflamase el corazón y en el no saciado amor la vida terrena desfallece. ¡Oh dulce muerte sin mi vida! ¡Oh penosa vida sin mi alma y sin mi Amado! ¿Qué haré? ¿Adonde volveré? ¿Dónde vivo? Pero ¿dónde muero? Pues me faltó la vida ¿qué virtud es la que sin ella

me sustenta? ¡Oh vosotras todas las criaturas que con vuestra repetida conservación y perfecciones me dais tantas señas de mi Dueño, atended si hay dolor semejante al mío! (Lam., 1, 12)

683. Otras muchas razones formaba en su pecho y repetía en su lengua nuestra divina Señora, que no pueden caer en otro pensamiento criado; porque sola su prudencia y amor alcanzaron el peso y sentimiento del ausentarse Dios de una alma, habiéndole gustado y conocido como la de Su Alteza. Pero si los mismos Ángeles, como con una emulación amorosa y santa, se admiraban de ver en una pura criatura y tierna niña tanta variedad de acciones prudentísimas de humildad, de fe, de amor, afectos y vuelos del corazón, ¿quién podrá explicar el agrado y beneplácito del mismo Señor en el alma de su electa y sus movimientos, que cada uno hería el corazón de Su Majestad, y procedía de mayor gracia y amor que cuanto había puesto en los mismos Serafines? Y si todos ellos a la vista de la Divinidad no sabían ejercer ni imitar las acciones de María Santísima ni guardar las leyes del amor con tanta perfección como ella, estando ausente y escondido el mismo Dios, ¿qué complacencia sería la que con tal objeto recibía toda la Beatísima Trinidad? Oculto misterio es éste para nuestra bajeza; pero debemos reverenciarle con admiración y admirarle con toda reverencia.

684. No hallaba nuestra candidísima paloma donde su corazón pudiera sosegar, ni descansar el pie (Gén., 8, 9) de sus afectos, que con repetidos vuelos y gemidos discurrían sobre todas las criaturas. Iba muchas veces al Señor con lágrimas y suspiros amorosos, volvía y solicitaba a los Ángeles de su guarda y despertaba a todas las criaturas, como si fueran todas capaces de razón; subía a aquella habitación altísima con su ilustrado entendimiento y ardentísimo afecto, donde el sumo bien se le hacía encontradizo y gozaba recíprocamente sus inefables delicias. Pero el supremo Señor y enamorado Esposo, que se dejaba poseer y no gozar de su querida, enardecía más y más aquel purísimo corazón con poseerle, acrecentando sus méritos y poseyéndole de nuevo por nuevos y ocultos dones, para que más poseído más le amase y más amado y

poseído le buscase con nuevas invenciones y ansias de amor inflamado. Búsquele —decía la divina Princesa— y no le hallé; levantaréme de nuevo y, discurriendo más por las calles y plazas de la ciudad de Dios, renovaré mis cuidados (Cant., 3, 1-2). Pero ¡ay de mí, que mis manos destilaron mirra (Cant., 5, 5), no bastan mis diligencias, no son poderosas mis obras más de para acrecentar mi dolor! Busqué al que ama mi corazón, búsquele y no le hallé. Ya mi querido se ausentó; llámele y no me respondió; volví los ojos a buscarle, pero las guardas de la ciudad y centinelas y todas las criaturas me fueron enojosas y me ofendieron con su vista. Hijas de Jerusalén, almas santas y justas, yo os ruego, yo os suplico, si encontráredeis a mi querido, le digáis que desfallezco y muero de su amor (Cant., 3, 1-5).

685. En estas endechas dulces y amorosas se ocupó continuamente nuestra Reina algunos días, derramando fragantísimos olores de suavidad aquel humilde nardo, en sus recelos despreciado del Señor, que descansaba en el retrete de su fidelísimo corazón. Y la Divina Providencia, para mayor gloria suya y superabundantes merecimientos de su Esposa, alargó este plazo de suerte que se continuó algún tiempo, aunque no fue muy largo; pero en él padeció la divina Señora más tormentos espirituales y trabajos que todos los Santos juntos; porque llegando a sospechar y recelarse si había perdido a Dios y caído en su desgracia por culpa suya, nadie puede encarecer ni conocer, fuera del mismo Señor, cuánto y cuál sería el dolor de aquel ardiente corazón que tanto supo amar; y para ponderarlo tenía el mismo Dios, y para sentirlo lo dejaba Su Majestad en los recelos y temores de haberlo perdido.

Doctrina que me dio mi Señora y Reina.

686. Hija mía, todos los bienes se estiman según el aprecio que de ellos hacen las criaturas, y en tanto los aprecian, en cuanto conocen ser bienes; pero como sólo es uno el verdadero bien, y los demás fingidos y aparentes, sólo este sumo bien debe ser apreciado y conocido; y entonces llegarás a darle la estimación y amor cuando le gustares y conocieres y apreciares sobre todo lo criado. Por este aprecio y amor se regula el dolor de perderle; y así

entenderás algo de los afectos que yo sentí cuando se me ausentaba el bien eterno, dejándome temerosa si acaso por culpas le perdía. Y es sin duda que muchas veces el dolor de estos recelos y la fuerza del amor me privaran de la vida, si el mismo Señor no la conservara.

687. Pondera, pues, ahora, cuál debe ser el dolor de perder a Dios verdaderamente por pecados, si en una alma que no siente los malos efectos de la culpa puede causar tanto dolor la ausencia del verdadero bien; siendo así que no le pierde, antes le posee, aunque disimulado y oculto a su propio dictamen. Esta sabiduría no llega a la mente de los hombres carnales, antes con estultísima ceguedad aprecian el aparente: y fingido bien y se atormentan y desconsuelan de que les falte. Pero del sumo y verdadero bien no hacen concepto ni estimación, porque nunca le gustaron ni conocieron. Y aunque esta ignorancia formidable contraída por el primer pecado la desterró mi Hijo Santísimo, mereciéndoles la Fe y la Caridad, para que pudiesen conocer y gustar en algún modo el bien que nunca habían experimentado, pero ¡ay dolor! que la caridad se pierde y por cualquier deleite se pospone y la fe quedando ociosa y muerta no aprovecha; y así viven los hijos de las tinieblas, como si de la eternidad sólo tuviesen una fingida o dudosa relación.

688. Teme, alma, este peligro nunca bastantemente ponderado; desvélate y vive siempre advertida y prevenida contra los enemigos que jamás duermen. Tu meditación de día y de noche sea cómo trabajarás para no perder el sumo bien que amas. No te conviene dormir ni dormitar entre invisibles enemigos, y si tal vez se te escondiere tu amado, espera con paciencia y búscale con solicitud sin descansar, que no sabes sus ocultos juicios; y para el tiempo de la ausencia y tentación lleva prevenido el aceite (Mt., 25, 4) de la Caridad y sana intención, para que no te falte y seas reprobada con las vírgenes estultas y necias.

CAPITULO 18

Continúanse otros trabajos de nuestra Reina y algunos

que permitió el Señor por medio de criaturas y de la antigua serpiente.

689. Perseveraba siempre el Altísimo escondido y oculto con la Princesa del Cielo; y a este trabajo, que era el mayor, añadió Su Majestad otros con que se acrecentase el mérito, la gracia y la corona, inflamándose más el castísimo amor de la divina Señora. El Dragón grande y antigua serpiente Lucifer estaba atento a las obras heroicas de María Santísima; y si bien de las interiores no podía ser testigo de vista, porque se las ocultaron, pero estaba en asechanza de las exteriores, que eran tan altas y perfectas cuanto bastaba para atormentar la soberbia e indignación de este envidioso enemigo; porque le ofendía sobre toda ponderación la pureza y santidad de la niña María.

690. Movido con este furor juntó un conciliábulo en el infierno, para consultar sobre este negocio a los superiores príncipes de las tinieblas, y congregados les propuso este razonamiento: El gran triunfo que hoy tenemos en el mundo con la posesión de tantas almas como rendimos a nuestra voluntad, me recelo y temo se ha de ver deshecho y humillado por medio de una mujer; y no podemos ignorar este peligro, pues le conocimos en nuestra creación y después se nos notificó la sentencia que la mujer nos quebrantaría la cabeza (Gén., 3, 15)*;* por lo cual nos conviene estar en vela y no tener descuido. Noticia tenéis ya de una niña que nació de Ana y va creciendo en edad y juntamente señalándose en virtudes; yo he puesto mi atención en todas sus acciones, movimientos y obras y no he reconocido, al tiempo común de entrar en el discurso y llegar a sentir sus pasiones naturales, que en ella se descubran los efectos de nuestra semilla y malicia como en los demás hijos de Adán se manifiestan. Véola siempre compuesta y perfectísima, sin poderla inclinar ni reducir a las parvuleces pecaminosas y humanas o naturales de otros niños, y por estos indicios me recelo si ésta es la escogida para Madre del que se ha de hacer hombre.

691. Pero no me puedo persuadir a esto; porque nació como los demás y sujeta a las leyes comunes de la

naturaleza, y sus padres hicieron oración y ofrendas para que a ellos y a ella les fuera perdonada la culpa, siendo llevada al templo como las demás mujeres. Con todo eso, aunque no sea ella la escogida contra nosotros, tiene grandes principios en su niñez y prometen para adelante señalada virtud y santidad, y no puedo tolerar su modo de proceder con tanta prudencia y discreción. Su sabiduría me abrasa, su modestia me irrita, su paciencia me indigna y su humildad me destruye y oprime y toda ella me provoca a insufrible furor y la aborrezco más que a todos los hijos de Adán. Tiene no sé qué virtud especial, que muchas veces quiero llegar a ella y no puedo, y si le arrojo sugestiones no las admite, y todas mis diligencias con ella hasta ahora se han desvanecido sin tener efecto. Aquí nos importa a todos el remedio y poner mayor cuidado para que nuestro principado no se arruine. Yo deseo más la destrucción de esta alma sola que de todo el mundo. Decidme, pues, ahora, qué medios, qué arbitrios tomaremos para vencerla y acabar con ella; que yo ofrezco los premios de mi liberalidad a quien lo hiciere.

692. Ventilóse el caso en aquella confusa sinagoga, sólo para nuestro daño concertada, y entre otros pareceres dijo uno de aquellos horribles consiliarios: Príncipe y señor nuestro, no te atormentes con tan pequeño cuidado, que una mujercilla flaca no será tan invencible y poderosa como lo somos todos los que te seguimos. Tú engañaste a Eva (Gén., 3, 4), derribándola del feliz estado que tenía, y por ella venciste a su cabeza Adán; pues ¿cómo no vencerás a esa Mujer su descendiente, que nació después de su primera caída? Prométete desde luego esta victoria; y para conseguírla determinemos, aunque resista muchas veces, perseverar en tentarla; y si necesario fuere que deroguemos en alguna cosa nuestra grandeza y presunción, no reparemos en ello a trueco de engañarla; y si no bastare, procuraremos destruir su honra, y quitarémosle la vida.

693. Otros demonios añadieron a esto, y dijeron a Lucifer: Experiencia tenemos, ¡oh poderoso príncipe!, que para derribar muchas almas es medio poderoso valemos de otras criaturas como eficaz medio para obrar lo que por

nosotros mismos no alcanzamos, y por este camino trazaremos y fabricaremos la ruina de esta mujer, observando para esto el tiempo y coyunturas más oportunas que nos ofreciere con su proceder. Y sobre todo importa que apliquemos nuestra sagacidad y astucia para que una vez pierda la gracia con algún pecado y, en faltándole este apoyo y protección de los justos, la perseguiremos y comprenderemos como a quien está sola y sin haber en ella quien la pueda librar de nuestras manos, y trabajaremos hasta reducirla a la desconfianza del remedio.

694. Agradeció Lucifer estos arbitrios y esfuerzo que le dieron sus secuaces cooperadores de la maldad, y recíprocamente les mandó y exhortó le acompañasen los más astutos en la malicia, constituyéndose de nuevo por caudillo de tan ardua empresa; porque no la quiso fiar de otras manos que las suyas. Y aunque le asistían otros demonios, pero el mismo Lucifer en persona se halló siempre el primero en tentar a María y a su Hijo Santísimo en el desierto, y en el discurso de sus vidas, como en ésta veremos adelante.

695. Por todo este tiempo nuestra divina Princesa continuaba las congojas y dolor de la ausencia de su Amado, cuando aquella infernal cuadrilla embistió de tropel para tentarla. Pero la virtud Divina que la hacía sombra impidió los conatos de Lucifer para que no pudiese acercarse mucho a ella, ni ejecutar todo lo que intentaba; pero con permiso del Altísimo le arrojaban en sus potencias muchas sugestiones y pensamientos varios de suma iniquidad y malicia; porque no extrañó el Señor que la Madre de la Gracia fuese también tentada en todo, pero sin pecado (Heb., 4, 15), como lo había de ser después su Hijo Santísimo.

696. En este nuevo conflicto no se puede fácilmente concebir cuánto padeció el purísimo y candidísimo corazón de María, viéndose rodeada de sugestiones tan extrañas y distantes de su inefable pureza y de la alteza de sus divinos pensamientos. Y como la antigua serpiente la reconocía a la gran Señora afligida y llorosa, pretendió con esto cobrar mayor esfuerzo, cegándole su misma soberbia, porque

ignoraba el secreto del cielo. Pero animando a sus infernales ministros, les dijo: Persigámosla ahora, persigámosla, que ya parece logramos nuestros intentos y siente la tristeza, camino de la desconfianza.—Y con este engaño le enviaron nuevos pensamientos de desmayo y desconfianza y con terribles imaginaciones la combatieron, aunque en vano, porque herida la piedra de la generosa virtud, con mayor fuerza despide más centellas y fuego de divino amor. Estuvo nuestra invencible Reina tan superior e inmóvil a la batería del infierno, que en su interior ni se alteró, ni dio por entendida a tantas sugestiones, más de para reconcentrarse en sus incomparables virtudes y levantar más la llama del divino incendio de amor que en su pecho ardía.

697. Como ignoraba el Dragón la oculta sabiduría y prudencia de nuestra Soberana Princesa, aunque la reconocía fuerte y sin turbarle las potencias, y sentía la resistencia de la virtud Divina, con todo eso perseveraba en su antigua soberbia, acometiendo a la Ciudad de Dios por diversos modos y baterías. Pero, aunque el astuto enemigo con un mismo afecto mudaba los ingenios, venían a ser sus máquinas como las de una débil hormiga contra un muro diamantino. Era nuestra Princesa la mujer fuerte, de quien se puede fiar el corazón de su varón (Prov., 31, 11) sin recelos de hallar frustrados sus deseos. Era su adorno la fortaleza que la llenaba de hermosura; y su vestido que le servía de gala, eran la Pureza y Caridad. No podía sufrir la inmunda y altiva serpiente este objeto, cuya vista le deslumbraba y turbaba con nueva confusión; y así trató de quitarla la vida, forcejando mucho en esto todo aquel escuadrón de espíritus malignos; y en este conato gastaron algún tiempo, sin más efecto que en los demás.

698. Grande admiración me ha hecho el conocimiento de este sacramento tan oculto, considerando a lo que se extendió el furor de Lucifer contra María Santísima en sus primeros años, y por otra parte la oculta y vigilante protección del Altísimo para defenderla. Veo al Señor cuán atento estaba a su Esposa electa y única entre las criaturas; y miro juntamente a todo el infierno convertido en furor contra ella, y estrenando la suma indignación que hasta

entonces no había ejecutado con otra criatura, y la facilidad en que el poder Divino desvanecía todo el poder y astucia infernal. ¡Oh más que infeliz y mísero Lucifer, cuánto es mayor tu soberbia y arrogancia que tu fortaleza! (Is., 16, 6) Muy débil y enano eres para tan loca presunción; desconfía ya de ti y no te prometas tantos triunfos, pues una tierna niña quebrantó tu cabeza, y en todo y por todo te dejó vencido. Confiesa que vales y sabes poco, pues ignoraste el mayor sacramento del Rey, y que te humilló su poder con el instrumento que tú despreciabas, de una mujer flaca y niña en la condición de su naturaleza. ¡Oh cómo sería grande tu ignorancia, si los mortales se valiesen de la protección del Altísimo, y del ejemplar e imitación e intercesión de esta victoriosa y triunfadora Señora de los Ángeles y los hombres!

699. Entre estas alternadas tentaciones y combates era incesante la oración fervorosa de María Santísima, y decía al Señor: Ahora, Dios mío Altísimo, que estoy en la tribulación, estaréis conmigo (Sal., 90, 15); ahora que de todo mi corazón os llamo y busco vuestras justificaciones (Sal., 118, 145), llegarán mis peticiones a vuestros oídos; ahora que padezco tan gran violencia, responderéis por mí (Is., 38, 14); vos, Señor y Padre mío, sois mi fortaleza y mi refugio (Sal., 30, 4), y por vuestro santo nombre me sacaréis del peligro, me encaminaréis para el seguro camino y me alimentaréis como hija vuestra.—Repetía también muchos misterios de la Sagrada Escritura, y en especial los Salmos que hablan contra los enemigos invisibles; y con estas invencibles armas, sin perder un átomo de la paz, igualdad y conformidad interior, antes confirmándose más en ella, elevado su purísimo espíritu en las alturas, peleaba, resistía y vencía a Lucifer con incomparable agrado del Señor y merecimientos.

700. Vencidas ya estas ocultas tentaciones y peleas, comenzó otro nuevo duelo la serpiente por medio e intervención de las criaturas, y para esto arrojó ocultamente algunas centellas de envidia y emulación contra María Santísima en el pecho de las doncellas compañeras suyas, que asistían en el Templo. Este contagio tenía el remedio tanto más dificultoso, cuanto se

ocasionaba de la puntualidad con que nuestra divina Princesa acudía al ejercicio de todas las virtudes, creciendo en sabiduría y gracia para con Dios y con los hombres; que donde pica la ambición de la honra, las mismas luces de la virtud encandilan el juicio y le deslumbran, y aun encienden la llama de la envidia. Administrábales el Dragón a las simples doncellas muchas sugestiones interiores, persuadiéndolas que a vista del sol de María Santísima quedaban ellas oscurecidas y poco estimadas y que sus propias negligencias eran más conocidas de la maestra y de los sacerdotes y que sola María sería la preferida en estado y estimación de todos.

701. Admitieron esta mala semilla en su pecho las compañeras de nuestra Reina y, como poco advertidas y ejercitadas en las batallas espirituales, la dejaron crecer hasta que llegó a redundar en interior aborrecimiento con la Purísima María. Este odio pasó a indignación, con que la miraban y trataban no pudiendo sufrir la modestia de la cándida paloma; porque el Dragón las incitaba, revistiendo a las incautas doncellas del mismo furor que él había concebido contra la Madre de las virtudes. Perseverando más la tentación se fue también manifestando en los efectos y llegaron las doncellas a conferirla entre sí mismas, ignorando de qué espíritu eran; y concertaron molestar y perseguir a la Princesa del mundo, no conocida, hasta despedirla del Templo; y llamándola aparte, la dijeron palabras muy pesadas, tratándola con modo muy imperioso de gestera, hipócrita y que sólo trataba de granjear con artificio la gracia de la Maestra y sacerdotes y desacreditar a las demás compañeras, murmurando de ellas y encareciendo sus faltas, siendo ella la más inútil de todas, y que por esto la aborrecían como al enemigo.

702. Estas contumelias y otras muchas oyó la prudentísima Virgen sin recibir turbación alguna, y con igual humildad respondió: Amigas y señoras mías, razón tenéis por cierto que yo soy la menor y más imperfecta de todas; pero vosotras, mis hermanas, como más advertidas habéis de perdonar mis faltas y enseñar mi ignorancia, encaminándome para que acierte en hacer lo mejor y en

daros gusto. Yo os suplico, amigas, que aunque soy tan inútil, no me neguéis vuestra gracia, no creáis de mí que deseo desmerecerla, porque os amo y reverencio como sierva y lo seré en todo lo que gustareis; haced experiencia de mi buena voluntad; mandadme, pues, y decidme lo que de mí queréis.

703. No ablandaron estas humildes y suaves razones de la modestísima María el pecho endurecido de sus amigas y compañeras, poseídas de la saña furiosa que el Dragón tenía contra ella; antes irritándose él más, las incitaba e irritaba también a ellas, para que con la dulce triaca se entumeciesen más la mordedura y veneno serpentino derramado contra la mujer que había sido señal grande en el cielo (Ap., 12, 15). Fuese continuando muchos días esta persecución, sin que fuesen poderosas la humildad, paciencia, modestia y tolerancia de la divina Señora para templar el odio de sus compañeras; antes se avanzó el demonio a proponerles muchas sugestiones llenas de temeridad, para que pusiesen las manos en la humildísima cordera y la maltratasen, y aun le quitasen la vida. Pero el Señor no permitió que tan sacrílegos pensamientos se ejecutasen, y a lo que más se extendieron fue a injuriarla de palabra y darle algunos empellones. Pasaba esta batalla en secreto, sin haber llegado a noticia de la Maestra ni de los sacerdotes; y en este tiempo la Santísima María granjeaba incomparables merecimientos y dones del Altísimo con la materia que se le ofrecía de ejercitar todas las virtudes con Su Majestad y con las criaturas que la perseguían y aborrecían. Con ellas hizo heroicos actos de Caridad y humildad, dando bien por mal, bendiciones por maldiciones, obsecraciones por blasfemias (1 Cor., 4, 12-13) y cumpliendo en todo con lo perfecto y más alto de la Divina Ley. Con el Altísimo ejercitó las más excelentes virtudes, rogando por las criaturas que la perseguían, humillándose con admiración de los Ángeles, como si fuera la más vil de los mortales y merecedora de lo que con ella hacían; y todas estas obras excedían al juicio de los hombres y al más alto merecimiento de los Serafines.

704. Sucedió un día que, atropelladas aquellas mujeres de la tentación diabólica, llevaron a la princesa María a un

aposento retirado y, pareciéndoles estaban más a su salvo, la llenaron de injurias y contumelias desmedidas para irritar su mansedumbre y desquiciar su inmóvil modestia con algún desairado ademán. Pero como la Reina de las virtudes no podía ser esclava de algún vicio ni por sólo un instante, mostróse más invencible su paciencia cuando fue más necesaria, y las respondió con mayor agrado y dulzura. Ofendidas ellas de no conseguir su desordenado intento, alzaron la voz destempladamente, de manera que siendo oídas en el Templo, fuera de lo que se acostumbraba, causaron grande novedad y confusión. Acudieron al ruido los sacerdotes y Maestra y, dando lugar el Señor a esta nueva aflicción de su Esposa, preguntaron con severidad la causa de aquella inquietud. Y callando la mansísima paloma, respondieron las otras doncellas con mucha indignación, y dijeron: María de Nazaret nos trae a todas inquietas y alteradas con su terrible condición, y fuera de vuestra presencia nos desconsuela y provoca, de suerte que si no sale del Templo no será posible tener todas paz con ella. Si la sufrimos, es altiva, y si la reprendemos se burla de todas, postrándose a los pies con fingida humildad, y después lo murmura y lo inquieta todo entre nosotras.

705. Los sacerdotes y Maestra llevaron a otro aposento a la Señora del mundo y allí la reprendieron con la severidad consiguiente al crédito que dieron por entonces a sus compañeras; y habiéndola exhortado que se enmendase y procediese como quien vivía en la casa de Dios, la amenazaron que si no lo hacía la despedirían y echarían del templo. Y esta amenaza fue el mayor castigo que pudieron darle, aunque hubiera tenido alguna culpa, siendo ignorante en todas las que le imputaban. Quien tuviere del Señor inteligencia y luz para conocer alguna parte de la profundísima humildad de María Santísima, entenderá algo de los efectos que en su candidísimo corazón obraban estos misterios; porque se juzgaba por la más vil de los nacidos y la más indigna de vivir entre ellos y pisar la tierra. Enternecióse un poco la Prudentísima Virgen con esta conminación y con lágrimas respondió a los Sacerdotes, y les dijo: Señores, yo agradezco el favor que me hacéis con reprenderme y enseñarme como a tan imperfecta y vil mujer; pero suplicóos me perdonéis, pues sois Ministros del

Altísimo, y disimulando mis defectos me gobernéis en todo para que yo acierte mejor que hasta ahora a dar gusto a Su Majestad y a mis hermanas y compañeras; que con la gracia del Señor lo propongo de nuevo y comenzaré desde hoy.

706. Añadió nuestra Reina otras razones llenas de dulcísima candidez y modestia; con que la dejaron la Maestra y Sacerdotes, advirtiéndola de nuevo de la misma doctrina de que ella era sapientísima Maestra. Fuese luego a las demás compañeras y doncellas y postrándose a sus pies les pidió perdón, como si los defectos que la imputaban pudieran caer en la que era Madre de la inocencia. Admitiéronla ellas mejor por entonces, juzgando que sus lágrimas eran efecto del castigo y reprensión de los Sacerdotes y Maestra, a quienes habían reducido a su intento mal gobernado. El Dragón, que ocultamente iba urdiendo esta tela, levantó a mayor altivez y presunción los incautos corazones de todas aquellas mujeres y, como habían hecho camino en el de los mismos Sacerdotes, prosiguieron con mayor audacia en desacreditar y descomponer con ellos a la Purísima Virgen. Para esto fabricaron nuevas fabulaciones y mentiras con instinto del mismo Demonio; pero nunca dio lugar el Altísimo que se dijese ni presumiese cosa muy grave ni indecente de la que tenía escogida para Madre Santísima de su Unigénito. Y sólo permitió que la indignación y engaño de las doncellas del templo llegase a encarecer mucho algunas pequeñas aunque fingidas faltas que la imputaban, y que por mayor hiciesen muchas hazañerías mujeriles; cuanto bastaba para que ellas declarasen su inquietud y con ella y con las reprensiones de la Maestra y Sacerdotes tuviese nuestra humildísima Señora María ocasión de ejercitar las virtudes y acrecentar los dones del Altísimo y el colmo de merecimientos.

707. Todo lo hacía nuestra Reina con plenitud de agrado en los ojos del Señor, que se recreaba con el olor suavísimo de aquel humilde nardo (Cant., 1, 11), maltratado y despreciado de las criaturas que no le conocían. Repetía sus clamores y gemidos por la ausencia continuada de su amado, y en una de estas ocasiones le dijo: Sumo bien y

Señor mío de misericordias infinitas, si vos que sois mi Dueño y mi Hacedor me habéis desamparado, no es mucho que todo el resto de las criaturas me aborrezcan y se conviertan contra mí. Todo lo merece mi ingratitud a vuestros beneficios; pero siempre os reconozco y os confieso por mi refugio y mi tesoro; Vos sólo sois mi bien, mi amado y descanso, y si lo sois y os tengo ausente ¿cómo sosegará mi afligido corazón? Las criaturas hacen conmigo lo que deben, pero aun no llegan a tratarme como merezco, porque Vos, Señor y Padre mío, en afligir sois parco y en premiar liberalísimo. Descontad, Señor, mis negligencias con el dolor de haberos ocultado a mi interior y pagad con larga mano el bien que Vuestras criaturas me granjean, obligándome a conocer más Vuestra bondad y mi vileza; levantad, Señor, a la menesterosa del polvo de la tierra (1 Sam., 2, 8) y renovad a la que es pobre y vilísima entre las criaturas, y vea yo Vuestro Divino Rostro y seré salva (Sal., 79, 4).

708. No será posible ni necesario referir todo lo que sucedió a nuestra gran Princesa en esta prueba de sus virtudes; pero, dejándola por ahora en ella, será vivo ejemplar para llevar con dilatación cualquiera trabajo los que necesitamos de las penas y de duros golpes para satisfacer nuestros pecados y domar nuestra cerviz al yugo de la mortificación. No cometió culpa ni se halló dolo en nuestra inocentísima paloma, y padeció con humilde silencio y tolerancia ser de balde aborrecida y perseguida; pues hallémonos en su presencia confundidos los que una leve injuria —que todas son muy leves para quien tiene a Dios por enemigo— reputamos por irreparable ofensa hasta vengarla. Poderoso era el Altísimo para desviar de su escogida y Madre cualquiera persecución y contrariedad, pero, si en esto usara de su poder, no le manifestara en conservarla perseguida, ni le diera prendas tan seguras de su amor, ni ella consiguiera el dulce fruto de amar a los enemigos y perseguidores. Indignos nos hacemos de tanto bien cuando en los agravios levantamos el grito contra las criaturas y el corazón soberbio contra el mismo Dios que en todo las gobierna, y no se quieren sujetar a su Hacedor y Justificador que sabe de lo que necesitan para su salud.

Doctrina de la Reina del Cielo María Santísima.

709. Pues adviertes, hija mía, en el ejemplar de estos sucesos, quiero que él te sirva de doctrina y enseñanza para que con aprecio la escondas en tu pecho, dilatándole para recibir con alegría las persecuciones y calumnias de las criaturas, si fueres participante de este beneficio. Los hijos de perdición que sirviendo a la vanidad ignoran el tesoro de padecer injurias y perdonarlas, hacen honra de la venganza, que aun en los términos de la ley natural es la mayor vileza y fealdad de todos los vicios; porque se opone más a la razón natural y nace de corazón no humano sino brutal o ferino y, por el contrario, el que perdona las injurias y las olvida —aunque no tenga Fe Divina ni luz del Evangelio— por esta magnanimidad se hace superior, como rey de la misma naturaleza; porque tiene de ella lo más noble y excelente y no paga el vilísimo tributo de hacerse fiera irracional con la venganza.

710. Y si tanto se opone el vicio de la venganza con la misma naturaleza, considera, carísima, qué oposición tendrá con la gracia y cuán odioso y aborrecible será el vengativo en los ojos de mi Hijo Santísimo, que se hizo hombre, murió y padeció sólo por perdonar y para que el linaje humano alcanzase perdón de las injurias cometidas contra el mismo Señor. Contra esta intención y obras suyas y contra su misma naturaleza y bondad infinita se opone la venganza; y cuanto en ella es, el vengativo destruye todo punto al mismo Dios y sus obras; y así merece singularmente por este pecado que le destruya Dios con todo su poder. Entre el que perdona y sufre las injurias y entre el vengativo, hay la misma diferencia que entre el hijo único y heredero y el enemigo mortal: éste provoca toda la fuerza de la indignación de Dios y el otro merece todos los bienes y los adquiere; porque en esta gracia es imagen perfectísima del Padre Celestial.

711. Quiero, alma, entiendas que padecer las injurias con igualdad de corazón y perdonarlas enteramente por el Señor, será más grato a sus ojos que si por tu voluntad hicieres rígidas penitencias y derramares tu propia sangre. Humíllate a los que te persiguen, ámalos y ruega por ellos

con verdadero corazón; y con esto rendirás a tu amor el corazón de Dios, subirás a lo perfecto de la santidad y vencerás a todo el infierno. Aquel gran Dragón que a todos persigue, le confundía yo con la humildad y mansedumbre y no podía su furor tolerar estas virtudes y más veloz que un rayo huía por ellas de mi presencia; y así alcancé con ellas grandes victorias para mi alma y gloriosos triunfos para la exaltación de divinidad. Cuando alguna criatura se movía contra mí, no concebía indignación contra ella, porque de verdad conocía era instrumento del Altísimo, gobernado por su Providencia para mi bien propio; y este conocimiento y considerarla hechura de mi Señor y capaz de su gracia, me atraían para que la amase con verdad y fuerza, y no sosegaba hasta remunerarle este beneficio con alcanzarle, en cuanto me era posible, la salvación eterna.

712. Procura, pues, y trabaja por imitar lo que has entendido y escrito, y muéstrate mansísima, pacífica y agradable a los que te fueren molestos; estímalos con verdad en tu corazón; y no tomes venganza del mismo Señor por tomarla de sus instrumentos, ni desprecies la estimable margarita de las injurias; y cuanto es de tu parte dales siempre bien por mal (Rom., 12, 14), beneficios por agravios, amor por aborrecimientos, alabanzas por vituperios, bendición por maldición; y serás hija perfecta de tu Padre (Mt., 5, 45) y esposa amada de tu Dueño, mi amiga y mi carísima.

CAPITULO 19

El Altísimo dio luz a los Sacerdotes de la inocencia inculpable de María Santísima, y a ella de que estaba cerca el tránsito dichoso de su madre Santa Ana; y hallóse en él.

713. No dormía el Altísimo ni dormitaba (Sal., 120, 4) entre les clamores dulces de su dilecta esposa María, si bien disimulaba oírlos, recreándose con ellos en el prolongado ejercicio de sus penas, que le ocasionaban tan gloriosos triunfos y admiración y alabanza de los espíritus soberanos. Perseveraba siempre el fuego lento de aquella persecución

ya dicha para que la divina fénix María se renovase muchas veces en las cenizas de su humildad y renaciese su purísimo corazón y espíritu en nuevo ser y estado de la Divina gracia. Pero cuando ya era tiempo oportuno de poner término a la ciega envidia y emulación de aquellas engañadas doncellas, para que sus parvuleces no pasasen a descrédito de la que había de ser honra de toda la naturaleza y gracia, habló en sueños al Sacerdote y le dijo el mismo Señor: Mi Sierva María es agradable a mis ojos, es perfecta y escogida y está sin culpa en lo que se le atribuye.—La misma inteligencia y revelación tuvo Ana, la maestra de las doncellas. Y a la mañana el Sacerdote y ella confirieron la Divina luz y aviso que entrambos habían recibido; y con este conocimiento del cielo se compungieron del engaño padecido y llamaron a la princesa María pidiéndola perdón de haber dado crédito a la falsa relación de las doncellas y la propusieron todo lo que les pareció conveniente para retirarla y defenderla de la persecución que la hacían y las penas que la ocasionaban.

714. Oyó esta propuesta la que era Madre y origen de la humildad y respondió al Sacerdote y Maestra: Señores, yo soy a quien se deben las reprensiones, y os suplico no desmerezca oírlas, pues como necesitada las pido y estimo. La compañía de mis hermanas las doncelias para mí es muy amable y no quiero perderla por mis deméritos, pues tanto debo a todas por lo que me han sufrido y en retorno de este beneficio las deseo más servir; pero si me mandáis otra cosa, aquí estoy para obedecer a Vuestra voluntad.—Esta respuesta de María Santísima confortó y consoló más al Sacerdote y Maestra y aprobaron su humilde petición; pero de allí adelante atendieron más a ella mirándola con nueva reverencia y afecto. Pidió la Virgen humildísima al Sacerdote la mano y bendición, y también a la Maestra, como lo tenía de costumbre, y con esto la dejaron. Pero como al sediento se le van los sentidos y el apetito tras del agua cristalina que se aleja, así quedó el corazón de María Señora nuestra entre anhelado y dolorido por aquel ejercicio de padecer, que como sedienta y abrasada en el amor divino juzgaba que, con la diligencia que el Sacerdote y Maestra querían hacer, le faltaría para adelante el tesoro de los trabajos.

715. Retiróse luego nuestra Reina y a solas hablando con el Altísimo le dijo: ¿Por qué, Señor y amado Dueño mío, tanto rigor conmigo? ¿Por qué tan larga ausencia y tanto olvido de quien sin Vos no vive? Y si en mi prolija soledad sin vuestra vista dulce y amorosa me consolaban las prendas ciertas de vuestro amor, cuales eran los pequeños trabajos que padecía por él, ¿cómo viviré ahora en mi deliquio sin este alivio? ¿Por qué, Señor, tan presto alzáis la mano de este favor? ¿Quién fuera de vos pudiera trocar el corazón de mis señores los Sacerdotes y Maestra? Pero no merecía yo el beneficio de sus caritativas reprensiones, no soy digna de padecer trabajos, porque no lo soy tampoco de vuestra deseada vista y regalada presencia. Si no he sabido obligaros, Padre y Señor mío, yo enmendaré mis negligencias y si me dais algún alivio a mi flaqueza, ninguno puede serlo faltándole a mi alma la alegría de vuestra cara; pero en todo espero, Esposo mío, con rendido afecto que se cumpla vuestro Divino beneplácito.

716. Con este desengaño de los Sacerdotes y Maestra del Templo se atajó la molestia que las doncellas daban a nuestra soberana Princesa, y a ellas también moderó el Señor, impidiendo juntamente al demonio que las irritaba. Pero la ausencia con que estaba escondido de la divina Esposa duró por diez años; cosa admirable; si bien la interrumpía el Altísimo algunas veces corriendo la cortina de su rostro, para que su querida tuviese algún alivio; mas no fueron muchas las que dispensó en este tiempo, y éstas con menos regalo y caricia que en los primeros años de la niñez. Fue conveniente esta ausencia del Señor, para que por el ejercicio de todas las virtudes se dispusiese nuestra Reina con la perfección ejecutada para la dignidad que el Altísimo la prevenía; y si gozara siempre de la vista de Su Majestad por los modos que sucesivamente la tenía en lo demás del tiempo, y arriba declaramos (Cf. supra n. 615-645), no pudiera padecer por el orden común de pura criatura.

717. Pero en este género de retiro y ausencia del Señor, aunque a María Santísima le faltaban las visiones intuitivas

y de la Divina esencia y las de los Ángeles que se dijo arriba, tenían su alma santísima y sus potencias más dones de gracias y luz sobrenatural que alcanzaron ni recibieron todos los Santos, porque en esto nunca la mano del Altísimo estuvo abreviada con ella; mas, en comparación de las visiones frecuentes de los primeros años, llamo ausencia y retiro del Señor haber estado sin ellas tanto tiempo. Comenzóle esta ausencia ocho días antes de la muerte de su padre San Joaquín; y luego sucedieron las persecuciones del infierno por sí y tras ellas las de las criaturas, con que llegó nuestra Princesa a los doce años de su edad. Y entrada ya en ellos, un día los Santos Ángeles sin manifestársele la hablaron y dijeron: María, el término de la vida de tu santa madre Ana está dispuesto por el Altísimo se cumpla ahora, y Su Majestad ha determinado que sea libre de las prisiones del cuerpo mortal y sus trabajos tengan dichoso fin.

718. Con este nuevo y doloroso aviso se enterneció el corazón de la piadosa hija y, postrándose en la presencia del Altísimo, hizo una fervorosa oración por la buena muerte de su madre Santa Ana, y dijo: Rey de los siglos invisible y eterno, Señor inmortal y poderoso, autor de todo el universo, aunque soy polvo y ceniza y confieso que tendré desobligada a vuestra grandeza, no por eso dejaré de hablar a mi Señor (Gén., 18, 27) y derramaré mi corazón en su presencia (Sal., 61, 9), esperando, Dios mío, que no despreciaréis a la que siempre ha confesado vuestro Santo Nombre. Enviad, Señor mío, en paz a vuestra sierva, que con invicta Fe y con Esperanza cierta ha deseado cumplir vuestro Divino beneplácito. Salga victoriosa y triunfante de sus enemigos al seguro puerto de los Santos Vuestros escogidos; confírmela Vuestro brazo poderoso; asístala en el término de la carrera de nuestra mortalidad la misma diestra que hizo perfectas sus pisadas y descanse, Padre mío, en la paz de Vuestra gracia y amistad la que siempre la procuró con verdadero corazón.

719. No respondió el Señor de palabra a esta petición de su amada, pero la respuesta fue un admirable favor que hizo a ella y a su Santa Madre Ana. Mandó Su Majestad aquella noche que los Santos Ángeles de María Santísima la

llevasen real y personalmente a la presencia de su madre enferma y que en su lugar quedase sustituto uno de ellos, tomando cuerpo aéreo de su misma forma. Obedecieron los Ángeles al Divino mandato y llevaron a su Reina y nuestra a la casa y aposento de su madre Santa Ana. Y hallándose con ella la divina Señora, la dijo besándole la mano: Madre mía y mi Señora, sea el Altísimo vuestra luz y fortaleza y sea bendito, pues no ha querido su dignación que yo, pobre y necesitada, quedase sin el beneficio de vuestra última bendición; recíbala yo, madre mía, de vuestra mano.— Diole su bendición Santa Ana, y con íntimo afecto dio al Señor las gracias de aquel beneficio, como quien conocía el sacramento de su hija y Reina, a la cual también agradeció el amor que en tal ocasión había manifestado.

720. Luego se convirtió nuestra Princesa a su Santa Madre y la confortó y animó para el trance de la muerte; y entre otras muchas razones de incomparable consuelo, la dijo éstas: Madre y querida de mi alma, necesario es que por la puerta de la muerte pasemos a la eterna vida que esperamos; amargo es y penoso el tránsito, pero fructuoso; porque se admite por el Divino beneplácito y es principio de la seguridad y sosiego y satisface asimismo por las negligencias y defectos de no haber empleado tan ajustadamente la vida como debe la criatura. Recibid, madre mía, la muerte y pagad con ella la común deuda con alegría de espíritu y partid segura a la compañía de los Santos Patriarcas, Profetas, Justos y Amigos de Dios, nuestros padres, donde con ellos esperaréis la Redención que nos enviará el Altísimo por medio de su salud y nuestro Salvador; la seguridad de esta esperanza será el alivio mientras llega la posesión del bien que todos esperamos.

721. Santa Ana respondió a su Hija Santísima con el recíproco amor y consuelo digno de tal madre y tal hija en aquella ocasión, y con maternal caricia la dijo: María, hija mía querida, cumplid ahora con esta obligación, no me olvidando en la presencia de nuestro Señor Dios y Criador, representándole mi necesidad de su Divina protección en esta hora; advertid lo que debéis a quien os concibió y tuvo en sus entrañas nueve meses y después sustentó a sus pechos y siempre os tiene en el corazón. Pedid, hija mía, al

Señor extienda la mano de sus misericordias infinitas sobre esta inútil criatura que salió de ellas, y venga sobre mí su bendición en esta hora de mi muerte, pues ahora y siempre he puesto mi confianza toda en solo su Santo Nombre, y no me desamparéis, amada mía, antes que cerréis mis ojos. Huérfana quedáis y sin amparo de los hombres, pero en la protección del Altísimo viviréis y esperaréis en sus misericordias antiguas. Caminad, hija de mi corazón, por el camino de las justificaciones del Señor (Sal., 118, 27) y pedid a Su Majestad gobierne vuestros afectos y potencias y sea el maestro que os enseñe su Santa Ley. No salgáis del Templo antes de tomar estado, y éste sea con el sano consejo de los Sacerdotes del Señor y habiendo pedido continuamente a Dios que lo disponga de su mano; y si fuere su voluntad daros esposo, sea de Judá y de linaje de David. De la hacienda de vuestro padre Joaquín y mía, que os pertenece, partiréis con los pobres, con quienes seréis larga y caritativa. Guardaréis vuestro secreto en lo escondido de vuestro pecho y continuamente pediréis al Omnipotente quiera su misericordia enviar al mundo su salud y redención por el Mesías prometido. Ruego y suplico a su bondad infinita que sea vuestro amparo y venga sobre vos su bendición con la mía.

722. Entre tan altos y divinos coloquios la dichosa madre Santa Ana sintió las últimas congojas de la muerte, o de la vida, y reclinada en el trono de la gracia que eran los brazos de su Hija Santísima María dio su alma purísima a su Criador. Y habiéndole cerrado los ojos, como lo pidió a su hija, dejando el sagrado cuerpo compuesto, volvieron los Santos Ángeles a su reina María Purísima y la restituyeron a su lugar en el Templo. No impidió el Altísimo la fuerza del natural amor para que la divina Señora no sintiera con gran ternura y dolor la muerte de su feliz madre y con ella su propia soledad sin tal amparo. Pero estos movimientos dolorosos fueron en nuestra Reina santos y perfectísimos, gobernados y regulados por la gracia de su inocente pureza y de su prudentísima inocencia; y con ella alabó al Muy Alto por las misericordias infinitas que en su Santa Madre había mostrado en su vida y muerte; y siempre se continuaban las querellas dulces y amorosas de tener oculto al Señor.

723. Mas no pudo saber la hija santísima todo el consuelo de su dichosa madre en tenerla presente a su muerte, porque ignoraba la hija su propia dignidad y sacramento que conocía la madre, la cual guardó siempre este secreto, como el Altísimo se lo había mandado Pero hallándose a su cabecera la que era lumbre de sus ojos, y la había de ser de todo el universo, y expirando en sus manos, no pudo desear más en su vida mortal, para darle fin más dichoso que todos los mortales hasta ella. Murió llena no tanto de años como de merecimientos, y su alma santísima fue colocada por los ángeles en el seno de Abrahán y reconocida y venerada por todos los Patriarcas, Profetas y Justos que allí estaban. Fue esta santísima matrona en lo natural de dilatado y magnánimo corazón, de claro y alto entendimiento, fervorosa, y con esto muy sosegada y pacífica; la persona de mediana estatura, algo menor que su hija Santísima María, el rostro algo redondo, el semblante siempre igual y muy compuesto, el color blanco y colorado; y al fin fue madre de la que lo fue del mismo Dios, y en esta dignidad encierra juntas muchas perfecciones. Vivió Santa Ana cincuenta y seis años, repartidos de esta manera: de veinte y cuatro se casó con San Joaquín, veinte estuvo casada sin sucesión y en el cuarenta y cuatro parió a María Santísima, y doce que sobrevivió de la edad de esta Reina, que fueron tres que la tuvo en su compañía y nueve en el templo, hacen todos cincuenta y seis.

724. De esta grande y admirable Señora he oído que algunos autores graves afirman se casó tres veces y en cada uno de los matrimonios fue madre de una de las tres Marías, y que otros sienten lo contrario (Según esta opinión el matrimonio de Santa Ana se estructuraría de esta manera: se casó primero con San Joaquín y de este matrimonio nació María, la Madre de Dios; muerto San Joaquín se casó con Cleofás y de este matrimonio nació María Cleofás; muerto Cleofás se casó con Salomé y nace María Salomé. Samaniego cita en favor de esta sentencia, entre otros, a Estrabón, Haymon Albertense, Hugo de S. Víctor, Pedro Comestor, Ludulfo Cartujano, San Antonio de Florencia y Pedro Sutor Cartujano, quien escribió *De triplici connubio D. Annae,* donde a su vez cita en su favor a Alberto Magno, Pedro de Tarantasia [Inocencio V] y

Vincencio Belvacense --- *Notas a la MCD,* nota 35 a la primera parte). A mí me ha dado el Señor —por sola su bondad inmensa— luz grande de la vida de esta dichosa Santa y nunca se me ha mostrado que se casase más de con San Joaquín, ni que haya tenido otra hija fuera de María, Madre de Cristo; puede ser que, por no ser perteneciente ni necesario a la Historia divina que escribo, no se me haya declarado si fue o no tres veces casada Santa Ana, o que las otras Marías, que se llaman sus hermanas, fuesen primas hermanas, hijas de hermana de Santa Ana. Cuando murió su esposo San Joaquín quedó en cuarenta y ocho años de edad, y la escogió y entresacó el Altísimo del linaje de las mujeres, para que fuese madre de la que fue superior a todas las criaturas y sólo a Dios inferior, pero madre suya; y por haber tenido esta hija, y por ella ser abuela del Humanado Verbo, todas las naciones pueden llamarla bienaventurada a la felicísima Santa Ana.

Doctrina de la Reina Santísima María.

725. Hija mía, la mayor ciencia de la criatura es dejarse toda en manos de su Criador, que sabe para qué la formó y cómo la ha de gobernar. A ella sólo le pertenece vivir atenta a la obediencia y amor de su Señor; y él es fidelísimo en el cuidado de quien así le obliga y toma por su cuenta todos los negocios y sucesos para sacar de ellos victorioso y acrecentado a quien de su verdad se fía. Aflige y corrige con adversidades a los justos, consuela y vivifica (1 Sam., 2, 6) con favores, alienta con promesas y atemoriza con amenazas; auséntase para más solicitar los afectos del amor, manifiéstase para premiarlos y conservarlos y con esta variedad hace más hermosa y agradable la vida de los escogidos. Todo esto es lo que me sucedía a mí en lo que has escrito, visitándome y preparándome su Misericordia por diversos modos de favores, de trabajos del adversario, persecuciones de criaturas, desamparo de mis padres y de todos.

726. Entre esta variedad de ejercicios no se olvidaba de mi flaqueza el Señor y con el dolor de la muerte de mi madre Santa Ana juntó el consuelo y alivio de hallarme presente a ella. ¡Oh alma, y cuántos bienes pierden las

criaturas por no alcanzar esta sabiduría! Niéganse ignorantes a la Divina Providencia, que es fuerte, suave y eficaz, que mide los orbes y elementos (Is., 40, 12; Job 31, 4), cuenta los pasos, numera los pensamientos y todo lo dispone en beneficio de la criatura; y entréganse de todo punto a su misma solicitud, que es dura, ineficaz y flaca, ciega, incierta y precipitada. De este mal principio se originan y se siguen para la criatura irreparables daños, porque ella misma se priva de la Divina protección y se degradúa de la dignidad de tener a su Criador por amparo y tutor suyo. Y a más de esto, si por la sabiduría carnal y diabólica a quien se somete le sucede alcanzar alguna vez lo que con ella busca, se juzga por dichosa su infelicidad y con sensible gusto bebe el mortal veneno de la eterna muerte entre la engañosa delectación que desamparada y aborrecida de Dios consigue.

727. Conoce, pues, hija mía, este peligro, y sea toda tu solicitud en arrojarte segura en la Providencia de tu Dios y Señor, que, siendo infinito en sabiduría y poder, te ama mucho más que tú a ti misma y sabe y quiere para ti mayores bienes que tú sabes desear ni pedir. Fíate de esta bondad y de sus promesas que no admiten engaño; oye lo que dice por su profeta (Is., 3, 10): Al justo, *que bien está,* aceptando sus deseos y cuidados y encargándose de ellos para remunerarlos con largueza. Con esta segurísima confianza llegarás en la vida mortal a una participación de bienaventuranza en la tranquilidad y paz de tu conciencia; y aunque te halles rodeada de las impetuosas olas de las tentaciones y adversidades, que te acometen los dolores de la muerte y te cercan las penalidades del infierno (Sal., 17, 5-6), espera y sufre con paciencia, que no perderás el puerto de la gracia y beneplácito del Altísimo.

CAPITULO 20

Manifiéstase el Altísimo a su dilecta María nuestra Princesa con un singular favor.

728. Sentía ya nuestra divina Princesa que se llegaba el claro día de la vista deseada del sumo bien y, como por

crepúsculos y anuncios, reconocía en sus potencias la fuerza de los rayos de aquella luz Divina que ya se le acercaba. Enardecíase toda con la vecindad de la invisible llama que alumbra y no consume, y retocado su espíritu con los asomos de esta nueva claridad preguntaba a sus Ángeles y les decía: Amigos y señores, centinelas mías vigilantes y fidelísimas, decidme: ¿qué hora es de mi noche? ¿y cuándo llegará el alba de mi claro día en que verán mis ojos al Sol de Justicia que los alumbra y da vida a mis afectos y espíritu?—Respondiéronla los Santos Príncipes, y dijeron: Esposa del Altísimo, cerca está vuestra deseada verdad y luz y no tardará mucho, que ya viene.—Con esta respuesta se corrió algo la cortina que encubría la vista de las sustancias espirituales y se le manifestaron los Santos Ángeles y los vio, como solía, en su mismo ser, sin estorbo ni dependencia del cuerpo ni sentidos.

729. Y con estas esperanzas y con la vista de los espíritus divinos se alentaron algo las ansias de María Santísima por la vista de su amado. Pero aquel linaje de amor que busca al objeto nobilísimo de la voluntad sólo con él se satisface, y sin él, aunque sea con los mismos ángeles y santos, no descansa el corazón herido de las flechas del Todopoderoso. Con todo eso alegre nuestra divina Princesa con este refrigerio, habló a los Ángeles y les dijo: Príncipes soberanos y luceros de la inaccesible luz donde mi amado habita, ¿por qué tan largo tiempo he desmerecido vuestra vista? ¿En qué os desagradé faltando a vuestro gusto? Decidme, mis señores y maestros, en qué fui negligente, para que no me desamparéis por culpa mía.—Señora y Esposa del Todopoderoso —respondieron ellos— a la voz de nuestro Criador obedecemos y por su santa voluntad nos gobernamos todos, y como a espíritus que somos suyos nos envía y ordena lo que es de su servicio; mandónos ocultar de vuestra vista cuando encubrió la suya, pero que disimulados asistiéramos cuidadosos a vuestro amparo y defensa; y así lo hemos cumplido estando en vuestra compañía, aunque encubiertos a la vista.

730. Decidme, pues, ahora —replicó María Santísima— dónde está mi dueño, mi bien, mi Hacedor; decidme si le verán mis ojos luego o si por ventura le tengo disgustado,

para que esta vilísima criatura llore amargamente la causa de su pena. Ministros y embajadores del Supremo Rey, doleos de mi aflicción amorosa, y dadme señas de mi amado.—Luego, Señora —le respondieron—, veréis al que desea vuestra alma, entretenga la confianza vuestra dulce pena; no se niega nuestro Dios a quien le busca tan de veras; grande es, Señora, el amor de su bondad con quien le admite y no será escaso en satisfacer vuestros clamores. —Llamábanla los Santos Ángeles Señora, y sin recelo, así como seguros de su prudentísima humildad, como porque disimulaban este honroso título con el de Esposa del Altísimo, habiendo sido testigos del desposorio que con la Reina celebró Su Majestad. Y como su sabiduría pudo disponer que, ocultándole los ángeles sólo el título y dignidad de Madre del Verbo hasta su tiempo, en lo demás le diesen grande reverencia, así la trataban con ella en muchas demostraciones, aunque en lo oculto la respetaban mucho más que en lo manifiesto.

731. Entre estas conferencias y coloquios amorosos aguardaba la divina Princesa la llegada de su Esposo y sumo bien, cuando los Serafines que la asistían comenzaron a prepararla con nueva iluminación de sus potencias, prenda cierta y exordio del bien que la esperaba. Pero como estos beneficios encendían más la ardiente llama de su amor, y aún no se conseguía su deseado fin, crecía siempre el movimiento de sus congojas amorosas, y con ellas, hablando con los Serafines, les dijo: Espíritus supremos que estáis más inmediatos a mi bien, espejos lucidísimos donde reverberando su retrato le solía mirar con alegría de mi alma, decidme ¿dónde está la luz que os ilumina y llena de hermosura? Decid ¿por qué tanto mi amado se detiene? Decidme ¿qué le impide, para que mis ojos no lo vean? Si es por culpa mía, enmendaré mis yerros; si es que no merezco la ejecución de mi deseo, conformaréme con su gusto; y si le tiene en mi dolor, le padeceré con alegría del corazón; pero decidme ¿cómo viviré, sin mi propia vida? ¿cómo me gobernaré sin mi luz?

732. A estas querellas dulces la respondieron los Santos Serafines: Señora, no tarda vuestro amado, cuando por vuestro bien y amor se ausenta y se detiene; pues para

consolar, aflige a quien más ama, para dar más alegría, entristece y para ser hallado, se retira; y quiere que sembréis con lágrimas (Sal., 125, 5), para coger después con alegría el dulce fruto del dolor; y si el bien amado no se encubriera nunca se buscara con las ansias que resultan de su ausencia, ni renovara el alma sus afectos, ni creciera tanto la debida estimación de su tesoro.

733. Diéronla aquel lumen que dije (Cf. supra n. 626) para purificarle las potencias, no porque tuviese culpas de que ser purificada, que no las pudo cometer, mas, aunque todos sus movimientos y operaciones en aquella ausencia del Señor habían sido meritorios y santos, con todo eso eran necesarios estos nuevos dones para sosegar el espíritu y sus potencias de los movimientos causados con los trabajos y congojas afectuosas de tener al Señor oculto; y para mudarla de aquel estado a este otro de diferentes y nuevos favores y proporcionar las potencias con el objeto y con el modo de verle, era menester renovarlas y disponerlas. Y todo esto hacían los Santos Serafines por el modo que arriba se dijo, libro II, capítulo 14; y después le dio el mismo Señor el último adorno y cualidad, para estar dispuesta con la última disposición, inmediata a la visión que la quería manifestar.

734. Este orden de elevaciones iban causando en las potencias de la divina Reina los efectos y operaciones de amor y virtudes que pretendía el mismo Señor, que es cuanto puedo explicarlas; y en medio de ellas corrió Su Majestad el velo y, después de haber estado tanto tiempo oculto, se manifestó a su esposa única y dilecta María Santísima por visión abstractiva de la Divinidad. Y aunque esta visión fue por especies y no inmediata, pero fue clarísima y altísima en su género; y con ella el Señor enjugó las continuadas lágrimas de nuestra Reina, premió sus afectos y ansias amorosas, satisfizo a su deseo y toda descansó con afluencia de delicias, reclinada en los brazos de su amado (Cant., 8, 5). Allí se renovó la juventud (Sal., 102, 5) de esta ardiente y fervorosa águila para levantar más el vuelo a la región impenetrable de la Divinidad, y, con las especies que después de la visión por admirable modo le quedaron, subía hasta donde no pudo llegar ni

comprender ninguna criatura después del mismo Dios.

735. El gozo que recibió la Purísima Señora con esta visión se debía regular así por el extremo del dolor de donde pasó como por los méritos a que sucedió. Pero yo sólo puedo decir que donde y como abundó el dolor abundó también la consolación (2 Cor., 1, 5), y que la paciencia, la humildad, la fortaleza, la constancia, los afectos y las ansias amorosas, fueron en María todo el tiempo de esta ausencia los más insignes y excelentes que hasta entonces hubo, ni después pueden caber en otra criatura. Sola esta única Señora entendió el primor de esta sabiduría y supo dar el peso al carecer de la vista del Señor y sentir su ausencia; y, sintiéndola y pesando lo que monta, supo también buscarle con paciencia y padecer con humildad, tolerar con fortaleza y santificarlo todo con su inefable amor y estimar después el beneficio y gozar de él.

736. Levantada a esta visión María Santísima, postrándose con el afecto en la presencia Divina, dijo a Su Majestad: Señor y Dios altísimo, incomprensible y sumo bien de mi alma, pues levantáis del polvo a este pobre y vil gusanillo, recibid, Señor, Vuestra misma bondad y gloria con la que os dan vuestros cortesanos en humilde agradecimiento de mi alma; y si como de criatura baja y terrena os desagradaron mis obras, reformad, Dueño mío, ahora lo que en mí os descontenta. ¡Oh bondad y sabiduría única e infinita!, purificad este corazón y renovadle, para que os sea grato, humilde y arrepentido para que no le despreciéis. Si los pequeños trabajos y muerte de mis padres no los recibí como debía y en algo me desvié de vuestro beneplácito, ordenad, Altísimo, mis potencias y obras como Señor poderoso, como Padre y como Esposo único de mi alma.

737. A esta humilde oración respondió el Altísimo: Esposa y paloma mía, el dolor de la muerte de tus padres y el sentimiento de otros trabajos es natural efecto de la condición humana y no es culpa; y por el amor con que te conformaste en todo con la disposición de mi Divina voluntad, mereciste de nuevo mi gracia y beneplácito. Yo dispenso la verdadera luz y sus efectos con mi sabiduría, como Señor de todo, y formo sucesivamente el día y la

noche, hago serenidad y doy también su tiempo a la tormenta, para que mi poder y gloria se engrandezcan, y con ellas camine el alma más segura con el lastre de su conocimiento, y con las violentas olas de la tribulación apresure más el viaje y llegue al puerto seguro de mi amistad y gracia, y más llena de merecimientos me obligue a recibirla con mayor agrado. Este es, querida mía, el orden admirable de mi sabiduría, y por esto me escondí tanto tiempo de tu vista; porque de ti quiero lo más santo y más perfecto. Sírveme, pues, hermosa mía, que soy tu Esposo y Dios de misericordias infinitas, y mi nombre es admirable en la diversidad y variedad de mis grandes obras.

738. Salió de esta visión nuestra princesa María toda renovada y deificada, llena de nueva ciencia de la Divinidad y de los ocultos sacramentos del Rey, confesándole, adorándole y alabándole con incesantes cánticos y vuelos de su pacífico y tranquilísimo espíritu; y al mismo paso eran los aumentos de la humildad y todas las demás virtudes. Su continua petición era siempre inquirir la más perfecta y agradable voluntad del Altísimo y en todo y por todo ejecutarla y cumplirla; y así pasó algunos días, hasta que sucedió lo que se dirá en el capítulo siguiente.

Doctrina de la Reina del Cielo Señora nuestra.

739. Hija mía, muchas veces te repetiré la lección de la mayor sabiduría de las almas, que consiste en alcanzar el conocimiento de la Cruz por el amor de los trabajos y la imitación en padecerlos. Y si la condición de los mortales no fuera tan grosera, debían codiciarlos sólo por el gusto de su Dios y Señor, que en esto les ha declarado su voluntad y beneplácito; pues en el servicio fiel debe el siervo afectuoso anteponer siempre el agrado de su dueño a su misma comodidad. Pero a la torpeza de los mundanos, ni les obliga esta buena correspondencia con su Padre y Señor, ni tampoco el haberles declarado que todo su remedio está librado en seguir a Cristo por la Cruz y padecer los hijos pecadores con su padre inocente, para que el fruto de la Redención se logre en ellos, conformándose los miembros con su Cabeza.

740. Admite, pues, carísima, esta disciplina y escríbela en medio del corazón; y entiende que por hija del Altísimo, por esposa de mi Hijo Santísimo y por mi discípula, cuando no tuvieras otro interés, debías para tu adorno comprar la preciosa margarita del padecer, para ser grata a tu Señor y Esposo. Y te advierto, hija mía, que entre los regalos y favores de su mano y los trabajos de su Cruz debes anteponer y elegir el padecer y abrazarle antes que ser regalada de sus caricias; porque en elegir los favores y delicias puede tener parte el amor que a ti misma tienes; pero en admitir las tribulaciones y penas sólo puede obrar el amor de Cristo. Y si entre regalos del mismo Señor y trabajos, cualesquiera que sean sin culpa, se han de preferir las penas al gusto del mismo espíritu, ¿qué estulticia será de los hombres amar tan ciegamente los deleites sensibles y feos y aborrecer tanto todo lo que es padecer por Cristo y por la salud de su alma?

741. Tu incesante oración, hija mía, será repitiendo siempre: Aquí estoy, Señor, ¿qué queréis hacer de mí? Preparado está mi corazón, aparejado está y no turbado, ¿qué queréis, Señor, que yo haga por Vos? El sentir de estas palabras sea en ti verdadero y de todo corazón, pronunciándolas con lo íntimo y fervoroso de tu afecto más que con los labios. Tus pensamientos sean altos, tu intención muy recta, pura y noble, sólo de hacer en todo el mayor agrado del Señor, que con medida y peso dispensa los trabajos y la gracia y sus favores. Examínate y remírate siempre con qué pensamientos, qué acciones y en qué ocasiones puedes ofender o agradar más a tu amado, para que conozcas aquello que debes en ti reformar o codiciar. Y cualquier desorden, por pequeño que sea, o lo que fuere menos puro y perfecto, cercénalo y apártalo luego, aunque parezca lícito y de algún provecho; porque todo lo qué no agrada más al Señor debes juzgar por malo, o por inútil para ti; y ninguna imperfección te parezca pequeña si a Dios le desagrada. Con este cuidadoso temor y santo cuidado caminarás segura; y está cierta, carísima hija mía, que no cabe en la ponderación humana el premio tan copioso que reserva el Altísimo Señor para las almas fieles que viven con esta atención y cuidado.

CAPITULO 21

Manda el Altísimo a María Santísima que tome estado de matrimonio, y la respuesta de este mandato.

742. A los trece años y medio, estando ya en esta edad muy crecida nuestra hermosísima princesa María Purísima, tuvo otra visión abstractiva de la Divinidad por el mismo orden y forma que las otras de este género hasta ahora referidas (Cf. supra n. 229, 237, 312, 383, 389, 734)*;* en esta visión, podemos decir sucedió lo mismo que dice la Escritura de Abrahán, cuando le mandó Dios sacrificar a su querido hijo Isaac, única prenda de todas sus esperan/as. Tentó Dios a Abrahán (Gén., 22, 1) —dice Moisés— probando y examinando su pronta obediencia para coronarla. A nuestra gran Señora podemos decir también que tentó Dios en esta visión, mandándola que tomase el estado de matrimonio. Donde también entenderemos la verdad que dice: ¡Cuan ocultos son los juicios y pensamientos del Señor (Rom., 11, 33) y cuánto se levantan sus caminos y pensamientos sobre los nuestros! (Is., 55, 9) Distaban como el cielo de la tierra los de María Santísima de los que el Altísimo le manifestó, ordenándole que recibiese esposo para su guarda y compañía; porque toda su vida había deseado y propuesto no tenerle (Cf. supra n. 434, 589), cuanto era de su propia voluntad, repitiendo y renovando el voto de castidad que tan anticipadamente había hecho.

743. Había celebrado el Altísimo con la divina princesa María aquel solemne desposorio, que arriba se dijo (Cf. supra n. 435) —cuando fue llevada al Templo— confirmándole con la aprobación del voto de castidad que hizo, y con la gloria y presencia de todos los espíritus angélicos; habíase despedido la candidísima paloma de todo humano comercio, sin atención, sin cuidado, sin esperanza y sin amor a ninguna criatura, convertida toda y transformada en el amor casto y puro de aquel sumo bien que nunca desfallece, sabiendo que sería «más casta con amarle, más limpia con tocarle y más virgen con recibirle» (Oficio de la Festividad de Santa Inés); hallándola en esta

confianza el mandato del Señor que recibiese esposo terreno y varón, sin manifestarle luego otra cosa, ¿qué novedad y admiración haría en el pecho inocentísimo de esta divina doncella, que vivía segura de tener por esposo a solo el mismo Dios que se lo mandaba? Mayor fue esta prueba que la de Abrahán, pues no amaba él tanto a Isaac cuanto María Santísima amaba la inviolable castidad.

744. Pero a tan impensado mandato suspendió la Prudentísima Virgen su juicio y sólo le tuvo en esperar y creer, mejor que Abrahán, en la esperanza contra la esperanza (Rom., 4, 18), y respondió al Señor y dijo: Eterno Dios de majestad incomprensible. Criador del cielo y tierra y todo lo que en ellos se contiene; vos, Señor, que ponderáis los vientos (Job 28, 25) y con vuestro imperio al mar le ponéis términos (Sal., 103, 9) y a vuestra voluntad todo lo criado está sujeto (Est., 13, 9), podéis hacer de este gusanillo vil a vuestro beneplácito, sin que yo falte a lo que os tengo prometido; y si no me desvío, mi bien y mi Señor, de vuestro gusto, de nuevo confirmo y ratifico que quiero ser casta en lo que tuviere vida y a vos quiero por dueño y por Esposo; y pues a mí sólo me toca y pertenece como criatura vuestra obedeceros, mirad, Esposo mío, que por la Vuestra corre sacar a mi flaqueza humana de este empeño en que Vuestro santo amor me pone.—Turbóse algún poco la castísima doncella María, según la parte inferior, como sucedió después con la embajada del Arcángel San Gabriel (Lc., 1, 29); pero aunque sintió alguna tristeza, no le impidió la más heroica obediencia que hasta entonces había tenido, con que se resignó toda en las manos del Señor. Su Majestal la respondió: María, no se turbe tu corazón, que tu rendimiento me es agradable y mi brazo poderoso no está sujeto a leyes; por mi cuenta correrá lo que a ti más conviene.

745. Con sola esta promesa del Altísimo volvió María Santísima de la visión a su ordinario estado; y entre la suspensión y la esperanza que la dejaron el divino mandato y promesa, quedó siempre cuidadosa, obligándola el Señor por este medio a que multiplicase con lágrimas nuevos afectos de amor y de confianza, de fe, de humildad, de obediencia, de castidad purísima y de otras virtudes, que

sería imposible referirlas. En el ínterin que nuestra gran Princesa se ocupaba cuidadosa con esta oración, ansias y congojas rendidas y prudentes, habló Dios en sueños al Sumo Sacerdote, que era el Santo Simeón, y le mandó que dispusiese cómo dar estado de casada a María hija de Joaquín y Ana de Nazaret; porque Su Majestad la miraba con especial cuidado y amor. El Santo Sacerdote respondió a Dios, preguntándole su voluntad en la persona con quien la doncella María tomaría estado dándosela por esposa. Ordenóle el Señor que juntase a los otros sacerdotes y letrados y les propusiese cómo aquella doncella era sola y huérfana y no tenía voluntad de casarse, pero que, según la costumbre de no salir del Templo las primogénitas sin tomar estado, era conveniente hacerlo con quien más a propósito les pareciese.

746. Obedeció el Sacerdote Simeón a la ordenación Divina; y, habiendo congregado a los demás, les dio noticia de la voluntad del Altísimo y les propuso el agrado que Su Majestad tenía de aquella doncella María de Nazaret, según se le había revelado; y que hallándose en el templo, y faltándole sus padres, era obligación de todos ellos cuidar de su remedio y buscarle esposo digno de mujer tan honesta, virtuosa, y de costumbres tan irreprensibles, como todos habían conocido de ella en el Templo; y a más de esto la persona, la hacienda, la calidad y las demás partes eran muy señaladas, para que se reparase mucho a quien se había de entregar todo. Añadió también que María de Nazaret no deseaba tomar estado de matrimonio, pero que no era justo saliese del Templo sin él, porque era huérfana y primogénita.

747. Conferido este negocio en la junta de los sacerdotes y letrados y movidos todos con impulso y luz del cielo, determinaron que en cosa donde se deseaba tanto el acierto, y el mismo Señor había declarado su beneplácito, convenía inquirir su santa voluntad en lo restante y pedirle señalase por algún modo la persona que más a propósito fuese para esposo de María, y que fuese de la casa y linaje de David, para que se cumpliese con la ley. Determinaron para esto un día señalado, en que todos los varones libres y solteros de este linaje que estaban en Jerusalén se juntasen

en el Templo; y vino a ser aquel día el mismo en que la Princesa del cielo cumplía catorce años de su edad. Y como era necesario darle a ella noticia de este acuerdo y pedirle su consentimiento, el Sacerdote Simeón la llamó y le propuso el intento que tenían él y los demás Sacerdotes de darle esposo antes que saliese del templo.

748. La prudentísima Virgen, lleno el rostro de virginal pudor, respondió al Sacerdote con gran modestia y humildad, y le dijo: Yo, señor mío, cuanto es de mi voluntad he deseado toda mi vida guardar castidad perpetua, dedicándome a Dios en el servicio de este Santo Templo, en retorno de los bienes grandes que en él he recibido, y jamás tuve intento, ni me incliné al estado del matrimonio, juzgándome por inhábil para los cuidados que trae consigo. Esta es mi inclinación, pero vos, señor, que estáis en lugar de Dios, me enseñaréis lo que fuere de su santa voluntad.—Hija mía —replicó el sacerdote—, vuestros deseos santos recibirá el Señor, pero advertid que ninguna de las doncellas de Israel se abstiene ahora del matrimonio, mientras aguardamos conforme a las Divinas Profecías la venida del Mesías, y por esto se juzga por feliz y bendita la que tiene sucesión de hijos en nuestro pueblo. En el estado del matrimonio podéis servir a Dios con muchas veras y perfección; y para que tengáis en él quien os acompañe y a vuestros intentos se conforme, haremos oración, pidiendo al Señor, como os he dicho, señale de su mano esposo que sea más conforme a su Divina voluntad, entre los del linaje de [Santo Rey] David; y vos pedid lo mismo con oración continua, para que el Altísimo os mire y nos encamine a todos.

749. Esto sucedió nueve días antes del que estaba señalado para la última resolución y ejecución del acuerdo. Y en este tiempo la Santísima Virgen multiplicó sus peticiones al Señor con incesantes lágrimas y suspiros, pidiendo el cumplimiento de su Divina voluntad, en lo que tanto según sus cuidados le importaba. Un día de estos nueve se le apareció el Señor, y la dijo: Esposa y paloma mía, dilata tu afligido corazón y no se turbe ni contriste; yo estoy atento a tus deseos y ruegos y lo gobierno todo y por mi luz va regido el sacerdote; yo te daré esposo de mi

mano, que no impida tus santos deseos, pero que con mi gracia te ayude en ellos; yo te buscaré varón perfecto conforme a mi corazón y le elegiré entre mis siervos; mi poder es infinito, y no te faltará mi protección y amparo.

750. Respondió María Santísima, y dijo al Señor: Sumo Bien y amor de mi alma, bien sabéis el secreto de mi pecho y los deseos que en él habéis depositado desde el instante que de vos recibí todo el ser que tengo; conservadme, pues, Esposo mío, casta y pura, como por vos mismo y para vos lo he deseado. No despreciéis mis suspiros, ni me apartéis de vuestro Divino rostro. Atended, Señor y Dueño mío, que soy un gusanillo vil y flaco y despreciable por mi bajeza; y si en el estado del matrimonio desfallezco, faltaré a vos y a mis deseos; determinad mi seguro acierto y no os desobliguéis de que no lo he merecido; aunque soy polvo inútil, clamaré a los pies de vuestra grandeza, esperando, Señor, vuestras misericordias infinitas.

751. Acudía también la castísima doncella a sus Ángeles Santos, a quienes excedía en la santidad y pureza, y confería con ellos muchas veces el cuidado de su corazón sobre el nuevo estado que esperaba. Dijéronla un día los santos espíritus: Esposa del Altísimo, pues no podéis ignorar ni olvidar este título, ni menos el amor que os tiene, y que es todopoderoso y verdadero, sosegad, Señora, vuestro corazón; pues faltarán primero los cielos y la tierra que falte la verdad y cumplimiento de sus promesas (Mt., 24, 35). Por cuenta de vuestro Esposo corren vuestros sucesos; y su brazo poderoso, que impera sobre los elementos y criaturas, puede suspender la fuerza de las impetuosas olas e impedir la vehemencia de sus operaciones, para que ni el fuego queme, ni la tierra sea grave. Sus altos juicios son ocultos y santos, sus decretos rectísimos y admirables, y no pueden las criaturas comprenderlos; pero deben reverenciarlos. Si quiere su grandeza que le sirváis en el matrimonio, mejor será para vos obligarle con él que disgustarle en otro estado; Su Majestad sin duda hará con vos lo mejor y más perfecto y santo; estad segura de sus promesas.—Con esta exhortación angélica sosegó nuestra Princesa algo de sus cuidados y de nuevo les pidió la asistiesen y guardasen y

representasen al Señor su rendimiento, aguardando lo que de ella ordenase su Divino beneplácito.

Doctrina que me dio la Princesa del Cielo.

752. Hija mía carísima, altísimos y venerables son los juicios del Señor y no deben investigarlos las criaturas, pues no pueden penetrarlos. Mandóme Su Alteza tomar estado de casada y encubrióme entonces el sacramento, pero convenía así que le tomase para que mi parto se honestase al mundo, reputando al Verbo Humanado en mis entrañas por hijo de mi esposo, porque ignoraba entonces el misterio. Fue también oportuno medio para ocultarle de Lucifer y sus demonios, que estaban muy feroces contra mí, procurando ejecutar su indignado furor conmigo. Y cuando me vio tomar el común estado de las mujeres casadas, se deslumbró creyendo no fuera compatible tener esposo varón y ser Madre del mismo Dios; y con esto sosegó un poco y dio treguas a su malicia. Otros fines tuvo el Altísimo en mi estado que han sido manifiestos, aunque entonces a mí se me ocultaron, porque así convenía.

753. Y quiero que entiendas, hija mía, que fue para mí el mayor dolor y aflicción que hasta aquel día había padecido, saber que había de tener por esposo a ninguno de los hombres, no declarándome el Señor entonces el misterio; y si en esta pena no me confortara su virtud Divina y me dejara alguna confianza, aunque oscura y sin determinación, con el dolor hubiera perdido la vida. Pero de este suceso quedarás enseñada, cuál ha de ser el rendimiento de la criatura a la voluntad del Altísimo y cómo ha de cautivar su corto entendimiento, sin escudriñar los secretos de la majestad tan levantados y ocultos. Y cuando a la criatura se le representa alguna dificultad o peligro en lo que el Señor dispone o manda, sepa confiar en él y crea que no la pone en ellos para dejarla, mas para sacarla victoriosa y con triunfo, si de su parte coopera con el auxilio del mismo Señor; y cuando quiere el alma escudriñar los juicios de su sabiduría y satisfacerse primero que obedezca y crea, sepa que defrauda la gloria y grandeza de su Criador y pierde juntamente el propio merecimiento.

754. Yo reconocía que el Altísimo es superior a todas las criaturas y que no ha menester nuestro discurso y sólo quiere el rendimiento de la voluntad, pues la criatura no le puede dar consejo, sino obediencia y alabanza. Y aunque, por no saber lo que me mandaría y ordenaría en el estado del matrimonio, me afligía mucho por el amor de la castidad, pero este dolor y pena no me hicieron curiosa en escudriñar, antes sirvieron para que mi obediencia fuese más excelente y agradable en sus ojos. Con este ejemplo debes tú regular el rendimiento que has de tener a todo lo que entendieres del gusto de tu Esposo y Señor, dejándote en su protección y en la firmeza de sus promesas infalibles; y en lo que tuvieres aprobación de sus Sacerdotes y tus Prelados, déjate gobernar sin resistir a sus mandatos, ni a las Divinas inspiraciones.

CAPITULO 22

Celébrase el desposorio de María Santísima con el Santo y Castísimo José.

755. Llegó el día señalado, en que dijimos cumplía nuestra princesa María los catorce años de su edad, capítulo precedente, y en él se juntaron los varones descendientes del tribu de Judá y linaje de [Santo Rey] David, de quien descendía la soberana Señora, que a la sazón estaban en la ciudad de Jerusalén. Entre los demás fue llamado José, natural de Nazaret y morador de la misma ciudad santa, porque era uno de los del linaje real de David. Era entonces de edad de treinta y tres años, de persona bien dispuesta y agradable rostro, pero de incomparable modestia y gravedad; y sobre todo era castísimo de obras y pensamientos, con inclinaciones santísimas, y que desde doce años de edad tenía hecho voto de castidad; era deudo de la Virgen María en tercer grado; y de vida purísima, santa e irreprensible en los ojos de Dios y de los hombres.

756. Congregados todos estos varones libres en el Templo, hicieron oración al Señor junto con los Sacerdotes, para que todos fuesen gobernados por su divino Espíritu en lo que debían hacer. El Altísimo habló al corazón del Sumo

Sacerdote, inspirándole que a cada
uno de los jóvenes allí congregados pusiese una vara seca en las manos y todos pidiesen con fe viva a Su Majestad declarase por aquel medio a quién había elegido para esposo de María. Y como el buen olor de su virtud y honestidad y la fama de su hermosura, hacienda y calidad y ser primogénita y sola en su casa era manifiesto a todos, cada cual codiciaba la dichosa suerte de merecerla por esposa. Sólo el humilde y rectísimo José entre los congregados se reputaba por indigno de tanto bien; y acordándose del voto de castidad que tenía hecho y proponiendo de nuevo su perpetua observancia, se resignó en la Divina voluntad, dejándose a lo que de él quisiera disponer, pero con mayor veneración y aprecio que otro alguno de la honestísima doncella María.

757. Estando todos los congregados en esta oración se vio florecer la vara sola que tenía José y al mismo tiempo bajar de arriba una paloma candidísima, llena de admirable resplandor, que se puso sobre la cabeza del mismo Santo; juntamente habló Dios a su interior, y le dijo: José, siervo mío, tu esposa será María, admítela con atención y reverencia, porque en mis ojos es acepta, justa y purísima en alma y cuerpo y tú harás todo lo que ella te dijere.—Con la declaración y señal del cielo los sacerdotes dieron a San José por esposo elegido del mismo Dios para la doncella María. Y llamándola para el desposorio, salió la escogida como el sol, más hermosa que la luna (Cant., 6, 9), y pareció en presencia de todos con un semblante más que de Ángel de incomparable hermosura, honestidad y gracia; y los Sacerdotes la desposaron con el más casto y santo de los varones, José.

758. La divina Princesa, más pura que las estrellas del firmamento, con semblante lloroso y grave, y como reina de majestad humildísima, juntando todas estas perfecciones, se despidió de los Sacerdotes, pidiéndoles la bendición, y a la Maestra también, y a las doncellas perdón, y a todos dando gracias por los beneficios recibidos de sus manos en el Templo. Todo esto hizo en parte con el semblante humildísimo y parte con muy breves y prudentísimas razones; porque en todas ocasiones hablaba pocas y de

gran peso. Despidióse del Templo, no sin grave dolor de dejarle contra inclinación y deseo; y acompañándola algunos ministros de los que servían al Templo en las cosas temporales, y eran legos y de los más principales, con su mismo esposo José caminaron a Nazaret, patria natural de los dos felicísimos desposados. Y aunque San José había nacido en aquel lugar, disponiéndolo el Altísimo por medio de algunos sucesos de fortuna, había ido a vivir algún tiempo a Jerusalén, para que allí la mejorase tan dichosamente como llegando a ser esposo de la que había elegido el mismo Dios para Madre suya.

759. Llegando a su lugar de Nazaret, donde la Princesa del Cielo tenía la hacienda y casas de sus dichosos padres, fueron recibidos y visitados de todos los amigos y parientes con el regocijo y aplauso que en tales ocasiones se acostumbra. Y habiendo cumplido con la natural obligación y urbanidad santamente, satisfaciendo a estas deudas temporales de la conversación y comercio de los hombres, quedaron libres y desocupados los dos Santos Esposos José y María en su casa. La costumbre había introducido entre los hebreos que en algunos primeros días del matrimonio hiciesen los esposos examen y experiencia de las costumbres y condición de cada uno, para ajustarse mejor recíprocamente el uno con la del otro.

760. En estos días habló el Santo José a su esposa María, y la dijo: Esposa y Señora mía, yo doy gracias al Altísimo Dios por la merced de haberme señalado sin méritos por vuestro esposó, cuando me juzgaba indigno de vuestra compañía; pero Su Majestad, que puede cuando quiere levantar al pobre, hizo esta misericordia conmigo, y deseo me ayudéis, como lo espero de vuestra discreción y virtud, a dar el retorno que le debo, sirviéndole con rectitud de corazón; para esto me tendréis por vuestro siervo, y, con el verdadero afecto que os estimo, os pido queráis suplir lo mucho que me falta de hacienda y otras partes que para ser esposo vuestro convenían; decidme, Señora, cuál es vuestra voluntad, para que yo la cumpla.

761. Oyó estas razones la divina esposa con humilde corazón y apacible severidad en el semblante, y respondió

al Santo: Señor mío, yo estoy gozosa de que el Altísimo, para ponerme en este estado, se dignase de señalaros para mi esposo y dueño y que el serviros fuese con el testimonio de su voluntad Divina; pero si me dais licencia diré los intentos y pensamientos que para esto os deseo manifestar.—Prevenía el Altísimo con su gracia el sencillo y recto corazón de San José y por medio de las razones de María Santísima le inflamó de nuevo en el divino amor, y respondióla diciendo: Hablad, Señora, que vuestro siervo oye.—Asistían en esta ocasión a la Señora del mundo los mil Ángeles de su guarda en forma visible, como ella se lo había pedido. La causa de esta petición fue porque el Altísimo, para que la Purísima Virgen en todo obrase con mayor gracia y mérito, dio lugar a que sintiese el respeto y cuidado con que había de hablar a su esposo y la dejó en el natural encogimiento y temor que siempre había tenido de hablar con hombre a solas, que nunca hasta aquel día lo había hecho, sino es si acaso sucedía con el Sumo Sacerdote.

762. Los Santos Ángeles obedecieron a su Reina, y manifiestos a sólo su vista la asistieron; y con esta compañía habló a su esposo san José, y díjole: Señor y esposo mío, justo es que demos alabanza y gloria con toda reverencia a nuestro Dios y Criador, que en bondad es infinito y en sus juicios incomprensible y con nosotros pobres ha manifestado su grandeza y misericordia, escogiéndonos para su servicio. Yo me reconozco entre todas las criaturas por más obligada y deudora a Su Alteza que otra alguna y que todas juntas; porque mereciendo menos, he recibido de su mano liberalísima más que ellas. En mi tierna edad, compelida de la fuerza de esta verdad que con desengaño de todo lo visible me comunicó la Divina luz, me consagré a Dios con perpetuo voto de ser casta en alma y cuerpo; suya soy y le reconozco por Esposo y Dueño, con voluntad inmutable de guardarle la fe de la castidad. Para cumplir esto, quiero, señor mío, que me ayudéis, que en lo demás yo seré vuestra fiel sierva para cuidar de vuestra vida, cuanto durare la mía. Admitid, esposo mío, esta santa determinación y confirmadla con la vuestra, para que ofreciéndonos en sacrificio aceptable a nuestro Dios eterno, nos reciba en olor de suavidad, y

alcancemos los bienes eternos que esperamos.

763. El castísimo esposo José, lleno de interior júbilo con las razones de su divina esposa, la respondió: Señora mía, declarándome vuestros pensamientos castos y propósitos, habéis penetrado y desplegado mi corazón, que no os manifesté antes de saber el vuestro. Yo también me reconozco más obligado entre los hombres al Señor de todo lo criado, porque muy temprano me llamó con su verdadera luz para que le amase con rectitud de corazón; y quiero, Señora, que entendáis cómo de doce años hice también promesa de servir al Altísimo en castidad perpetua; y ahora vuelvo a ratificar el mismo voto, para no impedir el vuestro, antes en la presencia de Su Alteza os prometo de ayudaros, cuanto en mí fuere, para que en toda pureza le sirváis y améis según vuestro deseo. Yo seré con la Divina gracia vuestro fidelísimo siervo y compañero; yo os suplico recibáis mi casto afecto y me tengáis por vuestro hermano, sin admitir jamás otro peregrino amor, fuera del que debéis a Dios y después a mí.—En esta plática confirmó el Altísimo de nuevo en el corazón de San José la virtud de la castidad y el amor santo y puro que había de tener a su esposa Santísima María, y así le tuvo el Santo en grado eminentísimo; y la misma Señora con su prudentísima conversación se le aumentaba dulcemente, llevándole el corazón.

764. Con la virtud Divina que el brazo poderoso obraba en los dos santísimos y castísimos esposos sintieron incomparable júbilo y consolación; y la divina Princesa ofreció a San José corresponderle a su deseo, como la que era Señora de las virtudes y sin contradicción obraba en todas lo más alto y excelente de ellas. Diole también el Altísimo a San José nueva pureza y dominio sobre la naturaleza y sus pasiones, para que sin rebelión ni fomes, pero con admirable y nueva gracia, sirviese a su esposa María, y en ella a la voluntad y beneplácito del mismo Señor. Luego distribuyeron la hacienda heredada de San Joaquín y Santa Ana, padres de la santísima Señora; y una parte ofreció al Templo donde había estado, otra se aplicó a los pobres y la tercera quedó a cuenta del Santo esposo José para que la gobernase. Sólo reservó nuestra Reina

para sí el cuidado de servirle y trabajar dentro de casa; porque del comercio de fuera y manejo de hacienda, comprando ni vendiendo, se eximió siempre la Virgen Prudentísima, como dije (Cf. supra n. 555, 556) en otra parte.

765. En sus primeros años había deprendido san José el oficio de carpintero por más honesto y acomodado para adquirir el sustento de la vida; porque era pobre de fortuna, como arriba dije; y preguntóle a la Santísima Esposa si gustaría que ejercitase aquel oficio para servirla y granjear algo para los pobres; pues era forzoso trabajar y no vivir ocioso. Aprobólo la Virgen Prudentísima, advirtiendo a San José que el Señor no los quería ricos, sino pobres y amadores de los pobres y para su amparo en lo que su caudal se extendiese. Luego tuvieron los dos Santos Esposos una santa contienda sobre cuál de los dos había de dar la obediencia al otro como superior. Pero la que entre los humildes era humildísima, venció en humildad María Santísima y no consintió que siendo el varón la cabeza se pervirtiese el orden de la misma naturaleza; y quiso en todo obedecer a su esposo José, pidiéndole consentimiento sólo para dar limosna a los pobres del Señor; y el santo le dio licencia para hacerlo.

766. Reconociendo el Santo José en estos días con nueva luz del cielo las condiciones de su esposa María, su rara prudencia, humildad, pureza y todas las virtudes sobre su pensamiento y ponderación, quedó admirado de nuevo y con gran júbilo de su espíritu no cesaba con ardientes afectos de alabar al Señor y darle nuevas gracias por haberle dado tal compañía y esposa sobre sus merecimientos. Y para que esta obra fuese del todo perfectísima —porque era principio de la mayor que Dios había de obrar con toda su omnipotencia— hizo que la Princesa del cielo infundiese con su presencia y vista en el corazón de su mismo esposo un temor y reverencia tan grande, que con ningún linaje de palabras se puede explicar. Y esto le resultaba a San José de una refulgencia o rayos de divina luz que despedía de su rostro nuestra Reina, junto con una majestad inefable que siempre la acompañaba, con tanto mayor causa que a Moisés cuando bajó del monte (Ex., 34,

29) cuanto había sido más largo y más íntimo el trato y conversación con Dios.

767. Luego tuvo María Santísima una visión Divina del Señor, en que la habló Su Majestad y la dijo: Esposa mía dilectísima y escogida, atiende cómo soy fiel en mis palabras con los que me aman y temen; corresponde, pues, ahora a mi fidelidad, guardando las leyes de esposa mía en santidad, pureza y toda perfección; para esto te ayudará la compañía de mi siervo José que te he dado; obedécele como debes y atiende a su consuelo, que así es mi voluntad.—Respondió María Santísima: Altísimo Señor, yo os alabo y magnifico por vuestro admirable consejo y providencia conmigo, indigna y pobre criatura; mi deseo es obedeceros y daros gusto como vuestra sierva, más obligada que ninguna otra criatura. Dadme, Señor mío, vuestro favor Divino, para que en todo me asista y me gobierne con mayor agrado vuestro; y para que también atienda a las obligaciones del estado en que me ponéis, para que como esclava vuestra no salga de vuestros órdenes y beneplácito. Dadme vuestra licencia y bendición, que con ella acertaré a obedecer y servir a vuestro siervo José, como vos, mi Dueño *y* mi Hacedor, me lo mandáis.

768. Con estos divinos apoyos se fundó la casa y matrimonio de María Santísima y de San José; y desde 8 de septiembre, que se hizo el desposorio, hasta 25 de marzo siguiente, que sucedió la Encarnación del Verbo Divino, como diré en la segunda parte (Cf. infra p.II n. 138), vivieron los dos esposos, disponiéndolos el Altísimo respectivamente para la obra que los había elegido; y la divina Señora ordenó las cosas de su persona y las de su casa, como diré en los capítulos siguientes.

769. Pero no puedo antes contener mi afecto en gratificar la buena dicha del más feliz de los nacidos, San José. ¿De dónde, oh varón de Dios, os vino tanta felicidad y dicha, que entre los hijos de Adán sólo de vos se dijese que el mismo Dios era vuestro, y tan sólo vuestro que se tuviese y reputase por vuestro único hijo? El Eterno Padre os da su Hija, y el Hijo os da su verdadera y real Madre, el Espíritu Santo os entrega y fía su Esposa y da sus veces, y toda la

Beatísima Trinidad a su electa, única y escogida como el sol, os la concede y entrega por vuesta legítima mujer. ¿Conocéis, santo mío, vuestra dignidad? ¿Sabéis vuestra excelencia? ¿Entendéis que vuestra esposa es Reina y Señora del cielo y tierra, y vos depositario de los tesoros inestimables del mismo Dios? Atended, varón divino, a vuestro empeño, y sabed que si no tenéis envidiosos a los Ángeles y Serafines los tenéis admirados y suspensos de vuestra suerte y el sacramento que contiene vuestro matrimonio. Recibid la enhorabuena de tanta felicidad en nombre de todo el linaje humano. Archivo sois del registro de las Divinas misericordias, dueño y esposo de la que sólo el mismo Dios es mayor que ella; rico y próspero os hallaréis entre los hombres y entre los mismos Ángeles. Acordaos de nuestra pobreza y miseria, y de mí el más vil gusano de la tierra, que deseo ser vuestra fiel devota y beneficiada y favorecida de vuestra poderosa intercesión.

Doctrina de la Reina del cielo.

770. Hija mía, con el ejemplo de mi vida en el estado del matrimonio en que el Altísimo me puso, hallarás reprendida la disculpa que alegan, para no ser perfectas, las almas que le tienen en el mundo. Para Dios nada es imposible, y tampoco lo es para quien con viva fe espera en él y se remite en todo a su Divina disposición. Yo vivía en casa de mi esposo con la misma perfección que en el templo; porque no mudé con el estado el afecto, ni el deseo y cuidado de amarle y de servirle, antes lo aumenté para que nada me impidiese de las obligaciones de esposa; y por eso me asistió más el favor Divino y me disponía y acomodaba su maño poderosa todas las cosas conforme a mi deseo. Esto mismo haría el Señor con todas las criaturas si de su parte correspondiesen, pero culpan al estado del matrimonio engañándose a sí mismas; porque el impedimento para no ser perfectas y santas no es el estado, sino los cuidados y solicitud vana y superflua a que se entregan, olvidando el gusto del Señor y buscando y anteponiendo el suyo propio.

771. Y si en el mundo no hay excusa para no seguir la perfección de la virtud, menos se admitirá en la religión por

los oficios y ocupaciones que ella tiene. Nunca te imagines impedida por el que tienes de Prelada; pues habiéndote puesto Dios en él por mano de la obediencia, no debes desconfiar de su asistencia y amparo, que ese mismo día tomó por cuenta suya el darte fuerzas y auxilios para que atendieses a la obligación de Prelada y a la particular de la perfección con que debes amar a tu Dios y Señor. Oblígale con el sacrificio de tu voluntad, humillándote con paciencia a todo lo que su Divina providencia ordena, que, si no le impidieres, yo te aseguro de su protección y que por la experiencia conocerás siempre el poder de su brazo en gobernarte y encaminar todas tus acciones perfectamente.

CAPITULO 23

Explícase parte del capítulo 31 de las Parábolas de Salomón, a donde me remitió el Señor para manifestar el orden de vida que María Santísima dispuso en el matrimonio.

772. Hallándose la Princesa del Cielo María en el impensado y nuevo estado de su matrimonio, levantó luego su mente purísima al Padre de las lumbres, para entender cómo se gobernaría con mayor agrado suyo entre las nuevas obligaciones de su estado. Para dar yo alguna noticia de lo que Su Alteza pensó tan santamente, me remitió el mismo Señor a las condiciones de la mujer fuerte, que por esta Señora dejó escritas Salomón en el último capítulo de sus Parábolas; y discurriendo por él, diré lo que pudiere de lo que me ha dado a entender. Comienza, pues, el capítulo, y dice la letra: *¿Quién hallará una mujer fuerte? Su precio viene de lejos y de los últimos fines (Prov., 31, 10).* Esta pregunta es admirativa, entendiéndola de nuestra grande y fuerte mujer María; y de otra cualquiera en su comparación será negativa, pues en todo el resto de la humana naturaleza y ley común no se puede hallar otra mujer fuerte como la Princesa del Cielo. Todas las demás fueron y serán flacas y débiles, sin exceptuar alguna que no sea tributaria del demonio en la culpa. ¿Quién hallará, pues, otra mujer fuerte? No los reyes, ni monarcas, ni los príncipes poderosos de la tierra, ni los Ángeles del Cielo, ni el mismo

poder Divino hallará otra, porque no la criará como María Santísima; ella es la única y sola sin ejemplo y sola sin semejante y la que sola en la dignidad midió el brazo del Omnipotente; no le pudo dar más que a su mismo Hijo Eterno y de su misma sustancia, igual, inmenso, increado e infinito.

773. Consiguiente era que el precio de esta mujer fuerte viniera de lejos, pues en la tierra y entre las criaturas no le había. Precio se llama aquel valor en que una cosa se compra o se estima, y entonces se sabe cuánto vale, cuando se aprecia y se valorea. El precio de esta mujer fuerte María fue valoreado en el consejo de la Beatísima Trinidad, cuando antes de todas las otras puras criaturas la rescató o compró el mismo Dios para sí, como recibiéndola de la misma humana naturaleza por algún retorno, que esto es comprar en rigor. El retorno y precio que dio por María fue el mismo Verbo Eterno Humanado, y se dio por satisfecho el Padre Eterno —a nuestro modo de entender— con María; pues en hallando esta mujer fuerte en su mente Divina, la estimó y apreció tanto, que determinó dar a su mismo Hijo, para que fuese justa y dignamente Hijo de María Santísima y sólo por ella tomara carne humana y la eligiera para Madre. Con este precio dio el Altísimo todos sus atributos, sabiduría, bondad, omnipotencia, justicia y los demás, y todos los méritos de su Hijo Humanado para adquirirla y apropiarla a sí mismo, quitándola a la naturaleza anticipadamente, para que si toda se perdiese, como se perdió en Adán, sola María con su Hijo quedase reservada, como apreciada tan de lejos que no alcanzó toda la naturaleza criada al decreto de su estimación y aprecio; así vino de lejos.

774. Este lejos son también los fines de la tierra; porque Dios es el último fin y principio de todo lo criado, de donde todo sale y a donde todo vuelve, como los ríos al mar (Ecl., 1 , 7). También el cielo empíreo es el fin corporal y material de todo lo demás corpóreo; y singularmente se llama asiento de la divinidad (Is., 66, 1). Pero en otra consideración se llaman fines de la tierra los términos naturales de la vida y el fin de las virtudes, en que se le pone la última línea a donde se ordena la vida y ser que

tienen los hombres, que todos son criados para el conocimiento y amor del Criador, como fin inmediato del vivir y obrar. Todo esto comprende el venir de los últimos fines el precio de María Santísima; porque su gracia, dones y merecimientos vinieron y comenzaron de los últimos fines de los demás Santos, vírgenes, confesores, mártires, apóstoles y patriarcas; no llegaron todos en los fines de sus vidas y santidad a donde María comenzó la suya. Y si también Cristo Hijo suyo y Señor nuestro se llama fin de las obras del Altísimo, con igual verdad se dice que el precio de María Santísima fue de los últimos fines; pues toda su pureza, inocencia y santidad vino de su Hijo Santísimo, como de causa ejemplar y dechado y de principal autor de sola ella.

775. *Confía en ella el corazón de su varón y no se hallará pobre de despojos (Prov., 31, 11)*. Cierto es que el divino José se llamó varón de esta mujer fuerte, pues la tuvo por legítima esposa; y también es cierto que confió en ella su corazón, esperando que por su incomparable virtud le habían de venir todos los bienes verdaderos. Pero singularmente confió en ella, hallándola preñada, cuando ignoraba el misterio; porque entonces creyó y confió en la esperanza contra la esperanza (Rom., 4, 18) de los indicios que conocía, sin tener otra satisfacción de aquella verdad notoria más de la misma santidad de tal esposa y mujer. Y aunque se determinó a dejarla (Mt., 1, 19), porque veía el efecto a los ojos y no sabía la causa, pero nunca se atrevió a desconfiar de su honestidad y recato, ni a despedirse del amor santo y puro que le tenía preso el corazón rectísimo de tal esposa. Y no se halló frustrado en cosa alguna, ni pobre de despojos; porque si son despojos lo que sobra a lo necesario, todo fue superabundante para este varón, cuando conoció quién era su esposa y lo que en ella tenía.

776. Otro varón tuvo esta divina Señora que confió en ella, de quien principalmente habló Salomón; y este varón suyo fue su mismo Hijo, verdadero Dios y hombre, que fió de esta mujer fuerte hasta su propio ser y su honra para con todas las criaturas. En esta confianza que hizo de María se encierra toda la grandeza de entrambos; porque ni Dios

pudo confiarle más, ni ella pudo corresponder le mejor, para que no se hallase frustrado ni pobre de despojos. ¡Oh estupenda maravilla del poder y sabiduría infinita, que confiase Dios de una pura criatura y mujer tomar carne humana en su vientre y de su misma sustancia! ¡Llamarla Madre con inmutable verdad, y ella a él Hijo, criarle a sus pechos y a su obediencia, hacerla coadjutora del rescate del mundo y su reparación, depositaría de la Divinidad y dispensera de sus tesoros infinitos y merecimientos de su Hijo Santísimo, de su vida, de sus milagros, predicación, muerte, y todos los demás sacramentos! Todo lo confió de María Santísima. Pero extiéndase más la admiración sabiendo que en esta confianza no se halló frustrado; porque una mujer pura criatura supo y pudo satisfacer adecuadamente a todo cuanto le fiaron, sin que faltase o sin que pudiese obrar en todo con mayor fe, esperanza, amor, prudencia, humildad y plenitud de toda santidad. No se halló su varón pobre de despojos, sino rico, próspero y abundante de alabanza y gloria; y así añade:

777. *Dárale retribución del bien, y no del mal, todos los días de su vida (Prov., 31, 12).* En este retorno entendía el que a María Santísima dio su varón propio, Cristo su Hijo verdadero —que de su parte de ella ya queda declarado—; y si remunera el Altísimo a todos las menores obras hechas por su amor con retribución superabundante y excesiva, no sólo de gloria pero también de gracia en esta vida, ¿cuál sería el retorno de bienes y tesoros que la Divinidad le daría, con que remuneró las obras de su misma Madre? Solo el mismo que lo hizo, lo conoce. Pero en el comercio y correspondencia que guarda la equidad del Señor, remunerando con un beneficio y auxilio más grande a quien se aprovecha bien del menor, se entenderá algo de lo que en toda la vida de nuestra Reina sucedía entre ella y el poder Divino. Comenzó del primer instante, recibiendo más gracia que los supremos Ángeles con la preservación del pecado original, correspondió a este beneficio adecuadamente, creció en gracia y obró con ella en proporción; y así fueron los pasos de toda su vida sin tibieza, negligencia ni tardanza. Pues ¿qué mucho que sólo su Hijo Santísimo fuese más que ella y todo lo restante de las criaturas quedasen inferiores casi infinitamente?

778. *Buscó lino y lana y trabajó con el consejo de sus manos (Ib. 13).* Legítima alabanza y digna de la mujer fuerte: que sea oficiosa y hacendosa de sus puertas adentro, hilando lino y lana para el abrigo y socorro de su familia en lo que necesita de estas cosas y de otras que con este medio se pueden adquirir. Este es consejo sano, que se ejecuta con las manos trabajadoras y no ociosas; que la ociosidad de la mujer, viviendo mano sobre mano, es argumento de su torpe estulticia y de otros vicios que no sin vergüenza se pueden referir. En esta virtud exterior, que de parte de una mujer casada es el fundamento del gobierno doméstico, fue María Santísima mujer fuerte y digno ejemplar de todas las mujeres; porque jamás estuvo ociosa, y de hecho trabajaba lino y lana para su esposo y para su Hijo y muchos pobres que de su trabajo socorría. Pero como juntaba en sumo grado de perfección las acciones de Marta con las de María, era más laboriosa con el consejo de las obras interiores que con las exteriores y, conservando las especies de las visiones Divinas y la lección de las Sagradas Escrituras, jamás estuvo ociosa en su interior sin trabajar y acrecentar los dones y virtudes del alma; y por esto dice el texto:

779. *Fue como nave del mercader, que trae su pan de lejos (Ib. 14)*. Como este mundo visible se llama mar inquieto y proceloso, es consiguiente que se llamen naves los que le viven y surcan sus inconstantes olas. Trabajan todos en esta navegación para traer su pan, que es el sustento y alimento de la vida debajo el nombre de pan; y aquel le trae de más lejos que más lejos estaba de tener lo que adquiere con su trabajo; y aquel que más trabaja, granjea mucho más y lo trae de lejos con su mayor sudor. Es un género de contrato entre Dios y el nombre: que trabaje y sude el que es siervo negociando la tierra y cultivándola y que el Señor de todo le acuda por medio de las causas segundas con quien concurre, para que dándole pan al hombre le sustenten y paguen el sudor de su cara. Y lo mismo que sucede en este contrato en lo temporal, pasa también en lo espiritual, donde no come quien no trabaja (2 Tes., 3, 10).

780. Entre todos los hijos de Adán, María Santísima fue la nave rica y próspera del mercader que trajo su pan y nuestro pan de lejos. Nadie fue tan discretamente diligente y laboriosa en el gobierno de su familia; nadie tan prevenida en lo que con Divina prudencia entendía ser necesario para su pobre familia y para el socorro de los pobres; y todo lo mereció y granjeó con su Fe y solicitud prudentísima, con que lo trajo de lejos; porque estaba muy lejos de nuestra viciosa naturaleza humana y aun de su hacienda. Lo mucho que en esto hizo, adquirió, mereció y distribuyó a los pobres, es imposible poderlo ponderar. Pero más fuerte y admirable fue en traernos el pan espiritual y vivo que bajó del cielo; pues le trajo, no sólo del seno del Padre, de donde no saliera si no hubiera esta mujer fuerte, pero ni llegara al mundo, de cuyos merecimientos estaba lejos, si no fuera en la nave de María. Y aunque no pudo, siendo criatura, merecer que Dios viniese al mundo, pero mereció que acelerase el paso y que viniese en la nave rica de su vientre: porque no pudiera caber en otra que fuera menor en merecimientos; Ella sola hizo que este pan Divino se viese y se comunicase y alimentase a los que le tenían lejos.

781. *De noche se levantó y proveyó lo necesario a sus domésticos y el mantenimiento a sus criados (Prov., 31, 15)*. No es menos loable esta condición de la mujer fuerte, privarse del reposo y descanso delicioso de la noche para gobernar su familia, distribuyendo a sus domésticos, esposo, hijos y allegados, y luego a sus criados, las ocupaciones legítimas a cada uno con todo lo necesario para ellas. Esta fortaleza y prudencia no conocen la noche para entregarse ni absorberse en el sueño y olvido de las propias obligaciones, porque el alivio del trabajo no se toma por fin del apetito, sino por medio de la necesidad. Fue nuestra Reina en esta prudencia económica admirable; y aunque no tuvo criados ni criadas en su familia, porque la emulación de la obediencia y humildad servil en los oficios domésticos no le consintió que fiase de nadie estas virtudes, pero en el cuidado de su Hijo Santísimo y de su esposo San José era vigilantísima sierva, y jamás hubo en ella descuido, ni olvido, ni tardanza o inadvertencia en lo que había de prevenir y proveer para ellos, como en todo

este discurso diré adelante.

782. Pero ¿qué lengua puede explicar la vigilancia de esta mujer fuerte? Levantóse y estuvo en pie en la noche oculta de su secreto corazón y en el oculto entonces misterio de su matrimonio esperó atenta qué se le mandaba, para ejecutarlo humilde y obediente. Previno a sus domésticos y siervos, las potencias interiores y sentidos exteriores, de todo el alimento necesario y distribuyóles a cada cual su legítimo sustento, para que en el trabajo del día, acudiendo al servicio de fuera, no se hallase el espíritu necesitado y desproveído. Mandó a las potencias del alma con inviolable precepto que su alimento fuese la luz de la Divinidad, su ocupación incesante la abrasada meditación y contemplación de día y de noche en la Divina Ley, sin que jamás se interrumpiese por alguna extraña obra y ocupación de su estado. Este era el gobierno y alimento de los domésticos del alma.

783. A los siervos, que son los sentidos exteriores, distribuyó también sus legítimas ocupaciones y sustento; y usando de la jurisdicción que tenía sobre estas potencias, las mandó que como siervas del espíritu le sirviesen y, aunque vivían en el mundo, ignorasen su vanidad y viviesen muertas para ella, sin vivir más de para lo necesario a la naturaleza y a la gracia; que no se alimentasen tanto del deleite de lo sensible, cuanto del que la parte superior del alma les comunicase y dispensase de su influencia superabundante. Puso tér-mino y límites a todas las operaciones, para que todas sin faltar ninguna quedasen reducidas a la esfera del Divino amor, sirviéndole y obedeciéndole todas sin resistencia, sin réplica ni tardanza. Levantóse de noche y gobernó también a sus domésticos. —

784. Otra noche hubo en que también se levantó esta mujer fuerte y otros domésticos a quien proveyese. Levantóse en la noche de la antigua ley oscura con las sombras de la futura luz; salió al mundo en la declinación de esta noche y con su inefable providencia a todos sus domésticos y siervos, los de su pueblo y de lo restante de la humana naturaleza, a los Santos Padres y justos

domésticos suyos, a los pecadores, siervos y cautivos, a todos dio y distribuyó el alimento de la gracia y de la eterna vida. Y dieseles con tanta verdad y propiedad, que se les dio hecho alimento de su misma sustancia y de su misma sangre, que recibió en su tálamo virginal.

CAPITULO 24

Prosigue el mismo asunto con la explicación de lo restante del capítulo 31 de las Parábolas (Prov., 31, 16).

785. Ninguna condición de mujer fuerte pudo faltar a nuestra Reina, porque lo fue de las virtudes y fuente de la gracia. *Consideró* —prosigue él texto— *el campo y le compró, del fruto de sus manos plantó una viña* (Prov., 31, 16). El campo de la más levantada perfección, donde se cría lo fértil y fragante de las virtudes, éste fue el que consideró nuestra mujer fuerte María Santísima y, considerándole y ponderándole a la claridad de la Divina luz, conoció el tesoro que encerraba. Y para comprar este campo vendió todo lo terreno de que era verdaderamente Reina y Señora, posponiéndolo todo a la posesión del campo que compró, con negarse al uso de lo que podía tener. Sola esta Señora pudo venderlo todo, porque de todo lo era, para comprar el espacioso campo de la santidad; sola ella lo consideró y conoció adecuadamente y se apropió a sí misma, después de Dios, el campo de la Divinidad y sus atributos infinitos, de que los demás santos recibieron alguna parte. *Del fruto de sus manos plantó la viña.* Plantó la Iglesia Santa, no sólo dándonos a su Hijo Santísimo para que la formase y fabricase, pero siendo ella coadjutora suya, y después de su ascensión quedando por Maestra de la Iglesia, como diré en la tercera parte de esta Historia. Plantó la viña del paraíso celestial, que aquella singular fiera de Lucifer había disipado y devastado (Prov., 31, 16); porque se pobló de nuevas plantas por la solicitud y fruto de María Purísima. Plantó la viña de su espacioso y magnánimo corazón con los renuevos de las virtudes, con la vid fértilísima, Cristo, que destiló en el lagar de la cruz el vino suavísimo del amor con que son embriagados sus carísimos y alimentados los amigos (Cant., 5, 1).

786. *Ciñó su cuerpo de fortaleza y corroboró su brazo* (Prov., 31, 17). La mayor fortaleza de los que se llaman fuertes consiste en el brazo, con que se hacen las obras arduas y dificultosas; y cono la mayor dificultad de la criatura terrena sea el ceñirse en sus pasiones e inclinaciones ajustándolas a la razón, por eso juntó el Texto Sagrado el ceñirse la mujer fuerte y corroborar su brazo. No tuvo nuestra Reina pasiones ni movimientos desordenados que ceñir en su inocentísima persona; mas no por eso dejó de ser más fuerte en ceñirse que todos los hijos de Adán, a quienes desconcertó el fomes del pecado. Mayor virtud fue y más fuerte el amor que hizo obras de mortificación y penalidad cuando y donde no eran menester, que si por necesidad se hicieran. Ninguno de los enfermos de la culpa y obligados a su satisfacción puso tanta fuerza en mortificar sus desordenadas pasiones, como nuestra princesa María en gobernar y santificar más todas sus potencias y sentidos. Castigaba su castísimo y virgíneo cuerpo con penitencias incesantes, vigilias, ayunos, postraciones en cruz, como adelante diremos (Cf. infra p.II n. 12, 232, 442, 658, 898, 990, 991; p. III n. 581) ; y siempre negaba a sus sentidos el descanso y lo deleitable, no porque se desconcertaran, mas por obrar lo más santo y acepto al Señor, sin tibieza, remisión o negligencia; porque todas sus obras fueron con toda la eficacia y fuerza de la gracia.

787. *Gustó y conoció cuán buena era su negociación; no será extinguida su luz en la noche* (Prov., 31, 18). Es tan benigno y fiel con sus criaturas el Señor que, cuando nos manda ceñir con la mortificación y penitencia, porque el Reino de los Cielos padece violencia y se ha de ganar por fuerza (Mt., 11, 12), pero a esa misma violencia de nuestras inclinaciones tiene vinculado en esta vida un gusto y consolación que llena todo nuestro corazón de alegría. En este gozo se conoce cuán buena es la negociación del sumo bien por medio de la mortificación con que ceñimos las inclinaciones a otros gustos terrenos; porque de contado recibimos el gozo de la verdad cristiana y en él una prenda del que esperamos en la eterna vida; y el que más negocia más le gusta y más granjea para ella y más estima la negociación.

788. Esta verdad, que con experiencia conocemos nosotros sujetos a pecados, ¿cómo la conocería y gustaría nuestra mujer fuerte María Santísima? Y si en nosotros, donde la noche de la culpa es tan prolija y repetida, se puede conservar la Divina luz de la gracia por medio de la penitencia y mortificación de las pasiones, ¿cómo ardería esta luz en el corazón de esta purísima criatura? No la oprimía el sinsabor de la pesada y corrupta naturaleza, no la desazonaba la contradicción del fomes, no la turbaba el remordimiento de la mala conciencia, no el temor de las culpas experimentadas y sobre todo esto era su luz sobre todo humano y angélico pensamiento; muy bien conocería y gustaría de esta negociación, sin extinguirse en la noche de sus trabajos y peligros de la vida la lucerna del Cordero que la iluminaba (Ap., 21, 23).

789. *Extendió su mano a cosas fuertes, y sus dedos apretaron el huso (Prov., 31, 19)*. La mujer fuerte, que con el trato y trabajo de sus manos acrecienta sus virtudes y bienes de su familia y se ciñe de fortaleza contra sus pasiones, gusta y conoce la negociación de la virtud, ésta bien puede extender y alargar el brazo a cosas grandes. Hízolo María Santísima sin embarazo de su estado y de sus obligaciones, porque levantándose sobre sí misma y todo lo terreno extendió sus deseos y obras a lo más grande y fuerte del amor Divino y conocimiento de Dios sobre toda naturaleza humana y angélica. Y como desde su desposorio se iba acercando a la dignidad y oficio de madre, iba también extendiendo su corazón y alargando el brazo de sus obras santas, hasta llegar a cooperar en la obra más ardua y más fuerte de la omnipotencia Divina, que fue la Encarnación del Verbo. De todo esto diré más en la segunda parte (Cf., infla p. II n. 1-106), declarando la preparación que tuvo nuestra Reina para este Gran Misterio. Y porque la determinación y propósitos de cosas grandes, si no llegan a la ejecución, serían apariencia y sin efecto, por esto dice que apretaron el huso los dedos de esta mujer fuerte, y es decir que ejecutó nuestra Reina todo lo grande, arduo y dificultoso, como lo entendió y lo propuso en su rectísima intención. En todo fue verdadera y no ruidosa y aparente, como lo fuera la mujer que estuviera

con la rueca en la cinta, pero ociosa y sin apretar el huso; y así añade:

790. *Alargó su mano al necesitado y desplegó sus palmas al pobre (Prov., 31, 20)*. Fortaleza grande es de la mujer prudente y casera ser liberal con los pobres y no rendirse con flaqueza de ánimo y desconfianza al temor cobarde de que por esto le faltará para su familia; pues el medio más poderoso para multiplicar todos los bienes ha de ser repartir liberalmente los de fortuna con los pobres de Cristo, que aun en esta vida presente sabe dar ciento por uno (Mc., 10, 30). Distribuyó María santísima con los pobres y con el Templo la hacienda que de sus padres heredó, como ya dije arriba, capítulo 22 de este libro (Cf. supra n. 764); y a más de esto, trabajaba de sus manos para ayudar a esta misericordia, porque si no les diera su propio sudor y trabajo no satisfacía a su piadoso y liberal amor de los pobres. No es maravilla que la avaricia del mundo sienta hoy la falta y pobreza que padece en los bienes temporales, pues tan pobres están los hombres de piedad y misericordia con los necesitados, sirviendo a la inmoderada vanidad lo que hizo Dios y lo crió para sustento de los pobres y para remedio de los ricos.

791. No sólo desplegó sus manos propias al pobre nuestra piadosa Reina y Señora, pero también desplegó las palmas del brazo poderoso del omnipotente Dios, que parece las tenía cerradas deteniendo al Verbo Divino, porque no le merecían, o porque le desmerecían los mortales. Esta mujer fuerte le dio manos, y manos extendidas y abiertas para los pobres cautivos y afligidos en la miseria de la culpa; y porque esta necesidad y pobreza siendo general de todos era de cada uno, los llama la Escritura pobre en singular; pues todo el linaje humano era un pobre y no podía más que si fuera sólo uno. Estas manos de Cristo Señor nuestro, extendidas para trabajar nuestra redención y abiertas para derramar los tesoros de sus merecimientos y dones, fueron manos propias de María Santísima, porque eran de su Hijo y porque sin ella no las conociera abiertas el pobre linaje humano, y por otros muchos títulos.

792. *No temerá para su casa el frío de las nieves, porque*

todos sus domésticos tienen doblados los vestidos (Prov., 31, 21). Perdido el sol de justicia y el calor de la gracia y justicia original, quedó nuestra naturaleza debajo de la nieve helada de la culpa, que encoge, impide y entorpece para el bien obrar. De aquí nace la dificultad en la virtud, la tibieza en las acciones, la inadvertencia y negligencia, la instabilidad y otros defectos innumerables, y hallarnos después del pecado helados en el amor Divino, sin abrigo ni amparo para las tentaciones. De todos estos impedimentos y daños estuvo libre nuestra divina Reina en su casa y en su alma, porque todos sus domésticos, potencias interiores y exteriores, estuvieron defendidos del frío de la culpa con dobladas vestiduras. La una fue de la original justicia y virtudes infusas, la otra de las adquiridas por sí misma desde el primer instante que comenzó a obrar. También fueron vestiduras dobladas la gracia común que tuvo como persona particular y la que la dio el Altísimo especialísima para la dignidad de Madre del Verbo. En el gobierno de su casa no me detengo sobre esta providencia; porque en las demás mujeres puede ser loable como necesario este cuidado, pero en casa de la Reina del Cielo y tierra, María Santísima, no fue menester doblar las vestiduras para su Hijo Santísimo, que sola una tenía; ni tampoco para sí ni para su esposo San José, donde la pobreza era el mayor adorno y abrigo.

793. *Hizo para sí una vestidura muy tejida y se adornó de púrpura y holanda (Ib. 22).* Esta metáfora también declara el adorno espiritual de esta mujer fuerte; y éste fue una vestidura tejida con fortaleza y variedad para cubrirse toda y defenderse de las inclemencias y rigores de las lluvias, que para esto se tejen los paños fuertes o los fieltros y otros semejantes. La vestidura talar de las virtudes y dones de María fue impenetrable del rigor de las tentaciones y avenidas de aquel río que derramó contra ella el Dragón grande y rojo, o sanguinolento, que vio San Juan en el Apocalipsis (Ap., 12, 15); y a más de la fortaleza de este vestido, era grande su hermosura y variedad de sus virtudes, entretejidas y no postizas, porque estaban como entrañadas y sustanciadas en su misma naturaleza, desde que fue formada en gracia y en justicia original. Allí estaban la púrpura de la Caridad, lo blanco de la Castidad y Pureza,

lo celeste de la Esperanza, con toda la variedad de dones y virtudes, que vistiéndola juntamente la adornaban y hermoseaban. También fue adorno de María aquel color blanco y colorado (Cant., 5, 10) que por la humanidad y divinidad entendió la esposa, dándolos por señas de su esposo; porque dándole ella al Verbo lo colorado de su humanidad santísima, le dio Él en retorno la Divinidad, no sólo uniéndolas en su virginal vientre, pero dejando en su Madre unos visos y rayos de Divinidad más que en todas las criaturas juntas.

794. *Será noble su varón en las puertas, cuando se asentare con los senadores de la tierra (Prov., 31, 23)*. En las puertas de la eterna vida se hace el juicio particular de cada uno, y después se hará el general que esperamos, como en las puertas de la ciudad lo hacían las antiguas repúblicas. En el juicio universal tendrá lugar entre los nobles del reino de Dios San José, el uno de los varones de María Santísima; porque tendrá silla entre los Apóstoles para juzgar al mundo y gozará este privilegio por esposo de la mujer fuerte, que es Reina de todos, y por padre putativo que fue del supremo Juez. El otro varón de esta Señora, que es su Hijo Santísimo, como antes dije (Cf. supra n. 776), es tenido y reconocido por supremo Señor y Juez verdadero en el juicio que hace y en el que hará de los ángeles y todos los hombres. Y de esta excelencia se le da parte a María Santísima, porque le dio ella la carne humana con que redimió al mundo y la sangre que derramó en precio y rescate de los hombres; y todo se conocerá cuando con grande potestad venga al juicio universal, sin quedar alguno que entonces no lo conozca y confiese.

795. *Hizo una sábana y la vendió, y entregó un cíngulo al cananeo (Prov., 31, 24)*. En esta solicitud laboriosa de la mujer fuerte se contienen dos grandezas en nuestra Reina: la una, que hizo la sábana tan pura, espaciosa y grande, que pudo caber en ella, aunque estrechándose y encogiéndose, el Verbo Eterno; y vendióla no a otro sino al mismo Señor, que le dio en retorno a su mismo Hijo, porque no se hallara en todo lo criado precio digno para comprar esta sábana de la pureza y santidad de María, ni quien dignamente pudiera ser Hijo suyo, fuera del mismo Hijo de

Dios. Entregó también, no vendido pero graciosamente, el cíngulo al cananeo, hijo de Canaán, maldito de su padre (Gén., 9, 25), porque todos los que participaron de la primera maldición, y quedaron desceñidos y sueltas las pasiones y desordenados apetitos, se pudieron ceñir de nuevo con el cíngulo que María Santísima les entregó en su Hijo Primogénito y Unigénito, y en su Ley de Gracia, para renovarse, reformarse y ceñirse. No tendrán excusa los prescitos y condenados, ángeles y hombres, pues todos tuvieron con qué se contener y ceñir en sus desordenados afectos, como lo hacen los predestinados, valiéndose de esta gracia, que por María Santísima tuvieron de gracia y sin pedirles precio para merecerla o comprarla.

796. *La fortaleza y hermosura le sirven de vestido, y se reirá en el último día (Prov., 31, 25).* Otro nuevo adorno y vestidura de la mujer fuerte son la fortaleza y hermosura; la fortaleza la hace invencible en el padecer y en obrar contra las potestades infernales, la hermosura le dio gracia exterior y decoro admirable en todas las acciones. Con estas dos excelencias y condiciones era nuestra Reina amable a los ojos de Dios, de los ángeles y del mundo; no sólo no tenía culpa ni defecto que se le reprendiese, pero tenía esta doblada gracia y hermosura que tanto le agradó y ponderó el Esposo, repitiendo que era muy hermosa y muy agraciada toda ella (Cant., 4, 1-7). Y donde no se pudo hallar defecto reprensible, tampoco había causa para llorar el día último, cuando ninguno de los mortales, fuera de esta Señora y de su Hijo Santísimo, todos estarán y parecerán con alguna culpa que tuvieron de que dolerse, y los condenados llorarán entonces el no haberlas llorado antes dignamente. En aquel día estará alegre y risueña esta fuerte mujer con el agradecimiento de su incomparable felicidad y de que se ejecute la Divina justicia en los protervos y rebeldes a su Hijo Santísimo.

797. *Abrió su boca para la sabiduría y en su lengua estuvo la ley de la clemencia (Prov., 31, 26)*. Gran excelencia es de la mujer fuerte no abrir su boca para otra cosa que no sea para enseñar el temor santo del Señor y ejecutar alguna obra de clemencia. Esto cumplió con suma perfección nuestra Reina y Señora; abrió su boca como maestra de la

divina sabiduría, cuando dijo al santo arcángel: *Fiat mihi secundum verbum tuum (Lc., 1, 38);* y siempre que hablaba era como Virgen Prudentísima y llena de ciencia del Altísimo para enseñarla a todos y para interceder por los miserables hijos de Eva. Estaba y está siempre en su lengua la ley de la clemencia, como en piadosa Madre de Misericordia; porque sola su intercesión y palabra es la ley inviolable de donde depende nuestro remedio en todas las necesidades, si sabemos obligarla a que abra su boca y mueva su lengua para pedirlo.

798. *Consideró las sendas de su casa y no comió el pan estando ociosa (Prov., 31, 27).* No es pequeña alabanza de la madre de familia considerar también atentamente todos los caminos más seguros para aumentarla en muchos bienes; pero en esta divina prudencia sola María fue la que dio forma a los mortales, porque sólo ella supo considerar e investigar todos los caminos de la justicia y las sendas y atajos por donde con mayor seguridad y brevedad llegaría a la Divinidad. Alcanzó esta ciencia tan altamente que dejó atrás a todos los mortales y a los mismos Querubines y Serafines. Conoció y consideró el bien y el mal, lo profundo y oculto de la santidad, la condición de la humana flaqueza, la astucia de los enemigos, el peligro del mundo y todo lo terreno; y como todo lo conoció, obró lo que conocía sin comer ociosa el pan y sin recibir en vano el alma (Sal., 23, 4) ni la Divina gracia; y mereció lo que se sigue.

799. *Levantáronse y predicáronla sus hijos por beatísima y su varón se levantó para alabarla (Prov., 31, 28).* Grandes cosas y gloriosas han dicho en la Militante Iglesia los hijos verdaderos de esta mujer fuerte, predicándola por beatísima entre las mujeres; y los que no se levantan y no la predican, no se tengan por sus hijos, ni por doctos, ni sabios, ni devotos. Pero aunque todos han hablado inspirados y movidos por su varón y esposo Cristo y el Espíritu Santo, con todo eso hasta ahora parece que se ha callado y no se ha levantado para predicarla respecto de los muchos y altos sacramentos que ha tenido ocultos de su Madre Santísima. Y son tantos, que se me ha dado a entender los reserva el Señor para manifestarlos en la Iglesia triunfante después del juicio universal; porque no es

conveniente manifestarlos todos ahora al mundo indigno y no capaz de tantas maravillas. Allí hablará Cristo, varón de María, manifestando para gloria de los dos y gozo de los Santos las prerrogativas y excelencias de esta Señora, y allí las conoceremos; basta ahora que con veneración las creamos debajo del velo de la fe y esperanza de tantos bienes.

800. *Muchas hijas congregaron las riquezas, pero tú excediste a todas ellas (Ib. 29)*. Todas las almas que llegaron a conseguir la gracia del Altísimo se llaman hijas suyas, y todos los merecimientos, dones y virtudes que con ella pudieron granjear, y de hecho los granjearon, son riquezas verdaderas; que todo lo demás terreno tiene injustamente usurpado el nombre de riqueza. Muy grande será el nombre de los predestinados; el que numera las estrellas por sus nombres (Sal., 146, 4), los conoce. Pero sola María congregó más que todas juntas estas criaturas, hijas del Altísimo y suyas, y sola ella se aventajará, como la excelencia de ser ella, no sólo Madre suya y ellas hijas en gracia y gloria, pero como Madre del mismo Dios; porque según esta dignidad excede a toda la excelencia de los mayores Santos, así la gracia y gloria de esta Reina se adelantará a toda la que tienen y tendrán todos los predestinados. Y porque, en comparación de estas riquezas y dones de la gracia interior y gloria que le corresponde, es vana la exterior y aparente en las mujeres que tanto la aprecian, añade y dice:

801. *Engañosa es la gracia y vana la hermosura; la mujer que teme a Dios, aquella será alabada; denle a ésta del fruto de sus manos y alaben sus obras en las puertas (Prov., 31, 30-31)*. El mundo reputa falsamente por gracia muchas cosas visibles que no lo son, y no tienen más de gracia y hermosura de lo que les da el engaño de los ignorantes, corno son: la apariencia de las buenas obras en la virtud, el agrado en las palabras dulces o elocuentes, el donaire en hablar y moverse; y también llaman gracia a la benevolencia de los mayores y del pueblo. Todo esto es engaño y falacia, como la hermosura de la mujer que en breve se desvanece. La que teme a Dios y enseña a temerle, ésta merece dignamente la alabanza de los

hombres y del mismo Señor. Y porque él mismo quiere alabarla, dice que le den del fruto de sus manos, y remite su alabanza a sus grandes obras puestas en público a vista de todos, para que ellas mismas sean lenguas en su alabanza; porque importa muy poco que alaben los hombres a la mujer a quien sus mismas obras la vituperan. Para esto quiere el Altísimo que las obras de su Madre Santísima se manifiesten en las puertas de su Iglesia Santa, en cuanto ahora es posible y conveniente, como arriba dije (Cf. supra n. 798), reservando la mayor alabanza y gloria para que después permanezca por todos los siglos de los siglos. Amén.

Doctrina de la Reina del cielo.

802. Hija mía, grande enseñanza tienes para tu gobierno en este capítulo; y aunque no todo lo que contiene has escrito, pero así lo que has declarado como lo que dejas oculto, quiero todo lo escribas en lo íntimo de tu corazón y con inviolable ley lo ejecutes en ti misma. Para esto es necesario estar retirada dentro de tu interior, olvidado todo lo visible y terreno, y atentísima a la divina luz que te asiste y defiende todas tus potencias con vestiduras dobladas, para que no sientas la frialdad y tibieza en la perfección y también resistas a los movimientos desmandados de las pasiones. Cíñelas y mortifícalas con el apretador del temor Divino y, alejada de lo aparente y engañoso, levanta tu mente a considerar y entender los caminos de tu interior y las sendas que Dios te ha enseñado para buscarle en tu secreto y hallarle sin peligro del engaño. Y habiendo gustado de la negociación del Cielo, no consientas por tu descuido que se extinga en tu mente la Divina luz que te enciende y alumbra en las tinieblas. No comas el pan estando ociosa, pero trabaja sin dar treguas al cuidado, y comerás el fruto de tus diligencias; y esforzada en el Señor harás obras dignas de su beneplácito y agrado y correrás tras el olor de sus ungüentos hasta llegar a poseerle eternamente. Amén.

SEGUNDA PARTE

CONTIENE LOS MISTERIOS DESDE ENCARNACIÓN DEL VERBO DIVINO EN SU VIRGINAL VIENTRE HASTA LA ASCENSIÓN A LOS CIELOS.

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA PARTE DE LA DIVINA HISTORIA Y VIDA SANTÍSIMA DE MARÍA MADRE DE DIOS

1. Al tiempo de presentar ante el Divino acatamiento el pequeño servicio y trabajo de haber escrito la primera parte de la Vida Santísima de María Madre del mismo Dios, para poner a la enmienda y registro de la Divina luz lo que con ella misma había copiado, pero con mi cortedad; por lo que quise para consuelo mío saber de nuevo si lo escrito era del beneplácito del Altísimo y si me mandaba continuar o suspender esta obra tan superior a mi insuficiencia; a esta proposición me respondió el Señor: Bien has escrito y ha sido de nuestro beneplácito, pero queremos entiendas que, para manifestar los misterios y altísimos sacramentos que encierra lo restante de la vida de nuestra única y dilecta Esposa, Madre de nuestro Unigénito, necesitas de nueva y mayor disposición. Queremos que mueras del todo a lo imperfecto y visible y vivas según el espíritu, que renuncies todas las operaciones de criatura terrena y sus costumbres y que sean de ángel, con mayor pureza y conformidad a lo que has de entender y escribir.

2. En esta respuesta del Altísimo entendí que se me intimaba y se me pedía tan nuevo modo de obrar las virtudes y tan alta perfección de vida y costumbres, que, como confiada de mí, quedé turbada y temerosa de emprender negocio tan arduo y difícil para una criatura terrena. Sentí grandes contiendas en mí misma, entre la carne y el espíritu. Éste me llamaba con fuerza interior, compeliéndome a procurar la gran disposición que se me pedía, administrándome razones del grande agrado del Señor y conveniencias mías. Y por el contrario la ley del pecado, que sentía en mis miembros, me contradecía

(gal.,5, 17; Rom., 7, 23), repugnaba a la Divina luz y me desconfiaba, temiendo yo misma mi inconstancia. Sentía en este conflicto una fuerte remora que me detenía, una cobardía que me aterraba; y con esta turbación se me hacía más creíble el concepto de que yo no era idónea para tratar cosas tan altas, y más siendo ellas tan ajenas de la condición y profesión de mujeres.

3. Vencida del temor y dificultad, determiné no proseguir esta obra y poner todos los medios posibles para conseguirlo. Conoció el común enemigo mi temor y cobardía y, como su crueldad pésima se enfurece más contra los más flacos y desvalidos, valiéndose de la ocasión me acometió con increíble saña, pareciéndole me hallaba desamparada de quien me librase de sus manos; y para disfrazar su malicia procuraba transformarse en ángel de luz, fingiéndose muy celoso de mi alma y de mi acierto, y debajo de este falso pretexto me arrojaba porfiadamente continuas sugestiones y pensamientos, ponderándome el peligro de mi condenación, amenazándome con otro castigo semejante al del primer ángel (Is., 14, 10-13), porque me representaba había yo querido comprender con soberbia lo que era sobre mis fuerzas y contra el mismo Dios.

4. Proponíame muchas almas que, profesando virtud, habían sido engañadas por alguna oculta presunción y por dar lugar a las fabulaciones de la serpiente, y que escudriñar yo los secretos de la Majestad divina (Prov., 25, 27) no podía ser sin soberbia muy presuntuosa, en que yo estaba metida. Encarecióme mucho que los tiempos presentes eran mal afortunados para estas materias, y lo confirmaba con algunos sucesos de personas conocidas en quien se halló dolo y engaño, con el terror que otras han cobrado para emprender la vida espiritual, con el descrédito que ocasionaría cualquiera cosa malsonante en mí, el efecto que causaría en los que tienen poca piedad; que todo esto conocería yo por experiencia y para mi daño, si proseguía en escribir esta materia. Y siendo verdad, como lo es, que toda la contradicción que padece la vida espiritual, y el ser la virtud en lo místico menos recibida en el mundo, es obra de este mortal

enemigo que, para extinguir la devoción y piedad cristiana en muchos, procura engañar algunos y sembrar su zizaña en la semilla pura (Mt., 13, 25) del Señor, para ofuscarla y torcer el sentido verdadero, con que se dificulte más apartar las tinieblas de la luz; y no me admiro, porque éste es oficio del mismo Dios y de quien participa de la verdadera sabiduría y no se gobierna sólo por la terrena.

5. No es fácil en la vida mortal discernir entre la prudencia verdadera y falsa, porque tal vez aun la buena intención y celo equivoca el juicio humano, si falta el acuerdo y luz de lo alto. Yo he tenido ocasión para conocer esto en lo que voy tratando; porque algunas personas conocidas y devotas, otras que por su piedad me amaban y deseaban mi bien, otras con desprecio y menos afecto, todas a un tiempo me procuraron divertir de esta ocupación, y aun del camino por donde iba, como si fuera elección propia; y no me turbó poco el enemigo por medio de estas personas, porque el temor de alguna confusión o descrédito que podía resultar a los que con-migo ejercitaban su piedad, a la religión y a mis propincuos, y singularmente al convento que vivo, les daba cuidado y a mí aflicción. Llevábame mucho la seguridad que se me representaba siguiendo el camino ordinario de las demás religiosas. Confieso se ajustaba más a mi dictamen o mi natural inclinación y deseo y mucho más a mi encogimiento y grandes temores.

6. Fluctuando mi corazón entre estas olas impetuosas, procuré llegar al puerto de la obediencia, que me aseguraba en el mar amargo de mi confusión. Y porque mi tribulación fuese mayor, sucedió que en esta ocasión se trataba en la religión de ocupar en oficios superiores a mi Padre Espiritual y Prelado, que muchos años había gobernado mi espíritu y tenía comprendido mi interior y persecuciones y me había ordenado escribiese todo lo que estaba tratado y con su dirección me prometía acierto, quietud y consuelo. No se consiguió este intento, pero ausentóse en esta ocasión por muchos días (El P. Franciscano Andrés de la Torre fue tres veces Ministro Provincial y dirigió a la Venerable de 1627-1647. El P. Andrés de Fuenmayor, también provincial, la dirigió desde 1650 a 1665). Y de todo se valía el Dragón grande para

derramar contra mi el furioso río (Ap., 12 15) de sus tentaciones, y así en esta ocasión como en otras trabajó con suma malicia por desviarme de la obediencia y doctrina de mi superior y maestro, aunque fue en vano.

7. A todas las contradicciones y tentaciones que digo, y otras muchas que no puedo referir, añadió el demonio quitarme la salud del cuerpo, causándome muchos achaques, destemplanzas y desconcertándome toda. Movióme una invencible tristeza, turbóme la cabeza y parece me quería oscurecer el entendimiento e impedir el discurso y debilitar la voluntad y trasegarme toda en alma y cuerpo. Y sucedió así, porque en medio de esta confusión vine a cometer algunas faltas y culpas, para mí harto graves, y aunque no fueron tanto de malicia como de fragilidad humana, pero valióse de ellas la serpiente para destruirme más que de ningún otro medio; porque habiéndome turbado el corriente de las buenas operaciones para que cayese, soltó después su furor, desembarazándome para que con mayor ponderación conociese las faltas cometidas. Ayudóme a esto con sugestiones impías y muy sagaces, queriendo persuadirme que todo cuanto por mí había pasado en el camino que llevo era falso y mentiroso.

8. Como tenía esta tentación tan aparente color, así por mis faltas cometidas como por mis continuos sobresaltos y temores, resistíala menos que a otras, y fue singular misericordia del Señor no desfallecer del todo en la esperanza y en la fe del remedio. Pero hálleme tan poseída de la confusión y sumergida en tinieblas, que puedo decir me rodearon los gemidos de la muerte y me ciñeron los dolores del infierno (Sal., 17, 5-6), llevándome hasta reconocer el último peligro; determiné quemar los papeles en que tenía escrita la primera parte de esta divina Historia para no proseguir la segunda. Y a esta determinación el ángel de Satanás que me la administraba añadió también el proponerme que me retirase de todo, que no tratase de camino ni vida espiritual, ni atendiese al interior, ni lo comunicase con nadie, y con esto podía hacer penitencia de mis pecados y aplacar al Señor y desenojarle, que lo estaba conmigo. Y para asegurar más su iniquidad disimulada me

propuso hiciera voto de no escribir, por el peligro de ser engañada y engañar, pero que me enmendase la vida y cercenase imperfecciones y abrazase la penitencia.

9. Con esta máscara de aparente virtud pretendía el Dragón acreditar sus dañados consejos y cubrirse con piel de oveja el que era sangriento y carnicero lobo. Perseveró algún tiempo en esta porfía, y singularmente estuve quince días en una tenebrosa noche sin sosiego ni consuelo alguno Divino ni humano: sin éste, porque me faltaba el consejo y alivio de la obediencia, y sin aquél, porque había suspendido el Señor el influjo de sus favores, las inteligencias y continua luz interior. Y sobre todo esto me apretaba la falta de salud, y en ella la persuasión de que se allegaba la muerte y el peligro de mi condenación; que todo lo maquinaba y representaba el enemigo.

10. Pero como sus dejos son tan amargos y todos paran en desesperación, la misma turbación con que alteraba toda la república de mis potencias y los hábitos adquiridos me hizo más atenta para no ejecutar cosa alguna de las que me inclinaba, o yo proponía. Valíase del temor continuamente, el cual me tenía crucificada sobre si ofendería a Dios y perdería su amistad, y aplicándomele con mi ignorancia a las cosas Divinas para que me recelase de ellas. Y este mismo temor me hacía dudar en lo que el astuto Dragón me persuadía y dudando me detenía a no darle asenso. Ayudábame también el respeto de la obediencia, que me había mandado escribir y todo lo contrario de lo que sentía en mis sugestiones y persuasiones, y que las resistiese y anatematizase. Sobre todo esto era el amparo oculto del Altísimo, que me defendía y no quería entregar a las bestias el alma que en medio de tales tribulaciones, siquiera con gemidos y suspiros, le confesaba. No puedo con palabras encarecer las tentaciones, combates, desconsuelos, despechos, aflicciones, que en esta batalla padecí, porque me vi en tal estado que, a mi juicio, de él al de los condenados no había en el interior más diferencia de que en el infierno no hay redención y en el otro la puede haber.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: PARTE 6

11. Un día de éstos, para respirar un poco, clamé de lo profundo de mi corazón, y dije: ¡Ay de mí, que a tal estado he venido, y ay del alma que se viere en él! ¿A dónde iré, que todos los puertos de mi salud están cerrados? Luego me respondió una voz fuerte y suave en el mismo interior: ¿A dónde quieres ir fuera del mismo Dios? Conocí en esta respuesta que mi remedio estaba propicio en el Señor y con el aliento de esta luz comencé a levantarme de aquel confuso abatimiento en que estaba oprimida y sentí una fuerza que me fervorizaba en los deseos y en los actos de Fe, Esperanza y Caridad. Humilléme en la presencia del Altísimo y con segura confianza en su bondad infinita lloré mis culpas con amarga contrición, confeséme de ellas muchas veces y con suspiros de lo íntimo de mi alma salí a buscar mi antigua luz y verdad. Y como la Divina sabiduría se anticipa a quien la llama (Sab., 6, 17), salióme luego al encuentro con alegre semblante y serenó la noche de mi confusa y dolorosa tormenta.

12. Amanecióme luego el claro día que yo deseaba y volví a la posesión de mi quietud, gozando la dulzura del amor y vista de mi Señor y dueño, y con ella conocí la razón que tenía para creer, admitir y reverenciar los beneficios y favores de su brazo poderoso que en mí obraba. Agradecílos cuanto pude, y conocí quién soy yo y quién es Dios y lo que puede la criatura por sí sola, que todo es nada, porque nada es el pecado, y lo que puede levantada y asistida de la Divina diestra, que sin duda es mucho más de lo que imagina nuestra capacidad terrena; y abatida en el conocimiento de estas verdades y en presencia de la luz inaccesible, que es grande, fuerte, sin engaño, ni dolo, y con esta inteligencia se deshacía mi corazón en afectos dulces de amor, alabanza y agradecimiento, porque me había guardado y defendido para que en la noche de mis confusas tentaciones no se extinguiese mi lucerna (Prov., 31, 18), y en este agradecimiento me pegaba con el polvo y humillaba hasta la tierra.

13. Para ratificar este beneficio tuve luego una interior

exhortación, sin conocer con clara vista quién me la daba; pero a un mismo tiempo me reprendía con severidad mi deslealtad y mal proceder que había tenido y con amable majestad me amonestaba y alumbraba, dejándome corregida y enseñada. Diome nuevas inteligencias del bien y del mal, de la virtud y del vicio, de lo seguro, útil y de lo bueno y también de lo contrario; descubrióme el camino de la eternidad, dándome noticia de los principios, de los medios y de los fines, del aprecio de la vida eterna, de la infeliz miseria y poco advertida desdicha de la perdición sin fin.

14. En el profundo conocimiento de estos dos extremos, confieso quedé enmudecida y casi turbada entre el temor de mi fragilidad que me desmayaba y el deseo de conseguir lo que no era digna porque me hallaba sin méritos. Alentábame la piedad y misericordia del Muy Alto y el temor de perderle me afligía; miraba los dos fines tan distantes de la criatura, de eterna gloria o eterna pena, y para conseguir lo uno y desviarme de lo otro me parecían leves todas las penas y tormentos del mundo, del purgatorio y del mismo infierno. Y aunque conocía que la criatura tiene cierto y seguro el favor divino si ella quiere aprovecharse de él, pero como también entendía en aquella luz que está la muerte y la vida en nuestras manos (Eclo., 15, 18) y puede nuestra flaqueza o malicia malograr la gracia y que el madero ha de quedar adonde cayere (Ecl., 11, 3) para una y toda la eternidad, aquí desfallecía de dolor que amargamente penetraba mi corazón y alma.

15. Aumentó sumamente esta aflicción una severísima respuesta o pregunta que tuve del Señor; porque, como yo me hallaba tan aniquilada en el conocimiento de mi flaqueza y peligro y de lo que había desobligado a su justicia, no me atrevía a levantar los ojos en su presencia, y en aquella mudez encaminé mis gemidos a su misericordia. Respondióme a ellos, y díjome: ¿Qué quieres, alma? ¿Qué buscas? ¿Cuál de estos caminos eliges? ¿Cuál es tu determinación? Esta pregunta fue una flecha para mi corazón; y aunque sabía de cierto que el Señor conocía mi deseo mejor que yo misma, con todo eso era de increíble dolor la dilación de la pregunta a la respuesta, porque yo

quisiera que, si fuera posible, se anticipara y no se me mostrara el Señor como ignorante de lo que yo había de responder. Pero movida de una gran fuerza respondí a voces de lo íntimo del alma, y dije: Señor y Dios todopoderoso, la senda de la virtud, el camino de la eterna vida, éste quiero, éste elijo, para que me llevéis por él, y si no lo merezco de vuestra justicia apelo a vuestra misericordia y presento en mi favor los infinitos merecimientos de vuestro Hijo Santísimo y mi Redentor Jesucristo.

16. Conocía entonces que se acordaba este sumo Juez de la palabra que dio a su Iglesia, que concedería todo lo que se le pidiese en el nombre de su Unigénito (Jn., 16, 23) y que en Él y por Él se despachaba y concedía mi petición, según mi pobre deseo, y que se me intimaba con ciertas condiciones que me declaró una voz intelectual, que me dijo en el interior: Alma criada por mano del omnipotente Dios, si pretendes como escogida seguir el camino de la verdadera luz y llegar a ser carísima esposa del Señor que te llamó, conviénete que guardes las leyes y preceptos del amor que de ti quiere. El primero ha de ser que con efecto te niegues toda a ti misma y a todas tus inclinaciones terrenas, renunciando todo y cualquier amor de lo momentáneo, para que ni ames ni admitas el amor de ninguna criatura visible, por más útil, hermosa, ni agradable que te parezca; de ninguna has de admitir especies, ni caricias, ni afectos, ni el de tu voluntad se ha de terminar en cosa criada más de en cuanto te lo mandare tu Señor y Esposo para el uso de la Caridad bien ordenada, o en cuanto te pueden ayudar para que le ames sólo a Él.

17. Y cuando, habiendo cumplido perfectamente con esta negación y renunciación, quedares libre y sola, alejada de todo lo terreno, quiere el Señor que con alas de paloma levantes con velocidad el vuelo a una alta habitación en que su dignación quiere colocar tu espíritu, para que en ella vivas y asistas y tengas tu morada. Este gran Señor es esposo celosísimo (Ex., 20, 5) y su amor y emulación es fuerte como la muerte (Cant., 8, 6), y así te quiere guarnecer y depositar en lugar seguro para que no salgas de él y alejarte del que no lo estarás, ni te conviene a sus caricias. Quiere asimismo señalarte de su mano con quién

has de conversar sin recelos, y ésta es ley justísima que deben observar las esposas de tan gran Rey, cuando las del mundo para ser fieles lo hacen; y es debido a la nobleza de tu Esposo tú guardes la correspondencia decente a la dignidad y título que de Él recibes, sin atender a cosa alguna que sea indigna de tu estado y te haga incapaz del adorno que te dará para que entres en su tálamo.

18. Lo segundo que de ti quiere ha de ser que con diligencia te despojes de la vileza de tus vestiduras desandrajadas por tus culpas e imperfecciones, inmundas por los efectos del pecado y horribles por la inclinación de la naturaleza. Quiere Su Majestad lavar tus manchas y purificarte y renovarte con su hermosura, pero con advertencia que nunca pierdas de vista las vestiduras pobres y viles de que te despojan, para que, con la memoria de este beneficio y su conocimiento, el nardo de la humildad despida olor de suavidad para este gran Rey (Cant., 1, 11), y que jamás pongas en olvido el retorno que debes al autor de tu salud, que con el precioso bálsamo de su sangre quiso purificarte y sanar tus llagas y copiosamente iluminarte.

19. Sobre todo esto —añadió aquella voz— para que olvidada de todo lo terreno codicie tu hermosura el sumo Rey (Sal.,44,12), quiere que seas adornada de las joyas que te tiene prevenidas de su agrado: la vestidura que te cubra toda ha de ser más blanca que la nieve, más refulgente que el diamante, más resplandeciente que el sol, pero tan delicada que fácilmente la mancharás si te descuidas; y si lo hicieres serás aborrecible para tu Esposo y si la conservares en la pureza que desea serán tus pasos hermosísimos (Cant., 7, 1) como de la hija del Príncipe y Su Majestad se pagará de tus afectos y obras. Por ceñidor de este vestido te pone el conocimiento de su poder Divino y el temor santo, para que ceñidas tus inclinaciones te ajustes y te midas con su agrado. Las joyas y collar que adornen el cuello de tu humilde rendimiento serán las ricas piedras de la Fe, Esperanza y Caridad. A los cabellos altos y eminentes de tus pensamientos y divinas inteligencias servirá de apretador la sabiduría y ciencia infusa que te comunica, y toda la hermosura y riqueza de las virtudes será el resalte que adorne tu vestidura. De sandalias te

servirá la diligencia solícita en obrar lo más perfecto, y los lazos de este calzado será la detención y grillos que te han de impedir para lo malo. Los anillos, que harán tus manos agradables, serán los siete dones del Divino Espíritu, y para resplandor de tu rostro será la participación de la Divinidad que por el amor santo te iluminará, y tú añadirás el color de la confusión de haberle ofendido, que te sirva de pudor para no hacerlo en adelante, confiriendo el grosero y torpe adorno que has dejado con este tan hermoso que recibes.

20. Y porque de tu cosecha eres mísera y pobrecilla para tan alto desposorio, quiere el Altísimo hacer más firme este contrato señalándote para dote los infinitos merecimientos de tu Esposo Jesucristo como si fueran sólo para ti, y te hace participante de su hacienda y tesoros, que contienen todo cuanto en los cielos y en la tierra está encerrado. Todo es hacienda de este Supremo Señor y de todo serás dueña como esposa para usar de ello en Él mismo y para más amarle. Pero advierte, alma, que para lograr tan raro beneficio quiere tu Señor y Esposo que te recojas toda dentro de ti misma, sin que jamás pierdas tu secreto; porque te aviso del peligro, que macularás esta hermosura con cualquiera pequeña imperfección; pero si como flaca la cometes, levántate luego como fuerte y llora como agradecida pesando tu pequeña culpa, como si fuera la más grave.

21. Y para que también tengas habitación y lugar conveniente a tal estado, no te quiere estrechar tu Esposo la morada, antes gusta de señalarte, para que siempre habites en los espacios interminables de su Divinidad, que te dilates y espacies por los inmensos campos de sus atributos y perfecciones, donde la vista se dilata sin hallar término, la voluntad se deleita sin zozobra, el gusto se sacia sin amargura. Este es el paraíso siempre ameno, donde se recrean las esposas carísimas de Cristo y donde cogen las flores y la mirra fragantes y donde se halla el todo infinito por haber negado la imperfecta nada. Aquí será tu habitación segura, y porque a ella corresponda tu conversación y compañía quiere la tengas con los Ángeles y los tengas por amigos y compañeros y de su frecuente conversación y trato copies en ti misma sus virtudes y en ellas los imites.

22. Advierte, alma —continuó la voz— en la largueza de este beneficio, porque la Madre de tu Esposo y Reina de los cielos de nuevo te adopta por su hija, te admite por discípula y se constituye por tu Madre y Maestra; y por su intercesión recibes tan singulares favores y todos se te conceden para que escribas su Santísima Vida, y por este medio se te ha perdonado lo que tú no merecías y se te ha concedido lo que sin esta ocupación no alcanzaras. ¿Qué fuera, alma, de ti, si no es por la Madre de Piedad? Ya hubieras perecido si su intercesión te faltara, y si por la Divina dignación no hubieras sido escogida para escribir esta Historia pobres e inútiles fueran tus obras, pero el Eterno Padre te elige por su hija, mirando a este fin, y por esposa de su Hijo Unigénito, y el Hijo te admite para que participes de sus estrechos abrazos, el Espíritu Santo para sus iluminaciones. La escritura de este contrato y desposorio se estampa e imprime en el papel blanco de la pureza de María Santísima, escríbela el dedo del Altísimo y su poder, la tinta es la Sangre del Cordero, el ejecutor el Padre Eterno, el vínculo que te unirá con Cristo es el divino Espíritu y el fiador serán los méritos del mismo Jesucristo y de su Madre, pues tú eres un vil gusanillo y nada tienes que ofrecer, y sólo se te pide la voluntad.

23. Hasta aquí llegó la voz y amonestación que se me dio. Y aunque juzgaba ser de ángel, pero entonces no le conocí tan claro, porque no le veía como otras veces; que en manifestarse o encubrirse se acomodan estos beneficios a la disposición que tiene el alma para recibirlos, como sucedió a los discípulos de Emaús (Lc., 24, 16). Otros muchos sucesos se me ofrecieron para vencer la contradicción de la serpiente en escribir esta divina Historia, que sería alargar demasiado el discurso referirlos ahora; pero continué algunos días la oración, pidiendo al Señor me gobernase y enseñase para no errar, representándole mi insuficiencia y encogimiento. Respondióme siempre Su Majestad que ordenase mi vida con toda pureza y grande perfección y continuase lo comenzado, y especialmente la Reina de los Ángeles muchas veces me intimó su voluntad con gran dulzura y caricia, mandándome que como hija la obedeciese en

escribir su Vida santísima como había comenzado.

24. A todo esto quise juntar la seguridad de la obediencia, y sin manifestar lo que entendía del Señor y de su Madre Santísima, pregunté a mi prelado y confesor lo que me ordenaba hiciese en esta materia. Respondióme mandándome por obediencia que escribiese, continuando esta segunda parte. Hallándome ya compelida del Señor y de la obediencia, volví de nuevo a la presencia del Altísimo, donde un día fui presentada en la oración y desnudándome de todo afecto mío, conociendo mi poquedad y peligro de errar, postrada ante el tribunal Divino, dije a Su Majestad: Señor mío, Señor mío, ¿qué queréis hacer de mí? Y a esta proposición tuve la inteligencia siguiente:

25. Parecióme que la Divina luz de la Beatísima Trinidad me manifestaba pobre y llena de defectos y reprendiéndome por ellos con severidad me amonestaba, dándome altísima doctrina y documentos saludables para la perfección de vida; y para esto me purificaron y me iluminaron de nuevo. Conocí que la Madre de la gracia María Santísima, estando presente al trono de la Divinidad, intercedía y pedía por mí. Con aquel amparo alenté mi confianza y, valiéndome de la clemencia de tal Madre, me volví a ella y la dije solas estas palabras: Señora mía y mi refugio, atended como Madre verdadera a la pobreza de vuestra esclava. Parecióme que oía mi petición y que hablando con el Altísimo le decía: Señor mío, a esta inútil y pobre criatura quiero admitir de nuevo por hija y adoptarla para mí. ¡Acción de Reina liberalísima y poderosa! Pero respondióla el Altísimo: Esposa mía, para tan gran favor como ése, ¿qué alega esa alma de su parte, pues ella no lo merece, que es gusanillo inútil y pobre, desagradecida a nuestros dones?

26. ¡Oh fuerza incomparable de la Divina palabra! ¿Cómo diré yo los efectos que causó en mí esta respuesta del Todopoderoso? Humillóme hasta mi nada y conocí la miseria de la criatura y mis ingratitudes para con Dios, y deshacíase mi corazón entre el dolor de mis culpas y el deseo de conseguir aquella no merecida y gran dicha de ser hija de esta soberana Señora. Alzaba con temor los ojos al trono del Muy Alto y mi rostro se mudaba con la turbación y

la esperanza; convertíame a mi intercesora y, deseando me admitiese por esclava, pues no merecía el título de hija, hablaba con lo íntimo del alma sin formar palabras, y entendía que le decía la gran Señora al Altísimo:

27. Divino Rey y Dios mío, verdad es que no tiene de su parte esta pobre criatura qué ofrecer a vuestra justicia; mas yo por ella presento los merecimientos y la sangre que por ella derramó mi Hijo Santísimo y con ellos presento la dignidad de Madre de vuestro Unigénito, que recibí de vuestra inefable piedad, todas las obras que hice en su servicio y haberle traído en mis entrañas y alimentado con la leche de mis pechos y sobre todo os presento vuestra misma divinidad y bondad; y os suplico tengáis por bien que esta criatura quede ya adoptada por mi hija y mi discípula, que yo la fío. Con mi enseñanza enmendará sus faltas y perfeccionará sus obras a vuestro beneplácito.

28. Concedió el Altísimo esta petición —¡ sea eternamente alabado, que oyó a la gran Reina intercediendo por la menor de las criaturas!— y luego sentí grandes efectos con júbilo de mi alma, los cuales no es posible explicar; pero con todo afecto me convertí a todas las criaturas del cielo y de la tierra y sin poder contener el alborozo las convidé a todas para que por mí y conmigo alabasen al autor de la gracia. Paréceme que a voces les decía: ¡Oh moradores y cortesanos del cielo y todas las criaturas vivientes, formadas por la mano del Muy Alto, mirad esta maravilla de su liberal misericordia, y por ella le bendecid y alabad eternamente, pues a la más vil del universo ha levantado del polvo, a la más pobre ha enriquecido, a la más indigna ha honrado como sumo Dios y poderoso Rey! Y si vosotros, hijos de Adán, veis a la más huérfana amparada, a la más pecadora perdonada, salid ya de vuestra ignorancia, levantaos de vuestro desaliento y animad vuestra esperanza; que si a mí el brazo poderoso me ha favorecido, si me ha llamado y perdonado, todos podéis esperar vuestra salud; y si la queréis tener segura, buscad, buscad el amparo de María Santísima, solicitad su intercesión y la sentiréis Madre de inefable misericordia y clemencia.

29. Convertíme también a esta poderosísima Reina, y la dije: Ea, Señora mía, ya no me llamaré huérfana, pues tengo madre, y madre Reina de todo lo criado; ya no seré ignorante, si no por mi culpa, pues tengo maestra de la divina sabiduría; no pobre, pues tengo dueña que lo es de todos los tesoros del cielo y tierra; ya tengo madre que me ampare, maestra que me enseñe y me corrija, señora que me mande y me gobierne. Bendita sois entre todas las mujeres, maravillosa entre las criaturas, admirable en los cielos y en la tierra, y todos confiesen vuestra grandeza con eternas alabanzas. No es fácil ni posible que la menor de las criaturas, el más vil gusano de la tierra, os dé el retorno; recibidle de la Divina diestra y a la vista beatífica donde estáis en Dios gozándoos por todas las eternidades. Yo quedaré reconocida y obligada esclava, alabando al Todopoderoso lo que la vida me durare; porque me favoreció su liberal misericordia, dándome a vos, Reina mía, por Madre y Maestra. Mi silencio afectuoso os alabe, que mi lengua no tiene razones ni términos adecuados para hacerlo; todos son coartados y limitados.

30. No es posible explicar lo *que* siente el alma en tales misterios y beneficios. Este fue de grandes bienes para la mía, porque luego se me intimó una perfección de vida y de obras, que me faltan términos para decirla como la entendí; pero todo esto —me dijo el Altísimo— se me concedía por María Santísima, y para que escribiese su Vida. Y conocí que confirmando el Eterno Padre este beneficio, me elegía para que manifestase los sacramentos de su Hija, y el Espíritu Santo para que con su influencia y luz declarase los ocultos dones de su Esposa, y el Hijo Santísimo me destinaba para que abriese los misterios de su Madre Purísima María. Y para disponerme en esta obra, conocí que la Beatísima Trinidad iluminaba y bañaba mi espíritu con especial luz de la Divinidad y que el poder divino tocaba mis potencias como con un pincel y las iluminaba con nuevos hábitos para las operaciones perfectas en esta materia.

31. Mandóme también el Altísimo que con todo mi desvelo procurase imitar, según mis flacas fuerzas alcanzasen, todo lo que entendiese y escribiese de las virtudes heroicas y

operaciones santísimas de la Reina divina, ajustando mi vida con este ejemplar. Y reconociéndome yo tan inepta como soy para cumplir con esta obligación, la misma Reina clementísima me ofreció de nuevo su favor y enseñanza para todo lo que el Altísimo me mandaba y destinaba. Luego pedí la bendición a la Santísima Trinidad, para dar principio a la segunda parte de esta divina Historia y conocí que todas tres personas me la daban como singularmente cada una; y saliendo de esta visión procuré lavar mi alma con los sacramentos y contrición de mis culpas y en el nombre del Señor y de la obediencia puse las manos en esta obra, para gloria del Altísimo y de su Madre Santísima y siempre inmaculada Virgen María.

32. Esta segunda parte comprende la vida de la Reina desde el misterio de la Encarnación hasta la subida de Cristo nuestro Señor a los cielos inclusive, que es lo más y lo principal de esta divina Historia, porque abraza toda la vida y misterios del mismo Señor con su pasión y muerte santísima. Y sólo quiero advertir aquí que los beneficios y gracias concedidas a María Santísima, para prevenirla al misterio de la Encarnación, tomaron la corrida desde el instante de su Inmaculada Concepción, porque entonces en la mente y decreto del mismo Dios era ya Madre del Verbo Eterno. Pero como se iba acercando al efecto de la Encarnación, iban creciendo los dones y favores de la gracia, y aunque parecen todos de una misma especie o género desde el principio, pero íbanse aumentando y creciendo; y yo no tengo términos nuevos y diferentes que adecúen a estos aumentos y nuevos favores, y así es necesario en toda esta Historia remitirnos al poder infinito del Señor, que dando mucho le queda infinito que dar de nuevo, y la capacidad del alma, y más en la Reina del Cielo, tiene su género de infinidad para recibir más y más, como sucedió, hasta llegar al colmo de santidad y participación de la Divinidad, que ninguna otra criatura pura ha llegado ni llegará eternamente. El mismo Señor me ilustre para que en esta obra prosiga con su Divino beneplácito. Amén.

LIBRO III

CONTIENE LA ALTÍSIMA DISPOSICIÓN QUE EL TODOPODEROSO OBRÓ EN MARÍA SANTÍSIMA PARA LA ENCARNACIÓN DEL VERBO, LO TOCANTE A ESTE MISTERIO, EL EMINENTÍSIMO ESTADO EN QUE QUEDÓ LA FELIZ MADRE, LA VISITACIÓN A SANTA ISABEL Y SANTIFICACIÓN DEL BAUTISTA, LA VUELTA A NAZARET Y UNA MEMORABLE BATALLA QUE TUVO CON LUCIFER.

CAPITULO 1

Comienza el Altísimo a disponer en María Santísima el misterio de la Encarnación y su ejecución por nueve días antecedentes. Declárese lo que sucedió en el primero.

1. Puso el Muy Alto a nuestra Reina y Señora en las obligaciones de esposa del Santo José y en ocasión de conversar más con los prójimos, para que su vida inculpable fuese a todos ejemplar de suma santidad. Hallándose la divina Señora en este nuevo estado, pensó y discurrió tan altamente y ordenó las operaciones de su vida con tal sabiduría, que fue admirable emulación para la angélica naturaleza y magisterio nunca visto para la humana. Pocos la conocían, y menos la comunicaban; pero éstos, más dichosos, recibían todos tan divinos influjos de aquel cielo de María, que con admirable júbilo y conceptos peregrinos querían dar voces y publicar la lumbre que les encendía los corazones, conociendo se derivaba de la presencia de María Purísima. No ignoraba la Prudentísima Reina estos efectos de la mano del Altísimo, pero ni era tiempo de fiárselos al mundo, ni su profundísima humildad lo consentía. Pedía al Señor continuamente la ocultase de los hombres y que todos los favores de su diestra redundasen en sola su alabanza y permitiese que fuese ella ignorada y despreciada de todos los mortales, porque no fuese ofendida su bondad infinita.

2. Estas peticiones de su Esposa admitía el Señor en grande parte y disponía su providencia que la misma luz enmudeciese a los que con ella se inclinaban a engrandecerla, y movidos de la virtud Divina se dejaban y

se convertían al interior, alabando al Señor por la luz que en él sentían, y con una preñez de admiración suspendían el juicio y dejando la criatura se volvían al Criador. Muchos salían de pecado sólo con haberla mirado y otros mejoraban sus vidas y todos se componían a su vista, porque recibían celestiales influencias en sus almas; pero luego se olvidaban del mismo original de donde se copiaba, porque si le tuvieran presente o conservaran su imagen, nadie sufriera el alejarse de ella y todos la buscaran desalados, si Dios no lo impidiera con misterio.

3. En obras de donde tales frutos se cogían y en aumentar los méritos y gracias de donde todo procedía, se ocupó nuestra Reina, esposa de José, por seis meses y diecisiete días, que pasaron de su desposorio hasta la Encarnación del Verbo. Y no puedo detenerme en referir por menor los actos tan heroicos como hizo de todas las virtudes interiores y exteriores, de caridad, humildad, religión, limosnas, beneficios y otras obras de misericordia; porque todo esto excede a la pluma y a la capacidad. Con lo que más se manifestará es con decir que halló el Altísimo en María Santísima la plenitud de su agrado y el lleno de su deseo y la correspondencia de pura criatura debida a su Criador. Con esta santidad y merecimientos se halló Dios como obligado y, a nuestro entender, compelido, para apresurar el paso y extender el brazo de su omnipotencia a la mayor de las maravillas que antes ni después se conocerá, tomando carne humana el Unigénito del Padre en las entrañas virginales de esta Señora.

4. Para ejecutar esta obra con la decencia digna del mismo Dios, previno singularmente a María Santísima por nueve días que inmediatamente precedieron al misterio, y soltando el ímpetu del río (Sal., 45, 5) de la Divinidad, para que inundase con sus influjos a esta Ciudad de Dios, comunicóle tantos dones, gracias y favores, que yo enmudezco en el conocimiento que de esta maravilla se me ha dado y se acobarda mi bajeza para referir lo que entiendo; porque la lengua, la pluma y todas las potencias de las criaturas son instrumentos improporcionados para revelar tan encumbrados sacramentos. Y así quiero que se entienda que cuanto aquí dijere es una oscura sombra de la

menor parte de esta maravilla y prodigio inexplicable, que no se ha de medir con nuestros limitados términos, mas con el poder Divino que no los tiene.

5. El primero día de esta felicísima novena sucedió que la divina princesa María, después de algún pequeño alivio que recibía, se levantó a media noche a imitación de su padre (Santo Rey) David (Sal., 118, 62) —que éste era el orden y concierto que le había dado el Señor— y postrada en la presencia del Altísimo comenzó su acostumbrada oración y santos ejercicios. Habláronla los Santos Ángeles que la asistían, y la dijeron: Esposa de nuestro Rey y Señor, levantaos, que Su Majestad os llama. Levantóse con fervoroso afecto, y respondió: El Señor manda que del polvo se levante el polvo. Y convertida a la cara del mismo Señor que la llamaba, continuó diciendo: Altísimo y poderoso Dueño mío, ¿qué queréis hacer de mí? En estas palabras su alma santísima fue en espíritu elevada a otra nueva y más alta habitación, más inmedita al mismo Señor y más remota de todo lo terreno y momentáneo.

6. Sintió luego que allí la disponían con aquellas iluminaciones y purificaciones que recibía otras veces para alguna más alta visión de la Divinidad. Y no me detengo en referirlas, porque lo hice en la primera parte (Cf. supra p. I n. 623-629, 632). Con esto se le manifestó la Divinidad por visión, no intuitiva, sino abstractiva; pero con tanta evidencia y claridad, que de aquel objeto incomprensible comprendió más esta Señora por este modo que los bienaventurados con el que intuitivamente le conocen y le gozan. Fue esta visión más alta y más profunda que otras de este género; porque cada día la divina Señora se hacía más idónea y unos beneficios, usando tan perfectamente de ellos, la disponían para otros y las repetidas noticias y visiones de la Divinidad la hacían más robusta para obrar con mayor fuerza cerca de aquel objeto infinito.

7. Conoció en esta visión nuestra princesa María altísimos secretos de la Divinidad y de sus perfecciones, y especialmente de su comunicación *ad extra* por la obra de la creación; y cómo procedió de la bondad y liberalidad de Dios y cómo para su ser Divino y su infinita gloria no había

menester las criaturas, porque sin ellas estaba glorioso en sus interminables eternidades, antes de la creación del mundo. Muchos sacramentos y secretos se le comunicaron a nuestra Reina que ni se pueden ni deben manifestar a todos, porque sola ella fue la única y electa (Cant., 6, 8) para estas delicias (Cant., 7,6) del sumo Rey y Señor de lo criado. Pero conociendo Su Alteza en esta visión aquel peso e inclinación de la Divinidad para comunicarse *ad extra,* mayor que le tienen todos los elementos cada uno a su centro, y como estaba tan entrañada en la esfera de aquel fuego del divino amor, enardecida en él pidió al Padre Eterno enviase al mundo a su Unigénito y diese a los hombres su remedio y a su misma Divinidad y perfecciones diese —a nuestro entender— la satisfacción y ejecución que pedían.

8. Eran para el Señor muy dulces estas palabras de su Esposa, eran la purpúrea venda (Cant., 4, 3) con que ligaba y compelía su amor. Y para venir a la ejecución de sus deseos, quiso prevenir de cerca el tabernáculo o el templo a donde quería descender desde el pecho de su Eterno Padre. Determinó darle a su amada y escogida para madre noticia clara de todas las obras *ad extra,* como las había su omnipotencia fabricado. Y este día en la misma visión le manifestó todo lo que hizo en el día primero de la creación del mundo, que se refiere en el Génesis (Gén., 1, 1-5) y las conoció todas con más claridad y comprensión que si las tuviera presentes a los ojos corporales, porque las conoció primero en el mismo Dios y después en sí mismas.

9. Entendió y conoció cómo en el principio crió el Señor el cielo y la tierra, cuánto y cómo estuvo vacía y las tinieblas sobre la cara del abismo, cómo el espíritu del Señor era llevado sobre las aguas y cómo al Divino mandato fue hecha la luz y su condición, y que dividiendo las tinieblas, ellas se llamaron noche y la luz día; y en esto se gastó el primero. Conoció la grandeza de la tierra, su longitud, latitud y profundidad, sus cavernas, infierno, limbo y purgatorio con sus habitadores, las regiones, climas, meridianos y división en las cuatro partes del mundo y todos los que las ocupan y habitan. Conoció con la misma claridad los orbes inferiores y cielo empíreo, y cuándo

fueron criados los ángeles en el día primero, y entendió su naturaleza y condiciones, diferencias, jerarquías, oficios, grados y virtudes. Fuele manifestada la rebeldía de los ángeles malos y su caída, con las causas y ocasiones que tuvo —ocultábale siempre el Señor lo que a ella le tocaba—. Entendió el castigo y efectos del pecado en los demonios, conociéndolos como ellos en sí mismos son; y para fin de este favor del primer día le manifestó de nuevo el Señor, cómo ella era formada de aquella baja materia de la tierra y de la naturaleza de todos los que se convierten en polvo; y no le dijo que sería ella convertida en él, pero diole tan alto conocimiento del ser terreno, que se humilló la gran Reina hasta el profundo de la nada y siendo inculpable se abatió más que todos los hijos de Adán juntos y llenos de miserias.

10. Toda esta visión y sus efectos ordenaba el Altísimo para abrir en el corazón de María las zanjas tan profundas como pedía el edificio que en ella quería edificar, que tocase hasta la unión sustancial e hipostática de la misma Divinidad. Y como la dignidad de Madre de Dios era sin término y de alguna infinidad, convenía que se fundase en una humildad proporcionada y que fuese ilimitada sin pasar los límites de la razón; pero llegando a lo supremo de la virtud, tanto se humilló la bendita entre las mujeres que la Santísima Trinidad quedó como pagada y satisfecha y —a nuestro modo de entender— obligada a levantarla al grado y dignidad más eminente entre las criaturas y más inmediato a la Divinidad; y con este beneplácito la habló Su Majestad y la dijo:

11. Esposa y paloma mía, grandes son mis deseos de redimir al hombre del pecado, y mi piedad inmensa está como violentada mientras no desciendo a reparar el mundo; pídeme continuamente estos días con grande afecto la ejecución de estos deseos y, postrada en mi real presencia, no cesen tus peticiones y clamores, para que con efecto descienda el Unigénito del Padre a unirse con la humana naturaleza.—A este mandato respondió la divina Princesa, y dijo: Señor y Dios eterno, cuyo es todo el poder y sabiduría, a cuya voluntad nadie puede resistir (Est., 13, 9), ¿quién impide vuestra omnipotencia?, ¿quién

detiene el corriente impetuoso de vuestra Divinidad, para no ejecutar vuestro beneplácito en beneficio de todo el linaje humano? Si acaso, amado mió, soy yo el óbice de este impedimento para beneficio tan inmenso, muera primero que yo resista a vuestro gusto; no puede caer este favor en merecimiento de ninguna criatura, pues no queráis, Dueño y Señor mío, aguardar a que más lo vengamos a desmerecer. Los pecados de los hombres se multiplican y crecen más Vuestras ofensas, pues ¿cómo llegaremos a merecer el mismo bien de que nos hacemos cada día más indignos? En vos mismo está, Señor mío, la razón y el motivo de nuestro remedio: vuestra bondad infinita, Vuestras misericordias sin número os obligan, los gemidos de los profetas y padres de vuestro pueblo os solicitan, los santos os desean, los pecadores aguardan y todos juntos claman; y si yo vil gusanillo no desmerezco Vuestra dignación con mis ingratitudes, os suplico con lo íntimo de mi alma aceleréis el paso y lleguéis a nuestro remedio por Vuestra misma gloria.

12. Acabó esta oración la Princesa del cielo y volvió luego a su ordinario y más natural estado; pero con el nuevo mandato que tenía del Señor fue continuando todo aquel día las peticiones por la Encarnación del Verbo y con profundísima humildad repitió los ejercicios de postrarse en la tierra y orar en forma de cruz; porque el Espíritu Santo que la gobernaba le había enseñado esta postura, de que tanto se había de complacer la Beatísima Trinidad, y como si de su real trono en el cuerpo de la futura Madre del Verbo mirara crucificada la persona de Cristo, así recibía aquel matutino sacrificio de la Purísima Virgen, en que prevenía el de su Hijo Santísimo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

13. Hija mía, no son capaces los mortales para entender las obras indecibles que el brazo de la Omnipotencia obró en mí, disponiéndome para la Encarnación del Verbo Eterno; señaladamente los nueve días que precedieron a tan alto sacramento fue mi espíritu elevado y unido con el ser inmutable de la Divinidad y quedó anegado en aquel piélago de infinitas perfecciones, participando de todas

ellas eminentes y divinos efectos que no pueden venir en corazón humano. La ciencia que me comunicó de las criaturas penetraba hasta lo íntimo de todas ellas, con mayor claridad y privilegios que la de todos los espíritus angélicos, siendo ellos tan admirables en este conocimiento de todo lo criado, después de ver a Dios, y las especies de todo lo que entendí me quedaron impresas, para usar de ellas después a mi voluntad.

14. Lo que de ti quiero ahora ha de ser que, atenta a lo que yo hice con esta ciencia, me imites según tus fuerzas con la luz infusa que para esto has recibido; aprovecha la ciencia de las criaturas, formando de ellas una escala que te encamine a tu Criador, de suerte que en todas busques su principio de donde se originan y su fin a donde se ordenan; de todas te sirve para espejo en que reverbere su Divinidad, para recuerdo de su omnipotencia y para incentivos del amor que de ti quiere. Admírate con alabanza de la grandeza y magnificencia del Criador y en su presencia te humilla a lo ínfimo del polvo y nada dificultes de hacer ni padecer para llegar a ser mansa y humilde de corazón. Atiende, carísima, cómo esta virtud fue el fundamento firmísimo de todas las maravillas que obró el Altísimo conmigo; y para que aprecies esta virtud, advierte que entre todas, así como es tan preciosa, también es delicada y peligrosa, y si en alguna cosa la pierdes y no eres humilde en todas sin diferencia, no lo serás con verdad en alguna. Reconoce el ser terreno y corruptible que tienes y no ignores que el Altísimo con grande providencia formó al hombre de manera que su mismo ser y formación le intimase, le enseñase y repitiese la importante lección de la humildad y que jamás le faltase este magisterio; por esto no le formó de más noble materia y le dejó el peso del santuario (Ex., 30, 24) en su interior, para que en una balanza ponga el ser infinito y eterno del Señor, y en otra el de su vilísima materia; y con esto le dé a Dios lo que es de Dios (Mt., 22, 21) y a sí mismo se dé lo que le toca.

15. Yo hice con perfección este juicio para ejemplo y doctrina de los mortales, y quiero que tú le hagas a mi imitación y que tu desvelo y estudio sea en ser humilde, con que darás gusto al Altísimo y a mí, que quiero tu

verdadera perfección, y que se funde sobre las zanjas profundísimas de tu conocimiento, y cuanto más las profundes más alto y encumbrado subirá el edificio de la virtud y tu voluntad hallará lugar más íntimo en la del Señor; porque mira desde la altura de su solio a los humildes de la tierra (Sal., 112, 6).

CAPITULO 2

Continúa el Señor el día segundo los favores y disposición para la Encarnación del Verbo en María Santísima.

17. En prosecución de este intento fue continuando el supremo Señor los favores con que dispuso a María santísima los nueve días que voy declarando, inmediatos a la encarnación; y llegando el día segundo, a la misma hora de media noche fue visitada Su Alteza en la misma forma que dije en el capítulo pasado, elevándola el poder divino con aquellas disposiciones, cualidades o iluminaciones que la preparaban para las visiones de la Divinidad. Manifestósele este día abstractivamente, como en el primero, y vio las obras que tocaban al día segundo de la creación del mundo: conoció cuándo y cómo hizo Dios la división de las aguas, unas sobre el firmamento y otras debajo, formando en medio el firmamento (Gén., 1, 6-7) y de las superiores el cielo cristalino que llaman ácueo. Penetró la grandeza, orden, condiciones, movimientos y todas las cualidades y condiciones de los cielos.

18. No era ociosa esta ciencia ni estéril en la Prudentísima Virgen, porque redundaban en ella casi inmediatamente de la clarísima luz de la Divinidad, y así la inflamaba y enardecía en la admiración, alabanza y amor de la bondad y poder Divino, y transformada en el mismo Dios hacía heroicos actos de todas las virtudes, complaciendo a Su Majestad con plenitud de su agrado. Y como el día primero precedente la hizo Dios participante del atributo de su sabiduría, así este segundo día le comunicó en su modo el de la omnipotencia y la dio potestad sobre las influencias de los cielos y planetas y elementos, y mandó que todos la

obedeciesen. Quedó esta gran Reina con imperio y dominio sobre el mar, tierra, elementos y orbes celestes, con todas las criaturas que en ellos se contienen.

19. Este dominio y potestad pertenecía también a la dignidad de María Santísima por la razón que arriba he dicho y, a más de esto, por otras dos especiales: la una, porque esta Señora era Reina privilegiada y exenta de la ley común del pecado original y sus efectos; y por esto no debía ser encartada en el padrón universal de los insensatos hijos de Adán, contra quienes dio armas (Sab., 5, 18) el Omnipotente a las criaturas, para vengar sus injurias y castigar la locura de los mortales; porque si ellos no se hubieran convertido inobedientes contra su Criador, tampoco los elementos y sus criaturas les fueran inobedientes ni molestos, ni convirtieran contra ellos el rigor de su actividad e inclemencias; y si esta rebelión de las criaturas fue castigo del pecado, no se había de entender con María Santísima inmaculada e inculpable; ni tampoco en este privilegio debía de ser inferior a la naturaleza angélica, a quien ni alcanza esta pena del pecado ni tiene jurisdicción sobre ella la virtud elemental. Aunque María Santísima era de naturaleza corpórea y terrena, pero en ella fue más estimable, como más peregrino y costoso, el subir a la altura de todas las criaturas terrenas y espirituales y hacerse con sus méritos condigna Reina y Señora de todo lo criado; y más se le debía conceder a la Reina que a los vasallos, más a la Señora que a los siervos.

20. La segunda razón era, porque a esta divina Reina había de obedecer su Hijo Santísimo como a Madre, y pues Él era Criador de los elementos y de todas las cosas, estaba puesto en razón que todas ellas obedeciesen a quien el mismo Criador debía su obediencia, y que ella las mandase a todas, pues la persona de Cristo en cuanto hombre había de ser gobernada por su Madre, por obligación y ley de la naturaleza. Y tenía este privilegio grande conveniencia para realzar las virtudes y méritos de María Santísima; porque en ella venía a ser voluntario y meritorio lo que en nosotros es forzoso, y de ordinario contra nuestra voluntad. No usaba la prudentísima Reina de este imperio sobre los elementos y criaturas indistintamente y en obsequio de su propio

sentido y alivio; antes mandó a todas las criaturas que con ella ejercitasen las operaciones y acciones que le podían ser penales y molestas naturalmente, porque en esto había de ser semejante a su Hijo Santísimo y padecer con él. Y no sufriría el amor y humildad de esta gran Señora que las inclemencias de las criaturas se detuvieran y suspendieran privándola del aprecio del padecer, que conocía tan estimable en los ojos del Señor.

21. Sólo en algunas ocasiones, que conocía no ser en obsequio suyo, sino de su Hijo y Criador, imperaba la dulce Madre sobre la fuerza de los elementos y sus operaciones, como veremos adelante (Cf. infra n.543, 590, 633) en las peregrinaciones de Egipto y en otras ocasiones, donde prudentísimamente juzgaba que convenía, para que las criaturas reconociesen a su Criador y le hiciesen reverencia (Cf. infra 185, 485, 636; p. III n. 471) o le abrigasen y sirviesen en alguna necesidad. ¿Quién de los mortales no se admira en el conocimiento de tan nueva maravilla? Ver una criatura pura y terrena y mujer con el imperio y dominio de todo lo criado, y que en su estimación y en sus ojos se reputase por la más indigna y vil de todas ellas, y con esta consideración mande a las iras de los vientos y al rigor de sus operaciones que se conviertan contra ella, y que por obedientes lo cumplan; pero como temerosos y corteses a tal Señora, obraban más en obsequio de su rendimiento que por vengar la causa de su Criador, como lo hacen con los demás hijos de Adán.

22. En presencia de esta humildad de nuestra invicta Reina, no podemos negar los mortales nuestra vanísima arrogancia, si no le llamo atrevimiento, pues cuando merecíamos que todos los elementos y las fuerzas ofensivas de todo el universo se rebelen contra nuestras insanias, así nos querellamos de su rigor, como si el molestarnos fuera agravio. Condenamos el rigor del frío, no queremos sufrir que nos fatigue el calor, todo lo penoso aborrecemos, y todo el estudio ponemos en culpar estos ministros de la Divina justicia y buscar a nuestros sentidos el sagrado de las comodidades y deleites, como si nos hubiera de valer para siempre, y no fuera cierto que nos sacarán de él para más duro castigo de nuestras culpas.

23. Volviendo a estos dones de ciencia y potencia que se le dieron a la Princesa del cielo, y a los demás que la disponían para digna Madre del Unigénito del eterno Padre, se entenderá su excelencia, considerando en ellos un linaje de infinidad o comprensión participada de la del mismo Dios y semejante a la que después tuvo el alma santísima de Cristo; porque no sólo conoció todas las criaturas con el mismo Dios, pero las comprendía de suerte que las encerraba en su capacidad y pudiera extenderse a conocer otras muchas si hubiera que conocer. Y llamo yo infinidad a esto, porque parece a la condición de la ciencia infinita, y porque juntamente sin sucesión miraba y conocía el número de los cielos, su latitud, profundidad, orden, movimientos, cualidades, materia y forma, los elementos con todas sus condiciones y accidentes, todo lo conocía junto; y sólo ignoraba la Virgen sapientísima el fin próximo de todos estos favores, hasta que llegase la hora de su consentimiento y de la inefable misericordia del Altísimo; pero continuaba estos días sus peticiones fervorosas por la venida del Mesías, porque se lo mandaba el mismo Señor, y le daba a conocer que no se tardaría, porque se llegaba el tiempo destinado.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

24. Hija mía, por lo que vas entendiendo de mis favores y beneficios para ponerme en la dignidad de Madre del Altísimo, quiero que conozcas el orden admirable de su sabiduría en la creación del hombre. Advierte, pues, cómo su Criador le hizo de nada, no para que fuese siervo, mas para rey y señor de todas las cosas (Gén., 1, 26) y que de ellas se sirviese con imperio, mando y señorío; pero reconociéndose juntamente por hechura y por imagen de su mismo Hacedor y estando más rendido a Él y más atento a su voluntad que las criaturas a la del mismo hombre, porque así lo pide el orden de la razón. Y para que no le faltase al hombre la noticia y conocimiento del Criador y de los medios para saber y ejecutar su voluntad, le dio sobre la luz natural otra mayor, más breve, más fácil, más cierta y más sin costa y general para todos, que fue la lumbre de la Fe divina, con que conociese el ser de Dios y sus

perfecciones y con ellas juntamente sus obras. Con esta ciencia y señorío quedó el hombre bien ordenado, honrado y enriquecido, sin excusa para dedicarse todo a la Divina voluntad.

25. Pero la estulticia de los mortales turba todo este orden y destruye esta divina armonía, cuando el que fue criado para señor y rey de las criaturas se hace vil esclavo de ellas mismas y se sujeta a su servidumbre, deshonrando su dignidad y usando de las cosas visibles, no como señor prudente, pero como inferior indigno, y no reconociéndose superior cuando se constituye y se hace inferiorísimo a lo más ínfimo de las criaturas. Toda esta perversidad nace de usar de las cosas visibles, no para obsequio del Criador ordenándolas a él con la Fe, sino de usar mal de todo, sólo para saciar las pasiones y sentidos con lo deleitable de las criaturas, y por esto aborrecen tanto a las que no lo son.

26. Tú, carísima, mira con la Fe a tu Señor y Criador, y en tu alma procura copiar la imagen de sus Divinas perfecciones; no pierdas el imperio y el dominio de las criaturas para que ninguna sea superior a tu libertad, antes quiero que de todas triunfes y nada se interponga entre tu alma y tu Dios. Sólo te has de sujetar con alegría, no a lo deleitable de las criaturas, porque se oscurecerá tu entendimiento y enflaquecerá tu voluntad, pero a lo molesto y penoso de sus inclemencias y operaciones, padeciéndolo con alegre voluntad, pues yo lo hice por imitar a mi Hijo Santísimo, aunque tuve potestad para elegir el descanso y no tenía pecados que satisfacer.

CAPITULO 3

Continúase lo que el Altísimo concedió a María Santísima en el día tercero de los nueve antes de la Encarnación.

27. La diestra del omnipotente Dios, que a María Santísima hizo franca la entrada de su Divinidad, iba enriqueciendo y adornando con las expensas de sus infinitos atributos aquel purísimo espíritu y cuerpo virginal que había escogido para

tabernáculo, para templo y ciudad santa de su habitación; y la divina Señora engolfada en aquel océano de la divinidad se alejaba cada día más del ser terreno y se transformaba en otro celestial, descubriendo nuevos sacramentos que la manifestaba el Altísimo; porque como es objeto infinito y voluntario, aunque se sacie el apetito con lo que recibe, queda más que desear y entender. Ninguna pura criatura llegó ni llegará a donde María Santísima. Penetró en el conocimiento de Dios y de las criaturas y, en estos beneficios, grandes profundidades, sacramentos y secretos, los cuales todas las jerarquías de los ángeles ni hombres juntos no los alcanzarán, a lo menos lo que recibió esta Princesa del Cielo para ser Madre del Criador.

28. El día tercero de los nueve que voy declarando, precediendo las mismas preparaciones que dije en el capítulo primero, se le manifestó la Divinidad en visión abstractiva como los otros dos días. Muy tarda y desigual es nuestra capacidad para ir entendiendo los aumentos que iban recibiendo estos dones y gracias que acumulaba el Altísimo en la divina María, y a mí me faltan nuevos términos para explicar algo de lo que se me ha manifestado. Declararéme con decir que la sabiduría y poder Divino iban proporcionando a la que había de ser Madre del Verbo, para que, en cuanto era posible, llegase a tener una pura criatura la similitud y proporción conveniente con las Divinas Personas. Y quien mejor entendiere la distancia de estos dos extremos, Dios infinito y criatura humana limitada, podrá alcanzar más de los medios necesarios para juntarlos y proporcionarlos.

29. Iba copiando la divina Señora de los originales de la divinidad nuevos retratos de sus atributos infinitos y virtudes; iba subiendo de punto su hermosura con los retoques, baños y lumines que la daba el pincel de la infinita sabiduría. Y este día tercero se le manifestaron las obras de la creación en el tercero del mundo, como entonces sucedieron (Gén., 1, 9-13). Conoció cuándo y cómo las aguas, que estaban debajo los cielos, se juntaron al Divino imperio en un lugar, despejando la árida, a la que el Señor llamó tierra, y a las congregaciones de las aguas llamó mares. Conoció cómo la tierra germinó la yerba

fresca que tuviese su semilla y todo género de plantas y árboles fructíferos también con sus semillas, cada uno en su propia especie. Conoció y penetró la grandeza del mar, su profundidad y divisiones, la correspondencia de los ríos y fuentes que de él se originan y a él corren, las especies de plantas y yerbas, flores, árboles, raíces, frutos y semillas, y que todas y cada una sirven para algún efecto en servicio del hombre. Todo esto lo entendió y penetró nuestra Reina, más clara, distinta y latamente que el mismo Adán y Salomón; y todos los médicos del mundo en esta comparación fueron ignorantes, después de largos estudios y experiencias. María Santísima lo deprendió todo de improviso, como dice la Sabiduría (Sab., 7, 21), y como lo deprendió sin ficción, lo comunicó también sin envidia (Ib. 13); y cuanto dijo allí Salomón se verificó en ella con eminencia incomparable.

30. En algunas ocasiones usó nuestra Reina de esta ciencia para ejercitar la caridad con los pobres y necesitados, como se dirá en lo restante de esta Historia (Cf. infra n. 668, 867, 868, 1048; p. III n. 159, 423); pero teníala en su libertad, y le era tan fácil usar de ella como lo es para un músico tocar un instrumento de su arte en que es muy sabio; y lo mismo fuera de todas las demás ciencias, si quisiera o fuera necesario su ejercicio para servicio del Altísimo, que de todas pudiera usar como maestra en quien estaban recopiladas mejor que en ninguno de los mortales que ha tenido algún especial arte o ciencia. Tenía también superioridad sobre las virtudes, calidades y operaciones de las piedras, yerbas y plantas; y lo que prometió Cristo nuestro Señor a sus apóstoles y primeros fieles, que no les dañarían los venenos aunque los bebiesen (Mc., 16, 18), este privilegio tenía la Reina con imperio, para que ni el veneno ni otra cosa alguna la pudiese dañar ni ofender sin su voluntad.

31. Estos privilegios y favores tuvo siempre ocultos la prudentísima Princesa y Señora y no usaba de ellos para sí misma, como queda dicho, por no negarse al padecer que su Hijo Santísimo escogió; y antes de concebirle y ser madre, era gobernada en esto por la Divina luz y noticia que tenía de la pasibilidad que el Verbo Humanado había de

recibir. Y después que siendo Madre suya vio y experimentó esta verdad en su mismo Hijo y Señor, dio más licencia o, por decir mejor, mandaba a las criaturas que la afligiesen con sus fuerzas y operaciones, como lo hacían con su mismo Criador. Y porque no siempre quería el Altísimo que su Esposa única y electa fuese molestada de las criaturas, muchas veces las detenía o impedía para que sin estas pasiones tuviese algunos tiempos en que la divina Princesa gozase de las delicias del sumo Rey.

32. Otro singular privilegio en favor de los mortales recibió María Santísima en la visión de la Divinidad que tuvo el tercero día; porque en ella le manifestó Dios por especial modo la inclinación del amor Divino al remedio de los nombres y a levantarlos de todas sus miserias. Y en el conocimiento de esa infinita misericordia y lo que con ella benignamente había de obrar, le dio el Altísimo a María Purísima cierto género de participación más alta de sus mismos atributos, para que después, como Madre y abogada de los pecadores, intercediese por ellos. Esta influencia en que participó María Santísima el amor de Dios a los hombres y su inclinación a remediarlos fue tan divina y poderosa, que si de allí adelante no la hubiera asistido la virtud del Señor para corroborarla no pudiera sufrir el impetuoso afecto de remediar y salvar a todos los pecadores. Con este amor y caridad, si necesario fuera o conveniente, se entregara infinitas veces a las llamas, al cuchillo, a los exquisitos tormentos y a la muerte, y todos los martirios, angustias, tribulaciones, dolores, enfermedades las padeciera y no las rehusara, antes le fueran grande gozo por la salud de los mortales. Y cuanto han padecido todos, desde el principio del mundo hasta ahora y padecerán hasta el fin, todo fuera poco para el amor de esta misericordiosísima Madre. Vean, pues, los mortales y pecadores lo que deben a María Santísima.

33. De este día podemos decir que la divina Señora quedó hecha Madre de piedad y de misericordia, y de misericordia grande, por dos razones: la una, porque desde entonces con especial afecto y deseo quiso comunicar sin envidia los tesoros de la gracia que había conocido y recibido; y así le resultó de este beneficio tan admirable dulzura y

benigno corazón, que le quisiera dar a todos y depositarlos en él para que fueran partícipes del amor divino que allí ardía. La segunda razón es, porque este amor a la salud humana que concibió María Purísima fue una de las mayores disposiciones que la proporcionaron para concebir al Verbo Eterno en sus virginales entrañas. Y era muy conveniente que toda fuese misericordia, benignidad, piedad y clemencia la que sola había de engendrar y parir al Verbo Humanado, que por su misericordia, clemencia y amor quiso humillarse hasta nuestra naturaleza y nacer de ella pasible por los hombres. El parto dicen que sigue al vientre, porque lleva sus condiciones, como el agua de los minerales por donde corre; y aunque este parto salió con ventajas de Divinidad, pero también llevó las condiciones de la Madre en el grado posible, y no fuera proporcionada para concurrir con el Espíritu Santo a esta concepción, en la que sólo faltó varón, si no tuviera correspondencia con el Hijo en las calidades de la humanidad.

34. Salió de esta visión María Santísima, y todo lo restante del día lo ocupó en las oraciones y peticiones que el Señor la ordenaba, creciendo su fervor y quedando más herido el corazón de su Esposo; de suerte que —a nuestro entender— ya se le tardaba el día y la hora de verse en los brazos y a los pechos de su querida.

Doctrina que me dio la Reina Santísima.

35. Hija mía carísima, grandes fueron los favores que hizo conmigo el brazo del Altísimo en las visiones de su Divinidad que me comunicó estos días antes de concebirle en mis entrañas. Y aunque no se me manifestaba inmediata y claramente sin velo, pero fue por modo altísimo y con efectos reservados a su sabiduría. Y cuando, renovando el conocimiento con las especies que me habían quedado de lo que había visto, me levantaba en espíritu y conocía quién era Dios para los hombres y quiénes ellos para Su Majestad, aquí se inflamaba mi corazón en amor y se dividía de dolor, porque conocía juntamente el peso del amor inmenso con los mortales y el ingratísimo olvido de tan incomprensible bondad. En esta

consideración muriera muchas veces, si no me confortara y conservara el mismo Dios. Y este sacrificio de su sierva fue gratísimo a Su Majestad y le aceptó con más complacencia que todos los holocaustos de la antigua ley, porque miró a mi humildad y se agradó mucho de ella. Y cuando en estos actos me ejercitaba, me hacía grandes misericordias para mí y para mi pueblo.

36. Estos sacramentos, carísima, te manifiesto para que te levantes a imitarme, según tus flacas fuerzas, ayudadas con la gracia, alcanzaren, mirando como a dechado y ejemplar las obras que has conocido. Pondera mucho y pesa repetidas veces con la luz y la razón cuánto deben corresponder los mortales a tan inmensa piedad y aquella inclinación que tiene Dios a socorrerles. Y a esta verdad has de contraponer el pesado y duro corazón de los mismos hijos de Adán. Y quiero que tu corazón se resuelva y convierta en afectos de agradecimiento al Señor y en compasión de esta desdicha de los hombres. Y te aseguro, hija mía, que el día de la residencia general,
la mayor indignación del justo juez ha de ser por haber olvidado los hombres ingratísimos esta verdad, y ella será tan poderosa, que los argüirá aquel día con tal confusión suya, que por ella se arrojaran en el abismo de las penas cuando no hubiera ministros de justicia Divina que lo ejecutaran.

37. Para que te desvíes de tan fea culpa, y prevengas aquel horrendo castigo, renueva en la memoria los beneficios que has recibido de aquel amor y clemencia infinita, y advierte que se ha señalado contigo entre, muchas generaciones. Y no entiendas que tantos favores y singulares dones fían sido para ti sola, sino también para tus hermanos, pues a todos se extiende la Divina misericordia. Y por esto el retorno que debes al Señor ha de ser por ti primero, y después por ellos. Y porque tú eres pobre, presenta la vida y méritos de mi Hijo santísimo, y con ellos juntamente todo lo que yo padecí con la fuerza del amor, para ser agradecida a Dios y asimismo por alguna recompensa de la ingratitud de los mortales; y en todo esto te ejercitarás muchas veces, acordándote de lo que yo sentía en los mismos actos y ejercicios.

CAPITULO 4

Continúa el Altísimo los beneficios de María Santísima en el día cuarto.

38. Continuábanse los favores del Altísimo en nuestra Reina y Señora con los eminentes sacramentos con que el brazo poderoso la iba disponiendo para la vecina dignidad de Madre suya. Llegó el cuarto día de esta preparación y, en correspondencia de los precedentes, fue a la misma hora elevada a la visión de la Divinidad en la forma dicha abstractiva, pero con nuevos efectos y más altas iluminaciones de aquel purísimo espíritu. En el poder Divino y su sabiduría no hay límite ni término; solamente se le pone nuestra voluntad con sus obras o con la corta capacidad que tiene como criatura finita. En María Santísima no halló el poder Divino impedimento por parte de las obras, antes fueron todas con plenitud de santidad y agrado del Señor, obligándole y —como él mismo dice (Cant., 4, 9)— hiriendo su corazón de amor. Sólo por ser María pura criatura pudo hallar el brazo del Señor alguna tasa, pero dentro de la esfera de pura criatura obró en ella sin tasa ni limitación y sin medida, comunicándole las aguas de la sabiduría, para que las bebiese purísimas y cristalinas en la fuente de la Divinidad.

39. Manifestósele el Altísimo en esta visión con especialísima luz y declaróle la nueva ley de gracia que el Salvador del mundo había de fundar, con los sacramentos que contiene y el fin para que los establecería y dejaría en la nueva Iglesia Evangélica y los auxilios, dones y favores que prevenía para los hombres, con deseo de que todos fuesen salvos y se lograse en ellos el fruto de la Redención. Y fue tanta la sabiduría que en estas visiones deprendió María Santísima, enseñada por el sumo Maestro, enmendador de los sabios (Sab., 7, 15), que, si por imposible algún hombre o ángel lo pudiera escribir, de sola la ciencia de esta Señora se formaran más libros que cuantos se han escrito en el mundo de todas las artes y ciencias y facultades inventadas. Y no es maravilla, siendo

la mayor de todas en pura criatura; porque en el corazón y mente de nuestra Princesa se derramó y explayó el océano de la Divinidad que los pecados y poca disposición de las criaturas tenían embarazado y represado en sí mismo. Sólo se le ocultaba siempre, hasta su tiempo, que ella era la escogida para Madre del Unigénito del Padre.

40. Entre la dulzura de esta ciencia Divina tuvo este día nuestra Reina un amoroso pero íntimo dolor que la misma ciencia le renovó. Conoció por parte del Altísimo los indecibles tesoros de gracias y beneficios que prevenía para los mortales y aquel peso de la Divinidad tan inclinado a que todos le gozasen eternamente, y junto con esto conoció y advirtió el mal estado del mundo y cuán ciegamente se impedían los mortales y privaban de la participación de la misma Divinidad. De aquí le resultó un nuevo género de martirio con la fuerza que se dolía de la perdición humana, y el deseo de reparar tan lamentable ruina. Sobre esto hizo altísimas oraciones, peticiones, ofrecimientos, sacrificios, humillaciones y heroicos actos de amor de Dios y de los hombres, para que ninguno, si fuera posible, se perdiese de allí adelante y todos conociesen a su Criador y Reparador y le confesasen, adorasen y amasen. Todo esto le pasaba en la misma visión de la Divinidad; y porque estas peticiones fueron al modo de otras dichas, no me alargo en referirlas.

41. Luego le manifestó el Señor en la misma ocasión las obras de la creación del cuarto día (Gén., 1, 14-19), y conoció la divina princesa María cuándo y cómo fueron formados en el firmamento los luminares del cielo para dividir el día de la noche y para que señalasen los tiempos, los días y los años; y para este fin tuvo ser el mayor luminar del cielo, que es el sol, como presidente y señor del día, y junto con él fue formada la luna, que es el menor luminar y alumbra en las tinieblas de la noche; cómo fueron formadas las estrellas en el octavo cielo, para que con su brillante luz alegrasen la noche y en ella y en el día presidieran con sus varias influencias. Conoció la materia de estos orbes luminosos, su forma, sus calidades, su grandeza, sus varios movimientos, con la uniforme desigualdad de los planetas. Conoció el número de las estrellas y todos

los influjos que le comunican a la tierra, a sus vivientes y no vivientes, los efectos que en ellos causan, cómo los alteran y mueven.

42. Y no es esto contra lo que dijo el profeta, salmo 146 (Sal., 146, 4), que conoce Dios el número de las estrellas y las llama por sus nombres; porque no niega el Santo Rey David que puede conceder Su Majestad con su poder infinito a la criatura por gracia lo que tiene Su Alteza por naturaleza. Y claro está que, siendo posible comunicar esta ciencia y redundando en mayor excelencia de María Señora nuestra, no le había de negar este beneficio, pues le concedió otros mayores, y la hizo Reina y Señora de las estrellas como de las demás criaturas. Y venía a ser este beneficio como consiguiente al dominio y señorío que la dio sobre las virtudes, influjos y operaciones de todos los orbes celestiales, mandando a todos ellos la obedeciesen como a su Reina y Señora,

43. De este como precepto que puso el Señor a las criaturas celestes y el dominio que dio a María Santísima sobre ellas, quedó Su Alteza con tanta potestad, que si mandara a las estrellas dejar su asiento en el cielo la obedecieran al punto y fueran a donde esta Señora les ordenara. Lo mismo hicieran el sol y los planetas, y todos detuvieran su curso y movimiento, suspendieran sus influjos y dejaran de obrar al imperio de María. Ya dije arriba (Cf. supra n. 21) que alguna vez usaba Su Alteza de este imperio; porque —como adelante veremos (Cf. infra p. II n. 633, 706)— le sucedió algunas en Egipto, donde los calores son muy destemplados, mandar al sol que no diese su ardor tan vehemente, ni molestase ni fatigase con sus rayos al niño Dios y Señor suyo, y le obedecía el sol en esto, afligiendo y molestándola a ella, porque así lo quería, y respetando al Sol de Justicia que tenía en sus brazos. Lo mismo sucedía con otros planetas, y detenía alguna vez al sol, como hablaré en su lugar.

44. Otros muchos sacramentos ocultos manifestó el Altísimo a nuestra gran Reina en esta visión, y cuanto he dicho y diré de todos me deja el corazón como violento, porque puedo decir poco de lo que entiendo, y conozco

entiendo mucho menos de lo que sucedió a la divina Señora; y muchos de sus misterios están reservados para manifestarlos su Hijo Santísimo el día del juicio universal, porque ahora no somos capaces de todos. Salió María Santísima de esta visión más inflamada y transformada en aquel objeto infinito y en sus atributos y perfecciones que había conocido, y con el progreso de los favores Divinos los hacía ella en las virtudes y multiplicaba los ruegos, las ansias, fervores y los méritos con que aceleraba la Encarnación del Verbo Divino y nuestra salud.

Doctrina que me dio la divina Reina.

45. Carísima hija mía, quiero que hagas mucha ponderación y aprecio de lo que has entendido que yo hice y padecí cuando el Altísimo me dio conocimiento tan alto de su bondad, inclinada con infinito peso a enriquecer a los mortales, y la mala correspondencia y tenebrosa ingratitud de parte de ellos. Cuando de aquella liberalísima dignación descendí a conocer y penetrar la estulta dureza de los pecadores, era traspasado mi corazón con una flecha de mortal amargura que me duró toda la vida. Y te quiero manifestar otro misterio: que muchas veces el Altísimo, para sanar la contrición y quebranto de mi corazón en este dolor, solía responderme y me decía: Recibe tú, Esposa mía, lo que el mundo ignorante y ciego desprecia como indigno de recibirlo y conocerlo.—Y en esta respuesta y promesa soltaba el Altísimo el corriente de sus tesoros, que letificaban mi alma más que la capacidad humana puede alcanzar ni toda lengua explicar.

46. Quiero, pues, ahora que tú, amiga mía, seas mi compañera en este dolor, tan poco advertido de los vivientes, que yo padecí por ellos. Y para que me imites en él y en los efectos que te causará tan justa pena, debes negarte y olvidarte de ti misma en todo y coronar tu corazón de espinas y dolores contra lo que hacen los mortales. Llora tú lo que ellos se ríen y deleitan (Sab., 2, 6-9) en su eterna damnación, que éste es el oficio más legítimo de las que son con verdad esposas de mi Hijo Santísimo, y sólo se les permite que se deleiten en las lágrimas que derraman por sus pecados y por los del

mundo ignorante. Prepara tu corazón con esta disposición para que te haga el Señor participante de sus tesoros, y esto no tanto porque tú quedes rica, cuanto porque Su Majestad cumpla su liberal amor de comunicártelos y justificar las almas. Imítame en todo lo que yo te enseño, pues conoces ser ésta mi voluntad para contigo.

CAPITULO 5

Manifiesta el Altísimo a María Santísima nuevos misterios y sacramentos con las obras del quinto día de la creación, y pide Su Alteza de nuevo la Encarnación del Verbo.

47. Llegó el quinto día de la novena que la Beatísima Trinidad celebraba en el templo de María Santísima, para tomar en ella el Verbo Eterno nuestra forma de hombre, y, corriendo más el velo de los ocultos secretos de la infinita sabiduría, este día le descubrió otros de nuevo, elevándola a la visión abstractiva de la Divinidad, como en los días antecedentes que queda declarado; pero siempre las disposiciones e iluminaciones se renovaban con mayores rayos de luz y de carismas que de los tesoros de la infinidad se derivaban en su alma santísima y en sus potencias, con que la divina Señora se iba allegando y asimilando más al ser de Dios y transformándose más y más en él, para llegar a ser digna Madre del mismo Dios.

48. En esta visión habló el Altísimo a la divina Reina para manifestarla otros secretos, y mostrándosele con increíble caricia la dijo: Esposa mía y paloma mía, en lo escondido de mi pecho has conocido la inmensa liberalidad a que me inclina el amor que tengo al linaje humano y los tesoros ocultos que tengo prevenidos para su felicidad; y puede tanto este amor conmigo, que quiero darles a mi Unigénito para su enseñanza y remedio. También has conocido algo de su mala correspondencia y torpísima ingratitud y el desprecio que hacen los hombres de mi clemencia y amor. Pero aunque te he manifestado parte de su malicia, quiero, amiga mía, que de nuevo conozcas en mi ser el pequeño número de los que me han de conocer y amar como

escogidos y cuán dilatado y grande es el de los ingratos y réprobos. Estos pecados sin número y las abominaciones de tantos hombres inmundos y tenebrosos, que con mi ciencia infinita tengo previstos, detienen mi liberal misericordia y han echado candados fuertes por donde han de salir los tesoros de mi Divinidad y hacen indigno al mundo para recibirlos.

49. Conoció la princesa María en estas palabras del Altísimo grandes sacramentos del número de los predestinados y de los réprobos y también la resistencia y óbice que causaban todos los pecados de los hombres juntos en la mente Divina para que viniese al mundo el Verbo Eterno Humanado; y admirada la prudentísima Señora con la vista de la infinita bondad y equidad del Criador y de la inmensa iniquidad y malicia de los hombres, inflamada toda en la llama del Divino amor, habló a Su Majestad y le dijo:

50. Señor mío y Dios infinito, de sabiduría y santidad incomprensible, ¿qué misterio es éste, bien mío, que me habéis manifestado? No tienen medida ni término las maldades de los hombres, pues sola vuestra sabiduría las comprende, pero todas ellas, y otras muchas y mayores, ¿pueden por ventura extinguir Vuestra bondad y amor o competir con él? No, Señor y Dueño mío, no ha de ser así; la malicia de los mortales no ha de detener vuestra misericordia. Yo soy la más inútil de todo el linaje humano, pero de su parte os pongo la demanda de vuestra fidelidad. Verdad infalible es que faltará el cielo y la tierra primero que la verdad de vuestras palabras (Mt., 24, 35); y también es verdad que la tenéis dada al mundo muchas veces por boca de vuestros profetas santos y por la vuestra a ellos mismos que les daréis su redentor y vuestra salud. Pues ¿cómo, Dios mío, se dejarán dé cumplir esas promesas acreditadas con vuestra infinita sabiduría para no ser engañado y con vuestra bondad para no engañar al hombre? Para hacerles esta promesa y ofrecerles su eterna felicidad en vuestro Verbo Humanado, de parte de los mortales no hubo merecimientos, ni os pudo obligar alguna criatura; y si este bien se pudiera merecer, no quedara tan engrandecida Vuestra infinita y liberal

clemencia; de solo Vos mismo Os disteis por obligado, que para hacerse Dios hombre sólo en Dios puede haber razón que le obligue; en solo Vos está la razón y motivo de habernos criado, y de habernos de reparar después de caídos. No busquéis, Dios mío y Rey Altísimo, para la Encarnación más méritos ni más razón que Vuestra misericordia y la exaltación de Vuestra gloria.

51. Verdad es, Esposa mía —respondió el Altísimo— que por mi bondad inmensa me obligué a prometer a los hombres me vestiría de su naturaleza y habitaría con ellos, y que nadie pudo merecer conmigo esta promesa; pero desmerece la ejecución el ingratísimo proceder de los mortales, tan odioso en mi equidad y presencia, pues cuando yo sólo pretendo el interés de su felicidad eterna en retorno de mi amor, conozco y hallo su dureza y que con ella han de malograr y despreciar los tesoros de mi gracia y gloria, y su correspondencia ha de ser dando espinas en lugar de fruto, grandes ofensas por los beneficios y torpe ingratitud por mis largas y liberales misericordias, y el fin de todos estos males será para ellos la privación de mi vista en tormentos eternos. Atiende, amiga mía, a estas verdades escritas en el secreto de mi sabiduría y pondera estos grandes sacramentos; que para ti patente está mi corazón, donde conoces la razón de mi justicia.

52. No es posible manifestar los ocultos misterios que conoció María Santísima en el Señor, porque vio en él todas las criaturas presentes, pasadas y futuras, con el orden que habían de tener todas las almas, las obras buenas y malas que habían de hacer, el fin que todas habían de tener; y si no fuera confortada con la virtud Divina, no pudiera conservar la vida entre los efectos y afectos que causaban en ella esta ciencia y vista de tan recónditos sacramentos y misterios. Pero como en estos nuevos milagros y beneficios disponía Su Majestad tan altos fines, no era escaso sino liberalísimo con su amada y escogida para Madre suya. Y como esta ciencia la deprendía nuestra Reina a los pechos del mismo Dios, con ella se derivaba el fuego de la misma caridad eterna, que la enardecía en amor del mismo Dios y de los prójimos; y continuando sus peticiones, dijo:

53. Señor y Dios eterno, invisible e inmortal, confieso Vuestra justicia, engrandezco Vuestras obras, adoro Vuestro ser infinito, y reverencio Vuestros juicios. Mi corazón se resuelve todo en afectos amorosos, conociendo Vuestra bondad sin límite para los hombres y su pesada ingratitud y grosería para vos. Para todos queréis, Dios mío, la vida eterna, pero serán pocos los que agradezcan este inestimable beneficio y muchos los que le perderán por su malicia. Si por esta parte, bien mío, os desobligáis, perdidos somos los mortales, pero si con vuestra ciencia Divina tenéis previstas las culpas y malicia de los hombres que tanto os desobligan, con la misma ciencia estáis mirando a vuestro Unigénito Humanado y sus obras de infinito valor y aprecio en vuestra aceptación, y éstas sobreabundan a los pecados y sin comparación los exceden. De este hombre y Dios se debe obligar Vuestra equidad y por él mismo dárnosle luego a él mismo; y para pedirle otra vez en nombre del linaje humano, yo me visto del mismo espíritu del Verbo hecho hombre en vuestra mente y pido su ejecución y la vida eterna por su mano para todos los mortales.

54. Represéntesele al Eterno Padre en esta petición de María Purísima —a nuestro modo de hablar— cómo su Unigénito había de bajar al virginal vientre de esta gran Reina, y rindiéronle sus amorosos *y* humildes ruegos. Y aunque siempre se le mostraba indeciso, era industria de su regalado amor para oír más la voz de su querida y que sus labios dulces destilaran miel suavísima y sus emisiones fuesen del paraíso (Cant., 4, 11-13). Y para más alargar esta regalada contienda, la respondió el Señor: Esposa mía dulcísima y mi paloma electa, mucho es lo que me pides y muy poco lo que los hombres me obligan, pues ¿cómo a los indignos se ha de conceder tan raro beneficio? Déjame, amiga mía, que los trate conforme su mala correspondencia.—Respondía nuestra poderosa y piadosa Abogada: No, Dueño mío, no os dejaré con mi porfía; si mucho es lo que pido, a vos lo pido, que sois rico en misericordias, poderoso en las obras, verdadero en las palabras. Mi padre (Santo Rey) David dijo de Vos y del Verbo eterno (Sal., 109, 4): *Juró el Señor y no le pesará de haber jurado; tú eres sacerdote según el orden de*

Melquisedec. Venga, pues, este Sacerdote que juntamente ha de ser sacrificio por nuestro rescate, venga, pues no os puede pesar de la promesa, porque no prometéis con ignorancia; dulce amor mío, vestida estoy de la virtud de este Hombre-Dios, no cesará mi porfía si no me dais la bendición como a mi padre Jacob (Gén., 32, 26).

55. Fuele preguntado a nuestra Reina y Señora en esta lucha divina, como a Jacob, cuál era su nombre. Dijo: Hija soy de Adán, fabricada por Vuestras manos de la materia humilde del polvo.— Y el Altísimo la respondió: De hoy más será tu nombre la escogida para Madre del Unigénito.— Pero estas últimas palabras entendiéronlas los cortesanos del Cielo, y a ella se le ocultaron hasta su tiempo, percibiendo sola la razón de escogida. Y habiendo perseverado esta contienda amorosa el tiempo que disponía la sabiduría Divina y que convenía para enardecer el fervoroso corazón de la escogida, toda la Santísima Trinidad dio su real palabra a María Purísima nuestra Reina que luego enviaría al mundo el Verbo Eterno hecho hombre. Con este *fíat,* alegre y llena de incomparable júbilo, pidió la bendición y se la dio el Altísimo. Salió esta mujer fuerte victoriosa más que Jacob de luchar con Dios, porque ella quedó rica, fuerte y llena de despojos y el herido y enflaquecido —a nuestro modo de entender— fue el mismo Dios, quedando ya rendido del amor de esta Señora para vestirse en su sagrado tálamo de la flaqueza humana de nuestra carne pasible, en que disimulase y encubriese la fortaleza de su divinidad para vencer siendo vencido y darnos la vida con su muerte. Vean y conozcan los mortales cómo María Santísima es la causa de su salud después de su benditísimo Hijo.

56. Luego en esta misma visión se le manifestaron a nuestra gran Reina las obras del quinto día (Gén., 1, 20-23) de la creación del mundo en la misma forma que sucedieron; y conoció cómo con la fuerza de la Divina palabra fueron engendrados y producidos de las aguas de de debajo del firmamento los imperfectos animales reptiles que andan sobre la tierra, volátiles que corren por el aire y los natátiles que discurren y habitan en las aguas; y de todas estas criaturas conoció el principio, materia, forma y

figura en su género, todas las especies de estos animales silvestres, sus condiciones, calidades, utilidades y armonía; las aves del cielo —que así llamamos el aire— con la variedad y forma de cada especie, su adorno, sus plumas, su ligereza; los innumerables peces del mar y de los ríos, la diferencia de ballenas, su compostura, calidades, cavernas, alimento que les administra el mar, los fines para que sirven, la forma y utilidad que cada una tiene en el mundo. Y Su Majestad mandó singularmente a todo este ejército de criaturas que reconociesen y obedeciesen a María Santísima, dándola potestad para que a todas las mandase y de ellas se sirviese; como sucedió en muchas ocasiones, de que diré algunas en sus lugares (Cf. infla n. 185, 431, 636; p. III n. 372). Y con esto salió de la visión de este día, y le ocupó en los ejercicios y peticiones que la mandó el Señor.

Doctrina que me dio la divina Señora.

57. Hija mía, el más copioso conocimiento de las obras maravillosas que hizo conmigo el brazo del Altísimo, para levantarme con las visiones de la Divinidad abstractivas a la dignidad de Madre, está reservado para que los predestinados lo conozcan en la celestial Jerusalén. Allí lo entenderán y verán en el mismo Señor con especial gozo y admiración, como la tuvieron los ángeles cuando el Altísimo se lo manifestaba, por lo que le magnificaban y alababan. Y porque en este beneficio se ha mostrado Su Majestad contigo entre todas las generaciones tan liberal y amoroso, dándote la noticia y luz que de estos sacramentos tan ocultos recibes, quiero, amiga mía, que sobre todas las criaturas te señales en alabar y engrandecer su Santo Nombre por lo que la potencia de su brazo obró conmigo.

58. Y luego debes atender con todo tu cuidado a imitarme en las obras que yo hacía con estos grandes y admirables favores. Pide y clama por la salud eterna de tus hermanos y para que el hombre de mi Hijo sea engrandecido y conocido de todo el mundo. Y para estas peticiones has de llegar con una constante determinación, fundada en fe viva y en segura confianza, sin perder de vista tu miseria, con profunda humildad y abatimiento. Con esta prevención has

de pelear con el mismo amor divino por el bien de tu pueblo, advirtiendo que sus victorias más gloriosas es dejarse vencer de los humildes que con rectitud le aman; levántate a ti sobre ti y dale gracias por tus especiales beneficios y por los del linaje humano y convertida a este divino amor merecerás recibir otros de nuevo para ti y tus hermanos; y pide al Señor su bendición siempre que te hallares en su Divina presencia.

CAPITULO 6

Manifiesta el Altísimo a María Señora nuestra otros misterios con las obras del día sexto de la creación.

59. Perseveraba el Altísimo en disponer de próximo a nuestra divina Princesa para recibir el Verbo Eterno en su virginal vientre, y ella continuaba sin intervalo sus fervientes afectos y oraciones para que viniese al mundo; y llegando la noche del día sexto de los que voy declarando, con la misma voz y fuerza que arriba dije (Cf. supra n.6), fue llamada y llevada en espíritu y, precediendo más intensos grados de iluminaciones, se le manifestó la Divinidad con visión abstractiva con el orden que otras veces, pero siempre con efectos más divinos y conocimiento de los atributos del Altísimo más profundo. Gastaba nueve horas en esta oración y salía de ella a la hora de tercia. Y aunque cesaba entonces aquella levantada visión del ser de Dios, no por eso se despedía María Santísima de su vista y oración, antes quedaba en otra, que si respecto de la que dejaba era inferior, pero absolutamente era altísima y mayor que la suprema de todos los santos y justos. Y todos estos favores y dones eran más deificados en los días últimos y próximos a la Encarnación, sin que para esto la impidiesen las ocupaciones activas de su estado, porque allí no se querellaba Marta que María la dejaba sola en sus ministerios (Lc., 10, 40).

60. Habiendo conocido la Divinidad en aquella visión, se le manifestaron luego las obras del día sexto de la creación del mundo (Gén., 1, 24-31), como si se hallara presente.

Conoció en el mismo Señor cómo a su Divina Palabra produjo la tierra el ánima viviente en su género, según lo dice (Santo Profeta y Legislador) Moisés; entendiendo por este nombre los animales terrestres que por más perfectos que los peces y aves en las operaciones y vida animal se llaman por la parte principal ánima viviente. Conoció y penetró todos estos géneros y especies de animales que fueron criados en este sexto día; y cómo se llamaban unos jumentos, por lo que sirven y ayudan a los hombres, otros bestias, como más fieros y silvestres, otros reptiles, porque se levantan de la tierra poco o nada, y de todos conoció y alcanzó las calidades, iras, fuerzas, ministerios, fines y todas sus condiciones distinta y singularmente. Sobre todos estos animales se le dio imperio y dominio, y a ellos precepto que la obedeciesen; y pudiera sin recelo hollar y pisar sobre el áspid y basilisco, que todos se rindieran a sus plantas, y muchas veces lo hicieron a su mandato algunos animales, como sucedió en el nacimiento de su Hijo Santísimo, que el buey y la jumentilla se postraron y calentaron con su aliento al niño Dios, porque se lo mandó la divina Madre.

61. En esta plenitud de ciencia conoció y entendió nuestra divina Reina con suma perfección el oculto modo de encaminar Dios todo lo que criaba para servicio y beneficio del género humano, y en la deuda en que por este beneficio quedaba a su Hacedor. Y fue convenientísimo que María Santísima tuviese este género de sabiduría y comprensión, para que con ella diese el retorno de agradecimiento digno de tales beneficios, cuando ni los hombres ni los ángeles no lo dieron, faltando a la debida correspondencia o no llegando a todo lo que debían las criaturas. Todos estos vacíos llenó la Reina de todas ellas y satisfizo por lo que nosotros no podíamos o no quisimos. Y con la correspondencia que ella dio, dejó como satisfecha a la equidad divina, mediando entre ella y las criaturas, y por su inocencia y agradecimiento se hizo más aceptable que todas ellas, y el Altísimo se dio por más obligado de sola María Santísima que de todo el resto de las demás criaturas. Por este modo tan misterioso se iba disponiendo la venida de Dios al mundo, porque se removía el óbice con la santidad de la que había de ser su Madre.

62. Después de la creación de todas las criaturas incapaces de razón, conoció en la misma visión cómo para complemento y perfección del mundo dijo la beatísima Trinidad: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra (Gén, 1, 26)*; y cómo con la virtud de este divino decreto fue formado el primer hombre de tierra para origen de los demás. Conoció profundamente la armonía del cuerpo humano y el alma y sus potencias, creación e infusión en el cuerpo, la unión que con él tiene para componer el todo; y en la fábrica del cuerpo humano conoció todas las partes singularmente, el número de los huesos, venas, arterias, nervios y ligación con el concurso de los cuatro humores en el temperamento conveniente, la facultad de alimentarse, alterarse, nutrirse y moverse localmente y cómo por la desigualdad o mutación de toda esta armonía se causaban las enfermedades y cómo se reparaban. Todo lo entendió y penetró sin engaño nuestra prudentísima Virgen más que todos los filósofos del mundo y más que los mismos ángeles.

63. Manifestóle asimismo el Señor el feliz estado de la justicia original en que puso a nuestros primeros padres Adán y Eva, y conoció las condiciones, hermosura y perfección de la inocencia y de la gracia, y lo poco que perseveraron en ella; entendió el modo cómo fueron tentados y vencidos con la astucia de la serpiente y los efectos que hizo el pecado, el furor y el odio de los demonios contra el linaje humano. A la vista de todos estos objetos hizo nuestra Reina grandes y heroicos actos de sumo agrado para el Altísimo: reconoció ser hija de aquellos primeros padres, descendiente de una naturaleza tan ingrata a su Criador y en este conocimiento se humilló en la divina presencia, hiriendo el corazón de Dios y obligándole a que la levantase sobre todo lo criado. Tomó por su cuenta llorar aquella primera culpa con todas las demás que de ella resultaron, como si de todas fuera ella la delincuente. Por esto se pudo ya llamar "feliz culpa" (Pregón pascual de la liturgia del Sábado Santo) a aquella que mereció ser llorada con tan preciosas lágrimas en la estimación del Señor, que comenzaron a ser fiadoras y prenda cierta de nuestra redención.

64. Rindió dignas gracias al Criador por la ostentosa obra de la creación del hombre. Consideró atentamente su desobediencia y la seducción y engaño de Eva, y en su mente propuso la perpetua obediencia que aquellos primeros padres negaron a su Dios y Señor; y fue tan acepto en sus ojos este rendimiento, que ordenó Su Majestad se cumpliese y ejecutase este día en presencia de los cortesanos del cielo la verdad figurada en la historia del rey Asuero, de quien fue reprobada la reina Vasti y privada de la dignidad real por su desobediencia, y en su lugar fue levantada por reina la humilde y graciosa Ester (Est., 2, 1ss.).

65. Correspondíanse en todo estos misterios con admirable consonancia. Porque el sumo y verdadero Rey, para ostentar la grandeza de su poder y tesoros de su divinidad, hizo el gran convite de la creación y, prevenida la mesa franca de todas las criaturas, llamó al convidado, el linaje humano, en la creación de sus primeros padres. Desobedeció Vasti, nuestra madre Eva, mal rendida al divino precepto, y con aprobación y admirable *alabanza de* los ángeles mandó el verdadero Asuero en este día que fuese levantada a la dignidad de Reina de todo lo criado la humildísima Ester, María Santísima, llena de gracia y hermosura, escogida entre todas las hijas del linaje humano para su Restauradora y Madre de su Criador.

66. Y para la plenitud de este misterio infundió el Altísimo en el corazón de nuestra Reina en esta visión nuevo aborrecimiento con el demonio, como le tuvo Ester con Aman, y así sucedió que le derribó de su privanza, digo, del imperio y mando que tenía en el mundo, y le quebrantó la cabeza de su soberbia, llevándole hasta el patíbulo de la cruz, donde él pretendió destruir y vencer al Hombre-Dios, para que allí fuese castigado y vencido; que en todo intervino María Santísima, como diremos en su lugar (Cf. infra n. 1364). Y así como la enemiga de este gran dragón comenzó desde el cielo contra la mujer que vio en él vestida del sol, que dijimos era esta divina Señora (Cf. supra p. 1 n. 95), así también duró la contienda hasta que por ella fue privado de su tirano dominio; y como en lugar de Amán

soberbio fue honrado el fidelísimo Mardoqueo, así fue puesto el castísimo y fidelísimo José que cuidaba de la salud de nuestra divina Ester y continuamente la pedía rogase por la libertad de su pueblo —que éstas eran las continuas pláticas del Santo José y de su esposa purísima— y por ella fue levantado a la grandeza de santidad que alcanzó y a tan excelente dignidad, que le dio el supremo Rey el anillo de su sello, para que con él mandase al mismo Dios humanado, que le estaba sujeto, como dice el Evangelio (Lc., 2, 51). Con esto, salió de esta visión nuestra Reina.

Doctrina que me dio la divina Señora.

67. Admirable fue, hija mía, este don de la humildad que me concedió el Altísimo en este suceso que has escrito; y pues no desecha Su Majestad a quien le llama, ni su favor se niega al que se dispone a recibirlo, quiero que tú me imites y seas mi compañera en el ejercicio de esta virtud. Yo no tenía parte en la culpa de Adán, que fui exenta de su inobediencia, mas porque tuve parte de su naturaleza, y por sola ella era hija suya, me humillé hasta aniquilarme en mi estimación. Pues con este ejemplo ¿hasta dónde se debe humillar quien tuvo parte no sólo en la primera culpa, pero después ha cometido otras sin número? Y el motivo y fin de este humilde conocimiento, no ha de ser tanto remover la pena de estas culpas, cuanto restaurar y recompensar la honra que en ellas se le quitó y negó al Criador y Señor de todos.

68. Si un hermano tuyo ofendiera gravemente a tu padre natural, no fueras tú hija agradecida y leal de tu padre, ni hermana verdadera de tu hermano, si no te dolieras de la ofensa y lloraras como propia la ruina, porque al padre se debe toda reverencia y al hermano debes el amor como a ti misma; pues considera, carísima, y examina con la luz verdadera cuánta diferencia hay de vuestro Padre que está en los cielos al padre natural y que todos sois hijos suyos y unidos con vínculo de estrecha obligación de hermanos y siervos de un Señor verdadero; y como te humillarías y llorarías con grande confusión y vergüenza, si tus hermanos naturales cometieran alguna culpa afrentosa, así quiero que lo hagas por las que cometen los mortales

contra Dios, doliéndote con vergüenza como si a ti te las atribuyeras. Esto fue lo que yo hice conociendo la inobediencia de Adán y Eva y los males que de ella se siguieron al linaje humano; y se complació el Altísimo de mi reconocimiento y caridad, porque es muy agradable a sus ojos el que llora los pecados de que se olvida quien los comete.

69. Junto con esto, estarás advertida que por grandes y levantados que sean los favores que recibes del Altísimo, no por esto te descuides del peligro, ni tampoco desprecies el acudir y descender a las obras de obligación y de caridad. Y esto no es dejar a Dios; pues la fe te enseña y la luz te gobierna para que le lleves contigo en toda ocupación y lugar y sólo te dejes a ti misma y a tu gusto por cumplir el de tu Señor y esposo. No te dejes llevar en estos afectos del peso de la inclinación, ni de la buena intención y gusto interior, que muchas veces se encubre con esta capa el mayor peligro; y en estas dudas o ignorancias siempre sirve de contraste y de maestro la obediencia santa, por la que gobernarás tus acciones seguramente sin hacer otra elección, porque están vinculadas grandes victorias y progresos de merecimientos al verdadero rendimiento y sujeción del dictamen propio al ajeno. No has de tener jamás querer o no querer, y con eso cantarás victorias (Prov., 21, 28) y vencerás los enemigos.

CAPITULO 7

Celebra el Altísimo con la Princesa del cielo nuevo desposorio para las bodas de la encarnación y adórnala para ellas.

70. Grandes son las obras del Altísimo (Sal., 110, 2), porque todas fueron y son hechas con plenitud de ciencia y de bondad, en equidad y mesura (Sap., 11, 21). Ninguna es manca, inútil ni defectuosa, superflua ni vana; todas son exquisitas y magníficas, como el mismo Señor que con la medida de su voluntad quiso hacerlas y conservarlas, y las quiso como convenían, para ser en ellas conocido y magnificado. Pero todas las obras de Dios *ad extra,* fuera

del misterio de la Encarnación, aunque son grandes, estupendas y admirables, y más admirables que comprensibles, no son más de una pequeña centella (Eclo., 42, 23) despedida del inmenso abismo de la divinidad. Sólo este gran sacramento de hacerse Dios hombre pasible y mortal es la obra grande de todo el poder y sabiduría infinita y la que excede sin medida a las demás obras y maravillas de su brazo poderoso; porque en este misterio, no una centella de la divinidad, pero todo aquel volcán del infinito incendio, que Dios es, bajó y se comunicó a los hombres, juntándose con indisoluble y eterna unión a nuestra terrena y humana naturaleza.

71. Si esta maravilla y sacramento del Rey se ha de medir con su misma grandeza, consiguiente era que la mujer, de cuyo vientre había de tomar forma de hombre, fuese tan perfecta y adornada de todas sus riquezas, que nada le faltase de los dones y gracias posibles y que todas fuesen tan llenas, que ninguna padeciese mengua ni defecto alguno. Pues como esto era puesto en razón y convenía a la grandeza del Omnipotente, así lo cumplió con María Santísima, mejor que el rey Asuero con la graciosa Ester, para levantarla al trono de su grandeza. Previno el Altísimo a nuestra Reina María con tales favores, privilegios y dones nunca imaginados de las criaturas, que cuando salió a vista de los cortesanos de este gran Rey de los siglos inmortal (1 Tim., 1, 17), conocieron todos y alabaron el poder Divino y que, si eligió una mujer para Madre, pudo y supo hacerla digna para hacerse Hijo suyo.

72. Llegó el día séptimo y vecino de este misterio y, a la misma hora que en los pasados he dicho, fue llamada y elevada en espíritu la divina Señora, pero con una diferencia de los días precedentes; porque en éste fue llevada corporalmente por mano de sus santos ángeles al cielo empíreo, quedando en su lugar uno de ellos que la representase en cuerpo aparente. Puesta en aquel supremo cielo, vio la Divinidad con abstractiva visión como otros días, pero siempre con nueva y mayor luz y misterios más profundos, que aquel objeto voluntario sabe y puede ocultar y manifestar. Oyó luego una voz que salía del trono real, y decía: Esposa y paloma electa, ven, graciosa y

amada nuestra, que hallaste gracia en nuestros ojos y eres escogida entre millares y de nuevo te queremos admitir por nuestra Esposa única, y para esto queremos darte el adorno y hermosura digna de nuestros deseos.

73. A esta voz y razones, la humildísima entre los humildes se abatió y aniquiló en la presencia del Altísimo, sobre todo lo que alcanza la humana capacidad, y toda rendida al beneplácito divino, con agradable encogimiento respondió: Aquí está, Señor, el polvo, aquí este vil gusanillo, aquí está la pobre esclava vuestra, para que se cumpla en ella vuestro mayor agrado. Servios, bien mío, del instrumento humilde de vuestro querer, gobernadle con vuestra diestra. —Mandó luego el Altísimo a dos serafines, de los más allegados al trono y excelentes en dignidad, que asistiesen a aquella divina mujer, y acompañados de otros se pusieron en forma visible al pie del trono, donde estaba María Santísima más inflamada que todos ellos en el amor divino.

74. Era espectáculo de nueva admiración y júbilo para todos los espíritus angélicos ver en aquel lugar celestial, nunca hollado de otras plantas, una humilde doncella consagrada para Reina suya y más inmediata al mismo Dios entre todas las criaturas, ver en el cielo tan apreciada y valorada aquella mujer (Prov., 31,10) que ignoraba el mundo y como no conocida la despreciaba, ver a la naturaleza humana con las arras y principio de ser levantada sobre los coros celestiales y ya interpuesta en ellos. ¡Oh qué santa y dulce emulación pudiera causarles esta peregrina maravilla a los cortesanos antiguos de la superior Jerusalén! ¡Oh qué conceptos formaban en alabanza del Autor! ¡Oh qué afectos de humildad repetían, sujetando sus elevados entendimientos a la voluntad y ordenación divina! Reconocían ser justo y santo que levante a los humildes y que favorezca a la humana humildad y la adelante a la angélica.

75. Estando en esta loable admiración los moradores del cielo, la beatísima Trinidad —a nuestro bajo modo de entender y de hablar— confería entre sí misma cuán agradable era en sus ojos la princesa María, cómo había correspondido perfecta y enteramente a los beneficios y

dones que se le habían fiado, cuánto con ellos había granjeado la gloria que adecuadamente daba al mismo Señor y cómo no tenía falta ni defecto, ni óbice para la dignidad de Madre del Verbo para que era destinada. Y junto con esto, determinaron las tres divinas personas que fuese levantada esta criatura al supremo grado de gracia y amistad del mismo Dios, que ninguna otra pura criatura había tenido ni tendrá jamás, y en aquel instante la dieron a ella sola más que tenían todas juntas. Con esta determinación la Beatísima Trinidad se complació y agradó de la santidad suprema de María, como ideada y concebida en su mente Divina.

76. Y en correspondencia de esta santidad y en su ejecución, y en testimonio de la benevolencia con que el mismo Señor la comunicaba nuevas influencias de su divina naturaleza, ordenó y mandó que fuese María Santísima adornada visiblemente con una vestidura y joyas misteriosas, que señalasen los dones interiores de las gracias y privilegios que le daban como a Reina y Esposa. Y aunque este adorno y desposorio se le concedió otras veces, como queda dicho (Cf. supra p. I n. 435), cuando fue presentada al templo, pero en esta ocasión fue con circunstancias de nueva excelencia y admiración, porque servía de más próxima disposición para el milagro de la Encarnación.

77. Vistieron luego los dos Serafines por mandado del Señor a María Santísima una tunicela o vestidura larga, que como símbolo de su pureza y gracia era tan hermosa y de tan rara candidez y belleza refulgente, que sólo un rayo de luz de los que sin número despedía, si apareciera al mundo, le diera mayor claridad sólo él que todo el número de las estrellas si fueran soles; porque en su comparación toda la luz que nosotros conocemos pareciera oscuridad. Al mismo tiempo que la vestían los serafines, le dio el Altísimo profunda inteligencia de la obligación en que la dejaba aquel beneficio de corresponder a Su Majestad con la fidelidad y amor y con un alto y excelente modo de obrar, que en todo conocía, pero siempre se le ocultaba el fin que tenía el Señor de recibir carne en su virginal vientre. Todo lo demás reconocía nuestra gran Señora, y por todo se

humillaba con indecible prudencia y pedía el favor divino para corresponder a tal beneficio y favor.

78. Sobre la vestidura la pusieron los mismos serafines una cintura, símbolo del temor santo que se le infundía; era muy rica, como de piedras varias en extremo refulgentes, que la agraciaban y hermoseaban mucho. Y al mismo tiempo la fuente de la luz que tenía presente la divina Princesa la iluminó e ilustró para que conociese y entendiese altísimamente las razones por que debe ser temido Dios de toda criatura. Y con este don de temor del Señor quedó ajustadamente ceñida, como convenía a una criatura pura que tan familiarmente había de tratar y conversar con el mismo Criador, siendo verdadera Madre suya.

79. Conoció luego que la adornaban de hermosísimos y dilatados cabellos recogidos con un rico apretador, y ellos eran más brillantes que el oro subido y refulgente. Y en este adorno entendió se le concedía que todos sus pensamientos toda la vida fuesen altos y divinos, inflamados en subidísima caridad, significada por el oro. Y junto con esto se le infundieron de nuevo hábitos de sabiduría y ciencia clarísima, con que quedasen ceñidos y recogidos varia y hermosamente estos cabellos en una participación inexplicable de los atributos de ciencia y sabiduría del mismo Dios. Concediéronla también para sandalias o calzado que todos los pasos y movimientos fuesen hermosísimos (Cant., 7, 1) y encaminados siempre a los más altos y santos fines de la gloria del Altísimo. Y cogieron este calzado con especial gracia de solicitud y diligencia en el bien obrar para con Dios y con los prójimos, al modo que sucedió cuando con festinación fue a visitar a Santa Isabel y San Juan (Lc., 1, 39); con que esta hija del Príncipe (Cant., 7, 1) salió hermosísima en sus pasos.

80. Las manos las adornaban con manillas, infundiéndola nueva magnanimidad para obras grandes, con participación del atributo de la magnificencia, y así las extendió siempre para cosas fuertes (Prov., 31, 19). En los dedos la hermosearon con anillos, para que con los nuevos dones del Espíritu Divino en las cosas menores o en materias más

inferiores obrase superiormente con levantado modo, intención y circunstancias, que hiciesen todas sus obras grandiosas y admirables. Añadieron juntamente a esto un collar o banda que le pusieron lleno de inestimables y brillantes piedras preciosas y pendiente una cifra de tres más excelentes, que en las tres virtudes fe, esperanza y caridad correspondía a las tres divinas personas. Renováronle con este adorno los hábitos de estas nobilísimas virtudes para el uso que de ellas había menester en los misterios de la Encarnación y Redención.

81. En las orejas le pusieron unas arracadas de oro con gusanillos de plata (Cant., 1, 10), preparando sus oídos con este adorno para la embajada que luego había de oír del Santo Arcángel Gabriel, y se le dio especial ciencia para que la oyese con atención y respondiese con discreción, formando razones prudentísimas y agradables a la voluntad divina; y en especial para que del metal sonoro y puro de la plata de su candidez resonase en los oídos del Señor y quedasen en el pecho de la divinidad aquellas deseadas y sagradas palabras: *Fiat mihi secundum verbum tuum (Lc., 1, 38)*.

82. Sembraron luego la vestidura de unas cifras que servían como de realces o bordaduras de finísimos matices y oro, que algunas decían: *María, Madre de Dios, y* otras, *María, Virgen y Madre;* mas no se le manifestaron ni descifraron entonces estas cifras misteriosas a ella sino a los ángeles santos; y los matices eran los hábitos excelentes de todas las virtudes en eminentísimo grado y los actos que a ellas correspondían sobre todo lo que han obrado todas las demás criaturas intelectuales. Y para complemento de toda esta belleza la dieron por agua de rostro muchas iluminaciones y resplandores, que se derivaron en esta divina Señora de la vecindad y participación del infinito ser y perfecciones del mismo Dios; que para recibirle real y verdaderamente en su vientre virginal, convenía haberle recibido por gracia en el sumo grado posible a pura criatura.

83. Con este adorno y hermosura quedó nuestra princesa María tan bella y agradable, que pudo el Rey supremo

codiciarla (Sal., 44, 12). Y por lo que en otras partes he dicho de sus virtudes (Cf. supra p. I n. 226-235, 482-611), y será forzoso repetir en toda esta divina Historia, no me detengo más en explicar este adorno, que fue con nuevas condiciones y efectos más divinos. Y todo cabe en el poder infinito y en el inmenso campo de la perfección y santidad, donde siempre hay mucho que añadir y entender sobre lo que nosotros alcanzamos a conocer. Y llegando a este mar de María Purísima, quedamos siempre muy a las márgenes de su grandeza; y mi entendimiento de lo que ha conocido queda siempre con gran preñez de conceptos que no puede explicar.

Doctrina que me dio la Reina santísima María.

84. Hija mía, las ocultas oficinas y recámaras del Altísimo son de Rey divino y Señor omnipotente y por esto son sin medida y número las ricas joyas que en ellas tiene para componer el adorno de sus esposas y escogidas. Y como enriqueció mi alma, pudiera hacer lo mismo con otras innumerables y siempre le sobrara infinito. Y aunque a ninguna otra criatura dará tanto su liberal mano como me concedió a mí, no será porque no puede o no quiere, sino porque ninguna se dispondrá para la gracia como yo lo hice; pero con muchas es liberalísimo el Todopoderoso y las enriquece grandemente, porque le impiden menos y se disponen más que otras.

85. Yo deseo, carísima, que no pongas impedimento al amor del Señor para ti, antes quiero te dispongas para recibir los dones y preseas con que te quiere prevenir, para que seas digna de su tálamo de esposo. Y advierte que todas las almas justas reciben este adorno de su mano, pero cada una en su grado de amistad y gracia de que se hace capaz. Y si tú deseas llegar a los más levantados quilates de esta perfección y estar digna de la presencia de tu Señor y Esposo, procura crecer y ser robusta en el amor; pero éste crece, cuando crece la negación y mortificación. Todo lo terreno has de negar y olvidar y todas tus inclinaciones a ti misma y a lo visible se han de extinguir en ti, y sólo en el amor divino has de crecer y adelantarte. Lávate y purifícate en la sangre de Cristo tu reparador y

aplícate este lavatorio muchas veces, repitiendo el amoroso dolor de la contrición de tus culpas. Con esto hallarás gracia en sus ojos y tu hermosura le será de codicia y tu adorno estará lleno de toda perfección y pureza.

86. Y habiendo tú sido tan favorecida y señalada del Señor en estos beneficios, razón es que sobre muchas generaciones seas agradecida y con incesante alabanza le engrandezcas por lo que contigo se ha dignado. Y si este vicio de la ingratitud es tan feo y reprensible en las criaturas que menos deben, cuando luego como terrenas y groseras olvidan con desprecio los beneficios del Señor, mayor será la culpa de esta villanía en tus obligaciones. Y no te engañes con pretexto de humillarte, porque hay mucha diferencia entre la humildad agradecida y la ingratitud humillada con engaño; y debes advertir que muchas veces hace grandes favores el Señor a los indignos, para manifestar su bondad y grandeza y para que no se alce nadie con ellos, conociendo su propia indignidad, que ha de ser de contrapeso y triaca contra el veneno de la presunción; pero siempre se compadece con esto el agradecimiento, conociendo que todo don perfecto es y viene del Padre de las lumbres (Sant., 1, 17) y nunca por sí le pudo merecer la criatura, sino que se le da por sola su bondad, con que debe quedar rendida y cautiva del agradecimiento.

CAPITULO 8

Pide nuestra gran Reina en la presencia del Señor la ejecución de la Encarnación y Redención humana y concede Su Majestad la petición.

87. Estaba la divina princesa María Santísima tan llena de gracia y hermosura y el corazón de Dios estaba tan herido (Cant., 4, 9) de sus tiernos afectos y deseos, que ya ellos le obligaban a volar del seno del eterno Padre al tálamo de su virginal vientre y a romper aquella larga remora que le detenía por más de cinco mil años para no venir al mundo. Pero como esta nueva maravilla se había de ejecutar con plenitud de sabiduría y equidad, dispúsola el Señor de tal

suerte, que la misma Princesa de los cielos fuese Madre digna del Verbo humanado y juntamente medianera eficaz de su venida, mucho más que lo fue Ester del rescate de su pueblo. Ardía en el corazón de María Santísima el fuego que el mismo Dios había encendido en él, y pedía sin cesar su salud para el linaje humano, pero encogíase la humildísima Señora, sabiendo que por el pecado de Adán estaba promulgada la sentencia de muerte y privación eterna de la cara de Dios para los mortales.

88. Entre el amor y la humildad había una divina lucha en el corazón purísimo de María, y con amorosos y humildes afectos repetía muchas veces: ¡Oh quién fuera poderosa para alcanzar el remedio de mis hermanos! ¡Oh quién sacara del seno del Padre a su Unigénito y le trasladara a nuestra mortalidad! ¡Oh quién le obligara para que a nuestra naturaleza le diera aquel ósculo de su boca (Cant., 1, 1) que le pidió la Esposa! Pero ¿cómo lo podemos solicitar los mismos hijos y descendientes del malhechor que cometió la culpa? ¿Cómo podremos traer a nosotros al mismo que nuestros padres alejaron tanto? ¡Oh amor mío, si yo os viese a los pechos de vuestra madre (Cant., 8, 1) la naturaleza! ¡Oh lumbre de la lumbre, Dios verdadero de Dios verdadero, si descendieseis inclinando vuestros cielos (Sal., 143, 5) y dando luz a los que viven de asiento en las tinieblas (Is., 9, 2)! ¡Si pacificaseis a vuestro Padre, y si al soberbio Amán (Est., 14, 13), nuestro enemigo el demonio, le derribase vuestro divino brazo, que es vuestro Unigénito! ¿Quién será medianera para que saque del altar celestial, como la tenaza de oro (Is., 6, 6), aquella brasa de la Divinidad, como el Serafín sacó el fuego que nos dice vuestro profeta, para purificar al mundo?

89. Esta oración repetía María Santísima en el día octavo de los que voy declarando, y a la hora de media noche, elevada y abstraída en el Señor, oyó que Su Majestad la respondía: Esposa y paloma mía, ven, escogida mía, que no se entiende contigo la común ley (Est., 15, 13); exenta eres del pecado y libre estás de sus efectos desde el instante de tu concepción; y cuando te di el ser, desvió de ti la vara de mi justicia y derribé en tu cuello la de mi gran clemencia, para que no se extendiese a ti el general edicto

del pecado. Ven a mí, y no desmayes en tu humildad y conocimiento de tu naturaleza; yo levanto al humilde, y lleno de riquezas al que es pobre; de tu parte me tienes y favorable será contigo mi liberal misericordia.

90. Estas palabras oyó intelectualmente nuestra Reina, y luego conoció que por mano de sus Santos Ángeles era llevada corporalmente al cielo, como el día precedente, y que en su lugar quedaba uno de los mismos de su guarda. Subió de nuevo a la presencia del Altísimo, tan rica de tesoros de su gracia y dones, tan próspera y tan hermosa, que singularmente en esta ocasión admirados los espíritus soberanos decían unos a otros en alabanza del Altísimo: ¿Quién es ésta, que sube del desierto tan afluente de delicias? (Cant., 8, 5) ¿Quién es ésta que estriba y hace fuerza a su amado (Ib.), para llevarle consigo a la habitación terrena? ¿Quién es la que se levanta como aurora, más hermosa que la luna, escogida como el sol (Cant., 6, 9)? ¿Cómo sube tan refulgente de la tierra llena de tinieblas? ¿Cómo es tan esforzada y valerosa en tan frágil naturaleza? ¿Cómo tan poderosa, que quiere vencer al Omnipotente? Y ¿cómo estando cerrado el cielo a los hijos de Adán, se le franquea la entrada a esta singular mujer de aquella misma descendencia?

91. Recibió el Altísimo a su electa y única esposa María Santísima en su presencia, y aunque no fue por visión intuitiva de la Divinidad sino abstrativa, pero fue con incomparables favores de iluminaciones y purificaciones que el mismo Señor la dio, cuales hasta aquel día había reservado; porque fueron tan divinas estas disposiciones que —a nuestro entender— el mismo Dios que las obraba se admiró, encareciendo la misma hechura de su brazo poderoso; y como enamorado de ella, la habló y la dijo (Cant., 6, 12): *Revertere, revertere Sunamitis, ut intueamur te;* Esposa mía, perfectísima paloma y amiga mía, agradable a mis ojos, vuélvete y conviértete a nosotros para que te veamos y nos agrademos de tu hermosura; no me pesa de haber criado al hombre, deleitóme en su formación, pues tú naciste de él; vean mis espíritus celestiales cuán dignamente he querido y quiero elegirte por mi Esposa y Reina de todas mis criaturas; conozcan

cómo me deleito con razón en tu tálamo, a donde mi Unigénito, después de la gloria de mi pecho, será más glorificado. Entiendan todos que si justamente repudié a Eva, la primera reina de la tierra, por su inobediencia, te levanto y te pongo en la suprema dignidad, mostrándome magnífico y poderoso con tu humildad purísima y desprecio.

92. Fue para los Ángeles este día de mayor júbilo y gozo accidental que otro alguno había sido desde su creación. Y cuando la Beatísima Trinidad eligió y declaró por Reina y Señora de las criaturas a su Esposa y Madre del Verbo eterno, la reconocieron y admitieron los Ángeles y todos los espíritus celestiales por Superiora y Señora y la cantaron dulces himnos de gloria y alabanza del Autor. En estos ocultos y admirables misterios estaba la divina reina María absorta en el abismo de la Divinidad y luz de sus infinitas perfecciones; y con esta admiración disponía, el Señor que no atendiese a todo lo que sucedía, y así se le ocultó siempre el sacramento de ser elegida por Madre del Unigénito hasta su tiempo. No hizo jamás el Señor tales cosas con nación alguna (Sal., 147, 20), ni con otra criatura se manifestó tan grande y poderoso, cómo este día con María Santísima.

93. Añadió más el Altísimo, y dijo la con extremada dignación: Esposa y electa mía, pues hallaste gracia en mis ojos, pídeme sin recelo lo que deseas y te aseguro como Dios fidelísimo y poderoso Rey que no desecharé tus peticiones ni te negaré lo que pidieres.— Humillóse profundamente nuestra gran Princesa, y debajo de la promesa y real palabra del Señor, levantándose con segura confianza, respondió y dijo: Señor mío y Dios altísimo, si en vuestros ojos hallé gracia (Gén., 18, 3), aunque soy polvo y ceniza, hablaré en vuestra real presencia y derramaré mi corazón (Sal., 61, 9).—Aseguróla otra vez Su Majestad y la mandó pidiese todo lo que fuese su voluntad en presencia de todos los cortesanos del cielo, aunque fuese parte de su reino (Est., 5, 3). No pido, Señor mío —respondió María Purísima— parte de vuestro reino para mí, pero pídole todo entero para todo el linaje humano, que son mis hermanos. Pido, altísimo y poderoso Rey, que por vuestra piedad inmensa nos enviéis a vuestro Unigénito y Redentor

nuestro, para que satisfaciendo por todos los pecados del mundo alcance vuestro pueblo la libertad que desea, y quedando satisfecha vuestra justicia se publique la paz (Ez., 34, 25) en la tierra a los hombres y se les haga franca la entrada de los cielos que por sus culpas están cerrados. Vea ya toda carne vuestra salud (Is., 52, 10) dense la paz y la justicia aquel estrecho abrazo y el ósculo que pedía David (Sal., 84, 11), y tengamos los mortales maestro (Is., 30, 20), guía y reparador, cabeza que viva y converse con nosotros (Bar., 3, 38); llegue ya, Dios mío, el día de vuestras promesas, cúmplanse vuestras palabras y venga nuestro Mesías por tantos siglos deseado. Esta es mi ansia y a esto se alientan mis ruegos con la dignación de vuestra infinita clemencia.

94. El Altísimo Señor, que para obligarse disponía y movía las peticiones de su amada Esposa, se inclinó benigno a ellas, y la respondió con singular clemencia: Agradables son tus ruegos a mi voluntad y aceptas son tus peticiones; hágase como tú lo pides; yo quiero, hija y esposa mía, lo que tú deseas; y en fe de esta verdad, te doy mi palabra y te prometo que con gran brevedad bajará mi Unigénito a la tierra y se vestirá y unirá con la naturaleza humana, y tus deseos aceptables tendrán ejecución y cumplimiento.

95. Con esta certificación de la divina palabra sintió nuestra gran Princesa en su interior nueva luz y seguridad de que se llegaba ya el fin de aquella larga y prolija noche del pecado y de las antiguas leyes y se acercaba la nueva claridad de la redención humana. Y como le tocaban tan de cerca y tan de lleno los rayos del sol de justicia que se acercaba para nacer de sus entrañas, estaba como hermosísima aurora abrasada y refulgente con los arreboles —dígolo así— de la Divinidad, que la transformaba toda en ella misma, y con afectos de amor y agradecimiento del beneficio de la próxima redención daba incesantes alabanzas al Señor en su nombre y de todos los mortales. Y en esta ocupación gastó aquel día, después que por los mismos ángeles fue restituida a la tierra. Duélome siempre de mi ignorancia y cortedad en explicar estos arcanos tan levantados, y si los doctos y letrados grandes no podrán hacerlo adecuadamente, ¿cómo llegará a esto una pobre y

vil mujer? Supla mi ignorancia la luz de la piedad cristiana y disculpe mi atrevimiento la obediencia.

Doctrina que me dio la Reina María Santísima.

96. Hija mía carísima, i y qué lejos están de la sabiduría mundana las obras admirables que conmigo hizo el poder divino en estos sacramentos de la Encarnación del Verbo Eterno en mi vientre! No los puede investigar la carne, ni la sangre, ni los mismos Ángeles y Serafines más levantados por sí a solas, ni pueden conocer misterios tan escondidos y fuera del orden de la gracia de las demás criaturas. Alaba tú, amiga mía, por ellos al Señor con incesante amor y agradecimiento, y no seas ya tarda en entender la grandeza de su divino amor y lo mucho que hace por sus amigos y carísimos, deseando levantarlos del polvo y enriquecerlos por diversos modos. Si esta verdad penetras, ella te obligará al agradecimiento y te moverá a obrar cosas grandes como fidelísima hija y esposa.

97. Y para que más te dispongas y alientes, te advierto que el Señor a sus escogidas las dice muchas veces aquellas palabra (Cant., 6, 12)*: Revertere, revertere, ut intueamur te;* porque recibe tanto agrado de sus obras, que como un padre se regala con su hijo muy agraciado y hermoso que sólo tiene, mirándole muchas veces con caricia, y como un artífice con la obra perfecta de sus manos y un rey con la ciudad rica que ha ganado y un amigo con otro que mucho ama, más sin comparación que todos estos se recrea el Altísimo y se complace con aquellas almas que elige para sus delicias, y al paso que ellas se disponen y adelantan, crecen también los favores y beneplácito del mismo Señor. Si esta ciencia alcanzaran los mortales que tienen luz de fe, por solo este agrado del Altísimo debían no sólo no pecar, pero hacer grandes obras hasta morir, por servir y amar a quien tan liberal es en premiar, regalar y favorecer.

98. Cuando en este día octavo que has escrito me dijo el Señor en el cielo aquellas palabras: *Revertere, revertere,* que le mirase para que los espíritus celestiales me viesen, fue tanto el agrado que conocí recibía Su Majestad divina,

que sólo él excedió a todo cuanto le han agradado y complacerán todas las almas santas en lo supremo de su santidad, y se complació en mí su dignación más que en todos los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, y todo el resto de los santos. Y de este agrado y aceptación del Altísimo redundaron en mi espíritu tantas influencias de gracias y participación de la divinidad, que ni lo puedes conocer ni explicar perfectamente estando en carne mortal. Pero te declaro este secreto misterioso, para que alabes a su autor y trabajes disponiéndote para que, en mi lugar y nombre, mientras te durare el destierro de la patria, extiendas y dilates tu brazo a cosas fuertes (Prov., 31 19) y des al Señor el beneplácito que de ti desea, procurándole siempre con granjear sus beneficios y solicitarlos para ti y tus prójimos con perfecta caridad.

CAPITULO 9

Renueva el Altísimo los favores y beneficios en María Santísima y dale de nuevo la posesión de Reina de todo lo criado por última disposición para la Encarnación.

99. El último y noveno día de los que más de cerca preparaba el Altísimo su tabernáculo para santificarle (Sal., 45, 5) con su venida, determinó renovar sus maravillas y multiplicar las señales, recopilando los favores y beneficios que hasta aquel día había comunicado a la princesa María. Pero de tal manera obraba en ella el Altísimo, que, cuando sacaba de sus tesoros infinitos cosas antiguas, siempre añadía muchas nuevas (Mt., 13, 52); y todos estos grados y maravillas caben entre humillarse Dios a ser hombre y levantar una mujer a ser su Madre. Para descender Dios al otro extremo de ser hombre, ni se pudo en sí mudar, ni lo había menester, porque quedándose inmutable en sí mismo, pudo unir a su persona nuestra naturaleza, mas para llegar una mujer de cuerpo terreno a dar su misma sustancia con quien se uniese Dios y fuese hombre, parecía necesario pasar un infinito espacio y venir a ponerse tan distante de las otras criaturas, cuanto llegaba a avecindar con el mismo Dios.

100. Llegó, pues, el día en que María Santísima había de quedar en esta última disposición tan próxima a Dios como ser Madre suya; y aquella noche, a la misma hora del mayor silencio, fue llamada por el mismo Señor, como en las precedentes se dijo. Respondió la humilde y prudente Reina: Aparejado está mi corazón (Sal., 107, 2), Señor y Rey altísimo, para que en mí se haga vuestro Divino beneplácito.—Luego fue llevada en cuerpo y alma, como los días antecedentes, por mano de sus Ángeles al Cielo empíreo y puesta en presencia del trono real del Altísimo, y Su Majestad poderosa la levantó y colocó a su lado, señalándole el asiento y lugar que para siempre había de tener en su presencia, y fue el más alto y más inmediato al mismo Dios, fuera del que se reservaba para la humanidad del Verbo; porque excedía sin comparación al de todos los demás bienaventurados y a todos juntos.

101. De aquel lugar vio luego la divinidad con abstractiva visión, como las otras veces antecedentes, y, ocultándole la dignidad de Madre de Dios, le manifestó Su Majestad tan altos y nuevos sacramentos que por su profundidad y por mi ignorancia no puedo declararlos. Vio de nuevo la Divinidad, todas las cosas criadas y muchas posibles y futuras; y las corpóreas se le manifestaron, dándoselas Dios a conocer en sí mismas por especies corpóreas y sensibles, como si las tuviera todas presentes a los sentidos exteriores, y como si en la esfera de la potencia visiva las percibiera con los ojos corporales. Conoció junta toda la fábrica del universo, que antes había conocido por sus partes, y las criaturas que en él se contienen, con distinción y como si las tuviera presentes en un lienzo. Vio toda su armonía, orden, conexión y dependencia que tienen entre sí, y todas de la voluntad Divina que las cría, gobierna y conserva a cada una en su lugar y en su ser. Vio de nuevo todos los cielos y estrellas, elementos y sus moradores, el purgatorio, limbo, infierno, con todos cuantos vivían en aquellas cavernas. Y como el puesto donde estaba la Reina de las criaturas era eminente a todas y sólo a Dios era inferior, así lo fue también la ciencia que la dieron, porque sola era inferior del mismo Señor y superior a todo lo criado.

102. Estando la divina Señora absorta en la admiración de lo que el Altísimo le manifestaba y dándole por todo el retorno de alabanza y gloria que se debía a tal Señor, la habló Su Majestad, y la dijo: Electa mía y paloma mía, todas las criaturas visibles que conoces, las he criado y las conservo con mi providencia en tanta variedad y hermosura sólo por el amor que tengo a los hombres. Y de todas las almas que hasta ahora he criado, y las que hasta el fin he determinado criar, se ha de elegir y entresacar una congregación de fieles, que sean segregados y lavados en la sangre del Cordero que quitará los pecados del mundo (Ap., 7, 14). Estos serán el fruto especial de la Redención que ha de obrar y gozarán de sus efectos por medio de la nueva ley de gracia y sacramentos que en ella les dará su Reparador; y después llegarán, los que perseveraren, a la participación de mi eterna gloria y amistad. Por estos escogidos en primer intento he criado tantas y maravillosas obras, y si todos me quisieran servir, adorar y conocer mi santo nombre, cuanto es de mi parte, para todos y para cada uno singularmente criara tantos tesoros y los ordenara a la posesión de cada uno.

103. Y cuando hubiera criado sola una de las criaturas que son capaces de mi gracia y de mi gloria, a sola ella la hiciera dueña y señora de todo lo criado, pues todo es menos que hacerla participante de mi amistad y felicidad eterna. Tú, Esposa mía, eres mi escogida y hallaste gracia en mi corazón, y así te hago señora de todos estos bienes y te doy la posesión y dominio de todos ellos, para que, si fueres esposa fiel, como te quiero, los distribuyas y dispenses a quien por tu mano o intercesión me los pidiere; que para esto los deposito en las tuyas.—Púsole la Santísima Trinidad a María nuestra princesa una corona en la cabeza, consagrándola por suprema Reina de todo lo criado, y estaba sembrada y esmaltada con unas cifras que decían: *Madre de Dios;* pero sin entenderlas ella por entonces, porque solos las conocían los divinos espíritus, admirados de la magnificencia del Señor con esta doncella dichosísima y bendita entre las mujeres, a quien ellos reverenciaron y veneraron por su Reina legítima y Señora suya y de todo lo criado.

104. Todos estos portentos obraba la diestra del Altísimo con muy conveniente orden de su infinita sabiduría; porque antes de bajar a tomar carne humana en el virginal vientre de esta Señora, convenía que todos los cortesanos de este gran Rey reconociesen a su Madre por Reina y Señora y por esto la diesen debida reverencia. Y era justo y conteniente al buen orden que primero la hiciera Dios Reina y después Madre del Príncipe de las eternidades, pues quien había de parir al Príncipe de necesidad había de ser Reina y reconocida por sus vasallos; pues en que la conociesen los ángeles no había inconveniente ni necesidad de ocultársela, antes era como deuda del Altísimo a la majestad de su divinidad, que su tabernáculo escogido para morada suya fuese prevenido y calificado con todas excelencias de dignidad y perfección, alteza y magnificencia que se le pudiesen comunicar, sin que se le negase alguna; y así la recibieron y reconocieron los Santos Ángeles, dándole honor de Reina y Señora.

105. Para poner la última mano en esta prodigiosa obra de María Santísima, extendió el Señor su brazo poderoso y por sí mismo renovó el espíritu y potencias de esta gran Señora, dándole nuevas iluminaciones, hábitos y cualidades, cuya grandeza y condiciones no caben en términos terrenos. Era éste el último retoque y pincel de esta imagen viva del mismo Dios, para formar en ella y de ella misma la forma que había de vestirse el Verbo eterno, que por esencia era imagen del Padre eterno (2 Cor., 4, 4) y figura de su sustancia (He., 1, 3). Pero quedó todo este templo de María Santísima mejor que el de Salomón, vestido dentro y fuera del oro purísimo (3 Re., 6, 30) de la Divinidad, sin que por alguna parte se pudiese descubrir en ella algún átomo de terrena hija de Adán. Toda quedó deificada con divisas de Divinidad, porque habiendo de salir el Verbo Divino del seno del eterno Padre para bajar al de María, la preparó de suerte que hallase en ella la similitud posible entre madre y padre.

106. No me quedan nuevas razones para decir como quisiera los efectos que todos estos favores hicieron en el corazón de nuestra gran Reina y Señora. No llega el juicio humano a concebirlos, ¿cómo llegarán las palabras a

explicarlos? Pero lo que mayor admiración me hace de la luz que se me ha dado en estos tan altos misterios es la humildad de esta divina mujer y la porfía entre ella y el poder Divino. ¡ Raro prodigio y milagro de humildad es ver a esta doncella, María Santísima, levantada a la suprema dignidad y santidad después de Dios y que entonces se humille y aniquile a lo más ínfimo de todas las criaturas, y que a fuerza de esta humildad no entrase en el pensamiento de esta Señora que pudiese ser madre del Mesías! Y no sólo esto, pero ni imaginó de sí cosa grande, ni admirable sobre sí (Sal., 130, 1). No se levantaron sus ojos ni corazón, antes bien cuanto la ensalzaban más las obras del brazo del Señor, tanto sentía humildemente de sí misma. Justo fue, por cierto, que atendiese a su humildad el todopoderoso Dios y que por ella la llamen todas las generaciones dichosa y bienaventurada (Lc., 1, 48).

Doctrina que me dio la Reina y Señora del Cielo.

107. Hija mía, no es digna esposa del Altísimo la que tiene amor interesado y servil, porque la esposa no ha de amar ni temer como la esclava, ni tampoco ha de servir por el jornal del estipendio. Pero aunque su amor ha de ser filial y generoso por el agrado y bondad inmensa de su esposo, con todo eso se ha de obligar mucho para esto de verle tan rico y liberal; y que por el amor que a las almas haya criado tanta variedad de bienes visibles, para que sirvan todos a quien sirve a Su Majestad, y sobre todo por los tesoros ocultos que tiene prevenidos en abundancia de dulzura para los que le temen (Sal., 30, 20), como hijos de esta verdad. Quiero, que te des por muy obligada a tu Señor y Padre, Esposo y Amigo, conociendo cuán ricas son las almas que por gracia llegan a ser hijas y carísimas suyas; pues, como poderoso padre, tiene prevenidos tantos y tan diversos bienes para sus hijos, y todos para cada uno, si fueren necesarios. No tiene descargo el desamor de los hombres en medio de tantos motivos e incentivos, ni su ingratitud admite disculpa a vista de tantos beneficios y estándolos recibiendo sin medida.

108. Advierte, pues, carísima, que no eres advenediza (Ef., 2, 19) ni extraña en esta casa del Señor, que es su Iglesia

Santa, pero eres doméstica y esposa de Cristo entre los santos, alimentada con sus favores y regalos de esposa. Y porque todos los tesoros y riquezas que son del esposo pertenecen a la legítima esposa, considera de cuántos te hace participante y señora. Goza, pues, de todos como doméstica y cela su honra como hija y esposa tan favorecida y agradece todas estas obras y beneficios, como si para ti sola fueran criados por tu Señor, y ámale y reverencíale por ti y por los demás prójimos, para quienes fue tan liberal. Y en todo esto imita con tus flacas fuerzas lo que has entendido que yo hacía, y advierte, hija, que será muy de mi agrado que engrandezcas y alabes al Todopoderoso, con fervoroso afecto, por lo que su diestra Divina me favoreció y enriqueció esta novena, que fue sobre toda ponderación humana.

CAPITULO 10

Despacha la Beatísima Trinidad al Santo Arcángel Gabriel que anuncie y evangelice a María Santísima cómo es elegida para Madre de Dios.

109. Determinado estaba por infinitos siglos, pero escondido en el secreto pecho de la sabiduría eterna, el tiempo y hora conveniente en que oportunamente se había de manifestar en la carne el gran sacramento de piedad, justificado en el espíritu, predicado a los hombres, declarado a los ángeles y creído en el mundo (1 Tim., 3, 16). Llegó, pues, la plenitud de este tiempo (Gal., 4, 4), que hasta entonces, aunque lleno de profecías y promesas, estaba muy vacío, porque le faltaba el lleno de María santísima, por cuya voluntad y consentimiento habían de tener todos los siglos su complemento, que era el Verbo Eterno humanado, pasible y reparador. Estaba predestinado este misterio antes de los siglos (1 Cor., 2, 7), para que en ellos se ejecutase por mano de nuestra divina doncella; y estando ella en el mundo, no se debía dilatar la redención humana y venida del Unigénito del Padre, pues ya no andaría como de prestado en tabernáculos (2 Sam., 7, 6) o ajenas casas, mas viviría de asiento en su templo y casa propia, edificada y enriquecida con sus mismas anticipadas

expensas (1 Par., 22, 5), mejor que el templo de Salomón con las de su padre Santo Rey David.

110. En esta plenitud de tiempo prefinito determinó el Altísimo enviar su Hijo unigénito al mundo, y confiriendo —a nuestro modo de entender y de hablar— los decretos de su eternidad con las profecías y testificaciones hechas a los hombres desde el principio del mundo, y todo esto con el estado y santidad a que había levantado a María Santísima, juzgó convenía todo esto así para la exaltación de su santo nombre y que se manifestase a los Santos Ángeles la ejecución de esta su eterna voluntad y decreto y por ellos se comenzase a poner por obra. Habló Su Majestad al Santo Arcángel Gabriel con aquella voz o palabra que les intima su santa voluntad; y aunque el orden común de ilustrar Dios a sus divinos espíritus es comenzar por los superiores y que aquéllos purifiquen e iluminen a los inferiores por su orden hasta llegar a los últimos, manifestando unos a otros lo que Dios reveló a los primeros, pero en esta ocasión no fue así, porque inmediatamente recibió este Santo Arcángel del mismo Señor su embajada.

111. A la insinuación de la voluntad Divina estuvo presto San Gabriel, como a los pies del trono, y atento al ser inmutable del Altísimo, y Su Majestad por sí le mandó y declaró la legacía que había de hacer a María Santísima y las mismas palabras con que la había de saludar y hablar; de manera que su primer autor fue el mismo Dios, que las formó en su mente Divina, y de allí pasaron al Santo Arcángel, y por él a María Purísima. Reveló junto con estas palabras el Señor muchos y ocultos sacramentos de la encarnación al Santo príncipe Gabriel, y la Santísima Trinidad le mandó fuese [y] anunciase a la divina doncella cómo la elegía entre las mujeres para que fuese Madre del Verbo Eterno y en su virginal vientre le concibiese por obra del Espíritu Santo, y ella quedando siempre virgen; y todo lo demás que el paraninfo divino había de manifestar y hablar con su gran Reina y Señora.

112. Luego declaró Su Majestad a todo el resto de los Ángeles cómo era llegado el tiempo de la redención humana y que disponía bajar al mundo sin dilación, pues ya

tenía prevenida y adornada para Madre suya a María Santísima, como en su presencia lo había hecho, dándole esta suprema dignidad. Oyeron los divinos espíritus la voz de su Criador y, con incomparable gozo y hacimiento de gracias por el cumplimiento de su eterna y perfecta voluntad, cantaron nuevos cánticos de alabanza, repitiendo siempre en ellos aquel himno de Sión: *Santo, santo, santo eres, Dios y Señor de Sabaot (Is 6, 3).* Justo
y poderoso eres, Señor Dios nuestro, que vives en las alturas y miras a los humildes de la tierra (Sal., 112, 5-6). Admirables son todas tus obras, Altísimo, encumbrado en tus pensamientos.

113. Obedeciendo con especial gozo el soberano príncipe Gabriel al divino mandato, descendió del supremo cielo, acompañado de muchos millares de Ángeles hermosísimos que le seguían en forma visible. La de este gran príncipe y legado en como de un mancebo elegantísimo y de rara belleza: su rostro tenia refulgente y despedía muchos rayos de resplandor, su semblante grave y majestuoso, sus pasos medidos, las acciones compuestas, sus palabras ponderosas y eficaces y todo él representaba, entre severidad y agrado, mayor deidad que otros ángeles de los que había visto la divina Señora hasta entonces en aquella forma. Llevaba diadema de singular resplandor y sus vestiduras rozagantes descubrían varios colores, pero todos refulgentes y muy brillantes, y en el pecho llevaba como engastada una cruz bellísima que descubría el misterio de la encarnación a que se encaminaba su embajada, y todas estas circunstancias solicitaron más la atención y afecto de la prudentísima Reina.

114. Todo este celestial ejército con su cabeza y príncipe San Gabriel encaminó su vuelo a Nazaret, ciudad de la provincia de Galilea, y a la morada de María Santísima, que era una casa humilde y su retrete un estrecho aposento desnudo de los adornos que usa el mundo, para desmentir sus vilezas y desnudez de mayores bienes. Era la divina Señora en esta ocasión de edad de catorce años, seis meses y diecisiete días, porque cumplió los años a ocho de septiembre, y los seis meses y diecisiete días corrían desde aquél hasta éste en que se obró el mayor de los misterios

que Dios obró en el mundo.

115. La persona de esta divina Reina era dispuesta y de más altura que la común de aquella edad en otras mujeres, pero muy elegante del cuerpo, con suma proporción y perfección: el rostro más largo que redondo, pero gracioso, y no flaco ni grueso, el color claro y tantito moreno; la frente espaciosa con proporción; las cejas en arco perfectísimas; los ojos grandes y graves, con increíble e indecible hermosura y columbino agrado, el color entre negro y verde oscuro; la nariz seguida y perfecta; la boca pequeña y los labios colorados y sin extremo delgados ni gruesos; y toda ella en estos dones de naturaleza era tan proporcionada y hermosa que ninguna otra criatura humana lo fue tanto. El mirarla causaba a un mismo tiempo alegría y reverencia, afición y temor reverencial; atraía el corazón y le detenía en una suave veneración; movía para alabarla y enmudecía su grandeza y muchas gracias y perfecciones; y causaba en todos los que advertían divinos efectos que no se pueden fácilmente explicar; pero llenaba el corazón de celestiales influjos y movimientos divinos que encaminaban a Dios.

116. Su vestidura era humilde, pobre y limpia, de color plateado, oscuro o pardo que tiraba a color de ceniza, compuesto y aliñado sin curiosidad, pero con suma modestia y honestidad. Cuando se acercaba la embajada del cielo, ignorándolo ella, estaba en altísima contemplación sobre los misterios que había renovado el Señor en ella con tan repetidos favores los nueve días antecedentes. Y por haberla asegurado el mismo Señor, como arriba dijimos (Cf. supra n.94), que su Unigénito descendería luego a tomar forma humana, estaba la gran Reina fervorosa y alegre en la fe de esta palabra y, renovando sus humildes y encendidos afectos, decía en su corazón: ¿Es posible que ha llegado el tiempo tan dichoso en que ha de bajar el Verbo del eterno Padre a nacer y conversar con los hombres (Bar., 3, 38), que le ha de tener el mundo en posesión, que le han de ver los mortales con ojos de carne, que ha de nacer aquella luz inaccesible, para iluminar a los que están poseídos de tinieblas? ¡Oh quién mereciera verle y conocerle! ¡Oh quién besara la tierra

donde pusiera sus divinas plantas!

117. Alegraos, cielos, y consuélese la tierra (Sal., 95, 11), y todos eternamente le bendigan y alaben, pues ya su felicidad eterna está vecina. ¡Oh hijos de Adán afligidos por la culpa, pero hechuras de mi amado, luego levantaréis la cabeza y sacudiréis el yugo de vuestra antigua cautividad! Ya se acerca vuestra redención, ya viene vuestra salud. ¡Oh padres antiguos y profetas, con todos los justos que esperáis en el seno de Abrahán detenidos en el limbo, luego llegará vuestro consuelo, no tardará vuestro deseado y prometido Redentor! Todos le magnifiquemos y cantemos himnos de alabanza. ¡Oh quién fuera sierva de sus siervas! ¡Oh quién fuera esclava de aquella que Isaías (Is., 7, 14) le señaló por Madre! ¡Oh Emmanuel, Dios y hombre verdadero! ¡Oh llave de David, que has de franquear los cielos! ¡Oh Sabiduría eterna! ¡Oh Legislador de la nueva Iglesia! Ven, ven, Señor, a nosotros y libra de la cautividad a tu pueblo, vea toda carne tu salud (Cf. las antífonas mayores, llamadas de la Oh, y el oficio litúrgico del Adviento).

118. En estas peticiones y operaciones, y muchas que no alcanza mi lengua a explicar, estaba María Santísima en la hora que llegó el Ángel San Gabriel. Estaba purísima en el alma, perfectísima en el cuerpo, nobilísima en los pensamientos, eminentísima en santidad, llena de gracias y toda divinizada y agradable a los ojos de Dios, que pudo ser digna Madre suya y eficaz instrumento para sacarle del seno del Padre y traerle a su virginal vientre. Ella fue el poderoso medio de nuestra redención y se la debemos por muchos títulos, y por esto merece que todas las naciones y generaciones la bendigan y eternamente la alaben (Lc., 1, 48). Lo que sucedió con la entrada del embajador celestial diré en el capítulo siguiente:

119. Sólo advierto ahora una cosa digna do admiración, que para recibir la anunciación del Santo Arcángel y para el efecto de tan alto misterio como se había de obrar en esta divina Señora, la dejó Su Majestad en el ser y estado común de las virtudes que dije en la primera parte (Cf. supra p. I n. 677-717). Y esto dispuso el Altísimo

porque este misterio se había de obrar como sacramento de fe, interviniendo las operaciones de esta virtud con las de la esperanza y caridad, y así la dejó el Señor en ellas para que creyese y esperase en las Divinas palabras. Y precediendo estos actos se siguió lo que luego diré con la cortedad de mis términos y limitadas razones; y la grandeza de los sacramentos me hace más pobre de ellas para explicarlos.

Doctrina de la Reina y Señora del cielo.

120. Hija mía, con especial afecto te manifiesto ahora mi voluntad y el deseo que tengo de que te hagas digna del trato íntimo y familiar con Dios, y que para esto te dispongas con gran desvelo y solicitud, llorando tus culpas y olvidando y negando todo lo visible, de suerte que para ti no imagines ya otra cosa fuera de Dios. Para esto te conviene poner en ejecución toda la doctrina que hasta ahora te he enseñado, y en lo que adelante hubieres de escribir te manifestaré. Yo te encaminaré y guiaré para cómo te has de gobernar en esta familiaridad y trato con los favores que de su dignación recibieres, concibiéndole en tu pecho por la fe, por la luz y gracia que te diere. Y si primero no te dispones con esta amonestación, no alcanzarás el cumplimiento de tus deseos, ni yo el fruto de mi doctrina que te doy como tu maestra.

121. Pues hallaste sin merecerlo el tesoro escondido y la preciosa margarita (Mt., 13, 44-46) de mi enseñanza y doctrina, desprecia cuanto pudieras poseer, para apropiarte sola esta prenda de inestimable precio; que con ella recibirás todos los bienes juntos y te harás digna de la amistad íntima del Señor y de su habitación eterna en tu corazón. En recambio de esta gran dicha, quiero mueras a todo lo terreno y ofrezcas tu voluntad deshecha en afectos de agradecido amor, y que a imitación mía de tal manera seas humilde, que de tu parte quedes persuadida y reconocida que nada vales, ni puedes, ni mereces, ni eres digna de ser admitida por esclava de las siervas de Cristo.

122. Advierte qué lejos estaba yo de imaginar la dignidad que el Altísimo me prevenía de Madre suya; y esto era en

ocasión que ya me había prometido la brevedad de su venida al mundo y me obligaba a desearla con tantos afectos de amor, que el día antes de este maravilloso sacramento me pareció hubiera muerto, resuelto mi corazón en estas congojas amorosas, si la Divina Providencia no me confortara. Dilataba mi espíritu con la seguridad de que luego descendería del Cielo el Unigénito del Eterno Padre, y por otra parte mi humildad me inclinaba a pensar si por vivir yo en el mundo se retardaría su venida. Considera, pues, carísima, el sacramento de mi pecho y qué ejemplar es éste para ti y para todos los mortales. Y porque es dificultoso que recibas y escribas tan alta sabiduría, mírame en el Señor, donde a su Divina luz meditarás y entenderás mis acciones perfectísimas; sígueme por su imitación y camina por mis huellas.

CAPITULO 11

Oye María Santísima la embajada del Santo Ángel; ejecutase el Misterio de la Encarnación, concibiendo al Verbo Eterno en su vientre.

123. Confesar quiero en presencia del cielo y de la tierra y sus moradores y del Criador universal de todo y Dios eterno que, llegando ,a tomar la pluma para escribir el arcano misterio de la Encarnación, desfallecen mis flacas fuerzas, enmudece mi lengua y se hielan mis discursos, se pasman mis potencias y me hallo toda atajada y sumergido el entendimiento, encaminándole a la Divina luz que me gobierna y enseña. En ella se conoce todo sin engaño, se entiende sin rodeos, y veo mi insuficiencia y conozco el vacío de las palabras y la cortedad de los términos, para llenar los conceptos de un sacramento que en epílogo comprende al mismo Dios y a la mayor obra y maravilla de su omnipotencia. Veo en este misterio la divina y admirable armonía de la infinita providencia y sabiduría, con que desde su eternidad lo ordenó y previno y desde la creación del mundo lo ha venido encaminando, para que todas sus obras y criaturas viniesen a ser medio ajustado para el fin altísimo de bajar Dios al mundo hecho hombre.

124. Veo cómo para descender el Verbo Eterno del seno de su Padre aguardó y eligió por tiempo y la hora más oportuna el silencio de la media noche (Sab., 18, 14) de la ignorancia de los mortales, cuando toda la posteridad de Adán estaba sepultada y absorta en el sueño del olvido y en la ignorancia de su Dios verdadero, sin haber quien abriese su boca para confesarle y bendecirle, salvo algunos pocos de su pueblo. Todo el resto del mundo estaba con silencio y lleno de tinieblas, habiendo corrido una larga noche de cinco mil y casi doscientos años, sucediendo unos siglos y generaciones a otras, cada cual en el tiempo prefinido y determinado por la eterna sabiduría, para que todos pudiesen conocer a su Criador y topar con Él, pues le tenían tan cerca que en sí mismo les daba vida, ser y movimiento (Act., 17, 27-28). Pero como no llegaba el claro día de la luz inaccesible, aunque de los mortales andaban algunos como ciegos, tocando las criaturas, no atinaban con la divinidad, y sin conocerla, se la daban a las cosas sensibles y más viles de la tierra (Rom., 1, 23).

125. Llegó, pues, el dichoso día en que despreciando el Altísimo los largos siglos de tan pesada ignorancia (Act., 17, 30), determinó manifestarse a los hombres y dar principio a la redención del linaje humano, tomando su naturaleza en las entrañas de María Santísima, prevenida para este misterio, como queda dicho (Cf. supra c. 1 al 9). Y para mejor declarar lo que de él se me manifiesta, es forzoso anticipar algunos sacramentos ocultos que sucedieron al descender el Unigénito del pecho de su Eterno Padre. Supongo que entre las Divinas Personas, como la fe lo enseña, aunque hay distinción personal, no hay desigualdad en la sabiduría, omnipotencia, ni en los demás atributos, como tampoco la puede haber en la sustancia de la divina naturaleza; y como en dignidad y perfección infinita son iguales, así también lo son en las operaciones que llaman *ad extra,* porque salen fuera del mismo Dios a producir alguna criatura o cosa temporal. Estas operaciones son indivisas entre las tres divinas personas, porque no las hace una sola persona, sino todas tres en cuanto son un mismo Dios y tienen una sabiduría, un entendimiento y una voluntad; y así como sabe el Hijo y quiere y obra lo que sabe y quiere el Padre, así también el Espíritu Santo sabe y

quiere y obra lo mismo que el Padre y el Hijo.

126. Con esta indivisión ejecutaron y obraron todas tres personas con una misma acción la obra de la Encarnación, aunque sola la Persona del Verbo recibió en sí a la naturaleza de hombre, uniéndola hipostáticamente a sí mismo; y por esto decimos que fue enviado el Hijo por el Eterno Padre, de cuyo entendimiento procede, y que le envió su Padre por obra del Espíritu Santo, que intervino en esta misión. Y como la persona del Hijo era la que venía a humanarse al mundo, antes que sin salir del seno del Padre descendiese de los cielos y en aquel divino consistorio, en nombre de la misma humanidad que había de recibir en su persona, hizo una proposición y petición, representando los merecimientos previstos, para que por ellos se le concediese a todo el linaje humano su redención y el perdón de los pecados, por quienes había de satisfacer a la divina justicia. Pidió el *fíat* de la beatísima voluntad del Padre que le enviaba, para aceptar el rescate por medio de sus obras y pasión santísima y de los misterios que quería obrar en la nueva Iglesia y ley de gracia.

127. Aceptó el Eterno Padre esta petición y méritos previstos del Verbo y le concedió todo lo que propuso y pidió para los mortales, y él mismo le encomendó a sus escogidos y predestinados como herencia o heredad suya; y por esto dijo el mismo Cristo nuestro Señor por San Juan que no perdió ni perecieron los que su Padre le dio, porque los guardó todos, salvo el hijo de perdición (Jn., 17, 12; 18, 9), que fue Judas (Iscariotes). Y otra vez dijo que de sus ovejas nadie le arrebataría alguna de su mano (Jn., 10, 28), ni de su Padre. Y lo mismo fuera de todos los nacidos, si como fue suficiente la redención se ayudaran ellos para que fuera eficaz para todos y en todos; pues a ninguno excluyó su Divina Misericordia, si todos la admitieran por medio de su Reparador.

128. Todo esto —a nuestro entender— precedía en el cielo en el trono de la Beatísima Trinidad, antes del *fíat* de María Santísima, que luego diré. Y al tiempo de descender a sus virginales entrañas el Unigénito del Padre, se conmovieron los cielos y todas las criaturas. Y por la unión

inseparable de las tres Divinas personas, bajaron todas con la del Verbo, que sólo había de encarnar; y con el Señor y Dios de los ejércitos salieron todos los de la celestial milicia, llenos de invencible fortaleza y resplandor. Y aunque no era necesario despejar el camino, porque la divinidad lo llena todo y está en todo lugar y nada le puede estorbar, con todo eso, respetando los cielos materiales a su mismo Criador, le hicieron reverencia y se abrieron y dividieron todos once con los elementos inferiores: las estrellas se innovaron en su luz, la luna y sol con los demás planetas apresuraron el curso al obsequio de su Hacedor, para estar presentes a la mayor de sus obras y maravillas.

129. No conocieron los mortales esta conmoción y novedad de todas las criaturas, así porque sucedió de noche, como porque el mismo Señor quiso que sólo fuese manifiesta a los Ángeles, que con nueva admiración le alabaron, conociendo tan ocultos como venerables misterios escondidos a los hombres, que estaban lejos de tales maravillas y beneficios admirables para los mismos espíritus angélicos, a quienes por entonces solos se remitía el dar gloria, alabanza y veneración por ellos a su Hacedor. Sólo en el corazón de algunos justos infundió el Altísimo en aquella hora un nuevo movimiento e influjo de extraordinario júbilo, a cuyo sentimiento atendieron todos y fueron conmovidos a atención, formaron nuevos y grandes conceptos del Señor; y algunos fueron inspirados, sospechando si aquella novedad que sentían era efecto de la venida del Mesías a redimir el mundo, pero todos callaron, porque cada cual imaginaba que sólo él había tenido aquella novedad y pensamiento, disponiéndolo así el poder divino.

130. En las demás criaturas hubo también su renovación y mudanza. Las aves se movieron con cantos y alborozo extraordinario, las plantas y los árboles se mejoraron en sus frutos y fragancia y respectivamente todas las demás criaturas sintieron o recibieron alguna oculta vivificación y mudanza. Pero quien la recibió mayor, fueron los Padres y Santos que estaban en el limbo, a donde fue enviado el Arcángel San Miguel para que les diese tan alegres nuevas y con ellas los consoló y dejó llenos de júbilo y nuevas

alabanzas. Sólo para el infierno hubo nuevo pesar y dolor, porque al descender el Verbo Eterno de las alturas sintieron los demonios una fuerza impetuosa del poder divino, que les sobrevino como las olas del mar y dio con todos ellos en lo más profundo de aquellas cavernas tenebrosas, sin poderlo resistir ni levantarse. Y después que lo permitió la voluntad Divina, salieron al mundo y discurrieron por él, inquiriendo si había alguna novedad a que atribuir la que en sí mismos habían sentido, pero no pudieron rastrear la causa, aunque hicieron algunas juntas para conferirla; porque el poder Divino les ocultó el Sacramento de su Encarnación y el modo de concebir María Santísima al Verbo humanado, como adelante veremos Cf. infra n. 326), y sólo en la muerte y en la cruz acabaron de conocer que Cristo era Dios y hombre verdadero, como allí diremos (Cf. infra n. 1416).

131. Para ejecutar el Altísimo este misterio entró el Santo Arcángel Gabriel, en la forma que dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 113), en el retrete donde estaba orando María Santísima, acompañado de innumerables Ángeles en forma humana visible y respectivamente todos refulgentes con incomparable hermosura. Era jueves a las siete de la tarde al oscurecer la noche. Viole la divina Princesa de los cielos y miróle con suma modestia y templanza, no más de lo que bastaba para reconocerle por Ángel del Señor, y conociéndole, con su acostumbrada humildad quiso hacerle reverencia; no lo consintió el Santo Príncipe, antes él la hizo profundamente como a su Reina y Señora, en quien adoraba los divinos misterios de su Criador, y junto con eso reconocía que ya desde aquel día se mudaban los antiguos tiempos y costumbre de que los hombres adorasen a los Ángeles, como lo hizo Abrahán (Gén., 18, 2), porque levantada la naturaleza humana a la dignidad del mismo Dios en la Persona del Verbo, ya quedaban los hombres adoptados por hijos suyos y compañeros o hermanos de los mismos Ángeles, como se lo dijo al evangelista San Juan el que no le consintió adoración (Ap., 19, 10).

132. Saludó el Santo Arcángel a nuestra Reina y suya, y la dijo: *Ave gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu*

in mulieribus (Lc., 1, 28). Turbóse sin alteración la más humilde de las criaturas, oyendo esta nueva salutación del Ángel. Y la turbación tuvo en ella dos causas: la una, su profunda humildad con que se reputaba por inferior a todos los mortales, y oyendo, al mismo tiempo que juzgaba de sí tan bajamente, saludarla y llamarla bendita entre todas las mujeres, le causó novedad. La segunda causa fue que, al mismo tiempo cuando oyó la salutación y la confería en su pecho como la iba oyendo, tuvo inteligencia del Señor que la elegía para Madre suya, y esto la turbó mucho más, por el concepto que de sí tenía formado. Y por esta turbación prosiguió el Ángel declarándole el orden del Señor, y diciéndola: *No temas, María, porque hallaste gracia con el Señor; advierte que concebirás un hijo en tu vientre y le parirás y le pondrás por nombre Jesús; será grande y será llamado Hijo del Altísimo.* Y lo demás que prosiguió el Santo Arcángel (Ib. 30-31).

133. Sola nuestra prudentísima y humilde Reina pudo entre las puras criaturas dar la ponderación y magnificencia debida a tan nuevo y singular sacramento, y como conoció su grandeza, dignamente se admiró y turbó. Pero convirtió su corazón humilde al Señor, que no podía negarle sus peticiones, y en su secreto le pidió nueva luz y asistencia para gobernarse en tan arduo negocio; porque —como dije en el capítulo pasado (Cf.supra n. 119)— la dejó el Altísimo para obrar este misterio en el estado común de la fe, esperanza y caridad, suspendiendo otros géneros de favores y elevaciones interiores que frecuente o continuamente recibía. En esta disposición replicó y dijo a San Gabriel lo que prosigue San Lucas (Lc., 1, 34): *¿Cómo ha de ser esto de concebir y parir hijo, porque ni conozco varón ni lo puedo conocer?* Al mismo tiempo representaba en su interior al Señor el voto de castidad que había hecho y el desposorio que Su Majestad había celebrado con ella.

134. Respondióla el Santo Príncipe Gabriel: Señora, sin conocer varón, es fácil al poder Divino haceros madre; y el Espíritu Santo vendrá con su presencia y estará de nuevo con vos, y la virtud del Altísimo os hará sombra para que de vos pueda nacer el Santo de los Santos, que se llamará Hijo de Dios. Y advertid que vuestra deuda Elísabet también ha

concebido un hijo en su estéril senectud, y éste es el sexto mes de su concepción; porque nada es imposible para con Dios (Ib. 35-37), y el mismo que hace concebir y parir a la que era estéril, puede hacer que vos, Señora, lleguéis a ser su Madre quedando siempre Virgen y más consagrada vuestra gran pureza; y al Hijo que pariéredeis le dará Dios el trono de su padre David, y su reino será eterno en la casa de Jacob (Ib. 32). No ignoráis, Señora, la profecía de Isaías, que concebirá una virgen y parirá un hijo que se llamará Emmanuel, que es *Dios con nosotros (Is., 7, 14)*. Esta profecía es infaílible y se ha de cumplir en vuestra persona. Asimismo sabéis el gran misterio de la zarza que vio Moisés ardiendo sin ofenderla el fuego (Ex., 3, 2), para significar en esto las dos naturalezas divina y humana, sin que ésta sea consumida de la divina, y que la Madre del Mesías le concebirá y parirá sin que su pureza virginal quede violada. Acordaos también, Señora, de la promesa que hizo nuestro Dios eterno al Patriarca Abrahán, que después del cautiverio de su posteridad en Egipto a la cuarta generación (Gén., 15, 16) volverían a esta tierra; y el misterio de esta promesa era que en esta cuarta generación (El misterio de esta cuarta generación es que se hallan cuatro generaciones: primera de Adán sin padre ni madre; segunda, de Eva sin madre; tercera, concepción de padre y madre, que es la común de todos; cuarta, de madre sin padre, que es la de Jesucristo Nuestro Señor) por Vuestro medio rescataría Dios humanado a todo el linaje de Adán de la opresión del demonio. Y aquella escala que vio Jacob dormido (Gén., 28, 12), fue una figura expresa del camino real que el Verbo Eterno en carne humana abriría, para que los mortales subiesen a los cielos y los ángeles bajasen a la tierra, a donde bajaría el Unigénito del Padre para conversar en ella con los hombres y comunicarles los tesoros de su divinidad con la participación de las virtudes y perfecciones que están en su ser inmutable y eterno.

135. Con estas razones y otras muchas informó el embajador del cielo a María Santísima, para quitarla la turbación de su embajada con la noticia de las antiguas promesas y profecías de la Escritura y con la fe y conocimiento de ellas y del poder infinito del Altísimo. Pero como la misma Señora excedía a los mismos ángeles en

sabiduría, prudencia y toda santidad, deteníase en la respuesta para darla con el acuerdo que la dio; porque fue tal cual convenía al mayor de los misterios y sacramentos del poder Divino. Ponderó esta gran Señora que de su respuesta estaba pendiente el desempeño de la Beatísima Trinidad, el cumplimiento de sus promesas y profecías, el más agradable y acepto sacrificio de cuantos se le habían ofrecido, el abrir las puertas del paraíso, la victoria y triunfo del infierno, la redención de todo el linaje humano, la satisfacción y recompensa de la Divina justicia, la fundación de la nueva ley de gracia, la gloria de los hombres, el gozo de los ángeles y todo lo que se contiene en haberse de humanar el Unigénito del Padre y tomar forma de siervo (Flp., 2, 7) en sus virginales entrañas.

136. Grande maravilla por cierto, y digna de nuestra admiración, que todos estos misterios, y los que cada uno encierra, los dejase el Altísimo en mano de una humilde doncella y todo dependiese de su *fíat.* Pero digna y seguramente lo remitió a la sabiduría y fortaleza de esta mujer fuerte, que pensándolo con tanta magnificencia y altura no le dejó frustrada su confianza que tenía en ella (Prov., 31, 11). Las obras que se quedan dentro del mismo Dios no necesitan de la cooperación de criaturas, que no pueden tener parte en ellas, ni Dios puede esperarlas para obrar *ad intra;* pero en las obras *ad extra* contingentes, entre las cuales la mayor y más excelente fue hacerse hombre, no la quiso ejecutar sin la cooperación de María Santísima y sin que ella diese su libre consentimiento; para que con ella y por ella diese este complemento a todas sus obras, que sacó a luz fuera de sí mismo, para que le debiésemos este beneficio a la Madre de la sabiduría y nuestra Reparadora.

137. Consideró y penetró profundamente esta gran Señora el campo tan espacioso de la dignidad de Madre de Dios para comprarle (Ib. 16ss.) con un *fíat;* vistióse de fortaleza más que humana y gustó y vio cuán buena era la negociación y comercio de la Divinidad. Entendió las sendas de sus ocultos beneficios, adornóse de fortaleza y hermosura; y habiendo conferido consigo misma y con el paraninfo celestial Gabriel la grandeza de tan altos y

divinos sacramentos, estando muy capaz de la embajada que recibía, fue su purísimo espíritu absorto y elevado en admiración, reverencia y sumo intensísimo amor del mismo Dios; y con la fuerza de estos movimientos y afectos soberanos, como con efecto connatural de ellos, fue su castísimo corazón casi prensado y comprimido con una fuerza que le hizo destilar tres gotas de su purísima sangre y, puestas en el natural lugar para la concepción del cuerpo de Cristo Señor nuestro, fue formado de ellas por la virtud del Divino y Santo Espíritu; de suerte que la materia de que se fabricó la humanidad santísima del Verbo para nuestra redención, la dio y administró el Corazón de María Purísima a fuerza de amor, real y verdaderamente. Y al mismo tiempo con la humildad nunca harto encarecida, inclinando un poco la cabeza y juntas las manos, pronunció aquellas palabras que fueron el principio de nuestra reparación: *Ecce ancilla Domini, fíat mihi secundum verbum tuum (Lc., 1, 38).*

138. Al pronunciar este *fíat* tan dulce para los oídos de Dios y tan feliz para nosotros, en un instante se obraron cuatro cosas: la primera, formarse el cuerpo santísimo de Cristo Señor nuestro de aquellas tres gotas de sangre que administró el corazón de María Santísima; la segunda, ser criada el alma santísima del mismo Señor, que también fue criada como las demás; la tercera, unirse el alma y cuerpo y componer su humanidad perfectísima; la cuarta, unirse la divinidad en la persona del Verbo con la humanidad, que con ella unida hipostáticamente hizo en un supuesto la Encarnación, y fue formado Cristo Dios y hombre verdadero. Señor y Redentor nuestro. Sucedió esto viernes a 25 de marzo al romper del alba, o a los crepúsculos de la luz, a la misma hora que fue formado nuestro primer padre Adán, y en el año de la creación del mundo de cinco mil ciento noventa y nueve, como lo cuenta la Iglesia romana en el Martirologio, gobernada por el Espíritu Santo. Esta cuenta es la verdadera y cierta, y así se me ha declarado, preguntándolo por orden de la obediencia. Y conforme a esto, el mundo fue criado por el mes de marzo, que corresponde a su principio de la creación; y porque las obras del Altísimo todas son perfectas (Dt., 32, 4) y acabadas, las plantas y los árboles salieron de la mano de

Su Majestad con frutos, y siempre los tuvieran sin perderlos si el pecado no hubiera alterado a toda la naturaleza, como lo diré de intento en otro tratado, si fuere voluntad del Señor, y lo dejo ahora por no pertenecer a éste.

139. En el mismo instante de tiempo que celebró el Todopoderoso las bodas de la unión hipostática en el tálamo virginal de María Santísima, fue la divina Señora elevada a la visión beatífica y se le manifestó la Divinidad intuitiva y claramente y conoció en ella altísimos sacramentos, de que hablaré en el capítulo siguiente. Especialmente se le mostraron patentes los secretos de aquellas cifras que recibió en el adorno que dejo dicho (Cf. supra n.82) la pusieron en el capítulo 7, y también las que traían sus ángeles. El divino niño iba creciendo naturalmente en el lugar del útero con el alimento, sustancia y sangre de la Madre Santísima, como los demás hombres, aunque más libre y exento de las imperfecciones que los demás hijos de Adán padecen en aquel lugar y estado; porque de algunas accidentales y no pertenecientes a la sustancia de la generación, que son efectos del pecado, estuvo libre la Emperatriz del cielo, y de las superfluidades imperfectas que en las mujeres son naturales y comunes, de que los demás niños se forman, sustentan y crecen; pues para dar la materia que le faltaba de la naturaleza infecta de las descendientes de Eva, sucedía que se la administraba, ejercitando actos heroicos de las virtudes, y en especial de la caridad. Y como las operaciones fervorosas del alma y los afectos amorosos naturalmente alteran los humores y sangre, encaminábala la Divina Providencia al sustento del Niño Divino, con que era alimentada naturalmente la humanidad de nuestro Redentor y la Divinidad recreada con el beneplácito de heroicas virtudes. De manera que María Santísima administró al Espíritu Santo, para la formación del cuerpo, sangre pura, limpia, como concebida sin pecado, y libre de sus pensiones. Y la que en las demás madres, para ir creciendo los hijos, es imperfecta e inmunda, la Reina del cielo daba la más pura, sustancial y delicada, porque a poder de afectos de amor y de las demás virtudes se la comunicaba, y también la sustancia de lo mismo que la divina Reina comía. Y como sabía que el ejercicio de sustentarse ella era para dar alimento al Hijo de

Dios y suyo, tomábale siempre con actos tan heroicos, que admiraba a los espíritus angélicos que en acciones humanas tan comunes pudiese haber realces tan soberanos de merecimiento y de agrado del Señor.

140. Quedó esta divina Señora en la posesión de Madre del mismo Dios con tales privilegios, que cuantos he dicho hasta ahora y diré adelante no son aún lo menos de su excelencia, ni mi lengua lo puede manifestar; porque ni al entendimiento le es posible debidamente concebirlo, ni los más doctos ni sabios hallarán términos adecuados para explicarlos. Los humildes, que entienden el arte del amor divino, lo conocerán por la luz infusa y por el gusto y sabor interior con que se perciben tales sacramentos. No sólo quedó María Santísima hecha cielo, templo y habitación de la Santísima Trinidad y transformada, elevada y deificada con la especial y nueva asistencia de la Divinidad en su vientre purísimo, pero también aquella humilde casa y pobre oratorio quedó todo divinizado y consagrado por nuevo santuario del Señor. Y los divinos espíritus, que testigos de esta maravilla asistían a contemplarla, con nuevos cánticos de alabanza y con indecible júbilo engrandecían al Omnipotente y en compañía de la felicísima Madre le bendecían en su nombre, y del linaje humano, que ignoraba el mayor de sus beneficios y misericordias.

Doctrina de la Reina Santísima María.

141. Hija mía, admirada te veo, con razón, por haber conocido con nueva luz el misterio de humillarse la divinidad a unirse con la naturaleza humana en el vientre de una pobre doncella como yo lo era. Quiero, pues, carísima, que conviertas la atención a ti misma y ponderes que se humilló Dios viniendo a mis entrañas, no para mí sola, mas también para ti misma como para mí. El Señor es infinito en misericordias y su amor no tiene límite; y de tal manera atiende y asiste a cualquiera de las almas que le reciben y se regala con ella, como si sola aquélla hubiera criado y por ella se hubiera hecho hombre. Por esta razón debes considerarte como sola en el mundo, para agradecer con todas tus fuerzas de afecto la venida del Señor a él; y

después le darás gracias, porque juntamente vino para todos. Y si con viva fe entiendes y confiesas que el mismo Dios, infinito en atributos y eterno en la majestad, que bajó a tomar carne humana en mis entrañas, ese mismo te busca, te llama, te regala, acaricia y se convierte a ti todo (Gal., 2, 20), como si fueras tú sola criatura suya, pondera bien y considera a qué te obliga tan admirable dignación y convierte esta admiración en actos vivos de fe y de amor; pues todo lo debes a tal Rey y Señor, que se dignó de venir a ti, cuando no le pudiste buscar ni alcanzar.

142. Todo cuanto este Señor te puede dar fuera de sí mismo te pareciera mucho, mirándolo con luz y afecto humano, sin atender a lo superior. Y es verdad que de la mano de tan eminente y supremo Rey cualquiera dádiva es digna de estimación. Pero si atiendes al mismo Dios y le conoces con luz Divina y sabes que te hizo capaz de su divinidad, entonces verás que si ella no se te comunicara y viniera Dios a ti todo lo criado fuera nada y despreciable para ti, y sólo te gozarás y quietarás con saber que tienes tal Dios, tan amoroso, amable, tan poderoso, suave, rico, y que siendo tal y tan infinito, se digna de humillarse a tu bajeza para levantarte del polvo y enriquecer tu pobreza y hacer contigo oficio de pastor, de padre, de esposo y amigo fidelísimo.

143. Atiende, pues, hija mía, en tu secreto a los efectos de esta verdad. Pondera bien y confiere el amor dulcísimo de este gran Rey para contigo en su puntualidad, en sus regalos y caricias, en los favores que recibes, en los trabajos que de ti fía, en la lucerna que ha encendido su Divina ciencia en tu pecho para conocer altamente la infinita grandeza de su mismo ser, lo admirable de sus obras y misterios más ocultos. Esta ciencia es el primer ser y principio, la base y fundamento de la doctrina que te he dado para que llegues a conocer el decoro y magnificencia con que has de tratar los favores y beneficios de este Señor y Dios, tu verdadero bien, tesoro, luz y guía. Mírale como a Dios infinito, amoroso y terrible. Oye, carísima, mis palabras, mi enseñanza y disciplina, que en ella está la paz y lumbre de los ojos.

CAPITULO 12

De las operaciones que hizo el alma santísima de Cristo Señor nuestro en el primer instante de su concepción, y lo que obró entonces su Madre Purísima.

144. Para entender mejor las primeras operaciones del alma santísima de Cristo nuestro Señor, suponemos lo que en el capítulo pasado, núm. 138, queda advertido: que todo lo sustancial de este divino misterio, como es la formación del cuerpo, creación e infusión del alma y la unión de la individua humanidad con la Persona del Verbo, sucedió y se obró en un instante; de manera que no podemos decir que en algún instante de tiempo fue Cristo nuestro bien hombre puro, porque siempre fue hombre y Dios verdadero; pues cuando había de llegar la humanidad a llamarse hombre ya era y se halló Dios, y así no se pudo llamar hombre solo ni en un instante, sino Hombre-Dios y Dios-Hombre. Y como al ser natural, siendo operativo se puede seguir luego la operación y acción de sus potencias, por esto en el mismo instante que se ejecutó la Encarnación fue beatificada el alma santísima de Cristo nuestro Señor con la visión y amor beatífico, topando luego —a nuestro modo de entender— sus potencias de entendimiento y voluntad con la misma divinidad que su ser de naturaleza había topado, uniéndose a ella por su sustancia, y las potencias por sus operaciones perfectísimas, al mismo ser de Dios, para que en el ser y obrar quedase todo deificado.

145. La grande admiración de este sacramento es que tanta gloria, y de más a más toda la grandeza de la Divinidad inmensa, estuviesen resumidas en tan pequeño epílogo, como un cuerpecito no mayor que una abeja o una almendra no muy grande, porque no era mayor que esto la cuantidad del cuerpo santísimo de Cristo Señor nuestro, cuando se celebró la concepción y unión hipostática; y que asimismo quedase aquella gran pequeñez con suma gloria y pasibilidad, porque juntamente fue su humanidad gloriosa y pasible, fue comprensor y viador. Pero el mismo Dios, que en su poder y sabiduría es infinito, pudo estrechar tanto y encoger su misma divinidad siempre infinita, que

sin dejar de serlo la encerrase en la corta esfera de un cuerpo tan pequeño por admirable y con nuevo modo de estar en él. Y con la misma omnipotencia hizo que aquella alma santísima de Cristo nuestro Señor en la parte superior de las más nobles operaciones fuese gloriosa y comprensora, y que toda aquella gloria sin medida quedase como represada en lo supremo de su alma, y suspensos los efectos y dotes que había de comunicar consiguientemente a su cuerpo, para que según esta razón fuese juntamente pasible y viador, sólo para dar lugar a nuestra redención por medio de su cruz, pasión y muerte.

146. Para obrar todas estas operaciones y las demás que había de hacer la santísima humanidad, se le infundieron en el mismo instante de su concepción todos los hábitos que convenían a sus potencias y eran necesarios para las acciones y operaciones, así de comprensor como de pasible y viador; y así tuvo ciencia beata e infusa, tuvo gracia justificante y los dones del Espíritu Santo, que, como dice Isaías (Is., 11, 2), descansaron en Cristo. Tuvo todas las virtudes, excepto la fe y esperanza, que no se compadecían con la visión y posesión beatífica. Y si alguna otra virtud hay que suponga alguna imperfección en el que la tiene, no podía estar en el Santo de los santos, que ni pudo hacer pecado ni se halló dolo en su boca (Is., 53, 9; 1 Pe., 2, 22). De la dignidad y excelencia de la ciencia y gracia, virtudes y perfecciones de Cristo nuestro Señor, no es necesario hacer aquí más relación, porque esto enseñan los sagrados doctores y los maestros de teología largamente. Basta para mí saber que todo fue tan perfecto cuanto pudo extenderse el poder Divino y a donde no alcanza el juicio humano, porque donde estaba la misma fuente (Sal., 35, 10), que es la Divinidad, había de beber aquella alma santísima de Cristo del torrente sin límite ni tasa, como dice David (Sal., 109, 7). Así tuvo plenitud de todas las virtudes y perfecciones.

147. Deificada y adornada el alma santísima de Cristo nuestro Señor con la Divinidad y sus dones, el orden que tuvieron sus operaciones fue éste: la primera, ver y conocer la Divinidad intuitivamente como es en sí y como estaba unida a su humanidad santísima; luego, amarla con sumo

amor beatífico; tras de esto, reconocer el ser de la humanidad inferior al ser de Dios; y se humilló profundísimamente, y con esta humillación dio gracias al inmutable ser de Dios por haberle criado y por el beneficio de la unión hipostática, con que le levantó al ser de Dios, juntamente siendo hombre. Conoció también cómo su humanidad santísima era pasible y el fin de la redención, y con este conocimiento se ofreció en sacrificio acepto por Redentor del linaje humano y admitiendo el ser pasible en nombre suyo y de los hombres dio gracias al Eterno Padre. Reconoció la compostura de su humanidad santísima, la materia de que había sido formada y cómo María Purísima se la administró a fuerza de caridad y de ejercitar heroicas virtudes. Tomó la posesión de aquel santo tabernáculo y morada, agradóse de él y de su hermosura eminentísima y complacióse y adjudicóse por propiedad suya para *in aeternum* el alma de la más perfecta y pura criatura. Alabó al Eterno Padre porque la había criado con tan excelentísimos realces de gracias y dones y porque la había hecho exenta y libre de la común ley del pecado en que todos los descendientes de Adán habían incurrido, siendo hija suya. Oró por la Purísima Señora y por San José, pidió la salud eterna para ellos. Todas estas obras y otras que hizo fueron altísimas, como de hombre y Dios verdadero y, fuera de las que tocan a la visión y amor beatífico, con todas y con cualquiera de ellas mereció tanto que con su valor y precio se pudieran redimir infinitos mundos, si fuera posible que los hubiera.

148. Y con solo el acto de obediencia que hizo la santísima humanidad unida al Verbo, de admitir la pasibilidad y que la gloria de su alma no resultase al cuerpo, fuera superabundante nuestra redención. Mas aunque sobreabundaba para nuestro remedio, no saciaba su amor inmenso para los hombres, si con voluntad efectiva no nos amara hasta el fin del amor (Jn., 13, 1) que era el mismo fin de su vida, entregándola por nosotros con las demostraciones y condiciones de mayor afecto que el entendimiento humano y angélico pudo imaginar. Y si al primer instante que entró en el mundo nos enriqueció tanto, ¡qué tesoros, qué riquezas de merecimientos nos dejaría cuando salió de él, por su pasión y muerte de Cruz,

después de treinta y tres años de trabajos y operaciones tan divinas! ¡Oh inmenso amor!, ¡oh caridad sin término!, ¡oh misericordia sin medida!, ¡oh piedad liberalísima! y ¡oh ingratitud y olvido torpísimo de los mortales a la vista de tan inaudito como importante beneficio! ¿Qué fuera de nosotros sin Él? Y ¿qué hiciéramos con este Señor y Redentor nuestro, si él hubiera hecho menos por nosotros, pues no nos obliga y mueve haber hecho todo lo que pudo? Si no le correspondemos como Redentor que nos dio vida y libertad eterna, oigámosle como maestro, sigámosle como capitán, como luz y caudillo que nos enseña el camino de nuestra verdadera felicidad.

149. No trabajó este Señor y Maestro para sí, ni merecía el premio de su alma santísima, ni los aumentos de su gracia, mereciéndolo todo para nosotros; porque Él no lo había menester, ni podía recibir aumento de gracia ni de gloria, que de todo estaba lleno, como dijo el evangelista (Jn., 1, 14), porque era Unigénito del Padre, junto con ser hombre. No tuvo en esto símil ni lo puede tener, porque todos los Santos y puras criaturas merecieron para sí mismos y trabajaron con fin de su premio; sólo el amor de Cristo fue sin interés todo para nosotros. Y si estudió y aprovechó (Lc., 2, 52) en la escuela de la experiencia, eso mismo hizo también para enseñarnos y enriquecernos con la experiencia de la obediencia (Heb., 5, 8) y con los méritos infinitos que alcanzó y con el ejemplo que nos dio (1 Pe., 2, 21) para que fuésemos doctos y sabios en el arte del amor; que no se aprende perfectamente con solos los afectos y deseos, si no se pone en práctica con obras verdaderas y efectivas. En los misterios de la vida santísima de Cristo nuestro Señor no me alargaré, por mi incapacidad, y me remitiré a los evangelistas, tomando sólo aquello que fuere necesario para esta divina Historia de su Madre y Señora nuestra; porque estando tan juntas y encadenadas las vidas del Hijo y Madre santísimos, no puedo excusarme de tomar algo de los Evangelios y añadir también otras cosas que ellos no dijeron, porque no era necesario para su historia, ni para los primeros tiempos de la Iglesia Católica.

150. A todas las operaciones dichas, que obró Cristo Señor nuestro en el instante de su concepción, se siguió en

otro instante la visión beatífica de la divinidad que tuvo su Madre Santísima, como queda dicho en el capítulo pasado, núm. 139; y en un instante de tiempo puede haber muchos que llaman de naturaleza. En esta visión conoció la divina Señora con claridad y distinción el misterio de la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana en la Persona del Verbo Eterno, y la Beatísima Trinidad la confirmó en el título, nombre y derecho de Madre de Dios, como en toda verdad y rigor lo era, siendo madre natural de un hijo que era Dios eterno, con la misma certeza y verdad que era hombre. Y aunque esta gran Señora no cooperó inmediatamente a la unión de la Divinidad con la humanidad, no por esto perdía el derecho de Madre verdadera de Dios, pues concurrió administrando la materia y cooperando con sus potencias, en cuanto le tocaba como madre; y más madre que las otras, pues en aquella concepción y generación concurría ella sola sin obra de varón. Y como en las otras generaciones se llaman padre y madre los agentes que concurren con el concurso natural que a cada uno le dio la naturaleza, aunque no concurran inmediatamente a la creación del alma ni infusión de ella en el cuerpo del hijo, así también y con mayor razón María Santísima se debía llamar y se llama Madre de Dios, pues en la generación de Cristo, Dios y hombre verdadero, sola ella concurrió como Madre sin otra causa natural y mediante este concurso y generación nació Cristo hombre y Dios.

151. Conoció asimismo en esta visión la Virgen Madre todos los misterios futuros de la vida y muerte de su Hijo dulcísimo y de la redención del linaje humano y nueva ley del Evangelio que con ella se había de fundar, y otros grandiosos y ocultos secretos que a ningún otro santo se le manifestaron. Viéndose la prudentísima Reina en la presencia clara de la Divinidad y con la plenitud de ciencia y dones que como a Madre del Verbo se le dieron, humillóse ante el trono de Su Majestad inmensa y toda deshecha en su humildad y amor adoró al Señor en su ser infinito y luego en la unión de la humanidad santísima. Diole gracias por el beneficio y dignidad de Madre que había recibido y por el que hacía Su Majestad a todo el linaje humano. Diole alabanzas y gloria por todos los mortales. Ofrecióse en

sacrificio acepto, para servir, criar y alimentar a su Hijo dulcísimo y para asistirle y cooperar, cuanto de su parte fuese posible, a la obra de la redención, y la Santísima Trinidad la admitió y señaló por coadjutora para este sacramento. Pidió nueva gracia y luz divina para esto y para gobernarse en la dignidad y ministerio de Madre del Verbo humanado y tratarle con la veneración y magnificencia debida al mismo Dios. Ofreció a su Hijo Santísimo todos los hijos de Adán futuros, con los padres del limbo, y en nombre de todos y de sí misma hizo muchos actos heroicos de virtudes y grandes peticiones, que no me detengo en referirlas por haber dicho otras en diferentes ocasiones (Cf. supra n. 11, 50, 53, 88, 93; antes p. I n. 233, 334, 438), de que se puede colegir lo que haría la divina Reina en ésta que excedía tanto a todo lo demás, hasta aquel dichoso y feliz día.

152. En la petición que hizo para gobernarse dignamente como Madre del Unigénito del Padre, fue más instante y afectuosa con el Altísimo, porque a esto le obligaba su humilde corazón y estaba más de próximo la razón de su encogimiento y deseaba ser gobernada en este oficio de madre para todas sus acciones. Respondióla el Todopoderoso: Paloma mía, no temas, que yo te asistiré y gobernaré, ordenándote todo lo que hubieres de hacer con mi Hijo Unigénito.— Con esta promesa volvió y salió del éxtasis en que había sucedido todo lo que he dicho, y fue el más admirable que tuvo. Restituida a sus sentidos, lo primero que hizo fue postrarse en tierra y adorar a su Hijo Santísimo, Dios y hombre, concebido en su virginal vientre; porque esta acción no la había hecho con las potencias y sentidos corporales y exteriores, y ninguna de las que pudo hacer en obsequio de su Criador, dejó pasarle ni de ejecutarla la prudentísima Madre. Desde entonces reconoció y sintió nuevos efectos divinos en su alma santísima y en todas sus potencias interiores y exteriores. Y aunque toda su vida había tenido nobilísimo estado en la disposición de su alma y cuerpo santísimo, pero desde este día de la Encarnación del Verbo quedó más espiritualizada y divinizada con nuevos realces de gracia y dones indecibles.

153. Pero nadie piense que todos estos favores y unión

con la Divinidad y humanidad de su Hijo Santísimo lo recibió la purísima Madre para que viviese siempre en delicias espirituales, gozando y no padeciendo. No fue así, porque, a imitación de su dulcísimo Hijo, en el modo posible, vivió esta Señora gozando y padeciendo juntamente, sirviéndole de instrumento penetrante para su corazón la memoria y noticia tan alta que había recibido de los trabajos y muerte de su Hijo Santísimo. Y este dolor se medía con la ciencia y con el amor que tal Madre debía y tenía a tal Hijo y frecuentemente se le renovaba con su presencia y conversación. Y aunque toda la vida de Cristo y de su Madre Santísimos fue un continuado martirio y ejercicio de la Cruz, padeciendo incesantes penalidades y trabajos, pero en el candidísimo y amoroso corazón de la divina Señora hubo este linaje especial de padecer: que siempre traía presente la pasión, tormentos, ignominias y muerte de su Hijo. Y con el dolor de treinta y tres años continuados celebró la vigilia tan larga de nuestra redención, estando oculto este sacramento en su pecho solo, sin compañía ni alivio de criaturas.

154. Con este doloroso amor, llena de dulzura amarga, solía muchas veces atender a su Hijo Santísimo, y antes y después de su nacimiento, hablándole en lo íntimo del corazón, le repetía estas razones: Señor y Dueño de mi alma, hijo dulcísimo de mis entrañas, ¿cómo me habéis dado la posesión de madre con la dolorosa pensión de haberos de perder quedando huérfana, sin vuestra deseable compañía? Apenas tenéis cuerpo donde recibir la vida, cuando ya conocéis la sentencia, de vuestra dolorosa muerte para rescate de los hombres. La primera de vuestras obras fuera de sobreabundante precio y satisfacción de sus pecados. ¡Oh si con esto se diera por satisfecha la justicia del Eterno Padre, y la muerte y los tormentos se ejecutaran en mí! De mi sangre y de mi ser habéis tomado cuerpo, sin el cual no fuera posible padecer vos, que sois Dios impasible e inmortal. Pues si yo administré el instrumento o el sujeto de los dolores, padezca yo también con vos la misma muerte. ¡Oh inhumana culpa, cómo siendo tan cruel y causa de tantos males has merecido llegar a tanta dicha, que fuese su Reparador el mismo que por ser el sumo bien te pudo hacer

feliz! ¡Oh dulcísimo Hijo y amor mío, quién te sirviera de resguardo, quién te defendiera de tus enemigos! ¡Oh si fuera voluntad del Padre que yo te guardara y apartara de la muerte y muriera en tu compañía y no te apartaras de la mía! Pero no sucederá ahora lo que al Patriarca Abrahán, porque se ejecutará lo determinado. Cúmplase la voluntad del Señor.—Estos suspiros amorosos repetía muchas veces nuestra Reina, como diré adelante (Cf. infra n. 513, 601, 611, 685, etc.), aceptándolos el Eterno Padre por sacrificio agradable y siendo dulce regalo para el Hijo Santísimo.

Doctrina que me dio nuestra Reina y Señora.

155. Hija mía, pues con la fe y luz divina llegaste a conocer la grandeza de la Divinidad y su inefable dignación en descender del cielo para ti y para todos los mortales, no recibas estos beneficios para que en ti sean ociosos y sin fruto. Adora el ser de Dios con profunda reverencia y alábale por lo que conoces de su bondad. No recibas la luz y gracia en vano (2 Cor., 6, 1), y sírvate de ejemplar y estímulo lo que hizo mi Hijo Santísimo, y yo a su imitación, como lo has conocido; pues siendo verdadero Dios, y yo Madre suya, porque en cuanto hombre era criada su humanidad santísima, reconocimos nuestro ser humano y nos humillamos y confesamos la divinidad más que ninguna criatura puede comprender. Esta reverencia y culto has de ofrecer a Dios en todo tiempo y lugar sin diferencia, pero más especialmente cuando recibes al mismo Señor Sacramentado. En este admirable Sacramento vienen y están en ti por nuevo modo incomprensible la Divinidad y humanidad de mi Hijo Santísimo y se manifiesta su magnífica dignación, poco advertida y respetada de los mortales para dar el retorno de tanto amor.

156. Sea, pues, tu reconocimiento con tan profunda humildad, reverencia y culto, cuanto alcanzaren todas tus fuerzas y potencias, pues aunque más se adelanten y extiendan será menos de lo que tú debes y Dios merece. Y para que suplas en lo posible tu insuficiencia, ofrecerás lo que mi Hijo Santísimo y yo hicimos, y juntarás tu espíritu y afecto con el de la Iglesia triunfante y militante, y con él pedirás, ofreciendo para esto tu misma vida, que todas las

naciones vengan a conocer, confesar y adorar a su verdadero Dios humanado por todos; y agradece los beneficios que ha hecho y hace a todos los que le conocen y le ignoran, a los que le confiesan y niegan. Y sobre todo quiero de ti, carísima, lo que al Señor será muy acepto, y a mí será muy agradable, que te duelas y con dulce afecto te lastimes de la grosería e ignorancia, tardanza y peligro de los hijos de los hombres, de la ingratitud de los fieles hijos de la Iglesia, que han recibido la luz de la fe divina y viven tan olvidados en su interior de estas obras y beneficios de la Encarnación, y aun del mismo Dios, que sólo parece se diferencian de los infieles en algunas ceremonias y obras del culto exterior; pero éstas hacen sin alma y sentimiento del corazón y muchas veces en ellas ofenden y provocan la Divina justicia que debían aplacar.

157. Esta ignorancia y torpeza les nace de no se disponer para adquirir y alcanzar la verdadera ciencia del Altísimo, y así merecen que se aparte de ellos la Divina luz y los deje en la posesión de sus pesadas tinieblas, con que se hacen más indignos que los mismos infieles y su castigo será mayor sin comparación. Duélete de tanto daño de tus prójimos y pide el remedio con lo íntimo de tu corazón. Y para que te alejes más de tan formidable peligro, no niegues los favores y beneficios que recibes, ni con color de ser humilde los desprecies ni olvides. Acuérdate y confiere en tu corazón cuán lejos tomó la corrida (Sal., 18, 7) la gracia del Altísimo para llamarte. Considera cómo te ha esperado consolándote, asegurándote en tus dudas, pacificando tus temores, disimulando y perdonando tus faltas, multiplicando favores, caricias y beneficios. Y te aseguro, hija mía, que debes confesar de corazón que no hizo el Altísimo tal con ninguna otra generación, pues tú nada valías ni podías, antes eras pobre y más inútil que otras. Sea tu agradecimiento mayor que de todas las criaturas.

CAPITULO 13

Declárese el estado en que quedó María Santísima después de la Encarnación del Verbo Divino en su virginal vientre.

158. Cuanto voy descubriendo más los divinos efectos y disposición que resultaron en la Reina del Cielo después de concebir al Verbo Eterno, tantas más dificultades se me ofrecen para continuar esta obra, por hallarme anegada en altos y encumbrados misterios y con razones y términos tan desiguales a lo que de ellos entiendo. Pero siente mi alma tal suavidad y dulzura en este propio defecto, que no me deja arrepentir de todo lo intentado, y la obediencia me anima y aun me compele para vencer lo que en un ánimo débil de mujer fuera muy violento, si me faltara la seguridad y fuerza de este apoyo para explicarme; y más en este capítulo, que se me han propuesto los dotes de gloria que los bienaventurados gozan en el Cielo, con cuyo ejemplo manifestaré lo que entiendo del estado que tuvo la divina emperatriz María, después que fue Madre del mismo Dios.

159. Dos cosas considero para mi intento en los bienaventurados: la una de parte suya, la otra de parte del mismo Dios. De esta parte del Señor hay la Divinidad clara y manifiesta con todas sus perfecciones y atributos, que se llama objeto beatífico, gloria y felicidad objetiva y último fin donde se termina y descansa toda criatura. De parte de los santos se hallan las operaciones beatíficas de la visión y amor y otras que se siguen a éstas en aquel estado felicísimo que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni pudo caer en pensamiento de los hombres (Is., 64, 4; 1 Cor., 2, 9). Entre los dones y efectos de esta gloria que tienen los santos, hay algunos que se llaman dotes, y se los dan, como a la Esposa, para el estado del matrimonio espiritual que han de consumar en el gozo de la eterna felicidad. Y como la esposa temporal adquiere el dominio y señorío de su dote y el usufructo es común a ella y al esposo, así también en la gloria estos dotes se les dan a los Santos como propios suyos y el uso es común a Dios, en cuanto se glorifica en sus Santos, y a ellos, en cuanto gozan de estos inefables dones, que según los méritos y dignidad de cada uno son más o menos excelentes. Pero no los reciben más de los Santos, que son de la naturaleza del Esposo, que es Cristo nuestro bien, que son los hombres y no los ángeles; porque el Verbo humanado no hizo con los ángeles el desposorio

(Hech., 2, 16) que celebró con la humana naturaleza, juntándose con ella en aquel gran sacramento que dijo el Apóstol (Ef., 5, 32), en Cristo y en la Iglesia. Y como el esposo Cristo en cuanto hombre consta, como los demás, de alma y cuerpo, y todo se ha de glorificar en su presencia, por eso los dotes de gloria pertenecen al alma y cuerpo. Tres tocan al alma, que se llaman visión, comprensión y fruición; y cuatro al cuerpo: claridad, impasibilidad, sutilidad y agilidad, y éstos son propiamente efectos de la gloria que tiene el alma.

160. De todos estos dotes tuvo nuestra reina María alguna participación en esta vida, especialmente después de la encarnación del Verbo Eterno en su vientre virginal. Y aunque es verdad que a los bienaventurados se les dan los dotes como a compresores, en prendas y arras de la eterna felicidad inamisible y como en firmeza de aquel estado que jamás se ha de mudar, y por esto no se conceden a los viadores, pero con todo eso, se le concedieron a María Santísima en algún modo, no como comprensora sino como viadora, no de asiento pero como a tiempos y de paso y con la diferencia que diremos. Y para que se entienda mejor la conveniencia de este raro beneficio con la soberana Reina, se advierta lo que dijimos en el capítulo 7 y en los demás (Cf. supra n. 70-122) hasta el de la Encarnación; que en ellos se declara la disposición y desposorio con que previno el Altísimo a su Madre Santísima para levantarla a esta dignidad. Y el día que en su virginal vientre tomó carne humana el divino Verbo se consumó este matrimonio espiritual en algún modo, en cuanto a esta divina Señora, con la visión beatífica tan excelente y levantada que se le concedió aquel día, como queda dicho (Cf. supra n. 39); aunque para todos los demás fieles fue como desposorio (Os., 2, 19) que se consumará en la patria celestial.

161. Tenía otra condición nuestra gran Reina y Señora para estos privilegios: que estaba exenta de toda culpa actual y original y confirmada en gracia con impecabilidad actual; y con estas condiciones estaba capaz para celebrar este matrimonio en nombre de la Iglesia militante y comprometer todos en ella, para que en el mismo punto que fue Madre del Reparador se estrenasen en ella sus

merecimientos previstos, y con aquella gloria y visión transeúnte de la divinidad quedase como por fiadora abonada de que no se les negaría el mismo premio a todos los hijos de Adán, si se disponían a merecerlo con la gracia de su Redentor. Era asimismo de mucho agrado para el Divino Verbo humanado que luego su ardentísimo amor y merecimientos infinitos se lograsen en la que juntamente era su Madre, su primera Esposa y tálamo de la Divinidad, y que el premio acompañase al mérito donde no se hallaba impedimento. Y con estos privilegios y favores que hacía Cristo nuestro bien a su Madre Santísima, satisfacía y saciaba en parte el amor que la tenía, y con ella a todos los mortales; porque para el amor Divino era plazo largo esperar treinta y tres años para manifestar su Divinidad a su misma Madre. Y aunque otras veces le había hecho este beneficio —como se dijo en la primera parte (Cf. supra p. 1 n. 333, 430)0— pero en esta ocasión de la Encarnación fue con diferentes condiciones, como en imitación y correspondencia de la gloria que recibió el alma santísima de su Hijo, aunque no de asiento sino de paso, en cuanto se compadecía con el estado común de viadora.

162. Conforme a esto, el día que María Santísima tomó la posesión real de Madre del Verbo Eterno, concibiéndole en sus entrañas, en el desposorio que celebró Dios con nuestra naturaleza, nos dio derecho a nuestra redención, y en la consumación de este matrimonio espiritual, beatificando a su Madre Santísima y dándole los dotes de la gloria, se nos prometió lo mismo por premio de nuestros merecimientos, en virtud de los de su Hijo Santísimo nuestro Reparador. Pero de tal manera levantó el Señor a su Madre sobre toda la gloria de los santos en el beneficio que este día le hizo, que todos los Ángeles y hombres no pudieron llegar en lo supremo de su visión y amor beatífico al que tuvo esta divina Señora; y lo mismo fue en los dotes que redundan de la gloria del alma al cuerpo, porque todo correspondía a la inocencia, santidad y méritos que tenía, y éstos correspondían a la suprema dignidad entre las criaturas de ser Madre de su Criador.

163. Y llegando a los dotes en particular, el premio del alma es la clara visión beatífica, que corresponde al

conocimiento oscuro de la fe de los viadores. Esta visión se le concedió a María Santísima las veces y en los grados que dejo declarado (Cf. supra ib.) y diré adelante (Cf. infla n. 473, 956, 1471, 1523; p. III n. 62, 494, 603, 616, 654, 685). Fuera de esta visión intuitiva tuvo otras muchas abstractivas de la Divinidad, como arriba se ha dicho (Cf. supra n. 6-101). Y aunque todas eran de paso, pero de ellas le quedaban en su entendimiento tan claras aunque diferentes especies, que con ellas gozaba de una noticia y luz de la Divinidad tan alta, que no hallo términos para explicarla; porque en esto fue singular esta Señora entre las criaturas, v en este modo permanecía en ella el efecto de este dote compatible con ser viadora. Y cuando tal vez se le escondía el Señor, suspendiendo el uso de estas especies para otros altos fines, usaba de sola la fe infusa, que en ella era sobreexcelente y eficacísima. De manera que, por un modo o por otro, jamás perdió de vista aquel objeto Divino y sumo bien, ni apartó de él los ojos del alma por un solo instante; pero en los nueve meses que tuvo en su vientre al Verbo humanado, gozó mucho más de la vista y regalos de la divinidad.

164. El segundo dote es comprensión o tención o aprensión, que es tener conseguido el fin que corresponde a la esperanza y le buscamos por ella para llegar a poseerle inamisiblemente. Esta posesión y comprensión tuvo María Santísima en los modos que corresponden a las visiones dichas, porque como veía a la Divinidad así la poseía. Y cuando quedaba en la fe sola y pura, era en ella la esperanza más firme y segura que lo fue ni será en pura criatura, como también era mayor su fe. Y a más de esto, como la firmeza de la posesión se funda mucho de parte de la criatura en la santidad segura y en no poder pecar, por esta parte venía a ser tan privilegiada nuestra divina Señora, que su firmeza y seguridad en poseer a Dios competía en algún modo, siendo ella viadora, con la firmeza y seguridad de los bienaventurados; porque por parte de la inculpable e impecable santidad tenía seguro el no poder perder jamás a Dios, aunque la causa de esta seguridad en ella, viadora, no era la misma que en ellos gloriosos. En los meses de su preñado tuvo esta posesión de Dios por varios modos de gracias especiales y milagrosas, con que el

Altísimo se le manifestaba y unía con su alma purísima.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: PARTE 7

165. El tercero dote es fruición y corresponde a la caridad que no se acaba (1 Cor 13, 8), pero se perfecciona en la gloria; porque la fruición consiste en amar al sumo Bien poseído, y esto hace la caridad en la patria, donde así como le conoce y tiene como él es en sí mismo, así también le ama por sí mismo. Y aunque ahora, cuando somos viadores, le amamos también por sí mismo, pero es grande la diferencia: que ahora le amamos con deseo y le conocemos no como él está en sí, mas como se nos representa en especies ajenas o por enigmas (1 Cor 13, 8), y así no perfecciona nuestro amor, ni con él nos quietamos, ni recibimos la plenitud de gozo, aunque tengamos mucho en amarle. Pero a su vista clara y posesión verémosle como él es en sí mismo y por sí mismo y no por enigmas, y por eso le amaremos como debe ser amado y cuanto podemos amarle respectivamente, y perfeccionará nuestro amor, quietados [13] con su fruición, sin dejarnos qué desear.

166. De este dote tuvo María santísima más condiciones que de todos en algún modo; porque su amor ardentísimo, dado que en alguna condición fuese inferior al de los bienaventurados, cuando estaba sin visión clara de la divinidad, fue superior en otras muchas excelencias, aun en el estado común que tenía. Nadie tuvo la ciencia divina que esta Señora, y con ella conoció cómo debía ser Dios amado por sí mismo; y esta ciencia se ayudaba de las especies y memoria de la misma divinidad que había visto y gozado en más alto grado que los Ángeles. Y como el amor le medía con este conocimiento de Dios, era consiguiente que en él se aventajase a los bienaventurados en todo lo que no era la inmediata posesión y estar en el término para no crecer ni aumentarse. Y si por su profundísima humildad permitía el Señor o condescendía con dar lugar a que obrando como viadora temiese con reverencia y trabajase por no disgustar a su amado, pero este receloso amor era perfectísimo y por el mismo Dios, y en ella causaba

incomparable gozo y delectación correspondiente a la condición y excelencia del mismo amor divirio que tenía.

167. En cuanto a los dotes del cuerpo que redundan en él de la gloria y dotes del alma, y son parte de la gloria accidental de los bienaventurados, digo que sirven para la perfección de los cuerpos gloriosos en el sentido y en el movimiento, para que en todo lo posible se asimilen a las almas y sin impedimento de su terrena materialidad estén dispuestos para obedecer a la voluntad de los santos, que en aquel estado felicísimo no puede ser imperfecta ni contraria a la voluntad divina. Para los sentidos han menester dos dotes: uno que disponga para recibir las especies sensitivas, y esto perfecciona el dote de la claridad; otro para que el cuerpo no reciba las acciones o pasiones nocivas y corruptibles, y para esto sirve la impasibilidad. Otros ha menester para el movimiento: uno para vencer la resistencia o tardanza de parte de su misma gravedad, y para esto se le concede el dote de agilidad; otro ha menester para vencer la resistencia ajena de los otros cuerpos, y para esto sirve la sutilidad. Y con estos dotes vienen a quedar los cuerpos gloriosos, claros, in-corruptibles, ágiles y sutiles.

168. De todos estos privilegios tuvo parte en esta vida nuestra gran Reina y Señora. Porque el dote de la claridad hace capaz al cuerpo glorioso de recibir la luz y despedirla juntamente de sí mismo, quitándole aquella oscuridad opaca e impura y dejándole más transparente que un cristal clarísimo. Y cuando María santísima gozaba de la visión clara y beatífica participaba su virginal cuerpo de este privilegio sobre todo lo que alcanza el entendimiento humano. Y después de estas visiones le quedaba un linaje de esta claridad y pureza que fuera admiración rara y peregrina, si se pudiera percibir con el sentido. Algo se le manifestaba en su hermosísimo rostro, como diré adelante, en especial en la tercera parte (Cf. infra n. 219, 329, 422, 560; p. III n. 3, 6, 40, 449, 586, etc.) , aunque no todos la conocieron ni la vieron de los que la trataban, porque el Señor le ponía cortina y velo, para que no se comunicase siempre ni indiferentemente. Pero en muchos efectos sentía ella misma el privilegio de este dote, que en otros estaba

como disimulado, suspenso y oculto, y no reconocía el embarazo de la opacidad terrena que los demás sentimos.

169. Conoció algo de esta claridad Santa Isabel, cuando viendo a María santísima exclamó con admiración y dijo (Lc 1, 43): ¿De dónde me vino a mí que venga la Madre de mi Criador adonde yo estoy?— No era capaz el mundo de conocer este sacramento del Rey, ni era tiempo oportuno de manifestarle, pero en algo tenía siempre el rostro más claro y lustroso que otras criaturas, y lo restante tenía una disposición sobre todo orden natural de los demás cuerpos y causaba en ella una como complexión delicadísima y espiritualizada, y como un cristal suave animado que para el tacto no tuviera aspereza de carne, sino una suavidad como de seda floja muy blanda y fina; que no hallo otros ejemplos con que darme a entender. Pero no parecerá mucho esto en la Madre del mismo Dios, porque le traía en su vientre y le había visto tantas veces, y muchas cara a cara; pues a Moisés, de la comunicación que tuvo en el monte con Dios, mucho más inferior que la de María santísima, no podían los hebreos mirarle cara a cara ni sufrir su resplandor cuando bajó del monte (Ex 34, 30). Y no hay duda que si con especial providencia no ocultara el Señor y detuviera la claridad que la cara y el cuerpo de su purísima Madre despidiera de sí, ilustrara el mundo más que mil soles juntos y ninguno de los mortales pudiera naturalmente sufrir sus refulgentes resplandores, pues aun estando ocultos y detenidos descubría en su divino rostro lo que bastaba para causar en todos cuantos la miraban el efecto que en San Dionisio Areopagita, cuando la vio (Cf. la nota 3 del cap. 4 del libro 1).

170. La impasibilidad causa en el cuerpo glorioso una disposición por la cual ningún agente, fuera del mismo Dios, lo puede alterar ni mudar, por más poderosa que sea su virtud activa. De este privilegio participó nuestra Reina en dos maneras: la una, en cuanto al temperamento del cuerpo y sus humores, porque los tuvo con tal peso y medida, que no podía contraer ni padecer enfermedades, ni otras pensiones humanas que nacen de la desigualdad de los cuatro humores, y por esta parte era casi impasible; la otra fue por el dominio e imperio poderoso que tuvo

sobre todas las criaturas, como arriba se dijo (Cf. supra n. 18, 30, 43, 56, 60), porque ninguna la ofendiera sin su consentímiento y voluntad. Y podemos añadir otra tercera participación de la impasibilidad, que fue la asistencia de la virtud divina correspondiente a su inocencia. Porque si los primeros padres en el paraíso no padecieran muerte violenta si perseveraran en la justicia original, y este privilegio gozaran no por virtud intrínseca o inherente —porque si les hiriera una lanza pudieran morir—, sino por virtud asistente del Señor que los guardara de no ser heridos, con mayor título se le debía esta protección a la inocencia de la soberana María, y así le gozaba como Señora, y los primeros padres le tuvieron, y tuvieran sus descendientes como siervos y vasallos.

171. No usó de estos privilegios nuestra humilde Reina, porque los renunció para imitar a su Hijo santísimo y merecer y cooperar a nuestra redención; que por todo esto quiso padecer y padeció más que los mártires. Y con razón humana no se puede ponderar cuántos fueron sus trabajos, de los cuales diremos en toda esta divina Historia dejando mucho más, porque no alcanzan las razones y términos comunes a ponderarlo. Pero advierto dos cosas: la una, que el padecer de nuestra Reina no tenía relación a las culpas propias, que en ella no las había, y así padecía sin la amargura y acedía que está embebida en las penas que padecemos con memoria y atención a nuestros propios pecados y en sujetos que los han cometido; la otra es que para padecer María santísima fue confortada divinamente en correspondencia de su ardentísimo amor, porque no pudiera sufrir naturalmente el padecer tanto como su amor le pedía, y por el mismo amor la concedía el Altísimo.

172. La sutilidad es un privilegio que aparta del cuerpo glorioso la densidad o impedimento que tiene por su materia cuantitativa para penetrarse con otro semejante y estar en un mismo lugar con él; y así el cuerpo sutilizado del bienaventurado queda con condiciones de espíritu, que puede sin dificultad penetrar otro cuerpo de cuantidad y sin dividirle ni apartarle se pone en el mismo lugar, como lo hizo el cuerpo de Cristo Señor nuestro saliendo del sepulcro y entrando a los Apóstoles cerradas las puertas (Jn 20, 19) y

penetrando los cuerpos que cerraban aquellos lugares. Participó este dote María santísima no sólo mientras gozaba de las visiones beatíficas, pero después le tuvo como a su voluntad para usar de él muchas veces, como sucedió en algunas apariciones que hizo corporalmente en su vida, como adelante diremos (Cf. infra p. III n. 193, 325, 352, 399, 560, 562, 568), porque en todas usó de esta sutilidad penetrando otros cuerpos.

173. El último dote de la agilidad sirve al cuerpo glorioso de virtud tan poderosa para moverse de un lugar a otro que sin impedimento de la gravedad terrestre se moverá de un instante a otro a diferentes lugares, al modo de los espíritus, que no tienen cuerpo y se mueven por su misma voluntad. Tuvo María santísima una admirable y continua participación de esta agilidad, que especialmente le resultó de las visiones divinas; porque no sentía en su cuerpo la gravedad terrena y pesada que los demás, y así caminaba sin la tardanza que los demás y sin molestia pudiera moverse velocísimamente sin sentir quebranto y fatiga como nosotros. Y todo esto era consiguiente al estado y condiciones de su cuerpo tan espiritualizado y bien formado. Y en el tiempo de los nueve meses que estuvo preñada, sintió menos el gravamen del cuerpo, aunque, para padecer lo que convenía, daba lugar a las molestias para que obrasen en ella y la fatigasen. Con tan admirable modo y perfección tenía todos estos privilegios y usaba de ellos, que yo me hallo sin palabras para explicar lo que se me ha manifestado, porque es mucho más que cuanto he dicho y puedo decir.

174. Reina del cielo y Señora mía, después que vuestra dignación me adoptó por hija, quedó vuestra palabra en empeño de ser mi guía y mi maestra. Con esta fe me atrevo a proponeros una duda en que me hallo: ¿Cómo, Madre y Dueña mía, habiendo llegado vuestra alma santísima a ver y gozar de Dios las veces que Su Majestad altísima lo dispuso, no quedó siempre bienaventurada? Y ¿cómo no decimos que siempre lo fuisteis, pues no había en vos culpa alguna ni otro óbice para serlo, según la luz que de vuestra excelente dignidad y santidad se me ha dado?

Respuesta y doctrina de la misma Reina y Señora nuestra.

175. Hija mía carísima, tú dudas como quien me ama y preguntas como quien ignora. Advierte, pues, que la perpetuidad y duración es una de las partes de felicidad y bienaventuranza destinada para los Santos, porque ha de ser del todo perfecta; y si fuera sólo por algún tiempo, faltárale el complemento y adecuación necesaria para ser suma y perfecta felicidad. Y tampoco es compatible por ley común y ordinaria que la criatura sea gloriosa y esté juntamente sujeta a padecer, aunque no tenga pecado. Y si en esto se dispensó con mi Hijo santísimo, fue porque siendo hombre y Dios verdadero no debía carecer de la visión beatífica su alma santísima unida a la divinidad hipostáticamente; y siendo juntamente Redentor del linaje humano, no pudiera padecer ni pagar la deuda del pecado, que es la pena, si no fuera pasible en el cuerpo. Pero yo era pura criatura y no siempre había de gozar de la visión debida al que era Dios, ni tampoco me podía llamar siempre bienaventurada, porque sólo de paso lo era. Y con estas condiciones estaba bien dispuesto que padeciese a tiempos y gozase a otros, y que fuese más continuo el padecer y merecer que aquel gozar, porque era viadora y no comprensora.

176. Y dispuso el Altísimo con justa ley que las condiciones de la vida eterna no se gocen en la mortal (Ex 33, 20) y que el venir a la inmortalidad sea pasando por la muerte corporal y precediendo los merecimientos en estado pasible, cual es el de la vida presente de los hombres. Y aunque la muerte en todos los hijos de Adán fue estipendio (Rom 6, 23) y castigo del pecado, y por este título yo no tenía parte en la muerte ni en los otros efectos y castigos del pecado, pero el Altísimo ordenó que yo también entrase en la vida y felicidad eterna por medio de la muerte corporal, como lo hizo mi Hijo santísimo; porque en esto no había inconveniente para mí y había muchas conveniencias en seguir el camino real de todos y granjear grandes frutos de merecimientos y gloria por medio del padecer y morir. Otra conveniencia había en esto para los hombres, que conociesen cómo mi Hijo santísimo y yo, que era su Madre,

éramos de verdadera naturaleza humana como los demás, pues éramos mortales como ellos. Y con este conocimiento venía a ser más eficaz el ejemplo que dejábamos a los hombres para imitar en la carne pasible las obras que nosotros habíamos hecho en ella, y todo redundaba en mayor gloria y exaltación de mi Hijo y Señor, y mía. Y todo esto se evacuara en mucha parte, si fueran continuas en mí las visiones de la divinidad. Pero después que concebí al Verbo eterno, fueron más frecuentes y mayores los beneficios y favores, como de quien ya le tenía por más propio y más vecino.

177. Con esto respondo a tus dudas. Y por mucho que hayas entendido y trabajado para manifestar los privilegios y efectos que yo gozaba en la vida mortal, no será posible que alcances todo lo que en mí obraba el brazo poderoso del Altísimo. Y mucho menos de lo que entiendes podrás declarar con palabras materiales. Advierte ahora a la doctrina consiguiente a la que te enseñé en los capítulos precedentes. Si yo fui el ejemplar que debes imitar, recibiendo la venida del mismo Dios a las almas y al mundo con la reverencia, culto, humildad y agradecimiento y amor que se le debe, consiguiente será que, si tú lo haces a imitación mía, y lo mismo las demás almas, venga a ti el Altísimo para comunicarte y obrar efectos divinos, como en mí lo hizo, aunque en ti y en las demás sean inferiores y menos eficaces. Porque si la criatura desde el principio que tiene uso de razón comenzase a caminar al Señor como debe, enderezando sus pasos por las sendas derechas de la salud y vida, Su Majestad altísima, que ama a sus hechuras, le saldría al encuentro (Sab 6, 15), anticipando sus favores y comunicación; que le parece largo el plazo de aguardar al fin de la peregrinación para manifestarse a sus amigos.

178. Y de aquí nace que, por medio de la fe, esperanza y caridad y por el uso de los sacramentos dignamente recibidos, se les comuniquen a las almas muchos y divinos efectos que su dignación les da, unos por el modo común de la gracia y otros por orden más sobrenatural y milagroso, y cada uno más o menos, conforme a su disposición ya los fines del mismo Señor, que no luego se conocen. Y si las almas no pusieran óbice de su parte, fuera

tan liberal con ellas el amor divino como lo es con algunas que se disponen, a quienes da mayor luz y noticia de su ser inmutable y con un ilapso divino y dulcísimo las transforma en sí mismo y las comunica muchos efectos de la bienaventuranza; porque se deja tener y gozar por aquel oculto abrazo que sintió la esposa, cuando dijo: *Téngole y no le dejaré, habiéndolo hallado* (Cant 3, 4). Y de esta presencia y posesión le da el mismo Señor muchas prendas y señales para que le posea en amor quieto como los Santos, aunque sea por tiempo limitado. Tan liberal como esto es Dios, nuestro Dueño y Señor, en remunerar los afectos de amor y los trabajos que recibe la criatura por obligarle, tenerle y no perderle.

179. Y con esta violencia suave del amor desfallece y muere la criatura a todo lo terreno, que por esto se llama el amor fuerte como la muerte (Cant 8, 6). Y de esta muerte resucita a nueva vida espiritual, donde se hace capaz de recibir nueva participación de la bienaventuranza y de sus dotes, porque goza más frecuente de la sombra y de los dulces frutos del sumo bien que ama (Cant 2, 3). Y de estos ocultos sacramentos redunda a la parte inferior y animal un género de claridad que la purifica de los efectos de las tinieblas espirituales, hácela fuerte y como impasible para sufrir y padecer todo lo adverso a la naturaleza de la carne y con una sed sutilísima apetece todas las dificultades y violencias que padece el reino de los cielos (Mt 11, 12), queda ágil y sin la gravedad terrena, de suerte que muchas veces siente este privilegio el mismo cuerpo, que de suyo es pesado, y con esto se le facilitan los trabajos que antes le parecían graves. De todos estos efectos, hija mía, tienes ciencia y experiencia, y te los he declarado y representado para que más te dispongas y trabajes y procedas de manera que el Altísimo, como agente divino y poderoso, te halle materia dispuesta y sin resistencia ni óbice para obrar en ti su beneplácito.

CAPITULO 14

De la atención y cuidado que María santísima tenía con su preñado y algunas cosas que le sucedieron con él.

180. Luego que nuestra Reina y Señora volvió en sus sentidos de aquel éxtasis que tuvo en la concepción del Verbo eterno humanado, se postró en tierra y le adoró en su vientre, como queda dicho en el capítulo 12, núm. 152. Esta adoración continuó toda su vida, comenzándola cada día a media noche, y hasta la otra siguiente solía repetir las genuflexiones trescientas veces y más, si tenía oportunidad, y en esto fue más diligente los nueve meses de su divino preñado. Y para cumplir con plenitud las nuevas obligaciones en que se hallaba, sin faltar a las de su estado, con el nuevo depósito del eterno Padre que tenía en su virginal tálamo, puso toda su atención sobre muchas y fervorosas peticiones para guardar el tesoro del cielo que se le había fiado. Dedicó para esto de nuevo su alma santísima y sus potencias, ejercitando todos los actos de las virtudes en grado tan heroico y supremo, que causaba nueva admiración a los mismos Ángeles. Dedicó también y consagró todas las demás acciones corporales para obsequio y servicio del Dios y hombre infante que traía en su virgíneo cuerpo. Si comía, dormía, trabajaba y descansaba, todo lo encaminaba a la nutrición y conservación de su dulcísimo Hijo y en todas estas obras se enardecía en amor divino.

181. El día siguiente a la encarnación se le manifestaron en forma corpórea los mil Ángeles que la asistían y con profunda humildad adoraron en el vientre de la Madre a su Rey humanado, y a ella la reconocieron de nuevo por Reina y Señora y la dieron debido culto y reverencia y la dijeron: Ahora, Señora, sois la verdadera arca del testamento que encerráis al mismo Legislador y la ley y guardáis el maná del cielo, que es nuestro pan verdadero. Recibid, Reina nuestra, la enhorabuena de vuestra dignidad y suma dicha, que por ella engrandecemos al Altísimo, porque justamente os eligió por su Madre y tabernáculo. Ofrecémonos de nuevo a vuestro obsequio y servicio, para obedeceros como vasallos y siervos del Rey supremo y todopoderoso, de quien sois Madre verdadera.— Este ofrecimiento y nueva veneración de los Santos Ángeles renovó en la Madre de la sabiduría incomparables efectos de humildad, agradecimiento y amor divino. Porque en

aquel prudentísimo corazón, donde estaba el peso del santuario para dar a todas las cosas el valor y precio que se debe, hizo gran ponderación el verse reverenciada y reconocida por Señora y Reina de los espíritus angélicos; y aunque era más el verse Madre del mismo Rey y Señor de todo lo criado, pero todos estos beneficios y dignidad se le manifestaban más por las demostraciones y obsequio de los Santos Ángeles.

182. Cumplían ellos estos ministerios como ejecutores y ministros (Heb 1, 14) de la voluntad del Altísimo y, cuando su Reina y Señora nuestra estaba sola, todos la asistían en forma corpórea y la servían en sus acciones y ocupaciones corporales, y si trabajaba de manos la administraban lo que era necesario. Si acaso comía alguna vez en ausencia de San José, la servían de maestresalas en su pobre mesa y humildes manjares. A cualquiera parte la acompañaban y hacían escolta y en el servicio de San José la ayudaban. Y con todos estos favores y socorros no se olvidaba la divina Señora de pedir licencia al Maestro de los maestros para todas las acciones y obras que había de hacer y pedirle su dirección y asistencia. Tan acertados y tan bien gobernados eran todos sus ejercicios con la plenitud que sólo el mismo Señor puede comprender y ponderar.

183. A más de esta enseñanza ordinaria en el tiempo que tuvo en su vientre santísimo al Verbo humanado, sentía su presencia divina por diversos modos, todos admirables y dulcísimos. Unas veces se le manifestaba por visión abstractiva, como arriba he dicho (Cf. supra p. I n. 229, 237, 312, 383, 389, 734, 742; p. II n. 6-8). Otras le conocía y veía en el modo que estaba en su virginal templo, unido hipostáticamente a la naturaleza humana. Otras se le manifestaba la humanidad santísima como si por un viril cristalino la mirara, sirviendo para esto el mismo vientre y cuerpo purísimo materno, y este género de visión era de especial consuelo y jubilo para la gran Reina. Otras veces conocía que de la divinidad resultaba en él cuerpo del niño Dios algún influjo de la gloria de su alma santísima, con que le comunicaba algunos efectos de bienaventurado y glorioso, especialmente la claridad y luz que del cuerpo natural del Hijo resultaba en la Madre con un ilapso inefable y

divino. Y este favor la transformaba toda en otro ser, inflamando su corazón y causando en toda ella tales efectos, que ninguna capacidad de criaturas los puede explicar. Extiéndase y dilátese el juicio más levantado de los supremos serafines y quedará oprimido de esta gloria (Prov 25, 27), porque toda esta divina Reina era un cielo intelectual y animado y en ella sola estaba epilogada la grandeza y gloria que no pueden abarcar ni ceñir los dilatados fines de los mismos cielos (3 Re 8, 27).

184. Alternábanse y sucedíanse estos beneficios y otros con los ejercicios de la divina Madre, con la variedad y diferencia de operaciones que ejercitaban, unas espirituales, otras manuales y corporales; unas en servir a su esposo, otras en beneficio de los prójimos; y todo esto junto y gobernado por la sabiduría de una doncella hacía armonía admirable y dulcísima para los oídos del Señor y admirable para todos los espíritus angélicos. Y cuando entre esta variedad quedaba la Señora del mundo más en su natural estado, porque así lo disponía el Altísimo, padecía un deliquio causado de la fuerza y violencia de su mismo amor; porque con verdad pudo decir lo que por ella dijo Salomón en nombre de la esposa: *Socorredme con flores, porque estoy enferma de amor* (Cant 2, 5); y así sucedía que con la herida penetrante de esta dulcísima flecha llegaba al extremo de la vida, pero luego la confortaba el brazo poderoso del Altísimo por modo sobrenatural.

185. Y tal vez para darla algún aliento sensible, por el mismo imperio del Señor venían a visitarla muchas avecillas, y como si tuvieran discurso la saludaban con sus meneos y la daban concertadísima música a coros y aguardaban su bendición para despedirse de ella. Señaladamente sucedió esto luego que concibió al Verbo divino, como dándole la enhorabuena de su dignidad, después que lo hicieron los Santos Ángeles. Y este día les habló la Señora de las criaturas, mandando a diversos géneros de aves que con ella estaban reconociesen a su Criador, y en agradecimiento del ser y hermosura que las había dado, y de su conservación, le cantasen y alabasen. Y luego la obedecieron como a Señora y de nuevo hicieron coros y cantaron con muy dulce armonía y humillándose

hasta el suelo hicieron reverencia al Criador y a su Madre, que le tenía en su vientre. Solían otras veces traerle flores en los picos y se las ponían en las manos, aguardando que les mandase cantar o callar a su voluntad. También sucedía que con las inclemencias de los tiempos venían algunas avecillas al amparo de su divina Señora, y Su Alteza las admitía y sustentaba con admirable afecto de su inocencia y glorificando al Criador de todo.

186. Y no debe extrañar nuestra tibia ignorancia estas maravillas, pues aunque la materia en que se obraban pudiera estimarse por pequeña, pero las obras del Altísimo todas son grandes y venerables en sus fines, y también eran grandiosas las obras de nuestra prudentísima Reina en cualquiera materia que las hiciese. ¿Y quién hay tan ignorante o temerario que no conozca cuán digna acción de la criatura racional es conocer la participación del ser de Dios y de sus perfecciones en todas las criaturas, buscarle y hallarle, bendecirle y magnificarle en todas ellas, por admirable, poderoso, liberal y santo, como lo hacía la santísima María, sin haber tiempo ni lugar ni criatura visible que para ella fuese ociosa? ¿Y cómo también no se confundirá nuestro ingratísimo olvido? ¿Cómo no se ablandará nuestra dureza? ¿Cómo no se encenderá nuestro tibio corazón, hallándonos reprendidos y enseñados de las criaturas irracionales, que sólo por aquella participación de su ser recibido de ser Dios le alaban sin ofenderle y los hombres que han participado la imagen y semejanza del mismo Dios, con capacidad de conocerle y gozarle eternamente, le olvidan sin conocerle, si le conocen no le alaban y sin quererle servir le ofenden? Con ningún derecho se han de preferir éstos a los animales brutos, pues vienen a ser peores que ellos (Sal 48, 13; 21).

Doctrina de la santísima Reina y Señora nuestra.

187. Hija mía, prevenida estás de mi doctrina hasta ahora, para desear y procurar la ciencia divina, que deseo mucho aprendas, para que con ella entiendas y conozcas profundamente el decoro y reverencia con que has de tratar con Dios. Y de nuevo te advierto que entre los mortales esta ciencia es muy dificultosa y de pocos codi-

ciada, con mucho daño suyo, por su ignorancia; porque de ella nace que, cuando llegan a tratar con el Altísimo y de su culto y servicio, no hacen el concepto digno de su grandeza infinita, ni se desnudan de las imágenes tenebrosas y operaciones terrenas, que los hacen torpes y carnales, indignos e improporcionados para el magnífico trato de la divinidad soberana. Y a esta grosería se sigue otro desorden, que si tratan con los prójimos se entregan sin orden, sin medida y sin modo a las acciones sensitivas, perdiendo totalmente la memoria y atención de su Criador, y con el mismo furor de sus pasiones se entregan a todo lo terreno.

188. Quiero, pues, carísima, que te alejes de este peligro y deprendas la ciencia cuyo objeto es el inmutable ser de Dios y sus infinitos atributos, y de tal manera le has de conocer y unirte con él, que ninguna cosa criada se interponga entre tu espíritu y alma y entre el verdadero y sumo bien. En todo tiempo, lugar, ocupación y operaciones le has de tener a la vista, sin soltarle (Cant 3, 4) de aquel íntimo abrazo de tu corazón. Y para esto te advierto y te mando que le trates con magnificencia, con decoro, con reverencia y temor íntimo de tu pecho. Y cualquiera cosa de las que tocan a su divino culto, quiero que la trates con toda atención y aprecio. Y sobre todo, para entrar en su presencia por la oración y deprecaciones, desnúdate de toda imagen sensible y terrena. Y porque la humana fragilidad no puede siempre ser estable en la fuerza del amor, ni sufrir sus movimientos violentos para el ser terreno, admite algún alivio decente y tal que en él halles también al mismo Dios: como alabarle en la hermosura de los cielos y estrellas, en la variedad de las yerbas, en la apacible vista de los campos, en la fuerza de los elementos y más en la naturaleza de los Ángeles y en la gloria de los Santos.

189. Pero siempre estarás advertida, sin olvidar jamás este documento, que por ningún suceso ni trabajo busques alivio, ni admitas divertimiento con criaturas humanas; y entre ellas menos con los hombres, porque en tu natural flaco e inclinado a no dar pena, puedes tener peligro de exceder y pasar la raya de lo que es lícito y justo, introduciéndose el gusto sensible más de lo que conviene a

las religiosas esposas de mi Hijo santísimo. En todas las criaturas humanas corre riesgo este descuido, porque si a la naturaleza frágil se le da rienda, ella no atiende a la razón ni a la verdadera luz del espíritu, mas olvidándolo todo sigue a ciegas el ímpetu de la pasión y ésta su deleite. Contra este general peligro se ordenó el encerramiento y retiro de las almas consagradas a mi Hijo y Señor, para cortar de raíz las ocasiones infelices y desgraciadas de aquellas religiosas que de voluntad las buscan y se entregan a ellas. Tus alivios, carísima, y de tus hermanas no han de ser tan llenos de peligro y de mortal veneno, y siempre has de buscar de intento los que hallarás en el secreto de tu pecho y en el retrete de tu Esposo, que es fiel en consolar al triste y asistir al atribulado (Sal 90, 15).

CAPITULO 15

Conoció María santísima la voluntad del Señor para visitar a santa Isabel; pide licencia a San José, sin manifestarle otra cosa.

190. Por la relación del embajador del cielo San Gabriel conoció María santísima cómo su deuda Isabel —que se tenía por estéril— había concebido un hijo y que ya estaba en el sexto mes de su preñado (Lc 1, 36). Y después, en unas de las visiones intelectuales que tuvo, la reveló el Altísimo que el hijo milagroso que pariría Santa Isabel sería grande delante del mismo Señor y sería profeta y precursor (Lc 1, 15-17) del Verbo humanado que ella traía en su virginal vientre, y otros misterios grandes de la santidad y ministerios de San Juan Bautista. En esta misma visión y en otras conoció también la divina Reina el agrado y beneplácito del Señor, en que fuese a visitar a su deuda Isabel, para que ella y su hijo que tenía en el vientre fuesen santificados con la presencia de su Reparador; porque disponía Su Majestad estrenar los efectos de su venida al mundo y sus merecimientos en su mismo Precursor, comunicándole el corriente de su divina gracia, con que fuese como fruto temporáneo y anticipado de la redención humana.

191. Por este nuevo sacramento que conoció la prudentísima Virgen, hizo gracias al Señor con admirable júbilo de su espíritu, porque se dignaba de hacer aquel favor al alma del que había de ser su profeta y precursor y a su madre Isabel. Y ofreciéndose al cumplimiento del divino beneplácito, habló con Su Majestad y le dijo: Altísimo Señor, principio y causa de todo bien, eternamente sea glorificado vuestro nombre y de todas las naciones sea conocido y alabado. Yo, la menor de las criaturas, os doy humildes gracias por la misericordia que tan liberal queréis mostrar con vuestra sierva Isabel y con el hijo de su vientre. Si es beneplácito de vuestra dignación que me enseñéis de que yo os sirva en esta obra, aquí estoy preparada, Señor mío, para obedecer con prontitud a vuestros divinos mandatos.—Respondióla el Altísimo: Paloma mía y amiga mía, escogida entre las criaturas, de verdad te digo que por tu intercesión y por tu amor atenderé como Padre y Dios liberalísimo a tu prima Isabel y al hijo que de ella ha de nacer, eligiéndole por mi profeta y precursor del Verbo en ti hecho hombre, y los miro como a cosas propias y allegadas a ti. Y así quiero que vaya mi Unigénito y tuyo a visitar a la madre y a rescatar al hijo de la prisión de la primera culpa, para que antes del tiempo común y ordinario de los otros hombres suene la voz de sus palabras y alabanza en mis oídos (Cant2, 14) y santificando su alma les sean revelados los misterios de la encarnación y redención. Y para esto quiero, esposa mía, que vayas a visitar a Isabel, porque todas las tres Personas divinas elegimos a su hijo para grandes obras de nuestro beneplácito.

192. A este mandato del Señor respondió la obedientísima Madre: Bien sabéis, Dueño y Señor mío, que todo mi corazón y mis deseos se encaminan a vuestro divino beneplácito y quiero con diligencia cumplir lo que mandáis a vuestra humilde sierva. Dadme, bien mío, licencia para que la pida a mi esposo José y que haga esta jornada con su obediencia y gusto. Y para que del vuestro no me aparte, gobernad en ella todas mis acciones y enderezad mis pasos a la mayor gloria de vuestro santo nombre, y recibid para esto el sacrificio de salir en público y dejar mi retirada soledad. Y quisiera yo, Rey y Dios de mi alma, ofrecer más

que mis deseos en esto, hallando que padecer por vuestro amor todo lo que fuere de mayor servicio y agrado vuestro, para que no estuviera ocioso el afecto de mi alma.

193. Salió de esta visión nuestra gran Reina y, llamando a los mil ángeles de su guarda, se le manifestaron en forma corpórea, y declaróles el mandato del Altísimo, pidiéndoles que en aquella jornada la asistiesen muy cuidadosos y solícitos, para enseñarla a cumplir aquella obediencia con el mayor agrado del Señor y la defendiesen y guardasen de los peligros, para que en todo lo que se le ofreciese en aquel viaje ella obrase perfectamente. Ofreciéronse los santos príncipes a obedecerla y servirla con admirable rendimiento. Esto mismo solía hacer en otras ocasiones la Maestra de toda prudencia y humildad, que siendo ella más sabia y más perfecta en el obrar que los mismos Ángeles, con todo eso, por el estado de viadora y por la condición de la inferior naturaleza que tenía, para dar a sus obras toda plenitud de perfección, consultaba y llamaba a sus Santos Ángeles, que siendo inferiores en santidad la guardaban y asistían, y con su dirección disponía las acciones humanas, gobernadas todas por otra parte con el instinto del Espíritu Santo. Y los divinos espíritus la obedecían con la presteza y puntualidad propia a su naturaleza y debida a su misma Reina y Señora. Y con ella hablaban y conferían coloquios dulcísimos y alternaban cánticos de sumo honor y alabanza del Altísimo. Y otras veces trataba de los misterios soberanos del Verbo encarnado, de la unión hipostática, del sacramento de la redención humana, de los triunfos que alcanzaría, de los frutos y beneficios que de sus obras recibirían los mortales. Y sería alargarme mucho, si hubiera de escribir todo lo que en esta parte se me ha manifestado.

194. Determinó luego la humilde esposa pedir licencia a San José para poner por obra lo que la mandaba el Altísimo y sin manifestarle este mandato, siendo en todo prudentísima, un día le dijo estas palabras: Señor y esposo mío, por la divina luz he conocido cómo la dignación del Altísimo ha favorecido a Isabel mi prima, mujer de Zacarías, dándole el fruto que pedía en un hijo que ha concebido, y espero en su bondad inmensa que siendo mi prima estéril,

habiéndole concedido este singular beneficio, será para mucho agrado y gloria del Señor. Yo juzgo que en tal ocasión como ésta me corre obligación decente de ir a visitarla y tratar con ella algunas cosas convenientes a su consuelo y su bien espiritual. Si esta obra, señor, es de vuestro gusto, haréla con vuestra licencia, estando sujeta en todo a vuestra disposición y voluntad. Considerad vos lo mejor y mandadme lo que debo hacer.

195. Fue para el Señor muy agradable esta discreción y silencio de María santísima, llena de tan humilde rendimiento como digna de su capacidad para que se depositasen en su pecho los grandes sacramentos del Rey (Tob 12, 7). Y por esto y por la confianza en su fidelidad con que obraba esta gran Señora, dispuso Su Majestad el corazón purísimo del Santo José, dándole su luz divina para lo que debía hacer conforme a la voluntad del mismo Señor. Este es premio del humilde que pide consejo, hallarle seguro y con acierto, y también es consiguiente al santo y discreto celo dar e prudente cuando se le piden. Con esta dirección respondió el santo esposo a nuestra Reina: Ya sabéis, Señora y esposa mía, que mis deseos todos están dedicados para serviros con toda mi atención y diligencia, porque de vuestra gran virtud confío, como debo, no se inclinará vuestra rectísima voluntad a cosa alguna que no sea de mayor agrado y gloria del Altísimo, como creo lo será esta jornada. Y porque no extrañen que vais en ella sin la compañía de vuestro esposo, yo iré con mucho gusto para cuidar de vuestro servicio en el camino. Determinad el día para que vayamos juntos.

196. Agradeció María santísima a su prudente esposo José el cuidadoso afecto y que tan atentamente cooperase a la voluntad divina en lo que sabía era de su servicio y gloria; y determinaron entrambos partir luego a casa de Isabel (Lc 1, 39), previniendo sin dilación la recámara para el viaje, que toda se vino a resumir en alguna fruta, pan y pocos pececillos que le trajo el Santo José y en una humilde bestezuela que buscó prestada, para llevar en ella toda la recámara y a su Esposa y Reina de todo lo criado. Con esta prevención partieron de Nazaret para Judea, y la jornada proseguiré en el capítulo siguiente. Pero al salir de su pobre

casa la gran Señora del mundo hincó las rodillas a los pies de su esposo San José y le pidió su bendición para dar principio a la jornada en el nombre del Señor. Encogióse el Santo viendo la humildad tan rara de su esposa, que ya con tantas experiencias tenía muy conocida, y deteníase en bendecirla, pero la mansedumbre y dulce instancia de María santísima le venció y el Santo la bendijo en nombre del Altísimo. Y a los primeros pasos levantó la divina Señora los ojos al cielo y el corazón a Dios, enderezándolos a cumplir el divino beneplácito, llevando en su vientre al Unigénito del Padre y suyo para santificar a Juan en el de su madre Isabel.

Doctrina que me dio la divina Reina y Señora.

197. Hija mía carísima, muchas veces te fío y manifiesto el amor de mi pecho, porque deseo grandemente que se encienda en el tuyo y te aproveches de la doctrina que te doy. Dichosa es el alma a quien manifiesta el Altísimo su voluntad santa y perfecta, pero más feliz y bienaventurada es quien conociéndola pone en ejecución lo que ha conocido. Por muchos medios enseña Dios a los mortales el camino y sendas de la vida eterna: por los evangelios y santas Escrituras, por los sacramentos y leyes de la santa Iglesia, por otros libros y ejemplos de los Santos, y especialmente por medio de la doctrina y obediencia de sus ministros, de quienes dijo Su Majestad: *Quien a vosotros oye, a mí me oye* (Lc 10, 16); que el obedecerlos a ellos es obedecer al mismo Señor. Cuando por alguno de estos caminos llegares a conocer la divina voluntad, quiero de ti que con ligerísimo vuelo, sirviéndote de alas la humildad y la obediencia, o como un rayo prestísimo, así seas pronta en ejercitarla y en cumplir el divino beneplácito.

198. Fuera de estos modos de enseñanza, tiene otros el Altísimo para encaminar las almas, intimándoles su voluntad perfecta sobrenaturalmente, por donde les revela muchos sacramentos. Este orden tiene sus grados y muy diferentes, y no todos son ordinarios ni comunes a las almas, porque dispensa el Altísimo su luz con medida y peso: unas veces habla el corazón y sentidos interiores con imperio, otras corrigiendo, otras amonestando y enseñando, otras veces mueve al corazón para que él lo

pida y otras le propone claramente lo que el mismo Señor desea, para que se mueva el alma a ejecutarlo, y otras suele proponer en sí mismo, como en un claro espejo, grandes misterios que vea y conozca el entendimiento y ame la voluntad. Pero siempre este gran Dios y sumo bien es dulcísimo en mandar, poderoso en dar fuerzas para obedecer, justo en sus órdenes y presto en disponer las cosas para ser obedecido y eficaz en vencer los impedimentos, para que se cumpla su santísima voluntad.

199. En recibir esta luz divina te quiero, hija mía, muy atenta, y en ejecutarla muy presta y diligente; y para oír al Señor y percibir esta voz tan delicada y espiritualizada es necesario que las potencias del alma estén purgadas de la grosería terrena y que toda la criatura viva según el espíritu, porque el hombre animal no percibe las cosas levantadas y divinas (1 Cor 2, 14). Atiende, pues, a tu secreto (Is 24, 16) y olvida todo lo de fuera; oye, hija mía, e inclina tu oído (Sal 44, 11) despedida de todo lo visible. Y para que seas diligente, ama; que el amor es fuego y no sabe dilatar sus efectos donde halla dispuesta la materia, y tu corazón siempre le quiero dispuesto y preparado. Y cuando el Altísimo te mandare o enseñare alguna cosa en beneficio de las almas, y más para su salud eterna, ofrécete con rendimiento, porque son el precio más estimable de la sangre del Cordero (1 Pe 1, 18-19) y del amor divino. No te impidas para esto con tu misma bajeza ni encogimiento, pero vence el temor que te acobarda, que si tú vales poco y eres inútil para todo, el Altísimo es rico, poderoso, grande, y por sí mismo hizo todas las cosas (Is 44, 24), y no carecerá de premio tu prontitud y efecto, aunque sólo quiero que te mueva el beneplácito de tu Señor.

CAPITULO 16

La jornada de María santísima a visitar a Santa Isabel y la entrada en casa de Zacarías.

200. Levantándose en aquellos días —dice el texto sagrad (Lc 1, 39)— María santísima caminó con mucha diligencia a las montañas y ciudad de Judá. Este levantarse nuestra

divina Reina y Señora no fue sólo disponerse exteriormente y partir de Nazaret a su jornada, porque también significa el movimiento de su espíritu y voluntad con que por el divino impulso y mandato se levantó interiormente de aquel humilde retiro y lugar que con su mismo concepto y estimación tenía. De allí se levantó como de los pies del Altísimo, cuya voluntad y beneplácito esperaba para cumplirle, como la más humilde sierva que dijo David (Sal 122, 2) *tiene puestos los ojos en las manos de su señora,* aguardando que la mande. Y levantándose con la voz del Señor encaminó su afecto dulcísimo a cumplir su voluntad santísima, en apresurar sin dilación la santificación del Precursor del Verbo humanado, que estaba en el vientre de Isabel como encarcelado con las prisiones del primer pecado. Este era el término y el fin de esta feliz jornada; para él se levantó la Princesa de los cielos y caminó con la presteza y diligencia que dice el evangelista san Lucas.

201. Dejando, pues, la casa de sus padres y olvidando su pueblo (Sal 44, 11), tomaron el camino los castísimos esposos María y José y le enderezaron a casa de San Zacarías en las montañas de Judea, que distaba veintisiete leguas de Nazaret, y gran parte de él era áspero y fragoso para tan delicada y tierna doncella. Toda la comodidad para tan desigual trabajo era un humilde jumentillo, en que comenzó y prosiguió el viaje; y aunque iba destinado sólo para su alivio y servicio, pero la más humilde y modesta de las criaturas se apeaba de él muchas veces y rogaba a su esposo San José partiesen el trabajo y comodidad y que fuese el Santo con algún alivio, sirviéndose de la bestezuela para esto. Nunca lo admitió el prudente esposo y, por condescender en algo con los ruegos de la divina Señora, consentía que algunos ratos fuese con él a pie, mientras le parecía lo podía sufrir su delicadeza, sin fatigarse demasiado, y luego con gran decoro y reverencia la pedía no rehusase el admitir aquel pequeño alivio, y la Reina celestial obedecía, prosiguiendo a caballo lo restante.

202. Con estas humildes competencias continuaban sus jornadas María santísima y San José, y en ellas distribuían el tiempo sin dejar ocioso sólo un punto. Caminaban en soledad, sin compañía de criaturas humanas, pero

asistíanlos en todo los mil ángeles que guardaban el lecho de Salomón (Cant 3, 7), María santísima, que aunque iban en forma visible sirviendo a su gran Reina y a su Hijo santísimo en su vientre, sola ella los veía; y atendiendo a los Ángeles y a San José su esposo, caminaba la Madre de la gracia, llenando los campos y los montes de fragancia suavísima con su presencia y con los divinos loores en que sin intervalo alguno se ocupaba. Unas veces hablaba con sus Ángeles y alternativamente hacían cánticos divinos, con motivos diferentes de los misterios de la divinidad y de las obras de la creación y encarnación, con que de nuevo se enardecía en divinos afectos el cándido corazón de la purísima Señora. Y a todo esto ayudaba San José su esposo con el templado silencio que guardaba, recogiendo su espíritu en sí mismo con alta contemplación y dando lugar para que, a su entender, hiciera lo mismo su devota esposa.

203. Otras veces hablaban los dos y conferían muchas cosas de la salud de sus almas y de las misericordias del Señor, de la venida del Mesías y de las profecías que de él estaban anunciadas a los antiguos padres, y otros misterios y sacramentos del Altísimo. Sucedió en este viaje una cosa admirable para el santo esposo José: amaba tiernamente a su esposa con el amor santo y castísimo, ordenado (Cant 2, 4) con especial gracia y dispensación del mismo amor divino; y a más de este privilegio era el Santo, por otro no pequeño, de condición nobilísima, cortés, agradable y apacible; y todo esto obraba en él una solicitud prudentísima y amorosa a que le movía desde el principio la misma santidad y grandeza, que conocía en su divina esposa, como objeto próximo de aquellos dones del cielo. Con esto iba el Santo cuidando de María santísima y preguntándole muchas veces si se fatigaba y cansaba y en qué la podía aliviar y servir. Pero como ya la Reina del cielo llevaba en su tálamo virginal el divino fuego del Verbo humanado, sentía el Santo José —ignorando la causa— nuevos efectos en su alma por las palabras y conversación de su amada esposa, con que se reconocía más inflamado en el amor divino y con altísimo conocimiento de estos misterios que hablaban, con una llama interior y nueva luz que le espiritualizaba y le renovaba todo. Y cuanto más

proseguían el camino y las pláticas celestiales, tanto más crecían estos favores, de que conocía ser instrumento las palabras de su esposa que penetraban su corazón e inflamaban la voluntad al divino amor.

204. Era tan grande esta novedad, que no pudo dejar de atender mucho a ella el discreto esposo San José; y aunque conoció le venía todo por medio de María santísima, y con la admiración se consolara con saber la causa e inquirirla sin curiosidad, con todo esto por su gran modestia no se atrevió a preguntarle cosa alguna, disponiéndolo así el Señor, porque no era tiempo de que conociese entonces el sacramento del Rey, que en el vientre virginal estaba escondido. Miraba la divina Princesa a su esposo, conociendo todo cuanto pasaba en el secreto de su pecho, y discurriendo con su prudencia se le representó que naturalmente era forzoso venir a manifestarse su preñado sin podérselo ocultar a su carísimo y castísimo esposo. No sabía entonces la gran Señora el modo con que Dios gobernaría este sacramentó; pero aunque no había recibido orden ni mandato suyo para que le ocultase, su divina prudencia y discreción la enseñaron cuan bueno era esconderle como sacramento grande y el mayor de todos los misterios; y así le tuvo oculto y secreto sin hablar palabra de él con su esposo, ni en esta ocasión, ni antes en la anunciación del Ángel, ni después en los cuidados que adelante diremos (Cf. infra n. 375-394), cuando llegó el caso de conocer el Santo José el preñado.

205. ¡Oh discreción admirable y prudencia más que humana! Dejóse toda la gran Reina en la Divina Providencia, esperando lo que disponía, pero sintió algún cuidado y pena, previniendo la que su esposo santo podía recibir, y considerando que no podía anticipadamente sacarle de ella o divertirla. Y crecíale más este cuidado, atendiendo al que tenía el santo en servirla y en cuidar de ella con tanto amor y solicitud, a que se debía igual correspondencia en todo lo que prudentemente fuera posible. Por esto hizo especial oración al Señor, representándole su cuidadoso afecto y deseos del acierto, y el que San José había menester en la ocasión que esperaba, pidiendo para todo la asistencia y dirección divina. Y con

esta suspensión ejercitó Su Alteza grandes y heroicos actos de fe, esperanza, caridad, prudencia, humildad, paciencia y fortaleza, dando plenitud de santidad a todo lo que se ofrecía; porque en cada cosa obraba lo más perfecto.

206. Esta jornada fue la primera peregrinación que hizo el Verbo humanado en el mundo, cuatro días después de haber entrado en él; que no pudo sufrir mayor dilación ni tardanza su ardentísimo amor en comenzar a encender el fuego que venía a derramar en él (Lc 12, 49), dando principio a la justificación de los mortales en su divino precursor. Y esta presteza comunicó a su Madre santísima, para que con festinación se levantase y fuese a visitar a Isabel. Y la divinísima Señora sirvió en esta ocasión de carroza al verdadero Salomón, pero más rica, más adornada y ligera que la del primero, a que la comparó el mismo Salomón (Cant 3, 9-10) en sus Cantares; y así fue más gloriosa esta jornada y con mayor júbilo y magnificencia del Unigénito del Padre, porque caminaba con descanso en el tálamo virginal de su Madre y gozando de sus delicias amorosas, con que le adoraba, le bendecía, le miraba, le hablaba, le oía y respondía, y sola ella, que entonces era el archivo real de este tesoro y la secretaria de tan magnífico sacramento, le veneraba y agradecía por sí y por todo el linaje humano, mucho más que los hombres y los ángeles juntos.

207. En el discurso del camino, que les duró cuatro días, ejercitaron los peregrinos María santísima y José, no sólo las virtudes que miran a Dios como objeto y otras interiores, pero muchos actos de caridad con los prójimos; porque no podía estar ociosa en presencia de los necesitados de socorro. No hallaban en todas las posadas igual acogida, porque algunos como rústicos los despedían dejados en su natural inadvertencia, otros los admitían con amor movidos de la divina gracia. Pero a ninguno negaba la Madre de la misericordia la que podía ejercitar con él, y para esto iba cuidadosa si decentemente podía visitar o topar pobres, enfermos y afligidos, y a todos los socorría y consolaba, o sanaba de sus dolencias. No me detengo en referir todos los casos que en esto sucedieron. Sólo digo la buena dicha de una pobre doncella enferma que topó

nuestra gran Reina en un lugar por donde pasaba el día primero del viaje. Viola Su Majestad y movióla a ternura y compasión la enfermedad, que era gravísima; y usando de la potestad de Señora de las criaturas, mandó a la fiebre que dejase a aquella mujer y a los humores que se compusiesen y ordenasen, reducidos a su natural estado y temperamento. Y con este mandato y la dulcísima presencia de María purísima, quedó al punto la enferma libre y sana de su dolencia en el cuerpo y mejorada en el espíritu; y después fue creciendo hasta llegar a ser perfecta y santa, porque le quedó estampada en el pecho la memoria y las especies imaginarias de la autora de su bien, y en el corazón le quedó un íntimo amor, aunque no vio más a la divina Señora, ni se divulgó el milagro.

208. Prosiguiendo sus jornadas llegaron María santísima y San José su esposo el cuarto día a la ciudad de Judá, que era donde vivían Isabel y Zacarías. Y éste era el nombre propio y particular de aquel lugar, donde a la sazón vivían los padres de San Juan, y así lo especificó el evangelista San Lucas llamándola Judá (Lc 1, 39); aunque los expositores del Evangelio comúnmente han creído que este nombre no era propio de la ciudad donde vivían Isabel y Zacarías, sino común de aquella provincia que se llama Judá o Judea, como también por esto se llamaban montañas de Judea aquellos montes que de la parte austral de Jerusalén corren hacia el mediodía. Pero lo que a mí se me ha manifestado es que la ciudad se llamaba Judá y que el evangelista la nombró por su propio nombre, aunque los doctores y expositores han entendido por el nombre de Judá la provincia a donde pertenecía. Y la razón de esto ha resultado de que aquella ciudad que se llamaba Judá se arruinó por años después de la muerte de Cristo Señor nuestro, y como los expositores no alcanzaron la memoria de tal ciudad, entendieron que San Lucas por nombre Judá había dicho la provincia y no el lugar, y de aquí ha resultado la variedad de opiniones sobre cuál era la ciudad donde sucedió la visitación de María santísima a Santa Isabel.

209. Y porque la obediencia me ha ordenado que declare más exactamente este punto por la novedad que puede

causar y habiendo hecho lo que sobre esto se me ha mandado, digo que la casa de San Zacarías y Santa Isabel, donde sucedió la visitación, fue en el mismo puesto donde ahora son venerados estos misterios divinos por los fieles y peregrinos que acuden o viven en los Santos Lugares de Palestina. Y aunque la ciudad de Judá, donde estaba la casa de Zacarías, fue derruida, no permitió el Señor que se olvidase y borrase la memoria de tan venerables lugares donde tantos misterios se habían obrado, quedando consagrados con las plantas de María santísima, de Cristo Señor nuestro y del San Juan Bautista y sus santos padres. Y así tuvieron luz divina los antiguos fieles que edificaron aquellas iglesias y repararon los Lugares Santos para conocer con ella y con alguna tradición la verdad de todo y renovar la memoria de tan admirables sacramentos, y que gozásemos del beneficio de venerarlos y adorarlos los fieles que ahora vivimos, protestando y confesando la fe católica en los lugares sagrados de nuestra redención.

210. Para mayor noticia de esto se advierta que el demonio, después que en la muerte de Cristo Señor nuestro conoció que era Dios y Redentor de los hombres, pretendió con increíble furor borrar la memoria, como dice Jeremías (Jer 11, 19), de la tierra de los vivientes, y lo mismo de su Madre santísima. Y así, procuró una vez que se ocultase y soterrase la santísima cruz, otra que fuese cautiva en Persia, y con este intento procuró que fuesen arruinados y extinguidos muchos de los Lugares Santos. De aquí resultó que los Ángeles Santos trasladasen tantas veces la venerable y santa casa de Loreto; porque el mismo dragón que perseguía a esta divina Señora (Ap 12, 13), tenía ya reducidos los ánimos de los moradores de la tierra para que extinguiesen y arruinasen aquel sagrado oratorio que había sido la oficina donde se obró el altísimo misterio de la encarnación. Y por esta misma astucia del enemigo se arruinó la antigua ciudad de Judá, ya por negligencia de los moradores que se fueron acabando, ya por desgracias e infortunos sucesos; aunque no dio lugar el Señor para que pereciese y se arruinase del todo la casa de San Zacarías, por los sacramentos que allí se habían celebrado.

211. Distaba esta ciudad, como he dicho, veintisiete

leguas de Nazaret, y de Jerusalén dos leguas poco más o menos, hacia la parte donde tiene su principio el torrente Sorec en las montañas de Judea. Y después del nacimiento de San Juan Bautista y despedidos María santísima y San José para volverse a Nazaret, tuvo Santa Isabel una revelación divina que amenazaba de próximo una gran ruina y calamidad para los niños de Belén y su comarca. Y aunque esta revelación fue con esta generalidad, sin más claridad ni especificación, movió a la madre de San Juan Bautista para que con Zacarías su marido se retirase a Hebrón, que estaba ocho leguas poco más o menos de Jerusalén, y así lo hicieron; porque eran ricos y nobles, y no sólo en Judá y en Hebrón pero en otros lugares tenían casas y hacienda. Y cuando María santísima y San José, huyendo de Herodes, se fueron peregrinando a Egipto (Mt 2, 14), algunos meses después de la natividad del Verbo y más de la del San Juan Bautista, entonces Santa Isabel y San Zacarías estaban en Hebrón; y San Zacarías murió cuatro meses después que nació Cristo Señor nuestro, que serían diez después del nacimiento de su hijo San Juan Bautista. Esto me parece suficiente ahora para declarar esta duda, y que la casa de la visitación ni fue en Jerusalén, ni en Belén, ni en Hebrón, sino en la ciudad que se llamaba Judá. Y así lo he entendido con la luz del Señor que los demás misterios de esta divina Historia, y después de nuevo me lo declaró el Santo Ángel en virtud de la nueva obediencia que tuve para preguntárselo otra vez (Nota de la autora al margen de este número: "Algunos mapas de Palestina señalan esta ciudad de Judá en este lugar, que dice en los orígenes del río Sodec; y con lo que dice en esta declaración se responde derechamente a Juliano y Porfirio, herejes, que redarguyeron al Evangelista San Lucas de mal historiador, pues fue tan exacto declarando el nombre de la ciudad de la casa de San Zacarías. Véanse los expositores y especialmente la *Historia de la Tierra Santa* del Padre Cuaresmio, libro VI, cap. 2 y en los siguientes". Cf. QUARESMIUS, F. *Histórica, theologica et moralis Terrae Sanctae elucidatio,* Antverpiae 1639.

212. A esta ciudad de Judá y casa de Zacarías llegaron María santísima y San José. Y para prevenirla se adelantó algunos pasos el santo esposo, y llamando saludó a los

moradores, diciendo: El Señor sea con vosotros, y llene vuestras almas de su divina gracia.—Estaba ya prevenida Santa Isabel, porque el mismo Señor la había revelado que María de Nazaret su deuda partía a visitarla; aunque sólo había conocido por esta visión cómo la divina Señora era muy agradable en los ojos del Altísimo, pero el misterio de ser Madre de Dios no se le había revelado hasta que las dos se saludaron a solas. Pero salió luego Santa Isabel con algunos de su familia a recibir a María santísima, la cual previno en la salutación, como más humilde y menor en años, a su prima, y la dijo: El Señor sea con Vos, prima y carísima mía.—El mismo Señor, respondió Isabel, os premie el haber venido a darme este consuelo.—Con esta salutación subieron a la casa de Zacarías, y retirándose las dos primas a solas, sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio nuestra Reina y Señora.

213. Hija mía, cuando la criatura hace digno aprecio de las buenas obras y de la obediencia del Señor que se las manda para gloria suya, de aquí le nace gran facilidad en obrarlas, grande y suavísima dulzura en emprenderlas y una presteza diligente en continuarlas y proseguirlas; y estos efectos dan testimonio de la verdad y utilidad que hay en ellas. Mas no puede el alma sentir este efecto y experiencia, si no está muy rendida al Señor, mirando y levantando los ojos a su divino beneplácito para oírlo con alegría y ejecutarlo con presteza, olvidándose de su propia inclinación y comodidad, como el siervo fiel, que sólo quiere hacer la voluntad de su señor y no la suya. Este es el modo de obedecer fructuoso que deben todas las criaturas a Dios, y mucho más las religiosas que así lo prometieron. Y para que tú, carísima, le consigas perfectamente, advierte con qué aprecio habla Santo Rey David en muchas partes de los preceptos del Señor, de sus palabras y de su justificación y efectos que causaron en el profeta, y ahora en las almas; pues confiesa que a los niños hacen sabios (Sal 18, 8), que alegran el corazón humano (Sal 18, 9), que iluminan los ojos de las almas, que para sus pies eran luz clarísima (Sal 118, 105), que son más dulces que la miel y más deseables y estimables que el oro y que las piedras más preciosas (Sal

18, 11). Esta prontitud y rendimiento a la divina voluntad y su ley hizo a Santo Rey David conforme al corazón de Dios (1 Sam 13, 14; Act 13, 22), porque tales quiere Su Majestad a sus siervos y amigos.

214. Atiende, pues, hija mía, con todo aprecio a las obras de virtud y perfección que conoces son del beneplácito de tu Señor, y ninguna desprecies, ni resistas, ni la dejes de emprender por más violencia que sientas en tu inclinación y flaqueza. Fía del Señor y aplícate a la ejecución, que luego vencerá su poder todas las dificultades, y luego conocerás con feliz experiencia cuan ligera es la carga y suave el yugo del Señor (Mt 11, 30) y que no fue engaño el decirlo Su Majestad, como lo quieren suponer los tibios y negligentes, que con su torpeza y desconfianza tácitamente redarguyen esta verdad. Quiero también que para imitarme en esta perfección adviertas el beneficio que me hizo la dignación divina, dándome una piedad y afecto suavísimo con las criaturas, como hechuras y participantes de la bondad y ser divino. Con este afecto deseaba consolar, aliviar y animar a todas las almas, y con una natural compasión les procuraba todo bien espiritual y corporal, y á ninguno por grande pecador que fuese le deseaba mal ninguno, antes a éstos me inclinaba con grande fuerza de mi compasivo corazón para solicitarles su salud eterna. Y de aquí me resultó el cuidado de la pena que mi esposo José había de recibir con mi preñado, porque a él le debía más que a todos. Esta suave compasión teníala también muy particular con los afligidos y enfermos, y a todos procuraba granjearles algún alivio. Y en esta condición quiero de ti que usando de ella prudentemente me imites como lo conoces.

CAPITULO 17

La salutación que hizo la Reina del cielo a Santa Isabel y la santificación de San Juan Bautista.

215. Cumplido el sexto mes del preñado de Santa Isabel, estaba en la caverna de su vientre el Precursor futuro de Cristo nuestro bien, cuando llegó la madre santísima María a la casa de San Zacarías. La condición del cuerpo del niño

San Juan Bautista era en el orden natural muy perfecta, y más que otras, por el milagro que intervino en su concepción de madre estéril y porque se ordenaba para depositar en él la santidad mayor entre los nacidos (Mt 11, 11), que Dios le tenía prevenida. Pero entonces su alma estaba poseída de las tinieblas del pecado original que había contraído en Adán, como los demás hijos de este primero y común padre del linaje humano. Y como por ley común y general no pueden los mortales recibir la luz de la gracia antes de salir a esta luz material del sol, por esto, después del primer pecado que se contrae con la naturaleza, viene a servir el vientre materno como de cárcel o calabozo de todos los que fuimos reos en nuestro padre y cabeza Adán. A su gran profeta y precursor determinó Cristo Señor nuestro adelantar en este gran beneficio, anticipándole la luz de la gracia y justificación a los seis meses que Santa Isabel le había concebido, para que su santidad fuese privilegiada como lo había de ser el oficio de precursor y bautista.

216. Después de la primera salutación que hizo María santísima a su prima Santa Isabel, se retiraron las dos a solas, como dije en el fin del capítulo pasado (Cf. supra n. 212). Y luego la Madre de la gracia saludó (Lc 1, 40) de nuevo a su deuda, y la dijo: Dios te salve, prima y carísima mía, y su divina luz te comunique gracia y vida.—Con esta voz de María santísima quedó Santa Isabel llena del Espíritu Santo (Lc 1, 41) y tan iluminado su interior, que en un instante conoció altísimos misterios y sacramentos. Estos efectos y los que sintió al mismo tiempo el niño San Juan Bautista en el vientre de su madre resultaron de la presencia del Verbo humanado en el tálamo de María, donde sirviéndose de su voz como de instrumento comenzó a usar de la potestad que le dio el Padre eterno para salvar y justificar las almas como su Reparador. Y como la ejecutaba como hombre, estando en el mismo vientre virginal aquel cuerpecito de ocho días concebido —¡cosa maravillosa!— se puso en forma y postura humilde de orar y pedir al Padre, y oró y pidió la justificación de su Precursor futuro y la alcanzó de la Santísima Trinidad.

217. Fue San Juan Bautista en el vientre materno el tercero por quien en particular hizo oración nuestro

Redentor, estando también en el de María santísima; porque ella fue la primera por quien dio gracias y pidió y oró al Padre, y por esposo suyo entró San José en el segundo lugar en las peticiones que hizo el Verbo humanado, como dijimos en el capítulo 12 (Cf. supra n. 147); y el tercero entró el precursor San Juan Bautista entre las peticiones particulares por personas determinadas y nombradas por el mismo Señor; tanta fue la felicidad y privilegios de San Juan Bautista. Presentó Cristo Señor nuestro al eterno Padre los méritos y pasión y muerte que venía a padecer por los hombres, y en virtud de esto pidió la santificación de aquella alma, y nombró y señaló al niño que había de nacer santo para precursor suyo y que diese testimonio de su venida al mundo y preparase los corazones de su pueblo, para que le conociesen y recibiesen, y que para tan alto ministerio se le concediesen a aquella persona elegida todas las gracias, dones y favores convenientes y proporcionados; y todo lo concedió el Padre, como lo pidió su Unigénito humanado.

218. Esto precedió a la salutación y voz de María santísima. Y al pronunciar la divina Señora las palabras referidas, miró Dios al niño en el vientre de Santa Isabel y le dio uso de razón perfectísimo, ilustrándole con especiales auxilios de la divina luz, para que se preparase, conociendo el bien que le hacían. Y con esta disposición fue santificado del pecado original y constituido hijo adoptivo del Señor por gracia santificante y lleno del Espíritu Santo con abundantísima gracia y plenitud de dones y virtudes, y sus potencias quedaron santificadas con la gracia, sujetas y subordinadas a la razón; con que se cumplió lo que había dicho el Ángel San Gabriel a San Zacarías (Lc 1, 15), que su hijo sería lleno del Espíritu Santo y desde el vientre de su madre. Al mismo tiempo el dichoso niño desde su lugar vio al Verbo encarnado, sirviéndole como de vidriera las paredes de la caverna uteral y de cristales purísimos el tálamo de las virgíneas entrañas de María santísima, y adoró puesto de rodillas a su Redentor y Criador. Y éste fue el movimiento y júbilo que su madre Santa Isabel reconoció y sintió en su infante y en su vientre. Otros muchos actos hizo el niño San Juan Bautista en este beneficio, ejercitando todas las virtudes de fe, esperanza, caridad, culto, agradecimiento,

humildad, devoción y las demás que allí podría obrar. Y desde aquel instante comenzó a merecer y crecer en santidad, sin perderla jamás ni dejar de obrar con todo el vigor de la gracia.

219. Conoció Santa Isabel al mismo tiempo el misterio de la encarnación, la santificación de su hijo propio y el fin y sacramentos de esta nueva maravilla; conoció también la pureza virginal y dignidad de María santísima. Y en aquella ocasión, estando la divina Reina toda absorta en la visión de estos misterios y de la divinidad que los obraba en su Hijo santísimo, quedó toda divinizada y llena de luz y claridad de los dotes que participaba; y Santa Isabel la vio con esta majestad, y como por viril purísimo vio al Verbo humanado en el tálamo virginal, como en una litera de encendido y animado cristal. De todos estos admirables efectos fue instrumento eficaz la voz de María santísima, tan fuerte y poderosa como dulce en los oídos del Altísimo; y toda esta virtud era como participada de la que tuvo aquella poderosa palabra: *Fiat mihi secundum verbum tuum* (Lc 1, 38), con que trajo al eterno Verbo del pecho del Padre a su mente y a su vientre

220. Admirada Santa Isabel con lo que sentía y conocía en tan divinos sacramentos, fue toda conmovida con espiritual júbilo del Espíritu Santo y, mirando a la Reina del mundo y a lo que en ella veía, con alta voz prorrumpió en aquellas palabras que refiere San Lucas (Lc 1, 42-45): *Bendita eres tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre; ¿y de dónde a mí esto que venga la Madre de mi Señor adonde yo estoy? Pues luego que llegó a mis oídos la voz de tu salutación, se exultó y alegró el infante en mi vientre. Bienaventurada eres tú que creíste, porque en ti se cumplirán perfectamente todas las cosas que el Señor te dijo.* En estas palabras proféticas recopiló Santa Isabel grandes excelencias de María santísima, conociendo con la divina luz lo que había hecho el poder divino en ella y lo que de presente hacía y después en lo futuro había de suceder. Y todo lo conoció y entendió el niño San Juan Bautista en su vientre, que percibía las palabras de su madre, y ella era ilustrada por la ocasión de su santificación; y engrandeció ella a María santísima por entrambos

como al instrumento de su felicidad a quien él no podía por su boca bendecir ni alabar desde el vientre.

221. A las palabras de Santa Isabel, con que engrandeció a nuestra gran Reina, respondió la Maestra de la sabiduría y humildad, remitiéndolas todas a su Autor mismo y con dulcísima y suavísima voz entonó el cántico de la *Magníficat* que refiere San Lucas, y dijo (Lc 1, 46-55): *Mi alma glorifica al Señor: y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios, salvador mío. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava: por lo tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es todo poderoso, cuyo nombre es santo: y cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. Hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miras del corazón de los soberbios. Derribó del solio a los poderosos y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos: y a los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia, acogió a Israel su siervo: según la promesa que hizo a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia por los siglos de los siglos.*

222. Como Santa Isabel fue la primera que oyó este dulce cántico de la boca de María santísima, así también fue la primera que le entendió y con su infusa inteligencia le comentó. Entendió en él grandes misterios de los que encerró su autora en tan pocas razones. Magnificó el espíritu de María santísima al Señor por la excelencia de su ser infinito; refirió y dio a él toda la gloria y alabanza, como a principio y fin de todas sus obras, conociendo y confesando que sólo en Dios se debe gloriar y alegrar toda criatura, pues él solo es todo su bien y su salud. Confesó asimismo la equidad y magnificencia del Altísimo en atender a los humildes y poner en ellos su divino amor y espíritu con abundancia, y cuán digna cosa es que los mortales vean, conozcan y ponderen que por esta humildad alcanzó ella que todas las naciones la llamasen bienaventurada; y con ella merecerán también esta misma dicha todos los humildes, cada uno en su grado. Manifestó también en sola una palabra todas las misericordias, beneficios y favores que hizo con ella el Todopoderoso y su

santo y admirable nombre, llamándolas grandes cosas, porque ninguna fue pequeña en capacidad y disposición tan inmensa como la de esta gran Reina y Señora.

223. Y como las misericordias del Altísimo redundaron de la plenitud de María santísima para todo el linaje humano y ella fue la puerta del cielo por donde todas salieron y salen y por donde todos hemos de entrar a la participación de la divinidad, por esto confesó que la misericordia del Señor con ella se extendería por todas las generaciones para comunicarse a los que le temen. Y así como las misericordias infinitas levantan a los humildes y buscan a los que temen a Dios, también el poderoso brazo de su justicia disipa y destruye a los soberbios con la mente de su corazón y los derriba de su solio o trono para colocar en el a los pobres y humildes. Esta justicia del Señor se estrenó con admiración y gloria en la cabeza de los soberbios Lucifer y en sus secuaces, cuando los disipó y derribó el brazo poderoso del Altísimo —porque ellos mismos se precipitaron— de aquel lugar y asiento levantado de la naturaleza y de la gracia, que tenían en la primera voluntad de la mente divina y de su amor, con que quiere que sean todos salvos (1 Tim 2, 4); y su precipitación fue su desvanecimiento con que intentaron subir (Is 14, 13) adonde ni podían ni debían, y con esta arrogancia toparon contra los justos e investigables juicios del Señor, que disiparon y derribaron el soberbio ángel y todos los de su séquito (Ap 12, 9), y en su lugar fueron colocados los humildes por medio de María santísima, madre y archivo de las antiguas misericordias.

224. Por esta misma razón dice y confiesa también esta divina Señora que enriqueció Dios a los pobres, llenándolos de la abundancia de sus tesoros de gracia y gloria, y a los ricos de propia estimación, presunción y arrogancia, y a los que llenan su corazón de los falsos bienes que tiene el mundo por riquezas y felicidad, a éstos los despidió y despide el Altísimo de sí mismo, vacíos de la verdad, que no puede caber en corazones tan ocupados y llenos de mentira y falacia. Recibió a su siervo y a su niño Santa Israel, acordándose de su misericordia, para enseñarle dónde está la prudencia (Bar 3, 14), dónde está la verdad, dónde está

el entendimiento, dónde la vida larga y su alimento, dónde está la lumbre de los ojos y la paz. A éste enseñó el camino de la prudencia y las ocultas sendas de la sabiduría y disciplina, que se escondió de los príncipes de las gentes y no la conocieron los poderosos que predominan sobre las bestias de la tierra y se entretienen y juegan con las aves del cielo y amontonan los tesoros de plata y oro; ni la alcanzaron los hijos de Agar y los habitadores de Teman, que son los sabios y prudentes soberbios de este mundo. Pero entrégasela el Altísimo a los que son hijos de luz y de Abrahán por la fe (Gal 3, 7), por la esperanza y obediencia, porque así se lo prometió a él y a su posteridad y generación espiritual, por el bendito y dichoso fruto del vientre virginal de la santísima Virgen María.

225. Entendió Santa Isabel estos escondidos misterios, oyendo a la Reina de las criaturas; y no sólo eso, que yo puedo manifestar, entendió la dichosa matrona, pero muchos y mayores sacramentos que no alcanza mi entendimiento; ni tampoco me quiero alargar en todo lo que se me ha declarado, porque me dilataría demasiado en este discurso. Pero en las dulces pláticas y conferencias divinas que tuvieron estas dos señoras y mujeres santas y prudentes, María purísima y su prima Isabel, me acordaron los dos serafines que vio Isaías (Is 6, 2-3) sobre el trono del Altísimo, alternando aquel cántico divino y siempre nuevo: *Santo, Santo, Santo,* etc., cubriendo con dos alas su cabeza, con dos los pies y volando con otras dos. Claro está que el encendido amor de estas divinas Señoras excedía a todos los serafines, y sola María santísima amaba más que todos ellos. En este divino incendio se abrasaban, extendiendo las alas de los pechos para manifestárselos una a otra y para volar a la más levantada inteligencia de los misterios del Altísimo. Con otras dos alas de rara sabiduría cubrían su cabeza, porque entrambas propusieron y concertaron el secreto del sacramento del Rey y guardarle para sí solas toda la vida, y porque también cautivaron y sujetaron su discurso, creyendo con rendimiento, sin altivez ni curiosidad. Cubrieron asimismo los pies del Señor y suyos con alas de serafines, estando humilladas y aniquiladas en su baja estimación a la vista de tanta Majestad. Y si María santísima encerraba en su virginal vientre al mismo Dios de

la majestad, con razón y toda verdad diremos que cubría el trono donde el Señor tenía su asiento.

226. Cuando fue hora que saliesen las dos Señoras de su retiro, Santa Isabel ofreció a la Reina del cielo su persona por esclava y a toda su familia y casa para su servicio, y que para su quietud y recogimiento admitiese un aposento de que ella misma usaba para la oración, por más retirado y acomodado para esta ocupación. La divina Princesa con rendido agradecimiento admitió el aposento y le señaló para su recogimiento y para dormir; y nadie entró en él fuera de las dos primas. Y en lo demás se ofreció a servir y asistir a Santa Isabel como sierva, pues para esto dijo había venido a visitarla y consolarla. ¡Oh qué amistad tan dulce, tan verdadera e inseparable, unida con el mayor vínculo del amor divino! Admirable veo al Señor en manifestar este gran sacramento de su encarnación a tres mujeres primero que a otro ninguno del linaje humano; porque la primera fue Santa Ana, como queda dicho en su lugar (Cf. supra p. I n. 184), la segunda fue su Hija y Madre del Verbo, María santísima, la tercera fue Santa Isabel y su Hijo con ella, pero en el vientre de su madre, que no se reputa por otra persona a que fue manifestó; que *lo estulto de Dios es más sabio que los hombres,* como dijo san Pablo (1 Cor 1, 25).

227. Salieron María santísima y Santa Isabel de su retiro entrada ya la noche, habiendo estado grande rato en él, y la Reina vio a Zacarías que estaba con su mudez y le pidió su bendición como a Sacerdote del Señor, y el Santo se la dio. Pero aunque le vio con piedad y ternura de que estaba mudo, como sabía el sacramento que había encerrado en aquel trabajo, no se movió a remediarle por entonces, pero hizo oración por él. Santa Isabel, que ya conocía la buena dicha del castísimo esposo San José, aunque entonces la ignoraba él, le acarició y regaló con grande reverencia y estimación. Y después de tres días que había estado en casa de San Zacarías, pidió licencia a su divina esposa María para volverse a Nazaret, dejándola en compañía de Santa Isabel para que la asistiese en su preñado. Despidióse el Santo esposo con acuerdo que volvería por la Reina cuando le diese aviso; y Santa Isabel le ofreció algunos dones que llevase a su casa, pero de todo recibió

muy poco, y esto por la instancia que le hizo, porque era el varón de Dios no sólo amador de la pobreza, pero de corazón magnánimo y generoso. Con esto caminó la vuelta de Nazaret con la bestezuela que había traído. Y en su casa le sirvió en ausencia de su esposa una mujer vecina y deuda, que solía acudir a las cosas que se le ofrecían traer de fuera cuando estaba en su casa María santísima Señora nuestra.

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora nuestra.

228. Hija mía, para que en tu corazón más se encienda la llama del deseo con que te veo siempre de conseguir la gracia y amistad de Dios, deseo yo mucho que conozcas la dignidad y excelencia y felicidad grande de un alma, cuando llega a recibir esta hermosura; pero es tan admirable y de tanto valor, que no la podrás comprender aunque yo te la manifieste, y mucho menos es posible que lo expliques con tus palabras. Atiende al Señor y mírale con su divina luz que recibes, y en ella conocerás cómo es más gloriosa obra para el Señor justificar sola un alma, que haber criado todos los orbes del cielo y de la tierra con el complemento y perfección natural que tienen. Y si por estas maravillas que perciben las criaturas en mucha parte por los sentidos corporales conocen a Dios por grande y poderoso (Rom 1, 20), ¿qué dirían y qué juzgarían, si viesen con los ojos del alma lo que vale y monta la hermosura de la gracia en tantas criaturas capaces de recibirla?

229. No hay términos ni palabras con que adecuar lo que en sí es aquella participación del Señor y perfecciones de Dios que contiene la gracia santificante: poco es llamarla más pura y blanca que la nieve, más refulgente que el sol, más preciosa que el oro y que las piedras, más apacible, más amable y agradable que todos los deleitables regalos y caricias y más hermosa que todo cuanto puede imaginar el deseo de las criaturas. Atiende asimismo a la fealdad del pecado, para que por su contrario vengas en mayor conocimiento de la gracia, porque ni las tinieblas, ni la corrupción, ni lo más horrible, espantable y feo, llega a compararse con ella y con su mal olor. Mucho conocieron de esto los Mártires y los Santos que por conseguir esta

hermosura y no caer en aquella infeliz ruina, no temieron el fuego, ni las fieras, las navajas, tormentos, cárceles, ignominias, penas, dolores, ni la misma muerte, ni el prolongado y perpetuo padecer (Heb 11, 36-37); que todo esto es menos, pesa menos y vale más poco y no se debe estimar por conseguir un solo grado de gracia; y éste y muchos puede tener un alma, aunque sea la más desechada del mundo. Y todo esto ignoran los hombres, que sólo estiman y codician la fugitiva y aparente hermosura de las criaturas, y lo que no la tiene es para ellos vil y contentible.

230. Por esto conocerás algo del beneficio que hizo el Verbo humanado a su precursor San Juan Bautista en el vientre de su madre; y él lo conoció, y con este conocimiento saltó en él de alegría y júbilo. Conocerás asimismo cuánto debes tú hacer y padecer para conseguir esta felicidad y no perder ni manchar tan estimable hermosura con culpa alguna, por leve que sea, ni retardarla con ninguna imperfección. Y quiero que, a imitación de lo que yo hice con Santa Isabel mi prima, no admitas ni introduzcas amistad con humana criatura y sólo trates con quien puedes y debes hablar de las obras del Altísimo y sus misterios y que te pueda enseñar el camino verdadero de su divino beneplácito. Y aunque tengas grandes ocupaciones y cuidados, no dejes ni olvides los ejercicios espirituales y el orden de vida perfecta, porque éste no sólo se ha de conservar y guardar en la comodidad, pero también en la mayor contradicción, dificultad y ocupaciones, porque la naturaleza imperfecta con poca ocasión se relaja.

CAPITULO 18

Ordena María santísima sus ejercicios en casa de San Zacarías, y algunos sucesos con Santa Isabel.

231. Santificado ya el precursor Juan y renovada su madre Santa Isabel con mayores dones y beneficios, que fue todo el principal intento de la visitación de María santísima, determinó la gran Reina disponer las ocupaciones que había de tener en casa de San Zacarías,

porque no en todo podían ser uniformes a las que tenía en la suya. Para encaminar su deseo con la dirección del Espíritu divino se recogió y postró en presencia del Altísimo y le pidió, como solía, la gobernase y ordenase lo que debía hacer el tiempo que estuviese en casa de sus siervos Santa Isabel y San Zacarías, para que en todo fuese agradable y cumpliese enteramente el mayor beneplácito de su altísima Majestad. Oyó su petición el Señor y la respondió, diciéndola: Esposa y paloma mía, yo gobernaré todas tus acciones y encaminaré tus pasos a mi mayor servicio y agrado y te señalaré el día que quiero que vuelvas a tu casa; y mientras estuvieres en la de mi sierva Isabel, tratarás y conversarás con ella, y en lo demás continúa tus ejercicios y peticiones, en especial por la salud de los hombres y para que no use con ellos de mi justicia por las incesantes ofensas que contra mi bondad multiplican. Y en esta petición me ofrecerás por ellos el Cordero sin mancilla (1 Pe 1, 19) que tienes en tu vientre, que quita los pecados del mundo (Jn 1, 29). Estas serán ahora tus ocupaciones.

232. Con este magisterio y nuevo mandato del Altísimo, ordenó la Princesa de los cielos todas las ocupaciones que había de tener en casa de su prima Santa Isabel. Levantábase a media noche, continuando siempre este ejercicio, y en él vacaba a la incesante contemplación de los misterios divinos, dando a la vigilia y al sueño lo que perfectísimamente y con proporción correspondía al estado natural del cuerpo. En cada uno de estos tiempos y en todos recibía nuevos favores, ilustraciones, elevaciones y regalos del Altísimo. Tuvo en aquellos tres meses muchas visiones de la divinidad por el modo abstractivo, que era el más frecuente, y más lo era la visión de la humanidad santísima del Verbo con la unión hipostática, porque su virginal tálamo, donde le traía, era su perpetuo altar y oratorio. Mirábale con los aumentos que cada día iba recibiendo aquel sagrado cuerpo, y en esta vista, y los sacramentos que cada día se le manifestaban en el campo interminable de la divinidad y poder divino, crecía también el espíritu de esta gran Señora; y muchas veces con el incendio del amor y sus ardientes afectos llegara a desfallecer y morir, si no fuera confortada por la virtud del

Señor. Acudía entre estos disimulados oficios a todos los que se ofrecían del servicio y consuelo de su prima Santa Isabel, aunque sin darles un momento más de lo que la caridad pedía. Volvía luego a su retiro y soledad, donde con mayor libertad se derramaba el espíritu en la presencia del Señor.

233. Tampoco estaba ociosa por ocuparse en el interior, que al mismo tiempo trabajaba en algunas obras de manos muchos ratos. Y fue tan feliz en todo el precursor San Juan Bautista, que esta gran Reina con las suyas le hizo y labró los fajos y mantillas en que se envolvió y crió, porque le solicitó esta buena dicha la devoción y atención de su madre Santa Isabel, que con la humildad de sierva que la tenía se lo suplicó a la divina Señora, y ella con increíble amor y obediencia lo hizo por ejercitarse en esta virtud y obedecer a quien quería servir como la más inferior de sus criadas; que siempre en humildad y obediencia vencía María santísima a todos. Y aunque Santa Isabel procuraba anticiparse en muchas cosas a servirla, pero ella con su rara prudencia y sabiduría incomparable se anticipaba y lo prevenía todo para ganar siempre el triunfo de la virtud.

234. Tenían sobre esto las dos primas grandes y dulces competencias de sumo agrado para el Altísimo y admiración de los Ángeles; porque Santa Isabel era muy solícita y cuidadosa en servir a nuestra Señora y gran Reina y en que lo hiciesen todos los de su familia; pero la que era maestra de las virtudes, María santísima, más atenta y oficiosa prevenía y divertía los cuidados de su prima, y la decía: Amiga y prima mía, yo tengo mi consuelo en ser mandada y obedecer toda mi vida; no es bien que vuestro amor me prive del que yo recibo en esto, siendo la menor; la misma razón pide que sirva no sólo a vos como a mi madre, pero a todos los de vuestra casa; tratadme como a vuestra sierva mientras estuviere en vuestra compañía.— Respondió Santa Isabel: Señora y amada mía, antes me toca a mí obedeceros y a vos mandarme y gobernarme en todas las cosas; y esto os pido yo con más justicia, porque si vos, Señora, queréis ejercitar la humildad, yo debo el culto y reverencia a mi Dios y Señor que tenéis en vuestro virginal vientre, y conozco vuestra dignidad digna de toda

honra y reverencia.—Replicaba la prudentísima Virgen: Mi Hijo y mi Señor no me eligió por Madre para que en esta vida me diesen tal veneración como a Señora, porque su reino no es de este mundo (Jn 18, 36), ni viene a Él a ser servido, más a servir (Mt 20, 28) y padecer y enseñar a obedecer y humillarse los mortales, condenando su soberbia y fausto. Pues si esto me enseña Su Majestad altísima, y se llama oprobio de los hombres (Sal 21, 7), ¿cómo yo, que soy su esclava, y no merezco la compañía de las criaturas, consentiré que me sirvan las que son formadas a su imagen y semejanza? (Gen 1, 27).

235. Instaba siempre Santa Isabel, y decía: Señora y amparo mío, eso será para quien ignora el sacramento que en vos se encierra, pero yo, que sin merecerlo recibí del Señor esta noticia, seré muy reprensible en su presencia, si no le doy en vos la veneración que debo como a Dios y a vos como a su Madre; que a entrambos es justo sirva como esclava a sus señores.—Respondió a esto María santísima: Amiga y hermana mía, esa reverencia que debéis y deseáis dar, débese al Señor que tengo en mis entrañas, que es verdadero y sumo bien y nuestro Salvador, pero a mí que soy pura criatura y entre ellas un pobre gusanillo, miradme como lo que soy por mí, aunque adoréis al Criador que me eligió por pobre para su morada, y con la misma luz de la verdad daréis a Dios lo que se debe y a mí lo que me toca, que es servir y ser inferior a todos; y esto os pido yo por mi consuelo y por el mismo Señor que traigo en mis entrañas.

236. En estas felicísimas y dichosas emulaciones gastaban algunos ratos María santísima y su deuda Santa Isabel. Pero la sabiduría divina de nuestra Reina la hacía tan estudiosa e ingeniosa en materias de humildad y obediencia, que siempre quedaba victoriosa, hallando medios y caminos con que obedecer y ser mandada; y así lo hizo con Santa Isabel todo el tiempo que estuvieron juntas, pero de tal suerte que entrambas respectivamente trataban con magnificencia el sacramento del Señor que en su pecho estaba oculto y depositado en María santísima, como Madre y Señora de las virtudes y de la gracia, y su prima Santa Isabel como matrona prudentísima y llena de la divina luz del Espíritu Santo. Y con ella dispuso cómo proceder con la Madre del

mismo Dios, dándole gusto y obedeciéndola en lo que podía y juntamente reverenciando su dignidad, y en ella a su Criador. Propuso en su corazón que si alguna cosa ordenase a la Madre de Dios, sería por obedecerla y satisfacer a su voluntad; y cuando lo hacía pedía licencia y perdón al Señor, y junto con esto no la ordenaba cosa alguna con imperio sino rogándola; y sólo en lo que era para algún alivio de la Reina, como para que durmiese y comiese, la hacía mayor fuerza; y también la pidió hiciese alguna labor de manos para ella, y las hizo; pero nunca Santa Isabel usó de ellas, porque las guardó con veneración.

237. Por estos modos conseguía María santísima la práctica de la doctrina que venía a enseñar el Verbo humanado, humillándose el que era forma del Padre eterno (Flp 2, 6), figura de su sustancia (Heb 1, 3) y Dios verdadero de Dios verdadero, para tomar la forma y ministerio de siervo. Madre era esta Señora del mismo Dios, Reina de todo lo criado, superior en excelencia y dignidad a todas las criaturas y siempre fue sierva humilde de la menor de ellas y jamás admitió obsequio ni servicio suyo como porque se le debiese, ni jamás se engrió ni dejó de hacer humildísimo juicio. ¿Qué dirá aquí ahora nuestra execrable presunción y soberbia, pues muchos llenos de abominables culpas somos tan insensatos, que con aborrecible demencia juzgamos se nos debe el obsequio y veneración de todo el mundo? Y si nos le niegan, perdemos tan aprisa el poco seso que las pasiones nos han dejado. Toda esta divina Historia es una estampa de humildad y una sentencia contra nuestra soberbia. Y porque a mí no me toca de oficio enseñar ni corregir, pero ser enseñada y gobernada, ruego y pido a todos los fieles, hijos de la luz, que pongamos este ejemplar delante de los ojos, para humillarnos en su presencia.

238. No fuera dificultoso para el Señor retraer a su Madre santísima de tantos extremos de humildad y de muchas acciones con que la ejercitaba, y pudiera engrandecerla con las criaturas, ordenando que fuera aclamada, honrada y respetada de todas con las demostraciones que sabe hacerlo el mundo con aquellos que quiere honrar y celebrar, como lo hizo Asuero con Mardoqueo (Est 6, 10). Y por ven-

tura, si esto lo hubiera de gobernar el juicio de los hombres, ordenara que una mujer más santa que todos los órdenes del cielo y que en su vientre tenía al Criador de los mismos ángeles y cielos estuviera siempre guardada, retirada y adorada de todos; y les pareciera cosa indigna que se ocupara en cosas humildes y serviles y que dejara de mandarlo todo y admitir toda reverencia y autoridad. Hasta aquí llega la humana sabiduría, si puede llamarse sabiduría la que tan poco alcanza. Pero no cabe este engaño en la ciencia verdadera de los Santos, participada de la sabiduría infinita del Criador, que pone el nombre y precio justo a las honras y no trueca las suertes de las criaturas. Mucho le quitara y poco le diera el Altísimo a su querida Madre en esta vida, si la privara y retrajera de las obras de profundísima humildad y la levantara en el aplauso exterior de los nombres; y mucho le faltara al mundo, si no tuviera esta doctrina y escuela en que aprender y este ejemplo con que humillar y confundir su soberbia.

239. Fue Santa Iasbel muy favorecida del Señor desde el día que le tuvo por huésped en su casa, en el vientre de su Madre Virgen. Y con las continuas pláticas y trato familiar de esta divina Reina, como sabía y conocía los misterios de la encarnación, fue creciendo la gran matrona en todo género de santidad, como quien la bebía en su fuente. Algunas veces merecía ver a María santísima en oración arrebatada y levantada del suelo y toda llena de divinos resplandores y hermosura, que no podía verle él rostro ni pudiera sufrir su presencia si no la confortara la virtud divina. En estas ocasiones y en otras, cuando a excusa de María santísima podía mirarla, se postraba y se ponía de rodillas delante y en presencia suya y adoraba al Verbo encarnado en el templo del virginal vientre de la beatísima Madre. Todos los misterios que conoció por la divina luz y por el trato de la gran Reina los guardó Santa Isabel en su pecho, como depositaría fidelísima y secretaria muy prudente de lo que se le había fiado. Sólo con su hijo San Juan Bautista y con San Zacarías, en lo que vivió después del nacimiento del hijo, pudo Santa Isabel conferir algo de los sacramentos que todos conocieron; pero en todo fue mujer fuerte, sabia y muy santa.

Doctrina que me dio la Reina santísima María.

240. Hija mía, los beneficios del Altísimo y la noticia de sus divinos misterios en las almas atentas engendran un linaje de inclinación y aprecio de la humildad que con fuerza eficaz y suave las lleva, como la ligereza al fuego y la gravedad a la piedra, a su lugar legítimo y natural. Esto hace la verdadera luz, que coloca y pone a la criatura en el conocimiento claro de sí misma y a las obras de la gracia las reduce a su origen, de donde viene todo perfecto don (Sant 1, 17), y así constituye en su centro a cada uno. Y éste es el orden rectísimo de la buena razón, que turba y casi violenta la falsa presunción de los mortales; por esto la soberbia, y el corazón donde vive, no sabe apetecer el desprecio ni consentirle, ni sufre superior y aun de los iguales se ofende y todo lo violenta por ser solo y sobre todos. Pero el corazón humilde con los beneficios mayores se aniquila más y de ellos le nace una codicia y un afán ardiente en su quietud, para abatirse y buscar el último lugar, y se halla violentado cuando no le tiene inferior a todos y cuando le falta la humillación.

241. En mí conocerás, carísima, la práctica verdadera de esta doctrina; pues ninguno de los favores y beneficios que obró la divina diestra conmigo fue pequeño, pero nunca mi corazón se elevó (Sal 130, 1) ni anduvo sobre sí con presunción, ni supo codiciar más que el abatimiento y último lugar de todas las criaturas. Esta imitación quiero de ti con especial deseo y que tu solicitud sea ser menos entre todos y ser mandada, abatida y reputada por inútil; y en la presencia del Señor y de los hombres te has de juzgar por menos que el mismo polvo de la tierra. No puedes negar que ninguna generación ha sido más beneficiada que lo eres tú y ninguna lo ha merecido menos; pues ¿cómo recompensarás esta gran deuda si no te humillas a todos, y más que todos los hijos de Adán, y si no engendras conceptos altos y afectos amorosos de la humildad? Bueno es obedecer a tus prelados y maestros y así lo debes hacer siempre, pero yo quiero de ti que te adelantes más y obedezcas al más pequeño en todo lo que no fuere culpable, como obedecieras al mayor superior; y en esto es mi voluntad que seas muy estudiosa, como yo lo era.

242. Sólo con tus subditas advertirás a dispensar este rendimiento con más cuidado, para que conociendo tu deseo de obedecer, no quieran que alguna vez lo hagas en lo que no conviene. Pero sin que pierdan ellas su rendimiento, puedes tú granjear mucho dándoles ejemplo con tenerle siempre en lo justo, sin derogar a la autoridad de prelada. Cualquier disgusto o injuria, si alguna se hiciere sola a ti, admítela con gran aprecio, sin mover tus labios para defenderte ni querellarte, y las que fueren contra Dios repréndelas, sin mezclar tu causa con la de Su Majestad, porque para defenderte jamás has de hallar causa y para la honra de Dios siempre; pero ni para la una ni para la otra no has de moverte con ira ni enojo desordenado. También quiero que tengas gran prudencia en disimular y ocultar los favores del Señor, porque el sacramento del Rey no se ha de manifestar (Tob 12, 7) livianamente, ni los hombres carnales son capaces (1 Cor 2, 14) ni dignos de los misterios del Espíritu Santo. En todo me imita y sigue, pues deseas ser mi hija carísima, que con obedecerme lo conseguirás y obligarás al Todopoderoso para que te fortalezca y enderece tus pasos a lo que quiere obrar en ti; no le resistas, sino dispón y prepara tu corazón suave y presto para obedecer a su luz y gracia; no esté en ti vacía (2 Cor 6, 1), sino obra diligente y vayan llenas de perfección tus acciones.

CAPITULO 19

Algunas conferencias que tenía María santísima con sus Santos Ángeles en casa de Santa Isabel y otras con ella misma.

243. La plenitud de la sabiduría y gracia de María santísima con su inmensa capacidad no podían dejar vacío ningún tiempo, ni lugar, ni ocasión a que no diese el lleno de la mayor perfección, obrando en todo tiempo y sazón lo que pedía y podía, sin faltar a lo más santo y excelente de la virtud. Y como en todas partes era peregrina en la tierra y moradora del cielo, y ella misma era el cielo intelectual y más glorioso, y el templo vivo de la habitación del mismo

Dios, siempre traía consigo el oratorio y el sagrario, y no hacía diferencia en esto de su casa propia a la de Santa Isabel su prima, ni otra ninguna no le impedía lugar ni tiempo ni ocupación. A todo era superior y sin embarazo vacaba incesantemente a la vista y fuerza del amor; y entre todo esto a tiempos oportunos confería con las criaturas y trataba con ellas lo que pedía la ocasión y lo que la prudentísima Señora podía y convenía dar a cada cosa. Y porque su conversación más continua en estos tres meses que estuvo en casa de Zacarías era con Santa Isabel y con los Santos Ángeles de su guarda, diré en este capítulo algo de lo que confería con ellos y otras cosas que con la misma Santa le sucedieron.

244. En hallándose libre y sola nuestra divina Princesa, pasaba muchos ratos abstraída y elevada en las contemplaciones y visiones divinas que tenía, y unas veces en ellas y otras fuera de ellas solía conferir con sus Santos Ángeles los misterios y sacramentos de su amoroso pecho. Un día, luego que estuvo en casa de San Zacarías, les habló y dijo: Espíritus celestiales, custodios y compañeros míos, embajadores del Altísimo y luceros de su divinidad, venid y alentad mi corazón preso y herido de su divino amor, que le aflige su misma limitación, porque no puede corresponder con obras a la debida deuda que reconoce y adonde se extienden sus deseos. Venid, príncipes soberanos, y alabad conmigo el admirable nombre del Señor y engrandezcámosle por sus santísimos pensamientos y obras. Ayudad a este pobre gusanillo para que bendiga a su Hacedor, que se dignó piadoso de mirar esta pequeñez. Hablemos de las maravillas de mi Esposo, tratemos de la hermosura de mi Señor, de mi Hijo amantísimo, desahóguese este corazón, hallando a quién manifestar sus íntimos suspiros con vosotros, amigos y compañeros míos, que conocéis mi secreto y mi tesoro que depositó el Altísimo en la estrecheza de este vaso frágil y limitado. Grandes son estos sacramentos divinos y admirables son estos misterios y, aunque con afectos dulces los contemplo, pero su grandeza soberana me aniquila, su profundidad me anega, la misma eficacia de mi amor me desfallece y me renueva. Nunca mi abrasado corazón se satisface, no alcanza entero reposo, porque mi

deseo se adelanta a mis obras y mi obligación a mis deseos, y me querello de mí misma, porque no obro lo que deseo, ni deseo todo lo que debo, y siempre me hallo vencida y limitada en el retorno. Serafines soberanos, oíd mis ansias amorosas; enferma estoy de amor (Cant 2, 5), abridme vuestros pechos, donde reverbera la hermosura de mi Dueño, para que los resplandores de su luz, las señas de su belleza entretengan la vida que desfallece por su amor.

245. Madre de nuestro Criador y Señora nuestra —respondieron los Santos Ángeles—, vos tenéis en posesión verdadera al Todopoderoso y sumo bien, y pues le tenéis con tan estrecho lazo y sois su verdadera Esposa y Madre, gozadle y tenedle eternamente. Esposa y Madre sois del Dios de amor, y si en vos está la causa única y la fuente de la vida, nadie vivirá con ella como vos, Reina y Señora nuestra. Mas no queráis en vuestro amor tan encendido hallar descanso, pues la condición y estado de viadora no permite ahora que vuestros afectos lleguen a su término, ni se retarden en adquirir nuevos aumentos de mayores méritos y corona. A todas las naciones exceden sin comparación vuestras obligaciones, pero siempre han de crecer y ser mayores, y nunca vuestro amor tan encendido se adecuará con el objeto, porque es eterno y en perfecciones infinito y sin medida, y siempre de su grandeza quedaréis dichosamente vencida; pues nadie le puede comprender, sino él a sí mismo se comprende y se ama cuanto debe ser amado. Y siempre Vos, Señora, hallaréis en Él que desear más y más que amar, y esto pertenece a su grandeza y nuestra gloria.

246. Con estos coloquios y conferencias se encendía más el fuego del divino amor en el corazón de María santísima, porque en ella se cumplió legítimamente el mandato del Señor: que en su tabernáculo y altar ardiese continuamente el fuego del holocausto y que le fomentase el antiguo sacerdote para que fuese perpetuo (Lev 6, 12-13). Esta verdad se ejecutó en María santísima, donde estaban juntos el tabernáculo, el altar y el Sumo y nuevo Sacerdote Cristo nuestro Señor, que conservaba este divino incendio y le acrecentaba cada día administrando nueva materia de favores, beneficios e influjos de su divinidad; y la muy

excelsa Señora asimismo administraba sus continuas obras, sobre cuyo incomparable valor caían los nuevos dones del Señor, que acrecentaban su santidad y gracia. Y después que esta Señora entró en el mundo, se encendió el fuego de su amor divino, para no extinguirse en aquel altar por toda la eternidad del mismo Dios. Tan perpetuo fue y continuo, y será, el fuego de este vivo santuario.

247. Otras veces hablaba y conversaba con los Santos Ángeles, manifestándosele en forma humana, como en diversas partes he dicho (Cf. supra p.I n. 329, 421, 761; p. II n. 181, 202, etc.) ; y la más repetida conversación era de los misterios del Verbo humanado, y en esto era tan profunda, hablando de las Escrituras y profetas, que causaba admiración a los mismos Ángeles. En una ocasión confiriendo con ellos estos sacramentos venerables, les dijo: Señores míos y siervos del Altísimo y sus amigos, lastimado está mi corazón y penetrado con flechas dolorosas, considerando lo que de mi Hijo santísimo dicen las Escrituras Santas, y lo que escribieron San Isaías (Is 53, 2ss) y San Jeremías (Jer 11, 19) de los acerbísimos dolores y tormentos que le esperan, y Salomón dice (Sab 2, 20) que le condenarán a torpísimo género de muerte, y siempre hablan los profetas con grande ponderación de su pasión y muerte y todo ha de venir a ejecutarse en él. ¡Oh si fuera la voluntad de Su Alteza que yo viviera entonces para entregarme a la muerte por el autor de mi vida! Aflígese mi espíritu, confiriendo en mi pecho estas verdades infalibles, y de mis entrañas ha de salir mi bien y mi Señor a padecer. ¡Oh quién le guardara y le defendiera de sus enemigos! Decidme, príncipes soberanos, ¿con qué obras o por qué medios obligaré al eterno Padre para que se convierta contra mí el rigor de su justicia y quede libre el inocente que no puede tener culpa? Bien conozco que para satisfacer a Dios infinito, ofendido de los hombres, se piden obras de Dios humanado, pero con la primera que hizo mi Hijo santísimo ha merecido más que pudo perder y ofender el linaje humano. Pues si esto es suficiente, decidme: ¿será posible que yo muera por excusar su muerte y sus tormentos? No se desgraciará por mis deseos humildes, no le disgustarán mis angustias. Pero ¿qué digo y a dónde me lleva la pena y el afecto? Pues en todo quiero que se

cumpla la voluntad divina a que estoy rendida.

248. Estos y otros semejantes coloquios tenía María santísima con sus Ángeles, especialmente en el tiempo de su preñado; y los divinos espíritus la respondían a todos sus cuidados con grande reverencia y la confortaban y consolaban renovándole la memoria de los mismos sacramentos que ella conocía y proponiéndole las razones y conveniencias de que muriese Cristo nuestro Señor para rescate del linaje humano, para vencer al demonio y privarle de su tiranía y para la gloria del eterno Padre y exaltación del santísimo y altísimo Señor, Hijo suyo. Fueron tantos y tan altos los misterios de esta gran Reina con sus Ángeles, que ni lengua humana los puede referir, ni nuestra capacidad en esta vida puede percibir tantas cosas. En el Señor veremos las que ahora no alcanzamos cuando le gocemos. Y por lo poco que he dicho puede nuestra piedad venir a la consideración de otras cosas mayores.

249. Era también Santa Isabel muy capaz e ilustrada en las divinas Escrituras, y lo fue mucho más desde la hora de la visitación, y así confería con ella nuestra Reina los misterios divinos que conocía y entendía la santa matrona, y fue más informada y enseñada por la doctrina de María santísima, por cuya intercesión recibió grandes beneficios y dones del cielo. Admirábase muchas veces de ver y oír la profunda sabiduría de la Madre de Dios y de nuevo la volvía a bendecir, y le decía: Bendita seáis, Señora mía y Madre de mi Señor, entre todas las mujeres (Lc 1, 42), y todas las naciones engrandezcan vuestra dignidad y la conozcan. Dichosísima sois por el tesoro riquísimo que portáis en vuestro virginal vientre; yo os doy humildes y afectuosas enhorabuenas del gozo que tendréis en vuestro espíritu, cuando el Sol de Justicia esté en vuestros brazos y le alimentéis a vuestros virgíneos pechos. Acordaos entonces. Señora mía, de vuestra sierva y ofrecedme a vuestro Hijo santísimo y mi Dios verdadero en la carne humana, para que reciba mi corazón en sacrificio. ¡Oh quién mereciera serviros desde ahora y asistiros! Pero si desmerezco conseguir esta dicha, tenga yo la de que llevéis mi corazón en vuestro pecho, pues no sin causa temo se me ha de dividir cuando me aparte de vos.—Otros dulcísimos afectos

de amor tiernísimo tenía Santa Isabel en compañía y presencia de María santísima; y la prudentísima Señora la consolaba, renovaba y vivificaba con sus divinas y eficaces razones. Y entre estas acciones tan excelentes y soberanas interponía otras muchas de humildad y abatimiento, sirviendo no sólo a su prima Santa Isabel, pero a las criadas de su casa. Y cuando alcanzaba ocasión barría la casa de su deuda, y siempre el oratorio donde estaba de ordinario, y con las criadas lavaba los platos, y otras cosas obraba de profunda humildad. Y no se extrañe que particularice estas acciones tan pequeñas, porque la grandeza de nuestra gran Reina las engrandece para nuestra enseñanza y que a su vista se desvanezca nuestra soberbia y se abata nuestra villantez. Cuando Santa Isabel sabía los oficios humildes que ejercitaba la Madre de piedad, lo sentía y la impedía, y por esto la divina Señora se ocultaba cuanto le era posible de su prima.

250. ¡Oh Reina y Señora de los cielos y de la tierra, amparo y abogada nuestra!, aunque sois maestra de toda santidad y perfección, con admiración de vuestra humildad me atrevo, Madre mía, a preguntaros: ¿cómo sabiendo que en vuestro virginal vientre estaba el Unigénito del Padre humanado y que como Madre suya os queríadeis gobernar en todo, se humillaba vuestra grandeza a tan bajas acciones como barrer el suelo y las demás obras, pues, a nuestro entender, por la reverencia de vuestro Hijo santísimo las podíades excusar sin faltar a vuestro deseo? El mío, Señora, es entender cómo se gobernaba en esto Vuestra Majestad.

Respuesta y doctrina de la Reina del cielo.

251. Hija mía, para responder a tu duda, a más de lo que dejas escrito en el capítulo precedente, debes advertir que ninguna ocupación o acto exterior en materia de virtud, por más humilde que sea, puede impedir, si se ordena bien, para dar el culto, reverencia y alabanza al Criador de todas las cosas; porque estas virtudes no se excluyen unas a otras, antes son todas compatibles en la criatura, y más en mí, que siempre tuve presente al sumo bien sin perderle de vista por un medio o por otro. Y así le adoraba y respetaba

en todas las acciones, refiriéndolas siempre a su mayor gloria; y el mismo Señor, que hizo y ordenó todas las cosas, ninguna desprecia, ni tampoco le ofenden ni le tocan las cosas ínfimas. Y el alma que le ama de veras no extraña cosa alguna de estas humildes en su divina presencia, porque todas le buscan y le hallan como principio y fin de toda criatura. Y porque no puede vivir la que es terrena sin estas acciones humildes, y otras que son inseparables de la condición frágil y de la conservación de la naturaleza, es necesario entender bien esta doctrina para gobernarse en ellas; porque si acudiendo a estas acciones y pensiones no atendiese a su Criador, haría muchos y largos intervalos en las virtudes y méritos y en el uso de las interiores, y todo es mengua y defecto reprensible y poco advertido de las criaturas terrenas.

252. Por esta doctrina debes regular tus acciones terrenas, cualesquiera que sean, para que no pierdas el tiempo, que jamás se recompensa; y sea comiendo (1 Cor 10, 31), trabajando, descansando, durmiendo y velando, en cualquiera tiempo, lugar y ocupación, en todas adora, reverencia y mira a tu Señor grande y poderoso, que todo lo llena y lo conserva. Y quiero que entiendas ahora, que a mí lo que más me movía y excitaba para hacer todos los actos de humildad, era la consideración de que mi Hijo santísimo venía humilde para enseñar con doctrina y con ejemplo esta virtud en el mundo y desterrar la vanidad y soberbia de los hombres y arrancar esta semilla que sembró Lucifer entre los mortales con el primer pecado. Y diome Su Majestad tan alto conocimiento de lo que se agrada de esta virtud, que por hacer sólo un acto de los que has referido, como barrer el suelo o besar los pies a un pobre, padeciera los mayores tormentos del mundo. Y no hallarás tú palabras con que ponderar este afecto que yo tuve, ni tampoco la excelencia y nobleza de la humildad. En el Señor lo conocerás y entenderás lo que no puedes manifestar con razones.

253. Pero escribe esta doctrina en tu corazón y guárdala por arancel de tu vida, y ejercitándote siempre en todo lo que desprecia la vanidad humana, despréciala tú a ella como execrable y odiosa en los ojos del Altísimo. Y con este

proceder humilde sean siempre tus pensamientos nobilísimos y tu conversación en los cielos (Flp 3, 20) y con los espíritus angélicos; trata y conversa con ellos, que te darán nueva luz de la divinidad y misterios de Cristo mi Hijo santísimo. Con las criaturas sean tus conversaciones tales que de ellas quedes siempre más fervorosa, y tú a ellas las despiertes y muevas a la humildad y amor divino. Toma el último lugar en tu interior entre todas las criaturas, y cuando llegue la ocasión y tiempo de ejercitar los actos de humildad, te hallarás pronta para ellos; y serás señora de tus pasiones, si primero en tu concepto te has conocido por la menor y más débil e inútil de las criaturas.

CAPITULO 20

Algunos beneficios singulares que hizo María santísima en casa de San Zacarías a particulares personas.

254. Conocida condición del amor es ser oficioso y activo como el fuego, si halla materia en que obrar; y esto más tiene este fuego espiritual, que si no la tiene la busca. Este Maestro ha enseñado tantas invenciones y artes de las virtudes a los amadores de Cristo, que no los deja estar ociosos. Y como no es ciego ni insano, conoce bien la condición de su nobilísimo objeto y sólo sabe tener celos de que no le amen todos, y así le procura comunicar sin emulación y envidia. Y si en el limitado amor que en comparación de María santísima todos tienen a Dios, aunque sean más fervorosos y santos (Sentido de la frase: por más fervorosos y santos que sean), fue tan admirable y poderoso el celo de las almas, como sabemos de lo que por ellas hicieron, ¿qué sería lo que esta gran Reina obró en beneficio de los prójimos, pues ella era la Madre del amor divino (Eclo 24, 24) y traía consigo al mismo fuego vivo y verdadero que se venía a encender en el mundo? (Lc 12, 49). En toda esta divina Historia conocerán los mortales cuánto deben a esta Señora; y aunque sería imposible referir los casos particulares y beneficios que hizo a muchas almas, con todo eso, para que por algunos se conozcan otros, diré en este capítulo algo de lo que sucedió en esta materia, estando la Reina en casa de su prima Santa Isabel.

255. Servía en aquella casa una criada de inclinaciones siniestras, inquieta, de condición iracunda y acostumbrada a jurar y maldecir. Con estos vicios y otros desórdenes que hacía, guardando el aire a sus dueños, estaba tan rendida al Demonio, que fácilmente la movía este tirano a cualquiera miseria y desacierto, y por espacio de catorce años la asistían y acompañaban muchos Demonios, sin dejarla un punto, para asegurar la presa de su alma; sólo cuando esta mujer estaba en presencia de la señora del cielo María santísima se retiraban los enemigos, porque —como otras veces he dicho— (Cf. supra p. I n. 285, 691, 695, 697) la virtud de nuestra Reina los atormentaba, y más en esta ocasión que tenía en su virginal relicario al Señor poderoso y Dios de las virtudes. Y como desviándose aquellos crueles exactores no sentía la criada los malos efectos de su compañía y, por otra parte, la dulce vista y trato de la Reina iba obrando en ella nuevos beneficios, comenzó la mujer a inclinarse y aficionarse mucho a su Reparadora y procuraba asistirla con mucho afecto y ofrecérsele a su servicio y granjear todo el tiempo que podía para ir a donde estaba Su Alteza, y la miraba con reverencia; porque entre sus torcidas inclinaciones tenía una buena, que era un linaje de natural piedad y compasión de los necesitados y humildes y se inclinaba a ellos y a hacerles bien.

256. La divina Princesa, que conocía y veía las inclinaciones todas de aquella mujer, el estado de su conciencia, el peligro de su alma y la malicia de los Demonios contra ella, convirtió los ojos de su misericordia y miróla con piadoso afecto de madre. Y aunque aquella asistencia y dominio de los Demonios conoció Su Majestad que era justa pena de los pecados de aquella mujer, con todo eso, hizo oración por ella y le alcanzó el perdón, el remedio y la salvación. Luego mandó a los Demonios, con el poder que tenía, dejasen aquella criatura libre y no volviesen más a turbarla y molestarla. Y como no podían resistir al imperio de nuestra gran Reina, se rindieron y atemorizados huyeron ignorando la causa de aquel poder de María santísima; pero conferían entre sí mismos con indignada admiración y decían: ¿Quién es esta mujer que

sobre nosotros tiene tan extraordinario imperio? ¿De dónde le viene tan exquisito poder, que obra todo lo que quiere? Concibieron por esto los enemigos nueva indignación y saña contra la que les quebrantaba la cabeza (Gen 3, 15). Pero aquella feliz pecadora quedó libre de sus uñas, y María santísima la amonestó, corrigió y enseñó el camino de la salvación y la trocó en otra mujer blanda de corazón y sin condición. Y en esta renovación perseveró toda la vida, reconociendo que todo le había venido por mano de nuestra Reina, aunque no supo ni penetró el misterio de su dignidad, pero fue humilde, agradecida y acabó su vida santamente.

257. No era de mejor condición que esta criada otra mujer vecina de casa de Zacarías, que por serlo solía entrar en ella y acudir a la conversación de los de la familia de Santa Isabel. Vivía licenciosamente en la guarda de la honestidad, y como entendió la llegada de nuestra gran Reina a aquella ciudad, su compostura y recato, dijo con liviandad y curiosidad: ¿Quién es esta forastera que nos ha venido por huéspeda y vecina, tan a lo santo y retirado? Y con el deseo vano y curioso de inquirir novedades, que tales personas suelen tener, procuró ver a la divina Señora y reconocer el traje y la cara que tenía. Impertinente y ocioso era este fin, mas no lo fue en el efecto; porque habiéndolo conseguido quedó esta mujer tan herida en el corazón, que con la presencia y vista de María santísima se trocó en otra y transformó en nuevo ser. Mudó sus inclinaciones, y sin conocer la virtud de aquel eficaz instrumento, la sintió, produciendo sus ojos arroyos de lágrimas copiosísimos con íntimo dolor de sus pecados. Y sólo con haber puesto la vista con atención curiosa en la Madre de la pureza virginal, sacó esta feliz mujer en recambio la virtud de la castidad, quedando libre de los hábitos e inclinaciones sensuales. Retiróse entonces con este dolor a llorar su mala vida, y después solicitó el ver y hablar a la Madre de la gracia, y Su Alteza se lo concedió para confirmarla en ella, como quien sabía y conocía el suceso y que tenía el origen de la gracia en su divino vientre, que hace santos y justifica; en cuya virtud obraba la Abogada de los pecadores. Admitió a ésta con maternal afecto de piedad, la amonestó y catequizó en la virtud, y con esto la dejó mejorada y esforzada para la

perseverancia.

258. Por este modo hizo nuestra gran Señora muchas obras y conversiones admirables de gran número de almas, aunque siempre con silencio y raro secreto. Toda la familia de Santa Isabel y San Zacarías quedó santificada de su trato y conversación. A los que eran justos los mejoró y acrecentó en nuevos dones y favores, a los que no lo eran los justificó su intercesión e ilustró y a todos los rindió su reverencial amor con tanta fuerza, que cada uno a porfía la obedecía y reconocía por Madre, por amparo y consuelo en todas las necesidades. Y estos efectos obraba su vista y con pocas palabras, aunque nunca negaba las necesarias para tales obras. Como a todos penetraba el secreto del corazón y conocía el estado de la conciencia, aplicaba a cada uno su más oportuna medicina. Algunas veces, aunque no era esto siempre, le manifestaba el Señor si los que veía eran de los escogidos o réprobos, del número de los predestinados o prescitos. Pero uno y otro hacía en su corazón admirables efectos de virtud perfectísima; porque a los justos y predestinados que conocía les echaba muchas bendiciones —y esto mismo hace ahora desde el cielo— y el Señor le daba la enhorabuena, y ella pedía los conservase en su gracia y amistad; y por esto hacía incomparables diligencias y peticiones. Cuando veía alguno en pecado, clamaba con afecto íntimo por su justificación y de ordinario la conseguía; y si era réprobo (Dios quiere sinceramente que todos los hombres se salven y Jesucristo murió por todos y a todos da gracia suficiente para la salvación; sin embargo por el libre albedrío hay aquellos que se condenan al infierno por su propia culpa, por ejemplo mal Apóstol Judas Iscariotes) lloraba con amargura y se humillaba en la presencia del Altísimo por la pérdida de aquella imagen y obra de la divinidad; y porque otras no se condenasen hacía profundas oraciones, ofrecimientos y humillaciones y toda era una llama del divino amor que jamás descansaba ni sosegaba en obrar cosas grandes.

Doctrina que me dio la divina Reina y Señora.

259. Hija mía carísima, en dos puntos como dos polos se ha de mover toda la armonía de tus potencias y cuidados; y

éstos han de ser: estar tú en amistad y gracia del Altísimo y procurar la misma para otras almas. En esto se resuelva toda tu vida y ocupaciones. Y por conseguir tan altos fines, si necesario fuere, no quiero que perdones trabajo ni diligencia alguna, pidiéndolo al Señor y ofreciéndote a padecer hasta la muerte y padeciendo con ejecución todo lo que se ofreciere y tus fuerzas alcanzaren. Y aunque para solicitar el bien de las almas no has de hacer demostraciones extraordinarias con las criaturas, porque a tu sexo no son convenientes, pero has de buscar y aplicar prudentemente todos los medios ocultos y más eficaces que conocieres. Si eres hija mía y esposa de mi Hijo santísimo, considera que la hacienda de nuestra casa son las criaturas racionales, a quien como prendas ricas compró con el precio de su vida, de su muerte y de su misma sangre; porque se le perdieron por su inobediencia, habiéndolas él mismo criado y encaminado para sí mismo.

260. Pues cuando el Señor te enviare o encaminare alguna alma necesitada y te diere a conocer su estado, trabaja con fidelidad por su remedio, llora y clama con afecto íntimo y fervoroso por alcanzar de Dios el reparo de tanto daño y peligro y no regatees medio alguno divino y humano, en la forma que a ti te toca, para conseguir la salud y vida del alma que se te entregare. Y con la prudencia y medida que te tengo advertida, no te encojas en amonestar y rogar lo que entendieres le conviene, y con todo secreto trabaja por beneficiarla. Y asimismo quiero que, cuando fuere necesario, mandes a los demonios con todo imperio en nombre del omnipotente Dios y mío que se alejen y desvíen de las almas que conocieres oprimidas por ellos; y pasando esto en secreto, bien puedes desencogerte y dilatarte para ejecutarlo. Y considera que te ha puesto el Señor y te pondrá en ocasiones que puedas obrar esta doctrina. No la olvides ni malogres, que obligada te tiene Su Majestad, como a hija, para que cuides de la hacienda y casa de tu padre, y no debes sosegar mientras no lo haces con toda diligencia. No temas, que todo lo podrás en el que te conforta (Flp 4,13), y su poder divino corroborará tu brazo para grandes obras.

CAPITULO 21

Pide santa Isabel a la Reina del cielo la asista a su parto y tiene luz del nacimiento de San Juan Bautista.

261. Corrían ya más de dos meses después de la venida de la Princesa del cielo a casa de Santa Isabel, y la discreta matrona prevenía ya su mismo dolor con la partida y ausencia de la gran Señora del mundo. Temía, con razón, perder la posesión de tanta dicha y conocía que no podía caer debajo de merecimientos humanos, y como humilde y santa ponderaba más en su corazón sus propias culpas, recelándose si por ellas se le ausentaría aquella hermosa luna con el Sol de Justicia que encerraba en su tálamo virginal. Lloraba algunas veces a solas con suspiros porque no hallaba medios para detener el sol, que tan claro día de gracia y luz le había causado. Suplicaba al Señor con muchas lágrimas pusiera en el corazón de su prima y señora María santísima no la dejase sola; a lo menos, que no la privase tan presto de su amable compañía. Servíala con gran veneración, asistencia y cuidado. Meditaba qué haría para obligarla; y no era maravilla que tan grande Santa y tan advertida y prudente mujer solicitase lo que pudieran codiciar los mismos Ángeles, pues a más de la luz divina que con grande plenitud había recibido del Espíritu Santo, para conocer la suprema santidad y dignidad de la Virgen Madre, ella por sí misma, con su dulcísima y divina conversación y con los efectos que Santa Isabel sentía de su trato, la había robado el corazón; de suerte que sin especial favor no pudiera vivir, apartándose de ella, después que la conoció y trató.

262. Para consolarse en esta pena, determinó Santa Isabel manifestársela a la divina Señora, que no estaba ignorante en ella, y con gran rendimiento y veneración la dijo: Prima y Señora mía, por el respeto y atención con que os debo servir, no me he atrevido hasta ahora a manifestaros mi deseo y una pena que tiene poseído mi corazón; dándome licencia para que yo busque el alivio con manifestaros mis cuidados, los referiré, pues sólo vivo con la esperanza de lo que deseo. El Señor por su divina

dignación me hizo singular misericordia de traeros a donde yo tuviese la dicha, que no pude merecer, de trataros y conocer los misterios que en vos, Señora mía, tiene encerrados la Divina Providencia. Yo indigna, por este beneficio le alabo eternamente. Vos sois el templo vivo de la gloria del Altísimo, el arca del Testamento que guardáis el maná con que viven los mismos Ángeles; Vos sois las tablas de la ley verdadera, escrita con el mismo ser de Dios. Considero mi bajeza y cuan rica me hizo Su Majestad en un instante, hallándome, sin merecerlo, con el tesoro de los cielos en mi casa y con la que eligió por Madre suya entre las mujeres; temo ya con razón que desobligada Vos y el fruto de vuestro vientre con mis pecados, desamparéis esta pobre esclava, dejándome desierta y sola de tan grande bien que ahora gozo. Posible es para el Señor, si fuese también voluntad vuestra, que yo alcanzase la felicidad de serviros y no apartarme de Vos en lo que me resta de vida; y si el ir a vuestra casa tiene más dificultad, más fácil será quedaros en la mía y llamar a vuestro santo esposo José, para que los dos viváis en ella como dueños y señores, a quienes serviré como sierva y con el afecto que mueve mi deseo. Y aunque no merezco lo que pido, os suplico no despreciéis mi humilde petición, pues el Altísimo excedió con sus favores a mis merecimientos y deseos.

263. Oyó María santísima con dulcísimo agrado la proposición y súplica de su prima Santa Isabel, y respondióla diciendo: Carísima amiga de mi alma, vuestros afectos santos y piadosos serán aceptos al Altísimo y vuestros deseos agradables a sus ojos. Yo los agradezco de corazón, pero en todos nuestros cuidados y propósitos es debido que acudamos a la voluntad divina y a ella subordinemos con todo rendimiento la nuestra. Y aunque ésta es obligación de todos los nacidos, bien sabéis, amiga mía, que yo le debo más que todos, pues con el poder de su brazo me levantó del polvo y con piedad inmensa miró a mi bajeza (Lc 1, 48; 51). Todas mis palabras y movimientos se han de gobernar por la voluntad de mi Señor e Hijo, no he de tener querer ni no querer, más de su divina disposición. Presentaremos a Su Majestad vuestros deseos, y aquello que ordenare de su mayor beneplácito eso ejecutaremos. A mi esposo José debo también obedecer, y sin su orden y

disposición no puedo yo, carísima, elegir mis ocupaciones, ni lugar y casa para vivir, y es razón estemos a la obediencia (Ef 5, 12) de los que son nuestras cabezas y superiores.

264. A estas razones tan eficaces de la Princesa del cielo sujetó Santa Isabel su dictamen y deseos, y con humilde rendimiento dijo: Señora mía, yo quiero obedecer a vuestra voluntad y reverencio vuestra doctrina. Sólo os represento de nuevo el amor íntimo de mi corazón rendido a vuestro servicio; y si lo que de mis deseos he propuesto no puedo conseguirlo, ni es conforme a la divina voluntad, a lo menos, si posible fuese, deseo. Reina mía, que no me desamparéis antes que salga a luz el hijo que tengo en mis entrañas, para que así como en ellas ha conocido y adorado a su Redentor en las vuestras, goce de su divina presencia y luz antes que de ninguna otra criatura, y reciba vuestra bendición, que dé principio a los pasos de su vida (Prov 16, 9), a la vista del que se los ha de encaminar rectamente. Y vos, que sois la Madre de la gracia, le presentéis a su Criador y le alcancéis de su bondad inmensa la perseverancia de la que por medio de vuestra voz dulcísima recibió, cuando yo sin merecerlo la sentí en mis oídos. Permitidme, pues, amparo mío, que yo vea a mi hijo en vuestros brazos, donde se ha de reclinar el mismo Dios que crió y formó el cielo y tierra y por su mandato permanecen. No se estreche ni coarte por mis culpas la grandeza de vuestra maternal piedad, ni a mí me neguéis este consuelo y a mi hijo tan gran dicha, que como madre se la solicito y la deseo sin merecerla.

265. No quiso María santísima negar esta última petición a su santa prima y ofreció pedir al Señor el cumplimiento de su deseo; y a ella le encargó lo hiciese, para saber su santísima voluntad. Con este acuerdo las dos madres de los mejores dos hijos que han nacido en el mundo se retiraron al oratorio de la divina Princesa y puestas en oración presentaron al Altísimo sus peticiones. María purísima tuvo un éxtasis, donde conoció con nueva luz divina el misterio, vida y méritos del precursor San Juan Bautista y lo que había de obrar, preparando con su predicación los caminos de los corazones humanos para recibir a su Redentor y Maestro; y de estos grandes sacramentos sola a Santa

Isabel manifestó aquello que convenía entendiese. Conoció también la gran santidad de la misma Santa su prima, y que su muerte sería breve, y antes la de San Zacarías. Y con el amor que tenía nuestra piadosa Madre a su deuda, la presentó al Señor y le pidió la asistiese en su muerte, y también presentó sus deseos en lo que había pedido del parto de su hijo. En lo demás de quedarse Su Alteza en casa de San Zacarías, nada pidió la prudentísima Virgen, porque con la divina ciencia que tenía conoció luego no era conveniente, ni voluntad del Altísimo, que viviese siempre en casa de su prima, como ella lo deseaba.

266. Respondióla Su Majestad a estas peticiones: Esposa y paloma mía, mi beneplácito es que asistas y consueles a mi sierva Isabel, acudiéndola en su parto, que ya está muy vecino, porque sólo le faltan ocho días; y después que se haya circuncidado el hijo que pariere, te volverás a tu casa con José tu esposo. Y me presentarás a mi siervo Juan después que haya nacido, que para mí será aceptable sacrificio; y persevera, amiga mía, en pedirme la salud eterna para las almas.—Al mismo tiempo acompañaba Santa Isabel con sus peticiones a las de la Reina del cielo y tierra, y suplicaba al Señor mandase a su santísima Madre y Esposa que no la desamparase en su parto; y le fue revelado cómo ya estaba muy cerca, y otras cosas de gran alivio y consuelo en sus cuidados.

267. Volvió María santísima de su rapto y acabada la oración confirieron las dos madres cómo ya se acercaba el parto de Santa Isabel, según el aviso del Señor que entrambas habían tenido; y con el ardiente deseo de su buena dicha preguntóle luego la santa matrona a nuestra Reina: Señora mía, decidme, os suplico, si mereceré el bien que os he pedido de teneros conmigo al suceso de mi parto, ya tan inmediato.—Respondió Su Majestad: Amiga y prima mía, el Altísimo ha oído y admitido nuestras peticiones y se ha dignado mandarme que cumpla vuestro deseo y os sirva en esta ocasión, como lo haré, aguardando no sólo a vuestro parto, pero también a que vuestro infante quede circuncidado según la ley; que todo se ejecutará en quince días.—Con esta determinación de María santísima se renovó el júbilo de su santa prima Isabel, y reconociendo

este gran beneficio, dio por él humildes gracias al Señor y también a la Reina santísima. Y habiéndose recreado y vivificado con sus avisos y advertencias, trató la santa matrona de prevenirse para el parto y para la partida de su soberana prima.

Doctrina que me dio la divina Reina y Señora María santísima.

268. Hija mía, cuando el deseo de la criatura nace de afecto pío y devoto, encaminado con intención recta a santos fines, no se desagrada el Altísimo de que se le proponga, como sea con rendimiento a su mayor agrado y con resignación, para ejecutar lo que su divina Providencia dispusiere de todo. Y cuando las almas se ponen en presencia del Señor con esta conformidad e igualdad de ánimo, como piadoso padre las mira y siempre las concede lo que es justo y las niega y desvía lo que no lo es, o no les conviene para su salud verdadera. De celo piadoso y bueno nació el deseo que mi prima Isabel tenía, de acompañarme toda su vida y no alejarse de mí, pero no era esto conveniente, conforme a la determinación del Altísimo que tenía de todas mis operaciones, peregrinaciones y sucesos que me esperaban. Y aunque se le negó esta petición, no desagradó al Señor en ella, pero se le concedió lo que no impedía a los decretos de su santa voluntad y sabiduría infinita, y resultaba en beneficio suyo y de su hijo San Juan Bautista. Y por el amor que a mí me tuvieron hijo y madre y por mi intercesión, los enriqueció el Todopoderoso de grandes bienes y favores. Siempre es medio eficacísimo con Su Majestad pedirle con buena voluntad e intención por medio de mi intercesión y devoción.

269. Todas tus peticiones y ruegos quiero que los ofrezcas en nombre de mi Hijo santísimo y en el mío, y confía sin recelo que serán admitidos, si con rectísima intención del agrado de Dios los encaminares. Mírame con afecto amoroso como a Madre, amparo y refugio tuyo y entrégate a mi devoción y amor; y advierte, carísima, que el deseo que tengo de tu mayor bien me obliga a enseñarte el medio más poderoso y eficaz por donde con la divina gracia llegues a conseguir grandes tesoros y beneficios de la

liberalísima mano del Señor. No te indispongas para ellos, ni los retardes por tu remisión temerosa. Y si deseas granjearme para que te ame como a hija muy querida, desvélate en imitar lo que de mí te manifiesto y enseño; y en esto emplea tus fuerzas y cuidado, dando por bien empleado cuanto trabajares por conseguir el efecto de mi enseñanza y doctrina.

CAPITULO 22

La natividad del precursor de Cristo y lo que hizo en su nacimiento la soberana Señora María santísima.

270. Llegó la hora de nacer al mundo el lucero (Jn 5, 35) que prevenía al claro Sol de Justicia y anunciaba el deseado día de la ley de gracia. Era tiempo oportuno de que saliese a luz el gran profeta del Altísimo, y más que profeta, San Juan Bautista, que preparando los corazones de los hombres señalase con su dedo al Cordero que había de remediar y santificar el mundo (Lc 1, 76; 8, 26; 1, 17; Jn 1, 29). Y primero que saliese del materno vientre, manifestó el Señor al bendito niño que se llegaba la hora de su nacimiento para comenzar la carrera de todos los mortales en la común luz de todos. Tenía el infante uso perfecto de razón, elevado con la divina luz y ciencia infusa que de la presencia del Verbo humanado había recibido, y con ella conoció y atendió que llegaba a tomar puerto en una tierra maldita (Gen 3, 17) y llena de peligrosas espinas y a poner los pies en un mundo lleno de lazos y sembrado de maldades, donde muchos padecían naufragio y perecían.

271. Entre este conocimiento y el orden divino y natural de nacer, estaba el grande niño como suspenso y dudoso; porque de una parte las causas naturales habían conseguido su término en formar y alimentar el cuerpo hasta su perfección, con que naturalmente era compelido con fuerza para nacer, y él lo conocía y sentía que le despedía y arrojaba la posada materna; juntábase a la eficacia de la naturaleza la voluntad expresa del Señor que se lo mandaba, y por otra parte conocía y ponderaba el riesgo de la peligrosa carrera de la vida mortal; y entre el

temor y la obediencia se detenía con el miedo y se movía con prontitud. Quisiera resistir y quería obedecer, y decía consigo mismo: ¿A dónde voy, si entro en el conflicto del peligro de perder a Dios? ¿Cómo me entregaré a la conversación de los mortales, donde tantos se deslumbran, pierden el seso y camino de la vida? En tinieblas estoy en el vientre de mi madre, pero a otras paso de mayor peligro. Oprimido estaba desde que recibí la luz de la razón, pero más me aflige el ensanche y libertad de los mortales. Pero vamos, Señor, con vuestra voluntad al mundo, que siempre el ejecutarla es lo mejor, y si en vuestro servicio, oh Rey altísimo, se puede emplear mi vida y mis potencias, esto sólo me facilitará salir a luz y admitir la carrera. Dadme, Señor, vuestra bendición para pasar al mundo.

272. Mereció con esta petición el precursor de Cristo que Su Majestad al punto del nacer le diese de nuevo su bendición y gracia. Y así lo conoció el dichoso niño, porque tuvo presente a Dios en su mente y que le enviaba a obrar cosas grandes en su servicio y le prometía su gracia para ejecutarlas. Y antes de referir el parto felicísimo de Santa Isabel, para ajustar el tiempo en que sucedió con el texto de los sagrados evangelistas, advierto que el preñado de esta admirable concepción duró nueve meses menos nueve días; porque, en virtud del milagro con que se le dio fecundidad a la madre estéril, se perfeccionó el concepto en este tiempo y llegó al estado de nacer; y cuando San Gabriel dijo a María santísima que su prima Isabel estaba preñada en el sexto mes (Lc 1, 36), hace de entender que no era cumplido, porque faltaba de ocho a nueve días. Dije también arriba (Cf. supra n. 206), capítulo 16, que al cuarto día después de la encarnación del Verbo partió la divina Señora a visitar a Santa Isabel; y porque no fue luego inmediatamente, dijo San Lucas que salió María santísima en aquellos días y fue con diligencia a la montaña (Lc 1, 39), y en el camino gastaron otros cuatro días, como queda dicho en el mismo lugar, núm. 207.

273. Advierto asimismo que, cuando el mismo evangelista dice que María santísima estuvo casi tres meses (Lc 1, 56) en casa de Santa Isabel, sólo faltaron de dos a tres días para cumplirse, porque en todo fue puntual el texto del

Evangelio. Y conforme a esta cuenta es forzoso que María santísima, Señora nuestra, se hallase no sólo en el parto de Santa Isabel y nacimiento de San Juan Bautista, pero también en la circuncisión y determinación de su misterioso nombre, como luego diré (Cf. infra n. 290). Porque contando ocho días después que encarnó el Verbo, llegó nuestra Señora con San José a casa de San Zacarías a dos de abril, conforme nuestra cuenta de los meses solares, y llegó aquel día por la tarde; añadiendo ahora otros tres meses menos dos días, que se comienzan de tres de abril, se cumple este término a primero de julio inclusive, que es el día octavo de la natividad de San Juan Bautista y el de su circuncisión; y a otro día de mañana partió María santísima para volverse a Nazaret. Y aunque el Evangelista San Lucas cuenta y dice la vuelta de nuestra Reina a su casa primero que el parto de Santa Isabel, no fue antes sino después; y el texto sagrado anticipó la narración de la jornada de la divina Reina, por acabar todo lo que a ella tocaba y proseguir la historia del nacimiento del precursor, sin interrumpir otra vez el hilo de su discurso; y así se me ha dado a entender para escribirlo.

274. Acercándose, pues, la hora del deseado parto, sintió la madre Santa Isabel que se movía en su vientre el niño, como si se pusiera en pie; y todo era efecto de la misma naturaleza y de la obediencia del infante. Y con algunos dolores moderados que sobrevinieron a la madre, dio aviso a la princesa María, pero no la llamó para que asistiese presente al parto, porque la digna reverencia debida a la excelencia de María y al fruto que tenía en su virginal vientre la detuvo prudentemente para no pedir lo que no parecía decencia. Tampoco fue la gran Señora en persona a donde estaba su prima, pero envióle las mantillas y fajos que tenía prevenidos para envolver al dichoso infante. Nació luego muy perfecto y crecido, testificando en la limpieza de su cuerpo la que traía en su alma, porque no tuvo tantas impuridades como otros niños. Envolviéronle en las mantillas, que antes eran grandes reliquias dignas de veneración. Y dentro de algún conveniente espacio, estando ya Santa Isabel compuesta y aliñada, salió María santísima de su oratorio, mandándoselo el Señor, y fue a visitar al niño y a la madre y darle la enhorabuena.

275. Recibió la Reina en sus brazos al recién nacido a petición de su madre y le ofreció como oblación nueva al eterno Padre, y Su Majestad la recibió con aprobación y agrado y como primicias de las obras del Verbo humanado y ejecución de sus divinos decretos. El felicísimo niño, que lleno del Espíritu Santo conoció a su legítima Reina y Señora, la hizo reverencia no sólo interior, sino exterior, con una disimulada inclinación de la cabeza, y de nuevo adoró al Verbo divino hecho hombre en el tálamo de su Madre purísima, donde se le manifestó entonces con especialísima luz. Y como también conocía el beneficio que entre los mortales había recibido, hizo el reconocido infante grandes actos de agradecimiento, amor, humildad y veneración a Dios hombre y a su Madre Virgen. Y ofreciéndole la divina Señora al Padre eterno, hizo por ésta esta oración: Altísimo Señor y Padre nuestro, santo y poderoso, recibid en vuestro servicio las estrenas y temporáneo fruto de vuestro Hijo santísimo y mi Señor. Este es el santificado y rescatado por vuestro Unigénito del poder y efectos del pecado y de vuestros antiguos enemigos. Recibid este sacrificio matutino e infundid en él con vuestra santa bendición vuestro divino Espíritu, para que sea fiel dispensador del misterio a que le destináis en honra vuestra y de vuestro Unigénito.—Fue en todo eficaz esta oración de nuestra Reina y Señora, y conoció cómo el Altísimo enriquecía al niño señalado y escogido para su precursor, y él también sintió en su espíritu el efecto de tan admirables beneficios.

276. Mientras la gran Reina y Señora del universo tuvo en sus brazos al infante San Juan Bautista, estuvo disimuladamente en un éxtasis dulcísimo por algún breve espacio, y en él hizo la oración y ofrecimiento por el niño, teniéndole reclinado en su pecho, donde en breve espacio había de reclinar al Unigénito del Padre y suyo. Esta fue singularísima prerrogativa y excelencia del gran precursor, no alcanzada de otro alguno de los santos. Y no es mucho que el Ángel le predicase por grande en la presencia del Señor (Lc 1, 15), pues antes de nacer le visitó y santificó, y en naciendo fue levantado y puesto en el trono de la gracia y estrenó los brazos en que se había de reclinar el mismo Dios humanado, y dio motivo a su madre dulcísima para

que desease recibir en ellos a su mismo Hijo y Señor y que esta memoria le causase regalados afectos con su precursor, niño recién nacido. Conoció Santa Isabel estos divinos sacramentos, porque se los manifestaba el Señor, mirando a su milagroso hijo en los brazos de la que era más Madre que ella misma; pues a Santa Isabel le debía la naturaleza y a María purísima el ser de tan excelente gracia (María es Medianera de todas las gracias divinas). Todo esto hacía una suavísima consonancia en el pecho de las dos felicísimas y dichosas madres, y del niño, que también tenía luz de tan venerables misterios; y con las demostraciones párvulas de sus tiernos miembros declaraba el júbilo de su espíritu y se inclinaba a la divina Señora y solicitaba sus caricias y no apartarse de ella. Regalábale la dulcísima Señora, pero con tanta majestad y templanza, que jamás le besó, como suele permitir tal edad, porque sus castísimos labios los guardó y reservó intactos para su Hijo santísimo. Ni tampoco miró con atención a la cara del niño, porque toda la puso en la santidad de su alma, y apenas le conociera por las especies de sus ojos. Tal era la prudencia y modestia de la gran Reina del cielo.

277. Luego se divulgó el nacimiento de San Juan Bautista, como dice San Lucas (Lc 1, 58), y toda la parentela y vecindad vinieron a dar la enhorabuena a Zacarías y a Santa Isabel, porque su casa era rica, noble y estimada por toda la comarca, y la santidad de los dos tenía granjeados los corazones de cuantos los conocían. Y por estas razones, y haberlos visto tantos años sin sucesión de hijos, y haber llegado Santa Isabel a edad provecta y estéril, causó en todos mayor novedad y admiración y suma alegría, conociendo que aquél era más hijo de milagro que de naturaleza. El Santo Sacerdote Zacarías estaba siempre mudo para manifestar su júbilo, porque no era llegada la hora en que tan misteriosamente se había de soltar su lengua. Pero con otras demostraciones daba señales del gozo interior que tenía y al Altísimo ofrecía afectuosas alabanzas y repetidas gracias por el beneficio tan raro que ya reconocía después de su incredulidad, de que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina y Señora del cielo

278. Hija mía carísima, no te admires de que mi siervo San Juan Bautista temiese y dificultase salir al mundo, porque no saben amarle tanto los hijos ignorantes del siglo, cuanto saben los sabios aborrecerle y temer sus peligros con ciencia divina y luz de lo alto. Esta tenía en eminente grado el que nacía para precursor de mi Hijo santísimo, y por esta parte, conociendo el detrimento, era consiguiente el temor de lo que conocía. Pero sirvióle para entrar en el mundo felizmente, porque el que más le conoce y aborrece, navega más seguro en sus encumbradas olas y profundo golfo. Con tanto enojo, contradicción y aborrecimiento de lo terreno comenzó el dichoso niño su carrera, que jamás dio treguas a esta enemistad. No ajustó las paces, ni admitió las venenosas lisonjas de la carne, ni dio sus sentidos a la vanidad, ni se abrieron sus ojos para verla, y en esta demanda de aborrecer al mundo y todo lo que hay en él, dio la vida por la justicia. No puede ser pacífico y confederado con Babilonia el ciudadano de la verdadera Jerusalén, ni es compatible solicitar la gracia del Altísimo, estar en ella y juntamente en amistad de sus declarados enemigos; porque nadie pudo ni puede servir a dos señores encontrados, ni estar juntas la luz y las tinieblas, Cristo y Belial.

279. Guárdate, carísima, más que del fuego de los que viven poseídos de las tinieblas y son amadores del mundo, porque la sabiduría de los hijos del siglo es carnal y diabólica y sus caminos tenebrosos llevan a la muerte. Y cuando fuere necesario encaminar alguno a la vida verdadera, aunque para esto debes ofrecer la tuya natural, siempre has de reservar la paz de tu interior. Tres lugares te señalo para que en ellos vivas y de donde nunca salgas con la atención, y si alguna vez te mandare el Señor acudir a las necesidades de las criaturas, quiero que sea sin perder este refugio; como el que vive en un castillo rodeado de enemigos, que para negociar lo forzoso sale a la puerta y de allí dispone lo que conviene con tanta circunspección, que más atiende al camino por donde volverse a retirar y esconder que a los negocios de fuera, y siempre está cuidadoso y sobresaltado del peligro. Esto mismo debes atender tú, si quieres vivir segura, porque no dudes te

rodean enemigos crueles y venenosos más que áspides y basiliscos.

280. Los lugares de tu habitación han de ser la divinidad del Altísimo, la humanidad de mi Hijo santísimo y el secreto de tu interior. En la divinidad has de vivir como la perla encerrada en su concha y el pez en el mar, en cuyos espacios interminables dilatarás tus afectos y deseos. La humanidad santísima será el muro que te defienda, y su pecho patente el tálamo donde te reclines y descanses debajo de la sombra de sus alas (Sal 16, 8). Tu interior te dará pacífica alegría con el testimonio de la conciencia, y ella te facilitará, si la conservas pura, el trato amigable y dulce de tu Esposo. Para que a todo esto te ayudes con el retiro corporal y sensible, gusto y quiero que le guardes en tu tribuna o celda y que sólo salgas de ella cuando la fuerza de la obediencia o el ejercicio de la caridad te compelieren. Y te manifiesto un secreto, y es que hay Demonios destinados por Lucifer, con expreso orden suyo, para que aguarden a los religiosos y religiosas cuando salen fuera de su recogimiento, para embestirles luego y darles batería con tentaciones que los derriben. Y éstos no entran fácilmente en las celdas, porque allí no hay tanta ocasión de hablar, ver y de usar mal de los sentidos, en que de ordinario hacen ellos presa y se ceban como lobos carniceros. Y por esto los atormenta el retiro y el recato que en él guardan los religiosos y le aborrecen, porque desconfían de vencerlos mientras no los cogen entre el peligro de la conversación humana.

281. Y generalmente es cierto que los Demonios no tienen poder sobre las almas, cuando por alguna culpa venial o mortal respectivamente no se le sujetan y no les dan entrada; porque el pecado mortal les da un derecho como expreso sobre quien le comete para atraerlo a otros, y el venial, así como enflaquece las fuerzas del alma, se le aumentan al enemigo para tentar, y con las imperfecciones se retarda el mérito y progreso de la virtud a lo más perfecto, y también esto anima al adversario. Y cuando conoce que el alma sufre su propia tibieza, o se pone livianamente al peligro con una ociosa liviandad y olvido de su daño, entonces la astuta serpiente la acecha y sigue

para tocarla con su mortal veneno, y como a una simple avecilla la lleva inadvertida, hasta que caiga en algún lazo de muchos que siembra para este fin.

282. Admírate, pues, hija mía, de lo que sobre esto conoces con la divina luz y llora con íntimo dolor la ruina de tantas almas absortas en este peligroso sueño. Ellas viven oscurecidas con sus pasiones y depravadas inclinaciones, olvidadas del peligro, insensibles en el daño, inadvertidas en las ocasiones; y en vez de prevenirlas y temerlas, las buscan con ignorancia ciega, siguen con ímpetu furioso sus torcidas inclinaciones a lo deleitable, no ponen freno a las pasiones y deseos, ni advierten dónde ponen los pies, arrójanse a cualquiera peligro y precipicio. Los enemigos son innumerables, su astucia diabólica e insaciable, su vigilancia sin treguas, su ira incansable, su diligencia sin descuido; pues ¿qué mucho si de semejantes extremos o, por mejor decir, de tan disímiles y desiguales, se siguen tan irreparables daños en los vivientes, y que siendo infinito el número de los necios (Ecl 1, 15), sean sin número el de los réprobos, y el Demonio se ensoberbezca con tantos triunfos como le dan los mortales con su propia y formidable perdición? Guárdate Dios eterno de tanta desdicha, y llora y duélete de la de tus hermanos y pide siempre el remedio en cuanto fuere posible.

CAPITULO 23

Las advertencias y doctrina que dio María santísima a Santa Isabel por petición suya; circuncidan y le ponen nombre a su hijo y profetiza Zacarías.

283. Era inexcusable la vuelta de María santísima para Nazaret, habiendo ya nacido el precursor de Cristo; y aunque Santa Isabel como prudente y sabia se conformaba en esto con la divina disposición, y con ella moderaba en parte su dolor, con todo eso deseaba recompensar en algo su soledad con la enseñanza y doctrina de la Madre de la sabiduría. Con este intento la habló, y la dijo: Señora mía y Madre de mi Criador, yo conozco que ya disponéis vuestra partida y mi soledad, en que me ha de faltar vuestra

amable compañía, amparo y protección. Suplicóos, prima mía, que en ausencia vuestra merezca yo quedar con alguna instrucción que me ayude a gobernar todas mis acciones para mayor agrado del Altísimo. En vuestro virginal tálamo tenéis al maestro que enmienda a los sabios (Sab 7, 15) y a la misma fuente de la luz y por él venís a participarla para todos; comunicad a vuestra sierva alguno de los rayos que reverberan en vuestro purísimo espíritu, para que el mío sea ilustrado y encaminado por las sendas rectas de la justicia (Sal 22, 3), hasta llegar a ver el Dios de los dioses en Sión (Sal 83, 8).

284. Estas razones de Santa Isabel movieron en María santísima alguna ternura y compasión, y con ella respondió, dándole a su prima celestiales documentos para gobernarse en lo que le restaba de vida y que sería breve; pero que el Altísimo cuidaría del niño, y también la misma Reina se lo pediría a Su Majestad. Y aunque no es posible referir todo lo que la divina Señora advirtió y aconsejó a Santa Isabel en estas dulcísimas pláticas para despedirse, diré algo, como se me ha manifestado, o como alcanzan mis cortos términos, de lo que entiendo. Dijo María santísima: Prima y amiga mía, el Señor os eligió para sus obras y sacramentos altísimos, de que se dignó comunicaros tanta luz y que yo os manifestase mi corazón. En él os llevo escrita para presentaros ante su grandeza, y no me olvidaré de vuestra piedad humilde que habéis mostrado con la más inútil de las criaturas; pero de mi Hijo santísimo y mi Señor espero recibiréis copiosa remuneración.

285. Levantad siempre vuestro espíritu y mente a las alturas y con la luz de la gracia que tenéis no perdáis de vista al inmutable ser de Dios eterno e infinito y la dignación de su bondad inmensa con que se movió a criar, hacer de nada las criaturas, para levantarlas a su gloria y enriquecerlas con sus dones. Esta deuda común de toda criatura la hizo más propia para nosotras la misericordia del Altísimo, cuando nos adelantó en esta noticia y luz, para que nos dilatemos hasta recompensar con nuevo agradecimiento la ciega ingratitud de los mortales, que con ella están más lejos de conocer y magnificar a su

Criador. Y éste ha de ser nuestro oficio, desembarazando el corazón, porque libre y suelto camine a su dichoso fin. Para esto, amiga mía, os encargo mucho le alejéis y desviéis de todo lo terreno, aunque sea de las cosas propias, para que desasida de los impedimentos de la tierra os levantéis a los divinos llamamientos y esperando la venida del Señor, y que cuando llegue respondáis con alegría y sin violencia dolorosa, que el alma siente cuando es tiempo de dividirse del cuerpo y de todo lo demás que ama con demasía. Ahora que es el tiempo de padecer y de adquirir la corona, procuremos merecerla y caminar con velocidad para llegar a la íntima unión de nuestro verdadero y sumo bien.

286. A Zacarías, vuestro marido y cabeza, el tiempo que tuviere de vida, procurad con especial rendimiento obedecerle, amarle y servirle. A vuestro milagroso hijo ofrecedle siempre a su Criador, y en Su Majestad y para él, podéis amarle como madre, porque será gran profeta, y con el celo de Elias (Lc 1, 17) que le dará el Altísimo defenderá su ley y su honor, procurando la exaltación de su santo nombre. Y mi Hijo santísimo, que le ha elegido por su precursor y embajador de su venida y doctrina, le favorecerá como a su privado y llenará de dones de su diestra y le hará grande y admirable en las generaciones y generaciones y manifestará al mundo su grandeza y santidad.

287. En toda vuestra casa y familia procurad con ardiente celo que sea temido, venerado y reverenciado el santo nombre de nuestro Dios y Señor de San Abrahán, Isaac y Jacob. Y sobre este cuidado le tendréis grande de favorecer a los necesitados y pobres cuanto fuere posible; enriquecedlos con los bienes temporales que con abundante mano os concedió el Altísimo, para que con la misma liberalidad los dispenséis con los menesterosos, pues son más suyos que vuestros cuando todos somos hijos de un Padre que está en los cielos, cuyo es todo lo criado; y no es razón que siendo el padre rico, quiera un hijo ser y estar sobrado para que su hermano viva pobre y desvalido, y en eso seréis muy aceptable al Dios de las misericordias inmortal. Continuad lo que hacéis y ejecutad lo que tenéis pensado, pues San Zacarías lo remite a vuestra disposición;

con este permiso podéis ser liberal. Con todos los trabajos que el Señor os diere confirmaréis vuestra esperanza y con las criaturas seréis benigna, mansa, humilde, apacible y muy paciente, con interior júbilo del alma, aunque sean algunas instrumento de vuestro ejercicio y corona. Por los altísimos misterios que el Señor os ha manifestado, le bendecid eternamente y pedidle la salud de las almas con incesante amor y celo; y por mí rogaréis a su grandeza me gobierne y encamine para que yo dispense dignamente y con su agrado el sacramento que de tan humilde y pobre sierva ha fiado su bondad inmensa. Enviad por mi esposo que me acompañe, y en el ínterin disponed la circuncisión de vuestro niño y ponedle por nombre Juan; porque éste le ha dado el Altísimo y es decreto de su inmutable voluntad.

288. Este razonamiento, con otras palabras de vida eterna que habló María santísima, hicieron en el corazón de Santa Isabel efectos tan divinos, que quedó la santa matrona por un rato absorta y enmudecida con la fuerza del espíritu que la iluminaba, enseñaba y la levantaba en pensamientos y afectos de tan celestial doctrina; porque el Altísimo, mediante las palabras de su Madre purísima como instrumento vivo, vivificaba y renovaba el corazón de su sierva. Y después de moderadas algo sus lágrimas, habló y dijo: Señora mía y Reina de todo lo criado, entre mi dolor y mi consuelo estoy enmudecida. Oíd las palabras de lo íntimo de mi corazón, que allí se forman las que no puedo manifestar. Mis afectos os dirán lo que mi lengua no puede pronunciar. Al Todopoderoso remito el retorno de lo que me favorecéis, que es el remunerador de lo que los pobres recibimos. Sólo os pido que, pues en todo sois mi amparo y causa de mi bien, me alcancéis gracia y fuerzas para ejecutar vuestra doctrina y tolerar La ausencia de vuestra dulce compañía, que es grande mi dolor.

289. Trataron luego de la circuncisión del niño de Isabel, porque ya se llegaba el tiempo determinado por la ley. Y conforme a la costumbre de los judíos, en especial de los nobles, se juntaron en casa de Zacarías muchos deudos de su linaje y otros conocidos y llegaron a conferir qué nombre se le daría al infante; porque a más
de que en esto solían hacer grandes reparos y consultas y

era costumbre en ellos ventilar el nombre que se había de poner a los hijos, en esta ocasión la razón era extraordinaria, por la calidad de Zacarías y Santa Isabel y porque todos ponderaban mucho la maravilla de haber concebido y parido siendo vieja y estéril y en ello suponían algún misterio grande. Estaba mudo San Zacarías, y así fue necesario que su mujer Santa Isabel presidiese en aquella junta; y sobre el concepto y veneración que de ella todos hacían, estaba tan renovada y realzada en santidad, después de la visita y conocimiento de la Reina del cielo y de sus misterios y larga conversación, que todos los deudos y vecinos y otros muchos conocieron esta mudanza; porque hasta en el rostro manifestaba un linaje de resplandor que la hacía venerable y admirable, y se conoció en ella la reverberación de los rayos de la divinidad, en cuya vecindad vivía.

290. Hallóse presente a esta junta la divina Señora María santísima, porque Santa Isabel se lo pidió con mucha instancia, y la venció para esto, interponiendo un género de mandato muy reverencial y humilde. Obedeció la gran Señora, pero alcanzando primero del Altísimo que no la diese a conocer ni manifestase cosa alguna de sus ocultos beneficios por donde fuese aplaudida y celebrada. Consiguió su deseo la humildísima entre los humildes. Y como los del mundo dejan humillar a los que con ostentación no se manifiestan y señalan, no hubo quien reparase en ella con atención particular, más que sola Santa Isabel, que la miraba con interior y exterior veneración y reconocía que por su dirección se gobernaba el acierto de aquella determinación. Sucedió luego lo que se refiere en el Evangelio de San Lucas (Lc 1, 59-63), que unos llamaban al niño Zacarías como a su padre, pero la prudente madre, asistida de la Maestra santísima, dijo: Mi hijo se ha de llamar Juan.—Replicaron los deudos que nadie de su linaje había tenido tal nombre; porque siempre se ha hecho grande estimación de los nombres de los más ilustres antecesores para imitarlos en algo. Santa Isabel hizo nueva instancia que el niño se llamase Juan.

291. Aunque estaba mudo San Zacarías, desearon los parientes saber por señas lo que sentía sobre esto, y

pidiendo con ellas la pluma escribió: *Joannes est nomen ejus* (Lc 1, 63). Al mismo tiempo que lo escribía, usando María santísima de la potestad que tenía de Reina, concedida por Dios sobre las cosas naturales criadas, mandó a la mudez de San Zacarías que le dejase libre y a su lengua que se desatase y bendijese al Señor, que era ya tiempo. Y a este divino imperio se halló libre y comenzó a hablar con admiración y temor de todos los presentes, como el Evangelio dice (Lc 1, 64-65). Y aunque es verdad que el Santo Arcángel Gabriel, como parece del mismo Evangelio, le dijo a San Zacarías que por su incredulidad quedaría mudo hasta que se cumpliese lo que le anunciaba, pero esto no es contrario de lo que aquí digo; porque el Señor, cuando revela algún decreto de su divina voluntad, aunque sea eficaz y absoluto, no siempre declara los medios por donde lo ha de ejecutar como los tiene previstos en su ciencia infinita; y así el Ángel declaró a Zacarías la pena de su incredulidad en la mudez, mas no le dijo que se la quitaría por intercesión de María santísima, aunque así lo tenía previsto y determinado.

292. Pues así como la voz de María Señora nuestra fue instrumento para santificar al niño San Juan Bautista y a su madre Santa Isabel, también su imperio oculto y su oración fueron instrumentos del beneficio de San Zacarías en soltarse su lengua, y que fuese también lleno de Espíritu Santo y del don de la profecía con que habló, y dijo (Lc 1, 68-79):

68 Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado * y redimido a su pueblo: 69) y nos ha suscitado un poderoso salvador en la casa de David, su siervo; 70) según lo tenía anunciado por boca de sus santos profetas, que han florecido en todos los siglos pasados: 71) para librarnos de nuestros enemigos, y de las manos de todos aquellos que nos aborrecen: 72) ejerciendo su misericordia con nuestros padres, y teniendo presente su alianza santa, 73) conforme al juramento * con que juró a nuestro padre Abraham que nos otorgaría la *gracia* 74) *de* que libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor *, 75) con *verdadera* santidad y justicia ante su acatamiento, todos los días de nuestra vida. 76) Y tú, ¡oh niño!, serás llamado el

profeta del Altísimo: porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, 77) enseñando la ciencia de la salvación a su pueblo, para *que obtenga* el perdón de sus pecados, 78) por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que ha hecho que ese *sol* naciente haya venido a visitarme de lo alto *del cielo* *, 79) para alumbrar a los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte: para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz.

293. En este divino cántico recopiló Zacarías los altísimos misterios que los antiguos profetas habían dicho por más extenso de la divinidad, humanidad y redención de Cristo, que todos profetizaron; y en pocas palabras encerró muchos y grandes sacramentos y los entendió con la copiosa gracia que iluminó su espíritu y le levantó con ardentísimo fervor en presencia de todos los que habían concurrido a este acto de la circuncisión de su hijo; porque todos vieron el milagro de desatársele la lengua y profetizar tan divinos misterios; cuya inteligencia, como la tuvo el Santo Sacerdote, no fácilmente puedo yo explicar.

294. *Bendito sea el Señor Dios de Israel,* dice, conociendo que pudo el Altísimo con solo su querer o su palabra hacer la redención de su pueblo y darle la salud eterna; pero no se valió de solo su poder, sino también de su inmensa bondad y misericordia, bajando el mismo Hijo del eterno Padre a visitar su pueblo y hacer oficio de Hermano en la naturaleza humana, de Maestro en la doctrina y ejemplo y de Redentor en la vida, pasión y muerte de cruz. Conoció entonces Zacarías la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo y con claridad sobrenatural vio este gran misterio ejecutado en el tálamo virginal de María santísima. Entendió asimismo la exaltación de la humanidad del Verbo con el triunfo que había de alcanzar Cristo Dios y hombre, dando salud eterna al linaje humano, conforme a las promesas divinas hechas a Santo Rey David, su padre y ascendiente. Y que esta misma promesa estaba hecha al mundo por las profecías de los Santos y Profetas, desde su principio y primero ser; porque desde la creación y primera formación comenzó Dios a encaminar la naturaleza y la gracia para su venida al mundo, encaminando desde Adán todas sus obras para este dichoso fin.

295. Entendió cómo el Altísimo ordenó que por estos medios alcanzásemos la salud de la gracia y vida eterna, que nuestros enemigos perdieron por su soberbia y pertinaz inobediencia, por lo cual fueron derribados al profundo; y los solios que les tocaran, si fueran obedientes, quedaron destinadas para los que lo fuesen entre los mortales. Y desde entonces se convirtió contra ellos la enemistad y odio de la antigua serpiente concebida contra el mismo Dios, en cuya mente divina estábamos entonces encerrados y decretados por su eterna y santa voluntad; y que habiendo caído de su amistad y gracia nuestros primeros padres Adán y Eva, los levantó y puso en lugar y estado de esperanza y no los dejó ni castigó como a los rebeldes Ángeles, antes para asegurar a sus descendientes de la misericordia que con ellos tenía, envió y destinó los vaticinios y figuras en que dispuso el Antiguo Testamento que había de ratificar y cumplir en el Nuevo con la venida del Reparador y Redentor. Y para que tuviese mayor firmeza esta esperanza, se lo prometió a nuestro padre Abrahán con la fuerza de su juramento que hizo de hacerle padre de su pueblo y de la fe. Y para que asegurados de tan admirable y poderoso beneficio, como prometernos y darnos a su mismo Hijo hecho hombre, con la libertad de hijos de adopción en que por él éramos reengendrados, sirviésemos al mismo Dios sin temor de nuestros enemigos, que ya por nuestro Redentor estaban rendidos y vencidos.

296. Y para que entendiésemos lo que nos había granjeado con su venida el Verbo eterno para servir con libertad al Altísimo, dice que fue la justicia y santidad con que renovó al mundo y fundó su nueva ley de gracia por todos los días del siglo presente y por los de cada uno de los hijos de la Iglesia, en donde han de vivir en santidad y justicia, si como todos pueden, todos lo hicieran. Y porque conoció San Zacarías en su hijo San Juan Bautista el principio de la ejecución de tantos sacramentos como le mostraba la divina luz, convirtiéndose a él le dio la enhorabuena y le intimó y profetizó su dignidad, santidad y ministerio, diciendo: Y tú, niño, te llamarás profeta del Altísimo, porque irás delante de su cara, que es su

divinidad, aparejando sus caminos con la luz que darás a su pueblo de la venida de su Reparador, para que con su predicación tengan los judíos noticia y ciencia de su salud eterna, que es Cristo nuestro Señor su prometido Mesías; y le reciban disponiéndose con el bautismo de la penitencia y remisión de los pecados y conozcan que viene a perdonar a los suyos y los de todo el mundo; pues a todo esto le movieron las entrañas de su misericordia, por la cual, y no por nuestros merecimientos, se dignó de visitarnos, naciendo y descendiendo de lo alto del seno de su eterno Padre para dar luz a los que, ignorando la verdad por tan largos siglos, han estado y están como asentados en las tinieblas y sombra de la eterna muerte, y enderezando sus pasos y los nuestros en el camino de la verdadera paz que aguardamos.

297. Todos estos misterios con mayor plenitud y profundidad entendió San Zacarías por divina revelación, y los comprendió en su profecía. Y algunos de los que presentes le oyeron, fueron también ilustrados con los rayos de la luz del Altísimo, para conocer cómo era ya llegado el tiempo del Mesías y cumplimiento de las profecías antiguas. Y con la noticia y vista de tan nuevas maravillas y prodigios, admirados decían (Lc 1, 66): ¿Quién será este niño con quien la mano del Señor se manifiesta tan poderosa y admirable? El infante fue circuncidado y le pusieron Juan por nombre, en que su padre y madre milagrosamente concurrieron, y cumplieron en todo con la ley; y en las montañas de Judea se divulgaron estas maravillas.

298. Reina y Señora de todo lo criado, admirada de estas maravillosas obras que por vuestra intervención hizo el brazo poderoso en vuestros siervos Isabel, Juan y Zacarías, considero el diferente modo que tuvo en ellas la divina Providencia y Vuestra rara discreción. Porque al hijo y a la madre sirvió de instrumento Vuestra dulcísima palabra, para ser santificados con plenitud del Espíritu Santo, y esta obra fue oculta y en secreto; y para que hablase Zacarías y fuese asimismo ilustrado, sólo intervino Vuestra oración e imperio oculto, y este beneficio fue manifiesto a los circunstantes, que conocieron la gracia del Señor en el

Santo Sacerdote. Ignoro la razón de estos prodigios, y presento a vuestra dignación todas mis ignorancias, para que como maestra mía me gobernéis.

Respuesta y doctrina de la Reina y Señora del mundo.

299. Hija mía, por dos razones fueron ocultos los efectos divinos que mi Hijo santísimo obró por mí en San Juan y en su madre Santa Isabel, y no los de San Zacarías. La una, porque Santa Isabel mi sierva exclamó y habló con claridad en alabanza del Verbo humanado en mis entrañas y mía, y convenía que entonces no se manifestase tan expresamente el misterio ni mi dignidad, porque la venida del Mesías se había de manifestar por otros medios más convenientes. La otra razón fue, porque no todos los corazones estaban dispuestos como el de Santa Isabel para recibir tan preciosa y nueva semilla, ni percibieran sacramentos tan altos con la veneración debida. Y fuera de esto, para manifestar entonces lo que convenía, era más a propósito el Sacerdote San Zacarías por su dignidad, de quien se pudiera recibir el principio de la luz con más aceptación que de Santa Isabel en presencia de su marido; y lo que dijo ella se reservó para su tiempo. Y aunque las palabras del Señor ellas se llevan consigo la fuerza, con todo eso era más suave y acomodado modo aquel medio del Sacerdote para los ignorantes y poco ejercitados en los misterios divinos.

300. Convenía asimismo acreditar y honrar la dignidad del Sacerdote, de quien hace tanta estimación el Altísimo, que si en ellos halla la disposición debida siempre los engrandece y comunica su espíritu, para que el mundo los tenga en veneración como a sus escogidos y ungidos; y en ellos tienen menos peligros las maravillas del Señor, por mucho que se manifiesten; y si correspondieran a su dignidad, habían de ser sus obras de serafines y sus semblantes de ángeles entre las demás criaturas, su rostro había de resplandecer como el de Moisés cuando salió de la presencia y trato del Señor (Ex 34, 29) y por lo menos deben de comunicar con los demás hombres de manera que se hagan respetar y venerar después del mismo Dios. Y quiero, carísima, que entiendas está hoy el Altísimo muy

indignado con el mundo, entre otras ofensas por las que recibe sobre esto, así de los Sacerdotes como de los legos. Con los Sacerdotes, porque olvidados de su altísima dignidad, la ultrajan con hacerse viles y contentibles y manuales, y escandalosos muchos, dando mal ejemplo al mundo, que ocasionan con el desprecio de su santificación. Y con los legos, porque son temerarios y atrevidos contra los cristos del Señor, a los cuales, aunque sean imperfectos y no de loable conversación, con todo eso los deben honrar y reverenciar en lugar de Cristo mi Hijo santísimo en la tierra.

301. Por esta veneración del Sacerdote procedí yo también diferentemente que con Santa Isabel. Porque si bien el Altísimo ordenó que fuese yo el conducto o instrumento para comunicarles su divino Espíritu, pero a Santa Isabel de tal suerte la saludé que con la voz de mi salutación mostré alguna superioridad, para mandar al pecado original que su hijo tenía, y desde entonces se le había de perdonar por medio de mis palabras, dejando llenos de Espíritu Santo a hijo y madre. Y como yo no había contraído el pecado original, sino que fui libre y exenta de él, tuve imperio y dominio en aquella ocasión, mandándole como Señora que había triunfado de él por la preservación del Altísimo, y no como esclava, como lo quedan todos los hijos de Adán que en él pecaron. Pues para librar a mi siervo San Juan Bautista de esta servidumbre y prisiones del pecado, quiso el Señor que imperase como quien jamás había estado sujeta a él. A San Zacarías no le saludé por este modo de dominio, mas rogué por él, guardándole la reverencia y decoro que pedía su dignidad y mi recato. Y aun el mandar a su lengua que se desatase, aunque fue mental y ocultamente, no lo hiciera yo por el respeto del Sacerdote, si no me lo mandara el Altísimo, dándome también a conocer que la persona del Sacerdote no estaba bien dispuesta con la imperfección y defecto de la mudez; porque con todas sus potencias ha de estar expedito y dispuesto para el servicio y alabanza del Señor. Y porque en esta materia de respetar a los Sacerdotes te diré más en otra ocasión, baste ahora esto para responderte a la duda que tenías.

302. La doctrina que ahora te doy sea, que con todas las personas que tratares, superiores o inferiores, de todas procures ser enseñada en el camino de la virtud y vida eterna. Y en esto imitarás lo que hizo conmigo mi sierva Santa Isabel, pidiendo a todos, con el modo y prudencia que debes, te adiestren y encaminen; que por esta humildad dispone tal vez el Señor la buena dirección y acierto y envía su luz divina; y lo hará contigo, si procedes con sencilla discreción y celo de la virtud. Procura también arrojar de ti o no admitir ningún linaje o asomo de lisonjas de criaturas y las conversaciones donde las puedes oír, porque esta fascinación oscurece la luz y pervierte el sentido inadvertido. Y el Señor es tan celoso con las almas que mucho ama, que al punto se retira si ellas admiten alabanzas humanas y se pagan de sus lisonjas, porque con esta liviandad se hacen indignas de sus favores. Y no es posible concurrir juntos en un alma la adulación del mundo y los regalos del Altísimo, los cuales son verdaderos, santos, puros, estables, que humillan, limpian, pacifican e ilustran el corazón: y por el contrario las caricias, lisonjas de las criaturas son vanas, inconstantes, falaces, impuras y mentirosas, como salidas de la boca de aquellos que ninguno deja de mentir; y todo lo que es mentira es obra del enemigo.

303. Tu Esposo, hija mía carísima, no quiere que tus orejas se apliquen a oír ni admitir fabulaciones falsas y terrenas, ni que las adulaciones del mundo las inficionen ni manchen, y así quiero que para todos estos engaños venenosos las tengas cerradas y defendidas con fuerte custodia para que no los percibas. Y si tu Dueño y Señor se deleita de hablarte al corazón palabras de vida eterna, razón será que para oír sus caricias y atender a su amor te hagas insensible, sorda y muerta a todo lo terreno, y que todo sea tormento y muerte para ti. Mira que le debes grande fineza y que todo el infierno junto, valiéndose de la blandura de tu natural, quiere pervertírtele, para que le tengas suave para las criaturas e ingrato a Dios eterno. Vela y cuida de resistirle fuerte en la fe (1 Pe 5, 9) de tu amado Dueño y Esposo.

CAPITULO 24

Despídese María santísima de casa de San Zacarías para volverse a la suya propia en Nazaret.

304. Para volver María santísima a su casa de Nazaret, vino de ella su felicísimo esposo San José, llamado por orden de Santa Isabel. Y llegando a casa de San Zacarías, donde le aguardaban, fue recibido y respetado con incomparable devoción y reverencia de Santa Isabel y San Zacarías; después que también el Santo Sacerdote conocía que el Gran Patriarca era depositario de los sacramentos y tesoros del cielo, que aun no le eran manifiestos. Recibióle su divina esposa con humilde y prudente júbilo y arrodillándose en su presencia le pidió la bendición, como solía, y que la perdonase lo que había faltado a servirle en aquellos casi tres meses que había estado asistiendo a Santa Isabel su prima. Y aunque en esto ni había hecho culpa ni imperfección, antes había cumplido la voluntad divina con grande agrado y beneplácito del mismo Señor y conformidad de su esposo, con todo eso, con aquella cortés y cariciosa humildad quiso la prudentísima Señora recompensar a su esposo lo que con su ausencia le había faltado de consuelo. El santo José le respondió, que con haberla visto quedaba aliviado de la pena de su ausencia y lo que su presencia le hubiera dado de consuelo. Y habiendo descansado algún día, determinaron el de su partida.

305. Despidióse luego la princesa María del Sacerdote San Zacarías, que como estaba ya ilustrado con la ciencia del Señor y conocía la dignidad de su Madre-Virgen, la habló con suma reverencia como a sagrario vivo de la divinidad y humanidad del Verbo eterno. Señora mía —la dijo— alabad eternamente y bendecid a vuestro Hacedor que se dignó por su misericordia infinita de elegiros entre todas las criaturas para Madre suya, depositaría única de todos sus grandes bienes y sacramentos; y acordaos de mí, vuestro siervo, para pedir a nuestro Dios y Señor me envíe en paz de este destierro a la seguridad del verdadero bien que esperamos; y que por vos merezca ser digno de llegar

a ver su divino rostro, que es la gloria de los santos. Y acordaos también, Señora, de mi casa y familia, en especial de mi hijo Juan, y rogad al Altísimo por vuestro pueblo.

306. La gran Señora se puso de rodillas delante del Sacerdote y le pidió con profunda humildad la bendijese. Retirábase de hacerlo San Zacarías, y antes la suplicaba le diese ella su bendición a él. Pero nadie podía vencer en humildad a la que era maestra y madre de esta virtud y de toda la santidad, y así obligó al Sacerdote a que le echase su bendición y él se la dio movido con la divina luz. Y tomando las palabras de las Escrituras sagradas la dijo: La diestra del todopoderoso y verdadero Dios te asista siempre y te libre de todo mal (Sal 120, 7); tengas la gracia de su eficaz protección y llénete del rocío del cielo y de la grosura de la tierra, y te dé abundancia de pan y vino; sírvante los pueblos y adórente los tribus, porque eres tabernáculo de Dios; serás Señora de tus hermanos y los hijos de tu madre se arrodillarán en tu presencia. El que te magnificare y bendijere será engrandecido y bendito, y el que no te bendijere y alabare será maldito (Gen 27, 28-29). Conozcan en ti a Dios todas las naciones y sea por ti engrandecido el nombre del Dios altísimo de Jacob (Jdt 13, 31).

307. En retorno de esta profética bendición, María Santísima besó la mano del sacerdote San Zacarías y le pidió la perdonase lo que pudiera haber causado y deservido en su casa. El santo viejo se enterneció mucho en esta despedida y con las razones de la más pura y amable de las criaturas, y guardó siempre en su pecho el secreto de los misterios que en presencia de María santísima le habían sido revelados. Sola una vez que se halló en una junta o congregación de los sacerdotes que solían juntarse en el templo, dándole la enhorabuena de su hijo y de haberse acabado el trabajo de su mudez en su nacimiento, movido con la fuerza de su espíritu y respondiendo a lo que se trataba, dijo: Creo con firmeza infalible que nos ha visitado el Altísimo, enviándonos ya al mundo el Mesías prometido que ha de redimir su pueblo.—Pero no declaró más lo que sabía del misterio. Pero de oírle estas razones el Santo Sacerdote Simeón, que estaba presente, concibió un gran afecto del espíritu, y con este impulso dijo: No

permitáis, Señor Dios de Israel, que vuestro siervo salga de este valle de miserias, antes que vea vuestra salud y Reparador de su pueblo.—Y a estas razones aludieron las que dijo después en el templo (Lc 2, 28-32), cuando recibió en sus palmas al niño Dios presentado, como adelante (Cf. infra n. 599) diremos. Y desde esta ocasión se fue más encendiendo su afectuoso deseo de ver al Verbo divino encarnado.

308. Dejando a San Zacarías lleno de lágrimas y ternura, fue María Señora nuestra a despedirse de su prima Santa Isabel, que como mujer de corazón más blando, como deuda y como quien había gozado tantos días de la dulce conversación de la Madre de la gracia y que por su intervención había recibido tantas de la mano del Señor, no era mucho desfalleciera con el dolor, ausentándose la causa de tantos bienes recibidos y la presencia y esperanza de recibir otros muchos. Dividíasele el corazón a la santa matrona llegando a despedirse la Señora del cielo y tierra, que amaba más que a su misma vida; y con pocas razones, porque no las podía formar, pero con copiosas lágrimas y sollozos, le descubría lo íntimo de su pecho. La serenísima Reina, como invicta y superior a todos los movimientos de las pasiones naturales, estuvo con severidad agradable dueña de sí misma, y hablando a Santa Isabel, la dijo: Amiga y prima mía, no queráis afligiros tanto por mi partida, pues la caridad del Altísimo, en quien con verdad os amo, no conoce división ni distancia de tiempo ni lugar. En Su Majestad os miro y en él os tendré presente, y vos también siempre me hallaréis en él mismo. Breve es el tiempo que nos apartamos corporalmente, pues todos los días de la vida humana son tan breves (Job 14, 5), y alcanzando con la divina gracia victoria de nuestros enemigos, muy presto nos veremos y gozaremos eternamente en la celestial Jerusalén, donde no hay dolor, ni llanto (Ap 21, 4), ni división. En el ínterin, carísima mía, todo el bien hallaréis en el Señor y también me tendréis y veréis a mí en él; quede en vuestro corazón y os consuele.—No alargó más la plática nuestra prudentísima Reina, por atajar el llanto de Santa Isabel, y puesta de rodillas la pidió la bendición y perdón de lo que la podía haber molestado con su compañía. Hizo instancia hasta que se la dio, y la misma hizo Santa Isabel para que la divina Señora la volviese el

retorno con otra bendición, y por no negarla este consuelo, se la dio María santísima.

309. Llegó la Reina también a ver al niño San Juan Bautista y recibiéndole en sus brazos le echó muchas bendiciones eficaces y misteriosas. El milagroso infante por dispensación divina habló a la Virgen Madre, aunque en voz baja y de párvulo. Madre sois del mismo Dios —la dijo— y Reina de todo lo criado, depositaría del tesoro inestimable del cielo, amparo y protectora de mí, vuestro siervo; dadme vuestra bendición y no me falte vuestra intercesión y vuestra gracia. Besó tres veces la mano de la Reina el niño y adoró en su virginal vientre al Verbo humanado y le pidió su bendición y gracia, y con suma reverencia se ofreció a su servicio. El niño Dios se mostró agradable y con benevolencia a su precursor; y todo esto lo conoció y miraba la felicísima madre María santísima. Y en todo procedía y obraba con plenitud de ciencia divina, dando a cada uno de estos grandes misterios la veneración y aprecio que pedía; porque trataba magníficamente a la sabiduría de Dios (2 Mac 2, 9) y sus obras.

310. Quedó toda la casa de San Zacarías santificada de la presencia de María santísima y del Verbo humanado en sus entrañas, edificada de su ejemplo, enseñada de su conversación y doctrina, aficionada a su dulcísimo trato y modestia. Y llevándose los corazones de aquella dichosa familia, los dejó a todos en ella llenos de dones celestiales que les mereció y alcanzó de su Hijo santísimo. Su santo esposo José quedó en gran veneración con San Zacarías, Santa Isabel y San Juan Bautista, que conocieron su dignidad, antes que a él mismo se le manifestase. Y despidiéndose el dichoso Patriarca de todos, alegre con su tesoro, aunque no del todo conocido, partió para Nazaret; y lo que sucedió en el viaje diré en el capítulo siguiente. Pero antes de comenzarle María santísima pidió la bendición de rodillas a su esposo, como en tales ocasiones lo hacía, y habiéndosela dado, principiaron la jornada.

Doctrina de la Reina María santísima.

311. Hija mía, aquella dichosa alma a quien Dios elige

para su trato regalado y alta perfección, siempre debe tener el corazón preparado (Eclo 2, 20) y no turbado, para todo lo que Su Majestad quisiere disponer y hacer en ella, sin resistencia; y de su parte debe ejecutarlo todo con prontitud. Yo lo hice así, cuando el Altísimo me mandó salir de mi casa y dejar mi amable retiro para venir a la de mi sierva Santa Isabel, y lo mismo cuando me ordenó la dejase. Todo lo ejecuté con pronta alegría; y aunque de Santa Isabel y su familia recibí tantos beneficios, y con el amor y benevolencia que has conocido, pero no obstante esto, en sabiendo la voluntad del Señor, aunque me hallé obligada, pospuse todo afecto propio, sin admitir más de lo que era compatible de caridad y compasión con la presteza de la obediencia que debía al divino mandato.

312. Hija mía carísima, ¡cómo procurarías esta verdadera y perfecta resignación, si del todo conocieras su valor y cuan agradable es a los ojos del Señor y útil y provechosa para el alma! Trabaja, pues, por conseguirla con mi imitación, a que tantas veces te convido y te persuado. El mayor impedimento para llegar a este grado de perfección es admitir afectos o inclinaciones particulares a cosas terrenas, porque éstas hacen indigna al alma de que el Señor la elija para sus delicias y la manifieste su voluntad. Y si la conocen las almas, las detiene el amor vil que han puesto en otras cosas, y con este asimiento no están capaces de la prontitud y alegría con que deben obedecer al gusto de su Señor. Reconoce, hija, este peligro y no admitas en tu corazón afecto alguno particular, porque te deseo muy perfecta y docta en este arte del amor divino y que tu obediencia sea de ángel y tu amor de serafín. Tal quiero que seas en todas tus acciones, pues a esto te obliga mi amor, y te lo enseña la ciencia y luz que recibes.

313. No te quiero decir que no has de ser sensible, que esto no es posible a la criatura naturalmente, pero cuando te sucediere alguna cosa adversa, o te faltare lo que te pareciere útil o necesario y apetecible, entonces con alegre igualdad te deja toda en el Señor y le hagas sacrificio de alabanza, porque se hace su voluntad santa en lo que a ti te tocaba. Y con atender sólo al beneplácito de su divina disposición y que todo lo demás es momentáneo, te

hallarás pronta y fácil en la victoria de ti misma y lograrás todas las ocasiones de humillarte al poder de la mano del Señor. También te advierto que me imites en el respeto y veneración de los sacerdotes y que para hablarles y despedirte les pidas siempre la bendición; y esto mismo harás con el Altísimo para cualquiera obra que comenzares. A los superiores te muestra siempre con rendimiento y sumisión. A las mujeres que vinieren a pedirte consejo, amonéstalas si fueren casadas que sean obedientes a sus maridos, sujetas y pacíficas en sus casas y familias, recogidas en ellas y cuidadosas en cumplir con sus obligaciones. Pero que no se ahoguen ni entreguen totalmente a los cuidados con pretexto de necesidad, pues más se les ha de suplir por la bondad y liberalidad del Altísimo, que por su demasiada negociación. En los sucesos que a mí me tocaron en mi estado, hallarás para esto la doctrina y ejemplar verdadero, y toda mi vida lo será para que las almas compongan la perfección que deben en todos sus estados; por esto no te doy advertencias para cada uno.

CAPITULO 25

La jornada de María santísima de casa de San Zacarías a Nazaret.

314. Para dar la vuelta de la ciudad de Judá a la de Nazaret, salió María santísima, vivo tabernáculo de Dios vivo, caminando por las montañas de Judea en compañía de su fidelísimo esposo San José. Y aunque los Evangelistas no dicen la festinación y diligencia con que hizo esta jornada, como lo dijo San Lucas de la primera (Lc 1, 39), por el misterio especial que aquella priesa encerraba, también este viaje y vuelta a Nazaret caminó la Princesa del cielo con gran presteza para los sucesos que la esperaban en casa. Y todas las peregrinaciones de esta divina Señora fueron una mística demostración de sus progresos espirituales e interiores; porque ella era el verdadero tabernáculo del Señor que nunca descansaba de asiento (1 Par 17, 5) en la peregrinación de la vida mortal, antes procediendo y pasando cada día de un estado muy alto de sabiduría y gracia a otro más levantado y superior, siempre

caminaba y siempre era única y peregrina en este camino de la tierra prometida, y siempre llevaba consigo misma el propiciatorio verdadero, donde sin intermisión, con aumentos de sus dones y favores propios, solicitaba y adquiría nuestra salvación para nosotros.

315. Tardaron en esta jornada nuestra gran Reina y San José otros cuatro días, como en la venida, que dije en el capítulo 16 (Cf. supra n. 207). Y en el modo de caminar y en sus divinas pláticas y conversaciones que tenían en todo el viaje, sucedió lo mismo que allá dije, y no es necesario repetirlo ahora. En las contiendas ordinarias de humildad que tenían, siempre vencía nuestra Reina, salvo cuando interponía su santo esposo la obediencia de sus mandatos; que el rendirse obediente era la mayor humildad. Pero como iba ya preñada de tres meses, caminaba más atenta y cuidadosa, no porque le fuese grave ni pesado su preñado, que antes le era de alivio suavísimo, mas la prudente y atenta Madre cuidaba mucho de su tesoro, porque le miraba con los aumentos y progresos naturales que cada día iba recibiendo el cuerpo santísimo de su Hijo en su virginal vientre. Y no obstante la facilidad y ligereza del preñado, algunas veces la fatigaba el trabajo del camino y el calor, porque para no padecer, no se valía de los privilegios de Reina y Señora de las criaturas, antes daba lugar a las molestias y cansancio, para ser en todo maestra de perfección y estampa única de su Hijo santísimo.

316. Como su divino preñado era en la parte de la naturaleza tan perfecto y su persona elegantísima y delicada y todo sin defecto alguno, naturalmente le crecía el vientre y reconocía la discretísima esposa que sería imposible ocultarle muchos días a su castísimo y fidelísimo esposo. Con esta consideración le miraba ya con mayor ternura y compasión, por el sobresalto que de cerca le amenazaba, de que deseara excusarle, si conociera la voluntad divina. Pero el Señor no le respondió a estos cuidados, porque disponía el suceso por los medios más oportunos para gloria suya, merecimiento de San José y de su Madre Virgen. Con todo esto, en su secreto la gran Señora pedía a Su Majestad que previniese el corazón del santo esposo con la paciencia y sabiduría que había

menester y le asistiese con su gracia, para que en la ocasión que esperaba obrase con beneplácito y agrado de la voluntad divina; porque siempre juzgaba había de recibir gran dolor, viéndola preñada.

317. Prosiguiendo el camino hizo en él la Señora del mundo algunas obras admirables, aunque siempre con modo oculto y secreto. Sucedió que llegaron a un lugar no lejos de Jerusalén, y en la misma posada concurrió aquella noche alguna gente de otro lugar pequeño que pasaban a la ciudad santa y llevaban una mujer moza y enferma a buscarle algún remedio, como en lugar más populoso y grande. Y aunque la conocían por muy enferma, ignoraban sus dolencias y la causa de ellas. Había sido aquella mujer muy virtuosa; y conociendo el común enemigo su natural y virtudes adelantadas, convirtióse contra ella, como lo hace siempre contra los amigos de Dios y enemigos suyos. Persiguiéndola, la hizo caer en algunas culpas, y para llevarla de un abismo en otro, la tentó con falsas ilusiones de desconfianza y desordenado dolor de su propia deshonra, y turbándole el juicio halló lugar este dragón de entrarse en la afligida mujer y poseerla con otros muchos demonios. Ya dije en la primera parte (Cf. supra p. I n. 132), que concibió grande ira el infernal dragón contra todas las mujeres virtuosas después que vio en el cielo aquella mujer vestida del sol (Ap 12, 1), de cuya generación son las demás que la siguen, como del capítulo 12 del Apocalipsis se colige; y por este enojo estaba muy soberbio y ufano con la posesión de aquel cuerpo y alma de la afligida mujer y la trataba como tirano enemigo.

318. Vio nuestra divina Princesa en su posada a aquella mujer enferma y conoció su dolencia que todos ignoraban; y movida de su maternal misericordia, oró y pidió a su Hijo santísimo la diese salud de cuerpo y alma. Y conociendo la voluntad divina que se inclinaba a clemencia, y usando de la potestad de Reina, mandó a los Demonios saliesen al punto de aquella mujer y la dejasen libre sin volver más a molestarla; que se fuesen a los profundos, como su legítima y propia habitación. Este mandato de nuestra gran Reina y Señora no fue vocal, sino mental o imaginario, de manera que lo pudieran percibir los inmundos espíritus; pero fue

tan eficaz y poderoso, que sin dilación salieron Lucifer y sus compañeros de aquel cuerpo y fueron lanzados en las tinieblas del infierno. Quedó la dichosa mujer libre y suspensa de tan inopinado suceso, pero inclinóse con un movimiento del corazón a la purísima y santísima Señora, miróla con especial veneración y afecto, y con esta vista recibió otros dos beneficios: el uno, que se le movió el interior con íntimo dolor de sus pecados; el otro, que se le quitaban o deshacían los malos efectos y reliquias que le habían dejado en el cuerpo aquellos injustos poseedores que algún tiempo había sentido y padecido. Reconoció que aquella divina forastera, encontrada por su gran dicha en el camino, tenía parte en el bien que sentía y que había recibido del cielo. Habló con ella, y respondiéndola nuestra Reina al corazón, la exhortó y amonestó a la perseverancia, y también se la mereció para adelante. Los deudos que con ella iban conocieron también el milagro, pero atribuyéronlo a la promesa que iban cumpliendo de llevarla al templo de Jerusalén, ofreciendo en él alguna limosna. Y así lo hicieron alabando a Dios, pero ignorando el instrumento de aquel beneficio.

319. Fue grande y furiosa la turbación que recibió Lucifer, viéndose arrojado con solo el imperio de María santísima y desposeído de esta mujer, y con rabiosa indignación se admiraba y decía: ¿Quién es esta mujercilla que con tanta fuerza nos manda y nos oprime? ¿Qué novedad es ésta y cómo la sufre mi soberbia? Conviene que todos reparemos en esto y tratemos de aniquilarla. Y porque en el capítulo siguiente diré más en este punto, lo dejo ahora. Pero llegando nuestros caminantes divinos a otra posada, que era dueño de ella un hombre de mala condición y costumbres; y para comenzar a ser dichoso, ordenó Dios que recibiese con ánimo piadoso y benévolo a María santísima y a San José su esposo; hízoles más cortesía y servicios de los que solía hacer a otros huéspedes; y porque el retorno fuese también más aventajado, la gran Reina, que conoció el estado de la conciencia estragado de su hospedero, oró por él y le dejó el fruto de esta oración en pago del hospedaje, dejándole justificada el alma, mejorada la vida y también la hacienda; que por un pequeño beneficio que hizo a sus huéspedes soberanos, se le acrecentó Dios de allí adelante.

Otras muchas maravillas hizo la Madre de la gracia en este viaje, porque sus emisiones eran divinas (Cant 4, 13) y todo lo santificaba si hallaba disposición en las almas. Dieron fin a su jornada llegando a Nazaret, donde la Princesa del cielo aliñó y limpió su casa con asistencia y ayuda de sus Santos Ángeles, que en estos tan humildes ministerios siempre la acompañaban como émulos de su humildad y celosos de su veneración y culto. El Santo José se ocupaba en su ordinario trabajo para sustentar a la Reina, y ella no frustraba la esperanza del corazón del santo (Prov 31, 11). Ceñíase de nueva fortaleza para los misterios que aguardaba y extendía su mano a cosas fuertes (Prov 31, 17; 19), y en su secreto gozaba de la continua vista del tesoro de su vientre, y con ella de incomparables favores, delicias y regalos. Granjeaba grandiosos merecimientos e incomparable agrado de Dios.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

320. Hija mía, las almas fieles que conocen a Dios por la luz de la fe y son hijas de la Iglesia, para usar de esta virtud y de las que con ella se les infunden, no debían de hacer diferencia de tiempos, ni lugares ni ocupaciones; porque Dios está presente en todas las cosas y las llena de su ser infinito, y en cualquiera lugar y ocasión se halla la fe para adorarle y reconocerle en espíritu y verdad (Jn 4, 23). Y así como a la creación, por donde recibe el alma el ser primero, se sigue la conservación, y a la vida la respiración, en que nunca admite intervalo, como tampoco en la nutrición y aumento, hasta llegar al término, a este modo la criatura racional, después de ser regenerada por la fe y la gracia, debía no interrumpir jamás el aumento de esta vida espiritual, obrando siempre obras de vida con la fe, esperanza y amor en todo tiempo y lugar. Y por el olvido y descuido que los hombres tienen en esto, y más los hijos de la Iglesia, vienen a tener la vida de la fe como si no la tuviesen, porque la dejan morir, perdiendo la caridad. Y son éstos los que recibieron en vano (Sal 23, 4) esta nueva alma, como lo dice Santo Rey David, porque no usan de ella más que si no la hubieran recibido.

321. Tu vida espiritual quiero yo, carísima, que no tenga

más vacíos ni intervalos que la natural. Siempre has de obrar con la vida de la gracia y dones del Altísimo, orando, amando, alabando, creyendo, esperando y adorando a este Señor en espíritu y verdad, sin diferencia de tiempos, de ocupaciones ni de lugar. En todo está presente y de todas las criaturas racionales quiere ser amado y servido. Por lo que te encargo que, cuando llegaren a ti las almas con este olvido o con otras culpas y fatigadas del Demonio, pide por ellas con viva fe y confianza; que si el Señor no obrare siempre al modo que lo deseas, y ellas piden, harálo ocultamente, y tú conseguirás el haberle dado gusto, trabajando como fiel hija y esposa. Y si en todo procedes como quiere de ti, te aseguro que para el beneficio de las almas te concederá muchos privilegios de esposa. Atiende en esto a lo que yo hacía cuando miraba a las almas en desgracia del Señor y el cuidado y celo con que trabajaba por todas, y señaladamente por algunas. Y a imitación mía, y para obligarme cuando el Altísimo te manifestare el estado de algunas almas, o ellas te lo declararen, trabaja y pide por todas y amonéstalas con prudencia, humildad y recato; que el Todopoderoso no quiere obres tú con ruido, ni que los efectos de tu trabajo se manifiesten, sino que sean ocultos, que en esto se mide a tu natural encogimiento y deseo y quiere en ti lo más seguro. Y aunque por todas las almas has de pedir, más eficazmente por aquellas que conocieres ser más conforme a la voluntad divina.

CAPITULO 26

Hacen los demonios un conciliábulo en el infierno contra María santísima.

322. En el instante que se ejecutó el inefable misterio de la encarnación, dije arriba en su lugar, capítulo 11, núm. 140, que Lucifer y todo el infierno sintieron la virtud del brazo poderoso del Altísimo, que los derribó a lo más profundo de las cavernas infernales. Estuvieron allí oprimidos algunos días, hasta que el mismo Señor con su admirable providencia dio permiso para que saliesen de aquella opresión, cuya causa ignoraban. Levantóse, pues, el

dragón grande y salió al mundo para rodear la tierra, reconociendo en toda ella si había alguna novedad a que atribuir la que él y sus ministros habían sentido en sí mismos. Esta diligencia no la quiso fiar el soberbio príncipe de las tinieblas de solos sus compañeros, pero salió él mismo con ellos y, discurriendo por todo el orbe, con suma astucia y malignidad anduvo inquiriendo y acechando por varios modos para investigar lo que deseaba. Gastó en esta diligencia tres meses, y al fin de ellos volvió al infierno tan ignorante de la verdad como de él había salido; porque no eran divinos misterios para que él los entendiese por entonces, siendo tan tenebrosa su malignidad, que ni había de gozar de sus admirables efectos, ni por ellos había de glorificar ni bendecir a su Hacedor como nosotros, para quienes fue la redención.

323. Hallábase más confuso y congojoso el enemigo de Dios, sin saber a qué atribuir su nueva desdicha, y para consultar el caso convocó a todas las cuadrillas infernales, sin reservar demonio alguno. Y puesto en lugar eminente en aquel conciliábulo, le hizo este razonamiento: Bien sabéis, súbditos míos, la solicitud grande que he puesto, después que Dios nos arrojó de su casa y destruyó nuestra potestad, en vengarme, procuro yo destruir la suya. Y aunque no le puedo tocar a Él, pero en los hombres a quien ama no he perdido tiempo ni ocasión para traerlos a mi dominio, y con mis fuerzas he poblado mi reino y tengo tantas gentes y naciones que me siguen y obedecen, y cada día voy ganando innumerables almas y apartándolas del conocimiento y obediencia de Dios, para que no lleguen a gozar lo que nosotros perdimos, antes los he de traer a estas penas sempiternas que padecemos, pues han seguido mi doctrina y mis pisadas, y en ellas vengaré la ira que tengo concebida contra su Criador. Pero todo lo referido me parece poco, y siempre me tiene sobresaltado esta novedad que hemos sentido, porque no nos ha sucedido cosa como ésta después que nos arrojaron del cielo, ni tan gran fuerza nos ha oprimido y arruinado; y reconozco que vuestras fuerzas y las mías se han quebrantado mucho. Este efecto tan nuevo y extraordinario sin duda tiene nuevas causas, y en nuestra flaqueza siento gran temor que nuestro imperio se ha arruinado.

324. Este negocio pide nuestra advertencia, y mi furor está constante y la ira de mi venganza no está satisfecha. Yo he salido y rodeado todo el orbe, reconociendo a todos sus moradores con gran cuidado, y no he topado cosa notable. A las mujeres virtuosas y perfectas del género de aquella nuestra enemiga que conocimos en el cielo, a todas he observado y perseguido por encontrarla entre ellas, mas no hallo indicios de que haya nacido; porque ninguna hallo con las condiciones que me parece ha de tener la que ha de ser Madre del Mesías. Una doncella, que yo temía por sus grandes virtudes y la perseguí en el templo, ya está casada, y así no puede ser ella la que buscamos, porque Isaías dijo (Is 7, 14) que había de ser virgen. Con todo eso la temo y aborrezco, porque será posible que siendo tan virtuosa nazca de ella la Madre del Mesías o algún gran profeta, y hasta ahora no la he podido sujetar en cosa alguna, y de su vida alcanzo menos que de las otras. Siempre me ha resistido invencible, y fácilmente se me borra de la memoria, y cuando me acuerdo, no puedo acercarme tanto a ella. Y no acabo de conocer si esta dificultad y olvido son misteriosos, o nacen de mi mismo desprecio que hago de una mujercilla. Pero yo volveré sobre mí, porque en dos ocasiones estos días me ha mandado y no hemos podido resistir a su imperio y magnanimidad, con que nos ha desterrado de nuestra posesión que teníamos en aquellas personas de donde nos arrojó. Esto es muy digno de reparo, y sólo por lo que se ha mostrado en estas ocasiones merece mi indignación. Determino perseguirla y rendirla y que vosotros me ayudéis en esta empresa con todas vuestras fuerzas y malicia; que quien se señalare en esta victoria, recibirá grandes premios de mi gran poder.

325. Toda la infernal canalla, que atentos oyeron a Lucifer, alabaron y aprobaron sus intentos, y le dijeron no tuviese cuidado que por aquella mujer se desharían ni menguarían sus triunfos, pues tan pujante estaba su poder y debajo de él tenía casi todo el mundo. Y luego fueron arbitrando los medios que tomarían para perseguir a María santísima, por mujer señalada y singular en santidad y virtudes, y no por Madre del Verbo humanado, que entonces, como he dicho (Cf. supra n. 130), ignoraban los demonios el

sacramento escondido. De este acuerdo se le siguió luego a la divina Princesa una larga contienda con Lucifer y sus ministros de maldad, para que muchas veces le quebrantase la cabeza a este dragón infernal. Y aunque ésta fue gran batalla contra él, y muy señalada en la vida de esta gran Señora, pero después tuvo otra mayor, cuando quedó en el mundo, después de la subida de su Hijo santísimo a los cielos. Y de ésta hablaré en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 451-527) de la divina Historia, para donde me han remitido; porque fue muy misteriosa, como ya era conocida de Lucifer por Madre de Dios, y de ella habló San Juan Evangelista en el capítulo 12 del Apocalipsis, como diré en su lugar (Cf. infra p. III n. 505-532).

326. En la dispensación de los misterios incomparables de la encarnación, fue admirable la providencia del Altísimo, y ahora lo es en el gobierno de la Iglesia católica. Y no hay duda que a esta fuerte y suave providencia convenía ocultar a los demonios muchas cosas que no es bien las alcancen, así porque son indignos de conocer los sagrados misterios, por lo que arriba dije (Cf. supra n. 318), como también porque en estos enemigos se ha de manifestar más el poder divino, para que estén debajo de él oprimidos. Y a más de esto, porque con la ignorancia de las obras que Dios les oculta, corre más suavemente el orden de la Iglesia y la ejecución de todos los sacramentos que Dios ha obrado en ella, y la ira desmedida del demonio se enfrena mejor en lo que Su Majestad no le quiere dar permiso. Y aunque siempre le puede y pudiera oprimir y detener, pero todo lo dispensa el Altísimo con el modo más conveniente a su bondad infinita. Por esto ocultó el Señor de estos enemigos la dignidad de María santísima y el modo milagroso de su preñado, su integridad virginal antes y después del parto; y con haberla dado esposo se disimulaba más esto. Tampoco conocieron la divinidad de Cristo nuestro Señor con infalible y firme juicio hasta la hora de su muerte, y desde entonces entendieron muchos misterios de la redención en que se habían alucinado y deslumbrado; porque si entonces le hubieran conocido, antes hubieran procurado estorbar su muerte, como lo dijo el apóstol (1 Cor 2, 8), que incitar a los judíos para que se la dieran más cruel, como adelante

declararemos en su lugar (Cf.infra n. 1228, 1251, 1259, 1273), y pretendieran impedir la redención, y manifestar al mundo que era Cristo verdadero Dios. Y por esto, cuando le conoció y confesó San Pedro (Mt 16, 16), le mandó a él y a los demás apóstoles que a nadie lo dijesen; y aunque por los milagros que hacía el Salvador, y por los demonios que expelía de los cuerpos, como refiere san Lucas (Lc 4, 33-55; 8, 30-37), venían en sospechas de que era el Mesías y le llamaban Hijo de Dios altísimo, no consentía Su Majestad que dijesen esto; ni tampoco lo afirmaban con certeza que tuviesen, porque luego se les desvanecían las sospechas con ver a Cristo nuestro Señor pobre, despreciado y fatigado, porque nunca penetraron el misterio de la humildad del Salvador; su soberbia desvanecida se le deslumbraba.

327. Pues como Lucifer no conocía la dignidad de Madre de Dios en María santísima, cuando la previno esta persecución, aunque fue terrible como se verá (Cf. infra n. 335-374), con todo eso fue más cruel otra que después padeció sabiendo quién era (Cf. infra p. II n. 452ss). Y si en esta ocasión de que voy hablando entendiera que ella era la que había visto en el cielo vestida

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: PARTE 8

327. Pues como Lucifer no conocía la dignidad de Madre de Dios en María santísima, cuando la previno esta persecución, aunque fue terrible como se verá (Cf. infra n. 335-374), con todo eso fue más cruel otra que después padeció sabiendo quién era (Cf. infra p. III n. 452ss). Y si en esta ocasión de que voy hablando entendiera que ella era la que había visto en el cielo vestida del sol y que le había de quebrantar la cabeza, se enfureciera y deshiciera en su rabia, convirtiéndose en rayos de ira. Y si considerándola solamente mujer santa y perfecta se indignaron todos tanto, cierto es que si conocieran su excelencia, hubieran turbado toda la naturaleza, cuanto ellos pudieran para perseguirla y acabar con ella. Pero como el dragón y sus

aliados ignoraban, por una parte, el oculto misterio de la divina Señora y, por otra, sentían en ella tan poderosa virtud y la santidad tan extremada, con esta confusión andaban atentando y conjeturando y se preguntaban unos a otros quién sería aquella mujer, contra quien tan flacas reconocían sus fuerzas, y si por ventura era la que entre las criaturas había de tener el preeminente lugar.

328. Otros respondían que no era posible ser aquella mujer Madre del Mesías que aguardaban los fieles, porque, a más de tener marido, ella y él eran muy pobres y humildes y poco celebrados en el mundo, y no se manifestaban con milagros y prodigios, ni se dejaban estimar ni temer de los hombres. Y como Lucifer y sus ministros son tan soberbios, no se persuadían que con la grandeza y dignidad de Madre de Dios eran compatibles tan extremado desprecio de sí misma y tan rara humildad; y todo lo que a él le había descontentado tanto, viéndose con menor excelencia, juzgaba que el que era poderoso no lo eligiera para sí. Al fin le engañó su misma arrogancia y desvanecida soberbia, que son los vicios más tenebrosos para cegar el entendimiento, y precipitar la voluntad. Por esto dijo Salomón (Sab 2, 21) que su propia malicia los había cegado, para que no conocieran que el Verbo eterno había de elegir tales medios para destruir la arrogancia y altivez de este dragón, cuyos pensamientos distaban de los juicios del altísimo Señor más que el cielo dista de la tierra (Is 55, 9); porque juzgaba que Dios bajaría al mundo contra él con grande aparato y ostentación ruidosa, humillando con potencia a los soberbios, a los príncipes y monarcas que el mismo demonio tenía desvanecidos; como se vio en tantos que precedieron a la venida de Cristo nuestro Señor, tan llenos de soberbia y presunción, que parecían haber perdido el seso y el conocimiento de ser mortales y terrenos. Todo esto lo medía Lucifer por su propia cabeza, y le parecía que Dios había de proceder en esta venida como procede él con su furor y condición contra las obras de nuestro Señor.

329. Pero Su Majestad, que es sabiduría infinita, lo hizo todo al contrario de lo que juzgó Lucifer, porque vino a vencerle, no con sola su omnipotencia, pero con la

humildad, mansedumbre, obediencia y pobreza, que son las armas de su milicia (2 Cor 10, 4), y no con ostentación, fausto y vanidad mundana, que se alimenta con las riquezas de la tierra. Vino disimulado y oculto en el aparato, eligió Madre pobre, y todo lo que el mundo aprecia vino a desestimar y a enseñar la ciencia de la vida con doctrina y con ejemplo; con que se halló el demonio engañado y vencido con los medios que más le oprimen y atormentan.

330. Ignorando todos estos misterios, anduvo Lucifer algunos días acechando y reconociendo la condición natural de María santísima, su complexión, compostura, sus inclinaciones y el sosiego de sus acciones, tan iguales y medidas, que era lo que a este enemigo no se le encubría. Y conociendo que todo esto era tan perfecto y la condición tan dulce y que todo junto era un muro invencible, volvió a consultar a los demonios, proponiéndoles la dificultad que sentía en aquella mujer para tentarla y que era empresa de gran cuidado. Fabricaron todos grandes y diversas máquinas de tentaciones con que acometerla, ayudándose unos a otros en esta demanda. Y de cómo lo ejecutaron hablaré en los capítulos siguientes, y del triunfo glorioso que alcanzó la soberana Princesa de todos estos enemigos y de sus dañados y malignos consejos fraguados con iniquidad.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

331. Hija mía, deseóte muy advertida y atenta para que no seas poseída de la ignorancia y tinieblas con que comúnmente están oscurecidos los mortales, olvidando su salud eterna, sin considerar su peligro, por la incesante persecución de los demonios para perderlos. Así duermen, descansan y se olvidan los hombres, como si no tuviesen enemigos fuertes y vigilantes. Este formidable descuido se origina de dos causas: la una, que los hombres están tan entregados a lo terreno, animal (1 Cor 2, 14) y sensible, que no saben sentir otras heridas más de las que tocan al sentido animal; todo lo demás interior no les ofende en su estimación. La otra razón es porque los príncipes de las tinieblas son invisibles y ocultos al sentido (Ef 6, 12), y como los hombres carnales no los tocan, ni los ven, ni

sienten, olvídanse de temerlos; siendo así que por eso mismo debían de estar más atentos y cuidadosos, porque los enemigos invisibles son más astutos y diestros en ofender a traición, y por eso el peligro es tanto más cierto cuanto es menos manifiesto, y las heridas tanto más mortales cuanto menos sensibles, imperceptibles y menos sentidas.

332. Oye, hija, las verdades más importantes para la vida verdadera y eterna. Atiende a mis consejos, ejecuta mi doctrina y recibe mis amonestaciones, porque si te dejas con descuido, enmudeceré contigo. Advierte, pues, lo que hasta ahora no has penetrado de la condición de estos enemigos: porque te hago saber que ningún entendimiento, ni lengua de hombres, ni de los ángeles, pueden manifestar la ira (Ap 12, 12) y furiosa saña que Lucifer y sus demonios tienen concebida contra los mortales, porque son imagen del mismo Dios y capaces de gozarle eternamente. Sólo el mismo Señor comprende la iniquidad y maldad de aquel pecho soberbio y rebelado contra su santo nombre y adoración. Y si con su poderoso brazo no tuviera oprimidos a estos enemigos, en un momento destruyeran el mundo, y más que leones hambrientos, dragones y fieras despedazaran a todos los hombres y rasgaran sus carnes. Pero el Padre piadosísimo, padre de las misericordias, defiende y enfrena esta ira y guarda entre sus brazos a sus hijuelos para que no caigan en el furor de estos lobos infernales.

333. Considera, pues, ahora, con la ponderación que pudieres, si hay dolor tan lamentable como ver tantos hombres oscurecidos y olvidados de tal peligro, y que unos por liviandad, por ligeras causas, por un deleite breve y momentáneo, otros por negligencia y otros por sus apetitos desordenados, se arrojen todos voluntariamente, desde el refugio donde los pone el Altísimo, a las furiosas manos de tan impíos y crueles enemigos; y esto no para que una hora, un día, un mes o un año ejecuten en ellos su furor, sino para que lo hagan eternamente con tormentos indecibles e imponderables. Admírate, hija mía, y teme de ver tan horrenda y formidable estulticia de los mortales impenitentes, y que los fieles, que esto conocen por fe,

hayan perdido el seso y los tenga el demonio tan dementados y ciegos en medio de la luz que les administra la fe verdadera y católica que profesan, que ni ven ni conocen el peligro, ni saben apartarse de él.

334. Y para que tú más le temas y te guardes, advierte que este dragón te reconoce y acecha desde la hora que fuiste criada y saliste al mundo, y noche y día te rodea sin descansar, para aguardar lance en que hacer presa en ti, y observa tus naturales inclinaciones, y aun los beneficios del Señor, para hacerte guerra con tus propias armas. Hace consulta con otros demonios sobre tu ruina y les promete premios a los que más la solicitaren; y para esto pesan tus acciones con grande desvelo y miden tus pasos y todos trabajan en arrojarte lazos y peligros para cada obra y acción que intentas. Todas estas verdades quiero veas en el Señor, donde conocerás a dónde llegan, y mídelas después con la experiencia que tienes, que careándolo entenderás si es razón que duermas entre tantos peligros. Y aunque a todos los nacidos les importa este desvelo, a ti más que a otro ninguno por especiales razones, que aunque no todas te las manifiesto ahora, no por eso dudes de que te conviene vivir vigilantísima y atenta; y basta que conozcas tu natural blando y frágil, de que se aprovecharán contra ti tus enemigos.

CAPITULO 27

Previene el Señor a María santísima para entrar en la batalla con Lucifer y comienza el dragón a perseguirla.

335. El Verbo eterno, que humanado en el vientre de María Virgen la tenía ya por Madre y conocía los consejos de Lucifer, no sólo con la sabiduría increada en cuanto Dios, pero también con la ciencia criada en cuanto hombre, estaba atento a la defensa de su tabernáculo, más estimable que todo el resto de las otras criaturas. Y para vestir de nueva fortaleza a la invencible Señora contra la osadía loca de aquel alevoso dragón y sus cuadrillas, se movió la humanidad santísima y estuvo como en pie en el tabernáculo virginal, como en forma de quien se opone y

ocurre a la batalla, indignado contra los príncipes de las tinieblas. En esta postura hizo oración al Padre eterno, pidiéndole renovase sus favores y gracias con su misma Madre, para que fortalecida de nuevo quebrantase la cabeza de la serpiente antigua, para que humillado y oprimido por una mujer quedasen frustrados sus intentos y debilitadas sus fuerzas, y la Reina de las alturas saliese victoriosa y triunfando del infierno, con gloria y alabanza del mismo ser de Dios y de la Madre y Virgen.

336. Como lo pidió Cristo Señor nuestro, así lo concedió y decretó la beatísima Trinidad. Y luego por un modo inefable se le manifestó a la Virgen Madre su Hijo santísimo que tenía en su vientre, y en esta visión se le comunicó una abundantísima plenitud de bienes, gracias y dones indecibles, y con nueva sabiduría conoció altísimos misterios y muy ocultos, que yo no puedo declarar. Especialmente entendió que Lucifer tenía fabricadas grandes máquinas y soberbios pensamientos contra la gloria del mismo Señor, y que la arrogancia de este enemigo se extendía a beberse las aguas puras del Jordán (Job 40, 18). Y dándole el Altísimo estas noticias, la dijo Su Majestad: Esposa y paloma mía, el sediento furor del dragón infernal es tan insaciable contra mi santo nombre y contra los que le adoran, que sin excepción de nadie a todos pretende derribar y borrar mi nombre de la tierra de los vivientes con osadía y presunción formidable. Yo quiero, amada mía, que tú vuelvas por mi causa y defiendas mi honor santo, peleando en mi nombre con este cruel enemigo; que yo estaré contigo en la batalla, pues estoy en tu virginal vientre. Y antes de salir al mundo, quiero que con mi virtud divina los destruyas y confundas, porque están persuadidos que se acerca la redención de los hombres y desean, primero que llegue, destruir a todos y ganar las almas del mundo sin reservar alguna. De tu fidelidad y amor fío esta victoria. Tú pelearás en mi nombre y yo en ti con este dragón y serpiente antigua.

337. Este aviso del Señor, y la noticia de tan ocultos sacramentos, hicieron en el corazón de la divina Madre tales efectos, que no hallo palabras con que manifestar lo que conozco. Y sabiendo que era voluntad de su Hijo

santísimo que la celosísima Reina defendiera la honra del Altísimo, se inflamó tanto en su divino amor y se vistió de fortaleza tan invencible, que si cada uno de los demonios fuera un infierno entero con el furor y malicia de todos, fueran unas flacas hormigas y muy débiles para oponerse a la virtud incomparable de nuestra capitana; a todos los aniquilara y venciera con la menor de sus virtudes y celo de la gloria y honra del Señor. Ordenó este divino protector y amparador nuestro dar a su Madre santísima este glorioso triunfo del infierno, para que no se levantase más la soberbia arrogante de sus enemigos, cuando se apresuraban tanto a perder el mundo antes que llegase su remedio, y para que los mortales nos hallásemos obligados no sólo a tan inestimable amor de su Hijo santísimo, pero también a nuestra divina reparadora y defensora, que saliendo a la batalla le detuvo, le venció, le oprimió, para que no estuviese más incapaz y como imposibilitado el linaje humano de recibir a su Redentor.

338. ¡Oh hijos de los hombres de corazón tardo y pesado! ¿Cómo no atendemos a tan admirables beneficios? ¿Quién es el hombre (Sal 8, 5) que así le estimas y favoreces, Rey altísimo? ¿A tu misma Madre Reina y Señora nuestra ofreces a la batalla y al trabajo por nuestra defensa? ¿Quién oyó jamás ejemplo semejante? ¿Quién pudo hallar tal fuerza e ingenio de amor? ¿Dónde tenemos el juicio? ¿Quién nos ha privado del buen uso de la razón? ¿Qué dureza es la nuestra? ¿Quién tan fea ingratitud nos ha introducido? ¿Cómo no se confunden los hombres que tanto aman la honra y se desvelan en ella, cometiendo tal vileza y tan infame ingratitud, como olvidarse de esta obligación? El agradecerla y pagarla con la misma vida, fuera nobleza y honra verdadera de los mortales hijos de Adán.

339. A este conflicto y batalla contra Lucifer se ofreció la obediente Madre, por la honra de su Hijo santísimo y su Dios y nuestro. Respondió a lo que la mandaba, y dijo: Altísimo Señor y bien mío, de cuya bondad infinita he recibido el ser y gracia y la luz que confieso; vuestra soy toda, y Vos, Señor, sois por vuestra dignación Hijo mío; haced de vuestra sierva lo que fuere de mayor gloria y agrado vuestro; que si vos, Señor, estáis en mí y yo en vos,

¿quién será poderoso contra la virtud de vuestra voluntad? Yo seré instrumento de vuestro brazo invencible; dadme vuestra fortaleza, y venid conmigo, y vamos contra el infierno y a la batalla con el dragón y todos sus aliados.— Mientras la divina Reina hacía esta oración, salió Lucifer de sus conciliábulos tan arrogante y soberbio contra ella, que a todas las demás almas, de cuya perdición está sediento, las reputaba por cosa de muy poco aprecio. Y si este furor infernal se pudiera conocer como él era, entendiéramos bien lo que dijo de él Dios al Santo Job (Job 41, 18), que estimaba y reputaba el acero como pajuelas y el bronce como madero carcomido. Tal como ésta era la ira de este dragón contra María santísima; y no es menor ahora, respectivamente, contra las almas, que a la más santa, invicta y fuerte la desestima su arrogancia como una hojarasca seca. ¿Qué hará de los pecadores, que como cañas vacías y podridas no le resisten? Sola la fe viva y la humildad del corazón son armas dobles con que le vencen y rinden gloriosamente.

340. Para dar principio a la batalla, traía consigo Lucifer las siete legiones con sus principales cabezas, que señaló en su caída del cielo (Ap 12, 3), para que tentasen a los hombres en los siete pecados capitales. Y a cada uno de estos siete escuadrones encargó la demanda contra la Princesa inculpable, para que en ella y contra ella estrenasen sus mayores bríos. Estaba la invencible Señora en oración y, permitiéndolo entonces el Señor, entró la primera legión para tentarla de soberbia, que era el especial ministerio de estos enemigos. Y para disponer las pasiones o inclinaciones naturales, alterando los humores del cuerpo —que es el modo común de tentar a otras almas— procuraron acercarse a la divina Señora, juzgando que era como las demás criaturas de pasiones desordenadas por la culpa; pero no pudieron acercarse a ella tanto como deseaban, porque sentían una invencible virtud y fragancia de su santidad, que los atormentaba más que el mismo fuego que padecían. Y con ser esto así, y que el semblante sólo de María santísima les penetraba con sumo dolor, con todo era tan furiosa y desmedida la rabia que concebían, que posponían este tormento, porfiando y forcejando para llegarse más, deseando ofenderla y alterarla.

341. Era grande el número de los demonios, y María santísima una sola y pura mujer, pero sola ella era tan formidable y terrible (Cant 6, 3) contra ellos como muchos ejércitos bien ordenados. Presentábansele cuanto podían estos enemigos con iniquísimas fabulaciones (Sal 118, 85), pero la soberana Princesa, enseñándonos a vencer, no se movió, ni alteró, ni mudó el semblante ni el color; no hizo caso de ellos, ni los atendía más que si fueran débilísimas hormigas; despreciólos con invicto y magnánimo corazón; porque esta guerra, como se hace con las virtudes, no ha de ser con extremos, estrépito ni ruido, sino con serenidad, con sosiego, paz interior y modestia exterior. Tampoco pudieron alterarla las pasiones ni apetitos, porque esto no caía debajo de la jurisdicción del demonio en nuestra Reina, que estaba toda subordinada a la razón, y ésta a Dios, y no había tocado en la armonía de sus potencias el golpe de la primera culpa ni las había desconcertado, como en los demás hijos de Adán. Y por esto las flechas de estos enemigos eran, como dijo David (Sal 63, 8), de párvulos y sus máquinas eran como tiros sin munición, y sólo contra sí mismos eran fuertes, porque les redundaba su flaqueza en vivo tormento. Y aunque ellos ignoraban la inocencia y justicia original de María santísima, y por eso no alcanzaban tampoco que no la podían ofender las comunes tentaciones, pero en la grandeza de su semblante y constancia conjeturaban su mismo desprecio y que la ofendían muy poco. Y no sólo era poco, pero nada; porque, como dijo el evangelista en el Apocalipsis (Ap 12, 16), y en la primera parte advertí (Cf. supra p. I n. 129-130), la tierra ayudó a la mujer vestida del sol, cuando el dragón arrojó contra ella las impetuosas aguas de tentaciones; porque el cuerpo terreno de esta Señora no estaba viciado en sus potencias y pasiones, como los demás que tocó la culpa.

342. Tomaron estos demonios figuras corpóreas, terribles y espantosas, y añadiendo crueles aullidos y tremendas voces y bramidos, fingían grandes ruidos, amenazas y movimientos de la tierra y de la casa, que amenazaba ruina, y otros desatinos semejantes, para turbar, espantar o mover a la Princesa del mundo; que sólo con esto, o retraerla de la oración, se tuvieran por victoriosos. Pero el

invencible y dilatado corazón de María santísima ni se turbó, ni alteró, ni hizo mudanza alguna. Y se ha de advertir aquí que para entrar en esta batalla dejó el Señor a su Madre santísima en el estado común de la fe y virtudes que ella tenía y suspendió el influjo de otros favores y regalos que continuamente solía recibir fuera de estas ocasiones. Ordenó el Altísimo esto, porque el triunfo de su Madre fuese más glorioso y excelente, a más de otras razones que tiene Dios en este modo de proceder con las almas; que sus juicios, en cómo se avienen con ellas, son inescrutables (Rom 11, 33) y ocultos. Algunas veces solía pronunciar la gran Señora, y decir: ¿Quién como Dios que vive en las alturas y mira a los humildes en el cielo y en la tierra (Sal 112, 5-6)?— Y con estas palabras arruinaba aquellas bisarmas que se le ponían delante.

343. Mudaron estos lobos hambrientos su piel y tomaron la de oveja, dejando las figuras espantosas y transformándose en Ángeles de luz muy resplandecientes, hermosos. Y llegándose a la divina Señora, la dijeron: Venciste, venciste, fuerte eres, y venimos a asistirte y premiar tu invencible valor.—Y con estas lisonjas fabulosas la rodearon, ofreciéndola su favor, pero la prudentísima Señora recogió todos sus sentidos y, levantándose sobre sí por medio de las virtudes infusas, adoró al Señor en espíritu y en verdad y, despreciando los lazos de aquellas lenguas inicuas y fabulosas mentiras (Eclo 51, 3), habló a su Hijo santísimo y le dijo: Señor y mi Dueño, fortaleza mía, luz verdadera de la luz, sólo en vuestro amparo está toda mi confianza y la exaltación de vuestro santo nombre. A todos los que lo contradicen, anatematizo, aborrezco y detesto.— Perseveraban los obradores de la maldad en proponer insanias falsas a la Maestra de la ciencia y en ofrecer alabanzas fingidas sobre las estrellas a la que se humillaba más que las ínfimas criaturas; y dijéronla que la querían señalar entre las mujeres y hacerla un exquisito favor, que era elegirla en nombre del Señor por Madre del Mesías y que fuese su santidad sobre los patriarcas y profetas.

344. El autor de esta maraña fue el mismo Lucifer, cuya malicia se descubre en ella para que otras almas la conozcan; pero para la Reina del cielo era ridícula, ofrecerle

lo que ella era, y ellos eran los engañados y alucinados no sólo en ofrecer lo que ni sabían ni podían dar, sino en ignorar los sacramentos del Rey del cielo que se encerraban en la dichosísima mujer que ellos perseguían. Con todo esto fue grande la iniquidad del dragón, porque sabía él que no podía cumplir lo que prometía, pero quiso rastrear si acaso nuestra divina Señora lo era, o si daba algún indicio de saberlo. No ignoró la prudencia de María santísima esta duplicidad de Lucifer, y despreciándola estuvo con admirable severidad y entereza. Y lo que hizo entre las adulaciones falsas fue continuar la oración y adorar al Señor postrándose en la tierra y confesándole se humillaba a sí misma y se reputaba por la más despreciable de las criaturas y que el mismo polvo que pisaba; y con esta oración y humildad degolló la soberbia presuntuosa de Lucifer todo el tiempo que le duró esta tentación. Y en lo demás que en ella sucedió, la sagacidad de los demonios, su crueldad y fabulaciones mentirosas que intentaron, no me ha parecido referirlo todo, ni alargarme a lo que se me ha manifestado, porque basta lo dicho para nuestra enseñanza y no todo se puede fiar de la ignorancia de las criaturas terrenas y frágiles.

345. Desmayados y vencidos estos enemigos de la primera legión, llegaron los de la segunda, para tentar de avaricia a la más pobre del mundo. Ofreciéronla grandes riquezas, plata, oro y joyas muy preciosas: y porque no pareciesen promesas en el aire, le pusieron delante muchas cosas de todo esto, aunque aparentes, pareciéndoles que el sentido tiene gran fuerza para incitar a la voluntad a lo presente deleitable. Añadieron a este engaño otros muchos de razones dolosas, y la dijeron que Dios la enviaba todo aquello para que lo distribuyese a los pobres. Y como nada de esto admitiese, mudaron el ingenio y la dijeron que era injusta cosa estar ella tan pobre, pues era tan santa, y que más razón había para que fuese Señora de aquellas riquezas que otros pecadores y malos; que lo contrario fuera injusticia y desorden de la providencia del Señor, tener pobres a los justos y ricos, y prósperos a los malos y enemigos.

346. En vano se arroja la red —dice el Sabio (Prov 1, 17)—

ante los ojos de las ligeras aves. En todas las tentaciones contra nuestra soberana Princesa era esto verdad; pero en esta de la avaricia era más desatinada la malicia de la serpiente, pues tendía la red en cosas tan terrenas y viles contra la fénix de la pobreza, que tan lejos de la tierra había levantado su vuelo sobre los mismos serafines. Nunca la prudentísima Señora, aunque estaba llena de sabiduría divina, se puso a razones con estos enemigos: como tampoco debe nadie hacerlo, pues ellos pugnan con la verdad manifiesta y no se darán por convencidos de ella aunque la conozcan. Y por esto se valió María santísima de algunas palabras de la Escritura, pronunciándolas con severa humildad, y dijo aquella del Salmo 118 (Sal 118, 111): *Haereditate acquisivi testimonia tua in aeternum.* Yo elegí por heredad y riquezas guardar los testimonios y ley de ti, Señor mío. Y añadió otras, alabando y bendiciendo al Altísimo con hacimiento de gracias, porque a ella la había criado y conservado, sustentándola sin merecerlo. Y con este modo tan lleno de sabiduría venció y confundió la segunda tentación, quedando atormentados y confusos los obreros de la maldad.

347. Llegó la tercera legión con el inmundo príncipe que tienen en la flaqueza de la carne; y en ésta forcejaron más, porque hallaron más imposibilidad para ejecutar cosa alguna de las que deseaban; y así consiguieron menos, si menos puede haber en unas que en otras. Intentaron introducirle algunas sugestiones y representaciones feas y fabricar otras monstruosidades indecibles. Pero todo se quedó en el aire, porque la purísima Virgen, cuando reconoció la condición de este vicio, se recogió toda al interior y dejó suspendido todo el uso de sus sentidos sin operación ninguna, y así no pudo tocar en ellos sugestión de cosa alguna, ni entrar especie a su pensamiento, porque nada llegó a sus potencias. Y con la voluntad fervorosa renovó muchas veces el voto de castidad en la presencia interior del Señor, y mereció más en esta ocasión que todas las vírgenes que han sido y serán en el mundo. Y el Todopoderoso le dio en esta materia tal virtud, que no despide el fuego encerrado en el bronce la munición que está delante con tal fuerza y presteza, como eran arrojados los enemigos cuando intentaban tocar a la pureza de María

santísima con alguna tentación.

348. La cuarta legión y tentación fue contra la mansedumbre y paciencia, procurando mover la ira de la mansísima paloma. Y esta tentación fue más molesta, porque los enemigos trasegaron toda la casa, rompieron y destrozaron todo cuanto había en ella, en ocasiones y con tal modo que más pudieran irritar a la mansísima Señora; y todo este daño repararon luego sus Santos Ángeles. Vencidos en esto los demonios, tomaron figuras de algunas mujeres conocidas de la serenísima Princesa y fueron a ella con mayor indignación y furor que si lo fueran verdaderas, y la dijeron exorbitantes contumelias, atreviéndose a amenazarla y quitarle de su casa algunas cosas de las más necesarias. Pero todas estas maquinaciones eran frívolas para quien los conocía como María santísima, que no hicieron ademán, ni acción alguna que no la penetrase, aunque se abstraía totalmente de ellas, sin moverse ni alterarse, sino con majestad de Reina lo despreciaba todo. Temieron los malignos espíritus que eran conocidos, y por eso despreciados, y tomaron otro instrumento de una mujer verdadera, de condición acomodada para su intento. A ésta la movieron contra la Princesa del cielo con una arte diabólica, porque tomó un demonio la forma de otra su amiga y la dijo que María la de José la había deshonrado en su ausencia, hablando de ella muchos desaciertos que fingió el demonio nuestro enemigo.

349. Esta engañada mujer, que por otra parte tenía muy ligera la ira, se fue toda muy enfurecida a nuestra mansísima cordera María santísima y la dijo en su rostro execrables injurias y vituperios. Pero dejándola poco a poco derramar el enojo concebido, la habló Su Alteza con palabras tan humildes y dulces, que la trocó toda y le puso blando el corazón. Y cuando estuvo más en sí, la consoló y sosegó, amonestándola se guardase del demonio, y dándola alguna limosna, porque era pobre, la despidió en paz; con que se desvaneció este enredo, como otros muchos de esta condición que fabricó el padre de la mentira Lucifer, no sólo para irritar a la mansísima Señora, sino también para de camino desacreditarla. Pero el Altísimo previno la defensa de la honra de su Madre

santísima por medio de su misma perfección, humildad y prudencia, de tal suerte que jamás pudo el demonio desacreditarla en cosa alguna; porque ella obraba y procedía con todos tan mansa y sabiamente, que la multitud de máquinas que fraguaba el dragón se destruían sin tener efecto. La igualdad y mansedumbre, que en este género de tentaciones tuvo la soberana Señora, fue de admiración para los Ángeles, y aun los mismos demonios se admiraban, aunque diferentemente, de ver tal modo de obrar en una criatura humana y mujer, porque jamás habían conocido otra semejante.

350. Entró la quinta legión con la tentación de gula; y aunque la antigua serpiente no le dijo a nuestra Reina que hiciera de las piedras pan, como después a su Hijo santísimo (Mt 4, 3), porque no le había visto hacer milagros tan grandes por habérsele ocultado, pero tentóla como a la primera mujer con golosina; y pusiéronla delante grandes regalos que con la apariencia convidasen y despertasen el apetito, y procuraron alterarla los humores naturales, para que sintiese alguna hambre bastarda; y con otras sugestiones se cansaron en incitarla, para que atendiese a lo que la ofrecían. Pero todas estas diligencias fueron vanas y sin efecto alguno, porque de todos estos objetos tan materiales y terrenos estaba el corazón alto de nuestra Princesa y Señora tan lejos como el cielo de la tierra. Y tampoco empleó sus sentidos en atender a la golosina, que ni la percibió casi; porque en todo iba deshaciendo lo que había hecho nuestra madre Eva, que, incauta y sin atención al peligro, puso la vista en la hermosura del árbol de la ciencia y en su dulce fruto y luego alargó la mano y comió, dando principio a nuestro daño. No lo hizo así María santísima, que cerró y abstrajo sus sentidos, aunque no tenía el peligro que Eva; pero ella quedó vencida para nuestra perdición, y la gran Reina victoriosa para nuestro rescate y remedio.

351. Muy desmayada llegó la sexta tentación de la envidia, viendo el despecho de los antecedentes enemigos; porque si bien ellos no conocían toda la perfección con que obraba la Madre de la santidad, pero sentían su invencible fuerza, y la conocían tan inmóvil, que

se desahuciaban de poderla reducir a ninguno de sus depravados intentos. Con todo eso, el implacable odio del dragón y su nunca reconocida soberbia no se rendían, antes añadieron nuevos ingenios para provocar a la amantísima del Señor y de los prójimos a que envidiase en otros lo que ella misma poseía, y lo que aborrecía como inútil y peligroso. Hiciéronla una relación muy larga de muchos bienes de gracias naturales que otras tenían, y la decían que a ella no se las había dado Dios. Y por si los dones sobrenaturales le fueran más eficaz motivo de la emulación, la referían grandes favores y beneficios que la diestra del Todopoderoso había comunicado a otros y a ella no. Pero estas mentirosas fabulaciones ¿cómo podían embarazar a la misma que era Madre de todas las gracias y dones del cielo? Y porque en todas las criaturas que la podían representar habían recibido los beneficios del Señor, eran todos menos que ser Madre del Autor de la gracia; y por la que le había Su Majestad comunicado, y el fuego de caridad que ardía en su pecho, deseaba con vivas ansias que la diestra del Altísimo los enriqueciese y los favoreciese liberalmente. Pues ¿cómo había de hallar lugar la envidia donde abundaba la caridad? Pero no desistían los crueles enemigos. Representaron luego a la divina Reina la felicidad aparente de otros que con riquezas y bienes de fortuna se juzgaban por dichosos en esta vida y triunfaban en el mundo, y movieron a diversas personas para que fuesen a María santísima, y le dijesen al mismo tiempo el consuelo que tenían en hallarse ricas y bien afortunadas; como si esta engañosa felicidad de los mortales no estuviera reprobada tantas veces en las divinas Escrituras, y era ciencia y doctrina que la Reina del cielo y su Hijo santísimo venían a enseñar con ejemplo al mundo.

352. A estas personas que llegaban a nuestra divina Maestra, las encaminaba a usar bien de los dones y riquezas temporales y dar gracias por ellos a su Hacedor, y ella misma lo hacía, supliendo el defecto de la ingratitud ordinaria de los hombres. Y aunque la humildísima Señora se juzgaba por no digna del menor de los beneficios del Altísimo, pero en hecho de verdad su dignidad y santidad eminentísima protestaban en ella lo que en su nombre dijeron los profetas: Conmigo están las riquezas y la gloria,

los tesoros y la justicia. Mi fruto es mejor que la plata, oro y que las piedras muy preciosas (Prov 8, 18-19). En mí está toda la gracia del camino y de la verdad, y toda la esperanza de la vida y de la virtud (Eclo 24, 25). Y con esta excelencia y superioridad vencía a sus enemigos, dejándolos como atónitos y confusos de ver que donde estrenaban todas sus fuerzas y astucia conseguían menos y se hallaban más arruinados.

353. Perseveró con todo esto su porfía hasta llegar con la séptima tentación de pereza; pretendiendo introducirla en María santísima con despertarle algunos achaques corporales y lasitud o cansancio y tristeza, que es un arte poco conocida, con que este pecado de la pereza hace grandes suertes en muchas almas y las impide su aprovechamiento en la virtud. Añadieron a esto más sugestiones, de que estando cansada dilatase algunos ejercicios para cuando estuviese más bien dispuesta; que no es menor astucia cuando nos engaña a los demás, y no la percibimos ni conocemos lo que es menester. Sobre toda esta malicia procuraron impedir a la santísima Señora en algunos ejercicios por medio de criaturas humanas, solicitando quien la fuese a estorbar en tiempos intempestivos, para retardarla en alguna de sus acciones y ocupaciones santas, que a sus horas y tiempos tenía destinadas. Pero todas estas maquinaciones conocía la prudentísima y diligentísima Princesa, y las desvanecía con su sabiduría y solicitud, sin que jamás el enemigo consiguiese el impedirla en cosa alguna para que en todo no obrase con plenitud de perfección. Quedaron estos enemigos como desesperados y debilitados, y Lucifer furioso contra ellos y contra sí mismo. Pero renovando su rabiosa soberbia, determinaron acometer juntos, como diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina María santísima.

354. Hija mía, aunque has resumido en breve compendio la prolija batalla de mis tentaciones, quiero que de lo escrito, y de lo demás que en Dios has conocido, saques las reglas y doctrina de resistir y vencer al infierno. Y para esto el mejor modo de pelear es despreciar al

demonio, considerándole enemigo del altísimo Dios, sin temor santo y sin esperanza de algún bien, desahuciado del remedio en su desdicha pertinaz y sin arrepentimiento de su maldad. Y con esta verdad infalible te debes mostrar contra él superior, magnánima e inmutable, tratándole como a despreciador de la honra y culto de su Dios. Y sabiendo que defiendes tan justa causa, no te debes acobardar, antes con todo esfuerzo y valentía le has de resistir y contradecir en todo cuanto intentare, como si estuvieses al lado del mismo Señor por cuyo nombre peleas; pues no hay duda que Su Majestad asiste a quien legítimamente pelea. Tú estás en lugar y estado de esperanza y ordenada para gloria eterna, si trabajas con fidelidad por tu Dios y Señor.

355. Considera, pues, que los demonios aborrecen con implacable odio lo que tú amas y deseas, que son la honra de Dios y tu felicidad eterna, y te quieren privar a ti de lo que ellos no pueden restaurar. Y al demonio le tiene Dios reprobado, y a ti ofrece su gracia, virtud y fortaleza para vencer a su enemigo y tuyo y conseguir tu dichoso fin del eterno descanso, si trabajares fielmente y observares los mandamientos del Señor. Y aunque la arrogancia del dragón es grande (Is 16, 6), pero su flaqueza es mayor, y no supone más que un átomo débilísimo en presencia de la virtud divina. Pero como su astucia ingeniosa y su malicia excede tanto a los mortales, no le conviene al alma llegar a razones ni pláticas con él, ahora sea visible o invisiblemente, porque de su entendimiento tenebroso, como de un horno de fuego, salen tinieblas y confusión que oscurecen el juicio de los mortales; y si les escuchan, le llenan de fabulaciones y tinieblas, para que ni se conozca la verdad y hermosura de la virtud, ni la fealdad de sus engañosos venenosos, y con esto no saben apartar las almas lo precioso de lo vil (Jer 15, 19), la vida de la muerte, ni la verdad de la mentira, y así caen en manos de este impío y cruel dragón.

356. Sea para ti regla inviolable, que en las tentaciones no atiendas a lo que te proponen, ni escuches ni discurras sobre ello. Y si pudieres sacudirte y alejarte de manera que no lo percibas, ni conozcas su mala condición,

esto será lo más seguro; mirándolas de lejos, porque siempre envía el demonio delante alguna prevención para introducir su engaño, en especial a las almas que teme él le resistirán la entrada, si no la facilita primero. Y así suele comenzar por tristeza, caimiento de corazón, o con algún movimiento y fuerza que divierta y distraiga al alma de la atención y afecto del Señor, y luego llega con el veneno en vaso de oro, para que no cause tanto horror. Al punto que reconozcas en ti alguno de estos indicios, pues ya tienes experiencia, obediencia y doctrina, quiero que con alas de paloma levantes el vuelo y te alejes hasta llegar al refugio del Altísimo (Sal 54, 7-8) llamándole en tu favor y presentándole los méritos de mi Hijo santísimo. Y también debes recurrir a mi protección como a tu Madre y Maestra y a la de tus Ángeles devotos y a todos los demás del Señor. Cierra también tus sentidos con presteza y júzgate muerta a ellos, o como alma de la otra vida a donde no llega la jurisdicción de la serpiente y exactor tirano. Ocúpate más entonces en el ejercicio de los actos virtuosos contrarios a los vicios que te propone, y en especial en la fe y esperanza y en el amor, que echan fuera la cobardía y temor (1 Jn 4, 18) con que se enflaquece la voluntad para resistir.

357. Las razones para vencer a Lucifer has de buscar sólo en Dios, y no se las des a este enemigo, porque no te llene de fascinaciones confusas. Juzga por cosa indigna, a más de ser peligrosa, ponerte con él a razones, ni atender al enemigo de quien amas y tuyo. Muéstrate superior y magnánima contra él y ofrécete a la guarda de todas las virtudes para siempre, y contenta con este tesoro te retira en él; que la mayor destreza de los hijos de Dios en esta batalla es huir muy lejos, porque el demonio es soberbio y siente que le desprecien y desea que le oigan, confiado en su arrogancia y embustes. Y de aquí le nace la porfía para que le admitan en alguna cosa, porque el mentiroso no puede fiar en la fuerza de la verdad, pues no la dice, y así pone la confianza en ser molesto y en vestir el engaño con apariencia de bien y de verdad. Y mientras este ministro de maldad no se halla despreciado, nunca piensa que le han conocido, y como importuna mosca vuelve a la parte que reconoce más próxima a la corrupción.

358. Y no menos advertida has de ser cuando tu enemigo se valiere contra ti de otras criaturas, como lo hará por uno de dos caminos: moviéndolas a demasiado amor, o al contrario a aborrecimiento. Donde conocieres desordenado afecto en los que te trataren, guarda el mismo documento que en huir del demonio, pero con esta diferencia: que a él le aborrezcas y a las demás criaturas las consideres hechuras del Señor y no les niegues lo que en Su Majestad y por él les debes. Pero en retirarte, míralos a todos como a enemigos; pues para lo que Dios quiere de ti, y en el estado que estás, será demonio el que a las demás personas quiera inducir a que te aparten del mismo Señor y de lo que le debes. Si, por el otro extremo, te persiguieren con aborrecimiento, corresponde con amor y mansedumbre, rogando por los que te aborrecen y persiguen (Mt 5, 44), y esto sea con afecto íntimo del corazón. Y si necesario fuere quebrantar la ira de alguno con palabras blandas, o deshacer algún engaño en satisfacción de la verdad, haráslo, no por tu disculpa, sino por sosegar a tus hermanos y por su bien y paz interior y exterior; y con esto te vencerás de una vez a ti misma y a los que te aborrecieren. Para fundar todo esto es necesario cortar los vicios capitales por las raíces, arrancarlas del todo, muriendo a los movimientos del apetito en que se arraigan estos siete vicios capitales con que tienta el demonio; que todos los siembra en las pasiones y apetitos desordenados e inmortificados.

CAPITULO 28

Persevera Lucifer con sus siete legiones en tentar a María santísima; queda vencido y quebrantada la cabeza de este dragón.

359. Si pudiera el príncipe de las tinieblas retroceder en su maldad, con las victorias que la Reina del cielo había alcanzado, quedara deshecha y humillada aquella exorbitante soberbia, pero como se levanta siempre contra Dios (Sal 73, 23) y nunca se sacia de su malicia, quedó vencido, mas no de voluntad rendido. Ardíase en las llamas de su inextinto furor hallándose vencido, y tan vencido, de

una humilde y tierna mujer, cuando él y sus ministros infernales habían rendido a tantos hombres fuertes y mujeres magnánimas. Llegó a conocer este enemigo que María santísima estaba preñada, ordenándolo así Dios, aunque sólo conocieron era niño verdadero, porque la divinidad y otros misterios siempre les eran ocultos; con que se persuadieron no era el Mesías prometido, pues era niño como los demás hombres. Y este engaño les disuadió también que María santísima no era Madre del Verbo, de quien ellos temían les había de quebrantar la cabeza (Gen 3, 15) el Hijo y Madre santísimos. Con todo eso juzgaron que de mujer tan fuerte y victoriosa nacería algún varón insigne en santidad, y previniendo esto el dragón grande, concibió contra el fruto de María santísima aquel furor que San Juan Evangelista dijo en el capítulo 12 del Apocalipsis —que otras veces he referido (Cf. supra p. I n. 105)— esperando a que pariese para devorarle.

360. Sintió Lucifer una oculta virtud que le oprimía, mirando hacia aquel niño encerrado en el vientre de su Madre santísima, y aunque sólo conoció que en su presencia se hallaba flaco de fuerzas y como atado, esto le enfurecía para intentar cuantos medios pudiese en destrucción de aquel Hijo, para él tan sospechoso, y de la Madre, que reconocía tan superior en la batalla. Manifestósele a la divina Señora por varios modos, y tomando figuras espantosas visibles, como un fierísimo toro y como dragón formidable y en otras formas, quería llegarse a ella y no podía, acometía y hallábase impedido, sin saber de quién ni cómo. Forcejaba como una fiera atada y daba espantosos bramidos, que si Dios no los ocultara atemorizaran al mundo y muchos murieran de espanto; arrojaba por la boca fuego y humo de azufre con espumajos venenosos; y todo esto veía y oía la divina princesa María, sin inmutarse ni moverse más que si fuera un mosquito. Hizo otras alteraciones en los vientos, en la tierra y en la casa, trasegándolo y alterándolo todo, pero tampoco perdió por esto María santísima la serenidad y sosiego interior y exterior; que siempre estuvo invicta y superior a todo.

361. Hallándose Lucifer tan vencido, abrió su inmundísima boca y movió su lengua mentirosa y coinquinada y soltó la

represa de su malignidad, proponiendo y pronunciando en presencia de la divina Emperatriz todas cuantas herejías y sectas infernales había fraguado con ayuda de sus depravados ministros. Porque después que fueron todos arrojados del cielo y conocieron que el Verbo divino había de tomar carne humana, para ser cabeza de un pueblo a quien regalaría con favores y doctrina celestial, determinó el dragón fabricar errores, sectas y herejías contra todas las verdades que iba conociendo en orden a la noticia, amor y culto del Altísimo. Y en esto se ocuparon los demonios muchos años que pasaron hasta la venida de Cristo nuestro Señor al mundo; y todo este veneno tenía represado Lucifer en su pecho, como serpiente antigua. Derramóle todo contra la Madre de la verdad y pureza y, deseando inficcionarla, dijo todos los errores que contra Dios y su verdad había fraguado hasta aquel día.

362. No conviene referirlas aquí —menos que las tentaciones del capítulo antecedente— porque no sólo es peligroso para los flacos, pero los muy fuertes deben temer este aliento pestífero de Lucifer; y todo lo arrojó y derramó en esta ocasión. Y por lo que he conocido, creo sin duda no quedó error, idolatría ni herejía de cuantas se han conocido hasta hoy en el mundo, que no se le representase este dragón a la soberana María; para que de ella pudiese cantar la Iglesia santa, gratificándole sus victorias con toda verdad, que degolló y ahogó todas las herejías ella sola en el mundo universo *Gaude, María Virgo: cunctas haereses sola interemisti in universo mundo* (Ant. del Oficio litúrgico de María en el Breviario). Así lo hizo nuestra victoriosa Sunamitis (Cant 7, 1), donde nada se hallaba que no fuesen coros de virtudes ordenadas en forma de escuadrones para oprimir, degollar y confundir los ejércitos infernales. A todas sus falsedades y a cada una de ellas singularmente, las fue contradiciendo, detestando, anatematizando con una invicta fe y confesión altísima, protestando las verdades contrarias y magnificando por ellas al Señor como verdadero, justo y santo, y formando cánticos de alabanza en que se encerraban las virtudes y doctrina verdadera, santa, pura y loable. Pidió con fervorosa oración al Señor que humillase la altiva soberbia de los demonios en esto y les enfrenase para que no

derramasen tanta y tan venenosa doctrina en el mundo, y que no prevaleciese la que había derramado y la que adelante intentaría sembrar entre los hombres.

363. Por esta gran victoria de nuestra divina Reina, y por la oración que hizo, entendí que el Altísimo con justicia impidió al demonio para que no sembrase tanta cizaña de errores en el mundo como deseaba y los pecados de los hombres merecían. Y aunque por ellos han sido tantas las herejías y sectas, como hasta hoy se han visto, pero fueran muchas más si María santísima no hubiera quebrantado la *cabeza* al dragón con tan insignes victorias, oración y peticiones. Y lo que nos puede consolar entre el dolor y amargura de ver tan afligida a la santa Iglesia de tantos enemigos infieles, es un gran misterio que aquí se me ha dado a entender: que en este triunfo de María santísima, y otro que tuvo después de la ascensión de su Hijo santísimo a los cielos, de que hablaré en la tercera parte (Cf. infla p. III n. 528), le concedió Su Majestad a nuestra Reina en premio de estas batallas que por su intercesión y virtudes se habían de consumir y extinguir las herejías y sectas falsas que hay contra la santa Iglesia en el mundo. El tiempo destinado y señalado para este beneficio no le he conocido; pero aunque esta promesa del Señor tenga alguna condición tácita u oculta, estoy cierta que, si los príncipes católicos y sus vasallos obligaran a esta gran Reina del cielo y de la tierra y la invocaran como a su única patrona y protectora y aplicaran todas sus grandezas y riquezas, su poder y mando a la exaltación de la fe y nombre de Dios y de María purísima —ésta será por ventura la condición de la promesa— fueran como instrumentos suyos en destruir y debelar los infieles, desterrando las sectas y errores que tan perdido tienen al mundo, y contra ellos alcanzaran insignes y grandes victorias.

364. Antes que naciera Cristo Redentor nuestro, le pareció al demonio, como insinué en el capítulo pasado (Cf. supra n. 336), que se retardaba su venida por los pecados del mundo; y para impedirla del todo pretendió aumentar este óbice y multiplicar más errores y culpas entre los mortales; y esta iniquísima soberbia confundió el Señor por mano de su Madre santísima con tan grandiosos

triunfos como alcanzó. Después que nació Dios y hombre por nosotros y murió, pretendió el mismo dragón impedir y malograr el fruto de su sangre y el efecto de nuestra redención, y para esto comenzó a fraguar y sembrar los errores, que después de los Apóstoles han afligido y afligen a la santa Iglesia. La victoria contra esta maldad infernal también la tiene remitida Cristo nuestro Señor a su Madre santísima, porque sola ella lo mereció y pudo merecerlo. Y por ella se extinguió la idolatría con la predicación del Evangelio; por ella se consumieron otras sectas antiguas, como la de Arrio, Nestorio, Pelagio y otros; y también ha ayudado el trabajo y solicitud de los reyes, príncipes y padres y doctores de la Iglesia santa. Pues ¿cómo se puede dudar que, si ahora con ardiente celo hicieran los mismos príncipes católicos, eclesiásticos y legos la diligencia que les toca, ayudando —digámoslo así— a esta divina Señora, dejara ella de asistirlos y hacerlos felicísimos en esta vida y en la otra y degollara todas las herejías en el mundo? Para este fin ha enriquecido tanto el Señor a su Iglesia y a los reinos y monarquías católicas, porque si no fuera para esto, mejor estuvieran siendo pobres; pero no era conveniente hacerlo todo por milagros, sino con los medios naturales de que se podían valer con las riquezas. Pero si cumplen con esta obligación o no cumplen, no es para mí el juzgarlo; sólo me toca decir lo que el Señor me ha dado a conocer: de que son injustos poseedores de los títulos honrosos y potestad suprema que les da la Iglesia, si no la ayudan y defienden y solicitan con sus riquezas que no se malogre la sangre de Cristo nuestro Señor, pues en esto se diferencian los príncipes cristianos de los infieles.

365. Volviendo a mi discurso digo que el Altísimo con la previsión de su infinita ciencia conoció la iniquidad del infernal dragón, y que ejecutando su indignación contra la Iglesia con la semilla de sus errores que tenía fabricados, turbaría muchos fieles y arrastraría con su extremidad las estrellas (Ap 12, 4) de este cielo militante, que eran los justos; con que la divina justicia sería más provocada y el fruto de la redención casi impedido. Determinó Su Majestad con inmensa piedad ocurrir a este daño que amenazaba al mundo. Y para disponerlo todo con mayor equidad y gloria de su santo nombre, ordenó que María santísima le

obligase, porque sola ella era digna de los privilegios, dones y prerrogativas con que había de vencer al infierno, y sola esta eminentísima Señora era capaz para empresa tan ardua y de rendir al corazón del mismo Dios con su santidad, pureza, méritos y oraciones. Y porque redundaba en mayor exaltación de la virtud divina, que por todas las eternidades fuese manifiesto que había vencido a Lucifer y su séquito por medio de una pura criatura y mujer, como él había derribado al linaje humano por medio de otra, y para todo esto no había otra más idónea que su misma Madre a quien se lo debiese la Iglesia y todo el mundo; por estas razones y otras que conoceremos en Dios, le dio Su Majestad el cuchillo de su potencia en la mano a nuestra victoriosa capitana, para que degollase al dragón infernal; y que esta potestad no se le revocase jamás, antes con ella defendiese y amparase desde los cielos a la Iglesia militante, según los trabajos y necesidades que en los tiempos futuros se le ofreciesen.

366. Perseverando, pues, Lucifer en su infeliz contienda, como he dicho, en forma visible con sus cuadrillas infernales, la serenísima María jamás convirtió a ellos la vista, ni los atendió, aunque los oía, porque así convenía. Y porque el oído no se impide ni cierra como los ojos, procuraba no llegasen a la imaginativa ni al interior especies de lo que decían. Tampoco habló con ellos más palabra de mandarles algunas veces que enmudeciesen en sus blasfemias. Y este mandato era tan eficaz, que les compelía a pegar las bocas con la tierra; y en el ínterin hacía la divina Señora grandes cánticos de alabanza y gloria del Altísimo. Y con hablar sólo con Su Majestad y protestar las divinas verdades, eran tan oprimidos y atormentados, que se mordían unos a otros como lobos carniceros o como perros rabiosos; porque cualquiera acción de la Emperatriz María era para ellos una encendida flecha, cualquiera de sus palabras un rayo que los abrasaba con mayor tormento que el mismo infierno. Y no es esto encarecimiento, pues el dragón y sus secuaces pretendieron huir y apartarse de la presencia de María santísima que los confundía y atormentaba, pero el Señor con una fuerza oculta los detenía para engrandecer el glorioso triunfo de su Madre y Esposa y confundir más y aniquilar la soberbia de Lucifer. Y

para esto ordenó y permitió Su Majestad que los mismos demonios se humillasen a pedir a la divina Señora los mandase ir y los arrojase de su presencia a donde ella quisiese. Y así los envió imperiosamente al infierno, donde estuvieron algún espacio de tiempo. Y la gran vencedora quedó toda absorta en las divinas alabanzas y hacimiento de gracias.

367. Cuando el Señor dio permiso para que Lucifer se levantase, volvió a la batalla, tomando por instrumentos unos vecinos de la casa de San José; y sembrando entre ellos y sus mujeres una diabólica cizaña de discordias sobre intereses temporales, tomó el demonio forma humana de una persona amiga de todos, y les dijo que no se inquietasen entre sí mismos, porque de toda aquella diferencia tenía la culpa María la de José. La mujer que representaba el demonio era de crédito y autoridad, y con eso les persuadió mejor. Y aunque el Señor no permitió que en cosa grave se violase el crédito de su Madre santísima, con todo eso dio permiso, para su gloria y mayor corona, que todas estas personas engañadas la ejercitasen en esta ocasión. Fueron de mancomún juntas a casa de San José y en presencia del santo esposo llamaron a María santísima y la dijeron palabras ásperas, porque las inquietaba en sus casas y no las dejaba vivir en paz. Este suceso fue para la inocentísima Señora de algún dolor, por la pena de San José, que ya en aquella ocasión había comenzado a reparar en el crecimiento de su virginal vientre, y ella le miraba su corazón y los pensamientos que comenzaban a darle algún cuidado. Con todo esto, como sabia y prudente procuró vencer y redimir al trabajo con humildad, paciencia y viva fe. No se disculpó ni volvió por su inocente proceder, antes se humilló y con sumisión pidió a aquellas engañadas vecinas, que si en algo las había ofendido la perdonasen y se aquietasen; y con palabras llenas de dulzura y ciencia las ilustró y pacificó con hacerles entender que ellos no tenían culpa unos contra otros. Y satisfechos de esto y edificados de la humildad con que los había respondido, se volvieron a sus casas en paz, y el demonio huyó, porque no pudo sufrir tanta santidad y sabiduría del cielo.

368. San José quedó algo triste y pensativo y dio lugar al

discurso, como diré en los capítulos de adelante (Cf. infra n. 375-394). Pero el demonio, aunque ignoraba el principal motivo de la pena de San José, se quiso valer de la ocasión —que ninguna pierde— para inquietarle. Mas conjeturando si la causa era algún disgusto que tuviese con su esposa o por hallarse pobre y con tan corta hacienda, a entrambas cosas tiró el demonio, aunque desatinó en ellas, porque envió algunas sugestiones de despecho a San José para que se desconsolase con su pobreza y la recibiese con impaciencia o tristeza; y asimismo le representó que María su esposa se ocupaba mucho tiempo en sus recogimientos y oraciones y no trabajaba, que para tan pobres era mucho ocio y descuido. Pero San José, como recto y magnánimo de corazón y de alta perfección, despreció fácilmente estas sugestiones y las arrojó de sí; y aunque no tuviera otra causa más que el cuidado que le daba ocultamente el preñado de su esposa, con éste ahogara todos los demás. Y dejándole el Señor en el principio de estos recelos, le alivió de la tentación del demonio por intercesión de María santísima, que estaba atenta a todo lo que pasaba en el corazón de su fidelísimo esposo y pidió a su Hijo santísimo se diese por servido y satisfecho de la pena que le daba verla preñada y le aliviase las demás.

369. Ordenó el Altísimo que la Princesa del cielo tuviese esta prolija batalla de Lucifer, y le dio permiso para que él, junto con todas sus legiones, acabasen de estrenar todas sus fuerzas y malicia, para que en todo y por todo quedasen hollados, quebrantados y vencidos, y la divina Señora consiguiese el mayor triunfo del infierno, que jamás pura criatura pudo alcanzar. Llegaron juntos estos escuadrones de maldad con su caudillo infernal y presentáronse ante la divina Reina; y con invencible furor renovaron todas las máquinas de tentaciones juntas, de que antes se habían valido por partes, y añadieron lo poco que pudieron, que no me ha parecido referirlas; porque todas casi quedan dichas arriba en los dos capítulos. Estuvo tan inmóvil, superior y serena, como si fueran los coros supremos de los Ángeles los que oían estas fabulaciones del enemigo; y ninguna impresión peregrina tocó ni alteró este cielo de María santísima, aunque los espantos, los terrores, las amenazas, las lisonjas, fabulaciones y falsedades fueron

como de toda la malicia junta del dragón que derramó su corriente (Ap 12, 15) contra esta mujer invicta y fuerte, María santísima.

370. Estando en este conflicto, ejercitando actos heroicos de todas las virtudes contra sus enemigos, tuvo conocimiento de que el Altísimo ordenaba y quería que humillase y quebrantase la soberbia del dragón, usando del poder y potestad de Madre de Dios y de la autoridad de tan grande dignidad. Y levantándose con ferventísimo e invencible valor, se volvió a los demonios, y dijo: ¿Quién como Dios, que vive en las alturas (Sal 112, 5)?—Y repitiendo estas razones, añadió luego: Príncipe de las tinieblas, autor del pecado y de la muerte, en nombre del Altísimo te mando que enmudezcas, y con tus ministros te arrojo al profundo de las cavernas infernales, para donde estáis deputados, de donde no salgáis hasta que el Mesías prometido os quebrante y sujete o lo permita.—Estaba la Emperadora divina llena de luz y resplandor del cielo, y el dragón soberbio pretendió resistirse algo a este imperio y convirtió a él la fuerza del poder que tenía, y le humilló más y con mayor pena; que por esto le alcanzó sobre todos los demonios. Cayeron al profundo juntos y quedaron apegados a lo ínfimo del infierno, al modo que arriba dije (Cf. supra n. 130) en el misterio de la encarnación, y diré adelante (Cf. infra n. 999, 1421) en la tentación y muerte de Cristo nuestro Señor. Y cuando volvió este dragón a la otra batalla, que tengo citada para la tercera parte (Cf. supra n. 327 e infra p. III n. 452ss), con la misma Reina del cielo, le venció tan admirablemente, que por ella y su Hijo santísimo he conocido fue quebrantada la cabeza, de Lucifer, quedó inepto y desvalido y quebrantadas sus fuerzas, de manera que, si las criaturas humanas no se las dan con su malicia, le pueden muy bien vencer y resistir con la divina gracia.

371. Luego se le manifestó el Señor a su Madre santísima y en premio de tan gloriosa victoria la comunicó nuevos dones y favores; y los mil Ángeles de su guarda con otros innumerables se le manifestaron corporalmente y le hicieron nuevos cánticos de alabanza del Altísimo y suya, y con celestial armonía de dulces voces sensibles le cantaron lo que de Judit, que fue figura de este triunfo y le aplica la

Iglesia santa (En el breviario en la festividad de la Inmaculada): Toda eres hermosa, toda eres hermosa, María Señora nuestra, y no hay en ti mácula de culpa; tú eres la gloria de Jerusalén la celestial, tú la alegría de Israel, tú la honra del pueblo del Señor, tú la que magnificas su santo nombre, y abogada de los pecadores, que los defiendes de su enemigo soberbio. ¡Oh María! llena eres de gracia y de todas las perfecciones.—Quedó la divina Señora llena de júbilo alabando al Autor de todo bien y refiriéndole los que recibía. Y volvió al cuidado de su esposo, como diré en los capítulos siguientes.

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora nuestra.

372. Hija mía, el recato que debe tener el alma para no ponerse en razones con los enemigos invisibles, no le impide para que con autoridad imperiosa los mande en el nombre del Altísimo que enmudezcan y se desvíen y confundan. Así quiero yo que tú lo hagas en las ocasiones oportunas que te persiguieren, porque no hay armas tan poderosas contra la malicia del dragón, como mostrarse la criatura humana imperiosa y superior, en fe de que es hija de su Padre verdadero que está en los cielos, y de quien recibe aquella virtud y confianza contra él. La causa de esto es, porque todo el cuidado de Lucifer es, después que cayó del cielo, ponerle en desviar a las almas de su Criador y sembrar cizaña y división entre el Padre celestial y los hijos adoptados y entre la esposa y el Esposo de las almas. Y cuando conoce que alguna está unida con su Criador y como vivo miembro de su cabeza Cristo, cobra esfuerzo y autoridad en la voluntad para perseguirla con furor rabioso, y envidioso emplea su malicia y fabulaciones en destruirla; pero como ve que no lo puede conseguir, y que es refugio y protección (Sal 17, 3) verdadera e inexpugnable la del Altísimo para las almas, desfallece en sus conatos y se reconoce oprimido con incomparable tormento. Y si la esposa regalada con magisterio y autoridad le desprecia y arroja, no hay gusano ni hormiga más débil que este gigante soberbio.

373. Con la verdad de esta doctrina te debes animar y fortalecer, cuando el Todopoderoso ordenare que te halle la

tribulación y te cerquen los dolores de la muerte (Sal 17, 5) en las tentaciones grandes como yo las padecí, porque ésta es la mejor ocasión para que el Esposo haga experiencia de la fidelidad de la verdadera esposa. Y si lo es, no se ha de contentar el amor con solos afectos sin dar otro fruto, porque sólo el deseo que nada cuesta al alma no es prueba suficiente de su amor, ni de la estimación que hace del bien que dice aprecia y ama. La fortaleza y constancia en el padecer con dilatado y magnánimo corazón en las tribulaciones, éstos son los testigos del verdadero amor. Y si tú deseas tanto hacer alguna demostración y satisfacer a tu Esposo, la mayor será que, cuando más afligida y sin recurso humano te hallares, entonces te muestres más invencible y confiada en tu Dios y Señor, y esperes, si fuere necesario, contra la esperanza (Rom 4, 18), pues no duerme ni dormita el que se llama amparo de Israel (Sal 120, 4), y cuando sea tiempo mandará al mar y a los vientos y hará tranquilidad (Mt 8, 26).

374. Pero debes, hija mía, estar muy advertida en los principios de las tentaciones, donde hay grande peligro si el alma se comienza luego a conturbar con ellas, soltando a las pasiones de la concupiscible o irascible, con que se oscurece y ofusca la luz de la razón. Porque si el demonio reconoce esta alteración y que levanta tan grande polvareda y tempestad en las potencias, como su crueldad es tan implacable e insaciable, cobra mayor aliento y añade fuego a fuego, enfureciéndose más, juzgando y pareciéndole que no tiene el alma quien la defienda y libre de sus manos; y aumentándose más el rigor de la tentación, crece también el peligro de no resistir a lo más fuerte de ella quien se comenzó a rendir en el principio. Todo esto te advierto para que temas el riesgo de los primeros descuidos. Nunca le tengas en cosa que tanto importa, antes bien has de perseverar en la igualdad de tus acciones en cualquiera tentación que tengas, continuando en tu interior el dulce y devoto trato del Señor, y con los prójimos la suavidad y caridad y blandura prudente que con ellos debes tener, anteponiéndote con oración y templanza de tus pasiones al desorden que el enemigo quiere poner en ellas.

LIBRO IV

CONTIENE LOS RECELOS DE SAN JOSÉ, CONOCIENDO EL PREÑADO DE MARÍA SANTÍSIMA; EL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR; SU CIRCUNCISIÓN; LA ADORACIÓN DE LOS REYES Y PRESENTACIÓN DEL INFANTE JESÚS EN EL TEMPLO; LA FUGA A EGIPTO, MUERTE DE LOS INOCENTES Y LA VUELTA A NAZARET.

CAPITULO 1

Conoce el santo José el preñado de su esposa María Virgen y entra en grande cuidado sabiendo que en él no tenía parte.

375. Del divino preñado de la Princesa del cielo corría ya el quinto mes cuando el castísimo José, esposo suyo, había comenzado a tener algún reparo en la disposición y crecimiento de su vientre virginal; porque en la perfección natural y elegancia de la divina esposa, como arriba dije (Cf supra n. 115), se podía ocultar menos y descubrirse más cualquiera señal y desigualdad que tuviera. Un día, saliendo María santísima de su oratorio, la miró con este cuidado San José y conoció con mayor certeza la novedad (Mt 1, 18), sin que pudiese el discurso desmentir a los ojos en lo que les era notorio. Quedó el varón de Dios herido el corazón con una flecha de dolor que le penetró hasta lo más íntimo, sin hallar resistencia a las fuerzas de sus causas que a un mismo tiempo se juntaron en su alma. La primera el amor castísimo, pero muy intenso y verdadero, que tenía a su fidelísima esposa, donde desde el principio estaba su corazón más que en depósito, y con el agradable trato y santidad sin semejante de la gran Señora se había confirmado más este vínculo del alma de San José en obsequio suyo. Y como ella era tan perfecta y cabal en la modestia y humilde severidad, entre el respeto cuidadoso de servirla, tenía el santo José un deseo, como natural a su amor, de la correspondencia del de su esposa. Y esto ordenó así el Señor para que con el cuidado de esta recíproca satisfacción le tuviese mayor el santo en servir y estimar a la divina Señora.

376. Cumplía con esta obligación San José como fidelísimo esposo y despensero del sacramento que aún le estaba oculto; y cuanto era más atento a servir y venerar a su esposa y su amor era purísimo y castísimo, santo y justo, tanto era mayor el deseo de que ella le correspondiese; aunque jamás se lo manifestó ni le habló en esto, así por la reverencia a que le obligaba la majestad humilde de su esposa, como porque no le había sido molesto aquel cuidado a vista de su trato y comunicación, conversación y pureza más que de ángel. Pero cuando se halló en este aprieto, testificándole la vista la novedad que no podía negarle, quedó su alma dividida con el sobresalto. Aunque satisfecho que en su esposa había aquel nuevo accidente, no dio al discurso más de lo que no pudo negar a los ojos, porque como era varón santo y recto (Mt 1, 19), aunque conoció el efecto, suspendió el juicio de la causa; porque si se persuadiera a que su esposa tenía culpa, sin duda el santo muriera de dolor naturalmente.

377. Juntóse a esta causa la certeza de que no tenía parte en el preñado que conocía por sus ojos, y que la deshonra era por esto inevitable, cuando se llegase a saber. Y este cuidado era de tanto peso para San José, cuanto él era de corazón más generoso y honrado y con su gran prudencia sabía ponderar el trabajo de la infamia propia y de su esposa, si llegaban a padecerla. Y la tercera causa, que daba mayor torcedor al santo esposo, era el riesgo de entregar a su esposa para que conforme a la ley fuese apedreada (Lev 20, 10; Dt 22, 23-24) —que era el castigo de las adúlteras— si fuese convencida de este crimen. Entre estas consideraciones, como entre puntas de acero, se halló el corazón de San José herido de una pena o de muchas juntas, sin hallar de improviso otro sagrado con que aliviarse más de la asentada satisfacción que tenía de su esposa. Pero como todas las señales testificaban la impensada novedad y no se le ofrecía al santo varón alguna salida contra ellas, ni tampoco se atrevía a comunicar su dolorosa aflicción con persona alguna, hallábase rodeado de los dolores de la muerte (Sal 17, 5) y sentía con experiencia que la emulación es dura como el infierno (Cant 8, 6).

378. Quería discurrir a solas, y el dolor le suspendía las potencias. Si el pensamiento quería seguir al sentido en las sospechas, todas se desvanecían como el hielo a la fuerza del sol y como el humo en el viento, acordándose de la experimentada santidad de su recatada y advertida esposa. Si quería suspender el afecto de su castísimo amor, no podía, porque siempre la hallaba digno objeto de ser amado, y la verdad, aunque oculta, tenía más fuerzas para atraer que el engaño aparente de la infidelidad para desviarle. No se podía romper aquel vínculo asegurado con fiadores tan abonados de verdad, de razón y de justicia. Para declararse con su divina esposa, no hallaba conveniencia, ni tampoco se lo permitía aquella igualdad severa y divinamente humilde que en ella conocía. Y aunque veía la mudanza en el vientre, no correspondía el proceder tan puro y santo a tal descuido como se pudiera presumir, porque aquella culpa no se compadecía con tanta pureza, igualdad, santidad, discreción, y con todas las gracias juntas en que era manifiesto el aumento cada día en María santísima.

379. Apeló de sus penas el santo esposo José para el tribunal del Señor, por medio de la oración, y puesto en su presencia, dijo: Altísimo Dios y Señor eterno, no son ocultos a vuestra divina presencia mis deseos y gemidos. Combatido me hallo de las violentas olas que por mis sentidos han llegado a herir mi corazón. Yo le entregué seguro a la esposa que recibí de vuestra mano. De su grande santidad he confiado (Prov 31, 11), y los testigos de la novedad que en ella veo me ponen en cuestión de dolor y temor de frustrarse mis esperanzas. Nadie que hasta hoy la ha conocido, pudo poner duda en su recato y excelentes virtudes, pero tampoco puedo negar que está preñada. Juzgar que ha sido infiel y que os ha ofendido, será temeridad a la vista de tan peregrina pureza y santidad; negar lo que la vista me asegura, es imposible; mas no lo será morir a fuerza de esta pena, si aquí no hay encerrado algún misterio que yo no alcanzo. La razón la disculpa, el sentido la condena. Ella me oculta la causa del preñado, yo le veo; ¿qué he de hacer? Conferimos al principio los votos de castidad que entrambos prometimos para vuestra gloria, y si fuera posible que hubiera violado vuestra fe y la mía, yo

defendiera vuestra honra y por vuestro amor depusiera la mía. Pero ¿cómo tal pureza y santidad en todo lo demás se puede conservar, si hubiera cometido tan grave crimen? ¿Y cómo siendo santa y tan prudente me cela este suceso? Suspendo el juicio y me detengo, ignorando la causa de lo que veo. Derramo en vuestra presencia (Sal 141, 3) mi afligido espíritu, oh Dios de Abrahán, de Isaac y Jacob. Recibid mis lágrimas en acepto sacrificio, y si mis culpas merecieron vuestra indignación, obligaos, Señor, de vuestra propia clemencia y benignidad y no despreciéis tan vivas penas. No juzgo que María os ha ofendido, pero tampoco, siendo yo su esposo, puedo presumir misterio alguno de que no puedo ser digno. Gobernad mi entendimiento y corazón con vuestra luz divina, para que yo conozca y ejecute lo más acepto a vuestro beneplácito.

380. Perseveró en esta oración San José con muchos más afectos y peticiones; porque si bien se le representó que había algún misterio que él ignoraba en el preñado de María santísima, pero no se aseguraba en esto, porque no tenía más razones de las que por mayor se le ofrecían y para dar salida al juicio de que tenía culpa en el preñado, respetando la santidad de la divina Señora; y así no llegó al pensamiento del santo que podía ser Madre del Mesías. Suspendía las sospechas algunas veces, y otras se las aumentaban y arrastraban las evidencias, y así fluctuando padecía impetuosas olas por una y otra parte; y de mareado y rendido solía quedarse en una penosa calma, sin determinarse a creer cosa alguna con que vencer la duda y aquietarse el corazón y obrar conforme la certeza que de una parte u otra tuviera para gobernarse. Por esto fue tan grande el tormento de San José, que pudo ser evidente prueba de su incomparable prudencia y santidad, y merecer con este trabajo que le hiciera Dios idóneo para el singular beneficio que le prevenía.

381. Todo lo que pasaba por el corazón de San José en secreto era manifiesto a la Princesa del cielo, que lo estaba mirando con ciencia divina y luz que tenía; y aunque su santísimo corazón estaba lleno de ternura y compasión de lo que padecía su esposo, no le hablaba palabra en ello, pero servíale con sumo rendimiento y cuidado. Y el varón

de Dios al descuido la miraba con mayor cuidado que otro hombre jamás ha tenido; y como sirviéndole a la mesa y en otras ocupaciones domésticas la gran Señora, aunque el preñado no era grave ni penoso, hacía algunas acciones y movimientos con que era forzoso descubrirse más, atendía a todo San José y certificábase más de la verdad con mayor aflicción de su alma. Y no obstante que era santo y recto, pero después que se desposó con María santísima, se dejaba respetar y servir de ella, guardando en todo la autoridad de cabeza y varón, aunque lo templaba con rara humildad y prudencia. Pero mientras ignoró el misterio de su esposa juzgó que debía mostrarse siempre superior con la templanza conveniente, a imitación de los padres antiguos y patriarcas, de quienes no debía degenerar, para que las mujeres fuesen obedientes y rendidas a sus maridos. Y tenía razón en este modo de gobernarse, si María santísima, Señora nuestra, fuera como las demás mujeres. Mas aunque era tan diferente, ninguna hubo ni habrá jamás tan obediente, humilde y sujeta a su marido como lo estuvo la Reina eminentísima a su esposo. Servíale con incomparable respeto y puntualidad; y aunque conocía sus cuidados y atención a su preñado, no por eso se excusó de hacer todas las acciones que le tocaban, ni cuidó de disimular ni excusar la novedad de su divino vientre; porque este rodeo y artificio o duplicidad no se compadecía con la verdad y candidez angélica que tenía, ni con la generosidad y grandeza de su nobilísimo corazón.

382. Bien pudiera la gran Señora alegar en su abono la verdad de su inocencia inculpable y la testificación de su prima Santa Isabel y San Zacarías, porque en aquel tiempo era cuando San José, si sospechara culpa en ella, se la podía mejor atribuir; y por este modo, o por otros, aunque no le manifestara el misterio, se podía disculpar y sacar de cuidado a San José. Pero nada hizo la Maestra de la prudencia y humildad, porque no se compadecía con estas virtudes volver por sí y fiar la satisfacción de tan misteriosa verdad de su propio testimonio; todo lo remitió con gran sabiduría a la disposición divina. Y aunque la compasión de su esposo y el amor que le tenía la inclinaban a consolarle y despenarle, no lo hizo disculpandose ni ocultando su preñado, sino sirviéndole con mayores demostraciones y

procurando regalarle y preguntándole lo que deseaba y quería que ella hiciese y otras demostraciones de rendimiento y amor. Muchas veces le servía de rodillas, y aunque algo consolaba esto a San José, por otra parte le daba mayores motivos de afligirse, considerando las muchas causas que tenía para amar y estimar a quien no sabía si le había ofendido. Hacía la divina Señora continua oración por él y pedía el Altísimo le mirase y consolase; y remitíase toda a la voluntad de Su Majestad.

383. No podía San José ocultar del todo su acerbísima pena, y así estaba muchas veces pensativo, triste, suspenso; y llevado de este dolor hablaba a su divina esposa con alguna severidad más que antes, porque éste era como efecto inseparable de su afligido corazón y no por indignación ni venganza; que esto nunca llegó a su pensamiento, como se verá adelante (Cf. infra n. 388). Pero la prudentísima Señora no mudó su semblante ni hizo demostración alguna de sentimiento, antes por esto cuidaba más del alivio de su esposo. Servíale a la mesa, dábale el asiento, traíale la comida, administrábale la bebida, y después de todo esto, que hacía con incomparable gracia, la mandaba San José que se asentase y cada hora se iba asegurando más en la certeza del preñado. No hay duda que fue esta ocasión una de las que más ejercitaron no sólo a San José, pero a la Princesa del cielo, y que en ella se manifestó mucho la profundísima humildad y sabiduría de su alma santísima, y dio lugar el Señor a ejercitar y probar todas sus virtudes; porque no sólo no le mandó callar el sacramento de su preñado, pero no le manifestó su voluntad divina tan expresamente como en otros sucesos. Todo parece lo remitió Dios y lo fió de la ciencia y virtudes divinas de su escogida esposa, dejándola obrar con ellas sin otra especial ilustración o favor. Daba ocasión la divina providencia a María santísima y a su fidelísimo esposo San José, para que respectivamente cada uno ejercitase con heroicos actos las virtudes y dones que les había infundido, y deleitábase —a nuestro entender— con la fe, esperanza y amor, con la humildad, paciencia, quietud y serenidad de aquellos cándidos corazones en medio de tan dolorosa aflicción, y para engrandecer su gloria y dar al mundo este ejemplar de santidad y prudencia y oír los clamores dulces de la Madre

santísima y su castísimo esposo, que le eran gratos y agradables; y que se hacía como sordo —a nuestro entender— porque los repitiesen, y disimulaba el responderles hasta el tiempo oportuno y conveniente.

Doctrina de la santísima Reina y Señora nuestra.

384. Hija mía carísima, altísimos son los pensamientos y fines del Señor, y su providencia con las almas es fuerte y suave, y en el gobierno de todas admirable, especialmente de sus amigos y escogidos. Y si los mortales acabasen de conocer el amoroso cuidado con que atiende a dirigirlos y encaminarlos este Padre de las misericordias, descuidarían más de sí mismos y no se entregarían a tan molestos, inútiles y peligrosos cuidados con que viven afanados y solicitando varias dependencias de otras criaturas; porque se dejarían seguros a la sabiduría y amor infinito, que con dulzura y suavidad paternal cuidaría de todos sus pensamientos, palabras y acciones y de todo lo que les conviene. No quiero que tú ignores esta verdad; pero que entiendas del Señor cómo desde su eternidad tiene en su mente divina presentes a todos los predestinados que han de ser en diversos tiempos y edades, y con la invencible fuerza de su infinita sabiduría y bondad va disponiendo y encaminando todos los bienes que les convienen, para que al fin se consiga lo que de ellos tiene el Señor determinado.

385. Por esto le importa tanto a la criatura racional dejarse encaminar de la mano del Señor, entregándose toda a su disposición divina; porque los hombres mortales ignoran sus caminos y el fin que por ellos han de tener, y no pueden por sí mismos hacer elección con su insipiencia, si no es con grande temeridad y peligro de su perdición. Pero si se entregan de todo corazón a la providencia del Altísimo, reconociéndole por Padre y a sí mismos por hijos y hechuras suyas, Su Majestad se constituye por su protector, amparo y gobernador con tanto amor, que quiere conozca el cielo y la tierra cómo es oficio que le toca a él mismo gobernar a los suyos y gobernar a los que de él se fían y se le entregan. Y si fuera Dios capaz de recibir pena o de tener celos como los hombres, los tuviera de que otra criatura se hiciera parte en el cuidado de las almas, y de que ellas

acudan a buscar cosa alguna de las que necesitan en otro alguno fuera del mismo Señor, que lo tiene por su cuenta. Y no pueden los mortales ignorar esta verdad, si consideran lo que entre ellos mismos hace un padre por sus hijos, un esposo por su esposa, un amigo con otro y un príncipe con el privado a quien ama y quiere honrar. Todo esto es nada en comparación del amor que Dios tiene a los suyos y lo que quiere y puede hacer por ellos.

386. Pero aunque por mayor y en general crean esta verdad los hombres, ninguno puede alcanzar cuál es el amor divino y sus efectos particulares con las almas que totalmente se resignan y dejan a su voluntad. Ni lo que tú, hija mía, conoces, lo puedes manifestar, ni conviene, mas no lo pierdas de vista en el Señor. Su Majestad dice (Lc 21, 18) que no perecerá un cabello de sus electos, porque todos los tiene numerados. El gobierna sus pasos a la vida y se los desvía de la muerte, atiende a sus obras, corrige sus defectos con amor, adelántase a sus deseos, anticípase en sus cuidados, defiéndeles en el peligro, los regala en la quietud, los conforta en la batalla, les asiste en la tribulación; defiéndelos del engaño con su sabiduría, santifícalos con su bondad, fortalécelos con su poder; y como infinito, a quien nadie puede resistir ni impedir su voluntad, así ejecuta lo que puede y puede todo lo que quiere y quiere entregarse todo al justo que está en gracia y se fía de sólo él. ¡Quién puede ponderar cuántos y cuáles serán los bienes que derrama en un corazón dispuesto de esta manera para recibirlos!

387. Si tú, amiga mía, quieres que te alcance esta buena dicha, imítame con verdadero cuidado y conviértelo todo desde hoy a conseguir con eficacia una verdadera resignación en la providencia divina. Y si te enviare tribulaciones, penas o trabajos, recíbelos y abrázalos con igual corazón y serenidad, con quietud de tu espíritu, paciencia, fe viva y esperanza en la bondad del Altísimo, que siempre te dará lo más seguro y conveniente para tu salvación. No hagas elección de cosa alguna, que Dios sabe y conoce tus caminos; fíate de tu Padre y Esposo celestial, que con amor fidelísimo te patrocina y ampara; atiende a mis obras, pues no se ocultan: y advierte que fuera de los

trabajos que tocaron a mi Hijo santísimo, el mayor que padecí en mi vida fue el de las tribulaciones de mi esposo San José y sus penas en la ocasión que vas escribiendo.

CAPITULO 2

Auméntanse los recelos a San José, determina dejar a su esposa y hace oración sobre ello.

388. En la tormenta de cuidados que combatían al rectísimo corazón de San José, procuraba tal vez con su prudencia buscar alguna calma y cobrar aliento en su afligido ahogo, discurriendo a solas y procurando reducir a duda el preñado de su esposa, pero de este engaño le sacaba cada día el aumento del vientre virginal, que con el tiempo se iba manifestando con mayores evidencias; y no hallaba otra causa el Santo glorioso adonde recurrir, y ésta se le frustraba y era poco constante, pues pasaba de la duda que buscaba a la certeza vehemente, cuanto más crecía el preñado. Y en sus aumentos estaba más agradable y sin sospecha de otros achaques la divina Princesa, que de todas maneras la iba perfeccionando en hermosura, salud, agilidad y belleza; cebos y motivos mayores de la sospecha y lazos de su castísimo amor y pena, sin poder apartar todos esos efectos a un tiempo con varias olas que le atormentaban y de manera le rindieron, que llegó a persuadirse del todo en la evidencia. Y aunque siempre se conformaba su espíritu con la voluntad de Dios, pero la carne enferma sintió lo sumo del dolor del alma, con que llegó a su punto, donde no halló salida alguna en la causa de su tristeza. Sintió quebranto o deliquio en las fuerzas del cuerpo, que aunque no llegó a ser enfermedad determinada, con todo eso se le debilitaron las fuerzas y puso algo macilento, y se le conocía en el rostro la profunda tristeza y melancolía que le afligía. Y como la padecía tan a solas sin buscar el alivio de comunicarla o desahogar por algún camino el aprieto de su corazón, como lo hacen ordinariamente los otros hombres, con esto venía a ser más grave y menos reparable naturalmente la tribulación que el Santo padecía.

389. No era menos dolor el que a María santísima penetraba el corazón; pero aunque era grandísimo, era también mayor el espacio de su dilatadísimo y generoso ánimo y con él disimulaba sus penas, pero no el cuidado que le daban las de San José su esposo; con que determinó asistirle más y cuidar de su salud y regalo. Pero como en la prudentísima Reina era inviolable ley el obrar todas las acciones en plenitud de sabiduría y perfección, callaba siempre la verdad del misterio que no tenía orden de manifestar, y aunque sola ella era la que pudiera aliviar a su esposo San José por este camino, no lo hizo por respetar y guardar el sacramento del Rey celestial. Por sí misma hacía cuanto podía; hablábale en su salud y preguntábale qué deseaba hiciese ella para su servicio y alivio del achaque que tanto le desfallecía. Rogábale tomase algún descanso y regalo, pues era justo acudir a la necesidad y reparar las fuerzas desfallecidas del cuerpo para trabajar después por el Señor. Atendía San José a todo lo que su esposa divina hacía, y ponderando consigo aquella virtud y discreción y sintiendo los efectos santos de su trato y presencia, dijo: ¿Es posible que mujer de tales costumbres y donde tanto se manifiesta la gracia del Señor, me ponga a mí en tal tribulación? ¿Cómo se compadece esta prudencia y santidad con las señales que veo de haber sido infiel a Dios, y a mí, que tan de corazón la amo? Si quiero despedirla o alejarme, pierdo su deseable compañía, todo mi consuelo, mi casa y mi quietud. ¿Qué bien hallaré como ella, si me retiro? ¿Qué consuelo, si me falta éste? Pero todo pesa menos que la infamia de tan infeliz fortuna y que de mí se entienda he sido cómplice en algún delito. Ocultarse el suceso, no es posible, porque todo lo ha de manifestar el tiempo, aunque yo ahora lo disimule y calle. Hacerme yo autor de este preñado, será mentira vil contra mi propia conciencia y reputación. Ni lo puedo reconocer por mío, ni atribuirlo a la causa que ignoro. Pues ¿qué haré en tal aprieto? El menor de mis males será ausentarme y dejar mi casa, antes que llegue el parto, en que me hallaré más confuso y afligido, sin saber qué consejo y determinación tomaré, viendo en mi casa hijo que no es mío.

390. La Princesa del cielo, que con gran dolor miraba la

determinación de su esposo San José en dejarla y ausentarse, convirtióse a los santos ángeles y custodios suyos, y dijoles: Espíritus bienaventurados y ministros del supremo Rey que os levantó a la felicidad de que gozáis y por su dignación me acompañáis como fidelísimos siervos suyos y centinelas mías, yo os pido, amigos míos, que presentéis a su clemencia las aflicciones de mi esposo José. Pedid que le consuele y mire como verdadero Dios y Padre. Y vosotros, que prestamente obedecéis a sus palabras, oíd también mis ruegos; por el que siendo infinito se quiso encarnar en mis entrañas, os lo pido, ruego y suplico, que sin dilación acudáis al aprieto en que se halla el corazón fidelísimo de mi esposo, y aliviándole de sus penas le quitéis del ánimo y pensamiento la determinación que ha tomado de ausentarse.—Obedecieron a su Reina los Ángeles que destinó para este fin y luego ocultamente enviaron al corazón de San José muchas inspiraciones santas, persuadiéndole de nuevo que su esposa María era santa y perfectísima, que no se podía creer de ella cosa indigna, que Dios era incomprensible en sus obras y ocultísimo en sus rectos juicios y que siempre era fidelísimo en los que confían en Él, que a nadie desprecia ni desampara en la tribulación.

391. Con estas y otras inspiraciones santas se sosegaba un poco el turbado espíritu de San José, aunque no sabía por el orden que le venían; pero como el objeto de su tristeza no se mejoraba, luego volvía a ella sin hallar salida de cosa fija y cierta en que asegurarse, y volvió a renovar los intentos de ausentarse y dejar a su esposa. Conociendo esto la divina Señora, juzgó que ya era necesario prevenir este peligro y pedir al Señor con más instancia el remedio. Convirtióse toda a su Hijo santísimo que tenía en su vientre, y con íntimo afecto y fervor le dijo: Señor y bien de mi alma, si me dais licencia, aunque soy polvo y ceniza, hablaré en vuestra presencia real y manifestaré mis gemidos que a vos no pueden esconderse. Justo es, Dueño mío, que yo no sea remisa en ayudar al esposo que me disteis de vuestra mano. Véolo en la tribulación que está puesto, por vuestra providencia, y no será piedad dejarle en ella. Si hallo gracia en vuestros ojos (Ex 34, 9), suplicóos, Señor y Dios eterno, por el amor que os obligó a venir a las

entrañas de vuestra esclava para remedio de los hombres, tengáis por bien de consolar a vuestro siervo José y disponerle para que ayude al cumplimiento de vuestras grandes obras. No estará bien vuestra esclava sin esposo que la ampare y patrocine y le sirva de resguardo. No permitáis, Dios y Señor mío, que ejecute su determinación y ausentándose me deje.

392. Respondió el Altísimo a esta petición: Paloma y amiga mía, yo acudiré con presteza al consuelo de mi siervo José y, en declarándole yo por medio de mi Ángel el sacramento que ignora, le podrás hablar en él con claridad todo lo que contigo he obrado, sin que para adelante guardes en esto más silencio. Yo le llenaré de mi espíritu y le haré capaz de lo que debe hacer en estos misterios. Y él te ayudará en ellos y te asistirá a todo lo que te sucediere.—Con esta promesa del Señor quedó María santísima confortada y consolada, dando rendidas gracias al mismo Señor que con tan admirable orden disponía todas las cosas en medida y peso (Sab 11, 21); porque a más del consuelo que tuvo la gran Señora, quedando sin aquel cuidado, conoció cuan conveniente era para su esposo José haber padecido aquella tribulación en que se probase y dilatase su espíritu para las cosas grandes que se habían de fiar de él.

393. Al mismo tiempo estaba San José confiriendo sus dudas consigo mismo, habiendo ya pasado dos meses en esta gran tribulación; y vencido de la dificultad, dijo: Yo no hallo medio más oportuno a mi dolor que ausentarme. Mi esposa confieso que es perfectísima, y nada veo en ella que no la acredite por santa, pero al fin está preñada y no alcanzo este misterio. No quiero ofender su virtud con entregarla a la ejecución de la ley, pero tampoco puedo aguardar el suceso del preñado. Partiré luego y dejaréme a la providencia del Señor que me gobierne.—Determinó partir aquella noche siguiente, y para la jornada previno un vestido que tenía con alguna ropa que mudarse, y todo lo juntó en un fardelillo. Había cobrado un poco de dinero que de su trabajo le debían y con esta recámara dispuso partir a media noche. Pero por la novedad del caso, y por la costumbre, habiéndose recogido con este intento, hizo

oración al Señor, y le dijo: Altísimo Dios eterno de nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob, verdadero y único amparo de los pobres y afligidos, manifiesto es a vuestra clemencia el dolor y aflicción de que mi corazón está poseído, y también, Señor, conocéis, aunque soy indigno, mi inocencia en la causa de mi pena y la infamia y peligro que me amenaza del estado de mi esposa. No la juzgo por adúltera, porque conozco en ella grandes virtudes y perfección, pero con certeza veo que está preñada. La causa y el modo del suceso yo lo ignoro, mas no le hallo salida en que quietarme. Determino por menor daño el alejarme de ella a donde nadie me conozca y entregado a vuestra providencia acabaré mi vida en un desierto. No me desamparéis, Señor mío y Dios eterno, porque sólo deseo vuestra mayor honra y servicio.

394. Postróse en tierra San José haciendo voto de llevar al templo de Jerusalén a ofrecer parte de aquel poco dinero que tenía para su viaje; y esto era porque Dios amparase y defendiese a su esposa María de las calumnias de los hombres y la librase de todo mal. Tanta era la rectitud del varón de Dios y el aprecio que hacía de la divina Señora. Después de esta oración se recogió a dormir un poco, para salirse a media noche a excusa de su esposa; y en el sueño le sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. La gran Princesa del cielo, segura de la divina palabra, estaba desde su retiro mirando lo que San José hacía y disponía; que el Todopoderoso se lo mostraba. Y conociendo el voto que por ella había hecho y el fardillo y peculio tan pobre que había prevenido, llena de ternura y compasión, hizo nueva oración por él con hacimiento de gracias, alabando al Señor en sus obras y en el orden con que las dispone sobre todo el pensamiento de los hombres. Dio lugar Su Majestad para que entrambos, María santísima y San José, llegasen al extremo del aprieto y dolor interior, para que, a más de los méritos que con este dilatado martirio acumulaban, fuese más admirable y estimable el beneficio de la consolación divina. Y aunque la gran Señora estaba constantísima en la fe y esperanza de que el Altísimo acudiría oportunamente el remedio de todo, y por esto callaba y no manifestaba el sacramento del Rey, que no le había mandado declarar, con todo eso la afligió muchísimo la determinación de San José;

porque se le representaron los grandes inconvenientes de dejarla sola, sin arrimo y compañía que la amparase y consolase por el orden común y natural, pues no todo se había de buscar por orden milagroso y sobrenatural. Pero todos estos ahogos no fueron bastantes a que faltase a ejercitar virtudes tan excelentes como la de la magnanimidad, tolerando las aflicciones, sospechas y determinaciones de San José; la de la prudencia, mirando que el sacramento era grande y que no era bien por sí determinarse en descubrirle; la del silencio, callando como mujer fuerte, señalándose entre todas, sabiendo detenerse en no decir lo que tantas razones humanas había para hablar; la paciencia, sufriendo; y la humildad, dando lugar a las sospechas de San José. Y otras muchas virtudes ejercitó admirablemente en este trabajo, con que nos enseñó a esperar el remedio del Altísimo en las mayores tribulaciones.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

395. Hija mía, la doctrina que te doy, con el ejemplar que has escrito de mi silencio, sea que le tengas por arancel para gobernarte en los favores y sacramentos del Señor, guardándolos en el secreto de tu pecho. Y aunque te parezca conveniente para el consuelo de alguna alma manifestarlos, este juicio no le debes hacer por ti sola, sin primero consultarlo con Dios y después con la obediencia; porque estas materias espirituales no se han de gobernar por afecto humano, donde obran tanto las pasiones o inclinaciones de la criatura, y con ellas hay grande peligro de que juzgue por conveniente lo que es pernicioso y por servicio de Dios lo que es ofensa suya; y el discernir entre los movimientos interiores, conociendo cuáles son divinos que nacen de la gracia, y cuáles humanos, engendrados de afectos desordenados, esto no se alcanza con los ojos de la carne y de la sangre. Y aunque distan mucho estos dos afectos y sus causas, con todo eso, si la criatura no está muy ilustrada y muerta a las pasiones, no puede conocer esta diferencia ni separar lo precioso de lo vil. Y este peligro es mayor cuando concurre o interviene algún motivo temporal y humano, porque entonces el amor propio y natural se suele introducir a dispensar y gobernar las cosas

divinas y espirituales con repetidos y peligrosos precipicios.

396. Sea, pues, documento general, que si no es a quien te gobierna, jamás sin orden mío declares cosa alguna. Y pues yo me he constituido por tu maestra, no faltaré a darte orden y consejo en esto y en todo lo demás, para que no te desvíes de la voluntad de mi Hijo santísimo. Pero advierte que hagas grande aprecio de los favores y beneficios del Altísimo. Trátalos con magnificencia (Eclo 39, 20), y prefiere su estimación, agradecimiento y ejecución a todas las cosas inferiores, y más a las que son de tu inclinación. A mí me obligó mucho al silencio el temor reverencial que tuve, juzgando como debía por tan estimable el tesoro que en mí estaba depositado. Y no obstante la obligación natural y el amor que tenía a mi señor y esposo San José y el dolor y compasión de sus aflicciones de que yo deseara sacarle, disimulé y callé, anteponiendo a todo el gusto del Señor y remitiéndole la causa que él reservaba para sí solo. Aprende también con esto a no disculparte jamás, aunque más inocente te halles, en lo que te imputan. Obliga al Señor, fiándolo de su amor. Pon por su cuenta tu crédito; y en el ínterin vence con paciencia, humildad y con obras y palabras blandas a quien te ofendiere. Sobre todo esto, te advierto que jamás de nadie juzgues mal, aunque veas a los ojos indicios que te muevan; que la caridad perfecta y sencilla te enseñará a dar salida prudente a todo y a deshacer las culpas ajenas. Y para esto puso Dios por ejemplo a mi esposo San José, pues nadie tuvo más indicios y ninguno fue más prudente en detener el juicio; porque en ley de caridad discreta y santa, prudencia es y no temeridad remitirse a causas superiores que no se alcanzan, antes que juzgar y culpar a los prójimos en lo que no es manifiesta culpa. No te doy aquí especial doctrina para los del estado del matrimonio, porque la tienen manifiesta en el discurso de mi vida; y de ésta se pueden aprovechar todos, aunque ahora la enderezo a tu aprovechamiento, que deseo con especial amor. Oyeme, carísima, y ejecuta mis consejos y palabras de vida.

CAPITULO 3

Habla el ángel del Señor a San José en sueños y le declara el misterio de la encarnación, y los efectos de esta embajada.

397. El dolor de los celos es tan vigilante despertador a quien los tiene, que repetidas veces, en lugar de despertarle, le desvela y le quita el reposo y sueño. Nadie padeció esta dolencia como San José, aunque en la verdad ninguno tuvo menos causa para ellos, si entonces la conociera. Era dotado de grande ciencia y luz para penetrar y ver la santidad y condiciones de su divina esposa, que eran inestimables. Y encontrándose en esta noticia las razones que le obligaban a dejar la posesión de tanto bien, era forzoso que *añadiendo ciencia* de lo que perdía, *añadiese el dolor* (Ecl 1,18) de dejarlo. Por esta razón excedió el dolor de San José a todo lo que en esta materia han padecido los hombres, porque ninguno hizo mayor concepto de su pérdida, ni nadie pudo conocerla ni estimarla como él. Pero junto con esto hubo una gran diferencia entre los celos o recelos de este fiel siervo y los demás que suelen padecer este trabajo. Porque los celos añaden al vehemente y ferviente amor un gran cuidado de no perder y conservar lo que se ama, y a este afecto, por natural necesidad, se sigue el dolor de perderlo e imaginar que alguno se le puede quitar; y este dolor o dolencia es la que comúnmente llaman celos, y en los sujetos que tienen las pasiones desordenadas, por falta de prudencia y de otras virtudes, suele causar la pena y dolor efectos desiguales de ira, furor, envidia contra la misma persona amada, o contra el consorte que impide el retorno del amor, ahora sea mal o bien ordenado; y levántanse las tempestades de imaginaciones y sospechas adelantadas, que las mismas pasiones engendran, de que se originan las veleidades de querer y aborrecer, de amar y arrepentirse, y la irascible y concupiscible andan en continua lucha, sin haber razón ni prudencia que las sujete e impere, porque este linaje de dolencia oscurece el entendimiento, pervierte la razón y arroja de sí a la prudencia.

398. Pero en San José no hubo estos desórdenes viciosos, ni pudo tenerlos, no sólo por su insigne santidad, sino por la de su esposa, porque en ella no conocía culpa

que le indignase, ni hizo concepto el santo que tenía empleado su amor en otro alguno, contra quien o de quien tuviese envidia para repelerle con ira. Y sólo consintieron los celos de San José en la grandeza de su amor una duda o sospecha condicionada de que si su castísima esposa le había correspondido en el amor; porque no hallaba cómo vencer esta duda con la razón determinada como lo eran los indicios del recelo. Y no fue menester más certeza de su cuidado para que el dolor fuese tan vehemente, porque en prenda tan propia como la esposa justo es no admitir consorte, y para que las experiencias obrasen tal dolencia bastaba que el amor vehemente y casto del Santo poseyera todo el corazón a vista del menor indicio de infidelidad y de perder el más perfecto, hermoso y agradable objeto de su entendimiento y voluntad. Que cuando el amor tiene tan justos motivos, grandes y eficaces son los lazos y coyundas que le detienen, fortísimas las prisiones, y más, no habiendo contrarios de imperfecciones que las rompan. Que nuestra Reina en lo divino, ni natural, no tenía cosa que moderase y templase el amor de su santo esposo, sino que le fomentase por repetidos títulos y causas.

399. Con este dolor, que ya llegó a tristeza, se quedó un poco dormido San José después de la oración que arriba dije, seguro que se despertaría a su tiempo para salir de su casa a media noche, sin que a su parecer fuese sentido de su esposa. Estaba la divina Señora aguardando el remedio y solicitando con sus humildes peticiones el reparo, porque conocía que, llegando la tribulación de su turbado esposo a tal punto y a lo sumo del dolor, se acercaba el tiempo de la misericordia y del alivio de tan afligido corazón. Envió el Altísimo al santo Arcángel Gabriel para que, estando San José durmiendo, le manifestase por divina revelación el misterio del preñado de su esposa María. Y el Ángel, cumpliendo esta legacía, fue a San José, y le habló en sueños, como dice San Mateo (Mt 1, 20-23), y le declaró todo el misterio de la encarnación y redención en las palabras que el evangelista refiere. Alguna admiración puede hacer —y a mí me la ha motivado— por qué el Santo Arcángel habló a San José en sueños y no en vela, pues el misterio era tan alto y no fácil de entender, y más en la disposición del santo tan turbada y afligida, y a otros se les

manifestó el mismo sacramento, no durmiendo, sino estando despiertos.

400. En estas obras del Señor la última razón es de su divina voluntad en todo justa, santa y perfecta; pero de lo que he conocido diré algunas cosas, como pudiere, para nuestra enseñanza. La primera razón es porque San José era tan prudente y lleno de divina luz y tenía tan alto concepto de María santísima Señora nuestra, que no fue necesario persuadirle por medios más fuertes, para que se asegurase de su dignidad y de los misterios de la encarnación; porque en los corazones dispuestos se logran bien las inspiraciones divinas. La segunda razón fue porque su turbación había comenzado por los sentidos, viendo el preñado de su esposa, y fue justo que, si ellos dieron motivo al engaño o sospecha, fuesen como mortificados y privados de la visión angélica y de que por ellos entrase el desengaño de la verdad. La tercera razón es como consiguiente a ésta, porque San José, aunque no cometió culpa, padeció aquella turbación con que los sentidos quedaron como entorpecidos y poco idóneos para la vista y comunicación sensible del Santo Ángel; y así era conveniente que le hablase y diese la embajada en ocasión que los sentidos, escandalizados de antes, estuviesen entonces impedidos con la suspensión de sus operaciones; y después el santo varón, estando en ellos, se purificó y dispuso con muchos actos, como diré, para recibir el influjo del Espíritu Santo; que para todo impedía la turbación.

401. De estas razones se entenderá por qué Dios hablaba en sueños a los padres antiguos, más que ahora con los fieles hijos de la ley evangélica, donde es menos ordinario este modo de revelaciones en sueños y más frecuente hablar los ángeles con mayor manifestación y comunicación. La razón de esto es porque, según la divina disposición, el mayor impedimento y óbice que indispone para que las almas no tengan muy familiar trato y comunicación con Dios y sus Ángeles, son los pecados, aunque sean leves, y aun las imperfecciones de nuestras operaciones. Y después que el Verbo divino se humanó y trató con los hombres, se purificaron los sentidos y se purifican cada día nuestras potencias, quedando santifica-

das con el buen uso de los sacramentos sensibles, con que en algún modo se espiritualizan y elevan, se desentorpecen y habilitan en sus operaciones para la participación de las influencias divinas. Y este beneficio debemos más que los antiguos a la sangre de Cristo nuestro Señor, en cuya virtud somos santificados por los sacramentos, recibiendo en ellos efectos divinos de gracias especiales y en algunos el carácter espiritual que nos señala y dispone para más altos fines. Pero cuando el Señor hablaba o habla ahora alguna vez en sueños, excluye a las operaciones de los sentidos, como ineptas o indispuestas para entrar en las bodas espirituales de su comunicación e influjos espirituales.

402. Colígese también de esta doctrina, que para recibir el alma los favores ocultos del Señor no sólo se requiere que esté sin culpa y que tenga merecimientos y gracia, sino que tenga también quietud y tranquilidad de paz; porque si está turbada la república de las potencias, como en el santo José, no está dispuesta para efectos tan divinos y delicados como los que recibe el alma con la vista del Señor y sus caricias. Y esto es tan ordinario, que por mucho que esté mereciendo la criatura con la tribulación y padeciendo aflicciones, cual estaba el esposo de la Reina, con todo eso, impide aquella alteración, porque en el padecer hay trabajo y conflicto con las tinieblas y el gozar es descansar en paz en la posesión de la luz, y no es compatible con ella estar a la vista de las tinieblas aunque sea para desterrarlas. Pero en medio del conflicto y pelea de las tentaciones, que es como en sueños o de noche, se suele sentir y percibir la voz del Señor por medio de los Ángeles, como sucedió a nuestro santo José, que oyó y entendió todo lo que decía San Gabriel, que no temiese estar con su esposa María, porque era obra del Espíritu Santo lo que tenía en su vientre, y pariría un hijo, a quien llamaría Jesús, y sería Salvador de su pueblo, y en todo este misterio se cumpliría la profecía de Isaías, que dijo (Is 7, 14) cómo concebiría una Virgen y pariría un hijo que se llamaría Emmanuel, que significa Dios con nosotros. No vio San José al Ángel con especies imaginarias, sólo oyó la voz interior y en ella entendió el misterio. De las palabras que le dijo se colige que ya San José en su determinación había dejado a María santísima, pues le mandó que sin temor la recibiese.

403. Despertó San José capaz del misterio revelado y que su esposa era Madre verdadera del mismo Dios. Y entre el mismo gozo de su dicha y no pensada suerte y el nuevo dolor de lo que había hecho, se postró en tierra y con otra humilde turbación, temeroso y alegre, hizo actos heroicos de humildad y reconocimiento. Dio gracias al Señor por el misterio que le había revelado y por haberle hecho Su Majestad esposo de la que escogió por Madre, no mereciendo ser esclavo suyo. Con este conocimiento y acciones de las virtudes, quedó sereno el espíritu de San José y dispuesto para recibir nuevos efectos del Espíritu Santo. Y con la duda y turbación pasada se asentaron en él los fundamentos muy profundos de la humildad, que había de tener a quien se fiaba la dispensación de los más altos consejos del Señor; y la memoria de este suceso fue un magisterio que le duró toda la vida. Hecha esta oración a Dios, comenzó el santo varón a reprenderse a sí mismo a solas, diciendo: Oh esposa mía divina y mansísima paloma, escogida por el Muy Alto para morada y Madre suya, ¿cómo este indigno esclavo tuvo osadía para poner en duda tu fidelidad? ¿Cómo el polvo y ceniza dio lugar a que le sirviese la que es Reina del cielo y tierra y Señora de todo lo criado? ¿Cómo no he besado el suelo que tocaron tus plantas? ¿Cómo no he puesto todo el cuidado en servirte de rodillas? ¿Cómo levantaré mis ojos a tu presencia y me atreveré a estar en tu compañía y desplegar mis labios para hablarte? Señor y Dios eterno, dadme gracia y fuerzas para pedirla me perdone, y poned en su corazón que use de misericordia y no desprecie a este reconocido siervo, como lo merezco. ¡Ay de mí, que como estaba llena de luz y gracia, y en sí encierra el autor de la luz, le serían patentes todos mis pensamientos y, habiéndolos tenido de dejarla con efecto, atrevimiento será parecer delante sus ojos! Conozco mi grosero proceder y pesado engaño, pues a vista de tanta santidad admití indignos pensamientos y dudas de la fidelísima correspondencia que yo merecía. Y si en castigo mío permitiera vuestra justicia que yo ejecutara mi errada determinación, ¿cuál fuera ahora mi desdicha? Eternamente agradeceré, altísimo Señor, tan incomparable beneficio. Dadme, Rey poderosísimo, con qué volver alguna digna retribución. Iré a mi señora y esposa, confiado en la

dulzura de su clemencia, y postrado a sus pies le pediré perdón, para que por ella, vos, mi Dios y Señor eterno, me miréis como Padre y perdonéis mi desacierto.

404. Con esta mudanza salió el santo esposo de su pobre aposento, hallándose despierto tan diferente, como dichoso, de cual se había recogido al sueño. Y como la Reina del cielo estaba siempre retirada, no quiso despertarla de la dulzura de su contemplación, hasta que ella quisiese (Cant 2, 7). En el ínterin deslió el varón de Dios el fardelillo que había prevenido, derramando abundantes lágrimas con afectos muy contrarios de los que antes había sentido y llorado. Y comenzando a reverenciar a su divina esposa, previno la casa, limpió el suelo que habían de hollar las sagradas plantas y preparó otras hacenduelas que solía remitir a la divina Señora cuando no conocía su dignidad, y determinó mudar de intento y estilo en el proceder con ella, aplicándose a sí mismo el oficio de siervo y a ella de señora. Y sobre esto desde aquel día tuvieron entre los dos admirables contiendas sobre quién había de servir y mostrarse más humilde. Todo lo que pasaba por San José estaba mirando la Reina de los cielos, escondérsele pensamiento ni movimiento alguno. Y cuando fue hora, llegó el santo al aposento de Su Alteza, que le aguardaba con la mansedumbre, gusto y agrado que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la divina Señora María santísima.

405. Hija mía, en lo que has entendido sobre este capítulo, tienes un dulce motivo de alabar al Señor, conociendo el orden admirable de su sabiduría en afligir y consolar (1 Sam 2, 6) a sus siervos y escogidos; en lo uno y otro sapientísimo y piadosísimo para sacarlos de todo con mayores aumentos de merecimiento y gloria. Sobre esta advertencia quiero que tú recibas otra muy importante para tu gobierno y para el estrecho trato que quiere el Altísimo contigo. Esto es, que procures con toda atención conservarte siempre en tranquilidad y paz interior, sin admitir turbación que te la quite ni impida por ningún suceso de esta vida mortal, sirviéndote de ejemplo y doctrina lo que sucedió a mi esposo San José en la ocasión

que has escrito. No quiere el Altísimo que con la tribulación se turbe la criatura, sino que merezca, no que desfallezca, sino que haga experiencias de lo que puede con la gracia. Y aunque los vientos fuertes de las tentaciones suelen arrojar al puerto de la mayor paz y conocimiento de Dios y de la misma turbación puede la criatura sacar su conocimiento y humillación, pero si no se reduce a la tranquilidad y sosiego interior, no está dispuesta para que la visite el Señor, la llame y levante a sus caricias; porque no viene Su Majestad en torbellino (3 Re 19, 12), ni los rayos de aquel supremo Sol de Justicia se perciben, mientras no hay sereno en las almas.

406. Y si la falta de este sosiego impide tanto para el trato íntimo del Altísimo, claro está que las culpas son mayor óbice para alcanzar este beneficio grande. En esta doctrina te quiero muy atenta y que no pienses tienes derecho para usar de tus potencias contra ella. Y pues tantas veces has ofendido al Señor, clama a su misericordia, llora y lávate ampliamente (Sal 50, 4), y advierte que tienes obligación, pena de ser condenada por infiel, de guardar tu alma y conservarla para eterna morada del Todopoderoso, pura, limpia y serena, para que su Dueño la posea y dignamente habite en ella. El orden de tus potencias y sentidos ha de ser una armonía de instrumentos de música suavísima y delicada, y cuanto más lo son, tanto mayor es el peligro de destemplarse, y el cuidado ha de ser mayor, por esta razón, de guardarlos y conservarlos intactos de todo lo terreno; porque sólo el aire infecto de los objetos mundanos basta para destemplar, turbar e inficionar las potencias tan consagradas a Dios. Trabaja, pues, y vive cuidadosa contigo misma y ten imperio sobre tus potencias y sus operaciones. Y si alguna vez te destemplares, turbares o desconcertares en este orden, procura atender a la divina luz, recibiéndola sin inmutación ni recelos y obrando con ella lo más perfecto y puro. Y para esto te doy por ejemplo a mi santo esposo José, que sin tardanza ni sospecha dio crédito al Santo Ángel y luego con pronta obediencia ejercitó lo que le fue mandado; con que mereció ser levantado a grandes premios y dignidad. Y si tanto se humilló, sin haber pecado en lo que hizo, sólo por haberse turbado con tantos fundamentos, aunque aparentes, considera tú, que eres un

pobre gusanillo, cuánto debes reconocerte y pegarte con el polvo, llorando tus negligencias y culpas, hasta que el Altísimo te mire como Padre y como Esposo.

CAPITULO 4

Pide San José perdón a María santísima su esposa, y la divina Señora le consuela con gran prudencia.

407. Aguardaba el reconocido esposo San José que María santísima y esposa suya saliera del recogimiento, y cuando fue hora abrió la puerta del pobre aposento donde habitaba la Madre del Rey celestial y luego el santo esposo se arrojó a sus pies y con profunda humildad y veneración la dijo: Señora y esposa mía, Madre verdadera del eterno Verbo, aquí está vuestro siervo postrado a los pies de vuestra clemencia. Por el mismo Dios y Señor vuestro, que tenéis en vuestro virginal vientre, os pido perdonéis mi atrevimiento. Seguro estoy, Señora, que ninguno de mis pensamientos es oculto a vuestra sabiduría y luz divina. Grande fue mi osadía en intentar dejaros y no ha sido menor la grosería con que hasta ahora os he tratado como a mi inferior, sin haberos servido como a Madre de mi Señor y Dios. Pero también sabéis que lo hice todo con ignorancia, porque no sabía el sacramento del Rey celestial y la grandeza de vuestra dignidad, aunque veneraba en vos otros dones del Altísimo. No atendáis, Señora mía, a las ignorancias de una vil criatura, que ya reconocida ofrece el corazón y la vida a vuestro obsequio y servicio. No me levantaré de vuestros pies, sin saber que estoy en vuestra gracia y perdonado de mi desorden, alcanzada vuestra benevolencia y bendición.

408. Oyendo María santísima las humildes razones de San José su esposo, sintió diversos efectos; porque con gran ternura se alegró en el Señor, de verle capaz de los misterios de la encarnación, que los confesaba y veneraba con tan alta fe y humildad. Pero afligióla un poco la determinación, que vio en el mismo esposo, de tratarla para adelante con el respeto y rendimiento que ofrecía, porque con esta novedad se le representó a la humilde

Señora que se le iba de las manos la ocasión de obedecer y humillarse como sierva de su esposo. Y como el que de repente se halla sin alguna joya o tesoro que grandemente estimaba, así María santísima se contristó con aprehender que San José no la trataría como a inferior y sujeta en todo, por haberla conocido Madre del Señor. Levantó de sus pies al santo esposo y ella se puso a los suyos, y aunque procuró impedirla, no pudo, porque en humildad era invencible, y respondiendo a San José, dijo: Yo, señor y esposo mío, soy la que debo pediros me perdonéis, y vos quien ha de remitir las penas y amarguras que de mí habéis recibido, y así os lo suplico puesta a vuestros pies, y que olvidéis vuestros cuidados, pues el Altísimo admitió vuestros deseos y las aflicciones que en ellos padecisteis.

409. Parecióle a la divina Señora consolar a su esposo, y para esto y no para disculparse, añadió y le dijo: Del oculto sacramento que en mí tiene encerrado el brazo del Altísimo, no pudo mi deseo daros noticia alguna por sola mi inclinación, porque como esclava de Su Alteza era justo aguardar su voluntad perfecta y santa. No callé porque no os estimo como a mi señor y esposo; siempre soy y seré fiel sierva vuestra, correspondo a vuestros deseos y afectos santos. Pero lo que con lo íntimo de mi corazón os pido por el Señor que tengo en mis entrañas, es que en vuestra conversación y trato no mudéis el orden y estilo que hasta ahora. No me hizo el Señor Madre suya para ser servida y ser señora en esta vida, sino para ser de todos sierva y de vos esclava, obedeciendo a vuestra voluntad. Este es, señor, mi oficio, y sin él viviré afligida y sin consuelo. Justo es que me le deis, pues así lo ordenó el Altísimo, dándome vuestro amparo y solicitud, para que yo a vuestra sombra esté segura y con vuestra ayuda pueda criar al fruto de mi vientre, a mi Dios y Señor. Con estas razones y otras llenas de suavidad eficacísima consoló y sosegó María santísima a San José y le levantó del suelo para conferir todo lo que era necesario. Y para esto, como la divina Señora no sólo estaba llena de Espíritu Santo, pero tenía consigo, como Madre, al Verbo divino de quien procede con el Padre, obró con especial modo en la ilustración de San José, y recibió el santo gran plenitud de las divinas influencias. Y renovado

todo en fervor y espíritu dijo:

410. Bendita sois, Señora, entre todas las mujeres, dichosa y bienaventurada en todas las naciones y generaciones. Sea engrandecido con alabanza eterna el Criador de cielo y tierra, porque de lo supremo de su real trono os miró y eligió para su habitación y en vos sola nos cumplió las antiguas promesas que hizo a nuestros padres y profetas. Todas las generaciones le bendigan, porque con ninguna se magnificó tanto como lo hizo con vuestra humildad, y a mí, el más vil de los vivientes, por su divina dignación me eligió por vuestro siervo.—En estas bendiciones y palabras que habló San José estuvo ilustrado del Espíritu divino, al modo que Santa Isabel cuando respondió a la salutación de nuestra Reina y Señora, aunque la luz y ciencia que recibió el santísimo esposo fue admirable, como para su dignidad y ministerio convenía. Y la divina Señora, oyendo las palabras del bendito Santo, respondió también con el cántico de *Magníficat,* que repitiéndolo como lo había dicho a Santa Isabel, añadió otros nuevos, y en ellos fue toda inflamada y elevada en un éxtasis altísimo y levantada de la tierra en un globo de refulgente luz que la rodeaba, y toda quedó transformada como con dotes de gloria.

411. Con la vista de tan divino objeto quedó San José admirado y lleno de incomparable júbilo, porque nunca había visto a su benditísima esposa con semejante gloria y eminente excelencia. Y entonces la conoció con gran claridad y plenitud, porque se le manifestó juntamente la integridad y pureza de la Princesa del cielo y el misterio de su dignidad, y vio y conoció en su virginal tálamo a la humanidad santísima del niño Dios y la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo; y con profunda humildad y reverencia le adoró y reconoció por su verdadero Redentor y con heroicos actos de amor se ofreció a Su Majestad. Y el Señor le miró con benignidad y clemencia, cual a ninguna otra criatura, porque le aceptó y dio título de padre putativo, y para corresponder a tan nuevo renombre le dio tanta plenitud de ciencia y dones celestiales como la piedad cristiana puede y debe presumir. Y no me detengo en decir lo mucho que de las excelencias

de San José se me ha declarado, porque sería menester alárgame más de lo que pide el intento de esta Historia.

412. Pero si fue argumento de la grandeza del ánimo del glorioso San José y claro indicio de su insigne santidad, no morir o desfallecer con los celos de su amada esposa, de mayor admiración es que no le oprimiese el inopinado gozo que recibió con lo que le sucedió en este desengaño. En lo primero se descubrió su santidad; pero en lo segundo recibió tales aumentos y dones del Señor, que si no le dilatara Dios el corazón ni los pudiera recibir, ni resistir el júbilo de su espíritu. En todo fue renovado y elevado, para tratar dignamente con la que era Madre del mismo Dios y esposa propia suya y para dispensar juntamente con ella lo que era necesario al misterio de la encarnación y crianza del Verbo humanado, como adelante diré. Y para que en todo quedase más capaz y reconociese las obligaciones de servir a su divina esposa, se le dio también noticia que todos los dones y beneficios recibidos de la mano del Altísimo le habían venido por ella y para ella y los de antes de ser su esposo, por haberlo elegido el Señor para esta dignidad, y los que entonces le daban, por haberlos ella granjeado y merecido. Y conoció la incomparable prudencia con que la gran Señora había procedido con el mismo santo, no sólo en servirle con tan inviolable obediencia y profunda humildad, pero consolándole en su tribulación, solicitándole la gracia y asistencia del Espíritu Santo, disimulando con suma discreción, y después pacificándole, quietándole y disponiéndole para que estuviese apto y capaz de recibir las influencias del divino Espíritu. Y así como la Princesa del cielo había sido el instrumento de la santificación del San Juan Bautista y de su madre Santa Isabel, lo fue también para la plenitud de gracia que recibió San José con mayor abundancia. Y todo lo conoció y entendió el dichosísimo esposo y correspondió a todo como siervo fidelísimo y agradecido.

413. De estos grandes sacramentos y otros muchos que sucedieron a nuestra Reina y a su esposo San José, no hicieron memoria los sagrados evangelistas, no sólo porque ellos los guardaron en su pecho, sin que la humilde Señora ni San José a nadie los manifestasen, pero también porque

no fue necesario introducir estas maravillas en la vida de Cristo nuestro Señor que escribieron, para que con su fe se defendiese la nueva Iglesia y ley de gracia; antes pudiera ser poco conveniente para la gentilidad en su primera conversión. Y la admirable providencia con sus ocultos juicios, secretos inescrutables, reservó estas cosas para sacar de sus tesoros las que son nuevas y son antiguas (Mt 13, 52), en el tiempo más oportuno previsto con su divina sabiduría, cuando, fundada ya la Iglesia y asentada la fe católica, se hallasen los fieles necesitados de la intercesión, amparo y protección de su gran Reina y Señora. Y conociendo con nueva luz cuán amorosa madre y poderosa abogada tienen en los cielos con su Hijo santísimo, a quien el Padre tiene dada la potestad de juzgar (Jn 5, 22), acudiesen a ella por el remedio como a único refugio y sagrado de los pecadores. Si han llegado estos afligidos tiempos a la Iglesia, díganlo sus lágrimas y tribulaciones, pues nunca fueron mayores que cuando sus mismos hijos, criados a sus pechos, ésos la afligen, la destruyen y disipan los tesoros de la sangre de su Esposo, y esto con mayor crueldad que los más conjurados enemigos. Pues cuando clama la necesidad, cuando da voces la sangre de los hijos derramada y mucho mayores las de la sangre de nuestro pontífice Cristo conculcada y poluta con varios pretextos de justicia, ¿qué hacen los más fieles, los más católicos y constantes hijos de esta afligida Madre? ¿Cómo callan tanto? ¿Cómo no claman a María santísima? ¿Cómo no la invocan y no la obligan? ¿Qué mucho que el remedio tarde, si nos detenemos en buscarle y en conocer a esta Señora por Madre verdadera del mismo Dios? Confieso se encierran magníficos misterios en esta ciudad de Dios (Sal 86, 3) y con fe viva y confesión los predicamos. Son tantos, que su mayor noticia queda reservada para después de la general resurrección y los santos los conocerán en el Altísimo. Pero en el ínterin atiendan los corazones píos y fieles a la dignación de esta su amantísima Reina y Señora en desplegar algunos de tantos y tan ocultos sacramentos por un vilísimo instrumento, que en su debilidad y encogimiento sólo pudiera alentarle el mandato y beneplácito de la Madre de piedad intimado repetidas veces.

Doctrina de la divina Reina y Señora nuestra.

414. Hija mía, con el deseo que te manifiesto de que compongas tu vida por el espejo de la mía, y mis obras sean el arancel inviolable de las tuyas, te declaro en esta Historia no sólo los sacramentos y misterios que escribes, pero otros muchos que no puedes declarar ni manifestar; porque todos han de quedar grabados en las tablas de tu corazón, y por eso renuevo en ti la memoria de la lección donde debes aprender la ciencia de la vida eterna, cumpliendo con el magisterio de maestra. Sé pronta en obedecer y ejecutar como obediente y solícita discípula, y sírvete ahora por ejemplo el humilde cuidado y desvelo de mi esposo San José, su sumisión y el aprecio que hizo de la divina luz y enseñanza, y cómo, por hallarle el corazón preparado y con buena disposición para cumplir con presteza la voluntad divina, le trocó y reformó todo con tanta plenitud de gracia, como le convenía para el ministerio a que el Altísimo le destinaba. Sea, pues, el conocimiento de tus culpas para humillarte con rendimiento, y no para que con pretexto de que eres indigna impidas al Señor en lo que de ti se quisiere servir.

415. Pero en esta ocasión te quiero manifestar una justa queja y grave indignación del Altísimo con los mortales, para que la entiendas mejor con la divina luz a vista de la humildad y mansedumbre que yo tuve con mi esposo San José. Esta queja del Señor y mía es por la inhumana perversidad que tienen los hombres en tratarse los unos a los otros sin caridad y humildad; en que concurren tres pecados que desobligan mucho al Altísimo y a mí para usar de misericordia con ellos. El primero es que, conociendo los hombres cómo todos son hijos de un Padre que está en los cielos, hechuras de su mano, formados de una misma naturaleza, alimentados graciosamente, vivificados con su providencia y criados a una mesa de los divinos misterios y sacramentos, en especial con su mismo cuerpo y sangre; que todo esto lo olviden y pospongan, atravesándose un liviano y terreno interés, y como hombres sin razón se turban, se indignan y llenan de discordias, de rencillas, de traiciones y murmuraciones y tal vez de impías e inhumanas venganzas y mortales odios de unos con otros. Lo segundo es que, cuando por la humana fragilidad y poca

mortificación, turbados por la tentación del demonio, caigan en alguna culpa de éstas, no procuren luego arrojarla y reconciliarse entre sí mismos, como hermanos que están a la vista del justo juez, y le nieguen de padre misericordioso, solicitándole juez severo y rígido de sus pecados, pues ninguno más que los del odio y venganza irritan su justicia. Lo tercero, que mucho le indigna, es que tal vez cuando alguno quiere reconciliarse con su hermano, no lo admita el que se juzga por ofendido y pide más satisfacción de la que él mismo sabe que satisface al Señor, y aun de la que se quiere valer con Su Majestad; pues todos quieren que contritos y humillados los reciba, admita y perdone el mismo Dios, que fue más ofendido, y ellos, que son polvo y ceniza, piden la venganza de su hermano y no se dan por satisfechos con aquello que se contenta el supremo Señor para perdonarlos.

416. De todos los pecados que cometen los hijos de la Iglesia, ninguno es más aborrecible que éstos en los ojos del Altísimo; y así lo conocerás en el mismo Dios y en la fuerza que puso en su divina ley, mandando perdonar al hermano, aunque peque contra él setecientas veces (Mt 18, 22); y aunque cada día sean muchas, como diga que le pesa de ello, manda el Señor que el hermano ofendido le perdone otras tantas veces sin número (Lc 17, 3-4). Y contra el que no lo hiciere pone tan formidables penas, porque escandaliza a los demás, como se colige de decir el mismo Dios aquella amenaza: ¡Ay del que escandalizare, y por quien el escándalo viene y sucede! Mejor le fuera caer en el profundo del mar con una pesada muela de molino al cuello (Lc 17, 1-2); que fue significar el peligro del remedio de estos pecados y su dificultad, como la tiene el que cayere en el mar con una rueda de molino al cuello, y también señala el castigo que tendrá en el profundo de las penas eternas; y por esto será sano consejo a los fieles que antes quieran sacarse los ojos (Lc 17, 1-2; Mt 18, 6) y cortarse las manos, pues así lo mandó mi Hijo santísimo, que escandalizar a los pequeños con estos pecados.

417. Oh hija mía carísima, ¡cuánto debes llorar con lágrimas de sangre la fealdad y los daños de este pecado! El que contrista al Espíritu Santo (Ef 4, 30), el que da soberbios

triunfos al demonio, el que hace monstruos de las criaturas racionales y les borra la imagen de su Padre celestial. ¡Qué cosa más fea, más impropia y monstruosa que ver a un hombre de tierra, que sólo tiene corrupción y gusanos, levantarse contra otro como él con tanta soberbia y arrogancia! No hallarás palabras con que ponderar esta maldad, para persuadir a los mortales que la teman y se guarden de la ira del Señor. Pero tú, carísima, guarda tu corazón de este contagio y estampa y graba en él doctrina tan útil y provechosa para ejecutarla. Y nunca juzgues que en ofender a los prójimos y escandalizarlos hay culpa pequeña, porque todas pesan mucho en la presencia de Dios. Enmudece y pon custodia (Sal 140,3) fuerte a todas tus potencias y sentidos para la observancia rigurosa de la caridad con las hechuras del Altísimo. Dame a mí este agrado, que te quiero perfectísima en tan excelente virtud y te la impongo como precepto riguroso mío, y que jamás pienses, hables ni obres cosa alguna en ofensa de tus prójimos, ni por algún título consientas que tus subditas lo hagan, si pudieres, ni otro alguno en tu presencia. Y pondera, carísima, lo que te pido, porque ésta es la ciencia más divina y menos entendida de los mortales. Sírvate de único y eficaz remedio para tus pasiones, y de ejemplo que te compela, mi humildad, mansedumbre, efecto del amor sencillo con que amaba no sólo a mi esposo, mas a todos los hijos de mi Señor y Padre celestial, que los estimé y miré como redimidos y comprados con tan alto precio. Con verdad y fidelidad, fineza y caridad, advierte a tus religiosas de que, aunque se ofende gravemente la divina Majestad de todos los que no cumplen este mandamiento que mi Hijo llamó suyo y nuevo (Jn 13, 34; 15, 12), sin comparación es mayor la indignación contra los religiosos, que habiendo de ser ellos los hijos perfectos, de su Padre y Maestro de esta virtud, hay muchos que la destruyen como los mundanos, y son éstos más odiosos que ellos.

CAPITULO 5

Determina san José servir en todo con reverencia a María santísima, y lo que Su Alteza hizo, y otras cosas del modo de proceder de entrambos.

418. Quedó el fidelísimo esposo San José con tan alto y digno concepto de su esposa María santísima, después que le fue revelada su dignidad y el sacramento de la encarnación, que le mudó en nuevo hombre, aunque siempre había sido muy santo y perfecto; con que determinó proceder con la divina Señora con nuevo estilo y reverencia, como diré adelante. Era esto conforme a la sabiduría del santo y debido a la excelencia de su esposa, pues él era siervo y ella Señora del cielo y tierra, y así lo conoció San José con divina luz. Y para satisfacer a su afecto y obligación, honrando y venerando a la que conocía por Madre del mismo Dios, cuando a solas hablaba o pasaba por delante de ella la hincaba la rodilla con grande reverencia, y no quería consentir que ella le sirviese, ni administrase, ni se ocupase en otros ministerios humildes, como eran limpiar la casa y los platos y otras cosas semejantes, porque todas quería hacerlas el felicísimo esposo, por no derogar a la dignidad de la Reina.

419. Pero la divina Señora, que entre los humildes fue humildísima y nadie la podía vencer en humildad, dispuso las cosas de manera que siempre quedase en sus manos la palma de todas las virtudes. Pidió a San José que no la diese aquella reverencia de hincar la rodilla en su presencia, porque aunque aquella veneración se le debía al Señor que traía en su vientre, pero que mientras estaba en él y no se manifestaba no se podía distinguir en aquella acción la persona de Cristo de la suya. Y por esta persuasión el Santo se ajustó al gusto de la Reina del cielo y sólo cuando ella no lo percibía daba aquel culto al Señor que tenía en sus entrañas, y a ella como a Madre suya respectivamente, según a cada uno se le debía. Sobre ejercitar las demás acciones y obras serviles, tuvieron humildes contiendas, porque San José no se podía vencer en consentir que la gran Reina y Señora las hiciese, y por esto procuraba anticiparse. Lo mismo hacía la divina esposa, ganándole por la mano en cuanto podía. Pero como en el tiempo que ella estaba recogida tenía lugar San José de prevenir muchas de estas obras serviles, le frustraba sus anhelos continuados de ser sierva y que como a tal le perteneciese obrar lo poco y mucho doméstico de su casa.

Herida de estos afectos acudió la divina Señora a Dios con humildes querellas y le pidió que con efecto obligase a su esposo para que no la impidiese el ejercitar como deseaba la humildad. Y como esta virtud es tan poderosa en el tribunal divino y tiene franca entrada (Eclo 35, 21), no hay súplica pequeña acompañada con ella, porque todas las hace grandes e inclina al ser inmutable de Dios a la clemencia. Oyó esta petición y dispuso que el santo ángel custodio del bendito esposo le hablase interiormente, y le dijese lo siguiente: No frustres los deseos humildes de la que es superior a todas las criaturas del cielo y tierra. En lo exterior da lugar a que te sirva y en lo interior guárdale suma reverencia, y en todo tiempo y lugar da culto al Verbo humanado, cuya voluntad es, con su divina Madre, venir a servir y no a ser servidos(Mt 20, 28), para enseñar al mundo la ciencia de la vida y la excelencia de la humildad. En algunas cosas de trabajo puedes aliviarla, y siempre en ella reverencia al Señor de todo lo criado.

420. Con esta instrucción y mandato del Altísimo, dio lugar San José a los ejercicios humildes de la divina Princesa, y entrambos tuvieron ocasión de ofrecer a Dios sacrificio acepto de su voluntad: María santísima, logrando siempre su profundísima humildad y obediencia a su esposo en todos los actos de estas virtudes, que con heroica perfección obraba sin omitir alguno que pudiese hacer; y San José, obedeciendo al Altísimo con prudente y santa confusión, que le ocasionaba verse administrado y servido de la que reconocía por Señora suya y de todo lo criado y Madre del mismo Dios y Criador. Y con este motivo recompensaba el prudente santo la humildad que no podía ejercitar en otros actos que remitía a su esposa, porque esto le humillaba más y le obligaba a abatirse en su estimación con mayor temor reverencial, y con él miraba a María santísima, y en ella al Señor que portaba en su virginal tálamo, donde le adoraba, dándole magnificencia y gloria. Y algunas veces en premio de su santidad y reverencia, o para mayor motivo de todo, se le manifestaba el niño Dios humanado por admirable modo, y le miraba en el vientre de su Madre purísima como por un viril cristalino. Y la soberana Reina trataba y confería más familiarmente con el glorioso santo José los misterios de la encarnación,

porque no se recelaba tanto de estas divinas pláticas después que el dichosísimo santo fue ilustrado e informado de los magníficos sacramentos de la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana en el virgíneo tálamo de su esposa.

421. Las conversaciones y pláticas celestiales que tenían María santísima y el bienaventurado San José, ninguna lengua humana es capaz de manifestarlas. Diré algo en los capítulos siguientes, como supiere. Pero ¿quién podrá declarar los efectos que hacía en el felicísimo y devoto corazón de este Santo, verse no sólo esposo de la que era Madre verdadera de su Criador, pero hallarse también servido de ella, como si fuera una humilde esclava, y considerándola en grado de santidad y dignidad sobre todos los supremos serafines y sola a Dios inferior? Y si la divina diestra enriqueció con bendiciones la casa y la persona de Obededón por haber hospedado algunos meses la figurativa arca del Antiguo Testamento (2 Sam 6, 11), ¿qué bendiciones daría a San José, de quien había hecho confianza del arca verdadera y del mismo Legislador que se encerraba en ella? Incomparable fue la dicha y fidelidad de este Santo. Y no sólo porque en su casa tenía el arca del Nuevo Testamento viva y verdadera, el altar, sacrificio y templo, que todo se le entregó, mas porque le tuvo dignamente como fiel siervo y prudente fue constituido por el mismo Señor sobre su familia, para que a todo acudiese en oportuno tiempo (Mt 24, 45), como dispensador fidelísimo. Todas las naciones y generaciones le conozcan y bendigan, le prediquen sus alabanzas, pues no hizo el Altísimo con ninguna otra (Sal 147, 20) lo que con San José. Yo, indigna y pobre gusanillo, en la luz de tan venerables sacramentos engrandezco y magnifico a este Señor Dios, confesándole por santo, justo, misericordioso, sabio y admirable en la disposición de todas sus grandes obras.

422. La humilde pero dichosa casa de San José estaba distribuida en tres aposentos, en que casi toda ella se resolvía, para la ordinaria habitación de los dos esposos; porque no tuvieron criado ni criada alguna. En un aposento dormía San José, en otro trabajaba y tenía los instrumentos de su oficio de carpintero, en el tercero asistía de ordinario

y dormía la Reina de los cielos, y en él tenía para esto una tarima hecha por mano de San José; y este orden guardaron desde el principio que se desposaron y vinieron a su casa. Antes de saber el santo esposo la dignidad de su soberana esposa y Señora, iba muy raras veces a verla, porque mientras no salía de su retiro, acudía él a sus labores, si no era en algún negocio que era muy necesario consultarla. Pero después que fue informado de la causa de su felicidad, estaba el santo varón más cuidadoso y, por renovar su consuelo, acudía muy de ordinario al retrete de la soberana Señora, para visitarla y saber qué le mandaba. Pero llegaba siempre con extremada humildad y reverencial temor, y antes de hablarla reconocía con silencio la ocupación que tenía la divina Reina; y muchas veces la veía en éxtasis elevada de la tierra y llena de refulgentísima luz, otras acompañada de sus Santos Ángeles en divinos coloquios con ellos, otras la hallaba postrada en tierra en forma de cruz y hablando con el Señor. De todos estos favores fue participante el felicísimo esposo San José. Pero cuando la gran Señora estaba en esta disposición y ocupaciones, no se atrevía más que a mirarla con profunda reverencia, y merecía tal vez oír suavísima armonía de la música celestial que los Ángeles daban a su Reina y una fragancia admirable que le confortaba, y todo lo llenaba de júbilo y alegría espiritual.

423. Vivían solos en su casa los dos santos esposos, porque no tenían criado alguno, como he dicho (Cf. supra n. 422), no sólo por su profunda humildad, mas también fue conveniente, porque no hubiese testigos de tantas visibles maravillas como sucedían entre ellos, de que no debían participar los de fuera. Tampoco la Princesa del cielo salía de su casa, si no es con urgentísima causa del servicio de Dios y beneficio de los prójimos; porque si otra cosa era necesaria, acudía a traerla aquella dichosa mujer su vecina, que dije (Cf. supra n. 227) sirvió a San José mientras María santísima estuvo en casa de Zacarías; y de estos servicios recibió tan buen retorno, que no sólo ella fue santa y perfecta, pero toda su casa y familia fue bien afortunada con el amparo de la Reina y Señora del mundo, que cuidó mucho de esta mujer, y por estar vecina la acudió a curar en algunas enfermedades, y al fin a ella y a todos sus

familiares los llenó de bendiciones del cielo.

424. Nunca San José vio dormir a la divina esposa, ni supo con experiencia si dormía, aunque se lo suplicaba el santo para que tomase algún alivio, y más en el tiempo de su sagrado preñado. El descanso de la Princesa era la tarima que dije arriba (Cf. supra n. 422), hecha por mano del mismo San José, y en ella tenía dos mantas entre las cuales se recogía para tomar algún breve y santo sueño. Su vestido interior era una túnica o camisa de tela como algodón, más suave que el paño común y ordinario. Y esta túnica jamás se la mudó después que salió del templo, ni se envejeció, ni manchó, ni la vio persona alguna, ni San José supo si la traía, porque sólo vio el vestido exterior que a todos los demás era manifiesto. Este vestido era de color de ceniza, como he dicho (Cf. supra p. I n. 401), y sólo éste y las tocas mudaba alguna vez la gran Señora del cielo, no porque estuviese nada manchado, antes porque siendo visible a todos excusase la advertencia de verle siempre en un estado. Porque ninguna cosa de las que llevaba en su purísimo y virginal cuerpo, se manchó ni ensució, porque ni sudaba, ni tenía las pensiones que en esto padecen los cuerpos sujetos a pecado de los hijos de Adán, antes era en todo purísima, y las labores de sus manos eran con sumo aliño y limpieza, y con el mismo administraba la ropa y lo demás necesario a San José. La comida era parvísima y limitada, pero cada día, y con el mismo santo, y nunca comió carne, aunque él la comiese y ella la aderezase. Su sustento era fruta, pescado, y lo ordinario pan y yerbas cocidas, pero de todo tomaba en medida y peso, sólo aquello que pedía precisamente el alimento de la naturaleza y el calor natural, sin que sobrase cosa alguna que pasase a exceso y corrupción dañosa; y lo mismo era de la bebida, aunque de los actos fervorosos le redundaba algún ardor preternatural. Este orden de la comida, en la cantidad siempre le guardó respectivamente, aunque en la calidad, con los varios sucesos de su vida santísima, se mudó y varió, como diré adelante (Cf. infra n. 1038, 1109, etc.).

425. En todo fue María purísima de consumada perfección, sin que le faltase gracia alguna y todas con el lleno de

consumada perfección en lo natural y sobrenatural. Sólo a mis palabras les falta para explicarlo, porque jamás me satisfacen, viendo cuan atrás quedan de lo que conozco; cuánto más de lo que en sí mismo contiene tan soberano objeto. Siempre me recelo de mi insuficiencia y me quejo de mis limitados términos y coartadas razones. Temo de que soy más atrevida de lo que debo, prosiguiendo lo que tanto excede a mis fuerzas, pero las de la obediencia me llevan no sé con qué fuerza suave, que compele mi encogimiento y violenta el retiro, que me motiva mirar a buena luz la grandeza de la obra y la pequeñez de mi discurso. Por la obediencia obro, y por ella me salen al encuentro tantos bienes; ella saldrá a disculparme.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

426. Hija mía, en la escuela de la humildad te quiero estudiosa y diligente, como te enseñará todo el proceso de mi vida; y éste ha de ser el primero y el último de tus cuidados, si quieres prevenirte para los dulces abrazos del Señor y asegurar sus favores y gozar de los tesoros de la luz ocultos a los soberbios (Mt 11, 25), porque sin el fiador abonado de la humildad, a ninguna criatura se le pueden fiar tales riquezas. Todas tus competencias quiero que sean por humillarte más y más en tu reputación y estimación, y en las acciones exteriores sintiendo lo que obras, para que obres lo que sintieres de ti. Doctrina y confusión ha de ser para ti y para todas las almas, que tienen al Señor por Padre y Esposo, ver que pueda más la presunción y soberbia con los hijos de la sabiduría mundana, que no la humildad y conocimiento verdadero con los hijos de la luz. Advierte en el desvelo, en el estudio y solicitud infatigable de los hombres altivos y arrogantes. Mira sus competencias por valer en el mundo, sus pretensiones nunca satisfechas, aunque vanas, cómo obran conforme a lo que engañosamente de sí mismos presumen, cómo presumen lo que no son y con no serlo o por no serlo lo obran, para granjear los bienes que aunque terrenos no los merecen. Pues será confusión y afrenta para los escogidos, que pueda más con los hijos de perdición el engaño que en ellos la verdad, y que sean tan contados en el mundo los que quieren competir en el servicio de Dios y su Criador con los

que sirven a la vanidad, que sean todos los llamados y pocos los escogidos (Mt 20, 16).

427. Procura, pues, hija mía, ganar esta ciencia, y en ella la palma a los hijos de las tinieblas; y en contraposición de su soberbia atiende a lo que yo hice para vencerla en el mundo con estudio de la humildad. En esto te queremos el Señor y yo muy sabia y capaz. Nunca pierdas ocasión de hacer las obras humildes, ni consientas que nadie te las estorbe, y si te faltaren ocasiones de humillarte o no las tuvieres tan frecuentes, búscalas y pídelas a Dios que te las dé, porque gusta Su Majestad de ver esta solicitud y competencia en lo que tanto desea. Y sólo por este beneplácito debías ser muy oficiosa y solícita, como hija de su casa, doméstica y esposa suya; que también para esto te enseñará la ambición humana a no ser negligente. Atiende lo que se afana una mujer en su casa y familia por acrecentar y adelantar su hacienda: no pierden ocasión en que lograrla, nada les parece mucho y si alguna cosa, por menuda que sea, se les pierde, el corazón se les va tras ella (Lc 15, 8). Todo esto enseña la codicia humana y no es razón que sea más estéril la sabiduría del cielo, por negligencia de quien la recibe. Y así quiero no se halle en ti descuido ni olvido en lo que tanto te importa, ni pierdas ocasión en que puedas humillarte y trabajar por la gloria de tu Señor; pero que las procures y solicites y todas como fidelísima hija y esposa las logres, para que halles gracia en los ojos del Señor y en los míos, como lo deseas.

CAPITULO 6

Algunas conferencias y pláticas de María santísima y José en cosas divinas, y otros sucesos admirables.

428. Antes que San José tuviera noticia del misterio de la encarnación, solía la Princesa del cielo leerle en algunos ratos oportunos las divinas Escrituras, en especial los Salmos y otros Profetas, y como sapientísima Maestra se las explicaba, y el santo esposo, que también era capaz de esta sabiduría, le preguntaba muchas cosas, admirándose y consolándose con las respuestas divinas que

su esposa le daba; con que alternativamente bendecían y alababan al Señor. Pero después que el santo bendito fue ilustrado con la noticia de este gran sacramento, hablaba con él nuestra Reina como con quien era elegido para coadjutor de las obras admirables de nuestra reparación, y con mayor claridad y desplego conferían todas las profecías y divinos oráculos de la concepción del Verbo por Madre Virgen, de su nacimiento, educación y vida santísima. Y todo lo explicaba Su Alteza previniendo y confiriendo lo que debían hacer cuando llegase el día tan deseado en que el niño naciese al mundo y ella le tuviese en sus brazos y alimentase con su virginal leche y el santo esposo participase de esta suma felicidad entre todos los mortales. Sólo de la muerte y pasión, y de lo que sobre esto escribieron Isaías y Jeremías, hablaba menos, porque no le pareció a la prudentísima Reina afligir a su esposo, que era de corazón blando y sencillo, con anticipar esta memoria, ni informarle más de lo que él podía saber por las conferencias que entre los antiguos pasaban sobre la venida del Mesías, y cómo había de ser. Y también quiso aguardar la prudentísima Virgen que el Señor lo manifestase a su siervo, o ella conociese su divina voluntad.

429. Pero con estas dulces pláticas y conferencias era todo inflamado el fidelísimo y dichoso esposo, y con lágrimas de júbilo decía a su divina esposa: ¿Es posible, Señora mía, que en vuestros brazos castísimos he de ver a mi Dios y Reparador? ¿Que le adoraré en ellos, le oiré y tocaré, y mis ojos verán su divino rostro, y será el sudor del mío tan bien afortunado que se ha de emplear en su servicio y sustento, que vivirá con nosotros y comeremos a su mesa, le hablaremos y conversaremos? ¿De dónde a mí tan grande dicha que nadie la pudo merecer? ¡Oh, cómo me duele ser tan pobre! ¡Quién tuviera ricos palacios para recibirle y muchos tesoros que ofrecerle! Respondíale la soberana Reina: Señor y esposo mío, razón es que vuestro afecto cuidadoso se extienda a todo lo posible en obsequio de su Criador, pero no quiere este gran Dios y Señor nuestro venir al mundo por medio de las riquezas y majestad temporal y ostentosa, porque de ninguna de estas cosas necesita, ni por ellas bajara de los cielos a la tierra.

Sólo viene a remediar al mundo y encaminar a los hombres por las sendas rectas de la vida eterna, y esto ha de ser por medio de la humildad y pobreza, y en ella quiere nacer, vivir y morir, para desterrar de los corazones mortales la pesada codicia y arrogancia que les impide su felicidad. Por esto escogió nuestra pobre y humilde casa, y no nos quiere ricos de los bienes aparentes, falaces y transitorios, que son vanidad de vanidades y aflicción de espíritu (Ecl 1, 1.15), oprimen, oscurecen el entendimiento para conocer y penetrar la luz.

430. Otras veces la pedía el Santo a la purísima Señora que le enseñase la condición y ser de las virtudes, en especial del amor de Dios, para saber cómo había de proceder con el Altísimo humanado y para no ser reprobado por siervo inútil e incapaz de servirle. Con estas peticiones condescendía la Reina y Maestra de las virtudes y se las declaraba a su esposo y el modo de obrar en ellas con toda plenitud de perfección. Pero en todos estos documentos procedía con tan rara discreción y humildad, que no pareciese maestra, aunque lo era, ni de su mismo esposo, antes lo disponía en orden de conferencias, o hablando con el Señor, y otras veces preguntando ella a San José e informándole con las mismas preguntas; y en todo dejaba siempre en salvo su profundísima humildad, sin que se hallara ni un ademán en contrario en la prudentísima Señora. Estas pláticas algunas veces, y otras la lección de las Escrituras santas, mezclaban con el trabajo corporal, cuando era forzoso acudir a él. Y aunque pudiera aliviar a San José la compasión de la amabilísima Señora, que con rara discreción se la mostraba de verle trabajado y cansado, pero a este alivio añadía la doctrina celestial, con cuya atención el santo dichoso trabajaba más con las virtudes que con las manos. Y la mansísima paloma, con prudencia de Virgen sapientísima, le asistía con este divino alimento, declarándole el fruto dichosísimo de los trabajos. Y como en su estimación se juzgaba indigna de que su esposo la sustentase con ellos, con esta consideración estaba siempre humillada, como deudora de aquel sudor de San José y recibiéndolo como una gran limosna y liberal favor. Todas estas razones la obligaban, como si fuera la criatura más inútil de la tierra. Y aunque no podía ayudar al

santo esposo en el trabajo de su oficio, porque no era para las fuerzas de mujeres, y mucho menos para la modestia y compostura de la divina Reina, pero con todo eso, en lo que se ajustaba con ella le servía como una humilde criada, ni era posible que su discreta humildad y agradecimiento que a San José tenía sufriese menor correspondencia de su pecho nobilísimo.

431. Entre otras cosas visibles milagrosas que fueron manifiestas a San José con las pláticas de María santísima, sucedió un día por estos tiempos de su preñado que vinieron muchas aves de diferente género a festejar a la Reina y Señora de las criaturas, y rodeándola como quien le hacía un coro, le cantaron con admirable armonía, como solían otras veces; y siempre eran cánticos milagrosos, como el venir a visitar a la divina Señora. Nunca San José había visto hasta aquel día esta maravilla, y lleno de admiración y júbilo dijo a su soberana esposa: ¿Es posible, Señora mía, que han de cumplir las avecillas simples y las criaturas sin razón con sus obligaciones mejor que yo? Razón será que si ellas os reconocen, sirven y reverencian en lo que pueden, me deis lugar a mí para que yo cumpla con lo que debo de justicia.—Respondióle la prudentísima Virgen: Señor mío, en lo que hacen estas avecillas del cielo nos ofrece su Autor un eficaz motivo para que nosotros, que le conocemos, hagamos digno empleo de todas nuestras fuerzas y potencias en su alabanza, como ellas le vienen a reconocer en mi vientre; pero yo soy criatura, y por eso no se me debe a mí la veneración, ni es razón yo la admita, pero debe procurar que todos alaben al Muy Alto, porque miró a su sierva (Lc 1, 48) y me enriqueció con los tesoros de su divinidad.

432. Sucedía también no pocas veces que la divina Señora y su esposo San José se hallaban pobres y destituidos del socorro necesario para la vida, porque con los pobres eran liberalísimos de lo que tenían, y nunca eran solícitos (Mt 6, 25), como los hijos de este siglo, en prevenir la comida y el vestido con las diligencias anticipadas de la desconfiada codicia; y el Señor disponía para que la fe y la paciencia de su Madre santísima y de San José no estuviesen ociosas, y porque estas necesidades eran para

la divina Señora de incomparable consuelo, no sólo por el amor de la pobreza, sino también por su prodigiosa humildad, con que se juzgaba por indigna del sustento necesario para vivir y le parecía justísimo que sola a ella le faltase, como a quien no lo merecía; y con esta confesión bendecía al Señor en su pobreza, y sólo para su esposo San José, que le reputaba por digno, como santo y justo, pedía al Altísimo le diese en la necesidad el socorro que de su mano esperaba. No se olvidaba el Todopoderoso de sus pobres hasta el fin (Sal 73, 19), porque dando lugar al merecimiento y ejercicio, daba también el alimento en el tiempo más oportuno (Sal 144, 15). Y esto disponía su providencia divina por varios modos. Algunas veces movía el corazón de sus vecinos y conocidos de María santísima y el glorioso San José, para que los acudiesen con alguna dádiva graciosa o debida. Otras, y más de ordinario, los socorría Santa Isabel desde su casa; porque después que estuvo en ella la Reina del cielo quedó la devotísima matrona con este cuidado de acudirles a tiempos con algunos beneficios y dones, a que la correspondía siempre la humilde Princesa con alguna obra o labor de sus manos. Y en ocasiones oportunas se valía también, para mayor gloria del Altísimo, de la potestad que como Señora de las criaturas tenía sobre ellas, y mandaba a las aves del aire que le trajesen peces del mar o frutas del campo, y lo ejecutaban al punto, y tal vez le traían algún pan en los picos, de donde el Señor lo disponía. Y muchas veces era testigo de todo esto el santo y dichoso esposo.

433. Por ministerio de los Santos Ángeles eran socorridos también en algunas ocasiones por admirable modo. Y para referir uno de los muchos milagros que con ellos sucedieron a María santísima y San José, se ha de suponer que la grandeza del ánimo y la fe y liberalidad del Santo eran tan grandes, que nunca pudo entrar en su afecto, ni ademán de codicia, ni solicitud alguna. Y aunque trabajaba de sus manos, y también la divina esposa, jamás pedían precio por la obra, ni decían: esto vale o me habéis de dar; porque hacían las obras no por interés, sino por obediencia o caridad de quien las pedía y dejaban en su mano que les diese algún retorno, recibiéndolo no tanto por precio y paga como por limosna graciosa. Esta era la santidad y

perfección que deprendía San José en la escuela del cielo que tenía en su casa. Y por esta orden tal vez, porque no les recompensaban su trabajo, venían a estar necesitados y faltarles la comida a su tiempo, hasta que el Señor la proveía. Un día sucedió que pasada la hora ordinaria se hallaron sin tener cosa alguna que comer; y para dar gracias al Señor por este trabajo y esperar que abriese su poderosa mano (Sal 73, 16), se estuvieron en oración hasta muy tarde, y en el ínterin los Santos Ángeles les previnieron la comida y les pusieron la mesa, y en ella algunas frutas y pan blanquísimo y peces, y sobre todo un género de guisado o conserva de admirable suavidad y virtud. Y luego fueron algunos de los Ángeles a llamar a su Reina, y otros a San José su esposo. Salieron de sus retiros, y reconociendo el beneficio del cielo, con lágrimas y fervor dieron gracias al Muy Alto, y comieron; y después hicieron grandiosos cánticos de alabanza.

434. Otros muchos sucesos semejantes a éstos les pasaban muy de ordinario a María santísima y a su esposo; que como estaban solos, sin testigos de quien ocultar estas maravillas, no las recateaba el Señor con ellos, que eran los despenseros de la mayor de las maravillas de su brazo poderoso. Sólo advierto que cuando digo cómo hacía la divina Señora cánticos de alabanza o por sí sola o junto con San José y los Ángeles, siempre se entienda eran cánticos nuevos; como el que hizo Ana, la madre de Samuel (1 Sam 2, 1ss), y el de Moisés (Dt 32, 1ss; Ex 15, 1ss), Exequias (Is 38, 10ss) y otros Profetas, cuando recibían algún beneficio grande de la mano del Señor. Y si hubieran quedado escritos los que hizo y compuso la Reina del cielo, se pudiera hacer un grande volumen y de incomparable admiración para el mundo.

Doctrina que me dio la misma Reina y Señora nuestra.

435. Hija mía muy amada, quiero que muchas veces sea renovada en ti la ciencia del Señor y que tenga ciencia de voz (Sab 1, 7) en ti, para que conozcas y conozcan los mortales el peligroso engaño y perverso juicio que hacen, como amadores de la mentira (Sal 4, 3), en las cosas temporales y visibles. ¿Quién hay de los hombres que no

esté comprendido en la fascinación de la desmedida codicia (Sab 4, 12)? Todos comúnmente ponen su confianza en el oro y en los bienes témporales, y para acrecentarlos emplean todo el cuidado en las fuerzas humanas; con que en este afán ocupan la vida y tiempo que les fue dado para merecer la felicidad y descanso eterno. Y de tal manera se entregan a este penoso laberinto y desvelo, como si no conocieran a Dios ni su Providencia, porque no se acuerdan de pedirle lo que desean, ni tampoco lo apetecen de manera que lo pidan y lo esperen de su mano. Y así lo pierden todo, porque lo fían de la solicitud de la mentira y del engaño, en que libran el efecto de sus deseos terrenos. Esta ciega codicia es raíz de todos los males (1 Tim 6, 10), porque en castigo suyo, indignado el Señor de tanta perversidad, deja a los mortales que se entreguen a tan fea y servil esclavitud y se endurezcan las voluntades. Y luego por mayor castigo aparta el Altísimo de ellos su vista, como de objetos aborrecibles, y les niega su paternal protección, que es la última desdicha en la vida humana.

436. Y aunque es verdad que de los ojos del Señor nadie se puede esconder (Sal 138, 7ss), pero cuando los prevaricadores y enemigos de su ley le desobligan, de tal manera aleja de ellos su amorosa vista y atención de su providencia, que vienen a quedar en manos de su propio deseo (Sal 80, 13) y no consiguen ni alcanzan los efectos del paternal cuidado que tiene el Señor de aquellos que ponen toda su confianza en Él. Los que la ponen en su propia solicitud y en el oro que tocan y sienten, cogen el efecto de aquello que esperaban. Pero lo que dista el ser divino y su poder infinito de la vileza y limitación de los mortales, tanto distan los efectos de la humana codicia de los de la providencia del Altísimo, que se constituye por amparo y protección de los humildes que fían en Él; porque a éstos mira Su Majestad con amor y caricia, regalase con ellos, pónelos en su pecho y atiende a todos sus deseos y cuidados. Pobres éramos mi santo esposo José y yo, y padecimos a tiempos grandes necesidades, pero ninguna fue poderosa para que en nuestro corazón entrase el contagio de la avaricia ni codicia. Sólo cuidábamos de la gloria del Altísimo, dejándonos a su fidelísimo y amoroso cuidado; y de esto se obligó tanto, como has entendido y

escrito, pues por tan diversos modos remediaba nuestra pobreza, hasta mandar a los espíritus angélicos que le asisten nos proveyesen y preparasen la comida.

437. No quiero decir en esto que los mortales se dejen con ociosidad y negligencia, antes es justo que trabajen todos, y en no hacerlo hay también su vicio muy reprensible. Pero ni el ocio ni el cuidado han de ser desordenados, ni la criatura ha de poner su confianza en su propia solicitud, ni ésta ha de ahogar ni impedir el amor divino, ni ha de querer más de lo que basta para pasar la vida con templanza, ni se ha de persuadir que para conseguirlo le faltará la Providencia de su Criador, ni cuando le pareciere a la criatura que tarde se ha de afligir ni desconfiar. Ni tampoco el que tiene abundancia ha de esperar en ella (Eclo 31, 8), ni entregarse al ocio para olvidarse que es hombre sujeto a la pena del trabajar. Y así la abundancia como la pobreza se han de atribuir a Dios, para usar de ellas santa y ordenadamente en gloria del Criador y gobernador de todo. Si los hombres se gobernasen con esta ciencia, a nadie faltaría la asistencia del Señor, como de Padre verdadero, y no fuera de escándalo al pobre la necesidad, ni al rico la prosperidad. De ti, hija mía, quiero la ejecución de esta doctrina; y aunque en ti la doy a todos, especialmente la has de enseñar a tus súbditas, para que no se turben ni desconfíen por las necesidades que padecieren, ni sean desordenadamente solícitas de la comida y vestido (Mt 6, 25), sino que confíen del Muy Alto y se dejen a su Providencia; porque si ellas le corresponden en el amor, yo las aseguro que jamás les faltará lo que hubieren menester. También las amonesta a que siempre sean sus conversaciones (1 Pe 1, 15) y pláticas en cosas divinas y santas y en alabanza y gloria del Señor, según la doctrina de sus maestros y Escrituras y santos libros, para que su conversación sea en los cielos (Flp 3, 20) con el Altísimo, y conmigo que soy su madre y prelada, y con los espíritus angélicos, para que sean como ellos en el amor.

CAPITULO 7

Previene María santísima las mantillas y fajos para el niño Dios con ardentísimo deseo de verle ya nacido de su vientre.

438. Estaba ya muy adelante el divino preñado de la Madre del eterno Verbo María santísima, y para obrar en todo con plenitud de celestial prudencia, aunque sabía que era preciso prevenir mantillas y lo demás necesario para el deseado parto, nada quiso disponer sin la voluntad y orden del Señor y de su santo esposo, para cumplir en todo con las condiciones de sierva obediente y fidelísima. Aunque en aquello que era oficio sólo de madre, y madre sola de su Hijo santísimo, en quien ninguna criatura tenía parte, podía obrar por sí sola, no lo hizo, sino que habló a su santo esposo José, y le dijo: Señor mío, ya es tiempo de prevenir las cosas necesarias para el nacimiento de mi Hijo santísimo. Y aunque Su Majestad infinita quiere ser tratado como los hijos de los hombres, humillándose a padecer sus penalidades, pero de nuestra parte es razón que en su servicio y obsequio, en el cuidado de su niñez y asistencia mostremos que le reconocemos por nuestro Dios y verdadero Rey y Señor. Si me dais licencia, comenzaré a disponer los fajos y mantillas para recibirle y criarle. Yo tengo una tela, hilada de mi mano que servirá ahora para los primeros paños de lino, y vos, señor, buscaréis otra de lana que sea suave, blanda y de color humilde para las mantillas; que para más adelante yo le haré una túnica inconsútil y tejida, que será a propósito. Y para que acertemos en todo, hagamos especial oración, pidiendo a Su Alteza nos gobierne, encamine y nos manifieste su voluntad divina, de manera que procedamos con su mayor agrado.

439. Esposa y Señora mía —respondió San José—, si con la misma sangre del corazón fuera posible servir a mi Señor y Dios y hacer lo que mandáis, yo me tuviera por satisfecho y por dichoso de derramarla con atrocísimos tormentos, y en falta de esto quisiera tener grandes riquezas y brocados con que serviros en esta ocasión. Disponed lo que fuere conveniente, que en todo quiero obedeceros como vuestro siervo.—Hicieron oración, y a cada uno singularmente respondió el Altísimo con una misma voz, renovando la ciencia

y noticia que antes había tenido la soberana Señora muchas veces; porque de nuevo dijo Su Majestad a ella y a su esposo San José: Yo he venido del cielo a la tierra, para levantar la humildad y humillar la soberbia, para honrar la pobreza y despreciar las riquezas, a deshacer la vanidad y fundar la verdad y a hacer aprecio digno de los trabajos. Y por esto es mi voluntad, que en la humanidad que he recibido me tratéis en lo exterior como si fuera hijo de entrambos, y en el interior me reconoceréis por Hijo de mi eterno Padre y verdadero Dios, con la veneración y amor que como a hombre y Dios se me debe.

440. Confirmados María santísima y San José con esta voz divina en la sabiduría con que habían de proceder en la crianza del niño Dios, confirieron el más alto y perfecto estilo de reverenciarle como a su verdadero Dios infinito que se ha visto en puras criaturas y tratarle juntamente en los ojos del mundo como si fuera hijo de entrambos, pues así lo pensarían los hombres y lo quería el mismo Señor. Y este acuerdo y mandato cumplieron con tanta plenitud, que fue admiración del cielo; y adelante diré más en esto (Cf. infra n. 506, 508, 536, 545, etc.). Determinaron asimismo, que en la esfera y estado de su pobreza era razón hacer en obsequio del niño Dios cuanto fuese posible, sin exceder ni faltar para que el sacramento del Rey estuviese oculto con el velo de la humilde pobreza y el encendido amor que tenían no quedase frustrado en lo que podían ejecutarle. Luego San José, en recambio de algunas obras de sus manos, buscó dos telas de lana, como la divina esposa había dicho: una blanca y otra de color más morado que pardo, entrambas las mayores que pudo hallar, y de ellas cortó la divina Reina las primeras mantillas para su Hijo santísimo; y de la tela que ella había hilado y tejido cortó las camisillas y sabanillas en que empañarle. Era esta tela muy delicada, como de tales manos, y la comenzó desde el día en que entró en su casa con San José, con intento de llevarla a ofrecer al templo. Y aunque este deseo se conmutó tan mejorado, con todo eso, de la que sobró, hechas las alhajitas del niño Dios, cumplió la ofrenda en el templo santo de Jerusalén. Todos estos aliños y ropa necesaria para el divino parto los hizo la gran Señora por sus manos y los cosió y aderezó estando siempre de rodillas

y con lágrimas de incomparable devoción. Previno San José flores y yerbas, las que pudo hallar, y otras cosas aromáticas de que la diligente Madre hizo agua olorosa más que de Ángeles, y rociando los fajos consagrados para la hostia y sacrificio (Ef 5, 2) que esperaba, los dobló y aliñó y puso en una caja, en que después los llevó consigo a Belén, como diré adelante (Cf. infra n. 452).

441. Todas estas obras de la princesa del cielo María santísima se han de entender y pesar no desnudas y sin alma, como yo las refiero, sino vestidas de hermosura, llenas de santidad y magnificencia (Sal 95, 6) y en mayor colmo y plenitud de perfección que el humano juicio puede investigar. Porque todas las obras de la sabiduría divina las trataba magníficamente (2 Mac 2, 9) y como Madre de la misma sabiduría y Reina de las virtudes, ofrecía el sacrificio de la nueva dedicación y templo de Dios vivo en la humanidad santísima de su Hijo, que había de nacer al mundo. Conocía la soberana Señora más que todo el resto de las criaturas la incomprensible alteza del misterio de humanarse Dios y bajar al mundo, y no incrédula, sino admirada, con encendido amor y veneración repetía muchas veces lo que Salomón fabricando el templo (2 Par 6, 18): ¿Cómo será posible que habite Dios con los hombres en la tierra? Si todo el cielo y los cielos de los cielos son estrechos para recibiros, ¿cuánto lo será esta habitación de la humanidad que se ha fabricado en mis entrañas?—Pero si aquél templo, que sirvió tan solamente para oír Dios las oraciones que se ofrecían en él, se fabricó y dedicó con tan espléndido aparato de oro, plata, tesoros y sacrificios (3 Re 6, 1ss), ¿qué haría la Madre del verdadero Salomón en la fábrica y dedicación del templo vivo donde habitaba corporalmente la plenitud y verdadera divinidad (Col 2, 9) del mismo Dios eterno e incomparable? Todo lo que en sombras contenían aquellos sacrificios y tesoros sin número que para el templo figurativo se ofrecían, lo cumplió María santísima, no con prevenciones de oro y plata ni brocados, que en este tiempo no buscaba Dios estas ofrendas, pero con las virtudes heroicas y con las riquezas de la gracia y dones del Altísimo, con que hacía cánticos de *alabanza.* Ofrecía holocaustos de su ardentísimo corazón, discurría por todas las Escrituras sagradas, y los himnos, salmos y

cánticos los aplicaba y reducía a este misterio, añadiendo mucho más. Las figuras antiguas las obraba verdadera y místicamente con ejercicio de las virtudes y actos interiores y exteriores. Convidaba y llamaba a todas las criaturas para que alabasen y diesen honor, alabanza y gloria a su Criador y le esperasen para ser santificadas con su venida al mundo. Y en muchas de estas obras la acompañaba su felicísimo y dichoso esposo San José.

442. Los altísimos merecimientos que acumulaba la Princesa del cielo con estos actos y ejercicios, y el agrado y complacencia que en ellos recibía el Señor, no basta lengua ni entendimiento humano criado para manifestarlo. Y si el menor grado de gracia que recibe cualquiera criatura con un acto de virtud que ejercite, vale más que todo el universo y natural, ¿qué aumentos de gracia alcanzaría la que no sólo excedió a los antiguos sacrificios, ofrendas y holocaustos y a todos los merecimientos humanos, pero a los de los supremos serafines, excediéndoles mucho? Y llegaban a tal extremo los afectos amorosos de la divina Señora, esperando a su Hijo y Dios verdadero, para recibirle en sus brazos, criarle a sus pechos, alimentarle de su mano, tratarle y servirle, adorándole hecho hombre de su misma carne y sangre, que en este incendio dulcísimo de amor se hubiera exhalado y resuelto, si con milagrosa asistencia del mismo Dios no fuera preservada de la muerte y confortada y corroborada su vida. Y muchas veces la perdiera, si muchas no la conservara su Hijo santísimo, porque de ordinario le miraba en su virginal vientre, y con claridad divina veía su humanidad unida a la divinidad y todos los actos interiores de aquella santísima alma y el modo y postura del cuerpo y las oraciones que hacía por ella, por San José y por todo el linaje humano, y singularmente por los predestinados. Todos estos y otros misterios conocía, y en la imitación y alabanza se inflamaba toda, como quien tenía encerrado en su pecho el fuego abrasador que ilumina y no consume (Ex 3, 2).

443. Entre tantos incendios de la divina llama decía algunas veces hablando con su Hijo santísimo: Amor mío dulcísimo, Criador del universo, ¿cuándo gozarán mis ojos de la luz de vuestro divino rostro? ¿Cuándo se consagrarán mis brazos

en el altar de la hostia que aguarda vuestro eterno Padre? ¿Cuándo besando como sierva, donde hollaren vuestras plantas, llegaré como madre al ósculo deseado de mi alma (Cant 1, 1), para que participe con vuestro divino aliento de vuestro mismo Espíritu? ¿Cuándo la luz inaccesible, que sois vos, Dios verdadero de Dios verdadero y lumbre de la lumbre (Credo Niceno-Constantinopolitano), se manifestará a los mortales, después de tantos siglos que os han tenido oculto a nuestra vista? ¿Cuándo los hijos de Adán, cautivos por sus culpas, conocerán su Redentor, verán su salud, hallarán entre sí mismos a su Maestro, su Hermano y Padre verdadero? ¡Oh vida mía, luz de mi alma, virtud mía, querido mío, por quien vivo muriendo! Hijo de mis entrañas, ¿cómo hará oficio de madre la que no lo sabe hacer de esclava ni merece tal título? ¿Cómo os trataré yo dignamente, que soy un gusanillo vil y pobre? ¿Cómo os serviré y administraré, siendo vos la misma santidad y bondad infinita, yo polvo y ceniza? ¿Cómo osaré hablar en vuestra presencia ni estar ante vuestro divino acatamiento? Vos, dueña de todo mi ser, que me escogisteis, siendo pequeña, entre las demás hijas de Adán, gobernad mis acciones, encaminad mis deseos, inflamad mis afectos, para que en todo acierte a daros gusto y agrado. ¿Y qué haré yo, bien mío, si de mis entrañas salís al mundo a padecer afrentas y morir por el linaje humano, si no muero con Vos y os acompaño al sacrificio, siendo mi ser y mi vida? Quite la mía la causa y motivo que ha de quitar la vuestra, pues tan unidas están. Menos bastará que Vuestra muerte, para redimir el mundo y millares de mundos; muera yo por vos y padezca vuestras ignominias, y vos con Vuestro amor y luz santificad al mundo y alumbrad las tinieblas de los mortales. Y si no es posible revocar el decreto del eterno Padre, para que sea la redención copiosa (Sal 129, 7) y quede satisfecha vuestra excesiva caridad, recibid mis afectos, y tenga yo parte en todos los trabajos de vuestra vida, pues sois mi Hijo y Señor.

444. La variedad de estos y otros efectos dulcísimos hacían hermosísima a la Reina de los cielos en los ojos del Príncipe (Est 2, 9) de las eternidades que tenía en el tálamo de su virginal vientre. Y todos se solían mover conforme a las acciones de aquella humanidad santísima deificada, porque

las miraba la digna Madre para imitarlas. Y tal vez el niño Dios en aquella sagrada caverna se ponía de rodillas para orar al Padre, otras en forma de cruz, como ensayándose para ella. Y desde allí, como desde el supremo trono de los cielos lo hace ahora, miraba y conocía con la ciencia de su alma santísima todo lo que ahora conoce, sin que se le escondiese criatura alguna presente, pasada, ni futura, con todos sus pensamientos y movimientos, y a todos atendía como Maestro y Redentor. Y como todos estos misterios eran manifiestos a su divina Madre y para corresponder a esta ciencia estaba llena de gracias y dones celestiales, obraba en todo con tan alta plenitud y santidad, que no hay palabras para que la humana capacidad pueda explicarlo. Pero si nuestro juicio no está pervertido y nuestro corazón no es de piedra, insensible y duro, no será posible que a la vista y al toque de tan eficaces como admirables obras no se halle herido de dolor amoroso y rendido agradecimiento.

Doctrina que me dio la Reina santísima María.

445. De este capítulo quiero, hija mía, quedes advertida de la decencia con que se han de tratar todas las cosas consagradas y dedicadas al divino culto; y asimismo quede reprendida la irreverencia con que los mismos ministros del Señor le ofenden en este descuido. Y no deben despreciar ni olvidar el enojo que tiene Su Majestad contra ellos, por la grosera descortesía e ingratitud con que tratan los ornamentos y cosas sagradas, que de ordinario tienen entre las manos sin atención ni respeto alguno. Y mucho mayor es la indignación del Altísimo con los que tienen frutos y estipendios de su sangre preciosísima y los gastan y consumen en vanidades y torpezas o cosas profanas y menos decentes. Buscan para sus regalos y comodidades lo más precioso y estimable, y para el culto y honra del Altísimo aplican lo más grosero, despreciado y vil. Y cuando esto sucede, en especial en los lienzos que tocan al cuerpo y sangre de mi Hijo santísimo, como son los corporales y purificadores, quiero que entiendas cómo los santos ángeles, que asisten al eminente y altísimo sacrificio de la misa, están como corridos y desvían la vista de semejantes ministros y se admiran de que tenga el Todopoderoso tan largo sufrimiento con ellos y que disimule su osadía y

desacato. Y aunque no todos le cometen en esto, pero son muchos; y pocos los que se señalan en demostración y cuidado del culto divino y tratan en lo exterior las cosas sagradas con más respeto; pero éstos son los menos, y aun entre ellos no todos lo hacen con intención recta y por la reverencia debida, sino por vanidad y otros fines terrenos; de manera que vienen a ser muy raros los que puramente y con ánimo sencillo adoran al Criador en espíritu y verdad (Jn 4, 24).

446. Considera, carísima, qué podremos sentir los que estamos a la vista del ser incomprensible del Altísimo y conocemos que su bondad inmensa crió a los hombres para que le adorasen y diesen reverencia y culto, y para eso les dejó esta ley en la misma naturaleza y les entregó todo el resto de las criaturas graciosamente; y luego miramos la ingratitud con que ellos corresponden a su Criador inmenso, pues las mismas cosas que reciben de su liberal mano se las regatean para honrarle, y para esto eligen lo más vil y desechado (Mal 1, 8), y para sus vanidades lo más precioso y estimable. Esta culpa es poco advertida y conocida, y así quiero que tú no sólo la llores con verdadero dolor, pero que la recompenses en lo que fuere posible, mientras fueres Prelada. Da lo mejor al Señor y advierte a tus religiosas que con sencillo y devoto corazón se ocupen en el aliño y limpieza de las cosas sagradas; y no sólo en las de su convento, pero trabajando por hacer lo mismo para las iglesias pobres que tienen falta de corporales y otras alhajas de ornamentos. Y tengan segura confianza que les pagará el Señor este santo celo de su sagrado culto y remediará su pobreza y acudirá como Padre a las necesidades del convento, que nunca por esto vendrá a mayor pobreza. Este es el oficio más propio y legítimo de las esposas de Cristo y en él debían ejercitarse el tiempo que les sobra después del coro y otras obligaciones de la obediencia. Y si todas las religiosas tomaran de intento estas ocupaciones tan honestas, loables y agradables a Dios, nada les faltara para la vida, y en la tierra formaran un estado angélico y celestial. Y porque no quieren atender a este obsequio del Señor, se convierten muchas, dejadas de su mano, a tan peligrosas liviandades y distracciones, que por abominables a mis ojos no quiero que las escribas

ni las pienses, salvo para llorarlas con lo íntimo del corazón y pedir a Dios el remedio de los pecados que tanto le irritan, ofenden y desagradan.

447. Mas porque mi voluntad con especiales razones se inclina a mirar amorosamente a las monjas de tu convento, quiero que en mi nombre y de mi parte las amonestes y compelas con amorosa fuerza, para que siempre vivan retiradas y muertas al mundo, con inviolable olvido de todo lo que hay en él, y que entre sí mismas sea su trato en el cielo (Flp 3, 20) y en cosas divinas, y que sobre toda estimación conserven la paz y caridad intacta que tantas veces les amonestas. Y si en esto me obedecieren, yo les ofrezco mi protección eterna y me constituyo por su Madre, amparo y defensa, como lo soy tuya, y les ofrezco asimismo mi continua y eficaz intercesión con mi Hijo santísimo si no me desobligaren. Y para todo esto las persuadirás siempre a mi especial devoción y amor y que le escriban en su corazón; que con esta fidelidad de su parte alcanzarán todo lo que tú deseas, y más que yo haré con ellas. Y para que con alegría se ocupen prontas en las cosas del culto divino y tomen por su cuenta todo lo que a esto pertenece, acuérdales lo que yo hacía para servicio de mi Hijo santísimo y del templo. Y quiero que entiendas que los Santos Ángeles se admiraban del celo, cuidado, atención y limpieza con que trataba todas las cosas que habían de servir a mi Hijo y Señor. Y esta solicitud amorosa y reverente previno en mí todo lo que era necesario para su crianza, sin que jamás me faltase, como algunos han pensado, con qué cubrirle y servirle, como entenderás en toda esta Historia, porque no cabía en mi prudencia y amor ser negligente o inadvertida en esto.

CAPITULO 8

Publícase el edicto del emperador César Augusto de empadronar todo el imperio, y lo que hizo San José cuando lo supo.

448. Determinado estaba por la voluntad inmutable del Altísimo que el Unigénito del Padre naciera en la ciudad de

Belén; y en virtud de este divino decreto lo profetizaron mucho antes de cumplirse los santos y profetas antiguos, porque la determinación de la voluntad del Señor absoluta siempre es infalible, y faltarán los cielos y la tierra antes que deje de cumplirse (Mt 24, 35), pues nadie puede resistir a ella (Est 13, 9). La ejecución de este decreto inmutable dispuso el Señor por medio de un edicto que publicó el emperador César Augusto en el imperio romano, para que —como refiere san Lucas (Lc 2, 1)— se escribiese o numerase todo el orbe. Extendíase entonces el imperio romano a la mayor parte de lo que se conocía del orbe, y por eso se llamaban señores de todo el mundo, no haciendo cuenta de lo demás. Y esta descripción era para confesarse todos por vasallos del emperador y tributarle cierto censo, como a señor natural en lo temporal; y para este reconocimiento acudía cada uno a escribirse en el registro común de su propia ciudad (Lc 2, 3). Llegó este edicto a Nazaret, y a noticia de San José, y volviendo a su casa, porque lo había oído fuera de ella, afligido y contristado, refirió a su divina esposa lo que pasaba con la novedad del edicto. La prudentísima Virgen respondió: No os ponga en ese cuidado, señor mío y esposo, el edicto del emperador terreno, que todos nuestros sucesos están por cuenta del Señor y Rey del cielo y tierra, y su providencia nos asistirá y gobernará en cualquiera caso. Dejémonos en su confianza, que no seremos defraudados.

449. Estaba María santísima capaz de todos los misterios de su Hijo santísimo y sabía ya las profecías y el cumplimiento de ellas y que el Unigénito del Padre y suyo había de nacer en Belén como peregrino y pobre. Pero nada de todo esto manifestó a San José, porque sin orden del Señor no declaraba su secreto. Y lo que no se le mandaba decir, todo lo callaba con admirable prudencia, no obstante el deseo de consolar a su fidelísimo y santo esposo José, porque se quería dejar a su gobierno y obediencia y no proceder como prudente y sabia consigo misma (Prov 3, 7) contra el consejo del Sabio. Trataron luego de lo que debían hacer, porque ya se acercaba el parto de la divina Señora, estando su preñado tan adelante, y San José la dijo: Reina del cielo y tierra y Señora mía, si no tenéis orden del Altísimo para otra cosa, paréceme forzoso que yo vaya a

cumplir con este edicto del emperador. Y aunque bastaría ir solo porque a las cabezas de las familias les compete esta legacía, no me atreveré a dejaros sin asistir a vuestro servicio, ni yo tampoco viviré sin vuestra presencia, ni tendré un punto de sosiego estando ausente; no es posible que mi corazón se aquiete sin veros. Y para que vayáis conmigo a nuestra ciudad de Belén, donde nos toca esta profesión de la obediencia del emperador, veo que vuestro divino parto está muy cerca, y así por esto como por mi gran pobreza temo poneros en tan evidente riesgo. Si os sucediese el parto en el camino con descomodidad y no poderla reparar, sería para mí de incomparable desconsuelo. Este cuidado me aflige. Suplícoos, Señora mía, lo presentéis delante el Altísimo y le pidáis oiga mis deseos de no apartarme de vuestra compañía.

450. Obedeció la humilde esposa a lo que ordenaba San José, y, aunque no ignoraba la voluntad divina, tampoco quiso omitir esta acción de pura obediencia, como súbdita obsecuentísima. Presentó el Señor la voluntad y deseos de su fidelísimo esposo, y respondióla Su Majestad: Amiga y paloma mía, obedece a mi siervo José en lo que te ha propuesto y desea. Acompáñale en la jornada. Yo seré contigo y te asistiré con mi paternal amor y protección en los trabajos y tribulaciones que por mí padecerás y, aunque serán muy grandes, te sacará gloriosa de todas mi brazo poderoso. Tus pasos serán hermosos en mis ojos (Cant 7, 1), no temas y camina, porque ésta es mi voluntad.— Luego mandó el Señor, a vista de la divina Madre, a los Ángeles santos de su guarda, con nueva intimación y precepto que la sirviesen en aquella jornada con especial asistencia y advertido cuidado, según los magníficos y misteriosos sucesos que se le ofrecerían en toda ella. Y sobre los mil ángeles que de ordinario la guardaban, mandó el mismo Señor a otros nueve mil más que asistiesen a su Reina y Señora, y la sirviesen de suerte que la acompañasen todos diez mil juntos, desde el día que comenzase la jornada. Así lo cumplieron todos, como fidelísimos siervos y ministros del Señor, y la sirvieron, como adelante diré (Cf. infla n. 456-461, 470, 589, 619, 622, 631, 634, etc.). Y la gran Reina fue renovada y preparada con nueva luz divina, en que conoció nuevos misterios de los trabajos que se le

ofrecerían nacido el niño Dios, con la persecución de Herodes y otros cuidados y tribulaciones que sobrevendrían. Y para todo ofreció su invicto corazón preparado (Sal 107, 2) y no turbado, y dio gracias al Señor por todo lo que en ella obraba y disponía.

451. Volvió la gran Reina del cielo con la respuesta a San José y le declaró la voluntad del Altísimo de que le obedeciese y acompañase en su jornada a Belén. Con que el santo esposo quedó lleno de nuevo júbilo y consuelo, y reconociendo este gran favor de la mano del Señor, le dio gracias con profundos actos de humildad y reverencia, y hablando a su divina esposa, la dijo: Señora mía, y causa de mi alegría, de mi felicidad y dicha, sólo me resta dolerme en este viaje de los trabajos que en él habéis de padecer, por no tener caudal para vencerlos y llevaros con la comodidad que yo quisiera preveniros para la peregrinación. Pero deudos y conocidos y amigos hallaremos en Belén de nuestra familia, que yo espero nos recibirán con caridad, y allí descansaréis de la molestia del camino, si lo dispone el Altísimo, como yo vuestro siervo lo deseo.—Era verdad que el santo esposo José lo prevenía así con su afecto, mas el Señor tenía dispuesto lo que él entonces ignoraba; y porque se le frustraron sus deseos sintió después mayor amargura y dolor, como se verá. No declaró María santísima a San José lo que en el Señor tenía previsto del misterio de su divino parto, aunque sabía no sucedería lo que él pensaba, pero antes bien animándole, le dijo: Esposo y señor mío, yo voy con mucho gusto en vuestra compañía y haremos la jornada como pobres en el nombre del Altísimo, pues no desprecia Su Alteza la misma pobreza, que viene a buscar con tanto amor. Y supuesto será su protección y amparo con nosotros en la necesidad y en el trabajo, pongamos en ella nuestra confianza. Y vos, señor mío, poned por su cuenta todos vuestros cuidados.

452. Determinaron luego el día de su partida, y el santo esposo con diligencia salió por Nazaret a buscar alguna bestezuela en que llevar a la Señora del mundo; y no fácilmente pudo hallarla, por la mucha gente que salía a diferentes ciudades a cumplir con el mismo edicto del emperador. Pero después de muchas diligencias y penoso

cuidado halló San José un jumentillo humilde, que si pudiéramos llamarle dichoso, lo había sido entre todos los animales irracionales, pues no sólo llevó a la Reina de todo lo criado, y en ella al Rey y Señor de los reyes y señores, pero después se halló en el nacimiento del niño (Is 1, 3) y dio a su Criador el obsequio que los hombres
le negaron, como adelante se dirá (Cf. infra n. 485). Previnieron lo necesario para el viaje, que fue jornada de cinco días; y era la recámara de los divinos caminantes con el mismo aparato que llevaron en la primera peregrinación que hicieron a casa de San Zacarías, como arriba se dijo, libro ni, capítulo 15, número 196, porque sólo llevaban pan y fruta y algunos peces, que era el ordinario manjar y regalo de que usaban. Y como la prudentísima Virgen tenía luz de que tardaría mucho tiempo en volver a su casa, no sólo llevó consigo las mantillas y fajos prevenidos para su divino parto, pero dispuso las cosas con disimulación, de manera que todas estuviesen al intento de los fines del Señor y sucesos que esperaba; y dejaron encargada su casa a quien cuidase de ella mientras volvían.

453. Llegó el día y hora de partir para Belén, y como el fidelísimo y dichoso San José trataba ya con nueva y suma reverencia a su soberana esposa, andaba como vigilante y cuidadoso siervo inquiriendo y procurando en qué darla gusto y servirla, y la pidió con grande afecto le advirtiese de todo lo que deseaba y que él ignorase para su agrado, descanso y alivio, y dar beneplácito al Señor que llevaba en su virginal vientre. Agradeció la humilde Reina estos afectos santos de su esposo, y remitiéndolos a la gloria y obsequio de su Hijo santísimo, le consoló y animó para el trabajo del camino, con asegurarle de nuevo el agrado que tenía Su Majestad de todos sus cuidados, y que recibiesen con igualdad y alegría del corazón las penalidades que como pobres se les seguirían en la jornada. Y para darle principio se hincó de rodillas la Emperatriz de las alturas y pidió a San José le diese su bendición. Y aunque el varón de Dios se encogió mucho y dificultó el hacerlo por la dignidad de su esposa, pero ella venció en humildad y le obligó a que se la diese. Hízolo San José con gran temor y reverencia, y luego con abundantes lágrimas se postró en tierra y la pidió le ofreciese de nuevo a su Hijo santísimo y le alcanzase

perdón y su divina gracia. Con esta preparación partieron de Nazaret a Belén, en medio del invierno, que hacía el viaje más penoso y desacomodado. Pero la Madre de la vida, que la llevaba en su vientre, sólo atendía a sus divinos efectos y recíprocos coloquios, mirándole siempre en su tálamo virginal, imitándole en sus obras y dándole mayor agrado y gloria que todo el resto de las criaturas juntas.

Doctrina que me dio la Reina santísima María.

454. Hija mía, todo el discurso de mi vida y en cada uno de los capítulos y misterios que vas escribiendo conocerás la divina y admirable providencia del Altísimo y su paternal amor para conmigo, su humilde sierva. Y aunque la capacidad humana no puede dignamente penetrar y ponderar estas obras admirables y de tan alta sabiduría, pero debe venerarlas con todas sus fuerzas y disponerse para mi imitación y para la participación de los favores que el Señor me hizo. Porque no han de imaginar los mortales que sólo en mí y para mí se quiso mostrar Dios santo, poderoso y bueno infinitamente; y es cierto que si alguna y todas las almas se entregasen del todo a la disposición y gobierno de este Señor, conocieran luego con experiencia aquella misma fidelidad, puntualidad y suavísima eficacia con que disponía Su Majestad conmigo todas las cosas que tocaban a su gloria y servicio y también gustaran aquellos dulcísimos efectos y movimientos divinos que yo sentía con el rendimiento que tenía a su santísima voluntad, y no menos recibieran respectivamente la abundancia de sus dones, que como en un piélago infinito están casi represados en su divinidad. Y de la manera que si al peso de las aguas del mar se les diese algún conducto por donde según su inclinación hallasen despedida, correrían con invencible ímpetu, así procederían la gracia y beneficios del Señor sobre las criaturas racionales si ellas diesen lugar y no impidiesen su corriente. Esta ciencia ignoran los mortales, porque no se detienen a pensar y considerar las obras del Altísimo.

455. De ti quiero que la estudies y escribas en tu pecho, y que asimismo aprendas de mis obras el secreto que debes guardar de tu interior y lo que en él tienes, y la pronta

obediencia y rendimiento a todos, anteponiendo siempre el parecer ajeno a tu dictamen propio. Pero esto ha de ser de manera que para obedecer a tus superiores y padre espiritual has de cerrar los ojos, aunque conozcas que en alguna cosa que te mandan ha de suceder lo contrario, como sabía yo que no sería lo que mi santo esposo José esperaba sucedería en la jornada de Belén. Y si esto te mandase otro inferior o igual, calla y disimula y ejecuta todo lo que no fuere culpa o imperfección. Oye a todos con silencio y advertencia para que aprendas. En hablar serás muy tarda y detenida, que esto es ser prudente y advertida. También te acuerdo de nuevo, que para todo lo que hicieres pidas al Señor te dé su bendición, para que no te apartes de su divino beneplácito. Y si tuvieres oportunidad, pide también licencia y bendición a tu padre espiritual y maestro, porque no te falte el gran merecimiento y perfección de estas obras, y me des a mí el agrado que de ti deseo.

CAPITULO 9

La jornada que María santísima hizo de Nazaret a Belén en compañía del santo esposo José, y los Ángeles que la asistían.

456. Partieron de Nazaret para Belén María purísima y el glorioso San José, a los ojos del mundo tan solos como pobres y humildes peregrinos, sin que nadie de los mortales los reputase ni estimase más de lo que con él tienen granjeado la humildad y pobreza. Pero, ¡oh admirables sacramentos del Altísimo, ocultos a los soberbios e inescrutables para la prudencia carnal! No caminaban solos, pobres ni despreciados, sino prósperos, abundantes y magníficos: eran el objeto más digno del eterno Padre y de su amor inmenso y lo más estimable de sus ojos, llevaban consigo el tesoro del cielo y de la misma divinidad, venerábanlos toda la corte de los ciudadanos celestiales y reconocían las criaturas insensibles la viva y verdadera arca del Testamento, mejor que las aguas del Jordán a su figura y sombra cuando corteses se dividieron para hacerle franco el paso a ella y a los que la seguían (Jos 3, 16).

Acompañáronlos los diez mil Ángeles que arriba dije, núm. 450; fueron señalados por el mismo Dios para que sirviesen a Su Majestad y a su santísima Madre en toda esta jornada; y estos escuadrones celestiales iban en forma humana visible para la divina Señora, más refulgentes cada uno que otros tantos soles, haciéndola escolta, y ella iba en medio de todos más guarnecida y defendida que el lecho de Salomón con los sesenta valentísimos de Israel (Cant 3, 7) que ceñidas las espadas le rodeaban. Fuera de estos diez mil Ángeles asistían otros muchos que bajaban y subían a los cielos, enviados del Padre eterno a su Unigénito humanado y a su Madre santísima, y de ellos volvían con las legacías que eran enviados y despachados.

457. Con este real aparato oculto a los mortales caminaban María santísima y San José, seguros de que a sus pies no les ofendería la piedra (Sal 90, 12) de la tribulación, porque mandó a sus Ángeles el Señor que los llevasen en las manos de su defensa y custodia. Y este mandato cumplían los ministros fidelísimos, sirviendo como vasallos a su gran Reina, con admiración de alabanza y gozo, viendo recopilados en una pura criatura tantos sacramentos juntos, tales perfecciones, grandezas y tesoros de la divinidad, y todo con la dignidad y decencia que aun a su misma capacidad angélica excedía. Hacían nuevos cánticos al Señor, contemplándole sumo Rey de gloria descansando en su reclinatorio de oro (Cant 3, 10), y a la divina Madre, ya como carroza incorruptible y viva, ya como espiga fértil de la tierra prometida (Lev 23, 10) que encerraba el grano vivo, ya como nave rica del mercader (Prov 31, 14), que le llevaba a que naciera en la "casa del pan" (Belén), para que muriendo en la tierra (Jn 12, 24) fuese multiplicado en el cielo. Duróles cinco días la jornada; que por el preñado de la Madre Virgen, ordenó su Esposo llevarla muy despacio. Y nunca la soberana Reina conoció noche en este viaje; porque, algunos días que caminaban parte de ella, despedían los Ángeles tan grande resplandor como todas las iluminarías del cielo juntas cuando al mediodía tienen su mayor fuerza en la más clara serenidad. Y de este beneficio y de la vista de los Ángeles gozaba San José en aquellas horas de las noches; y entonces se formaba un coro celestial de todos juntos, en que la gran Señora y su esposo

alternaban con los soberanos espíritus admirables cánticos e himnos de alabanza, con que los campos se convertían en nuevos cielos. Y de la vista y resplandor de sus ministros y vasallos gozó la Reina en todo el viaje, y de dulcísimos coloquios interiores que tenía con ellos.

458. Con estos admirables favores y regalos mezclaba el Señor algunas penalidades y molestias que se ofrecían a su divina Madre en el viaje. Porque el concurso de la gente en las posadas, por los muchos que caminaban con la ocasión del imperial edicto, era muy penoso e incómodo para el recato y modestia de la purísima Madre y Virgen y para su esposo, porque como pobres y encogidos eran menos admitidos que otros y les alcanzaba más descomodidad que a los muy ricos; que el mundo, gobernado por lo sensible, de ordinario distribuye sus favores al revés y con acepción de personas. Oían nuestros santos peregrinos repetidas palabras ásperas en las posadas a donde llegaban fatigados, y en algunas los despedían como a gente inútil y despreciable, y muchas veces admitían a la Señora de cielo y tierra en un rincón de un portal, y otras aun no le alcanzaba; y se retiraban ella y su esposo a otros lugares más humildes y menos decentes en la estimación del mundo; pero en cualquiera lugar, por contentible que fuese, estaba la corte de los ciudadanos del cielo con su Rey supremo y Reina soberana, y luego todos la rodeaban y encerraban como un impenetrable muro, con que el tálamo de Salomón estaba seguro y defendido de los temores nocturnos Cant 3, 8). Y su fidelísimo esposo San José, viendo a la Señora de los cielos tan guarnecida de sus ejércitos divinos, descansaba y dormía, porque ella también cuidaba de esto, para que se aliviase algo del trabajo del camino. Y ella se quedaba en coloquios celestiales con los diez mil ángeles que la asistían.

459. Aunque Salomón en los Cantares comprendió grandes misterios de la Reina del cielo por diversas metáforas y similitudes, pero en el capítulo 3 habló más expresamente de lo que sucedió a la divina Madre en el preñado de su Hijo santísimo y en esta jornada que hizo para su sagrado parto; porque entonces fue cuando se cumplió a la letra todo lo que allí se dice del lecho de

Salomón, de su carroza y reclinatorio de oro, de la guarda que le puso de los fortísimos de Israel que gozan de la visión divina y todo lo demás que contiene aquella profecía, cuya inteligencia basta haberla apuntado en lo que se ha dicho para convertir toda mi admiración al sacramento de la sabiduría infinita en estas obras tan venerables para la criatura. ¿Quién habrá de los mortales tan duro que no se ablande su corazón, o tan soberbio que no se confunda, o tan inadvertido que no se admire de ver una maravilla compuesta de tan varios y contrarios extremos? ¡Dios infinito y verdaderamente oculto y escondido en el tálamo virginal de una doncella tierna llena de hermosura y gracia, inocente, pura, suave, dulce, amable a los ojos de Dios y de los hombres, sobre todo cuanto el mismo Señor ha criado y criará jamás! ¡Esta gran Señora, con el tesoro de la divinidad, despreciada, afligida, desestimada y arrojada de la ciega ignorancia y soberbia mundana! Y por otra parte, en los lugares más contentibles, ¡amada y estimada de la beatísima Trinidad, regalada de sus caricias, servida de sus Ángeles, reverenciada, defendida y amparada de su grande y vigilante custodia! ¡Oh hijos de los hombres, tardos y duros de corazón (Sal 4, 3), qué engañosos son vuestros pesos y juicio, como dice Santo Rey David (Sal 61, 10)), que estimáis a los ricos, despreciáis a los pobres, levantáis a los soberbios y abatís a los humildes, arrojáis a los justos y aplaudís a los vanos! Ciego es vuestro dictamen, y errada vuestra elección, con que os halláis frustrados en vuestros mismos deseos. Ambiciosos que buscáis riquezas y tesoros y os halláis pobres y abrazados con el aire, si recibierais al Arca verdadera de Dios, recibierais y consiguierais muchas bendiciones de la diestra divina, como Obededón (2 Sam 6, 11), pero porque la despreciasteis, os sucedió a muchos lo que a Oza (2 Sam 6, 7), que quedasteis castigados.

460. Conocía y miraba la divina Señora entre todo esto la variedad de almas que había en todos los que iban y venían y penetraba sus pensamientos más ocultos y el estado que cada una tenía, en gracia o en pecado, y los grados que en estos diferentes extremos tenían; y de muchas almas conocía si eran predestinadas (al Cielo) o réprobas [precitas – Dios quiere que todos se salven y da gracia suficiente para salvación a todos. Los que se condenen, se condenen

por su propia culpa ya que no hay predestinación al infierno], si habían de perseverar o caer o levantarse; y toda esta variedad le daba motivos de ejercitar heroicos actos de virtudes con unos y por otros; porque para muchos alcanzaba la perseverancia, para otros eficaz auxilio con que se levantasen del pecado a la gracia, por otros lloraba y clamaba al Señor con íntimos afectos, y por los réprobos, aunque no pidiese tan eficazmente, sentía intensísimo dolor de su final perdición. Y fatigada muchas veces con estas penas, más sin comparación que con el trabajo del camino, sentía algún desfallecimiento en el cuerpo, y los santos Ángeles, llenos de refulgente luz y hermosura, la reclinaban en sus brazos, para que en ellos descansase y recibiese algún alivio. A los enfermos, afligidos y necesitados consolaba por el camino, sólo con orar por ellos y pedir a su Hijo santísimo el remedio de sus trabajos y necesidades; porque en esta jornada, por la multitud y concurso de la gente, se retiraba a solas sin hablar, atendiendo mucho a su divino preñado, que ya se manifestaba a todos. Este era el retorno que la Madre de misericordia daba a los mortales por el mal hospedaje que de ellos recibía.

461. Y para mayor confusión de la ingratitud humana, sucedió alguna vez que, como era invierno, llegaban a las posadas con grandes fríos de las nieves y lluvias —que no quiso el Señor les faltase esta penalidad— y era necesario retirarse a los mismos lugares viles donde estaban los animales, porque no les daban otro mejor los hombres; y la cortesía y humanidad que les faltaba a ellos, tenían las bestias, retirándose y respetando a su Hacedor y a su Madre, que le tenía en su virginal vientre. Bien pudiera la Señora de las criaturas mandar a los vientos, a la escarcha y a la nieve que no la ofendieran, pero no lo hacía por no privarse de la imitación de Cristo su Hijo santísimo en padecer, aun antes que él saliese de su virgíneo vientre, y así la fatigaron algo estas inclemencias en el camino. Pero el cuidadoso y fiel esposo San José atendía mucho a abrigarla, y más lo hacían los espíritus angélicos, en especial el príncipe San Miguel, que siempre asistió al lado diestro de su Reina, sin desampararla un punto en este viaje, y repetidas veces la servía, llevándola del brazo cuando se hallaba algo cansada. Y cuando era voluntad del

Señor la defendía de los temporales inclementes y hacía otros muchos oficios en obsequio de la divina Señora y del bendito fruto de su vientre, Jesús.

462. Con la variedad alternada de estas maravillas llegaron nuestros peregrinos, María santísima y San José, a la ciudad de Belén el quinto día de su jornada a las cuatro de la tarde, sábado, que en aquel tiempo del solsticio hiemal ya a la hora dicha se despide el sol y se acerca la noche. Entraron en la ciudad buscando alguna casa de posada, y discurriendo muchas calles, no sólo por posadas y mesones, pero por las casas de los conocidos y de su familia más cercanos, de ninguno fueron admitidos y de muchos despedidos con desgracia y con desprecios. Seguía la honestísima Reina a su esposo, llamando él de casa en casa y de puerta en puerta, entre el tumulto de la mucha gente. Y aunque no ignoraba que los corazones y las casas de los hombres estarían cerrados para ellos, con todo eso por obedecer a San José quiso padecer aquel trabajo y honestísimo pudor o vergüenza que para su recato, y en el estado y edad que se hallaba, fue de mayor pena que faltarles la posada. Discurriendo por la ciudad llegaron a la casa donde estaba el registro y padrón público, y por no volver a ella se escribieron, y pagaron el fisco y la moneda del tributo real, con que salieron ya de este cuidado. Prosiguieron su diligencia y fueron a otras posadas, y habiéndola buscado en más de cincuenta casas, de todas fueron arrojados y despedidos; admirándose los espíritus soberanos de los altísimos misterios del Señor, de la paciencia y mansedumbre de su Madre Virgen y de la insensible dureza de los hombres. Con esta admiración bendecían al Altísimo en sus obras y ocultos sacramentos, porque desde aquel día quiso acreditar y levantar a tanta gloria la humildad y pobreza despreciada de los mortales.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 9

463. Eran las nueve de la noche cuando el fidelísimo San José lleno de amargura e íntimo dolor se volvió a su esposa

prudentísima, y la dijo: Señora mía dulcísima, mi corazón desfallece de dolor en esta ocasión viendo que no puedo acomodaros, no sólo como vos lo merecéis y mi afecto lo deseaba, pero ningún abrigo ni descanso, que raras veces o nunca se le niega al más pobre y despreciado del mundo. Misterio sin duda tiene esta permisión del cielo, que no se muevan los corazones de los hombres a recibirnos en sus casas. Acuerdóme, Señora, que fuera de los muros de la ciudad está una cueva que suele servir de albergue a los pastores y a su ganado. Lleguémonos allá, que si por dicha está desocupada, allí tendréis del cielo algún amparo cuando nos falta de la tierra.—Respondióle la prudentísima Virgen: Esposo y señor mío, no se aflija vuestro piadosísimo corazón, porque no se ejecutan los deseos ardentísimos que produce el afecto que tenéis al Señor. Y pues le tengo en mis entrañas, por él mismo os suplico que le demos gracias por lo que así dispone. El lugar que me decís será muy a propósito para mi deseo. Conviértanse vuestras lágrimas en gozo con el amor y posesión de la pobreza, que es el tesoro rico e inestimable de mi Hijo santísimo. Este viene a buscar desde los cielos, preparémosele con júbilo del alma, que no tiene la mía otro consuelo, y vea yo que me le dais en esto. Vamos contentos a donde el Señor nos guía.—Encaminaron para allá los Santos Ángeles a los divinos esposos, sirviéndoles de lucidísimas antorchas, y llegando al portal o cueva, la hallaron desocupada y sola. Y llenos de celestial consuelo, por este beneficio alabaron al Señor, y sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

464. Hija mía carísima, si eres de corazón blando y dócil para el Señor, poderosos serán los misterios divinos que has escrito y entendido para mover en ti afectos dulces y amorosos con el Autor de tantas y tales maravillas, en cuya presencia quiero de ti que desde hoy hagas nuevo y grande aprecio de verte desechada y desestimada del mundo. Y dime, amiga, si en recambio de este olvido y menosprecio admitido con voluntad alegre, pone Dios en ti los ojos y la fuerza de su amor suavísimo, ¿por qué no comprarás tan barato lo que vale no menos que infinito precio? ¿Qué te darán los hombres cuando más te celebren y te estimen? ¿Y

qué dejarás si los desprecias? ¿No es todo mentira y vanidad? ¿No es una sombra fugitiva y momentánea que se les desvanece entre las manos a los que trabajan por cogerla? Pues cuando todo lo tuvieras en las tuyas, ¿qué hicieras en despreciarlo de balde? Considera bien cuánto menos harás en arrojarlo por granjear el amor del mismo Dios, el mío y de sus Ángeles; niégalo todo, carísima, y de corazón; y si no te despreciare el mundo tanto como debes desearlo, desprecíale tú a él y queda libre, expedita y sola, para que te acompañe el todo y sumo bien y recibas con plenitud los felicísimos efectos de su amor y con libertad le correspondas.

465. Es tan fiel amante mi Hijo santísimo de las almas, que me puso a mí por maestra y ejemplar vivo para enseñarlas el amor de la humildad y el eficaz desprecio de la vanidad y soberbia. Y también fue orden suya que para su grandeza y para mí, su sierva y Madre, faltase abrigo y acogida entre los hombres, dando motivo con este desamparo para que después las almas enamoradas y afectuosas se le ofrezcan, y obligarse con tan fina voluntad a venir y estar en ellas; como también buscó la soledad y la pobreza, no porque para sí tuviese necesidad de estos medios para obrar las virtudes en grado perfectísimo, sino para enseñar a los mortales que éste era el camino más breve y seguro para lo levantado del amor divino y unión con el mismo Dios.

466. Bien sabes, carísima, que incesantemente eres enseñada y amonestada con la luz de lo alto, para que olvidada de lo terreno y visible te ciñas de fortaleza (Prov 31, 17) y te levantes a imitarme, copiando en ti, según tus fuerzas, los actos y virtudes que de mi vida te manifiesto. Y éste es el primer intento de la ciencia que recibes para escribirla, porque tengas en mí este arancel y de él te valgas para componer tu vida y obras al modo que yo imitaba las de mi Hijo dulcísimo. Y el temor que te ha causado este mandato, imaginándole superior a tus fuerzas, le has de moderar y cobrar ánimo con lo que dice mi Hijo santísimo por el Evangelista San Mateo (Mt 5, 48): *Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.* Esta voluntad del Altísimo que propone a su Iglesia santa no es

imposible a sus hijos, y si ellos de su parte se disponen, a ninguno le negará esta gracia, para conseguir la semejanza con el Padre celestial, porque esto les mereció mi Hijo santísimo; pero el pesado olvido y desprecio que hacen los hombres de su redención impide que se consiga en ellos eficazmente su fruto.

467. De ti, hija mía, quiero especialmente esta perfección y te convido para ella por medio de la suave ley del amor a que encamino mi doctrina. Considera y pesa con la divina luz en qué obligación te pongo, y trabaja para corresponder a ella con prudencia de hija fiel y solícita, sin que te embarace dificultad o trabajo alguno, ni omitir virtud ni acción de perfección por ardua que sea. Ni te has de contentar con solicitar tu amistad con Dios y la salvación propia, pero si quieres ser perfecta a mi imitación y cumplir con lo que enseña el Evangelio, has de procurar la salud de otras almas y la exaltación del santo nombre de mi Hijo y ser instrumento en su mano poderosa para cosas fuertes y de su mayor agrado y gloria.

CAPITULO 10

Nace Cristo nuestro bien de María Virgen en Belén de Judea.

468. El palacio que tenía prevenido el supremo Rey de los reyes y Señor de los señores para hospedar en el mundo a su eterno Hijo humanado para los hombres, era la más pobre y humilde choza o cueva, a donde María santísima y San José se retiraron despedidos de los hospicios y piedad natural de los mismos hombres, como queda dicho en el capítulo pasado. Era este lugar tan despreciado y contentible, que con estar la ciudad de Belén tan llena de forasteros que faltaban posadas en que habitar, con todo eso nadie se dignó de ocuparle ni bajar a él, porque era cierto no les competía ni les venía bien sino a los maestros de la humildad y pobreza, Cristo nuestro bien y su purísima Madre. Y por este medio les reservó para ellos la sabiduría del eterno Padre, consagrándole con los adornos de desnudez, soledad y pobreza por el primer templo de la luz y

casa del verdadero Sol de Justicia (Mt 5, 48), que para los rectos de corazón había de nacer de la candidísima aurora María, en medio de las tinieblas de la noche —símbolo de las del pecado— que ocupaban todo el mundo.

469. Entraron María santísima y San José en este prevenido hospicio, y con el resplandor que despedían los diez mil Ángeles que los acompañaban pudieron fácilmente reconocerle pobre y solo, como lo deseaban, con gran consuelo y lágrimas de alegría. Luego los dos santos peregrinos hincados de rodillas alabaron al Señor y le dieron gracias por aquel beneficio, que no ignoraban era dispuesto por los ocultos juicios de la eterna Sabiduría. De este gran sacramento estuvo más capaz la divina princesa María, porque en santificando con sus plantas aquella felicísima cuevecica, sintió una plenitud de júbilo interior que la elevó y vivificó toda, y pidió al Señor pagase con liberal mano a todos los vecinos de la ciudad que, despidiéndola de sus casas, la habían ocasionado tanto bien como en aquella humildísima choza la esperaba. Era toda de unos peñascos naturales y toscos, sin género de curiosidad ni artificio y tal que los hombres la juzgaron por conveniente para solo albergue de animales, pero el eterno Padre la tenía destinada para abrigo y habitación de su mismo Hijo.

470. Los espíritus angélicos, que como milicia celestial guardaban a su Reina y Señora, se ordenaron en forma de escuadrones, como quien hacía cuerpo de guardia en el palacio real. Y en la forma corpórea y humana que tenían, se le manifestaban también al santo esposo José, que en aquella ocasión era conveniente gozase de este favor, así por aliviar su pena, viendo tan adornado y hermoso aquel pobre hospicio con las riquezas del cielo, como para aliviar y animar su corazón y levantarle más para los sucesos que prevenía el Señor aquella noche y en tan despreciado lugar. La gran Reina y Emperatriz del cielo, que ya estaba informada del misterio que se había de celebrar, determinó limpiar con sus manos aquella cueva que luego había de servir de trono real y propiciatorio sagrado, porque ni a ella le faltase ejercicio de humildad, ni a su Hijo unigénito aquel culto y reverencia que era el que en tal ocasión podía

prevenirle por adorno de su templo.

471. El santo esposo José, atento a la majestad de su divina esposa, que ella parece olvidaba en presencia de la humildad, la suplicó no le quitase a él aquel oficio que entonces le tocaba y, adelantándose, comenzó a limpiar el suelo y rincones de la cueva, aunque no por eso dejó de hacerlo juntamente con él la humilde Señora. Y porque estando los Santos Ángeles en forma humana visible —parece que, a nuestro entender, se hallaran corridos a vista de tan devota porfía y de la humildad de su Reina—, luego con emulación santa ayudaron a este ejercicio o, por mejor decir, en brevísimo espacio limpiaron y despejaron toda aquella caverna, dejándola aliñada y llena de fragancia. San José encendió fuego con el aderezo que para ello traía, y porque el frío era grande, se llegaron a él para recibir algún alivio, y del pobre sustento que llevaban comieron o cenaron con incomparable alegría de sus almas; aunque la Reina del cielo y tierra con la vecina hora de su divino parto estaba tan absorta y abstraída en el misterio, que nada comiera si no mediara la obediencia de su esposo.

472. Dieron gracias al Señor, como acostumbraban, después de haber comido; y deteniéndose un breve espacio en esto y en conferir los misterios del Verbo humanado, la prudentísima Virgen reconocía se le llegaba el parto felicísimo. Rogó a su esposo San José se recogiese a descansar y dormir un poco, porque ya la noche corría muy adelante. Obedeció el varón divino a su esposa y la pidió que también ella hiciese lo mismo, y para esto aliñó y previno con las ropas que traían un pesebre algo ancho, que estaba en el suelo de la cueva para servicio de los animales que en ella recogían. Y dejando a María santísima acomodada en este tálamo, se retiró el santo José a un rincón del portal, donde se puso en oración. Fue luego visitado del Espíritu divino y sintió una fuerza suavísima y extraordinaria con que fue arrebatado y elevado en un éxtasis altísimo, do se le mostró todo lo que sucedió aquella noche en la cueva dichosa; porque no volvió a sus sentidos hasta que le llamó la divina esposa. Y este fue el sueño que allí recibió José, más alto y más feliz que el de Adán en el

paraíso (Gen 2, 21).

473. En el lugar que estaba la Reina de las criaturas fue al mismo tiempo, movida de un fuerte llamamiento del Altísimo con eficaz y dulce transformación que la levantó sobre todo lo criado y sintió nuevos efectos del poder divino, porque fue este éxtasis de los más raros y admirables de su vida santísima. Luego fue levantándose más con nuevos lumines y cualidades que la dio el Altísimo, de los que en otras ocasiones he declarado, para llegar a la visión clara de la divinidad. Con estas disposiciones se le corrió la cortina y vio intuitivamente al mismo Dios con tanta gloria y plenitud de ciencia, que todo entendimiento angélico y humano ni lo puede explicar, ni adecuadamente entender. Renovóse en ella la noticia de los misterios de la divinidad y humanidad santísima de su Hijo, que en otras visiones se le había dado, y de nuevo se le manifestaron otros secretos encerrados en aquel archivo inexhausto del divino pecho. Y yo no tengo bastantes, capaces y adecuados términos ni palabras para manifestar lo que de estos sacramentos he conocido con la luz divina; que su abundancia y fecundidad me hace pobre de razones.

474. Declaróle el Altísimo a su Madre Virgen cómo era tiempo de salir al mundo de su virginal tálamo, y el modo cómo esto había de ser cumplido y ejecutado. Y conoció la prudentísima Señora en esta visión las razones y fines altísimos de tan admirables obras y sacramentos, así de parte del mismo Señor, como de lo que tocaba a las criaturas, para quien se ordenaban inmediatamente. Postróse ante el trono real de la divinidad y, dándole gloria y magnificencia, gracias y alabanzas por sí y las que todas las criaturas le debían por tan inefable misericordia y dignación de su inmenso amor, pidió a Su Majestad nueva luz y gracia para obrar dignamente en el servicio, obsequio, educación del Verbo humanado, que había de recibir en sus brazos y alimentar con su virginal leche. Ésta petición hizo la divina Madre con humildad profundísima, como quien entendía la alteza de tan nuevo sacramento, cual era el criar y tratar como madre a Dios hecho hombre, y porque se juzgaba indigna de tal oficio, para cuyo cumplimiento los supremos serafines eran

insuficientes. Prudente y humildemente lo pensaba y pesaba la Madre de la sabiduría (Eclo 24, 24), y porque se humilló hasta el polvo y se deshizo toda en presencia del Altísimo, la levantó Su Majestad y de nuevo la dio título de Madre suya, y la mandó que como Madre legítima y verdadera ejercitase este oficio y ministerio: que le tratase como a Hijo del eterno Padre y juntamente Hijo de sus entrañas. Y todo se le pudo fiar a tal Madre, en que encierro todo lo que no puedo explicar con más palabras.

475. Estuvo María santísima en este rapto y visión beatífica más de una hora inmediata a su divino parto; y al mismo tiempo que salía de ella y volvía en sus sentidos, reconoció y vio que el cuerpo del niño Dios se movía en su virginal vientre, soltándose y despidiéndose de aquel natural lugar donde había estado nueve meses, y se encaminaba a salir de aquel sagrado tálamo. Este movimiento del niño no sólo no causó en la Virgen Madre dolor y pena, como sucede a las demás hijas de Adán y Eva en sus partos, pero antes la renovó toda en júbilo y alegría incomparable, causando en su alma y cuerpo virgíneo efectos tan divinos y levantados, que sobrepujan y exceden a todo pensamiento criado. Quedó en el cuerpo tan espiritualizada, tan hermosa y refulgente, que no parecía criatura humana y terrena: el rostro despedía rayos de luz como un sol entre color encarnado bellísimo, el semblante gravísimo con admirable majestad y el afecto inflamado y fervoroso. Estaba puesta de rodillas en el pesebre, los ojos levantados al cielo, las manos juntas y llegadas al pecho, el espíritu elevado en la divinidad y toda ella deificada. Y con esta disposición, en el término de aquel divino rapto, dio al mundo la eminentísima Señora al Unigénito del Padre y suyo (Lc 2, 7) y nuestro Salvador Jesús, Dios y hombre verdadero, a la hora de media noche, día de domingo, y el año de la creación del mundo, que la Iglesia romana enseña, de cinco mil ciento noventa y nueve; que esta cuenta se me ha declarado es la cierta y verdadera.

476. Otras circunstancias y condiciones de este divinísimo parto, aunque todos los fieles las suponen por milagrosas, pero como no tuvieron otros testigos más que a la misma

Reina del cielo y sus cortesanos, no se pueden saber todas en particular, salvo las que el mismo Señor ha manifestado a su santa Iglesia en común, o a particulares almas por diversos modos. Y porque en esto creo hay alguna variedad, y la materia es altísima y en todo venerable, habiendo yo declarado a mis Prelados que me gobiernan lo que conocí de estos misterios para escribirlos, me ordenó la obediencia que de nuevo los consultase con la divina luz y preguntase a la Emperatriz del cielo, mi madre y maestra, y a los Santos Ángeles que me asisten y sueltan las dificultades que se me ofrecen, algunas particularidades que convenían a la mayor declaración del parto sacratísimo de María, Madre de Jesús, Redentor nuestro. Y habiendo cumplido con este mandato, volví a entender lo mismo, y me fue declarado que sucedió en la forma siguiente:

477. En el término de la visión beatífica y rapto de la Madre siempre Virgen, que dejo declarado (Cf. supra n. 473), nació de ella el Sol de Justicia, Hijo del eterno Padre y suyo, limpio, hermosísimo, refulgente y puro, dejándola en su virginal entereza y pureza más divinizada y consagrada; porque no dividió, sino que penetró el virginal claustro, como los rayos del sol, que sin herir la vidriera cristalina, la penetra y deja más hermosa y refulgente. Y antes de explicar el modo milagroso como esto se ejecutó, digo que nació el niño Dios solo y puro, sin aquella túnica que llaman *secundina* en la que nacen comúnmente enredados los otros niños y están envueltos en ella en los vientres de sus madres. Y no me detengo en declarar la causa de donde pudo nacer y originarse el error que se ha introducido de lo contrario. Basta saber y suponer que en la generación del Verbo humanado y en su nacimiento, el brazo poderoso del Altísimo tomó y eligió de la naturaleza todo aquello que pertenecía a la verdad y sustancia de la generación humana, para que el Verbo hecho hombre verdadero, verdaderamente se llamase concebido, engendrado y nacido como hijo de la sustancia de su Madre siempre Virgen. Pero en las demás condiciones que no son de esencia, sino accidentales a la generación y natividad, no sólo se han de apartar de Cristo Señor nuestro y de su Madre santísima las que tienen relación y dependencia de

la culpa original o actual, pero otras muchas que no derogan a la sustancia de la generación o nacimiento y en los mismos términos de la naturaleza contienen alguna impuridad o superfluidad no necesaria para que la Reina del cielo se llame Madre verdadera y Cristo Señor nuestro hijo suyo y que nació de ella. Porque ni estos efectos del pecado o naturaleza eran necesarios para la verdad de la humanidad santísima, ni tampoco para el oficio de Redentor o Maestro; y lo que no fue necesario para estos tres fines, y por otra parte redundaba en mayor excelencia de Cristo y de su Madre santísimos, ¿no se ha de negar a entrambos? Ni los milagros que para ello fueron necesarios se han de recatear con el Autor de la naturaleza y gracia y con la que fue su digna Madre, prevenida, adornada y siempre favorecida y hermoseada; que la divina diestra en todos tiempos la estuvo enriqueciendo de gracias y dones y se extendió con su poder a todo lo que en pura criatura fue posible.

478. Conforme a esta verdad, no derogaba a la razón de madre verdadera que fuese virgen en concebir y parir por obra del Espíritu Santo, quedando siempre virgen. Y aunque sin culpa suya pudiera perder este privilegio la naturaleza, pero faltárale a la divina Madre tan rara y singular excelencia; y porque no estuviese y careciese de ella, se la concedió el poder de su Hijo santísimo. También pudiera nacer el niño Dios con aquella túnica o piel que los demás, pero esto no era necesario para nacer como hijo de su legítima Madre, y por esto no la sacó consigo del vientre virginal y materno, como tampoco pagó a la naturaleza este parto otras pensiones y tributos de menos pureza que contribuyen los demás por el orden común de nacer. El Verbo humanado no era justo que pasase por las leyes comunes de los hijos de Adán, antes era como consiguiente al milagroso modo de nacer, que fuese privilegiado y libre de todo lo que pudiera ser materia de corrupción o menos limpieza; y aquella túnica *secundina* no se había de corromper fuera del virginal vientre, por haber estado tan contigua o continua con su cuerpo santísimo y ser parte de la sangre y sustancia materna; ni tampoco era conveniente guardarla y conservarla, ni que la tocasen a ella las condiciones y privilegios que se le comunican al

divino cuerpo, para salir penetrando el de su Madre santísima, como diré luego. Y el milagro con que se había de disponer de esta piel sagrada, si saliera del vientre, se pudo obrar mejor quedándose en él, sin salir fuera.

479. Nació, pues, el niño Dios del tálamo virginal solo y sin otra cosa material o corporal que le acompañase, pero salió glorioso y transfigurado; porque la divinidad y sabiduría infinita dispuso y ordenó que la gloria del alma santísima redundase y se comunicase al cuerpo del niño Dios al tiempo del nacer, participando los dotes de gloria, como sucedió después en el Tabor (Mt 17, 2) en presencia de los tres Apóstoles. Y no fue necesaria esta maravilla para penetrar el claustro virginal y dejarle ileso en su virginal integridad, porque sin estos dotes pudiera Dios hacer otros milagros: que naciera el niño dejando virgen a la Madre, como lo dicen los doctores santos (S. Tomás, *Summa,* III, q. 28 a. 2 ad 2) que no conocieron otro misterio en esta natividad. Pero la voluntad divina fue que la beatísima Madre viese a su Hijo hombre-Dios la primera vez glorioso en el cuerpo para dos fines: el uno, que con la vista de aquel objeto divino la prudentísima Madre concibiese la reverencia altísima con que había de tratar a su Hijo, Dios y hombre verdadero; y aunque antes había sido informada de esto, con todo eso ordenó el Señor que por este medio como experimental se la infundiese nueva gracia, correspondiente a la experiencia que tomaba de la divina excelencia de su dulcísimo Hijo y de su majestad y grandeza; el segundo fin de esta maravilla fue como premio de la fidelidad y santidad de la divina Madre, para que sus ojos purísimos y castísimos, que a todo lo terreno se habían cerrado por el amor de su Hijo santísimo, le viesen luego en naciendo con tanta gloria y recibiesen aquel gozo y premio de su lealtad y fineza.

480. El sagrado Evangelista San Lucas dice (Lc 2, 7) que la Madre Virgen, habiendo parido a su Hijo primogénito, le envolvió en paños y le reclinó en un pesebre. Y no declara quién le llevó a sus manos desde su virginal vientre, porque esto no pertenecía a su intento. Pero fueron ministros de esta acción los dos príncipes soberanos San Miguel y San Gabriel, que como asistían en forma humana corpórea al

misterio, al punto que el Verbo humanado, penetrándose con su virtud por el tálamo virginal, salió a luz, en debida distancia le recibieron en sus manos con incomparable reverencia, y al modo que el Sacerdote propone al pueblo la Sagrada Hostia para que la adore, así estos dos celestiales ministros presentaron a los ojos de la divina Madre a su Hijo glorioso y refulgente. Todo esto sucedió en breve espacio. Y al punto que los santos Ángeles presentaron al niño Dios a su Madre, recíprocamente se miraron Hijo y Madre santísimos, hiriendo ella el corazón del dulce niño y quedando juntamente llevada y transformada en él. Y desde las manos de los dos santos príncipes habló el Príncipe celestial a su feliz Madre, y la dijo: Madre, asimílate a mí, que por el ser humano que me has dado quiero desde hoy darte otro nuevo ser de gracia más levantado, que siendo de pura criatura se asimile al mío, que soy Dios y hombre por imitación perfecta.—Respondió la prudentísima Madre: *Trahe me post te, in odorem unguentorum tuorum curremos* (Cant 1, 3). Llévame, Señor, tras de ti y correremos en el olor de tus ungüentos.—Aquí se cumplieron muchos de los ocultos misterios de los Cantares; y entre el niño Dios y su Madre Virgen pasaron otros de los divinos coloquios que allí se refieren, como: *Mi amado para mí y yo para él* (Cant 2,16), *y se convierte para mí* (Cant 7, 10). *Atiende qué hermosa eres, amiga mía, y tus ojos son de paloma. Atiende qué hermoso eres, dilecto mío* (Cant 1, 14-15); y otros muchos sacramentos que para referirlos sería necesario dilatar más de lo que es necesario este capítulo.

481. Con las palabras que oyó María santísima de la boca de su Hijo dilectísimo juntamente la fueron patentes los actos interiores de su alma santísima unida a la divinidad, para que imitándolos se asimilase a él. Y este beneficio fue el mayor que recibió la fidelísima y dichosa Madre de su Hijo, hombre y Dios verdadero no sólo porque desde aquella hora fue continuo por toda su vida, pero porque fue el ejemplar vivo de donde ella copió la suya, con toda la similitud posible entre la que era pura criatura y Cristo hombre y Dios verdadero. Al mismo tiempo conoció y sintió la divina Señora la presencia de la Santísima Trinidad, y oyó la voz del Padre eterno que decía: *Este es mi Hijo amado,*

en quien recibo grande agrado y complacencia (Mt 17, 5).—Y la prudentísima Madre, divinizada toda entre tan encumbrados sacramentos, respondió y dijo: Eterno Padre y Dios altísimo, Señor y Criador del universo, dadme de nuevo vuestra licencia y bendición para que con ella reciba en mis brazos al deseado de las gentes (Ag 2, 8), y enseñadme a cumplir en el ministerio de madre indigna y de esclava fiel vuestra divina voluntad.—Oyó luego una voz que le decía: Recibe a tu unigénito Hijo, imítale, críale y advierte que me lo has de sacrificar cuando yo te le pida. Aliméntale como madre y reverencíale como a tu verdadero Dios.—Respondió la divina Madre: Aquí está la hechura de vuestras divinas manos, adornadme de vuestra gracia para que vuestro Hijo y mi Dios me admita por su esclava; y dándome la suficiencia de vuestro gran poder, yo acierte en su servicio, y no sea atrevimiento que la humilde criatura tenga en sus manos y alimente con su leche a su mismo Señor y Criador.

482. Acabados estos coloquios tan llenos de divinos misterios, el niño Dios suspendió el milagro o volvió a continuar el que suspendía los dotes y gloria de su cuerpo santísimo, quedando represada sólo en el alma, y se mostró sin ellos en su ser natural y pasible. Y en este estado le vio también su Madre purísima, y con profunda humildad y reverencia, adorándole en la postura que ella estaba de rodillas, le recibió de manos de los Santos Ángeles que le tenían. Y cuando le vio en las suyas, le habló y le dijo: Dulcísimo amor mío, lumbre de mis ojos y ser de mi alma, venid en hora buena al mundo, Sol de Justicia (Mal 4, 2), para desterrar las tinieblas del pecado y de la muerte. Dios verdadero de Dios verdadero, redimid a vuestros siervos, y vea toda carne a quien le trae la salud (Is 52, 10). Recibid para vuestro obsequio a vuestra esclava y suplid mi insuficiencia para serviros. Hacedme, Hijo mío, tal como queréis que sea con vos.—Luego se convirtió la prudentísima Madre a ofrecer su Unigénito al eterno Padre, y dijo: Altísimo Criador de todo el universo, aquí está el altar y el sacrificio aceptable a vuestros ojos. Desde esta hora, Señor mío, mirad al linaje humano con misericordia, y cuando merezcamos vuestra indignación, tiempo es de que se aplaque con vuestro Hijo y mío. Descanse ya la justicia, y

magnifíquese vuestra misericordia, pues para esto se ha vestido el Verbo divino la similitud de la carne del pecado (Rom 8, 3) y se ha hecho hermano de los mortales y pecadores. Por este título los reconozco por hijos y pido con lo íntimo de mi corazón por ellos. Vos, Señor poderoso, me habéis hecho Madre de vuestro Unigénito sin merecerlo, porque esta dignidad es sobre todos merecimientos de criaturas, pero debo a los hombres en parte la ocasión que han dado a mi incomparable dicha, pues por ellos soy Madre del Verbo humanado pasible y Redentor de todos. No les negaré mi amor, mi cuidado y desvelo para su remedio. Recibid, eterno Dios, mis deseos y peticiones para lo que es de vuestro mismo agrado y voluntad.

483. Convirtióse también la Madre de Misericordia a todos los mortales, y hablando con ellos dijo: Consuélense los afligidos, alégrense los desconsolados, levántense los caídos, pacifíquense los turbados, resuciten los muertos, letifíquense los justos, alégrense los santos, reciban nuevo júbilo los espíritus celestiales, alíviense los profetas y patriarcas del limbo y todas las generaciones alaben y magnifiquen al Señor que renovó sus maravillas. Venid, venid, pobres; llegad, párvulos, sin temor, que en mis manos tengo hecho cordero manso al que se llama león; al poderoso, flaco; al invencible, rendido. Venid por la vida, llegad por la salud, acercaos por el descanso eterno, que para todos le tengo y se os dará de balde y le comunicaré sin envidia. No queráis ser tardos y pesados de corazón, oh hijos de los hombres. Y vos, dulce bien de mi alma, dadme licencia para que reciba de vos aquel deseado ósculo de todas las criaturas. — Con esto la felicísima Madre aplicó sus divinos y castísimos labios a las caricias tiernas y amorosas del niño Dios, que las esperaba como Hijo suyo verdadero.

484. Y sin dejarle de sus brazos, sirvió de altar y de sagrario donde los diez mil Ángeles en forma humana adoraron a su Criador hecho hombre. Y como la beatísima Trinidad asistía con especial modo al nacimiento del Verbo encarnado, quedó el cielo como desierto de sus moradores, porque toda aquella corte invisible se trasladó a la feliz cueva de Belén y adoró también a su

Criador en hábito nuevo y peregrino. Y en su alabanza entonaron los Santos Ángeles aquel nuevo cántico: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis* (Lc 2, 14). Y con dulcísima y sonora armonía le repitieron, admirados de las nuevas maravillas que veían puestas en ejecución y de la indecible prudencia, gracia, humildad y hermosura de una doncella tierna de quince años, depositaría y ministra digna de tales y tantos sacramentos.

485. Ya era hora que la prudentísima y advertida Señora llamase a su fidelísimo esposo San José, que, como arriba dije (Cf. supra n. 472), estaba en divino éxtasis, donde conoció por revelación todos los misterios del sagrado parto que en aquella noche se celebraron. Pero convenía también que con los sentidos corporales viese y tratase, adorase y reverenciase al Verbo humanado, antes que otro alguno de los mortales, pues él solo era entre todos escogido para despensero fiel de tan alto sacramento. Volvió del éxtasis mediante la voluntad de su divina Esposa, y restituido en sus sentidos, lo primero que vio fue el niño Dios en los brazos de su virgen Madre, arrimado a su sagrado rostro y pecho. Allí le adoró con profundísima humildad y lágrimas. Besóle los pies con nuevo júbilo y admiración, que le arrebatara y disolviera la vida, si no le conservara la virtud divina, y los sentidos perdiera, si no fuera necesario usar de ellos en aquella ocasión. Luego que el santo José adoró al niño, la prudentísima Madre pidió licencia a su mismo Hijo para asentarse, que hasta entonces había estado de rodillas, y administrándole San José los fajos y pañales que traían, le envolvió en ellos con incomparable reverencia, devoción y aliño, y así empañado y fajado, con sabiduría divina le reclinó la misma Madre en el pesebre, como el Evangelista San Lucas dice (Lc 2, 7), aplicando algunas pajas y heno a una piedra, para acomodarle en el primer lecho que tuvo Dios hombre en la tierra fuera de los brazos de su Madre. Vino luego, por voluntad divina, de aquellos campos un buey con suma presteza, y entrando en la cueva se juntó al jumentillo que la misma Reina había llevado; y ella les mandó adorasen con la reverencia que podían y reconociesen a su Criador. Obedecieron los humildes animales al mandato de su Señora y se postraron ante el niño y con su aliento le

calentaron y sirvieron con el obsequio que le negaron los hombres. Así estuvo Dios hecho hombre envuelto en paños, reclinado en el pesebre entre dos animales, y se cumplió milagrosamente la profecía: *que conoció el buey a su dueño y el jumento al pesebre de su señor, y no lo conoció Israel, ni su pueblo tuvo inteligencia* (Is 1, 3).

Doctrina de la Reina María santísima.

486. Hija mía, si los mortales tuvieran desocupado el corazón y sano juicio para considerar dignamente este gran sacramento de piedad que el Altísimo obró por ellos, poderosa fuera su memoria para reducirlos al camino de la vida y rendirlos al amor de su Criador y Reparador. Porque siendo los hombres capaces de razón, si de ella usaran con la dignidad y libertad que deben, ¿quién fuera tan insensible y duro que no se enterneciera y moviera a la vista de su Dios humanado y humillado a nacer pobre, despreciado, desconocido, en un pesebre entre animales brutos, sólo con el abrigo de una madre pobre y desechada de la estulticia y arrogancia del mundo? En presencia de tan alta sabiduría y misterio, ¿quién se atreverá a amar la vanidad y soberbia, que aborrece y condena el Criador de cielo y tierra con su ejemplo? Ni tampoco podrá aborrecer la humildad, pobreza y desnudez, que el mismo Señor amó y eligió para sí, enseñando el medio verdadero de la vida eterna. Pocos son los que se detienen a considerar esta verdad y ejemplo, y con tan fea ingratitud son pocos los que consiguen el fruto de tan grandes sacramentos.

487. Pero si la dignación de mi Hijo santísimo se ha mostrado tan liberal contigo en la ciencia y luz tan clara que te ha dado de estos admirables beneficios del linaje humano, considera bien, carísima, tu obligación y pondera cuánto y cómo debes obrar con la luz que recibes. Y para que correspondas a esta deuda, te advierto y exhorto de nuevo que olvides todo lo terreno y lo pierdas de vista y no quieras ni admitas otra cosa del mundo más de lo que te puede alejar y ocultar de él y de sus moradores, para que desnudo el corazón de todo afecto terreno, te dispongas para celebrar en él los misterios de la pobreza, humildad y amor de tu Dios humanado. Aprende de mi ejemplo la

reverencia, temor y respeto con que le has de tratar, como yo lo hacía cuando le tenía en mis brazos; y ejecutarás esta doctrina cuando tú le recibas en tu pecho en el venerable Sacramento de la Eucaristía, donde está el mismo Dios y hombre verdadero que nació de mis entrañas. Y en este Sacramento le recibes y tienes realmente tan cerca, que está dentro de ti misma con la verdad que yo le trataba y tenía, aunque por otro modo.

488. En esta reverencia y temor santo quiero que seas extremada, y que también adviertas y entiendas, que con la obra de entrar Dios sacramentado en tu pecho te dice lo mismo que a mí me dijo en aquellas razones: Que me asimilase a él, como lo has entendido y escrito. El bajar del cielo a la tierra, nacer en pobreza y humildad, vivir y morir en ella con tan raro ejemplo y enseñanza del desprecio del mundo y de sus engaños, y la ciencia que de estas obras te ha dado, señalándose contigo en alta y encumbrada inteligencia y penetración, todo esto ha de ser para ti una voz viva que debes oír con íntima atención de tu alma y escribirla en tu corazón, para que con discreción hagas propios los beneficios comunes y entiendas que de ti quiere mi Hijo santísimo y mi Señor los agradezcas y recibas, como si por ti (Gal 2, 20) sola hubiera bajado del cielo a redimirte y obrar todas las maravillas y doctrina que dejó en su Iglesia santa.

CAPITULO 11

Cómo los santos Ángeles evangelizaron en diversas partes el nacimiento de nuestro Salvador, y los pastores vinieron a adorarle.

489. Habiendo celebrado los cortesanos del cielo en el portal de Belén el nacimiento de su Dios humanado y nuestro Reparador, fueron luego despachados algunos de ellos por el mismo Señor a diversas partes, para que evangelizasen las dichosas nuevas a los que según la divina voluntad estaban dispuestos para oírlas. El santo príncipe Miguel fue a los santos padres del limbo y les anunció cómo el Unigénito del Padre eterno hecho hombre había ya

nacido y quedaba en el mundo y en un pesebre entre animales, humilde y manso cual ellos le habían profetizado. Y especialmente habló a los santos Joaquín y Ana de parte de la dichosa Madre, porque ella misma se lo ordenó, y les dio la enhorabuena de que ya tenía en sus brazos al deseado de las gentes y prenunciado de todos los profetas y patriarcas. Fue el día de mayor consuelo y alegría que en su largo destierro había tenido toda aquella gran congregación de justos y santos. Y reconociendo todos al nuevo Hombre y Dios verdadero por autor de la salud eterna, hicieron nuevos cánticos en su alabanza y le adoraron y dieron culto. San Joaquín y Santa Ana, por medio del paraninfo del cielo San Miguel, pidieron a María su hija santísima que en su nombre reverenciase al niño Dios, fruto bendito de su virginal vientre, y así lo hizo luego la gran Reina del mundo, oyendo con extremado júbilo todo lo que el santo Príncipe le refirió de los padres del limbo.

490. Otro Ángel de los que guardaban y asistían a la divina Madre fue enviado a Santa Isabel y su hijo San Juan Bautista, y habiéndoles anunciado la nueva natividad del Redentor, la prudente matrona con su hijo, aunque era tan niño y tierno, se postraron en tierra y adoraron a su Dios humanado en espíritu y verdad (Jn 4, 23). Y el niño que estaba consagrado para su precursor fue renovado interiormente con nuevo espíritu más inflamado que el de Elías, causando estos misterios en los mismos Ángeles nueva admiración y alabanza. Pidieron también San Juan Bautista y su madre a nuestra Reina, por medio de los Ángeles, que en nombre de los dos adorase a su Hijo santísimo y los ofreciese de nuevo a su servicio; y todo lo cumplió luego la Reina celestial.

491. Con este aviso despachó luego Santa Isabel un propio a Belén y con él envió un regalo a la feliz Madre del niño Dios, que fue algún dinero, lienzo y otras cosas para abrigo del recién nacido y de su pobre Madre y esposo. Fue el propio con solo orden que visitase a su prima y a San José y que atendiese a la comodidad y necesidad que tuviesen, y de esto y su salud trajese nuevas ciertas. No tuvo este hombre más noticia del sacramento que sólo lo exterior que vio y reconoció, pero admirado y tocado de

una fuerza divina volvió renovado interiormente y con júbilo admirable contó a Santa Isabel la pobreza y agrado de su deuda y del niño y San José, y los efectos que de verlo todo había sentido; y en el corazón dispuesto de la piadosa matrona fueron admirables los que obró tan sincera relación. Y si no interviniera la voluntad divina para el secreto y recato de tan alto sacramento, no se pudiera contener para dejar de visitar a la Madre Virgen y al niño Dios recién nacido. De las cosas que les envió tomó alguna parte la Reina, para suplir en algo la pobreza en que se hallaba, y lo demás distribuyó con los pobres; que de éstos no quiso le faltase compañía los días que estuvo en el portal o cueva del nacimiento.

492. Fueron también otros Ángeles a dar las mismas nuevas a San Zacarías, a San Simeón y Santa Ana la Profetisa, y a otros algunos justos y santos, de quienes se pudo fiar el nuevo misterio de nuestra redención; porque hallándolos el Señor dignamente prevenidos para recibirle con alabanza y fruto, parecía como deuda a su virtud no ocultarle el beneficio que se concedía al linaje humano. Y aunque no todos los justos de la tierra conocieron entonces este sacramento, pero en todos hubo algunos efectos divinos en la hora que nació el Salvador del mundo, porque todos los que estaban en gracia sintieron interior júbilo, nuevo y sobrenatural, ignorando la causa en particular. Y no sólo hubo mutaciones en los ángeles y en los justos, sino en otras criaturas insensibles, porque todas las influencias de los planetas se renovaron y mejoraron. El sol apresuró mucho su curso, las estrellas dieron mayor resplandor, y para los Reyes magos se formó aquella noche la milagrosa estrella (Mt 2, 2) que los encaminó a Belén; muchos árboles dieron flor y otros frutos, algunos templos de ídolos se arruinaron y otros ídolos cayeron y salieron de ellos demonios. Y de todos estos milagros, y otros que fueron manifiestos al mundo aquel día, daban diferentes causas los hombres desatinando en la verdad. Sólo entre los justos hubo muchos que con impulso divino sospecharon o creyeren que Dios había venido al mundo, aunque con certeza nadie lo supo, fuera de aquellos a quienes él mismo lo reveló. Entre ellos fueron los tres Reyes magos, a quienes enviaron otros Ángeles de los

custodios de la Reina, que a cada uno singularmente, donde estaban en las partes del oriente, les revelaran intelectualmente por habla interior cómo el Redentor del linaje humano había nacido en pobreza y humildad. Y con esta revelación se les infundieron nuevos deseos de buscarle y adorarle, y luego vieron la señalada estrella que los encaminó a Belén, como diré adelante (Cf. infra p.II n. 552ss).

493. Entre todos fueron muy dichosos los pastores (Lc 2, 8) de aquella región, que desvelados guardaban sus rebaños a la misma hora del nacimiento. Y no sólo porque velaban con aquel honesto cuidado y trabajo que padecían por Dios, mas también porque eran pobres, humildes y despreciados del mundo, justos y sencillos de corazón, eran de los que en el pueblo de Israel esperaban con fervor y deseaban la venida del Mesías, y de ella hablaban y conferían repetidas veces. Tenían mayor semejanza con el autor de la vida, tanto cuanto eran más disímiles del fausto, vanidad y ostentación mundana y lejos de su diabólica astucia. Representaban con estas nobles condiciones el oficio que venía a ejercer el pastor bueno, a reconocer sus ovejas y ser de ellas reconocido (Jn 10, 14). Por estar en tan conveniente disposición, merecieron ser citados y convidados como primicias de los Santos por el mismo Señor, para que entre los mortales fuesen ellos los primeros a quien se manifestase y comunicase el Verbo eterno humanado, y de quien se diese por alabado, servido y adorado. Para esto fue enviado el mismo Arcángel San Gabriel y, hallándolos en su vigilia, se les apareció en forma humana visible con gran resplandor de candidísima luz.

494. Halláronse los pastores repentinamente rodeados y bañados de celestial resplandor, y con la vista del Ángel, como poco ejercitados en tales revelaciones, temieron con gran pavor. Y el santo príncipe los animó, y les dijo: Hombres sinceros, no queráis temer, que os Evangelizo un grande gozo, y es que para vosotros ha nacido hoy el Salvador Cristo Señor nuestro en la ciudad de David. Y os doy por señal de esta verdad, que hallaréis al infante envuelto en paños y puesto en un pesebre. — A estas palabras del Santo Arcángel sobrevino de improviso gran

multitud de celestial milicia, que con dulces voces y armonía alabaron al Muy Alto, y dijeron: Gloria en las alturas a Dios y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Lc 2, 9ss). — Y repitiendo este divino cántico tan nuevo en el mundo, desaparecieron los Santos Ángeles; sucediendo todo esto en la cuarta vigilia de la noche. Con esta visión angélica quedaron los humildes y dichosos pastores llenos de luz divina, encendidos y fervorosos, con deseo uniforme de lograr su felicidad y llegar a reconocer con sus ojos el misterio altísimo que ya habían percibido por el oído.

495. Las señas que les dio el Santo Ángel no parecían muy a propósito ni proporcionadas con los ojos de la carne para la grandeza del recién nacido; porque estar en un pesebre envuelto en humildes y pobres paños, no fueran indicios eficaces para conocer la majestad de rey, si no la penetraran con divina luz, de que fueron ilustrados y enseñados. Y porque estaban desnudos de la arrogancia y sabiduría mundana, fueron brevemente instruidos en la divina. Y confiriendo entre sí mismos lo que cada uno sentía de la nueva embajada, se determinaron de ir a toda prisa a Belén y ver la maravilla que habían oído de parte del Señor. Partieron luego sin dilación, y entrando en la cueva o portal hallaron, como dice el Evangelista San Lucas (Lc 2, 9ss), a María, a José y al infante reclinado en el pesebre. Y viendo todo esto conocieron la verdad de lo que habían oído del niño. A esta experiencia y visión se siguió una ilustración interior que recibieron con la vista del Verbo humanado; porque cuando los pastores pusieron en él los ojos, el mismo niño divino también los miró, despidiendo de su rostro grande resplandor, con cuyos rayos y refulgencia hirió el corazón sencillo de cada uno de aquellos pobres y felices hombres, y con eficacia divina los trocó y renovó en nuevo ser de gracia y santidad, dejándolos elevados y llenos de ciencia divina de los misterios altísimos de la encarnación y redención del linaje humano.

496. Postráronse todos en tierra y adoraron al Verbo humanado, y no ya como hombres rústicos e ignorantes, sino como sabios y prudentes le alabaron, confesaron y engrandecieron por verdadero Dios y hombre, Reparador y

Redentor del linaje humano. La divina Señora y Madre del infante Dios estaba atenta a todo lo que decían, hacían y obraban los pastores, exterior e interior, por que penetraba lo íntimo de sus corazones. Y con altísima sabiduría y prudencia confería y guardaba todas estas cosas en su pecho (Lc 2, 19), careándolas con los misterios que en él tenía y con las Santas Escrituras y profecías. Y como ella era entonces el órgano del Espíritu Santo y la lengua del infante, habló a los pastores y los instruyó, amonestó y exhortó a la perseverancia en el amor divino y servicio del Altísimo. Ellos también la preguntaron a su modo y respondieron muchas cosas de los misterios que habían conocido; y estuvieron en el portal desde el punto de amanecer hasta después del mediodía, que habiéndoles dado de comer nuestra gran Reina, los despidió llenos de gracias y consolación celestial.

497. En los días que estuvieron en el portal María santísima, el Niño Dios y San José, volvieron algunas veces a visitarlos estos Santos Pastores y les trajeron algunos regalos de lo que su pobreza alcanzaba. Y lo que el Evangelista San Lucas dice (Lc 2, 18), que se admiraban los que oyeron hablar a los pastores de lo que habían visto, no sucedió hasta después que la Reina con el Niño Dios y San José se fue y se alejó de Belén; porque lo dispuso así la divina sabiduría y que no lo pudiesen publicar antes los pastores. Y no todos los que los oyeron les dieron crédito, juzgándolos algunos por gente rústica e ignorante, pero ellos fueron santos y llenos de ciencia divina hasta la muerte. Entre los que les dieron crédito fue Herodes, aunque no por fe ni piedad santa, sino por el temor mundano y pésimo de perder el reino. Y entre los niños que quitó la vida, fueron algunos hijos de estos santos hombres, que también merecieron esta grande dicha, y sus padres los ofrecieron con alegría al martirio, que ellos deseaban, y a padecer por el Señor que conocían.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

498. Hija mía, tan reprensible es como ordinario y común entre los mortales el olvido y poca advertencia en las obras de su Reparador, siendo así que todas fueron misteriosas,

llenas de amor, de misericordia y enseñanza para ellos. Tú fuiste llamada y escogida para que con la ciencia y luz que recibes no incurras en esta peligrosa torpeza y grosería; y así quiero que en los misterios que has escrito ahora atiendas y ponderes el ardentísimo amor de mi Hijo santísimo en comunicarse a los hombres luego que nació en el mundo, para que sin dilación participasen el fruto y alegría de su venida. No conocen esta obligación los hombres, porque son pocos los que penetran las que tienen a tan singulares beneficios, como también fue poco el número de los que en naciendo vieron al Verbo humanado y le agradecieron su venida. Pero ignoran la causa de su desdicha y ceguera, que ni fue ni es de parte del Señor ni de su amor, sino de los pecados y mala disposición de los mismos hombres; porque si no lo impidiera o desmereciera su mal estado, a todos o a muchos se les hubiera dado la misma luz que se les dio a los justos, a los pastores y a los Santos Reyes. Y de haber sido tan pocos, entenderás cuan infeliz estado tenía el mundo cuando el Verbo humanado nació en él; y el desdichado que ahora tiene, cuando están con más evidencia y tan pocas memorias para el retorno debido.

499. Pondera ahora la indisposición de los mortales en el siglo presente, donde estando la luz del Evangelio tan declarada y confirmada con las obras y maravillas que Dios ha obrado en su Iglesia, con todo eso son tan pocos los perfectos y que se quieran disponer para la mayor participación de los efectos y fruto de la redención. Y aunque por ser tan dilatado el número de los necios (Ecl 1, 15) y tan desmesurados los vicios, piensan algunos que son muchos los perfectos, porque no los ven tan atrevidos contra Dios, no son tantos como se piensa, y muchos menos de los que debían ser, cuando está Dios tan ofendido de los infieles y tan deseoso de comunicar los tesoros de su gracia a la Iglesia santa por los merecimientos de su Unigénito hecho hombre. Advierte, pues, carísima, a qué te obliga la noticia tan clara que recibes de estas verdades. Vive atenta, cuidadosa y desvelada para corresponder a quien te obliga tanto, sin que pierdas tiempo, ni lugar, ni ocasión en obrar lo más santo y perfecto que conoces; pues no cumplirás con menos. Mira que te amonesto, compelo y

mando que no recibas en vano (2 Cor 6,1) favor tan singular, no tengas ociosa la gracia y la luz, sino obra con plenitud de perfección y agradecimiento.

CAPITULO 12

Lo que se le ocultó al demonio del misterio del nacimiento del Verbo humanado y otras cosas hasta la circuncisión.

500. Para todos los mortales fue dichosa y felicísima la venida del Verbo eterno humanado al mundo, cuanto era de parte del mismo Señor, porque vino para dar vida y luz a todos los que estábamos en las tinieblas y sombras de la muerte (Lc 1, 79). Y si los precitos e incrédulos tropezaron y ofenden en esta piedra (Rom 9,33) angular, buscando su ruina donde podían y debían hallar la resurrección a la eterna vida, esto no fue culpa de la piedra, mas antes de quien la hizo piedra de escándalo, ofendiendo en ella. Sólo para el infierno fue terrible la natividad del niño Dios, que era el fuerte y el invencible que venía a despojar de su tirano imperio a aquel fuerte armado (Lc 11, 21) de la mentira, que guardaba su castillo con pacífica pero injusta posesión de largo tiempo. Para derribar a este príncipe del mundo y de las tinieblas fue justo que se le ocultase el sacramento de esta venida del Verbo, pues no sólo era indigno por su malicia para conocer los misterios de la sabiduría infinita, pero convenía que la Divina Providencia diese lugar para que la propia malicia de este enemigo le cegase y oscureciese; pues con ella había introducido en el mundo el engaño y ceguera de la culpa, derribando a todo el linaje de Adán en su caída.

501. Por esta disposición divina se le ocultaron a Lucifer y sus ministros muchas cosas que naturalmente pudieran conocer en la natividad del Verbo y en el discurso de su vida santísima, como en esta Historia es forzoso repetir algunas veces (Cf. supra n. 326; infra n. 928, 937, 995). Porque si conociera con certeza que Cristo era Dios verdadero, es evidente que no le procurara la muerte, antes se la impidiera (1 Cor 2, 8), de que diré más

en su lugar (Cf. infra n. 1205, 1251, 1324) . En el misterio de la natividad sólo conoció que María santísima había parido un hijo en pobreza y en el portal desamparado y que no halló posada ni abrigo, y después la circuncisión del niño y otras cosas que supuesta su soberbia más podían deslumbrarle la verdad que declarársela. Pero no conoció el modo del nacimiento, ni que la feliz Madre quedó Virgen, ni que lo estaba antes, ni conoció las embajadas de los Ángeles a los justos, ni a los pastores, ni sus pláticas, ni la adoración que dieron al niño Dios, ni después vio la estrella, ni supo la causa de la venida de los Santos Reyes Magos, y aunque los vieron hacer la jornada juzgaron era por otros fines temporales. Tampoco penetraron la causa de la mudanza que hubo en los elementos, astros y planetas, aunque vieron sus mutaciones y efectos, pero se les ocultó el fin y la plática que los Magos tuvieron con Herodes, y su entrada en el portal y la adoración y dones que ofrecieron. Y aunque conocieron el furor de Herodes, a que ayudaron contra los niños, pero no entendieron su depravado intento por entonces, y así fomentaron su crueldad. Y aunque Lucifer conjeturó si buscaba al Mesías, parecióle disparate y hacía irrisión de Herodes, porque en su soberbio juicio era desatino pensar que el Verbo, cuando venía a señorearse del mundo, fuese con modo oculto y humilde, sino con ostentoso poder y majestad, de que estaba tan lejos el Niño Dios, nacido de madre pobre y despreciada de los hombres.

502. Con este engaño Lucifer, habiendo reconocido algunas novedades de las que sucedieron en la natividad, juntó a sus ministros en el infierno, y les dijo: No hallo causa para temer por las cosas que en el mundo hemos reconocido, porque la mujer a quien tanto hemos perseguido, aunque ha parido un hijo, pero esto ha sido en suma pobreza, y tan desconocido que no halló una posada donde recogerse; y todo esto bien conocemos cuan lejos está del poder que Dios tiene y de su grandeza. Y si ha de venir contra nosotros, como no se nos ha mostrado y entendido no son fuerzas las que tiene para resistir a nuestra potencia, no hay que temer que éste sea el Mesías, y más viendo que tratan de circuncidarlo como a los demás hombres; que esto no viene a propósito con haber de ser

salvador del mundo, pues él necesita del remedio de la culpa. Todas estas señales son contra los intentos de venir Dios al mundo, y me parece podemos estar seguros por ahora de que no ha venido. — Aprobaron los ministros de maldad este juicio de su dañada cabeza y quedaron satisfechos de no haber nacido el Mesías, porque todos eran cómplices en la malicia que los oscurecía y persuadía (Sab 2, 21). No cabía en la vanidad y soberbia implacable de Lucifer que se humillase la Majestad y Grandeza; y como él apetecía el aplauso y ostentación, reverencia y magnificencia, y si pudiera conseguir y alcanzar que todas las criaturas le adoraran las obligara a ello, por esto no cabía en su juicio que, siendo todopoderoso Dios para hacerlo, consintiese lo contrario y se sujetase a la humildad, que él tanto aborrecía.

503. Oh hijos de la vanidad, ¡qué ejemplares son éstos para nuestro desengaño! Mucho nos debe atraer y compeler la humildad de Cristo nuestro bien y maestro, pero si ésta no nos mueve, deténganos y atemorícenos la soberbia de Lucifer. ¡Oh vicio y pecado formidable sobre toda ponderación humana; pues a un ángel lleno de ciencia de tal manera le oscureciste, que de la bondad infinita del mismo Dios aun no pudo hacer otro juicio más del que hizo de sí mismo y de su propia malicia! Pues ¿qué discurrirá el hombre, que por sí es ignorante, si se le junta la soberbia y la culpa? ¡Oh infeliz y estultísimo Lucifer! ¿Cómo desatinaste en una cosa tan llena de razón y hermosura? ¿Qué hay más amable que la humildad y mansedumbre junta con la majestad y el poder? ¿Por qué ignoras, vil criatura, que el no saberse humillar es flaqueza de juicio y nace de corazón abatido?. El que es magnánimo y verdaderamente grande no se paga de la vanidad, ni sabe apetecer lo que es tan vil, ni le puede satisfacer lo falaz y aparente. Manifiesta cosa es que para la verdad eres tenebroso y ciego y guía oscurísima de los ciegos (Mt 15,14), pues no alcanzaste a conocer que la grandeza y bondad del amor divino se manifestaba y engrandecía con humildad y obediencia hasta la muerte de cruz (Flp 2, 8).

504. Todos los engaños y demencia de Lucifer y sus

ministros miraba la Madre de la sabiduría y Señora nuestra, y con digna ponderación de tan altos misterios confesaba y bendecía al Señor, porque los ocultaba de los soberbios y arrogantes y los revelaba a los humildes y pobres (Mt 11, 25), comenzando a vencer la tiranía del demonio. Hacía la piadosa Madre fervientes oraciones y peticiones por todos los mortales, que por sus propias culpas eran indignos de conocer luego la luz que para su remedio había nacido en el mundo, y todo lo presentaba a su Hijo dulcísimo con incomparable amor y compasión de los pecadores. Y en estas obras gastaba la mayor parte del tiempo que se detuvo en el portal del nacimiento. Pero como aquel puesto era desacomodado y tan expuesto a las inclemencias del tiempo, estaba la gran Señora más cuidadosa del abrigo de su tierno y dulce infante, y como prudentísima trajo prevenido un mantillo con que abrigarle, a más de los fajos ordinarios, y cubriéndole con él le tenía continuamente en el sagrado tabernáculo de sus brazos, si no es cuando se le daba a su esposo San José, que para hacerle más dichoso quiso también le ayudase en esto y sirviese a Dios humanado en el ministerio de padre.

505. La primera vez que el santo esposo recibió al Niño Dios en los brazos, le dijo María santísima: Esposo y amparo mío, recibid en vuestros brazos al Criador del cielo y tierra y gozad su amable compañía y dulzura, para que mi Señor y Dios tenga en vuestro obsequio sus regalos y delicias (Prov 8, 31). Tomad el tesoro del eterno Padre y participad del beneficio del linaje humano. — Y hablando interiormente con el niño Dios, le dijo: Amor dulcísimo de mi alma y lumbre de mis ojos, descansad en los brazos de vuestro siervo y amigo José mi esposo; tened con él vuestros regalos y por ellos disimulad mis groserías. Siento mucho estar sin vos un solo instante, pero a quien es digno quiero sin envidia comunicar el bien (Sab 7,13) que con verdad recibo. — El fidelísimo esposo, reconociendo su nueva dicha, se humilló hasta la tierra y respondió: Señora y Reina del mundo, esposa mía, ¿cómo yo, indigno, me atreveré a tener en mis brazos al mismo Dios, en cuya presencia tiemblan las columnas del cielo (Job 26, 11)? ¿Cómo este vil gusanillo tendrá ánimo para admitir tan peregrino favor? Polvo y ceniza soy, pero vos, Señora,

suplid mi poquedad y pedid a Su Alteza me mire con clemencia y me disponga con su gracia.

506. Entre el deseo de recibir al Niño Dios y el temor reverencial que detenía al santo esposo, hizo actos heroicos de amor, de fe, de humildad y profunda reverencia, y con ella y un temblor prudentísimo, puesto de rodillas, le recibió de las manos de su Madre santísima, derramando dulcísimas y copiosas lágrimas de júbilo y alegría tan nueva para el dichoso santo, como lo era el beneficio. El niño Dios le miró con semblante caricioso y al mismo tiempo le renovó todo en el interior con tan divinos efectos, que no es posible reducirlos a palabras. Hizo el santo esposo nuevos cánticos de alabanza, hallándose enriquecido con tan magníficos beneficios y favores. Y después que por algún tiempo había gozado su espíritu de los efectos dulcísimos que recibió de tener en sus manos al mismo Señor que en la suya encierra los cielos y la tierra, se le volvió a la feliz y dichosa Madre, estando entrambos María y José arrodillados para darle y recibirle. Y con esta reverencia le tomaba siempre y le dejaba de sus brazos la prudentísima Señora, y lo mismo hacía su esposo cuando le tocaba esta dichosa suerte. Y antes de llegar a Su Majestad, hacían tres genuflexiones, besando la tierra con actos heroicos de humildad, culto y reverencia que ejercitaban la gran Reina y el bienaventurado San José, cuando le daban y recibían de uno a otro.

507. Cuando la divina Madre juzgó que ya era tiempo de darle el pecho, con humilde reverencia pidió licencia a su mismo Hijo, porque si bien le debía alimentar como a Hijo y hombre verdadero, le miraba juntamente como a verdadero Dios y Señor y conocía la distancia del ser divino infinito al de pura criatura, como ella era. Y como esta ciencia en la prudentísima Virgen era indefectible, sin mengua ni intervalo, ni una pequeña inadvertencia no tuvo. Siempre atendía a todo y comprendía y obraba con plenitud lo más alto y perfecto, y así cuidaba de alimentar, servir y guardar a su niño Dios, no con conturbada solicitud, sino con incesante atención, reverencia y prudencia, causando nueva admiración a los mismos Ángeles, cuya ciencia no llegaba a comprender las heroicas obras de una doncella

tierna y niña. Y como siempre la asistían corporalmente desde que estuvo en el portal del nacimiento, la servían y administraban en todas las cosas que eran necesarias para el obsequio del Niño Dios y de la misma Madre. Y todos juntos estos misterios son tan dulces y admirables y tan dignos de nuestra atención y memoria, que no podemos negar cuan reprensible es nuestra grosería en olvidarlos y cuan enemigos somos de nosotros mismos privándonos de su memoria y los divinos efectos que con ella sienten los hijos fieles y agradecidos.

508. Con la inteligencia que se me ha dado de la veneración con que María santísima y el glorioso San José trataban al niño Dios humanado y la reverencia de los coros angélicos, pudiera alargar mucho este discurso; pero aunque no lo hago, quiero confesar me hallo en medio de esta luz muy turbada y reprendida, conociendo la poca veneración con que audazmente he tratado con Dios hasta ahora, y las muchas culpas que en esto he cometido se me han hecho patentes. Para asistir en estas obras a la Reina, todos los Ángeles Santos que la acompañaban estuvieron en forma humana visible, desde el nacimiento hasta que con el niño fue a Egipto, como adelante diré (Cfr. infra n. 619ss). Y el cuidado de la humilde y amorosa Madre con su Niño Dios era tan incesante, que sólo para tomar algún sustento le dejaba de sus brazos en los de San José algunas veces y otras en los de los Santos Príncipes Miguel y Gabriel; porque estos dos Arcángeles le pidieron que mientras comían o trabajaba San José, se le diese a ellos. Y así lo dejaba en manos de los Ángeles, cumpliéndose admirablemente lo que dijo David (Sal 90,12): *En sus manos te llevarán,* etc. No dormía la diligentísima Madre por guardar a su Hijo santísimo, hasta que Su Majestad le dijo que durmiese y descansase. Y para esto, en premio de su cuidado, le dio un linaje de sueño más nuevo y milagroso del que hasta entonces había tenido, cuando juntamente dormía y su corazón velaba, continuando o no interrumpiendo las inteligencias y contemplación divina. Pero desde este día añadió el Señor otro milagro a éste, y fue que dormía la gran Señora lo que era necesario y tenía fuerza en los brazos para sustentar y tener al Niño como si velara, y le miraba con el entendimiento, como si le viera

con los ojos del cuerpo, conociendo intelectualmente todo lo que hacía ella y el Niño exteriormente. Y con esta maravilla se ejecutó lo que dijo en los Cantares (Cant 5, 2): *Yo duermo y mi corazón vela.*

509. Los cánticos de alabanza y gloria del Señor que hacía nuestra Reina celestial al niño, alternando con los Santos Ángeles y también con su esposo San José, no puedo explicarlos con mis cortas razones y limitados términos; y de solo esto había mucho que escribir porque eran muy continuos, pero su noticia está reservada para especial gozo de los escogidos. Entre los mortales fue dichosísimo y privilegiado en esto él fídelísimo San José, que muchas veces los participaba y entendía. Y a más de este favor gozaba de otro para su alma de singular aprecio y consuelo, que la prudentísima esposa le daba; porque muchas veces hablando con él del Niño le nombrada *nuestro Hijo,* no porque fuese hijo natural de San José el que sólo era hijo del eterno Padre y de sola su Madre Virgen, pero porque en el juicio de los hombres era reputado por hijo de San José. Y este favor y privilegio del Santo era de incomparable gozo y estimación para él, y por esto se le renovaba la divina Señora su esposa. [San José es padre putativo de Jesús].

Doctrina que me dio la Reina y Señora del cielo.

510. Hija mía, véote con devota emulación de la dicha de mis obras, de las de mi esposo y de mis Ángeles en la compañía de mi Hijo santísimo, porque le teníamos a la vista como tú lo desearas, si fuera posible. Y quiero consolarte y encaminar tu afecto en lo que debes y puedes obrar según tu condición, para conseguir en el grado posible la felicidad que en nosotros ponderas y te lleva el corazón. Advierte, pues, carísima, lo que bastamente has podido conocer de los diferentes caminos por donde lleva Dios en su Iglesia a las almas a quienes ama y busca con paternal afecto. Esta ciencia has podido alcanzar con la experiencia de tantos llamamientos y luz particular como has recibido, hallando siempre al Señor a las puertas de tu corazón, llamando (Ap 3, 20) y esperando tanto tiempo, solicitándote con repetidos favores y doctrina altísima, para

enseñarte y asegurarte de que su dignación te ha dispuesto y señalado para el estrecho vínculo de amor y trato suyo, y para que tú con atentísima solicitud procures la pureza grande que para esta vocación se requiere.

511. Tampoco ignoras, pues te lo enseña la fe, que Dios está en todo lugar por presencia, esencia y potencia de su divinidad, y que le son patentes todos tus pensamientos, tus deseos y gemidos, sin que ninguno se le oculte. Y si con esta verdad trabajas como fiel sierva para conservar la gracia que recibes por medio de los sacramentos santos y por otros conductos de la divina disposición, estará contigo el Señor por otro modo de especial asistencia, y con ella te amará y regalará como a esposa dilecta suya. Pues si todo esto conoces y lo entiendes, dime ahora, ¿qué te queda que desear y envidiar, cuando tienes el lleno de tus ansias y suspiros? Lo que te resta y yo de ti quiero, es que con esa emulación santa trabajes por imitar la conversación y condición de los Ángeles, la pureza de mi esposo, y copiar en ti la forma de mi vida, en cuanto fuere posible, para que seas digna morada del Altísimo. En ejecutar esta doctrina has de poner todo el conato y deseo o emulación con que quisieras haberte hallado, donde vieras y adoraras a mi Hijo santísimo en su nacimiento y niñez; porque si me imitas, segura puedes estar que me tendrás por tu maestra y amparo, y al Señor en tu alma con segura posesión. Y con esta certeza le puedes hablar, regalándote con él y abrazándole, como quien le tiene consigo, pues para comunicar estas delicias con las almas puras y limpias tomó carne humana y se hizo Niño. Pero siempre le mira como a grande y como Dios, aunque Niño, para que las caricias sean con reverencia y el amor con el santo temor; pues lo uno se le debe, y a lo otro se digna por su inmensa bondad y magnífica misericordia.

512. En este trato del Señor has de ser continua y sin intervalos de tibieza que le cause hastío, porque tu ocupación legítima y de asiento ha de ser el amor y alabanza de su ser infinito. Todo lo demás quiero que tomes muy de paso, de manera que apenas te hallen las cosas visibles y terrenas para detenerte un punto en ellas. En este vuelo te has de juzgar, y que no tienes otra cosa a que

atender de veras, fuera del sumo y verdadero bien que buscas. A mí sola has de imitar, sólo para Dios has de vivir; todo lo demás ni ha de ser para ti, ni tú para ello. Pero los dones y bienes que recibes, quiero los dispenses y comuniques para beneficio de tus prójimos, con el orden de la caridad perfecta, que por eso no se evacúa (1 Cor 13, 8), antes se aumenta más. En esto has de guardar el modo que te conviene, según tu condición y estado, como otras veces te he mostrado y enseñado.

CAPITULO 13

Conoció María santísima la voluntad del Señor para que su Hijo unigénito se circuncidase, y trátalo con San José; viene del cielo el nombre santísimo de Jesús.

513. Luego que la prudentísima Virgen se halló Madre con la encarnación del Verbo divino en sus entrañas, comenzó a conferir consigo misma los trabajos y penalidades que su Hijo dulcísimo venía a padecer. Y como la noticia que tenía de las Escrituras era tan profunda, comprendía en ellas todos los misterios que contenían, y con esta ciencia iba previniendo y pesando con incomparable compasión lo que había de padecer por la redención humana. Este dolor previsto y prevenido con tanta ciencia, fue un prolongado martirio de la mansísima Madre del Cordero que había de ser sacrificado. Pero en cuanto al misterio de la circuncisión, que había de ser tras del nacimiento, no tenía la divina Señora orden expreso ni conocimiento de la voluntad del eterno Padre. Con esta suspensión solicitaba la compasión, los afectos y dulce voz de la tierna y amorosa Madre. Consideraba ella con su prudencia que su Hijo santísimo venía a honrar su ley, acreditándola con guardarla y confirmándola con la ejecución y cumplimiento, y que a más de esto venía a padecer por los hombres y que su ardentísimo amor no rehusaba el dolor de la circuncisión, y que por otros fines podría ser conveniente admitirla.

514. Por otra parte, el maternal amor y compasión la inclinaban a excusar a su dulcísimo niño de padecer esta penalidad, si fuera posible; y también porque la circuncisión

era sacramento para limpiar del pecado original, de que el infante Dios estaba tan libre, sin haberle contraído en Adán. Con esta indiferencia entre el amor de su Hijo santísimo y la obediencia del eterno Padre, hizo la prudentísima Señora muchos actos heroicos de virtudes, de incomparable agrado para Su Majestad. Y aunque pudiera salir de esta duda, preguntando al Señor luego lo que había de hacer, pero como era igualmente prudente y humilde se detenía. Ni tampoco lo preguntó a sus Ángeles, porque con admirable sabiduría aguardaba el tiempo y sazón oportuno y conveniente de la Divina Providencia en todas las cosas y jamás se adelantaba con ahogo ni curiosidad a inquirir ni saber las cosas por orden sobrenatural extraordinario, y mucho menos cuando esto había de ser para aliviarse de alguna pena. Y cuando ocurría negocio grave y dudoso, en que se podía atravesar ofensa del Señor, o algún urgente suceso para el bien de las criaturas en que era necesario saber la divina voluntad, pedía primero licencia para suplicarle la declarase su agrado y beneplácito.

515. Y no es esto contrario a lo que en otra parte dejo escrito en el primer tomo, lib. II, cap. 10, que María santísima nada hacía sin pedir al Señor licencia y consultarlo con Su Majestad, porque esta conferencia y conocimiento del beneplácito divino no era inquiriendo con deseo de extraordinaria revelación, que en esto, como queda dicho, era detenida y prudentísima, y en casos raros las pedía; pero sin nueva revelación consultaba la luz habitual y sobrenatural del Espíritu Santo, que la gobernaba y encaminaba en todas sus acciones, y levantando allí la vista interior, conocía en ella la mayor perfección y santidad en obrar las cosas y en las acciones comunes. Y aunque es verdad que la Reina del cielo tenía diferentes razones y como especial derecho para pedir al Señor el conocimiento de su voluntad por cualquier modo, pero como era la gran Señora ejemplar y norma de santidad y discreción, no se valía de este orden y gobierno, salvo en los casos que convenía, y en lo demás se regía cumpliendo a la letra lo que dijo David (Sal 122, 2): *Como los ojos de la esclava en las manos de su señora, así están mis ojos en las del Señor, hasta que su misericordia sea con nosotros.* Pero esta luz ordinaria en la Señora del mundo era mayor que en todos

los mortales juntos, y en ella pedía el *fiat* que conocía de la voluntad divina.

516. El misterio de la circuncisión era particular y único y pedía especial ilustración del Señor, y ésta esperaba la prudente Madre oportunamente; y en el ínterin, hablando con la ley que la ordenaba, decía entre sí misma: ¡Oh ley común, justa y santa eres, pero muy dura para mi corazón, si le has de herir en quien es su vida y dueño verdadero! ¡Que seas rigurosa para limpiar de culpa a quien la tiene, justo es; pero que ejecutes tu fuerza en el inocente que no pudo tener delito, exceso de rigor parece, si no te acredita su amor! ¡Oh si fuera gusto de mi amado excusar esta pena! Pero ¿cómo la rehusará quien viene a buscarlas y a abrazarse con la cruz, a cumplir y perfeccionar la ley (Mt 5, 17)? ¡Oh cruel instrumento, si ejecutaras el golpe en mi propia vida y no en el dueño que me la dio! Oh Hijo mío, dulce amor y lumbre de mi alma, ¿posible es que tan presto derramaréis la sangre que vale más que el cielo y tierra? Mi amorosa pena me inclina a excusar la vuestra y eximiros de la ley común que como a tu autor no os comprende, mas el deseo de cumplir con ella me obliga a entregaros a su rigor, si vos, dulce vida mía, no conmutáis la pena en que yo la padezca. El ser humano que tenéis de Adán, yo, Señor mío, Os le he dado, pero sin mácula de culpa, y para esto dispensó conmigo vuestra omnipotencia en la común ley de contraerla. Por la parte que sois Hijo del eterno Padre y figura de su sustancia (Heb 1, 3) por la generación eterna, distáis infinito del pecado. Pues ¿cómo, Dueño mío, queréis sujetaros a la ley de su remedio? Pero ya veo, Hijo mío, que sois Maestro y Redentor de los hombres y que habéis de confirmar con ejemplo la doctrina y no perderéis punto en esto. ¡Oh Padre eterno, si es posible, pierda el cuchillo ahora su rigor y la carne su sensibilidad, ejecútese el dolor en este vil gusano, cumpla con la ley vuestro unigénito Hijo y sienta yo sola su dolorosa pena! ¡Oh cruel, oh inhumana culpa que tan presto das lo acedo a quien no te pudo cometer! ¡Oh hijos de Adán, aborreced y temed al pecado, que para su remedio ha menester derramar sangre y penas del mismo Dios y Señor!

517. Este dolor mezclaba la piadosa Madre con el gozo de

ver nacido y en sus brazos al Unigénito del Padre, y así lo pasó los días que hubo hasta la circuncisión, acompañándola en él su castísimo esposo San José, porque sólo con él habló del misterio, aunque fueron pocas palabras por la compasión y lágrimas de entrambos. Y antes que se cumplieran los ocho días del nacimiento, la prudentísima Reina puesta en la presencia del Señor habló con Su Majestad sobre su duda, y le dijo: Altísimo Rey, padre de mi Señor, aquí está vuestra esclava con el verdadero sacrificio y hostia en las manos. Mi gemido y su causa no está oculta a vuestra sabiduría (Sal 37, 10). Conozca yo, Señor, vuestro divino beneplácito en lo que debo hacer con vuestro Hijo y mío para cumplir con la ley. Y si con padecer yo los dolores de su rigor y mucho más, puedo rescatar a mi dulcísimo Niño y Dios verdadero, aparejado está mi corazón (Sal 56, 8), y también para no excusarlos, si por vuestra voluntad ha de ser circuncidado.

518. Respondióla el Altísimo, diciendo: Hija y paloma mía, no se aflija tu corazón por entregar a tu Hijo al cuchillo y al dolor de la circuncisión, pues yo le envié al mundo para darle ejemplo y para que dé fin a la ley de Moisés cumpliéndola enteramente. Si el hábito de la humanidad, que tú le has dado como madre natural, ha de ser rompido con la herida de su carne y juntamente de tu alma, también padece en la honra, siendo Hijo natural mío por eterna generación, imagen de mi sustancia, igual conmigo en naturaleza, majestad y gloria, pues le entrego a la ley y sacramento que quita el pecado, sin manifestar a los hombres que no puede tenerle. Ya sabes, hija mía, que para éste y otros mayores trabajos me has de entregar a tu Unigénito y mío. Déjale, pues, que derrame su sangre y me dé primicias de la salud eterna de los hombres.

519. Con esta determinación del eterno Padre se conformó la divina Señora, como cooperadora de nuestro remedio, con tanta plenitud de toda santidad que no cabe en razones humanas. Ofrecióle luego con rendida obediencia y con ardentísimo amor a su Hijo unigénito, y dijo: Señor y Dios altísimo, la víctima y hostia de vuestro aceptable sacrificio ofrezco con todo mi corazón, aunque lleno de compasión y de dolor de que los hombres hayan

ofendido a vuestra bondad inmensa, de manera que sea necesaria satisfacción de persona que sea Dios. Eternamente os alabo, porque con infinito amor miráis a la criatura, no perdonando a vuestro mismo Hijo (Rom 8, 32) por su remedio. Yo, que por vuestra dignación soy Madre suya, debo sobre todos los mortales y demás criaturas estar rendida a vuestro beneplácito, y así os entrego al mansísimo Cordero que ha de quitar los pecados del mundo por su inocencia. Pero si posible es que se temple el rigor de este cuchillo en mi dulce Niño, acrecentándose en mi pecho, poderoso es Vuestro brazo para conmutarlo.

520. Salió de esta oración María santísima, y sin manifestar a San José lo que en ella había entendido, con rara prudencia y razones dulcísimas le previno para disponer la circuncisión (Lc 2, 21) del Niño Dios. Díjole, como consultándole y pidiéndole su parecer, que llegándose ya al tiempo señalado por la ley (Gen 17, 12) para la circuncisión del divino infante, parecía forzoso cumplir con ella, pues no tenían orden para hacer lo contrario; y que los dos estaban más obligados al Altísimo que todas las criaturas juntas y debían ser más puntuales en cumplir sus preceptos y más rendidos a padecer por su amor, en retorno de tan incomparable deuda y en el cuidado de servir a su Hijo santísimo, estando en todo pendientes de su divino beneplácito. A estas razones la respondió el santísimo esposo con suma veneración y grande sabiduría, y dijo que en todo se conformaba con la divina voluntad manifestada con la ley común, pues no sabía otra cosa del Señor; y que el Verbo humanado, aunque en cuanto Dios no estaba sujeto a la ley, pero que vestido de la humanidad, siendo en todo perfectísimo Maestro y Redentor, gustaría de conformarse con los demás hombres en su cumplimiento. Y preguntó a su divina esposa cómo se había de ejecutar la circuncisión.

521. Respondió María santísima que, cumpliendo la ley en sustancia, en el modo le parecía que fuese como en los demás niños que se circuncidaban, pero que ella no debía dejarle ni entregarle a otra persona alguna, que le llevaría y tendría en sus brazos. Y porque la complexión y delicadeza natural del Niño será causa para sentir más el dolor que los

demás circuncidados, es razón prevenir la medicina que a la herida se suele aplicar a otros niños. Y a más de esto pidió a San José buscase luego un pomito de cristal o vidrio en que recibir la sagrada reliquia de la circuncisión del Niño Dios, para guardarla consigo. Y en el ínterin la advertida Madre previno paños en que cayese la sangre que se había de comenzar a verter en precio de nuestro rescate, para que ni una gota no se perdiese ni cayese entonces en la tierra. Preparado todo esto, dispuso la divina Señora que San José avisase y pidiese al Sacerdote que viniese a la cueva, porque el Niño no saliese de allí, y por su mano se hiciese la circuncisión, como ministro más decente y digno de tan oculto y grande misterio.

522. Luego trataron María santísima y San José del nombre que al Niño Dios habían de dar en la circuncisión, y el santo esposo dijo: Señora mía, cuando el Ángel del Altísimo me declaró este gran sacramento, me ordenó también que a vuestro sagrado Hijo le llamásemos Jesús. — Respondió la Virgen Madre: El mismo nombre me declaró a mí cuando tomó carne en mi vientre; y sabiendo el nombre de la boca del Altísimo por sus ministros los Ángeles, justo es que con humilde reverencia veneremos los ocultos juicios e inescrutables de su sabiduría infinita en este Santo Nombre, y que mi Hijo y Señor se llamé Jesús. Y así se lo manifestaremos al Sacerdote, para que escriba este divino nombre en el registro de los demás niños circuncisos.

523. Estando la gran Señora del cielo y San José en esta conferencia, descendieron de las alturas innumerables Ángeles en forma humana con vestiduras blancas y refulgentes, descubriendo unos resaltos de encarnado, todos de admirable hermosura. Traían palmas en las manos y coronas en las cabezas, que cada una despedía de sí mayor claridad que muchos soles, y en comparación de la belleza de estos santos príncipes, todo lo visible y hermoso de la naturaleza parece fealdad. Pero lo que más sobresalía en su hermosura, era una divisa o venera en el pecho, como grabada o embutida en él, debajo un viril en que cada uno tenía escrito el nombre dulcísimo de Jesús. Y la luz y refulgencia que despedía cada uno de los nombres excedía a la de todos los Ángeles juntos, con que venía a ser la

variedad en tanta multitud tan rara y peregrina, que ni con palabras se puede explicar, ni con nuestra imaginación percibir. Partiéronse estos Santos Ángeles en dos coros en la cueva, mirando todos a su Rey y Señor en los virginales brazos de la felicísima Madre. Venían como por cabezas de este ejército los dos grandes príncipes San Miguel y San Gabriel, con mayor resplandor que los otros Ángeles, y a más de todos ellos traían los dos en las manos el nombre santísimo de JESÚS, escrito con mayores letras en unas como tarjetas de incomparable resplandor y hermosura.

524. Presentáronse los dos príncipes singularmente a su Reina, y la dijeron: Señora, éste es el nombre de vuestro Hijo, que está escrito en la mente de Dios desde *ab aeterno,* y toda la beatísima Trinidad se le ha dado a vuestro Unigénito y Señor nuestro, con potestad de salvar al linaje humano; y le asienta en la silla y trono del Santo Rey David, reinará en él, castigará a sus enemigos y triunfando de ellos los humillará hasta ponerlos por peana de sus pies, y juzgando con equidad, levantará a sus amigos para colocarlos en la gloria de su diestra. Pero todo esto ha de ser a costa de trabajos y de sangre, y ahora la derramará con este nombre, porque es de Salvador y Redentor, y serán las primicias de lo que ha de padecer por la obediencia del eterno Padre. Todos los ministros y espíritus del Altísimo que aquí venimos, somos enviados y destinados por la divina Trinidad para servir al Unigénito del Padre y vuestro y asistir presentes a todos los misterios y sacramentos de la ley de gracia y acompañarle y ministrarle hasta que suba triunfante a la celestial Jerusalén, abriendo las puertas al linaje humano, y después le gozaremos con especial gloria accidental sobre los demás bienaventurados, a quienes no fue dada esta felicísima comisión.— Todo esto oyó y vio el dichosísimo esposo San José con la Reina del cielo; pero la inteligencia no fue igual, porque la Madre de la sabiduría entendió y penetró altísimos misterios de la redención, y aunque San José conoció muchos respectivamente, no como su divina esposa; pero entrambos fueron llenos de júbilo y admiración, y con nuevos cánticos glorificaron al Señor. Y lo que les pasó en varios y admirables sucesos, no es posible reducirlo a razones, que no se hallarán, ni términos

adecuados para manifestar mi concepto.

Doctrina que me dio María santísima Señora nuestra.

525. Hija mía, quiero renovar en ti la doctrina y luz que has recibido para tratar con suma reverencia a tu Señor y esposo, porque la humildad y temor reverencial han de crecer en las almas, al paso que reciben más particulares y extraordinarios favores. Por no tener esta ciencia muchas almas, unas se hacen indignas o incapaces de grandes beneficios; otras, que los reciben, llegan a incurrir en una peligrosa y torpe grosería que ofende mucho al Señor, porque de la suavidad dulce y amorosa, con que su dignación divina muchas veces las regala y acaricia, suelen tomar un linaje de osadía o presuntuosa parvulez para tratar a la Majestad infinita sin la reverencia que deben y con vana curiosidad investigar y preguntar por caminos sobrenaturales lo que es sobre su entendimiento y no les conviene saber. Este atrevimiento nace de juzgar y obrar con ignorancia terrena el trato familiar con el Altísimo, pareciéndoles que ha de ser al modo del que suele tener una criatura humana con otra igual suya.

526. Pero en este juicio se engaña mucho el alma, midiendo la reverencia y respeto que se le debe a la Majestad infinita con la familiaridad y trato igual que hace el amor humano entre los mortales. En las criaturas racionales la naturaleza es igual, aunque las condiciones y accidentes sean diversos, y con el amor y amistad familiar puédese olvidar la diferencia que las haces desiguales y gobernarse el trato amigable por los movimientos humanos. Pero el amor divino nunca debe olvidar la excelencia inestimable del objeto infinito, pues así como él mira a la Bondad inmensa, y por eso no tiene modo que le limite, así la reverencia mira a la majestad del ser divino; y como en Dios son inseparables la bondad y la majestad, también en la criatura no se han de apartar la reverencia del amor, y siempre ha de preceder la luz de la fe divina, que al amante le manifiesta la esencia del objeto que ama, y ella ha de despertar y fomentar el temor reverencial y dar peso y medida a los afectos desiguales que el amor ciego e inadvertido suele engendrar, cuando obra sin acordarse de

la excelencia y desigualdad del amado.

527. Cuando la criatura es de corazón grande y está ejercitada y habituada en la ciencia del temor santo y reverencial, no tiene este peligro de olvidarse de la reverencia debida al Altísimo con la frecuencia de los favores, aunque sean grandes; porque no se entrega inadvertida a los gustos espirituales, ni por ellos pierde la prudente atención a la suprema Majestad, antes la respeta y reverencia más, cuanto más la ama y la conoce; y con estas almas trata el Señor como un amigo con otro. Sea, pues, regla inviolable para ti, hija mía, que cuando gozares de los más estrechos abrazos y regalos del Altísimo, tanto más atenta estés a respetar la grandeza de su ser infinito e inmutable, a magnificarle y amarle juntamente. Y con esta ciencia conocerás mejor y ponderarás el beneficio que recibes y no incurrirás en el peligro y audacia de los que livianamente quieren en cualquiera suceso párvulo o grande inquirir y preguntar el secreto del Señor, y que su prudentísima providencia se incline y atienda a la vana curiosidad que los mueve con alguna pasión y desorden, que nace, no del celo y amor santo, sino de afectos humanos y reprensibles.

528. Atiende en esto al peso con que yo obraba y me detenía en mis dudas, pues en hallar gracia en los ojos del Señor, ninguna criatura con inmensa distancia se puede igualar conmigo. Y con ser esto así, y tener en mis brazos al mismo Dios, y ser su Madre verdadera, nunca me atreví a pedirle me declarase cosa alguna por extraordinario modo, ni por saberla y aliviarme de alguna pena, ni por otro fin humano; que todo esto fuera flaqueza natural, curiosidad vana o vicio reprensible, y no puede caber nada de esto en mí. Pero cuando la necesidad me obligaba para gloria del Señor, o la ocasión era inexcusable, pedía licencia a Su Majestad para proponerle mi deseo; y aunque le hallaba siempre muy propicio y con caricia me respondía, preguntándome que qué quería de su misericordia, con todo esto me aniquilaba y humillaba hasta el polvo y sólo pedía me enseñase lo más acepto y agradable a sus ojos.

529. Escribe, hija mía, en tu corazón este documento y

advierte que jamás con deseo desordenado y curioso quieras inquirir ni saber cosa alguna sobre la *razón* humana. Porque a más de que el Señor no responde a tal insipiencia, por lo que le desagrada, está el demonio muy atento a este vicio en las personas que tratan de vida espiritual; y como de ordinario es él el autor de estos afectos de viciosa curiosidad y los mueve con su astucia, con ella misma suele responder a ellos, transfigurado en ángel de luz (2 Cor 11, 14), con que engaña a los imperfectos e incautos. Y cuando estas preguntas sólo fuesen movidas de la naturaleza e inclinación, tampoco se ha de seguir ni atender, porque en negocio tan alto como el trato con el Señor no se ha de seguir el dictamen ni la razón por sus apetitos y pasiones; que la naturaleza infecta y depravada por el pecado está muy desordenada y tiene movimientos sin concierto y desmedidos, que no es justo escucharlos y gobernarse por ellos. Tampoco por aliviarse la criatura de penas y trabajos, ha de recurrir a las divinas revelaciones, porque la esposa de Cristo y el verdadero siervo suyo no han de usar de sus favores para huir de la cruz, sino para buscarla y llevarla con el Señor, y dejarse en la que le diere a su divina disposición. Todo esto quiero yo de ti con el encogimiento del temor, declinando a este extremo por apartarte del contrario. Desde hoy quiero que mejores el motivo y obres por amor en todo, como más perfecto en sus fines. Este no tiene tasa ni modo; y así quiero ames con exceso y temas con moderación lo que baste para no quebrantar la ley del Altísimo y ordenar todas tus operaciones interiores y obras exteriores con rectitud. En esto sé cuidadosa y oficiosa, aunque te cueste mucho trabajo y penalidad; pues yo la padecí en circuncidar a mi Hijo santísimo, y lo hice porque en las leyes santas se nos declaraba e intimaba la voluntad del Señor, a quien en todo y por todo debemos obedecer.

CAPITULO 14

Circuncidan al niño Dios y le ponen por nombre Jesús.

530. En la ciudad de Belén había su particular sinagoga, como en otras de Israel, donde se juntaba el pueblo a orar,

que por esto se llamaba también casa de oración, y juntamente a oír la ley de Moisés, la cual leía y declaraba un Sacerdote en el pulpito con alta voz para que el pueblo entendiese sus preceptos. Pero en esta sinagoga no se ofrecían los sacrificios, porque estaba reservado para el templo de Jerusalén, si el Señor no disponía otra cosa; por no haber dejado esto con libertad del pueblo, como consta del Deuteronomio (Dt 12, 5-6), para huir del peligro de la idolatría. Pero el Sacerdote, que era maestro o ministro de la ley, solía serlo también de la circuncisión, no por precepto que obligase, porque cualquiera podía circuncidar aunque no fuera Sacerdote, sino por especial devoción de las madres, que muchas se movían pensando que los niños no peligrarían tanto si eran circuncisos por mano de Sacerdote. Nuestra gran Reina, no por este temor, sino por la dignidad del Niño, quiso que el ministro de su circuncisión fuese el Sacerdote que estaba en Belén, y para este fin le llamó el esposo dichoso San José.

531. Vino el Sacerdote al portal o cueva del nacimiento, donde le esperaba el Verbo humanado y su Madre Virgen que le tenía en sus brazos, y con el Sacerdote vinieron otros dos ministros que solían ayudar en el ministerio de la circuncisión. El horror del lugar humilde admiró y desazonó un poco al Sacerdote, pero la prudentísima Reina le habló y recibió con tal modestia y agrado, que eficazmente le compelió a mudarse el rigor en devoción y admiración de la compostura y majestad honestísima de la Madre, que sin conocer la causa le movió a reverencia y respeto de tan rara criatura. Y cuando puso los ojos el sacerdote en el semblante de la Madre y del Niño que tenía en sus brazos, sintió en el corazón un nuevo movimiento que le inclinó a gran devoción y ternura, admirado de lo que veía entre tanta pobreza y en tan humilde y despreciado lugar. Y cuando llegó al contacto de la carne deificada del infante Dios, fue renovado todo con una oculta virtud que le santificó y perfeccionó y, dándole nuevo ser de gracia, le llevó hasta ser santo y muy agradable al Altísimo Señor.

532. Para hacer la circuncisión con la reverencia exterior que en aquel lugar era posible, encendió San José dos velas de cera; y el Sacerdote dijo a la Virgen Madre que se apartase un poco y entregase el niño a los ministros,

porque la vista del sacrificio no la afligiese. Este mandato causó alguna duda en la gran Señora; que su humildad y rendimiento la inclinaba a obedecer al Sacerdote, y por otra parte la llevaba el amor y reverencia de su Unigénito. Y para no faltar a estas dos virtudes, pidió licencia al Sacerdote con humilde sumisión, y le dijo tuviese gusto, si era posible, que ella asistiese al sacramento de la circuncisión, por lo que le veneraba; y que también se hallaba con ánimo de tener en sus brazos a su Hijo, pues allí había poca disposición para dejarle y alejarse; y sólo le suplicaba que con la piedad posible se hiciese la circuncisión, por la delicadeza del Niño. El sacerdote ofreció hacerlo y permitió que la misma Madre tuviese al Niño en sus manos para el ministerio; y ella fue el altar sagrado en que se comenzaron a cumplir las verdades figuradas de los antiguos sacrificios, ofreciendo este nuevo y matutino en sus brazos, para que en todas las condiciones fuese acepto al eterno Padre.

533. Desenvolvió la divina Madre a su Hijo santísimo de los paños en que estaba y sacó del pecho una toalla o lienzo que tenía prevenido al calor natural, por el rigor del frío que entonces hacía; y con este lienzo tomó en sus manos al Niño, de manera que la reliquia y sangre de la circuncisión se recibiesen en él. Y el Sacerdote hizo su oficio y circuncidó al Niño Dios y hombre verdadero, que al mismo tiempo con inmensa caridad ofreció al eterno Padre tres cosas de tanto precio, que cada una era suficiente para la redención de mil mundos. La primera fue admitir forma de pecador (Flp 2, 7), siendo inocente e Hijo de Dios vivo, porque recibía el sacramento que se aplicaba para limpiar del pecado original y se sujetaba a la ley que no debía. La segunda fue el dolor, que le sintió como verdadero y perfecto hombre. La tercera fue el amor ardentísimo con que comenzaba a derramar su sangre en precio del linaje humano; y dio gracias al Padre porque le había dado forma humana en que padecer para su gloria y exaltación.

534. Esta oración y sacrificio de Jesús nuestro bien aceptó el Padre y comenzó —a nuestro entender— a darse por satisfecho y pagado de la deuda del linaje humano. Y el Verbo encarnado ofreció estas primicias de su sangre en

prendas de que toda la daría para consumar la redención y extinguir la obligación en que estaban los hijos de Adán. Todas las acciones y operaciones interiores del Unigénito miraba su santísima Madre y entendía con profunda sabiduría el misterio de este sacramento y acompañaba a su Hijo y Señor en lo que iba obrando respectivamente como a ella le tocaba. Lloró también el Niño Dios como hombre verdadero. Y aunque el dolor de la herida fue gravísimo, así por su sensible complexión como por la crueldad del cuchillo de pedernal, no fueron tanta causa de sus lágrimas el natural dolor y sentimiento, como la sobrenatural ciencia con que miraba la dureza de los mortales, más invencible y fuerte que la piedra, para resistir a su dulcísimo amor y a la llama que venía a encender en el mundo (Lc 12, 49) y en los corazones de los profesores de la fe. Lloró también la tierna y amorosa Madre, como candidísima oveja que levanta el balido con su inocente cordero. Y con recíproco amor y compasión, él se retrajo para la Madre, y ella dulcemente le arrimó con caricia a su virginal pecho; y recogió la sagrada reliquia y sangre derramada y la entregó entonces a San José, para cuidar ella del Niño Dios y envolverle en sus paños. El Sacerdote extrañó algo las lágrimas de la Madre, y aunque ignoraba el misterio, le pareció que la belleza del Niño podía con razón causar tanto dolor, amargura y amor en la que le había parido.

535. En todas estas obras fue la Reina del cielo tan prudente, prevenida y magnánima, que admiró a los coros de los Ángeles y dio sumo agrado al Criador. En todas resplandeció la divina sabiduría que la encaminaba, dando a cada una el lleno de perfección, como si sola aquella hiciera. Estuvo invicta para tener al Niño en la circuncisión, cuidadosa para recoger la reliquia, compasiva para lastimarse y llorar con él, sintiendo su dolor; amorosa para acariciarle, diligente para abrigarle, fervorosa para imitarle en sus obras y siempre religiosa para tratarle con suma reverencia, sin que faltase o interrumpiese en estos actos, ni uno estorbase la atención y perfección del otro. Admirable espectáculo en una doncella de quince años, y que a los Ángeles fue como un género de enseñanza y admiración muy nueva. Entre todo esto preguntó el

Sacerdote qué nombre daban sus padres al niño circuncidado, y la gran Señora, atenta siempre al respeto de su esposo, le dijo lo declarase. El santo José con la veneración digna se convirtió a ella, dándole a entender que saliese de su boca tan dulce nombre. Y con divina disposición a un mismo tiempo pronunciaron los dos, María y José: *Jesús es su nombre.* Respondió el Sacerdote: Muy conformes están los padres y es grande el nombre que le ponen al niño; y luego le escribió en el memorial o nómina de los demás del pueblo. Al escribirle sintió el Sacerdote grande conmoción interior, que le obligó a derramar muchas lágrimas, y admirado de lo que sentía e ignoraba, dijo: Tengo por cierto que este niño ha de ser un gran profeta del Señor. Tened gran cuidado de su crianza, y decidme en qué puedo yo acudir a vuestras necesidades. — Respondieron María santísima y San José al Sacerdote con humilde agradecimiento, y con alguna ofrenda que le hicieron de las velas y otras cosas, le despidieron.

536. Quedaron solos María santísima y San José con Jesús, y de nuevo celebraron los dos el misterio de la circuncisión del Niño, confiriéndole con dulces lágrimas y cánticos que hicieron al nombre dulcísimo de JESÚS, cuya noticia, como de otras maravillas he dicho, se reserva para gloria accidental de los santos. La prudentísima Madre curó al niño Dios de la herida del cuchillo con las medicinas que a otros solían aplicarse, y el tiempo que le duró el dolor y la cura no le dejó un punto de sus brazos de día ni de noche. No cabe en la ponderación y capacidad humana explicar el cuidadoso amor de la divina Madre, porque el natural afecto fue el mayor que otra alguna pudo tener a sus hijos y el sobrenatural excedía a todos los santos y los ángeles juntos. La reverencia y culto no tiene comparación con otra cosa criada. Estas eran las delicias del Verbo humanado que deseaba y tenía con los hijos de los hombres (Prov 8, 31). Y entre los dolores que sentía por las acciones que arriba he dicho, tenía su amoroso corazón este regalo con la eminente santidad de su Madre Virgen. Y aunque de sola ella se agradaba sobre todos los mortales y descansaba en su amor, con todo eso la humilde Reina le procuraba aliviar por todos los medios que le eran posibles. Para esto pidió a los Santos Ángeles, que allí

asistían, hiciesen música a su Dios humanado, Niño y dolorido. Obedecieron a su Reina y Señora los ministros del Altísimo y en voces materiales le cantaron con celestial armonía los mismos cánticos que ella había compuesto por sí y con su esposo, en loor del nuevo y dulce nombre de JESÚS.

537. Con esta música tan dulce, que en su comparación toda la de los hombres fuera confusión ofensiva, entretenía la divina Señora a su Hijo dulcísimo, y mucho más con la que ella misma le daba con la armonía de sus heroicas virtudes que en su alma santísima hacían coros de ejércitos, como se lo dijo el mismo Señor y Esposo en los Cantares (Cant 7, 1). Duro es el corazón humano y más que tardo y pesado en conocer y agradecer tan venerables sacramentos, ordenados para su eterna salvación con inmenso amor de su Criador y Reparador. ¡Oh dulce bien mío y vida de mi alma, qué mal retorno te damos por las finezas de tu amor eterno! ¡Oh caridad sin término ni medida, pues no te puedes extinguir con las muchas aguas (Cant 8, 7) de nuestras ingratitudes tan desleales y groseras! No pudo la bondad y santidad por esencia descender más por nuestro amor, ni hacer mayor fineza que tomar forma de pecador, recibiendo en sí la inocencia el remedio de la culpa que no podía tocarle. Si desprecian los hombres este ejemplo, si olvidan este beneficio, ¿cómo se atreven a decir que tienen juicio? ¿Cómo presumen y se glorían de sabios, de prudentes y entendidos? Prudencia fuera, si no te mueven, hombre ingrato, tales obras de Dios, afligirte y llorar tan lamentable estulticia y dureza de ánimo, pues no deshace el hielo de tu corazón el fuego del amor divino.

Doctrina de la Reina santísima María Señora nuestra.

538. Hija mía, quiero que con atención consideres el beneficio y favor que recibes dándote a conocer el cuidado, solicitud y devoción cariciosa con que yo servía a mi Hijo santísimo y dulcísimo en los misterios que has escrito. No te da el Altísimo esta luz tan especial para que sólo te detengas en el regalo de conocerla y que con ella recibes, sino para que me imites en todo como fiel sierva, y como

eres señalada en la noticia de los misterios de mi Hijo, lo seas también en el agradecimiento de sus obras. Considera, pues, carísima, cuan mal pagado es el amor de mi Hijo y Señor de los mortales y aun poco agradecido de los justos y olvidado. Toma por tu cuenta, en cuanto alcanzaren tus flacas fuerzas, recompensarle este agravio y ofensa, amándole, agradeciéndole y sirviéndole por ti y por todos los demás que no lo hacen. Para esto has de ser ángel en la prontitud, ferviente en el celo, puntual en las ocasiones y de todo punto has de morir a lo terreno, soltando y quebrantando las prisiones de las inclinaciones humanas, para levantar el vuelo a donde el Señor te llama.

539. No ignoras, hija mía, la eficacia dulce que tiene la memoria viva de las obras que hizo mi Hijo santísimo por los hombres; y aunque puedes ayudarte tanto con esta luz para ser agradecida, con todo eso, para que más temas incurrir en el peligro del olvido, te advierto que los bienaventurados en el cielo, conociendo a la luz divina estos misterios, se admiran de sí mismos por lo poco que atendieron a ellos siendo viadores. Y si pudieran ser capaces de pena, se lastimaran sumamente por la tardanza o descuido en que incurrieron en el aprecio de las obras de la redención e imitación de Cristo. Y todos los Ángeles y Santos, con una ponderación oculta a los mortales, se admiran de la crueldad que ha poseído sus corazones contra sí mismos y contra su Criador y Salvador; pues de ninguno tienen compasión, ni de lo que el Señor padeció, ni tampoco de los que a ellos les espera que padecer. Y cuando con amargura irremediable conozcan los precitos su formidable olvido (Sab 5, 4ss) y que no atendieron a las obras de Cristo su Redentor, esta confusión y despecho será intolerable pena y sola ella será castigo sobre toda ponderación, viendo la copiosa Redención (Sal 129, 7) que despreciaron. Oye, hija mía, e inclina tu oreja (Sal 44, 11) a mis consejos y doctrina de vida eterna. Arroja de tus potencias toda imagen y afecto de criatura humana y convierte todo tu corazón y mente a los misterios y beneficios de la redención. Entrégate toda a ellos, medítalos, piénsalos, pésalos, agradécelos como si tú fueras sola y ellos para ti y por cada uno de los hombres. En ellos hallarás la vida, la verdad y el camino de la eternidad, y

sirviéndole no le podrás errar, antes hallarás la lumbre de los ojos y la paz (Bar 3, 14).

CAPITULO 15

Persevera María santísima con el Niño Dios en el portal del nacimiento hasta la venida de los Reyes.

540. Por la ciencia infusa que nuestra gran Reina tenía de las divinas Escrituras y tan altas y soberanas revelaciones, sabía que los Santos Reyes Magos (sus reliquias están en la Catedral (Dom) de Colonia – Köln, Alemania) del oriente vendrían a reconocer y adorar a su Hijo santísimo por verdadero Dios. Y en especial estaba de próximo capaz de este misterio por la noticia que se les envió con el Ángel del nacimiento del Verbo humanado, como arriba se dijo en el capítulo 2, número 492; que todo lo conoció la Madre Virgen. San José no tuvo noticia de este sacramento, porque no se le había revelado, ni la prudentísima esposa le había informado de su secreto, porque en todo era sabida y advertida y aguardaba que obrase en estos misterios la divina voluntad con su disposición suave (Sap 8, 1) y oportuna. Por esto el santo esposo, celebrada la circuncisión, propuso a la Señora del cielo que le parecía necesario dejar aquel lugar desamparado y pobre, por la incomodidad que en él había para el abrigo del Niño Dios y de ella misma, y que ya en Belén se hallaría posada desocupada, donde podrían recogerse mientras llegaba el tiempo de llevar el Niño a presentarle en el templo de Jerusalén. Esto propuso el fidelísimo y cuidadoso esposo, solícito de que con su pobreza no le faltase la abundancia ni regalos que deseaba para servir a Hijo y Madre, y en todo se remitía a la voluntad de su divina esposa.

541. Respondióle la humilde Reina sin manifestarle el misterio, y le dijo: Esposo y Señor mío, yo estoy rendida a vuestra obediencia y a donde fuere vuestra voluntad os seguiré con mucho gusto; disponer lo que mejor os pareciere. — Tenía la divina Señora algún cariño a la cueva por la humildad y pobreza del lugar y por haberla consagrado el Verbo humanado con los misterios de su

nacimiento y circuncisión, y con el que esperaba de los Santos Reyes, aunque no sabía el tiempo, ni, cuándo llegarían. Piadoso era este afecto y lleno de devoción y veneración, mas con todo eso antepuso la obediencia de su esposo a su particular afecto y se resignó en ella para ser en todo ejemplar y dechado de perfección altísima. Puso esta dejación e igualdad a San José en mayor duda y cuidado, porque deseaba que su esposa determinase lo que debía hacer. Y estando en esta conferencia, respondió el Señor por los dos Santos Príncipes Miguel y Gabriel, que asistían corporalmente al servicio de su Dios y Señor y a la gran Reina, y dijeron: La voluntad divina ha ordenado que en este mismo lugar adoren al Verbo divino humanado los tres Reyes de la tierra que vienen en busca del Rey del cielo del oriente. Diez días hace que caminan, porque tuvieron luego aviso del santo nacimiento y al punto se pusieron en camino y llegarán aquí con brevedad, y se cumplirán los vaticinios de los Profetas, como muy de lejos lo conocieron y profetizaron.

542. Con este nuevo aviso quedó San José gozoso e informado de la voluntad del Señor, y su esposa María santísima le dijo: Señor mío, este lugar escogido por el Altísimo para tan magníficos misterios, aunque es pobre y desacomodado a los ojos del mundo, mas en los de su sabiduría es rico, precioso y estimable y el mejor de la tierra, pues el Señor de los cielos se ha pagado de él, consagrándole con su real presencia. Poderoso es para que en este sitio, que es verdadera tierra de promisión, gocemos de su vista. Y si fuere voluntad suya, nos dará algún alivio y abrigo contra los rigores del tiempo los pocos días que aquí estaremos. — Consolóse San José y se alentó mucho con todas estas razones de la prudentísima Reina, y le respondió que, pues el Niño Dios cumpliría con la ley de la presentación al templo, como lo había hecho con la de la circuncisión, hasta que llegase el día se podían estar en aquel lugar sagrado sin volver primero a Nazaret, por estar lejos y el tiempo trabajoso. Y si acaso el rigor los obligase a retirar a la ciudad por huir de él, lo podían hacer, pues de Belén a Jerusalén estaban solas dos leguas.

543. En todo se conformó María santísima con la voluntad

de su cuidadoso esposo, inclinándose siempre su deseo a no desamparar aquel sagrado tabernáculo, más santo y venerable que el *Sancta Sanctorum* del templo, mientras llegaba el tiempo de presentar en él a su Unigénito, para quien previno todo el abrigo posible, con que le defendiese de los fríos y rigores del tiempo. Previno también el portal para la llegada de los Santos Reyes, limpiándole de nuevo, lo que permitía su natural desaliño y pobreza humilde del sitio. Pero la mayor diligencia y prevención que hizo para el Niño Dios fue tenerle siempre en sus brazos, cuando no era forzoso dejarle. Y sobre todo usó de la potestad de Señora y Reina de todas las criaturas, cuando se enfurecían las inclemencias del invierno, porque mandaba al frío y a los vientos, nieves y heladas, que no ofendiesen a su Criador, sino que con ella sola usasen de sus rigores y ásperas influencias que como elementos enviaban. Decía la divina Señora: Detened vuestra ira con vuestro mismo Criador, Autor, Dueño y Conservador, que os dio el ser y la virtud y operación. Advertid, criaturas de mi Amado, que vuestro rigor le recibisteis por la culpa y se encamina a castigar (Sab 5, 18) la inobediencia del primer Adán y su prosapia. Pero con el segundo, que viene a reparar aquella caída, y no pudo tener en ella parte, habéis de ser corteses, respetando y no ofendiendo a quien debéis obsequio y rendimiento. Yo os lo mando en nombre suyo, y que no le deis ninguna molestia ni desagrado.

544. Digna era de nuestra admiración e imitación la pronta obediencia de las criaturas irracionales a la voluntad divina, intimada por la Madre del mismo Dios; porque sucedía, cuando ella lo mandaba, que la nieve ni agua no llegaba a ella por más de diez varas de distancia, y los vientos se detenían, y el aire ambiente se templaba y mudaba en un templado calor. A esta maravilla se juntaba otra: que al mismo tiempo que el Niño Dios en sus brazos recibía este obsequio de los elementos sintiendo algún abrigo, la Madre Virgen experimentaba y le hería el frío y aspereza de las inclemencias en el punto y grado que le podían causar con su fuerza natural. Y esto sucedía porque en todo la obedecían, y ella no quería excusar para sí misma el trabajo de que reservaba a su tierno Niño y Dios magnífico, como Madre amorosa y Señora de las criaturas,

sobre quien imperaba. Al santo y dichoso José llegaba el privilegio que al dulce infante y conocía la mudanza de la inclemencia en clemencia, pero no sabía que aquellos efectos fuesen por mandado de su divina esposa y obras de su potencia; porque ella no le manifestaba este privilegio, que no tenía orden del Altísimo para hacerlo.

545. El gobierno y modo que guardaba la gran Reina del cielo en alimentar a su Niño Jesús, era dándole su virginal leche tres veces al día, y siempre con tanta reverencia, que le pedía licencia y que la perdonase la indignidad, humillándose y reconociéndose inferior. Y muchos tiempos, cuando le tenía en sus brazos, estaba de rodillas adorándole; y si era necesario asentarse le pedía siempre licencia. Con la misma reverencia se le daba a San José y le recibía, como dije arriba (Cf. supra n. 506). Muchas veces le besaba los pies, y cuando había de hacer lo mismo en el rostro le pedía interiormente su benevolencia y consentimiento. Correspondiere a estas caricias de madre su dulcísimo Hijo, no sólo con el semblante agradable que las recibía, sin dejar la majestad, pero con otras acciones que hacía al modo de los otros niños, aunque con diferente serenidad y peso. Lo más ordinario era reclinarse amorosamente en el pecho de la purísima Madre y otras en el hombro, cogiéndole con sus bracitos divinos el cuello. Y en estas caricias era tan atenta y advertida la emperatriz María, que ni con parvuleces, como otras madres, le solicitaba, ni con temor le retiraba. En todo era prudentísima y perfecta, sin defecto ni exceso reprensible; y el mayor amor del Hijo santísimo y la manifestación de Él la pegaba más con el polvo y la dejaba con profunda reverencia, la cual medía sus afectos y les daba mayores realces de magnificencia.

546. Otro más alto linaje de caricias tenían el niño Dios y la Madre Virgen; porque a más de conocer ella siempre con la luz divina los actos interiores del alma santísima de su Unigénito, como queda dicho (Cf. supra n. 481, 534), sucedía muchas veces, teniéndole en sus brazos, que con otro nuevo beneficio se le manifestaba la humanidad como un viril cristalino, y por ella o en ella miraba la unión hipostática y el alma del mismo Niño Dios y todas las

operaciones que obraba, orando al eterno Padre por el linaje humano. Y estas obras y peticiones iba imitando la divina Señora, quedando toda absorta y transformada en su mismo Hijo. Y Su Majestad la miraba con accidental gozo y delicias, como recreándose en la pureza de tal criatura y gozándose de haberla criado, y haberse humanado la divinidad para formar tan viva imagen de ella y de la humanidad que de su virginal sustancia había tomado. En este misterio, se me ofreció lo que dijeron a Holofernes sus capitanes, cuando vieron a la hermosa Judit en los campos de Betulia (Jdt 10, 18): *¿Quién despreciará el pueblo de los hebreos y no juzgará por muy acertada la guerra contra ellos, teniendo tan agraciadas mujeres?* Misteriosa y verdadera parece esta razón en el Verbo humanado, pues él pudo decir a su eterno Padre y a todo el resto de las criaturas lo mismo con más justa causa: ¿Quién no dará por bien empleado y puesto en razón haber yo venido del cielo a tomar carne humana en la tierra y degollar al demonio, mundo y carne, venciéndolos y aniquilándolos, si entre los hijos de Adán se halla tal mujer como mi Madre? ¡Oh dulce amor mío, virtud de mi virtud y vida de mi alma, Jesús amoroso, mirad que es sola María santísima la que hay con tal hermosura en la naturaleza humana! Pero es única y electa (Cant 6, 8) y tan perfecta para vuestro agrado, Dueño y Señor mío, que no sólo equivale pero excede sin término ni límite a todo el resto de vuestro pueblo, y ella sola recompensa la fealdad de todo el linaje de Adán.

547. Sentía la dulce Madre tales efectos entre estas delicias de su unigénito niño Dios verdadero, que la dejaban toda espiritualizada y deificada de nuevo. Y en los vuelos que padecía su espíritu purísimo, muchas veces rompiera las ataduras del cuerpo terreno y le hubiera desamparado su alma con el incendio de su amor, resolviéndose la vida, si milagrosamente no fuera confortada y preservada. Hablaba con su Hijo santísimo interior y exteriormente palabras tan dignas y ponderosas, que no caben en nuestro grosero lenguaje. Todo lo que yo pueda referir será muy desigual, según lo que se me ha manifestado. Decíale: ¡Oh amor mío, dulce vida de mi alma! ¿Quién sois vos y quién soy yo? ¿Qué queréis hacer de mí, humanándose tanto vuestra magnificencia a favorecer al inútil polvo? ¿Qué hará vuestra

esclava por vuestro amor y por la deuda que os reconoce? ¿Qué os retribuiré por lo mucho que me habéis dado (Sal 115, 12)? Mi ser, mi vida, potencias y sentidos, mis deseos y ansias, todo es vuestro. Consolad a esta sierva y Madre vuestra para que no desfallezca en el afecto de serviros, a la vista de su insuficiencia, y porque no muere por amaros. ¡Oh qué limitada es la capacidad humana! ¡Qué coartado el poder! ¡Qué limitados los afectos, pues no pueden llegar a satisfacer con equidad a vuestro amor! Pero siempre habéis de vencer en ser magnífico y misericordioso con vuestras criaturas y cantar victorias y triunfos de amor, y nosotras reconocidas debemos rendirnos y darnos por vencidas en vuestro poder. Quedaremos humillados y pegados con el polvo y vuestra grandeza magnificada y ensalzada por todas las eternidades.—Conocía la divina Señora en la ciencia de su Hijo santísimo algunas veces las almas que en el discurso de la nueva ley de gracia se habían de señalar en el amor divino, las obras que habían de hacer, los martirios que habían de padecer por la imitación del mismo Señor; y con esta ciencia era inflamada en emulación de amor tan fuerte, que era mayor martirio el del deseo de la Reina que todos los que ha habido de obra. Y le sucedía lo que dijo el Esposo en los Cantares (Cant 8, 6), que la emulación del amor era fuerte como la muerte y dura como el infierno. A estos afectos que tenía la amorosa Madre de morir porque no moría, la respondió el Hijo Santísimo las palabras que allí se refieren (Cant 8, 6): *Ponme por señal o por sello en tu corazón y en tu brazo,* dándole el efecto y la inteligencia juntamente. Con este divino martirio fue María santísima mártir antes que todos los mártires. Y entre estos lirios y azucenas (Cant 2, 16) se apacentaba el cordero mansísimo Jesús, mientras aspiraba el día de la gracia y se inclinaban las sombras de la ley antigua.

548. No comió el Niño Dios cosa alguna mientras recibió el pecho virginal de su Madre santísima, porque sólo con la leche se alimentó, y ésta era tan suave, dulce y sustancial, como engendrada en cuerpo tan puro, perfecto y de complexión acendradísima, y medida con calidades sin desorden ni desigualdad. Ningún otro cuerpo y salud fue semejante a él; y la sagrada leche, aunque se guardara mucho tiempo, se preservara de corrupción por sus mismas

calidades, y por especial privilegio, nunca se alterara ni se corrompiera, siendo así que la leche de otras mujeres luego se tuerce e inmuta, como la experiencia lo enseña.

549. El felicísimo esposo José no sólo gozaba de los favores y caricias del niño Dios, como testigo de vista de lo que tenían Hijo y Madre santísimos, pero también fue digno de recibirlos del mismo Jesús inmediatamente, porque muchas veces se le ponía la divina Esposa en sus brazos, cuando era necesario hacer ella alguna obra en que no le pudiese tener consigo, como aderezar la comida, aliñar los fajos del niño y barrer la casa; en estas ocasiones le tenía San José y siempre sentía efectos divinos en su alma. Y exteriormente el mismo Niño Jesús le mostraba agradable semblante y se reclinaba en el pecho del santo y con el peso y majestad de Rey le hacía algunas caricias con demostración de afecto, como suelen los infantes con los demás padres, aunque con San José no era esto tan de ordinario, ni con tanta caricia como con la verdadera Madre y Virgen. Y cuando ella lo dejaba, tenía la reliquia de la circuncisión, la cual traía consigo de ordinario el glorioso San José, para que le sirviese de consuelo. Estaban siempre los dos divinos esposos enriquecidos: ella con el Hijo santísimo y él con su sagrada sangre y carne deificada. Teníanla en un pomito de cristal, como dejo dicho (Cf. supra n. 521, 534), que buscó San José y le compró con el dinero que les envió Santa Isabel; y en él cerró la gran Señora el prepucio y la sangre que se vertió en la circuncisión, cortándole del lienzo que sirvió en este ministerio. Y para más asegurarlo todo, estando el pómulo guarnecido con plata por la boca, la cerró la poderosa Reina con sólo su imperio; con el cual se juntaron y soldaron los labios del brocal de plata, mejor que si los ajustara el artífice que los hizo. Y en esta forma guardó toda la vida la prudente Madre estas reliquias; y después entregó tan precioso tesoro a los Apóstoles, y se le dejó como vinculado en la Santa Iglesia. En el mar inmenso de estos misterios me hallo tan anegada e imposibilitada con la ignorancia de mujer y limitados términos para explicarlos, que remito muchos a la fe y piedad cristiana.

Doctrina que me dio la Reina santísima María.

550. Hija mía, advertida quedas en el capítulo pasado (Cf. supra n. 529) para no inquirir por orden sobrenatural cosa alguna del Señor, ni por aliviarte del padecer, ni por natural inclinación y menos por vana curiosidad. Ahora te advierto que tampoco por ninguno de estos motivos has de dar lugar a tus afectos para codiciar ni ejecutar cosa alguna natural o exterior; porque en todas las operaciones de tus potencias y obras de los sentidos has de moderar y rendir tus inclinaciones, sin darles lo que piden, aunque sea con color aparente de virtud o piedad. No tenía yo peligro de exceder en estos afectos, por mi inculpable inocencia, ni tampoco le faltaba piedad al deseo que tenía de asistir al portal donde mi Hijo santísimo había nacido y recibido la circuncisión; mas con todo eso no quise manifestar mi deseo, aun siendo preguntada de mi esposo, porque antepuse la obediencia a esta piedad y conocí era más seguro para las almas y de mayor agrado al Señor buscar su santa voluntad por consejo y parecer ajeno que por la inclinación propia. En mí fue esto mayor mérito y perfección; pero en ti y en las demás almas, que tenéis peligro de errar por el dictamen propio, ha de ser esta ley más rigurosa para prevenirle y desviarle con discreción y diligencia; porque la criatura ignorante y de corazón tan limitado arrimase fácilmente con sus afectos y párvulas inclinaciones a cosas pequeñas, y tal vez se ocupa toda con lo poco como con lo mucho, y lo que es nada le parece algo, y todo esto la inhabilita y priva de grandes bienes espirituales, de gracia, luz y merecimiento.

551. Esta doctrina, con toda la que te he de dar, escribirás en tu corazón y procura hacer en él un memorial de todo lo que yo obraba, para que como lo conoces lo entiendas y ejecutes. Y atiende a la reverencia, amor y cuidado, al temor santo y circunspecto con que yo trataba a mi Hijo santísimo. Y aunque siempre viví con este desvelo, pero después que le concebí en mi vientre, jamás le perdí de vista, ni me retardé en el amor que entonces me comunicó Su Alteza. Y con este ardor de más agradarle, no descansaba mi corazón, hasta que unida y absorta en la participación de aquel sumo bien y último fin, me quietaba a tiempos como en mi centro; pero luego volvía a mi

continua solicitud, como quien prosigue su camino, sin detenerse en lo que no le ayudaba y le retarda su deseo. Tan lejos estaba mi corazón de apegarse a cosa alguna de las de la tierra, ni seguir inclinación sensible, que en esto vivía como si no fuera de la común naturaleza terrena. Y si las demás criaturas no están libres de las pasiones, o no las vencen en el grado que pueden, no se querellen de la naturaleza sino de su misma voluntad; que antes la naturaleza flaca se puede quejar de ellas, porque podían con el imperio de la razón regirla y encaminarla y no lo hacen, antes la dejan seguir sus desórdenes y la ayudan con la voluntad libre y con el entendimiento le buscan más objetos, peligros y ocasiones en que se pierda. Por estos precipicios que ofrece la vida humana te advierto, carísima mía, **que** ninguna cosa visible, aunque sea necesaria y al parecer muy justa, ni la apetezcas ni la busques. Y de todo lo que usas por necesidad, la celda, el vestido y sustento y lo demás, sea por obediencia con beneplácito de los Prelados; porque el Señor lo quiere y yo lo apruebo, para que uses de ello en servicio del Todopoderoso. Por tantos registros como los que te he insinuado ha de pasar todo lo que obrares.

CAPITULO 16

Vienen los tres Reyes magos del oriente y adoran al Verbo humanado en Belén.

552. Los tres Reyes magos que vinieron en busca del Niño Dios recién nacido eran naturales de la Persia [Iran], Arabia y Sabbá [Yemen] (Sal 71, 10), partes orientales de Palestina. Y su venida profetizaron señaladamente Santo Rey David, y antes de él Balaán, cuando por voluntad divina bendijo al pueblo de Israel, habiéndole conducido el rey Balaac de los moabitas para que le maldijese (Num 23-24). Entre estas bendiciones dijo Balaán que vería al rey Cristo, aunque no luego, y que le miraría, aunque no muy cerca (Num 24, 17); porque no lo vio por sí sino por los Magos sus descendientes, ni fue luego sino después de muchos siglos. Dijo también que nacería una estrella de Jacob (Num 24, 17), porque sería para señalar al que nacía

para reinar eternamente en la casa de Jacob (Lc 1, 32).

553. Eran estos tres Santos Reyes muy sabios en las ciencias naturales y leídos en las Escrituras del pueblo de Dios, y por su mucha ciencia fueron llamados Magos. Y por las noticias de las Escrituras y conferencias con algunos de los hebreos, llegaron a tener alguna creencia de la venida del Mesías que aquel pueblo esperaba. Eran a más de esto hombres rectos, verdaderos y de gran justicia en el gobierno de sus estados; que como no eran tan dilatados como los reinos de estos tiempos, los gobernaban con facilidad por sí mismos y administraban justicia como reyes sabios y prudentes; porque éste es el oficio legítimo del rey, y para eso dice el Espíritu Santo que tiene Dios su corazón en las manos (Prov 21, 1), para encaminarle como las divisiones de las aguas a lo que fuere su santa voluntad. Tenían también corazones grandes y magnánimos, sin la avaricia ni codicia, que tanto los oprime y envilece y apoca los ánimos de los príncipes. Y por estar vecinos en los estados estos Magos y no lejos unos de otros, se conocían y comunicaban en las virtudes morales que tenían y en las ciencias que profesaban, y se noticiaban de cosas mayores y superiores que alcanzaban; en todo eran amigos y correspondientes fidelísimos.

554. Ya queda dicho en el capítulo 11, núm. 492, cómo la misma noche que nació el Verbo humanado fueron avisados de su natividad temporal por ministerio de los Santos Ángeles. Y sucedió en esta forma: que uno de los custodios de nuestra Reina, superior a los que tenían aquellos tres Reyes, fue enviado desde el portal, y como superior ilustró a los tres Ángeles de los Reyes, declarándoles la voluntad y legacía del Señor, para que ellos, cada uno a su encomendado, manifestase el misterio de la encarnación y nacimiento de Cristo nuestro Redentor. Luego los tres Ángeles hablaron en sueños, cada cual al Mago que le tocaba, en una misma hora. Y éste es el orden común de las revelaciones angélicas, pasar del Señor a las almas por el de los mismos Ángeles. Fue esta ilustración de los Reyes muy copiosa y clara de los misterios de la encarnación, porque fueron informados cómo era nacido el Rey de los Judíos, Dios y hombre verdadero, que era el Mesías y Redentor que esperaban, el que estaba prometido

en sus Escrituras y profecías, y que les sería dada para buscarle aquella estrella que Balaán había profetizado. Entendieron también los tres Reyes, cada uno por sí, cómo se daba este aviso a los otros dos, y que no era beneficio ni maravilla para quedarse ociosa, sino que obrasen a la luz divina lo que ella les enseñaba. Fueron elevados y encendidos en grande amor y deseos de conocer a Dios hecho hombre, adorarle por su Criador y Redentor y servirle con más alta perfección, ayudándoles para todo esto las excelentes virtudes morales que habían adquirido, porque con ellas estaban bien dispuestos para recibir la luz divina.

555. Después de esta revelación del cielo, que tuvieron los tres Santos Reyes Magos en sueño, salieron de él y luego se postraron a una misma hora en tierra y pegados con el polvo adoraron en espíritu al ser de Dios inmutable. Engrandecieron su misericordia y bondad infinita, por haber tomado el Verbo divino carne humana de una Virgen para redimir al mundo y dar salud eterna a los hombres. Luego todos tres, gobernados singularmente con un mismo espíritu, determinaron partir sin dilación a Judea en busca del niño Dios, para adorarle. Previnieron los tres dones que llevarle, oro, incienso y mirra en igual cantidad, porque en todo eran guiados con misterio, y sin haberse comunicado fueron uniformes en las disposiciones y determinaciones. Y para partir con presteza a la ligera, prepararon el mismo día lo necesario de camellos, recámara y criados para el viaje. Y sin atender a la novedad que causaría en el pueblo, ni que iban a reino extraño y con poca autoridad ni aparato, sin llevar noticia cierta de lugar ni señas para conocer al niño, determinaron con fervoroso celo y ardiente amor partir luego a buscarle.

556. Al mismo tiempo, el Santo Ángel que fue desde Belén a los Reyes formó de la materia del aire una estrella refulgentísima, aunque no de tanta magnitud como las del firmamento, porque ésta no subió más alta que pedía el fin de su formación y quedó en la región aérea para encaminar y guiar a los santos Reyes hasta el portal donde estaba el Niño Dios. Pero era de claridad nueva y diferente que la del sol y de las otras estrellas, y con su luz hermosísima alumbraba de noche, como antorcha lucidísima, y de día se

manifestaba entre el resplandor del sol con extraordinaria actividad. Al salir de su casa cada uno de estos Reyes, aunque de lugares diferentes, vieron la nueva estrella (Mt 2, 2), siendo ella una sola; porque fue colocada en tal distancia y altura que a todos tres pudo ser patente a un mismo tiempo. Y encaminándose todos tres hacia donde los convidaba la milagrosa estrella, se juntaron brevemente; y luego se les acercó mucho más, bajando y descendiendo multitud de grados en la región del aire, con que gozaban más inmediatamente de su refulgencia. Y confirieron juntos las revelaciones que habían tenido y los intentos que cada uno llevaba, que eran uno mismo. Y en esta conferencia se encendieron más en la devoción y deseos de adorar al Niño Dios recién nacido. Quedaron admirados y magnificando al Todopoderoso en sus obras y encumbrados misterios.

557. Prosiguieron los Magos sus jornadas, encaminados de la estrella, sin perderla de vista hasta que llegaron a Jerusalén; y así por esto como porque aquella gran ciudad era la cabeza y metrópoli de los judíos, sospecharon que ella sería la patria donde había nacido su legítimo y verdadero Rey. Entraron por la ciudad, preguntando públicamente por él, y diciendo (Mt 2, 1ss): ¿A dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque en el oriente hemos visto su estrella que manifiesta su nacimiento y venimos a verle y adorarle.—Llegó esta novedad a los oídos de Herodes, que a la sazón, aunque injustamente, reinaba en Judea y vivía en Jerusalén; y sobresaltado el inicuo Rey con oír que había nacido otro más legítimo, se turbó y escandalizó mucho, y con él toda la ciudad se alteró; unos por lisonjearle y otros por el temor de la novedad. Y luego, como San Mateo refiere (Mt 2, 1ss), mandó Herodes hacer junta de los príncipes de los sacerdotes y escribas, y les preguntó dónde había de nacer Cristo, a quien ellos, según sus profecías y escrituras, esperaban. Respondiéronle que, según el vaticinio de un profeta, que es Miqueas (Miq 5,2), había de nacer en Belén, porque dejó escrito que de ella saldría el Gobernador que había de regir el pueblo de Israel.

558. Informado Herodes del lugar del nacimiento del nuevo Rey de Israel y meditando desde luego dolosamente destruirle, despidió a los sacerdotes y llamó secretamente a

los Santos Reyes Magos para informarse del tiempo que habían visto la estrella pregonera de su nacimiento. Y como ellos con sinceridad se lo manifestasen, los remitió a Belén, y les dijo, con disimulada malicia: Id y preguntad por el infante, y en hallándole daréisme luego aviso, para que yo también vaya a reconocerle y adorarle.—Partieron los Magos, quedando el hipócrita rey mal seguro y congojado con señales tan infalibles de haber nacido en el mundo el Señor legítimo de los judíos. Y aunque pudiera sosegarle en la posesión de su grandeza el saber que no podía reinar tan prestó un niño recién nacido, pero es tan débil y engañosa la prosperidad humana, que sólo un infante la derriba, y un amago, aunque sea de lejos, y sólo imaginarlo impide todo el consuelo y gusto que engañosamente ofrece a quien la tiene.

559. En saliendo los Magos de Jerusalén, hallaron la estrella que a la entrada habían perdido y con su luz llegaron a Belén y al portal del nacimiento, sobre el cual detuvo su curso y se inclinó entrando por la puerta y menguando su forma corporal, hasta ponerse sobre la cabeza del infante Jesús, no paró, y le bañó todo con su luz, y luego se deshizo y resolvió la materia de que se formó primero. Estaba ya nuestra gran Reina prevenida por el Señor de la llegada de los Santos Reyes, y cuando entendió que estaban cerca del portal, dio noticia de ello al santo esposo José, no para que se apartase, sino para que asistiese a su lado, como lo hizo. Y aunque el texto sagrado del evangelio no lo dice, porque esto no era necesario para el misterio, como tampoco otras cosas que dejaron los evangelistas en silencio, pero es cierto que el santo José estuvo presente cuando los Reyes adoraron al infante Jesús. Y no era necesario cautelar esto, porque los Magos venían ya ilustrados de que la Madre del recién nacido era Virgen y él Dios verdadero y no hijo de San José. Ni Dios trajera a los Santos Reyes para que le adorasen y, por no estar catequizados, faltasen en cosa tan esencial como juzgarle por hijo de José y de madre no virgen; de todo venían ilustrados y sintiendo altísimamente de lo perteneciente a tan magníficos y encumbrados sacramentos.

560. Aguardaba la divina Madre con el infante Dios en sus

brazos a los devotos y piadosos Reyes, y estaba con incomparable modestia y hermosura, descubriendo entre la humilde pobreza indicios de majestad más que humana, con algo de resplandor en el rostro. El niño le tenía mucho mayor y derramaba grande refulgencia de luz, con que estaba toda aquella caverna hecha cielo. Entraron en ella los tres Santos Reyes orientales y a la vista primera del Hijo y de la Madre quedaron por gran rato admirados y suspensos. Postráronse en tierra y en esta postura reverenciaron y adoraron al infante, reconociéndole por verdadero Dios y hombre y reparador del linaje humano. Y con el poder divino y vista y presencia del dulcísimo Jesús, fueron de nuevo ilustrados interiormente. Conocieron la multitud de espíritus angélicos que, como siervos y ministros del gran Rey de los reyes y Señor de los señores (Ap 19,16), asistían con temblor y reverencia. Levantáronse en pie y luego dieron la enhorabuena a su Reina y nuestra de ser Madre del Hijo del eterno Padre, y llegaron a darle reverencia, hincadas las rodillas. Pidiéronle la mano para besársela, como en sus reinos se acostumbraba con las reinas. La prudentísima Señora retiró la suya y ofreció la del Redentor del mundo, y dijo: Mi espíritu se alegró en el Señor y mi alma le bendice y alaba; porque entre todas las naciones os llamó y eligió, para que con vuestros ojos lleguéis a ver y conocer lo que muchos reyes y profetas desearon (Lc 10,24) y no lo consiguieron, que es al eterno Verbo encarnado y humanado. Magnifiquemos y alabemos su nombre por los sacramentos y misericordias que usa con su pueblo, besemos la tierra que santifica con su real presencia.

561. Con estas razones de María santísima se humillaron de nuevo los tres Reyes, adorando al infante Jesús, y reconocieron el beneficio grande de haberles nacido tan temprano el Sol de Justicia, para ilustrar sus tinieblas. Hecho esto, hablaron al santo esposo José, engrandeciendo su felicidad de ser esposo de la Madre del mismo Dios, y por ella le dieron la enhorabuena, admirados y compadecidos de tanta pobreza y que en ella se encerrasen los mayores misterios del cielo y tierra. Pasaron en estas cosas tres horas, y los Reyes pidieron licencia a María santísima para ir a la ciudad a tomar posada, por no haber lugar para

detenerse en la cueva y estar en ella. Seguíanlos alguna gente, pero solos los Magos participaron los efectos de la luz y de la gracia. Los demás, que sólo paraban y atendían a lo exterior y miraban el estado pobre y despreciable de la Madre y de su esposo, aunque tuvieron alguna admiración de la novedad, no conocieron el misterio. Despidiéronse y fuéronse los Reyes, y quedaron María y José con el infante solos, dando gloria a Su Majestad con nuevos cánticos de alabanza, porque su nombre comenzaba a ser conocido y adorado de las gentes. Lo demás que hicieron los Reyes, diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

562. Hija mía, en los sucesos que contiene este capítulo, había gran fundamento para enseñar a los reyes y príncipes, y a los demás hijos de la Iglesia Santa, en la pronta devoción y humildad de los Magos, para imitarla, y en la dureza inicua de Herodes, para temerla; porque cada uno cogió el fruto de sus obras. Los Reyes, de las muchas virtudes y justicia que guardaban, y Herodes, de su ciega ambición y soberbia, con que injustamente reinaba, y de otros pecados en que le despeñó su inclinación sin rienda ni moderación. Pero basta esto para los que viven en el mundo, y las demás doctrinas que tienen en la Santa Iglesia; para ti debes aplicar la enseñanza de lo que has escrito, advirtiendo que toda la perfección de la vida cristiana se ha de fundar en las verdades católicas y en el conocimiento de ellas constante y firme, como lo enseña la santa fe de la Iglesia. Y para más imprimirlas en tu corazón, te has de aprovechar de todo lo que leyeres y oyeres de las divinas Escrituras y de otros libros devotos y doctrinales de las virtudes. Y a esta fe santa ha de seguir la ejecución de ellas, con abundancia de todas las buenas obras, esperando siempre la visitación y venida (Tit 2,13) del Altísimo.

563. Con esta disposición estará tu voluntad pronta, como yo la quiero, para que en ti halle la del Todopoderoso la suavidad y rendimiento necesario para no tener resistencia a lo que te manifestare, sino que en conociéndolo lo ejecutes, sin otros respetos de criaturas. Y te ofrezco que, si lo hicieres como debes, yo seré tu estrella y te guiaré por

las sendas del Señor (Prov 4,11), para que con velocidad camines hasta ver y gozar en Sión (Sal 83, 8) de la cara de tu Dios y sumo bien. En esta doctrina, y en lo que sucedió a los devotos Reyes del oriente, se encierra una verdad esencialísima para la salvación de las almas; pero conocida de muy pocas y advertida de menos: esto es, que las inspiraciones y llamamientos que envía Dios a las criaturas regularmente tienen este orden: que las primeras mueven a obrar algunas virtudes, y si a éstas responde el alma, envía el Altísimo otras mayores para obrar más excelentemente, y aprovechándose de unas se dispone para otras y recibe nuevos y mayores auxilios; y por este orden van creciendo los favores del Señor, según la criatura va correspondiendo a ellos. De donde entenderás dos cosas: la una, cuan grave daño es despreciar las obras de cualquiera virtud y no ejecutarlas según las divinas inspiraciones dictan; la segunda, que muchas veces daría Dios grandes auxilios a las almas, si ellas comenzasen a responder con los menores; porque está aparejado y como esperando que le den lugar, para obrar según la equidad de sus juicios y justicia, y porque desprecian este orden y proceder de sus vocaciones, suspende el corriente de su divinidad y no concede lo que él desea y las almas habían de recibir, si no pusieran óbice e impedimento, y por esto van de un abismo en otro (Sal 41, 8).

564. Los Magos y Herodes llevaron encontrados caminos; que los unos correspondieron con buenas obras a los primeros auxilios e inspiraciones, y así se dispusieron con muchas virtudes para ser llamados y traídos por la revelación divina al conocimiento de los misterios de la encarnación, nacimiento del Verbo divino y redención del linaje humano, y de esta felicidad a la de ser santos y perfectos en el camino del cielo. Por el contrario le sucedió a Herodes, que su dureza y desprecio que hizo de obrar bien con los auxilios del Señor, le trajo a tan desmedida soberbia y ambición, y estos vicios le arrastraron hasta el último precipicio de crueldad, intentando quitar la vida, primero que otro alguno de los hombres, al Redentor del mundo, y fingirse para esto piadoso y devoto con simulada piedad, y reventando su furiosa indignación y por encontrarle, quitó la vida a los niños inocentes para que no

se frustrasen sus dañados y perversos intentos.

CAPITULO 17

Vuelven los Reyes magos por segunda vez a ver y adorar al infante Jesús, ofrécenle sus dones y despedidos toman otro camino para sus tierras.

565. Del portal del nacimiento, a donde los tres Reyes entraron vía recta desde su camino, se fueron a descansar a la posada dentro de la ciudad de Belén; y retirándose aquella noche a un aposento a solas, estuvieron grande espacio de tiempo, con abundancia de lágrimas y suspiros, confiriendo lo que habían visto y los efectos que a cada uno había causado y lo que habían notado en el Niño Dios y en su Madre santísima. Con esta conferencia se inflamaron más en el amor divino, admirándose de la majestad y resplandor del infante Jesús, de la prudencia, severidad y pudor divino de la Madre, de la santidad del esposo San José y de la pobreza de todos tres, de la humildad del lugar donde había querido nacer el Señor de tierra y cielo. Sentían los devotos Reyes la llama del divino incendio que abrasaba sus piadosos corazones, y sin poderse contener rompían en razones de gran dulzura y acciones de mucha veneración y amor. Decían: ¿Qué fuego es éste que sentimos? ¿Qué eficacia la de este gran Rey, que nos mueve a tales deseos y afectos? ¿Qué haremos para tratar con los hombres? ¿Cómo pondremos modo y tasa a nuestros gemidos y suspiros? ¿Qué harán los que han conocido tan oculto, nuevo y soberano misterio? ¡Oh grandeza del Omnipotente escondida (Is 45,15) por los hombres y disimulada en tanta pobreza! ¡Oh humildad nunca imaginada de los mortales! ¡Quién os pudiera traer a todos para que ninguno se privara de esta felicidad!

566. Entre estas divinas conferencias se acordaron los Magos de la estrecha necesidad que tenían Jesús, María y José en su cueva y determinaron enviarles luego algún regalo en que les mostrasen su caricia, y ellos diesen aquel ensanche al afecto que tenían de servirlos, mientras no podían hacer otra cosa. Remitiéronles con sus criados

muchos de los regalos que para ellos estaban prevenidos y otros que buscaron. Recibiéronlos María santísima y San José con humilde reconocimiento; y el retorno fue, no gracias secas, como hacen los demás, sino muchas bendiciones eficaces de consuelo espiritual para los tres Reyes. Tuvo con este regalo nuestra gran Reina y Señora con qué hacerles a sus ordinarios convidados, los pobres, opulenta comida; que acostumbrados a sus limosnas y más aficionados a la suavidad de sus palabras, la visitaban y buscaban de ordinario. Los Reyes se recogieron llenos de incomparable júbilo del Señor, y en sueños los avisó el ángel de su jornada.

567. El día siguiente en amaneciendo volvieron a la cueva del nacimiento, para ofrecer al Rey celestial los dones que traían prevenidos. Llegaron y postrados en tierra le adoraron con nueva y profundísima humildad, y abriendo sus tesoros, como dice el evangelio (Mt 2, 11), le ofrecieron oro, incienso y mirra. Hablaron con la divina Madre y la consultaron muchas dudas y negocios de los que tocaban a los misterios de la fe y cosas pertenecientes a sus conciencias y gobierno de sus estados; porque deseaban volver de todo informados y capaces para gobernarse santa y perfectamente en sus obras. La gran Señora los oyó con sumo agrado, y cuando la informaban confería con el infante en su interior todo lo que había de responder y enseñar a aquellos nuevos hijos de su ley santa. Y como maestra e instrumento de la sabiduría divina respondió a todas las dudas que le propusieron tan altamente, santificándolos y enseñándoles de suerte que, admirados y atraídos de la ciencia y suavidad de la Reina, no podían apartarse de ella, y fue necesario que uno de los Ángeles del Señor les dijese que era su voluntad y forzoso el volverse a sus patrias. Y no es maravilla que esto les sucediese, porque a las palabras de María santísima fueron ilustrados del Espíritu Santo y llenos de ciencia infusa en todo lo que preguntaron y en otras muchas materias.

568. Recibió la divina Madre los dones de los Reyes y en su nombre los ofreció al infante Jesús. Y su Majestad con agradable semblante mostró que los admitía y les dio su bendición, de manera que los mismos Reyes lo vieron y

conocieron que la daba en retorno de los dones ofrecidos, con abundancia de dones del cielo y más de ciento por uno (Mt 19, 29). A la divina Princesa ofrecieron algunas joyas, al uso de su patria, de gran valor, pero esto, que no era de misterio ni pertenecía a él, se lo volvió Su Alteza a los Reyes y sólo reservó los tres dones de oro, incienso y mirra. Y para enviarlos más consolados, les dio algunos paños de los que había envuelto al niño Dios, porque ni tenía ni podía haber otras prendas visibles con que enviarlos enriquecidos de su presencia. Recibieron los tres Reyes estas reliquias con tanta veneración y aprecio, que guarneciéndolas en oro y piedras preciosas las guardaron. Y en testimonio de su grandeza derramaban tan fragancia de sí y daban tan copioso olor, que se percibía casi de una legua de distancia. Pero con esta calidad y diferencia, que sólo se comunicaba a los que tenían fe de la venida de Dios al mundo, y los demás incrédulos no participaron de este favor, ni sentían la fragancia de las preciosas reliquias, con las cuales hicieron grandes milagros en sus patrias.

569. Ofrecieron también los Reyes a la Madre del dulcísimo Jesús servirla con sus haciendas y posesiones, y que si no gustaba de ellas y quería vivir en aquel lugar del nacimiento de su Hijo santísimo, le edificarían allí casa para estar con más comodidad. Estos ofrecimientos agradeció la prudentísima Madre sin admitirlos. Y para despedirse de ella los Reyes, la rogaron con íntimo afecto del corazón que jamás se olvidase de ellos, y así se lo prometió y cumplió; y lo mismo pidieron a San José. Y con la bendición de todos tres se despidieron con tal afecto y ternura, que parecía dejaban allí sus corazones, en lágrimas y suspiros convertidos. Tomaron otro camino diferente, por no volver a Herodes por Jerusalén, que el Ángel aquella noche les amonestó en sueños no lo hiciesen. Y al partir de Belén fueron guiados por otro camino, apareciéndoles la misma u otra estrella para este intento, y los llevó hasta el lugar donde se habían juntado y de allí cada uno volvió a su patria.

570. Lo restante de la vida de estos felicísimos Reyes fue correspondiente a su divina vocación, porque en sus estados vivieron y procedieron como discípulos de la

Maestra de la santidad, por cuya doctrina gobernaron sus almas y sus reinos. Y con su ejemplo, vida y noticia que dieron del Salvador del mundo, convirtieron gran número de almas al conocimiento de Dios y camino de la salvación. Y después de esto, llenos de días y merecimientos, acabaron su carrera en santidad y justicia, siendo favorecidos en vida y muerte de la Madre de misericordia. Despedidos los Reyes, quedaron la divina Señora y San José en nuevos cánticos de alabanza por las maravillas del Altísimo. Y conferíanlas con las divinas Escrituras y profecías de los Patriarcas, conociendo cómo se iban cumpliendo en el infante Jesús. Pero la prudentísima Madre, que profundamente penetraba estos altísimos sacramentos, lo conservaba todo y lo confería consigo misma en su pecho (Lc 2, 19). Los Santos Ángeles que asistían a estos misterios dieron la enhorabuena a su Reina, de que fuese su Hijo santísimo conocido, adorado por los hombres y Su Majestad humanado, y le cantaron nuevos cánticos, magnificándole por las misericordias que obraban con los hombres.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

571. Hija mía, grandes fueron los dones que ofrecieron los Reyes a mi Hijo santísimo, pero mayor el afecto de amor con que los daban y el misterio que significaban; por todo esto le fueron muy aceptos y agradables a Su Majestad. Esto quiero yo que tú le ofrezcas, dándole gracias porque te hizo pobre en el estado y profesión; porque te aseguro, amiga, que no hay para el Altísimo otro más precioso don ni ofrenda que la pobreza voluntaria, pues son muy pocos hoy en el mundo los que usan bien de las riquezas temporales y que las ofrezcan a su Dios y Señor con la largueza y afecto que estos Santos Reyes. Los pobres del Señor, tanto número como hay, experimentan bien y testifican cuan cruel y avarienta se ha hecho la naturaleza humana, pues con haber tantos necesitados, son tan pocos remediados de los ricos. Esta impiedad tan descortés de los nombres ofende a los Ángeles y contrista al Espíritu Santo, viendo a la nobleza de las almas tan envilecida y abatida, sirviendo todos a la torpe codicia del dinero con sus fuerzas y potencias. Y como si se hubieran criado para sí solos las riquezas, así se las apropian y las niegan a los pobres, sus

hermanos de su misma carne y naturaleza; y al mismo Dios que las crió no se las dan, siendo el que las conserva y puede darlas y quitarlas a su voluntad. Y lo más lamentable es que, cuando pueden los ricos comprar la vida eterna con la hacienda (Lc 16 9), con ella misma granjean su perdición, por usar de este beneficio del Señor como hombres insensatos y estultos.

572. Este daño es general en los hijos de Adán, y por eso es tan excelente y segura la voluntaria pobreza; pero en ella, partiendo con alegría lo poco con el pobre, se hace ofrenda grande al Señor de todos. Y tú puedes hacerla de lo que te toca para tu sustento, dando una parte al pobre, deseando remediar a todos, si con tu trabajo y sudor fuera posible. Pero tu continua ofrenda ha de ser las obras de amor, que es el oro, y la oración continua, que es el incienso, y la tolerancia igual en los trabajos y verdadera mortificación en todo, que es la mirra. Y lo que obrares por el Señor, ofrécelo con fervoroso afecto y prontitud, sin tibieza ni temor, porque las obras remisas o muertas no son sacrificio aceptable a los ojos de Su Majestad. Para ofrecer incesantemente estos dones de tus propios actos es menester que la fe y la luz divina esté siempre encendida en tu corazón, proponiéndote el objeto a quien has de alabar, magnificar y el estímulo de amor con que siempre estás obligada de la diestra del Altísimo, para que no ceses en este dulce ejercicio, tan propio de las esposas de Su Majestad, pues el título es significación de amor y deuda de continuo afecto.

CAPITULO 18

Distribuyen María santísima y San José los dones de los Santos Reyes Magos (sabios) y detiénense en Belén hasta la presentación del infante Jesús en el templo.

573. Despedidos los tres Santos Reyes Magos y habiéndose celebrado en el portal el gran misterio de la adoración del infante Jesús, no quedaba otro que esperar en aquel lugar pobre y sagrado sino salir de él. La prudentísima Madre dijo a San José: Señor mío y esposo, esta ofrenda que los Reyes

han dejado a nuestro Dios y niño no ha de estar ociosa, pero ha de servir a Su Majestad, empleándose luego en lo que fuere de su voluntad y obsequio. Yo nada merezco, aunque sea de cosas temporales; disponed de todo como de cosa de mi Hijo y vuestra.—Respondió el fidelísimo esposo con su acostumbrada humildad y cortesía, remitiéndose a la voluntad de la divina Señora, para que por ella se distribuyese. Instó de nuevo Su Majestad, y dijo: Si por humildad queréis, señor mío, excusaros, hacedlo por la caridad de los pobres, que piden la parte que les toca, pues tienen derecho a las cosas que su Padre celestial crió para su alimento.—Confirieron luego entre María purísima y San José cómo se distribuyesen en tres partes: una para llevar al templo de Jerusalén, que fue el incienso y mirra y parte del oro; otra para ofrecer al Sacerdote que circuncidó al niño, que se emplease en su servicio y de la sinagoga o lugar de oración que había en Belén; y la tercera para distribuir con los pobres. Y así lo ejecutaron con liberal y fervoroso afecto.

574. Para salir de aquel portal, ordenó el Todopoderoso que una mujer pobre, honrada y piadosa fuese algunas veces a ver a nuestra Reina al mismo portal; porque era la casa donde vivía pegada a los muros de la ciudad, no lejos de aquel lugar sagrado. Esta devota mujer, oyendo la fama de los Santos Reyes e ignorando lo que habían hecho, fue un día después a hablar a María santísima, y la dijo si sabía lo que pasaba de que unos Magos (sabios), que decían eran Reyes, habían venido de lejos a buscar al Mesías. La divina Princesa con esta ocasión, y conociendo el buen natural de la mujer, la instruyó y catequizó en la fe común, sin declararle en particular el sacramento escondido del Rey que en sí misma encerraba y en el dulcísimo Niño que tenía en sus divinos brazos. Diola también alguna parte del oro destinado para los pobres, con que se remediase. Con estos beneficios quedó mejorada en todo la suerte de la feliz mujer, y ella aficionada a su maestra y bienhechora. Ofrecióle su casa, y siendo pobre era más acomodada para hospicio de los artífices o fundadores de la santa pobreza. Hízole grande instancia la pobre mujer, viendo la descomodidad del portal donde María santísima y el feliz esposo estaban con el Niño. No desechó el ofrecimiento la Reina y

con estimación respondió a la mujer que la avisaría de su determinación. Y confiriéndolo luego con San José, se resolvieron en ir a pasar a la casa de la devota mujer y esperar allí el tiempo de la purificación y presentación al templo. Obligóles más a esta determinación el estar cerca del portal del nacimiento, y también que comenzaba a concurrir en él mucha gente, por el rumor que se iba publicando del suceso y venida de los Santos Reyes.

575. Desampararon María santísima, San José y el Niño el sagrado portal, porque ya era forzoso, aunque con gran cariño y ternura, y fuérónse a hospedar a la casa de la feliz mujer, que los recibió con suma caridad y les dejó libre lo mejor de la habitación que tenía. Fuéronlos acompañando todos los Ángeles y ministros del Altísimo, en la misma forma humana que siempre los asistían. Y porque la divina Madre y su esposo desde la posada frecuentaban las estaciones de aquel santuario, iban y venían con ellos la multitud de príncipes que los servían. Y a más de esto, para guarda y custodia del portal o cueva cuando el niño y Madre salieron de ella, puso Dios un Ángel que le guardase, como el del paraíso (Gen 3,24)*;* y así ha estado y está hoy en la puerta de la cueva del nacimiento con una espada, y nunca más entró en aquel lugar santo ningún animal, y si el Santo Ángel no impide la entrada de los enemigos infieles, en cuyo poder
está aquél y los demás lugares sagrados, es por los juicios del Altísimo, que deja obrar a los hombres por los fines de su sabiduría y justicia; y porque no era necesario este milagro, si los príncipes cristianos tuvieran ferviente celo de la honra y gloria de Cristo para procurar la restauración de aquellos Santos Lugares consagrados con la sangre y plantas del mismo Señor y de su Madre santísima y con las obras de nuestra redención; y cuando esto no fuera posible, no hay excusa para no procurar a lo menos la decencia de aquellos misteriosos lugares con toda diligencia y fe, que el que la tuviere, grandes montes vencerá (Mt 17, 19), porque todo le es posible al creyente (Mc 9, 22). Y se me ha dado a entender que la devoción piadosa y la veneración de la Tierra Santa es uno de los medios más eficaces y poderosos para establecer y asegurar las monarquías católicas; y quien lo fuere no puede negar que ahorrar a otros gastos

excesivos y excusados, para emplearlos en tan piadosa empresa, fuera grata a Dios y a los hombres, pues para honestar estos gastos no es menester buscar razones peregrinas.

576. Retirada María purísima con su Hijo y Dios a la posada que halló cerca del portal, perseveró en ella hasta el tiempo que conforme a la ley se había de presentar purificada al templo con su primogénito. Y para este misterio determinó en su ánimo la santísima entre las criaturas disponerse dignamente con deseos fervorosos de llevar a presentar al Eterno Padre en el templo su infante Jesús, e imitándole ella y presentándose con él adornada y hermoseada con grandes obras que hiciesen digna hostia y ofrenda para el Altísimo. Con esta atención hizo la divina Señora aquellos días, hasta la purificación, tales y tan heroicos actos de amor y de todas las virtudes, que ni lengua de hombres ni Ángeles lo pueden explicar; ¿cuánto menos podrá una mujer en todo inútil y llena de ignorancia? La piedad y devoción cristiana merecerá sentir estos misterios, y los que para su contemplación y veneración se dispusieren. Y por algunos favores más inteligibles que recibió la Virgen Madre, se podrán colegir y rastrear otros que no caben en palabras.

577. Desde el nacimiento habló el infante Jesús con su dulcísima Madre en voz inteligible, cuando la dijo, luego que nació: Imítame, Esposa mía y asimílate a mí, como dije en su lugar, capítulo 10 (Cf. supra n. 480). Y aunque siempre la hablaba con perfectísima pronunciación, era a solas, porque el santo esposo José nunca le oyó hablar, hasta que fue el niño creciendo y habló después de un año con él. Ni tampoco la divina Señora le declaró este favor a su esposo, porque conocía era sólo para ella. Las palabras del Niño Dios eran con la majestad digna de su grandeza y con la eficacia de su poder infinito y como con la más pura y santa, la más sabia y prudente de las criaturas, fuera de sí mismo, y como con verdadera Madre suya. Algunas veces decía: Paloma mía, querida mía, Madre mía carísima.—Y en estos coloquios y delicias que se contienen en los Cantares de Salomón, y otros más continuos interiores, pasaban Hijo y Madre santísimos, con que recibía más favores la divina

Princesa y oyó palabras tan de dulzura y caricia, que han excedido a las de los Cantares de Salomón, y más que han dicho ni pensado todas las almas justas y santas desde el principio hasta el fin del mundo. Muchas veces repetía el infante Jesús, entre estos amables misterios, aquellas palabras: Asimílate a mí, Madre y paloma.—Y como eran razones de vida y virtud infinita, y a ellas acompañaba la ciencia divina que tenía María santísima de todas las operaciones que obraba interiormente el alma de su Hijo unigénito, no hay lengua que pueda explicar, ni pensamiento percibir los efectos de estas obras tan recónditas en el candidísimo e inflamado corazón de la Madre de Hijo que era hombre y Dios.

578. Entre algunas excelencias más raras y beneficios de María purísima, el primero es ser Madre de Dios, que fue el fundamento de todas; el segundo, ser concebida sin pecado; el tercero, gozar en esta vida muchas veces la visión beatífica de paso; el cuarto lugar tiene este favor, de que gozaba continuamente, viendo **con** claridad el alma santísima de su Hijo y todas sus operaciones para imitarlas. Teníala presente, como un espejo clarísimo y purísimo en que se miraba y remiraba, adornándose con las preciosas joyas de aquella alma santísima copiadas en sí misma. Mirábala unida al Verbo divino y cómo se reconocía inferior en la humanidad con profunda humildad. Conocía con vista clarísima los actos de agradecimiento y alabanza que daba, por haberla criado de nada como a todas las demás almas, y por los dones y beneficios que sobre todas había recibido en cuanto criatura, y especialmente por haberla levantado y sublimado a su naturaleza humana a la unión inseparable de la divinidad. Atendía a las peticiones, oraciones y súplicas, que hacía incesantes, que presentaba al eterno Padre por el linaje humano, y cómo en todas las demás obras iba disponiendo y encaminando su redención y enseñanza, como único Reparador y Maestro de vida eterna.

579. Todas estas obras de la santísima humanidad de Cristo nuestro bien iba imitando su Madre purísima. Y en toda esta Historia hay mucho que decir de tan gran misterio, porque siempre tuvo este dechado y ejemplar a la

vista, donde formó todas las acciones y operaciones desde la encarnación y nacimiento de su Hijo, y como abeja oficiosa fue componiendo el panal dulcísimo de las delicias del Verbo humanado. Y Su Majestad, que vino del cielo a ser nuestro Redentor y Maestro, quiso que su Madre santísima, de quien recibió el ser humano, participase por altísimo y singular modo los frutos de la general Redención y que fuese única y señalada discípula, en quien se estampase al vivo su doctrina, formándola tan semejante a sí mismo, cuanto era posible en pura criatura. Por estos beneficios y fines del Verbo humanado se ha de colegir la grandeza de las obras de su Madre santísima y las delicias que tenía con él en sus brazos, reclinándole en su pecho, que era el tálamo y lecho florido (Cant 1, 15) de este verdadero Esposo.

580. En los días que la Reina santísima se detuvo en Belén hasta la purificación, concurrió alguna gente a visitarla y hablarla, aunque casi todos eran de los más pobres: unos por la limosna que de su mano recibían, otros por haber sabido que los Magos habían estado en el portal, y todos hablaban de esta novedad y de la venida del Mesías, porque en aquellos días, no sin dispensación divina, estaba muy público entre los judíos que se llegaba el tiempo en que había de nacer en el mundo, y se hablaba comúnmente de esto. Con ocasión de todas estas pláticas se le ofrecían a la prudentísima Madre repetidas ocasiones de obrar grandiosamente, no sólo en guardar secreto en su pecho y conferir en él todo lo que oía y veía (Lc 2, 19), pero también en encaminar muchas almas al conocimiento de Dios, confirmarlas en la fe, instruirlas en las virtudes, alumbrarlas en los misterios del Mesías que esperaban y sacarlas de grandes ignorancias en que estaban, como gente vulgar y poco capaz de las cosas divinas. Decíanla algunas veces tantas novelas y cuentos de mujeres en estas materias, que oyéndolas el santo y sencillo esposo José se solía sonreír y admirar de las respuestas llenas de sabiduría y eficacia divina con que la gran Señora respondía y enseñaba a todos; cómo los toleraba, sufría y encaminaba a la verdad y conocimiento de la luz, con profunda humildad y severidad apacible, dejando a todos gustosos, consolados y capaces de lo que les convenía; porque les hablaba palabras de vida

eterna (Jn, 6, 69), que les penetraba hasta el corazón, los fervorizaba y alentaba.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima Señora nuestra.

581. Hija mía, a la vista clara de la luz divina conocí yo, sobre todas las criaturas, el bajo precio y estimación que tienen delante el Altísimo los dones y riquezas de la tierra, y por esto me fue trabajoso y enojoso a mi santa libertad hallarme cargada con los tesoros de los Reyes ofrecidos a mi Hijo santísimo; pero como en todas mis obras había de resplandecer la humildad y obediencia, no quise apropiarlos a mí, ni dispensarlos por mi voluntad, sino por la de mi esposo José; y en esta resignación hice concepto como si fuera sierva suya y como si nada de aquellos bienes temporales me tocara, porque es cosa fea, y para vosotras las criaturas flacas muy peligrosa, atribuiros o apropiaros cosa ninguna de bienes terrenos, así de hacienda como de honra, pues todo esto se hace con codicia, ambición y ostentación vana.

582. He querido, carísima, decirte todo esto para que en todas materias quedes enseñada de no admitir dones ni honras humanas, como si algo te debieran, ni lo apropies a ti misma, y esto menos cuando lo recibes de personas poderosas y calificadas; guarda tu libertad interior y no hagas ostentación de lo que nada vale, ni te puede justificar para con Dios. Si algo te presentaren, nunca digas 'esto me han dado', ni 'esto me han traído', sino 'esto envía el Señor para la comunidad, pidan a Su Majestad por el instrumento de esta misericordia suya'; y nombrarle, para que lo hagan en particular y no se frustre el fin del que hace la limosna. Tampoco la recibas por tu mano, que es insinuar codicia, sino las ofícialas dedicadas para ese fin; y si por el oficio de prelada fuere necesario después de estar dentro el convento darlo a quien le pertenece para distribuirlo al común, sea con magisterio de desprecio, manifestando no está allí el afecto, aunque al Altísimo y al que te hizo el bien se le has de agradecer, y conocer no le mereces. Lo que traen a las demás religiosas debes agradecerlo por Prelada, y con toda solicitud cuidar luego se aplique al cuerpo de la

comunidad, sin tomar para ti cosa alguna; y no mires con curiosidad lo que viene al convento, porque no se deleite el sentido, ni se incline a apetecerlo o gustar le hagan tales beneficios, que el natural frágil y lleno de pasiones incurre en muchos defectos repetidas veces y muy pocas veces se hace consideración de ellos; no se le puede fiar nada a la naturaleza infecta, porque siempre quiere más de lo que tiene y nunca dice basta y cuanto más recibe mayor sed le queda para más.

583. Pero en lo que te quiero más advertida es en el trato íntimo y frecuente con el Señor, por incesante amor, alabanza y reverencia. En esto quiero, hija mía, que trabajes con todas tus fuerzas y que apliques tus potencias y sentidos sin intervalo, con desvelo y cuidado; porque sin él es forzoso que la parte inferior, que agrava el alma (Sab 9, 15), la derribe y atierre, la divierta y precipite, haciéndola perder de vista el sumo bien. Y este trato amoroso del Señor es tan delicado, que sólo de atender y oír al enemigo en sus fabulaciones se pierde; y por esto solicita él con gran desvelo que le atiendan, como quien sabe que el castigo de haberle escuchado será escondérsele al alma el objeto de su amor; y luego la que inadvertidamente ignoró su hermosura (Cant 1, 7) sale tras de las pisadas de sus descuidos, desposeída de suavidad divina, y cuando, a mal de su grado, experimenta el daño en su dolor, quiere volver a buscarla y no siempre se halla ni se le restituye; y como el demonio que la engañó le ofrece otros deleites tan viles y desiguales de aquellos a que tenía acostumbrado el gusto interior, de aquí le resulta y se origina nueva tristeza, turbación, caimiento, tibieza, hastío y toda se llena de confusión y peligro.

584. De esta verdad tienes tú, carísima, alguna experiencia, por tus descuidos y tardanza en creer los beneficios del Señor. Ya es tiempo que seas prudente en tu sinceridad y constante en conservar el fuego del santuario, sin perder de vista un punto el mismo objeto a que yo siempre estuve atenta con la fuerza de toda mi alma y potencias. Y aunque es grande la distancia de ti, que eres un vil gusanillo, a lo que en mí te propongo que imites y no puedes gozar del bien verdadero tan inmediato como yo le

tenía, ni obrar con las condiciones que yo lo hacía, pero, pues yo te enseño y manifiesto lo que obraba imitando a mi Hijo santísimo, puedes, según tus fuerzas, imitarme a mí, entendiendo que le miras por otro viril; mas porque yo le miraba por el de su humanidad santísima, y tú por el de mi alma y persona. Y si a todos llama y convida el Todopoderoso a esta alta perfección si quieren seguirla, considera tú lo que debes hacer por ella, pues tan larga y poderosa se muestra contigo la diestra del Altísimo para traerte tras de sí (Cant 1, 7).

CAPITULO 19

Parten María santísima y San José con el infante Jesús de Belén a Jerusalén, para presentarle en el templo y cumplir la ley.

585. Cumplíanse ya los cuarenta días que conforme a la ley (Lev 12, 4) se juzgaba por inmunda la mujer que paría hijo y perseveraba en la purificación del parto hasta que después iba al templo. Para cumplir la Madre de la misma pureza con esta ley, y de camino con la otra del Éxodo (Ex 13,12) en que mandaba Dios le santificasen y ofreciesen todos los primogénitos, determinó pasar a Jerusalén, donde se había de presentar en el templo con el Unigénito del Eterno Padre suyo y purificarse conforme las demás mujeres madres. Y en el cumplimiento de estas dos leyes, para la que a ella le tocaba, no tuvo duda ni reparo alguno en obedecer como las demás madres; no porque ignorase su inocencia y pureza propia, que desde la encarnación del Verbo la sabía, y que no había contraído el común pecado original, y tampoco ignoraba que había concebido por obra del Espíritu Santo y parido sin dolor, quedando siempre virgen y más pura que el sol; pero en cuanto a rendirse a la ley común no dudaba su prudencia, y también lo solicitaba el ardiente afecto de humillarse y pegarse con el polvo, que siempre estaba en su corazón.

586. En la presentación que tocaba a su Hijo santísimo pudo tener algún reparo, como sucedió en la circuncisión, porque le conocía por Dios verdadero, superior a las leyes

que él mismo había puesto; pero de la voluntad del Señor fue informada con luz divina y con los mismos actos del alma santísima del Verbo humanado, porque en ella vio los deseos que tenía de santificarse, ofreciéndose viva hostia (Ef 5, 2) al Eterno Padre, en agradecimiento de haber formado su cuerpo purísimo y criado su alma santísima, y destinándose para sacrificio aceptable por el linaje humano y salvación de los mortales; y aunque estos actos siempre los tuvo la humanidad santísima del Verbo, no sólo como comprensor, conformándose con la voluntad divina, pero también como viador y Redentor, con todo eso, quiso, conforme a la ley, hacer esta ofrenda a su Padre en su santo templo, donde todos le adoraban y magnificaban, como en casa de oración, expiación y sacrificios.

587. Trató la gran Señora con su esposo de la jornada, y habiéndola ordenado para estar en Jerusalén el día determinado por la ley y prevenido lo necesario, se despidieron de la piadosa mujer su hospedera; y dejándola llena de bendiciones del cielo, cuyos frutos cogió copiosamente, aunque ignoraba el misterio de sus divinos huéspedes, fueron luego a visitar el portal o cueva del nacimiento, para ordenar de allí su viaje con la última veneración de aquel humilde sagrario, pero rico de felicidad, no conocido por entonces. Entregó la Madre a San José el Niño Jesús para postrarse en tierra y adorar el suelo, testigo de tan venerables misterios, y habiéndolo hecho con incomparable devoción y ternura, habló a su esposo y le dijo: Señor, dadme la bendición, para hacer con ella esta jornada, como me la dais siempre que salgo de vuestra casa, y también os suplico que me deis licencia para hacerla a pie y descalza, pues he de llevar en mis brazos la hostia que se ha de ofrecer al eterno Padre. Esta obra es misteriosa, y deseo hacerla con las condiciones y magnificencia que pide, en cuanto me fuere posible.— Usaba nuestra Reina, por honestidad, de un calzado que le cubría los pies y le servía casi de medias; era de una yerba de que usaban los pobres, como cáñamo o malvas, curado y tejido grosera y fuertemente, y aunque pobre, limpio y con decente aliño.

588. San José la respondió que se levantase, porque

estaba de rodillas, y dijo: El altísimo Hijo del Eterno Padre, que tengo en mis brazos, os dé su bendición; sea también enhorabuena que caminando a pie le llevéis en los vuestros, pero no habéis de ir descalza, porque el tiempo no lo permite, y vuestro deseo será acepto delante del Señor, porque os le ha dado.—De esta autoridad de cabeza en mandar a María santísima usaba San José, aunque con gran respeto, por no defraudarla del gozo que tenía la gran Reina en humillarse y obedecer; y como el santo esposo la obedecía también y se mortificaba y humillaba en mandarla, venían a ser entrambos obedientes y humildes recíprocamente. El negarla que fuese descalza a Jerusalén, lo hizo San José temiendo no le ofendiesen los fríos para la salud, y el temerlo nacía de que no sabía la admirable complexión y compostura del cuerpo virginal y perfectísimo, ni otros privilegios de que la diestra divina la había dotado. La obediente Reina no replicó más al santo esposo y obedeció a su mandato en no ir descalza; y para recibir de sus manos al infante Jesús se postró en tierra y le dio gracias, adorándole por los beneficios que en aquel sagrado portal había obrado con ella y para todo el linaje humano; y pidió a Su Majestad conservase aquel sagrario con reverencia y entre católicos y que siempre fuese de ellos estimado y venerado, y al santo Ángel destinado para guardarle, se le encargó y encomendó de nuevo. Cubrióse con un manto para el camino, y recibiendo en sus brazos al tesoro del cielo y aplicándole a su pecho virginal, le cubrió con grande aliño para defenderle del temporal del invierno.

589. Partieron del portal, pidiendo la bendición entrambos al Niño Dios, y Su Majestad se la dio visiblemente; y San José acomodó en el jumentillo la caja de los fajos del divino infante, y con ellos la parte de los dones de los Reyes que reservaron para ofrecer al templo. Con esto se ordenó de Belén a Jerusalén la procesión más solemne que se vio jamás en el templo, porque en compañía del Príncipe de las eternidades Jesús y de la Reina su madre y San José su esposo, partieron de la cueva del nacimiento los diez mil Ángeles que habían asistido en estos misterios y los otros que del cielo descendieron con el santo y dulce nombre de Jesús en la circuncisión (Cf. supra n. 523). Todos estos

cortesanos del cielo iban en forma visible humana, tan hermosos y refulgentes, que en comparación de su belleza todo lo precioso y deleitable del mundo era menos que de barro y que la escoria, comparado con el oro finísimo; y al sol, cuando más en su fuerza estaba, le oscurecían, y cuando faltaba en las noches las hacían días clarísimos; de su vista gozaba la divina Reina y su esposo San José. Celebraban todos el misterio con nuevos y altísimos cánticos de alabanza al Niño Dios que se iba a presentar al templo; y así caminaron dos leguas, que hay de Belén a Jerusalén.

590. En aquella ocasión, que no sería sin dispensación divina, era el tiempo destemplado, de frío y hielos, que no perdonando a su mismo Criador humanado y niño tierno, le afligían hasta que temblando como verdadero hombre lloraba, [por los pecados de los hombres], en los brazos de su amorosa Madre, dejando más herido su corazón de compasión y amor que de las inclemencias el cuerpo. Volvióse a los vientos y elementos la poderosa Emperatriz y como Señora de todos los reprendió con divina indignación, porque ofendían a su mismo Hacedor, y con imperio les mandó que moderasen su rigor con el Niño Dios, pero no con ella. Obedecieron los elementos al orden de su legítima y verdadera Señora, y el aire frío se convirtió en una blanda y templada marea para el infante, pero con la Madre no corrigió su destemplado rigor; y así le sentía ella y no su dulce Niño, como en tres ocasiones he dicho (Cf. supra n. 20, 21, 543, 544) y repetiré adelante (Cf. infra n. 633). Convirtióse también contra el pecado la que no le había contraído, y dijo: ¡Oh culpa desconcertada y en todo inhumana, pues para tu remedio es necesario que el mismo Criador de todo sea afligido de las criaturas que dio ser y las está conservando! Terrible monstruo y horrendo eres, ofensiva a Dios y destruidora de las criaturas, las conviertes en abominación y las privas de la mayor felicidad de amigas de Dios. ¡Oh hijos de los hombres! ¿Hasta cuándo habéis de ser de corazón grave y habéis de amar la vanidad y mentira[7]? No seáis tan ingratos para con el altísimo Dios y crueles con vosotros mismos. Abrid los ojos y mirad vuestro peligro. No despreciéis los preceptos de vuestro Padre celestial ni olvidéis la enseñanza de vuestra Madre (Prov 1,

8), que os engendré por la caridad, y tomando el Unigénito del Padre carne humana en mis entrañas, me hizo Madre de toda la naturaleza; como tal os amo y, si me fuera posible y voluntad del Altísimo que yo padeciera todas las penalidades que ha habido desde Adán acá, las admitiera con gusto por vuestra salud.

591. En el tiempo que continuaba la jornada nuestra divina Señora con el Niño Dios, sucedió en Jerusalén que San Simeón, Sumo Sacerdote, fue ilustrado del Espíritu Santo cómo el Verbo humanado venía a presentarse al templo en los brazos de su Madre; la misma revelación tuvo la santa viuda Ana; y de la pobreza y trabajo con que venían, acompañados de San José, esposo de la purísima Señora. Y confiriendo luego los dos santos esta revelación e ilustración, llamaron al mayordomo del templo que cuidaba de lo temporal y dándole las señas de los caminantes que venían le mandaron saliese a la puerta del camino de Belén y los recibiese en su casa con toda benevolencia y caridad. Así lo hizo el mayordomo, con que la gran Reina y su esposo recibieron mucho consuelo, por el cuidado que traían de buscar posada que fuese decente para su divino infante. Dejándolos en su casa el dichoso hospedero, volvió a dar cuenta al Sumo Sacerdote.

592. Aquella tarde, antes de recogerse, trataron María santísima y San José lo que debían hacer; y la prudentísima Señora advirtió que llevase luego la misma tarde al templo los dones de los Reyes, para ofrecerlos en silencio y sin ruido, como se deben hacer las limosnas y ofrendas, y que de camino trajese el santo esposo las tortolillas (Lc 2, 24) que habían de ofrecer al otro día en público con el infante Jesús. Ejecutólo así San José y, como forastero y poco conocido, dio la mirra, incienso y oro al que recibía los dones en el templo, no dejando lugar para que se advirtiese quién había ofrecido tan gran limosna; y aunque pudo con ella comprar el cordero, que ofrecían los más ricos con los primogénitos (Lev 12, 6-8), no lo hizo, porque fuera desproporción del traje humilde y pobre de la Madre y niño y del esposo ofrecer dones de ricos en lo público, y no convenía degenerar en acción alguna de su pobreza y humildad aunque fuera con fin piadoso y honesto, porque

en todo fue maestra de perfección la Madre de la sabiduría y su Hijo santísimo de la pobreza, en que nació, vivió y murió.

593. Era San Simeón, como dice San Lucas (Lc 2, 25ss), justo y temeroso y esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo, que estaba en él, le había revelado que no pasaría la muerte sin ver primero al Cristo del Señor, y que movido del Espíritu vino al templo; porque aquella noche, a más de lo que había entendido, fue de nuevo ilustrado con la divina luz, y en ella conoció con mayor claridad todos los misterios de la encarnación y redención humana, y que en María santísima se habían cumplido las profecías de Isaías (Is 7, 14; 9, 1) que una Virgen concebiría y pariría un hijo, y de la vara de José nacería una flor que sería Cristo, y todo lo demás de éstas y otras profecías; tuvo luz muy clara de la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo y de los misterios de la pasión y muerte del Redentor. Con la inteligencia de cosas tan altas quedó el Santo Simeón elevado y todo fervorizado, con deseos de ver al Redentor del mundo; y como ya tenía noticia que venía a presentarse al Padre, fue llevado Simeón al templo en espíritu el día siguiente, que es en la fuerza de esta divina luz; y sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. También la santa mujer Ana tuvo revelación la misma noche de muchos de estos misterios respectivamente, y fue grande el gozo de su espíritu porque, como dije en la primera parte (Cf. supra p. I n. 423) de esta Historia, ella había sido maestra de nuestra Reina cuando estuvo en el templo; y dice el evangelista que no se apartaba de él (Lc 2, 37), sirviendo de día y noche con ayunos y oraciones, y que era profetisa, hija de Samuel, del tribu de Aser, y habiendo vivido siete años con su marido era ya de ochenta y cuatro; y habló proféticamente del niño Dios, como se verá (Cf. infra n. 600).

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

594. Hija mía, una de las miserias que hacen infelices o poco felices a las almas es contentarse con hacer las obras de virtud con negligencia y sin fervor, como si obraran cosa de poca importancia o casual. Por esta ignorancia y vileza de corazón llegan pocas al trato y amistad íntima con el

Señor, que sólo se alcanza con el amor ferviente. Y llámase ferviente o fervoroso, porque al modo del agua que con el fuego hierve, así este amor con la violencia suave del divino incendio del Espíritu Santo levanta al alma sobre sí, sobre todo lo criado y sobre sus mismas obras; porque amando se enciende más y del mismo amor le nace un insaciable afecto, con el cual no sólo desprecia y olvida lo terreno, pero ni le satisface ni sacia todo lo bueno; y como el corazón humano, cuando no alcanza lo que mucho ama, si le es posible, se enardece más en el deseo de conseguirlo con nuevos medios, por esto si el alma tiene ferviente caridad, siempre con ella misma halla qué desear y qué hacer por el amado y todo cuanto obra le parece poco; y así busca y pasa de la voluntad buena a la perfecta (Rom 12, 2) y de ésta a la de mayor beneplácito del Señor, hasta llegar a la pérfectísima e íntima unión y transformación en el mismo Dios.

595. De aquí entenderás, carísima, la razón por que deseaba ir descalza al templo, llevando a mi Hijo santísimo a presentarle en él y cumplir también con la ley de la purificación; porque a mis obras daba todo el lleno de perfección posible, con la fuerza del amor que siempre me pedía lo más perfecto y agradable al Señor, y me movía a ello esta fervorosa ansia en obrar todas las virtudes en colmo de perfección. Trabaja por imitar con toda diligencia la que en mí conoces, porque te advierto, amiga, que este linaje de amor y de obrar es lo que el Altísimo está deseando y esperando como tras de los canceles, que dijo la esposa (Cant 2, 9), mirando cómo ella obra todas las cosas, y tan cerca que sólo un cancel media para que goce de su vista; porque rendido y enamorado se va tras las almas que así le aman y sirven en todas sus obras, como también se desvía de las tibias y negligentes, o acude a ellas con una común y general providencia. Aspira tú siempre a lo más perfecto y puro de las virtudes y en ellas estudia e inventa siempre nuevos modos y trazas de amor, de manera que todas tus fuerzas y potencias interiores y exteriores estén siempre ocupadas y oficiosas en lo más alto y excelente para el agrado del Señor; y todos estos afectos comunícalos y sujétalos a la obediencia y consejo de tu maestro y padre espiritual, para hacer lo que

mandare, que esto es lo primero y más seguro.

CAPITULO 20

De la presentación del infante Jesús en el templo y lo que sucedió en ella.

596. No sólo por virtud de la creación era la humanidad santísima de Cristo propia del eterno Padre, como las demás criaturas, pero por especial modo y derecho le pertenecía también por virtud de la unión hipostática con la persona del Verbo, que era engendrada de su misma sustancia, como Hijo unigénito y verdadero Dios de Dios verdadero; pero con todo eso determinó el Padre que le fuese presentado su Hijo en el templo, así por el misterio como por el cumplimiento de su santa ley, cuyo fin era Cristo nuestro Señor (Rom 10, 4), pues por esto fue ordenado que los judíos santificasen y ofreciesen todos sus primogénitos (Ex 13, 2), esperando siempre al que lo había de ser del eterno Padre y de su Madre santísima; y en esto, a nuestro modo de entender, se hubo Su Majestad como sucede entre los hombres, que gustan se les trate y repita alguna cosa de que tienen agrado y complacencia, pues aunque todo lo conocía y sabía el Padre con infinita sabiduría tenía gusto en la ofrenda del Verbo humanado que por tantos títulos era suyo.

597. Esta voluntad del eterno Padre, que era la misma de su Hijo santísimo en cuanto un Dios, conocía la Madre de la vida y también la de la humanidad de su Unigénito, cuya alma y operaciones miraba conforme en todo con la voluntad del Padre; y con esta ciencia pasó en coloquios divinos la gran Princesa aquella noche que llegaron a Jerusalén antes de la presentación, y hablando con el Padre decía: Señor y Dios altísimo, Padre de mi Señor, festivo día será éste para el cielo y tierra, en que os ofrezco y traigo a vuestro santo templo la hostia viva, que es el tesoro de vuestra misma divinidad; rica es, Señor y Dios mío, esta oblación, y bien podéis por ella franquear vuestras misericordias al linaje humano, perdonando a los pecadores que torcieron los caminos rectos, consolando a los tristes,

socorriendo a los necesitados, enriqueciendo a los pobres, favoreciendo a los desvalidos, alumbrando a los ciegos y encaminando a los errados; esto es, Señor mío, lo que yo os pido, ofreciéndoos a vuestro Unigénito y también es Hijo mío por vuestra dignación y clemencia; y si me le habéis dado Dios, yo os le presento Dios y Hombre juntamente, y lo que vale es infinito y menos lo que pido; rica vuelvo a vuestro santo templo de donde salí pobre y mi alma os magnificará eternamente, porque tan liberal y poderosa se mostró conmigo vuestra diestra divina.

598. Llegada la mañana, para que en los brazos de la purísima alba saliese el sol del cielo a vista del mundo, la divina Señora, prevenidas las tortolillas y dos velas, aliñó al infante Jesús en sus paños, y con el santo esposo José salieron de la posada para el templo. Ordenóse la procesión y en ella iban los santos Ángeles que vinieron desde Belén en la misma forma corpórea y hermosísima, como dije arriba (Cf. supra n. 589), pero en ésta añadieron los espíritus santísimos muchos cánticos dulcísimos que le decían al niño Dios con armonía de suavísima y concertada música, que sólo María purísima los percibió. Y a más de los diez mil que iban en esta forma, descendieron del cielo otros innumerables y, juntos con los que tenían la venera del santo nombre de JESÚS, acompañaron al Verbo divino humanado a esta presentación; y éstos iban incorpóreamente como ellos son, y la divina Princesa sola los podía ver. Llegando a la puerta del templo, sintió la felicísima Madre nuevos y altísimos efectos interiores de dulcísima devoción y prosiguiendo hasta el lugar que llegaban las demás se inclinó y puesta de rodillas adoró al Señor en espíritu y verdad en su santo templo y se presentó ante su altísima y magnífica Majestad con su Hijo en los brazos. Luego se le manifestó con visión intelectual la Santísima Trinidad y salió una voz del Padre, oyéndola sola María purísima, que decía: *Este es mi amado Hijo, en el cual yo tengo mi agrado* (Mt 17, 5). El dichoso entre los varones, San José, sintió al mismo tiempo nueva conmoción de suavidad del Espíritu Santo, que le llenó de gozo y luz divina.

599. El sumo sacerdote San Simeón, movido también por

el Espíritu Santo; como arriba se dijo, capítulo precedente (Cf. supra n. 593), entró luego en el templo y encaminándose al lugar donde estaba la Reina con su infante Jesús en los brazos vio a Hijo y Madre llenos de resplandor y de gloria respectivamente. Era este Sacerdote lleno de años y en todo venerable, y también lo era la profetisa Santa Ana, que, como dice el evangelio (Lc 2, 25-38), vino allí a la misma hora y vio a la Madre con el Hijo con admirable y divina luz. Llegaron llenos de júbilo celestial a la Reina del cielo y el sacerdote recibió de sus manos al infante Jesús en sus palmas y levantando los ojos al cielo le ofreció al eterno Padre y pronunció aquel cántico lleno de misterios: *Ahora, Señor, saca en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado: al cual tienes destinado para que, expuesto a la vista de todos los pueblos, sea luz brillante que ilumine a los gentiles, y gloria de tu pueblo de Israel. (Lc 2, 25-38).* Y fue como decir: Ahora, Señor, me soltarás y dejarás ir libre y en paz, suelto de las cadenas de este mortal cuerpo, donde me detenían las esperanzas de tu promesa y el deseo de ver a tu Unigénito hecho carne; ya gozaré de paz segura y verdadera, pues han visto mis ojos a tu Salvador, tu Hijo unigénito hecho hombre, unido con nuestra naturaleza, para darle salvación eterna, destinada y decretada antes de los siglos en el secreto de tu divina sabiduría y misericordia infinita; ya, Señor, le preparaste y le pusiste delante de todos los mortales, sacándole a luz al mundo para que todos le gocen, si todos le quieren, y tomar de él la salvación y la luz que alumbrará a todo hombre en el universo; porque Él es la lumbre que se ha de revelar a las gentes y para gloria de tu escogido pueblo de Israel.

600. Oyeron este cántico de San Simeón María santísima y San José, admirándose de lo que decía y con tanto espíritu; y llámales el Evangelista (Lc 2, 25-38) padres del Niño Dios, según la opinión del pueblo, porque esto sucedió en público. Y San Simeón prosiguió diciéndole a la Madre santísima del infante Jesús, a quien se convirtió con atención: Advertid, Señora, que este niño está puesto para ruina y para salvación de muchos en Israel y para señal o blanco de grandes contradicciones, y vuestra alma, suya de

él, traspasará un cuchillo, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.—Hasta aquí dijo San Simeón. Y como Sacerdote dio la bendición a los felices padres del Niño. Y luego la profetisa Santa Ana confesó al Verbo humanado y con luz del Espíritu divino habló de sus misterios muchas cosas con los que esperaban la redención de Israel. Y con los dos santos viejos quedó testificada en público la venida del Mesías a redimir su pueblo.

601. Al mismo tiempo que el Sacerdote San Simeón pronunciaba las palabras proféticas de la pasión y muerte del Señor, cifradas en el nombre de cuchillo y señal de contradicción, el mismo Niño abajó la cabeza, y con esta acción y muchos actos de obediencia interior aceptó la profecía del Sacerdote, como sentencia del Eterno Padre declarada por su ministro. Todo esto vio y conoció la amorosa Madre y con la inteligencia de tan dolorosos misterios comenzó a sentir de presente la verdad de la profecía de SanSimeón, quedando herido desde luego el corazón con el cuchillo que la amenazaba para adelante; porque le fue patente y como en un espejo claro se propusieron a la vista interior todos los misterios que comprendía la profecía: cómo su Hijo santísimo sería piedra de escándalo y ruina a los incrédulos y vida para los fieles; la caída de la sinagoga y levantamiento de la Iglesia en la gentilidad; el triunfo que ganaría de los demonios y de la muerte, pero que le había de costar mucho y sería con la suya afrentosa y dolorosa de cruz; la contradicción que el infante Jesús en sí mismo y en su Iglesia había de padecer de los prescitos en tan grande multitud y número; y también la excelencia de los predestinados. Todo lo conoció María santísima y entre gozo y dolor de su alma purísima, elevada en actos perfectísimos por los misterios ocultísimos y la profecía de Simeón, ejercitó eminentes operaciones y le quedó en la memoria, sin olvidarlo jamás un solo punto, todo lo que conoció y vio con la luz divina y por las palabras proféticas de Simeón; y con tal vivo dolor miraba a su Hijo santísimo siempre, renovando la amargura que como Madre, y Madre de Hijo Dios y hombre, sabía sola sentir dignamente lo que los hombres y criaturas humanas y de corazones ingratos no sabemos sentir. El santo esposo José, cuando oyó estas profecías, entendió también muchos de

los misterios de la redención y trabajos del dulcísimo Jesús, pero no se los manifestó el Señor tan copiosa y expresamente como los conoció y penetró su divina esposa, porque había diferentes razones y el Santo no lo había de ver todo en su vida.

602. Acabado este acto, la gran Señora besó la mano al Sacerdote y le pidió de nuevo la bendición, y lo mismo hizo con Santa Ana, su antigua maestra, porque el ser Madre del mismo Dios y la mayor dignidad que ha habido ni habrá entre todas las mujeres, Ángeles y hombres, no la impedían los actos de profunda humildad. Y con esto se volvió a su posada, y con el Niño Dios, su esposo y la compañía de los catorce mil Ángeles que la asistían, se compuso la procesión y caminaron. Detúvose por su devoción, como abajo diré (Cf. infra n. 606ss), algunos días en Jerusalén y en ellos habló con el Sacerdote algunas veces misterios de la redención y profecías que le había dicho; y aunque las palabras de la prudentísima Madre eran pocas, medidas y graves, como eran, tan ponderosas y llenas de sabiduría, dejaron al Sacerdote admirado y con nuevos gozos y efectos altísimos y dulcísimos en su alma; y lo mismo sucedió con la santa profetisa Ana; y entrambos murieron en el Señor en breves días. En la posada fueron hospedados por cuenta del Sacerdote; y los días que estuvo nuestra Reina en ella frecuentaba el templo, y en él recibió nuevos favores y consolaciones del dolor que le causaron las profecías del Sacerdote; y para que le fuesen más dulces le habló su santísimo Hijo una vez, y la dijo: Madre carísima y paloma mía, enjugad las lágrimas de vuestros ojos y dilatad vuestro candido corazón, pues la voluntad de mi Padre es que yo reciba muerte de cruz. Compañera mía quiere que seáis en mis trabajos y penas, y yo las quiero padecer por las almas que son hechuras de mis manos a mi imagen y semejanza, para llevarlas a mi reino triunfando de mis enemigos y que vivan conmigo eternamente. Esto mismo es lo que vos deseáis conmigo.—Respondió la Madre: ¡Oh dulcísimo amor mío e hijo de mis entrañas! Si el acompañaros fuera no sólo para asistiros con la vista y compasión, sino para morir juntamente con vos, fuera mayor alivio, porque será mayor dolor vivir yo viéndoos morir.—En estos ejercicios y afectos amorosos y

compasivos pasó algunos días, hasta que tuvo San José el aviso de ir huyendo a Egipto, como diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina María santísima.

603. Hija mía, el ejemplo y doctrina de lo que has escrito te enseña la constancia y dilatación que has de procurar en tu corazón, estando preparada para admitir lo próspero y adverso, lo dulce y amargo con igual semblante. ¡Oh carísima, qué estrecho y qué apocado es el corazón humano para recibir lo penoso y contrario a sus terrenas inclinaciones! ¡Cómo se indigna con los trabajos! ¡Qué impaciente los recibe! ¡Qué insufrible juzga todo lo que se opone a su gusto! ¡Y cómo olvida que su Maestro y Señor los padeció primero y los acreditó y santificó en sí mismo! Grande confusión y aun atrevimiento es que aborrezcan los fieles el padecer después que mi Hijo santísimo padeció por ellos, pues antes que muriera abrazaron muchos santos la cruz sólo con la esperanza de que en ella padecería Cristo, aunque no lo vieron. Y si en todos es tan fea esta mala correspondencia, pondera bien, carísima, cuánto lo sería en ti, que tan ansiosa te muestras para alcanzar la amistad y gracia del Altísimo y merecer el título de esposa y de amiga suya, ser toda para Él y que Su Majestad sea para ti, y también los anhelos que tienes de ser mi discípula y que yo sea tu maestra, seguirme e imitarme como hija fiel a su madre. Todo esto no se ha de resolver en sólo afectos y decir muchas veces: Señor, Señor, y en llegando a la ocasión de gustar el cáliz y la cruz de los trabajos contristarte, afligirte y huir de las penas en que se ha de probar la verdad del corazón afectuoso y enamorado.

604. Todo esto sería negar con las obras lo que protestas con las promesas y salir del camino de la vida eterna, porque no puedes seguir a Cristo si no abrazas la cruz y te alegras con ella, ni tampoco me hallarás a mí por otro camino. Si las criaturas te faltan, si la tentación te amenaza, si la tribulación te aflige y los dolores de la muerte te cercaren (Sal 17, 5), por ninguna de estas cosas te has de turbar ni te has de mostrar cobarde, pues a mi Hijo santísimo y a mí nos desagrada tanto que impidas y

malogres su poderosa gracia para defenderte; si no, la desluces y la recibes en vano y, a más de esto, darás al demonio gran triunfo, que se gloría mucho de que ha turbado o rendido a la que se tiene por discípula de Cristo mi Señor y mía, y comenzando a desfallecer en lo poco te vendrá a oprimir en lo mucho. Confía, pues, de la protección del Altísimo y que corres por mi cuenta, y con esta fe, cuando te llegare la tribulación, responde animosa: El Señor es mi iluminación y mi salud, ¿a quién temeré? Es mi protector, ¿cómo ando fluctuando (Sal 26, 1)? Tengo Madre, Maestra, Reina y Señora, que me amparará y cuidará de mi aflicción.

605. Con esta seguridad procura conservar la paz interior y no me pierdas de vista para imitar mis obras y seguir mis pisadas. Advierte el dolor que traspasó mi corazón con las profecías de San Simeón, y en esta pena estuve igual, sin inmutarme, ni alteración alguna, aunque traspasada el alma y corazón de dolor. De todo tomaba motivo para glorificar y reverenciar su admirable sabiduría. Si los trabajos y penas transitorias se admiten con alegre y sereno corazón, espiritualizan a la criatura, la elevan y la dan ciencia divina con que hace digno aprecio del padecer y halla luego el consuelo y el fruto del desengaño y mortificación de las pasiones. Esta es ciencia de la escuela del Redentor escondida de los vivientes en Babilonia y amadores de la vanidad. Quiero también que me imites en respetar a los Sacerdotes y ministros del Señor, que ahora tienen mayor excelencia y dignidad que en la ley antigua después que el Verbo divino se unió a la naturaleza humana y se hizo Sacerdote Eterno según el orden de Melquisedec (Sal 109, 4). Oye su doctrina y enseñanza como dimanada de Su Majestad, en cuyo lugar están; advierte la potestad y autoridad que les da en el Evangelio, diciendo: *Quien a vosotros oye, a mí oye; quien a vosotros obedece, a mí obedece (Lc 10, 16)*. Ejecuta lo más santo, como te lo enseñarán; y tu continua memoria sea en meditar lo que padeció mi Hijo santísimo, de tal manera que sea tu alma participante de sus dolores y te engendre tal acedía y amargura en los contentos terrenos, que todo lo visible pospongas y olvides por seguir al Autor de la vida eterna.

CAPITULO 21

Previene el Señor a María santísima para la fuga a Egipto, habla el Ángel a San José y otras advertencias en todo esto.

606. Cuando María santísima y el gloriosísimo San José volvieron de presentar en el templo a su infante Jesús, determinaron de perseverar en Jerusalén nueve días y en ellos visitar al templo nueve veces, repitiendo cada día la ofrenda de la sagrada hostia de su Hijo santísimo que tenían en depósito, en nacimiento de gracias de tan singular beneficio que entre todas las criaturas habían recibido. Veneraba la divina Señora con especial devoción el número de nueve, en memoria de los nueve días que fue prevenida y adornada para la encarnación del Verbo divino, como queda dicho en el principio de esta segunda parte por los primeros diez capítulos, y también por los nueve meses que le trajo en su virginal vientre; y por esta atención deseaba hacer la novena con su niño Dios, ofreciéndole tantas veces al Eterno Padre como oblación aceptable para los altos fines que la gran Señora tenía. Comenzaron la novena y cada día iban al templo antes de la hora de tercia y estaban hasta la tarde en oración, eligiendo el lugar más inferior con el infante Jesús, para que dignamente oyesen aquella merecida honra que dio el dueño del convite en el evangelio al convidado humilde, cuando le dijo: *Amigo, sube más arriba (Lc 14, 10)*. Así lo mereció nuestra humildísima Reina y lo ejecutó con ella el eterno Padre, ante cuya presencia derramaba su espíritu (Sal 141, 3). Y un día de éstos oró y dijo:

607. Rey altísimo, Señor y Criador universal de todo lo que tiene ser, aquí está en vuestra presencia divina el polvo inútil y ceniza a quien sola vuestra dignación inefable ha levantado a la gracia que ni supe ni pude merecer. Hallóme, Señor mío, obligada y compelida del corriente impetuoso de vuestros beneficios para ser agradecida, pero ¿qué retribución digna podrá ofreceros la que siendo nada recibió el ser y la vida y sobre ella tan incomparables misericordias y favores de vuestra liberalísima diestra? ¿Qué retorno

puede volver en obsequio de vuestra inmensa grandeza? ¿Qué reverencia a vuestra majestad? ¿Qué dádiva a vuestra divinidad infinita la que es criatura limitada? Mi alma, mi ser y mis potencias, todo lo recibí y recibo de vuestra mano y muchas veces lo tengo ofrecido y sacrificado a vuestra gloria. Confieso mi deuda, no sólo por lo que me habéis dado, pero más con el amor con que me la disteis, y porque entre todas las criaturas me preservó vuestra bondad infinita del contagio de la culpa y me eligió para dar forma de hombre a vuestro Unigénito y con tenerle en mi vientre y a mis pechos, siendo hija de Adán de materia vil y terrena. Conozco, altísimo Señor, esta inefable dignación vuestra y en el agradecimiento desfallece mi corazón y mi vida se resuelve en afectos de vuestro divino amor, pues nada tengo que retribuir por todo lo que vuestro gran poder se ha señalado con vuestra sierva. Pero ya se alienta mi corazón y se alegra en lo que tiene que ofrecer a vuestra grandeza, que es uno mismo con vos en la sustancia, igual en la majestad, perfecciones y atributos, la generación de vuestro entendimiento, la imagen de vuestro mismo ser, la plenitud de vuestro agrado, vuestro Hijo unigénito y dilectísimo; ésta es, eterno Padre y Dios altísimo, la dádiva que os ofrezco, la hostia que os traigo, segura de que la admitiréis, y habiéndole recibido Dios, le vuelvo Dios y hombre. No tengo yo, Señor, ni tendrán las criaturas otra cosa más que dar, ni Vuestra Majestad otro don más precioso que pedirles, y es tan grande que basta para retribución de lo que yo he recibido. En su nombre y en el mío os le ofrezco y presento a vuestra grandeza; y porque siendo Madre de vuestro Unigénito y dándole carne humana le hice hermano de los mortales y él quiso venir a ser su Redentor y Maestro, a mí me toca abogar por ellos y tomar su causa por mi cuenta y clamar por su remedio. Ea, pues, Padre de mi Unigénito, Dios de las misericordias, yo os le ofrezco de todo mi corazón y con él y por él pido perdonéis a los pecadores y que derraméis sobre el linaje humano vuestras misericordias antiguas y renovéis nuevas señales y modo de ejecutar vuestras maravillas (Eclo 36, 6). Este es el león de Judá (Ap 5, 5) hecho ya cordero para quitar los pecados del mundo (Jn 1, 29); es el tesoro de vuestra divinidad.

608. Estas y otras oraciones y peticiones semejantes hizo la Madre de piedad y misericordia en los primeros días de la novena que comenzó en el templo, y a todas le respondió el eterno Padre, aceptándolas con la ofrenda de su Unigénito por sacrificio agradable y enamorándose de nuevo de la pureza de su Hija única y electa y mirando su santidad con beneplácito. Y en retorno de estas peticiones la concedió su invicta Majestad grandes y nuevos privilegios y que todo cuanto pidiese mientras durare el mundo para sus devotos lo alcanzaría, y que los grandes pecadores, como se valiesen de su intercesión, hallarían remedio, que en la nueva Iglesia y ley evangélica de Cristo su Hijo santísimo fuese con él cooperadora y maestra, en especial después de la ascensión a los cielos, quedando la Reina por amparo e instrumento del poder divino en ella, como diré en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 2) de esta Historia. Otros muchos favores y misterios comunicó el Altísimo a la divina Madre en estas peticiones, que ni caben en palabras ni se pueden manifestar con mis cortos y limitados términos.

609. Y prosiguiendo en ellas, como llegase el quinto día después de la presentación y purificación, estando la divina Señora en el templo con su infante Dios en los brazos, se le manifestó la divinidad, aunque no intuitivamente, y fue toda elevada y llena del Espíritu Santo; que si bien ya lo estaba, pero como Dios es infinito en su poder y tesoros, nunca da tanto que no le quede más que dar a las puras criaturas. En esta visión abstractiva quiso el Altísimo preparar de nuevo a su única esposa, previniéndola para los trabajos que la esperaban; y hablándola y confortándola la dijo: Esposa y paloma mía, tus intentos y deseos son gratos a mis ojos y en ellos me deleito siempre, pero no puedes proseguir los nueve días de tu devoción que has comenzado, porque quiero tengas otro ejercicio de padecer por mi amor y que para criar a tu Hijo y salvarle su vida salgas de tu casa y patria y te ausentes con él y con José tu esposo pasando a Egipto, donde estaréis hasta que yo ordene otra cosa, porque Herodes ha de intentar la muerte del infante; la jornada es larga, trabajosa y de muchas incomodidades, padécelas por mí; yo estoy y estaré contigo siempre.

610. Cualquiera otra santidad y fe pudiera padecer alguna turbación, como la han tenido grande los incrédulos, viendo que un Dios todopoderoso huye de un hombre mísero y terreno y para salvar la vida humana se aleja y ausenta, como si fuera capaz de este temor o si no fuera hombre y Dios juntamente; pero la prudentísima y obediente Madre no replicó ni dudó, no se turbó ni inmutó con esta impensada novedad, y respondió, diciendo: Señor y Dueño mío, aquí está vuestra sierva con preparado corazón para morir, si necesario fuere, por vuestro amor; disponed de mí a vuestra voluntad; sólo pido que vuestra bondad inmensa, no mirando mis pocos méritos y desagradecimientos, no permita llegue a ser afligido mi Hijo y Señor y que los trabajos vengan sólo para mí, que debo padecerlos.— Remitióla el Señor a San José, para que en todo le siguiese en la jornada, y con esto salió de la visión, habiéndola tenido sin perder los sentidos exteriores, porque tenía en los brazos al infante Jesús, y sólo en la parte superior del alma fue elevada; aunque de allá redundaron otros dones en los sentidos, que los dejaron espiritualizados y como testificando que el alma estaba donde amaba más que donde animaba.

611. Pero el amor incomparable que tenía la gran Reina a su Hijo santísimo enterneció algo su corazón materno y compasivo, considerando los trabajos que había conocido en la visión para el Niño Dios, y derramando muchas lágrimas salió del templo para su posada, sin manifestar a su esposo la causa de su dolor; y el Santo entendía que sólo era la profecía de San Simeón que habían oído, pero como el fidelísimo San José la amaba tanto y de su condición era oficioso y solícito, turbóse un poco viendo a su esposa tan llorosa y afligida y que no le manifestaba la causa si la tenía de nuevo. Esta turbación fue una, entre otras razones, para que el Ángel santo le hablase en sueños, como en la ocasión del preñado de la Reina dije arriba (Cf. supra n. 400); porque aquella misma noche, estando San José durmiendo, se le apareció en sueños el mismo santo Ángel y le dijo, como refiere san Mateo (Mt 2, 13): *Levántate, y con el niño y su Madre huye a Egipto, y allí estarás hasta que yo te vuelva a dar otro aviso; porque Herodes ha de*

buscar al niño para quitarle la vida.—Al punto se levantó el santo esposo lleno de cuidado y pena, previniendo la de su amantísima esposa, y llegándose a donde estaba retirada la dijo: Señora mía, la voluntad del Altísimo quiere que seamos afligidos, porque su Ángel santo me ha hablado y declarado que gusta y ordena Su Majestad que con el Niño nos vayamos huyendo a Egipto, porque trata Herodes de quitarle la vida. Animaos, Señora, para el trabajo de este suceso y decidme qué puedo yo hacer de vuestro alivio, pues tengo el ser y la vida para servicio de nuestro dulce Niño y vuestro.

2018

2019